Bosquejos expositivos de la Biblia

Nuevo y Antigüo Testamento

Bosquejos explicados y aplicados de forma práctica por uno de los maestros bíblicos contemporáneos más respetados

Warren W. Wiersbe

c 1995 Editorial Caribe, Inc.
P.O. Box 141000
Nashville,TN 37214–1000 EE.UU.

Título del original en inglés:
Wiersbe's Expository Outlines on the New Testament
copyright 1992 SP Publications, Inc.
Publicado por *Victor* Books
ex libris eltropical
A menos que se indique lo contrario, los pasajes bíblicos con lenguaje contemporáneo son traducciones libres del inglés. El resto se tomó de la Versión RV, copyright 1960, Sociedad Bíblica en América Latina.

Traductor: Miguel A. Mesías

ISBN: 0–89922-581–0

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización de los editores.

Impreso en EE.UU.

Contenido

Prefacio

Antigüo Testamento

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio
Josué
Jueces
Rut
1 Samuel
2 Samuel
1 Reyes
2 Reyes
1 Crónicas
2 Crónicas
Esdras
Nehemías
Ester
Job
Salmos
Proverbios
Eclesiastés
Cantar de los cantares
Isaías
Jeremías
Lamentaciones
Ezequiel

Daniel
Oseas
Joel
Amós
Abdías
Jonás
Miqueas
Nahum
Habacuc
Sofonías
Hageo
Zacarías
Malaquías

Nuevo Testamento

Mateo
Marcos
Lucas
Juan
Hechos
Romanos
1 Corintios
2 Corintios
Gálatas
Efesios
Filipenses
Colosenses
1 Tesalonicenses
2 Tesalonicenses
1 Timoteo
2 Timoteo
Tito
Filemón
Hebreos
Santiago
1 Y 2 Pedro
1 Juan
2 Juan
3 Juan
Judas
Apocalipsis

DEDICADO CON APRECIO
Y AGRADECIMIENTO A LA MEMORIA DEL DR. D.B. EASTEP (1900–1962), AMOROSO Y FIEL PASTOR, TALENTOSO EXPOSITOR DE LA PALABRA Y PIADOSO MENTOR DE TODOS LOS PASTORES.

Prefacio

El propósito de esta colección es llevarle a través de la Biblia, darle la oportunidad de estudiar cada libro y capítulo, y descubrir cómo encajan en la revelación total que Dios nos ha dado de Cristo y de su obra redentora. Los estudios son concisos y prácticos, especialmente apropiados para clases de Escuela Dominical y grupos de estudio bíblico que deseen examinar la Palabra de Dios de una manera sistemática.

Estos estudios surgieron de las lecciones que preparé para la Calvary Baptist Church, Covington, Kentucky, Estados Unidos, cuando ministré allí entre 1961 y 1971. Mi piadoso predecesor, el Dr. D.B. Eastep, había confeccionado «The Whole Bible Study Course» [El curso de estudio de toda la Biblia], el cual llevaba al estudiante a recorrer toda la Biblia en siete años, tres en el Antiguo Testamento y cuatro en el Nuevo. Las lecciones se reproducían y se distribuían semana tras semana a los estudiantes de la Escuela Bíblica. Finalmente, cuando empezaron a llegar peticiones de parte de otras iglesias que querían seguir el mismo plan de estudios, las lecciones fueron compiladas en forma de cuadernos y publicadas por Calvary Book Room [Sala de lectura Calvario], el ministerio de literatura de la iglesia. Miles de juegos de estos bosquejos se han distribuido por todo el mundo y el Señor se ha complacido en bendecirlos de manera singular.

Cuando decidí que era tiempo de publicar estos estudios en una forma más permanente, hablé con Mark Sweeney, de la Editorial Victor Books; y él se mostró más que dispuesto a trabajar junto a mí en el proyecto. He revisado y puesto al día el material, y añadido bosquejos en 1 y 2 Crónicas que no estaban en los estudios originales; pero no ha habido ningún cambio en la posición teológica o las interpretaciones básicas.

Si usted ha usado alguno de los volúmenes de mi serie Usted puede, reconocerá en estos estudios un enfoque similar. Sin embargo, en esta colección hay material que no se halla en dicha serie; y el enfoque aquí es capítulo por capítulo antes que versículo por versículo. Incluso, si tiene mi Bible Exposition Commentary [Comentario expositivo de la Biblia], hallará este volumen útil en sus estudios.

Quiero dejar constancia de mi profundo aprecio a la esposa del Dr. D.B. Eastep, por los muchos años que dirigió el Calvary Book Room, y quien supervisó la publicación y distribución de la obra original Bosquejos expositivos de la Biblia. Ella y su personal aceptaron esta difícil tarea como un ministerio de amor, por el cual el Señor les recompensó abundantemente. No puedo ni empezar a nombrar a cada una de las amadas personas de la Calvary Baptist Church que han tenido parte en producir las hojas originales de las lecciones y luego los cuadernos, pero ellas saben quiénes son y que los amo y aprecio su ministerio sacrificial. Algunos ya están en el cielo y saben de primera mano cómo Dios ha usado en todo el mundo estos sencillos estudios para ganar a los perdidos y edificar a su Iglesia.Robert Hosack, mi editor en la editorial Victor Books, merece un agradecimiento especial por su paciencia y estímulo, particularmente cuando batallaba por conseguir que el programa de la computadora trabajara de manera adecuada para poder editar el material con rapidez.

Finalmente, a mi esposa Betty que con toda seguridad la están considerando para una corona especial de manera que la recompensen por todas las horas que me dio para estudiar la Biblia y escribir mientras estos estudios estaban en preparación. No fue fácil para el pastor de una iglesia grande y en crecimiento, y padre de cuatro hijos activos, encontrar tiempo para escribir estas lecciones; pero Betty siempre estuvo lista para mantener la casa marchando normalmente, para controlar las llamadas telefónicas y las interrupciones, y para estimularme a practicar la filosofía de Pablo de «una cosa hago».

Mi oración es que esta nueva edición de los Bosquejos expositivos de la Biblia tengan un ministerio amplio y fructífero para la gloria de Dios.

Warren W. Wiersbe

Génesis

Bosquejo sugerido de Génesis

I. Historia de la humanidad en general (1–11)
   - A. Creación de los cielos y la tierra (1–2)
   - B. Adán y su familia (3–5)
     La caída del hombre (3)
   - C. Noé y su familia (6–11)
     El diluvio (6–10)
     La rebelión de Babel (11)

II. Historia de Israel en particular (12–50)
   - A. Abraham: El padre que ofreció a su hijo (12.1–25.18)
   - B. Isaac: El hijo que tomó una esposa (25.19–26.35)
   - C. Jacob: Carne vs. Espíritu (27.1–36.43)
   - D. José: La providencia de Dios (37.1–50.26)

Notas preliminares a Génesis

I. Nombre

«Génesis» procede de una palabra griega que significa «principio» o «generación». Génesis es el libro de las generaciones o principios. Hay diez generaciones anotadas en el libro: los cielos y la tierra (2.4); Adán (5.1); Noé (6.9); Sem (11.10); Taré (11.27); Ismael (25.12); Isaac (25.19); Esaú (36.1); y Jacob (37.2). Como el semillero para la Biblia entera, Génesis narra para nosotros los trascendentales comienzos del universo, la historia humana, la civilización, el pecado, la salvación, el sacrificio, el matrimonio y la familia.

II. Autor

Hay consenso general en reconocer que Moisés es el autor de los cinco primeros libros de la Biblia, llamado «el Pentateuco» (del griego *penta*, «cinco» y *teucos,* «el estuche donde se guardaban»). Por supuesto, Moisés no vivía cuando ocurrieron los hechos de Génesis, pero el Espíritu le guió al escribirlos (2 P 1.20–21). Cristo creyó que Moisés escribió los libros que se le asignan (véase Jn 5.45–47) y eso es suficiente autoridad para nosotros.

III. Propósito

Al leer Génesis no se puede dejar de notar que los primeros once capítulos son generales y sin muchos detalles; mientras que el resto del libro, empezando con el capítulo 12, pormenoriza la vida de cuatro hombres: Abraham, Isaac, Jacob y José. Como notará en nuestro bosquejo sugerido de Génesis, la primera sección (1–11) trata de la humanidad en general y explica el origen del hombre y del pecado, mientras que la segunda (12–50) se refiere a Israel en particular. Esto sugiere que el propósito del libro es explicar los comienzos del hombre y su pecado, e Israel y el plan divino de salvación. Es más, uno de los temas clave en Génesis es la elección divina.

Empezamos con «los cielos y la tierra», pero entonces Dios decide relacionarse con la tierra, no los cielos; el tema desde allí en adelante es el programa de Dios en la tierra. Habiendo escogido la tierra, Dios ahora pasa por alto a los ángeles (incluso a los ángeles caídos) y opta por vincularse con el hombre. De entre los muchos hijos de Adán, Dios selecciona a Set (4.25). De los muchos descendientes de Set (Gn 5),

escoge a Noé (6.8), y de la familia de Noé, elige a Sem (11.10), Taré (11.27) y por último a Abraham (12.1). Abraham tiene muchos hijos, pero Isaac es la simiente escogida (21.12). Isaac tiene dos hijos, Jacob y Esaú, y Dios escoge a Jacob para que sea el que recibe su bendición.

Todo esto revela la elección de la gracia de Dios. Ninguna de estas personas merecen escoger el honor; como es cierto en los verdaderos creyentes, su elección resultó plenamente de la gracia de Dios. Junto con la gracia de Dios que elige, Génesis ilustra el maravilloso poder y providencia de Dios. El hombre desobedecería y dudaría de Dios, sin embargo Él regiría e impondría su autoridad para cumplir sus propósitos. Si su programa hubiera fallado en Génesis, no podría haber nacido el Mesías en Belén siglos más tarde.

IV. Génesis y Apocalipsis

Los principios que aparecen en Génesis tienen su cumplimiento en Apocalipsis. Dios creó los cielos y la tierra (Gn 1.1) y un día creará un nuevo cielo y una nueva tierra (Ap 21.1). Satanás primero atacó al hombre (Gn 3), sin embargo será derrotado en su ataque final (Ap 20.7–10). Dios hizo las tinieblas y la luz (Gn 1.5), pero un día no habrá más noche (Ap 21.23; 22.5). No habrá más mar (Gn 1.10; Ap 21.1) y se quitará la maldición de la creación (Gn 3.14–27; Ap 22.3). Dios sacó al hombre del jardín (Gn 3.24), pero el pueblo de Dios será bienvenido al paraíso celestial (Ap 22.1ss), y el árbol de la vida se le restaurará al hombre (Ap 22.14). Babilonia será destruida (Gn 10.8–10; Ap 17–19) y el juicio prometido sobre Satanás se cumplirá (Gn 3.15; Ap 20.10).

V. Cristo en Génesis

De acuerdo a Lucas 24.27, 44–45 Cristo se halla «en todas las Escrituras». A continuación constan una pocas de las referencias a Cristo en Génesis.

1. El Verbo creador: Génesis 1.3; Juan 1.1–5; 2 Corintios 4.3–7
2. El postrer Adán: Romanos 5; 1 Corintios 15.45
3. La simiente de la mujer: Génesis 3.15; Gálatas 3.19; 4.4
4. Abel: Génesis 4; Hebreos 11.4; 12.24
5. Noé y el diluvio: Génesis 6–10; 1 Pedro 3.18–22
6. Melquisedec: Génesis 14; Hebreos 7–10
7. Isaac, el hijo de la promesa: Génesis 17; Gálatas 4.21–31 (Isaac pinta a Cristo en su nacimiento milagroso, su disposición para morir, su «resurrección» [Heb 11.19], y al tomar una esposa. Por supuesto, Jesús en realidad murió y resucitó de los muertos. En Isaac estos sucesos sólo fueron simbólicos.)
8. El Cordero: Génesis 22.7–8; Juan 1.29
9. La escalera de Jacob: Génesis 28.12ss; Juan 1.51
10. José: Génesis 37–50 (Rechazado por sus hermanos; amado del Padre; sufriendo injustamente; exaltado a reinar. Los hermanos de José no le reconocieron la primera vez que le vieron de nuevo, pero sí la segunda vez. Así será con Israel en el reconocimiento de su Mesías.)

GÉNESIS 1

Nos ajustaremos a algunas de las verdades principales que se hallan en este importante pasaje.

I. El Creador

Ningún científico o historiador puede mejorar: «En el principio Dios[…]». Esta simple afirmación refuta al ateo que dice que no hay Dios; al agnóstico, que afirma que no puede conocer a Dios; al politeísta que adora a muchos dioses; al panteísta, que dice que «toda la naturaleza es Dios»; al materialista, que argumenta que la materia es eterna y no se crea; y al fatalista, que enseña que no hay plan divino detrás de la creación y la historia. La personalidad de Dios se ve en este capítulo, porque habla, ve, nombra y bendice. El científico puede afirmar que la materia sólo «llegó a existir», que la vida «ocurrió» y que todas las formas complejas de vida «evolucionaron gradualmente» de formas inferiores, pero no puede dar pruebas de sus declaraciones. Admitimos que hay cambios dentro de las especies (tales como el desarrollo del caballo o del gato doméstico), pero que una clase de criatura se transforme en otra, no lo aceptamos. ¿Por qué creó Dios el universo? No cabe duda que no fue para añadirse nada a sí mismo, puesto que no necesita nada. En realidad la creación limita a Dios, puesto que el Eterno ahora debe confinarse a obra en el tiempo y la historia humana. La Palabra deja en claro que Cristo es el autor, sustentador y meta de la creación (Col 1.15–17; Ap 4.11). Cristo, el Verbo viviente, revela a Dios en la Palabra escrita y en el libro de la naturaleza (Jn 1.1–5; véase también Sal 19).

¿Qué revela la creación acerca de Dios? La creación revela: (1) su sabiduría y poder (Job 28.23–27; Pr 3.19); (2) su gloria (Sal 19.1); (3) su poder y deidad (Ro 1.18–21); (4) su amor por el hombre insignificante (Sal 8.3–9); (5) su cuidado providencial (Is 40.12ss). Cuando nuestro Señor estaba en la tierra, vio la mano de la gracia del Padre incluso en las flores y las aves (Mt 6.25ss).

El nombre hebreo para Dios en Génesis 1 es *Elohim,* el cual lo liga con la creación. La raíz básica del nombre es *El,* que significa «poderoso, fuerte, prominente». En 2.4 tenemos «Jehová Dios» que es *Jehová Elohim. Jehová* es nombre del pacto de Dios y lo une a su pueblo. Este es el nombre que dio cuando le habló a Moisés: «YO SOY EL QUE SOY» (Éx 3.14–15). Significa que es el Dios que existe en sí mismo, inmutable.

II. La creación

La existencia de los ángeles y la caída de Satanás preceden en fecha a la creación, porque los ángeles («hijos de Dios») cantaban en la creación (Job 38.7). Lucifer era el más superior de los seres creados por Dios en esta creación original (véase Ez 28.11–19) y quiso tomar el lugar de Dios (Is 14.12–17). Hallamos a Satanás ya en escena en Génesis 3, de modo que su caída debe haber ocurrido anteriormente.

La tierra estaba deforme, así que en los primeros tres días Dios formó lo que quería. La tierra estaba vacía, así que Dios llenó lo que había formado. Hizo la expansión de los cielos («firmamento») y los llenó con estrellas y planetas. Hizo la tierra y la llenó con plantas y animales. Dios originó la luz antes de colocarla en los cielos. Nótese el principio de separación ilustrado en la creación; porque Dios dividió la luz de las tinieblas y el mar de la tierra (véase 2 Co 6.14–18). Nótese también que cada ser viviente debía reproducirse «según su especie»;

no se sugiere una evolución gradual. Quizás podamos criar diferentes clases de ganado, ¡pero no podemos procrear una vaca a partir de un venado!

El hombre es la corona de la creación. Hay una «conferencia divina» entre los miembros de la Deidad antes de crearlo, algo que no se ve en ninguno de los demás pasos de la creación. Algunos de los ángeles ya se habían rebelado contra Dios y sin duda Él sabía que el hombre lo haría. Sin embargo, en su amor y gracia, modeló al primer hombre «a su imagen», refiriéndose a la personalidad del hombre: mente, voluntad, emociones, libertad, antes que a su apariencia física. (Véanse Ef 4.24; Col 3.10). Al hombre se le dio el lugar de dominio sobre la tierra, la más alta posición en la creación. Esto explica el ataque de Satanás; ¡porque Satanás (Lucifer) tuvo una vez esa posición y quería una todavía más elevada! Si no logró obtener el lugar de Dios en el universo, trataría de tomar el lugar de Dios en la vida del hombre. ¡Y lo consiguió! El hombre perdió su dominio debido a su pecado (Sal 8 y Heb 2.5–18), pero este dominio se ha recuperado para nosotros por Cristo, el postrer Adán (véase Ro 5). Cuando estaba en la tierra Jesús demostró que tenía dominio sobre los peces (Lc 5; Mt. 17.24ss), las aves (Mt 26.74–75) y las bestias (Mt 21.1–7).

En un inicio, la dieta del hombre era vegetariana, pero esto se cambió en Génesis 9.3–4. A los judíos se les dio restricciones dietéticas (Lv. 11), pero no hay tales restricciones hoy (Mc 7.17–23; Hch 10.9–16; 1 Ti 4.1–5).

III. La nueva creación

Segunda de Corintios 4.3–6 y 5.17 deja en claro que en Cristo Dios tiene una nueva creación. Pablo usa las imágenes del relato de la creación en Génesis para ilustrar esta nueva creación. El hombre se creó perfecto, pero lo arruinó el pecado. Nace pecador, «desordenado y vacío»; su vida no tiene propósito y está vacía y oscura.

El Espíritu Santo empieza su obra de convicción «moviéndose» en los corazones de los hombres (Gn 1.2). En verdad, la salvación siempre empieza con el Señor (Jon 2.9); a su gracia se debe la salvación de cualquier pecador. El Espíritu usa la Palabra para producir luz (Sal 119.130), porque no puede haber salvación sin la Palabra de Dios (Jn 5.24). Y Hebreos 4.12 dice que la Palabra tiene poder para «partir», o dividir, trayendo a la mente el hecho de que Dios dividió la luz de las tinieblas, la tierra y las aguas.

Como los seres creados en Génesis, los creyentes tienen la responsabilidad de fructificar y multiplicarse «según su género». En un paralelo a la posición de dominio de Adán, el creyente es parte de la realeza bajo el gobierno de Dios y puede «reinar en vida» mediante Cristo (Ro 5.17ss).

Así como Adán fue la cabeza de la antigua creación, Cristo es la Cabeza de la nueva creación; es el postrer Adán (1 Co 15.45–49). El AT es el «libro de las generaciones de Adán» (Gn 5.1) y concluye pronunciando una maldición (Mal 4.6). El NT es el «libro de la generación de Jesucristo» (Mt 1.1) y concluye con «no habrá más maldición» (Ap 22.3).

GÉNESIS 2

I. El primer *sabat* (2.1–3)

La palabra *sabat* simplemente significa «cesar». Dios no «descansa» porque esté cansado, puesto que Él no se cansa (Sal 121.4). Más bien cesó de sus obras creadoras; la tarea estaba ahora terminada. Bendijo a las criaturas (1.22) y al hombre (1.28). Ahora bendice el *sabat* al separarlo como un día especial. No hay mandamiento aquí para que la gente observe el *sabat*. Es más, puesto que Adán fue creado en el sexto día, el *sabat* era en realidad el primer día para él.

El *sabat* no aparece de nuevo en el AT sino hasta Éxodo 20.8–11, donde Dios lo da a Israel como su señal especial del pacto (Éx 31.12–17). Las Escrituras no dan evidencia de que Dios alguna vez les dijo a los gentiles que observaran el *sabat*; es más, el Salmo 147.19–20 deja en claro que la Ley Mosaica del AT se dio sólo a Israel, quien fue al cautiverio porque profanó el *sabat* (Neh 13.15–22). Mientras Cristo estaba en la tierra guardó el *sabat* puesto que vivía bajo la dispensación de la ley. Por supuesto, no siguió las reglas humanas de los fariseos (Mc 2.23–28).

En los primeros días de la Iglesia los cristianos se reunían en el *sabat* en las sinagogas, hasta que los creyentes judíos fueron perseguidos y expulsados. No obstante, el primer día de la semana (domingo, el día del Señor), fue su día especial de comunión y adoración (Hch 20.7; 1 Co 16.1–3; Ap 1.10). El primer día conmemora la resurrección de Cristo (Mt 28.1; Jn 20.1), la conclusión de su obra al producir la nueva creación. Véase 2 Corintios 5.17. Estos dos días especiales, el *sabat* y el día del Señor, conmemoran cosas diferentes y no deben confundirse. El *sabat* se relaciona a la antigua creación y se dio expresamente a Israel. El día del Señor se relaciona a la nueva creación y pertenece a la Iglesia. El *sabat* habla como ley de seis días de labor a los cuales le siguen el descanso, pero el día del Señor habla de gracia, porque empezamos la semana con descanso al cual le siguen las obras.

Hebreos 4 indica que el *sabat* del AT es un tipo del futuro reino de reposo, tanto como del reposo espiritual que tenemos mediante la fe en Cristo. Colosenses 2.13–17 deja en claro que el *sabat* pertenece a las «sombras» de la ley y no a la plena luz de la gracia. Si la gente quiere adorar en el *sabat*, pueden hacerlo, pero no deben juzgar ni condenar a los creyentes que no se les unen (Col 2.16–17). Gálatas 4.9–11 indica que la observancia legalista del *sabat* es un regreso a la esclavitud. Romanos 14.4–13 sugiere que guardarlo puede ser una característica de un cristiano inmaduro que tiene una conciencia débil. Es cierto que varios grupos de cristianos profesantes pueden adorar en el sábado, si lo prefieren, pero no deben condenar a quienes dan énfasis especial a adorar en el domingo, el día de la resurrección.

II. El primer jardín (2.4–14)

La historia bíblica puede resumirse en cuatro jardines: (1) Edén, donde entró el pecado; (2) Getsemaní, donde Cristo se entregó a la muerte; (3) Calvario, donde murió y fue sepultado (véase Jn. 19.41–42); y (4) el «jardín del paraíso» celestial (Ap 21.1ss). Moisés describe el primer hogar que Dios le dio a la primera pareja. Aquí no se incluyen detalles adicionales del relato de la creación del capítulo 1; estos son complementarios, no contradictorios. El versículo 5 indica que Dios necesitaba al hombre para ayudarle a labrar la tierra. El hombre fue «formado» así como el alfarero da forma al barro (la misma palabra en Jer 18.1ss). El hombre era responsable por cultivar el jardín (cuidarlo) y guardarlo (lo que sugiere la presencia de un enemigo). Dios le dio a Adán y Eva todo lo que necesitaban para la vida y la felicidad, todo lo que fue bueno y placentero, y les permitió que lo disfrutaran en abundancia.

Los dos árboles son importantes. El texto de 3.22 sugiere que el árbol de la vida sustentaba la vida para la humanidad (véase también Ap 22.2). Si Adán hubiera comido del árbol de la vida después de pecar, no hubiera muerto y entonces la muerte no hubiera pasado a todos los hombres (Ro 5.12ss) y Cristo no hubiera muerto para redimir a los hombres. El árbol de la ciencia del bien y del mal simbolizaba la

autoridad de Dios; comer de ese árbol significaba desobedecer a Dios e incurrir en la pena de muerte. No sabemos qué clase de árboles eran, sin embargo es cierto que Adán y Eva comprendieron su importancia.

III. La primera ley (2.15–17)

Adán fue una criatura perfecta, que nunca había pecado, pero que tenía la capacidad de pecar. Dios hizo a Adán un rey con dominio (1.26ss). Pero un gobernante puede regir a otros sólo si se gobierna a sí mismo, de modo que fue necesario que Adán fuera tentado. Dios siempre ha querido que sus criaturas le amen y le obedezcan por su libre voluntad y no debido a coacción ni a la recompensa.

Esta prueba era perfectamente justa y equitativa. Adán y Eva disfrutaban de la libertad y de abundante provisión en el jardín y ni siquiera necesitaban del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

IV. El primer matrimonio (2.18–25)

Todo en la creación era «bueno en gran manera» (1.31) excepto la soledad de Adán. «No es bueno que el hombre esté solo» apunta a la base del matrimonio: (1) para proveer compañía; (2) para continuar la raza; (3) para ayudarse mutuamente y producir lo mejor. La palabra «ayuda idónea» (v. 18) se refiere a un ayudante: uno que satisface sus necesidades. Esta compañía no se halló en ningún animal de la creación, mostrando así el gran abismo estable que hay entre las criaturas y los seres humanos hechos a imagen de Dios. Dios hizo a la primera mujer de la carne y hueso del primer hombre, y «cerró la carne en su lugar» (v. 21). El verbo «hizo» en el versículo 22 en realidad es la palabra «construir», como uno construiría un templo. El hecho de que Eva fue hecha de Adán muestra la unidad de la raza humana y la dignidad de la mujer. Se ha hecho notar que Eva fue hecha, no de los pies del hombre para que este la pisoteara, ni de la cabeza como para regir sobre él, sino de su costado, para estar cerca de su corazón y que la amara.

Adán le puso nombre a todos los animales que Dios le trajo (v. 19), mostrando así que el primer hombre tenía inteligencia, lenguaje y facultad de hablar. Ahora llama a su novia «mujer» (en el hebreo *ishá* que se relaciona a *ish*, que significa «hombre»). De modo que, en nombre y naturaleza, el hombre y la mujer se pertenecen mutuamente. Qué maravilloso sería si Dios celebrara cada boda. Entonces cada hogar sería un paraíso en la tierra.

Por supuesto, esto es un hermoso cuadro de Cristo y la Iglesia (Ef 5.21–33). Cristo, el postrer Adán, dio origen a la Iglesia cuando dormía su muerte en la cruz y los hombres abrieron su costado (Jn 19.31–37). Participó de nuestra naturaleza humana para que nosotros pudiéramos participar de su naturaleza divina. Eva fue el objeto del amor y preocupación de Adán, así como la Iglesia recibe el amor y el ministerio de Cristo. Primera de Timoteo 2.11–15 destaca que Adán voluntariamente comió del fruto prohibido y no lo engañaron como a Eva. Estaba dispuesto a convertirse en pecado con tal de quedarse con su esposa. Así Cristo estuvo dispuesto a ser hecho pecado por nosotros para que nosotros pudiéramos estar con Él para siempre. ¡Qué amor y gracia! Nótese también que Eva fue formada antes de que el pecado entrara en escena, así como hemos sido escogidos en Cristo «antes de la fundación del mundo» (Ef 1.4).

Si miramos con detenimiento, nos daremos cuenta de tres cuadros de la Iglesia en estos versículos, así como se pinta a la Iglesia en Efesios. Eva era la esposa (Ef 5.21–33); también era parte del cuerpo de Adán (Gn 2.23; Ef 5.29–30); y fue hecha o «edificada», lo cual sugiere a la Iglesia como templo de Dios (Ef 2.19–22).

GÉNESIS 3

I. Tentación (3.1–6)

A. El tentador.

Dios no es el autor del pecado, ni Él tienta a las personas a pecar; esto es la obra del diablo (Stg 1.13). Ya hemos visto que Satanás cayó en pecado antes de la obra de Génesis 1.3ss. Al principio era un bello ángel, regocijándose en la creación divina (Job 38.4–7), pero pecó y Dios lo juzgó (Is 14.12–17; Ez 28.11–19). Nótese que Satanás vino a Eva disfrazado de serpiente, porque se disfraza y le aparece a la gente en su verdadero carácter. En Génesis 3 Satanás es la serpiente que engaña (2 Co 11.3); en Génesis 4 es el mentiroso que mata (Jn 8.44). Debemos cuidarnos para evitar sus sendas engañosas.

B. El blanco.

Satanás apuntó a la mente de Eva (2 Co 11.1–3; 1 Ti 2.9–15) y tuvo éxito en engañarla. La mente del hombre es una parte de su ser creado a imagen de Dios (Col 3.9–10), de modo que Satanás ataca a Dios cuando ataca la mente humana. Satanás usa mentiras. Es mentiroso y padre de mentiras (Jn 8.44).

C. La táctica.

Mientras que la mente se aferre a la verdad de Dios, Satanás no puede ganar; pero una vez que la mente duda de la Palabra de Dios, hay campo para que se introduzcan las mentiras del diablo. Satanás cuestiona la Palabra de Dios (v. 1), la niega (v. 4) y luego la sustituye con sus propias mentiras (v. 5). Nótese que Satanás procura socavar nuestra fe en la bondad de Dios; le sugirió a Eva que Dios estaba «privándoles de algo» al decirles que se abstuvieran del árbol de la ciencia del bien y del mal. Cuando cuestionamos la bondad de Dios y dudamos de su amor, jugamos precisamente en las manos de Satanás, quien hace que la tentación parezca maravillosa al hacerles una oferta: «¡Seréis como Dios!» Satanás mismo quizo ser «semejante al Altísimo» (Is 14.14) y siglos más tarde le ofreció a Cristo «todos los reinos del mundo» si le adoraba (Mt 4.8).

D. La tragedia.

Eva no debió haberle dado «lugar al diablo» (Ef 4.27); debió haberse aferrado a la Palabra de Dios y resistido al diablo. Nos preguntamos dónde estaba Adán durante esta conversación. En cualquier caso, Eva quitó de la Palabra al omitir «libremente» (v. 2); añadió a la Palabra al ampliar «ni le tocaréis» (v. 3); y cambió la Palabra al hacer el «ciertamente moriréis» de Dios como «para que no muráis» (v. 3). En el versículo 6 vemos la trágica operación de los deseos de la carne («bueno para comer»), el deseo de los ojos («agradable a los ojos») y el orgullo de la vida («codiciable para alcanzar la sabiduría»), véase 1 Juan 2.15–17. Es difícil pecar solo. Algo en nosotros nos hace querer pecar con otros. Adán deliberadamente pecó y sumergió al mundo en juicio (1 Ti 2.14).

II. Condenación (3.7–19)

A. Interna (vv. 7–13).

De inmediato vino la pérdida de la inocencia y la gloria y un sentido de culpa. Trataron de cubrir su desnudez con sus obras, ropajes que Dios no aceptó (v. 21). Aún más, vemos una pérdida del deseo de comunión con Dios. Cuando oyeron que Dios se acercaba, ¡se escondieron! La culpa, el temor y la vergüenza rompió la comunión con Dios que disfrutaban antes de su desobediencia. Nótese también que hubo una actitud creciente de autodefensa: el hombre le echó la culpa a la mujer y la mujer culpó a la serpiente. Vemos aquí el trágico efecto interno del pecado.

B. Externa (vv. 14–19).

Es probable que la serpiente que Satanás usó no era la criatura rastrera que conocemos hoy. El nombre sugiere brillo y gloria, pero debido a que la criatura se sometió a Satanás y participó en la tentación, fue juzgada y condenada a arrastrarse en el polvo. El juicio de la mujer incluyó concepción y dolor en el alumbramiento. Fue puesta en sujeción a su marido. Nótese que Pablo sugiere que las mujeres cristianas que se casan con inconversos pueden tener peligros especiales al criar a los hijos (1 Ti 2.8–15). El juicio sobre el hombre involucra su trabajo: el paraíso se reemplazaría con el desierto y el gozo del ministerio en el jardín con el sudor y el esfuerzo en el campo. El trabajo no es la pena de Dios, porque el trabajo no es pecaminoso (2.15). Es el sudor y el esfuerzo del trabajo y los obstáculos de la naturaleza que nos recuerdan de la caída del hombre. Toda la creación está bajo maldición y en esclavitud debido al pecado (Ro 8.15–25).

C. Eterna (v. 15).

Este es el primer evangelio declarado en la Biblia: las buenas nuevas de que la simiente de la mujer (Cristo) a la larga derrotaría a Satanás y a su simiente (Gl 4.4–5). A partir de aquí y en adelante el torrente se divide: Satanás y su familia (simiente) se opone a Dios y a su familia. Dios mismo puso la enemistad (hostilidad) entre ellas y Él llevará al clímax la guerra cuando arroje a Satanás al infierno (Ap 20.10). Repase la parábola de la cizaña en Mateo 13 y note que Satanás tiene hijos así como Dios los tiene. En Génesis 4 Caín mata a Abel y 1 Juan 3.12 nos informa que Caín «era del maligno»; hijo del diablo. El AT es la historia de dos simientes en conflicto; el NT nos narra el nacimiento de Cristo y su victoria sobre Satanás mediante la cruz.

III. Salvación (3.20–24)

El único evangelio que Adán oyó fue lo que Dios dijo en 3.15, sin embargo, lo creyó y fue salvo. ¿Cómo lo sabemos? Debido a que llamó a su mujer «Eva» que significa «vida» o «dadora de vida». Dios dijo que Adán y Eva morirían y Adán murió físicamente a los 930 años. Pero también murió espiritualmente, cuando se separó de Dios debido al pecado. Dios prometió el nacimiento de un Salvador por medio de la mujer, y Adán creyó esta promesa y fue salvo. Dios no cambió los resultados físicos del pecado, pero sí remitió las consecuencias eternas: el infierno.

Las túnicas de pieles en el versículo 21 son cuadros de la salvación que tenemos en Cristo. Debe haber habido derramamiento de sangre, el ofrecimiento de vida inocente por el culpable. Adán y Eva trataron de cubrir su pecado y vergüenza con hojas (3.7), pero Dios no aceptó estas buenas obras. ¡Él tampoco acepta tales obras hoy!

Los vestidos en la Biblia a menudo son un cuadro de la salvación. Véanse Isaías 61.10 y Zacarías 3. El hijo pródigo fue vestido de nuevo cuando regresó a casa (Lc 15.22). Los vestidos de justicia propia y buenas obras son trapos de inmundicia a los ojos de Dios (Is 64.6). Nótese que Dios quiere que Adán y Eva se cubran; Él aprobó su sentido de vergüenza. Es siempre una señal de degeneración cuando la gente revierte eso y se vuelve a la desnudez. «Ropa decorosa» es siempre la norma de Dios (1 Ti 2.9).

Los versículos 22–24 muestran una extraña acción de la gracia de Dios: ¡sacó al hombre y a la mujer del huerto! Habían abandonado su derecho al árbol de la vida al desobedecer a Dios. Si hubieran comido de ese árbol, hubieran vivido para siempre en su estado pecaminoso. Lo cual significa que el Salvador, el segundo Adán, no podría haber venido para morir para librar a los seres humanos del pecado. Así, al echar a Adán y Eva del paraíso, Dios mostraba su gracia y misericordia a la raza humana entera. La espada que colocó en el jardín guardaba el camino. Es posible traducir esto como «una llama parecida a una espada»: el fuego de Dios que habla de su santidad (Heb 12.29).

Romanos 5 y 1 Corintios 15.42–49 explican los contrastes entre el primer Adán y el postrer Adán, Cristo. Adán fue hecho de la tierra, pero Cristo descendió del cielo. Adán fue tentado en un jardín perfecto, mientras que Cristo fue tentado en un terrible desierto. Adán deliberadamente desobedeció y sumergió a la raza humana en pecado y muerte, pero Cristo obedeció a Dios y trajo justicia. Como ladrón Adán fue expulsado del paraíso. Hablándole al ladrón, Jesús le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23.43).

Nótese que en Romanos 5 tenemos varias afirmaciones «mucho más» (9, 15, 17, 20), indicando que la muerte de Cristo no sólo nos puso de regreso donde Adán estaba. Nos dio mucho más de lo que Adán jamás tuvo. ¡Somos reyes y sacerdotes para Dios y reinaremos con Cristo para siempre!

GÉNESIS 4

Caín es el principal actor en este capítulo, y su carácter y conducta se revelan en cuatro aspectos diferentes.

I. El adorador (4.1–5)

Tanto la promesa de Dios en 3.15 como la fe de Adán en 3.20 se ven en 4.1. Eva trajo al mundo una nueva vida y pensó que su hijo era la simiente prometida. Una posible traducción sería: «He adquirido varón: ¡el Señor!». «Caín» significa «adquirido», se miraba al niño como un don de Dios. Abel significa «vanidad, vapor»: Sugiere la futilidad de la vida separados de Dios, o quizás la desilusión de Eva porque Caín no era la simiente prometida. Desde el mismo principio vemos una división del trabajo: puesto que a Caín se identifica con la tierra, a Abel con el ganado. Como Dios ya había maldecido la tierra (3.17), por eso a Caín se le identifica con esa maldición.

Esta primera familia debe haber conocido un lugar definido de adoración, por cuando ambos hijos trajeron ofrendas al Señor. Quizás se deba a que la gloria de Dios habitaba en el árbol de la vida, con el camino guardado por el querubín (3.24). Hebreos 11.4 indica que Abel trajo su ofrenda por fe; y Romanos 10.17 enseña que «la fe viene por el oír». Esto significa que Dios debe haber enseñado a Adán y a su familia a cómo acercarse a Él, y 3.21 indica que se incluía el sacrificio de sangre. Hebreos 9.22 afirma que debe haber derramamiento de sangre antes de que exista remisión de pecado, pero Caín trajo de la tierra maldita una ofrenda sin sangre. Su ofrenda tal vez fue sincera, pero no se aceptó. No tenía fe en la Palabra de Dios, ni dependencia en el sacrificio de un sustituto. A lo mejor Dios «respondió por fuego» (Lv 9.24) y consumió la ofrenda de Abel, pero la de Caín se quedó en el altar.

Caín tenía cierta forma de piedad y religión, pero negó el poder (2 Ti 3.5). Primera de Juan 3.12 indica que Caín era hijo del diablo y esto significa que practicaba una falsa justicia de la carne, no la justicia de Dios por fe. Jesús llamó «hijos del diablo» a los fariseos que se autojustificaban y culpó a los de su calaña por la muerte de Abel (Lc 11.37–51). Judas 11 habla acerca del «camino de Caín», que es la senda de la religión sin sangre, religión basada en buenas obras religiosas y justicia propia. Sólo hay dos religiones en el mundo actual: (1) la de Abel, que depende de la sangre de Cristo y su obra consumada en la cruz; y (2) la de Caín, que depende de las buenas obras y religión que agrada al hombre. ¡La una conduce al cielo, la otra al infierno!

II. El homicida (4.6–8)

Santiago 1.15 nos advierte que el pecado empieza de una manera pequeña, pero crece y lleva a la muerte. Así ocurrió con Caín. Vemos desilusión, ira, celos y por último homicidio. El odio en su corazón le llevó al asesinato con sus manos (Mt 5.21–26). Dios vio el corazón sin fe de Caín y el semblante decaído y le advirtió que el pecado estaba agazapado como una bestia salvaje, esperando para destruirlo. Dios le dijo: «Él te desea, pero tú debes regir sobre él». Lastimosamente Caín alimentó a la bestia salvaje de la tentación, ¡luego abrió la puerta y la invitó a entrar! Caín invitó a su hermano para hablar con él y después lo mató a sangre fría. Hijo del diablo (1 Jn 3.12), Caín, como su padre, era mentiroso y homicida (Jn 8.44). En el capítulo 3 tenemos a un hombre pecando contra Dios al desobedecer su Palabra; en el capítulo 4 vemos al hombre pecando contra el hombre.

III. El vagabundo (4.9–16)

Adán, «¿dónde estás tú?» «¿Dónde está Abel tu hermano?» ¡Cuán significativas son estas dos primeras preguntas en la Biblia! El pecado siempre nos alcanza, aun cuando tratemos (como Caín) de mentir respecto a nuestro pecado. La sangre de Abel clamaba venganza; la sangre de Cristo clama paz y perdón (Heb 12.24). Dios maldijo a la serpiente; ahora maldice a Caín. «Maldito seas tú de la tierra!» (v. 11). En otras palabras, la tierra no rendiría frutos a Caín y tendría que deambular de lugar en lugar para vivir. Sería un fugitivo, un peregrino.

Caín no se arrepintió de su pecado; en lugar de eso, mostró remordimiento y desesperación. Como sus padres, le echó la culpa a Dios: «¡Me echas hoy de la tierra!» (v. 14). Fue rechazado por el cielo y por la tierra. Fue condenado a una intranquilidad que sólo se podía curar con fe.

Nótese también el temor y desesperación de Caín: «Cualquiera que me hallare, me matará» (v. 14). En gracia Dios prometió proteger a Caín y le puso una señal para verificar su promesa. (No es probable que haya sido una marca literal en Caín; más bien Dios le dio a Caín una señal para darle seguridad. ¡Qué gracia!) ¿Por qué Dios dejó en libertad a Caín? Por un lado, Caín llegó a ser un «sermón andante» de la gracia de Dios y de las trágicas consecuencias del pecado. ¡Qué cuadro de la humanidad de hoy: inquieta, sin esperanza, errabunda, derrotada!

¿Pasó Caín el resto de su vida peregrinando? ¡No! ¡Se estableció y edificó una ciudad! Aquí tenemos el origen de la «civilización»: el sustituto humano en lugar de los dones de Dios.

IV. El constructor (4.17–26)

«Nod» significa «descarriarse, andar errante», de modo que la misma tierra que escogió Caín habla de su peregrinaje alejándose de Dios. Se alejó de la presencia de Dios (4.16); no necesitaba una religión de sangre. Sin dudas Caín se casó con una de sus hermanas, porque para ese entonces había muchos descendientes de Adán (5.3 indica que han pasado 130 años). Más tarde Abraham se casa con su media hermana; ¿por qué no podía Caín hacerlo con su hermana de sangre, especialmente cuando el pecado aún no había hecho sus estragos en el cuerpo humano? El nombre de su hijo, Enoc, significa «iniciación» y sugiere un nuevo comienzo, pero era un comienzo sin Dios.

Evaluados desde el punto de vista humano los descendientes de Caín son un grupo admirable. Jabal («errante») fundó la ciencia de la agricultura (v. 20). Jubal fundó la «cultura»: música; y Tubal-caín la industria metalúrgica. Al parecer la «ciudad» de Caín fue un gran éxito, pero Dios dejó en claro que rechazaba todo eso. En el versículo 25 Dios le dio a Adán y Eva otra simiente: Set, que significa «el designado, el sustituto» (ocupando el lugar de Abel). Dios no trató de reformar a los cainitas. Los rechazó y al fin y al cabo los condenó en el diluvio. Así como los cainitas poco a poco se fueron alejando de la verdadera adoración a Dios, los setitas fueron regresando a Él (v. 26) y estableciendo de nuevo su adoración al Señor.

La civilización actual tiene su origen en Caín. Tiene elementos tales como la agricultura, la industria, artes, grandes ciudades y religión sin fe en la sangre de Cristo. También, como la civilización antigua de Caín, será destruida. Todavía exhibimos con jactancia asesinos como Lamec y todavía tenemos personas (como Lamec) que violan los sagrados votos del matrimonio. «Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mt 24.37). Los hombres aún rechazan la divina revelación y dependen de sus recursos humanos. El verdadero cristiano no pertenece a este «sistema mundial» que es pasajero (1 Jn. 2.15–17) y no debe enredarse con él (Ro 12.2; 2 Co 6.14–7.1).

Debemos notar especialmente el «mensaje de Lamec» (vv. 23–24). Este pasaje no es claro y no todos los estudiosos bíblicos lo interpretan de la misma manera. Lamec fue el séptimo desde Adán, por el lado de Caín, y fue uno que desagradó a Dios, en tanto que Enoc fue el séptimo desde Adán por el lado de Set (5.3–27) y caminó con Dios y agradó a Dios (Heb 11.5). Nótese que la línea cainita hasta copió los nombres de los verdaderos creyentes en la línea de Set (Enoc-Enós; Irad-Jared; Mehujael-Mahalaleel; Lamec-Lamec). Algunos sugieren que un joven hirió a Lamec, de modo que en defensa propia este mató a su atacante. Si Dios vengó a Caín, quien era culpable de crudo homicidio, de seguro defendería a Lamec que mató en defensa propia. Otra sugerencia es que Tubal-caín fue el que diseñó las primeras armas de bronce y hierro y que Lamec las exhibía con orgullo a sus esposas. Los verbos hebreos pueden traducirse en tiempo futuro: «Mataré a cualquiera que me hiera, y no necesitaré la protección de Dios, porque con estas armas puedo vengarme setenta veces siete». Bajo esta perspectiva, es la primera expresión en la Biblia de desafío arrogante y guerra.

GÉNESIS 5–8

Estos capítulos analizan el diluvio y la fe de Noé. Como es imposible explotar todos los tesoros espirituales aquí, nos limitaremos a cuatro aspectos de este importante suceso en la historia bíblica.

I. El diluvio considerado históricamente

A. El hecho del diluvio.

Que hubo en realidad un diluvio lo demuestra tanto Génesis, como Cristo (Mt 24.37–39; Lc 17.26–27), los profetas (Is 54.9) y los apóstoles (1 P 3.20; 2 P 2.5; 3.6). Los arqueólogos nos dicen que muchas civilizaciones antiguas tienen una tradición del diluvio con detalles paralelos al relato de Génesis. Tal vez estos relatos (que involucran sus fantásticos dioses) fueron corrupciones de la historia original del diluvio que se trasmitieron de generación en generación.

B. El propósito del diluvio.

Se indica en 6.5–13, debido a que la gente se había corrompido y la tierra estaba llena de violencia, Dios envió el diluvio para destruir a la humanidad. Siempre debe haber juicio y muerte antes de un nuevo comienzo. Estudiaremos los detalles más adelante.

C. Cronología del diluvio.

Si contamos el año de la creación de Adán como 1, Noé nació en el año 1056. Génesis 6.3 indica que Dios le dio a Noé 120 años para construir el arca y predicar (1 P 3.20), que quiere decir que tenía 480 años cuando empezó (7.11). Esto sería el año 1536. El diluvio vino en el año 600 de Noé, que sería 1656, y en 1657, cuando tenía 601 años, Noé y su familia volvieron a tierra seca (8.13ss). Los acontecimientos del arca empezaron en el décimo día del segundo mes (digamos, el 10/2) de 1656, cuando Noé y su familia entraron en el arca (7.1–9). El diluvio comenzó el 17/2 (7.10–11); las lluvias cesaron el 26/3 (7.12); y el arca encalló en el monte Ararat el 17/7 (8.1–4). El 1/10 la familia podía ver las cimas de los montes (8.5). El 11/11 Noé envió un cuervo (8.6–9). El 18/11 envió una paloma, la cual trajo de regreso una rama de olivo (8.10–11). Una semana más tarde, el 25/8 Noé envió de nuevo una paloma que no regresó (8.12). El primer día del primer mes del año siguiente (1657), Noé quitó la cubierta del arca y examinó la tierra (8.13). El 27/2 todos salieron del arca (8.14ss).

D. El arca.

No era un barco, sino más bien una «caja flotante» hecha de madera de ciprés y calafateada con brea. Si usamos un codo de 60 cm, el tamaño del arca sería de 180 m de largo, 30 m de ancho y 18 m de alto. Si usamos un codo de 45 cm, el tamaño sería entonces de 150 x 25 x 15. En cualquier caso, el arca era lo bastante grande como para albergar toda la colección de animales, el alimento necesario y los miembros de la familia de Noé. No sabemos cuántas especies de animales había en esos días. Nótese que 6.20 indica que Dios trajo los animales a Noé. Había tres niveles en el arca, con una ventana en el techo del nivel más alto, o en la parte de arriba del nivel más alto (6.16); y había una puerta.

E. El diluvio en sí mismo.

El diluvio lo causó la lluvia que caía y el agua que brotó de la tierra (7.11). Uno puede imaginarse los tremendos efectos que esto tendría en la superficie de la tierra, tanto como en el clima. Gigantescas marejadas siguieron a estas erupciones. Génesis 2.5–6 sugiere que la lluvia era algo nuevo en la tierra en el tiempo de Noé, lo cual hace de la fe de Noé incluso más maravillosa.

II. El diluvio considerado como tipo

El arca es un cuadro revelador de nuestra salvación en Cristo (véase 1 P 3.18–22). Dios planeó la salvación y el arca, no las inventó ningún ser humano. Hay sólo un camino de salvación y había una sola puerta en el arca. Esta se hizo de madera, que habla de la humanidad de Cristo: tenía que nacer como hombre para salvarnos. La palabra que se usa para «calafatear» en 6.14 es la misma que posteriormente en el AT se usa para «expiación». Dios invitó a Noé y a su familia a entrar en el arca (7.1); luego, una vez dentro, los encerró para que estuvieran seguros (7.16). El arca no sólo salvó a la humanidad, sino también a las criaturas que estaban dentro, así como la muerte de Cristo un día libertará a la creación de la esclavitud del pecado (Ro 8.18–23). El arca salvó a Noé y a su familia del juicio debido a que creyeron en la promesa de Dios (Heb 11.7); Cristo nos salva de la ira venidera al creer en Él. Primera de Pedro 3.18–22 conecta el arca con la resurrección de Cristo; las aguas sepultaron el viejo mundo pero elevaron a Noé a una nueva vida. Noé fue fiel al obedecer todo lo que Dios le ordenó; Jesús dijo: «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8.29). Noé fue llevado con seguridad a través de la inundación; Cristo atravesó el aluvión del sufrimiento (Sal 42.7) y salió victorioso. Noé salió del arca, cabeza de una nueva creación con su familia; y Cristo salió de la tumba, Cabeza de la nueva creación y Padre de una nueva familia.

Noé atravesó el juicio y estuvo seguro, así como el remanente judío atravesará la tribulación para establecer el reino en la tierra. Enoc fue arrebatado antes de que llegara el juicio (5.21–24; Heb 11.5), así como la Iglesia será arrebatada antes de que la ira de Dios se derrame sobre el mundo. Véanse 1 Tesalonicenses 1.10 y 5.9–10.

III. El diluvio considerado proféticamente

Cristo enseña que los días antes del Rapto y la tribulación será como en los días de Noé (Lc 17.26; Mt 24.37–39). Vivimos en «los días de Noé». Vemos paralelos tales como la multiplicación de las personas en la «explosión demográfica» (6.1); corrupción moral de todo tipo (6.5); violencia (6.11, 13); incremento de las artes y la industria (4.16–22); falta de conciencia, incluso por homicidio (4.23–24); y los verdaderos creyentes son minoría (6.8–10). Pero tenga presente que «los días de Noé» también son de testimonio. Es más, Dios le dijo a Noé que el juicio se avecinaba y este advirtió a las personas (Jud 14–15). Matusalén, el hijo de Enoc, nació en el año 687 y vivió 969 años. Murió en el año 1656, el mismo año del diluvio. En otras palabras, Dios le dio al mundo impío 969 años de gracia. Y por los últimos 120 años de ese período Noé predicaba y preparaba el arca (Gn 6.3; 1 P 3.20). Hoy Dios advierte que el juicio se avecina (2 P 3: fuego, no agua), pero pocos escuchan e incluso menos creen.

IV. El diluvio considerado en forma práctica

Vemos en el relato del diluvio al menos seis consideraciones prácticas: (1) Dios debe castigar el pecado. Debe morir lo viejo antes de establecer lo nuevo. (2) Dios advierte, pero al final su paciencia se acaba y el juicio viene. (3) Dios siempre ha salvado a las personas de la misma manera: por gracia (6.8), por fe (Heb 11.7). (4) La verdadera fe conduce a la obediencia (6.22; 7.5). (5) El verdadero testimonio exige separación del pecado, y Noé y su familia se conservaron sin mancha en el mundo. (6) Si «los hijos de Dios» en 6.1–4 fueron ángeles o la familia de Set, la lección se ve: Dios condena el compromiso y la rebelión, pero recompensa al santo separado.

GÉNESIS 9–11

I. El pacto de Dios con Noé (9.1–17)

La palabra pacto significa «cortar», refiriéndose al corte de los sacrificios que eran parte decisiva de llegar a un acuerdo (véase Gn 15.9ss). Mediante Noé Dios hizo un acuerdo con toda la humanidad y sus términos todavía siguen vigentes. La base del pacto fue la sangre derramada del sacrificio (8.20–22), así como la base del nuevo pacto es la sangre derramada de Cristo.

Los términos del pacto son estos: (1) Dios no destruirá la humanidad con agua; (2) el hombre puede comer carne de animal, pero no sangre (véase Lv 17.10ss); (3) hay temor y terror entre el hombre y la bestia; (4) los seres humanos son responsables del gobierno humano, visto en el principio de la pena capital (véase Ro 13.1–5). Dios aparta el arco iris como señal y promesa del pacto. Esto no significa que el arco iris apareció por primera vez en ese momento, sino sólo que Dios le dio un significado especial cuando hizo este pacto. El arco iris se debe a la luz del sol y la tormenta, y sus colores nos recuerdan de la «multiforme (muchos colores) gracia de Dios» (1 P 4.10). El arco iris aparece como un puente entre el cielo y la tierra, recordándonos que en Cristo, Dios puso un puente sobre el abismo que separa al hombre de Dios. Encontramos el arco iris de nuevo en Ezequiel 1.28 y Apocalipsis 4.3.

Debemos tener presente que el pacto fue con la «simiente» de Noé y esto nos incluye a nosotros hoy. Por eso la mayoría del pueblo cristiano ha apoyado la pena capital (9.5–6). Dios prometió vengar a Caín (4.15), pero en este pacto con Noé Dios les dio a los hombres la responsabilidad de castigar al asesino.

II. La maldición de Noé sobre Canaán (9.18–29)

A. El pecado.

Era un santo maduro, de más de 600 años de edad, y no un joven pródigo, el que cayó en pecado y vergüenza. El texto hebreo sugiere que Noé deliberadamente se desnudó de una manera vergonzosa; la intemperancia y la impureza con frecuencia van juntas. Algunos excusan a Noé sugiriendo que las nuevas condiciones atmosféricas de la tierra después del diluvio propiciaron la fermentación del vino y que Noé no sabía con certeza lo que hacía. Pero la Biblia no excusa el pecado de los santos. Este es el tercer fracaso del hombre. Desobedeció en Edén, lo que provocó su expulsión; corrompió la tierra, lo que provocó el diluvio; ¡y ahora se convertía en un vergonzoso ebrio! Para empeorar las cosas Cam no respetó a su padre; en lugar de eso, «contó divertido» lo que hizo Noé.

B. La maldición.

Noé se enteró de lo que Cam había hecho y pronunció su famosa maldición. (Esta es la tercera maldición en Génesis. Véanse 3.14–19 y 4.11.) El hecho de que maldice a Canaán, el hijo menor de Cam (10.6), sugiere que el hijo participó en el pecado junto con su padre y que Dios castigaría los pecados tanto del padre como del hijo. Canaán y sus descendientes (naciones nombradas en 10.15–20) serían los más serviles para sus hermanos. Es fácil notar que a la larga judíos y gentiles los esclavizaron. Por supuesto, los semitas fueron judíos. Sus tribus se mencionan en 10.21–32 y 11.10–26 traza la línea hasta Abraham. Los descendientes de Jafet son gentiles (10.1–5). La esclavitud de los descendientes de Canaán se menciona en Génesis 15.13–21 con 10.15–20. No se nos dice cómo aparecieron las distinciones raciales, pero Hechos 17.26 enseña que Dios hizo a todos los hombres «de una sangre».

C. La bendición.

Noé bendijo a los judíos (Sem) y les dio a los cananitas como siervos. Prometió que los gentiles (Jafet) se esparcirían por todas partes, pero que (hablando espiritualmente) morarían en tiendas judías. Pablo lo explica en Romanos 9–11.

III. La confederación de Nimrod contra Dios (11.1–9)

A. El dictador (10.6–14).

Nimrod fue el nieto de Cam por medio de Cus y su nombre significa «rebelde». Fue un tirano poderoso a los ojos de Dios, el primer dictador. La palabra «cazador» no se refiere a la cacería de animales, sino más bien a la de hombres. Fundó el imperio babilónico y organizó la empresa que condujo a la construcción de la torre de Babel. La historia nos informa que Nimrod y su esposa crearon una nueva religión alrededor de «la madre y el hijo». Léanse los detalles en el libro *The Two Babylons* [Las dos Babilonias] de Alexander Hislop (S.W. Patridge, Londres, 1956). «Babilonia» en la Biblia simboliza la rebelión contra Dios y confusión religiosa. A través de toda la Biblia vemos a Babilonia oponiéndose al pueblo de Dios, culminando en la «Babilonia la grande» de Apocalipsis 17–18.

B. La rebelión.

Dios había ordenado que el hombre llenara la tierra (9.1, 7, 9), pero decidieron establecerse en la llanura de Sinar donde estaba ubicada Babilonia (10.8–10). Esto fue una rebelión deliberada contra la Palabra de Dios. Viajaron «de oriente», lo que sugiere que le daban la espalda a la luz. Decidieron unirse y edificar una ciudad y una torre. Sus propósitos fueron: (1) mantener unidad en oposición a Dios, y (2) hacerse un nombre. Esta operación entera es un vislumbre de la oposición final del hombre (y Satanás) contra Cristo, centrada en la Babilonia de Apocalipsis 17–18. Los hombres se unirán en una iglesia y una organización política mundiales; el último dictador mundial, el anticristo, los dirigirá; y sus planes se frustrarán. Es interesante notar que hoy el mundo avanza con rapidez al concepto de «un mundo», gracias a las Naciones Unidas y otras alianzas internacionales.

C. El juicio.

Dios conoce los designios de los rebeldes y los juzga. La Deidad celebró otra conferencia (véanse 1.26 y 3.22) y decidió confundir la lengua de los trabajadores, haciendo así imposible que trabajaran juntos. Esto en realidad fue tanto un acto de misericordia como de juicio, porque si hubieran persistido en sus planes, hubiera venido un juicio más terrible. El nombre «Babel» procede de una palabra hebrea que significa «puerta de Dios». Suena como la palabra *balal* que significa «confusión». La descripción de la acción de Dios aquí explica el origen de los idiomas de la humanidad. A menudo se ha señalado que Pentecostés fue lo inverso de Babel; había verdadera unidad espiritual en el pueblo de Dios; hablaron en otros idiomas que se entendieron; y su trabajo glorificó a Dios, no a los hombres.

IV. El llamamiento de Dios a Abraham (11.10–32)

En 10.21–32 tenemos el árbol de la familia de Sem, pero aquí el escritor repite la línea para mostrar cómo Abraham encaja en el plan. Toma la línea de Taré, el padre de Abraham (11.26). Vemos aquí otra evidencia de la elección divina: ¡Dios escoge a Abraham en su gracia! Pasó por alto a Cam y a Jafet, y escogió a Sem. De los cinco hijos de Sem (10.22), escogió a Arfaxad (11.10). De los tres hijos de Taré (11.26), escogió a Abraham. Este es el principio de la nación hebrea.

Génesis 12.1 indica que el Señor le había dicho (tiempo pasado) a Abraham: «Sal». Pero 11.31–32 indica que Abraham no obedeció por completo. En lugar de dejar a su padre, se lo llevó consigo; y el peregrinaje lo retrasó en Harán, donde Taré murió. A menudo la obediencia a medias llega a ser costosa, tanto en tiempo como en tesoro. Abraham perdió el tiempo que pudiera haber estado caminando con Dios y perdió también a su padre. Abraham llevó con él a Lot en su siguiente etapa del viaje, pero Lot también tenía que separarse de Abraham (13.5–14).

Hebreos 11.8–19 es un resumen de la fe de Abraham. Alguien ha dicho que Abraham creyó a Dios cuando no sabía dónde (Heb 11.8), cuando no sabía cómo (11.11) y cuando no sabía por qué (11.17–19).

Debemos recalcar de nuevo que Dios no llamó a Abraham debido a los méritos de este. No tenía ninguno. Era ciudadano de una ciudad idólatra, Ur de los Caldeos. Si Dios no se le hubiera revelado, hubiera muerto como incrédulo. Desde el punto de vista humano la selección que hizo Dios de Abraham y Sara, que no tenían hijos, era una insensatez. Pero al final trajo gran gloria a Dios y gran bendición al mundo.

GÉNESIS 12–13.4

Este capítulo empieza a relatar cómo Abraham anduvo por fe. (Su nombre de pila, por supuesto, era Abram, «padre enaltecido», que fue cambiado a Abraham, «padre de una multitud». Usaremos el nombre más familiar por conveniencia.) El diluvio había destruido a una civilización corrupta, pero otra sociedad pecadora pronto ocupó su lugar. Dios llamó a un hombre para empezar el cumplimiento de su promesa de Génesis 3.15, de enviar un Salvador al mundo. Este hombre era descendiente de Sem (11.10ss) y el padre de la nación judía. ¡Con este solo hombre Dios iba a bendecir al mundo entero!

I. La respuesta de fe de Abraham (12.1–9)

A. El pacto (vv. 1–3).

Dios llamó a Abraham en Ur de los Caldeos (Hch 7.2–4), pero este se quedó en Harán hasta la muerte de su padre (11.27–32). Dios exige total separación para Él, incluso si es necesaria la muerte para lograrlo. Este llamamiento era completamente por gracia y las bendiciones de todo el pacto se debían a la bondad de Dios. Dios le prometió a Abraham: (1) una tierra; (2) un gran nombre; (3) una gran nación; y (4) una bendición que se esparciría por todo el mundo. Responder a estas promesas exigió una gran porción de fe de parte de Abraham, por cuanto no tenía hijos, y él y su esposa estaban envejeciendo (11.30). Nótese la repetición de «Haré» en los labios de Dios. Él lo haría si tan solo Abraham creía. No cabe duda que Dios ha cumplido sus promesas, porque Israel tiene su tierra (y tendrá más); los judíos han bendecido a todas las naciones al darnos la Biblia y a Cristo; y el nombre de Abraham lo reverencian judíos, musulmanes, cristianos y hasta incrédulos. Los hombres de Babel querían hacerse un nombre para sí mismos y fracasaron (11.4); ¡pero Abraham confió en Dios y Dios le dio un gran nombre!

B. El compromiso (vv. 4–6).

«Lot fue con él»; este fue el error número dos. El padre de Lot, Harán, había muerto (11.28), de modo que Abraham tomó al joven bajo su protección, sólo para crearse serios problemas. Más adelante, Dios tuvo que separar a Lot de Abraham antes de poder avanzar su plan para la vida del patriarca. No se cuenta su largo viaje desde Harán a Canaán, pero es cierto que exigió fe y paciencia finalizarlo. Es fácil ver que Abraham era un hombre rico, pero que su riqueza no fue una barrera para andar con Dios. Los viajeros llegaron a Siquem, «el lugar del hombro». ¡Qué maravilloso es que el creyente viva en «el lugar del hombro», en donde «acá abajo [están] los brazos eternos» (Dt 33.27).

C. La confesión (vv. 7–9).

La obediencia siempre conduce a la bendición. Después de que Abraham llegó a Canaán el Señor se le apareció para darle seguridad adicional. Abraham no vaciló en confesar su fe ante los paganos de la tierra. A dondequiera que iba levantaba su tienda y edificaba un altar. (Véase 13.3–4, 18.) La tienda habla del peregrino, una persona que confía en Dios de día en día y siempre está listo para mudarse. El altar habla del adorador que trae sacrificio y lo ofrece a Dios. Es interesante que el lugar de Abraham, Bet-el («casa de Dios») estaba al oeste, Hai («montón de ruinas») estaba al oriente y Abraham avanzaba hacia «la casa de Dios». En 13.11 Lot le dio la espalda a la casa de Dios y avanzó hacia el este, de regreso al mundo, con resultados desastrosos. También, siempre que Abraham se apartaba de la voluntad de Dios, perdía su tienda y su altar.

II. El desliz de Abraham en la fe (12.10–20)

A. La desilusión (v. 10).

¡Hambruna en el lugar donde Dios lo condujo! ¡Qué gran desilusión debe haber sido esto para los peregrinos. Dios estaba probando su fe, para ver si confiaban en la tierra o en el Señor. En lugar de quedarse en Canaán y confiar en Dios, se fueron a Egipto, quizás por sugerencia de Lot (véase 13.10). Egipto simboliza al mundo, la vida de autoconfianza; Canaán ilustra la vida de fe y victoria. A Egipto lo regaba el lodoso río Nilo; Canaán recibía las frescas lluvias de Dios (véase Dt 11.10–12). ¡Abraham abandonó su tienda y altar y confió en el mundo! Véase Isaías 31.1.

B. El engaño (vv. 11–13).

Un pecado conduce a otro: primero Abraham confió en Egipto; ahora confía en otra mentira para protegerse. Génesis 20.13 aclara que Sara era tan culpable como Abraham, y 20.12 indica que la «mentira» era en realidad una verdad a medias, porque ella era su medio hermana. Parece que Abraham estaba más preocupado por su seguridad que por la de su esposa; o la seguridad de la simiente prometida. Si Sara hubiera seguido dentro del harén, ¡Dios no hubiera podido cumplir su promesa! Sin su tienda ni su altar Abraham actuaba como los del mundo (Sal 1.1–3).

C. La disciplina (vv. 14–20).

Qué vergüenza que un rey incrédulo tenga que reprender al creyente Abraham. Mientras no se supo la verdad respecto a Sara, Faraón «hizo bien» a Abraham, pero cuando Dios intervino para mostrar la mentira a Faraón, tuvo que pedirles que se fueran. Qué pobre testimonio da el cristiano cuando se mezcla con el mundo y entra en componendas. Alguien ha dicho: «La fe es vivir sin trampas». Abraham y sus

descendientes han tenido que aprender esta lección. Lot vivió con el mundo y perdió su testimonio (19.12–14); y Pedro se sentó junto al fuego enemigo y negó a su Señor.

III. Abraham vuelve a la fe (13.1–4)

Los cristianos mezclados con el mundo no pueden ser felices. Deben regresar al mismo lugar donde abandonaron al Señor. Esto es arrepentimiento y confesión, lamentar por el pecado y enmendarse. ¡Abraham no podía confesar su pecado y permanecer en Egipto! No; tenía que regresar al lugar de la tienda y del altar, regresar a donde podía clamar al Señor y recibir bendición. Este es un buen principio para que lo sigan los cristianos: no vaya a ninguna parte del mundo donde debe dejar su testimonio atrás. Cualquier lugar donde no pueda edificar el altar y establecer su tienda está fuera de sus límites.

Parece que la restauración de Abraham debería haber dejado atrás toda su desobediencia, pero no fue así. No cabe duda que Dios le perdonó y le restauró a la comunión, pero Dios no puede anular las tristes consecuencias del viaje a Egipto:

A. Tiempo perdido.

Las semanas que Abraham y su casa estuvieron lejos del Señor se perdieron y no podían recuperarse. Todos los creyentes deben orar para evitar tales pérdidas. «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (Sal 90.12).

B. Testimonio perdido.

¿Podría Abraham testificar de alguna manera a Faraón en cuanto al Dios viviente, después de haberlo engañado? Tal vez no. Qué triste será cuando estemos frente a Dios en el tribunal de Cristo y descubramos cuántas almas han ido al infierno debido al pobre testimonio de cristianos carnales.

C. El lugar de Agar en la familia.

La criada de Sara, Agar, procedía de Egipto (16.1ss), y trajo indecibles problemas a la familia. Por supuesto, la sugerencia de que ella tuviera un hijo vino de Sara, pero la presencia de Agar ayudó a que se pensara en la trama carnal. Cualquier cosa que traigamos de Egipto (el mundo sin Dios), al final nos causará problemas. Debemos estar crucificados al mundo y asegurarnos de que el mundo está crucificado a nosotros (Gl 6.14).

D. Más riqueza.

El aumento de las posesiones ayudó a la posterior disputa entre los pastores de Abraham y los de Lot. Más tarde Abraham rehusaría la riqueza del mundo (14.17–24).

E. Lot disfruta en Egipto.

A este joven le gustó mucho Egipto (13.10), y aunque Abraham sacó a Lot de Egipto, no pudo sacar a Egipto de Lot. Es siempre trágico cuando un creyente maduro hace descarriar a un joven cristiano. En 12.8 Lot usa la tienda y el altar de Abraham, pero cuando sale de Egipto, sólo tiene tiendas, no altar (13.5). No sorprende que Lot se dejara atraer por Sodoma y acabó siendo un desastre moral y espiritual.

GÉNESIS 13.5–14.24

Empezamos aquí el trágico relato de la reincidencia y fracaso de Lot. Si no fuera por 2 Pedro 2.7–8 nos preguntaríamos si Lot fue salvo alguna vez. Es una ilustración del creyente mundano que pierde todo en el fuego del juicio (1 Co 3.11–15). Salvo, ¡pero sólo como por fuego!

I. El conflicto (13.5–7)

Lot andaba en la carne y Abraham en el Espíritu. Esto siempre lleva al conflicto. La causa externa fue el incremento de la riqueza; la causa real fue la incredulidad y carnalidad de Lot. Cristo divide (Jn 7.43; 9.16; 10.19). Su presencia trae conflicto entre las personas de la misma familia (Lc 12.49–53). El conflicto con Lot debe haber sido un peso para Abraham y Sara, al mismo tiempo que un pobre testimonio para los paganos que vivían en la tierra.

II. La elección (13.8–18)

La gente revela su verdadero ser por las elecciones que hace. Nótese lo que Lot muestra aquí:

A. Su orgullo (vv. 8–9).

El más joven debe someterse al mayor (1 P 5.5), sin embargo Lot tomó la delantera. Qué hombre lleno de gracia fue Abraham. Ansiaba hacer las paces (Sal 133). Mientras que Abraham se preocupaba por mantener un buen testimonio, Lot se preocupaba sólo por sí mismo. Pero: «Antes del quebrantamiento es la soberbia» (Pr 16.18), ¡y Lot lo perdería todo!

B. Su incredulidad (v. 10a).

«Levantó sus ojos», vivía por vista, no por fe. Si Lot hubiera consultado a Dios, hubiera descubierto que Sodoma estaba en la agenda para ser destruida, pero en vez de eso confió en su vista y escogió la ciudad rica, pero impía.

C. Su mundanalidad (v. 10b).

La tierra que Lot vio era «como la tierra de Egipto»; ¡eso era todo lo que importaba! Andaba conforme a la carne, vivía para las cosas del mundo. A Lot le pareció que los alrededores de Sodoma era tierra de riego y fructífera, pero para Dios era perversa (v. 13). Los incrédulos de hoy, como Lot, anclan sus esperanzas en este mundo y se mofan de la idea de que un día Dios destruirá el mundo con fuego (2 P 3).

D. Su egoísmo (v. 11).

El éxito de Lot se debía mayormente a la bondad de Abraham, sin embargo, el joven dejó a su generoso tío y trató de conseguir «lo mejor» para sí mismo. Por supuesto, Dios quería separar a Lot de Abraham (12.1), pero desde el punto de vista humano, fue una separación dolorosa.

E. Su descuido (v. 12).

Primero Lot miró a Sodoma. Luego se mudó hacia Sodoma. Antes de que pasara mucho tiempo (14.12 y 19.1) se hallaba viviendo allí. El versículo 11 nos dice que Lot se fue hacia el oriente; en vez de marchar con la luz, avanzó hacia las tinieblas (Pr 4.18).

Mientras que Lot se alejaba cada vez más del Señor, ¡Abraham se acercaba más! Lot se convertía en amigo del mundo (Stg 4.4); Abraham se convertía en amigo de Dios (Stg 2.23). Dios le dijo a Abraham que alzara sus ojos (véase vv. 14–15) y contemplara toda la tierra. La gente del mundo pide lo que sus ojos ven, ¡mientras que el pueblo de fe pide lo que los ojos de Dios ven! Lot tomó parte de la tierra, pero a Abraham se le dio toda la tierra. Dios siempre da lo mejor a los que le dejan a Él escoger (Mt 6.33). Dios prometió bendecir a la simiente de Abraham, pero la familia de Lot fue o destruida en Sodoma o mancillada en la cueva (19.12–18). El versículo 17 aclara que el creyente debe marchar según las promesas de Dios y pedirlas con fe (Jos 1.3). Lot había perdido su altar y pronto perdería su tienda (19.30), pero Abraham todavía tenía su tienda y su altar. ¡Vale la pena andar por fe y confiar en la Palabra de Dios!

III. El cautivo (14.1–12)

Los arqueólogos han confirmado la exactitud histórica de este relato de la primera guerra en la Biblia. Cuando Lot se mudó a Sodoma (v. 12), perdió la protección del «Juez de toda la tierra» (18.25) y tuvo que sufrir las consecuencias. Lot siguió la senda de la amistad con el mundo (Stg 4.4), luego amó el mundo (1 Jn 2.15–17), más tarde se conformó al mundo (Ro 12.2) y por último lo juzgaron con el mundo (1 Co 11.32). Lot pensó que Sodoma era un lugar de paz y protección; sin embargo, ¡resultó ser uno de guerra y peligro!

Rara vez «el mundo captura» a los santos súbitamente. Entran poco a poco en el lugar de peligro. Con Lot el proceso empezó cuando adoptó a Egipto como su estándar y empezó a andar por vista en vez de por fe. Prefirió a la gente del mundo antes que a su piadoso tío, y las casas de Sodoma antes que a las tiendas de Dios. El resultado: ¡lo capturaron!

IV. La conquista (14.13–24)

El piadoso Abraham estaba en un lugar seguro, aunque vivía en una tienda. Al oír de las dificultades de Lot, hizo algo generoso y fue a rescatarlo. Sólo el creyente separado tiene el poder de ayudar al descarriado y es a tal santo fiel que el descarriado se vuelve cuando está en problemas. En este capítulo Abraham libra a Lot con su espada. Por fe vence al enemigo, recorriendo casi doscientos kilómetros para hacerlo. Véase 1 Juan 5.1–4. En 19.29 Abraham libra a Lot con sus oraciones (18.23–33). ¡Un cristiano mundano es afortunado si tiene un ser querido consagrado que ora por él!

Lograda la victoria, Abraham enfrentó una tentación mayor al encontrarse con el rey de Sodoma. Casi siempre es cierto que Satanás nos tienta inmediatamente después de una gran victoria espiritual. Satanás le salió al encuentro a Cristo en el desierto después de su bautismo. Elías huyó atemorizado después de su gran obra de fe en el monte Carmelo (1 R 19). El rey de Sodoma quería regatear con Abraham y lograr que hiciera una componenda al aceptar la riqueza de Sodoma, pero Abraham rehusó. La riqueza de Egipto había demostrado ser una trampa. La de Sodoma sería peor. Si Abraham no hubiera estado atento, hubiera caído por esta sutil tentación y le hubiera quitado la gloria a Dios. La gente hubiera dicho: «Abraham rescató a Lot por lo que podía sacar, no debido a su fe y amor. Abraham rehúsa vivir en Sodoma con Lot, pero disfruta de los bienes de Sodoma por igual». Abraham hubiera destruido su testimonio.

Abraham ignoró al rey de Sodoma, pero honró al rey de Salem. Hebreos 5–7 aclara que Melquisedec («rey de justicia») es un tipo de Cristo, nuestro sumo Sacerdote celestial. Como Rey de Salem («paz») Cristo nos da la paz mediante su justicia, hecha posible por su muerte en la cruz. ¡Qué alentador es ver a Melquisedec saliendo al encuentro de Abraham cuando el rey de Sodoma lo tentaba! Como Rey y Sacerdote, Cristo puede darnos «gracia para el oportuno socorro» (Heb 4.16). El pan y el vino (v. 18) tipifican el cuerpo de Cristo y la sangre derramada, porque la cruz hace posible el sacerdocio celestial de Cristo. Melquisedec salió al encuentro de Abraham, le alimentó y le bendijo. ¡Qué maravilloso Salvador!

Abraham honró a Melquisedec al darle los diezmos de todo. Este es el primer caso del diezmo en la Biblia y ocurre muchos años antes de que se diera la Ley Mosaica. Hebreos 7.4–10 indica que estos diezmos se pagaron (en tipo) a Cristo, sugiriendo que los creyentes de hoy siguen el ejemplo de Abraham al traer los diezmos al Señor. Abraham rehusó las riquezas del mundo, pero dio su riqueza al Señor y Él le bendijo ricamente.

¿Hizo esta batalla y noche de peligro recapacitar a Lot? ¡Ay, no lo hizo! En 19.1 le vemos de nuevo en Sodoma. El corazón de Lot estaba allí, de modo que allá era donde su cuerpo tenía que ir.

GÉNESIS 15–17

En estos capítulos tenemos un rico caudal de verdad espiritual que se extiende hasta el NT, en particular a Romanos y Gálatas. Dios formuló sus promesas en 12.1–3 y las amplía en 13.14–18, pero en este punto revela más plenamente las promesas del pacto. Este pacto se relacionaba con el hijo de Abraham y la venida de la Simiente prometida, Cristo. También se refiere a la tierra de Canaán y el maravilloso programa de Dios para su pueblo, Israel.

I. Los términos del pacto (15)

A. El escenario.

Abraham acababa de derrotar a los reyes (cap. 14) y vencer una gran tentación del rey de Sodoma. Ahora Dios interviene para animarlo. ¡Qué maravilloso que Cristo venga a nosotros cuando lo necesitamos! (14.18). Dios es nuestra protección (escudo) y provisión (recompensa); nunca necesitamos temer. Abraham no necesitaba la protección del rey de Sodoma ni las riquezas que le ofreció. Abraham tenía en Dios todo lo que necesitaba.

B. La súplica.

Abraham no quería recompensa; quería un heredero. Ahora tenía 85 años de los cuales había esperado diez a que naciera el hijo prometido. Si no tenía hijo, toda su herencia iría a Eliezer, su mayordomo. ¿No había prometido Dios en 12.2: «Haré de ti una nación grande»? Entonces, ¿por qué no cumplía su promesa? Dios contestó a la súplica de Abraham al hacer que quitara sus ojos de sí mismo y de su mayordomo y los levantara al cielo (v. 5). El versículo 6 es clave en la Biblia y puede traducirse: «Y él dijo AMÉN al Señor, y Él puso eso en su cuenta por justicia» (véanse Gl 3.6; Ro 4.3; Stg 2.23). ¿Cómo fue salvo Abraham? No por guardar la ley, porque la ley todavía no había sido dada, no por la circuncisión, porque eso no se estableció sino hasta cuando tenía noventa y nueve años. Fue salvo por fe en la Palabra de Dios.

C. El sacrificio.

La salvación se basa en el sacrificio, porque el pacto requiere derramamiento de sangre. En esa época había la costumbre de que las partes en un acuerdo caminaran por entre los pedazos de animales sacrificados; esto sellaba el acuerdo. Todos los sacrificios del versículo 9 hablan de Cristo y la cruz. Abraham ofreció los sacrificios y se esforzó por mantener alejado a Satanás (las aves en el versículo 11; Mt 13.4, 19). Pero nada ocurrió en realidad sino hasta que Abraham se quedó dormido. Abraham nunca anduvo entre los pedazos. Dios (v. 17) fue el único que anduvo entre ellos; el pacto era todo de gracia y dependía sólo del Señor. Como Adán (2.21), Abraham estaba profundamente dormido y no podía hacer nada para ayudar a Dios. Cuando estamos desvalidos, Dios puede hacer grandes cosas por nosotros.

D. La garantía.

Abraham quería saber con seguridad lo que Dios haría (v. 8) y Dios satisfizo su necesidad. La salvación se basa en el sacrificio de Cristo y la gracia de Dios; la seguridad viene de la Palabra de Dios. Dios le dio a Abraham un bocado de prueba prediciendo los acontecimientos: el viaje de Israel a Egipto, su sufrimiento en Egipto, su liberación en la cuarta generación (véase Éx 6.16–26) y su posesión de la tierra prometida. Nótese que Dios dice: «les he dado esta tierra» (v. 18), y no «les daré» como en 12.7. ¡Las promesas de Dios son tan buenas como sus obras!

Nótese que por lo menos siete palabras o frases aparecen en este capítulo por primera vez: «La Palabra de Jehová» (v. 1); «No temas» (v. 1); «galardón» (v. 1); «heredero y heredar» (vv. 3, 7); creer, contar, justicia (todos en el versículo 6). Este capítulo nos muestra que no puede haber heredad sin condición de hijo (Ro 8.16–17), ni justicia sin fe (Ro 4.3ss), tampoco seguridad sin promesas, ni bendición sin sufrimiento. ¡Tuvo que ponerse oscuro antes de que Abraham pudiera ver las estrellas de Dios!

II. La prueba del pacto (16)

Dios hizo el pacto y Él lo cumpliría. Todo lo que Abraham y Sara tenían que hacer era esperar por fe (Heb 6.12). Sin embargo, ¡el espíritu está dispuesto pero la carne es débil! En el capítulo anterior Abraham escuchó a Dios y ejerció fe, pero aquí escuchó a su esposa y reveló su incredulidad. Cesó de andar en el Espíritu y empezó a andar en la carne. Hemos visto que la «fe es vivir sin intrigas», pero en este punto ambos trataron de ayudarle a Dios a cumplir su plan. Esto explica por qué Dios tuvo que esperar hasta que fueran viejos antes de darles el hijo. Tenían que estar muertos en sí mismos antes de que Él pudiera obrar (Heb 11.11–12).

En el versículo 2 Sara culpa a Dios por su condición estéril e insinúa que Él no es bueno con ellos (véase 3.1–6). Luego acude al mundo en busca de ayuda, a Agar, la egipcia, pero la estratagema falla. Las obras de la carne aparecen (Gl 5.16–26).

Dios no reconoció la unión. Llamó a Agar «sierva de Sarai» (v. 8). Esta es la primera mención del Ángel de Jehová en el AT y no es otro que Cristo. Dios cuidó de Agar, le instruyó que se sometiera a Sara y le prometió que su hijo, Ismael, sería grande, pero feroz. «Ismael» significa «Dios oirá» (véase v. 11).

Cuando Isaac, el hijo de Sara, entró en la familia, no había sitio para Ismael y fue expulsado (21.9ss). Con el tiempo Ismael tuvo doce hijos (25.13–15) y sus descendientes han sido enemigos de los judíos durante siglos. Gálatas 4.21–31 enseña que Sara es un cuadro del nuevo pacto y Agar del viejo pacto. Agar era una esclava y el antiguo pacto esclavizaba a la gente (Hch 15.10); Sara era una mujer libre y Cristo nos hace libres (Gl 5.1ss). Ismael nació de la carne y no se pudo controlar. Asimismo, la ley apela a la carne pero no puede cambiarla ni controlarla. Isaac nació del Espíritu, un hijo de la promesa (Gl 4.23) que disfrutaba libertad.

No se pierda las lecciones prácticas aquí: siempre que corremos adelantándonos a Dios, hay problemas. A la carne le encanta ayudar a Dios, pero la verdadera fe se muestra en paciencia (Is 28.16). No podemos mezclar la fe y la carne, la ley y la gracia, la promesa y el esfuerzo propio.

III. La señal del pacto (17)

Hay treinta años de silencio entre el nacimiento de Ismael y los sucesos de este capítulo. Dios tenía que esperar que Abraham y Sara murieran para sí mismos de modo que su poder de resurrección pudiera mostrarse en sus vidas. Dios se reveló como el «Dios Todopoderoso», *el Shaddai,* «el Todosuficiente». Nótese cómo se repite «mi pacto» en este capítulo. Su cumplimiento descansa en Dios, no en el hombre. Nótese también las repetidas afirmaciones «haré».

A. Los nuevos nombres.

«Abram» significa «padre enaltecido»; «Abraham» significa «padre de una multitud». «Sarai» se dice que significa «contenciosa»; pero «Sara» quiere decir «una princesa». Sus nuevos nombres prepararon la nueva bendición al entrar en su nuevo hogar. Sólo la gracia de Dios puede tomar dos idólatras paganos y hacer de ellos rey y reina piadosos.

B. La nueva señal.

Esta es la primera mención de la circuncisión en la Biblia. En ninguna parte el AT enseña que la circuncisión salve al hombre. Sólo es un símbolo externo del pacto entre Dios y los hombres. Fue para recordarles de la circuncisión interna, la del corazón, que acompaña la verdadera salvación (Dt 10.16; 30.6; Jer 4.4; y véanse Ro 4.11; Gl 5.6). El rito debía celebrarse en el octavo día (v. 12), y es significativo, ocho es el número de la resurrección. Triste es decirlo, pero los judíos dependieron del rito carnal y no en la realidad interna (Hch 15.5). Los creyentes de hoy están en el nuevo pacto y son la verdadera circuncisión (Flp 3.1–3), que se experimenta espiritualmente mediante la muerte de Cristo (Col 2.9–15). El cuerpo entero de pecado (la vieja naturaleza) ha sido quitada, y podemos vivir en el Espíritu, no en la carne.

La risa de Abraham en el versículo 17 fue de una fe gozosa; la de Sara (18.12), de incredulidad. «Isaac» significa «risa». Dios rechaza a Ismael y establece su pacto con Isaac y sus descendientes; sin embargo, en su gracia designa una bendición especial para Ismael.

GÉNESIS 18–20

En estos capítulos aparecen tres visitas y cada una lleva una lección espiritual.

A. Cristo visita a Abraham (18)

Los versículos 17–22 aclaran que el Señor Jesucristo era uno de los tres visitantes celestiales; nótese también las palabras de Abraham en el versículo 3. El gran tema de este capítulo es la comunión del creyente con Cristo, porque Abraham era «amigo de Dios» (Stg 2.23). En el capítulo 19 vemos a Lot, el amigo del mundo.

A. La comunión de Abraham con Cristo (vv. 1–8).

Estos versículos describen al creyente en comunión amante con Cristo. Abraham está en Mamre, que significa «gordura»; disfruta de la plenitud de la bendición de Dios. La tienda habla de su vida peregrina; «el calor del día» señala que anda en la luz (1 Jn 1). Su prisa demuestra su anhelo amoroso de complacer al Señor. Y no escatima esfuerzo para hacer que Cristo se sienta en casa. Pablo ora en Efesios 3.17 «que habite Cristo por la fe en vuestros corazones», lo cual significa literalmente «que Cristo pueda establecerse y sentirse en casa en nuestros corazones». Cuán importante es que el cristiano haga que Cristo se sienta en casa. Él anhela tener comunión con nosotros.

B. La confesión de incredulidad de Sara (vv. 9–15).

El nacimiento de Isaac está conectado con la risa. Es más, el nombre «Isaac» significa «risa». Abraham se rió con fe gozosa cuando oyó las nuevas de que Dios le daría un hijo (17.15–18), pero Sara aquí parece reírse en incredulidad carnal. ¿Por qué tenemos que dudar de las promesas de Dios? «¿Hay para Dios alguna cosa difícil?» Nótese la fe de María en Lucas 1.34, cuando preguntó: «¿Cómo será esto?» Por otra parte, María decía: «¿Cómo puede ser esto?» Cuando Isaac nació, sin embargo, Sara en efecto se rió con gozo espiritual (21.6–7).

C. La confianza de Cristo en Abraham (vv. 16–22).

Los ángeles se fueron y se dirigieron a Sodoma, pero Cristo se quedó para visitar a Abraham. ¡Qué escena! Cristo no le ocultaría nada a su amigo. Véase Juan 15.14–15, donde Él promete revelar su voluntad a sus amigos. Léase también Salmo 25.9–14, y véase cómo Abraham llenó todas las condiciones que se indican aquí. Abraham sabía más de Sodoma que Lot, ¡y Lot vivía en Sodoma! ¡El cristiano obediente y separado sabe más acerca de este mundo que lo que saben los filósofos ateos!

D. La preocupación de Abraham por Lot (vv. 23–33).

Abraham quería mucho a Lot, a pesar de la mundanalidad e incredulidad del hombre. Nótese que Abraham no suplica la gracia de Dios, sino su justicia: ¿Cómo puede Dios destruir al justo con el impío? (En el Calvario Dios castigó al Justo en lugar de al impío.) Con persistencia y ternura Abraham intercede a favor de Sodoma. Si sólo se pudiera encontrar diez creyentes, Dios dice que libraría a la ciudad entera. El capítulo 19 indica que Lot tenía por lo menos dos hijas casadas (v. 14) y dos solteras (v. 30ss), de modo que, con su esposa y yernos, eran ocho en total. Si Lot hubiera ganado a su familia más dos vecinos, ¡Dios hubiera librado a la ciudad entera! Pero no logró llenar ni siquiera esas condiciones.

II. Los ángeles visitan a Lot (19)

Cristo no acompañó a los ángeles; no se hubiera sentido «en casa» en el hogar de un descarriado mundano. Segunda de Pedro 2.7–8 indica que Lot era salvo. Tenía unión con el Señor, pero no comunión; calidad de hijo, pero no compañerismo. Fue «salvo así como por fuego» (1 Co 3.14–15). Nótese que Lot había perdido su tienda, porque en este tiempo vivía en una casa (v. 3), y no se menciona el altar. Era de noche cuando llegaron los ángeles y la mayoría de los hechos del capítulo ocurren de noche. Lot no andaba en la luz. No sólo que el mundano Lot había perdido su tienda y altar y su comunión con Dios, sino que también había perdido sus normas espirituales: ¡se atrevió a sugerir que sus hijas solteras salieran a la calle para satisfacer la lujuria de la chusma! Lot también había perdido su testimonio ante su familia (vv. 12–14). ¿Dónde empezó? Cuando «alzó sus ojos» (13.10) y escogió su tierra. Empezó a andar por vista, no por fe, viviendo para las cosas del mundo. Debe haberse casado con una mujer mundana, porque su corazón estaba en Sodoma y ella no soportó dejar atrás la ciudad.

Esa mañana amaneció brillante y hermosa. La gente empezó a desempeñar sus tareas cotidianas, ¡y entonces llegó el juicio! Las ciudades perversas fueron destruidas por completo. Sólo Lot y sus dos hijas solteras escaparon con vida. La suerte de Sodoma es un cuadro de la ira venidera. Cuando los hombres piensen que hay paz y seguridad, caerá la destrucción (1 Ts 5). El rescate de Lot, mientras tanto, es una ilustración del Arrebatamiento de la Iglesia antes del derramamiento de la ira de Dios. El Señor rescató a Lot por amor a Abraham (19.29), y librará a su Iglesia de la ira venidera por amor a Jesús (1 Ts 1.10; 5.9).

Los días finales de Lot se llenaron de oscuridad y pecado, puesto que cometió incesto en una cueva. Descartó su tienda por una casa en la ciudad y acabó en una cueva, ¡emborrachado por sus propias hijas! Los hijos de esta horrible escena, los moabitas y amonitas, han sido enemigos de los judíos durante siglos, ilustrando que la carne está contra el Espíritu. Debemos asegurarnos de estar en la voluntad de Dios cuando nos establecemos con nuestra familia. Lot escogió el lugar errado y se arruinó a sí mismo y a sus seres queridos.

Es interesante contrastar las dos visitas de los capítulos 18 y 19. Cristo mismo visitó a Abraham, pero sólo los ángeles fueron a Sodoma a visitar a Lot. Cristo tenía un mensaje de gozo para Abraham y Sara, pero los ángeles dieron a Lot un mensaje de juicio. Abraham recibió la visita durante el día, pero Lot en la noche. Abraham estaba a la puerta de su tienda; Lot a la puerta de la ciudad. Abraham tenía poder con Dios, pero Lot no tenía influencia ni siquiera con su familia. Abraham vio a Sodoma destruida y no perdió nada, pero Lot lo perdió todo. Sólo salvó su vida. Abraham trajo la bendición del mundo, pero Lot trajo problemas al mundo (los amonitas y moabitas).

III. Abraham visita a Gerar (20)

Lot queda en el olvido, pero la historia de Abraham continúa. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2.17). Desafortunadamente, este capítulo muestra la repetición de un viejo pecado: Abraham miente respecto a su esposa (véase 12.10–20). Incluso el santo más consagrado debe estar siempre en guardia para que Satanás no lo haga tropezar.

¿Por qué se repitió este pecado? Debido a que Abraham no lo había juzgado en su vida. Es cierto que lo confesó al Señor y recibió el perdón, pero confesar el pecado no es lo mismo que juzgarlo. Juzgar nuestros pecados quiere decir verlos en su verdadera luz (como Dios los ve), detestarlos y sacarlos de nuestras vidas. En el versículo 13 Abraham admitió que este pecado vino con él desde Ur de los Caldeos.

Hay una diferencia entre el creyente y el incrédulo, aunque el creyente puede cometer pecado. Dios fustigó la corte pagana, pero protegió a Abraham. Dios le dijo al gobernante: «muerto eres» (v. 3), pero llamó a Abraham un «profeta» (v. 7). Esto no significa que los creyentes tienen licencia para pecar, sino que muestra que Dios es fiel, incluso cuando seamos infieles (2 Ti 2.12–13). Sin duda Abraham sufrió vergüenza y reproche debido a su pecado, pero Dios protege a los suyos. En realidad, si Abimelec hubiera tomado a Sara, hubiera alterado el plan de Dios para el nacimiento de Isaac al año siguiente. El egoísmo y la incredulidad de Abraham casi destruyen su vida y el futuro de la nación judía. Tristemente, su hijo Isaac usaría la misma estratagema años más tarde (26.6ss) y con los mismos amargos resultados.

Estos dos capítulos señalan tres pruebas que vinieron a la vida de Abraham. La verdadera fe siempre se prueba, porque sólo mediante la prueba descubrimos la clase de fe que tenemos. Las pruebas de la fe son oportunidades para crecimiento y victoria.

I. Una prueba de parte de la familia (21.1–21)

A veces es más difícil vivir por Cristo en casa. Abraham ya había sufrido la prueba en su familia por su padre (11.27–32), su sobrino Lot (caps. 12–13) y su esposa (cap. 16). Aquí vemos conflicto entre los dos hijos, Ismael (quien según 16.16 debía estar al final de la adolescencia) e Isaac (quien fue destetado cuando tenía alrededor de tres años). Al principio, el nacimiento de Isaac trajo gozo y risa (compárese 21.6 con 17.17 y 18.12), porque el mismo nombre significa «risa». Pero pronto hubo conflicto porque Ismael perseguía siempre a su hermano menor. Hay algunas lecciones valiosas aquí:

A. La carne versus el Espíritu.

Ismael era el hijo de la carne (cap. 16), mientras que Isaac era el hijo de la promesa, nacido milagrosamente. La presencia de Isaac en el hogar no se debía a la fuerza de Abraham (pues estaba ya casi muerto, Ro 4.19–20), sino de la promesa y poder de Dios. Siempre hay conflicto entre la carne y el Espíritu, la vieja naturaleza y la nueva (Gl 5.16–24). La salvación no cambia la vieja naturaleza, ni puede mejorarla ni disciplinarla (véase Ro 6–7). La única manera de sobreponerse a la vieja naturaleza es aceptar la manera en que Dios la evalúa y obedecer la Palabra de Dios. Abraham amaba a Ismael y anhelaba retenerlo (21.10–11; véase 17.18); pero Dios dijo: «¡Échale fuera!» Romanos 6 nos informa que nuestra única victoria sobre la carne es la crucifixión; considerarnos muertos. Los cristianos que alimentan la vieja naturaleza (Ro 13.14) siempre tendrán conflictos y problemas.

B. Antiguo pacto versus nuevo pacto.

Gálatas 4.21–31 explica que estos sucesos con Ismael e Isaac son una alegoría que simboliza el antiguo pacto de Dios con Israel y su nuevo pacto con la Iglesia. Podemos resumir brevemente las principales ideas de esta forma: Agar simboliza el antiguo pacto de la ley, identificado con la Jerusalén terrenal en los días de Pablo. Sara simboliza el nuevo pacto de gracia, identificado con la Jerusalén celestial. Ismael nació de la carne y era hijo de la esclava. Isaac «nació del Espíritu» y era el hijo de la mujer libre. Los dos hijos, entonces, ilustran a los judíos bajo la esclavitud de la ley y a los verdaderos cristianos bajo la libertad de la gracia. El argumento de Pablo es que Dios le ordenó a Abraham que echara fuera a Agar (el antiguo pacto) debido a que su bendición estaba en Isaac. Todo esto encaja en el argumento de Pablo en Gálatas 3–4 de que los cristianos de hoy no están bajo la ley.

C. La manera del hombre versus la manera de Dios.

La mejor forma de resolver cualquier problema es hacerlo a la manera de Dios. Agar se olvidó de la promesa que Dios le dio en 16.10; de otra manera no se hubiera descorazonado. Dios la sostuvo y cumplió su palabra. Si le obedecemos, Él siempre abrirá la puerta y resolverá el problema.

II. Una prueba de parte de los vecinos (21.22–34)

Los creyentes deben tener cuidado en las relaciones con «los de afuera» (Col 4.5; 1 Ts 4.12; 1 Ti 3.7). Abraham tenía un buen testimonio ante sus vecinos no salvos, y el conflicto sobre el pozo podía haberlo arruinado para siempre. Nótese que Abraham acordó resolver el problema como si fuera un negocio: «Hágase todo decentemente y con orden» (1 Co 14.40). Abraham y sus vecinos intercambiaron los regalos apropiados e hicieron los sacrificios debidos para sellar un pacto. El lugar donde se hizo el pacto se llamaba Beerseba, «el pozo del juramento», y llegó a ser un lugar de oración y comunión para Abraham. Es importante que resolvamos de una manera cristiana las pruebas que enfrentamos en el vecindario o en los negocios. Para más aclaración, véase Romanos 12.18.

III. La prueba de parte de Dios (22.1–24)

Satanás nos tienta para sacar lo peor de nosotros, pero Dios nos prueba para extraer lo mejor en nosotros. Véase Santiago 1.12–15. Las pruebas más severas no proceden de las personas, sino del Señor, y sin embargo las bendiciones más grandes siempre las acompañan. Dios jamás probó a Lot de esta manera. Lot vivía en un nivel tan bajo que Sodoma y el mundo lo probaron. Es el santo que anda más cerca del Señor a quien Dios prueba al máximo para su gloria.

A. La lección típica.

Este suceso es un maravilloso tipo de Cristo, el Unigénito Hijo que estuvo dispuesto a dar su vida por complacer a su Padre. Tanto Isaac como Cristo fueron hijos prometidos; ambos nacieron milagrosamente (por supuesto, Cristo nació de la virgen María y fue sin pecado); ambos trajeron gozo al corazón de su padre; ambos nacieron en el tiempo establecido. Ambos fueron perseguidos por sus hermanos y ambos fueron obedientes hasta la muerte. Cristo fue crucificado entre dos ladrones y dos jóvenes fueron con Isaac (v. 3). Isaac le preguntó a su padre y Jesús preguntó: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27.46). Por supuesto, Jesús en realidad murió, mientras que Isaac fue librado. Sin embargo, a ojos de Dios Isaac había «muerto». Hebreos 11.19 dice que «en sentido figurado» (o sea, simbólicamente) Isaac fue levantado de los muertos. El versículo 19 indica que Abraham regresó a los criados que esperaban, pero no se dice nada acerca de Isaac. Esto también es un tipo; ¡porque la próxima vez que vemos a Isaac está recibiendo a su esposa! (24.62ss). Asimismo, Cristo se entregó en la cruz y regresó al cielo, y un día volverá para recibir a su Esposa, la Iglesia.

B. La lección práctica.

La verdadera fe siempre se prueba. Por supuesto, Dios no quería la vida de Isaac; quería el corazón de Abraham. Isaac era muy querido para Abraham y Dios quería estar seguro de que Isaac no era un ídolo entre Él y Abraham. Era posible que Abraham confiara en Isaac para el cumplimiento de las promesas y no en Dios. ¿Cómo salió Abraham de esta prueba? Por un lado, descansó en las promesas de Dios (Heb 11.17–19). Él le había prometido muchos descendientes y esta promesa no podía cumplirse a menos que Isaac viviera o Dios le levantara de los muertos. Abraham sabía que Dios no podía mentir, de modo que descansó en su palabra inmutable. «Nunca dude en la oscuridad lo que Dios le ha dicho en la luz». Abraham obedeció sin dilación. Si hacemos lo que Dios nos ha dicho, Él revelará el siguiente paso cuando llegue el tiempo apropiado. ¡Las respuestas de Dios jamás llegan un minuto tarde! Dios suplió un carnero cuando se necesitó. Por eso Abraham llamó el nombre del lugar «Jehová-jireh: Jehová proveerá».

C. La lección profética.

Este acontecimiento ocurrió en el monte Moriah (22.2), el lugar donde con el tiempo se construyó el templo (2 Cr 3.1). Isaac preguntó: «¿Dónde está el cordero?», pero Dios suplió un carnero. La respuesta a esta pregunta llegó en la persona de Cristo: «¡He aquí el Cordero de Dios!» (Jn 1.29) Abraham dijo: «En el monte de Jehová será provisto» (v. 14). A Cristo se vio en el templo y luego sacrificado en el monte Calvario. Véase también Juan 8.56.

D. La lección doctrinal.

Santiago 2.14–26 analiza la relación entre la fe y las obras, y Santiago usa este suceso para ilustrar su punto principal: la verdadera fe siempre se demuestra por la obediencia. Nótese la exactitud de la traducción de Santiago 2.21: «¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro Padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?» Abraham no fue salvo cuando ofreció a Isaac, porque había sido salvo años antes cuando confió en la promesa de Dios (Gn 15.6). Santiago no nos dice que somos salvos por obras o por sacrificios, sino que la prueba de una fe salvadora es una vida obediente (véanse Ro 4.1–5 y Gl 3.6ss).

GÉNESIS 23–24

Estos dos capítulos contrastan entre sí, porque en uno tenemos un funeral y en el otro una boda. La tierra de Canaán es «tierra de monte y de vegas» (Dt 11.11); la vida cristiana tiene tanto tristezas como alegrías. Sin embargo, en ambas, Abraham caminó por fe (Heb 11.13–17). El capítulo 23 muestra a Abraham como un doliente, que sufre mas no «como los otros que no tienen esperanza» (1 Ts 4.13ss). ¡Qué testimonio fue para sus vecinos perdidos! Qué diferente el sepelio de Sara de los sepelios paganos de esa época. ¡Qué extraño que el primer lote de tierra que Abraham poseyó en Canaán fue una tumba! Génesis 49.31–33 señala que seis personas fueron a la larga sepultadas allí. Nótese la manera tan cuidadosa en que Abraham manejó sus asuntos de negocios, asegurándose de que todo se haga «decentemente y con orden». Es una vergüenza cuando los creyentes realizan negocios dudosos, en especial con los perdidos.

Nos concentraremos en el capítulo 24 que es rico en lecciones espirituales. Vemos en Abraham, su criado y Rebeca tres maravillosos ejemplos.

I. El ejemplo de la dedicación de Abraham (24.1–9)

En este momento Abraham tiene 140 años (véanse 25.20 y 21.5). Dios le ha bendecido espiritual y materialmente, pero quiere asegurarse de que se escoja la novia correcta para Isaac. Por supuesto, vemos aquí un cuadro del Padre celestial escogiendo una Esposa (la Iglesia) para su Hijo (Cristo). ¿Cómo supo Abraham que Dios proveería la mujer idónea para su hijo? ¡Confió en las promesas de Dios! Isaac era posesión de Dios. Abraham lo había colocado en el altar años antes y sabía que Dios supliría la necesidad. De otra manera, la simiente prometida nunca nacería.

La mujer debía venir de la familia de Dios; no debía ser de las mujeres paganas. Sin duda había muchas cananitas hermosas y de talento que hubieran estado muy contentas en casarse con Isaac y tener parte de su riqueza, pero esto iba en contra de la voluntad de Dios. En los versículos 6 y 8 Abraham enfatiza este hecho; y necesitamos enfatizarlo hoy. «Con tal que sea en el Señor» es la admonición de 1 Corintios 7.39–40 (véase también 2 Co 6.14–18). ¡Es trágico cuando los padres empujan a sus hijos a casarse «en sociedad» y fuera de la bendición del Señor! Abraham prefería que su hijo se quedara soltero antes que regresara a Ur buscando esposa, o que tomara esposa de entre las naciones cananeas.

II. El ejemplo de la devoción del criado (24.10–49)

En un sentido espiritual el criado es un cuadro del Espíritu Santo cuya obra es traer al perdido a Cristo y así formar su Esposa. No se da el nombre del criado, porque el ministerio del Espíritu Santo es apuntar a Cristo y glorificarle. Nótese cuán a menudo el criado menciona a su amo y al hijo de su amo. Vivía para complacer a su amo, porque la palabra «amo» se halla veintidós veces en este capítulo. El Espíritu ha sido enviado para representar a Cristo y hacer la voluntad del Salvador en la tierra. El criado llevó consigo una porción de la riqueza de su amo (vv. 10, 22, 30, 53), así como el Espíritu Santo es «las arras de nuestra herencia» (Ef 1.14), dándonos apenas una pequeña porción de la gran riqueza que un día disfrutaremos en gloria.

Además, el criado es un ejemplo al procurar nosotros servir al Señor. Como ya se mencionó, el criado pensaba sólo en su señor y en la voluntad de este. Es más, anhelaba tanto concluir su tarea que no se preocupaba por la comida (v. 33; Jn 4.31–34). Demasiado a menudo ponemos las cosas físicas antes que las espirituales. El criado recibió órdenes de su amo y no las cambió ni un ápice. Creía en la oración (véase Is 65.24) y sabía cómo esperar en el Señor. No hay lugar para la impaciencia precipitada en el servicio de Cristo.

El criado sabía cómo confiar en la dirección del Señor: «Guiándome Jehová en el camino» (v. 27). Véase lo que afirma Juan 7.17. Una vez que supo cuál era la voluntad de Dios, no demoró, sino que se apresuró a cumplir su tarea (v. 17). La hospitalidad de la casa era deliciosa, pero tenía una tarea que cumplir para su señor y todo lo demás podía esperar. Nótese también que el criado le informó a su amo cuando regresó (v. 66), así como nosotros tendremos que rendir cuentas cuando veamos a Cristo. Es interesante suponer si el criado le enseñó a la novia mientras viajaban y le reveló cuál sería su novio. «Él me glorificará», dijo Cristo respecto al Espíritu Santo (Jn 16.14).

III. El ejemplo de la decisión de Rebeca (24.50–67)

De nuevo vemos un cuadro de Cristo y su Iglesia. Rebeca era una virgen pura, así como lo será la Iglesia cuando se realicen las bodas en el cielo (Ap 19.7–8). Nótese que Rebeca se identifica con el rebaño, así como la Iglesia es tanto esposa como rebaño de Cristo (Jn 10.7–18).

Rebeca tenía que tomar una decisión importante: ¿se quedaría en casa con su familia y continuaría siendo una criada, o creería por fe las palabras del criado e iría para estar con Isaac, un hombre a quien jamás había visto? Sin duda había obstáculos en el camino: Su hermano quería que se quedara por un tiempo (v. 55); el viaje sería largo y difícil; Isaac era un peregrino sin hogar fijo; y tendría que dejar a sus seres queridos.

El mundo a menudo aconseja al pecador que espere, así como Labán aconsejó a su hermana. (Nótese, sin embargo, que cuando se trataba de conseguir cosas materiales, Labán podía moverse aprisa, vv. 28–31. ¡Nos preguntamos si invitó al criado a su casa por cortesía o por codicia!) Los pecadores por lo general no se apuran en cuanto a la salvación de sus almas. Hasta este momento Rebeca se había movido de prisa (vv. 18–20, 28), pero ahora ellos querían que anduviera más lento. «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado» (Is 55.6).

No podemos sino admirar su decisión: «Sí, iré». Este acto de fe («a quien amáis sin haberle visto», I P 1.8) cambió su vida. De una criada se transformó en una novia, de la soledad del mundo al gozo del amor y compañerismo, de la pobreza a la riqueza de Isaac. ¿Veía toda la riqueza de Isaac? ¡Por supuesto que no! ¡Eso hubiera sido imposible! ¿Sabía todo respecto a él? No. Pero lo que vio y oyó la convenció de que debía ir. Asimismo, con los pecadores perdidos de hoy, el Espíritu les habla y les muestra las cosas de Cristo lo suficiente como para que tomen la decisión correcta.

Habíamos dejado a Isaac (en cuanto a la narración se refiere) en el monte Moriah, porque en 22.19 se menciona sólo a Abraham. Isaac es un cuadro de nuestro Señor que fue al Calvario para morir por nosotros, luego regresó al cielo para esperar a su Esposa. En el capítulo 24 el criado (el Espíritu Santo) fue a buscar a la novia. Luego, cuando la novia se acercaba, Isaac aparece para recibirla. ¡Qué escena, puede ocurrir hoy! En «la hora de la tarde» fue cuando se encontraron, así se oscurecerá este mundo cuando Cristo vuelva por su Esposa.

La fe de Rebeca fue recompensada. Su nombre aparece en la Palabra de Dios; disfrutó del amor y la riqueza de Isaac, y llegó a ser una parte importante en el plan de Dios. Si hubiera rehusado ir, hubiera muerto como una mujer desconocida. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (I Jn 2.17).

GÉNESIS 25–27

Isaac era el hijo de un padre famoso (Abraham) y el padre de un hijo famoso (Jacob), y algunos lo «pierden» al estudiar Génesis. Aunque vivió más que cualquiera de los otros patriarcas, su vida fue menos emocionante. Desafortunadamente, no parece ser tan fuerte en la fe al final de su vida como al principio.

I. Isaac el padre (25)

A. Un hogar distinguido (vv. 1–11).

El matrimonio de Abraham después de la muerte de Sara le dio otros seis hijos, y por lo menos siete nietos y tres bisnietos. Sin embargo, nótese que estos hijos adicionales de Abraham no tienen el status dado a Isaac, porque (como Cristo) él es el heredero de todo (Heb 1.2). La muerte de Abraham muestra lo que la fe puede hacer por un hombre. Murió en paz (véase 15.15); murió «lleno» (satisfecho) y en fe (Heb 11.13ss). Esta es la herencia que Abraham le legó a su hijo: Su ejemplo piadoso (18.19), la tienda, el altar (véase 26.25) y las maravillosas promesas de Dios (26.2–5). Estas bendiciones espirituales significan mucho más para un hijo que cualquier riqueza material.

B. Un hogar desilusionado (vv. 12–23).

El cumplimiento de la promesa del pacto de Dios exigía que Isaac y Rebeca tuvieran un hijo, sin embargo, en los primeros veinte años de su matrimonio ella fue estéril (vv. 20, 26). Qué delicia es ver cómo estos esposos con mentalidad espiritual llevaron su carga al Señor. De seguro que le recordaron sus promesas y de seguro que Él se complació con sus oraciones. La lucha de los niños antes de nacer dejó perpleja a Rebeca, de modo que le pidió a Dios sabiduría (Stg 1.5). Dios le dijo que dos naciones iban a nacer y que, contrario a la costumbre, el menor serviría al mayor.

Esta es una clara evidencia de la elección soberana de Dios (Ro 9.10–16). Su elección no se basa en las obras de los muchachos, porque todavía no habían nacido y ninguno había hecho ni bien ni mal. En lo que al carácter respecta, Esaú era el más aceptable de los dos; sin embargo, Jacob fue el escogido (Ef 2.8–10).

C. Un hogar dividido (vv. 24–34).

Los gemelos eran lo opuesto en apariencia y en temperamento. El primer hijo era velludo y se le puso por nombre «Esaú» (velludo); más tarde su conexión con el potaje rojo le dio el apodo de «Edom» que significa «rojo» (v. 30). El hecho de que Jacob empuñaba en su mano el talón de Esaú (como si lo hubiera agarrado para hacerle tropezar) le dio el nombre de «Jacob», el «que toma por el calcañar» (suplantador, engañador, tramposo). Jacob era hombre quieto que gustaba de estar en casa; Esaú era hombre de mundo, lleno de vigor y aventura. Es de lamentar, pero Esaú no tenía aprecio espiritual. Prefería alimentar su cuerpo antes que disfrutar de las promesas de Dios. Por supuesto, la estratagema de Jacob para apoderarse de la primogenitura mostró que dudaba de que Dios cumpliría su promesa de 25.23. «¡Fe es vivir sin intrigas!» Esaú menospreció sus privilegios espirituales como el primogénito (véanse Dt 21.17 y I Cr 5.1–2); prefirió la carne, no el Espíritu. Jamás leemos que Esaú haya tenido una tienda o un altar, y 26.34–35 indica que amó mujeres mundanas. Hebreos 12.16 describe a Esaú como «profano» que significa «del mundo, común» (del latín *profanus*, «fuera del templo»). Como mucha gente de hoy, Esaú tuvo éxito en el mundo y fracasó con Dios.

II. Isaac el peregrino (26)

A. Enfrentó las tentaciones de su padre (vv. 1–5).

Repase 12.10ss. Isaac empezó a dirigirse a Egipto, pero Dios en su gracia le interrumpió el viaje y le detuvo. La naturaleza humana no se mejora de generación en generación. Isaac habitó en Gerar, que estaba en la frontera (10.19). Asimismo, tenemos muchos «cristianos de fronteras» hoy. Isaac tuvo bendiciones materiales allí, pero no las espirituales que Dios le daría más tarde cuando salió de aquel lugar.

B. Repitió los pecados de su padre (vv. 6–11).

Véanse 12.10–20 y 20.1–5. Esta «mentira a medias» de que eran hermanos, la adoptaron Isaac y Rebeca, con los mismos tristes resultados, la pérdida de la bendición, del testimonio y un regaño público de un rey pagano.

C. Cavó de nuevo los pozos de su padre (vv. 12–22).

Los pozos de agua hablan de los recursos divinos de Dios para la vida espiritual (Jn 4.1–14). Abraham los había cavado, pero el enemigo o bien se había apoderado de ellos, o los había cegado. Cuán cierto es esto hoy. El mundo nos ha arrebatado los pozos espirituales de los cuales bebieron nuestros padres. Cuánto necesitamos volver a los viejos pozos (tales como la oración, la Biblia, el altar familiar, la iglesia). Isaac no sólo los abrió de nuevo, sino que les puso los mismos nombres que Abraham usó (v. 18). Entonces fue y cavó nuevos pozos para satisfacer las necesidades del día.

D. Confió en el Dios de su padre (vv. 23–35).

Mientras estaba en Canaán Isaac tuvo conflicto, pero cuando regresó a Beerseba («el pozo del juramento»), Dios le encontró y le dio paz con el enemigo (Pr 16.7).

III. Isaac el que bendice (27)

Triste como suena, este capítulo muestra a la familia entera en una senda espiritualmente mala. En 25.28 vemos la división del hogar y ahora los pecaminosos resultados de esta división carnal.

A. Un padre en decadencia.

Isaac tenía alrededor de 137 años a estas alturas, sin embargo, actuó como si fuera a morir pronto. En realidad vivió hasta los 180 años (35.28). Su impaciencia de darle a Esaú la bendición sugiere que seguía sus planes carnales, no la voluntad de Dios. ¿Se olvidó de la Palabra en 25.23, o trataba de cambiar el plan de Dios? Nótese cómo dependía de sus sentidos (palpar, comer, oler). Nótese también que alimentar al cuerpo era más importante que hacer la voluntad de Dios. Isaac una vez se colocó sobre el altar y estaba dispuesto a morir por el Señor. ¡Qué cambio!

B. Una madre dudosa.

Dios le había dicho a Rebeca que Jacob recibiría la bendición de Dios, sin embargo, ella tramó e hizo el complot de asegurarse de que Esaú fuera dejado fuera. En lugar de acudir a Dios en oración como lo había hecho años antes, dependió de sus propios planes, práctica que sería característica de Jacob años más tarde. Rebeca pagó enormemente por su pecado: nunca volvió a ver a su hijo (véase vv. 43–45). Esaú actuó con toda intención para herirla; y su mal ejemplo ante Jacob le costó a este veinte años de prueba.

C. Un hijo engañador.

Sin duda Jacob sabía de la promesa de Dios para su vida, sin embargo prestó oídos a su madre en lugar de a Dios. ¡Cómo se apresuraron los dos a llevar a cabo el complot! «El que creyere, no se apresure» (Is 28.16). Rebeca debe hacer sido una buena cocinera para hacer que un cabrito tenga el sabor de venado. Jacob es el cuadro perfecto del hipócrita: Su voz y sus manos no están de acuerdo (lo que dice y hace), y engaña a otros. Sólo en el versículo 19 Jacob le dice a su padre tres mentiras: «Yo soy Esaú» (era Jacob); «he hecho» (su madre lo hizo todo); «come de mi caza» (era carne de cabra). Y su beso en el versículo 27 era también engañoso. ¿Pagó Jacob su pecado? Sí, muchas veces. Labán lo engañó con sus esposas y muchas veces le cambió el salario. Además, los mismos hijos de Jacob un día matarían un cordero (37.31) y pondrían su sangre en la túnica de José para engañar a su padre. «Sabed que vuestro pecado os alcanzará» (Nm 32.23).

D. Un hermano desesperado.

Hebreos 12.17 indica que Esaú buscó con lágrimas la bendición, sin embargo no halló lugar para el arrepentimiento real por sus pecados. Remordimiento, sí, pero no arrepentimiento sincero. Se lamentaba por lo que había perdido, no por lo que había hecho. En el versículo 33 Isaac se estremeció cuando se percató de que Dios había trastornado sus planes. Las lágrimas de Esaú no pudieron cambiar la determinación de Isaac ni alterar la bendición. Esaú se vengó al tramar la muerte de su hermano, pero deliberadamente lastimó a sus padres creando problemas al casarse con mujeres paganas. La gracia de Dios no falla, pero Esaú le falló a la gracia de Dios.

El pecado en el hogar siempre trae dolor de corazón y malos entendidos. Si Isaac y Rebeca no hubieran «tomado partido» respecto a los dos muchachos; si hubieran continuado orando respecto a los asuntos como lo hicieron al principio de su matrimonio, si le hubieran permitido a Dios que hiciera lo que quisiera; los asuntos hubieran sido diferentes. Pero como fue, todos sufrieron debido a su incredulidad y desobediencia. Nunca envejecemos demasiado como para ser tentados, ¡o para fracasar!

GÉNESIS 28

I. La aventura (28.1–9)

Podemos decir con precisión que el resto de Génesis presenta la vida de Jacob, incluyendo sus pruebas con Labán (28–31), con Esaú (32–33) y con sus hijos (34ss). La historia de José es, en realidad, una parte de la de Jacob.

La verdadera razón por la que Rebeca tramó la partida de Jacob de su hogar fue para evitar el peligro de la ira de Esaú (27.41–46), pero su excusa era que quería que Jacob hallara una esposa piadosa (véase 24.1–9). Las mujeres mundanas de Esaú estaban causando problemas en el hogar, como siempre sucede cuando el pueblo de Dios se casa fuera de la voluntad de Dios. Rebeca en realidad planeaba enviar a Jacob cuando el tiempo fuera apropiado (27.45), pero este plan falló. Jacob nunca volvió a ver a su madre. De nuevo «fe es vivir sin intrigas». Todos necesitamos prestar atención a la advertencia de Santiago 4.13–17.

¡Es maravilloso cuando un hijo puede dejar el hogar con la bendición de su padre! Pero Jacob no podía depender de la fe de su padre. Tenía que encontrarse con Dios y tomar decisiones por sí mismo. Desafortunadamente, Jacob necesitó más de veinte años para llegar al lugar de rendición real, ¡y cuán caro pagó por su incredulidad y rebelión! Los versículos 6–9 ilustran el conflicto entre la carne y el Espíritu: Esaú (la carne) de manera intencional desobedeció al Señor y trajo una tristeza aún mayor al hogar. Nótese que Jacob no era ningún joven cuando salió en esta aventura. Tenía por lo menos setenta y siete años. Génesis 47.9 afirma que Jacob tenía 130 años cuando fue a Egipto. José tenía diecisiete años cuando lo vendieron a Egipto y tenía treinta cuando lo presentaron a Faraón (41.46). Añádase, entonces, los trece de José como siervo a los siete años de abundancia y dos años de hambruna, y usted tiene a José como de treinta y nueve años cuando Jacob vino a Egipto. Esto significa que José nació cuando Jacob tenía noventa y un años, y Génesis 30.25 indica que cuando José nació Jacob ya había cumplido sus catorce años de servicio por sus esposas. Esto indica que Jacob tenía alrededor de setenta y siete años cuando empezó a andar «por sí mismo».

II. La visión (28.10–12)

Jacob viajó alrededor de cien kilómetros de Beerseba hasta Bet-el, tres días de camino. Esa noche «tomó de las piedras» para ponerla como almohada mientras dormía, y Dios le dio una visión de una escalera (o gradas como algunos lo traducen) que iba del cielo a la tierra. Juan 1.43–51 es la explicación del NT de este versículo. La escalera simboliza a Jesucristo. Jacob es el cuadro perfecto del alma perdida, en tinieblas, huyendo por su vida, lejos de la casa de su padre, con el peso del pecado e ignorando que Dios está cerca y quiere salvarle. La escalera es un cuadro de Cristo como el único camino de la tierra al cielo. Él nos abre el cielo y trae a nuestra vida las bendiciones del cielo. Y sólo Él puede llevarnos al cielo. Jacob pensó que era un desierto solitario, ¡y se despertó para descubrir que había estado en la misma puerta del cielo! Relacionando esto junto a Juan 1.43–51 notamos que Jacob era un israelita lleno de engaño, mientras que el versículo 47 describe a Natanael como un israelita sin engaño.

Esta es la primera de por lo menos siete revelaciones de Dios a Jacob (véanse 31.3, 11–13; 32.1–2, 24–30; 35.1; 35.9–13; 46.1–4). Los ángeles en la escalera eran una señal del cuidado de Dios. Aparecieron para proteger a Jacob cuando estaba a punto de encontrarse con Esaú (32.1–2).

III. La voz (28.13–15)

Las visiones sin la Palabra de Dios pueden ser engañosas, de modo que Dios le habló a Jacob para asegurarle. Una persona no se salva por ángeles ni visiones; se salva por fe en la Palabra de Dios. Nótese las promesas que Dios le dio a Jacob:

A. La tierra (v. 13).

Esta promesa se le dio primero a Abraham (13.14ss) y se le confimó a Isaac (26.1–5). La Tierra Santa les pertenece a los judíos, aunque no la posean toda. Un día Israel «recuperará sus posesiones» (Abd 17).

B. La descendencia multiplicada (v. 14).

Esto aseguró a Jacob que Dios le daría una esposa; de otra manera no hubiera tenido descendientes (véanse también 13.16 y 22.17). En la actualidad, hay judíos en todo punto geográfico.

C. La presencia personal de Dios (v. 15).

Este versículo sugiere que Jacob andaría errante, pero Dios le promete estar con él. ¿Por qué? Porque Dios tenía un plan para la vida de Jacob y haría que su plan se cumpla (Flp 1.6; Ro 8.28–29). Aun cuando en los arduos años que le esperaban a Jacob tendría que cosechar las consecuencias de sus pecados, Dios aún estaba con él para protegerle y bendecirle.

IV. El voto (28.16–22)

«No es otra cosa que casa de Dios», exclamó Jacob, porque el nombre Bet-el significa «casa de Dios». Su experiencia esa noche no sólo lo cambiaría a él, sino que cambió el nombre del lugar donde durmió. Para conmemorar el hecho Jacob erigió una señal y la hizo un altar, derramando sobre él una ofrenda al Señor. Años más tarde, cuando regresó a Bet-el, Jacob repitió este acto de consagración (35.9–15). Este acto de fe (aunque motivado por el temor) fue la manera de Jacob de consagrarse a Dios. (Véase Flp 2.17, donde «ofrecido» es literalmente «derramado».) ¡Es maravilloso que por fe un creyente puede convertir una «almohada» en una «señal»!

Se han sugerido dos interpretaciones respecto al voto de Jacob: (1) que regateaba con Dios al decir: «Si … si … »; (2) que mostraba fe en Dios, puesto que la palabra hebrea puede traducirse: «puesto que … puesto que … » Este es en realidad el primer voto que aparece en la Biblia. Es probable que ambas interpretaciones sean ciertas: Jacob creyó en la Palabra de Dios, pero todavía tenía bastante del «viejo hombre» como para tratar de regatear con Dios como lo hizo con Esaú e Isaac. Estaba tan acostumbrado a las «tretas» que trató de urdir su camino para la bendición de Dios. Al final, esto se mostró y resolvió en Jaboc (Gn 32). Jacob regresó a su casa en paz (Gn 35.27–29) y practicó el diezmo (v. 22). Se dio cuenta de que su dedicación a Dios no significaba nada a menos que sus bienes materiales estuvieran también bajo su control. Abraham practicó el diezmo (14.20) y en ambos casos la ley todavía no se había dado. Los que dicen que el diezmo no es para esta edad de gracia yerran el hecho de que los primeros santos practicaron el diezmo. Fue su expresión de fe y obediencia al Señor lo que les guiaba, guardaba y sustentaba.

Jacob no siempre vivió de acuerdo a este voto en los años subsiguientes. «Encontró su igual» en Labán, que también era un tramposo. Durante veinte años los dos trataron entre sí de ganarle al otro la partida, pero al final, se disciplinó a Jacob y Dios cumplió sus promesas. Es bueno que nosotros los creyentes tengamos un «Bet-el» en nuestras vidas, un lugar donde nos encontremos con Dios de una manera seria y hagamos algunos compromisos definitivos con Él. Si nos alejamos del Señor, siempre podemos «regresar a Bet-el» (Gn 35.9–15) y renovar nuestros votos. Jacob es una ilustración del conflicto entre las dos naturalezas, porque siempre batallaba con la carne y trataba de depender de sus capacidades y planes. ¡Qué bueno es saber que Dios vigila a sus hijos descarriados!

GÉNESIS 29–31

Desde la cima espiritual de Bet-el (cap. 28) Jacob descendió a la vida cotidiana de Harán y aquí «encontró la horma de su zapato» en el tramposo Labán, su tío. Jacob pasó alrededor de veinte años con Labán. Durante este tiempo cosechó las tristes consecuencias de sus pecados, pero al mismo tiempo, Dios le disciplinó y le preparó para el servicio futuro.

I. Jacob sirve por las hijas de Labán (29.1–30.24)

A. Decisión (29.1–20).

Dios providencialmente dirigió a Jacob a la casa de Labán, pero nótese que este no se detuvo a orar, como lo hizo el criado de Abraham cuando fue a cumplir su importante encargo (24.12). Jacob animó a los otros pastores a regresar a los potreros (v. 7) porque quería saludar a Raquel en privado. Todavía es el engañador. Nótese cómo Raquel y Labán corrieron cuando descubrieron quién era Jacob (vv. 12–13). Jacob tomó su decisión: quería a la hermosa Raquel por esposa. Raquel significa «oveja» en tanto que Lea significa «vaca traviesa». Los ojos de Lea carecían de aquel profundo brillo que, en las culturas del Medio Oriente, es una marca de belleza. Jacob acordó servir a Labán siete años y, como siempre, cuando hay amor el tiempo y el trabajo pasaron rápidamente. Nótese que en el versículo 15 tenemos la primera «cuota» de la disciplina de Jacob: se convirtió en sirviente. En 25.23 se prometió que «el mayor servirá al menor»; pero ahora el menor era siervo él mismo.

B. Engaño (29.21–30).

Aquí está la «cuota» de disciplina número dos: el engañador es a su vez engañado. Labán no tenía ningún deseo de pasar por alto la oportunidad de casar a su hija mayor, de modo que obligó a Jacob que se casara con ella. Jacob mintió respeto al primogénito (27.19); ahora le mienten respecto a la mayor (29.26). «El camino de los transgresores es duro» (Pr 13.15). Cumplió la semana de celebración matrimonial con Lea, y luego se casó con Raquel y empezó su segundo período de servicio de otros siete años. Labán tuvo la precaución de que todos los hombres del área presenciaran el matrimonio de Lea (v. 22). Después de consumado el matrimonio Jacob no podía echarse para atrás. Sin duda se dio cuenta de que Dios lo disciplinaba por sus ardides.

C. División (29.31–30.24).

Por lo general, cuando el matrimonio empieza con el pecado, hay división y desdicha en el hogar. Al principio ninguna de las dos esposas le daba hijos, pero era obvio que Jacob quería más a Raquel y que «menospreciaba» (detestaba, v. 31) a Lea. De modo que Dios honró a Lea dándole cuatro hijos: Rubén («¡vean, un hijo!»), Simeón («oír»), Leví («unido») y Judá («alabanza»). Esto fue en respuesta a las oraciones de Lea (véanse 29.33; 30.6, 17, 22). Raquel no pudo evitar sentir envidia por su hermana y su envidia creó ira y discordia entre ella y Jacob. En lugar de perder los estribos, Jacob debía haber orado respecto al problema, como lo hicieron sus padres años antes (25.19–23). La solución humana fue que Jacob se uniera a Bilha, la cual procreó a Dan («juicio») y a Neftalí («luchar»). Lea siguió al darle a Zilpa, quien procreó a Gad («tropa») y Aser («buena fortuna»). Es obvio que Jacob no tenía un hogar espiritual: Sus esposas andaban en discordia y lo usaban como instrumento de sus planes (30.14–16). Raquel hasta le interesaban los ídolos (31.19). No leemos que haya habido un altar en su casa y los tristes resultados no son difícil de verse. Lea tuvo dos hijos más: Isacar («recompensa, paga») y Zabulón («morar»); y Raquel le dio a Jacob su querido José («que Él añada»). Más adelante daría a luz a Benjamín («hijo de mi mano derecha») y entonces moriría (35.16–20). Jacob también tuvo varias hijas (30.21; 37.35; 46.7, 15).

Este recuento abarca catorce años de la vida de Jacob; años de sudor, prueba y aflicción. Dios usó a Labán y las circunstancias difíciles de la vida para disciplinar a Jacob y prepararlo para las tareas que se avecinaban.

II. Las tretas de Jacob respecto al ganado de Labán (30.25–43)

Jacob había servido catorce años y se dio cuenta de que debía emprenderlas por sí mismo y proveer para su numerosa familia. Le pidió a Labán que le permitiera irse; sin embargo, el astuto arameo no estaba dispuesto a perder a su valioso yerno. Jacob había trabajado catorce años por sus dos esposas; ahora podía trabajar por el ganado que necesitaría para establecerse por su cuenta. Por supuesto, Labán escondió el perverso motivo de su plan usando el nombre del Señor (v. 27) y al pedirle a Jacob que escogiera los términos. «Señálame tu salario, y yo te lo daré». Labán preguntó, pero Jacob rehusó recibir regalo, porque la última vez que aceptó un «regalo» de Labán fue engañado (29.19). Jacob le ofreció a Labán trabajar como pastor, si este le daba los «rechazos» de los rebaños y del ganado. Las ovejas orientales son blancas y las cabras castañas o negras. Al aceptar las rayadas, las salpicadas de color y con manchas, Jacob al parecer le daba a Labán el mejor negocio. Sin duda era un acto de fe de Jacob.

Pero el tramposo se puso a trabajar. En lugar de confiar en que Dios supliera su necesidad (véanse 31.9 y 28.15, 20), Jacob usó su propio plan. Es probable que las varas en los abrevaderos no influyeron en las ovejas; fue Dios el que determinó qué clase de animal haría concebir a las ovejas y las cabras. No obstante, Jacob usó «la crianza selectiva» (vv. 40–43), de modo que sólo el ganado más fuerte concibiera. Por 31.7–8 nos enteramos de que Labán cambió los términos del contrato varias veces al ver que los ganados de Jacob aumentaban, pero Dios pudo más que Labán y enriqueció a Jacob.

III. Jacob huye de la casa de Labán (31)

A. La conferencia (vv. 1–16).

Tres factores entraron en la decisión de Jacob para irse: la actitud diferente de Labán; la necesidad de establecer su hogar; y, sobre todo, la dirección directa del Señor. Dios le recordó a Jacob su voto hecho en Bet-el. El descarriado ahora tenía que regresar y cumplir sus promesas al Señor que le había bendecido. Raquel y Lea estuvieron de acuerdo con irse, pero su decisión se basaba en consideraciones materiales, no en la voluntad del Señor. Nos preguntamos si las esposas sabían algo respecto a la experiencia de Jacob en Bet-el hasta ahora.

B. La persecución (vv. 17–35).

En lugar de confiar en Dios para protegerle, Jacob salió huyendo de prisa mientras Labán trasquilaba sus ovejas. Qué pobre testimonio cuando los creyentes deciden actuar en secreto. Labán ya estaba a tres días de camino de Jacob (30.36), de modo que lo alcanzó a los siete días. Dios le advirtió a Labán antes de que siquiera se enfrentara a Jacob, de modo que no había razón para que Jacob temiera (v. 31; véase también Pr 16.7). Labán «fingió» para parecer ofendido, cuando quizás se alegraba de librarse del que demostraba ser más sagaz que él enriqueciéndose. Su verdadera preocupación aparece en el versículo 30: ¡alguien se había robado sus ídolos! El pecado oculto llevó a más pecado, puesto que Raquel, la ladrona, le mintió a su padre y a su esposo, mientras que el furibundo Labán registraba todo en la caravana.

C. El conflicto (vv. 36–42).

Ahora se revela la ira reprimida durante veinte años y Jacob «le canta las cuarenta» a su suegro. Labán era un idólatra y Jacob un descarriado, ¿cómo podía haber algún acuerdo entre ellos? Lo único que redime el colérico discurso de Jacob es que le dio a Dios la gloria por su éxito (v. 42).

D. El pacto (vv. 43–55).

La llamada «bendición de Mizpa» que se halla en muchos himnarios [en inglés] no es totalmente bíblica. Estos dos hombres no confiaban el uno del otro, de modo que levantaron un monumento para recordarles que Dios estaba vigilando. En lugar de atestiguar de su amistad (como afirma la «bendición de Mizpa»), estas piedras testificaban de su mutua desconfianza. ¡Nótese en el versículo 47 que los dos hombres ni siquiera hablaban el mismo idioma! (Ambos nombres significan «majano del testimonio» o «majano de testigo».) Es muy triste cuando los miembros de una familia no pueden confiar los unos en los otros. Cuánto mejor hubiera sido que se perdonaran entre sí y entregaran todo el asunto a Dios. El versículo 52 indica que el majano que Labán erigió marcaba también la frontera que Jacob no debía atreverse a pasar.

Los veinte años de servidumbre de Jacob habían concluido, pero todavía necesitaba volver a Bet-el y arreglar cuentas con Dios.

GÉNESIS 32–36

Estos capítulos anotan varias experiencias cruciales en la vida de Jacob mientras se dirigía de la casa de Labán a Bet-el. Nos dan tres cuadros vívidos de este hombre que nos ilustra el conflicto entre la carne y el Espíritu, la vida vieja y la nueva.

I. Jacob el luchador (32)

Esaú venía y Jacob estaba a punto de enfrentarse a su pasado olvidado. ¿Le perdonaría Esaú o lucharía contra él? ¿Perdería Jacob todo lo que se las había arreglado para adquirir? Qué trágico es cuando el pasado alcanza a los pecadores. La geografía no podía borrar el pasado de Jacob, ni veinte años de historia podían cambiarlo. Pero antes de que Jacob se encontrara con Esaú, tuvo otros tres encuentros:

A. Se encontró con ángeles de Dios (vv. 1–20).

Vio primero estos ángeles en Bet-el (cap. 28) y deben haberle recordado a Jacob que Dios estaba en control. Le llamó al lugar «los dos campamentos» (el suyo y el campamento o ejército de ángeles), pero falló en cuanto a poner su fe en el Dios que años antes prometió protegerle. Los creyentes de hoy tal vez claman Hebreos 1.14 y Salmo 91.11–13 al andar en la voluntad de Dios. Es triste, ¡pero Jacob empezó a confiar en sí mismo y en sus estratagemas de nuevo! Trató de aplacar a Esaú con regalos. Dividió su gente en dos grupos (v. 7) e ignoró el ejército protector de ángeles. Entonces, después de dar estos pasos de confianza carnal, ¡le pidió ayuda a Dios! ¿Se olvidó de cómo Dios le protegió de Labán? (31.24)

B. Se encontró con el Señor (vv. 21–26).

Al encontrarnos a solas con Dios es cuando las buenas cosas empiezan a ocurrir. Cristo vino para luchar con Jacob y la lucha duró toda la noche. Téngase presente que Jacob no luchaba para conseguir una bendición de Dios; más bien se defendía y rehusaba rendirse. El Señor quería quebrantar a Jacob y traerle al lugar donde sinceramente podría decir: «No yo, más Cristo» (Gl 2.20). Toda la noche Jacob se defendió y rehusó rendirse ni aun admitió que había pecado. ¡Entonces Dios debilitó a Jacob y el luchador sólo pudo aferrarse! Ahora, en lugar de un ardid para conseguir una bendición o regatear una bendición, le pidió a Dios la bendición … y la recibió.

C. Se encontró a sí mismo (vv. 27–32).

No nos vemos verdaderamente hasta que primero veamos al Señor. «¿Cuál es tu nombre?» (v. 27), fue la pregunta que obligó a Jacob a confesar su propio yo: «Jacob, el engañador». Una vez que se enfrentó a sí mismo y confesó su pecado, Jacob pudo ser cambiado. Dios le dio un nuevo nombre: «Israel, príncipe con Dios» o «hombre gobernado por Dios». La manera de tener poder con Dios es que Él nos quebrante. Dios también le dio un nuevo comienzo y un nuevo poder al empezar a «andar en el Espíritu» y no en la carne. Esto se ilustró con un nuevo andar, porque Jacob cojeaba. Dios lo quebrantó, pero su cojera era una señal de poder y no de debilidad. El versículo 31 indica la aurora de un nuevo día, puesto que el sol salió y Jacob cojeó al ir al encuentro con Esaú, ¡con la ayuda de Dios!

II. Jacob el reincidente (33–34)

Hubiera sido maravilloso que Jacob viviera a la altura de su nuevo nombre y su nueva posición con Dios, pero no fue así. El capítulo empieza con «Jacob» el viejo nombre, no «Israel» el nuevo, y le vemos «alzando sus ojos», andando por vista, no por fe. Veamos lo que Jacob perdió porque no reclamó sus privilegios espirituales:

A. Su cojera (33.3).

Se postró ante Esaú en lugar de caminar (cojeando) y enfrentarle hombre a hombre. ¡Es siempre trágico cuando un «príncipe con Dios» se amilana ante un hombre del mundo! Mejor cojear por fe que postrarse en autoconfianza.

B. Su poder (33.1–2,8–11).

Vemos a Jacob urdiendo estratagemas de nuevo, regateando con el enemigo. ¿No le garantizó Dios su poder? ¿No le prometió hacerle salir adelante?

C. Su testimonio (33.12–17).

Jacob mintió a Esaú acerca de sus rebaños y viajó en dirección opuesta. Los dos nunca más volvieron a encontrarse hasta que sepultaron a su padre (35.29). Sin duda en esa reunión Esaú le preguntó a Jacob lo que le ocurrió después que se separaron.

D. Su tienda (33.17).

Jacob construyó una casa y se estableció en sucot.

E. Su visión (33.19).

Se mudó de nuevo y levantó su tienda hacia la ciudad de Siquem, no muy diferente de Lot (13.12). Perdió la visión de la ciudad de Dios (Heb 11.13–16).

F. Su hija (34).

Como Lot, Jacob puso a su familia en el lugar de la tentación y, cuando su hija inspeccionó la ciudad, la violaron. Triste como suena, los hijos de Jacob eran mentirosos como su padre. Es más, usaron el sagrado rito de la circuncisión para lograr su treta malvada. Los versículos 30–31 sugieren que Jacob estaba egoístamente más preocupado por su seguridad y bienestar que por los pecados de su familia.

¿Cuándo empezó todo esto? Cuando Jacob no vivió de acuerdo a su nueva posición con Dios. ¿Por qué hoy los cristianos del NT hacen tretas, pecan y fallan? Porque no viven de acuerdo a su posición celestial en Cristo (Ef 4.1ss).

III. Jacob el viajero (35–36)

Nótese cuán a menudo Jacob «salió» en estos capítulos (35.5, 16, 21). Dios le había llamado a que volviera «a Bet-el» (v. 1), de nuevo al lugar de la visión y del voto. Cuando una persona reincide (como Jacob), no hay nada que hacer sino regresar al lugar de la dedicación y renovación de sus votos. Antes de poder llevar a su gente de nuevo al altar, sin embargo, Jacob tenía que «limpiar su casa», los dioses ajenos y enterrar las joyas asociadas con la adoración pagana. El único lugar para el pecado es la tumba. Es más, hay cuatro tumbas en este capítulo: la tumba de los ídolos (v. 4), la tumba de Débora (v. 8), el sepulcro de Raquel (v. 19) y la tumba de Isaac (v. 29).

Jacob regresó a Bet-el y edificó un altar. Dios le encontró en una nueva manera y le recordó su nuevo nombre, Israel. Dios reafirmó las promesas que le dio a Abraham y a Isaac, y Jacob respondió levantando un nuevo monumento y ungiéndolo como lo había hecho años antes. Un creyente que reincide no necesita una nueva experiencia para arreglar cuentas con Dios. Sólo necesita reafirmar la vieja experiencia de una nueva manera.

Qué extraño que Raquel muriera poco después que Jacob fue restaurado a la comunión con Dios. Las grandes experiencias espirituales no son un seguro contra las aflicciones y pruebas de la vida. Y sin duda Jacob estaba más capacitado para soportar su aflicción ahora que antes de construir ese altar. Todo lo que Jacob perdió lo recuperó debido a que encontró a Dios en el altar.

No sólo hay tristezas en la familia del creyente consagrado, sino también pecados (v. 22). Rubén nació en medio de grandes expectaciones (29.32) y Jacob dijo años más tarde que Rubén podría haber logrado mucho (49.3). Pero Rubén era inconstante; le faltaba carácter

piadoso (49.4); y, por consiguiente, perdió la primogenitura que le pertenecía (1 Cr 5.1–2) y tuvo que dársela a Judá y a José. El pecado jamás trae bendición; siempre es costoso.

El acto final de este viaje fue que Jacob y Esaú sepultaron a su padre. Jacob había planeado ver de nuevo a su madre, pero ella murió antes de que él regresara a su hogar. El capítulo 36 nos cuenta la historia de Esaú, porque Dios en efecto le hizo una nación poderosa. Desafortunadamente los edomitas fueron enemigos del pueblo de Dios durante siglos.

GÉNESIS 37–40

Empezamos ahora el estudio de una de las más emocionantes biografías de la Biblia, la de José y sus hermanos. La historia entera ilustra la soberanía de Dios y su cuidado providencial sobre los suyos. Aun cuando José tuvo sus faltas, aún se yergue como un gigante espiritual en su familia.

I. José el hijo favorito (37)

A. El amor de Jacob (vv. 1–4).

Puesto que Raquel era la esposa favorita de Jacob y José su primogénito (30.22–24), es fácil ver por qué Jacob le favoreció en su ancianidad. Esta clase de parcialidad en un hogar está destinada a causar problemas. José tenía diecisiete años cuando ayudaba con las ovejas, pero pronto Jacob le quitó ese deber y le hizo «supervisor» al darle «una túnica multicolor». ¡Jacob quería hacer a José jefe antes de que hubiera realmente aprendido a ser siervo! El resultado: los hermanos de José le aborrecían (v. 4) y le envidiaban (v. 11).

B. Los sueños de José (vv. 5–11).

No hay duda que estos sueños vinieron de Dios; y es cierto que la seguridad de que un día regiría ayudó a José a mantenerse fiel durante esos muchos años de prueba en Egipto. Nótese que el primer sueño tiene un escenario terrenal, mientras que el segundo se desarrolla en el cielo. Esto sugiere los hijos terrenales de Abraham (los judíos) y su descendencia celestial (la Iglesia). Llegó el día en que los hermanos de José se inclinaron ante él. Véanse también 42.6; 43.26; y 44.14.

C. El ardid de Judá (vv. 12–28).

No se nos dice cuál de los hermanos fue el primero en sugerir que se deshicieran de José. Quizás fue Simeón, quien estaba resentido por la intrusión de José en los derechos del primogénito (los cuales al final se le quitarían a Rubén, 49.3–4). Sabemos por el capítulo 34 que Simeón era astuto y cruel, y en 42.24 José fue más bien riguroso con Simeón. En cualquier caso, los hermanos estaban de nuevo en la región de Siquem (donde antes se metieron en problemas, cap. 34) y tramaron matar a José. Es un mérito para Rubén que trató de librar la vida de José, aun cuando usó el método errado para lograr una obra noble. Dios anuló el odio de los hombres y José fue vendido como esclavo en vez de ser asesinado a sangre fría.

D. La aflicción de Jacob (vv. 29–36).

Años antes Jacob había matado un cabrito para engañar a su padre (27.9ss) y ahora sus hijos lo engañan de la misma manera. Cosechamos lo que sembramos. Jacob pasó los siguientes veinte años en tristeza, creyendo que José estaba muerto. Pensó que todo estaba en su contra (Gn 42.36), cuando en realidad todo obraba para su bien (Ro 8.28). Dios envió a José de antemano para preparar el camino para la preservación de Israel como nación.

II. José el mayordomo fiel (38–39)

El capítulo 38 presenta un cuadro sórdido, mostrando a Judá sucumbiendo a los deseos de la carne. Es un contraste completo con la pureza de José (39.7–13). Judá estaba dispuesto a vender a su hermano como esclavo y, sin embargo, él mismo era un «esclavo del pecado» (Jn 8.34). Incluso allí, «cuando el pecado abunda, la gracia sobreabunda» (Ro 5.20), porque vemos que Tamar se incluye en el linaje humano de Cristo (Mt 1.3). Nótese que Judá fue más riguroso con los demás que consigo mismo (v. 24). Como David, ¡quería juzgar al «pecador» hasta que descubrió que él era el pecador!

Jacob trató de escudar a José de las responsabilidades del trabajo, pero Dios sabía que José nunca podría ser un gobernante si antes no era un siervo (Mt 25.21). Dios usó tres disciplinas en la vida de José para prepararlo para ser el segundo al mando en Egipto:

A. La disciplina del servicio (39.1–6).

José cambió su «túnica multicolor» por el delantal del criado, y Dios le obligó a aprender a trabajar. De esta manera, aprendió la humildad (1 P 5.5–6) y la importancia de obedecer órdenes.

Debido a que José fue fiel en lo poco, Dios le promovió a cosas mayores. Véanse Proverbios 22.29 y 12.24.

B. La disciplina del dominio propio (39.7–18).

La madre de José era una mujer hermosa y sin duda el hijo heredó sus rasgos (29.17). Las mujeres egipcias eran conocidas por su infidelidad, pero José no cedió. Dios estaba probándolo, porque si José no podía autocontrolarse como siervo, nunca podría controlar a otros como gobernante. Pudiera haber aducido: «¡Nadie lo va a saber!» o «¡Todo el mundo lo hace!» Pero, en lugar de eso, vivía para agradar a Dios y se cuidó de no proveer para la carne (Ro 13.14). «¡Huye de las pasiones juveniles!», amonestó Pablo (2 Ti 2.22), y esto fue exactamente lo que José hizo. Como dijera el predicador puritano: José perdió su túnica pero conservó su carácter. Demasiadas personas han fallado en esta disciplina y Dios ha tenido que echarlas a un lado (1 Co 9.24–27; Pr 16.32; 25.28).

C. La disciplina del sufrimiento (39.19–23).

No sólo José controló sus apetitos, sino también logró controlar su lengua; porque no discutió con los oficiales ni expuso la mentira que la esposa de Potifar esparcía acerca de él. El control de la lengua es una señal de madurez espiritual (Stg 3). Es probable que Potifar era el capitán de la guardia a cargo de los prisioneros; incluso tal vez era el principal verdugo. En cualquier caso, cuidó que a José lo pusieran en la prisión del rey (v. 20), y la fidelidad y devoción de José le ganó el favor de los oficiales. La clave de su éxito fue que «Jehová estaba con José» (39.2, 5, 21). Al menos dos años tuvo que sufrir José como prisionero o quizás más tiempo. El Salmo 105.17–20 explica que este sufrimiento puso «hierro» en su alma. Contribuyó a hacerle hombre. La gente que evade el sufrimiento tiene dificultades para desarrollar el carácter. Sin duda José aprendió la paciencia de sus sufrimientos (Stg 1.1–5) tanto como una fe más profunda en la Palabra de Dios (Heb 6.12). Este sufrimiento no era nada agradable, pero necesario y un día se convirtió en gloria.

III. José el siervo olvidado (40)

José era ahora un criado en la prisión real (41.12), fielmente cumpliendo con su trabajo y esperando el día cuando sus sueños proféticos se hicieran realidad. Un día se añadieron dos nuevos presos: el copero de Faraón y el jefe de sus panaderos. No se indica cuáles fueron sus crímenes; a lo mejor fue alguna minucia que enfadó a Faraón. Por amor a José, sin embargo, sabemos que Dios arregló dicho arresto. José fue tratado injustamente, pero sabía que un día Dios cumpliría su Palabra.

Nótese la humildad de José al interpretar los dos sueños (v. 8). Le dio toda la gloria al Señor. «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo» (1 P 5.6).

Los dos presos estaban encadenados debido a algo que hicieron, en tanto que José era inocente. Su interpretación de los sueños se hizo realidad: el copero fue restaurado y el panadero ahorcado. ¡Y José seguía en la prisión! Nos preguntamos por qué otros experimentan las bendiciones que nosotros necesitamos con desesperación; y sin embargo Dios tiene su plan y su tiempo.

Hay un indicio de desilusión e incredulidad en la petición de José en el versículo 14. ¿Estaba José apoyándose en el brazo de la carne? Si es así, el brazo de la carne le falló, porque el copero de olvidó por completo de José por los dos años siguientes. Esta fue una buena lección para José de manera que nunca confiara en los hombres. Dios al final iba a usar la mala memoria del mayordomo para librar a José, pero el tiempo oportuno aún no había llegado. El copero se olvidó de José, ¡pero Dios no se olvidó de él!

José tenía diecisiete años cuando llegó a Egipto y treinta cuando salió de la prisión (41.46). Esto quiere decir que pasó trece años como criado y prisionero, años de disciplina y preparación para su ministerio de toda una vida como el segundo al mando en Egipto. Dios nos prepara para lo que Él prepara para nosotros, si tan solo nos rendimos a Él.

De muchas maneras José es un cuadro de nuestro Señor Jesucristo, incluso cuando en ninguna parte del NT se le llama de manera específica un tipo de Cristo. José era un hijo amado que fue odiado y rechazado por sus hermanos. Le vendieron como esclavo y entonces un día lo encontraron como rey sobre ellos. José tuvo que sufrir antes de entrar en su gloria. Venció la tentación y sin embargo lo arrestaron y trataron injustamente. José fue un siervo fiel que ministró a otros. Con el tiempo fue exaltado al trono y responsable de salvar a las naciones. Sus hermanos no lo reconocieron la primera vez, pero él se les reveló la segunda vez que vinieron a Egipto. Así será con Israel: no conocieron a Cristo cuando vino la primera vez, pero le verán cuando venga otra vez y se postrarán ante Él.

GÉNESIS 41–45

Esta sección muestra cómo José de prisionero pasa al puesto de segundo al mando en la tierra. Se le dio un nuevo nombre: «El revelador de secretos» (41.45). Nótese los tres secretos que José reveló.

I. El secreto de los sueños de Faraón (41)

José esperaba que el copero se acordara de él e intercediera por él (40.13–15), pero el hombre no se acordó de José sino el día cuando Faraón quedó perturbado porque no podía hallar el significado a sus extraños sueños. Los caminos de Dios son incomprensibles, pero el tiempo de Dios para actuar nunca es demasiado temprano ni demasiado tarde. Nótese la humildad de José al estar ante el monarca más poderoso de la tierra: «Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón» (v. 16). Explicó el sueño: habría siete años de abundancia seguidos de siete años de hambruna. Luego dio un consejo sabio: nombrar un hombre sabio para administrar la provisión de alimentos. Dios dirigió a Faraón para que nombrara a José, ¡y así ahora fue exaltado al trono! Véase también 1 Pedro 5.6.

El matrimonio de José con una esposa gentil es un tipo del matrimonio de Cristo a la Iglesia durante esta edad cuando sus hermanos según la carne le han rechazado. «Manasés» significa «olvidar» y sugiere que la nueva posición de José en la voluntad de Dios había hecho que olvidara las pruebas del pasado; y «Efraín» significa «doblemente fructífero», sugiriendo que todas sus pruebas habían, al final, conducido al fruto y a la bendición. Como el grano de trigo, José «murió» para no quedar solo (Jn 12.23–26). Dios cumplió su Palabra a José y las predicciones de José fueron realidad. La Palabra del Señor permanece cuando la sabiduría del hombre falla (41.8).

Sin embargo, todo esto no era sino parte de un plan mayor, un plan para preservar a Israel y preparar el camino para el nacimiento de Cristo.

II. El secreto de los corazones de sus hermanos (42–44)

El plan ahora estaba en marcha, porque Jacob oyó que había grano en Egipto y envió a sus hijos a conseguir alimento. Considérense sus dos visitas a Egipto.

A. La primera visita (v. 42).

Diez de los hijos fueron a Egipto y José los reconoció a pesar de que ellos no lo notaron. Sin duda su apariencia había cambiado en veinte años y su idioma y vestido egipcio los habría llevado a pensar que era nativo. Nótese que los diez hombres se postraron (42.6), pero que los sueños de José predijeron que once se inclinarían (37.9–10). Esto explica cómo José sabía que los hombres regresarían con su hermano, Benjamín.

¿Por qué José fue tan riguroso con sus hermanos? ¿Y por qué esperó tanto para darse a conocer? Debido a que quería asegurarse de que se habían arrepentido de sus pecados. Excusar a quienes no están sinceramente arrepentidos es hacerles más pecadores (véase Lc 17.3–4). ¿Cómo trató José a sus hermanos? Les habló con dureza y les acusó de espías (vv. 7–14); los encerró durante tres días (v. 17); y luego retuvo a Simeón como rehén y le encadenó ante sus ojos (vv. 18–24). Para coronarlo todo les devolvió su dinero (vv. 25–28). Este riguroso tratamiento tuvo el resultado esperado, porque los hombres confesaron: «¡Somos culpables!» Véanse los versículos 21–23. Esta declaración le indicó a José que sus corazones se estaban ablandando. Su informe a Jacob de regreso a casa y el descubrimiento del dinero en sus sacos sólo complicó su problema. ¿Qué hacer? Si se quedaban en casa, serían ladrones, pero si regresaban a Egipto tenían que correr el riesgo de llevar con ellos a Benjamín. Nos preguntamos si el versículo 36 indica que Jacob sabía lo que le habían hecho a José años antes.

B. La segunda visita (caps. 43–44).

Dios hizo que la familia de Jacob sintiera de nuevo el hambre y, como el hijo pródigo de Lucas 15, estos hombres tenían que regresar o morirse de hambre. Vemos aquí otras indicaciones de su cambio de corazón: La disposición de Judá de ser el garante, de cargar con la culpa del joven Benjamín; su disposición de devolver el dinero; y su confesión de la verdad al mayordomo de José (43.19–22). Sin embargo, cometieron algunos errores también: llevar un regalo para José y confesar sus pecados al sirviente en lugar de a José directamente. No pode-

mos dejar de ver en todo este episodio la manera en que Dios trata con el pecador perdido. Dios controla las circunstancias para volver en sí al pecador y al final de sí mismo. Pero, triste como suena, demasiados pecadores convictos tratan de ganarse la salvación ofreciendo un presente, o confesando a un siervo humano, o haciendo algún gran sacrificio (como Judá lo hizo cuando ofreció su vida en garantía por Benjamín). La única manera en que José podía excusar sus pecados era recibiendo una sincera confesión y arrepentimiento.

José usó dos estratagemas para llevarlos al lugar de la confesión: la fiesta de alegría (43.26–34; nótese en los versículos 26 y 28 que los once hombres se inclinaron ante él) y el descubrimiento de la copa en el saco de Benjamín. De nuevo en 44.14 los once hombres se postraron ante José en verdadera contrición. «Dios ha hallado la maldad de tus siervos», confesaron (44.16). No podemos sino admirar el discurso de Judá en 44.18–34, no sólo por su humildad y confesión, sino también por el amor que muestra hacia su padre y su hermano menor. Estaba listo para ser el garante, para cargar con la culpa, incluso si le costaba la vida.

Qué hermosa lección espiritual tenemos aquí. Judá pensó que José en realidad estaba muerto (44.20) y, por consiguiente, que él mismo era culpable de homicidio. ¡Lo que no se percataba era que José estaba vivo y era su salvador! El pecador perdido está ante el tribunal de Dios y confiesa su culpa, pensando que su confesión es ira segura. Pero Jesucristo vive y por eso puede salvar al máximo. Cristo no espera que seamos garantes por nuestros pecados, ni por los pecados de otro, porque Él mismo es nuestro fiador ante Dios (Heb 7.22). Mientras Cristo viva, Dios jamás nos condenará. ¡Y Cristo vivirá para siempre!

No fue su confesión de culpa, sus sacrificios y sus regalos lo que les dio salvación a los hermanos. Fue el perdón de gracia de José, perdón comprado por sus sufrimientos por amor a ellos. ¡Qué cuadro de Jesucristo!

III. El secreto del propósito de Dios (45)

Ahora era tiempo para que José se diera a conocer y revelara el propósito para el cual Dios lo envió. Hechos 7.13 aclara que fue «la segunda vez» que se dio a conocer, así como fue la segunda vez que Israel recibió a Moisés después de rechazar su liderazgo cuarenta años antes (Hch 7.35). Este es el tema del discurso de Esteban que aparece en Hechos 7: el pueblo escogido, Israel, siempre había rechazado a sus salvadores la primera vez y recibido la segunda; harán lo mismo con Jesucristo.

Cuando José se dio a conocer sus hermanos se llenaron de terror, porque esperaron juicio completo de sus pecados pasados. Pero él vio su arrepentimiento; se postraron ante él y sabía que podía perdonarlos. Explicó que habrían todavía cinco años más de hambruna, pero que él había preparado un lugar de refugio en Egipto para ellos y sus familias. Dios le había enviado antes para salvarles la vida.

José prometió sustentarlos (v. 11) y protegerlos. Lloró con ellos y les besó, y envió regalos a su padre para asegurarles de las riquezas que había en Egipto. «Venid a mí», fue su invitación (45.18). Entonces, qué cambio ocurrió en Jacob cuando descubrió que José vivía: un cambio no muy diferente al de los discípulos cuando descubrieron que Jesús estaba vivo. Antes Jacob había dicho: «Contra mí son todas estas cosas» (42.36), pero ahora podía decir: «Todas las cosas ayudan a bien».

GÉNESIS 46–50

Estos capítulos abarcan los últimos días de Jacob. Le vemos realizando varios actos por última vez. Es un sobrio recordatorio de que un día cada uno de nosotros enfrentará el fin.

I. El último viaje de Jacob (46–47)

Por fe Jacob salió de Hebrón y se dirigió a Egipto, y Dios honró su fe al revelársele de nuevo y renovar sus promesas (46.2–4). Jacob sin duda recordó que Abraham había pecado al irse a Egipto (12.10ss) y que a Isaac se le había prohibido que fuera allá (26.2), de modo que la Palabra de Dios le da de nuevo la seguridad. En lugar de ser un lugar de derrota, Egipto sería un lugar de bendición, porque la nación crecería a pesar del sufrimiento. La familia entera fue con Jacob: los treinta y tres descendientes de Lea (vv. 8–15); los dieciséis de Zilpa (vv. 16–18); los catorce de Raquel (vv. 19–22); y los siete de Bilha (vv. 23–25). En realidad sesenta y seis viajaron con Jacob, y cuando añadimos a Jacob y a José y a los dos hijos de este (v. 27), tenemos un total de setenta. Véase Éxodo 1.5. En Hechos 7.14 se dice que fueron setenta y cinco en la familia, pero esto quizás incluyó a los cinco hijos de Efraín y Manasés mencionados en 1 Crónicas 7.14ss. Nótese que Judá era ahora el de confianza, porque Jacob lo envió delante como líder. Mientras tanto José estaba preparando el camino ante Faraón, hallando lugares para que vivieran y ocupaciones para que trabajaran mientras estaban en la tierra. Puesto que Egipto es un cuadro del sistema mundial, no es de extrañarse que los pastores eran abominación para los no salvos. Nuestro Señor es el Buen Pastor, ¡y el mundo no quiere tener nada que ver con Él!

Jacob se presentó al Faraón, testificó de la bondad de Dios durante su larga vida y después lo bendijo. La única bendición que este mundo tiene viene de Dios mediante su pueblo, Israel (Jn 4.22).

En Génesis 47.13ss se describe la manera en que José manejaba los asuntos de Egipto, dándonos una ilustración de dedicación: las personas le entregaron su dinero, sus tierras, sus posesiones y sus cuerpos (Ro 12.1–2). Debemos dar todo lo nuestro a Cristo que nos ha salvado y nos cuida diariamente.

II. La última bendición de Jacob (48)

Jacob pasó los últimos 17 de sus 147 años con José en Egipto, de modo que tuvo a su hijo favorito durante los primeros 17 años de la vida de José y luego los últimos 17 años de su vida. Sabiendo que estaba a punto de morir, el anciano patriarca llamó a José junto a su cama (47.31) para bendecir a sus dos hijos. Véase Hebreos 11.21. Los dos muchachos debían tener poco más de 20 años (véanse 41.50 y 47.28). Jacob reclamó a los muchachos como suyos, comparándolos en status con sus primeros hijos, Rubén y Simeón. (Veremos en 49.5–7 que Simeón y Leví desaparecerían como tribus separadas, de modo que Efraín y Manasés ocuparan sus lugares.) Sabiendo que Manasés era el primogénito, José puso al muchacho a la derecha de Jacob y a Efraín a la izquierda, pero Jacob cruzó sus brazos y le dio la bendición de la primogenitura a Efraín. Esto desagradó a José, pero Dios guiaba a Jacob, porque iba a darle una mayor bendición a Efraín. Este es otro ejemplo del divino principio de echar a un lado el primero para establecer al segundo (Heb 10.9). Vemos esto antes en Set y Caín, Isaac e Ismael, y Jacob y Esaú. El hecho de que Jacob cruzara sus manos trae la cruz al cuadro. Es mediante la cruz que Dios crucificó la vieja naturaleza y ahora echa a un lado lo natural para establecer lo espiritual. Cuando usted nace de nuevo, Dios reordena su «orden de nacimiento» espiritual.

Jacob también bendijo a José en el nombre del Dios que le había «pastoreado» todos sus años y le dio a una parte especial de tierra (v. 22, véase Jn 4.5). Esto fue un anticipo de toda la heredad que iba a recibir.

III. El último mensaje de Jacob (49)

Este es un capítulo difícil y no podemos entrar en detalles. En este mensaje final Jacob le revela a sus hijos su carácter y predijo su historia. Rubén era el primogénito y debía haber heredado poder y gloria, pero debido a su pecado perdió la bendición de su nacimiento (Gn 35.22; 1 Cr 5.1–2). Simeón y Leví eran hijos de Lea, y ambos eran crueles y egoístas como se ve en el crimen de asesinar a los hombres de Siquem (Gn 34). Más tarde la tribu de Judá absorbe a los descendientes de Simeón (Jos 19.1) y Leví viene a ser la tribu sacerdotal (¡qué gracia!) no teniendo heredad en sí misma. La declinación numérica de Simeón se ve al comparar Números 1.23 (59.300) con Números 26.14 (22.200).

A Judá se le identifica con el león, la bestia real; porque de Judá vendría el legislador (Cristo), como también los reyes piadosos de Israel. Jesús es el León de la tribu de Judá (Ap 5.5). El versículo 10 predice que Silo («el que da descanso», Cristo) no vendría sino hasta que Judá haya perdido su reino y sin duda esto se cumplió cuando Jesús nació. Los versículos 11–12 prometen grandes bendiciones materiales a Judá. Zabulón se extendería desde el mar de Galilea hasta el Mediterráneo, de aquí su conexión con las naves. A Isacar se le pinta como un siervo humilde para otros, dispuesto a llevar sus cargas para que pudieran disfrutar de descanso, antes que resistir y tener libertad. A Dan se le relaciona con la serpiente y el engaño. No sorprende que la idolatría en Israel empezara con Dan. Gad significa «una tropa» (30.11) y se le enlaza con la guerra; a Aser con riquezas, en especial la clase que agradaría a un rey. A Neftalí se le compara con un venado dejado libre y se le promete que sabrá cómo usar lenguaje poderoso; véase la victoria y el canto de Barac y Débora en Jueces 4–5 (nótese 4.6).

La bendición a José es la más larga. Es rama fructífera, atacado por sus hermanos, pero al final victorioso. Jacob da a José una variedad de bendiciones, materiales y espirituales, y le asegura la victoria final a través del Dios de Israel. José es príncipe «entre sus hermanos» (final del versículo 26). A Benjamín se le compara con un lobo que captura la presa que persigue y luego disfruta de ella por la noche. El rey Saúl vino de esta tribu y fue un conquistador; Saulo de Tarso, que llegó a ser el apóstol Pablo, también vino de Benjamín.

Es difícil recalcar todos los detalles de esta sorprendente profecía. La historia ha demostrado que las palabras de Jacob se hicieron realidad. Por cierto que hay una lección aquí en cuanto a la responsabilidad personal, porque algunas de las tribus perdieron su bendición debido a los pecados de sus fundadores. José sufrió más durante su vida temprana y, sin embargo, recibió la mayor de las bendiciones.

IV. La última petición de Jacob (50)

En 49.29–33 el anciano pidió que lo sepultaran con su familia en la cueva de Macpela. Abraham, Sara, Isaac, Rebeca y Lea ya estaban sepultados allí, y el cuerpo de Jacob sería el siguiente. Cuando Jacob murió, sus hijos lo lloraron y le dieron una sepultura honorable. Al parecer, toda la tierra lamentó setenta días su muerte y durante cuarenta de esos días, los embalsamadores prepararon su cuerpo. Este es el primer caso de un cuerpo embalsamado y de un funeral complejo en la Biblia. ¿Por qué Jacob (y luego José, 50.24–26) querían ser sepultados en Canaán? Esta era la tierra que Dios le dio; no pertenecía a este mundo (Egipto). Tal vez tenemos aquí también una lección espiritual; no sólo el espíritu del creyente va al cielo cuando muere, sino que el cuerpo también será llevado fuera de este mundo en la resurrección.

Es desafortunado que los hermanos de José no le creyeran cuando les dijo años antes que les había perdonado. Es más, su incredulidad y temor le hicieron llorar. Ellos ilustran a los cristianos débiles de hoy que no pueden aceptar la Palabra de Dios y, por consiguiente, viven en temor y duda. «¡No temáis!» es lo que nos dice Cristo así como José lo dijo a sus hermanos. En su ceguera quería obrar por su perdón («Henos aquí por siervos tuyos», v. 18), pero él les dio perdón completo mediante la gracia.

Génesis empieza con un jardín y termina con un ataúd. ¡Qué comentario de los resultados del pecado en el mundo! Pero la Biblia termina con la descripción de una hermosa «ciudad jardín» (Ap 21–22), el hogar de todos los que depositan su confianza en Jesucristo.

Éxodo

Bosquejo sugerido de Éxodo

I. Redención: el poder de Dios (1–17)
   - A. La esclavitud del pecado (1–4)
   - B. La obstinación de Faraón (5–11)
   - C. La salvación de Dios (12–17)
     1. La Pascua: Cristo el Cordero inmolado (12–13)
     2. El cruce del mar: resurrección (14–15)
     3. Maná: Cristo el pan de vida (16)
     4. La roca herida: el Espíritu (17.1–7)
     5. Amalec: carne versus Espíritu (17.8–16)

II. Justicia: la santidad de Dios (18–24)
   - A. La nación preparada (18–19)
   - B. La ley revelada (20–23)
     1. Los mandamientos (hacia Dios) (20)
     2. Los juicios (hacia el hombre) 21–23)
   - C. El pacto renovado (24)

III. Restauración: la gracia de Dios (25–40)
   - A. Descripción del tabernáculo (25–31)
   - B. Necesidad del tabernáculo: los pecados de Israel (32–34)
   - C. Construcción del tabernáculo (35–40)

Notas preliminares a Éxodo

I. Nombre

En griego *éxodo* significa «salida». (Véase Heb 11.22, «partir».) Este libro describe la esclavitud de Israel en Egipto y la maravillosa liberación (o «salida») que Dios les dio. Una de las palabras clave en Éxodo es redención, puesto que «redimir» significa «poner en libertad». El libro presenta muchos cuadros de nuestra salvación por medio de Cristo. La palabra *éxodo* se usa en dos lugares del NT: Lucas 9.31 («partida»), donde el tema es la obra redentora de Cristo en la cruz; y 2 Pedro 1.15, donde «partida» quiere decir «muerte» del creyente. En otras palabras, hay tres experiencias de éxodo en la Biblia: la liberación de Israel de Egipto; la liberación del pecador lograda por Cristo mediante la cruz; y la liberación del creyente de este mundo en la muerte.

II. Autor

No hay razón para dudar que Moisés escribió este libro. Su unidad (véase el bosquejo) sugiere que hubo un solo autor y el relato de testigo ocular indica que este estuvo presente en esos sucesos. Cristo afirmó la autoría mosaica del libro (Jn 7.19; 5.46–47).

III. Propósito

Génesis es el libro de los comienzos; Éxodo es el de la redención. Narra la liberación de Israel de Egipto y presenta los hechos históricos básicos acerca de los orígenes de la nación hebrea y sus ceremonias religiosas. Estos relatos también son cuadros de Cristo y la redención que Él compró en la cruz. En Éxodo hay muchos tipos y símbolos de Cristo y del creyente, especialmente en los enseres del tabernáculo y en las ceremonias. Éxodo también reporta la promulgación de la ley. Sería imposible entender mucho de la doctrina del NT sin una comprensión de los sucesos y símbolos de Éxodo.

IV. Tipos

Hay varios tipos básicos en Éxodo: (1) Egipto es un tipo del sistema del mundo, opuesto al pueblo de Dios y tratando de mantenerlo en esclavitud. (2) Faraón es un tipo de Satanás, «el dios de este mundo», que exige adoración, desafía a Dios y piensa esclavizar al pueblo de Dios. (3) Israel es un tipo de la Iglesia: librada de la esclavitud del mundo, guiada en un peregrinaje y protegida por Dios. (4) Moisés es un tipo de Cristo, el profeta de Dios. (5) El cruce del Mar Rojo es un cuadro de la resurrección, que libra al creyente del presente mundo malo. (6) El maná es un cuadro de Cristo el Pan de vida (Jn 6). (7) La roca golpeada es un tipo del Cristo herido, mediante cuya muerte se da el Espíritu Santo. (8) Amalec es un cuadro de la carne oponiéndose al creyente en su peregrinaje. El tipo clave en Éxodo es la Pascua, ilustrando la muerte de Cristo, la aplicación de su sangre para nuestra seguridad y la apropiación de su vida (comiendo el cordero) para nuestra fortaleza diaria.

V. Moisés y Cristo

Aquí pudiéramos mencionar muchas comparaciones y un contraste principal entre los dos, puesto que Moisés es un maravilloso cuadro de Jesucristo. En sus oficios Moisés fue un profeta (Hch 3.22); sacerdote (Sal 99.6; Heb 7.24); siervo (Sal 105.26; Mt 12.18); pastor (Éx 3.1; Jn 10.11–14); mediador (Éx 33.8–9; 1 Ti 2.5); y libertador (Hch 7.35; 1 Ts 1.10). En su carácter fue manso (Nm 12.3; Mt 11.29); fiel (Heb 3.12), obediente y poderoso en palabra y hechos (Hch 7.22; Mc 6.2). En su historia Moisés fue hijo en Egipto y estuvo en peligro de muerte (Mt 2.14ss), pero Dios lo cuidó providencialmente. Decidió sufrir con los judíos antes que reinar en Egipto (Heb 11.24–26; Flp 2.1–11). Moisés fue rechazado por sus hermanos la primera vez, pero recibido la segunda; y, durante su rechazamiento, obtuvo una esposa gentil (ilustrando a Cristo y a la Iglesia). Moisés condenó a Egipto y Cristo condenó al mundo. Moisés libró al pueblo de Dios mediante la sangre, como Cristo lo hizo en la cruz (Lc 9.31). Moisés guió al pueblo, alimentó al pueblo y llevó sus cargas. El contraste, por supuesto, es que Moisés no llevó a Israel a la tierra prometida; Josué tuvo que hacerlo. «La ley por medio de Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn 1.17).

ÉXODO 1–2

I. La persecución del pueblo de Dios (1)

A. Una nueva generación (vv. 1–7).

La esclavitud de Israel en Egipto se predijo en Génesis 15.13–16. La cuarta generación equivaldría a 400 años, ya que Abraham tenía 100 años cuando Isaac nació. Por supuesto, una generación sería muchos menos años hoy. Dios también cumplió la promesa de multiplicar al pueblo (Gn 46.3), ¡y los setenta que salieron con Jacob en un inicio, se convirtieron en más de un millón! Aumentaron a pesar de la persecución y el sufrimiento. Véase Hechos 7.15–19.

B. Un nuevo rey (vv. 8–14).

Hechos 7.18 dice que fue «otro rey de una clase diferente» (griego literal). O sea, el nuevo rey venía de un pueblo distinto. La historia nos dice que en esos tiempos los invasores «hicsos» se apoderaron de Egipto. Eran semitas, tal vez de Asiria (Is 52.4). El nuevo rey advirtió a su gente (no los egipcios) que la presencia de tantos judíos era una amenaza para su gobierno; de modo que decidieron tratar enérgicamente a los hijos de Israel. Puesto que José fue el salvador de Egipto, es improbable que un rey egipcio no lo hubiera conocido, pero este nuevo rey era un extraño. Por supuesto, la esclavitud en Egipto es sólo un cuadro de la esclavitud del pecador a este mundo. Los judíos fueron a Egipto y vivían en lo mejor de la tierra (Gn 47.6), pero este lujo más tarde se convirtió en pruebas y sufrimiento. Cuán similar a la senda del pecador perdido hoy; el pecado promete placer y libertad, pero produce tristeza y esclavitud.

C. Una nueva estrategia (vv. 15–22).

El plan del rey de matar a todos los niños varones hubiera tenido gran éxito de no ser por la intervención de Dios. Él usó a las parteras para confundir al rey, así como más tarde usó el llanto de un bebé para llegar al corazón de la hija de Faraón. Dios usa las cosas débiles de este mundo para derrotar a los poderosos. Por supuesto, la estrategia del rey nació de Satanás, el homicida. Esto no fue sino otro intento de Satanás para destruir a los judíos y evitar que el Mesías naciera. Más tarde Satanás usaría al rey Herodes para tratar de asesinar al niño Jesús. ¿Fue correcto que las mujeres desobedecieran las órdenes del rey? Sí, porque debemos «obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5.29). Cuando las leyes de la tierra son definitivamente contrarias a los mandamientos de Dios, el creyente tiene el derecho y deber de poner primero a Dios. Aunque Dios no aprobó las excusas que las parteras le dieron a Faraón (aun cuando sus palabras pudieran haber sido verdad), las bendijo por su fe. Téngase presente que este mismo gobernante que quería ahogar al pueblo de Dios vio a su ejército ahogarse en el Mar Rojo (Éx 15.4–5). Cosechamos lo que sembramos, aunque la cosecha demore en venir (Ec 8.11).

También vemos en este capítulo el intento de Satanás de esclavizar al pueblo de Dios. El versículo 1 llama a los judíos «los hijos de Israel» e Israel significa «príncipe con Dios» (Gn 32.28): ¡el príncipe del mundo (Satanás) desafiando al príncipe con Dios! ¡Pero el pueblo de Dios no es de este mundo y será libertado de la esclavitud de Satanás!

II. La preparación del profeta de Dios (2)

Parecería como si Dios no hiciera nada. Los judíos oraban y clamaban auxilio (2.23–25) y se preguntaban dónde estaba la liberación de Dios. Si al menos hubieran recordado la Palabra en Génesis 15, hubieran sabido que tendrían que pasar 400 años. Durante estos años Dios preparaba a su pueblo, pero también esperaba en misericordia y les daba a las naciones malas de Canaán tiempo para arrepentirse (Gn 15.16). Dios nunca anda de prisa; escogió su líder para los hebreos y le preparaba para su monumental tarea. Nótese los medios que Dios usó para preparar a Moisés:

A. Un hogar piadoso (vv. 1–10).

Léanse Hechos 7.20–28 y Hebreos 11.23. En Éxodo 6.20 vemos que los padres piadosos de Moisés fueron Amram y Jocabed. Que se casaran durante tiempos tan difíciles fue un acto de gran fe y amor, y Dios les recompensó por esto. Puesto que actuaron por fe (Heb 11.23), debieron haber tenido comunicación de Dios acerca del nacimiento de su hijo Moisés. Él fue un «hijo hermoso» (a los ojos de Dios) y así lo entregaron a Dios por fe. Los padres nunca saben lo que Dios ve en cada niño que nace y es importante que críen a sus hijos en el temor de Dios. Exigió fe verdadera poner al niño en el río, ¡el mismo lugar donde destruían a los niños! Nótese cómo Dios usó el llanto de un niño para conmover a la princesa y cómo logró que la misma madre del niño lo criara. Léase Job 5.13.

B. Una educación especial (Hch 7.22).

Criado en el palacio como el hijo adoptivo de la princesa, Moisés fue educado en las grandes escuelas egipcias. Incluso hoy los eruditos se maravillan del conocimiento de los egipcios y sin duda Moisés se destacó a la cabeza de su clase. No hay nada de malo con la educación. Sin duda Moisés usó esta preparación. Pero no sustituía la sabiduría de Dios que vino mediante el sufrimiento, las pruebas y su andar personal con Dios.

C. Un gran fracaso (vv. 11.15; Heb 11.24–26).

Moisés tenía cuarenta años cuando tomó su gran decisión de dejar el palacio y convertirse en el libertador de Israel. Le admiramos por su amor por el pueblo y por su valor, pero debemos confesar que se adelantó al Señor en la manera en que actuó. El versículo 12 indica que andaba por vista, no por fe, porque «miró a todas partes» antes de matar al egipcio que golpeaba al hebreo. Como Pedro en el huerto del Getsemaní, Moisés dependió de la espada en su mano y de la energía de su brazo. Más tarde cambiaría esa espada por una vara y el poder sería el de la mano de Dios, no el suyo (véase 6.1). Enterró el cuerpo, pero esto no demostraba que no se había visto la obra. Al siguiente día encontró a dos judíos peleando y trató de ayudarlos, tan solo para descubrir que amigos y enemigos por igual sabían que había matado a un hombre. (Nótese: Quizás el texto en Hechos 7.24 indique que Moisés mató al hombre en defensa propia, pero incluso si lo hizo así, era un criminal a los ojos de los egipcios.) su único recurso fue huir de la tierra.

Aunque podemos criticar a Moisés por sus obras erradas, debemos admirar su valor y convicciones. Como dijo el Dr. Vance Havner (comentando sobre Hebreos 11.24–26): «¡Moisés vio lo invisible, escogió lo imperecedero e hizo lo imposible!» La fe tiene sus negativas, pero estas llevan a recompensas. Desafortunadamente Moisés era demasiado precipitado en sus acciones y Dios tuvo que echarlo a un lado para que recibiera más preparación. Las armas de nuestra batalla no son carnales, sino espirituales (2 Co 10.3–6).

D. Una larga dilación (vv. 16–25).

La vida de Moisés se divide en tres períodos iguales: cuarenta años como príncipe en Egipto; cuarenta años como pastor en Madián; y cuarenta años como líder de Israel. Al inicio de este segundo período Moisés ayudó a las mujeres que trataban de abrevar a sus ganados, y su bondad lo condujo a su encuentro con Jetro y a su matrimonio con la hija de este, Séfora. Nótese que las mujeres identificaron a Moisés como «un egipcio». Esto sugiere que parecía más un egipcio que un judío. Moisés pasó cuarenta años como fiel siervo en Madián y aquí Dios lo preparó para las difíciles tareas que le avecinaban. Rechazado por su nación, tomó una esposa gentil y de este modo es un cuadro de Cristo que hoy está adquiriendo una Esposa para sí de las naciones. «Gersón» significa «extranjero» y sugiere que Moisés sabía que su lugar verdadero estaba con el pueblo de Israel allá en Egipto.

Parecería que Dios no hacía nada, sin embargo, Él oyó los gemidos de su pueblo y esperaba el tiempo preciso para actuar. Siempre que Dios obra, escoge al trabajador preciso, usa el plan apropiado y actúa en el tiempo correcto. Moisés cuidaba unas pocas ovejas; pronto pastorearía una nación entera. El cayado del pastor se cambiaría por la vara del poder y Dios lo usaría para crear una nación poderosa. Debido a que fue fiel para hacer el trabajo humilde de pastor, Dios lo usó para lograr tareas grandes como libertador, legislador y líder.

ÉXODO 3–4

Un nuevo día amaneció y todo cambiaría para Moisés. Cuando esa mañana salió con sus ovejas, no tenía idea de que se encontraría con Dios. Vale la pena estar listo, porque nunca sabemos lo que Dios tiene planeado para nosotros.

I. Dios se aparece a Moisés (3.1–6)

La zarza ardiendo tiene una significación triple. Fue un cuadro de Dios (Dt 33.16), porque reveló su gloria y poder, sin embargo, no se consumió. Moisés necesitaba que se le recordara la gloria y el poder de Dios, porque estaba a punto de acometer una tarea imposible. Segundo, la zarza simbolizaba a Israel atravesando el fuego de la aflicción, pero no se consumía. ¡Cuántas veces naciones han tratado de exterminar a los judíos y han fallado! Por último, la zarza ilustraba a Moisés, un pastor humilde, ¡que con la ayuda de Dios sería un fuego que no se podría apagar! Nótese que Moisés fue llevado al lugar donde se inclinó ante Dios y le adoró con asombro, porque este es el verdadero comienzo del servicio cristiano. Los siervos que saben cómo quitarse los zapatos en humildad, Dios los puede usar para andar en poder. Más tarde vemos que antes de que Dios llamara a Isaías, reveló su gloria (Is 6). El recuerdo de la zarza ardiendo debe haber animado a Moisés durante más de una milla trabajosa en el desierto.

II. Dios designa a Moisés (3.7–10)

«He visto[…] he oído su clamor[…] sé[…] he descendido». ¡Qué mensaje de gracia! Moisés a menudo se preguntaba acerca de la condición de su querido pueblo y ahora se le muestra que Dios siempre los había vigilado. Podemos fácilmente aplicar estos versículos a la

situación cuando Cristo nació: fue un tiempo de esclavitud, prueba y aflicción, sin embargo, Dios descendió en la Persona de su Hijo para librar a los hombres del pecado. Dios tiene un plan definido para sacarlos y llevarlos a la tierra prometida. Lo que Él empieza, lo termina.

Moisés se regocijó al oír que Dios estaba a punto de libertar a Israel, ¡pero entonces oyó las nuevas de que él era el libertador! «Te enviaré». Dios usa instrumentos humanos para realizar su obra en la tierra. Pasaron ochenta años de preparación para Moisés; ahora era tiempo de actuar. Desafortunadamente Moisés no contestó: «Heme aquí, envíame a mí» (Is 6.8).

III. Dios responde a Moisés (3.11–4.17)

Moisés no estuvo de acuerdo de inmediato con el plan de Dios de enviarlo. ¿No era un fracaso? ¿No tenía familia? ¿No era demasiado viejo? Tal vez estos y otros argumentos pasaron por su mente, pero expresó por lo menos cuatro objeciones ese día mientras discutía con Dios respecto a la voluntad de Dios para su vida.

A. «Quién soy yo?» (3.11–12).

Admiramos a Moisés por su humildad, ¡porque cuarenta años antes le hubiera dicho a Dios quién era! Era «poderoso en palabras y obras» (Hch 7.22). Pero años de comunión y disciplina en el desierto lo habían hecho humilde. Una persona actuando en la carne es impulsiva y no ve obstáculos, pero una humilde caminando en el Espíritu sabe de las batallas que se le avecinan. La respuesta de Dios fue para darle seguridad: «¡Yo estaré contigo!» Esta promesa lo sostuvo cuarenta años, como a Josué años más tarde (Jos 1.5). No es importante quiénes somos; lo que importa es que Dios está con nosotros, porque sin Él no podemos hacer nada (Jn 15.5).

B. «¿Quién me envía?» (3.13–22).

Esta no fue una pregunta evasiva, porque los judíos querían seguridad de que el Señor le había enviado en su misión. Dios reveló su nombre, *Jehová*: «YO SOY EL QUE SOY», o «¡Yo fui, Yo soy y siempre seré!» Nuestro Señor Jesús realzó este nombre en el Evangelio de Juan donde hallamos las siete grandiosas declaraciones: «Yo soy» (Jn 6.35; 8.12; 10.9, 11; 11.25; 14.6; y 15.1–5). Si Dios es «YO SOY», siempre es el mismo y sus propósitos se cumplirán. Dios le prometió a Moisés que Él velaría para que la obra se hiciera, a pesar de la oposición de Faraón.

C. «No me creerán» (4.1–9).

Pero Dios acababa de decir que le creerían (3.18), de modo que esta afirmación no fue nada más que pura incredulidad. Dios le dio a Moisés dos milagros: la vara convertida en serpiente y la mano cubierta de lepra. Estas serían sus credenciales ante el pueblo. Dios toma lo que tenemos en nuestras manos y lo usa, si sólo confiamos en Él. La vara en sí no era nada, pero en las manos de Dios se convirtió en poder. La mano de Moisés mató un hombre, pero en el segundo milagro Dios le mostró que podía curar la debilidad de la carne y usar a Moisés para su gloria. La mano de Moisés no era nada, ¡pero en la de Dios haría maravillas! Entonces Dios añadió una tercera señal: convertir el agua en sangre. Estas señales convencieron al pueblo (4.29–31), pero los egipcios impíos sólo pudieron imitarla (7.10–25).

D. «Soy inepto» (4.10–17).

Dios dijo: «YO SOY», y todo lo que Moisés pudo decir fue: «No soy». Se miraba a sí mismo y a sus fracasos en lugar de mirar a Dios y a su poder. En este caso Moisés argumentó que no era un orador dotado. Pero el mismo Dios que hizo la boca podía usarla. Dios no necesita elocuencia u oratoria; sólo necesita un vaso limpio que pueda llenar con su mensaje. «Envía a cualquiera, menos a mí», es el clamor de Moisés en el versículo 13. Esta actitud de incredulidad enfureció a Dios, pero le dio a Aarón para que fuera su ayudante. Desafortunadamente, más de una vez, Aarón resultó ser más un obstáculo que una ayuda. Llevó a la nación a la idolatría (32.15–28) y murmuró contra Moisés (Nm 12). ¡Qué trágico que Moisés estaba dispuesto a confiar en un débil hombre de carne en lugar de en el Dios viviente de los cielos. El versículo 14 nos enseña que Dios obra «en ambos extremos de la línea» cuando mueve a su pueblo. Unió a los dos hermanos para que le sirvieran.

IV. Dios le da seguridad a Moisés (4.18–31)

Moisés tenía la Palabra de Dios, las señales milagrosas y la ayuda de su hermano Aarón; sin embargo, estos versículos dejan en claro que todavía no estaba listo para andar por fe. No le dijo a su suegro la verdad respecto a su viaje a Egipto, porque Dios le había dicho que sus hermanos vivían todavía. Valoramos que Moisés se preocupó de sus tareas terrenales de una manera fiel antes de salir, pero no mucho de su testimonio para Jetro. Nótese cómo Dios le da seguridad al partir hacia su nueva vida de servicio:

A. Su Palabra (vv. 19–23).

Los que querían matar a Moisés ya habían muerto y Dios quería que Moisés confiara en Él y no tuviera miedo. Qué paciente es Dios con los suyos. Cuán estimulantes son sus promesas.

B. Su disciplina (vv. 24–26).

La circuncisión fue una parte importante de la fe judía, sin embargo, Moisés se descuidó en traer a su hijo al pacto (Gn 17). Dios tuvo que disciplinar a Moisés (tal vez mediante enfermedad) para recordarle su obligación. ¿Cómo podía guiar a Israel si fallaba en cuanto a guiar a su familia en las cosas espirituales? Más tarde Moisés envía a su familia de regreso a Madián (véase 18.2).

C. Su dirección (vv. 27–28).

Dios le prometió que Aarón le saldría al encuentro (v. 14) y ahora cumple su promesa. En tanto que Moisés y Aarón tenían sus debilidades y cada uno le falló a Dios y se fallaron mutuamente más de una vez, fue una gran ayuda para Moisés tener a su hermano a su lado. Se encontraron en «el monte de Dios» donde Moisés vio la zarza ardiente (3.1).

D. La aceptación del pueblo (vv. 29–31).

Esto también fue cumplimiento de la Palabra de Dios (3.18). Triste como parece, estos mismos judíos que recibieron a Moisés e inclinaron sus cabezas ante Dios, más tarde le aborrecieron y criticaron debido al aumento de sus trabajos (5.19–23). Es sabio no fijar nuestras esperanzas en las reacciones de las personas, porque estas con frecuencia no cumplen sus compromisos.

ÉXODO 5–10

I. El mandamiento

Siete veces en estos capítulos Dios le dice a Faraón: «Deja ir a mi pueblo». (Véanse 5.1; 7.16; 8.1, 20; 9.1, 13; 10.3.) Este mandamiento revela que Israel estaba en esclavitud, pero que Dios quería su libertad para que pudieran servirle. Esta es la condición de todo pecador perdido: esclavo del mundo, de la carne y del diablo (Ef 2.1–3).

«¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?», fue la respuesta de Faraón a la orden de Dios (5.2). El mundo no respeta la Palabra de Dios; para la gente son «palabras mentirosas» (5.9). Moisés y Aarón presentaron a Faraón el mandamiento de Dios, ¡y el resultado fue más esclavitud para Israel! El pecador o bien se somete a la Palabra de Dios, o la resiste y se endurece (véanse 3.18–22 y 4.21–23). En cierto sentido Dios endureció el corazón de Faraón al presentarle sus demandas, pero él mismo endureció su corazón al resistirse a las exigencias de Dios. El mismo sol que derrite el hielo también endurece el barro.

Desafortunadamente, el pueblo de Israel miró a Faraón por ayuda antes que al Señor que prometió librarlos (5.15–19). No asombra que los judíos no pudieron estar de acuerdo con Moisés (5.20–23) y le acusaron en lugar de estimularlo. Los creyentes que están fuera de la comunión con Dios traerán dolor a sus líderes en vez de ayuda. Sin duda Moisés se desanimó, pero hizo lo que siempre es lo mejor: llevó su problema al Señor. Dios lo estimuló en el capítulo 6, al recordarle su nombre (6.1–3), su pacto (6.4), su interés personal (6.5) y sus promesas fieles (6.6–8). Los «YO SOY» y «HARÉ» de Dios son suficientes para vencer al enemigo». Los propósitos de Dios al permitir que Faraón oprimiera a Israel eran que el mundo conociera su poder y su gloria (6.7; 7.5, 17; 8.10, 22; véase Ro 9.17).

El escenario está listo: Faraón rehusó la orden de Dios y ahora Dios enviaría sus juicios sobre Egipto. Cumpliría su promesa de Génesis 12.3 de juzgar a las naciones que persiguieran a los judíos. Revelaría su poder (9.16), su ira (Sal 78.43–51) y su grandeza, mostrando que los dioses de Egipto eran falsos y que sólo Jehová es el verdadero Dios (12.12; Nm 33.4).

II. El conflicto

Las diez plagas de Egipto lograron varias cosas: (1) fueron señales para Israel, asegurándoles del poder y cuidado de Dios, 7.3; (2) fueron plagas de juicio sobre Egipto, castigando al pueblo por perseguir a Israel y revelando la vanidad de sus dioses, 9.14; y (3) fueron profecías de los juicios venideros, según se revela en el libro de Apocalipsis.

Nótese la secuencia de las plagas. Caen en tres grupos de tres cada una, con la décima plaga (la muerte del primogénito) al final:

1. Agua en sangre, 7.14–25 (se advierte, 7.16)
2. Ranas, 8.1–15 (se advierte, 8.1)
3. Piojos, 8.16–19 (no se advierte y los magos no pueden hacerla, 8.18–19)
4. Moscas, 8.20–24 (se advierte, 8.20)
5. Plaga en el ganado, 9.1–7 (se advierte, 9.1)
6. Úlceras en la gente, 9.8–12 (no se advierte, afecta también a los magos, 9.11)
7. Granizo, fuego, 9.13–35 (se advierte, 9.13)
8. Langostas, 10.1–20 (se advierte, 10.3)
9. Densas tinieblas, 10.21–23 (no se advierte, Faraón rehúsa volver a ver a Moisés, 10.27–29)
10. La muerte de los primogénitos, 11–12 (el juicio final).

Las plagas fueron en realidad una «declaración de guerra» contra los dioses de Egipto (véase 12.12). Al río Nilo se le adoraba como dios puesto que era su fuente de vida (Dt 11.10–12), y cuando Moisés convirtió el agua en sangre Dios mostró su poder sobre el río. A la diosa Hect se la pintaba como una rana, el símbolo egipcio de la resurrección. ¡La plaga de las ranas sin duda volvió a la gente en contra de Hect! Los piojos y las moscas contaminaron a la gente, un terrible golpe, porque los egipcios no podían adorar a sus dioses a menos que estuvieran inmaculadamente limpios. La plaga atacó al ganado que era sagrado para los egipcios; Jator era la «diosa-vaca» y Apis era el buey sagrado. Los dioses que controlaban la salud y la seguridad fueron atacados en las plagas de las úlceras, el granizo y la langosta. La plaga de la oscuridad fue la más seria, puesto que Egipto adoraba a Ra el dios del sol, el principal de los dioses. Cuando el sol no desapareció tres días, quería decir que Jehová había conquistado a Ra. La plaga final (la muerte de los primogénitos) conquistó a Mesquemit, la diosa del nacimiento y a Jator, su compañera, se suponía que ambas debían vigilar al primogénito. ¡Todas estas plagas dejaron en claro que Jehová era el verdadero Dios!

Podemos trazar estas mismas plagas en el libro de Apocalipsis, cuando Dios describe su conflicto final con el dios de este mundo, Satanás: agua en sangre (Ap 8.8; 16.4–6); ranas (16.13); enfermedad y aflicciones (16.2); granizo y fuego (8.7); langostas (9.1ss); y tinieblas (16.10).

Los magos egipcios pudieron imitar algunos de los milagros de Moisés: convertir la vara en serpiente (7.8–13), el agua en sangre (7.19–25) y producir ranas (8.5–7). Pero no pudieron convertir el polvo en piojos (8.16–19). En 2 Timoteo 3.8–9 se nos advierte que en los postreros días maestros se opondrán a Dios al imitar sus milagros. Véase 2 Tesalonicenses 2.9–10. Satanás es un falsificador que engaña al mundo perdido al imitar lo que Dios hace (2 Co 11.1–4, 13–15).

III. Los compromisos

Faraón es un tipo de Satanás: era el dios de Egipto; tenía poder supremo (excepto en donde Dios lo limitó); era un mentiroso; homicida; tenía a la gente esclavizada; aborrecía la Palabra y al pueblo de Dios. Faraón no quiso dejar en libertad a los judíos, de modo que ofreció sutiles componendas:

A. Adoren a Dios en la tierra (8.25–27).

Dios exige completa separación del mundo; la amistad con el mundo es enemistad con Dios (Stg 4.4). Puesto que los egipcios adoraban vacas, podían ofenderse si veían a los judíos sacrificando su ganado a Jehová. El creyente debe «salir y separarse» (2 Co 6.17).

B. No vayan muy lejos (8.28).

«¡No sean fanáticos!», dice el mundo. «Está bien tener religión, pero no lo tome tan en serio». Aquí tenemos la tentación de ser «creyentes fronterizos», tratando de estar cerca del mundo y de Dios al mismo tiempo.

C. Sólo los hombres deben ir (10.7–11).

Esto quería decir dejar a las esposas y a los hijos en el mundo. La fe involucra a toda la familia, no sólo a los hombres. Es el privilegio del esposo y padre guiar a la familia a las bendiciones del Señor.

D. Dejen sus posesiones en Egipto (10.24–26).

A Satanás le encanta apoderarse de nuestra riqueza material para que no podamos usarla para el Señor. Todo lo que tenemos le pertenece a Cristo. Y Jesús nos dice: «Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mt 6.21). Qué tragedia es robarle a Dios al dejar los «rebaños y ganado» para que Satanás los use (Mal 3.8–10).

Moisés rehusó cada una de estas componendas porque no podía hacer compromisos con Satanás en el mundo y a la vez agradar a Dios. Podemos pensar que hemos ganado una victoria al apaciguar al mundo, pero nos equivocamos. Dios exige obediencia total, completa separación. Esto se efectuaría mediante la sangre del cordero y al cruzar el Mar Rojo, cuadros de la muerte de Cristo en la cruz y nuestra resurrección con Él, librándonos de «este presente mundo malo» (Gl 1.4).

ÉXODO 11–13

La clave de esta sección es el cordero. La Pascua marca el nacimiento de la nación de Israel y su liberación de la esclavitud. Este gran suceso también ilustra a Cristo y su obra en la cruz (Jn 1.29; 1 Co 5.7–8; 1 P 1.18–20).

I. Se necesitaba un cordero (11)

«¡Una plaga más!» La paciencia de Dios se agotó y su juicio final, la muerte de los primogénitos, era inminente. Nótese que la muerte vendría a todos (11.5–6; 12.12–13), a menos que estuvieran protegidos por la sangre del cordero. «Todos hemos pecado» (Ro 3.23) y «la paga del pecado es muerte» (Ro 6.23). Dios especifica que el «primogénito» morirá y esto habla del rechazo de Dios a nuestro primer nacimiento. Todas las personas son «primogénitos» que no han «nacido otra vez». «Lo que es nacido de la carne, carne es[…] os es necesario nacer de nuevo» (Jn 3.6–7). La gente no puede autosalvarse de la pena de muerte; necesitan a Cristo, el Cordero de Dios.

Durante años los judíos fueron esclavos de los egipcios, sin paga, de modo que ahora Dios les permite pedirles (no «prestar») su justa paga. Véase la promesa de Dios en Génesis 15.14 y Éxodo 3.21 y 12.35ss.

Desde el punto de vista humano no había diferencia entre el primogénito de Egipto y el de Israel. La diferencia fue la aplicación de la sangre (v. 7). Todos son pecadores, pero los que han confiado en Cristo están «bajo la sangre» y son salvos. ¡Esta es la más importante diferencia con el mundo!

II. El cordero escogido (12.1–5)

Los judíos tenían un calendario civil y religioso, y la Pascua marca el principio de su año religioso. La muerte del cordero provoca un nuevo comienzo, así como la muerte de Cristo lo hace para el pecador que cree.

A. Escogido antes de ser sacrificado.

Seleccionado en el décimo día e inmolado «entre las dos tardes» del día catorce y quince, el cordero se separaba para la muerte. Así Cristo fue el Cordero ordenado antes de la fundación del mundo (1 P 1.20).

B. Sin mancha.

El cordero debía ser macho y sin mancha, un cuadro del perfecto Cordero de Dios en quien no hay mancha ni arruga (1 P 1.19).

C. Probado.

Desde el décimo hasta el día catorce la gente vigilaba a los corderos para asegurarse de que eran satisfactorios; similarmente, Cristo fue probado y observado durante su ministerio terrenal, en especial durante la última semana antes de ser crucificado. Nótese el progreso: «un cordero» (v. 3), «el cordero» (v. 4), «vuestro cordero» (v. 5). Esto es paralelo a «un Salvador» (Lc 2.11); «el Salvador» (Jn 4.42) y «mi Salvador» (Lc 1.47). No es suficiente llamar a Cristo «un Salvador» (uno entre muchos), o «el Salvador» (para alguien más). Cada uno de nosotros debe poder decir: «¡Él es mí Salvador!»

III. El cordero inmolado (12.6–7)

Un cordero vivo era una cosa hermosa, ¡pero no podía salvar! No somos salvos por el ejemplo de Cristo o su vida; somos salvos por su muerte. Léanse Hebreos 9.22 y Levítico 17.11 para ver la importancia del derramamiento de la sangre de Cristo. Por supuesto, matar a un cordero parecería necedad a los sabios egipcios, pero era la manera de Dios para salvación (1 Co 1.18–23).

La sangre del cordero debía untarse a la puerta de la casa (12.21–28). La palabra «lebrillo» en 12.22 puede significar «umbral», de modo que la sangre del cordero quedaba en el lugar hueco del umbral. La sangre entonces se aplicó al dintel sobre la puerta y en los postes laterales. Cualquiera que entraba o salía de la casa pasaba por la sangre (véase Heb 10.29). Cristo fue sacrificado en el día catorce del mes, justo a tiempo cuando los corderos pascuales se estaban ofreciendo. Nótese que Dios le dice a Israel: matándolo (al cordero), no matándolos (a los corderos); porque para Dios no hay sino un Cordero: Jesucristo. Isaac preguntó: «¿Dónde está el cordero?» (Gn 22.7) y Juan el Bautista contestó en Juan 1.29: «He aquí el Cordero de Dios». Los cielos dicen: «El Cordero[…] es digno» (Ap 5.12).

IV. Se come el cordero (12.8–20,43–51)

A menudo descuidamos esta importante parte de la Pascua, la Fiesta de los Panes sin Levadura. La levadura en la Biblia es un cuadro del pecado: trabaja en silencio; corrompe e hincha; y sólo se quita con fuego. Los judíos tenían que quitar toda levadura de sus casas en la temporada de la Pascua y durante siete días no se les permitía comer pan leudado. Pablo aplica esto a los cristianos en 1 Corintios 5; lea el capítulo con cuidado.

La sangre del cordero fue suficiente para salvar de la muerte, pero la gente tenía que comer del cordero para recibir fuerza para su viaje y peregrinaje. La salvación es apenas el comienzo. Debemos alimentarnos en Cristo si hemos de tener fuerza para seguirle. Los cristianos son peregrinos (v. 11), siempre listos para las órdenes del Señor de avanzar. El cordero debía cocerse al fuego, lo cual habla de los sufrimientos de Cristo en la cruz. Nada debía dejarse para más tarde; ninguna «sobra» puede satisfacer al creyente, porque necesitamos un Cristo entero. Necesitamos una obra completa en la cruz. Incluso más, las sobras pueden dañarse y esto arruinaría el tipo; porque Cristo no vio corrupción

(Sal 16.10). Es triste, pero demasiadas personas reciben el Cordero como salvación de la muerte, pero no se alimentan todos los días del Cordero.

Los versículos 43–51 nos dan instrucciones adicionales respecto a la fiesta. Ningún extranjero debía participar, ni tampoco el asalariado ni el incircunciso. Estas regulaciones nos recuerdan que la salvación es un nacimiento en la familia de Dios; no hay extranjeros allí. Es por gracia; nadie puede ganársela. Y es mediante la cruz; porque la circuncisión apunta a nuestra verdadera circuncisión en Cristo (Col 2.11–12). La fiesta no debía comerse fuera de la casa (v. 46), porque no podía separarse de la sangre derramada. Los modernistas que quieren «alimentarse en Cristo» fuera de su sangre derramada se engañan a sí mismos.

V. La confianza en el cordero (12.21–42)

¡Exigió fe ser librado aquella noche! Los egipcios pensaron que todas esas cosas eran necedad, pero la Palabra de Dios había hablado y eso fue suficiente para Moisés y su pueblo. Por favor, tenga presente que la gente se salvó por la sangre y recibió seguridad de la Palabra (v. 12). Sin duda muchos judíos que estaban seguros bajo la sangre, no «se sentían seguros», así como tenemos hoy santos que dudan de la Palabra de Dios y se preocupan por perder su salvación. Dios hizo exactamente lo que dijo. Y los egipcios urgían a los judíos a que salieran de la tierra, así como Dios dijo que sucedería (11.1–3). Dios no se atrasó ni un solo día. Cumplió su palabra.

VI. El cordero honrado (13)

El cordero murió por el primogénito; ahora el primogénito le pertenecía a Dios. Los judíos eran «pueblo adquirido» así como nosotros somos el pueblo adquirido por Dios (1 Co 6.18–20). La nación honraría siempre al Cordero al darle al Señor su primogénito, lo mejor. Se le darían manos, ojos y boca para su servicio (v. 9).

Dios condujo a su pueblo, no por el camino más corto, sino por el que era mejor para ellos (vv. 17–18), así como lo hace hoy. La columna era de nube durante el día y de fuego por la noche. Dios siempre aclara su voluntad a los que están dispuestos a seguirla (Jn 7.17). Nos salva, nos alimenta, nos guía, nos protege y, sin embargo, ¡hacemos tan poco por Él!

José sabía lo que creía y dónde pertenecía. Su tumba en Egipto era un recordatorio para los judíos de que un día Dios los libraría. Respecto a los huesos de José véanse Génesis 50.24–26, Josué 24.32 y Hebreos 11.22.

ÉXODO 14–15

La Pascua ilustra la salvación del cristiano mediante la sangre del Cordero, pero hay más en la vida cristiana que ser salvo del juicio. Las experiencias de Israel en su viaje desde Egipto a Canaán son cuadros de las batallas y bendiciones de la vida cristiana. Dios quería a Israel en Canaán y esta es un cuadro de la vida cristiana victoriosa, la vida de pedir nuestra herencia en Cristo (Ef 1.3). Es triste, pero demasiados cristianos (como los judíos de antaño) son librados de Egipto, ¡pero se pierden en el desierto de la incredulidad! Sí, son salvos por la sangre, pero no demandan su rica herencia espiritual por fe (Heb 3–5). Vemos en estos dos capítulos cuatro experiencias diferentes del pueblo de Dios en su peregrinaje.

I. Israel clama en temor (14.1–12)

Dios específicamente dirigió a Israel al lugar donde acamparon cerca del Mar Rojo y le dijo a Moisés que los egipcios los perseguirían. Asimismo, Dios nos explicó la vida cristiana en su Palabra, de modo que sepamos qué esperar. A Satanás no le agrada que los pecadores sean libres de sus garras y persigue al cristiano tratando de traerlo de nuevo a su esclavitud. ¡Los nuevos cristianos deben ser advertidos en particular que su adversario vendrá!

Triste como suena, los judíos andaban por vista, no por fe; porque cuando vieron al ejército egipcio que se acercaba, desmayaron en desesperación y clamaron en temor. El temor y la fe no pueden morar en el mismo corazón; si confiamos en Dios no tenemos por qué temer. Como ocurre a menudo, los hijos de Israel criticaron a su líder espiritual en vez de orar y procurar animarse mutuamente. En realidad se quejaban de Dios, porque Moisés los había guiado al lugar que Dios había designado. En lugar de mirar a Dios por fe, miraron de vuelta a Egipto y dijeron: «¡Nos iba mejor siendo esclavos de Faraón!» ¡Que memoria tan pobre tenían! Dios azotó a Egipto con juicios y libró a Israel con gran poder, sin embargo, no creyeron que podía librarlos ahora. Sin duda la «grande multitud» que subió con ellos (12.38) dirigió este coro de quejas, así como lo harían años más tarde (Nm 11.4). Esta «grande multitud» representa a las personas sin convertirse y mundanas entre los hijos de Dios.

II. Israel anda en fe (14.13–31)

Moisés sabía que el camino a la victoria era la confianza en el Señor (Heb 11.29). Nótese sus tres órdenes: «No temáis», porque Dios está de vuestro lado; «estad firmes», porque no podéis ganar esta batalla por vuestra fuerza; «ved la salvación de Jehová», porque Él luchará por vosotros. Es importante que estemos firmes antes de «marchar» (v. 15), porque a menos que estemos firmes por fe, nunca podremos andar por fe. Moisés levantó su vara y Dios empezó a obrar.

Dios protegió a su pueblo al colocarse entre Israel y el ejército egipcio (vv. 19–20). Las obras del Señor son tinieblas para el mundo, pero luz para su pueblo. Dios mantuvo a los ejércitos separados toda esa noche. Entonces Dios abrió el camino hacia adelante al enviar un fuerte viento. Sin duda que los judíos temieron al oír el viento soplar, pero el mismo viento que los atemorizó era el medio de su salvación. ¡La nación entera atravesó el Mar Rojo por tierra seca! Sin embargo, el mismo mar que fue la salvación para Israel fue condenación para Egipto, porque Dios usó las aguas para ahogar a los egipcios y para separar a Israel de Egipto de manera permanente. Faraón cosechó lo que sembró, porque ahogó a los niños judíos y ahora su propio ejército se ahogó.

Debemos captar el significado espiritual de este suceso (1 Co 10.1–2). El cruce del Mar Rojo es un tipo de la unión del creyente con Cristo en la muerte a la vieja vida y la resurrección a una vida nueva por completo. Israel fue «bautizado con Moisés» (identificado con Moisés) al marchar por entre las aguas, y nosotros nos identificamos con Cristo y por consiguiente somos apartados del mundo (Egipto). Los egipcios no pudieron pasar el mar porque nunca tuvieron la protección de la sangre.

La Pascua ilustra la muerte de Cristo por nosotros, en tanto que el cruce del Mar Rojo es un cuadro de su resurrección. La sangre nos ha librado de la pena del pecado y la resurrección del poder del pecado. La primera experiencia es sustitución, porque el cordero murió en lugar del primogénito. Esto es Romanos 4–5. La segunda experiencia es identificación, porque nos identificamos con Cristo en su muerte,

sepultura y resurrección; y esto se explica en Romanos 6–8. En Josué 3–4, el cruce de Israel por el Jordán a Canaán es un tipo de la entrada del creyente en su herencia espiritual por fe y pedirla como suya. En cada caso, es por fe que el cristiano pide la victoria.

III. Israel alaba en triunfo (15.1–21)

Este es el primer canto que aparece en la Biblia, es significativo que venga después de la redención de la esclavitud. Sólo el cristiano tiene el derecho de cantar cantos de redención (Sal 40.1–3). Éxodo empieza con suspiros (2.23), pero debido a la redención vemos ahora a la nación cantando. Nótese que este canto exalta a Dios, porque al menos se hace referencia al Señor cuarenta y cinco veces en estos dieciocho versículos. Demasiados cantos exaltan a los hombres en lugar de la persona y el carácter santo de Dios, y sus maravillosas obras poderosas.

Nótese el estribillo clave en el versículo 2. Se repite en el Salmo 118.14, cuando los judíos regresaron de la cautividad y reconstruyeron el templo bajo Esdras, tanto como en Isaías 12.2, refiriéndose al día futuro cuando Dios restaurará a la nación a su tierra. Véase Isaías 11.15–16. Israel cantó esta canción cuando fue librado de Egipto, guiado por Moisés el profeta y cuando fue librado de Babilonia, guiado por Esdras, un sacerdote. Lo cantarán cuando sean librados de las naciones gentiles, cuando se vuelvan a Cristo, su Rey.

No nos detendremos en los detalles de este canto. Nótese que alaban a Dios por su redención (vv. 1–10), dirección (vv. 11–13) y victoria (vv. 14–17). Y el canto termina con una nota de gloria, mirando hacia su reinado eterno (v. 18). María dirigió a las mujeres (véanse I Co 14.34; I Ti 2.11–12) en un coro aislado, porque sin duda las mujeres tienen razón para alabar al Señor por la redención que les ha dado en Cristo.

IV. Israel se queja en incredulidad (15.22–27)

Sería maravilloso detenerse a la orilla del mar y alabar al Señor, pero el creyente es un peregrino y debe seguir la dirección de Dios. Qué extraño que Dios les llevara a un lugar sin agua. Sin embargo, Él debe disciplinar a sus hijos para que puedan descubrir sus corazones. Cuando los judíos vieron el agua, notaron que era amarga y de inmediato se quejaron a Moisés y a Dios. ¡Qué perverso es el corazón humano! Alabamos a Dios un día por su gloriosa salvación y nos quejamos de Él tan pronto como hallamos aguas amargas. Esta experiencia le enseñó al pueblo de Israel algunas lecciones valiosas:

A. Acerca de la vida.

La vida es una combinación de amargura y dulzor, triunfos y pruebas. Si seguimos a Dios, sin embargo, nunca debemos temer lo que nos salga al paso. A veces, después de la prueba, hay un «Elim» espiritual (v. 27) donde Dios nos refresca. Debemos aceptar las aguas amargas con las dulces, sabiendo que Dios sabe lo que es mejor para nosotros.

B. Acerca de sí mismos.

La vida es un gran laboratorio y cada experiencia es una radiografía de nuestro corazón para revelar lo que en realidad somos. Las aguas de Mara revelaron que los judíos eran mundanos, pensando sólo en la satisfacción corporal; andaban por vista, en espera de recibir satisfacción del mundo; eran malagradecidos, se quejaban a Dios cuando las pruebas les salían al paso.

C. Acerca del Señor.

Dios sabe la necesidad debido a que Él planea el camino. Usó el árbol (sugiriendo la cruz, I P 2.24) para endulzar las aguas amargas. Él es Jehová-rafa: «El Señor que sana».

Éxodo 16

Este capítulo debería leerse en conexión con Juan 6, porque el maná del cielo es un tipo de Jesucristo, el pan de vida. También ilustra la Palabra escrita de Dios en la cual el pueblo peregrino de Dios se alimenta día tras días (Mt 4.4).

I. El maná explica quién es Jesús

La palabra hebrea *maná* significa «¿qué es esto?» (v. 15), la pregunta que hicieron los judíos al no poder explicar este nuevo alimento que Dios les había enviado. «Grande es el misterio de la piedad», escribe Pablo en I Timoteo 3.16. «Dios fue manifestado en carne». Considérese cómo el maná es un cuadro de Jesucristo:

A. Su humildad.

Era pequeño (v. 14), lo cual habla de su humildad; porque se hizo un bebé e incluso un siervo.

B. Su naturaleza eterna.

Era redondo (v. 14), lo cual nos recuerda del círculo, símbolo de su eternidad; porque Jesucristo es el Dios eterno (Jn 8.53–59).

C. Su santidad.

Era blanco (v. 31), recordatorio de su pureza y condición sin pecado; Él es el santo Hijo de Dios.

D. Su dulzura.

Era dulce (v. 31). «Gustad, y ved que es bueno Jehová» (Sal 34.8). Nótese en Números 11.4–8 que la «gente extranjera» que iba con los judíos no apreciaron el sabor del maná y pidieron las «cebollas, puerros y ajos» de Egipto. No quedaron satisfechos con el simple maná. Lo «molieron, batieron, y hornearon», pero entonces tenía sabor a «aceite» y no a miel. Hay una lección espiritual aquí para nosotros; no podemos mejorar la sencilla Palabra de Dios (Sal 119.103).

E. Él nos alimenta.

Era satisfactorio y fortalecedor, porque la nación vivió casi cuarenta años de maná. Todo lo que necesitamos para la nutrición espiritual es Jesucristo, el Pan enviado por Dios. Debemos darnos un festín con el Pan que nunca nos dejará con hambre.

II. El maná ilustra cómo vino Jesús

A. Vino del cielo.

No fue importado de Egipto, ni fabricado en el desierto; fue dado del cielo, como don de la gracia de Dios. Jesucristo vino del cielo (Jn 6.33) como el don del Padre para los pecadores hambrientos. Decir que Cristo es «apenas otro hombre» es negar la enseñanza de toda la Biblia de que Él es el Hijo de Dios enviado del cielo.

B. Vino de noche.

El pueblo lo recogía temprano cada mañana, porque el maná caía por la noche. Esto sugiere la oscuridad del pecado en este mundo cuando Jesús vino. Fue de noche cuando Jesús nació, porque vino para ser la Luz del mundo (Jn 8.12). Y es aún de noche en los corazones de todos los que le han rechazado (2 Co 4.1–4).

C. Vino con el rocío (vv. 13–14)

El rocío preservaba al maná para que no se contaminara con la tierra (véase Nm 11.9). Esto es un tipo del Espíritu Santo porque cuando Jesús vino a la tierra, fue mediante el ministerio milagroso del Espíritu (Lc 1.34–35). Si Jesús no hubiera nacido de una virgen, nunca se le hubiera podido llamar «el Santo».

D. Cayó en el desierto.

El mundo no es un paraíso. Para el inconverso es un lugar maravilloso, pero para el cristiano en su peregrinaje a la gloria el mundo no es sino un desierto. Sin embargo, Cristo vino a este mundo en amor para darle vida a los hombres. ¡Qué gracia!

E. Vino a un pueblo rebelde (vv. 1–3).

¡Qué memoria tan mala tenía Israel! Hacía apenas seis semanas que no eran esclavos de Egipto y ya se habían olvidado las muchas misericordias de Dios. Murmuraron contra Moisés y contra Dios (véase 15.22–27), y añoraban la dieta carnal de la vida vieja; sin embargo, Dios en su gracia y misericordia les suplió de pan. El versículo 4 podría haber dicho: «¡Haré llover fuego y azufre sobre los pecadores ingratos!» Pero no; Dios demostró su amor al hacer llover pan sobre ellos. Véase Romanos 5.6–8. Alguien ha calculado que la provisión de cuatro litros (un gomer) de maná para cada persona de los dos millones, diariamente hubiera necesitado cuatro trenes de carga cada uno con sesenta vagones. ¡Cuán generoso es Dios con nosotros!

F. Cayó justo en donde estaban.

¡Cuán fácilmente accesible fue el maná para los judíos! No tenían que subir a alguna montaña ni cruzar algún río profundo; el maná venía a donde estaban (véase Ro 10.6–8). Jesucristo no está lejos de los pecadores. Pueden venir a Él en cualquier tiempo.

III. El maná muestra lo que debemos hacer con Jesucristo

A. Debemos sentir la necesidad.

Hay una hambre espiritual interna que sólo Jesucristo puede saciar (Jn 6.35). Fue cuando el hijo pródigo dijo: «Perezco de hambre», que decidió regresar al padre y buscar perdón (Lc 15.17–18). Mucha de la intranquilidad y pecado en el mundo de hoy es el resultado de hambre espiritual insatisfecha. La gente vive con sustitutos y rechaza el alimento que Dios provee con liberalidad (Is 55.1–3).

B. Debemos agacharnos.

El maná no cayó en las mesas ni en los árboles, sino en el suelo, y la gente tenía que agacharse para recogerlo. Muchos pecadores no quieren humillarse. ¡No se agacharán! ¡No se arrepentirán ni volverán al Salvador!

C. Cada uno debe recoger.

Los judíos no se llenaban sólo con ver el maná, ni admirarlo ni ver a otros comerlo; tenían ellos mismos que recogerlo y comerlo. Cristo debe recibirse internamente por fe si el pecador ha de ser salvo. Esto es lo que Cristo quiso expresar en Juan 6.51–58 al decir «comer su carne y beber su sangre». Juan 6.63 aclara que Cristo no hablaba de su carne ni de sangre literal y Juan 6.68 nos dice que se refería a su Palabra. Cuando recibimos en nuestro ser su Palabra, nos alimentamos de Cristo, la Palabra viva.

D. Debemos hacerlo temprano (v. 21).

«Buscad a Jehová mientras puede ser hallado» es la advertencia de Isaías 55.6. El maná desaparecía cuando el sol calentaba y esto sugiere que el día del juicio llegará cuando será demasiado tarde para volverse a Cristo (Mal 4). También sugiere que, como creyentes, debemos conseguir nuestro alimento espiritual de la Palabra temprano en el día al meditar en ella y orar.

E. Debemos continuar alimentándonos en Él.

Una vez que recibimos a Cristo como Salvador, somos salvos para siempre (Jn 10.27–29). Es importante, sin embargo, que nos alimentemos de Cristo para tener fuerza en nuestro peregrinaje, así como los judíos se alimentaron del cordero pascual (Éx 12.11ss). ¿Cómo se alimentan los creyentes de Cristo? Al leer, estudiar y meditar en su Palabra. Dios nos invita a cada uno a levantarnos temprano en el día y recoger de la Palabra el precioso maná para nutrir nuestras almas. No podemos acumular la verdad de Dios para otro día (vv. 16–21); debemos recoger alimento fresco para cada nuevo día. Demasiados cristianos marcan sus Biblias y llenan sus cuadernos con bosquejos, sin embargo, nunca se alimentan de Cristo.

Nótese que el maná espiritual (Cristo) logra más que el maná físico que Dios les envío a los judíos. El maná del AT sustentaba la vida física, pero Cristo da vida espiritual a todo el que le recibe. El maná del AT era sólo para los judíos, pero Cristo se ofrece a sí mismo a todo el mundo (Jn 6.51). No le costó nada a Moisés conseguir el maná para Israel, pero para ponerse a la disposición del mundo Cristo tuvo que morir en la cruz. Qué triste que la mayoría de la gente del mundo pisotea a Cristo como si fuera maná dejado en el suelo, antes que agacharse a recibirle para poder vivir.

La recogida diaria del maná fue la prueba de Dios en cuanto a la obediencia de Israel (v. 4), y todavía es la prueba de Dios para su pueblo. Los cristianos que empiezan su día con la Biblia, recogiendo alimento espiritual, son los que Dios puede usar y en los cuales confiar. Es triste, ¡pero muchos cristianos aún suspiran por la dieta carnal del mundo! (v. 3) Y muchos esperan que el pastor o el maestro de la Escuela Dominical recoja el maná para ellos y luego les «alimente con cuchara». La prueba de nuestro andar espiritual es esta: ¿Pienso en Cristo y en su Palabra lo suficiente como para empezar mi día recogiendo maná?

Josué 5.10–12 nos dice que el maná cesó cuando los judíos entraron en Canaán por Gilgal y comieron «del fruto de la tierra». El maná descendía del cielo, hablando de Cristo en su encarnación y crucifixión. El fruto de la tierra crecía en un lugar de sepultura y muerte, y habla de Cristo en su resurrección y ministerio celestial. Entrar en Canaán significa entrar en nuestra herencia celestial en Cristo (Ef 1.3) y esto significa aferrarnos a la bendición que tenemos en su resurrección, ascensión y sacerdocio celestial. Demasiados santos conocen «a Cristo

según la carne» (2 Co 5.16) en su vida y ministerio terrenal, y nunca se han graduado en su ministerio sacerdotal celestial. Cuando dan ese paso, están «comiendo del fruto de la tierra», alimentándose en el poder de su resurrección.

ÉXODO 17–18

Cuando Israel siguió la dirección del Señor, experimentó pruebas que le ayudaron a comprenderse mejor y a ver más plenamente el poder y la gracia de Dios. Hay tres de tales experiencias en estos capítulos.

I. Agua de la roca (17.1–7)

La congregación había tenido sed antes (15.22) y Dios había suplido sus necesidades, pero como la gente de hoy, se olvidaron de la misericordia de Dios. Después de todo, si estaban en el lugar a donde Dios los dirigía, era su responsabilidad cuidar de ellos. El pueblo criticó a Moisés y murmuró contra Dios, pecado contra el cual se nos advierte en 1 Corintios 10.1–12. En realidad estaban «tentando al Señor» con su actitud, porque estaban diciendo que Dios no los cuidaba y que no los ayudaría. Con sus repetidas quejas sometían a prueba su paciencia.

Moisés ilustra lo que los cristianos que confían hacen en la hora de la prueba: acuden al Señor y le piden dirección (Stg 1.5). El Señor le instruyó que tomara su vara y golpeara la roca y saldría agua. Esta roca es Cristo (1 Co 10.4) y el golpe a la roca habla de la muerte de Cristo en la cruz, donde Él sintió la vara de la maldición de la ley. (Fue la misma vara, como recordará, que se convirtió en serpiente, Éx 4.2–3 y que ayudó a traer las plagas sobre Egipto.) El orden aquí es maravilloso: en el capítulo 16 tenemos el maná que ilustra la venida de Cristo a la tierra; en el capítulo 17 tenemos la roca golpeada, que muestra su muerte en la cruz. El agua es un símbolo del Espíritu Santo, quien fue dado después de que Cristo fue glorificado (Jn 7.37–39).

Léase Números 20.1–13 para ver una segunda experiencia con la roca. Dios le ordenó a Moisés que le hablara a la roca, pero por decisión propia, la golpeó. Entonces, debido a este pecado, no se le permitió entrar en Canaán. Al golpear de nuevo la roca, Moisés arruinó el tipo: Cristo puede morir una sola vez. Véanse Romanos 6.9–10 y Hebreos 9.26–28. El Espíritu fue dado una sola vez, pero el creyente puede recibir plenitud adicional al pedírsela a Dios.

Primera de Corintios 10.4 dice que los de Israel «bebían de la roca espiritual que los seguía». La interpretación de algunos es que la roca viajaba con los judíos por el desierto, pero esta explicación es improbable. La palabra «ellos» no se halla en el texto griego original; la frase dice que bebieron del agua de la roca y que esto ocurrió después que se les dio el maná (cf. 1 Co 10.3 con Éx 16).

II. Guerra con el enemigo (17.8–16)

El nuevo cristiano algunas veces se sorprende de que la vida cristiana sea de batallas tanto como de bendiciones. Hasta este momento Israel no había tenido que pelear; el Señor había peleado por él (13.17). Pero ahora el Señor decidió luchar a través de ellos para vencer al enemigo. Los amalecitas eran descendientes de Esaú (Gn 36.12, 16) y pueden ilustrar la oposición de la carne (Gn 25.29–34). Israel fue librado del mundo (Egipto) de una vez por todas al cruzar el Mar Rojo, pero el pueblo de Dios siempre batallará contra la carne hasta que Cristo vuelva.

Nótese que los amalecitas no aparecieron sino hasta que se dio el agua; porque cuando el Espíritu Santo viene a morar, la carne empieza a oponérsele (Gl 5.17ss). Deuteronomio 25.17–19 nos dice que los amalecitas asestaron un «ataque artero» por la retaguardia. Como cristianos, siempre debemos «vigilar y orar».

¿Cómo venció Israel al enemigo? ¡Tenían un intercesor en la montaña y un comandante en el valle! El papel de Moisés en la montaña ilustra la obra intercesora de Cristo y Josué con su espada ilustra al Espíritu de Dios usando la Palabra de Dios contra el enemigo (Heb 4.12; Ef 6.17–18). Por supuesto, Moisés es un cuadro imperfecto de Cristo y su obra intercesora, puesto que nuestro Señor jamás se cansa ni necesita ayuda (Heb 4.16; 9.24). Pablo dice que los creyentes pueden «cooperar con la oración» (2 Co 1.11), que fue lo que Aarón y Hur hicieron. Moisés tenía en su mano la vara de Dios, la cual habla del maravilloso poder de Dios. Moisés había derrotado a todo enemigo en Egipto, así como Cristo ha vencido al mundo en poderosa victoria.

Es importante que el pueblo de Dios coopere con Dios para ganar la victoria sobre la carne. Romanos 6 nos dice que nos consideremos muertos al pecado, nos sometamos y por fe hagamos morir las obras del cuerpo. Moisés solo en la montaña no podía ganar la batalla, ni tampoco Josué solo en el campo de batalla: la victoria requería de ambos. ¡Qué maravilloso es que tenemos al Hijo de Dios intercediendo por nosotros (Ro 8.34), el Espíritu de Dios que mora en nosotros es por nosotros (Ro 8.26), más la Palabra inspirada de Dios en nuestros corazones!

Nótese que Josué no destruyó por completo a los amalecitas; los «deshizo» (v. 13). La carne nunca será destruida o «erradicada» de nuestra vida; Cristo nos dará nuevos cuerpos cuando regrese (Flp 3.21). En 1 Samuel 15 vemos que el pecado de Saúl fue negarse a destruir en su totalidad a los amalecitas; ¡y 2 Samuel 1.6–10 nos informa que fue uno de los amalecitas que Saúl dejó con vida quien le mató! «No proveáis para los deseos de la carne» (Ro 13.14).

Jehová-nisi quiere decir «Jehová es mi estandarte». No tenemos nuestra victoria mediante nuestros esfuerzos, sino sólo a través de Jesús (Jn 16.33; 1 Jn 2.13–14; 5.4–5).

III. Sabiduría del mundo (18)

Los eruditos bíblicos no concuerdan en la interpretación de este capítulo: si el consejo de Jetro a Moisés fue del Señor o de la carne. Algunos señalan a Números 11, donde Dios tomó de su Espíritu y distribuyó el poder entre los setenta oficiales, sugiriendo que Moisés tenía todo el poder que necesitaba para realizar el trabajo. Dios le dijo a Moisés, allá en los capítulos 3–4, que sólo Él supliría la gracia para hacer el trabajo. En el versículo 11 Jetro llamó a Jehová «más grande que todos los dioses», pero esto es una declaración muy distante de una confesión definitiva de fe en el verdadero Dios. Todavía más, en el versículo 27 vemos a Jetro rehusando quedarse con Israel y regresando a su pueblo.

Sin duda nuestro Dios es un Dios de orden y no hay nada de malo con la organización. En el NT los apóstoles añadieron a los diáconos para ayudarles cuando las cargas del ministerio llegaron a ser demasiadas (Hch 6). El pueblo de Dios puede aprender de los de afuera (Lc 16.8), pero debemos examinarlo todo por la Palabra de Dios (Is 8.20). Nos preguntamos si esta «sabiduría mundana» de Jetro agradó a Dios, porque el mismo Jetro no estaba seguro (véase v. 23). Estaba dispuesto a regocijarse en todo lo que el Señor hizo (vv. 9–10), pero no

estaba dispuesto a creer que Dios podía ayudar a Moisés con las cargas cotidianas de la vida. Moisés adoptó el esquema de Jetro y el pueblo estuvo de acuerdo (Dt 1.9–18), pero no se nos asegura de que Dios aprobó el nuevo arreglo. Es más, la actitud de Dios en Números 11 muestra lo contrario.

Los creyentes enfrentan ataques abiertos y obvios de la carne, como con Amalec (17.8–16); pero también de ideas sutiles de la carne, como con Jetro. Es cierto que Moisés podía haber hecho cualquier trabajo que Dios le llamó a hacer, porque «los mandamientos de Dios son su capacitación». ¡Qué fácil es que nos compadezcamos de nosotros mismos, que sintamos que nadie más se preocupa y que Dios nos ha dado una carga demasiado grande! Léase Isaías 40.31 para ver la solución de Dios a este problema.

Éxodo 19–20

I. Notas preliminares: La importancia de la ley

Ningún tema ha sido más mal entendido entre los cristianos que la Ley de Moisés y su aplicación al creyente del NT hoy. Confundir los pactos de Dios es interpretar mal la mente de Dios y perderse sus bendiciones, de modo que el creyente es sabio al examinar la Palabra para determinar el lugar y el propósito de todo el sistema mosaico.

II. Nombre

Comenzando con Éxodo 19 y continuando a la cruz de Cristo (Col 2.14), el pueblo estuvo bajo el sistema mosaico. A esto se le llama «la ley de Moisés», «la ley» y algunas veces «la ley de Dios». Por conveniencia, a menudo hablamos de «la ley moral» (refiriéndonos a los Diez Mandamientos), «la ley ceremonial» (relacionando a los tipos y símbolos que se hallan en el sistema sacrificial) y «la ley civil» (queriendo indicar las leyes cotidianas que gobernaban la vida de las personas). En realidad, la Biblia no parece hacer distinción entre las leyes «morales» y «ceremoniales», puesto que la una era en definitiva parte de la otra. Por ejemplo, el cuarto mandamiento respecto al día del *sabat* se halla en la ley moral y sin embargo es ciertamente y por igual parte del sistema ceremonial de días santos.

III. Propósitos

Para comprender la ley debemos recordar que Dios ya había hecho un pacto eterno con los judíos mediante su padre Abraham (Gn 15). Les prometió su bendición y les dio la propiedad de la tierra de Canaán. La Ley Mosaica se «añadió» más tarde al pacto abrahámico, pero no lo anuló (Gl 3.13–18). La ley «entró conjuntamente» con el pacto previo de Dios (Ro 5.20) y fue tan solo una medida temporal (Gl 3.19) de Dios. Se dio sólo a Israel para marcarlo como el pueblo escogido de Dios y su nación santa (Éx 19.4–6; Sal 147.19–20). Dios no dio la ley para salvar a nadie, porque es imposible salvarse guardando la ley (Gl 3.11; Ro 3.20). Dio la ley a Israel por las siguientes razones:

A. Para revelar su gloria y santidad (Dt 5.22–28).

B. Para revelar la pecaminosidad del hombre (Ro 7.7,13; 1 Ti 1.9ss; Stg 1.22–25).

C. Para marcar a Israel como su pueblo escogido y separarlo de las otras naciones (Sal 147.19–20; Ef 2.11–17; Hch 15).

D. Para dar a Israel una norma para la vida santa de modo que pudieran heredar la tierra y disfrutar de su bendición (Dt 4.1ss; 5.29ss; Jue 2.19–21).

E. Para preparar a Israel para la venida de Cristo (Gl 3.24).

El «ayo» era un esclavo capacitado cuya tarea era preparar al niño para la vida adulta. Cuando el hijo maduraba y entraba en la edad adulta, recibía su herencia y ya no necesitaba más de un ayo. Israel estaba en su «niñez espiritual» bajo la ley, pero esto lo preparó para la venida de Cristo (Gl 3.23–4.7).

F. Para ilustrar en tipo y ceremonia la persona y la obra de Cristo (Heb 8–10).

A la ley se la compara con un espejo, porque revela nuestros pecados (Stg 1.22–25); un yugo, porque esclaviza (Hch 15.10; Gl 5.1; Ro 8.3); un ayo o tutor, porque preparó a Israel para la venida de Cristo (Gl 3.23–4.7); cartas escritas en piedras (2 Co 3) en contraste con la ley del amor escrita en nuestros corazones por el Espíritu; y una sombra en contraste con la realidad y cumplimiento que tenemos en Cristo (Heb 10.1; Col 2.14–17).

IV. Debilidad

Es importante notar lo que la ley no puede hacer. No puede lograr estas cosas: (1) hacer perfecto a alguien, Hebreos 7.11–19; 10.1–2; (2) justificar de pecado, Hechos 13.38–39 y Romanos 3.20–28; (3) dar justicia, Gálatas 2.21; (4) dar paz al corazón, Hebreos 9.9; y (5) dar vida, Gálatas 3.21.

V. Cristo y la ley

«La ley por medio de Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn 1.17). Es obvio que hay un contraste entre el sistema legalista de Moisés para Israel y la posición de gracia que el cristiano tiene en el Cuerpo de Cristo. Cristo fue puesto bajo la ley (Gl 4.4–6) y la cumplió en todo (Mt 5.17). Su persona y obra se ven en la ley (Lc 24.44–47). Él es el fin de la ley por justicia al creyente (Ro 10.1–13). Pagó la pena de la ley y llevó la maldición de la ley en la cruz (Gl 3.10–14; Col 2.13–14). La ley no separa más al judío y al gentil, porque en Cristo somos uno en la Iglesia (Ef 2.11–14).

VI. El cristiano y la ley

El NT deja muy en claro que el cristiano no está bajo la ley (Ro 6.14; Gl 5.18), sino que vive en la esfera de la gracia. En Cristo morimos a la ley (Ro 7.1–4) y hemos sido libertados de ella (Ro 7.5–6). No debemos enredarnos de nuevo en la esclavitud de la ley (Gl 5.1–4), lo cual quiere decir caernos de la esfera de la gracia y vivir como siervo, no como hijo.

¿Significa esto que el cristiano puede andar sin ley e ignorar las exigencias santas de Dios? ¡Por supuesto que no! Esta es la acusación que los enemigos de Pablo le endilgaron debido a que él enfatizaba la gloriosa posición del creyente en Cristo (Ro 6.1). Segunda de Corintios 3 aclara que la gloria del evangelio de la gracia de Dios sobrepasa la gloria temporal de la ley del AT, y que los cristianos debemos ir «de gloria en gloria» (3.18) al crecer en la gracia. En realidad, el cristiano del NT está bajo una forma de vida más exigente que el creyente del AT; porque la ley del AT se refería a actos externos, mientras que la ley del amor del NT se refiere a actitudes internas. Ser libre de la ley no significa serlo para pecar; libertad no es libertinaje. Somos llamados a libertad y debemos usarla para el bien de otros y la gloria de

Dios (léase Gl 5.13–26). Estamos bajo la ley más elevada del amor, la ley de Cristo (Gl 6.2). No tratamos de obedecer a Dios en la energía de la carne debido a que esto es imposible (Ro 7.14); la carne es pecadora, débil y no puede someterse a la ley. Pero al considerarnos muertos al pecado (Ro 6) y al someternos al Espíritu Santo (Ro 8), el Espíritu cumple la ley en nosotros y por medio de nosotros (Ro 8.1–4).

Regresar a la ley es cambiar la realidad por las sombras y la libertad por la esclavitud. Es abandonar el supremo llamamiento que tenemos en la gracia. La ley significa que debemos hacer algo para agradar a Dios; la gracia significa que Dios obra en nosotros para cumplir su perfecta voluntad.

VII. Los Diez Mandamientos hoy

Toda la ley del AT no es más que una explicación y aplicación de los Diez Mandamientos. Nueve de los Diez Mandamientos se repiten en el NT para los creyentes de hoy:

A. No tendrás dioses ajenos delante de mí (Hch 14.15; Jn 4.21–23; 1 Ti 2.5; Stg 2.19; 1 Co 8.6).

B. No te harás imágenes ni ídolos (Hch 17.29; Ro 1.22–23; 1 Jn 5.21; 1 Co 10.7, 14).

C. No tomarás su nombre en vano (Stg 5.12; Mt 5.33–37 y 6.5–9).

D. Acuérdate del día de reposo.

Este no se repite en ninguna parte del NT para que la Iglesia lo obedezca hoy. Guardar el día de reposo se menciona en Mateo 12, Marcos 2, Lucas 6 y Juan 5; pero todos estos pasajes se refieren al pueblo de Israel y no a la Iglesia. Colosenses 2 y Romanos 14–15 enseñan que los creyentes no deben juzgarse los unos a otros con respecto a días santos o de reposo. Decir que una persona se pierde o no es espiritual debido a que no guarda el día de reposo es ir más allá de los límites de las Escrituras.

E. Honra a tu padre y a tu madre (Ef 6.1–4).

F. No matarás (1 Jn 3.15; Mt 5.21–22).

G. No cometerás adulterio (Mt 5.27–28; 1 Co 5.1–13; 6.9–20; Heb 13.4).

H. No hurtarás (Ef 4.28; 2 Ts 3.10–12; Stg 5.1–4).

I. No hablarás falso testimonio (Col 3.9; Ef 4.25).

J. No codiciarás (Ef 5.3; Lc 12.15–21).

Nótese estos «resúmenes de la ley» en el NT; ninguno menciona el *sabat*: Mateo 19.16–20; Marcos 10.17–20; Lucas 18.18–21; Romanos 13.8–10. Por supuesto, los «Nueve Mandamientos» del amor es el motivo básico para el cristiano hoy (Jn 13.34–35; Ro 13.9–10). Este amor se derrama en nuestros corazones por el Espíritu (Ro 5.5), para que podamos amar a Dios y a los demás, y por lo tanto no hay necesidad de ley externa que controle nuestra vida. La vieja naturaleza no conoce ley alguna y la nueva no necesita ley. El *sabat* fue un día especial de Dios para los judíos bajo el antiguo pacto; el día del Señor es el día especial del Señor para la Iglesia bajo el nuevo. El día de reposo simboliza salvación por obras; seis días de labor, luego descanso; el día del Señor simboliza salvación por gracia: primero descanso y luego siguen las obras. El *sabat*, los sacrificios, las leyes dietéticas, el sacerdocio y los servicios del tabernáculo fueron todos descartados en Cristo.

ÉXODO 21–23

Después de darle a Israel la ley de Dios en los Diez Mandamientos, Moisés explicó y aplicó esa ley a los varios aspectos de la vida. Dondequiera que hay ley, debe haber interpretación y aplicación; de otra manera no es práctica y de nada aprovecha. En un principio fueron los sacerdotes los que enseñaban y aplicaban la ley en Israel; pero en años posteriores fueron los escribas y los rabíes los que llegaron a ser los maestros profesionales de la ley. Desafortunadamente sus interpretaciones llegaron a ser de tanta autoridad como la ley original y fue este error que Jesús expuso mediante sus enseñanzas, en especial el Sermón del Monte (Mt 5–7). Véanse también otras percepciones en Marcos 7.1–23.

I. El cuidado de los siervos (21.1–11)

A los judíos les estaba permitido comprar y vender siervos, pero se les prohibió que los trataran como a esclavos. Algunas personas tenían que venderse a sí mismas debido a su pobreza (Lv 25.39; Dt 15.12), pero su servicio estaba limitado a sólo seis años. Luego se les debía dar la libertad. Si un siervo quería seguir con su amo, debía marcársele en la oreja y permanecería en la casa para toda la vida. Véanse Deuteronomio 15.17 y Salmo 40.6. La ley daba protección especial a las mujeres siervas para asegurarse que sus amos no abusaran de ellas y les privaran de sus derechos.

II. Compensación por daños personales (21.12–36)

Estas regulaciones se dieron para asegurar equidad al compensar a las personas. La ley del «ojo por ojo, diente por diente» (v. 24) no es una «ley de la selva», sino una expresión de pago equitativo por las lesiones recibidas, de modo que los jueces no exigieran más o menos de lo justo. Es la base para la ley de hoy, aun cuando no siempre se aplica con justicia. Las palabras de nuestro Señor en Mateo 5.38–42 tienen que ver con la venganza privada antes que con la desobediencia pública de la ley. Había varios crímenes capitales en Israel, entre ellos: homicidio (vv. 12–15), secuestro (v. 16), maldecir a los padres de uno (v. 17), causar la muerte de una mujer encinta y/o de su feto (vv. 22–23), hacer tratos con los demonios (22.18) y practicar el bestialismo (22.19). La base para la pena capital es el pacto de Dios con Noé (Gn 9.1–6) y el hecho de que el hombre fue creado a imagen de Dios. Es Dios quien da vida y solo Él tiene el derecho de quitarla o autorizar que sea quitada (Ro 13).

Dios hace una distinción entre el asesinato deliberado y el homicidio accidental (vv. 12–13). Las ciudades de refugio se proveyeron para la protección de la persona que por accidente mataba a alguien (Nm 35.6ss). No había policía en esos días y la familia de una persona muerta se sentiría obligada a vengar la muerte de su ser querido. Por consiguiente, era necesario proteger al inocente hasta que los ancianos pudieran investigar el caso.

Nótese que Dios consideró responsable al dueño de un animal por lo que este les hacía a otros (vv. 28–36), si el propietario sabía que el animal era peligroso. La ley aseguraba que nadie se aprovechara de tales situaciones y se beneficiara de ellas.

Los versículos 22–23 son básicos para la posición en favor de la vida respecto al aborto, porque indican que abortar equivalía a asesinar al niño. La parte culpable era castigada como asesino («vida por vida») si la madre de la criatura nonata, o ambos, morían. Véase también el Salmo 139.13–16.

III. Protección de la propiedad personal (22.1–15)

Aquí Moisés se refiere a varias clases de robos y afirma de nuevo que el ladrón debe compensar a los que ha robado. ¡Pero nótese que Dios considera sagrada incluso la vida del ladrón que se ha metido en una casa! Si se mete de noche y lo matan, no se acusa al que lo mata. Pero si su crimen es durante el día, cuando el dueño podía pedir ayuda o incluso reconocer al intruso y acusarlo más tarde, el que lo mataba era culpable de homicidio.

Moisés también se refiere al daño de la propiedad causado por animales que comen en un campo que no es de su dueño (v. 5), o al fuego fuera de control (v. 6) y a la pérdida de propiedad confiada a otros (vv. 7–15). De estos ejemplos específicos los jueces podían derivar principios que les ayudarían a decidir casos que Moisés no explicó en detalle.

IV. Respeto a la humanidad (22.16–31)

Esta serie de leyes misceláneas revela la preocupación de Dios por la humanidad y su deseo de que la gente no fuera explotada. Esto incluye las vírgenes (vv. 16–17; véase Dt 22.23–24), extranjeros en la tierra (v. 21); viudas (vv. 22–24); y los pobres (vv. 25–27). Dios promete oír los clamores de los maltratados y defender al pobre y al oprimido.

A los hechiceros no se les permitía vivir porque estaban aliados a los poderes demoníacos que operaban las religiones sin dios de las naciones alrededor de Israel. Véase Levítico 19.31, 20.27 y Deuteronomio 18.9–12. La práctica del ocultismo moderno es una invitación para que Satanás se ponga a trabajar y destruya vidas.

Dios también condena el ayuntamiento sexual con animales (véanse Lv 20.15–16; Dt 27.21). No sólo que estas prácticas eran parte de la adoración pagana de ídolos, sino que degradaban la sexualidad humana que es un don precioso de Dios.

El pueblo debía respetar a sus gobernantes y abstenerse de maldecirlos, asimismo se abstendrían de maldecir a Dios. De acuerdo a Romanos 13 las autoridades que hay son ordenadas por Dios. Si maldecimos a un líder, estamos en peligro de maldecir al Dios que estableció la autoridad del gobierno humano.

Los versículos 29–31 llegan al corazón de la obediencia a la ley: poner a Dios primero en su vida y alegremente obedecer la ley que Él dice. Esta es la versión del AT de Mateo 6.33.

V. Dispensar justicia (23.1–9)

El sistema judicial en Israel, como nuestro sistema de cortes hoy, dependía de leyes justas, jueces honrados y testigos fieles. Las leyes de Dios eran justas, pero un juez injusto podía deliberadamente interpretarlas mal o un testigo podía dar falso testimonio. El juicio no debía estar influenciado por muchos (v. 2), el dinero (vv. 3, 6, 8), los sentimientos personales (vv. 4–5), ni la posición social (v. 9).

Cuando se trata de aplicar la ley, Dios no quiere que se justifique al malo (v. 7; 2 Cr 6.23). Pero cuando se trata de salvar a los pecadores perdidos, Dios en su gracia justifica al impío (Ro 4.5). Él puede hacerlo debido a que su Hijo llevó a la cruz la paga de nuestros pecados.

VI. Celebrar los días santos (23.10–19)

La adoración a Dios y el trabajo de la tierra (que pertenecía a Dios) estaban ligados. Las festividades religiosas de Israel estaban ligadas al año agrícola en una serie de «sietes». Véase Levítico 23. El séptimo día era el *sabat* y el séptimo año era el año sabático. La Fiesta de los Panes sin Levadura se celebraba durante siete días después de la Pascua. El séptimo mes empezaba con la Fiesta de las Trompetas e incluía el Día de la Expiación y la Fiesta de los Tabernáculos (Cabañas).

El día de reposo semanal no sólo recordaba a los judíos que pertenecían a Dios, sino que también mostraba el cuidado de Dios por la salud del hombre, de la bestia y la «salud» de la tierra. El año sabático era una oportunidad más para el descanso y la restauración. A Dios le interesa la manera en que usamos los recursos naturales que en su gracia nos ha dado. Si la gente tuviera esto presente hoy, habría menos explotación tanto de los recursos humanos como naturales.

La Pascua habla de la muerte de Jesucristo, el Cordero de Dios (Éx 12; Jn 1.29); la Fiesta de las Primicias es un tipo de su resurrección (1 Co 15.23); y la Fiesta de los Tabernáculos nos recuerda que viene otra vez y su reino futuro de gozo y plenitud (Zac 14.16–21).

La afirmación enigmática en cuanto al cabrito y la leche de la madre se relaciona a la práctica pagana que era parte de un rito idólatra de la fertilidad (véanse 34.26 y Dt 14.21). Moisés relacionó esta ley con las festividades de la cosecha, porque allí era cuando se practicaban los ritos paganos de la fertilidad.

VII. La conquista de la tierra prometida (23.20–33)

Dios le prometió a su pueblo victoria porque su ángel iría delante de ellos y les ayudaría a derrotar a sus enemigos si la nación obedecía fielmente los mandamientos de Dios. Su posesión de la tierra se debía sólo a la gracia de Dios, pero el disfrute de ella dependía de su fe y fidelidad.

Una vez en la tierra, el pueblo debía cuidarse de no imitar las prácticas idólatras de otras naciones. Dios le prometió salud, prosperidad y seguridad si le obedecían, porque estas bendiciones eran parte de su pacto. No ha garantizado las mismas bendiciones al pueblo de su nuevo pacto hoy, pero ha prometido suplir todas nuestras necesidades y capacitarnos para vivir en victoria sobre nuestros enemigos espirituales. En la actualidad, mucho de la «predicación de la prosperidad» es una interpretación equivocada del antiguo pacto que Dios hizo con los judíos.

Israel en efecto conquistó la tierra prometida y destruyó las ciudades e ídolos de los habitantes impíos. Pero poco a poco empezó a hacer la paz con sus vecinos y aprendió a adorar a sus falsos dioses. Esto llevó a la disciplina en la tierra (el libro de Jueces) y con el tiempo al cautiverio lejos de la tierra. Antes de juzgar con mucha severidad a Israel por esto, no obstante, necesitamos preguntarnos cuántos del pueblo de Dios hoy están en componendas con los dioses de este mundo, tales como el dinero, el placer o el éxito.

Éxodo 24

Moisés estaba a punto de recibir de Dios el modelo divino para el tabernáculo y el sacerdocio. Siempre que Dios nos llama a realizar un trabajo, nos da los planes y espera que sigamos su voluntad. El ministerio no se logra al tratar nosotros de inventar maneras de servir a Dios, sino al buscar su voluntad y obedecerlo (Is 8.20).

I. Confirmación del pacto (24.1–8)

Antes de que Moisés y los líderes de la nación pudieran ascender al monte para encontrarse con Dios, el pueblo tenía que entrar en una relación de pacto con Dios. Moisés le dijo al pueblo la Palabra de Dios y ellos acordaron obedecerla. ¡Qué poco comprendían sus corazones! Debían haber dicho: «Con la ayuda del Señor, obedeceremos su ley». A las pocas semanas la nación estaría adorando un ídolo y violando cada ley que habían acordado obedecer.

El pacto se confirmó con sacrificios y el rociamiento de sangre sobre el Libro de la Ley y sobre el pueblo que acordó obedecerlo. Las doce piedras del altar representaban las doce tribus de Israel, indicando que cada tribu se comprometía a obedecer la voz de Dios. La sangre sobre el altar hablaba del perdón de pecado otorgado por la gracia de Dios, en tanto que la sangre rociada sobre el pueblo los comprometía a una vida de obediencia. Los creyentes de hoy han sido rociados con la sangre de Cristo en un sentido espiritual y están comprometidos a obedecer su voluntad (1 P 1.2).

II. Ven al Señor (24.9–18)

Setenta y cinco hombres subieron al monte: Moisés, Josué, Aarón y sus dos hijos Nadab y Abiú, y setenta ancianos del pueblo. Contemplaron la gloria de Dios en el monte, y comieron y bebieron en su presencia. Usted pensaría que el versículo 11 debería decir: «Vieron a Dios y cayeron sobre sus rostros en temor». Pero lo que dice es que vieron a Dios y «comieron y bebieron». Debido a la sangre sobre el altar, pudieron tener comunión con Dios y los unos con los otros. Debemos comer y beber para la gloria de Dios (1 Co 10.31), y vivir cada día en su presencia aunque no podamos estar en el monte.

Dios ordenó a Moisés que subiera más para darle las instrucciones para construir el tabernáculo y establecer el ministerio sacerdotal. Dejó a Aarón y a Hur con los ancianos y llevó a Josué consigo al entrar en la nube. Mencionando primero en Éxodo 17.9, Josué a la larga llegó a ser el sucesor de Moisés. No sabemos quién era Hur, pero él, con Aarón, ayudaron a Moisés a orar por el éxito de Josué en la batalla contra los amalecitas (Éx 17.8–16). Aarón debe haber descendido del monte, porque le hallamos en el capítulo 32 ayudando al pueblo a hacer el becerro de oro. Cuando abandonamos nuestro lugar de ministerio, no sólo pecamos, sino que podemos conducir a otros a pecar. Véase Juan 21.

En los días del AT Dios a menudo revelaba su gloria en una nube (19.9, 16). Condujo a la nación con una columna de nube y fuego (Éx 13.21–22). «Dios es fuego consumidor» (Dt 4.24; Heb 12.29). Moisés no se atrevió a acercarse a Dios sino hasta que Él lo llamó, pero cuando lo hizo, Moisés obedeció.

Es posible creer en Dios y ser parte de su pacto y sin embargo no estar cerca de Él. La nación estaba ante el monte; los setenta ancianos con Aarón, Hur, Nadab y Abiú estaban más arriba; Moisés subió aún más con su ayudante Josué; y entonces Moisés dejó a Josué detrás al entrar en la nube a la presencia del Señor. Bajo la ley, Dios determinaba cuánto podía acercársele el pueblo. Pero bajo la gracia somos nosotros los que determinamos cuán cerca queremos estar de Dios. Dios nos invita a tener comunión con Él. Los ancianos adoraban a Dios «de lejos» (v. 1), pero hoy se nos invita a «acercarnos» (Heb 10.22; Stg 4.8). Qué privilegio es tener comunión con Dios y qué tragedia es que demasiado a menudo fallamos al no pasar tiempo en su presencia.

A Nadab y Abiú se les dio el privilegio de ver la gloria de Dios, y sin embargo años más tarde con presunción desobedecieron a Dios y murieron (Lv 10.1–5). Es posible acercarse a Dios y con todo alejarse y pecar. Cuán importante es que nuestra adoración personal al Señor resulte en un corazón limpio y en un espíritu recto (Sal 51.10), porque grandes privilegios traen consigo responsabilidades aún mayores.

Éxodo 25

En el libro de Génesis se narra que Dios andaba con su pueblo (Gn 3.8; 5.22, 24; 6.9; 17.1). Pero en Éxodo Dios dijo que quería morar con su pueblo (Éx 25.8; 29.46). El tabernáculo que Moisés construyó es la primera de varias moradas que Dios bendijo con su gloriosa presencia (Éx 40.34–38). Sin embargo, cuando Israel pecó, la gloria se alejó (1 S 4.21–22). El segundo lugar de morada es el templo de Salomón (1 R 8.10–11). El profeta Ezequiel vio la gloria partir (Ez 8.4; 9.3; 10.4, 18; 11.23). La gloria de Dios volvió a la tierra en la persona de su Hijo, Jesucristo (Jn 1.14, en donde «habitó» quiere decir «moró») y los hombres lo clavaron en una cruz. El pueblo de Dios hoy es su templo, universal (Ef 2.20–22), local (1 Co 3.16) e individualmente (1 Co 6.19–20). Ezequiel 40–46 promete un templo del reino donde morará la gloria de Dios (Ez 43.1–5). También vemos que el hogar celestial será un lugar donde la presencia de Dios estará eternamente con su pueblo (Ap 21.22).

I. Ofrendas para el santuario (25.1–9)

Dios le dio a Moisés el modelo del tabernáculo (v. 9), pero le pidió al pueblo que contribuyera con los materiales necesarios para su construcción (vv. 1–9). Esta fue una ofrenda que se hizo una sola vez y debía darse con corazones dispuestos (véase 35.4–29). Catorce clases diferentes de materiales se mencionan aquí, desde piedras preciosas y oro, hasta lanas de varios colores. Pablo usó luego la imagen de «oro, plata, y piedras preciosas» cuando escribió acerca de edificar la iglesia local (1 Co 3.10ss). Es importante notar que los muebles se construyeron para que pudiera transportarse; porque el tabernáculo enfatiza que somos peregrinos. El diseño para el templo de Salomón se cambió, porque el templo ilustra al pueblo de Dios morando permanentemente en el reino glorioso de Dios. Sin entrar en tediosos detalles, consideraremos los muebles y enseres del tabernáculo, y las lecciones espirituales que de ellos se desprenden.

II. El arca del pacto (25.10–22)

Dios empezó con el arca debido a que era el mueble más importante en la tienda propiamente dicha. Era el trono de Dios donde reposaba su gloria (v. 22; Sal 80.1 y 99.1). Habla de nuestro Señor Jesucristo en su humanidad (madera) y deidad (oro).

Dentro del arca había tres artículos especiales: las tablas de la ley (v. 16), la vara de Aarón que reverdeció (Nm 16–17) y una vasija con maná (Éx 16.32–34). Es interesante que cada uno de estos artículos se relaciona con la rebelión del pueblo de Dios: las tablas de la ley con la confección del becerro de oro; la vara de Aarón con la rebelión que dirigió Coré; y el maná con las quejas de Israel en el desierto.

Estos tres artículos dentro del arca podían haber traído juicio sobre Israel de no haber sido por el propiciatorio que estaba sobre el arca, el lugar donde cada año se rociaba la sangre en el Día de la Expiación (Lv 16.14). La sangre cubría los pecados del pueblo de modo que Dios veía la sangre y no su rebelión. La frase «propiciatorio» significa «propiciación», y Jesucristo es la propiciación (propiciatorio) por nosotros hoy (Ro 3.25; 1 Jn 2.2). Venimos a Dios a través de Él y ofrecemos nuestros sacrificios espirituales (1 P 2.5, 9).

La frase «bajo sus alas» algunas veces se refiere a las alas del querubín antes que a las de la gallina madre. Estar «bajo las alas» significa morar en el Lugar Santísimo en comunión íntima con Dios. Véanse Salmos 36.7–8 y 61.4.

III. La mesa de los panes de la proposición (25.23–30)

Las doce tribus de Israel estaban representadas en el tabernáculo de tres maneras: por sus nombres escritos en dos piedras grabadas en los hombros del sumo sacerdote (Éx 28.6–14); por sus nombres en las doce piedras del pectoral del sumo sacerdote (28.15–25) y por los doce panes en la mesa en el Lugar Santo. Estos panes eran un recordatorio de que las tribus estaban siempre en la presencia de Dios y que Él veía todo lo que hacían (véase Lv 24.5–9).

El pan era también un recordatorio de que Dios alimentaba a su pueblo («danos hoy nuestro pan cotidiano»), que su pueblo debía «alimentarse de la verdad de Dios» (Mt 4.4) y que Israel debía «alimentar» a los gentiles y testificarles. Dios llamó a Israel a ser bendición a los gentiles, de la misma manera que el pan es alimento para la humanidad; pero el pueblo de Israel no siempre cumplió este llamamiento.

Los panes se cambiaban semanalmente y sólo a los sacerdotes se les permitía comer de este pan santo. Véase Levítico 22. A David se le permitió comer del pan porque era el rey ungido de Dios y el pan ya no estaba en la mesa. Dios está más interesado en satisfacer las necesidades humanas que en proteger los ritos sagrados (Mt 12.3–4).

IV. El candelero de oro (25.31–40)

La palabra «candelero» se presta a confusiones, porque era un candelero cuya luz se alimentaba de aceite (véanse Lv 24.2–4; Zac 4). Las iglesias locales están representadas por candeleros de oro individuales (Ap 1.12–20), dando la luz de Dios al mundo oscuro. El candelero en el lugar santo habla de Jesucristo, la luz del mundo (Jn 8.12). El aceite para las lámparas nos recuerda el Espíritu Santo, quien nos ha ungido (1 Jn 2.20). Algunos eruditos ven en el candelero de oro un cuadro de la Palabra de Dios que nos da luz al caminar por este mundo (Sal 119.105). Israel debía ser luz para los gentiles (Is 42.6; 49.6), pero fracasó en su misión. Hoy cada creyente es la luz de Dios (Mt 5.14–16) y cada iglesia local debe brillar en este mundo oscuro (Flp 2.12–16).

ÉXODO 26–27

I. Las cortinas y la cubierta (26.1–14)

Dentro del tabernáculo, visto sólo por los sacerdotes que ministraban, había coloridas cortinas de lino colgando de la estructura de madera. Dios construyó bellamente las paredes y el cielo raso del tabernáculo, no sólo con los colores usados sino también con las imágenes de los querubines en las cortinas. El mandamiento en contra de hacerse imágenes de talla no prohibía al pueblo participar en la obra artística ni en hacer objetos hermosos, porque no intentaban adorar lo que hicieron para la gloria de Dios.

Téngase presente que el tabernáculo propiamente dicho era una tienda ubicada dentro de un atrio, con varias cubiertas colocadas sobre una estructura de madera. Había cuatro cubiertas diferentes, las dos interiores de tela tejida y las dos exteriores de pieles de animales. La cubierta más interna era de lino hermosamente coloreado, cubierto con tela de pelo de cabra tejido. Luego venían dos cubiertas protectoras para la tienda: pieles de carnero curtida de color rojo y pieles de tejones parecidas a cuero. Estos materiales eran de uso común entre los pueblos nómadas de esa época.

II. La estructura (26.15–30)

La combinación de madera y su recubrimiento de oro sugiere la humanidad y la deidad de nuestro Señor Jesucristo. Había muchas partes en el tabernáculo, pero se consideraba una sola estructura. Y lo que lo separaba como verdaderamente especial era que la gloria de Dios moraba allí.

Las bases de plata eran necesarias para sostener la estructura a nivel y segura sobre el suelo del desierto. La plata de estas bases provino del «precio de la redención» dado por cada varón de veinte años para arriba (Éx 30.11–16). Las tablas del tabernáculo descansaban en bases de plata y las cortinas colgaban de ganchos de plata. La base para nuestra adoración hoy es la redención que tenemos en Cristo.

III. Los velos (26.31–37)

El velo interior colgaba entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, y el sumo sacerdote lo traspasaba sólo una vez al año en el Día de la Expiación (Lv 16). Hebreos 10.19–20 enseña que este velo representa el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo que fue entregado por nosotros en la cruz. Cuando entregó su Espíritu, el velo del templo se rasgó de arriba abajo, lo cual le permite a cualquiera entrar en la presencia de Dios en cualquier momento (Mt 27.50–51).

El velo externo [RVR le llama cortina] colgaba de cinco columnas que formaban la entrada al tabernáculo de reunión y era visible para los que llegaban al altar de bronce con sus sacrificios. Sin embargo, este velo evitaba que cualquiera que estaba fuera mirara el Lugar Santo.

IV. El altar de bronce (27.1–8)

Había dos altares asociados con el tabernáculo: uno de bronce para los sacrificios y uno de oro para quemar el incienso (Éx 30.1–10). El altar de bronce estaba en al atrio del tabernáculo, dentro de la entrada al atrio. Había una entrada y un altar, exactamente como hay un solo camino de salvación para los pecadores perdidos (Hch 4.12).

Dios encendió el fuego del altar en la dedicación del tabernáculo y era responsabilidad de los sacerdotes mantener el fuego ardiendo (Lv 6.9–13). Había disponible calderos y paletas para recoger las cenizas, tazones para recoger la sangre y garfios para que los sacerdotes tomaran su parte de las ofrendas. Este altar habla de la muerte sacrificial de nuestro Señor en la cruz. Todo sacrificio que Dios ordenó a Israel que trajera ilustra al Señor Jesús (Lv 1–5; Heb 10.1–14). Cristo pasó por el fuego del juicio por nosotros y se entregó como sacrificio por nuestros pecados.

V. El atrio del tabernáculo (27.9–19)

Rodeando al tabernáculo de reunión había una cerca de lino con una hermosa «entrada» tejida, que daba hacia el lugar donde se hallaba el altar de bronce. Mirando al cuadro total vemos que había tres partes del tabernáculo: el atrio exterior que todos podían ver; el Lugar Santo, donde estaba la mesa, el candelero y el altar del incienso; y el Lugar Santísimo, donde se hallaba el arca del pacto.

Esta división triple sugiere la naturaleza tripartita de los seres humanos: espíritu, alma y cuerpo (1 Ts 5.23). Así como el Lugar Santo y el Lugar Santísimo eran dos partes de una sola estructura, nuestra alma y espíritu abarcan la «persona interior» (2 Co 4.16). Moisés podía quitar la cerca del atrio exterior y no afectaría el tabernáculo. Así con nuestra muerte, el cuerpo puede volver al polvo, pero el alma y el espíritu van a estar con Dios y no se afectan por el cambio (2 Co 5.1–8; Stg 2.26).

VI. Aceite para el candelero (27.20–21)

Zacarías 4.1–6 indica que el aceite para el candelero es un tipo del Espíritu Santo de Dios. Uno de los ministerios del Espíritu es glorificar al Señor Jesucristo, así como la luz brillaba en el hermoso candelero de oro (Jn 16.14). Al ministrar los sacerdotes en el Lugar Santo se movían en la luz que Dios proveyó (1 Jn 1.5–10). La lámpara debía «arder siempre» (27.20; Lv 24.2). Tal parecía que sólo el sumo sacerdote podía recortar las mechas y volver a llenar la provisión de aceite. Cuando el sumo sacerdote quemaba el incienso cada mañana y noche, también atendía las lámparas (Éx 30.7–8).

Éxodo 28

Este capítulo enfoca las vestiduras de los sacerdotes, en tanto que el capítulo 29 se refiere fundamentalmente a la consagración de ellos. Al estudiar estos dos capítulos tenga presente que todos los pueblo de Dios son sacerdotes (1 P 2.5, 9); por consiguiente, el sacerdocio aarónico puede enseñarnos mucho respecto a los privilegios y obligaciones que tenemos como sacerdotes de Dios. (El sacerdocio de nuestro Señor es del orden de Melquisedec y no del orden de Aarón. Véase Heb 7–8.) Nótese que los sacerdotes ministraban antes que todo al Señor, aun cuando también ministraban al pueblo del Señor. Los sacerdotes representaban al pueblo ante Dios y ministraban en el altar, pero su obligación fundamental era servir al Señor (vv. 1, 3, 4, 41). Si hemos de servir al pueblo como se debe, tenemos que servir al Señor de manera satisfactoria. La vestidura más interior de los sacerdotes era un calzoncillo de lino (v. 42), que lo cubría una túnica de lino fino (v. 39–41). Encima el sumo sacerdote vestía el manto azul del efod (vv. 31–35) y sobre este el efod propiamente dicho y el pectoral santo (v. 6–30). El sumo sacerdote también llevaba un turbante de lino (mitra) con una diadema de oro encima, en la cual se leía «Santidad a Jehová» (vv. 36–38).

I. El efod (28.6–14)

«Efod» es una transliteración de la palabra hebrea que describe una prenda de vestir en particular: una túnica sin mangas hecha del mismo material y colores como las cortinas del tabernáculo. Se sostenía sobre los hombros mediante broches especiales y en cada broche había una piedra de ónice grabada con los nombres de seis de las tribus de Israel. El sumo sacerdote llevaba a su pueblo en sus hombros al servir al Señor. Llevaba además un hermoso cinto alrededor del efod como un recordatorio de que era un siervo.

II. El pectoral (28.15–30)

Este era una hermosa «bolsa» de tela que tenía por fuera doce piedras preciosas y el Urim y Tumim adentro. Colgaba sobre el corazón del sumo sacerdote, sostenido por cadenas de oro y cordón de azul. El sumo sacerdote llevaba a las doce tribus no sólo en sus hombros, sino también sobre su corazón. Jesucristo, nuestro sumo Sacerdote en el cielo, tiene a su pueblo sobre su corazón y sus hombros al interceder por nosotros y al equiparnos para ministrar en este mundo.

La posición de los nombres de las tribus en las piedras sobre los hombros era de acuerdo al orden de nacimiento (v. 10), mientras que el orden en el pectoral era de acuerdo al orden de las tribus establecido por el Señor (Nm 10). Dios ve a su pueblo como piedras preciosas: cada una es diferente, pero cada una es hermosa. *Urim* y *Tumim* en hebreo significan «luz y perfección». Por lo general se piensa que eran piedras que se usaban para determinar la voluntad de Dios para su pueblo (Nm 27.21; 1 S 30.7–8). En el Oriente era común usar piedras blancas y negras para tomar decisiones. Si la persona sacaba de una bolsa una piedra blanca quería decir «sí», en tanto que una negra quería decir «no». No es sabio ser dogmático en cuanto a esta interpretación porque no tenemos suficiente información para guiarnos. Basta decir que Dios le proveyó al pueblo de su antiguo pacto una manera de determinar su voluntad y nos ha dado hoy a nosotros su Palabra y su Espíritu para dirigirnos.

III. El manto del efod (28.31–35)

Esta era una prenda de vestir azul sin costura con un agujero para la cabeza y campanillas de oro y granadas de tela decorando el ruedo. Las granadas de tela impedían que las campanillas den la una contra la otra. Al ministrar el sumo sacerdote en el Lugar Santo las campanillas sonaban y le comunicaban a los que estaban fuera que su representante santo les servía aún a ellos y al Señor. Las campanillas sugieren regocijo mientras servimos al Señor y las granadas sugieren fruto.

Nótese que el sumo sacerdote no usaba estos vestidos gloriosos cuando ministraba cada año en el Día de la Expiación (Lv 16.4). En tal día llevaba los vestidos sencillos de lino del sacerdote o levita, un cuadro de la humillación de Cristo (Flp 2.1–11).

IV. La diadema santa (28.36–39)

El turbante (mitra) era un gorro sencillo de lino blanco, tal vez no muy diferente del que usa un chef de cocina moderno, sólo que no tan alto. En el turbante, sostenido por un cordón de azul, había una lámina de oro que decía «Santidad a Jehová». Se le llamaba «la diadema santa» (29.6; 39.30; Lv 8.9) y enfatizaba el hecho de que Dios quería que su pueblo sea santo (Lv 11.44; 19.2; 20.7). La nación era acepta delante de Dios debido al sumo sacerdote (v. 38), así como el pueblo de Dios es aceptado en Jesucristo (Ef 1.6). Debido a Jesucristo, el pueblo de Dios hoy es un sacerdocio santo (1 P 2.5) y real sacerdocio (1 P 2.9).

V. Las vestiduras de los sacerdotes (28.40–43)

Los hijos de Aarón servían como sacerdotes y tenían que llevar las vestiduras asignadas. El lino fino de todas las vestiduras nos recuerda de la justicia que debe caracterizar nuestro andar y nuestro servicio. Si los sacerdotes no vestían apropiadamente corrían peligro de muerte. Los sacerdotes de los cultos paganos algunas veces conducían sus ritos de manera lujuriosa, pero los sacerdotes del Señor debían cubrir su desnudez y practicar la modestia.

Éxodo 29

La consagración de los sacerdotes nos enseña mucho acerca de nuestra relación con el Señor.

I. La ceremonia (29.1–9)

Aarón y sus hijos no escogieron el sacerdocio, sino que Dios los escogió a ellos. Fue un acto de la gracia de Dios. A ningún extranjero (de afuera) se le permitía entrar en el sacerdocio (Nm 3.10), ni siquiera a un rey (2 Cr 26.16–23).

El lavamiento habla del limpiamiento que tenemos mediante la fe en Jesucristo (1 Co 6.9–11; Ap 1.5; Hch 15.9), un lavamiento de una vez por todas que nunca necesita repetirse (Jn 13.1–10). Era necesario que los sacerdotes se lavaran diariamente en la fuente de bronce, que habla de nuestro limpiamiento diario al confesar nuestros pecados (1 Jn 1.9).

En las Escrituras los vestidos a menudo representan carácter y conducta. Nuestra justicia es como trapo de inmundicia delante de Dios (Is 64.6) y no podemos vestirnos nosotros mismos de buenas obras así como Adán y Eva trataron de hacerlo (Gn 3.7). Cuando confiamos en Cristo se nos viste con su justicia (2 Co 5.21; Is 61.10). Debemos quitarnos la «mortaja» y ponernos los «vestidos de gracia» (Col 3.1ss). Las vestiduras distintivas de los sacerdotes los identificaban como siervos santos de Dios, apartándolos para ministrar al Señor. Como notamos antes, el aceite santo de la unción es un tipo del Espíritu de Dios que es el único que puede darnos poder para el servicio (30.22–33).

II. Los sacrificios (29.10–37)

De acuerdo a la ley del AT habían tres agentes para la limpieza: agua, sangre y fuego. Era necesario que los sacerdotes fueran limpiados mediante la sangre sacrificial (Lv 17.11). Un becerro se sacrificaba cada día como ofrenda por el pecado por toda la semana de la consagración (v. 36) y el primer carnero se ofrecía como ofrenda quemada, un cuadro de total dedicación a Dios. La sangre del segundo carnero era aplicada a la oreja derecha, los pulgares de la mano y del pie derechos de Aarón y sus hijos, ilustrando su consagración para oír la Palabra de Dios, hacer su obra y andar en su camino. Este segundo carnero llegaba a ser una ofrenda mecida y luego un holocausto.

Parte del segundo carnero se guardaba para una comida especial que sólo los sacerdotes podían ingerir (Lv 7.28–38). Dios ordenó que ciertas partes de algunos sacrificios les pertenecían a los sacerdotes como pago por su ministerio al pueblo.

III. El holocausto continuo (29.38–46)

Ahora el Señor empieza a describir los deberes ministeriales de los sacerdotes, empezando con los holocaustos que se ofrecían en la mañana y en la tarde cada día. La primera responsabilidad de los sacerdotes cada mañana era quitar las cenizas del altar, encender el fuego y luego ofrecer un cordero al Señor, símbolo de total devoción a Dios. Véase Levítico 6.8–13. Este es un hermoso cuadro de lo que debería ser nuestro «tiempo devocional» cada mañana. «Que avives el fuego del don de Dios» (2 Ti 1.6) literalmente significa «avívalo hasta que arda fuertemente». Cuán fácil es que el fuego se reduzca en el altar de nuestros corazones (Ap 2.4) al punto de convertirnos en tibio (Ap 3.16) y hasta fríos (Mt 24.12). El tabernáculo fue santificado (apartado) por la gloria de Dios (v. 43), cuando su gloria entró en el Lugar Santísimo (Éx 40.34). Israel era la única nación que tenía «la gloria» (Ro 9.4). El Espíritu de Dios vive en nosotros y por consiguiente debemos ser un pueblo separado para dar gloria a Dios (2 Co 6.14–7.1).

Éxodo 30

Dios quería que su pueblo fuera «un reino de sacerdotes» (19.6). Hoy, todo el pueblo de Dios es un sacerdocio (1 P 2.5, 9; Ap 1.6), pero en los días del AT la nación de Israel tenía un sacerdocio que les representaba delante de Dios. Lo que eran los sacerdotes, la nación entera debería haberlo sido. ¿Qué clase de personas forman «un reino de sacerdotes»?

I. Personas que oran (30.1–10,34–38)

Como ya se ha notado, había dos altares que se usaban en los cultos en el tabernáculo: uno de bronce para los sacrificios de sangre y uno de oro para el incienso. El oro que recubría la madera habla de la deidad y humanidad del Salvador, y nos recuerda que podemos orar al Padre únicamente debido a la obra intercesora de su Hijo. Traemos nuestras peticiones en el nombre de Jesucristo (Jn 14.12–15).

El incienso quemado es un cuadro del ofrecimiento de nuestras oraciones (Sal 141.2; Lc 1.10; Ap 5.8). El fuego que consume el incienso nos recuerda al Espíritu Santo, porque sin su ayuda no podemos orar de verdad (Ro 8.26–27; Jud 20). El altar de oro estaba antes del velo, fuera del Lugar Santísimo, pero nosotros somos privilegiados para entrar confiadamente a la presencia de Dios y traerle nuestras peticiones (Heb 4.14–16; 10.19–22). El sumo sacerdote quemaba el incienso cada mañana y cada noche, un recordatorio de que debemos abrir y cerrar el día con oración, y durante el día «orar sin cesar» (1 Ts 5.17). El sacerdote llevaba consigo la fragancia del incienso todo el día.

La composición especial del incienso se da en los versículos 34–38 y esta fórmula no debía usarse para propósitos comunes. De la misma manera la oración es especial y Dios dicta cuáles son los requisitos para la oración eficaz. En el altar de Dios no se debía usar «incienso extraño» (v. 9) ni «fuego extraño» (Lv 10.1). Sin importar cuán ferviente pudiera ser una oración, si no está de acuerdo a la voluntad de Dios, no será contestada.

II. Personas agradecidas (30.11–16)

La celebración anual de la Pascua recordaría al pueblo que la nación había sido redimida de la esclavitud y este «impuesto de censo» anual sería otro recordatorio de su redención (véase 1 P 1.18–19). La plata se usó originalmente para las bases y garfios del tabernáculo (38.25–28); en años posteriores ayudó a pagar para el mantenimiento de la casa de Dios (Mt 17.24–27). Cuando David de manera impetuosa levantó un censo sin recibir el «dinero de redención», Dios envió una plaga a la nación (1 Cr 21.1–17). Es peligroso usar las «estadísticas religiosas» para la alabanza del hombre y no para la gloria de Dios. Debemos estar agradecidos a Dios por la redención que tenemos en Cristo y debemos estar dispuestos a darle ofrendas para su gloria.

III. Personas limpiadas (30.17–21)

Esta fuente de bronce se erigía entre el altar de bronce y el tabernáculo, y el agua en ella se usaba para el limpiamiento ceremonial de las manos y los pies de los sacerdotes. El tabernáculo sin piso ensuciaba sus pies. Además, el proceso de los sacrificios contaminaba sus manos. Es posible contaminarse incluso mientras se sirve al Señor.

El lavatorio estaba hecho de espejos de bronce (38.8). Puesto que el espejo es un cuadro de la Palabra de Dios (Stg 1.23–25), el lavatorio de bronce ilustra el poder limpiador de la Palabra de Dios (Jn 15.3; Ef 5.25–27; Sal 119.9). Cuando confiamos en Jesucristo, somos

«lavados todos» de una vez y para siempre, pero es necesario confesar nuestros pecados y «lavarnos las manos y los pies» si queremos disfrutar de comunión con el Señor (Jn 13.1–11; 1 Jn 1.9).

IV. Personas ungidas (30.22–33)

Como el incienso para el altar de oro, el aceite de la unción para los sacerdotes debía ser un artículo especial, no para duplicarse o profanarse en el uso común. Podía derramarse sólo sobre los sacerdotes; el pueblo común no podía usar este ungüento especial. Qué maravilloso que todo el pueblo de Dios hoy ha sido ungido por el Espíritu (1 Jn 2.20, 27; 2 Co 1.21).

Éxodo 31

I. La capacidad para trabajar (31.1–11)

Cuando Dios nos llama a hacer un trabajo para Él, nos da la capacitación y los ayudantes que necesitamos. Así lo hizo con Bezaleel y Aholiab. Bezaleel significa «en la protección de Dios»; antes ya encontramos a su padre Hur (Éx 17.10–16; 24.14). Dios le dio a estos hombres la capacidad que necesitaban para seguir el modelo celestial y hacer las cosas indispensables para el tabernáculo. Su sabiduría y habilidad vinieron del Señor, y ellos usaron sus capacidades en obediencia al mandamiento de Dios.

Las habilidades artísticas pueden dedicarse a Dios y usarse para su gloria. No todo el mundo es llamado a ser predicador, maestro o misionero. También se necesitan cristianos escritores, artistas, músicos, arquitectos, médicos, jardineros; es más, en cada vocación legítima podemos servir al Señor (1 Co 10.31).

II. La responsabilidad de no trabajar (31.12–18)

Hay tiempo para trabajar para el Señor y tiempo para descansar, y ambos son parte de su plan para su pueblo (Mc 6.31). Bezaleel y Aholiab construían el tabernáculo santo, pero se les instruyó a que cuidaran de no violar el *sabat*. El *sabat* no se le dio a las naciones gentiles sino sólo a Israel como una señal de su relación especial al Señor. Como ya hemos notado antes, el mandamiento del *sabat* no se le dio a la Iglesia, porque la Iglesia honra el primer día de la semana, el día del Señor, el día de su resurrección de los muertos. El *sabat* pertenecía a la vieja creación (v. 17), pero el día del Señor pertenece a la nueva creación.

Éxodo 32–34

Mientras que Moisés tenía su experiencia «en la cumbre del monte» con el Señor, el pueblo pecaba en el valle al pie. El liderazgo espiritual no siempre es bendición; hay cargas también.

I. Moisés el intercesor (32.1–35)

A. El pueblo de Dios peca (vv. 1–6).

Sin que importe cómo se mire a este pecado, fue una gran ofensa contra Dios. Los judíos era el pueblo de Dios, escogido por su gracia y redimido de Egipto con su poder. Él los guió, alimentó y protegió del enemigo, y los hizo parte de su pacto. Les dio leyes santas y el pueblo acordó obedecerlas (19.8; 24.3–7). Aquí en Sinaí el pueblo vio la asombrosa exhibición de la gloria de Dios y tembló ante su poder. Sin embargo, a pesar de todas estas maravillosas experiencias, insolentemente desobedecieron al Señor y cayeron en la idolatría e inmoralidad.

Moisés estuvo de acuerdo en que Dios le diera a su hermano Aarón como ayudante (4.10–17), pero ahora Aarón se convertía en un líder ayudando al pueblo a pecar. ¿Cuándo descendió Aarón del monte? ¿Por qué no reprendió al pueblo y acudió a Dios pidiendo ayuda? Decir que Aarón hizo el becerro como un símbolo de Jehová, cediendo a la debilidad del pueblo, no lo excusa; porque Aarón sabía lo que el Señor había dicho acerca de los ídolos (20.1–6).

La causa básica de este pecado fue la incredulidad: el pueblo se impacientó mientras esperaba a Moisés, y sin verdadera fe decidieron que tenían que tener algo que pudieran ver. La impaciencia y la incredulidad condujeron a la idolatría, y la idolatría llevó a la inmoralidad (véase Ro 1.18–32).

B. El siervo de Dios intercede (vv. 7–14).

Por supuesto que el Señor sabía lo que ocurría en el campamento de Israel. Véase Hebreos 4.13. Nótese cómo al parecer Dios «culpa» a Moisés de lo ocurrido, pero Moisés rápidamente le recordó al Señor que Israel era pueblo suyo. Era la gloria de Jehová lo que estaba en juego y no la reputación de Moisés, de modo que este le recordó al Señor sus promesas a los patriarcas. Cuando la Escritura dice que el Señor «se arrepiente», está usando lenguaje humano para describir una respuesta divina (Nm 23.19; Jer 18.7–10; Am 7.1–6). Dos veces durante la vida de Moisés Dios ofreció destruir a Israel y usar a Moisés para fundar una nueva nación (v. 10; Nm 14.12), pero este rehusó. Los judíos nunca supieron el precio que Moisés pagó para ser su líder. Cuánto le debían y, sin embargo, ¡cuán poco demostraron su aprecio! Dios iba incluso a matar a Aarón, pero Moisés intercedió por él (Dt 9.20).

C. La ira de Dios juzga (vv. 15–35).

En su gracia Dios perdonó el pecado del pueblo, pero en su gobierno tenía que disciplinarlo. ¡Cuántas lágrimas se han causado por las dolorosas consecuencias de los pecados perdonados! Moisés tenía el derecho de estar airado y de humillar a Aarón y al pueblo. Al romper las dos tablas de la ley, escritas por Dios, Moisés dramáticamente le mostró al pueblo la grandeza de su pecado. En lugar de confesar sus pecados, Aarón se excusó. Le echó la culpa al pueblo por su depravación (v. 22), a Moisés por su demora (v. 23), ¡y al horno por haber entregado un becerro! Después de enfrentar al pueblo, Moisés regresó al Señor en la montaña y ofreció entregar su vida para que el pueblo pueda ser librado. Véase Romanos 9.3. Cuando una persona muere, su nombre se borra del libro de la vida (Sal 69.28; Ez 13.9). El libro de la vida (o «de los vivientes») no debe confundirse con el libro de la vida del Cordero, que tiene los nombres de los salvos (Ap 21.27; Lc 10.20).

II. Moisés el mediador (33.1–17)

Como intercesor, Moisés estuvo entre la nación y sus pecados pasados. Como mediador, estuvo entre la nación y su futura bendición. Moisés no se contentó únicamente con lograr que se perdonara la nación; quería asegurar de que Dios iría con ellos al continuar el viaje a la tierra prometida. Cuando la gente oyó que Dios no iba a ir con ellos, se humillaron y lamentaron. Una cosa es lamentar debido a la discipli-

na de nuestros pecados y otra muy diferente debido a la disciplina de Dios que resulta de nuestro orgullo. «Un pueblo afligido es objeto de gracia», escribió C.H. Macintosh, «pero un pueblo de cerviz dura debe ser doblegado».

La tienda que se describe en los versículos 7–11 no es el tabernáculo, porque este aún no se había construido. Era la tienda donde Dios encontraba a Moisés y le decía sus planes (Nm 12.6–8; Dt 34.10). Como gesto simbólico para mostrarle a Israel cuán perversos habían sido, Moisés mudó su tienda fuera del campamento. Algunos del pueblo salieron para encontrarse con Dios, mientras que otros simplemente observaron mientras Moisés salía. Josué fue uno que se quedó con Moisés y vigilaba la tienda de reunión. «Cada uno de nosotros está tan cerca de Dios como quiere estarlo», dijo J. Oswald Chambers; y es verdad.

Moisés pidió la gracia de Dios para bendecir al pueblo y la presencia de Dios para que fuera con el pueblo, y el Señor le concedió su petición. Después de todo, era la gloriosa presencia de Dios lo que distinguía a Israel de las demás naciones. Otras naciones tenían leyes, sacerdotes y sacrificios. Sólo Israel tenía la presencia de Dios entre ellos.

III. Moisés el adorador (33.18–34.35)

A. Ve la gloria (33.18–34.9)

Moisés sabía lo que muchos en la iglesia de hoy han olvidado: que la actividad más importante del pueblo de Dios es adorar a Dios. A Moisés se le dio la garantía de la presencia de Dios con su pueblo, pero eso no era suficiente; quería una nueva visión de la gloria de Dios. La «bondad» de Dios (33.19) significa su carácter y atributos. La palabra «espaldas» (33.23) lleva la idea de «lo que permanece», o sea, el resplandor de la gloria de Dios; lo que «queda de sobra» después de que Dios ha pasado. Puesto que Dios es espíritu, no tiene un cuerpo como los seres humanos. Estas son sólo representaciones humanas de las divinas verdades acerca de Dios.

Moisés volvió con Dios a la montaña durante otros cuarenta días (34.28; Dt 9.18, 25) y Él le dio nuevas tablas de la ley. La proclamación del Señor en 34.6–7 llegó a ser la «declaración de fe» estándar para los judíos (Nm 14.18; 2 Cr 30.9; Neh 9.17; Jon 4.2). La declaración anterior en Éxodo 20.5 afirma que Dios envía juicio «hasta la tercera y cuarta generación a los que me aborrecen». Los hijos y nietos no son condenados por los pecados de sus antepasados (véase Ez 18.1–4), pero pueden sufrir debido a esos pecados. Una vez más Moisés se inclinó y adoró al estar en comunión con el Señor.

B. Protege la gloria (34.10–28).

Dios le recordó a Moisés que el pueblo de Israel debía ser diferente a los pueblos que vivían en Canaán, y le advirtió contra el pecado de idolatría. ¿Qué es idolatría? Es cambiar la gloria del Dios incorruptible por una imagen (Ro 1.23) y adorar y servir a la criatura en lugar de al Creador (Ro 1.25). Dios le dio a Israel su ley para que pudieran vivir en santidad y manifestar su gloria.

C. Refleja la gloria (34.29–35).

Usted querrá leer 2 Corintios 3 para captar las lecciones espirituales para hoy. La gloria de la ley del AT era temporal y al final desapareció, pero la gloria de la gracia del nuevo pacto se hace cada vez más brillante. Moisés reflejaba sólo la gloria de Dios y tuvo que usar un velo para que la gente no viera a la gloria desaparecer, pero el pueblo de Dios de hoy irradia la gloria de Dios desde adentro al ver a Jesucristo en la Palabra (el espejo) y llegar a ser más semejante a Él (2 Co 3.18). La nuestra debe ser una experiencia de constante «transfiguración» al andar con el Señor. («Transformado» en Ro 12.2 y «cambiado» en 2 Co 3.18 son ambas la palabra griega «transfigurado» que se usa en Mt 17.2.)

ÉXODO 35–40

I. El pueblo trae sus ofrendas (35.1–29)

Moisés ya le había dicho al pueblo que Dios quería sus ofrendas voluntarias para que se construyera el tabernáculo (25.1–8). Qué gracia que Dios acepte ofrendas de un pueblo que le había desobedecido y afligido su corazón. Estas eran ofrendas voluntarias del corazón (vv. 5, 21, 26, 29), porque el Señor ama al dador alegre (2 Co 9.6–8). La mayoría de esta riqueza tal vez vino del pueblo de Egipto (12.35–36), salario retrasado por todo el trabajo que los judíos hicieron para los egipcios. Era «la ofrenda a Jehová» (vv. 22, 24, 29) y, por lo tanto, querían dar lo mejor. A decir verdad, dieron con tanta generosidad que Moisés tuvo que detenerlos para que no trajeran más (36.4–7). ¡Nos preguntamos si ese problema existe alguna vez en la iglesia de hoy!

II. Las personas dotadas dan su servicio (35.30–39.43)

El Espíritu Santo le dio a Bezaleel y Aholiab la sabiduría de saber qué hacer y la capacidad para hacerlo. De la misma manera Dios le ha dado dones a su pueblo hoy de modo que la Iglesia pueda ser edificada (1 Co 12–14; Ef 4.1–17; Ro 12). Bezaleel y Aholiab no hicieron todo el trabajo solos, sino que enseñaron a otros que les ayudaron.

En los versículos subsiguientes Moisés nombra una por una las varias partes del tabernáculo, así como las vestiduras de los sacerdotes. Dios está interesado en cada detalle de nuestro trabajo y no minimiza ningún aspecto del mismo. El broche más pequeño de las cortinas era tan importante para Él como el altar de bronce. Si somos fieles en las cosas pequeñas, Dios puede confiarnos las cosas más grandes (Lc 16.10).

Los eruditos estiman que en la construcción del tabernáculo el pueblo usó cerca de una tonelada de oro, más de tres toneladas de plata y más de dos toneladas de bronce. ¡No fue ninguna estructura barata!

III. El Señor da su gloria (40.1–38)

Israel llegó a Sinaí tres meses después del éxodo de Egipto (19.1), y era ahora el primer día del segundo año de su peregrinaje (40.2); de modo que transcurrieron nueve meses desde la promulgación de la ley hasta la dedicación del tabernáculo terminado. Casi tres meses de ese tiempo Moisés los pasó con Dios en el monte (24.18; 34.28). Vemos entonces que la construcción del tabernáculo llevó alrededor de seis meses.

Al levantar el tabernáculo por primera vez Moisés levantó la tienda y luego, trabajando desde afuera del Lugar Santísimo, colocó los enseres en su lugar. Cuando esto se hizo, levantó el atrio exterior. Con todo en su lugar apropiado, Moisés entonces ungió la estructura y su contenido (vv. 9–11) y lo apartó para el Señor. Su acto final de dedicación fue la consagración de Aarón y los sacerdotes (vv. 13–16), a lo cual siguió la presentación de los sacrificios al Señor (Lv 8–9).

El clímax del culto de dedicación fue la revelación de la gloria del Señor en el fuego del altar (Lv 9.24) y la nube en el tabernáculo (Éx 40.34–38; véase también I R 8.10). Sin importar cuán caro era el tabernáculo, era simplemente otra tienda si no tenía la presencia de Dios. La gloria no sólo residió en el tabernáculo, sino que guió a los israelitas en su peregrinaje. Cuando hablamos de la «gloria *shekinah* de Dios», nos referimos al hecho de Dios morando en el tabernáculo o en el templo. La palabra hebrea que se translitera «*shekinah*» significa «morada de Dios», porque la palabra hebrea *shakán* significa «morar» (Éx 29.45–46).

Levítico

Bosquejo sugerido de Levítico

I. La provisión de Dios para el pecado (1–10)
   A. Los sacrificios (1–7)
      1. El holocausto (1; 6.8–13)
      2. La ofrenda vegetal (2; 6.14–23)
      3. La ofrenda de paz (3; 7.11–34)
      4. La ofrenda por el pecado (4; 6.24–30)
      5. La ofrenda por transgresión (5.1–6.7; 7.1–7)
   B. El sacerdocio (8–10)

II. Los preceptos de Dios para la separación (11–24)
   A. Una nación santa (11–20)
      1. Limpio e inmundo: leyes de la pureza (11–15)
      2. El Día de la Expiación (16–17)
      3. Varias leyes de separación (18–20)
   B. Un sacerdocio santo (21–22)
   C. Días santos: las festividades del Señor (23–24)

III. Las promesas de Dios para el éxito (25–27)
   A. El *sabat* de la tierra (25)
   B. La importancia de la obediencia (26)
   C. La seriedad de los votos (27)

Notas preliminares a Levítico

I. Nombre

Levítico quiere decir «pertinente a los levitas». Los levitas eran los miembros de la familia de Aarón que no fueron ordenados sacerdotes pero que tenían la responsabilidad de ayudar a los sacerdotes en el servicio del tabernáculo (Nm 3.1–13). Este libro contiene las instrucciones divinas para los sacerdotes concernientes a sacrificios, festividades y leyes de separación (lo que era limpio y lo que era inmundo).

II. Tema

Génesis explica el pecado y la condenación del hombre, en tanto que Éxodo es el libro de la redención. Levítico analiza la separación y comunión. En Éxodo la nación se saca de Egipto y se trae al Sinaí, pero en Levítico el Señor habla desde el tabernáculo (Lv 1.1) y explica cómo el hombre pecador puede andar en comunión con Dios. La palabra «santo» y sus derivados se hallan ochenta y cinco veces en este libro. La primera sección del libro se refiere a los sacrificios, porque no podemos acercarnos a Dios sin derramamiento de sangre. La palabra «sangre» se halla ochenta y siete veces en Levítico. La segunda parte del libro analiza las leyes de la pureza, explicando cómo el pueblo debe vivir separado para agradar a su Señor. Dios ha redimido a la nación de la esclavitud; ahora quiere ver que la nación anda en santidad y pureza para su gloria. Si hemos sido salvados por la sangre del Cordero y librados de la esclavitud del mundo, también debemos andar en comunión con nuestro Señor (I Jn 1.5–10). Necesitamos la sangre de Cristo, el Sacrificio Perfecto, para limpiarnos del pecado, y necesitamos obedecer la Palabra y andar en pureza y santidad en este presente mundo malo. Todo esto se ve en tipo y símbolo en Levítico.

III. Sacrificio

Levítico es un libro de sacrificio y sangre, temas que son repulsivos para la mente moderna. La gente de hoy quiere una «religión sin sangre», salvación sin sacrificio, pero esto es imposible. Levítico 16 es tal vez el capítulo clave del libro y el capítulo 17 deja en claro que el derramamiento de sangre es lo que resuelve el problema del pecado (17.11). La palabra «expiación» significa «cubrir»; se usa ochenta y nueve veces en el libro. La sangre de los sacrificios del AT nunca podía quitar el pecado (Heb 10.1–18). Esto se consiguió por el sacrificio de Cristo, de una vez por todas, en la cruz. La sangre de los sacrificios del AT sólo podía cubrir el pecado y señalar, al Salvador, cuya muerte consumaría la obra de redención. En sí el acto de traer sacrificios nunca salvaría al pecador. Debía haber fe en la Palabra de Dios, porque la fe es la que salva el alma. David sabía que los sacrificios solos nunca quitarían sus pecados (Sal 51.16–17); los profetas también lo dijeron bien claro (Is 1.11–24). Sin embargo, cuando el pecador venía con corazón contrito, poniendo su fe en la Palabra de Dios, su sacrificio era aceptable a Dios (véanse Caín y Abel, Gn 4.1–5).

Levítico presenta muchos cuadros de Cristo y su obra de redención en la cruz. Los cinco sacrificios ilustran varios aspectos de su persona y obra, y el Día de la Expiación es un cuadro hermoso de su muerte en la cruz. No trate de presionar cada detalle en cada tipo. Algunas de las instrucciones para los sacrificios, por ejemplo, tenían propósitos prácticos detrás y no necesitan que se tomen como que llevan lecciones espirituales especiales.

IV. Lecciones prácticas

No practicamos hoy los sacrificios levíticos, pero este libro aún lleva algunas lecciones prácticas de peso que haríamos bien en considerar.

A. Lo terrible del pecado.

Debe haber derramamiento de sangre para expiar el pecado. Este no es algo ligero y sin importancia; es aborrecible a los ojos de Dios. Es costoso: cada sacrificio lo era para el adorador judío.

B. La santidad de Dios.

Dios hace una distinción en este libro entre lo limpio y lo inmundo. También le advierte a su pueblo: «Sed santos, porque yo soy santo» (11.44).

C. La gracia de Dios.

¡Él provee un camino de perdón y restauración! Por supuesto, este «camino» es Cristo, «el camino nuevo y vivo» (Heb 10.19ss). Los sacrificios del AT señalaban hacia el Salvador venidero. La frase «será perdonado» se usa al menos seis veces en Levítico.

LEVÍTICO 1–7

Hebreos 10.1–14 aclara que en Cristo tenemos el cumplimiento completo de cada uno de los sacrificios del AT. Estos cinco sacrificios especiales nos ilustran los diversos aspectos de la persona y obra de nuestro Salvador.

I. El holocausto: La completa dedicación de Cristo (1)

Este sacrificio debía ser un macho perfecto de un año, lo mejor del hato. El sacrificio se debía traer a la puerta del tabernáculo, porque sólo había un lugar de sacrificio aceptable a Dios (véase Lv 17). El ofrendante entonces colocaba sus manos sobre la cabeza del sacrificio, identificándose así con la bestia y como si transfiriera su pecado y culpa al animal inocente. La bestia se mataba y el sacerdote recogía la sangre y la rociaba alrededor del altar de bronce a la puerta del tabernáculo. Luego se desollaba al animal (y la piel se daba al sacerdote), se cortaba en pedazos y se quemaba por completo sobre el altar. «Todo sobre el altar» (v. 9) es la frase clave: el animal entero se daba al Señor al consumirse en el fuego. Esto es un cuadro de la completa dedicación a Dios de nuestro Señor. «He venido para hacer tu voluntad, oh Dios» (Heb 10.9). Véanse también Juan 10.17 y Romanos 5.19. En Levítico 6.8–13 se recalca que lo primero que ofrecía el sacerdote cada mañana era un holocausto, de modo que cualquier otro sacrificio durante el día se ofrecía sobre el fundamento del holocausto. Romanos 12.1–2 instruye a los cristianos a presentarse como sacrificios vivos, como holocaustos vivientes, dedicados por completo a Dios. Así como los sacerdotes debían mantener un «holocausto continuo» (6.12–13), nosotros debemos dedicarnos constantemente al Señor para su gloria.

II. La ofrenda vegetal: Las perfecciones de Cristo (2)

La «oblación» es una ofrenda vegetal; no hay sangre involucrada en esta ofrenda. Podía ser de harina fina, harina horneada en tortas o inclusive espigas secas de trigo. La harina fina nos habla del perfecto carácter y vida de Cristo: no había nada áspero o rugoso en Él. El aceite simboliza el Espíritu de Dios. Y nótese el doble uso del aceite: (1) mezclado (v. 4), lo cual nos recuerda que Cristo nació del Espíritu; y (2) derramado (v. 6), lo cual habla del ungimiento de Cristo por el Espíritu para su ministerio. El incienso añadía una maravillosa fragancia a la ofrenda, ilustrando la belleza y fragancia de la vida perfecta de Cristo aquí en la tierra. La ofrenda tenía que pasar por el fuego, como Cristo tuvo que soportar el fuego del Calvario. Debía haber sal con la ofrenda (v. 13), simbolizando la pureza y la ausencia de descomposición, porque no hubo corrupción de ninguna clase en Cristo. Sin embargo, la ofrenda nunca debía tener levadura, que simboliza el pecado (1 Co 5.6–8; Mt 16.6; Mc. 8.15), porque no había pecado en Cristo. Tampoco debía tener miel, que es lo más dulce que la naturaleza tiene para ofrecer. No había nada de «dulzura humana natural» en Cristo; era el amor divino en carne.

¡Qué maravillosas son las perfecciones de Cristo! Que el Espíritu de Dios obre en nosotros de tal modo que podamos ser más semejantes a Él: equilibrados, estables, fragantes, puros.

III. La ofrenda de paz: Cristo nuestra paz (3)

Este procedimiento era más o menos el mismo que para el holocausto, excepto que el ofrendante recibía una parte del animal para festejar con él. Lo mejor se le daba primero a Dios (vv. 3–5), pero el resto debía comerlo el ofrendante de acuerdo a las reglas indicadas en 7.11–21. Esta debía ser una fiesta gozosa, ilustrando que había paz entre el ofrendante y el Señor, que la barrera del pecado se había quitado. Para la verdad del NT véanse Efesios 2.14, 17 y Colosenses 1.20. Nótese también en Levítico 7.28–34 que los sacerdotes recibían el pecho y la espaldilla como suyas, recordándonos que el pueblo de Dios debe alimentarse en Cristo si ha de ser fuerte. Levítico 17.1–9 destaca que cada vez que un israelita mataba un animal, debía hacerse como una ofrenda de paz. ¿No sería maravilloso si nosotros consideráramos cada una de nuestras comidas como una ofrenda de paz a Dios y pasáramos nuestro tiempo a la mesa en comunión con Él y los unos con los otros?

Sin Cristo no puede haber paz. Requirió la sangre de la cruz para que el problema del pecado quedara resuelto de una vez por todas.

IV. La ofrenda por el pecado: Cristo hecho pecado por nosotros (4)

No había ofrenda por el pecado «abiertamente» deliberado (Nm 15.30–31), pero había provisión para los pecados de ignorancia. Nótese que la sangre tenía que rociarse delante del velo (v. 6) y aplicarse a los cuernos del altar (v. 7), lo cual muestra la seriedad del pecado. En los versículos 3–12 tenemos las instrucciones en cuanto a los pecados del sacerdote; en los versículos 13–21 aparecen las instrucciones por los pecados de toda la congregación; ¡nótese que se exigía por ambos el mismo sacrificio! ¡Los pecados de un sacerdote (siendo el ungido de Dios) eran iguales a los de la nación entera! En los versículos 22–26 tenemos las regulaciones para los gobernantes y en los versículos 27–35 las regulaciones por el pueblo común. La ofrenda, entonces, dependía del status y responsabilidad de quien quebrantaba la ley de Dios.

Nótese que el sacrificio no se quemaba en el altar de bronce; se llevaba fuera del campamento y quemaba en un lugar limpio. Esto nos recuerda Hebreos 13.11–13 y del hecho de que Cristo fue crucificado «fuera del campamento», rechazado por la nación que vino a salvar. El paralelo del NT con la ofrenda por el pecado está en 2 Corintios 5.21, donde se nos dice que Cristo fue hecho pecado por nosotros; véase también 1 Pedro 2.24.

Es maravilloso ver que incluso el ofrendante más pobre podía ofrendar por el pecado, porque en 5.7 se nos dice que Dios aceptaba tórtolas o palominos. Este fue el humilde sacrificio que trajeron José y María (Lc 2.24) mostrando la pobreza de la familia de nuestro Señor.

V. La ofrenda por transgresión: Cristo paga la deuda del pecado (5.1–6.7)

La ofrenda por el pecado y la ofrenda por transgresión están muy relacionadas. Es más, son cuadros de dos aspectos de la muerte de Cristo por los pecadores perdidos. La ofrenda por el pecado se refiere al pecado como parte de la naturaleza humana, el hecho de que todos son pecadores, mientras que la ofrenda por transgresión enfatiza los actos individuales de pecado. Usted notará en las ofrendas por transgresión que los ofensores tenían que hacer restitución por lo cometido (5.16; 6.4–5). Esta ofrenda, entonces, nos recuerda que el pecado es costoso y que donde hay verdadero arrepentimiento habrá restitución y pago. En 5.14–19 tenemos el énfasis en las transgresiones contra Dios, mientras que en 6.1–7 es a las transgresiones contra otros. En ambos casos se miraba el pecado como una deuda que pagar; y, por supuesto, al final Cristo consumó y pagó la deuda.

Es interesante notar el orden de estos sacrificios según aparecen en la Biblia. Dios empieza con el holocausto, la completa consagración de su Hijo a la obra de la redención, porque es aquí donde empieza el plan de la salvación en la eternidad del pasado. Pero desde el punto de vista humano, el orden es inverso. Primero nos vemos como habiendo cometido pecados de varias clases y nos damos cuenta de que estamos en deuda con Dios y con el hombre. Esta es la ofrenda por las transgresiones. Pero conforme continúa la obra de convicción, nos damos cuenta de que somos pecadores: ¡nuestra misma naturaleza es pecadora! Esta es la ofrenda por el pecado. Entonces el Espíritu nos revela a Cristo, el único que hizo la paz mediante la sangre en la cruz y descubrimos la ofrenda de paz. Al crecer en la gracia, llegamos a comprender las perfecciones de nuestro Señor y que somos «aceptos en el Amado»; esta es la ofrenda vegetal. El resultado de todo esto debe ser nuestra completa consagración al Señor: el holocausto.

Hoy no necesitamos sacrificios. «Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (Heb 10.14). ¡Aleluya, qué Salvador!

LEVÍTICO 10

En el capítulo anterior Moisés y Aarón levantaron el tabernáculo y lo dedicaron a Jehová, el fuego de Dios cayó sobre el altar y la gloria de Dios llenó el santuario. Fue una experiencia especial y santa para los sacerdotes y para la nación de Israel. Sin embargo, dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú (Éx 6.23; 28.1), con presunción pecaron contra Dios y Él los juzgó. El fuego de Dios que consumió el sacrificio en el altar (9.24) produjo también la muerte súbita de ellos. «Nuestro Dios es fuego consumidor» (Heb 12.29).

El tema central del capítulo se menciona en el versículo 3: «En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado». La frase «los que a mí se acercan» se refiere a los sacerdotes que tenían el privilegio de ministrar en el tabernáculo donde Dios moraba en el Lugar Santísimo. Véanse Ezequiel 42.13 y Éxodo 19.22. El privilegio siempre trae responsabilidad, pero Nadab y Abiú demostraron ser irresponsables.

Es un privilegio ser un siervo del Señor. Dios amonesta a sus siervos a honrarle y glorificarle en tres aspectos especiales de la vida.

I. Honrar a Dios (10)

A. En su servicio (vv. 1–5).

Nadab y Abiú estuvieron en el monte santo con Moisés y su padre Aarón (Éx 24.1–2, 10), de modo que eran privilegiados. Oyeron las palabras de la ley y sabían lo que Dios requería de sus sacerdotes, de modo que no fue un pecado por ignorancia.

¿Cuál fue su pecado? El texto dice que ofrecieron al Señor «fuego extraño». La palabra «extraño» significa «no autorizado por la Palabra de Dios» (véase Éx 30.9). Eran entusiastas, pero lo que hicieron no estaba de acuerdo a las Escrituras. Se ha sugerido que no usaron el fuego del altar (9.24), de modo que Dios no podía aceptar su adoración. Pero hay mucho más.

Una vez al año, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote tenía el privilegio de entrar en el Lugar Santísimo con el incienso (Lv 16.12). El resto del año el incienso se quemaba mañana y tarde en el altar de oro que estaba delante del velo (Éx 30.1–10, 34–38). Los dos hijos de Aarón se inventaron una nueva ceremonia para adorar a Jehová, y Él no la aceptaría. No eran sumos sacerdotes, no era el Día de la Expiación y no quemaron el incienso en el altar de oro.

¿Por qué pecaron? Tal vez se dejaron llevar por el entusiasmo de la hora al ver la gloria de Dios que llenaba el santuario y el fuego de Dios que descendía del cielo. Lo que hicieron fue un ejemplo de «culto voluntario» (Col 2.23) y es una advertencia para todos los que dirigen al pueblo de Dios en el culto de adoración. El entusiasmo carnal no sustituye la plenitud del Espíritu y uno de los frutos del Espíritu es el dominio propio (Gl 5.23). Debemos adorar a Dios «en espíritu y en verdad» (Jn 4.24). El Espíritu de Dios nunca conducirá a los creyentes a hacer algo contrario a su Palabra, ni le importará cuán «felices» o entusiastas se sientan.

El juicio empieza por la casa del Señor (1 P 4.17; véase también Ez 9.6). Este era el principio de un nuevo período en la historia de Israel y Dios usó este juicio como una advertencia para su pueblo. Usted hallará juicios similares cuando Israel entró en la tierra prometida (Jos 7), cuando David quiso traer el arca a Jerusalén (2 S 6) y durante los primeros días de la Iglesia (Hch 5). Siempre que personas pecadoras se toman para sí la gloria que pertenece sólo a Dios, el juicio vendrá de una forma u otra. Dios no dará su gloria a otro (Is 42.8; 48.11; 52.11).

B. En su lamento (vv. 6–7).

Moisés le advirtió a Aarón y a sus dos hijos restantes que no lamentaran la muerte de Nadab y Abiú de la manera en que el pueblo común hacía duelo (véanse 21.1–12 y Ez 24.16–17). Tenían que permanecer en los recintos del tabernáculo durante el tiempo de la dedicación (8.33). Si desobedecían, la ira vendría sobre todo el pueblo y no sólo sobre los sacerdotes. Al quedarse en sus lugares y servir al pueblo, honraban a Dios y mostraban al pueblo la importancia de obedecer su Palabra, cueste lo que cueste.

Por supuesto, tal mandamiento no se aplica a los del pueblo de Dios hoy, quienes también son sus sacerdotes (1 P 2.5, 9). Lamentamos la muerte de seres queridos, pero no debemos lamentarnos «como los que no tienen esperanza» (1 Ts 4.13–18). Al lamentarnos de una manera santa, testificamos al mundo perdido de que tenemos esperanza en Jesucristo y no estamos en desesperación.

C. En su comida y bebida (vv. 8–20).

Estas admoniciones se relacionan con los deberes diarios de los sacerdotes, pero tienen aplicaciones prácticas para los creyentes de hoy.

(1) Bebidas alcohólicas (vv. 8–11). Este es el único lugar en Levítico donde Dios le habla directamente a Aarón, de modo que debe ser un mandamiento importante. A los judíos no se les prohibió beber vino o alcohol, pero se les advirtió en contra de la embriaguez y los pecados que a menudo la acompañan (Pr 20.1; 23.20, 29–31; Is 5.11; Hab 2.15). Los que servían al Señor debían ser ejemplo y llenos del

Espíritu y no de vino (Ef 5.18). Por su enseñanza y ejemplo debían «establecer una diferencia» entre lo santo y lo no santo (véanse Ez 22.26; 42.20; 44.23; 48.14–15). El NT sigue este mismo enfoque (Ro 14.14–23).

(2) Los sacrificios (vv. 12–20). A los sacerdotes se les daba cierta porción de algunos de los sacrificios y debían comer su alimento en el tabernáculo. Era santo y no debía tratarse como comida común. Durante la ceremonia de dedicación que aparece en el capítulo 9 ofrecieron la ofrenda vegetal, la ofrenda por el pecado, el holocausto y la ofrenda de paz; y los sacerdotes debían de comer su porción como parte del culto. Fue otro recordatorio para ellos y para el pueblo de que los sacrificios eran santos para el Señor. Véanse más detalles en Levítico 6.14–30 y 7.11–38.

Había dos clases de ofrendas por el pecado, una cuya sangre se rociaba en el Lugar Santo y otra cuya sangre se rociaba en el altar del holocausto. En aquel día la ofrenda por el pecado era del segundo tipo (9.9; 10.18), de modo que Aarón y los sacerdotes debían haberla comido; pero no lo hicieron. Ya era lo suficiente malo que Nadab y Abiú hicieran lo que se suponía que no debían hacer y trajeran juicio, pero ahora los sacerdotes no hacían lo que se suponía que debían hacer, ¡y estaban invitando más juicio!

Moisés reprendió a los dos hijos de Aarón, pero Aarón salió en su defensa. A la familia no se le permitió lamentar la súbita muerte de los dos hijos y ayunaron en su lugar al no comer la carne de la ofrenda por el pecado. Si hubieran comido del sacrificio, hubiera sido una rutina mecánica y no una comida santa; porque sus corazones no hubieran estado en ello. ¿Querría Dios tal clase de servicio? Él quiere obediencia, no sacrificio (I S 15.22), y corazones que estén bien con Él.

Este capítulo es una severa advertencia contra la adoración y servicio que va más allá de los límites fijados por la Palabra de Dios. Es también una advertencia contra el entusiasmo carnal que imita la obra del Espíritu. La adoración falsificada entristece al Espíritu de Dios que quiere guiarnos a experiencias de adoración basadas en las Escrituras y que glorifiquen a Dios. Nuestra adoración debe demostrar las alabanzas a Dios (I P 2.9) y ser aceptables a Él (I P 2.5). La adoración que exalta a las personas y falla al glorificar a Dios, no es aceptable ante Él.

«Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (I Co 10.31).

LEVÍTICO 11

Del énfasis en la *redención* de los capítulos 1–10, Moisés ahora se vuelve al tema de la *contaminación*. En los capítulos 11–15 y 17–22 enseña a su pueblo la diferencia entre lo limpio y lo inmundo en cuanto a alimento, nacimiento y muerte, enfermedades y relaciones personales. Los capítulos 21–22 instruyen a los sacerdotes en cuanto a su responsabilidad de separarse del pecado y dedicarse al Señor.

I. Pautas para el pueblo de Dios (11)

A. La dieta del pueblo de Dios (vv. 1–23).

No sabemos la primera vez que el pueblo de Dios recibió la ley acerca de alimentos limpios e inmundos, pero se conocía en los días de Noé (Gn 7.1–10). Tal vez era parte de la enseñanza que Dios le dio a Adán y Eva en el jardín del Edén. Había al menos dos razones para esta ley dietética: (1) la salud del pueblo de Dios, y (2) la distinción de Israel como pueblo separado. En una época cuando no había refrigeración ni medios adecuados para cocinar, muchos de estos alimentos prohibidos eran potencialmente peligrosos para la salud del pueblo. Véanse Éxodo 15.26 y Deuteronomio 7.15. Sin embargo, la principal razón era que los judíos pudieran recordar todos los días, en cada comida, que eran un pueblo separado que no debían vivir como las naciones gentiles que los rodeaban. Véase más información en Deuteronomio 14.1–20.

Estas leyes dietéticas se dieron sólo a los judíos y quedaron abolidas con el cumplimiento de la Ley Mosaica en Jesucristo (Col 2.11–17). Jesús aclaró que estas leyes fueron temporales y no determinaban la condición del corazón (Mc 7.1–23). La iglesia primitiva se dividió respecto a estas leyes (Ro 14.1–15.7). Es evidente que Pedro mantenía una «casa kosher» incluso después del Calvario y Pentecostés (Hch 10.9–16), pero pronto aprendería que Dios había hecho algunos cambios drásticos. («Kosher» procede de una palabra hebrea que significa «apropiado, correcto». La gente en una casa judía kosher comían sólo los alimentos que Dios dijo que eran apropiados y aprobados.) En la iglesia de hoy las dietas no son ningún medio de salvación ni santidad (Col 2.20–23; I Ti 4.1–5); y los cristianos no debemos juzgarnos unos a otros en estas cuestiones. Aun cuando algunos alimentos pueden no ser físicamente buenos para algunas personas, lo que un cristiano come o bebe no debe ser prueba de espiritualidad.

Moisés se refiere primero a las *criaturas terrestres* (vv. 1–8) y afirma que se pueden comer sólo los animales que tenían la pezuña hendida y que rumiaban el alimento. Las *criaturas acuáticas* (vv. 9–12) debían tener tanto escamas como aletas. Esto eliminaría las que se arrastran en el lodo en donde podían contaminarse con toda clase de parásitos. El pez que nadaba libremente sería seguro para comer. (Por supuesto, esto era mucho antes de los días de la contaminación de los sistemas acuíferos de la tierra.) Luego vienen las *criaturas que vuelan* (vv. 13–23), incluyendo las aves (vv. 13–19) e insectos (vv. 20–23). Aquí el Señor nombra a algunas criaturas específicas y no da ninguna norma general para seguir como lo hizo con las terrestres y acuáticas. La cuarta categoría son los *animales que se arrastran* (vv. 29–31a, 41–43). De nuevo se mencionan criaturas específicas como inmundas para los judíos.

Algunos estudiosos bien intencionados tratan de «espiritualizar» estas leyes para hallar alguna verdad «más profunda» en ellas, pero los resultados son contradictorios y cuestionables. Decir que «rumiar el bocado» se refiere a meditar en las Escrituras y que «la pezuña hendida» es un cuadro de un andar separado en Cristo es torcer las Escrituras y privarles de su verdadero significado.

Los cristianos de hoy son libres para comer como les plazca, pero deben tener presente I Corintios 10.31.

B. La contaminación del pueblo de Dios (vv. 24–40).

Moisés no sólo advirtió a los judíos a cuidarse de lo que comían, sino también que debían cuidarse de lo que tocaban; porque el cadáver de un animal era inmundo para ellos. Si un judío tocaba un cadáver, sería inmundo hasta el atardecer, el principio de un nuevo día. Debía entonces lavar tanto su ropa como su cuerpo y entonces se le permitía entrar al campamento.

En los versículos 24–28 la ley es sobre *las personas* que se contaminan mediante los animales muertos; y en los versículos 31b–38 se refiere a la contaminación de las *cosas,* particularmente los objetos en el hogar. Vasijas, ropas, muebles, alimento y agua, todo podía contaminarse por lo que era inmundo. Había que tratar con seriedad esta «inmundicia ritual» si el pueblo y la casa iban a ser agradables al Señor. En los versículos 39–40 Moisés se refiere a la contaminación de los cadáveres de animales limpios que se usaban para alimento. El judío no

comía mucha carne puesto que era muy costoso perder un animal que era útil para procrear y para dar lana y leche. Tenía que cuidarse de no matar con descuido sus animales, porque era contrario a la ley comer sangre (Lv 3.17; 7.26–27; 17.14).

C. La dedicación del pueblo de Dios (vv. 44–47).

Aquí Moisés da tres motivos para la pureza de la nación judía. Serían tentados a seguir las repugnantes costumbres de sus vecinos paganos, pero estas verdades los motivarían a obedecer al Señor y abstenerse de contaminación.

(1) Dios es un Dios santo (v. 44). «Sed santos porque yo soy santo» se repite de varias formas trece veces en el libro de Levítico (11.44, 45; 19.2; 20.7, 8, 26; 21.8, 15, 23; 22.9, 16, 32) y se cita en I Pedro 1.15–16 según se aplica al cristiano del NT hoy. Si somos el pueblo de Dios y Él es un Dios santo, es lógico que vivamos en santidad. Las leyes dietéticas recordaban a los judíos que eran pueblo escogido, gente santa (Éx 19.5–8; véase I P 2.9).

(2) Dios nos redimió para sí (v. 45). El Señor a menudo les recordó a los judíos que eran un pueblo redimido y que los había rescatado por su gracia y poder (19.36; 22.33, 43; 25.38, 42, 55; 26.13, 45). Si no los hubiera redimido, aún serían esclavos en Egipto. Por supuesto, el éxodo es un cuadro de la redención que tenemos en Jesucristo, porque Él es el Cordero Pascual sacrificado por nosotros (Jn 1.29; I Co 5.7; I P 1.18–19). Si somos un pueblo redimido, debemos vivir en santidad para agradar al Dios que nos libertó.

(3) Dios quiere que su pueblo sea diferente (vv. 46–47). Estas leyes les enseñaban a los judíos que eran un pueblo especial para el Señor y se suponía que debían ser diferentes a las naciones que los rodeaban. Véanse Levítico 10.10 y 20.22–26, así como Ezequiel 22.26; 42.20; 44.23 y 48.14–15. Debido a que la gente se olvidó de su deuda al Señor, empezaron a mezclarse con las naciones gentiles y a aprender sus caminos impíos. Dejaron de diferenciar entre lo santo y lo no santo, lo limpio y lo inmundo; y esto los llevó al castigo y al cautiverio. Por supuesto, hoy «no hay diferencia» entre el judío y el gentil, ni en condenación (Ro 3.22–23) ni salvación (Ro 10.12–13). Los judíos y gentiles creyentes son todos «uno en Cristo Jesús» (Gl 3.26–29).

Es significativo que el Señor Jesús estableció una ordenanza para su Iglesia que involucra comer y beber (I Co 11.23–34). Cada vez que participamos del pan y de la copa, lo hacemos para recordarlo a Él y lo que hizo por nosotros en la cruz. La observancia de la Cena del Señor (la eucaristía) debe animarnos a ser un pueblo santo, agradecido y diferente a los del mundo.

LEVÍTICO 13–14

Cuando nuestro Señor ministraba en la tierra, curó leprosos (Mt 10.8; 11.5; Mc 1.40–45; Lc 17.11–19). A esto se le decía limpiamiento, puesto que se miraba a la lepra como una contaminación además de una enfermedad. Al leproso se le excluía de la sociedad normal y se le prohibía que entrara al templo. Estos dos capítulos de Levítico se refieren a la lepra como un cuadro del pecado, e ilustran lo que Cristo ha hecho para limpiar a los pecadores. (Nótese que la palabra hebrea que se traduce «lepra» se podría aplicar a varias enfermedades de la piel.)

I. Las características del pecado (13)

Si una persona pensaba que tenía lepra, debía ir al sacerdote para que le examinara. Nótense las características de la lepra y cómo es un cuadro del pecado:

A. Es más profundo que la piel (v. 3).

La lepra no era sólo una erupción superficial; era mucho más profunda que la piel. ¡Cuán parecido al pecado! El problema no está en la superficie. Mucho más profundo que la piel, el problema yace en la naturaleza pecadora humana. La Biblia no tiene nada bueno que decir respecto a la carne (la vieja naturaleza), porque nuestra naturaleza pecadora es la fuente de muchos de nuestros problemas. Los pecadores no pueden cambiar con remedios superficiales; necesitan el cambio de sus corazones. Véanse Jeremías 17.9; Romanos 7.18; Salmo 51.5 y Job 14.4.

B. Se esparce (v. 7).

La lepra no era una llaga aislada en alguna parte del cuerpo; tenía una manera de esparcirse y contagiar a todo el cuerpo. El pecado también se esparce: empieza con un pensamiento, luego sigue un deseo, después un acto, luego los terribles resultados (Stg 1.13–15). Lea 2 Samuel 11 y vea cómo el pecado se diseminó en la vida de David: dejó su ejército cuando debería haber estado luchando; permitió que sus ojos se fijaran en la mujer de su prójimo; codició; cometió adulterio; mintió; emborrachó a Urías, su prójimo; y por último asesinó al hombre.

C. Contamina (vv. 44–46).

Esto significa, por supuesto, impureza ceremonial; a los leprosos no se les permitía participar en los servicios religiosos. Se les obligaba a marcarse como leprosos y a gritar: «¡Inmundo! ¡Inmundo!», para advertir a los que le rodeaban. Cualquiera que tocaba a un leproso también quedaba contaminado. Esta es la tragedia del pecado: ensucia la mente, el corazón, el cuerpo y todo lo que toca. Un pecador puede contaminar a toda la casa; piense en Acán (Jos 7). Jamás ninguno fue más limpio por el pecado, porque el pecado es el gran contaminador de la humanidad.

D. Aísla (v. 46).

«Habitará solo». Qué palabras tan tristes. «Fuera del campamento», en el lugar de rechazo era el único sitio para el leproso. El pecado siempre aísla a las personas. Les separa de su familia, amigos y, finalmente, de Dios. Cuando Cristo fue hecho pecado por nosotros clamó: «¿Por qué me has abandonado?» El pecado separa a las personas de Dios; y en esto consiste el infierno.

E. Destina a las cosas para el fuego (v. 52).

Cualquier prenda de vestir que se hallaba contaminada con lepra debía quemarse. Hay un solo lugar para el pecado y ese es en el fuego del juicio. Jesús describe el infierno como un lugar donde el fuego nunca se extingue (Mt 9.43–48). Es triste pensar en millones de «leprosos espirituales» que se consignan al fuego eterno del juicio debido a que nunca han confiado en Cristo como su Salvador. ¡Cuán importante es que le digamos al mundo las buenas nuevas del evangelio!

La gente puede reírse del pecado, excusarlo, o tratar de disculparlo, mas para Dios el pecado es serio. Nótese en Isaías 1.4ss el uso que el profeta hace de la lepra como un cuadro del pecado.

II. La limpieza del pecador (14)

Este capítulo explica el rito del limpiamiento ceremonial de los leprosos para que pudieran incorporarse de nuevo a la sociedad.

A. El leproso acude al sacerdote (v. 3).

Por supuesto, al leproso se le impedía entrar en el campamento, de modo que el sacerdote tenía que «salir del campamento». ¡Qué cuadro de Cristo que vino a nosotros y murió «fuera del campamento» para que podamos ser salvos (Heb 13.10–13). Nosotros no lo buscamos, sino que Él vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc 19.10).

B. El sacerdote ofrece los sacrificios (vv. 4–7).

Esta ceremonia es un hermoso cuadro de la obra de Cristo. El sacerdote tomaba una de las aves, la colocaba en una vasija de barro y entonces la mataba. Por supuesto, las aves no se crearon para vivir en vasijas, sino para volar en los cielos. Cristo voluntariamente dejó el cielo y se hizo de un cuerpo, poniéndose a sí mismo, por así decirlo, en una vasija de barro para morir por nosotros. Nótese que se mataba al ave sobre agua corriente, un cuadro del Espíritu Santo. El sacerdote entonces tomaba el ave viva, la sumergía en la sangre del ave muerta y la dejaba en libertad. Aquí tenemos una vívida ilustración de la resurrección de Cristo. Jesús murió por nuestros pecados y resucitó, y tomó la sangre (hablando espiritualmente) al regresar al cielo para que nosotros pudiéramos ser limpios del pecado. Por último, el sacerdote rociaba un poco de sangre sobre el leproso, porque «sin derramamiento de sangre no hay remisión» (Heb 9.22).

C. El leproso se lava y espera (vv. 8–9).

El sacerdote ya le había pronunciado limpio, de modo que era aceptado en lo que a Dios concernía, pero ahora tenía que hacerse ritualmente aceptable. Este lavamiento es un cuadro del creyente limpiándose de las inmundicias de la carne y del espíritu (2 Co 7.1). Después que somos salvos, es nuestra responsabilidad mantener nuestras vidas sin mancha y santas por amor a Él. Nótese que la espera del leproso era hasta el octavo día, porque ocho es el número de la resurrección, el nuevo comienzo.

D. El leproso ofrece sacrificios (vv. 10–13).

Ahora está de nuevo en el campamento a la puerta del tabernáculo. Ofrece una ofrenda por la transgresión, una por el pecado y un holocausto. La ofrenda por el pecado resolvía su contaminación; el holocausto representaba su renovada dedicación a Dios. ¿Por qué se ofrecía la ofrenda por la transgresión? Debido a que mientras estuvo inmundo, el hombre no pudo servir a Dios como debía y tenía con Dios una gran deuda. La ofrenda por la transgresión era su única manera de resarcir el daño hecho por esa etapa de su vida desperdiciada. Todo pecador perdido le roba a Dios el honor debido a su nombre y cada día la deuda aumenta.

E. El sacerdote aplica la sangre y el aceite (vv. 14–20).

Esta es una parte conmovedora del ritual. El sacerdote tomaba de la sangre y la aplicaba a la oreja y los pulgares de la mano y el pie derechos del hombre, simbolizando que su cuerpo entero había sido ahora comprado y que le pertenecía a Dios. Tenía que escuchar la Palabra de Dios, trabajar para la gloria de Él y andar en sus caminos. Entonces el sacerdote ponía aceite en la sangre, simbolizando el poder del Espíritu de Dios para hacer la voluntad de Dios. La sangre no podía ponerse en el aceite; el aceite debía ponerse en la sangre. Porque donde se ha aplicado la sangre el Espíritu puede obrar. El resto del aceite se derramaba sobre la cabeza del hombre y así era ungido para su nueva vida. Si lee Levítico 8.22–24 verá que una ceremonia similar se realizaba para la consagración de los sacerdotes. En otras palabras, Dios trataba al leproso como lo haría con un sacerdote.

Por supuesto, todo esto se logra hoy mediante la fe en Jesucristo. Él salió «fuera del campamento» para hallarnos. ¡Murió y resucitó para salvarnos! Cuando confiamos en Jesucristo, Él aplica la sangre y aceite a nuestras vidas, y nos restaura a la comunión con Dios. Un día un leproso le dijo a Cristo: «Si quieres, puedes limpiarme». Él contestó: «Quiero. Sé limpio». Véase Marcos 1.40–45. Cristo quiere y puede salvar.

LEVÍTICO 16–17

El Día de la Expiación era la festividad religiosa más solemne de Israel, porque en ese día Dios enfrentaba todos los pecados que no se cubrieron durante el año. Hebreos 10.1ss es el comentario del NT sobre este capítulo.

I. La preparación del sacerdote (16.1–14)

A. Debía estar solo (vv. 1–2; 16.17).

Ningún levita podía ayudar en este importante rito. El sumo sacerdote tenía que oficiar solo. Así con nuestro Señor: Sólo Él pudo pagar el precio del pecado. Su nación le rechazó, sus discípulos le abandonaron y huyeron, y el Padre le desamparó cuando murió en la cruz. Nuestro Señor solo resolvió la cuestión del pecado de una vez por todas.

B. Tenía que dejar a un lado sus gloriosos vestidos (v. 4).

Qué cuadro de la venida de nuestro Señor a la tierra como un ser humano. Dejó a un lado los ropajes de su gloria y tomó la forma de siervo. (Véase también Filipenses 2.1–11.)

C. Se lavaba (v. 4).

Para el sacerdote esto significaba librarse de cualquier contaminación ceremonial. Como un cuadro de Cristo, le muestra santificándose por amor a nosotros (Jn 17.19). Voluntariamente se dedicó a sí mismo a la tarea de dar su vida en rescate por muchos.

D. Ofrecía una ofrenda por el pecado (vv. 6–11).

Nuestro Señor no tenía que ofrecer ningún sacrificio por sí mismo. Léase cuidadosamente Hebreos 7.23–28.

E. Entraba en el Lugar Santísimo (vv. 12–13).

El sumo sacerdote en realidad entraba al Lugar Santísimo tres veces: primero con el incienso, que es un cuadro de la gloria de Dios; luego con la sangre del sacrificio por sí mismo; y por último con la sangre derramada por el pueblo. El incienso precedía a la sangre porque el propósito de la salvación es glorificar a Dios (Ef 1.6, 12, 14). Jesús murió no sólo para salvar a los pecadores perdidos y darles vida, sino para que Dios fuera glorificado (Jn 17.1–5).

Todo eso era preparación para la tarea principal del Día de la Expiación, la presentación de la ofrenda por el pecado de la nación.

II. La presentación de los machos cabríos (16.15–34)

Nótese que dos machos cabríos se consideraban una ofrenda por el pecado (v. 5). Ilustran dos aspectos de la obra de la cruz. Después que el sumo sacerdote regresaba de rociar la sangre de su ofrenda por el pecado, tomaba el macho cabrío designado para morir y lo mataba como una ofrenda por el pecado por la nación entera. Luego entraba al Lugar Santísimo por tercera vez, llevando la sangre del macho cabrío. Rociaba la sangre sobre el propiciatorio y delante del mismo, y así cubría los pecados de la nación. Nótese que el versículo 20 indica que la sangre de la ofrenda por el pecado «reconciliaba» al pueblo y al tabernáculo de Dios (véase Heb 9.23–24).

Después de aplicar la sangre, el sumo sacerdote tomaba el macho cabrío vivo, colocaba sus manos sobre su cabeza y confesaba los pecados del pueblo, transfiriendo así simbólicamente su culpa al animal inocente. La expresión «chivo expiatorio» procede de una palabra hebrea que significa «quitar». A esta cabra se la enviaba lejos al desierto, para nunca más volverla a ver y esto ilustraba la remoción de los pecados de la nación (Sal 103.12). Por supuesto, estos ritos no quitaban el pecado, puesto que las ceremonias tenían que repetirse año tras año. Pero ilustraban lo que Cristo haría al morir de una vez por todas por los pecados del mundo. El israelita creyente era salvo por su fe, así como la gente siempre lo ha sido. Sólo después de completada la ofrenda por el pecado y la iniquidad de la nación llevada lejos (simbólicamente), se quitaba el sumo sacerdote sus vestidos humildes de lino y se ponía los de gloria. Este es un cuadro de la resurrección y ascensión de Cristo. Después de acabar su obra en la cruz, regresó al Padre en la gloria, donde está sentado hoy. El Día de la Expiación debía ser santo para los judíos y no debían realizar ningún trabajo. La salvación no es por obras, es totalmente por la gracia de Dios.

III. La prohibición respecto a la sangre (17)

Levítico 17.11 es un versículo clave en la Biblia, porque afirma enfáticamente que la única manera de expiación es mediante la sangre. Mucho antes de que la ciencia descubriera las maravillas de la sangre, la Biblia enseñaba que la vida está en la sangre. Los médicos solían sacarle sangre a la gente, tratando de lograr mejoría; ¡hoy hacen transfusiones de sangre!

Este capítulo prohibió al judío matar por descuido a sus animales. Debía hacer de cada animal una ofrenda de paz al Señor, trayéndolo a la puerta del tabernáculo para que el sacerdote lo ofreciera. El peligro, por supuesto, era que podían verse tentados a sacrificar a los ídolos o a los demonios (v. 7), práctica que aprendieron en Egipto; o que la sangre no se le quitara al animal y así la gente estaría pecado al comer sangre. La sangre era algo especial; no debía tratársela como comida común.

En todo este capítulo el énfasis está en el lugar único del sacrificio. Había sólo un precio que Dios aceptaría: la sangre; y un solo lugar donde Dios lo aceptaría: la puerta del tabernáculo. Así es hoy. Dios no acepta sino un precio por el pecado: la sangre de su Hijo. Y esa sangre se derramó en un lugar designado por Dios: la cruz del Calvario. Depender de cualquier otro sacrificio o de cualquier otro lugar es ser rechazado por Dios.

La vida está en la sangre, tanto física como espiritualmente. Nuestra vida espiritual depende de la sangre derramada de Cristo (véanse 1 Jn 1.7; Ef 1.7; Col 1.14; Heb 9.22).

Vivimos en una época cuando los teólogos liberales rechazan la doctrina de la sangre de Cristo. La llaman «religión de matadero». Es necesario dejar en claro que la Biblia es un libro de sangre, desde Génesis (donde Dios mató animales para vestir a Adán y Eva) hasta Apocalipsis (donde Juan contempló a Cristo «como un Cordero inmolado»). No es Cristo el Ejemplo, o Cristo el Maestro el que nos salva; es Cristo el Cordero de Dios, crucificado por los pecados del mundo.

LEVÍTICO 21–22

Los sacerdotes en general, y el sumo sacerdote en particular, debían mantener las normas más elevadas de carácter y conducta; y nunca debían ofrecer sacrificio por debajo de las normas. En esto, eran un cuadro de nuestro Señor Jesucristo, el sumo Sacerdote perfecto y el sacrifico perfecto (Heb 7.26–28; 10.1–14). También presentan un reto al pueblo de Dios como sacerdotes (1 P 2.5, 9) y sacrificios (Ro 12.1) a dar lo mejor a Dios.

Nótese la repetición de las palabras contaminarse, profanar, mancha, inmundo, santo y santificar. El tema es el carácter y conducta santa de los siervos de Dios al ministrar al Señor y a su pueblo. Dios advierte que al servirle no debemos profanarnos (21.5), ni el nombre de Dios (21.6; 22.2), ni el santuario de Dios (21.12), ni nuestros niños (21.15), ni las cosas sagradas que manejamos en el ministerio (22.15).

Una de las tragedias en toda la historia de Israel fue la contaminación del sacerdocio, que a la larga condujo a la contaminación de la nación. Si el pecado más grande es la corrupción del mejor bien, los sacerdotes judíos lograron cometer el pecado más grande; porque corrompieron el sacerdocio con su carácter impío, su mala conducta y su ministerio negligente de las cosas santas de Dios (véase Mal 1.6–2.9). Desafortunadamente la iglesia de hoy ha hecho del ministerio mercancía y mofa; y la iglesia necesita con desesperación un avivamiento de santidad.

I. Sacerdotes perfectos (21.1–22.16)

Estas leyes conciernen al comportamiento de los sacerdotes en relación al duelo por los muertos, el matrimonio y la conducta en las relaciones familiares.

A. Conducta de los sacerdotes (21.1–9).

En el campamento de Israel una persona se contaminaba si tocaba un cadáver o incluso si entraba en una casa donde había un cadáver (Nm 19.11–22). El sacerdote común podía contaminarse por miembros de su familia inmediata, pero no por otros parientes o amigos. Ningún judío debía seguir las prácticas del duelo pagano (19.27–28; Dt 14.1). La razón para estas leyes aparece en los versículos 6 y 8: los sacerdotes ofrecen los sacrificios a Dios y han sido apartados para Él (véanse 21.15, 23; 22.9, 16, 32). Ningún sacerdote debía casarse con una prostituta ni divorciada, porque esto podía introducir en la tribu sacerdotal hijos no engendrados por un hombre de la tribu de Leví (véase v. 15). A ninguna hija de un sacerdote debía permitírsele vivir si se había involucrado en inmoralidad (véanse 20.14 y Gn 38.24).

B. La conducta del sumo sacerdotes (21.10–15).

Debido a su unción y posición delante de Dios, se esperaba que el sumo sacerdote fuera aún más ejemplar que los sacerdotes ordinarios. Dios siempre espera más de los líderes. El sumo sacerdote no podía contaminarse ni siquiera por sus padres, ni podía mostrar las señales normales de luto. El versículo 11 no enseña que el sumo sacerdote vivía en el tabernáculo, porque Números 3.38 nos dice que su tienda estaba levantada en el lado oriental del tabernáculo. Este versículo instruye al sumo sacerdote a estar siempre de turno y a no dejar el recinto

del tabernáculo ni siquiera por un funeral. Debía casarse con una virgen para asegurar a la nación que el próximo sumo sacerdote era en realidad su hijo.

C. Las características de los sacerdotes (21.16–24).

Tanto los sacerdotes en el altar como los sacrificios sobre el altar (22.17–25) debían de ser sin tacha. Aun cuando no sabemos a ciencia cierta cuáles defectos se indican por algunos de estos términos, es claro que Dios quería que sus ministros fueran perfectos físicamente. De nuevo, esto magnifica las perfecciones de nuestro Sumo Sacerdote, Jesucristo. Por cierto que el Señor no incluye perfección física como un requisito para el ministerio actual (1 Ti 3); el énfasis está en la madurez espiritual y moral. ¡Pablo tenía un aguijón en la carne que inclusive le capacitó más para servir!

D. Regulaciones para los sacerdotes (22.1–16).

Los sacerdotes debían «tratar con respeto» las cosas santas de Dios manteniéndose libres de contaminación. Qué tragedia si el santo siervo de Dios contamina todo lo que toca debido a su contaminación (véase Mt 23.25–28). Moisés repitió algunas de las causas de contaminación que ya había explicado en detalles en los capítulos anteriores: lepra (caps. 13–14), úlceras purulentas (cap. 15). El sacerdote que ministraba con presunción mientras estaba impuro corría peligro de muerte (vv. 3, 9).

Además de evitar las cosas inmundas, los sacerdotes debían ser cuidadosos respecto a cómo servían las cosas santas. Sólo ellos podían comer de las porciones que se tomaban de las ofrendas vegetales, de las ofrendas por el pecado y las ofrendas por las transgresiones; pero los miembros de la familia del sacerdote podía participar y comer de las demás ofrendas. La persona debía ser un miembro de la familia por nacimiento o compra. La hija que se casaba con alguien que no era sacerdote quedaba excluida. Cualquiera que comía involuntariamente del alimento santo debía pagar una multa.

II. Sacrificios perfectos (22.17–33)

Dios siempre merece lo mejor de lo mejor y no debemos atrevernos a traerle lo defectuoso (Mal 1.6–2.9). La sangre de un sacrificio defectuoso nunca podía agradar a Dios ni expiar el pecado. Incluso más, estos sacrificios eran tipos del Señor Jesucristo y Él es el sacrificio perfecto (Heb 9.14; Ef 5.27). Ofrecer a Dios sacrificios defectuosos era profanar su nombre.

Las leyes relativas a la matanza de estos sacrificios muestra la ternura de Dios hacia los animales (vv. 27–28). No separará a la cría demasiado pronto de la madre. Dios también se preocupa por las aves (Dt 22.6–7) y por los árboles (Dt 20.19–20).

El capítulo cierra con el recordatorio de Dios de las razones que deben motivar a su pueblo al sacrificar: Él es el Señor que los ha apartado como su pueblo, Él los libró de la esclavitud de Egipto y estos son sus mandamientos.

Los creyentes de hoy no traen sacrificios de animales a Dios porque todo el sistema concluyó en la cruz. Pero sí le presentamos nuestros cuerpos (Ro 12.1–2), las personas que hemos ganado para Cristo (Ro 15.16), nuestra alabanza (Heb 13.15), nuestras buenas obras (Heb 13.16), un corazón quebrantado (Sal 51.17) y nuestras oraciones (Sal 141.2). Puesto que nada que le ofrecemos es perfecto, debemos ofrecer nuestros sacrificios por medio de Jesucristo para que puedan ser aceptos a Él (1 P 2.5).

LEVÍTICO 23

Las siete fiestas del Señor están repletas de rico alimento espiritual y ameritan cuidadoso estudio. Ya hemos estudiado algunas, de modo que no las volveremos a tratar en detalle, pero otras son nuevas en nuestros estudios. Es importante notar el orden de estas siete fiestas, porque nos dan un «calendario profético» tanto para Israel como para la Iglesia. El año religioso empezaba con la Pascua, la cual es un cuadro de la muerte de Cristo. Al día siguiente del *sabat* Pascual (un domingo), los israelitas celebraban la Fiesta de las Primicias, que es un cuadro de la resurrección del Señor de entre los muertos. La semana siguiente a la Pascua se dedicaba a la Fiesta de los Panes sin Levadura, cuando se eliminaba toda levadura de las casas. Esto ilustra la santificación de los creyentes al quitar el pecado de sus vidas. Todo esto ocurría en el primer mes del año. Cincuenta días después de la Fiesta de las Primicias está el Pentecostés del NT, la llegada del Espíritu Santo sobre la Iglesia. En el séptimo mes se celebraban tres fiestas. Abría el mes la Fiesta de las Trompetas, recordándonos de la reunión del pueblo de Dios cuando el Señor vuelva. El décimo día era el Día de la Expiación, ilustrando el limpiamiento del pueblo de Dios; y desde el decimoquinto día hasta el vigésimo, los judíos celebraban con gozo la Fiesta de los Tabernáculos, que es un cuadro de las bendiciones del reino futuro. El pueblo de Dios es un pueblo esparcido que debe reunirse, un pueblo pecador que debe limpiarse y un pueblo sufriente al que se le debe dar gozo. El largo período (alrededor de tres meses) entre Pentecostés y la Fiesta de las Trompetas habla de la presente edad de la Iglesia, cuando Israel se ha dejado a un lado debido a que rechazó a su Mesías.

I. La Pascua (23.4–5)

Ya hemos considerado esta fiesta, de modo que refiérase a las notas sobre Éxodo 11–13. Todo depende de la sangre del cordero: no pudiera haber ninguna otra fiesta si no hubiera Pascua. ¡La gente de hoy que quiere eliminar la sangre socaba el mismo cimiento del plan de Dios para las edades!

II. Los Panes sin Levadura (23.6–8)

Esta también ya se ha considerado. Es un cuadro del pueblo de Dios limpiando el pecado de su vida (2 Co 7.1) y alimentándose en el Cordero para tener fuerza para el viaje. No invierta estas dos fiestas. ¡Nadie se salva al sacar la levadura (el pecado) y nadie querrá abandonar el pecado a menos que primero haya sido salvado por la sangre! Esta es la diferencia entre la reforma religiosa y la regeneración espiritual, nacer de nuevo por el Espíritu de Dios.

III. Las Primicias (23.9–14)

Esta fiesta estaba reservada para la tierra de Canaán, cuando la gente tendría campos y cosechas. Sería imposible celebrar tal fiesta en el desierto. El día después del «*sabat* Pascual» (domingo, el primer día de la semana), el sacerdote mecía la primera gavilla de trigo ante el altar como una señal de que la cosecha completa le pertenecía al Señor. Este es un cuadro de la resurrección de nuestro Señor, puesto que 1 Corintios 15.20–21 definitivamente le llama «las primicias». Adorar en el día del Señor no fue una invención de la Iglesia, como algunos enseñan. ¡Estaba escrito en el calendario de Dios siglos antes! Debido a que Cristo, las primicias, vive, toda la «cosecha de la resurrección» le pertenece a Dios. Nadie será olvidado. La promesa es cierta: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis» (Jn 14.19).

IV. Pentecostés (23.15–22)

«Pentecostés» quiere decir «cincuenta» y cincuenta días después de la resurrección de Cristo vino el Espíritu Santo (Hch 2). Durante cuarenta días Cristo ministró a sus discípulos (Hch 1.3) y otros diez días ellos oraron y esperaron a que llegara el Pentecostés. La «ofrenda del nuevo grano» (v. 16) se componía de dos hogazas de pan, simbolizando a los judíos y gentiles bautizados en un solo cuerpo, la Iglesia, por el Espíritu Santo (1 Co 12.13). El hecho de que se permitía levadura nos ilustra que hay pecado en la Iglesia en la tierra hoy. ¡Gracias a Dios que el día llegará cuando no habrá levadura entre el pueblo de Dios! Nótese también que el sacerdote presentaba los panes y no gavillas de trigo, porque ahora los creyentes han sido unidos en Cristo por el Espíritu. Es después del Pentecostés que tenemos la larga brecha cuando no hay fiestas. Hay tres fiestas en el primer mes y tres en el séptimo, con Pentecostés entre ellas. Esta larga brecha habla de la presente edad, la edad de la Iglesia. Israel ha rechazado al Cordero; no puede recibir al Espíritu hasta que reciba al Mesías; y está esparcido por el mundo. No tiene ni templo, ni sacerdocio, ni sacrificio, ni rey. ¿Cuál es su futuro? Se ve en las siguientes tres fiestas.

V. Las Trompetas (23.23–25)

Como nación a Israel se le instruía mediante las señales de los sacerdotes que tocaban las trompetas (Nm 10). La Fiesta de las Trompetas ilustra la reunión de Israel cuando las trompetas de Dios los llamarán desde los extremos de la tierra. Léanse Isaías 27.12–13 y las palabras de Cristo en Mateo 24.29–31.

Por supuesto, aquí hay una aplicación para la Iglesia, porque esperamos el toque de la trompeta y la venida de nuestro Señor en el aire (1 Co 15.52ss; 1 Ts 4.13–18). Los judíos tocaban las trompetas para congregar a la asamblea y esto es lo que nuestro Señor hará cuando reúna a sus hijos. Los judíos también tocaban trompetas para la guerra y una vez que Cristo haya sacado a todos sus hijos de la tierra, declarará guerra a las naciones.

VI. El Día de la Expiación (23.26–32)

Esto se explicó antes en nuestras notas sobre Levítico 16–17. Cuando Dios haya finalmente reunido a los judíos, les revelará a Cristo y «mirarán al que traspasaron». El Día de la Expiación futura de Israel se describe en Zacarías 12.10–13.1. Lea con cuidado estos versículos. Será un día de lamentación por el pecado, un día de limpiamiento mediante la sangre del Cordero. Hay algunos que aplican el Día de la Expiación al tribunal de Cristo, cuando los santos de Dios darán cuenta de las obras hechas en el cuerpo. Su aplicación fundamental, no obstante, es a la nación de Israel. Sin duda, en el tribunal de Cristo la Iglesia será limpiada de toda contaminación y hecha hermosa para las bodas del Cordero.

VII. Tabernáculos (23.33–44)

Durante siete días los judíos debían vivir en cabañas o tabernáculos, recordándoles la provisión y protección de Dios cuando estaban en el desierto. Pero también hay una futura Fiesta de los Tabernáculos para Israel que será cuando el Rey haya sido recibido y la nación restaurada. Léanse más detalles en Zacarías 14.16–21. Así, esta fiesta habla del futuro reino milenial que Dios ha prometido para los judíos. Esta fiesta seguía a la cosecha (v. 39), lo cual nos enseña que Dios reunirá toda su cosecha antes de que Cristo establezca su reino terrenal. Esta debía ser una fiesta de regocijo, no de tristezas; y por cierto, todos los cielos y la tierra se regocijarán cuando Cristo reine desde Jerusalén. Este capítulo es el «itinerario profético» de Dios y no sabemos cuándo se tocarán las trompetas. ¡Cuán importante es que estemos listos para el toque de la trompeta y la venida del Señor!

LEVÍTICO 25

El sistema económico en Israel se basaba en tres principios fundamentales: (1) Dios poseía la tierra y tenía el derecho de controlarla, v. 23; (2) Dios poseía al pueblo, porque lo había redimido de la esclavitud en Egipto, vv. 38, 42, 55; y (3) los judíos eran una familia («tu hermano») y debían preocuparse los unos por los otros, vv. 25, 35–36, 39, 47. Josué y el ejército judío conquistaron la tierra de Canaán, pero fue Dios el que designó la heredad (Jos 13–21). El pueblo «poseía» la tierra y disfrutaba de sus productos, pero Dios la poseía en propiedad y determinaba cómo se usaría.

Este capítulo enfoca tres temas relacionados a la economía de la nación.

I. El año sabático (25.1–7,18–22)

El calendario judío del AT funcionaba en una serie de «sietes». El séptimo día de la semana era el *sabat*. Siete semanas después de la Pascua venía el Pentecostés y el séptimo mes del año introducía la Fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación y la Fiesta de los Tabernáculos. Cada séptimo año era el «año sabático» y después de siete años sabáticos venía el año del jubileo.

El año sabático era la manera de Dios de permitir que la tierra descansara y restaurara su productividad. Al pueblo no se le permitía tener una cosecha formal aquel año, pero cualquiera podía comer del producto de los campos y huertos. Dios prometió proveer abundantes cosechas durante el sexto año, de modo que observar el año sabático en realidad era una prueba de fe para el pueblo. Era también una expresión del amor de Dios por los pobres de la tierra (Éx 23.10–12). De acuerdo a Deuteronomio 15.1–11 todas las deudas debían remitirse al final del séptimo año. Los siervos judíos se suponía que debían servir sólo seis años (Éx 21.2), y al pueblo judío se le animó a ser especialmente generoso con los pobres.

El año sabático era un tiempo de descanso y renovación para la tierra, el pueblo y los animales que la trabajaban. Era una oportunidad para un nuevo comienzo para los que habían experimentado dificultades financieras. Desafortunadamente, no hay evidencia de que la nación alguna vez obedeciera con fidelidad esta ley (2 Cr 36.21). Los profetas a menudo condenaron a los líderes judíos y ricos por tratar despiadadamente a los pobres. Si se hubiera observado la ley del año sabático, se hubiera impedido que los pobres perdieran sus tierras y que los ricos amasaran gigantescas propiedades. La economía no hubiera sido perfecta, pero hubiera estado mucho mejor equilibrada.

Durante la Fiesta de los Tabernáculos en cada año sabático los sacerdotes debían leer y explicar al pueblo el libro de Deuteronomio (Dt 31.9–13). Era algo así como una conferencia bíblica de toda una semana, durante la cual se le recordaba al pueblo lo que Dios había hecho por ellos y de lo que Él esperaba de ellos a su vez. El pueblo de Dios necesitaba que se le enseñara su Palabra, porque cada nueva generación no la había aprendido; y las generaciones más viejas necesitaban recordarla.

II. El año del jubileo (25.8–17,23–24)

La palabra «jubileo» procede de la palabra hebrea *yobel* que significa «cuerno de carnero». Este año especial se anunciaba con el toque de las trompetas en el Día de la Expiación. Así, el año empezaba con ayuno y arrepentimiento conforme la nación confesaba sus pecados al Señor (Lv 16).

Durante ese año el pueblo reclamaba la tierra que se había vendido de modo que no saliera del control de la familia o tribu. Y los judíos que compraban propiedad calcularían el precio hasta el próximo año del jubileo cuando la tierra volvería al dueño original. Cuánto alimento produciría en ese tiempo era una consideración principal. Como en el año sabático, la tierra debía descansar durante el año del jubileo. El pueblo tendría que confiar en que Dios les proveería lo que necesitaban para el año sabático (el cuarenta y nueve), el año del jubileo (el cincuenta) y el cincuenta y uno cuando sembrarían de nuevo. No habría nueva cosecha sino hasta el año siguiente.

El pueblo no poseía la tierra, por consiguiente, no podía venderla para siempre. Dios les dio la tierra (Gn 12.1–3; 15.7; 17.8; Dt 5.16) y les permitió usarla, y siempre la controlaría. El pueblo debía andar en el temor del Señor y no usar su riqueza para oprimirse mutuamente.

Los esclavos se liberaban durante este año especial y así las familias se reunían de nuevo. La declaración: «Pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores» (v. 10), está grabada en la Campana de la Libertad en Filadelfia.

El año del jubileo señala la edad del reino cuando Cristo Jesús reinará en gloria y cumplirá las promesas hechas al pueblo judío. Léase Isaías 61 y vea lo que Dios ha planeado para la nación de Israel. En un sentido espiritual el año del jubileo también es un cuadro de nuestra vida cristiana (Lc 4.16–21, la cual es una cita de Isaías 61.1–2). Al leer del AT en la sinagoga aquel *sabat* en Nazaret, Jesús se detuvo en «el año agradable del Señor» (Lc 4.19), que se refiere al año del jubileo. No leyó «el día de la venganza de nuestro Dios» (Is 61.2), porque ese día de juicio no vendrá sino hasta que Dios haya concluido su programa presente de «tomar de ellos pueblo para su nombre» (Hch 15.14).

III. El cuidado de los pobres (25.25–55)

Estas leyes se aplicaban independientemente de que fuera el año sabático o el año del jubileo. El principio general se indica en los versículos 25–28 y entonces se aplica a situaciones específicas. Una persona que tenía que vender su propiedad debido a necesidad financiera podía redimirla en cualquier tiempo, o un hermano podía hacerlo por él. Pero el precio se determinaría por el número de años que restaban hasta el año del jubileo.

A. Una casa en la ciudad (vv. 29–34).

Esta sería una propiedad valiosa debido a la seguridad que ofrecía la ciudad amurallada. Por eso el vendedor tenía sólo un año de plazo para comprarla de nuevo. Después el propietario tenía la propiedad por todo el tiempo como quisiera; y no se devolvería al dueño original durante el año del jubileo. Sin embargo, esta regla no se aplica a las casas de propiedad de los levitas. En cuanto a un levita que le dio su casa al Señor, véase Hechos 4.34–37.

B. Un hermano pobre (vv. 35–46).

Los judíos no debían oprimirse entre sí ni aprovecharse del otro en asuntos financieros. Si se prestaba dinero, no debía exigir interés; si vendía alimentos, no debía obtener ganancia exagerada. Véase Nehemías 5. Si un judío tenía a otro judío como siervo, pagando una deuda, no debía tratarlo como esclavo; y el siervo debía salir libre en el año del jubileo.

C. El pariente redentor (vv. 47–55).

La mejor ilustración de esta ley aparece en el libro de Rut, donde Booz redimió a Rut, a Noemí y su propiedad. Un pariente podía rescatar a su pariente pagando sus deudas y recuperando su tierra. El «redentor» tenía que ser pariente cercano que podía y estaba dispuesto a redimir. El pariente pobre podía ser puesto en libertad tanto de esclavitud como de deuda. El pariente redentor es un cuadro de nuestro Señor Jesucristo quien se hizo «pariente cercano» al hacerse hombre (Flp 2.1–11; Heb 2.9–18) y pagando el precio de nuestra redención al morir en la cruz. Él podía salvar y estuvo dispuesto a salvar.

Debe notarse que el sistema económico en Israel no era una forma de comunismo. La gente poseía propiedad privada que podía comprarse y venderse, pero Dios poseía la tierra y no permitía que se la vendiera para siempre. El año sabático y el año del jubileo, si se obedecían, hubieran impedido que el rico se enriqueciera más y así empobreciera más el pobre. Pero los judíos no obedecieron estas leyes y los resultados fueron trágicos. También dictaron leyes que favorecían a los ricos y aplastaban a los pobres, y Dios los juzgó por eso. Véanse Isaías 3.12–15 y 10.1–3; Amós 2.6–7 y 5.11.

Por último, estas leyes especiales también muestran la preocupación de Dios por la tierra. Al permitir que la tierra descanse cada séptimo año y luego los dos años seguidos en el jubileo, se restauraba su productividad y aumentaba su valor. Por supuesto, exigía fe hacer esto, pero Dios prometió suplir sus necesidades. Después de todo, el alimento que comemos viene de su mano, no del supermercado; y todos necesitamos orar: «Danos hoy nuestro pan cotidiano» (Mt 6.11).

Números

Bosquejo sugerido de Números

I. La vieja generación desechada (1–20)
   - A. Contada (1–4)
   - B. Asesorada (5–10)
   - C. Castigada (11–12)
   - D. Condenada (13–20)

II. La nueva generación apartada (21–36)
   - A. Viaje (21–25, 33)
   - B. Conteo (26–27)
   - C. Ofrendas (28–30)
   - D. División de la heredad (31–36)

Notas preliminares a Números

I. Nombre

El libro toma su nombre de los dos conteos de los hombres de guerra en los capítulos 1–4 y 26–27. El primer censo se hizo el segundo año después que la nación salió de Egipto y el segundo se hizo treinta y ocho años más tarde cuando la nueva generación estaba a punto de entrar a Canaán. Estos conteos no fueron de la nación entera, sino sólo de los hombres aptos para luchar. El primer censo reveló que había 603.550 hombres disponibles; el segundo, que había 601.730.

II. Tema

Números es el libro del desierto en el AT. Describe el fracaso de la nación en Cades-barnea y su peregrinaje en el desierto hasta que la generación adulta incrédula murió. Alguien ha descrito el deambular de Israel por el desierto como «la marcha fúnebre más larga de la historia». De la generación anterior, sólo a Caleb y Josué se les permitió entrar en Canaán debido a que confiaron en Dios y se opusieron a la decisión de la nación de regresar a Cades-barnea. Incluso a Moisés se le prohibió entrar en la tierra prometida debido a su pecado cuando golpeó la roca en lugar de hablarle.

III. Lección espiritual

Números tiene una importante lección espiritual para los cristianos de hoy, según se explica en Hebreos 3–4 y 1 Corintios 10.1–15. Dios honra la fe y castiga la incredulidad. La raíz de todos los pecados de Israel en el desierto era la incredulidad: no confiaron en la Palabra de Dios. En Cades-barnea dudaron de la Palabra de Dios y fracasaron no entrando en su herencia. En lugar de recibir a Canaán por fe, vagaron por el desierto en incredulidad. Muchos cristianos hoy están «a medias» en sus vidas espirituales. Se han librado de Egipto por la sangre del Cordero, pero aún no han entrado en su herencia en Cristo. Canaán no es un cuadro del cielo. Más bien es una ilustración de nuestra herencia espiritual en Cristo (Ef 1.3), herencia que debe recibirse por fe. Canaán era una tierra de batallas y bendiciones, como lo es la vida cristiana hoy. Triste es decirlo, ¡pero demasiados cristianos llegan al lugar de decisión (su Cades-barnea) y luego fracasan al no entrar en su herencia por fe! En lugar de ser vencedores (como se describe en Josué), se convierten en peregrinos, como se describe en Números. Sí, son salvos, pero no cumplen el propósito de Dios para sus vidas. No confían en Dios para vencer a los gigantes, derribar murallas y recibir la herencia que les ha prometido. No cruzan el Jordán (que ilustra la muerte a sí mismos) ni marcharán por fe para recibir lo que Cristo les ha prometido.

Es interesante notar que la nación no creció durante su peregrinaje en el desierto. Es más, el segundo censo mostró 1.820 hombres de guerra menos. La nación desperdició treinta y ocho años, soportó aflicciones innecesarias, no creció y fracasó no honrando a Dios durante el tiempo de su «marcha de muerte». Esto es lo que les hace la incredulidad a los cristianos. Desperdician tiempo, esfuerzo y mano de obra, y no aporta ninguna bendición real. Qué triste es cuando las iglesias fracasan por no marchar en fe y, como resultado, empiezan a degenerar espiritual, numérica y materialmente. ¡Que Dios nos ayude a confiar en su Palabra!

NÚMEROS 9–12

Estos capítulos describen algunas de las experiencias de la nación de Israel en el desierto y en ellas vemos las experiencias del cristiano de hoy.

I. Dios dirige a su pueblo (9–10)

A. Da sabiduría en los problemas (9.1–14).

Era ya el segundo año desde la maravillosa liberación de Israel de Egipto y la nación debía observar la Pascua. Esta fiesta era el constante recordatorio de que su redención dependía de la sangre del cordero y del poder de Dios. Cada bendición que experimentaron vino mediante la sangre, asimismo con la iglesia de hoy (Ef 1.3ss). Sin embargo, ciertos hombres se contaminaron ceremonialmente con un cadáver y necesitaban saber el pensamiento de Dios acerca de si podían participar en la fiesta. Moisés con gracia admitió que no sabía la respuesta, pero que le preguntaría al Señor. Véase Santiago 1.5. El Señor les permitió a estos hombres observar la fiesta más tarde, en el segundo mes, que muestra que incluso bajo la rígida Ley de Moisés había libertad cuando las circunstancias lo exigían (véase 2 Cr 30.13–15). Es interesante, pero cuando Nicodemo y José bajaron de la cruz el cuerpo de Jesús en la Pascua, se contaminaron y no pudieron participar en la fiesta (Jn 19.38–42). Sin embargo, hallaron salvación en Cristo, el verdadero Cordero de Dios.

B. Guía en nuestro caminar diario (9.15–23).

Antes, en Éxodo 13.21–22, vimos la nube que les guiaba. Es alentador saber que el mismo Dios que nos salva y nos cuida también nos guía en nuestra jornada. Por supuesto, Dios quería guiar a la nación al lugar de su bendición, pero su incredulidad le estorbó. Es probable que la columna de nube y fuego es un cuadro de la Palabra de Dios que es nuestra asesora y guía en la vida presente. Usando la Palabra el Espíritu nos guía «siempre[…] de día, y de noche» (v. 16). A decir verdad, sería necio, peligroso, que el campamento o alguna parte del mismo se moviera sin la dirección de Dios. Los judíos eran un pueblo peregrino, viviendo en tiendas y debían estar listos para emprender la marcha en el momento de la noticia. El versículo 22 aclara que la dirección de Dios va más allá de los cálculos humanos: algunas veces la nube permanecía en su sitio por unos pocos días, otras un mes y en ocasiones hasta un año. A veces Dios los guiaba durante el día y en otras en la oscuridad (v. 21). Pero daba lo mismo, pues Dios era el único que dirigía.

C. Nos advierte cuando lo necesitamos (10.1–10).

Estas dos trompetas estaban hechas de plata (metal que habla de redención) y se usaban para convocar a las asambleas para las marchas del campamento. Los sacerdotes y levitas vivían al lado del tabernáculo y serían los primeros en ver a la nube moverse. Sería su responsabilidad advertir al campamento. Al leer estos versículos vemos que las trompetas se usaban para otros propósitos: convocar al campamento a la puerta del tabernáculo (vv. 3, 7); reunir a los jefes de las tribus (v. 4); tocar alarma, bien sea para la guerra o para que el campamento marchara (vv. 6, 9); y anunciar los días especiales, las lunas nuevas, etc. (v. 10). Es interesante que las trompetas se asocian tanto con Israel como con la Iglesia. El Rapto de la Iglesia, cuando Dios reúna a su pueblo celestial, será con el toque de la trompeta (1 Co 15.51–53; 1 Ts 4.16–17; véase también Ap 4.1). Él la usará también para reunir al Israel esparcido (Mt 24.31), y véase la Fiesta de las Trompetas en Levítico 23.23–25.

D. Guía a su pueblo de una manera ordenada (10.11–28).

Cada tribu acampaba en un lugar específico alrededor del tabernáculo y cada sección se ponía en marcha según lo ordenaban las trompetas.

E. No necesita la sabiduría del mundo (10.29–36).

Hobab era el cuñado de Moisés; Ragüel (o Reuel) su suegro, también llamado Jetro (véanse Éx 2.18–21 y 3.1). Dios prometió guiar a su pueblo y sin embargo Moisés quería apoyarse en el brazo de carne.

II. Dios castiga a su pueblo (11–12)

Después de las asombrosas evidencias del amor de Dios en los capítulos 9–10, es sorprendente que leamos que el pueblo se quejó. Sin embargo, tal es la naturaleza humana: no apreciamos lo que Dios ha hecho por nosotros.

A. El pueblo se quejó y en castigo Dios envió fuego (11.1–3).

El mismo pueblo que se quejó, suplicó a Moisés ayuda y él tuvo la suficiente gracia como para orar por ellos. Tabera significa «ardiendo». Es serio quejarse contra Dios.

B. El pueblo codició carne y Dios se la dio (11.4–35).

La «multitud extranjera» viajaba con Israel, pero, como los miembros mundanos de la iglesia de hoy, sus corazones aún estaban en Egipto. En lugar de recordar la bondad de Dios, ¡recordaban las cosas carnales de Egipto! Y se quejaron del maná celestial que Dios les daba diariamente. El versículo 8 indica que el pueblo hacía lo mejor que podía para mejorar el maná, porque lo molía, amasaba y horneaba. Harían cualquier cosa para lograr que el pan de Dios tuviera el sabor de la comida de Egipto, pero el problema era su apetito y no el pan de Dios. Éxodo 16.31 dice que el maná sabía a miel, pero el versículo 8 indica que cuando los judíos trataron de «mejorar» el maná, ¡consiguieron que tuviera sabor a aceite!

Uno de los tristes resultados de la carnalidad entre el pueblo de Dios es el desaliento de los líderes (v. 10ss). ¡Ahora el mismo Moisés se quejó a Dios! Nótese cuán a menudo dijo «yo» y «a mí» o «mío» en esta oración, porque su preocupación era él mismo y no la gloria de Dios. Moisés debería haber sabido que el mismo Dios que les libró, les guió y proveyó para ellos, les daría carne en el desierto; pero, como ocurre con frecuencia, la oración egoísta mató su fe. Al final, Moisés estaba listo para rendirse: «No puedo» (v. 14). Vea lo que dijo su suegro en Éxodo 18.18. Por supuesto, Moisés solo no podía dirigir a Israel, pero con Dios podía hacer lo imposible. Sin embargo, ¡Moisés estaba tan desalentado que incluso pidió que lo matara!

Dios suplió para ambas necesidades: le dio a Moisés setenta ancianos para que le ayudaran en su trabajo y dio a los judíos codiciosos la carne que deseaban. Nótese, sin embargo, que en ambos casos las respuestas de Dios fueron costosas. Dios tomó del mismo Espíritu que había dado a Moisés y le dio a los setenta ancianos para que le ayudaran, pero, ¿no tenía el Espíritu que se le dio a Moisés todo el poder que necesitaba para su trabajo? Y la gente que comió de la carne murió de gran plaga incluso mientras comía (Sal 78.25–32; 106.13–15). Dios algunas veces responde a nuestras oraciones, ¡y hallamos que la respuesta no es ninguna bendición! Nótese en los versículos 26–30 que Moisés no mostró ninguna envidia hacia los hombres que recibieron el Espíritu para profetizar. Esto es una señal de un gran hombre. Sin duda Moisés tuvo sus días de desaliento, como todos nosotros, pero era un hombre de Dios a pesar de sus fracasos.

En el versículo 31 vemos que un viento trajo codornices del mar y volaban más o menos a una altura de un metro, lo suficiente para que los judíos las atraparan. El pueblo pasó dos días y una noche recogiendo su carne, sin embargo, ¿cuántos fueron fieles para recoger el maná celestial? El nombre «Kibrot-hataava» significa «tumbas de los codiciosos». «Ocuparse de la carne es muerte» (Ro 8.6).

C. Los líderes criticaron y Dios los castigó (cap. 12).

Aarón, el sumo sacerdote, y María, una profetiza (Éx 15.20–21), eran líderes de Israel junto con su hermano Moisés. El motivo aparente de su discusión fue la esposa de Moisés, que era cusita (etíope y, por consiguiente, gentil). Pero la causa real fue el celo por el liderazgo de Moisés (v. 2). Moisés demostró su mansedumbre (humildad) al rehusar luchar con ellos; dejó su causa en las manos de Dios. Él ha prometido defender a sus siervos (Is 54.17). Es evidente que María era la cabecilla, porque le cayó lepra y su pecado detuvo siete días la marcha del campamento. Aarón confesó su culpa y Moisés oró por su hermana María, evidencia de verdadero amor y humildad. Es serio cuando los líderes espirituales se envidian entre sí, porque su pecado afecta a toda la congregación.

Si esta era una nueva esposa, o Séfora, la mujer de Moisés años antes, no lo sabemos. Quizás fue un segundo matrimonio, pero no hay indicios en ninguna parte de que Séfora haya muerto. Nótese la frase «cara a cara» en el versículo 8; Dios le hablaba a Moisés cara a cara.

NÚMEROS 13–14

Hebreos 3–4 es el comentario del NT sobre estos capítulos. El pensamiento clave es que la incredulidad nos priva de la bendición. Nótense las evidencias de la incredulidad en la nación y sus líderes.

I. Se envían los espías (13.1–27)

Lea aquí Deuteronomio 1.20–23, donde Moisés aclara que el envío de los espías fue el deseo del pueblo, no el mandamiento del Señor. Él permitió que se usara este plan para revelar al pueblo cómo eran en realidad sus corazones. Dios ya les había dicho muchas veces cómo era Canaán, las naciones que allí había, cómo derrotarían a sus enemigos y que les daría la herencia prometida; por tanto, ¿qué necesidad había para que los hombres fueran a espiar la tierra? Triste es decirlo, pero la naturaleza humana prefiere andar por vista, no por fe.

Los espías observaron la tierra e incluso volvieron con un poco de su maravilloso fruto, pero también trajeron un informe malo y desalentaron el corazón del pueblo. A excepción de Moisés, Caleb y Josué, ¡nadie en la nación creyó que Dios podía cumplir sus promesas! Los diez espías incrédulos ilustran a muchos cristianos de hoy; han «espiado» su herencia en Cristo y hasta han probado algo del fruto de su bendición; pero su incredulidad les impide entrar en ella por fe.

Es interesante notar la «promoción» de Josué. En Números 11.28 se le llama «el siervo de Moisés»; a la larga llega a ser su sucesor (Jos 1). Le vemos como soldado en Éxodo 17.8–16; Éxodo 24.13 lo muestra con Moisés en el Sinaí; en Éxodo 33.11 está a cargo del tabernáculo de reunión; y Números 13 le muestra como uno de los espías. Debido a que fue fiel en cada tarea que Dios le dio, Josué fue promovido de una responsabilidad a otra.

II. Rehúsan entrar en la tierra (13.28–33)

Los diez espías describieron las glorias de la tierra, y luego añadieron: «Mas … » Por lo general, esta palabra es una señal de incredulidad. El pueblo era fuerte; las ciudades amuralladas; y había gigantes en la tierra. Vieron los gigantes y se vieron a sí mismos como langostas; pero no vieron a Dios. Sus ojos estaban en los obstáculos, no en el Dios que les condujo allá. Caleb mostró verdadera fe cuando dijo: «Más podremos nosotros». El pueblo mostró incredulidad cuando dijo: «No podremos». En lugar de informar las bendiciones de la tierra, los diez espías enfatizaron las dificultades, dando un «informe malo» de la tierra santa de Dios. La incredulidad siempre ve los obstáculos; la fe siempre ve las oportunidades.

Este rechazo a entrar en la tierra es un tipo del creyente que se niega a recibir su herencia en Cristo (Heb 3–4). En vez de entrar en el pleno reposo en Cristo y de confiar en Él para cada necesidad, los cristianos que dudan ven los problemas y los obstáculos, deambulan sin rumbo y sin descanso, ciegos a sus bendiciones.

III. Se rebelan contra sus líderes (14.1–39)

En Éxodo 15 vemos a Israel cantando en gran victoria, ¡pero aquí lloran en derrota! ¿Olvidaron su canción? Véase Éxodo 15.14–18. ¿Olvidaron todo lo que Dios hizo por ellos en los pasados dos años? Vieron su poder y gloria y sin embargo ahora Él los prueba debido a su actitud rebelde e incrédula (vv. 22–23).

Dios esperó hasta que el pueblo expresara el deseo de reemplazar a Moisés y regresar a Egipto; entonces empezó a actuar. Caleb y Josué se dieron cuenta de que la respuesta de la nación no era sino rebelión (v. 9). La gloria de Dios apareció de repente y Dios le habló a Moisés.

A. La oferta de Dios (vv. 11–12).

Dios estaba dispuesto a destruir la nación entera y hacer una nueva nación por medio de la familia de Moisés, pero este rechazó la oferta. ¡Qué humildad y amor! Usted puede estar seguro de que Moisés se daba cuenta de que sus descendientes no serían nada diferente a la nación que ahora dirigía, porque «toda carne es como hierba». Véase en Éxodo 32.10 una oferta similar de Dios.

B. La intercesión de Moisés (vv. 13–19).

Poco tiempo antes Moisés se quejaba de la carga que representaba la gente y ahora suplica a su favor. Tenía el corazón de un verdadero pastor; amaba a su pueblo y oraba por él. Nótese que Moisés le recordó a Dios sus promesas y obras: ¡era la gloria de Dios lo que estaba en juego! Moisés también le recordó al Señor su misericordia y perdón (véanse Éx 33.18–23; 34.5–9). En esta escena Moisés es un cuadro de Cristo, quien estuvo dispuesto a dar su vida para salvarnos.

C. El juicio de Dios (vv. 20–39).

En su gracia Dios perdonó su pecado; pero en su gobierno tenía que permitir que el pecado produjera su amargo fruto (véase 2 S 12.13–15). Primero, le dio al pueblo lo que pidió, anunciando que morirían en el desierto (vv. 2, 28–30). Sólo se excluirían a Caleb y Josué de este juicio debido a su fe y fidelidad. El pueblo se inquietó por sus niños, sin embargo, ellos serían precisamente los que vivirían y entrarían en la tierra. Puesto que los hombres espiaron la tierra cuarenta días, Dios les dio a los judíos cuarenta años para vagar por el desierto mientras morían uno a uno. Qué contraste con la iglesia de hoy: cuando muriera el último judío incrédulo, la nación podría entrar en Canaán; pero cuando el último de los pecadores incrédulos entre en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia dejará este mundo y entrará en su herencia. Al final, a los diez espías que trajeron el informe los mató de inmediato una plaga (v. 37).

No se puede enfatizar demasiado que Dios honra la fe y juzga la incredulidad. La fe conduce a la obediencia y glorifica a Dios; la incredulidad conduce a rebelión y muerte. Tenemos la Palabra de Dios llena de sus promesas y seguridad. No hay razón para que alguno de nosotros vague en la incredulidad cuando podemos estar andando en victoria y disfrutando de las riquezas espirituales que tenemos en Cristo.

IV. Intentan la batalla sin Dios (14.40–45)

¡Qué voluble es la naturaleza humana! Un día la nación lamenta su situación y al siguiente trataba neciamente de lograr la obra de Dios sin su voluntad y sin su bendición. Pensaban que como confesaron su pecado, Dios cambiaría su opinión y les daría la victoria. Moisés les advirtió, pero lo ignoraron, demostrando que no andaban por fe en el poder del Espíritu. La carne siempre se confía en sí misma y es autosuficiente, como lo ilustra Pedro (Lc 22.31–54).

Los hombres avanzaron hasta la cumbre de la colina y el enemigo los derrotó. Toda la aventura fue «presunción» de parte de ellos; vivían al azar, no por fe. El Señor no estaba con ellos a pesar de lo que parecía arrepentimiento y celo. Nunca podemos hacer nada por fe que contradiga la Palabra de Dios. Cuántos cristianos hoy se percatan de sus fracasos y luego tratan de repararlos mediante actividades carnales que sólo llevan al desaliento y a la derrota. Todo lo que los israelitas podían hacer era aceptar el juicio de Dios y someterse a su voluntad. Es mucho mejor deambular en el desierto en la voluntad de Dios que librar una batalla perdida fuera de ella.

Estos dos capítulos enfatizan de nuevo la importancia de la fe. La fe no es ciega; tiene como cimiento todas las promesas y seguridades de la Palabra de Dios. «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (véase Heb 3.7–8).

NÚMEROS 16–17

«La contradicción de Coré» se menciona en Judas 11 como una de las características de los falsos maestros de los últimos días; y sin duda hoy vemos una rebelión unida contra la autoridad de Moisés y el sacerdocio de Aarón (el camino de Dios de salvación por sangre). Es evidente que Coré era primo de Moisés (Éx 6.21), lo que hace la rebelión más seria.

I. Coré desafía a Moisés y Aarón (16.1–18)

Coré era un levita que no estaba contento ayudando en el tabernáculo; quería servir también como sacerdote (v. 10). Por supuesto, esta actitud estaba en directa rebelión contra la Palabra de Dios dada por Moisés, puesto que fue Dios el que hizo los nombramientos para el tabernáculo. No contento con rebelarse solo, reunió a 250 príncipes de Israel, hombres bien conocidos (es probable que la mayoría de ellos eran levitas), así como a tres hombres de la tribu de Rubén, el primogénito de Jacob. En nombre, número, unidad y actitud, aquellos rebeldes daban la impresión de tener un caso sólido contra Aarón y Moisés. Parece ser que Coré y sus seguidores desafiaron a Aarón, en tanto que Datán, Abiram y On (descendientes de Rubén, el primogénito) cuestionaron la autoridad de Moisés. Sin embargo, estaban unidos en su complot.

Los rebeldes rara vez dan la razón real para sus ataques; en el versículo 3 los hombres argumentan que toda la nación era «un reino de sacerdotes» (Éx 19.6) y por lo tanto Moisés y Aarón no tenían derecho a tomar los lugares de liderazgo. Por supuesto, esta rebelión se basaba en el egoísmo y la envidia. Estos hombres querían «ensalzarse a sí mismos» delante de la congregación. Es cierto que toda la nación era santa para Dios, pero Él había colocado a algunas personas en posiciones de liderazgo según quiso. Lo mismo es cierto en la iglesia de hoy: Dios ama a todos los santos, pero a algunos se les han dado dones y oficios espirituales para la obra del ministerio (Ef 4.15–16; 1 Co 12.14–18). Se nos estimula a «desear los dones espirituales» (1 Co 14.1), pero no a codiciar el oficio espiritual de otro. Si un creyente quiere un lugar de liderazgo espiritual, que demuestre que es digno por su carácter y conducta (1 Ti 3.1ss). La Iglesia debe acatar la advertencia de Pablo en Hechos 20.28–31.

Moisés y Aarón no se defendieron; dejaron que Dios los defienda. Moisés instruyó a Coré y a sus seguidores para que trajeran incensarios (vasijas para quemar incienso) al tabernáculo en donde Dios demostraría quién tenía razón en la disputa. Les dijo a Datán y Abiram que vinieran, pero ellos desafiaron la autoridad de Moisés y rehusaron obedecer. En el versículo 25 Moisés salió a ellos, pero su visita significaba condenación, no bendición. Nótese cómo los hombres culparon a Moisés por su fracaso al no entrar en la tierra prometida (vv. 13–14), cuando fue su propia incredulidad lo que les trajo esa derrota. Rebelarse contra Moisés quería decir rechazar la Palabra de Dios, porque él era el profeta de Dios; y rebelarse contra Aarón significaba rechazar la obra de Dios en el altar, salvación por la sangre.

II. Dios defiende la autoridad de Moisés (16.19–35)

Al día siguiente Dios intervino y juzgó a los rebeldes. Fuego del Señor mató a los seguidores (v. 35), y la tierra se abrió y tragó a sus líderes, Coré, Datán, Abiram y sus posesiones. En 26.11 se nos dice que la familia de Coré no fue destruida. Esto explica por qué tenemos salmos titulados «para los hijos de Coré» en nuestra Biblia (Sal 84; 85; 87; 88). Es evidente que los descendientes de Coré estaban contentos de ser ministros humildes y no sacerdotes, porque escribieron en el Salmo 84.10: «Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad». En cuanto a «moradas de maldad» véase Números 16.26. Es trágico cuando unas pocas personas pecan y causan la muerte de muchos otros. Antes de que la rebelión concluyera, casi 15.000 personas habían muerto (véase v. 49). Léase 2 Pedro 2.10–22 para ver cómo estima Dios a quienes «menosprecian la autoridad» y se rebelan en contra de la verdad de Dios.

III. Dios defiende la autoridad de Aarón (16.36–17.13)

A. Le da a Aarón los incensarios de los rebeldes (16.36–40).

Moisés le dijo al hijo de Aarón, Eleazar, que reuniera los incensarios y los convirtiera en láminas para cubrir el altar de bronce. Cuando los adoradores venían al altar, podían ver estas láminas y recordar que Dios juzga severamente el pecado de rebelión. ¿Por qué eran estos incensarios «santos» (santificados)? Debido a que Dios los usaba de una manera especial para enseñarle a Israel una lección. Permitir que los incensarios se trataran como «chatarra» o como implementos ordinarios hubiera disminuido el impacto del juicio.

B. Hizo que Aarón intercediera (16.41–50).

Tal vez piense que las muertes de todas esas personas llenarían de terror y temor reverencial los corazones de la nación, pero no fue así. ¡Al día siguiente la congregación entera se rebeló de nuevo! Sólo la gracia de Dios puede cambiar el corazón humano; ninguna cantidad de ley o juicio hará jamás nuevo el corazón. La congregación se unió en contra de Moisés y Aarón y les acusaron de asesinos, pero Dios intervino y defendió a sus siervos. Si Moisés hubiera tenido un espíritu amargado, hubiera permitido que la plaga destruyera al pueblo. En lugar de eso, ordenó a su hermano Aarón que pasara por en medio de la plaga con su incensario y que detuviera el juicio. Cuán poco se dio cuenta el pueblo del amor y sacrificio de Moisés por ellos. Aarón literalmente se convirtió en su salvador; se puso entre los vivos y los muertos y detuvo la plaga. ¡Su incensario consiguió más que los 250 incensarios de los rebeldes! En cierto sentido Aarón ilustra la obra de nuestro Salvador, porque Cristo dejó el lugar de seguridad para estar entre los vivos y los muertos y rescatar de la muerte a los pecadores.

C. Hizo que la vara de Aarón reverdeciera (17.1–3).

Dios iba ahora a declarar de una vez por todas la autoridad del sacerdocio aarónico. El pueblo no había aprendido la lección, así que Moisés instruyó a cada tribu que trajera una vara, una rama muerta, para colocar ante el arca en el tabernáculo. Dios anunció que la vara que floreciera indicaría a quien había escogido para el sacerdocio. El versículo 8 nos dice que la vara de Aarón no sólo reverdeció y arrojó renuevos, ¡sino que floreció y llevó fruto! Las demás varas seguían muertas y cada príncipe se llevó de nuevo su vara, quedando sólo la de Aarón en el tabernáculo como testimonio de la rebelión de la nación y del nombramiento que hizo Dios a Aarón como sumo sacerdote.

El florecimiento de la vara es un hermoso cuadro de la resurrección de Cristo. Mediante la resurrección Dios ha declarado que Cristo es su Hijo y el único Sacerdote que Dios acepta. Él rechaza los demás sacerdocios. No importa cuántos participen, ni cuán grandes sean los nombres, ni cuán sincera sea su obra; cualquier otro sacerdocio es rechazado. Solo hay un Sumo Sacerdote, un sacrificio y un camino abierto al cielo; léase Hebreos 10. Hoy tenemos muchos como Coré que se atreven a tomar posesión del sacerdocio, pero que no tiene autoridad celestial.

Nótese en los versículos 12–13 que el pueblo temió después que vio esta demostración del poder de Dios. Lo que la muerte de casi 15.000 personas no pudo lograr, ¡lo consiguió el florecimiento silencioso de una vara muerta! «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu» (Zac 4.6).

NÚMEROS 20–21

En estos dos capítulo tenemos dos maravillosos tipos de Cristo.

I. Cristo la roca herida (20.1–13)

En Éxodo 17.1–7 ya se introdujo este tipo. En muchos lugares de las Escrituras, a Dios se le pinta como una Roca; y 1 Corintios 10.4 aclara que la Roca en Éxodo y Números es un cuadro de Cristo. El pueblo no podía vivir sin agua, ni tampoco hoy podemos vivir sin el agua de la vida (Jn 4.13–14; 7.37–39). En la Biblia el agua para beber es un tipo del Espíritu Santo, quien viene al interior y satisface nuestra vida espiritual. El agua para lavarse es un tipo de la Palabra de Dios, que tiene poder limpiador (Jn 15.3; Ef 5.26).

Los hechos aquí contrastan con los de Éxodo 17. En el pasaje de Éxodo Dios le dijo a Moisés que golpeara la roca, lo que es un cuadro de la muerte del Señor en la cruz. Pero aquí se le dijo que le hablara, porque Cristo murió una sola vez. Todo lo que necesitamos ahora es pedir y Él dará de su Espíritu Santo (Jn 7.37–39). Cuando Moisés golpeó la roca usó la vara de Aarón y no la suya propia. Esta es la vara

sacerdotal de la vida (Éx 17.1ss). Esta es la explicación de por qué Moisés debía hablarle a la roca y no golpearla: Cristo nuestra roca ha resucitado de los muertos; es nuestro sumo Sacerdote viviente; y nos da las bendiciones espirituales que necesitamos conforme se las pedimos. Una persona no tiene que salvarse una vez tras otra, ni tampoco el don del Espíritu Santo debe repetirse. Recibimos el Espíritu una sola vez cuando confiamos en Cristo; recibimos llenuras del Espíritu muchas veces conforme venimos a Cristo y se lo pedimos.

La principal razón, sin embargo, por la que Dios juzgó a Moisés y le impidió entrar en la tierra prometida fue esta: se exaltó a sí mismo y no le dio la gloria a Dios. Al llamar al pueblo «rebeldes» y al decir: «¿Os hemos [Aarón y yo] de hacer salir aguas de esta peña?» (v. 10), Moisés no le daba a Dios la gloria debida a su Nombre. Fue una evidencia de orgullo e incredulidad (v. 12). El punto más fuerte de Moisés era su mansedumbre (12.3), sin embargo aquí es donde falló. Sin duda Pedro era un hombre valiente, pero fracasó precisamente en eso mismo cuando negó al Señor. A menos que glorifiquemos a Dios en todo lo que hacemos, Dios se enfrentará a nosotros y hará que perdamos las bendiciones que Él tiene planeadas para nosotros.

II. Cristo la serpiente de bronce levantada (21.1–9)

Juan 3.14 es nuestra autoridad para hacer esto un tipo de Cristo. Nótese cómo es un cuadro de la salvación que tenemos en Cristo.

A. La necesidad.

El pueblo pecó de dos maneras: hablaron contra Dios y contra Moisés. Debido a esto estaban muriendo. «La paga del pecado es muerte» (Ro 6.23). Aquí tenemos los dos aspectos de la ley de Dios: conducta hacia Dios y conducta de los unos con los otros. Debido al pecado la muerte está en el mundo y todos estamos condenados (Jn 3.16–18). A cada persona nacida en este mundo la ha mordido la feroz serpiente del pecado y está destinada a morir.

B. La gracia de Dios.

Dios podía haber ignorado el aprieto de la gente, porque merecía morir, pero su amor y gracia proveyeron el remedio. La intercesión de Moisés en el versículo 7 nos recuerda la oración de Cristo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34).

C. Otra serpiente.

¡Qué extraño que Moisés hiciera otra serpiente cuando en un principio las serpientes fueron las causantes del problema! ¿No había ya suficientes en el campamento? Pero la serpiente de bronce es un cuadro de Cristo, que se hizo pecado por nosotros (2 Co 5.21). El bronce es el metal que habla de juicio y en la cruz Cristo llevó el juicio por nosotros. Nótese que la serpiente no fue eficaz en la mano de Moisés, ni en un anaquel. Tenía que ser «levantada»; Cristo tuvo que ser crucificado. Véanse Juan 3.14, 8.28 y 12.30–33.

D. Por fe.

El pueblo oró: «¡Quítanos las serpientes!» Pero el método de Dios fue vencer el aguijón de la muerte por fe. «¡Miren, y vivan!», fue la respuesta. No fue ignorando las mordeduras, aporreando las serpientes, aplicando medicina, ni tratando de huir que se salvó la gente. La salvación vino al mirar por fe a la serpiente levantada en el centro del campamento (Cf. Is 45.22). Nótese que la serpiente no estaba relacionada en nada con el tabernáculo. Ninguna cantidad de sacrificios hubiera salvado de la muerte a la gente.

E. Disponible.

La serpiente no se levantó en algún rincón escondido. Se levantó en el centro del campamento donde todos pudieran verla y vivir. Cristo está a nuestra disposición hoy; no está lejos. Véase en Romanos 10.6–13 una aplicación más completa. El remedio está al alcance de todos: «El que quiera, tome» (Ap 22.17).

F. Gratuito.

A los pecadores que morían en los días de Moisés no les costaba nada mirar y vivir. Tal vez no entendieron el cómo o el porqué de todo (¿y quién entiende la salvación?), ¡pero podían creer y vivir!

G. Suficiente.

Una sola serpiente levantada era suficiente para todo el campamento. Sólo Cristo es suficiente para nuestra salvación; no necesitamos nada más. El que se estaba muriendo no se salvaba por mirar a la serpiente y guardar la ley, ni mirar y traer un sacrificio, ni mirar y prometer portarse mejor. Se salvaron sólo por fe. Cristo es suficiente para suplir todas nuestras necesidades para el tiempo y la eternidad.

H. Sanidad inmediata.

La salvación no es un proceso; es un milagro inmediato que ocurre cuando el pecador mira a Cristo por fe. Cristo en su muerte y resurrección no nos salva «poco a poco». Salva instantánea, inmediata y completamente.

I. Un remedio para todos.

La gente insensata dice: «Así como todos los caminos llevan a Roma, todos los caminos llevan al cielo, ¡y hay muchas maneras de ser salvos!» Había sólo una manera de ser salvo en el campamento de Israel y hay sólo un camino hoy. Léanse Juan 14.6 y Hechos 4.12. A menos que el pecador mire por fe a Cristo, está perdido para siempre.

J. Doble seguridad.

¿Cómo sabía la gente que se estaba muriendo que el remedio serviría? Primero, tenían la seguridad de la Palabra de Dios. Él había prometido que cualquiera que mirara viviría. Segundo, podía ver lo que ocurría en la vida de otros. Dios no daría ninguna revelación especial, ningún sentimiento especial; los pecadores tenían que depender de lo que Dios había prometido.

Todo esto le parece necio a la gente del mundo (1 Co 1.18–31). Imagínese, ¡mirar a una serpiente levantada para ser salvo de la muerte! La gente de hoy se mofa de la cruz, mientras que tratan de matar serpientes y fabricar nuevos remedios contra ellas. Sin embargo, ¡cada remedio que el hombre ha fabricado ha fracasado! Reforma, educación, mejores leyes, religión: todo ha tenido su día. Y sin embargo la gente sigue muriendo en el pecado. La única respuesta es la cruz de Jesucristo, el Salvador levantado.

Lea 2 Reyes 18.4 y descubrirá que los judíos conservaron esta serpiente de bronce y la convirtieron en ídolo. Así es la naturaleza humana, mira al objeto material e ignora al Dios que merece nuestra confianza. No fue la serpiente la que curó al pueblo; fue el Dios que ordenó que se hiciera la serpiente. Esto es idolatría: «Honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador» (Ro 1.25). Ezequías hizo peda-

zos a la serpiente ídolo y la llamó «Nehustán», «pedazo de bronce». Nos preguntamos qué pensará Dios de los millones de ídolos esparcidos en todo este mundo, pedazos de madera o metal que le roban la confianza y la gloria que se merece.

NÚMEROS 22–25

Pocos hombres en la Biblia provocaron tantos problemas como Balaam. Al parecer procedía de una nación gentil y sin embargo conocía al Dios verdadero. Era un adivino, pero pudo predecir el futuro de Israel. Escuchó la Palabra de Dios y la proclamó fielmente, mas se volvió y guió a Israel al pecado y al juicio. ¡Qué enigma es él!

I. Balac visita a Balaam (22)

A. La primera visita (vv. 1–14).

Balac era el rey de Moab y es evidente que estaba aliado a los madianitas de alguna manera. Vio las conquistas de Israel (Nm 20–21) y temía que su pueblo también fuera vencido. Se percató de que la fuerza física nunca derrotaría a los judíos, de modo que recurrió al engaño espiritual al contratar a Balaam para que maldijera a Israel. Le ofreció a Balaam una buena recompensa por el trabajo, pero el profeta (habiendo consultado con el Señor) rehusó. Los mensajeros de Balac regresaron e informaron el fracaso.

B. La segunda visita (vv. 15–41).

Balac no se daba por vencido fácilmente; envió príncipes más nobles que los primeros, prometiéndole a Balaam mayor riqueza y honor, y sugiriéndole que reconsiderara el asunto. Esto es lo que Satanás a menudo hace una vez que hemos tomado una decisión definitiva de obedecer la Palabra de Dios. En lo profundo de su corazón Balaam quería ir con los mensajeros porque codiciaba la ganancia. Este es «el camino de Balaam» (2 P 2.15–16), usar la religión como un medio de enriquecimiento. Dios le permitió a Balaam que fuera con los príncipes, pero lo hizo sólo para probarle (vv. 20–22). Es aquí que sucede el bien conocido episodio del ángel y el asna. El ángel se puso en el camino de Balaam, ¡pero el profeta no lo vio! El asna sí lo vio y actuó tan extrañamente que Balaam la golpeó. Esto debería haber sido una advertencia para él, pero estaba decidido en su misión egoísta y no era sensible a la voluntad de Dios. Cuando le fueron abiertos los ojos, Balaam vio al ángel y se dio cuenta de su equivocación. Dios le dijo directamente: «Tu camino es perverso» (v. 32), de modo que no hay razón para que Balaam dijera: «Si te parece mal, yo me volveré» (v. 34). Balaam estaba jugando con la voluntad de Dios, queriendo ver hasta dónde podía ir. Dios le permitió a Balaam que se reuniera con Balac, el cual le hizo un gran festín («hizo matar» en el versículo 40 significa «sacrificar, como para una fiesta») y le llevó para que viera a Israel.

La principal lección aquí es hallar la voluntad de Dios y obedecerla, sin importar los deseos personales o circunstancias posteriores.

II. Las visiones de Balaam acerca de Israel (23–24)

Balac quería que Balaam maldijera a Israel y así protegiera a Madián y a Moab, ¡pero cada vez que Balaam abría su boca más bien bendecía a Israel!

A. Primera visión: llamamiento de Israel (23.1–12).

Balaam deja en claro que no podía maldecir a Israel porque Dios lo había bendecido. Ve a la nación como un pueblo especial, llamado por Dios y separado de las otras naciones (Dt 26.18–19; 32.8–9; Lv 20.26). Ve el crecimiento de Israel (como el polvo) y expresa su deseo de morir como moriría un justo judío, en la bendición y el favor de Dios. Esta visión, por supuesto, desagradó a Balac, quien llevó a Balaam a «otro lugar» para «una perspectiva diferente».

B. Segunda visión: aceptación de Israel (23.13–30).

Esta vez Balaam aclara que Dios habla y cumple su Palabra. No es como los hombres que cambian de parecer o fracasan al no cumplir sus promesas. Anuncia el asombroso hecho de que Dios no ve iniquidad en Israel. Sin duda los judíos habían pecado con frecuencia, pero en lo que respecta a su posición delante de Dios, eran aceptos. Fueron librados de Egipto mediante la sangre del Cordero y eran la posesión comprada de Dios (Éx 19.1–6). Humanamente hablando eran un fracaso, pero desde el punto de vista divino eran el pueblo de Dios para siempre. A estas alturas, por supuesto, Balac estaba furioso, pero llevó a Balaam a que mirara a Israel desde otro lugar.

C. Tercera visión: Israel y Canaán (24.1–9).

Esta vez Balaam no usó ninguno de sus sortilegios; en lugar de eso, el Espíritu de Dios vino sobre él y le abrió los ojos. Esta visión describe a Israel disfrutando de sus bendiciones en la tierra prometida, con las otras naciones derrotadas. Nótese en esta visión el énfasis en el agua, líquido precioso en el desierto. Esta visión fue más de lo que Balac pudo aguantar. Amenazó a Balaam, dando indicios de que «el Señor» le había impedido de que recibiera riqueza y honor (vv. 10–11). Luego el profeta tuvo una cuarta visión.

D. Cuarta visión: gloria futura de Israel (24.10–25).

Hay quizás dos maneras de mirar este mensaje simbólico. Sin duda el rey David se ajusta a la descripción, puesto que derrotó a los moabitas, edomitas y otros pueblos (véase 2 S 8.2, 14). Pero el gran cumplimiento está en Cristo, el Mesías, la «Estrella de Jacob y Cetro de Israel». Israel tendrá completo dominio cuando Cristo vuelva y establezca el reino milenial. Los muchos enemigos de Israel serán derrotados. Véase Lucas 1.68–79.

En estas cuatro visiones Balaam da una maravillosa historia de Israel, desde su elección como nación hasta su exaltación en el reino. Podemos aplicar estas verdades, por supuesto, al creyente del NT, a quien Dios lo ha escogido, justificado (de modo que somos aceptos en el Amado), le ha dado una rica herencia en Cristo y le ha prometido la gloria futura.

III. La victoria de Balaam sobre Israel (25)

Si Balaam se hubiera detenido con sus visiones de Dios, hubiera estado seguro, pero quería el dinero y el honor que Balac le prometió. De modo que le dijo al rey cómo derrotar a Israel. Su plan era simple: invitar a los judíos a participar en los festines sacrificiales y corromperlos con idolatría y lujuria. Las ceremonias incluidas en la adoración a Baal eran muy corruptas y Balaam sabía que los hombres judíos se verían tentados a unirse con las mujeres moabitas. Esto es exactamente lo que ocurrió. Es más, un israelita fue lo bastante osado como para traer a una mujer pagana a su casa a plena vista de Moisés (v. 6). Lo que los ejércitos de otras naciones no podían hacer, las mujeres de Moab y de Madián lo estaban logrando. Si Satanás no puede vencer al pueblo de Dios como un león (1 P 5.8), viene como una serpiente. ¡Tenga cuidado de la amistad con los enemigos de Dios! Sus sonrisas son trampas.

Finees, nieto de Aarón, asumió una posición definida por el Señor y se opuso al compromiso del pueblo de Dios con los paganos (2 Co 6.14–18). Una plaga del Señor había ya comenzado. Cuando Finees mató al hombre y a la mujer culpables, la plaga se detuvo, pero no antes de que 24.000 personas murieran. Véase Números 31.16. En esta época, cuando la gente les dice a los cristianos que hagan amistad con sus enemigos espirituales, necesitamos más hombres valientes como Finees, que tomen una posición de separación y santidad.

Por supuesto, Balaam pensó que los pecados de Israel destruirían a la nación. Este es el «error de Balaam» mencionado en Judas 11. La gente que mira a la iglesia de hoy la condena por sus «manchas, arrugas y defectos», pero Dios ve a su Iglesia desde un punto de vista diferente. Es verdad, Él castiga nuestros pecados y nos disciplina cuando desobedecemos, pero nunca nos dejará ni desamparará. Es este bendito hecho de gracia que Balaam no entendió. Apocalipsis 2.14 menciona la doctrina de Balaam. Esto es el consejo que dio a Balac de invitar a los judíos a mezclarse con los gentiles, a casarse con moabitas y a participar en sus fiestas diabólicas. Tal «doctrina» no es sino compromiso. Es interesante que la advertencia del NT viene en la carta a la iglesia de Pérgamo, porque «Pérgamo» significa «casado». Este es el gran peligro hoy: Los cristianos como individuos y las iglesias (y denominaciones) como grupos olvidan su llamamiento a separarse y se unen con el mundo. Esto sólo puede significar juicio.

Véanse otras referencias a Balaam en Deuteronomio 23.4–5, Josué 24.9–10, Nehemías 13.2, Miqueas 6.5, 2 Pedro 2.15–16, Judas 11 y Apocalipsis 2.14.

NÚMEROS 33–36

Estos capítulos tratan de la designación de la herencia de las tribus, mirando hacia adelante al tiempo cuando la nación poseería Canaán. A las tribus se les asigna porciones, a los levitas sus ciudades especiales y, lo más importante de todo, se definen las ciudades de refugio. Consideraremos estas seis ciudades desde tres puntos de vista. (Léanse otros hechos en Dt 19 y Jos 20.)

I. El significado práctico

La nación no tenía fuerza policial y los ancianos de cada ciudad constituían una «corte» para considerar crímenes capitales. Si una persona accidentalmente mataba a otra, necesitaba algún tipo de protección; porque era legal que un pariente de la persona muerta tratara de vengar la sangre del fallecido. Génesis 9.6 establece el principio de la pena capital, lo cual reafirmó Moisés en 21.12–14. (No obstante, nótese en el versículo Éxodo 13 la sugerencia de las ciudades de refugio.) En otras palabras, la vida de la persona que mataba a otra corría peligro, porque el «vengador de la sangre» (el redentor) podía matarla antes de que el homicida tuviera la oportunidad de demostrar su inocencia.

Números 35.16–23 aclara que Dios considera el asesinato (con intención deliberada) y el homicidio (por accidente) dos cosas diferentes. En la ley moderna seguimos esta distinción. El asesino tiene una intención deliberada de matar; tiene un historial de aborrecer a la víctima. Pero quien mata a otro por accidente no tiene intención de asesinar. Merece el derecho de explicar el caso y salvar su vida. Este fue el propósito de las ciudades de refugio. El homicida tenía que huir a la más cercana de tales ciudades, en donde los ancianos lo recibirían, oirían su caso y realizarían un juicio. Si decidían que era culpable de asesinato, lo entregarían a las autoridades competentes para su ejecución (Dt 19.11–13). Si era claro que la muerte fue accidental, a la persona se le permitiría vivir en la ciudad bajo su protección y el vengador de la sangre no podía tocarle. Mas, sin embargo, si la persona salía de la ciudad, podía matársele. Cuando el sumo sacerdote moría, la persona era libre de regresar a su ciudad con seguridad.

Nótese que el objetivo de esta ley era evitar la contaminación de la tierra (Nm 35.29–34). El asesinato contaminaría la tierra y los asesinos sin condenar llevarían a la tierra a un pecado mayor. Esta ley proveía protección al inocente y condenación al culpable. Era una ley justa. Es desafortunado que nuestras leyes de hoy a menudo se aplican erróneamente de modo que es fácil para el culpable salir libre. No sorprende que nuestra nación está contaminada con sangre y hay muy poco respeto para la ley y el orden.

II. El significado típico

Estas seis ciudades de refugio son hermosos tipos de Cristo, a quien «hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros» (Heb 6.18).

A. Designadas por Dios.

Este fue un acto de gracia, porque todos los hombres son pecadores y merecen morir. Moisés no escogió las ciudades, porque la ley no puede salvar a nadie. Aunque eran ciudades sacerdotales, no era un sacerdote terrenal el que las seleccionó. La designación y envío del Mesías vinieron del corazón amante de Dios. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Jn 3.16).

B. Anunciadas en la Palabra.

Las seis ciudades se nombran en Josué 20.7–8 y nunca se podían cambiar. Por la autoridad de la Palabra de Dios, ¡el homicida podía entrar en una ciudad y nadie podía prohibírselo! Así con nuestra salvación: la Palabra nos la promete y esto jamás puede cambiar. Había ciudades en Israel que eran más grandes y más prominentes, pero ninguna podía dar refugio al pecador. Hay muchas «religiones» hoy, pero sólo un camino de salvación según se anuncia en la Palabra de Dios: la fe en Jesucristo (Hch 4.12).

C. Eran accesibles para todos.

Si usted consulta un mapa de la Tierra Santa, verá que las seis ciudades estaban ubicadas de tal manera que ninguna tribu estaba demasiado lejos del lugar de seguridad. En el lado oeste del Jordán estaban Cades en el norte, Siquem en el área central y Hebrón en el sur. Al lado oriental del río (donde Rubén, Gad y Manasés decidieron establecerse) estaban Golán al norte, Ramot en la sección central y Beser en el sur. Estas ciudades eran accesibles. Algunas se ubicaban en montes para ser incluso más visibles. La tradición nos dice que los sacerdotes se aseguraban de que los caminos que conducían a estas seis ciudades estuvieran en buenas condiciones y que se erigieran señales regulares para guiar al fugitivo. Los rabíes nos dicen que las puertas de estas ciudades nunca se cerraban. ¡Qué cuadro de Cristo! ¡Sin duda el «camino a la ciudad» está libre! Nadie nunca tiene que preguntarse quién es el Salvador o cómo venir a Él, porque venimos a Él por fe. Él nunca desprecia ni deja fuera al pecador (Jn 6.37). Hay un punto de contraste entre las ciudades y Cristo: cuando el homicida llegaba a la ciudad, se le admitía pero también se le juzgaba. Con nosotros no hay juicio, ¡porque ya estamos condenados! Véase también Juan 3.18. Los ancianos de la ciudad admitían a alguien que era inocente de asesinato, pero Cristo recibe a pecadores culpables. ¡Cuánta gracia!

D. Adecuadas para satisfacer la necesidad.

Siempre que el homicida permaneciera en la ciudad, estaba seguro y sería libre cuando el sumo sacerdote muriera. Esto no sugiere que podemos «dejar a Cristo» y perder nuestra salvación, porque no construimos las doctrinas sobre tipos; más bien interpretamos los tipos en base a las doctrinas. El verdadero cristiano nunca puede perecer, pero al no «permanecer en Cristo» abre la puerta a los peligros espirituales y físicos. Nuestro Sumo Sacerdote jamás morirá y porque Él vive nosotros también vivimos.

Para ver cuán adecuado es Jesucristo para satisfacer todas nuestras necesidades, considérese el nombre de las ciudades. Cades significa «justicia» y esta es nuestra primera necesidad. Cuando venimos a Cristo Él nos da su justicia y perdona nuestros pecados (2 Co 5.21; Col 2.13). Siquem significa «hombro» y sugiere que hallamos en Cristo un lugar de reposo, un amigo en quien podemos echar nuestras cargas. «¿Podré sostenerme?», es la pregunta que siempre hace el nuevo creyente. La respuesta es: «¡Él te sostendrá!» Hebrón significa «comunión», sugiriendo nuestra comunión con Dios en Cristo y también nuestra comunión con otros creyentes. Beser significa «fortaleza», sugiriendo la protección y victoria que tenemos en Cristo. El lugar más seguro en el mundo está en la voluntad de Dios. Ramot significa «alturas» y nos recuerda que los creyentes están sentados «en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef 2.4–10). El pecado siempre aplasta a la persona, pero Cristo nos levanta; ¡y un día seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire! Por último, Golán significa «círculo» o «completo» y sugiere que en Cristo estamos completos (Col 2.9–10). Algunos dicen que significa «felicidad» y sin duda el cristiano es una persona feliz, a pesar de las pruebas y problemas de la vida.

Nótese que al homicida se le dice que huya a la ciudad. ¡Tal persona no puede darse el lujo de esperar! Tampoco los pecadores perdidos pueden darse el lujo de dilatar su huida al único refugio: Jesucristo.

III. El significado dispensacional

Hay algunos eruditos que ven en estas ciudades un cuadro de Israel y su rechazo de Cristo. Israel mató a Jesucristo en ignorancia y ceguera (Hch 3.14–17; 1 Co 2.8). Jesús oró: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Esto significa que a Israel se le trata como a un homicida y no como a un asesino alevoso, y que hay perdón y seguridad para Israel. Sin embargo, Israel está ahora «en el exilio» como lo estaba el homicida en la ciudad de refugio. En otras palabras, Dios protege a Israel y un día la hará salir adelante en perdón y bendición cuando vea a su Mesías (Zac 12.10–13.1).

Estas mismas ideas se aplicarían a Pablo, quien fue culpable de matar a otros (véase 1 Ti 1.12–16). Él es un «modelo» para los judíos que serán salvos en el futuro, porque verán a Cristo en gloria así como Pablo lo vio (Hch 9).

Deuteronomio

Bosquejo sugerido de Deuteronomio

I. Preocupaciones históricas: Moisés mira en retrospectiva (1–4)
   - A. La tragedia de la incredulidad (1)
   - B. Jornadas y victorias (2–3)
   - C. Apelación final a que obedezcan (4)

II. Preocupaciones prácticas: Moisés mira hacia adentro (5–26)
   - A. Los testimonios (5–11)
     1. Proclamación de la ley (5)
     2. Práctica de la ley (6)
     3. Preservación de la ley (7–10)
        - a. Peligros desde afuera (7)
        - b. Peligros desde adentro (8–10)
     4. Apelación final (11)
   - B. Los estatutos (12–18)
   - C. Los juicios (19–26)

III. Preocupaciones proféticas: Moisés mira hacia adelante (27–30)
   - A. Bendiciones y maldiciones (27–28)
   - C. Arrepentimiento y regreso (29–30)

IV. Preocupaciones personales: Moisés mira hacia arriba (31–34)
   - A. Un nuevo líder (31)
   - B. Un nuevo canto (32)
   - C. Una nueva bendición (33)
   - D. Un nuevo hogar (34)

Notas preliminares a Deuteronomio

I. Nombre

«Deuteronomio» en el griego significa «la segunda ley». Procede de Deuteronomio 17.18 y también del hecho de que Moisés estaba reafirmando la ley a la nueva generación. Este libro no contiene una nueva ley, es una segunda afirmación de la ley original.

II. Propósito

Hay varias razones por las cuales Moisés volvió a indicar la ley en la frontera de Canaán.

A. Una nueva generación.

La anterior generación (excepto Caleb y Josué) pereció en el desierto y la nueva generación necesitaba oír la ley de nuevo. Todos tenemos poca memoria y estas personas tenían veinte años o menos cuando la nación fracasó décadas antes en Cades-barnea.

Era importante que supieran de nuevo la Palabra de Dios y se dieran cuenta de cuán importante es obedecer a Dios.

B. Un nuevo desafío.

Hasta ahora la vida de la nación era inestable; eran peregrinos. Pero ahora iban a entrar a la tierra prometida y se convertirían en una nación estable. Habría batallas que luchar y necesitaban estar preparados. La mejor manera de prepararse para el futuro es comprender el pasado. «Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo», dijo un famoso filósofo. Moisés quería que la nación recordara lo que Dios había hecho.

C. Un nuevo líder.

Moisés estaba a punto de morir y Josué tomaría el liderazgo de la nación. Moisés sabía que el éxito de la nación dependía de que la gente obedeciera a Dios, sin importar quién fuera el líder humano. Si estaban arraigados en la Palabra y amaban al Señor, seguirían a Josué y ganarían la victoria.

D. Nuevas tentaciones.

Un pueblo establecido en la tierra enfrentaría problemas diferentes a un pueblo peregrinando por el desierto. Moisés quería que ellos no sólo poseyeran la tierra, sino que también mantuvieran esa posesión, de modo que les advirtió acerca de los peligros y les dio el camino del éxito.

En un sentido espiritual demasiados cristianos están con Israel en Deuteronomio 1.1–3. Han sido redimidos de Egipto, pero aún no han entrado en su heredad espiritual. Están «de este lado del Jordán» en lugar de estar en la tierra prometida de la bendición. Necesitan oír la Palabra de Dios de nuevo y marchar por fe para recibir su herencia en Cristo.

E. Un mensaje más profundo.

Al leer Deuteronomio no podemos sino quedar impresionados con el mensaje tan profundo que Moisés da con respecto a la vida espiritual de su pueblo. Hallamos palabras referentes al amor repetidas al menos veintitrés veces en el libro; énfasis que no se halla de Génesis a Números. «El amor a Dios y el amor de Dios por el pueblo» es un nuevo tema en (Deuteronomio 4.37; 6.4–6; 7.6–13; 10.12; 11.1; 30.6, 16, 20). Es cierto que mientras los libros anteriores hablan del amor y demuestran el amor de Dios por Israel, Deuteronomio enfatiza este tema como nunca antes. La palabra «corazón» también es importante: la Palabra debe estar en sus corazones (5.29; 6.6); el pecado empieza en el corazón (7.17ss; 8.11–20); y deben amar a Dios de corazón (10.12). En otras palabras, Moisés aclara que las bendiciones vienen cuando el corazón es bueno. Para que el pueblo posea y disfrute de la tierra, sus corazones deben estar llenos de amor para Dios y su Palabra.

F. Un libro para todo el mundo.

Éxodo, Levítico y Números son «libros técnicos» que pertenecían de una manera especial a los sacerdotes y a los levitas, pero Deuteronomio se escribió para todo el mundo. Aun cuando repite muchas de las leyes que se encuentran en los primeros libros, da un nuevo y más profundo significado a estas leyes, y muestra lo que significan en la vida cotidiana de la gente. Hoy todos podemos aprender mucho de Deuteronomio respecto a amar a Dios y obedecer su voluntad.

Mencionamos aquí varias de las palabras clave [o sus derivados] de este libro y el número de veces que se hallan en la versión Reina-Valera 1960: tierra (237); heredar (49); poseer (43); oír (66); guardar (56); corazón (46); amor (23). Al juntar estas palabras repetidas podemos ver rápidamente el énfasis del libro: Ellos entrarían y poseerían la tierra si amaban a Dios, escuchaban la Palabra y la guardaban (obedecían). Si amamos a Dios, le obedeceremos; y si obedecemos, Él bendecirá.

DEUTERONOMIO 1–6

Al empezar Moisés esta serie de discursos a la nueva generación de Israel repasa la historia pasada de la nación. Es un pecado vivir en el pasado, pero nunca comprenderemos el presente ni nos prepararemos para el futuro si ignoramos el pasado.

I. Les recuerda la dirección de Dios (1–3)

La nación se había reunido en las llanuras de Moab «a este lado del Jordán». Demoraron cuarenta años para llegar allá y, sin embargo, ¡el versículo 2 indica que el viaje se debió hacer en once días! Esta es la tragedia de la incredulidad: desperdicia tiempo, energía y recursos humanos; le roba a Dios la gloria debida a su Nombre. Moisés empezó a «declarar» la ley de Dios, y esta palabra «declarar» literalmente significa «grabar». Quería dejarla bien en claro, escribirla en sus corazones.

A. De Sinaí a Cades-barnea (1.1–46).

La nación acampó en Horeb desde el tercer mes del primer año (Éx 19–1) hasta el segundo mes del segundo año después de su éxodo de Egipto (Nm 10.11). Durante este tiempo Moisés recibió la ley y se construyó y erigió el tabernáculo. Es interesante notar que Moisés rememora su propio fracaso (vv. 9–18), así como el de la nación (vv. 19–46). Sin duda, la nueva generación debería saber por qué la nación estaba organizada como lo estaba y por qué no había entrado antes en su herencia. Moisés aclara que su pecado en Cades-barnea fue rebelión (v. 26) basada en la incredulidad. Para repasar estos hechos véanse sus notas sobre Números 9–14.

B. Las naciones que evitaron (2.1–23).

Moisés pasa los años de «peregrinaje» en una sola oración (1.46), y ahora se dedica al viaje en las fronteras de Canaán. Evitaron tres naciones: Edom (los descendientes de Esaú, el hermano de Jacob); y Moab y Amón (los descendientes de Lot, el sobrino de Abraham). Puesto que estas naciones tenían relación de sangre con Israel, Dios no les permitió a los judíos que pelearan contra ellas y los protegió cuando pasaron por las fronteras de estas grandes naciones.

C. Las naciones que derrotaron (2.24–3.29).

Dios permitió a Israel pelear y conquistar estas naciones por dos razones: (1) como una advertencia a las naciones de Canaán, v. 25; y (2) para dejar la tierra disponible para las dos tribus y media que se establecerían al este del Jordán (3.12–17). Los judíos fueron amables con estas naciones cuando llegaron, ofreciéndoles pasar pacíficamente. Cuando las naciones los atacaron de todas maneras, Dios los conquis-

tó. La nueva generación captura las grandes ciudades amuralladas (3.5), como aquellas que atemorizaron a la generación anterior. Es cierto que esto les estimularía al prepararse para entrar en Canaán. Nótese que Josué recibió una comisión especial en este tiempo. Moisés oró para que se le permitiera entrar en la tierra, pero Dios no se lo permitiría.

Dios guió y protegió a Israel en el pasado y sin duda estaría con él en el futuro.

II. Les recuerda de la gloria y grandeza de Dios (4–5)

En esta sección Moisés lleva a la nación de regreso al Sinaí, donde se le reveló la gloria y la grandeza de Dios y donde la nación tembló ante la ley de Dios. El pueblo corría el peligro de olvidar la gloria y grandeza de Dios (véase 4.9, 23, 31). Moisés destaca tres peligros:

A. Olvidarse de la Palabra (4.1–13).

¿Qué otra nación había sido bendecida con la Palabra de Dios? La Palabra de Dios era la sabiduría de Israel y su poder. Si obedecían su Palabra, Él los bendeciría y ellos poseerían la tierra. Si cambiaban su Palabra (v. 2) o la desobedecían, Él los castigaría y se perderían el disfrute de la tierra. Cuando la Palabra de Dios llega a ser algo común para los hijos de Dios en cualquier tiempo y dejan de respetarla, se encaminan a serios problemas.

B. Volverse a los ídolos (4.14–49).

¡Guárdate!, es la advertencia de Moisés que se repite en 4.9, 15, 23. Le recuerda al pueblo que no vieron imagen de Dios en el Sinaí y les advierte que no deben hacerse ninguna imagen (vv. 15–19; véase Ro 1.21–23). Dios demostró ser más grande que todos los dioses de Egipto, ¿y por qué adorarlos? En amor Dios llamó a la nación para sí mismo. Si se volvían a los ídolos, sería adulterio espiritual. En los versículos 25–31 Moisés resume el futuro de Israel: se volverían a los ídolos, serían arrojados de la tierra y esparcidos, y servirían a otros dioses en el cautiverio. Fue en el cautiverio que Israel aprendería su lección y abandonaría los dioses falsos de una vez por todas.

C. Olvidarse de su ley (5.1–33).

Aquí Moisés repite los Diez Mandamientos, la base para la ley moral de Dios. Es más, el resto de Deuteronomio es en realidad una ampliación y aplicación de estos mandamientos. Israel debía oír, aprender, guardar y hacer estas leyes (v. 1), porque al obedecer la ley estarían honrando a Dios y abriendo el camino para la victoria y la bendición: «Oye, Israel» es una frase importante en este libro (véanse 5.1; 6.3–4; 9.1; 20.3). Dios dio esta ley para revelar el pecado (Ro 3.20); para preparar a la nación para el Cristo que vendría (Gl 3.19–24); y para hacerlos una nación separada sobre la tierra (Dt 4.5–8). Nótese que Moisés les recuerda que su responsabilidad se basa en la redención divina, porque Él los libertó de Egipto (vv. 6, 15; cf. 6.12; 8.14; 13.5, 10). «No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio[…] pues[…]» (1 Co 6.19–20). Nótese que el versículo 10 introduce el amor de Dios; compárese con 4.37. El versículo 29 aclara que la ley debe estar en el corazón o no puede haber verdadera obediencia. Véanse también Hebreos 8.8–12; Jeremías 32.39–40 y 31.31–34. En 2 Corintios 3 se enseña que el creyente del NT tiene la ley escrita en su corazón por el Espíritu de Dios; y Romanos 8.1–4 explica que obedecemos la ley por el poder del Espíritu.

III. Les recuerda la bondad de Dios (6)

Los versículos 10–12 ilustran la debilidad básica de la naturaleza humana: damos por sentado las bendiciones de Dios. «Cuídate de no olvidarte de Jehová». Cuán proclives somos a pensar que nuestra sabiduría y nuestra fuerza nos han dado lo que tenemos. Véase 8.17–18. Dios escogió en su amor a Israel; soportó sus pecados en su gracia; los guió y los protegió; y luego les dio una tierra maravillosa. Qué ingratitud mostraría Israel si a propósito (y descuidadamente) ignoraban a Dios y no le obedecían. Demasiado a menudo queremos disfrutar de las bendiciones, ¡pero no queremos obedecer al que nos da las bendiciones!

«Dios celoso» (v. 15). Esto nos lleva de nuevo al Sinaí (Éx 20.5), en donde Dios entró en una relación de pacto con Israel. Así como un marido tiene el derecho de ponerse celoso por su esposa, así Dios tiene el derecho de ser celoso por su pueblo. Véanse Josué 24.19 y Santiago 4.5. La idolatría es adulterio espiritual e Israel fue culpable a menudo de este pecado.

Los padres debían recordar a sus hijos lo que Dios hizo por la nación, así como Moisés ese día le recordaba a Israel el cuidado de Dios (vv. 20–25). Los versículos 6–9 aclaran que la Palabra debía hacerse parte del hogar, el centro de conversación y el medio para instruir a los hijos en amar a Dios y obedecerle. Desafortunadamente los judíos tomaron la letra de esta ley y no el espíritu, y acabaron haciendo filacterias (Mt 23.5), cajitas que contenían pasajes de la ley. Las llevaban en sus brazos y cabezas, pero esto no significaba que tuvieran la Palabra en sus corazones.

Los cristianos del Nuevo Testamento necesitan también estas advertencias. Cuán proclives somos a olvidarnos de la dirección de Dios y nos quejamos cuando las circunstancias se ponen incómodas. Él nos ayudó en los días pasados; no nos va a olvidar ahora. Necesitamos recordar la gloria y grandeza de Dios, porque es fácil que los ídolos se introduzcan de manera solapada en nuestras vidas. Y necesitamos recordar la bondad de Dios. Cuán maravillosamente nos ha cuidado. Si le amamos a Él y a su Palabra con todo nuestro corazón, Él nos bendecirá y seremos una bendición para otros.

DEUTERONOMIO 7–11

Después de recordar al pueblo los hechos del pasado (caps. 1–6), Moisés advierte ahora de los peligros del futuro. Por siglos Israel fue una nación esclava y por cuarenta años fue un pueblo peregrino. Ahora iba a establecerse en su tierra, de modo que necesitaban percatarse de los peligros venideros con este nuevo medio. Nótense al menos cinco peligros que el pueblo tenía que reconocer y evitar.

I. Compromiso con el enemigo (7.1–16)

El propósito de Dios era expulsar a las naciones paganas y establecer a Israel en Canaán. Pero tenía que advertir a Israel que destruyera por completo a estas naciones y que de ninguna manera se comprometiera con ellas. Había una razón doble para esta destrucción completa: (1) las naciones eran impías y estaban listas para el juicio (Gn 15.16; cf. Dt 9.4–5); y (2) si se las dejaba en la tierra, conducirían a Israel al pecado. La gente que no comprende el juicio de Dios o lo terrible del pecado, arguyen que Dios era «perverso» al destruir estas naciones. Si comprendieran la perversidad de estas religiones paganas y cómo estas naciones resistieron a Dios, tales críticos estarían más bien agradecidos de que Israel las destruyera. Un Israel contaminado nunca podría dar al mundo la Palabra y el Hijo de Dios.

El argumento de Moisés en este pasaje es simple: Israel es la nación especial de Dios, un pueblo escogido, separado de las demás naciones. Dios los escogió porque los amó, y demostró su amor al sacarlos de Egipto y cuidar de ellos fielmente en el desierto. Este principio de

separación corre a través de toda la Biblia; Dios separó la luz de las tinieblas (Gn 1.4) y las aguas que estaban debajo de la expansión, de las que estaban sobre esta (Gn 1.7). Ordenó que Israel se separara de las otras naciones (Éx 23.20–23; 34.11–16). Ordenó que la Iglesia se separe del mundo (2 Co 6.14–7.1; véase Ap 18.4). Cuando Dios llamó a Abraham para fundar la nación judía, lo separó de sus alrededores paganos. Dios promete bendecir cuando su pueblo se separa del pecado (Dt 7.12–16).

Vivimos en un día cuando la Iglesia y el mundo están tan entremezclados que es difícil saber quién pertenece realmente a Cristo. Hemos sido llamados fuera del mundo para ser un testimonio al mundo (Jn 15.16–27). Los cristianos mundanos estorban la obra de Dios.

II. Temor del enemigo (7.17–26)

Por lo general, el temor conduce al compromiso; nos «rendimos» para protegernos. Moisés le advierte al pueblo que no tema al enemigo porque Dios estará con Israel para darles la victoria. ¿No los había libertado de Egipto y de los reyes en el desierto? Entonces, ¡les daría la victoria en Canaán! La victoria sería en etapas (v. 23; Jue 2.20–23), de modo que pudieran poseer la tierra con seguridad. Dios haría la liberación, pero ellos tenían que ejecutar la destrucción (vv. 23–26): eliminar a los reyes paganos, los ídolos y los altares. Todo lo que quedara sería tropiezo para ellos y los conduciría al pecado. Lea 2 Corintios 7.1 y Romanos 13.14.

III. Prosperidad y satisfacción propia (8)

¡Las «artimañas» del diablo son más peligrosas que sus ejércitos! En esta sección Moisés advierte a su pueblo acerca de los peligros de la prosperidad. Se olvidarían de los cuarenta años del cuidado de Dios, cuando Él les proveía de alimentos y de abundante ropa. Incluso, se olvidarían de la mano castigadora de Dios cuando pecaban. Y este olvido los llevaría a pecar: en su prosperidad y bendición en la «tierra que fluye leche y miel», llegarían a sentirse satisfechos en sí mismos y pensarían que su fuerza logró todas esas cosas.

¿No está ese pecado con nosotros hoy? A menudo cuando los tiempos son duros y tenemos que depender de Dios para nuestras necesidades diarias, nos acordarnos de Él y le obedecemos. Pero cuando «las cosas marchan bien» y tenemos más de lo que necesitamos, nos volvemos autosuficientes y nos olvidamos de Dios. «Él te da el poder para hacer las riquezas» (v. 18) es una afirmación que todos necesitamos recordar. Algunas veces Dios nos castiga para recordarnos quién está en control de la riqueza de este mundo.

IV. Orgullo (9.1–10.11)

Después de conquistar las naciones paganas en Canaán, Israel se vería tentado a enorgullecerse pensando que fue debido a su justicia que Dios les dio la victoria. Moisés les recuerda que sus victorias serían todas debido a la gracia de Dios. Para empezar, Dios les daría la tierra para cumplir sus promesas a sus padres (Gn 15), promesas que hizo debido a su gracia. Los judíos no merecían la tierra. Se les dio porque Dios los amaba. Aún más, arrojaría a las naciones paganas debido a los pecados de esas naciones, no por la bondad de Israel. Moisés les recuerda a los judíos que toda su historia había sido de rebelión, ¡no de justicia! Provocaron a Dios en el desierto; hicieron un ídolo en el monte Sinaí; se rebelaron en incredulidad en Cades-barnea. Si no hubiera sido por la intercesión de Moisés, la nación entera hubiera sido destruida.

La aplicación es cierta para los cristianos hoy. ¡No nos atrevamos a olvidarnos de la gracia de Dios! Somos salvos por gracia (Ef 2.8–10) y cualquier obra que hagamos para Él es por gracia (1 Co 15.10; Ro 12.6). Si tenemos bendiciones materiales y espirituales, es debido a su gracia y no a nuestra bondad. Tales bendiciones deben hacernos humildes, no hacernos orgullosos, y debemos querer usar lo que tenemos para su gloria al ganar almas. Así como Moisés intercedió por la nación y la salvó, Cristo murió por nosotros y vive para siempre para interceder por nosotros. Por Él tenemos tan grandes bendiciones hoy.

Tal vez la peor clase de orgullo es el «espiritual», tal como el que vemos en los fariseos. Si las personas son espirituales, no pueden ser orgullosas. Jactarse de dones espirituales o gracia es invitar a la mano castigadora de Dios.

V. Desobediencia deliberada (10.12–11.32)

Esta sección es la apelación final de Moisés antes de empezar a repasar y aplicar las leyes que gobernarían sus vidas en la tierra prometida (12.1ss). «Voy a darles muchas leyes», dice Moisés, «pero el Señor en realidad pide de ti sólo esto: que le temas, le ames y le sirvas, y Él te bendecirá» (v. 12). La circuncisión era la señal del pacto (Gn 17), pero este rito se ignoró durante los peregrinajes de Israel (Jos 5). Sin embargo, lo importante no era la circuncisión física; era la circuncisión espiritual: el sometimiento de los corazones a Dios (v. 16).

En el capítulo 11 Moisés aclara que la cuestión real es el corazón: si en verdad amaban a Dios, obedecerían su Palabra (Jn 14.21). Sí, debían temer a Dios, habían visto sus milagros y juicios; pero este temor debía ser un amor reverente por el Dios que los escogió por sobre todas las otras naciones. Dios no podía bendecirlos si rehusaban obedecer su Palabra.

Algunos de los judíos tal vez decían: «Una vez que entremos en la tierra, podemos vivir como nos plazca y todavía disfrutar de su abundancia». No es así, porque la tierra prometida no es como Egipto (vv. 10–17). En Egipto la gente dependía del sucio río Nilo para irrigar sus sembrados, pero en Canaán las lluvias vendrían del cielo dos veces al año para darle al pueblo las cosechas que necesitaban. La productividad de la tierra prometida dependía de la lluvia del cielo, así como nosotros hoy dependemos de las «lluvias de bendición» si nuestras vidas han de ser fructíferas para Dios. Si Israel desobedecía, Dios no enviaría la lluvia, suceso que se repitió varias veces en la historia de la nación.

El tiempo de decisión había llegado (vv. 26–32). Tenía que escoger entre una bendición y una maldición. Este principio básico nunca ha cambiado: si obedecemos la Palabra de Dios de todo corazón, Él nos bendecirá a nosotros y nuestro trabajo; pero si le desobedecemos, Él enviará una maldición y nos castigará. La obediencia es la clave de la felicidad.

DEUTERONOMIO 27–30

Esta sección es profética y nos da cuatro cuadros de Israel en relación con la tierra.

I. Israel entra en la tierra (27)

El cumplimiento de esta profecía lo encontramos en Josué 8.30–35. Deuteronomio 27.3 enseña que la conquista de la nación de la tierra dependía de su obediencia a un conjunto de instrucciones. El valle entre los montes Ebal y Gerizim es un lugar hermoso, con la ciudad de Siquem en él. Toda el área forma un anfiteatro natural como de tres kilómetros de ancho y a la gente no le era difícil oír la lectura de la ley.

Los ancianos de las tribus debían levantar «piedras grandes» en el monte Ebal y escribir sobre ellas los Diez Mandamientos. Al pie del monte se sacrificarían ofrendas de paz. La ley trae condenación (2 Co 3.7–9), pero el altar satisfacía la necesidad del pecador condenado. Los holocaustos hablan del completo sacrificio de Cristo a nuestro favor y las ofrendas de paz nos recuerdan que, a pesar de una ley quebrantada, Él nos ha dado paz con Dios (Ro 5.1). Seis tribus debían estar en el monte Gerizim, el monte de la bendición; y nótese que todas fueron de Lea y Raquel. Rubén y Zabulón fueron hijos de Lea, pero ellos eran de los que estaban en el monte de la maldición (v. 13). Rubén perdió sus derechos de primogénito cuando pecó contra su padre (Gn 49.4). Los levitas, con el arca, debían estar en el valle entre los dos montes y proclamar la ley. Nótese que ninguna de las bendiciones debían recitarse, porque la ley trae una maldición, no una bendición (Gl 3.10).

Esta ceremonia entera sería un recordatorio de impacto para los de Israel de que eran una nación de pacto (v. 9), obligados a obedecer la ley de Dios. Léase 2 Corintios 3 para ver los contrastes entre el ministerio de la ley y el glorioso ministerio de la gracia.

II. Israel posee y disfruta de la tierra (28.1–14)

«La obediencia trae bendición» (vv. 1–2); este es el tema de la Palabra de Dios. Véase Efesios 1.3, donde el creyente del NT ya tiene «toda bendición espiritual» en Cristo, y disfruta de ella al confiar en Dios y obedecerle. Por supuesto, este principio de obediencia se halla en cada período de la historia de la salvación, porque Dios no puede bendecir a quienes se rebelan contra Él.

Nótese que Dios prometió a Israel bendiciones materiales en todos las áreas: la ciudad, el campo, el fruto, el ganado, al entrar, al salir. Prometió derrotar a sus enemigos y establecerlos en la tierra como pueblo santo. El versículo 10 indica que la nación sería un testigo mundial de la gracia de Dios. Es triste, pero se han convertido en un testigo mundial del castigo de Dios (vv. 45–46). Dios les prometió lluvia a su tiempo. Afirmó que pondría a Israel por cabeza (v. 13), su instrumento de bendición al mundo.

Tenga presente que Israel poseía la tierra debido al pacto de Dios con Abraham, pero el pueblo poseería y disfrutaría de la tierra sólo si obedecían el pacto de Dios como nación santa. Hoy tenemos todas las bendiciones que necesitamos en Cristo debido a su gracia, pero disfrutamos de estas bendiciones si confiamos en Él y obedecemos su voz.

III. Israel desarraigado de la tierra (28.15–29.29)

Aquí está tanto la profecía del castigo de Israel, su cautiverio y dispersión, como su regreso futuro en bendición. «Espiritualizar» estas bendiciones y maldiciones, y aplicarlas a la Iglesia es tergiversar las Escrituras y fracasar al no «trazar bien la Palabra de verdad». Estas son maldiciones literales y cayeron más tarde sobre Israel debido a que quebrantaron su pacto con Dios al adorar ídolos y desobedecer su ley.

Las maldiciones de 28.15–19 son paralelas a las bendiciones en 28.3–6. Dios les advirtió que las mismas enfermedades y pestilencias que vieron entre los enemigos vendrían sobre ellos, incluyendo las plagas que Dios envió sobre Egipto (28.27). Una evidencia de su ira sería la retención de la lluvia temprana y tardía (28.23–24; véanse 11.10–17; 2 Cr 7.13–14; 1 R 17.1ss; Jer 14.1ss). Sus enemigos los derrotarían; serían esparcidos como esclavos ciegos por toda la faz de la tierra. En 28.36 tenemos un indicio de que Israel pediría rey (véase 1 S 8). Su tierra rica, fluyendo leche y miel, se volvería un desierto. Y en lugar de ser la primera nación de la tierra, sería «la cola» (28.44).

La palabra «perezcas» en el versículo 45 no significa aniquilación; porque Dios no podía violar su pacto y destruir por completo a la nación de Israel. Significa «triturado», refiriéndose a las terribles pruebas y disciplinas que caerían sobre Israel debido a la desobediencia. La nación sería «maravilla y señal» al mundo, así como aún lo es.

En 28.48–68 tenemos la predicción de los cautiverios de Israel y la remoción de la nación de la tierra prometida. El versículo 49 se refiere a Babilonia en lo inmediato, pero en lo remoto a Roma (nótese tanto el águila como el yugo de hierro; véase Jer 5.15ss). Aquí hay un cuadro de los terribles asedios de Jerusalén (véanse Lm 2.20–22; 4.10; Mt 24.19). Los versículos 63–65 aclaran que la continuada desobediencia resultaría en que Israel sería desarraigado de la tierra y esparcido entre las naciones donde no habrá «descanso», un cuadro perfecto de los judíos del mundo de hoy. ¿Qué otra nación ha sufrido más que Israel? El versículo 68 predice que algunos de los judíos serían llevados a Egipto y esto ocurrió después que Tito conquistó a Israel en el año 70 d.C. y transportó cierto número de judíos a Egipto.

El capítulo 29 resume los hechos básicos del pacto: Dios los redimió y ellos eran responsables de obedecerle; si lo hacían, habría bendición; si no, Él los juzgaría. Moisés les advirtió que incluso una persona podía contaminar a la nación entera (29.18–19). Por último, hay algunos secretos que Dios no ha revelado, pero tenemos la obligación de obedecer los que ha revelado (29.29).

IV. Israel es restaurado a la tierra (30)

Israel disfrutó de las bendiciones menos de mil años. Entraron en Canaán alrededor del 1400 a.C. y Babilonia conquistó a Israel alrededor del 587 a.C. Además, muchas veces durante este período Israel desobedeció a Dios y fue castigado.

Este capítulo promete que Dios «hará volver la cautividad» de Israel y restaurar a la nación a la tierra, si tan solo se vuelven al Señor y obedecen su voz. Por supuesto, un remanente regresó a la tierra en el 536 a.C., pero ese no fue un gran regreso nacional. Moisés predice aquí el regreso *final* de los judíos a su tierra (véase Is 11.10–12.6). Por supuesto, regresan a su tierra en incredulidad, aun cuando han vuelto de nuevo a la ley de Dios. Incluso hoy vemos a los judíos que van de regreso a Palestina y a los «viejos caminos» de sus padres. Dios ha comenzado a bendecir de nuevo a la tierra con la lluvia temprana y tardía, y el desierto ha empezado a florecer como una rosa. Cuando la nación vea a su Mesías traspasado, se arrepentirán y serán limpiados de todo pecado (Zac 12.9–13.1).

Pablo cita 30.11–14 en Romanos 10.6–8 y lo aplica a Cristo. Este no está lejano a su pueblo aun si ellos le dan la espalda. Si lo invocan Él los salvará.

La gran conclusión del discurso de Moisés está en 30.15–20. La nación tenía que escoger entre la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Como siempre, tal selección es asunto del corazón (v. 17). La obediencia externa no sirve; debe venir desde adentro.

DEUTERONOMIO 31–34

La generación anterior ya había muerto, excepto Caleb, Josué y Moisés; y ahora Moisés iba a salir de la escena. Estos son «capítulos de transición» a medida que Moisés da sus palabras finales al pueblo que amó y dirigió cuarenta años. Es asombroso que Moisés permaneció tan leal a su pueblo, porque le criticaron, se rebelaron en su contra y mintieron acerca de él. Moisés sabía que no entraría en Canaán, sin

embargo, ¡hizo todo lo posible por lograr que Israel entrara! Por supuesto, Moisés fue fiel al Señor (Heb 3.1–6) y por eso fue tan fiel a Israel.

I. El nuevo líder (31)

Primero, Moisés anunció al nuevo líder del pueblo (vv. 1–6), explicando que ya él no los guiaría más debido al juicio de Dios. En el versículo 6 Moisés le dio al pueblo esa maravillosa promesa de la victoriosa presencia de Dios. Esto se le repitió a Josué en el versículo 8 y en Josué 1.9 (por Dios mismo). También se nos da a nosotros hoy (Heb 13.5).

Entonces Moisés llamó a Josué y lo comisionó (vv. 7–13), imponiéndole las manos y concediéndole en ello el poder espiritual que necesitaría para su gran tarea (34.9). «Dios cambia a sus obreros, pero continúa su obra». Moisés puso una copia de Deuteronomio en manos de los sacerdotes para que la colocaran en el arca y para que se leyera en la Fiesta de los Tabernáculos. Sabía que sólo la Palabra de Dios podía hacer del pueblo la clase de nación que Dios quería que fuera.

Por último, Dios llamó a Moisés y a Josué al tabernáculo (vv. 14–30), donde les dijo que la nación se rebelaría y se alejaría de la ley. Los comisionó a escribir un «canto» (véase 32.44) para que se enseñara al pueblo. El canto sería un testigo en contra de ellos (v. 19), así como lo sería la ley en el arca (v. 26). Una vez más se estimula a (v. Josué 23) y entonces Moisés congregó a los ancianos para enseñarles el canto, el cual aparece en el capítulo 32.

A Moisés no se le permitió guiar al pueblo a que entrara en Canaán por dos razones: (1) pecó contra Dios en Meriba (Nm 20.7–13; Dt 3.23–29); y (2) Canaán es un tipo del «reposo» que tenemos en Cristo y Moisés el legislador nunca podía dar reposo. Sólo Josué, el tipo de Cristo el conquistador, podía hacerlo (Heb 4; y nótese que Heb 4.8 llama a Josué «Jesús» que es como se deletrea en griego).

II. El nuevo canto (32)

Israel entonó el «canto de Moisés» en el Mar Rojo (Éx 15), al celebrar su victoria y el poder de Dios; pero este nuevo canto lamenta la apostasía de Israel y el castigo de Dios sobre su pueblo. En 31.19–30 Dios dice muy claro que el canto sería un testigo para recordarles sus pecados. El nombre clave de Dios en el canto es «la Roca» (vv. 4, 15, 18, 30–31). Así Moisés les recordaba del agua de la roca (Éx 17; Nm 20) y la bondad de Dios para la nación. En el versículo 6 se describe a Dios como un Padre, como un Redentor que ha comprado al pueblo. Sin embargo, en los versículos 5–6 se describe a la nación como corrupta, perversa y torcida.

En los versículos 7–14 Moisés le recuerda al pueblo las bendiciones de Dios: Él los halló en el desierto; los amó y los protegió; los levantó a «las alturas» de victoria; les dio las más ricas bendiciones de la tierra. Pero, ¿qué hacía Israel? La nación se rebelaba. En los versículos 15–18 tenemos una descripción de la apostasía e idolatría de Israel, el alejamiento de su Roca y el olvido de su amor. ¿Cómo responde Dios a sus pecados? En los versículos 19–25 tenemos los juicios de Dios: oculta su rostro; provoca a Israel a volverse a los gentiles (v. 21; véase Ro 10.19); y acumula en ellos su ira al esparcirlos por todo el mundo. Dios hubiera exterminado a Israel de no ser por sus enemigos (v. 27), quienes se hubieran aprovechado del juicio de Dios y derramado su odio sobre los judíos. En las edades pasadas Dios ha usado a las naciones gentiles para castigar a Israel, pero cuando esas naciones iban más allá de los mandamientos de Dios y derramaban su propia ira sobre Israel, Dios intervenía y juzgaba a esas naciones (vv. 35–43). Llegaría el día cuando vengaría y restauraría a Israel al lugar donde las naciones se van a regocijar con ella (v. 43).

Desafortunadamente Israel no tuvo en cuenta a su Roca, ni recordó este canto ni puso atención. Un día, sin embargo, estas palabras hablarán a Israel, ¡y se volverá a su Roca y descubrirá que es Jesucristo al que crucificaron!

III. La nueva bendición (33)

No podemos estudiar estos versículos en detalle, excepto notar que Moisés no menciona ninguno de los pecados de las tribus, como Jacob lo hizo en su bendición (Gn 49). El corazón de Moisés estaba lleno de amor por su pueblo y en este capítulo da su bendición de partida al pedir la bendición de Dios sobre las tribus. Nótese que empieza con los hijos de Lea, pero deja fuera a Simeón. Esta tribu a la larga la absorbió Judá, de modo que Simeón disfrutó de la bendición de Judá.

Rubén participó en la rebelión en Números 16, pero Moisés ora que la tribu pueda vivir y crecer. Judá era la tribu real. Cuando Moisés le pide a Dios «llévalo a su pueblo» (v. 7), quizás se refiere al Mesías, el Legislador prometido en Génesis 49.10. Leví era la tribu de Moisés y ora que Dios bendiga su ministerio espiritual a la nación. Nótese la bendición especial para José (vv. 13–17), cumplida en la riqueza de Efraín y Manasés.

Es interesante notar la posición espiritual del pueblo de Dios según se describe en este capítulo: En las manos de Dios y a sus pies (v. 3); entre sus hombros (v. 12); y sostenida por sus brazos eternos (v. 27). «Como tus días serán tus fuerzas» es una buena promesa para nosotros hoy (v. 25). «¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová[…]?» (v. 29). ¡Qué privilegio es ser hijo de Dios!

IV. El nuevo hogar (34)

Moisés había orado que Dios se arrepintiera y le permitiera entrar en la tierra prometida, pero Dios se lo negó (Dt 3.23–29). Dios sabía que Josué («Jehová es salvación») guiaría al pueblo a su reposo terrenal, así como el Josué celestial, Jesucristo, guiaría a su pueblo al reposo espiritual. Esto nunca lo haría la ley (Moisés). Sin embargo, Moisés sí visitó la tierra prometida en el Monte de la Transfiguración, con Elías; y habló con Cristo del «éxodo» (partida) que Él cumpliría en Jerusalén (Lc 9.27–31).

Dios le permitió a Moisés ver la tierra, que es todo lo que la ley puede hacer cuando se trata de la vida santa. La ley fija una norma divina, pero no puede ayudar a lograrla. Sin la muerte de Cristo y el don del Espíritu (Ro 8.1–4), no podemos tener la justicia de la ley cumplida en nuestras vidas. Podemos ver la tierra, pero nunca entrar en ella. Los que siguen a Moisés (legalismo) nunca entrarán en la tierra de bendición.

Dios fue el único que estuvo presente cuando Moisés murió y Él le sepultó. No cabe duda que si la gente hubiera sabido la ubicación de su tumba, la hubiera hecho una capilla idólatra. Judas 9 sugiere que Satanás quería el cuerpo de Moisés, tal vez arguyendo que Moisés era un homicida (Éx 2.11–12) y que había pecado en Meriba cuando golpeó la roca.

El pueblo lloró treinta días a Moisés. A menudo un líder es más apreciado después de muerto que durante su vida. El libro concluye recordándonos el carácter único del ministerio de Moisés: fue un hombre a quien Dios hablaba cara a cara.

El pueblo estaba ahora listo para entrar y recibir la tierra, y esto será nuestro estudio en Josué.

Josué

Bosquejo sugerido de Josué

I. El cruce del río (1–5)
   A. La comisión de Josué (1)
   B. El pacto con Rahab (2)
   C. El cruce del Jordán (3–4)
   D. La circuncisión en Gilgal (5)

II. La conquista del enemigo (6–12)
   A. La campaña central: Jericó; Hai; Gabaón (6–9)
   B. La campaña al sur (10)
   C. La campaña al norte (11)
   D. Los reyes derrotados (12)

III. Demandan la herencia (13–24)
   A. Territorio tribal asignado (13–19)
      1. Canaán oriental (13–14)
      2. Canaán occidental (15–19)
   B. Designación de ciudades especiales (20–21)
      1. Ciudades de refugio (20)
      2. Ciudades sacerdotales (21)
   C. Territorio de las tribus fronterizas (22)
   D. Amonestación a la nación entera (23–24)

Notas preliminares a Josué

I. Tema

Se ha recalcado antes que Canaán es un tipo de la herencia del cristiano en Cristo. Canaán no es un cuadro del cielo, porque el creyente no tiene que batallar para obtener su hogar celestial. Canaán representa la herencia de Dios, dada al creyente y tomada en posesión por fe. La vida cristiana victoriosa es de batallas y bendiciones, pero también es de descanso. En Hebreos 4–5 vemos que la entrada de la nación a Canaán es un cuadro del creyente entrando a la vida de reposo y victoria mediante la fe en Cristo. Demasiados cristianos están «a mitad del camino» en sus vidas espirituales: entre Egipto y Canaán. Han sido libertados de la servidumbre del pecado, pero aún no han entrado por fe a la herencia del reposo y victoria. El tema de Josué es cómo entrar y posesionarse de esta herencia.

II. Josué el hombre

Josué nació en la esclavitud egipcia. Su padre era Nun, de la tribu de Efraín (1 Cr 7.20–27); no sabemos nada acerca de su madre. Originalmente su nombre era Oseas, que significa «salvación», pero Moisés se lo cambió a Josué, que significa «Jehová es salvación» (Nm 13.16). Era un esclavo en Egipto y sirvió como ministro de Moisés durante el peregrinaje de la nación (Éx 24.13). También dirigió el ejército en la batalla contra Amalec (Éx 17) y fue uno de los dos espías que tuvieron la fe para entrar en Canaán cuando la nación se rebeló en incredulidad (Nm 14.6ss). Como resultado de su fe, se le permitió (junto con Caleb) entrar en la tierra prometida. La tradición judía dice que Josué tenía ochenta y cinco años cuando ocupó el lugar de Moisés a la cabeza de la nación. Josué 1–12 (la conquista de la tierra) abarca aproximadamente los siguientes siete años; pasó el resto de su vida dividiendo la herencia y gobernando a la nación. Murió a los 110 años (Jos 24.29). El NT aclara que Josué es un tipo de Cristo (Heb 4.8, en donde «Jesús» debe traducirse «Josué»). El nombre «Jesús» en el griego es equivalente a «Josué»; ambos significan «Salvación de Dios» o «Jehová es el Salvador». Así como Josué conquistó a enemigos terrenales, Cristo ha derrotado a todo enemigo a través de su muerte y resurrección. Fue Josué, no Moisés (que representa la ley), quien introdujo a Israel en Canaán, y es Jesús el que nos conduce al reposo y victoria espiritual. Así como Josué asignó a las tribus su herencia, Cristo nos ha dado nuestra herencia (Ef 1.3ss).

III. Las naciones derrotadas

Quienes se oponen a la inspiración de la Biblia disfrutan atacando los pasajes de Josué que relatan la guerra y la matanza (6.21, por ejemplo). «¿Cómo puede un Dios de amor ordenar tal masacre?», preguntan. Tenga presente que Dios les dio a esas naciones cientos de años para arrepentirse (Gn 15.16–21), sin embargo rehusaron volverse de sus perversos caminos. Si usted desea saber cuáles eran «las obras de Canaán», ¡lea Levítico 18 y tenga presente que estas prácticas inmorales eran parte de la adoración religiosa pagana! Cada pecador en la nación (tal como Rahab, Jos 2 y 6.22–27) podía ser salvo por fe; y hubo adecuada advertencia dada de antemano. (Lea Jos 2.8–13.) Dios algunas veces usa la guerra para castigar e incluso destruir naciones que se olvidan de Él. Dios hizo destruir a estas naciones perversas para castigarlas por sus pecados y, así como un médico que desinfecta sus instrumentos para matar a los gérmenes, Él protege a su pueblo de los caminos impíos.

JOSUÉ 1–2

«Dios sepulta a sus obreros, pero su obra continúa». Israel se acababa de lamentar por Moisés y ahora Dios le habla a Josué con respecto a sus responsabilidades como nuevo líder de la nación.

I. La comisión de Josué (1)

A. Dios le habla a Josué (vv. 1–9).

Dios escogió a Josué para ser el sucesor de Moisés desde la misma batalla con Amalec (Éx 17.8–16; nótese el versículo 14). A Moisés se le dijo que recordara a Josué y que escribiera en su libro que Amalec debía ser exterminado. En Números 27.15ss Dios instruyó a Moisés que «ordenara» a Josué; y en Deuteronomio 31.7ss Moisés dio una palabra final de bendición y estímulo a su sucesor. Debe haber fortalecido grandemente a Josué saber que Dios lo llamó, porque tenía una tremenda tarea por delante.

Nótese que Dios le da mucho aliento a Josué: (1) la promesa de la tierra, vv. 2–4; (2) la promesa de su presencia, v. 5; y (3) la seguridad de que Dios cumpliría su palabra, vv. 6–9. Es interesante estudiar los verbos que Dios usa: «la tierra que yo les doy» (v. 2); «os he entregado» (v. 3); «tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra» (v. 6). Él ya les había dado la tierra; ¡todo lo que tenían que hacer era marchar por fe y tomar posesión de ella! Dios ya nos ha dado «toda bendición espiritual» en Cristo (Ef 1.3). Todo lo que necesitamos hacer es marchar por fe y disfrutar de nuestras posesiones.

Así como Dios estaba con Moisés, estaría con Josué: «No te dejaré, ni te desampararé» (v. 5). Esta promesa se le repitió a Salomón (1 Cr 28.20) y a nosotros en Hebreos 13.5–6. Los líderes y los tiempos cambian, pero Dios no. Nótese que se exige valor en la vida cristiana (vv. 6–7, 9), pero que este valor lo suple la Palabra de Dios (v. 8). Moisés había estado escribiendo «el libro de la ley» (Éx 17.14; 24.4–7; Nm 33.2; Dt. 31.9–13) y este libro se le da ahora a Josué. Debía leerlo, meditar en él día y noche, y obedecer sus mandamientos. Véase Salmos 1.1–3 y 119.15. Si Josué pudo conquistar Canaán teniendo sólo los cinco primeros libros de la Biblia, ¡cuánto más nosotros debemos vencer ahora que tenemos la Biblia completa!

B. Josué le habla al pueblo (vv. 10–15).

Aquí tenemos una «cadena espiritual de mando». Dios mandó a Josué (v. 9); Josué mandó a los líderes (v. 10); y los líderes debían mandar al pueblo (v. 11). Esto es liderazgo espiritual bajo el mandato de Dios, y este mismo modelo debe prevalecer en la iglesia del NT. Josué les dijo a los líderes lo que Dios le dijo y ellos rápidamente llevaron el mensaje a su pueblo. Tres días después cruzarían el Jordán y entrarían en la tierra prometida, y tenían que prepararse para el acontecimiento. «Tres días» sugiere resurrección: la nación estaba a punto de tener un nuevo comienzo en una nueva tierra. Las tres tribus que se separaron decidieron vivir en el otro lado del Jordán (véase Nm 32.16–24), pero prometieron ayudar a conquistar la tierra antes de tomar posesión de su propia herencia. Josué les recordó su obligación.

C. El pueblo le habla a Josué (vv. 16–18).

Qué maravilloso es cuando el pueblo de Dios honra a Dios al respetar y seguir a sus líderes espirituales. Véase Deuteronomio 34.9. Al contrario de los cristianos carnales de Corinto (1 Co 1.11–17), no se dividieron en grupos, con los seguidores del muerto Moisés oponiéndose a los seguidores de Josué. ¡Todos siguieron al Señor! Nótese su oración por Josué en el versículo 17 y su aliento en el versículo 18. Años antes Josué había visto su división y oído sus murmuraciones. ¡Cuán agradecido debe haber estado por este espíritu de armonía!

II. El pacto con Rahab (2)

Los arqueólogos han hecho una gran investigación en Jericó. Nos dicen que la ciudad ocupaba alrededor de dos hectáreas, con una muralla interna y otra externa rodeando la ciudad. Tanto la muralla interna como la externa tenían dos metros de espesor y había casas sobre ellas (v. 15). La altura de sus muros era alrededor de quince metros y las excavaciones muestran que estas murallas fueron «destruidas violentamente». De las muchas personas que vivían en Jericó sólo sabemos el nombre de una: Rahab, la ramera (véanse Heb 11.31; Stg 2.25). Ella es un cuadro de la historia espiritual del creyente en Jesucristo:

A. Era una pecadora.

El pecado en este caso era impureza moral, pero «todos han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23). No era raro en esos días que las prostitutas administraran posadas.

B. Estaba bajo condenación.

Ya Dios había declarado condenada la ciudad de Rahab; era sólo cuestión de tiempo para que la sentencia de muerte se ejecutara. Todo y cada persona en la ciudad sería destruida (6.21), ¡sea que la gente se sintiera condenada o no! Jericó es un cuadro del mundo condenado de hoy. La gente no puede sentirse confiada y en paz, porque la muerte se avecina.

C. Se le dio un período de gracia.

La ciudad había sido destinada para el juicio desde muchos años antes (Dt 7.1–5, 23–24; 12.2–3). ¡Génesis 15.13–16 nos recuerda que Dios esperó 400 años antes de permitir que el juicio viniera sobre la tierra! Rahab y los demás residente de Jericó oyeron del éxodo de Egipto (Jos 2.10) ocurrido cuarenta años antes. Josué 4.19 y 5.10 añade otros días de espera, llevando a la semana adicional que Israel marchó alrededor de la ciudad (6.14). ¡Qué paciente es Dios!

D. Oyó la Palabra de Dios.

Fue un mensaje de juicio lo que oyó Rahab, pero le presentó al verdadero Dios. Nótese que en su conversación llama a Dios «Jehová».

E. Creyó en la Palabra.

«La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios» (Ro 10.17). Es la fe la que salva al pecador, incluso al más malo (Ro 4.5). En Hebreos 11.31 se nos dice que Rahab fue salva por fe. Nótese que la seguridad procedía de la Palabra: «Sé que Jehová os ha dado esta tierra» (v. 9).

F. Demostró su fe por obras.

El hecho de que arriesgó su vida para recibir, ocultar y proteger a los espías es prueba de que Rahab confiaba en Dios. Se identificó con el pueblo de Dios, no con los paganos que la rodeaban. Véase Santiago 2.25.

G. Debía ganar a otros.

¡Piense en el riesgo que corría Rahab al hablar de la Palabra con su familia! Cuando la gente confía en Cristo, su primer deseo es testificarle a otros, especialmente a su familia (Jn 1.35–42; Mc 5.18–20).

H. Fue librada del juicio.

Había un juicio doble sobre la ciudad: primero, el terremoto que la destruyó; luego, el fuego que destruyó todo lo que había dentro. La casa de Rahab estaba en la muralla (2.15), ¡pero evidentemente esa sección de la muralla no cayó! Después que sacaron de la casa a Rahab y sus seres queridos, Josué ordenó que se destruyera con fuego el resto de la ciudad. Quizás Rahab y su familia se sintieron perturbados cuando las cosas comenzaron a estremecerse, pero estaban perfectamente seguros en las manos de Dios (6.22–25). Los cristianos de hoy ven al mundo estremecerse por todos lados, pero pueden estar seguros de que Dios los rescatará antes de enviar su juicio de fuego sobre el mundo (1 Ts 1.10; 5.9).

I. Asistió a una boda.

En Mateo 1.5 encontramos a Rahab incluida por matrimonio en la nación judía, ¡y nombrada del linaje del Mesías! Mientras que el pueblo de Jericó sufrió la muerte, ¡Rahab y su familia disfrutarían de una fiesta de bodas! Véanse Apocalipsis 19.7–9 y 17.19. Rahab fue salva por fe, no por carácter u obras religiosas. Esta es la única manera en que Dios salva a las personas (Ef 2.8–9). ¿Ha confiado usted en Jesús como Rahab confió en Josué?

JOSUÉ 3–5

I. El milagro del cruce (3)

A. El pueblo santificado (vv. 1–5).

Como nuestro Josué del NT (Mc 1.35), Josué se levantó muy de mañana para meditar en la Palabra (1.8; 3.1) y prepararse para las obligaciones diarias. No se le dijo a Josué que inventara un método para cruzar el desbordado Jordán, porque Dios le dio todas las instrucciones necesarias. La palabra clave en este capítulo es *arca*, que se usa diez veces. Por supuesto, el arca simbolizaba la presencia de Dios. El arca marchaba delante del pueblo para guiarlos y debía permanecer en la mitad del río hasta que toda la nación hubiera pasado. Cristo siempre va delante de su pueblo para abrir el camino, pero la gente debe santificarse (véase 2 Co 7.1) y estar lista para la dirección de Dios. Dios iba a guiar a los judíos de una nueva manera (v. 4) y estos debían estar listos.

B. Josué magnificado (vv. 6–8).

Por supuesto, toda la gloria se debe a Dios, pero Él ve apropiado magnificar a sus siervos para que su pueblo pueda honrarlos (1 Cr 29.25; 2 Cr 1.1; véase Jos 4.4). Fue Josué el que ordenó a los sacerdotes y les dio instrucciones a los líderes para el pueblo. El pueblo de Dios debe magnificar a Cristo (Flp 1.20–21), pero Dios también se deleita en magnificar a su pueblo cuando le obedece (Hch 5.12–13).

C. El Señor glorificado (vv. 9–13).

En el éxodo Dios demostró ser el SEÑOR y el verdadero Dios junto al cual los dioses de Egipto no eran sino ídolos inofensivos. Ahora Dios demostraría ser el «Señor de toda la tierra» (vv. 11, 13; véanse Sal 97.5; Miq 4.13). ¡Todos los dioses de las naciones paganas caerían ante Él! Dios demostraría su poder al contener las aguas del inundado Jordán y permitir que su pueblo cruzara en tierra seca.

D. La Palabra verificada (vv. 14–17).

¡Ocurrió como Dios lo dijo! Los sacerdotes fueron delante, llevando el arca, y cuando sus pies se mojaron en el agua, ¡Dios abrió el río delante de ellos! (¡Algunas veces el pueblo de Dios tiene que «mojarse los pies» por fe antes de que Dios empiece a obrar! Véase Jos 1.2–3.) Los sacerdotes entonces avanzaron hasta la mitad del río y se detuvieron allí mientras que todo Israel pasaba al otro lado. Luego pasaron ellos también. ¡Qué cuadro perfecto de Cristo! Él va delante de nosotros para abrir el camino; se queda con nosotros hasta que hayamos cruzado; ¡y luego nos sigue para protegernos! Dios cumplió su Palabra según su pueblo confió en Él y le obedeció.

Es instructivo contrastar el cruce del Mar Rojo (Éx 14–15) y el cruce del Jordán. El primero ilustra separación del pasado (Egipto, el mundo), en tanto que el segundo es un cuadro de la entrada por fe en nuestra herencia espiritual en Cristo. El enemigo fue derrotado de una vez por todas cuando el ejército egipcio se ahogó en el Mar Rojo, pero los judíos tenían que ganar una victoria tras otra cuando cruzaron el Jordán y entraron en Canaán. En la cruz Jesús derrotó a nuestros enemigos, pero tenemos que caminar y hacer la guerra por fe si hemos de tener victoria cada día. «Cruzamos el Jordán» cuando entramos por fe en la experiencia de victoria de Romanos 6–8.

II. Los monumentos del cruce (4)

Dos montones de piedras fueron levantados: uno por los doce hombres seleccionados en la orilla del río (3.12; 4.1–8) y uno por Josué en medio del río (4.9–10). Debían ser monumentos recordando el cruce y para nosotros nos dan maravillosas verdades espirituales.

Las doce piedras en la orilla del Jordán procedían del medio del río (v. 8), como evidencia de que Dios dividió las aguas e hizo cruzar a su pueblo con seguridad. Las doce piedras ocultas en medio del río sólo Dios podía verlas, pero también hablaban del cruce maravilloso de Israel. Estos dos montones de piedras son un cuadro de la muerte y sepultura de Cristo (las piedras ocultas) y la resurrección (las piedras en la orilla). Al mismo tiempo, ilustran la unión espiritual del creyente con Cristo; cuando murió, nosotros morimos con Él; fuimos sepultados con Él; ¡resucitamos en victoria con Él! Véanse Efesios 2.1–10; Gálatas 2.20; Colosenses 2.13; Romanos 6.4–5. Hoy la Iglesia tiene dos monumentos de esta gran verdad: (1) el bautismo nos recuerda que el Espíritu de Dios nos ha bautizado en Cristo, 1 Corintios 12.13; (2) la Cena del Señor señala hacia atrás, a su muerte, y hacia adelante, a su Segunda Venida.

Los judíos no podían lograr la victoria en Canaán y vencer al enemigo sin antes atravesar el Jordán. Tampoco los cristianos de hoy puede vencer a sus enemigos espirituales a menos que mueran a sí mismos, se consideren crucificados con Cristo y le permitan al Espíritu darles el poder de la resurrección. Repase la explicación de esta verdad en los *Bosquejos expositivos del Nuevo Testamento* sobre Romanos 5–8.

III. La señal del pacto (5)

Tan pronto como los judíos estuvieron seguros en el otro lado, Dios les ordenó que recibieran la señal del pacto, la circuncisión (Gn 17). Colectivamente como nación habían atravesado la experiencia de «muerte» al cruzar el río. Ahora debían aplicar esa «muerte a sí mismos» individualmente.

Por toda la Biblia la circuncisión física es siempre un cuadro de una verdad espiritual. Por desgracia los judíos dieron más importancia al rito físico que a la verdad espiritual que enseñaba (véase Ro 2.25–29). La circuncisión es un cuadro de quitarse lo que es pecaminoso, y en el NT se ilustra con despojarse del «viejo hombre» de la carne (Col 3.1ss; Ro 8.13). No es suficiente que diga: «Morí con Cristo»; debo hacer esta verdad práctica en mi vida diaria al «hacer morir» las obras de la carne. El judío del AT se despojaba de una pequeñísima parte de

su carne. Por medio de Cristo, no obstante, el cristiano del NT se ha despojado «del cuerpo pecaminoso carnal» (Col 2.9–13). Esta operación en Gilgal, entonces, es una ilustración de la verdad de que cada creyente debe vivir «crucificado con Cristo» (Gl 2.20).

Los varones judíos no habían recibido esta señal del pacto durante su peregrinaje por el desierto y por una buena razón: Su incredulidad suspendió temporalmente su relación de pacto con Dios (Nm 14.32–34). Cuando rehusaron entrar en Canaán debido a su incredulidad, Dios «los entregó» a años de peregrinaje hasta que muriera la vieja generación. Ahora la nueva generación iba a recibir la señal del pacto. «El oprobio de Egipto» quizás significa el oprobio que los egipcios (y otras naciones) acumularon sobre los judíos mientras estos deambulaban por el desierto (véanse Éx 32.12ss; Dt 9.24–29). Su incredulidad no glorificó a Dios y las naciones paganas dijeron: «¡El Dios de ustedes no es lo suficiente fuerte para llevarlos a Canaán!» Ahora Dios los hacía entrar en la tierra prometida y el oprobio había desaparecido.

La nueva generación cruzó el Jordán, pero no atacaron de inmediato a Jericó. ¡Muchos de los cristianos de hoy se hubieran precipitado a la batalla! Pero Dios sabía que su pueblo necesitaba prepararse espiritualmente para la lucha que quedaba por delante, de modo que les hizo esperar y descansar. Mientras lo hacían, celebraron la Pascua. Cuarenta años antes la nación fue liberada de Egipto en aquella noche de Pascua.

Dios les dio nuevo alimento: el «fruto» (espigas) de la tierra. El maná era el alimento para la nación cuando eran peregrinos, pero ahora se establecerían en la tierra. Véanse Deuteronomio 6.10–11 y 8.3. Las espigas hablan de Cristo en la bendición de la resurrección, porque la semilla debe sepultarse antes de que pueda dar fruto (Jn 12.24). El orden de los hechos nos recuerda de nuevo su muerte, sepultura y resurrección: guardaron la Pascua (su muerte) y comieron del fruto de la tierra (resurrección).

La principal lección de estos capítulos es clara: no puede haber conquista sin la muerte a uno mismo (cruzar el Jordán) e identificación con la resurrección de Cristo (los dos monumentos de piedras). Antes de que los judíos pudieran lograr la victoria sobre el enemigo, tenían que experimentar la victoria sobre el pecado y ellos mismos.

JOSUÉ 6

La conquista de Israel de esta poderosa ciudad es una ilustración de varias verdades espirituales prácticas: (1) Es la fe la que se sobrepone a los obstáculos, Hebreos 11.30 y 1 Juan 5.4; (2) Las armas que usamos son espirituales, 2 Corintios 10.4; (3) Cristo es el vencedor y podemos confiar en Él completamente, Juan 16.33. Los cristianos se enfrentan a muchos «Jericós» en la vida diaria y a menudo se sienten tentados a darse por vencidos, como los espías lo hicieron en Cades (Nm 13.28ss). Pero ninguna muralla es demasiado fuerte para el Señor. ¡Por fe ganamos la victoria y nos posesionamos de la herencia!

I. El capitán de los ejércitos (5.13–6.5)

Jericó era una ciudad cerrada. Josué estaba cerca de la ciudad y vio a un hombre con una espada desenvainada. Sin temor Josué le preguntó al hombre que declarara quién era, ¡y descubrió que era el Príncipe de los Ejércitos de Jehová! Este es el título «de batalla» del Señor; habla de su comando supremo de los ejércitos de Israel y del cielo. (Véanse Sal 24.10 y 46.7, 11; 1 R 18.15; Is 8.11–14; Hag 2.4; Stg 5.4.) Jesucristo descendió para dirigir la batalla y Josué rápidamente reconoció su liderazgo. El primer paso hacia la victoria es confesar que usted es el segundo al mando.

No puede haber victoria para el Señor en público a menos que experimentemos adoración al Señor en privado. Josué se postró sobre su rostro en adoración; se quitó su calzado en humildad; y le entregó sus planes a su Comandante al decir: «¿Qué dice mi Señor a su siervo?» Como soldados cristianos (2 Ti 2.3; Ef 6.10ss), debemos someternos a Cristo y escuchar sus órdenes en la Palabra. Cristo le dio a Josué las órdenes exactas para vencer la ciudad (6.2–5) y todo lo que tenía que hacer era obedecer por fe. «Yo he entregado en tu mano a Jericó», prometió Cristo. Pero el pueblo tenía que marchar por fe y posesionarse de la victoria.

Los hombres armados debían encabezar la procesión (vv. 3, 7), siguiéndoles siete sacerdotes con trompetas (v. 4). El arca debía venir luego (vv. 4, 7) y después el resto del pueblo («la retaguardia») cerraba la procesión (v. 9). La procesión debía marchar alrededor de Jericó una vez durante seis días en absoluto silencio excepto por las trompetas sonando (v. 10). El séptimo día debían marchar alrededor siete veces (lo que hacía un total de trece marchas) y en la séptima marcha debían tocar las trompetas y gritar. ¡Qué extraño plan para librar una guerra! Pero los caminos de Dios no son nuestros caminos y Él usa lo que el mundo llama «necio» para confundir a los poderosos (1 Co 1.26–31).

Dios nos ha dado en su Palabra todo lo que necesitamos saber para esparcir el evangelio y conquistar al enemigo. Triste es decirlo, demasiados cristianos (e iglesias) inventan sus propios planes, tomando prestados esquemas forjados por el hombre y sus esfuerzos al final fracasan. Si escuchamos las órdenes de nuestro Capitán y las obedecemos, Él nos dará la victoria.

II. La conquista de la ciudad (6.6–25)

Es fácil ver por qué Israel salió victorioso sobre el enemigo:

A. Obedecieron a sus líderes (vv. 6–9).

En Josué 1 notamos la «cadena espiritual de mando» y aquí la vemos en acción. El pueblo escuchó con respeto la Palabra de Dios de sus líderes y obedeció lo que Dios ordenó. Manifestaron unidad, cooperación y un solo sentir en las filas; y Dios les dio la victoria.

B. Tuvieron paciencia y fe (vv. 10–14).

¿Podía Dios entregar la ciudad a Josué en el primer día? ¡Sin duda! Pero el requisito de seis días de marcha (durante los cuales a la gente no se le permitía hablar) fue un gran medio de disciplina para la nación. La fe y la paciencia van juntas (Heb 6.11–15). Mantener silencio y esperar el tiempo designado por Dios también requería disciplina. Santiago 3.1–2 nos enseña que la gente que puede controlar su lengua es madura en la fe; véase también Proverbios 16.32.

C. Confiaron en Dios para lo imposible (vv. 15–16).

¿Quién ha oído de tomar una ciudad usando gritos y trompetas como armas? Pero el arca (representando la presencia de Cristo) estaba con ellos y esto quería decir que Dios haría la obra. Con Dios, todas las cosas son posibles. Véase Jeremías 33.3.

D. Obedecieron a Dios en cada detalle (vv. 17–25).

El botín de la ciudad debía ser «dedicado a Dios» (maldito, consagrado); debía matarse a los animales y los ciudadanos; y a Rahab y a su familia debía salvárseles la vida. Algunas veces obedecemos a Dios antes de la batalla, pero (como Acán, cap. 7) le desobedecemos después de la victoria. Dios les dio a los judíos una victoria total sobre Jericó porque confiaron en su Palabra. Nótese que Rahab y su familia fueron sacados de la ciudad antes de que se encendiera el fuego. Véanse I Tesalonicenses 1.10; 5.9.

Al leer el libro de Hechos usted ve cómo el «ejército espiritual» de Dios conquistó una ciudad tras otra por fe. ¡Incluso la poderosa ciudad de Roma cayó ante el poder del evangelio! Hoy, el pueblo de Dios necesita de nuevo aprender a cómo capturar ciudades y este capítulo nos dice cómo.

III. La maldición del Señor (6.26–27)

El «juramento» en el versículo 26 quizás se refiere a los que quedaron con vida, porque podían verse tentados a reconstruir la ciudad. Así como algunos judíos querían regresar a Egipto, algunos de la familia de Rahab tal vez querrían regresan a Jericó. Por eso Dios pone una maldición especial en la ciudad y sobre cualquier hombre que intentara reconstruirla. Véase Deuteronomio 13.15–18.

Esta maldición se cumplió en I Reyes 16.34. Durante el reinado del perverso rey Acab, un hombre llamado Hiel de Bet-el reedificó a Jericó. Cuando colocó los cimientos perdió a su primogénito; y al levantar las puertas, perdió su hijo menor. ¡Qué sacrificio por una ciudad! ¡Cuán necia es la gente que desafía a la Palabra de Dios y se rebelan contra su voluntad!

Jericó figura en el NT en varios lugares. El hombre de la parábola del Buen Samaritano iba de Jerusalén a Jericó (Lc 10). Zaqueo era de Jericó (Lc 19.1–10); y en esa ciudad Cristo sanó al ciego Bartimeo (Mc 10.46–52). Jericó en el NT no estaba en el sitio de la ciudad del AT, sino que era una ciudad completamente nueva conocida por su belleza.

Algunos puntos prácticos al enfrentarnos a nuestros «Jericó»:

A. El soldado que quiere luchar en la mejor forma debe postrarse al máximo antes de la batalla (5.13–15).

Ganamos nuestras batallas sobre nuestras rodillas y postrados ante el Señor.

B. Nadie puede tomar una ciudad solo.

Josué tenía la leal cooperación de los sacerdotes y del pueblo, y juntos vencieron al enemigo.

C. Cuando seguimos los métodos de Dios, Él gana la batalla y recibe la gloria.

Es por eso que Él usa «métodos necios». Cuando usamos nuestros propios esquemas y sistemas, tal vez consigamos la gloria pero la victoria nunca dura.

D. La incredulidad mira a las murallas y a los gigantes (Nm 13.28ss), pero la fe mira al Señor.

«Obstáculos son aquellas cosas horrendas que vemos cuando apartamos nuestros ojos de la meta». Y, pudiéramos añadir, cuando apartamos nuestros ojos de nuestro Señor. Sus mandamientos son la capacitación que Él nos da.

E. Vemos la gracia de Dios que obra incluso en el juicio, porque Rahab y su familia fueron salvos por fe.

¿Hay una sugerencia aquí de que «pocos serán salvos» cuando el juicio de Dios finalmente caiga sobre este mundo?

JOSUÉ 7–9

La estrategia militar de Josué era penetrar en Canaán y dividir la tierra, empezando en Jericó y continuando con Hai, Bet-el y Gabaón. Entonces conquistaría las ciudades al sur y terminaría derrotando a las ciudades al norte. Sin embargo, experimentó un retroceso en Hai y lo engañaron los líderes de Gabaón.

I. La desobediencia de Acán (7)

A. Derrota (vv. 1–5).

Dios fue claro al decir que los despojos de Jericó debían ser «consagrados» o dedicados a Él y colocados en su tesoro (6.18–19), pero Acán desobedeció esta ley. Es posible que Josué se apresuró demasiado en su ataque a Hai, que no esperó la dirección del Señor. Es más, actuó según la sugerencia de los espías antes que seguir la Palabra de Dios. Más tarde Dios rechazó el plan dado por los espías (compare 7.3 con 8.1). Hay un indicio de excesiva confianza en estos versículos: Jericó había caído ante Israel y se sintieron confiados pues una ciudad tan pequeña como Hai sería «cosa fácil». La autoconfianza, dependencia en la sabiduría humana, impaciencia, falta de oración y pecado secreto, estaban detrás de la derrota de Israel en Hai.

B. Desaliento (vv. 6–9).

Los corazones de los judíos desfallecieron (v. 5) en lugar de que lo hicieran los corazones del enemigo (Jos 2.11). Josué y sus líderes pasaron todo el día en oración ante el arca, ¡e incluso Josué quería «retroceder» y contentarse con una heredad al otro lado del Jordán! Note, sin embargo, que Josué estaba más preocupado por la gloria del Señor y el testimonio de Israel ante las naciones paganas, que lo que estaba por el desánimo de la derrota. Es una marca de verdadera espiritualidad cuando la gloria de Dios es lo que motiva la vida del siervo.

C. Descubrimiento (vv. 10–18).

Dios habló severamente a su siervo: «¡Levántate! ¡Israel ha pecado!» Por supuesto, sólo un hombre había pecado, pero esto involucraba a la nación entera (v. 1; I Co 12.12ss). Es una solemne verdad que la desobediencia de una sola persona puede causar la aflicción y fracaso de toda una nación, familia o iglesia. Acán pensó que podía ocultar su pecado, pero Dios vio lo que hizo. Y debido a que había «anatema» en el campamento, Dios no podía morar con su pueblo. Esto causó la derrota en Hai. Josué y el sumo sacerdote tal vez usaron el Urim y Tumim para determinar al culpable (Éx 28.30), o quizás echaron suertes. «¡Sabed que vuestro pecado os alcanzará!» Acán fue descubierto y su pecado expuesto.

D. Destrucción (vv. 19–26).

«He pecado», confesó Acán, explicando que «vio[…] codició[…] y tomó» de los despojos de Jericó (véase Gn 3.6). No cabe duda de que los miembros de su familia sabían del botín y participaban de su pecado. Todos tenían que ser juzgados por su desobediencia, así que el pueblo los llevó al valle y los apedreó. Ese lugar fue llamado «Valle de Acor» (turbación) en memoria de la turbación que Acán trajo

sobre el pueblo. Oseas 2.15 promete que Dios hará del Valle de Acor «una puerta de esperanza» para los judíos. Ciertamente Israel ha estado en el «valle del problema» debido a que han rechazado a Cristo, pero un día la nación se volverá a Él y hallará esperanza.

II. La destrucción de Hai (8.1–29)

Ahora que la nación se había santificado (7.13) y su pecado juzgado, Dios podía otra vez guiar a su pueblo a la victoria. Nótese cómo el Señor usó la derrota para buena ventaja, porque el pueblo de Hai confiaba que podían vencer a Israel de nuevo. Nótese también que Dios le permitió al pueblo tomar de los despojos de Hai. Si Acán hubiera esperado unos pocos días, ¡hubiera tenido toda la riqueza que podía cargar! Lea Mateo 6.33.

El plan era simple. Josué envió treinta mil hombres a Bet-el de noche (v. 3) y colocó otros cinco mil entre Bet-el y Hai (v. 12). Algunos de los soldados atacaron a Hai e hicieron que los hombres salieran de la ciudad. En ese momento Josué dio la señal para la emboscada y sus hombres entraron en la ciudad y la conquistaron. ¡Fue una victoria completa! Josué con su lanza en alto, en el versículo 26, nos recuerda a Moisés manteniendo en alto sus manos cuando Josué luchaba contra Amalec (Éx 17.8ss). Hai fue destruida al punto que los arqueólogos hasta hoy no pueden estar seguros de su ubicación.

III. La declaración de la ley (8.30–35)

Josué interrumpió su campaña militar para llevar a la nación cincuenta kilómetros hasta Siquem en donde obedecieron los mandamientos de Deuteronomio 27.4–6. Se nos dice que este valle es un anfiteatro natural con maravillosa acústica. Josué puso a las tribus de Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí en el monte Ebal (el monte de las maldiciones); y puso a Simeón, Leví, Judá, Isacar, Efraín, Manasés y Benjamín en el monte Gerizim (el monte de la bendición). Josué sabía bien que la victoria de Israel y la posesión de la tierra dependían de su obediencia a la Palabra de Dios. Era más importante que la nación oyera la Palabra que librar cualquier otra batalla. Note que construyó un altar (vv. 30–31), porque sin la sangre de Cristo no tenemos justicia ante Dios. La ley los hubiera condenado y ajusticiado si hubieran dejado de realizar los sacrificios. Debemos admirar e imitar el respeto de Josué por la Palabra de Dios (véanse 1.8; 24.26–27; también 23.14).

IV. El engaño de los gabaonitas (9)

Las tribus paganas de Canaán estaban divididas en muchas «naciones» pequeñas (ciudades-estados) con las ciudades clave como sus centros. Por lo general, peleaban entre ellas, pero cuando el pueblo de Dios llegó, estos reyezuelos se unieron para oponerse a Israel. ¡Es asombroso cómo los enemigos se unen contra Dios! Sin embargo, el pueblo de Gabaón, la siguiente ciudad a ser tomada, decidieron usar del engaño en lugar de la fuerza. (Satanás es tanto león como serpiente.) Se vistieron dando la apariencia de hombres que habían hecho un largo viaje, con viejos sacos, zapatos remendados y alimento enmohecido, y su plan resultó. Dios le había ordenado a Israel que no hiciera convenio con las naciones de Canaán (Dt 7), pero los gabaonitas sabían que si lograban conseguir un pacto, Israel lo cumpliría. Mintieron cuando dijeron que venían de un país lejano. Nótese también que no dijeron nada de las victorias de Israel en Jericó y Hai.

Josué y los líderes fracasaron al no buscar lo que Dios pensaba sobre el asunto; en lugar de eso, juzgaron por las apariencias. La historia de los gabaonitas parecía razonable; era cierto que el alimento y los vestidos parecían viejos y gastados; y todo aparentaba estar en orden. Por consiguiente, ¡Josué hizo un pacto con los hombres y entonces descubrió que eran de Gabaón! Tres días más tarde Israel llegó a Gabaón y a sus ciudades aliadas (v. 17), pero no pudieron atacarlas debido a su promesa. Esto causó murmuración entre el pueblo, que a lo mejor quería más botín. Pero el pueblo de Dios no podía retractarse de su palabra. Todo lo que Israel pudo hacer fue hacer esclavos a los gabaonitas: los pusieron a trabajar cortando madera y sacando agua para el servicio del tabernáculo. ¡Al menos hicieron que sus errores les sirvieran de algún provecho!

Lo que Jericó no pudo hacer con sus murallas, ni Hai con sus armas, los gabaonitas lo consiguieron con engaño. Satanás prueba con una artimaña tras otra para derrotar al pueblo de Dios y debemos estar en guardia constantemente. Nótese que casi siempre después de una gran victoria Satanás empieza sus sutiles ataques. Fue después de la victoria en Jericó que Israel fue derrotado en Hai y después de la victoria en Hai fue Josué engañado por Gabaón. Debemos evitar «juzgar según la carne» (Jn 8.15) y depender de nuestra sabiduría (Pr 3.5–6). Santiago 1.5 promete que Dios nos dará sabiduría si se la pedimos. Los cristianos deben cuidarse de las alianzas mundanas (2 Co 6.14–18). En el capítulo 10 veremos que Josué se vio obligado a defender a sus enemigos debido a este pacto precipitado. Moisés le advirtió a Israel en Deuteronomio 7 que la amistad con estas naciones paganas sólo llevaría a Israel al pecado y eso fue lo que ocurrió.

JOSUÉ 14–15

Caleb se destaca en la Biblia como un gran héroe de fe. Seis veces se nos dice que «cumplió siguiendo al Señor» (Nm 14.24; 32.12; Dt 1.36; Jos 14.8–9, 14). Caleb fue «un vencedor» (1 Jn 2.13–14; 5.4), un hombre que lo sometió todo al Señor y obedeció por completo su Palabra. Podemos trazar su historia espiritual en tres etapas.

I. Caleb el que sufre

Puesto que Caleb tenía cuarenta años en Cades-barnea (Jos 14.7), tenía que haber nacido en Egipto mientras los judíos soportaban gran sufrimiento (Éx 1–2). Había nacido como esclavo, ¡sin embargo murió como un héroe! En Josué 14.13–14 se indica su parentela. Algunos piensan que Caleb (cuyo nombre significa «perro») era de parentela mixta, siendo su padre un cenezeo y su madre de la tribu de Judá (Jos 15.13). Si es así, ¡esto hace su fe una maravilla incluso mayor! Sin embargo, 1 Crónicas 2.18 hace a Caleb hijo de Hezrón, descendiente de Fares (1 Cr 2.5); y esto lo pondría entre los antepasados de Cristo (Mt 1.3). En cualquier caso, Caleb fue redimido por la sangre del cordero pascual, libertado de Egipto y se le dio la perspectiva de una gran herencia en Canaán. No tendría herencia bajo Josué si no hubiera experimentado primero la redención bajo Moisés.

II. Caleb el defensor (Nm 13–14)

En estudios anteriores ya hemos hablado de la rebelión en Cades-barnea. La nación había estado fuera de Egipto alrededor de dos años cuando llegaron a la entrada de Canaán. En lugar de creer en la Palabra de Dios e inmediatamente demandar su herencia, pidieron un informe de doce espías (Dt 1.21ss). Caleb y Josué estuvieron entre esos espías, lo cual muestra la posición de confianza que ostentaban en la nación. Cuando se dieron los informes, sólo Caleb y Josué defendieron a Moisés y animaron a la nación a entrar en Canaán. Los diez espías menospreciaron la tierra (14.36), en tanto que Caleb y Josué se deleitaron en ella. La nación quería regresar; los dos hombres de fe querían avanzar. La mayoría andaba por vista; la minoría andaba por fe. La nación rebelde veía sólo obstáculos, problemas; los líderes creyentes veían las oportunidades, las perspectivas. ¿Cuál fue el resultado? ¡Los diez espías y la generación incrédula murió en el desierto! Pero Caleb y Josué

vivieron para entrar y disfrutar de la tierra prometida. «La mente carnal es muerte» (Ro 8.6). Exigió valentía de Caleb erguirse en contra de toda la nación, pero Dios le honró por ello.

III. Caleb el peregrino

Caleb no murió en el desierto, pero todavía tuvo que sufrir con la nación incrédula durante casi cuarenta años de peregrinaje. Piense en lo que tuvo que soportar este hombre creyente y piadoso. Cada día veía a la gente morir y perder su herencia. Tenía que oír las murmuraciones y quejas. Este hombre de fe tuvo que soportar la incredulidad de sus compañeros israelitas. Amaba a Moisés, sin embargo tenía que oír a los judíos que criticaban y se oponían a su líder.

¿Cómo pudo Caleb mantener su vida espiritual cuando estaba rodeado de tanta carnalidad e incredulidad? ¡Su corazón estaba en Canaán! Dios le había dado una maravillosa herencia (léase Jos 14.9–12) y aunque su cuerpo estaba en el desierto, ¡su corazón y mente estaban en Canaán! Él es una perfecta ilustración de Colosenses 3.1–4. Poseía lo que en Romanos 8.6 se llama la «mente espiritual». Caleb pudo soportar las aflicciones en el desierto porque sabía que no tenía que temer la muerte, que tenía una herencia y que Dios no le fallaría. ¡Cuánto mucho más tenemos en Cristo! Sin embargo, nos rendimos y fallamos con mucha facilidad en nuestro peregrinaje.

IV. Caleb el conquistador

Esto nos lleva a nuestro estudio de Josué 14–15. Josué está dándole a cada tribu su herencia especial y Caleb viene a reclamar su parte. Le recuerda a Josué la promesa de Dios (14.6–9), porque es únicamente en base a la Palabra de Dios que podemos pedir nuestras bendiciones. Nótese el glorioso testimonio de fuerza que da Caleb (14.10–11). La persona de fe es una persona con fuerza. Cuarenta y cinco años después del fracaso de la nación en Cades-barnea, Caleb tiene ochenta y cinco, y sin embargo ansía tomar posesión de su herencia para la gloria de Dios. Es triste cuando los creyentes permiten que «la vejez» los haga quejosos cuando debería hacerlos (como a Caleb) conquistadores.

«Dame, pues, ahora este monte» (14.12). Caleb era un hombre tanto de visión espiritual como de vitalidad espiritual, y estas dos cualidades le condujeron a la victoria espiritual. Dios le prometió una herencia y Caleb tenía la fe de que lo que Él le prometió podía cumplirlo (véase Ro 4.20–21). Caleb pudo arrojar a los habitantes de su heredad (Jos 15.13–14), los mismos «gigantes» que los diez espías incrédulos temieron (Nm 13.28, 33). La incredulidad mira a los gigantes; la fe mira a Dios. La incredulidad depende del «sentido común» humano; la fe descansa por completo en la Palabra de Dios.

Otoniel, sobrino de Caleb, le ayudó en una de sus conquistas (Jos 15.15–17) y se ganó la mano de la hija de Caleb como esposa. Este hombre más tarde llegaría a ser el primer juez de Israel (Jue 3.9ss), y así continuó el liderazgo de la familia. La hija de Caleb ilustra una maravillosa verdad espiritual. Después de casarse con Otoniel, regresó a su padre y le pidió una bendición adicional (15.18–19). Caleb le había dado un campo, pero ella también quería las fuentes de agua para nutrir el campo. El cristiano debe continuar alegremente pidiéndole al Padre una bendición mayor, en especial las «fuentes espirituales» que derraman la vida fructífera. El campo que Dios nos da nunca producirá fruto sin las fuentes de agua (Jn 7.37–39).

Qué diferencia hay cuando los creyentes «cumplen siguiendo al Señor» y ejercen fe en la Palabra. La dedicación y fe de Caleb le salvaron la vida, le ganaron una herencia, vencieron al enemigo y le permitieron enriquecer a su familia por muchos años. El Señor sin duda espera que los cristianos de hoy sean conquistadores; es más, Pablo afirma que somos «¡más que vencedores!» (Ro 8.37). Josué y Caleb conquistaron con armas físicas y tomaron posesión de una herencia material, pero nosotros conquistamos con almas espirituales (2 Co 10.3–5) para tomar posesión de nuestra herencia espiritual en Cristo (Ef 1.3). Se espera que los cristianos sean vencedores mediante la fe en Cristo (1 Jn 5.4). Debemos vencer al mundo (1 Jn 5.5), la falsa doctrina (1 Jn 4.1–4) y al maligno (1 Jn 2.13–14). Cristo ya venció a Satanás (Lc 11.21–22) y al mundo (Jn 16.33), de modo que sólo necesitamos tomar posesión de su victoria por fe. Nótese en las cartas a las siete iglesias (Ap 2–3) las muchas promesas a los que vencen. «El que venciere heredará todas las cosas», promete Apocalipsis 21.7.

Vencemos al enemigo y nos posesionamos de la herencia de la misma manera que Caleb: (1) debemos someternos por completo al Señor; (2) debemos saber sus promesas y creerlas; (3) debemos mantener el corazón y la mente fija en la herencia; (4) debemos depender de Dios para obtener la victoria. «Mas gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co 15.57).

JOSUÉ 23–24

Por lo general pensamos de Josué como un gran soldado, y lo fue; pero aquí lo vemos como un gran pastor con una amorosa preocupación por su pueblo. Sirvió fielmente al Señor y a la nación; ahora se preocupaba de que el pueblo no se apartara del Señor y perdiera su herencia. Esta era la misma preocupación que Pedro tenía antes de morir (2 P 1.12–15) y también el apóstol Pablo (Hch 20.13ss). Qué trágico es cuando los sacrificios de una generación obtienen la bendición de Dios y una nueva generación llega y lo pierde todo.

I. El discurso de Josué a los líderes (23)

Josué congregó a los líderes de las tribus, tal vez en Silo (18.1). Quería infundir en sus líderes una sincera devoción al Señor. Él moriría, pero ellos quedarían para llevar adelante la obra. Josué quería que fueran fieles a su Dios.

A. Un repaso del pasado (vv. 3–4).

Estos hombres habían visto las maravillas del Señor, desde el cruce del Jordán hasta el día presente. Nótese cómo Josué le da a Dios toda la gloria por lo que habían logrado: El Señor libró las batallas; ¡todo lo que Josué hizo fue dividir la tierra! Es bueno que recordemos lo que Dios ha hecho por nosotros.

B. Una promesa para el futuro (v. 5).

Los obreros de Dios cambian, pero la obra de Él sigue siendo la misma. Josué les asegura que Dios continuará luchando por ellos y dándoles la victoria sobre los enemigos.

C. Una responsabilidad para el presente (vv. 6–16).

Lo que Dios hace por su pueblo depende a menudo de lo que el pueblo hace por Dios. Josué les recuerda sus responsabilidades como pueblo de Dios, y sus palabras nos llevan de nuevo a las advertencias de Moisés en Deuteronomio 7–11. La palabra clave aquí es *naciones,* que se usa seis veces en los versículos 3–13. Israel debía cuidarse de las naciones paganas de la tierra. La única manera en que Israel podía

esperar ganar la tierra y tomar posesión de su herencia era obedeciendo la ley de Dios (véase Jos 1.7–8). Exigiría valentía confiar en la Palabra y oponerse al enemigo, pero Dios los capacitaría.

La principal preocupación de Josué era que Israel fuera un pueblo apartado y que no se mezclara con las naciones paganas. El versículo 7 presenta lo negativo («para que no os mezcléis con estas naciones») y el versículo 8 lo positivo («Mas a Jehová vuestro Dios seguiréis»). ¡Cuán necio sería adorar a los dioses de un enemigo derrotado! Si Israel se separaba para el Señor, ¡Dios capacitaría a un hombre para que haga el trabajo de mil! (v. 10). Tenían que unirse o al Señor o a las naciones paganas (vv. 11–12); pero si se mezclaban con los paganos, Dios les quitaría su bendición. El principio en el versículo 13 se aplica a todos los creyentes: cualquier pecado que permitamos que permanezca en nuestras vidas se convertirá en trampa y espinas para nosotros.

No podemos dejar de notar el énfasis de Josué en la Palabra de Dios (vv. 6, 14). «¡No ha faltado si una sola de todas sus buenas promesas!» (véase I R 8.56). Obedecer a su Palabra significa victoria y bendición; desobedecer significa derrota y prueba. Véase Josué 1.8.

II. La apelación de Josué al pueblo (24.1–28)

Después de exhortar a los líderes, Josué convoca a todo el pueblo en Siquem, un lugar muy querido en el corazón de Israel, puesto que aquí Dios le prometió primero la tierra a Abraham (Gn 12.6–7). Aquí también Jacob edificó un altar (Gn 33.20) y exhortó a su familia a que quitaran sus ídolos (Gn 35.1–4). Aun cuando no hay «lugares sagrados» en la tierra, sí hay lugares que despiertan recuerdos sagrados en el creyente.

Josué se preocupaba de que el pueblo no cayera en la idolatría debido a la influencia de las naciones paganas que los rodeaban. Israel era proclive a adorar ídolos y Josué sabía que la idolatría haría que fueran despojados de su herencia. Así, usa varios argumentos para animarlos a entregarse por completo al Señor.

A. La bondad de Dios en el pasado (vv. 2–13).

Josué retrocede hasta el mismo nacimiento de la nación en el llamamiento de Abraham. Tanto Abraham como su padre eran idólatras hasta que Dios los llamó en su gracia. («Al otro lado del río» significa «allá en el río Éufrates». Véase también vv. 14–15.) Dios llamó a Abraham, no por su bondad, porque era un pagano, sino debido a la gracia y amor de Dios. Dios le dio la tierra a Abraham, Isaac y Jacob. Dios protegió a los judíos en Egipto y luego los libró con mano poderosa. Los guió y proveyó para ellos en el desierto. Derrotó a las naciones por causa de ellos. Los trajo a través del río Jordán a la tierra prometida y arrojó de delante de ellos a sus enemigos. ¡Qué más podía Él haber hecho por su pueblo! Ahora ellos habían tomado posesión de la herencia y disfrutaban las bendiciones de la tierra. ¡Cuánto debían amar y servir al Señor!

B. El propio ejemplo de Josué (vv. 14–15).

Israel tenía que servir a algún Dios: bien sea a los dioses de los paganos o al verdadero Dios, Jehová. «Pero yo y mi casa», dice Josué, «serviremos a Jehová». No sólo es estimulante, sino también esencial, que líderes piadosos den el ejemplo en sus hogares.

C. El peligro de la disciplina (vv. 16–21).

El pueblo le asegura a Josué tres veces que servirán al Señor (vv. 16, 21, 24). Él sabía que lo que se dice con los labios no siempre es verdad en el corazón. «Si ustedes continúan con sus ídolos», advierte, «no pueden servir al Señor. Él es un Dios celoso; un Dios que no compartirá a su pueblo con ningún otro dios». Les advierte que la idolatría conducirá al castigo, a la disciplina y a la pérdida de su tierra.

D. El pacto con Dios (vv. 22–28).

Dios hizo un pacto con Israel en el Sinaí (véase Éx 20) y este pacto lo renovó la nueva generación bajo Moisés en Deuteronomio. Pero cada generación necesita afirmar su fidelidad a Dios, de modo que Josué renueva el pacto con el pueblo. Escribe las palabras en el libro de la Ley y entonces levanta una piedra para recordarle al pueblo sus votos. Esto trae a la mente las piedras levantadas cuando Israel cruzó el Jordán (cap. 4). Somos tan proclives a olvidar, que Dios tiene que usar recordatorios (tales como la Cena del Señor) para mantener a su pueblo en la senda de la obediencia. Incluso con tales recordatorios, en los años subsiguientes, los judíos fallaron al no guardar su pacto con Dios. Léase el triste informe en Jueces 21.25.

III. Los logros de Josué para el Señor (24.29–33)

El versículo 31 es un gran testimonio de este hombre de Dios: debido a su liderazgo la nación sirvió al Señor y continuaría sirviéndole incluso después de su muerte. Dios usó a Josué para lograr muchas cosas para Israel. Les guió a cruzar el Jordán; les condujo de victoria en victoria en la tierra; les dio su herencia. Sin duda la tumba de Josué era otro recordatorio para Israel del poder y misericordia del Señor. Es correcto que el pueblo de Dios recuerde a sus líderes piadosos y que imiten su fe (Heb 13.7–8).

Tres entierros aparecen en estos versículos: el de Josué, el de José y el de Eleazar. Los hermanos de José le habían prometido sepultar sus huesos en Canaán (Gn 50.25), de modo que los judíos se llevaron su féretro al salir de Egipto (Éx 13.19). Esto es un cuadro de nuestra futura resurrección, porque así como el cuerpo de José fue redimido de Egipto, nuestros cuerpos estarán un día no sólo en reposo en su hogar apropiado, sino también serán transformados para ser semejantes al cuerpo de Jesucristo (Flp 3.20–21). Es fácil creer que la tumba de José también era para el pueblo un recordatorio de la fidelidad de Dios. Dios usó a José para preservar a la nación con vida en la hambruna y él fue fiel al Señor incluso en la tierra pagana de Egipto.

Al cerrar este libro, recordemos que Cristo es nuestro Josué (Salvador), y que Él libra nuestras batallas y nos ayuda a tomar posesión de la herencia.

Jueces

Bosquejo sugerido de Jueces

I. Apatía (1–2)
   - A. Primeras victorias (1.1–26)
   - B. Derrotas repetidas (1.27–36)
   - C. Reprensión divina (2.1–5)

D. Sirven a otros dioses (2.6–23)
(resumen del libro)

II. Apostasía (3–16)

A. Otoniel (3.1–11)
(Mesopotamia)

B. Aod y Samgar (3.12–31)
(Moab)

C. Débora y Barac (4–5)
(Los cananitas)

D. Gedeón (6–8)
(Madián)

E. Abimelec, Tola y Jair (9.1–10.5)
(Hombres de Siquem)

F. Jefté (10.6–12.15)
(Amón)

G. Sansón (13–16)
(Los filisteos)

III. Anarquía (17–21)

A. Idolatría (17–18)

B. Inmoralidad (19)

C. Guerra civil (20–21)

Notas preliminares a Jueces

I. Tema

Así como Josué continúa la historia de Israel después de la muerte de Moisés (Jos 1.1), el libro de Jueces toma la historia de Israel después de la muerte de Josué (Jue 1.1). Este es un libro de derrota y desgracia, como vemos en el versículo clave (17.6). «Cada uno hacía lo que bien le parecía». El Señor ya no era más el «Rey en Israel»; las tribus se dividieron; el pueblo comenzó a mezclarse con las naciones paganas; y fue necesario que Dios castigara a su pueblo. Tenemos un resumen del libro en 2.10–19: bendición, desobediencia, castigo, arrepentimiento, liberación. Jueces es el libro de la victoria incompleta; es un libro de fracaso del pueblo de Dios al no confiar en la Palabra ni tomar posesión del poder de Él.

II. Lección espiritual

Usted recordará las tres divisiones de Josué: cruzar el río, conquista del enemigo y toma de posesión de la herencia. Josué anota cómo Israel cruzó el río y empezó a conquistar al enemigo, pero el libro concluye con «queda aún mucha tierra por poseer» (Jos 13.1; 23.1–1). «Cruzar el río» significa la muerte a uno mismo y separación del pecado; significa entrar en nuestra herencia espiritual (Ef 1.3). Pero después de haber dado este paso de fe, es fácil desmayar o hacer compromisos con el enemigo. Israel entró en la tierra, pero fracasó al no tomar posesión de toda la herencia. Primero toleró al enemigo, luego le cobró tributos (impuestos), después se mezcló con el enemigo y por último se rindió ante él. Fue sólo mediante los libertadores de Dios (los jueces) que los israelitas hallaron victoria. Qué fácil es que los cristianos «se establezcan con el pecado» y se pierdan las bendiciones de una total dedicación y una victoria completa.

III. La tierra

La tierra prometida estaba llena de muchas naciones y muchos «reyezuelos» que gobernaban en territorios pequeñísimos. Josué guió a toda la nación en grandes victorias sobre los principales enemigos; el camino se pavimentó para que cada tribu entrara por fe y tomara posesión de su herencia designada. En tanto que el libro de Josué es una historia de esfuerzos unidos, Jueces nos narra una nación dividida y ya no consagrada al Señor, que olvida el pacto hecho en el Sinaí.

IV. Los jueces

En este libro se mencionan doce jueces diferentes que Dios levantó para derrotar a un enemigo en un territorio en particular y dar reposo al pueblo. Estos jueces no fueron líderes nacionales; más bien fueron líderes locales que libraron al pueblo de varios opresores. Es posible que algunos de los períodos de opresión y descanso se superpongan. No todas las tribus participaron en cada batalla y a menudo había rivalidad entre ellas. Que Dios llamara a estas «personas comunes» como jueces y que las usara con tanto poder es otra evidencia de su gracia y poder (1 Co 1.26–31). El Espíritu de Dios vino sobre estos líderes para una tarea en particular (6.34; 11.29; 13.25), aun cuando a menudo sus vidas personales no fueron ejemplares en todo detalle. Los varios cientos de años bajo los jueces prepararon a Israel para su petición de un rey (1 S 8).

V. Las naciones que quedaron

Dios permitió que quedaran naciones paganas en la tierra por varias razones: (1) para castigar a Israel 2.3, 20–21; (2) para probar a Israel, 2.22 y 3.4; (3) para proveerle experiencia en la guerra, 3.2; y (4) para prevenir que la tierra se convierta en un desierto, Deuteronomio 7.20–24. Si Israel quería vivir con esta situación de «segunda clase», Dios le daría lo que deseaba. Él entonces usó a estas naciones para sus propósitos. Los Judíos podían haber disfrutado de victoria total; pero en lugar de eso, se conformaron con un compromiso. Los capítulos 3–16 muestran las experiencias de «sube y baja» de algunos del pueblo de Dios. Es triste, pero la nación no se sometió a Dios ni le obedeció; en lugar de eso miraban a los ayudantes humanos que les enviaba. Demasiados cristianos tienen sus «altas y sus bajas» y corren al pastor o a algún otro amigo buscando ayuda en lugar de primero acudir a solas con Dios para permitirle que examine sus corazones y les dé la ayuda que necesitan.

I. Los fracasos de la nación (1–2)

A. Fracasaron en la conquista de la tierra (1.1–36).

Los versículos 1–18 narran las primeras victorias de Jueá y Simeón, en tanto que el resto del capítulo nos habla de sus frecuentes derrotas. Estas dos tribus pudieron apoderarse de Besec (v. 4), Jerusalén (v. 8), Hebrón (v. 10), Debir (v. 11), Sefat (v. 17), Gaza, Ascalón y Ecrón (v. 18). El pueblo de José tomó Bet-el (v. 22), pero el resto de la tribu no pudo expulsar al enemigo. Lo que empezó como una serie de victorias, dirigidas por el Señor, acabó como una serie de compromisos. Jueá no pudo expulsar a los habitantes del valle (v. 19, y véase 4.13ss); Benjamín no pudo vencer a los jebuseos (v. 21); y las otras tribus también «hicieron arreglos» con las naciones paganas (vv. 27–36). Por supuesto, fueron capaces de racionalizar sus fracasos al esclavizar a los pueblos paganos; pero esto sólo condujo a más problemas. En Josué 23–24, Josué les advirtió en contra de hacer compromisos con el enemigo, pero ahora estaban cayendo en esa misma trampa.

B. Fracasaron en la consideración de la ley (2.1–10).

Esta, por supuesto, fue la razón de sus habituales fracasos y derrotas. Dios le prometió a Josué constante victoria si la nación honraba y obedecía la Palabra (Jos 1.7–8), y Josué les repitió esa promesa a los líderes (Jos 23.5–11). Gilgal fue la escena de una gran victoria para Israel, pero ahora el Señor se mudó de Gilgal a Boquim, «el lugar del llanto», ¡enfatizando la trágica declinación de Israel de la victoria al llanto! (En cuanto a la importancia de Gilgal, véanse Jos 5.1–9; 9.6; 10.6. Gilgal era el centro de operaciones militares de Israel, el campamento de Josué. Ahora había quedado en el olvido.)

Dios le recordó al pueblo que habían desobedecido la ley al hacer pactos con las naciones paganas y unirse a sus dioses. Léase cuidadosamente en Deuteronomio 7 las instrucciones de Dios en esta cuestión de separación. La nación siguió la ley durante los años de Josué y líderes subsiguientes, pero después que estos murieron, la nación se descarrió. «Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová». (Véase v. 10.) ¡Ni siquiera llevaron sus hijos al Señor! Fracasaron en enseñarles la ley, como Dios les instruyó en Deuteronomio 6.1–15. Con cuánta frecuencia ocurre esto en las naciones, iglesias y familias. Qué fácil es que la «generación más joven» se aleje del Señor si la «generación más vieja» no es fiel en enseñarles y fijar ante ellos el mejor ejemplo de obediencia.

C. Fracasaron por no aferrarse al Señor (2.11–23).

Se olvidaron del Señor y siguieron otros dioses. La religión de los cananitas era horriblemente perversa, con prácticas demasiado obscenas como para debatir. La adoración a Baal y a Astarot (deidades masculina y femenina, v. 13) plagó a Israel a través de toda su historia. Una vez que se introdujo en sus vidas, fue difícil exterminarla. Cuando el pueblo se olvidó del Señor, Él se olvidó de ellos. Una vez tras otra «los vendió» en manos de sus enemigos. En lugar de disfrutar del «reposo» que Dios les prometió, la nación cayó y fue llevada a la esclavitud cientos de años, con sólo ocasionales períodos de «reposo» del Señor. Cada vez el juicio se volvía tan severo, que la nación al final clamaba a Dios. Él enviaba un libertador, pero nótese que Dios estaba personalmente con el juez, no con toda la nación. Es triste, pero el pueblo se volvía al Señor sólo cuando estaba en problemas; una vez que el juez desaparecía, la nación caía de nuevo en el pecado.

Estos fracasos se ven en los cristianos profesantes hoy. A veces, en lugar de vencer al enemigo, hacemos compromisos y dejamos que el enemigo nos arrastre hacia abajo. A menudo desobedecemos deliberadamente la Palabra de Dios y muchas veces fracasamos por no amar al Señor y allegarnos a Él por fe. Cuando esto ocurre, Dios debe castigarnos y nuestro único remedio es arrepentirnos y volver.

II. Las victorias de los jueces (3–5)

En el libro de Josué hay un solo líder y Dios estaba con la nación entera; pero en Jueces hay muchos líderes y Dios sólo está con estos líderes, no con la nación entera (2.18). Varios jueces menores se mencionan aquí, cuyos ministerios podemos estudiar brevemente.

A. Otoniel (3.1–11).

Los de Mesopotamia esclavizaron a Israel ocho años; entonces Dios levantó a Otoniel, yerno de Caleb, para que libertara a la nación. Su nombre significa «Dios es poderoso», e hizo honor a él. Véanse Jueces 1.9–15 y Josué 15.16–19. Debe haber complacido a la familia de Caleb tener un hombre tan valiente en sus filas. Libró a la nación y tuvieron descanso cuarenta años.

B. Aod (3.12–30).

Esta vez el Señor usó a Moab para castigar a Israel, junto con Amón y Amalec, ¡los antiguos enemigos de los Judíos! Los israelitas sirvieron dieciocho años como esclavos hasta que Aod los libertó y les dio descanso ochenta años. Dios usó el hecho de que era zurdo para engañar al enemigo, porque el rey no hubiera sabido lo que Aod sacaba de entre sus vestidos por el lado derecho (3.21). Los benjamitas al parecer estaban dotados con hombres zurdos (Jue 20.16; 1 Cr 12.2). Una vez que el rey enemigo fue asesinado, Aod pudo reunir su ejército y arrojar a los invasores.

C. Samgar (3.31).

Es probable que Samgar dirigió una victoria local contra los filisteos. No se le llama juez, aunque se le incluye entre ellos. Dios puede usar las armas más extrañas, incluso una aguijada de bueyes.

D. Débora y Barac (4–5).

La nación había caído tan bajo que ahora la juzgaba una mujer, lo cual humillaría a los hombres en esta sociedad dominada por los varones (véase Is 3.12). Durante veinte años los cananitas habían oprimido a Israel, así que Dios levantó a esta profetiza para llevarlos a la senda de la victoria. Primero ella llamó a Barac para que libertara a la nación (4.1–7), e incluso le dio el plan de batalla del Señor. Por lo general el arroyo de Cisón estaba seco, pero Dios iba a enviar una gran tempestad que lo inundaría y atraparía a los carros de hierro (véanse 4.3 y 5.20–22). A pesar de que se menciona a Barac como un hombre de fe en Hebreos 11.32, aquí le vemos como uno que tuvo que depender de Débora para la victoria. Es más, Dios usó a dos mujeres para librar a los Judíos: Débora la profetiza y Jael (vv. 18–24). Es interesante contrastar a Barac con Sansón. Ambos estuvieron asociados con mujeres, pero en un caso esto llevó a la victoria, mientras que en el otro a la derrota. Barac dirigió a diez mil hombres desde el monte Tabor, confiando en la promesa de Dios dada a su sierva, Débora. Cualesquiera que hayan sido las debilidades de Barac, Dios todavía honró su fe. En su canto de victoria (cap. 5), Débora alaba al Señor por la disposición del pueblo para luchar en la batalla (vv. 2, 9). Sin embargo, ella también menciona a algunas de las tribus que fueron demasiado cobardes como para luchar (5.16–17). La batalla se libró «junto a las aguas de Meguido» en donde el arroyo de Cisón fluía desde el monte

Tabor. Sísara y su ejército pensaban que sus carros de hierro les darían la victoria, ¡pero fueron sus carros los que los llevaron a la derrota! Dios envió una gran tormenta (5.4–5 y 20–22) que convirtió la llanura en un pantano y el enemigo no pudo atacar. Israel obtuvo una gran victoria ese día, bajo la dirección de Barac y los planes de Débora.

Pero a Barac no se le concedió matar al general Sísara; esto se le dejó a otra mujer, Jael. Los ceneos eran amigos de Israel (Jue 1.16) debido a su vínculo con la familia de Moisés (Jue 4.11), pero también tenían amistad con Jabín, el rey cananeo. Es usual que un hombre de las culturas del Oriente no entre en la tienda de una mujer, pero Jael persuadió a Sísara, le hizo acomodarse y luego le mató. La «estaca» era tal vez una de madera de la tienda. Su obra la elogia el canto de Débora (5.24–27), aun cuando algunos hallan difícil comprender esta acción. Sin duda a Sísara lo hubieran matado cuando las tropas de Barac lo capturaran y él era el enemigo del Señor (5.31), no de Jael personalmente. Ella estaba ayudando a Israel a librar las batallas del Señor. Dos mujeres se regocijaron en la victoria (Débora y Jael), pero una mujer (la madre de Sísara) lloró afligida (5.28–30).

Nótese en 5.6–8 una descripción del terrible estado de la sociedad en Israel en aquel tiempo. El pueblo tenía tanto temor que se mudaron de las aldeas a las ciudades amuralladas y no era seguro que la gente viajara por las carreteras. Una declinación en la vida social y moral de la nación fue la inevitable consecuencia de la declinación espiritual de la nación.

JUECES 6–8

Hebreos 11.32 pone a Gedeón a la cabeza de la lista de los jueces. Aunque algunas veces vaciló en su fe, todavía es «un hombre de fe» que se atrevió a confiar en la Palabra de Dios. Cuando nos damos cuenta de que era un granjero, no un guerrero adiestrado, ¡vemos cuán maravillosa fue su fe! Trazaremos la carrera de Gedeón en este pasaje.

I. Gedeón el cobarde (6.1–24)

Siete años de servidumbre bajo los madianitas condujeron a Israel a su punto más bajo. En lugar de «subir sobre las alturas» (Dt 32.13) ¡se escondían en cuevas! A los israelitas ni siquiera se les permitía cosechar su propio grano, lo que explica por qué hallamos a Gedeón escondido en el lagar. El profeta de Dios (vv. 7–10) le recuerda al pueblo su incredulidad y pecado; entonces el Ángel del Señor, Cristo mismo, visitó a Gedeón para prepararle para su victoria. Recuérdese que Dios había olvidado temporalmente a su pueblo; ahora obraba por medio de individuos escogidos (2.18).

Cuando el Ángel llamó a Gedeón «varón esforzado y valiente» (v. 12), parecía mofa, sin embargo Dios sólo indicaba de antemano lo que Gedeón llegaría a ser por fe. Nos recuerda las palabras de Cristo a Pedro: «Tú eres[…] serás» (Jn 1.42). Pero vea la incredulidad de Gedeón, que era la causa de su cobardía, en su pregunta a Dios: «Si[…] por qué[…] en dónde[…] cómo[…] si[…]?» ¡Luego le pide que le dé una señal! Esto sin duda no es el lenguaje de la fe. Gedeón confesó que Dios castigó con justicia a su pueblo (v. 13), pero no podía entender cómo usaría a un pobre campesino como él para librar a la nación. Dios enfrentó su incredulidad con una serie de promesas: «Jehová está contigo»; «salvarás a Israel»; «¿no te envío yo?»; «Ciertamente yo estaré contigo» (vv. 12, 14, 16). La fe viene por el oír la Palabra de Dios (Ro 10.17). Gedeón necesitó una señal y Dios con su gracia se la concedió (vv. 19–24). Sin embargo, no es un buen ejemplo a seguir. «Jehová-shalom» significa «el Señor es nuestra paz» (vv. 23–24).

II. Gedeón el desafiador (6.25–32)

Una cosa es encontrar a Dios en el secreto del lagar, pero otra muy diferente es erguirse por el Señor en público. Esa misma noche Dios probó la dedicación de Gedeón al pedirle que derribara el altar idólatra de su padre a Baal y que edificara un altar a Jehová. Más que esto, debía sacrificar el toro de su padre (tal vez reservado para Baal) sobre el nuevo altar. El testimonio cristiano empieza en casa. Gedeón obedeció al Señor, pero mostró incredulidad al hacerlo de noche (v. 27) y al pedir a otros diez hombres que lo ayudaran. ¡Podemos imaginar el furor del vecindario cuando a la mañana siguiente descubrieron el altar destruido! ¿Mataron a Gedeón? ¡No! Antes bien Gedeón se convirtió en un líder, capaz de reunir al ejército y prepararse para luchar. Dios nunca usa a un «santo secreto» para ganar grandes batallas. Debemos salir a la luz y asumir nuestra posición, cueste lo que cueste.

III. Gedeón el conquistador (6.33–8.3)

A. Conquistó sus temores (6.33–7.14).

Un ejército de treinta y dos mil hombres acudió a su lado, pero aún dudaba de la victoria. ¡Cuánta gracia muestra Dios al ministrar a sus endebles santos! Gedeón «puso fuera su vellón» dos veces y en ambas Dios le contestó. Es muy malo, sin embargo, cuando el pueblo de Dios confía en las circunstancias para que les guíen en lugar de confiar en la clara Palabra de Dios. Gedeón no era el único con miedo; veintidós mil soldados también tenían miedo y regresaron (7.1–3; y véase Dt 20.8). Sin embargo, Dios no necesitaba los restantes diez mil, de modo que los probó y envió a la mayoría de regreso. Los trescientos que bebieron el agua de su mano (v. 6) hubieran estado en una mejor posición para enfrentar y luchar contra el enemigo en un ataque por sorpresa.

La noche de la batalla Dios vio que aún había temor en el corazón de Gedeón (vv. 9–14), así que en su gracia le dio otra señal especial para darle seguridad de que ganaría la batalla. El pan de cebada representa a Gedeón, porque la cebada era el alimento más pobre. ¡Pero Dios iba a usar a este campesino ordinario para lograr una gran victoria!

B. Conquistó a sus enemigos (7.15–25).

Nótese cómo Gedeón cita al pueblo las promesas de Dios de victoria (v. 15, nótese v. 9). Confiaba por completo en la Palabra de Dios. La victoria se obtuvo por el poder de Dios, porque las armas que tenían eran inútiles en la batalla. El Espíritu de Dios estaba ahora usando a Gedeón (6.34); véanse Zacarías 4.6 y 1 Corintios 1.26–31. Los cántaros ocultarían la luz de las teas y también harían gran ruido al romperse; y estos efectos, añadidos a los gritos y al toque de las trompetas, derrotarían sin duda al enemigo. Los cántaros, las teas y las trompetas tienen también una significación espiritual. Debemos ser cántaros limpios, rendidos a Dios para que nos use (2 Ti 2.21); debemos dejar que nuestra luz brille (Mt 5.16); y debemos «proclamar» un testimonio claro por Cristo (1 Ts 1.8).

Los pasos de la victoria de Gedeón son fáciles de trazar: tenía una promesa en la cual creer (6.12, 14, 16; 7.7–9), un altar que edificar (6.25–26), un cántaro que quebrar, una lámpara para encender y una trompeta para tocar. ¡Y Dios le dio la victoria!

C. Conquistó sus sentimientos (8.1–3).

A Efraín no se le incluyó en el ejército original (6.35), pero Manasés, la tribu hermana, participó en la batalla. Más tarde Gedeón llamó a Efraín para que capturara a dos príncipes famosos, lo cual hicieron. ¡Pero se les provocó! Qué fácil es que la carne actúe incluso cuando Dios ha dado una gran victoria. Gedeón pudo haberlos «silenciado», pero en lugar de eso practicó Proverbios 15.1: «La blanda respuesta quita la ira». Es mejor controlar nuestros sentimientos que conquistar una ciudad (Pr 16.32); y si Gedeón hubiera ofendido a sus hermanos, nunca hubiera podido ganarlos de nuevo (Pr 18.19). Los líderes piadosos deben saber cómo controlar sus sentimientos.

IV. Gedeón el acomodadizo (8.4–35)

Gedeón y sus trescientos hombres perseguían a los dos reyes de Madián, pero los de Sucot y Peniel no les ayudaron. Su actitud provocó a Gedeón y prometió vengarse. Esto parece haber sido el principio de su reincidencia, porque no cabe duda que Dios habría castigado a estos rebeldes a su manera (Ro 12.19). El ejército tomó al de Madián por sorpresa cuando los reyes se sentían confiados (8.11), y cuando Gedeón venía de regreso, castigó a los hombres de Sucot y Peniel con espinos y abrojos (8.16–17). Luego mató a los dos reyes que mataron a los hermanos de Gedeón.

Después de obtener una gran victoria, siempre debemos precavernos de la tentación a pecar, porque Satanás nos ataca solapadamente cuando menos lo esperamos. La nación le pidió a Gedeón que fuera su rey y estableciera una dinastía; pero él lo rehusó. «¡Jehová señoreará sobre vosotros!» Sin embargo, Gedeón aprovechó la oportunidad para pedir «una cosa menor»: todos sus zarcillos y adornos. Esto parecía un obsequio apropiado para un gran libertador, pero téngase presente que estos objetos de oro estaban asociados a la adoración idolátrica. Los ornamentos mencionados en el versículo 21 en realidad son «lunetas»; estos artículos se relacionaban a la adoración de la luna. Léase en Génesis 35.1–4 la asociación entre los zarcillos y la idolatría.

Gedeón hizo un «efod» (o imagen) idólatra con las setenta libras de oro que recogió. Lo que los madianitas no pudieron hacer mediante la espada, Satanás lo consiguió con zarcillos. Es triste ver que el hombre que derribó el altar de Baal, ahora crea un ídolo por su cuenta. Es triste, pero la nación entera se olvidó de Dios y adoró al nuevo dios (v. 27). Cuando Gedeón murió, la nación volvió de inmediato a adorar a Baal (v. 33).

La historia subsiguiente de la familia de Gedeón no es nada estimulante. Tuvo muchos hijos e hijas con sus «muchas esposas» (v. 30), pero un hombre llamado Abimelec (v. 31; Jue 9.1–6), hijo de la concubina de Gedeón, los mató a todos (a excepción de Jotam). Todavía más, antes de que mataran a la familia de Gedeón, la nación no los trató con amabilidad (v. 35). Cuán pronto los corazones pecadores de los seres humanos se olvidan tanto del Señor (v. 34) como de las personas que les han servido fielmente.

JUECES 13–16

Pocos relatos en la Biblia son tan trágicos como este. Aquí tenemos a un hombre al cual Dios le dio veinte años para empezar a vencer al enemigo y, sin embargo, al final el enemigo lo venció a él. La historia de Sansón es una ilustración de la advertencia de Pablo en 1 Corintios 9.27, porque Sansón fue un náufrago. Hebreos 11.32 lo cita por su fe en la Palabra de Dios, pero aparte de esto, muy poco se puede decir a su favor. «El que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Co 10.12). Nótese los pasos que condujeron al pecado y trágico fin de Sansón.

I. Menospreció su herencia (13)

Sansón nació en un hogar piadoso, de padres que creían en la oración. Fue el don especial de Dios para ellos y para la nación. Tenía un padre que oraba: «[que] nos enseñe lo que hayamos de hacer con el niño que ha de nacer» (v. 8; y véase v. 12). Sus padres temían a Dios y trataron de infundir el mismo temor en su hijo. Trajeron ofrendas a Dios y se atrevieron a creer en sus maravillosas promesas.

Dios le dio a Sansón una investidura especial del Espíritu Santo que le hizo vencedor. Dios llamó a Sansón a ser un nazareo («separado»), completamente sometido al Señor. De acuerdo a Números 6 un nazareo nunca debía beber licor ni tocar un cadáver; y la señal de su dedicación sería su cabello sin cortar.

¡Toda esta maravillosa herencia menospreció Sansón ya adulto! En lugar de ponerse en las manos de Dios para realizar la tarea dada por Dios, decidió vivir como le placía. Qué trágico es cuando Dios le da a un joven una maravillosa herencia y una gran oportunidad y la toma a la ligera.

II. Desafió a sus padres (14.1–4)

Una evidencia de la declinación espiritual puede verse en la manera en que se llevaba con sus seres queridos. Es cierto que «Sansón descendió» (14.1) tanto espiritual como geográficamente. En lugar de quedarse dentro de las fronteras de Israel, entró en territorio enemigo y se enamoró de una mujer pagana. Sabía las leyes de separación que Dios les dio a los judíos, pero decidió ignorarlas (véanse Éx 34.16; Dt 7.3; y 2 Co 6.14–18; también Gn 24.1–4). Nótese que les *dijo* a sus padres; no les *preguntó*. Y cuando ellos le recordaron la ley de Dios, los despreció. «Tomadme esta por mujer», insistió él, «porque ella me agrada». No le importó que su deseo le desagradó a sus padres. Nótese que en este caso Dios en su misericordia iba a anular su pecado y usarlo para debilitar a los filisteos (v. 4). Los jóvenes cristianos necesitan detenerse y considerar con cuidado cuándo menosprecian a padres piadosos que conocen la Palabra de Dios.

III. Contaminó su cuerpo (14.5–20)

En aquellos días los padres arreglaban el matrimonio y había varios meses entre el compromiso y la boda. Cuando Sansón se encontró con el león, Dios le dio el poder para vencerlo aun cuando Sansón no estaba andando completamente en la voluntad de Dios. Cuando regresó algunos meses más tarde para completar el matrimonio, encontró miel en el cadáver del león. Números 6.6–9 nos dice que un nazareo nunca debía tocar un cadáver, ¡pero Sansón a propósito se contaminó debido a la miel! Cuántos cristianos hoy se contaminan sólo para disfrutar de un poco de miel en el cadáver de un león: tal vez un libro popular, una película o una amistad cuestionable. Triste es decirlo, ¡pero Sansón pasó el pecado a sus padres y entonces lo convirtió en un juego para entretener a sus amigos! Como nazareo y como judío no tenía derecho a participar en una boda filistea mundana. El matrimonio nunca se completó, pero las semillas del pecado quedaron plantadas en su corazón.

IV. Desdeñó la advertencia de Dios (15)

Este es un capítulo de lo que al parecer son victorias y sin embargo concluye con el «hombre fuerte» completamente exhausto por falta de agua. Quemó los campos de los filisteos, pero se volvió y quemó la casa de la mujer que amaba (15.6 con 14.15). Sansón vengó su muerte, mas su gente se volvió en su contra y le entregó al enemigo (vv. 11–13). Dios le libró, pero entonces le advirtió mostrándole cuán débil

era. Hallamos sólo dos oraciones de Sansón: aquí, por agua (vv. 18–20), y en 16.28, por fuerza para destruir a los filisteos. Sus padres fueron personas de oración, pero Sansón no siguió su ejemplo. Dios le advirtió aquí, pero él no quiso prestar atención.

V. Deliberadamente jugó con el pecado (16)

Sansón ya se había metido en problemas con una mujer, pero ahora lo intentó de nuevo, esta vez adentrándose más en el territorio enemigo de Gaza. Dios otra vez lo amonesta al permitir que el enemigo casi lo atrape, pero Sansón todavía rehusó arrepentirse. Fue entonces que Dalila entró en su vida y lo condujo a su caída. El valle de Sorec estaba cerca de su casa, pero el corazón de Sansón estaba ya lejos de Dios.

Nos asombra ver a este nazareo durmiendo sobre las rodillas de una mujer perversa, pero esto es lo que ocurre cuando la gente decide seguir su propio camino y rechazar el consejo de sus seres queridos y del Señor. Tres veces Dalila sedujo a Sansón, y tres veces él le mintió. En todas el enemigo le atacó, de modo que debería haberse dado cuenta de que corría peligro. Pero, léase Proverbios 7.21–27 para ver por qué Sansón se sometió. ¡Dormía cuando debía estar despierto! Recuérdese la advertencia que Cristo le dio a Pedro en Mateo 26.40–41. Nótese que cada mentira que Sansón dijo en realidad le llevó más cerca de la verdad. ¡Cuán peligroso es jugar con el pecado!

El resto de la historia muestra el trágico fin del creyente que no le permite a Dios controlar su vida. A partir del versículo 20 Sansón no hace sino perder. Pierde su cabello, el símbolo de su consagración nazarea; porque esa dedicación la había abandonado desde mucho antes. Luego pierde su fuerza, pero lo ignora hasta que cae preso. ¡Qué inútil es que el siervo de Dios trate de servir al Señor cuando está fuera de su voluntad! Lo siguiente que Sansón pierde es la luz, porque los filisteos le sacaron los ojos. Pierde su libertad, porque le ataron con grillos de bronce. Pierde su utilidad para el Señor, porque acaba moliendo trigo en lugar de librar las batallas de Dios. Alguien ha dicho que el versículo 21 es un cuadro de los resultados del pecado que ciegan, atan y trituran. ¡Y todo eso empezó cuando Sansón menospreció las bendiciones y a sus padres.

Sansón también perdió su testimonio, porque fue el hazmerreir de los filisteos. A su dios Dagón, como pez, no al Dios de Israel, se le dio toda la gloria. Es evidente que Sansón se arrepintió de su pecado, porque Dios le dio una oportunidad más de actuar por fe. Su cabello comenzó a crecer y Sansón le pidió a Dios fuerza para ganar una victoria más sobre el enemigo. Dios contestó su oración, pero Sansón derrotando a otros perdió también su vida. Como Saúl, Sansón fue eliminado; cometió pecado de muerte y Dios le eliminó de la escena (véanse I Co 11.30–31; I Jn 5.16–17). Sus seres queridos reclamaron su cuerpo y lo sepultaron «entre Zora y Estaol», el mismo sitio donde comenzó su ministerio (13.25).

Sansón ilustra a la gente que tiene poder para conquistar a otros, pero no pueden dominarse a sí mismos. Quemó los campos filisteos, pero no pudo controlar el fuego de su lujuria. Mató un león, pero no pudo matar las pasiones de la carne. Podía fácilmente hacer pedazos las cadenas que los hombres le ponían encima, pero las cadenas del pecado poco a poco crecieron con fuerza en su alma. En lugar de guiar a la nación, prefirió trabajar por su cuenta y como resultado no dejó ninguna victoria permanente detrás de sí. Se le recuerda por lo que destruyó, no por lo que edificó. Le faltaba disciplina y dirección; sin esto, su fuerza no podía alcanzar gran cosa. No logró dominar los impulsos que surgieron a inicios de su carrera y que veinte años después lo mataron.

Les tocó a Samuel y a David, años más tarde, derrotar finalmente a los filisteos. Samuel con una oración consiguió más que Sansón en veinte años de lucha (véase I S 7.9–14).

Rut

Bosquejo sugerido de Rut

I. La aflicción de Rut (1)
   - A. La decisión errada de Noemí (1.1–5)
   - B. El consejo errado de Noemí (1.6–18)
   - C. La actitud errada de Noemí (1.19–22)

II. El servicio de Rut (2)
   - A. Dios guía a Rut (2.1–3)
   - B. Booz muestra bondad a Rut (2.4–16)
   - C. Noemí anima a Rut (2.17–23)

III. El sometimiento de Rut (3)
   - A. Obedece el consejo de Noemí (3.1–5)
   - B. Se somete a Booz (3.6–13)
   - C. Espera que Booz obre (3.14–18)

IV. La satisfacción de Rut (4)
   - A. Booz redime a Rut (4.1–12)
   - B. Booz se casa con Rut (4.13)
   - C. Booz y Rut tienen un hijo (4.14–21)

Notas preliminares a Rut

I. Trasfondo

Es difícil creer que los sucesos de este libro acontecieron durante el tiempo de los jueces, época cuando Israel era una nación dividida y derrotada. Pero durante los peores tiempos Dios revela su amor y obra a favor de quienes le temen y confían en Él. Vivimos hoy en días cuando «no hay rey en Israel» (Jue 17.6; 18.1; 19.1; 21.25), porque los judíos rechazaron a su Rey; pero ahora el mundo es testigo de una hermosa historia de amor: Dios está adquiriéndole Esposa a su Hijo. El libro de Rut es una historia de cosecha, así como el «Señor de la mies» recoge sus gavillas (Jn 4.31–38).

No estamos seguros cómo encaja la historia de Rut en la historia que aparece en el libro de Jueces. Es posible que la hambruna se debió a la devastación de uno de los ejércitos invasores que Dios usó para disciplinar a su pueblo. Debe haber habido paz entre Judá y Moab, o Elimelec y su familia no hubieran podido mudarse para allá. Durante el período de los jueces, la paz era posible en una parte de la tierra mientras que había problemas en otra.

II. Teología

Aun cuando el propósito inmediato de este pequeño libro es trazar la línea ancestral del rey David, en la historia se halla mucha verdad espiritual. Rut era de Moab y los moabitas se excluyeron de la nación de Israel (Dt 23.3). Pero debido a que ella puso su fe en el Dios de Israel, fue aceptada, una ilustración de la gracia de Dios a los gentiles (Ef 2.11–22). Booz, el pariente redentor, es un cuadro de nuestro Señor Jesucristo que pagó el precio para redimirnos y hacernos su Esposa. El pariente desconocido no quiso arriesgar su herencia por Rut, ¡pero Booz la quiso tanto que la hizo parte de su herencia! La gracia y la dirección providencial de Dios son los temas principales de esta historia.

Rut llegó a ser un ancestro del Mesías (Mt 1.5) y de David, a través de cuya línea se prometió el Mesías (2 S 7). Como Rahab (Jos 2; 6; Heb 11.31), Rut era una gentil que se casó con un judío y llegó a ser parte de la «historia de la salvación» (Mt 1.5). Este libro puede ser pequeño, pero la historia que relata es parte de la más grande jamás narrada.

III. Lecciones prácticas

Hay muchas lecciones que podemos aprender de este maravilloso libro:

(1) Sin importar cuán difícil sea la situación, si nos sometemos al Señor y le obedecemos, Él hará que salgamos adelante.

(2) Ninguna persona está tan lejos del alcance de la gracia de Dios que no pueda ser salva. Rut tenía todo en su contra, ¡pero el Señor la salvó!

(3) Dios providencialmente dirige a quienes quieren obedecerle y servir a otros. Debido a que Rut estaba preocupada por Noemí, Dios la guió y llevó a una vida de felicidad.

(4) De nada sirve enojarse contra Dios y echarle la culpa de nuestros errores. Dios usó a Rut para sacar a Noemí de la desesperación y darle su bendición.

(5) No hay «decisiones menores» con Dios. La decisión de Rut de espigar en los campos la llevó a ser una de los antepasados del rey David y del Mesías. Léase el Salmo 37.3–7 y vea cómo se cumplió en la experiencia de Rut.

(6) Es sabio esperar en el Señor y permitirle que ejecute sus propósitos de amor. «El que creyere, no se apresure» (Is 28.16). Después que hemos hecho todo lo posible, debemos confiar en que el Señor hará el resto; y Él nunca nos fallará.

RUT 1–4

Este es el octavo libro del AT y ocho es el número de un nuevo comienzo. Los sucesos de Rut ocurren durante los días de los Jueces, ¡pero qué diferencia hay entre estos dos libros! En lugar de violencia y desorden, vemos ternura, amor y sacrificio. Es agradable saber que todavía hay gente buena en tiempos malos, y que Dios obra en «los rincones de la tierra» aun cuando la violencia llene las noticias. Rut y Ester son los únicos libros del AT que llevan nombres de mujer. Rut fue una gentil que se casó con un judío; Ester fue una judía que se casó con un gentil; pero Dios las usó a ambas para salvar a la nación. Jueces muestra la declinación de la nación judía; Samuel muestra el establecimiento del reino judío; y Rut es un cuadro de Cristo y su Esposa. Durante esta edad presente, cuando Israel se ha echado a un lado, Cristo está llamando a su Esposa de entre los gentiles y judíos. Como veremos, este breve libro tiene un maravilloso significado típico. Es una historia de amor y de cosecha, y esto es lo que Dios hace en nuestro mundo hoy.

I. La aflicción de Rut (1)

A. Una decisión errada (vv. 1–5).

No sabemos por qué una hambruna debía venir sobre Belén («casa de pan»); quizás debido a los pecados del pueblo. En lugar de confiar en el Dios de la tierra, Elimelec («Dios es mi rey») y Noemí («Placentera») llevaron a sus dos hijos a tierra de Moab. Abraham cometió una equivocación similar cuando se fue a Egipto (Gn 12.10ss). Mejor morirse de hambre en la voluntad de Dios que comer del pan del enemigo. Planeaban «irse» por poco tiempo, pero en lugar de eso «se quedaron allí» hasta que el padre y los dos hijos murieron. Los nombres de los dos hijos tal vez reflejen la aflicción de su viaje: Mahlón quiere decir «enfermizo» y Quelión significa «clavar». «La mente carnal es muerte» (Ro 8.6). Los judíos no debían mezclarse con los moabitas (Dt 23.3), de modo que su decisión errada les trajo la disciplina de Dios.

B. Una dirección errada (vv. 6–18).

La descarriada Noemí desea regresar a su casa, ¡pero no es lo suficientemente sabia como para invitar a sus nueras que la acompañen! Cuidado con el consejo del cristiano carnal. ¡Imagínese a Noemí enviando a estas mujeres de regreso a sus ídolos paganos! Pensó que su único interés (como el de ella) era carnal, pero Rut tenía otros deseos más altos que el pan y el matrimonio. Orfa volvió a su vida vieja, pero Rut «se quedó con ella». Deseaba seguir al Dios verdadero, Jehová, y abandonar la vieja vida pagana. «Iré», fue su decisión firme a pesar de la dirección nada espiritual de Noemí.

C. Una disposición errada (vv. 19–22).

Su regreso conmovió a la ciudad porque grandes cambios ocurrieron en Noemí. ¿Detectamos un espíritu de amargura contra el Señor? ¿Le echa la culpa a Dios de sus aflicciones? Estos versículos sin duda deben advertir al descarriado el gran costo de abandonar la voluntad de Dios. «¡Llamadme Mara[…] amargura!» Veremos que Dios usa a Rut para cambiar las actitudes de su suegra hacia la vida y hacia Él mismo.

II. El servicio de Rut (2)

La cosecha de la cebada era en abril y Rut participa de ella como una espigadora pobre; véanse Deuteronomio 24.19–22 y Levítico 19.9ss. Nótese su dedicación y determinación: «Te ruego que me dejes ir al campo» (v. 2); «Te ruego que me dejes recoger y juntar» (v. 7); «Halle yo gracia» (v. 13). Dios la guía en su selección de los campos, ¡de modo que llega a estar cara a cara con el hombre que Dios ha

escogido para redimirla y casarse con ella! «Guiándome Jehová en el camino» (Gn 24.27). Dios no bendice ni guía a gente ociosa; los que realizan la tarea hallan su dirección. Booz protege y provee para Rut mucho antes de casarse con ella, un cuadro perfecto de nuestro Señor. Todo esto viene de la gracia (vv. 2, 13) y benevolencia (v. 20) de Dios. Qué bueno es ver a Noemí perder su amargura. Dios usaba a Rut la gentil para restaurar de nuevo la bendición de Noemí, así como Dios salva a los gentiles hoy y un día restaurará a Israel a su lugar de bendición.

III. El sometimiento de Rut (3)

Allá en Moab, Noemí le dijo a Rut que hallaría descanso entre su pueblo (1.9), pero ahora se da cuenta de que sólo hay descanso con el pueblo y la voluntad de Dios. Llegó el día en que Rut presentó sus peticiones a Booz y le dio la oportunidad de ser el pariente redentor. La ley del AT estipulaba que un pariente podía comprar de nuevo una heredad perdida por pobreza (Lv 25.23–55). Esto conservaba la tierra en posesión de las personas apropiadas. El pariente, por supuesto, tenía que estar dispuesto y ser capaz de redimir. Rut siguió la costumbre de la época y presentó su caso a Booz: si él iba a redimir la heredad de su difunto esposo, también debía casarse con ella, la viuda. Los hombres a menudo dormían en la era para cuidar el grano. «Extiende el borde de tu capa sobre tu sierva» (v. 9), fue la demanda legal de Rut a Booz para que fuera el pariente redentor y la pidiera como esposa. No cabe duda que exigió fe y valentía de parte de ella dar este paso. Booz se regocijó de que esta joven no lo rechazara debido a su edad y le prometió cumplir el deber de pariente al día siguiente. ¡Nótese que no la envió con las manos vacías!

Podemos ver en las acciones de Rut una hermosa ilustración de la relación del creyente con Cristo. Es cierto que si queremos comunión con Él, debemos lavarnos, ungirnos (el Espíritu Santo) y vestirnos (v. 3). Nuestro lugar apropiado es a sus pies. Es ahora «de noche», ¡pero tenemos comunión con Él hasta que llegue la mañana (v. 13) y tome para sí a su Esposa! Como resultado de nuestra comunión debemos tener alimento para compartir con otros (vv. 15–17).

IV. La satisfacción de Rut (4)

Otro hombre de Belén tenía más derecho a la herencia, de modo que Booz le buscó al día siguiente. El hombre tenía ansia por la tierra, ¡pero no quería a Rut! «¡No puedo casarme con ella para no arruinar mi herencia!» ¡Qué maravilloso que Cristo estuvo dispuesto a hacernos parte de su herencia y pedirnos como su Esposa! ¡Cuán desprendido fue su amor por nosotros! El pariente anónimo sabía que cualquier hijo que Rut tuviera llevaría, no su nombre, sino el del primer marido (v. 5); y de este modo perdería la heredad que el hijo recibiría. Era «un mal negocio» desde su punto de vista; sin duda no quería a Rut. Booz estaba dispuesto a pagar cualquier precio para redimir a la mujer y su heredad sencillamente porque la amaba. ¡Qué maravilloso cuadro de Cristo y su amor por la Iglesia!

Descubrimos ahora la importancia de este libro: Rut llegó a ser una de los antepasados de David. Deuteronomio 23.3 excluye a los moabitas de la congregación de Israel «hasta la décima generación»; pero la gracia de Dios hizo de Rut la moabita un miembro de la familia terrenal que dio a Cristo al mundo (Mt 1.3–6 y nótese la mención de Tamar y Betsabé, prueba adicional de la gracia de Dios).

¡Este libro empieza con un funeral y acaba con una boda! ¡Empieza con hambruna y concluye con abundancia! El amor de Rut por su suegra y su disposición a obedecer la Palabra le dio gozo y bendición. La decisión que hizo en el capítulo 1 determinó su futuro. Si hubiera regresado a su modo pagano de vida, nunca más se hubiera vuelto a oír de ella. Nótese, en conclusión, algunas lecciones especiales:

A. Profética.

El capítulo 1 muestra a Israel fuera de la voluntad de Dios y sufriendo su castigo. Pero entonces Dios empieza a relacionarse con una gentil (Rut), así como hoy está llamando de entre los gentiles un pueblo para su nombre (Hch 15.14). La bendición de Noemí vino después de la boda de Rut, así como Israel será restaurada y bendecida después de que Cristo y su Iglesia se unan.

B. Típica.

Sin duda Booz es un cuadro de Cristo, nuestro Pariente-Redentor. Cristo adoptó nuestra carne (sin pecado, por supuesto) para redimirnos. Pagó el precio y lo hizo porque nos amaba. Como Booz, es el Señor de la mies; suple nuestras necesidades; redime la herencia para nosotros; da reposo.

C. Práctica.

Descarriarse es un asunto serio; a Noemí le costó su esposo y sus hijos. Sin que importen cuán difíciles pudieran ser las circunstancias, el único lugar para el pueblo de Dios es estar en la voluntad de Dios. Cuando buscamos satisfacción del mundo pagamos un alto precio. Sin embargo, Dios está dispuesto a perdonar a los reincidentes y restaurarlos a su gracia. Noemí nunca podría recuperar el tiempo perdido fuera de la voluntad de Dios, pero sí recuperó su gozo y testimonio.

1 y 2 Samuel

Notas preliminares a los Libros Históricos

I. Tema

Samuel, Reyes y Crónicas son libros de historia que narran el establecimiento del reino, sus años de victoria y derrota, y el fin del reino dividido. Una lección es obvia al leer estos libros: «La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones» (Pr 14.34). Dondequiera que una nación exaltó a Dios, Dios exaltó a la nación; pero cuando los gobernantes, profetas y pueblo se alejaron de la ley, Dios les quitó su bendición.

Esta verdad no sólo se ve en la historia de toda la nación, sino también en la vida de sus líderes. David y Salomón desobedecieron a Dios y pagaron muy caro con sus familias y vidas.

II. Los profetas

En un período de declinación espiritual Dios envió a sus profetas para despertar a su pueblo. Hay varios «profetas anónimos» en estos libros y siervos famosos de Dios tales como Elías, Eliseo, Isaías, Joel, Amós, Jonás y Miqueas. Verifique en su diccionario bíblico o manual bíblico las semejanzas en las vidas de los profetas y la historia de la nación.

III. Los libros de Samuel

Estos libros narran la transición del período de los jueces al tiempo cuando se estableció la monarquía. Samuel fue el último de los jueces y el primero de los profetas nacionales. Fue quien ungió a Saúl, el primer rey, y luego a David su sucesor. Se puede bosquejar los libros juntos como sigue:

A. Samuel (1 S 1–7)
   1. Nacimiento e infancia (1–3)
   2. Principios del ministerio (4–7)

B. Saúl (1 S 8–15)
   1. Hecho rey (8–10)
   2. Primeras victorias (11–12)
   3. Pecados y rechazo (13–15)

C. David (1 S 16-2 S 24)
   1. El pastor (1 S 16–17)
   2. El siervo (1 S 18–19)
   3. El exilio (1 S 20–31)
   4. El rey (2 S 1–24)
      a. Sus triunfos (2 S 1–12)
      b. Sus aflicciones (2 S 13–24)
         i) Pecado personal (11–12)
         ii) Pecado de Amnón (13)
         iii) Pecado de Absalón (14–18)
         iv) Intranquilidad nacional (19–24)

IV. Los libros de Reyes

Estos libros, como lo indica su título, tratan de los reyes de la nación, empezando con el glorioso reino de Salomón y concluyendo con el trágico cautiverio de Judá por Babilonia. Podemos bosquejar los libros de la siguiente manera:

A. El reino unido (1 R 1–11)
   1. Riqueza y sabiduría de Salomón (1–4)
   2. El templo de Salomón (5–9)
   3. Pecados de Salomón (10–11)

B. El reino dividido (1 R 12–22)
   1. Roboam y Jeroboam (12–14)
   2. Una serie de reyes buenos y malos (15–16)
   3. Elías y el rey Acab (17–22)

C. El reino llevado cautivo (2 R 1–25)
   1. Cautiverio de Israel (1–17)
   2. Cautiverio de Judá (18–25)

V. Los libros de Crónicas

Primero y Segundo de Reyes se escribieron antes del cautiverio de Judá y parecen enfatizar el punto de vista de un profeta, mientas que 1 y 2 Crónicas se escribieron después del cautiverio (1 Cr 6.15) y parecen tener el punto de vista de un sacerdote. Estos libros nos recuerdan que «la justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones» (Pr 14.34). El pecado fue una afrenta especial para los judíos porque eran el pueblo de Dios y Él los llamó por gracia a una vida de santidad (Éx 19–20). Dios hubiera destruido a la nación mucho antes si no hubiera sido por su pacto con David y su promesa de mantener a un descendiente de David en el trono en Jerusalén. El cumplimiento supremo de esa promesa es Jesucristo, el «Hijo de David» (Mt 1.1), quien un día establecerá el trono de David (Lc 1.26–33) y gobernará desde Jerusalén.

Hemos analizado mucho la historia de Saúl, David, Salomón y los reyes importantes en nuestros bosquejos de 1 y 2 Samuel y de 1 y 2 Reyes. Aquí enfocaremos el material que se halla exclusivamente en 1 y 2 Crónicas. Los nuevos acontecimientos en estos dos libros son paralelos y suplementan lo que se expresa en Samuel y Reyes. Por eso nos concentraremos en el material que se halla sólo en 1 y 2 Crónicas.

I. Genealogías desde Adán hasta el rey Saúl (1 Cr 1–9)

II. Reinado del rey David (1 Cr 10–29)
   A. Muerte del rey Saúl (10)
   B. David consolida su reino (11–16)
   C. Pacto de Dios con David (17)
   D. David expande su reino (18–20)
   E. David censa al pueblo (21)
   F. David hace preparativos para la construcción del templo (22–29)
   (Muerte de David)

III. Reinado del rey Salomón (2 Cr 1–9)
  A. Salomón recibe la bendición de Dios (1)
  B. Salomón construye y dedica el templo (2–7)
  C. Fama y esplendor de Salomón (8–9)
IV. El reino dividido (reyes de Judá) (10–36)
  A. Reinado de Jeroboam (10–12)
  B. Desde Abías hasta Asa (13–16)
  C. Reinado de Josafat (17–20)
  D. De Joram hasta Amasías (21–25)
  E. Reinado de Uzías (26)
  F. Reinados de Jotam y Acaz (27–28)
  G. Reinado de Ezequías (29–32)
  H. Reinados de Manasés y Amón (33)
  I. Reinado de Josías (34–35)
  J. Últimos reyes y caída de Judá (36)

I SAMUEL 1–3

Los sucesos en los primeros capítulos del libro se centran alrededor de tres personas.

I. Ana: una madre piadosa (1.1–2.11)

A. Su aflicción (1.1–10).

Aun cuando el modelo perfecto de Dios para la familia, desde el mismo principio, ha sido un esposo para una esposa, «por la dureza del corazón humano» (Mt 19.8) Dios permitió la poligamia. Véase Deuteronomio 21.15–17. Elcana era un hombre piadoso, pero tenía un hogar dividido y su esposa favorita, Ana («gracia»), llevaba una carga constante de tristeza debido a su esterilidad y al acoso de la otra esposa.

B. Su súplica (1.11–19).

Ana era una mujer de oración, de modo que no sorprende hallar que su hijo Samuel fue un gran hombre de oración. Tan cargado estaba el corazón de Ana que no comió en la fiesta y se fue al tabernáculo a orar. (La palabra «templo» en 1.9 significa «un edificio público grande» y no se refiere al templo de Salomón, el cual aún no se había construido.) Ana no «regateó» con el Señor; más bien demostró su espiritualidad al ofrecer voluntariamente a Dios lo mejor que podía: Su primogénito. El versículo 21 sugiere que su esposo estuvo de acuerdo con el voto; véase también Números 30.6–16. Las regulaciones nazareas se hallan en Número 6. Sin duda Elí, el sumo sacerdote, juzgó con severidad a Ana (Mt 7.1–5), especialmente porque consideraba que sus propios hijos eran «hijos de Belial [Satanás]» (véase 2.12).

C. Su sometimiento (1.20–28).

Dios respondió las oraciones de Ana y le dio un hijo, así que ella le llamó Samuel: «pedido de Dios». Las mujeres judías destetaban a sus hijos alrededor de los tres años; y en ese tiempo Ana llevó a Samuel a Elí y cumplió su voto al Señor. Los tres becerros fueron quizás para la ofrenda por el pecado, el holocausto y una ofrenda especial por el voto nazareo; véase Números 15.8. «Por este niño oraba». ¡Qué testimonio de una madre piadosa! Véase 2 Timoteo 1.5. Si tuviéramos más padres como Elcana y Ana, tendríamos más gente piadosa como Samuel. «Dedico» quiere decir «dar»; Samuel le pertenecía al Señor por el resto de su vida.

D. Su hijo (2.1–11).

Mientras Elcana adoraba (1.28), su esposa oraba y alababa a Dios. Compárese este pasaje con el canto de María en Lucas 1.46–55. En ambos casos las mujeres alabaron a Dios por su victoria y por honrar las oraciones de los humildes. Nótese los dos nombres de Cristo en 2.10: «su Rey» y «su Ungido» (Mesías, Cristo): porque la carga de Ana era la gloria de Dios entre su pueblo. No cabe duda que Ana es un ejemplo de una madre piadosa, porque puso a Dios primero, creyó en la oración, cumplió sus votos y le dio toda la gloria a Él.

II. Elí: Un padre descuidado (2.12–36)

A. Sus hijos pecadores (vv. 12–21).

¡Qué trágico es cuando un siervo del Señor (y además sumo sacerdote) fracasa al no ganar a sus hijos para el Señor! Estos hijos de Elí eran egoístas, porque ponían sus deseos antes que la Palabra de Dios y las necesidades del pueblo; eran imperiosos; y llenos de lujuria (2.22). Filipenses 3.17–19 es una descripción perfecta de estos sacerdotes impíos. Nótese la repetición de la palabra *carne*. Advierta también en el versículo 18 el contraste entre los hijos de Elí y el joven Samuel: «Pero Samuel». No hay duda de que los hijos de Elí se reían del joven Samuel y le ridiculizaban por su ministerio fiel; pero Dios iba a intervenir y arreglar cuentas sin que pasara mucho tiempo.

B. Su desobediencia egoísta (vv. 22–26).

Elí rehusó enfrentar los hechos con honradez y obedecer la Palabra de Dios; véanse Deuteronomio 21.18–21 y 17.12. En 3.13 Dios afirma claramente que Elí rehusó disciplinar a sus hijos; en lugar de eso, los malcriaba. Su débil advertencia en 2.23–25 no fue sustituto de la disciplina definida. Compárese 2.26 con Lucas 2.52.

C. Su severo juicio (vv. 27–36).

Dios, en su gracia, envió un severo mensaje a Elí por boca de un desconocido hombre de Dios, advirtiéndole que su familia sufriría debido a los pecados de los hijos y a su propio descuido. Honraba a sus hijos más que al Señor (v. 29); esto era idolatría. Elí no fue celoso de la gloria del Señor, así que Dios tenía que eliminarlo. Años más tarde Saúl mató a muchos de los descendientes de Elí (1 S 22.17–20); y más adelante Salomón sustituyó a la familia de Elí con la familia de Sadoc (1 R 2.26–27, 35). Por supuesto, el «sacerdote fiel» del versículo

35 se refiere de momento a Samuel, pero al final a Cristo. El versículo 34 predice la muerte de los dos hijos de Elí; véase en 4.17–18 el cumplimiento.

III. Samuel: Un hijo devoto (3)

A. Su llamamiento del Señor (vv. 1–10).

La tradición afirma que Samuel tenía alrededor de doce años en este tiempo. Creció en la presencia del Señor y aprendió a servir en su tabernáculo, sin embargo, no había tenido una experiencia personal con el Señor (v. 7). Cuán importante es que quienes crecen en hogares cristianos tomen sus decisiones personales por Cristo. Samuel había llenado el candelero con aceite; era cerca del amanecer y la lámpara estaba a punto de apagarse. Samuel dormía y el Señor le llamó. Primero pensó que el ciego Elí necesitaba ayuda, de modo que fue corriendo a verlo. (Véase qué rápido obedecía este muchacho cuando le llamaban.) El versículo 10 narra la conversación de Samuel: «Habla, porque tu siervo oye». Años más tarde Dios le diría a Samuel: «Habla, siervo, ¡que tu Señor oye!» Porque Samuel llegó a ser un gran hombre de oración.

B. Su mensaje del Señor (vv. 11–14).

La persona que se somete al Señor y está siempre dispuesta a escuchar, aprenderá la voluntad de Dios. Elí desobedeció al Señor y puso a su familia primero, por lo tanto Dios no le hablaba directamente. Fue un mensaje de juicio para la casa de Elí y en el corazón de Samuel debe haber pesado mucho. Samuel quería a Elí y había aprendido mucho de él, pero él sabía que debía ser fiel al Señor a pesar de sus deseos personales.

C. Su mensaje a Elí (vv. 15–21).

Esta tremenda experiencia espiritual no impidió que Samuel siguiera cumpliendo sus tareas diarias a la mañana siguiente. No «se exhibió» ante la gente; no, caminó con gran humildad, llevando en su corazón la carga del Señor. Así como le dijo al Señor: «Heme aquí», contestó: «Heme aquí» cuando Elí le llamó. Los que honran al Señor también honran a sus ancianos. Samuel hubiera preferido guardar el triste mensaje en su corazón, pero Elí le pidió que se lo dijera; y así lo hizo. Aun cuando no admiramos el fracaso de Elí con su familia, sí admiramos su resignación a la voluntad de Dios a pesar de que significaba la muerte para él y sus hijos.

Este hecho fue un punto decisivo en la historia. Hasta aquí Dios no había hablado con las personas abiertamente, ni en visiones «con frecuencia» (v. 1); pero ahora todos sabían que Samuel era el profeta de Dios y que el Señor estaba con él. El Señor pudo aparecer de nuevo porque había un siervo en quien podía confiar. Sin duda Dios haría más por su pueblo, incluso hoy, si pudiera hallar creyentes consagrados dispuestos a ser sus siervos.

Varias lecciones prácticas se hallan en estos capítulos:

1. Nunca subestime el poder del pecado en una familia. Los hijos de Elí necesitaban disciplina, pero él más bien los consentía. Esto le costó su vida y a la larga a la familia le costó el sacerdocio.

2. Nunca subestime el poder de la oración en el hogar. Ana y Elcana eran personas de oración y Dios contestó sus oraciones. Hoy somos bendecidos debido a la dedicación de Ana, porque por medio de ella Dios le dio al mundo a Samuel, el último de los jueces y el primero de los profetas nacionales.

3. Dios habla a niños y a jóvenes, y los adultos deben facilitarles que oigan la voz de Dios y respondan en fe. Cuán sabio fue Elí al saber que Dios estaba llamando al joven Samuel. Educar a los niños en las cosas espirituales es una gran responsabilidad que no debemos eludir.

I SAMUEL 4–7

Estos capítulos relatan tres grandes sucesos en la historia de Israel

I. La gloria de Dios se va (4)

A. Un gran pecado (vv. 1–5).

Israel perdió cuatro mil hombres en la primera batalla y esto debió haberles mostrado que desagradaron a Dios. ¿Se arrepintieron y se volvieron a Dios en oración y confesión? ¡No! En vez de eso echaron mano a la superstición y llevaron el arca del pacto al campo de batalla. No podían llevarla con fe porque Dios no lo ordenó en su Palabra. Actuaban por impulsos y no por fe. Debido a que el arca fue delante de la nación en el desierto y marchó en victoria alrededor de Jericó, pensaban que su presencia les aseguraría la victoria sobre los filisteos. En lugar de reverenciar el arca como símbolo de la presencia de Dios, ¡la convirtieron en una reliquia religiosa! Véase Números 10.35ss.

B. Una gran masacre (vv. 6–10).

Los filisteos estaban primero temerosos; luego determinados; incluso si el Dios de Israel estaba en el campamento, ¡iban a comportarse como soldados valientes! Puesto que Dios abandonó a su pueblo, los filisteos tuvieron una victoria fácil. El Salmo 78.56ss es una descripción vívida de esta tragedia. Israel debía haber sabido que la presencia de Dios entre ellos dependía de su obediencia a su Palabra. Ofni y Finees eran sacerdotes impíos; su presencia trajo juicio, no bendición.

C. Una gran aflicción (vv. 11–22).

Elí, el sacerdote ciego de noventa y ocho años de edad, estaba sentado junto al camino cuando llegó el mensajero a Silo con las malas noticias; pero este mensajero pasó de largo y anunció su mensaje en la ciudad. El clamor de la ciudad despertó la curiosidad de Elí, porque sin duda esperaba el cumplimiento de la profecía de Samuel (3.11–14; 2.34–35). Nótese cómo el mensajero da las cuatro malas noticias en orden de importancia: Israel huyó; mataron a muchos; los dos hijos de Elí habían muerto; y el arca había sido capturada por el enemigo. El versículo 13 nos dice que la seguridad del arca era la mayor preocupación de Elí. Ahora vemos aflicción tras aflicción: Elí cae en un estado de shock, se rompe el cuello y muere; y su nuera también pierde su vida al dar a luz un hijo. El nombre «Icabod» significa «sin gloria» o «¿dónde está la gloria?» Véase Éxodo 40.34ss. La palabra «traspasada» puede traducirse «ha ido al exilio». La historia de Israel es una de recibir y luego perder la gloria de Dios.

II. Se defiende el nombre de Dios (5–6)

A. Ante los paganos (cap. 5).

Dios no revelará su poder a favor de su pueblo pecador, pero no permitirá que un enemigo se ría satisfecho y ponga en ridículo su gloria o manche su nombre. Los señores de los filisteos añadieron el arca a sus otras reliquias religiosas en el templo pagano y puso a Jehová en el mismo nivel de su dios pez Dagón. Por supuesto, ¡Dios está muy por encima de los demás dioses! ¡No sorprende que el ídolo pagano cayera postrado ante el arca! Véase Isaías 19.1. Los hombres enderezaron a Dagón de nuevo debido a que era impotente para hacerlo por sí mismo; ¡pero al día siguiente encontraron a su adorado ídolo sin manos y sin cabeza! Jehová demostró que Dagón era un dios falso; vindicó su Nombre. Dagón perdió sus manos, pero la mano del Señor se agravó en juicio sobre Asdod (v. 6); Dios envió forúnculos («tumores», inflamaciones) y ratones (6.4) como plaga sobre el pueblo. Los ratones arruinaron la cosecha y llevaban gérmenes de enfermedad. El arca fue llevada de Asdod a Ecrón, ¡pero los ciudadanos pidieron que se la llevaran! De nuevo, Dios defendió su Nombre.

B. Ante los israelitas (cap. 6).

Los filisteos decidieron devolver al arca a Israel, pero nadie tenía el valor para acometer la tarea. Finalmente decidieron poner el arca en un carro nuevo y permitir que las vacas recorrieran el camino sin ayuda. Sería natural que las vacas buscaran a sus terneros (v. 10); pero si se encaminaban más bien a Bet-semes sería evidencia de que Dios las dirigía y por consiguiente que Él había enviado las plagas. Los filisteos añadieron también una ofrenda por las transgresiones: cinco figuras de sus tumores y cinco de ratones. Dios condujo a las vacas y trajeron el carro al campo de Josué, un habitante de Bet-semes. Los israelitas que estaban en el campo cosechando se regocijaron al ver el arca devuelta. Sin embargo, los venció la curiosidad y miraron dentro del arca (vv. 19–20) y Dios tuvo que juzgarlos. Los números en el versículo 19 crean un problema, porque no había cincuenta mil en aquella pequeña aldea. En hebreo se usan letras para los números y es fácil que algún escriba haya copiado o leído erróneamente alguna letra. Es probable que setenta hombres fueron juzgados al instante, sin duda «una gran masacre» para un pueblo tan pequeño. El problema no afecta nada crucial. Es importante que sepamos que Dios los juzgó por su pecado. Cuántos murieron no es un asunto vital.

Ofni y Finees pensaron que podían ganar victorias confiando en el arca cuando sus vidas eran perversas y Dios los mató. Elí murió porque no disciplinó a sus hijos que deshonraban al Señor. Los filisteos murieron porque trataron a Jehová como a uno de sus dioses. Los hombres de Bet-semes murieron porque con presunción miraron dentro del arca. Cuesta caro burlarse de Dios.

III. Liberación del pueblo de Dios (7)

El arca no regresó a Silo; permaneció veinte años en casa de Abinadab. ¿Qué hacía Dios en ese tiempo? Preparaba a su siervo Samuel para derrotar al enemigo y establecer el reino. Sin duda Samuel ministraba al pueblo de lugar en lugar, dándoles la Palabra de Dios. El versículo 3 indica que Samuel llamaba al pueblo a arrepentirse y a volver al Señor. Esto quería decir desechar los dioses de los paganos y luego preparar sus corazones para servir al Señor. ¡Cuán trágico que la gran nación de Israel haya caído en derrota y desprestigio debido a sus pecados! Si Elí hubiera sido un padre fiel y sus hijos sacerdotes fieles, esta derrota nunca hubiera ocurrido. Baal y Astarot representan las deidades masculina y femenina. Su adoración se celebraba con ceremonias de inmundicia abominable.

¡Samuel convocó a la nación en Mizpa para una reunión de oración! A Samuel siempre debe asociársele con la oración; véase 12.23. Nació en respuesta a las oraciones de una madre (cap. 1); oró por su nación y derrotó al enemigo (7.13); oró cuando Israel desafió al Señor y pidió rey (8.6); y oró por el rey Saúl (15.11) incluso después que Dios lo rechazó. Alguien ha llamado a Samuel «el hombre de emergencia de Dios», y sin duda que el nombre le queda bien. Samuel entra en escena cuando el sacerdocio había decaído, cuando la nación estaba derrotada y cuando la gloria de Dios se había ido. No cabe duda que Ana debe haberse dado cuenta de cuán maravillosamente Dios usaría a su hijo; véase su canto (y predicción) en 2.9–10.

Los sucesos de Mizpa fueron estos: (1) Samuel vertió agua delante del Señor como un símbolo del arrepentimiento de la nación, sus corazones derramándose en tristeza por sus pecados; (2) ofreció un holocausto para indicar la completa entrega de Israel a Dios; (3) oró por la nación mientras temían la llegada de los filisteos; Dios le dio al ejército de Israel una gran victoria. ¡Qué día fue ese! ¡Con una sola oración Samuel consiguió una victoria que Sansón no pudo ganar en sus veinte años de liderazgo! Desde ese día (hasta la gran victoria de David sobre los filisteos), el enemigo mantuvo su distancia. Tal es el poder de una vida consagrada, el poder de la oración (Stg 5.16).

Samuel tuvo un ministerio como profeta y juez, viajando de ciudad en ciudad para ministrar al pueblo y arreglar disputas. Fue el último de los jueces y el primero de los profetas nacionales. (El oficio profético de Moisés fue de una naturaleza diferente.) Es triste ver que los hijos de Samuel no siguieron en los caminos piadosos de su padre (8.5). Tal vez estuvo tan ocupado con los asuntos de la nación que no los educó. Elí cometió un error similar.

Estos acontecimientos nos muestran la importancia de un hogar piadoso. La nación cayó en pecado y derrota debido a que Elí descuidó su casa; pero Dios salvó a la nación debido a las oraciones de una mujer piadosa (Ana) y el hijo que Él le dio. Conforme marchan los hogares, así marcha la nación.

I SAMUEL 8–15

Estos capítulos abarcan la primera etapa de la vida de Saúl y narran los pecados que condujeron a que Dios lo rechazara.

I. La petición de un rey (8–10)

Jehová Dios había sido Rey de Israel y había cuidado a la nación desde sus inicios; pero ahora los ancianos de la nación querían un rey para que los dirigiera. Su petición la motivaron varios factores: (1) los hijos de Samuel no eran piadosos y los ancianos temían que cuando Samuel muriera llevarían a la nación a descarriarse; (2) la nación tuvo una serie de líderes temporales durante el período de los jueces y los ancianos querían un gobernante más permanente; y (3) Israel quería ser como las otras naciones y tener un rey a quien honrar. Las poderosas naciones alrededor de Israel eran una amenaza constante y los ancianos sentían que un rey les daría más seguridad. La reacción de Samuel al pedido muestra que comprendió por completo su incredulidad y rebelión; que estaban rechazando a Jehová. Al escoger a Saúl la nación rechazó al Padre; mucho después, al escoger a Barrabás, rechazaron al Hijo; y cuando escogieron a sus líderes en lugar del testimonio de los apóstoles, rechazaron al Espíritu Santo (Hch 7.51).

Aquí tenemos una ilustración de la voluntad permisiva de Dios: Les concedió su petición, pero les advirtió lo que les costaría. Véase en Deuteronomio 17.14–20 la profecía de Moisés en cuanto a este suceso. ¡La nación escuchó a Samuel y luego de todas maneras pidieron rey! Querían ser como las demás naciones, aun cuando Dios los llamó a que fueran un pueblo separado de las naciones. El capítulo 9 explica cómo Saúl fue traído a Samuel y ungido en privado para ser rey. Nótese su humildad en 9.21 y también en 10.22 cuando vaciló para poner-

se ante el pueblo. Dios le dio a Saúl tres señales especiales para confirmarle (10.1–7). Samuel también instruyó a Saúl para que se quedara en Gilgal y esperara su regreso (10.8). El versículo 8 debería traducirse: «Cuando vayas antes que yo a Gilgal»; o sea, en alguna fecha futura cuando Saúl tuviera el ejército listo para la batalla. Este suceso ocurrió varios años más tarde; véase el capítulo 13.

Saúl tenía todo a su favor: (1) un cuerpo fuerte, 10.23; (2) una mente humilde, 9.21; (3) un nuevo corazón, 10.9; (4) poder espiritual, 10.10; (5) amigos leales, 10.26; y, sobre todo, (6) la dirección y oraciones de Samuel. Sin embargo, a pesar de estas ventajas, fracasó miserablemente. ¿Por qué? Porque no le permitió a Dios ser el Señor de su vida.

II. La renovación del reino (11–12)

Saúl regresó a su casa y en realidad estaba renuente para hablar de su gran experiencia. Téngase presente que esto fue al principio del reino cuando todo era nuevo. Samuel era aún el líder espiritual de la tierra, y él y Saúl esperaban la dirección de Dios concerniente al futuro de la nación. Sin los medios modernos de transporte o comunicación, hubiera llevado meses para que Saúl y Samuel convocaran al pueblo. La primera oportunidad de Saúl llegó cuando Nahas amenazó a la nación. No cabe duda que esta victoria nacional puso a Saúl ante el pueblo y estableció su autoridad. Algunos de sus allegados querían que Saúl matara a los Israelitas que se opusieron a que reinara (10.27), pero Saúl mostró humildad y dominio propio al dar la gloria al Señor y rehusar vengarse de otros.

Esta victoria fue la ocasión para una renovación del reino y una rededicación de la nación. Samuel repasó su ministerio y les recordó al pueblo que él fue fiel a ellos y al Señor. Luego repasó la historia de la nación y condujo al pueblo a comprender que pecaron grandemente contra el Señor al pedir rey. Pidió lluvia para mostrarle al pueblo su fe y el poder de Dios, y la tormenta súbita en la cosecha (acontecimiento poco común en esa época del año) atemorizó al pueblo. Admitieron su pecado y Samuel les volvió a asegurar la gracia de Dios. Necesitaban saber que su rey no les iba a salvar; sería su fidelidad y obediencia al Señor que les aseguraría las bendiciones de Dios. Se equivocaron, pero Dios lo anularía si obedecían.

III. El rechazo del Rey (13–15)

Estos tres capítulos narran tres pecados del rey Saúl; pecados que a la larga le costarían el reino.

A. Impaciencia (cap. 13).

Ahora le llegó a Israel el día de congregarse en Gilgal como Samuel y Saúl acordaron meses antes (10.8). Nótese cómo Saúl se adjudica la victoria que obtuvo su hijo en Gabaa para impresionar al pueblo y lograr que lo siguieran. La vasta horda de filisteos empezó a reunirse, y mientras más esperaba Saúl, más peligrosa se ponía su situación. Si atacaba de inmediato, podía derrotar al enemigo, pero su demora sólo les daba la oportunidad de fortalecerse. La impaciencia (e incredulidad) de Saúl le condujo a actuar sin Samuel de modo que cuando Saúl estaba ofreciendo el sacrificio apareció el profeta. Los versículos 11–12 narran las excusas de Saúl mientras trataba de echarle la culpa a Samuel y al pueblo. «¡Me esforcé!», le dijo a Samuel, pero el profeta sabía la verdad. Este era el principio del fin: si Dios no podía confiar en él para algo tan pequeño, ¿cómo podría confiarle el reino? La impaciencia de Saúl le costó el reino.

B. Orgullo (cap. 14).

Jonatán, el hijo de Saúl, era evidentemente un hombre piadoso; porque el Señor le dio a él y a su escudero una victoria sobre los filisteos. Saúl fue sólo un espectador (vv. 16–18), pero entonces reunió sus tropas y participó en la victoria. Desafortunadamente, sin embargo, Saúl pronunció un necio voto que prohibía a sus soldados comer en ese día. ¡Cuán necio es pensar que un voto sacrificial le daría la victoria cuando su corazón no estaba bien con Dios! Más tarde se enteraría que «obedecer es mejor que los sacrificios». Jonatán no sabía nada respecto a esta maldición, de modo que comió un poco de miel y se sintió fortalecido (v. 27), y su ejemplo de sabiduría práctica animó al ejército a proceder y comer después de su victoria (vv. 31–32). Es triste, pero los judíos tenían tanta hambre que comieron carne con sangre (Lv 17.10–14), que era mucho peor que quebrantar el voto. Saúl trató de enmendar esto ofreciendo los despojos como sacrificio a Dios. Cuando el ejército entabló la siguiente batalla, buscaron la dirección de Dios pero no pudieron lograr respuesta. ¡Esto llevó a Saúl a descubrir la desobediencia de Jonatán y el insensato rey iba a matar a su hijo! ¡Cuán fácil es dejarse convencer de los pecados de otro! El pueblo rescató a Jonatán, pero las acciones de Saúl revelaron las tinieblas de su corazón. Los problemas empezaron pronto. Su orgullo le haría caer.

C. Desobediencia (cap. 15).

Dios le daría a Saúl una oportunidad más de dar prueba de sí mismo, esta vez destruyendo por completo a los viejos enemigos de Israel, los amalecitas (Dt 25.17–19; Éx 17.16). Pero Saúl no obedeció al Señor: conservó lo mejor de los despojos para sí mismo y no mató al rey Agag. Dios le dijo a Samuel lo que Saúl había hecho y el entristecido profeta oró toda la noche. Cuando Samuel se acercó a Saúl, el rey le mintió y le dijo que había obedecido la Palabra de Dios. En ese momento los pecados de Saúl lo alcanzaron, porque los animales empezaron a hacer ruido. Una vez más Saúl recurrió a las excusas: «Ellos» (el pueblo) guardó los animales, pero «nosotros» (él y los líderes) destruimos por completo el resto. Entonces Samuel le entregó el mensaje de Dios al rey rechazado: Saúl perdió su humildad anterior (9.21) y se tornó orgulloso y desobediente; se rebeló contra la Palabra del Señor y trató de cubrir con sacrificios su desobediencia (vv. 21–23). Sustituyó el decir en lugar del hacer (15.13); las excusas en lugar de las confesiones (15.15, 21); y el sacrificio en vez de la obediencia (v. 22). Era pronto para criticar y culpar a otros, pero no estaba dispuesto a enfrentar y juzgar sus pecados.

Cuando Samuel estuvo a punto de alejarse de Saúl, el rey confesó sus pecados, pero su confesión no impresionó al profeta (vv. 24–27). La verdadera confesión involucra más que decir: «He pecado»; significa arrepentimiento y verdadera tristeza por el pecado. Al volverse Samuel, Saúl le tomó del manto y lo rasgó, y Samuel tomó esto como una profecía de que el reino le sería quitado y dado a otro (David). El versículo 30 revela que a Saúl le preocupaba más lo que la gente pensaba que lo que Dios pensaba; quería tener una buena reputación, pero no quería un carácter verdadero. Samuel adoró con Saúl y luego mató a Agag como Dios había ordenado, pero esta fue la última vez que Samuel anduvo con Saúl. Este perdió su mejor amigo; perdió la bendición del Señor; perdió su reino. De ahora en adelante andaría en un camino serpenteante y oscuro que acabaría con él, convirtiéndose en un fracasado que moriría a manos de uno de los mismos amalecitas que se negó destruir (2 S 1.13).

I Samuel 16–17

Entramos ahora a estudiar la vida de David, el «hombre según el corazón de Dios». Así como Saúl es un cuadro de la vida carnal, David es un cuadro de la vida espiritual del creyente que camina por fe en el Señor. Es verdad que David pecó. Sin embargo, fue todo lo contrario a

Saúl, confesó sus pecados y procuró restaurar su comunión con Dios. Vemos en estos capítulos tres escenas en la primera etapa de la vida de David.

I. El hijo obediente (16.1–13)

Qué declaración tan solemne: «¡He desechado a Saúl!» Todavía el pueblo no sabía del rechazo y Saúl aún «guardaba las apariencias» como rey de la tierra. Dios puede desechar a una persona y los hombres aún la aceptan, pero a la larga el juicio de Dios cae. Tan peligroso era Saúl que Samuel tuvo que inventarse un plan para escapar de su ira al visitar Belén. Véase en 22.17–19 un ejemplo de la ira de celos de Saúl.

Cuando bajo la dirección de Dios Samuel llegó a la casa de Isaí para invitarlos a la fiesta, ¡David no estaba allí! Estaba en el campo cuidando las ovejas. No podemos sino quedar impresionados por la obediencia y humildad de David. El «bebé de la familia» tenía muy poca consideración, pero era fiel a su padre y al Señor. La vida de David ilustra Mateo 25.21: empezó como siervo y llegó a ser gobernante; fue fiel con unas pocas ovejas y heredó la nación entera; sabía cómo trabajar, de modo que Dios le dio gozo. Compárese esto con el hijo pródigo de Lucas 15, que empezó como líder y acabó como sirviente; empezó poseyendo muchas cosas y acabó pobre; empezó con el placer y terminó como esclavo. Mateo 25.21 bosqueja el método de Dios para el éxito y lo vemos demostrado en la vida de David.

Samuel estaba a punto de cometer el error de evaluar a los hombres por sus apariencias físicas (véase 10.24) cuando Dios le recordó que el corazón era lo más importante. Léase Proverbios 4.23. Cuando David apareció, a quien buscaron en el campo, Dios le dijo a Samuel: «¡Este es!» David era de buen parecer y rubio. Su parecer y su corazón rendido eran una maravillosa combinación. Era el octavo hijo, y ocho es el número de un nuevo comienzo. Su ungimiento con aceite le trajo una unción especial del Espíritu de Dios y desde esa hora fue el hombre de Dios. No es probable que David ni su familia comprendieron la importancia de la unción aquel día. Sin duda Samuel lo explicaría a David en el momento oportuno.

II. El siervo humilde (16.14–23)

Qué contraste tan trágico: ¡El espíritu vino sobre David, pero se apartó de Saúl! Dios le permitió a un espíritu malo que afligiera a Saúl y a veces parecía un loco. Véanse 18.10 y 19.9. Su conducta extraña llevó a sus criados a sugerirle que llamara a un músico hábil para calmarlo. Qué triste es que los criados de Saúl trataron los síntomas pero no las causas, porque la música jamás podría cambiar el corazón lleno de pecado de Saúl. Es verdad que el rey tal vez «se sintió mejor» después, pero sería una falsa paz. ¡Los criados deberían haber orado que Saúl arreglara las cuentas con Dios!

David era precisamente el hombre que Saúl necesitaba, y uno de los criados lo sugirió. Ya vemos el reconocimiento de las capacidades de David, sin embargo este no se exaltaba a sí mismo: Dios lo hacía. Lea cuidadosamente Proverbios 22.29 y también 1 Pedro 5.6. Demasiados jóvenes de hoy tratan de alabarse y llegar a lugares prominentes sin demostrar primero lo que valen en su casa en los asuntos pequeños. David llegó a la corte y de inmediato se convirtió en un favorito. Por supuesto, si Saúl hubiera sabido que Dios había escogido a David para que fuera rey, pronto hubiera tratado de matar al muchacho. Cuando en efecto lo descubrió, Saúl empezó a perseguir a David en los campos de Israel.

David no se quedó permanentemente en la corte; 17.15 debería leerse: «Pero David fue y regresó, dejando a Saúl, para alimentar las ovejas de su padre». Iba al palacio cuando lo necesitaban, pero no descuidó sus obligaciones en casa. ¡Qué humildad! Aquí tenemos a un joven dotado, escogido para ser rey, ungido de Dios y, sin embargo, ¡todavía cuida las ovejas y trabaja como siervo! No es de extrañar que Dios pudo usar a David.

III. El soldado victorioso (17)

La historia de David y Goliat es familiar y lleva consigo muchas lecciones prácticas para la vida cristiana. Todos enfrentamos gigantes de una clase u otra, pero podemos vencerlos mediante el poder de Dios. Goliat medía probablemente tres metros de estatura y su armadura pesaba ciento cincuenta libras. Era «el filisteo» (17.8), su gran campeón, y era tan aterrador que llenó de pánico al ejército judío (v. 11). Si Saúl hubiera sido un líder piadoso, hubiera clamado Deuteronomio 20 y conducido a su ejército a la victoria; pero cuando la gente está fuera de la comunión con Dios, sólo pueden llevar a otros a la derrota.

David llegó con provisiones para sus hermanos e inmediatamente se interesó en el desafío del gigante. Nótese que sus mismos hermanos lo acusaron y trataron de desanimarlo: Satanás siempre tiene a alguien que nos dice: «No se puede hacer». Hasta Saúl trató de disuadirlo: «No podrás» (v. 33). Pues bien, en sí mismo David no podía, pero en el poder del Señor vencería a cualquier enemigo. (Véanse Flp 4.13; Ef 3.20–21.) Saúl trató de darle a David alguna armadura, pero puesto que nunca la había usado, David la rehusó. ¡Imagínese a Saúl diciéndole a alguien cómo obtener la victoria! David había probado el poder de Dios en privado en los campos cuidando sus ovejas; y ahora demostraría este poder públicamente para la gloria de Dios. Nótese cómo en todo este episodio David le da la gloria a Dios.

La lección práctica aquí es que Dios da la victoria en respuesta a nuestra fe. Dios había probado a David a solas con un león y un oso; ahora iba a probarlo ante todos con un gigante. Si somos fieles en las batallas privadas, Dios nos hará salir adelante en las pruebas públicas. Demasiado a menudo el pueblo de Dios desmaya ante la más pequeña prueba que se cruza en su camino, sin darse cuenta de que las «pruebas pequeñas» no son sino preparación para las batallas mayores que de seguro vendrán (Jer 12.5). David usó armas sencillas, humildes: una honda y cinco piedras (véanse 1 Co 1.27–28 y 2 Co 10.3–5). David sabía cómo se le dio la victoria a Gedeón con armas débiles y sabía que el Dios de Gedeón no estaba muerto. Ni las críticas de sus hermanos, ni la incredulidad de Saúl, evitaron que David confiara en Dios para la victoria. La piedra dio en el banco; ¡el gigante cayó y David usó la espada del gigante para cortarle la cabeza! Esta victoria abrió el camino para que Israel atacara a los filisteos y saqueara el campamento. «Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe» (1 Jn 5.4). Somos «más que vencedores».

Hay una lección típica aquí, porque David es un cuadro de Jesucristo. El nombre David significa «amado» y Cristo es el Hijo amado de Dios. Ambos nacieron en Belén. A ambos los rechazaron sus hermanos. (Por supuesto, cuando David llegó a ser rey, sus hermanos le recibieron, así como los judíos recibirán a Cristo cuando vuelva para reinar.) David fue rey ungido años antes de que se le permitiera reinar, así como Cristo es Rey ahora pero no reinará en la tierra sino cuando Satanás sea expulsado. El rey Saúl tipifica a Satanás en la edad presente; porque Saúl fue rechazado y derrotado, y sin embargo se le permitió reinar hasta que David llegó al trono. A Satanás se le ha permitido perseguir al pueblo de Dios, pero un día será derrotado.

Así como David fue enviado por su padre al campo de batalla, Cristo fue enviado por el Padre a este mundo. Goliat ilustra a Satanás en su orgullo y poder. Lea cuidadosamente Lucas 11.14–32. Satanás es el hombre fuerte guardando sus bienes (la gente bajo su control) y Cristo es el Hombre Más Fuerte que le vence. Cristo invadió el reino de Satanás, venció su poder, le quitó su armadura y ahora está dividiendo los despojos al salvar a los perdidos y hacerlos hijos de Dios. Esto es lo que David hizo aquel día: venció al hombre fuerte y permitió a Israel dividirse el botín (vv. 52–54). Los cristianos no luchamos sólo *por* la victoria; luchamos *desde* la victoria, la victoria ganada en la cruz (Col 2.15). «Confiad», dijo Jesús, «yo he vencido al mundo» (Jn 16.33).

No es claro por qué Saúl no reconoció a David, su propio escudero. Es probable que vio a David cuando estaba bajo la influencia del espíritu malo. Otro factor es que David no sería sino uno de sus varios siervos en la corte y no sería nada extraño que Saúl los confundiera. Puesto que Saúl le prometió su hija al vencedor, sin duda hubiera preguntado respecto a la familia del muchacho.

I SAMUEL 18–21

Estos capítulos forman la transición entre el servicio de David en la corte de Saúl y su exilio como fugitivo. Explican cómo David pasó de ser el favorito de Saúl a ser su enemigo. El asunto principal es la fe de David y podemos ver en estos capítulos cómo este hombre de Dios llegó casi a perder su confianza en Dios debido a las pruebas que vinieron a su vida.

I. David confía en el Señor (18)

La más grande prueba de la fe de David no ocurrió cuando se enfrentó a Goliat, sino cuando tuvo que servir diariamente en la corte de Saúl. Nótese las diferentes maneras en que fue probado:

A. Por la popularidad (vv. 1–11).

Jonatán, el hijo de Saúl, quería a David y esto en sí fue una oportunidad para la prueba. David sería el próximo rey, pero por derecho Jonatán debía heredar la corona. La amistad entre estos dos hombres de Dios es un gran ejemplo para nosotros. Es evidente que Jonatán no sentía celos debido al honor conferido a David. Sin embargo, con Saúl fue otro asunto, porque David era popular con el pueblo. Es significativo el hecho de que las mujeres elogiaron a David y no a su Dios. David fue sabio al no darle mucha importancia a sus palabras. Pero el corazón de Saúl se llenó de envidia cuando oyó que David recibía más alabanza que él. «El crisol prueba la plata, y la hornaza el oro, y al hombre la boca del que lo alaba» (Pr 27.21). La alabanza es como un horno ardiente: revela de qué realmente está hecha una persona. La alabanza que hizo a David humilde sólo sacó a la superficie la escoria de Saúl y reveló su orgullo y deseo de gloria.

B. Por la degradación (vv. 12–16).

El versículo 5 sugiere que David era el jefe de los guardaespaldas personales de Saúl, pero ahora es degradado a ser un simple capitán de mil hombres. ¿Cambió esto a David? ¡No! Su fe estaba en el Señor, y continuó sirviendo y honrando a su rey. ¡Esto hizo a Saúl más temeroso! El rey sabía que Dios se había apartado de él y que le había dado a David las bendiciones. Requiere fe real experimentar una degradación ante los ojos del pueblo y mantener la humildad y el servicio.

C. Por la decepción (vv. 17–30)

Saúl prometió una de sus hijas al que derrotara a Goliat (17.25) y ahora iba a cumplir su promesa. Nótese en el versículo 18 la humildad de David ante el rey. Pero, ¿guardó Saúl su palabra? ¡No! La mujer se la dio a otro hombre. Luego Saúl trató de usar a su hija Mical como herramienta para matar a David; porque el rey exigió una dote imposible, esperando que David muriera tratando de obtenerla. Pero el Señor estaba con David y finalizó con éxito la misión. Fue lamentable que se casara con Mical, porque la unión nunca fue feliz. Mientras estaba en el exilio David perdió a Mical, fue dada a otro hombre (25.44), pero la recuperó cuando empezó a reinar en Hebrón (2 S 3.13–16). La actitud de ella hacia David condujo a una completa separación más tarde (2 S 6.20–23).

II. David confía en los hombres (19)

El plan de Saúl para matar a David ya no era ningún secreto, porque ahora se ordena a los siervos del rey que lo mataran. Pero Saúl no logró matar a David en los intentos anteriores (18.11, 25) y ahora al parecer su ira se había aplacado y David pudo regresar a la corte. Aquí vemos la fe de David vacilando, porque en lugar de confiar en Dios y buscar su voluntad, confía en seres humanos.

A. Confía en Jonatán (vv. 1–10).

Sin duda el hijo del rey podía interceder por David. Saúl hasta juró que protegería a David, pero nunca cumplió estas promesas. Tan pronto como David ganó una gran victoria en el campo de batalla, volvió la antigua envidia de Saúl y quiso atravesarlo con la lanza de nuevo. David cometió un error al confiar en Jonatán para que «arreglara las cosas» a su favor. El corazón de Saúl necesitaba ser cambiado antes de que se pudiera confiar en sus palabras.

B. Confió en Mical (vv. 11–17).

Aun cuando su esposa amaba a David, nunca hubo un lazo espiritual fuerte entre los dos, como lo demuestran las posteriores acciones de ella. Le advirtió a David que Saúl estaba vigilándolo, de modo que juntos tramaron una mentira. Esto fue el principio de serios problemas para David, porque nunca es correcto hacer el mal para que venga el bien (Ro 3.8). ¡Nótese que Mical usó una estatua para dar la impresión de que David estaba enfermo en cama! Ahora engañaba a su padre y sólo empeoraba las cosas. Léase en el Salmo 59 perspectiva adicional sobre la situación.

C. Confió en Samuel (vv. 18–24).

Este fue tal vez el movimiento más sabio que hizo David, porque este hombre de Dios podía orar por él y aconsejarle. Nótese que Samuel derrotó a Saúl no con mentiras ni armas, sino con el Espíritu de Dios. Al usar armas espirituales, Samuel retrasó a Saúl y le da a David la oportunidad de escapar.

III. David confía en sí mismo (20–21)

Estos capítulos no reflejan ningún cuadro hermoso, porque en ellos vemos al hombre vacilando y fallando en su fe. En lugar de esperar para buscar la voluntad del Señor, David huye atemorizado y trata de «arreglar» la salida a sus problemas. Nótese las mentiras que dice.

A. Le mintió a Saúl (cap. 20).

El discurso de David a Jonatán en 20.1 sugiere egocentrismo e impaciencia. Cuánto mejor hubiera sido que estos dos amigos oraran juntos en lugar de tramar su ardid. Jonatán le mintió a su padre acerca del paradero de David (vv. 6, 28), pero tuvo que esperar algunos días para ver cómo acababa el asunto. Entre tanto él y David hicieron un pacto de que David protegería a la familia de Jonatán cuando llegara a ser rey, promesa que David cumplió (2 S 9). ¡Saúl no creyó la historia (vv. 24–33) y su reacción casi le cuesta la vida a Jonatán! Cuando Dios abandona a una persona y el diablo se hace cargo, no hay fin a la maldad que resulta. Jonatán dejó la mesa y se encontró con David a la mañana siguiente; lloraron y se despidieron.

B. Le mintió a Ahimelec (21.1–9).

David huyó de nuevo, esta vez a Nob donde estaba establecido el tabernáculo. David siempre tuvo un gran amor por la casa de Dios, de modo que tal vez quería visitar el tabernáculo de nuevo antes de ir a esconderse. Pero le mintió al sacerdote al decir que estaba cumpliendo una misión de Saúl (v. 2). El sacerdote le dio a David y a sus hombres el pan sagrado para que comieran, y también la espada de Goliat para protección de David. Todo el plan parecía tener éxito, excepto que uno de los espías de Saúl, Doeg, estaba allí presenciando los hechos; y esto a la larga llevó a la traición y al derramamiento de sangre (22.9ss; véase Sal 52 y nótese el título).

C. Le mintió a Aquis (21.10–15).

Las cosas iban de mal en peor, así como siempre ocurre cuando confiamos en nosotros mismos en lugar de confiar en la sabiduría de Dios. ¡David huye ahora hacia las manos del enemigo! «El temor del hombre pondrá lazo», ¡y David por poco se pone el lazo en el mismo territorio enemigo! Sin duda el rey no toleraría un héroe judío en su tierra y David tuvo que fingir estar loco antes de escapar. «Oh, qué enmarañada red tejemos, cuando antes practicamos el engaño». Este pudiera haber sido el fin de la vida de David, pero el Señor intervino y cambió el corazón del rey para librar a David. Este entonces huyó a la cueva de Adulam y organizó su «banda de proscritos». Véanse Salmos 34 y 56.

Es asombroso cómo personas de fe pueden, gradualmente, llegar a ser temerosas e incrédulas. Si nos apresuramos, confiamos en las personas y en nuestros planes, antes de que pase mucho todo se hará pedazos y nos hallaremos fuera del lugar de la bendición y protección de Dios. Veremos en capítulos posteriores que David aprendió a esperar en el Señor y a buscar su voluntad.

La amistad entre David y Jonatán era algo raro, porque en realidad ninguno tenía nada que ganar. Jonatán perdió la corona y David podía perder su vida. Su desprendimiento y constancia a pesar de las pruebas es un hermoso ejemplo de amor cristiano.

I SAMUEL 22–24

David está ahora completamente aislado de la corte de Saúl y se le considera un proscrito y rebelde. El Salmo 34 brotó de su escape de Aquis por un pelo (1 S 21.10–15) y tal vez expresa mejor las pruebas y triunfos de David durante su período de exilio. «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová» (Sal 34.19). Dios estaba con David y le ayudó.

I. Dios guiaba los pasos de David (22)

David reunió una banda leal de seguidores en la cueva de Adulam, un grupo de cuatrocientos hombres que con el tiempo creció a seiscientos (23.13). En los Salmos 54 y 142 se hallan sus experiencias en la cueva. David querría proteger a sus hermanos, puesto que Saúl tal vez quisiera matarlos tanto como a David. Su «grupo heterogéneo» ilustra la clase de personas que acuden a Cristo buscando refugio: afligidos o endeudados (debido a nuestros pecados); descontentos con la vida. La banda de David era pequeña y menospreciada; *¡pero a ellos les pertenecía el reino!* David logró protección para sus padres en Moab puesto que su familia (por medio de Rut) procedía de allí. Cuán sensible fue David al cuidar de sus seres queridos; véase Juan 19.26–27.

Este período de persecución en la vida de David fue una parte de la preparación para el trono. Ya era un gran soldado; ahora necesitaba sufrir en el desierto para aprender a *no* confiar en los hombres, sino en el Señor. Todos necesitamos «pruebas en el desierto» para acercarnos al Señor y equiparnos mejor para servirle. La persecución de Saúl a David es una ilustración del conflicto entre la carne y el Espíritu. También es un cuadro de la persecución de Satanás contra la iglesia de hoy: Saúl no era el rey, sin embargo continuaba reinando; David era el rey, pero aún no estaba en el trono. Satanás parece estar «reinando» hoy, pero Cristo es el Rey y un día subirá al trono que le pertenece por derecho.

La matanza que hizo Saúl de los inocentes sacerdotes de Nob muestra hasta dónde llegan las personas una vez que han rechazado al Señor. Saúl era mentiroso y asesino, igual que Satanás (Jn 8.44). Doeg era un edomita, descendiente de Esaú (Gn 25.30), de modo que su odio hacia David y los sacerdotes no es sino otra etapa en la batalla entre Esaú y Jacob. La presencia de David en Nob trajo muerte a estas personas y así su engaño sólo provocó tragedia. Saúl no estuvo dispuesto a matar a los amalecitas (cap. 15) y sin embargo no tuvo problemas en matar a los sacerdotes inocentes. Esta masacre fue un cumplimiento de la profecía de Dios a Elí de que su casa sería juzgada; véase 2.30–36. Saúl pudo matar a los sacerdotes, pero no pudo evitar que Abiatar huyera a David con el efod, el instrumento para determinar la voluntad de Dios. ¿Para qué le servía a Saúl el efod? ¡Estaba decidido a hacer su voluntad! Abiatar más tarde llegó a ser de ayuda para David; véanse 23.9; 30.7.

II. Dios guardó la vida de David (23)

Era importante que David viviera, porque era quien libertaría a Israel, establecería el reino en gloria y llegaría a ser el padre de Cristo según la carne (Ro 1.3). Satanás usó a Saúl procurando matar a David, pero Dios era demasiado fuerte para el enemigo. Mientras que David buscó la mente de Dios, Él le dio protección y victoria.

A. Victoria en Keila (vv. 1–13).

Los filisteos eran enemigos de David y de Israel, de modo que era apropiado que luchara contra ellos. Cuando el hijo de Dios está en la voluntad de Dios puede esperar la ayuda de Él. Tan intenso era el odio de Saúl que no agradeció a Dios por la victoria de David, sino que en lugar de eso vino para luchar él mismo contra el vencedor. Y los hombres de Keila no protegieron a su libertador, ¡sino que trataron de entregarlo a Saúl! ¡Cuán perverso es el corazón humano que la gracia de Dios no ha tocado!

B. Victoria en el desierto (vv. 14–18).

¡Qué paciencia tenía David que pudo soportar el peligro y la persecución diaria! Era el estratega maestro y podía haberle puesto una emboscada a Saúl, pero prefirió esperar que Dios le diera la victoria. Cuán conmovedor es cuando Jonatán le encuentra en el desierto (a

riesgo de su vida) para animarle y alentarle. Triste como suena, a Jonatán nunca se le permitió reinar con David, porque murió en la batalla junto con su padre. El justo a menudo sufre debido a los pecados de otros.

C. Victoria sobre los zifeos (vv. 19–29).

Zif estaba en Judá y sus habitantes deberían haber sido leales a David; pero traicionaron ante Saúl a su legítimo rey. Léase en el Salmo 54 la oración que David elevó pidiendo liberación. La roca estuvo entre David y Saúl (23.26), así como la nube estuvo entre Israel y los egipcios. Parecía que Saúl finalmente capturaría al hombre, pero una invasión de los filisteos obligó a Saúl a volver. Dios está en control de las circunstancias y libra a los suyos en el momento apropiado.

III. Dios le da gracia a David (24)

«Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad» (Pr 16.32). Dios le dio a David la gracia necesaria para mostrar bondad a su enemigo y esto es incluso más grande que derrotar al gigante Goliat. Los hombres de Saúl mintieron respecto a David y le decían a Saúl que David trataba de matarlo (24.9). Si el Salmo 7 encaja con este acontecimiento, como muchos opinan, Cus el benjamita era el principal mentiroso. Esta experiencia le dio a David la oportunidad de demostrarle a Saúl y a los líderes que no trataba de matar a Saúl, sino que honraba al rey incluso cuando el rey no andaba en la voluntad de Dios.

A. La tentación (vv. 1–7).

Saúl entró en la cueva para descansar y hacer sus necesidades, quizás quitándose su túnica externa al entrar. La cueva era grande y muy oscura, de modo que no vio a David y a sus hombres escondidos entre las peñas. David pudo cortar el manto de Saúl sin que lo detectaran. ¡Esta hubiera sido la ocasión para matar a su enemigo! Es más, algunos de los hombres de David insistieron que Dios había arreglado las circunstancias para que David actuara (v. 4). Es importante que siempre probemos las circunstancias por medio de la Palabra de Dios. Tan tierno era el corazón de David que se arrepintió abiertamente por su precipitada acción de cortar el manto de Saúl; porque no había mostrado el respeto apropiado por el ungido de Dios. David, «un hombre según el corazón de Dios», estaba decidido a que Dios se encargara de Saúl (Ro 12.19–21).

B. La explicación (vv. 8–15).

David y sus hombres estaban seguros en la cueva, e incluso los hombres de Saúl no se atrevieron a atacarlos; de modo que David osadamente salió para hablarle a Saúl una vez que el rey se había alejado un poco. ¡Qué sorpresa debe haber sido para Saúl oír la voz de su yerno! David le explicó al rey que estaba dando oídos a mentiras (v. 9) y que podía haber perdido su vida de no ser por la bondad de David (vv. 10–11). El pedazo de la túnica era evidencia suficiente de que David decía la verdad. «¡Soy una pulga o un perro muerto!», dijo David. «¿Qué ventaja sacas persiguiéndome? Pero yo no voy a matarte ni a ponerte emboscada, porque el Señor librará mis batallas y juzgará mi causa». Qué espíritu de gracia le dio Dios a David. Ojalá pudiéramos tener la misma actitud hacia nuestros enemigos hoy.

C. La súplica (vv. 16–22).

Imagínese al lastimero Saúl estando frente a uno que es mejor que él. El llanto de Saúl y su confesión de culpa no era sino emociones superficiales, pasajeras; no brotaban del corazón. Estaba apenas muy contento de reconocer la amabilidad de David. Después de todo, ¡David le había perdonado la vida! Y Saúl estaba preocupado fundamentalmente por los de su familia para que cuando David en efecto llegara a ser rey, no los matara. El versículo 20 indica la perversidad del corazón de Saúl: admitió que David era el rey legítimo, ¡sin embargo persistió en oponérsele!

David cumplió la promesa hecha a Saúl y hasta vindicó su honor después de la muerte de este. Esta es una ilustración hermosa de las palabras de Cristo en Mateo 5.10–12. Para David mostrar bondad hacia Saúl y orar por él fue una victoria más grande que vencer a los filisteos. Podemos estar seguros, si obedecemos al Señor, que Él se encargará por nosotros de nuestros enemigos a su debido tiempo.

I SAMUEL 26–31

Llegamos ahora al trágico fin de la vida de Saúl. El hombre que «desde los hombros arriba era más alto que todo el pueblo» (10.23) ahora cae al suelo en la casa de una bruja (28.20) y luego cae muerto en el campo de batalla (véase 2 S 1.19). Tal vez la mejor manera de estudiar estos sucesos es notar los obvios contrastes entre David y Saúl.

I. Amor y odio (26)

Es difícil entender por qué David regresó al desierto de Zif cuando allí había tenido problemas antes (23.19ss). Tal vez es una ilustración de que él, como todos los hombres de barro, cometía equivocaciones. Se ha sugerido que la poligamia de David (25.42–44) estorbó una comunión íntima con el Señor, puesto que tales matrimonios no son la voluntad de Dios. Por supuesto, ¡Saúl perseguía a David! La confesión llorosa de 24.17–21 no duró, porque no brotaba del corazón.

Abisai era sobrino de David (1 Cr 2.15–16) y un guerrero valiente (2 S 10.10). Más tarde Abisai salvaría la vida de David de un gigante (2 S 21.17). Sin embargo, Abisai intervino en el asesinato de Abner (2 S 3.30), crimen que afligió a David. Dios puso un sueño profundo sobre el campamento (v. 12), de modo que David y su sobrino no corrían peligro. Las palabra «en el campamento» del versículo 7 indican una barricada de equipajes y carretas. De nuevo Satanás usó a otros para tentar a David para que matara a Saúl (v. 8, véase 24.4), pero David resistió la tentación. La venganza estaba en las manos del Señor.

El mensaje de David a Saúl era en realidad una súplica para que volviera al Señor. «Si Dios te ha guiado a que me persigas debido a algún pecado en mi vida, ofreceré contigo un sacrificio y arreglaré el asunto», dijo. «Pero si los hombres me maldicen, puedes estar seguro de que Dios arreglará cuentas conmigo». Oiga la confesión vacía de Saúl en el versículo 21: «¡He pecado! ¡He sido un tonto!» sí, lo había sido; ¡pero ni así se arrepintió! Somos necios cuando nos adelantamos al Señor (13.8ss); cuando no le obedecemos por completo (cap. 15); cuando les damos las espaldas a nuestros amigos piadosos (David y Samuel); cuando buscamos la dirección del diablo (cap. 28); y cuando rehusamos arrepentirnos cuando sabemos que estamos equivocados. «Sabed que vuestro pecado os alcanzará».

II. Luz y tinieblas (27–30)

Los capítulo 27 y 29–30 tratan de las victorias de David al buscar la mente del Señor, mientras que el capítulo 28 muestra la terrible derrota de Saúl al buscar ayuda en la casa de una bruja. Por supuesto, David no siempre andaba en la voluntad del Señor, porque parece que su fe le falló cuando regresó a Gat para vivir bajo la protección del enemigo (cap. 27). Ya había tenido problemas allí antes (21.10–15),

pero ahora era el líder de una fuerte banda de seiscientos hombres y su recibimiento fue mucho mejor. Sin embargo, la estadía de David en territorio enemigo le obligó a mentirle al rey (27.10–12) y cuando los filisteos en efecto se reunieron (29.1), ¡David casi se ve obligado a luchar contra su pueblo! Cuando nos apoyamos en la sabiduría de la carne, siempre nos metemos en problemas. Fue sólo la gracia de Dios que evitó que David tuviera que matar a su pueblo.

El contraste entre los capítulos 28 y 30 es impactante: Saúl se apartó del Señor y por consiguiente no tenía la dirección divina (28.6), mientras que David buscaba al Señor por valor y dirección (30.6–9). «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado» (Is 55.6) fue una advertencia que Saúl nunca atendió. Dios capacitó a David no sólo para recuperar todas sus posesiones y su gente, sino también para recoger el botín del enemigo. Apreciamos su espíritu de gracia al compartir los despojos con aquellos que se quedaron con el bagaje, las provisiones y también su bondad al enviar regalos a los ancianos de Judá. Esta última acción tal vez tenía también algún significado político.

Es un cuadro muy distinto cuando vemos la visita de Saúl a medianoche a la casa de la pitonisa (cap. 28). Samuel había muerto, pero aun cuando vivía, Saúl en realidad no apreciaba su ministerio. Qué triste cuando las personas descubren demasiado tarde a sus verdaderos amigos. El único recurso de Saúl fue visitar a una bruja y esto lo prohibía la ley (Lv 20.6). Es alarmante hasta qué extremos llega la gente cuando le da la espalda al Señor. Se han suscitado incontables debates respecto a la aparición de Samuel al llamado de la adivina. Es probable que: (1) la venida de Samuel venía del Señor y no por el arte de la bruja; (2) la adivina se sorprendió cuando Samuel apareció ; y (3) Samuel vino debido a que tenía un mensaje especial del Señor para el rey. La bruja no pudo haber imitado a Samuel (confabulada con alguien más) puesto que no sabía que Saúl vendría. Tampoco es posible que Satanás haya podido lograr esto, puesto que Dios no le permitiría a Satanás entregar un mensaje de tanto peso, ni tampoco daría su aprobación a una práctica que su Palabra condena. La bruja llegó a ser una simple espectadora una vez que Samuel está en escena. Es probable que Saúl oyó las palabras de Samuel (v. 20), pero no vio su figura (vv. 12–14). Allá en 15.35 y 16.1 se llevó a cabo la separación de Saúl y Samuel, y el rey nunca más volvió a verle.

Es increíble que el rey Saúl, un hombre escogido por Dios, pudiera haber participado es una acción tan vil; sin embargo, la narración está allí: «El que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Co 10.12). Saúl andaba en tinieblas, no en la luz; se disfrazó (mas en realidad revelaba su verdadero carácter); permitió que una mujer quebrantara la ley; trajo vergüenza y derrota sobre su nación, su ejército, su familia y sobre sí mismo.

III. Vida y muerte (31)

Mientras que David enviaba regalos a sus amigos, ¡en el campo de batalla despojaban a Saúl y su familia! «La mente carnal es muerte» (Ro 8.6). Gilboa fue el escenario de algunas grandes victorias en días de Débora (Jue 4–5) y Gedeón (Jue 7); pero ahora sería la escena de una trágica derrota. Dios había abandonado a Saúl y lo único que le quedaba al rebelde rey era la muerte. Qué triste que su inocente hijo, Jonatán, tuviera que sufrir por los pecados del padre.

Léase en 2 Samuel 1.1–10 otro recuento de la muerte de Saúl. No es difícil armonizar los dos relatos. Saúl vio que estaba derrotado; no quería caer vivo en manos del enemigo, porque sólo le humillarían. Por consiguiente, intentó quitarse la vida arrojándose sobre su espada. Esto, sin embargo, no lo mató; y estaba aún vivo, apoyándose en su lanza (2 S 1.6), cuando el amalecita pasó por allí y le dio el golpe de gracia. (Sin embargo, debe notarse que hay quienes creen que el amalecita de 2 Samuel 1 no dijo la verdad, sino que sólo estaba inventando un cuento para explicar por qué tenía en su posesión la corona y el brazalete real de Saúl. Tal vez pensó que David le recompensaría debido a que «le había hecho un favor a Saúl» al matarlo.) Hay una lección importante en la muerte de Saúl: Debido a que rehusó acabar con los amalecitas (cap. 15), uno de ellos terminó matándolo. El pecado con el cual no nos enfrentamos, a la larga causará nuestra caída. Saúl perdió su corona: «He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona» (Ap 3.11).

Cómo se regocijó el enemigo ante la muerte de Saúl. Qué triunfo trajo eso a los templos de sus dioses falsos. Saúl no glorificó a Dios ni siquiera en su muerte (Flp 1.20–21). Es digno de encomio que los heroicos hombres de Jabes de Galaad rescataran los mutilados cuerpos de la familia real y les dieran sepultura decente. Los quemaron, quizás para impedir futuros insultos. Saúl había rescatado una vez a este pueblo (cap. 11) y este era una manera de compensarle. David más tarde puso los huesos en una tumba (2 S 21.12–14). Cuando llegó a ser rey en Hebrón, David mostró aprecio a estos bravos hombres por honrar al difunto rey (2 S 2.5–7).

La vida y muerte trágicas de Saúl pueden enseñarnos muchas lecciones prácticas: (1) grandes pecados a menudo empiezan con «asuntos menores»: impaciencia, obediencia incompleta, dar excusas; (2) una vez que el pecado posee a las personas, estas van de mal en peor; (3) si no andamos bien con Dios, tampoco nos llevaremos bien con la gente; (4) las excusas no sustituyen las confesiones; (5) los dones y capacidades naturales no significan nada sin el poder de Dios; y (6) la obediencia no tiene sustituto.

2 SAMUEL 1–5

Estos capítulos describen los acontecimientos que conducen a la coronación de David como rey de Israel. Usted querrá leer los relatos paralelos en 1 Crónicas 10.1–14; 11.1–19 y 14.1–8.

I. David lamenta la muerte de Saúl (1)

Alguien menos santo se hubiera regocijado de la muerte del enemigo, pero David era un hombre conforme al corazón de Dios y sintió profundamente la tragedia del pecado de Saúl. Por supuesto, Jonatán, el querido amigo de David también había muerto; el pecado de un padre desobediente trajo juicio sobre gente inocente. En nuestro estudio de 1 Samuel ya hemos notado las lecciones de la muerte de Saúl, pero sería provechoso considerar algunos otros detalles.

Nótese que un amalecita trajo las noticias y se adjudicó de que al final quitó la vida a Saúl. Si Saúl hubiera obedecido a Dios en 1 Samuel 15 y matado a *todos* los amalecitas, esto no hubiera ocurrido. El pecado que no eliminamos es el que nos eliminará. Véase Deuteronomio 25.17–19.

La lamentación de David es conmovedora; véase Proverbios 24.17. Este «Canto del arco» [como algunos le llaman] se conecta con el uso que Jonatán hizo del arco (1 S 20.20ss). No hay palabras desagradables acerca de Saúl en este canto. La principal preocupación de David era que al ungido del Señor dieron muerte y la gloria del Señor se había reducido. Estaba ansioso de que el enemigo no salvo no se regocijara por la victoria. «¡Cómo han caído los valientes!» es su tema (vv. 19.25, 27). En 1 Samuel 10.23 Saúl «era más alto» que todos los demás hombres, ¡pero ahora había caído más bajo que el enemigo!

II. Los conflictos de David con la familia de Saúl (2–4)

Ahora empezamos las «intrigas políticas» que plagaron a David durante toda su vida. Aun cuando David buscaba la mente de Dios, no podía escaparse de los complots y planes de otros; y debido a que estaba endeudado con estos hombres, era difícil oponérseles. La marcha de David hacia el trono fue difícil.

A. El asesinato de Asael (cap. 2).

Joab, Abisai y Asael eran hijos de Sarvia, la media hermana de David (1 Cr 2.16; 2 S 17.25). Así, eran sobrinos de David y valiosos en su ejército. David primero reinó sobe Judá, su propia tribu, con su capital en Hebrón. Sin embargo, Abner, comandante del ejército de Saúl, había hecho a Is-boset, hijo de Saúl, rey sobre las demás tribus. Reubicó la capital al otro lado del Jordán, en Mahanaim, para protegerse a sí mismo y al nuevo rey de los hombres de David. Por supuesto, Abner tenía un interés personal en la casa de Saúl, puesto que era su primo (1 S 14.50). Le convenía que Is-boset reinara, pero al coronarlo se rebelaba deliberadamente contra la Palabra de Dios. Dios dejó bien en claro que David solo debía reinar en Israel. Tal vez los cristianos de hoy son como los judíos de aquel día: le permitimos a nuestro Rey que reine sólo sobre una parte de nuestras vidas y el resultado es conflicto y tristeza. El asesinato de Asael a manos de Abner fue el preludio de una «larga guerra» entre los dos reyes (3.1). Como veremos, los dos hermanos restantes vengaron su muerte, para tristeza de David.

B. El asesinato de Abner (cap. 3).

Las muchas esposas de David fueron escogidas en directa violación de Deuteronomio 17.15–17. Algunos estudiosos creen que esta expresión de la lujuria de David a la larga le llevó al sinnúmero de problemas familiares de sus últimos días. Amnón violó a su media hermana Tamar (cap. 13); Absalón se rebeló contra David y trató de apoderarse de la corona (caps. 13–18); y Adonías trató de arrebatarle el reino a Salomón (1 R 1.5ss). Abner tenía problemas con la lujuria también; porque tomó una de las concubinas de Saúl y cayó en desgracia ante el rey pretendiente. Esto condujo a una ruptura entre Abner e Is-boset. Abner trató de llegar a un acuerdo pacífico con David, pero los «hijos de Sarvia» tramaron en su contra y le mataron (vv. 26–30). Aun cuando Joab fue el que en realidad lo mató, es probable que su hermano estaba involucrado en los planes. Las manos de Joab se mancharon de sangre antes de que le llegara su muerte; porque no sólo mató a Abner, sino también a Absalón (2 S 18.14) y a Amasa (2 S 20.10). David le pidió a su hijo Salomón que castigara a Joab y así lo hizo (1 R 2.5–6, 28–34). Es difícil saber cuán diferente hubiera sido si Abner hubiera vivido. Sin duda Joab tenía poder poco común sobre David, en particular después de que ayudó al rey en su complot homicida contra el inocente Urías (11.14ss). Nótese, sin embargo, la piadosa conducta de David en el asunto de la muerte de Abner.

C. El asesinato de Is-boset (cap. 4).

Este fue el punto decisivo: cuando Is-boset murió el camino quedó abierto completamente para que David reinara sobre toda la nación. No obstante, debe notarse que David no aprobó el método que los hijos de Rimón usaron e hizo matar a los asesinos debido al crimen cometido. David sabía que Dios podía elevarlo al trono; no haría ningún mal para que le vengan bienes (Ro 3.8). Estos tres homicidios muestran que el camino de David al trono fue sangriento. ¡Qué contraste con nuestro Salvador, quien derramó su sangre y no la de otros para obtener su trono! Véase en 1 Crónicas 22.8 la evaluación de Dios en cuanto a la carrera de David.

III. David llega al trono de Saúl (5)

David reinó siete años en Hebrón sobre la tribu de Judá; ahora iba a reinar treinta y tres años sobre toda la nación, para un total de cuarenta años. Este es el tercer ungimiento de David: Samuel le ungió en su casa en Belén y los hombres de Judá le ungieron en Hebrón (2.4). Véase en el Salmo 18 el canto de victoria de David después que Dios derrotó a todos sus enemigos y le dio paz. Este es un buen salmo para leer cuando se está en problemas, porque muestra cómo el Señor nos saca y nos conduce a un lugar de mayor bendición. No cabe duda de que David no disfrutó de sus muchas pruebas, pero podía mirar hacia atrás y dar gracias a Dios por ellas.

El rey necesitaba ahora una nueva capital y escogió Jerusalén. Esta fortaleza no se había capturado antes (Jos 15.63; Jue 1.21) y los jebuseos eran arrogantes y desafiaron a David a que los atacara. «¡Los cojos y los ciegos te pueden derrotar!», se mofaron, pero David y sus hombres convirtieron sus mofas en gritos de derrota. En 1 Crónicas 11.5–8 se nos narra que Joab fue el hombre que Dios usó para abrir la ciudad. Hay quienes opinan que los hombres de David se deslizaron en la ciudad sin ser notados a través del acueducto, pero algunos arqueólogos sostienen que *el sistema de acueducto no estaba ubicado en ese punto.* Parece claro por el texto que David usó el túnel del agua como su medio para entrar y que Joab llevó a cabo el plan maestro del rey.

No mucho después de que David se estableciera en su ciudad volvieron sus viejos enemigos, los filisteos. Cuán cierto es esto en nuestras vidas: Satanás espera por la «paz después de la tormenta» para atacarnos de nuevo. David sabía que la voluntad del Señor era el único camino a la victoria, de modo que de inmediato le consultó. Nótese que el segundo ataque (vv. 22–25) fue diferente al primero y que David fue lo suficientemente sabio como para buscar de nuevo la dirección de Dios. Dios le guió en una nueva forma. Debemos tener cuidado de no guardar «copias carbón» de la voluntad de Dios, sino buscarle de nuevo para cada nueva decisión.

Es cierto que la voluntad de Dios era que David reinara sobre la nación entera, así como es su voluntad que Cristo sea el Señor en todo en nuestras vidas. Cualquier parte que se deje fuera de su voluntad va a rebelarse y causar problemas. Somos «huesos de sus huesos y carne de su carne» (5.1; Ef 5.30) y debemos invitarle a reinar sobre nosotros. Sólo así tendremos paz y victoria completas.

El camino de David al trono abarcó muchos años y pruebas, pero a través de toda la jornada él puso a Dios primero y nunca buscó venganza ni tomó represalias contra Saúl. Dios tuvo a bien que David fuera protegido y promovido de acuerdo a su tiempo y su plan. Él hará lo mismo por nosotros si sólo confiamos en Él.

2 SAMUEL 6

Usted querrá leer 1 Crónicas 13, 15 y 16 mientras estudia este capítulo, puesto que dan información adicional acerca de este hecho importante en la vida de David. El Salmo 132.1–6 nos indica el intenso deseo de David de honrar al Señor trayendo el arca del pacto de regreso a su lugar. Por casi veinte años el arca estuvo en Kiriat-jearim (Baala de Judá, véase 1 S 6.21–7.2); de modo que David preparó una tienda especial para ella en Jerusalén (1 Cr 15.1) e hizo los preparativos para el regreso del arca sagrada a su lugar. Le llevó más de tres meses terminar la tarea (6.11).

I. David desagrada al Señor (6.1–11)

Sin duda que era un deseo noble de parte de David traer el arca a Jerusalén, pero es posible tener «celo sin conocimiento» y hacer una buena obra en una forma equivocada. Para empezar, David no consultó al Señor; consultó con sus líderes políticos (1 Cr 13.1–4; nótese 2 S

5.19, 23). Parece que su principal motivo fue unificar a la nación bajo su gobierno antes que glorificar al Señor. Nótese en I Crónicas 13.3 que David critica a Saúl por descuidar el arca. Tal vez esta declaración tenía algo que ver con la conducta de la hija de Saúl, Mical, según se anota en 6.20ss. Todos los líderes y la congregación estuvieron de acuerdo con el plan de David, pero esto no garantiza que las acciones subsiguientes sean correctas.

La próxima equivocación de David fue ignorar la Palabra de Dios. En lugar de pedir que los levitas llevaran el arca en hombros (Nm 3.27–31; 4.15; 7.9; 10.21), siguió el ejemplo mundano de los filisteos y puso el arca en un carro nuevo (I S 6). Dios les permitió a los filisteos usar este método puesto que no eran su pueblo del pacto, instruidos en su Palabra. Pero que los judíos ignoraran el mandamiento divino e imitaran a las naciones paganas era incitar el desastre. ¿Cuántos cristianos e iglesias locales hoy «se conforman al mundo» (Ro 12.2) en lugar de «seguir el modelo» dado por Dios desde el cielo? (Éx 25.40). Todo el pueblo estaba entusiasmado y gozoso, pero esto no dice que el método sea correcto a los ojos de Dios. Israel quería ser «como las otras naciones» (I S 8.5) y esto los condujo a la tragedia.

Naturalmente, a la larga el método humano de hacer la obra de Dios falla: ¡los bueyes tropezaron y el arca corría peligro de caer! Esto llevó a un tercer error: un hombre que no era levita tocó el arca (véase Nm 4.15). Dios tuvo que juzgarlo de inmediato o de otro modo sacrificar su gloria y permitir que se violara su Palabra. La reacción de David a este repentino juicio revela que su corazón no andaba del todo bien con Dios en el asunto; porque primero se encolerizó, luego temió. En lugar de detenerse y buscar la voluntad de Dios para descubrir la razón del juicio, David detuvo la procesión y rápidamente se deshizo del arca. En I Crónicas 26.1–4 se indica que la familia de Obed-edom pertenecía a la familia levítica y podía cuidar el arca sin peligro.

¡Un error condujo a otro! Cuán importante es determinar la voluntad de Dios y luego seguirla para realizar esa voluntad.

II. David muestra su celo (6.11–19)

Durante el ínterin de tres meses, David sin duda examinó su corazón y confesó sus pecados. Se volvió a la ley para descubrir las instrucciones de Dios para transportar el arca (I Cr 15.1–2, 12–13). Dios estaba bendiciendo la casa de Obed-edom y David quería la bendición para toda la nación. Esta vez preparó la tienda y también cuidó de que los levitas estuvieran debidamente aptos para la tarea.

Se piensa que el Salmo 24 quizás se compuso para celebrar este acontecimiento. Por I Crónicas 16.7ss descubrimos que el Salmo 105 también brotó de este feliz acontecimiento. Dios usó a David para dar expresión al gozo de su corazón y este canto glorificó al Señor. El rey dejó a un lado sus vestidos reales y dirigió la procesión en los humildes atuendos de los levitas. Los levitas dieron seis pasos y se detuvieron, esperando para ver si el Señor los aceptaba; al no venir juicio, ofrecieron sacrificios y luego emprendieron el resto del camino hasta Jerusalén.

Es obvio que la «danza» de David delante del Señor fue una expresión espontánea de su alegría porque se le devolvía al pueblo el arca de Dios. ¿Era indigno que David actuara así? ¡Sin duda que no! Aun cuando sus acciones no se nos dan como ejemplo a seguir, no nos atrevemos a ir al otro extremo y excluir todas las expresiones de gozo y alabanza en nuestra adoración al Señor. Aun cuando algunos creyentes pueden llevar tales actividades a extremos, otros pueden ser culpables de entristecer al Espíritu debido a una falsa sobriedad. Por último, la «danza» de David no es en ninguna manera excusa para el «baile» moderno; porque sus acciones las hizo delante del Señor para glorificarle.

David bendijo al pueblo y les dio regalos para celebrar el regreso del arca. Años antes «la gloria se había retirado»; ahora Jehová de los Ejércitos (Dios de los ejércitos) estaba de nuevo en medio de su pueblo. ¡No es de extrañarse que David se alegró!

III. David disciplina a su esposa (6.20–23)

Hemos notado antes que Mical, la hija de Saúl, nunca fue una esposa apropiada para David. Pertenecía a la familia de Saúl y nunca dio muestras de fe en el Dios de Israel. En I Samuel 19.13 se indica que adoraba ídolos. David no la tomó por esposa por dirección del Señor; la «ganó» al matar a Goliat (I S 17.25) y al cumplir los homicidas requisitos impuestos por Saúl (I S 18.17–27). Esta alianza vitalicia con la familia de Saúl trajo problemas desde el mismo inicio, como ocurre con todas las alianzas impías (2 Co 6.14–18). El conflicto entre David y Saúl es una ilustración de la batalla entre la carne y el Espíritu, y el que David se uniera a Mical significaba someterse a la carne.

Requiere poca imaginación ver por qué Mical menospreció a su esposo. Sin duda su actitud de pecado había estado creciendo en su interior por años. Estaba resentida por haberse casado con el escudero de su padre como «premio» por la victoria y porque David tenía otras esposas (véanse 3.2–5; 5.13–16), las cuales fueron escogidas después que ella se casó con David. Su padre murió de forma vergonzosa y su enemigo ahora reinaba victoriosamente sobre todo Israel. Por supuesto, debajo de todas estas razones yace la razón básica: era un incrédula que no comprendía ni apreciaba las cosas del Señor (I Co 2.14–16). Quería que David mostrara su poder real con gran pompa y ceremonia; él prefirió tomar su lugar con el pueblo común y glorificar a Dios.

Sus ásperas palabras a David después de un gran tiempo de alabanza deben haberle herido profundamente. Por lo general, Satanás tiene una «Mical» que nos sale al encuentro cada vez que hemos estado regocijándonos en el Señor y procurando glorificarle. Las perversas palabras de ella revelan su corazón perverso y David sabía que tenía que resolver el asunto. «¡Si tu mano es tropiezo, córtala!» David debe haberse dado cuenta de que Mical nunca le ayudará en la obra del Señor; por consiguiente, la echó a un lado y rehusó darle los privilegios del matrimonio. Que una mujer judía muriera sin hijos era, por supuesto, una gran vergüenza para ella. David respondió a la necia de acuerdo a la necedad de ella (Pr 26.5).

Cuando otros nos critican y sabemos que nuestro corazón y motivos son correctos, no debemos desalentarnos. Si David hubiera sido como algunos santos, hubiera dicho: «¡Está bien, ya no serviré más al Señor! ¡Ni siquiera mi esposa lo aprecia!» No; en lugar de eso hallamos en el siguiente capítulo que David planeaba hacer aun más y construir un templo para el Señor. Este es el espíritu apropiado para el cristiano, honrar al Señor sin tener en cuenta los obstáculos que Satanás nos ponga en el camino.

2 SAMUEL 7

Dos frases en este capítulo resumen la lección principal: «tu linaje» (v. 12) y «tu trono» (v. 16). Este pacto davídico (dado también en I Cr 17) es importante en el programa de Dios, porque en él Dios promete ciertas bendiciones especiales a la nación judía mediante David. En su pacto con Abraham (Gn 15) Dios prometió una simiente, una tierra y una bendición para todas las naciones a través de Israel. En este pacto Dios revela que el Mesías prometido vendría por medio de la línea de David (Ro 1.3) y gobernaría desde el trono de David sobre el reino mesiánico prometido.

I. Un propósito noble (7.1–3)

Los días del exilio y peligro habían terminado, y David disfrutaba del descanso y la bendición en su casa. El rey estaba conversando con el profeta Natán y hablaban sobre las cosas del Señor.

David siempre amó la casa de Dios (Sal 132) y su deseo era edificar una hermosa casa para Él. Dios no se lo iba a permitir (1 Cr 22.8), pero reconoció el amor de David tocante al deseo de su corazón (1 R 8.18). Natán no sabía la voluntad expresa de Dios al respecto, de modo que sólo elogió a David y le animó a que hiciera lo que tenía en su corazón. David y Natán tenían su corazón abierto a la dirección de Dios; y, cuando el Señor hablaba, escuchaban y obedecían. Debemos siempre alentarnos unos a otros en los asuntos espirituales y estimularnos a las buenas obras (Heb 10.24–25).

David era en realidad «hombre conforme al corazón de Dios», porque tenía la Palabra de Dios y la casa de Dios profundamente en su corazón. ¡Ojalá que más personas del pueblo de Dios sean como él!

II. Una promesa maravillosa (7.4–17)

Natán debe haber estado meditando en la Palabra «en la noche» (Sal 119.55) cuando Dios le habló. ¡Con cuánta frecuencia Dios nos habla cuando es oscuro! Véase Génesis 15. «Me has visitado de noche» (Sal 17.3). Dios le dio a Natán un mensaje para el rey y este involucraba varios factores importantes.

A. La gracia de Dios (vv. 5–10).

¡Cuánta gracia la de Dios al «habitar en una tienda» desde que la nación salió de Egipto! No pidió ningún templo elaborado, como los que albergaban a los dioses de Egipto. No; se «humilló a sí mismo» y moró en el tabernáculo, viajando con su pueblo y yendo delante de ellos para abrirles el camino. Juan 1.14 dice: «Y aquel Verbo [Cristo] fue hecho carne, y habitó [*hizo su tabernáculo*] entre nosotros». Otra evidencia de la gracia de Dios fue la manera en que trataba a David. Dios le llamó de los potreros y le puso en el trono. Dios le dio la victoria sobre todos sus enemigos. Dios trajo a Israel al lugar de bendición y no se mudaría de nuevo (v. 10, donde los verbos deben leerse en tiempo pasado: «Yo *he fijado* lugar»).

B. El propósito de Dios (vv. 11–16).

Por favor note que la palabra «casa» tiene un doble significado en este pasaje: (1) una casa material, el templo, v. 13; y (2) una casa humana, la familia de David, vv. 11, 16, 19, 25, 27, 29. Se acostumbra a referirse a la familia real como una «casa», tal como la «Casa de Windsor» en Gran Bretaña. David quería edificar para Dios una casa de piedra, pero Dios iba a edificarle a David una casa real, una familia que reinaría en su trono.

Los términos de este pacto son importantes porque incluyen los propósitos de Dios al enviar a Jesucristo al mundo. Debemos notar primero que una parte de este pacto se cumplió en Salomón, el sucesor de David en el trono; véase 1 Crónicas 22.6–16. Dios en efecto puso a Salomón en el trono, a pesar de los perversos complots de otros en la familia, y capacitó a Salomón para que construyera el hermoso templo. Cuando Salomón y sus descendientes pecaron, Dios cumplió su promesa (v. 14) y los castigó; véase Salmo 89.20–37. Debe notarse también que hay algunos asuntos en este pacto aplicables sólo a Jesucristo. Dios afirma que el trono sería para siempre (v. 13) y que la casa y el reino de David serían para siempre (v. 16). Pero David no tiene un descendiente sobre su trono hoy. Es más, no hay trono en Jerusalén. ¿Acaso Dios no cumplió sus promesas? Dios afirma en el Salmo 89.33–37 que nunca quebrantaría su pacto con David, aun cuando podría castigar a los hijos de David.

El cumplimiento final de estas promesas se halla en Jesucristo. Lea con cuidado el mensaje del ángel a María en Lucas 1.28–33 y note que Dios le promete a Cristo el trono y el reino de David. Algunos «espiritualizan» estos versículos y los aplican a la iglesia de hoy; pero si el resto del mensaje del ángel se ha de tomar literalmente, ¿qué derechos tenemos para espiritualizar el trono y el reino? Guiado por el Espíritu Zacarías afirma con claridad que Cristo cumplirá los pactos hechos a los padres (Lc 1.68–75). Estamos convencidos de que Cristo cumplirá este pacto davídico cuando se siente en el trono de David y reine durante el reino milenial (Ap 20.1–6). Es entonces que se cumplirán todas las grandes promesas del reino en los profetas del AT. Los apóstoles, en Hechos 15.13–18, comprendieron que Dios edificaría casa (tabernáculo) a David otra vez *después* que Dios haya acabado de visitar a los gentiles y llamar pueblo para su nombre (la Iglesia).

III. Una oración humilde (7.18–29)

David recibió el mensaje de Natán y se fue a orar, pidiéndole a Dios que cumpla su Palabra (vv. 28–29). Cuánto más recibiríamos de lecciones y sermones si sólo pasáramos tiempo con Dios después y «oráramos respecto al mensaje».

Dios disfruta dándole a sus hijos «más abundantemente de lo que pedimos o entendemos». David pidió permiso para construir un templo terrenal; ¡Dios respondió prometiéndole un reino eterno! Este tremendo acto de la gracia postró en humildad a David ante el Señor, y en su oración el rey alaba la grandeza del Señor. Se percató de la privilegiada posición de Israel (vv. 22–24). ¡Ojalá que el pueblo de Dios hoy comprendiera cuán grande es Dios y qué grandes cosas ha hecho por los suyos! Sin embargo, la preocupación de David no era que su nombre sea alabado, sino que sea magnificado el nombre del Señor (v. 26; véase Flp 1.20–21). «Tú has hablado; ¡ahora cumple tus promesas!», oró David. Como Abraham, David estaba «plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido» (Ro 4.21).

¿Se decepcionó David porque Dios no le permitió construir la casa? Tal vez, sin embargo no era importante que él fuera su constructor, sino que hiciera la voluntad de Dios y que el nombre del Señor fuera glorificado.

2 SAMUEL 9

Este capítulo presenta una conmovedora ilustración de la salvación que tenemos en Cristo. La manera en que trató David a Mefi-boset es sin duda la de «un varón conforme al corazón de Dios».

I. Mefi-boset: El pecador perdido

A. Nació en una familia rechazada.

Como hijo de Jonatán, Mefi-boset era miembro de una familia rechazada. Era hijo de un príncipe, sin embargo vivía dependiendo de otros lejos de Jerusalén. Cada pecador perdido hoy nace en pecado, nace en la familia de Adán y por tanto está bajo condenación (Ro 5.12ss; Ef 2.1–3).

B. Sufrió una caída y no podía caminar.

Mefi-boset era cojo de ambos pies (v. 3, 13) y por tanto no podía caminar. Todas las personas hoy son pecadores debido a la caída de Adán (Ro 5.12) y no pueden caminar como para agradar a Dios. En lugar de andar en obediencia, los pecadores andan «siguiendo la corriente de este mundo» (Ef 2.2). Tal vez traten de andar para agradar a Dios, pero ningún esfuerzo propio ni buenas obras pueden salvarlos.

C. Se perdía lo mejor.

Mefi-boset vivía en Lodebar, que significa «no pastos». Esa es una descripción apropiada de este mundo presente: no hay pastos, no hay lugar en donde las almas encuentren satisfacción. Los pecadores están hambrientos y sedientos, pero este mundo y sus placeres no los pueden satisfacer.

D. Hubiera perecido sin la ayuda de David.

Nunca hubiéramos oído de Mefi-boset si no fuera por los pasos de gracia que David dio para salvarlo. Su nombre se escribió en la Palabra de Dios porque David extendió su mano y le ayudó.

El pecador perdido está en una situación trágica. Ha caído; no puede andar como para agradar a Dios; está separado de su hogar; está bajo condenación; no puede auxiliarse a sí mismo.

II. David: El salvador de gracia

A. David da el primer paso.

¡La salvación es del Señor! Él debe dar los primeros pasos, porque el pecador perdido por naturaleza nunca buscará a Dios (Ro 3.10–12). David envió por el pobre Mefi-boset, así como Dios envía a Cristo a esta tierra para «buscar y salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10).

B. David actuó por amor a Jonatán.

Esto brotó del pacto de amor que David hizo con Jonatán años antes (1 S 20.11–23). David nunca había visto a Mefi-boset, sin embargo le quiso por amor a Jonatán. No somos salvos por nuestro mérito; somos salvos por amor de Cristo. Por Él se nos perdona (Ef 4.32). Somos «aceptos en el Amado» (Ef 1.6). Fue una parte del «pacto eterno» (Heb 13.20–21) que el Padre salvaría por causa de Jesús a todos los que confiaran en el Salvador.

C. Fue un acto de bondad.

En el versículo 3 David lo llama «misericordia de Dios». Cristo muestra su misericordia al salvarnos (Ef 2.7; Tit 3.4–7). El trono de David era un trono de gracia, no de justicia. Mefi-boset no tenía nada que demandarle a David; no tenía ningún caso que presentar. Si hubiera comparecido ante el trono pidiendo justicia, hubiera recibido condenación.

D. David le llamó personalmente y él vino.

David envió a un criado para que le trajera (v. 5), pero el criado hizo más de lo pedido para complacer al rey. Nadie es salvo por un predicador ni un evangelista; todo lo que el siervo puede hacer es guiar al pecador a la presencia de Cristo. Nótese cómo Mefi-boset cayó postrado humildemente ante David, porque sabía su lugar como condenado. Con cuánta ternura David dijo: «Mefi-boset».

E. David le hizo uno de su familia.

Como muchos pecadores hoy, Mefi-boset quería ganarse el perdón (vv. 6, 8), pero David le hizo hijo (v. 11). El hijo pródigo quería también ser un criado, pero nadie puede ganarse la salvación (Lc 15.18–19). «Amados, ahora somos hijos de Dios». Véanse 1 Juan 3.1–2 y Juan 1.11–13.

F. David le habló en paz.

«No temas» fueron las palabras de gracia de David al tembloroso tullido; y «no temas» es lo que Cristo le dice a cada pecador que cree. «Ahora, pues, ninguna condenación hay» (Ro 8.1). Mediante la Palabra de Dios ante nosotros y el Espíritu de Dios dentro de nosotros, experimentamos paz.

G. David proveyó para todas sus necesidades.

Mefi-boset no viviría más en el «no pastos»; porque ahora comería diariamente a la mesa del rey. Todavía más, el siervo Siba y sus hijos serían criados de Mefi-boset. Y David le dio a Mefi-boset toda la herencia que le pertenecía. Así Cristo satisface las necesidades espirituales y materiales de su familia. Él nos ha dado una herencia eterna (Ef 1.11, 18, 1 P 1.4ss; Col 1.12). Si Él nos diera la herencia que nos corresponde, ¡iríamos al infierno! Pero en su gracia ha escogido que participemos con Él de su herencia, porque somos «coherederos con Cristo» (Ro 8.17).

H. David le protegió de juicio.

En 2 Samuel 21.1–11 vemos que Dios envió una hambruna a la tierra para castigar a su pueblo. Cuando David buscó la voluntad de Dios, llegó a ser evidente que la hambruna vino debido a la perversa manera en que Saúl trató a los gabaonitas. En la Biblia no hay constancia de la manera exacta en que Saúl los trató, pero como Israel había hecho un tratado con este pueblo (Jos 9), las acciones de Saúl estuvieron en directa violación a la verdad y fueron un pecado contra Dios. Él esperó muchos años para revelar este pecado y enviar juicio: «Sabe que vuestro pecado os alcanzará». Véase Éxodo 21.23–25. No nos toca a nosotros en esta edad de gracia juzgar a estas personas por pedir el sacrificio de siete descendientes de Saúl; es suficiente que Dios permitiera que esto ocurriera. Nótese que con toda intención David libró a Mefi-boset (v. 7). Había otro Mefi-boset entre los descendientes de Saúl (v. 8), ¡pero David sabía la diferencia! Hay muchos hoy que profesan ser hijos de Dios y tal vez no siempre podamos encontrar la diferencia; pero cuando venga el día del juicio, Dios revelará quiénes son realmente suyos.

Por supuesto, mientras estudiamos esta ilustración, debemos tener presente que la salvación que tenemos en Cristo suple «mucho más». David rescató a Mefi-boset del peligro físico y suplió sus necesidades físicas, pero Cristo nos ha salvado del infierno eterno y todos los días suple nuestras necesidades físicas y espirituales. No somos hijos de algún rey terrenal; somos los mismos hijos de Dios.

En 2 Samuel 16.1–4 se ilustra esta diferencia. Cuando David huyó de Jerusalén durante la rebelión de su hijo Absalón, Siba el sirviente le salió al encuentro e hizo una acusación contra Mefi-boset. David la creyó y precipitadamente le dio al siervo toda la tierra de Mefi-boset.

Sin embargo, cuando David regresó más tarde a Jerusalén, encontró a Mefi-boset y se enteró de la verdad (2 S 19.24–30). Siba mintió. Prometió suplir un animal para que Mefi-boset lo usara para escapar con David, pero no cumplió su promesa. Siba calumnió a un hombre inocente y David le creyó al calumniador. Por supuesto, esto nunca puede ocurrir entre el creyente y Jesucristo. «¿Quién acusará a los escogidos de Dios[…] ¿Quién condenará?» (Ro 8.33–39). Satanás puede acusarnos y calumniarnos, pero Cristo jamás cambiará su amor por nosotros ni sus promesas.

Podemos ver en Mefi-boset la actitud que el creyente debe tener respecto a la «venida del Rey». ¡Este cojo exiliado vivía para el día en que el rey regresara! No pensaba en su comodidad; más bien esperaba y oraba por el regreso de uno que le quería y le había rescatado de la muerte. Tan contento estuvo Mefi-boset al regreso de David que hasta renunció a su tierra.

2 SAMUEL 11–12

La Biblia narra con franqueza los pecados del pueblo de Dios, pero nunca para hacer aceptable el pecado. A diferencia de los tantos llamados «libros fieles a la vida» de hoy, la Biblia indica los hechos y muestra las lecciones, pero no deja nada para que la imaginación se eche a volar. Hay algunas cosas «de las cuales es vergonzoso hablar» (Ef 5.12) y los sucesos en este capítulo deben estudiarse con una mente y corazón dirigidos por el Espíritu, «considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gl 6.1).

I. David y Betsabé (11. 1–4)

No fue un apasionado adolescente el que se metió a propósito en este pecado, sino un hombre de Dios que había llegado a la edad mediana. Es fácil ver cómo David cayó en este pecado: (1) se sentía confiado en sí mismo, después de disfrutar victorias y prosperidad; (2) fue desobediente, quedándose en casa cuando debería haber estado en el campo de batalla; (3) estaba ocioso, acostado al atardecer; (4) se dio a la indulgencia, dando libertad a sus deseos cuando debería haber estado autodisciplinándose; y (5) fue descuidado, permitiendo que sus ojos vagaran y se rindieran a «los deseos de la carne y los deseos de los ojos» (1 Jn 2.16). El soldado cristiano nunca debe descuidar su armadura (Ef 6.10ss).

Santiago 1.13–15 describe perfectamente el caso de David: (1) sus deseos fueron activados por la vista y fracasó al no contenerlos; (2) el deseo concibió el pecado en su imaginación; (3) su voluntad se rindió y esto le llevó al pecado; (4) el resultado de sus acciones fue la muerte. No «vigiló y oró» como ordena Mateo 26.41; ni tampoco trató con decisión a sus «ojos errantes» (Mt 5.29 y 18.9).

David podía haber vencido esta tentación (porque no es pecado ser tentado) acudiendo a la Palabra de Dios (Éx 20.14), o al considerar que Betsabé era hija de un hombre y esposa de otro (v. 3). Es más, estaba casada con uno de los soldados más valientes del ejército de David (23.39) y también era nieta de Ahitofel, quien más tarde se reveló contra David y tomó partido del lado de Absalón (23.34 y caps. 16–17). David tenía ya muchas esposas y Dios le hubiera dado más (12.8). Es en extremo malo que la historia de este hombre piadoso quedó manchada para siempre «por la cuestión de Urías heteo» (1 R 15.5). Por supuesto, debemos admitir que la mujer participó de la culpa, pero David, siendo el rey, de seguro tiene más culpa.

II. David y Urías (11.5–27)

«Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado» advierte Santiago 1.15. Cuán ciertas son estas palabras en la experiencia de David. En lugar de clamar al Señor y confesar su pecado, el rey envió a llamar al marido y trató de engañarlo para que fuera a su casa. Esto, por supuesto, hubiera cubierto el pecado. ¡Pero Urías era mejor hombre que su rey y rehusó irse a su casa! Compárese la indulgencia que se dio David en los versículos 1–2 con la disciplina de Urías en el versículo 11. Entonces, cuando este primer plan falló, David trató una nueva artimaña y emborrachó al hombre. Pero incluso bajo la influencia del vino, ¡Urías era más disciplinado que David cuando estaba sobrio!

El pecado seguía creciendo: David decidió que mataran al hombre y luego tomar su mujer. Joab estaba más que dispuesto a cooperar, puesto que esto le daría la oportunidad más tarde de aprovecharse del rey. Urías llevó ese día al campo de batalla su sentencia de muerte. El plan resultó y el bravo soldado murió en la batalla. David «fingió» y esperó hasta que pasara la semana de duelo; luego se casó con la viuda. Algunos en el palacio tal vez elogiaron en su mente a David por consolar a Betsabé, pero el Señor pensaba de otra manera.

III. David y el Señor (12)

A. La confesión de David (vv. 1–14).

Pasó por lo menos un año durante el cual David escondió su pecado. Léase en los Salmos 32 y 51 las descripciones de los sentimientos de David durante ese difícil período. Se debilitó y se enfermó físicamente; perdió su alegría; perdió su testimonio; perdió su poder. Dios le dio a David mucho tiempo para que arreglara las cosas, pero él persistió en esconder su pecado. Si se hubiera acercado al Señor en sincero arrepentimiento, las cosas tal vez hubieran sido diferentes más adelante. Por último, Dios envió a Natán, no con un mensaje de bendición como en el capítulo 7, sino con uno de convicción. ¡Qué fácil es convencerse de los pecados de otros! Pero Natán sin temor le dijo a David: «¡Tú eres aquel hombre!»

Debemos elogiar a David por inclinarse ante la autoridad de la Palabra de Dios y confesar su pecado. Podía haber matado a Natán. (Nótese que David incluso llamó a un hijo Natán, 1 Cr 3.5; Lc 3.31.) Dios estaba listo para perdonar los pecados de David, pero no podía impedir que aquellos pecados den «a luz la muerte» (Stg 1.15). La gracia de Dios perdona, pero el gobierno de Dios debe permitir que los pecadores cosechen lo que siembren. Véase Salmo 99.8. «¡Debe pagar con cuatro tantos!» David declaró el castigo respecto al hombre en la historia de Natán, así que Dios aceptó su sentencia. La espada nunca se apartó de la casa de David: el niño murió; Absalón mató a Amnón, quien violó a Tamar (cap. 13); luego Joab mató a Absalón (18.9–17); y Benaía mató a Adonías (1 R 2.24–25). ¡Cuatro tantos! Añada a estas pruebas la horrible ruina de Tamar, el vergonzoso tratamiento que Absalón dio a las esposas de David (12.11; 16.20–23), más la rebelión de Absalón y verá que David pagó caro por unos pocos momentos de placer lujurioso. Sembró lujuria y cosechó lo mismo; sembró homicidios y cosechó homicidios, porque «todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gl 6.7).

B. La contrición de David (vv. 15–25).

Pronto se movió la mano castigadora de Dios y el niño se enfermó. Natán dijo que moriría (v. 14), pero no obstante David ayunó y oró por la vida del niño. Ni siquiera quería oír a sus siervos, pero al final de la semana, el niño murió. El ayuno y las oraciones de David no alteraron el consejo de Dios. David cometió un pecado de muerte y no era correcto orar al respecto (1 Jn 5.14–16). Sin embargo, apreciamos la preocupación de David por el niño y su madre, y su fe en la misericordia de Dios. Apreciamos también su confianza en la Palabra de

Dios, porque sabía que el niño había ido al cielo (v. 23). Mientras que detestamos el pecado de David y todo el problema que produjo, le agradecemos a Dios este maravilloso versículo de seguridad a los padres afligidos que han perdido un hijo que ha muerto. (Como Vance Havner dijo: «Cuando uno sabe dónde está algo, no lo ha perdido».) «Donde el pecado abunda, la gracia sobreabunda». Nótese también que es incorrecto orar por los muertos. David dejó de orar por el niño.

C. Las conquistas de David (vv. 26–31).

Este trágico episodio empezó con David mimándose en su casa, pero acaba al ocupar su lugar correcto en el campo de batalla y dirigiendo a la nación a una victoria importante. Es estimulante ver que Dios estaba dispuesto a usar a David de nuevo a pesar de sus pecados. David confesó sus pecados; Dios le perdonó; ahora podía luchar de nuevo por el Señor. Es malo que los creyentes pequen; es también malo que vivan en el pasado y piensen que son inútiles incluso después de confesar sus pecados. A Satanás le encanta encadenar al pueblo de Dios con los recuerdos de los pecados que Dios ya ha perdonado y olvidado. Satanás es el acusador (Ap 12.10; Zac 3), pero Jesús es el Abogado (I Jn 2.1–2).

Cómo brilla la gracia de Dios en los versículos 24–25, ¡porque Dios escogió a Betsabé para que fuera la madre del próximo rey! «Salomón» significa «Pacífico»; «Jedidías» significa «amado del Señor». Dios convirtió la maldición en una bendición, porque Salomón fue el cumplimiento de la promesa dada a David en I Crónicas 22.9.

Este suceso en la vida de David debería ser una advertencia para todos los cristianos a mirar «que no caigan» (I Co 10.12). En I Corintios 10.13 se promete una vía de escape al enfrentar la tentación. Sin embargo, como en el caso de David, no podemos vencer la tentación si permitimos que nuestros deseos tomen el control. Necesitamos darnos cuenta de los principios del pecado y cuidar de tener limpia nuestra imaginación. El apóstol Pablo nos ordena que «hagamos morir» los miembros del cuerpo que puedan llevarnos a pecar (Col 3; Ro 6). Es necesario que todos los creyentes vigilen y oren y no hagan provisión para la carne (Ro 13.14).

2 SAMUEL 15–19

David continúa cosechando la triste siembra de sus pecados; véase 2 Samuel 12.10–12. En tanto que Dios en su gracia perdona cuando confesamos nuestros pecados, no violará su santidad interfiriendo los trágicos resultados de nuestros pecados.

I. La rebelión del príncipe (15.1–12)

Lea los capítulos 13–14 para conocer la historia completa. Tamar, la hermosa hermana de Absalón, fue violada por su medio hermano Amnón, quien era el hijo mayor de David (3.2). David cometió adulterio con Betsabé; ¡ahora la violación invadió su casa! Absalón tuvo un propósito doble en mente cuando descubrió lo que Amnón había hecho; quería vengar a Tamar matando a Amnón, pero al mismo tiempo eliminaría al obvio heredero del trono. Parece que David no tenía influencia disciplinaria sobre su familia. En 13.21 leemos de la cólera de David, pero no leemos nada de sus acciones para corregir las cuestiones. Tal vez el recuerdo de sus pecados le contuvieron. Absalón tomó el asunto en sus manos y mató a Amnón; luego huyó a territorio gentil para esconderse de los parientes de su madre (13.37 y véase 3.3). En el capítulo 14 Joab intercede por Absalón y engañó a David para que hiciera que su hijo descarriado volviera a casa.

Absalón no desperdició ni un momento para reunir un grupo leal de seguidores. En público criticaba la administración de su padre y en secreto se robaba el corazón del pueblo. (Nótese que los «cuatro años» en 15.7 se traduce «cuarenta años» en otras versiones. Si el número «cuarenta» es el correcto, no sabemos a partir de cuál hecho del pasado narra el escritor.) Después de un tiempo Absalón halló que su movimiento era lo suficiente fuerte como para arriesgarse a una revuelta abierta. No es extraño que Ahitofel, el consejero de David, se puso al lado de los rebeldes, porque era su nieta Betsabé a quien David había tomado (11.3 con 23.34). Parecía como que Absalón tendría éxito y le arrebataría la corona a su padre.

II. Las reacciones del pueblo (15.13–16.23)

Mientras que David reinaba en poder, sus enemigos reales no se atrevían a oponérsele, pero la revuelta de Absalón les dio lo que parecía ser una maravillosa oportunidad para resistir al rey y salirse con la suya. Fue un tiempo de cribar lo verdadero de lo falso.

A. Los amigos de David (15.13–37).

Salir de Jerusalén fue un movimiento sabio de David, porque no se hubiera necesitado mucha fuerza para apresarlo en su palacio. Note que los gentiles de su ejército, dirigidos por Itai geteo, fueron leales a su rey. Es indudable que estos hombres estuvieron con David durante sus años de exilio. Los dos sacerdotes, Sadoc y Abiatar, también empezaron a seguir a su rey, pero David los envió de nuevo a la ciudad. Esto en sí fue un paso de fe, porque David confiaba en que Dios le daría la victoria y le devolvería el trono. David no cometió la misma falta de los hijos de Elí cuando precipitadamente llevaron el arca a la batalla (I S 4–5); David envió a los sacerdotes y el arca de regreso a Jerusalén. Por supuesto, los sacerdotes podían espiar a su favor y enviar a sus hijos con la información. Husai también fue enviado de regreso a la ciudad para fingir que era aliado de Absalón; su consejo alteraría el de Ahitofel. Es un cuadro triste ver a David y su pequeño ejército huir de la ciudad y cruzar el arroyo del Cedrón. Nos recuerda a nuestro Señor Jesús cuando fue rechazado en Jerusalén, salió de la ciudad y cruzó el Cedrón para orar en el huerto (Jn 18.1). El «Judas» en la situación de David fue su antiguo amigo Ahitofel; tal vez el Salmo 55.12–15 se escribió en este tiempo. La composición de los Salmos 3 y 4 fue durante esta rebelión y en ellos vemos dónde David tenía puesta su fe.

B. Los enemigos de David (cap. 16).

Los tiempos de rebelión son tiempos de revelación; usted ve lo que la gente realmente cree y dónde están. Siba le mintió a David respecto a Mefi-boset (véase 19.24–30) y David se precipitó a dictar juicio. Simei era pariente de la familia de Saúl y sin ocultarse mostró su odio hacia David. La paciencia de David bajo este juicio fue maravillosa; sabía que el Señor le vengaría en su tiempo apropiado. Abisai quería cortarle la cabeza al hombre (véanse Lc 9.54 y I P 2.23), pero David lo detuvo. David cayó en desgracia no sólo en el desierto, sino también en su palacio. Porque Ahitofel aconsejó a Absalón que tomara para sí las concubinas de su padre y así rompiera abiertamente con su padre. Esto fue un cumplimiento de la profecía de 12.11–12.

Hoy los hombres menosprecian y rechazan a nuestro Señor, así como David lo fue durante la rebelión. Requiere valor de hombres y mujeres permanecer leales al Rey en la actualidad, pero podemos estar seguros de que Dios recompensará tal lealtad cuando Jesús vuelva.

III. El reconocimiento del Señor (17–19)

Dios permitió esta rebelión como parte del precio que David tenía que pagar por los pecados que cometió en relación a Urías y Betsabé. Dios también invalidó los sucesos como para purgar el reino de David y separar al leal del desleal. Un día de reconocimiento finalmente llegó. Algunas veces el juicio de Dios cae de súbito, mientras que en otras Él espera y actúa con lentitud.

A. Ahitofel muere (cap. 17).

No hay duda de que el plan de Ahitofel era el mejor de los dos, pero Dios hizo que Absalón lo rechazara. Note el método sicológico que usó Husai, sugiriendo que Absalón mismo dirigiera la batalla. Esto apeló a la vanidad del hombre, pero tristemente esta vanidad a la larga sólo le llevó a la muerte. Cuando Ahitofel vio que se rechazó su consejo, se quitó la vida. Este es otro paralelo con la experiencia de Cristo en el NT, porque Judas fue y se ahorcó.

B. Absalón muere (18.1–19.15).

El vanidoso príncipe siguió el consejo de Husai y dirigió a su ejército a los bosques de Efraín. Sin duda no estaba preparado para presentar guerra, pero: «Antes del quebrantamiento es la soberbia; y antes de la caída la altivez de espíritu» (Pr 16.18). La cabeza de Absalón, debido a su larga cabellera (14.25–26), quedó enredada en una rama y no pudo zafarse. (Véase Job 20.1–7.) Joab desobedeció la orden de David (18.5) y mató al rebelde; luego envió las noticias al rey que, al oírlas, lloró amargamente. David era un «varón conforme al corazón de Dios» y «no halló placer en la muerte del culpable» (Ez 33.11). La aflicción poco común de David, sin embargo, por poco le cuesta el reino.

C. Simei es perdonado (19.16–23).

Muchos rebeldes tratan de «cambiar de tonada» cuando el rey regresa. David estaba tratando de reunir su fragmentado reino, de modo que no podía darse el lujo de perder ninguna de las tribus, pero más tarde Salomón le dio a Simei su merecido (1 R 2.36–46).

D. Siba y Mefi-boset se reconcilian (19.24–30).

No dice nada de bueno en cuanto a Siba que arribe en compañía de Simei (vv. 16–17). No cabe duda que Siba mintió con respecto a su amo y David trató de emitir un juicio equitativo. Triste como suena, su precipitada decisión anterior hizo difícil arreglar las cosas del todo; pero apreciamos la actitud de David. Vemos en Mefi-boset un buen ejemplo de preocupación por el rey ausente.

E. Barzilai es recompensado (19.31–43).

Barzilai había salido al encuentro de la compañía de David en la hora de necesidad (17.27–29); y sin duda alguna este acto de bondad le costó algunos amigos, ¡pero fue maravillosamente recompensado cuando el rey regresó! Barzilai no quería dejar su casa y morir lejos de sus seres queridos, de modo que sugirió que le diera la bendición a Quimam (tal vez un hijo o nieto). Jeremías 41.17 nos informa que David le dio a Quimam la tierra cerca de Belén y que su familia vivió allí muchos años.

Todo este episodio del rechazo y regreso de David ilustra las actitudes de la gente de hoy respecto a Cristo. Hay unos pocos leales que están a favor del Rey ausente y existe la mayoría egoísta que prefiere rebelarse. Pero, ¿qué ocurrirá cuando el Rey vuelva? ¿Y qué estamos haciendo nosotros, sus seguidores, para acelerar su venida? (2 P 3.12).

2 SAMUEL 24

Usted querrá leer en 1 Crónicas 21 el relato paralelo de este gran pecado de la vida de David. Aquí hay otro ejemplo de cómo Dios le permite a Satanás obrar para que se cumplan los propósitos del Señor. Véase Lucas 22.31–34.

I. Pecado (24.1–9)

¿Qué había detrás del deseo de David de realizar un censo nacional? Quizás orgullo: había ganado un buen número de grandes victorias (1 Cr 18–20) y a lo mejor quería solazarse en la gloria del éxito. Es verdad que no había nada de malo con un censo, puesto que el pueblo se ha contado a menudo durante su historia nacional; pero debemos tener presente que un censo que alaba a los hombres jamás glorificará a Dios.

Otro factor a considerar es Éxodo 30.11–16. En relación al censo estaba la cuestión del «dinero del rescate» o redención, que cada uno debía dar, porque este dinero era un recordatorio de que el pueblo era posesión comprada por Dios. Éxodo 30.12 advierte que Dios enviaría plaga a la nación si el pueblo ignoraba dar el dinero del rescate y esto fue exactamente lo que ocurrió.

Dios le dio a David casi diez meses para cambiar de parecer y evitar la disciplina (v. 8). Dios incluso usó el consejo sabio de Joab para desalentarlo, pero David no quería escuchar. Es muy malo que los hijos de Dios a veces se obstinen en su corazón e insistan en salirse con la suya.

El pecado de David no fue algo apresurado; lo realizó con precisión fría y calculada. ¡Estaba rebelándose contra Dios! Hay una serie interesante de contrastes entre este pecado y su pecado con Betsabé: (1) este fue un pecado del espíritu (orgullo) en tanto que el otro fue de la carne; (2) actuó con persistencia deliberada, mientras que su pecado con Betsabé vino como resultado de los repentinos deseos incontenibles de la carne; (3) este pecado involucró a la nación y setenta mil personas murieron; su otro pecado fue un asunto familiar y cuatro personas murieron. (4) Sin embargo, en ambos pecados Dios le dio a David tiempo para arrepentirse, pero él esperó demasiado.

Tal vez pensemos que el orgullo y la rebelión contra la Palabra de Dios no son pecados serios, pero en la vida de David produjeron más grande aflicción y tragedia que su adulterio. Debemos evitar los pecados «de la carne y del espíritu» (2 Co 7.1).

II. Sufrimiento (24.10–17)

«La paga del pecado es muerte». Nótese que David quedó convicto en su corazón antes de que cayera el juicio. Fue sincero consigo mismo y con el Señor, pero su convicción y arrepentimiento vinieron demasiado tarde. En 12.13 David dijo: «He pecado», pero aquí dice: «Yo he pecado *gravemente*». Desde el punto de vista humano contar al pueblo no parecería un pecado mayor que el adulterio o el homicidio; sin embargo, desde el punto de vista de Dios, fue un pecado más grande en su desobediencia y consecuencia. Cuando Jesús estaba en la tierra, era perdonador con los publicanos y pecadores pero severo con los orgullosos y rebeldes. Los pecados tanto de la carne como del espíritu son malos y una persona no debería participar de ninguno de ellos, pero no nos atrevamos a subestimar los terribles resultados del orgullo y la desobediencia obstinada.

Dios le permitió a David escoger su propia disciplina y su elección mostró la compasión de su corazón. («Siete años de hambruna» en el versículo 13 debe leerse «tres años» para que sea paralelo a los tres meses y tres días de los otros dos castigos.) David escogió caer en manos del Señor misericordioso antes que en las manos de los hombres. A las seis de la mañana el ángel del Señor vino y empezó la plaga entre la gente. A la hora del sacrificio de la tarde (las tres de la tarde) el ángel había matado a setenta mil personas con una plaga. David y los ancianos vieron al ángel juzgando y David de inmediato intercedió por el pueblo. «¿Qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí». Sin embargo, debemos recordar que Dios tenía una causa definida contra la nación entera (24.1) y usaba el pecado de David como la oportunidad para juzgar al pueblo. Tal vez Dios castigaba a la nación por su rebelión en contra de David cuando muchos de ellos siguieron a Absalón.

Hay una advertencia práctica aquí para quienes están en lugar de autoridad: mientras más alto el oficio, más grande la influencia para bien o para mal. En Levítico 4 vemos que si el sumo sacerdote pecaba, debía traer un becerro como ofrenda (v. 3), ¡el mismo sacrificio que Dios exigía si la congregación entera pecaba (vv. 13–14)! El pecado de David involucró en esta ocasión a la toda la nación, así como su «pecado de familia» involucró a toda su casa.

III. Sacrificio (24.18–25)

Dos factores intervinieron para detener el juicio: la misericordia del Señor (v. 16) y la confesión y sacrificio del pecador (vv. 17ss). Dios envió a su siervo un mensaje para que construyera un altar en el lugar donde había visto al ángel, la era de Arauna (u Ornán). David y sus ancianos fueron de inmediato al sitio y arreglaron la compra: pagó seiscientos siclos de oro por «el lugar» (el área entera, 1 Cr 21.25) y cincuenta siclos de plata por los bueyes y la era (2 S 24.24). Ornán le hubiera dado gratis todo al rey, pero David no lo aceptó. ¡No le daría al Señor el sacrificio de otro hombre! Un sacrificio barato es el peor de los sacrificios. Este es un buen principio a seguir en nuestro andar cristiano.

David inmediatamente ofreció los bueyes como holocausto de dedicación al Señor y el derramamiento de sangre resolvió la cuestión de los pecados. En 2 Crónicas 3.1 se nos informa que esta misma área llegó a ser el sitio del templo de Salomón. ¡Dios fue capaz de convertir la maldición en bendición! Es interesante notar que Salomón nació de Betsabé, la cual participó con David en el adulterio; y sin embargo Salomón llegó a ser el próximo rey y en realidad construyó el templo en aquel pedazo de tierra asociado con el pecado más grande de David al censar al pueblo. ¡Tal es la obra asombrosa de la gracia de Dios! No debemos «hacer males para que nos vengan bienes» (Ro 3.8), pero podemos descansar en la confianza de que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Ro 8.28).

Notemos algunas lecciones prácticas de este capítulo:

A. Nunca crecemos más allá de la tentación.

¡David no era ningún adolescente inexperto cuando cometió este pecado! Si hubiera estado «velando y orando» no hubiera caído con tanta facilidad en la tentación y el pecado.

B. En su gracia Dios da tiempo para arrepentirse.

Le dio a David más de nueve meses para arreglar sus pecados y resolver el asunto. «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado».

C. Los pecados del espíritu hacen mucho daño.

De seguro, todo pecado es malo y debe evitarse, pero debemos darnos cuenta de que la Biblia condena constantemente el orgullo obstinado. Una vez que David empezó su sendero pecaminoso, fue demasiado orgulloso como para retroceder. Su predecesor, el rey Saúl, cometió el mismo error. Tal vez no seamos culpables de adulterio u homicidio, pero un corazón endurecido y un semblante orgulloso llevarán a males tal vez mayores.

D. Nuestros pecados involucran a otros.

Setenta mil personas murieron debido a la desobediencia de David al Señor.

E. La verdadera confesión es costosa.

¿Nos damos cuenta del alto costo de pecar? Una verdadera confesión es mucho más que una oración de prisa y citar 1 Juan 1.9. La verdadera confesión incluye enfrentar sincera y honradamente el pecado y obedecer la Palabra de Dios cueste lo que cueste.

F. Dios perdona y bendice.

Pongámonos en las manos del Señor, ¡porque sus misericordias por nosotros son grandes!

1 Reyes

1 Reyes 1–4

Empezamos ahora el estudio de la vida y reinado de Salomón, el hijo de David y sucesor suyo en el trono de Israel. En David tenemos un tipo de Cristo en su humillación, exilio y rechazo; pero en Salomón vemos al «Príncipe de Paz» (el nombre Salomón significa «pacífico») reinando en gloria y esplendor sobre su pueblo. David hizo las conquistas que le permitieron a Salomón vivir y reinar en paz y magnífica prosperidad.

I. Salomón cumple la Palabra de Dios (1)

David ya no podía desempeñar sus deberes reales, de modo que Adonías se aprovechó de la situación y se autoproclamó rey de Israel. «¡Yo seré el rey!» anunció, dándose cuenta cabal de que Dios había designado a Salomón para suceder a David (1.17; y véase 2.13–15). Adonías se rebelaba a propósito contra la voluntad de Dios. Triste es decirlo, pero algunos de los asesores confidenciales de David cayeron en el perverso complot, incluyendo a Joab (a quien David una vez trató de reemplazar; véanse 2 S 19.11–15 y 20.4–13) y Abiatar el sacerdote. El traidor príncipe siguió el ejemplo de Absalón al preparar carros y tratar de impresionar al pueblo (véase 2 S 15.1ss).

Sin embargo, tres siervos leales tomaron el asunto en sus manos y se lo informaron a Betsabé. Ella, a su vez, llevó el mensaje al rey David, sabiendo que él no quebrantaría su voto de que Salomón su hijo sería coronado como el próximo rey. Todo el plan funcionó sin tropiezos y David dejó muy en claro que quería que Salomón asumiera el trono de inmediato. Sadoc, Natán y Betsabé no perdieron tiempo para montar a Salomón en la mula real y proclamarle como el nuevo rey de Israel. El versículo 40 sugiere que el pueblo de la tierra recibió las noticias con gran gozo. Sin embargo, cuando Adonías y su ingenuo grupo de admiradores oyeron las noticias, se llenaron de pánico, porque

ahora se conocía su traición. El príncipe rebelde corrió al altar de Dios buscando protección y Salomón prometió no matarlo. Demasiado a menudo la gente perversa recurre a Dios buscando ayuda sin arrepentirse en sus corazones.

II. Salomón ejecuta la ira de Dios (2)

A. Los últimos consejos de David (vv. 1–11).

Véase también 1 Crónicas 22–29. David enfatizó lo espiritual antes que lo político, porque quería que su hijo anduviera en los caminos del Señor. Le amonestó a que estudiara y obedeciera la ley (véanse Dt 17.14–20 y Jos 1.8). Dios hizo maravillosas promesas con respecto a Salomón (2 S 7.8–17), pero no podía cumplirlas sin la fe y obediencia de Salomón. David también le recordó a Salomón acerca de enemigos que se le opondrían y amigos que le ayudarían.

B. Juicio sobre Adonías (vv. 12–25).

Si Adonías se hubiera quedado en su lugar apropiado, hubiera vivido, pero obstinadamente rehusó someterse. Al pedir la mano de Abisag, la última de las esposas de David (1.1–4), Adonías hacía una petición temeraria; porque todo lo que fue de David se le dio a Salomón. Betsabé parece que fue una inocente intermediaria en este episodio. Salomón se dio cuenta de las traidoras implicaciones de la petición de su hermano y dejó en claro que conocía también la traición de Abiatar y Joab (v. 22). Adonías había ido demasiado lejos; ahora debía morir.

C. Juicio sobre Abiatar y Joab (vv. 26–35).

Salomón honró el oficio del sacerdote al no matarlo, pero lo expulsó del servicio. Esto cumplió 1 Samuel 2.30–36. Cuando Joab oyó del exilio de su amigo, sabía que el juicio pronto le vendría también a él; de modo que, como Adonías, huyó al altar en busca de protección. Joab era culpable de asesinar a varios hombres y tenía que pagar por sus pecados. Benaía llegó a ser el nuevo general del ejército y Sadoc sumo sacerdote. Es interesante notar que Benaía era un sacerdote (1 Cr 27.5) que llegó a ser general.

D. Juicio sobre Simei (vv. 36–46).

Este fue el hombre que con tanta crueldad maldijo a David cuando este huía de Absalón (2 S 16.5ss). Salomón le ordenó que permaneciera en Jerusalén, donde podía vigilársele, sentencia que era más misericordiosa de la que se merecía. Sin embargo, Simei trató de «hacer alarde» desobedeciendo la orden del rey y le costó la vida. Si estos muchos juicios de Salomón parecen crueles, téngase presente que estos eran enemigos del rey y por consiguiente del Señor.

III. Salomón recibe sabiduría de Dios (3)

El matrimonio de Salomón con una princesa egipcia fue un movimiento puramente político; más tarde se casaría con otras mujeres paganas (11.1ss) y se alejaría de la adoración verdadera a Jehová. Pero al principio de su carrera tenía un sincero amor por el Señor y quería ponerle primero en su vida. Cuando Dios le dio a Salomón el privilegio de solicitar cualquier cosa que quisiera, pidió sabiduría y un corazón entendido; y Dios contestó su oración. Todavía más, Dios le dio todas las otras bendiciones también (Mt 6.33). Por supuesto, si Salomón quería disfrutar estas bendiciones, tendría que andar en obediencia a la Palabra (vv. 13–14).

El relato de las dos madres es sólo una de las muchas ilustraciones de la sabiduría de Salomón. El hecho de que estas dos mujeres tenían acceso al trono del rey muestra cuánto amaba el joven Salomón a su pueblo y quería servirles. Qué maravilloso es que todo cristiano tiene acceso al trono de Aquel que «es mayor que Salomón» (Mt 12.42) y que promete dar sabiduría y satisfacer toda necesidad. Sin duda todos dependemos de la sabiduría de Dios, no de la sabiduría de este mundo (1 Co 1.18–31; Stg 3.13–18).

Es una preciosa verdad para el cristiano que Dios nos equipa para nuestro llamamiento. Dios hizo rey a Salomón y suplió todo lo que este necesitaba para que su servicio fuera acepto. «Pedid, y se os dará».

IV. Salomón disfruta de la riqueza de Dios (4)

En los versículos 1–6 tenemos los nombres del «gabinete» de Salomón, y en los versículos 7–19 los nombres de los que supervisaban las divisiones de Israel. La advertencia de Samuel respecto al rey se tornaron realidad: léase 1 Samuel 8.10–18 así como Deuteronomio 17.14–20. Parece ser que la prosperidad material de la nación no la acompañó una prosperidad espiritual, porque en pocos años el reino se dividiría y el esplendor de Salomón se desvanecería. El pueblo «comía, bebía, y estaba alegre» (4.20), pero no leemos de su interés por la ley del Señor. Es posible que una persona disfrute de prosperidad material y a la vez ser espiritual, como en el caso de Abraham, pero la mayoría de las personas no pueden manejar mucha riqueza.

El reinado de Salomón fue el más largo en la historia de Israel (v. 21; y véase Gn 15.18). Aquellos fueron días de paz y prosperidad (v. 25). Sin embargo, las semillas del pecado y la apostasía se estaban sembrando. Salomón compró caballos de Egipto (10.26–29) en directa desobediencia a la ley (Dt 17.16). También multiplicó a sus esposas (11.1 con Dt 17.17). Estos pecados a la larga trajeron la ruina al reino. Salomón fue un gran estudioso de la naturaleza y no se puede dejar de notar esto al leer el libro de Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los cantares. No tenemos todos sus tres mil proverbios y los únicos «cantos» son los que tenemos en Cantares. Podemos aprender mucho de los caminos de Dios al observar la naturaleza; Jesús señaló los lirios, las semillas, las aves y otras formas en la naturaleza para enseñarnos acerca de Dios.

Sin embargo, Jesucristo es «mayor que Salomón». Es mayor en su persona, siendo el mismo Hijo de Dios; y es mayor en su sabiduría (Col 2.3) y en su riqueza (véanse Col 1.19 y 2.9). Salomón tomó esposas extranjeras, sin embargo Jesucristo un día tomará a su Esposa, la Iglesia, hecha con pecadores comprados con sangre de toda tribu y nación. Cristo es mayor en su poder y gloria, y un día reinará por siempre jamás sobre un reino incluso más grande.

I Reyes 5–8

Estos capítulos señalan el cumplimiento de la promesa de Dios de que Salomón construiría un templo para la gloria de Dios (2 S 7.12–16; y véase 1 R 8.15–21). No es difícil imaginar que esta fue una gigantesca empresa para un rey tan joven, pero el Señor se lo garantizó y Salomón confió en el Señor (véase 6.11–14). Los pasajes paralelos se hallan en 1 Crónicas 22-2 Crónicas 7.

I. Preparación (5)

David fue el hombre que empezó el proyecto. Dios lo aprobó, pero dejó en claro que Salomón realizaría la obra en sí. David preparó los planos (1 Cr 28.11–21) y los costosos materiales (1 Cr 22.5, 14–16). Animó a su hijo a la tarea y le aseguró que Dios fielmente le ayudaría (1 Cr 28.1–21).

Hiram, el rey gentil de Tiro, acordó suplir la madera y hombres hábiles para hacer el trabajo. Salomón a su vez le pagaba cuatro millones ochocientos mil litros de trigo y cuatro mil ochocientos litros de aceite puro de oliva cada año (1R 5.11). Véase también 1 Reyes 9.10–14.

Israel proveyó la mano de obra mediante una leva o «reclutamiento» por turnos. Los cananitas hicieron el «trabajo de esclavos» pesado, ciento cincuenta mil de ellos (5.15; 9.20–22), en tanto que treinta mil judíos hicieron el resto del trabajo «en levas». Diez mil estaban un mes en el trabajo y luego pasaban dos meses en sus casas. Esta leva representaba aproximadamente un 2, 5% de los hombres disponibles en la tierra, de modo que no fue opresiva y el servicio era temporal.

La construcción del templo representaba los esfuerzos cooperativos de muchas personas, tanto judíos como gentiles. Los materiales que se usaron fueron sólo los mejores: grandes y costosas piedras que durarían, y metales preciosos que daría gloria a la casa. Nos recuerda la amonestación de Pablo respecto a la iglesia local que construimos con «oro, plata, piedras preciosas», y no con «madera, heno, hojarasca» (1 Co 3.9–23). Aun cuando Dios no mora hoy en templos materiales (Hch 17.24), esto no es razón para que el trabajo que hagamos para Él sea barato o de mala calidad.

II. Construcción (6–7)

Por favor, examine en su diccionario bíblico el plano del templo. Notará que el «área del templo» incluía otros edificios además del templo propiamente dicho (7.1–12). Salomón construyó primero el templo; esto llevó siete años (6.38). Luego construyó la casa del rey y las otras estructuras y atrios que constituían el área del templo (9.10). Todo el proyecto se realizó en veinte años.

No es necesario entrar en todos los detalles de la construcción del templo. Usted notará que las dimensiones del templo eran el doble de las del tabernáculo, de modo que el templo en sí mismo no era una estructura enorme. El templo se hizo de piedra tallada, recubierta de madera y oro, y embellecida con piedras preciosas. En 6.7 notamos que las piedras de construcción se cortaban de antemano en la cantera y se colocaban en silencio en su lugar. Los canteros seguían los planos de Dios, de modo que todo encajaba. Este es un buen ejemplo que deben seguir los obreros cristianos de hoy al ayudar en la construcción del templo del Señor, la Iglesia (Ef 2.19–22; y véase 1 P 2.5–8).

El templo era más grande y más elaborado que el tabernáculo. No era una tienda temporal con pieles como cubierta; más bien era un magnífico edificio de piedra que no podía trasladarse. A diferencia del tabernáculo había ventanas y un piso en el templo (6.4 y 15). Salomón añadió dos querubines en el Lugar Santísimo (6.23–30) y colocó el arca debajo de ellos. En lugar de un polvoriento atrio exterior, el templo tenía un hermoso portal (7.1–12) con dos columnas (13.22) llamadas «Jaquín» («Él establecerá») y «Boaz» (en Él hay fortaleza»). La fuerza y estabilidad pertenecen al Señor y ahora le pertenecerían a su pueblo conforme ellos se establecían en su tierra. En lugar de una pequeña fuente para lavarse, hicieron un gran «mar fundido» (7.23–26) que se apoyaba en doce bueyes. También hicieron diez fuentes de bronce (7.27–39) para usarse en toda el área del templo. En 2 Crónicas 4.1 se nos dice que el altar de bronce era igual en tamaño al Lugar Santísimo. Había diez candeleros en vez de uno (2 Cr 4.7–8), así como también diez mesas para el pan.

El NT no nos da tanta instrucción en cuanto al significado del templo como la da respecto al tabernáculo. Algunos ven el tabernáculo como un cuadro de Cristo en su humildad en la tierra y el templo como un tipo de su presente ministerio en gloria, edificando ese «templo sagrado» de piedras vivas. O, el tabernáculo tipifica nuestra vida peregrina actual, mientras que el templo (edificio permanente) tipifica nuestro reinado glorioso con Cristo cuando Él vuelva. Qué trágico que los judíos confiaron en la presencia de su templo en vez de confiar en las promesas del Señor; porque en menos de quinientos años destruyeron este templo cuando llevaron cautivos a los judíos por sus pecados. En 6.11–13 Dios le recordó a Salomón que lo importante es obedecer su Palabra, no construir un gran templo.

III. Dedicación (8)

Dios llenó el templo con su gloria cuando se trajo el arca (vv. 1–11). En años posteriores Ezequiel vería que la gloria se iba (Ez 8–11). Salomón le habló al pueblo (vv. 12–21) y les recordó la fidelidad de Dios para cumplir sus promesas. Luego oró al Señor a favor de su familia (vv. 22–30), ciudadanos que habían pecado (vv. 31–40), extranjeros (vv. 41–43) y la nación en el exilio futuro (vv. 44–53). El pensamiento clave de su oración es que Dios oiga los clamores y sea misericordioso con ellos a pesar de sus pecados. Salomón aclara en su oración que la condición del corazón de Israel era más importante que la presencia del templo. Sabía que el pecado traería castigo, pero que el arrepentimiento traería perdón y bendición. Era más importante dedicar al pueblo que el edificio.

Los versículos 44–53 no se hicieron realidad, porque Israel fue llevada al cautiverio por sus pecados y Dios le trajo de nuevo a su tierra para reconstruir su templo y servirle otra vez. Esta oración y promesa también se cumplirán en los últimos días, cuando Israel regrese a su tierra en incredulidad.

Después de la oración Salomón bendijo al pueblo (vv. 54–61) y les exhortó a que arreglaran las cuentas con Dios. Nótese que el rey se preocupa porque las otras naciones conozcan la verdad del Señor (v. 60, y véase vv. 41–43). Fue muy malo que Israel no cumpliera su misión de llevar la verdad a los gentiles. La celebración duró catorce días (v. 65), con la primera semana llena de sacrificios, fiestas y las ceremonias de dedicación oficial. En la segunda semana el pueblo regresó a sus tiendas para regocijarse en el Señor. En 9.1–9 Dios le apareció a Salomón para recordarle que con sus privilegios venían grandes responsabilidades; que establecería su trono para siempre si el pueblo seguía al Señor en obediencia; pero que cortaría a la nación si pecaban. Desafortunadamente, la nación cayó en el pecado y la incredulidad, y la profecía de 9.6–9 se hizo realidad. El hermoso y costoso templo fue saqueado y destruido en el 586 a.C. cuando los babilonios llevaron cautivo al pueblo.

Dios en un principio moraba en el tabernáculo (Éx 40.34), luego en el templo de Salomón. La gloria de Dios vino luego a la tierra en la Persona de Cristo (Jn 1.12–14). Hoy, cada cristiano verdadero es templo de Dios (1 Co 6.19–20) como lo es la iglesia colectiva (Ef 2.21) y localmente (1 Co 3.16). Habrá un futuro templo judío durante el período de la tribulación (2 Ts 2.1–12) en el cual un mundo incrédulo adorará al anticristo. También habrá un glorioso templo durante el reinado milenial de Cristo (Ez 40–48).

Véase en 2 Crónicas 7–9 los pasajes paralelos. Estos capítulos abarcan la vida de Salomón después de finalizados los grandes programas de construcción. Muestran cómo el sabio y piadoso rey poco a poco declinó espiritualmente y acarreó la división del reino.

I. Amonestación divina (9.1–9)

Dios le apareció a Salomón poco después de su ascenso al trono (3.5–15), es en este tiempo cuando el joven rey pide la sabiduría divina para desempeñar sus deberes. Dios también le envió un mensaje de estímulo al rey durante los difíciles años de la construcción del templo (6.11–13). Ahora que sus grandes proyectos finalizaron, Salomón recibió otro mensaje del Señor. Esta vez amonestándole a obedecer la Palabra de Dios. A menudo enfrentamos nuestras más grandes tentaciones después de un período ministerial de éxito.

Dios reafirmó su pacto con David y le recordó a Salomón su responsabilidad de «guardar su corazón con toda diligencia» (Pr 4.23) y andar en obediencia a la Palabra. Si Salomón obedecía la Palabra de Dios, su trono sería estable y Dios bendeciría a Israel. Pero si Salomón desobedecía y también sus hijos después de él, Dios tendría que retirar sus bendiciones y sacar a la gente de su buena tierra. Entonces las grandes casas edificadas serían ruinas y dejadas detrás como monumentos a la incredulidad de Israel. No importa a qué parte de la Biblia acuda usted, el mismo principio es verdad: la obediencia conduce a la bendición; la desobediencia lleva al castigo. Es triste, pero veremos en este estudio que el rey Salomón no prestó atención a esta advertencia, sino que en lugar de eso se alejó poco a poco del Señor hasta que (casi al final de su vida) trató de matar a un hombre inocente (11.40).

II. Alianzas peligrosas (9.10–10.13)

A. Con Hiram (9.10–14).

Ya hemos visto que Salomón dependía de Hiram para la madera y los obreros hábiles para la construcción del templo (5.1–12). Es evidente que en años posteriores Salomón necesitaba más dinero, de modo que «tomó prestado» de Hiram, dándole veinte ciudades de Galilea como garantía. Esta es la «Galilea de los gentiles» de Mateo 4.15. Cuando Hiram vio las ciudades, las consideró «despreciables» (que es el significado de «Cabul»). En 2 Crónicas 8.1–2 se nos dice que Hiram también le dio a Salomón algunas ciudades como parte de la transacción. En todo caso, tales alianzas con las naciones paganas estaban prohibidas por la ley y sólo llevaron a Salomón a profundizar más sus problemas. Véase 2 Corintios 6.14–7.1.

B. Con Egipto (9.15–24).

El matrimonio de Salomón con una princesa egipcia fue estrictamente una táctica política, porque estaba importando caballos y otros lujos de Egipto (10.28–29). Para los judíos «regresar a Egipto» era contrario a la voluntad de Dios. «¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda!» clamó Isaías (31.1). Al casarse con una mujer pagana Salomón estaba dando un mal ejemplo a su nación e involucrando innecesariamente al pueblo en los asuntos de los paganos.

C. Con otras naciones (9.25–10.13).

La armada de Salomón debía haber navegado hasta la India para conseguir los lujos que su reinado exigía. La visita de la reina de Sabá también fue más que una visita personal; involucraba establecer acuerdos comerciales y otras alianzas con su país. Salomón y la reina intercambiaron regalos costosos, y ella se fue a su país completamente asombrada por su sabiduría y riqueza. Jesús lo mencionó en Mateo 12.42, usando su visita para dar una advertencia a los judíos de su día. Si la reina de Sabá invirtió todo ese esfuerzo para ir a oír la sabiduría de Salomón, ¡cuánto más grande juicio caerá sobre los judíos que tenían a «uno mayor que Salomón» en su mismo medio y sin embargo lo rechazaron!

Estos relatos muestran el peligro de la fama y la fortuna. Nótese que en 10.7 tenemos «sabiduría y prosperidad», pero en 10.23 es «riqueza y sabiduría»; las riquezas vienen primero. No hay duda de que Salomón gradualmente declinó en las cosas espirituales conforme lo material llegaba a ser más importante.

III. Ambiciones destructivas (10.12–49)

«Los que desean enriquecerse caen en tentación y en lazo», advierte 1 Timoteo 6.9; y esto fue cierto en la vida de Salomón. No estaba contento con la abundancia de las bendiciones que Dios le dio; tenía que enviar lejos por lujos aún mayores para satisfacer su corazón. No hay duda de que los últimos años de la vida de Salomón se revelan en Eclesiastés, un libro que manifiesta lo vano de vivir para los placeres materiales. Tal vez tenga algún significado que Salomón recibía 666 talentos de oro al año (véase Ap 13.18). Usaba sólo vasos de oro (v. 21), a diferencia del Señor que usa *cualquier* vaso santificado (2 Ti 2.20–21). Sí, Salomón vivía en gloria y lujo, pero Jesús dijo que ni aun Salomón con toda su gloria era tan hermoso como uno de los sencillos lirios de Dios (Mt 6.28–29).

Léase en Deuteronomio 17.16–20 las instrucciones de Dios para el rey y nótese cómo Salomón las desobedeció. Multiplicó los caballos y carros, el dinero y las esposas. Tal vez Salomón pensaba que la construcción del templo era suficiente para su vida espiritual; ahora podía darse el lujo de «dejarse llevar por la inercia» de las bendiciones pasadas. Léase Eclesiastés 2 para ver el interés de Salomón en la ganancia material.

IV. Apostasía deliberada (11)

Es increíble que el hombre que escribió Proverbios 5.20–23 y 6.20–24 multiplicara esposas y concubinas tomadas de naciones paganas. La poligamia en sí misma ya es lo suficiente mala (a su padre David le causó problemas sin fin), pero tomar esposas de tierras paganas era apostasía deliberada. Véase Deuteronomio 7.1–14. ¿Cuál fue la causa de la repetición de este pecado? El corazón de Salomón no andaba bien con el Señor (11.4). Dios quería «integridad de corazón» (9.4), que significa un corazón de un solo sentir que glorifique a Dios. Pero Salomón tenía un corazón dividido: amaba al mundo mientras trataba de servir a Dios. Qué tragedia que el hombre que construyó el templo al único Dios verdadero empezara a adorar en los altares paganos. Dios se disgustó por esto, así que envió varias disciplinas para traer al descarriado rey de regreso a la fe.

A. Un mensaje de advertencia (vv. 1–13).

Dios amenazó con quitarle el reino a Salomón y dárselo a otro. Usted pensaría que esta advertencia impactaría a Salomón lo suficiente para devolverle el sentido común, pero es evidente que no lo logró. Si una persona no escucha la Palabra, el Señor tiene que tomar medidas aún más drásticas.

B. Una invasión de parte de Edom (vv. 14–22).

El «reinado del descanso» de Salomón estaba ahora en guerra. Léase en Santiago 4 una explicación espiritual de esto. Evidentemente las alianzas de Salomón con Faraón no lograron mucho, porque Egipto resultó ser un aliado de los edomitas.

C. Problemas con Rezón (vv. 23–25).

Esta banda de guerreros hostigó muchos años las fronteras de Salomón. El rey apóstata perdía terreno rápidamente.

D. Competencia de parte de Jeroboam (vv. 26–43).

Salomón mismo promovió a Jeroboam a una buena posición debido a su bravura y laboriosidad. Pero Dios escogió a este poco conocido joven para ser el rey sobre diez tribus. La tribu restante sería Judá, pero este reino del sur incluiría «a la pequeña Benjamín» (12.21). Cuando Salomón oyó que tenía un rival, trató de matarlo. El rey debe haber sabido que suficiente gente gemía bajo los pesados impuestos y programas de trabajos forzados (véase 12.6–11). Es más, Adoram, quien estaba a cargo de las «obras públicas», fue apedreado por el pueblo (12.18).

La muerte de Salomón dejó a su hijo Roboam para que reinara en su lugar. Si Salomón hubiera permanecido fiel al Señor, sus últimos años hubieran sido llenos de bendición y victoria en lugar de estar llenos de castigo y derrota. Dejó a su hijo el problema de recuperar el cariño del pueblo y de levantar las pesadas cargas de impuestos que contribuyeron a hacer tan rico a Salomón. Sí, Israel parecía estar solazándose en gran gloria y esplendor, pero no todo andaba bien. Era una gloria hueca que no duraría. La descripción de Apocalipsis 3.17–18 encaja bien en esta situación.

I Reyes 12–16

Estos capítulos registran «el principio del fin». Con la muerte de Salomón la gloria de la nación empieza a desvanecerse. En I Reyes se abarca aproximadamente ciento veinticinco años de historia, cuarenta del reinado de Salomón y casi ochenta y cinco del reino dividido de Israel y Judá. Sólo cinco reyes reinaron en Judá durante ese período, mientras que ocho reinaron en Israel y todos eran malos e impíos. Segundo de Reyes toma entonces el relato del cautiverio asirio de Israel (las tribus del norte) y del cautiverio babilónico de Judá (las tribus del sur).

I. La división del reino (12.1–14–20)

A. Necedad de Roboam (12.1–15).

El vasto programa de Salomón de construcción y expansión le trajo fama y gloria a la nación, pero los impuestos pesaban sobre el pueblo, el cual esperaba algún alivio de la carga. En sus últimos años los valores de Salomón cambiaron y estaba más interesado en la riqueza material que en la bendición espiritual (véase Ec 1.12–2.26). Si su hijo Roboam hubiera escuchado a la sabiduría de los líderes ancianos, se hubiera ganado el corazón del pueblo; pero no estaba dispuesto a ser siervo del pueblo. Oyó a los jóvenes que carecían de experiencia y, por consiguiente, tomó una decisión necia. El camino para ser un gobernante es ser siervo (Mc 10.42–45).

B. Rebelión de Jeroboam (12.16–13.34).

Dios ya había escogido a Jeroboam para que fuera el rey de las diez tribus (11.26–40) debido a los pecados de Salomón (11.9–13). El pecado es un gran divisor y destructor. Sólo Judá y Benjamín quedaron para Roboam, y Dios hizo esto por amor a David. Es triste, pero Jeroboam fracasó y no vivió de acuerdo a sus oportunidades, porque guió a las diez tribus a la idolatría. Temía que el pueblo de su reino fuera a Jerusalén para las fiestas anuales y allí se rebelaran contra él, de modo que creyó «conveniente» que adoraran en su territorio. Repitió el pecado de Aarón (Éx 32.1–6) e hizo becerros de oro, poniendo uno en Dan y el otro en Bet-el. También consagró lugares de adoración y organizó su propio sacerdocio. Fue una religión hecha por el hombre y para la conveniencia del pueblo; por consiguiente, no tenía ni el poder ni la bendición de Dios. Por supuesto, Dios no podía permitir que tal apostasía continuara, así que le envió al rey un mensaje de advertencia y juicio (cap. 13). Nótese que el rey estaba quemando incienso en el altar, actuando como sacerdote. El misterioso varón de Dios anunció el nacimiento del futuro rey Josías (13.2; véase 2 R 23.15–18) y también advirtió que la religión humana que el rey creó sería juzgada y destruida. Cuando Jeroboam trató de arrestar al profeta, la mano que el rey tenía extendida se le secó y el altar se quebró, exactamente como el profeta predijo. El rey suplicó ser sanado y el hombre oró por él. El rey entonces trató de tenderle una trampa al profeta invitándole al palacio, pero el varón de Dios rehusó caer en el truco. Es desafortunado que el varón de Dios dio oídos a las mentiras del colega profeta y perdió su vida. Si hay alguna lección que aprender de 13.11–34 es esta: no permita que otras personas determinen la voluntad de Dios en su vida. Obedezca lo que la Palabra de Dios le dice, cueste lo que cueste.

C. El juicio de Dios (14.1–20).

Abías era un joven cuando se enfermó mortalmente (su padre reinó veintidós años) y, por supuesto, al rey le preocupaba que no hubiera hijo que le sucediera en el trono. Jeroboam no podía acudir a sus falsos dioses por ayuda; tuvo que hacerlo al profeta Ahías en busca de dirección. Este fue el profeta que le había dicho primero a Jeroboam que iba a ser el nuevo rey. El rey no se atrevió a ir él mismo; envió a su esposa disfrazada. Pero el profeta ciego veía más con sus ojos espirituales que lo que Jeroboam veía con sus ojos físicos. Ahías expuso el disfraz y envió al perverso rey un mensaje de juicio. El mensaje se hizo realidad: la reina regresó a su casa y, cuando entró en ella, el hijo murió. Es trágico que Jeroboam se haya alejado del Señor, porque podía haber guiado a las diez tribus a una maravillosa bendición y victoria. En lugar de eso, dejó un terrible ejemplo para que lo siguieran otros reyes.

II. Declinación de Judá (14.21–15.24)

A. Roboam (14.21–31).

Por diecisiete años el malvado hijo de Salomón guió al pueblo a terribles pecados. En lugar de andar en las leyes del Señor, tomó como modelo las perversas naciones que Israel había derrotado. Dios le castigó trayendo a Egipto para que derrotara a la nación. El pueblo perdió sus valores espirituales: los costosos escudos de oro se reemplazaron con escudos de bronce barato. Las cosas «parecían lo mismo», pero Dios sabía que no eran así.

B. Abiam (15.1–8).

«De tal palo, tal astilla». Dios le permitió reinar sólo tres cortos años. Nótese que su madre era pariente de Absalón («Abisalom» en v. 2). Declaró guerra a Jeroboam (léase 2 Cr 13), y Dios le dio la victoria *por amor a David.* La victoria fue puramente militar; no hubo avivamiento espiritual en la nación.

C. Asa (15.9–24).

Lea 2 Crónicas 14–16. Asa fue un rey *bueno*, un cambio bien recibido después de años de reyes malvados. Trató de quitar los pecados establecidos por Roboam (14.24). Bajo su liderazgo hay un breve período de reposo y avivamiento. Incluso depuso a su madre debido a que adoraba ídolos (2 Cr 15.16). Triste como suena, su reino no acabó tan bien como empezó, porque confió en los hombres para su protección y fracasó al no confiar en el Señor. Usó la riqueza del templo para contratar a Siria para que luchara por él; y esta alianza impía le costó mucho personalmente.

D. Josafat (15.24).

Véanse también 22.41–50 y 2 Crónicas 17.1–21.3. El escritor aquí no da la historia de este rey bueno, el cual purgó la idolatría y procuró enseñar al pueblo la Palabra de Dios. Dios le dio muchas victorias, porque «de todo su corazón buscó a Jehová» (2 Cr 22.9).

III. Decadencia de Israel (15.25–16.34)

Aquí se mencionan a seis reyes, empezando con Nadab y terminando con Acab, y todos fueron malos. Nadab mantuvo la perversa idolatría de su padre; Baasa lo asesinó durante una de las batallas contra los filisteos. Baasa reinó veinticuatro años y cumplió la profecía de 14.14–15 de que toda la descendencia de Jeroboam sería destruida. No obstante, Jehú el profeta vino con un mensaje para Baasa prediciendo la destrucción de la casa de Baasa. Su hijo Ela reinó menos de dos años y lo mató Zimri, uno de sus capitanes, mientras el rey estaba ebrio. Zimri guió a la nación sólo una semana (16.15), pero durante ese tiempo exterminó a la familia de Baasa y cumplió la profecía de Jehú (16.1–4). El ejército se rebeló y nombró a Omri como el nuevo rey. Omri marchó contra Zimri, quien le prendió fuego al palacio y se suicidó pereciendo en el incendio. Omri reinó doce años (después de sofocar una pequeña revuelta del pueblo) y llevó al pueblo a mayores pecados. Su hijo Acab se casó con Jezabel y esto trajo oficialmente la adoración de Baal al reino. Lo único de Omri que le da fama es el establecimiento de Samaria como la capital del reino del norte. A su muerte su hijo Acab subió al trono y bajo su liderazgo las tribus cayeron aún más en la idolatría y el pecado.

Usted notará que cuando la nación se hundía en la idolatría era que Dios llamaba a sus profetas a predicarle al pueblo. En el capítulo 13 ya hemos encontrado a un profeta anónimo, y más tarde encontraremos a Elías y Eliseo. Por supuesto, Jehú y Ahías deben mencionarse también. Cuando el pueblo de Dios peca, sólo la Palabra de Dios proclamada por los siervos de Dios es capaz de llamarlo a volverse y salvarlo.

«La justicia engrandece a la nación, mas el pecado es afrenta de las naciones» (Pr 14.34). Cuando reyes piadosos reinaban, Dios bendecía a su pueblo; cuando hombres impíos reinaban, Dios enviaba juicio y derrota. ¡Qué trágico es ver a esta gran nación, llamada por el Señor, declinando ahora en las cosas espirituales y alejándose de la verdad. Sí, a menudo tenían prosperidad material, pero esto no era señal de que Dios se complacía en sus obras. A decir verdad, la codicia de las cosas materiales con frecuencia alejó al pueblo más de Dios. La mejor manera de edificar una nación piadosa es tener ciudadanos piadosos en iglesias piadosas (1 Ti 2.1–6).

I Reyes 17–18

Dondequiera que una nación cae en el pecado y la idolatría, Dios envía profetas para llamarlos a que vuelvan a la verdadera fe. El profeta no era sólo un «pronosticador»; era también un «proclamador» que anunciaba el juicio de Dios y exponía los pecados del pueblo. Tal profeta fue Elías tisbita (nativo del pueblo de Tisbi), un hombre «sujeto a pasiones semejantes a las nuestras» (Stg 5.17), y sin embargo con gran valor y fe. En estos dos capítulos vemos a Elías obedeciendo dos mandamientos del Señor: «Escóndete» y «muéstrate».

I. Su ministerio privado: «Escóndete» (17)

Lucas 4.25 nos dice que la sequía duró tres años, pero en 1 Reyes 18.1 hallamos que la competencia en el monte Carmelo se efectúa «en el tercer año». Sin duda la sequía comenzó seis meses antes de que Elías apareciera de repente en el palacio de Acab para proclamar que la sequía duraría otros tres años. La falta de lluvia a menudo era un castigo por los pecados del pueblo (Dt 11.13–17; véase 2 Cr 7.12–15). Acab y su malvada esposa pagana Jezabel condujeron al pueblo a la adoración de Baal, una religión tan degradante que no nos atrevemos a describirla. Los tres años adicionales de la sequía fueron una respuesta a la oración de Elías (Stg 5.17). Después de dar el mensaje, el profeta se retiró tres años del ministerio público y durante este tiempo el Señor en su gracia cuidó de él. El siervo obediente siempre puede depender del cuidado fiel de su Maestro. Nótense las tres disciplinas que Elías experimentó:

A. El arroyo seco (vv. 2–7).

Dios le dijo a Elías exactamente a dónde ir y qué hacer. Véanse Proverbios 3.5–6 y Salmo 37.3–6. Dios retiró de Israel el ministerio de Elías como otro castigo por sus pecados (Sal 74.7–9). El Señor le permitió beber del arroyo y todos los días le proveía de pan y carne entregados por los cuervos. El cuervo es la primera ave mencionada en la Biblia (Gn 8.7); era un ave inmunda y sin embargo Dios la usó para ayudar a su siervo. Nótese que mientras Elías disfrutaba de pan, agua y carne en el lugar designado por Dios, los cien profetas escondidos en cuevas (18.4) tuvieron que conformarse sólo con pan y agua. Pero llegó el día cuando el arroyo se secó. ¿Quería esto decir que Elías había pecado o que estaba fuera de la voluntad de Dios? ¡No! Sencillamente significaba que Dios tenía otro lugar para él y era un recordatorio a Elías de que confiara en el Señor y no en el arroyo.

B. La vasija vacía (vv. 8–16).

La Palabra de Dios siempre guía al siervo de Dios a un tiempo de prueba. Pero qué extraño mandamiento: «Vete a territorio gentil en donde una viuda te alimentará». Véase Lucas 4.22–26. «Sarepta» significa «refinamiento»; y Dios sin duda ponía a su siervo en el horno. Imagínese los sentimientos de Elías cuando descubrió cuán pobre era la viuda y ella estaba a punto de preparar su última comida. Pero los mandamientos de Dios nunca son errados; porque cuando la viuda puso a Dios primero (al obedecer los mandamientos de Elías), Dios proveyó para ella, su hijo y su huésped. Nótese en el versículo 14 que Elías honró al Señor Dios de Israel ante esta mujer gentil. Todo lo que Dios pide es que le demos lo que tenemos y Él se encargará del resto. Él puede alimentar a miles con sólo unos pocos panecillos y pescados.

C. El muchacho muerto (vv. 17–24).

El arrollo seco fue la prueba para Elías; la muerte del muchacho fue la prueba para la viuda. Por lo general, a las grandes bendiciones de Dios le siguen grandes pruebas. Es desafortunado que la fe de la viuda fallara, como se indica en el versículo 18; véanse en Salmo 119.75 y 1 Samuel 3.18 la manera correcta de reaccionar a la desilusión y las pruebas. «Dame acá tu hijo» es la respuesta de Elías, porque sabía que

Dios podía devolver al muchacho la vida. Este es el primer ejemplo de resurrección en la Biblia. El profeta llevó el cadáver a su habitación privada (una en el terrado) y allí oró a Dios por la vida del muchacho. Nótese que agonizaba por el joven e incluso tendió su cuerpo sobre el cadáver. Qué ejemplo para nosotros hoy, los que procuramos «levantar a los muertos» espirituales. El milagro produjo un testimonio de fe de parte de la mujer.

II. Su ministerio público: «Muéstrate» (18)

Después de la preparación y la prueba en privado, el profeta ahora está listo para su ministerio público, así que Dios le ordena que vaya a ver al malvado rey Acab (véase 16.33). Debemos admirar la paciencia de Elías al esperar tres años para predicar un sermón.

A. Elías y Abdías (vv. 1–16).

Abdías es un cuadro del creyente que hace componendas y su vida está en contraste directo con la de Elías, quien servía al Señor públicamente y sin temor; Abdías servía a Acab (vv. 7–8) y trataba de servir a Jehová en secreto (vv. 3–4). Elías estaba «fuera del campamento» (Heb 13.13); Abdías estaba dentro del palacio. Elías conocía la voluntad de Dios; Abdías no sabía lo que pasaba. Mientras que Elías se esforzaba por salvar a la nación, Abdías buscaba pasto para salvar los caballos y las mulas. Cuando Elías confrontó a Abdías, el atemorizado siervo no confió en el profeta. Y nótese que Abdías tuvo que «jactarse» de su servicio secreto para impresionar a Elías con su devoción (v. 13). Es triste, ¡pero tenemos demasiados Abdías en estos días y muy pocos Elías!

B. Elías y Baal (vv. 17–29).

El profeta no tuvo miedo de enfrentarse al rey Acab; ni tampoco tuvo miedo de decir la verdad. El malo siempre culpa al creyente por los problemas del mundo; nunca piensa en culpar sus pecados. La competencia no era entre Elías y Acab. Era entre Dios y Baal. La nación estaba «claudicando entre dos caminos» y era tiempo de tomar una decisión (véanse Éx 32.26; Jos 24.15; Mt 12.30). Confrontado con sus pecados, el pueblo no respondió (v. 21). Elías pidió una situación imposible: el verdadero Dios contestaría por fuego. Por supuesto, sabía que a menudo Dios había «contestado por fuego» en años pasados (Lv 9.24; 1 Cr 21.26). Cuando el siervo de Dios obedece y confía en la Palabra de Dios, no necesita temer el fracaso. Por supuesto, Baal no podía contestar por fuego porque Baal no existe. Satanás podía haber enviado fuego para engañar a la gente (Job 1.16; Ap 13.13), pero Dios no lo permitiría. Elías se burlaba de los profetas de Baal: «El que mora en los cielos se reirá» (Sal 2.4). Es asombroso hasta qué perversos extremos van los paganos tratando de conseguir que sus falsos dioses contesten sus oraciones. Mire el Salmo 115. Cuando llegó el momento del sacrificio de la tarde (las tres de la tarde), era obvio que Baal era un dios falso y no podía contestar.

C. Elías e Israel (vv. 30–46).

Dejar al descubierto la necedad y pecado de la adoración de Baal no fue sino la mitad de la tarea de Elías para ese día. Era más importante traer a la nación de nuevo a la verdadera adoración a Jehová. Elías no trataba sólo de reformar al pueblo; quería también avivarlo. Primero, reparó el altar que el pueblo dejó que se destruyera. Este es el primer paso para la bendición: reparar el altar personal de devoción, el altar familiar, el altar del sacrificio y la comunión con Dios. Al usar doce piedras Elías le recordó a la nación su unidad, porque durante muchos años la nación había estado dividida. Para hacer imposible que alguien prendiera fuego Elías hizo vaciar cuatro cántaros de agua tres veces sobre la madera y el sacrificio, lo cual sería doce cántaros de agua. El profeta hizo una oración sencilla de fe y el fuego de Dios consumió la madera, el sacrificio, el agua y el altar.

Pero Elías todavía tenía trabajo que hacer. Para empezar, los falsos profetas (850 de ellos, v. 19) tenían que ser degollados; véase Deuteronomio 13.1–5. No es suficiente que reconozcamos que «Jehová es el Dios» (v. 39); también debemos detestar lo que es malo y eliminarlo de nuestras vidas. El juicio siempre prepara el camino para la bendición.

Entonces el profeta le dijo al rey que regresara a su casa, porque la lluvia se acercaba. Baal era el «dios de la lluvia», pero no podía enviar fuego ni hacer llover. Al emprender el rey su camino, Elías empezó a orar por lluvia de la misma manera en que tres años antes oró por la sequía (Stg 5.17). Sabía cómo velar y orar (Col 4.2), y sabía cómo persistir en la oración hasta que Dios enviara respuesta. Dios no envía lluvias de bendición sino hasta que el pecado se ha juzgado. Antes que pasara mucho tiempo el cielo se oscureció con nubes, el viento empezó a soplar y las lluvias cayeron. Dios le dio a Elías fuerza sobrehumana para correr delante del rey y su carro hasta Jezreel.

Lo que hacemos con Dios en privado es mucho más importante de lo que hacemos por Dios en público. Nuestra vida oculta nos prepara para nuestra vida pública. A menos que estemos dispuestos a atravesar tales disciplinas como el arroyo seco, la vasija vacía y el muchacho muerto, nunca tendremos las victorias del monte Carmelo. «Los que esperan a Jehová tendrá nuevas fuerzas» (Is 40.31).

I Reyes 19

¡Qué contraste tenemos aquí con la escena de victoria en el capítulo 18! Cuán a menudo nuestras pruebas más grandes vienen a continuación de nuestras más grandes bendiciones. Aquí el hombre de fe retira sus ojos del Señor y se convierte en un hombre de temor; sin embargo, a pesar de los fracaso de Elías, Dios tiernamente trata con su siervo.

I. Dios refresca a Elías (19.1–8)

Santiago 5.17 nos recuerda que Elías era un hombre «con pasiones semejantes», un hombre de barro sujeto a las mismas pruebas y fracasos como cualquier creyente. ¡Qué extraño que Elías se enfrentara a ochocientos cincuenta encolerizados profetas y no tuviera miedo, para luego huir ante las amenazas de una mujer! Es cierto que había un motivo físico para su fracaso: la gran competencia en el monte Carmelo agotó a Elías y le dejó exhausto emocionalmente. Los cristianos harían bien en cuidar mejor sus cuerpos, en especial después de los períodos de intenso ministerio y sacrificio (cf. Mc 6.31). Pero la principal causa para el fracaso de Elías fue espiritual: vio a Jezabel y no miró al Señor; escuchó las amenazas de ella y se olvidó de esperar en las promesas de Dios. Esperó la orden de Dios en cada paso que dio (17.2, 8; 18.1, 36), pero ahora su temor le llevó a la impaciencia y esta a la desobediencia (Is 28.16). Ya no arriesgaba más su vida para la gloria de Dios; antes bien, trataba de salvarla por causa de sí mismo.

Dios ordena los pasos de un hombre bueno (Sal 37.23), pero los del profeta incrédulo y desobediente sólo lo llevan a peores problemas. Elías huyó a Judá, se olvidó de que la hija de Acab reinaba allí con Joram (2 R 8.16–18). Viajó más de ciento treinta kilómetros a un peligro mayor. Deseando estar solo con su abatimiento, Elías dejó a su criado allí y se fue al desierto. Es mejor que un hombre camine con otro, porque «no es bueno que el hombre esté solo». Por lo general, la soledad y el abatimiento van juntos. Exhausto física y emocionalmente, Elías se acostó para dormir, y su «oración junto a la cama» fue: «¡Quítame la vida!» Moisés elevó esta oración en un momento de gran

desaliento (Nm 11.15) y también Jonás (Jon 4.3). Elías tenía sus ojos puestos en sí mismo y lo que hizo (o no hizo), en vez de mirar al Señor.

Con cuánta gracia el Señor refresca a su siervo. El Señor sabía que Elías necesitaba alimento y descanso, así como un despertamiento espiritual. Elías comió y luego se volvió a dormir. No vemos evidencia de arrepentimiento ni confesión de pecado; parece como si se hubiera dado por vencido. De modo que Dios le alimentó por segunda vez y en esta ocasión Elías se levantó y volvió a emprender su camino. La mano del Señor le guió al monte Horeb, en donde Moisés recibió el llamamiento de Dios (Éx 3) y donde se dio la ley. Es alentador saber que aun cuando el hijo de Dios anda descarriado y desanimado, Dios lo cuida en su gracia.

II. Dios reprende a Elías (19.9–18)

La palabra de Dios vino a Elías en la cueva (v. 9). «¿Qué haces aquí?», es una buena pregunta para hacérnosla en cualquier momento. La respuesta de Elías reveló de nuevo el desaliento de su corazón; se sentía como si fuera el único fiel al Señor en Israel. En lugar de confesar su orgullo y deseo de vindicación personal, Elías sigue discutiendo su caso ante el Señor, así que Dios tuvo que usar otros medios para enseñarle y traerlo al lugar de sumisión.

¿Por qué Dios envió el viento, el terremoto y el fuego? Por un lado, le enseñaba al desalentado profeta que Él tiene muchos instrumentos disponibles a su alcance. A Dios no le faltan siervos obedientes en toda la naturaleza (Sal 148.1–10); sin embargo, los hombres hechos a imagen de Dios no le obedecen. Qué reprensión debe haber sido esta para el descarriado profeta. Es más, cuando «el silbo apacible y delicado» vino después de la tormenta, Dios le mostró a Elías que su trabajo no siempre se hace de una manera grande y ruidosa. Los milagros del monte Carmelo fueron maravillosos, pero la obra espiritual duradera en la nación debía lograrse por la Palabra de Dios obrando en silencio en los corazones del pueblo. Elías quería que se hiciera algo sonoro y grande, pero algunas veces Dios prefiere lo apacible y pequeño. No nos toca a nosotros dictarle a Dios qué métodos debe usar. Nuestro deber es sólo confiar y obedecer.

«¡Regresa!», fue la palabra de Dios al profeta después que este trató de defenderse por segunda vez (vv. 14–15). Dios le da otra oportunidad de servir ungiendo a Hazael como el nuevo rey de Siria, a Jehú como el nuevo rey de Israel y a Eliseo como el nuevo profeta. Dios le estaba diciendo a Elías: «Deja de quejarte y lamentarte por lo que te parecen fracasos. Vuelve a tu trabajo». Esto es sin duda un buen consejo.

III. Dios reemplaza a Elías (19.19–21)

Es maravillosa la manera en que Dios animó a Elías asegurándole que habían siete mil creyentes fieles en la tierra. Nos preguntamos dónde estaban esos creyentes cuando Elías se levantó solo en el monte Carmelo. Nunca sabemos cuánto bien nuestro trabajo ha hecho, pero Dios sí lo sabe, y eso es todo lo que importa. El ministerio de Elías se acercaba a su fin; tenía que escoger a su sucesor y prepararlo para que continuara la tarea de proclamar la Palabra de Dios. Esto también fue un estímulo para Elías, porque ahora sabía que su trabajo continuaría incluso después de su partida. Hay una lección práctica para nosotros aquí: si esperamos que el Señor nos dé su mensaje por su Palabra y no salimos huyendo, Él nos dará el aliento que necesitamos.

El primer paso de Elías fue nombrar a Eliseo como su sucesor. Lo hizo al echar sobre Eliseo su manto (o túnica exterior), mientras este araba en el campo. Este acto simbolizaba el hecho de que Eliseo sería un profeta con el mismo poder y autoridad de Elías. Eliseo quiso despedirse de sus seres queridos y esto se le permitió aun cuando en la mayoría de los hogares tales despedidas hubieran tomado varios días. Véase Lucas 9.61–62. Cuando Dios nos llama, es importante que sigamos al momento y que no pongamos a otros por delante de Él.

El hecho de que Eliseo mató los bueyes y usó sus implementos como leña indica cuán definitivamente rompía con el pasado. Estaba «quemando los puentes detrás de sí», por así decirlo. En la fiesta participaron los amigos del vecindario tanto como la familia de Eliseo; todos vinieron a desearle que le fuera bien en su nuevo llamamiento. Pero una vez finalizada la fiesta, Eliseo se levantó y siguió a su maestro y le ministró.

Elías no ungió a Hazael; Eliseo lo hizo más tarde (2 R 8.8–15). Fue también Eliseo el que ungió a Jehú (2 R 9.1–10). Sin embargo, puesto que Elías ungió a Eliseo, indirectamente ungió a los otros.

Debido a que Eliseo contaba con la ayuda de otros once hombres al arar (quizás los criados de su padre, v. 19), sugiere que procedía de una familia acomodada. ¿Ha notado en la Biblia que por lo general Dios llama a personas muy ocupadas? Moisés estaba pastoreando las ovejas; Gedeón estaba trillando el trigo; Pedro, Santiago y Juan estaban muy atareados en su negocio de pesca; Nehemías era el copero del rey. Dios no tiene lugar para gente ociosa. Sin duda, Eliseo dio muestra de fe y rendición al dejar a su familia y hogar, y la riqueza que tal vez heredaría. Permaneció en un segundo plano hasta la ascensión de Elías (2 R 2), en cuyo momento asumió el ministerio. El ministerio de Elías fue de «terremoto, fuego y viento»; pero Eliseo ministraría como «el silbo apacible y delicado». Por supuesto, también habría juicios en su ministerio ya que el pecado siempre debe juzgarse.

Esta experiencia en la vida de Elías es una buena advertencia contra el desaliento y el desánimo. Cuando sintamos que no hemos logrado nada, Dios nos revela que nos ha usado más de lo que nos damos cuenta. Es peligroso pensar que somos los únicos que tenemos la verdad. Por supuesto, hubiera sido mejor si los siete mil «ocultos» hubieran asumido su posición junto con el profeta. Es probable que la actitud de amargura de Elías acortó su ministerio. La mejor solución para el desaliento está en Isaías 40.31: esperar en el Señor.

I Reyes 20–22

Acab ha quedado en la historia como el más perverso rey que Israel jamás tuvo (véanse I R 16.29–33 y 21.25–26). Su esposa pagana, Jezabel, lo gobernaba detrás de la escena e hizo que la adoración a Baal fuera la religión oficial de la tierra. Acab «se había vendido para hacer lo malo» (21.20, 25). En estos capítulos vemos sus pecados y su juicio final de parte de Dios.

I. La defensa de Acab (20)

A. El desafío (vv. 1–12).

El rey de Siria trajo su numeroso ejército, ayudado por otros treinta y dos reyes, y amenazaba a Samaria. Sus mensajeros exigieron la riqueza y la familia del rey, y Acab accedió obedecer. Pero cuando quisieron el privilegio de saquear su palacio, este se negó. Acab trató de dárselas de valiente, pero sabía que el fin estaba cerca. Si hubiera andado con Dios, podía haberle entregado este problema a Él, pero Baal fue incapaz de librar al rey.

B. La conquista (vv. 13–30).

El Señor intervino para salvar al rey y a su pueblo, no porque Acab lo mereciera (porque de seguro no lo merecía), sino porque Dios tenía causa contra Siria y el tiempo de su juicio había llegado. El profeta anónimo le dio el mensaje al aterrorizado rey (v. 13) y la respuesta inmediata de Acab en el versículo 14 indica que creyó en el mensaje. Acab no era un hombre de fe, pero se aferraba a la última esperanza que se le ofrecía. De inmediato, obedeció a la Palabra del Señor y envió a su pequeño ejército a enfrentarse a los numerosos ejércitos de los sirios. Dios les dio a los israelitas una gran victoria; entonces el rey mismo salió para hacerse cargo de la batalla y finalizarla en gran gloria. Los sirios concluyeron que el Dios de Israel podía ganar victorias en las colinas, pero no en los valles y llanuras, de modo que planearon otra invasión para el año siguiente. Una vez más Dios, en su misericordia, envió un mensaje de esperanza al malvado rey y el Señor le dio a Israel otra tremenda victoria.

C. El compromiso (vv. 31–43).

Lo que Satanás no pudo lograr con la fuerza, lo hizo con artimañas; porque llevó a Acab a un impío compromiso con el enemigo. El rey enemigo y sus siervos pretendieron arrepentirse y humillarse ante el orgulloso Acab, y el vanidoso rey cayó en la trampa: «¡Es mi hermano!», dijo de Ben-adad, su enemigo. Los dos reyes hicieron un pacto de paz y Acab envió a Ben-adad vivo en abierta desobediencia a la Palabra de Dios. El profeta anónimo, con su cara golpeada por su amigo, esperó para ver al rey y anunciar el veredicto del juicio divino. Al contar la historia del prisionero que escapó, el profeta consiguió que el rey Acab confesara su culpa y dictara su sentencia. (Natán usó este mismo método con David, 2 S 12.) Acab mismo moriría junto con muchos de su pueblo debido a que rehusó seguir la dirección de Dios.

Por favor, tenga presente que Dios libró por completo a Israel de sus enemigos por su gracia; el rey no lo merecía, ni tampoco el pueblo. Dios había ya decretado que Acab sería asesinado, no por Ben-adad, sino por Hazael (19.15–17), así que el tiempo no era el apropiado. Dios cumplirá su Palabra y no está apurado para cumplir su voluntad, porque en su misericordia les da a los hombres tiempo para arrepentirse.

II. El engaño de Acab (21)

A. El pecado (vv. 1–16).

El corazón del malo codicia constantemente cosas e incluso el rey no está satisfecho de su vacía idolatría. Ahora codicia la viña de su prójimo y «se molesta» porque su prójimo no quiere desobedecer la Palabra de Dios y dársela (véanse Lv 25.23 y Nm 36.7). La reina Jezabel resuelve el problema presentando falsos testigos contra Nabot, falsificando cartas a nombre de su esposo y ocultando todo el complot bajo el disfraz de ayuno religioso. Nabot, un inocente, fue apedreado hasta morir sólo para satisfacer la codicia del rey Acab y su esposa adoradora de Baal. «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jer 17.9).

B. El juicio (vv. 17–29).

Dios sabía todo lo que había ocurrido y envió a Elías a arreglar el asunto con el perverso rey. «¿Me has hallado?», preguntó Acab, y esto nos recuerda a Números 32.23: «Sabed que vuestro pecado os alcanzará». Elías anunció destrucción para la casa de Acab y al poco tiempo sus profecías se hicieron realidad (2 R 9–10). Acab «se había vendido para hacer lo malo» y por consiguiente tenía que aceptar la paga que se había ganado. El rey se humilló ante el Señor (si fue sincera o hipócritamente, no lo sabemos), así que el Señor pospuso el juicio.

III. La derrota y muerte de Acab (22)

Acab no derrotó a Siria cuando tuvo la oportunidad, así que el enemigo volvió a atacarle y al final le mató. De manera similar el rey Saúl falló al no destruir a los amalecitas y uno de sus jóvenes le mató. Puesto que la hija de Acab estaba casada con el hijo del rey Josafat (2 Cr 21.1–7), no sorprende su alianza con Acab para esta batalla. Nótese que el rey Josafat quería saber la voluntad de Dios respecto a la batalla, así que indagó de los profetas que ministraban a Acab.

Por supuesto, los profetas paganos en su ceguera complacieron los deseos de los dos reyes y prometieron victoria. Pero las promesas sonaban huecas; Josafat quería oír a un profeta del Señor. Micaías era el único disponible (y estaba preso), de modo que enviaron por él y le pidieron su mensaje. En santo sarcasmo Micaías hizo eco de las promesas de los profetas paganos, pero el rey sabía que fingía. ¿No es extraña la manera en que el perdido quiere oír del Señor, pero sin embargo no quiere oír la verdad y obedecerla? Micaías dijo la verdad: se estaban usando a los profetas paganos para decir mentiras, porque el rey Acab moriría en la batalla e Israel sería esparcido. ¿Qué recibió el fiel profeta por su ministerio? Pan y agua en la prisión. Pero fue fiel al Señor y eso era lo que contaba.

Acab pensó evadir la muerte disfrazándose, porque los soldados buscarían primero al rey. (Pablo sigue esta idea en Efesios 6 al advertirnos a no luchar contra sangre y carne, sino a batallar contra Satanás mediante la oración y la Palabra. Una vez que se derrota al rey, el resto es fácil.) Josafat entró en la batalla vestido con sus atuendos reales y el Señor le protegió, pero a Acab con su disfraz lo mataron. El versículo 34 indica que el soldado disparó la flecha sin siquiera apuntar y sin embargo el Señor le dirigió al blanco apropiado. Cuando viene el juicio del Señor, ninguna artimaña ni disfraz protegerá al pecador. Israel perdió la batalla y también a su rey.

Al rey lo sepultaron en Samaria; el carro lleno de sangre lo lavaron en el estanque; y los perros lamieron la sangre, tal como Dios lo prometió (20.42 y 21.19). Ocozías, el perverso hijo de Acab, reinó en su lugar y la nación siguió su curso de pecado.

El rey Acab fue un gran soldado que podía haber llevado a Israel a la victoria y la paz si hubiera seguido al Señor en verdad, pero su alianza con la adoración a Baal y la perversa influencia de su esposa impía, le trajeron la derrota. Acab experimentó la bondad de Dios en las victorias militares y sin embargo rehusó someterse a la ley. Se humilló externamente cuando se anunció el juicio e incluso entonces recibió una «dilación en su ejecución», pero su superficial arrepentimiento no duró. Los tres años y medio de sequía y la gran demostración de la gloria de Dios en el monte Carmelo no ablandaron su duro corazón. Se «había vendido para hacer lo malo» y no quiso arrepentirse. Oyó a uno de los más grandes profetas de la historia del AT, Elías, y sin embargo no se arrepintió. Sus veintidós años de reinado sólo alejaron más a la nación de Dios.

2 Reyes

2 REYES 1–4

Los ministerios de Elías y Eliseo a menudo se han puesto en contraste. Elías fue un profeta fogoso que aparecía de súbito y con dramatismo, mientras que Eliseo fue un profeta pastor que ministró a la gente de una manera personal. Elías pertenecía a las escabrosas montañas, Eliseo

a los pacíficos valles. Elías fue un siervo solitario, mientras que Eliseo disfrutaba del compañerismo con la gente. En general, Elías fue un profeta de juicio que procuró hacer volver a la nación a Dios, mientras que Eliseo fue un ministro de gracia que llamó a «un remanente» antes de que la nación fuera destruida.

I. Eliseo sucede a Elías (1–2)

A. El juicio de fuego (cap. 1).

Los últimos tres versículos de 1 Reyes 22 nos informan que el rey Ocozías era un hombre malo cuyo corazón no se conmovió ante los reciente juicios de Dios. Ahora vemos que ni la rebelión de Moab ni las heridas por su caída hicieron que Ocozías se arrepintiera. Es más, incluso envió a preguntar a los dioses paganos si sobreviviría o no. El Señor instruyó a Elías que enviara a los mensajeros de regreso con el mensaje verdadero del Señor: el rey moriría. Entonces Elías partió; véase en Juan 12.35–36 un paralelo del NT. Antes que someterse al Dios de Elías, el rey trató de matar al profeta, pero fuego del cielo consumió a sus hombres. Este juicio vino del Señor. Elías no lo hizo. El motivo del profeta era glorificar a Dios; véase en Lucas 9.51–56 un mal uso de este suceso por parte de los discípulos. La tercera compañía de soldados se humillaron (por miedo, no por fe) y Dios los aceptó. Sin temor, Elías le dio al rey su mensaje de ruina, y el rey murió.

B. El carro de fuego (cap. 2).

En 1 Reyes 19.20 Eliseo prometió seguir a Elías fielmente; y esto lo hizo a pesar de las oportunidad para dejarlo. Había servido a su amo alrededor de diez años cuando le se le dijo a Elías que iba a dejarlo. Si Eliseo hubiera tomado el camino fácil y se hubiera quedado atrás, se hubiera perdido toda la bendición de los versículos 9–15. Vale la pena ser fiel a su llamamiento. En cuanto a la «doble porción» del versículo 9, véase Deuteronomio 21.17. Años antes Elías quiso morir en el desierto. Qué maravilloso que Dios no honró su petición. En lugar de eso, el profeta fue llevado al cielo en un torbellino. Dios siempre da lo mejor a los que le dejan a Él la elección. Debido a que Eliseo vio su amor partiendo y glorificado, recibió una doble porción del Espíritu. En el versículo 12 Eliseo compara a Elías con los ejércitos de Israel: él era más importante para la seguridad de la nación que los caballos y carros. Véase también 13.14.

Eliseo tomó el manto de Elías (véase 1 R 19.19) y se atrevió a confiar en Dios para hacer lo imposible. Es una cosa cruzar el Jordán con Elías, pero otra muy diferente marchar por fe por uno mismo. Cuando usted confía en «el Señor Dios de Elías», no necesita a Elías también. Este primer milagro les demostró a los jóvenes en la escuela de profetas que Eliseo era en verdad el profeta de Dios y le honraron. Sin embargo, no estaban seguros de a dónde se había ido Elías realmente. Los versículos 16–18 nos narran su incredulidad y necedad. Es una ilustración de la gente de hoy que duda de la resurrección y ascensión corporal de Cristo y de quienes cuestionan el futuro Arrebatamiento de los santos. La sanidad de las aguas por la sal es un contraste marcado al milagro de Elías de detener la lluvia tres años y medio.

Los versículos 23–25 han sido enigma para la gente. Tenga presente que estos eran jóvenes, no niños, y por consiguiente eran responsables de sus acciones. Bet-el era un foco de idolatría (1 R 12.28–33); este lugar sagrado fue profanado y los jóvenes en realidad ridiculizaban la Palabra de Dios y a los siervos de Dios. El hecho de que cuarenta y dos de ellos anduvieran juntos sugiere un plan organizado. Llamar al profeta «calvo» era una de las formas más bajas de insultar y la palabra «sube» señala la manera en que ridiculizaban el arrebatamiento de Elías al cielo. Los osos los destrozaron, pero no sabemos si alguno de los jóvenes murió. Fue una reprensión divina sobre la actitud ligera de hombres malos que debían saber más.

II. Eliseo salva a la nación (3)

Fue un pecado que Josafat de Judá se aliara con el perverso hijo de Acab, pero lo hizo. Los dos se aliaron a Edom (otro enemigo) para luchar contra los moabitas. Joram de Israel tuvo que unirse con Judá y Edom debido a que sus ejércitos tenían que cruzar sus tierras para atacar a Moab. Es triste, pero su jornada fue un fracaso y se les acabó el agua. Josafat acudió a Eliseo y al Señor, y el profeta reconoció al descendiente de David, pero rehusó reconocer al impío heredero de Acab (vv. 13–14). Dios proveyó milagrosamente agua de las zanjas que cavaron y también hizo huir al enemigo delante de ellos. El relato termina con una nota extraña; el impotente rey de Moab ofreció a su hijo en holocausto, y Judá y Edom se indignaron tanto contra Israel (Joram) que se retiraron de la batalla y se fueron. Para empezar, no debían haberse aliado a Joram. Fue el fiel profeta de Dios, no el rey malvado, quien salvó a la nación.

III. Eliseo sirve al pueblo (4)

Durante sus «años ocultos» Elías ayudó al pueblo, pero esto no fue su principal ministerio. Elías fue fundamentalmente un profeta de fuego; Eliseo fue un «pastor» y ministró a la gente. Vemos varios milagros que realizó para ayudar a los necesitados.

A. La viuda de un profeta (vv. 1–7).

Véase Levítico 25.39–46. Los judíos no estaban mostrando misericordia recíproca ni obedeciendo las leyes del AT con respecto a la deuda. Dios toma lo que tenemos y lo usa para suplir la necesidad si confiamos en Él (Éx 4.2). «Cerrar la puerta» nos recuerda a Mateo 6.6; nótese que Eliseo a menudo «cerraba la puerta» cuando pedía la ayuda de Dios (vv. 21, 33). Dios llenó tantas vasijas como la viuda tuvo fe para traer y los que le prestaron las vasijas también deben haberse beneficiado. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta» (Flp 4.19).

B. La sunamita (vv. 8–37).

Aquí aparecen dos milagros: Dios le dio a la mujer un hijo cuando su esposo ya era viejo, y Dios le devolvió la vida al muchacho cuando murió. Sunem estaba más o menos a doce kilómetros del Carmelo. Eliseo pasaba a menudo por esta casa; finalmente lo invitaron a partir el pan con los esposos. Vemos aquí que el profeta, a diferencia de Elías, se inclinaba a socializar. Podemos ver aquí un paralelo entre Juan el Bautista y Cristo: Juan era como Elías, vivía solo; pero Cristo era como Eliseo, visitaba los hogares y disfrutaba al comer con la gente. La mujer tenía verdaderos valores espirituales, porque hizo una habitación especial en el terrado para el profeta visitante: la «cámara del profeta». Para recompensarla, Dios le dio un hijo. Pero el hijo se enfermó en el campo (¿insolación?) y lo llevaron muerto a la casa. Sin embargo, la madre no se desesperó; de inmediato partió hacia el Carmelo a buscar al profeta. No quiso tratar con Giezi, el criado del profeta, y cuando el criado trató de resucitar al muchacho, fracasó. Quizás se debió a la codicia que ya anidaba en su corazón y que se manifestó más tarde (5.20ss). Nótese que Giezi incluso trató de librarse de ella (v. 27; véanse Mt 14.15 y 15.23). Eliseo mismo tuvo que hacer el viaje para levantar al muchacho. El versículo 34 es una hermosa ilustración del esfuerzo y amor que se requiere para ganar un alma, porque Eliseo «murió» con el muchacho mientras oraba por él. Véase 1 R 17.21ss.

C. La escuela de profetas (vv. 38–44).

Esta tal vez la inició Samuel (1 S 10.10) y la continuó Elías (1 R 20.35). No todos los jóvenes eran hombres de fe y es posible que había «escuelas apóstatas» rivales en la tierra; véase 2.23–25. El hambre en la tierra significa falta de alimento, de modo que los jóvenes predicadores estaban haciendo un guisado. Uno de los estudiantes estaba insatisfecho con el menú, de modo que fue a buscar algunas verduras para mejorarlo. Ninguno de los otros sabían lo suficiente en cuanto a comida como para rechazar las hierbas venenosas que trajo. El sabor les advirtió del peligro y su oración hizo que Eliseo interviniera: añadió la harina y sanó el potaje. Triste como suena, en muchas universidades, «escuelas de profetas» e incluso en algunas iglesias, hay «muerte en la olla». Lo único que curará la dieta venenosa es el alimento puro de la Palabra de Dios. En los versículos 42–44 hallamos otro problema: había buen alimento a mano, pero no el suficiente. Eliseo multiplicó la comida para saciar las necesidades de todos los hombres. Véase Juan 6.

Sin duda, Eliseo el profeta fue un hombre de milagros. Sin importar la necesidad, Dios pudo obrar por medio de él y satisfacerla. Dios «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Heb 13.8). ¡Confiemos en Él!

2 REYES 5

I. La curación de Naamán (5.1–19)

Tenemos en este milagro un hermoso cuadro de la salvación mediante la fe en la Palabra de Dios. Cada pecador perdido puede verse en Naamán; también puede ver el poder sanador de la fe.

A. Estaba condenado.

Era leproso. Su hermoso uniforme y poderosas victorias no podían disfrazar el hecho de que Naamán era un hombre muerto, porque tenía una enfermedad que nadie podía curar. Lea las notas sobre Levítico 13 y vea cómo la lepra es una ilustración del pecado.

B. Era enemigo.

Tenía una sirvienta judía en su casa, una muchacha raptada durante una redada. Como gentil, Naamán estaba fuera de las bendiciones de Israel; véase Efesios 2.11–22. Dios entregó a su Hijo por nosotros, aun cuando éramos pecadores (Ro 5.6–10).

C. Oyó a un testigo.

La pequeña sirvienta judía quería a su patrón. Aun cuando estaba lejos de su hogar, no se olvidó de su Dios y estuvo lista para testificar de su gran poder. Si ella no hubiera sido una fiel trabajadora en la casa, no hubiera sido una testigo eficaz; pero debido a su fidelidad, su testimonio fue recompensado. ¡Cuánto necesita Cristo testigos hoy!

D. Trató de salvarse a sí mismo.

Naamán cometió toda equivocación posible tratando de curarse de su lepra. Primero, fue al rey de Siria, el cual, por supuesto, no pudo hacer nada. Luego fue al rey de Israel, quien también fue incapaz de hacer algo. Cuántos pecadores perdidos corren de una persona a otra, buscando salvación, mientras Cristo está siempre esperando para satisfacer su necesidad. Nótese que Naamán también ignoraba la gracia, porque trajo consigo gran cantidad de riqueza (v. 5). El pecador perdido trata de comprar la salvación o ganársela, pero esto es imposible.

E. Dios lo llamó.

Eliseo oyó de la aflicción de Naamán y envió a buscarlo. Ningún pecador merece ser salvo; es sólo mediante el llamamiento de la gracia del Espíritu que la persona viene a Cristo; véase Juan 6.37. En Lucas 4.27 Jesús nos dice que Naamán fue uno de muchos leprosos, pero el Señor lo escogió y lo curó. Esto es gracia.

F. Resistió el sencillo plan de Dios para salvación.

Eliseo no salió a ver a Naamán; el general era leproso y hubiera contaminado ceremonialmente al profeta. Eliseo quería que Naamán supiera que era un hombre rechazado, condenado. Trató al orgulloso general como un pecador y Naamán se puso furioso por tal tratamiento. «¿No sabe quién soy?», preguntó. Como los pecadores de hoy Naamán pensó que el profeta le haría realizar cierto ritual (v. 11) para sanarle. No quería humillarse sumergiéndose en el Jordán, el río de la muerte. Pensó que sus preciosos ríos allá en su país eran muy superiores.

G. Sanó por su obediencia a la fe.

El humilde siervo del versículo 13 tenía más sentido que el gran general. Cuán irrazonable es resistir el sencillo plan de Dios para la salvación. Cuando Naamán obedeció por fe, «nació de nuevo» y salió de las aguas con su carne como la de un niño. Las siete veces que se sumergió en el Jordán no son un cuadro del bautismo, porque jamás nadie se salvó al bautizarse ni una ni siete veces. La fe de Naamán se demostró por sus obras; confió en la Palabra y luego actuó de acuerdo a ella.

H. Recibió seguridad.

Naamán dijo: «He aquí, yo decía para mí» (v. 11); pero ahora dice: «He aquí ahora conozco» (v. 15). Dio testimonio público de la realidad del poder de Dios y del hecho de que sólo Jehová era el Dios verdadero. Tan agradecido estuvo que le ofreció riqueza a Eliseo, quien, por supuesto, rehusó aceptar el regalo. Si lo hubiera aceptado, hubiera arruinado la lección de salvación por gracia y le hubiera robado la gloria a Dios.

I. Regresó a su casa en paz (v. 19).

Naamán sabía que enfrentaría problemas al regresar a Siria, puesto que su rey era un adorador de ídolos, pero Naamán procuró obedecer al Señor y honrarle plenamente. Todo creyente tiene «paz con Dios» (Ro 5.1).

II. La codicia de Giezi (5.20–27)

Giezi no estuvo de acuerdo con la Palabra de Dios; este fue el principio de sus problemas y pecados. Si se hubiera sometido a la Palabra de Dios y juzgado la codicia de su corazón, nunca se hubiera convertido en un leproso. Es importante que el pueblo de Dios juzgue con sinceridad sus pecados en sus corazones. «Yo quiero», fue la actitud de Giezi; no «tu voluntad».

Nótese cuán rápidas y eficientes pueden ser las personas cuando desobedecen la Palabra de Dios. Giezi no corrió en 4.29–31 para resucitar al muchacho muerto, pero aquí corre a Naamán para conseguir riqueza material. Si al menos los cristianos estuvieran tan interesados en cuanto a las cosas espirituales como lo están en las materiales. Ahora tenemos dos mentiras:

A. Le mintió a Naamán (vv. 21–23).

«Mi señor me envía», le dijo al general. «Eliseo necesita el dinero, no para él, sino para uno de los estudiantes de la escuela». Como Judas, Giezi parecía interesado en los pobres, cuando todo lo que le interesaba era él mismo (Jn 12.1–7). Por supuesto, al tomar el dinero, Giezi le robó a Dios la gloria, contradijo la palabra del profeta y dio la impresión de que la salvación involucraba dinero y buenas obras. Esta obra suya única y egoísta arruinó el cuadro completo. Giezi recibió tanta riqueza que dos de los siervos de Naamán tuvieron que llevársela.

B. Le mintió a Eliseo (vv. 25–27).

Entró y actuó como si nada hubiera pasado. Pero el profeta sabía la verdad y le preguntó dónde había estado. «Tu siervo no ha ido a ninguna parte». Otra mentira. El versículo 26 sugiere que Giezi había planeado usar el dinero para conseguir para sí una propiedad. Es probable que la codicia de Giezi estuvo en su corazón mucho antes de este suceso, porque en el capítulo 4 vemos cuán impotente fue el criado para levantar al muchacho muerto. Dios juzgó a Giezi porque no quiso juzgarse y la lepra de Naamán se le pegó a él y a sus descendientes. Hallamos a Giezi de nuevo en 8.1–6, esta vez en la presencia del rey. Algunos han sugerido que se arrepintió y fue sanado, pero esto no tiene respaldo de las Escrituras. Es más, la enfermedad pasaría también a sus hijos. La respuesta es sencilla: los acontecimientos narrados en 2 Reyes no necesariamente aparecen en orden cronológico. Esta conversación entre Giezi y el rey quizás ocurrió a la puerta de la ciudad cuando el rey estaba atendiendo las quejas del pueblo.

Qué triste ver a un devoto siervo del Señor en vergüenza y rechazo debido a la codicia. No fue blasfemia (como con Pedro), ni incluso adulterio (como con David), sino el oculto pecado de la codicia. Por supuesto, la codicia puede ser la causa de toda clase de pecados. Si la gente codicia algo (o a alguien), no hay pecado que no esté dispuesta a cometer para conseguir lo que quiere. Eliseo, el siervo del Señor, no vivía para la ganancia material; vivía completamente para la gloria de Dios. Giezi no podía servir a dos señores: al dinero y a Jehová. Colosenses 3.5 iguala la codicia a los terribles pecados de la carne (Mc 7.22) y Pablo incluye la codicia en su lista de los pecados de los gentiles, según Romanos 1.29. En Lucas 12.13ss el Señor es claro al advertir contra los peligros de la codicia; y en Lucas 16.13ss muestra que este pecado llevará a la gente al infierno. Véase también Efesios 5.3.

Es interesante contrastar la criada de los versículos 2–3 con Giezi. Era una esclava, sin embargo, con gozo testificó del Señor; él era un hombre libre en su tierra y, no obstante, se interesaba sólo en sí mismo. Ella trajo a Naamán al lugar de la salvación; él con su pecado arruinó el mensaje de la gracia. Ella no tuvo ninguna ganancia material, pero sí la bendición del Señor; él se fue a su casa con riqueza y sin embargo lo perdió todo.

2 Reyes 6–8

En estos capítulos tenemos varios milagros y ministerios de Eliseo, algunos realizados en privado para el pueblo de Dios y otros hechos públicamente para la nación. En cada caso vemos con claridad que el hombre de Dios nunca deja de asombrarse al saber la voluntad de Dios o ejercer su poder.

I. Eliseo recupera el hacha (6.1–7)

Nos alegra ver que una de las escuelas de profetas estaba creciendo y necesitaba más espacio. Estos hombres eran en cierto sentido «misioneros del país» que Eliseo preparaba para llevar la Palabra al pueblo. Las escuelas evangélicas que preparan a nuestros futuros obreros son importantes y merecen el respaldo del pueblo de Dios. Nótese que Eliseo no estaba demasiado ocupado ni era demasiado orgulloso como para participar en las actividades de construcción. Sin duda su presencia estimulaba a los jóvenes. Los estudiantes eran pobres y al menos uno de ellos tuvo que pedir prestadas las herramientas. Cuando el hacha salió despedida y cayó en el agua, el estudiante quedó petrificado; pero Eliseo se la devolvió. No es pecado tomar prestado, siempre y cuando lo prestado se cuide y se devuelva. Dios está interesado en las necesidades personales de su pueblo, incluso esas «minucias» que a menudo son un peso en nuestro corazón.

II. Eliseo captura a los invasores sirios (6.8–23)

El rey sirio estaba enviando bandas de soldados para que atacaran a Israel (véase 5.2), pero Dios seguía revelándole a Eliseo cada movimiento del enemigo. «La comunión íntima de Jehová es con los que le temen», dice el Salmo 25.14. Aun cuando Eliseo no honraba al perverso rey Joram (3.13–14), se apiadaba del pueblo de Israel y quería protegerlo. El rey fue lo suficiente sabio como para escuchar al profeta y Dios protegió a Israel. Cuando al rey de Siria se le dijo que Eliseo era el «espía oculto», envió soldados para que capturaran al profeta. El siervo de Eliseo (que evidentemente reemplazó a Giezi), vio el ejército alrededor de la ciudad y pensó que el fin había llegado, pero Dios le abrió los ojos al criado para que viera las huestes de ángeles listos para librar a Eliseo. El versículo 16 es real para el cristiano de hoy así como lo fue para los judíos de aquel día. «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?»

Eliseo realizó un milagro doble; le abrió los ojos a su siervo, pero cegó los ojos de los invasores. Así fue fácil llevar el ejército a Samaria. Imagínese la sorpresa de los sirios cuando sus ojos fueron abiertos para contemplar la ciudad enemiga. Eliseo le prohibió al rey de Israel que matara a los soldados: Dios los capturó y sólo Él debía recibir la gloria. Eliseo los derrotó con su amabilidad. Véanse Romanos 12.20–21, Proverbios 25.21–22 y Mateo 5.43–45. A partir de ese momento, Siria no volvió a enviar bandas de «comandos» secretos para atacar las aldeas de Israel. El pueblo de Dios, si obedece a su Palabra, jamás tiene necesidad de temer al enemigo; véase Salmo 46.

III. Eliseo libra a la ciudad (6.24–7.20)

No sabemos cuántos años pasaron entre los versículos 23 y 24. Cuando Ben-adad decidió pelear contra Israel, fue con su ejército completo y no con pequeñas bandas de invasores. La capital fue sitiada hasta que quedó muy poco alimento; el peor alimento se vendía a precios exorbitantes. («Estiércol de paloma» en el versículo 25 quizás significa una clase de grano muy barato. Sin embargo, no es improbable que la gente que se moría de hambre comiera incluso el estiércol de los animales.) Todavía más, algunos recurrían al canibalismo. El perverso rey Joram se hizo eco de las palabras de su padre al culpar a Eliseo por la hambruna (6.31; y I R 18.17). El rey envió un mensajero (de quien Eliseo sabía que venía) para recibir una extraña predicción del hombre de Dios: al día siguiente Samaria sería librada y habría abundancia para comer. En 7.1 Eliseo predijo que podrían comprar seis veces la cantidad de alimento por un quinto del costo. Uno de los oficiales del rey reveló su incredulidad y Eliseo le prometió juicio. Véase 7.17–20.

¿Qué armas usó Dios para derrotar al atrincherado ejército sirio? ¡Un ruido y cuatro leprosos! Pensando que un ejército mercenario se acercaba, los sirios huyeron dejando provisiones y alimentos en el campamento. Con buen razonamiento los cuatro leprosos decidieron que

era mejor comer como prisioneros (o morir rápidamente) que morirse de hambre en libertad. El versículo 9 es sin duda evangélico y también un gran texto misionero. ¡Cuánto necesitan los cristianos de hoy prestar atención a esto! Cuando los asediados ciudadanos de Samaria oyeron las buenas noticias, salieron en tropel … ¡y atropellaron al oficial incrédulo! Este oyó las buenas noticias, vio la prueba del mensaje, pero murió antes de disfrutarlo. ¡Qué advertencia para el pecador que pospone recibir a Cristo!

IV. Eliseo protege a la sunamita (8.1–6)

El versículo 1 debería decir: «Ahora Eliseo había dicho»; o sea, siete años antes el hombre de Dios le había advertido respecto a la hambruna que se avecinaba sobre toda la tierra; véase 4.38. Esta no fue la hambruna local de la ciudad de Samaria que se describe en el capítulo 6. El hecho de que Giezi le está hablando al rey indica que este suceso ocurrió antes de la curación de Naamán (cap. 5). La mujer obedeció a Eliseo y abandonó su propiedad, hallando protección temporal en la tierra de los filisteos. Pero al regresar a Israel vio que alguien había confiscado su propiedad. Imagínese su sorpresa al descubrir a Giezi hablando con el rey en ese mismo momento cuando ella presentaba su caso. Dios había ordenado años antes que su hijo muriera y fuera resucitado (4.18–37) y que este milagro le hiciera posible que recuperara su tierra perdida. Tal vez nunca comprendamos las razones para nuestras pruebas ahora, pero sin duda están obrando para nuestro bien (Ro 8.28). Qué maravilloso que los creyentes tienen una herencia que nadie puede quitarles (1 P 1.4; Ef 1.11, 14).

V. Eliseo juzga al rey (8.7–29)

Allá en los días de Elías Dios le había dicho a aquel profeta que ungiera a Hazael como rey de Siria (1 R 19.15). Eliseo ungió a Eliseo para que fuera su sucesor como profeta, pero le tocó a Eliseo ver que Hazael se estableciera en el trono. La Palabra de Dios iba a cumplirse a pesar de los fracasos de los creyentes o los planes de los incrédulos.

Ben-adad era enemigo de Israel, sin embargo, cuando llegó la crisis, acudió al hombre de Dios por ayuda. ¡Cuán parecido a la gente del mundo de hoy! Envió un regalo elaborado y costoso a Eliseo; no se narra que lo haya aceptado. Si lo hizo, sin duda lo usó para la escuela de profetas. Nótese la respuesta enigmática que Eliseo le dio a Hazael: (1) «*Vé, dile:* Seguramente sanarás»; (2) Sin embargo, Jehová *me ha mostrado* (a Eliseo) que morirá. En el versículo 14 Hazael le citó al rey la primera declaración, ampliándola y arreglándola como para dar la impresión de que su recuperación era cierta. Hazael dio cumplimiento a la segunda declaración al matar al rey (v. 15).

Debemos estudiar cuidadosamente los versículos 11–13. Después que Eliseo le dio su extraña respuesta a Hazael, el hombre de Dios se quedó observando por largo tiempo a su visitante. En realidad, leía los pensamientos del perverso corazón de Hazael; vio que su visitante planeaba asesinar al rey. Hazael se desconcertó tanto con esta conducta peculiar que se avergonzó; Eliseo, a su vez, lloró. El malvado visitante trató de ocultar los pecados de su corazón, pero Eliseo sabía demasiado. «Sé el mal que harás a los hijos de Israel», le dijo Eliseo mientras lloraba y describió sus terribles crímenes. Hazael quedó estupefacto con este anuncio; sin embargo, ninguno debería sorprenderse por la maldad de su corazón, porque el corazón es terriblemente malo. Las palabras finales de Eliseo al despedirse fueron: «Tú serás rey de Siria». En lugar de permitir que el Señor realice la obra, Hazael tramó las cosas por sí mismo al ahogar en su propia cama al enfermo rey. La historia siguiente revela que las palabras de Eliseo fueron ciertas, porque Hazael fue culpable de terribles obras durante su reinado; véanse 10.32–33; 13.3–7; 13.22.

Los versículos restantes de este capítulo nos actualizan en cuanto a Israel y Judá. Es probable que Joram y Josafat fueron corregentes durante la última parte del reinado de Josafat. Qué triste ver a los reyes de estas naciones siguiendo el mal ejemplo de Jeroboam y Acab.

Durante esos días de declinación política y pecado nacional, Dios usaba a Eliseo para llamar del pueblo a un remanente creyente para obedecerle. La nación entera no iba a ser salva, así como hoy todo el mundo no lo será. Dios llama a un pueblo por su nombre. Nuestra responsabilidad como creyentes es ser fieles a la Palabra de Dios y procurar ganar a otros para Cristo.

2 REYES 9–10

Estos dos capítulos están llenos de violencia, porque vemos al Señor ejecutando su ira contra los que por tanto tiempo despreciaron y desobedecieron su Palabra. El rey Jehú fue el instrumento de venganza en manos del Señor (9.7), aun cuando debemos confesar que su celo por el Señor (10.16) tal vez fue demasiado fanático. En Oseas 1.4 Dios anunció que juzgaría a la casa de Jehú debido a sus obras de despiadados homicidios. Jehú llamó a sus actividades «celo por Jehová», pero podemos ver en sus homicidios un motivo carnal y pecaminoso que no honraba al Señor.

I. El ungimiento (9.1–13)

Joram (o Jehoram), el hijo de Acab, reinaba sobre Israel y Ocozías reinaba en Judá. Ambos reyes se aliaron para luchar contra Hazael, rey de Siria (2 R 8.25–29). A Joram lo hirieron en la batalla y se recuperaba en Jezreel y Ocozías fue a visitarlo. Jehú era un respetado capitán del ejército de Israel, quizás uno los líderes clave en la guerra. Años antes fue uno de los guardaespaldas de Acab cuando este malvado rey tomó posesión de la viña de Nabot (9.25–26).

Eliseo no fue a ungir a Jehú; lo hubieran reconocido y tal vez atacado. En vez de eso, escogió a uno de los hijos de los profetas que corriera a Ramot de Galaad y ungiera a Jehú como rey de Israel. Esto lo ordenó Dios años antes (1 R 19.15–17). El joven profeta obedeció con prontitud; de súbito apareció en el concilio de guerra, le pidió a Jehú que pasara a una habitación en privado en donde le ungió y le dio el mensaje de Dios, y luego se retiró tan rápido como llegó. Jehú sabía su misión: exterminar a la familia de Acab y vengar la sangre inocente derramada por Acab y Jezabel y sus descendientes. Compárese el versículo 9 con 1 Reyes 15.29 y 16.3–11.

Los soldados pensaron que el profeta estaba loco; Jehú pensó que los soldados habían arreglado todo el asunto. «Vosotros conocéis al hombre y sus palabras», dijo Jehú pensando que ellos organizaron en secreto una rebelión armada en contra del rey. Pero los oficiales admitieron que no sabían nada, de modo que Jehú les dijo lo que le comunicó el mensajero del Señor. La inmediata respuesta de ellos fue someterse a él y proclamarle rey. En el versículo 15 el nuevo rey actúa con cautela para mantener en secreto su ungimiento hasta que pudiera cumplir su importante tarea. Si la palabra hubiera llegado a los dos reyes en Jezreel, el súbito ataque de Jehú hubiera podido fracasar.

II. La venganza (9.14–10.28)

A. Se mata al rey Joram (9.14–26).

El rey herido estaba en Jezreel y Ocozías le visitaba. Dios determinó que ambos reyes estuvieran juntos cuando les llegara la hora del juicio. El rey envió mensajeros para que interceptaran a Jehú, pero él rehusó detenerse por ellos y darles alguna información. Este soldado

popular era conocido por la «marcha impetuosa» de su carro y el centinela lo reconoció a la distancia. En lugar de esperar en la ciudad donde había alguna protección, los dos reyes salieron a encontrar a Jehú, quizás porque pensaron que su gran capitán tenía buenas nuevas desde el campo de batalla. Jehú se concentró primero en Joram, pero su anuncio sólo hizo que el perverso monarca saliera huyendo. Jehú le mató fácilmente con una flecha en la espalda. La Palabra de Dios se cumplió, porque murió en aquella porción de tierra que Acab le robó a Nabot alrededor de veinte años atrás (I R 21.17–24).

B. Se mata al rey Ocozías (9.27–29).

Ocozías también trató de huir, pero los hombres de Jehú le siguieron hasta el reino de Samaria (no la ciudad), donde le mataron en Meguido (véase 2 Cr 22.9). A sus siervos se les permitió que le llevaran a Jerusalén para un entierro decente. Ocozías era cuñado de Joram (8.18), y por eso se le incluyó en el juicio contra la casa de Acab.

C. Se mata a Jezabel (9.30–37).

La reina madre todavía ejercía gran poder en Israel, pero su hora de juicio había llegado y nada podía protegerla. Oyó que Jehú venía y audazmente se atavió para recibir al nuevo rey. Se «pintó los ojos con antimonio» y se puso su corona en su cabeza. Iba a morir como una reina. Su declaración en el versículo 31 nos lleva de nuevo a I Reyes 16.9–20, en donde Zimri mató al rey y gobernó sólo siete días. ¿Estaba la perversa Jezabel tratando de sobornar a Jehú para que le dejara con vida e hiciera así más seguro su trono? Varios sirvientes del palacio ayudaron a Jehú para echar a la reina por una ventana del piso alto y Jehú acabó el trabajo pasándole encima del cuerpo con su carro. Después se apoderó del palacio y disfrutó de un gran banquete. Luego instruyó a sus hombres que sepultaran a la reina muerta, pero los perros ya habían hecho su trabajo y se habían comido su cuerpo. Véase I Reyes 21.23.

D. La muerte de los descendientes de Acab (10.1–17).

Acab tenía setenta descendientes (e.g. hijos, nietos) que vivían en Samaria y Jehú dirigió su atención a ellos. Escribió cartas oficiales a los ancianos (como Jezabel lo hizo, I R 21.8–14) pidiéndoles que seleccionaran paladines de la familia para que pelearan contra Jehú y sus hombres. Los ancianos temieron pelear y de inmediato pidieron paz. La segunda carta de Jehú sugería que le entregaran *sólo las cabezas* de los setenta hijos. Esa noche los hombres llegaron con las cabezas y a la mañana del día siguiente Jehú fue a la puerta de la ciudad para ver el horrible espectáculo. En el versículo 9 finge ser inocente de su muerte y en el versículo 10 afirmó que los que los mataron estaban simplemente cumpliendo con la Palabra de Jehová. Por supuesto, en cierto sentido Jehú decía la verdad, pero no podemos sino pensar que estaba más afanado en matar a la familia de Acab que en glorificar al Señor. En los versículos 12–14 mató incluso a cuarenta y dos primos de Ocozías. Y en el versículo 17 se nos dice que Jehú destruyó al resto de la familia de Acab en Samaria, la capital. En verdad tenía «celo por Jehová».

E. Matanza de los adoradores de Baal (10.18–28).

En la mente de Jehú el fin justificaba los medios, de modo que no tuvo escrúpulos de conciencia cuando a propósito mintió al pueblo y adujo ser más vehemente en su adoración a Baal de lo que fue Acab. En su complot se le unió Jonadad, un consagrado judío que anhelaba librar a la tierra de la idolatría. Véase en Jeremías 35 más acerca de la familia de Recab. Después de llegar a Samaria, Jehú anunció su intención de establecer la adoración a Baal y el pueblo se lo creyó. Una vez que tuvo a los fieles seguidores de Baal reunidos en la casa de Baal, apostó a sus soldados fuera y meticulosamente examinó a la muchedumbre para asegurarse que ningún fiel seguidor de Jehová había entrado por error en el templo pagano. Jehú mismo no participó en la adoración. Una vez que el culto concluyó, los guardias mataron a los seguidores de Baal y destruyeron las imágenes y el templo, que se convirtió en «letrinas», profanándolo así permanentemente.

Tal vez nos resulte repulsivo leer estos sucesos, pero debemos recordar que Dios le dio a la casa de Acab muchas oportunidades para arrepentirse y escapar del juicio. Aun cuando el celo de Jehú quizás estuvo fuera de control y aun cuando sus motivos tal vez no fueron siempre espirituales, debemos reconocer que fue el instrumento de la ira de Dios contra una familia perversa. Dios esperó muchos años y su juicio «ardía al rescoldo» mientras extendía su misericordia a una nación que no la merecía. El pecador debe estar atento no sea que agotemos la paciencia de Dios y el pecado elimine el día de la gracia.

III. El abandono (10.29–36)

Dios elogió a Jehú por su obediencia y le prometió un trono seguro por cuatro generaciones (véase 15.1–12). Sin embargo, Jehú no se cuidó de obedecer la Palabra de Dios, sino que volvió a la idolatría, adorando becerros de oro. Cuán proclives somos para juzgar los pecados en las vidas de otros, pero fallamos al no ver los mismos pecados en nuestras vidas; véase Mateo 7.1–5. Dios tuvo que castigar a Jehú permitiendo que Hazael de Siria capturara territorio de Israel. Jehú reinó veintiocho años. El profeta Oseas (Os 1.4) anunció que Dios vengaría la sangre de Jezreel sobre la casa de Jehú y así sucedió. Jehú abandonó al Señor y ahora el Señor lo abandonaría a él y a su simiente después de tan solo cuatro generaciones.

Podemos descubrir algunas lecciones básicas en este relato. (1) Dios cumple su obra de juicio aun cuando su misericordia permanezca largo tiempo. El pecado a menudo se hunde en una falsa paz debido a que la espada del juicio demora en venir, pero puede estar seguro de esto: vendrá. (2) Los padres impíos con frecuencia conducen a sus hijos al pecado y la condenación. El matrimonio de Acab con una mujer pagana y seguirla en su adoración a Baal llevó a la familia y a la nación a la oscuridad y destrucción. ¡Cuántas personas murieron debido a que un solo hombre los llevó al pecado! (3) Un siervo puede cumplir la Palabra de Dios y luego fallar por no obedecerle. Si Jehú hubiera continuado sintiendo celo por Jehová, su reinado hubiera sido bendecido especialmente. Su idolatría lo condenó a él y a su familia.

2 REYES 11–16

Tres reyes diferentes se mencionan en estos capítulos, cinco de Judá y ocho de Israel. No es necesario examinar la vida de cada uno por separado, de modo que concentraremos nuestra atención en cinco reyes en particular y trataremos de aprender lecciones de sus vidas.

I. Joás, el niño rey (11–12; 2 Cr 22–24)

A. Protegido (11.1–3).

Cuando la reina madre Atalía vio que su hijo Ocozías había muerto, decidió exterminar a toda la familia real para que ningún rival le arrebatara el trono. En la providencia de Dios un niñito fue rescatado y protegido durante siete años y así Dios cumplió su promesa de mantener a la simiente de David en el trono de Judá. En 2 Crónicas 22.11 se nos dice que la piadosa mujer que salvó la vida de Joás era en

realidad su tía, media hermana de Ocozías y esposa de un piadoso sumo sacerdote, Joiada. Satanás trató de exterminar la simiente de Dios (Gn 3.15), pero Dios ganó la batalla.

B. Proclamado rey (11.4–21).

Joiada coordinó todo el programa sin que la reina madre se enterara del complot. Tuvo a los levitas y a los guardias en sus puestos antes de que la malvada Atalía pudiera actuar y cuando ella en efecto apareció, significó su muerte. Nótese que los guardias usaron las armas del templo capturadas por David años antes (v. 10). Pero fue más que un cambio de gobierno; fue también un despertamiento religioso. Al joven Joás se le dio la ley (v. 12, y véase Dt 17.18), y el rey hizo voto de servir al Señor y al pueblo. Una vez que el trono estaba asegurado, el rey le permitió a Joiada que «limpiara la casa» y eliminara a los adoradores de Baal y a sus ídolos. El despertamiento tuvo tanto sus aspectos negativos de juicio como pasos positivos de dedicación.

C. Bendecido por Dios (12.1–16).

El sumo sacerdote Joiada fue el guía espiritual del joven rey y al principio de su reinado Joás estaba dispuesto a seguirlo. Atalía, la adoradora de Baal, permitió que la casa de Jehová se arruinara, de modo que Joiada y el rey se dieron a la tarea de repararla y restaurarla para el uso. Su primer plan para financiar el programa fue pedir a los sacerdotes que solicitaran contribuciones de los que venían a pagar sus votos y a traer sacrificios (vv. 4–5). Pero después de mucho tiempo se abandonó esta práctica. Puesto que los sacerdotes tenían que vivir de los sacrificios y del dinero que se pagaba por votos, era difícil pedir más dinero como ofrenda voluntaria. El sumo sacerdote puso un arca para ofrendas junto al altar de bronce a la entrada de la casa del Señor. El pueblo respondió generosamente de modo que pronto hubo suficiente dinero para completar la obra. Tan honrados y fieles fueron los trabajadores que no se necesitó ninguna contabilidad especial en cuanto a cómo se gastaron los fondos.

D. Arruinado por el pecado (12.17–21).

En 2 Crónicas 24.15–27 se nos informa que cuando el fiel Joiada murió (a la edad de 130 años), el rey empezó a desviarse y cayó en la idolatría. Por desgracia, la fe de este líder estaba ligada a otro líder y no al Señor directamente. Dios envió profetas para que advirtieran al rey, pero no quiso escucharles. Uno de ellos fue Zacarías, hijo del sumo sacerdote Joiada y primo de Joás (2 Cr 22.11); en lugar de oírle, Joás ordenó que le apedrearan en el atrio del templo. En Mateo 23.34–35 Jesús hizo referencia a este asesinato. Habiéndose descarriado espiritualmente, Joás no pudo lidiar con la invasión siria, de modo que trató de sobornar a Hazael dándole la riqueza de la casa de Dios. Cuán a menudo el pueblo de Dios le roba tratando de resolver sus problemas, en lugar de acudir a Él en confesión. Es triste, pero al mismo Joás lo asesinaron algunos de sus siervos que buscaban vengar la muerte de los inocentes hijos de Joiada.

II. Joacaz: Oportunidad perdida (13)

En los primeros nueve versículos leemos acerca de Joacaz, el padre de Joás. No se confunda a este Joás con el joven rey de Judá de los capítulos 11–12. Este Joacaz fue rey de Israel e hizo lo malo a los ojos de Dios. Veremos en 14.8–14 que este rey derrotó a Amasías, rey de Judá. Durante su reinado Joacaz tuvo contacto con el profeta Eliseo, poco antes de que el varón de Dios muriera. Eliseo le dio una oportunidad dorada de derrotar a Siria de una vez por todas, pero desperdició la oportunidad. El versículo 25 nos dice que sólo ganó tres veces. Qué trágico es cuando desaprovechamos los momentos de las grandes oportunidades que el Señor nos da. Las decisiones equivocadas de hoy a menudo significan derrotas mañana. El milagro inusual de los versículos 20–21 sugieren la poderosa influencia que un hombre piadoso puede tener incluso después de su muerte.

III. Amasías: Derrotado por el orgullo (14; 2 Cr 25)

Este rey empezó con buen pie obedeciendo al Señor y vengando el asesinato de su padre Joás (v. 5, y véase 12.20). Nótese en el versículo 6 su estricta obediencia a Deuteronomio 24.16. Dios le dio grandes victorias en Edom, pero 2 Crónicas 25.14–16 nos dice que trajo consigo los dioses paganos de Edom y adoró a estos dioses del enemigo derrotado. Esta combinación de idolatría y orgullo le llevó a «enredarse» con Joacaz, el rey de Israel (véase 13.10–13) y desafiarle a la guerra (v. 8). El rey de Israel fue demasiado astuto como para temer la amenaza. Como indica su incisiva parábola en los versículos 9–10, Amasías no era sino un cardo. ¿El resultado? «Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu» (Pr 16.18). Israel derrotó completamente a Judá; la destrucción de Jerusalén fue parcial y el tesoro del Señor saqueado. Si Amasías se hubiera quedado en su tierra y le hubiera dado a Dios la gloria de sus victorias, no hubiera caído cautivo de Israel. Se nos dice que fue asesinado en una conspiración (2 Cr 25.25–28).

IV. Uzías: El gran rey de Judá (15; 2 Cr 26)

Uzías significa «fuerza de Jehová»; su otro nombre, Azarías, significa «ayudado por Jehová». Ascendió al trono cuando tenía dieciséis años y bajo su sólido liderazgo la nación tomó una nueva vida y prosperidad. Su guía espiritual fue Zacarías (2 Cr 26.5); este no es el profeta que ministró a Joás (2 Cr 24.17–22). Dios le dio a Uzías grandes victorias sobre los filisteos y las naciones árabes. Dirigió a la nación en grandes programas de construcción, particularmente en el área de provisión de agua. Su efectivos militares fueron destacados; usó los artefactos más avanzados para la guerra. El profeta Isaías recibió su llamado al servicio en el año en que murió el rey Uzías; Isaías 6.

El orgullo trajo su ruina (2 Cr 26.16): entró en el templo para quemar incienso y el Señor le hirió con lepra. Su hijo Jotam reinó varios años junto con él hasta que Uzías murió. Judá lamentó mucho su muerte. Gobernó cincuenta y dos años y la nación disfrutó de su más grande seguridad y prosperidad desde Salomón.

En 15.8–31 tenemos un breve recuento de cinco reyes de Israel: Zacarías reinó sólo seis meses y Salum lo asesinó. Salum reinó un mes y Manahem lo mató. Este reinó diez años, haciendo incluso obras más malas que los paganos, y fue sucedido por Pekaía, quien reinó dos años hasta el tiempo de Acaz. Fueron días difíciles para Israel, porque la nación se había alejado del Señor.

V. Acaz: El costo del compromiso (16) (2 Cr 28)

Tan perverso fue este rey de Judá que hasta sacrificó a su hijo al dios Moloc. Reinó sólo dieciséis años. Uno de sus logros fue dedicar a Baal el valle del hijo de Hinón. Más adelante el rey Josías profanó ese valle y lo convirtió en muladar. El término «Ge-Hinón» («valle de Hinón») se convirtió en la palabra griega Gehena, nombre para el infierno. Dios castigó a Acaz al traer contra él a los sirios y, como algunos de sus predecesores, robó la casa de Dios para sobornar a los asirios para que pelearan por él.

Su amistad con el rey asirio le llevó a más problemas. Acaz vio un altar pagano en Damasco y trató de duplicarlo en Jerusalén. Es más, este nuevo altar reemplazó el que Dios ordenó en el templo. Qué fácil es imitar al mundo. En 2 Crónicas 28.20–27 se nos dice que la amistad de Acaz con Asiria lo llevó a la idolatría y que el rey de Asiria tomó el dinero, pero al final no le dio ninguna ayuda a Judá. En 2 Reyes 16.17–18 se nos dice que Acaz escondió del rey de Asiria las decoraciones adicionales de oro, para evitar que se las llevara también. A su muerte, su hijo Ezequías subió al trono. Ezequías fue un hombre piadoso que buscó la bendición del Señor. Acaz había trató de contemporizar y de «comprar el camino» a la victoria, pero esto sólo lo llevó a la vergüenza y a la derrota.

2 REYES 17

Este largo capítulo trata sobre el último rey de Israel y cómo él condujo al reino del norte al cautiverio. Asiria capturó Samaria (capital del reino del norte) en el 722 a.C., después de subyugar a la nación. Lo que pudiera haber sido una gran victoria para la gloria de Dios, se convirtió en una derrota que llevó la adoración a Dios a un nivel todavía más bajo.

I. Caída de Samaria (17.1–6)

Oseas llegó a ser rey de Israel mediante la cooperación de Asiria, porque prometió pagarle tributo al rey de Asiria. Véase en 2 Reyes 15.27–31 la historia de la conspiración de Oseas. Se nos dice que Oseas fue un rey malo (uno de los veinte reyes malos en la historia de Israel), pero que sus pecados no fueron tan graves como los de sus predecesores. El versículo 2 sugiere que a Oseas le hubiera gustado dirigir a la nación de una mejor manera; 2 Crónicas 30.6–11 indica que permitió que sus ciudadanos participaran en la «gran Pascua» convocada por el piadoso rey Ezequías. Pero el rey se había vendido a Asiria y era demasiado tarde para cambiar. Es triste, pero hasta se rebeló contra Asiria rehusando pagarle el tributo anual y haciendo un tratado secreto con Egipto. Cuán proclive era Israel para «descender a Egipto» por ayuda, de la misma manera en que ahora el pueblo de Dios mira «al mundo» por respaldo. Véanse en Jeremías 17.5–7 y Oseas 7.11–13 las actitudes de los profetas respecto a las alianzas con Egipto.

Asiria no tomó a la ligera la rebelión de Oseas. Sus ejércitos aplastaron al reino del norte y al final convergieron sobre la ciudad de Samaria. Era una ciudad fuertemente fortificada; así que le llevó tres años a Asiria capturarla. Pero el caso era sin esperanza; la nación se olvidó del Señor y Él decretó su cautiverio. El método de Asiria era llevar a su país a los mejores ciudadanos y entonces colonizar la tierra capturada con extranjeros de otros países subyugados. Así que, después de doscientos cincuenta años de constante pecado y rebelión, el enemigo llevó al cautiverio a la nación de Israel (el reino del norte), y se dejó un vacío desierto de vergüenza y derrota. Si Jeroboam, el primer rey de Israel, hubiera andado en los caminos del Señor y guiado a su nación a obedecer la ley, la historia de Israel hubiera sido diferente. En lugar de eso, vemos a Jeroboam desobedeciendo al Señor y conduciendo a la nación a alejarse de Dios, y a sus sucesores andando en los pecados de Jeroboam, el que hizo «pecar a Israel» (véanse por ej. 1 R 16.19, 26; 2 R 3.3). Los becerros de oro de Jeroboam en Dan y Bet-el hicieron que el pueblo se descarriara (1 R 12.25–33).

II. Las causas del cautiverio (17.7–23)

La historia no es simplemente una serie de hechos accidentales, porque detrás de cada nación está el plan y propósito de Dios. En estos versículos el Espíritu Santo nos explica por qué cayó Samaria. Hoy haremos bien en prestar atención, ya que Dios no hace acepción de naciones; y si Él castigó tan severamente a su pueblo Israel, ¿qué hará a las naciones hoy que se rebelan contra Él? «La historia es su historia».

A. La nación se olvidó de Dios (v. 7).

Dios los redimió de la esclavitud en Egipto y los adquirió para que fueran su pueblo. La fiesta anual de la Pascua era un recordatorio de la gracia de Dios. Sin embargo, se olvidaron de todo lo que Dios había hecho por ellos. Muchas veces en Deuteronomio, Moisés instó al pueblo a recordar al Señor y a no olvidarse de sus misericordias. Véanse Deuteronomio 6.10ss y 8.1ss.

B. La nación desobedeció secretamente (vv. 8–9).

Dios les advirtió que no se mezclaran con las naciones paganas en Canaán (Dt 7), y sin embargo Israel secretamente desobedeció. Su corazón cedió a los deseos y poco a poco se rindieron a la adoración pagana que les rodeaba.

C. La nación se rebeló abiertamente (vv. 10–12).

Lo que empezó como un pecado secreto al fin y al cabo se convirtió en pecado abierto y la nación provocó deliberadamente a Dios. Véanse Éxodo 20.4, Deuteronomio 4.16 y 5.8.

D. La nación resistió el llamado de Dios (vv. 13–15).

El Señor envió profetas consagrados para advertirles y suplicarles, pero el pueblo sólo endureció su cerviz en rebelión obstinada (véanse Éx 32.9 y 33.3; también Hch 7.51). Rechazaron la ley, escrita por Dios y dada a ellos para bendición. El versículo 15 es aterrador: «Siguieron la vanidad [ídolos vacíos], y se hicieron vanos». Llegamos a ser como aquello a lo cual adoramos; véase Salmo 115.1–8.

E. La nación se vendió a hacer el mal (vv. 16–23).

Llegaron a ser esclavos del pecado. Jeroboam estableció los becerros de oro, pero aun esto no fue suficiente para satisfacer el corazón lujurioso de Israel. No sólo adoraron a los dioses de los cananeos, sino que importaron a otros dioses de otras naciones. Dios dividió el reino (v. 18), dejando a la familia de David que gobernara en Judá, pero entonces incluso Judá cayó en pecado. Dios entregó la nación a los «saqueadores» (v. 20), tanto dentro como fuera de su tierra. Sus reyes les robaban y sus enemigos les atacaban. Dios les advirtió mediante los profetas que el juicio vendría, pero el pueblo ciegamente fue de pecado en pecado.

El AT menciona veinte reyes de la nación de Israel, todos malos. Llevó doscientos cincuenta años para que el reino de Israel cayera en la ruina. Oyeron a profetas como Elías, Eliseo, Amós, Oseas e Isaías, y sin embargo rehusaron doblar sus rodillas ante el Señor. No hay cura para la apostasía. Todo lo que Dios puede hacer es juzgar y luego tomar un «remanente creyente» y empezar de nuevo.

III. La colonización de Samaria (17.24–41)

Después de deportar a lo mejor del pueblo, el rey de Asiria importó ciudadanos de otras naciones bajo su dominio, impidiendo así que Israel se reorganizara o se rebelara. Estos versículos describen los orígenes de «los samaritanos», aquel pueblo mezclado del cual leemos en Juan 4 y Hechos 8. Más adelante, un «remanente» de judíos creyentes en efecto regresó a Samaria, pero los judíos ortodoxos no querían

tener nada que ver con esta nación «mezclada». Jesús le dijo directamente a una samaritana que ellos no sabían lo que adoraban (Jn 4.22) y que la salvación vendría de los judíos.

Al principio no había fe religiosa en Samaria, de modo que Dios tuvo que enviar leones para infundir temor en el corazón de la gente (véase v. 25). Sin embargo, los líderes resolvieron el problema de la manera más peculiar: importaron un sacerdote judío, aprendieron la senda del Señor y entonces hicieron que el pueblo adorara *tanto* a Jehová *como* a sus dioses nacionales. «Cada nación se hizo sus dioses», dice el versículo 29. Este fue el movimiento ecuménico del AT. Nótese la repetición de la frase «temieron a Jehová» (vv. 25, 28, 32–34, 41). Temieron a Jehová (como el «dios de la tierra», v. 27), pero adoraban y servían a sus dioses (v. 33). Su adoración a Jehová era una formalidad vacía, una expresión sólo externa de lealtad; su verdadera adoración era tributada a sus propios dioses paganos. Jehová no era sino otro «dios» en su colección de deidades.

En otras palabras, después de ver la pesada mano del juicio sobre su tierra, el pueblo que quedó persistía en desobedecer al Señor. A fin de cuentas este cáncer de idolatría se esparció a Judá y en el 586 a.C. los babilonios capturaron y destruyeron Jerusalén. Un remanente regresó con Esdras y Nehemías, y la nación empezó de nuevo a florecer. Pero cuando Dios envió a su Hijo a su pueblo, le rechazaron, y una vez más el juicio divino tuvo que caer. En el año 70 d.C. Jerusalén fue destruida y la nación esparcida por todo el mundo.

«Bendita es la nación cuyo Dios es Jehová». Estos trágicos sucesos en la historia de Israel deberían hacer que los ciudadanos cristianos teman por su país y oren por sus líderes. Los líderes impíos producen generaciones de ciudadanos impíos (v. 41). Los sacerdotes que contemporizan alejan aún más de Dios a los adoradores. Cuando se rechaza la Palabra del Señor (vv. 34–38), no hay esperanza para el futuro de la nación. Puede haber una extensión de la misericordia de Dios (soportó a Israel 250 años), pero al fin y al cabo el juicio debe caer.

No hay cura para la apostasía. Una vez que el pueblo de Dios se ha alejado finalmente del Señor, Él debe juzgar. Dios salvará para sí mismo un «remanente» de creyentes fieles y empezará su testimonio de nuevo, pero no bendecirá esta parte que ha rechazado su Palabra y rehusado oír su llamamiento.

2 REYES 18–20

(Léase también Isaías 36–39 y 2 Crónicas 29–32.) Entramos ahora en el estudio de uno de los más emocionantes períodos de la historia de Judá, el reinado del buen rey Ezequías. Samaria (Israel) había caído ante Asiria y ahora el enemigo estaba atacando Judá. Años antes Acaz hizo un pacto con Asiria (16.7–9), pero Ezequías se rebeló contra ese pacto (18.7, 13–16); y esto incitó una invasión del enemigo. En realidad, los hechos en estos capítulos no aparecen en su orden exacto, porque la enfermedad de Ezequías fue durante el asedio (véase 20.6) y la visita de los líderes babilonios después de su recuperación. Reinó veintinueve años (18.2). Puesto que se le dio quince años después de su recuperación y la invasión ocurrió en el año catorce de su reinado (18.13), entonces su enfermedad y la invasión sucedieron en el mismo período de su vida. Notaremos tres enemigos a los que Ezequías tuvo que enfrentar y cómo lo hizo.

I. Los invasores asirios (18–19)

A. La reforma de Ezequías (18.1–8; 2 Cr 29–32).

Este piadoso rey de inmediato se dedicó a librar a la tierra de idolatría y pecado. Abrió de nuevo y reparó el templo, limpió los escombros que se habían acumulado allí y *reestableció* los cultos. Se interesó especialmente en los cantores y los sacrificios. También llamó a toda la nación (Israel incluido) a la gran Fiesta de la Pascua. Fue un tiempo de avivamiento, pero desafortunadamente no penetró en el corazón del pueblo. Estos cambios fueron sólo superficiales. Sin embargo, Ezequías demostró que amaba al Señor y Dios le bendijo por su servicio.

B. Rebelión (18.9–37).

Por años la nación había pagado tributos a Asiria, pero Ezequías se rebeló y rehusó pagarlos. Esto trajo al ejército asirio a Jerusalén, pero en lugar de acudir a Dios, Ezequías temió al enemigo y se rindió (vv. 13–16) hasta el punto de robar al templo para pagarle a Asiria. Había en realidad tres «partidos» en Judá en ese tiempo: uno quería capitular ante Asiria; otro quería irse a Egipto por ayuda; y un tercer grupo (dirigido por Isaías) llamó a la nación a que confiara en Dios para su liberación. El rey de Asiria tomó el dinero y luego se volvió e invadió a Judá de todas maneras. Isaías llamó a este acto «traición» (Is 33.1–8), porque Asiria no cumplió su promesa. Tres de los oficiales asirios hostigaban a los judíos (v. 17: estos son títulos de oficiales, no nombres personales) y trataron de socavar la fe y liderazgo de Ezequías. Los versículos 31–32 ilustran el engaño del pecado; les prometió paz y abundancia hasta que fueron llevados en cautiverio. Siempre hay un «hasta» en la desobediencia.

C. Petición (19.1–19).

Impotente para salvarse a sí mismo, el rey fue al templo a orar. El versículo 2 es la primera mención del profeta Isaías en la Biblia. El profeta envió al rey una respuesta de paz: Dios libraría a Judá y derrotaría a Asiria. Dificultades con otras naciones obligaron a Asiria a retirar sus fuerzas, pero el Rabsaces envió una carta arrogante a Ezequías para asustarlo a fin de que se rindiera. El rey llevó la carta al templo y «la extendió delante del Señor». Nótese que el versículo 19 enfatiza la gloria de Dios, que es la base real de la oración.

D. Recompensa (19.20–37).

Qué maravillosa combinación: la Palabra de Dios y la oración. Ezequías oró y Dios le envió la respuesta mediante Isaías: Él juzgaría a Asiria y los trataría como habían tratado a las naciones. Dios le dio a Ezequías la promesa de que después de dos años Judá volvería a cosechar (v. 29). (Los asirios habían devastado la tierra.) Nótese que Dios contestó la oración por amor de David y no porque Judá o porque el rey merecieran tal misericordia (v. 34). Dios mató a ciento ochenta y cinco mil soldados en una noche y después Senaquerib fue muerto por sus propios hijos. Dios pudo derrotar al enemigo sin la ayuda de Egipto. Véase Isaías 30–31.

II. Muerte (20.1–11)

A la muerte se le llama «el postrer enemigo» (1 Co 15.26). Debe haber sido una prueba para el rey estar muy enfermo mientras Asiria amenazaba con invadirles. Los problemas muchas veces vienen en parejas, pero Dios es suficiente para resolverlos. No estamos seguros de por qué Dios le envió esta enfermedad. Quizás fue por la incredulidad de Ezequías y su disposición para pagar el tributo (18.13–16). O tal vez había un pecado secreto (véase Is 38.17). Sin duda el salmo de alabanza del rey en Isaías 38.9–20 indica que temía la muerte y quería seguir con vida para concluir su obra de reforma. En cualquier caso, oró que se le prolongara la vida y Dios contestó su oración. Nótese que Dios usa medios para sanar a los suyos (en este caso una cataplasma), de modo que acudir a un médico buscando ayuda no es evidencia de

incredulidad. Dios le dio al rey quince años adicionales de vida. Fortaleció la fe del rey incluso más que hacer que la sombra retrocediera diez grados en el reloj solar. (Este reloj de sol fue tal vez una escalera cuyos escalones marcaban las horas. El rey podía verla desde la ventana de su palacio.)

Los estudiosos han debatido por años si Ezequías debía haber orado por salud o si su recuperación fue la voluntad *perfecta* de Dios o su voluntad *permisiva*. Algunas veces Dios en efecto contesta la oración cuando la respuesta no es lo mejor para nosotros (véase Sal 106.15). Los que opinan que Ezequías estaba equivocado recalcan que los últimos quince años del rey incluyeron su pecaminosa alianza con los babilonios (20.12–21) y también el nacimiento de Manasés, el cual resultó ser el rey más malo de Judá (cap. 21). Si Ezequías hubiera muerto, Judá se hubiera librado del compromiso con Babilonia y del perverso reinado de Manasés. Sin embargo, Manasés se arrepintió y sirvió al Señor (2 Cr 33.11–19).

Por otro lado, algunos destacan que Ezequías no tenía heredero al trono cuando Isaías le entregó el mensaje de la caída, de modo que su oración no fue sólo por él, sino por la nación. «Ordena tu casa» en 20.1 literalmente significa: «Selecciona a un hombre que te suceda en el trono». Dios prometió que Judá siempre tendría un descendiente de David en el trono y Ezequías se aferraba a esa promesa. Todos sus hijos nacieron en los últimos quince años; véase 20.18. Es cierto que Manasés fue un rey impío (lo cual no honra a Ezequías como padre), pero entonces debemos admitir que Josías fue un gran hombre de Dios. Si Ezequías hubiera muerto, no habría existido Josías. Aún más, la Biblia nos indica que durante los últimos quince años de su reinado se ocupó con «los hombres de Ezequías» (un grupo de escribas, Pr 25.1) de copiar las Escrituras del AT y ponerlas en orden. Muchos eruditos creen que los «Cánticos graduales» (Sal 120–134) fueron especialmente compilados para conmemorar la enfermedad y la recuperación de Ezequías. También se puede hallar las letras hebreas «H Z K» al final de muchos de los libros del AT en los manuscritos hebreos. Al parecer, por lo que hizo Ezequías, que en gratitud a Dios dedicó los últimos quince años de su vida a poner en orden para el pueblo las Escrituras del AT. En cuanto a Manasés, decir que un hombre debiera morir antes de procrear a un hijo perverso es pedir demasiado. Los hijos de David fueron malos, incluyendo a Salomón; ¿por qué le permitió Dios a David vivir? ¿Mata Dios a un hombre por los pecados futuros de un hijo que aún no se ha concebido? Es más, la sanidad del rey y la liberación de Jerusalén ocurrieron al mismo tiempo (20.5–6). ¿Hubiera sido para gloria de Dios rescatar la ciudad y luego matar a su rey?

III. Los visitantes babilonios (20.12–21)

Lo que Asiria no pudo conseguir por fuerza, Babilonia lo logró con engaño. Satanás es un león o una serpiente. El orgullo de Ezequías después de su curación y la liberación de Jerusalén le metió en una alianza pecaminosa con Babilonia. Lea 2 Crónicas 32.25–26, 31 para ver que fue su orgullo lo que le acarreó el castigo después de su sanidad. Que el rey le permitiera al enemigo ver su riqueza y sus armas fue ciertamente una acción insensata, y la nación al fin y al cabo sufrió por eso. Nótese el orgullo del rey en el versículo 15: «mi casa[…] mis tesoros». El mismo profeta que le trajo el gozoso mensaje de sanidad ahora tuvo que darle el triste mensaje de juicio: se llevarían a Babilonia los tesoros y sus hijos. En estas experiencias Dios probaba el corazón de Ezequías (2 Cr 32.31) para ver si el rey le glorificaría y confiaría en Él, no en sus tesoros o su propia fuerza. A Manasés lo llevaron a Babilonia y lo pusieron en la cárcel, pero se humilló y Dios le libró (2 Cr 33.11–19). Es triste ver a Ezequías más preocupado por su día que por el futuro de la nación. Descansar en una paz temporal cuando la derrota final está a la vuelta de la esquina, es el colmo de la necedad. Pero a pesar de sus faltas y pecados, Ezequías ha quedado en la historia judía como un gran rey. Fortificó la ciudad, mejoró su sistema de acueducto, limpió de ídolos la tierra y procuró guiar al pueblo a volver al Señor. Fue un hombre de oración que sabía cómo «presentarlo delante del Señor».

2 REYES 21–23

En estos capítulos se mencionan cinco reyes, pero nos concentraremos principalmente en dos: Manasés y Josías. El rey Amón reinó dos años (21.19–26); y Joacaz sólo tres meses (23.31–33). Veremos a Joacim en nuestro próximo estudio. Lo interesante en cuanto a Josías y Manasés es que sus vidas espirituales fueron exactamente lo opuesto la una de la otra. Manasés empezó su reinado en pecado, pero acabó en humilde arrepentimiento, en tanto que Josías buscó al Señor temprano en su vida, pero acabó su reinado (y su vida) en desobediencia.

I. Reinado de Manasés (21)

A. Su rebelión (21.1–9).

Los historiadores han calculado que al menos diez años Manasés reinó junto con el buen Ezequías. Manasés era un hombre malo, peor que cualquiera antes o después de él. Qué extraño que el piadoso Ezequías reinara veintinueve años, en tanto que el perverso Manasés reinara cincuenta y cinco. Pero Dios le estaba dando al pueblo exactamente lo que querían y merecían. Tan pronto como Ezequías estuvo fuera de la escena, se reveló el verdadero carácter de Manasés. Edificó lo que Ezequías destruyó y derribó lo que Ezequías edificó. Contraste esto con Isaac en Génesis 26.18. En lugar de imitar al piadoso Ezequías, Manasés siguió el camino del rey Acab. La tradición nos dice que Manasés hizo aserrar a Isaías por la mitad; Hebreos 11.37. Manasés incluso llevó la idolatría hasta los mismos atrios del templo. Se rebeló en contra del buen ejemplo de su padre y en contra de la ley de Dios.

B. Su remoción (21.10–15).

Aquí debemos leer en 2 Crónicas 33.11–20 la historia completa. Dios envió a sus profetas para advertir al rey, pero este no quiso escuchar. Dios anunció a la nación que el juicio y el cautiverio se avecinaban. Judá fue testigo del juicio de Dios sobre Samaria, pero esto no llevó al pueblo al arrepentimiento. Dios prometió tratar a la casa de David como trató a la casa de Acab (v. 13). Los capitanes asirios llevaron a Manasés a Babilonia, donde le pusieron en prisión.

C. Su arrepentimiento (2 Cr 33.12).

Cuán típico de muchos: «Mas luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová». Dios en su gracia perdonó al malvado rey y le permitió regresar a su trono. Dios obra a favor de los que con sinceridad se humillan y oran.

D. Su reforma (2 Cr 33.13–20; 2 R 21.17–26).

El arrepentimiento de Manasés no fue una conversión superficial «de trinchera», porque una vez que regresó al trono inmediatamente empezó a reparar el daño que había hecho. Fortificó de nuevo a Jerusalén contra el enemigo; quitó los ídolos y los altares extraños; y procuró guiar a la nación a volver al Señor. Por supuesto, era imposible deshacer todo el daño que había hecho, pero debe elogiársele por lo que logró antes de su muerte. Es triste, pero Dios le dio a Manasés el reinado más largo de cualquier rey hebreo, sin embargo, no logró casi nada.

Es más, incluso su arrepentimiento no detuvo la mano del juicio de Dios; fue el pecado de Manasés lo que impulsó a Dios a enviar a la nación al cautiverio (23.26–27).

El rey Manasés tuvo todas las oportunidades de vivir en piedad y servir a Dios y a su pueblo con fidelidad. Su padre fue tal vez el rey más grande de Judá (excepto por David); el profeta Isaías ministraba en su día; sin embargo Manasés no buscó al Señor, sino hacia el final de su vida. Admiramos lo que hizo después de su conversión, pero no podemos dejar de sentir que hizo más daño en sus primeros años que lo que reparó en sus últimos años. Nótese que no lo sepultaron con los demás reyes, sino más bien en su jardín privado.

A su hijo Amón no le impactó la tardía conversión de su padre; imitó los pecados de este, no sus actos justos. Duró sólo dos años y luego fue asesinado en una conspiración y sepultado cerca de su padre.

II. Reinado de Josías (22–23)

El asesinato de Amón llevó a Josías al trono cuando tenía ocho años de edad. Cuatro hechos clave resumen la breve vida y reinado de este rey.

A. Salvación (22.1–2; 2 Cr 34.3).

En el octavo año de su reinado, cuando tenía dieciséis años, Josías empezó a buscar al Señor. Sin duda el sumo sacerdote Hilcías enseñó al joven la Palabra de Dios. Es interesante notar que el nombre de su madre (Jedida) es el mismo «sobrenombre» que Dios le dio a Salomón (2 S 12.25). Significa «amado del Señor» y tal vez indica que la madre de Josías fue también una influencia piadosa en su vida. Jeremías y Sofonías también ministraban en este tiempo.

B. Reforma (2 Cr 34.3–7).

El rey tenía ya veinte años y era lo suficiente maduro como para empezar a purificar la ciudad y la tierra de la idolatría de Manasés y Amón. La meta suprema de Josías era restaurar el templo y traer a la nación de regreso a adorar al Señor, pero sabía que tendría que destruir los viejos pecados antes de establecer nueva obediencia. Desafortunadamente el «avivamiento de Josías» fue superficial; nunca llegó al corazón del pueblo. Aun cuando Jeremías el profeta lloró mucho la muerte de Josías (2 Cr 35.25; Jer 22.10–12), no le hallamos elogiando al joven rey por su llamado «avivamiento». Sin duda el rey y su concilio eran sinceros en sus intentos de reformas, pero el pueblo no los siguió; seguían siendo idólatras en su corazón.

C. Restauración (22.3–23.28).

Después de purgar a los ídolos, Josías podía ahora concentrarse en reestablecer la verdadera adoración a Jehová. No es suficiente derribar; también debemos edificar. Ordenó a los sacerdotes que reunieran dinero y repararan el templo. Véase 2 Crónicas 34.8–35.19. Mientras reparaba el templo, el sumo sacerdote descubrió una copia de la Ley de Moisés desechada mucho tiempo atrás por una nación idólatra. Cuando oyó la lectura de la ley, de inmediato Josías supo que Judá estaba en grave peligro y envió a inquirir al Señor lo que había que hacer. Hulda, la profetiza, que vivía en la «segunda parte» (22.14) de la ciudad le dio al preocupado rey el mensaje de Dios: (1) Jerusalén y Judá serían juzgadas por sus pecados, pero (2) el rey Josías no vería estos juicios debido a que se había humillado ante el Señor. Pronto Josías dio a conocer la Palabra de Dios a todos los ancianos de la tierra y guió en el camino para una gran culto de dedicación, reafirmando el pacto de Dios. Continuó su purga de la tierra, incluyendo la profanación del «Tofet», el valle del hijo de Hinón, en donde el pueblo ofrecía a sus hijos en holocaustos a Moloc. Como notamos antes, el rey hizo de este valle un muladar y Ge-hinón llegó a ser «Gehena» en el NT: una vívida ilustración del infierno. El Monte de los Olivos fue el «monte de corrupción» 23.13), pero Josías lo restauró. Durante su purga Josías descubrió el altar del perverso rey Jeroboam así como la tumba del profeta que le advirtió; y así Josías cumplió la profecía de 1 Reyes 13.1–5. La Palabra de Dios nunca vuelve vacía. El rey no sólo restauró el templo y la ley, sino también la Fiesta de la Pascua que por largo tiempo la nación desechó. Quería recordarle a su pueblo que habían sido «comprados por precio».

¿Qué lograron las reformas y restauraciones de Josías? Durante los días de Josías hubo paz y bendición; pero Dios no retiró su promesa original de juicio debido a los pecados de Manasés (23.26–27). La vida y ministerio piadosos de Josías detuvieron unos pocos años más la mano de juicio, pero el cautiverio se avecinaba y nada podía evitarlo.

D. Asesinato (23.29–37; 2 Cr 35.20–27).

El ejército egipcio quizás vino por mar y entró por la costa de Palestina. Faraón aclaró que no venía contra Judá, sino que iba en camino para atacar a Asiria. Josías no buscó la mente del Señor; es más, al parecer deliberadamente desobedeció la voluntad de Dios; véase 2 Crónicas 35.22. Aun su disfraz no le protegió una vez que estaba fuera de la voluntad del Señor y murió en la batalla. Véase en Zacarías 12.11 una alusión al gran lamento en Meguido por Josías. El rey debía haber atendido la sabiduría de Proverbios 20.3 y 26.17. Tal vez Judá era aliado de Asiria en ese tiempo y el rey se sintió obligado a actuar, pero es claro que Faraón hubiera preferido no luchar contra el rey Josías. Joacaz, el hijo de Josías, reinó sólo tres meses antes de que Faraón lo depusiera y le encadenara. Faraón entonces escogió a otro de los hijos de Josías, Eliaquim, y le hizo rey, dándole el nombre de «Joacim», «a quien Jehová levantará». Consideraremos la vida de este en nuestro próximo estudio.

2 REYES 24–25

La hora del juicio finalmente llega y Dios cumple su Palabra al traer terrible ira sobre su pueblo en el reino de Judá. Dios les dio un trono, un templo, una ciudad y una tierra, y sobre cada una de estas cosas Él derramó su ira. Lea Jeremías 25–34 si desea más claridad sobre estos capítulos; lea también 2 Crónicas 36. Nótense los juicios que vinieron sobre Judá.

I. Destronamiento del rey (24.1–12,17–20)

Después del reinado del piadoso Josías, el trono de David lo ocuparon una serie de hombres que desafiaron a Dios con sus continuos pecados. Joacaz reinó tres meses, asimismo Joacim (llamado también Conías o Jeconías, Jer 22.24). Joacim gobernó once años y en el tercer año de su reinado se rebeló contra Babilonia. (Babilonia había derrotado a Egipto y ahora era la nación más grande de los enemigos de Judá.) Joacim quedó sujeto a Babilonia en el 604 a.C. y en el 601 se rebeló. Fue este vil rey el que destrozó las profecías de Jeremías y las quemó en el fuego (Jer 36). En el 597 Joacim murió, dejando el trono a su hijo Joaquín, el cual reinó tres meses.

Fue en el 597 que el ejército babilónico empezó el asedio de Jerusalén. Por supuesto, el débil y falto de fe Joaquín inmediatamente se rindió junto con su familia y los llevaron a Babilonia. A Matanías, tío del rey, lo colocaron como el siguiente rey y se le dio el nombre de

Sedequías. Véase Jeremías 52. Reinó once años, del 597 al 585. En el noveno año de su reinado (588 a.C.) hizo una alianza secreta con Egipto y así provocó la ira de los babilonios. Fue esta acción insensata (a la cual, dicho sea de paso, Jeremías se opuso) lo que trajo a los ejércitos babilónicos a Jerusalén para el asedio final. En 25.27–30 se nos dice que al exiliado rey Joaquín lo liberaron en Babilonia, a mediados del cautiverio.

El trono de David ahora estaba virtualmente vacío. Sedequías fue el último rey de Judá. Si Sedequías hubiera escuchado la Palabra de Jeremías, los días finales de Jerusalén hubieran sido diferentes.

II. Deportación del pueblo (24.13–16)

Hubo en realidad tres deportaciones: en el 605 (cuando se incluyó a Daniel); en el 597 (descrita en este pasaje); y en el 587 (después de los terribles dieciocho meses de sitio de la ciudad). A Ezequiel lo llevaron a Babilonia en la segunda deportación. Era la política de Babilonia llevarse lo mejor del pueblo de la tierra: príncipes, nobles, soldados, artesanos y a la familia real; y dejar a los más pobres del pueblo para que manejaran las cosas bajo la dirección de sus propios gobernadores. Así una nación cautiva no sería capaz de organizar ninguna resistencia. Por supuesto, Jeremías predijo esta deportación (cap. 25) así como lo hizo Moisés en la Ley (Lv 26; Dt 28). El pueblo profanó con sangre e ídolos la tierra que Dios les dio; ya no eran más merecedores de vivir en ella. Dios tenía que «barrerlos» para purificar a la tierra de nuevo.

III. Destrucción de la ciudad (25.1–12)

Léase en el libro de Lamentaciones la descripción gráfica que Jeremías da de la destrucción de Jerusalén. El asedio de la ciudad duró dieciocho meses y comenzó el 15 de enero del 588. El 19 de julio del 586 se abrió una brecha en la muralla y los ciudadanos supieron que el fin se acercaba. Sedequías y sus hombres trataron de huir (vv. 4–6), pero el ejército de Babilonia los interceptó. Jeremías 32.4–5 y 34.1–7, así como Ezequiel 12.13 predijeron que Sedequías no escaparía. Vería al rey de Babilonia, pero no a Babilonia. Vio en efecto a Nabucodonosor; entonces le quitaron los ojos y lo llevaron ciego a Babilonia. Un mes más tarde los babilonios incendiaron Jerusalén, destrozaron las murallas y destruyeron el templo.

IV. Profanación del templo (25.13–17)

Los soldados babilonios despojaron al templo de su riqueza. Los objetos que eran demasiado como para transportarlos, los hicieron pedazos. Llevaron a tierra pagana los instrumentos de bronce, oro y plata. En 24.13 se nos dice que el oro de Salomón y los tesoros del palacio los incluyeron en el botín. En Jeremías 7 notamos que los judíos pensaban que Dios les protegería de la invasión debido al templo. Los falsos profetas y sacerdotes mundanos habían logrado que el pueblo creyera mentiras, así como la gente de hoy cree que su iglesia o rituales religiosos les salvarán del juicio. En lugar de que los vasos de la casa de Dios se usaran para la gloria de Dios, los llevaron a Babilonia para embellecer los templos de los ídolos (2 Cr 36.7).

La presencia del templo no salvó a la nación; tenía que haber confesión sincera y arrepentimiento de corazón. Pero era demasiado tarde. La nación «se había mofado de los mensajeros de Dios[…] hasta que no hubo remedio».

V. Dejaron la tierra en desolación (25.18–30)

Uno de los oficiales babilonios reunió a los nobles que dejaron y los degolló (vv. 18–21). Todos los que quedaron en la tierra fueron los más pobres de los pobres. Nabucodonosor estableció un sistema de gobierno en la tierra, haciendo a Gedalías el primer gobernador. Su padre había ayudado a Jeremías (Jer 26.24; 39.14) y su familia era devota al profeta (véase Jer 39–40). Gedalías en efecto estableció una razonable seguridad, paz y tranquilidad para los que quedaron, pero los celos de Ismael (quizás un pariente lejano del rey) dirigió un complot y asesinó al gobernador (Jer 40–41). Cuando se descubrió el complot, muchos de los judíos huyeron a Egipto buscando seguridad.

En 2 Crónicas 36.20–21 se nos informa que los setenta años de cautiverio (Jer 29.10) se calculaban a partir de los «años sabáticos» de Levítico 25. Cada séptimo año se suponía que los judíos debían dejar descansar la tierra, pero por siglos desobedecieron esta ley. Véase Jeremías 38.8–22. Nótese también que Dios prometió castigarlos por sus pecados «siete veces siete» (Lv 26.18, 21, 28), de modo que el número siete juega un papel importante en el cautiverio. Los veinte reyes de Judá (durante el reino dividido) reinaron aproximadamente 390 años en conjunto; y el total de años de David, Salomón y Saúl es de 120, haciendo un gran total de 510 años de monarquía. Sin embargo, en algunos casos padre e hijo reinaban juntos de modo que los años se superponen. Esto significa que tenemos menos de 500 años para el reino de Judá desde Saúl a Sedequías y 500 años dividido entre siete (por los años sabáticos) nos da aproximadamente 70 veces. Así como Israel escogió 40 años de vagar por el desierto al espiar la tierra cuarenta días, su descuido de los años sabáticos por casi cinco siglos le trajeron 70 años de cautiverio.

Todo lo que Dios les dio a los judíos se los quitaron. No tenían rey en el trono de David, ni tampoco lo tienen hoy. No tenían templo, porque fue incendiado, y se confiscaron los vasos sagrados. Hoy no tienen templo. Su ciudad santa fue destruida y desde entonces ha sido un punto focal de guerra e intranquilidad en el Medio Oriente. Les quitaron su tierra y los esparcieron entre las naciones. Por supuesto, este terrible asedio fue el precursor de la terrible destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. «Sabed que vuestro pecado os alcanzará».

I y 2 Crónicas

Bosquejo sugerido de 1 y 2 Crónicas

I. Genealogías desde Adán hasta el rey Saúl (1 Cr 1–9)

II. Reinado del rey David (1 Cr 10–29)

- A. Muerte del rey Saúl (10)
- B. David consolida su reino (11–16)
- C. Pacto de Dios con David (17)
- D. David expande su reino (18–20)
- E. David censa al pueblo (21)
- F. David prepara la construcción del templo (22–29)
  (Muerte de David)

III. Reinado del rey Salomón (2 Cr 1–9)
  A. Salomón recibe la bendición de Dios (1)
  B. Salomón construye y dedica el templo (2–7)
  C. Fama y esplendor de Salomón (8–9)
IV. El reino dividido (Reyes de Judá) (10–36)
  A. Reinado de Roboam (10–12)
  B. Desde Abías hasta Asa (13–16)
  C. Reinado de Josafat (17–20)
  D. Desde Joram hasta Amasías (21–25)
  E. Reinado de Uzías (26)
  F. Reinados de Jotam y Acaz (27–28)
  G. Reinado de Ezequías (29–32)
  H. Reinado de Manasés y Amón (33)
  I. Reinado de Josías (34–35)
  J. Últimos reyes y caída de Judá (36)

Notas preliminares a 1 y 2 Crónicas

Los libros de Samuel, Reyes y Crónicas narran la historia de los judíos desde el último juez (Samuel) y el establecimiento del primer rey (Saúl), hasta el exilio de la nación en Babilonia. Los libros 1 y 2 Reyes se escribieron desde el punto de vista de los profetas, en tanto que 1 y 2 Crónicas presentan el punto de vista sacerdotal de la historia judía. En Crónicas hay un énfasis sobre los levitas, la construcción del templo, el pacto de Dios según se registra en Deuteronomio, y la ciudad santa de Jerusalén. Se podría decir que 1 y 2 Reyes nos dan la historia política y 1 y 2 Crónicas la religiosa. En 2 Crónicas aparecen al menos cinco «avivamientos» de la historia de Judá (caps. 15, 20, 23–24, 25 y 29–31).

Las cronologías de 1 Crónicas 1–9 son anteriores a 1 Samuel 1 y son los «eslabones vivos» del pasado. Para los judíos era importante saber su historia familiar y poder reclamar su lugar en la nación. Esto fue especialmente cierto respecto a los sacerdotes y levitas que servían en el tabernáculo y luego en el templo.

El escritor de 1 Crónicas toma el expediente real a partir de la muerte del rey Saúl (1 Cr 10). Es interesante notar lo que omite: el largo conflicto de David con Saúl, la rivalidad con Isboset (2 S 2–4), el pecado de David con Betsabé, los problemas de familia de David con Amnón y Absalón, el intento de Adonías de arrebatarle el trono a Salomón, los pecados de Salomón y mucho de la historia del reino de Israel (el reino del norte). Se concentra en los reyes de Judá y enfatiza la selección divina de David y sus descendientes para reinar desde Jerusalén. Si se estudiara sólo 1 y 2 Crónicas, ¡nunca se sabría que David y Salomón alguna vez pecaron! De acuerdo al escritor de 2 Crónicas no fue el pecado de Salomón lo que causó la división del reino, sino las intrigas políticas de Jeroboam. Ambas cosas son ciertas, pero es interesante notar el punto de vista sacerdotal que casi idealiza tanto a David como a Salomón. Al fin y al cabo David proveyó la riqueza para la construcción del templo, así como los cantos, los instrumentos musicales y la organización de los levitas; y Salomón construyó el templo.

El libro muestra que Dios bendice a su pueblo cuando obedecen su voluntad y los disciplina cuando le desobedecen. Dios es fiel a su pacto incluso cuando su pueblo le es desleal. Cuando la paciencia de Dios se agotó, entregó a Judá a los babilonios y permitió que el enemigo destruyera el templo y la ciudad de Jerusalén. Segundo de Crónicas termina con una copia del decreto de Ciro permitiendo a los judíos regresar a su tierra y así es paralelo con el principio de Esdras. El escritor ve continuidad en la historia del pueblo, porque Dios les guía y realiza sus propósitos a través de ellos, a pesar de sus pecados.

Un libro útil para usarse al estudiar 1 y 2 Crónicas es *A Harmony of Samuel, Kings and Chronicles* [Armonía de Samuel, Reyes y Crónicas], de William D. Crockett, Baker Book House.

1 Crónicas 1–9

Para la mayoría de la gente de hoy la lectura de genealogías resulta aburrido, pero para los judíos eran esencial, ellos conservaban registros precisos de sus vínculos familiares por muchas razones. Uno tenía que saber su tribu y relaciones familiares, porque se suponía que la propiedad debía permanecer dentro de la tribu. En situaciones cuando un pariente redentor rescataba a un pobre, tenía que demostrar que en verdad era un pariente cercano. (Véase el libro de Rut.) El primogénito recibía el doble de la herencia de lo que recibían los otros hijos. Por supuesto, los sacerdotes y levitas tenían que demostrar que eran de la tribu de Leví o no se les permitía servir.

Estos cientos de nombres, algunos de ellos difíciles de pronunciar, representan personas a las que Dios usó para mantener el «eslabón viviente» con las promesas y los pactos del pasado. Dios escogió a los judíos y les dio promesas que a la larga afectarían al mundo. Si hubiera habido alguna ruptura en esta cadena de «eslabones vivos», el Salvador no podría haber nacido en este mundo.

La mayoría de estas personas son desconocidas, en tanto que unas pocas son muy famosas, pero Dios las usó a todas para realizar sus propósitos. Al leer su Biblia usted recuerda a personas como Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Josué, Samuel y David, pero si no hubiera sido por muchas personas menos conocidas, estos hombres nunca hubieran aparecido en la escena. ¡Agradezcamos a Dios por las «personas olvidadas» que ayudaron a la «gente famosa» a serlo!

Esparcidos entre estas genealogías están los nombres de personas a las que se les da identificación especial, y reflexionar respecto a ellas puede enseñarnos algunas importantes lecciones espirituales.

I. Nimrod, el cazador poderoso (1.10)

La referencia es a Génesis 10.8–10. La palabra «cazador» lleva la connotación de cazar personas, no la cacería de animales. Fue un rebelde que desafió a Dios y estableció el tristemente famoso reino de Babilonia. Después que los hijos de Noé empezaron a llenar de nuevo la tierra, no llevó mucho tiempo para que sus descendientes se volvieran contra el Señor. La lección del diluvio no penetró muy profundo.

II. Er, el hijo malo (2.3).

Véase Génesis 38. No sabemos la naturaleza del pecado de Er, pero fue algo tan serio como para que Dios le quitara la vida. Su hermano Onán rehusó casarse con la viuda y mantener así el nombre y la familia del hermano, de modo que también murió. Véase Deuteronomio 25.5–10. Era importante para Dios que el pueblo judío continuara multiplicándose, porque tenía para ellos tareas especiales que cumplir. Es desafortunado que el nombre de Onán se haya introducido en el diccionario en inglés [y en español] («onanismo») como sinónimo de masturbación, porque no fue esta su ofensa. La historia completa de Judá y Tamar nos parece repulsiva, sin embargo a Tamar se la menciona en la genealogía de Jesucristo (Mt 1.3).

III. Acán, el que hizo tropezar a Israel (2.7)

Léase Josué 6–7. Su pecado consistió en violar una prohibición que Josué impuso sobre los despojos de Jericó, en razón de que se dedicaron al Señor. Acán pensó que se había salido con la suya al robar el botín, pero la derrota del ejército de Israel en Hai llevó a su descubrimiento y ejecución. ¡Si Acán hubiera esperado unos pocos días, en Hai hubiera tenido todo el botín que quería! Un pecador puede traer problemas a una nación entera.

IV. Amnón, el impuro (3.1)

Violó sexualmente a su media hermana Tamar, y al fin y al cabo Absalón lo mató (2 S 13–14). Algunos de los primogénitos mencionados en estos capítulos no son modelos de virtud. El Señor mató a Er (2.3); a Amnón lo mató su hermano (3.1); y Rubén perdió su primogenitura porque violó a la concubina de su padre (5.1–2). En Israel, el primogénito tenía privilegios especiales, pero estos tres hombres despreciaron sus privilegios por «los placeres temporales del pecado».

V. Jabes, el que no se amilanó (4.9–10)

En hebreo el nombre «Jabes» significa «lamentar». Sin duda no fue culpa de Jabes que su madre tuviera un parto tan difícil, pero le puso un nombre que les recordaría a él y a otros su dolor. Véase Génesis 35.18–19. Por el texto parece que sus hermanos lo rechazaron y no fueron hombres «nobles» de carácter. Jabes se sobrepuso a su nombre y a sus problemas familiares acudiendo a Dios en oración y pidiendo su bendición.

VI. Rubén, el incontrolable (5.1–2)

¡Qué extraño que los pecados de un hombre lo incluyan en una genealogía oficial! La obra se registra en Génesis 35.22; y en Génesis 49.3–4 Jacob lo trajo a la luz pública en su lecho de muerte y le juzgó por su falta de dominio propio. Rubén perdió su primogenitura, la cual se le dio a Efraín y a Manasés (Gn 48.15–22). ¡Un acto de pecado puede ser costoso para el pecador y para su familia!

VII. Bería, el desafortunado (7.20–23)

Cuando Ezer y Elad, dos de los hijos de Efraín, trataron de apoderarse de unos ganados, murieron y su padre se sumergió en la aflicción. Halló solaz al amar a su esposa y ella dio a luz a un hijo al cual Efraín le puso por nombre Bería, que significa «mala suerte». Bería y Benjamín (Benoni) podrían haber formado la sociedad de hombres con nombres miserables.

I Crónicas 22–29

Puesto que Crónicas se escribió desde el punto de vista sacerdotal, es de esperar que el énfasis fuerte aquí esté en la construcción del templo. Es asombroso que el templo se construyera en la propiedad que David le compró a Ornán, recordatorio del gran pecado de David al contar al pueblo (1 Cr 21). El templo lo construyó Salomón, hijo de Betsabé, la mujer con la cual David cometió adulterio. Sólo Dios puede tomar los dos pecados más grandes de un hombre y construir un templo con ellos. «Pero, cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro 5.20).

I. El constructor del templo (22.1–19)

El corazón de David siempre quiso construir un templo para el Señor (véase 2 S 7), pero puesto que estuvo completamente ocupado librando guerras, no pudo hacer el trabajo. El hecho de que era un guerrero y había derramado sangre era otra razón. Durante toda su vida David reunió tesoros para usarlos en el templo y ahora se los entrega a su hijo Salomón. Dios le dio a David los planos del templo (1 Cr 28.11–12, 19) así como le dio a Moisés los planos del tabernáculo (Éx 25.40). Cuando usted va a hacer algo para el Señor en la tierra, asegúrese de recibir sus planos del cielo. Y si el Señor no le permite hacer algo que tiene realmente en su corazón, trate de ayudar a otros a hacerlo.

Salomón fue ungido rey en privado, en la presencia de los líderes, de modo que el trono quedara asegurado (vv. 17–19); y entonces se presentó al nuevo rey públicamente al pueblo (cap. 28). Nuestro Señor Jesús se ha ungido Rey, pero su presentación pública aún no se ha hecho. Mientras tanto, nosotros los que confiamos en Él, debemos ayudarle a construir su templo, la Iglesia (Mt 16.18; Ef 2.19–22). David reclutó a «extraños y extranjeros» de la tierra (no israelitas) y los obligó a trabajar en el templo (v. 2). Pero el Señor ha tomado a pecadores «de afuera» y les ha hecho conciudadanos y piedras vivas en su templo (Ef 2.19–22; 1 P 2.5) ¡Cuánta gracia!

David amonestó a Salomón a que confiara en el Señor y le obedeciera; de otra manera nunca podría construir el templo para la gloria del Señor. Dios le dio a Salomón y a la nación descanso de la guerra (el nombre Salomón se relaciona a la palabra hebrea «shalom» que significa «paz») y le daría sabiduría para hacer el trabajo. No podemos ni siquiera empezar a calcular el poder adquisitivo de la riqueza que David acumuló (v. 14).

Así, David le dio a Salomón la riqueza para construir el templo, los planos, los obreros y la cooperación de los príncipes de la tierra (vv. 17–19). Pero el «corazón» del asunto fue el de Salomón (v. 19). Si el corazón de Salomón andaba bien con Dios, Él bendeciría sus empresas. No hay nada «automático» en el servicio del Señor. Si andamos bien con Dios, Él prosperará nuestros esfuerzos (Jos 1.8; Mt 6.33).

II. Los ministros en el templo (23.1–26.32)

Segundo de Crónicas 29.25 nos informa que el plan de David para reorganizar a lo sacerdotes y levitas se lo dio el Señor mediante dos profetas: Gad y Natán. No sólo el plan para el templo en sí mismo, sino también lo que iba en el templo y cómo se organizaría se lo ordenó el Señor. La iglesia local necesita hoy prestar atención a las direcciones dadas en el NT para su organización y ministerio. Demasiado a menudo importamos ideas del mundo y rechazamos los ideales de la Palabra.

Habían 38.000 levitas disponibles y David los dividió en cuatro grupos: 24.000 para supervisar el trabajo en el templo; 4.000 como músicos; 4.000 como porteros, lo cual incluía los tesoros y los almacenes del templo; y 6.000 que se distribuirían en toda la nación para ministrar como jueces y maestros de la ley. No es suficiente que el pueblo de Dios venga a la casa de Dios; los siervos de Dios también deben ir al pueblo. Nótese que David proveyó los instrumentos para que los usaran los músicos (23.5) y escribió muchos de los cantos que usaban en la adoración al Señor.

Durante los años del peregrinaje de Israel, a los descendientes de Leví se les asignó el desarme del tabernáculo y la transportación de sus partes, volviéndolo a ensamblar en el lugar en que Dios le decía al pueblo que acampara (véase Nm 3–4). Ahora que empezarían a servir en un santuario permanente, a las tres familias de los hijos de Leví se les asignó otros deberes.

Los sacerdotes se dividieron en veinticuatro grupos (cap. 24; véase Lc 1.5) que servían por turnos, quizás dos semanas al mes. David hizo las cosas «decentemente y con orden» (1 Co 14.40). Las tareas específicas se asignaron por suerte (Lc 1.8–9).

Los porteros (cap. 26) guardaban el templo y las cámaras de almacenaje que había en él. Se recordará que Obededom (26.4) fue el hombre que guardó el arca del pacto antes de que se colocara finalmente en el tabernáculo (1 Cr 13.13–14). Los porteros echaban suertes para ver a dónde serían asignados (26.13). Téngase presente que los judíos traían sus diezmos y ofrendas al templo como parte de su adoración y los levitas tenían que almacenar, llevar cuentas y proteger todos estos artículos. Pero sobre todo, el tesoro del templo contenía los valiosos objetos dedicados al Señor, así como cosas materiales necesarias para el culto al Señor (véase 1 Cr 9.27–34). Era importante que las especias, la harina y otros artículos se preservaran sin contaminación. Cuán desafortunados es cuando lo que contamina se introduce en la casa del Señor.

Al revisar estos capítulos y sus muchos nombres nos impacta el hecho de que Dios usó personas para realizar su obra, personas con diferentes talentos y ministerios. Algunos de los siervos del templo dirigían los cantos de alabanza a Dios; otros tocaban los instrumentos; algunos guardaban los tesoros; otros llevaban el inventario de las ofrendas que se traían al templo. Los sacerdotes ofrecían los sacrificios al Señor y cuidaban del culto de adoración diario. Todo estaba organizado de forma eficiente y el ministerio total del templo glorificaba a Dios. Incluso los que tenían que trabajar «en el turno de la noche» alababan al Señor por el privilegio de adorarle y servirle (Sal 134).

III. Los protectores del templo y de la tierra (27.1–34)

A. El ejército (vv. 1–15).

Pasamos ahora de la organización del templo al gobierno civil, porque en la nación de Israel tanto el uno como el otro eran ordenados por Dios y gobernados por su ley divina. Había doce unidades del ejército y cada una servía un mes al año. Por supuesto, cuando era necesario, se podían convocar las unidades rápidamente.

Si usted compara 1 Crónicas 11.10ss con la lista de líderes de los versículos 2–15 verá que los «hombres fuertes» de David estaban a cargo del ejército. Él sometió a prueba a estos hombres en muchos lugares y sabía que podía confiar en ellos.

B. Los servidores civiles (vv. 16–24).

No sólo había soldados capaces de dirigir cada una de las doce unidades del ejército, sino también había oficiales capaces asignados a las tribus de Israel (vv. 16–22). David tenía una «cadena de comando» en la nación, de modo que cada tribu tenía un representante ante el rey. En ninguna otra parte de las Escrituras tenemos a Eliú, el hermano de David (v. 18). Es posible que esta es una variación del nombre «Eliab» (1 Cr 2.13). La palabra hebrea «hermano» se aplicaba a menudo a cualquier pariente, pero parecería que una lista oficial como esta se preocuparía por la exactitud.

Cuán interesante que un hijo de Abner fue uno de los oficiales de confianza de David (v. 21). Abner trató de mantener la dinastía de Saúl después que este murió y creó problemas a David (2 S 1–4). David obedeció Deuteronomio 24.16.

C. Los supervisores de David (vv. 25–34).

En la sociedad moderna los líderes del gobierno deben desprenderse de cualquier cosa que les lleve a un conflicto de intereses, pero no era así en las monarquías antiguas. El rey era un hombre muy rico, gracias a los botines de guerra, el tributo pagado por los gobernantes conquistados y el lucro obtenido de sus tierra. En justicia a David debemos reconocer que, puesto que no se le exigían impuestos al pueblo, tenía que usar mucho de sus ingresos para la administración de su gobierno. Todas estas posesiones debían supervisarse, había que pagar a los trabajadores y guardar las ganancias.

IV. El estímulo para la construcción del templo (28.1–29.30)

El escritor nos da «las últimas palabras de David» (1 Cr 23.27) así como sus últimas obras al preparar a Salomón y al pueblo para la construcción del templo. Qué maravilloso que David procurara construir un templo para la gloria de Dios y no un monumento para su propia gloria. Pudo morir sabiendo que las futuras generaciones tendrían una hermosa casa de oración y alabanza en donde podrían honrar al Señor. David no sólo «sirvió a su propia generación» (Hch 13.36), que es lo que debe hacer cada hijo de Dios, sino que también a las generaciones venideras. Proveyó los materiales para construir el templo; organizó el ministerio del templo; escribió cantos para los cantores en el templo; e incluso diseñó instrumentos musicales para que tocaran los levitas.

David reunió a todos los líderes de Israel y les exhortó y animó a que respaldaran a Salomón y su administración, especialmente en la construcción del templo.

A. Las elecciones de Dios (28.1–7).

David enfatizó el hecho de que fue Dios el que escogió a Judá como tribu real (v. 4; Gn 49.8–10); y de Judá Dios escogió a la familia de David para ser la familia real (1 S 16.6–13; 2 S 7). Luego Dios escogió a Salomón como sucesor de David y constructor del templo. Era una obligación solemne de parte de Salomón, porque estos eran del pueblo escogido por Dios; y el templo era para el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

B. Las misiones que dio David (28.8–10, 20–21).

Primero, David encomendó a todos los oficiales y al pueblo a que obedecieran los mandamientos de Dios (v. 8). ¿De qué servía un hermoso templo si el pueblo era desobediente a su Dios? Ellos le debían al Señor y se los debían unos a otros, como conciudadanos de la asamblea de Dios, vivir de acuerdo a la ley que Dios en su gracia les dio. Los judíos poseían la tierra en virtud del pacto de Dios con Abra-

ham (Gn 12.1–3; 13.14–18), pero poseerían y disfrutarían de la tierra sólo si obedecían la Palabra de Dios. Véase Deuteronomio 27–30. Si querían mantener la posesión de la tierra y dejarla para la próxima generación, tenían que ser un pueblo obediente. Es un pensamiento solemne que somos mayordomos de todo lo que Dios nos da y, si somos infieles al Señor, nada dejaremos a nuestros hijos y nietos.

Luego David encomendó a Salomón (28.9–10; 20–21) a que fuera fiel al desempeñar su responsabilidad como rey y constructor del templo. «Anímate y esfuérzate» (vv. 10, 20) nos recuerda las admoniciones de Dios a Josué (Jos 1.6–7, 9, 18). La tragedia es que Salomón no mantuvo un corazón perfecto delante del Señor, sino que amó a mujeres extranjeras y adoró a sus dioses falsos (1 R 11). Un corazón perfecto no es uno exento de pecado, porque nadie puede vivir sin pecar de alguna manera. Quiere decir un corazón totalmente consagrado al Señor, un corazón sincero. Cuando Salomón empezó a adorar a otros dioses junto con Jehová, tuvo un corazón dividido y no fue fiel al Señor. Fue cuando Salomón se olvidó de la Palabra de Dios que empezó a adorar ídolos (véanse Dt 17.14–20; Jos 1.8).

C. Las contribuciones de David (28.11–19).

Todo lo que Salomón necesitaba para el gran proyecto de construcción Dios se lo proveyó mediante David: los planos para el edificio, la organización de los sacerdotes y levitas, la riqueza material y la gente para hacer el trabajo. Puesto que no sabemos el valor adquisitivo del oro y la plata en ese día, no podemos calcular con precisión cuánto costó todo este material; pero sin duda valía decenas de millones de dólares.

D. El desafío de David (20.1–9).

David sabía que su pueblo debía tener parte en el costo del templo, de modo que les pidió a los líderes de la nación que contribuyeran y así lo hicieron con buena disposición. David fue el primero en dar el ejemplo y le recordó al pueblo que estaban dándole al Señor (29.1). Su ofrenda era un acto de adoración (29.5b) y dieron generosamente. La mención del «oro, plata y piedras preciosas» nos recuerda 1 Corintios 3.10–23 y el lenguaje que se usa para describir la edificación de la iglesia local.

E. La consagración de David (29.10–19).

David oró y dedicó al Señor la ofrenda, el nuevo rey y el pueblo. Bendijo al Señor y le exaltó por sus maravillosos atributos. Expresó su humildad delante de Dios (29.14) y reconoció que incluso la riqueza que él y el pueblo trajeron originalmente vino del Señor. «Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos». El hecho de que somos «extranjeros y peregrinos» en este mundo (v. 15) debe animarnos a darle con generosidad al Señor, porque sólo lo que le damos durará (Mt 6.19–21). La vida es breve y no podemos guardar nada para nosotros mismos y llevárnoslo cuando partamos (1 Ti 6.7; véase Sal 90.1–11).

Lea el capítulo 29 cuidadosamente y note cómo dio el pueblo y por qué ofrendó; luego lea 2 Corintios 8–9 y note cómo Pablo enseñó muchas de las mismas verdades en cuanto a las ofrendas.

F. La coronación de Salomón (29.20–30).

En un gran culto de adoración en donde el Señor fue glorificado, David entregó el cetro a su hijo Salomón y el pueblo se regocijó por la bondad del Señor. Dios pudo magnificar a Salomón porque este magnificó al Señor (véanse Flp 1.20; Jos 3.7). David murió, pero el trono de Israel continuó. Dios sepulta a sus obreros, pero continúa su obra.

2 CRÓNICAS

I. El reino declina (1–9)

La mayoría de la información que consta en estos capítulos se halla también en 1 Reyes 1–11. Salomón empezó su reinado en comunión con el Señor, pero poco a poco su corazón se alejó y empezó a adorar los dioses de sus muchas esposas extranjeras. Deuteronomio 17.14–20 advertía a los reyes hebreos que no multiplicaran los caballos y carros, ni esposas, ni oro, pero Salomón hizo todo eso (1 R 10.14, 26, 28; 11.1–8).

Aun cuando los años del reinado de Salomón fueron sin duda alguna los mejores de Israel en términos de riqueza, fama y poder político, fueron también los peores en términos de devoción espiritual a Dios. Sí, Salomón empezó a reinar en el altar, ofreciendo sacrificios al Señor y pidiéndole sabiduría, pero eso no continuó. Aún más, el rey vivía en lujo porque recolectaba alimento e impuestos del pueblo. Salomón reorganizó las doce tribus en doce distritos de impuestos y cada uno era responsable de proveerle alimentos un mes (1 R 4.7–19). Cuando se lee el menú de cada día, se puede entender bien por qué el pueblo se sentía oprimido por este yugo (1 R 4.22–25; 12.1–5). Sí, el reino fue en verdad glorioso, pero declinaba en todo sentido.

II. El reino se divide (10–12)

Roboam, el hijo de Salomón, heredó el trono y se le dio una oportunidad dorada para traer a la nación de regreso al Señor. Si hubiera escuchado a los consejeros ancianos, hubiera salvado a la nación de la división. En vez de eso, prestó atención al nada sabio consejo de los jóvenes que sabían muy poco de la vida o del servicio. Esto no quiere decir que los ancianos siempre son sabios y los jóvenes insensatos, porque no es este el caso. Como su padre Salomón, Roboam se crió en el lujo y estaba ajeno a las cargas del pueblo común. Le faltó la percepción para reconocer el buen consejo cuando se le dio.

Cuando Roboam trató de hacerle la guerra a Jeroboam y unir las tribus, Dios detuvo la empresa debido a que la división venía de Él. Pero tanto Roboam como Jeroboam pecaron contra el Señor. Roboam «dejó la ley de Jehová» (12.1) porque «no dispuso su corazón para buscar a Jehová» (12.14). Cuando Dios envió al ejército egipcio para castigar a la nación, es de valor para Roboam que se arrepintiera y buscara la ayuda de Dios. Pero no guió al pueblo a volver al Señor.

Jeroboam, el rey de Israel (reino del norte), temía que el pueblo regresara a Jerusalén a adorar a Dios, de modo que estableció su sistema de adoración idólatra. Israel nunca volvió al Señor y el reino a la larga se lo tragó Asiria.

Por lo único que el Señor preservó el reino sureño de Judá fue por amor a su amado David (1 R 11.34–39; 15.4). ¡Cuánto le debía el pueblo a David y a la paciencia del Señor!

A partir de este momento (alrededor del 930 a.C.), el reino se dividió: Judá y Benjamín formaron el reino del sur, Judá; y las otras diez tribus formaron el reino del norte, Israel o Samaria. Las narraciones de Reyes pasan de continuo de Israel a Judá y viceversa, pero las de 2 Crónicas se concentran fundamentalmente en los reyes de Judá.

III. El reino decae (13–36)

Mientras que los reyes de Israel fueron en su mayor parte apóstatas, varios de los reyes de Judá fueron hombres de Dios que procuraron hacer que su pueblo volviera al Señor. Sin embargo, la infección del pecado ya había penetrado en ambos reinos y fue sólo cuestión de tiempo antes de que cayeran.

A. Asa (caps. 14–16).

Asa guió a la nación en dos reformas al quitar los altares a los dioses ajenos y al ordenar al pueblo a que volviera al Señor. Dios honró sus esfuerzos al darle a la nación diez años de paz, durante los cuales el rey fortificó las ciudades. Su victoria sobre los etíopes y el mensaje del profeta Azarías motivó al rey a congregar al pueblo para reafirmar su pacto con Dios (15.12). ¡Asa incluso depuso a la reina madre y destruyó sus ídolos! Qué triste que en sus años posteriores Asa dejó de confiar en el Señor y robó el templo para comprar la protección de un rey pagano. Cuando el profeta Hanani le reprendió, el rey no se arrepintió; luego, aunque afligido por una enfermedad, no se volvió al Señor. Los buenos comienzos no son garantías de buena terminación.

B. Josafat (caps. 17–20).

A pesar de que tomó algunas decisiones negligentes, fue uno de los más grandes reyes de Judá. No sólo buscó a Dios, sino que envió a los sacerdotes al pueblo para que les enseñaran el camino del Señor. Su primer error fue casarse con la impía familia del rey de Israel, Acab, el que adoraba a Baal y esposo de la perversa reina Jezabel. Fue un matrimonio de conveniencia política para que Acab fuera su aliado. Salomón usó este método para asegurar derechos de tratado con otras naciones (1 R 3.1). Al hacer la paz con el rey de Israel, Josafat comprometió su posición política y religiosa.

La segunda falta de Josafat fue unirse a Acab al luchar contra los enemigos de Israel. Acab convenció a Josafat a que se pusiera los vestidos reales para ir a la batalla, lo cual le hizo un blanco fácil, pero Dios protegió a Josafat e hizo que Acab muriera. Este hecho no debe estimularnos a pecar, porque Dios no está obligado a protegernos cuando andamos fuera de su voluntad (Sal 91.9–16).

Su tercer error fue aliarse con el impío rey Ocozías en un intento de ganar riqueza (20.35–37). Dios hizo naufragar las naves y dio término a toda la empresa. Es desafortunado cuando personas consagradas algunas veces carecen de discernimiento y se enredan en alianzas que sólo ayudan al enemigo y traen desgracia al nombre del Señor.

Cuando se vio frente al ejército de moabitas y amonitas, dos de los antiguos enemigos de Israel (Gn 19.30–38; Dt. 23.3; Neh 13.1ss), Josafat puso su fe en Dios y Él le dio una gran victoria. La combinación de oración (20.3–13), profecía (20.14–17) y alabanza (20.18–22) le dio la victoria. (Nos preguntamos cómo se sentiría el coro de levitas respecto a marchar delante del ejército. Pero la adoración es una gran arma en contra del enemigo.)

C. Joás (caps. 23–24).

Joás fue un niño milagro porque su malvada abuela Atalía mató a todos sus hermanos y solo él sobrevivió. ¡El futuro del linaje de David y la promesa mesiánica descansaba en un niño!

Con cuánta frecuencia en la historia judía, Satanás trató de matar a los que eran parte del plan de Dios (Gn 3.15). El piadoso sacerdote Joiada protegió a Joás y luego lo proclamó rey. Al mismo tiempo Joiada se aseguró de que Atalía y sus seguidores fueran eliminados. Por medio de la continua influencia espiritual de Joiada el rey realizó muchas reformas, especialmente la restauración del templo. Sin embargo, cuando el sumo sacerdote murió, el rey cometió la misma equivocación que Roboam, dando oídos al consejo mundano. Joás acabó matando a Zacarías, el hijo de Joiada, en lugar de prestar atención al mensaje del Señor y arrepentirse.

Joás es una advertencia para todos los que profesan hacer la voluntad de Dios pero que en realidad no tienen el amor de Dios en sus corazones. Si su fe está «apuntalada» en alguna otra persona, ¿qué va a hacer cuando los «puntales» desaparezcan?

D. Uzías (cap. 26).

También se le llama Azarías. Después de un largo y próspero reinado, acabó tratando de ser un sacerdote y Dios le castigó con lepra. «Dios le dio ayuda» (v. 7) y marchó de victoria en victoria. «Fue ayudado maravillosamente» (v. 15). Vencido por el orgullo, se entremetió en el ministerio de los sacerdotes en el templo, algo que Dios prohibió. Jesucristo es el único Rey-Sacerdote que Dios acepta. Uzías es una advertencia para todos nosotros a no enorgullecernos y a no tratar de inmiscuirnos en las cosas que están fuera de la voluntad de Dios.

E. Ezequías (caps. 29–32).

Fue uno de los más grandes reyes de Judá y de los más consagrados líderes espirituales. Reparó el templo y restauró la verdadera adoración a Jehová en una escala nunca antes vista. Llamó a la nación entera, Israel y Judá, a observar la Pascua juntos y limpió de ídolos la tierra. Uno pensaría que tal devoción al Señor le preservaría de problemas, pero no fue así. Segundo de Crónicas 32.1 dice: «Después de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib rey de los asirios e invadió a Judá». La obediencia algunas veces lleva a pruebas más grandes, para nuestro bien y para la gloria de Dios. Véanse las notas a 2 Reyes 18–20 y léase Isaías 37–39.

F. Josías (caps. 34–35).

Manasés siguió al gran rey Ezequías y guió a la nación a pecados abominables. Reconstruyó todo lo malo que destruyó su padre y destruyó todo lo bueno que restauró su padre. Sin embargo, más adelante Manasés en efecto se arrepintió y Dios lo perdonó. Le siguió Amón, quien reinó sólo dos años. Entonces Josías subió al trono. Si se critica a Ezequías por su hijo Manasés, sin duda debe elogiársele por su nieto Josías. A los dieciséis años de edad (34.3) Josías buscó al Señor y empezó a reformar a la nación y limpiarla de la idolatría. Reparó el templo y restauró el libro de la Ley. También celebró una gran Pascua y procuró guiar al pueblo a volver al Señor su Dios. Desafortunadamente el rey Josías se inmiscuyó en una guerra que no le tocaba, y lo hirieron en la batalla y fue a morir a Jerusalén. Su orgullo le hizo arrogante y pensó que podía derrotar al rey de Egipto.

Después de la muerte de Josías los reyes de Judá fueron cobardes, meros títeres en manos de los políticos de Jerusalén o de las naciones que rodeaban a Judá. El último rey fue Sedequías y luego la nación cayó ante Babilonia en el 586 a.C.

¿Por qué decayó Judá? Porque el pueblo se alejó del Señor y adoró dioses falsos. Al principio su adoración impía era secreta; adoraban a Dios en el templo, pero también adoraban a Baal y a otros dioses en secreto. Luego abiertamente se alejaron del Señor para adorar los dioses de sus enemigos. Cuando el Señor les enviaba castigo, se arrepentían por un tiempo, pero pronto regresaban a sus malos caminos. Siempre

que el Señor levantaba a un rey piadoso, su influencia nunca duraba, porque la gente «se reformaba», pero no se arrepentía ni se volvía a Dios con todo su corazón. Cualquier cosa que hiciera el rey era lo popular, así que lo hacían.

La iglesia de hoy debe tener cuidado respecto al mismo tipo de decadencia espiritual. ¿Adoramos los dioses del enemigo? ¿Estamos orgullosos de nuestros edificios, presupuestos y estadísticas? ¿Hay evidencia de verdadera santidad y temor de Dios en nuestra adoración? ¿Dependemos de los líderes espirituales que Dios nos ha dado? ¿Experimentamos éxito porque el Señor está con nosotros o porque cooperamos con el mundo? ¿Pensamos que debido a que tenemos la Biblia, templos y «ministerios de éxito» Dios se hará de la vista gorda respecto a nuestros pecados y detendrá su mano de disciplina? «Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios» (1 P 4.17).

En el momento que quisiera, durante esos siglos de decadencia espiritual, el pueblo de Judá pudiera haber llenado las condiciones de 2 Crónicas 7.14 y Dios hubiera sanado su tierra. Pero no se volvieron a Dios, de modo que Dios tuvo que volverse en contra de ellos.

¡Qué lección para el pueblo de Dios de hoy!

Esdras

Bosquejo sugerido de Esdras

I. Restauración nacional bajo Zorobabel (1–6)
   A. Regreso a la tierra (1–2)
      1. Decreto de Ciro (1)
      2. Registro del pueblo (2)
   B. Reconstrucción del templo (3)
      1. Establecimiento del altar (3.1–6)
      2. Se colocan los cimientos de nuevo (3.7–13)
   C. Resistencia al enemigo (4–6)
      1. Se detiene la construcción (4)
         (Nota: 4.6–23 es un paréntesis que describe la oposición en una fecha posterior)
      2. Los profetas empiezan su ministerio (5)
      3. Se termina el edificio (6)

II. Reforma espiritual bajo Esdras (7–10)
   A. Esdras llega a Jerusalén (7–8)
   B. Esdras confiesa los pecados del pueblo (9)
   C. Esdras limpia a la nación (10)

Notas preliminares a Esdras y Nehemías

I. Trasfondo

Esdras y Nehemías forman un solo libro en la Biblia hebrea debido a que cuentan una sola historia: el regreso del remanente a Jerusalén y la reconstrucción de la ciudad y del templo. El cautiverio babilónico empezó en el 606 a.C.; Jerusalén cayó ante el enemigo en el 587 a.C. Los babilonios deportaron a muchos del pueblo entre 606 y 586, incluyendo a Daniel y Ezequiel. Jeremías predijo un período de setenta años de cautiverio (Jer 25.12–14; 29.10–14). Este se extendería desde el principio de la invasión en 606 hasta el regreso del remanente en 536, en dicho tiempo el altar se reedificó y los sacrificios de animales empezaron a ofrecerse de nuevo. Así, Esdras y Nehemías relatan la historia del regreso a la tierra y a la ciudad y la reconstrucción del templo y las murallas. El libro de Ester también encaja en este período, así como también los libros de los profetas Hageo y Zacarías (véase Esd 5.1ss).

II. Cronología

Una breve cronología del período se vería así:

606–605 Babilonia empieza a invadir y a deportar personas

587 Jerusalén cae ante el enemigo

539 Babilonia cae ante Ciro y empieza el Imperio Medo Persa

538 Ciro permite el regreso de los judíos; regresan alrededor de 50.000

535 Los judíos empiezan a reconstruir el templo, pero la obra se detiene

520 Después de quince años la obra empieza de nuevo

515 El templo se termina y dedica

476 Ester llega a ser reina de Persia

458 Esdras viaja a Jerusalén (véase Esd 7–10)

III. Los líderes

A Esdras se lo presenta como un judío consagrado y patriota que era sacerdote y escriba (Esd 7.1–6). Era un devoto estudioso de las Escrituras y ayudó a restaurar la ley en la nación. También era un hombre de oración (8.21–23) y que sentía una gran carga por el bienestar espiritual de su pueblo (9.3–4). Su nombre significa «ayuda». La fe de Esdras en el Señor se ve en su disposición de acometer el peligroso viaje de Babilonia a Jerusalén sin la ayuda de escolta militar. Por favor, nótese que Esdras no dirigió el primer grupo de judíos que regresó a Jerusalén; esto lo hicieron Zorobabel y Josué. Esdras no entra en escena sino hasta el capítulo 7 de su libro, cuando dirige un segundo grupo (y más pequeño) a la Tierra Santa. Esdras se quedó allí para trabajar y finalmente unió sus esfuerzos con Nehemías (Neh 8.9; 12.26). Nehemías era un oficial de la corte del rey cuando Dios lo llamó para que volviera a Jerusalén y reconstruyera las murallas. Era lo que hoy

llamaríamos un «laico», puesto que no tenía llamado profético ni linaje sacerdotal. Lo promovieron de copero a gobernador. Zorobabel fue uno de los líderes bajo Esdras (2.2; 3.8); también se le llama Sesbasar (1.8, 11; 5.16). Su título oficial era «tirshata» que significa «gobernador» (2.63). En 1 Crónicas 3.17–19 se indica que Zorobabel era del linaje real de David. Sirvió como líder político de la nación restaurada. Josué era el sumo sacerdote en ese tiempo (Esd 3.2; Hag 1.1, 12, 14; véase Zac 3.1–10). Como mencionamos antes, los dos profetas fueron Hageo y Zacarías.

IV. Las lecciones

Dios prometió cautiverio a una nación pecadora y cumplió su promesa. También prometió que un remanente volvería. (Véanse Jer 25.12–14 y 29.10–14.) Fue la profecía de Jeremías la que Daniel leyó en Babilonia y le estimuló a orar por el regreso del pueblo (Dn 9.1ss). Dios mantuvo una «lámpara encendida» en Jerusalén para que su Hijo pudiera nacer a través de la nación hebrea y salvar al mundo. El cautiverio curó a los judíos de la idolatría y les dio el deseo de saber y obedecer la Palabra. Es triste, ¡pero pronto se olvidaron de las lecciones!

ESDRAS 1–5

Estos capítulos describen cuatro sucesos clave en la historia del remanente de Israel que regresó a su tierra.

I. El regreso a la tierra (1–2)

A. El decreto (1.1–4).

Estos versículos son casi idénticos a 2 Crónicas 36.22–23. En Isaías 44.28–45.3 encontramos una sorprendente profecía de Ciro antes de que el gran monarca persa naciera. En el 539 a.C. Ciro conquistó Babilonia y estableció el Imperio Persa. Su método con los prisioneros de guerra fue lo opuesto al de Babilonia, porque animó a los judíos a regresar a su tierra, reconstruir su templo y orar por su bienestar. Sin duda, Ciro concedió el mismo privilegio a otras naciones desplazadas y a sus dioses. Su decreto se emitió en el 538 a.C. No confunda esto con el decreto mencionado en Daniel 9.25, que se refiere a la reconstrucción de la ciudad y está fechado en el 445 a.C. El decreto de Ciro se relaciona al pueblo que regresa a la tierra y a la reconstrucción del templo. Este decreto fue un maravilloso cumplimiento de las Escrituras.

B. Las cosas preciosas (1.5–11).

El Espíritu de Dios obró en los corazones del pueblo y sus captores. A los judíos se les devolvió los tesoros del templo y los gentiles también les dieron contribuciones de buena voluntad para su templo. Véanse 2 Crónicas 36.7; Daniel 1.2. «Sesbasar» en los versículos 8 y 11 es Zorobabel, el gobernador nombrado. Los judíos no podrían restaurar la adoración en el templo sin los enseres necesarios. Cuán diferente a la adoración del NT (Jn 4.19–24).

C. El pueblo (cap. 2).

Alrededor de cincuenta mil judíos tenían suficiente interés como para dejar la seguridad y el lujo de Babilonia y regresar a su tierra. Esta misma lista aparece en Nehemías 7.6–73. Nótese que se anota en grupos especiales: los líderes (vv. 1–2); ciertas familias (vv. 3–19); ciertos pueblos (vv. 20–35); los sacerdotes (vv. 36–39); los levitas (vv. 40–42); los sirvientes del templo (vv. 43–54); los siervos de Salomón (vv. 55–58); y los que no tenían genealogía (vv. 59–63). La palabra «gobernador» en el versículo 63 se refiere a Zorobabel. En los versículos 64–70 tenemos los totales de hombres y bestias: habían 49.897 personas registradas, junto con una multitud de animales. Mucho se ha dicho acerca de las llamadas «tribus perdidas de Israel», pero el NT aclara que *las doce tribus* estuvieron representadas en este remanente (véanse Hch 26.7 y Stg 1.1). Esdras 2.70 dice: «todo Israel». En Esdras 6.17 vemos a los sacerdotes ofreciendo doce machos cabríos por las doce tribus; véase también 8.35. Jesús un día juzgará a las doce tribus (Lc 22.30). La mayoría de los judíos se habían establecido en Babilonia y no deseaban regresar a la tierra prometida. Contentos con la seguridad y la ganancia material, abandonaron la tierra de sus padres y se quedaron con los cautivos en Babilonia.

II. Reconstrucción del templo (3)

A. Establecimiento del altar (vv. 1–6).

El altar era el centro de la adoración judía porque sin sus sacrificios no podían acercarse a Dios ni esperar su bendición. Los exilados temían a sus poderosos vecinos, pero sabían que Dios los protegería si le obedecían. Usted recordará que Elías había levantado de nuevo el altar (1 R 18.30ss). Josué y Zorobabel guiaron al pueblo a establecer los sacrificios y también a observar las festividades. Era el séptimo mes (nuestro septiembre-octubre), el mes de la Fiesta de las Trompetas y de la Fiesta de los Tabernáculos (Nm 29.1–6; Lv 23.23–25).

B. Colocación de los cimientos (vv. 7–13).

El pueblo evidentemente ofrendaba, añadiéndolas a los regalos del rey (1.5–11) que también proveía los materiales para reconstruir el templo. En el año 535 empezaron la obra, en el segundo mes (nuestro abril-mayo). Los levitas estaban al frente de la obra, ayudando a los otros trabajadores en la tarea. Tan agradecido estaba el pueblo que cantaron y gritaron cuando se colocaron los cimientos. Dios estaba haciendo lo imposible en esta situación (Jer 33.1–11). Por supuesto, habían ancianos que recordaban el templo anterior y su gloria, y no pudieron sino llorar al ver la sencillez de este segundo templo (véase Hag 2.3). Sin embargo, no es bueno vivir en el pasado.

III. Resistencia al enemigo (4)

Nuestro enemigo, Satanás, nunca quiere que prospere la obra del Señor. Cristo es el Constructor; Satanás es el destructor. Ahora vemos la manos del enemigo procurando oponerse y estorbar la obra.

A. Compromiso (vv. 1–3).

El pueblo de la tierra ofreció ayudar a los judíos en su obra, pero Zorobabel y Josué rechazaron esa ayuda. Estas personas eran los samaritanos, una nación mezclada con judíos y gentiles. Léase en 2 Reyes 17 una descripción de los samaritanos y su falsa religión. (En Juan 4.20–24 Jesús claramente rechaza la religión samaritana.) Los samaritanos a la larga construyeron su templo en el monte Gerizim y permanecieron separados de los judíos.

B. Interferencia (vv. 4–5).

El pueblo de la tierra contrató a hombres en la corte para resistir a los judíos y esta artimaña tuvo éxito al detener la obra; véase 4.24. Casi quince años (534–520) estuvo detenida la obra del templo.

Los versículos 6–23 presentan un problema a los estudiosos de la Biblia, porque parecen estar fuera de lugar cronológicamente. El gobierno de los reyes mencionados en los versículos 6–7 fue posterior al tiempo que abarca Esdras 4. Hay dos explicaciones posibles. Quizás los reyes tenían más de un nombre, de modo que Asuero y Artajerjes de los versículos 6–7 son en realidad los nombres de los reyes que gobernaron durante esa era. Merril Unger cree que «Asuero» era un título oficial (como Faraón) y que Artajerjes era otro nombre para Cambises. Estos versículos, entonces, contendrían los informes oficiales presentados por el enemigo para detener la obra de los judíos. Una segunda posibilidad es que estos versículos tal vez se incluyeron como ejemplos de oposición en un tiempo subsiguiente, para mostrar que los judíos tuvieron constantes problemas con sus enemigos. En cualquier caso, la lección es clara: la gente del mundo usa todo medio posible para estorbar la obra del Señor. El rey escuchó las acusaciones y la obra cesó.

IV. La obra vuelve a empezar (5)

Quince años pasaron entre los capítulos 4 y 5. No fue sino hasta que los profetas Hageo y Zacarías proclamaron la Palabra de Dios, que la obra del templo empezó de nuevo. La Palabra de Dios comenzó la obra (Esd 1.1) y ahora la Palabra de Dios animaba a los trabajadores y al fin y al cabo terminó la obra (6.14). Desde 520 a 515 el pueblo trabajó y concluyó el templo. La predicación de la Palabra de Dios por parte de sus siervos es el secreto para la victoria en cualquier obra de Dios. La Palabra de Dios animó a Josué y Zorobabel, y los ojos de Dios estaban sobre ellos (Esd 5.5).

Usted notará en Hageo cuatro mensajes diferentes: (1) reproche al pueblo por construir sus casas y descuidar la casa de Dios, 1.1–15; (2) estímulo a Zorobabel porque Dios está con él, 2.1–9; (3) condena a los sacerdotes por rehusar purificarse de contaminación, 2.10–19; y (4) promesa a Zorobabel de que el Mesías un día reinará en gloria (2.20–23). Hageo incluso fechó estos mensajes.

El libro de Zacarías es más complejo, pero también trata del mismo período. En Zacarías 1.1–6 el profeta llamó a la nación al arrepentimiento; esto fue en noviembre. Más tarde, en febrero, dio varias visiones de aliento al pueblo (1.7–6.15). En la última parte de su libro (caps. 9–14), Zacarías da un cuadro de Cristo en su rechazo, Segunda Venida en gloria y reino futuro. Todos estos mensajes, por supuesto, tenían el propósito de animar al pueblo a ponerse a trabajar y terminar el templo.

Tatnai el gobernador estaba en su derecho al preguntar respecto al programa de construcción, puesto que los materiales en parte venían del tesoro real. Tenemos su carta al nuevo gobernante, Darío, y en el capítulo 6 la respuesta del rey. El versículo 8 indica que el ministerio de los dos profetas entusiasmó al pueblo, porque la obra progresaba con rapidez. «Sesbasar» en el versículo 16 es Zorobabel. Los judíos sabían que estaban en lo correcto y sugirieron al gobernador que investigara en los archivos para hallar el decreto del rey. No es incorrecto que el pueblo de Dios reclame sus derechos como ciudadanos; véanse Hechos 16.35–40 y 22.25.

ESDRAS 6–10

I. Terminación del templo (6)

Darío llegó al trono en el 522 a.C.; y fue quien estableció el gran Imperio Persa al derrotar a Babilonia. (Este *no es* el Darío de Media mencionado en Daniel 5, 6 y 9.) Tuvo una actitud amistosa hacia sus súbditos y se inclinó amablemente hacia los judíos. En 6.3–5 tenemos un análisis detallado del decreto original de Ciro, mencionado en Esdras 1.1. A este decreto original Darío añadió el suyo (6.8–12): el gobernador debía ayudar a los judíos en su obra y ver que no haya oposición, y las provisiones debían darse del tesoro del rey. Por supuesto, Darío tenía un motivo fuerte para esta amabilidad: quería que los judíos oraran a Jehová por la salud del rey y por el bienestar de su familia.

El gobernador se dio prisa para obedecer el decreto. Hageo y Zacarías proveyeron el estímulo espiritual; el gobernador suplía las necesidades materiales; y así se terminó el trabajo. Los judíos dedicaron con gozo la casa del Señor, aun cuando el edificio no era tan grande ni tan glorioso como fue el templo de Salomón. Observaron la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura. Dios contestó la oración y convirtió el corazón del rey (véase Pr 21.1); la nación tenía de nuevo su templo. Entre los capítulos 6 y 7 hay un período de cincuenta y ocho años. El libro de Ester encaja aquí.

II. La venida de Esdras a Jerusalén (7–8)

El Artajerjes de 7.1 es «Artajerjes Longimano», quien gobernó a Persia desde el 465 hasta el 425 a.C. En su séptimo año le permitió a Esdras, el sacerdote escriba, que regresara a Jerusalén para ayudar al pueblo en sus necesidades espirituales. En los versículos 1–5 tenemos la genealogía de Esdras, prueba de que era sacerdote de la familia de Aarón. También era un dedicado estudiante de la ley, un escriba; véase Jeremías 8.8. Es evidente que Esdras pidió permiso al rey, dándose cuenta de que el remanente en la nación restaurada necesitaba con desesperación dirección espiritual. Le llevó a Esdras cuatro meses realizar el viaje de más de 1.500 km de Babilonia a Jerusalén. La buena mano de Dios estaba con él y prosperó; véanse Nehemías 1.10; 2.8, 18).

El rey decretó que cualquier judío podía ir con Esdras y regresar a la tierra. Estos judíos llevarían consigo una jugosa ofrenda voluntaria de Babilonia para ayudar en la obra del Señor. Darío también le dio a Esdras una «cuenta de gastos» (vv. 20–22) de alrededor de $100.000, a ser tomada del tesoro real. La tarea de Esdras era establecer el orden y la adoración religiosa en la tierra (vv. 25–26). La doxología de Esdras en 7.27–28 muestra cuán agradecido estaba al Señor por contestar su oración.

El capítulo 8 menciona los nombres de las familias y los hombres que acompañaron a Esdras en su peligroso viaje a Jerusalén. Era importante que los levitas fueran también, porque era su deber estudiar la Palabra y enseñarla al pueblo. Por desgracia, Esdras tuvo que «reclutar» a algunos de los levitas, porque no querían ir voluntariamente (vv. 15–20). Esdras proclamó ayuno, porque sabía que sólo Dios podía prosperar su viaje. El mismo testimonio de la nación estaba en juego; porque Esdras le dijo al rey que no necesitaría escolta militar, por cuanto el Señor los cuidaría. Su ayuno y oración, así como la respuesta de Dios, debe ahora motivarnos a una conducta similar (vv. 21–23). Esdras escogió a veintidós hombres piadosos para llevar los tesoros (vv. 24–30) y les advirtió que Dios les pediría cuentas cuando llegaran a Jerusalén. Qué hermoso cuadro de la mayordomía cristiana de hoy. Dios nos ha confiado los tesoros espirituales y en el tribunal de Cristo daremos cuenta de nuestra mayordomía. El grupo partió en abril de 458 y llegó a Jerusalén en julio, viajando un promedio de 11 km diarios. El pueblo depositó los tesoros y se halló que cada hombre fue fiel. Atendieron la advertencia de Esdras: «¡Vigilad y guardadlos!» (8.29).

III. La confesión de pecado (9)

En cuanto llegó un maestro de la Palabra, esta empezó a revelar el pecado (Heb 4.12). Esdras descubrió que los judíos se habían mezclado con sus vecinos y se habían casado con mujeres paganas. Véanse Deuteronomio 7, Éxodo 19.5–6 y Salmo 106.35. Esdras sintió tanto pesar al oír este informe, que públicamente rasgó sus vestidos en tristeza y arrepentimiento, y se sentó angustiado hasta la hora del sacrificio

de la tarde. El pueblo que conocía la Palabra de Dios empezó a temblar (v. 4; véase Is 66.1–2), temiendo lo que el Señor pudiera hacer a la débil nación.

La oración de confesión de Esdras puede compararse a la de Daniel (Dn 9) y a la de Nehemías (Neh 9). «Confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti», oró Esdras. Miraba a los pecados pasados de Israel (v. 7) y admitía que la nación merecía el cautiverio. Pero ahora el Señor había enviado liberación; habían sido restaurados por su gracia; y sin embargo la nación estaba de nuevo en pecado. El futuro del reino estaba en juego, como si estuvieran prendidos con alfileres, así de débil era el remanente restaurado de Israel. Dios les dio una muralla de protección (v. 9) y con gracia respondió sus oraciones. ¿Qué más podría decir Esdras? «No hemos aprendido nuestras lecciones», dijo, «porque Dios nos ha castigado por nuestros pecados y, sin embargo, ¡continuamos pecando!»

Es interesante notar que Daniel, Esdras y Nehemías confesaron el pecado nacional y suplicaron perdón. Aquí se aplica 2 Crónicas 7.14. No obstante, no era suficiente que oraran los líderes religiosos. Toda la nación debía enfrentar su pecado y arreglar las cosas con el Señor.

IV. La purificación de la nación (10)

Léase en Nehemías 8–13 los relatos paralelos del avivamiento religioso en Jerusalén. Dios contestó la oración de Esdras al tocar y convencer los corazones de las personas. Algunos de los hombres vinieron abiertamente y confesaron que se casaron con mujeres paganas y desobedecieron la ley de Dios. Ofrecieron hacer un pacto con Dios y despedir a sus mujeres paganas. ¡Qué gran avivamiento vendría a nuestras iglesias hoy si todo el pueblo de Dios se humillara delante del Señor, confesara sus pecados y obedeciera la Palabra!

El resultado fue una proclamación por toda la tierra, llamando al pueblo a congregarse en Jerusalén para arreglar este importante asunto. El que fuera culpable y no viniera, renunciaría a su lugar en la tierra. Fue el 20 de diciembre de 457 cuando la gran multitud se reunió, a pesar de la terrible lluvia que por lo general cae en esa temporada. Pero el pueblo temblaba no sólo por la lluvia, sino también por su temor al Señor. Esdras presentó un ultimátum al pueblo: confiesen sus pecados y sepárense de sus esposas. Esto es arrepentimiento y restitución, y ambas cosas deben ir juntas. El pueblo acordó obedecer, pero admitieron que el problema era demasiado grande y complicado como para resolverlo en un día. El pueblo sugirió que los gobernantes arreglaran primero sus casas (v. 14) y entonces, después de arreglar las cosas, ayudaran a Esdras en la tarea de purgar el pecado en la nación. El versículo 15 nos dice que sólo cuatro hombres «se opusieron» a esta sugerencia; el resto de los líderes lo aprobaron. No podemos esperar siempre el ciento por ciento de cooperación, especialmente en asuntos de disciplina.

Llevó desde diciembre hasta abril arreglar el problema. Los versículos 18–44 indican que diecisiete sacerdotes, diez levitas y ochenta y siete hombres fueron hallados culpables de casarse con mujeres paganas. Es espeluznante hallar a sacerdotes desobedeciendo a propósito a Dios, porque cuando los líderes espirituales se descarrían, ¿qué se puede esperar del resto del pueblo? Tan completa fue la investigación que hasta se descubrió a los niños paganos y se los expulsó. Por supuesto, nos damos cuenta de que los esposos y padres judíos hicieron provisión para el bienestar de las personas expulsadas, pero ya no vivirían más con ellas como esposos o padres. ¿Cuánto duró esta reforma? Alrededor de veinticinco años más tarde Nehemías enfrentó el mismo problema (Neh 13.23ss). Fue un pecado que se repitió y requirió que se repitiera la disciplina. Los siervos de Dios deben «vigilar y orar» para que la obra del Señor prospere.

Reconstruir el templo sin reformar a la gente hubiera sido necio. Fue más fácil para Esdras reconstruir el templo que traer a la nación pecadora de vuelta a Dios.

Nehemías

Bosquejo sugerido de Nehemías

I. Reparación de las murallas (1–6)
   - A. Preparación (1–2)
     1. Un líder interesado (1)
     2. Un rey cooperador (2.1–8)
     3. Un pueblo desafiado (2.9–20)
   - B. Cooperación: el pueblo trabaja (3)
   - C. Oposición (4.1–6.19)
     1. Ridículo (4.1–6)
     2. Fuerza (4.7–9)
     3. Desaliento (4.10)
     4. Temor (4.11–23)
     5. Egoísmo (5)
     6. Engaño (6.1–4)
     7. Calumnia (6.5–9)
     8. Amenazas (6.10–19)

II. Avivamiento del pueblo (7–13)
   - A. Se registra a los ciudadanos (7)
   - B. Se proclama la Palabra de Dios (8)
   - C. Se confiesa los pecados de la nación (9)
   - D. Se ratifica el santo pacto (10–12)
   - E. Se limpian los pecados de la nación (13)

En dondequiera que Dios quiere que se haga alguna obra, Él toma a personas dispuestas. Las murallas de Jerusalén estaban en ruinas; un pequeño remanente había regresado; y había mucho trabajo por hacer. En el 536 Zorobabel y Josué llevaron alrededor de 50.000 judíos de regreso y reconstruyeron (en el 516) el templo. En el 457 hubo un ligero avivamiento bajo Esdras, pero ahora era el 445 y Dios buscaba a alguien que fuera a la arruinada ciudad y restaurara la seguridad y el orden. Nehemías era esa persona. Nótense las actividades de Nehemías en estos tres capítulos.

I. Nehemías ora por la obra (1)

A. El informe (vv. 1–3).

Como copero del rey, Nehemías (un judío) ostentaba una posición muy elevada en la corte. Estaba muy cerca del rey y podía gozar de su confianza. Pero Nehemías no se había olvidado de su pueblo, porque anhelantemente le pidió a su hermano noticias de Jerusalén. Léanse Salmos 122 y 137.5–6. ¡Ojalá los santos de hoy tuvieran tanto interés en su Jerusalén celestial! Las noticias eran tristes: el remanente sufría vergüenza, las murallas estaban destrozadas y las puertas quemadas. Véase Salmo 79.1–4. En lugar de ser una ciudad de alabanza y gloria, era una de vergüenza y reproche.

B. La respuesta (v. 4).

Nehemías de inmediato se preocupó por su ciudad. El hecho de que estuviera a más de 1.120 km de distancia no hacía diferencia; tampoco importó que disfrutara de lujo y prestigio en el palacio del rey. No dijo: «¡La suerte de la ciudad no es culpa mía!» De inmediato su corazón fue tocado y quería hacer algo para salvar a su ciudad. Durante cuatro meses (de diciembre a abril; véanse 1.1 y 2.1) lloró y oró. Véanse Daniel 9 y Esdras 9.

C. La petición (vv. 5–11).

Este libro muestra que Nehemías era un hombre de oración (1.4–11; 2.4; 4.4, 9; 5.19; 6.9, 14; 13.14, 22, 29, 31). El libro empieza y concluye con una oración. El versículo 6 nos dice que oraba día y noche, debido al peso que sentía por la ciudad. Nótese que Nehemías confesó sus pecados y los de su pueblo. También le recordó al Señor las promesas de su gracia (vv. 8–9) y luego se ofreció a ser el siervo de Dios para hacer algo respecto a la afligida Jerusalén. «Aquí estoy, Señor, envíame a mí». En el versículo 11 vemos que tiene fe para pedirle a Dios siervos, otros judíos que le ayuden en la tarea.

II. Nehemías hace preparativos para la obra (2)

Cuatro meses pasaron durante los cuales Nehemías esperó el tiempo de Dios para hablarle al rey. «El que creyere, no se apresure», dice Isaías 28.16. En verdad, la fe y la paciencia van juntas (Heb 6.12). Pero Nehemías tenía un plan en mente, que Dios le dio, y sabía exactamente qué hacer cuando llegara la hora precisa. Cuán similar al Señor Jesucristo (Jn 6.5–6).

A. Nehemías y el rey (vv. 1–8).

Nadie debía aparecer ante el rey triste ni con malas noticias (Est 4.1–2), pero el peso en el corazón de Nehemías se revelaba en su semblante. Era hombre con tristeza y el rey lo notó. Si no hubiera sido por la providencia de Dios, esta tristeza hubiera sido causa de muerte. Antes de presentarle a Artajerjes su carga, Nehemías rápidamente acude al trono de la gracia en oración; luego le dijo al rey lo que tenía en el corazón. Sabía que Dios abriría el camino (Pr 21.1). Con tanta perfección elaboró Nehemías su plan, que pudo darle al rey un itinerario, horario (v. 6) y una lista de los materiales que necesitaría para la tarea (vv. 7–8). ¡La poderosa mano de Dios (1.10) y la mano benéfica (2.8) hicieron lo imposible!

B. Nehemías y las ruinas (vv. 9–16).

Nehemías demoró tres meses para arribar a la ciudad y lo hizo como gobernador, no como siervo. Hombre de paciencia, Nehemías esperó tres días antes de dar cualquier paso. Los enemigos vigilaban y Nehemías tenía que ser sabio y cauto. Más adelante descubrió que algunos de los nobles de Judá eran aliados de Tobías, el enemigo de los judíos (6.17–19). Por la noche investigó la situación, guardando para sí su opinión. Estaba despierto cuando los demás dormían y preocupado cuando los demás estaban despreocupados. Vio más de la situación por la noche de lo que otros podían ver a la luz.

C. Nehemías y los judíos (vv. 17–20).

Nehemías no creía en el ministerio de un solo hombre; desafió a los líderes del remanente a que trabajaran junto con él (no *para* él) en la reparación de las murallas. ¿El motivo? «No estemos más en oprobio». Le preocupaba la gloria de Dios y el bien de la nación. Nehemías les mostró la necesidad, delineó la tarea y les aseguró la bendición de Dios. De inmediato surgió la oposición (como siempre ocurre), pero Nehemías sabía que la mano de Dios estaba sobre él y su trabajo.

III. Nehemías prospera en la obra (3)

A. El modelo.

La obra se organizó y dirigió con los líderes espirituales a la cabeza (v. 1) y el pueblo cooperando. Dios vio a cada trabajador y anotó su nombre en el libro. Cada uno tenía un área específica de responsabilidad. Nadie podía hacerlo todo, pero cada uno podía hacer algo. Por supuesto, nunca se puede tener ciento por ciento de cooperación; en el versículo 5 hallamos a algunos de los nobles rehusando participar. Hubo cuarenta y dos grupos de trabajadores.

B. El pueblo.

Qué variedad de trabajadores: sacerdotes (v. 1), gobernantes (vv. 12–19), mujeres (v. 12), artesanos (vv. 8, 32) e incluso judíos de otras ciudades (vv. 2, 5, 7). Nótese que algunos estaban dispuestos a hacer trabajo extra (vv. 11, 19, 21, 24, 27, 30). Otros hicieron su trabajo en casa (vv. 10, 23, 28–30) y es allí donde debe empezar el servicio cristiano. Hubo trabajadores que fueron los únicos en su familia (v. 30) y algunos tuvieron más celo que otros (v. 20). Compare el versículo 11 con Esdras 10.31 y verá que incluso algunos de los descarriados se unieron en la obra.

C. Los lugares.

Hay una lección espiritual definida en cada una de las puertas. La *puerta de las Ovejas* (v. 1) nos recuerda el sacrificio de Cristo en la cruz (Jn 10). Esta fue la primera puerta que se reparó, porque sin sacrificio no hay salvación. Nótese que la puerta de las Ovejas no tenía

cerraduras ni barras, porque la puerta de la salvación siempre está abierta para el pecador. Esta es la única puerta santificada, separada como una puerta especial. La *puerta del Pescado* (v. 3) nos recuerda ganar almas, de ser «pescadores de hombres» (Mc 1.17). La *puerta Vieja* (v. 6) nos habla de las sendas antiguas y de las antiguas verdades de la Palabra de Dios (Jer 6.16 y 18.15). La gente del mundo está siempre buscando «algo nuevo» (Hch 17.21) y rehúsan volver a las verdades básicas que son las que en realidad dan resultados. La *puerta del Valle* (v. 13) nos recuerda la humildad delante del Señor. En Filipenses 2 vemos a Cristo descendiendo de la gloria del cielo al valle de la limitación humana e incluso hasta la muerte. No disfrutamos del valle, pero a menudo Dios tiene que llevarnos allí para dar bendición a nuestras vidas.

El versículo 14 señala la *puerta del Muladar*. Es evidente que esta es la puerta por la cual se sacaban los desperdicios y desechos de la ciudad. ¡Imagínese qué difícil debe haber sido reparar la puerta en tal lugar! Sin duda esto nos habla de la limpieza de nuestras vidas (2 Co 7.1; Is 1.16–17). Más tarde algunos judíos se quejaron respecto a la basura; véase 4.10. La *puerta de la Fuente* (v. 15) ilustra el ministerio del Espíritu Santo; véase Juan 7.37–39. Es interesante notar el orden de estas puertas: primero hay humildad (puerta del Valle), luego limpieza (puerta del Muladar) y luego plenitud del Espíritu Santo (puerta de la Fuente). La *puerta de las Aguas* (v. 26) habla de la Palabra de Dios, que limpia al creyente (Ef 5.26; Sal 119.9). Nótese que esta es la séptima puerta mencionada y siete en la Biblia es el número de perfección: la perfecta Palabra de Dios. ¡Nótese también que esta puerta no necesitaba reparaciones! «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos» (Sal 119.89).

La *puerta de los Caballos* (v. 28) da la idea de guerra. Sin duda hay batallas en la vida cristiana y debemos estar listos para luchar. Véase 2 Timoteo 2.1–4. La *puerta Oriental* (v. 29) nos hace pensar en la Segunda Venida de Cristo (Mt 24.27). En Ezequiel 10.16–22 el profeta vio que la gloria de Dios salía del templo por esta puerta; véase también 11.22–25. Pero más tarde (43.1–5) vio que la gloria de Dios regresaba «del oriente».

La *puerta del Juicio* (v. 31) habla del juicio de Dios. La palabra hebrea *mifkad* significa «designación, cuentas, censo, revista». Da la idea de las tropas listas para inspección. Sin duda Dios va a llamar a todas las almas a juicio un día.

Al examinar estas puertas y su orden se puede ver la sugerencia del cuadro completo de la vida cristiana, desde la puerta de las Ovejas (salvación) hasta el juicio final. ¡Alabado sea Dios porque el cristiano nunca enfrentará el juicio por sus pecados! Véanse Juan 5.24, Romanos 8.1–2.

NEHEMÍAS 4–7

Cada vez que el pueblo de Dios empiece a hacer la obra de Dios habrá oposición. Un obrero de fe y propósito débil capitulará, pero una persona resuelta y confiada vencerá la oposición y terminará el trabajo. Nehemías era tal persona. Nótese en estos capítulos la oposición que enfrentó (dentro y fuera de la ciudad) y las victorias que ganó.

I. Ridículo (4.1–6)

El pueblo de Dios siempre tiene enemigos. En este caso fueron Sambalat, un oficial del gobierno en Samaria, Tobías amonita y Gesem el árabe, también llamado Gasmu (6.1, 6). Estos tres perversos hombres no eran israelitas; es más, los amonitas eran definitivamente enemigos de los judíos (Dt 23.3–4). La primer arma que usaron fue ridiculizarlos; se mofaron de los «débiles judíos» ante los líderes de Samaria. Satanás es el burlador (Lc 22.63; 23.35–37). El ridículo es una artimaña usada por gente ignorante llena de celos. Se burlaron del pueblo («débiles judíos»), del plan («¿Acabarán en un día?») y de los materiales («piedras que fueron quemadas»). ¿Cómo les respondió Nehemías? ¡Oró a Dios! Su preocupación sólo era la gloria de Dios y el testimonio de la nación, de modo que no lea venganza personal en su oración (véase Sal 129.19–24). Nótese que el pueblo seguía trabajando mientras oraba, porque la oración no sustituye el trabajo. A Satanás le hubiera encantado ver a Nehemías dejar la muralla y enredarse en una disputa con Sambalat, pero Nehemías no cayó en la trampa de Satanás. Nunca permita que el ridículo le haga dejar su ministerio; «lléveselo al Señor en oración» y continúe trabajando.

II. Fuerza (4.7–9)

Lo que Satanás no puede conseguir mediante el engaño lo hace por la fuerza. ¡Qué confederación de pueblos tenemos en el versículo 7! Y todos conspiraron contra los judíos. Es asombroso cómo el diablo parece nunca carecer de mano de obra. En 2.10 tenemos dos enemigos; tres en 2.19 y una multitud entera en 4.7. Pero «si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» ¿Cómo enfrentó Nehemías este nuevo ataque? Oró y estableció vigilantes. «¡Velad y orad!» es una admonición repetida en el NT; véanse Marcos 13.33 (el mundo), Marcos 14.38 (la carne) y Efesios 6.18 (el diablo). Nótese que Nehemías no dependía sólo de la oración; también puso una guardia.

III. Desaliento (4.10)

La batalla pasa ahora de fuera hacia dentro de la ciudad. Satanás siguió la misma táctica en Hechos 5–6 cuando usó a Ananías y a Safira y a las viudas quejosas dentro de la comunidad de la iglesia. También usó a Judas dentro de las filas de los apóstoles. Cuán desanimados estaban los trabajadores, con todos los escombros en la ciudad y el peligro acechando afuera. ¿Por qué se quejó la tribu de Judá? Tal vez porque secretamente estaban aliados a Sambalat (6.17). Nótese en 13.15 la desobediencia de Judá a la ley de Dios. Cuando dijeron: «¡No podemos!» (v. 10), en realidad estaban de acuerdo con el enemigo (4.2). El desaliento y la queja se esparcen rápidamente y estorban la obra de Dios. No leemos que Nehemías le haya puesto mucha atención a su queja; continuó trabajando, vigilando y orando.

IV. Temor (4.11–23)

El temor y la fe nunca pueden permanecer en el mismo corazón. En el versículo 11 tenemos un rumor que el enemigo empezó de que sus ejércitos invadirían de súbito a Jerusalén. Los judíos que vivían fuera de la ciudad oyeron este informe y lo llevaron diez veces a Nehemías. Cuán persistente puede ser Satanás y sus trabajadores. Al final, Nehemías estableció la guardia en las murallas y animó al pueblo a que no temiera. Note que el trabajo se detuvo desde el versículo 13 hasta el versículo 15; exactamente lo que quería el enemigo. Nehemías vio la necedad de este plan, de modo que puso a los obreros de nuevo a trabajar, con un arma en una mano y una herramienta en la otra. También puso una guardia especial con trompetas (vv. 19–20), pero no permitió que se detuviera la obra. Estos judíos son maravillosos ejemplos de lo que el obrero cristiano debe hacer: tenían su mente en la obra (4.6), un corazón para orar (4.9), un ojo para vigilar (4.9) y un oído para oír (4.20).

V. Egoísmo (5)

Este es un capítulo triste, porque en él vemos a los judíos egoístamente oprimiéndose los unos a los otros. En este capítulo no aparece ninguna construcción. Había grandes cargas económicas que pesaban sobre los judíos, no sólo por la hambruna (Hag 1.7–11), sino también por los impuestos y tributos. Los judíos eran víctimas de sus conciudadanos mediante hipotecas y servidumbre. ¿Cómo actuó Nehemías en esta crisis? Primero, se enojó (v. 6) debido a que su pueblo era tan reincidente en lo espiritual al punto de robarse los unos a los otros. Vio esto, no como un problema económico, sino espiritual. Consultó con su corazón (v. 7) y sin duda oró al Señor por sabiduría. Luego reprendió al pueblo (vv. 7–11), recordándoles la bondad de Dios para su nación. «Dios nos ha libertado», argumentó; «¿volveréis a esclavizaros unos a otros de nuevo?» Apeló a la ley del AT al ordenarles que devolvieran sus ganancias ilícitas (Éx 22.25). ¡Cómo debe haberse gozado el enemigo al ver a los judíos robándose los unos a los otros (v. 9)! Note que Nehemías apeló también a su buen ejemplo como líder (v. 10). El pueblo prometió obedecer la Palabra … ¡y lo hicieron!

VI. Engaño (6.1–4)

El pueblo volvió a la obra y también el enemigo. Esta vez Sambalat y sus hombres dirigieron sus ataques contra Nehemías, el líder. Muchos en el pueblo de Dios nunca se percatan aquí en la tierra de las tentaciones y pruebas especiales que enfrentan los siervos de Dios día tras día. El liderazgo espiritual es costoso. Sambalat invitó a Nehemías a una reunión amistosa en el campo de Ono y Nehemías rehusó. Los siervos que Dios ha separado no se atreven a «andar en el camino de pecadores» (Sal 1.1). Tenga cuidado con las sonrisas del enemigo, porque Satanás es más peligroso cuando aparece como su amigo que en cualquier otro momento. Cuatro invitaciones vinieron (v. 4) y Nehemías las rehusó todas. «Yo hago una gran obra, y no puedo ir». Siga en la obra cuando Satanás le invita a dejarla y Dios lo bendecirá.

VII. Calumnia (6.5–9)

La quinta vez que vino el mensajero trajo una «carta abierta» llena de acusaciones difamatorias contra Nehemías y su pueblo. «Se dice» es una de las principales armas del diablo. «Dicen» o «he oído» son frases que por lo general preceden chismes y mentiras. ¿Quiénes «dicen»? Nehemías detectó la artimaña y de inmediato puso al descubierto las mentiras de la llamada «carta abierta». Su vida y carácter refutaban cada mentira de la carta. En los versículos 1–4 el enemigo ofreció trabajar con los judíos; aquí, en los versículos 5–9, el enemigo quería difamar el nombre de Nehemías. Nótese cómo Nehemías de nuevo le pidió a Dios que anulara el asunto (v. 9). Los siervos de Dios no pueden impedir que la gente hable de ellos, pero sí pueden cuidar la clase de carácter y testimonio que tienen. Si Nehemías hubiera detenido la obra para defender su reputación, las murallas nunca se hubieran construido.

VIII. Amenazas (6.10–14)

Semaías se encerró en su casa, al parecer temeroso del enemigo, pero en realidad trabajaba para este. ¿Por qué no ayudaba a los judíos a construir la muralla? Vale la pena ser cautelosos con los llamados cristianos que siempre aconsejan, pero que nunca hacen ningún trabajo para Cristo. Pablo advirtió respecto a los falsos hermanos (2 Co 11.26). Semaías le mintió a Nehemías y trató de asustarlo para que acudiera al enemigo en busca de seguridad. Pero Nehemías vio la artimaña y abiertamente refutó las mentiras de Semaías. Otra vez oró pidiendo la ayuda de Dios y enseguida volvió a la obra.

Las murallas quedaron terminadas en cincuenta y dos días. Y el pueblo trabajó durante la temporada de más calor del año. Dios fue glorificado, el enemigo quedó avergonzado (v. 16), pero los judíos comprometidos aún trataban de lograr que Nehemías aceptara a Tobías. Qué carga deben haber sido estos nobles de Judá para el consagrado y valeroso Nehemías. La obra finalizó. ¡La gloria sea para Dios!

NEHEMÍAS 8–13

Las murallas se terminaron el día veinticinco del sexto mes (6.15). Esta segunda mitad del libro empieza en el primer día del séptimo mes (8.2) y el énfasis recae en el pueblo de la ciudad y su dedicación a Dios. La construcción material finalizó. Era tiempo de empezar a edificar espiritualmente al pueblo.

I. Proclamación de la Palabra (8–10)

Esdras regresó a Jerusalén para ayudar a Nehemías en la dedicación de las murallas y para santificar al pueblo. No confunda esta escena con la de Esdras 3. Es significativo que se reunieron en la puerta de las Aguas, puesto que esta simboliza la Palabra de Dios (3.26). El pueblo tenía apetito por la Palabra, porque le pidieron a Esdras que trajera el libro y predicara. El primer día del séptimo mes marcaba la Fiesta de las Trompetas; el décimo sería el Día de la Expiación; y del quince al veintidós, la Fiesta de los Tabernáculos (véase Lv 23.23–44). Esdras leyó la Palabra y la explicó durante varias horas, ayudado por los levitas. El versículo 8 describe una perfecta reunión de la iglesia: todo el pueblo se reunió para escuchar, se exaltó la Palabra, el predicador leyó y explicó la Palabra para que la gente pudiera entenderla. El pueblo lloraba al oír la Palabra, aplastados, sin duda dolidos por sus pecados. Pero este debía ser de regocijo. ¡Debían llorar en el Día de la Expiación! Esdras les ordenó que festejaran y se alegraran; véase Eclesiastés 3.4.

Al siguiente día los líderes se reunieron con Esdras y descubrieron la ley respecto a la Fiesta de los Tabernáculos. Proclamaron esta ley por toda la tierra y conforme el pueblo obedeció «hubo alegría muy grande» (v. 17). Hay gozo al oír la Palabra, pero más gozo al obedecerla. El resultado de esta «conferencia bíblica» (celebrada diariamente durante una semana, v. 18) fue una gran convocación de personas convictas en el día veinticuatro del mes. Esdras y los levitas enseñaban tres horas la Palabra y luego guiaban al pueblo en confesión y oración otras tres horas y así todo el día. La oración en el capítulo 9 es un resumen espiritual de la historia de los judíos del AT: la creación (v. 6), el llamado de Abraham (vv. 7–8), el éxodo (vv. 9–14), las experiencias de la nación en el desierto (vv. 15–23), la conquista de la tierra (vv. 24–25), el período de los jueces (vv. 26–29), el período de los profetas hasta el cautiverio (vv. 30–31). «Ahora pues» (v. 32) nos trae al día de Esdras y a la necesidad de la nación de arrepentirse y confesar sus pecados. Note en el versículo 36 que los judíos admiten que las «profecías de liberación» de Isaías y Jeremías no se aplicaban a su regreso del cautiverio. Se aplicarán en una fecha futura cuando Dios reúna a Israel de nuevo en Palestina. Decir que las promesas del AT se cumplieron cuando Israel regresó del exilio y que ahora se cumplen «en la Iglesia» es tergiversar las Escrituras.

El capítulo 10 nos da los nombres de los valientes y consagrados que entraron en pacto con Dios aquel día. Es difícil que se dieran cuenta de que sus nombres quedarían anotados eternamente en la Palabra. En los versículos 28–39 vemos al pueblo aplicando la Palabra a sus vidas diarias. Una cosa es orar y firmar un pacto, y otra muy diferente separarse del mal, enderezar nuestros hogares (vv. 28–30), honrar los mandamientos (v. 31), contribuir para la casa de Dios (vv. 32–33) y servir a Dios con los diezmos y ofrendas (vv. 34–39). Demasiadas «conferencias bíblicas» terminan con la gente emocionada y bendecida, pero sin que obedezcan lo que han oído.

II. Dedicación de las murallas (11–12)

Nehemías regresa ahora al relato de las murallas que interrumpió para referirse a la obra espiritual bajo Esdras. Todo el pasaje de 7.5 a 10.39 ha sido como un paréntesis. Los sucesos en Nehemías no se mencionan en el orden exacto. Era necesario llevar a los judíos a vivir en la ciudad para el bien de esta y para la gloria de Dios. Esto, por supuesto, exigía fe. Los líderes vivían en la ciudad, pero ahora querían que los ciudadanos se les unieran, de modo que echaron suertes y mudaron a uno de cada diez adentro de la ciudad. El versículo 2 indica que también hubo voluntarios. Los mencionados en los versículos 3–19 suman un total de 3.044. Si esto representa un diez por ciento de la población de varones, podemos ver cuán pequeño era el remanente que estaba en la tierra. Nótese la mención de los cantores (vv. 22–23). Los judíos no tuvieron canto durante los años de exilio (Sal 137), pero ahora tenían el gozo del Señor como su fortaleza.

La dedicación real de las murallas se describe en 12.27–47. Esdras y Nehemías dividieron al pueblo en dos grandes grupos, uno dirigido por Esdras y el otro siguiendo a Nehemías (véanse vv. 31, 36, 38). Quizás empezaron en la puerta del Valle. Esdras guió a su grupo hacia el lado oriental de la ciudad, luego al norte al área del templo. Nehemías y su grupo fueron derecho hacia el norte y luego hacia el este, reuniéndose con el otro grupo en el área del templo. Fue un recordatorio, tal vez, de cuando Israel marchó alrededor de Jericó y ganó una gran victoria. También fue una oportunidad de agradecer públicamente al Señor testificando por el trabajo terminado. El versículo 43 indica que el gozo de la ciudad se oyó a kilómetros a la redonda. ¡Qué día de dedicación! Cuando el pueblo consagrado se une con gozo para dedicar la obra de Dios, siempre experimentará la bendición de Él.

III. Condenación de los malos (13)

Por 13.6 y 7.2 nos enteramos de que Nehemías regresó a Babilonia por un tiempo, dejando la gobernación de la ciudad en manos de su hermano. Al regresar descubrió que el pueblo había vuelto a caer en sus viejas andadas. Los versículos 1–3 hablan de un limpiamiento que ocurrió el mismo día de la dedicación, cuando separaron de las familias las esposas paganas; véase Deuteronomio 23.1–5. Años antes Esdras enfrentó el mismo problema (Esd 10). El pecado siempre halla la manera de repetirse. Cuando Nehemías regresó a Jerusalén, halló que los hombres judíos habían repetido este pecado (vv. 23–31). Es más, incluso los sacerdotes pecaron de esta manera. Fue necesario que este valeroso líder enfrentara sinceramente el pecado y lo juzgara.

Empezó por la casa de Dios, en donde descubrió (v. 4) que el sumo sacerdote estaba emparentado con Tobías, el enemigo de los judíos (véanse 6.18 y 13.28). Es triste cuando los siervos de Dios hacen componendas con los enemigos de Dios. El sacerdote incluso le dio a Tobías un aposento en el templo y provisiones del tesoro del templo, provisiones que en realidad pertenecían a los sacerdotes y levitas. Nehemías no perdió tiempo para arrojar fuera a Tobías y sus pertenencias, y santificar la cámara del templo para su uso apropiado.

Otro pecado fue que el pueblo no sostenía a sus líderes espirituales, los sacerdotes y levitas. Malaquías tuvo algo que decir al respecto; léase Malaquías 3. Nehemías reprendió al pueblo y estableció un sistema confiable para que lo siguieran los sacerdotes. Nótese cómo pide la ayuda de Dios en todo su ministerio (v. 14).

La desobediencia del *sabat* era otro problema. Los trabajadores se contrataban en el *sabat* (v. 15) y los comerciantes vendían en el *sabat* (v. 16). Aun cuando no creemos que el Día del Señor de hoy es lo mismo que el *sabat* judío, sí opinamos que el pueblo de Dios debe separar el día del Señor y usarlo para glorificarlo. Nuestro sistema económico exige que algunas personas trabajen el domingo, pero es mucho mejor para los trabajadores y para la nación si se les permite honrar el día del Señor. Sin duda, ningún cristiano debe usar el domingo como día de hacer compras ni de hacer algún trabajo que puede esperar. Nehemías reprochó a los judíos que deshonraban el *sabat* y cerró las puertas de la ciudad a los vendedores ese día. Véase Jeremías 17.21–27 con referencia al versículo 18.

Pero nótese que incluso los levitas eran culpables de profanar el *sabat* (v. 22). Léase Malaquías 1–2 y se verá que el sacerdocio había caído en pecados vergonzosos. A menos que los líderes del pueblo de Dios den el ejemplo, el pueblo no obedecerá prestamente a Dios. Por supuesto, tal vez el fracaso del pueblo para sostener el templo (vv. 10–13) obligó a los levitas a trabajar en el *sabat* para poder sobrevivir.

El libro cierra con tres oraciones (vv. 22, 29, 31). Nehemías había hecho su trabajo, pero sólo Dios puede bendecirlo y mantenerlo en marcha. Nehemías un día moriría y el pueblo se olvidaría de él. ¡Pero Dios jamás lo olvidaría!

Ester

Bosquejo sugerido de Ester

I. La selección de Ester (1–2)
   - A. El rey pierde a Vasti (1)
   - B. El rey escoge a Ester (2)

II. Amán es desenmascarado (3–7)
   - A. El perverso complot de Amán (3)
   - B. La gran preocupación de Mardoqueo (4)
   - C. La valiente intercesión de Ester (5–7)

III. La protección de Israel (8–10)
   - A. El nuevo decreto del rey (8)
   - B. La nueva victoria de los judíos (9)
   - C. El nuevo honor de Mardoqueo (10)

Notas preliminares a Ester

I. El libro

Los sucesos que aparecen en Ester ocurren entre Esdras 6 y 7. El «tercer año de Asuero» (1.3) sería el 483 a.C. «Asuero» es el título del gobernante persa, así como Faraón era el del gobernante egipcio. El libro no menciona en ninguna parte el nombre de Dios, aun cuando el nombre del rey se menciona veintinueve veces. Los rabíes judíos han encontrado el nombre «Jehová» escondido por lo menos en cinco

versículos diferentes del hebreo original (1.20; 5.4, 13; 7.5, 7). Aun cuando no se menciona el nombre de Jehová, en cada capítulo del libro se ve que rige su providencia. «Ester» significa «estrella»; «Hadasa», su nombre judío, significa «mirto» (2.7).

II. El tema

Ester cuenta cómo la nación judía fue rescatada de la extinción. Explica el origen de una de las celebraciones más festivas de Israel, la Fiesta de Purim. La palabra «Purim» significa «suerte» y se refiere al acto de Amán al echar suertes para determinar el día de la matanza de los judíos (9.26–31; 3.7). Purim se celebra el catorce y el quince del último mes del calendario judío (nuestro febrero-marzo). Por lo general la precede un ayuno el día trece, en memoria del ayuno de Ester (4.16). Esa noche se lee públicamente en la sinagoga el libro de Ester. Cada vez que se lee el nombre de Amán, los judíos golpean con el pie el piso, sisean y exclaman: «¡Que se borre su nombre!» Al día siguiente se reúnen de nuevo en la sinagoga para orar y leer la ley. El resto del día y el día siguiente se dedican a regocijarse grandemente, festejar y darse regalos. No hay autorización en el AT para esta fiesta, pero los judíos la han venido observando por siglos.

III. Una lección espiritual

En Ester vemos otra vez el odio de Satanás hacia los judíos. Si Amán hubiera tenido éxito en su complot, ¡la nación judía hubiera sido exterminada! Piense lo que esto hubiera significado en el pacto de la gracia de Dios con Abraham. Como Amán, cualquier hombre o nación que ha tratado de exterminar a los judíos ha fracasado. Véase Génesis 12.1–3. Desde que Dios declaró la guerra a Satanás (Gn 3.15), este y su simiente han estado luchando contra Cristo y su simiente: Caín mató a Abel; Faraón trató de ahogar a los judíos; Amán conspiró para destruir a Israel; Herodes trató de asesinar a Cristo. Tenemos aquí una ilustración de la guerra entre la carne y el Espíritu (Gl 5.16–23). Amán era descendiente de los amalecitas, los archienemigos de los judíos (compárese Esd 3.1 con Dt 25.17–19; Éx 17.8–16 y I S 15). Amalec simboliza la carne y Amán, siendo de aquella familia, es un cuadro de la hostilidad de la carne contra el Espíritu, así como de los hijos de Satanás contra los hijos de Dios.

IV. La providencia de Dios

En ninguna parte de este libro se menciona el nombre de Dios, ¡pero la mano de Dios no falta en ninguna parte! Él está «de pie en algún punto de las sombras» rigiendo y controlando todo. Al estudiar este libro note las siguiente evidencias de las obras providenciales de Dios: (1) que se seleccione a Ester como reina por sobre las otras candidatas, 2.15–18; (2) que Mardoqueo descubra el complot para asesinar al rey, 2.21–23; (3) que el acto de echar suerte respecto al día para destruir a los judíos diera como resultado una fecha lejana en el año, dándoles tiempo a Mardoqueo y a Ester para que actuaran, 3.7–15; (4) que el rey diera la bienvenida a Ester después de ignorarla por un mes, 5.2; (5) la paciencia del rey con Ester al permitirle celebrar otro banquete, 5.8; (6) el insomnio del rey que sacó a la luz la buena obra de Mardoqueo, 6.1ss; (7) lo que parecía ser un olvido del rey en 6.10–14, que le llevó a honrar a uno de los judíos que había acordado matar; (8) la profunda preocupación del rey por el bienestar de Ester, cuando tenía un harem donde escoger, 7.5ss.

V. Las fechas

El rey en el libro de Ester es Xerxes, o Jerjes, hijo de Darío I, Darío el Grande. Gobernó el Imperio Persa desde el 486 hasta el 465 a.C. Vasti fue destronada en el tercer año de su reinado (1.3), que sería el 483 a.C. La historia nos dice que Jerjes celebró una gran fiesta para sus príncipes en ese año, en preparación para su invasión a Grecia. La campaña duró hasta el año 479 y fue un desastre. Fue quizás su vergüenza y derrota lo que llevó a Jerjes a desear no haber depuesto a Vasti. Ester fue hecha reina en el séptimo año de su reinado (2.16), el año 479. Fue en el duodécimo año de su reinado que se fraguó el complot de Amán (3.7), el año 474; de modo que Ester fue reina alrededor de cinco años cuando Amán se puso a obrar. Jerjes fue asesinado en el 465.

VI. Ester y Proverbios

Hay un interesante paralelo entre algunos de los versículos en Proverbios y los sucesos en Ester. Analícense estas referencias: Proverbios 16.33 con Ester 3.7; Proverbios 16.18 con Ester 5.9–14; Proverbios 11.8 con Ester 7.10; Proverbios 21.2 con Ester 5.1–4.

VII. Amán y el anticristo

Muchos eruditos bíblicos ven en el perverso Amán un cuadro del futuro anticristo que perseguirá a los judíos y procurará destruirlos. La frase: «este malvado Amán» en 7.6 suma 666 en el original hebreo y este es el número de la Bestia (Ap 13.18). Amán tramó sus asesinatos en secreto, mientras daba abiertamente la apariencia de ser amigo de los judíos; el anticristo hará un pacto con Israel de siete años, pero lo romperá después de la mitad de ese tiempo. Amán poseía tremendo poder, que el rey le había dado; la Bestia poseerá gran poder, dado por Satanás. El orgullo de Amán era obvio, porque quería que todos los hombres se postraran ante él; la Bestia hará que todos los hombres le adoren a ella y a su imagen. Amán detestaba a los judíos y el anticristo aborrecerá a los judíos. Pero Amán estaba condenado, aun cuando por un tiempo parecía tener poder. La obra maestra de Satanás, la Bestia, parecerá ser indestructible, pero Cristo destruirá a ella y a sus seguidores.

VII. El valor de Ester

Algunos han criticado a Ester por lo que parece ser una falta de interés por la suerte de los judíos. Es cierto que cuando Mardoqueo empezó a ayunar y a lamentar, Ester trató de hacerle cambiar de opinión (4.1–4). Pero debemos tener presente que Ester estaba más bien aislada de los asuntos reales de la corte y hacía un mes que no iba ante el rey. Una vez que ella se enteró de las noticias del peligro que se cernía, estuvo dispuesta a cooperar con Mardoqueo. Sin duda, tomaba su vida en sus manos, porque Jerjes era una criatura de caprichos y podía matarla tan fácilmente como depuso a Vasti. Aun cuando al principio Ester no mostró la misma fe en el pacto de Dios que mostró Mardoqueo, a medida que los sucesos se desarrollaron resultó ser una mujer valiente con gran fe en Dios. Es interesante notar que mientras Ester estuvo alejada de Mardoqueo, todo les fue mal a los judíos, pero cuando ella empezó a obedecer la palabra de Mardoqueo, todo resultó en bien para los judíos.

ESTER 1–4

Estos cuatro primeros capítulos del libro nos presentan a los cuatro principales personajes del drama.

I. El rey Asuero (1)

Como ya se mencionó antes, «Asuero» era el título del gobernante persa; su nombre de pila era Jerjes y gobernó del 486 al 465 a.C. La historia nos dice que fue un gobernante impulsivo y lo podemos ver en el libro de Ester. ¡Nótese con cuánta rapidez el rey le dio gran auto-

ridad a Amán y luego se olvidó de lo que incluía su decreto! Nótese también cuán impulsivamente depuso a su amada esposa y luego lo lamentó.

A. El banquete (vv. 1–12).

Este asunto real tenía el propósito de conferenciar con sus jefes y líderes en preparación para su guerra contra Grecia. Jerjes había sofocado una rebelión en Egipto y se sentía confiado de que podía conquistar a los griegos. La reunión duró ciento ochenta días; el enorme banquete se celebró al final de tal período. Era el tercer año de Jerjes, o el 483 a.C. Los medos y persas estaban en el poder tal como Daniel lo profetizó (Dn 2.36ss). La fiesta duró siete días (v. 5) en el hermoso jardín del rey. Por supuesto, hubo licores y cada invitado podía beber todo lo que quisiera. Las mujeres, según la costumbre persa, tenían un banquete separado. Ansioso de complacer a sus invitados, Jerjes le pidió a la reina que viniera al banquete de los hombres, pero Vasti se negó. (El nombre «Vasti» quiere decir «mujer hermosa».) Vasti sabía que el rey y sus invitados estaban bajo la influencia del vino y que el salón del banquete no era lugar para una mujer, especialmente una reina.

B. La destitución (vv. 13–22).

El rey quedó estupefacto por la negativa pública de Vasti a obedecer sus caprichos. Acudió a sus sabios en busca de consejo. (Usted notará en este libro que Jerjes da oídos a los consejos de muchas personas. La historia nos dice que fue un «títere» y muchos jefes tiraban de las cuerdas.) Los sabios le aconsejaron que depusiera a Vasti y la hiciera ejemplo público para toda la nación. El «sistema postal» persa era tal vez el mejor del mundo antiguo. Operaba en forma algo similar al «expreso de caballos», con caballos y jinetes frescos esperando en varios puntos a través de la ruta. El rey esperaba que su decreto fortalecería los hogares en la tierra. Si lo logró o no, nadie lo sabe. Sabemos que más tarde lamentó su decisión.

II. La reina Ester (2)

Entre los capítulos 1 y 2 han pasado cuatro años, durante los cuales Jerjes se embarcó en su desastrosa campaña griega (481–479). Regresó a casa como un hombre amargado y era muy natural que buscara algún consuelo en su hogar. Pero entonces recordó que Vasti había sido destronada y que estaba sin reina. Por supuesto, tenía muchas mujeres disponibles en su harem, pero echaba de menos a su hermosa reina. Los asesores le aconsejaron que buscara otra. (Si Vasti hubiera regresado al trono, tal vez hubiera castigado a los asesores de su esposo.) Así empezó la gran búsqueda para la reina ideal y aquí es donde Ester entra en escena.

Ester y Mardoqueo era primos; Mardoqueo la había criado como su hija. Mardoqueo era conocido en el palacio y tal vez ostentaba algún cargo de menor importancia, porque lo hallamos sentado a la puerta. Aconsejó a Ester que «participara en la competencia», pero que no diera a conocer que era judía. Esto quería decir que Ester quizás tendría que comer alimentos ceremonialmente inmundos y quebrantar algunas de las leyes del AT; de otra manera no hubiera podido mantenerse entre las competidoras gentiles. (Sin embargo, véase la experiencia de Daniel en Dn 1.) ¿Significa esto que «el fin justifica los medios»? Por supuesto que estas leyes eran reglas temporales y no las leyes básicas y eternas relacionadas con la salvación, pero de todas maneras eran la Palabra de Dios. Sin embargo, no debemos juzgar, porque Ester demostró ser una mujer valiente. Después de un año de preparación especial (v. 12), Ester fue presentada al rey … ¡y escogida! El versículo 15 indica que ella «no pidió nada»; es decir, no se atavió con joyas ostentosas como las otras mujeres. Dependía de su belleza y su carácter; véase I Pedro 3.3–4. Fue hecha reina en el año 479 a.C. y se celebró una gran fiesta en su honor. En los versículos 21–23 tenemos lo que parece ser un incidente menor, pero que más tarde se convierte en un asunto importante. Tal vez estos hombres trataron de asesinar al rey debido a que desaprobaban la manera en que trató a Vasti.

III. El enemigo Amán (3)

Cinco años pasan (v. 7) y Satanás empieza a trabajar. La promoción de Amán se le fue a la cabeza y lo convirtió en un homicida. Siendo un judío fiel, Mardoqueo no podía inclinarse ante Amán y esto encolerizó en exceso al arrogante gobernador. El palacio sabía que Mardoqueo era judío (v. 6), pero no sabía que Ester también lo era. Amán decidió destruir a *todos* los judíos simplemente debido a su malicia hacia Mardoqueo. Satanás es el Apolión destructor (Ap 9.11). Amán y sus adivinos echaron suertes («pur» en hebreo) para saber qué día debían señalar para la ejecución, ¡y cayó casi un año más tarde! Amán entonces ofreció conseguir para el rey $25.000.000 en plata si el rey le autorizaba masacrar a los judíos. Amán mintió respecto a los judíos, por supuesto, porque Satanás es mentiroso y homicida. Neciamente Jerjes le dio a Amán su anillo y la autoridad para que actuara, sin darse cuenta de que ponía en peligro la vida de su reina. Amán no perdió tiempo, porque ese mismo mes hizo escribir los decretos y los despachó (vv. 7, 12), ordenando a los persas a destruir, matar y saquear a todos los judíos en todas las regiones del reino. Es difícil ver cómo el rey pudo en un minuto dictar una ley para exterminar a millones de personas y sentarse a comer y beber al siguiente minuto (v. 15). Pero los dictadores en nuestra historia moderna han hecho lo mismo. (Véanse en las notas preliminares material adicional sobre Amán.)

IV. El protector Mardoqueo (4)

El judío que se sentaba a la puerta del palacio real ahora tiene que salir al frente; porque es el instrumento preparado por Dios para salvar a la nación. De inmediato Mardoqueo se lamentó en público, ¡incluso a la puerta del rey! No se avergonzaba de su pueblo ni de su Dios, aun cuando aconsejó a Ester que ocultara su nacionalidad. Sin duda se convirtió en una «peste» al sentarse a la puerta e irse «por la ciudad clamando con grande y amargo clamor». Ester le envió vestidos nuevos y le sugirió que dejara de hacerlo, pero él le explicó al emisario sus acciones. Lo más probable es que Ester en el palacio no sabía todas las acciones políticas que estaban sucediendo y hacía un mes que no veía al rey (v. 11). Mardoqueo le envió una copia del decreto para que se percatara de cuán desesperada era en realidad la situación. Vemos aquí dos clases de santos: los que están alegres porque ignoran lo que ocurre y los afligidos porque saben las señales de los tiempos.

¿Está Ester en el versículo 11 dando excusas o sólo explicando la situación? No cabe duda que debe haberse dado cuenta de que era la única que podía salvar a los judíos. Téngase presente que Ester quizás no sabía nada respecto al verdadero carácter de Amán. Este era el favorito del rey y Ester no tenía razón para dudar de su sinceridad. Mardoqueo le recordó que ella no escaparía de la muerte ni siquiera en el palacio. «Si guardas silencio, ¡Dios enviará liberación de alguna otra manera!» Mardoqueo sabía del pacto de Dios con Abraham, que Él nunca permitiría que su nación pereciera.

Debemos admirar la reacción sensible y espiritual de Ester; ¡pidió oración! Se dio cuenta de que entrar a la presencia del rey podría significar la muerte, pero se presentó como un «sacrificio vivo» para hacer la voluntad de Dios. «Si perezco, que perezca» no era un clamor de mártir; era el testimonio del creyente dispuesto a darlo todo por su Dios. Véase Daniel 3.13–18. Ester ahora se veía obligada a revelar a su

pueblo. ¡No se puede ocultar por mucho tiempo la luz debajo de una vasija! Ester en el AT y José de Arimatea en el NT (Jn 19.38–42) fueron «creyentes ocultos» a quienes Dios colocó en circunstancias especiales para desempeñar un ministerio especial. (La palabra «secretamente» en Juan 19.38 es literalmente «puesto en secreto». Dios le ocultó para el propósito especial de sepultar el cuerpo de Jesús.)

No podemos dejar de ver una aplicación espiritual moderna en estos capítulos. Satanás es el destructor y millones de personas van camino al infierno a menos que alguien las rescate. Algunos cristianos son como el rey: comen, beben y disfrutan de la vida, sin preocuparse del peligro. Otros, como Mardoqueo, están profundamente preocupados por salvar a los condenados. Y hay otros como Ester que se sacrifican para interceder a favor de los perdidos. ¿Cuál es usted?

ESTER 5–10

Los acontecimientos de estos capítulos se centran alrededor de tres fiestas.

I. Una fiesta de regocijo (5–6)

Los judíos ayunaron y oraron con Ester durante tres días; es ahora el momento de dar un paso al frente por fe e interceder ante el trono del rey. Téngase presente que los gobernantes orientales eran casi como dioses para su pueblo y sus órdenes, justas o injustas, se obedecían. Ester estaba arriesgando su vida, pero ya la había puesto en las manos de Dios. Tan pronto como apareció a la entrada de la sala del trono, el rey extendió su cetro de oro y la invitó a entrar. «El corazón del rey está en la mano de Jehová» (Pr 21.1). Actuando con mucha sabiduría, Ester no le dijo de inmediato a Jerjes su verdadera petición. En lugar de eso, le invitó junto a Amán a un banquete ese mismo día. Ella conocía la debilidad del rey por la comida y la bebida y, con intuición femenina, le preparó para la importante petición. Es más, le dio a Amán un sentimiento falso de seguridad al incluirlo. Después de varios platos de alimentos, el tiempo llegaría para servir el vino, cuando el rey estaría excepcionalmente alegre. Sabía que Ester tenía algo en su corazón, de modo que se lo preguntó. Pero la sabia reina demoró un día más y el rey cedió a sus deseos. Amán se fue a su casa contentísimo, inflado de orgullo al disfrutar tan exclusivo banquete con la realeza. Pero su paz y seguridad no durarían mucho; como los pecadores perdidos de hoy, Amán ya estaba bajo condenación.

Hubo sólo una cosa que le arruinó el día a Amán: tenía que ver al judío Mardoqueo a la puerta y este rehusaba inclinarse ante él. En su ira arrogante Amán decidió inventarse alguna acusación contra Mardoqueo y hacerlo ejecutar. Como Adán, Amán dio oídos a su mujer y siguió su consejo. Hizo preparar una hora de veinticinco metros de altura, con la intención de ahorcar a Mardoqueo en ella. La altura de la horca permitiría que la ciudad entera viera a la víctima; es más, en el 7.9–10 los siervos del rey parecen indicar que la horca podía verse incluso desde el palacio. El regocijo carnal de Amán no duraría mucho, porque en el capítulo 6 vemos a Mardoqueo finalmente recompensado por salvarle la vida al rey. Tal vez Mardoqueo había meditado en el Salmo 37.1–15; sabía que Dios un día le honraría por su buena acción. ¡Pero piense cuán humillado debe haber estado Amán! Este suceso debía haberlo hecho humilde y obligado a cambiar sus planes perversos. A decir verdad, su esposa hasta le advirtió que no vencería a los judíos. Mientras que Amán y su esposa hablaban sobre el asunto, los siervos vinieron a buscar a Amán al segundo banquete.

II. Una fiesta de reconocimiento (7)

El conflicto entre Amán y Mardoqueo y la caída final de Amán, son ilustraciones perfectas del Salmo 37. Lea este salmo con cuidado y observe cómo encaja. Lea también el Salmo 73. Sin duda Amán vino a la fiesta con algún temor y temblor en su corazón. Era demasiado tarde, sin embargo; su pecado le iba a alcanzar. Véanse Proverbios 16.18 y 18.12. El rey le preguntó a Ester cuál era su petición y esta vez ella le abrió el corazón para implorar por la salvación de su pueblo. Nótese en el versículo 4 que ella usó las mismas palabras del decreto del rey; véase 3.13. Sin duda leyó mucho el decreto y lo «presentó ante el Señor». El rey no se sorprendió al descubrir que ella era judía. ¡Lo que le sorprendió fue que un hombre tan perverso estuviera a su servicio! Y el rey quedó incluso más estupefacto al descubrir quién era el enemigo: ¡Amán! Cuán ciego era este monarca al verdadero carácter de las personas que lo rodeaban. Tenía al sabio y piadoso Mardoqueo fuera de la puerta, pero le permitía a Amán que mandara desde el palacio. No sorprende que al rey más tarde lo asesinaran.

«La ira del rey es mensajero de muerte» (Pr 16.14). Tan perturbado quedó el rey que dejó la sala del banquete y se fue al jardín. Esto le dio al perverso Amán la oportunidad de humillarse ante la reina y suplicar misericordia. Tan intenso fue Amán en su súplica que cayó sobre el diván de la reina y esto fue demasiado para el rey. Ordenó que se ejecutara al hombre y así se hizo, ¡en la misma horca que Amán tenía preparada para Mardoqueo! «El justo es librado de la tribulación; mas el impío entra en lugar suyo» (Pr 11.8). A los siervos les alegró obedecer, porque Amán se hizo de muchos enemigos con su administración egoísta y arrogante.

III. Una fiesta de recordación (8–10)

Una vez que se eliminó a Amán del cuadro, la paz reinó en el palacio. A Mardoqueo se le dio la autoridad que un tiempo ostentaba Amán y ahora todo el mundo sabía que Ester era judía. Quedaba un problema, sin embargo: el rey no podía cancelar su decreto y en nueve meses a los judíos se les saquearía y mataría (compárese 8.8 con 3.13). Sin duda podemos ver la providencia de Dios cuando se echaron las suertes (3.7), porque le dio tiempo al rey para dar a conocer en todo el Imperio la palabra del nuevo decreto. Otra vez Ester le suplica al rey que actuara para la salvación de su pueblo. El rey acudió a Mardoqueo y le dio autoridad para que actuara. El nuevo decreto les permitió a los judíos protegerse y destruir a cualquiera en el reino que fuera enemigo de los judíos. El rey no canceló la vieja ley; sólo dictó una nueva ley superior. Esto es cierto en la vida cristiana; la ley del pecado y la muerte se ha vencido por la ley del Espíritu de vida en Cristo (Ro 8.1–12).

Los versículos 10–14 son una hermosa ilustración del esparcimiento del evangelio. ¡Este mensaje era cuestión de vida o muerte! Los escribas se dieron prisa y escribieron los mensajes, y los embajadores oficiales se apuraron en llevar el mensaje hasta lo más recóndito del reino. Si los cristianos de hoy tuvieran la mitad de esa disposición anhelante para dar a conocer el mensaje del evangelio, más almas se rescatarían de la muerte eterna. Véase Proverbios 24.11–12. Nótese que se emplearon muchas personas para el esparcimiento de las buenas noticias, así como Dios usa muchos obreros hoy. Por supuesto, cuando los judíos oyeron y creyeron el mensaje, les dio gozo y liberación. Sabían que los persas no se atreverían a luchar contra ellos e incurrir en la ira del rey. Es más, muchos de los persas «se hacían judíos» para escapar del castigo.

Cuando llegó el duodécimo mes (cap. 9), los judíos estaban listos para la victoria; tenían de su lado el edicto del rey. Murieron cientos de los enemigos de los judíos, incluyendo los diez hijos de Amán (9.6–10). ¡En la Biblia hebrea los nombres de estos diez hijos se mencionan en una larga columna que se parece a una horca! Nótese que los judíos no se apropiaron de nada del botín (v. 10), aun cuando el decre-

to de 8.11 se los permitía. No cabe duda que sus enemigos se hubieran apoderado de las riquezas de los judíos según lo ordenado por el rey (3.13), pero el pueblo de Dios tenía que demostrar que era mejor que sus enemigos. El versículo 16 indica que murieron 75.000 de sus enemigos. El día catorce del mes los judíos descansaron y se regocijaron por la liberación de Dios. Mardoqueo se sintió impulsado a declarar festivos los días catorce y quince del duodécimo mes, para que los judíos conmemoraran la gran liberación; y hasta este día los judíos celebran la Fiesta de Purim. El versículo 26 explica el significado de «Purim». Es el plural de *pur*; vocablo hebreo para «suerte» (véase 3.7). Aun cuando no tenemos autorización divina en el AT para esta fiesta, se ha celebrado por siglos y es un testimonio del poder y la gracia de Dios hacia su pueblo.

El libro concluye informando la promoción y prosperidad de Mardoqueo, el hombre de fe que creyó en las promesas de Dios y se atrevió a actuar. Por supuesto, no nos atrevemos a olvidarnos de Ester, quien dio todo de sí para salvar a su pueblo. Todo el libro de Ester es un maravilloso testimonio del poder y providencia sobrepujante de Dios. Este libro ilustra a Romanos 8.28.

Job

Bosquejo sugerido de Job

I. La aflicción de Job (1–3)
   - A. Su prosperidad (1.1–5)
   - B. Su adversidad (1.6–2.13)
   - C. Su perplejidad (3)

II. La defensa de Job (4–37)
   - A. Primera etapa (4–14)
     1. Elifaz (4–5); respuesta de Job (6–7)
     2. Bildad (8); respuesta de Job (9–10)
     3. Zofar (11); respuesta de Job (12–14)
   - B. Segunda etapa (15–21)
     1. Elifaz (15); respuesta de Job (16–17)
     2. Bildad (18); respuesta de Job (19)
     3. Zofar (20); respuesta de Job (21)
   - C. Tercera etapa (22–37)
     1. Elifaz (22); respuesta de Job (23–24)
     2. Bildad (25); respuesta de Job (26–31)
     3. Eliú (32–37)

III. La liberación de Job (38–42)
   - A. Dios humilla a Job (38.1–42.6) (véanse 40.3–5 y 42.1–6)
   - B. Dios honra a Job (42.7–17)
     1. Dios reprende a sus críticos (42.7–10)
     2. Dios restaura su riqueza (42.11–17)

Notas preliminares a Job

Demasiados lectores de la Biblia evitan estudiar el libro de Job, con la excepción tal vez de los dos primeros y el último capítulos, que son realmente dramáticos. El resto del libro parece a primera vista una colección de largos discursos poéticos y la conversación nunca parece progresar mucho. Una lectura cuidadosa del libro de Job, sin embargo, le revelará que su muy moderno mensaje trata con un problema que los creyentes enfrentan continuamente.

I. El libro

Al estudiar el libro de Job tenga presente estos hechos: (1) Es un libro oriental, lleno de pensamientos y expresiones de los orientales. (2) Es un libro poético (excepto los capítulos 1–2 y 42.7–17) y la poesía hebrea es muy diferente a la poesía occidental. (3) Este libro lucha con un problema difícil, la presencia del sufrimiento en un mundo donde Dios rige. Estas tres características hacen el libro de Job difícil de leer e interpretar, pero no debemos ignorarlo.

II. El hombre

Job no fue un personaje ficticio, inventado para este poema dramático; fue un hombre real en la historia. Ezequiel lo menciona (Ez 14.14–20) y también Santiago (Stg 5.11). Job fue un hombre justo, rico y con una sincera preocupación por las necesidades de los demás. No obstante, también fue un hombre confundido, porque no podía explicar por qué Dios le permitía atravesar tanta aflicción.

III. El tema

La mayoría de las personas dice que el tema de Job es la antigua pregunta: «¿Por qué un Dios amante y justo permite que el justo sufra?» Pero si este es el tema del libro, ¡la pregunta nunca recibe respuesta! El tema se expresa mejor: «¿*Cómo* sufre el justo?» En apenas pocos días Job perdió su negocio, su riqueza, su familia (excepto su esposa) y su salud. ¿Por qué ocurrió esto? Sus tres amigos llegaron a la conclusión de que Job en realidad era un hipócrita, que había pecado oculto en su vida y que Dios lo estaba castigando. Job insistía en que no sabía de algún pecado oculto, de modo que ellos siguieron argumentando con él. Por favor, note que en 2.3 Dios indica claramente que no tenía ninguna causa contra Job. Y en 42.7 Dios reprende a los tres amigos por no decir la verdad en cuanto a Él. Job no era ningún hipócrita, aun cuando (como cualquiera de nosotros) había campo para mejoras en su vida; y esto lo admitió al final (42.1–6).

Es cierto que Dios castiga cuando sus hijos persisten en pecar (Heb 12.1–13) y que este castigo es evidencia de su amor. Es también cierto que el malo tiene su alegría hoy, pero que pronto será cortado (Sal 37; 73). Mas ninguno de estos hechos suplió la necesidad en la vida de Job. Sin embargo, Dios tenía propósitos divinos al permitirle a Job que sufriera. Por un lado, le reveló por medio de Job a Satanás y a sus ángeles el testimonio de un hombre de fe. (Sólo en la eternidad descubriremos cuánto han aprendido los ángeles mediante la vida de los santos; véanse Ef 3.9–10 y I P 1.12.) La principal lección en Job es esta: Dios es completamente soberano al tratar con su pueblo y nunca permitirá que le venga a la vida del cristiano obediente nada que no sea para su bien y para la gloria de Dios. Él no tiene que explicarnos sus caminos. Es suficiente que sepamos que Él se preocupa y que nunca se equivoca. No vivimos por explicaciones; vivimos por promesas. El libro de Job nos muestra cómo debe sufrir el justo. «Habéis oído de la paciencia de Job» (Stg 5.11).

IV. Los amigos de Job

Cuatro hombres intervienen en este drama, todos amigos de Job. Téngase presente que los sucesos de este libro abarcan varios meses (7.3) y que los amigos y vecinos hablaban respecto al caso de Job (6.15; 12.4; 16.10; 17.1–9). *Elifaz* de Temán fue el primero en hablar y basó sus ideas en una «experiencia espiritual» que tuvo una noche (4.12–16). *Bildad* era un «tradicionalista» que conocía unos cuantos «dichos sabios» y trataba de edificar su caso alrededor de ellos. Como Elifaz, estaba seguro de que Job era un hipócrita. *Zofar* era muy dogmático y estaba seguro de que sabía más acerca de Dios que ningún otro. Cada uno de estos hombres discutió con Job y él replicó. Al final (caps. 32–37), apareció una nueva voz, la del joven *Eliú,* que esperó que los ancianos terminaran de hablar antes de presentar sus ideas. En tanto que los tres ancianos insistían en que Dios siempre bendice al justo y juzga al malo, Eliú dijo que Dios algunas veces disciplina (no castiga) al justo por su voluntad. Le pidió a Job que se sometiera a Dios y confiara en Él, pero su actitud era todavía la del juez y crítico. Cuando Dios en efecto apareció, ¡no hizo ninguna referencia a los grandes discursos de Eliú!

V. La bendición de la paciencia

El libro de Job no nos da una «respuesta de cajón» al problema de por qué sufre el justo. Sin duda Job fue un mejor hombre después que sus aflicciones pasaron, porque el sufrimiento puede tener un efecto purificador si nos sometemos al Señor. Santiago 5.11 elogia a Job por su paciencia, que literalmente significa «fidelidad bajo prueba». (La palabra «paciencia» puede ser mal entendida, ¡porque sin duda Job se impacientó con sus amigos y sus circunstancias!) Job mantuvo su fe en Dios y creyó que al final Él le vindicaría. Y lo hizo. Tal vez esta es la más grande lección del libro: Dios es completamente soberano en nuestras vidas y no tiene que explicarnos sus caminos. Dios realiza sus propósitos (Ro 8.28) y esto es todo lo que importa. Cuando las pruebas vienen, no debemos preguntar: «¿Cómo me libro de esto?», sino: «Señor, ¿qué puedo sacar de esto?»

JOB 1–3

La tierra de Uz estaba quizás en lo que nosotros conoceríamos como el norte de Arabia. El hombre más grande de todo el oriente vivía allí: se llamaba Job. Veamos cuán grande era.

I. La prosperidad de Job (1.1–5)

En todo sentido Job era un hombre rico. Era rico en carácter, porque era «perfecto y recto». No era sin pecado, sino que era sincero y obediente ante el Señor. Temía a Dios, no con terror, sino con confianza humilde y se apartaba del mal. También era rico en cuanto a familia, tenía siete hijos y tres hijas. Las familias numerosas (en especial de muchos hijos) eran grandemente deseadas en el Oriente. Nótese en el versículo 5 que Job tenía una preocupación espiritual por sus hijos e hijas, y que oraba por ellos ante el altar. Qué afortunados eran estos hijos al tener un padre consagrado. En cuanto a la esposa de Job, no parece tener la fe y la sabiduría que Job poseía (véase 2.9–10), aun cuando podemos entender que ella prefería ver a su esposo muerto antes que tener que soportar tal dolor. Al final, sin embargo, Dios demostró que ella estaba equivocada. Véase también 19.17.

Job era rico en posesiones y tenía «muchísimos criados». Su ganado se contaba por miles. Es cierto que Dios lo bendijo y Job alababa sin vacilación a Dios por todo lo que Él había hecho. Pablo escribió: «Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia» (Flp 4.12). La mayoría no tenemos problemas en acudir a Dios cuando estamos «abatidos» y las cosas marchan mal, pero cuán difícil es servir a Dios y recordarle cuando las cosas prosperan. Job no permitió que su dinero y posesiones ocuparan el lugar de Dios.

II. La adversidad de Job (1.6–2.13)

A. La primera acusación y ataque de Satanás (1.6–22).

Satanás tiene acceso al cielo y debe «reportarse» a Dios. Véase Apocalipsis 12.7–12. En el cielo Satanás acusa a los santos ante Dios; véase Zacarías 3. ¡Gracias a Dios por nuestro Abogado en el cielo, Jesucristo el Salvador (I Jn 2.1–2)! Sin que Job lo supiera, Dios y Satanás discutían su caso. Si Job hubiera sabido de esta conversación no hubiera habido campo para la duda ni la preocupación. Hubiera sabido que Dios estaba usándolo como arma para refutar las mentiras de Satanás. Pero no sabía lo que ocurría en los concilios de los cielos; por consiguiente, tenía que tomar sus pruebas por fe. Satanás admitió que había estado yendo y viniendo por la tierra (véase I P 5.8–9), y Dios le mostró a Job como «evidencia A» de lo que un hombre consagrado debería ser. Pero de inmediato Satanás, el cual *jamás* concuerda con la Palabra de Dios, acusó a Job de ser un hipócrita. «La única razón que Job tiene para ser tan obediente es su riqueza. ¡Quítasela y te maldecirá en tu misma cara!» Nótese que los creyentes están «cercados» por el Señor y que Satanás no puede tocarles sin el permiso expreso de Dios. Véase Lucas 22.31–34. Satanás no es igual a Dios ni en sabiduría ni en poder. Satanás no es todo poderoso, porque no es sino un ser creado limitado en poder. Satanás no está en todas partes; está limitado a un lugar cada vez. Y Satanás no lo sabe todo; porque si hubiera sabido cómo, acabaría esta competencia, nunca se hubiera embarcado en ella. Satanás tiene a este mundo en sus manos (I Jn 5.19), pero «mayor es aquel que está en vosotros, que el que está en el mundo» (I Jn 4.4). En el momento que recibió el permiso divino Satanás salió para atacar las posesiones personales de Job y en breve Job quedó en extrema pobreza. Nótese que Satanás usó cosas comunes para atacar a Job: ejércitos enemigos, fuego y un viento huracanado. Los amigos de Job pensaron que estas fuerzas destructivas vinieron de Dios cuando en realidad venían por acción de Satanás. Es más, un hombre llamó al fuego (quizás rayos) «el fuego de Dios» (1.16). ¿Cómo respondió Job? Lamentó sus muertos y adoró a Dios. «Jehová dio» (esto es fácil decir) «y Jehová quitó» (esto es duro decir). «Sea el nombre de Jehová bendito» (requiere fe real decirlo).

B. La segunda acusación y ataque de Satanás (2.1–13).

Piense en cómo los ángeles del cielo alabaron a Dios cuando vieron que Job permaneció fiel. ¡Qué reproche para Satanás! «Todavía retiene su integridad», le recordó Dios a Satanás (2.3). Pero Satanás tenía otra mentira en su lengua: «Déjame tocarle su *cuerpo* y darle dolor, y verán cuán fiel es». Dios se lo permitió, pero limitó a Satanás de nuevo, porque este (que tiene el poder de la muerte cuando Dios se lo permite) no puede ir más allá de la voluntad de Dios. No sabemos en qué consistía la «sarna maligna» de Job; tal vez alguna forma de lepra o elefantiasis. En cualquier caso, era en extremo dolorosa y su apariencia horrible (19.13–20), y parecía que no había esperanza. Su esposa no podía verle sufrir y en un momento de incredulidad sugirió que maldijera a Dios y se quitara la vida (vv. 9–10). La palabra «mal» en 2.10 no significa «pecado», porque Dios no es el autor del pecado. Significa «calamidad, aflicción». Dios en efecto permite calamidades en nuestras vidas.

Entonces tres amigos de Job se pusieron de acuerdo para venir a consolarle y se sentaron en silencio de simpatía durante una semana después de llorar con él y unirse en sus acciones de contrición. Es posible que Satanás tenía su mano inclusive en las palabras y acciones de la esposa y los tres «amigos» de Job. Satanás usó a Judas, Pedro y a Ananías y Safira. No cabe duda que pudo usar a los bienintencionados amigos de Job.

III. La perplejidad de Job (3)

No se malentienda este capítulo; Job no maldijo a Dios como Satanás predijo que lo haría (1.11; 2.5), o como su esposa le sugirió que hiciera (2.9). Es bueno saber que Satanás no puede predecir el futuro. Lo que Job maldijo fue su nacimiento; deseaba no haber nacido. Sentía que hubiera sido mucho mejor haber muerto al nacer que vivir para soportar tal aflicción. La descripción que Job da de la tumba en los versículos 13–19 debe suplementarse con la revelación que tenemos en el NT. Job no sugiere que todos los hombres, pecadores y santos por igual, van a un lugar de descanso y bendición; porque sabemos que el perdido muere y va a un lugar de castigo, en tanto que los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios. «¡De seguro que nací para algo mejor que esto!», es lo que Job dice. Estaba perplejo; no sabía el propósito de Dios en este sufrimiento.

En los versículos 20–24 Job pregunta: «¿Por qué miserables como yo viven después de todo? ¿Logra algo nuestra miseria? Quisiera morirme, pero la muerte no viene». ¿Consigue algo el sufrimiento? Cuando nos sometemos a Dios, sí; lo logra. El sufrimiento obra por nosotros, no contra nosotros (léase 2 Co 3.7–5.9). Job no podía ver «el fin [propósito] del Señor» (Stg 5.11); nosotros podemos verlo porque vislumbramos la corte celestial.

Los versículos 25–26 indican que Job había pensado con frecuencia respecto a las pruebas y temía que tendría que enfrentarlas. Era un hombre próspero y se había preguntado lo que haría si perdiera su riqueza y su salud. No vivía en una seguridad carnal de paz falsa, porque su fe estaba en Dios y no en sus posesiones. «¡Sin embargo, los problemas vinieron!» No seamos duros con Job a menos «que nos sentemos donde él estuvo». En medio de la prosperidad es fácil confiar en Dios, pero cuando lo perdemos todo y nuestro dolor es tan intenso que queremos morir, ejercer fe es otra cosa. Por favor, recuerde que Job no maldijo a Dios; en ninguna parte del libro, Job lo negó ni puso en tela de juicio su santidad o su poder. Es más, la justicia de Dios era el problema real de Job: ¿Cómo podía un Dios santo permitir tan terrible calamidad?

No debería sorprendernos que un hombre consagrado desee morirse. Moisés le pidió a Dios que le quitara la vida (Nm 11.10–15) debido a la persistente rebelión de la nación y Elías pidió morir después de escapar de Jezabel (1 R 19). Jonás también quiso morirse (Jon 4.3). Por favor, note en el capítulo 3 que Job pregunta cinco veces: «¿Por qué?» (vv. 11–12, 23). Job hubiera podido soportar el dolor y el sufrimiento si tan solo hubiera comprendido por qué Dios lo permitía. «¿Por qué?» es una pregunta fácil de hacer, pero no siempre es una pregunta a la que Dios contesta de inmediato. Job debía haberse dado cuenta de que Dios tenía todo el control, que estos hechos eran parte de un plan de amor y que un día Él le revelaría sus propósitos.

Cuando usted se quede perplejo por las pruebas de la vida, recuerde que Dios está aún en el trono. Véase en Job 23.10 una expresión de la fe de Job: «Mas Él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro». Job estaba atravesando el horno. Pero cuando uno de los hijos de Dios está en el horno, Dios está allí con él (Is 43.1–2; Dn 3.25).

JOB 4–37

No podemos examinar cada capítulo en detalle, porque estos capítulos son demasiado largos y entretejidos. Si los lee en varias traducciones modernas, tal vez le sea posible seguir mejor los argumentos de estos hombres.

I. Los acusadores de Job

Los tres amigos de Job vinieron a consolarle, ¡pero acabaron criticándole! Cada uno usó el mismo argumento de una manera u otra: (1) Dios bendice al justo y aflige al malo; (2) Dios ha afligido a Job; (3) por consiguiente, Job debe ser malo. Por supuesto, tal pensamiento parece lógico, pero no era espiritual. Los seres humanos mortales somos demasiado ignorantes para comprender a plenitud los caminos de Dios. Encerrar a Dios en nuestras pequeños «casilleros teológicos» es limitarle y hacerle menos que Dios. Debemos tener presente que estos amigos no tenían la revelación plena que tenemos en el NT, mostrando más completamente que el sufrimiento no siempre es causa de pecado y que mediante nuestra fe en Cristo podemos convertir el sufrimiento en gloria. Es peligroso que los creyentes «expliquen los caminos de Dios» a otros creyentes si no comprenden la Palabra y las sendas de Dios.

En su primer discurso Elifaz argumenta que Job es un pecador (4.7–11). Basa su pensamiento en una visión especial que una vez recibió (4.12–21), de modo que podemos decir que Elifaz parte de una experiencia personal: los crudos «hechos de la vida». Bildad toma el argumento en 8.1–7 y sin rodeos afirma que Dios no hace nada injusto. En 8.8–10 Bildad arguye a partir de la tradición y entonces cita una serie de «dichos antiguos» para apoyar su argumento. *Zofar* reprende a Job en el capítulo 11, ¡y le dice que necesita arrepentirse y arreglar las cuentas con Dios! Los tres «amigos» cometieron las mismas equivocaciones: (1) no entraron en la aflicción de Job ni mostraron simpatía hacia él; (2) tenían un concepto rígido de Dios y sus obras, concepto que no era completamente verdad; y (3) eran demasiado dogmáticos y arrogantes como para escuchar a Job y examinar con sinceridad sus creencias.

El problema del sufrimiento humano es demasiado hondo y completo para las respuestas simples que dieron los tres amigos. Jesús jamás pecó y, sin embargo, ¡sufrió más que cualquiera otra persona! Ni Job ni sus amigos sabían de la conferencia en el cielo, ni de que Dios usaba a Job como «evidencia A» ante Satanás y los ángeles, para demostrar que las personas confiarán en Dios aun cuando no comprendan

lo que Él hace. Los amigos llamaron «hipócrita» a Job (8.13; 15.34; 20.5; 34.30); Dios le llamó «perfecto y recto» (1.8; 2.3). Job no regatearía con Dios tan solo para recuperar su prosperidad material, porque su mayor capital era su integridad personal.

En 2.3 Dios aclara que no tenía razón para afligir a Job, que este no era hipócrita ni pecador. Es por eso que Dios rechazó el discurso de Eliú (38.1–2) y los discursos de los otros tres (42.7).

Mientras que los tres amigos argüían que los sufrimientos de Job era un castigo por el pecado, Eliú tenía una idea diferente (caps. 32–37): Dios envía sufrimiento para castigarnos y enseñarnos (33.9–20; 35.10–16). Eliú muestra una perspectiva más elevada de Dios y en sus discursos recalca hermosamente el poder y la sabiduría de Dios; léase en especial el capítulo 37. Pero fracasa al no ayudar a Job y Dios mismo reprocha a Eliú por su «consejo oscuro» (38.1–2).

II. Los argumentos de Job

Después que cada hombre hablaba, Job replicaba, excepto en el caso de Eliú, donde Dios mismo intervino para responder. Los argumentos de Job eran más o menos como sigue: (1) creo que Dios es justo y poderoso, así como vosotros creéis; (2) pero no soy ningún hipócrita; sé que no hay pecado entre mí y Dios; (3) argumentaría mi caso ante Dios, pero no puedo hallarle; (4) sin embargo, confiaré en Él, porque Él me vindicará ya sea en esta vida o en la venidera. Requirió gran cantidad de fe de parte de Job argüir así a la luz de las circunstancias. No sorprende que Santiago 5.11 recalca la paciencia de Job.

Los tres amigos argüían que Dios siempre aflige al malo, ¡pero Job les recalcó que los malos parecían prosperar! En el capítulo 18 Bildad da un cuadro de una terrible destrucción del malo como una luz que se apaga (vv. 5–6), un ave atrapada (vv. 7–10), un criminal perseguido (vv. 11–13), una tienda derribada (vv. 14–15) y un árbol que se seca (vv. 16–17). Entonces, en el capítulo 20 Zofar arguye que la aparente prosperidad de los malos es sólo pasajera. En el capítulo 21 Job rechaza sus argumentos y destaca la obvia salud y riqueza de los malos. En el capítulo 24 Job pregunta: «¿Por qué Dios no interviene y hace algo respecto al pecado?» Hace una lista de pecados de los malos y en el capítulo 31 hace un recuento de su vida consagrada. Los tres amigos quedan en silencio porque saben que los argumentos de Job son razonables. El locuaz discurso de Eliú no añade nada a la solución del problema.

III. Las apelaciones de Job

Los versículos más importantes son lo que indican las apelaciones del corazón de Job a Dios y a sus amigos.

A. Apela por simpatía.

Sus amigos no mostraron ni amor ni comprensión; para ellos Job era un problema teológico, no un santo sufriente (véase Jn 9.1–3). En el capítulo 6 Job indica que ha perdido su sabor por la vida (vv. 6–7) y quiere morir (vv. 8–13). Compara a sus amigos con un arroyo que se seca cuando los sedientos viajeros necesitan agua (vv. 14–20). El capítulo 7 nos da varios cuadros de la vida con sus pruebas y su brevedad: una guerra (v. 1, donde «brega» significa «guerra»); esclavitud (vv. 1–5); una veloz lanzadera de tejedor (v. 6); el viento (vv. 7–8); una nube (vv. 9–10; y véase Stg 4.13–17). En 9.25 compara a la vida con un mensajero veloz («correo», véase Est 8.9–14) y en 9.26 con una nave veloz.

B. Apela por una oportunidad de careo con Dios.

En el capítulo 9 Job se queja de que no tiene cómo presentar su caso ante Dios porque no puede hallarle. Nótese en el versículo 33 su apelación por un «árbitro» entre él y Dios. «¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?» (v. 2) significa: «¿Cómo puede un hombre presentar su caso ante Dios?» Gracias a Dios por el Mediador, Jesucristo, ¡quien nos representa ante Dios! Véanse 1 Timoteo 2.5; 1 Juan 2.1–2; y Zacarías 3. Véanse Job 16.19–22; 23.3.

C. Apela a su integridad básica.

En cada uno de sus discursos Job niega que sea un pecador en secreto. Conoce su corazón y confiesa que sus amigos cruelmente le han juzgado mal. Hacia el final del libro, cuando Dios se revela a Job, el hombre se postra en polvo y ceniza y confiesa su indignidad (40.3–5; 42.1–6); pero esto no fue una confesión de pecados. Más bien, era humillación ante Dios al darse cuenta de su ignorancia e indignidad ante el Todopoderoso. Dios nunca acusa a Job de pecado. Lo acusa de no percatarse de la grandeza de Dios o tratar de encajar a Dios en los confines de su minúsculo argumento, pero no lo juzga por los pecados de los cuales lo acusan los amigos. Véase en el capítulo 31 la defensa que Job hace de su vida consagrada.

D. Apela a su fe en Dios.

Esto es lo que creó el problema: Job confiaba en Dios y sin embargo parecía que le había abandonado. Si Job hubiera negado alguna vez a Dios o maldecido a Dios, el problema hubiera quedado resuelto, porque sus amigos hubieran sabido que Dios castigaba a Job por su incredulidad. Pero Job tenía fe. «Aunque Él me matare, en Él esperaré» (13.15). «Sé que seré justificado [vindicado, demostrado ser veraz]» (13.18). Tan grande era la fe de Job que afirma que Dios le vindicará en la resurrección, en la vida venidera, si no lo hace en esta vida (19.25–29; 14.1–14). Job sabía que Dios obraría con algún propósito, pero pensaba que Él debía decirle lo que estaba haciendo (véase cap. 23). Por supuesto, si Job hubiera sabido acerca de la conferencia en el cielo entre Dios y Satanás, no hubiera necesitado la fe.

E. Apela para morirse.

Desde la primera queja en el capítulo 3 hasta el final del argumento, Job pide morir. Léase 6.8–12 y 7.15–21. No hay que criticar demasiado a Job por desear la muerte. Sufría gran aflicción física; sus amigos y vecinos lo insultaban (cap. 30); y parecía que Dios lo había abandonado. Moisés, Elías y Jonás cayeron en el mismo error.

Los caminos de Dios están por encima y más allá del entendimiento de los mortales. Incluso Job admitió: «He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos»; literalmente: «Estas cosas no son sino los bordes de sus caminos, el borde de su vestidura». Dios es mucho más grande que la teología del hombre. Cuando no podemos entender, podemos adorarle y confiar en Él.

JOB 38–42

¡Ahora llegamos al clímax del libro y Dios mismo entra en escena! En 9.35, 13.22 y 31.35–37 Job desafió a Dios que apareciera y hablara con él cara a cara, y ahora Dios hace precisamente eso. Lo primero que Él hace es barrer con las ideas vanas de Eliú, quien oscureció los propósitos de Dios y no arrojó ninguna luz adicional en la situación. Ahora Dios procede a tratar con su siervo Job de una manera personal.

I. Dios humilla a Job (38.1–42.6)

Dios le hace a Job una serie de preguntas sencillas respecto al universo y su operación. «Puesto que parece que sabes tanto acerca de Dios, ¡déjame preguntarte si podrías o no manejar el universo que hice!» Este parece ser el principal enfoque de estos capítulos. «Me lanzaste un desafío; ¡ahora yo te voy a lanzar uno!»

Dios empieza con la creación (38.4–11). Por supuesto, no hay «cimientos» para el globo; Dios usa un lenguaje figurado, no términos científicos. Es más, Job 26.7 claramente indica que el mundo cuelga sobre la nada y esto se escribió en un día cuando los eruditos pensaban que gigantescas tortugas y otras criaturas sostenían el mundo. Y 26.10 enseña la esfericidad de la tierra: «Ha trazado un círculo sobre la superficie de las aguas, en el límite de la luz y las tinieblas» (BLA). Este versículo también enseña que una parte del globo está en luz mientras que la otra parte está en oscuridad. Job 38.7 se refiere al regocijo de los ángeles cuando Dios creó el universo. En 38.12–15 Dios le pregunta a Job respecto a la salida del sol y de la luz que se esparce; en 38.16–21 inquiere respecto a las medidas de la tierra y del mar. ¡Cuán insensato pensar que un simple ser humano pudiera medir la creación de Dios!

Entonces Dios se refiere a la naturaleza inanimada: la nieve y el granizo, la lluvia y el hielo (38.22–30). La frase del versículo 22: «los tesoros de la nieve» habla de las minas escondidas donde Dios almacena la nieve y el granizo. Sin embargo, hay un sentido real en el cual la nieve contiene tesoros, porque la nieve contribuye a captar los nitratos del aire y depositarlos en la tierra. ¡Qué hombre querría la responsabilidad de decidir cuándo debe llover o nevar! Sólo Dios puede gobernar este universo y hacer que todo funcione en armonía. En 38.31–38 Dios pregunta respecto a las estrellas y constelaciones, así como acerca de las nubes y la lluvia.

Luego pregunta respecto a la vida animal (38.39–39.30). ¿Caza el hombre una presa para alimentar a un león? ¿Dependen los cuervos del hombre para su alimento? Jesús responde a esto en Lucas 12.24. Las cabras monteses en las montañas, los asnos salvajes en las llanuras y los bueyes salvajes («búfalos» en 39.9–10), todos miran a Dios para que les proteja y provea para ellos. Incluso el tonto avestruz, que a menudo se olvida dónde está su nido, disfruta del cuidado del Todopoderoso (39.13–18). El versículo 18 es un recordatorio de la gran velocidad del avestruz. En 39.19–25 se muestra al caballo al enfrentarse al enemigo en la guerra; y en 39.26–30 se mencionan al halcón y al águila. Por dondequiera que Job mire a la creación animada, ve la mano de Dios obrando.

«Ahora», le dice Dios, «me has reprochado y argüido conmigo. ¡Dame tu respuesta!» Hay sólo una respuesta que Job puede dar (40.3–5): «Soy vil; he hablado demasiado acerca de cosas que no comprendo. No diré nada más». Este es un paso más cerca a la bendición, pero Job todavía no se ha arrepentido de la manera en que habló respecto a Dios. De modo que Dios vuelve a preguntar y esta vez enfoca la atención sobre dos grandes bestias: el hipopótamo («behemot», 40.15–24) y el cocodrilo («leviatán», cap. 41). Estas dos bestias se admiraban y temían en los días de Job, aun cuando ninguna era nativa de Palestina. La palabra hebrea para «behemot» sencillamente significa «bestia grande», pero la mayoría de los estudiosos opinan que se refiere al hipopótamo. Sin duda Job no podía enfrentarse a tal bestia, ¡mucho menos crearla! De la misma manera el cocodrilo; Job ni siquiera se atrevería a pescarlo, atarlo ni tenerlo como mascota (41.1–8). «¿Quién, pues, podrá estar delante de mí?», pregunta Jehová, «¡porque el Creador es por cierto más grande que la criatura!» «Estornudos» en el versículo 18 se refiere al resoplido del cocodrilo. Partiendo de los versículos 18–21 algunos eruditos sugieren el chorro que lanza la ballena. En cualquier caso, todo el capítulo sirve para revelar la grandeza de las criaturas de Dios y, por consiguiente, la grandeza de Dios.

¿El resultado? Job se humilla y se arrepiente (42.1–6). Dios no acusa a Job de los pecados que sus amigos lo acusaban de haber cometido, pero Dios sí le acusa de no verse a sí mismo a la luz de la grandeza y majestad de Dios. La experiencia religiosa de Job no es más de segunda mano; se ha encontrado personalmente con Dios y esto hizo que sus sufrimientos bien valieran la pena.

II. Dios honra a Job (42.7–14)

Ahora que Job se ha humillado, Dios puede exaltarlo (1 P 5.6; Stg 4.10). Lo primero que Dios hace es reprender a los amigos. Le habla a Elifaz porque evidentemente era el mayor de los amigos y por lo tanto el más responsable. Dios aclara que sus muchos argumentos estaban errados; no comprendían ni a Dios ni a Job. Les ordena a los amigos que ofrezcan holocaustos e instruye a Job que ore por ellos. Debe haber exigido gracia de parte de Job orar por hombres que lo trataron con tanto rigor, pero era un hombre de Dios y lo obedeció. Dios «convirtió la cautividad de Job» cuando oró no por sí mismo, sino por sus amigos. Dios le curó su cuerpo.

Después de reprender a los amigos de Job, Dios entonces restaura las riquezas de Job. Dios sabía que podía confiarle a Job fortuna y prestigio porque era un siervo humilde. Nótese que en los versículos 7–8 Dios lo llama cuatro veces «mi siervo Job». Dios le dio a Job el doble de lo que tuvo antes. Compárese 1.3 con 42.12. Dios no le dio a Job otros catorce hijos y seis hijas (el doble de lo que tenía antes, 1.2), porque los diez hijos que murieron aún vivían en el cielo. Job no los había perdido. Así, Dios le dio a Job siete hijos y tres hijas, y el gran total era el doble del número de hijos que tuvo antes.

Una vez restaurada su fortuna, los amigos y conocidos de Job regresaron a él para consolarle y animarle. Algunos de ellos, sin duda, le criticaron y juzgaron en el pasado, pero ahora todo había pasado. Le trajeron regalos, tal vez como evidencia de sincera lamentación por las equivocaciones del pasado. Era costumbre en los países orientales que las personas intercambiaran regalos en ocasiones festivas.

Los nombres de las hijas de Job son interesantes: «Jemima» quiere decir «paloma»; «Cesia» quiere decir «canela»; y «Keren-hapuc» quiere decir «pomito de pintura de ojos» o «pomito de cosméticos». Cada uno de estos nombres indican que las muchachas eran atractivas y honorables. Job incluso les dio herencia entre sus siete hermanos.

Job vivió 140 años, lo cual sugiere (debido al doble de todo) que debe haber tenido setenta años cuando ocurrieron estos sucesos.

Por supuesto, no cada santo que sufre en la voluntad de Dios (1 P 3.17) va a ser honrado así en esta vida. La principal lección del libro de Job no es que usted será rico y poderoso cuando se acabe el sufrimiento, sino más bien que el Todopoderoso Dios tiene un propósito con el sufrimiento y que nada puede desviar ese propósito. Incluso Satanás debe someterse al control de Dios, porque Dios siempre escribe el último capítulo. Job no sufrió por los pecados, sino que su sufrimiento le hizo un mejor hombre. Dios le dio gran honor después de su sufrimiento, como testimonio en una edad cuando no había Biblia escrita para enseñar a la gente la verdad divina. Los cristianos que sufren durante esta edad presente tal vez no serán recompensados aquí, pero sí lo serán en el más allá. Véanse Romanos 8.18–39; 2 Corintios 4–5; y 1 Pedro 4.12–19. El secreto de la vida de Job fue la paciencia (Stg 5.11); confió en Dios a pesar de Satanás, las circunstancias, los amigos y los seres queridos. Su fe en ocasiones fluctuó y algunas veces acusó a Dios, pero sin embargo se sostuvo «como viendo al invisible».

Salmos

I. Nombre

La palabra *salmo* procede de una palabra griega que significa «poema cantado con acompañamiento musical». El nombre hebreo es *tehilim,* que significa «alabanzas». No todos los salmos son himnos de alabanza, pero muchos sí lo son. El libro de los Salmos es el himnario de la nación judía y algunos de los salmos han hallado su camino hasta el himnario cristiano. El Salmo 46 es la base para el himno de Lutero «Castillo fuerte es nuestro Dios», e Isaac Watts usó el Salmo 90 para escribir «Oh Dios, socorro en el ayer». La doxología familiar «Salmo 100» (música «Old Hundredth») está basada en el salmo que le da el nombre.

II. Propósito

El libro de los Salmos es una colección de cantos y poemas muy personales. Conforme el libro creció a través de los siglos, los judíos adaptaron su contenido para la adoración colectiva así como para sus devocionales personales. En esta colección hallará oraciones de sufrientes, himnos de alabanza, confesiones de pecado, confesiones de fe, himnos de la naturaleza, cantos que enseñan historia judía, y en cada uno el punto focal de la fe es el Señor. Sea que el escritor esté mirando hacia el pasado en la historia, o hacia arriba a los cielos, o a su alrededor a sus problemas, antes que todo mira por fe al Señor. Los salmos nos enseñan a tener una relación personal con Dios al decirle nuestras aflicciones y necesidades, y al meditar en su grandeza y gloria.

III. La poesía hebrea

La poesía occidental a menudo se basa en la rima, pero no así en la poesía oriental. Ella se basa fundamentalmente en lo que llamamos «paralelismo»; o sea, la relación de un verso con el siguiente. En el *sinónimo* el segundo verso expresa una variación del primero, como en el Salmo 15.1: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?» El paralelismo *antitético* es precisamente lo opuesto: los versos están en contraste el uno con el otro. Un ejemplo es el Salmo 37.9: «Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra». El Salmo 19.8–9 es un ejemplo de paralelismo *sintético*, puesto que cada verso que sigue aumenta el significado: «Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos».

IV. Cristo en los Salmos

Jesús dijo que los salmos hablaban de Él (Lc 24.44) y vemos que así es. En el Salmo 22 es el Salvador crucificado; en el Salmo 23 es el Pastor (véase Jn 10); en el Salmo 40.6–8 es el sacrificio (véase Heb 10.1–10); en el Salmo 110 es el Sumo Sacerdote (véase Heb 7.17–21); en el Salmo 118.22–23 es la Piedra (véase Mt 21.42); y en el Salmo 2 es el Rey que viene (véanse Hch 4.25–26; 13.33).

V. Salmos especiales

A siete de los salmos se les ha llamado «salmos penitenciales» porque son confesiones de pecado (6, 32, 38, 51, 102, 130 y 143). A los Salmos 120–134 se les llama «cantos graduales» y se piensa que son una colección de canciones que los peregrinos judíos cantaban camino a las festividades anuales en Jerusalén. Hay varios «salmos imprecatorios» en los cuales los escritores claman por la ira de Dios sobre sus enemigos (35, 37, 69, 79, 109, 139, 143). Estos no son tanto expresiones personales de venganza sino más bien peticiones nacionales para que se manifieste la justicia de Dios por su pueblo escogido. El Salmo 119 exalta las virtudes de la Palabra de Dios (véase también el Sal 19), y los Salmos 113–118 los usaban los judíos cuando celebraban la Pascua.

VI. Autores

Aunque casi siempre asociamos a David con el libro de Salmos (su nombre se halla en setenta y tres de ellos), algunos de los salmos son anónimos y otros mencionan a diferentes autores: Asaf (50, 73–83), Salomón (72, 127), los hijos de Coré (42–49, 84–85, 87–88), Etán (89) y Moisés (90). Algunos de los salmos de David reflejan las experiencias que atravesaba, tales como la rebelión de su hijo Absalón (3), su victoria sobre Saúl (18), su pecado con Betsabé (32, 51), su extraña conducta en Gat (34, 56) y sus años de exilio en el desierto (57, 63, 142).

VII. Bosquejo

Puesto que cada uno de los salmos es una unidad separada, no hace falta analizar la estructura del libro. Hay cinco divisiones, cada una concluye con una bendición: 1–41, 42–72, 73–89, 90–106, 107–150.

SALMO 1

El tema de este salmo es la felicidad del justo y el juicio de los malos. El versículo 1 puede traducirse: «¡Qué felicidad la del hombre!» A cualquier parte de la Biblia que acudamos hallamos que Dios da gozo al obediente (aun en medio de la prueba) y a la larga aflicción al desobediente. Dios no ve sino a dos personas en el mundo: los justos, que están «en Cristo», y los malos, que están «en Adán». Véase 1 Corintios 15.22, 49. Miremos a estas dos personas.

I. La persona que Dios bendice (1.1–3)

Desde el principio de la creación Dios bendijo a la humanidad (Gn 1.28); fue sólo después que el pecado entró al mundo mediante la desobediencia de Adán que hallamos la palabra «maldición» (Gn 3.14–19). Dios siempre ha deseado que la humanidad disfrute de sus bendiciones. Efesios 1.3 nos dice que el creyente en Cristo ha sido «bendito con toda bendición espiritual». ¡Cuán ricos somos en Él! Es triste, pero muchos cristianos no toman posesión «de sus posesiones» (Abd 17) ni disfrutan de sus bendiciones en Cristo. En estos versículos tenemos una descripción de la clase de cristiano que Dios puede bendecir.

A. Una persona separada del mundo (v. 1).

La vida cristiana se compara al andar (véanse Ef 4.1, 17; 5.2, 8, 15). Empieza con un paso de fe al confiar en Cristo y crece a medida que damos pasos adicionales de fe en obediencia a su Palabra. Andar involucra progreso y los cristianos deben progresar al aplicar las verdades bíblicas a la vida diaria. Pero es posible que el creyente ande «en tinieblas», fuera de la voluntad de Dios (1 Jn 1.5–7). Las personas que Dios bendice se cuidan mucho en su andar: aun cuando están en el mundo, no son del mundo. En contraste, se requiere poca imaginación para ver a la persona andando cerca del pecado, luego deteniéndose para considerarlo y por último sentándose para disfrutar «los placeres temporales del pecado» (Heb 11.25). Vemos este triste desarrollo en la desobediencia de Pedro. Jesús le dijo que se fuera (Jn 18.8), pero en lugar de eso Pedro anduvo detrás de Jesús (18.15). Luego lo vemos junto a la gente equivocada (18.18) y antes de mucho sentado cerca del

fuego (Lc 22.55). Usted sabe lo que ocurrió: entró directo en la tentación y tres veces negó a su Señor. Si los cristianos empiezan a escuchar el consejo (planes) de los malos, pronto estarán de lleno en su manera de vivir y a la larga se sentarán y estarán de acuerdo con ellos.

B. Una persona saturada de la Palabra (v. 2).

Las personas que Dios bendice no se deleitan con lo relacionado al pecado y al mundo; se deleitan en la Palabra de Dios. Es el amor y la obediencia a la Biblia lo que trae bendición a nuestras vidas. Véase Josué 1.8. Las personas que Dios bendice no sólo leen la Palabra diariamente, sino que la estudian, la memorizan y meditan en ella de día y de noche. La Palabra de Dios controla sus mentes. Debido a esto, son guiados por el Espíritu y andan en el Espíritu. La meditación es para el alma lo que la «digestión» para el cuerpo. Significa comprender la Palabra, «masticarla» y aplicarla a nuestras vidas, haciéndola parte de nuestro ser interior. Véanse Jeremías 15.16, Ezequiel 3.3 y Apocalipsis 10.9.

C. Una persona junto a las aguas (v. 3).

El agua de beber es un cuadro del Espíritu Santo de Dios (Jn 7.37–39). Aquí se compara al cristiano con un árbol que recibe su agua de las profundas fuentes ocultas bajo las secas arenas. Este mundo es un desierto que nunca satisfará al creyente consagrado. Debemos enviar nuestras «raíces espirituales» muy hondo en las cosas de Cristo y beber del agua espiritual de la vida. Véanse Jeremías 17.7–8; Salmo 92.12–14. No puede haber fruto sin raíces. Demasiados cristianos se preocupan más por las hojas y el fruto que por las raíces, pero estas son la parte más importante. A menos que los cristianos pasen tiempo diariamente orando y leyendo la Palabra y le permitan al Espíritu que les alimente, se secarán y morirán. El creyente que bebe de la vida espiritual en Cristo será fructífero y tendrá éxito en la vida de fe. Cuando los cristianos cesan de llevar fruto es porque algo les ha ocurrido a las raíces (Mc 11.12–13, 20; y véase Lc 13.6–9). ¿Qué clase de fruto debemos llevar? Véanse Romanos 1.13; 6.22; Gálatas 5.22–23; Hebreos 13.15 y Colosenses 1.10.

Por supuesto, el ejemplo perfecto de esta persona justa de los versículos 1–3 es Jesucristo. Él es el Camino (v. 1), la Verdad (v. 2) y la Vida (v. 3); véase Juan 14.6.

II. La persona que Dios juzga (1.4–6)

«¡No así!» Esto significa que todo lo que el justo disfruta y experimenta no es cierto en la vida del malo. Al justo se le compara con un árbol: fuerte, permanente, hermoso, útil, fructífero. A los malos se les compara con el tamo: no tienen raíces; el viento los arrastra; son inútiles para los planes de Dios; no son ni hermosos ni fructíferos. Juan el Bautista usó un cuadro similar en Mateo 3.10–12 cuando describió a Dios como el segador, visitando la era y separando el grano del tamo. «Quemará la paja». Véanse también Salmo 35.5 y Job 21.18. Qué tragedia que una persona pase toda su vida en la tierra como paja y, en lo que toca a las cosas eternas, no sirve para nada.

¿Hay un juicio futuro? El versículo 5 nos informa que lo hay. Por supuesto, en el AT no hallamos la explicación completa de los juicios futuros como aparecen en el NT. Para el creyente en Cristo no hay juicio del pecado (Jn 5.24; Ro 8.1), pero para el incrédulo hay «una terrible expectación de juicio» (Heb 10.27). Este juicio de los perdidos se describe en Apocalipsis 20.11–15. No habrá cristianos en tal escena, sólo inconversos. El verdadero carácter de los malos se revelará en ese juicio; se les verá como paja, como almas perdidas indignas. Cuando el versículo 5 dice que los malos «no se levantarán» en el juicio, no significa que estarán ausentes; más bien significa que no soportarán el juicio. Cuando se abran los libros, estos individuos caerán de rodillas en confesión de pecados, de la verdad de la Palabra de Dios y del Hijo de Dios (Flp 2.9–11). A estos malos nunca se les permitirá entrar en la congregación celestial de los buenos, aun cuando quizás en la tierra fueron miembros de grupos religiosos. Véase Mateo 7.21–23.

La palabra «conocer» en la Biblia significa mucho más que la comprensión mental indicada cuando decimos: «Sé los nombres de los doce apóstoles». Lleva además la idea de escoger y cuidado. «Conoce el Señor a los que son suyos» (2 Ti 2.19). «Conozco mis ovejas[. . .] así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre» (Jn 10.14–15). La declaración de Cristo a los perdidos es: «Nunca os conocí» (Mt 7.23). El Señor conoce el camino de los justos: Él lo ha planeado y lo ha marcado (Ef 2.10), y mantiene sus ojos sobre el justo mientras este recorre el camino. ¡La vida del justo es un plan eterno de Dios! Lo que dice, a dónde va, lo que hace, todo tiene consecuencias eternas. Pero los malos se han apartado «por su camino» (Is 53.6). La senda de los justos lleva a la gloria (Pr 4.18), pero el camino de los malos perecerá.

El versículo 6 nos presenta la enseñanza familiar de los «dos caminos». Jesús concluyó su Sermón del Monte con este cuadro (Mt 7.13ss) y lo vemos mencionado en todo el libro de Proverbios (Pr 2.20; 4.14; 4.24–27, etc.). ¿Por qué los malos están perdidos? Debido a que no quieren someterse a Cristo y a su Palabra. Prefieren el consejo de los malos antes que «todo el consejo de Dios» en la Palabra (Hch 20.27). Prefieren la amistad de la gente sin Dios a la congregación de los justos. Pasan sus días pensando en el pecado y no en la Palabra de Dios (Gn 6.5). Piensan que están seguros en la tierra, ¡pero son sólo tamo!

¿Cómo puede el creyente practicar el Salmo 1.1–3? Empieza con sumisión al Señor, una sumisión diaria de todo lo que somos y tenemos (Ro 12.1–2). Incluye pasar tiempo con la Palabra de Dios, leyéndola y meditando en ella. Quiere decir vivir separados del mundo (no aislados, por supuesto, sino separados de su contaminación). Exige una vida con raíces que beben de los recursos ocultos de Dios. Qué vida bendecida, una que satisface aquí y en el más allá.

SALMO 2

Hay un contraste interesante entre los dos primeros salmos. El Salmo 1 es personal y se enfoca en la ley, en tanto que el Salmo 2 es nacional y se enfoca en la profecía. En el Salmo 1 vemos a Cristo el Hombre Perfecto; en el Salmo 2 Él es el Rey de reyes. El Salmo 1 se refiere a la bendición del judío (aunque sin duda se aplica al cristiano de hoy), mientras que el Salmo 2 presenta el juicio de las naciones gentiles. Ambos salmos usan la palabra *perecer* (1.6 la aplica a cada pecador; 2.12 a las naciones rebeldes) y ambos salmos usan la palabra *meditar* (traducida «pensar» en 2.1). Tenemos la clase correcta de meditación en 1.2 y la incorrecta en 2.1. Los doce versículos del Salmo 2 pueden dividirse en cuatro secciones de cuatro versículos cada una y en cada sección podemos oír una voz diferente.

I. La voz de las naciones (2.1–3)

Esta es una voz de rebelión; la palabra «amotinarse» quiere decir «reunirse tumultuosamente». Son los gentiles lo que están en la mira («gentes» y «pueblos» en el versículo 1) y se rebelan contra Dios y su gobierno. Los reyes dirigen la rebelión de sus naciones y todos se resisten a Dios y a Cristo. Por supuesto, esta voz se ha oído a través de los siglos, pero se oye con más fuerza en estos últimos días. Como nunca antes hay una voz unida de rebelión contra el gobierno de Dios y de Cristo. ¿Qué quieren las naciones? ¡Libertad del gobierno de Dios! «Rompamos sus ligaduras». De acuerdo a Génesis 10.5 Dios dividió a los pueblos gentiles en tierras y naciones; véanse también

Hechos 17.26 y Deuteronomio 32.8. La historia nos muestra que las naciones gentiles han rechazado al pueblo de Dios (Israel), la Palabra de Dios y al Cristo de Dios. Las naciones no quieren someterse al gobierno de Dios. Como el orgulloso Nabucodonosor, quieren salirse con la suya y rehúsan admitir que Dios rige los asuntos de los hombres. Véase Daniel 4.28–37. Esta rebelión gentil se hizo más feroz con el establecimiento de la Iglesia (Hch 4.23–30). Pero en los últimos días tendrá su completo cumplimiento conforme los «reyes de la tierra» se unan para luchar contra Dios (véanse Ap 1.5; 6.15; 16.12–16; 17.2; 18; 19.11–21).

II. La voz del Padre (2.4–6)

¿Cómo responde Dios a las amenazas de los hombres? ¡Se ríe! Es la voz santa de burla, porque Dios es más grande que el hombre y no tiene por qué temer los arrogantes ataques de reyezuelos. Dios no habla hoy en juicio; habla en gracia desde la cruz. Pero viene el día cuando Dios será «el que ríe último» (Sal 37.1–15; 59.1–8). ¿Recuerda cómo el orgulloso Senaquerib desafió a Dios y a los judíos y de súbito fue eliminado? (2 R 19). Esto ocurrirá de nuevo cuando Dios decida tratar con juicio a las naciones del mundo.

Hay también la voz de ira (v. 5). Podemos decirlo de nuevo: hoy Dios no habla en ira; habla por medio de su Hijo en gracia (Heb 1.1–2); un día, no obstante, enviará su ira sobre las naciones del mundo. La palabra «furor» significa «ira feroz». Esta es la tribulación, descrita en detalle en Apocalipsis 6–19. Será un tiempo de terrible juicio sobre la tierra, el mar, los cielos, el mundo de la naturaleza, los pueblos y naciones. Millones de personas morirán debido a plagas y desastres enviados desde el cielo. Durante el período de la tribulación la nación de Israel será «purgada» para preparar un remanente de creyentes para el regreso de Cristo que establecerá su reino desde Jerusalén. Multitudes serán salvas durante este tiempo, pero muchos sellarán su decisión con sus vidas.

Finalmente, la voz de Dios es una voz de declaración (v. 6); Dios ha puesto («ungido») a su Rey sobre su monte santo. Este es Cristo (Is 9.6–7; Dn 7.14). Aun cuando no está todavía sentado en su trono de gloria, ni sobre el trono de David, está sentado a la diestra del Padre; ¡y su trono es tan cierto como la Palabra del Padre! Hoy Cristo es el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (Heb 6.20–7.17). Intercede por los suyos. Un día volverá en gloria y se sentará en el trono para juzgar y regir a las naciones (Mt 25.31–46).

III. La voz del Hijo (2.7–9)

Cristo habla en estos versículos y nos dice lo que el Padre le dijo en su decreto eterno. Qué bueno saber que Dios ha decretado el cumplimiento de su plan y que el hombre no estorbará la obra de Dios. «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy». ¿Cuándo le dijo el Padre esto al Hijo? No al nacer en el mundo, sino al salir de la tumba. Léase con cuidado Hechos 13.28–33. Cristo fue «engendrado» a partir de la tumba virgen a una vida gloriosa del poder de la resurrección. (Este versículo se cita de nuevo en Heb 1.5 y 5.5.)

Debido a su victoria sobre el pecado y la muerte, a Cristo se le ha dado una herencia; véase Hebreos 1.4–5. Usted recordará lo que el Padre dijo en el bautismo del Hijo: «Este es mi Hijo amado» (Mt 3.17). Lo repitió en la transfiguración cuando Jesús iba a enfrentar su muerte en la cruz (Mt 17.5). Jesús tiene a todas las naciones como su herencia debido a su obra fiel en la cruz. Sin embargo, Satanás le ofreció estos mismos reinos sin la cruz; véase Mateo 4.8–10. Jesús pudo haber recibido las naciones sin sufrimiento si se hubiera sometido a la voluntad del diablo, pero entonces se hubiera colocado fuera de la voluntad del Padre. (Por supuesto, era imposible que Cristo pecara, pero la tentación era todavía igual de real.) Satanás le ofrecerá estos reinos al anticristo y este gobernará las naciones por un breve tiempo. Véase Apocalipsis 13.1–10.

¿Cuándo recibirá Cristo «los confines de la tierra» como posesión suya? Cuando vuelva a la tierra en poder y gloria; véase Apocalipsis 19.11–21. Hay referencias al Salmo 2.9 en Apocalipsis 12.5 y 19.15; y en Apocalipsis 2.26–29 se nos dice que los cristianos reinarán con Él. Véase también Daniel 2.42–44.

IV. La voz del Espíritu (2.10–12)

Los tres versículos finales son una apelación del Espíritu a los hijos de los hombres, para que se sometan ahora a Jesucristo. El Espíritu apela a cada aspecto de la personalidad:

A. La mente (v. 10).

«Sed prudentes[…] Admitid amonestación». El «consejo de malos» (Sal 1.1) los ha descarriado. La sabiduría del mundo es necedad para Dios (1 Co 1.18–31). Nuestro mundo se jacta de su conocimiento y parece que hay más conocimiento que nunca antes, pero también parece haber menos sabiduría. La sabiduría de Dios se halla en su Palabra, sin embargo los reyes y gobernantes no quieren la Palabra de Dios.

B. El corazón (v. 11).

«Servid a Jehová». En lugar de rebelarse y resistirle, la gente debería postrarse ante Cristo y servirle. Al rendirse a Cristo, un gozo reverente vendrá como resultado.

C. La voluntad (v. 12).

«Honrad al Hijo» implica rendirle honor, mostrar sumisión amorosa a Él. La honra habla de amor y reconciliación. Dios ha reconciliado al mundo por la cruz de Cristo (2 Co 5.14–21); la justicia y la paz se besaron en la cruz (Sal 85.10). Ahora Dios puede salvar a los pecadores perdidos y todavía afirmar su ley santa. Es trágico que la mayoría en el mundo diga: «¡No queremos que este reine sobre nosotros!» Cuando Jesús vuelva, los obligarán a postrarse ante Él (Flp 2.10–11), pero entonces será demasiado tarde. Todo lo que Dios tiene que hacer es inflamar su ira «de pronto», ¡y los pecadores perecen! ¿Qué pasará cuando su ira arda sobre esta tierra en gran juicio?

El Salmo 1 empieza con una bienaventuranza; el Salmo 2 concluye con: «Bienaventurados todos los que en Él confían». «Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Hch 2.21).

SALMO 8

Escondido en esta hermosa descripción poética del lugar del hombre en la creación, yace mucha enseñanza práctica para la gente de hoy. Con la ayuda de las referencias al Salmo 8 del NT, descubriremos algunas de las lecciones que se hallan aquí.

I. El escenario histórico

Usted habrá notado que hay dos tipos de inscripciones en los salmos: históricas y musicales. Por ejemplo, al principio del Salmo 8 leemos: «Al músico principal; sobre Gitit. Salmo de David». *Gitit* significa «lagar» y quizás se refería al uso del salmo durante la temporada de

la cosecha. Sin embargo, algunos estudiosos han concluido que las direcciones musicales pertenecen al final del salmo precedente, como se ve en Habacuc 3. Esto significa que *Mut-labén* al principio del Salmo 9 realmente pertenece al final del Salmo 8.

El término *Mut-labén* significa «la muerte del hijo» o «muerte del paladín», y podría referirse al episodio cuando David mató a Goliat (1 S 17). Es fácil ver al joven David solo con Dios aquella noche después de matar al gigante, mirando a los cielos y maravillándose de la preocupación de Dios por los suyos. David no era sino un «niño y de los que maman» comparado al gigante, sin embargo Dios lo usó para silenciar al enemigo. Nótese que en 1 Samuel 17.4 a Goliat se le llama «paladín» y que con arrogancia desafió a los temerosos judíos durante cuarenta días (17.16). Cuando David se ofreció a silenciar al enemigo, Saúl dijo: «Eres un muchacho» (17.33); un bebé, un niño de pecho. Nótese otro paralelo entre 1 Samuel 17 y el Salmo 8 en «las aves del cielo» y «las bestias del campo» (1 S 17.44 y Sal 8.7–8). También el Salmo 8 glorifica «el nombre de Jehová» (8.1, 9) y David derrotó a Goliat en «el nombre de Jehová» (17.45).

Aquí tenemos al joven David alabando al Señor por la gran victoria que le dio. «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?» ¿Por qué le iba Dios a prestar atención a un muchacho pastor? Qué maravilloso tipo de Jesucristo vemos en David: (1) ambos nacieron en Belén; (2) ambos eran pastores; (3) a ambos los rechazaron temporalmente sus hermanos; (4) ambos enfrentaron a un enemigo en el desierto y ganaron; (5) ambos fueron al exilio antes de ser reyes; (6) ambos tomaron una esposa en el exilio; y (7) a ambos los amaron, porque el nombre David significa «amado».

II. El significado doctrinal

Cada vez que se cita un salmo en el NT y se aplica a Cristo, es uno mesiánico. El Salmo 8 se aplica a Cristo en varios lugares del NT: Mateo 21.16; Hebreos 2.6–8; 1 Corintios 15.27; y Efesios 1.22. Léase estas referencias con cuidado, especialmente Hebreos 2.

La principal enseñanza del Salmo 8 en Hebreos 2 y 1 Corintios 15 es esta: Cristo ha recuperado todo lo que Adán perdió debido al pecado. Cristo ha sido exaltado por sobre los cielos y de este modo ha glorificado el nombre de Dios (Ef 1.19–23; Heb 1.1–3). La gloria de Dios no habita más en una tienda ni en un templo; está «por sobre los cielos» en Cristo y en los corazones de los creyentes. Cuando Cristo ministraba en la tierra, ni reyes ni sacerdotes lo alabaron; los niños fueron los que lo alabaron en el templo.

Léase con cuidado Génesis 1.26–28 y nótese que Dios le dio al hombre dominio sobre los peces, las aves y el ganado. En realidad el hombre fue hecho «poco menor que Dios» y fue nombrado el delegado de Dios en la tierra. Pero cuando Adán pecó, perdió ese dominio. Romanos 5 destaca que hubo un cambio de «reyes»: la muerte reinó (5.14, 17) y el pecado reinó (5.21), pero Adán no reinó más. En lugar de ser un rey, ¡Adán se convirtió en esclavo!

Cuando Cristo vino a la tierra, ejerció el dominio que Adán había perdido. Cristo ejerció dominio sobre los peces (Lc 5.1–6; Mt 17.24–27; Jn 21.1–6), las aves (Lc 22.34) y las bestias (Mc 1.13; 11.17). Hoy en día, nadie en la tierra puede controlar la naturaleza como Él la controlaba. Cuando Jesús vino a la tierra, era Dios «visitando» a los hombres (Sal 8.4 con Lc 1.68, 78). Nótese que David describe una escena nocturna (v. 3), porque sin duda era noche espiritual cuando Jesús vino a la tierra. Pero al humillarse a sí mismo y convertirse en siervo y morir en la cruz, Jesús glorificó a Dios y compró la salvación de las personas perdidas y de un mundo perdido. Hebreos 2.8 destaca que aún no vemos toda la naturaleza sujeta al hombre. Aún existen inundaciones, terremotos y plagas. Sí, ¡pero vemos a Jesús! (Heb 2.9). Y el hecho de que murió por nosotros es toda la seguridad que necesitamos de que un día, cuando Él regrese, su pueblo reinará sobre una tierra renovada.

Un pensamiento final: La obra de Cristo en la cruz no sólo deshizo el pecado de Adán y nos puso de nuevo donde estaba Adán. Más bien, nos dio mucho más: nos hizo semejantes a Cristo. Nótese la repetición de «mucho más» en Romanos 5.9–21.

III. La vida práctica

A. Alabanza.

Si David tenía razón para alabar a Dios por su posición y su victoria, cuánto más nosotros debemos alabarle. ¿Quiénes somos nosotros para que Dios nos visite? ¿Quiénes somos para que Cristo muriera por nosotros y nos llevara con Él más allá de los cielos?

B. Posición.

Este salmo exalta la dignidad del hombre. El versículo 5 debería decir: «Le has hecho un poco menor que Dios». El hombre es sin duda la más grande de las creaciones de Dios, porque fue hecho «a imagen de Dios». Debido a que la enseñanza moderna ha rebajado al hombre al nivel de animal y ha rechazado la imagen de Dios, el mundo está en caos. Santiago 3.9 nos recuerda que trataremos mejor a los demás si recordamos que están hechos a imagen de Dios. No sorprende que haya tanto desorden civil, tanta brutalidad. Hemos destronado a Dios y degradado a la humanidad. Nunca olvidemos nuestra obligación como criaturas hechas a imagen de Dios, y nuestra más grande obligación como santos siendo renovados en esta imagen por medio de Cristo (Col 3.9–10; Ro 8.29).

C. Poder.

Cristo nos ha dado dominio; esto quiere decir que reinamos como reyes. Podemos reinar en la vida a través de Cristo (Ro 5.17), obteniendo victoria sobre el pecado y la tentación. Reinamos en la muerte (1 Co 15.54–57), porque la muerte ya no tiene dominio sobre nosotros. Reinaremos en su reino aquí en la tierra, nuestro lugar de servicio se determinará de acuerdo a nuestra vida y fidelidad aquí ahora (Mt 25.14–30; Lc 19.12–27). Finalmente, reinaremos con Él por siempre jamás.

D. Promesa.

Este salmo aclara que Dios está interesado en la creación, y la interpretación de Hebreos 2.6–9 indica que Cristo un día libertará a la creación de la esclavitud del pecado. Véase Romanos 8.18–24. Esto incluirá «la redención de nuestro cuerpo» (Ro 8.23) cuando veremos a Cristo y seremos semejantes a Él (1 Jn 3.1–3; Flp 3.20–21). El hecho de que Jesucristo está hoy en el trono es prueba de que un día toda la creación será redimida. ¡Qué promesa gloriosa!

Por supuesto, el Salmo 8 se aplica sólo a los creyentes en Jesucristo. El inconverso puede admirar la creación de Dios, la obra de sus dedos (v. 3), pero los salvos han experimentado el poder de su brazo. «¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? (Is 53.1). Qué maravilloso es que Dios visite esta tierra para salvación, pero un día la visitará en juicio. ¿Ha confiado en Cristo como su Salvador? ¿Permite que Él gobierne y reine en su vida?

La revelación de Dios al hombre es el tema de este salmo. Al fin y al cabo, es asombroso que Dios nos hable. Las personas son pecadoras y no desean escuchar a Dios y, sin embargo, Él en su gracia continúa hablando. Dios nos habla de tres maneras:

I. Habla en los cielos (19.1–6)

La sabiduría de Dios, su poder y gloria se ven en su creación. La ciencia moderna nos hace estudiar las «leyes naturales» y deja a Dios fuera, pero el salmista al mirar las maravillas de los cielos y la tierra veía a Dios. Véanse también los Salmos 8 y 29, así como Isaías 40.12–31. Jesús vio la obra de las manos del Padre en los lirios y en las aves (Mt 6.24–34). Tanto de día como de noche la creación de Dios habla (v. 2), pero su palabra no la escucha el oído humano. El versículo 3 debería leerse: «No hay palabra ni lenguaje donde su voz no se oye». Oímos la voz de Dios en la creación al ver su sabiduría y poder. Es cierto que entidad tan compleja como nuestro universo (y los universos más allá del nuestro) exige un Creador y sustentador. Creer que el universo evolucionó de la nada y se arregló por sí mismo de esta manera ordenada es necedad.

La creación habla un lenguaje universal a todas las naciones (vv. 3–4). Es este hecho lo que Pablo usó en Romanos 1.18–32 para demostrar que todas las personas en todas partes están bajo la ira de Dios. «¿Están perdidos los paganos?», es una pregunta que se hace a menudo, y la respuesta es: «Sí». ¿En base a qué si nunca han oído el evangelio? En base a la revelación de Dios en la creación. El pagano ve el poder y sabiduría de Dios, su «deidad eterna», en la creación y sabe que tiene responsabilidad hacia Él. Pablo usa el Salmo 19.4 de nuevo en Romanos 10.18.

La naturaleza le predica mil sermones al día al corazón humano. Cada día empieza con luz y pasa a la oscuridad, de estar despierto a dormir, un cuadro de la vida sin Dios. Cada año pasa de la primavera al invierno, de la vida a la muerte. Vemos que se corta la hierba (Is 40.6–8), que se derriban los árboles (Lc 13.6–9; Mt 3.10), el fuego que destruye la cizaña (Mt 13.40–42). Las actividades de la naturaleza, bajo la mano de Dios, son lecciones objetivas para el corazón de los pecadores pero, tristemente, muchos no quieren ver ni oír. El pecador perdido, dondequiera que esté en este globo, está condenado delante del trono de Dios.

II. Habla en las Escrituras (19.7–11)

Los cielos declaran la gloria de Dios y las Escrituras su gracia. Véase Hebreos 1.1–3. Esta ley, testimonio, mandamiento, palabra, por supuesto, es una revelación personal de Dios, porque el nombre que se usa no es «Dios» sino «Jehová», o sea, el Señor. Este es el nombre personal de Dios, el nombre del pacto.

A. Lo que es la Biblia.

(1) La perfecta ley. No hay error en la Biblia, ya sea en cuanto a hecho histórico o verdad espiritual. Por supuesto, la Biblia narra las mentiras de los hombres o de Satanás, pero el mensaje total de la Biblia es el de la verdad. Véanse Salmos 119.128 y 160.

(2) El testimonio fiel. La Palabra no cambia; es firme y permanente, Salmo 119.89. Es el testimonio de Dios al hombre, su testigo de lo que es verdadero y correcto. Véase Mateo 5.18.

(3) El precepto recto. «Precepto» significa «estatuto, reglas para la vida diaria». Algunas reglas son equivocadas; la Palabra de Dios es recta. Obedecer la Palabra trae bendiciones a la vida diaria.

(4) El mandamiento puro. Véanse Salmos 12.6; 119.140; Proverbios 30.5. Los «libros sagrados» de algunas religiones son cualquier cosa menos puros, pero la Palabra de Dios es pura, incluso cuando se refiere al pecado. Nada en la Biblia, bien entendida, puede conducir a la persona a pecar.

(5) El limpio temor de Jehová. La frase «el temor de Jehová» (v. 9) es otra referencia a «la ley», puesto que la Palabra de Dios produce reverencia hacia Dios. Véanse Deuteronomio 4.10; Salmo 110.10. Temer a Dios hace limpia a la persona; adorar ídolos paganos la ensucia.

(6) Juicios verdaderos, justos. Las evaluaciones de Dios respecto al hombre y las cosas son verdad; Él conoce todo completamente. Vale la pena que el cristiano crea lo que Dios dice y no dependa de su propia evaluación. Lot cometió esta equivocación y lo perdió todo.

(7) Mejor que oro. Qué tesoro es la Biblia (Sal 119.72; Pr 8.10; 16.16).

(8) Más dulce que la miel (Sal 119.103). El cristiano espiritual no necesita cosas artificiales de este mundo para su satisfacción; la Palabra sacia el apetito espiritual.

B. Lo que la Biblia hace.

(1) Convierte. Esto es lo mismo que «restaura» o «conforta» en el Salmo 23.3. La Palabra convierte al pecador de sus caminos y restaura al santo cuando se desvía. Refresca y sana.

(2) Hace sabio. Léanse Salmo 119.97–104; Isaías 8.20; Jeremías 8.9; Colosenses 1.9; Santiago 1.5.

(3) Regocija. El creyente espiritual halla gozo en la Palabra (Jer 15.16).

(4) Alumbra. «La exposición [manifestación] de tus palabras alumbra» (Sal 119.130).

(5) Permanece. Otros libros desaparecen y los olvidan, pero la Palabra de Dios permanece. ¡Muchos martillos se han gastado contra el yunque de la Palabra de Dios!

(6) Enriquece. Es mejor que oro o plata (Pr 3.13–15).

(7) Satisface. La miel satisface al cuerpo; la Palabra satisface el alma.

(8) Advierte. Es mejor prevenir el pecado y evitar los problemas, que confesar el pecado y tratar de remediar errores. Saber la Palabra y obedecerla guía al creyente por la senda segura. Véase Proverbios 2.

(9) Recompensa. El dinero no puede comprar las recompensas de una vida santa: una conciencia limpia, un corazón puro, gozo, paz y la oración contestada. Nótese que el versículo 11 dice que hay recompensa *en* guardar la Palabra, no *por* guardarla. La recompensa viene al hacer: «Este será bienaventurado en *lo que hace*» (Stg 1.25).

III. Habla en el alma (19.12–14)

Nadie puede comprender su corazón (Jer 17.9). Necesitamos el espejo de la Palabra para revelarnos nuestros pecados (Stg 1.22–25). El salmista concluye pidiéndole a Dios que le revele sus pecados secretos; véase el Salmo 119.23–24. La ley del AT proveía para los pecados

de ignorancia (Lv 4–5; Nm 15.22ss). Pero no había sacrificio para los pecados de abierta rebelión y desacato; véase Números 15.30–31. David no sólo pide ser limpiado de las faltas secretas, sino que se le restrinja para no meterse de cabeza en el pecado abierto. «Velad y orad, para que no entréis en tentación». Esta clase de abandono impío al pecado conduce a la esclavitud y el pecado se convierte en el amo de la vida. Romanos 6 nos dice que el pecado no debe dominarnos. Por supuesto, es al permitir que la Palabra de Dios controle nuestras vidas que obtenemos la victoria sobre el pecado. Por «gran rebelión» en el versículo 13 el salmista parece querer decir el «pecado de muerte» o la rebelión continua contra Dios que trae su ira. Es por una acumulación de pecaditos secretos del versículo 12 que la persona poco a poco se mete en gran pecado. Es importante que los cristianos confiesen sus pecados inmediatamente y le permitan a la Palabra de Dios y a la sangre de Cristo que limpien sus corazones.

La oración del versículo 14 debería estar en nuestros labios y corazones todo el día. La meditación del corazón controla las palabras de la boca (Mc 7.14–23). Aquí la palabra «meditación» representa un músico rasgando las cuerdas del arpa. ¿Quién controla la música de su corazón, Dios o Satanás? La meditación es al corazón lo que la digestión al cuerpo; es ingerir la Palabra de Dios y hacerla parte de nuestro ser interior. Conforme el corazón y la mente piensan en la Palabra de Dios todo el día, el Espíritu guía la vida. Esto es lo que significa andar en el Espíritu (Gl 5.16) y tener una mente espiritual (Ro 8.1–8).

¿Es su Biblia para usted todo lo que Dios quiere que sea? Lea este salmo de nuevo y pídale a Dios que le capacite para amar la Palabra, vivirla y obedecerla; y Él le bendecirá.

SALMOS 22, 23, 24

Estos tres salmos familiares y amados presentan a Cristo como el Pastor, cada uno enfatiza un aspecto diferente de su persona y obra. El Salmo 22 muestra a Cristo como el Buen Pastor que muere por las ovejas (Jn 10.11); el Salmo 23 como el Gran Pastor que cuida a las ovejas (Heb 13.20–21); y el Salmo 24 como el Príncipe de los pastores que viene por las ovejas (1 P 5.4). En otras palabras, Cristo murió por nosotros (pasado), Cristo vive por nosotros (presente) y Cristo vendrá por nosotros (futuro).

I. El Buen Pastor (22)

Este salmo presenta la crucifixión de Cristo en los versículos 1–21 y su resurrección en los versículos 22–31. Puesto que los judíos no sabían de la crucifixión en tiempos de David, esta descripción vívida de la muerte de Cristo en la cruz sólo se pudo escribir mediante la inspiración del Espíritu. Es interesante contrastar las dos secciones de este salmo. En los versículos 1–21 vemos el sufrimiento y crucifixión de Cristo, mientras que en los versículos 22–31 vemos su gloria y resurrección. El primer pasaje muestra dolor y oración; el segundo alabanza y promesa. El primero muestra a Cristo en medio de sus enemigos; el segundo a Cristo en medio de su Iglesia.

No es difícil ver el cumplimiento de este capítulo en el relato de la cruz del NT:

v. 1: Mateo 27.46; Marcos 15.34. Cristo habló estas palabras.

v. 2: Luz y tinieblas alternadas; Mateo 27.45.

vv. 6–8: El oprobio del pueblo; Mateo 27.39–44

vv. 11–12: No se le ofreció ayuda; Mateo 27.56

v. 16: Manos y pies horadados; Mateo 27.35

v. 17: La gente le contemplaba; Lucas 23.35

v. 18: Echaron suerte sobre sus vestidos; Juan 19.23–24

En el versículo 22 la escena cambia y entramos a la resurrección. Véase en Hebreos 2.11–12 la explicación del NT respecto a esto. Cristo no está en la cruz; está en medio de sus hermanos (la Iglesia) declarando la gloria de Dios. El versículo 24 debe leerse en conexión a Hebreos 5.7. Esta sección final está llena de alabanza: en la Iglesia (v. 22), en Israel (vv. 23–26) y entre los gentiles (vv. 27–31). El versículo 31 concluye: «Él hizo esto»; un paralelo con las palabras de Jesús: «Consumado es». Debido a la obra de Cristo en la cruz, se ha conseguido la salvación y todo el que viene a Él por fe será salvo.

II. El Gran Pastor (23)

Hebreos 13.20–21 nos informa que hoy Jesús es el Gran Pastor que cuida sus ovejas. Nosotros somos sus ovejas y conforme le seguimos, Él nos ministra. Cristo no sólo murió por nosotros; resucitó y vive por nosotros. Es el Gran Pastor, el Gran Sumo Sacerdote. «Nada me faltará» es el tema del Salmo 23. No me faltará: descanso y refrigerio (v. 2), restauración y justicia (v. 3), protección en los problemas (v. 4), provisión en el desierto (v. 5) y un hogar a donde ir al final del día (v. 6).

Por supuesto, el cuadro que hay aquí es el de un pastor oriental y su rebaño. Tal pastor conocía a cada oveja por nombre. El pastor va delante de las ovejas y se asegura de que no se acerquen al peligro (Jn 10.27–28). Las ovejas nunca tienen que preocuparse cuando siguen al pastor, porque él las protegerá y proveerá para ellas. Incluso cuando atraviesen un valle peligroso (v. 4), el pastor está junto a ellas y más allá del valle está la casa del descanso. Al final del día el pastor conduce al rebaño de regreso al redil y se pone a la puerta para examinar a cada oveja mientras entra. Si ve a alguna lesionada o fatigada, derrama sobre ella aceite refrescante para calmarla y sanarla, y le da a beber agua fría. ¡Cuánta gracia tiene nuestro Pastor para cuidarnos!

Cada uno de los nombres de Dios en el AT se ven en este salmo: *Jehová-jireh,* «el Señor proveerá» (Gn 22.13–14); *Jehová-rafah,* «el Señor sana» (Éx 15.26); *Jehová-shalom,* «el Señor es nuestra paz» (Jue 6.24); *Jehová-sidkenu,* «el Señor es nuestra justicia» (Jer 23.6); *Jehová-sama,* «Jehová allí» (Ez 48.35); *Jehová-nissi,* «el Señor es nuestra bandera» (Éx 17.8–15); y *Jehová-rá-ah,* «el Señor es mi pastor» (Sal 23.1). En otras palabras, Jesucristo es para sus ovejas todo lo que ellas necesitarán. Como el niño pequeño dijo equivocándose al repetir este salmo: «Jehová es mi pastor, ¿qué más puede faltarme?»

III. El Príncipe de los pastores (24)

La tradición judía dice que este salmo se escribió para conmemorar el regreso del arca a Jerusalén por órdenes de David (1 Cr 13–15). Quizás lo cantaban diferentes coros o solistas, cada uno respondiendo al otro. El coro cantaría los versículos 1–2, una voz respondería con el versículo 3 y luego otra voz respondería con el versículo 4. Entonces el coro cantaría los versículos 5–6. A medida que el pueblo entraba

por las puertas de la ciudad, el coro cantaría los versículos 8–9 y entonces la voz preguntaría de nuevo: «¿Quién es este Rey de gloria?» Luego todo el grupo exclamaría: «¡Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria!» ¡Qué hermoso espectáculo debe haber sido!

Pero una maravilla incluso mayor espera a Jerusalén cuando el Príncipe de los pastores, Jesucristo, aparezca para reclamar el trono de David. Este salmo describe la venida del Rey a Sion; véase Apocalipsis 19.11–16. Esta tierra presente está bajo la influencia del pecado y de Satanás. A pesar de que es del Señor por creación y redención, aún no se ha libertado de la esclavitud. Pero gracias a Dios, un día Jesús regresará a la tierra para reclamar su herencia. Entonces la tierra será llena de la gloria del Señor.

La pregunta del versículo 3 es importante: ¿quién es digno de reinar sobre la tierra desde el monte de Sion? Esto nos recuerda Apocalipsis 5 donde se pregunta: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?» Sólo hay una respuesta: Jesucristo el Hijo de Dios. El Salmo 24.4 lo describe como el Hombre Perfecto, el Rey Perfecto. David no tenía limpias las manos, porque asesinó a un hombre; ni tampoco tenía un corazón puro, porque cedió a la lujuria y cometió adulterio. Elevó su alma a vanidad y orgullo cuando censó al pueblo. Salomón no calificaría, porque fue un idólatra. Incluso el gran rey Ezequías cayó debido a su orgullo. No, el único rey que califica es Jesucristo.

Cuando Jesucristo reclame a Jerusalén, vendrá como alguien listo para la batalla (v. 8), porque habrá derrotado a las naciones del mundo en el Armagedón (Ap 19.19–21). Antes que Jesús naciera se le prometió que se sentaría sobre el trono de David (Lc 1.30–33). Hoy está sentado en el trono de su Padre (Ap 3.21), pero cuando vuelva a esta tierra en juicio y gloria, reclamará el trono de David y reinará sobre la casa de Jacob. Por supuesto, primero regresará en el aire para llevar a la Iglesia al cielo (1 Ts 4.13–18). Luego seguirán siete años de terrible tribulación sobre la tierra, «el tiempo de la aflicción de Jacob». Cuando Satanás y sus diabólicos asociados hayan hecho lo peor que pueden, Jesucristo volverá para juzgar y librará al mundo del mal. Entonces habrá una tierra renovada, un Israel restaurado y un reino justo por mil años (Ap 20.1–5).

Si Cristo es su *Buen* Pastor debido a que le ha recibido como Salvador, permítale ser su *Gran* Pastor que guía y bendice su vida. Entonces cuando Él vuelva como el *Príncipe* de los pastores, estará listo para recibirle.

Salmos 32 y 51

El antecedente de estos salmos es 2 Samuel 11–12. David deseó la mujer de su prójimo, cometió adulterio, emborrachó al esposo, le mandó matar y luego escondió todo el asunto al menos por un año. No era un jovencito cuando cayó en estos pecados; era un hombre maduro, gobernando un gran reino. «El que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Co 10.12). El Salmo 51 fue la oración de confesión de David y el Salmo 32 su canto de perdón. Léase en 1 Juan 1.5–2.2 la provisión de Dios para la limpieza.

I. La oración de confesión de David (51)

Esta es una oración muy personal; nótese con cuánta frecuencia David usa «yo», «mí» y «mi pecado». Sus ojos no están sobre algún otro; están sobre él y en el Señor.

A. El costo de pecar.

Caer en la lujuria y el adulterio parecen ser actos momentáneos, pero qué tremendo precio pagó David. (Es posible, sin embargo, que David «planeó pecar» cuando volvió de la batalla a la casa.) Como lo veremos en el Salmo 32.3–4, David pagó físicamente por sus pecados y se enfermó. Pero el costo espiritual también fue grande. Perdió la pureza de corazón (vv. 1–2) y por consiguiente necesitaba que le lavaran y limpiaran (v. 7). Nótense las palabras que usó aquí para el pecado: transgresiones quiere decir actos de rebelión, desafiarlo cruzando la línea que Él ha trazado; iniquidad significa corazón torcido, perversidad; pecado significa errar el blanco, fracasar al no satisfacer la norma de Dios. El versículo 17 sugiere que el corazón de David no sólo se contaminó, sino que también se endureció. Cuando albergamos el pecado, este endurece el corazón. Los ojos de David también quedaron afectados; todo lo que veía eran sus pecados (v. 3). Por lo general, los que tienen la conciencia sucia están a la defensiva, preguntándose cuánto sabrán los demás. El pecado también afectó sus oídos, porque perdió el sonido del gozo y la alegría (v. 8). Nada le suena bien a alguien que está fuera de la comunión con Dios. Incluso los labios de David se afectaron, porque ya no podían testificar ni siquiera cantar alabanzas a Dios (vv. 13–15). Nada cierra la boca del cristiano como el pecado sin confesar. Su mente quedó afectada, porque suplicaba sabiduría (v. 6). El ser interior (corazón y espíritu, v. 10) estaba fuera de la comunión con Dios (v. 11) y no había alegría. Dios no retira su Espíritu Santo cuando pecamos (Jn 14.16), pero sí entristecemos al Espíritu y por consiguiente perdemos su comunión y ayuda (Ef 4.30–32). ¡Nunca olvidemos el alto costo de pecar!

B. El costo de confesar el pecado.

La verdadera confesión incluye el arrepentimiento, un sincero cambio de modo de pensar. Durante el año que David escondió sus pecados pensó que podría «salirse con la suya». Pero cuando Natán le enfrentó a sus pecados, el corazón de David le reprendió y se arrepintió. Hay una diferencia entre admitir los pecados y confesarlos. La confesión (1 Jn 1.9) literalmente significa «decir lo mismo». Si decimos respecto a nuestros pecados lo mismo que Dios dice respecto a ellos y en realidad lo queremos decir, estamos confesando pecados. David incluso avanzó al admitir su naturaleza pecaminosa, nacido en pecado (v. 5). Tenga cuidado con la «confesión barata». Orar sólo de labios para afuera: «Señor, he pecado, ¡perdóname!», no es confesión. La verdadera confesión cuesta algo: un espíritu quebrantado y un corazón contrito (v. 17). Esto no significa que debemos hacer penitencias y ganarnos el perdón, sino significa que estamos tan quebrantados por nuestros pecados que no podemos ocultarle nada a Dios.

C. El costo de la limpieza del pecado.

Las buenas obras no pueden limpiar el pecado, ni siquiera las religiosas ni los sacrificios (vv. 16–17). Sólo la sangre de Jesucristo puede limpiar los pecados (Heb 10.1–18; 1 Jn 1.7–2.2). El perdón no es algo barato; le costó a Jesucristo su vida. Recibimos el perdón debido a lo que Él ha hecho, no debido a nuestras oraciones o lágrimas. Dios está dispuesto a borrar nuestros pecados (vv. 1, 9; véase Is 43.25) y purgarnos completamente. Tan solo el alto costo de la limpieza debería hacernos detestar el pecado y querer alejarnos de él.

II. La alabanza de David porque Dios lo limpió (32)

Pablo cita los primeros dos versículos en Romanos 4.7–8, de modo que asegúrese de leer ese pasaje. Literalmente David cantó: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño». David fue culpable de todo esto: se rebeló contra la ley y no cumplió la norma de Dios; permitió

que su naturaleza torcida le controlara; y escondió con engaño todo el asunto durante un año. Léase Proverbios 28.13 y aplíquelo al caso de David.

A. El silencio de la convicción (vv. 3–4).

¿Qué le ocurrió a David mientras rehusó confesar sus pecados? Sufrió. Sufrió espiritualmente (como lo vimos en el Salmo 51), pero también físicamente. Se envejeció. La mano de Dios al declararlo culpable pesaba sobre él día y noche. Se «secó» como un arroyo en una sequía. Algunas personas que acuden al médico para atender sus síntomas deberían acudir al Señor para que se haga cargo de sus pecados. Esto no significa que toda enfermedad se debe al pecado, pero sí significa que el pecado sin confesar puede causar aflicción física. Véase I Corintios 11.29–32.

B. El gemido de confesión (v. 5).

Literalmente: «Mi pecado te declaré». Cuando Natán le habló (2 S 12.13), David inmediatamente confesó que había pecado, pero luego, en privado, le permitió al Espíritu de Dios que descubriera sus pecados uno por uno. La oración de David no fue una «confesión general»; mencionó cada uno de sus pecados. Debido a ello, Dios le perdonó. Un escritor ha dicho: «Mientras menos misericordia se tenga usted mismo, más misericordia tendrá Dios de usted». Pablo dijo: «Si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados» (1 Co 11.31). Dios no nos perdona porque lo lamentemos ni porque oremos; nos perdona cuando confesamos nuestros pecados debido a que «Él es fiel y justo»: fiel a su promesa y justo en cuanto a la cruz. Dios no nos hará pagar por pecados que Cristo ya ha pagado. Léase Romanos 8.31–39.

C. El canto de limpieza (vv. 6–7).

El suspirar de David se ha reemplazado por cantar. Lo rodean «cantos de liberación»; y a dondequiera que se vuelve, descubre cosas acerca de las cuales cantar. Solía ser que a dondequiera que se volvía sólo veía sus pecados (51.3). Nos advierte que debemos orar a Dios por perdón «en el tiempo en que pueda ser hallado». Esto puede tener dos significados: en un tiempo cuando descubrimos nuestros pecados y en uno cuando Dios puede ser hallado (Is 55.6–7). Si el creyente permite que el pecado se acumule, Dios tendrá que intervenir y disciplinarle (Heb 12). David ya no teme más, porque Dios es su refugio. Que vengan los problemas; no tiene temor.

D. El grito de confianza (vv. 8–11).

Dios habla ahora a David y le asegura que dirigirá sus pasos. «Él restaura mi alma; me guía por senderos de justicia por amor de su nombre» (Sal 23.3, BLA). Dios quiere guiarnos, no con vara de rigor, sino con sus ojos. Un hijo obediente observa los ojos de sus padres, para ver cuál es su voluntad. El cristiano debe estar siempre bajo los ojos del Padre y vivir para agradarle. En el versículo 9 David habla de dos extremos: el caballo que arranca hacia adelante impulsivamente y el mulo que se retrasa con obstinación. Los cristianos deben evitar dichos patrones de conducta. Debemos andar con el Señor un paso tras otro en obediencia y amor. Los caballos y los mulos deben controlarse con frenos y cabestros «porque si no, no se acercan a ti». Es triste, pero algunos cristianos deben tener «frenos y cabestros» antes de que Dios pueda controlarlos. Pero la manera normal es que Dios nos guíe con sus ojos sobre nosotros. Los animales sin entendimiento no tienen comprensión, pero el pueblo de Dios puede comprender cuál es la voluntad de Dios (Ef 5.15–17).

Después de que como cristianos hemos pecado y sido restaurados, Satanás trata de socavar nuestra paz y confianza. Empezamos a preocuparnos por el pasado y las consecuencias de nuestra insensatez. Sí, hay amargos frutos de la desobediencia (¡y cómo lo encontró David!), pero los versículos 10–11 nos aseguran que Dios protege y sostiene a los que le pertenecen. Los malos tendrán muchas aflicciones y estas vienen a las vidas de los santos desobedientes, pero el cristiano limpio experimenta la misericordia amorosa del Señor. No sorprende que David concluya con un clamor. El pasado está perdonado, el presente es gozoso y el futuro está seguro en las manos de Dios.

SALMO 40

A este salmo se le ha llamado «el salmo cristiano», porque mira hacia adelante al nacimiento de Cristo. En Hebreos 10.5–10 se citan los versículos 6–8 y se aplican a Jesucristo. Históricamente el salmo brotó de una crisis en la vida de David. Estaba en «el pozo de la desesperación» y clamó a Dios, y Él lo libró. En la primera mitad (vv. 1–10) David testifica de la misericordia de Dios y muestra su gratitud al consagrarse de nuevo al Señor. En los versículos finales (vv. 11–17) David acude a Dios por más ayuda puesto que nuevos enemigos le acechan. Cuánta fortaleza hay en el versículo 17: «Jehová pensará en mí». Puesto que es un salmo mesiánico (un salmo que habla de Jesucristo), queremos estudiar especialmente ese aspecto.

I. El nacimiento de Cristo (40.6–7)

Si lo desea, lea con cuidado Hebreos 10.1–18. El capítulo empieza diciendo que Dios ha dejado a un lado todos los sacrificios hebreos, los cuales nunca quitarían los pecados. En los versículos 5–9 el escritor arguye que Cristo vino para hacer lo que dichos sacrificios jamás podrían hacer. Pero para que Jesús muriera, tenía que venir a la tierra como hombre en un cuerpo de carne (sin pecado, por supuesto). Al venir al mundo el Hijo le dijo al Padre: «En el rollo del libro [las profecías del AT] está escrito de mí».

Hebreos 10.5 cita al Salmo 40.6, como «me preparaste cuerpo» en lugar de: «Has abierto mis oídos». Por supuesto, el mismo Espíritu Santo que escribió la Palabra puede citarla, o ampliarla o explicarla como quiera. Jesucristo vino en un cuerpo preparado; nació de la virgen María, el Espíritu Santo lo concebió (Lc 1.26–38). Dios tiene cuatro maneras de hacer un cuerpo: (1) a partir del barro, como en Adán; (2) a partir del hombre, como con Eva, Génesis 2.21–25; (3) a partir de una mujer casada con un hombre, como en todo nacimiento humano normal; y (4) a partir de una mujer sin la intervención de un hombre, como en el nacimiento de Cristo. Jesucristo vino en un cuerpo preparado, un cuerpo que no estaba manchado por el pecado. Aun así sintió todas las debilidades *no pecaminosas* de la carne (hambre, dolor, cansancio, muerte), nunca participó de las debilidades *pecaminosas* de la carne. Si Jesús no hubiera tenido una naturaleza sin pecado, no pudiera haber sido el Salvador del mundo.

Acerca de la frase «has abierto mis oídos» véanse Éxodo 21.1–6 e Isaías 50.5. El judío del AT horadaba la oreja del siervo que quería permanecer con él para siempre. Es un hermoso cuadro de entrega. Nótese también que el nacimiento de Cristo estaba «escrito en el libro». La primera promesa se halla en Génesis 3.15, donde Dios anunció que «la simiente de la mujer» (no del hombre, por consiguiente, un nacimiento virginal) derrotaría a la simiente de Satanás. Más adelante, Dios le anunció a Abraham que el Salvador vendría mediante los judíos y luego reveló que vendría de la tribu de Judá. Isaías 7.14 anunció el nacimiento virginal y Miqueas 5.2 informó al pueblo que vendría de Belén.

II. La vida de Cristo (40.8–10)

Estos versículos resumen hermosamente lo que Jesús hizo: Amó, vivió y predicó la Palabra al pueblo. Nadie pudo jamás acusar a Jesús de pecado; véase Juan 8.46. Los judíos tuvieron que contratar mentirosos para que dieran falso testimonio contra Él en su juicio. Incluso Judas (el cual hubiera tenido una buena excusa para acusar a Cristo) admitió que era inocente (Mt 27.1–5). Jesús se deleitaba en la Palabra y en la voluntad de Dios. En Juan 8.29 dijo: «Hago siempre lo que le agrada». Su vida y sus labios magnificaban la rectitud y misericordia del Señor.

III. La muerte de Cristo (40.6)

Vino en un cuerpo perfecto para ser el sacrificio perfecto por los pecados. Para comprobar que en ninguna parte del AT se nos enseña que la sangre de animales podía quitar pecados, léanse I Samuel 15.22, Salmo 51.16–17, Oseas 6.6 y Miqueas 6.6–7. Muchos judíos confiaban en el sacrificio en lugar de mirar por fe al Señor. Cuán similar a tantos miembros de la iglesia de hoy que confían en el bautismo o en la membresía para ser salvos. El versículo 6 menciona cuatro clases de ofrendas: (1) *sacrificio*, cualquier clase de ofrenda de sangre; (2) *ofrenda*, las ofrendas sin sangre, como las de harina; (3) *holocausto,* la ofrenda que es un cuadro de la total dedicación a Dios; y (4) *la ofrenda por el pecado,* ofrenda relacionada con el pecado de la persona.

Todas estas ofrendas del AT (delineadas en Lv 1–5) representan la obra expiatoria de Jesucristo. El holocausto es un cuadro de su total rendición a Dios: «Me deleito en hacer tu voluntad». La ofrenda de harina (Lv 2) ilustra su perfecta naturaleza y nos recuerda que nos alimentamos de Él para saciar el alma. La ofrenda de paz (Lv 3) representa la paz con Dios, una paz entre el pecador y el Salvador que constituyó Jesús en la cruz (Col 1.20; 2 Co 5.18). La ofrenda por el pecado (Lv 4) se refiere al pecado en nuestra naturaleza, en tanto que la ofrenda por las transgresiones (Lv 5) a los actos de desobediencia. Cristo murió por nuestros pecados, pero también condenó en la cruz nuestra vieja naturaleza y por lo tanto puede darnos la victoria sobre el pecado (Ro 6–8).

Lo importante es esto: todas estas ofrendas se cumplieron en Jesucristo. Con una ofrenda resolvió completa y eternamente la cuestión del pecado. Lo que millones de ovejas y cabras jamás harían, Jesucristo lo hizo en sus horas de agonía en la cruz. ¡Aleluya, qué Salvador!

IV. La resurrección de Cristo (40.1–3)

Estos versículos describen la liberación de David de algún problema, pero también ilustran la resurrección de Cristo. Jesús descendió al pozo por nosotros; se hizo pecado por nosotros (1 P 2.24; 2 Co 5.21). Sin duda era un «pozo de la desesperación» cuando se considera que Jesús llevó sobre su cuerpo sin pecado los pecados de la humanidad de todas las épocas. Pero no se quedó en el abismo; Dios le levantó de entre los muertos. Hebreos 5.7 sugiere algo del horror de la experiencia del Getsemaní y del Calvario, y nos informa que Jesús oró a quien tenía poder para «librarlo [sacarlo] *de* la muerte» (no [eximirlo] *de* la muerte, porque vino para morir). El Padre le contestó y le levantó de los muertos.

Cristo hoy está resucitado para nunca más morir. Su obra ha concluido; sus pies están en la roca. El nuevo canto es una canción de victoria y alabanza a Dios; véase el Salmo 22.22–25 y compárense estos versículos con el Salmo 40.9–10. Él ha puesto a sus enemigos bajo sus pies.

SALMO 90

Puesto que Moisés es el autor de este salmo, eso lo hace el más antiguo de los salmos. Quizás se escribió en conexión con el fracaso de Israel en Cades-barnea (Nm 13–14). El pueblo (excepto Josué y Caleb) rehusó seguir a Moisés y confiar en Dios. En vez de entrar en la tierra por fe, volvieron en incredulidad y Dios los juzgó. Hizo que la nación vagara cuarenta años por el desierto, hasta que murieran todos los que tenían más de veinte años en Cades-barnea. Téngalo presente al leer el Salmo 90, sobre todo los versículos 7–11, y cobrará un nuevo significado. Este salmo es la reacción de Moisés a la crisis; acudió a Dios en oración y buscó un lugar eterno de refugio en Él. Años más tarde le diría a Israel: «El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos» (Dt 33.27). Fue este tipo de fe lo que sostuvo a Moisés durante esos años de prueba en el desierto. Isaac Watts usó el Salmo 90 como base para su majestuoso himno «Oh Dios, socorro en el ayer». Lea este himno con este salmo en mente.

I. La eternidad de Dios y la fragilidad del hombre (90.1–6)

Qué contraste vemos aquí. El Dios eterno existe mucho más allá de la historia. Generaciones vienen y van, pero Dios es siempre el mismo. «Porque yo Jehová no cambio» (Mal 3.6). «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Heb 13.8). Hay una diferencia entre ser inmortal y ser eterno. El hombre es inmortal; o sea, su alma nunca morirá; pero Dios es eterno: no tiene ni principio ni fin. Dios existió antes que las montañas (lo más durable que se conocía en los días de Moisés); a decir verdad, Él les dio a las montañas su existencia. Mediante la fe en Cristo llegamos a ser parte de la eternidad y a poseer vida eterna.

Las ilustraciones de la fragilidad del hombre son las siguientes: polvo (v. 3); una vigilia de la noche, alrededor de tres horas de duración (v. 4); un breve torrente después de un chubasco que pronto se seca (v. 5); un breve período de sueño que parece durar apenas unos minutos (v. 5); la hierba que brota de repente, pero antes de la noche es cortada (vv. 5–6). Véase en Job 7–9 otros cuadros de la brevedad de la vida. El versículo 3 nos lleva de regreso a Génesis 3.19; véase también Eclesiastés 12.7. Bien se ha dicho que los seres humanos son parte polvo y parte divinidad. Somos hechos a imagen de Dios; y sin embargo somos hechos del polvo. Si no fuera por el pecado, no habría muerte ni decadencia en nuestro mundo.

Estos versículos explican por qué los seres humanos necesitan un refugio eterno. Somos frágiles, polvo, criaturas del tiempo; a menos que nos relacionemos bien con el eterno Dios, no somos nada. Sólo mediante la fe en Cristo podemos conocer a Dios y participar de su vida eterna.

II. La santidad de Dios y los pecados del hombre (90.7–12)

La rebelión de Israel en Cades-barnea trajo la ira de Dios. Véase Números 14.11–25. Dios ofreció afligir a la nación con enfermedades y desheredarlos, pero Moisés le suplicó en base a sus promesas y pactos. Moisés le pidió a Dios que perdonara sus pecados, pero Él juzgó a Israel haciendo que la generación adulta muriera en el desierto durante los próximos cuarenta años. Fue el funeral más largo del mundo. «La paga del pecado es muerte».

Los seres humanos pecadores viven bajo la ira de Dios. «El que no cree, ya ha sido condenado», anuncia Juan 3.18. Dios ve los pecados secretos (v. 8; Heb 4.13) y los que están al descubierto. Los días humanos «declinan» como el ocaso (v. 9), de luz a oscuridad. Nuestros días son «como un suspiro» (no «pensamiento»), son muy breves y vacíos y pasan con mucha rapidez. ¿Cuánto viven los humanos? Pues

bien, esa generación en los días de Moisés (de veinte años para arriba, Nm 14.29) viviría cuarenta años más. Añádase veinte a cuarenta y se tiene sesenta. Moisés habla de setenta años como límite, a menos que Dios conceda diez años adicionales. Las personas mayores de Israel en aquel tiempo no vivirían para cumplir los ochenta años debido a sus pecados. Nótese que el creyente Caleb tenía cuarenta años en Cades-barnea y se le permitió entrar a Canaán a los ochenta y cinco años (Jos 14.6–15).

Los versículos 11–12 arriban a una conclusión práctica: cuente sus días y haga que su vida valga. ¿Quién entiende el poder de la ira de Dios? Si lo comprendiéramos, no desperdiciaríamos nuestras vidas como lo hacemos, en empresas inútiles. Debemos temer a Dios, honrarle y usar nuestras breves vidas para su gloria. El principio de la sabiduría es el temor de Jehová. Puesto que somos frágiles y pecadores, necesitamos un Salvador; y el único Salvador es Jesucristo.

III. La bendición de Dios y los anhelos del hombre (90.13–17)

Esta sección final contiene una serie de oraciones que Dios bendecirá a su pueblo y coronará sus vidas con gloria. El hombre no es un animal que vive y muere. Está hecho a imagen de Dios y anhela que su vida logre y signifique algo. Multitudes hoy están atrapadas en una existencia sin significado, sin propósito ni desafío. Cuánto necesitamos rendirnos a Jesucristo y decir como Pablo: «Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Flp 1.21).

Moisés ora por el favor de Dios (v. 13). Por supuesto, Dios no se «arrepiente» como lo hace el hombre, pues Él jamás peca. Cuando Dios se arrepiente, cambia sus tratos con su pueblo. Véanse Éxodo 32.12 y Deuteronomio 32.36. Dios acababa de juzgar a Israel; ahora Moisés ora que perdone a Israel y los restaure al lugar de favor y bendición.

Ora por alegría (vv. 14–15). Imagínese enfrentándose a cuarenta años de constante peregrinaje y muerte. Suponga tener que sepultar cientos de personas día tras día. ¿Cómo habría algún gozo o alegría en tal situación? Sólo mediante el Señor. El versículo 14 puede significar: «Satisfácenos en la mañana con tu misericordia». ¿Qué debían hacer los judíos en la mañana? Salir temprano y recoger el maná celestial. Véase Éxodo 16. Moisés dice: «Sal a nuestro encuentro cada mañana, Señor, al despertarnos a un nuevo día. Aliméntanos con tu Palabra. Danos gozo en tu presencia». Hoy en día, es igual de importante para el cristiano del NT empezar el día con Dios, leer la Palabra y orar. En el versículo 15 Moisés pide alegría en proporción a las aflicciones que habían atravesado. Como cristianos tenemos una promesa más grande en 2 Corintios 4.16–18. «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria». Véase también la declaración de Pablo en Romanos 8.18.

Moisés ora que se haga la obra de Dios (v. 16). Anhela con fervor ver el poder de Dios obrando a favor del pueblo. Históricamente, por supuesto, esto se refería a que Israel poseyera la tierra prometida; véase el argumento de Moisés ante Dios en Números 14.13–19. No era gloria para Dios que Israel deambulara por el desierto; sin embargo, fue para su gloria cuando Israel cruzó el Jordán y tomó posesión de su herencia en poder. Nótese que Moisés, en el versículo 16, se preocupa más por la gloria de Dios que por su propia alegría.

Ora por la bendición de Dios sobre el trabajo del hombre (v. 17). Hay una maravillosa conexión entre los versículos 16 y 17: «Tu obra[…] la obra de nuestras manos»; «Tu gloria[…] la luz [hermosura] de Jehová nuestro Dios sobre nosotros». En el Salmo 27.4 vemos la belleza de Dios, pero aquí participamos de ella. «Seremos como Él es, porque le veremos como Él es» (1 Jn 3.1–2). ¿Qué quiere decir Moisés cuando ora sobre la obra de nuestras manos? Sencillamente esto: que no desperdiciemos nuestras vidas, sino que Dios nos guíe y bendiga de modo que lo que hagamos sea eterno. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2.17). Como Moisés veía a los judíos vagar por el desierto, sus vidas parecían perdidas e inútiles. Siendo un hombre de Dios, no quería desperdiciar su vida; quería que contara para la gloria de Dios. Por consiguiente, ora que Dios establezca la obra en su pueblo y por medio de su pueblo. Jesús tuvo la misma idea en mente en la parábola de los dos constructores (Mt 7.21–29).

Sin Jesucristo la vida sería insoportable. ¿Por qué soportar las pruebas de la vida si no hay Dios ni gloria? Entonces seríamos como los pecadores que dicen: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (1 Co 15.32). Pero la vida no es una carga, ni un suspiro, ni sueño por la noche. Con Jesucristo en control, la vida es una aventura, un desafío, una inversión en la eternidad. «¡Enséñanos a contar nuestros días, Señor, y ayúdanos a vivir cada día por Jesucristo con tu sabiduría!

SALMO 119

De muchas maneras este salmo es especial. Es el más largo (176 versículos) y es un acróstico que sigue las letras del alfabeto hebreo. En la mayoría de las ediciones de la Biblia, las veintidós secciones de este salmo están encabezadas por las letras sucesivas del alfabeto griego (Alef, Bet, Guímel, etc.). En la Biblia hebrea cada versículo de una sección empieza con esa letra hebrea. Por ejemplo, los versículos de la sección «alef» (vv. 1–8) empiezan con la letra «alef». La sección «tet» (vv. 65–72) se encuentra a partir del versículo 67 con «Til» y versículo 71 con «Tis». Los judíos lo hacían como ayuda para memorizar las Escrituras y así meditar en la Palabra de Dios.

No sabemos quién escribió este salmo, aunque el escritor se refiere a sí mismo varias veces. Sufría porque amaba la ley de Dios (vv. 22, 50–53, 95, 98,115), sin embargo estaba determinado a obedecerla costara lo que costara. Todos los versículos, excepto cinco, mencionan de una manera u otra la Palabra de Dios. Las excepciones son los versículos 84, 90, 121, 122 y 132. En cada versículo se hace referencia a Dios. El número 8 aparece en todo el salmo. Cada sección tiene ocho versículos; se mencionan ocho nombres especiales para la Palabra de Dios; se dan ocho símbolos para la Palabra; el creyente tiene ocho responsabilidades con la Palabra. La palabra «ocho» en el hebreo literalmente significa «abundancia, más que suficiente»; es el número de nuevos comienzos. Es como si el escritor estuviera diciendo: «La Palabra de Dios es suficiente. Si tiene las Escrituras, eso es todo lo que necesita para la vida y la piedad». En verdad la Biblia nos señala a Cristo; Él es la Palabra Viva sobre quien la Palabra escrita habla. En cierto sentido el Salmo 119 es una prolongación del Salmo 19.7–11. Nótense los ocho títulos básicos de la Biblia en los primeros nueve versículos del salmo: ley de Jehová, testimonios, caminos, preceptos, estatutos, mandamientos, juicios y palabra. Estos se repiten muchas veces en todo el salmo.

I. Lo que es la Biblia

A. Agua para limpieza (v. 9).

Toda esta sección (vv. 9–16) analiza la victoria sobre el pecado. Los jóvenes en particular necesitan aprender a *guardar* y a *prestar atención* a la Palabra para vencer la tentación. En la medida en que usted lee la Palabra y medita en ella, le limpia su ser interior, así como el agua limpia el cuerpo. Véanse Juan 15.3 y Efesios 5.25–27.

B. Riqueza y tesoro (vv. 14,72,127,162).

Muchos no conocen la diferencia entre precios y valores. Su Biblia tal vez le costó unos pocos dólares, pero qué gran tesoro es. ¿Cómo se sentiría si la perdiera y no pudiera reponerla?

C. Una compañera y amiga (v. 24).

El escritor era un extraño (v. 19), rechazado por los arrogantes (v. 21) y por los príncipes (v. 23), pero siempre tenía la Palabra como consejera. Léase Proverbios 6.20–22.

D. Una canción para cantar (v. 54).

¡Imagínese haciendo un canto de los estatutos-leyes! La vida es un peregrinaje; somos «turistas», no residentes. Los cantos del mundo no significan nada para nosotros, pero la Palabra de Dios es canción a nuestros corazones.

E. Miel (v. 103).

La dulzura de la Palabra es como miel al paladar. Es triste cuando los cristianos deben tener «miel» de este mundo para satisfacerse. Véanse Salmo 34.8 y Job 23.12.

F. Lámpara (vv. 105,130).

Este mundo es oscuro y la única luz confiable es la Palabra de Dios (2 P 1.19–21). Nos guía de paso en paso, conforme andamos en obediencia. En I Juan 1.5–10 se nos dice que andamos en la luz según obedecemos su Palabra.

G. Gran botín (v. 162).

Los soldados pobres se enriquecían mediante los despojos que dejaban los enemigos derrotados. Las riquezas de la Palabra no vienen fácilmente; primero debe haber esa batalla espiritual contra Satanás y la carne. Pero vale la pena. Léase Lucas 11.14–23.

H. Herencia (v. 111).

¡Qué preciosa herencia es la Biblia! Y piense en quienes tuvieron que sufrir y morir para que podamos tener esta herencia.

II. Lo que hace la Biblia

A. Bendice (vv. 1–2).

Es el libro con bendición (Sal 1.1–3). Somos bendecidos al leer, comprender y obedecer la Palabra. También somos bendecidos cuando hablamos de la Palabra a otros.

B. Da vida (vv. 25,37,40,50,88,93).

«Vivificar» significa «dar vida». La Palabra nos da vida eterna cuando creemos (1 P 1.23). Es la Palabra viva (Heb 4.12). Pero también nos da vida cuando estamos débiles, desanimados y derrotados. El avivamiento viene cuando nos rendimos a la Palabra de Dios.

C. Fortalece (v. 28).

Confiar en la Palabra de Dios nos anima (Mt 4.4). La Palabra tiene poder (Heb 4.12) y puede fortalecernos cuando creemos y obedecemos.

D. Liberta (v. 45).

Una ley que liberta: ¡qué paradoja! El pecado tendría dominio sobre nosotros (v. 133), pero la Palabra nos libera (Jn 8.32). La verdadera libertad viene al obedecer la voluntad de Dios. Su Palabra es «la perfecta ley de libertad» (Stg 1.25).

E. Imparte sabiduría (vv. 66,97–104).

Podemos obtener conocimiento y datos en otros libros, pero la verdadera sabiduría se halla en la Biblia. Nótese en los versículos 97–104 que hay varias formas de descubrir la verdad: de sus enemigos, de sus maestros, de sus viejos amigos y todas estas son buenas. Pero por sobre todo está el conocimiento de la Biblia. Los maestros pueden saber a partir de libros y los ancianos pueden saber a partir de la experiencia (ambos merecen respeto), pero sin la Biblia estos no son suficientes.

F. Crea amigos (v. 63).

Saber y obedecer la Biblia traerá a su vida los mejores amigos. Los que aman la Palabra de Dios son amigos de verdad. Hay falsos amigos que pueden deslumbrarlo con sabiduría y riqueza mundanas, pero su amistad le hará descarriarse. Apéguese a los que se «apegan» a la Biblia (v. 31).

G. Consuela (vv. 50,76,82,92).

Más de sesenta versículos en este salmo mencionan la prueba y la persecución (vv. 22, 50–53, 95, 98,115, etc.). El creyente que obedece la Palabra tendrá pruebas en este mundo, pero la Biblia le da consuelo duradero. El Consolador, el Espíritu de Dios, toma la Palabra de Dios y la aplica a nuestros corazones para consolarnos.

H. Dirige (v. 133).

La vida cristiana es un «andar», de día en día y de paso en paso (vv. 1, 3, 45). La Palabra dirige nuestros pasos para andar y correr (v. 32). Nótense las oraciones en los versículos 35,116–117. Conforme oramos pidiendo dirección, el Señor nos responde mediante su Palabra.

III. Lo que debemos hacer con la Biblia

A. Amarla (vv. 97,159).

De la manera que trata a su Biblia es como trata a Cristo. Amarle a Él es amar su Palabra. La Palabra es una delicia (vv. 16, 24, 35, 47, 70) y no una desilusión; nos regocijamos al leerla (vv. 14,162).

B. Valorarla (vv. 72,128).

Tener la Biblia en alta estima es una característica del santo verdadero. Debe ser para nosotros más preciosa que cualquier tesoro terrenal.

C. Estudiarla (vv. 7,12,18,26–27).

Al menos doce veces el salmista dice: «enséñame». Dios bendecirá al cristiano que estudia *diariamente* su Biblia. Su estudio no siempre es fácil, porque requiere «todo el corazón» (vv. 2, 10, 34, 69,145).

D. Memorizarla (v. 11).

«¡El mejor Libro, en el mejor lugar y con el mejor propósito!», es la manera en que Campbell Morgan explicaba este versículo. Todas las personas necesitan memorizar la Palabra y no sólo los niños y jóvenes. Josué no fue ningún adolescente cuando Dios le ordenó que memorizara la ley (Jos 1.8). Jesús pudo citar las Escrituras cuando se enfrentó a Satanás en el desierto (Mt 4.1–11).

E. Meditar en ella (vv. 15,23,48,78,97,99,148).

La meditación es al alma lo que la digestión al cuerpo. Meditar significa «darle la vuelta» a la Palabra de Dios en la mente y en el corazón para examinarla, comparar los pasajes, «alimentarse» de sus maravillosas verdades. En esta época de ruido y confusión tal meditación es rara pero muy necesaria. La meditación es imposible sin la memorización.

F. Confiar en ella (v. 42).

Confiamos en todo lo de la Biblia debido a que siempre tiene la razón en todo (v. 128). Es veraz y se puede confiar en ella completamente. Argüir con la Biblia es hacerlo con Dios. Probamos cualquier otro libro por lo que dice Dios en su Palabra.

G. Obedecerla (vv. 1–8).

Guardar la Palabra es obedecerla, andar en sus mandamientos. Satanás sabe la Palabra, pero no puede obedecerla. Si conocemos la verdad de Dios y no la obedecemos, sólo nos engañamos a nosotros mismos.

H. Declararla (vv. 13,26).

Al obedecerla, debemos también testificar a otros respecto a la Palabra y decirle lo que Dios ha hecho por nosotros.

Proverbios

Bosquejo sugerido de Proverbios

Introducción (1.1–19)

I. Los llamados de la sabiduría y los llamados de la insensatez (1.20–9.18)
   - A. Primer llamado de la sabiduría: a salvación (1.20–33)
   - B. El camino de la sabiduría: justicia y seguridad (2–4)
   - C. Primer llamado de la insensatez: condenación (5)
   - D. Segundo llamado de la insensatez: pobreza (6)
   - E. Tercer llamado de la insensatez: muerte (7)
   - F. Segundo llamado de la sabiduría: a riqueza (8)
   - G. Tercer llamado de la sabiduría: a vida (9)

II. Contrastes de la sabiduría (10–15)

Una serie de proverbios contrastando la sabiduría y la insensatez

III. Consejos de la sabiduría (16–31)

Una serie de proverbios acerca de asuntos prácticos

Notas preliminares a Proverbios

I. Títulos

La palabra castellana «proverbio» proviene de dos palabras latinas: *pro* (en lugar de) y *verba* (palabras). De modo que un proverbio es una frase que se da «en lugar de muchas palabras»; es una declaración corta que resume un principio sabio. La palabra hebrea que se traduce «proverbio» significa «una comparación». Como veremos, muchos de los proverbios de Salomón son comparaciones y contrastes. Como muchos pueblos orientales, los judíos enseñaban mucho mediante proverbios. Estas frases cortas, «pegajosas», eran fáciles de recordar y condensaban mucha sabiduría en poco espacio.

II. Autor

En Proverbios 1.1, 10.1 y 25.1 se nos dice que Salomón escribió la mayoría de los proverbios de este libro. En 1 Reyes 4.32 se nos informa que Salomón dijo 3.000 proverbios, y estos sin duda se anotaron en los registros oficiales. Los hombres de Ezequías (grupo de escritores que el rey Ezequías empleó para ayudarle a copiar las Escrituras) copiaron el material de Proverbios 25–29 (véase 25.1), mientras que el mismo rey Salomón escribió o dictó Proverbios 1–24. En Proverbios 30–31 tenemos material procedente de otros escritores, aunque muchos creen que Salomón era el «rey Lemuel» de 31.1. Salomón se conoció por su sabiduría, a pesar de que al final de su vida se dio a la idolatría y a la insensatez.

III. Tema

La palabra clave es sabiduría. Casi siempre pensamos que la sabiduría es la capacidad para usar el conocimiento como es debido y esta es una definición práctica. Pero, en la Biblia, sabiduría significa mucho más. La verdadera sabiduría es asunto del corazón y no sólo de la mente. Es un asunto espiritual. Hay una «sabiduría del mundo» (1 Co 2.1–8; Stg 3.13–18) y hay una que es divina, del cielo. En Proverbios se describe la sabiduría como una mujer atractiva que llama a la gente a seguirle a una vida de bendición y éxito. La insensatez se describe como una mujer perversa que tienta a los necios y los conduce al infierno. Por supuesto, Jesucristo es la Sabiduría de Dios al creyente (1 Co 1.24, 30; Col 2.3). Cuando se lee las descripciones de Salomón acerca de la sabiduría en Proverbios 8.22–31, no se puede dejar de ver sino a Jesucristo. La sabiduría se describe como eterna (vv. 22–26), creadora de todo (vv. 27–29) y amada de Dios (vv. 30–31). De inmediato se piensa en Juan 1.12 y Colosenses 1.15–19. Rendirle la vida a Cristo y obedecerle es verdadera sabiduría.

IV. El necio

Proverbios menciona con frecuencia tres clases de personas que desesperadamente necesitan sabiduría: el necio, el simple y el burlador (véase 1.22). El necio es alguien obcecado, perezoso, descuidado y tonto. Nabal, en 1 Samuel 25, es un buen ejemplo; el nombre «Nabal» significa «necio». El necio detesta la instrucción (1.7, 22) y confía en sí mismo (12.15). Habla sin pensar (29.11) y se burla del pecado (14.9). Los simples son las personas que lo creen todo y a todo el mundo (14.15) y les falta discernimiento. Con facilidad otros los desvían porque les falta entendimiento (7.7). No pueden ver hacia adelante (22.3) y, como resultado, se meten de continuo en problemas. Los burladores se mofan de la sabiduría de Dios porque es demasiado elevada para ellos (14.6), pero no lo admiten porque dicen saberlo todo (21.24). La palabra hebrea que se traduce «burlador», literalmente significa «hacer muecas»; y podemos imaginarlos sonriendo con sarcasmo. Nunca les aprovecha la reprensión (9.7–8; 13.1) y, como resultado, un día serán juzgados (19.29).

V. El sabio

Proverbios nos bosqueja el carácter de los sabios: escuchan la instrucción (1.5); obedecen lo que oyen (10.8); guardan lo que aprenden (10.14); ganan a otros para el Señor (11.30); huyen del pecado (14.16); cuidan su lengua (16.23); y son diligentes en su trabajo diario (10.5).

VI. Valor

Proverbios es valioso para nosotros como una guía para la sabiduría práctica en la vida cotidiana. Nos enseña cosas tales como la lengua, cuestiones de dinero, la amistad, el hogar y contratos de negocios. Sería bueno para los creyentes (en especial los jóvenes) leer un capítulo de Proverbios cada día y así leer todo el libro cada mes. El NT cita a Proverbios en: Romanos 3.15 (Pr 1.16); Hebreos 12.5–6 y Apocalipsis 3.19 (Pr 3.11–12); Santiago 4.6 y 1 Pedro 5.5 (Pr 3.34); Romanos 12.20 (Pr 25.21–22); y 2 Pedro 2.22 (Pr 26.11).

VII. Interpretación

Los proverbios son generalizaciones acerca de la vida y no promesas para reclamar, aun cuando contienen algunas grandes promesas. El requisito básico para entender y aplicar los proverbios es el temor de Jehová (1.7) y una disposición para obedecer (3.5–6; véase Jn 7.17). El objetivo del libro es capacitar a la persona piadosa en las relaciones y empresas humanas. Esto empieza con la sumisión al Señor. Es peligroso tomar una o dos afirmaciones de Proverbios e ignorar el mensaje total del libro. También, aun cuando hallemos ejemplos de excepciones a algunos de los proverbios, esto no menoscaba la lección que contienen. No todos los santos tienen larga vida (3.1–2) ni se enriquecen (3.10). En algunas partes del mundo los creyentes mueren de hambre y pobreza. Pero, por lo general, los que obedecen a Dios no arruinan sus cuerpos ni desperdician su sustancia. El libro de Proverbios nos llama a comprender y aplicar toda la sabiduría de Dios revelada para la vida.

PROVERBIOS 1–9

En esta lección queremos considerar a la Sabiduría y a la Insensatez, las dos «mujeres» que procuran atraer y ganar el corazón de las personas. Usted notará en el bosquejo sugerido de Proverbios que hay tres llamados de la Sabiduría y tres de la Insensatez. La Sabiduría nos llama a Dios y a la vida; la Insensatez nos llama a pecar y al juicio. Queremos estudiar estas seis importantes invitaciones y contrastarlas.

I. Primer llamado de la Sabiduría: salvación (1.20–33)

Este es un llamado abierto en las calles, donde la gente puede ver y oír. El llamado de Dios a los corazones no es asunto secreto; su Espíritu invita a las personas abiertamente a venir a Cristo. Nótese que la Sabiduría invita a tres clases: a los simples, a los burladores y a los insensatos (1.22). La sabiduría puede ver el juicio que se avecina y quiere que los pecadores escapen del mismo. Qué maravillosa oferta hace a quienes quieren oír: el don del Espíritu y la Palabra de Dios (v. 23).

¿Cómo responden los pecadores a este llamado? Parece que lo rechazan totalmente. Los versículos 24–25 indican sus respuestas: rehúsan prestar atención; no consideran la mano de Dios que se extiende; incluso la tratan con ligereza. ¿Cuál será el resultado? Destrucción. Y Dios se reirá de ellos, así como ellos se rieron de la Sabiduría. «Entonces me llamarán, y no responderé» (v. 28). Cosecharán lo que sembraron (v. 31). ¿Por qué rechazan la oferta de la gracia de Dios? El versículo 32 indica que el «desvío» (alejarse) de los simples y la prosperidad de los insensatos les da una falsa seguridad; pensaban que nunca verían juicio.

Después del primer llamado de la Sabiduría tenemos tres capítulos que presentan el camino de esta. Las palabras «vereda», «camino» y «senda» se usan veintiséis veces en estos capítulos. El mensaje del capítulo 2 es que la Sabiduría *guarda* nuestras veredas (2.8); el del capítulo 3, que la Sabiduría *dirige* nuestros caminos (3.5–6); y el del capítulo 4, que la Sabiduría *perfecciona* nuestras sendas (4.18).

La Sabiduría ofrece salvación a las personas, pero en el capítulo 5 vemos que la Insensatez les ofrece condenación. En dondequiera que Dios extiende la invitación de su gracia, Satanás está allí con una seductora oferta propia. Léase esta descripción de la mujer perversa y se verá cómo Satanás trata de hacer que el pecado aparezca atractivo. Pero nótese en 5.5: «Sus pies descienden a la muerte; sus pasos conducen al Seol». Dios nos advierte a que ni siquiera nos acerquemos a su puerta (5.7–8). El pecado siempre es costoso: usted puede perder su reputación (5.9), sus posesiones (5.10), su salud (5.11) y hasta su vida (5.22–23). Las «cuerdas del pecado» atan lentamente, pero no cabe duda de que atan, hasta que un día el pecador descubre que el escape es imposible.

II. El segundo llamado de la Sabiduría: riqueza (8)

La Sabiduría está de nuevo en las calles, llama a los pecadores a seguir el camino de Dios. En el versículo 5 llama a los simples y a los necios, pero no al burlador. Este es el que se reía y mofaba (1.25–26), así que Dios lo soslaya. Cuán solemne pensar que los corazones sean tan duros que ya ni siquiera oyen la voz de Dios.

La invitación es a una verdadera riqueza, la sabiduría que está por sobre la plata, el oro y las piedras preciosas (vv. 10–11). Véase en Proverbios 4.1–10 una exhortación similar. Es más, conocer la sabiduría de Dios es reinar como un rey (vv. 15–16). Los versículos 18–19 afirman de nuevo que la sabiduría y la vida santa son de mayor valor que toda la riqueza mundanal. Después de todo, conocer al Señor y obedecerle es tener a la disposición toda la riqueza del cielo y de la tierra. En los versículos 22–31 Salomón presenta un cuadro del AT de Jesucristo, la Sabiduría de Dios (1 Co 1.24, 30). Al leer esta descripción ve a Cristo, el amado Hijo de Dios, el Creador del universo. Conocerle es tener verdadera sabiduría. (Por supuesto, Cristo no fue «engendrado» [vv. 24–25] en el sentido de ser creado por el Padre, puesto que el Hijo existía desde la eternidad. Esto es lenguaje simbólico.)

La Sabiduría nos invita a la riqueza, pero en el capítulo 6 la Insensatez nos invita a la pobreza (6.20–35). Aquí está de nuevo la «mujer extraña», toda maquillada, lisonjeando al joven, tentándolo a pecar. En 6.26 vemos que el pecado lleva a la pobreza; véase también 6.31. Es verdad que muchas personas malas hoy parecen prósperas, pero su riqueza no durará.

III. El tercer llamado de la Sabiduría: vida (9)

El primer llamado de la Sabiduría era al necio, al burlador y al simple; su segundo llamado fue sólo al necio y al simple (8.5); pero su tercera invitación es nada más que al simple (9.4). El necio decidió seguir a la Insensatez y en 8.36 experimentó la muerte (véase 1.22). Es triste, pero el simple también rechazará el llamado de gracia de la Sabiduría y acabará en las profundidades del infierno (9.1–18). Aquí están los resultados de estas invitaciones:

(1) El burlador rechazó a la Sabiduría y encontró destrucción (1.24–27); atendió a la Insensatez y recibió destrucción (6.32).

(2) El necio rechazó a la Sabiduría y fue llevado a la muerte (8.36); atendió a la Insensatez y recibió muerte (5.22–23).

(3) El simple rechazó a la Sabiduría y fue al infierno (9.18), atendió a la Insensatez y acabó en el infierno (7.27).

La lección es obvia: rechazar la Sabiduría es aceptar la Insensatez. No hay terreno neutral. «El que no está conmigo, contra mí es», dijo Jesús. «Nadie puede servir a dos señores» y nadie puede vivir sin tener algún señor. O seguimos a la Sabiduría, o seguimos a la Insensatez; Cristo o el pecado.

Los versículos 1–6 muestran a la Sabiduría preparando un maravilloso banquete. Esto nos recuerda las varias parábolas de Cristo referentes a un «banquete», especialmente Lucas 14.15–24. La salvación no es un funeral; es una fiesta. «Dejad las simplezas, y *vivid*», es el llamado de la Sabiduría, porque recibir a Cristo es la única manera de recibir vida (1 Jn 5.11–13). «Porque por mí se aumentarán tus días», promete la Sabiduría en el versículo 11.

Pero la Insensatez está atareada invitando a la gente a su banquete (cap. 7). Se requiere poca imaginación para ver al joven insensato mientras juguetea con la tentación y finalmente presta oídos a la Insensatez y acude a su fiesta. Pero va como un buey al matadero (7.22). Cuando usted cede a esta tentación en particular, se convierte en un animal torpe. La Sabiduría le ofrece vida, pero la Insensatez muerte (7.26–27). La tentación se ve fascinante y agradable, y hay placer en el pecado «temporalmente» (Heb 11.25), pero al final el pecado lleva a la muerte y al infierno. Véase Santiago 1.13–15.

Estas son entonces las invitaciones que enfrentamos en esta vida. Podemos escuchar a la Sabiduría y disfrutar de salvación, verdadera riqueza y vida; o podemos escuchar a la Insensatez (la tentación y el pecado) y experimentar condenación, pobreza y muerte. Hay varias lecciones prácticas que debemos notar antes de concluir este estudio.

A. No podemos evadir las decisiones.

«La decisión determina el destino». Podemos escoger, o bien la senda de la Sabiduría, o bien la senda de la Insensatez; no podemos posponer esta decisión o evadirla. Escoger la una es rechazar la otra; rechazar la una es escoger la otra. ¿Cuál decisión ha tomado *usted*?

B. El pecado siempre es seductor.

La Insensatez hace todo lo que puede para hacer al pecado atractivo. Nunca revela su verdadera naturaleza; nunca le dice a la gente que su casa es el camino al infierno. La única manera de detectar a la Insensatez es andar con la Sabiduría; léase cuidadosamente Proverbios 2.10–22. Los que andan con la Sabiduría, obedeciendo la Palabra de Dios, no serán engatuzados por la Insensatez con facilidad.

C. Lleva tiempo para que el juicio caiga.

El simple, el necio y el burlador pensaron que «se habían salido con la suya» cuando rechazaron a la Sabiduría, porque nada desastroso ocurrió de inmediato. Pero el juicio a la larga los alcanzó. «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gl 6.7).

D. Satanás apela a la carne.

Es claro que en estos capítulos la «mujer perversa» (o «mujer extraña») apela a los apetitos del joven. Le dice que puede usar su cuerpo como le plazca y no sufrir nada. Pero Proverbios 5.1–14 aclara que el pecado sexual lleva a resultados trágicos, tanto en el cuerpo como en el alma. En estos días de inmoralidad flagrante (en películas, televisión, música, publicidad, etc.), es importante que jóvenes y adultos conserven puros sus corazones y mentes.

E. Dios continúa llamando.

Mientras haya personas para oír, el Espíritu de Dios continuará llamando. Pero cuando los pecadores rehúsan obedecer, sus oídos son sordos a la Palabra de Dios ¡Cuidado! «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Heb 3.7ss).

PROVERBIOS 2–4

Cuando usted conoce a Cristo, conoce la verdadera sabiduría (1 Co 1.24, 30), y mediante su Palabra recibirá sabiduría para la vida diaria. En estos capítulos Salomón insta al joven («Mi hijo» se repite cinco veces) a aferrarse a la sabiduría divina, debido a las bendiciones que esto traerá a su vida. Por supuesto, estas instrucciones se aplican a cualquiera que quiera oír y obedecer.

I. La Sabiduría protege nuestros caminos (2)

La idea clave aquí es la de la protección de Dios sobre los suyos (vv. 7–8, 11–12, 16). La senda de la vida no es fácil, y mientras más años pasan, más peligros enfrentamos. El mundo, la carne y el diablo están dispuestos a derrotarnos y necesitamos la sabiduría de Dios para preservarnos fuera de su poder. Los pecadores están dispuestos a seducir al joven (Pr 1.10–19), y demasiado a menudo sus tentaciones son tan seductoras que son difíciles de resistir. Pero el cristiano que conoce la Biblia y procura obedecerla será preservado seguro fuera de su poder.

A. Los mandamientos de Dios para los suyos (vv. 1–9).

Nótese lo que tenemos que hacer con la Palabra de Dios: recibirla, guardarla en el corazón, inclinar el corazón a ella, aplicarla a nuestras vidas, clamar a Dios por sabiduría y estudiar la Palabra para hallar la voluntad de Dios. Salomón no habla sólo de «leer un capítulo diario» y dejarlo allí. Insiste que vivamos en la Palabra de Dios y le permitamos a ella que viva en nosotros. El versículo 4 compara el estudio bíblico con la extracción de metales preciosos. Las verdades de la Palabra deben «excavarse» y ponerlas en el horno de la experiencia

personal. Deben «acuñarse» en monedas espirituales que podamos conservar en nuestro tesoro para uso futuro (Mt 13.52). Aún más, esta sabiduría llegará a ser un escudo en nuestras vidas (v. 7) y así Dios protegerá nuestras sendas. Cuando los cristianos deliberadamente se alejan de la sabiduría de Dios que se halla en la Biblia, se colocan (y colocan a otros) en peligro.

B. El cuidado de Dios sobre los suyos (vv. 10–22).

Salomón ve dos grandes peligros en el mundo: el malo (vv. 10–15) y la mujer extraña (vv. 16–22). Los malos se conocen porque «hablan perversidades» (v. 12). Siempre tienen algún subterfugio para que el joven considere. Pero anda en caminos de tinieblas y lo controla el Príncipe de las Tinieblas, Satanás. En lugar de andar por la senda recta, el malo anda por una torcida; no se le puede seguir el rastro. El malo quiere que usted crea que hay «atajos» a la riqueza y al éxito, y que se aproveche de la desobediencia al Señor.

La «mujer extraña» usa lisonjas y apela a los apetitos de la carne. Se ha olvidado de su esposo y roto los votos matrimoniales (v. 17). Lleva al joven insensato a la muerte y al infierno. ¡Cuánto necesitan los creyentes de hoy (especialmente los jóvenes) la sabiduría de Dios en su Palabra para proteger sus caminos!

II. La Sabiduría dirige nuestros caminos (3)

Proverbios 3.5–6 son promesas preciosas para los cristianos que quieren saber y hacer la voluntad de Dios en cada aspecto de su vida. Dios quiere que conozcamos y hagamos su voluntad; está deseoso de revelárnosla (Ef 5.8–10; Jn 7.17). Hay ciertas condiciones que debemos reunir antes de que Dios dirija nuestros caminos.

A. Escuchar a la Palabra (vv. 1–4).

La voluntad de Dios se halla en la Palabra de Dios (Col 1.9–10). No sólo es la mente, sino también el corazón, los que deben recordar y considerar la Palabra. Debemos pedirle al Espíritu que escriba la Biblia en nuestros corazones (2 Co 3.1–3). Debemos recibir la Palabra en cada oportunidad que tengamos: en clase, en los cultos de la iglesia, mediante la lectura. Mientras mejor conozca su Biblia, mejor conocerá la voluntad de Dios para su vida.

B. Obedecer la Palabra (vv. 5–10).

Si en verdad confiamos en Dios, le obedeceremos. Podemos pensar que nuestra sabiduría es suficiente, pero no lo es; necesitamos la sabiduría de Dios. El versículo 5 no enseña que los cristianos deben dejar de pensar y considerar los hechos al tomar decisiones, porque Dios espera que usemos nuestros cerebros. Más bien quiere decir que no debemos *confiar* en nuestras ideas y sabiduría; debemos pedirle a Dios que nos dirija (Stg 1.5). Una disposición para obedecer es el primer paso para conocer la voluntad de Dios (Jn 7.17). Nótese que ofrendar fielmente es una parte de la obediencia.

C. Someterse a la Palabra (vv. 11–12).

Algunas veces Dios tiene que disciplinarnos para traernos a su perfecta voluntad; véase Hebreos 12.5–11. Si nos sometemos, Dios lo convertirá en bendición.

D. Atesorar la Palabra (vv. 13–26).

Mateo 6.33 resume esto perfectamente. Ponga a Cristo primero. Salomón menciona en los versículos 21–26 las bendiciones que vienen a los creyentes que permiten que la Palabra dirija sus sendas. Nótese cómo la Palabra debe controlar cada parte del cuerpo (Ro 12.1–2).

III. La Sabiduría perfecciona nuestras sendas (4)

En los versículos 14–19 hay un contraste entre el camino de los malos y la senda de los justos. El camino de los malos es tinieblas y se oscurece cada vez más; pero la senda de los justos es luz y aumenta cada vez más. La salvación empieza con la «aurora» en nuestros corazones (véase Lc 1.77–79). Conforme andamos con el Señor, la luz se hace más brillante hasta que un día entraremos en la eterna luz de Dios, en una tierra donde no hay noche.

Dios quiere perfeccionar la senda del creyente. Él tiene un plan para cada vida y quiere llevar ese plan hasta el final (Ef 2.10; Flp 2.12–13; 1.6). Salomón nos da varias instrucciones a seguir para que Dios perfeccione nuestras sendas:

A. Buscar la sabiduría (vv. 1–13).

Salomón parece decir: «¡Recuerdo cuando era joven y mi padre trataba de enseñarme el camino correcto! Ahora que soy adulto, y también padre, sé que tenía razón». No basta sólo con *adquirir* sabiduría; también debemos *guardarla* y no permitir que se nos escape. «Retén el consejo». Aférrate a él. El versículo 12 promete que la senda del sabio no se «estrechará» (no encontrará obstáculos). El creyente que obedece a la Biblia evitará los obstáculos y trampas que otros encuentran al desviarse de la voluntad de Dios.

B. Evitar la tentación y el pecado (vv. 14–19).

Aquí Salomón enseña la separación del pecado y del mal. Como cristianos no podemos aislarnos del mundo, porque debemos vivir con personas y procurar ganarlas para Cristo, pero no debemos dejarnos infectar por sus pecados ni arrastrar a sus caminos. La vieja ilustración sirve todavía: es correcto que el bote esté en el agua, pero no que el agua esté en el bote. El cristiano debe estar en el mundo, pero el mundo no debe entrar en el corazón del cristiano. Hay personas malas en este mundo que esperan aprovecharse del joven insensato que ignoran las advertencias de la Biblia.

C. Guarda tu vida (vv. 20–27).

Leemos en el versículo 23: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». El corazón es el «control maestro» de la vida; un corazón malo siempre origina una vida mala. Permitir que el pecado entre en el corazón es contaminar toda la vida. Salomón también nos advierte a *guardar nuestros labios* (v. 24) porque pueden hacernos pecar. El corazón controla la lengua (Lc 6.45), de modo que al guardar el corazón se guardarán los labios. Una boca «perversa» es la altanera, que habla con burla y arrogancia. Las palabras del cristiano deben pronunciarse siempre con amor (Ef 4.15, 31), sazonadas con sal (Col 4.6). Debemos *guardar nuestros ojos* (v. 25) para asegurarnos de que los mantenemos fijos en Jesucristo y en la meta que Él tiene para nosotros (Heb 12.1–2; Flp 3.12–16). Eva permitió que sus ojos vagaran y eso la llevó a pecar (Gn 3.6), y Juan nos advierte acerca de «los deseos de los ojos» (1 Jn 2.15–17). Sansón no miró hacia adelante, sino hacia la miel contaminada en el cadáver del león, y esto lo llevó a contaminarse y a desobedecer (Jue 14.8ss). Por último,

Salomón nos insta a *examinar nuestra senda* (v. 26), a examinar nuestras vidas, para ver a dónde vamos. «La vida que no se examina no vale la pena vivirse», dijo Sócrates. El Señor considera (examina) nuestras vidas (5.21) y nosotros también debemos examinarlas.

Viva en la Palabra de Dios y Él protegerá sus caminos, dirigirá sus sendas y las perfeccionará para la gloria de Jesucristo.

PROVERBIOS 12, 18

En Proverbios hay muchas referencias a *la lengua*. sugerimos que se lean los capítulos 12 y 18 porque mencionan con frecuencia a la lengua, pero si lo desea, lea también y siga las referencias cruzadas y examine otros versículos. Muy a menudo damos el maravilloso don del habla por sentado y abusamos de una capacidad que debería guardarse y usarse para la gloria de Dios.

Antes de considerar algunos de los pecados de la lengua, debemos notar las bendiciones de una lengua piadosa. (Esto exige un corazón santo, porque la lengua sólo habla lo que atesora el corazón.) Cuando se usa para bien, la lengua es como plata valiosa (10.20), un hermoso y fructífero árbol de vida (15.4, véanse 12.14; 18.20), un pozo refrescante de agua (18.4; 10.11) y una saludable dosis de medicina (12.18). Véase también Santiago 3.

La lengua debe usarse para los propósitos correctos: hacer la paz (15.1, 26), dar sabia reprensión al que yerra (25.12; 28.23), librar a las almas de la muerte (11.9; 14.3–5, 25; 12.6), enseñar a las personas las cosas del Señor (15.7; 16.21, 23; 20.15) y proclamar las buenas nuevas del evangelio (25.25).

Pero Satanás y la carne quieren controlar la lengua y los resultados son tristes. Quizás se haga más daño en nuestras vidas, hogares e iglesias con la lengua que con cualquier otro medio. Nos baja los humos percatarnos de que la lengua puede usarse para dañar reputaciones y causar problemas cuando debería usarse para alabar a Dios, orar y hablar a otros acerca de Cristo. La lengua es un «pequeño miembro» del cuerpo (Stg 3.5), pero es uno que debemos sometérselo a Dios como instrumento de justicia (Ro 6.12–13). Tal vez si consideramos algunos de los pecados de la lengua, nos animemos a usar nuestro don del habla con más cuidado.

I. Mentir (12.17–22)

Dios detesta la lengua mentirosa (6.16–17). Algunas veces una lengua mentirosa es sólo una envoltura del pecado que hay en el corazón (10.18), tal como el que vemos en Ananías y Safira (Hch 5) y Judas (Jn 12.1–8). En 12.18 Salomón sugiere que las mentiras son como espadas afiladas, pero la verdad es como una medicina que cura. La verdad es eterna, pero las mentiras un día se revelarán y los mentirosos se juzgarán (v. 19). Véase el Salmo 52.4–5. El versículo 20 explica que el engaño que hay en el corazón es lo que transforma una declaración en una mentira. Después de todo, los labios sólo pueden pronunciar palabras, pero si la intención del corazón es mala, la declaración es falsa. Asimismo, si pronunciamos por equivocación una afirmación falsa, la frase puede ser una mentira, pero no se condena como mentiroso al que la dice. La Biblia prueba y revela las intenciones del corazón (Heb 4.12), de modo que la mejor manera de asegurarnos de decir la verdad es permitir que la Palabra y el Espíritu controlen la lengua. La verdad libra las almas (14.25), pero las mentiras sólo llevan a la esclavitud y a la vergüenza. Proverbios 17.4 indica que los mentirosos disfrutan al escuchar a los mentirosos. Las personas que disfrutan de oír chismes avanzarán a ser chismosas también. El corazón controla al oído y a los labios. Pero todos los mentirosos serán castigados (19.5, 9); y cuando tenga que «comerse sus propias palabras», será como cascajo (20.17). El infierno está esperando a «todo aquel que ama y hace mentira» (Ap 22.15).

II. Chismear (18.8)

Moisés advirtió respecto a este pecado en Levítico 19.16. Un «chismoso» es la persona que va de uno a otro diciendo cosas que deben mantenerse en reserva, ya sean verdaderas o falsas. Véase 11.13. «El amor cubrirá todas las faltas», dice 10.12. Véanse también 17.9, I Pedro 4.8 y Santiago 5.20. Cuando amamos a otros, trataremos de ayudarlos en privado y de hacerlos volver al camino correcto (Mt 18.15–18). Piense a cuántos ha herido el chismoso. Las palabras pueden ser tan mortales como armas; en 25.18 Salomón compara las palabras engañosas con tres armas diferentes: un martillo (mazo de guerra) que tritura de cerca, una espada que corta y una flecha que perfora y puede dispararse a distancia. Aléjese del chismoso (20.19). Lo que hace es provocar incendios (26.20) y destruir amistades (17.9).

III. Hablar demasiado (12.13; 18.6–7)

La idea detrás de estos versículos es que el necio habla demasiado y por ello se mete en problemas. Su boca llega a ser una trampa y él mismo cae en ella. Léase 6.1–5 para ver cómo este pecado mete a la gente en problemas. «En las muchas palabras no falta pecado», advierte 10.19. Una lengua controlada significa una vida segura (13.3); una lengua suelta significa pobreza (14.23: muchos prefieren hablar antes que trabajar) y sandeces (15.2). La persona de pocas palabras es de conocimiento (17.27–28). Es triste, pero a veces hay «muchas palabras» incluso en la casa de Dios, y Eclesiastés 5.1–7 tiene algunos buenos consejos al respecto.

IV. Hablar demasiado pronto (18.13, 17)

«Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar», ordena Santiago 1.19. Demasiadas veces somos lentos para oír, en realidad nunca lo escuchamos todo con paciencia, y prontos para hablar; y esto nos mete en problemas. Es sabio «refrenar los labios» hasta tener realmente algo que decir (10.19). Una persona piadosa estudiará antes de responder, pero el necio abrirá su boca y dejará salir su insensatez (15.28). Potifar no oyó el lado de José de la historia y cometió un gran crimen a causa de ello. A Jesús y a los apóstoles no se les permitió decir toda su historia; sus enemigos dictaron los veredictos antes de que se juzgaran con honestidad los casos. Dios quiere que investiguemos las cosas cuidadosamente (25.2) y después que emitamos justos juicios. Proverbios 18.17 nos advierte a no apoyar la «primera causa» que oigamos, sino que procuremos comprender ambos lados de la cuestión. Incluso si los involucrados son cristianos consagrados, hay dos lados de la historia. Esto no se debe a que la gente necesariamente miente, sino sólo porque no hay dos personas que vean y oigan el mismo asunto de la misma manera. David llegó a conclusiones respecto al inocente Mefi-boset debido a que no oyó el otro lado de la historia (2 S 16.1–4; 19.24–30). Todos necesitamos orar: «Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios» (Sal 141.3). Véase el Salmo 39.1.

V. Lisonjear (26.28)

La lisonja es, por supuesto, una forma de mentir, pero es tan peligrosa que merece atención distinta. «La boca lisonjera hace resbalar», advierte 26.28; y 29.5 compara la lisonja con una red peligrosa escondida delante de los pies de un hombre inocente. Lea en el Salmo 5.9 una radiografía de la boca lisonjera. La lisonja es alabanza insincera que la da alguien con motivos egoístas. Hasta cierto punto «lisonjear» y «revolotear» se asocian, porque es fácil imaginarse al lisonjero «revoloteando» alrededor de su víctima, tratando de impresionarle. Satanás usó una forma de lisonja para tentar a Eva: «Seréis como Dios».

La mujer perversa usa la lisonja para tentar al joven (5.3; 7.5, 21). «Muchos son los que aman al rico» (14.20; 19.4–6), principalmente porque quieren lisonjearle y obtener algo de él. Se nos advierte a no entremeternos con los lisonjeros (20.19). Es triste, pero a veces el justo lisonjeará al malo para obtener ventajas (25.26); y esto contaminará el hogar, la iglesia o la nación como una fuente envenenada. La reprensión sincera es mejor que la lisonja (28.23). «Fieles son las heridas del que ama», dice 27.6, «pero importunos los besos del que aborrece [como Judas]».

Por supuesto, hay lugar para la alabanza sincera en la vida cristiana; véase I Tesalonicenses 5.12–13. La alabanza sincera es como un horno (27.21); hace aflorar bien sea el oro puro o la escoria. Algunos cristianos son tan carnales que no pueden recibir elogios; se les va a la cabeza. Peor aún, no pueden soportar ver que se elogia a otro. Cuando los judíos alababan a David por sus victorias, estos elogios hicieron humilde a David, pero revelaron la envidia y altanería del corazón de Saúl (I S 18).

VI. Rencillas (12.16,18)

Hay una ira justa (Ef 4.26), pero demasiado a menudo se convierte en ira injusta y provoca discusiones y a arranques temperamentales. Véase 29.22. Una persona iracunda continúa añadiendo leña al fuego, sólo para empeorar las cosas (26.21) y las palabras coléricas son la leña. La mejor manera de detener una discusión es usando palabras suaves (15.1–2); eso es lo mejor para «quebrantar huesos» (25.15). Ser capaz de controlar el temperamento de uno es lo mismo que gobernar un ejército o un imperio (16.32). Véanse también 14.17, 29; 17.14.

PROVERBIOS 23

Nuestro énfasis recaerá sobre los versículos 15–35, en los cuales el padre piadoso advierte a su hijo contra el pecado de la embriaguez. Estudiaremos también otros pasajes que muestran que la Biblia magnifica la abstinencia total. Hay millones de alcohólicos en los Estados Unidos y millones más de «bebedores problema». Al menos el setenta por ciento de los bebedores problema empezaron durante su adolescencia. No sorprende que los cerveceros y fabricantes de bebidas alcohólicas concentren una gran parte de su presupuesto anual de publicidad para atraer a los jóvenes.

I. La Biblia advierte en contra del licor

El padre preocupado le dice al hijo los malos resultados que obtendrá en su vida si se da a la bebida:

A. Pobreza (vv. 20–21; 21.17).

Los anuncios de licor a menudo muestran a «un hombre de distinción» y dan la impresión de que la bebida va mano a mano con el éxito y la fortuna. Sin embargo, la bebida y la pobreza siempre han marchado juntas. Los estadounidenses gastan millones de millones de dólares al año en alcohol, y mucho de ese dinero debería comprar ropa, alimento y educación para las familias de los ebrios. Los alcohólicos pierden muchos días de trabajo cada año, costándole a la industria millones de dólares en horas hombre, todo lo cual contribuye a elevar los precios para el consumidor, sea o no bebedor.

B. Miseria (vv. 29–32).

El alcohol es el gran engañador (véase 20.1); promete gozo, pero da tristeza; pretende dar vida, pero realmente produce muerte. Jamás ha hecho un hogar más feliz ni a una persona más saludable. Véanse los resultados: ayes, dolor, rencillas (esto significa «argumentaciones, peleas»), quejas, heridas en balde, ojos amoratados. Más del cincuenta y cinco por ciento de los accidentes automovilísticos fatales involucran conductores ebrios. Cualquiera que piensa que beber da éxito, debe visitar una misión de rescate en alguna ciudad o escuchar los testimonios en una reunión de Alcohólicos Anónimos. El alcoholismo es el problema número tres de salud en Estados Unidos, después de las enfermedades del corazón y el cáncer.

C. Inmoralidad (vv. 26–28, 33).

Más de una mujer ha perdido su virtud y carácter debido a la bebida; e igualmente muchos hombres. Por lo general, beber y desobedecer el séptimo mandamiento van juntos. El alcohol *no* es un estimulante; es un narcótico que afecta al cerebro y hace que la persona pierda el control. El alcohol *no* es alimento; es un veneno. Cuando los jóvenes pierden el autocontrol, hay muchas tentaciones que se muestran seductoras y conducen al pecado.

D. Inestabilidad (vv. 34–35).

¡Qué cuadro vívido de un ebrio que tropieza! (Y no hay nada de simpático en un ebrio, sin que importe lo que los comediantes de la televisión hagan.) La bebida le roba a una persona su estabilidad; no puede andar derecho ni pensar adecuadamente. Por eso al rey se le advierte que no beba (Pr 31.4–5).

E. Eternidad en el infierno (1 Co 6.9–10).

Los borrachos van al infierno. Por supuesto, los borrachos pueden salvarse; véase el versículo 11. Pero una vez que el alcohol atrapa a la persona, la conversión a Cristo puede hacerse muy difícil. Quizás el borracho tenga la intención de confiar en Cristo algún día, pero a lo mejor se le quita la vida antes que llegue ese día.

II. La Biblia magnifica la abstinencia total

Téngase presente que la palabra «vino» en su Biblia puede referirse a muchas bebidas diferentes, inclusive el simple «jugo de uva». «Vino nuevo» era el jugo de uva sin fermentar; véase Mateo 9.14–17. Los judíos algunas veces mezclaban su vino con especias y otros jugos de frutas (Is 5.22; 24.9). El vino y la sidra con frecuencia se mencionan por separado (Dt 14.26; Pr 20.1). Nótese cómo la Biblia magnifica la abstinencia total dando muchos ejemplos:

(1) Israel en el desierto no bebió vino (Dt 29.6). En la Pascua no se usaba vino (Éx 12.8–10), porque el vino fermentado contenía levadura; y la levadura estaba prohibida. El vino se añadió a la ceremonia más adelante; pero Dios no lo ordenó.

(2) Los sacerdotes tenían que abstenerse cuando servían en el templo (Lv 10.8–10). Como sacerdotes del NT (I P 2.5, 9), ¿deben los cristianos tener una norma inferior de servicio diario al Señor?

(3) A los nazareos se les prohibía beber vino (Nm 6.1–3). Juan el Bautista era tal persona (Lc 1.15) y Jesús le llamó el más grande predicador nacido de mujer.

(4) Daniel rehusó «seguir la corriente» (Dn 1.5, 8, 16; 10.3), y Dios le honró y le exaltó. Contrástese esto con el borracho Belsasar en Daniel 5 y Herodes en Marcos 6.21ss.

(5) Pablo advierte a los cristianos a no hacer nada que haría tropezar al hermano (Ro 14.19–21). Véase también 1 Corintios 8.13. Los «bebedores sociales» miembros de nuestras iglesias respaldan una industria maléfica como cualquier borracho consuetudinario, porque influyen en otros para que beban. Es más, un «bebedor moral que asiste a la iglesia» es mejor propaganda que el borracho en plena calle. Pablo contrasta la plenitud del Espíritu con estar borracho (Ef 5.18), y en Gálatas 5.21 menciona la embriaguez como una de las obras pecaminosas de la carne. En 1 Timoteo 5.23 se hace referencia al uso medicinal del jugo de la uva en una época en la cual los médicos no tenían las medicinas modernas. Decir que tenemos derecho a usar el alcohol porque se usa en algunas medicinas es tan razonable como decir que podemos usar morfina u otros narcóticos porque el dentista o el cirujano las usan en sus pacientes.

(6) Pedro advierte a los creyentes a abstenerse «de los deseos de la carne que batallan contra el alma» (1 P 2.11); y puesto que la borrachera es un deseo carnal (Gl 5.21), la abstinencia total es la mejor manera de obedecer esta admonición. ¿Cómo empieza uno la vida de embriaguez? Con la primera copa.

(7) Los profetas del AT prorrumpían en contra el licor. Habacuc 2.15 pronuncia una maldición sobre quienes dan una copa a su prójimo; véase Isaías 5.11–22. Amós condenó a los judíos ociosos que tenían que beber licor en tazones porque sus copas eran demasiado chicas (6.3–6).

(8) Jesucristo es nuestro mejor ejemplo: «Pero, ¿no convirtió Jesús el agua en vino?» sí, lo hizo; a cualquier persona que puede hacer lo mismo hoy se le debería permitir beber el vino. Al final de su ministerio Jesús dijo: «No beberé más de este fruto de la vid» (Mt 26.29). ¡Hoy Jesús es el abstemio total! Rehusó la copa en la cruz (Mc 15.23). Casi siempre los que quieren hacer de Cristo su «ejemplo» para beber señalan versículos como Mateo 11.18–19 y se olvidan de Mateo 26.29. ¿Qué tal en cuanto a la Cena del Señor? En ninguna parte de la Biblia se usa la palabra «vino» asociada con la Cena del Señor; o bien es «la copa» o «el fruto de la vid» (Mt 26.27–29).

Los japoneses tienen un proverbio: «Primero el hombre toma un trago; luego el trago toma otro trago; luego el trago toma al hombre». ¿Cuál es el curso correcto para tomar? Rehusar la primera copa y continuar haciéndolo por el resto de su vida.

PROVERBIOS 25

Debemos notar desde el principio que hay una ira justa contra el pecado que en sí no es pecado. El versículo 23 enseña que una mirada airada silenciará el chisme. Jesús miró «alrededor con enojo» (Mc 3.5) y Pablo nos aconseja: «Airaos, pero no pequéis» (Ef 4.26). Por supuesto, debemos enojarnos contra el *pecado* y no contra las personas. Proverbios 27.4 nos advierte que la ira es cruel y ultrajante; puede llevar a herir físicamente e incluso al homicidio (Mt 5.22). Los padres iracundos pueden lesionar para siempre el cuerpo y las emociones de un niño. La ira pecaminosa es de la carne (Gl 5.19–21) y no cumple la voluntad de Dios (Stg 1.19–20). Satanás puede obrar mediante nuestras palabras y actitudes iracundas (Ef 4.26–27), de modo que Dios nos advierte a «dejar la ira» (Ef 4.31; Col 3.8). El iracundo es un amigo peligroso (Pr 22.24; 29.22) y una mujer colérica es una pobre esposa (Pr 21.9, 19; 25.24).

Este capítulo nos ilustra cómo lidiar con la ira en nuestra vida y en las de otros.

I. Paciencia (25.8)

El momento en que oímos algo que nos perturba, ¡cuán fácil es encolerizarnos y enredarnos en el asunto sin pensar ni orar. Lo sabio es pensar bien el asunto y esperar en Dios. Esto no significa que busquemos una excusa para soslayar el pecado, aun cuando el amor en efecto cubre multitud de pecados (Pr 10.12; 12.16). Más bien quiere decir que actuamos con prudencia, sabiendo primero lo que está involucrado. «Tardo para airarse» es un don maravilloso de Dios. (Pr 15.18); quien se enoja fácilmente hará locuras (Pr 14.17). «Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo», aconseja el Salmo 37.8. De modo que, antes de precipitarnos, detengámonos a orar y pensar. Dedique tiempo para leer la Palabra de Dios y permítale al Espíritu Santo que le dé paz interior.

II. En privado (25.9–10)

Nuestro primer deseo es «decirle a todo el mundo» y lograr que todos se pongan de nuestra parte. Pero la Biblia aconseja precisamente lo opuesto: hablar a solas con la persona y no permitir que otros interfieran. Eso es lo que Jesús ordenó en Mateo 18.15–17 y si este método lo siguieran las familias e iglesias, habría menos peleas y divisiones. Es triste cuando cristianos profesantes divulgan las cosas a todo el mundo, excepto al involucrado. Sin duda requiere valentía y amor cristianos hablar con un hermano respecto a alguna diferencia, pero esta es la manera de crecer espiritualmente y glorificar a Cristo. Tal vez el asunto no se pueda arreglar entre ambos; entonces pídales a dos o tres personas espirituales que le ayuden. Si esto falla, debe intervenir la iglesia, y si el implicado rehúsa oírla, debe disciplinársele. «En cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres», dice Romanos 12.18. Es triste, pero habrá algunos con los cuales no podemos vivir en paz porque no quieren obedecer la Palabra de Dios.

III. Sabiduría (25.11–14)

Las palabras no son sólo sonidos que oímos, sino realidades vivas, poderosas, que pueden ayudar o herir. En Proverbios 25.18 Salomón compara las mentiras con tres armas: un mazo de guerra, una espada y una flecha. Pero en los versículos 11–14 indica que las palabras también pueden ser una fruta preciosa («manzanas de oro» son cítricos o naranjas), hermosas joyas y agua fría refrescante de las nieves de las montañas. Al enfrentar algún asunto debemos usar las palabras correctas y presentarlas de la manera correcta. Nuestras palabras deben «decirse apropiadamente», arregladas como fruta hermosa en bandeja de plata. Véase Job 6.25. Proverbios 19.11 indica que la discreción (prudencia) hará que la gente retenga su furor. Sólo un necio habla todo lo que tiene en su mente (Pr 29.11); los sabios meditan lo que van a decir, cómo lo van a decir y cuándo lo van a decir; véase Proverbios 15.23. Por supuesto, esta sabiduría espiritual debe venir de Dios (Stg 1.5).

IV. Delicadeza (25.15)

Qué contradicción: «La lengua blanda quebranta los huesos». Esto es un paralelo de Proverbios 15.1: «La blanda respuesta quita la ira; más la palabra áspera hace subir el furor». Nuestra primera reacción a la actitud furibunda de alguien es enfurecernos nosotros también, pero esto sólo añade leña al fuego (véase 26.20–21). Véase también Santiago 3.5. Se nos ordena a no devolver mal por mal (Ro 12.21) y a no maldecir cuando nos maldicen (1 P 2.20–23). Si lo que procuramos es restaurar al creyente que está pecando, necesitamos un espíritu de

mansedumbre (Gl 6.1) y no una actitud de ira. Así Pablo ministraba a sus convertidos (1 Ts 2.7) y esto es lo que ordena a los creyentes que hagan (2 Ti 2.24). Elías tuvo que aprender que Dios algunas veces era un «un silbo apacible y delicado» y no un tornado (léase 1 R 19.11–13). Muchos tienen la idea de que delicadeza es debilidad, pero no es así; es poder bajo control. Es la delicadeza del cirujano lo que le hace grande, y sólo el Espíritu Santo puede darnos esta gracia preciosa (Gl 5.22–23).

V. Bondad (25.21–22)

La delicadeza debe conducir a la bondad; véase Romanos 12.19–21, donde el apóstol Pablo cita los mismos versículos y los aplica a los cristianos del NT. En vez de añadir leña al fuego de la ira (Pr 26.20–21), ayudamos a apagarlo al mostrar amor y bondad. Lea el mandamiento de Cristo en Mateo 5.9–12. Si la persona necesita disciplina, Dios se encargará del asunto: «Mía es la venganza, yo pagaré». Debemos ser cuidadosos, sin embargo, de realizar esta clase de obras con el motivo justo. Si tratamos de obligar a las personas en bien nuestro o si tratamos de «comprarlas», Dios no nos bendecirá. Pero si con sinceridad las amamos y queremos ayudarlas, Dios nos honrará y nos recompensará. Por supuesto, estas buenas obras no deben hacerse para impresionar a otros; Proverbios 21.14 dice que deben ser en secreto. Salomón no sugiere aquí un soborno; más bien dice que la bondad será como el aceite que aquieta las aguas agitadas.

VI. Dominio propio (25.28)

Esto yace en el mismo corazón del asunto: al cristiano que practica el dominio propio no lo destruirá la cólera, ni destruirá a otros. Este versículo debe compararse con 16.32: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad». Que las personas dominen su espíritu, su «reino interior», es mejor que gobiernen el mundo. Alejandro Magno pudo conquistar todo el mundo conocido, sin embargo, él mismo no se pudo conquistar. Por supuesto, la única manera de tener este dominio propio es mediante el reinado del Señor Jesucristo en nuestras vidas. «Reinamos en vida» por medio de Cristo (Ro 5.17). El dominio propio (temperancia) es uno de los frutos del Espíritu (Gl 5.22–23); la carne no puede producir dominio propio porque está en guerra con Dios.

El dominio propio es lo que nos da la paciencia necesaria, según se bosquejó al inicio de este estudio. Si ejercemos dominio propio en el mismo comienzo del problema, nos ahorrará toda clase de problemas más tarde. Proverbios 17.14 compara el principio de la rencilla con una pequeña fuga en un dique; si no se tiene cuidado, la rotura aumentará y provocará una inundación. Es más fácil detener la pequeña fuga al principio, que tratar de controlar una rugiente inundación. Proverbios 30.33 presenta un cuadro diferente: batir mantequilla o sonarse las narices. La lección es clara: forzar la ira y atizar los problemas sólo causan más problemas. El dominio propio, producido por el Espíritu, capacitará al creyente a resolver estos asuntos con paciencia y sabiduría.

La capacidad de enojarse respecto a las cosas apropiadas y en la manera correcta ayuda a edificar el carácter. Sin duda debemos reaccionar ante la injusticia y el pecado. Pero cuando la ira nos hace estallar, se vuelve destructiva. La ira santa es como el poder del vapor en la caldera: si se encamina a asuntos justos, logra mucho bien. La ira pecaminosa, perder los estribos, es más como un incendio forestal que se sale de control y destruye mucho bien. El Salmo 19.14 es una buena oración para usar: «Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía y redentor mío».

PROVERBIOS 31

Sólo en la eternidad veremos completamente la bendición que la mujer virtuosa ha traído a este mundo. Proverbios tiene mucho que decir sobre la mujer perversa en los capítulos 1–9 y sobre las esposas rencillosas (21.9 y 25.24); el libro concluye, sin embargo, con un glorioso tributo a la mujer virtuosa y dedicada que honra a Dios y da gozo a su familia. Muchos siervos de Dios agradecen a Él por las madres piadosas y esposas consagradas. Aparte de la decisión de recibir a Cristo, la más importante que el cristiano hace es la selección del compañero de su vida. «La mujer virtuosa es corona de su marido» (Pr 12.4). «El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová» (Pr 18.22). «De Jehová [es] la mujer prudente» (Pr 19.14). Los cristianos no deben unirse en yugo desigual con cónyuges incrédulos (2 Co 6.14–18). Deben casarse «en el Señor» (1 Co 7.39). La mujer cristiana que se casa con un inconverso puede arriesgar su vida en el alumbramiento; véase 1 Timoteo 2.12–15. Este capítulo de Proverbios describe a la «mujer virtuosa» y hace una lista de sus preciadas cualidades.

I. Espiritualidad (31.1–9)

La madre del rey le enseña a su hijo a obedecer la Palabra de Dios. Algunos eruditos piensan que el «rey Lemuel» es en realidad Salomón, pero no tenemos prueba de esto. El ministerio más importante que los padres tienen es preparar espiritualmente a sus hijos. Véanse 2 Timoteo 1.5; 3.15. La madre con valentía advierte a Lemuel sobre algunos peligros que enfrentará en la vida: compañeros pecadores, licor y la tentación a desobedecer la Palabra de Dios. Feliz es la persona que tiene una madre que teme a Dios y que le advierte acerca del pecado, y más feliz aún es quien presta atención a sus advertencias.

II. Lealtad (31.10–12)

Las dos palabras clave aquí son corazón y confianza, amor y fe. El matrimonio es asunto del corazón; debe haber verdadero amor entre los esposos. ¿Qué amor debe mostrar el hombre a su esposa? El mismo que Cristo le muestra a la Iglesia (Ef 5.18ss): sacrificial, paciente, sufrido, tierno, constante. Una esposa no tiene problemas en someterse en obediencia a un marido que la ama *y lo demuestra.* Los esposos necesitan estar atentos a que sus trabajos y quehaceres domésticos no les aparten de sus esposas y niños. Un hogar feliz no «aparece por casualidad»; es el resultado de arduo trabajo, oración y amor genuino. Cuando los cónyuges confían en el Señor y entre sí, habrá felicidad y bendición. Los votos matrimoniales son promesas que deben tomarse con seriedad. Romperlos es pecar contra Dios y el uno contra el otro.

III. Laboriosidad (31.13–22)

Esta inapreciable mujer es trabajadora. Ya sea que cosa, cocine, cuide a sus hijos o ayude a su marido en el negocio de la familia, es fiel en hacer su parte. Nótese que ella trabaja con diligencia (v. 13); no es asunto de compulsión sino de compasión. Ama a su esposo y por consiguiente procura complacerlo. (Véase en 1 Co 7.32–34 un maravilloso principio del matrimonio: vivir para agradar al otro.) Esta mujer ideal no pasa la mañana en la cama; se levanta temprano para hacer sus tareas (v. 15) y, si es necesario, se queda hasta altas horas de la noche (v. 18). Nótense las instrucciones de Pablo a las jóvenes en 1 Timoteo 5.14. Mientras que hay algunas emergencias y situaciones que requieren que las mujeres trabajen fuera de su casa, debe recordarse que incluso allí su primera responsabilidad es hacia su familia.

Proverbios no tiene nada bueno respecto a la pereza, ya sea en el hombre o en la mujer. Véanse 6.6–11; 10.4, 26; 13.4; 15.19; 18.9; 19.15, 24; 20.4, 13; 21.25; 22.13; 24.30–34; 26.13–16. Incluso en estos días de «equipos que ahorran trabajo», no hay sustituto para el trabajo duro y esmerado.

IV. Modestia (31.23–26)

A su esposo lo conocen en las puertas; a ella por su fidelidad en el hogar. Hombre y mujer tienen lugar en la economía de Dios y cada vez que alguno se sale de su lugar, hay confusión y problemas. Por supuesto, el hecho de que el hombre sea cabeza no significa dictador, sino más bien ejemplo y liderazgo en amor. El versículo 25 sugiere que la mujer piadosa no depende de vestidos lujosos para tener éxito; viste «fuerza y honor» en su ser interior. Pedro escribe acerca de los atavíos externos extravagantes y del atavío interno de «mansedumbre y espíritu humilde» (1 P 3.3–4). Pablo ordena a las mujeres que vistan «con modestia» (1 Ti 2.9) y que dependan de la belleza espiritual, no de la artificial del mundo. El versículo 26 nos dice que la mujer piadosa se cuida tanto por lo que habla como por su vestido. Qué maravilloso es cuando «la ley de clemencia» gobierna la lengua.

V. Piedad (31.27–31)

«La mujer que teme a Jehová, esa será alabada». Este es el secreto de su vida: teme a Dios y procura obedecer su Palabra. Sin duda debe levantarse muy de madrugada para meditar en la Palabra y orar. Todo el día orará por su esposo y su familia. Su verdadera belleza es la interna; con el correr de los años su cuerpo cambiará, su belleza en el Señor sólo aumentará. Su alabanza procede de Dios. «Siempre hago lo que le agrada».

¿Cómo alaba Dios a esta mujer? Bendiciendo sus trabajos y su vida. El fruto de su vida la alabará. Sin duda cosechará «vida eterna» porque ha sembrado para el Espíritu, no para la carne (Gl 6.7–8).

Su esposo e hijos también se levantan y la alaban. Cuánta necesidad hay en la actualidad de esposos e hijos que muestren constantemente su aprecio por lo que la esposa y madre hace en el hogar. Una de las más grandes debilidades en muchos hogares de hoy es que los miembros de la familia suponen que eso es lo correcto. Los esposos necesitan dar un buen ejemplo ante sus hijos alabando con franqueza al Señor y a la esposa por las bendiciones del hogar. Con cuánta frecuencia una esposa dedicada se sacrifica por la felicidad del hogar y nunca recibe ni siquiera un simple «gracias». Qué pecado de falta de aprecio hay en nuestros hogares. Esta distinción no debe reservarse sólo para el Día de las Madres o Navidad; más bien, debe mostrarse todo el año. La gratitud es una virtud cristiana maravillosa. Cada hogar necesita cultivarla.

Por supuesto, ¡las mismas cualidades deben verse también en el hombre de la casa! Cuán a menudo vemos a una mujer piadosa sufriendo pacientemente por un marido carnal y mundano. La Biblia no conoce nada de un «standard doble» para esposas y esposos. Es importante que el esposo sea espiritual, leal, laborioso, etc. En el plan de gracia de Dios se ha ordenado que *tanto* esposos *como* esposas sean necesarios en el hogar, y que cada uno cumpla ciertos ministerios especiales. Uno no puede reemplazar al otro, aun cuando en algunas emergencias (tales como la muerte de uno de los cónyuges) Dios ha dado gracia a una persona para ser a la vez «padre y madre» en el hogar.

Los cónyuges deben vigilar siempre para que Satanás no se inmiscuya y destruya el hogar. Tienen responsabilidades espirituales, materiales y físicas el uno para con el otro, y si estas no se satisfacen, Satanás se pone a trabajar (1 Co 7.1–6; 1 Ti 5.8; Ef 5.21–33; 1 P 3.7). Es especialmente importante estar en guardia después que los hijos han crecido y dejado el hogar paterno, porque entonces se prueba la verdadera fortaleza del hogar. Un hombre y una mujer no debe decir nunca: «Nos quedaremos juntos por causa de los hijos». Que Dios nos ayude a escoger los cónyuges apropiados según su voluntad y a edificar la clase de hogares que glorifiquen su Nombre.

Eclesiastés

Bosquejo sugerido de Eclesiastés

Introducción (1.1–3)

I. Sus razones iniciales (1.4–2.26)
   - A. El hombre es nada más que «diente de engranaje» (1.4–11)
   - B. La sabiduría del hombre no puede comprender la vida (1.12–18)
   - C. La riqueza y el placer no satisfacen (2.1–11)
   - D. La muerte viene y lo acaba todo (2.12–23)
   - E. Conclusión: Disfruta de las bendiciones de Dios (2.24–26)

II. Sus observaciones más profundas (3–10)
   - A. Dios tiene un propósito en este «fatigoso ciclo de la vida» (3)
   - B. La riqueza y el placer pueden glorificar a Dios (4–6)
   - C. La sabiduría de Dios es mejor que una vida de insensatez (7–10)

III. Sus conclusiones finales (11–12)
   - A. Vivir por fe (11.1–6)
   - B. Recordar que la vida acabará un día demasiado pronto (11.7–12.7)
   - C. Obedecer la Palabra de Dios y temerle (12.8–14)

Notas preliminares a Eclesiastés

I. Nombre

«Eclesiastés» procede de la palabra griega *ekklesía,* que en el NT se traduce «iglesia» o «asamblea». Lleva la idea de un predicador (o del que debate) hablándole a una asamblea de personas (véanse 1.1–2; 12.8–10). El Predicador aquí presenta un problema práctico y lo analiza procurando llegar a una conclusión.

II. Autor

Se menciona a Salomón como autor; véase 1.1–2, 12. Sin duda se le conoció tanto por su sabiduría como por su riqueza y disfrute de placeres. Ningún otro rey del AT encaja mejor en la situación descrita en este libro.

III. Tema

El tema aparece en 1.1–3 y puede expresarse: «¿Vale la pena vivir?» Salomón mira la vida con lo que parecen contradicciones y misterios, y se pregunta si el «inacabable bregar» de la existencia vale la pena. Las personas se esfuerzan toda su vida, luego mueren y alguien menos digno hereda su riqueza y la desperdicia. Salomón llega a la conclusión de que lo mejor que se puede hacer es disfrutar de las bendiciones de Dios hoy, temerlo y guardar su Palabra. Por supuesto, con la aclaración adicional del NT sabemos que «nuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Co 15.58).

Algunas de las palabras y frases clave en Eclesiastés son: *hombre* (56 veces), *trabajo* (26 veces), *debajo del sol* (28 veces), *vanidad* (37 veces), *sabiduría* o *sabio* (53 veces) y *mal* (31 veces). Tenga presente que Salomón razona sobre lo que ve y conoce «debajo del sol». Si usted se detiene en Eclesiastés, se quedará en las sombras; debe avanzar a la plena revelación del NT para tener todo el consejo de Dios. Muchas de las sectas falsas citan versículos aislados de este libro para respaldar sus extrañas doctrinas.

IV. Problemas

¿Enseña Eclesiastés que los hombres mueren como los animales y que no hay vida después de la muerte? No. Léase con cuidado los versículos de la «muerte»: 2.14–16; 3.16–22; 6.1–6; 7.2–4; 9.1–4. Usted notará que Salomón *en efecto* cree en la vida después de la muerte. En 3.17 menciona un juicio futuro y también en 11.9 y 12.14. Si no hay vida después de la muerte, ¿cómo puede haber un juicio futuro? Lo que ocurre a hombres y bestias, en 3.19–20, es que tanto los unos como los otros van al mismo lugar: el polvo. Pero nótese el versículo 21, donde el espíritu del hombre vuelve a Dios; véase también 12.7. Salomón no tenía la revelación completa del NT con respecto a la vida, la muerte, la resurrección y el juicio, pero no contradice las enseñanzas del NT.

¿Enseña Eclesiastés a «comer, beber y alegrarse»? No. Lo que sí enseña, sin embargo, es que debemos recibir las bendiciones de Dios y disfrutarlas mientras podamos. Cada uno de los pasajes de «disfrutar» se equilibra con uno de «muerte»: 2.12–23 con 2.24–26; 3.16–21 con 3.12–15 y 22; 6.1–7 con 5.18–20; y 9.1–4 con 8.15–17. Salomón dice: «A la luz de la brevedad de la vida y la certeza de la muerte, disfruta hoy de las bendiciones de Dios y el fruto de tu trabajo. Usa estas bendiciones para su gloria». Esto concuerda con Pablo en 1 Timoteo 6.17. Salomón no aconseja el placer desenfrenado y la embriaguez. Más bien nos aconseja a apreciar la vida y sus bendiciones mientras podamos.

Las verdades de Dios no se revelan de una vez por todas; en la Biblia hay un desarrollo progresivo de verdad. Debemos interpretar Eclesiastés a la luz del NT. Si la muerte lo acaba todo, la vida no vale la pena vivirla y los seres humanos en verdad son miserables. Pero cuando conocemos a Cristo como Salvador y Señor, la vida se convierte en una emocionante aventura de fe. Y nuestros trabajos no son en vano en el Señor, porque un día seremos recompensados (1 Co 15.51–58). La salvación y la resurrección en Cristo hacen la vida digna de vivirse. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2.17). «Sus obras con ellos siguen» (Ap 14.13). Las conclusiones de Salomón en los capítulos 11–12 recalcan esto: vive por fe, obedece a Dios y Él se encargará del resto. Disfruta de sus bendiciones e invierte tu vida en lo que realmente cuenta.

ECLESIASTÉS

Imagínese una asamblea de judíos mientras escuchan al rey Salomón hablar respecto a un importante problema. Salomón es el «predicador» o «el que debate» en esta asamblea (1.1–2, 12; 7.27; 12.8–10) y el tema que considera es este: «¿Vale la pena vivir esta vida?» ¿Puede pensar en un tema más práctico? ¿Y puede pensar de una persona mejor para tratarlo? Porque Salomón fue el más sabio de todos los reyes, hombre cuya sabiduría y riqueza le permitieron experimentar una vida plena. En esta breve sección sólo podemos tocar los puntos principales de este interesante libro.

I. Se declara el problema (1–2)

«¿Vale la pena vivir esta vida?» Esta es la cuestión que Salomón debate. En 1.1–3 indica su primera conclusión: la vida *no* vale la pena vivirse porque está llena de vanidad (vacío). Luego indica sus razones:

A. El hombre sólo es un diente en un enorme engranaje (1.4–11).

¿Qué es el hombre comparado con el vasto mundo? Todo en la naturaleza continúa, siglo tras siglo, pero el hombre está aquí por un breve tiempo, luego muere. Todo parece muy desprovisto de significado. Es vanidad. (Salomón usa la palabra «vanidad» treinta y siete veces en este libro.) Puesto que la vida es tan corta y el hombre tan insignificante, ¿por qué molestarle con vivir siquiera?

B. El hombre no puede comprenderlo todo (1.12–18).

Salomón fue el más sabio de los hombres, sin embargo, cuando trató de comprender el significado de la vida, se quedó confuso. Cuántos filósofos sabios han tratado de explicar la vida, sólo para admitir completa ignorancia. ¿Es razonable vivir cuando no se puede entender de qué se trata al fin y al cabo la vida?

C. Los placeres del hombre no satisfacen (2.1–11).

Salomón tenía abundancia de dinero, placer, cultura y fama; sin embargo, admitió que estas cosas no satisfacían. Tampoco duraban. Véase lo que Jesús dijo al respecto en Lucas 12.13–21.

D. La muerte lo acaba todo (2.12–23).

«Un mismo suceso» (la muerte) le ocurre tanto al necio como al sabio, al rico y al pobre. Una persona trabaja toda su vida, luego muere y deja la riqueza para que otro la disfrute. ¿Es esto justo?

Estos cuatro argumentos parecen conducir a una gran conclusión: para el ser humano no vale la pena vivir. Pero Salomón no llega a esa conclusión. En 2.24–26 nos dice que debemos aceptar las bendiciones de Dios hoy, disfrutarlas y beneficiarnos de ellas. Esto concuerda con el consejo de Pablo en 1 Timoteo 6.17. Pero incluso este «vivir para hoy» no satisface por completo, porque los seres humanos quieren ir *más allá* de hoy. Así que Salomón retrocede en los siguientes ocho capítulos («vuelve y considera»; véanse 4.1, 7; 9.11) y estudia sus argumentos de una manera más profunda.

II. Se discute el problema (3–10)

A. Dios tiene un propósito en nuestras vidas (cap. 3).

Dios equilibra la vida: nacimiento-muerte, tristeza-alegría, encuentro-partida. ¿Por qué lo hace? Por dos razones: (1) para que no pensemos que podemos explicar fácilmente las obras de Dios (v. 11), y (2) para que aprendamos a aceptar y disfrutar lo que tenemos (vv. 12–13). Dios ha puesto «eternidad» en nuestros corazones (v. 11, donde algunas versiones traducen «mundo» en lugar de «eternidad»). Esto quiere decir que las cosas del mundo jamás pueden realmente satisfacernos. Por consiguiente, debemos hallar la voluntad de Dios para nuestras vidas y permitirle que Él «mezcle los ingredientes» de acuerdo a su propósito.

B. Dios da riquezas de acuerdo a su voluntad (caps. 4–6).

Estos capítulos tratan del significado de las riquezas. ¿Por qué una persona es rica y otra pobre? ¿Por qué hay injusticia y desigualdad en el mundo? Porque Dios tiene un plan para nosotros, no debemos confiar en las riquezas inciertas sino en el Señor. No viva para las riquezas, sino úselas de acuerdo a la voluntad de Dios.

C. La sabiduría de Dios puede guiarnos por la vida (caps. 7–10).

La palabra sabiduría (o sabio) se usa más de treinta veces en los capítulos 7–12. Es cierto que la sabiduría del hombre no puede sondear el plan de Dios, pero Él puede darnos sabiduría para conocer y hacer su voluntad. Simplemente porque no logremos comprenderlo todo no significa que debemos darnos por vencido en desesperación. Confíe en Dios y haga lo que le dice que haga.

¿Notó que en cada una de estas tres secciones Salomón enfatiza el disfrute de las bendiciones de Dios y la realidad de la muerte? Leáse 3.12–21; 5.18–6.7 y 8.15–9.4. Puesto que cada persona va a morir, no debemos molestarnos en trabajar ni ahorrar dinero ni servir a Dios: ¿es esto correcto? Salomón dice: ¡No! Y en los capítulos 11–12 explica lo que significa.

III. Se decide el problema (11–12)

Salomón ya ha decidido que el hombre no es «un diente en el engranaje» y que no hay nada de malo en disfrutar de las riquezas y placeres para la gloria de Dios, y que nuestra incapacidad para comprender todo lo que Dios hace no es obstáculo para una vida feliz. En los capítulos 11–12 Salomón resume todo el asunto con tres admoniciones prácticas.

A. Vive por fe (11.1–6).

Las circunstancias nunca van a ser ideales en esta vida, pero debemos seguir adelante y obedecer a Dios y confiarle a Él los resultados. Si espera el viento o el día correcto, quizás pierda la oportunidad. Tal vez parezca necio, como alguien que arroja pan en aguas corrientes, pero Dios velará para que eso vuelva a usted.

B. Recuerda que la vida acabará (11.7–12.7).

¿Es esta una sugerencia morbosa? No. Es realismo cristiano. Un día morirá, de modo que aproveche al máximo la vida que tiene ahora. Esta no es una actitud mundana: «Comamos, bebamos, y alegrémonos, que mañana moriremos». Más bien es la actitud de Pablo en Filipenses 1.20–21: vivir es Cristo y morir ganancia. Nótense aquí las tres palabras clave dirigidas especialmente a los jóvenes: alégrate (11.9), quita (11.10) y acuérdate (12.1). Alegrarse de las bendiciones de Dios mientras se es joven; quitar de la vida los pecados que causan tristeza; y acordarse de servir a Dios y temerle en los días de la juventud. En 12.1–7 tenemos una descripción poética de la ancianidad y la muerte. Analice si puede descubrir cuáles de estos términos poéticos se refieren al cuerpo humano.

C. Teme a Dios y obedécele (12.8–14).

Viva como quien un día enfrentará el juicio. ¿Se quemarán sus obras cuando el fuego de Dios las pruebe? (1 Co 3.9–17). Si así lo desea, interprete las conclusiones de Salomón a la luz de 1 Corintios 15, el gran capítulo de la resurrección en la Biblia. Si la muerte lo acaba todo, la vida no vale la pena vivirse, y todo verdaderamente es «vanidad» y vacuidad. Pero 1 Corintios 15 aclara que la muerte no es el acabóse. En razón de que Cristo resucitó de los muertos, nosotros también resucitaremos. Y la gloria y la recompensa que gozaremos en la eternidad dependerá de las vidas que hayamos vivido aquí en la tierra. Por consiguiente, nuestra labor «en el Señor no es en vano» (1 Co 15.58).

Desde el punto de vista humano «debajo del sol» parece como si la vida es fútil y vacía; todo es vanidad. Pero cuando se vive en el poder de Dios y para su gloria, la vida se vuelve significativa. Una persona puede vivir y laborar cincuenta años y luego morir. ¿Significa esto que desperdició su vida? Por supuesto que no. Su trabajo en el Señor no es en vano. Cuanto Cristo vuelva, recibirá las recompensas de sus trabajos. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2.17). El inconverso lo pierde todo al morir; lo mismo el cristiano carnal y mundano que «será salvo, mas así como por fuego» (1 Co 3.15). Pero el cristiano fiel que hoy se regocija en las bendiciones de Dios y usa su vida para glorificar a Cristo, recibirá abundantes recompensas en la vida venidera.

A la luz del NT, Eclesiastés no es un libro «pesimista» que niega las alegrías de la vida. Más bien demuestra que aunque hay muchos misterios en la vida que no sabemos explicar, podemos vivir de tal manera que disfrutemos las bendiciones de Dios y glorifiquemos su nombre.

Cantar de los Cantares

Bosquejo sugerido de Cantar de los cantares

I. El rey corteja a su novia (1.1–3.5)
   - A. El compañerismo en la sala del banquete (1.2–2.7)
   - B. La visita en la primavera (2.8–17)
   - C. La búsqueda nocturna (3.1–5)

II. El rey reclama a su novia (3.6–5.1)
   - A. La majestuosa procesión nupcial (3.6–11)
   - B. La belleza de la novia (4.1–5.1)

III. El rey y la comunión con su esposa (5.2–8.14)
   - A. La separación del esposo (5.2–9)
   - B. Su admiración por su esposo (5.10–16)

C. Su encuentro en el jardín (6.1–13)

D. Su admiración por su esposa (7.1–9)

E. Su comunión satisfactoria (7.10–8.14)

Nota: Este es un bosquejo «genérico» que se puede aplicar a cualquiera de las interpretaciones sugeridas. Algunos intérpretes ven tres personajes principales: Salomón, un pastor enamorado y su amada. Sin embargo, es posible ver sólo a Salomón y a su amada presentados en el libro.

CANTAR DE LOS CANTARES

El título «Cantar de los cantares» (como el «Lugar Santísimo») quiere decir «el mejor de todos los cantos». Puesto que Salomón compuso más de 1.000 cantos (1 R 4.32), este debe clasificarse como el mejor de todos. Es un libro lleno de símbolos e imágenes, un libro que requiere madurez y discernimiento espiritual para apreciarlo y disfrutarlo. Sin duda, cualquier estudiante que abuse del lenguaje y del mensaje de este inapreciable libro revela carnalidad en su vida. No podemos examinar este libro en detalle, pero queremos tratar de comprender su mensaje desde un método cuádruple.

I. El significado literal

Aquí tenemos una preciosa historia de amor. Involucra tres personajes: una hermosa joven, obligada por su familia a trabajar (1.5–6; 2.15); su amado, indudablemente un joven vecino que se ha ganado su corazón y que también es pastor (1.7); y el rey Salomón, a quien se conoce porque le atraen las mujeres hermosas (1 R 11.3). Mientras se halla en uno de sus viajes para examinar sus tierras, Salomón conoce a la hermosa joven y la lleva a su palacio. Allí la joven sólo piensa en su amado que está en su pueblo (1.1–2.7). Les dice a las mujeres del harem («hijas de Jerusalén» en 2.7; 3.5; 8.4) que no traten de persuadirla a olvidarse de su verdadero amor. En 2.8–3.5 ella recuerda a su amado e incluso hasta sueña con él. Salomón la visita (3.6–4.16) para tratar de ganar su cariño, su amado la ve en un sueño (5.1–6.3). De nuevo, el rey trata de conquistarla (6.4–7.9) pero la joven rehúsa (7.10–8.3). A ella no le impresiona la riqueza del rey, ni sus especias, tierras ni lisonjas. Por último, el verdadero amor gana y la joven es puesta en libertad. Vuela hacia su amado (8.4–14) y se restaura de nuevo a su familia.

Por supuesto, esta interpretación no pone a Salomón en una luz muy favorable. Pero él no fue fiel en cuanto a los asuntos maritales y sin duda no es erróneo verle como un tipo del mundo, que trata de seducir al creyente y alejarlo de su verdadero amor. Esto se verá con más claridad a medida que examinamos las diferentes interpretaciones y aplicaciones de la historia.

El Cantar de los cantares magnifica y santifica el amor matrimonial. Dios hizo al varón y a la hembra, y fue Él quien «inventó» el sexo. El amor del hombre y su esposa debe ser una experiencia hermosa, según se describe en este libro, pero el pecado puede destruir este hermoso don. En el libro de Proverbios, Salomón advierte en contra de los pecados sexuales; en el Cantar de los cantares, exalta la belleza y el gozo del amor matrimonial.

II. El significado histórico

Desde los primeros días los judíos vieron en esta historia un cuadro de la relación entre Jehová e Israel. Israel se «casó» con el Señor en el monte Sinaí, cuando la nación aceptó la ley. Isaías 54 describe esta relación matrimonial; véanse también Jeremías 3 y el libro de Oseas. Es triste, pero Israel no fue fiel a su Esposo Divino y «actuó como ramera» con las naciones idólatras del mundo. Le dio la espalda a su Amado. Sin embargo, llegará el día cuando, como la joven en el Cantar de los cantares, Israel regresará a su hogar y se le restaurará a su Amado.

III. El significado típico

La relación matrimonial también se usa para describir la relación entre Cristo y la Iglesia. Véase Efesios 5.23–33. Esto se aplica no sólo a toda la Iglesia (los creyentes de esta era de la Iglesia), sino también a la iglesia local (2 Co 11.2). Pablo veía a cada iglesia local como «casada con Cristo» y en peligro de que Satanás y el mundo la sedujera al pecado. Así como los esposos son «uno» y se pertenecen el uno al otro, Cristo y su Iglesia son uno. Somos «huesos de sus huesos, carne de su carne». Él está en nosotros, nosotros estamos en Él. Él nos amó (tiempo pasado) y mostró ese amor muriendo por nosotros en la cruz. Nos ama (tiempo presente) y demuestra este amor cuidando de nosotros, nutriéndonos mediante la Palabra y procurando embellecernos espiritualmente tanto como sea posible. En el futuro continuará amándonos y participaremos de su gloria en la eternidad. Las «bodas del Cordero» se avecinan (Ap 19.7–9). Cristo volverá en gloria y llevará a su Esposa al cielo.

IV. El significado práctico

Este libro presenta un cuadro vívido del amor fiel y la comunión que se profundiza cada vez más. Los términos íntimos que se usan sólo ilustran el maravilloso amor entre Cristo y el cristiano. Notemos cómo el amor y el matrimonio ilustran la vida cristiana:

A. Salvación.

Estamos «casados con Cristo» (Ro 7.4). El matrimonio involucra a toda la persona: mente, corazón, voluntad, cuerpo. Un muchacho se encuentra con una muchacha y llega a conocerla con su mente. Tal vez esa amistad se profundice y capture su corazón. Pero aún no está casado con ella. No es sino hasta que él dice: «Sí, la acepto», que está casado. Muchos saben algo acerca de Cristo y hasta tienen sensaciones emocionantes, pero nunca han dicho: «Sí, acepto», ni confiado en el Señor.

B. Dedicación.

Cuando un hombre y una mujer se casan, todo lo que son y todo lo que tienen les pertenece mutuamente. Sus cuerpos no son suyos (1 Co 7.1–5); viven para complacer al otro. Así es con la vida cristiana: nuestros cuerpos le pertenecen a Cristo (véase Ro 12.1–2) y vivimos para agradarle a Él, no al mundo. Satanás y el mundo (como Salomón en nuestra historia) tal vez traten de tentarnos para alejarnos de nuestra devoción a Cristo (Stg 4.4), pero debemos perseverar siendo leales a Él. Cuando un hombre y una mujer se aman, ningún sacrificio es demasiado grande, ni ninguna carga demasiado pesada. Véase en 2 Corintios 11.2 la advertencia de Pablo en cuanto al «adulterio espiritual».

C. Comunión.

Esta es tal vez la más grande lección del Cantar de los cantares: la profunda comunión que debe existir entre los que se aman. Sin importar a dónde Salomón llevó a la joven, el corazón de ella siempre estaba con su amado. Hablaba de él, soñaba con él y cuando quedó libre, corrió a él. ¿Tenemos esta clase de amor por Cristo? ¿Vemos su belleza? (Sal 45). ¿Nos damos cuenta de cuánto nos ama y anhela nuestra comunión?

En Cantares 5 tenemos un interesante cuadro de la comunión del creyente con el Señor. La joven duerme, pero la voz de su amado se oye fuera de la puerta. Quiere darle su amor, pero ella es demasiado perezosa para abrir. «Tengo que ponerme mi abrigo; tengo que lavarme los pies». Es como si dijera: «Por favor, no me molestes. Estoy demasiado cómoda». Luego ella ve su mano (v. 4) y se da cuenta de su pecado. Recuerde: Sus manos están horadadas. Ella entonces se levanta, pero, tristemente, su amado se ha ido. Dejó cierto perfume en la puerta, pero, ¿de qué sirve la bendición sin el que bendice? Al tratar de hallar a su amado la joven se mete en problemas y disciplina.

Cuán a menudo el Señor quiere tener comunión con nosotros durante el día, pero estamos demasiado atareados. Como Marta (Lc 10.38–42), estamos «afanados con muchas cosas». Cuánto más felices serían nuestras vidas si tan solo mantuviéramos nuestros corazones abiertos a los impulsos de su amor. Así como el esposo y la esposa que se aman piensan el uno en el otro cuando están separados durante el día, el cristiano fiel debe pensar en su Salvador y tener comunión con Él. En 1.1–7 la joven no ve belleza en sí misma, pero en 1.14–17 su amado describe con tiernas palabras la hermosura de ella. En 2.1 ella se ve como la rosa común, el lirio ordinario, pero su amado la ve como un hermoso manzano, como un lirio en medio de espina (2.2–3). (A pesar de que lo cantamos en un himno bien conocido, es la mujer la que habla en 2.1 y no el Señor.)

D. Gloria.

El matrimonio aún no se ha efectuado. Estamos desposados con nuestro Señor y el Espíritu Santo es el «anillo divino de compromiso» (Ef 1.13–14). Todavía no le hemos visto, aunque le amamos (1 P 1.8). Pero un día la voz del Novio se oirá y Jesús volverá por su Iglesia. Entonces la maravillosa cena de bodas se celebrará (Ap 19.1–9) y estaremos para siempre con el Señor. No debe sorprendernos que al concluir Cantar de los cantares la joven dice: «Apresúrate, amado mío». Nosotros tan solo podemos añadir: «Sí, ven pronto, Señor Jesús».

Isaías

Bosquejo sugerido de Isaías

I. Condenación (1–39) (Derrota de Asiria)
   - A. Sermón contra Judá e Israel (1–12)
   - B. Pronunciación de juicio contra las otras naciones (13–23)
   - C. Cantos de la futura gloria de la nación (24–27)
   - D. Ayes contra los pecados del pueblo (28–35)
   - E. Interludio histórico (36–39) (El rey Ezequías)
     1. Su victoria sobre Asiria (36–37)
     2. Su pecado con Babilonia (38–39)

II. Consolación (40–66) (Regreso del remanente)
   - A. La grandeza de Dios (40–48)
     El verdadero Dios versus los falsos dioses de los paganos
     Énfasis en el Padre, Jehová Dios
   - B. La gracia de Dios (49–57)
     El Siervo sufriente, Jesucristo, muere por los hombres
     Énfasis en el Hijo, Jesucristo
   - C. La gloria de Dios (58–66)
     La gloria del reino futuro
     Énfasis en el Espíritu (59.19, 21; 61.1; 63.10–14)

Notas preliminares a Isaías

I. Nombre

«Isaías» significa «la salvación es de Jehová», y la palabra salvación se repite muchas veces en el libro. Evidentemente Isaías pertenecía a una familia destacada, puesto que tuvo acceso a varios reyes de Judá. Estaba casado (8.3) y fue padre de al menos dos hijos (7.3 y 8.1–3). Empezó su ministerio cerca del final del reinado de Uzías, o sea, alrededor del 758 a.C. Predicó hasta finales del siglo y la tradición nos dice que el perverso rey Manasés lo aserró por la mitad (Heb 11.37).

II. Tema

El libro de Isaías se divide en dos secciones, 1–39 y 40–66. La primera sección advierte a los judíos respecto a la invasión asiria que se avecinaba sobre Judá, en tanto que la segunda anima a los cautivos que volvieron de la cautividad babilónica.

El tema principal de la primera sección es el castigo de Dios sobre Judá por sus pecados, mientras que el de la segunda sección es la consolación de Dios a los cautivos después de su sufrimiento. Isaías experimentó los sucesos de los primeros treinta y nueve capítulos, pero profetizó los hechos de la segunda sección del libro. En la primera sección Asiria es el principal enemigo; en la segunda sección es Babilonia.

III. Escenario histórico

Usted recordará que la nación se dividió después de la muerte de Salomón; las diez tribus del norte se organizaron como Israel y las dos del sur como Judá. La capital de Israel era Samaria; la capital de Judá era Jerusalén. Isaías ministró en Jerusalén, pero sus mensajes atañían tanto al reino del norte como al del sur. Isaías vivió para ver a Israel (el reino del norte) declinar y finalmente caer bajo Asiria.

El escenario político de Judá era amenazante en ese tiempo. Asiria era el poder amenazador y las otras naciones querían formar una coalición para luchar en su contra. Sin embargo, el rey Acaz de Judá no quiso unirse a la liga. De modo que Siria e Israel se unieron para atacar

a Judá y forzar a Acaz a que cooperara. En lugar de confiar en la ayuda de Dios, Acaz acudió a *Asiria* e hizo un pacto secreto. A Asiria tan solo le encantó meter su pie en la puerta; derrotó a Israel en el 721 a.C., pero Judá se convirtió en vasallo de Asiria y ese fue el precio que Acaz pagó por su seguridad. Tan pronto como Israel dejó de ser obstáculo, Asiria decidió atacar a *Judá* y esclavizar a toda la nación judía. Isaías le dijo al pueblo que confiara en la ayuda del Señor, pero varios grupos le dijeron al rey que acudiera a Egipto en busca de ayuda. En los capítulos 36–39 Isaías relata cómo Dios le dio al rey Ezequías la victoria sobre Asiria cuando el ejército invasor estaba a las puertas de Jerusalén. Sin embargo, Judá estaba tan debilitada por la guerra y sus ciudades tan devastadas por el enemigo, que la nación en realidad nunca se recuperó. Los egipcios derrotaron a Asiria; y los egipcios cayeron ante Babilonia; y en 606–587 a.C. los babilonios llevaron a Judá al cautiverio. Así Isaías, en la primera mitad del libro, aconsejó a la nación respecto a Asiria; en la segunda mitad consoló al remanente respecto a su regreso de Babilonia.

IV. Cristo en Isaías

Isaías da un rico cuadro profético de Jesucristo. Vemos su nacimiento (7.14 con Mt 1.23; véase también Is 9.6); el ministerio de Juan el Bautista (40.3–6 con Mt 3.1ss); el ungimiento de Cristo por el Espíritu (61.1–2 con Lc 4.17–19); Cristo el Siervo (42.1–4 con Mt 12.17–21); el rechazo de Cristo por Israel (6.9–11 con Jn 12.38ss, Mt 13.10–15 y referencias paralelas en los Evangelios; también Hch 28.26–27 y Ro 11.8); la piedra de tropiezo (8.14 y 28.16 con Ro 9.32–33 y 10.11; 1 P 2.6); el ministerio de Cristo a los gentiles (49.6 con Lc 2.32; Hch 13.47; véase también 9.1–2 con Mt 4.15–16); el sufrimiento y muerte de Cristo (52.13–53.12); su resurrección (55.3 con Hch 13.34; 45.23 con Flp 2.10–11 y Ro 14.11); y el Rey que viene (9.6–7; 11.1ss; 59.20–21 con Ro 11.26–27; 63.2–3 con Ap 19.13–15).

V. El Siervo sufriente

Hay diecisiete referencias en Isaías al «siervo de Jehová». En trece de estas la nación está en la mira (43.10; 44.1–2, 21, 26; 45.4; 48.20; 49.3, 5–7); en cuatro es Jesucristo (42.1 y 19; 52.13–53.11). Toda la sección de 52.13–53.12 es una descripción vívida de los sufrimientos, muerte y resurrección de Jesucristo. Israel era el siervo de Jehová en el sentido de que Dios la usó para traer al Verbo y al Salvador al mundo. Sin embargo, Israel fue un siervo desobediente que se tuvo que castigar. Jesucristo es el verdadero Siervo de Jehová que murió por el mundo e hizo perfectamente la voluntad del Padre. En 41.8–9 Ciro es el siervo.

II. Los dos hijos de Isaías

Los nombres simbólicos de sus dos hijos (7.3 y 8.1–3) ilustran los dos principales mensajes del libro de Isaías. Sear-jasub significa «un remanente volverá» y encaja con la segunda mitad de la profecía, el regreso del remanente desde Babilonia. Maher-salal-hasbaz significa «El despojo se apresura, la presa se precipita» y encaja con los capítulos 1–39, la derrota de Asiria.

Se ha sugerido que el libro de Isaías es como «una Biblia en miniatura». Sus sesenta y seis capítulos se dividen en dos partes: treinta y nueve capítulos en la primera división (como el AT) y veinte y siete capítulos en la segunda división (como el NT). Los primeros treinta y nueve capítulos enfatizan el juicio; los últimos veinte y siete enfatizan la misericordia y el consuelo.

ISAÍAS 6

El rey Uzías muere y el trono de Judá está vacío. Como todos los hombres de fe, Isaías acudió a Dios en busca de ayuda y consuelo, y la hora que parecía de derrota, experimentó una gran bendición espiritual. ¡Vio que aún Dios ocupaba el trono del cielo! Nótese la visión triple que Dios le dio a Isaías.

I. La mirada hacia arriba: Vio al Señor (6.1–4)

Como todo ciudadano dedicado, Isaías respetó mucho al rey Uzías. Durante cincuenta y dos años Uzías guió a Judá en un programa de paz y prosperidad. Fue una época de expansión y logros. Es triste que el rey se haya rebelado contra la Palabra de Dios y muriera leproso (2 R 15.1–7; 2 Cr 26). Isaías se dio cuenta de que aunque la nación prosperó desde el punto de vista material, espiritualmente estaba en terrible condición. El crecimiento económico y paz temporal eran un barniz que recubría el perverso corazón de la nación. ¿Qué le iba a ocurrir a Judá?

Dios hizo que Isaías levantara sus ojos al trono del cielo, quitándolos de sí mismo y de su pueblo. Quizás había confusión e inquietud en la tierra, pero en el cielo había perfecta paz: Dios estaba sentado en poder y gloria majestuosa. Tal vez la gente en la tierra recordaba la vergüenza de la muerte de Uzías como leproso, pero en el cielo no había vergüenza ni sombra de fracaso. Antes bien, los serafines decían: «Santo, santo, santo».

Juan 12.38–41 nos informa que Isaías vio a Jesucristo en su gloria. Estaba en el trono del cielo y los serafines le alababan. Su manto real llenaba el templo celestial y la casa se llenó del humo de su ira contra el pecado (Sal 80.4). Sus criaturas angélicas, los serafines («los de fuego»), le alababan por su santidad y gloria. «Toda la tierra está llena de su gloria». Isaías no veía mucha gloria en esa época, ni la vemos nosotros hoy. Más bien parece que la tierra está «llena de violencia» (Gn 6.11). Vemos los hechos desde la perspectiva humana; los ángeles los ven desde el punto de vista de Dios. Un día, cuando Jesús reine, toda la tierra será llena de su gloria (véanse Nm 14.21; Sal 72.19 y Hab 2.14). Véase también Isaías 11.9.

«Jehová de los ejércitos» es el nombre favorito que usa Isaías para Dios; lo usa sesenta y una veces. El profeta también llama a Dios «el Santo de Israel» veinticinco veces. Jehová es el Dios de la guerra santa, el Dios que se opone al pecado y derrota al enemigo. Isaías necesitaba darse cuenta de este hecho en un día cuando Judá al parecer estaba derrotado. Esta es una buena lección práctica para los cristianos de hoy: cuando el día está oscuro, alce sus ojos al cielo y vea a Cristo en el trono. «Jehová está en su santo templo».

II. La mirada hacia el interior: Se vio a sí mismo (6.5–7)

Una verdadera visión de Dios y su santidad siempre nos hacen percatarnos de nuestro pecado y fracaso. Job vio a Dios y se arrepintió (Job 42.6); Pedro exclamó «soy pecador» cuando vio el poder de Cristo (Lc 5.8). El farisaico rabí Saulo vio que su justicia no era sino «basura» comparado con la gloria de Cristo (Hch 9 y Flp 3), y creyó y llegó a ser el apóstol Pablo. Cuando los creyentes tienen una verdadera experiencia con el Señor, no se vuelven arrogantes; más bien se vuelven humildes y los quebranta.

Cuando Isaías confesó sus pecados, mencionó especialmente sus labios inmundos. Por supuesto, los labios inmundos son el producto de un corazón inmundo. El profeta sabía que no podía predicar con fidelidad a menos que se preparara y el Señor lo limpiara. Qué diferente

a algunos cristianos que se precipitan a servir a Cristo antes de darse tiempo para conocerlo y ser limpios. Dios suplió la necesidad del profeta: envió un serafín que le limpiara con un carbón encendido del altar. ¡Qué trágico sería tener el trono sin el altar! Habría convicción de pecado, pero no limpieza. Nótese que fue más importante que el serafín equipara a Isaías para ganar almas, que alabar a Dios. La verdadera adoración debe conducir al testimonio y al servicio. Demasiados cristianos quieren aferrarse a la «experiencia espiritual» con el Señor, antes que prepararse para salir y hablar a otros de Él.

Hay una maravillosa palabra de aliento aquí: Dios rápidamente contesta la oración y nos limpia (I Jn 1.9). Anhela equiparnos para que le sirvamos.

III. La mirada hacia afuera: Vio la necesidad (6.8–13)

Todo hasta este punto fue preparación. Ahora Dios puede llamar a Isaías y usarlo para predicar su Palabra. Ya al profeta no le preocupan sus necesidades; quiere hacer la voluntad de Dios. No siente la carga del pecado; le han limpiado. Ha dejado de sentirse desanimado; sabe que Dios está en el trono. Ahora está listo para salir a trabajar.

El llamado es una evidencia de la gracia de Dios. Él está dispuesto a usar a los seres humanos para realizar su voluntad en la tierra. Es cierto que Dios pudiera enviar a uno de los serafines y este obedecería al instante y a la perfección. Pero cuando se trata de proclamar su Palabra, Él debe usar labios humanos. Hoy Dios llama aún a los creyentes y, es triste, pero pocos responden. En el tiempo de Isaías sólo un «remanente» obedecería.

«Anda y di». Esta es la comisión que Dios nos da hoy. «Me seréis testigos[…] hasta lo último de la tierra» (Hch 1.8). Dios no le dio una misión fácil al profeta, porque la nación no estaba en condiciones de oír sus mensajes de pecado y de juicio. En el capítulo 1 Dios describe a la nación como un cuerpo enfermo, cubierto de heridas y llagas purulentas, y como un animal obstinado y rebelde, demasiado ignorante como para oír a su amo. En el capítulo 5 se compara a la nación con una hermosa viña que no dio buenas uvas. Al leer los capítulos 1–5, comprenderá la carga que Dios le daba a Isaías. La nación prosperaba; ¿por qué predicar sobre el pecado? A las «damas de distinción» no les gustaría (3.16–26), ni tampoco a los dirigentes (5.8ss). Cuando la gente está rica, llena y satisfecha, no cree que el juicio se avecina.

Seis veces se citan los versículos 9–10 en el NT: Mateo 13.13–15, Marcos 4.12, Lucas 8.10, Juan 12.40, Hechos 28.25–28 y Romanos 11.8; lo que da un total de siete referencias. ¿Dice Dios que ciega y condena a propósito? No, de ninguna manera. Lo que dice es que la Palabra de Dios tiene este efecto endurecedor y cegador sobre los pecadores que no quieren oír ni someterse. El sol que derrite el hielo también endurece el barro. Nótense los pasos descendentes en Juan 12: *no creían* (v. 37); por consiguiente, *no podían creer* (v. 39); y así *no creerán* (v. 40), porque han sellado su condenación.

El siervo de Dios debe proclamar la Palabra sin importar cómo responda la gente. Exigió gran fe de Isaías obedecer tal mandato. «¿Cuánto tiempo debo predicar y por tanto producir estos resultados trágicos?», preguntó. «Hasta que haya concluido mi juicio sobre la tierra», responde el Señor. Esta clase de juicio se anuncia en 1.7–9 y 2.12–22. Pero el Señor salvará un remanente, aun cuando la nación será llevada lejos en cautiverio (vv. 12–13). Esta profecía se aplicaba a un futuro inmediato al cautiverio, pero también representa las relaciones de Dios con Israel en los últimos días, cuando un pequeño remanente de judíos creerá durante el período de la tribulación. Isaías muestra a la nación como un árbol cortado; donde el tocón queda y nuevos brotes crecen en él. Relacione esto con 11.1ss, la profecía del «Renuevo: Jesucristo».

Cuando Isaías salió del templo aquel día no era más un doliente; era un misionero. No era un simple espectador; era un participante. Dios le equipó para que hiciera el trabajo: Isaías vio al Señor, se vio a sí mismo y vio la necesidad. Al saber que Dios estaba en el trono y que le había llamado y comisionado, estaba listo para predicar la Palabra y ser fiel hasta la muerte. Qué ejemplo para seguir hoy.

ISAÍAS 7–12

Hay dos principios importantes a tener en cuenta al estudiar la profecía del AT: (1) los profetas vieron la venida de Cristo en humillación y gloria, pero no vieron el período entre estos dos sucesos: la era de la Iglesia (I P 1.10–12); y que (2) cada profecía brotó de una situación histórica definida, pero que miraba más allá de ese día presente, al futuro. Veremos estos principios en los capítulos que tenemos delante. El profeta se refiere a una crisis en particular en la historia de Judá: el ataque inminente de Israel (el reino del norte) y de Siria; y le dice a la nación exactamente lo que ocurrirá. Dentro de estas profecías Isaías también anunció la venida del Mesías. Nótense las profecías que da.

I. Judá será librada de sus enemigos (7.1–16)

A. La situación (vv. 1–2).

Asiria se fortalecía cada vez más y amenazaba a las otras naciones, de modo que Israel y Siria unieron sus fuerzas para protegerse. Querían que Judá se aliara a ellos, pero esta no quiso hacerlo. En realidad Acaz estaba haciendo arreglos en secreto con Asiria para que lo protegiera (2 R 16.1–9). La nación estaba asustada porque Siria e Israel estaban a punto de atacarla y parecía que no había vía de escape.

B. La promesa (vv. 3–9).

Dios envió a Isaías y a su hijo Sear-jasub («el remanente volverá») a que hablara con el rey Acaz mientras este inspeccionaba el acueducto de Jerusalén. Isaías le dio al rey un mensaje de esperanza y confianza: «No temas a Siria e Israel, porque dentro de sesenta y cinco años serán quebrantados». Esta profecía se cumplió: Asiria derrotó a Siria (Damasco) en el 732 y a Israel (Efraín, Samaria) en el 721, dentro del tiempo señalado.

C. La señal (vv. 10–16).

Acaz fingió ser muy piadoso al rehusar pedir señal de Dios. De modo que el Señor dejó a Acaz y le dio una señal a toda la casa de David (v. 13). Esta señal se cumplió al final en el nacimiento de Jesucristo (Mt 1.23). Nació de la virgen María y el Espíritu Santo lo concebió (Lc 1.31–35). Decir que la palabra «virgen» en el versículo 14 significa «joven» es tergiversar las Escrituras. Su nombre era «Emanuel» que significa «Dios con nosotros» (véanse 8.8 y 10). Jesucristo es Dios venido en carne humana, pero sin pecado (Jn 1.14). No es un simple «buen hombre» o un «gran maestro»; es el mismo Hijo de Dios. Negarlo es negar la Palabra de Dios (I Jn 4.1–6).

Es posible (pero no necesario) que hubo algún tipo de cumplimiento inmediato de la profecía como una señal para el rey y la nación. Esto no significa un nacimiento milagroso, puesto que sólo Jesucristo nació de esta manera. Pero sí sugiere que una joven judía y virgen se casaría y que dentro del siguiente año daría a luz a un niño. Antes de que el niño llegara a la edad legal de responsabilidad (12 años), las

naciones enemigas, Israel y Siria, serían derrotadas. Si esta señal se dio en el 735 a.C., como quizás lo fue, la promesa se cumpliría para el 721. Como hemos visto, Siria cayó en el 732 y Samaria en el 721. Es posible que el «hijo-señal» le nació a la esposa de Isaías; según se narra en 8.1–8. Esto significaría que la primera esposa del profeta (la madre de Sear-jasub, 7.3) habría muerto y que el profeta se casó con su segunda esposa poco después de pronunciar esta profecía. A pesar de la incredulidad y argucias del rey Acaz (robó el templo para sobornar a Asiria: 2 Cr 28.21, 24–25), Dios por su gracia libró a Judá de sus enemigos. Pero esta quedó esclavizada a Asiria y sólo la intervención divina en días de Ezequías libró a la nación (véase Is 36–37).

II. Israel será derrotado por Asiria (7.17–10.34)

Desde 7.17 y en adelante Isaías habla a la apóstata Israel y a Peca, su rey. Advierte al reino del norte que Asiria vendrá sobre ellos y los arruinará por completo, dejando a la tierra en pobreza y ruina en lugar de abundancia y bendición. Fue en este punto que el «hijo-señal» nació (8.1–4) y se le llamó Maher-salal-hasbaz: «El despojo se apresura, la presa se precipita». Su nombre enfatiza la ruina que se avecinaba sobre Samaria y Siria (8.4). La confederación de Israel con Siria no protegería al pueblo (8.11–15); necesitaban unirse a Jehová y permitirle que fuera su roca de fortaleza. Necesitaban volver a la ley (8.20).

En 9.1–7 Isaías da una segunda predicción del Mesías que viene; véase Mateo 4.13–16. Las áreas mencionadas en 9.1 fueron las que más sufrieron cuando Asiria invadió a Israel, pero serían las que verían la luz del Mesías. En los versículos 3–5 el profeta mira a los años cuando Israel se regocijará, cuando las cargas le serán quitadas, cuando las armas de guerra serán quemadas como combustible: el tiempo cuando Jesucristo reinará como Príncipe de Paz. Véase aquí la humanidad de Cristo («Un niño nos es nacido») y la deidad de Cristo («Hijo nos es dado»). Entonces el profeta salta de su humilde nacimiento a su glorioso reinado, cuando reinará desde Jerusalén y habrá perfecta paz.

En 9.8–10.34 Isaías continúa advirtiendo a Israel de la ruina que se avecinaba. También advierte a Asiria que no se enorgullezca de sus victorias, porque no era sino un instrumento en las manos de Dios. Su día de derrota llegará también. Podemos ver en Asiria un tipo del anticristo, el cual reunirá a todas las naciones en contra de Jerusalén en la batalla del Armagedón. Así como Dios derrotó a Asiria con su poder milagroso, derrotará a Satanás y a sus ejércitos unidos (Ap 19).

III. Israel y Judá se unirán en el reino (11–12)

Nótese 11.12: las naciones divididas un día se unirán y volverán a su tierra en paz. En 11.1–3 tenemos un cuadro de Jesucristo: «el vástago» o «retoño». En 6.13 vimos que la nación fue «derribada» como árbol, quedando sólo el tronco; ahora vemos a Cristo brotando del trono para salvar al pueblo. Jesucristo es el descendiente legal de David; está enraizado en Judá como judío. Se le llama «el renuevo de Jehová» en 4.2; «renuevo justo» en Jeremías 23.5; «mi siervo el Renuevo» en Zacarías 3.8; y «el varón cuyo nombre es el Renuevo» en Zacarías 6.12. La palabra hebrea *netzer* («renuevo», «rama») se identifica con el nombre dado a Jesús en Mateo 2.23: el «nazareno».

Los cuatro Evangelios describen al «Renuevo» como sigue: *Mateo*, la vara justa de David (Jer 23.5); *Marcos*, mi siervo el Renuevo (Zacarías 3.8); *Lucas*, el varón cuyo nombre es el Renuevo (Zacarías 6.12); y *Juan*, el Renuevo de Jehová (Is 4.2). Así Jesucristo un día cumplirá las promesas del AT que Dios dio a los judíos y reinará sobre su reino en gloria y victoria (Ro 15.8–12). Vemos a las tres Personas de la Deidad en 11.2: «Y reposará sobre Él [Cristo] el Espíritu de Jehová [el Señor]». Aquí hay un ministerio séptuple del Espíritu. Sin duda el Espíritu Santo dio poder a Cristo en su ministerio aquí en la tierra (Jn 3.34); y el Espíritu también nos dará poder hoy para prepararnos para servir a Cristo y glorificarle (Hch 1.8). A partir de 11.4 tenemos una descripción del glorioso reino que Cristo establecerá cuando vuelva para reinar. Será un tiempo de juicio justo cuando el pecado se juzgará inmediatamente. La naturaleza se restaurará (Ro 8.18–25) y no habrá más maldición. La violencia y la guerra serán cosa del pasado. «La tierra será llena del conocimiento de Jehová» (v. 9); véanse Isaías 6.3 y Habacuc 2.14. Por favor, no «espiritualice» estas promesas. Arrebatárselas al judío y aplicarlas a la Iglesia es tergiversar las Escrituras. Estas son promesas literales de un reino literal sobre el cual Cristo reinará un día.

En 11.10 se nos dice que Cristo llamará tanto a gentiles como a judíos. El milagro del cruce del Mar Rojo en el éxodo se repetirá en los últimos días, de modo que Israel regresará a su tierra (11.11–16). Antes la gente se reía de estas promesas, pero ahora que Israel posee su tierra y la ciudad santa, su cumplimiento parece cerca. El capítulo 12 es el canto de victoria de la nación. Entonaron este canto cuando fueron librados de Egipto (Éx 15.2) y también al regresar después del exilio para reconstruir el templo (Sal 118.14). Cantarán de nuevo cuando regresen a su tierra en victoria y gloria, cuando Jesús reine sobre un mundo de paz y prosperidad.

ISAÍAS 40–66

A Isaías 40–66 a menudo se le ha llamado la «sección del Nuevo Testamento» del libro. Tiene veinte y siete capítulos, en forma similar a los veinte y siete libros del NT. Empieza con el ministerio de Juan el Bautista (40.3–4 con Mt 3.1–3) y su énfasis está en Cristo y la salvación. En el mismo corazón de esta sección está el capítulo 53, la más grande predicción del AT acerca de la muerte de Cristo en la cruz. Mientras que Isaías 1–39 enfatiza el juicio de Dios sobre su pueblo, Isaías 40–66 hace resonar una nota de consuelo y redención. Se escribió para animar al remanente judío acerca de su futura liberación del cautiverio babilónico después de setenta años de cautividad. Isaías escribió esta asombrosa profecía más de ciento cincuenta años antes de que el remanente siquiera la necesitara como aliento.

Al leer estos capítulos notará que se destacan varias ideas. La primera es el constante énfasis: «No temas». Véanse 41.10, 13–14; 43.1, 5; 44.2, 8. ¿Qué temían los judíos? Temían a las grandes naciones gentiles que avanzaban conquistando el mundo. Asiria conquistó a Israel; Babilonia capturó a Judá y ahora un nuevo imperio, los persas, surgían en la escena. Y todas estas naciones adoraban ídolos. «Si estas naciones tienen tal victoria», argüían algunos judíos, «sus dioses deben ser verdaderos y en Jehová no se puede confiar». Esto lleva a la segunda idea principal: ¡la grandeza de Dios y la falsedad de los ídolos paganos! Léanse con cuidado 40.18–20; 41.6–7, 29; 42.8, 17; 43.10–12; 44.9–20 (una acusadora exposición de la insensatez de adorar ídolos); 45.16, 20; 46.1–2, 5–7. Por favor, note cuánto se repite que Dios es fiel y que no hay nadie que se pueda comparar a Él (40.18, 25; 43.10–11; 44.6, 8; 45.5–6, 14). En cada uno de estos capítulos Isaías expone la insensatez de los ídolos y exalta la grandeza de Jehová. El remanente judío no debía temer: Dios era lo suficiente grandioso.

La tercera idea principal se relaciona con Ciro, rey de Persia, el hombre que Dios levantó para conquistar a Babilonia y permitir que los judíos volvieran a su tierra (léanse 41.2–5, 25; 44.28–45.4; 47.11). Este es el Ciro mencionado en Esdras 1.1; reinó alrededor del 559 al 529 a.C. El hecho de que Isaías lo llama por nombre dos siglos antes de que naciera es otra prueba de la inspiración divina de la Biblia. También se mencionó al rey Josías cientos de años antes de su nacimiento (1 R 13.2 y 2 R 23.15–18).

Al leer estos capítulos tenga presente que tienen un cumplimiento inmediato en Ciro y el regreso del remanente desde Babilonia, y también uno superior en Jesucristo y la redención que tenemos en Él. La maravillosa liberación de Babilonia representa la redención que Cristo compró para nosotros en la cruz. En este sentido, el rey Ciro, a pesar de ser un gobernante pagano, es un tipo de Cristo, nuestro Redentor (45.1–4). Isaías 42.1–9 presenta a Cristo como el siervo obediente de Dios, trayendo gloria a los judíos y salvación a los gentiles. Compárense estos versículos con Mateo 12.18–20.

Con estos antecedentes podemos mirar estos capítulos y ver cómo Dios se revela a su pueblo y les anima a confiar en Él. Dios les revela varios aspectos de su grandeza.

I. La grandeza de su Persona (40)

Este capítulo contrasta la grandeza de Dios con la debilidad del hombre (vv. 6–8) y los ídolos (vv. 18–20). ¿Cómo podría este endeble remanente judío volver alguna vez a su tierra y establecer de nuevo la nación? Dios iría delante de ellos y les abriría el camino (vv. 3–5). En Mateo 3.3 esta promesa se aplica a Juan preparando el camino para la llegada de Cristo. «No se miren a ustedes mismos», dice el profeta en los versículos 9–17. «Miren a su Dios. Él es el creador del universo. ¿No es Él capaz de fortalecerlos y sostenerlos?» Nótese la bendita promesa en los versículos 28–31.

II. La grandeza de su propósito (41)

Jehová no es simplemente el Dios de los judíos; es el que controla a las naciones. Levantará a Ciro del este (Persia, v. 2) pero lo traerá desde el norte (después que conquiste a los medos, v. 25). Las naciones temblarán y se volverán a sus ídolos, pero estos no podrán librarlas (vv. 3–7). Dios tiene un propósito en el ascenso y caída de las naciones; Israel no tenía que temer (vv. 10, 13–14) porque Dios estaba con ellos y realizaba sus propósitos (Ro 8.28). ¡Él convertiría el «gusano» en «trillo» y movería montañas! Los ídolos no tenían propósitos; no podían planear ni controlar los acontecimientos futuros (vv. 21–24).

III. La grandeza de su perdón (42–43)

En 42.1–9 se nos presenta a Jesucristo (Mt 12.18–20) según vemos su primera venida en humildad y gracia, y su segunda venida en poder y juicio. Entre estos dos acontecimientos tenemos la presente edad de la Iglesia. Dios permitió que capturaran y llevaran al exilio a los judíos para castigarlos por sus pecados (42.18–25), pero su cautiverio no será para siempre. Él vendrá en juicio y destruirá a Babilonia (42.10–17), usando a Ciro como su instrumento. El capítulo 43 asegura a Israel: «No temas; yo estoy contigo». Su liberación los haría testigos al mundo respecto a la gracia y al poder de Dios (43.10, 12). Pero Isaías regaña a la nación por haberse olvidado de Dios (43.22–27); y sin embargo en su gracia Dios les perdonaría sus pecados (43.25). Es posible aplicar estas promesas de perdón al remanente futuro judío durante el período de la tribulación.

IV. La grandeza de sus promesas (44–45)

Nótese en estos capítulos la repetición de las afirmaciones futuras. Aquí Dios le promete a la nación su ayuda y bendiciones. En 44.1–8 promete restaurarlos a su tierra, bendecir la tierra y reinar como su Rey. Por supuesto, la nación debe arrepentirse de sus pecados antes de que Dios restaure y perdone (44.21–23). En 44.9–20 el profeta de nuevo expresa la insensatez de los ídolos paganos: un hombre corta un árbol, usa parte del mismo como leña y el resto para hacerse un dios. Jehová es el Dios que hace promesas y las guarda; los ídolos no son sino mentiras (44.18–20). En 44.24–45.8 tenemos otra promesa de liberación por medio de Ciro. Los sacerdotes paganos y hechiceros pueden prometer derrota (44.25), pero Dios frustrará sus mentiras y le dará a Ciro la victoria. Judá se habitará otra vez y Jerusalén se reconstruirá. Esto se cumplió en Esdras 1. En 45.1–3 Isaías incluso dice cómo Ciro capturará la invencible fortaleza de Babilonia: secará uno de los ríos que corren por el interior de la ciudad y entrará por debajo de sus puertas. La historia narra este suceso, pero la profecía se anunció cientos de años antes de que ocurriera. ¿Puede alguien frustrar u oponerse a las promesas y a los propósitos de Dios? (45.5–10) No. Dios levantaría a Ciro para que reconstruyera su ciudad (45.13); le daría a Ciro otras naciones como recompensa por servir a Dios (45.14). Los ídolos quedarán confundidos, pero Dios será glorificado (45.16–19). Nótese en 45.17 que lo histórico se amalgama con lo eterno: será una salvación eterna. Aquí el profeta Isaías mira a través de los siglos a la salvación que tenemos en Cristo (45.22), así como a la futura liberación de Israel y el establecimiento del reino.

V. La grandeza de su poder (46–48)

Estos capítulos describen la completa ruina de Babilonia. Cuando Isaías habló y escribió estas palabras, Babilonia aún no era un gran poder mundial. Algunos de los judíos deben haberse quedado perplejos por este mensaje. Pero Babilonia en efecto ascendió al poder y en realidad conquistó Judá. Sin embargo, Dios un día conquistaría a Babilonia y sus falsos dioses irían al cautiverio. En lugar de que los dioses paganos llevaran a su pueblo, la gente llevaría a sus dioses (46.5–7). Pero Dios llevaría a su pueblo (46.3–4) y traería salvación a Sion. El «ave» de 46.11 es Ciro, por supuesto. Léanse los capítulos 47–48 para ver cómo el poder de Dios destruiría a la gran nación de Babilonia.

«No temas» es la gran promesa de Dios para nosotros como cristianos neotestamentarios. Él es más grande que Satanás y que este mundo; de modo que no tenemos por qué temer. Él tiene un propósito para nuestras vidas y lo cumplirá si confiamos en Él. Él nos perdonará nuestros pecados y guardará sus promesas.

ISAÍAS 53

Este capítulo es el mismo corazón de Isaías 40–66 y nos lleva a la cruz. Que estos versículos se aplican a Jesucristo queda demostrado en Juan 12.38, Mateo 8.17, Hechos 8.32–35, Marcos 15.28, Lucas 22.37, Romanos 10.16 y 1 Pedro 2.24. En el NT se cita o se hace al menos ochenta y cinco referencias a Isaías 53.

La profecía empieza con 52.13–15. El versículo 13 nos habla de la exaltación de Cristo y el resto de la sección trata de su humillación. Como nos informa 1 Pedro 1.10–11, esta extraña «contradicción» dejaba perplejos a los profetas del AT. No se percataban de que habría un período largo entre la venida del Mesías como Siervo sufriente para morir y su venida como el Soberano Exaltado para reinar. El versículo 14 nos informa que los sufrimientos físicos de Cristo le hicieron parecer inhumano, a tal punto que los hombres se asombraron de Él. Pero cuando vuelva por segunda vez (v. 15), el mundo entero quedará «asombrado, pasmado». Véanse Zacarías 12.9–10 y Apocalipsis 1.7. La primera vez que vino asombró a unas pocas personas en Palestina; la próxima vez que venga asombrará al mundo entero. Ahora pasemos al capítulo siguiente. Traza la vida y ministerio de Cristo.

I. Su rechazo (53.1–3)

Ahora se anuncia la incredulidad de Israel: le vieron, le oyeron, pero no confiaron en Él (Jn 1.11; 12.37–38). Hubo un rechazo triple: rechazaron sus palabras, su «anuncio» y sus obras, «el brazo de Jehová». Véase especialmente Juan 12.37–40. En 6.9–10 se le advirtió al profeta respecto a esta dureza de corazón.

El tercer foco de rechazo fue su persona (v. 2). No nació en un palacio; nació en un establo de Belén y creció en el despreciado pueblo de Nazaret (Jn 1.43–46). La palabra «renuevo» significa literalmente «un pequeño arbusto», tal como el que brotaría de una rama baja. En otras palabras, Cristo no era un gran árbol, sino un arbusto humilde. Véase Isaías 11.1. Cuando apareció, la nación estaba espiritualmente desolada y seca. Tenían su forma de religión, pero no tenían vida, y debido a que Él trajo vida, le rechazaron. Qué Hombre más asombroso, humano («subirá», o crecerá), y sin embargo divino. Esto ofendió a los judíos que no podían creer que Dios vendría en forma de siervo (Mc 6.1–3). Su apariencia física no era inusual; no había esplendor ni atractivo humano especial al ojo humano. Por supuesto, para quienes le conocieron, Él es el más hermoso de todos (Sal 45.1ss). Lo despreciaron (no lo querían, lo menospreciaban), rechazaron (lo olvidaron sus discípulos, su nación y su mundo), estimaron en poco (no lo valoraron mucho, no lo quisieron). Sin embargo, Él hizo el bien y ayudó al desvalido. Esto sólo muestra la perversidad del ser humano que trata así al mismo Hijo de Dios.

II. Su redención (53.4–6)

¿Por qué un hombre inocente como Jesucristo sufrió tan terrible muerte en la cruz? Estos versículos explican el porqué: Tomó el lugar de los pecadores y llevó el juicio en lugar de ellos. Véanse 1 Pedro 2.24 y 2 Corintios 5.21. Nótese el precio que pagó: (1) herido, traspasado, refiriéndose a su muerte en la cruz, horadado por los clavos: Juan 19.37, Zacarías 12.10; molido, que significa «aplastado» como debajo de una carga, el peso del pecado que le pusieron; (3) castigado, como si hubiera quebrantado la ley, en este caso con las llagas de la flagelación.

Pero estos sufrimientos físicos no eran nada comparados al sufrimiento espiritual de la cruz, donde llevó nuestros pecados (vv. 5, 8), rebelión y quebrantamiento deliberado de la ley de Dios; nuestras iniquidades (vv. 5–6), lo torcido de nuestra naturaleza; y nuestros dolores y aflicciones (v. 4), nuestras calamidades y los resultados infelices de nuestros pecados. Somos pecadores de nacimiento («todos nosotros nos descarriamos como ovejas») y por elección («cada cual se apartó por su camino»). Véanse Salmo 58.3 y Romanos 5.12ss. El versículo 6 empieza con el «todos» de la condenación, pero termina con el «todos» de la salvación. Él murió por todos. Estos versículos son el mismo corazón del evangelio: «Cristo murió por *nuestros* pecados».

III. Su resignación (53.7–9)

No lo trataron con justicia; lo oprimieron, vejaron, trataron con rigor. Sin embargo, ni se quejó ni clamó. Se mofaron de Él y le llevaron de un lugar a otro, mas Él permaneció en silencio y manso como un cordero. Fue el «Cordero de Dios» que vino para quitar los pecados del mundo (Jn 1.29). El versículo 8 sugiere que lo arrebataron de la prisión y no permitieron que se le hiciera justicia. Véanse Hechos 8.33 y Mateo 27.22–31. El juicio fue «arreglado» y todo el asunto fue ilegal. Sin embargo, su «generación» no protestó; sus discípulos le abandonaron y huyeron. Y su muerte no fue nada gloriosa; lo «cortaron» de la ciudad como a un leproso inmundo proscrito. A pesar de este tratamiento ilegal e inhumano, Jesucristo no protestó ni arguyó. ¿Por qué? Porque vino a morir por el pueblo. A Barrabás, el criminal, lo trataron con más bondad que a Jesús el Hijo de Dios.

El versículo 9 debería decir: «Dispusieron su sepultura con los impíos, mas fue rico en su muerte». Si no hubiera sido por Nicodemo y José, hubieran sepultado el cuerpo de Jesús en un «campo del alfarero» o arrojado en el basurero (Jn 19.38–42). Dios le prometió a su Hijo un «sepulcro en el huerto» y esto se cumplió. «Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca». Los hombres fueron injustos, pero Dios fue justo. Qué ejemplo de lo que Jesús es para nosotros cuando nos sometemos por completo a la voluntad de Dios (1 P 2.18–25). Cuando los hombres nos tratan injustamente (y lo harán debido a que seguimos a Cristo), debemos glorificar al Señor sometiéndonos a su voluntad.

VI. Su recompensa (53.10–12)

Todo esto lo planeó Dios y su plan fue un completo éxito. Véanse 52.13 y 42.1–4, donde comprobamos el éxito de la obra del Salvador. Estos versículos del capítulo 53 nos muestran el lado divino de la cruz: Su muerte «agradó al Señor». ¿Significa esto que el Padre se regocijó de los sufrimientos y muerte de su Hijo? No. Pero le agradó ver la obra de salvación completa, el sacrificio aceptado y el pecado expiado. Ahora un Dios santo podía, en su gracia, salvar a los pecadores inmerecedores. Aun cuando Cristo fue inmolado por las manos impías de los hombres, sus obras fueron anuladas para lograr el propósito de Dios (Hch 2.22–24). La muerte de Cristo no fue un «ejemplo moral»; fue una ofrenda por el pecado (v. 10). Murió en nuestro lugar.

¿Cuál fue la recompensa de Cristo, aparte del gozo de haber hecho la voluntad de su Padre? Fue levantado de los muertos («vivirá por largos días») y se le dio una familia espiritual («verá linaje»). El versículo 11 presenta el cuadro de una familia espiritual, porque describe la «aflicción» de su alma en la cruz. Véanse Salmo 22.30 y Hebreos 2.13. En Isaías 9.6 a Cristo se le llama «Padre Eterno» y esta es la razón: Su muerte y aflicción en la cruz hicieron posible la familia de Dios de pecadores salvos. Estas son personas a quienes Él ha justificado, declarado justos mediante su gracia.

El versículo 12 presenta otra recompensa del siervo fiel: una herencia del Padre. Ha conquistado el pecado y a Satanás; ahora divide los despojos (Ef 4.8). Cuando estaba en la tierra, a Cristo lo estimaron en poco, pero ahora se le cataloga «con los grandes». Los reyes se inclinarán ante Él (52.13, 15; Sal 72.8–11; Ap 19.14ss). El Salmo 2 describe cómo Cristo un día pedirá su herencia.

Las afirmaciones finales nos llevan de nuevo a la cruz. Cristo fue contado con los transgresores: fue crucificado entre dos ladrones y tratado como un criminal (Mt 27.38). Intercedió por los transgresores, orando por ellos (Lc 23.34, 43). No abrió su boca cuando los hombres cruelmente le denostaban, pero ahora habla a favor de los pecadores perdidos. Y hoy intercede por los suyos (Ro 8.34). No hay juicio sobre ellos debido a que Él lo llevó todo. ¿Ha confiado en Él como *su* Salvador?

ISAÍAS 60–66

Estos capítulos describen el glorioso reino que Jesucristo establecerá cuando vuelva a la tierra a reinar. La palabra «gloria», en sus diversas formas, se halla veinticuatro veces en estos capítulos. Sin duda no había ninguna gloria en Israel ni en Judá cuando terminó el cautiverio babilónico y el debilitado remanente volvió a su tierra. Qué desalentador debe haber sido regresar a una tierra agostada por la guerra, a la ciudad con las murallas destrozadas y las puertas quemadas por el fuego, y a un templo dejado en ruinas. Pero Isaías miraba a través de los años y veía una «ciudad santa» gloriosa, con un templo glorioso (60.7; véase 64.11), y murallas y puertas reconstruidas (60.10–11). Israel

era burla de las naciones gentiles, pero sería el centro de la tierra, el mismo trono de Dios; y los gentiles vendrían a Jerusalén y adorarían al verdadero Dios (véanse 60.3, 5, 11, 16; 61.6, 9; 62.2; 66.12, 19). Estas promesas de la gloria futura de la nación serían un gran estímulo para los judíos al regresar a su tierra después del cautiverio. Nótense en estos capítulos cuatro cuadros maravillosos de la nación restaurada.

I. Un glorioso amanecer (60)

A. Nace el nuevo día (vv. 1–9).

Qué sombrío era todo para los judíos en los días de Isaías y cuánto más oscuro será durante la tribulación, cuando la nación sufra bajo las manos del anticristo y las naciones gentiles. Pero las tinieblas acabarán con el regreso de Cristo. El Señor mismo aparecerá a los judíos: «Mirarán a mí, a quien traspasaron» (Zac 12.10; Ap 1.7). En ese día Israel participará de la gloria de Cristo cuando Él reine sobre el trono de David, y la Iglesia reine con Él en su reino. Isaías ve a las naciones gentiles viniendo a Jerusalén en paz, no en guerra, y a Israel participando de la riqueza de las naciones (vv. 3–9). Algunos aplican el versículo 5 al Mar Muerto, porque incluso hoy los judíos extraen algo de riqueza de esta masa de agua. Hoy las naciones están contra Jerusalén; ha sido el centro de oposición mundial. Pero en el día que Cristo restaure la gloria a Israel, los gentiles se postrarán en paz.

B. Las bendiciones abundan (vv. 10–22).

La nación se reconstruirá y las puertas nunca se cerrarán por el peligro. El reino milenial (mil años, Ap 20.4–5) será un tiempo de paz y prosperidad para todo el mundo. Será «un nuevo día» para la humanidad cuando el Sol de Justicia, Jesucristo, vuelva (Mal 4.1–3). No aplique estas promesas a los cristianos de hoy, espiritualizándolas o convirtiéndolas en símbolos. Se cumplirán literalmente en la tierra de Israel cuando Jesús vuelva. Como cristianos neotestamentarios esperamos «la estrella resplandeciente de la mañana» (Ap 22.16) que precede a la aurora; porque Cristo vendrá en el aire a buscar a su Iglesia y nos llevará al cielo antes de que sus juicios caigan sobre el mundo.

II. Una boda gozosa (61–62)

Cristo leyó en la sinagoga de Nazaret Isaías 61.1–2 (Lc 4.16–21), y se aplicó a sí mismo las palabras. Vino para satisfacer las necesidades espirituales del pueblo y a «proclamar el año agradable del Señor». Allí se detuvo en su lectura, porque «el día de venganza» no vendrá sino en la tribulación (véase 63.1–4). Hoy vivimos en el «año de la buena voluntad», el día de la gracia. Por supuesto, Isaías habla aquí del ministerio del Señor a Israel, cuando vuelva para convertir su «funeral» en una «boda» gozosa. El versículo 3 describe a los dolientes secando sus lágrimas y vistiéndose de ropas festivas en lugar de su luto. El versículo 10 describe a la nación regocijándose como lo hacen la novia y el novio.

Israel se «casó» con Jehová en el monte Sinaí, cuando Él les dio la ley. Pero la nación fue infiel y se fue tras los dioses de otras naciones. Debido a su «adulterio espiritual» la nación fue enviada al cautiverio, pero incluso esto no la curó de sus pecados. Hoy Israel es una «esposa desamparada», pero cuando Cristo vuelva y la nación sea limpiada, de nuevo «se casará» con Jehová. Isaías 62.4 promete que no será «desamparada» o «desolada»; más bien será llamada «Hefzi-bá»: «Mi deleite está en ella», y «Beula»: «Desposada». El versículo 5 describe al Señor regocijándose por su esposa restaurada. No confunda esto con la Iglesia, la Novia de Cristo (2 Co 11.1–2. Véanse Oseas 2, Isaías 50.1 y 54.1.

III. Una victoria justa (63–64)

En 63.1–6 tenemos a Cristo como el Guerrero salpicado de sangre, regresando de su victoria sobre las naciones en la batalla del Armagedón (Ap 19.11–21). Su victoria se ilustra como un labrador que exprime el jugo en el lagar. El primer milagro de Cristo en la tierra fue convertir el agua en vino; su última victoria antes de establecer su reino en la tierra será pisar el lagar de su ira. ¿Por qué Cristo derrotará a las naciones que tratan de destruir a los judíos? Debido a su gracia y fidelidad (vv. 7–9). Cuando Isaías consideró la bondad de Dios hacia Israel, a pesar de su rebelión, tuvo que clamar en oración por el limpiamiento de la nación (63.15–64.12). Cuánto anhelaba ver a Dios obrar poderosamente como lo hizo en el pasado. El templo estaba profanado y la nación lo poseyó tan solo durante unos pocos años (63.18). Isaías destaca sus pecados: impureza (64.5–6), despreocupación (64.7) y obstinación (64.8). Cuando Jesús entró en Jerusalén, entró en paz sobre un asno. Cuando venga a la tierra por segunda vez cabalgará en majestad en un caballo blanco. Y las naciones sabrán que el Príncipe de Paz es también Varón de Guerra, juzgando el pecado y librando a su pueblo.

V. Un nacimiento maravilloso (65–66)

Dios describe lo que su voluntad hará cuando el reino se establezca en la tierra. Le recuerda a la nación sus pecados (65.1–7) y le reprende anunciando su salvación a los gentiles (Ro 10.19–21). El AT prometía salvación a los gentiles, pero no revelaba que los creyentes judíos y gentiles serían hechos un solo cuerpo, la Iglesia. La nación merecía destrucción, pero Dios la preservaría (65.8). Su remanente fiel heredaría la tierra, mas los incrédulos serían cortados (64.9–17). Isaías 65.18–25 describe las bendiciones del Reino cuando Jerusalén es el centro de la tierra. Había una larga vida (65.20); la muerte no se destruirá sino hasta después de la edad del Reino, cuando Satanás es finalmente juzgado (Ap 20.7–14; 1 Co 15.26). La gente trabajará en sus labores en paz y felicidad, y verán sus labores cumplidas. La naturaleza estará en paz (65.25; véase Ro 8.18–24). Qué glorioso será ese día. En 66.7–9 tenemos el nacimiento milagroso de una nueva nación. El Israel «político» nació el 14 de mayo de 1948, pero es una nación en incredulidad. El «Israel justo» nacerá cuando Jesús regrese y le vea y confíe en Él. El período de la tribulación será el «tiempo de angustia para Jacob» (Jer 30.7), cuando la nación «estará de parto» por el dolor. Será un tiempo cuando Dios purgará a Israel y un remanente creyente será librado para establecer el Reino. Al Israel actual le llevó años de «parto» político para llegar a ser una nación, pero la nación restaurada nacerá en un solo día cuando vean a Cristo. El nacimiento se anuncia en 66.7–9; el gozo del nacimiento en 66.10. Pero en lugar del «bebé» que se nutre de otros, Israel proveerá bendiciones a las otras naciones (66.11–12). Y Jehová Dios será la «madre» de la nueva nación (66.13) y dará gozo y bendición a toda la tierra.

Nótese en 66.7 que *antes* del «parto» de la tribulación, la nación dará a luz a Cristo. Véase Apocalipsis 12.1–6. Hay, entonces, dos nacimientos aquí: el nacimiento de Cristo, el Hombre-Niño (66.7) y el nacimiento de la nación restaurada después de la tribulación (vv. 8–9). Tenga presente el orden de los sucesos: (1) el Arrebatamiento de la Iglesia (1 Ts 4.13–18); (2) el levantamiento del anticristo (2 Ts 2); (3) la ruptura del pacto de siete años del anticristo con los judíos (Dn 9.27) después de tres años y medio; (4) el derramamiento de la ira de Dios sobre el mundo (Mt 24.15–28) para juzgar a los gentiles y purificar a Israel; (5) el regreso de Cristo con la Iglesia a la tierra para derrotar a las naciones (Ap 19.11–21, Armagedón); y entonces (6) el establecimiento del reino milenial (Ap 20.1–6).

Bosquejo sugerido de Jeremías

Introducción: El llamado del profeta (1)

I. Nacional: Mensajes a Judá (2–33)
   A. Condenación (2–24)
      1. La nación en general (2–20)
      2. Los líderes en particular (21–24)
   B. Cautiverio (25–29)
   C. Restauración (30–33)

II. Personal: Sufrimientos de Jeremías (34–45)
   A. Antes del asedio de Jerusalén (34–39)
   B. Después del asedio, con el remanente (40–45)

III. Internacional: mensajes a las naciones (46–51)
   A. Egipto (46)
   B. Filistea (47)
   C. Moab (48)
   D. Amón (49.1–6)
   E. Edom (49.7–22)
   F. Siria, Cedar, Elam (49.23–39)
   G. Babilonia (50–51)
   (Babilonia se menciona ciento setenta veces en Jeremías)

Conclusión: cautiverio y liberación del profeta (52)

Notas preliminares a Jeremías

I. El hombre

El nombre «Jeremías» significa «aquel a quien Jehová nombra». Sin el nombramiento de Dios, el profeta no podría haber continuado ministrando fielmente. Procedía del linaje sacerdotal y vivía en la ciudad sacerdotal de Anatot. Parece que tenía cierta riqueza personal porque pudo comprar tierras e incluso contratar a un escriba. Lo llamaron al ministerio cuando era «un niño» (1.4–6); esto fue en el año 627 a.C.

II. Los tiempos

Jeremías ministró durante los últimos cuarenta años de la historia de Judá, desde el año treinta y nueve de Josías (627 a.C.) hasta la destrucción de Jerusalén y más allá (587 a.C.) Menciona a los reyes durante cuyos reinados sirvió (1.1–3), los últimos líderes del una vez próspero reino de Judá. *Josías* fue un rey piadoso; murió en el 608 a.C. Fue durante su reinado que se halló el libro de la ley y se restauró la adoración en el templo. *Joacaz* le siguió, pero sólo reinó tres meses, de modo que Jeremías ni lo menciona. Siguió *Joacim* (608–597 a.C.); hombre impío que fue al extremo de perseguir a Jeremías. Fue quien quemó el rollo de las profecías de Jeremías, según Jeremías 36. *Joaquín* fue el siguiente rey, pero también sólo reinó tres meses antes de ser llevado cautivo a Babilonia. El último rey fue *Sedequías* (597–586 a.C.); presidió sobre la ruina de la nación y la captura de la ciudad de Jerusalén. De modo que el profeta Jeremías vivió para ver a su amada nación caer en el pecado, la guerra y el juicio; sin embargo, a través de todo eso fue fiel al predicar la Palabra de Dios por toda la tierra.

Cuando Jeremías empezó su ministerio, Asiria era la mayor potencia del mundo, pero Egipto y Babilonia rápidamente fueron ganando fuerza. En el 607 a.C., Babilonia conquistó Nínive y destruyó el poder de Asiria. Babilonia entonces atacó a Judá y los «políticos» de Judá le aconsejaron al rey que pidiera la ayuda de Egipto. Jeremías siempre estuvo en contra de la alianza con Egipto. Sabía que Dios era la única esperanza de Judá, pero los pecados de la nación eran tan grandes que había perdido la bendición de Dios. Babilonia a la larga capturó a Judá y tomó a Jerusalén (606–586). Jeremías escribió Lamentaciones para conmemorar la muerte de la ciudad santa.

III. El mensaje

La tarea de Jeremías no fue fácil porque tenía que tañer la muerte de su nación. En la primera parte de su libro aparecen varios de sus sermones, dados en Jerusalén, en los cuales denuncia al pueblo, a los sacerdotes y a los príncipes por sus pecados, especialmente el pecado de idolatría. En el capítulo 25 anuncia que la nación irá setenta años al cautiverio y luego volverá para establecerse de nuevo. En el capítulo 31 profetiza un «nuevo pacto» entre Jehová y su pueblo, no un pacto de ley y obras escrito en piedra, sino uno de amor y fe, escrito en el corazón. En los capítulos finales Jeremías se refiere a las naciones gentiles que rodeaban a Judá y les cuenta los planes de Dios para ellas.

Una de las palabras clave en el libro es «rebelde» o «rebeldía» (2.19; 3.6, 8, 11–12, 14, 22; 49.4). La nación le dio las espaldas al Señor y seguía a los falsos profetas que la llevaban a adorar ídolos. El profeta esperaba el arrepentimiento, pero la nación no se arrepintió. Leemos que Jeremías lloró, apabullado por la caída de su nación. Véanse 9.1; 13.17; 14.17; 15.17–18; Lamentaciones 1.2; 2.11, 18. Debido a que profetizó el cautiverio y les dijo a los reyes que se rindieran ante Babilonia, a Jeremías lo llamaron traidor y su pueblo lo persiguió. Ningún profeta del AT enfrentó mayor oposición de falsos profetas como Jeremías (véanse 2.8, 26; 4.9; 5.31; 6.14; 14.13–16; 18.18; 23.9–40; 26.8–19; 27.9–16; caps. 28 y 29). Si Judá se hubiera arrepentido y vuelto a Dios, Él la habría librado de Babilonia. Como la nación persistió en sus pecados, tuvo que ser castigada, pero entonces Dios prometió restauración «por amor a su nombre».

Jeremías usó muchas ilustraciones dramáticas para presentar sus mensajes: fuentes y cisternas (2.13); medicina (8.22); un cinto «bueno para nada» (13.1–11); una vasija de barro (caps. 18–19); yugos (cap. 27); hundir un libro (51.59–64).

IV. Jeremías y Jesús

Las similitudes entre Jeremías y Jesucristo son dignas de notarse. Nunca se casaron (16.2) y a ambos los rechazaron sus propios pueblos (11.21 y 12.6 con Lc 4.16–30). Jeremías ministró bajo la amenazante sombra de Babilonia, Jesús bajo la sombra de Roma. A ambos el pueblo los consideró traidores. A Jeremías se le opusieron ferozmente los falsos profetas; a Jesús los escribas y fariseos, falsos líderes de su día. Ambos lloraron sobre la ciudad de Jerusalén y predijeron su ruina. Jeremías reunió un puñado de discípulos a su alrededor; Jesús tuvo un pequeño grupo que le seguía. A ambos los arrestaron falsamente y persiguieron. Ambos enfatizaron una religión del corazón y no una de simples formas y ceremonias externas. Fue Jeremías 7.11 que Jesús citó cuando limpió el templo y les dijo a los sacerdotes que lo habían hecho «cueva de ladrones». Ambos enfatizaron el nuevo pacto del corazón (Jer 31.31–37; Heb 8.7ss). En su predicación, usaron ilustraciones y comparaciones de impacto. Revelaron un corazón tierno y lleno de simpatía que se destrozó por la perversidad de una nación que debía haber obedecido a la Palabra de Dios. Al final parecía que ambos fueron fracasos en sus vidas y ministerio, pero Dios los honró e hizo su obra un éxito.

JEREMÍAS 18–19

En el capítulo 18 el profeta visita la casa del alfarero y le observa modelar el barro, mientras que en el capítulo 19 lleva una vasija terminada y la rompe en el valle de Hinom. El primer acto es un cuadro de la gracia de Dios; el segundo, de su juicio. Al considerar al alfarero y el barro se puede ver un cuadro de nuestras vidas y relación con Dios. Cada objeto tiene su significado.

I. Dios es el Alfarero

A. Una persona.

Nuestras vidas no están en las manos de alguna «fuerza» invisible o «destino» ciego; están en las manos de una Persona: el Dios todopoderoso. Dios no es simplemente nuestro Creador; es nuestro Padre y tiene un interés personal en nuestras vidas. Él es el Alfarero. Véase Isaías 64.8.

B. Poder.

El barro no puede moldearse a sí mismo; sólo Dios tiene el poder para dirigir nuestras vidas. Él aclara en 18.6–10 que es soberano sobre todas las personas. No podemos ser bendecidos si discutimos con Él o tratamos de decirle lo que tiene que hacer; véase Romanos 9.20–24. Por supuesto, esto no quiere decir que Dios es culpable de los pecados de los hombres ni de los fracasos de las naciones.

C. Un plan.

El alfarero tiene un plan perfecto para el barro; ve en su mente el producto terminado. Dios tiene un plan perfecto para nuestras vidas (Ro 12.1–2; Ef 2.10; Flp 1.6). Nosotros no podemos ver el producto terminado, pero Él nos promete que es maravilloso (1 Co 2.9).

D. Paciencia.

El alfarero trabaja con paciencia con el barro, moldeando tiernamente su forma. Dios dirige con paciencia nuestras vidas, tratando de cumplir su voluntad. A menudo usa las manos de otros para ayudar a formarnos: padres, maestros, otros creyentes, incluso los que nos persiguen. Demora hacer un producto que valga la pena y Dios está dispuesto a esperar.

II. Nosotros somos el barro

Por supuesto, en el mensaje de Jeremías el barro representaba al pueblo de Judá, pero no nos equivocamos al aplicarlo a nuestras vidas. Los creyentes son los vasos de Dios, moldeados por Él para contener el tesoro del evangelio (2 Ti 2.19–21; 2 Co 4.7; Hch 9.15). Los seres humanos están hechos de barro; el barro es polvo mezclado con agua. Somos polvo (Sal 103.14), pero el agua del Espíritu de Dios nos ha dado viva mediante la fe en Cristo. El barro no tiene gran valor en sí mismo, pero puede convertirse en algo grande si lo moldean manos apropiadas y para el propósito apropiado. Nadie puede calcular el tremendo potencial en la vida de un individuo.

La cualidad más importante del barro es que se somete. Si no se somete a las manos del alfarero, se arruinará. El barro no se puede automoldear; tiene que tener al alfarero. No hay cristianos «de cosecha propia» en la voluntad de Dios. Cuando decimos «el barro no puede automoldearse», no sugerimos que las personas no juegan ninguna parte en el cumplimiento de la voluntad de Dios. No somos inactivos ni resignados, simples montones de barro en las manos de Dios. Él quiere que cooperemos en la oración, la meditación, la obediencia a su voluntad y al rendirnos a su toque tierno.

III. La vida es una rueda

El alfarero hace girar la rueda con rapidez y es el único que controla su velocidad. A nuestras vidas como creyentes no las controlan la suerte ni la casualidad; Dios las controla. Él arregla las circunstancias de la vida que nos moldean. Él fue quien dispuso que el joven José fuera a Egipto, donde sería moldeado como gobernante. Tal vez nos preguntemos sobre las circunstancias de nuestras vidas y pensemos que Dios ha sido riguroso con nosotros, pero un día nos daremos cuenta de la verdad de Romanos 8.28 y afirmaremos que todas las cosas *en efecto* ayudaron a bien. Lo más importante en cuanto a la rueda no es su tamaño (algunas vidas son más cortas que otras), sino su centro. Si la rueda está «centrada», todo estará equilibrado. Cristo es el centro de la vida cristiana consagrada (Mt 6.33).

IV. Desobedecer estropea

Sería maravilloso si el barro siempre se sometiera a las manos del alfarero, pero este no es el caso. El profeta vio que la vasija se estropeó. ¿Tiró el alfarero el barro y empezó con un nuevo montón? No, lo volvió a hacer. Este es un cuadro de la rebelión del hombre y su restauración por la gracia de Dios. ¿Por qué se estropeó el barro? Debido a que quería salirse con la suya (véase 18.11–12). Cuán a menudo nosotros como cristianos estropeamos nuestras vidas haciendo nuestros planes fuera de la voluntad de Dios. Si sólo pudiéramos ver el producto terminado que Dios ha planeado, nunca le desobedeceríamos. Es triste, pero pensamos que sabemos más que Él acerca de la vida.

Dios en su gracia nos perdona y «nos hace de nuevo». Algunas veces usa pruebas difíciles para conseguir que nos sometamos. Invirtió veinte años moldeando a Jacob, quien al final llegó a ser un instrumento útil. Después de que estropearon sus vidas, Dios les dio una segunda oportunidad a David, Jonás y Pedro. Primera de Juan 1.9 es una promesa maravillosa de perdón, pero no es una excusa para la desobediencia.

V. Las pruebas son el horno

Jeremías no menciona el horno del alfarero, pero tenía que estar allí. Ninguna vasija sirve para algo mientras no haya atravesado el horno. El calor le da al barro fuerza y belleza, e incrementa su utilidad y valor. La vida debe tener sus hornos. Job atravesó el horno del dolor (Job 23.10) y 1 Pedro 4.12ss habla del horno de la persecución. Los tres jóvenes hebreos fueron arrojados en el horno y descubrieron que el Alfarero estaba allí en el fuego con ellos (Dn 3.19–25). Dios sabe exactamente cuánto calentar el horno; sabe exactamente cuántas pruebas podemos soportar (1 Co 10.13). Los cristianos que han vivido protegidos, fuera de los hornos de Dios, se pierden muchas de las bendiciones de su gracia que reciben quienes han estado dispuestos a sufrir con Cristo y por Él. Cuando las pruebas nos salen al paso, debemos rendirnos al Alfarero y permitirle que haga su voluntad.

VI. El juicio es la vasija quebrada

En 19.1–13 Jeremías se fue al valle de los hijos de Hinom, lugar que los judíos dedicaron a la adoración a los ídolos. Algunos de los peores pecados en la historia judía se cometieron en ese lugar; véase 7.31. El nombre «hijos de Hinom» se escribía «ge-Hinom» y con el correr del tiempo se convirtió en «Gehenna», en griego, la palabra que usa el NT para el infierno. El rey Josías convirtió este lugar idolátrico en el basurero de Jerusalén (2 R 23.10). Qué terrible cuadro del infierno: el eterno basurero del universo. Esta vez el profeta trajo una vasija terminada y sosteniéndola ante los ancianos de la tierra predicó un sermón de juicio. «Vosotros os habéis olvidado de Dios y habéis adorado ídolos aquí. Vosotros habéis pecado contra su Palabra. Pero viene pronto el día cuando este valle no será llamado "Tofet" (ardiente o inmundicia), sino "Valle de la Matanza". El juicio se avecina sobre Judá». Entonces rompió la vasija y nunca más podría repararse. Véanse los versículos 10–11. Una nación o la vida de un individuo puede llegar al «punto sin regreso». Si el barro se endurece, ya no puede ser modelado. Qué importante es rendirse a Cristo en la vida. Sansón rehusó someterse y Dios tuvo que quebrar el instrumento. «Hay pecado de muerte» (1 Jn 5.16).

Dios quiere que seamos instrumentos útiles. Una vasija no produce nada; sólo recibe, contiene y da. Recibimos sus bendiciones y se las damos a otros. Todo lo que Dios pide es que estemos a su disposición, que seamos limpios y estemos vacíos. Véase 2 Timoteo 2.19–21, donde Pablo nos advierte que nos apartemos del pecado. Si estamos demasiado llenos de nosotros mismos, Dios no puede llenarnos, y si no estamos llenos, no podemos darle nada a otros. Que el Señor nos ayude a ser vasijas de honor, apropiadas para el uso del Maestro.

JEREMÍAS 36 Y 45

Jeremías había predicado más de veinte años cuando ocurrieron estos sucesos. Babilonia acababa de derrotar a Egipto, de modo que la «política foránea» del rey Joacim quedó arruinada. El profeta sabía que Babilonia un día llevaría a Judá cautiva, pero aún anhelaba ver a su pueblo arrepentirse. Se requiere de un siervo piadoso para que continúe ministrando cuando la situación parece no tener esperanza.

I. La inspiración de la Palabra (36.1–4)

Hasta aquí el ministerio de Jeremías fue oral; predicó en los atrios del templo e intentó despertar a la nación rebelde. Pero Dios quería los mensajes de Jeremías escritos para siempre como parte de su Palabra. En los versículos 17–18 vemos cómo se hizo esto: Dios le hablaba al profeta; Jeremías le decía las palabras a su secretario, Baruc; y Baruc las escribía. Lo que Baruc escribió era la revelación de Dios, verdades que ningún ser humano podría descubrir por sí mismo. La Biblia es la revelación de Dios a los seres humanos; la mente humana no podría descubrir las verdades que hay en ella. La Biblia es el libro de «así dice el Señor».

Inspiración es la palabra que se usa para describir cómo se escribió la Biblia. «Toda la Escritura es inspirada por Dios», dice 2 Timoteo 3.16. Esto significa que «Dios sopló la Biblia»; no es el producto que la mente humana elaboró. «Santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P 1.21). El mundo se refiere a los grandes escritores como «inspirados», pero esto no es lo que la Biblia quiere decir por «inspiración». Shakespeare fue un escritor inspirado en el sentido humano de grandeza, pero sus escritos no los inspiró Dios como lo hizo con la Biblia. El Espíritu Santo habló a los hombres de Dios y por medio de ellos para darnos la Palabra de Dios. No soslayó sus personalidades, ni hizo «robots» de ellos; cada escritor bíblico revela su personalidad en sus escritos. Pero lo que escribieron es la Palabra de Dios, final, completa y autoritativa. Usted puede confiar en la Biblia.

II. La proclamación de la Palabra (36.5–10)

Al comparar el versículo 1 con el versículo 9 recibimos la impresión de que se necesitó al menos un año para escribir este libro. El pueblo pidió un día especial de ayuno, al parecer para buscar la ayuda de Dios en contra de Babilonia. El rey concedió su petición, aun cuando los hechos posteriores mostraron que no respetaba a Dios ni a su Palabra. Era como muchos líderes políticos que siguen la corriente de las «festividades religiosas» nacionales y sin embargo personalmente rechazan a Cristo y la Palabra. Baruc proclamó la Palabra al leer el libro al pueblo que ayunaba en el templo. Jeremías estaba en prisión, pero la Palabra de Dios no se podía atar (2 Ti 2.9; véase 2 Ts 3.1–2). Exigió valor de parte de Baruc hacerlo, puesto que Jeremías no era popular en la ciudad.

Dios ordenó que su Palabra debía esparcirse mediante predicación y enseñanza. Sin duda hay lugar para la literatura bíblica y la distribución de tratados, pero es la predicación de la Palabra lo que Dios bendice especialmente. Dios usa su Palabra para convencer a las personas de pecado, llevarlos a un genuino arrepentimiento y darles la seguridad de la salvación (véase v. 3). Baruc trataba de advertir a Judá a que huyera a los brazos de la misericordia de Dios debido al juicio que se acercaba. Hoy procuramos ganar a muchos para Cristo debido a que la ira de Dios ya está sobre ellos (Jn 3.36).

III. La preservación de la Palabra (36.11–32)

Es interesante ver cómo responden a la Palabra de Dios las diferentes personas, Micaías estaba presente cuando Baruc leyó la Palabra en el templo frente a la cámara del escriba Gemarías, quien era el padre de Micaías. La Palabra estimuló a Micaías e inmediatamente se la comunicó a otros líderes de la nación. Ellos enviaron por Baruc, el cual leyó la Palabra por segunda vez. Los príncipes ahora se llenaron de temor (v. 16). Alguien debe decírselo al rey.

El rey Joacim era un hombre impío que recibió su trono sólo por su sumisión a Egipto (2 R 23.31–24.7). Ya había matado a un profeta de Dios, Urías (Jer 26.20–24); y no era amigo de Jeremías. Pero consintió en oír la lectura sentado cómodamente en su casa de invierno. Debería haber estado en el templo, humillándose delante de Dios. Cuánta gracia muestra Dios al traerle la Palabra cuando la necesitaba. Pero cuando Jehudí leyó el rollo, el rey con altanería lo cortó en pedazos y lo usó como combustible para su brasero. No temía a Dios. Tres de los líderes protestaron (v. 25), pero el rey no quiso escucharlos. En lugar de someterse a la Palabra, la resistió y procuró arrestar y ejecutar a Jeremías y a Baruc.

La gente impía ha atacado a la Biblia durante siglos, sin embargo ella aún se yergue firme. Jeremías escribió una nueva copia de su libro, de modo que los esfuerzos del rey fueron en vano. Todavía tenemos la profecía de Jeremías, pero el rey Joacim hace ya mucho que es polvo. Muchos que aman el pecado se oponen a la Biblia porque ella los deja al descubierto y les advierte respecto a la ira venidera. En el año 303 el emperador Diocleciano de Roma confiscó y quemó ejemplares de la Palabra de Dios y luego erigió un monumento que decía: «Extinto es el nombre de los cristianos». Veinte años más tarde Constantino hizo del cristianismo la religión oficial de Roma y puso la Biblia de nuevo en las manos del pueblo. Los que detestaban la verdad persiguieron a Wycliffe porque tradujo la Biblia al inglés; a Tyndale lo quemaron en la hoguera; sin embargo, la Biblia aún está aquí. Dios preserva su Palabra. «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos» (Sal 119.89). «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (Mt 24.35). El que edifica su vida sobre la Biblia edifica en lo que no se puede derribar.

A esta nueva copia Jeremías añadió un juicio especial para el rey. Joacim pensó que había destruido la Palabra, pero la Palabra lo destruyó a él. Tendría una muerte miserable y no dejaría heredero que reclamara su trono (v. 30). Véase Jeremías 22.18–19. Su hijo Joaquín subió al trono cuando su padre murió, pero duró sólo tres meses y después lo llevaron cautivo a Babilonia (2 R 24.6–12). Y Babilonia en efecto capturó a Judá, exactamente como Jeremías lo profetizó. La profecía cumplida es una de las más grandes evidencias de la divina inspiración de la Biblia.

IV. La consolidación de la Palabra (45)

Este capítulo narra las reacciones de Baruc ante los hechos del capítulo 27. Participó en la escritura de la Palabra de Dios, sin embargo se ocultó para salvar su vida. En lugar de recibir honra por su fidelidad, lo obligaron a sufrir persecución. Qué gran desilusión.

Sin duda algunos de los ayudantes del rey le ofrecieron a Baruc «un buen empleo» entre el personal del rey, ya que es cierto que era un escriba muy capaz. Su hermano Seraías era uno de los oficiales del rey (32.12; 51.59). ¿Por qué identificarse con un predicador detestado cuando podría ser un secretario popular del rey? Dios conocía su corazón y Él le habló a Jeremías al respecto. «¿Buscas para ti grandezas?», le preguntó Dios a Baruc. «No las busques. No hay futuro en esta tierra de Judá porque Babilonia vendrá y destruirá la ciudad y la tierra». Si Baruc se hubiera olvidado de Jeremías y de la Palabra a cambio de «un lugar fácil» con el rey, lo hubiera perdido todo. Pero así como fue, Dios protegió su vida y le usó en su servicio.

No es fácil permanecer fiel a la Palabra en días de oposición y persecución. Pablo escribió: «Demas me ha desamparado, amando este mundo» (2 Ti 4.10). Y Pablo mismo, como Jeremías y Baruc, sufrió persecución y problemas debido a la Palabra (2 Ti 2.8–9), pero al final de su vida pudo decir: «He guardado la fe».

¿Cómo está *usted* tratando la Palabra de Dios? ¿Está poniéndola en un anaquel? (36.20). ¿Está destrozándola como lo hacen los «críticos modernos» de la Biblia? ¿Está procurando destruirla? ¿O está inclinándose ante ella y obedeciendo sus verdades? «Por esto estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira» (Sal 119.128).

Lamentaciones

No bosquejaremos este libro. Es una serie de "poemas fúnebres" que marcan la destrucción de Jerusalén y del templo. Está escrito en forma de acróstico: cada uno de los veintidós versículos de los capítulos 1, 2, 4 y 5 empieza con una letra consecutiva del alfabeto hebreo; en el capítulo 3 hay tres versículos por cada letra. Ningún libro de la Biblia revela el corazón sufriente de Dios por el pecado como lo hace este. Véanse Jeremías 13.17 y Mateo 23.36–38.

LAMENTACIONES 1–5

Esta es una colección de cinco «lamentaciones» o «endechas fúnebres» conmemorando la caída de Jerusalén ante los babilonios en el 586 a.C. Jeremías presenció este trágico suceso. Se le partió el corazón al ver a Jerusalén y el templo destruidos, el pueblo masacrado y los prisioneros llevados cautivos a Babilonia. Podemos ver las lágrimas del profeta a través de todo el libro. De este libro podemos aprender cinco importantes lecciones acerca de Dios y su voluntad.

I. Lo terrible de los juicios de Dios (1.1–6)

Estos versículos comparan a Jerusalén con una rica princesa o reina que de repente la dejan sola y la privan de toda su riqueza y hermosura. Antes estaba llena; ahora está vacía. Antes la honraban; ahora está en desgracia. Su gozo se ha reemplazado con lágrimas; sus grandes victorias ahora se pierden en la derrota. ¿Por qué? Debido a que en lugar de amar a Jehová ha cortejado a muchos «amantes» (v. 2) y a los dioses falsos de las naciones paganas. Ahora esas naciones paganas se han convertido en sus enemigas.

El pecado siempre trae aflicción y tragedia. En el capítulo 2 Jeremías explica que Dios no será más su amigo, sino su enemigo. Antes Él peleaba las batallas de ellos, pero ahora era demasiado tarde. Lea la triste descripción de los que por el hambre se comían a sus hijos (2.20; 4.10; y véase Jeremías 19.9). Jerusalén no sólo perdió su gozo, riqueza y hermosura, sino también su testimonio. Todos los paganos se ríen de ella (2.15–16). Sin duda esto se aplica al creyente hoy: cuando Dios castiga al rebelde la experiencia no es nada fácil. El pecado siempre hace que el pecador pierda.

II. La rectitud de la ira de Dios (1.18–22)

«Estamos cosechando simplemente lo que sembramos», es el clamor del profeta. Los terribles juicios que vinieron eran sólo lo que la ciudad y la nación merecían. «Nos hemos rebelado contra su Palabra». La rebelión siempre acarrea la disciplina; véase Hebreos 12.1–14. ¿Por qué permitió Dios que su pueblo fuera al cautiverio? Para enseñarles a confiar en Él y a obedecer su Palabra. En el versículo 19 Jeremías menciona los siguientes buscapleitos: los «amantes», es decir, los falsos dioses y las naciones paganas en quienes Judá confiaba cuando se veía en problemas; y los falsos profetas y sacerdotes que enseñaban mentiras y le daban al pueblo una confianza falsa. Cuando una nación no escucha la verdad de la Palabra de Dios, no hay esperanza para tal nación.

¿Qué podía hacer el pueblo? Nada, excepto someterse a la mano de disciplina de Dios y confiar en su misericordia (1.22). La confesión de pecado es mejor que la rebelión continua contra Dios. Era demasiado tarde para que Dios cancelara la invasión, pero Él vería el arrepentimiento de su pueblo y empezaría a obrar a favor de ellos incluso mientras estuvieran en el cautiverio.

III. La veracidad de la Palabra de Dios (2.17)

«Ha cumplido su palabra». Durante cuarenta años Jeremías le había advertido al pueblo que sus pecados traerían juicio; sin embargo, la nación no escuchaba. El pueblo no quería oír la verdad; preferían los «mensajes populares» de los falsos profetas (2.14). Jerusalén se reía de Jeremías, lo persiguió y hasta trató de matarlo, pero al final Dios honró a su siervo y sus palabras se hicieron realidad. Léase en Jeremías 4.5–10 el mensaje de advertencia dado por el profeta. Léase en Jeremías 5.30–31 su descripción de la nación creyendo mentiras. Suena muy contemporáneo. En Jeremías 6.13–14 compara a los falsos profetas con los médicos que ocultan los síntomas, pero no curan la enfermedad. Véase 8.11, 21–22. En 23.9ss, Jeremías explica lo que ocurre a un pueblo cuando rechaza la verdad de la Palabra de Dios y cree en las mentiras de los hombres. Sin embargo, la verdad de la Palabra de Dios seguirá firme, así como lo hizo en los días de Jeremías. El tiempo ha llegado cuando la gente no puede soportar la «sana doctrina», sino que quiere en su lugar predicadores que le acaricien los oídos y les entretengan con un mensaje de falsa seguridad (2 Ti 4.1–5). No cabe duda que Dios juzgará a este mundo, a pesar de lo que digan los falsos profetas.

IV. La ternura del corazón de Dios (1.12–16)

Jeremías nos revela el corazón de Jehová, destrozado por los pecados de su pueblo. El juicio es la «extraña obra» de Dios (Is 28.21); no aflige porque quiere. E incluso cuando en efecto castiga a su pueblo, está con ellos en su sufrimiento (Is 63.9). «El Señor al que *ama* castiga». Las lágrimas de Jeremías nos recuerdan que Dios ama a los suyos, incluso cuando son rebeldes, y que su amor hacia ellos jamás cambia. Al pasar la gente por las ruinas, Jeremías les pregunta: «¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» Podemos oír la voz de Jesucristo aquí, cuando lo colgaron en la cruz por los pecados del mundo. ¿Recuerda cómo lloró sobre Jerusalén porque vio que se avecinaba el día del juicio sobre la ciudad?

Dios, en su amor, ha advertido al pueblo respecto a sus pecados y a su juicio inminente. Es más, desde el mismo Moisés el Señor advirtió a Israel que no siguiera a los dioses falsos (véanse Lv 26 y Dt 28). En amor envió profetas para que les previnieran (2 Cr 36.15–17), pero no querían escuchar. Ahora, en su amor, tenía que castigarlos para enseñarles las lecciones que no querían aprender.

V. La fidelidad de la misericordia de Dios (3.18–36)

Aquí, en el corazón de este libro, hallamos una de las más grandes confesiones de fe que se hallan en toda la Biblia. Jeremías se explayó en sus aflicciones y en el sufrimiento de su pueblo, pero entonces alzó sus ojos al Señor … y este fue el punto decisivo. En medio de la aflicción y la ruina recordó la misericordia de Dios. «Nunca decayeron sus misericordias». Nosotros le fallamos, pero Él no nos falla. «Grande es tu fidelidad».

La fidelidad de Dios es un tremendo estímulo en días cuando los corazones de las personas desfallecen de temor. Si usted edifica su vida sobre personas o cosas de este mundo, no tendrá esperanza ni seguridad; pero si lo hace en Cristo, el Fiel, estará seguro para siempre. Él es *fiel para castigar* (Sal 119.75); Lamentaciones mismo enseña esta lección. Él quiere traernos al lugar de arrepentimiento y confesión (Lm 3.39–41). Él es *fiel para perdonar* cuando confesamos nuestros pecados (1 Jn 1.9). Es *fiel para compadecerse* cuando tenemos cargas y problemas (Heb 2.17–18; 4.14–16). Nunca tenemos que temer de que esté demasiado ocupado como para escuchar o demasiado cansado como para ayudar. Él es *fiel para librar* cuando clamamos su ayuda en la tentación (1 Co 10.13). Es *fiel para guardarnos* en esta vida y para la vida eterna (1 Ti 1.15; 1 Ts 5.23–24). Podemos entregar nuestras vidas y almas en las manos del fiel Creador (1 P 4.19) y saber que Él hará bien todas las cosas.

Dios, en su misericordia, dejó un remanente de Judá, los protegió y bendijo durante los años de cautiverio y luego les permitió regresar a su tierra de nuevo. Les capacitó para que reconstruyeran la ciudad y el templo; los protegió de las naciones paganas que aborrecían a los judíos. Cuán misericordioso fue Dios con su pueblo. Cuán misericordioso es con nosotros hoy.

En tiempos duros necesitamos imitar a Jeremías, el cual dejó de mirarse para mirar al Señor y quien esperó en Él con paciencia y fe (3.24–26). Demasiado a menudo nos miramos a nosotros mismos y a nuestros problemas y llegamos a estar tan desanimados al punto de darnos por vencidos. En lugar de eso debemos «mirar a Jesús» (Heb 12.1–2) y permitirle que Él nos haga salir adelante. Es difícil esperar en el Señor. Nuestra naturaleza caída anhela actividad y por lo general lo que hacemos sólo empeora las cosas. Jeremías esperó en Dios, confió en su misericordia y dependió de su fidelidad. Conocía la verdad de Isaías 40.31: «Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán».

Ezequiel

Bosquejo sugerido de Ezequiel

I. Ordenación del profeta (1–3)
II. Condenación de Judá (4–24)
  A. Una nación desobediente (4–7)
  B. Una gloria que se va (8–11)
  C. Una nación bajo disciplina (12–24)
III. Condenación de las naciones gentiles (25–32)
IV. Restauración del pueblo de Dios (33–48)
  A. Regresan a su tierra (33–36)
  B. Experimentan una nueva vida y unidad (37)
  C. Los protegen de sus enemigos (38–39)
  D. Adoran aceptablemente al Señor (40–48)

EZEQUIEL 1–36

En el año 606 a.C. los babilonios empezaron la primera de varias deportaciones de judíos; Daniel estaba en este grupo. En el segundo grupo (597 a.C.) estaba el joven Ezequiel, que para ese entonces tenía alrededor de veinticinco años. Lo llevaron a Tel-abib, cerca del río Quebar (3.15). Allí vivió en su casa con su querida esposa (8.1; 24.16ss). Cinco años después de que Ezequiel llegó a Tel-abib, Dios lo llamó a ser profeta, cuando tenía treinta años (592 a.C.). Este fue el sexto año antes de la destrucción de Jerusalén en el 586, de modo que mientras

Jeremías ministraba al pueblo allá en su tierra natal, Ezequiel predicaba a los judíos cautivos en Babilonia. Como Jeremías, Ezequiel fue un sacerdote llamado a ser profeta.

Su libro también puede dividirse en tres secciones, a continuación del llamamiento del profeta en 1–3: (1) el juicio de Dios sobre Jerusalén, 4–24; (2) el juicio de Dios sobre las naciones vecinas, 25–32; y (3) Dios restaura a los judíos a su reino, 33–48. Los capítulos 1–24 fueron dados antes del asedio de Jerusalén; los capítulos 25–32 durante el sitio; y los capítulos 33–48 después del sitio. Aun cuando el profeta estaba en la distante Babilonia, pudo ver los acontecimientos en Jerusalén mediante el poder del Espíritu de Dios. Ezequiel no sólo proclamó el mensaje de Dios al pueblo, sino que tuvo que vivirlo delante de ellos. Dios le ordenó que hiciera una serie de actos simbólicos para llamar la atención del pueblo; jugar a la guerra (4.1–3); acostarse de un lado durante cierto número de días (4.4–17); rasurarse al rape el cabello y la barba (5.1–4); actuar como alguien que huye de la guerra (12.1–16); sentarse y suspirar (21.1–7); y, lo más difícil de todo, que su esposa muriera (24.15–27). No era fácil ser profeta.

En esta sección nos concentraremos en las visiones de Ezequiel sobre la gloria de Dios.

I. La gloria revelada (1–3)

Ezequiel («Dios fortalece») era un sacerdote en cautiverio (1.1) y por tanto no podía ejercer su ministerio, ya que estaba lejos del templo y del altar sagrados. Pero Dios le abrió los cielos y le llamó a que fuera profeta. Cinco años estuvo cautivo antes de que le llamaran; los sacerdotes empezaban su ministerio a los treinta años (Nm 4.3). Véase en el Salmo 137 un cuadro de la condición espiritual de los cautivos. Jeremías les dijo que se establecieran setenta años en Babilonia, pero los falsos profetas le dijeron al pueblo que Dios destruiría a Babilonia y libertaría a los cautivos (léase Jer 28–29). Fue tarea de Ezequiel decirle al pueblo que Dios destruiría a *Jerusalén*, no a Babilonia, pero que habría un día de gloriosa restauración del pueblo y de reconstrucción del templo.

La frase «Vino a mí palabra de Jehová» se usa cincuenta veces en este libro. Qué maravilloso saber que la Palabra de Dios nunca está demasiado lejos del pueblo de Dios, si tan solo quieren oírla. Juan oyó la Palabra estando exilado en Patmos (Ap 1.9ss) y Pablo la recibió en prisión. ¿Qué vio Ezequiel aquel día?

A. Un torbellino de fuego (1.4).

Esto simbolizaba el juicio de Dios sobre Jerusalén, la venida de Babilonia desde el norte. El viento tempestuoso con sus fulgurantes rayos significaba la destrucción de Jerusalén.

B. Los querubines (1.5–14).

Estas criaturas simbolizan la gloria y el poder de Dios. Podían ver y moverse en todas direcciones sin volverse. Las cuatro caras hablan de sus características: la inteligencia del hombre, la fuerza y el arrojo del león, la fidelidad y el servicio del buey, y el encumbramiento del águila. Algunos ven en estas caras los cuatro Evangelios: Mateo (el león—rey), Marcos (buey—siervo), Lucas (hombre—Hijo del Hombre), Juan (águila—Hijo del Dios del cielo). Las criaturas podían moverse rápidamente para cumplir la voluntad de Dios.

C. Las ruedas (1.15–21).

Cada criatura estaba asociada con un juego de ruedas, dos ruedas en cada juego. Las ruedas en cada juego no estaban colocadas paralelas la una respecto a la otra, como el aro y el eje de una rueda de bicicleta; más bien estaban en ángulo recto la una respecto a la otra, como la parte superior de un giroscopio. Las ruedas estaban en constante movimiento y, puesto que miraban a las cuatro direcciones, podían moverse en cualquier dirección sin cambiar su movimiento, así como los querubines. Sus aros estaban «llenos de ojos» (v. 18), lo que ilustra la omnisciencia de Dios al regir su creación (Pr 15.3), y el movimiento de las ruedas coincidía con el de los querubines. Todo esto habla de la obra constante de Dios en el mundo, su poder y gloria, su presencia en todo lugar, su propósito para el hombre, su providencia. El mundo estaba lleno de terror y cambio, pero Dios estaba obrando.

D. El firmamento (1.22–27).

Esta era una hermosa «plataforma» que contenía el trono de Dios y que estaba encima de las ruedas y de los querubines. Dios sigue en el trono y su voluntad se cumple en este mundo, aun cuando no siempre lo veamos. Los complejos movimientos de los querubines y las ruedas revelan cuán intrincada es la providencia de Dios en el universo; sólo Él puede comprenderla, sólo Él puede controlarla. Pero hay perfecta armonía y orden.

E. El arco iris (1.28).

Hubo un arco iris en la tormenta. Sin duda esto le decía a Ezequiel que la misericordia y el pacto de Dios no le fallaría a su pueblo. Véase Génesis 9.11–17, donde se designa al arco iris como una señal de misericordia. También véanse Apocalipsis 4.3 y 10.1.

Noé vio el arco iris después de la tormenta; el apóstol Juan lo vio antes de la tempestad; pero Ezequiel lo vio en la tempestad. Toda esta visión de la gloria de Dios muestra a Dios obrando en el mundo, juzgando los pecados de su pueblo, pero aún guardando su pacto de misericordia. El resultado de esta visión fue el colapso total de Ezequiel (1.28). Pero Dios le levantó, le llamó a ser un atalaya, le alimentó con la Palabra (véanse Jer 15.16; Job 23.12; Mt 4.4; Ap 10.9) y le llenó con su Espíritu. «Sabrán que yo soy Jehová», esta frase y sus variantes se hallan sesenta y una veces en este libro; resume el ministerio y mensaje de Ezequiel.

II. La gloria quitada (8–11)

Un año más tarde Dios le dio a Ezequiel otra visión, esta vez de los pecados del pueblo allá en Jerusalén. La gloria apareció de nuevo (8.2) y Dios llevó al profeta en visión a la ciudad santa. Allí vio una visión cuádruple de los pecados del pueblo: (1) una imagen levantada en la puerta norte del templo, quizás de Astarté, la perversa diosa babilónica, 8.5; (2) adoración pagana secreta en los recintos ocultos del templo, 8.6–12; (3) mujeres judías llorando por el dios Adonis, el cual se pensaba que había muerto para ser resucitado de los muertos cada primavera, 8.13–14; y (4) el sumo sacerdote y los veinticuatro grupos de sacerdotes adorando al sol, 8.15–16. ¿Es de asombrarse que Dios planeara destruir la ciudad?

Por supuesto, la gloria de Dios no podía permanecer en un lugar tan pervertido. La gloria vino al templo, 8.4; pero en 9.3 la gloria pasa al umbral del templo. El trono de la gloria ahora estaba vacío. Se convertiría en un trono de juicio. En el capítulo 9 vemos al siervo de Dios poniendo una marca de protección en el remanente fiel de creyentes, para que no mueran en el juicio venidero. Entonces, en 10.4, la gloria de Dios se eleva por encima del umbral de la casa y sobrevuela allí antes de que caiga el juicio. En 10.18 la gloria se eleva aún más y pasa a la

puerta oriental del templo (v. 19); y por último, en 11.22–23, la gloria sale del templo y se va a la cumbre del Monte de los Olivos. «Icabod[…] Traspasada es la gloria» (1 S 4.21).

¿Por qué se quitó la gloria? Porque Dios no puede compartir su gloria con otro. Los ídolos y los pecados del pueblo le echaron fuera. Sus pecados podrían haber estado ocultos al pueblo, pero Dios los veía y los juzgaba. Así hoy Dios quitará de nuestras vidas su gloria y sus bendiciones si no le servimos fielmente con corazones sinceros y puros.

III. La gloria restaurada (43.1–12)

En los capítulos 40–48 el profeta ve la restauración futura de Israel y su gloria en el Reino. Describe a la ciudad y el templo restaurados, más grandiosos de lo que Israel había conocido. En 43.1–6 ve la gloria de Dios volver al templo. Nótese que la gloria vendrá por la misma ruta que utilizó al salir. Por supuesto, Jesucristo es la gloria del Señor, y volverá la gloria de Dios a la nación de Israel. Sin duda la Palabra dada en los capítulos 40–48 no se cumplió cuando los judíos regresaron a su tierra después del cautiverio, de modo que tiene que haber un cumplimiento futuro cuando Jesús vuelva a la tierra a reinar.

Dios está preocupado por su gloria. Debemos glorificar a Dios en nuestros cuerpos (1 Co 6.19–20) y magnificarle en todo lo que hacemos (Flp 1.20–21). Nuestras buenas obras deben glorificarlo (Mt 5.16). Pero podemos pecar y alejar la gloria de Dios de nuestras vidas. No cabe duda de que el Espíritu de Dios nunca nos dejará (Ef 1.12–14), pero podemos entristecerlo y perder la gloria de Dios en nuestro andar diario (Ef 4.30). Los pecados secretos no se quedan así mucho tiempo. Dios los ve y, antes que pase mucho tiempo, otros también los verán.

EZEQUIEL 37–48

Estos capítulos finales miran hacia el futuro de Israel y Judá, al tiempo cuando Dios hará una nueva obra y su gloria volverá a la tierra.

I. La nueva nación (37)

A. Revivida (vv. 1–14).

En este tiempo tanto Israel como Judá estaban arruinados políticamente. Asiria había esparcido a Israel y Babilonia acababa de conquistar a Judá. Tanto Isaías como Jeremías predijeron el regreso del cautiverio, pero las visiones de Ezequiel van incluso más allá en los años. Vio el tiempo cuando la nación muerta volvería a vivir. En la visión vio muchísimos huesos en el valle (literalmente «campo de batalla») y los huesos estaban muy secos. Era un cuadro de total derrota, con los huesos de los ejércitos secos y sin sepultura. ¡Qué descripción más vívida del pueblo judío! Mediante el poder de la Palabra de Dios los huesos se juntaron y formaron hombres, y mediante el poder del Espíritu («viento»), se les dio vida. Esto nos enseña la resurrección corporal, ni siquiera la salvación de los judíos. Más bien es un cuadro del resurgimiento futuro de la *nación*, cuando los judíos se saquen de las «tumbas» de las naciones gentiles a donde fueron esparcidos. Políticamente esto ocurrió el 14 de mayo de 1948, cuando la nación moderna de Israel entró de nuevo en la familia de naciones. Por supuesto, la nación está muerta espiritualmente; pero un día, cuando Cristo vuelva, la nación nacerá en un día y será salva.

B. Reunificada (vv. 15–28).

La división de la nación en los reinos del norte y del sur fue el principio de su caída. Un día Dios volverá a reunir a las tribus bajo el verdadero David, Jesucristo. Él hará un pacto de paz con ellos (v. 26) y traerá de nuevo gloria a su pueblo.

¿Hay algún futuro para Israel? Algunos eruditos dicen: «No, porque todas estas profecías del AT deben aplicarse *espiritualmente* a la Iglesia». No estamos de acuerdo con esto. Estas profecías son demasiado detalladas como para «espiritualizarlas» y aplicarlas a la iglesia de hoy. Jesús enseñó acerca de un futuro para los judíos (Lc 22.29), lo mismo que Pablo (Ro 11) y Juan (Ap 22.1–6).

II. La nueva victoria (38–39)

Estos capítulos se refieren a la famosa «batalla de Gog y Magog». No confunda esta guerra con la Batalla del Armagedón descrita en Apocalipsis 19.11–21, porque el Armagedón ocurrirá al final del período de siete años de tribulación que sigue al Arrebatamiento de la Iglesia. Tampoco es la misma batalla que involucra a Gog y Magog en la mencionada en Apocalipsis 20.7–9, porque aquella será después de finalizado el reinado milenial de Cristo, cuando se suelte de nuevo a Satanás. La batalla dada en Ezequiel 38–39 ocurrirá en un tiempo cuando los judíos vivan con seguridad en su tierra (38.8, 11–12, 14) al «cabo de años» (38.8). ¿Cuándo será esto? Parece probable que esto será durante la primera parte del período de la tribulación, cuando Israel estará protegida de sus enemigos por el pacto con la cabeza del Imperio Romano (Dn 9.26–27).

Después del Arrebatamiento de la Iglesia, ocurrirán grandes hechos en el mundo rápidamente. El antiguo Imperio Romano se restaurará en Europa, encabezado por un fuerte gobernante que al final se revelará como el anticristo. Acordará proteger a los judíos durante siete años (Dn 9.27), que es la duración exacta del período de la tribulación, la septuagésima semana de Daniel (Dn 9.25–27). Los primeros tres años y medio de la tribulación serán relativamente pacíficos e Israel disfrutará de reposo en su tierra, guardados por el gobernante romano. Pero Gog querrá la gran riqueza de la tierra (38.12–13) y más o menos a mitad del período de la tribulación invadirá a Israel sin advertencia. Entonces Dios intervendrá y destruirá al ejército invasor. Tan grande será la derrota que se requerirán siete meses para sepultar a los muertos (39.12) y el pueblo quemará durante siete años el material de guerra abandonado (39.9–10). El gobernante romano se apresurará a Israel para cumplir su pacto, descubrirá que Gog ha dejado de ser un poder mundial y entonces se establecerá como dictador mundial en el templo judío, rompiendo así su pacto con Israel (Dn 9.27). Esta será la «abominación desoladora» y la señal del principio de la gran tribulación sobre la tierra.

III. El nuevo templo (40–46)

Sin duda este templo nunca se ha construido, de modo que debe referirse a un tiempo futuro. La mayoría de los estudiosos opinan que este será el gran templo milenial que se llenará de la gloria de Dios durante el reino de Cristo de mil años sobre la tierra. A Ezequiel se le dijo que revelara estos planes al pueblo, para avergonzarlos de sus pecados y rebeliones (43.10–11). No es necesario que entremos en detalles en nuestro estudio. Nótese que todas las medidas han aumentado, de modo que toda el «área sagrada» mide casi ciento veinte kilómetros cuadrados. No se nos dice cómo va a caber todo esto en la tierra y la ciudad de Jerusalén. Tal vez habrá cambios en la tierra.

Puesto que Cristo ha cumplido los tipos del AT (e.g., sacrificios, sacerdocio), ¿por qué estos se restituirán y practicarán mil años? Algunos creen que esas prácticas serán para el judío en el Reino lo que la Cena del Señor es para la iglesia de hoy, un recordatorio de la obra de

Cristo. Sin embargo, es probable que Ezequiel usaba el lenguaje que la gente entendía para trasmitirles las verdades acerca de la futura adoración en el templo. La Pascua hablaba de la redención por la sangre (45.21–24) y la Fiesta de los Tabernáculos del cuidado de Dios por su pueblo y el gozo de este en el Reino (45.25). No podemos creer que los judíos salvos querrán cambiar su íntima comunión con Cristo por ritos antiguos que pertenecían a la edad de la ley.

¿Qué le ocurrirá a este templo? Cuando Dios cree el nuevo cielo y la nueva tierra no habrá necesidad de ningún templo (Ap 21.1–5, 22). La nueva Jerusalén que Juan describe en Apocalipsis 21–22 sobrepasará a cualquier cosa que Ezequiel vio. Toda la ciudad santa será un templo para la gloria de Dios.

IV. La nueva tierra (47–48)

A. Se refresca (cap. 47).

La tierra se refrescará mediante las aguas salutíferas del río que brota del altar de Dios. Todas las bendiciones de Dios deben empezar con el altar. Ezequiel describe la sanidad de la tierra, la bendición de Dios sobre la tierra que escogió para Israel. Nótese que habrá una nueva frontera para ella (13–21). Por el oeste estará el Mar Mediterráneo, al norte una línea que va desde Tiro a Damasco, por el este el río Jordán y el Mar Muerto, y al sur desde el Mar Muerto hasta el río de Egipto. Esto significa que la herencia estará *dentro* de la tierra, sin ninguna tribu al otro lado del Jordán.

Podemos ver en este río salutífero un hermoso cuadro del Espíritu de Dios. La fuente es el altar, la muerte de Cristo (Jn 7.37–39). El río se torna cada vez más profundo, de modo que el profeta pudo nadar en él. Ojalá podamos adentrarnos cada vez más profundamente en las cosas de Dios y apartarnos de las aguas de poca profundidad. El río dio sanidad y vida; y así el Espíritu sana y da vida hoy.

B. Nueva división (cap. 48).

Ya hemos notado las nuevas fronteras de la tierra. Este capítulo explica cómo se hará el reparto a las tribus durante la edad del Reino. Las tribus estarán al oeste del Jordán; la nación no tendrá más división. Las tribus poseerán «franjas» de tierra a lo largo de la nación, de este a oeste. Siete tribus estarán ubicadas en la parte superior: Dan, Aser, Neftalí, Manasés, Efraín, Rubén y Judá. Entonces vendrá la enorme «porción sagrada» para el área del templo (vv. 8–20). Hacia abajo estarán otras cinco tribus: Benjamín, Simeón, Isacar, Zabulón y Gad. ¡Las tribus estarán allí, y Dios también estará allí! (v. 35). El nombre de la ciudad será «Jehová-sama»: «¡Jehová (está) allí!»

Daniel

Bosquejo sugerido de Daniel

I. Historia personal de Daniel (1–6)
   - A. Mantiene su andar piadoso (1)
   - B. Interpreta el «sueño de la imagen» (2)
   - C. La estatua de oro: Daniel no está presente aquí (3)
   - D. Interpreta el «sueño del árbol» (4)
   - E. Interpreta la escritura en la pared (5)
   - F. Mantiene su devoción piadosa: el foso de los leones (6)

II. Ministerio profético de Daniel (7–12)
   - A. Su visión de las cuatro bestias (7)
   - B. Su visión del carnero y macho cabrío (8)
   - C. Su oración de confesión: las setenta semanas (9)
   - D. Su visión final del futuro (10–12)

Los reinos en Daniel: Debe tener presente que en el libro de Daniel se identifican por lo menos seis reinos diferentes. Son:

1. Babilonia (606–539 a.C.)
   Cabeza de oro (2.36–38)
   León con alas de águila (7.4)
2. Medo-Persa (539–330 a.C.)
   Brazos y pecho de plata (2.32, 39)
   Oso con tres costillas (7.5)
3. Grecia (330 a.C.-c. 150 d.C.)
   Muslos de bronce (2.32, 39)
   Leopardo con cuatro cabezas (7.6)
4. Roma (c. 150 a.C.-c 500 d.C.)
   Piernas de hierro (2.33, 40)
   La «bestia espantosa» (7.7)
5. El reino del anticristo
   Diez dedos de hierro y barro (2.41–43)
   Cuerno pequeño (7.8)
6. El reino de Cristo
   La piedra que derribó la imagen (2.34–35, 44–45)
   El Anciano de días (7.9–14)

Tenga presente que el Imperio Romano nunca ha sido reemplazado por otro imperio mundial, de modo que en realidad continúa hasta el ascenso del anticristo en los últimos días. Este último dictador mundial establecerá los Estados Unidos de Europa (los diez dedos de los

pies), según el modelo del antiguo Imperio Romano. Nótese que en el capítulo 2 tenemos el punto de vista humano de las naciones (metales valiosos), mientras que en el capítulo 7 tenemos el punto de vista divino (bestias peligrosas).

Notas preliminares a Daniel

I. El hombre

Daniel se destaca como uno de los más grandes hombres de la historia judía. Sabemos que fue una persona real por Ezequiel 14.14 y 28.3, así como Mateo 24.15 y Hebreos 11.33. Era un adolescente en el año 605 a.C., cuando Nabucodonosor vino a Jerusalén y empezó su conquista de Judá. Hubo varias «deportaciones» de judíos a Babilonia y Daniel fue en el primer grupo porque pertenecía al linaje real. Era la práctica de Babilonia deportar a los mejores ciudadanos y prepararlos para el servicio en su propio gobierno. Daniel aún estaba activo en el año 539 a.C. cuando Ciro tomó el reino, de modo que más de cuarenta años vivió y ministró en Babilonia. Es más, vivió durante el reinado de cuatro gobernantes (Nabucodonosor, Belsasar, Darío y Ciro) y tres reinos diferentes (Babilonia, Media, Persia). Su nombre significa «Dios es mi juez». Ocupó varias posiciones importantes y lo alabaron mucho debido a su carácter y sabiduría, y porque la bendición de Dios estaba sobre él. Nabucodonosor le nombró jefe de los sabios y gobernador de la tierra (2.48), posición similar a la del primer ministro moderno. El nieto de Nabucodonosor, Belsasar, llamó a Daniel de su jubilación y, como le explicó la escritura en la pared, le hizo el tercer gobernador de la tierra (5.29). Darío le dio el liderazgo de todo el reino (6.1–3). Al menos setenta y cinco años Daniel fue el testigo fiel de Dios en un reino perverso e idólatra.

II. El libro

Daniel es al AT lo que Apocalipsis al NT; es más, no podemos entender a plenitud el uno sin el otro. Proféticamente Daniel trata del «tiempo de los gentiles» (véase Lc 21.24), aquel período que empezó en el 606 a.C. con la cautividad de Jerusalén, y terminará cuando Cristo vuelva a la tierra para juzgar a las naciones gentiles y establecer su reino. En las varias visiones y sueños en Daniel vemos el programa de la historia de los gentiles desde el ascenso de Babilonia, y a través de las conquistas de los medos, los persas, griegos y romanos, y hasta el gobierno del anticristo antes de que Cristo vuelva. Este libro prueba que «hay un Dios en los cielos» (2.28) y que «el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres» (4.25). Daniel aclara que el Dios Todopoderoso es soberano en los asuntos del mundo; «la historia es su historia». Dios puede quitar a los gobernantes de sus tronos; Dios puede derrotar a las naciones más fuertes y entregarlas a sus enemigos. En 1.1–2.3 el relato está escrito en hebreo, pero desde 2.4 hasta 7.28, está en el lenguaje caldeo. Las secciones hebreas se refieren fundamentalmente a los judíos.

III. El orden de la historia

El libro de Daniel no está ordenado cronológicamente. En la primera mitad Daniel interpreta los *sueños* de otros; en la segunda mitad recibe *visiones* respecto al futuro de su pueblo. El orden histórico del libro es como sigue:

(1) Cautiverio (605–604 a.C.)
(2) Sueño de la imagen (602 a.C.)
(3) La estatua de Nabucodonosor
(4) El sueño de Nabucodonosor sobre el árbol
(7) La visión de las cuatro bestias (556 a.C.)
(8) La visión del carnero y del macho cabrío (554 a.C.)
(5) La fiesta de Belsasar: Babilonia cae (539 a.C.)
(9) La visión de las setenta semanas (538 a.C.)
(6) El foso de los leones
(10–12) Visiones finales

Se comprueba que Daniel tenía ochenta años cuando lo echaron en el foso de los leones.

DANIEL 1

En la historia personal de Daniel (caps. 1–6) hallamos tres tiempos diferentes de dificultad: la prueba de los cuatro hebreos cuando arribaron a Babilonia (cap. 1); el horno de fuego (cap. 3); y el foso de los leones (cap. 6). En cada una de estas experiencias Daniel y sus amigos obtuvieron la victoria, pero esta primera victoria estableció la base de las demás. Puesto que estos muchachos judíos fueron fieles a Dios mientras eran aún adolescentes, Dios les fue fiel en los años siguientes.

I. Una prueba difícil (1.1–7)

Imagínese a cuatro muchachos hebreos, adolescentes, arrebatados de sus cómodos hogares en Jerusalén y llevados a la distante Babilonia. Puesto que todos eran príncipes que pertenecían a la familia real, quizás no estaban acostumbrados a esta clase de trato. Es demasiado grave cuando los jóvenes deben sufrir por los pecados de los padres. Los judíos rehusaron arrepentirse y obedecer al Señor, de modo que (como Jeremías advirtió) el ejército babilónico vino durante 606–586 a.C. y conquistó la tierra. Era su costumbre llevarse a los mejores jóvenes a Babilonia para prepararlos en la corte del rey. En el versículo 3 vemos qué magníficos ejemplares de juventud eran los cuatro muchachos: físicamente fuertes y hermosos, con experiencia social y gozaban de la simpatía de otros, con mentes alertas y bien educados, y espiritualmente devotos a Dios. Sus vidas eran equilibradas, como vemos la de Cristo en Lucas 2.52: ¡perfectos ejemplos de adolescentes!

Pero una prueba difícil les esperaba: el rey quería obligarlos a que se conformaran a las costumbres de Babilonia. No le interesaba poner a trabajar a buenos judíos; quería que estos judíos llegaran a ser babilonios. Los cristianos de hoy enfrentan la misma prueba: Satanás quiere que «nos conformemos a este mundo» (Ro 12.1–2). Es triste, pero demasiados cristianos ceden ante el mundo y pierden su poder, su gozo y su testimonio. Nótense los cambios que estos jóvenes experimentaron:

A. Un nuevo hogar (vv. 1–2).

Ya no los rodeaban las cosas de Dios como en Jerusalén, ni tampoco tenían la influencia de sus padres y maestros piadosos. Cuando algunos cristianos se alejan del hogar, se gozan en la oportunidad de «bajar la guardia y darse a la vida»; pero no fue así con Daniel y sus amigos.

B. Nuevo conocimiento (vv. 3–4).

La antigua sabiduría judía debía descartarse; a partir de ahora debía ser la sabiduría del mundo, la de Babilonia. Tenían que aprender la sabiduría y el lenguaje de sus captores. El rey esperaba que este «lavado de cerebro» haría de ellos mejores siervos. El pueblo de Dios a menudo tiene que estudiar cosas que no concuerdan con la Palabra de Dios. Como Daniel y sus amigos, debemos actuar lo mejor posible para no abandonar nuestra fe.

C. Nuevas dietas (v. 5).

Durante los siguientes tres años se suponía que los cuatro jóvenes debían comer de la dieta del rey, la cual, por supuesto, era contraria a las leyes dietéticas de los judíos. Sin duda el alimento se ofrecía a los ídolos de la tierra y, para los jóvenes judíos, comerlo hubiera sido blasfemia.

D. Nuevos nombres (vv. 6–7).

Al mundo no le gusta reconocer el nombre de Dios y sin embargo el nombre de cada uno de los jóvenes tenía el nombre de Dios incluido en el suyo. Daniel («Dios es mi juez») fue cambiado a Beltsasar («Bel protege su vida»). Bel era el nombre de un dios babilónico. Ananías («Jehová es gracia») llegó a ser Sadrac («el mandato del dios lunar»); Misael («¿quién como Dios?») llegó a ser Mesac («quién es como Ajú», uno de los dioses paganos); y Azarías («Jehová es mi ayudador») vino a ser Abed-nego («el siervo de Nego», otro dios pagano). Los babilonios esperaban que estos nuevos nombres contribuirían a que los jóvenes se olvidaran de su Dios y poco a poco llegaran a ser cada vez más como los paganos con quienes vivían y estudiaban.

II. Una prueba desafiante (1.8–16)

Los babilonios pudieron cambiar el hogar de Daniel, sus textos, el menú, el nombre, pero no pudieron cambiar su corazón. Él y sus amigos se propusieron en sus corazones que obedecerían la Palabra de Dios; rehusaron conformarse al mundo. Por supuesto, pudieron haber presentado excusas y «seguir la corriente» de la mayoría. Pudieron haber dicho: «¡Todo el mundo lo hace!», o «¡Será mejor obedecer al rey!» o «¡Obedeceremos en lo exterior, pero conservaremos nuestra fe en privado!» Pero no hicieron componendas. Se atrevieron a creer en la Palabra de Dios y a confiar en Él por la victoria. Rindieron sus cuerpos y entendimientos al Señor, como enseña Romanos 12.1–2, y estaban dispuestos a permitir que Dios hiciera el resto.

Daniel pidió una prueba de diez días, que no sería un tiempo muy largo dado que tenían tres años de preparación por delante; el jefe de los mayordomos accedió a su plan. «Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él» (Pr 16.7). Véanse también Mateo 6.33 y Proverbios 22.1. El siervo temía cambiar las órdenes del rey, por el riesgo de que algo les ocurriera a los jóvenes y a sí mismo, de modo que la prueba que Daniel propuso fue una buena solución al problema. Por supuesto, Dios honró su fe. A los muchachos se les dio legumbres y agua durante diez días, evitando así el alimento contaminado de los babilonios. Al final de la prueba los cuatro muchachos estaban más saludables y más hermosos que los demás estudiantes que comían de la mesa del rey.

Requiere fe y obediencia sobreponerse a las tentaciones y presiones del mundo. Aún no se había escrito 1 Corintios 10.13, pero Daniel y sus tres amigos sabían esa verdad por experiencia. Nótese lo cortés y amable que fue Daniel con el siervo babilónico; no «hizo desfilar» su religión ni abochornó al hombre. Este es un buen ejemplo para seguir: ¡podemos mantener nuestras convicciones sin convertirnos en maniáticos!

III. Triunfo divino (1.17–21)

Una prueba de diez días es una cosa, pero, ¿qué tal en cuanto al curso de tres años en la universidad de Babilonia? La respuesta se halla en el versículo 17: «Dios les dio», ¡todo lo que necesitaban! Les capacitó para que aprendieran sus lecciones mejor que los demás estudiantes y añadió a este conocimiento su sabiduría espiritual. Los «magos y astrólogos» del versículo 20 eran los hombres del reino que estudiaban las estrellas y trataban de determinar qué decisiones debía tomar el rey. También decían que interpretaban sueños. Es cierto que Daniel y sus amigos no creían en la religión y prácticas insensatas de los babilonios, pero de todas maneras las estudiaron, así como el estudiante cristiano debe hacerlo hoy cuando asiste a una universidad y se le dice que debe aprender «hechos» que él sabe que son contrarios a la Palabra de Dios. Daniel comprendía que Dios podría usarlo como testigo en un lugar impío; ¡y lo hizo durante los siguientes setenta y cinco años!

El rey mismo tuvo que admitir que los cuatro jóvenes hebreos eran diez veces más listos que sus mejores consejeros. Por supuesto, esta clase de reputación despertó la envidia de los astrólogos y no sorprende que más tarde trataran de deshacerse de los jóvenes hebreos. Si Daniel se hubiera preocupado por complacer a la gente y de ser «popular», hubiera cedido a las presiones y le hubiera fallado al Señor. Pero como vivía para agradar al Señor, eludió las caras y las amenazas de los demás, e hizo lo que Dios quería. Necesitamos cristianos hoy que se propongan en su corazón poner a Dios primero en todo: en el comedor, en el salón de clases, ¡e incluso en el salón del trono!

«Y continuó Daniel». ¡Qué testimonio! Satanás debe haberle dicho a Daniel: «Mejor será que sigas la corriente si quieres ser alguien por aquí». Pero Daniel obedeció al Señor; y «continuó» allí más que ningún otro. Ministró bajo cuatro reyes y quizás vivió para ver a los judíos regresar a su tierra al finalizar el cautiverio. «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2.17). Es más, hoy recibimos bendición y ayuda debido a la fidelidad de Daniel. Si le hubiera fallado a Dios cuando enfrentó las pruebas en su juventud, Daniel jamás hubiera obtenido las victorias y bendiciones de los años posteriores. Le llamaron «amado» (10.11), honor dado en la Biblia sólo a otro: Jesucristo. Debido a que vivió en la voluntad de Dios, Daniel disfrutó del amor de Dios (1 Jn 2.15–17). Su consagración le dio valentía; su fe le hizo fiel.

DANIEL 2

Este capítulo es el bosquejo de la historia del mundo. Una comprensión de este capítulo y del capítulo 7 le ayudará en su estudio de Apocalipsis y otras profecías bíblicas. Nótese la tabla en las notas preliminares a Daniel.

I. El peligro de Daniel (2.1–13)

Cuando Nabucodonosor llegó por primera vez a Jerusalén a conquistar, aún no era rey; servía a su padre, Nabopolasar de Babilonia. Esto explica lo que parece ser una contradicción entre los tres años de preparación de Daniel en 1.5 y el «segundo año» del reinado del rey en 2.1. Una vez más la arqueología ha demostrado que la Biblia es veraz. Al rey le preocupaba su futuro (véase v. 29) y si su reino duraría o no. Dios le dio un sueño describiendo el futuro, pero no pudo comprenderlo. Es más, ¡se le olvidó! Los cristianos tienen el Espíritu Santo para enseñarles y recordarles (Jn 14.26). Los «falsos» magos y sabios estuvieron realmente en un aprieto, porque el rey no sólo quería la interpretación, ¡sino también una descripción del sueño! Cualquiera podía «inventar» una interpretación, pero era imposible que describieran un sueño que jamás vieron. Trataron de «dar largas al asunto» (v. 8), esperando que el rey «cambiara de parecer» (v. 9). En lugar de eso, el rey ordenó que se matara a todos los sabios y esto incluía a Daniel y a sus tres amigos. Satanás es un homicida (Jn 8.44); con seguridad le hubiera encantado ver muerto a Daniel.

II. La oración y la alabanza de Daniel (2.14–23)

Debemos admirar la valentía de Daniel, porque se enfrentó con audacia al verdugo principal e incluso fue directamente a ver al rey. «El justo está confiado como un león» (Pr 28.1) y el rey le dio a Daniel tiempo, aun cuando había rehusado dárselo a los otros sabios. Daniel y sus tres amigos sabían lo que tenían que hacer: pasaron las siguientes horas en ferviente oración a Dios. «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios» (Stg 1.5). «Pedid, y se os dará» (Mt 7.7). Y Dios le reveló el sueño y su significado a Daniel en las horas de la noche. Léase Proverbios 3.32 y Salmo 25.14 para ver por qué se le dio a Daniel este privilegio. En lugar de correr hasta donde el rey, o de jactarse de su nueva sabiduría, Daniel se detuvo para alabar a Dios. Y usted notará en los versículos 25–30 que Daniel le dio toda la gloria a Él; no se atribuyó ninguna. No hay límite a lo que Dios hará por el creyente que le da a Él toda la gloria.

III. La profecía de Daniel (2.24–25)

El profeta fue a ver al jefe de los verdugos y le dijo que no matara a los demás sabios. Merecían la muerte, por supuesto, y si los hubieran eliminado, eso hubiera exaltado la posición de Daniel; pero este no era hombre que odiara a sus enemigos. Sólo la eternidad revelará cuántos perdidos se han salvado de daño físico por la presencia e intercesión de un creyente. Entonces Daniel le dijo al rey el contenido de su sueño olvidado. El rey se quedó preocupado por el futuro de su reino (v. 29), de modo que Dios le dio una visión de los reinos venideros. Vio una enorme imagen de hombre: la cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre o bronce (pero no latón, el cual no se conocía en ese tiempo), las piernas de hierro y los pies de barro y hierro. También vio una piedra que daba contra los pies y reducía a polvo toda la imagen. Luego la piedra creció y llenó la tierra como una gran montaña.

El versículo 28 nos dice que el significado completo es para los «postreros días». Cada metal representaba un reino diferente: Babilonia era la cabeza de oro (v. 38); le seguiría el Imperio Medo Persa, el pecho y los brazos de plata; luego vendría Grecia, el vientre y los muslos de bronce; Roma le seguiría con las dos piernas de hierro (y el Imperio Romano se dividió en dos partes: oriental y occidental). Los pies de hierro y barro (una mezcla quebradiza) representaban los reinos del final de los tiempos, una continuación del Imperio Romano dividido en diez reinos (los diez dedos de los pies). Por supuesto, el «reino humano» final sobre la tierra será el del anticristo durante la última parte de la tribulación. ¿Cómo acabará todo? Cristo, la Piedra (Mt 21.44), aparecerá de repente y golpeará las naciones del mundo, estableciendo su propio reino mundial de poder y gloria.

Esta imagen es, entonces, un cuadro de la historia mundial. Usted puede ver que los materiales decrecen en *peso* (de oro a barro), de modo que la imagen es más pesada en la parte superior y fácil de derribar. Muchos piensan que la civilización humana es muy fuerte y duradera; en realidad descansa en pies quebradizos de barro. Nótese también que decrece el *valor*: de oro a plata a bronce a hierro y a barro. ¿Está «mejorando» la humanidad con el paso del tiempo? ¡No! La civilización humana en realidad se desprecia y debilita. También hay un decrecimiento en *belleza* y *gloria* (sin duda el oro es más hermoso que el hierro mezclado con barro); y también hay un decrecer de *fuerza* (de oro a barro) conforme nos acercamos al final de la historia humana. Cada uno de los siguientes reinos tenían su fortaleza, por supuesto, y Roma ejerció un tremendo poder militar; pero a través de la historia la civilización se ha debilitado cada vez más. Esto explica por qué el anticristo podrá organizar una dictadura mundial: las naciones serán tan débiles que demandarán un dictador tan solo para sobrevivir.

Cada uno de estos reinos tenía una forma diferente de gobierno. A Babilonia la gobernaba un monarca absoluto, un dictador (véase 5.19). El Imperio Medo Persa tenía un rey, pero trabajaba mediante príncipes y leyes establecidos (véase 6.1–3; y recuerde la «ley de los medos y los persas» en Ester 1.19). Grecia actuaba a través de un rey y un ejército, y Roma, que se suponía debía ser una república, era en realidad un gobierno militar mediante leyes. Cuando se llega al hierro y al barro, tenemos el gobierno presente: el hierro representa la ley y la justicia; el barro representa a la humanidad y juntos hacen una democracia. ¿Cuál es la fuerza de la democracia? La ley. ¿Cuál es su debilidad? La naturaleza humana. Hoy en día vemos que la ley se abandona cuando la naturaleza humana rehusa a que la limite el orden y las leyes de Dios.

Todo este cuadro no es nada optimista. Nabucodonosor vio que su reino caería un día y lo reemplazaría los medos y los persas. Esto ocurrió en el 538 a.C. (Dn 5.30–31). Alrededor del 330 a.C., los griegos conquistarían a los medos y los persas; y Grecia daría paso a Roma. El Imperio Romano desaparecía externamente, pero sus leyes, filosofías e instituciones continuarían hasta este mismo día, llevándonos a los «pies de barro». La única esperanza para este mundo es la venida de Cristo. Cuando Él venga a la tierra, conquistará a las naciones (Ap 19.11ss) y establecerá su reino glorioso.

IV. El ascenso de Daniel (2.46–49)

El rey cumplió su promesa (v. 6), y le dio a Daniel honores y regalos, pero este no los aceptó puesto que sólo anhelaba que Dios recibiera la gloria. A Daniel lo honraron y ascendieron porque fue fiel a Dios y no porque haya hecho componendas con sus convicciones. Se sentó a la puerta, que era el lugar de autoridad. Lot también se sentó a la puerta (Gn 19.1), pero lo hizo porque se comprometió y abandonó la voluntad de Dios, ¡y lo perdió todo! Nótese que Daniel no se guardó todos los honores para sí, sino que pidió que sus tres amigos participaran también del ascenso (v. 49). Mientras más vemos al hombre, más lo apreciamos por su desprendimiento y humildad.

Veremos otra vez estos reinos en el capítulo 7. Allí se mostrarán como bestias salvajes, porque así es lo que Dios ve cuando mira a la historia humana. A Dios no le impresiona ni el oro, ni la plata, ni el bronce. Ve el corazón humano y sabe que los reinos de este mundo están llenos de violencia y pecado. Desde el punto de vista humano, los reinos terrenales son como metal: duraderos y fuertes; desde el punto de vista de Dios son bestias feroces que deben inmolarse. Daniel tenía perfecta confianza y paz debido a que sabía el plan de Dios para el futuro. El cristiano de hoy que conoce la Palabra de Dios también tendrá paz.

¡Qué historia tan dramática es esta! ¡Imagínese a tres judíos atreviéndose a desafiar al rey del mundo y a ser diferentes a los miles de babilonios! Aunque este suceso ocurrió hace más de dos mil años en la distante Babilonia, tiene lecciones para nosotros hoy.

I. La lección práctica

Hay un intervalo de veinte años entre este capítulo y los acontecimientos del capítulo 2. Como verá, el corazón de Nabucodonosor no había cambiado ni un ápice. Admitió en 2.46–47 que Jehová Dios era un Dios grande, pero esta verdad realmente jamás llegó a su corazón. Alabó a Daniel y al Dios de Daniel, pero no se arrepintió de sus pecados ni confió en Él. Como resultado, el rey trató de obligar a toda la nación a que adoraran ídolos, lo cual, a la larga, en realidad quería decir adorar al rey. Después de todo, ¿no era él la «cabeza de oro» en la imagen que vio en su sueño (2.38)? Entonces, ¿por qué no hacer una estatua de oro (quizás de madera recubierta en oro) y glorificar más al rey? Así es como actúa el corazón humano cuando no honra a Dios: el hombre se glorifica a sí mismo y trata de que todo el mundo lo adore.

Naturalmente, los tres oficiales judíos no podían seguir las órdenes del rey. Romanos 13 les dice a los creyentes que obedezcan a los gobernantes y las leyes, pero Hechos 5.29 y 4.19 aclara que ningún creyente debe desobedecer a Dios por obedecer al gobierno. Cuando el gobierno trata de controlar nuestra conciencia y decirnos cómo debemos adorar, debemos obedecer a Dios antes que a los hombres, cueste lo que cueste. No fue fácil para Sadrac, Mesac y Abed-nego mantenerse en pie mientras todo el mundo se inclinaba al oír el son de la música, pero rehusaron ceder. Algunos de los otros sabios (v. 8) aprovecharon esto como una oportunidad para acusar a los judíos, y el rey se encolerizó cuando oyó que su decreto se había desobedecido. Sabiendo que los tres hombres eran buenos (y amigos de Daniel), les dio otra oportunidad, pero ellos permanecieron firmes. ¡Preferían morir quemados antes que claudicar! Así, los arrojaron al horno, atados con sus ropas. Tres promesas se destacan en esta historia:

A. La promesa de persecución.

Los cristianos deben esperar el horno de la persecución si van a ser totalmente consagrados a Cristo. «No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido» (I P 4.12ss). El mundo nos aborrece y Satanás trata de que «calienten el horno» siete veces más. Por supuesto, los tres judíos pudieron haber presentado excusas y seguir la corriente. En vez de eso, permanecieron firmes juntos y con el Señor, confiando en que Dios se glorificaría a sí mismo, bien sea por su vida o por su muerte. Cristiano, espere persecución; Dios la ha prometido (Flp 1.29; Jn 15.18–20).

B. La promesa de preservación.

Dios nunca abandona a los suyos cuando atraviesan la prueba de fuego. Tal vez no nos mantenga fuera del horno, pero entrará con nosotros y nos hará salir adelante para su gloria. Lea en Isaías 43.2 la promesa de Dios para usted. Cuando el rey miró dentro del horno vio a cuatro hombres; y uno de ellos era Jesucristo. Cristo andaba con ellos; Él desató sus ligaduras; los preservó para que no sufrieran daño; es más, ni siquiera tenían el olor del fuego al salir (v. 27). ¿El secreto? Su fe (Hebreos 11.30–34).

C. La promesa de engrandecimiento.

Estos hombres estuvieron en realidad mucho mejor por haber atravesado por el fuego. Por un lado, les dio la oportunidad de andar con Cristo y de sufrir con Él. Vale la pena el peligro y la prueba para saber cuán cerca puede estar el Señor de nosotros. El fuego los libró de sus ataduras, así como los sufrimientos por Cristo hoy nos da gozosa libertad del pecado y del mundo. Su experiencia glorificó a Dios ante otros (I Co 6.19–20), y el rey los engrandeció y les dio honores. Primero los sufrimiento; luego la gloria (véase I P 5.1, 10–11).

II. La lección doctrinal

En la Biblia «Babilonia» es más que una ciudad o un imperio; representa un sistema. Es la designación de Dios para el sistema de Satanás en este mundo. Babilonia empezó en Génesis 10.10; fue la obra de Nimrod, el «poderoso que se rebeló contra Dios». Babilonia representa nuestra rebelión contra el Señor y nuestros sustitutos por lo que Él nos da. En Génesis 11 vemos a Babel en su rebelión contra Dios, un intento humano de unidad mundial política y religiosa. Esto es lo que Nabucodonosor quería lograr con esta gran estatua; quería unificar a su reino bajo un solo gobierno y una sola religión. Pero toda esta artimaña se centraba en el hombre; no había ningún lugar para Dios. Y se centraba alrededor del oro. Todo este sistema babilónico es la falsificación de Satanás, oponiéndose a la verdad de Dios y tratando de atrapar el corazón, el entendimiento y el cuerpo de la gente. En realidad, el nombre «babel» significa «la puerta de Dios». Pretende ser el camino al cielo. En verdad es el camino al infierno.

En Apocalipsis 17–18 vemos el desarrollo final de este falso sistema; todos los sistemas materiales, culturales y religiosos del mundo unidos en una federación mundial. Dios permitirá que este sistema de «un mundo» crezca y luego lo destruirá de una vez por todas. Es importante que usted conozca la diferencia entre la verdad de Dios y las mentiras de Satanás, entre el verdadero cristianismo y las «religiones» de Satanás. Los verdaderos creyentes no son parte de este sistema mundano (Ap 18.4–5). Como los tres hebreos, debemos adoptar una posición firme contra Babilonia y testificar de la verdad de la Palabra de Dios.

III. La lección profética

Aquí tenemos un cuadro de los acontecimientos de los últimos días. Nótese, antes que todo, que Daniel no estaba cuando ocurrieron estas cosas. Sin duda estaba lejos en asuntos oficiales del rey y este aprovechó su ausencia para erigir su impío ídolo. Esto ilustra el Arrebatamiento de la Iglesia: cuando la Iglesia salga de este mundo, Satanás llevará a cabo sus planes diabólicos para esclavizar las mentes y los cuerpos de los hombres.

En 2 Tesalonicenses 2 y Apocalipsis 13 se nos aclara que Satanás tendrá su «agosto» después que los cristianos hayan sido arrebatados y llevados al cielo. Por un lado, levantará un gobernador mundial, el anticristo, quien (como Nabucodonosor) conquistará naciones y establecerá un gobierno totalitario. La Iglesia ya no estará aquí, pero habrá 144.000 creyentes judíos sellados por el Señor y protegidos de las artimañas de Satanás (Ap 7.1–8; 14.1–5). El anticristo erigirá su imagen y obligará al mundo a que la adore (véase Ap 13); pero los judíos fieles no se postrarán. Como los hebreos en Babilonia, los 144.000 servirán a Dios y Él los protegerá. Es interesante notar que la imagen del rey Nabucodonosor se identifica con el número seis (sesenta codos de alto, seis codos de ancho, Dn 3.1) y la imagen del anticristo se identifica con su número, 666 (Ap 13.18). Es a esta imagen que Jesús llamó «la abominación desoladora» en Mateo 24.15–22.

De modo que Daniel 3 es un pronóstico profético de Israel durante el período de la tribulación, después que la Iglesia haya sido arrebatada. Nabucodonosor representa al anticristo; su imagen representa la imagen del anticristo que se erigirá; y los tres hebreos representan a los creyentes judíos, los 144.000 que serán protegidos durante la tribulación. Es probable que estos judíos lean Daniel 3 y lo comprendan, y saben que su Dios entrará con ellos en el horno de la tribulación y los sacará de nuevo para su gloria.

Cada día podemos ver a nuestro mundo actual avanzando hacia la unificación. En estos días hay cientos de organizaciones y acuerdos que ligan a las naciones unas con otras. Un día habrá los «Estados Unidos de Europa» y el líder de esa organización llegará a ser un dictador mundial, el anticristo. El escenario está listo. «La venida del Señor está cerca». Antes que Jesús vuelva, los cristianos debemos atravesar el «horno de fuego», pero no tenemos que temer, porque Él está con nosotros. Y es mejor entrar en el horno de fuego que vivir en un lago de fuego por la eternidad.

DANIEL 4

Este capítulo es un documento oficial de Babilonia, escrito por el mismo rey. Es la historia de su conversión y es tremenda historia. Tenga presente que se escribió siete años después de la experiencia misma, de modo que los versículos 1–3 y 37 son el testimonio público de Nabucodonosor de lo que Dios le hizo a él y por él. Consideraremos estos versículos al final de nuestro estudio. Ahora veamos el relato del sueño del rey.

I. El sueño recibido (4.4–18)

Era en un tiempo de paz y prosperidad que Dios le envió este sueño al rey, porque el mismo en realidad era una advertencia divina de que sus pecados a la larga lo iban a alcanzar. Él estaba seguro, pero era una seguridad falsa, similar a la que Jesús describió en la parábola del rico insensato (Lc 12.15–21). Es cuando este perverso mundo descanse en «paz y seguridad» que el juicio de Dios caerá (1 Ts 5.3). La única seguridad y descanso verdadero se halla en Jesucristo.

El sueño fue así: vio un enorme árbol que daba sombra en toda la tierra, con aves y animales refugiándose bajo él, y oyó una voz angélica diciendo: «Derribad el árbol». El árbol se derribó, pero la cepa se dejó en la hierba húmeda, con atadura de hierro durante «siete tiempos». No hace falta decirlo, el rey quedó muy perturbado con este sueño, especialmente porque había recibido otro sueño en los primeros años de su reinado y porque estaba relacionado con el futuro de su reino.

El rey convocó a sus sabios y les contó el sueño, pero no pudieron explicarlo. Recuerde cómo se jactaron en el capítulo 2: «Di el sueño[. . .] y te mostraremos la explicación». Los sabios según el mundo se jactan de su gran sabiduría, pero no pueden comprender ni explicar las cosas de Dios (1 Co 2.14–15). El rey sabía que sólo un hombre podía resolver el problema: Daniel, el hombre de Dios. Así que llamó a Daniel a su trono y le relató el sueño que le había dejado perplejo. Nabucodonosor tenía poder, riquezas y gloria, pero no podía descifrar el futuro. El cristiano más pobre es más rico que él, porque en la Palabra tenemos el programa de Dios para el futuro.

II. El sueño revelado (4.19–27)

Dios usó a Daniel para ser una «luz en las tinieblas», porque le reveló el significado del sueño. Pero la revelación dejó atónito al profeta durante una hora. Esta debe haber sido la hora más larga en la historia del rey. Para Daniel fue claro que el mensaje del sueño era inquietante. No lo tomó a la ligera ni lo dijo descuidadamente. Un verdadero profeta siempre simpatiza con su mensaje; siente la carga del mismo y entrega con fidelidad la Palabra de Dios. Muchos tienen la idea de que la sabiduría y conocimiento espirituales siempre conducen al gozo y al testimonio, cuando algunas veces llevan a la aflicción y al silencio. Véase en 10.1–3 la reacción de Daniel a la verdad respecto a los setenta años de cautividad.

La explicación no es difícil de captar. El árbol representaba a Nabucodonosor y su gran reino (vv. 20–22). Dios a menudo usa la figura de un árbol para ilustrar un reino; Ezequiel 31 es un ejemplo, al igual que Mateo 13.31–32. Un árbol es un buen símbolo de un reino terrenal, porque está arraigado en la tierra y depende de ella para su alimento y estabilidad. Las otras naciones que buscaban en Babilonia protección y provisión se indican mediante animales y aves que vivían en el árbol y bajo él. Sin duda, Babilonia llegó a ser un reino grande y poderoso. Pero Nabucodonosor no debía jactarse, porque fue Dios el que le dio el trono y el reino. Esta era la lección que el monarca iba a aprender por la vía difícil.

El «vigilante y santo» es un ángel de Dios, designado para trabajar en el reino de Babilonia. Daniel 10.4–20 nos informa que los ángeles están muy activos en los asuntos de las naciones del mundo. El ángel anunció: «Cortad el árbol; sacad a Nabucodonosor del trono». ¡Qué experiencia tendría el rey! En realidad dejaría de vivir como hombre y viviría como animal durante siete años. El árbol se cortaría y la atadura de hierro restringiría su crecimiento, pero el juicio no sería permanente. Después de siete años Nabucodonosor volvería a ser humano, se le devolvería su razón y ascendería a su trono en gran gloria.

¿Por qué Dios obraba de esta manera en la vida del rey? Para enseñarle humildad. Usted recordará que en el «sueño de la imagen» del rey se le describió como la cabeza de oro; y en el capítulo 3 el rey hizo una estatua de oro para atraer a sí la adoración y la alabanza. Dios le mostraría a este arrogante monarca que en realidad de corazón era una bestia. Es más, en el capítulo 7 Daniel tendrá una misión que muestra que *todos* los imperios no son sino bestias salvajes. Daniel le advirtió al rey que se arrepintiera y cambiara sus caminos. «Deja tus pecados», le suplicó, «y tal vez Dios te dará perdón y tiempo para que le sirvas». Después de todo, Dios le habló al rey en dos ocasiones diferentes: el sueño del capítulo 2 y el episodio del horno de fuego en el capítulo 3; y es peligroso cerrar los oídos a Dios.

III. El sueño realizado (4.28–36)

Ocurrió como Daniel dijo. Dios le dio a Nabucodonosor un año entero para considerar la advertencia y abandonar sus pecados, pero el rey hizo caso omiso. A decir verdad, se ensoberbeció más y más en sus logros. Véanse Eclesiastés 8.11 y Proverbios 29.1. Pero llegó el día cuando el juicio cayó y la naturaleza animal del rey se reveló para que todos la vieran. Lo arrojaron de su palacio y vivió siete años como una bestia en el campo, comiendo hierba como un buey. Cuando Dios quiere humillar a un rey orgulloso, puede hacerlo rápida y completamente.

Esto no fue para siempre. Después de siete años Nabucodonosor se convirtió. El primer paso (el rey nos lo dice) fue: «alcé mis ojos al cielo» (v. 34). Fue muy grave que no lo hiciera mucho antes. «Bendije al Altísimo, y alabé a Dios». Esto da la impresión de un hombre cuya vida ha sido cambiada por fe en el Señor. El rey aprendió su lección: él no era nada y Dios era todo. Léanse los versículos 34–35 para ver cuánta doctrina práctica aprendió Nabucodonosor mediante su experiencia humillante. Qué trágico que los orgullosos gobernantes del

mundo actual no vean que son nada y que Dios lo es todo. El versículo 17 indica la lección claramente: «El Altísimo gobierna el reino de los hombres».

Ahora volvamos a los versículos 1–3. Aquí tenemos al poderoso dictador hablándoles a los pueblos del mundo y enviándoles *paz*. Nabucodonosor no se conoció por sus actividades pacíficas, porque fue un cruel hombre de guerra. El versículo 1 casi se lee como una epístola del NT de Pedro o Pablo. Nótese cómo en los versículos 2–3 le da toda la gloria a Dios y le atribuye la grandeza a Él. Esto, de nuevo, era poco probable en este dictador pagano; apenas siete años antes dijo: «¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado?» Se jactaba de *su* poder y *su* majestad, sin siquiera una sílaba de alabanza o gratitud a Dios. Pues bien, todo eso ha cambiado ahora; el rey escribe un documento oficial dando testimonio personal de lo que Dios ha hecho por él. El versículo 37 es el grandioso clímax: «Ahora yo[…] alabo y glorifico», no a Nabucodonosor, sino «al Rey del cielo», y «Él puede humillar a los que andan con soberbia». ¿Tenemos en este capítulo un vistazo previo de lo que ocurrirá a las naciones en los últimos días? Precisamente cuando ellas se jacten de su grandeza y gloria, Dios les enviará siete años de terrible juicio y las abatirá. Luego, al final del período de la tribulación, Cristo volverá a la tierra y establecerá su Reino. Las naciones que han confiado en Él entrarán en el Reino glorioso; las otras se arrojarán afuera. Como Nabucodonosor, los creyentes se convertirán de su orgullo e incredulidad y disfrutarán de las bendiciones de Dios.

DANIEL 5

Pasan aproximadamente veinte años entre los capítulos 4 y 5. Nabucodonosor sale de la escena, le sucedió un hijo que reinó apenas unos años, al cual más tarde lo asesinó su cuñado. Este, a su vez, reinó cuatro años, pero murió en batalla. Los siguientes dos gobernantes ocuparon el trono por un breve tiempo; el segundo de estos fue Nabonido. En realidad era el yerno de Nabucodonosor y estaba casado con la viuda de uno de los reyes anteriores. En este tiempo Nabonido era rey del Imperio Babilónico y su hijo Belsasar era el rey de la *ciudad* de Babilonia. Esto explica por qué se menciona a Daniel como el tercer señor (vv. 7, 29). Mientras ocurren los hechos del capítulo 5, el rey Nabonido permaneció cuatro meses cautivo de los medos y los persas. Nótense las experiencias de Belsasar.

I. Disfruta de su fiesta (5.1–4)

Este banquete fue en honor de uno de los grandes dioses babilónicos y se celebró en el otoño del año 539 a.C. Los arqueólogos han desenterrado palacios de Babilonia que tienen enormes salones, lo suficiente grandes como para recibir miles de invitados. También han descubierto que las paredes estaban cubiertas con una sustancia blanca similar a la tiza, lo cual explica el asunto de la escritura en la pared. La principal idea de estos versículos es la bebida y el vino. El vino siempre ha estado asociado con Babilonia y el «sistema» babilónico de este mundo (Jer 51.7; Ap 14.8; 17.1–5; 18.3, 13). El rey no se contentó con beber vino para sus dioses (v. 4 y véase Ap 9.20); quiso también blasfemar al Dios de los judíos. Así que hizo traer los vasos sagrados del templo para usarlos en este banquete idólatra y blasfemo (véase Dn 1.2). La palabra «padre» en 5.2 indica su «abuelo»; véase también el uso en los versículos 11, 13. Por favor, tenga presente que los medos y los persas ya estaban en las afueras de las puertas de la ciudad cuando se estaba realizando este banquete. Tan confiado estaba el rey de que su ciudad fortaleza era inexpugnable, que se reía de los ejércitos invasores. Qué cuadro del mundo de hoy: el juicio está a punto de venir y sin embargo la gente está dándose a la alegría y adorando a sus dioses falsos. «Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina» (1 Ts 5.3). Babilonia era una ciudad fuerte, con murallas de ciento cinco metros de altura y quince metros de espesor. El río Éufrates atravesaba diagonalmente a la ciudad y grandes puertas de bronce controlaban las entradas. ¿Cómo podía algún ejército invasor capturar tal ciudad?

II. Revela su temor (5.5–9)

Al parecer, los invitados no vieron de inmediato la aparición de la mano misteriosa, pero el rey miró sobre las cabezas de ellos y la vio en la pared opuesta. Imagínese cuán sorprendidos quedaron los invitados cuando vieron al rey temblando y sus rodillas dando la una contra la otra. El vino no pudo darle valor ahora; estaba frente a frente con un mensaje de Dios. El versículo 7 se puede leer: «Y el rey *lanzó alaridos*». Tenía que saber el significado de la mano y de la escritura. Es más, ofreció al hombre que pudiera explicarlos la posición de tercer señor de la tierra. (En pocas horas Belsasar ni siquiera estaría vivo y gobernando.) Como es usual, ninguno de los «expertos» del rey pudieron explicar la escritura en la pared y esto preocupó aún más al rey. Qué extraño que no conociera a Daniel, el hombre que asesoró a su abuelo Nabucodonosor. Pero Belsasar fue un joven despreocupado (en este tiempo tenía alrededor de treinta y cinco años) que estaba más interesado en el poder y el placer que en los asuntos espirituales. No sorprende que la ciudad cayera.

III. Descubre su futuro (5.10–29)

La reina madre resolvió el problema. Es posible que esta sabia mujer era la viuda de Nabucodonosor con quien Nabonido, padre de Belsasar, se casó para consolidar su poder en el reino. En cualquier caso, oyó la consternación en el salón del banquete y vino a aconsejar al rey: «Rey, vive para siempre», le dijo (v. 10); y antes que la noche se acabara él iba a estar muerto. Entonces le habló acerca de Daniel y cómo este asesoró al abuelo de Belsasar. Daniel era ya viejo en ese entonces y estaba «jubilado» del servicio público. Como miembro de honor de la familia oficial, quizás lo invitaron al banquete, pero él no se contaminaría ni comprometería su testimonio. Debido a su posición santa, Dios honró a Daniel (2 Co 6.14–18).

El rey trató de impresionar a Daniel (vv. 13–16), pero este no se dejó impresionar. Sabía que los regalos del rey no significaban nada en comparación con la bendición de Dios; y, a propósito, Belsasar no sería rey por mucho más tiempo. Antes de explicar la escritura, Daniel le predicó un sermón al rey, usando al abuelo del rey como ilustración. Le advirtió respecto a su orgullo y pecado, y le recordó que Dios juzgó con severidad a Nabucodonosor. «Y tú sabes todo esto», exclamó Daniel, «y sin embargo persistes en vivir una vida tan perversa. Ahora Dios te ha enviado un mensaje de juicio y es demasiado tarde». Dios le dio a Nabucodonosor un año para arrepentirse (4.28–33), pero para Belsasar no habría un año. Estaba sentenciado.

Ahora la explicación. Las palabras estaban en caldeo. En Babilonia una mina y un tekel eran pesas diferentes; y la palabra *peres* sencillamente significa «dividir». Cuando los magos vieron estas palabras en la pared, no pudieron entender su significado. Pero Dios le dio a Daniel la interpretación: «Contado, pesado, dividido». Los días de Belsasar estaban contados y su tiempo había finalizado; Dios lo pesó en sus balanzas y lo encontró falto; ahora se le quitaría su reino y los medos y los persas lo dividirían. Y téngase presente que Darío estaba a las puertas de la ciudad en esa misma hora. ¿Creyó Belsasar el mensaje de Dios después de todo su temor y temblor? No. No vemos evidencia de arrepentimiento ni preocupación. Cumplió su promesa de hacer a Daniel el tercer gobernante como si su reino fuera a continuar para siempre. El orgullo, la lujuria, la indiferencia y la autosatisfacción del rey lo llevó a su caída.

IV. Encuentra su destino (5.30–31)

Si Belsasar hubiera estudiado al profeta Isaías, hubiera sabido precisamente cómo sería tomada la ciudad de Babilonia y quién lo haría. Ciro, el conquistador persa, derrotaría a los medos y luego caería sobre Babilonia (Is 41.25; 45.1–4). Excavaría un canal que desviaría el río Éufrates y luego metería a escondidas su ejército en la ciudad por *debajo* de sus puertas. Los babilonios vieron al enemigo excavar, pero pensaron que iban a construir un montículo en contra de la ciudad. En realidad lo que hacían era desviar el río. ¿Por qué tomaron por sorpresa a la ciudad? Porque la mayoría estaba borracha. Era un día de gran fiesta religiosa y la gente estaba demasiado metida en placeres como para pensar en la defensa. El enemigo entró precisamente al salón del banquete y mató al rey. ¡Qué advertencia para cualquier nación! Tenemos hoy un mundo tan enloquecido por el placer que a cualquier enemigo le será fácil tomarlo por sorpresa y la historia se repetirá.

¿Quién era Darío el medo? Isaías predijo que Ciro capturaría a Babilonia y libertaría a los judíos (Is 44.28–45.13); véanse también Daniel 1.21 y 10.1. A Darío se lo menciona como «rey» en Daniel 6.1, 6, 9, 25, 28; 9.1; 11.1. La solución se encuentra en la palabra «tomó» en 5.31; debe traducirse «recibió». Darío (el líder militar de Ciro) recibió el reino de parte de Ciro, rey de Persia, y gobernó a Babilonia en su nombre. En 6.28 vemos que era un reinado doble; Ciro era el rey del imperio, en tanto que Darío gobernaba en Babilonia y el área circunvecina. Ciro entró en Babilonia como un conquistador poderoso y procedió a tratar sabiamente con todos, incluyendo a los exilados judíos. Fue Ciro el que dictó los decretos que permitieron a los judíos regresar a su tierra y reedificar su templo (Esd 1.1–4; véase Is 44.28). Así, aun el levantamiento y la caída de los imperios es parte del plan de Dios para su pueblo.

La caída de Babilonia en el 539 a.C. es un cuadro de la futura caída de Babilonia (el sistema mundano del diablo) según aparece en Apocalipsis 17–18. Y los creyentes bíblicos pueden ver ya «la escritura en la pared». Pero los ciegos gobernantes del mundo continúan en su orgullo y placer, sin siquiera percatarse de que el Señor viene.

DANIEL 6

En este capítulo vemos un día de la vida del primer ministro del Imperio Medo-Persa: Daniel, el amado. Recuerde ahora que Daniel no es ningún adolescente en este capítulo; es un hombre de más de ochenta años. Esto demuestra precisamente que la edad no es barrera para servir a Cristo, ni tampoco es protección para la tentación y la prueba. Debido a que Daniel empezó joven como un hombre de fe y oración, fue fiel al Señor incluso en su ancianidad.

I. Aurora de devoción

¿Cómo empezaba el primer ministro cada día? Oraba al Señor. En 6.10 se nos dice que Daniel oraba tres veces al día, en una «cámara de oración» especial en el terrado de su casa. «Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré», dice el Salmo 55.17. De modo que Daniel empezaba su día con Dios; y a muy buena hora lo hacía. El enemigo estaba al acecho y Daniel iba a enfrentar una de las más grandes pruebas de su vida. «Velad y orad» fue la advertencia de nuestro Señor. La oración no era algo incidental en la vida de Daniel; era lo más esencial. Tenía un lugar y horas especiales para la oración, y usted puede estar seguro de que hablaba con el Señor todo el día. No sorprende que Dios lo llamara «muy amado» (9.23; 10.11, 19), lenguaje que en el NT Dios reserva para su Hijo. Fue el andar fiel de Daniel y su vida de oración constante lo que hizo de él uno de los «amados hijos» de Dios (léase con cuidado Jn 14.21–23). Cuán importante es empezar el día con el Señor. Abraham tenía este hábito (Gn 19.27); también David (Sal 5.3) y nuestro Señor Jesucristo (Mc 1.35).

II. Una mañana de engaño (6.1–9)

Dios honró a Daniel por su fidelidad, de modo que era prácticamente el segundo al mando en la tierra. Habían en realidad 124 personas involucradas en el liderazgo de la tierra: Darío el rey, los tres gobernadores (con Daniel como el jefe) y 120 sátrapas o príncipes. Vemos que Darío estaba tan impresionado con Daniel que planeaba hacerle oficialmente el segundo al mando. Los ascensos de Daniel en Babilonia muestran que un creyente no tiene que contemporizar para tener éxito (Mt 6.33).

Los otros 122 líderes no estaban contentos con el éxito de Daniel. Por algo: era un extranjero y judío. Satanás siempre ha aborrecido a los judíos y ha hecho todo lo posible para perseguirlos y eliminarlos. El perverso siempre aborrece al justo. Sin duda, el piadoso Daniel era honrado y atendía con cuidado los negocios del estado; los otros líderes le robaban al rey y cubrían sus robos con cuentas falsas. Es por esto que Darío reorganizó su gobierno, de modo que «el rey no fuese perjudicado». Los malos mintieron respecto al pueblo de Dios; le dijeron a Darío que todos los gobernadores estaban de acuerdo con el plan (v. 7), cuando ni siquiera le habían consultado a Daniel. Cuán insensato fue Darío al firmar el decreto sin consultar antes a su primer gobernador. Pero la historia demuestra que Darío se dejaba influir con facilidad por la lisonja.

III. Un mediodía de decisión (6.10–13)

Daniel fue uno de los primeros en oír del nuevo decreto y tenía que decidir lo que iba a hacer. Por supuesto, su carácter piadoso y andar espiritual ya habían decidido por él: serviría al Señor y oraría a Jehová como siempre lo había hecho. Podía haber presentado excusas y hecho compromisos. «Todo el mundo lo hace». Y era un anciano que había servido a Dios fielmente toda su vida. Un poquito de compromiso al final de su vida no haría demasiado daño. ¿No podría ser más útil al Señor vivo que muerto? No. Daniel se negó a contemporizar. Prefirió que los leones se lo comieran antes que perderse un culto de oración.

Sus enemigos vigilaban mientras Daniel entraba a su cámara de oración en donde las ventanas siempre estaban abiertas («Orad sin cesar»), y podían verlo arrodillado y alzando sus manos hacia Jerusalén. Ahora lo tenían atrapado. Pero Daniel tenía paz en su corazón. Oraba, daba gracias y suplicaba, y esta es la fórmula para la paz (Flp 4.6–7). Esta no fue una «reunión de oración por crisis»; Daniel estaba acostumbrado a orar y lo había hecho desde que era un adolescente. Es sabio empezar a establecer hábitos espirituales cuando se es joven.

IV. Atardecer de desilusión (6.14–17)

El rey se percató de cuán necio fue, pero aun su poder y riqueza no podían abrogar la ley de los medos y los persas. Dios no quería que Darío pusiera en libertad a Daniel; eso era un privilegio que se había reservado para sí mismo. Daniel no dependía del rey tampoco (Sal 146.1–6). Había aprendido mucho tiempo atrás a confiar en el Dios vivo. Dios no quería salvar a Daniel *de* la cueva de los leones; quería libertarlo al *sacarlo* de allí.

V. Una noche de liberación (6.18–23)

Qué contraste entre Darío en su palacio y Daniel en la cueva de los leones. Darío no tuvo paz, sin embargo Daniel estaba en perfecta paz consigo mismo, con Dios y con los leones. Estaba en un lugar de perfecta seguridad, porque Dios estaba allí. Algún enemigo podía haber asesinado a Darío en su mismo dormitorio. Todo el día anterior Darío trabajó con afán para tratar de librar a Daniel del juicio, sin embargo no podía quebrantar sus propias leyes. Daniel simplemente le habló al Dios del universo y recibió todo el poder que necesitaba. En todo sentido Daniel vivía como rey mientras que Darío era un esclavo.

Fue la fe de Daniel en Dios lo que lo libró (6.23; Heb 11.33). Es asombroso que tuviera alguna fe, después de vivir tantos años en esa tierra pagana. Su comunión diaria con el Señor era el secreto: tenía fe y fue fiel. Véase el Salmo 18.17–24.

Los cristianos de hoy enfrentan la tentación de contemporizar y a menudo aparece como el curso de acción «más seguro» seguir la corriente. Pero este es el más peligroso. En realidad, el único lugar seguro es la voluntad de Dios. Daniel sabía que era incorrecto adorar y pedir al rey, porque conocía la Palabra de Dios. Prefería morir obedeciendo la Palabra que vivir fuera de la voluntad de Dios. Satanás viene como león rugiente (1 P 5.8–9) y usa a nuestros enemigos para tratar de devorarnos (2 Ti 4.17), pero Dios puede librarnos para su gloria. No siempre es la voluntad de Dios librar a sus hijos del peligro; muchos cristianos han dado sus vidas en el lugar del deber. ¡Pero qué recompensa reciben! Léase Apocalipsis 2.10 cuidadosamente.

VI. Una mañana de destrucción (6.24–28)

Nuestra almas se rebelan al pensamiento de que familias enteras, incluyendo niños, sean arrojadas a los leones hambrientos. Pero esta era la ley de la tierra, la misma que estos hombres perversos trataron de usar en contra de Daniel. Qué trágico que sus hijos inocentes tuvieran que sufrir; sin embargo, tales son los terribles castigos del pecado. Creemos que los niños que aún no tenían la edad de responsabilidad fueron a estar con el Señor. Dios siempre vindica a los suyos. «El justo es librado de la tribulación; mas el impío entra en lugar suyo» (Pr 11.8). Si usted está atravesando persecución y se pregunta si Dios se preocupa, lea el Salmo 37.1–15 y confíe en Él así como Daniel lo hizo.

Ahora vemos por qué Dios permitió que Daniel atravesara esta experiencia (vv. 25–27). Glorificó el nombre de Dios. Pedro quizás tenía a Daniel en mente cuando el Espíritu le guió a escribir 1 Pedro 3.10–17. Cuando los cristianos vencen la tentación, siempre glorifican al Señor, aun cuando sólo los ángeles y los demonios lo vean. Ojalá nosotros, así como Pablo, deseemos que Cristo sea glorificado en nuestro cuerpos, «o por vida o por muerte» (Flp 1.20).

DANIEL 7–8

Hasta aquí Daniel ha interpretado los sueños de otros. Ahora Dios le da visiones extraordinarias a él mismo. Estos dos capítulos ocurren antes del capítulo 5, por supuesto, ya que Babilonia aún no ha caído ante los medos y los persas. Recuerde que el padre de Belsasar, Nabonido, era en realidad el rey de Babilonia (el imperio) y que Belsasar era su corregente en la ciudad de Babilonia. Nabonido llegó a ser rey en el 556 a.C., de modo que podemos fechar el capítulo 7 en el 556 y el capítulo 8 en el 554. Otros historiadores prefieren fechar el capítulo 7 en el 550, cuando Nabonido salió para Arabia y dejó a Belsasar oficialmente a cargo del imperio. Esto pondría el capítulo 8 en el año 548. En estas visiones Daniel ve el curso de la historia del mundo gentil y nos ayuda a comprender lo que le sucederá a los judíos al final de los tiempos.

I. La visión de las cuatro bestias (7)

En la Biblia el mar tempestuoso es un cuadro de las naciones gentiles (Ap 17.15; Is 17.12). Aquí es el Mar Grande o el Mediterráneo, y todos los imperios mencionados en esta visión estaban a orillas de ese mar. Daniel vio cuatro bestias y el ángel le explicó su significado. Cada bestia representaba un reino (v. 17).

A. El león con alas (v. 4).

Aquí tenemos a Babilonia, la cual corresponde a la cabeza de oro en el sueño de Nabucodonosor de la gran imagen (2.36–38). El león alado era una imagen favorita en Babilonia; se puede ver estas figuras en cualquier museo que exhibe piezas sobre Babilonia. El animal que se yergue como hombre nos recuerda la experiencia humillante de Nabucodonosor en 4.27–37. Babilonia aún reinaba en el mundo en ese tiempo, pero en unos pocos años (como lo explica el cap. 5), el imperio caería. Así esto nos lleva a la siguiente bestia.

B. El oso con las costillas (v. 5).

Aquí tenemos al Imperio Medo-Persa, al cual no se conoce por su agilidad ni su destreza, sino por su fuerza bruta, como la de un oso. Las tres costillas describen a los tres imperios ya derrotados (Egipto, Babilonia, Libia); y el hecho de que «se alzaba de un costado más que del otro» indica que una mitad del imperio (la mitad persa) era más fuerte y más honorable (más alta) que la otra mitad (los medos). El Imperio Medo-Persa conquistó Babilonia en el 539 a.C., pero su imperio duró sólo doscientos años.

C. El leopardo alado con cuatro cabezas (v. 6).

Sin duda, este es Grecia, dirigida por Alejandro Magno, quien ágilmente conquistó el mundo, derrotando a los persas alrededor del 331 a.C. Pero el gran general murió en el 323 y su vasto imperio se dividió en cuatro partes (y por esto las cuatro cabezas). Cuatro de sus principales generales tomó cada uno una parte del reino y gobernó como su monarca.

D. La bestia terrible (vv. 7–8,17–27).

Esta bestia dejó atónito a Daniel, porque nada en ella había aparecido en ninguna de las revelaciones anteriores. Parece claro que tenemos aquí al Imperio Romano, correspondiendo al hierro en la imagen de Nabucodonosor. Pero el cuadro parece ir más allá de la historia y a los «postreros días», porque vemos diez cuernos en la bestia y esto es similar a los diez dedos de los pies en la imagen del capítulo 2, el Imperio Romano que resurge en los últimos días. Los versículos 8 y 20 nos hablan del «cuerno [gobernante] pequeño» que aparecerá y derrotará a tres de los diez reinos representados por los diez cuernos y los diez dedos de los pies. Este cuerno pequeño se convertirá en un gobernante mundial, el anticristo. Su boca hablará grandes cosas y perseguirá a los santos (judíos y gentiles creyentes durante el período de la tribulación) durante tres años y medio (v. 25: tiempo, y tiempos, y medio tiempo). Esta es la última mitad del período de la tribulación, la «septuagésima semana», acerca de la cual Daniel nos hablará en el capítulo 9. De acuerdo a los versículos 11–12 los tres reinos anteriores (Babilonia, Media y Persia, y Grecia) los «tragarán» e incluirán en este gran imperio mundial, pero al final, se juzgará al anticristo y morirá. Léase Apocalipsis 13.1–2, donde Juan describe a la bestia (anticristo) y usa las mismas bestias que hallamos en Daniel 7. Pero nótese que el orden es a la inversa. Esto se debe a que Daniel miraba hacia adelante, en tanto que Juan miraba en retrospectiva.

E. El juicio (vv. 9–14,26–28).

Daniel debe haberse quedado pasmado al ver a un hombre en el cielo. Vio a Jesucristo, el glorioso Hijo del Hombre. Por supuesto, Dios no podía permitir que la bestia controlara el mundo. Enviará a su Hijo a juzgar la bestia y a destruir su reino, y entonces establecerá su glorioso Reino, con los santos de Dios reinando con Él.

Esta visión complementa y suplementa la del capítulo 2. Allí tenemos el punto de vista del hombre acerca de las naciones (metales preciosos) y aquí tenemos el punto de vista de Dios (bestias feroces). Véase el Salmo 49.12.

II. La visión del carnero y del macho cabrío (8)

Esta visión es en realidad una ampliación de 7.6, explicando cómo Grecia conquistará a los medo-persas. Volvemos en el capítulo 8 al lenguaje hebreo (hasta el final del libro; desde 2.4 ha estado en caldeo). El capítulo 8 sucede dos años después del capítulo 7 y describe los reinos que seguirán a Babilonia después de su caída. Dios llevó a Daniel en una visión a la capital de Persia, el palacio en Susa (véase Neh 1.1). ¿Por qué Susa? Porque Persia sería el próximo imperio.

El carnero (vv. 3–4) representa al Imperio Medo-Persa en sus conquistas (v. 20); el emblema de Persia era un carnero. En el momento preciso cuando el carnero acababa de «empujar», el macho cabrío apareció del oeste (v. 5) y saltó ágilmente al lugar donde el carnero había estado. Este carnero tenía dos cuernos, uno más alto que el otro, simbolizando a los medos y los persas, siendo los persas los más fuertes. El macho cabrío tenía un gran cuerno: Alejandro Magno. Ahora, el macho cabrío atacó al carnero, quebró los dos cuernos y llegó a ser muy grande (vv. 7–8). Esto representa la victoria de Grecia sobre el Imperio Medo-Persa. Pero entonces vemos al gran cuerno roto (la muerte de Alejandro) y cuatro cuernos ocupando su lugar (los cuatro generales que se dividieron el reino y lo gobernaron).

Sin embargo, aquí viene el «cuerno pequeño» de nuevo. Hallamos a un «cuerno pequeño» en 7.8 y ahora vemos a otro. El «cuerno pequeño» de 7.8 representaba al anticristo, el gobernante mundial del imperio mundial final antes de la venida de Cristo a la tierra. Pero este «cuerno pequeño» en 8.9 sale de una de las cuatro divisiones del reino de Alejandro. De modo que este no es el anticristo de los «últimos días», aun cuando tiene una relación definitiva con él. Este «cuerno pequeño» conquista a las naciones al sur y al oriente (Egipto, Persia) y luego invade Palestina («la tierra gloriosa»). No sólo ataca a los judíos políticamente, sino también religiosamente; porque trata de destruir su fe (v. 10) haciendo cesar los sacrificios en el templo (vv. 11–12). El versículo 13 nos dice que establecerá la «abominación desoladora» en el templo y profanará el templo durante dos mil trescientos días.

¿Quién es este hombre? La historia lo menciona: *Antíoco Epífanes,* un líder perverso que salió de Siria, una de las cuatro divisiones del imperio de Alejandro. Invadió Palestina y erigió una estatua a Júpiter en el templo. Incluso llegó a sacrificar un cerdo en el altar judío y a rociar su sangre en los atrios. Imagínese cómo se sentiría el judío ortodoxo respecto a esto. La historia nos dice que el templo quedó desolado hasta el 25 de diciembre de 165 a.C., cuando el patriota judío Judas Macabeo rededicó y purificó el templo. El número total de días entre la profanación y la dedicación fue de dos mil trescientos.

Pero esto no agota el significado de la visión. En los versículos 17–26 el ángel intérprete aclara que la visión llega hasta el tiempo del fin, los años finales de la historia judía. Antíoco Epífanes es sólo una ilustración, un bocado de prueba del hombre de pecado, el anticristo, el «cuerno pequeño» de 7.8. El versículo 23 lo llama «rey altivo de rostro». Este hombre hará un acuerdo para proteger siete años a los judíos (9.27), pero a mediados de ese período romperá su promesa, invadirá Palestina y se declarará dictador. Véanse los versículos 24–25, 2 Tesalonicenses 2.1–12 y Apocalipsis 13. Quitará los sacrificios diarios del templo, erigirá su propia imagen (esta es «la abominación desoladora» de Mt 24.15) y obligará al mundo a adorarle y a obedecerle. El versículo 25 nos dice que usará de sagacidad y mentiras para lograr sus propósitos. Incluso se levantará contra Cristo, el Príncipe de príncipes. Pero será una batalla perdida. Será quebrantado «sin mano» (véase 2.34), derrotado en la batalla del Armagedón (Ap 19). No sorprende que Daniel quedara atónito. Y así debemos estar nosotros al considerar las asombrosas profecías de la Palabra de Dios.

DANIEL 9–12

Estos capítulos finales contienen algunas de las profecías más detalladas de la Biblia y la mayoría de ellas ya se han cumplido. Queremos enfocar nuestra atención en el capítulo 9, porque una comprensión de las «setenta semanas de Daniel» es básica en la profecía bíblica. Este capítulo trata de dos períodos diferentes en relación con los judíos.

I. Setenta años de cautiverio (9.1–19)

A. La profecía (vv. 1–2).

Daniel era un estudioso de las Escrituras del AT, particularmente de aquellas profecías que se relacionaban con el destino de su pueblo. Ahora tiene noventa años de edad. Mientras leía Jeremías 25.1–14 el Señor le hizo ver que su pueblo estaría setenta años en Babilonia. Nótese que Dios no le da a la gente «visiones y sueños» cuando puede enseñarles por medio de su Palabra. Hoy su Espíritu nos enseña mediante la Palabra. Cuídese de las «nuevas revelaciones» que dicen recibirse de sueños y visiones. Daniel se dio cuenta de que los setenta años de cautiverio estaban a punto de concluir. Babilonia invadió Palestina y empezó su asedio en el 606 a.C. y Daniel comprendió las profecías en los años 539–38 a.C.; de modo que sólo quedaban dos años de los setenta que prometió Jeremías. ¡Qué tiempo tan emocionante tuvo Daniel en su estudio bíblico aquel día!

B. La oración (vv. 3–19).

La Palabra de Dios y la oración van juntas (Hch 6.4). Daniel no salió a jactarse de su perspectiva de la Palabra; es más, ni siquiera predicó un sermón. Cayó de rodillas para orar. Esta es la verdadera actitud del que estudia la Biblia con humildad. Es triste ver que la «verdad profética» hace a cierta gente jactanciosa en lugar de guerreros de oración. Qué extraño fue para la gente ver al ex primer ministro vestido de cilicio. La oración de Daniel es uno de los mejores ejemplos de intercesión en la Biblia. Confiesa sus pecados y los pecados de su pueblo. Repasa la historia de la Biblia y confiesa que la nación fue impía y Dios justo al juzgarlos. Conocía las advertencias que Moisés dio (v. 13, véase Lv 26), y sabía que él y su pueblo merecían mucho mayor desastre del que Dios les envió. Es maravilloso ver a Daniel identificándose con la nación pecadora, aun cuando él mismo no fue culpable de estos pecados. Después de confesar sus pecados y los del pueblo, Daniel empieza a orar por Jerusalén (vv. 16–19). Sin duda oraba a menudo por la ciudad santa; es más, esta es una de las razones por las cuales Dios le bendijo y le hizo prosperar (Sal 122.6–9). Pero, ¿por qué orar por la prosperidad de una ciudad desolada? Porque Dios no sólo prometió el fin del cautiverio, sino también llevar a los judíos de regreso a su tierra para que pudieran reconstruir el templo. Véanse Jeremías

29.10–14 y 30.10–24. En Isaías 44.28 Dios prometió que Ciro permitiría a los judíos reconstruir la ciudad de Jerusalén. De modo que Daniel se aferraba a estas grandes promesas y las convertía en oraciones de fe. Ahora veremos cómo Dios contesta sus oraciones. (Nótese cómo la oración de Daniel en Dn 9 es similar a las de Esd 9 y Neh 9.)

II. Setenta semanas de profecía (9.20–27)

No había sacrificio del atardecer que se ofrecía en Jerusalén, pero Daniel se ofrecía a sí mismo y a sus oraciones a la hora de la ofrenda del atardecer (véase Sal 141.1–2) y el ángel Gabriel vino a darle su respuesta. A Daniel le preocupaba Jerusalén y el monte santo (v. 20). ¿Sería restaurada la ciudad? ¿Sería reconstruido el templo? ¿Sería la nación alguna vez redimida del pecado y reinaría algún día la justicia en la tierra? Gabriel tenía todas las respuestas para Daniel y las hallamos en la famosa profecía de las «setenta semanas».

El número siete ha quedado estampado en Israel desde el principio. Tenía un *sabat* de días (Éx 23.12), apartando el séptimo día para honrar a Dios. También tenían un *sabat* de años (Lv 25.1–7); debían dejar la tierra sin cultivar en el séptimo año y darle descanso. Debido a que rompieron esta ley, los israelitas fueron llevados cautivos, un año por cada año sabático que no obedecieron a Dios (2 Cr 36.21; Lv 26.33–34). También tenían un «sabat de sabats», en el cual se apartaba el quincuagésimo año como el año del jubileo (Lv 25.8–17). Pero ahora a Daniel le presentan una nueva serie de *sabats*: setenta «semanas» (períodos de siete años), que hace un total de 490 años de tiempo profético para los judíos. (La palabra «semanas» en el versículo 24 es en realidad «sietes»: se determinan setenta sietes que hacen 490 años.) Por favor, note que este período se relaciona con Jerusalén y los judíos: «Tu pueblo[…] tu santa ciudad» (v. 24). Y Dios tenía propósitos específicos que cumplir en este período: remover el pecado e implantar la justicia. El resultado será la unción del lugar más santísimo del templo, o sea, el regreso de Jesucristo a la tierra para reinar en gloria desde su templo en Jerusalén.

Veamos ahora el bosquejo de los 490 años. El versículo 25 nos dice que los sucesos que desatarán los 490 años es un decreto (véase Neh 2.5 que permite que los judíos vuelvan a Jerusalén y reconstruyan la ciudad. (Es interesante que el hecho que desatará los últimos siete años de este período será el pacto del anticristo para proteger a los judíos. Hallamos un decreto al inicio y al final de los 490 años.) La historia nos dice que hubo cuatro decretos distintos relacionados con Jerusalén: Ciro, Darío y Artajerjes dictaron todos los decretos en relación a la reconstrucción del templo (Esd 1, 6, 7); y Artajerjes decretó que Nehemías podía volver y reconstruir las murallas (Neh 2). Esto ocurrió en el 445 a.C. y este es el decreto del cual habla Daniel 9.25; sucedió casi cien años después que Daniel recibió el mensaje de Dios. Gabriel dijo que habría un total de sesenta y nueve semanas, siete y sesenta y dos, entre la emisión del decreto y la llegada del Mesías, el Príncipe, en Jerusalén (69 x 7 = 483 años). Tenga presente que los «años proféticos» en la Biblia no son 365 días, sino de 360 días. Los eruditos han calculado que hubo 483 años proféticos entre el decreto del 445 a.C. y el día en que Jesús entró en Jerusalén el Domingo de Ramos (cf. *El Príncipe que ha de venir* de Sir Robert Anderson, Editorial Portavoz, 1980).

Pero Gabriel dividió estos 483 años en dos partes: siete semanas (7 x 7 = 49 años) y sesenta y dos semanas (62 x 7 = 434 años). ¿Por qué? Pues bien, se necesitaron cuarenta y nueve años para reconstruir Jerusalén y esto se hizo (como lo dijo Gabriel) en «tiempos angustiosos». Léase Nehemías y se verá cuán difícil tarea fue restaurar la ciudad. Entonces, 434 años más tarde vendrá el Mesías, el Príncipe, a quien «se quitará la vida» (su muerte en la cruz) por los pecados del mundo. Fue su muerte en la cruz lo que realizó los propósitos dados en el versículo 24. ¿Qué siguió a su muerte? ¿Aceptó Israel a Jesús y a su mensaje? No. Mintieron respecto a Él, persiguieron a sus mensajeros, apedrearon a Esteban y rehusaron reconocer su soberanía. ¿Qué ocurrió? Roma vino y destruyó la ciudad y derribó el templo. La nación «le quitó la vida» a Jesucristo y Él los quitó de ser una nación. Hasta el 14 de mayo de 1948 Israel no fue una nación libre.

A Roma se le llama «el pueblo de un príncipe que ha de venir». ¿Quién es este príncipe? No «el Mesías Príncipe», porque esto se refiere a Cristo. «El príncipe que ha de venir» es el anticristo. Será el líder del Imperio Romano restaurado. Así que, la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. no es sino una ilustración de una futura invasión y destrucción dirigida por el anticristo. Este príncipe hará un acuerdo con los judíos para protegerlos de otras naciones y se establecerá este acuerdo durante siete años. Estos siete años finales son la conclusión del período de 490 años de Daniel. Entre la muerte de Cristo y la firma de este acuerdo se encuentra la era entera de la Iglesia, un «gran paréntesis» en el programa de Dios. Los 490 años están en vigencia sólo cuando Israel está en la voluntad de Dios como su pueblo. Cuando la nación de Israel crucificó a Cristo, fue dejada a un lado y el «reloj profético» dejó de marcar. Pero cuando el anticristo firme su pacto con Israel, los últimos siete años de las «setenta semanas» de Daniel empezarán a cumplirse. A este período de siete años se le conoce como la gran tribulación o el tiempo de aflicción de Jacob. Se lo describe en Apocalipsis 6–19.

Después de tres años y medio Gog y sus aliados invadirán Palestina (véase Ez 38–39) y Dios los juzgará. El anticristo invadirá la tierra, romperá su pacto y se declarará dictador mundial. Hará cesar toda adoración en el templo judío (véase 2 Ts 2) y obligará al mundo a adorarle a él y a su imagen. Esta es la abominación desoladora (véanse Mt 24.15; Jn 5.43; Ap 13). ¿Cómo concluirá este período? Jesucristo volverá a la tierra, enfrentará a los ejércitos rebeldes en el Armagedón y los derrotará (Ap 19.11–21).

Oseas

Notas preliminares a los profetas menores

Los «profetas menores» no son menores en el sentido de ser menos importantes que Isaías, Jeremías, Ezequiel o Daniel. Sus mensajes son muy trascendentes en el programa de profecía de Dios. La Biblia hebrea pone estos doce libros juntos y simplemente los llama «los Doce». Los estudiosos de la Biblia los llaman «profetas menores», debido principalmente a la brevedad de sus escritos, aun cuando Sofonías de ninguna manera es un libro breve ni sencillo.

Por lo general, en cada uno de ellos se halla una lección triple: (1) histórica: cada uno de los profetas predicó y escribió para satisfacer una necesidad inmediata en la vida del pueblo; (2) profética: cada profeta ilustra o anuncia algo respecto al futuro de Israel, en juicio o en restauración; (3) práctica: los pecados de las naciones en ese día están con nosotros hoy, y existen muchas lecciones prácticas que podemos aprender de estos libros. Por ejemplo, en Oseas vemos la reincidencia de Israel, su castigo bajo Asiria y su futura limpieza y restauración. También vemos en este libro una lección para los creyentes de hoy que desobedecen al Señor y cometen «adulterio espiritual» al seguir al mundo.

He aquí una cronología sencilla de los profetas menores (y de algunos profetas mayores) para ayudarle a tenerlos en sus lugares históricos apropiados.

Reino del norte

Jonás, 780–750

Isaías, 750–680

Miqueas, 740–690

La toma de Asiria, 721

Reino del sur

Joel, 835–795

Amós, 765–750

Oseas, 755–715

Nahum, 630–610

Sofonías, 625–610

Jeremías, 626–586

Habacuc, 625–586

Abdías, 586

La toma de Babilonia, 586

Daniel, 606–534

Ezequiel, 593–571

Regreso del exilio, 536

Hageo, 520–516

Zacarías, 520–500

Malaquías, 450–400

(Nota: Los historiadores no siempre concuerdan en la exactitud de las fechas. Esta tabla tiene el propósito de mostrar la relación aproximada de los profetas entre sí.)

El nombre Oseas significa «salvación». Predicó en el reino del norte (Israel, también llamado «Efraín») durante un período de declinación nacional. Cuando Oseas empezó su ministerio, Jeroboam II era el rey y fue un tiempo de gran prosperidad. Pero la nación se podría internamente y se involucraba en alianzas extrañas en lugar de confiar en que Dios los guiaría y protegería. Oseas vivió para ver cómo los asirios llevaban cautivo a Israel en el 721 a.C. Léase en 2 Reyes 15–17 una parte del trasfondo histórico.

El mensaje de Oseas es para la nación de Israel, mostrando sus pecados y advirtiéndoles del juicio que se avecinaba. Como veremos, hay también un mensaje de esperanza para el futuro. Pero lo singular en cuanto a su mensaje es que tuvo que vivirlo antes de predicarlo a su pueblo. El profeta tuvo que experimentar profunda agonía en su matrimonio debido a los pecados de su esposa, pero todo eso fue una lección objetiva divinamente enviada tanto para él como para su pueblo.

I. Se describe la infidelidad de Israel (1–3)

Oseas quería casarse con una mujer llamada Gomer y Dios se lo permitió, pero le advirtió que ella le rompería el corazón. La advertencia de Dios se hizo realidad: Gomer le dio a Oseas tres hijos, luego lo dejó para irse con otros hombres. Imagínese cómo se destrozó el corazón de Oseas por el pecado de ella. Entonces Dios le ordenó al profeta que fuera a buscar a su esposa descarriada y la encontró: ¡estaba en venta en el mercado de esclavos! (3.1–2). Tuvo que comprarla, traerla a su casa y asegurarle su perdón y amor. Tenemos toda razón para creer que Gomer se arrepintió de sus pecados y llegó a ser una esposa fiel.

Todo esto es un cuadro de la infidelidad de Israel para con Dios. La nación estaba casada con Él (Éx 34.14–16; Dt 32.16; Is 62.5; Jer 3.14) y debía haberle permanecido fiel. Pero Israel cometió «adulterio espiritual» al olvidarse del verdadero Dios y adorar a los ídolos de sus enemigos. Ellos le prometieron muchos placeres, pero la nación descubrió que había idéntico dolor y sufrimiento. Como Gomer, Israel iría a la esclavitud (cautiverio) por sus pecados. Pero ese no es el fin de la historia. Así como Oseas buscó a su esposa y la compró de nuevo, el Señor buscaría a su pueblo, los libertaría y los restauraría a su amor y bendición.

Se puede trazar la historia de Israel en los nombres de los tres hijos: (1) *Jezreel* (1.4) que significa «esparcido», refiriéndose al tiempo que Dios esparciría a Israel entre las naciones; (2) *Lo-ruhama* (1.6) significa «no compadecida», dando a entender que Dios retiraría su misericordia de la nación y le permitiría sufrir por sus pecados; (3) *Lo-ammi* (1.9) significa «no pueblo mío», indicando este tiempo presente en el programa de Dios cuando Israel está fuera de la comunión con Él y su pueblo no es su pueblo como una vez lo fue. (En 2.1 vemos que habrá un tiempo cuando Dios llamará a Israel «Pueblo mío» y «Compadecida», cuando Cristo vuelva y restaure la nación y establezca su reino justo.) En 3.3–5 tenemos un resumen de la condición espiritual de Israel.

No podemos dejar estos capítulos sin destacar que el adulterio espiritual puede ser también un pecado de los cristianos del NT así como lo fue de los judíos del AT (1 Jn 2.15–17; Ap 2.1–7; Stg 4.1–10). Los cristianos que aman al mundo y viven para el pecado son falsos a su Salvador y le destrozan el corazón. Pablo advirtió a los corintios en contra de esto (2 Co 11.1–3).

II. Se proclaman los pecados de Israel (4–7)

Sin duda, todos los vecinos hablaban de los pecados de Gomer y la señalaban con dedo acusador. Pero ahora Oseas los señala a ellos con su dedo y revela sus pecados. Su mensaje parece ser como el periódico actual; léase especialmente 4.1–2. Jurar, mentir, embriaguez, homicidio, traición, adulterio, idolatría; estos pecados y muchos más campeaban en la nación. Y para empeorar las cosas, la nación trataba de cubrir sus pecados con un «avivamiento religioso» superficial (6.1–6). Oseas es un predicador maestro; analice cómo pinta la condición espiritual del pueblo: (1) *nube de la mañana* (6.4), aquí un minuto, desaparecida al siguiente; (2) *torta a medio cocer* (7.8), porque su religión no penetraba profundo en sus vidas, sino que era algo superficial; (3) *canas* (7.9), perdiendo su fuerza, pero ignorantes del cambio; (4) *paloma incauta* (7.11), inestable, revoloteando de un aliado político a otro; (5) *arco engañoso* (7.16), en el cual no se puede depender.

III. Se pronuncia el juicio sobre Israel (8–10)

El descarriado siempre es castigado (Pr 14.14), y esto era Israel: un descarriado (4.16; véase también Jer 3.6, 11). Los cristianos que rompen sus votos hechos al Señor no pierden su salvación, por supuesto, pero pierden su gozo, poder y utilidad; y deben sufrir la disciplina de Dios. Oseas podía ver a Asiria viniendo a castigar a la nación y llevarla al cautiverio. Describe el juicio viniendo como un águila veloz (8.1), la ira del torbellino (8.7) y la ferocidad del fuego (8.14). La nación va a ser esparcida (8.8; 9.17) y cosecharán más de lo que han sembrado (10.12–15). Los pecadores siegan lo que siembran, por supuesto (Gl 6.7–8); pero también siegan más, porque aquellas pocas semillas plantadas se multiplican en una cosecha grande. ¡Qué terrible es segar la cosecha del pecado! David sembró una semilla de lujuria y vea qué cosecha de lágrimas segó.

¿Por qué permitió Dios que la perversa Asiria juzgara a Israel? Debido a que amaba a su pueblo. El amor siempre disciplina para hacer mejor al hijo (Heb 12.1–13; Pr 3.11–12). La mano que castiga es una mano de amor; es el Padre corrigiendo al hijo; no el juez castigando al criminal. Cuán agradecidos debemos estar por el castigo de amor de Dios; Salmo 119.71.

IV. Se promete la restauración de Israel (11–14)

Oseas no termina con una nota tétrica. Ve la gloria futura de la nación. Así como rescató a su esposa de la esclavitud y la restauró a su hogar y a su corazón, la nación un día se restaurará a su tierra y a su Señor. Estos capítulos finales magnifican el amor fiel de Dios en contraste con la infidelidad de su pueblo.

Dios amó a Israel (11.1) cuando la nación estaba cautiva y sin belleza ni gloria. Su gracia fue quien la redimió de la esclavitud, la guió y proveyó para todas sus necesidades. Pero desde el mismo principio de este «matrimonio» entre Jehová e Israel, el pueblo estuvo «adherido a la rebelión» (11.7). Dios los atrajo con cuerdas de amor (11.4), pero ellos trataron de romper esas cuerdas y seguir su propio camino. El pecado no sólo es quebrantar la ley de Dios; es destrozar el corazón de Dios. Léase 11.8–11 para ver el anhelante corazón de Dios al tratar de traer a su pueblo infiel de regreso al lugar de bendición. En el capítulo 12 vemos a la nación «hablando en grande» y jactándose de sus riquezas y logros; sin embargo Dios dice: «Se están alimentado de viento; todo no es sino aire caliente». El rebelde puede disfrutar de riqueza material y placeres físicos, pero esto jamás satisfará ni glorificará al Señor; y al final el rebelde empobrecerá, quedará arruinado, ciego y desnudo.

El capítulo 14 es el llamado amoroso de Dios a su «esposa» a volver a su corazón y bendición. Le pide sacrificios de labios, palabras de confesión y no sacrificios de animales. Le promete sanar su rebelión (14.4) y restaurarla a su favor. Describe a la nación como una viña o árbol fructífero (vv. 4–7) una vez que se haya vuelto de sus ídolos y regresado al Señor. Por supuesto, esto ocurrirá cuando Jesucristo venga a la tierra para establecer su Reino y cumplir las promesas hechas a los padres.

Pero, por favor, no se pierda el mensaje personal aquí: los rebeldes pueden volver al Señor, experimentar su perdón (1 Jn 1.9) y ser restaurados al lugar de bendición y utilidad. Los versículos finales presentan dos caminos: el del Señor, que es el recto, y el de los transgresores, que es el torcido. Aprópiese del versículo 4 y experimente la sanidad de los pecados perdonados.

Joel

El mensaje de Oseas brotó de una tragedia personal en su familia; el mensaje de Joel brotó de una calamidad nacional: la invasión de una plaga de langostas. Junto con las langostas hubo una terrible sequía (1.19–20), y la combinación de ambas trajo a la tierra la hambruna. Joel tenía un mensaje para Judá, porque vio en estas calamidades la mano disciplinadora de Dios por los pecados del pueblo. Pero miró más allá de las langostas y vio otro «ejército», un ejército literal de naciones gentiles atacando a Jerusalén (3.2). En otras palabras, Joel usó el juicio inmediato de Dios (las langostas) como una ilustración de su juicio final, «el Día de Jehová». Así que el libro de Joel se divide en dos partes: (1) el mensaje presente respecto a la plaga de langostas, 1.1–2.27); y (2) el mensaje futuro respecto al Día de Jehová, 2.28–3.21.

Antes de mirar estos dos mensajes, debemos comprender lo que Joel quiere decir con «el Día de Jehová». Usa la frase cinco veces, en 1.15, 2.1, 11, 31 y 3.14. Otros profetas también la usan (Is 2.12; 13.6–9; 14.3; Jer 30.7–8; 46.10; y todo el libro de Sofonías). La frase «el Día de Jehová» se refiere a aquel tiempo futuro cuando Dios derramará su ira sobre las naciones gentiles *debido al pecado de estas contra los judíos* (véase Jl 3.1–8). Ocurrirá después que la Iglesia haya sido llevada al cielo (véanse 1 Ts 1.10; 5.9–10; Ap 3.10), durante ese período de siete años conocido como la tribulación. Se describe con más detalles en Apocalipsis 6–19. Este período concluirá con la batalla del Armagedón (Jl 3.9–17; Ap 19.11–21) y la venida de Jesucristo a la tierra para establecer su Reino.

I. Tipo del Día de Jehová (1.1–2.27)

A. Proclamación (1.1–20).

Joel se dirige a varios grupos diferentes de personas al describir la terrible plaga y sus devastadores resultados. A los ancianos (vv. 1–4) se les pregunta si pueden recordar tal tragedia en años pasados. No, no pueden. Es más, les contarán a sus hijos e incluso a sus bisnietos acerca del terrible acontecimiento. En el versículo 4 no tenemos cuatro insectos diferentes; en realidad tenemos la langosta en cuatro etapas diferentes de desarrollo. Hay como noventa variedades de langostas y todas son bien capaces de arruinar a una nación. Luego Joel se vuelve a los ebrios (vv. 5–7) que lloran y lamentan debido a que las viñas han quedado en ruinas y se ha acabado su provisión de vino. Después se vuelve a los adoradores (vv. 8–10) que deben ir al templo con las manos vacías debido a que no hay sacrificios que llevar. Más adelante se dirige a los agricultores (vv. 11–12) que claman debido a que sus cosechas están arruinadas. Por último, Joel se dirige a los sacerdotes (vv. 13–14) y les dice que ayunen y oren. Aquí llegamos al corazón del asunto, porque el pecado era el origen del castigo de Dios a la nación. Mientras el pueblo le obedecía, Él enviaba la lluvia y la cosecha; pero si se alejaban de Él, haría los cielos como bronce y destruiría sus campos. Véanse Dt 11.10–17; 2 Cr 7.13–14.

B. Tribulación (2.1–11).

Joel toca la trompeta de alarma para advertir al pueblo que el ejército destructor de langostas se acerca. La langosta en efecto se parece a un jinete en miniatura, y con frecuencia se ha visto su capacidad de comerse todo lo que halla a su paso. El versículo 10 sugiere enjambres tan numerosos que oscurecerán al sol y la luna.

C. Humillación (2.12–17).

Joel toca la trompeta la segunda vez, en esta ocasión para llamar a una asamblea para ayunar, orar y confesar pecados. Esto no debe ser el mero rasgar externo de vestidos, sino más bien el quebrantamiento del corazón. En 1.13 Joel llamó sólo a los sacerdotes a orar; en 2.16 llama a todos a participar en el ayuno. Sin duda les recordó la promesa de 2 Crónicas 7.14.

D. Restauración (2.18–27).

Hemos tenido la alarma y la asamblea; ahora tenemos la respuesta de Dios. Qué fe tenía Joel: «El Señor responderá». Dios promete alejar al ejército de langostas y restaurar los pastos. Es más, les dará «cosechas tan abundantes» que tendrán para reponer más de lo que destruyeron los años de la langosta (2.25). Lo hará, no porque se lo merezcan, sino para que ellos y las naciones paganas conozcan que Él es el Señor (v. 27).

II. Profecía del Día de Jehová (2.28–3.21)

Ahora Joel avanza y habla respecto al «Día de Jehová», un tiempo de juicio futuro que finalizará en bendición para los judíos.

A. El espíritu derramado antes de aquel día (2.28–32).

Pedro citó este pasaje en el día de Pentecostés (Hch 2.16–21), de modo que lea esta porción cuidadosamente. Pero note que Pedro *no* dijo «se cumplió la profecía de Joel». Más bien lo que dijo fue: «Esto es lo dicho por el profeta Joel». En otras palabras, «este es el mismo Espíritu del cual Joel habló». Toda la profecía de Joel, con sus señales dramáticas en los cielos, no se cumplirá sino hasta los últimos días. Por ningún esfuerzo de la imaginación se puede hallar las palabras de Joel cumplidas literalmente en el Pentecostés. No, lo que ocurrió en Pentecostés fue el principio de la bendición de Dios sobre Israel. Si la nación hubiera recibido a Cristo en lugar de arrestar a los apóstoles y matar a Esteban, los «tiempos de refrigerio» prometidos habrían llegado con la venida de Cristo y el establecimiento de su Reino (Hch 3.19–26). Joel nos dice que durante los últimos días de la historia de Israel, durante el período de la tribulación, el Espíritu de Dios obrará con gran poder para salvar tanto a judíos como a gentiles, y habrá señales poderosas y prodigios en los cielos. Esto aparece en el libro de Apocalipsis.

B. El juicio derramado durante aquel día (3.1–17).

El versículo 1 aclara que los judíos volverán a su tierra, libres del cautiverio en las naciones gentiles. Pero todas las naciones se congregarán para luchar contra Jerusalén. Dios las traerá al valle de Josafat, o sea, el área de la llanura de Meguido, donde se librará la batalla del Armagedón. Los versículos 2–8 dejan en claro que este juicio será el castigo de Dios sobre los gentiles por la manera en que han tratado a la nación y a la tierra de Israel. Palestina ha sido una tierra saqueada; muchas naciones gentiles les han robado a los judíos las riquezas que les pertenece legítimamente. Dios les recompensará en el Día de Jehová. En el versículo 2 cuando Dios promete «entrar en juicio» con las naciones, esto no significa que estas se arrepentirán. Las palabras «entraré en juicio» pueden traducirse «ejecutaré el juicio»; véanse Isaías 66.16 y Jeremías 25.31. El versículo 13 compara la batalla con una cosecha madura de uvas; véase en Apocalipsis 14.14–20, una descripción de la batalla del Armagedón. El «valle de la decisión» en el versículo 14 no se refiere a «tomar una decisión para el Señor». La palabra «decisión» sugiere trillar; las naciones serán trilladas, juzgadas por el Señor. Cristo defenderá su tierra, su pueblo y su ciudad santa.

C. Bendiciones derramadas después de aquel día (3.18–21).

Mientras Joel predicaba, la gente podía ver los campos secos, el ganado muriéndose de hambre y los graneros vacíos. Podía ver y oír a la langosta mientras devastaba la tierra. Pero Joel describe un tiempo cuando el vino, la leche y el agua van a fluir sin medida en la tierra. Esta es, por supuesto, la edad del Reino cuando Jesucristo se siente en el trono de David en Jerusalén y cuando se sane la tierra y la bendición de Dios se restaure. La nación se purificará y Dios morará en Sion. Esto nos recuerda las palabras finales de Ezequiel: «Y el nombre de la ciudad desde aquel día será JEHOVÁ-SAMA».*

No debemos perdernos la aplicación personal del mensaje de Joel a los creyentes de hoy. No cabe duda que Dios envía desastres naturales cuando las naciones rehúsan obedecerle. Guerras, cosechas pobres, epidemias, terremotos, tormentas; Dios puede usar todo esto para hacer que la gente caiga de rodillas. Dios puede usar incluso pequeños insectos para hacer su voluntad si los hombres y mujeres no le obedecen. Nuestras vidas quizás lleguen a secarse y a ser infructuosas si andamos fuera de la voluntad de Dios. Cuán importante es experimentar un arrepentimiento sincero (2.12–13) para que Dios pueda perdonarnos y enviarnos de nuevo su bendición.

Amós

Esto sucede casi veinticinco años antes de la caída de Israel. Estamos de visita en la ciudad de Bet-el, donde el rey Jeroboam II tiene su capilla privada y Amasías es su sacerdote. La nación disfruta de paz y prosperidad; es más, vive en lujo. El impresionante culto está a punto de empezar, con Amasías a cargo, cuando oímos una conmoción fuera de la capilla: «Ay de los que están cómodos en Sion», clama una voz. «Dios enviará juicio sobre esta perversa nación». Salimos corriendo y hallamos a un «predicador rural», un campesino de Tecoa, llamado Amós («carga»). No es un profeta en el sentido profesional, porque su padre no era profeta ni asistió a la escuela de profetas (7.10–17). Pero es el hombre de Dios con un mensaje de Dios, y está advirtiendo del juicio que se cierne sobre Israel. Usa la palabra «cautiverio» varias veces (5.5, 27; 6.7; 7.17). Hagamos una pausa y escuchemos a este campesino predicador y tratemos de entender el mensaje que trae.

I. Mira alrededor (1–2)

Amós inicia su mensaje mirando a las naciones circunvecinas y anunciando ocho juicios. El versículo 2 aclara que Dios ruge en ira, como un león que salta sobre su presa (véase 3.8). Amós empieza con *Siria* (1.3–5) y la acusa de terrible crueldad en la guerra. Luego señala a *Filistea* (Gaza, 1.6–8) y la condena por el pecado de la esclavitud. Los *fenicios* son los que siguen (Tiro, 1.9–10), y a estos también se les juzga por la cruel esclavitud. A *Edom,* el antiguo enemigo de Israel, se le acusa de no mostrar compasión sino mantener un odio constante (1.11–12). A *Amón* se le juzga por su amarga crueldad y codicia egoísta (1.13–15); a *Moab* por crueldad contra Edom (2.1–3); y a *Judá* por rechazar la ley de Dios (2.4–5).

A los israelitas de Bet-el les debe haber alegrado oír a Amós condenar a sus vecinos, pero Amós no se detuvo allí. El octavo juicio estaba reservado para Israel. En 2.6–16 el profeta menciona los pecados del pueblo: soborno, codicia, adulterio, inmoralidad, egoísmo, ingratitud, embriaguez (incluso forzando a los nazareos a emborracharse) y el rechazamiento de la revelación de Dios. Amós clama: «Estoy aplastado bajo la carga del pecado». (El nombre «Amós» significa «carga».) ¿Cómo Dios puede perdonar alguna vez a nación tan perversa? Antes de condenar a estas naciones del pasado, haremos bien en examinar nuestra propia nación y nuestros corazones, porque tal vez seamos culpables de los mismos pecados.

II. Mira adentro (3–6)

Después de anunciar juicio a las naciones, Amós mira dentro de los corazones del pueblo y explica por qué viene este juicio. Recuerde que Israel disfrutaba de un tiempo de paz, prosperidad y «avivamiento religioso». El pueblo asistía a los cultos religiosos y traía ofrendas generosas. Pero los verdaderos siervos de Dios no miran la apariencia externa; miran al corazón. En estos capítulos Amós da tres sermones, cada uno comienza con: «Oíd esta palabra» (3.1; 4.1; 5.1).

A. Un mensaje de explicación (3.1–15).

«¿Cómo puede Dios enviar juicio sobre nosotros?», se preguntaba el pueblo. «¿No somos su pueblo escogido?» Pero esa era precisamente la razón del juicio. Donde hay privilegio, debe haber responsabilidad. Los versículos 1–2 lo aclaran. Amós usa un argumento de causa y efecto. Si dos personas andan juntas, deben estar de acuerdo (v. 3). Si el león ruge, tiene presa (v. 4). Si un ave cae en una trampa, alguien armó la trampa (v. 5). Si se toca la trompeta, la calamidad se acerca (v. 6). Si el profeta predica, Dios debe haberlo enviado (v. 7). Entonces Amós anuncia que los asirios vienen para destruir la nación (vv. 9–15) y los hermosos cultos de Bet-el no los detendrán. Es triste, pero las casas de verano y de invierno (¡qué lujo!) serán destruidas.

B. Un mensaje de acusación (4.1–13).

El intrépido profeta «empieza a inmiscuirse» ahora y comienza a mencionar pecados. Llama a las mujeres que viven en abandono y lujo «vacas gordas de Basán». Las ve diciéndoles a sus esposos que traigan más licor. A Amós no le impresiona la religión de Bet-el; para él no es sino otro pecado en su lista. Dios le ha enviado sus advertencias (vv. 6–11), pero no quieren escuchar. Él ha llevado sus mejores jóvenes para morir en la guerra (4.10), pero sin embargo la nación sigue sin arrepentirse. Dios no usará más estos desastres naturales. Ahora vendrá Él mismo (v. 12). «Prepárate para venir al encuentro de tu Dios».

C. Un mensaje de lamentación (5.1–6.14).

Amós llora al contemplar los juicios que le vienen a su nación. El versículo 3 sugiere que el noventa por ciento de las personas morirán. Nótese la repetición de la palabra «buscar» (5.4, 6, 8, 14). «¡No busquen cultos religiosos; ¡busquen al Señor!» Había algunos en la nación que decían: «El Día de Jehová vendrá y entonces Dios nos librará» (5.18–20). No se percataban de que el Día de Jehová sería un tiempo de juicio para *ellos* y para sus enemigos. Eran como los cristianos de hoy que «anhelan» la venida de Cristo y sin embargo no están preparados para encontrarse con el Señor. En 5.24 tenemos el versículo clave del libro: léase «justicia» en lugar de «juicio». Amós anhelaba ver a la nación obedeciendo a Dios y ejecutando su justicia en la tierra. En el capítulo 6 Amós sigue lamentando los pecados del pueblo: indiferencia e indulgencia (vv. 1–6); injusticia, inmoralidad e idolatría (vv. 7–14). «Los reposados en Sion», ¡qué descripción de algunos creyentes hoy!

III. Mira hacia adelante (7–9)

En la parte final de su mensaje Amós contempla cinco visiones y en ellas descubre lo que Dios hará a la nación. (1) *Visión de la langosta* (7.1–3): La langosta está a punto de destruir la cosecha, pero Amós intercede y Dios la detiene. (2) *Visión del fuego* (7.4–6): Una terrible sequía agosta la tierra; el profeta ora y Dios libra la tierra. (3) *Visión de la plomada* (7.7–9): Dios está junto (no «sobre») a la pared y la prueba para ver si está derecha. Dios mide a Israel y esta no anda conforme a su Palabra; por consiguiente, el juicio viene. En este punto de su mensaje el «sacerdote oficial» Amasías ya no pudo soportar más e interrumpió. «No eres patriota. Llévate tu púlpito improvisado y vete a predicar a las montañas». Amós no temía. Le dijo al falso sacerdote: «Dios me llamó a predicar y debo obedecer. En cuanto a ti, Amasías, pagarás por tus compromisos y pecados, porque tu esposa se convertirá en una prostituta y tu familia morirá por la espada».

(4) *Visión de la fruta de verano* (8.1–14): Debemos tomar una breve lección de hebreo para comprender esta visión. La palabra hebrea para «fruta de verano» es *jayitz* y la palabra para «fin» en el versículo 2 es *jatz.* Estas palabras se ven y suenan parecidas y Amós usa la una para llevar a la otra. «¡El fin viene! Israel, como fruta de verano, está madura para el juicio». De nuevo en los versículos 4–14 el profeta menciona los pecados del pueblo: roban a los pobres en sus casas (8.4); se quejan de que los días sagrados interfieren los negocios (8.5); fijan precios exorbitantes que dañan al pobre (8.6). Dios advierte que enviará su ira sobre el pueblo, no sólo con desastres naturales, sino con hambre por la Palabra de Dios. No escucharon la Palabra cuando tuvieron la oportunidad; por consiguiente, Él se la quitará. En este día sus ídolos de Dan y Beerseba no les servirán de nada (8.14).

(5) *Visión del altar* (9.1–10): Ahora Amós ve al Señor mismo y no algún símbolo. ¿Por qué Dios está en el altar? Porque el juicio empieza por la casa de Dios (1 P 4.17). La religiosidad del pueblo era externa, pero no eran sinceros de corazón. Dios ordena que se derriben los capiteles y se derrumbe el techo. Los versículos 8–9 resumen lo que Dios planea hacer. Compara el juicio venidero con el acto de trillar el grano (véase Lc 22.31–34). La buena semilla (los verdaderos creyentes, el remanente creyente) será salva, pero el tamo será quemado.

Amós concluye con una nota de victoria, porque en 9.11–15 tenemos la promesa de restauración futura. Los versículos 11–12 se citan en Hechos 15.14–18 en el primer concilio de la Iglesia. Hoy Dios llama de las naciones a un pueblo para su nombre, la Iglesia; pero cuando esta quede completa, Él volverá y restaurará el tabernáculo (casa) de David y establecerá el reino judío. La tierra será fructífera de nuevo y el pueblo bendito para siempre.

Abdías

Año: 586 a.C.; lugar: Jerusalén; suceso: la destrucción de Jerusalén por los ejércitos de Babilonia. Vemos a los soldados iracundos destruir las murallas, masacrar a la gente e incendiar la ciudad. Pero notamos algo más. Vemos al otro lado a un grupo de vecinos, los edomitas, que animan a los babilonios a arruinar la ciudad. «¡Destrúyanla! ¡Destrúyanla!», gritan. «¡Estrellen sus niñitos contra las rocas y exterminen a los judíos!» (Sal 137.7–9). ¿Quiénes son esos que deseaban que cosas tan terribles les ocurrieran a sus vecinos? Son hermanos de los judíos. Los edomitas eran descendientes de Esaú, el hermano mayor de Jacob (Gn 25.21–26). Esaú era por fuera un hombre mucho mejor que el tramposo Jacob, sin embargo, Dios rechazó a Esaú y escogió a Jacob. Esaú se mudó a las montañas del sur y estableció el reino edomita (Idumea), pero continuaron como enemigos.

Este pequeño libro de Abdías (el más corto del AT) trata de estos dos hermanos, Jacob y Esaú: Edom e Israel. El profeta presenta un mensaje doble:

I. La venganza de Dios sobre Esaú (vv. 1–16)

En Jeremías 49.7–22, el profeta anunció la caída de Edom; es más, hay aquí en Abdías algunas citas de esta profecía. Este es el «rumor» o «pregón» que Abdías oyó: Dios vengaría a Israel y destruiría a Edom. ¿Por qué? Por sus pecados. ¿Cuáles fueron estos pecados?

A. Orgullo (vv. 3–4).

Edom era una nación pequeña, pero se jactaba de grandes logros. En realidad, Edom estaba labrada en las rocas; el pueblo literalmente «puso su nido» en ellas (v. 4). La principal ciudad de Edom, Petra, estaba labrada en las laderas de las montañas y la fortaleza parecía inexpugnable. Compárese Isaías 14.12–15.

B. Alianza (v. 7).

En lugar de compartir la carga de sus hermanos en Israel, los edomitas se aliaron con las naciones circunvecinas para oprimir a Jerusalén.

C. Violencia (v. 10).

Los edomitas ayudaron a destruir a Jerusalén. ¿Cómo? Al no hacer algo para impedirlo y al animar a los que realmente hicieron el daño. Se pusieron «delante» (v. 11) y rehusaron ponerse al lado de los judíos. Esto nos recuerda al sacerdote y al levita en la parábola de Cristo del buen samaritano (Lc 10.31–33). Tal vez no levantemos la mano para dañar a otro, pero al observar sin hacer algo, participamos del crimen.

D. Regocijo (v. 12).

Edom debía llorar por la calamidad de su hermano, pero en su lugar se regocijaba y mofaba. Véase Proverbios 24.17–18.

E. Saqueo (v. 13).

Se aprovecharon de la suerte de los judíos y robaron la riqueza de la ciudad. Dios vio este saqueo a pesar de que los ladrones escaparon.

F. Frenan el escape de los judíos (v. 14).

Algunos judíos trataron de escapar y proteger sus familias, pero los edomitas bloquearon el camino. Incluso ayudaron a capturar a los que huyeron y los entregaron a los babilonios.

G. Embriaguez de celebración (v. 16).

Los edomitas echaron mano a su provisión de vino e hicieron gran celebración. Al final su enemigo fue derrotado.

Pero nótese el versículo 15: Dios los trataría de la misma manera que trataron ellos a los judíos. Véase también el Salmo 137.8–9. Traicionaron a los judíos; por lo tanto, sus propios aliados los traicionarían (v. 7). Saquearon y robaron, y del mismo modo les robaron a su nación (vv. 5–6). Edom fue violento, así que sería exterminado por completo (vv. 9–10). Edom quería la destrucción de los judíos, por eso Babilonia destruiría a Edom (vv. 10, 18). Edom segaría lo que sembró. Véanse también Isaías 34.5–15; Ezequiel 25.12–14; 35.1–15; Amós 1.11–12.

II. La victoria de Dios para Jacob (vv. 17–21)

Esa pequeña palabra «mas» en el versículo 17 marca el punto decisivo. Dios promete liberación y purificación al monte de Sion. Sí, Israel pecó y por sus pecados destruyeron el templo, pero Dios limpiaría y restauraría a «la casa de Jacob» y no a la casa de Esaú (los edomitas). Nótese en el versículo 18 que hay tanto reunión como restauración, porque la casa de José (las tribus del sur) y la casa de Jacob serán como fuego contra Edom. El día vendrá cuando los judíos «recuperarán sus posesiones»: su tierra, su templo, su ciudad y su reino. La palabra clave en los versículos 17–20 es «poseer». Sin duda Israel posee la tierra debido a la promesa de Dios a Abraham. La nación posee su ciudad también. Pero no las posee por completo, porque durante siglos las naciones gentiles la han pisoteado. Hay un día venidero, sin embargo, cuando Jesucristo le dará de nuevo a Israel sus posesiones para que las disfruten y usen para la gloria de Dios.

«Y el reino será de Jehová». ¡Qué maravillosa manera de concluir este breve libro! Hoy el Rey ha sido rechazado y el trono de David está vacío en Jerusalén. Los judíos están en la condición triste que describe Oseas 3.4–5: sin rey, sin sacerdote, sin sacrificio ni sacerdocio. Pero cuando Cristo vuelva, la nación mirará al que traspasaron, serán limpiados y perdonados, y el Reino se establecerá. Daniel vio a Cristo, la Piedra, descender y aplastar a todos los reinos del mundo (Dn 2.44–45). No importa lo que ocurra en los asuntos de Israel mientras las naciones gentiles tratan de controlarla o capturarla, puede estar seguro de que Dios cuidará a su pueblo y un día les dará el Reino prometido.

Pero debemos mirar más profundamente en este libro si queremos obtener todo el mensaje espiritual, porque «Esaú» y «Jacob» representan más que dos hermanos o dos naciones. Representan dos fuerzas opuestas: la carne y el Espíritu. Esaú era un hombre atrayente, activo, saludable, extrovertido, atlético; Jacob era un hombre de casa, lleno de engaño y planes egoístas. Si usted tendría que escoger a uno de estos muchachos, sin duda habría seleccionado a Esaú; pero Dios escogió a Jacob. A través de toda la Biblia se conoce a Dios como «el Dios de Jacob». Esta es la gracia de Dios. La salvación no es por mérito; es por gracia y únicamente por gracia. Dios usó a Jacob para ser el padre de las tribus de Israel. Dios le dio sus pactos y promesas a Jacob, no a Esaú.

De modo que Jacob representa al hijo de Dios, escogido por la gracia de Dios, a menudo pecando y fracasando, pero a la larga obteniendo su herencia. Representa la lucha entre la carne y el Espíritu (Gl 5.16–26). Esaú ilustra la carne: atractiva, poderosa, arrogante, conquistadora, rebelde y siempre pareciendo estar del lado de la victoria. Sin embargo, Dios ha pronunciado juicio contra la carne y un día ese juicio caerá. Edom era arrogante y rebelde; Edom se rió cuando Jerusalén cayó. Cinco años más tarde, no obstante, Edom también cayó ante Babilonia, ¿y dónde está Edom hoy? Este mundo se jacta en la carne, en lo que esta ha conseguido, cuán fuerte es la carne; pero un día toda carne caerá ante la victoria de Cristo. Léase Apocalipsis 19.11–21 y nótense en especial los versículos 17–18, donde se menciona continuamente a «la carne».

El conflicto entre Esaú y Jacob, la carne y el Espíritu, corre a través de toda la Biblia. Los Herodes del NT eran edomitas. Uno de ellos mató a los niños judíos en su intento de destruir a Cristo (Mt 2.16–18). Otro Herodes asesinó a Juan el Bautista; otro mató a Santiago, el hermano de Juan (Hch 12). El conflicto actual entre israelíes y árabes no es sino una continuación de esta misma batalla que empezó en Génesis 25.21–26. La carne vs. el Espíritu, orgullo vs. sumisión, el camino del hombre vs. el camino de Dios: el conflicto continuará hasta que Cristo vuelva y establezca su Reino.

Hay una ley de retribución escrita en la historia: las naciones reciben en retribución lo que les han dado a otros (v. 15). Véase Jeremías 50.29. Las naciones gentiles en particular se llamarán a rendir cuentas por la manera en que han tratado a los judíos. Quizás falten años, pero el juicio caerá sobre todos los que se han negado a hacer la voluntad de Dios.

Jonás

Que Jonás fue una persona real en la historia se verifica por 2 Reyes 14.25, donde hallamos su profecía de que Jeroboam II expandiría su reino. Este mensaje le dio popularidad. Pero cuando Dios llamó a Jonás para que predicara a la ciudad de Nínive, capital del Imperio Asirio, el profeta se rebeló. La historia nos dice que los asirios eran crueles y despiadados, que no les importaba sepultar vivos a sus enemigos, desollarlos vivos o ensartarlos en postes afilados a pleno sol. «Si la ciudad de Nínive iba a ser derribada, pues que sea derribada», arguyó Jonás. «Prefiero desobedecer a Dios antes que ver a mis enemigos salvos del juicio». En los cuatro capítulos de su libro, Jonás traza sus experiencias y las lecciones que aprendió.

I. Renuncia: La lección de la paciencia de Dios (1)

En lugar de ir a Nínive, Jonás fue en dirección opuesta. Huyó «de la presencia de Jehová», lo que quiere decir que renunció a su oficio profético. Jonás sabía que no podía huir de la presencia de Dios (Sal 139.7ss), pero sí podía renunciar a su llamado y dejar de predicar. Así llegó a ser un profeta rebelde.

A. Las causas de su rebeldía eran muchas.

Primero, tenía una actitud equivocada respecto a la voluntad de Dios; pensó que era algo difícil y peligroso. Y tenía la actitud equivocada sobre testificar; pensaba que podía «encender y apagar su testimonio» cuando le apetecía y no se percataba de que testificaba por Dios o en contra de Él, sin importar dónde estuviera. También tenía la actitud equivocada hacia sus enemigos: *quería* verlos perecer.

B. La ruta de su rebeldía fue hacia abajo.

Descendió a Jope, descendió a las entrañas de la nave, descendió al mar y al vientre del gran pez. La desobediencia siempre lleva hacia abajo. Pero nótese que a menudo las cosas parecen «dar resultados», incluso para el creyente rebelde, porque la nave lo esperaba y tenía dinero para pagar el pasaje. ¡Estaba tan tranquilo que incluso se echó a dormir en medio de la tormenta!

C. Las consecuencias de su rebeldía fueron trágicas.

Perdió la voz de Dios, porque ahora Él tuvo que hablarle en una tormenta. Perdió su energía espiritual y se echó a dormir en el interior de la nave. Perdió su poder en la oración e incluso su deseo de orar. Los paganos oraban, pero Jonás dormía. Perdió su testimonio ante los hombres de la nave y perdió su influencia para bien, porque era la causa de la tormenta. También casi pierde su vida. Pero qué paciente y magnánimo fue Dios con él.

II. Arrepentimiento: La lección del perdón de Dios (2)

Jonás fue, antes que todo, castigado por la mano amorosa de Dios. Admitió que Él lo echó al mar y no las manos de los marineros (v. 3). Cuando las pruebas y aflicciones nos llegan debido a nuestros pecados, es importante que reconozcamos la obra de Dios (Sal 119.67). Léase en Hebreos 12.5–11 el significado del castigo divino. Luego Jonás fue condenado por sus pecados y esto, después de todo, es el propósito del castigo: traernos al lugar de convicción y confesión. Perdió la presencia de Dios (2.4; véase Sal 51.11); admitió que creyó en las mentiras del diablo (v. 8); y mostró verdadera tristeza por sus pecados (v. 9). En fe le pidió a Dios perdón, mirando hacia el templo (v. 4), como se le enseñaba al judío del AT que hiciera (2 Cr 6.36–39). Esto equivale a nuestro 1 Juan 1.9. Dios limpió a Jonás y le dio otra oportunidad.

De acuerdo a Hebreos 12.5–11 hay varias maneras en que los cristianos pueden responder al castigo de Dios: podemos despreciarlo, como Jonás lo hizo durante tres días, y rehusar confesar; podemos desmayar y darnos por vencidos; o podemos soportar el castigo de Dios, confesar nuestros pecados y confiar en que Él hará que todo obre para nuestro bien y para su gloria. Rebelarnos contra la mano de Dios es buscar problemas. Jonás se sometió, oró y confió, y Dios le perdonó.

III. Avivamiento: La lección del poder de Dios (3)

La palabra clave en este capítulo es «grande». Jonás vino a la gran ciudad para predicar el mensaje de Dios. Había casi un millón de personas en Nínive y alrededor de ella, y la ciudad tenía grandes murallas y torres. Era el centro del ascendente Imperio Asirio. Pero era una ciudad pecadora (léase Nah 3) debido a que los asirios era un pueblo cruel y despiadado, que no tenía ninguna compasión por sus enemigos. «Violencia» era su principal pecado (v. 8). Dios le dio a Jonás una gran comisión, predicar a estos gentiles que podían escapar de la ira de Dios y ser perdonados. ¡Qué mensaje! Jonás tenía que sobreponerse a sus prejuicios pecaminosos para predicar este mensaje. Entonces Dios obró un gran cambio en la ciudad, porque desde el rey hasta el ciudadano más humilde mostraron temor y arrepentimiento. Dos cosas contribuyeron a esto: el mensaje de Jonás y el milagro de la liberación de Jonás del gran pez, ya que las noticias del hecho llegaron a la ciudad. Llevó tres días recorrer todo Nínive, pero el avivamiento llegó el primer día del ministerio de Jonás. El pueblo «creyó a Dios» (v. 5), demostrando su fe con obras de contrición. Y Dios les perdonó. Esta fue sin duda una de las cosechas de evangelización más grandes de la historia. Muestra lo que Dios puede hacer con un frágil instrumento humano dispuesto a predicar el mensaje de Dios.

Jesús usó a Nínive para ilustrar un punto importante (Mt 12.38–41). Predicó tres años a esa generación y reforzó sus mensajes con milagros, sin embargo, no querían arrepentirse ni creer. Los ninivitas oyeron *un* sermón y *un* predicador, y ese sermón enfatizaba la ira, no el amor; y sin embargo se arrepintieron y fueron perdonados. Los judíos oyeron durante tres años al Hijo de Dios, oyeron el mensaje del perdón de Dios, sin embargo rehusaban arrepentirse. Sin duda, su condenación será más grande.

IV. Rebelión: La lección de la compasión de Dios (4)

Si usted hubiera escrito este capítulo final, quizás hubiera mostrado a Jonás en la ciudad de Nínive, enseñando al pueblo y ayudándolos en sus decisiones espirituales. Pero Dios no lo escribe así. En lugar de hallar a un predicador regocijándose, nos hallamos con uno rebelde, furioso contra el pueblo y contra Dios. Vemos a un adulto actuando como niño, un creyente actuando como incrédulo. Vemos a Jonás sentado fuera de la ciudad, tratando de hallar un poco de comodidad y en realidad esperando que el juicio de Dios cayera sobre el pueblo. Aquí tenemos lo asombroso: ¡Dios envió un gran despertamiento bajo la predicación de un hombre que ni siquiera amaba a las almas del pueblo al cual predicaba!

Esta es la lección clave del libro: El amor y la compasión de Dios por las almas perdidas. Jonás se autocompadecía e incluso sintió lástima por la planta que le cobijaba y luego murió, pero no tenía ningún amor ni compasión por las multitudes en la ciudad de Nínive. Es posible servir al Señor y sin embargo no amar a las personas. Qué diferente es Jonás en este capítulo de Jesucristo, porque Jesús miró a la ciudad de almas perdidas y lloró. Dios podía controlar el viento y las olas en el capítulo 1, el pez en el capítulo 2, la enredadera, el gusano y el viento en el capítulo 4, pero no podía controlar a Jonás sin la rendición del profeta. Todo en la naturaleza obedece a la Palabra de Dios, excepto los seres humanos, y estos tienen la más grande razón para obedecer. Al parecer Jonás arregló cuentas con Dios, confesó sus pecados y continuó su ministerio. Y Dios en efecto perdonó a la ciudad de Nínive durante un siglo y medio.

Por supuesto, Jonás es un tipo de Jesucristo (Mt 12.39–41) en su muerte, sepultura y resurrección. Cristo fue más grande que Jonás en su persona (es el Hijo de Dios), su alcance (el mundo entero, no una ciudad), su sacrificio (murió para salvar a otros) y su amor por quienes no se lo merecían. Algunos ven en Jonás un cuadro de la nación judía: desobediente, echada de su tierra; «tragada» por el mar de gentiles; preservada a pesar de la oposición; traída de regreso y teniendo una segunda oportunidad.

Miqueas

Los nombres de los reyes en Miqueas 1.1 nos dicen que el profeta predicó en la misma época que Isaías (Is 1.1). No es difícil imaginarse a estos dos hombres ministrando en Judá, animándose mutuamente y procurando difundir la Palabra de Dios. De los gobernantes, Jotam y Ezequías fueron buenos reyes que ayudaron a la nación, pero Acaz fue un hombre impío que vendió a la nación a la idolatría.

Este pequeño libro se compone de tres «sermones» que Miqueas predicó al pueblo y cada mensaje empieza con la palabra «oíd». Analiza tres temas muy prácticos e importantes:

I. El juicio viene (1–2)

Miqueas no pierde tiempo para entrar en su mensaje. Dios le ha hablado y advertido que los pecados del pueblo eran tan grandes que debía enviar juicio. Nombra las ciudades capitales en el versículo 1: Jerusalén (capital de Judá, el reino del sur) y Samaria (capital de Israel, el reino del norte). Es más, en este primer mensaje Miqueas nombra a doce ciudades y destaca sus pecados. Los pecados de estas ciudades contaminaban la nación entera. Esto suena muy actual.

¿Cuáles era algunos de los pecados que Dios juzgaría? La idolatría («lugares altos», en 1.5) era el pecado principal. El pueblo insistía en adorar «las obras de sus manos» (5.13). Pero la gente también lo hace hoy. Quizás no tallemos estatuas y a lo mejor no nos inclinemos ante ellas, pero vivimos por las cosas que hemos fabricado: automóviles, vestidos, casas, dinero. Aquello a lo cual servimos y por lo cual nos sacrificamos es lo que adoramos. Miqueas advirtió que vendría el día cuando Dios destruiría los ídolos del pueblo y los convertiría en polvo (1.6–7).

En 2.1 vemos el pecado de la codicia: el pueblo se desvelaba por la noche pensando en nuevas maneras de conseguir «cosas» y luego se levantaba temprano para realizar sus planes. De acuerdo a Colosenses 3.5 la codicia *es* idolatría. Muchos tienen hoy un apetito insaciable de conseguir más cosas. «Mirad, y guardaos de toda avaricia», previno Jesús, «porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lc 12.15). El pueblo no sólo era codicioso, sino que usaba medios ilegales para conseguir lo que quería: fraude, amenazas, violencia (2.2). El rico se aprovechaba del pobre y los gobernantes no obedecían la ley de Dios.

¿Cómo respondió Miqueas a este terrible mensaje de juicio? Lloró y lamentó (1.8–9). Entonces envió un mensaje personal a cada una de las perversas ciudades, advirtiéndoles que el día de la ira de Dios estaba a la vuelta de la esquina. Usa un poco de sarcasmo en 1.10–16, relacionando cada mensaje al nombre de la ciudad en particular a donde era enviado. Vemos Bet-le-afra, donde afra significa «polvo», y ellos se revolcarían en el polvo. Safir quiere decir «hermoso», pero la gente saldrá desnuda. Zaanán quiere decir «salir», pero los ciudadanos temerían demasiado para salir.

¿Cómo reaccionó la gente a la predicación de Miqueas? Trató de detenerlo. En 2.6 dice: «¡Deja de predicar cosas tan terribles! Tú sabes que eso no nos ocurrirá a nosotros. Somos el pueblo de Dios». Pero Miqueas dice: «Debo predicar, el Espíritu de Dios me compele». Miqueas sabía que el pueblo no quería predicación sincera; preferían a sus falsos profetas borrachos que vivían tan perversamente como el pueblo (2.10–11).

II. El Libertador viene (3–5)

Sin desanimarse por sus calumnias, Miqueas avanza ahora a su segundo mensaje, uno de esperanza. Primero condena a los líderes perversos de la tierra: los gobernantes, los falsos profetas y los sacerdotes (3.1–7). Devoraban al pueblo en lugar de ayudarlo, y rehusaban servir a menos que se les pagara. Era el pecado de la codicia de nuevo. Los profetas predicaban lo que la gente quería oír: «Todo está bien; nada malo nos sucederá». Pero Miqueas sabía que Israel caería ante Asiria (esto ocurrió en el 721) y que los babilonios llevarían a Judá cautiva (esto ocurrió en 606–586).

El capítulo 4, sin embargo, toma un nuevo tema maravilloso: un día habrá paz en la tierra y la justicia reinará. El monte de Sion será la capital del mundo; todos los ejércitos serán desmantelados y las armas destruidas. ¿Cómo ocurrirá? Por medio de la promesa dada en el capítulo 5: El Libertador vendrá. Miqueas mencionó doce ciudades; pero ahora menciona una más: Belén, el lugar de nacimiento de Jesús (5.2–3; Mt 2.6). Es esta profecía la que guió a los sabios a Jesús. Por supuesto, los judíos rechazaron a su Príncipe de paz, de modo que no ha habido paz en el mundo. Pero cuando Cristo vuelva a la tierra, establecerá su reino de paz y no habrá más guerra.

Entretanto los hombres y mujeres pueden tener paz en sus corazones confiando en Cristo como Salvador (Ro 5.1). Y este es el tema del mensaje final de Miqueas, porque llama al pueblo a tomar la decisión de confiar en Dios y obedecerle.

III. Confíen en el Señor ahora (6–7)

La escena aquí es una corte judicial y Dios ha llamado a su pueblo para juicio. «Declara tu caso contra mí», dice Él. «Tengo una queja contra ti», anuncia el Señor, «porque he hecho todo lo que podía y sin embargo me has rechazado. Te saqué de Egipto; te conduje por el desierto; te protegí de tus enemigos. ¿Qué más podía haber hecho?»

En 6.6–8 el pueblo responde: «Sí; hemos pecado. ¿Cómo podemos reparar todo lo que hemos hecho? Podríamos traer sacrificios, pero estos nunca lavarían nuestros pecados. Jamás nos podrá salvar toda nuestra religión. Incluso si sacrificáramos a nuestros hijos, eso no nos

limpiaría. Sabemos lo que Dios quiere que hagamos; actuar con justicia, amar misericordia y andar humildemente delante de nuestro Dios». ¡Cuán cierto! Dios no quiere regalos y sacrificios extravagantes; quiere nuestros corazones (Sal 51.16–17; I S 15.22; Is 1.10–18).

Dios habla de nuevo en 6.9–16. «Debes arrepentirte y obedecer, porque el juicio se acerca. Entonces descubrirás cuán terribles han sido tus pecados, engaños y mentiras. Trataréis de satisfaceros vosotros mismos, pero no dará resultados. Comeréis, pero seguiréis con hambre; ahorraréis dinero, pero se desvanecerá; sembraréis, pero nunca cosecharéis». Qué cuadro más trágico. Imagínese ver que todo lo que usted hace no logra nada porque está fuera de la voluntad de Dios.

Miqueas el profeta habla en 7.1–10. Lamenta que la nación es tan perversa que no puede hallar un hombre honrado. La coima, la injusticia, la falta de honradez y la codicia rigen la tierra. Pero Miqueas tiene fe en Dios (7.7–10). Si Él va a castigar, todo lo que Miqueas puede hacer es esperar con paciencia a que Él obre. Si el Señor castiga a su pueblo por sus pecados, sin duda también castigará al enemigo por los suyos.

En 7.11–17 Dios le promete al pueblo que le restaurará en el futuro. Las ciudades perversas serán restauradas y limpiadas, y la nación será establecida en gloria. Pero antes los judíos deben atravesar un tiempo de tribulación. Durante siglos han sufrido, por supuesto, pero habrá un tiempo especial de prueba después de que Cristo lleve a la Iglesia al cielo. Esta es la tribulación o el tiempo de aflicción de Jacob.

Los versículos finales (7.18–20) son una maravillosa confesión de fe, el propósito total del mensaje de Miqueas. Quiere traer al pueblo a la fe en el Señor. Dios en el Único que puede perdonar pecados (Mc 2.7; Sal 32.5). Sólo Él mostrará misericordia y amor a los pecadores; arrojará los pecados a lo profundo del mar. Es por esto que Cristo murió, para que los pecadores puedan ser perdonados. ¿Ha confiado en Él y le ha pedido que perdone sus pecados? Este es el tema final del mensaje de Miqueas: «¡Confíe en el Señor hoy!»

Nahum

Imagínese qué contentos se pusieron los de Judá cuando oyeron: «¡Nínive ha caído! ¡El Imperio Asirio ya no existe!» (cf. 1.15). Asiria fue un enemigo despiadado que practicó la brutalidad sobre hombres, mujeres y niños. Sus ejércitos destruían y saqueaban; sepultaban vivos a sus enemigos, e incluso los desollaban vivos; los clavaban vivos en postes afilados y los dejaban bajo el candente sol. Dios usó a Asiria para castigar al reino del norte, Israel; eso ocurrió en el 721 a.C. En el 701 a.C. los asirios trataron de conquistar Judá, pero Dios intervino y destruyó su ejército (Is 36–37). Sin embargo, Asiria siempre fue azote de las naciones; todas les temían y trataban de ganarse su aprobación. Finalmente, en el 612 a.C. Los medos y los babilonios destruyeron a Nínive; y su conquista fue tan completa que las ruinas de la ciudad no se descubrieron hasta 1842.

Fue concerniente a esta destrucción futura de Nínive que escribió Nahum. Escribió este pequeño libro en un tiempo cuando Asiria estaba en la cumbre de su poder. Nadie hubiera soñado que la poderosa Nínive caería, pero Dios conoce el futuro y le dio su mensaje a Nahum para que lo diera al atemorizado pueblo de Judá. Este no fue un mensaje de advertencia para los de Nínive; ellos oyeron la advertencia de Dios a través de Jonás un siglo y medio antes. No, no había esperanza para Nínive; la paciencia de Dios se había agotado y su juicio iba a caer. Más bien fue un mensaje de esperanza para Judá, para animarles a confiar en Dios en la hora de mayor peligro. Cada uno de los tres capítulos nos dicen algo acerca de Dios y también acerca de la caída de la ciudad.

I. Dios es celoso: Nínive caerá (1)

Cuando se aplica la palabra «celoso» a Dios, no sugiere envidia ni egoísmo. Lleva la idea del celo de su gloria y santidad. Dios arde con aborrecimiento contra el pecado, aun cuando ama al pecador. Así como un esposo cela a su esposa y por consiguiente la protege, Dios es celoso por su pueblo y su ley, y por lo tanto debe actuar en santidad y justicia. Es lento para la ira; es más, les dio a los de Nínive ciento cincuenta años de misericordia. Pero ellos fueron tan lejos en su brutalidad y violencia, que Dios tenía que juzgarlos.

¿Tiene Dios el poder para juzgar? Por supuesto que sí. Mire su poder en la naturaleza (vv. 3–6), en los vientos y las tormentas, en la lluvia y la sequía, en la tierra y en el mar. ¿Quién puede permanecer delante de su poder? Las naciones de hoy parecen olvidar el poder del Dios Todopoderoso. Actúan como si no hubiera Dios. Pero usted puede estar seguro de que el día del juicio vendrá y de ese día ninguna nación podrá escapar.

En los versículos 8–13 Nahum describe la caída de la ciudad con dos cuadros: una gran inundación de aguas que barre con todo; y un fuego que los consumirá como hojarasca seca. Es interesante notar que Nínive en efecto cayó debido a una inundación. Los medos y los babilonios sitiaron la ciudad durante muchos meses y no lograron avanzar casi nada. Luego vino la temporada de lluvias y los dos ríos junto a Nínive empezaron a crecer. Un historiador dice que los medos rompieron uno de los diques del río. Pero en cualquier caso, las aguas crecidas dieron con ímpetu contra las gruesas murallas de Nínive y las derribaron. La ciudad fue literalmente destruida por la inundación; véase también Nahum 2.6. Dios no necesita ejércitos; ¡puede usar gotas de lluvia!

Dios hace dos maravillosas promesas a su pueblo en este capítulo. En 1.7 les asegura su bondad y les dice que estarán seguros siempre que confíen en Él. En 1.12 les asegura que no los afligirá de nuevo con los ejércitos asirios de la manera en que afligió antes a Israel. Cualquiera que sea la dificultad, podemos confiar en que Dios nos cuidará y nos hará salir adelante.

II. Dios es Juez: La caída de Nínive es grande (2)

En el texto hebreo 1.15 es realmente el principio del segundo capítulo. Es el anuncio gozoso de que Nínive ha caído. Véase también en Isaías 52.7 un anuncio similar acerca de la caída de Babilonia: y véase cómo Pablo lo usa para hoy en Romanos 10.15. La persona que trae un mensaje de esperanza y de victoria es alguien que tiene pies hermosos. Como cristianos debemos tener pies hermosos al llevar el mensaje del evangelio a los perdidos.

El capítulo 2 es un cuadro vívido de la invasión de la ciudad y su caída final. Asiria despojó a Israel en el 721; ahora Dios iba a restaurar a su pueblo castigando al enemigo (vv. 1–2). Los medos usaban uniformes escarlatas y escudos del mismo color (v. 3). Los ejércitos con sus espadas y lanzas parecían un bosque de cipreses. Por favor, no haga de 2.4 una profecía del automóvil moderno. Sólo es un cuadro de los carros tirados por caballos en las calles de la ciudad. El versículo 7 quizás se refiere a la reina llevada en gran humillación.

Nótese la referencia a leones repetida en los versículos 11–13. El león era el símbolo del Imperio Asirio, según se puede ver en los cuadros de la historia y libros de arqueología. Construyeron enormes estatuas de leones con cabezas de hombre. «¿Dónde están tus leones ahora?», pregunta Nahum. «¿Dónde están tus gobernantes, tus paladines?»

«Estoy contra ti» (v. 13). Dios trajo a los medos y a los babilonios contra Nínive y les permitió saquear la ciudad y llevarse su riqueza. Dios esperó ciento cincuenta años para que Asiria se arrepintiera, pero rehusaron hacerlo. Dios es Juez entre las naciones; debe actuar.

III. Dios es justo: Nínive merece caer (3)

Aquí Nahum trata de la justicia de este acto. Algunos pudieran decir: «Pero Dios usó a Asiria para castigar al reino del norte, Israel. ¿Por qué castigar a Nínive cuando una vez la usó como su instrumento?» O algunos pudieran argüir: «Mire al reino de Judá. Está lleno de pecado también. ¿Por qué no castigarlo?» Pues bien, Dios castigaría a Judá a los pocos años (606–586); permitiría que los babilonios destruyeran a Jerusalén y llevaran cautivo al pueblo. Pero su propósito para Judá sería diferente al de Nínive. Dios castigaría a Judá en amor para enseñarle una lección; castigaría a Asiria en ira para destruirla por sus pecados.

En 3.1 vemos una lista de los grandes pecados de Asiria: homicidios, mentiras y codicia. Los asirios asesinaron a miles de inocentes; ahora matarían a los suyos y sus cuerpos apilados en las calles como si fueran leña. Nínive sostuvo un lucrativo comercio con otras naciones y se enriqueció mediante mentiras y violencia. Pero ahora toda su riqueza se desvanecería en manos de los saqueadores. Esta es la justicia de Dios. Y en ese día de juicio los soldados asirios (por lo general muy valientes) actuarían como mujeres asustadas. Todo medio de fortificación caería.

En los versículos 15–17 Nahum compara la batalla con una plaga de langostas. Así como los gusanos devoran las cosechas, el enemigo devorará a la ciudad. Los soldados asirios serían tan fuertes como saltamontes. Luego, en el versículo 18, Nahum ve a los asirios como un rebaño de ovejas masacrado, sus pastores (gobernantes) durmiendo muertos.

La palabra «fama» en el versículo 19 significa «nuevas, informe». Cuando las naciones recibieron el informe de la destrucción de Asiria, aplaudieron y gritaron de gozo. Dios juzga los pecados de las naciones y de los individuos. Es trágico rechazar sus advertencias y persistir en el pecado. «Tenga por seguro que sus pecados lo alcanzarán».

Habacuc

¿Ha mirado alguna vez a este mundo con su injusticia y violencia y se ha preguntado: «Por qué Dios no hace algo»? Da la impresión de que el malo prospera y el justo sufre. Los piadosos oran, pero parece como si sus oraciones no sirvieran para algo. Este es el problema que enfrenta y resuelve Habacuc. Nótense tres actos en este drama personal conforme el profeta enfrenta sus dudas y halla seguridad en su fe.

I. El profeta desea saber (1)

A. «¿Por qué Dios está en silencio e inactivo?» (vv. 1–4).

Este fue el primer problema que asombraba al profeta. Miraba el mundo de su día y veía violencia (1.2–3, 9; 2.8, 17), injusticia, destrucción, rencilla y contención. La ley no se cumplía; no se protegía legalmente a los inocentes que sentenciaban como culpables. Abogados egoístas y oficiales crueles manipulaban las cortes. Toda la nación sufría debido a la iniquidad del gobierno. Sin embargo, parecía que Dios no hacía algo al respecto. Junto con estos problemas internos estaba la amenaza del Imperio Babilónico que barría en todo el paisaje político.

Dios le dio al profeta una respuesta en 5–11. «Estoy realizando una obra que te asombrará», dijo. «Levantaré a los caldeos, quienes conquistarán a las naciones y serán mis instrumentos para castigar al pueblo». Cuán cierto es que Dios obra en nuestro mundo y que no nos damos cuenta de ello (Ro 8.28; 2 Co 4.17). Pablo cita 1.5 en Hechos 13.41, aplicándolo al esparcimiento del evangelio entre los gentiles. Dios describe a los ejércitos caldeos en estos versículos y el cuadro no es alentador. Son feroces y ágiles; son terribles y formidables; vuelan como águilas y caen en picada para matar. No hacía falta hablarle a Habacuc del terror de los caldeos, porque conocía cuán perversos eran.

B. «¿Cómo Dios puede usar una nación impía en una causa santa?» (vv. 12–17).

La respuesta de Dios en 5–11 sólo le creó un nuevo problema a Habacuc. No entendía cómo un Dios santo usaba a una nación tan malvada para castigar a su propio pueblo, los judíos. «Es verdad que hemos pecado», dice Habacuc, «y merecemos el castigo; pero los caldeos son mucho más perversos que nosotros. Si alguien merece castigo, son ellos». ¿Puede un Dios santo sentarse impávido y ver que a su pueblo lo atrapan como a un pez y lo pisotean como insecto? (vv. 14–15). Los caldeos se jactarían: «*Nuestros* dioses nos han dado la victoria. Jehová no es el Dios verdadero» (énfasis añadido).

No hay nada malo en que el creyente luche con los problemas de la vida y trate de resolverlos. A veces parece como si a Dios no le importara nada; parece que se ha olvidado de los suyos y ayuda a los paganos. Cuántos millones de creyentes han sufrido el martirio por su fe. ¿Podemos adorar, confiar y servir con sinceridad a un Dios cuyos caminos parecen ser contradictorios?

II. El profeta vela y espera (2)

En lugar de convertirse en un ateo o agnóstico, Habacuc fue a su fortaleza para orar, meditar y esperar en el Señor. Sabía que Dios oía su queja y que pronto le enviaría una respuesta. Dios *en efecto* contestó. «Tengo un plan y un calendario», dijo Dios. «Todo será a su debido tiempo, de modo que no te impacientes». Entonces Dios le asegura a Habacuc tres cosas maravillosas para animarlo y fortalecerlo durante esos días difíciles.

A. «El justo por su fe vivirá» (v. 4).

Este es uno de los versículos más importantes de la Biblia. Forma el texto de tres libros del NT: Romanos (1.17; enfatiza *el justo*); Gálatas (3.11; enfatiza *vivirá*); y Hebreos (10.38; enfatiza *por fe*). El versículo 4 describe dos clases de personas: las que «se enorgullecen» debido a que confían en sí mismas, y las que son salvas y humildes debido a que confían en el Señor. Véanse al fariseo y al publicano en Lucas 18.9–14. Los caldeos eran los que se enorgullecían de sus victorias, sin percatarse de que era Dios el que les capacitó para conquistar.

B. «La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová» (v. 14).

La tierra en el día de Habacuc no estaba llena de mucha gloria, ni tampoco lo está hoy. Mire los cinco «ayes» de este capítulo y descubrirá los pecados que Dios aborrece: avaricia y codicia violenta (vv. 5–11); homicidio a sueldo (v. 12); embriaguez (vv. 15–16); e idolatría (v. 19). Estos son los mismos pecados que contaminan a las naciones en la actualidad. Y Dios los aborrece tanto hoy como lo hizo en el día de Habacuc. Pero la promesa sigue en pie, la gloria de Dios un día llenará la tierra, porque Jesucristo volverá, derrotará todo pecado y establecerá su Reino justo.

C. «Jehová está en su santo templo» (v. 20).

Dios sigue en su trono (Is 6). No tenemos necesidad de quejarnos ni de dudar, porque Él reina e interviene en los asuntos de las naciones. Habacuc pensaba que a Dios no le interesaban los problemas de la vida, pero descubrió que a Él le importaban mucho y que obraba según su plan y a su tiempo. Es por ello que el justo vive *por fe*. «Porque por fe andamos, no por vista» (2 Co 5.7; 4.18). Si miramos a nosotros mismos o a las circunstancias, nos desanimaremos y desearemos darnos por vencidos, pero si miramos a Dios por fe y hacia adelante a la gloriosa venida de Cristo, nos animaremos y seremos capaces de avanzar en victoria.

III. El profeta adora (3)

¡Habacuc es un hombre cambiado! En vez de quejarse, alaba al Señor. Dios cambia los suspiros en canto si nosotros (como Habacuc) nos damos tiempo para esperar ante Él en oración y oír su Palabra.

Primero, el profeta ora (v. 2). «Veo que estás obrando en este mundo», dice el profeta refiriéndose a 1.5. «Ahora, continúa obrando; mantén viva tu obra y conclúyela». Aquí la palabra «aviva» no tiene que ver con nuestras «campañas de avivamiento» modernas. Habacuc simplemente le pide al Señor que continúe obrando. Sabe que habrá ira y juicio, pero ora que el Señor se acuerde también de la misericordia.

Luego el profeta medita (vv. 3–16). Repasa la historia de Israel y las obras maravillosas del Señor. Esta descripción poética del poder formidable de Dios no parece seguir ningún patrón especial, ni tampoco abarca los principales hechos de la historia judía. Pero Habacuc sabía que Dios obró en el pasado y por consiguiente podía confiar en que Él obrará en el presente y en el futuro. Las montañas temblaron ante el Señor; y lo mismo ocurrirá con los caldeos. «Jehová es un hombre de guerra». Israel era su pueblo; Él los cuidaría.

Finalmente el profeta alaba (vv. 17–19). Estos versículos representan una de las más grandes confesiones de fe que se hallan en la Biblia. «Aunque todo a mi alrededor falle: los campos, las viñas, los rebaños, el ganado, con todo yo me regocijaré en el Señor». Esta es la versión del AT de Filipenses 4.11–13. Habacuc sabía que no tenía fuerza propia, pero que Dios podía darle la fuerza que necesitaría para atravesar las pruebas que se avecinaban. «Él me hará como un ciervo; saltaré sobre las montañas».

Cuánto más debe esto significar para nosotros. Habacuc miraba a través de la niebla y se maravilló del programa de Dios, pero en Cristo nosotros *conocemos* los planes de Dios para esta edad (Ef 1.8–10; y cap. 3). Tenemos la Biblia para estudiar y Habacuc no la tenía. Tenemos la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, así como la promesa de su venida. Si alguien debe andar por fe y regocijarse en el Señor, es la iglesia cristiana de hoy. Sin embargo, demasiado a menudo dudamos, nos quejamos, nos adelantamos a Dios e incluso criticamos lo que Él hace.

Habacuc nos muestra cómo lidiar con los problemas de la vida: (1) admitirlos con sinceridad; (2) hablarle a Dios al respecto; (3) esperar en silencio delante de Él en oración y meditación en la Palabra; (4) cuando Él habla, escuchar y obedecer. Nunca huya de las dificultades de la vida, porque Dios quiere usarlas para fortalecer su fe. «Nunca dude en la oscuridad lo que Dios le ha dicho a la luz». El justo por su fe vivirá.

Sofonías

Este hombre no era ningún predicador ordinario. Era el tataranieto del rey Ezequías, uno de los más famosos gobernantes de Judá. Tenía sangre real en sus venas, pero más importante aún, tenía el mensaje de Dios en sus labios. Extraño como parece, Sofonías predicó durante el reinado del buen rey Josías y era un tiempo de «avivamiento» religioso (véase 2 R 22–23). Josías subió al trono a los ocho años y a los dieciséis se consagró al Señor. Cuando tenía veinte años empezó una gran reforma en la tierra, derribó los ídolos y juzgó a los falsos sacerdotes y profetas. Luego empezó a reedificar el templo y dirigió a la nación a celebrar la Pascua. Por todas las apariencias, era un tiempo de interés religioso y consagración.

Pero Sofonías veía más adentro; vio los corazones de las personas y sabía que el celo religioso no era sincero. Las reformas eran sólo superficiales; la gente se deshizo de sus ídolos en sus casas, pero no de los ídolos de sus corazones. Los gobernantes de la tierra aún eran avaros y desobedientes, y la ciudad de Jerusalén era la fuente de toda clase de iniquidad en la tierra. Incluso hoy muchos creyentes carecen de discernimiento y piensan que todo «movimiento religioso» es una obra genuina del Señor. Algunas veces la reforma simplemente externa sólo prepara el camino para la obra del diablo (Mt 12.43–45).

Podemos dividir el mensaje de Sofonías en tres partes; dos que tratan del juicio y una de la misericordia.

I. Dios juzgará a Judá (1.1–2.3)

¡Qué declaración!: «Destruiré por completo todas las cosas de sobre la faz de la tierra». El juicio viene y nada escapará. Incluirá las aves, las bestias y los peces; especialmente afectará a los ídolos («tropezaderos») de los impíos; y exterminará a la población de la tierra. En el versículo 4 Dios menciona los puntos críticos: Judá y Jerusalén. ¿Qué? ¿El pueblo de Dios atravesará juicio? ¡Sí! ¿Cómo puede Dios destruir su pueblo santo y su ciudad santa? Lo hace por sus pecados y en particular los pecados de idolatría (vv. 4–6). El profeta describe tres clases de pecadores en estos versículos: los que se olvidan de Jehová y adoran sólo ídolos, vv. 4–5a; los que adoran *tanto* a Jehová como a los ídolos, v. 5b; y los que se olvidan abiertamente del Señor y no quieren tener nada que ver con Él, v. 6. Estas mismas actitudes están con nosotros hoy.

El juicio que viene se describe en los versículos 7–18. Lo llama «el Día de Jehová», una frase que usan muchos escritores del AT, Joel en especial. «El Día de Jehová» tiene un doble significado: (1) localmente, los juicios de Dios sobre Israel y Judá en el pasado; (2) proféticamente, ese tiempo futuro de juicio cuando Dios derrame su ira (Ap 6–19). En este caso, «el Día de Jehová» sería la invasión babilónica del 606 a.C., y la destrucción de la ciudad y del templo en el 586 a.C. Sofonías ve esta invasión como un gran «sacrificio»; véase también Apocalipsis 19.17–18. El ruido de la invasión empezará en la puerta del Pescado, la puerta más distante de la ciudad, y luego avanzará hasta la misma cima del monte Sion. Pero no serán los soldados extranjeros los que harán el trabajo; será Dios el que buscará en la ciudad, como con una lámpara, desenmascarando el pecado y castigando la iniquidad. Los versículos 14–16 usan once palabras diferentes para describir el Día de Jehová que vendrá. Ricos y pobres sufrirán por igual; ni plata ni oro les salvará.

En 2.1–3 el profeta se vuelve a Jerusalén y a Judá y suplica al pueblo que se vuelva a Jehová y se arrepientan de sus pecados. «Antes de que tenga efecto el decreto de Dios, mientras que aún hay tiempo, volveos a Dios y pedid misericordia». Es triste, pero la nación se contentaba con ser «religiosa»; no se volverían de sus pecados.

II. Dios juzgará a las naciones (2.4–3.7)

El profeta menciona a varias naciones gentiles alrededor de Judá y anuncia que Dios las juzgará también por sus pecados. Empieza con Filistea (vv. 4–7) y predice que sus populosas costas serán potreros para el ganado. Luego menciona a Moab y a Amón (vv. 8–11), descendientes del rebelde Lot (Gn 19.33–38). Maltrataron al pueblo de Dios y con arrogancia «se engrandecieron»; por lo tanto, Dios los humillará. Sus tierras quedarán en ruinas. Se demostrará que sus ídolos son impotentes.

Egipto es el siguiente en la lista (v. 12) y le promete guerra que matará a sus jóvenes. Asiria y su capital Nínive serán destruidas de tal manera que su tierra será un desierto (vv. 13–15). Las aves salvajes morarán allí con los animales. Sus hermosos edificios quedarán sepultados bajo la arena. Nahum también profetizó la caída de Nínive y su completa destrucción.

De nuevo Sofonías termina su mensaje con una apelación a su pueblo (3.1–7). Si Dios juzga los pecados de los paganos, ¿cuánto más juzgará los pecados de Judá, la «nación santa de Dios»? Llama a Jerusalén rebelde y contaminada; a pesar de que Josías quitó todos los ídolos. Dios podía ver sus corazones y en ellos vio rebelión. No tenían fe verdadera en el Señor. Los príncipes y jueces eran como animales al acecho, buscando a quien devorar. Los profetas eran «livianos»; les faltaba seriedad de pensamiento y de interés. También eran «traicioneros», porque hacían descarriar al pueblo. Los sacerdotes contaminaban todo lo que tocaban, aun el santuario sagrado. Podían ver el juicio de Dios día tras días, pero no le daban cabida en su corazón. Veían que Dios castigaba a otras naciones, pero decían: «Esto nunca ocurrirá aquí».

Pues bien, allí ocurrió. En el 606 a.C. los babilonios vinieron y destruyeron a la nación, la ciudad y el templo. «El pecado es oprobio de cualquier pueblo», especialmente del pueblo de Dios.

III. Dios restaurará a su pueblo (3.8–20)

Sofonías concluye su mensaje con una gran promesa: Dios un día volverá a reunir a su pueblo, castigará a las naciones gentiles y restaurará a Israel y a Judá a su tierra. El versículo 8 es sin duda una predicción de la batalla del Armagedón, cuando todas las naciones se congregarán contra Jerusalén en los últimos días (Ap 19.11–21). Pero Cristo volverá y juzgará a estas naciones, y entonces establecerá su Reino. Volverá a reunir a los judíos esparcidos, los limpiará de sus pecados y establecerá su Reino justo, sentándose sobre el trono de David en Jerusalén. Véase Zacarías 12–13.

¿Ha notado el énfasis de Sofonías en «el remanente»? (2.7, 9; 3.13). En su día había un remanente creyente, un pequeño grupo de personas fieles a Dios, así como hay un remanente creyente hoy. No todos los judíos seguirán al Señor en los últimos días, pero el remanente sí lo hará.

¿Qué debían hacer los judíos creyentes debido al mensaje de Sofonías? Por un lado, debían esperar (3.8) y dejar que Dios realice sus propósitos. Entonces debían cantar (3.14ss) y regocijarse por la bondad del Señor. La nación tendría que atravesar un tiempo de aflicción y prueba, pero Dios estaría en medio de ella (3.17) y no debía temer aun en el tiempo del juicio. Dios los amaría y los cuidaría. Luego, cuando su ira haya terminado, restaurará a la nación y se regocijará por ella. Afligirá a los que afligieron a los judíos (3.19) y traerá a los judíos de regreso a su tierra. Esto ocurrió después de cumplidos los setenta años del cautiverio.

Pero hay una futura reunión y restauración para Israel cuando, de acuerdo al versículo 20, serán alabanza para toda la tierra. Eso no ha sucedido. Hoy son una fuente de contención internacional. Pero cuando Jesús vuelva, serán una fuente de gozo y gloria en la tierra, y el mundo tendrá paz.

Hageo

Para comprender la obra de estos tres últimos profetas (Hageo, Zacarías y Malaquías) debemos repasar la historia judía. En el año 536 Esdras llevó de regreso aproximadamente cincuenta mil judíos a la Tierra Santa. Reedificaron el altar y empezaron de nuevo los sacrificios y en el 535 se colocaron los cimientos del templo. Pero hubo una considerable oposición y el trabajo se detuvo. No fue sino hasta el 520 que el pueblo empezó de nuevo la obra; y en el 515 finalmente el templo quedó completo. Fue la obra de cuatro hombres piadosos que condujo la tarea hasta su final: Zorobabel, el gobernador; Josué, el sumo sacerdote; y Hageo y Zacarías, los profetas. Véanse Esdras 5.1 y 6.14.

El propósito del ministerio de Hageo fue despertar al pueblo ocioso y animarlos a concluir el templo de Dios. Fue fácil lograr empezar el trabajo cuando acababan de llegar a la Tierra Santa, por cuanto todos tenían dedicación y entusiasmo. Pero después de meses de pruebas y oposición, la obra se hizo más lenta y a la larga se detuvo. En este pequeño libro tenemos cuatro sermones de Hageo y cada uno tiene una fecha específica. En cada mensaje Hageo destaca un pecado particular que les impedía cumplir la voluntad de Dios y terminar la obra.

I. Ponerse por delante del Señor (1.1–15)

Fue el 1° de septiembre de 520 cuando Hageo predicó este mensaje. Habían pasado dieciséis años desde la colocación de los cimientos y el templo aún estaba inconcluso. Este mensaje se le predicó a los dos líderes de la nación, Zorobabel y Josué, líder civil y religioso respectivamente. Hageo no desperdicia tiempo; va directo al punto de su mensaje: «El pueblo está dando excusas y descuidan la casa de Dios. Pero es tiempo de poner manos a la obra y terminar la casa de Dios».

Destaca el egoísmo de ellos; construyeron sus casas, pero decían que no tenían tiempo para edificar la casa de Dios. En otras palabras, se anteponían al Señor. Algunos de los judíos tenían incluso «casas artesonadas», lo cual sería lujo en aquel día. Este pecado está con nosotros hoy, anteponemos nuestros deseos a la voluntad del Señor. ¡Qué fácil es dar excusas para no hacer la obra de Dios! El tiempo es demasiado malo como para salir a visitar o para asistir a los cultos, pero no para salir de cacería o ir de compras. La gente se queda sentada durante un partido doble de béisbol y jamás se queja, sin embargo, empiezan a moverse incómodos si el culto de la iglesia se extiende cinco minutos.

Hageo nos advierte que en realidad perdemos cuando nos anteponemos a Dios. En 1.6 nos dice que nuestras ganancias se desvanecen y nuestras posesiones no duran cuando se deja a Dios fuera. Dios retuvo la lluvia (v. 10) y por eso las cosechas fracasaron (v. 11). Al fin y al cabo, los judíos conocían la promesa de Dios de que bendeciría su tierra si le honraban (véase Dt 28), pero no confiaron en la Palabra, de modo que perdieron la bendición. Mateo 6.33 es una gran promesa a la cual aferrarse; lo mismo que Filipenses 4.19.

El mensaje se recibió con convicción real (vv. 12–15) y los líderes se entusiasmaron para hacer la voluntad de Dios. «Yo estoy contigo», prometió Dios. «Yo seré glorificado». Nótese que toda la empresa fue una aventura espiritual y no una simple obra de la carne. El pueblo de Dios se levantó y puso a Dios primero en sus vidas.

II. Mirar atrás en lugar de mirar hacia adelante (2.1–9)

Ya el pueblo había trabajado alrededor de siete semanas cuando Hageo predicó su segundo sermón, el 21 de octubre, el último día de la Fiesta de los Tabernáculos (Lv 23.34). Se suponía que debía ser un gran día de gozo y alabanza, pero en vez de eso fue uno de desánimo y quejas. ¿Por qué? Porque el pueblo miraba hacia atrás en lugar de mirar hacia adelante. Cuando colocaron los cimientos, dieciséis años atrás, los ancianos lloraron porque recordaban la gloria del templo de Salomón (Esd 3.12); y ahora algunas de las personas estaban desanimadas porque al nuevo templo le faltaba esplendor y gloria.

Por supuesto, el problema del pueblo se debía a sus pecados, pero a pesar de esto, no era razón para mirar hacia atrás. En la obra de Dios debemos mirar hacia adelante por fe. «¡Esforzaos y no temáis!», les dijo Dios a los líderes desanimados. «Voy a hacer temblar al mundo y un día estableceré mi reino». Véase Hebreos 12.26–29. Dios promete que la gloria de la casa final (el templo durante el reino milenial) excederá grandemente a la de la casa anterior (el templo de Salomón). «Y entonces les daré paz». Lo mejor aún no ha llegado.

III. Fracasar por no confesar nuestros pecados (2.10–19)

El pueblo esperaba bendiciones materiales el mismo día que empezaron a trabajar en el templo, pero ya era el 24 de diciembre y las cosas seguían difíciles. Hageo explicó por qué Dios no los había bendecido: todavía estaban inmundos; no habían confesado sus pecados. «Vosotros no podéis dar a nadie santidad ni salud», explicó, «sino que podéis darle la inmundicia y enfermedad que poseéis». Y debido a que el pueblo era inmundo su obra también lo era (v. 14). Léase Zacarías 3 en conexión con este mensaje: Zacarías predicó en el octavo mes del mismo año (Zac 1.1), apenas un mes antes de Hageo 2.10–19. Dios podía limpiar al pueblo de sus pecados, si tan solo se arrepentía.

Una vez que la nación fue limpiada Dios le prometió bendecirla (v. 19). No es suficiente hacer la obra de Dios; debemos hacerla con manos limpias y corazón puro. El pecado no confesado es uno de los obstáculos más grandes para realizar la obra del Señor.

IV. Incredulidad (v. 20–23)

Este mensaje final, predicado el mismo día del tercer mensaje, fue dirigido al gobernador personalmente. Sin duda Zorobabel necesitaba estímulo especial al dirigir la obra de Dios. Satanás siempre ataca a los líderes espirituales y es nuestro deber orar por ellos y trabajar con ellos. Tal vez Zorobabel vio a los grandes imperios que los rodeaban y temía por el futuro del diminuto remanente de judíos. Las circunstancias tienen la facultad de desanimarnos a su modo cuando tratamos de hacer la obra del Señor.

Pero Dios estimuló la fe del gobernador. La incredulidad siempre nos roba las bendiciones de Dios. «Haré temblar los cielos y la tierra», dijo Dios. «No les temas a estos reinos. Los derrocaré y los destruiré. En cuanto a ti, Zorobabel, tú eres para mí como un anillo de sellar, una joya muy preciosa. Yo te escogí; no te des por vencido». Cómo este mensaje debe haber animado y fortalecido la fe del gobernador.

Zorobabel fue un antepasado de Jesucristo; su nombre aparece en las genealogías (véanse Mt 1.12 y Lc 3.27). Zorobabel es un tipo o ilustración de Cristo en el AT. Aquí se ve a Cristo como el anillo de sellar de Dios, su sello precioso. Un anillo de sellar habla de autoridad y honor. Dios le dio a Zorobabel la autoridad para terminar el templo; Dios le dio a su Hijo la autoridad para salvar a los perdidos y edificar su templo, la Iglesia (Jn 17.1–3).

¿Qué obra le ha llamado Dios a hacer antes de que Cristo vuelva? ¿La ha empezado pero no la ha acabado? ¿Está desanimado? Entonces tenga cuidado de estos pecados que estorban la obra del Señor: anteponerse uno a Dios; mirar hacia atrás en lugar de hacerlo hacia adelante; el pecado sin confesar; incredulidad. Pero note las maravillosas promesas que Dios nos da: «Yo estoy con vosotros» (1.13); «no temáis» (2.5); «os bendeciré» (2.19); «yo te escogí» (2.23). ¡Aprópiese de la promesa de Filipenses 1.6 y levántese y haga la obra del Señor!

Zacarías

Bosquejo sugerido de Zacarías

Introducción: Un llamado al arrepentimiento, 1.1–6
(noviembre de 520 a.C.)

I. Ocho visiones de aliento (1.7–6.15) (24 de febrero de 520)
   - A. El jinete (1.7–17): Dios no olvidó a Jerusalén
   - B. Los artesanos (1.18–21): Dios destruirá a sus enemigos
   - C. El agrimensor (2.1–13): Jerusalén será restaurada
   - D. Josué el sumo sacerdote (3.1–10): Una nación limpiada
   - E. El candelero (4.1–14): El poder de Dios los capacita
   - F. El rollo volante (5.1–4): El pecado será juzgado en la tierra
   - G. La mujer (5.5–11): La maldad llevada a Babilonia
   - H. Los carros de guerra (6.1–8): Dios controla a las naciones

Coronación del Sacerdote-Rey (6.9–15): El clímax del plan de Dios será la coronación de Jesucristo como el Sacerdote-Rey. Israel nunca tuvo un sacerdote-rey; sólo reyes y sacerdotes. Esto puede ser únicamente un cuadro de Jesucristo.

Interludio: Preguntas respecto a los ayunos (7–8)
(4 de diciembre de 518)

II. Dos oráculos de aclaración (9–14)
   - A. El primer oráculo (9–11)
     1. La conquista de Alejandro Magno (9.1–8)
        La venida del Mesías (9.9)
     2. Victoria de los macabeos (9.11–17)
        La venida del Mesías (10)

3. Conquista de Roma (11.1–9)
   La venida del Mesías (11.10–14)
   La venida del anticristo (11.15–17)

B. El segundo oráculo (12–14)

1. Israel en la tribulación (12.1–9)
   El regreso de Cristo (12.10–13.9)
2. La batalla del Armagedón (14.1–3)
   El regreso de Cristo (14.4–7)
3. El establecimiento del Reino (14.8–21)

Notas preliminares a Zacarías

I. El escritor

Zacarías ministró con Hageo durante los difíciles días del regreso a Palestina de cincuenta mil judíos y el reestablecimiento de su ciudad y la adoración en su templo. El remanente volvió en el 536 a.C. y colocó los cimientos del templo en el 535, pero la oposición surgió y la obra se detuvo. En el 520, Dios levantó a Hageo y a Zacarías para estimular a los líderes y al pueblo, y en el 525 terminaron el trabajo. Zacarías fue tanto un profeta como un sacerdote (véase Neh 12.4, 16) y por Zacarías 2.4 descubrimos que era joven. Su nombre significa «Jehová recuerda». El nombre de su padre significa «Jehová bendice» y el de su abuelo «Su tiempo». Poniéndolos juntos tenemos «Jehová recuerda bendecir a su tiempo».

II. Tema

Este libro se coloca junto a Daniel en el develamiento del plan de Dios para los judíos. La ciudad de Jerusalén se menciona cuarenta veces en Zacarías. En Zacarías 1.14–17 encontrará los versículos clave del libro: Dios tiene celo por Jerusalén; castigará a los paganos por lo que le han hecho a su ciudad; y un día restaurará a la ciudad a su gloria y paz. El hecho de que Dios ha escogido a Jerusalén en su gracia se menciona a menudo en este libro (1.17; 2.12; 3.2). Tendrá misericordia de la ciudad (1.12) y un día morará en ella (8.3, 8).

III. Interpretación

Como con la mayoría de la profecía del AT, debemos distinguir entre los significados inmediatos y lejanos de lo que Zacarías dice. En un versículo describirá la caída de Jerusalén bajo los romanos y en el siguiente la venida del Mesías para reinar. El nombre favorito de Zacarías para Dios es «Jehová de los ejércitos». Ve al Señor viniendo para derrotar a los enemigos de Israel y establecer a Jerusalén en paz y gloria. Interpretar estas magníficas profecías como refiriéndose a la iglesia actual es privarle al libro de significado y poder. Es cierto que hay aplicaciones espirituales para todas las edades, pero la interpretación básica debe ser para la nación judía y Jerusalén.

IV. El libro

Como se verá en el bosquejo sugerido, el libro se divide en tres partes. En los capítulos 1–6 el profeta describe ocho visiones, las cuales resumen el mensaje del libro: Jerusalén será librada, limpiada y reestablecida en paz y prosperidad. La sección concluye con la coronación de Josué como el rey-sacerdote, un cuadro de Jesucristo.

Los capítulos 7–8 se refieren a una visita de algunos judíos para preguntar sobre sus ayunos en conmemoración de la caída de Jerusalén. Este ayuno se realizaba en el quinto mes (2 R 25.8; Jer 52.12). Hay una pregunta: Si Jerusalén va a ser reconstruida, ¿por qué seguir ayunando? Zacarías replica que el ayuno debe ser del corazón y no por el calendario, y promete que en la ciudad glorificada sus ayunos se convertirán en festividades.

La sección final (9–14) es una descripción de Jerusalén y de la victoria de Dios sobre las naciones gentiles. En 9–11 tenemos la primera «carga» y en 12–14 la segunda. Como se ve en el bosquejo, Zacarías trata de la invasión de Alejandro Magno, el tiempo de los macabeos (patriotas judíos que por un breve tiempo libraron a Israel de la opresión), e incluso la caída de Jerusalén ante los romanos. Zacarías también salta a «los últimos días» para mostrarnos la batalla del Armagedón, la venida de Cristo a la tierra y el establecimiento del Reino.

IV. Cristo

Zacarías nos muestra a Jesucristo en muchos aspectos de su ministerio: el Rey (9.9; Mt 21.4–5); la Piedra (3.9; 10.4; Ro 9.31–33); el esclavo vendido por treinta piezas de plata (11.12; Mt 27.3–10); el Pastor herido (13.7; Mt 26.21); el Renuevo (3.8; 6.12; véanse Is 4.2; 11.1; Jer 23.5; 33.15); el Rey glorioso (14.1–4, 9, 16–17).

ZACARÍAS

La ciudad de Jerusalén aparece con frecuencia en las noticias de la actualidad y la gente se pregunta: «¿Cuál es el futuro de esta antigua ciudad? ¿Pueden los judíos retener a Jerusalén? ¿Será atacada de nuevo?» Las respuestas a estas y muchas otras preguntas se hallan en el libro de Zacarías. La ciudad de Jerusalén se menciona cuarenta veces en este libro. En 1.12–17 Dios aclara que Él está en control del destino de la ciudad: «Tendré misericordia. Tengo celo por Jerusalén. Mi casa será edificada. El Señor consolará a Sion y escogerá a Jerusalén».

Zacarías profetizó en un tiempo cuando Jerusalén estaba aún en ruinas. En el 586 los babilonios destruyeron la ciudad y llevaron cautivo al pueblo a Babilonia. En el 536, después de la caída de Babilonia, Ciro permitió a un remanente de judíos regresar a su tierra y en el 535 colocaron los cimientos del templo. Pero el trabajo se detuvo y no fue sino hasta el 520 que los judíos empezaron de nuevo a reconstruir la casa de Dios. Esto sucedió bajo la predicación de Hageo y Zacarías. Pero Zacarías no vio a una nación débil en una ciudad en ruinas; miró a través de los siglos y vio el futuro de la ciudad y la venida del Rey de Jerusalén, el Mesías. Sabía que el templo se reconstruiría (1.16; 4.9; 6.12–14; 8.9). Averigüe en Zacarías los grandes acontecimientos relacionados con la ciudad de Jerusalén.

I. Protegida por el Señor (9.8)

En 9.1–8 el profeta describe la conquista de Alejandro Magno, el general griego. La historia nos cuenta que Alejandro destruyó muchas ciudades, pero no Jerusalén. Amenazó a la ciudad, pero nunca cumplió sus amenazas. Antes de que el general llegara, el sumo sacerdote judío soñó lo que sintió que era de Dios y en el sueño se le dijo que se vistiera con sus atuendos y saliera al encuentro de Alejandro afuera de la

ciudad. Con él fueron los sacerdotes con sus túnicas blancas. La escena asombró a Alejandro. Es más, supuso que él también había soñado la misma escena. Alejandro entró a Jerusalén pacíficamente y nunca hizo daño a la gente ni a la ciudad en ninguna manera.

II. Visitada por el Mesías (9.9)

Tal vez Zacarías vio en la visita de Alejandro un pequeño destello anticipado de la venida de Jesucristo a la ciudad santa, porque en el versículo siguiente (9.9) predice la llegada de Cristo a Jerusalén. Esto se cumplió en el «Domingo de Ramos» cuando Jesús entró en la ciudad montado sobre un asno (Mt 21.4–5; Jn 12.12–16). Alejandro traía guerra; Jesús trajo paz. ¿Cómo lo trataron? Zacarías 13.7 nos dice que sería arrestado (Mt 26.31) y herido. Lo vendieron por el precio de un esclavo (Zac 11.12; Mt 27.3–10). El resultado: lo hirieron en la casa de sus amigos (Zac 13.6) y lo traspasaron en la cruz (Zac 12.10). Qué tragedia que la «Ciudad de Paz» rechazara al «Príncipe de Paz» y le crucificara.

III. Destruida por Roma (11.1–14)

Toda la sección es un cuadro gráfico de los últimos días de Jerusalén y su destrucción por parte de los ejércitos romanos, anunciada seiscientos años antes de que ocurriera. Zacarías ve la tierra devastada; oye el alarido de la gente. ¿Qué causó esta tragedia? La infidelidad de los gobernantes (pastores). Los líderes religiosos del pueblo rechazaron la verdad y permitieron la crucifixión de su Mesías. Israel fue «el pueblo de Dios, las ovejas de su prado», pero ahora eran «ovejas de la matanza» (vv. 4, 7), destinadas a ser masacradas por Roma. Zacarías muestra aquí al Mesías mientras este usa dos cayados de pastor (Sal 23.4), uno llamado *Gracia* (belleza) y el otro *Ataduras* (unión). Cuando Israel vendió a su Mesías (v. 12), el día de la gracia de Dios estaba a punto de cerrarse para la nación. No permanecería unida en el Señor; se iba a quebrantar a la nación. En el 70 d.C. Roma invadió a Israel y destruyó a Jerusalén. Véase Mateo 23.37–39.

IV. Protegida por el anticristo (11.15–17)

El rebaño de Israel rechazó a su verdadero Pastor y le hirió (13.7), pero aceptó al falso pastor, el «pastor ídolo»: el anticristo. Jesús lo predijo en Juan 5.43. Daniel 9.27 nos dice que después del Arrebatamiento de la Iglesia, el líder de la Europa federada (los diez reinos de Dn 7.7–8) harán un pacto con los judíos para protegerlos durante siete años. Jerusalén tendrá tres años y medio de paz, una falsa paz que será el preludio de tres años y medio de terrible tribulación. Durante esos primeros tres años y medio los dos testigos de Apocalipsis 11.1ss darán el mensaje de Dios; y Apocalipsis 11.4 los relaciona a los dos olivos de Zacarías 4. En los días de Zacarías los dos olivos representaban a Josué el sumo sacerdote y a Zorobabel el gobernador, mediante los cuales el Espíritu obraba. Pero la aplicación final de los dos testigos será en los últimos días.

V. Atacada por los gentiles (12.1–8; 14.1–3)

Jerusalén ha atravesado muchos ataques y desolaciones, pero sigue en pie. Durante los días de la tribulación (los últimos tres años y medio), sólo un tercio de la nación sobrevivirá para entrar en el Reino (Zac 13.8–9). Note que la frase «en aquel día» se repite diecisiete veces en Zacarías 12–14, en relación al Día de Jehová. En 12.1–8 y 14.1–2 vemos a las naciones gentiles reunidas contra Jerusalén. El anticristo entra en Jerusalén, rompe su pacto con los judíos y hace del templo su cuartel general para la adoración mundial. Véanse 2 Tesalonicenses 2 y Apocalipsis 13. Durante la segunda mitad de la tribulación los reyes de la tierra empezarán a reunirse para la gran batalla final, la batalla del Armagedón (Ap 16.12–16; 19.19–21). Note en Zacarías 14.1–2 que Jerusalén en efecto sufre terriblemente en esta batalla antes de que el Señor vuelva para librarla. Algunos maestros remiten este pasaje a la batalla de Gog y Magog, Ezequiel 38–39, pero esto no parece ser lógico. Gog y Magog está en medio de la tribulación. La batalla en Zacarías 14, como Armagedón, involucra a las naciones gentiles. Aún más, Cristo no regresa después de la batalla de Gog y Magog para librar a Jerusalén, como lo hace en Zacarías 14.4ss.

VI. Librada por Jesucristo (12.9–14.11)

Cuando la batalla esté en su peor momento, Jesús volverá al Monte de los Olivos (14.4). Esto cumplirá la promesa de Hechos 1.11–12. La gloria se apartó de allí (Ez 11.22–23) y volverá desde allí (Ez 43.2). Un terremoto cambiará la topografía del área. Véanse Miqueas 1.4; Nahum 1.5; y nótese Apocalipsis 16.18–19. Sin duda, este cambio hará posible el nuevo paisaje requerido para el templo magnífico de Ezequiel (Ez 40–48), puesto que al presente haría imposible una estructura tan enorme. El valle que se forme también será un camino de escape para los de Jerusalén, pero la victoria final será de Cristo (Ap 19.11–21).

VII. El Señor la limpia y la glorifica (12.10–13.1; 14.9–21)

La nación mirará al que traspasaron (12.10; Jn 19.37; Ap 1.7) y se arrepentirá de sus pecados y se lamentará. Dios abrirá su fuente de gracia y los limpiará de sus pecados. Nótense los grupos específicos de personas que se arrepentirán (12.12–14). David (realeza), Natán (los profetas), Leví (los sacerdotes). A través de la historia de Israel han sido los profetas, los sacerdotes y los reyes los que con frecuencia hicieron descarriar a la nación.

El Renuevo establecerá el templo glorioso (6.12–13) y Cristo el Rey Sacerdote reinará en majestad y paz. «Jerusalén será habitada confiadamente» (14.11) por primera vez en la historia. Las gloriosas aguas de vida fluirán para sanar la tierra (14.8 y Ez 47.1ss). Las naciones gentiles adorarán en Jerusalén (14.16ss) y la santidad caracterizará a la ciudad que Sofonías llamó «inmunda». La limpieza de Zacarías 3 será una realidad y habrá paz en el mundo. «Pedid por la paz de Jerusalén» (Sal 122.6). Porque cuando Jerusalén tenga paz, las naciones tendrán paz.

Malaquías

Sabemos muy poco respecto a este penúltimo de los profetas del AT (Juan el Bautista fue el último; Mal 3.1 y 4.5–6, con Mt 11.10–15; Mc 1.2; y Lc 1.17). Ministró a la restaurada nación judía alrededor de cuatrocientos años antes de Cristo. Los pecados descritos en este libro se hallan en Nehemías 13.10–30. Malaquías dirige su primer mensaje a los sacerdotes y luego se vuelve al pueblo en general: «De tal pueblo, tal sacerdote». Conforme el profeta entrega la Palabra de Dios, el pueblo responde discutiendo. Nótese la repetición de «¿en qué?» (1.2, 6–7; 2.17; 3.7–8, 13). Es peligroso cuando el pueblo discute con Dios y trata de defender sus caminos pecaminosos.

Malaquías recalca los terribles pecados del pueblo y de los sacerdotes.

I. Dudaban de su amor (1.1–5)

«Te he amado», dice Dios a su pueblo. «¿Ajá?», respondieron ellos, «¿en qué nos has amado? ¡Demuéstralo!» Dudar del amor de Dios es el principio de la incredulidad y la desobediencia. Eva dudó del amor de Dios y comió del árbol prohibido; pensó que Dios le privaba de

algo. Satanás quiere que nos sintamos abandonados por Dios. «Miren a sus circunstancias difíciles», le dijo al remanente judío. «¿Dónde están sus cosechas? ¿Por qué Dios no los cuida?»

Dios demostró su amor a su pueblo de dos maneras: (1) En su gracia escogió a Jacob, su padre, y rechazó a Esaú, quien de muchas maneras era un mejor hombre; y (2) juzgó a los edomitas (los descendientes de Esaú) y le dio a Israel la mejor de las tierras. Le prometió a Israel una tierra que fluía leche y miel, pero, trágicamente, sus pecados contaminaron la tierra. Incluso entonces, Él en su gracia los restauró a su tierra y los libró del cautiverio.

II. Menospreciaban su nombre (1.6–14)

Ahora Dios se vuelve a los sacerdotes, quienes deberían haber sido los líderes espirituales de la tierra. Los sacerdotes no honraban el nombre de Dios; tomaban lo mejor para sí mismos. No valoraban los privilegios espirituales que Dios les dio: servir al altar, quemar incienso y comer del pan consagrado de la proposición. Y no traían lo mejor para los sacrificios: traían lo peor de los animales (cf Dt 15.21). Dios les dio lo mejor y a su vez pedía lo mejor, pero ellos no querían obedecerle.

El versículo 10 debería decir: «¿Quién es lo suficiente espiritual como para cerrar las puertas del templo y acabar con esta hipocresía?» Dios prefería ver el templo cerrado antes que tener al pueblo y a los sacerdotes «jugando a la religión» y guardándose lo mejor para sí mismos. Los sacerdotes ni siquiera aceptaban un sacrificio si antes no recibían su porción. Era esta clase de pecado lo que llevó a la derrota a Israel en los días de Elí (1 S 2.12–17 y 4.1–18). El versículo 11 indica que los gentiles paganos ofrecían mejores sacrificios al Señor que su propio pueblo. Es muy malo que los inconversos sacrifiquen más para su religión que los que conocen de verdad al Señor.

Somos sacerdotes mediante Cristo y nosotros también debemos traerle «sacrificios espirituales» (1 P 2.5). ¿Cuáles son estos sacrificios? Nuestros cuerpos (Ro 12.1–2); nuestras ofrendas (Flp 4.14–18); alabanza (Heb 13.15); buenas obras (Heb 13.16); almas que hemos ganado para Cristo (Ro 15.16). ¿Estamos dándole lo mejor o sólo lo que nos conviene?

III. Profanaban su pacto (2.1–17)

No era cosa liviana ser sacerdote, porque esto era un don de la gracia de Dios mediante su pacto con Leví. Los versículos 5–7 describen al sacerdote ideal: teme al Señor y le obedece; recibe la Palabra y la enseña; vive lo que enseña; procura alejar a otros del pecado. Pero los sacerdotes en los días de Malaquías en realidad hacían descarriar al pueblo (2.8) y profanaban el santo pacto.

¿Qué les haría Dios? «Maldeciré vuestras bendiciones». Esto se relaciona con 3.9 y la falta de diezmos y ofrendas. Dios maldijo las cosechas; el pueblo estaba pobre; no traían las ofrendas a los sacerdotes y por tanto estos padecían hambre. Al pecar contra el pacto de Dios estaban simplemente dañándose a sí mismos. Pero los versículos 10–16 destacan otro terrible pecado de los sacerdotes: se divorciaban de sus esposas judías y se casaban con mujeres paganas. Traicionaban sus mujeres y sus familias; véanse Éxodo 34.10–17, Esdras 9.1–4, Nehemías 13.23–31. Todo su llanto sobre el altar (2.13) no cambiaría las cosas; tenían que dejar sus pecados. Léase el versículo 15 así: «¿No hizo el Señor uno al esposo y la esposa? ¿Para qué? Para que establecieran una familia piadosa». En realidad la liviandad de la nación respecto al divorcio ponía en peligro la promesa de la Simiente, Cristo. Dios aborrece el divorcio; es el rompimiento del pacto entre esposo y esposa y entre ellos y Dios.

IV. Desobedecían su Palabra (3.1–15)

En 2.17 el pueblo preguntó con sorna: «¿Nos castigará Dios por nuestros pecados? ¿Realmente le importa?» Dios responde prometiéndole enviarles a su mensajero (Juan el Bautista), el cual anunciaría al Mensajero del pacto (Jesucristo). Jesús, en efecto, vino al templo y descubrió sus pecados y purificó sus atrios. En su ministerio reveló los pecados de los líderes religiosos, tanto, que ellos al final le crucificaron. Por supuesto, hay una aplicación futura aquí, cuando el Día de Jehová refine a Israel y separe a lo verdadero de lo falso. ¿Por qué Dios no abandona a su pueblo rebelde? El versículo 6 es la respuesta: Él no cambia y debe ser fiel a sus promesas (Lm 3.22).

El pueblo desobedeció a Dios robándole los diezmos y las ofrendas. En realidad, cuando el pueblo de Dios no es fiel en sus ofrendas, no sólo le roban a Dios, sino que se roban a sí mismos. Dios cerró la lluvia y arruinó las cosechas debido al egoísmo de su pueblo. Diezmar, por supuesto, no es «regatear con Dios»; sino que Dios promete bendecir y cuidar a quienes son fieles en su mayordomía (Flp 4.10–19). Dios no está en bancarrota; Él quiere nuestros diezmos y ofrendas como expresiones de nuestra fe y amor. Cuando el amor de un creyente hacia Cristo se enfría, por lo general lo demuestra en el área de la mayordomía. Si cada miembro de la iglesia trajera al Señor lo que le corresponde (el diez por ciento de los ingresos, el diezmo) y luego añadiera las ofrendas (como expresión de gratitud), nuestras iglesias locales tendrían más que suficiente para sus ministerios. Y podrían dar con generosidad a muchos otros buenos ministerios que merecen respaldo.

Malaquías concluye su mensaje con algunas maravillosas promesas a los fieles (3.16–4.6). En esa época había ese fiel remanente que no olvidaba la casa de Dios, pero que se congregaba para bendición (3.16–18; véase Heb 10.25). «Son mis tesoros», dice el Señor. Qué hermoso cuadro del creyente fiel. Las joyas son preciosas y nosotros somos preciosos a los ojos de Dios. Él nos compró con su sangre. Nos está puliendo con pruebas y aflicciones; y un día en gloria brillaremos con belleza y esplendor.

A Cristo se le describe como el Sol de Justicia. Para la Iglesia Él es «la estrella resplandeciente de la mañana» (Ap 22.16; 2.28), porque aparecerá cuando la hora es más oscura y llevará a la Iglesia a su hogar. Pero para Israel Él es el Sol que trae el «Día de Jehová», un día que significará ardor para los perdidos, pero sanidad para los judíos y gentiles salvos. «Elías» en 4.5–6 se refiere a Juan el Bautista (Mt 17.10–13; Mc 9.11–13), pero tiene una referencia también a uno de los dos testigos del que se habla en Apocalipsis 11. La última palabra en nuestra versión castellana del AT es «maldición». Al final del NT leemos: «Y no habrá más maldición» (Ap 22.3). ¿La diferencia? Jesucristo.

Mateo

Bosquejo sugerido de Mateo

I. La revelación del Rey (1–10)
   A. La persona del Rey (1–4)
      1. Sus antepasados y nacimiento (1–2)
      2. Su mensajero (3)
      3. Sus tentaciones y principio de su ministerio (4)

B. Los principios del Rey (5–7)
C. El poder del Rey (8–10)

II. La rebelión contra el Rey (11–13)
A. Se rechaza a su mensajero (11.1–19)
B. Se niegan sus obras (11.20–30)
C. Se rechazan sus principios (12.1–21)
D. Se ataca a su persona (12.22–50)
E. Resultado: las parábolas del Reino (13)

III. El retiro del Rey (14–20)
A. Antes de la confesión de Pedro (14.1–16.12)
B. La confesión de Pedro: la Iglesia (16.13–28)
Primera mención de la crucifixión (16.21)
C. Después de la confesión de Pedro (17–20)
Segunda mención de la crucifixión (17.22–23)
Tercera mención de la crucifixión (20.17–19)

IV. El rechazo del Rey (21–27)
A. Su presentación pública a los judíos (21.1–16)
B. Su conflicto con los líderes religiosos (21.17–23.39)
C. Sus profecías del Reino futuro (24–25)
D. Su sufrimiento y muerte (26–27)

V. La resurrección del Rey (28)

Notas preliminares a Mateo

I. La relación a los otros Evangelios

A. Mateo es ante todo judío, y presenta a Cristo como el Rey (1.1: «hijo de David»).

B. Marcos es ante todo romano, y presenta a Cristo como el Siervo.

C. Lucas es ante todo para los griegos, y presenta a Cristo como el perfecto Hijo del Hombre.

D. Juan es universal en su apelación, y presenta a Cristo como el Hijo eterno de Dios.

II. El carácter judío del Evangelio de Mateo

A. Fue escrito por un cobrador de impuestos judío llamado Leví (Mt 9.9–13; Lc 5.27–32; Mc 2.13–17).

B. Debido a su posición, es el puente entre el AT y el NT.

C. Abunda en citas y referencias del AT.

De acuerdo a la Guide to the Gospels [Guía a los Evangelios] de W. Graham Scroggie hay 53 citas del AT y 76 referencias a pasajes del AT, para un total de 129 referencias o alusiones. Mateo se refiere a 25 de los 39 libros del AT. La palabra «se cumpliese» se usa por lo menos 12 veces (véanse 1.22; 2.15, 17, 23, etc.).

D. Cristo es designado a menudo como el Hijo de David (1.1; 9.27; 12.23; etc.).

E. Está lleno de referencias al «reino de los cielos», un concepto básicamente judío, y puede ser llamado de manera correcta «El Evangelio del Reino».

F. El carácter judío del Evangelio según Mateo se halla en el material único que contiene.

Esto incluye la genealogía de Cristo hasta Abraham (1.1–17); la información respecto a José (1.18–25); la misión de los discípulos a las ovejas perdidas de los hijos de Israel (cap. 10); la denuncia que Cristo hace de los fariseos (cap. 23); y varias parábolas en los capítulos 20–22 y 25.

III. El tema básico de Mateo

A. Mateo no es cronológico, como lo son Marcos y Lucas.

Mateo ha seleccionado material de la vida de Cristo y lo ha organizado para que refleje una verdad específica: Cristo es el Rey de los judíos, rechazado por su pueblo, crucificado por el mundo entero y ahora vivo en el cielo.

B. En los capítulos 1–10 Cristo se revela como el largamente esperado Rey de los judíos.

Nació como estaba predicho, fue anunciado por el mensajero que Dios había prometido y demostró su mesiazgo al hacer las mismas obras que los profetas dijeron que haría. En los capítulos 11–13 los líderes judíos se rebelan en su contra y aducen que sus obras son del diablo. Insistían en sus tradiciones humanas y costumbres religiosas en lugar de acatar los principios que Él proclamaba. Aunque hizo muchas obras poderosas, la nación le rechazó; y el resultado fue que se volvió a los gentiles («Venid a mí todos los que estáis trabajados», 11.28, cursivas mías) y dio las parábolas del Reino (cap. 13). Describió en estas parábolas cómo sería el Reino en la tierra durante la presente edad.

C. En los capítulos 14–20 Cristo se retira con sus discípulos a fin de prepararlos para los sucesos de la cruz.

Por supuesto, todavía desempeña un ministerio público, pero durante este tiempo está enseñando específicamente a los discípulos nuevas verdades respecto a su muerte y resurrección. Aquí tenemos la gran confesión de fe de Pedro, la primera predicción de la muerte de Cristo y la primera mención de la Iglesia.

D. En 21–27 el Rey es rechazado abiertamente.

Lo que empezó como rebelión ahora se convierte en abierta hostilidad y conduce a su crucifixión. Durante este tiempo Él está en evidente conflicto con los líderes religiosos. Enseña a sus discípulos cómo sería el futuro (caps. 26–27) y voluntariamente muere en la cruz como «el rey de los judíos» (27.29).

E. El capítulo final de su resurrección y ascensión como el Rey con toda autoridad sobre todas las cosas.

IV. El reino de los cielos

A. El reino de los cielos se refiere al gobierno de Dios sobre la tierra.

Adopta diferentes formas en tiempos diferentes. En el principio Dios gobernaba la tierra por medio de Adán, a quien Él designó para que tuviera dominio. Durante los días de Israel Dios gobernaba a través de los jueces y reyes. Cuando Israel fue al cautiverio Dios reinaba inclusive por medio de monarcas gentiles (Dn 2.37). Cristo se ofreció a sí mismo a los judíos cuando vino (véase Mt 4.17), pero ellos no lo recibieron. «A lo suyo [el mundo] vino, y los suyos [el pueblo] no le recibieron» (Jn 1.11). Los judíos rechazaron el reino cuando rechazaron al Rey.

En Mateo 13 Jesús describe el reino de los cielos en esta edad. Es una mezcla de bueno y malo, verdad y falsedad. Al final de la edad, los buenos serán separados de los malos, y el reino será establecido en la tierra en pureza y rectitud. La Iglesia está en el reino de los cielos, pero no es el reino de los cielos. Aplicar Mateo 13 a la iglesia es crear confusión. Tal vez el mejor equivalente del «reino de los cielos» en el vocabulario actual sería el vocablo «cristiandad», la «iglesia profesante» según se ve en el mundo, una mezcla de verdad y falsedad.

MATEO 1

En los primeros diez capítulos de Mateo tenemos «La revelación del Rey». Él se revela a sí mismo a los judíos como su persona (1–4), sus principios (5–7) y su poder (8–10). Recuérdese que Mateo procura probar que Jesucristo es el Rey, el «Hijo de David». En este primer capítulo el escritor da el linaje humano de Cristo (vv. 1–17), luego describe su nacimiento (vv. 18–25). Así, Jesús es «la raíz y el linaje de David» (Ap 22.16). Es «la raíz» por cuanto es el Dios eterno y dio existencia a David; es el «linaje» por cuanto su humanidad está ligada a David en su nacimiento (Ro 1.1–4).

I. La fiel providencia de Dios (1.1–17)

La providencia es el control divino sobre las circunstancias, de modo que su voluntad prevalezca y sus propósitos se cumplan. Piense en los ataques de Satanás contra Israel y ¡cómo procuró impedir que Cristo viniera! Debido a la desobediencia de Abraham, Sara casi se pierde y se arruina la simiente prometida (Gn 12.10–20). En cierta ocasión asesinaron toda la simiente real, excepto el joven Joás (2 R 11). Esta genealogía no es una aburrida lista de nombres. Es el historial de la fidelidad de Dios al preservar a los hijos de Abraham como un canal a través del cual Cristo vendría al mundo.

La genealogía de Mateo es la de José, el padre de Jesús a los ojos de la ley. Lucas da la genealogía de María. Ambos, María y José, eran descendientes de David.

Usted puede ver la gracia de Dios en esta lista de nombres. Note las cuatro mujeres que se mencionan: Tamar (v. 3; véase Gn 38); Rahab (v. 5; véanse Jos 2; Heb 11.31); Rut (v. 5; véase el libro de Rut); y Betsabé (v. 6; véase 2 S 12). También se menciona a María. Estas mujeres ilustran la gracia de Dios. Tamar fue culpable de prostitución y sin embargo Dios permitió que fuera parte de los antepasados de Cristo. Rahab era tanto una prostituta como una extranjera. Su fe la salvó. Rut era una moabita; y de acuerdo a Deuteronomio 23.3–6, estaba excluida de la nación de Israel. Betsabé fue la compañera del terrible pecado de David y sin embargo Dios la perdonó y le permitió ser una de los antepasados de Cristo por medio de Salomón. «Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro 5.20).

Esta genealogía no es completa, por supuesto. Se dejaron fuera varios nombres. Era común entre los judíos dejar fuera los nombres menos importantes para ayudar a los niños a recordar las listas. Tres grupos de catorce nombres serían fáciles de recordar. En 1.8 se omiten Ocozías, Joás y Amasías, probablemente debido a su relación con Atalía, la hija perversa de Acab. Ningún judío actual tiene su genealogía legal. Todos los expedientes se destruyeron en el año 70 d.C. cuando redujeron a escombros el templo. Jesucristo es el único judío vivo hoy que puede demostrar sus derechos al trono de David.

II. La promesa de Dios cumplida (1.18–25)

El «desposorio» (compromiso) entre los judíos era tan serio como el matrimonio. Cuando José descubrió la condición de María, dio por sentado, como es natural, que ella le había sido infiel. Nótese su prudencia: «Pensando él en esto» (v. 20). ¡Cuán importante es ser «lento para la ira» y considerar los asuntos exhaustivamente! (véase Pr 21.5).

De acuerdo a Deuteronomio 22.23–24 María podía haber sido apedreada. Hay evidencias de que los judíos no obedecían esta ley, sino que lo que más permitían era que la parte inocente se divorciara de su cónyuge infiel. José tuvo que tener gran fe para creer el mensaje de Dios en el sueño. Su amor por Dios y por María le hicieron estar dispuesto a «llevar el oprobio» por Cristo. ¡Imagínese cómo habrán hablado los vecinos! En Juan 8.41 hay una sugerencia de que los judíos difamaban del nacimiento de Cristo, dando a entender que había nacido de fornicación. Satanás siempre ha atacado la verdad del nacimiento virginal, porque cuando lo hace, niega a la persona y obra de Cristo y la verdad de la Biblia.

El nombre Jesús significa «Salvador» y es una versión griega del nombre hebreo «Josué». En el AT hay dos Josué bien conocidos: el soldado que guió a Israel en su entrada a Canaán (véase el libro de Josué), y el sumo sacerdote mencionado en Zacarías 2. Cristo es nuestro capitán de Salvación, conduciéndonos a la victoria. Él es nuestro gran sumo Sacerdote, representándonos ante el trono de Dios.

El nacimiento de Cristo cumple la profecía de Isaías 7.14. Lea Isaías 7 muy cuidadosamente. Acaz estaba a punto de ser atacado por Rezín, rey de Siria, y Peka, rey de Israel. El Señor envió a Isaías para animar a Acaz (7.1–9) y para darle una señal. Acaz fingió ser muy piadoso y rechazó la señal. De modo que Dios le dio la señal a toda la casa de David, no sólo a Acaz (véase 7.13). La señal es al nacimiento de Emanuel («Dios con nosotros») a la madre virgen. Esta señal no tenía nada que ver con Acaz en ese tiempo. En Isaías 8 Dios le dio a Acaz su señal al usar al hijo de Isaías para ello. (Nótese: la palabra hebrea en Isaías 7.14 y la palabra griega en Mateo 1.23 puede significar solamente virgen.)

Debemos admirar la obediencia inmediata de José (v. 24). Se cuidó de mantener pura su relación con María. En la Biblia hay sólo cuatro maneras de recibir un cuerpo: (1) sin hombre ni mujer: como lo recibió Adán, hecho del polvo de la tierra; (2) con un hombre, pero sin mujer: como Eva, hecha de la costilla de Adán; (3) con un hombre y una mujer: como nacemos todos los seres humanos; o (4) con una mujer, pero sin hombre: como nació Jesús, teniendo sin dudas una madre humana pero no un padre biológico. Era importante que Jesús naciera de una virgen para que pudiera tener una naturaleza humana sin pecado, concebido por el Espíritu Santo (véase Lc 1). Puesto que existía desde antes de la creación del hombre, ¿cómo podía jamás nacer de un padre y madre humanos? Cada nuevo bebé es un ser que nunca antes ha existido. El modernista que niega el nacimiento virginal de Cristo niega su eterna Deidad. O bien Él es Dios, o es un impostor.

«Para que se cumpliese» (v. 22) es una frase favorita de Mateo. La usa por lo menos doce veces para demostrar que Jesús dio cumplimiento a las profecías dadas en las Escrituras del AT.

MATEO 2

I. El homenaje que se le rindió al Rey (2.1–12)

Estos «magos» eran sabios, astrólogos orientales que estudiaban las estrellas y procuraban entender los tiempos. Eran gentiles que llamados especialmente por Dios para venir y rendirle homenaje al recién nacido Rey. Tal vez haya una referencia a la estrella milagrosa en la profecía de Balaam en Números 24.17. No sabemos cuántos sabios vinieron, ni de dónde vinieron, ni cuáles eran sus nombres. Las tradiciones familiares de la Navidad no siempre tienen respaldo escriturario.

El título de Jesús, «Rey de los judíos», levantó sospechas por cuanto Herodes temía a cualquiera que amenazara su trono. Era un monstruo implacable que hasta mató a sus propios hijos para proteger su trono. Tuvo nueve (o diez) esposas, y fue conocido por su traición y lujuria. Siendo edomita, tenía un odio natural hacia los judíos. Herodes no sabía la Palabra de Dios, pero tuvo que preguntarles a los escribas. Los escribas la conocían, pero no la ponían en práctica. ¡Los sabios fueron tanto oidores como hacedores de la Palabra! Cuán cerca del Mesías estaban los sacerdotes y sin embargo no fueron.

La visita de los sabios es una indicación de que los gentiles un día adorarán al Rey cuando el reino se establezca en la tierra (Is 60.6). Su experiencia es una buena lección en cuanto a hallar la voluntad de Dios: (1) siguieron la luz que Dios les dio; (2) confirmaron sus pasos por medio de su Palabra; y (3) lo obedecieron sin cuestionamiento, y Él los guió en cada paso en el camino. Nótese que regresaron a su tierra «por otro camino» (v. 12). Cualquiera que viene a Cristo regresará a su casa por otro camino y será una nueva criatura (2 Co 5.17).

Mateo cita a Miqueas 5.2 para mostrar que Cristo nació donde el profeta había predicho. Dios soslayó a la orgullosa Jerusalén y escogió a la humilde Belén. El rey David nació en Belén y Cristo es el hijo de David (1.1). En el bosquejo para el capítulo 4 véanse las comparaciones entre David y Cristo.

II. El odio contra el Rey (2.13–18)

Así como Satanás había tratado de impedir que Cristo naciera, ahora trató de destruirle después de su nacimiento (véase Ap 12.1–4). La carne batalla en contra del Espíritu y Herodes (edomita) le hizo la guerra a Cristo. No podemos sino admirar a José por su fidelidad al obedecer a Dios y cuidar a María y a Jesús. Mateo cita a Oseas 11.1 para mostrar que Cristo vendría de Egipto. Herodes mató a no más de veinte niños, puesto que no podían haber habido muchos más de esa edad en ese pueblo. Mateo vio en esto un cumplimiento de Jeremías 31.15.

III. La humildad del Rey (2.19–23)

José usó su «sentido común santificado» y no regresó a Judea. Dios aprobó su decisión y la familia se mudó a Nazaret. Mateo se refiere a «lo que fue dicho por los profetas» (v. 23, nótese el plural), pero no da ninguna referencia específica. La palabra «nazareno» puede relacionarse a la palabra hebrea netzer, que significa «rama», «retoño» o «vástago», nombres que se aplican a Jesús. Por eso es que Mateo escribió «profetas» (plural), puesto que a Cristo se le llama «vástago» o «renuevo» en Isaías 11.1 y 4.2; también en Jeremías 23.5 y 33.15; Zacarías 3.8 y 6.12. Debido a que vivía en un lugar despreciado, Jesús era como un vástago humilde; pero el Renuevo un día florecería con belleza y gran gloria.

Nazaret era una población innoble. «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?» (Jn 1.46). Jesús fue un Rey humilde. Se despojó y humilló a sí mismo, incluso hasta la muerte, para salvarnos (véase Flp 2.1–11).

MATEO 3

En los primeros diez capítulos Mateo registra la revelación del Rey a la nación de Israel. En los capítulos 1 y 2 da su linaje y nacimiento, mostrando a partir de los profetas que Jesucristo es el Rey de Israel. En el capítulo 3 presenta a Jesús mediante su «precursor» Juan el Bautista.

I. Juan el Bautista vino (3.1–6)

A. Su mensaje (vv. 1–2).

Téngase en mente que el reino se está ofreciendo a los judíos. Como precursor del Rey, Juan le pedía a la gente que se arrepintiera (que cambiaran de opinión) y se prepararan para el Rey. Jesús predicó este mensaje (4.17) y también sus discípulos (10.7). Cuando la nación rechazó al Rey, el reino les fue quitado (21.42–43).

B. Su autoridad (v. 3).

Juan dio cumplimiento a la profecía de Isaías 40.3. Él fue el último de los profetas del AT (Lc 16.16). ¡Por 400 años no se había oído de ningún profeta!

C. Su persona (v. 4).

Fue humilde y rústico en sus maneras y su vestido. Su vestimenta recordaba la de Elías (2 R 1.8). En Malaquías 4.5–6 Dios prometió que Elías vendría antes del terrible Día del Señor. Los judíos le preguntaron a Juan si era Elías y él lo negó (Jn 1.21). Sin embargo, si los judíos hubieran recibido a su Rey, Juan hubiera sido ese Elías (véase 11.14). Juan vino en el espíritu y poder de Elías (Lc 1.17).

D. Su bautismo (vv. 5–6).

Este no fue el bautismo cristiano (véase Hch 19.1–7), sino más bien de arrepentimiento (véase v. 11). Su bautismo era del cielo (21.25–27) con dos propósitos: (1) introducir a Cristo a la nación de Israel (Jn 1.31) y (2) preparar sus corazones para la venida del Rey. Los judíos bautizaban a los gentiles que se convertían en prosélitos, pero ¡Juan bautizaba judíos!

II. Vinieron los fariseos y saduceos (3.7–12)

A. Su carácter (vv. 7–8)

Los fariseos eran legalistas literales, que convirtieron la ley en una carga; los saduceos eran «liberales» que negaban mucho del AT (véase Hch 23.8). En tres ocasiones a los fariseos se les llamó «generación de víboras»: por Juan el Bautista y por Jesús (12.34 y 23.33). Satanás es una serpiente y estos hombres eran hijos de Satanás (Jn 8.44). Los fariseos eran enemigos de Cristo y aparecen con frecuencia en Mateo. Usted encontrará de nuevo unidos a estos dos grupos en 16.1 y 22.23, 34.

B. Su necesidad (vv. 9–12).

Dependían de su relación humana con Abraham para salvarse (véanse Ro 9.6ss y Gl 3.7). Como Nicodemo, en Juan 3, tropezaban con la verdad de que necesitaban nacer de nuevo. Dios va a la raíz de nuestras vidas (v. 10), porque la raíz determina el fruto (v. 8). Nótese cómo Juan señala a Jesús, ¡lo magnifica solamente a Él! En el v. 11 se mencionan dos «bautismos»: en el Espíritu Santo (cumplido en Pentecostés, Hch 1.5, y a los gentiles en Hch 11.16); y en fuego, que será cumplido en su Segunda Venida (véanse Mal 3.1–2 y Lc 7.27). La pequeña conjunción «y» cubre un largo período. El fuego habla de juicio.

III. Jesús vino (3.13–17)

A. Jesús y Juan (vv. 13–15).

¿Por qué se bautizó el Hijo de Dios aun cuando nunca cometió pecado alguno? Sugerimos seis razones:

1. Obligación: «conviene que cumplamos toda justicia» (cf. Jn 8.29).
2. Consagración: el sacerdote del AT se bañaba, luego era ungido. Jesús se sometió al bautismo en agua, luego el Espíritu Santo vino en forma de paloma. Véase Éxodo 29.
3. Elogio: Jesús dio su aprobación al ministerio de Juan y así obligó a la gente a escuchar a Juan y a obedecerle. En lugar de eso, los líderes religiosos rechazaron el bautismo de Juan (21.23–27).
4. Proclamación: esta fue la presentación oficial de Jesús que Juan hizo a la nación judía. Véase Juan 1.31.
5. Expectación: este bautismo en agua miraba hacia su bautismo de sufrimiento por nosotros en la cruz (Lc 12.50). Jesús cumplió toda justicia mediante su muerte sacrificial en el Calvario.
6. Identificación: Jesús se identificó con los hombres pecadores. Inmediatamente después, el Espíritu le llevó al desierto. Allí puede haber un cuadro del «chivo expiatorio» que simbólicamente llevaba al desierto los pecados de la nación (Lv 16.1–10).

La palabra griega baptizo significa «sumergir, hundir», y Juan requería «mucha agua» para el bautismo (Jn 3.23). Jesús experimentó en la cruz todo el oleaje y marejada de la ira de Dios.

B. Jesús y el Espíritu (v. 16).

Esta fue la señal que Dios le prometió a Juan que le daría para identificar a Cristo (Jn 1.31–34). Aun cuando Jesús y Juan eran parientes (Lc 1.36), es más probable que no se habían visto el uno al otro por años. Incluso, si Juan conocía a Jesús en la carne, querría la seguridad divina y celestial. El símbolo del Espíritu como paloma es importante: la paloma es un ave limpia; es fiel a su compañera en el amor; es pacífica y gentil. Cristo nació por el poder del Espíritu (Lc 1.34–35) y también recibió el poder del Espíritu para su vida y ministerio.

C. Jesús y el Padre (v. 17).

Esta es la primera de tres ocasiones cuando el Padre le habló al Hijo desde el cielo (véanse Mt 17.5 y Jn 12.28). Aquí tenemos revelada la Trinidad: el Hijo es bautizado, el Espíritu desciende como una paloma y el Padre habla desde el cielo. Al entrar en su ministerio, el Hijo fue aprobado por el Padre; al acercarse a la cruz (17.5), recibió de nuevo el mismo elogio.

MATEO 4

Antes de que un rey gobierne a otros, debe demostrar que es capaz de gobernarse a sí mismo. Por eso es que el rey Saúl perdió su reino, fue incapaz de controlarse a sí mismo y de obedecer a Dios. Este capítulo nos muestra cómo el Rey enfrentó a su enemigo, «el príncipe de este mundo» (Jn 14.30), y lo derrotó.

I. La tentación de Jesús (4.1–11)

A. La primera tentación (vv. 3–4).

Satanás apeló al cuerpo, al deseo de la carne. No había pecado en tener hambre. Sin embargo, sugirió que si Cristo era el Hijo de Dios no debía dejarle con hambre. Satanás siempre quiere que pensemos que Dios está «privándonos de algo» (véase Gn 3.5). La sugerencia es: «Dios no debe amarte. Si te amara, ¡te cuidaría mejor!» Sería una derrota si Cristo usara sus poderes divinos fuera de la voluntad de Dios. Él siempre hizo lo que le agrada a Dios (Jn 8.29).

Cristo enfrentó la tentación con Deuteronomio 8.3. Alimentar a la persona espiritual interior es más importante que alimentar al cuerpo físico. Lea Deuteronomio 8.1–6 y note que Dios nos prueba en las cosas ordinarias de la vida, tales como comer o beber. Jesús vivió bajo la autoridad de la Palabra de Dios; lo mismo debemos hacerlo nosotros.

Nótese que Jesús tenía la Palabra «guardada en su corazón» (Sal 119.11) y pudo citarla y aplicarla en el momento preciso.

B. La segunda tentación (vv. 5–7).

Satanás «desafía» a Jesús a probar su fidelidad a Dios. «Puesto que crees en la Palabra de Dios», insinúa Satanás, «¿por qué no pruebas una de las promesas de Dios?» Satanás entonces cita, pero equivocadamente, el Salmo 91.11–12. «Si realmente crees que Dios te cuida, ¡lánzate desde el pináculo del templo y que los ángeles te reciban!» Cristo le contestó usando Deuteronomio 6.16.

Satanás dejó fuera una frase importante: «en todos tus caminos» (Salmo 91.11). Dios guarda sus promesas cuando guardamos sus caminos. Jesús dijo que deberíamos vivir por cada palabra que Dios pronuncia, pero Satanás le añade a la Biblia y le quita. Puede tergiversar la Biblia y darle a los cristianos carnales razones para respaldar sus acciones insensatas. Tenga cuidado con tomar las promesas fuera de su contexto, o reclamar promesas cuando usted no satisface las condiciones.

Hacer algo sin la autoridad de la Biblia es pecar, porque «todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Ro 14.23). Es tentar a Dios, «desafiarlo» a que intervenga y nos rescate cuando estamos en problemas. La desobediencia deliberada es una invitación al castigo.

C. La tercera tentación (vv. 8–10).

Satanás le ofrece a Cristo una «manera fácil» de llegar a ser Rey. Como príncipe de este mundo (Jn 14.30), Dios le ha permitido a Satanás cierta cantidad de control sobre sus reinos. De acuerdo con el Salmo 2.6–9, Dios ya le ha prometido estos reinos a Cristo. (Nótese cómo el Sal 2.6–7 le lleva de regreso al bautismo de Cristo: «Tú eres mi Hijo».) Pero tendría que morir en la cruz para ganar este reino. Satanás estaba tratando de tentarlo alejándolo de la cruz.

Cristo derrotó a Satanás con Deuteronomio 6.13. Lo que queramos adorar es el dios al que servimos. Si una persona adora al dinero, vive para el dinero y le obedece. Si adoramos a Dios, vivimos para Él y le obedecemos. No podemos hacer ambas cosas (Mt 6.24). Un día en el futuro Satanás entregará los reinos al anticristo (Ap 13). Pero Cristo vendrá para tomar estos reinos (Ap 19.11–21) y establecerá el suyo por mil años.

II. Tipos del AT en la tentación

En su tentación parece que Cristo cumplió dos tipos del AT: Adán y David.

A. El postrer Adán (1 Co 15.45).

1. Adán fue tentado en un hermoso jardín; Cristo luchó en un desierto solitario.
2. Adán estaba en su mejor condición cuando fue tentado; Cristo tenía hambre.
3. Adán era el rey de la antigua creación (Gn 1.26); Cristo es el rey de la nueva creación (espiritual) (2 Co 5.17).
4. Adán pecó y perdió su dominio (Heb 2.6–9); Cristo obedeció y ganó de nuevo lo que Adán perdió, y más (Ro 5.12–21).
5. Adán fue derrotado y trajo muerte a la humanidad; Cristo salió victorioso y trajo vida a todos los que confían en Él.

B. El Hijo de David (Mt 1.1).

1. Tanto David como Cristo vinieron de Belén.
2. Ambos fueron escogidos y ungidos por Dios.
3. Ambos fueron «exiliados» y perseguidos antes de ser coronados.
4. Goliat desafió a Israel por cuarenta días; Satanás atacó a Cristo cuarenta días.
5. David usó una piedra de cinco para matar al gigante; Cristo usó un libro (Deuteronomio) de cinco (la Ley de Moisés) para derrotar a Satanás.
6. Goliat era un hombre fuerte; a Satanás se le compara con un hombre fuerte (Mt 12.22–30).
7. David le cortó la cabeza al gigante con su espada; Cristo venció a Satanás con la espada del Espíritu, la Palabra de Dios (Heb 4.12).

El Sermón del Monte (Mt 5–7)

I. Bosquejo sugerido del sermón

A. La verdadera justicia ilustrada por Cristo (5.1–48).

Versículo clave: 5.48

1. Positiva: la justicia es interna (5.1–16)
2. Negativa: el pecado es interno (5.17–48)

Homicidio • adulterio • blasfemias • venganza

B. La verdadera justicia practicada por los creyentes (6.1–7.12).

Versículos clave: 6.1; 6.33; 7.12

1. En adoración, relación a Dios (6.1–18)
   Dar • orar • ayunar
2. En la riqueza, relación al mundo (6.19–34)
3. En el andar, relación a otros (7.1–12)

C. La verdadera justicia demostrada por las pruebas (7.13–29).

Versículo clave: 7.20

1. La prueba de la autonegación: «¿Andaré por la senda estrecha? (7.13–14)
2. La prueba de llevar fruto: «¿Qué da mi vida? (7.15–20)
3. La prueba de la obediencia: «¿Hago tanto como digo?» (7.21–29).

II. Un vistazo al sermón

Pocos pasajes de la Biblia son más mal entendidos y aplicados incorrectamente que el Sermón del Monte. A menudo la gente toma un versículo o frase aislada de Mateo 5–7 y desecha el contexto. Es importante que tengamos una visión total de este importante sermón antes de que intentemos estudiar las varias divisiones de este pasaje.

A. Tema.

Cristo da el tema en 5.17–20: la verdadera justicia en contraposición a la falsa justicia de los escribas y fariseos. Es importante recordar que la gente miraba a los escribas y fariseos como sus modelos y maestros en cuanto a las cosas de Dios. Ellos fijaban las reglas y determinaban lo que era santo o profano. Una de las cosas por la que los escribas y fariseos detestaban a Jesús era porque en este sermón Él expuso la superficialidad y engaño de ellos. Véase también Mateo 23.

B. Propósitos.

Hay tres propósitos básicos por los cuales Cristo pronunció este sermón: (1) decirles a sus seguidores lo que es la verdadera justicia, en contraste con la falsa justicia de los escribas y fariseos; (2) describir las leyes de su reino, los principios espirituales que Él usa para gobernar las vidas de los hombres; y (3) relacionar su mensaje a la ley del AT y las tradiciones de los escribas y fariseos.

C. Tres equivocaciones.

Muchas personas cometen una (o todas) de estas tres faltas al estudiar el Sermón del Monte: (1) Lo aplican a las naciones a pesar de que fue para individuos. (2) Lo aplican a los inconversos, pero fue para creyentes. (3) Lo convierten en la «ley cristiana» que se debe obedecer, cuando es en realidad una descripción de lo que es un cristiano cuando el Espíritu Santo obra a través de su vida (Ro 8.1–4).

D. ¿Es para nosotros hoy?

Siendo que Mateo es el «Evangelio del reino» y en esta etapa el Rey todavía no había sido rechazado, algunos estudiosos dicen que el Sermón del Monte se aplica sólo al pueblo de Dios durante la edad del reino. Si Israel hubiera recibido a Cristo, estas leyes hubieran sido puestas en práctica; pero, puesto que lo rechazaron, Mateo 5–7 debe esperar al milenio para su cumplimiento. Uno puede apegarse al carácter dispensacional de Mateo sin perder para hoy el Sermón del Monte. Es más, si el Sermón del Monte se aplica únicamente a la edad del reino, ¿habrá entonces ladrones en el milenio? (6.19) ¿Habrá fariseos? (5.17–20) ¿Habrá falsos profetas? (7.15) Si Satanás va a ser atado durante el milenio, ¿para qué orar en 6.13: «Líbranos del mal»? ¿Habrá ayuno en el milenio? (6.16–18) Y, ¿por qué orar: «Venga tu reino» (6.10) si ya estamos en el reino?

Los judíos (encabezados por los escribas y fariseos) esperaban un reino político y habían olvidado el elemento espiritual. En este sermón Jesús trastornó su pensamiento al anunciar la base espiritual para su reino. Estos principios se aplican en toda edad. En verdad, la mayoría del material del Sermón del Monte se repite de una manera u otra en las epístolas del NT a la iglesia. De modo que, en tanto que Mateo 5–7 pudiera haber tenido un significado dispensacional, no nos atrevemos a decir que estos capítulos no son para la Iglesia hoy.

La siguiente tabla muestra el contraste entre la justicia que Cristo da y la justicia de los escribas y fariseos.

Sermón del Monte	Los fariseos
1. La justicia es primeramente interna, luego externa (5.1–16)	1. La justicia es cuestión de actos externos (Mt 23.23–28; Lc 11.37–41)
2. El pecado es asunto del corazón, no sólo las acciones (5.17–48)	2. El pecado está principalmente sólo en las acciones externas (Lc 18.9–14; Mc 2.13–28)
3. La justicia es para que Dios la vea, no para que los hombres la alaben (6.1–18)	3. Quieren ser vistos de los hombres (Mt 23.2–12)
4. Dios primero; el dinero segundo (6.19–31)	4. Avariciosos (Lc 16.14ss)
5. No juzgar (7.1–12)	5. Duros en juzgar (Lc 18.9ss; Mt 12.2ss)

III. El sermón y la salvación

Millones de personas piensan que pueden salvarse obedeciendo el Sermón del Monte. Piensan que es más fácil que tratar de obedecer los Diez Mandamientos. ¡Qué insensatos! Nadie jamás se salvó por obedecer ninguna ley (Gl 2.16; 3.10–11), y ¡el Sermón del Monte es mucho más estricto que la Ley de Moisés! Bajo la Ley Mosaica, si un hombre mataba a otro, era culpable, pero Jesús dijo que el odio en el corazón era equivalente moral del homicidio. La lujuria es adulterio en el corazón. Por favor, tenga presente que las Bienaventuranzas vienen primero. Describen a la clase de persona que, bajo el poder del Espíritu, puede vivir de la manera que describe Mateo 5–7. Note la progresión en las Bienaventuranzas:

pobre en espíritu: esto significa humilde delante de Dios

lloran: esto significa tristeza por el pecado, arrepentimiento

mansos: esperando ante Dios por su misericordia

los que tienen hambre y sed: clamando la justicia de Dios

misericordiosos: condenándose a sí mismos, no a otros

puros de corazón: ¡este es el resultado!

pacificadores: tratando de ganar a otros para Cristo

perseguidos: esto les ocurre a todos los que viven vidas piadosas

El Sermón del Monte no menciona al Espíritu Santo ni la sangre de Cristo, y sin embargo la base de todo es el Calvario y el poder para vivirlo es el Espíritu Santo. De nuevo, tenga presente que estos no son mandamientos para obedecer, una «ley cristiana». El Sermón del Monte describe el carácter de la persona verdaderamente recta y justa, carácter que viene al andar con el Señor. El espíritu de este sermón es lo importante. Guardarlo de acuerdo a su letra ¡es regresar a la misma justicia farisaica que Jesús está condenando!

Los primeros dieciséis versículos de Mateo 5 describen al verdadero cristiano y se refieren al carácter. El resto del Sermón del Monte analiza la conducta que brota del carácter. El carácter siempre viene antes que la conducta, debido a que lo que somos determina lo que hacemos. En Mateo 5.1–16 Jesús nos muestra que la verdadera justicia es interior, y en Mateo 5.17–48 señala que el pecado es también interno. Así, expone la falsa justicia de los fariseos, quienes enseñaban que la santidad consistía en acciones religiosas y que el pecado era lo que usted hace externamente. ¡Cuántas personas cometen estas equivocaciones hoy! Dios mira el corazón, porque allí es donde se decide el destino de la vida.

I. Las Bienaventuranzas colectivamente (5.1–12)

La palabra bienaventuranza significa bendición y procede de la palabra latina para bendito.

Hay una progresión definida en estos versículos. Muestran cómo la persona empieza con su propio sentido de pecado y finalmente llega a ser un hijo de Dios y los resultados que siguen entonces. Nótese que estos versículos tratan con actitudes: lo que pensamos en nuestros corazones, nuestra perspectiva de la vida. Bienaventuranzas: las actitudes que deben estar en nuestras vidas si somos verdaderos cristianos.

A. «Pobres en espíritu» (v. 3).

Nuestra actitud hacia nosotros mismos en la cual percibimos nuestra necesidad y la admitimos.

B. «Lloran» (v. 4)

Nuestra actitud hacia el pecado, una verdadera tristeza por el pecado.

C. «Mansos» (v. 5).

Nuestra actitud hacia otros; nos dejamos enseñar; no nos defendemos cuando estamos equivocados.

D. «Hambre y sed» (v. 6)

Aquí se expresa nuestra actitud hacia Dios; recibimos su justicia por fe por cuanto la pedimos.

El resto de las Bienaventuranzas muestran los resultados de la nueva vida en el creyente:

E. «Misericordiosos» (v. 7).

Tenemos un espíritu perdonador y amamos a los demás.

F. «Limpio corazón» (v. 8).

Mantenemos nuestras vidas limpias; la santidad es felicidad para nosotros y no queremos sustitutos.

G. «Pacificadores» (v. 9).

Los cristianos deben traer la paz, entre la gente y Dios y entre los que están en pugna unos con otros. Llevamos el evangelio de la paz.

H. «Persecución» (v. 10).

Todos los que viven piadosamente sufrirán persecución.

II. Las Bienaventuranzas individualmente (5.1–12)

A. «Pobres en espíritu» (v. 3).

Debemos vaciarnos antes de que nos llenen. Lo opuesto a esto es la autosuficiencia. Nuestra suficiencia no es de nosotros mismos (2 Co 3.5). El mundo promueve la autosuficiencia, sin embargo Dios mora con la persona cuyo corazón está quebrantado (Is 57.15). Esto no significa falsa humildad o cobardía; quiere decir una actitud apropiada hacia uno mismo, dándonos cuenta de cuán débiles y pecadores somos cuando estamos lejos de Cristo. Compare a los dos hombres que se mencionan en Lucas 18.9–14.

B. «Lloran» (v. 4)

Esta es la tristeza sincera por el pecado: el nuestro y el de los demás. ¡Cuán descuidados somos respecto al pecado! Lo excusamos y, sin embargo, Dios lo aborrece y rompe su corazón. Cuídese de la tristeza de este mundo (2 Co 7.8–10). Pedro se lamentó con tristeza piadosa y fue perdonado; Judas sintió remordimiento, la tristeza de este mundo, y se quitó la vida.

C. «Mansos» (v. 5).

¡Mansedumbre no es debilidad! Jesús fue manso (Mt 11.29) y sin embargo echó fuera del templo a los cambistas. Moisés fue manso (Nm 12.3) y sin embargo juzgó a los pecadores, e incluso encaró a Aarón con su pecado. La mansedumbre significa no afirmar mis propios derechos, sino vivir para la gloria de Dios. Los cristianos deben mostrar mansedumbre (Ef 4.1–2; Tit 3.2). Tenemos la inclinación a salirnos con la nuestra.

D. «Hambre y sed» (v. 6)

Un verdadero cristiano tiene apetito por las cosas espirituales. Pregúntele a las personas lo que desean y sabrá cómo son.

E. «Misericordiosos» (v. 7).

Esto no es legalismo, sino sólo la obra del principio bíblico de la siembra y la cosecha. Si mostramos misericordia, debido a que Cristo ha sido misericordioso con nosotros, se nos devolverá misericordia (véanse Lc 16.1–13; Stg 2.13; Pr 11.17). No nos ganamos la misericordia, sino que debemos tener corazones preparados para recibirla.

F. «Limpio corazón» (v. 8).

No exentos de pecado (1 Jn 1.8) sino con la verdad por dentro (Sal 51.6). Significa tener un solo corazón, no dividido entre Dios y el mundo.

G. «Pacificadores» (v. 9).

Tito 3.3 describe que este mundo está en guerra. Las cristianos tiene el evangelio de la paz en sus pies (Ef 6.15), de modo que por dondequiera que van, traen la paz. Esta no es «paz a cualquier costo», por cuanto la santidad es más importante que una paz basada en el pecado (véanse Stg 3.17; Heb 12.14). El compromiso o componenda no es paz, pero los cristianos no deben ser contenciosos al contender por la paz.

H. «Persecución» (v. 10).

Véanse 2 Timoteo 3.12 y 1 Pedro 4.15. Note que debemos ser acusados «falsamente». Nunca debemos ser culpables de buscar de manera deliberada la persecución. Si vivimos vidas piadosas, ¡el sufrimiento vendrá! Note las recompensas: estamos en la misma compañía como Cristo y los profetas, y tendremos la recompensa en el cielo.

III. Sal y luz (5.13–16)

Para cerrar hay dos cuadros del cristiano: sal y luz. La sal habla del carácter interno que influye en un mundo en decadencia; la luz habla del testimonio externo de buenas obras que apunta hacia Dios. Nuestra tarea es guardar nuestras vidas puras para que podamos «salar» esta tierra y contener la corrupción de manera que el evangelio pueda salir. Las buenas obras deben acompañar nuestras vidas dedicadas según permitimos que nuestra luz brille.

IV. Lo antiguo y lo nuevo (5.17–48)

Después de declarar el significado de la verdadera justicia, el Señor entonces explicó el significado del pecado. Destacó que no estaba abrogando o anulando la ley, sino cumpliéndola. La ley del AT se relacionaba sólo con acciones externas; pero en el reino debemos cuidarnos de las actitudes pecaminosas internas. Jesús cumplió la ley en su vida, porque nadie podía acusarlo de pecado; y la cumplió en su muerte y resurrección. El pueblo de Dios no le obedece debido a obligación externa sino debido a una vida interna, el poder del Espíritu de Dios. Aun cuando en el Sermón del Monte no se menciona al Espíritu Santo, es claro que sin su ayuda no podemos practicar lo que Jesús enseña aquí (Ro 8.1–13). Jesús trata con varios pecados y explica cómo podemos vencerlos.

A. Ira (vv. 21–26).

La ley decía: «No matarás [asesinarás]» (Éx 20.13); pero Jesús dijo: «No se encolericen con otros». La cólera o ira es como asesinato en el corazón, y puede conducir a palabras perversas y homicidio real. «El juicio» se refiere a una corte local y «el concilio» al sanedrín judío, la corte suprema de la tierra. No espere que su hermano encolerizado dé el primer paso: ¡hágalo usted y hágalo rápidamente antes de que las cosas empeoren!

B. Lujuria (vv. 27–32).

Mientras que el adulterio real es mucho peor que las fantasías lujuriosas internas, el deseo interno puede conducir con rapidez a este pecado prohibido (Éx 20.14). Debemos ser implacables con nosotros mismos y no estimular la imaginación que «alimenta» estos pecados. Los ojos y las manos (ver y tocar) deben mantenerse bajo control. En cuanto a las enseñanzas de Cristo sobre el matrimonio y el divorcio, véase Mateo 19.1–11.

C. Engaño (vv. 33–37).

Para la Ley de Moisés véanse Levítico 19.12 y Deuteronomio 23.23. Los expertos legales judíos tenían muchas maneras de echar a un lado la ley y romper juramentos, de modo que las promesas de una persona podía no significar nada. Jesús no nos prohíbe prestar juramento legal, pero nos advierte a hablar la verdad y a no embellecer nuestra conversación con juramentos que deberían fortalecer nuestras palabras. Tenga tal integridad, que la gente crea lo que usted dice.

D. Venganza (vv. 38–48).

La Ley de Moisés (Lv 24.19–23) procuraba prevenir que la gente ofendida tomara la ley en sus manos y buscara venganza en privado contra algún enemigo. También prevenía que el magistrado impusiera sentencias exorbitantes que no encajaban con las ofensas. Pero Jesús le pide a su pueblo que más bien sufra antes que hacer sufrir a otros (1 Co 6.1–8). Tenga en mente que esto tiene que ver con ofensas privadas; las cortes todavía tienen que lidiar con los infractores de la ley y deben ser castigados según el caso. Los cristianos pueden sacrificarse y sufrir según el Señor les guía, pero no tienen derecho a pedir que otros se les unan. El versículo 42 no nos ordena que le demos a cualquiera lo que se le antoje pedirnos, porque de hacerlo así podríamos causarle daño. Debemos darle lo que más necesitan y no lo que más quieren.

Levítico 19.17–18 se refiere al tratamiento de los enemigos. Véase además Éxodo 23.4–5. En ninguna parte la ley ordena a la gente que aborrezca a sus enemigos. Jesús nos aconseja que oremos por ellos y les hagamos bien, así como el Padre lo hace con nosotros. Si tratamos a nuestros enemigos como ellos nos tratan, estamos rebajándonos a su nivel. Tampoco debemos estar satisfechos con lo que hace el cristiano promedio. «¿Qué hace usted más que los demás?» Debemos ascender e imitar al Padre celestial. La palabra «perfecto» en el versículo 48 señala la senda a la madurez del carácter, la clase de cualidades descritas en 2 Pedro 1 y Gálatas 5.22–23.

MATEO 6

Mateo 6 trata con la verdadera justicia practicada en la vida del creyente. Esta sección en realidad continúa hasta 7.12 y contiene tres secciones: el creyente y la adoración (6.1–18), el creyente y la riqueza (6.19–34), y el creyente y su conducta (7.1–12). La primera involucra la relación a Dios, la segunda al mundo y la tercera a la humanidad.

I. El creyente y la adoración (6.1–18)

Cristo pone la adoración primero, puesto que la relación de uno con Dios determina su relación con el mundo y con las demás personas. La clave es el versículo 1. El pensamiento principal es que nuestra relación con Dios debe ser secreta, para que Dios la vea y no para que la gente la aplauda. Dios no permitirá dos recompensas, una de los humanos y otra del cielo.

A. Dar (vv. 2–4).

A los fariseos les encantaba hacer propaganda de sus ofrendas (Mc 12.38–40). ¡Cómo le encanta a la gente de hoy decirles a otros cuánto ha dado! Si este es el motivo para sus ofrendas, ya tienen su recompensa, la alabanza de la gente. Pero no tienen recompensa del Padre.

B. Orar (vv. 5–15).

Jesús dice: «Cuando ores» y no «Si es que oras»; Él espera que oremos. La primera cosa que caracterizaba a Pablo después de su conversión fue sus oraciones (Hch 22.17). Jesús enfatizó que es un pecado orar para ser visto y oído de otros. La oración es comunión secreta con Dios, aun cuando en la Biblia ciertamente se autoriza la oración. Sin embargo, nadie que no ora en privado debe orar en público; porque eso sería hipocresía. Jesús destaca tres errores comunes respecto a la oración: (1) orar para ser oído de otros (vv. 5–6); (2) orar meras pala-

bras, repetición vacía (vv. 7–8); y (3) orar con pecado en el corazón (vv. 14–15). Dios no nos perdona debido a que nosotros perdonamos a otros, sino sobre la base de la sangre de Cristo (1 Jn 1.9). Sin embargo, un espíritu no perdonador estorbará una vida de oración, y muestra que la persona no tiene una comprensión de la gracia de Dios.

La llamada «Oración del Señor» en los versículos 9–13 no fue dada para que se la recite sin sentido. Más bien es un modelo para que lo usemos para aprender a orar. Es una «oración familiar» (nótese la repetición de «nosotros» y «nuestros»). Pone el nombre de Dios, su reino y voluntad antes que las necesidades terrenas de la gente. Nos previene en contra de orar egoístamente.

C. Ayunar (vv. 16–18).

El verdadero ayuno es del corazón, no simplemente del cuerpo (véanse Jl 2.13; Is 58.5). Para el cristiano el ayuno es preparación para la oración y otros ejercicios espirituales. Quiere decir dejar a un lado cosas menores para ganar algo mayor, y esto puede incluir alimento, sueño o inclusive las relaciones sexuales (1 Co 7.1–6).

II. El creyente y la riqueza (6.19–34)

La clave en esta sección es el versículo 33: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas». Ponga a Dios primero y Dios se encargará de las cosas materiales.

A. El principio básico (vv. 19–24).

Cristo indica varias razones por las cuales es insensato vivir por las cosas materiales. Por un lado, las cosas materiales no duran. Las telas eran tesoros para los judíos y sin embargo la polilla las arruinaba. El óxido arruina los metales; y los ladrones se roban las riquezas. Pero los tesoros usados para la gloria de Dios es inversión en el cielo, donde dura eternamente. La manera en que la gente usa la riqueza es una indicación de la condición de su corazón. Si gastamos nuestro tiempo y dinero sólo en los negocios y descuidamos a Dios, nuestro corazón está en nuestro negocio y no fijo en Dios. Compare a Abraham y a Lot, en Génesis 13.5–18, y verá una ilustración de alguien con «un solo ojo». El ojo aquí habla de la mirada del corazón. «Un solo ojo» quiere decir una persona con su vista fija en lo espiritual. Es lo opuesto a la persona de doble ánimo mencionada en Santiago 1.8; 4.4, 8. «Maligno» en el versículo 23 significa lo opuesto a sencillo; sugiere una perspectiva perversa, una visión doble. En el versículo 24 Jesús claramente nos dice que no podemos ver en dos direcciones al mismo tiempo, ni servir a dos maestros ni vivir para Dios y para las riquezas materiales. La Biblia no condena la posesión de riquezas, pero nos advierte en contra del amor al dinero y el uso incorrecto de la riqueza (véanse 1 Ti 6.9–10, 17–18; Heb 13.5; Lc 16.1–31).

B. La práctica diaria (vv. 25–34).

El «por tanto» de Cristo sugiere que ahora Él va a aplicar este principio a nuestras vidas. Muestra que afanarse por las cosas materiales es necio, ¡por cuanto no consigue nada! Nos recuerda que debemos tener nuestros valores en su justo puesto: la vida consiste en mucho más que comida o vestido. Jesús fue pobre, sin embargo, ¡cuán feliz y en paz estaba! Pablo dijo que era «como pobres, más enriqueciendo a muchos» (2 Co 6.10). Lucas 12.13–21 nos enseña a distinguir entre las verdaderas riquezas (espirituales) y las riquezas inciertas (materiales).

Cristo indica el cuidado de Dios por la naturaleza: las flores, la hierba y las aves. «Ustedes son mucho más valiosos que ellas. ¡Ciertamente Dios los cuidará!» El Padre conoce nuestras necesidades y si le ponemos en primer lugar, Él satisfará toda necesidad. ¿En qué forma practican Mateo 6.33 los creyentes de hoy? Debemos empezar con nuestro tiempo y pondremos a Dios primero cada día. Esto significa tiempo para la oración y para leer la Palabra. Pondremos a Dios primero cada semana, asistiendo con fidelidad a la casa de Dios. Pondremos a Dios primero cada día de pago, dando el diezmo al Señor. Pondremos a Dios primero en nuestras decisiones, no tomando ninguna decisión que dejaría a Dios a un lado. Lot dejó a Dios fuera de sus decisiones y terminó en la oscuridad de una cueva, ¡practicando un terrible pecado! No puso a Dios primero en su selección del lugar para vivir y criar a su familia.

Hay paralelos espirituales para las cosas materiales que la gente busca hoy. Debemos procurar alimentar a la persona oculta en el corazón con alimento espiritual, en la misma forma en que procuramos alimentar el cuerpo (Mt 4.4; 1 P 3.4). Debemos procurar que nuestros vestidos espirituales estén en orden (Col 3.7–15), así como nos preocupamos por los vestidos físicos que cubren nuestros cuerpos. Bebemos agua física, pero también debemos beber el agua espiritual de vida que Cristo ofrece (Jn 4.13–14; 7.37–39).

MATEO 7

La primera parte del capítulo 7 completa la segunda sección del Sermón del Monte: «La verdadera justicia practicada por el creyente» (6.1–7.12). En 6.1–18 el énfasis está en la adoración; en 6.19–34 el énfasis está en la riqueza; y en 7.1–12 el asunto es la conducta del cristiano en relación con otras personas. La sección final del Sermón del Monte (7.13–29) se titula «La verdadera justicia sometida a prueba».

I. La conducta del creyente (7.1–12)

El versículo clave para esta sección es el 12: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos». Esta es la regla de oro que gobierna la relación del creyente con otras personas. En tanto que otras religiones tienen dichos similares a este, la regla de oro es estrictamente cristiana porque es positiva. No dice: «No les hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti». Coloca sobre el creyente la responsabilidad de actuar de tal manera que otros imiten las obras y al final glorifiquen a Dios (5.16). Esta sección tiene tres partes, cada una relacionada a la otra.

A. Juzgar (7.1–5).

Cristo no nos dice que evitemos a toda costa evaluar a las personas, o que no usemos la sabiduría que Dios nos ha dado (véase 1 Jn 4.1–6). El mundo está repleto de falsos cristianos y hasta ministros de Satanás (2 Co 11.13–15). Como nunca antes los cristianos debemos estar alertas y debemos «probar los espíritus» (1 Jn 4.1). Lo que Cristo condena es el juicio riguroso y la crítica injusta de los motivos de otros. Nótese que Él usa el símbolo del ojo. En 6.22–23 Cristo definió «el ojo» como la perspectiva espiritual de la persona, que motiva la vida de uno. Cada creyente tiene la obligación de probar a otros por sus frutos (vv. 15–20), pero ninguno debe juzgar los motivos (véanse Ro 14 y 1 Co 4.5).

Este mandamiento de Cristo no prohíbe la disciplina en la iglesia. Nos dice que encaremos sincera y humildemente a los cristianos desobedientes, que examinemos la evidencia y que tratemos con el pecado en forma decisiva (véanse 18.15–18; 1 Co 5). El cristiano que dice que la disciplina eclesiástica no es bíblica debe leer 2 Tesalonicenses 3.11–15 y Gálatas 6.1–5.

Cristo nos da el derecho de ayudar a otros después que enderecemos nuestra vida. No dijo que estaba mal que ayudemos a nuestros hermanos a librarse de sus pecados; sino que dijo que debemos primero resolver nuestros pecados. En otras palabras, debemos ser con nosotros mismos tan severos como lo somos con otros. Cristo destaca dos peligros en la vida de los cristianos que juzgan a otros: (1) que el juicio retornará a ellos, y (2) que se cegarán a su propia necesidad y con el tiempo necesitarán ayuda ellos mismos.

B. Discriminar (7.6).

Este mandamiento equilibra al que fue dado previamente. No debemos juzgar a otros, pero debemos tener cuidado en la manera en que se distribuyen las cosas espirituales. «Lo santo» se refiere a la carne que el sacerdote tomaba del altar; «perlas» tipifica las verdades bíblicas, las «preciosas promesas» de la Palabra. El evangelio se debe predicar a todo el mundo, pero no debemos predicar al descuido las verdades más profundas, las «joyas familiares», para no menospreciarlas. Los «perros» y los «cerdos» son los que dicen profesar la fe, pero nunca han sido realmente salvos (2 P 2.19–22).

C. Orar (7.7–12).

¿Por qué Cristo incluye esta exhortación sobre la oración en este punto en el sermón? Debido a que es difícil para nosotros, en nuestro propio poder y sabiduría, obedecer los mandamientos que Él ha dado. «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios», dice Santiago 1.5 haciendo eco de lo que Jesús dice aquí. El creyente que procura obedecer la Palabra de Dios debe pedir constantemente fuerza, buscar sabiduría y llamar a la puerta de Dios pidiendo la provisión de la gracia que necesita. Note que Cristo basa la oración en la paternidad de Dios (vv. 9–11). Como hijo de Dios, podemos esperar que Dios nos cuidará y proveerá para nuestras necesidades.

III. La verdadera justicia sometida a pruebas (7.13–29)

Cristo bosqueja tres pruebas que demostrarán que nuestra justicia es verdaderamente de Dios. El cristianismo falso, falsificado, no pasará estas pruebas.

A. La prueba de la negación propia (vv. 13–14).

Los dos caminos se refieren a dos tipos de estilo de vida: la vida cómoda, confortable, popular, o la manera difícil de la negación propia. A estos caminos se entra por dos puertas: una puerta estrecha de la rendición o la puerta ancha de la autosuficiencia. La verdadera justicia conduce a la negación de uno mismo. Note en Mateo 8.18–22 que dos hombres se alejaron de Cristo debido a que fracasaron en esta prueba. Demas también fracasó en esta prueba (2 Ti 4.10).

B. La prueba del fruto espiritual (vv. 15–23).

«Falso profetas» no solamente significa falsos predicadores que proclaman un evangelio falso, sino ante todo falsos profesantes de la fe en Cristo. Su naturaleza interna no ha cambiado (véase 2 P 1.4); simplemente visten el disfraz externo de ovejas. Llaman a Cristo «Señor» y hasta hacen obras religiosas, ¡pero nunca han sido salvos! ¿Cómo detectamos a estos falsos creyentes? «Por sus frutos los conoceréis» (v. 16). ¿Qué fruto busca Cristo? Busca: (1) el fruto del Espíritu, o el carácter cristiano según se describe en las Bienaventuranzas y en Gálatas 5.22–23; (2) el fruto de los labios, el testimonio y alabanza a Dios (Heb 13.15); (3) vida santa (Ro 6.22); (4) buenas obras (Col 1.10); (5) almas perdidas ganadas para Cristo (Ro 1.13). Los cristianos profesantes pueden estar involucrados en actividades religiosas y pretender ser salvos, pero si genuinamente han nacido de nuevo, revelarán estos frutos en su vida diaria.

Nótese que estos «engañadores» ¡se sorprenderán en el juicio! ¡Es posible mentirnos nosotros mismos! Satanás ciega la mente (2 Co 4.3–4) y engaña a la gente a que piense que somos salvos. Cuando Cristo retorne, millones de cristianos profesantes se sorprenderán al descubrir ¡que nunca fueron realmente salvos!

C. La prueba de la constancia u obediencia (vv. 24–29).

Los dos constructores representan dos hombres en esta vida. Ambos usaron el mismo material y los mismos planes, y el mundo no podía establecer la diferencia entre las dos casas. Pero cuando viene la tempestad, el tiempo de la prueba, la casa que no está cimentada en la roca se derrumba y cae. El verdadero cristiano está cimentado sobre la Roca, Cristo Jesús (1 Co 3.11). La justicia no se basa en una iglesia, credo o «vida buena», sino en Jesucristo que murió por el creyente. Un hijo de Dios se prueba mediante su perseverancia a través de las tormentas que lo someten a prueba. Un cristiano verdadero se prueba cuando obedece a Cristo. Uno que no es un simple oidor de la Palabra, sino también un hacedor (Stg 1.22–25).

Recorra la Biblia y note cómo los falsos creyentes siempre caen en el tiempo de la prueba. La multitud mixta de Israel quiso regresar a Egipto cuando las cosas se pusieron difíciles en su viaje. Muchos de los que se llamaban cristianos en Roma abandonaron a Pablo en su tiempo de necesidad (2 Ti 4.9–18). Sin embargo, note cómo los cristianos verdaderos permanecen firmes sin importar cuál sea la prueba. Abraham, Moisés, Josué, David, Isaías, Jeremías, Daniel, Pedro, Pablo y muchos otros demostraron la realidad de su fe al permanecer firmes a través de la tormenta. ¡Estaban edificados sobre la Roca!

MATEO 8

Avanzamos ahora a una nueva sección de Mateo, en la cual el Rey revela su poder (caps. 8–10). Mateo agrupa diez milagros para demostrar a sus lectores que Jesucristo poseía los poderes del Rey que el AT prometía que el Mesías tendría. En su primer «sermón» (Lc 4.18–19), anunció que demostraría que el Espíritu estaba sobre Él al sanar y ayudar a las multitudes. Isaías 35 prometía que en la era del reino el ciego vería, el cojo andaría, etc. (Is 35.5–6). Estos milagros fueron las credenciales de Cristo, demostrando que era enviado de Dios. Estos capítulos nos llevan de regreso a 4.23–25.

I. Poder sobre la enfermedad (8.1–17)

A. Lepra (vv. 1–4).

Esta era la enfermedad más temida en los días de Jesús debido a que no tenía cura. Jesús tocó al leproso, con lo cual se contaminaba a sí mismo; y sin embargo su toque significaba curación. También sanó por medio de su palabra: «Sé limpio» (v. 3). Levítico 13 describe la prueba que debía realizar el sacerdote en cuanto a la lepra, y muestra cómo la lepra es un cuadro del pecado: yace más profundo que la piel (Lv 13.3); se extiende (Lv 13.7); contamina (Lv 13.44–45); aísla de Dios y del hombre (Lv 13.46); y se trata con ella con fuego (Lv 13.52). La nación de Israel fue descrita como contaminada con lepra (Is 1.5–6). Levítico 14 describe la ceremonia que el leproso sanado debía atravesar cuando se le declaraba limpio. Describe la obra de la cruz.

B. Parálisis (vv. 5–13).

Aquí tenemos a un gentil que viene a Cristo pidiendo ayuda. En Mateo hay dos ocasiones en que vienen gentiles a Cristo, aquí y en 15.21–28. Note que en ambos casos Cristo sanó a distancia. Esto es un paralelo a Efesios 2.12–13, donde se dice que los gentiles estaban «alejados» espiritualmente hablando. En ambos casos lo que Cristo honró fue la fe, y por el poder de su palabra los milagros ocurrieron. Cristo da severas advertencias a los judíos (Mt 8.10–12) que, debido a su incredulidad, perderían el reino y en su lugar lo recibirían los gentiles.

C. Fiebre (vv. 14–17).

Pasamos de una enfermedad terrible, la lepra, a una dolencia común, una fiebre; y sin embargo Cristo tiene poder sobre ambas. Pedro era casado (1 Co 9.5) y su suegra tal vez vivía junto a ellos. Después que Jesús sanó a la suegra de Pedro, ella sirvió a Cristo, lo cual muestra cuán completa fue la curación y cuán agradecida estaba por lo que Él había hecho. Nosotros debemos hacer lo mismo.

Note que Mateo cita a Isaías 53.4 para dar prueba escrituraria del ministerio de Cristo. Algunos intérpretes toman este pasaje como dando a entender que hay «salud en la expiación» y que la muerte de Cristo nos da el privilegio de la sanidad física hoy. Pero nótese que Mateo no se refiere a la muerte de Cristo, ¡sino a su vida! Isaías 53.4 no se refiere al Calvario, sino al ministerio de sanidad que Cristo realizó en esta tierra. Primera de Pedro 2.24 aplica Isaías 53.4 a la sanidad de nuestros pecados. Sin dudas que Dios tiene poder para curar hoy, y debido a la muerte de Cristo tendremos redención física algún día (Ro 8.18–24); pero no apliquemos este versículo a la sanidad hoy en día. Mateo no lo hizo y nosotros tampoco debemos hacerlo.

II. Poder sobre la naturaleza (8.18–27)

En lugar de «seguirle la corriente» a las multitudes, ¡Jesús se alejó de ellas! Cuán diferente de algunas celebridades cristianas de hoy que apelan a la multitud y aman la alabanza de la gente. Los versículos 19–22 muestran por qué Jesús no se impresionaba por las grandes multitudes: la gente no estaba dispuesta a dejarlo todo y seguirlo. Estaban interesados en ver milagros, pero no estaban interesados en darlo todo por Cristo.

Algunos creen que esta tormenta fue de origen satánico, puesto que los discípulos (que algunos eran pescadores) se aterrorizaron. Tal vez fue un ataque satánico para destruir a Cristo. Sabemos que las tormentas repentinas son comunes en el mar de Galilea. Vemos la paz que Cristo mostró, capaz de dormir en medio de una peligrosa tempestad. Esta es la paz que podemos tener cuando sabemos que estamos en el centro de la voluntad de Dios. De nuevo, por su palabra Él controla el viento y el mar y hay calma inmediata. Pasamos de «una tempestad tan grande» (v. 24) a una «grande bonanza» (v. 26) debido ¡al gran Salvador! Cuán agradecidos debemos estar porque Cristo calma las tormentas de la vida (véase Sal 107.23–31).

III. Poder sobre Satanás (8.28–34)

Cristo se enfrenta de nuevo a su enemigo, esta vez en una tumba. ¡Qué ilustración es esta de Efesios 2.1–3! Vemos a la muerte (la tumba), la posesión satánica, la inmundicia de la carne y una terrible exhibición de enemistad contra Dios. En tanto que Mateo habla de dos hombres, los demás Evangelios hablan de uno, tal vez del que era más prominente. Mateo no contradice a Marcos y a Lucas; suplementa su relato.

Debemos admitir la realidad de los poderes demoníacos en nuestro mundo hoy (Ef 6.12) y el deseo de Satanás de destruir cuerpos humanos y condenar sus almas al infierno. El temor de los demonios de que Cristo los atormente «antes de tiempo» (v. 29) indica que hay un juicio futuro para Satanás y sus ejércitos. Los demonios necesitan tener un cuerpo para hacer su obra en este mundo, así como el Espíritu necesita del cuerpo humano (Ro 12.1–2). Este es el porqué los demonios le rogaron que les dejara entrar en los cerdos. ¡A los ojos de Satanás un cerdo es tan bueno como el hombre! (Véase dónde terminó el hijo pródigo: con los cerdos, Lc 15.15–16.)

Los demonios deben obedecer la Palabra de Dios: «Id», y esta única palabra los expulsó del hombre. Los cerdos perecieron debido a que Satanás es homicida (Jn 8.44). Esto es lo que los demonios hubieran hecho con el hombre si Cristo no hubiera intervenido en su amor y gracia. ¡Jesús estuvo dispuesto a atravesar la tormenta para salvar de Satanás a estos hombres! Sí, y ¡estuvo dispuesto a atravesar las tormentas de odio de los hombres y las tormentas del Calvario para salvar nuestras almas!

Cuán necios fueron los moradores al pedirle a Jesús que se fuera. Si usted compara esto con los Evangelios de Lucas y Marcos, descubrirá que hubo tres «ruegos» en esa tumba: los demonios le rogaron que les permitiera entrar en los cerdos; uno de los hombres sanados le rogó a Jesús que le dejase seguirlo; y los ciudadanos le rogaron a Jesús que se fuera de sus contornos.

Jesucristo hoy tiene poder sobre Satanás (Jn 12.31; 14.30; Col 2.15). En la actualidad, tal vez los poderes demoníacos obren en forma diferente a aquella cuando el Señor estaba en la tierra, pero de todas maneras obran. Una persona está llena de orgullo; otra, con lujuria; una tercera con el amor al dinero. Sólo Cristo puede librar a los cautivos y darles libertad.

Note el poder de la Palabra de Dios en el capítulo 8 (vv. 8, 16, 26, 32). Es la Palabra de Dios, no la nuestra, la que es poderosa (Heb 4.12). Debemos especializarnos en la Biblia para nuestra predicación, nuestro testimonio personal y nuestra vida diaria.

MATEO 9

Este capítulo continúa la presentación del poder del Rey (caps. 8–10). Anteriormente vimos el poder de Cristo sobre la enfermedad (8.1–17), la naturaleza (8.18–27) y Satanás (8.28–34).

I. Poder sobre el pecado (9.1–17)

A. El milagro (vv. 1–8).

La parálisis dejó inválido al hombre. Amigos creyentes lo llevaron a Jesús y Él respondió a la fe de ellos sanando al hombre. Pero hizo más que eso: ¡también le perdonó los pecados! «El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados» (v. 6). Los críticos de Jesús le acusaron de blasfemia, demostrando así que no aceptaban su realeza y condición de Hijo de Dios.

B. Los resultados (vv. 9–17).

Los escribas y fariseos comenzaron a buscar razones para acusar y oponerse a Cristo (véanse vv. 3, 11, 34). Así cuando Mateo celebró una cena para Cristo e invitó a sus «amigos pecadores», los fariseos asistieron para crear problemas. En este pasaje Cristo se autodescribe

como un médico que sana corazones pecadores (v. 12) y como el Esposo que trae alegría a las vidas de las persona (v. 15). Muchos cristianos hoy piensan que nuestra tarea es abrir las puertas de la iglesia e invitar a los pecadores a venir a nosotros, pero Jesús nos instruye a ir a los perdidos con el mensaje del evangelio. Hay un peligro de que la «separación» se convierta en «aislamiento» y que fracasemos al contactar a los pecadores perdidos.

Juan estaba en prisión y sus discípulos estaban confusos. Más tarde (11.1–6) Juan mismo expresó su deseo de saber más de lo que Cristo estaba haciendo. El ministerio de Jesús era diferente al de los fariseos, quienes ayunaban con frecuencia (Lc 18.12), y querían una explicación. Jesús les dijo que estaba introduciendo algo nuevo, y habló de una ropa nueva y del nuevo vino. Uno no puede poner el mensaje nuevo del evangelio en el viejo recipiente de la ley. Mezclar la ley y la gracia es causar confusión y destruir ambas cosas. La nueva vida en Cristo debe tomar nuevas formas. Mezclar el pacto antiguo con el nuevo conduce a la confusión religiosa.

II. Poder sobre la muerte (9.18–26)

A. El deseo (vv. 18–19).

Este hombre era religioso y obediente a la ley, sin embargo, cuando le llegó la muerte, su religión fue impotente y no le ayudó. La ley mata; el Espíritu vivifica. Para más detalles véanse Lucas 8.40–56 y Mateo 5.21–43.

B. La tardanza (vv. 20–22).

La mujer con flujo de sangre tenía fe y estaba dispuesta a humillarse a los pies de Jesús. Los médicos del mundo no pudieron curarla (Mc 5.26), de modo que ella acudió al Gran Médico. Pero esto retrasó al Señor para ir a la casa de Jairo, y ¡cómo Jairo debe haberse puesto frenético! Sin embargo, las tardanzas de Cristo siempre conducen a una mayor bendición. (Véase el caso de Lázaro en Jn 11.) En lugar de sólo sanar a la muchacha, ¡Él la levantó de los muertos!

C. La burla (vv. 23–24).

Imagínese, ¡pecadores riéndose de Jesús! Esto prueba que la muchacha estaba realmente muerta, de otra manera no se hubieran reído de Cristo. Podemos esperar que el mundo se ría de nosotros cuando procuramos rescatar pecadores de la muerte (Ef 2.1–10).

D. La demostración (vv. 25–26).

Él toca a la muchacha y le habla, y ella vuelve a la vida. Cristo levantó de los muertos a tres personas, cuyos relatos tenemos completos en la Biblia: una muchacha (aquí), un joven (Lc 7.11–16) y un hombre maduro o viejo (Jn 11). La muerte es un cuadro de la muerte espiritual (Ef 2.1; Jn 5.24–25). Así, el pecado alcanza a todas las edades; pero a pesar de que todos los pecadores están muertos espiritualmente, hay diferentes grados de decadencia. La muchacha acababa de morir, el joven quizás murió el día anterior y Lázaro ¡llevaba cuatro días enterrado! El «pecador moral» es como la muchacha: no hay podredumbre, pero sí muerte. El «pecador inmoral» es como Lázaro: Su pecado hiede. Los tres fueron levantados por el poder de la Palabra, un cuadro de Juan 5.24.

III. Poder sobre las tinieblas (9.27–31)

Cómo se quedaron ciegos estos hombres, no lo sabemos. Tal vez fue por enfermedad, pecado o accidente. Reconocieron a Jesús como el Hijo de David (cf. 1.1) y le siguieron a la casa. Jesús les preguntó si tenían fe, y como sí la tenían, los sanó. Nótese cómo la fe aparece en los capítulos 8 y 9. El centurión tenía gran fe (8.10), pero los discípulos en la tormenta tenían poca fe (8.26). La fe de los amigos ayudó al paralítico (9.2) y la fe de la mujer le dio sanidad (9.22). La fe de Jairo fue probaba por el retraso en el camino, y los ciegos vieron recompensada su fe. La curación del ciego fue prueba del mesiazgo de Cristo, según Lucas 4.18 e Isaías 61.1–2.

IV. Poder sobre los demonios (9.32–38)

Este milagro produjo gran revuelo: «Nunca se había visto cosa semejante en Israel» (v. 33). De este modo Cristo se presentó y demostró su realeza. Sin embargo, los líderes religiosos le rechazaron y ¡hasta le acusaron de ser cómplice de Satanás! Un día en el futuro, Israel admitiría a un falso Cristo que recibiría su poder de Satanás (Jn 5.43). Esta acusación fue del enemigo que con el tiempo creció hasta ser una rebelión abierta, en 12.22–37.

Nótese que Jesús no discutió con la gente, sino que más bien fue a ayudar a los que le recibían. Predicó «el evangelio del reino» (v. 35), lo que quiere decir que todavía se ofrecía a la nación como su Rey. Posteriormente, envió a sus discípulos a predicar el mismo evangelio, a realizar los mismos milagros (10.5–8). Esta comisión no es nuestra hoy, ni tampoco nos atrevemos a aducir que tenemos el poder para realizar milagros. Todo se relaciona a Israel como nación, no a la Iglesia, «porque los judíos buscan señal» (1 Co 1.22).

Las multitudes de hoy todavía necesitan del Pastor. Sólo Cristo puede guiarles y alimentarles (véase Ez 34). Cristo se autodescribe como el pastor y como el labrador, el Señor de la mies. La mies es Suya (v. 38) y debemos obedecerle si vamos a ganar almas. Véase en Juan 4.31–38 una enseñanza paralela.

MATEO 10

Este capítulo nos lleva al final de la primera sección de Mateo: «La revelación del Rey» (1–10). En 1–4 Él reveló su persona, en 5–7 sus principios y en 8–10 su poder. En los capítulos 8–9 reveló su poder mediante una serie de milagros que realizó; en este capítulo envía a sus embajadores a realizar milagros y a llevar el mensaje del reino. Tenga presente que dondequiera que usted tiene señales, está tratando con los judíos y el mensaje del reino (1 Co 1.22).

Al leer este capítulo notará que hay un cambio en las instrucciones del versículo 16 y del 24. Si aplica todo este capítulo a los doce apóstoles, quedará confundido, porque en los versículos 15–23 Jesús salta siglos y analiza el mensaje del reino durante la tribulación. Este capítulo da instrucciones a los apóstoles en el pasado (vv. 1–15), a los apóstoles del futuro período de la tribulación (vv. 16–23) y a los siervos de Dios de hoy (vv. 24–42).

I. Instrucciones a los apóstoles del pasado (10.1–15)

En 9.36–38 Cristo les pidió que oraran por la mies; ahora les envía a la mies a servir. Es cosa seria orar por los perdidos, debido a que Dios querrá usarlo para que le ayude a contestar esas oraciones.

Nótese el cambio de «discípulos» (aprendices) en el versículo 1 a «apóstoles» (enviados) en el versículo 2. Estos doce hombres fueron los primeros misioneros. Cristo les dio el divino poder que necesitaban para hacer Su obra, porque Él siempre equipa a quienes llama al servicio. Dios usa una variedad de personas para lograr Su obra.

La comisión era clara: predicar el reino de los cielos e ir solamente a los judíos. Juan el Bautista lo hizo (3.2), Jesús también (4.17) y ahora sus discípulos debían esparcir el mensaje por toda la nación. Los milagros que realizarían serían las credenciales de que representaban al Rey (Heb 2.1–4).

Esta comisión no es para la Iglesia, ni para los misioneros individuales hoy. No tenemos estos poderes milagrosos, puesto que se dieron especialmente a sus apóstoles (Mc 16.17–18; Ro 15.18–19; 2 Co 12.12). En tanto que el siervo de Dios no depende de cosas materiales, todavía debe prepararse y proveer para sí y su familia a fin de llevar el mensaje (1 Ti 5.8). Los misioneros de hoy no deben seguir las instrucciones de los versículos 9–10. Pablo apreciaba el sostén que recibía de las iglesias, y así lo hacen hoy los misioneros en todo el mundo.

Finalmente, no predicamos el evangelio del reino a los que «son dignos». Anunciamos el evangelio de la gracia de Dios a todas las personas e invitamos a los pecadores a venir a Cristo. Mientras que los principios espirituales de esta sección pueden aplicarse a nosotros hoy, las instrucciones específicas no se aplican.

II. Instrucciones a los apóstoles futuros (10.16–23)

No es inusual que los escritores de la Biblia salten de un período a otro sin ninguna advertencia. Aquí Jesús mira a través de la historia y ve a los que serán sus testigos durante el período de la tribulación. Estos versículos no se aplican a los doce apóstoles por varias razones: (1) El versículo 1 les prohíbe ir a los gentiles, en tanto que el versículo 18 dice que serán testigos a los gentiles. (2) El Espíritu no podía hablarles hasta la crucifixión y resurrección de Cristo (véase Jn 14.17). (3) No hay evidencia de que los doce apóstoles fueron perseguidos. Lucas 9.10 y Marcos 6.30 indican que tuvieron un ministerio de mucho éxito y que estaban contentos con eso. (4) Los versículos 22–23 son paralelos de 24.9, 13, donde definitivamente se aplican al fin del tiempo. Hay un sentido en el cual esta sección pudiera aplicarse al ministerio de los apóstoles durante el libro de los Hechos, en especial al apóstol Pablo. Sin embargo, la verdadera aplicación es para el período de la tribulación. Nótese que el versículo 22 no tiene nada que ver con la salvación del pecado. Habla acerca de la perseverancia fiel de Sus embajadores durante el tiempo de persecución en la tribulación. Esto concluirá con el regreso del Señor (v. 23).

III. Instrucciones para los discípulos presentes (10.24–42)

Note que Él vuelve a la palabra discípulo y que no la limita solamente al judío. Este pasaje contiene estímulo e instrucciones para sus seguidores de hoy. Somos aprendices (discípulos) y obreros (siervos). Advierte en contra de temer al hombre (vv. 25–31). Nos asegura que los hombres lo trataron de la misma manera y que es un privilegio para nosotros sufrir por la causa de Dios (véanse Flp 1.29; Hch 5.41). El versículo 28 no nos habla acerca de Satanás, porque no tiene poder para destruir el cuerpo y el alma en el infierno. Dios lo tiene, y Cristo nos dice que le temamos a Él y solamente a Él. Cuando tememos a Dios, no necesitamos temerle a nada más. Cristo asegura que el Padre nos cuida, porque Dios cuida aun las aves del campo que tienen hambre. En los versículos 31–33 indica la importancia de confesar abiertamente a Jesucristo. Esto se aplicaría a los siervos y a los convertidos (véanse Ro 10.9–10; 2 Ti 2.12). La confesión no salva, pero es el resultado natural de la salvación.

Los versículos 34–39 indican con claridad que el evangelio divide a la gente. Cristo es el Príncipe de paz y el evangelio es el mensaje de paz, pero cuando la gente confiesa a Cristo, es usual que tengan enemigos. Cristo separa y hace que los lazos naturales de familia y amigos sean menos importantes. Los cristianos no pueden servir a Cristo sin tomar la cruz; esto significa crucificar al yo y llevar su vituperio. Salvar nuestras vidas quiere decir perderlas, pero perderlas por su causa significa salvarlas.

Los versículos finales (40–42) indican la importancia del siervo de Cristo. Es el representante de Cristo. Rechazar al siervo es rechazar a Cristo, como Pablo lo indica en 2 Corintios 5.20. Cuánto nos estimula saber que representamos al Rey de reyes y que Él está justo allí con nosotros cuando le servimos.

En esta sección Cristo señala la posición del siervo (vv. 24–25), su protección (vv. 26–32), su privilegio (vv. 33–38), la promesa (v. 39) y la práctica (vv. 40–42).

MATEO 11

Hemos llegado a un punto crucial en el ministerio de Cristo según Mateo lo presenta. Ya «la revelación del Rey» está completa (caps. 1–10); ahora «la rebelión en contra del Rey» empieza a aparecer (caps. 11–13). En esta sección los judíos se rebelan en contra de cada revelación que Cristo dio de sí mismo.

Él fue anunciado por Juan	Permitieron que Juan fuera arrestado (11.1–19)
Él realizó muchos milagros	Las ciudades rehusaron arrepentirse (11.20–30)
Él anunció sus principios	Discutieron con Él sobre eso (12.1–21)
Él reveló su persona	Dijeron que Él obraba con Satanás (12.22–50)

El resultado, por supuesto, es que Jesús se aleja de la nación (caps. 14–20) y mira hacia la cruz. Lo que empezó como rebelión más tarde se convertiría en abierto rechazo.

I. Explicación respecto a Juan el Bautista (11.1–19)

A. La petición (vv. 1–3).

Juan ya llevaba mucho tiempo en prisión (véase 4.12). ¿Por qué dudó Juan de la realeza de Cristo cuando el Espíritu le había dicho quién era Cristo? (Jn 1.29–34). La respuesta está en la palabra «a otro» en la pregunta de Juan: «¿o esperaremos a otro?» (v. 3). En el griego hay dos palabras para decir «otro». Una significa «otro de la misma clase», como cuando Jesús dijo: «Y os dará otro Consolador» (Jn 14.16). La palabra que se usa en Mateo 11.3 es «otro de diferente clase». Juan anunció la venida del Rey y prometió un tiempo de juicio y purga (Mt 3.7–12); sin embargo, el ministerio de Jesús era de misericordia. Juan preguntó: «¿Eres tú el Mesías, o esperaremos a otros de una

clase diferente, uno que purgará la nación y juzgará el pecado?» Sin duda que los largos meses en prisión le redujeron la visión a Juan, parecido a Elías del AT en cuyo espíritu vino Juan (1 R 19.1–4).

B. La respuesta (vv. 4–6).

Jesús con ternura afirma y estimula la fe de su siervo. Si usted compara esto con Lucas 7.18 verá que los discípulos de Juan le dieron informes del ministerio de sanidad de Cristo. Por eso es que Jesús dijo: «Id, y haced saber a Juan» (11.4). En otras palabras, Jesús estaba reasegurándole a Juan que Él era el Rey, porque estaba realizando los mismos milagros que las Escrituras decían que realizaría (véanse Is 35.5–6 y 61.1). «No tropieces por mí», le dijo Jesús a Juan, refiriéndose probablemente a Isaías 8.14–15. Cristo usó la Palabra para animar a Juan, una buena lección para nosotros en tiempos de duda y desaliento.

C. El reconocimiento (vv. 7–15).

¡Qué tremendo reconocimiento Cristo le dio a Juan en este pasaje! Esto es su: «¡Bien hecho!», a un siervo fiel y bueno que daría su vida por Cristo. Juan no era una caña que se mece con facilidad; era un hombre con convicciones. No era una celebridad que disfrutaba de fama y lujos; era un siervo dispuesto a sufrir por Cristo. El mismo Cristo indica que el ministerio de Juan era el cumplimiento de Malaquías 3.1. Si la nación hubiera recibido a Jesús, Juan hubiera sido el Elías prometido por Dios (v. 14; véase 17.10–13). Debido a que rechazaron tanto a Juan como a Jesús, el cumplimiento literal y final del Malaquías 3.1–3 no tendrá lugar sino en el fin de los tiempos. Juan fue el último de los profetas del AT. Debido a que solamente anunció el reino, no es tan grande como la persona más humilde en el reino (v. 11).

D. La reprensión (vv. 16–19).

Cristo reprendió a la gente de esa generación por su infantilismo. ¡Nada les complacía! Juan y Jesús eran contrastes en sus vidas y ministerio, y sin embargo ninguno pudo satisfacer a la multitud infantil. Hay una diferencia entre ser infantil y ser como un niño. En los versículos 25–26 Jesús dice que únicamente los que son como un niño pueden entender su Palabra. El mundo de hoy es como chiquillos malcriados que exigen siempre entretenimiento y algo nuevo. Rehúsan tomar con seriedad la vida o la muerte.

II. Condenación de las ciudades (11.20–24)

Esta es la primera ocasión que encontramos a Jesús pronunciando palabras de condenación. Había hecho muchas obras poderosas, asimismo sus discípulos; sin embargo, las ciudades le rechazaron. Capernaum había sido especialmente bendecida, puesto que fue el «cuartel» de Jesús durante la primera parte de su ministerio (véanse Mt 8.5–17; 9.1ss). Donde la luz brilla más intensa, la gente tiene mayor responsabilidad. Habrá grados de juicio de acuerdo a la cantidad de luz que tuvo la persona. ¡Es algo serio conocer la verdad y alejarse de ella!

III. Invitación al cargado (11.25–30)

Este es un momento crucial en el ministerio de Jesús. La rebelión contra el Rey ya se ha establecido y culminará en rechazo abierto. ¡Cristo se vuelve a su Padre y le alaba! Qué ejemplo para nosotros cuando enfrentamos tiempos de dificultad.

La voluntad del Padre debe gobernar siempre nuestras vidas. Dios pasó por alto a los fariseos y escribas sabios y prudentes, y escogió para la salvación a la gente sencilla y común pero creyente (véase 1 Co 1). No podemos explicar el misterio de la voluntad del Padre, pero podemos adorarle y obedecerle. La invitación de Cristo aquí es para que todos vengan a Él. Deja de ser un mensaje limitado a los judíos, como lo fue en 10.5–6. Cristo ahora abre la puerta a todo el que cree y quiere venir y tomar su yugo.

Los fariseos colocaron muchas cargas sobre la gente (Mt 23.4), y su religión no les dio ni descanso ni paz. Ninguna religión humana puede dar paz al corazón. Cristo ofrece un yugo que es fácil en contraste con el opresivo y demoledor yugo de la ley (Hch 15.10). Note el doble uso de la palabra «descanso». «Yo os haré descansar»: este es el descanso de la paz con Dios que viene con la salvación. «Hallaréis descanso»: esta es la paz de Dios que viene con la entrega (véase Flp 4.6–9). Estar uncido al yugo de Cristo es la bendición más grande posible.

MATEO 12

Los sucesos de los capítulos 12–13 tuvieron lugar en un día crucial en el ministerio de nuestro Señor. Vemos la rebelión en contra del Rey tornándose más y más feroz. Los fariseos habían rechazado a su mensajero, Juan el Bautista (11.1–19), y no se habían arrepentido aunque Jesús había hecho obras poderosas (11.20–30). Ahora arguyen respecto a los principios de Cirsto (la cuestión del sabbat), ¡e incluso le acusan de estar en confabulación con Satanás! Este es un capítulo lleno de conflicto.

I. Conflicto sobre el sabbat (12.1–21)

A. Su acusación (vv. 1–2).

El sabbat era algo muy querido por los judíos, puesto que era la señal especial del pacto de Dios con la nación (Éx 31.12–17). Sin embargo, los líderes religiosos lo habían convertido de un día de bendición espiritual y gozo en uno de observaciones legales, por lo cual las reglas convertían el sabbat en una carga, no en una bendición. Tenga presente que el sabbat nunca se le dio a la Iglesia. Nuestro día del pacto es el primer día de la semana, el día del Señor, el día de la resurrección.

B. La respuesta de Cristo (vv. 3–8).

Jesús usó la Palabra para responder a sus enemigos. Los refirió a David (1 S 21.1ss), quien tuvo hambre en el día de reposo y comió de los panes sagrados de la proposición en el tabernáculo. En ese tiempo David era un rey rechazado, justo como Jesús lo era, pero todavía no había sido coronado. Cristo también hizo referencia a la ley (Nm 28.9–10) que permitía al sacerdote trabajar en el día de reposo y ofrecer sacrificios. Al final, citó de los profetas (Os 6.6) para mostrar que Dios está más interesado en el corazón que en observancias vacías y externas. Cristo intrépidamente afirmó que Él, no los fariseos, era el Señor del día de reposo, lo cual era otra manera de decir que era Dios, puesto que Dios ordenó el sabbat.

C. Su segunda acusación (vv. 9–21).

Los fariseos hicieron tan estricta la regla de no trabajar, ¡que incluso aducían que era pecado curar en el día de reposo! Jesús usó la lógica simple para mostrar que sus regulaciones estaban erradas. Auxiliaban a su ganado en el día de reposo; ¿no es un hombre mucho más valioso que una oveja? Así Jesús afirmaba el valor del alma humana ante Dios. El versículo 14 relaciona el principio del plan de los fariseos para destruir a Jesús. ¿Cómo respondió? Se apartó de ellos. Esto dio cumplimiento a la profecía de Isaías (véase Is 42.1–3) que describe el minis-

terio del Mesías. Él no argüiría con sus enemigos (Mt 12.19), ni traería juicio sobre ellos (v. 20). Algunos eruditos dicen que la «caña cascada» y «el pábilo que humeare» del versículo 20 se refiere a los pecadores débiles y necesitados; pero es más probable que sean figuras de los enemigos de Cristo, gente a la que Cristo no juzgará sino hasta el tiempo apropiado. Nótese que la palabra «gentiles» aparece en los versículos 18 y 21, otra indicación de que el Rey ha sido rechazado por su nación y se volverá a los gentiles. Se verá de nuevo a los gentiles en los versículos 41–42, cuando Él habla acerca de Nínive y la reina del sur.

II. Conflicto sobre Satanás (12.22–37)

Los fariseos, como la gente mundana de hoy, siempre buscaban qué criticar. En lugar de regocijarse por la curación del hombre, acusaron a Cristo de estar en alianza con Satanás. Cristo destacó que su argumento no era lógico, puesto que significaría que Satanás estaba luchando contra sí mismo. Aun los judíos incrédulos podían echar fuera demonios (v. 27 y véase Hch 19.13ss); ¿quería eso decir que estaban también en alianza con Satanás? El argumento final de Cristo (v. 29) es que Él nunca podía echar fuera a los demonios a menos que venciera antes a su líder, Satanás, lo cual hizo en el capítulo 4. Esto llevó al terrible argumento respecto al pecado imperdonable. Tenga estas cosas presentes cuando usted considere el pecado imperdonable:

A. Es un pecado del corazón, no de los labios (vv. 34–35).

Las palabras de los labios son evidencia de la condición del corazón; y palabras perversas indican un corazón perverso.

B. Es un pecado cometido a la luz de gran evidencia.

Estos hombres vieron los milagros de Cristo y todavía endurecían sus corazones en contra de Él.

C. Es un pecado de incredulidad voluntaria, persistente y de rechazo final a Jesucristo.

El adulterio no es imperdonable (véase Jn 8.1–11), ni tampoco lo es el homicidio (Dios le perdonó a David). Pero cuando una persona persiste en rechazar a Cristo y llega al lugar donde su corazón está tan encallecido que no se preocupa por su destino eterno, es demasiado tarde.

Jesús está predicando aquí el mensaje de Juan el Bautista (véase 3.7). Este llamó a los fariseos «generación de víboras» porque eran hijos de la antigua serpiente, el diablo (véase 23.33). Tenían cierta forma de piedad, pero no conocían a Dios. Como Satanás, eran imitadores de la verdadera piedad (2 Co 11.13–15).

III. Conflicto sobre las señales (12.38–50)

Cristo había realizado muchos milagros y sin embargo ellos todavía pedían señal (Jn 12.35–43). Cristo les prometió sólo una señal: Su muerte, sepultura y resurrección, como se ilustra en Jonás. Tenga presente que Jonás fue un mensajero a los gentiles, otra indicación de que Israel rechazaría a Cristo. ¿En que forma Cristo es «más grande que Jonás»? (v. 41) Es más grande en su ministerio, puesto que Jonás desobedeció a Dios. Es más grande en su mensaje, puesto que predicaba salvación y no el juicio venidero.

La parábola en los versículos 43–45 pudiera denominarse «reforma sin regeneración interna». Los judíos regresaron del cautiverio purgados de su pecado de idolatría. La «casa» había sido barrida, pero todavía estaba vacía. Tenían religión y moralidad externa, pero sus corazones estaban vacíos y su religión era vana. Por consiguiente, Satanás pudo volver a entrar en la casa con otros pecados, y ¡el estado posterior de la nación fue peor que el primero! En el AT los judíos adoraron ídolos, pero en los Evangelios ¡mataron a su propio Mesías!

Lo mismo les ocurre a los individuos. Cuán fácil es «reformarse», unirse a la iglesia y vivir respetablemente sin que Cristo more en el corazón. Esta «justicia falsa» durará sólo por un tiempo; entonces Satanás se apoderará de esa vida vacía y la arruinará. La religión significa limpiar lo de afuera; salvación significa nueva vida y santidad interior. Véase 2 Pedro 2.20–22.

Al final del capítulo 11 Jesús invitó a todos los que están «agotados y llevando una carga muy pesada» (v. 28, traducción del autor). Aquí (vv. 46–50), Él usa esa maravillosa expresión «todo aquel». Estaba rompiendo todo los lazos naturales. La nación se había rebelado contra su mensaje y ministerio. Ahora habla de una familia mundial de Dios, a «todo aquel» que haga la voluntad de Dios.

MATEO 13

Este es un capítulo crucial en la Biblia; uno que todo creyente debe procurar entender ampliamente. La rebelión contra Cristo alcanza su clímax, y Él se vuelve de la nación a todo aquel que viene a Él (Mt 11.28–30). La gran pregunta ahora es: «¿Qué del reino ahora que han rechazado al Rey?» La respuesta a esa pregunta está en Mateo 13. En este capítulo Cristo bosqueja los «misterios del reino» y explica cómo es «el reino de los cielos» durante la edad presente.

I. El escenario de las parábolas

A. «Salió Jesús de la casa» (v. 1).

«La casa» aquí se refiere a la casa literal en la cual Jesús había estado enseñando, pero puede representar la casa de Israel (10.6). Al dejar la casa estaba diciendo (simbólicamente) que había dejado a la nación y ahora se volvería a los gentiles.

B. «Junto al mar» (v. 1).

El mar en las Escrituras quiere indicar las naciones gentiles del mundo (Ap 17.15; Is 60.5). Cristo ahora va a los gentiles y empieza una nueva fase de su ministerio (véanse 10.5–6; 12.17–21, 39–42).

II. La razón para las parábolas

A. La razón humana (vv. 10–17).

La condición del corazón de la gente hizo necesario que Cristo usara parábolas. (Una parábola es una historia en la cual algo familiar explica algo no familiar.) Cristo cita Isaías 6.9–10 para explicar el porqué usaba parábolas: los corazones, oídos y ojos de la gente se habían embotado, endurecido y enceguecido. Al usar parábolas, estimulaba la curiosidad de los interesados, los que en realidad querían saber la verdad. Pero también escondía la verdad de los rebeldes; Él no echaría estas perlas de verdad a los cerdos (7.6). Las parábolas no evitaron que la gente aprendiera la verdad; más bien estimularon su interés y les animaron a aprender. Esto es un cumplimiento de 11.25: el orgulloso no verá, pero los niños aprenderán la verdad y serán salvos.

B. La razón divina (vv. 34–35).

Cristo cumplió la profecía del Salmo 78.2. Las verdades dadas en Mateo 13 habían sido guardadas en secreto desde la fundación del mundo; eran un «misterio» escondido a la gente, pero ahora revelado. Por esta razón, no busque estas verdades en el AT. Un «misterio» en la Biblia es una verdad oculta en edades pasadas, pero ahora revelada por Dios a través de sus siervos. No se halla en el AT, excepto en tipo o símbolo. Véase Efesios 3.

III. Los misterios del reino de los cielos

A. El término.

Por favor, tenga presente que «el reino de los cielos» en Mateo 13 está en forma de «misterio». O sea, no se refiere al reino terrenal del Mesías, sino más bien al reino aquí en la tierra durante la ausencia del Rey. El «reino de los cielos» es una mezcla de bien y mal, verdad y falsedad. No es la Iglesia. La Iglesia está en el reino de los cielos, pero es distinta al mismo. El reino de los cielos es equivalente a nuestro término «cristiandad». Está formado por todos los que profesan lealtad al Rey, sea en verdad o en pretensión.

B. El tiempo.

Usted notará en el análisis de Mateo 13 que el reino empieza con la siembra de la Palabra en el Día de Cristo, y continúa hasta el fin de esta edad. Estas parábolas delinean el programa de Dios y la oposición de Satanás durante esta edad.

La parábola de la cizaña (Mt 13.24–30, 36–43)

I. Los símbolos que se usan

A. Una explicación.

Jesús nos explica los símbolos.

1. El hombre es Cristo (v. 37).
2. La semilla son los creyentes, los hijos del reino (v. 38).
3. El campo es el mundo (v. 38).
4. El enemigo es el diablo (v. 39).
5. La cizaña son los hijos del malo (v. 38).
6. Los segadores son ángeles (v. 39).
7. La siega es el fin del siglo (v. 39).

B. Una palabra de advertencia.

Tenga cuidado en la interpretación aquí. No confunda estos símbolos con los que se usan en la parábola del sembrador. En la parábola del sembrador la semilla representa la Palabra de Dios y el terreno simboliza diferentes clases de corazones.

C. La lección principal.

Dondequiera que Cristo «planta» creyentes para que lleven fruto para su gloria, Satanás planta falsos cristianos que se oponen a la obra y obstaculizan la siega. Los cristianos son semillas y el reino de los cielos es una mezcla de semillas verdaderas (cristianos) y falsas (los hijos del diablo).

II. Las dos «semillas» en la Biblia

A. Génesis 3.15.

Esta es la primera mención de las dos semillas, o simientes, en la Biblia. Dios dijo que la mujer tendría una simiente (Cristo) (Gl 3.16; 4.4), y que la serpiente (Satanás) tendría una simiente. También indica que habría constante enemistad entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer.

B. Caín y Abel.

Cuando Caín asesinó a Abel (Gn 4.1–16) empezó la enemistad entre las dos simientes. Primera de Juan 3.12 indica que Caín era «del maligno», ¡un hijo del diablo! Este conflicto continúa a través de todo el AT.

C. Los fariseos y Jesús.

La simiente de Satanás («los hijos del malo») se opusieron a Juan el Bautista (3.7) y no hicieron nada cuando Herodes lo mató. Se opusieron a Cristo (12.34; 23.33) y pidieron que lo crucificaran. En la cruz Satanás hirió el calcañar de Cristo, pero Él aplastó la cabeza de Satanás y lo derrotó para siempre.

D. El apóstol Pablo.

La simiente de Satanás se opuso a Pablo cuando este empezó su obra misionera (Hch 13.10) y durante toda su vida. Satanás se opuso a Pablo (como lo hace a la Iglesia de hoy) con un evangelio falso (Gl 1.6–9), ministros falsos (2 Co 11.13–26), falsa justicia (Ro 10.1–3) y falsos hermanos (2 Co 11.26).

E. El resultado final.

Esta enemistad entre las dos simientes culminará finalmente en un falso Cristo (2 Ts 2). El «hijo de perdición» se opondrá al Hijo de Dios, el «misterio de iniquidad» se opondrá al misterio de la piedad. El sistema religioso prostituido (Ap 17) luchará contra la Esposa (la verdadera Iglesia) y habrá una trinidad satánica: el diablo, la bestia y el falso profeta (Ap 19.20; 20.1–3), que se opondrán al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Al final, todas las fuerzas satánicas serán derrotadas por el Hijo de Dios.

III. Las lecciones que debemos aprender

A. Los obstáculos.

Satanás se opone a la obra de Dios de varias maneras:

1. Arrebata la Palabra de Dios de los corazones, sofoca la semilla con mundanalidad y quema las raíces con la persecución.
2. Si no puede derrotar a la Palabra, planta falsos cristianos («hijos del malo») dondequiera que el Señor planta verdaderos creyentes. Mucha gente va al infierno, no debido a pecados groseros abiertos, sino a que tienen una «falsa justicia» aparte de la fe en Jesucristo.
3. Se asienta en las ramas de la «cristiandad» e influye en lo que ocurre.
4. Planta falsa doctrina que engaña a la gente.

B. El método.

El principal método de Satanás para oponerse a Dios es la imitación. Predica una imitación del evangelio, establece imitación de iglesias, planta cristianos de imitación, etc.

C. La tarea.

Lo verdadero y lo falso crecerá junto hasta el fin, y Dios los separará. Nuestro trabajo no es tratar de «limpiar» el mundo, aunque deberíamos hacer todo lo que nos sea posible para mejorar la sociedad. Esto no significa que debamos descartar la disciplina en la iglesia local. La iglesia no es el reino de los cielos. Dios nos ordena que juzguemos el pecado y disciplinemos a los cristianos que estorbarían el crecimiento de la iglesia debido a sus vidas impías (véanse 1 Co 5 y Mt 18.15–18). Nuestra tarea es plantar la Palabra en los corazones y dejar que Dios nos «plante» en lugares en donde podemos llevar fruto para su gloria.

D. En clima.

La «cizaña» será atada en manojos al fin del siglo. En estos últimos días vemos muchas organizaciones, e incluso naciones, uniéndose para un propósito u otro. Tenemos organizaciones mundiales de iglesias, bancos mundiales, movimientos mundiales de trabajadores, organizaciones mundiales de comercio, etc., En el mundo religioso las denominaciones están uniéndose, también las organizaciones, para protección mutua. Algunos de estos esfuerzos cooperativos pueden ser provechosos, pero nos preguntamos, ¿cuánta cizaña no se estará atando en manojos en preparación para quemarla?

E. Estar alerta.

Mientras dormimos Satanás trabaja. Una iglesia durmiendo es una oportunidad para que Satanás plante cristianos falsos (véase Pr 24.30–34). Es importante que velemos y estemos alertas (Ro 13.11–14).

F. Discernir.

Debemos «probar los espíritus» para detectar cuándo Satanás está obrando (1 Jn 4.1–6). Esto no es juzgar (Mt 7.1–5), sino más bien ejercer nuestros sentidos espirituales para ver si las personas realmente pertenecen a Cristo (Heb 5.14).

MATEO 14

Ahora avanzamos a una nueva e importante sección del Evangelio de Mateo: «El retiro del Rey» (caps. 14–20). En esta sección vemos a Jesús «apartándose» de las multitudes y pasando tiempo con Sus discípulos, preparándolos para la crisis que se avecinaba en Jerusalén. Tenga presente que incluso los discípulos, en esta etapa, pensaban en términos de un reino terrenal; y que sus enseñanzas sobre la cruz los dejaban perplejos. Fue necesario que les preparara para esta experiencia que sometería a prueba su fe. Los tres acontecimientos de este capítulo ilustran las características de esta edad presente, cuando el Rey es rechazado:

Persecución (1–12): Los siervos de Cristo sufrirán y morirán por Él

Provisión (13–21): Los siervos de Cristo ministrarán el pan de vida al hombre

Protección (22–36): Cristo orará por sus siervos y los rescatará.

I. Persecución (14.1–12)

Juan había estado en prisión por varios meses (véase 4.12), e indudablemente fue martirizado pocas semanas antes de los sucesos que se registran aquí. (Nótese que los vv. 3–12 son un vistazo en retrospectiva.) Mateo pone la muerte de Juan en este punto de su Evangelio porque ilustra la actitud de los hombres hacia el Rey; debido a que, mediante la muerte de su mensajero, ¡estaban rechazando al mismo Rey! «El que a vosotros recibe, a mí me recibe», dijo Jesús en 10.40, y lo inverso es también verdad: rechazar al mensajero es rechazar a Cristo. La muerte de Juan es una predicción, por así decirlo, de la propia muerte de Cristo, un tema que Él explica a sus discípulos en este período de retiro.

El nombre «Herodes» era familiar, un apellido, y es fácil confundir los diferentes Herodes del NT. «Herodes el Grande» fue el que mató a los niños (2.16–18). «Herodes Antipas» fue uno de los hijos menores de Herodes el Grande. No fue realmente un rey, sino sólo un tetrarca; gobernó sobre una cuarta parte del reino. Este fue el Herodes que hizo matar a Juan el Bautista y ante el cual Jesús se mantuvo en silencio (Lc 23.5–12). «Herodes Agripa» es el que mató a Santiago y encarceló a Pedro (Hch 12). Era el nieto de Herodes el Grande. Finalmente, «Herodes Agripa II» fue ante quien Pablo fue juzgado (Hch 25.13ss). Fue el biznieto de Herodes el Grande. Todos los Herodes tenían sangre edomita en sus venas y aborrecían a los judíos. Fueron gobernantes traicioneros que en la Biblia tipifican al «dios de este mundo» y al espíritu del anticristo. Como Satanás, todos fueron mentirosos y asesinos (Jn 8.44).

El ministerio de Juan ahora estaba completo. Había proclamado la venida del Rey y había predicado fielmente la verdad de Dios. Cristo debía crecer y él menguar (Jn 3.30). Cualquier cristiano que es fiel a la Palabra de Dios, como lo fue Juan, sufrirá persecución. El mundo no es amigo del cristiano. El mundo ha rechazado al Rey y también rechazará a sus mensajeros.

II. Provisión (14.13–21)

Jesús ahora se aparta (v. 13). Hay varias razones para ello: (1) el informe de la muerte de Juan, (2) el creciente antagonismo de Herodes, (3) la necesidad de los discípulos de descansar después de su gira de predicación (véase Mc 6.31), y (4) su necesidad de estar junto a sus discípulos para enseñarles. Es importante que de tiempo en tiempo estemos a solas para oír la voz de Dios, y refrescarnos física y mentalmente. «¡Si uno no se retira y descansa, uno se desbarata!», dijo Vance Havner.

Juan 6 deja en claro que el milagro de la alimentación de los cinco mil fue un sermón en acción. Cristo, mediante su Palabra, es el Pan de Vida del cual nos alimentamos. Es privilegio, y responsabilidad, de sus siervos dar de este pan a las multitudes hambrientas. Los siervos recibieron el pan personalmente de Cristo y luego lo pasaron a otros.

Hay otras lecciones en este milagro: (1) Cristo puede tomar nuestro poco y hacerlo mucho. (2) Cualquier cosa que Él bendice, la rompe. ¿Estamos dispuestos a que nos quebrante? (3) La gente de hoy están en el desierto del pecado (v. 15) y necesitan a Cristo. (4) Cristo puede vencer toda dificultad y alimentar a las multitudes. Los discípulos tenían muchas excusas: no había suficiente dinero, el lugar no era apropiado, el tiempo no era el indicado, pero Cristo tomó lo que tenían y satisfizo la necesidad. ¡También lo hará hoy!

III. Protección (14.22–36)

Juan 6.15 nos dice por qué Cristo estuvo tan afanado por despedir a las multitudes: ¡Se habían saciado del pan y querían hacerle Rey! Los hombres siguen a cualquiera que les promete las cosas materiales de la vida, pero Jesús no quiere tener discípulos por «la comida».

Tenemos aquí un hermoso cuadro de la iglesia de hoy. Cristo está en el monte orando mientras los discípulos batallan con la tormenta en el lago. Hoy Jesús está en el cielo intercediendo por nosotros mientras luchamos en esta tierra con las tormentas del pecado. Su venida parece estar tan distante, sin embargo, en la hora más oscura (la cuarta vigilia: de las tres de la mañana a las seis de la tarde) ¡Él vino a ellos! Calmó la tormenta y llevó a los suyos con seguridad a su destino (Jn 6.21).

La experiencia de Pedro nos da la aplicación personal. Pedro pudo caminar sobre las aguas debido a que tuvo fe en la palabra de Cristo: «Ven» (v. 29). «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro 10.17). Pero cuando se olvidó de la fuente y dejó de mirar a Jesús (Heb 12.1–2), empezó a hundirse. El secreto de vencer la tormenta y de hacer lo imposible es simplemente creer en la Palabra de Dios y perseverar en mirar al Hijo de Dios. Sin embargo, incluso cuando fallamos, ¡Jesús con su gracia nos ayuda! Qué bien preparado estuvo Pedro para escribir: «Echando toda ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros» (1 P. 5.17).

La edad presente será de tormentas para la Iglesia. Tenga en mente que los discípulos estuvieron en la tormenta, no porque desobedecieron a Cristo (como lo hizo Jonás), sino porque le obedecieron. Si obedecemos la Palabra de Dios, habrá sufrimiento y persecución, pero Cristo ora por nosotros y pronto vendrá para llevarnos al Hogar. El secreto es la fe. Las dudas y el temor siempre van juntos, y la fe y la paz también. ¡Que no seamos cristianos de «poca fe»!

Este capítulo entero, entonces, muestra el curso de esta edad. El Rey se retira y hay persecución en contra de sus siervos. Por medio de ellos Él distribuye el precioso Pan de Vida a un mundo hambriento. Sus siervos atraviesan tormentas y pruebas, pero Cristo vuelve y les da paz y los rescata del enemigo. ¡Aleluya! ¡Qué Salvador!

MATEO 15

En este capítulo vemos a Cristo apartándose de los fariseos (v. 21) y yendo a la región de Tiro y de Sidón, de allí a Galilea (v. 29) y finalmente de Galilea a las costas de Magdala (v. 39). Tenga presente que durante este período está evitando una confrontación directa con los líderes judíos y también está enseñando a sus discípulos y preparándolos para su muerte en la cruz.

I. Jesús y los líderes judíos: Verdad vs. tradición (15.1–20)

A. Su acusación (vv. 1–2).

Estos líderes religiosos estaban siempre buscando alguna acusación que presentar en contra de Cristo. Este fue al parecer un comité oficial del concilio de Jerusalén. Acusaron a los discípulos de Cristo de violar las tradiciones de los ancianos judíos, al no observar el lavamiento ceremonial cuando comían. Tenga presente que los fariseos honraban las tradiciones por sobre la Palabra escrita de Dios. «Es una ofensa mayor enseñar alguna cosa contraria a la voz de los rabíes, que contradecir la misma Escritura», dice la Mishná (colección de tradiciones judías). El rabí Eleazar dijo: «El que explica las Escrituras en oposición a la tradición no tiene parte en el mundo venidero». En Mateo 23.25–26 Cristo condena estos lavamientos.

B. La respuesta de Cristo (vv. 3–9).

Nótese cómo Cristo siempre usa la Palabra para silenciar a sus acusadores. Destaca la propia desobediencia de ellos con Éxodo 20.12 y 21.17. Al «dedicar» sus posesiones a Dios, los fariseos se libraban de cualquier obligación para cuidar a sus padres. ¡Cuánta gente «religiosa» existe hoy que con cuidado observan las tradiciones, pero abiertamente desobedecen la Palabra de Dios! Cristo citó Isaías 29.13 para mostrar que la religión de ellos no era del corazón, sino que era de acciones meramente externas. Perdieron la principal lección del Sermón del Monte: la verdadera justicia viene de dentro.

C. El anuncio de Cristo (vv. 10–11).

Cristo se dirige a la multitud entera y sin reservas les declara que las tradiciones de los fariseos no son válidas y son nulas. Anteriormente se había referido a las Escrituras; ahora usa la pura lógica para mostrarles sus errores. ¿Cómo pueden los alimentos contaminar al hombre siendo que no entran en el corazón? Los fariseos vieron en esto una declaración de guerra.

D. La explicación de Cristo (vv. 12–20).

¡Incluso los discípulos se asombraron! Pedro dijo que su enseñanza sencilla era «una parábola». ¡Qué duro es para los hombres romper con las tradiciones de los hombres y creer en la sencilla verdad de Dios! La santidad, explica Cristo, es asunto de lo que sale del corazón. La gente a menudo culpa al diablo por los pecados mencionados aquí, pero Cristo culpa a la maldad del corazón humano. Este es el porqué la gente debe nacer de nuevo y recibir un nuevo corazón. Nótese el contraste entre la verdad de Dios y las tradiciones humanas:

Tradiciones humanas	La verdad de Dios
Formas externas que traen esclavitud	Fe interna que trae libertad
Reglas frívolas, la letra de la ley	Principios básicos, el espíritu de la ley
Leyes hechas por los hombres que las exaltan	Palabras inspiradas por Dios que humillan a los hombres
Produce «piedad religiosa», muerte	Produce verdadera santidad, vida

Debemos acordarnos constantemente de que la verdadera religión procede del corazón. Creemos con el corazón (Ro 10.9–10); amamos de corazón (Mt 22.37); cantamos con el corazón (Col 3.16); obedecemos de corazón (Ro 6.17); damos de corazón (2 Co 9.7); y oramos de corazón (Sal 51.10, 17).

II. Jesús y los gentiles (15.21–39)

Es significativo que Jesús ahora se retira a territorio gentil. La condición espiritual de esta mujer se describe en Efesios 2.11–12. Es digno de notarse que los dos casos de sanidad gentil fueron a distancia (aquí y en 8.5–13), debido a que los gentiles estaban «alejado» espiritualmente hablando. Que Cristo iría a los gentiles no era secreto (véase Mt 12.17–21). Él respondió a la súplica de esta mujer de cuatro maneras diferentes: primero, se quedó en silencio; luego rehusó; entonces parece que la reprendía; y al final recompensó su fe. ¿Por qué no respondió de inmediato a su ruego? Una razón es que ella, una gentil, se le acercó en términos judíos, llamándole «Hijo de David». ¡Los gentiles no se salvan por convertirse primero en judíos! Cuando le llamó «Señor», Él contestó a su ruego (véase Ro 10.12–13). Por supuesto, su dilación también probó la fe de la mujer. Ella sabía que los gentiles se salvaban mediante la nación judía (Jn 4.22) y estuvo dispuesta a recoger incluso las migajas de su mesa. Qué acusación en contra de los judíos que las dos personas a las que Cristo elogió por su gran fe fueron gentiles (Mt 8.10; 15.28).

En las multitudes de los versículos 32–39 predominaban gentiles. Debido al ministerio de Cristo, glorificaron al Dios de Israel. No confunda la alimentación de los cuatro mil con el milagro previo de la alimentación de los cinco mil. Esta tabla muestra el contraste:

Los 5.000 (Mt 14.15–21)	Los 4.000 (Mt 15.32–39)
Predominaban los judíos	Predominaban los gentiles
Tuvo lugar en Galilea, Betsaida	Tuvo lugar en Decápolis (Mc 8.31ss)
5 panes, 2 pescados	7 panes, «unos pocos pescados»
Sobraron 12 cestas	Sobraron 7 canastas
En la primavera	En el verano
La multitud pasó con Él un día	La multitud pasó con Él tres días

¡Cuán lentos fueron sus discípulos para entender su poder! La incredulidad en el versículo 33 muestra que no habían aprendido la lección del milagro anterior de la alimentación de los 5.000. Pudiera ser que pensaran que Él no alimentaría a los gentiles, y así esta fue otra lección para ellos respecto al cambio que hizo Cristo en su ministerio. Cristo no solamente quiere salvar y satisfacer a los judíos, sino también a los gentiles. Vuelva a ver las notas sobre Mateo 14 para ver las lecciones espirituales que brotan de este milagro.

MATEO 16

Mientras la lección clave en este capítulo es la confesión de fe de Pedro, debemos considerar el capítulo entero para obtener el escenario completo. Cristo y sus discípulos habían estado «de retiro», y Él les había estado preparando para su sufrimiento y muerte que se avecinaban. La confesión de fe de Pedro en este punto es el clímax de meses de instrucción. Desde ese momento y en adelante, Cristo les enseñó abiertamente sobre su crucifixión, y ellos empezaron a encaminarse a Jerusalén. Hay cuatro movimientos destacados en este capítulo.

I. Conflicto: Cristo tentado por el enemigo (16.1–5)

Nótese cómo los fariseos y saduceos, que eran enemigos entre sí, se unieron para tentar a Cristo. Pilato y Herodes se «hicieron amigos» por la misma razón (Lc 23.6–12). Al pedirle «señal del cielo» (v. 1) estaban desacreditando sus milagros, los cuales consideraban señales en la tierra. Tal vez querían fuego del cielo, como hizo Elías, o pan del cielo, como hizo Moisés. Jesús describió la condición espiritual de ellos: (1) podían interpretar lo físico y terrenal, pero no lo espiritual; (2) eran perversos porque tentaban a Dios; y (3) eran adúlteros porque habían olvidado al Dios verdadero a cambio de su religión vacía. Cristo señaló a su muerte, sepultura y resurrección, y a su ministerio a los gentiles, refiriéndose al profeta Jonás.

II. Confusión: La incredulidad de los discípulos (16.6–12)

Los discípulos estaban al parecer más preocupados por los cosas físicas que por las espirituales, porque mientras Cristo estaba considerando el triste estado de los fariseos, los discípulos se irritaron porque se habían olvidado de traer pan consigo. Quizás le dieron a los pobres

las siete canastas que sobraron de la alimentación de los cuatro mil (Mt 15.37). Cuando Jesús habló de cosas espirituales, la levadura de los fariseos y saduceos, los discípulos pensaron sólo en el pan físico. Esto es una ilustración de Mateo 13.22: los afanes de este mundo ahogando la semilla de la Palabra. Cristo los reprende por su «poca fe», porque si necesitaban pan, ¿no podía confiar en que Él lo proveería? ¡Acababa de alimentar a cuatro mil personas con unos pocos panecillos y pescados! Lucas 12.1 señala también a la hipocresía como levadura de los fariseos. La levadura de la hipocresía corrompe a la Iglesia.

III. Confesión: La confesión de Pedro respecto a Cristo (16.13–20)

¡Cuán confundidas estaban las multitudes respecto a Cristo! Le tenían en alta estima, lo catalogaban entre los grandes profetas, pero les faltaba la percepción para verle como el Hijo del Dios viviente. Hasta le comparaban con Juan el Bautista y sin embargo los dos fueron diferentes en sus ministerios (Mt 11.18–19). Pero ningún hombre puede confesar a Cristo sin la revelación del Padre (Mt 11.27ss) y el testimonio del Espíritu (1 Co 12.3). Una confesión correcta respecto a Cristo es importante para la salvación (1 Jn 2.22–23; 5.10).

Los versículos 18–19 han sido campo de batalla por siglos. Los romanistas basan en ellos el oficio del Papa y el poder de la iglesia para dispensar gracia; y los protestantes ven en ellos algo completamente diferente. Dejemos que la Biblia hable por sí misma al considerar los símbolos en estos versículos.

A. La Roca es Jesucristo.

Cristo lo dijo así (Mt 21.42) refiriéndose a Isaías 28.16. Pedro mismo también lo dijo (1 P 2.4–8; Hch 4.11–12, cf. con Sal 118.22). En 1 Corintios 10.4, Pablo llama a Cristo la Roca y lo llama además la Cabeza de la Iglesia (Ef 1.20–23; 4.8–16; 5.23; Col 1.18). A través del AT, la Roca habla de Dios y no del hombre (Dt 32.4, 15; Dn 2.45; Sal 18.2). Jesús dijo: «Tú eres Pedro [petrós, una piedra pequeña], y sobre esta roca [petra, una roca gigantesca de cimiento] edificaré mi iglesia» (v. 18; véase 1 Co 3.1).

B. Las llaves.

Las llaves que se mencionan aquí se refieren a la mayordomía de Pedro en el reino. No son las llaves de la Iglesia, sino las del reino. No son las llaves de la muerte o de la eternidad, porque Cristo las tiene (Ap 1.18). En la Biblia las «llaves» indican autoridad y mayordomía o administración (Is 22.22; Lc 11.52). Pedro usó estas llaves al abrir «la puerta de la fe» (Hch 14.27) a los judíos (Hch 2), a los samaritanos (Hch 8) y a los gentiles (Hch 10). Esto es mayordomía, no señorío.

C. Atar y desatar.

Implica la aplicación de la Palabra de Dios a la gente. En 18.18 se usa respecto a la disciplina en la Iglesia, y el poder es dado a todos los discípulos, no sólo a Pedro. En el día de Jesús los judíos hablaban de «atar y desatar» cuando un rabí prohibía algo o permitía algo. La traducción más precisa se halla en la versión inglesa del Nuevo Testamento de Williams: «Todo lo que ustedes prohíban en la tierra debe ser lo que ya está prohibido en el cielo, y todo lo que ustedes permitan en la tierra debe ser lo que ya está permitido en el cielo» (v. 19, versión de Williams, en inglés). La Iglesia no le dice al cielo lo que hay que hacer, sino que ¡obedece en la tierra lo que el cielo le ordena a la Iglesia que haga!

Pedro jamás reclamó ser Papa (véase 1 P. 5.1–4). Nótese que Cristo, no Pedro, edifica la Iglesia. Esta es la primera mención de «iglesia» en el NT.

IV. Corrección: Pedro, la piedra de tropiezo (16.21–28)

Cristo anuncia ahora abiertamente su sufrimiento y muerte próximos. Dio a entender su muerte con varios símbolos en Juan 2.19; 3.14; y Mateo 9.15 y 12.40–41; pero ahora habla de ella sin rodeos (Mc 8.32). Los discípulos, por supuesto, quedaron sorprendidos por las noticias, Pedro en especial, quien repitió la tentación de Satanás que se halla en Mateo 4.8–10 al tratar de desviar a Cristo de la cruz. Es obvio que Satanás estaba usando a Pedro para que fuera una piedra de tropiezo en el sendero de la obediencia de Cristo. Satanás lo usaría de nuevo para estorbar la obra de Cristo (Lc 22.31ss). El Señor reprendió a Pedro y luego enseñó a los discípulos la importancia de la cruz en la vida del creyente. «Llevar la cruz» significa morir para uno mismo, llevar el vituperio de Cristo, y crucificar al mundo y la carne al seguirle en obediencia. Pedro tenía que aprender que el sufrimiento y la gloria siempre van juntos (1 P 4.12–19; 5.1, 10).

MATEO 17

I. El Rey en su gloria (17.1–3)

La transfiguración de Cristo es uno de los acontecimientos clave en su ministerio terrenal. Esta fue la única ocasión en que su gloria, velada en carne humana, se dejó ver (véase Jn 1.14). «Transfigurarse» significa lo mismo que la palabra castellana metamorfosis, y quiere decir «un cambio que viene desde adentro». Esta gloria no fue reflejo de una luz externa; fue la revelación de la gloria interna. La misma palabra se usa en Romanos 12.2 («transformaos») y en 2 Corintios 3.18 («transformados») refiriéndose al crecimiento del cristiano en santidad.

A. Los participantes.

Había siete: Cristo, Pedro, Jacobo, Juan, Moisés, Elías y Dios el Padre. Pedro, Jacobo y Juan tuvieron tres experiencias especiales con Cristo: aquí en el monte de la transfiguración, en la casa de Jairo (Mc 5.37ss) y en el jardín de Getsemaní (26.36–46). En cada oportunidad, Jesús les enseñó una nueva lección acerca de sí mismo.

B. Los propósitos.

La transfiguración fue, antes que todo, un cuadro del reino venidero. Jesús prometió que algunos de los discípulos no gustarían la muerte hasta que vieran su reino (16.28). Lea con cuidado en 2 Pedro 1.16–20 la explicación de Pedro, y notará que tiene que ver con el reino prometido. Pedro acababa de confesar a Cristo como el Hijo de Dios (16.16) y había aprendido la verdad respecto a su muerte próxima (16.21–23). Tal vez, él y los demás discípulos se preguntaban: «Si Él va a morir en la cruz, ¿qué pasará con las promesas del reino? ¿Se cumplirán?» Cristo, en su transfiguración, les aseguró que la Palabra permanecería firme y que el reino vendría. La escena es en realidad un cuadro del reino: Cristo glorificado, los tres apóstoles representando al Israel redimido, Moisés representando a los santos que murieron en Cristo, Elías representando a los santos que fueron arrebatados (por cuanto Elías no murió), y las multitudes al pie del monte representando a las otras naciones.

Otro propósito fue fortalecer a Cristo para su sufrimiento. Moisés y Elías hablaban con Él respecto a su próxima «partida» («éxodo») en Jerusalén (Lc 9.30–31), y la voz del Padre vino como otro aliento al Hijo. También lo fue para los discípulos tanto al enfrentarse a la

separación del Señor como al experimentar su sufrimiento y muerte. Si hubieran recordado esta escena, no le hubieran fallado ni hubieran perdido las esperanzas cuando Él murió.

C. El peligro.

De nuevo Pedro habla desde un punto de vista carnal y tienta a Jesús para alejarlo de la cruz. El Padre le reprende: «A Él oíd» (v. 5) es todavía el mensaje de Dios, porque Cristo es la «última palabra» de Dios a los hombres (Heb 1.1–3). La ley (Moisés) y los profetas (Elías) testificaban de Cristo (Lc 24.27, 44), pero Cristo es superior a Moisés y a Elías (véanse Ro 10.4; Hch 10.43). «Jesús solo» (v. 8) es la única actitud segura que ha de tener el cristiano.

D. La perplejidad.

Descendiendo de la montaña, los discípulos le preguntaron respecto a Elías, refiriéndose a las promesas de Malaquías 3.1; 4.5–6. Cristo afirma que Juan el Bautista cumplió estas promesas en espíritu (Lc 1.17), pero que Elías mismo vendría.

II. El Rey en su poder (17.14–21)

No podemos siempre quedarnos en la montaña de la gloria con el Rey; debemos descender con Él al valle de la necesidad donde Satanás está trabajando. «A través del velo» y «fuera del campamento» son dos elementos esenciales para la victoria (Heb 10.19–22; 13.13). Los nueve discípulos que quedaron al pie del monte estaban abochornados por el fracaso; habían perdido el poder sobre los demonios que Cristo les había dado (10.18). La causa era su incredulidad y falta de devoción. Tal vez sintieron envidia porque los otros tres discípulos habían subido al monte con Jesús.

Los pecados secretos nos roban el poder. La incredulidad también nos roba el poder. Cuando el Rey venga de nuevo, Él atará a Satanás y liberará al mundo de los poderes demoníacos (Ap 19.11–20.3).

III. El Rey en su humildad (17.22–27)

¡Qué paradoja: El rey es demasiado pobre como para pagar sus tributos al templo! En verdad, se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos (2 Co 8.9). Hay cuatro características distintivas de este milagro que deben destacarse.

A. Es el único milagro que Cristo realizó para suplir sus propias necesidades.

El tributo del templo era medio ciclo, y todo varón judío debía pagarlo (Éx 30.11ss). Jesús era tan pobre que no tenía ni siquiera esta pequeña cantidad. ¡Qué humilde era Jesús! (Flp 2.5–8).

B. El milagro lo registra sólo Mateo.

Este es el Evangelio del Rey, y este milagro tiene que ver con la realeza de Cristo. Jesús afirma aquí que Él es el «Hijo del Rey» y por lo tanto no tiene que pagar el tributo. Cristo demostró su realeza al realizar un milagro complicado. Una moneda tenía que perderse en el mar, un pez tenía que atraparla en su boca... ¡y luego el pez tenía que morder el anzuelo de Pedro! Cristo tiene dominio sobre los peces del mar (Sal 8.6–8; Heb 2.6ss).

C. Es el único milagro que usa dinero.

Este impuesto era un recordatorio de la redención de los judíos de la esclavitud egipcia. Fueron redimidos por la sangre del cordero (Éx 12), no por plata ni oro. Pero el ciclo de plata era un símbolo de esa redención. Pedro captó esta lección (1 P 1.18–19).

D. Se realizó especialmente para Pedro.

Jesús realizó muchos milagros para Pedro: sanó a su suegra, le ayudó a andar sobre el mar, le salvó evitando que se hundiera, le dio una gran cantidad de peces. Incluso en el libro de los Hechos, Cristo libró a Pedro varias veces. ¿Por qué hizo Jesús todo esto? Por causa de Pedro y para la gloria de Dios. Cualquiera que sea la necesidad, Cristo puede suplirla. Véase 1 Pedro 5.7.

MATEO 18

I. Lecciones sobre la grandeza (18.1–14)

A. La pregunta de los discípulos (v. 1).

Quizás esto lo motivó la reciente experiencia de Pedro, Jacobo y Juan en el monte de la transfiguración, o por la experiencia de Pedro respecto al tributo del templo. Los otros discípulos tal vez pensaron que Cristo estaba «haciendo favoritismos» y descuidándolos a ellos. Por supuesto, deseamos elogiar a los discípulos por tener fe en su palabra de que habría un reino y que ellos estarían en él. Pero no es espiritual buscar posición y grandeza (véase Ro 12.10, 16).

B. La lección objetiva (vv. 2–6).

Un niño es la ilustración que Cristo da de grandeza. El honor procede de la humildad; debemos descender ante Dios antes de que Él pueda elevarnos (1 P 5.5–6). Todos los grandes santos han sido humildes. Aun cuando los niños no son sin pecado y perfectos, sí tienen las características que deberían estar en la vida de cada cristiano: se dejan enseñar, son sencillos en sus deseos, tienen actitudes de expectación y dependen de sus padres para suplir sus necesidades. Por supuesto, la única manera en que uno puede convertirse en niño es naciendo de nuevo (Jn 3).

C. La advertencia (vv. 7–10).

Por «estos pequeños» (v. 10) Jesús quiere decir no solamente los niños, sino los hijos de Dios que son los «hijitos» de Dios (véanse 1 Jn 2.1, 12, 18, 28; 3.7, 18; 4.4; 5.21). Es trágico cuando somos la causa de que otro creyente tropiece (Ro 14.1–23; 1 Co 8.1–13). Cristo no habla literalmente cuando ordena «córtalo» (v. 8), el miembro del cuerpo que nos haga pecar, porque el pecado viene del corazón, no de las manos o los pies. Nos dice que lidiemos con nuestros pecados drásticamente, en forma completa y sin misericordia, en la manera en que el cirujano trata un tumor canceroso. No debemos «jugar» con el pecado o dilatar librarnos de él. Debemos encarar nuestros pecados con sinceridad, confesarlos y olvidarnos de ellos.

D. La parábola (vv. 11–14).

Si compara el versículo 11 con Lucas 19.10, notará que falta la frase «buscar». Cristo está hablando de «los niños»; y los niños, aunque perdidos después de llegar a la edad de responsabilidad, tal vez no sean tan proclives como los adultos a descarriarse. Pero todavía el Buen

Pastor debe salvarlos. Este pasaje entero no advierte a no ofender a los niños (v. 6), a no tener en poco a los niños (v. 10), o permitirle que perezcan sin Cristo (v. 14). Él da varias razones por las cuales los niños son importantes: son ejemplos de verdadera grandeza (v. 4); representan a Cristo (v. 5); los ángeles los representan ante el Padre (v. 10); Cristo quiere salvarlos (v. 11); y es la voluntad del Padre que sean salvos (v. 14).

Es peligroso que los padres (u otros adultos) sean la causa de que los niños tropiecen o yerren el camino de salvación. Qué importante es dar un buen ejemplo en el hogar. ¡Muchos padres descarriados y adultos de mente mundana tendrán mucho por lo cual responder en el día del juicio!

II. Lecciones sobre el perdón (18.15–35)

Cristo está tratando con «asuntos familiares» y pasa ahora de los niños a la relación entre hermanos. Si todos los cristianos fueran perfectos, no habría necesidad de estas instrucciones, pero debido a que fracasamos y pecamos, necesitamos saber cómo conservar feliz y santa a la familia de la iglesia.

A. La disciplina en la Iglesia (vv. 15–20).

El modelo es claro: primero una entrevista privada, luego traer dos o tres testigos, luego llevarlo a la iglesia. Nótese el propósito: «has ganado a tu hermano» (v. 15). El motivo para la disciplina en la Iglesia es el amor: procuramos ayudar al hermano que ha pecado. Puesto que Cristo está en medio de la Iglesia (v. 20), es también importante que la Iglesia sea obediente y pura. Nuestra actitud no debe ser la del policía que sale a arrestar a un criminal, sino más bien la del médico que procura curar una herida en el cuerpo de Cristo, una herida que si no se atiende, propagará enfermedad y muerte.

El versículo 18 indica que el ministerio de «atar y desatar» tiene que ver con la aplicación de la Palabra de Dios en cuestiones de disciplina. Pablo «ató» al hermano ofensor en Corinto en 1 Corintios 5, y «lo desató» después que este confesó (2 Co 2). Esto no tiene nada que ver con el destino eterno de un alma. El versículo 19 sugiere que la oración es un factor importante en la disciplina de la iglesia. Sin dudas que queremos orar por el ofensor y por nosotros mismos para que podamos ser capaces de ministrar espiritualmente (Gl 6.1). Otros pasajes respecto a la disciplina de la iglesia son Romanos 16.17; 2 Tesalonicenses 3.14 y 1 Corintios 5.

B. Perdonadores de corazón (vv. 21–35).

Pedro pensó que era «superespiritual» por estar dispuesto a perdonar siete veces, debido a que los rabíes judíos decían que tres veces era suficiente. Jesús no puso límite al perdón, por cuanto el verdadero perdón procede de un corazón de amor y el amor no archiva el mal recibido (1 Co 13.5).

La lección de la parábola es obvia: si el rey pudo perdonar la deuda del siervo que equivalía alrededor de doce millones de dólares, sin dudas que el siervo podía perdonar la deuda de su amigo, ¡que equivalía aproximadamente a quince dólares! Perdonamos a otros porque Cristo nos ha perdonado (Ef 4.32; Col 3.13). Tenga presente que esto no tiene nada que ver con la salvación; es asunto de «perdón familiar» entre hermanos en Cristo, no entre Dios y el pecador; de modo que no lea juicio eterno en el versículo 34. Sin dudas que Dios se enfrenta al creyente que alberga un espíritu no perdonador.

Una de las evidencias de que la persona es salva es el amor por los hermanos (1 Jn 3.10–17). Los cristianos que no pueden perdonar a otros se han olvidado de lo que Cristo ha hecho por ellos en la cruz. La Iglesia debe darse cuenta de «la levadura de malicia y de maldad» (1 Co 5.6–8) que en silencio fermenta y corrompe todo el compañerismo.

MATEO 19

I. Matrimonio y divorcio (19.1–15)

Los fariseos hicieron la pregunta respecto al matrimonio porque era una de las «cuestiones candentes» de esos días, y querían que Cristo se comprometiera y dividiera así a la gente en su contra. La interpretación que daban los seguidores del rabí Jilel a Deuteronomio 24.1 era que un hombre podía divorciarse de su esposa por cualquier causa, en tanto que los seguidores del rabí Shammai sostenían una interpretación estricta: el matrimonio se podía disolver sólo por adulterio. Jesús fue más allá de los rabíes e incluso más allá de la ley, y recordó a la gente que la ley original del matrimonio se estableció en el Edén. En este pasaje se discuten tres «leyes» respecto al matrimonio.

A. La ley original del Edén (vv. 4–6; Gn 1.27–28; 2.18–25).

Dios instituyó el matrimonio en el Edén, mucho antes de la Ley Mosaica. La Biblia da por lo menos cuatro propósitos para el matrimonio: (1) continuar la raza (Gn 1.28); (2) para compañerismo y deleite (Gn 2.18); (3) para evitar la fornicación (1 Co 7.1–6); y (4) para mostrar la relación entre Cristo y su Iglesia (Ef 5.22–23). El propósito original de Dios fue que un hombre se casara con una sola mujer, y que sólo la muerte rompería tal unión (Ro 7.1–3). El matrimonio es básicamente una unión física (Mt 19.5), aunque debe ser también una unión de mentes y corazones. La unión matrimonial es incluso más fuerte que los vínculos familiares, porque un hombre debe dejar a su padre y a su madre y unirse a su mujer. Es una unión sagrada, porque Jesús dijo que Dios juntó al hombre y a la mujer.

B. La Ley Mosaica temporal (vv. 7–8; Dt 24.1–4).

Los pecadores siempre están en busca de excusas, y los fariseos apelaron a Deuteronomio 24.1 para tratar de mostrar que Jesús y Moisés estaban en conflicto. Es importante que nos demos cuenta del porqué Moisés dio esta ley, y qué indicaba en realidad la ley. Moisés no ordenó el divorcio; Cristo dijo que Dios lo permitió, «por la dureza de vuestro corazón» (Mt 19.8). Moisés ordenó que se dé a la mujer divorciada una carta de divorcio, para protegerla y para hacer más difícil que el hombre se divorciara de ella en el acaloramiento de la cólera. Se prohibió a la mujer regresar a su primer marido, pero ella podía casarse con otro hombre. La frase «alguna cosa indecente» significa literalmente «una cuestión de desnudez» y sugiere inmoralidad de parte de la mujer (Lv 18). Esta ley del divorcio fue temporal tanto para Israel como para todos los pueblos.

C. La ley de Cristo para el matrimonio (vv. 9–12).

Cristo claramente afirma que el divorcio sólo se permite por una causa: fornicación. Este es un pecado en contra del cuerpo (1 Co 6.15–18) y por tanto un pecado en contra de la unión matrimonial, que es una unión física. La palabra «fornicación» según se usa en la Biblia parece incluir varios pecados sexuales. Marcos 7.21 habla de «fornicaciones» (plural), en tanto que Hechos 15.20, Romanos 1.29 y 1 Corintios 6.13 indican que «fornicación» cubre en general a todos los pecados sexuales. Hay un común acuerdo de que fornicación se usa en

relación a los pecados cometidos por los solteros y adulterio para los casados. En cualquier caso, Jesús indica que el divorcio por cualquier otra razón hace a las partes culpables de adulterio si se vuelven a casar (véanse 5.27–31; Lc 16.18; Mc 10.1–2). De este modo, no hay sino dos causas físicas que pueden romper la unión matrimonial: la muerte y la fornicación.

La respuesta de los discípulos (vv. 10–12) indica que no comprendían la voluntad de Dios con respecto al matrimonio. Aun cuando la Biblia no exalta el celibato, sí reconoce que existe la posibilidad de que no todos deban casarse. Pablo indica esto en 1 Corintios 7.7. Pablo mismo se abstuvo de casarse para poder servir mejor a Dios, pero esta no es la voluntad de Dios para todos sus siervos. Una persona debe hallar la voluntad de Dios para su vida y asegurarse de casarse «en el Señor» (1 Co 7.39).

II. Riquezas y salvación (19.16–30)

Este pasaje gira alrededor de cinco preguntas y las respuestas que Cristo dio.

A. «¿Qué bien haré?» (vv. 16–17).

Debemos admirar al joven rico por su cortesía, fervor, anhelo de la verdad espiritual y valor. La respuesta de Cristo tenía la intención de enfatizar su propia deidad. «O soy bueno, o no soy Dios», es lo que Él quiso decir. Deseaba que el joven se diera cuenta de que estaba tratando con Dios y no con un simple maestro humano de la ley.

B. «¿Cuáles [mandamientos]?» (vv. 18–19).

Cristo le dijo que guardara la ley, no porque la ley salve, sino porque debemos sentirnos condenados por la ley antes de sentir la necesidad de la salvación por gracia. Este joven sabía la ley, y la ley le había servido como el ayo para traerle a Cristo (Gl 3.24). Ahora la ley le servía de espejo (Stg 1.22–25) para mostrarle su necesidad real. Si de verdad trataba de obedecer la ley de Dios, ¡el joven descubriría cuán pecador era!

C. «¿Qué más me falta?» (vv. 20–22).

No tenemos razón para dudar de que el joven había guardado todos los mandamientos, por lo menos externamente. Pero al enfrentarse a la perfecta ley de Dios, debería haber pensado en el que dice: «No codiciarás» (Éx 20.17), y el gran mandamiento: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éx 20.3). Su riqueza era su dios, pero no quería admitirlo. ¿Por qué Jesús le dijo que vendiera todo y lo diera a los pobres? ¡Así no es como el hombre se salva! No, pero este mandamiento destacó su problema real: era codicioso. Cristo le dijo a la mujer pecadora en el pozo que llamara a su marido, y este mandato la trajo al lugar de la confesión y arrepentimiento. Da pena decirlo, pero el joven no confesó su pecado ni cambió de opinión. Se alejó triste; la mujer de Juan 4 se alejó gozosa.

D. «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» (vv. 23–26).

Los discípulos se quedaron pasmados: si un rico no podía salvarse, ¿quién podría? Todavía estaban bajo la idea judía del AT de que las riquezas significaban la bendición de Dios en su vida. Marcos 10.24 indica que los ricos tienen dificultad para ser salvos debido a que confían en sus riquezas. Véanse las admoniciones de Pablo en 1 Timoteo 6.6–10.

E. «¿Qué, pues, tendremos?» (vv. 27–30).

Pedro fue rápido en contrastarse a sí mismo con el joven rico, y destacar su propio sacrificio. Jesús tiernamente les aseguró a los suyos que tendrían su recompensa en la edad del reino. («Regeneración» quiere decir cuando la tierra «nacerá de nuevo».) Sin embargo, les previene que no quieran hacerse los «primeros», porque los primeros serán postreros. Ilustra esto con la parábola en el próximo capítulo, y muestra que el motivo para el servicio es lo más importante. Si Pedro servía a Cristo sólo por la recompensa prometida, necesitaba examinar su corazón y motivos. Afortunadamente, Pedro creció de una actitud de «¿cuánto voy a conseguir?» de Mateo 19 a la de «lo que tengo te doy» de Hechos 3.6; y así debemos ser nosotros.

MATEO 20

Esta parábola y los subsiguientes acontecimientos surgieron de la reunión con el joven rico en 19.16–30. La parábola es la explicación que Cristo da respecto a su declaración paradójica de los primeros y postreros (19.30 y 20.16).

I. La parábola de la viña (20.1–16)

A. El escenario.

El joven rico se negó a abandonar sus posesiones y seguir a Cristo, y el Señor les advirtió a sus discípulos respecto a los peligros de las riquezas. Pedro se jactó de que él y sus amigos habían dejado todo para seguirle, y audazmente preguntó: «¿Qué, pues, tendremos?» (19.27). Su pregunta reveló un motivo equivocado: estaba sirviendo a Cristo por lo que podría conseguir y no por lealtad y amor. Cristo les advirtió que algunos que eran «primeros» a ojos de los hombres serían «postreros» cuando llegue el reconocimiento final, y que algunos de quienes los discípulos pensaban como los «postreros» serían más bien primeros.

B. El significado.

No trate de hacer que cada detalle de la parábola signifique algo. La principal verdad espiritual que Cristo destaca es que Dios tiene el derecho de considerar a sus siervos como Él quiera, de acuerdo a sus motivos y servicio.

La parábola no es acerca de la salvación, sino del servicio. El «denario» no quiere decir salvación o vida eterna, por cuanto la salvación no es por buenas obras (Ef 2.8–9; Tit 3.5–6).

Cristo no habla acerca de las recompensas por el servicio. Dios recompensará a los suyos de formas diferentes, de acuerdo a su servicio (1 Co 3.8; Jn 4.36). Si el «denario» indicara recompensas, Dios no es justo, porque cada ¡trabajador recibió la misma recompensa!

Si usted relaciona 20.10 con los comentarios de Pedro en 19.27, encontrará la lección. «Al venir también los primeros, pensaron». ¿No es esto lo que Pedro estaba haciendo? «Nosotros hemos dejado todo», dijo. «¿Qué recibiremos?» Pensaba para sus adentros: «¡De seguro nosotros recibiremos más!» Cristo le enseña que Dios tiene el derecho de hacer con sus siervos lo que quiera, y que tener un motivo equivocado (ojo malo en el v. 15) es pecado. Nótese también que los que fueron a trabajar desde las seis de la mañana exigieron un contrato; ¡querían saber lo que obtendrían!

C. La vida.

Cristo nos ha llamado a que trabajemos para Él. Es muy malo que existan cristianos deambulando ociosos todo el día, ¡cuando hay tanto que hacer! Esta parábola nos recuerda que debemos servir a Cristo por amor y lealtad, y no sólo por las recompensas. No es pecado ganar recompensas, y Dios en su gracia recompensará a los siervos fieles (1 Co 3.12–15). Pero el que recompensa es el que debe llenar nuestros corazones, no las recompensas.

Debemos vigilar nuestros motivos para el servicio cristiano. El trabajo correcto hecho por motivos incorrectos deshonra a Dios y nos roba bendición. Es algo solemne darse cuenta de que los cristianos que tal vez admiramos hoy en día serán «postreros» en el reconocimiento final ante el tribunal de Cristo debido a que sus motivos fueron equivocados. Nosotros no podemos juzgar los motivos (7.1–3), pero podemos juzgar nuestros corazones. Hagámoslo para la gloria de Dios debido a que le amamos.

II. La petición de gloria (20.17–28)

A. El anuncio (vv. 17–19).

Este es el tercer anuncio que Cristo da de la cruz a sus discípulos (véanse Mt 16.21; 17.22–23). Los estaba preparando para la crisis que enfrentarían en Jerusalén. La primera vez que habló de la cruz Pedro le reprendió; y en esta ocasión la madre de Jacobo y de Juan vino con una petición egoísta. ¡Qué lentos somos para captar el mensaje de la cruz!

B. La petición (vv. 20–21).

Se debe admirar la fe de ella en Cristo; y también su confianza en su promesa del reino (19.28). Pero sus motivos no eran correctos, puesto que no pedía algo para la gloria de Dios, sino para la suya propia.

C. La respuesta (vv. 22–23).

Jesús les habla a los discípulos (Jacobo y Juan) y no a la madre, sugiriendo que tal vez ellos la habían estimulado para que lo pidiera. Ignoraban, por supuesto, lo que Él quiso indicar por «vaso» y «bautismo», cosas estas que apuntaban a su sufrimiento y muerte en el Calvario (véanse 26.39–42 y Lc 12.50). Jesús les prometió que en verdad probarían de su vaso y bautismo. Jacobo fue el primer discípulo martirizado (Hch 12) y Juan sufrió grandemente, exiliado en la isla de Patmos (Ap 1). Debemos tener cuidado sobre cómo oramos y cómo contestamos al Señor; porque Él nos tomará la palabra (Ec 5.1–6).

D. El resultado (vv. 24–25).

«¡Cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!» (Stg 3.5). El egoísmo de parte de un creyente puede producir problemas en las vidas de otros. Jesús usó esta como una oportunidad para enseñar a los discípulos una lección de humildad. La persona verdaderamente grande es la que sirve a otros. Cristo mismo es el ejemplo de esto (véase Flp 2). «Enseñorearse» como lo hace la gente del mundo es ajeno al espíritu de la vida cristiana. En tanto que los líderes cristianos están para que «cuiden de las ovejas» (1 P 5.2, VP; véase Hch 20.28), no deben gobernar con egoísmo y orgullo, sino con humildad como «pastores subalternos».

III. El milagro de sanidad (20.29–34)

Marcos 10.46–52 indica un ciego solo, pero Mateo dice que hubo dos. Es probable que Bartimeo (mencionado por Marcos) era el más conocido de los dos, y el que tomó la iniciativa para venir a Jesús. Este milagro es un cuadro de la salvación. Los dos hombres eran ciegos, y todo pecador perdido está ciego (2 Co 4.1–6). Eran pobres mendigos, y el pecador perdido está en profunda pobreza lejos de Cristo (Lc 7.40–50). Clamaron a Jesús, quien es el único que puede abrir los ojos a los hombres. Él les mostró misericordia; no recibieron la salud por sus ruegos o clamores. La multitud trató de estorbarles, y el mundo de hoy trata de evitar que los pecadores vengan a Cristo. El toque de Cristo los curó, y ellos al seguirle demostraron que sus vidas habían sido cambiadas.

El rechazo del Rey

Mateo 21–27 registra «El rechazo del Rey» y es importante que comprendamos su alcance. Cristo se enfrenta a sus enemigos en este conflicto final que lo llevaría a su crucifixión. Los capítulos pueden bosquejarse como sigue:

I. Tres señales (21.1–22)

A. La presentación del Rey (vv. 1–11).

La ceguera espiritual de Israel.

B. La purificación del templo (vv. 12–16).

La corrupción interna de Israel.

C. La maldición de la higuera (vv. 17–22).

La carencia de fruto externo de Israel.

II. Tres parábolas (21.23–22.14)

A. Los dos hijos (vv. 23–32).

Rechazaron al Padre.

B. La viña (vv. 33–46).

Rechazaron al Hijo.

C. La fiesta de bodas (22.1–14).

Rechazaron al Espíritu.

III. Tres preguntas (22.15–46)

A. El tributo al César (vv. 15–22).

Pregunta política hecha por los herodianos.

B. La resurrección (vv. 23–33).

Pregunta doctrinal hecha por los saduceos.

C. El gran mandamiento (vv. 34–46).

Pregunta legal hecha por los fariseos.

IV. Tres discursos (23.1–26.46)

A. Condenación de los fariseos (cap. 23).

B. Explicación del reino futuro (caps. 24–25).

C. Preparación de los discípulos para la cruz (26.1–46).

V. Tres juicios (26.47–27.66)

A. Ante Caifás y el sanedrín (26.47–75).

B. Ante el sanedrín en la mañana (27.1–10).

C. Ante Pilato, dirigiendo la muerte de Cristo (27.11–66).

Por supuesto, este bosquejo muestra sólo a grandes rasgos los sucesos y no los detalles. Mateo no registra todos los hechos de la semana final del ministerio de nuestro Señor, de modo que tal vez usted quiera leer los otros Evangelios y consultar una armonía de los Evangelios para observar la secuencia de los acontecimientos.

La cronología tradicional de la Semana de la Pasión es como sigue:

Domingo: La entrada en Jerusalén.

Lunes: Purificación del templo; maldición de la higuera.

Martes: Conflicto con los líderes; parábolas; condenación de los fariseos; discurso sobre el reino (Mt 24–25).

Miércoles: No se registra ninguna palabra ni obra; día de descanso.

Jueves: La Ultima Cena; discursos en el aposento alto.

Viernes: Arresto y juicio; crucifixión y sepultura.

Sábado: En la tumba.

Domingo: Resurrección.

Algunos eruditos de la Biblia creen que a Cristo tal vez lo crucificaron el jueves, o incluso el miércoles. Esto haría posible que Él pasara exactamente tres días y tres noches en la tumba (Mt 12.40), y que se levantara de los muertos «después de tres días» (Mc 8.31; 9.31). La frase «tres días y tres noches» puede interpretarse como una expresión popular que incluiría incluso una parte de un día o una noche. Así, si a Cristo lo sepultaron alrededor de las tres de la tarde del viernes, se podría incluir el viernes, todo el sábado y cuantas horas pasó en la tumba el domingo antes de la resurrección.

Afortunadamente, no es necesario concordar en todos estos detalles. El hecho de su muerte, sepultura y resurrección es lo importante; y no debemos usar estos asuntos para dividir la Iglesia.

MATEO 21

Usted notará que el capítulo 21 empieza con tres señales definitivas a la nación de Israel; a estas le siguen tres parábolas (incluyendo 21.1–14, donde la división del capítulo es desafortunada). Las parábolas brotaron del antagonismo de los escribas y fariseos respecto a la purificación del templo.

I. Tres señales respecto a Israel (21.1–22).

A. La presentación del Rey (vv. 1–11).

Esto fue en cumplimiento de Zacarías 9.9. Mateo omitió «justo y salvador» cuando citó a Zacarías porque Cristo no vendría con justicia y salvación (victoria) para Israel hasta que regrese, según Apocalipsis 19.11–21, cabalgando sobre un caballo blanco. Juan 12.17–18 indica que muchos en la gran multitud estaban allí debido a la resurrección de Lázaro. La multitud citó el Salmo 118.26 en sus alabanzas; posteriormente (v. 42) Cristo citaría también el mismo Salmo para refutar a los líderes. Nótese en el versículo 11 que la ciudad le llamó «el profeta», ¡pero no el Rey! Desafortunadamente, los judíos no conocieron el tiempo de su visitación (véase Lc 19.41–44) y rechazaron a su Rey.

B. La purificación del templo (vv. 12–16).

La corrupción interna de Israel se ve en cómo el templo se había transformado en casa de mercado. La primera purificación al principio del ministerio de Cristo (Jn 2) no duró, porque los corazones de los líderes no cambiaron. Cristo citó a Isaías 56.7 y llamó al templo «mi casa» (v. 13), reclamando así ser Dios. También se refirió a Jeremías 7.11. Posteriormente, Cristo diría: «He aquí vuestra casa *os es dejada desierta*» (Mt 23.38; énfasis mío); por haber rechazado a su Rey, Israel ahora tenía un templo vacío. Cuando los líderes lo acusaron, Cristo citó el Salmo 8.2, que es un salmo mesiánico (véase Heb 2.5–9) apuntando al tiempo cuando Cristo reinaría sobre la tierra como Rey.

C. La maldición de la higuera (vv. 17–22).

Mateo 24.32–33 y Lucas 13.6–10 dejan entrever que la higuera es una figura para referirse a Israel. Esta higuera tenía hojas pero no fruto, ilustrando a Israel con su «espectáculo de religión» externa, pero sin frutos. Lucas 13.6–10 indica que Dios le dio a Israel tres años para que llevara fruto, pero la nación falló. Cristo usó el milagro como una lección de fe, sugiriendo que fue la incredulidad de Israel lo que le acarreó el juicio. ¡Qué fácil es tener «apariencia de piedad» (2 Ti 3.5) pero nunca llevar fruto! Muchos cristianos engañadores oirán a Cristo decir: «Apartaos de mí, malditos», (Mt 25.41) porque no tienen «nada[...] sino hojas solamente» (21.19).

En estas tres señales, entonces, Cristo revela la ceguera espiritual de Israel, su corrupción interna y su carencia externa de fruto.

II. Tres parábolas respecto a Israel (21.23–22.14)

De 21.23 a 23.39 Cristo está en el templo contendiendo con los líderes. En 24.1 sale del templo y ¡nunca más vuelve a entrar allí! «Icabod» estaba ahora escrito sobre el templo: «Traspasada es la gloria» (1 S 4.19–22). Por supuesto, los judíos cuestionaron su autoridad

y Él les llevó al ministerio de Juan el Bautista. ¿Por qué? Porque ellos sabían que Juan dijo la verdad, y sin embargo le rechazaron. Dios no revela la nueva verdad hasta que obedezcamos la que ya ha revelado. Habiendo rechazado a Juan, los judíos no merecían una respuesta de parte de Jesús.

Jesús dijo tres parábolas concernientes a la nación de Israel.

A. Los dos hijos (vv. 23–32).

Aquí vemos a Israel como un hijo desobediente a su Padre. La viña habla de Israel (Is 5.1–7; Sal 80.8–16). Al rechazar a Juan el Bautista los judíos desobedecieron al Padre que le envió. Los pecadores, sin embargo, ¡oyeron a Juan y entraron en el reino de Dios!

B. Los inquilinos malvados (vv. 33–46).

Dios hizo mucho por Israel, esperando que la nación llevara fruto para su gloria, pero la nación se rebeló contra Él y rehusó llevar fruto. Dios envió muchos profetas y siervos para comunicarse con ella, pero Israel a unos maltrató y a otros mató. Entonces Dios envió a su Hijo, ¡y ellos lo mataron! Incluso «lo echaron fuera de la viña» (v. 39; véase Heb 13.11–13). Los judíos mismos pronunciaron su propia sentencia en el versículo 41, y Dios hizo exactamente lo que ellos dijeron. Les quitó sus privilegios espirituales, destruyó Jerusalén y dio su bendición a los gentiles.

Cristo citó el Salmo 118.22–23 llamándose a sí mismo «la piedra que desecharon los edificadores» (v. 42, véase Is 28.16). Pedro llamó a los líderes de Israel «vosotros los edificadores» (Hch 4.11), y Romanos 9.33 y 1 Pedro 2.4–8 apunta a Cristo como la piedra de tropiezo para Israel, pero cimiento de la Iglesia. El pecador que «cae sobre la piedra» en humildad será quebrantado, pero salvo, sin embargo, el rebelde que resiste a Cristo lo despedazará la piedra en el juicio.

C. La fiesta de bodas (22.1–14).

El Padre llamó a los invitados (Israel) para que disfrutaran de las bendiciones por causa de su Hijo. Sin embargo, la nación despreció las invitaciones: el versículo 3 quizás indica la invitación de los apóstoles cuando el Señor estaba en la tierra; y los versículos 4–6 la invitación durante los primeros capítulos de Hechos, cuando el mensaje fue ofrecido nuevamente a los judíos. Israel resistió al Espíritu (Hch 7.51–52) y esto acarreó el juicio nacional, incluyendo la ruina de Jerusalén (v. 7). Entonces el Rey se volvió a los gentiles, como ocurrió en Hechos 10, después que la nación selló su decisión al matar a Esteban y perseguir a la Iglesia.

Los versículos que cierran la parábola (11–14) enfatizan que los invitados deben recibir un vestido de boda del Rey para ser admitidos. El Rey llamó «malos y buenos» (v. 10), pero les proveyó un vestido que les haría aceptos. Esto habla del don de la justicia que Dios provee mediante Cristo para todo el que cree (2 Co 5.20). No ponga esta escena en el cielo, porque sin dudas nadie entrará en el cielo sin la justicia de Cristo. Estos versículos advierten a los falsos profesantes a no responder a la invitación externa, sin recibir al Señor internamente.

Estas tres parábolas muestran la historia espiritual de Israel. Dios escogió a la nación para que llevara fruto (la viña y la higuera), y falló por no fructificar. Desobedeció al padre (la parábola de los dos hijos), crucificó al Hijo (parábola de los inquilinos malvados), y resistió al Espíritu (parábola de la fiesta de bodas). Hoy la nación ha sido dejada a un lado y las bendiciones de Cristo se han dado a la Iglesia hasta que llegue la plenitud de los gentiles (Ro 11.25ss).

MATEO 22

Analizamos los primeros catorce versículos en la sección anterior. El resto del capítulo se relaciona a preguntas que los escribas y fariseos le hicieron a Jesús tratando de «sorprenderle en alguna palabra» (v. 15).

I. Una pregunta acerca del tributo (22.15–22)

Esta pregunta la hicieron los herodianos, un grupo religioso con ambiciones políticas. En tanto que el NT no nos da mucha información de ellos, parece ser que estaban en componendas con Herodes para cooperar con Roma. Se oponían a los fariseos que detestaban el gobierno romano, pero estos dos enemigos se unieron para oponerse a Cristo.

La pregunta sobre el tributo era muy delicada. Si Cristo se oponía al tributo a Roma, podía ser arrestado como traidor; pero si favorecía el tributo a César, hubiera perdido los corazones de los judíos que detestaban a los gobernantes romanos. La respuesta de Cristo muestra que el verdadero hijo de Dios tiene obligaciones tanto hacia Dios como para su patria. Como D.L. Moody solía decir: «Un cristiano no debe ser tan celestial en su pensamiento, que no sea bueno para nada en la tierra». Romanos 13 y 1 Pedro 2.13–18 nos enseña que los cristianos deben obedecer la ley y honrar a sus líderes. El mejor ciudadano es un ciudadano cristiano.

De la misma manera que César estampaba su imagen en la moneda, así Dios ha estampado su imagen en el hombre (Gn 1.26–27). El pecado ha desfigurado esa imagen, pero esta se restaura a través de Cristo (Ef 4.24; Col 3.10). La parábola de la moneda perdida en Lucas 15.8–10 sugiere que el hombre, hecho a imagen de Dios, está perdido y en esa condición jamás podrá reflejar la imagen de Dios.

II. Una pregunta acerca de la resurrección (22.23–33)

Ahora los saduceos entran en escena con una pregunta doctrinal. De nuevo vemos cómo los fariseos y saduceos, que eran enemigos entre sí, se unen para oponerse a Cristo. Presentan una pregunta hipotética acerca del matrimonio en la vida futura, basada en la ley del AT de que un hombre debía casarse con la viuda de su hermano para perpetuar la familia (véanse Gn 38.8; Dt 25.5–10). Ignoraban, dijo Jesús, el poder y la Palabra de Dios. Explicó que el matrimonio humano, como nosotros lo conocemos, no existirá en la vida futura, sino que las personas serán como los ángeles, esto es, viviendo en un mundo espiritual no controlado por leyes humanas. (Esto no significa que seremos ángeles, sino que seremos como ellos respecto al matrimonio. Los santos siempre reinarán como hijos de Dios y no como siervos o ángeles.)

Cristo respondió a sus críticos con la Biblia, refiriéndose a Éxodo 3.6, 15–16. Dios dijo: «Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Mt 22.32), no «Yo fui el Dios». Esto quiere decir que estos hombres aún viven y con Dios. La muerte no destruye a la persona, aun cuando el cuerpo se torne en polvo. De ese modo Jesús enseña que el alma existe después de la muerte y que los que tienen fe van a estar con Dios. Pero Dios salva a la persona completa, incluyendo el cuerpo que será glorificado (Flp 3.20–21). Por consiguiente, la continuación de la vida después de la muerte (algo que los saduceos negaban) es en sí misma prueba de una resurrección futura. ¡El poder de Dios es suficiente para levantar a los muertos!

III. Una pregunta acerca del gran mandamiento (22.34–46)

Ahora los fariseos aparecen abiertamente para hacer una pregunta legal acerca de la ley del AT. (La expresión «había hecho callar» en el v. 34 literalmente significa «poner bozal». ¡Esto muestra de qué forma Jesús silenció a sus enemigos!) Los expertos de la ley debatían sobre cuál de los muchos mandamientos era el más grande. Dividían los mandamientos en «pesados» y «ligeros» y separaban las «leyes rituales» de las «leyes morales». ¡Llegó al punto en que el más pequeño detalle de la ley ritual era tan obligatorio como las grandes leyes morales de Dios! Los fariseos pensaron que podían atrapar a Jesús forzándole a tomar partido en esta cuestión teológica controversial.

De nuevo Jesús apeló a las Escrituras, y citó Deuteronomio 6.5 y Levítico 19.18. Amar a Dios y amar al prójimo: estos dos mandamientos resumen la ley entera (véase Ro 13.8–10). En lugar de debatir, deberíamos obedecer y asegurarnos de amar a Dios y a los demás. Este es el verdadero corazón de la religión. Por supuesto, nadie puede amar a Dios sin conocer a Jesucristo como Salvador (Jn 8.42). Y cuando usted conoce y ama a Dios, el amor de Dios se le dará a otros (Ro 5.5).

Después de silenciar a los herodianos, saduceos y fariseos, Cristo mismo hizo una pregunta (Mt 22.41–42), ¡y nadie pudo contestarle! Se refirió al Salmo 110.1 donde David le llama «Señor». Nótese que Cristo afirma que David escribió el Salmo, lo escribió inspirado por el Espíritu (v. 43), y lo escribió respecto a Cristo, el Hijo de David. Su pregunta fue: «Pues si David le llama Señor [que significa que es Dios], ¿cómo es su hijo?» (v. 45). La respuesta se la da en Mateo 1–2: el nacimiento virginal de Cristo. Como Dios eterno Cristo es el Señor de David, pero como Dios-Hombre, que vino en carne, es el Hijo de David.

Si los escribas y fariseos hubieran contestado a esta pregunta sincera y correctamente, hubieran tenido que reconocer el mesiazgo de Cristo. Pero en la dureza de su corazón rechazaron la verdad y acudieron a maneras más diabólicas para silenciar al Señor. Eran hijos del diablo (Jn 8.44); habían tratado con mentiras y habían fallado, ahora tratarían de matarlo.

Si usted lee todo el Salmo 110 notará que se refiere tanto al sumo Sacerdocio de Jesucristo, como a su conquista sobre sus enemigos. Pedro lo citó en Pentecostés (Hch 2.32–36) para demostrar la resurrección de Cristo, y también Hebreos 10.13 lo cita. Rechazado como Rey de los judíos, Cristo se volvió a los gentiles y llegó a ser el sumo Sacerdote de todos los que confían en Él. Cuando Él regrese a la tierra, hará de sus enemigos estrado de sus pies. Entretanto, pacientemente está esperando (Heb 10.13) hasta ese día de juicio y triunfo.

MATEO 23

Después de silenciar a sus enemigos, Cristo procedió a desenmascararlos abiertamente. En el Sermón del Monte dijo que si esperamos entrar en el reino de los cielos, nuestra justicia tenía que exceder a la de los escribas y fariseos (Mt 5.20). Dejó al descubierto la hipocresía de ellos y mostró concluyentemente que la simple «religión» nunca hará santa a la gente. Sin dudas que esta exposición pública enfureció a los fariseos y tuvo mucho que ver con la crucifixión final de Cristo.

I. Explicación para las multitudes y los discípulos (23.1–12)

Los fariseos aparecieron como grupo durante el tiempo de la historia de Israel cuando los griegos presionaron a la nación a que se olvidara de su ley y adoptara una posición liberal. Hombres como Esdras (Esd 7.10) permanecieron fieles a la fe, protegieron la ley y se separaron de toda contaminación pagana. Llegaron a ser los intérpretes oficiales de la ley cuando Israel no tenía profetas ni sacerdotes que les enseñaran. En este sentido los fariseos «se sentaban en la cátedra de Moisés». Jesús no le dijo a la gente que observara todas las cosas que los fariseos enseñaban, sino solamente las que eran fieles a la Ley de Moisés. Cristo mismo rechazó muchas de sus enseñanzas (véanse Mt 5.21–6.18; 12.1ss).

El gran pecado de los fariseos era la hipocresía basada en el orgullo. Su religión era externa, no interna; era para impresionar a la gente, no para agradar a Dios. Imponían pesadas cargas sobre la gente, en tanto que Cristo vino para dar libertad (Lc 4.18–19). Amaban los títulos y el reconocimiento público, y se autoexaltaban a expensas de otros. Llevaban consigo cajitas que contenían porciones de las Escrituras («filacterías»: al parecer basadas en Éx 13.16; Dt 6.8; 11.18) y agrandaban los flecos de sus vestiduras (Nm 15.38) para pregonar su celo religioso. Tenían la «apariencia de piedad», pero no el poder (2 Ti 3.5), mientras que por los bordes del vestido de Cristo fluyó poder que cambia vidas (Mt 9.20; 14.36).

Vemos a la Trinidad en los versículos 8–10. Tenemos un «Maestro» (que quiere decir profesor), el Espíritu Santo (v. 8; «el Cristo» debería omitirse); tenemos un Padre (v. 9); y tenemos un Líder («Maestro» aquí quiere decir líder), que es Cristo (v. 10). El que los hombres tomen el lugar del Padre, o del Hijo, o del Espíritu, es desobedecer la Palabra de Dios y hacer que la gente se descarríe.

II. Condenación de los fariseos (23.13–36)

Hay ocho «ayes» aquí, y usted puede contrastarlos con las ocho «bienaventuranzas» de Mateo 5.3–12. «Los pobres en espíritu» heredarán el reino (5.3), mientras que los orgullosos cierran «el reino de los cielos» (v. 13). Los que lloran recibirán consolación (5.4), mientras que los devoradores recibirán condenación (v. 14). Los mansos «recibirán la tierra por heredad» (5.5), pero los orgullosos envían la gente al infierno (v. 15). Dios llena a aquellos que tienen hambre de santidad (5.6), pero los codiciosos de ganancia material se irán vacíos (vv. 16–22). Los misericordiosos «alcanzarán misericordia» (5.7), pero los fariseos rechazaron la misericordia al especializarse en trivialidades (vv. 23–24). «Los de limpio corazón» verán a Dios (5.8) en tanto que los religiosos por fuera son corruptos internamente (vv. 25–28). Los pacificadores y los perseguidos son «hijos de Dios» (5.9–12), pero a los asesinos y perseguidores se les llama «hijos del diablo» (vv. 29–33).

Jesús no pronunció estos «ayes» con un sentimiento de odio o malicia en su corazón. Hay un sentido de «tristeza compasiva» en estos versículos, a medida que el amante corazón de Cristo revela los corazones perversos de sus enemigos. Era angustia lo que reveló, no ira.¿Cómo es que ellos «cerraron el reino»? (v. 13). Primero, al rehusar recibir el mensaje de Juan el Bautista (21.25–27; 11.16–19). Segundo, al rehusar reconocer a Cristo mismo (Jn 7.47ss). Tercero, al esconder de la gente el verdadero significado de las Escrituras (Lc 11.52). Al esconder «la llave de la ciencia» (Cristo, según se ve en las Escrituras) detrás de las tradiciones hechas por los hombres, escribas y fariseos, en realidad cerraban con llave la puerta del reino de los cielos. ¡Qué trágico cuando los «líderes religiosos» de hoy cierran la puerta dejando a la gente fuera del reino de los cielos al rechazar a Cristo, resistir a su Espíritu y negarse a predicar y enseñar su Palabra.

Los fariseos devoraban las viudas pobres y se adueñaban de sus posesiones bajo el pretexto de usarlas para Dios (v. 14). Eran mentirosos llenos de codicia y «embaucadores religiosos».

Sus valores eran confusos (vv. 16–22). Estaban interesados en el oro y las ofrendas, pero no en la adoración espiritual en el templo (véase Lc 16.14ss).

«Sepulcros blanqueados» (v. 27) se refiere a la práctica de pintar de blanco las tumbas a fin de que los judíos no se contaminen por accidente (véase Nm 19.16).

«La medida de vuestros padres» (v. 32) se refiere al creciente pecado de la nación desde los días del AT hasta Hechos 7, cuando finalmente resistieron al Espíritu (véase Hch 7.51; lea todo el discurso de Esteban para ver los detalles) y Dios dejó a un lado a Israel. Mataron a los profetas; permitieron que asesinaran a Juan; iban a crucificar a Cristo, a encarcelar a los apóstoles, matar a Esteban y «llenarían la medida». Cuando pecamos, escribimos nuestra propia sentencia de juicio.

«Generación de víboras» (v. 33) quiere decir «hijos del diablo» (véanse 3.7; 12.34; Jn 8.44; y revise la parábola de la cizaña que se encuentra en Mt 13).

Los hijos del diablo persiguen a los hijos de Dios (v. 35). Caín fue un hijo del diablo (1 Jn 3.12).

III. Lamento sobre Jerusalén (23.37–39)

Esta palabra final de lamento de Cristo indica que Dios les había dado a las personas muchas oportunidades de ser salvas, pero que ellos querían recibir su oferta. Dios no envía a las personas al infierno; se envían a sí mismas debido a su obstinación.

«Vuestra casa» (v. 38) quizás se refiere a la casa de Israel, ilustrada por el templo. En 24.1 Cristo salió del templo y nunca más volvió a él, diciendo así simbólicamente: «Ustedes me han rechazado, por lo tanto su templo queda vacío». (Véase Mt 13.1 donde Él dejó la casa [Israel] para irse junto al mar [los gentiles].) Llamó al templo «mi casa» en 21.13; pero ahora es «vuestra casa».

Israel recibirá a su Mesías cuando Él regrese para establecer el reino en la tierra (véase Zac 12.10). Entre el «bendito el que viene» de Mateo 21.9 y el «bendito el que viene» de Mateo 23.39 (todavía futuro) yace la edad de la Iglesia, la cual todavía no se había revelado. Los creyentes de hoy no buscan un rey terrenal, sino al Esposo celestial que vendrá en un abrir y cerrar de ojos.

La profecía de Cristo en el monte (Mt 24–25)

Aparte del Sermón del Monte y las parábolas de Mateo 13, ninguna otra parte de Mateo ha sufrido más malos entendidos que su discurso en el Monte de los Olivos. Muchas sectas usan Mateo 24.1–41, junto a Daniel 9.20–27 ¡para «probar» que Cristo ya ha regresado! Incluso muchos evangélicos bien intencionados confunden la cuestión al aplicar esta sección a la Iglesia en esta edad. Es importante que obtengamos una perspectiva general del discurso en el Monte de los Olivos antes de examinar los detalles.

Hay tres divisiones principales en el discurso: 24.1–44, que es principalmente judía; 24.45–25.30, que se relaciona a la cristiandad, la iglesia profesante que se ve en el mundo; y 25.31–46, que se refiere a los gentiles. Usted tiene, entonces, la división triple de la humanidad de hoy: los judíos, los gentiles y la Iglesia (véase 1 Co 10.32). El carácter judío de 24.1–44 se ve en lo siguiente:

1. El discurso brotó de una discusión respecto al templo judío (v. 2).
2. Los discípulos le preguntaron acerca de su venida y el fin del siglo. Esto no puede significar Su venida por la Iglesia, ni el fin de la edad de la Iglesia, porque estas verdades todavía estaban ocultas a los doce (véase Ef 3).
3. El Señor habla sobre la tierra de Judea, no de la tierra entera (v. 16).
4. Menciona el sabbat, una tradición judía (v. 20).
5. Les hace referencia a Daniel el profeta (v. 15), quien profetizó acerca de los judíos y de la ciudad de Jerusalén (Dn 9.24ss).
6. Advierte acerca de falsos Cristos (vv. 3–5) y de falsos profetas (v. 11). Esta es una advertencia para los judíos, por cuanto los verdaderos creyentes no seguirán a un falso Cristo. Debemos estar alertas debido a los maestros y espíritus falsos (1 Jn 4.1–3; 2 P 2.1ss).
7. Dio el mensaje en el Monte de los Olivos, que en Zacarías 14.4 se asocia con Su regreso a la tierra para establecer el prometido reino judío.

La segunda sección (24.45–25.30) tiene una «atmósfera» diferente a la primera. Por otra parte, cada una de estas parábolas presenta a Cristo como dilatando su regreso (24.48; 25.5, 19). Puesto que los sucesos de la sección anterior tendrán lugar durante siete años de tribulación (véase el análisis de Mt 24–25), usted no puede poner estas parábolas en el mismo período; porque siete años difícilmente pudieran llamarse «retrasando su venida», o «después de mucho tiempo». Mateo 24.1–44 habla de un Cristo, un Rey, que regresará en un tiempo definido de acuerdo a las señales dadas, pero esta segunda sección muestra a un Señor, un Esposo y un Dueño rico que retrasa su regreso y viene cuando no se espera. Las tres parábolas describen la condición de la «cristiandad» cuando Cristo venga por su Iglesia. Es una mezcla de verdad y falsedad, buenos y malos, según se encuentra en Mateo 13. Estos versículos se refieren a la situación actual.

La sección final (25.31–46) presenta el juicio de los gentiles antes del establecimiento del reino.

Tenga presente, entonces, que la primera sección es judía, futura, y se aplica al período de la tribulación que ocurrirá después del Rapto de la Iglesia. La segunda sección se aplica a la cristiandad hoy, y mira hacia la venida de Cristo por los suyos. La tercera sección se refiere a los gentiles y mira hacia adelante, al fin de la tribulación y al establecimiento del reino de Dios en la tierra.

Análisis sugerido de Mateo 24–25

I. Introducción (24.1–3)

A. Jesús predice la destrucción del templo (vv. 1–2).

B. Los discípulos le hacen tres preguntas (v. 3).

1. ¿Cuándo será destruido el templo? Respuesta: Lucas 21.20–24. Esta pregunta no se contesta en Mateo.
2. ¿Cuál es la señal de su venida? Respuesta: Mateo 24.29–44.
3. ¿Cuál es la señal del fin del siglo? Respuesta: Mateo 24.4–28.

C. Jesús también habla sobre dos asuntos respecto a los cuales los discípulos no preguntaron:

1. La venida de Cristo por la Iglesia: Mateo 24.45–25.30
2. El juicio que Cristo hará a los gentiles: Mateo 25.31–46.

II. Regreso de Cristo e Israel (24.4–44)

Primeros 3½ años de la semana 70 de Daniel	1. «Principio de dolores»: 4–8	
	(1) Falsos Cristos: 4–5	Ap 6.1–2 (anticristo)
	(2) Guerras: 6	Ap 6.3–4
	(3) Hambres: 7a	Ap 6.5–6
	(4) Muerte: 7b–8	Ap 6.7–8
	2. Sucesos que conducirán al «fin»: 9–14	
	(1) Mártires: 9,	Ap 6.9–11
	(2) Caos mundial: 10–13,	Ap 6.12–17
	(3) Predicación mundial: 14,	Ap 7: 144.000 judíos
	«ENTONCES VENDRA EL FIN»	
	3. La gran tribulación: 15–28,	
	(1) La abominación desoladora: 15,	Ap 13
Ultimos 3½ años de la semana 70 de Daniel,	(2) Advertencia a los judíos a que huyan: 16–20,	
	(3) La tribulación propiamente: 21–27,	Ap 16
	(4) La reunión de las naciones en Armagedón: 28,	Ap 19.17–18
	4. «Después de la tribulación»: 29–31,	Ap 19.11–21
	(1) Señales en los cielos: 29,	
	(2) Venida de Cristo con poder: 30,	
	(3) Reunión de Israel («escogidos»): 31,	
	5. Tres exhortaciones para concluir: 32–44,	
	(1) La higuera: 32–35,	«Conoced que está cerca» 33
	(2) Los días de Noé: 36–42,	«Velad» 42
	(3) El padre de familia: 43–44,	«Estad preparados» 44

III. La venida de Cristo y la cristiandad (24.45–25.30)

Nótese: Estas parábolas son una cuadro de la «cristiandad» cuando Cristo venga por su Iglesia. Es una mezcla de buenos y malos, salvos y no salvos, como se muestra al reino en Mateo 13.

A. Los siervos fieles e infieles (24.45–51).

B. Las vírgenes prudentes e insensatas (25.1–13).

C. Los siervos útiles e inútiles (25.14–30).

IV. La venida de Cristo y las naciones gentiles (25.31–46)

Nótese: Este juicio no debe confundirse con el juicio del gran trono blanco de Apocalipsis 20. Hay tres grupos aquí: «hermanos» (los judíos), «ovejas» (personas que los judíos recibieron durante la tribulación) y «cabritos» (personas que persiguieron a los judíos y rechazaron el mensaje).

MATEO 24–25

I. Introducción (24.1–3)

En este discurso Cristo responde a las preguntas que le presentaron sus discípulos en 24.3. Ellos preguntaron: «¿Cuándo serán estas cosas [la destrucción del templo]?» Él se los dijo (véase Lc 21.20–24), pero Mateo no registra la respuesta. Sucedió en el año 70 d.C. cuando Tito conquistó Jerusalén y destruyó la ciudad. «¿Qué señal habrá de tu venida?», recibe su respuesta en 24.29–44; y «¿Qué señal habrá[...] del fin del siglo?», encuentra su respuesta en 24.4–28.

Los acontecimientos descritos en Mateo 24.4–31 sucederán durante los siete años de tribulación posteriores al Rapto de la Iglesia. Esta es la semana 70 de Daniel descrita en Daniel 9.20–27. Este mismo período se describe en Apocalipsis 6–19. Es el tiempo cuando Dios verterá su ira sobre un mundo rebelde.

II. La venida de Cristo e Israel (24.4–44)

A. Principio de dolores (vv. 4–8).

Estas son las señales que dicen al mundo que el juicio está empezando. Nótese cómo son paralelos a los sucesos descritos en Apocalipsis 6 (véase el cuadro sinóptico). Vemos estas señales en el mundo actual, indicando que el fin está cerca. No obstante, debemos admitir que muchas de estas señales siempre han estado allí, pero al verlas que se intensifican, sabemos que la venida del Señor está cerca.

B. Sucesos que conducirán al fin (vv. 9–14).

La persecución de sus siervos (v. 9) se incrementará. Durante la tribulación Dios sellará a 144.000 judíos (Ap 7) que probablemente serán misioneros al mundo perdido (Mt 24.14), y mediante sus esfuerzos multitudes se salvarán. Sin embargo, muchos darán la vida por su fe. No aplique los versículos 13–14 al ministerio de la Iglesia hoy. El versículo 13 no tiene nada que ver con la salvación por gracia, y el versículo 14 no quiere decir que la Iglesia debe llevar el Evangelio a todo el mundo antes de que Cristo regrese. Ambos versículos se aplican al período de la tribulación.

C. La gran tribulación (vv. 15–18).

El anticristo hará un pacto con la nación judía (todavía en incredulidad) por siete años («una semana» en Dn 9.27), y lo romperá después de tres años y medio, o en la mitad del período de tribulación. Establecerá su propia imagen en el templo judío (Dn 11.31 y 12.11) y forzará al mundo a adorarle (véanse Ap 13; 2 Ts 2.3–4). Nótese el pequeño paréntesis de Mateo: «el que lea, entienda» (v. 15). Los judíos que vivan durante este período de tribulación leerán Mateo 24 y sabrán qué hacer. Por cierto que muchas de las declaraciones de Daniel, Mateo 24–25 y Apocalipsis, que nos dejan perplejos, las entenderán quienes entonces sean creyentes. Cristo les advirtió a los judíos que huyan de Jerusalén (vv. 16–20), porque la última mitad de este período será una tribulación aún mayor, y finalizará con los ejércitos de las naciones reunidos en contra de Jerusalén. «Los escogidos» en el versículo 22 son los salvados de Israel, no los creyentes de la Iglesia. Con el poder otorgado por Satanás, el anticristo realizará milagros (v. 24; véanse Ap 13.13–14; 2 Ts 2.8–10). Las naciones, engañadas por Satanás, se reunirán en Armagedón para entablar batalla contra Cristo (v. 28; véase Ap 19.17–18) y serán derrotadas.

D. Después de la tribulación (24.29–31).

Habrá disturbios en los cielos (Jl 3.11–21) y después aparecerá la señal de su venida. No se nos dice en qué consistirá esa señal. Algunos creen que es la gloria shekiná que una vez reposó en el tabernáculo y en el templo. Cristo entonces vendrá a la tierra con sus santos, para establecer su reino prometido. Habrá gran lamentación (Zac 12.10; Ap 1.7). Este es un regreso público, no es secreto. Y viene como Rey, no como Esposo. El ministerio de ángeles reunirá a Israel. (Para la reunión de Israel, véanse Is 11.11–12; 27.12–13; Dt 30.1–5.) En ese tiempo Israel recibirá a Cristo, ahora purgado de pecado e incredulidad, y la nación será el centro del reino. También tendrá lugar el juicio de los gentiles (Mt 25.31–46).

E. Tres exhortaciones a Israel (24.32–44).

La higuera es un símbolo de Israel (Lc 13.6–9; Jl 1.6–7; Os 9.10). Cuando veamos a Israel «que reverdece», sabremos que su venida se acerca. Esto quizás esté sucediendo en nuestros días. El versículo 34 enseña que los sucesos descritos abarcarán una generación en tiempo. («Esta generación» significa la generación viva en ese tiempo, no la de cuando Cristo estaba hablando. Algunos toman la palabra «generación» para afirmar que la nación de Israel nunca será destruida.) Justo como Noé y su familia sobrevivieron al diluvio, así Israel sobrevivirá a la tribulación. No diga que la palabra «tomada» de los versículos 40–41 significan «llevada al cielo», porque Jesús no está describiendo el Rapto de la Iglesia. En el día de Noé el diluvio llevó a la gente a juicio y dejó a Noé y a su familia para habitar en la tierra purificada. Cuando el juicio de Dios viene en la tribulación, uno será tomado (en juicio), pero otro será dejado en la tierra para entrar en el reino glorioso. Su exhortación final es que el creyente esté velando. Nosotros, como cristianos, no buscamos señales, sino a Él, una Persona (Flp 3.20). Sin embargo, por el giro que vemos en las condiciones del mundo, sabemos que su venida está cerca.

III. La venida de Cristo y la cristiandad (24.45–25.30)

Las tres parábolas de esta sección se refieren a la cristiandad cuando Cristo vuelva por su Iglesia (1 Ts 4.13–18). Abarca el mismo grupo mixto como Mateo 13: cristianos verdaderos y falsos, todos profesando conocer a Cristo. Esta sección pinta a Cristo como retrasando su venida (24.48; 25.5, 19), de modo que no puede encajar en los siete años de la tribulación que vimos en la sección anterior. No hay mención de señales; porque si las hubieran, ¡la gente sabría cuándo Él va a estar a punto de regresar y se prepararía! Estas parábolas describen las actitudes de los cristianos profesantes y nos exhortan a todos a estar listos y preparados para su venida. Algunos cristianos se avergonzarán cuando Él regrese.

A. Los siervos fieles e infieles (24.45–51).

La Iglesia es la familia de la fe (Gl 6.10; Ef 2.19), y los siervos son los que deben alimentar a la familia espiritual. Cuando el corazón se enfría, la vida se torna descuidada. La vida mundanal empieza cuando nos olvidamos de que Cristo regresará (1 Jn 3.1–3). «Lo castigará duramente» del versículo 51 significa eso mismo. Se trata de la disciplina que Cristo ejercerá sobre los siervos infieles cuando regrese para dar a cada uno su recompensa. La palabra «hipócritas» significa «infieles», sugiriendo que los cristianos infieles se lamentarán ante el Tribunal de Cristo (véanse 1 Co 3.11–18; 2 Co 5.9–11). Ningún creyente verdadero irá jamás al infierno (Jn 5.24). Este lenguaje sugiere que la pérdida de la recompensa será una experiencia muy dura.

Esta parábola nos exhorta a servir con fidelidad a Cristo, esperando su venida cada día. ¡Qué maravilloso motivo para el servicio oír su: «¡Bien, buen siervo y fiel!» (25.23). Si servimos para agradar a la gente, o para obtener ganancia, perderemos la recompensa. ¡Manténgase mirando hacia arriba!

B. Las vírgenes prudentes e insensatas (25.1–13).

Mientras que la revelación completa de la Iglesia y de Cristo como el Esposo no se iba a realizar hasta más tarde, los discípulos no sabían que la relación de Cristo a los suyos era la de un Esposo. (Véanse Mt 9.15 y Jn 3.29.) En 25.1 tenemos separación (había vírgenes); iluminación o testimonio (tenían lámparas, Flp 2.15–16); y expectación, puesto que fueron a esperar la llegada del novio. ¿No es este un cuadro de lo que la Iglesia debería estar haciendo hoy en día? Sin embargo, dentro del grupo había quienes no estaban preparadas, precisamente así como en «la Iglesia» (la cristiandad) hoy. Por supuesto, todos los creyentes están en la verdadera Iglesia y están listos para el cielo. Sin embargo, en la iglesia profesante, según la vemos, hay muchos que aparentan ser cristianos, pero que nunca han nacido de nuevo. Como dice Mateo 13, son cizaña entre el trigo.

Han pasado casi dos mil años desde que Cristo prometió regresar, y durante este tiempo la Iglesia se ha puesto a dormir. Los cristianos de este siglo han despertado a la gran verdad de la venida de Cristo y el clamor ha surgido: «¡Aquí viene el Esposo!» (v. 6).

No es necesario lograr que cada detalle de esta parábola signifique algo. El aceite quizás se refiera al Espíritu Santo, el cual todo verdadero creyente tiene dentro de sí (Ro 8.9). La principal lección de Cristo en esta parábola es: ¡Estén listos y alertas! Cuando Él regrese nos sorprenderemos al hallar que algunos de los que pensábamos que eran verdaderos cristianos, no estaban en ninguna manera preparados.

C. Los siervos útiles e inútiles (25.14–30).

La primera parábola habló del servicio dentro de la familia; esta se refiere al servicio en el mundo. «Talentos» no es lo mismo que «capacidades», porque en el versículo 15 Él les dio «a cada uno conforme a su capacidad». Los talentos representan oportunidades para usar nuestra capacidad para servir a Cristo. Nacemos con varias capacidades, pero Cristo nos da oportunidades para ejercer nuestras capacidades. Lo importante es ser fiel (véase 1 Co 4.2).

Los primeros dos siervos fueron fieles y duplicaron los talentos que habían recibido, de modo que ambos recibieron la misma recompensa (vv. 21, 23). El cristiano que es fiel en su esfera de servicio, aunque sea pequeña, recibirá la misma recompensa que la persona que parece tener un gran ministerio. Hay que dudar de que al tercer siervo se le pueda llamar cristiano. Catalogó al Señor de «hombre duro» y dijo que «tuvo miedo» (vv. 24–25). En realidad, rehusó la recompensa al no usar la oportunidad que Cristo le dio. En el versículo 26 Cristo repite la acusación injusta del siervo (pero no afirma que sea verdad), y dice: «Por eso mismo, si estas cosas son ciertas, ¡debías haber trabajado más duro para complacerme! El principio se da en el versículo 29: al que se le da mucho, mucho se le exige. Si no usamos lo que Él nos da, lo perderemos y se le dará a otro.

IV. La venida de Cristo y los gentiles (25.31–46)

La gente confunde este pasaje al llamarlo «el juicio general», pensando que es lo mismo que el juicio del gran trono blanco de Apocalipsis 20.1–15. En la Biblia no hay tal cosa como juicio general. Los santos verán sus obras juzgadas en el Tribunal de Cristo inmediatamente después del Arrebatamiento (2 Co 5.1–10). Los muertos no salvos serán revivificados para enfrentar a Cristo en el juicio ante el gran trono blanco, al final de los mil años del reino de Cristo (Ap 20.1–15). Este juicio es el de las naciones gentiles, al final de la gran tribulación.

Dios prometió, en su pacto con Abraham, que todas las naciones de la tierra serían benditas a través de Israel (Gn 12.1–3). Durante la tribulación Dios purgará a Israel, de modo que al finalizar los siete años habrá un remanente de creyentes esperando para recibir a Cristo. La nación de Israel recibirá a su Rey, y Cristo establecerá su reino sobre esta tierra, conforme se promete en Lucas 1.31–33, 67–80 y otros pasajes de las Escrituras. La pregunta es cuáles gentiles entrarán en este reino.

Nótese que hay tres grupos de personas en esta escena: (1) las ovejas, (2) los cabritos, y (3) a los que Cristo llama «mis hermanos» (v. 40). «Mis hermanos» son los creyentes judíos que testificaron de Cristo durante el período de la gran tribulación. Puesto que serán enemigos del anticristo, aunque sellados y protegidos por Dios, sufrirán gran persecución. No podrán comprar ni vender y por tanto sufrirán hambre. Tendrán que huir de sus casas (Mt 24.15–21) y necesitarán lugares para quedarse. Sin trabajo y sin la marca de la bestia (Ap 13.17), no podrán conseguir ropa y andarán en harapos o desnudos. A muchos echarán en la cárcel.

Muchos gentiles durante este período creerán en el mensaje de los misioneros judíos (Mt 24.14; Ap 7.9–17). Entonces mostrarán amor y misericordia para estos judíos sufrientes, al alimentarlos, vestirlos y visitarlos en la cárcel, etc. Justo como Pablo persiguió a Cristo al hacerlo a sus santos (Hch 9.4–5), estos gentiles mostrarán amor por Cristo al demostrar amor por su pueblo. Estos actos de bondad no son las buenas obras que les darán la salvación (Ef 2.8–9); son prueba de su fe en el mensaje y de su amor por Cristo. Los gentiles que rechazaron a los mensajeros, rechazaron a Cristo (véanse Mt 10.16–23, 40–42). Su final, las tinieblas de afuera, el infierno.

Es importante notar que Cristo no juzgará en masa a las naciones gentiles, sino como individuos. La palabra «naciones» en el versículo 32 es de género neutro en el griego, en tanto que el verbo «apartará» apunta al pronombre masculino, refiriéndose a personas individuales. No habrá «naciones ovejas» o «naciones cabritos», sino «ovejas» que separarán de los «cabritos» en cada nación. En tanto que es cierto que Dios ha juzgado a naciones enteras por haber maltratado a los judíos (Egipto, Babilonia, etc.), la verdad aquí es que los individuos en aquellas naciones serán juzgados y sólo quienes han dado evidencia de fe en Cristo, por el amor mostrado a los «hermanos», entrarán en el reino. Tendrán vida eterna; los demás irán al castigo eterno.

MATEO 26

Tres personas se destacan en el relato de las últimas horas del Señor antes del Calvario: Cristo mismo, Pedro y Judas Iscariote. Es interesante ver cómo se contrastan Pedro y Judas en este capítulo, cada uno enseñándonos lecciones espirituales por sus fracasos. Judas es una advertencia en contra de resistir la Palabra de Dios y rechazar a Cristo; Pedro es una ilustración de cómo un creyente puede resbalar y perder su testimonio. Nótese los diferentes lugares donde tuvieron lugar estos hechos.

I. En Betania (26.1–19)

Esto también se relata en Juan 12, donde a la mujer que ungió a Jesús se le llama definitivamente María. Mientras que los líderes «religiosos» judíos estaban tramando matar a Cristo, ¡los creyentes en Betania le honraban! No sabemos quién haya sido Simón el leproso, pero el Señor lo debe haber curado, porque los judíos nunca hubieran participado en un banquete en la casa de un leproso. Esta no era la casa de María y Marta, aun cuando estaban allí y Marta servía (Jn 12.2).

El acto de amor de María fue aceptado por Cristo y criticado por los discípulos, siendo Judas el principal acusador (Jn 12.4–6). Juan explica el porqué Judas la criticó: Era ladrón y quería el dinero para sí mismo. (La palabra «sustraía» en Jn 12.6 significa que sacaba y se apoderaba de lo que había en el tesoro.) Es triste ver a Pedro estando de acuerdo con Judas y andando «en el consejo de malos» (Sal 1.1). Pronto estaría en el camino de los pecadores (Jn 18.18) y luego se sentaría en la silla de los escarnecedores (Lc 22.55), donde negaría a su Señor tres veces.

Es una cosa peligrosa que los cristianos se juzguen unos a otros, porque ese juicio siempre regresa sobre nuestras cabezas (Mt 7.1–5). Judas llamó «desperdicio» a la adoración de María, ¡pero Jesús dijo que era una recordación perpetua! Hasta este día, dondequiera que se predica el evangelio, se menciona a María y su acción de amor. Este penetrante reproche de Cristo aumentó la decisión de Judas para traicionarlo. Dejó Betania y se fue a complotar con los líderes judíos cómo arrestar a Cristo. Ellos acordaron darle treinta piezas de plata, como profetizó las Escrituras (Zac 11.12). Pedro, por otra parte, fue con Juan para preparar la Pascua para Cristo (Lc 22.8). A pesar de sus fracasos, Pedro amaba a Cristo y confió en Él, en tanto que Judas salió de ellos, debido a que no era uno de ellos (1 Jn 2.18–19).

II. En el aposento alto (26.20–35)

Aquí vemos a Judas engañando y a Pedro jactándose. Jesús anunció que uno de ellos lo traicionaría, conforme profetizaba el Salmo 41.9. Cuando Judas le preguntó: «¿Soy yo, Señor? [Rabí, no Señor]», su lenguaje sugiere que esperaba una respuesta negativa. En otras palabras, pretendía que era fiel a Cristo, cuando ya se había rendido al demonio (Jn 13.2, 27).

Fue después de que Judas salió que Jesús instituyó la Cena del Señor. Nótese en el versículo 29 que Él prometió un reino literal. El «himno» que cantaron fue de los Salmos 115–118; lea estos salmos y vea las enseñanzas mesiánicas, especialmente en el 118. Fue cuando iban hacia Getsemaní que Pedro se jactó y todos sin excepción negaron las palabras de Cristo (y Zac 13.7) de que sus discípulos los abandonarían. Cuando un cristiano se opone a la Palabra de Dios, se encamina a meterse en problemas.

III. En el huerto (26.36–56)

Aquí vemos a Judas pretendiendo honrar a Cristo al besarle repetidamente, y a Pedro fallando al quedarse dormido cuando debía estar orando, luchando con una espada, cuando debía rendirse y huyendo después de jactarse de que moriría por el Señor. La «copa» (v. 39) fue el precio que Cristo pagaría al ser hecho pecado en la cruz. Su naturaleza santa se rebelaba en contra de la perspectiva de ser hecho pecado, y sin embargo su santa voluntad era una con la del Padre y voluntariamente entregó su vida.

Pedro, un pescador, trató de ser un soldado y ¡ganar victorias espirituales con un arma carnal! Necesitamos acordarnos de que Cristo no necesita que lo defiendan. Nosotros luchamos contra Satanás, no contra sangre ni carne (Ef 6.10–18); las armas que usamos son espirituales, no carnales (2 Co 10.3–5; Heb 4.12). Moisés cometió la misma equivocación (Hch 7.22–28) y tuvo que pasar cuarenta años aprendiendo a dejar que Dios libre sus batallas.

IV. En la casa del sumo sacerdote (26.57–75)

Pedro no debería haberle seguido, mucho menos «de lejos» (v. 58). Zacarías 13.7 (Mt 26.31) profetizó que las ovejas serían esparcidas, y en Juan 18.8 Jesús claramente les dijo a los discípulos que se fueran. Él le advirtió a Pedro que Satanás estaba tras ellos (Lc 22.31–34) y que negaría a su Señor esa noche. Cuando los creyentes no escuchan la Palabra de Dios, siempre se meten en problemas.

Era ilegal que el concilio judío (el sanedrín) se reuniera y dictara sentencia por la noche, de modo que se reunieron de nuevo a la mañana siguiente (27.1) para hacer «legal» su decisión. El silencio de Cristo ante sus acusadores dio cumplimiento a Isaías 53.7. Su declaración en el versículo 64 retrocede hasta Daniel 7.13 y a las palabras que Él mismo les dijo a los fariseos respecto a sentarse a la diestra del Señor (22.41–46). Afirmaba ser Dios, y esto hizo que el sumo sacerdote dictaminara que era culpable de blasfemia (Lv 24.16).

Pedro ahora llega hasta lo último, se junta con los enemigos de Cristo y se calienta al fuego (Jn 18.18). Era una noche fría y sin embargo Cristo sudó «como grandes gotas de sangre» (Lc 22.44). Pedro tenía su corazón frío, y debido a que su corazón no andaba bien, tuvo dificultad al responder a los que le cuestionaron (véase 1 P 3.15). Cuando el gallo cantó, Pedro recordó la Palabra. Su olvido de la Palabra le llevó a caer en el pecado y ahora, al recordarla, su corazón frío se calentó de nuevo (Lc 24.32) y lloró arrepentido. Después de su resurrección Jesús encontró a Pedro y el discípulo recibió su restauración a la comunión. ¡Qué contraste con Judas, el cual confesó su pecado a los sacerdotes, y luego salió y fue y se ahorcó! La tristeza de Pedro fue piadosa que dio como resultado el arrepentimiento y el perdón; la tristeza de Judas fue la «tristeza de este mundo [que] produce muerte» (2 Co 7.10).

Pedro comenzó a resbalar en Betania cuando se unió a Judas para juzgar a María. Luego se jactó de su devoción y no atendió a la Palabra de Dios, particularmente a las advertencias de Cristo. No veló ni estuvo en oración, sino que en lugar de eso se durmió. Sin embargo, aparentó espiritualidad al usar su espada. Siguió a Cristo cuando se le dijo que se fuera, y se mezcló con el enemigo buscando la comodidad carnal, mientras Cristo soportaba gran sufrimiento y vergüenza. Pero Pedro fue lo suficiente sincero como para admitir su pecado y confesarlo (1 Jn 1.9). Pedro perdió su discipulado, no su condición de hijo, y su comisión quedó restaurada en Juan 21. Judas rechazó a Cristo y se fue al infierno (Hch 1.18, 19).

MATEO 27

I. Jesús y Judas (27.1–10)

Algunos han tratado de convertir a Judas en un héroe, diciendo que vendió deliberadamente a Jesús para asegurarse de que las profecías se cumplieran. Sin embargo, Jesús afirmó con claridad que Judas no fue ningún héroe, sino un diablo (Jn 6.70), y que aunque las profecías se cumplirían, seguiría siendo culpable de haber pecado deliberadamente (Mt 26.24). Su amor al dinero (y tal vez el deseo egoísta de ser un líder en un reino terrenal) lo mantuvieron en el grupo de los discípulos, pero su corazón nunca estuvo con Cristo. Él dijo: «He pecado» (v. 4), porque lo habían atrapado en el acto, pero no dio evidencia de arrepentimiento sincero. Rechazó la verdad, creyó una mentira y Satanás se apoderó de él (Jn 13.3, 27). Judas se quitó la vida porque Satanás es homicida (Jn 8.44). Pero nótese que Judas tuvo que confesar que Cristo era inocente (Mt 27.4). Le llamaba «Señor» (en 26.25 es «Rabí»), pero un día se verá obligado a llamarle Señor (Flp 2.9–11). La compra del «campo del alfarero» cumplió la profecía de Zacarías 11.13. Jeremías 18.19 también tiene que ver con un campo del alfarero; de modo que es posible que Jeremías pronunció la profecía en su tiempo, pero fue escrita por Zacarías más tarde. La muerte de Cristo compró la redención del mundo: ¡la muerte de Judas compró un cementerio para extranjeros!

II. Jesús y Pilato (27.11–32)

Usted debe leer todos los relatos de los Evangelios para ver la intranquilidad e indecisión del gobernante romano. Una vez tras otra salió a la multitud, luego entró para interrogar a Jesús, todo esto mientras buscaba alguna manera de evitar tener que tomar una decisión. Pero ¡ningún hombre puede evitar tomar una decisión respecto a Cristo! A Pilato le advirtió su esposa y su propia conciencia y, sin embargo, con toda intención entregó a Cristo para que lo crucificaran. Es cierto que este era el plan de Dios (Hch 2.23), pero Pilato no puede ser considerado exento de culpa. Hechos 3.13 pone mucha de la culpa sobre los judíos mismos. El eterno plan de Dios nunca le niega al hombre la libertad de elección ni de la culpa subsecuente. Pilato pensó que la chusma pediría a Jesús, no a Barrabás, pero se equivocó. Jesús no es «la selección del pueblo». Los hombres siempre pedirán un pecador, no al Salvador. «Barrabás» significa «hijo del padre». Ellos rechazaron al Hijo de Dios, a cambio de ¡un asesino! Nótese que Pilato, como Judas, testificó que Cristo era inocente (v. 24). La petición de los judíos en el versículo 25 fue contestada: La sangre de Cristo ha caído sobre ellos y sobre sus hijos, y estará allí hasta que la nación mire «a mí [Jesús], a quien traspasaron» (Zac 12.10). La ruina de Jerusalén en el año 70 d.C., la dispersión y persecución de los judíos y la ira futura de Dios sobre la tierra de Israel durante la tribulación, son todas respuestas a su petición.

Era costumbre que el criminal convicto llevara su cruz como testimonio de su culpa (Jn 19.17); pero en el camino los soldados «obligaron» a Simón a que la llevara en lugar del Señor. De esta manera Cristo no era el culpable; ¡Simón era el verdadero pecador!

III. Jesús y los espectadores (27.33–54)

Lea el Salmo 22 para ver una profecía gráfica de la crucifixión, y note cuántas de estas profecías se cumplen en este capítulo. ¡Qué cuadro sigue siendo el Calvario para la humanidad de hoy! Mientras que el Hijo de Dios sufre por el pecado del hombre, los soldados se juegan sus posesiones terrenas; los judíos se mofan de Él; la gente se sienta y se queda mirándole; y sin embargo un soldado romano confiesa: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (v. 54). Se ridiculizaron los oficios de Cristo como Profeta y Rey. Negaron su profecía respecto al templo (v. 40; véanse Jn 2.19; Mt 26.61) y repetidamente se rieron de sus afirmaciones de ser Rey (vv. 37, 42).

Las tinieblas que se mencionan aquí (v. 45) fue algo evidentemente sobrenatural. No podía haber sido un eclipse, porque la temporada de la Pascua ocurría en luna llena. Fue la manera del Padre para velar la cruz mientras su Hijo llevaba los pecados del mundo y probaba por la humanidad la ira de Dios. El misterio de Dios el Padre abandonando a su Hijo Unigénito es demasiado profundo para que nosotros lo captemos y comprendamos.

Los tres sucesos de su muerte son asombrosos. El velo se rasgó debido a que su sangre abrió un camino nuevo y vivo a Dios (Heb 10.19–25). Es posible que este milagro hizo que muchos de los sacerdotes creyeran después en Cristo (Hch 6.7). Las tumbas se abrieron porque su muerte conquistó a la muerte (Heb 2.14–18). Los santos no salieron de las tumbas sino después de su resurrección, porque Cristo es hecho «primicias» (1 Co 15.20, 23). Judas y Pilato confesaron la inocencia de Cristo, así como el soldado romano (v. 54). Incluso la ira del hombre alaba a Dios.

IV. Jesús y sus amigos (27.55–66)

Después que Jesucristo finalizó su obra de redención, note que nunca más lo tocaron manos enemigas. Mientras que Cristo estaba siendo hecho pecado por nosotros, Dios permitió que la gente hiciera lo peor. Pero cuando la obra quedó terminada, Dios permitió que sólo los amigos de Cristo lo tocaran. Sin dudas, José y Nicodemo eran creyentes, de otra manera no se hubieran contaminado para la Pascua al sepultar el cuerpo de Jesús. Ya no necesitaban el cordero pascual; habían descubierto perdón en el Cordero de Dios. Nicodemo vino a Jesús de noche (Jn 3) y le defendió frente al concilio (Jn 7.45–53). Al parecer, Nicodemo y José de Arimatea hicieron lo que el concilio sugirió: «Escudriña y ve» (Jn 7.52). Al buscar en las Escrituras, el Espíritu Santo los iluminó de manera que comprendieron los sufrimientos y la gloria de Cristo. De la profecía de Daniel entendieron cuándo Él moriría y de otras Escrituras por qué y cómo moriría. Así, tenían preparada la tumba y las especias (Jn 19.38–42), y estaban cerca cuando Jesús murió. Así Dios, en su providencia, cuidó del cuerpo de su Hijo, y de esa manera se cumplió la profecía de Isaías 53.9.

Los líderes judíos recordaron lo que los discípulos olvidaron: que Cristo prometió salir de la tumba después de tres días. ¡Qué desafortunado resulta que Satanás y sus hijos conozcan la Biblia mejor que los cristianos! Los judíos llamaron a Cristo «aquel engañador» (v. 63), sin tan siquiera darse cuenta de que un día la nación de Israel va a aceptar al «archiengañador», el anticristo, y hará pacto con él. «Aseguradlo como sabéis» (v. 65), fue todo lo que Pilato pudo decir. Pero ningún sello terrenal podía evitar que Cristo saliera de la tumba como había prometido.

MATEO 28

Este capítulo registra «La resurrección del Rey» y forma el gran clímax de la historia del Evangelio.

I. La importancia de la resurrección de Cristo

A. Prueba que Él es el Hijo de Dios (Jn 10.17,18).

B. Atestigua la verdad de las Escrituras (cf. Hch 2.31 con Sal 16.10).

C. Nos asegura nuestra resurrección futura cuando muramos (1 Ts 4.13ss).

D. Es una prueba del juicio futuro (Hch 17.30,31).

E. Es una de las verdades centrales del evangelio (1 Co 15.1–8).

F. Es la seguridad de nuestra herencia futura (1 P 1.3ss).

G. Es el fundamento del sacerdocio celestial de Cristo (Heb 7.23–28).

H. Da poder a la vida cristiana (Gl 2.20; Ef 1.18–20; Ro 6.4).

II. La tumba vacía (28.1–10)

Debemos admirar a estas mujeres por su devoción a Cristo. Dios recompensó su amor al permitirles ver la tumba vacía y oír el mensaje de la resurrección que el ángel dio. La piedra no la movieron para permitir que Cristo saliera; ¡la quitaron para permitir que los hombres miraran y vieran que Él ya no estaba allí! El verdadero mensaje de la resurrección es: «¡Vengan y vean[...] vayan y digan!» Para el creyente cada domingo es un día de resurrección.

La mortaja vacía que estaba en la tumba tenía la forma del cuerpo de Cristo, como un capullo vacío. Esto prueba que no robaron su cuerpo, sino que Él salió a través de los lienzos mortuorios y los dejó detrás como testimonio de un milagro. Si hubieran robado su cuerpo, lo hubieran hecho o bien sus amigos o sus enemigos. Si fueron los enemigos, hubieran podido mostrarlo y silenciar a los discípulos. Si fueron los amigos, no hubieran estado dispuestos a dar sus vidas por una mentira, ¡y sus amigos ni siquiera creían que Él se levantaría de entre los muertos!

III. La prueba de la resurrección de Cristo (28.11–15)

A. La resurrección de Cristo es un hecho histórico aceptado, y la persona que lo cuestiona o lo niega debe probar que Él no se levantó de entre los muertos.

El mismo Satanás que trató de destruir a Cristo en la cruz, quiere ahora que los hombres crean que el Señor todavía está muerto. Fue Satanás, el mentiroso, el autor de la conspiración entre los judíos y los soldados en Mateo 28.11–15.

B. La Persona de Cristo exige que sea levantado de entre los muertos.

Como Hijo de Dios, la muerte no lo podía retener (Hch 2.24).

C. Cristo prometió que resucitaría de los muertos.

Su vida virtuosa probó que siempre dijo la verdad, e incluso sus enemigos no pudieron hallar falta en Él. O bien salió de la tumba, o fue un mentiroso.

D. Testigos oculares testificaron de que habían visto a Cristo (Lc 24.33–36; Jn 20.19,26; Hch 1.3,21–22).

En una ocasión más de quinientas personas vieron a Cristo vivo (1 Co 15.6). Algunos incrédulos dicen que estos primeros testigos estaban «hipnotizados» o que sufrían de «alucinaciones autoimpuestas». Pero sería imposible que al mismo tiempo hipnotizaran o sufrieran alucinaciones quinientas personas.

E. El cambio en los primeros cristianos prueba que Él resucitó de los muertos.

Cuando usted se detiene a pensar que Pedro y los otros apóstoles no esperaban la resurrección, el cambio asombroso en sus vidas prueba que deben haber encontrado a Cristo. ¡Pedro fue un cobarde un día y un predicador poderoso unas pocas semanas más tarde!

F. La conversión de Pablo (Hch 9) prueba que Cristo está vivo.

Ninguna «idea ilusoria» o «mito» podría cambiar a este dedicado rabí judío y convertirlo en un fervoroso predicador cristiano.

G. La existencia del NT, la continuación de la Iglesia y la significación del Día del Señor son pruebas de que Cristo está vivo.

H. Por supuesto, la mejor prueba es la conversión del pecador.

«¿Me preguntan cómo sé que Él vive? ¡Vive en mi corazón!»

IV. La Gran Comisión (28.16–20)

¿Ha notado las escenas de los montes en Mateo? Tenemos el Sermón del Monte (caps. 5–7), el monte de la transfiguración (cap. 17), la profecía en el Monte de los Olivos (caps. 24–25), la crucifixión en el monte Calvario y ahora la reunión final con los discípulos en un monte de Galilea. Nótese los «universales» en este pasaje:

A. «Toda potestad» (v. 18, autoridad).

Este no era ya más el humilde campesino de Galilea, sino ¡el poderoso Hijo de Dios! En su muerte y resurrección conquistó a Satanás, el pecado y la muerte. Dios le dio toda autoridad en sus manos. En Mateo 4.8–10 Satanás llevó a Cristo a una montaña y le ofreció todos los reinos del mundo. Aquí en el monte de Galilea Cristo proclamó que ahora tenía toda autoridad y que Satanás había sido derrotado.

B. «Todas las naciones» (v. 19).

«Haced discípulos» significa «discipular». Esta es una comisión a llevar el evangelio a todas las naciones, y es un cambio definido de 10.5–6 donde la comisión se limitó a los judíos solamente. La evangelización sola no es toda la comisión; después que las personas se ganan, deben bautizarse, lo cual sugiere el compañerismo de una iglesia local. También se les debe enseñar, lo cual sugiere la enseñanza y la predicación de la Palabra de Dios. Por favor, tenga presente que nuestra comisión no es simplemente «ganar almas». Es «hacer discípulos», lo cual incluye ganarlos, traerlos dentro del compañerismo cristiano y edificarlos en la fe. En tanto que agradecemos a Dios por cada ministerio cristiano que es fiel al Señor y su Palabra, cualquier cosa que se haga debe estar ligada a la iglesia local.

D. «Todas las cosas» (v. 20).

Un discípulo es un aprendiz y debe enseñársele «todas las cosas que os he mandado». Esto incluye la Palabra de Dios completa. El hombre debe vivir de toda Palabra de Dios (4.4). Toda la Escritura es útil (2 Ti 3.16). La iglesia que no enseña a las personas todo el consejo de Dios (Hch 20.27), no está obedeciendo la Gran Comisión.

D. «Todos los días» (v. 20).

¡Qué tremenda seguridad! «Yo estoy con vosotros todos los días!» En Mateo 1.23 se le llama «Emanuel», Dios con nosotros, y aquí Él reafirma ese nombre. Él está con nosotros por medio de su Espíritu, en su Palabra, por su cuidado providencial y con su divina presencia. Esta es la promesa que llevó Livingstone al corazón de las tinieblas en Africa, y que ha estimulado y capacitado a los mensajeros de Cristo a través de los años.

Mateo termina su Evangelio con una responsabilidad de parte del cristiano: llevar el evangelio a todas las personas. No todos serán salvos, pero todos merecen la oportunidad de oír el evangelio.

Marcos

Bosquejo sugerido de Marcos

Introducción (1.1-13)

I. El ministerio del Siervo en Galilea (1.14–9.50)
   - A. Éxito inicial (1.14–6.29)
   - B. Retiro personal (6.30–9.32)
   - C. Ministerio final en Galilea (9.33–50)

II. El viaje del Siervo a Jerusalén (10)

III. La última semana de ministerio del Siervo (11–15)

IV. La victoria del Siervo (16)

Características. Marcos registra casi la mitad de los milagros de Cristo. La sanidad de un ciego y mudo (7.31–37) y la curación del ciego (8.22–26) se hallan sólo en Marcos. De las dieciocho parábolas que registra solamente dos son peculiares en el Evangelio de Marcos (4.26–29; 13.34–37). Se incluye nada más que un discurso largo (cap. 13), porque Marcos enfoca la acción y no los discursos. A menudo menciona las acciones de nuestro Señor, tales como que «Él miró alrededor», y sus expresiones de emoción. Su Evangelio es en verdad un recuento emocionante de la vida y obras de Jesucristo, el Siervo de Dios.

Notas preliminares a Marcos

I. Autor

Juan Marcos vivía en Jerusalén con su madre María (Hch 12.12), quien fue líder en la iglesia de Jerusalén. Algunos eruditos piensan que fue el joven que huyó del jardín cuando arrestaron a Jesús (Mt 14.51–52), pero esto es sólo una conjetura. Juan Marcos acompañó a su primo Bernabé (Col 4.10) y a Pablo en su «ministerio de la hambruna» (Hch 11.27–30), y en su primer viaje misionero (Hch 13.5), pero

los dejó en Perge y volvió a casa (Hch 13.13). Esto causó más tarde la división entre Bernabé y Pablo, e hizo que Bernabé tomara a Marcos bajo su protección (Hch 15.36–41). Sin embargo, Pablo antes de morir reconoció el ministerio de Marcos y lo elogió (Col 4.10; 2 Ti 4.11). Pedro llamó a Marcos «mi hijo» (1 P 5.13), lo cual puede indicar que fue Pedro quien trajo a Juan Marcos a la fe en Cristo. La tradición llama a Marcos «el intérprete de Pedro», lo cual sugiere que el Evangelio de Marcos es el informe de Pedro acerca de las palabras y obras de Jesús. (Véase 2 P 1.15.)

II. Tema

Marcos escribió primordialmente para lectores romanos, y su énfasis está en Jesucristo como el Siervo de Dios (Mc 10.44–45). Una de sus palabras clave es «inmediatamente», que se usa cuarenta y una veces en el libro. Muy a menudo, y sobre la marcha, Marcos describe a Jesús como el Siervo de Dios que suple las necesidades de toda clase de gente. El hecho de que explica costumbres judías y traduce palabras arameas indica que tenía en mente a lectores gentiles. Marcos también tiene un énfasis en el discipulado y la persecución. Es indudable que el Evangelio fue un gran estímulo para los cristianos que sufrían durante la persecución bajo Nerón (64–67 d.C.).

MARCOS 1

La palabra evangelio significa «buenas nuevas» (1.14–15; 8.35; 10.29; 13.10; 14.9; 16.15). En el AT se usaba para las «buenas nuevas de victoria» (1 R 1.42; Is 40.9; 41.27; 52.7; 61.1); y en el NT designa el mensaje de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien murió por los pecados del mundo (1 Co 15.1–8; Gl 1.6–17). Marcos procede a darnos las «credenciales» personales de Jesucristo, el Siervo de Dios.

I. Anuncio (1.1-8)

Marcos declara desde el principio que Jesús es el Hijo de Dios; y repite este testimonio a través de todo el libro (1.11; 3.11; 5.7; 9.7; 12.6; 13.32; 14.61–62; 15.39). Marcos cita a Malaquías 3.1 en el versículo 2, e Isaías 40.3 en el versículo 3, y ambas referencias aluden a Juan el Bautista, quien preparó el camino del Señor. Siempre que personas notables iban a venir a una ciudad, se reparaban los caminos para que su viaje fuera más fácil. El pueblo de Israel estaba, en ese tiempo, en un «desierto espiritual», y Juan tenía que alistarlos para la llegada del Hijo de Dios, el Siervo (Lc 1.13–17, 67–79). Quería sacarlos de su esclavitud espiritual en un «segundo éxodo» que les traería salvación. El ministerio de Juan fue eficaz, y el pueblo respondió con entusiasmo. Sin embargo, los líderes espirituales no se arrepintieron ni creyeron en el Salvador, y con el correr del tiempo permitieron que mataran a Juan (11.27–33). Juan fue el último de los profetas del AT y presentó al Mesías a la nación (Mt 11.1–19).

II. Reconocimiento (1.9-13)

Jesús no se bautizó debido a que fuera un pecador arrepentido, puesto que es el Hijo de Dios y nunca cometió pecado. Su bautismo en agua fue un cuadro de su bautismo de sufrimiento en la cruz (Lc 12.50), cuando las «ondas y olas» del juicio de Dios cayeron sobre Él (Sal 42.7; Jon 2.3). Él «cumplió toda justicia» mediante su muerte, sepultura y resurrección (Mt 3.15). Tanto la voz del Padre como la presencia del Espíritu en forma de paloma reconocían la deidad del Siervo. Su victoria sobre Satanás es prueba adicional de su condición divina de Hijo. El primer Adán falló la prueba en un jardín hermoso (Gn 3; 1 Co 15.45), mientras que el postrer Adán venció al enemigo en un desierto terrible.

III. Autoridad (1.14-25)

Jesús llegó a Galilea como predicador, anunciando las buenas nuevas de que el reino de Dios había venido a los seres humanos en la persona del Siervo de Dios. Aun cuando todavía no había revelado los hechos acerca de su muerte en la cruz, sin embargo, podía invitar a la gente a confiar en Él y ser salvos.

A. Autoridad sobre el destino (vv. 16-20).

Varios meses antes, Pedro, Andrés, Jacobo y Juan encontraron a Jesús y confiaron en Él (Jn 1.35–49), pero este fue su llamamiento a un ministerio a tiempo completo como discípulos. Zebedeo debe haber tenido un negocio floreciente para poder contratar trabajadores, de modo que la partida de sus hijos no lo dejó en la pobreza. Por lo menos siete de los discípulos de nuestro Señor fueron pescadores profesionales (Jn 21.1–2). Los pescadores tienen valor y tenacidad, están dispuestos a trabajar duro y saben cómo trabajar juntos. Estas son buenas cualidades para ser «pescadores de hombres».

B. Autoridad sobre los demonios (vv. 21-28).

Jesús hizo de Capernaum su «cuartel general» (2.1; 9.33) y salió de allí a las varias regiones del país a ministrar. A menudo enseñaba en las sinagogas locales, y en este sabbat en particular libró a un hombre del poder de un demonio. Inclusive, los demonios tuvieron que confesar que Jesús es el Hijo de Dios, pero su confesión no los salva (Stg 2.19). Marcos con frecuencia informa el asombro de la gente (1.22, 27; 2.12; 5.20, 42; 6.2, 51; 7.37; 10.26; 11.18). Esta obra poderosa difundió la fama de Jesús a otros lugares.

C. Autoridad sobre la enfermedad (vv. 29-34; 40-45).

La casa de Pedro se convirtió en un lugar de sanidad ¡para toda la ciudad! Qué importante es que «llevemos a Jesús a casa con nosotros» después que hemos adorado. El Señor suplió la necesidad en la casa y luego usó la casa para suplir la necesidad de otros. Las muchedumbres no vinieron sino cuando el sabbat había concluido, debido a que las tradiciones religiosas decían que sanar era trabajo y que no debía hacerse en el sabbat. Pero Jesús deliberadamente ya había quebrantado esa tradición (1.21–28) y lo haría de nuevo (3.1–5; Jn 5; 9). Marcos hace una distinción entre los que tenían enfermedades y los que estaban poseídos por demonios (1.32). Aun cuando algunas aflicciones físicas las pueden causar los demonios (Lc 13.10–17), no toda enfermedad es de origen demoníaco.

Era ilegal que los leprosos se acercaran a otros; tenían que mantener su distancia y gritar: «Inmundo, inmundo» (véase Lv 13.44–46). Pero este hombre había oído acerca de Jesús y estaba seguro de que podría sanarlo (1 Ti 2.4; 2 P 3.9). Técnicamente Jesús se hizo «inmundo» cuando tocó al hombre, pero su toque trajo sanidad inmediata. Para ver el ritual de restauración que debía cumplir el leproso véase Levítico 14; y nótese que el ritual es un cuadro de la obra redentora de Cristo. La compasión de Jesús se menciona tres veces en Marcos (6.34; 8.2; 9.22).

D. Autoridad en la oración (vv. 35-39).

Sin importar cuánto trabajaba el Siervo para ayudar a otros, todavía dedicó tiempo, temprano en la madrugada, para encontrarse con su Padre (Is 50.4). Esta fue la fuente de su poder, porque Jesús sirvió en la tierra exactamente como usted y yo servimos: por fe, dependiendo

del poder del Espíritu. Los obreros que están demasiado ocupados como para orar están demasiado ocupados, y Dios no bendecirá sus esfuerzos (Jn 15.5). Si el Hijo de Dios tenía que pasar tiempo en oración mientras ministraba sobre la tierra, ¡cuánto más nosotros lo necesitamos!

MARCOS 2

Jesús se había convertido en una persona «popular», porque la gente quería estar con Él y ver sus milagros. Es desafortunado que la mayoría estaba tan entusiasmada por sus milagros que pasaba por alto su mensaje. Marcos a menudo menciona que grandes muchedumbres seguían al Señor (2.2, 13; 3.7–9, 20, 32; 4.1, 36; 5.31; 7.33; 8.1–2; 9.14–17). La popularidad de nuestro Señor atrajo la atención de los líderes religiosos judíos, y esto algunas veces provocó desacuerdos y preguntas. Marcos describe cuatro de tales desacuerdos.

I. Desacuerdo acerca del perdón (2.1-12)

«La casa» bien podía haber sido la de Pedro, porque la ciudad entera sabía donde estaba (1 29.32). Fue fácil para los cuatro amigos romper el techo, porque estaba hecho de vigas, ramas de árboles cubiertas de barro mezclado con paja; y los hombres llegaron al techo mediante una escalera externa. Debemos elogiarlos porque amaban al amigo, se preocuparon por llevarlo ante Jesús y tenían fe de que Jesús le curaría (v. 5). Los escribas deben haber llegado más temprano, porque estaban lo suficientemente cerca de Jesús como para ver y oír todo lo que ocurría (v. 6). Por supuesto, hubiera sido mucho más fácil que Jesús dijera: «Tus pecados te son perdonados», porque nadie hubiera podido probar si los pecados del hombre fueron o no en realidad perdonados. Por eso Jesús respaldó su palabra de perdón con una de sanidad y el hombre se fue sano. Los escribas sabían que Jesús afirmaba ser Dios, y este fue el principio de oposición a su mensaje y ministerio; oposición que finalmente condujo al arresto y crucifixión de Cristo.

II. Desacuerdo acerca de la comunión (2.13-17)

El llamamiento de Leví (Mateo significa «don de Dios») dejó perplejos a los líderes religiosos oficiales, pues, ¿qué rabí hubiera querido tener a un cobrador de impuestos como discípulo? A los judíos que trabajaban para Roma se les miraba como traidores tanto a Dios como a Israel, y sin embargo Jesús les dio la bienvenida y nueva vida (Lc 15.1–2). Pero Jesús avanzó aún más y tuvo compañerismo con Mateo y sus amigos «pecadores». («Pecadores» en el v. 15 quiere decir judíos que no guardaban la ley y vivían como los gentiles. Para los judíos religiosos eran como proscritos.) Jesús ve a los pecadores como enfermos que necesitan un médico y Él es ese médico (Sal 107.20).

III. Desacuerdo acerca del ayuno (2.18-22)

Jesús respondió a su pregunta acerca de sus invitados, y ¡ahora tenía que defender el banquete! En esa época, en tierras orientales, comer con una persona quería decir un lazo solemne de amistad. ¿Cómo podía Jesús y sus discípulos disfrutar de banquetes mientras que otros religiosos ayunaban? (El único ayuno requerido para los judíos era el Día de la Expiación; véase Lv 16.) Jesús se había comparado a un médico; ahora se describe como el Esposo (Jn 3.29; Ef 5.32). La vida cristiana es un banquete; ¡no un funeral!

Ahora que Jesús ya no está en la tierra su pueblo puede ayunar si lo desea (Mt 6.16–18; Hch 13.2–3; 2 Co 6.5; 11.27). La frase: «les será quitado» en el versículo 20 es una indicación de su muerte futura (Is 53.7). Los líderes religiosos querían que Jesús hiciera una componenda y «mezclara» su mensaje y ministerio al de ellos, pero Él rehusó hacer tal cosa. Él no vino a remendar lo viejo, sino a traer lo nuevo.

IV. Desacuerdo acerca de la libertad (2.23-28)

Para entonces los líderes religiosos vigilaban todo lo que Jesús hacía. Estaban reuniendo evidencia que pudieran usar para desacreditarlo ante la gente, y posiblemente acusarlo ante las autoridades. La tradición judía decía que había treinta y nueve actos que no debían realizarse en el día de reposo, entre ellos estaba cosechar granos. Era legal recogerlo en el sembrado del prójimo para comer (Dt 23.25), pero no en el sabbat. Jesús se defendió, y también a sus discípulos, refiriéndose a la experiencia de David (1 S 21.1–6) y afirmando que Él era Señor del día de reposo. ¡Esto era lo mismo que afirmar ser Dios!

En el relato de Mateo (12.1–8) aparecen tres argumentos que usó Jesús: lo que hizo David, lo que los sacerdotes tenían que hacer y lo que dijo el profeta (Os 6.6). Escrito para lectores gentiles, Marcos dejó el material respecto a los sacerdotes y los profetas, y lo enfocó a quien les hubiera interesado: un rey. El pan de la proposición era solamente para los sacerdotes (Lv 24.5–9), de modo que David «quebrantó la ley» cuando comió de él y lo dio a sus hombres. Pero la satisfacción de una necesidad humana (el hambre) es más importante que proteger una práctica religiosa, incluso una dada por Dios. Más tarde, Jesús usaría esta misma defensa (3.1–15).

Marcos identificó al sumo sacerdote como Abiatar (v. 26), mientras que 1 Samuel 21.1 menciona a Abimelec como el sumo sacerdote. Este era el padre de Abiatar (1 S 22.20). Es posible que padre e hijo hayan tenido el mismo nombre. (Véanse 1 Cr 18.16 y 24.6.) Con toda seguridad el Hijo de Dios no cometería equivocaciones en cuanto a un dato de historia registrado en las Sagradas Escrituras.

MARCOS 3

Las multitudes continúan siguiendo a Jesús (vv. 7, 20, 32) y ahora tenían que tomar decisiones personales respecto a Él. Marcos registra cinco de tales decisiones.

I. «Es uno que quebranta la ley» (3.1-6)

Por tercera vez Jesús a propósito viola las tradiciones judías respecto al sabbat. El hombre de la mano seca no tenía idea de que Jesús vendría a la sinagoga para curarle, de modo que esperar un día más no lo hubiera enfadado. Pero Jesús quería hacer más que simplemente sanar a un hombre; quería enseñarles a los fariseos (Lc 6.7) que Dios quiere que su pueblo disfrute libertad y no sufra en esclavitud religiosa (véase Hch 15.10). Siempre es correcto hacer el bien; y si no hacemos el bien, hacemos el mal (Stg 4.17). Jesús sabía lo que sus críticos estaban pensando y se entristeció por el endurecimiento de sus corazones. Vio la malignidad que se gestaba en ellos y sabía dónde terminaría. ¡Estos religiosos en realidad se convertirían en asesinos de su propio Mesías!

II. «Es uno que hace milagros» (3.7-12)

Grandes multitudes de toda la región siguieron a Jesús, de modo que no podía tener ni un momento a solas. Miles de personas venían de todas partes, o para ser sanados, o para ver sanar a otros. Cuando estaba en las cercanías del mar de Galilea, los discípulos tenían a mano una barca para que Él pudiera predicar desde allí (Lc 5.3). Es desafortunado que estas personas vinieran solamente en busca de ayuda física, y no la bendición espiritual. Las multitudes le creaban problemas a Jesús, porque los romanos podían pensar que estaba dirigiendo un levantamiento popular y eso podría interferir con su ministerio.

III. «Es nuestro Maestro» (3.13-19)

La respuesta de nuestro Señor fue retirarse solo al monte y pasar la noche en oración (Lc 6.12). Cuando descendió a la mañana siguiente, seleccionó a doce hombres y los llamó «apóstoles». La palabra significa «uno que es enviado con una comisión». Jesús tuvo muchos seguidores, pocos discípulos verdaderos, pero sólo doce apóstoles. Aunque la palabra «apóstol» algunas veces se usa en el NT para generalizar a «uno enviado» (Hch 14.14; Ro 16.7), significa específicamente los doce y Pablo. Diez veces en su Evangelio, Marcos se refiere a «los doce» (3.14; 4.10; 6.7; 9.35; 10.32; 11.11; 14.10, 17, 20, 43). Estos hombres vivirían con Jesús, aprenderían de Él y saldrían y servirían bajo su autoridad. Las calificaciones dadas en Hechos 1.21–22 indican que hoy no podría haber apóstoles en el sentido estricto de la palabra.

A estos hombres se les menciona también en Mateo 10.2–4, Lucas 6.14–16 y Hechos 1.13. Tres de ellos tenían sobrenombres: Simón Pedro («piedra»), y Jacobo y Juan («hijos del trueno», véase Lc 9.54–55). A Bartolomé se le identifica con Natanael (Jn 1.45) y Tadeo con Judas, hijo de Jacobo (no el Iscariote) (Jn 14.22; Lc 6.16). La palabra «cananista» (o cananita) del versículo 18 procede del hebreo y significa «celoso». Antes de su conversión Simón pertenecía al grupo «clandestino» judío, los zelotes, que trataban de derrocar a Roma (Lc 6.15). Después de nombrar a sus ayudantes, Jesús predicó el Sermón del Monte (Mt 5–7). Fue su «sermón de ordenación» para hacerles saber lo que Dios esperaba de ellos como siervos de Cristo.

IV. «Esta fuera de sí» (3.20-21,31-35)

Los propios amigos y familia de nuestro Señor, no lo comprendían. Sus amigos vinieron «para apoderarse de Él» porque pensaban que era un fanático (véanse Hch 26.24–25; 2 Co 5.13), y su familia estaba muy preocupada por Él. Las enormes multitudes, los milagros y los informes ampliamente difundidos respecto a Jesús les convencieron de que tenían que hacer algo. El versículo 31 es la única mención a María en el Evangelio de Marcos. Después de todo, ¡quién se preocupa por la madre de un Siervo! Nuestro Señor no fue rudo con su familia; simplemente usó su preocupación como una oportunidad para explicar lo que significa pertenecer a la familia de Dios. Los hijos de Dios están más cerca de Jesús que incluso su propia familia terrenal, porque «somos huesos de sus huesos y carne de su carne» (véase Ef 5.30).

V. «Está aliado a Satanás» (3.22-30)

Sin estar dispuestos a someterse a la autoridad del Señor los líderes religiosos tenían que explicar de alguna manera sus milagros; de modo que dijeron que era el diablo el que le daba el poder. Jesús destacó la insensatez del argumento; porque si Él echaba fuera a los demonios por el poder de Satanás, ¡entonces Satanás estaría luchando consigo mismo! ¡El reino y la casa de Satanás estarían divididos! (Nótese que Satanás no tiene un reino, porque es «el príncipe de este mundo». Véanse Jn 12.31; Ef 6.10–20 y Col 1.13.) El hecho de que Jesús echara fuera a los demonios es prueba de que es más fuerte que «el hombre fuerte» y capaz de librar a los que el diablo ha atado.

¿Cuál es el «pecado imperdonable»? (vv. 28–30) Es mucho más que un pecado de palabras (v. 30); porque las palabras proceden del corazón y allí es donde yace el pecado (Mt 12.34–37). Si es tan solo un pecado de palabras, ¿por qué se puede perdonar la blasfemia contra Jesús (Mt 12.32) pero no la blasfemia contra el Espíritu Santo? ¿Es el Espíritu Santo más grande que el Hijo de Dios?

Jesús dejó en claro que Dios puede perdonar, y perdonará, todo pecado (v. 28). El único «pecado imperdonable» es rehusar confiar en Jesucristo (Jn 3.16–18, 36). Cuando Jesús les advirtió a los líderes judíos, en realidad lo estaba haciendo a la nación judía. Podía rechazar al Hijo de Dios mientras Él estuviera en la tierra y Dios no los juzgaría inmediatamente. (Lc 23.34: «Padre, perdónalos».) Pero cuando el Espíritu vino en Pentecostés y los creyentes hicieron muchas obras maravillosas, los líderes seguían negándose a creer. Esa fue su última oportunidad; rechazaron la evidencia y murieron en incredulidad. Pecaron contra el testimonio del Espíritu y no pudieron ser perdonados.

En el sentido más estricto, hoy no puede haber «pecado imperdonable»; porque nunca hemos visto a Jesús en la carne y en la tierra. Pero el pecador que resiste el testimonio del Espíritu y rechaza a Cristo comete el pecado que Dios no puede perdonar. Satanás usa pasajes tales como Hebreos 6.1–8 y 10.26–31 para acusar y atacar al pueblo de Dios, tratando de convencerlo de que está perdido; pero es imposible que un verdadero cristiano cometa un «pecado imperdonable». Todos nuestros pecados han sido perdonados (Ef 1.7; Col 2.13); y si pecamos contra Dios, podemos confesarlo y Él nos perdonará (1 Jn 1.5–2.2).

MARCOS 4

Marcos introduce la palabra «parábola» en 3.23 y la usa siete veces en este capítulo (4.2, 10–11, 13, 33–34). La palabra significa «lanzar a la par de algo». Jesús usó imágenes familiares para ayudar a explicar las verdades espirituales acerca del «reino» (vv. 11, 26, 30). Usó esta analogía para alertar al descuidado e instruir al interesado y, no obstante, ocultar la verdad que podrían usar en su contra los enemigos (vv. 10–12). El capítulo presenta cuatro responsabilidades del pueblo de Dios.

I. Sembrar (4.1-20,30-34)

Jesús explicó la parábola y enfatizó que conocerla era básico para comprender las demás parábolas (v. 13; y véase Mt 13.1–23). A menos que nuestros corazones estén preparados para recibir la semilla de la Palabra, no creceremos en gracia o conocimiento (2 P 3.18). El sembrador originalmente fue Jesús, quien vino enseñando la Palabra de Dios (la semilla) y buscando una cosecha. Hoy, cualquiera que habla a otros de la Palabra de Dios está sembrando la semilla. Como semilla, la Palabra de Dios «es viva y eficaz» (Heb 4.12) y, cuando se cultiva, puede producir fruto. Sin embargo, hay fuerzas que batallan en contra de que la semilla lleve fruto; el diablo arrebata la semilla de los corazones endurecidos (vv. 4, 15); la carne produce una respuesta temporal en los corazones superficiales (vv. 5–6, 16–17); y el mundo ahoga el crecimiento en los corazones atiborrados (vv. 7, 18–19). El buen terreno representa el corazón preparado que recibe la semilla y produce una cosecha en varios grados («fruto[...] más fruto[...] mucho fruto», Jn 15.1–8).

Es significativo que tres cuartas partes de los corazones no produjeron fruto (nunca nacieron realmente de nuevo), y no todos los corazones que fructificaron produjeron a «ciento por uno». A medida que sembramos la semilla con nuestra predicación, enseñanza o testimonio, no debemos desanimarnos (Gl 6.9; Sal 126.5–6), porque Dios usará su Palabra como crea conveniente y nunca se desperdiciará (Is 55.8–11). Tampoco debemos entusiasmarnos por el crecimiento falso (vv. 30–34). Una semilla de mostaza es pequeña, pero cuando crece, produce una planta grande, no un árbol. Aquí se sugiere que Satanás (las aves en el árbol, v. 15) promoverá un falso crecimiento que dará la oportunidad al enemigo para que trabaje. En las Escrituras un árbol grande simboliza un reino mundanal considerable (Ez 17.22–24; 31.3–9; Dn 4.20–22). El verdadero pueblo de Dios siempre ha sido una minoría (Lc 12.32), pero la iglesia profesante es muy parecida a un árbol grande con muchas ramas.

II. Brillar (4.21-25)

La palabra «oír» se usa trece veces en este capítulo, y se refiere a una persona que recibe internamente la verdad de Dios, así como el suelo recibe la semilla. Debemos tener cuidado de cómo oímos (Lc 8.18) y de lo que oímos (Mc 4.24); porque esto determina lo que diremos a otros. No recibimos la Palabra para que la disfrutemos solos. La recibimos para darla, así como una lámpara da de sí misma para proveer luz a la casa. Véanse Mateo 5.15–16 y Lucas 11.33–36.

III. Cosechar (4.26-29)

Esta parábola puede resumirse en cuatro palabras: sembrar (v. 26), dormir (v. 27), crecer (v. 28), cosechar (v. 29). Todo lo que podemos hacer es sembrar la semilla; el único que da el crecimiento es Dios (1 Co 3.6–7). Nosotros no podemos hacer crecer a la semilla; es más, ni siquiera comprendemos por completo cómo crece la semilla. Nuestra tarea es sembrar la semilla y vigilar para cuando la siega esté lista (Jn 4.35–38). Aunque a veces dormir es cuadro del pecado (Ro 13.11–14; 1 Ts 5.1–11), aquí simplemente nos recuerda que las personas que trabajan duro necesitan descansar (véase Mc 6.31). Si los trabajadores no se cuidan, no podrán hacer la obra que Dios les ha llamado a hacer.

IV. Confiar (4.35-41)

Jesús completó la lección y luego ¡les hizo a los discípulos un examen inesperado! Habían escuchado la Palabra de Dios y esa Palabra debía incrementar su fe (Ro 10.17). ¡Qué cosa, fallaron el examen! No es desusado que tormentas terribles caigan de repente en el mar de Galilea, aun cuando esta pudo haber sido de origen satánico. La palabra «reprendió» en el versículo 39 es la misma que Jesús usó cuando se enfrentó a los demonios (1.25). Tal vez el enemigo estaba tratando de evitar que Cristo llegara a Gadara, donde liberaría a dos endemoniados del poder de Satanás. «Con Cristo en su barca, puede sonreír en la tormenta», si su fe está en Él y sólo en Él.

MARCOS 5

Marcos nos presenta a tres personas que tienen una cosa en común: todas estuvieron a los pies de Jesús (vv. 6, 15, 22, 33).

I. Un endemoniado (5.1-20)

Mateo nos informa que dos endemoniados le salieron al encuentro a Jesús (8.28), pero Marcos y Lucas enfocan en el más vocinglero, el hombre que quería ir con Jesús y ser su discípulo. La narración describe el horrible aprieto de estos hombres que se acercaron a Jesús y sin embargo, debido a los demonios, le temían (vv. 6–7). Una legión romana podía tener casi seis mil hombres. En ninguna parte de las Escrituras se explica ni la fisiología ni la sicología de la posesión demoníaca, pero sí deja en claro el poder superior del Salvador. Todo inconverso está controlado hasta cierto punto por Satanás (Ef 2.1–3; Col 1.13), aunque a lo mejor en su vida no haya evidencia de las terribles cosas que se describen aquí (vv. 3–5). Satanás es a la vez un ángel de luz (2 Co 11.14) y un león rugiente (1 P 5.8).

Los demonios temían que Jesús les enviaría al abismo (Lc 8.31; Ap 9.1–2, 11; 20.1–3), lo que para ellos hubiera significado tormento eterno y el final de su libertad para servir a Satanás sobre la tierra. Sabía quién era Jesús y lo que podía hacerles. Algunas personas han criticado a Jesús por destruir dos mil cerdos, pero sus acusaciones son insensatas. Jesús podía haber enviado a los demonios a cualquier parte; pero cuando decidió enviarlos a los cerdos, logró varios propósitos.

Primero, demostró que los demonios eran reales y que la liberación fue genuina. Segundo, dio una prueba vívida de que Satanás es un destructor (Ap 9.11; Jn 10.10) y que para el diablo, un cerdo es tan bueno como cualquier hombre. Si usted le rinde su vida a Satanás y al pecado, terminará viviendo y muriendo como un animal. Qué advertencia fue esta para los que lo vieron; pero al parecer no la captaron en su corazón, porque le pidieron a Jesús que se fuera de ellos. Como Creador Jesús posee todas las cosas (Sal 50.10) y puede disponer de ellas como le plazca. Por último, la destrucción de los cerdos reveló la condición espiritual de la gente de ese distrito: ¡preferían tener sus cerdos antes que al Salvador! El dinero era más importante que la sanidad de dos hombres o la salvación de sus almas.

Uno de los hombres sanados apreció tanto lo que Jesús hizo, que quiso ir con Él y servirle, pero Jesús le envió a su cada para que contara a los gentiles de esa área. Es interesante que Jesús respondió a las peticiones de los demonios y de los ciudadanos, pero no estuvo de acuerdo con la petición del hombre que quería ser su discípulo. Esto nos dice que antes de que usted salga para servir a Jesús en otras partes, asegúrese de que le ha servido fielmente en su casa.

II. El principal de una sinagoga (5.21-23,35-43)

Jairo mostró una gran valentía cuando vino a Jesús, porque muchos de los líderes religiosos ya estaban empeñados en destruirle. Mas su amor por su hija moribunda le obligó a obviar sus prejuicios e ir a Jesús. El suelo está a nivel de los pies de Jesús, porque todos los que tienen cargas están allí. Jesús pudo haber sanado a la muchacha a distancia (Jn 4.46–54; Mt 8.5–13), pero prefirió ir con el preocupado padre.

El retraso que causó la mujer anónima quizás irritó a Jairo, porque cuando Jesús terminó de ayudarla, llegó la noticia de que la hija de Jairo había muerto. Los amigos de Jairo estaban seguros de que Jesús ya no podía hacer nada (Jn 11.37), pero Él es el único que puede vencer la muerte (Heb 2.14–15). Jesús animó a Jairo con: «No temas, cree solamente» (v. 36). Cuando todo parece desbaratarse a nuestro alrededor, e incluso los amigos nos desaniman, todo lo que podemos hacer es aferrarnos por fe a las promesas de Dios.

Pedro, Jacobo y Juan fueron al parecer el «círculo íntimo» en el grupo de discípulos, porque Jesús les invitó sólo a ellos a que participaran de tres experiencias especiales con Él: la resurrección de la hija de Jairo, la transfiguración (9.1–8) y su oración en el Getsemaní (14.33). Cada una de estas experiencias les enseñó una lección sobre la muerte: Cristo es victorioso sobre la muerte, glorificado en la muerte y sometido a la muerte.

Esta muchacha estaba muerta de verdad y los que se lamentaban lo sabían. Pero para el creyente la muerte es sólo sueño: el espíritu deja el cuerpo (Stg 2.26) y el cuerpo duerme (1 Ts 4.13–18). El espíritu no duerme, sino que a la muerte se va con el Señor (Flp 1.20–23). Vea la ternura y la acción práctica de Jesús: ¡les dijo que le dieran algo de comer!

III. Una mujer sufriente (5.24-34)

La aflicción de esta mujer no sólo le produjo incomodidad y desaliento, sino que le impedía adorar en el templo (Lv 15.19ss) y le costó todo lo que tenía, pues lo había gastado en remedios inútiles. (Lucas, un médico, escribió que «por ninguno había podido ser curada» [Lc 8.43]. Marcos no fue tan cortés con los doctores, porque escribió que «había sufrido mucho de muchos médicos» [v. 26].)

Debemos admirar la fe de esta mujer, porque se abrió paso en la densa multitud para poder llegar a Jesús. La gente le daría paso a un hombre importante, como Jairo, pero, ¿quién se apartaría para dejar pasar a una mujer necesitada? El texto griego del versículo 28 dice: «Porque ella decía continuamente». Fue como si se animara a sí misma al abrirse paso hasta Jesús. ¡Su fe fue recompensada!

Pero Jesús no estaba dispuesto a que ella experimentara un milagro y no tuviera la oportunidad de dar gloria a Dios (Sal 107.2, 20–21). Con ternura la animó a que dijera lo que le había ocurrido; y entonces la envío en paz (v. 34). Esto sugiere que experimentó mucho más que la sanidad física: conoció a Jesús como su Señor y Salvador (véase Lc 7.40–50). Su testimonio del poder de Cristo debe haber animado a Jairo, que estaba esperando, pero al parecer no captó el mensaje.

Estas son sólo tres de las personas que vinieron a los pies de Jesús mientras Él ministraba aquí en la tierra. Lea los cuatro Evangelios y busque a esas personas. Serán de bendición para usted cuando le muestren el amor y el poder de Jesús.

MARCOS 6

Este es un capítulo lleno de oportunidades, algunas de ellas se perdieron debido a la incredulidad y otras se disfrutaron debido a la fe.

I. Oportunidad de conocer al Siervo (6.1-6)

Un año antes la gente del pueblo de Jesús intentaron matarlo (Lv 4.29), pero Él con su gracia regresó y les dio otra oportunidad de que lo conocieran. Pensaron que realmente le conocían porque creció en su ciudad y vivió allí por treinta años. Sin embargo, le veían sólo como «el carpintero» (v. 3) y no como el Hijo de Dios, y se asombraban de su sabiduría y obras. La familiaridad equivocada promovió la incredulidad, y la incredulidad les robó la bendición. Así como Jesús se maravilló de la fe (Mt 8.10), ahora se quedó maravillado de la incredulidad.

II. Oportunidad de enseñar la Palabra (6.7-13)

Los doce eran embajadores de Cristo, comisionados y autorizados por Él para servir dondequiera que les enviara. Si usted compara los relatos de Marcos con Mateo (10.1–42), verá que Marcos ha omitido la mención del ministerio a los judíos, porque escribió para lectores gentiles. Había una urgencia respecto a esta obra, y Jesús les dijo a los hombres que no adquirieran nuevo equipo ni se preocuparan por cosas que no necesitaban. No debemos tomar estas órdenes como apropiadas para cualquier ministerio, porque Dios espera que usemos el sentido común para planear nuestros viajes. Jesús les animó a vivir por fe, una lección que el pueblo de Dios necesita aprender siempre. Su principal tarea era predicar la Palabra y guiar a la gente a que confiaran en el Salvador.

III. Oportunidad para arrepentirse del pecado (6.14-29)

Herodes Antipas era sólo tetrarca de Galilea y Perea, pero le gustaba que le consideraran rey. Se casó con su sobrina Herodías, quien había dejado a su esposo Herodes Felipe para formar esta alianza diabólica; y Juan el Bautista le reprendía (Lv 18.16). Herodías quería que su esposo matara a Juan, pero Herodes se las arregló para poner a Juan en la cárcel, y a veces lo escuchaba predicar. Herodes oyó al más grande profeta que Dios jamás envió, y sin embargo rehusó someterse a la Palabra de Dios. La frase «se quedaba muy perplejo» (v. 20) indica la reacción de Herodes a la predicación de Juan. La indecisión de Herodes lo convirtió en homicida, porque en lugar de hacer caso a la Palabra, trató de silenciarla matando a Juan el Bautista. Un año más tarde, cuando Jesús estuvo frente a Herodes Antipas (Lc 23.6–12), el Hijo de Dios se negó a hablarle, porque Herodes había silenciado de una vez por todas la voz de Dios. Herodes desperdició todas las oportunidades que Dios le dio.

IV. Oportunidad para mostrar compasión (6.30-44)

Jesús envió a los doce, de modo que regresaron para informarle y contarle lo que Dios había hecho a través de ellos. Después de un intenso tiempo de ministerio, necesitaban descansar; así que Jesús y los apóstoles se retiraron aparte. Es bueno ministrar las necesidades de la gente, pero también es bueno cuidar de uno mismo para poder estar lo suficientemente fuerte como para volver a ministrar. El Dr. Vance Havner solía decir: «¡Si uno no se retira y descansa, uno se desbarata!»

Jesús intentó apartarse de las multitudes, pero no tuvo éxito (véase 7.24). El Siervo de Dios no puede ni siquiera tener tiempo para descansar. Las personas le seguían y Él tuvo compasión de ellas y les enseñaba y les alimentaba. La alimentación de los cinco mil se registra en los cuatro Evangelios, de modo que es un milagro importante. La solución de los discípulos al problema fue: «que vayan y compren» (v. 37); pero la de Jesús fue: «Id y vedlo» (v. 38). Siempre empiece con lo que tiene antes de pedirle a Dios que le dé más. El milagro de la multiplicación ocurrió en las manos de Jesús: Él era el manufacturero; los discípulos sólo los distribuidores. Qué maravilloso tener un Maestro que puede resolver cualquier problema, suplir cada necesidad y capacitarnos para ministrar a otros.

V. Oportunidad para crecer en la fe (6.45-52)

Juan nos dice que la multitud, asombrada por la capacidad de Jesús para alimentar a tanta gente, quería hacerle rey (Jn 6.15). Los doce, en esta etapa de su fe, quizás hubieran estado de acuerdo con la muchedumbre; de modo que Jesús los envió en una barca mientras Él despedía a la gente y luego se fue al monte a orar (véase 1.35). Estaba probando la fe de los apóstoles, porque sabía que la tormenta se avecinaba. Jonás se vio en medio de una tormenta porque desobedeció a Dios, pero los doce se vieron en una tormenta debido a que obedecieron al Señor. Los hombres no querían dejarle; Él tuvo que «obligarlos» a que se fueran.

En la tormenta anterior (4.35–41) Jesús estaba con los hombres en el barco; pero ahora estaba ausente. Cuando la situación estaba en su peor punto Jesús vino a ellos, les habló y trajo paz y seguridad. Marcos no menciona la caminata de Pedro sobre el agua (Mt 14.22–32); pero si fue el portavoz de Pedro en su Evangelio, esa omisión es comprensible. Sin embargo, Marcos registra el fracaso de los discípulos al no entender el poder de Jesús y aprender las verdades espirituales que quería enseñarles (v. 52).

VI. Oportunidad para recibir la ayuda del Señor (6.53-56)

Su barca atracó al sur de Capernaum. La gente reconoció a Jesús, y corrieron a traerle a los enfermos y afligidos. No lo habían esperado; pero ahora que estaba allí, no querían desperdiciar la oportunidad. No sólo le trajeron enfermos, sino que esparcieron las buenas nuevas a otras aldeas, de modo que dondequiera que Jesús iba, la gente necesitada le esperaba. El Siervo estaba a las órdenes y a disposición de toda clase de gente, y con su gracia suplió sus necesidades.

Fue al día siguiente que Jesús dio su sermón sobre el «Pan de vida» y perdió a su multitud (Jn 6.22–71). Querían pan, pero no querían la verdad. Cuán parecido a muchas personas hoy que quieren que Jesús les ayude y les sane, pero no que las salve y las libre de sus pecados.

MARCOS 7

Este capítulo podría ser de especial interés para los lectores de Marcos, debido a que Jesús responde dos preguntas importantes respecto a los gentiles.

I. ¿Contaminan los gentiles a los judíos? (7.1-13)

La visita de los escribas y fariseos fue evidentemente una indagación oficial de parte del sanedrín, el concilio religioso gobernante de los judíos. Jesús había violado las tradiciones del sabbat (2.15–28; 3.22–30), y ahora estaban vigilándole de cerca para ver qué más pudiera hacer. En este caso, fue una violación de su tradición respecto al lavamiento ceremonial de las manos. Este ritual no tenía nada que ver con higiene; era puramente ceremonial, para limpiarse de cualquier contaminación que los judíos pudieran por accidente haber recibido de los gentiles o samaritanos.

La tradición no es necesariamente una cosa mala, pero cuando tiene más autoridad que la Palabra de Dios, es un error. Colosenses 2.8 nos advierte en contra de las tradiciones hechas por los hombres, pero debemos prestar atención a las que Dios hace y entrega a su pueblo (1 Co 11.2; 2 Ts 2.15; 2 Ti 2.2). Jesús recalcó que el gran peligro era la hipocresía: obedecemos las tradiciones con palabras y hechos, pero no servimos a Dios de corazón (Is 29.13). Nótese los pasos descendentes: primero echamos a un lado la Palabra de Dios (v. 8), luego la rechazamos (v. 9) y por último le quitamos cualquier poder en nuestras vidas (v. 13). Las tradiciones de los hombres, no la verdad de Dios, controlan nuestra vida. ¡Los fariseos podían privarles a sus padres de toda ayuda escudándose en sus tradiciones! («Corbán» en el v. 11 significa «una dádiva [a Dios]» y tenía que ver con las leyes en Nm 20.)

Pero Jesús no se detuvo con exponer la hipocresía de los judíos; también dejó al descubierto sus corazones (vv. 14–23). Los judíos no se contaminaban externamente por entrar en contacto con los gentiles, sino internamente debido a sus corazones pecaminosos. Y ninguna cantidad de lavamiento externo eliminaría la contaminación interior (Sal 51.6–10). Los discípulos estaban en tanta oscuridad en cuanto a esto como la gente común, y Jesús tuvo que explicarles en privado la verdad. ¡Qué difícil es que la gente se desprenda de las tradiciones religiosas que han sido una parte significativa de sus vidas! Al mismo tiempo Jesús obvió las leyes dietéticas judías (Lv 11), aunque a los creyentes judíos les llevó largo tiempo acostumbrarse a su nueva libertad <%-2>(Hch 10–11; Ro 14–15; Gl 2.11–17; Col 2.20–22; 1 Ti 4.4–5). La frase «haciendo limpios todos los alimentos» (v. 19) es igualmente significativa. Estas fueron las palabras de Marcos y deben considerarse como un comentario sobre la enseñanza de nuestro Señor.

La lista en los versículos 21–22 debe convencer a cualquier persona sincera que el corazón humano es «engañoso más que todas las cosas, y perverso» (Jer 17.9). Véase también la lista en Romanos 1.29–32; Gálatas 5.19–21; 1 Timoteo 1.9–10; y 2 Timoteo 3.2–5. Unicamente la sangre de Cristo puede limpiar de pecado el corazón y hacernos nuevas criaturas.

II. ¿Son los gentiles menos importantes que los judíos? (7.24-37)

Jesús visitó dos regiones en que predominaban los gentiles: Tiro y Sidón (vv. 24–30) y Decápolis («Diez ciudades», vv. 31–37), y ministró a una mujer y a un hombre. La ley judía separaba a los judíos de los gentiles, no porque los judíos fueran mejores, sino porque eran diferentes en su relación de pacto con Dios. Una muralla en el templo evitaba, bajo pena de muerte, que los gentiles entraran en los atrios judíos. Dios quería que los judíos testificaran a los gentiles acerca del Dios vivo y verdadero; pero su pueblo falló en su tarea. Jesús rompería la pared de separación y eliminaría la «distancia espiritual», para que de esta manera los gentiles y judíos creyentes fueran uno en Cristo (Ef 2.11–22). Nótese que Jesús sanó a la hija de la mujer a distancia, y sanó al sordo mudo lejos de la multitud.

La mujer, siendo gentil, no tenía ningún derecho de pacto para venir a Jesús y llamarle «Hijo de David» (Mt 15.22); pero podía llamarle «Señor», y su oración fue contestada. Jesús no fue rudo con ella; sólo estaba probando y fortaleciendo su fe. La palabra «perrillos» en el versículo 27 quiere decir «cachorros». Jesús no la llamó «perro» de la manera en que algunos de los judíos se dirigían a los gentiles; ¡ella fue rápida en atrapar esta palabra y discutir con ella! Dos veces Jesús se maravilló de una gran fe; y en ambas tuvo que ver con gentiles (Mt 8.10; y 15.28).

El hombre (vv. 31–37) no podía oír ni hablar, pero la gente estaba segura de que Jesús podría curarle (Is 35.6). Puesto que el hombre no podía oír la Palabra, y así tener su fe fortalecida, y tampoco podía orar verbalmente, el Señor usó saliva y el toque para estimularle. El «gemido» de nuestro Señor (véase 8.12) nos recuerda el de 2 Corintios 5.2 y Romanos 8.22. ¡Cómo debe haber sufrido su santa alma por las tristes consecuencias del pecado en el mundo! Jesús llevó al hombre lejos de la multitud curiosa y no hizo espectáculo de él. Jesús no quería que la gente le siguiera debido a sus milagros; pero mientras más repetía que no lo dijera a nadie, ¡más hablaban! Por otro lado, nos dice que le digamos a todo el mundo las Buenas Nuevas, ¡y nosotros nos quedamos callados!

MARCOS 8

Decápolis (griego para «diez ciudades») era una liga de diez ciudades que era como un país dentro de un país. Tenían su propio ejército, sistema judicial y moneda, y disfrutaban de un alto nivel de cultura gentil. Los sucesos descritos en este capítulo tuvieron lugar en el área de Decápolis mientras Jesús ministraba entre los gentiles.

I. Compasión (8.1-9)

Siempre que Jesús veía a las multitudes necesitadas, sentía compasión y quería ayudarlas (Mt 9.36; 14.14; Mc 6.34). Este milagro no debe confundirse con el registrado en 6.32–44, porque cada uno tiene sus características distintivas.

Marcos 6.32–44	Marcos 8.1–9
Más de cinco mil personas, la mayoría judías	Más de cuatro mil personas, la mayoría gentiles
Un día con Jesús (6.35)	Tres días con Jesús (8.2)
Sucedió en Galilea	sucedió cerca de Decápolis
Cinco panes, dos peces	Siete panes, unos pocos pescados
Sobraron doce cestas (pequeñas canastillas)	Sobraron siete canastas (canastas grandes)

Por qué los doce quedaron perplejos con la alimentación de la multitud, es difícil de entender, especialmente cuando Jesús ya había alimentado a una multitud mucho más grande. Pero, como nosotros, ¡eran proclives a olvidarse de sus beneficios! (Sal 103.1–2).

II. Preocupación (8.10-21)

Jesús y sus discípulos regresaron a Galilea, sólo para que los recibieran los fariseos que querían una señal del cielo. La alimentación de los cinco mil no fue un milagro lo suficientemente grande para ellos, porque Moisés había traído pan del cielo. (Véase Jn 6.30–33.) De nuevo vemos a Jesús gimiendo (v. 12; 7.34), y su única respuesta fue salir de nuevo e irse a la orilla oriental del mar. Jesús no creía en la fe de la gente que dependía de señales y maravillas (Jn 2.23–25).

Jesús les ordenó tan rápido a los discípulos que se fueran, que no tuvieron tiempo para empacar el almuerzo, y esto provocó una discusión acerca de quién tenía la culpa. Jesús usó la discusión acerca del pan para advertir a sus discípulos a que evitaran las enseñanzas falsas. Comparó las enseñanzas falsas a la levadura: es pequeña, pero poderosa y puede esparcirse rápidamente. Como judíos, los doce estaban familiarizados con el simbolismo de la levadura en la Pascua (Éx 12.18–20), de modo que la imagen no era nueva para ellos. (Véanse Mt 16.11; Gl 5.1–9; 1 Co 5.) La hipocresía es la levadura de los fariseos y las componendas con el mundo la levadura de Herodes.

¡Sorpresa! Los doce todavía carecían de entendimiento espiritual. ¡Eran como el sordo que Jesús curó y el ciego que estaba a punto de curar!

III. Condenación (8.22-26)

Este es el segundo de los dos milagros que sólo Marcos registra; el otro es la curación del sordomudo (7.31–37). En ambos casos Jesús llevó a la persona aparte de la multitud; aquí, ¡le lleva fuera del pueblo! ¿Por qué? Para evitar la publicidad, por una parte, y para que el pueblo supiera que estaba bajo el juicio de Dios (Mt 11.21–24). Este es el único milagro «gradual» de los que registran los cuatro Evangelios.

De acuerdo al registro de los Evangelios, Jesús sanó por lo menos a siete ciegos; y cada vez la manera de hacerlo fue diferente. ¿Estorbó alguna atmósfera de incredulidad del pueblo el milagro? (6.5)

IV. Crucifixión (8.27-33)

Aunque Él ya había hecho alusiones a su muerte (Jn 2.19; 3.14), esta es la primera vez que Jesús enseñó claramente a sus discípulos que iba a morir y resucitar de los muertos. (Véanse 9.30–32; 10.32–34.) Como la mayoría de los judíos ortodoxos, los doce creían que su Mesías vendría en poder y gloria y derrotaría a sus enemigos, no para que sus enemigos lo derrotaran. La confesión de fe de Pedro vino del Padre (Mt 16.17), no del chisme de la multitud; pero la confusión de Pedro la originó el diablo, quien no quiere que comprendamos la doctrina de la cruz. ¡Pedro quería la gloria, pero no el sufrimiento que conduce a la gloria! Lea las dos epístolas de Pedro y vea cuánto nos dicen acerca del sufrimiento y la gloria.

V. Consagración (8.34-38)

Nos convertimos en hijos de Dios al confiar en Cristo y confesar que es el Hijo de Dios (1 Jn 4.1–3) que murió en la cruz por nosotros y resucitó (Ro 10.9–10). Nos convertimos en discípulos de Jesucristo al rendirnos completamente a Él, tomar nuestra cruz y seguirle. Si vivimos para nosotros mismos, perdemos nuestras vidas y Él se avergüenza de nosotros; pero si vivimos por Cristo, salvamos nuestras vidas y le glorificamos (Jn 12.23–28). El discipulado nos libra de la tragedia de una vida desperdiciada. Sí, hay sufrimiento al tomar una cruz y seguir a Jesús; pero ese sufrimiento siempre conduce a la gloria.

MARCOS 9

Jesús se encaminaba a Jerusalén para morir. Mientras los doce iban con Él, tuvieron una diversidad de experiencias en preparación para el ministerio que tenían por delante. La comprensión de esas experiencias registradas en este capítulo nos ayudará en nuestro ministerio hoy.

I. Una confirmación de esperanza (9.1-13)

El versículo 1 debe se debe colocar en el capítulo 8, porque es el clímax de las palabras de nuestro Señor acerca del discipulado y donde promete su regreso en gloria. Él confirmó estas palabras al mostrarle a Pedro, Jacobo y Juan esa gloria prometida (Jn 1.14; 2 P 1.16–18). Esta es la única ocasión que se registra, durante el ministerio de nuestro Señor, en que Él reveló su gloria interna para que otros la vean. Fue en realidad una confirmación del reino que Dios había prometido a su pueblo Israel (Mt 16.28).

Moisés representaba la ley y Elías los profetas, y ambas cosas se cumplieron en Jesucristo (Heb 1.1–2 y véanse Mal 4.4–5; Lc 24.25–27). Ellos hablaban con nuestro Señor sobre su muerte («partida» o «éxodo»: véase Lc 9.31) que se cumpliría en Jerusalén. La cruz es el tema de las conversaciones celestiales y de la alabanza en el cielo (Ap 5).

Los discípulos se quedaron dormidos (Lc 9.32), de modo que las palabras de Pedro brotaron de la confusión y del temor. (Cuando uno está confundido y con temor ¡es mejor quedarse callado! Véase Pr 18.13.) Al sugerir que se quedaran en el monte en la gloria, Pedro estaba estorbando de nuevo los planes de nuestro Señor de ir a la cruz (8.32–33). Mientras que una nube de gloria cubría la escena, la voz del Padre interrumpió a Pedro y con suavidad lo reprendió. «¡Oiganle!», es una orden que debemos obedecer hoy. Podemos confiar en la Palabra de Dios.

Imagínese tener esta gran experiencia, ¡y no poder contarla a nadie! (v. 9). Sin duda que los otros nueve discípulos les preguntaron lo que había ocurrido en la montaña, pero tuvieron que permanecer en silencio. Vieron la gloria del Hijo y se les recordó la confiabilidad de las Escrituras y la realidad del reino. También sus preguntas recibieron respuesta. En un sentido espiritual Juan el Bautista era «el Elías» prometido a Israel (Mal 3.1; 4.5–6; Lc 1.16–17; Jn 1.21; Mt 17.13).

II. Una demostración de fe (9.14-29)

Entre tanto que Pedro, Jacobo y Juan estaban experimentando la gloria de Dios en la montaña, los otros nueve discípulos estaban metidos en una situación bochornosa en el valle. Un padre afligido había traído a su hijo endemoniado, sordo y mudo (v. 25), a los discípulos para que lo sanaran, pero ellos no habían podido echar fuera al demonio. Jesús les había dado este poder (3.15; 6.7, 13), pero ellos no pudieron librar al muchacho. Por supuesto, los líderes religiosos estaban divirtiéndose de lo lindo discutiendo con los discípulos (v. 14) y tratando de desacreditarlos ante la gente.

Jesús libró al muchacho, pero el demonio hizo un último intento de destruirle (v. 26; Lc 9.42). A menudo, justo ante de la liberación, el diablo parece obtener una gran victoria, pero el Señor al final gana la batalla. ¿Por qué fallaron los discípulos? Debido a su incredulidad (vv. 19, 23; Mt 17.20) y su falta de oración y disciplina (v. 29). Al parecer, durante la ausencia del Señor, los hombres se habían descuidado en su andar espiritual. Cuán importante es estar con vigor espiritual; uno nunca sabe cuándo alguien necesitará ayuda. La falta de fe de los discípulos fue una gran preocupación del Señor (4.40; 6.50–52; 8.17–21).

III. Una afirmación de amor (9.30-50)

A. El amor de Cristo por los pecadores (vv. 30-32).

Esta es la segunda vez (véase 8.31) que Jesús les habló abiertamente a los doce respecto a su cercana muerte y resurrección, pero ellos todavía no podía captar lo que les estaba diciendo. El Verbo «será entregado» indica que su muerte no era un accidente o asesinato; fue el resultado de un plan divino (Ro 4.25; 8.32).

B. Amarnos unos a otros (vv. 33-37).

Jesús habló sobre el sufrimiento y la muerte, ¡pero los doce arguían sobre quién sería el más grande! Entendieron mal la enseñanza de Jesús. Vivían en una sociedad en la cual la posición y el poder eran importantes, y pensaron que el compañerismo cristiano funcionaba de la misma manera. Incluso en el aposento alto, antes de que Jesús fuera a la cruz, los doce todavía debatían sobre cuál de ellos era el número uno (Lc 22.24–30). Dios quiere que seamos como niños, pero no con niñerías. En el arameo, que Jesús habló «niño» y «siervo» en la misma palabra. La verdadera grandeza se halla, no en el rango o posesiones, sino en el carácter y el servicio (Flp 2.1–13).

C. Amar a los que están fuera de nuestro círculo (vv. 38-41).

Juan pensó que impresionaría a Jesús con su celo, pero el Señor cariñosamente le reprendió por su falta de amor y discernimiento. ¿Por qué los doce pensaban que eran los únicos que servían a Jesús? Y los nueve que habían quedado abajo, ¿se habían olvidado de su fracaso al no poder echar al demonio fuera del muchacho? ¡Cuán a menudo criticamos a otros por los éxitos que no podemos conseguir nosotros mismos! El versículo 40 y Mateo 12.30 juntos nos enseñan de la imposibilidad de la neutralidad con respecto a Jesús. Si no estamos con Él, estamos contra Él; y si no estamos contra Él, estamos con Él. Es peligroso hacerse la idea de que nuestra comunión es la única que es correcta y la única que Dios bendice y usa.

D. Amar al perdido (vv. 42-50).

Esta es la más larga y la más asombrosa advertencia que da nuestro Señor sobre el castigo futuro. Si no estamos sirviendo a otros (v. 35), podemos hacer que otros tropiecen (v. 42); y esto puede llevarlos a condenación eterna. Debemos tratar drásticamente con el pecado en nuestras vidas, tanto por causa nuestra como por causa de otros, porque el fuego del infierno es real y eterno. Jesús comparó al infierno con un horno (Mt 13.42) y con fuego que no se apaga. La imagen aquí es el valle del hijo de Hinón, en las afueras de Jerusalén, donde se echaban las inmundicias de la ciudad (2 R 23.10; Is 66.24), se quemaban y comían los gusanos. La palabra griega para infierno (gehena) procede del hebreo ge Hinón, o sea «el valle de Hinón». El infierno es un lugar real y las almas perdidas sufrirán allí para siempre. ¿Amamos a los perdidos o sólo estamos preocupados por ser «el mayor»? El pueblo de Dios en verdad será «salado con fuego» (sufrirán persecución, v. 49), y es importante que nosotros «nos salemos nosotros mismos» (mantengamos verdadero carácter cristiano e integridad, Mt 5.13). Los creyentes que leían el Evangelio de Marcos durante «la feroz tribulación» bajo Nerón deben haberse sentido estimulados por lo que Jesús dijo aquí (1 P 4.12ss).

MARCOS 10

El capítulo presenta cinco peticiones que la gente le trajo al Siervo.

I. Un pedido de interpretación (10.1-12)

Los rabíes no concordaban en sus interpretaciones de Deuteronomio 24.1–4, de modo que persistían en preguntar (v. 2) lo que Jesús pensaba que el pasaje enseñaba. No cuestionaban la legalidad del divorcio o del nuevo matrimonio, por cuanto Moisés dejó en claro que Dios los permitía. La gran pregunta era: «¿Por qué causa puede un hombre divorciarse de su mujer y casarse con otra?» Por supuesto, su motivo no era aprender la verdad sino tratar de que Jesús se metiera en problemas. Los discípulos del rabí Shamai sostenían una interpretación estricta (divorcio únicamente por infidelidad), en tanto que los discípulos de Jilel sostenían una interpretación más amplia (divorcio por casi cualquier razón). La ley ordenaba que los que cometían adulterio fueran apedreados (Dt 22.22; Lv 20.10); pero en los días de Jesús esta ley casi nunca se obedecía (Mt 1.18–25).

En lugar de tomar partido entre Shamai o Jilel, Jesús retornó a Moisés y al primer matrimonio (Gn 1.27; 2.21–25). Desde el principio el matrimonio tenía la intención de que un hombre y una mujer llegaran a ser una sola carne para toda la vida. El mandamiento de Moisés en Deuteronomio 24.1–4 fue una concesión para los judíos debido a la dureza de su corazón. No representaba el ideal de Dios para el matrimonio. El pasaje paralelo (Mt 19.1–12) indica que Jesús permitía el divorcio sobre la base de la inmoralidad sexual (Mt 12.9). El divorcio por cualquier otra razón, si bien las cortes lo permiten, conducía al adulterio si las partes volvían a casarse (vv. 11–12).

El matrimonio es en lo fundamental una relación física («una carne») y puede romperse únicamente por una causa física, bien sea por muerte (Ro 7.1–3) o adulterio (Mt 19.9). En el AT se apedreaba hasta la muerte al culpable, dejando así al otro libre para volverse a casar. Hoy la Iglesia no tiene ninguna autoridad para matar a la gente, de modo que el divorcio es el equivalente a la muerte en el NT, dando la oportunidad para volver a casarse. Por supuesto, antes de divorciarse, el esposo y la esposa deben hacer todo lo posible para rescatar el matrimonio y reconstruir la relación. Dios estableció el matrimonio y Él es el Unico que puede regularlo (v. 9). El hombre no puede dividir lo que Dios dice que es «una carne», pero Dios sí puede hacerlo.

II. Un pedido de bendición (10.13-16)

El matrimonio produce niños que se deben traer al Señor para dedicarlos a Él. Era costumbre de los rabíes bendecir a los niños, y los padres traían a los pequeños a Jesús para que los bendijera. (El pronombre en tercera persona del plural «los» del versículo 13 es masculino, de modo que los padres también estaban allí.) Esto no era cuestión de bautismo, por cuanto Jesús no bautizó ni siquiera adultos (Jn 4.1–2), y los discípulos no hubieran estorbado a los candidatos al bautismo. Los padres pedían su bendición especial para sus pequeños, y Él estuvo

gustoso de concederles su petición. Los niños son modelos ideales para todos los que pertenecen a Jesús: son humildes, receptivos, dependientes de otros y llenos de vitalidad.

III. Un pedido de información (10.17-31)

Este hombre era rico (Lc 18.23), joven (Mt 19.20, 22), un principal (Lc 18.18) y tenía todo menos la salvación. Los judíos no hubieran usado la palabra «bueno» al dirigirse a un rabí, de modo que Jesús tenía todo el derecho de preguntarle al hombre por qué lo había usado. ¿Creía realmente que Jesús era Dios? Si era así, ¿obedecería lo que Jesús le diría?

Nadie se salva por guardar la ley (Gl 3.21). Jesús sostuvo frente al joven el espejo de la ley para que pudiera ver cuán pecador era (Stg 1.22–25; Ro 3.20). El joven había puesto atención a la ley desde su juventud, y la ley le había traído a Cristo (Gl 3.24); pero todavía no se había humillado como un pecador perdido. ¡Quería tener lo mejor de ambos mundos!

Nadie se salva por vender todo lo que posee y dar el dinero a los pobres. Somos salvos al confiar en el Hijo de Dios que dio todo para enriquecernos (2 Co 8.9). Jesús puso «el dedo en la llaga» de la vida del joven, porque el amor al dinero era el gran pecado que le mantenía fuera del reino (vv. 23–27). Hay un principio aquí que debe se debe recordar mientras procuramos guiar a los perdidos a Jesús: los pecadores no pueden aferrarse a sus pecados y al mismo tiempo tratar de aferrarse a Jesús. Debe haber arrepentimiento sincero antes de que los pecadores puedan volverse a Dios y ser salvos por su gracia.

Como muchos judíos, los discípulos pensaban que la riqueza era prueba de la bendición de Dios, pero Jesús corrigió su idea equivocada. Pedro estaba seguro de que él y sus amigos recibirían una recompensa especial por hacer lo que el joven rico no hizo. Dios en efecto recompensa la fidelidad, pero nuestro motivo debe ser el amor por Cristo y no el deseo de ganancia. Como el industrial R.G. LeTorneau solía decir: «¡Si das solamente para recibir, no recibirás!» (Véase en Mt 20.1–16 la parábola de Cristo respecto a las malas actitudes en el servicio cristiano.) Muchos que son primeros a sus propios ojos, serán los últimos a los ojos de Dios.

IV. Un pedido de coronación (10.32-45)

Por tercera vez el Señor les instruye a los discípulos sobre Su muerte que se avecinaba; ahora les dice que lo iban a crucificar en Jerusalén (Mt 20.19). Uno pensaría que este tercer anuncio propiciaría la humillación de los doce; pero en lugar de eso Jacobo y Juan y su madre (Mt 20.20) ¡se acercaron a Jesús a pedirle tronos! Todavía no habían aprendido la lección de que la cruz debe venir antes de la corona y que el sufrimiento viene antes de la gloria.

El «vaso» se refiere a la sumisión de Jesús a la voluntad del Padre al convertirse en pecado por nosotros (14.36; Jn 18.11), y el «bautismo» se refiere a su sufrimiento en la cruz por los pecados del mundo (Lc 12.50; Sal 41.7; 69.2, 15). ¡Qué vanidad que Jacobo y Juan pensaran que podían beber del vaso y experimentar el bautismo de Jesús!

Jacobo sería el primero de los doce en morir como mártir (Hch 12.2), y Juan experimentaría la persecución romana al final de su larga vida (Ap 1.9). ¡Tenga cuidado sobre cómo ora; Dios puede concederle lo que pide!

Jesús usó este bochornoso incidente como una oportunidad para enseñar de nuevo a sus discípulos la importancia del servicio humilde en el nombre de Jesús. El versículo 45 es un versículo clave en el Evangelio de Marcos, y resume el libro: Cristo vino (cap. 1), ministró (caps. 2–13) y dio su vida en rescate (caps. 14–16).

V. Un pedido de iluminación (10.46-52)

Seguido de una gran multitud Jesús iba camino a Jerusalén para esa Pascua final. Habían dos ciudades que se llamaban Jericó: las ruinas de la antigua ciudad y la nueva ciudad que se levantaba como a un kilómetro y medio de distancia, construida por Herodes. Esto ayuda a explicar cómo pudo Él salir de Jericó (Mt 20.29), acercarse a Jericó (Lc 18.35) y entrar y salir de Jericó al mismo tiempo, y aun encontrar a los dos ciegos (Mt 20.30). Marcos describe la sanidad de Bartimeo, el más vocinglero de los dos, así como lo hizo respecto a uno de los endemoniados gadarenos (5.2).

Bartimeo (arameo para «hijo de Timeo») oyó la multitud y reconoció que había algo diferente en ella, de modo que preguntó quién pasaba. Cuando supo que era Jesús, inmediatamente empezó a gritar clamando misericordia. Había oído acerca de las sanidades milagrosas que Jesús había realizado, y quería la ayuda del Maestro. ¡Nada pudo impedirle llegar a Jesús!

MARCOS 11

I. El triunfo (11.1-11)

Quizás esta descripción de la «entrada triunfal» de nuestro Señor sorprendió a los lectores romanos de Marcos, quienes estaban acostumbrados a la gloria del «triunfo romano». Este era el desfile oficial de bienvenida a un general romano victorioso que había matado por lo menos cinco mil soldados enemigos, ganado nuevo territorio para Roma y traído consigo ricos trofeos e importantes prisioneros. El general montaba en un carruaje dorado rodeado de sus oficiales; y en el desfile exhibía sus tesoros y prisioneros. Los sacerdotes romanos estaban allí ofreciendo incienso a sus dioses. Pablo alude al triunfo romano en 2 Corintios 2.14–17.

Pero la entrada de nuestro Señor a Jerusalén incluyó un asno, algunos vestidos, ramas tendidas en el suelo y las alabanzas de algunos peregrinos que habían venido a la Pascua y de los cuales no se da ninguna descripción en particular. Fue la única ocasión que Jesús permitió una demostración pública a su favor, y lo hizo para obligar a los líderes judíos a que actuaran durante la Pascua, según estaba decidido que Él había de morir (Mt 26.3–5).

Marcos no cita a Zacarías 9.9, sino al Salmo 118.25–26 (vv. 9–10), un salmo mesiánico. Hosanna significa: «¡Salve ahora!» («¡Salve al rey!») Cuando Jesús entró en la ciudad, proclamó su calidad de Rey, pero también firmó su sentencia de muerte.

II. La higuera (11.12-14,20-26)

A primera vista este es un milagro que deja perplejo. La Pascua no era temporada de higos y sin embargo el Hijo de Dios esperaba hallar fruto en la higuera. Cuando no halló ninguno, usó su divino poder para destruir la planta en lugar de ayudarla a que fuera más fructífera. La higuera representa a la nación de Israel (Os 9.10, 16; Nah 3.12), la cual no estaba produciendo ningún fruto para la gloria de Dios. Sus raíces espirituales estaban muertas (v. 20; Mt 3.10) y no podía producir fruto.

Pero Jesús también usó el milagro para enseñar a sus discípulos algunas lecciones prácticas respecto a la fe y a la oración. Los montes representan grandes dificultades que se deben vencer (Zac. 4.7) y es nuestra fe en Dios lo que nos permite vencerlas. Pero la fe en Dios no es suficiente; también debemos perdonar a otros (vv. 25–26). No nos ganamos el perdón de Dios al perdonar a otros, sino que el perdón a otros muestra que tenemos un corazón humilde delante de Dios.

III. El templo (11.11,15-19)

Jesús examinó el templo y luego regresó al día siguiente para limpiarlo. Había limpiado el templo a inicios de su ministerio (Jn 2.13–22), pero los mercaderes de la religión habían retornado. La reformación solamente externa no dura a menos que el corazón cambie. Lo que empezó como un servicio a los judíos extranjeros (que necesitaban cambiar la moneda o comprar sacrificios), se convirtió en un negocio que no debía hacerse en la casa de Dios. La gente usaba el templo como un atajo entre el Monte de los Olivos (v. 16) y los puestos de venta, donde las mesas llenaban el atrio de los gentiles en el cual los judíos debían haber estado testificando acerca del Dios verdadero a sus prójimos gentiles.

En su acusación contra los líderes (v. 17) Jesús citó a Isaías (Is 56.7) y a Jeremías (Jer 7.11), los cuales habían condenado a la nación por sus pecados en el templo (Is 1; Jer 7). Una «cueva de ladrones» es el lugar donde los ladrones se esconden cuando han cometido un crimen. ¡Los líderes religiosos estaban usando la adoración a Dios como cobertura para sus pecados!

IV. La prueba (11.27-33)

Los líderes religiosos se enfurecieron por lo que Jesús hizo y estaban decididos a destruirle (v. 18); pero primero tenía que reunir suficiente evidencia para acusarle. Era cuestión de autoridad (vv. 28–29, 33): ¿Qué derecho tenía Él para limpiar el templo y llamarlo su casa? ¡Estaba afirmando que era Dios!

Jesús les hizo retroceder tres años, cuando Juan el Bautista ministraba a la gente. «El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?», preguntó Jesús (v. 30). Esto puso a los escribas, ancianos y principales sacerdotes en un dilema. Sin importar cómo contestaran, ¡estaban en problemas! Estos líderes tal vez habían olvidado su decisión respecto a Juan el Bautista, pero su decisión no los había olvidado a ellos. Finalmente los alcanzó y los condenó. No se habían sometido al ministerio de Juan (Lc 7.29–30); por consiguiente, no estaban listos para recibir a Jesús y confiar en Él. En su incredulidad y cobardía, habían permitido que Herodes Antipas matara a Juan; y pronto le pedirían a Pilato que crucificara a Jesús.

MARCOS 12

Los líderes judíos estaban «examinando» al Cordero Pascual de Dios (Jn 1.29), y Él demostraría su perfección (1 P 1.18–19), a pesar de que no lo aceptaron. Qué trágico es cuando la gente religiosa se aferra a sus tradiciones y rechaza la verdad viviente que es tan clara ante sus propios ojos. Al responder a sus muchas preguntas, el Señor Jesús estaba realmente revelando los pecados de sus corazones.

I. Egoísmo (12.1-12)

Jesús sabía que querían matarlo; y mediante esta parábola reveló el pecaminoso deseo de sus enemigos de destruirle y reclamar la herencia (Jn 11.45–53). Es evidente que la figura de la viña identifica a la nación de Israel (Is 5.1–7; Sal 80.8–16; Jer 2.21) y los arrendatarios son los líderes de la nación (v. 10; Hch 4.11).

Véase Levítico 19.23–25 con respecto a las regulaciones sobre la cosecha. El propietario debía recibir cierta cantidad como «pago simbólico» para mantener sus derechos sobre la tierra. Al rehusar pagarle, los labradores le despojaron de sus derechos sobre la tierra. Si el heredero moría, la tierra pasaría a los residentes. Fue una trama egoísta que ponía a las posesiones por sobre la gente.

Jesús citó el Salmo 118, un salmo mesiánico (Sal 118.22–23; compárese Mc 11.9 con Sal 118.25–26); y permitió que sus oyentes pronunciaran su propia sentencia (Mt 21.41). Al aplicarse a Sí mismo la imagen de la piedra angular, Jesús afirmaba que era en verdad el Mesías (Hch 4.11; 1 P 2.7). Para los líderes religiosos esto fue una blasfemia y de no ser porque le temían a la gente, lo hubieran arrestado allí mismo.

II. Hipocresía (12.13-17)

Los fariseos se oponían a Roma, en tanto que los herodianos (un partido político) cooperaban con ella. Lo único que los unió fue su enemigo común: Jesucristo (véase Lc 23.12).

En el versículo 13 la palabra griega para «sorprendiesen» lleva la idea de una trampa en una cacería. El comité de los fariseos y herodianos pensaron que podían atrapar a Jesús con una pregunta que tenía connotaciones políticas y religiosas.

Considerándose como el pueblo escogido de Dios, los judíos ortodoxos detestaban tener que pagar impuestos a Roma. Significa reconocer tanto el poder de Roma sobre su nación, algo que era demasiado para que orgullo lo admitiera (Jn 8.33), como respaldar la idolatría pagana. Si Jesús aprobaba que se pagaran los impuestos a Roma, se metería en problemas con su propio pueblo; pero si se oponía, se metería en problemas con Roma.

Conociendo su hipocresía, nuestro Señor replicó en una manera que no sólo evadió lo espinoso del dilema, sino que inculcó en sus cuestionadores su responsabilidad hacia el estado. Puesto que usaban monedas de César, estaban admitiendo la autoridad que César tenía sobre ellos; y cuando pagaban sus impuestos, estaban devolviéndole al César sólo lo que él había puesto primero a su disposición. Los impuestos no son un regalo al gobierno; son una deuda que pagamos por los servicios prestados (policía, protección de los bomberos, agencias sociales, defensa, etc.). Pero al mismo tiempo la imagen de Dios está estampada en cada ser humano; y debemos devolverle a Dios lo que es de Dios. Puesto que es Dios el que estableció el gobierno humano para bien de nosotros, estamos obligados a respetar a las autoridades y obedecer la ley (Ro 13; 1 Ti 2.1–6; 1 P 2.13–17). Daniel Webster dijo: «Lo que hace a los hombres buenos cristianos los hace buenos ciudadanos».

III. Ignorancia (12.18-27)

Este es el único lugar del Evangelio donde Marcos menciona a los saduceos. Ellos sólo aceptaban la autoridad de los cinco libros de Moisés, y no creían en la resurrección del cuerpo o la existencia de ángeles (Hch 23.8). Basados en Deuteronomio 25.7–10, su pregunta era hipotética, preparada únicamente con el propósito de tenderle una trampa a Jesús. Pero en lugar de eso, todo lo que consiguió fue revelar la ignorancia de ellos respecto a la Palabra y el poder de Dios.

Para Jesús, la respuesta a cualquier pregunta estaba en las Escrituras y no en el pensamiento de ningún hombre (Is 8.20; véanse Mc 10.19; 12.10).

Los refirió a Éxodo 3.1–12 y trazó la conclusión lógica de que puesto que Jehová es Dios de vivos, Abraham, Isaac y Jacob estaba vivos. Hay vida después de la muerte y por consiguiente una esperanza de resurrección futura. Pero la resurrección no es la reconstrucción y la continuación de la vida como es ahora. Los hijos de Dios no se convertirán en ángeles, sino que serán como Cristo (1 Jn 3.1–3); pero seremos como los ángeles en que no nos casaremos ni tendremos familias. Será una clase de vida completamente nueva.

IV. Superficialidad (12.28-40)

Los fariseos probaron con una pregunta más, una que los rabíes habían estado debatiendo por largo tiempo. De los 613 mandamientos que se hallan en la ley (365 negativos, 248 positivos), ¿cuál era el más importante? Jesús replicó con la «declaración de fe» tradicional judía (la shemá) que se encuentra en Deuteronomio 6.4. Los judíos piadosos la recitaban en la mañana y en la tarde. Luego añadió Levítico 19.18; porque si amamos a Dios, lo mostraremos amando a nuestro prójimo (Lc 10.25–37). Uno de los escribas captó el mensaje claramente, y con intrepidez expresó su acuerdo con Jesús, pero los demás no captaron nada del punto. Tenían una perspectiva superficial del significado real de la ley, y no comprendieron la importancia de obedecerla de corazón.

Jesús hizo la pregunta final, y la más importante, y los calló (Mt 22.46; Ro 3.19). Cuando entró en la ciudad las multitudes le llamaron «el Hijo de David» (Mt 21.9), y los niños se hicieron eco de este clamor en el templo (Mt 21.15). Este era, por supuesto, un título mesiánico que explica por qué los fariseos querían silenciar a la gente (Lc 19.39–40). Citando el Salmo 110 Jesús les pidió que explicaran cómo el Señor de David podía también llamarse el hijo de David; y ellos no pudieron contestarle. La respuesta es que el Señor de David tenía que hacerse hombre, pero los «teólogos» rehusaron encarar las implicaciones tanto de la pregunta como de la respuesta. Su conocimiento de la Palabra era superficial y su sumisión a ella insincera.

Jesús cerró este «debate» con una advertencia (vv. 38–40) y un ejemplo (vv. 41–44), los cuales exhibieron la hipocresía de los líderes religiosos. Cuando usted contrasta la conducta de la viuda y la de los escribas, verá lo que Dios valora en mayor grado. Para una exposición en detalle respecto a los fariseos, véase Mateo 23.

MARCOS 13

Los primeros creyentes que leyeron el Evangelio de Marcos estaban sufriendo persecución y se sentían tentados a darse por vencidos o a comprometer su testimonio. Esta versión del discurso del Monte de los Olivos (Mt 24–25) fue justo el estímulo que necesitaban para permanecer fieles al Señor. El sermón se enfoca sobre los últimos días y describe la parte inicial (13.5–13), central (13.14–18) y final de la tribulación, que conduce al regreso del Señor a la tierra (13.19–27). Pero el sermón también nos da principios que se aplican a los santos sufrientes en cada edad. Jesús dio cuatro advertencias para que su pueblo atienda en tiempos de persecución y oposición.

I. No engañarse (13.1-8)

El hermoso templo estaba desolado (Mt 23.38) y sería destruido (v. 2). Cuatro de los discípulos preguntaron cuándo sería destruido y qué señal anunciaría este desastroso acontecimiento. Pensaban que la destrucción del templo, el fin de la edad y la venida del reino ocurrirían al mismo tiempo; de modo que Jesús les explicó el curso general de los últimos días. Pero su gran preocupación era que su pueblo no se dejara engañar por los falsos Cristos que aparecerían y prometerían llevarlos a la victoria y gloria. También destacó las «falsas señales» que los podrían descarriar (vv. 7–8). Esta admonición se relaciona principalmente a los judíos, porque la Iglesia debe estar alerta en cuanto a los falsos maestros, no los falsos Cristos (2 P 2); y nosotros esperamos al Salvador y no señales (Flp 3.20–21).

II. No temer (13.9-13)

Los tiempos de persecución son tiempos de proclamación, y no debemos temer declarar el Evangelio y reconocer a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor. El Espíritu Santo ayuda a quienes andan con el Señor y sinceramente quieren glorificarle. Esto se ve muchas veces en el libro de los Hechos.

El versículo 10 no es un requisito para la venida del Señor. Jesús estaba indicando una determinación y seguridad divinas: a pesar de todo lo que Satanás haga durante el «tiempo de la tribulación de Jacob», la Palabra de Dios será proclamada y su voluntad cumplida. ¡Tampoco el versículo 11 es excusa para un ministerio mediocre! Los predicadores y maestros deben estudiar, meditar y orar, y no «confiar» en que el Espíritu les dará su mensaje a último minuto. Jesús nos da la fortaleza para los tiempos difíciles cuando enfrentamos peligro y no sabemos qué decir.

La promesa en el versículo 13 no es una condición para la salvación, porque se aplica fundamentalmente a los creyentes durante la tribulación. «El fin» en el versículo 7 se refiere al fin de la edad, no al de la vida de uno; y el significado en el versículo 13 es el mismo. En cada edad de la Iglesia siempre la verdadera fe se demuestra mediante la fidelidad.

III. No ignorar (13.14-27)

El énfasis aquí está en saber lo que enseñan las Escrituras (vv. 14, 23). La «abominación desoladora» se refiere a la imagen que el anticristo («la bestia» de Ap 13) pondrá en el templo judío (Dn 9.27; 2 Ts 2.3–10) y obligará a que los impíos la adoren. Eso ocurrirá a mitad del período de siete años de tribulación, y será una advertencia especial para que los de Judea ¡huyan! Esta advertencia no tiene que ver con la venida de Cristo por su Iglesia (1 Ts 4.13–18), porque no tenemos ni idea de cuándo ocurrirá tal suceso. ¡Cuán importante es que estudiemos y conozcamos las Escrituras proféticas para no «estar en tinieblas» y descarriados (2 P 1.12–21).

Los versículos 24–27 describen el fin de la tribulación y la venida de Cristo a la tierra para derrotar a sus enemigos y establecer su reino (Ap 19.11–20.5). De nuevo el énfasis está en las señales; porque «los judíos piden señales» (1 Co 1.22). Véanse Isaías 13.10; 34.4; Joel 2.10, 31 y 3.15. La nación judía esparcida será reunida (Dt 30.3–6; Is 43.6) y la nación restaurada.

IV. No descuidarse (13.28-37)

El énfasis está en saber (vv. 28–29) y en vigilar (vv. 33–35, 37). La parábola de la higuera recalca lo que sabemos (Su venida está cerca) y la parábola de los siervos enfatiza lo que no sabemos (cuándo vendrá). «Los acontecimientos que se avecinan arrojan hacia delante su sombra»; de modo que cuando vemos que comienzan algunas de estas «señales de tribulación» en nuestros días, sabemos que el tiempo es

corto (Lc 21.28). Pero lo importante no es vigilar el calendario, sino edificar nuestro carácter. Debemos estar alertas («velar») y que nos encuentre haciendo su obra cuando Él venga. Véase 1 Tesalonicenses 5.1–11.

«Esta generación» en el versículo 30 tal vez se refiere a la generación que esté viviendo cuando todas estas cosas tengan lugar. Nótese cómo Jesús usó la palabra «generación» en 8.12, 38 y 9.19. A pesar de la maldad del hombre y de los programas antisemíticos de Satanás, la nación de Israel no será destruida.

MARCOS 14

Los principales sacerdotes y escribas ya habían determinado matar a Jesús, pero querían hacerlo después de la Pascua. Puesto que Jesús era una persona popular y Jerusalén estaba llena de judíos enardecidos, parecía lo más sensato esperar hasta después de la festividad; pero Dios tenía otros planes. Judas haría posible que los líderes lo arrestaran durante la fiesta (vv. 10, 11; Mt 26.14–16). El Cordero de Dios debía morir en la Pascua. En este capítulo Marcos presenta a Jesús en cuatro papeles diferentes.

I. Jesús, el invitado de honor (14.1-11)

Este hecho (Mt 26.6–13; Jn 12.2–11) sucedió antes de la entrada triunfal, pero Marcos lo colocó aquí sin dar tiempo de referencia como lo hizo Juan (Jn 12.1). No sabemos quién era Simón el leproso. Tal vez alguien en Betania a quien Jesús había curado de la lepra y cuya casa estaba abierta para el Maestro, como lo estaba la casa de María, Marta y Lázaro.

Jesús aceptó el acto de amor de María, Judas y los demás discípulos lo criticaron (Jn 12.4–6), y lo informaron en la Iglesia de todo el mundo (v. 9). Durante la Pascua los judíos trataban especialmente de ayudar a los pobres y Jesús no se opuso a esta buena costumbre. El costo del ungüento era equivalente al salario de un año de un trabajador promedio, de modo que si lo hubieran vendido el dinero hubiera dado de comer a mucha gente pobre. Pero María quería ungir a Jesús en preparación de su muerte y sepultura, y eso era más importante que dar de comer a los pobres.

Su buena obra glorificó a Dios y fue una bendición para todo el mundo (vv. 6, 9; Mt 5.14–16). La palabra «desperdicio» en el versículo 4 es, en griego, la misma para «perdición» que se usa en relación a Judas en Juan 17.12. Judas era el «desperdiciador», ¡no María! Él desperdició las oportunidades que Dios le dio y con el andar de los días desperdició su vida, acabándola al suicidarse. ¡Qué contraste entre María la adoradora y Judas el traidor!

II. Jesús, el anfitrión lleno de gracia (14.12-26)

Jesús envió a Pedro y a Juan (Lc 22.8) a preparar el aposento alto para la última cena que celebraría con sus discípulos. Era inusual que un hombre llevara un cántaro de agua, porque esta era tarea de las mujeres. A lo mejor este hombre, el propietario de la casa, era uno de los discípulos. Para que otros no quedaran implicados, Jesús tenía que hacer las cosas con precaución debido a que sus enemigos lo estaban vigilando.

Jesús hizo dos revelaciones sorprendentes esa noche. En primer lugar, reveló que uno de los doce era un traidor (vv. 17–21). La forma de la pregunta indica que nadie en la mesa se creyó culpable: «¡De seguro que no soy yo!» Jesús protegió a Judas hasta el mismo fin y le dio toda oportunidad de arrepentirse. No debemos pensar de Judas como un robot, destinado a cumplir la profecía (Sal 41.9; 55.12–14), sino como un hombre que con su pecado desperdició sus oportunidades.

La segunda revelación fue que Pedro le traicionaría. Esto fue lo primero que reveló Jesús después que Judas salió de la habitación (Jn 13.31–38; Lc 22.31–38), y luego lo repitió cuando Él y los discípulos llegaron al Getsemaní (vv. 26–31; Mt 26.30–35). Por supuesto, en su confianza carnal Pedro negó que tal cosa podría ocurrir; pero de todas maneras sucedió.

Al concluir la cena pascual Jesús tomó el pan y el vino y les dio nuevos significados al instituir la Comunión (Cena del Señor, Eucaristía [«dar gracias»]). Recordamos a las personas por sus vidas, pero Jesús quiere que le recordemos por su muerte; las bendiciones espirituales que tenemos como hijos de Dios vienen por medio de su muerte. El himno que cantaron procedía de los Salmos 115–118. ¡Imagínese a Jesús cantando un himno justo antes de ser arrestado y crucificado!

III. Jesús, el Hijo sumiso (14.27-42)

Cuando llegaron a Getsemaní (que significa «prensa de aceite»), Jesús citó Zacarías 13.7 para advertirles a los discípulos a que no se quedaran cerca ni a seguirle después de su arresto. Les dio una palabra de ánimo: se levantaría de los muertos y los encontraría en Galilea. Esta era la quinta mención de su resurrección (8.31; 9.9, 31; 10.34), pero los discípulos simplemente no captaron el mensaje.

Las expresiones «entristecerse», «angustiarse» y «muy triste», revelan el sufrimiento humano de nuestro Señor en el jardín (Heb 5.7, 8). Estuvo bajo el peso de la angustia al contemplar el hecho de beber «el vaso»: ser hecho pecado en la cruz y la separación del Padre. La presencia y las oraciones de sus amigos hubieran significado mucho para Él, ¡pero ellos se quedaron dormidos! «La hora ha llegado» (Jn 2.4; 7.30; 8.20; 12.23; 13.1; 17.1), y Él estaba listo para hacer la voluntad del Padre.

IV. Jesús, el prisionero obediente (14.43-72)

Tan ignorante era Judas respecto al corazón de Jesús, ¡que vino con una «multitud» de soldados romanos armados para arrestarlo! Tan hipócrita fue Judas que usó besos, una señal de afecto, para traicionar a Jesús. Tan desprevenido espiritualmente estaba Pedro, ¡que trató de defender a Jesús con su espada! Si Pedro hubiera estado despierto, hubiera oído las oraciones de su Maestro y sabido que Él estaba listo para morir. Jesús tenía el vaso en su mano e hizo la voluntad del Padre, «para que se cumplan las Escrituras». Pedro tenía una espada en su mano y se opuso a la voluntad del Padre, y Jesús tuvo que reparar el daño que la espada le hizo a Malco (Lc 22.49–51).

¿Quién era el joven en el Getsemaní? (vv. 51–52). Algunos piensan que era Juan Marcos, puesto que es el único que lo menciona en su Evangelio. ¿Estaba el aposento alto cerca de la casa de Juan Marcos y Judas y su cuadrilla fueron allí primero? ¿Acaso Marcos apresuradamente se envolvió en una sábana y les siguió? Nunca lo sabremos a menos que el Señor nos lo explique en el cielo.

Primero, condujeron a Jesús ante Anás, suegro de Caifás, el sumo sacerdote oficial (Jn 18.13–24). Luego lo llevaron a Caifás y al concilio judío donde hubo algunos que testificaron contra Jesús, pero sus testimonios no concordaban. Cuando Jesús hizo la afirmación mesiánica del versículo 62, fue más de lo que el sumo sacerdote pudo aguantar; y le declaró culpable.

Pedro huyó de la escena como los otros discípulos (v. 50); pero luego él y Juan desobedecieron la orden del Señor (v. 27) y empezaron a seguirle. Esto llevó a Pedro a las mismas fauces de la tentación y negó al Señor tres veces. La predicción del Señor resultó cierta (v. 30),

pero el canto del gallo trajo a Pedro al arrepentimiento (Lc 22.62). Si un apóstol que vivió con Jesús pudo caer en el pecado, ¡cuánto más nosotros necesitamos prestar atención, velar y orar! Juan 21.15–19 nos asegura que Pedro fue perdonado y restaurado al ministerio apostólico.

Marcos 15

Seis veces en este capítulo a Jesús se le llama «el rey» (vv. 2, 9, 12, 18, 26, 32). Los líderes judíos sabían que una acusación religiosa no lograría que Pilato condenara a Jesús, de modo que inventaron una acusación política: Jesús decía ser rey y por consiguiente era una amenaza para la paz de la tierra y para la autoridad de Roma.

I. El Rey sometido a juicio (15.1-15)

Temprano en la mañana el sanedrín se reunió por segunda vez y declaró a Jesús culpable de blasfemia y por consiguiente digno de muerte (Lv 24.16). Pero sólo Roma podía ajusticiar a un criminal, de modo que el concilio necesitaba la cooperación del gobernador, Poncio Pilato. Los principales sacerdotes repetidamente acusaron a Jesús ante Pilato, pero Jesús no respondió palabra. ¡Era Pilato, no Jesús, a quien estaban sometiendo a juicio! Véanse Isaías 53.7 y 1 Pedro 2.13–25.

Como defensor de los derechos del pueblo, Pilato debía haber examinado los hechos y tomado una decisión basada en la verdad. Pero estaba más interesado en la paz que en la verdad, así que le ofreció a la multitud un atractivo compromiso: ¿Jesús o Barrabás? Por derecho, Barrabás debía morir porque era un asesino convicto (Nm 35.16–21). Si Pilato pensó que la multitud escogería a Jesús, ¡ciertamente ignoraba lo que es el corazón humano!

II. El Rey sometido a burla (15.16-20)

Jesús les había dicho a los discípulos que los gentiles se mofarían de Él (10.34), y sus palabras resultaron ciertas. Si a un prisionero lo trataran de esa manera hoy, ¿cuáles serían las consecuencias oficiales? ¡Los soldados romanos no pudieron hacer otra cosa que divertirse ante el pensamiento de un Rey judío! De nuevo, la profecía se cumplió (Is 50.6; 52.14; 53.5; Sal 69.7).

III. El Rey crucificado (15.21-41)

Jesús empezó el recorrido hacia el Gólgota llevando su cruz (Jn 19.17), pero en el camino los soldados romanos se la quitaron y exigieron que Simón se la llevara. La palabra «obligaron» en el versículo 21 significa «exigir que alguien realice un servicio público», y los soldados tenían el derecho legal de hacerlo (Mt 5.41). Cuando Marcos escribió su Evangelio los lectores conocían a Simón como «el padre de Alejandro y de Rufo» (v. 21), hombres bien conocidos en la iglesia (Ro 16.13). La experiencia humillante de Simón le llevó a su propia conversión y a la de su familia. ¡Vino a Jerusalén para la Pascua y encontró al Cordero de Dios!

La bebida narcótica que se les daba a los condenados amortiguaba el dolor, pero Jesús la rechazó. Llevó por completo los sufrimientos por nuestros pecados. También, les había prometido a sus discípulos que no bebería del fruto de la vid sino hasta que festejara con ellos en el reino (Mt 26.29).

Crucificaron a Jesús alrededor de las nueve de la mañana (v. 25) junto a dos ladrones (Is 53.12; Lc 22.37). Cuando los soldados echaron suertes sobre sus vestidos, sin saberlo cumplieron el Salmo 22.18. Cuando el hombre estaba haciendo lo peor, Dios estaba todavía en control y logrando sus propósitos. Uno pensaría que la gente hubiera callado y guardado reverencia en lugares como el Calvario, pero no fue así; la mofa continuó. «¡Sálvate a ti mismo!», ha sido siempre el grito del mundo, pero «¡entrégate tú mismo!», es la orden de nuestro Señor (Jn 12.23–28). También los que pasaban se burlaban de Jesús (v. 29), así como los líderes (vv. 31–32), los ladrones (v. 32) y los soldados (Lc 23.36–37). Sin embargo, uno de los ladrones confió en Cristo y entró en su reino (Lc 23.39–43).

Marcos registra los milagros de las tinieblas (v. 33) y el velo que se rasgó (v. 38). La oscuridad nos recuerda de los juicios de Dios sobre Egipto (Éx 10.22ss) y el velo rasgado anuncia que el camino a la presencia de Dios ha quedado abierto por la muerte de Cristo (Heb 10.1–25). A Jesús no lo asesinaron; voluntariamente entregó su espíritu (Jn 10.11, 15). Su clamor (v. 34) hace eco del Salmo 22.1; es más, el Salmo 22.1–21 es un cuadro profético de la muerte de nuestro Señor en la cruz. El Padre abandonó a Jesús para que nosotros nunca pudiéramos ser abandonados.

IV. El Rey sepultado (15.42-47)

Mujeres fieles fueron las últimas que se hallaban junto a la cruz y las primeras que encontramos frente a la tumba (16.1ss). La madre de nuestro Señor estuvo junto a la cruz hasta que Juan la llevó consigo (Jn 19.25–27). Pero fue a José de Arimatea y Nicodemo (Jn 19.38–42) a los que Dios había preparado para proteger el cuerpo de Jesús y sepultarlo (Is 53.9; Mt 27.57). Nicodemo fue a Jesús de noche (Jn 3), pero ahora salió a la luz y adoptó una posición por Cristo. Si estos dos hombres valientes no hubieran sepultado el cuerpo de Jesús, se hubiera dispuesto de Él de alguna manera humillante. Es importante para la legitimidad del mensaje del evangelio que la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo estén autenticados como datos históricos (1 Co 15.1–4).

Marcos 16

I. Un milagro inesperado (16.1-8)

Las mujeres vinieron a preparar debidamente el cuerpo de Jesús para la sepultura permanente, y aunque admiramos su devoción, nos preguntamos si se olvidaron de las muchas promesas de la resurrección. Ahora que el sabbat había terminado, las lugares de venta estaban abiertos y podían comprar la gran cantidad de especias que se necesitaban. El mayor problema era llegar a la tumba, por cuanto una enorme piedra bloqueaba la entrada. Lo que hallaron en el jardín fue completamente inesperado: ¡la piedra rodada, el cuerpo desaparecido y un mensajero esperándolas para darles las buenas noticias de la resurrección del Señor!

No fue suficiente ser espectadoras; tenían que llegar a ser embajadoras y llevar la palabra a otros. «¡Vengan y vean! ¡Vayan y digan!», es la responsabilidad de la resurrección (Mt 28.6–7). Nótese que el ángel tiene una palabra especial de estímulo para Pedro y una palabra de dirección para todos los discípulos (v. 7). Como las mujeres, los hombres se habían olvidado de Sus promesas e instrucciones (14.28). ¿Fueron las mujeres emocionalmente capaces de llevar tal mensaje? ¡Ellas temieron, quedaron perplejas y salieron huyendo del lugar! Mateo nos dice que sus corazones se llenaron «de temor y gran gozo» (Mt 28.8) ¡debido a que las noticias eran sencillamente demasiado buenas como para ser verdad! Se las dijeron a los discípulos, quienes dudaron de lo que oían, pero Pedro y Juan se fueron a investigar la tumba abierta (Jn 20.1–10; Lc 24.12).

II. Un mensaje increíble (16.9-14)

El énfasis de esta sección está en la incredulidad de los propios discípulos de Cristo, cuando enfrentaron el hecho de su resurrección. Los discípulos «se lamentaron y lloraron» cuando deberían haber estado regocijándose y alabando a Dios. La aparición a los dos hombres en el camino a Emaús se explica en detalles en Lucas (Lc 24.13–32) y la del aposento alto en Juan 20.19–25. Era una iglesia llorando en lugar de ser una testificando debido a que realmente no creían que su Maestro estaba vivo. El milagro de su resurrección corporal es importante para el mensaje del evangelio y para la motivación del pueblo de Dios al testimonio y al servicio (Hch 1.21–22; 2.32; 4.10, 33).

III. Un mandato ilimitado (16.15-18)

Cada uno de los cuatro Evangelios concluye con una comisión de Cristo a su Iglesia, para que lleve el mensaje del evangelio hasta los fines de la tierra (Mt 28.18–20; Lc 24.46–49; Jn 20.21–31; y véase Hch 1.8). El énfasis del versículo 16 no es sobre el bautismo, sino referente a creer. En la iglesia primitiva creer en Jesús conducía a una pública declaración de fe en la ordenanza del bautismo en agua (Hch 8.36–38; 10.47–48), y ser bautizado algunas veces le costaba a la gente su familia, amigos y trabajo. Si el bautismo en agua fuera esencial para la salvación, nadie del AT sería salvo; Hebreos 11 nos dice que los santos del AT fueron salvos por fe.

Las señales especiales que se describen en los versículos 17–18 se aplicaban principalmente a la edad apostólica (Heb 2.3–4; 2 Co 12.12) y se registran en el libro de los Hechos: hablar en lenguas (Hch 2.1–4; 10.44–46), echar fuera demonios (Hch 8.5–7; 19.12), tomar serpientes en las manos (Hch 28.3–6) y sanar enfermos (Hch 3.1–10; 5.15–16). Pero no hay referencias de alguna persona que haya sobrevivido después de ingerir veneno, pero no todos los milagro se mencionan en Hechos. Nos dieron estos milagros de «señales» para animarnos a confiar en Dios y no tentarlo con experimentos insensatos. Estas señales fueron las credenciales de los apóstoles (v. 20), pero no es necesario realizar milagros para poder servir al Señor (Jn 10.39–42).

El mandato ilimitado a la Iglesia sigue siendo llevar el evangelio a todo el mundo, ¡y tenemos todavía mucho camino que recorrer!

IV. Un ministerio incambiable (16.19-20)

Después de completar su obra en la tierra, Jesús regresó al Padre en el cielo; y allí nos representa como nuestro sumo Sacerdote (Heb 4.14–16) y Abogado (1 Jn 2.1–2). Pero hace más que representarnos; también obra en nosotros y a través de nosotros para cumplir el mandato que dejó a su Iglesia. Puesto que el Evangelio de Marcos hace hincapié en Cristo el Siervo, es más que justo que el libro cierre con este recordatorio de que ¡el Siervo de Dios obra todavía! Obra en nosotros (Heb 13.20–21; Flp 2.12–13), con nosotros (v. 20) y por nosotros (Ro 8.28) si le permitimos que obre a través de nosotros por el poder del Espíritu Santo.

A. Una nota especial respecto a Marcos 16.9-20.

Algunos eruditos piadosos y evangélicos no concuerdan respecto a la autenticidad de los versículos finales del Evangelio de Marcos. Algunos creen que son una parte del texto original, mientras que otros piensan que fueron añadidos por algún otro autor, como «resumen», debido a que el texto original se perdió. (Es difícil creer que una parte de las Escrituras inspiradas pudieran perderse.) Debe admitirse que el vocabulario y estilo no son los de Marcos y que el pasaje no aparece en los dos manuscritos más antiguos. Algunos de los padres de la iglesia primitiva citaron este pasaje, mostrando que conocían que existía y que confiaban en él. Si estos versículos no constituyeran el final del Evangelio de Marcos, debemos aceptar la terminación abrupta en el versículo 8, y con esto, un registro incompleto. Puesto que no hay nada en estos versículos que sea contrario a alguna otra cosa en las Escrituras, parece ser razonable aceptarlos como históricamente auténticos y vivir con los «misterios» que los rodean.

Lucas

Bosquejo sugerido de Lucas

Introducción (1.2-4)

I. El adviento del Hijo del Hombre (1.5–2.52)
   - A. El anuncio a Zacarías (1.5–25)
   - B. El anuncio a María (1.26–46)
   - C. El nacimiento de Juan (1.57–80)
   - D. El nacimiento de Jesús (2.1–20)
   - E. La presentación de Jesús (2.21–38)
   - F. La niñez de Jesús (2.39–52)

II. El ministerio itinerante del Hijo del Hombre (3.1–19.27)
   - A. Preparación (3.1–4.13)
     1. Bautizado por Juan el Bautista (3.1–38)
     2. Tentado por Satanás (4.1–13)
   - B. Ministerio en Galilea (4.14–9.50)
   - C. Ministerio en Judea (9.51–13.21)
   - D. Ministerio en Perea (13.22–19.27)

III. El Hijo del Hombre en Jerusalén (19.28–23.56)
   - A. Entra en la ciudad (19.28–48)
   - B. Debate con los líderes (20.1–47)
   - C. Enseña a los apóstoles (21.1–22.38)
   - D. Sufre como criminal (22.39–23.25)
   - E. Muere en la cruz (23.26–56)

IV. La victoria del Hijo del Hombre (24.1–53)
  A. El conquistador de la muerte (24.1–12)
  B. El que fortalece la fe (24.13–35)
  C. El dador de paz (24.36–43)
  D. El Maestro del servicio (24.44–53)

Notas preliminares a Lucas

I. Autor

Pablo llamó a Lucas «el médico amado» (Col 4.14); y de la manera en que se identifican a los colaboradores de Pablo en Colosenses 4.7–14, tal vez Lucas fue un gentil. Aparece primero en Hechos 16.10 (nótese el «nosotros»), viajaba con Pablo (Hch 20.5; 21.1; 27.1) y ministró en las iglesias. Algunos eruditos piensan que Lucas pastoreó la nueva iglesia de Filipos después que Pablo y Silas salieron de la ciudad y fue el «compañero fiel» al que Pablo se dirige en Filipenses 4.3. Lucas también escribió el libro de los Hechos (compárese Lc 1.1–4 con Hch 1.1–3). En su Evangelio, Lucas registró que Jesús comenzó a hacer y enseñar, y en Hechos señaló que Jesús continuó haciendo y enseñando mediante su Espíritu y a través de su Iglesia.

II. Tema

Lucas escribió principalmente para los griegos, y presentó a Jesús como el compasivo Hijo del Hombre que vino a buscar y a salvar lo perdido (Lc 19.10). Este Evangelio es universal en su perspectiva. La genealogía de nuestro Señor retrocede hasta Adán (3.38) y se ve el mundo entero como la esfera de la redención de Dios (2.14, 32; 3.6). Lucas se preocupa por los pecadores, ya sean judíos o gentiles, y usa esa palabra dieciséis veces. Uno esperaría que un médico se preocupara por individuos, y el Evangelio de Lucas refleja esto. Menciona a las mujeres y los niños más que ningún otro escritor de los Evangelios; y da un decidido énfasis a la oración, el canto y el regocijo, tanto a la pobreza como a la riqueza. Seis de los milagros de nuestro Señor y diecinueve parábolas se hallan solamente en Lucas. El doctor Lucas nos da el más detallado relato del nacimiento de nuestro Señor; lo cual no sorprende en un médico.

III. Lucas y los viajes

A Lucas debe haberle encantado viajar, porque sus libros describen viajes. El Evangelio de Lucas lleva a nuestro Señor desde su nacimiento en Belén hasta su muerte fuera de Jerusalén (véanse 9.51; 13.22; 17.11; 18.31; 19.11, 28), en tanto que Hechos empieza en Jerusalén y concluye en Roma. Lucas describe el ministerio de Cristo en Galilea (4.14–9.50), Judea (9.51–13.21), Perea (13.22–19.27) y finalmente Jerusalén (19.28–24.53).

IV. Pablo y Lucas

Lucas no podía haber viajado con Pablo sin que este influyera grandemente en él, y eso se ve en su Evangelio. Graham Scroggie escribe en su Guide to the Gospels [Guía a los Evangelios]: «Lucas, como Pablo, hace hincapié en la fe, el arrepentimiento, la misericordia y el perdón». (Compruébese con la concordancia.) Lucas usa cinco veces justificado, palabra que era importante en el vocabulario del apóstol Pablo. Pasajes tales como 7.36–50; 15.1–32; 18.9–14 y 19.1–10, ¡le hubieran encantado al corazón del apóstol Pablo!

LUCAS 1

Lucas escribió su Evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo, después de haber investigado cuidadosamente la vida de Jesucristo (1.1–4). La frase «desde el principio» puede traducirse como «desde arriba» (v. 3; véase Jn 3.31), e indica que Dios guió a Lucas mientras este acumulaba y organizaba la información y luego escribía su libro. Su propósito fue dar un recuento exacto y autorizado del nacimiento, vida, enseñanzas, muerte y resurrección de Jesús.

Teófilo («uno que ama a Dios») quizás fue algún oficial romano («excelentísimo») que, como nuevo creyente, necesitaba que se le afirmara su fe. La palabra griega para «instruido» (v. 4) nos da la palabra castellana «catequizar», de modo que Teófilo tal vez fue un «catecúmeno», un principiante en la fe cristiana.

Lucas abre su Evangelio registrando cuatro visitas importantes.

I. Gabriel visita a Zacarías (1.1-25)

Los «días de Herodes, rey de Judea» (v. 5) (Herodes el Grande) no fueron los mejores del pueblo judío, pero el sacerdote y su esposa fielmente oraban y servían a Dios a pesar de las adversidades. Dios tiene su remanente fiel incluso en los días más oscuros, gente como Zacarías («Jehová ha recordado»), Elisabet («mi Dios es un voto»), «Simeón» («oír»: 2.25–35) y Ana («gracia»: 2.36–38). Fue la providencia de Dios que permitió que escogieran a Zacarías para quemar el incienso, porque este ministerio lo realizaba el hombre una sola vez en su vida. Él había orado toda su vida de casado por un hijo; y ahora, mientras oraba, Dios le anunció la respuesta a sus peticiones.

En Lucas se mencionan veintitrés veces a ángeles, pero sólo dos se mencionan por nombre en las Escrituras: Gabriel (Dn 8.16; 9.21; Lc 1.19, 26) y Miguel (Dn 10.13, 21; 12.1; Jud 9; Ap 12.7). Cuánta gracia hay en que las primeras palabras del cielo fueron: «No temas». Esta es una frase que a menudo se encuentra en Lucas (1.13, 30; 2.10; 5.10; 8.50; 12.7, 32). «Gozo» y «regocijarse» se usan diecinueve veces en Lucas.

¿Estaba pidiendo Zacarías una señal cuando dijo: «¿En qué conoceré esto?» (Véase 1 Co 1.22.) Si fue así, le contestaron su petición; porque quedó mudo ¡hasta que el hijo prometido tuvo ocho días de nacido! La fe abre nuestros labios en alabanza a Dios, en tanto que la incredulidad nos silencia (2 Co 4.13).

¡Qué honor para esta pareja de ancianos ser los padres del último y del más grande de los profetas (7.25–28; Mt 11.7–13), el hombre que presentaría al Mesías a la nación! ¡Pero qué tragedia que Zacarías no pudo proclamar por todas partes las buenas nuevas de que Dios estaba a punto de enviar al Mesías al mundo!

II. Gabriel visita a María (1.26-38)

Seis meses más tarde (v. 26) Gabriel visitó a María en Nazaret, y le dijo que sería la madre del Mesías. María probablemente era una adolescente, porque las muchachas judías se casaban temprano. Estaba comprometida en matrimonio con un carpintero llamado José (Mt

13.55); procedía del linaje de David (Lc 3.31) y era virgen (v. 27; Is 7.14). En esos días el compromiso era casi igual que el matrimonio, y romperlo era como el divorcio. Esto explica por qué a José más tarde se le llama su «esposo» antes de que en realidad se casaran (Mt 1.19).

El saludo de Gabriel es, literalmente: «Gracia, ¡tú que eres altamente agraciada!» Si bien era una mujer piadosa, fue la gracia de Dios y no su carácter lo que hizo de María la escogida de Dios. La frase «muy favorecida» se usa para todo el pueblo de Dios en Efesios 1.6 («con la cual nos hizo aceptos»). María es bendita entre las mujeres, pero no sobre las mujeres.

La venida del Hijo de Dios a la tierra involucró no sólo nuestra salvación personal, sino también el cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo Israel (vv. 32–33). «Espiritualizar» estas promesas es robar a los judíos de lo que Dios les ha prometido (2 S 7; Is 9.6, 7; Jer 33.14–18). Si las palabras del ángel en los versículos 30–31 se deben tomar literalmente, también las palabras de los versículos 32–33.

A diferencia de Zacarías, María confió en que Dios haría lo que había prometido. Preguntó: «¿Cómo será esto?», y no: «¿Cómo puede ocurrir esto?» Puesto que Jesús existía antes que su madre, no podía concebirse en el vientre a la manera normal. El nacimiento virginal es un milagro de Dios que trajo a su Hijo eterno al mundo sin ninguna mancha en su naturaleza humana (v. 35; 2 Co 5.21; 1 P 2.22; Heb 4.15). María se sometió al Espíritu Santo (Ro 12.1), conociendo plenamente que experimentaría vergüenza y malos entendidos.

III. María visita a Elisabet (1.39-56)

Zacarías y Elisabet vivían en una de las ciudades sacerdotales (Jos 21), de modo que María tuvo que viajar hasta allá. Cuando llegó y saludó a Elisabet, empezaron a ocurrir cosas maravillosas. Elisabet alabó a Dios por lo que Él había hecho por María, y Juan el Bautista, que aún no había nacido, saltó de gozo en el vientre de su madre (véase Jn 3.29–30). Nótese que Elisabet llamó a María «la madre de mi Señor», que es un título apropiado. La fe de María fue elogiada más que ninguna (v. 45).

Al canto de alabanza de María se le llama el «Magnificat» (del latín para «magnificar»). María sabía las Escrituras, porque hay por lo menos quince citas o alusiones al AT en su canto. (Véase 1 S 2.1–10.) Alaba a Dios y ocho veces dice lo que Él ha hecho («Él ha[...]»). Nótese que María reconoció a Dios como su Salvador (v. 47), lo cual indica que había confiado en Él para su salvación. Alabó a Dios por lo que hizo por ella (vv. 46–49), porque todos le temerán a Él (vv. 50–53), y por su pueblo Israel (vv. 54–55). María tomó literalmente las promesas de Dios a Israel y no las echó a un lado tratando de explicarlas.

IV. Dios visita a su pueblo (1.57-80)

«Ha visitado y redimido a su pueblo» (v. 68) es el principal tema de este himno de alabanza. El niñito al que se le ponía el nombre (Juan significa «gracia de Dios») era el precursor del Mesías que traería salvación a los pecadores perdidos y un día libraría a Israel de todos sus enemigos. Dios estaba visitando a su pueblo, pero ellos no conocieron «el tiempo de su visitación» (19.44). Zacarías tomó literalmente los pactos y las promesas de Dios con Israel, y esperaba que Dios las cumpliera (vv. 72–73).

En su hermoso canto Zacarías dio varios cuadros simbolizando la salvación que tenemos en Cristo Jesús: redención de la esclavitud (v. 68), libertad del peligro (v. 74), perdón de una deuda (v. 77) y la aurora de un nuevo día (vv. 78–79; Is 9.2). Nótese el énfasis en la salvación (vv. 69, 71, 77).

LUCAS 2

I. Adviento (2.1-7)

Que Jesús naciera en Belén estaba ordenado por Dios mucho antes de que César Augusto dictara su decreto (Miq 5.2; Hch 15.18). El difícil viaje de tres días desde Nazaret hasta Belén tal vez tomó más tiempo de lo común debido a la condición de María. A algunos predicadores y otras personas que presentan dramas de Navidad les gustan condenar al mesonero porque no le dio a María un lugar decente para dar a luz a su Bebé, pero la Biblia guarda silencio sobre el asunto. Quizás el «mesón» era un típico «paradero de caravanas» oriental, una estructura de dos pisos (el nivel bajo estaba destinado a los animales), construido alrededor de un patio donde los viajeros podían acampar. Jesús debe haber nacido en uno de los establos del ganado; y el pesebre para dar comida a los animales fue su cuna. Véanse Filipenses 2.1–11 y 2 Corintios 8.9.

II. Anuncio (2.8-20)

En ese época se consideraba que los pastores estaban en el peldaño más bajo de la escala social. Su trabajo no sólo los obligaba a estar distantes del templo y de la sinagoga, sino que los hacía ceremonialmente impuros. Sin embargo, en su gracia, Dios dio el primer anuncio del nacimiento del Salvador a humildes pastores (véase 1.52).

¿Fue Gabriel el ángel que apareció? ¡Qué privilegio tuvo este mensajero de proclamar el nacimiento del Mesías! Nosotros tenemos el privilegio de llevar al mundo las buenas nuevas y los ángeles no pueden ocupar nuestro lugar. Las «huestes de ángeles que cantaban» proclamaron la gloria del Señor. El Evangelio de Lucas está lleno de alabanza (1.64; 2.13, 28; 5.25–26; 7.16; 13.13; 17.15, 18; 18.43; 19.37; 23.47; 24.53). La famosa «paz romana» (pax romana) estaba en efecto desde el año 27 a.C.; pero no había una paz verdadera en la tierra, ni tampoco la habrá hasta que el Príncipe de Paz reine en el trono de David.

Los primeros embajadores humanos del evangelio fueron los humildes pastores que acudieron aprisa a Belén y le dijeron a todo el mundo lo que habían visto y oído (Hch 4.20). El verbo griego «hallaron» en el versículo 16 significa «hallaron después de buscarlo». Los sabios tuvieron una estrella que les guió (Mt 2), pero todo lo que los pastores tenían era la señal que les había dado el ángel (v. 12). Los pastores, como los ángeles antes de ellos, alabaron y glorificaron a Dios (v. 20).

III. Adoración (2.21-40)

Jesús nació «bajo la ley» (Gl 4.4) y por consiguiente fue circuncidado al octavo día (Gn 17.12) y se le puso por nombre «Jesús», que significa «Jehová es mi salvación». Pero había otras dos leyes del AT que María y José tenían que obedecer: la purificación de la madre después de cuarenta días (Lv 12) y la redención del primogénito (Éx 13.1–12). ¡El Redentor fue redimido! Debido a que María y José eran demasiado pobres para comprar una oveja, compraron dos aves.

Había un remanente de judíos creyentes esperando por su Redentor (v. 38); Simeón y Ana se encontraban entre ellos. No sabemos la edad de Simeón, pero es posible que era anciano. El Espíritu les enseñó y los trajo a ambos, de modo que él estaba allí justo cuando María y José vinieron con el Bebé. ¡Lo asombroso respecto a su himno de alabanza es que incluyó a los gentiles! Estaba listo para morir porque había visto con sus propios ojos al Mesías. Simeón bendijo a Dios y también bendijo a María y a José; pero no bendijo al Bebé; porque Jesús es la

fuente de toda bendición. María sintió «la espada» en su corazón repetidamente al observar a su Hijo durante su ministerio y estuvo al pie de la cruz cuando Él murió (Jn 19.25–27).

¿Qué edad tenía Ana? Depende de cómo se interprete el texto. ¿Tenía veintiocho años, o hacía veintiocho años que había enviudado? Si es lo último, tenía más de cien años de edad. (Las muchachas judías se casaban en la temprana adolescencia.) Como Simeón, estuvo en el lugar preciso en el tiempo preciso, y fue y les dijo a otros lo que había visto. Ana fue una de las profetizas que encontramos en las Escrituras: las otras son Miriam (Éx 15.20), Débora (Jue 4.4), Hulda (2 R 22.14), Noadías (Neh 6.14), la mujer de Isaías (Is 8.3) y las hijas de Felipe (Hch 21.8–9).

IV. Asombro (2.41-52)

La ley exigía que todo hombre judío fuera a tres fiestas cada año en Jerusalén (Dt 16.16), pero no todos obedecían siempre. La fiesta a la cual todos trataban de asistir era la Pascua; y cuando Jesús tenía doce años (la edad en que llegaba a ser «un hijo de la ley»), fue con María y José a la fiesta. Amigos y parientes viajaban juntos y era un tiempo festivo; las mujeres y los niños iban al frente de la procesión y los hombres hacia atrás. Jesús era un niño obediente (vv. 40, 51–52) que María y José no temieron de que hiciera algo malo. ¡Imagínense su sorpresa cuando no lo hallaban!

Jesús se «llenaba de sabiduría» (v. 40) y sus preguntas y respuestas asombraron a los maestros en el templo. No debemos dar por sentado de que a la edad de doce años Jesús comprendía tanto como cuando empezó su ministerio a los treinta años (3.23); por cuanto Lucas deja bien en claro que Él «crecía en sabiduría» (v. 52). Pero ya estaba consciente de que su misión especial era estar «en los negocios de [Su] Padre».

Nazaret no era un lugar fácil como para que un chiquillo creciera allí. María tuvo otros hijos (Mt 13.54–58), de modo que Jesús creció en un hogar atestado y posiblemente pobre.

LUCAS 3

Lucas nos da cinco descripciones de Juan el Bautista.

I. Constructor de caminos (3.1-6)

Dios prescindió de los gobernantes grandes y poderosos y dio su Palabra a un profeta judío de las regiones desérticas. Sin dudas, la nación de Israel estaba en un desierto espiritual y Juan les trajo las buenas nuevas del Mesías y de su reino. Juan no fue sólo un profeta, sino que estuvo sujeto a la profecía (Is 40.3–5). Los versículos 4–5 describen el trabajo de un constructor de caminos que prepara todo para la llegada del rey. En su ministerio, Juan tenía que remover mucha «basura espiritual» para que la gente pudiera estar lista para dar la bienvenida a su Mesías.

Hechos 19.1–5 deja bien en claro que el ministerio de Juan al bautizar apuntaba hacia la venida del Salvador, entre tanto que el bautismo cristiano mira en retrospectiva y en identificación con la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Ro 6.1–6). Los judíos bautizaban a los gentiles prosélitos, pero no bautizaban judíos; Juan, por otra parte, llamaba a los judíos a que se arrepintieran y bautizaran.

II. Agricultor (3.7-9)

Juan se describe como un agricultor, derribando árboles sin fruto y viendo a las serpientes huir del campo incendiado. Juan llegó a la raíz de las cosas, y llamó a la gente al arrepentimiento. Hay una ira venidera y la única manera de prepararse para el juicio es abandonar el pecado y confiar en el Salvador. Los líderes religiosos no obedecieron el llamado que Dios hizo a través de Juan (7.29–30; 20.1–8), y Juan les llamó «víboras» (Mt 3.7–10). Jesús les llamó «hijos del diablo» (Jn 8.44–45; Mt 23.33), porque Satanás es la serpiente y tiene sus «hijos» (Ap 20.2; Mt 13.36–43). Juan precedió a Jesús porque la predicación del juicio siempre debe venir antes de la declaración de la gracia salvadora. Primero convicción, luego conversión.

III. Consejero (3.10-14)

Juan dedicó tiempo para aconsejar personalmente a las personas y prepararlas para el bautismo y su vida nueva de fe. En general, las amonestó a ser generosas y compartir lo que tenían (Hch 2.44–45; 4.32–37). Encargó a los cobradores de impuestos a que fueran honrados y a los soldados a ser justos. (Tal vez sabía que los soldados y los publicanos trabajaban juntos para extorsionar a la gente.) Lucas menciona tres veces a los cobradores de impuestos (5.27; 15.1; 19.2). A lo mejor estos soldados no eran romanos (véase, sin embargo, Mt 8.5–13), sino soldados judíos que pertenecían a la guardia del templo o a la corte de Herodes. Es interesante que Juan no condenó a los cobradores de impuestos, ni a los soldados de profesión; simplemente les dijo a los publicanos y a los soldados que hicieran con honradez su trabajo y que no hicieran daño a nadie. Podían seguir en sus vocaciones respectivas y servir a Dios.

IV. Testigo (3.15-18,21-22)

Juan no vino para hablar de sí mismo sino para dar testimonio del Hijo de Dios (Jn 1.19–34). Fue su privilegio presentar al Mesías a la nación. Si hubieran conocido las Escrituras, hubieran estado listos para este gran acontecimiento; pero estaban «en tinieblas» y por eso Juan tenía que «dar testimonio de la luz».

El bautismo del Espíritu tiene lugar cuando el pecador confía en Cristo y se convierte en parte del cuerpo de Cristo, la Iglesia (1 Co 12.13). El bautismo de fuego tiene que ver con el juicio, como los versículos 9 y 17 lo dejan en claro. Juan describió a Jesús como un segador con el «aventador» en su mano, separando el trigo del tamo. La siega es un cuadro familiar del juicio (Sal 1.4; Jer 15.7; Jl 3.12, 13).

La palabra griega que se traduce «anunciaba» en el versículo 18 significa «predicar las buenas nuevas». Juan fue un evangelista que llevaba a los pecadores al Salvador. En el versículo 3 «predicar» significa «proclamar un mensaje». Juan fue el heraldo que vino antes del Rey y proclamó su venida al pueblo.

Juan bautizó a Jesús para presentarlo al pueblo (Jn 1.29–34) y no debido a que Jesús fuera un pecador arrepentido. Tanto el Padre como el Espíritu dieron testimonio de que Jesús de Nazaret era en realidad el Hijo de Dios. El bautismo en agua de nuestro Señor fue un cuadro anticipado de su futuro bautismo de sufrimiento en la cruz (12.50). Jesús, mediante su muerte, sepultura y resurrección, «cumplió toda justicia» (Mt 3.15).

Solamente Lucas menciona que Jesús oró durante su bautismo (v. 21), la primera de muchas ocasiones de oración que se mencionan en este Evangelio (3.21; 5.16; 6.12; 9.18, 29; 11.1; 22.32, 41; 23.34, 46). Si el perfecto Hijo del Hombre tenía que orar para poder servir al Padre, ¡cuánto más necesitamos orar nosotros, su pueblo!

V. Mártir (3.19-20)

Lucas no da el recuento completo del arresto y martirio de Juan, pero Mateo y Marcos sí (Mt 14.1–12; Mc 6.14–29). Juan podía haber hecho una componenda en cuanto a su mensaje y haber salvado su vida, pero fue un fiel testigo que declaraba la verdad de Dios sin temor o favor. Su ministerio fue breve y tal vez pudiera aparecer como un fracaso, pero cumplió con su trabajo (Hch 13.25) y agradó al Señor.

Nota sobre 3.23–38. La genealogía de Mateo 1.1–17 es la de José, el padre adoptivo de Jesús, y traza su derecho legal al trono de David. Lucas nos da la genealogía de María, la cual prueba los derechos naturales de Jesús al trono. Elí era, por tanto, el padre de María. El versículo 23 dice que «Jesús[...] era[...] según se creía, hijo de José, hijo de Elí» (i.e., nacido de María, la hija de Elí). Por lo general, se pensaba que Jesús era el hijo de José (4.22; Jn 6.42, 45). El nombre de la madre no se pondría en la genealogía, de modo que no se nombra a María. Manteniendo su enfoque sobre Jesús el Hijo del Hombre, Lucas lleva la genealogía en retroceso todo el camino hasta Adán (1 Co 15.45).

LUCAS 4

Uno de los énfasis en este capítulo es el uso que nuestro Señor hizo de la Palabra, guiado por el Espíritu. Nuestras palabras tal vez no siempre logren mucho, pero su Palabra viene con autoridad y poder.

I. La Palabra que conquista al enemigo (4.1-13)

Jesús no fue tentado para que el Padre pudiera determinar el carácter y capacidad del Hijo, porque el Padre ya había aprobado al Hijo (3.22) y lo haría otra vez (9.35). Tampoco fue tentado para darle oportunidad a Satanás a que lo derrotara, porque es probable que Satanás ni siquiera quería esta confrontación, sabiendo que Jesús puede vencer cualquiera de sus tácticas. Jesús fue tentado para que pudiera experimentar personalmente lo que nosotros debemos atravesar, y así estar preparado para ayudarnos (Heb 2.16–18; 4.14–16) y para mostrarnos cómo podemos vencer al maligno mediante el Espíritu (v. 1) y la Palabra de Dios (v. 4). Al primer Adán lo probaron en un hermoso jardín y falló; pero el postrer Adán salió victorioso en un terrible desierto.

La secuencia de las tentaciones que informa Lucas es diferente a la que indica el Evangelio de Mateo, pero el relato de Lucas no afirma ser cronológico. No sabemos por qué Lucas invirtió el orden de las dos últimas tentaciones, y es inútil especular.

En la primera tentación Satanás quería que Jesús usara su divino poder para suplir, fuera de la voluntad de Dios, sus necesidades. Era cuestión de poner las necesidades inmediatas por delante de los propósitos eternos. En la siguiente tentación Satanás le pidió la adoración que pertenece sólo a Dios («seré semejante al Altísimo», Is 14.14), ofreciendo a Jesús todos los reinos del mundo como recompensa (Sal 2.7–8). Era en realidad una oportunidad para que Jesús escapara de la cruz, pero Él dijo que no. En la siguiente tentación Satanás desafió a Jesús a que sometiera a prueba la Palabra del Padre al saltar del templo; y respaldó su desafío con una cita «editada» del Salmo 91.11, 12.

Con el poder del Espíritu Santo Jesús usó la «espada del Espíritu» (Ef 6.17) para derrotar al tentador, citando a Deuteronomio 8.3 y 6.13, 16. Jesús no usó sus poderes divinos para ganar la victoria; usó las mismas armas espirituales que cualquiera de nosotros puede usar, si nos rendimos a Él (1 Co 10.13).

II. La Palabra convence al pecador (4.14-30)

Los sucesos que ocurrieron inmediatamente después de su tentación se registran en Juan 1.19–4.45. Lucas retoma la historia al principio de su primera gira de ministerio en Galilea (Lc 4.14–9.50). Nótese el énfasis que Lucas da en su libro al Espíritu Santo (1.35, 41, 67; 2.25–27; 3.16, 22; 4.1, 14, 18; 10.21; 11.13; 12.10, 12). Lucas nos cuenta sobre la primera visita de nuestro Señor a Nazaret, pero Mateo y Marcos nada más registran su segundo ministerio allí (Mt 13.54–58; Mc 6.1–6). Puesto que Nazaret era su residencia, uno pensaría que la gente allí habría estado lista para recibirlo.

Se acostumbraba en los cultos de las sinagogas pedir a los rabíes visitantes que leyeran la lección de las Escrituras e hicieran cualquier comentario que consideraran apropiado. Para este tiempo Jesús había ministrado aproximadamente un año y era muy popular; de modo que fue natural que el líder de la sinagoga le pidiera que participara. La lección designada incluía Isaías 61.1, 2 y Jesús la usó como texto para su sermón, en el cual hizo tres anuncios sorprendentes.

Primero, anunció que las Escrituras se cumplían en Él. Fue ungido por el Espíritu para ministrar a toda clase de necesitados y traerles la salvación del Señor. Segundo, anunció que el año del jubileo había empezado. «El año agradable del Señor» se refiere a Levítico 25.8ss, el quincuagésimo año cuando todo en Israel era restaurado a su propio lugar. (Nótese que Jesús omitió una parte de Isaías 61.2, «el día de la venganza de nuestro Dios», porque ese día aún no ha venido.) Finalmente, anunció que todo esto fue por la gracia de Dios. Dio dos ejemplos de la historia de los judíos para probar que Dios mostró misericordia a los gentiles (1 R 17.1–7; 2 R 5.1–15). Los primeros dos puntos fueron aceptables a la congregación, pero no el tercero, ¡porque no querían que ninguna de las bendiciones de Dios fueran a los gentiles! Las palabras de Cristo sobre la gracia fueron tolerables (v. 22), pero no sus palabras de juicio; y por su afirmación trataron de matarlo.

III. La Palabra cura al afligido (4.31-44)

Jesús dejó Nazaret y se fue a Capernaum, y allí fijó su «cuartel». Cada día del sabbat enseñaba en la sinagoga y su doctrina asombraba a la gente (Mt 7.28, 29). Sanar en el día de reposo era una violación de las tradiciones rabínicas, pero Jesús libró de todas maneras al hombre. Es cierto que podía haber esperado otro día, pero el milagro incluía más que rescatar a un hombre poseído. También incluía ayudar a la gente a aprender la diferencia entre las tradiciones del hombre y la verdad de Dios. Jesús realizó varios milagros en el sabbat y esto enfureció a los líderes religiosos (4.38–39; 6.6–11; 13.10–17; 14.1–6; Jn 5; 9). Jesús vino a traer el verdadero reposo de Dios (Mt 11.28–30), pero los escribas y fariseos preferían sus propias tradiciones legalistas.

Pedro, Andrés, Jacobo y Juan eran socios en una empresa de pesca en Capernaum (5.10). Pedro estaba casado (1 Co 9.5) y tenía una casa en Capernaum con su hermano Andrés (Mc 1.29). Habían vivido en Betsaida (Jn 1.44). Jesús sanó a la suegra de Pedro de una gran fiebre, un «milagro privado» que no hubiera atraído la atención de ninguna autoridad.

Pero el milagro que hizo en la sinagoga ¡atrajo una gran multitud a la puerta de Pedro! La gente le llevó a Jesús a los enfermos y afligidos, y Él los sanó. Era después del anochecer, de modo que el sabbat había pasado. Nótese que tanto en la sinagoga como en la casa de Pedro los demonios dieron testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios, pero Jesús no estimuló su testimonio. Con el tiempo, sus palabras y obras convencerían a algunas personas de que en verdad era el Hijo de Dios y el Mesías de Israel; pero no quería ningún testimonio del maligno. Véase Hechos 16.16–18.

Tan importante como era suplir las necesidades físicas de la gente, tenían mayor prioridad la oración (v. 42) y la predicación (vv. 43, 44) en el ministerio de nuestro Señor; y también debe tenerlo en el nuestro.

LUCAS 5

Los cuatro acontecimientos que se describen en este capítulo ilustran la preocupación de nuestro Señor por las personas y su ministerio a ellas.

I. Llama obreros (5.1-11)

Pedro, Andrés, Jacobo y Juan conocieron a Jesús un año antes (Jn 1.35–42), le siguieron por un corto tiempo y luego regresaron a su empresa de pesca. En el versículo 10 Jesús llamó a sus discípulos a dejarlo todo y seguirle permanentemente como sus ayudantes. Es probable que había siete pescadores en el grupo de los discípulos (véase Jn 21.2). Los pescadores saben cómo trabajar juntos, no se dan por vencidos con facilidad, son valientes y trabajan con diligencia. Estas eran cualidades ideales para los discípulos de Jesucristo. El hecho de que los hombres planeaban hacerse de nuevo a la mar después de lavar sus redes es prueba de que no habían desmayado por una noche de fracaso.

Pedro se sintió humillado, no por su noche de fracaso, sino por su extraordinario éxito; esta es una marca de carácter real. Si el éxito lo hace humilde, el fracaso lo edificará. Si el éxito lo ensoberbece, el fracaso lo destruirá. Por fe los hombres lo dejaron todo y siguieron a Cristo. Habían estado pescando peces y, cuando los atrapaban, los peces morían. Ahora atraparían peces muertos, pecadores, ¡y los peces vivirían!

II. Limpieza de un leproso (5.12-15)

A los leprosos no se les permitía acercarse a la gente (Lv 13.45, 46), pero Jesús le permitió a este hombre que viniera a Él con su necesidad. Nuestro Señor es accesible, incluso de personas que otros rechazan. Jesús no sólo le habló al hombre, sino que le tocó, lo cual significaba que quedaba contaminado por la enfermedad. Sin embargo, en vez de que el toque lo contaminara, ¡libró al leproso de su enfermedad! Los que se preguntan si Él está dispuesto a salvar a la gente deben, leer 1 Timoteo 2.4 y 2 Pedro 3.9. Lea Levítico 13 y 14, para ver las leyes que estipulaban el examen y la ceremonia de purificación del leproso. Nótese que el capítulo 14 ofrece un cuadro maravilloso de la obra expiatoria de nuestro Señor Jesucristo.

III. Cura a un pecador (5.16-26)

¿Por qué era la multitud tan grande que casi impedía que los necesitados llegaran a Jesús? Muchos eran espectadores que sencillamente habían venido para ver; otros querían oír la Palabra de Dios; y algunos estaban allí para escuchar y criticar. Se deben elogiar a los cuatro hombres por su fe y determinación. Subieron al paralítico por las escaleras externas hasta el techo, quitaron las locetas y relleno del techo, y lo bajaron hasta ponerlo ante Jesús. (La palabra griega que se traduce «tejado» nos da la palabra castellana «cerámica».) Era fácil reparar el techo, de modo que no se hizo ningún daño permanente. ¡Qué privilegio ser parte de un milagro! ¡Valía la pena el esfuerzo!

Por supuesto, es mucho más fácil decir «tus pecados te son perdonados», porque nadie puede probar que no ha ocurrido. Así, Jesús le dio a los escribas y fariseos algo visible, y sanó al hombre al instante. Es posible que la condición del hombre haya sido el resultado de su pecado (Jn 5.14). Lo que es la sanidad al cuerpo, el perdón lo es para el alma (Sal 103.1–3). Al decir que perdona pecados, Jesús afirma que es Dios; sus críticos lo sabían y le acusaron de blasfemia.

IV. Cambia la vida de los hombres (5.27-39)

Lucas nos presenta a dos cobradores de impuestos que confiaron en Cristo: Leví (Mateo, Mt 9.9) y Zaqueo (Lc 19.1–10). Ya era suficientemente malo cuando los gentiles cobraban impuestos para Roma, pero cuando los judíos lo hacían, el estigma era aún mayor. Leví no sólo siguió a Jesús, sino que invitó a muchos de sus «amigos pecadores» para que lo conocieran. Este es un buen plan para que los nuevos creyentes lo imiten: presente Su nuevo amigo a sus viejos amigos, antes que lo desechen a usted.

Una vez más los fariseos y saduceos estaban cerca para criticar (vv. 21, 30). Pero Jesús se defendió a sí mismo y a sus nuevos amigos mediante tres ilustraciones. Primero, se comparó con un médico que había venido para suplir las necesidades de los enfermos. Jesús vio a los pecadores perdidos como pacientes que necesitaban sanidad, no como enemigos para condenar. Segundo, se comparó con un esposo gozoso que invitó a los hambrientos y tristes a su fiesta. Para los escribas y fariseos la religión era un funeral; pero para Jesús, ¡era una fiesta de bodas!

Su tercera ilustración tenía que ver con lo viejo y lo nuevo. Si se remienda un vestido viejo con paño nuevo, la tela se encogerá al lavarla y se tendrá una rotura más grande que antes. Si se pone vino nuevo en odres viejos y resecos, el líquido al fermentarse producirá gas y los odres se reventarán. Jesús no vino a «remendar» las vidas de las personas, sino a hacerlas nuevas y completas. No vino a mezclar lo nuevo y lo viejo, sino a traer nueva vida a todos los que creen en Él (2 Co 5.17). La tragedia es que la gente dice: «¡Lo viejo es mejor!», y no quieren lo nuevo. El libro de Hebreos se escribió para explicar cuán mucho mejor es el nuevo pacto de fe.

LUCAS 6

I. Jesús el gobernante (6.1-5)

Era legal que la gente arrancara trigo del campo de algún vecino y lo comiera, pero no podía usar la hoz (Dt 23.25). Al permitir a sus discípulos que hicieran esto en el sabbat, Jesús violaba de nuevo las tradiciones de los ancianos. Poco antes sanó a un hombre en el sabbat (Jn 5) y esto enfureció a los líderes religiosos aún más. La defensa de nuestro Señor fue simple: Él era el Señor del día de reposo y el Rey no está restringido por las tradiciones de los hombres. Su ejemplo de la vida de David lo recalcaba (1 S 21.1–9). Jesús afirmaba de nuevo ser el Hijo de David, el Señor, el Mesías. Quería dar un nuevo día de reposo (Mt 11.28–30), pero ellos no querían recibirlo.

II. Jesús el sanador (6.6-11)

Los escribas y fariseos acudían a los servicios en la sinagoga, no para adorar a Dios, sino para espiar a Jesús. Sabían que Jesús iría y tal vez se aseguraron que el hombre lisiado estuviera allí. Jesús sanó al hombre y se defendió sobre la base del valor de la vida humana. Cualquier judío rescataría a su animal en el día de reposo (Mt 12.11, 12), así, ¿por qué no rescatar a un hombre hecho a imagen de Dios? Cuando las tradiciones llegan a ser más importantes que las personas, hay que examinar las tradiciones y cambiarlas. Como resultado de este milagro a Jesús lo aborrecieron aún más; porque los milagros en sí mismos no cambian el corazón humano pecaminoso. Incluso, ¡los escribas y fariseos se juntaron con los herodianos en su complot para destruir a Jesús! (Mc 3.6).

III. Jesús el Maestro (6.12-16)

De nuevo Lucas menciona el retiro de nuestro Señor para orar (5.16). Tenía importantes decisiones que tomar y sus enemigos lo acosaban; de modo que le era necesario orar. Este es un buen ejemplo que debemos seguir en nuestros ministerios (Stg 1.5).

De entre la multitud de sus muchos seguidores Jesús seleccionó doce para que fueran sus apóstoles. Un apóstol es una persona enviada con una comisión para realizar una tarea especial. Estos hombres vivieron con Jesús y aprendieron de Él, porque iban a tomar su lugar después que Él regresara al Padre. Cuando la iglesia primitiva seleccionó a un hombre para reemplazar a Judas, tuvieron en cuenta características específicas, porque no todos podían ser apóstoles (Hch 1.21, 22; 1 Co 9.1).<%-2>Por lo general se cree que Bartolomé es Natanael <%-3>(Jn 1.45–51) y Judas (no Iscariote) es otro nombre de Tadeo (Mc 3.18). En todas las listas de los nombres de los apóstoles, Pedro es siempre el primero y Judas Iscariote el último.

IV. Jesús el predicador (6.17-49)

Jesús descendió a «un lugar llano» (v. 17) junto al monte y allí predicó el «sermón de ordenación» de los apóstoles. En su informe de lo que llamamos «El Sermón del Monte» (Mt 5–7) Lucas eliminó las «secciones judías» que no serían pertinentes a su audiencia de personas gentiles. Jesús predicó este sermón tanto a las multitudes como a sus apóstoles, y su mensaje se aplica también a nosotros hoy. Nadie se salva por «guardar el Sermón del Monte», porque la salvación viene únicamente por la fe en Jesucristo.

El sermón se refiere a las relaciones de los discípulos con las posesiones (vv. 20–26), las personas (vv. 27–45) y el Señor (vv. 46–49). En la sección de la relación con las personas Jesús nos dice cómo llevarnos con nuestros enemigos (vv. 27–36) y hermanos (vv. 37–45). Se puede resumir el sermón en cuatro palabras: ser (vv. 20–26), amar (vv. 27–36), perdonar (vv. 37–45) y obedecer (vv. 46–49).

A. Posesiones (vv. 20-26).

Las personas que seguían a Jesús eran, en su mayoría, pobres que vivían de día en día. Envidiaban a los ricos y ansiaban ser como ellos. La Biblia no enseña que la pobreza sea bendición, porque nos dice que cuidemos de los pobres y de los necesitados, sino que la pobreza no nos roba ninguna bendición. Bien se ha dicho que muchas personas saben el precio de todo, pero no el valor de nada. No es pecado ser rico, pero sí es pecado confiar en las riquezas y pensar que usted es una persona especial a los ojos de Dios debido a su riqueza. El carácter es lo importante, no las posesiones.

B. Personas (vv. 27-45).

Cuando tiene valores diferentes a los del mundo y defiende lo que es correcto, va a tener enemigos. Si nos desquitamos, viviremos a su misma altura; pero si los amamos, les hacemos bien, los bendecimos y oramos por ellos, entonces nos elevamos a un nivel más alto y glorificamos al Señor. No requiere mucho esfuerzo amar a nuestros amigos y servirles, pero exige fe amar a nuestros enemigos y hacerles bien. Los principios dados en los versículos 31 y 36 nos estimularán a practicar esta difícil admonición. Véanse también 1 Pedro 2.13–25 y Romanos 12.17–21.

Cuando se trata de nuestros hermanos (vv. 37–46), debemos tener cuidado, no sea que les tratemos con más severidad de lo que nos tratamos nosotros mismos. Si ve una falta en su hermano, antes de hablarle, examine su propio corazón para ver si quizás también es igualmente culpable. ¿Es usted un ciego guiando a un ciego? ¿Está tratando de «operar» el ojo de su hermano cuando sus propios ojos están dañados? No tiene nada de malo ayudar a un hermano (Gl 6.1–5), pero sí lo es si nuestra actitud de juicio y nuestra vida no anda bien con el Señor. El gran peligro es la hipocresía (v. 42), la cual significa que aparentamos más espiritualidad de la que en realidad tenemos. Al tratar de ayudar a otros debemos cuidarnos de ser sinceros con Dios y con nosotros mismos (1 Jn 1.5–10).

Las ilustraciones del árbol (vv. 43–44) y del tesoro (v. 45) nos recuerdan la importancia del carácter. Si el árbol no es bueno, el fruto no será bueno; y si el corazón está lleno de maldad, la boca hablará maldad. Edifique su carácter y será capaz de ayudar a otros cuando tengan necesidades espirituales.

C. El Señor (vv. 46-49).

Jesús es Señor y quiere nuestras obras, no nuestras palabras (Mt 7.24–27). Edificar «sobre la roca» significa obedecer lo que Él dice. Edificar «sobre la arena» significa profesar obediencia, pero no practicarla. Lo que construimos hoy, se prueba hoy en las tormentas de la vida, pero habrá una gran prueba final y mayor ante el tribunal de Cristo (Ro 14.10–13).

Mateo nos dice que los oyentes se asombraron de la enseñanza de Cristo (Mt 7.28, 29). Sin embargo, muchos leen hoy el Sermón del Monte y ven solamente una hermosa muestra de filosofía religiosa. ¡Cuánto nos perdemos al ser nada más que oidores y no hacedores!

LUCAS 7

El ministerio de nuestro Señor, según se registra en este capítulo, ilustra las virtudes cristianas de la fe, la esperanza y el amor (1 Co 13.13).

I. Fe (7.1-10)

Un centurión romano tenía a su cargo cien soldados. Los cuatro que se mencionan en el NT fueron hombres de carácter (Mt 27.54; Hch 10; 27.1, 3, 43). El hecho de que este centurión en particular haya construido una sinagoga para los judíos y que mostrara afectuosa preocupación por un siervo, habla bien de él. También se aprecia su humildad en cómo le pidió ayuda a Jesús y su fe en el poder de su palabra. Siendo soldado, se daba cuenta de que Jesús estaba bajo autoridad y por consiguiente también podía ejercer dicha autoridad. ¡Las enfermedades tenían que obedecer a Jesús de la misma manera en que los soldados obedecían al centurión!

En Nazaret Jesús se asombró de la incredulidad (Mc 6.6); en Capernaum se maravilló por una gran fe (v. 9; véase Mt 15.28). Es apropiado que Jesús sanara al muchacho a la distancia, porque estaba ministrando a los gentiles (Ef 2.11–22). Este soldado gentil, que no tenía todos los privilegios espirituales de los judíos, es un reproche para nuestra poca fe.

II. Esperanza (7.11-35)

Jesús estimuló a dos personas desesperanzadas: una viuda sola cuyo hijo había muerto (vv. 11–18) y un profeta desalentado que sentía que su ministerio había fallado (vv. 19–35).

A. La viuda (vv. 11-18).

Naín estaba como a cuarenta kilómetros de Capernaum y Jesús viajó toda esa distancia para traer consuelo a la viuda sufriente. El muchacho probablemente ya había estado muerto un día, y era la noche cuando Jesús y su muchedumbre se encontraron con la viuda y los que la acompañaban. El Príncipe de la Vida (Hch 3.15) está a punto de enfrentarse al último enemigo, la muerte (1 Co 15.26), y conquistarlo. El cuerpo se hallaba en un ataúd abierto y tal vez estaba envuelto con especias y lienzos listo para la sepultura. ¡Imagínese el asombro de los dolientes cuando el muchacho se sentó y empezó a hablar!

Los Evangelios registran tres milagros de resurrección: este joven que quizás había muerto un día antes; una muchacha de doce años que acababa de morir (8.41–56); y un hombre de mayor edad que había estado en la tumba por cuatro días (Jn 11). El muchacho demostró que estaba vivo al sentarse y hablar. La muchacha al caminar y comer, y Lázaro por dejar los lienzos sepulcrales (Col 3.1ss). En cada caso Jesús trajo vida por el poder de su palabra (Jn 5.24).

B. El profeta (vv. 19-35).

Juan el Bautista tenía discípulos que le servían y le traían informes del ministerio de Jesús. Juan había anunciado que el ministerio del Mesías sería de juicio (3.7–9, 16, 17), pero todos los informes que escuchaba eran de un ministerio de misericordia. Juan debía haber recordado Isaías 29.18–19 y 35.5–6, y agradecido a Dios que el Mesías estaba cumpliendo sus propósitos, pero Juan andaba por vista y no por fe. Juan era un hombre acostumbrado a vivir al aire libre y al estar confinado en la cárcel por un rey perverso, se desalentó con facilidad. ¡Nosotros nos desalentamos hoy en mejores circunstancias!

Jesús alabó a Juan, aunque sus mensajeros no estaban allí para oírle e informar de las palabras de Jesús. Juan no era un caña vacilante ni una celebridad popular; era el más grande de los profetas (Is 40.1–3; Mal 3.1). Sin embargo, el creyente más humilde hoy tiene una posición mucho más alta en Cristo que la que Juan tuvo como profeta, porque Juan pertenecía a la antigua dispensación de la ley. Los creyentes de hoy están sentados con Cristo en los lugares celestiales (Ef 2.1–10), un privilegio que nunca se le dio a Juan.

Juan pensó que su ministerio había fracasado, pero Jesús destacó que fueron los líderes judíos (vv. 29, 30) y la gente (vv. 31–35) los que habían fallado. Los líderes rechazaron la Palabra de Dios que vino por medio de Juan (20.1–8), y la gente actuaba en forma infantil en lugar de ser como niños. Nada les agradaba, ni la austeridad de Juan ni la sociabilidad de Jesús. Cuando la gente es verdaderamente sabia, justifica (prueba que es correcto) esa sabiduría demostrándola en su vida (vv. 29–30).

III. Amor (7.36-50)

No sabemos por qué Simón el fariseo invitó a Jesús a cenar con Él. Tal vez quería conocerlo mejor, o tal vez esperaba obtener nueva evidencia con la cual acusarle. Es cierto que Simón se abochornó de que ¡una prostituta entrara en su casa para ungir a Jesús! Esto pudo haber sido una experiencia que cambiara su vida, pero él estaba demasiado ciego como para ver las verdades involucradas.

Es desafortunado que algunos eruditos descuidados confundan esta mujer con María Magdalena (8.2) y con María de Betania (Mt 26.6–13), cuando las diferencias son obvias. De acuerdo a la Armonía de los Evangelios, justo antes de este hecho Jesús había hecho su gran invitación a descansar (Mt 11.28–30), y tal parece que esta mujer pecadora respondió y confió en Cristo. Fue transformada y vino públicamente a Jesús para manifestarle su amor y adoración. Después de tomar su yugo, vino para expresarle su amor.

Simón se dijo para sus adentros: «Ella es pecadora»; pero debía decir: «Yo soy pecador». En su parábola Jesús dejó en claro que todos estamos en deuda con Dios y que no podemos pagar debido a que estamos en bancarrota espiritual. Las dos deudas ($80 vs. $8) no representan la cantidad de pecado, sino el nivel de darse cuenta de la culpa. La mujer sabía que era culpable de haber pecado contra Dios, pero Simón no se sentía pecador. Sin embargo, ¡desesperadamente necesitaba ser perdonado! Y hubiera podido serlo, si se hubiera humillado y confiado en Jesús.

Jesús tiernamente le señaló a Simón sus pecados de omisión, porque no lo había tratado con amabilidad y hospitalidad. La mujer era culpable de pecados de la carne, pero Simón era culpable de pecados del espíritu; una actitud de crítica y un corazón duro (2 Co 7.1). El versículo 47 no enseña la salvación por obras, porque el versículo 50 deja en claro que la mujer se salvó por su fe. Sus obras fueron la prueba de su fe (Stg 2.14–26; Tit 3.4–7) y motivadas por su amor (Gl 5.6).

Una vez más sus enemigos le acusaron de blasfemia porque perdonó pecados (5.21), pero la mujer supo que había sido perdonada porque Él se lo dijo así. ¿Cómo sabemos nosotros hoy que hemos sido perdonados? Tenemos la seguridad que nos da la Palabra de Dios (Is 55.6, 7; Ro 4.7, 8; Heb 8.12). Debido a que esta mujer fue justificada por fe, tuvo «paz con Dios» (v. 50; Ro 5.1). Jesús le ofreció descanso (Mt 11.28–30) y ella lo recibió por fe.

LUCAS 8

Jesús continuó en su gira por Galilea con sus discípulos y las mujeres que les servían. Echó fuera demonios de María de Magdala (Mc 16.9). El esposo de Juana trabajaba para Herodes Antipas; respecto a susana no sabemos nada. En su Evangelio Lucas con frecuencia menciona mujeres y no era raro en esos días que las mujeres pudientes compartieran su riqueza con los rabíes. Sin embargo, era inusual que viajaran con algún rabí; sin duda se criticó a Jesús por esta práctica. (Véase Gl 3.26–29.) Uno de los temas de este capítulo es la Palabra de Dios y cómo respondemos a ella.

I. Oyen la Palabra (8.4-21)

A. «¡Mirad lo que oís!» (vv. 4-15).

La palabra «oír» se usa nueve veces en estos versículos, porque a través de nuestros oídos recibimos la Palabra en nuestros corazones donde puede crear fe (Ro 10.17). La Palabra es como semilla porque tiene vida en sí y puede dar fruto cuando se planta (se recibe y comprende). El corazón humano es como el suelo y se debe preparar si la Palabra se va a plantar y va a dar frutos. Parece evidente que tres cuartas partes de los corazones no dieron fruto y por consiguiente representan a los que nunca se salvaron (3.8). Exige paciencia cultivar la

semilla y producir una cosecha (v. 15), y no debemos darnos por vencidos (Gl 6.9). Es importante que sembremos la semilla tanto en nuestros corazones como en los corazones de otros.

B. «¡Mirad cómo oís!» (vv. 16-18)

La imagen ahora es la de una lámpara. Recibimos la Palabra para que podamos llevarle la verdad a otros; y mientras más recibamos, más tenemos que dar. Si atendemos descuidadamente, no tendremos nada que dar. Seremos como una lámpara sin aceite. Dios nos comunica sus secretos, no para que los ocultemos, sino para que podamos enseñarlos a otros.

C. «¡Mirad por qué oís!» (vv. 19-21)

¿Oímos la Palabra simplemente para aumentar nuestro conocimiento y jactarnos al respecto? (1 Co 8.1). ¿U oímos la Palabra de Dios porque queremos obedecerla? Jesús no fue grosero con su familia. Usó su llegada para enseñar una valiosa lección: si deseamos intimidad espiritual con Jesús, debemos escuchar su Palabra, atenderla y obedecerla. La obediencia no sólo nos capacita para que aprendamos más verdad (Jn 7.17), sino que nos acerca más al Señor en su familia espiritual.

II. Creen la Palabra (8.22-25)

Es cierto que Jesús sabía que la tormenta se avecinaba, y sin embargo se durmió en la barca. Este solo hecho debería haber animado a los discípulos a no tener miedo. ¿Cuál fue su problema? El mismo que el pueblo de Dios enfrenta hoy: conocemos la Palabra de Dios, pero no la creemos cuando enfrentamos las pruebas de la vida. Es una cosa aprender la verdad y otra completamente diferente vivirla. «¿Cómo no tenéis fe» es todavía una pregunta clave. ¿Confiamos en las promesas de Dios o confiamos en nosotros mismos o en nuestras circunstancias?

III. Rechazan la Palabra (8.26-40)

Jesús atravesó una terrible tormenta para visitar a dos endemoniados en un cementerio en el territorio gentil de los gadarenos. Marcos y Lucas mencionan solamente a un hombre, el más escandaloso, pero Mateo nos dice que eran dos (Mt 8.28). Los demonios creen en Dios y tiemblan (Stg 2.19), pero ni tienen «fe» ni aun su temor puede salvarlos.

Nótese la repetición de la palabra «rogar». Los demonios le rogaron a Jesús que no los enviara al abismo, sino a los cerdos (vv. 31–32). Los habitantes le rogaron a Jesús que se fuera de su región (v. 37) y uno de los que habían estado endemoniados le rogó a Jesús que le dejara ser uno de sus discípulos (v. 38). Jesús acogió los dos primeros ruegos, pero no el tercero. Permitió a los demonios que entraran en los cerdos y luego se fue de esa región y regresó a Galilea. Pero no permitió que el hombre sanado fuera con Él, sino que le envió de regreso a su casa para que fuera testigo del Señor. Los nuevos convertidos tal vez no estén listos para el servicio a tiempo completo para el Señor, pero es cierto que sí pueden decirles a otros lo que Él ha hecho en sus vidas.

Los críticos de la Biblia acusan a Jesús porque destruyó la propiedad de otras personas cuando hubiera podido enviar a los demonios a alguna otra parte, pero yerran completamente el punto del porqué lo hizo. No fue debido a que Él atienda y conteste las peticiones de los demonios, sino para demostrar a los espectadores lo que en realidad estaba ocurriendo. Cuando el hato de cerdos se precipitó por el despeñadero al agua, no había duda de que los demonios habían salido de los hombres y que Jesús lo había hecho. Mediante esta acción dramática Jesús dejó en claro que Satanás ocupará lo mismo a un cerdo o un hombre; si atrapa a un hombre, ¡lo convertirá en animal! Al fin y al cabo, nuestro Señor es el Creador y Dueño de todo; de modo que, ¿no puede hacer lo que quiera con lo que es suyo?

Las personas rechazaron la Palabra y le pidieron a Jesús que se fuera de ellos. ¡Qué oportunidad se perdieron! Habían visto una demostración dramática del poder de la Palabra de Dios, pero no le permitían que obrara en sus vidas. Los de la otra orilla fueron exactamente lo opuesto: le dieron la bienvenida a Jesús, porque habían estado esperándole.

IV. Experimentan la Palabra (8.41-50)

Una mujer pobre y anónima y un líder religioso rico llamado Jairo vinieron a Jesús pidiendo ayuda, ella para sí misma y él para su hija. La mujer había estado sufriendo por doce años, mientras que la muchacha había estado bien por doce años y ahora estaba muerta. A los pies de Jesús el terreno está al mismo nivel y todo el mundo puede venir y traer cualquier necesidad que tenga.

Tal vez la fe de la mujer fue un poco supersticiosa, pero el Señor de todas maneras respondió a esa fe. Sin embargo, no le permitió que se confundiera entre la multitud y permaneciera anónima. Si lo hubiera hecho así, nunca hubiera glorificado a Dios con su testimonio; y nunca hubiera oído sus palabras especiales de bendición (v. 48; y véase 7.50). Ella había experimentado la bendición de su poder, pero también necesitaba disfrutar la bendición de su Palabra. Él la llamó «hija», lo cual sugiere que ahora era de su familia. La frase «te ha salvado» (la sanidad es un símbolo de la salvación; véase 5.20–26), indica que recibió la salud de cuerpo y alma. Ella se fue en paz, ¡todo debido a su Palabra!

Jairo tal vez se atemorizó y desanimó mientras esperaba que Jesús ministrara a la mujer, y luego le llegaron las malas noticias de que su hija había muerto. Fue entonces que experimentó el poder de la Palabra (v. 50); confió en esta Palabra mientras que Jesús, sus discípulos y él, se abrieron paso entre la densa multitud hasta la casa. Lo que Jairo encontró debe haberlo asustado aún más: gente que se lamentaba y lloraba (Mt 9.23; Mc 5.38) y su hija muerta en su cama.

Jesús siempre domina cualquier situación. Despidió a los lamentadores y les dijo que dejaran de llorar. ¿Por qué llorar por una niña que duerme? (Cuando los creyentes mueren, el cuerpo duerme, pero el espíritu va a estar con el Señor: 1 Ts 4.13–18; Flp 1.19–23. No hay ninguna evidencia en las Escrituras de que el espíritu duerma.) Todo lo que Jesús dijo fue: «Muchacha, levántate» (v. 54), y su espíritu regresó al cuerpo; se levantó y anduvo. ¡Experimentó el poder vivificador de la Palabra de Dios! «Porque Él dijo; y fue hecho; Él mandó, y existió» (Sal 33.9). «Envió su palabra, y los sanó» (Sal 107.20). Su Palabra todavía tiene poder. ¿Tenemos fe para liberar ese poder?

LUCAS 9

Jesús está a punto de empezar su «campaña» final en Galilea antes de ir a Jerusalén para morir (v. 51). El trasfondo de este capítulo es Mateo 9.35–38: Su compasión por las multitudes y la necesidad desesperada de obreros. ¿Cómo respondió Jesús a este desafío? Envió a los apóstoles a que ministraran y los preparó en privado para el ministerio que enfrentarían después que Él volviera a la gloria. Los doce tenían todavía mucho camino que recorrer antes de que pudieran asumir lugares de responsabilidad y servicio, pero Jesús era paciente con ellos, así como lo es con nosotros. Considere algunas de las lecciones que quiso enseñarles.

I. Aprenden a servirle (9.1-17)

Lo primero que Jesús hizo fue preparar a los doce para el servicio. Poder es la capacidad de hacer algo; autoridad es el derecho para hacerlo; y los apóstoles tenían ambos (Ro 15.18, 19; Heb 2.1–4; 2 Co 12.12). Los enviaron solamente a los judíos (Mt 10.5–6; Hch 3.26; Ro 1.16) y debían predicar las buenas nuevas y sanar a los afligidos. Esta gira no iba a ser unas vacaciones, de modo que les exhortó a que «viajaran ligeros» y que vivieran por fe. Al ir de dos en dos para servirle, debían confiar en que Jesús los capacitaría para hacer lo que les dijo que hicieran (Mt 16.20).

Tan eficaz fue su ministerio que incluso Herodes Antipas lo notó y empezó a hacer averiguaciones respecto a Jesús. Todavía molesto por su conciencia, Herodes estaba seguro de que Juan el Bautista había resucitado para amenazarlo. De acuerdo a Juan 10.41 Juan el Bautista no hizo ningún milagro; de modo que Herodes ciertamente estaba confundido. Cuando al fin Herodes conoció a Jesús el Señor ni le dijo ni hizo nada (Lc 23.6–12).

Jesús y los apóstoles trataron de descansar un poco después de su exigente gira de ministerio, pero las multitudes no les dejaban. ¿Qué hacer con más de cinco mil personas con hambre? Los doce le sugirieron a Jesús que las despidiera (v. 12; véanse 18.15 y Mt 15.23), Felipe se preocupó por el presupuesto (Jn 6.5–7) y Andrés empezó con lo que tenían y se lo trajo a Jesús (Jn 6.8, 9). Jesús les enseñó a los doce una importante lección para su obra futura: ninguna situación es imposible si se toma lo que uno tiene a mano, se lo da a Dios con acción de gracias y lo comparte con otros.

II. Aprenden a conocerle (9.18-36)

Jesús empezó ahora a «retirarse» del ministerio público para poder pasar momentos a solas con los doce y prepararlos para lo que le ocurriría en Jerusalén. En cada punto crucial de su ministerio Jesús dedicó un tiempo especial a la oración (v. 18). Cuando los apóstoles ministraban entre la gente, oyeron lo que se decía respecto a Jesús; pero Jesús quería que los doce no tuvieran la opinión de la multitud, sino más bien convicciones personales. Quería que su confesión fuera una experiencia espiritual con el Padre (Mt 16.16, 17).

Ahora que habían aclarado su confesión de fe (todos, excepto Judas: Jn 6.67–71), los doce podían aprender más acerca del sufrimiento y muerte de Cristo que se aproximaba. Mateo nos dice que Pedro se opuso al plan (Mt 16.21–23), de modo que Jesús tuvo que explicarle, tanto a Pedro como a sus asociados, el significado de la cruz. Pedro era salvo, pero sabía muy poco acerca del discipulado, tomar la cruz y seguir a Jesús. La salvación es un don, un regalo de Dios para nosotros porque Cristo murió por nosotros en la cruz. El discipulado es nuestro regalo a Dios al tomar la cruz, negarnos a nosotros mismos y seguir al Señor en todo.

En el monte de la transfiguración los tres discípulos escogidos aprendieron que el sufrimiento lleva a la gloria, un mensaje que Pedro recalca en su primera epístola (1 P 1.6–8, 11; 4.12–5.10). Moisés representa la ley y Elías los profetas, ambos se cumplieron en Jesucristo (Heb 1.1–3). La palabra «partida» en el versículo 31 en el griego es éxodo y se refiere al ministerio total de nuestro Señor en Jerusalén: su muerte, resurrección y ascensión. Como Moisés condujo a los judíos fuera de la esclavitud de Egipto, así Jesús guía a los pecadores creyentes fuera de la esclavitud del pecado.

Pedro quería hacer del acontecimiento una perpetua Fiesta de los Tabernáculos, pero el Padre interrumpió su discurso para recordarle que debía oír a Jesús. Esta es la primera de las tres interrupciones en la vida de Pedro: el Padre le interrumpió aquí, el Hijo en Mateo 17.24–27 y el Espíritu Santo en Hechos 10.44–48. Pedro aprendió de esta experiencia a confiar en la inmutable Palabra de Dios (2 P 1.16–21), y a saber que el glorioso reino vendrá a pesar de lo que los hombres pecadores puedan hacer (2 P 3).

III. Aprenden a confiar en Él (9.37-43)

Los nueve apóstoles que quedaron atrás estaban en problemas, porque no pudieron sanar a un muchacho endemoniado que un padre afligido les había traído. Todavía más, algunos de los líderes religiosos estaban discutiendo con los apóstoles (Mc 9.14) y probablemente ridiculizándolos por sus esfuerzos inútiles. Jesús les había dado a estos nueve hombres el poder y la autoridad que necesitaban (Lc 9.1, 2), pero algo había pasado. La explicación se da en Mateo 17.19–21. Es evidente que los nueve apóstoles dejaron de orar y ayunar, y su fe se había debilitado. La poderosa fe que ejercieron en su gira (v. 10) era ahora demasiado débil como para acogerse a las promesas de victoria que Jesús les había dado. No podemos vivir y servir sobre la base de victorias pasadas. Debemos estar alertas y disciplinados siempre, confiando en el Señor para la obra.

IV. Aprenden a amar (9.44-56)

Qué extraño que los doce respondieran como lo hicieron al siguiente anuncio de la cruz. En lugar de ser humildes, discutían sobre quién sería el mayor. Tal vez el fracaso de los nueve para echar fuera al demonio y el privilegio de los tres que subieron con Jesús al monte había creado rivalidad entre ellos. Cómo hubieran disfrutado Pedro, Jacobo y Juan en contar a los nueve lo que habían visto en el monte, pero Jesús les había dicho que no lo contaran a nadie (Mt 17.9). Los doce andaban en la carne (Gl 5.20) y pensaban únicamente en sí mismos. Tenían que aprender a amarse unos a otros si habían de servir al Señor con eficacia. También tenían que aprender a amar a otros que no eran parte de su grupo especial (vv. 49–50). Jesús tenía no sólo doce apóstoles, sino que también tuvo otros setenta a los que podía enviar al servicio (10.1, 2). Juan pensó que era espiritual al prohibir al hombre anónimo que sirviera, pero Jesús le reprendió con amor. Para ver las situaciones paralelas, véanse Números 11.24–30, Juan 3.26–30 y Filipenses 1.12–18.

Finalmente, tenían que aprender a amar a sus enemigos (vv. 51–56). Los samaritanos y los judíos habían estado en enemistad por siglos, pero Jesús no participaba en tal lucha (véanse Jn 4; 8.48–49; Lc 10.25–37). Llamamos a Juan «el apóstol del amor», pero Jesús a él y a su hermano les llamó «hijos del trueno» (Mc 3.17). Quizás al ver a Elías en el monte les incitó a pedir que descendiera fuego del cielo (2 R 1). Pero esta no era la manera de convertir en amigo a un enemigo (Ro 12.17–21; Mt 5.10–12, 38–48).

V. Aprenden a poner a Cristo primero (9.57-62)

Estos tres hombres llamaron a Jesús «Señor», pero no hicieron lo que Él les había dicho que hicieran (6.46; Mt 7.21–27). Cuando oyó de posibles adversidades, el primer hombre no quería negarse a sí mismo. El segundo estaba preocupado por el funeral incorrecto; debía haber tomado su cruz, morir a sí mismo y obedecer la voluntad de Dios. El tercer hombre tenía sus ojos puestos en la dirección equivocada y no podía seguir a Cristo. Las condiciones para el discipulado se dan en 9.23, y estos tres hombres no pudieron satisfacerlas. Su énfasis era «yo primero». ¡No es de sorprenderse que los obreros sean tan pocos!

LUCAS 10

I. El gran privilegio (10.1-24)

Los setenta «embajadores» tuvieron el privilegio de servir al Señor, e incluso de hacer milagros, sin embargo Jesús dijo que su más grande privilegio era tener sus nombres escritos en el cielo (v. 20). Todo lo que eran e hicieron brotaba de esa relación con Dios; era básico entenderlo, y todavía lo es. «Separados de mí, nada podéis hacer» (Jn 15.5).

Esta comisión de los setenta debe compararse con la comisión de los doce que se describe en Mateo 10. Los hombres salieron en parejas, a treinta y cinco lugares diferentes, donde Jesús mismo esperaba ministrar más adelante. Fueron tanto «los hombres que prepararon» como los que predicaron las buenas nuevas.

Las figuras que Jesús usa en esta comisión son vívidas y contundentes. Estos hombres debían ser segadores en un campo que estaba listo pero descuidado (v. 2). Debían ser ovejas en medio de lobos y mensajeros de la paz de Dios (vv. 3, 5, 6). Por sobre todo, estos hombres eran obreros (vv. 2, 7); tenían un trabajo que hacer. Su ministerio en una ciudad podía traer bendición o juicio, dependiendo de cómo la gente respondiera. Estos setenta hombres representaban al Señor y la manera en que la gente les tratara sería igual a la que trataría al mismo Señor si estuviera allí (v. 16).

Jesús sabía algo respecto a las ciudades que lo rechazaban (vv. 13–16). Había ministrado en Corazín, Betsaida y Capernaum, y había hecho cosas maravillosas en cada ciudad; pero rehusaron recibirle. Corazín era una pequeña aldea de las colinas, como a tres kilómetros de Capernaum; y Betsaida, la ciudad de origen de los doce apóstoles (Jn 1.44), también estaba cerca de Capernaum y dos veces Jesús la condenó (Mt 11.21–23; Lc 10.13–15). Es posible que Betsaida («aldea de pesca») haya sido un distrito especial de Capernaum, donde vivían y trabajaban los pescadores.

Cuando los setenta regresaron estaban henchidos de gozo con sus experiencias de victoria; y Jesús vio en esas victorias la derrota del diablo (v. 18; Jn 12.31–32; Is 14.4–11; Gn 3.15; Ro 16.20). Pero aun mayor que estas victorias es el privilegio de estar inscrito en el cielo (Flp 4.3; Ap 20.12–15). El verbo «escrito» en el griego está en tiempo perfecto, que significa que el nombre del creyente ya está escrito en el cielo y siempre lo estará.

Si los setenta se regocijaron de los privilegios del servicio y de la salvación, Jesús se regocijó de la soberanía del Padre y el privilegio que tenía de someterse a Él. La Deidad entera estaba involucrada en el regocijo: el Espíritu (v. 21), el Hijo y el Padre. ¡Qué privilegio es ser uno de sus «pequeñitos» y aprender sus secretos! (1 Co 1.26–29).

II. La gran responsabilidad (10.25-37)

Como a algunos de los teólogos y eruditos bíblicos de hoy, a los rabíes judíos les encantaba debatir sobre sutilezas de la doctrina; y este doctor de la ley (estudioso de la ley del AT) quería oír lo que Jesús tenía que decir. Nos da la impresión de que el hombre no estaba buscando la verdad, sino sólo tratando de meter a Jesús en una discusión, con la esperanza de ganarle. Este experto demostró ser evasivo cuando tuvo que enfrentar la verdad con sinceridad y obedecerla.

Nuestra mayor responsabilidad es obedecer el más grande de los mandamientos, el cual el hombre citó con precisión de Levítico 19.18 y de Deuteronomio 6.5. Pero no podemos amar como es debido a Dios y a nuestro prójimo si no tenemos el amor de Dios en nuestros corazones (Ro 5.5; 1 Jn 4.19). Si no podemos guardar el más grande de los mandamientos (Mc 12.28–34), ¿cómo podemos esperar agradar a Dios? Qué importante es ver que la salvación es por fe, no por guardar la ley; pero una vez que la persona es salva, puede depender del Espíritu para llenar con amor su corazón.

La parábola del buen samaritano se dio para responder a la evasiva pregunta del estudioso de la ley: «¡Defina su término!», es un viejo truco de abogados y gente que le gusta discutir. En lugar de involucrarse en términos abstractos, Jesús presentó un caso concreto; y el erudito comprendió el punto. No debemos «espiritualizar» esta parábola y convertirla en alegoría de la salvación. El punto simplemente es que nuestro prójimo es todo aquel que nos necesita, cualquiera al que podamos ayudar. El «héroe» de la historia es el samaritano que cuidó del judío; el sacerdote y el levita, es decir, los profesionales de la religión, no son héroes de ninguna manera. La pregunta que debemos contestar no es: «¿Quién es mi prójimo?», sino: «¿a quién puedo ser un prójimo?»

III. La bendición más grande (10.38-42)

Jesús sentía un cariño especial por la familia en Betania (Jn 11.1–5), y el Evangelio nos da tres detalles particulares respecto a María, Marta y Lázaro (Lc 10.38–42; Jn 11; 12.1–11). Cada vez que hallamos a María en los Evangelios, está en el mismo lugar: a los pies de Jesús. La mayoría de los rabíes no hubieran aceptado a una mujer como discípula, pero a Jesús le deleitó enseñarle la palabra a María. No había nada de malo en que Marta le preparara una comida, debido a que la gente tiene que comer para vivir; pero sí estaba mal que se afanara tanto con el trabajo y sus propias «cargas», que ignoró a su invitado y fue ruda con su hermana. Estaba «afanada y turbada» tratando de servir al Señor y sin embargo se perdió la bendición más grande y duradera. María estaba ocupada con Jesús; Marta estaba preocupada consigo misma. Lo que hacemos con Cristo es mucho más importante que lo que hacemos por Él, porque la sumisión lleva a la obediencia y al servicio.

LUCAS 11

I. Poder en la oración (11.1-13)

El hecho de que Jesús tenía que orar mientras ministraba aquí en la tierra es prueba suficiente de que nosotros necesitamos orar. Jesús oró en su bautismo (3.21), antes de escoger a los doce (6.12), en la transfiguración (9.28), antes de ser arrestado (22.40–44), en la cruz (23.46) y en otras ocasiones (5.16; 9.18). Los doce pronto aprendieron la importancia de la oración.

Los que nosotros llamamos «La oración del Señor» debería quizás llamarse «La oración de los discípulos», porque contiene cosas que no atañen al Señor Jesús. Esta es una «oración modelo» que nos ayuda a organizar nuestras cargas de oración de modo que se ajusten a la voluntad de Dios. Nótese que los pronombres que se refieren a los creyentes están todos en plural, porque esta es una «oración de familia». Podemos orar en la soledad (Mt 6.6), pero no oramos solos, debido a que somos parte de «la familia entera» (Ef 3.14, 15). Cuando oramos, debemos poner primero los intereses de Dios (v. 2), antes de venir con nuestras peticiones (vv. 3–4).

La verdadera oración se basa en la relación de hijos, no de amistad. Esta no es una parábola para enseñar «la persistencia en la oración» (a pesar de que es un factor importante), sino la buena disposición de Dios para cuidar a los suyos. Si un vecino cansado, obstinado, finalmente ayudó a su amigo, ¡cuánto más un amante Padre celestial (que nunca duerme) suplirá para las necesidades de sus propios hijos! Sí, debemos «perseverar en pedir, buscar y llamar», no para romper la resistencia de Dios, sino para revelarle nuestra gran preocupación de que

se haga su voluntad. Bien se ha dicho: «El propósito de la oración no es lograr que se haga en el cielo la voluntad del hombre, sino lograr que la voluntad de Dios sea hecha en la tierra».

Los creyentes de hoy no necesitan pedir el don del Espíritu Santo, puesto que el Espíritu vive en cada uno de los hijos de Dios, pero sí debemos orar por las «buenas cosas» del Espíritu (Mt 7.11) que necesitamos para edificar nuestro carácter, guiar nuestra conducta y darnos poder para el servicio (Ef 1.15–23; 3.14–21).

II. Poder sobre Satanás (11.14-32)

Los milagros de por sí, nunca convencen de pecado a las personas ni les dan fe ni salvación (vv. 14–15). Al ver el milagro algunas personas se asombraron, en tanto que otras ¡acusaron a Jesús de estar en confabulación con el diablo! «Baal-zebub» significa «señor de las moscas» (2 R 1.1–3); Beelzebú quiere decir «señor de la casa» y se relaciona a los versículos 18–26. Jesús mostró cuán ilógico sería que Satanás luchara contra sí mismo. Satanás sí tiene un reino (Ef 2.1–3; 6.10ss), y Jesús lo ha invadido y conquistado (Jn 12.31–33; Col 2.15; 1 Jn 3.8).

Los versículos 24–26 ilustran el peligro de la neutralidad: la vida vacía es sólo una oportunidad para que Satanás haga más daño. Mientras que la parábola se aplica especialmente a la nación de Israel, limpia de su idolatría, también se aplica a la gente hoy que no conoce la diferencia entre reforma y regeneración.

Los líderes le pidieron a Jesús señal (v. 16; 1 Co 1.22), pero Él les advirtió que la búsqueda de señal era una evidencia de incredulidad y rechazo de la evidencia (vv. 29–32). La única señal que les daría sería la de Jonás, o sea, la muerte, sepultura y resurrección. Si los gentiles, como la reina de Sabá o la gente de Nínive, creyeron en base al mensaje que Dios les dio, ¡cuánto más debían los judíos de ese día arrepentirse, habiendo visto todo lo que Él hizo y oído sus mensajes! El privilegio siempre trae responsabilidad y la nación estaba pecando contra un torrente de luz. La gente perdida en las llamadas sociedades «civilizadas» enfrentarán un juicio mayor que en las llamadas sociedades «primitivas» o «paganas».

II. Poder de la pureza (11.33-54)

La luz de Dios brilla en el mundo a través del pueblo de Dios que vive por Él (Flp 2.14–16; Mt 5.14–16). Debemos tener una sola perspectiva de la vida y no ser de doble ánimo (Mt 6.22–24; Stg 1.6–8). Un «ojo bueno» trae más y más luz a la persona, pero un «ojo dividido» ¡convierte la luz en tinieblas! Los fariseos eran de doble ánimo (16.13–15), pero pensaban que «andaban en la luz». Por fuera estaban limpios, pero había corrupción en sus corazones. En el versículo 41 Jesús instó a los fariseos a «dedicar a Dios lo de adentro» y así todo lo demás iba a estar bien.

Los seis «ayes» de nuestro Señor contra los fariseos y escribas (estudiosos de la Ley de Moisés) fueron ciertamente pronunciados en angustia y no en ira (véase Mt 23). Estos religiosos se especializaban en minucias, pero ignoraban lo que era en realidad importante. Amaban que los hombres les reconocieran y les honraran, pero se olvidaban del honor que viene sólo de Dios. Glorificaban el pasado, pero no brindaban ayuda alguna a los necesitados que les rodeaban. En lugar de eso, los líderes religiosos sólo hacían más pesada la carga de la gente común. Jesús vio esta clase de hipócritas religiosos como asesinos de los verdaderamente justos (2 Cr 24.20–27), y sabía que pronto lo crucificarían.

Al rechazar a Jesucristo, los líderes religiosos desecharon la llave que les abriría el mensaje de sus propias Escrituras (Lc 24.44–48). No entraban ellos mismos en la vida y estorbaban la entrada de otros. Es bastante malo rechazar la verdad y perderse para siempre; pero cuando usted influye en otros a que hagan lo mismo, es culpable de la sangre de ellos.

LUCAS 12

Jesús exhortó a sus discípulos a tener las debidas prioridades en su vida.

I. Temer a Dios (12.1-12)

Los líderes religiosos estaban tratando de entrampar a Jesús, las multitudes se arremolinaban por Jesús, pero Él ni temía a sus enemigos, ni se impresionaba por las multitudes. Vivía sólo para agradar a Dios. Vio a los doce preocupados por los fariseos, de modo que les advirtió a temer nada más a Dios y no a los hombres. Si tememos a Dios, no tenemos por qué temerle a nadie más ni a ninguna otra cosa (Sal 112). Cuando empezamos a temerle a la gente, estamos en peligro de entrar en compromisos para agradarle y protegernos, y esto lleva a la hipocresía («juego de actuación»).

Jesús comparó la hipocresía con la levadura: empieza como algo pequeño, se esparce y con el tiempo infecta toda la masa. Los judíos reconocían la levadura como un cuadro de impureza (Éx 12.15–20; véanse 1 Co 5.6–8; Gl 5.9). Pero la hipocresía está destinada al fracaso debido a que a su tiempo Dios revelará todas las cosas (vv. 2–3), y Él es el Juez final.

El temor del hombre entristece al Padre que nos cuida (vv. 4–7), al Hijo que murió por nosotros (vv. 8–9) y al Espíritu Santo que nos capacita para ser fuertes en el Señor (vv. 10–12). En el poder del Espíritu debemos confesar a Cristo intrépidamente y dejar que los hombres hagan como quieran. Dios está en control (Hch 4.23–31).

La «blasfemia contra el Espíritu Santo» (v. 10) tiene una referencia especial a la nación judía que estaba rechazando la evidencia que Jesús les daba de quién era Él y lo que necesitaban ellos hacer. Cuando rechazaron el ministerio de Juan el Bautista, rechazaron a Dios el Padre que envió a Juan; pero todavía estaba el testimonio del Hijo. Cuando rechazaron a Jesús, Él oró por ellos (Lc 23.34). Todavía tenían el testimonio del Espíritu (Hch 1.8). Cuando rechazaron el testimonio del Espíritu a través de la Iglesia (Hch 2–7), pecaron en contra del Espíritu Santo (Hch 7.51) ¡y no quedaba ya más testimonio!

II. Confiar en Dios (12.13-34)

Este rico estaba más interesado en ganar mucho dinero que en oír la Palabra de Dios (véase 8.14). Quería que Jesús resolviera sus problemas, ¡pero no que lo salvara de su codicia! Si Jesús hubiera hecho simplemente la división de la propiedad, eso no hubiera resuelto su problema, porque «el corazón de todo problema es el problema del corazón». La afirmación del versículo 15 contradice la filosofía del mundo y se ilustra en la parábola (vv. 16–21).

El dinero no necesariamente resuelve los problemas; creó nuevos problemas para el agricultor. No es un pecado ser rico, pero es un pecado hacer de la riqueza su dios (Col 3.5). Nótese el énfasis que el viñador se autoconcedió («yo» y «mis»). La riqueza puede ser una venta-

na por la cual podemos ver a Dios (1 Ti 6.17), o un espejo en el cual nos vemos solamente a nosotros mismos. Puede hacernos generosos o egoístas, dependiendo de lo que haya en nuestro corazón.

Los ricos son proclives a la codicia y los pobres a la ansiedad. Ambas cosas son pecado. Cuando sustituimos las cosas por la vida, dejamos de vivir por fe y de confiar en Dios. Todo en la naturaleza confía en Dios para suplir sus necesidades, y también debemos hacerlo nosotros. El afán sólo nos derriba. La clave para una vida libre de ansiedad es un corazón completamente centrado en Dios (v. 31; Mt 6.33). Esta es el «ojo bueno» de 11.34–36. Si pertenecemos a Dios, es su obligación cuidarnos; de modo que no necesitamos afanarnos.

III. Servir a Dios (12.35-59)

Vivir por las posesiones materiales puede cegarnos al futuro y dejarnos desprevenidos en cuanto a la venida del Señor. Podemos enredarnos tanto en los bienes de este mundo que nos olvidamos de la eternidad. Debemos ser siervos fieles esperando y velando al Novio (vv. 35–40), y trabajando para el Maestro (vv. 41–48). Él vendrá como ladrón (v. 39; 1 Ts 5.2; Ap 16.15), de modo que debemos estar listos.

Si decidimos que el Señor tal vez no regrese hoy, empezamos a vivir por nosotros mismos (v. 45); y esto querrá decir juicio cuando comparezcamos ante el Señor (vv. 46; 1 Jn 2.28). La frase «le castigará duramente» (v. 46) y «azotado» (vv. 47–48) no sugiere que habrá disciplina física en el tribunal de Cristo, porque tendremos cuerpos glorificados. Son un recordatorio vívido de que Jesús se enfrentará a los siervos infieles y no les dará su recompensa. Es algo serio tener una responsabilidad dada por Dios.

Si pensamos que el servicio a Cristo es exigente y difícil, ¡piense lo que Él experimentó! (vv. 49–50). Él sintió las olas y ondas del juicio de Dios en su bautismo en la cruz. ¿Estamos en el horno de la aflicción? Él sintió ese fuego antes que nosotros. ¿Estamos atravesando «guerra» en el hogar debido a nuestra fe en Cristo? Él también supo lo que es eso (8.19–21; Miq 7.6; Jn 7.1–5).

Debemos cuidar de que algo nos impida servir fielmente al Señor, ni lo que parece retraso de su venida (v. 45), ni la persecución (vv. 51–53), ni la actitud incrédula del mundo (vv. 54–59). Nuestro mundo moderno entiende de ciencia, puede predecir tormentas y la llegada de cometas, y puede poner hombres en la luna, pero no puede entender «las señales de los tiempos». Como la gente en los días de Noé tienen una falsa seguridad basada en la ignorancia. El tiempo de juicio se aproximaba sobre Israel, pero ellos desperdiciaron la oportunidad que Dios les dio de tener la paz (vv. 58–59; 19.41–44).

LUCAS 13

En su camino a Jerusalén (v. 22) nuestro Señor analiza algunas preguntas importantes.

I. ¿Hay justicia en este mundo? (13.1-9)

Poncio Pilato, el gobernador romano, no fue conocido por su amabilidad. No se llevaba bien con los judíos y no vacilaba en matar a la gente que se interponía en su camino. Este incidente quizás ocurrió cuando los judíos protestaron de que Pilato tomara dinero del templo. El gobernador tenía en la multitud que se hallaba en el templo soldados en ropas de civiles y mataron a algunos judíos desarmados. ¿Dónde estaba Dios cuando sucedió esto? ¿Por qué permitió Dios que mataran a sus fieles sin advertencia?

Jesús destacó que estas muertes en el templo no eran sino una de las muchas tragedias que ocurren en nuestro mundo. ¿Qué se puede decir en cuanto a la caída de la torre de Siloé? ¿No podía Dios impedir este accidente y librar la vida de dieciocho personas? Según Jesús la pregunta real no es: «¿Por qué murieron otros?, sino: «¿Por qué estoy todavía vivo?» En los versículos 3 y 5 Jesús hizo esta respuesta muy personal; y en la parábola la personalizó aún más.

La nación judía era como la higuera sin fruto: tenía la apariencia externa de vida, pero no daba fruto. Juan el Bautista colocó su hacha a la raíz del árbol (3.9) y Jesús ministró a la nación por tres años, pero todavía no había fruto. Dios podía juzgar a la nación de inmediato, pero les concedió inclusive más tiempo. En el año 70 d.C. permitió que las legiones romanas destruyeran Jerusalén y el templo.

Pero también hay una aplicación individual: Dios espera que demos fruto para su gloria. En lugar de preguntar: «¿Por qué mueren otros?», debemos preguntar: «¿Vale algo para Dios el que todavía esté vivo?»

II. ¿Estamos preocupados por las necesidades humanas? (13.10-21)

¡Imagínese la aflicción de la mujer a la que Satanás ató por dieciocho años! Sin embargo, ella fielmente asistía a la sinagoga y adoraba a Dios. Como Abraham, tenía fe para creer que Dios podía hacer lo imposible (v. 16; Ro 4.19–25). Jesús la sanó en el día de reposo para imprimir en el corazón de la gente la verdadera libertad que sólo Él puede dar. Los líderes religiosos judíos habían encadenado a la gente con tantas reglas y regulaciones que la gente estaba agobiada con cargas, así como esa mujer lo estaba con su aflicción. El dirigente de la sinagoga era un hipócrita: ¡rescataría a uno de sus animales, pero no auxiliaría a un ser humano hecho a la imagen de Dios!

III. ¿Es nuestra salvación personal o teórica? (13.22-30)

Una vez más Jesús usó una pregunta abstracta y la redujo a la realidad concreta. La pregunta no es: «¿Son pocos los que se salvan?», sino: «¿Estaré entre los salvos?» La palabra esforzaos quiere decir «agonizar como un atleta». Esto no implica que somos salvos por nuestro arduo trabajo, sino que somos salvos por gracia cuando confiamos en Jesucristo. Más bien nos advierte a evitar la actitud fácil, complaciente y teórica respecto al destino eterno del alma. Si no tomamos la salvación seriamente, podemos hallar la puerta cerrada y que ¡otro tomó nuestro lugar en el banquete! Los que piensan que son los primeros (como los fariseos), se hallarán que son los últimos; mientras que los que se humillan pensando ser los últimos (los pecadores), hallarán que son los primeros.

IV. ¿Por qué se pierden muchas personas? (13.31-35)

Puesto que Jesús estaba en territorio gobernado por Herodes Antipas, los fariseos pensaron que podían asustarlo; pero se equivocaron grandemente. El padre de Herodes Antipas fue Herodes el Grande, el que mató a los niños de Belén (Mt 2.16–18), y Herodes Antipas había asesinado a Juan el Bautista (9.7–9), de modo que este gobernador era capaz de hacer lo mismo con Jesús. Los fariseos querían que Jesús fuera a Judea donde tenían autoridad para disponer de Él, pero el Señor sabía sus planes y continuó siguiendo su propio plan.

Pero Jesús no tenía miedo. Vivió en un calendario divino y sabía que no podía morir sino cuando hubiera llegado su hora (Jn 2.4; 7.30; 8.20; 13.1; 17.1). «Al tercer día» se refiere a la resurrección de nuestro Señor de entre los muertos, cuando se completaría su obra terrenal de redención. Nótese el «santo sarcasmo» de las palabras de nuestro Señor en el versículo 33 y conéctelas con las de 11.47–51.

La nación estaba perdida debido a que desperdició sus oportunidades de salvación (vv. 34–35). Durante los años de su ministerio público Jesús le dio a las personas muchas oportunidades para creer al Evangelio; pero ellos prefirieron seguir su propio camino. Pero Dios es misericordioso y paciente, y un día traerá salvación a la nación y llegará el tiempo cuando den la bienvenida a su Mesías (Zac 12.10; 14.4ss; Mt 24.30–31).

LUCAS 14

I. Cristo el invitado (14.1-14)

Comer juntos era una parte importante de la vida de los judíos, y llegó a ser valioso en la vida de la Iglesia (Hch 2.46). En el Oriente comer juntos es una muestra de amistad y de compromiso del uno con el otro. Sin embargo, cuando invitaron a Jesús a una comida en el sabbat, vio algunas cosas que le dolieron en el corazón y habló respecto a ellas.

A. Ignorar al necesitado (vv. 1-6).

¿Fue este enfermo el «cebo» para atrapar a Jesús? Si fue así, ¡qué manera tan terrible de tratarlo! Jesús curó al hombre y silenció a Sus acusadores. ¡Qué triste que la gente todavía hoy se preocupen más por proteger a los animales que por ayudar a los seres humanos! Una vez más Jesús deliberadamente violó sus tradiciones respecto al día de reposo (4.31–39; 6.1–10; 13.10–17; véase Jn 5; 9).

B. Buscar el honor (vv. 7-11).

Los asientos más cercanos al anfitrión eran los mejores, y los invitados que buscaban reconocimiento trataban de asegurarse de ellos. Si el sitio donde nos sentamos nos hace importantes, ¡no somos muy importantes! Lo que somos es lo que realmente cuenta. Tal vez Jesús tenía en mente Proverbios 25.6–7 cuando habló estas palabras. El versículo 11 es un principio básico que se halla en las Escrituras (18.14; Mt 23.12; Stg 4.6, 10; 1 P 5.5; Pr 3.34).

C. Esperar recompensas (vv. 12-14).

El punto central de la admonición de Cristo al anfitrión era: «No acostumbres a invitar sólo a los que te pueden devolver la invitación». R.G. LeTorneau solía decir: «Si damos solamente para recibir, no recibiremos». Nuestros motivos deben ser puros si nuestro servicio es honrar a Dios y ser una bendición para otros (6.32–36). La comunión que se basa en la competencia egoísta de ninguna manera es comunión cristiana.

II. Jesús el anfitrión (14.15-24)

Los judíos concebían su reino futuro como un gran banquete con los patriarcas como invitados de honor (13.28–29; Is 25.6–9), y Jesús usó este cuadro para ilustrar la importancia de aceptar la invitación de Dios al «banquete de la salvación». La salvación es un banquete, una fiesta, no un funeral; todo lo que necesitamos ya ha sido provisto. ¡Todo lo que tenemos que hacer es aceptar la invitación: ¡vengan y estarán satisfechos!

Cuando una persona planeaba un banquete les decía a los invitados el día de la fiesta, pero no la hora. Tenía que saber cuántos iban a acudir para poder matar suficientes animales y proveer suficiente alimento. Los sirvientes luego iban cuando la hora de la fiesta se acercaba y les decían a los invitados que vinieran. Recuérdese, los invitados en esta historia ya había acordado venir; pero entonces se echaron atrás. Sus acciones y excusas fueron tanto una terrible ruptura de la etiqueta como un insulto para el anfitrión.

Las tres personas tenían excusas endebles. En el Oriente, las transacciones de bienes raíces son largas y complicadas; y, ¿cómo podía él ir a examinar la propiedad en la oscuridad? Todavía más, cualquiera que compra diez yuntas bueyes sin probarlas primero es un necio. Por último, la esposa del tercer hombre no tenía en realidad nada que ver con la actividad, porque usualmente no se invitaba a las mujeres a las fiestas públicas. ¡Era sólo una excusa!

Hubo dos respuestas del anfitrión: cerró la puerta a los que presentaron excusas y buscó a otros que ocuparan sus lugares en el banquete. Dios quiere que su casa se llene; y si los que invitaron no van a venir, Él llamará a otros.

III. Jesús el Maestro (14.25-35)

Es importante notar el contraste entre los versículos 23 y 25. Cuando se trata de la salvación Dios quiere que todo el mundo venga; pero cuando se refiere al discipulado, quiere nada más a los que están dispuestos a pagar el precio. Jesús no se impresionaba por las grandes multitudes que le seguían, ya que conocía sus corazones. Se encaminaba a una cruz fuera de Jerusalén y las multitudes no estaban listas para eso. Es fácil estar entre la muchedumbre, pero no es fácil cargar una cruz. Después de «entrar» y hallar salvación (v. 23), debemos «venir» a Él y tomar nuestra cruz (v. 26), y entonces «ir en pos» de Él en obediencia a su voluntad (v. 27). Jesús es el Anfitrión en el «banquete de la salvación», pero es el Maestro de nuestro andar cristiano por fe.

El constructor (vv. 28–30) y el rey (vv. 31–33) representan al Señor Jesús y no al creyente. Jesús está edificando su iglesia y necesita tener los mejores materiales. Está librando una batalla y debe tener los mejores soldados. ¿Somos la clase de personas de calidad que Él puede usar para la construcción o la batalla? Si no somos discípulos fieles, Él no puede usarnos para realizar el trabajo. Nótese la repetición «no puede ser mi discípulo» (vv. 26, 27, 33). No hay «no puede» en la cena de la salvación, excepto el «no puedo ir» (v. 20) que en realidad significa: «me niego a ir». Pero cuando se trata del discipulado Dios fija los requisitos y espera que los satisfagamos. Busca a los que tendrán un «carácter de sal» (Mt 5.13) que le ayudarán a influir en este mundo en decadencia (vv. 34–35).

LUCAS 15

Las parábolas en este capítulo se dieron en respuesta a las críticas de los escribas y fariseos de que Jesús había recibido pecadores y hasta había comido con ellos. Estos «pecadores» eran judíos que no estaban obedeciendo la ley o las tradiciones de los ancianos y eran, por consiguiente, «proscritos» en Israel. Jesús ya había dejado en claro que Él vino a salvar a los pecadores y no a los que se consideraban justos, tales como los escribas y fariseos (5.27–32; 14.21–24). Jesús vio a estos «pecadores» por lo que en realidad eran: ovejas perdidas que necesitaban de un pastor, monedas perdidas que tenían valor y necesitaban que se pusieran en circulación, hijos perdidos que necesitaban estar en compañerismo y comunión con el Padre.

I. Búsqueda (15.1-10)

El pastor es responsable por cada una de las ovejas; y si una se perdía o la mataban, debía pagarlo de su propia cuenta. Las ovejas se perdían por su necedad; se alejaban y no veían el peligro en que se encontraban. Jesús vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (19.10). Nótese el énfasis en el gozo: el pastor se goza, los vecinos se alegran y en el cielo hay gozo.

Las diez monedas de plata se usaban como collar o tocado y significaban que una mujer era casada. Perder una de las monedas sería la ruina del collar y una vergüenza para la mujer. Como la moneda, los pecadores llevan en sí el sello de la imagen de Dios y son valiosos (20.24–25); pero se pierden y están «fuera de circulación». Cuando los pecadores se hallan de nuevo, son útiles y capaces de servir al Señor. Se recupera el gozo en la familia porque se ha hallado al perdido.

¿Qué quiere decir estar perdido? Significa, como la oveja, estar lejos de la seguridad y en peligro; o, como la moneda, ser inútil o estar fuera de circulación. En el caso del hijo menor, quiere decir estar separado de la comunión con el Padre y lejos de los goces de la familia.

II. Espera y bienvenida (15.11-24)

Es significativo que el padre no fue en busca de su hijo, sino que esperó en casa a que el muchacho regresara. Cuando el muchacho en efecto regresó, el padre corrió para salirle al encuentro. Como la oveja que se había descarriado, algunos pecadores se pierden debido a su propia necedad; y, como las monedas, algunos se pierden por el descuido de otros. Pero el hijo se perdió debido a su voluntad y el padre tenía que esperar hasta que él se hubiera quebrantado y estuviera listo para someterse.

Que el hijo menor pidiera la herencia ¡era como pedir que el padre se muriera! Debe haberle partido el corazón al padre, sin embargo, ¡le dio su parte de la herencia! De la misma manera, Dios ha dado de su riqueza a un mundo de pecadores perdidos y ellos la han desperdiciado (Hch 14.15–17; 17.24–28). No fue lo malo de su vida lo que hizo recapacitar al muchacho, sino la bondad del padre (v. 17; Ro 2.4).

En el Oriente es inusual que los hombres mayores corran; pero el Padre tuvo que hacerlo debido a su compasión por el muchacho. También el hijo había deshonrado a su familia y a su pueblo, y corría el riesgo de que lo apedrearan hasta la muerte (Dt 21.18–21). Si empezaban a lanzarle piedras, ¡hubieran apedreado al padre! El mejor vestido debía haber sido el costoso manto festivo del padre; el calzado indica que el hijo no era un sirviente (a pesar de su petición); y el anillo era la prueba de su condición de hijo. De nuevo hay gozo, ¡porque se había hallado lo que se había perdido!

III. Súplica (15.25-32)

El hermano mayor es la persona olvidada en esta parábola y sin embargo es la clave de la historia. Si el hijo pródigo simboliza a los «publicanos y pecadores», el hijo mayor representa a los escribas y fariseos. Hay pecados del espíritu tanto como pecados de la carne (2 Co 7.1). Los líderes religiosos tal vez no eran culpables de cosas groseras como las que hizo el hijo menor, pero eran igualmente pecadores, culpables de un espíritu de crítica, de orgullo, sin disposición para perdonar y sin nada de amor.

Debido a que el hijo menor había recibido su herencia, los bienes raíces le pertenecían al hermano mayor; pero eran controlados por el padre, quien se beneficiaba de las ganancias. Si el hermano menor regresó a casa, confundiría aún más la herencia, de modo que el hermano mayor no quería su regreso, ni tampoco lo buscó.

Ahora descubrimos que el hermano mayor tenía «su propia agenda oculta», un deseo ardiente de tener una gran fiesta con sus amigos. Se enfureció con su hermano porque regresó a casa y con su padre por haberle dado la bienvenida y haberle perdonado. Como los escribas y fariseos se quedó fuera del gozo y del compañerismo de los que habían sido perdonados.

Al quedarse fuera de la casa el hermano mayor humilló al padre y a su hermano. El padre podía haberle ordenado que entrara, pero prefirió salir y rogarle. Eso fue lo que Jesús hizo con los líderes religiosos judíos, pero ellos no querían que los persuadieran. Pensaban que eran salvos debido a su conducta ejemplar, pero estaban fuera de la comunión del Padre y necesitaban arrepentirse y buscar perdón.

LUCAS 16

La parábola de los dos hijos trajo a colación el tema de la riqueza, y en este capítulo Jesús avanzó todavía más sobre el tema. Los judíos pensaban que la riqueza era una señal de salvación y del favor de Dios (Mc 10.17–27), pero Jesús enseñó que la riqueza puede llevar a la condenación. En este capítulo vemos tres peligros que se deben evitar.

I. Desperdiciar la riqueza (16.1-12)

Como el hijo pródigo (desperdiciador) este mayordomo desperdició los bienes de su patrón, así como mucha gente lo hace hoy. Todo lo que tenemos viene del Señor y se debe usar para el bien de otros y la gloria de Dios. No somos propietarios; somos mayordomos de sus posesiones, y un día tendremos que dar cuenta de lo que hemos hecho con lo que Dios nos ha dado.

Jesús no elogió al mayordomo por engañar a su amo, sino por aprovechar bien su oportunidad. La gente de este mundo es mucho más apta para ver las oportunidades y aprovecharlas que los hijos de Dios (Ef 5.15–17). Durante esta breve vida tenemos la oportunidad de usar la riqueza para hacer amigos para Dios, ¡amigos a los que encontraremos en el cielo!

La clave es la fidelidad (vv. 10–12). El injusto mamón (dinero) es lo menos, pero las riquezas eternas son «lo mucho». Si usamos la riqueza de Dios según su voluntad, Él nos dará nuestras verdaderas riquezas. Jesús no vio un «gran golfo» fijo entre lo material y lo espiritual, porque una de las cosas más espirituales que podemos hacer es usar las cosas materiales para la gloria de Dios en ganar a los perdidos.

II. Codiciar la riqueza (16.13-18)

Los fariseos eran piadosos externamente, pero llenos de codicia por dentro (Mt 23.14; Tit 1.11). Creyendo, como pensaban, que la riqueza era una señal de la bendición de Dios, se reían de Jesús y de lo que Él enseñaba. No eran nada diferentes a los «predicadores del éxito» de hoy, que igualan la felicidad y la santidad con la prosperidad. Intentaban servir a dos señores: a Jesús y al dinero; y esto es imposible de hacer. O bien servimos al dinero, o servimos a Dios; no puede haber compromiso (Mt 6.24).

Los hombres admiran grandemente el éxito material y el poder y el prestigio que este trae, pero Dios lo ve como abominación (Pr 10.2–3). No es pecado ser rico, porque hombres piadosos como David y Abraham eran ricos, ni tampoco es pecado disfrutar de la riqueza que uno tiene (1 Ti 6.17); pero sí es pecado tener una actitud mundana hacia la riqueza y no usarla para la gloria de Dios.

El problema con los fariseos era que le seguían la corriente a la multitud y no se esforzaban por entrar en el reino (v. 16). No estaban dispuestos a pagar el precio de seguir al Señor. En su deseo de obedecer la letra de la ley ignoraban su significado interno, como lo enseñaba Jesús.

III. Adorar la riqueza (16.19-31)

Lucas no dijo que esta narración era una parábola; tal vez fue algo que ocurrió en realidad. El rico usó su riqueza no sólo para autocomplacerse y mantener su estilo de vida extravagante. No la usó para cuidar del pobre y del necesitado, ni siquiera del pobre mendigo que estaba a su misma puerta. Lázaro en efecto testificó al rico (vv. 27–28); pero el rico en su falsa seguridad no quiso arrepentirse. A él la muerte le parecía demasiado distante.

Cuando la muerte llegó, todo cambió: el rico quedó pobre y atormentado, ¡y el pobre mendigo fue rico y en el paraíso! Tenga presente que la fe estableció la diferencia. El rico no fue al lugar de castigo (Hades) debido a que fue rico, así como el mendigo no fue al paraíso sencillamente porque fue pobre. El mendigo era un creyente y el rico incrédulo. No sólo que sus situaciones estaban invertidas, sino que también eran fijas y no se podían cambiar.

¡Qué convicción es oír a la gente en el Hades pidiendo que alguien vaya a testificarles a sus seres queridos! No se puede forzar ni atemorizar a la gente para que confíe en Cristo: se debe persuadir (v. 31; 2 Co 5.11; Hch 18.4). Si el pueblo de Dios pasara un solo segundo en el infierno, tal vez se convertirían en testigos intrépidos del Señor. Esta es en verdad un narración solemne que tanto creyentes como incrédulos deben considerar con toda seriedad.

LUCAS 17

I. El que no perdona (17.1-6)

La palabra tropiezos significa «ocasiones de tropezar». La palabra griega nos da el vocablo castellano «escandalizar», y originalmente se refería a la vara que disparaba una trampa. Estas cosas deben venir porque hay pecado en el mundo, pero nosotros no debemos ser los causantes. Si hacemos que alguna otra persona peque, es mejor que prestemos atención a la severa advertencia del Señor en el versículo 2. Por «estos pequeñitos» Jesús se refiere tanto a los nuevos creyentes (tales como los publicanos y los pecadores en 15.1), como a los niños pequeños (Mt 18.1–7).

Debemos también tener cuidado de no pecar en contra de nuestros hermanos en Cristo que son más maduros en la fe. La iglesia es una familia de fe y nos ministramos unos a otros al admitir nuestros pecados, pedir perdón y concedernos perdón unos a otros (Ef 4.32; Mt 5.43–48; 18.21ss). No es probable que un creyente cometa el mismo pecado siete veces en un día, pero debemos estar listos para perdonar con esa frecuencia. El perdón debe ser un hábito, no una batalla.

Uno esperaría que los discípulos dijeran: «¡Aumenta nuestro amor!» Pero el perdón viene de la fe en la Palabra de Dios, la confianza en que Dios obrará lo mejor para toda persona involucrada, en tanto y en cuanto nosotros hacemos lo que Él quiere. Algunas veces es doloroso perdonar a alguien que ha pecado contra nosotros, pero debemos obedecer la Palabra de Dios por fe y creer en Romanos 8.28. Si nuestra fe es como la semilla, viva y creciendo, nada será imposible.

II. El inútil (17.7-10)

Jesús sabía cómo equilibrar una verdad con otra de modo que sus discípulos no se fueran a extremos. La fe milagrosa del versículo 6 se debe balancear con el «servicio ordinario» que tal vez no sea tan excitante. Aquí tenemos un siervo que ara, cuida del ganado y ¡hasta cocina! Hace con fidelidad cada trabajo para poder complacer a su amo. Pero cuando hacemos nuestras tareas todavía somos «siervos inútiles». La palabra que se traduce «inútil» significa «sin necesidad», esto es, nadie le debe nada. Incluso las recompensas que recibimos del Señor ¡son por pura gracia! Él no nos «debe» nada porque nosotros tan solo hemos cumplido nuestro deber.

III. El ingrato (17.11-19)

Jesús todavía está en camino a Jerusalén (9.51; 13.22, 33), y su viaje le llevó por la frontera entre Samaria y Galilea donde encontró diez leprosos. Estos proscritos vivían y viajaban juntos porque la sociedad los rechazaba. Reconocieron a Jesús puesto que de inmediato le suplicaron misericordia. Él les ordenó que fueran a mostrarse al sacerdote (Lv 13–14), y cuando obedecieron su mandato, recibieron la salud.

Sólo uno de los diez hombres se sintió lo suficientemente agradecido como para venir primero a Jesús y agradecerle su misericordioso regalo de la sanidad. (Véase Sal 107.8, 15, 21, 31.) Pero lo asombroso es que ¡este era un samaritano! Imagínese, ¡un samaritano agradeciendo a un judío! Pero debido a eso, este hombre recibió incluso un obsequio aún mayor: la salvación de sus pecados: «Tu fe te ha salvado» (v. 19). La salud física es una gran bendición, pero termina con la muerte; en tanto que la bendición de la vida eterna es para siempre.

IV. El desprevenido (17.20-37)

Así como muchas personas hoy se emocionan con las profecías y los sucesos futuros, también los judíos en los días de Jesús vivían en la expectación de la venida del Mesías. La palabra griega para «advertencia» significa «estar a la espera, espiar». Jesús nos advierte que no dediquemos nuestro tiempo a espiar el futuro o tratar de adivinar lo que Dios va a hacer. Los judíos esperaban la venida de su Rey, ¡y Él estaba ya en medio de ellos! Podemos estar tan absortos en el futuro que perdemos las oportunidades del presente.

Lo importante no es hacer una tabla cronológica del futuro, sino estar listo para su venida en cualquier momento. Esto significa no prestar atención a los sensacionalistas y a la gente que dice saber todos los «secretos» (v. 23). Jesús comparó los días finales a «los días de Noé» (vv. 26–27) y a «los días de Lot» (vv. 28–33). Ambos hombres vivieron justo antes de grandes juicios: el diluvio (Gn 6–8) y la destrucción de Sodoma (Gn 19). Noé le advirtió al mundo de su época que el diluvio vendría (2 P 2.5), y los ángeles advirtieron a Lot y a su familia respecto a la destrucción que se avecinaba; pero las advertencias no tuvieron efecto. Unicamente Noé y su familia (ocho personas) se salvaron, y sólo Lot y sus dos hijas solteras escaparon de Sodoma.

¿Cómo será el mundo justo antes del juicio final y de la venida del Señor? Será como «negocios de costumbre» con muy poca preocupación por las advertencias que Dios envía. Las personas comerán y beberán, asistirán a bodas y realizarán sus trabajos; y entonces el juicio los sorprenderá desprevenidos. En los días de Noé había mucha violencia (Gn 6.11, 13); y en los de Lot los hombres se habían entregado a deseos lujuriosos contra naturaleza (Gn 19.4–11). Estas mismas características las vemos en la actualidad.

Los versículos 30–37 no se refieren al Arrebatamiento (1 Ts 4.13–18), sino a la venida de Cristo a la tierra para establecer su reino justo (Ap 19.11ss; Mt 24.15–20; Mc 13.14–18). Cuando Cristo venga repentinamente por su Iglesia, ¡es cierto que no habrá tiempo para regresar a la casa y recoger algo! (1 Co 15.51–52). El verbo «tomado» en los versículos 34–36 no significa «llevado al cielo», sino «llevado a juicio». Los que queden entrarán en el reino.

Jesús vio a la sociedad humana al fin de la edad como un cadáver putrefacto que invita a las águilas y los buitres (v. 37); y esto nos recuerda de Apocalipsis 19.17–19 esa última batalla antes de que Jesús establezca su reino. Como creyentes de su Iglesia debemos obedecer el versículo 33 y procurar vivir por completo para Él (Mt 10.39; Jn 12.25). Esa es la única manera de estar preparados para su venida.

Lucas 18

I. Una mujer necesitada que no se alejó (18.1-8)

Cuando se vive en una sociedad corrompida (17.37), el aire es venenoso y ¡es fácil desmayarse! Pero la oración nos pone en contacto con el oxígeno puro del cielo para que podamos continuar. En esta parábola sobre la oración Jesús contrasta (no compara) al juez egoísta y al Padre celestial. En ese día era muy difícil para las viudas pobres conseguir justicia debido a que no tenían los medios para sobornar a los oficiales que lograrían conseguir la actuación del juez. Pero esta viuda no cejó en su empeño hasta que el juez le dio lo que debía recibir.

Ahora, si un juez egoísta finalmente satisfizo las necesidades de una viuda pobre, ¿cuánto más el amante Padre celestial suplirá las necesidades de sus hijos que claman a Él? Esta parábola no nos insta a «hostigar a Dios» hasta que Él actúe; simplemente nos dice que no necesitamos «hostigarlo» porque Él está listo y deseoso de responder a nuestras oraciones. (Véase un argumento similar en 11.5–10.) La viuda no tenía abogado, pero nosotros tenemos un sumo Sacerdote ante el trono de Dios en el cielo. Ella no tenía promesas, pero nosotros tenemos una Biblia llena de promesas que podemos reclamar. Ella era una extranjera, ¡pero nosotros somos hijos de Dios! ¡Qué privilegio es orar!

II. Un pecador que se fue justificado (18.9-17)

De nuevo tenemos un estudio en contrastes. El fariseo hablaba consigo mismo y de sí mismo, pero el publicano oraba a Dios y fue oído. El fariseo podía ver los pecados de otros, pero no el suyo (7.36–50), en tanto que el publicano se concentró en sus necesidades y las admitió con franqueza. El fariseo se jactaba; el publicano oraba. El fariseo regresó a su casa peor que como había venido, pero el publicano se fue a su casa perdonado.

Justificado quiere decir «declarado justo». Es un término legal que significa que se ha destruido toda la evidencia y que no hay constancia de que hayamos pecado. También significa que Dios ya no conserva un historial de nuestros pecados (Sal 32.1–4; Ro 4). En lugar de eso, Él pone a nuestra cuenta la rectitud y justicia de Cristo (2 Co 5.21). Todo lo cual es por la misericordia de Dios (Lc 18.13) y no por los méritos del hombre. Somos justificados por fe (Ro 5.1–5).

En contraste con el orgulloso fariseo están los niños que Jesús recibió y bendijo (vv. 15–17). Sus discípulos tenían algo del espíritu del orgulloso fariseo de la parábola, y Jesús tuvo que reprenderlos con cariño. El publicano, sin embargo, era como un niño en su humildad y fe, y entró en el reino de Dios.

III. El joven que se alejó triste (18.18-34)

Cuando usted combina lo que registran Mateo, Marcos y Lucas, descubre que este hombre era rico, joven y un dirigente, tal vez de alguna sinagoga. Era inusual que un joven tuviera tal posición, de modo que debe haber sido uno de los más ejemplares. Sin embargo, quería la salvación bajo sus términos, no en los del Señor; y Jesús no podía aceptarlo. Nadie se salva por guardar la ley (Gl 2.21; 3.21–24; Ro 3.20) o por convertirse en pobre y generoso. De esta manera el Señor quiso enfrentarlo a su pecado de codicia. Era cierto que externamente el joven había obedecido las leyes que Jesús mencionó en el versículo 20, pero se olvidó de «no codiciarás» (Éx 20.17; véanse Col 3.5; Ro 7.7, 8). Si codiciamos, ¡acabaremos quebrantando todos los demás mandamientos!

Las palabras de nuestro Señor respecto a las riquezas asombraron a los doce, porque, como la mayoría de los judíos, también pensaban que las riquezas eran evidencia del favor de Dios. No es la posesión de riquezas lo que condena al alma, sino la confianza en las riquezas. Abraham fue un hombre muy rico, pero se salvó por su fe en la Palabra de Dios, no por la fe en su dinero (Gn 15.6). Un deseo de adquirir y confiar en las riquezas puede estorbar el crecimiento de la Palabra de Dios en el corazón (Mt 13.22), hacer que nos olvidemos de Dios (Dt 8.13, 14) y llevarnos a muchas clases de tentaciones y pecados (1 Ti 6.9, 10).

Los versículos 28–30 deben ser conectados con Mateo 19.27–20.16. ¿Había un poco de jactancia en la afirmación de Pedro y quizás algo de orgullo? Jesús vio esta peligrosa actitud en el corazón de Pedro («¿qué tendremos?» y no «¿qué podemos dar?») y a modo de advertencia dio la parábola de Mateo 20.1–16 a él y al resto de los doce. Les prometió bendiciones en esta vida y en la venidera, pero también les recordó que pronto Él moriría en Jerusalén (vv. 31–34). Si su Señor tenía que sufrir para entrar en su gloria, ellos también tendrían que sufrir.

IV. El hombre que se fue con Jesús (18.35-43)

Todavía en camino a Jerusalén Jesús dejó la vieja ciudad de Jerusalén, ahora en ruinas, y se aproximaba a la nueva ciudad construida por Herodes el Grande; y allí encontró a dos ciegos (Mt 20.30), uno de ellos, Bartimeo, era el más vocinglero. ¿Pudo Bartimeo decir que la multitud que andaba con Jesús era diferente a la de los otros grupos de peregrinos que pasaban? Sin duda, la gente que andaba con Jesús debía ser diferente como para que pudieran atraer a otros.

Como el publicano, el ciego clamó por misericordia (vv. 13, 39) y persistió en ello a pesar de la resistencia de la multitud. Jesús siempre se detiene cuando un corazón necesitado clama por Él. Los ciegos no podían hallar el camino hasta el Maestro, pero algunas personas les ayudaron; Jesús instantáneamente los sanó. Ambos siguieron a Jesús y dieron un testimonio en alta voz de lo que Él había hecho por ellos.

Lea el canto de alabanza de María en Lucas 1.46–55 y compruebe cómo sus declaraciones se aplican a las personas que hemos encontrado en este capítulo.

Lucas 19

I. Jesús viene a traer salvación (19.1-10)

Zaqueo («uno justo»), como jefe de los publicanos, supervisaba a los hombres que cobraban los impuestos y, por supuesto, recibía su tajada. ¡No es de sorprenderse que haya sido rico! Cuando Jesús y sus seguidores pasaban por Jericó rumbo a Jerusalén, Zaqueo «procuraba

ver» a Jesús, pero su corta estatura hacía esto muy difícil. En su anhelo, hizo dos cosas poco comunes para un hombre de su posición: corrió (en el Oriente los hombres no corren) y ¡se subió a un árbol! Pero su curiosidad de muchacho ¡le llevó a su conversión!

Fue Jesús el que quiso ver a Zaqueo. Jesús se detuvo, miró hacia arriba y le dijo a Zaqueo que bajara y le recibiera como su invitado. Zaqueo había estado buscando, ¡pero ahora había sido hallado! Recibió a Jesús con gozo (Jn 1.11–13) y dio muestras de que había experimentado nueva vida en su corazón. La salvación vino a la casa de Zaqueo (Ap 3.20) debido a que ejerció la misma clase de fe salvadora que Abraham (Ro 4.12).

Qué contraste entre la actitud de nuestro Señor hacia Zaqueo y la actitud de la multitud (v. 7). Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido; ellos podían sólo merodear y criticar (véase 15.1–2). El versículo 10 es clave en el Evangelio de Lucas; porque Lucas describe al compasivo Hijo del Hombre, el Salvador de los perdidos (1.47, 71; 2.11; 7.50; 9.56; 18.42). Lo que le ocurrió a Zaqueo puede ocurrirle a cualquier persona que confía en el Señor Jesucristo.

II. Jesús viene a traer recompensas (19.11-27)

La temporada de la Pascua traía mucha emoción al pueblo judío al recordar la gran victoria del éxodo y entonces al preguntarse respecto a su aflicción como vasallos de Roma. ¡Tal vez el Mesías venga este año! Esta parábola quizás se basó en la historia. Treinta años antes Arquelao, hijo de Herodes el Grande, fue a Roma para pedirle a César Augusto su reino; y algunos de los judíos habían enviado una delegación para protestar por ese nombramiento.

No se debe confundir la parábola de las minas con la parábola de los talentos (Mt 25.14–30). Los talentos representan oportunidades de usar la capacidad; y puesto que todos tenemos diferentes capacidades, se nos da diferentes oportunidades. Pero los siervos de esta parábola recibieron cada uno una mina (el salario de tres meses), que representa el «depósito del evangelio» que se le ha dado a cada creyente (1 Ti 1.11; 6.20; 2 Co 4.7). Dios quiere que nosotros multipliquemos su mensaje de modo que todo el mundo pueda oírlo (1 Ts 1.8; 2 Ts 3.1).

Cuando Jesús regrese recompensará a los siervos fieles (vv. 15–19), arreglará cuentas con los siervos infieles (vv. 20–26) y juzgará a sus enemigos (v. 27). El siervo infiel no tiene excusa; su miedo le paralizó cuando debía haberlo movilizado al servicio. En el tribunal de Cristo el Señor «hará cuentas» y dará a cada uno exactamente lo que se merece. Debemos «ocuparnos» (negociar) hasta que Él venga.

III. Jesús viene a traer paz (19.28-44)

A lo mejor, los dueños de los dos animales eran discípulos del Señor y el plan se fraguó en secreto de modo que los líderes judíos no pudieran interferir. Cuando Jesús entró en Jerusalén montado en un pollino, cumplió Zacarías 9.9 y se declaró Rey de los judíos. Pero también despertó la preocupación de los líderes religiosos, de modo que se vieron obligados a actuar (Jn 12.19). Querían arrestarlo después de la Pascua (Mt 26.3–5), pero Dios había dispuesto que su Hijo muriera como el Cordero de Dios en la Pascua (Jn 1.29).

Había tres grupos especiales en la muchedumbre de la Pascua: los judíos nativos que sospechaban de Jesús, los galileos que le seguían y los visitantes de fuera de Judea que no sabían quién era Jesús (Mt 21.10–11). Entre la multitud de Judea había gente que le vio levantar de los muertos a Lázaro (Jn 12.17–18). La declaración de que «la multitud que clamaba "¡Hosanna!" el domingo de ramos acabó gritando "¡crucifícale!" en el viernes santo» no es verdad. Fueron principalmente los judíos de Jerusalén, influidos por los principales sacerdotes, los que pidieron su sangre (Mt 27.20).

Jesús vino a traer paz (2.14), pero la gente le rechazó y declaró la guerra (12.49–51). ¡Desperdiciaron su oportunidad! No hay paz en la tierra, pero hay paz en el cielo debido a la obra de Cristo en la cruz (19.38); y hay paz con Dios para los que confían en el Salvador (7.50; 8.48; Ro 5.1). Al pensar en los terribles juicios que vendrían sobre su pueblo, Jesús lloró sobre la ciudad.

IV. Jesús viene a traer pureza (19.45-48)

En el esquema divino de las cosas, la justicia y la paz siempre van juntas (Sal 85.10; Is 32.17; Heb 7.1–2; Stg 3.17). La nación era perversa porque la adoración estaba corrompida. El templo santo se había convertido en un «mercado religioso» donde la familia del sumo sacerdote se enriquecía obteniendo ganancias de los judíos extranjeros que tenían que comprar sacrificios y cambiar moneda. Jesús citó a Isaías 56.7 y Jeremías 7.11 para respaldar su purificación del templo. Como en la entrada triunfal, este acto público exacerbó el odio de los líderes religiosos, y así determinaron actuar lo más pronto posible.

LUCAS 20

Los líderes religiosos querían arrestar a Jesús y condenarle, pero no sabían cómo hacerlo con éxito durante la Pascua. La población de Jerusalén se triplicaba durante la fiesta y Jesús era popular entre la gente. Era una situación volátil y tenían que hallar evidencias que fueran suficientes para declararlo culpable. Judas se prestó para resolver su problema; pero mientras tanto los diversos partidos religiosos y políticos de Jerusalén trataban de reunir evidencias contra Él. Este capítulo nos dice cómo Jesús se relacionó con estos líderes religiosos hipócritas.

I. Defendió su autoridad (20.1-18)

Los principales sacerdotes, escribas y ancianos fueron los primeros en atacar, esgrimiendo la purificación del templo que había efectuado del templo. ¿Qué autoridad tenía Él para hacer tal cosa, o quién le dio esa autoridad? Cuando Jesús les hizo retroceder tres años al ministerio de Juan el Bautista no estaba evadiendo la pregunta; estaba llevándolos a enfrentar la cuestión básica de la autoridad. ¿De dónde recibió Juan su autoridad? Estos líderes religiosos habían rechazado la autoridad del ministerio de Juan, de modo que, ¿por qué tenían que preguntar sobre la autoridad del ministerio de Jesús? Si hubieran aceptado a Juan, hubieran aceptado a Jesús.

La parábola (vv. 9–18) se basa en Isaías 5.1–7 y el Salmo 80, de modo que los líderes del templo sabían a qué se refería Jesús. Por siglos Israel había sido culpable de maltratar y aun matar a los mensajeros que Dios le enviaba; y tratarían al Hijo de Dios de la misma manera. Jesús citó el Salmo 118.22 para mostrarles cuán ignorantes eran de la verdad de Dios. Eran los «expertos religiosos» de la nación, ¡y ni siquiera supieron cuándo vino su Mesías! (Véanse Hch 4.11; 1 P 2.7–8). El versículo 18 se refiere a Daniel 2.34–35, 44.

II. Destruyó su estrategia (20.19-26)

Sus enemigos continuaban vigilándolo, buscando una oportunidad para atraparlo en lo que decía; pero Él no dijo nada que pudieran usar como evidencia para arrestarlo. De modo que trataron una nueva estrategia y esperaban que Él «mordiera el anzuelo» y dijera algo que era criminal. Una de las cuestiones más explosivas del día era si los judíos debían pagar impuestos a Roma. Si Jesús decía que no, se hubiera buscado problemas con los romanos; pero si decía que sí, se hubiera metido en problemas con los judíos. ¡Era una trampa perfecta!

Pero Jesús no lidió con la cuestión como si fuera política. Él la vio como un asunto espiritual. Así como la moneda llevaba la imagen de César, el hombre lleva la imagen de Dios y tiene una responsabilidad hacia Él. Pero esto también significa que tiene una responsabilidad hacia el César (gobierno humano), debido a que el gobierno fue instituido por Dios (Ro 13). No es una situación de «es esto o lo otro», sino de «esto y lo otro». Incluso el profeta Jeremías aconsejó que cooperaran con los oficiales y procuraran ser pacificadores (Jer 29.4–7; véanse I P 2.9–17; 3.8–17). La respuesta de nuestro Señor silenció a sus enemigos.

III. Demolió su teología (20.27-38)

Los saduceos pensaron que podían atraparlo con una pregunta teológica. No creían en el mundo espiritual o la resurrección de los muertos (Hch 4.1–2; 5.17; 23.8), de modo que le propusieron una pregunta hipotética basada en la ley judía del levirato del matrimonio (Dt 25.5–10). Si la mujer tiene siete maridos, ¿cuál será su marido en la resurrección?

Jesús demolió su argumento al destacar que no hay necesidad de matrimonio en la vida venidera, porque allí no puede haber muerte. Si la gente no puede morir, no hay necesidad de casarse y tener hijos para preservar la población. «Como los ángeles» (v. 36) no significa que el pueblo de Dios se convertirá en ángeles, porque somos mucho más superiores que los ángeles, puesto que seremos como Cristo (1 Jn 3.1, 2). Seremos «como los ángeles» sólo en cuanto al matrimonio, porque los ángeles ni se casan ni tienen familias.

Pero Jesús llevó el argumento un paso más adelante y les mostró la necedad de su negación de los espíritus y de la resurrección del cuerpo humano. Se refirió a Éxodo 3, especialmente a los versículos 6, 15 y 16, para mostrar que los patriarcas estaban vivos cuando Dios le habló a Moisés. Dios no dijo: «Yo fui el Dios», sino: «Yo soy el Dios». Una continuación de la vida después de la muerte implica una resurrección futura; porque Dios hizo promesas de pacto con Abraham, Isaac y Jacob que incluían bendiciones futuras. ¿Daría Él estas bendiciones a espíritus privados de cuerpos? La salvación es para la persona completa, no sólo para el espíritu (1 Ts 5.23); y esto incluye el cuerpo. En tanto que la doctrina de la resurrección del cuerpo no se enseña con claridad en las Escrituras del AT, la enseñanza de todas maneras está allí (Job 19.25–27; Sal 16.9–10; 17.15; Dn 12.2). La luz completa de esta doctrina vino con el ministerio de Cristo (2 Ti 1.10; Jn 11.25–26).

IV. Declaró su Deidad (20.39-44)

Ahora le tocaba a Jesús preguntar, y Él lo enfocó en un salmo aceptado como mesiánico, el Salmo 110. Los escribas enseñaban que el Mesías era el Hijo de David, un título que a menudo se le asignó a Jesús (Mt 9.27; 15.22; 21.9). Pero en el Salmo 110.1 David llamó al Mesías su Señor. ¿Cómo puede el Mesías ser a la vez el Señor de David y el hijo de David?

La respuesta es, por supuesto, la encarnación. El Mesías es el Señor de David porque Él es Dios, pero es el hijo de David debido a que se hizo hombre y nació en la familia de David. (Véanse Ro 1.3; Hch 2.32–36; 13.22–23.) Jesús es ambos «la raíz y el linaje de David» (Ap 22.16). Como «la raíz de David», trajo a David a la existencia; pero como «del linaje de David», David lo trajo al mundo (2 S 7.13, 14; Is 11.1).

V. Denunció la hipocresía de ellos (20.45-47)

Jesús avanzó de la doctrina a la práctica y públicamente exhibió la hipocresía de los líderes religiosos (véase Mt 23). En sus vestiduras, en sus deseos de elogios y recibir alabanzas, y en el ansia por los lugares prominentes, demostraban que eran cualquier cosa menos siervos. Usaban su religión para robar a los necesitados y guardarse el dinero. Dios está buscando siervos, no celebridades; Él ve el corazón.

LUCAS 21

Nuestro Señor no sólo enseñó y sanó en el templo, sino que también observó a los adoradores. Él ve lo que damos y por qué lo damos, y conoce quiénes dan a Dios lo mejor. Está interesado en la proporción, no en la porción; cuánto se conserva, no cuánto se da.

Jesús no se impresionó con la belleza del templo, porque Él sabía que era una «cueva de ladrones» (19.46) que Dios la había dejado desolada (Mt 23.38). Cuando anunció que el templo estaba destinado para ser destruido, cuatro de sus discípulos le preguntaron más detalles sobre el acontecimiento. «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas?» (Mc 13.3, 4). Esta es la versión de Lucas del discurso en el Monte de los Olivos, que también se halla en Mateo 24–25 y en Marcos 13.

I. Estímulos (21.8-9)

Puesto que estaba escribiendo en especial para gentiles, Lucas no incluyó todos los detalles proféticos que se relacionan particularmente a la nación de Israel. Jesús les dijo a sus discípulos que vendrían tiempos difíciles para la Iglesia, pero que ellos debían prestar atención a su Palabra y no dejar que los engañadores los descarriaran. Tampoco deberían asustarse por las calamidades nacionales, internacionales o naturales, o darse por vencidos cuando la persecución se vuelva intensa. Los tiempos de tribulación pueden ser tiempos de testimonio, y el Espíritu les daría la sabiduría y las palabras que necesitarían. Debido a que sabrían lo que ocurriría, podían estar listos para cuando lo enfrentaran.

En tanto que nuestro Señor se refería principalmente tanto al ministerio de los apóstoles de su época, como al ministerio de los creyentes durante el período de la tribulación, estos estímulos hablan al pueblo de Dios de todos los tiempos. Debemos tener cuidado con el engaño y el temor, y confiar en que el Espíritu nos dará poder.

II. Admoniciones (21.20-24)

Es este párrafo Jesús preparó a su gente para la caída de Jerusalén, la cual tuvo lugar en el año 70 d.C. Amonestó a la gente a huir de Jerusalén y de Judea, y los que prestaron atención a sus palabras libraron la vida. «Los tiempos de los gentiles» se refiere al período cuando los gentiles dominarán a Jerusalén y tomarán el control. «Los tiempos de los gentiles» empezaron con la cautividad de Jerusalén por parte de los babilonios en 606–586 a.C. (2 Cr 36) y concluirán cuando Jesucristo regrese a la tierra y liberte a la ciudad (Zac 13–14).

III. Señales (21.25-33)

Jesús enseña lo que ocurrirá en la última mitad del período de la tribulación, justo antes de que Él aparezca en gloria y regrese a la tierra. La última mitad de la tribulación será un tiempo de gran aflicción, con grandes juicios del cielo y grandes calamidades en la tierra (Ap 13–19). Los creyentes hallarán gran consuelo en las señales que apuntan a su venida y esperarán con expectación la misma. No debemos confundir este acontecimiento con su venida por la Iglesia (1 Ts 4.13–18), porque eso puede ocurrir en cualquier momento. Nosotros no buscamos señales; esperamos al Salvador (Flp 3.19–20).

Sin embargo, puesto que «los acontecimientos que se avecinan arrojan su sombra hacia delante», cuando veamos que estas cosas «comiencen a suceder», sabremos que su venida será pronto. El brote de la higuera debe interpretarse como un símbolo de la restauración de la nación de Israel. La frase «y todos los árboles» (v. 29) tal vez indique el crecimiento del nacionalismo entre las naciones del mundo. En años recientes ciertamente hemos visto un aumento tremendo del nacionalismo.

«Esta generación» se refiere a la generación viva cuando todas estas cosas sucedan. Dios preservará a su pueblo Israel y lo cuidará en los sufrimientos que atraviese, para que pueda entrar en su reino glorioso.

IV. Peligros (21.34-38)

En vista a que el Señor Jesús puede regresar en cualquier momento es propio que nosotros, como su pueblo, estemos listos para cuando venga. Debemos cuidarnos de la mundanalidad y de los cuidados de esta vida. En tanto que no debemos ignorar nuestros deberes diarios, debemos tener cuidado de vivir a la luz de la eternidad. Al acordarnos todos los días de que Jesús puede regresar antes de que el día termine, andaremos con cuidado para que no nos encuentre desprevenidos cuando Él venga (1 Jn 2.28).

LUCAS 22

I. Jesús demuestra su amor (22.1-20)

La enemistad hacia Jesús que primero se reveló en la sinagoga en Nazaret (4.28) y luego infectó a los líderes religiosos (6.11; 11.15, 53–54; 19.47, 48; 20.19), se revelaría ahora en la condenación oficial del Hijo de Dios. Pero, ¿cómo podían arrestar a un rabí tan popular durante la Pascua cuando las multitudes podían empezar un motín? Judas resolvió el problema al convertirse en traidor y prometer entregarles a Jesús sin crear un disturbio.

Mientras que Judas estaba regateando el dinero, Pedro y Juan hacían los arreglos en el aposento alto para la celebración de la Pascua (véase Éx 12). Es probable que Judas no recibió esta información de antemano, porque de lo contrario tal vez podría haber arreglado que la guardia del templo viniera y arrestara allí a Jesús. Era inusual que un hombre llevara un cántaro de agua, puesto que ese era trabajo de las mujeres; de modo que no fue difícil para los discípulos hallar al hombre.

La fiesta tradicional de la Pascua empezaba con acciones de gracias, a las cuales seguía la primera copa de vino. Entonces comían un pedazo de pan mojado en hierbas amargas, cantaban los Salmos 113–114 y bebían la segunda copa de vino. A esto seguía comer del cordero asado y del pan, beber la tercera copa y luego el canto del Salmo 115–118. El festejo terminaba al beber la cuarta copa (v. 17). Fue entonces que Jesús le dio un nuevo significado al pan y al vino, e instituyó la Cena del Señor (1 Co 11.23–26).

La Fiesta Pascual miraba hacia atrás, a la liberación de Israel de Egipto, mientras que la Cena del Señor mira hacia atrás a la muerte de Cristo en la cruz y hacia adelante, a su venida («hasta que el reino de Dios venga», v. 18). Jesús vio un futuro cumplimiento de la fiesta cuando su pueblo estaría reunido en su reino glorioso (vv. 16, 18, 29–30). Jesús es el Cordero Pascual (Jn 1.29; 1 P 1.18–21) que murió, no sólo por los pecados de una nación, sino por los pecados del mundo. Tanto la Pascua como la Cena del Señor eran demostraciones de su amor por un mundo perdido.

II. Jesús aconseja (22.21-38)

A. Sobre la grandeza (vv. 21-30).

Cuando Jesús anunció que el que le traicionaba estaba a la mesa, los doce dieron dos respuestas. Cada uno preguntó: «¿No soy yo, verdad?» (esperando una respuesta negativa), y luego debatieron entre ellos mismos ¡sobre quién sería el mayor! Nuestro Señor no les dijo a sus discípulos quién sería el traidor; es más, en amor, Jesús protegió a Judas hasta el último momento. Le lavó los pies, le advirtió y le dio toda oportunidad para que se arrepintiera. Nunca debemos pensar que a Judas lo forzaron para que traicionara a Jesús porque fue predicho en los Salmos (41.9; 55.12–14; 69.25; 109.8; véase Hch 1.15–20). Fue la propia decisión de Judas vender a Jesús por treinta piezas de plata; sólo él lleva su responsabilidad.

¿Por qué los discípulos empezaron a argüir respecto a quién sería el mayor cuando Jesús terminó de lavarles los pies (Jn 13.1ss) y de hablar sobre su sufrimiento y muerte? Tal vez brotó del orden en que estaban sentados a la mesa, porque Judas estaba en el lugar de honor, a la izquierda de nuestro Señor y Juan a su derecha. O tal vez la presencia del desconocido traidor les hizo pensar que tenían que probar su lealtad al Señor y esto quizás los llevó a compararse el uno con el otro.

Cualquiera que haya sido la razón, su actitud fue la del mundo, donde la competencia y la autoridad son importantes para el éxito. En el reino de Dios la grandeza se mide por a cuántos sirve, no por cuántos le sirven a usted. Jesús es el modelo para nuestro ministerio y Él fue un siervo (Flp 2.1ss). El Señor les aseguró que la gloria más grande aún no había venido (vv. 29–30), de modo que, ¿por qué contentarse con la gloria pasajera de este mundo?

B. Sobre Satanás (vv. 31-34).

El «os» del versículo 31 es plural; Satanás quería tener a todos los discípulos para zarandearlos. Todos abandonarían a Jesús y huirían, y Pedro le negaría tres veces; sin embargo, el Señor oró especialmente por Pedro, para que él confirmara a los otros discípulos. «Vuelto» significa «regresar» o «dar la vuelta» y se refiere al arrepentimiento de Pedro y a su restauración al ministerio (Jn 21). No hay duda de que Pedro era un hombre valiente, pero fallaría de todas maneras debido a su autoconfianza. Si hubiera atendido la advertencia del Señor, se hubiera evitado mucho dolor y vergüenza.

C. Sobre el futuro (vv. 35-38).

El versículo 35 se refiere al ministerio de los discípulos descrito en Lucas 9, un ministerio que no sería igual ahora que Jesús iba a dejarlos y regresar al cielo. Los discípulos enfrentarían un juego completamente nuevo de circunstancias y necesitarían una nueva perspectiva. Jesús citó Isaías 53.12 para mostrarles que a Él le tratarían como a un criminal y que la gente trataría a sus seguidores de la misma manera. Lo que dijo respecto a la espada fue sólo una metáfora acerca de los peligros que enfrentaban, pero los hombres la tomaron literalmente. Por cierto que Pedro usó su espada en el jardín (vv. 50–51).

III. Jesús rinde su voluntad (22.39-53)

Los discípulos estaban acostumbrados a orar con Jesús en el jardín, y Judas conocía bien el lugar (Jn 18.2). Jesús pudo haber llevado a los hombres a algún otro sitio, pero no estaba tratando de evadir el arresto. Estaba sometiéndose a la voluntad del Padre. Al enfrentar los

sufrimientos que le esperaban, especialmente sacrificarse por el pecador (2 Co 5.21), su alma santa se angustió hasta lo más profundo. No oró para descubrir la voluntad de su Padre o tratar de cambiarla, sino para someterse a ella.

Los tres discípulos que estaban con Él en el lugar más íntimo de oración (Mc 14.33) no le dieron el respaldo y fortaleza que necesitaba. En lugar de eso, se durmieron... ¡y Pedro se había jactado de que moriría por Cristo!

La curación de la oreja del esclavo fue el último milagro de nuestro Señor antes de la cruz. La precipitada acción de Pedro le perturbaría luego (Jn 18.25–27). Al sanar a Malco, Jesús practicaba lo que había predicado a otros (Mt 5.38–48) y nos daba ejemplo de amor y perdón. Pedro descubriría que «la espada del Espíritu» es un arma mucho mejor (Ef 6.17; Heb 4.12).

IV. Jesús experimenta sus sufrimientos (22.54-71)

A. En la negación de Pedro (vv. 54–62).

Los que critican a Pedro por seguirle «de lejos» deben recordar que Jesús le advirtió a Pedro que no le siguiera (Mt 26.31; Jn 18.8, 9). Si Pedro hubiera obedecido, no hubiera caído en la tentación. Pedro se quedó cerca del fuego y se sentó con el enemigo, y terminó negando tres veces al Señor (Sal 1.1). Al Señor le dolió profundamente que Pedro le negara en el momento que Él daba testimonio ante sus acusadores. La mirada amorosa del Salvador y el canto del gallo (Mc 14.30) llevaron a Pedro al arrepentimiento.

B. En la mofa de los soldados (vv. 63-65).

A Jesús no lo habían declarado culpable y, sin embargo, los soldados se mofaban de Él y le golpeaban. Si hoy en día trataran a un prisionero de esa manera, llevarían a los soldados a corte marcial. Jesús en silencio soportó la brutalidad y los cielos permanecieron en silencio (Mt 26.52–53).

C. En la ceguera del concilio (vv. 66-71).

Jesús fue llevado primero a Anás, el ex sumo sacerdote (Jn 18.13) y luego a Caifás, yerno de Anás, donde el concilio religioso (sanedrín) se había reunido. El concilio no podía dictar sentencia en tales casos por la noche, de modo que se reunieron de nuevo al amanecer (Mt 27.1). Después de condenar oficialmente a Jesús, le llevaron a Pilato (23.1–5), el cual le envió a Herodes Antipas (23.6–12), quien a su vez le envió de regreso a Pilato (23.13ss). El concilio judío estaba ciego respecto a sus propias Escrituras y sordo a la Palabra que Jesús les había enseñado por tres años.

Al afirmar que se sentará a la diestra de Dios, Jesús declaraba que era en verdad el Hijo de Dios, el Mesías (Sal 110.1; Dn 7.13–14; véanse Hch 2.34; 5.31).

LUCAS 23

I. Jesús no presenta defensa (23.1-25)

El juicio judío se enfocó en la cuestión religiosa (blasfemia); pero cuando los judíos enviaron a Jesús a Pilato, enfatizaron la cuestión política («pervierte al pueblo»). Pilato trató de enviar a Jesús de regreso al sanedrín (Jn 18.31), pero su estratagema no resultó. Los principales sacerdotes y escribas insistieron que el gobernador romano ratificara su decisión. Pilato dijo que no hallaba ninguna base para condenar a Jesús y esto hizo que los líderes judíos fueran más vehementes en sus intentos de matar a Jesús.

Siempre listo para cualquier otra vía de escape, Pilato envió a Jesús a Herodes, puesto que Jesús venía de la jurisdicción de Herodes; pero esto tampoco dio resultados. Herodes había querido por mucho tiempo conocer a Jesús (9.7–9), esperando verle hacer algún milagro; pero cuando finalmente se encontraron, Jesús ni dijo ni hizo nada. Al matar a Juan el Bautista, Herodes había silenciado la voz de Dios. Nuestro Señor soportó gran humillación de manos de sus enemigos, pero lo soportó todo con valentía (Is 53.7; 1 P 2.21–23).

Pilato intentó por tercera vez escaparse cuando Jesús regresó a él: ofreció azotar a Jesús y soltarle, puesto que se acostumbraba dejar en libertad a un prisionero durante la temporada de la Pascua. La multitud, incitada por los principales sacerdotes (v. 23; Mc 15.11), pidió que dejara en libertad a Barrabás y al final Pilato accedió. El trabajo del gobernador romano era procurar que se hiciera justicia y, sin embargo, Pilato cedió a la presión de la multitud ¡después de afirmar tres veces que Jesús era inocente! Jesús «dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato» (1 Ti 6.13), pero Pilato no quiso aceptar la verdad (Jn 18.33–39).

II. Jesús no pidió simpatía (23.26-32)

Se exigía que el criminal condenado llevara la cruz al lugar de ejecución. Jesús lo hizo así al principio de la jornada (Jn 19.17), pero no pudo continuar, probablemente debido a la debilidad resultante de todo lo que había sufrido aquella noche. Los soldados, queriendo acelerar la ejecución, obligaron a Simón a que llevara la cruz por Él (Mt 5.41). Fue una experiencia humillante para este judío de Cirene que había venido a Jerusalén para la fiesta (Hch 2.10), pero tal vez le condujo a la conversión de él y su familia (Mc 15.21; Ro 16.13). Simón Pedro había ofrecido ir a prisión y muerte con Jesús (Lc 22.33), pero fue otro Simón el que fue con Jesús al Calvario.

Algunas de las personas en Jerusalén que amaban a Jesús lamentaban su tortura, pero Él les advirtió que no lloraran por Él. Demasiado a menudo en nuestra predicación y enseñanza enfatizamos tanto los aspectos físicos de los sufrimientos de nuestro Señor que nos olvidamos de la agonía espiritual que soportó en la cruz por la separación con su Padre. Al mirar hacia el futuro Jesús veía su gloria (Heb 12.2), pero juicio para la nación judía. Demasiada «devoción religiosa» es sólo emoción sentimental superficial y pasajera. Jesús quería que hagamos nuestra «la participación de sus padecimientos» (Flp 3.10) y no que tratemos de duplicar las sensaciones de sus sufrimientos.

III. Jesús no manifestó resentimiento (23.33-49)

La crucifixión es tal vez la más humillante y dolorosa forma de ejecución jamás encontrada, y sin embargo Jesús no ofreció resistencia ni manifestó resentimiento. Incluso oró por los responsables de su muerte (v. 34). Su oración no obtuvo automáticamente perdón personal para sus enemigos, pero sí contuvo la ira de Dios por casi cuarenta años, dándole así tiempo a la nación para que se arrepintiera. Es triste, pero no recibieron la Palabra y hasta cometieron otro asesinato cuando apedrearon a Esteban (Hch 7).

A Jesús lo crucificaron entre dos criminales e intercedió por los transgresores para dar cumplimiento a Isaías 53.12. La mofa dio cumplimiento al Salmo 22.6–8; y la bebida que le ofrecieron, el Salmo 69.21. La luz y las tinieblas nos recuerdan el Salmo 22.1–2 y el grito en el versículo 46 dio cumplimiento al Salmo 31.5.

Lucas es el único escritor que registra la conversación entre Jesús y el ladrón. ¿Cómo sabía el ladrón que Jesús tenía un reino? Probablemente por el letrero que habían colocado sobre su cabeza (v. 38). ¿Cómo supo que Jesús podía salvarlo? Oyó a los burladores gritar: «¡Salvó a otros!» (v. 35). Incluso la ira del hombre puede alabar a Dios. Nuestro Señor, en su compasión, sacó a un ladrón de su pecado y le dio la salvación, y lo hizo en un instante. Pero nunca debemos usar a este ladrón como una excusa para dilatar la decisión por Cristo, porque lo más probable es que él se salvó en su primera oportunidad. No tenemos evidencia de que haya conocido antes a Jesús.

El hecho de que Jesús entregó su espíritu demuestra que estaba en pleno control de la situación (Jn 10.15, 17–18). La palabra «encomiendo» en el versículo 46 significa «deposito, lo entrego para que se guarde con seguridad». Pablo la usó en 1 Timoteo 1.18 y 2 Timoteo 2.2, y Pedro en 1 Pedro 4.19. Esta afirmación, citada del Salmo 31.5, la usaban los niños judíos como oración al acostarse.

IV. Jesús no sufrió deshonra (23.50-56)

La sepultura de nuestro Señor dio cumplimiento a Isaías 53.12. Los criminales condenados perdían todo derecho a un entierro decente, pero Dios tenía a José y a Nicodemo (Jn 19.38–42) listos para cuidar del cuerpo de Cristo. Es importante para el evangelio que sepamos con certeza que Jesús en realidad murió y fue sepultado, porque su resurrección depende de la realidad de su muerte y sepultura (1 Co 15.1–11). Puesto que todos los miembros del concilio judío condenaron a Jesús (Mc 14.64), y debido a que José no había consentido con ellos, es probable que no estuvo en aquella reunión para dar su voto. José vivía como a treinta kilómetros de Jerusalén, de modo que es obvio que no preparó él mismo la tumba. No es muy probable que hubiera escogido un sitio tan cerca al lugar de ejecución pública. Tenía la tumba y las especies preparadas, y estuvo cerca en el momento en que Jesús murió. Él y Nicodemo habían investigado en las Escrituras (Jn 7.50–53) y aprendieron que el Cordero de Dios moriría; y así estuvieron listos. ¡Qué servicio realizaron y qué precio deben haber pagado cuando los demás miembros del concilio se enteraron de lo que habían hecho!

LUCAS 24

I. Confusión (24.1-12)

Las mujeres que se habían quedado cerca de la cruz y visto la sepultura fueron las primeras en ir de nuevo a la tumba cuando el sabbat terminó (23.55–56). Estaban preocupadas respecto a cómo abrir la tumba (Mt 16.1–3), para descubrir después que la tumba no sólo estaba abierta, ¡sino vacía! ¡El cuerpo de Jesús no estaba allí! Un ángel había venido y rodado la piedra (Mt 28.2). Al entrar en la tumba, las mujeres vieron a dos ángeles (Marcos menciona sólo a uno; véase Mc 16.5), quienes les dijeron que Jesús estaba vivo y había resucitado de entre los muertos. Si hubieran recordado sus palabras se hubieran ahorrado mucho sufrimiento (9.22; Mt 17.9, 22–23; 20.17–19; Jn 2.19–22).

Las primeras embajadoras del mensaje de la resurrección fueron las devotas mujeres que fueron fieles a Jesús. Dieron el mensaje a los once apóstoles, ¡los cuales no lo creyeron! ¿Pensaron los apóstoles que las mujeres estaban engañadas o delirando? Pedro y Juan corrieron a examinar la evidencia (v. 12; Jn 20.1–18), pero esto los dejó perplejos. ¡Qué diferente hubiera sido si los creyentes hubieran sólo recordado y creído en sus promesas!

II. Comunión (24.13-32)

Cleofas y su compañero eran dos hombres desilusionados; porque con la muerte de Jesús se esfumaron todas sus esperanzas acerca de Israel (nótense v. 21; y 1.68; 2.30–32, 38; 21.28, 31). Emaús se encontraba como a trece kilómetros al noroeste de Jerusalén, y ellos iban de regreso a casa para decidir qué hacer después. Mientras caminaban, conversaban respecto a los sucesos recientes y comentaban qué podrían significar esos acontecimientos. Hicieron lo mejor que pudieron con el limitado conocimiento que poseían, pero les faltaba la clave que hubiera abierto las Escrituras proféticas: que el Mesías debía sufrir y morir antes de que pudiera entrar a su gloria. Esta era la clave que Jesús les proveyó mientras caminaban y conversaban en el camino.

Estos dos hombres eran «tardos [lentos] de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho» (v. 25). Creyeron las promesas respecto a la gloria del Mesías, pero no podía aceptar las profecías respecto a su sufrimiento (1 P 1.8–12). Jesús les abrió los ojos y los corazones para que comprendieran todas las Escrituras, y esto alentó sus corazones (v. 32). Vieron al Mesías en la Palabra; pero, ¡no se dieron cuenta de que caminaba con ellos! No fue sino hasta que Jesús bendijo su sencilla comida que Él se les reveló personalmente. ¡Qué revelación! ¡Los transformó de peregrinos desalentados en testigos entusiastas!

III. Confirmación (24.33-45)

Entusiasmados por las buenas nuevas, los dos hombres se apresuraron a regresar a Jerusalén, tan solo para enterarse de que Jesús le había aparecido a Pedro (1 Co 15.5; Mc 16.7). No sabemos cuándo fue esta reunión en ese primer día de resurrección, pero trajo a Pedro de regreso a la comunión con su Señor. Posteriormente Jesús restauró a Pedro a su discipulado (Jn 21).

Entonces Jesús mismo se apareció en el aposento alto, sin que importara que las puertas estuvieran cerradas (Jn 20.19–25). En lugar de darle la bienvenida y regocijarse, los creyentes quedaron aterrorizados, temerosos y atribulados, de modo que Jesús les aseguró que era Él y que estaba vivo. Las heridas (no «cicatrices») en sus manos y pies (Sal 22.16) y su costado (Jn 20.20) eran suficiente identificación. Al comer un poco de pescado y de miel probó que no era un fantasma. Su cuerpo de resurrección tenía carne y huesos (v. 39), y sin embargo podía aparecer y desvanecerse, e incluso atravesar puertas sólidas cerradas.

Durante esa reunión Jesús les dio su paz (v. 36), les aseguró de su presencia real y les dio una nueva comprensión de las Escrituras (v. 45). Durante sus años junto a ellos, Él les había enseñado mucho de la Palabra; pero ahora les dio una perspectiva de lo que el AT decía sobre Él y su ministerio redentor.

IV. Comisión (24.46-53)

Pero los discípulos no conservarían para ellos mismos el conocimiento de la Palabra. Comenzando en Jerusalén, serían tanto predicadores (heraldos de un mensaje) como testigos (que contaban una experiencia) de lo que el Señor había hecho por ellos y les había dicho (Hch 1.8). Pero, ¿cómo podía este pequeño grupo esperar siquiera alcanzar el mundo entero con el mensaje de redención? Solamente mediante el poder del Espíritu Santo. La iglesia primitiva no poseía los recursos financieros y técnicos que tenemos hoy en día, y sin embargo realizaron su trabajo.

Lucas terminó su Evangelio en el punto en que empieza su segundo libro, Hechos de los apóstoles: la ascensión de Cristo y la espera de la venida del Espíritu Santo. Si Jesús no se hubiera ido al cielo, el Espíritu no hubiera podido venir (Jn 16.7–15). También el Evangelio de

Lucas empieza en el templo (1.8ss) y termina en el templo. Empieza con María y Elisabet regocijándose y termina con todos los creyentes regocijándose. Antes de que se convirtieran en testigos llenos del poder del Espíritu, los creyentes fueron adoradores gozosos; lo cual es un buen ejemplo para que nosotros sigamos.

Juan

Bosquejo sugerido de Juan

Prólogo (1.1–18)

I. Período de consideración (1.19–6.71)

«Aún no ha venido mi hora». (2.4)

A. Cristo y los discípulos (1.19–2.12)

B. Cristo y los judíos (2.13–3.36)

C. Cristo y los samaritanos (4.1–54)

D. Cristo y los líderes judíos (5.1–47)

E. Cristo y las multitudes (6.1–71)

Crisis # 1: No andaban con Él (6.66–67)

II. Período de conflicto (7.1–12.50)

(Nótese cómo los judíos se oponen a Cristo: 7.1, 19, 23, 30, 32, 44; 8.6, 37, 48, 59; 9.22, 34; 10.20, 31–33, 39; 11.8, 16, 46–57; 12.10.)
«Ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora». (7.30)

A. Conflicto sobre Moisés (7.1–8.11)

B. Conflicto sobre Abraham (8.12–59)

C. Conflicto sobre la filiación (9.1–10.42)

D. Conflicto sobre el poder (11.1–12.11)

Crisis # 2: No creían en Él (12.12–50)

III. Período de clímax (13.1–20.31)

«Sabiendo Jesús que su hora había llegado». (13.1)
«Padre, la hora ha llegado» (17.1).

A. Clímax de preparación para la cruz (13.1–17.26)

B. Clímax de incredulidad de los judíos (18.1–19.42)

Crisis # 3: Le crucifixión (19.13–22)

C. Clímax de fe de los discípulos (20.1–31)

Epílogo (21.1–25)

Notas preliminares a Juan

I. El tema del Evangelio

A. Versículos clave: Juan 20.30,31.

El tema de Juan es Jesucristo, el divino Hijo de Dios. Su libro se refiere a las señales que Cristo realizó durante su ministerio, señales que prueban su deidad. Estas señales las vieron testigos dignos de confianza (sus discípulos y otros) y por consiguiente fidedignos. Juan quiere que los hombres crean en Jesucristo como Señor y reciban nueva vida por su nombre.

B. Comparación con los demás Evangelios.

A los primeros tres Evangelios se les llama «Evangelios Sinópticos». Se les aplica ese adjetivo debido a un vocablo griego que significa «ver juntos». Mateo, Marcos y Lucas ven todos la vida de Cristo de una manera similar, cada uno con su propio énfasis.

- Mateo presenta a Cristo como el Rey de los judíos.
- Marcos muestra a Cristo como el Siervo y escribe para romanos.
- Lucas ve a Cristo como el Hijo del Hombre y escribe para griegos.
- Juan presenta a Cristo como el Hijo de Dios y escribe para todo el mundo.

En tanto que los primeros tres Evangelios analizan principalmente los hechos de la vida de Cristo, Juan se refiere a los significados espirituales de esos hechos. Va mucho más allá y presenta verdades que no se enfatizan en los otros Evangelios. Por ejemplo, los cuatro Evangelios registran la alimentación de los cinco mil, pero sólo Juan anota el gran sermón sobre el pan de vida (Jn 6) que explica el significado del milagro. Por eso es que Juan usa la palabra «señal» en lugar de «milagro», porque una «señal» es un milagro que lleva consigo un mensaje.

C. Palabras clave.

Note al leer el Evangelio de Juan que estas palabras se repiten: vida, creer, luz y tinieblas, verdad, testigo o testimonio, mundo, gloria, recibir, Padre, venir y eterna. Estas palabras clave resumen el mensaje del Evangelio.

II. Cristo en el Evangelio de Juan

Juan enfatiza tanto la persona de Cristo como su obra. Anota varios sermones en los cuales Cristo habla acerca de sí mismo y explica su misión. Nótese también siete declaraciones YO SOY de Cristo:

- YO SOY el pan de vida: 6.35, 41, 48, 51

- YO SOY la luz del mundo: 8.12; 9.5
- YO SOY la puerta de las ovejas: 10.7, 9
- YO SOY el buen pastor: 10.11, 14
- YO SOY la resurrección y la vida: 11.25
- YO SOY el camino, y la verdad, y la vida: 14.6
- YO SOY la vid verdadera: 15.1, 5

Estos nombres, por supuesto, hablan de su deidad; porque el nombre de Dios es YO SOY (véase Éx 3.14). Nótense estas otras ocasiones cuando Cristo usa el YO SOY para hablar de sí mismo: 4.26; 8.28, 58; 13.19; 18.5, 6, 8. Al leer el Evangelio, ¡usted se dará cuenta de que Cristo es el mismo Hijo de Dios!

III. Las señales en el Evangelio de Juan

De los muchos milagros que Cristo realizó, Juan seleccionó siete para probar su deidad. (El octavo, en el capítulo 21, fue sólo para los discípulos y constituye un postludio al Evangelio.) Estas siete señales se dan en un orden específico (nótese 4.54: «Esta segunda señal hizo Jesús») y establece un cuadro de la salvación. Las primeras tres señales muestran cómo la salvación viene al pecador:

1. Agua en vino (2.1–11): la salvación es por la Palabra
2. Sana al hijo de un noble (4.46–54): la salvación es por fe
3. Sana al paralítico (5.1–9): la salvación es por gracia

Las cuatro últimas señales muestran los resultados de la salvación en el creyente:

4. Alimenta a cinco mil (6.1–14): la salvación trae satisfacción
5. Calma la tormenta (6.16–21): la salvación trae paz
6. Sana al ciego (9.1–7): la salvación trae luz
7. Resucita a Lázaro (11.38–45): la salvación trae vida

Por supuesto, cada uno de estos milagros revelan la deidad de Jesucristo (véase 5.20, 36). Estas señales también sirvieron como oportunidades para los discursos y entrevistas de Cristo. Nicodemo vino a Cristo debido a las señales que Él había realizado (3.2); la curación del paralítico (5.1–9) dio lugar al discurso en 5.10–47; la alimentación de los cinco mil fue la base para el sermón acerca del pan de vida en el capítulo 6; la expulsión del ciego de la sinagoga (9.34) dio lugar al sermón sobre el Buen Pastor que nunca echa fuera a nadie (cap. 10).

IV. Fe e incredulidad en el Evangelio de Juan

Un tema importante del Evangelio de Juan es el conflicto entre la fe y la incredulidad. Juan empieza con el rechazo de Israel (1.11), que al final culmina con la crucifixión. Por todo el libro usted ve a la mayoría de los judíos rechazando aceptar la evidencia, endureciéndose más y más en su incredulidad. Por otra parte, también ve un pequeño grupo de personas dispuestas a creer en Cristo: los discípulos, un noble y su familia, los samaritanos, un paralítico, un ciego, etc. Esta misma situación existe hoy: el mundo en su inmensa mayoría no cree en Cristo, pero aquí y allá se encuentran personas que ven la evidencia y le aceptan como el Hijo de Dios.

Por el bosquejo notará que los judíos empiezan su controversia con Cristo después del milagro del capítulo 5, puesto que Cristo sanó al hombre en el sabbat. En los capítulos 7 al 12 el conflicto se torna más severo y varias veces tratan de arrestarle y apedrearle. El clímax llega en los capítulos 18–19 cuando le arrestan y crucifican.

Hay tres sucesos de crisis en el Evangelio de Juan (véase el bosquejo): (1) 6.66–71, cuando las multitudes le dejaron después de querer hacerle Rey; (2) 12.12–50, cuando la gente se negó a creer en Él; y (3) 19.13–22, cuando le crucificaron. En la primera crisis querían hacerle Rey, sin embargo le abandonaron; en la segunda le aclamaron como Rey, sin embargo le rechazaron; y en la tercera clamaron: «No tenemos más rey que César» (19.15).

Él es el camino, pero no estaban dispuestos a andar con Él; la verdad, pero no creían en Él; la vida, pero le mataron.

JUAN 1

El tema del Evangelio de Juan es que Jesús es el Hijo de Dios (20.30, 31), y en este primer capítulo prueba su afirmación. Al leer este maravilloso capítulo no puede menos que ver que Cristo es el Hijo de Dios debido a los nombres y títulos que lleva, las obras que realiza y los testigos que le conocieron personalmente y declararon quién es.

I. Los nombres de Cristo demuestran que es el Hijo de Dios

A. Él es el Verbo (1.1–3,14).

Así como las palabras revelan nuestra mente y corazón, Cristo revela a los hombres la mente y el corazón de Dios. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14.9). Una palabra o verbo se compone de letras, y Cristo es el Alfa y la Omega (primera y última letras del alfabeto griego; Ap 22.13), quien nos deletrea el amor de Dios. En Génesis 1 Dios creó todo por medio de su Palabra; y Colosenses 1.16 y 2 Pedro 3.5 indican que esta Palabra era Cristo. En tanto que Dios se puede conocer en parte a través de la naturaleza y la historia, se le conoce a plenitud a través de su Hijo (Heb 1.1, 2). Cristo, como el Verbo trae gracia y verdad (Jn 1.14, 17); pero si los hombres no le reciben, esa misma Palabra se convertirá en ira y juicio (Ap 19.13). La Biblia es la Palabra escrita de Dios y Cristo es el Verbo de Dios, vivo y encarnado.

B. Él es la luz (1.4–13).

El primer acto creador de Dios en Génesis 1 fue producir la luz, porque la vida proviene de la luz. Jesús es la luz verdadera, o sea, la luz original en la cual toda luz tiene su fuente. En el Evangelio de Juan se puede hallar el conflicto entre la luz (Dios, vida eterna) y las tinieblas (Satanás, muerte eterna). Esto se indica en 1.5: «La luz en las tinieblas resplandece [tiempo presente], y las tinieblas no han podido apagarla o contenerla» (traducción literal). Nótese 3.19–21; 8.12 y 12.46. Segunda de Corintios 4.3–6 pinta la salvación como la entrada de la luz en el corazón en tinieblas del pecador (véase también Gn 1.1–3).

C. Él es el Hijo de Dios (1.15–18,30–34,49).

Fue esta afirmación la que enardeció a los judíos y los llevó a perseguir a Cristo (10.30–36). Nótense las siete personas en el Evangelio de Juan que llamaron a Cristo el Hijo de Dios: Juan el Bautista (1.34); Natanael (1.49); Pedro (6.69); el ciego sanado (9.35–38); Marta (11.27); Tomás (20.28); y el apóstol Juan (20.30, 31). El pecador que no cree que Jesús es el Hijo de Dios no puede ser salvo (8.24).

D. Él es el Cristo (1.19–28,35–42).

«Cristo» significa Mesías, el Ungido. Los judíos esperaban que su Mesías apareciera y a esto se debe que se lo preguntaran a Juan. Incluso los samaritanos le esperaban (4.25, 42). A cualquier judío que dijera que Jesús era el Cristo lo expulsaban de la sinagoga (9.22).

E. Él es el Cordero de Dios (1.29,35–36).

El anuncio de Juan es la respuesta a la pregunta de Isaac: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?» (Gn 22.7). El cordero pascual en Éxodo 12 y el cordero sacrificial en Isaías 53 apuntan hacia Cristo. En la historia del AT hubo muchos corderos sacrificados, pero Cristo es el Cordero de Dios, el único. La sangre de los corderos sacrificados en el tabernáculo o el templo simplemente cubrían el pecado (Heb 10.1–4), pero la sangre de Cristo quita el pecado. Los corderos que se ofrecían en los días del AT eran sólo por Israel, pero Cristo murió por los pecados de todo el mundo.

F. Él es el Rey de Israel (1.43–49).

El pueblo de Israel estaba hastiado del gobierno romano y querían un rey. Debido a que Cristo les dio de comer, querían hacerle Rey (6.15), pero Él se alejó de la multitud. Se ofreció como su Rey (registrado en 12.12–19), pero los principales sacerdotes dijeron: «No tenemos más rey que César» (19.15).

G. Él es el Hijo del Hombre (1.50,51).

Este título viene de Daniel 7.13–14, y todos los judíos sabían que describía a Dios. (Nótese la pregunta de los judíos en Jn 12.34.) En 1.51 Cristo menciona «la escalera de Jacob» en Génesis 28.10–17. Cristo es «la escalera de Dios» entre la tierra y el cielo, revelando a Dios a los hombres y llevando a los hombres a Dios.

II. Las obras de Cristo prueban que es el Hijo de Dios

A. Él creó el mundo (1.1–4).

Él estuvo en el principio con Dios y fue el Agente Divino mediante el cual el mundo se creó.

B. Él da salvación a los hombres (1.9–13).

Vino a su mundo y pueblo (los judíos) y no le recibieron. La salvación es un regalo gratuito que el pecador recibe cuando confía en Cristo. «Creer» y «recibir» son la misma cosa. Un nuevo nacimiento tiene lugar: no por sangre humana, ni por carne, ni por voluntad de hombres, sino de Dios.

C. Él revela a Dios (1.15–18).

Cristo revela la gracia y la verdad de Dios. Moisés dio la ley que descubre el pecado y condena; Cristo revela la verdad que redime. La ley preparó el camino para Él.

D. Él bautiza con el Espíritu (1.33).

En este capítulo vemos a la Trinidad: el Padre (1.14, 18); el Hijo (1.14, 18); y el Espíritu (1.32–34). El descenso del Espíritu le mostró a Juan quién era Cristo; y hoy no podemos ver en realidad a Cristo a menos que el Espíritu abra nuestros ojos.

E. Él conoce íntimamente a los hombres (1.42,47–48).

Conocía a Pedro y a Natanael mejor de lo que ellos mismos se conocían (véase 2.23–25). Sólo Dios puede ver los corazones de las personas.

F. Él perdona pecados (1.29).

¡Nadie en la tierra puede quitar los pecados de una persona!

G. Él abre el camino al cielo (1.50,51) y es el camino al cielo.

Como Jacob en Génesis 28.10–17, los pecadores están lejos de su hogar y en la noche del pecado. Pero Cristo revela la gloria del cielo y lo abre para que entremos. Cristo es la «escalera» de Dios a la gloria.

III. Testigos que prueban que Cristo es el Hijo de Dios

Juan usa a menudo las palabras «testimonio» y «testigos» en su Evangelio (1.7, 8, 15; 3.26, 28; 5.31–37; 8.18; 15.27; 18.23). Se puede confiar en los testigos de la Biblia porque tuvieron un contacto personal con Cristo y no ganaron nada de los hombres al testificar por Cristo. (Es más, sufrieron por eso.) No hay evidencia de que hayan mentido; su testimonio hoy sería válido en cualquier corte. Estos testigos son:

A. Juan el Bautista (1.7,15,29; véase también 5.35).

B. El apóstol Juan (1.14: «vimos su gloria»).

C. Los profetas del AT (1.30,45).

Es muy probable que Natanael se encontraba leyendo los libros de Moisés cuando Felipe le encontró.

D. El Espíritu Santo (1.33,34).

E. Andrés (1.41).

Él fue un ganador de almas y empezó en casa.

F. Felipe (1.45).

Felipe respaldó su testimonio con la Palabra de Dios, una estrategia sabia para todos los testigos.

G. Natanael (1.49).

Juan y Andrés se salvaron por medio de un predicador, Juan el Bautista. Pedro halló a Cristo debido al trabajo personal de Andrés. A Felipe lo llamó Cristo personalmente; y Natanael halló a Cristo por medio de la Palabra y el testimonio de Felipe. Dios usa a diferentes personas y circunstancias para llevar a las personas a su Hijo. Él es un Dios de variedad infinita.

JUAN 2

Algunas iglesias enseñan falsamente que Cristo realizó milagros cuando fue niño, pero Juan 2.11 afirma con claridad que la conversión del agua en vino fue el principio de sus milagros. Tenga presente que Juan registró estas señales en orden, para probar que Jesús es Dios (Jn 20.30, 31), para que la gente pudiera creer en Él y ser salva. Haremos un estudio triple de este primer milagro para aprender sus lecciones dispensacionales (un cuadro del fracaso de Israel), sus lecciones doctrinales (cómo se salva el pecador) y sus lecciones prácticas (cómo servir a Cristo).

I. Las lecciones dispensacionales (2.1–12)

El fracaso de Israel.

Israel ignoró a su propio Mesías. «En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis», dijo Juan el Bautista en 1.26. Esta fiesta de bodas es un cuadro de la nación: el vino se había acabado, la provisión para la gente se había agotado y sin embargo su Mesías estaba allí para ayudarles. Las seis tinajas se usaban para la purificación ceremonial (véase Mc 7.3ss), pero las ceremonias judías no pudieron evitar la bancarrota espiritual de la nación. Estaba sin gozo (en la Biblia el vino es un símbolo de gozo; véanse Sal 104.15; Jud 9.13) y sin esperanza. La gente tenía ceremonias externas, pero no tenía nada que los satisficiera por dentro.

Cristo un día traerá de nuevo gozo a Israel, cuando la nación lo reciba como su Rey. Israel se casará de nuevo con su Dios (véanse Is 54 y Os 2), el vino de su gozo correrá libremente y la gloria de Cristo se revelará. (Jn 2.11). Hasta que llegue ese día Cristo debe decirle a Israel: «¿Qué tienes conmigo?» (Jn 2.4). La nación le ha rechazado y no le recibirá sino hasta aquel día cuando Él regrese en gloria y poder.

II. Las lecciones doctrinales

Cómo se salva el pecadore. Si usted revisa las notas introductorias al Evangelio de Juan verá que las siete señales muestran cómo se salva el pecador y los resultados que hay en su vida. Este primer milagro nos enseña que la salvación es por medio de la Palabra de Dios. Nótense los símbolos aquí.

A. Una multitud sedienta.

¿No es este un cuadro del mundo perdido hoy? Saborean los placeres del mundo, pero no hallan satisfacción personal y si encuentran alguna, con el correr del tiempo se acaba. La Biblia invita a los pecadores sedientos a venir a Cristo para hallar salvación y satisfacción (Jn 4.13–14; 7.37; Is 55.1; Ap 22.17).

B. Tinajas vacías.

Representan al corazón humano que está duro y vacío. La Palabra de Dios compara al ser humano con una vasija (2 Co 4; 7; 2 Ti 2.20–21). La vida del pecador puede parecer encantadora por fuera, pero Dios ve que está vacía e inútil a no ser que Él pueda hacer un milagro divino.

C. Llenadas con agua.

En la Biblia el agua para lavarse es una imagen de la Palabra de Dios (véanse Ef 5.26; Jn 15.3). Todo lo que los sirvientes tuvieron que hacer fue llenar de agua las tinajas vacías, que es igual al siervo de Dios que llena el corazón del inconverso con la Palabra. No es nuestra tarea salvar almas, sino darle a la gente la Palabra y dejar que Cristo realice el milagro de la salvación.

D. Agua en vino.

Cuando el corazón del pecador se ha llenado con la Palabra, Cristo puede realizar el milagro y traer gozo. En Hechos 8.26–40 Felipe llenó al etíope con la Palabra y cuando el hombre creyó, el milagro de la salvación tuvo lugar. El etíope se fue por su camino gozoso. Nótese Juan 1.17: «La ley por medio de Moisés fue dada»; en el AT el agua se convirtió en sangre (Éx 7.19), lo cual indica juicio. Pero Cristo transformó el agua en vino, lo cual habla de gracia y gozo. El vino simboliza al Espíritu Santo (Ef 5.18).

E. El tercer día.

Esto es una sombra anticipada de la resurrección, puesto que Cristo se levantó de los muertos al tercer día. Fue el tercer día después del «día siguiente» de 1.43, que a su vez fue el cuarto de los días sobre los cuales Juan escribió en el capítulo 1 (día #1: vv. 19–28; día #2: vv. 29–34; día #3: vv. 35–42; día #4: vv. 43–51). Tal vez Juan tenía Génesis 1 en mente cuando escribió de esta primera semana de una nueva creación (véase 2 Co 5.17).

F. El principio de milagros.

La salvación es el principio de milagros, porque después que la persona es salva Dios realiza milagro tras milagro en ella; y los milagros que experimentamos dan la gloria a Cristo.

III. Las lecciones prácticas

A. Cómo servir a Cristo

Todos los que sirven a Cristo deberían escuchar las palabras de María: «Haced todo lo que os dijere» (2.5). Debe haberles parecido necio a los sirvientes llenar esas tinajas, pero Dios usa cosas necias para confundir a los poderosos (1 Co 1.27). Si queremos ver que los hombres se salven, debemos obedecer a Cristo y darles a ellos la Palabra de Dios. No es entretenimiento ni recreación lo que salva a las almas, sino la predicación y enseñanza de la Palabra. Si hacemos nuestra parte, Cristo hará el resto.

Los sirvientes sabían de dónde vino el vino, pero «la gente importante» de la fiesta no lo sabían. Cuando una persona sirve a Cristo, aprende sus secretos (véase Am 3.7). Nosotros somos los siervos de Cristo y sus amigos (3.29; 15.15), y Él nos dice lo que está haciendo. Es mejor ser un siervo humilde de Cristo y hablar de sus milagros, que sentarse a la cabecera de la mesa en algún gran banquete.

Debemos usar cualquier oportunidad para servir a Cristo, «a tiempo y fuera de tiempo». Jesús glorificó a Dios en una fiesta de bodas.

Este es tal vez el capítulo más importante del Evangelio de Juan, porque se refiere al tema del nuevo nacimiento. Algunos grupos religiosos han confundido tanto este tema que muchos miembros de la iglesia, por no decir muchos líderes religiosos parecidos a Nicodemo, no tienen ni idea de lo que significa nacer de nuevo.

I. La necesidad del nuevo nacimiento (3.1–51)

A. Es necesario para ver (experimentar) el reino de Dios (v. 3).

Nicodemo era un hombre moral, religioso, uno de los principales maestros (dirigentes) de los judíos, y sin embargo no entendió la verdad sobre el nuevo nacimiento. Las verdades espirituales no la puede captar la mente carnal del pecador (véase 1 Co 2.10–14). Nicodemo vino «de noche», símbolo del que no es salvo; espiritualmente estaba «en las tinieblas» (véanse Ef 4.18; 2 Co 4.3–6). Ser religioso o moral no hace a la persona apta para el cielo; debe nacer de nuevo, esto es, nacer de arriba.

Nicodemo confundió lo espiritual y lo físico (véase v. 4). Pensaba en términos del nacimiento físico, en tanto que Cristo le hablaba de un nacimiento espiritual. Todos hemos nacido en pecado. Nuestro «primer nacimiento» nos hace hijos de Adán y esto significa que somos hijos de ira y de desobediencia (Ef 2.1–3). Ninguna cantidad de educación, religión o disciplina puede cambiar la vieja naturaleza; debemos recibir de Dios una nueva naturaleza.

B. Es necesario para entrar en el reino de Dios (v. 5).

Por «el reino de Dios» Jesús no quería indicar un reino terrenal político. Pablo describe el reino de Dios en Romanos 14.17. Cuando el pecador confía en Cristo entra en el reino y familia de Dios. Como la mayoría de sus amigos judíos, Nicodemo pensaba que debido a que nació judío y vivía de acuerdo a la ley, satisfaría a Dios (véanse Mt 3; 7–12; Jn 8.33–39). Desde el mismo pecado de Adán en Génesis 3, todos los seres humanos han nacido fuera del paraíso. Sólo mediante el nuevo nacimiento podemos entrar en el reino de Dios.

II. La naturaleza del nuevo nacimiento (3.6–13)

A. El nuevo nacimiento es espiritual (vv. 6–7).

Lo que es nacido de la carne (la vieja naturaleza) es carne, siempre será carne y está bajo la ira de Dios. Lo que es nacido del Espíritu (la nueva naturaleza de la que habla 2 P 1.4) es Espíritu y es eterno. No se puede producir un nacimiento espiritual por medios físicos. Por eso es que «nacer del agua» en el versículo 5 no puede significar agua literal, porque el bautismo significaría aplicar una sustancia física (agua) al ser físico. Esta acción nunca produciría un nacimiento espiritual. (Lea de nuevo Jn 1.11–13 y 6.63.) «Nacer del agua» no se refiere al bautismo en agua, porque en la Biblia el bautismo habla de muerte, no de nacimiento (Ro 6.1ss). Si el bautismo fuera esencial para la salvación, nadie en el AT fue jamás salvo, porque no hay bautismo bajo la ley. Todos los grandes santos que se nombran en Hebreos 11 se salvaron por la fe. La salvación no es por obras (Ef 2.8–10), y el bautismo es una obra humana. Cristo vino para salvar, sin embargo nunca bautizó (Jn 4.2). Si el bautismo fuera necesario para la vida eterna, ¿por qué Pablo se regocijaba de que no había bautizado más personas? (1 Co 1.13–17).

El nuevo nacimiento se puede producir solamente por medios espirituales. ¿Cuáles son esos medios? El Espíritu (Jn 3.6; 6.63) y la Palabra de Dios (1 P 1.23; Stg 1.18). El «agua» en el versículo 5 se refiere al nacimiento físico (todo bebé «nace del agua»), lo mismo que Nicodemo mencionó en el versículo 4. Una persona nace de nuevo cuando el Espíritu de Dios usa la Palabra de Dios para producir fe e impartir la nueva naturaleza cuando la persona cree. El Espíritu por lo general usa a un creyente para darle a otra persona la Palabra (véase 1 Co 4.15), pero el Espíritu es el único que puede dar vida.

B. Es un nacimiento misterioso (vv. 8–10).

Nadie puede explicar al viento y nadie puede explicar la obra del Espíritu. Tanto el Espíritu como el creyente son como el viento. Nicodemo, instruido en la ley, debería haber conocido la verdad de la obra renovadora del Espíritu. Véase Ezequiel 37.

C. Es un nacimiento real (vv. 11–13).

Muchas cosas son misteriosas, pero sin embargo reales. Jesús le aseguró a Nicodemo que el nuevo nacimiento no era fantasía, sino una realidad. Si una persona tan solo cree en las palabras de Cristo y le recibe, descubrirá cuán real y maravilloso es el nuevo nacimiento.

III. La base para el nuevo nacimiento (3.14–21)

A. Cristo tuvo que morir (vv. 14–17).

Cristo de nuevo refiere a Nicodemo al AT, en esta ocasión a Números 21, o sea, al relato de la serpiente de bronce. Las serpientes mordían a los judíos y los mataban, y la extraña solución al problema se halló cuando Moisés hizo ¡una serpiente de bronce! Mirando por fe a esa serpiente había sanidad. De igual manera, Cristo fue hecho pecado por nosotros, porque fue el pecado lo que nos estaba matando. Al mirar a Cristo por fe, somos salvos. El bronce simboliza el juicio y Cristo experimentó nuestro juicio cuando fue levantado en la cruz. Cristo tenía que morir para que los hombres pudieran nacer de nuevo: Su muerte trajo vida. ¡Qué paradoja!

B. Los pecadores tiene que creer (vv. 18–21).

La fe en Cristo es el único medio de salvación. La orden de Dios a Moisés en Números 21 no fue que matara a las serpientes, ni que hiciera un ungüento para ponerlo en las mordeduras, ni que tratara de proteger a los judíos para que no los picaran las culebras. Fue que levantara una serpiente de bronce y les dijera a todos que la miraran por fe. No mirar a esa serpiente significaba condenación; la fe significaba salvación. Juan aquí regresa a 1.4–13, al simbolismo de la luz y la vida, las tinieblas y la muerte. Los pecadores no sólo viven en tinieblas, sino que aman la oscuridad y se niegan a venir a la luz donde sus pecados se pondrán al descubierto y se perdonarán.

IV. La confusión acerca del nuevo nacimiento (3.22–36)

El versículo 25 puede traducirse: «Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación» (énfasis mío). ¿Podía ser este judío Nicodemo, todavía en busca de la verdad? Nicodemo, como mucha gente de hoy, estaba confuso acerca del bautismo y las ceremonias religiosas. Tal vez pensaba que «nacer del agua» significaba el bautismo o alguna otra ceremonia judía de purificación. Nótese cómo Juan el Bautista les dirigió a Cristo. Si el bautismo fuera necesario para la salvación, este es el lugar para que la Biblia lo dijera; pero nada se dice. En lugar de eso, el énfasis está en creer (v. 36).

Es evidente que Nicodemo «salió de la oscuridad» y finalmente llegó a ser un cristiano con un nuevo nacimiento. Aquí en Juan 3 vemos a Nicodemo en las tinieblas de la confusión; en Juan 7.45–53 le vemos en la aurora de la convicción, dispuesto a darle a Cristo una debida atención; y en Juan 19.38–42 vemos a Nicodemo en la luz del día de la confesión, identificándose abiertamente con Cristo.

JUAN 4

Hay dos secciones en este capítulo: (1) El ministerio de Cristo a la samaritana (4.1–42), y (2) el milagro de Cristo al noble (4.43–54). En cierto sentido, ambas experiencias involucraron milagros; porque la transformación de esta pecadora fue tan maravillosa como la sanidad «a distancia» del hijo del noble.

I. El ministerio de Cristo a la samaritana (4.1–43)

Los samaritanos eran «mestizos», parte judíos y parte gentiles. Como tales, los judíos los consideraban proscritos y los despreciaban. Tenían su propio sistema religioso en Samaria que competía con las demandas de los judíos (véase 4.20–24) y creían en la venida del Mesías (4.25). A Jesús «le era necesario pasar por Samaria» (v. 4) debido a que Dios había planeado que esta mujer pecadora se encontrara con Él y hallara el agua de vida. En la entrevista que se registra vemos las diferentes etapas que la mujer atravesó para llegar a creer en Cristo.

A. «Tú, siendo judío» (vv. 1–9).

Que un rabí judío le pidiera un favor a una mujer, especialmente una samaritana, la sorprendió. Ella veía en Jesús nada más que a un judío con sed. El pecador está ciego a Cristo y se interesa más en los asuntos de la vida (como sacar agua) que en las cosas de la eternidad.

B. «¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob?» (vv. 10–15).

En el versículo 10 Jesús le dice que ignoraba dos cosas: el don de Dios (la salvación) y la identidad del Salvador en su presencia. Jesús le habla del agua viva, agua de vida, pero ella lo entiende literalmente. ¡Qué típico del pecador que confunde lo físico y lo espiritual! Nicodemo pensó que Jesús hablaba del nacimiento físico (3.4), e incluso los discípulos pensaron que Él hablaba del alimento literal más tarde (4.31–34). Jesús destaca que las cosas del mundo no satisfacen y los hombres sin Cristo siempre «volverán a tener sed». La parábola en Lucas 16.19–31 lo deja bien en claro: el rico que bebía sediento los placeres físicos de esta vida tuvo sed de nuevo cuando se halló en el Hades. Jesús promete que el agua de vida brotará dentro del corazón y siempre nos refrescará y mantendrá satisfechos: y la mujer, todavía confundida, pidió de esa agua. Fue una respuesta emocional y superficial.

C. «Tú eres profeta» (vv. 16–24).

Después que manifestó su interés en el agua viva (a pesar de su confusión), la mujer se vio enfrentando sus pecados. La orden de Cristo: «Ve, llama a tu marido», tenía el propósito de despertar su conciencia y obligarla a que afrontara sus pecados. Nadie que esconda sus pecados se puede salvar jamás (véase Pr 28.13). Nótese cómo la mujer trató de cambiar el tema de la conversación. ¡Como los pecadores de hoy que se sienten culpables, empezó a argüir respecto a las diferencias religiosas! «¿Dónde debemos adorar?» «¿Cuál es la verdadera religión?» Jesús destacó que lo importante es conocer al Padre y esto únicamente se puede hacer mediante la salvación, y la salvación viene de los judíos. Ahora Jesús la llevó frente a frente a sus pecados, su deseo de satisfacción y al vacío de su propia vida religiosa.

D. «Este es el Salvador del mundo, el Cristo» (vv. 25–42).

Sus ojos se abrieron a la Persona de Cristo y sobre la autoridad de su Palabra creyó en Él y recibió la salvación. Demostró su fe al dar testimonio público a la gente del pueblo (y ciertamente conocían su carácter); y ellos también llegaron a confiar en Él. Nótese el testimonio final de estos creyentes: «Este es el Salvador del mundo, el Cristo».

Es interesante notar la conducta de los discípulos en este capítulo. Están más preocupados respecto al alimento físico que al espiritual. Cristo estaba cansado (v. 6) y con sed, y seguro que con hambre; pero Él puso las cuestiones espirituales por encima de la comodidad física. Mientras los discípulos fueron a comprar qué comer (algo bueno), Cristo estaba ganando almas (algo mucho mejor). Los discípulos al llegar a Samaria tal vez dijeron: «Nunca podremos ganar a nadie aquí. Esta gente es dura de corazón y enemiga de nuestro pueblo». Pero Cristo les dijo que miraran los campos que ya estaban blancos para la siega. Les recordó que todo el pueblo de Dios debe trabajar unido en el campo, algunos para sembrar, otros para cosechar. Es Dios el que da el crecimiento (1 Co 3.5–9).

Pudiéramos notar el ejemplo que Cristo dio como ganador de almas. No permitió que los prejuicios personales o las necesidades físicas le estorbaran. Trató a la mujer en forma amistosa y no la forzó a ninguna decisión. Guió la conversación con sabiduría y permitió que la Palabra hiciera efecto en su corazón. Se relacionó con ella en forma privada y con cariño le presentó el camino de salvación. Captó su atención al hablarle de algo común y a la mano como el agua y la usó a fin de ilustrar la vida eterna. (De la misma manera, en el fresco de la noche, a Nicodemo le habló del viento.) No evadió hablar del pecado, sino que la enfrentó a su necesidad.

II. El milagro de Cristo para el noble (4.43–54)

Este es la segunda de las siete señales en Juan. Esta señal muestra cómo se salva la persona y los resultados que siguen (véanse las notas introductorias a Juan). Las primeras dos señales ocurrieron en Caná de Galilea. Convertir el agua en vino ilustra que la salvación es por medio de la Palabra. La curación del hijo en este capítulo muestra que la salvación es por fe.

El hijo iba a morir y estaba en Capernaum, como a treinta kilómetros de Caná. El hombre quería que Cristo fuera con él, porque no creía que podría curar al muchacho a la distancia (véase una reacción similar en Marta, en 11.21). Jesús no fue con el hombre, sino que en lugar de eso pronunció las palabras: «Ve, tu hijo vive» (v. 50). ¡El hombre creyó a la Palabra!

Al hombre le hubiera llevado solamente dos o tres horas regresar a su casa, sin embargo el versículo 52 («ayer») indica que se quedó en Caná un día entero. El muchacho sanó a la una de la tarde y el padre llegó a su casa al día siguiente. Esto demuestra que tuvo fe real en la palabra de Cristo, porque no se apresuró a regresar a su casa para ver lo que había pasado. De esta manera nos salvamos: al poner nuestra fe en la Palabra de Dios. «Cristo lo dijo, yo lo creo; ¡y eso lo resuelve!» Es evidente que el noble se quedó en Caná, atendió algunos de sus asuntos y luego regresó a su casa al día siguiente. Tuvo «gozo y paz en el creer» (Ro 15.13), porque su confianza estaba solamente en la palabra de Cristo. No se sorprendió cuando sus criados le dijeron: «Tu hijo vive». Simplemente les preguntó cuándo sucedió la curación y verificó que fue a la hora en que Cristo había dicho la palabra. El resultado: toda su familia confió en Cristo. «La fe viene por el oír; y el oír por la Palabra de Dios (Ro 10.17).

En el versículo 48 Jesús da la razón básica por la cual las personas no creen: quieren ver señales y experimentar maravillas. Tenga presente que Satanás es capaz de realizar señales y milagros para engañar (2 Ts 2.9, 10). Si su salvación se basa en sensaciones, sentimientos, sueños, visiones, voces o cualquier otra evidencia carnal, usted se halla en terreno peligroso. Es la fe en la sola Palabra de Dios que nos da la seguridad de la vida eterna (véase I Jn 5.9–13).

JUAN 5

Como muchos otros capítulos de Juan, aquí tenemos un mensaje basado en un milagro (5.17–47).

I. El milagro: la salvación es por gracia (5.1–16)

Esta señal completa los tres milagros que muestran cómo se salva una persona. La primera (el agua hecha vino) muestra que la salvación es por medio de la Palabra de Dios. La segunda (la curación del hijo del noble) muestra que la salvación es por fe. Este tercer milagro demuestra que la salvación es por gracia. Este hombre estaba en una condición deplorable. Debido a su pecado pasado (véase v. 14) llevó su aflicción por treinta y ocho años. Estaba rodeado de personas atribuladas, las cuales ilustran la triste condición del inconverso; impotentes (sin poder, Ro 5.6), ciegos, cojos (incapaces de caminar correctamente, Ef 2.1–3), paralíticos y esperando que algo les ocurra (sin esperanza, Ef 2.12). Si estas personas pudieran meterse en el agua cuando el ángel viene, podrían sanar; pero ¡no tienen el poder para lograrlo! Como el pecador hoy; si pudiera guardar la perfecta ley de Dios, podría ser salvo; pero es incapaz de hacerlo.

Sin embargo, vemos la gracia de Dios obrando. «Betesda» (v. 2) significa «casa de misericordia, o de gracia», y eso es lo que llegó a ser para este hombre. ¿Qué significa «gracia»? Significa bondad para quienes no se la merecen. Jesús vio una multitud de enfermos, ¡pero escogió solamente a un hombre y lo sanó! Este hombre no era más merecedor que los demás, pero Dios lo escogió. Es un cuadro hermoso de la salvación y de cómo debe humillarnos saber que hemos sido escogidos «en Él» y no debido a nuestros méritos, sino por su gracia (Ef 1.4). Lo que Cristo dice en 5.21 se aplica aquí: «Él da vida» a los que quiere. No podemos explicar la gracia de Dios (Ro 9.14–16), pero si no fuera por ella nadie podría ser salvo (Ro 11.32–36).

Nótese otros puntos: Habían cinco pórticos y en la Biblia cinco es el número de la gracia; y el estanque estaba cerca de la puerta de las ovejas, lo cual habla de sacrificio. El Cordero de Dios tenía que morir antes de que la gracia de Dios se derramara sobre los pecadores. Cristo sanó al hombre en el sabbat, probando así que la ley no tenía nada que ver con la sanidad. No somos salvos por guardar la ley. Él sanó al hombre por sí mismo, porque la salvación es sólo por Cristo. El hombre se quejó: «No tengo quien» (v. 7), pero aun cuando hubiera tenido una docena de hombres que le ayudaran no hubieran podido hacer por él lo que Jesús hizo. El pecador perdido no necesita ayuda; necesita sanidad.

El hombre se fue al templo, tal vez a adorar (Hch 3.1–8), y testificó públicamente que Cristo lo había sanado (v. 15). No hay evidencia de que este hombre haya confiado en Cristo para salvación.

Cuando Jesús sanó en el sabbat, comenzó el odio y la oposición de los líderes religiosos. Este conflicto empeoró y finalmente condujo a la crucifixión de Cristo.

II. El mensaje: Cristo es igual al Padre (5.17–47)

A. La triple igualdad de Cristo con el Padre (vv. 17–23).

Sanar al hombre en el día de reposo era contrario a la tradición judía, de modo que los judíos persiguieron a Jesús considerando que quebrantaba la ley. En la primera parte de su mensaje les mostró que Él es igual al Padre de tres maneras:

(1) Igual en obras (vv. 17–21). El día de reposo del Padre se quebrantó en Génesis 3 cuando Adán y Eva pecaron. Desde ese tiempo Dios ha estado obrando, buscando y salvando a los perdidos. Cristo afirma que el Padre le capacitó para hacer lo que hace, y le revela su conocimiento a Él personalmente. Sus obras (milagros) proceden del Padre, incluyendo el milagro de levantar a los muertos.

(2) Igual en juicio (v. 22). Dios ha entregado todo juicio al Hijo. Esto hace al Hijo igual al Padre, porque sólo Dios puede juzgar al hombre por sus pecados. Véase también el versículo 27.

(3) Igual en honor (v. 23). Ningún mortal podría atreverse a exigir que los hombres le rindan el honor que sólo Dios merece. La gente que ignora a Cristo, pero que dice adorar a Dios está engañada.

B. La triple resurrección (vv. 24–29).

(1) La resurrección de los pecadores muertos hoy en día (vv. 24–27). Esta es una resurrección espiritual (véase Ef 2.1–3) y ocurre cuando los pecadores oyen la Palabra y creen. El hombre que Cristo sanó era en realidad un muerto en vida. Cuando oyó la Palabra y creyó, recibió nueva vida en su cuerpo. Cristo tiene vida en sí mismo, porque Él es «la vida» (14.6) y por consiguiente puede dar vida a otros.

(2) La resurrección de vida (vv. 28–29a). Esta es la resurrección futura de los creyentes descrita en I Tesalonicenses 4.13–18 y I Corintios 15.51–58. La Biblia no enseña una «resurrección general», así como tampoco enseña un «juicio general». Esta «resurrección de vida» es lo mismo que «la primera resurrección» en Apocalipsis 20.4–6.

(3) La resurrección de condenación (v. 29b). Esta se describe en Apocalipsis 20.11–15 y tiene lugar justo antes de que Dios haga los nuevos cielos y la nueva tierra. Todos los que hayan rechazado a Cristo serán juzgados, no para ver si van al cielo, sino para ver cuál será su grado de castigo en el infierno. Al infierno se le llama «la segunda muerte», separación de Dios. Ningún cristiano jamás estará frente al juicio ante el gran trono blanco (Jn 5.24).

C. El triple testimonio de la deidad de Cristo (vv. 30–47).

(1) Juan el Bautista (vv. 30–35). La gente escuchó a Juan y hasta se alegró con su ministerio, pero rechazaron tanto a él como a su mensaje. Lea 1.15–34 y 3.27–36 para ver cómo Juan condujo a la gente a Cristo.

(2) Las obras de Cristo (v. 36). Hasta Nicodemo admitió que los milagros de Cristo demostraban que había venido de Dios (3.2).

(3) El Padre en la Palabra (vv. 37–47). Las Escrituras del AT son el testimonio del Padre respecto al Hijo. Los judíos investigaban las Escrituras pensando que sus estudios los salvarían, pero las leían con ojos espiritualmente ciegos. Moisés escribió de Cristo y les iba a acusar en el juicio. Rechazaron la Palabra (v. 38); no quisieron ir a Él (v. 40); no amaron a Dios (v. 42); no quisieron recibirle (v. 43);

buscaron el honor de los hombres y no el de Dios (v. 44); y no quisieron escuchar su Palabra (v. 47). ¡No sorprende que no podían creer y ser salvos!

JUAN 6

I. Las señales (6.1–21)

Las primeras tres señales ilustran cómo el hombre se salva por medio de la Palabra, por fe y por gracia. La cuarta señal (la alimentación de los cinco mil) nos muestra que la salvación satisface las necesidades internas del corazón. Jesús es el pan de vida. Este milagro también nos recuerda que mientras que la salvación es del Señor y concedida solamente por gracia, Dios todavía usa instrumentos humanos para llevar el evangelio a los hombres. Jesús les dio del pan y de los pescados a los discípulos, y ellos lo repartieron a la gente. «¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?», pregunta Pablo en Romanos 10.14. Si como el muchachito en Juan 6.9 le damos todo lo que tenemos, Él lo tomará, lo partirá y lo usará para bendecir a otros. Las cuatro últimas señales en el Evangelio de Juan ilustran los resultados de la salvación:

- Alimentación de los cinco mil (6.1–14): La salvación trae satisfacción
- La tormenta se calma (6.15–21): La salvación trae paz
- Sanidad del ciego (9.1–7): La salvación trae luz
- Resurrección de Lázaro (11.34–46): La salvación trae vida

Jesús no iba a ser Rey de un grupo de personas interesadas sólo en llenar sus estómagos (véase v. 26). Despidió a la multitud y envió a los discípulos al otro lado del mar, sabiendo plenamente de antemano que la tormenta se avecinaba. Cuán similar a la iglesia de hoy: estamos bregando contra las tormentas de Satanás, pero nuestro Señor está orando por nosotros en el monte y un día vendrá para traernos paz. Nótese también que la barca de manera milagrosa llegó a su destino cuando Cristo subió a bordo. La salvación trae paz al corazón, paz con Dios (Ro 5.1) y la paz de Dios (Flp 4.4–7).

II. El sermón (6.22–65)

En los versículos 22–31 tenemos el escenario del sermón. La gente interesada en la comida siguió a Cristo al otro lado del mar hasta Capernaum y le halló en la sinagoga (v. 59). Él reveló los motivos superficiales, carnales, de ellos (vv. 26–27) y cómo ignoraban lo que quiere decir ser salvos por fe (vv. 28–29). Así como Él, por gracia, les alimentó con pan y todo lo que tuvieron que hacer fue recibirlo, de la misma forma Él quería darles vida eterna, pero ellos pensaron que debían ganársela. En el versículo 30 los judíos lanzaron un reto a Jesús: «¡Muéstranos una señal!» Le recordaron la manera en que Moisés les dio pan (maná) del cielo para alimentarlos (véase Éx 16); y Jesús lo usó como base para su sermón. Hay tres divisiones del sermón, cada una seguida por una reacción de la multitud.

A. Revela su Persona: el pan de vida (vv. 32–40).

¡Esta afirmación de que Él era el mismo Hijo de Dios fue audaz! El Pan de Dios es una Persona del cielo (v. 33) y da vida, no sólo a los judíos (como Moisés hizo), ¡sino a todo el mundo! La manera en que se recibe este Pan es viniendo y tomándolo; y este Pan dará vida no sólo para hoy, sino también vida en el futuro en la resurrección. Nótese la reacción de los judíos (vv. 41–42) que negaron su deidad. Jesús dijo que Dios era su Padre (v. 32), pero ellos dijeron que era José (v. 42). Es interesante comparar el maná con Jesucristo:

(1) Vino del cielo por la noche; Cristo vino del cielo cuando el hombre estaba en tinieblas.

(2) Caía como el rocío; Cristo vino nacido del Espíritu de Dios.

(3) La tierra no lo contaminaba; Cristo fue sin pecado, separado de los pecadores.

(4) Era pequeño, redondo y blanco, sugiriendo la humildad, la eternidad y la pureza de Cristo.

(5) Era de sabor dulce; Cristo es dulce para los que confían en Él.

(6) Debía recogerse y comerse; Cristo debe recibirse y la persona se apropia de Él por fe (1.12–13).

(7) Vino como un regalo; Cristo es el regalo de Dios al mundo.

(8) Había suficiente para todos; Cristo es suficiente para todos.

(9) Si usted no lo recogía, lo pisaba; si usted no recibe a Cristo, lo rechaza y lo pisotea (véase Heb 10.26–31).

(10) Era el alimento en el desierto; Cristo es nuestro alimento en este peregrinaje al cielo.

B. Revela el proceso de la salvación (vv. 43–52).

El pecador perdido no busca a Dios (Ro 3.11), de modo que la salvación tiene que empezar con Dios. ¿Cómo Dios atrae a las personas a Cristo? Él usa la Palabra (v. 45). Lea 2 Tesalonicenses 2.13–14 con cuidado y verá una clara descripción de lo que Cristo quiere decir por «atraer a los hombres». Comer el pan terrenal sostiene la vida por un tiempo, pero la persona al fin de cuentas morirá. Recibir el Pan espiritual (Cristo) le da a uno vida eterna. Cristo sin ambages afirma en el versículo 51 que Él dará su carne por la vida del mundo. Los judíos se rebelaron contra esto (v. 52) debido a que comer carne humana era contrario a la ley judía. Como Nicodemo, confundían lo físico con lo espiritual.

C. Revela el poder de la salvación (vv. 53–65).

¿Qué quiso decir Jesús al declarar que debemos «comer» su carne y «beber» su sangre? No estaba hablando en términos literales. En el versículo 63 claramente dice: «La carne para nada aprovecha». ¿Qué da vida? «El espíritu es el que da vida» (v. 63). «Las palabras que yo os he hablando son espíritu y son vida». En otras palabras, una persona come la carne de Cristo y bebe su sangre, o sea, participa de Cristo y le recibe al recibir la Palabra según el Espíritu la enseña. Cristo no está hablando del pan y la copa de la Cena del Señor, ni de ningún otro rito religioso. La Cena del Señor todavía ni siquiera se había instituido y cuando lo fue, Jesús afirmó que era un recordatorio. No imparte vida. Decir que alguien recibe vida eterna al comer el pan o beber de la copa es negar la gracia de Dios en la salvación (Ef 2.8, 9).

Jesús es la Palabra de Vida (Jn 1.1–4) y fue «hecho carne» por nosotros (1.14). La Biblia es la Palabra de Dios escrita. Cualquier cosa que la Biblia dice respecto a Jesús, también lo dice en cuanto a sí misma. Ambos son santos (Lc 1.35; 2 Ti 3.15); ambos son verdad (Jn 14.6; 17.17); ambos son luz (Jn 8.12; Sal 119.105); ambos dan vida (Jn 5.21; Sal 119.93); ambos producen el nuevo nacimiento (1 Jn 5.18; 1 P 1.23); ambos son eternos (Ap 4.10; 1 P 1.23); ambos son poder de Dios (1 Co 1.24; Ro 1.16). La conclusión es obvia: cuando

usted recibe la Palabra en su corazón, recibe a Cristo. «Comemos de su carne» al participar de la Palabra de Dios. «Yo soy el pan vivo», dijo Jesús en el versículo 51; y en Mateo 4.4 dijo que: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Pedro captó el significado del sermón, porque en Juan 6.68 dijo: «¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

La gente se ofendió con la doctrina (v. 61) y ya no quería andar con Cristo. Esta es la Crisis # 1 en el Evangelio de Juan (véase el bosquejo sugerido del Evangelio de Juan).

III. El cedazo (6.66–71)

Es la Palabra de Dios revelando a la Persona de Cristo lo que separa lo verdadero de lo falso. La multitud, deseando pan para el cuerpo rechazó al Pan de vida para el alma. Pedro y diez de los discípulos afirmaron su fe en Cristo. Su fe vino por el oír la Palabra (Ro 10.17). Judas, sin embargo, era un impostor y al fin traicionó a Cristo. (Nótese: la palabra «discípulos» en el v. 66 no se refiere a los doce apóstoles, sino a los «seguidores» en la multitud.)

JUAN 7

Ahora avanzamos a la segunda sección: El período de conflicto. Los líderes judíos habían visto las señales de Cristo y oído sus sermones; ahora empezaban a oponérsele. Revise estos versículos para ver la oposición: 7.1, 19, 23, 30, 32, 44; 8.6, 37, 48, 59; 9.22, 34; 10.20, 31–33, 39; 11.8, 16, 46–57; 12.10.

I. Antes de la Fiesta: Duda (7.1–9)

La Fiesta de los Tabernáculos se celebraba a los quince días del séptimo mes (entre septiembre y octubre), y duraba ocho días (véanse Lv 23.34–44; Dt 16.13–16; Nm 29.12–40). Era un recordatorio del tiempo cuando Israel vivió en cabañas durante su peregrinaje por el desierto. Éxodo 23.16 indica que era también una Fiesta de la Cosecha, una de las tres fiestas anuales a las que todo judío varón debía asistir (Dt 16.16).

Los «hermanos» de Cristo aquí son sus medio hermanos, los hijos de María y José. Jesús fue el «primogénito» de María (Lc 2.7), lo que indica que tuvo otros hijos; véanse también Marcos 3.31–35 y Mateo 13.55–56. A estos hermanos nunca se les llama «primos» del Señor, como algunos lo hacen tratando de defender la enseñanza de la perpetua virginidad de María. Los hermanos de Cristo no creían en Él en este tiempo, si bien Hechos 1.14 indicará más tarde que después de su resurrección ellos le recibieron. El Salmo 69.8–9 predecía su incredulidad y es otra prueba de que María en efecto tuvo otros hijos.

Cristo vivía de acuerdo al programa de Dios para su vida. Los inconversos puede ir y venir como quieran, pero el hijo de Dios debe permitirle al Señor que lo dirija. ¡Qué triste que los hermanos de Cristo dejaron al Salvador atrás para asistir a una fiesta religiosa!

II. En medio de la fiesta: debate (7.10–36)

La alimentación de los cinco mil y la curación del paralítico (5.1–9; véase 7.23) había despertado el interés de la multitud. Debido a que Jesús sanó al hombre en el sabbat, los judíos dijeron que Él no venía de Dios. Le dijeron que estaba poseído por los demonios (v. 20) e incluso hablaron de matarlo; pero la hora de Dios todavía no había llegado (v. 30). En esa fiesta los judíos debatieron cinco temas diferentes con Jesús:

A. Su carácter (vv. 10–13).

Algunos decían que era «bueno», otros que era un «engañador». ¿Por qué estaban tan confundidos? Debido a que temían a los líderes judíos. «El temor del hombre pondrá lazo», advierte Proverbios 29.25. El carácter de Cristo era tan inmaculado que cuando al final lo arrestaron tuvieron que conseguir falsos testigos para que testificaran en su contra. Pilato, Judas y hasta un soldado romano, todos reconocieron que Él nunca cometió ninguna falta.

B. Su doctrina (vv. 14–18).

Los judíos se asombraron del conocimiento espiritual de Cristo, porque Él nunca había asistido a sus escuelas o estudiado con algún rabí. La educación es una bendición, pero es mejor que Dios nos enseñe a tomar prestadas las ideas de los hombres. Las doctrinas de Cristo vienen del cielo; las enseñanzas de los hombres vienen de su mente entenebrecida. Pablo nos advierte en contra de «la falsamente llamada ciencia» (1 Ti 6.20; véase Col 2.8ss). Juan 7.17 indica que el secreto para aprender la verdad de Dios es una disposición a obedecer. F.W. Robertson dijo: «La obediencia es el órgano del conocimiento espiritual».

C. Sus obras (vv. 19–24).

Pretendían defender la ley al acusarlo de trabajar en el día de reposo; pero mostraron que su deseo de matarlo era contrario a la misma ley que reverenciaban. ¡Qué inconsistente son las personas que se oponen a Cristo y rechazan su Palabra! Un hombre se puede circuncidar en el sabbat, ¡pero no se puede sanar! Como muchos en la actualidad, eran superficiales, juzgando por las apariencias y no por la verdad.

D. Su origen (vv. 25–31).

El versículo 27 no es una contradicción del 42. Los judíos sabían dónde nacería el Mesías, pero también sabían que su nacimiento sería sobrenatural (Is 7.14). En otras palabras, no sabrían de dónde sería Él (véase v. 28). El registro señala que Cristo nació de la virgen María, pero los judíos no querían creerlo. Juan 8.41 sugiere que acusaron a Jesús de haber nacido en pecado; la condición de María antes de que se casara con José fue tal vez lo que hizo que la gente dijera esto. En los versículo 28–29 Jesús afirma que el Padre lo envió y que si ellos conocieran al Padre, conocerían también al Hijo.

E. Su advertencia (vv. 32–36).

El «todavía un poco de tiempo» de que Cristo habló duró alrededor de seis meses. Es importante que la gente busque al Señor «mientras puede ser hallado» (Is 55.6). Muchos pecadores que rechazan a Cristo hoy lo buscarán mañana y Él se habrá ido de ellos (Pr 1.24–28). Los judíos ignoraban la verdad espiritual y pensaban que Él estaba hablando respecto a que los judíos serían esparcidos por todas las naciones. Como no estaban dispuestos a obedecer la verdad, no podían conocer la verdad; discutieron con Cristo y perdieron sus almas.

III. El último día de la fiesta: división (7.37–53)

El séptimo día de la fiesta era un gran día de celebración. (El octavo día era de «solemne asamblea»: Lv 23.36; véase Nm 29.35.) Cada mañana de la fiesta, a la hora del sacrificio, los sacerdotes sacaban agua en una vasija dorada del estanque de Siloé y la llevaban al templo

para derramarla. Esto conmemoraba la maravillosa provisión de agua que Dios les dio a los judíos en el desierto. Este día séptimo era conocido como «El gran hosanna» y era el clímax de la fiesta. No se requiere gran imaginación para captar lo que debe haber ocurrido cuando Jesús exclamó: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (v. 37), mientras los sacerdotes derramaban el agua. Cristo era la Roca de la cual fluyeron las aguas (Éx 17.1–7; 1 Co 10.4). Fue golpeado en la cruz para que el Espíritu de vida se pudiera dar y satisfacer a los pecadores sedientos. En la Biblia el agua para la limpieza simboliza la Palabra de Dios (Jn 13.1–17; 15.3); el agua para beber representa al Espíritu de Dios (Jn 7.37–38).

En lugar de prestar atención a la invitación de gracia para venir, la gente se puso a discutir y hubo división entre ellos. Algunos creyeron en Él, otros le rechazaron (véanse Mt 10.31–39 y Lc 12.51–52). Los soldados no pudieron arrestarlo porque su palabra penetró en sus corazones (v. 46). Debido a que los líderes judíos rechazaron a Cristo, cerraron la puerta de la salvación a otros, porque estos siguieron su mal ejemplo (Mt 23.13).

Nicodemo entra en el cuadro de nuevo y esta vez le vemos defendiendo los privilegios legales de Cristo. En Juan 3 estaba en las tinieblas de confusión; pero aquí experimentaba la aurora de la convicción; dispuesto a darle a Cristo una debida atención. Por ello Nicodemo descubrió la verdad, porque una disposición de obedecer la Palabra es el secreto para aprender la verdad de Dios (v. 17). En Juan 19 vemos a Nicodemo a la luz del día de la confesión, identificándose abiertamente con Cristo. ¿Cómo llegó a tomar tal decisión? Estudió la Palabra y le pidió a Dios que le enseñara. Los dirigentes le dijeron: «¡Escudriña y ve!», y eso fue exactamente lo que hizo. Cualquiera que lee y obedece la Palabra de Dios saldrá de la oscuridad y entrará en la maravillosa luz de Dios.

JUAN 8

Este capítulo muestra a Cristo en conflicto con los líderes judíos y presenta una serie de contrastes importantes.

I. Luz y tinieblas (8.1–20)

Los escribas y fariseos trajeron a la mujer a Jesús, en el atrio de las mujeres, en la sección del tesoro del templo (v. 20). Su motivo era tentarlo (v. 6) y obligarlo a que enfrentara un dilema. Si dejaba libre a la mujer, violaba la Ley de Moisés (Lv 20.10; Dt 22.22); si decía que la apedrearan, no podría decir que perdonaba pecados. Arthur Pink sugiere que Cristo escribió con el dedo en tierra dos veces para recordarles las dos tablas de la ley, escritas con el dedo de Dios (Éx 31.18; 32.15–18; 34.1). Los judíos pecaron y Moisés rompió contra el suelo las primeras tablas de piedra; pero Dios perdonó su pecado, hizo provisión para los sacrificios de sangre y les dio otras dos tablas de piedra. Cristo murió por los pecados de esta mujer y pudo perdonarla.

La gran declaración YO SOY del versículo 12 sigue a este incidente. Como luz del mundo Cristo afirmaba ser Dios, porque Dios es luz (1 Jn 1.5). Las tinieblas hablan de muerte, ignorancia y pecado; la luz habla de vida, conocimiento y santidad. La luz reprende al pecado (Jn 3.20). El pecador perdido vive en tinieblas (Ef 2.1–3; 4.17–19; 5.8) y pasará la eternidad en tinieblas (Mt 25.30) si rechaza a Cristo. Los judíos, en lugar de someterse a Cristo, ¡discutieron con Él en el templo!

II. El cielo y la tierra (8.21–30)

Hay dos nacimientos: el de arriba, nacer de nuevo por el Espíritu de Dios, y el de este mundo, nacer de la carne. Y hay dos maneras de morir: el pecador muere en sus pecados, pero el creyente muere en el Señor (Ap 14.13). La fe en Jesucristo hace la diferencia.

Jesús les dijo a los judíos que Él vino del cielo; el Padre le envió (v. 26), le enseñó (v. 28) y estaba siempre con Él (v. 29). El Padre abandonó a su Hijo sólo cuando Cristo fue hecho pecado por nosotros en la cruz. En el versículo 28 Cristo habló de «ser levantado», lo cual, por supuesto, significa la crucifixión. Él le mencionó esto a Nicodemo en 3.14–16 y lo mencionaría de nuevo en 12.32–34.

III. Libertad y esclavitud (8.31–40)

A los judíos que creyeron (v. 30) se les amonestó a que demostraran su fe mediante su fidelidad. La fe en Cristo lo hace a uno hijo de Dios, pero permanecer en la Palabra y conocer la verdad (y vivirla) lo hace a uno un verdadero discípulo del reino. Cristo está hablando acerca de la esclavitud y libertad espiritual, no de la física o política. El pecador perdido está en esclavitud a sus deseos y pecados (Tit 3.3), a Satanás y al mundo (Ef 2.1–3). Al recibir la verdad en Cristo, ¡los esclavos reciben libertad!

Los oponentes de Jesús, desde luego, apelaron a sus ventajas humanas: «¡Somos hijos de Abraham!» Le dijeron lo mismo a Juan el Bautista (Mt 3.8–9). Jesús hizo una distinción entre la simiente carnal de Abraham (v. 37) y sus hijos espirituales (v. 39). Pablo hace la misma distinción en Romanos 2.28, 29; 4.9–12; 9.6 y Gálatas 4.22–29.

La gente rechaza a Jesús porque confunden lo físico con lo espiritual. Jesús le habló a Nicodemo respecto al nacimiento espiritual, pero él le preguntó acerca del nacimiento físico (Jn 3.4). Cristo le ofreció vida eterna (agua viva) a la mujer junto al pozo, pero ella hablaba del agua física (4.15). La salvación es una experiencia espiritual y el nacimiento humano no tiene nada que ver con ella.

IV. Hijos de Dios e hijos de Satanás (8.41–47)

La Biblia habla de cuatro diferentes clases de «hijos espirituales». Por naturaleza nacemos como hijos de ira (Ef 2.3); cuando alcanzamos la edad de la responsabilidad y pecamos deliberadamente, nos convertimos en hijos de desobediencia (Ef 2.2). Cuando ponemos nuestra fe en Cristo, llegamos a ser hijos de Dios (Jn 1.12). Pero la persona que al final rechaza al Salvador y prefiere la autojustificación (el sustituto del diablo) llega a ser un hijo del diablo (véase Mt 13.24–30, 36–43, donde los hijos del diablo se describen como cristianos falsificados). Jesús destacó las características de los hijos del diablo:

A. No le dan lugar a la Palabra de Dios (v. 37).

B. Confían en la carne: nacimiento humano, buenas obras (v. 39).

C. Aborrecen a Cristo y tratan de matarlo (vv. 40,44).

Satanás es homicida y sus hijos lo imitan.

D. No aman a Cristo ni las cosas de Cristo (v. 42).

E. No comprenden la Palabra: Satanás los ciega (v. 43).

F. Son mentirosos y aman la mentira más que la verdad (v. 44).

G. No oyen la Palabra de Dios; la detestan (v. 47).

Recuerde, estos «hijos del diablo» no eran gente groseramente inmoral; eran gente religiosa, justa en su propia opinión y que rechazaron a Cristo. Satanás arrastra a muchas personas hoy en día a una forma de piedad externa que no tiene el poder del evangelio y sin embargo piensan que son realmente salvas y que van a ir al cielo.

V. Honor y deshonra (8.48–59)

Dios honra a su Hijo, pero los hombres justos en su propia opinión lo deshonran. Le deshonran verbalmente al llamarle samaritano y al acusarle de tener un demonio. (Según los judíos, los samaritanos eran la escoria de la tierra.) Jesús les dijo que Abraham vio su día y se regocijó. ¿Cómo pudo Abraham ver el día de Cristo? Por fe (Heb 11.8–16). Vio un destello de su obra redentora cuando ofreció a Isaac sobre el altar (Gn 22). Dios le comunicó muchos secretos a su amigo Abraham debido a su fe y obediencia (Gn 18.16–22).

Cuando la brillante luz de la Palabra de Dios resplandece en los corazones, los hombres deben aceptarla y ser salvos o rechazarla y perderse. ¡Observe cuánto odiaban a Cristo estos religiosos judíos y procuraban matarle! Esto en verdad probaba que eran hijos de Satanás, el homicida. Jesús afirmó ser Jehová Dios cuando dijo: «Antes que Abraham fuese, YO SOY» (véase v. 58; también Éx 3.14). En el versículo 24 también dijo: «Porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis». En el versículo 28 dijo: «Cuando hayáis levantado [en la cruz] al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy». La mentira de Satanás es que Jesucristo no es el Hijo de Dios (véanse 1 Jn 2.22; 4.1–3). Es imposible honrar a Dios y al mismo tiempo deshonrar al Hijo (5.23).

JUAN 9

Este capítulo presenta el sexto de los siete milagros especiales registrados en el Evangelio de Juan, que testifican la deidad de Cristo (20.30–31). Las primeras tres señales muestran cómo se salva una persona: por medio de la Palabra (el agua convertida en vino), por la fe (la sanidad del hijo del noble) y por gracia (la curación del paralítico). Las cuatro señales restantes muestran los resultados de la salvación: satisfacción (la alimentación de los cinco mil), paz (aquieta la tempestad), luz (la curación del ciego) y vida (la resurrección de Lázaro).

I. La curación (9.1–7)

A. El hombre tiene las características del pecador perdido.

(1) Estaba ciego (Ef 4.18; Jn 3.3; 2 Co 4.3–6). El inconverso, aunque sea intelectual como Nicodemo, nunca puede ver o comprender las cosas espirituales. Véase 1 Corintios 2.14–16.

(2) Estaba mendigando. El inconverso es pobre a la vista de Dios, aunque tal vez sea rico a los ojos del mundo. Mendiga por algo que satisfaga sus más profundas necesidades.

(3) Estaba impotente. No podía curarse a sí mismo; otros no podían curarlo.

B. La curación muestra cómo Jesús salva al pecador.

(1) Se acerca por gracia al hombre. Cristo podía haber pasado de largo, porque era el sabbat y se suponía que debía descansar (v. 14). Mientras que los discípulos discutían acerca de la causa de la ceguera, Jesús hizo algo por el hombre.

(2) Irritó al hombre. Una pizca de tierra irrita el ojo; imagínese cómo deben haberse sentido las cataplasmas de lodo. Pero el lodo en los ojos le estimuló a ir a lavarse. Es lo mismo con la predicación de la Palabra: irrita a los pecadores haciéndolos que se sientan culpables, de modo que quieran hacer algo con respecto a sus pecados (véase Hch 2.37).

(3) Curó al hombre por su poder. El hombre probó su fe en Cristo al obedecer a su Palabra. La «religión» hoy en día quiere darle a los hombres sustitutos para la salvación, pero sólo Cristo puede librar de las tinieblas del pecado y del infierno.

(4) La curación glorificó a Dios. Todas las verdaderas conversiones son para la gloria de Dios únicamente. Véanse Efesios 1.6, 12, 14; 2.8–10.

(5) La sanidad fue notoria a otros. sus padres y vecinos vieron un cambio en su vida. Así es cuando una persona nace de nuevo, otros ven la diferencia que se manifiesta en ella (2 Co 5.17).

II. La controversia (9.8–34)

Los líderes religiosos habían hecho saber que si alguno confesaba a Cristo abiertamente sería expulsado de la sinagoga (v. 22). Esto significaba, por supuesto, perder amigos, familia y todos los beneficios de la religión judía. Fue esta declaración la que forzó a los padres y a los vecinos del ciego a «andar con rodeos» cuando se les preguntó sobre la asombrosa curación. La simple confesión del hijo, en el versículo 11, glorificó a Cristo, aunque en ese tiempo todavía no comprendía a plenitud quién era realmente «aquel hombre que se llama Jesús». Los fariseos atacaron a Cristo diciendo que no procedía de Dios (v. 16) y le llamaron pecador (v. 24). El ciego curado dijo lo que sabía (v. 25) y les mostró a los fariseos qué necio era su razonamiento (vv. 30–33). El creyente de corazón sencillo sabe más verdad espiritual que los eruditos teólogos inconversos. (Véase Sal 119.97–104.) El resultado final: expulsaron de la sinagoga al hombre.

Hubiera sido fácil para el hijo esconder su confesión y evitar de este modo la controversia, pero sin temor alguno se quedó firme en su posición. Conocía la diferencia que Cristo había hecho en su vida y no podía negarla. Cualquiera que ha conocido a Cristo y ha confiado en Él lo dirá abiertamente.

III. Su confesión (9.35–41)

El hombre no se dio cuenta entonces, pero su lugar más seguro estaba fuera del redil de la religión judía. Los judíos lo expulsaron, pero ¡Cristo le recibió! Como Pablo (véase Flp 3.1–10), este hombre «perdió su religión», pero halló salvación y fue al cielo.

Nótese con cuidado cómo este hombre creció en el conocimiento de Cristo:

(1) «Un hombre que se llama Jesús» (v. 11) era todo lo que sabía cuando Cristo le sanó.

(2) «Un profeta» (v. 17), así llamó a Jesús cuando los fariseos le interrogaron.

(3) «Un varón de Dios» (vv. 31–33), fue su conclusión acerca de quién era Jesús.

(4) «El Hijo de Dios» (vv. 35–38), fue su confesión final y completa de fe. (Véase 20.30–31.)

«La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto», afirma Proverbios 4.18, y el crecimiento en la «luz» de este hombre lo demuestra. Un cristiano es alguien que tiene la luz en su corazón (2 Co 4.6) y que es la luz del mundo (Mt 5.14). Anda en la luz (1 Jn 1) y da el fruto de la luz (Ef 5.8–9). El «creo, Señor», del hombre fue el punto en que su vida cambió.

La misma luz que guía a una persona puede cegar a otra (vv. 39–41). Los fariseos admitieron que podía ver y por consiguiente eran culpables debido a que rechazaron la evidencia y no querían recibir a Cristo. El evangelio trae diferentes reacciones de diferentes clases de corazones: el pecador ciego recibe la verdad y ve; la persona religiosa, justa en su propia opinión, rechaza la verdad y se enceguece más espiritualmente. Es peligroso rechazar la luz.

JUAN 10

Los sucesos de la primera mitad de este capítulo (vv. 1–21) ocurrieron después de la expulsión del hombre que se anota en 9.34; en tanto que la segunda mitad (vv. 22–42) tuvieron lugar dos o tres meses más tarde. El capítulo entero está ligado por el simbolismo del pastor y sus ovejas.

I. La ilustración (10.1–6)

Estos primeros seis versículos son un cuadro de la relación entre el pastor y sus ovejas. El versículo 6 llama a esto una «parábola», pero sería mejor llamarlo una alegoría. Cristo simplemente le recuerda a la gente la manera en que actuaban los pastores y las ovejas. Más tarde en este capítulo Él hace una aplicación más directa.

El redil en el Medio Oriente era muy simple: una pared de piedras, tal vez de tres metros de altura, y una abertura que servía de puerta. Los pastores de la aldea arreaban a sus ovejas al redil al anochecer y dejaban que el portero hiciera guardia. En la mañana cada pastor llamaba a sus ovejas, las cuales reconocían la voz de su pastor y salían del redil. El portero (o uno de los pastores) dormía a la entrada del redil y en realidad se convertía en «la puerta». Nada podía entrar o salir del redil sin pasar sobre el pastor.

Cristo destaca que el verdadero pastor entra por la puerta (v. 1), llama a sus ovejas por nombre, estas conocen su voz (v. 3), él las guía y ellas le siguen (vv. 4–5). Los pastores falsos y extraños, que son ladrones y salteadores, tratan de entrar al rebaño de alguna manera solapada, pero las ovejas no los reconocen ni les siguen.

II. La explicación (10.7–21)

A. La puerta (vv. 7–10).

Jesucristo es la puerta y como tal guía a las ovejas «a entrar y a salir». El ciego del capítulo 9 fue «expulsado» (excomulgado) por los falsos pastores debido a que confió en Jesús, pero fue recibido por Cristo en el nuevo rebaño. El teólogo Arthur Pink destaca que en este capítulo en realidad se habla de tres puertas y que debemos hacer una distinción entre ellas para captar el significado completo de esta explicación:

(1) «La puerta en el redil» (v. 1). El redil aquí no es el cielo, sino la nación de Israel (véase Sal 100). Cristo vino a Israel a través del camino señalado en las Escrituras; el portero (Juan el Bautista) le abrió la puerta.

(2) «La puerta de las ovejas» (v. 7). Esta es la puerta que lleva a la gente fuera de su actual redil; en este caso, el judaísmo. Cristo abrió el camino para que las multitudes dejaran su antiguo sistema religioso y hallaran vida nueva.

(3) La puerta de la salvación (v. 9). Las ovejas que usan esta puerta entran y salen, lo cual habla de libertad, tienen vida eterna y disfrutan de los pastos de la Palabra de Dios. Satanás, a través de los falsos maestros (ladrones y salteadores), quiere robar, matar y destruir a las ovejas; pero Dios da vida abundante y cuida a las ovejas.

B. El pastor (vv. 11–15).

Hay un contraste aquí entre los fariseos (asalariados), a quienes no les importan las ovejas, y Jesucristo el buen pastor. Los asalariados huyen y se autoprotegen cuando el enemigo viene; pero Cristo voluntariamente da su vida por las ovejas (véase también Hch 20.29). Cristo, como el buen pastor, da su vida en la cruz (Sal 22); como el gran pastor, cuida a las ovejas (Heb 13.20 y Sal 23); y como el pastor principal vendrá otra vez en gloria por sus ovejas (Sal 24; 1 P 5.4). En el versículo 18 habla tanto de su muerte como de su resurrección.

C. El rebaño (vv. 16–21).

Las «otras ovejas» son los gentiles que no se hallaban dentro del redil judío. Jesús debe traerlas y lo hará mediante su voz, su Palabra. Esto vemos que ocurre en Hechos 10, cuando Pedro fue a los gentiles y les predicó la Palabra; creyeron y se salvaron. El versículo 16 dice: «y habrá un rebaño [la Iglesia], y un pastor [Cristo]». La Iglesia está compuesta de judíos y gentiles que han confiado en Cristo, y hay un cuerpo, un rebaño, y una vida espiritual común (véanse Ef 2.11–22; 3.1–13; 4.1–5).

Cristo es el buen pastor que muere por las ovejas. (¡En el AT las ovejas morían por el pastor!) Él llama por medio de su Palabra y los que creen entran por la puerta, salen de su redil religioso y entran en el verdadero redil de Cristo, la Iglesia.

III. La aplicación (10.22–42)

Dos o tres meses más tarde los judíos todavía argüían con Jesús respecto a lo que Él había dicho. Cristo les recalcó que ellos no eran «de sus ovejas» y por consiguiente no podían creer. Él da aquí una hermosa descripción de los verdaderos cristianos, sus ovejas:

(1) Oyen su voz, lo que quiere decir que oyen su Palabra y responden a ella. Los inconversos tienen muy poco o ningún interés en la Biblia; las verdaderas ovejas viven en la Palabra.

(2) Conocen a Cristo y son conocidos (vv. 14, 27), de modo que no seguirán a un falso pastor. Los miembros de las iglesias que corren de un sistema religioso a otro, o de una secta a otra, demuestran con eso que no son verdaderas ovejas.

(3) Siguen a Cristo, lo cual habla de obediencia. Nadie tiene el derecho a reclamar ser una de las ovejas de Cristo si vive en voluntaria, persistente y abierta desobediencia, y rehúsa hacer algo al respecto. Así como hay falsos pastores, también hay cabritos que tratan de pasar por ovejas. Un día Cristo les dirá: «Nunca os conocí» (Mt 7.23).

(4) Tienen vida eterna y están seguros. Los versículos 28 y 29 declaran la maravillosa seguridad que los verdaderos creyentes tienen en Cristo. Tenemos vida eterna, no sólo vida «en tanto y en cuanto no pequemos». Estamos al cuidado de Cristo y en las manos del Pa-

dre, una seguridad doble de preservación eterna para sus ovejas. Somos el regalo del Padre al Hijo, y el Padre no le quitará otra vez lo que ha regalado. Las ovejas son una ilustración hermosa de los cristianos. Las ovejas son animales limpios y los cristianos han sido limpiados de sus pecados. Las ovejas se junta en rebaños y también los verdaderos creyentes. Las ovejas son inofensivas y los cristianos deben ser inofensivos y sin culpa. Las ovejas son proclives a descarriarse ¡y también nosotros! Las ovejas necesitan un pastor para protección, guía y alimento; y nosotros necesitamos a Cristo para protección espiritual, dirección diaria y alimento espiritual. Las ovejas son útiles y productivas; asimismo los verdaderos cristianos. Finalmente, las ovejas se usaban en los sacrificios; y los cristianos están dispuestos a entregarse a sí mismos a Cristo como «sacrificios vivos» (Ro 12.1).

Los judíos demostraron su incredulidad al tratar de matar a Jesús. Él refutó su opinión citando el Salmo 82.6. Si Dios llamó «dioses» a jueces terrenos, con seguridad ¡Él podía llamarse a sí mismo Hijo de Dios! Cuidadoso al no ponerse en peligro innecesario, Cristo dejó la escena; y muchos vinieron a Él y depositaron su fe en Él. Por fe, salieron por la Puerta, abandonando el redil de la religión judía, y entraron en la libertad y vida eterna que sólo Cristo puede dar.

JUAN 11

En este capítulo se halla el séptimo de los milagros que Juan registró. Aquí vemos la salvación descrita como la resurrección de los muertos, dar vida a los muertos. Use su concordancia para ver cuánto dice Juan acerca de la vida; él usa la palabra treinta y seis veces. Lázaro representa la salvación del pecador perdido en siete maneras. Miremos de cerca a cada una de estas.

I. Estaba muerto (11.14)

La persona no salva no sólo está enferma; está muerta espiritualmente (Ef 2.1–3; Col 2.13). Cuando alguien está muerto físicamente, no responde a tales cosas como alimentos, temperatura o dolor. Cuando alguien está espiritualmente muerto, no responde a las cosas espirituales. No tiene interés en Dios, ni en la Biblia, ni en los cristianos, ni en la iglesia, sino hasta cuando el Espíritu Santo empieza a obrar en su corazón. Dios le advirtió a Adán que la desobediencia traería muerte (Gn 2.15–17): muerte física (el alma se separa del cuerpo) y muerte espiritual (el alma se separa de Dios). Apocalipsis 20.14 llama al infierno la segunda muerte, que es la muerte eterna. Lo que necesitan los pecadores muertos a los caminos de Dios no es educación, medicina, moralidad o religión; lo que necesitan es nueva vida en Jesucristo.

II. Estaba putrefacto (11.39)

Hay tres resurrecciones registradas en los Evangelios, aparte de la resurrección del mismo Señor Jesús. Cristo resucitó a una muchacha de doce años que había muerto (Lc 8.49–56), a un joven que había estado muerto algunas horas (Lc 7.11–17) y a un hombre maduro que había estado en la tumba por cuatro días (Jn 11). Estos presentan un cuadro de tres clases diferentes de pecadores:

(1) La muchacha. Los niños son pecadores, pero la corrupción abierta todavía no se ha afianzado en ellos.

(2) El joven. Los jóvenes son pecadores cuya corrupción externa empieza a dejarse ver.

(3) El hombre maduro. Los adultos son pecadores cuya corrupción externa definida se puede ver.

El punto es que los tres estaban muertos. Una persona no puede estar «más muerta» que otra. La única diferencia estriba en el grado de putrefacción. ¿No es esto cierto en los pecadores actualmente? El miembro moral de la iglesia no está «putrefacto» como el vagabundo, pero de todas maneras está muerto.

III. Lo resucitó y dio vida (11.41–44)

Los amigos judíos de las hermanas pudieron nada más que condolerse y llorar; se necesitó a Cristo para que le diera vida al hombre. ¿Cómo Cristo le dio vida? Por el poder de su Palabra. De esta manera Él levantó de los muertos a las personas mencionadas arriba (véanse Jn 5.24; Ef 2.1–10). ¿Por qué Cristo resucitó a Lázaro? Porque le amaba (vv. 5, 36) y porque le dio gloria a Dios (v. 4). Es por esto que nos salva. Merecemos morir e ir al infierno, pero por su gran amor nos rescató (léanse de nuevo Ef 1.3–14; 2.1–10).

Tenga presente que la salvación no es un conjunto fijo de reglas; es vida (Jn 3.14–21, 36; 5.24; 10.10; 1 Jn 5.10–13). Esta vida es una Persona: Jesucristo. Cuando los pecadores muertos oyen la voz del Hijo de Dios (la Palabra) y creen, reciben vida eterna (Jn 5.25). Rechazar la Palabra es quedarse muerto para siempre.

IV. Lo desataron (11.44)

Lázaro estaba atado de pies y manos, y no podía librarse a sí mismo. El creyente no debe quedarse atado a los sudarios de la vida vieja, sino que debe andar en la libertad de la vida nueva. Léase cuidadosamente Colosenses 3.1–17 para ver cómo debe el cristiano «despojarse» del sudario y «vestirse las vestiduras de gracia» de la vida nueva. Es un pobre testimonio que el cristiano lleve consigo las cosas de la vida vieja.

V. Testificó a otros (11.45)

En Juan 11.45 y 12.9–11, 17, vemos que Lázaro ¡causó gran conmoción en el área! ¡La gente le vio y creyó en Cristo! A decir verdad, era un milagro andante, así como debe ser cada cristiano (Ro 6.4). La gran multitud que se reunió el domingo de ramos no vino sólo a causa de Jesús, sino también debido a Lázaro. En 12.11 se nos dice que por causa de Lázaro la gente confiaba en Cristo, pero esta clase de testimonio es el privilegio y deber de cada cristiano.

VI. Tuvo comunión con Cristo (12.1–2)

Mirando de antemano a 12.1–2 vemos a Lázaro sentado a la mesa con Cristo, teniendo un banquete con Él. Este es el lugar apropiado para el cristiano que ha recibido «vida» y se le ha hecho «sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef 2.5, 6). Al pasar tiempo con Cristo, Lázaro mostraba su gratitud por Su misericordia y amor. Aprendió las lecciones de su Palabra y recibió nuevo poder para andar con Cristo y para testificar. El milagro de la salvación nos da vida eterna, pero debemos estar en comunión diaria con Cristo para poder crecer en la vida espiritual.

Es interesante notar que la familia entera en Betania demuestra cómo debe ser la vida del cristiano. A María siempre se le halla a los pies de Jesús, escuchando su Palabra (Lc 10.38–42; Jn 11.32; 12.3). Marta es un cuadro del servicio; siempre se le halla atareada haciendo algo por Cristo. Lázaro habla de testimonio, un andar diario que lleva a otros a Cristo. Estas tres prácticas deben ser nuestra experiencia cristiana: adoración (María), trabajo (Marta) y caminar (Lázaro).

VII. Lo persiguieron (12.10–11)

Los judíos odiaban a Lázaro porque convencía a otros de la deidad de Cristo (12.10–11). Muchos de los principales sacerdotes eran saduceos, quienes no creían en la resurrección, y Lázaro era una prueba viviente de que los saduceos estaban equivocados. Si Dios no hubiera estorbado los planes de los sacerdotes, hubieran puesto una cruz adicional en el Calvario para Lázaro. («Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución», 2 Ti 3.12.) Satanás siempre lucha contra un milagro viviente que testifica a favor de Dios.

JUAN 12

I. Cristo y sus amigos (12.1–11)

Mientras que los líderes judíos tramaban cómo matar a Cristo (11.53, 57), sus amigos le honraban con una fiesta en Betania. Marcos 14.3 indica que fue en la casa de Simón, al parecer un leproso al que Jesús había curado. Marta servía la comida, pero esta vez no tenía ni la distracción ni la frustración que había experimentado antes. (Véase Lc 10.38–42.) Había aprendido el secreto de dejar que Cristo controlara su vida. Como ya se mencionó anteriormente, Marta representa el trabajo para Cristo; María habla de adoración (en los Evangelios siempre se le ve a los pies de Jesús); y Lázaro habla de nuestro andar y testimonio.

El ungüento que María usó hubiera costado un año de salario para un obrero común. María lo había guardado para ungir a Cristo y mostrarle su amor. ¡Cuánto mejor es mostrar el amor a las personas antes de que mueran! Ella podía haber usado el perfume en su propio hermano cuando murió, pero había guardado lo mejor para Cristo.

Dondequiera que se encuentra un creyente que muestra amor para Cristo, siempre hay un crítico que se queja. El corazón de Judas no andaba bien, y por eso sus labios pronunciaron las palabras equivocadas. Observe cómo Cristo (nuestro Abogado, 1 Jn 2.1) defiende a María. «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Véase también Zac 3, donde Satanás acusa a Josué y el Señor le defiende.)

El ejemplo de devoción de María de Betania es uno que debemos seguir. Ella dio lo mejor; lo dio con gran generosidad; lo dio a pesar de las críticas; lo dio con todo amor. Cristo la honró por su adoración (véase Mc 14.7) y la defendió de los ataques de Satanás.

II. Jesús y los gentiles (12.12–36)

Cuando Jesús nació, vinieron gentiles del Oriente; ahora cuando su muerte se aproxima, los gentiles vienen de nuevo. ¿Por qué los menciona Juan en este punto? Debido a que ya Israel había desechado al Rey. Los judíos habían dicho: «¡Queremos ver señal!» (Mt 12.38); pero los gentiles dijeron: «¡quisiéramos ver a Jesús!» Felipe lleva un nombre griego, de modo que los visitantes que querían ver a Jesús vinieron a él; y él llevó el asunto a Andrés, quien también tenía un nombre griego. (Nótese: cada vez que usted halla a Andrés en el Evangelio de Juan, siempre es trayendo a alguien a Jesús; véanse 1.40–42; 6.8–9; 12.22. ¡Qué ejemplo de ganador de almas!)

Cristo menciona a los gentiles cuando habla de «ser levantado» en la cruz. En Mateo 10.5 y 15.24 Cristo les había dicho a sus discípulos que evitaran a los gentiles; pero ahora dice que los gentiles también serán salvos por medio de la cruz. Cristo es el grano de trigo que debe morir antes de que pueda haber fruto y el mundo pueda tener la oportunidad de ser salvo.

Cristo tenía que ser levantado para que «todos» (v. 32) (judíos y gentiles) pudieran ser atraídos a Él. Esto no significa todas las personas sin excepción, sino a toda persona sin importar su raza. Cristo menciona de nuevo «su hora» (vv. 23, 27). Se refirió primero a esto en 2.5 y de nuevo lo menciona en 7.30; 13.1 y 17.1. Es la hora de su muerte a la que Él llama ¡la hora de su gloria! Observe que Cristo invita a todo el mundo (v. 26). El terreno al pie de la cruz está a nivel; ni judío ni gentiles tienen ninguna ventaja especial. «Todos pecaron[...] no hay justo ni aun uno» (Ro 3.23, 10). Dios ha condenado a todos a estar bajo pecado para que Él pudiera tener misericordia de todos (Ro 11.32).

III. Cristo y los judíos (12.37–50)

Las últimas palabras del ministerio público de Cristo (vv. 35–36) fueron una terrible advertencia en contra de dejar pasar la oportunidad para la salvación. Nótese el clímax: «Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos» (v. 36). En los versículos que siguen el apóstol Juan explica por qué Cristo se ocultó y por qué los judíos se condenaron.

Para empezar, habían rechazado la evidencia (v. 37). La luz había estado brillando, pero rehusaron creer y seguir la luz. Nótense los terribles resultados de rechazar continuamente la Palabra de Cristo (vv. 37–41):

(1) No creían (v. 37) a pesar de que veían la evidencia de su condición divina de Hijo.

(2) No podían creer (v. 39) debido a que sus corazones se endurecieron y su ojos se cegaron.

(3) Por consiguiente, Dios dijo que no creerían (v. 39) ¡porque habían desdeñado su gracia!

Isaías 53.1 predijo su incredulidad, e Isaías 6.10 su endurecimiento de corazón. Nótese que Juan 12.40, que cita a Isaías 6.10, afirma que Dios ciega los ojos y endurece los corazones de quienes persisten en rechazar a Cristo. Este versículo se halla siete veces en la Biblia y siempre habla de juicio: Isaías 6.10; Mateo 13.14; Marcos 4.12; Lucas 8.10; Juan 12.40; Hechos 28.26 y Romanos 11.8. Es una advertencia continua que le recuerda al inconverso a que no tome a la ligera las oportunidades espirituales. «Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz» (v. 36). «Buscad a Jehová mientras puede ser hallado» (Is 55.6).

Hemos notado antes que Juan presenta el conflicto entre la luz y las tinieblas. La luz simboliza la salvación, la santidad, la vida; las tinieblas representan condenación, pecado, muerte. Juan habla de cuatro clases diferentes de tinieblas:

(1) Tiniebla mental (Jn 1.5–8, 26). Satanás ha cegado la mente de los pecadores (2 Co 4.3–6) y no pueden ver las verdades espirituales.

(2) Tiniebla moral (Jn 3.18–21). El inconverso ama el pecado y detesta la luz.

(3) Tiniebla judicial (Jn 12.35–36). Si los hombres no obedecen a la luz, Dios envía tinieblas y Cristo se oculta de ellos.

(4) Tiniebla eterna (Jn 12.46). «Permanecer» en tinieblas es vivir en el infierno para siempre.

En los versículos 42–50 Juan cita a Cristo y muestra por qué muchas personas rechazan la luz. Algunos lo rechazan por el temor al hombre (vv. 42–43). Apocalipsis 21.8 da una lista de la clase de personas que irán al infierno y dicha lista la encabeza los que tienen temor.

En el versículo 48 Cristo afirma que rechazar la Palabra de Dios conduce a la condenación. La salvación viene a través de la Palabra (Jn 5.24); y la misma Biblia que los hombres rechazan hoy será una parte de la evidencia en su contra en el juicio.

Juan cierra este capítulo con el ministerio público de Cristo. Es un capítulo solemne. Nos recuerda una vez más que no tengamos en poco las oportunidades espirituales. La luz no siempre brillará; llegará el día cuando Cristo se ocultará de los que no se interesan en su salvación o su Palabra. Proverbios 1.20–33 es una buena advertencia que atender.

JUAN 13

Contraste 1.11–12 y 12.36 con 13.1, y verá que hemos avanzado a una nueva sección del Evangelio de Juan. «A lo suyo [el mundo] vino, y los suyos [Su pueblo] no le recibieron». Ahora Él se aparta de su ministerio público a la nación y se reúne en privado con «los suyos», los discípulos. Los capítulos 13 al 16 registran el ministerio de Cristo en el «aposento alto» a los discípulos, mientras los preparaba para su muerte y la obra que harían después de su ascensión. El capítulo 13 contiene tres lecciones importantes para todos los cristianos.

I. Una lección de humildad (13.1–5)

La acción de Jesús al lavar los pies fue un ejemplo de humildad y servicio (v. 15). En los países del Medio Oriente eran los esclavos los que lavaban los pies de los invitados; aquí Cristo ocupó el lugar de un esclavo. Dejó esto en claro para sus discípulos en los versículo 13–16: si su Señor y Maestro les había lavado los pies, deberían también lavarse los pies unos a otros y servirse en humildad. Esto debe haber sido un contundente reproche a los doce, porque esa misma noche ¡habían discutido quién sería el mayor! (véase Lc 22.24–27).

Las acciones de Cristo en los versículos 1–5 representan lo que hizo cuando dejó el cielo para venir a la tierra. Se levantó de su trono, dejó a un lado la expresión externa de su gloria, se hizo siervo y se humilló para morir en una cruz. Filipenses 2.5–11 delinea hermosamente estos pasos. Después de completar su obra de redención, se puso sus vestidos y se sentó (v. 12), describiendo como sombra anticipada su resurrección, ascensión a la gloria y su sentarse a la diestra del Padre.

Pedro debe haber recordado esta lección en humildad años más tarde cuando escribió 1 Pedro 5.5, 6. Lea esos versículos cuidadosamente. Hoy en día, demasiados cristianos están luchando por reconocimiento y posición, y necesitan recordar esta lección de humildad. Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.

II. Una lección en santidad (13.6–17)

Las palabras de Cristo a Pedro en el versículo 8 son importantes: «Si no te lavare, no tendrás parte [comunión] conmigo». Hay una diferencia entre unión y comunión. Pedro estaba en unión con Cristo como uno de «los suyos» por medio de la fe, pero el pecado puede interrumpir nuestra comunión con el Señor. Hay una diferencia entre la condición de hijos y la comunión. Solamente en la medida en que permitimos que Cristo nos limpie podemos permanecer en comunión con Él y disfrutar de su presencia y poder.

En el versículo 10 Cristo hace una importante distinción entre lavar y limpieza. El versículo literalmente dice: «El que se ha limpiado de una vez por todas y por completo, no necesita hacer nada más que lavarse los pies». En tierra orientales la gente usaba baños públicos; mientras caminaban por las calles polvorientas los pies se ensuciaban. Al llegar a casa no necesitaban bañarse otra vez; necesitaban únicamente lavarse los pies. Así es con el creyente. Cuando somos salvados, se nos lava por completo (1 Co 6.9–11; Tit 3.5–6); cuando confesamos nuestros pecados diariamente al Señor, se nos lava nuestros pies y se limpia nuestro «andar» (1 Jn 1.7–9).

A los sacerdotes judíos se les ordenaba que se bañaran por completo (Éx 29.4), lo cual es un cuadro de nuestra limpieza de una vez por todas; pero Dios también proveyó el lavatorio (Éx 30.17–21) para que lo usaran diariamente para lavarse las manos y los pies. Hoy, Cristo limpia a su Iglesia mediante el agua de la Palabra (Ef 5.25–26; Jn 15.3). A medida que cada día leemos la Palabra, permitimos que el Espíritu escudriñe nuestros corazones (Heb 4.12) y luego confesamos nuestros pecados, mantenemos nuestros pies limpios y andamos en la luz (véase Sal 119.9). Es este lavamiento diario el que mantiene al creyente en comunión con Cristo. La lección aquí no tiene nada que ver con «conseguir» o «perder» la salvación. Es estrictamente una cuestión de comunión, de compañerismo con Cristo. Muchos creyentes cometen la misma equivocación de Pedro (v. 9); quieren ser salvos (lavados) de nuevo cuando todo lo que necesitan es solamente lavarse los pies.

III. Una lección en hipocresía (13.18–38)

Judas estaba en el aposento alto pretendiendo ser de Cristo. En los versículos 10–11 Cristo dejó en claro que Él sabía que uno de ellos no era salvo. De tanto éxito fue el engaño de Judas que incluso los demás discípulos no se dieron cuenta de que era falso.

Cristo citó primero el Salmo 41.9 (v. 18) para mostrar que Él sería traicionado. Acababa de lavarle los pies a Judas; ¡ahora Judas levantaría su calcañar contra Él! Sin embargo, la muerte de Cristo en la cruz derrotaría a Satanás, quien estaba usando a Judas como su instrumento (vv. 2, 27). Satanás primero planta el pensamiento en el corazón, luego entra en la persona para controlar su vida. Cristo les citó a los doce este versículo para evitar que tropezaran por la incredulidad (v. 19). El cristiano que sabe la Palabra no se desanimará con facilidad por las derrotas que aparecen en el camino.

En el versículo 21 Cristo les dijo abiertamente a los discípulos que uno de ellos le iba a traicionar. En realidad, esta declaración fue una advertencia final a Judas. Cristo le había lavado los pies, le había citado de la Palabra y ahora le previene sin rodeos, dándole así la oportunidad para cambiar de opinión. Juan, apoyado en el pecho de Jesús, descubrió el secreto y se lo dijo a Pedro, pero es evidente que ninguno de los hombres entendió claramente el significado de las palabras de Señor (v. 28). Es interesante notar que el cristiano que está más cerca del corazón de Cristo es el que descubre sus secretos. Cuando Judas aceptó el pan, se rindió a Satanás, el cual entró en él, haciéndolo un hijo del diablo (véase Jn 8.44). Como el Espíritu Santo, Satanás obra en y a través del cuerpo y la voluntad del ser humano que se rinden a él. «Era ya de noche» (v. 30), denota la oscuridad en el corazón de Judas, y además que esta era la hora del poder de las tinieblas (Lc 22.53).

Es peligroso que una persona sea como Judas. En Marcos 14.21 Jesús dijo: «¡Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido!» Judas pretendía ser cristiano; jugueteaba con el pecado; dilató la salvación; y cualquier persona que hace estas cosas terminará deseando nunca haber nacido. Hay algunos misterios que rodean a Judas, pero una cosa es clara: Judas tomó una decisión deliberada cuando traicionó a Cristo. En Juan 6.66–71 Cristo le advirtió a Judas y le llamó «un diablo». Pedro pensó que Judas era salvo, porque dijo: «¡Nosotros creímos!» Jesús sabía que Judas nunca había creído y por lo tanto no era salvo.

Después que Judas salió de la habitación, Jesús le advirtió a Pedro respecto a sus propias pruebas y fracasos que se avecinaban. Pedro había estado ansioso por descubrir el pecado de otros (v. 24); ahora tenía que enfrentar el suyo propio. «No juzguéis, para que no seáis

juzgados» (Mt 7.1). La jactancia de Pedro mostró su falta de comprensión de su corazón. La autoconfianza es peligrosa en la vida cristiana. «Me seguirás después» (v. 36), probablemente se refiere a la muerte de Pedro por causa de Jesús (Jn 21.18–19; 2 P 1.14).

Juan 14

¿Por qué se turbaron los corazones de los discípulos? Cristo les había dicho que les iba a dejar (13.33), que uno de ellos era un traidor y que Pedro le fallaría (13.36–38). Indudablemente esto los perturbó a todos, porque miraban a Pedro como su líder. Jesús mismo había revelado su carga interna (13.21), aunque es cierto que su espíritu angustiado no era de ninguna manera igual al de la turbación que ellos sentían en su corazón. En este capítulo Jesús procuró consolar a los doce y acallar la turbación de sus corazones. Les dio cinco razones por las cuales tenía que dejarlos e ir al Padre.

I. Para preparar un lugar para ellos (14.1–6)

Cristo habla del cielo como un lugar real, no meramente un estado de la mente. Él describió al cielo como un hogar amante donde mora el Padre. «Mansiones» en el griego es en realidad «lugares de permanencia», lo cual habla de la permanencia de nuestro hogar celestial. El cielo es un lugar preparado para gente preparada. Cristo «el carpintero» (Mc 6.3) está construyendo un hogar celestial para todos los que confían en Él. Y Él regresará para recibir a los suyos. Pablo más tarde amplió esta promesa en 1 Tesalonicenses 4.13–18. «Ausente del cuerpo, presente con el Señor». Si Cristo hubiera permanecido en la tierra, no podría haber preparado el hogar celestial para los suyos.

¿Cómo pueden los pecadores esperar ir al cielo algún día? ¡Por medio de Cristo! Lea Lucas 15.11–24, la historia del hijo pródigo, en conexión con Juan 14.6. Como el pecador, el hijo estaba perdido (Lc 15.24). Pero, ¡vino al Padre! (15.20). Estaba perdido, pero Cristo es el camino; era ignorante, pero Cristo es la verdad; y estaba muerto (espiritualmente), pero Cristo es la vida. Y llegó a la casa del Padre cuando se arrepintió y regresó.

II. Para revelarles al Padre (14.7–11)

Felipe parecía tener problemas con sus ojos: quería ver. Casi sus primeras palabras en 1.46, fueron: «¡Ven y ve!» Vio la gran multitud de Juan 6 y decidió que Jesús no podría alimentarlos (6.7). Los griegos que vinieron a Felipe le dijeron: «Quisiéramos ver a Jesús» (12.21). Jesús dejó bien en claro que verle a Él es ver al Padre. «Desde ahora le conocéis, y le habéis visto» (v. 7). Es por fe que vemos al Padre, conforme llegamos a conocer mejor a Cristo.

III. Para concederles el privilegio de orar (14.12–14)

Mientras Cristo estaba con los discípulos Él suplió para sus necesidades (véase 16.22–24); ahora que regresaba al cielo les da el privilegio de orar. Promete contestar la oración para que el Padre sea glorificado. Orar en «su Nombre» significa orar para su gloria, pidiendo cualquier cosa que Él mismo hubiera deseado. Las «más grandes obras» de las que se habla en el versículo 12 se refieren a los maravillosos milagros y bendiciones que los discípulos experimentarían, según se registran en el libro de los Hechos (véanse Mc 16.20; Heb 2.4). Las obras que Él hace a través de nosotros son todavía «más grandes», en el sentido de que somos simplemente instrumentos humanos, mientras que Él es Dios encarnado ministrando en la tierra.

IV. Para enviar al Espíritu Santo (14.15–26)

Cristo tiene mucho que decir respecto al Espíritu en los próximos capítulos. Aquí le llama «el Consolador», literalmente «Uno que está a su lado para ayudarle». La palabra «otro» significa «otro de la misma clase», porque el Espíritu es Dios así como Cristo es Dios. El Espíritu viviendo en los discípulos tomaría el lugar del Salvador viviendo junto a los discípulos. También se le llama «el Espíritu de verdad». El Espíritu usa la Palabra para convencer a los pecadores y para dirigir a los santos, y la Palabra de Dios es verdad (17.17). El mundo no puede recibir al Espíritu porque Él viene en respuesta a la fe.

Se ha discutido considerablemente sobre lo que Cristo quiso decir con la expresión: «vendré a vosotros» (v. 18). De manera literal se lee: «En realidad vengo [tiempo presente] a ustedes». Esta declaración quizás incluye cosas: La venida de Cristo a los apóstoles después de su resurrección; su venida en la Persona del Espíritu; y su futura venida para llevarlos al cielo.

En los versículos 21–26 Cristo habla de una relación más profunda que los discípulos tendrían con el Padre y el Hijo por medio del Espíritu. Ellos pensaban que se quedarían «huérfanos» (lo que en sentido literal quiere decir «sin consolación» en el v. 18), cuando en realidad la ida de Jesús al Padre hacía posible una relación más profunda entre el santo y su Salvador. Esta relación involucra la obediencia a la Palabra (v. 21) y amor por la Palabra (v. 24). Incluye también el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo (v. 26). El cristiano que pasa tiempo aprendiendo la Palabra y que luego va y vive la Palabra, disfrutará de una comunión íntima y satisfactoria con el Padre y el Hijo. El amor por Cristo no es una emoción superficial sobre la cual hablar; significa amar y obedecer su Palabra por el poder del Espíritu Santo. En 14.1–3 Jesús habló sobre el santo yendo al cielo para morar con el Padre y el Hijo; pero aquí Él habla del Padre y del Hijo que vienen a morar con el santo.

V. Para dar su paz (14.27–31)

¡Cuánta paz necesitaban los discípulos! La paz que Cristo da no es la del mundo, ni tampoco la da de la manera en que el mundo la da. La paz del mundo es superficial y temporal; mientras que la paz de Cristo yace muy profundo en el corazón, satisface y permanecerá para siempre. El mundo ofrece paz a través de medios externos; Cristo da paz que mora en el corazón. Los sicólogos hablan de la «paz mental», pero Cristo, mediante su muerte, resurrección y ascensión, da «paz con Dios» (Ro 5.1). Filipenses 4.4–9 bosqueja cómo el creyente puede tener la paz de Dios.

«El Padre es mayor que yo» (v. 28) se refiere a los días de su vida terrenal. Como Hijo de Dios es igual al Padre; como Hijo del Hombre en un cuerpo humano, fue obediente al Padre que le dio sus palabras y obras (14.10, 24).

Al morir en la cruz y volver al cielo, Cristo derrotó a Satanás (v. 30), quien es el autor de la confusión e intranquilidad. Para que los discípulos no pensaran que su muerte fue una tragedia o un error, Cristo les asegura en el versículo 31 que la cruz es una prueba de su amor por el Padre. Él murió porque el Padre lo ordenó y por eso vino a hacer la voluntad del Padre.

Al revisar este capítulo, observe cuán tiernamente Cristo procura consolar a sus perplejos discípulos. Estas palabras reconfortantes son para nosotros hoy, de modo que pidámoslas por fe.

Juan 15

Juan 14 cierra con: «Levantaos, vamos de aquí», lo cual sugiere que los próximos dos capítulos tal vez se pronunciaron en camino al jardín. Es probable que Cristo y sus discípulos estaban atravesando algunos viñedos, o tal vez el templo con sus vides grabadas y enchapadas en oro, cuando Él hizo la analogía de la vid y los sarmientos. Este capítulo se divide en tres secciones: una parábola (vv. 1–11), un mandamiento (vv. 12–17) y una advertencia (vv. 18–27).

I. Una parábola (15.1–11)

Es importante recordar que todo en una parábola no debe significar algo. Una parábola enseña una verdad principal e intentar hacer que una parábola «se pare sobre sus cuatro patas» es a menudo el primer paso para interpretarla mal. La principal verdad que Cristo enseña en esta parábola es la importancia de permanecer en Él para poder llevar fruto. La palabra «fruto» se usa seis veces y «permanecer» por lo menos quince (pero no siempre se traduce «permanecer»). El principal punto aquí es la comunión, el compañerismo; no la condición de hijos.

Usar el versículo 6 para enseñar que el cristiano pierde su salvación y va a quemarse en el infierno si no lleva fruto es torcer el significado de la parábola. En primer lugar tal cosa contradice la clara enseñanza de otros versículos: Juan 6.27; 10.27–29; etc. Todavía más, nótese que la rama de la cual Cristo habla en el versículo 6 se seca ¡después que es arrojada fuera! Si esta rama describe al cristiano que resbala y cae y pierde su salvación, debería «secarse» primero y entonces fallar en cuanto a llevar fruto, y luego ser echado fuera. Permanecer en Cristo no significa mantenernos nosotros mismos salvos. Significa vivir en su Palabra y orar (v. 7), obedecer sus mandamientos (v. 10) y mantener nuestras vidas limpias mediante su Palabra (vv. 3–4). El cristiano que no permanece en Cristo se vuelve como un sarmiento inútil, como la sal que pierde su sabor y no sirve para nada. Primera Corintios 3.15 enseña que nuestras obras serán probadas por fuego. El cristiano que no usa sus dones y oportunidades que Dios le da las perderá (Lc 8.18; 2 Jn 8).

Ser un sarmiento en la Vid significa que estamos unidos a Cristo y tenemos su vida. Al permanecer en Él, su Vida fluye a través de nosotros y da fruto. Es posible que el cristiano carnal produzca «obras», pero sólo el cristiano espiritual puede llevar fruto que permanece. Nótese que los sarmientos fructíferos son «limpiados» (vv. 2–3) para que lleven más fruto. Dios nos limpia por medio de la Palabra, purificándonos para que seamos más fructíferos, lo cual ayuda a explicar por qué un cristiano dedicado a menudo tiene que atravesar sufrimiento. A medida que los creyentes avanzan de producir «fruto» a «más fruto» (v. 2) y a «mucho fruto» (v. 8), glorifican al Padre. Las evidencias de la vida que permanece son: un sentido del amor del Salvador (v. 9), obediencia a su Palabra (v. 10), oración contestada (v. 7) y gozo (v. 11).

II. Un mandamiento (15.12–17)

Este es el «undécimo mandamiento», que nos amemos unos a otros. Ciertamente el cristiano que permanece en Cristo ¡debe llevarse bien con otros creyentes! El amor por los hermanos es una marca del discípulo. Ahora Jesús llama «amigos» a sus discípulos. Su propia muerte en la cruz demostraría su amor por ellos; ahora ellos deben demostrar su amor por Él amando a sus hijos. Los amigos se quieren y ayudan los unos a los otros. La obediencia que Cristo nos pide no es la del esclavo, sino la del amigo. Debido a que somos sus amigos y permanecemos en Él, conocemos su voluntad y tenemos sus secretos. Se nos recuerda que Abraham fue amigo de Dios y Él le comunicó sus planes para Sodoma.

III. Una advertencia (15.18–27)

Del amor a los hermanos Cristo se vuelve al odio del mundo. ¿Por qué el mundo aborrece a los cristianos? (1) Porque primero aborreció a Cristo y nosotros le pertenecemos a Él (1 Jn 3.13); (2) debido a que ya no pertenecemos al mundo (1 Jn 4.5; Jn 17.14); (3) porque el mundo ha rechazado su Palabra (v. 20); (4) porque el mundo no conoce al Padre (véase 16.1–3); y (5) debido a que Cristo ha expuesto el pecado del mundo.

Por supuesto, por «el mundo» Jesús quiere decir el sistema entero de la sociedad que se opone a Cristo y al Padre. Está compuesto de gente y organizaciones, filosofías y propósitos, que son anticristianos. «El mundo» tiene un príncipe en Satanás (Jn 14.30), el archienemigo de Cristo. Mientras que los cristianos están físicamente en el mundo, no son espiritualmente del mundo. La vieja ilustración del barco y el agua todavía se aplica: no es malo que el barco esté en el agua; pero cuando el agua se mete en el barco, ¡cuidado!

Los cristianos pueden volverse mundanos y lo hacen (como Lot) por grados. Primero está la amistad con el mundo (Stg 4.4); luego el amor por el mundo (1 Jn 2.15–17); y finalmente la conformidad con el mundo (Ro 12.2). Cualquier cosa en nuestras vidas que nos impida disfrutar del amor de Dios y de hacer su voluntad, es mundana y se debe desechar. Vivir para el mundo es negar la cruz de Cristo (Gl 6.14). El mundo aborrece a Cristo; ¿cómo puede el cristiano amar al mundo?

En los versículos 22–24 Cristo asienta el principio básico de que la revelación trae responsabilidad. Sus palabras y obras revelaban la voluntad de Dios y la pecaminosidad de los hombres. La humanidad no tiene excusa. Debido a que judíos y gentiles por igual se unieron para aborrecer y crucificar a Cristo es prueba de que todos son pecadores y culpables delante de Dios.

Para animar a los discípulos Cristo citó el Salmo 69.4 (v. 25). La Palabra es la que nos fortalece y nos anima. Él también les promete el ministerio del Espíritu Santo. La obra del Espíritu es testificar de Cristo y señalar hacia Él. Lo hace por medio de la Palabra y por medio de las buenas obras que el cristiano realiza en el poder del Espíritu (Mt 5.16). El Espíritu testifica al cristiano, quien a su vez testifica a otros (vv. 26–27). Véase Hechos 1.8.

En resumen, usted notará que en la primera sección de este capítulo (vv. 1–11) el Señor se refiere a la relación del creyente con Cristo. En los versículos 12–17 el enfoque está en la relación del creyente con otros cristianos; en tanto que en los versículos 18–27 Cristo habla de la relación del cristiano con el mundo. Nótese también que primero se presenta nuestra relación con el Salvador; porque si permanecemos en Cristo, amaremos al hermano y obtendremos la victoria sobre el odio del mundo.

Juan 16

Los discípulos no pudieron comprender por qué Cristo tenía que dejarlos, de modo que les mostró que su regreso al Padre haría posible mayores bendiciones debido a la venida del Espíritu. La vida cristiana no se puede vivir con la energía de la carne. Necesitamos al Espíritu de Dios si vamos a llevar vidas que glorifiquen a Cristo. Nuestro Señor describió cómo el Espíritu trabaja a través del creyente.

I. El Espíritu convence al mundo (16.1–11)

El mundo no es amigo del cristiano. Cristo les advirtió a los suyos respecto a la persecución venidera, para que cuando suceda, no tropiecen y caigan. Pablo, en su estado inconverso, es un buen cuadro del tipo de personas del que se habla en el versículo 2. Cristo no les dijo este hecho antes porque Él estaba con ellos para protegerles. Ahora que iba a dejarlos les dio su Palabra para animarles. Por supuesto, Cristo ya les había hablado respecto a la persecución (Mt 5.10–12), pero no les había explicado su fuente (los religiosos) y la razón (la ignorancia y el odio del mundo).

Ahora les explicó la obra que el Espíritu haría en el mundo mediante la Iglesia. El mismo hecho de que el Espíritu esté en el mundo es una acusación contra el mundo. En realidad, Cristo debería estar en el mundo, reinando como Rey; pero el mundo lo crucificó. Tenga presente que el Espíritu no viene a las personas del mundo perdido (14.17), sino al pueblo de Dios. Su Espíritu está aquí, recordándole a la humanidad su terrible pecado. El Espíritu le da al mundo una convicción triple:

A. De pecado (v. 9).

Y este es el pecado de la incredulidad. El Espíritu no convence al mundo de pecados individuales; la conciencia lo debe hacer (véase Hch 24.24–25). La presencia del Espíritu en el mundo es prueba de que el mundo no cree en Cristo; de otra manera Cristo estaría aquí en el mundo. El pecado que condena al alma es la incredulidad, el rechazo de Cristo (véase Jn 3.18–21).

B. De justicia (v. 10).

Nótese que no es lo mismo que la injusticia, o sea, el pecado de las almas perdidas. Cristo habla de la convicción que produce el Espíritu en el mundo, no de los incrédulos como individuos, aun cuando hay una aplicación personal. La presencia del Espíritu en el mundo es prueba de la rectitud y justicia de Cristo, quien ahora ha regresado al Padre. Mientras estaba en la tierra, a Cristo lo acusaron de quebrantar la ley y de ser tanto un pecador como un impostor. Pero debido a que el Espíritu está en la tierra es prueba de que el Padre levantó al Hijo y le recibió de vuelta en el cielo.

C. De juicio (v. 11).

No confunda esto con Hechos 24.25, «el juicio venidero». Cristo habla aquí del juicio pasado en la cruz, no del juicio futuro. Él ha hablado de juzgar a Satanás y al mundo (12.31, 32; véase también Col 2.15). La presencia del Espíritu en el mundo es evidencia de que Satanás ha sido juzgado y derrotado; de otra manera Satanás controlaría al mundo.

Usted puede aplicar estos tres juicios a los creyentes como individuos. El Espíritu usa a los cristianos que testifican y a la Palabra para convencer al inconverso de su pecado de incredulidad; de su necesidad de justicia; del hecho de que, puesto que pertenece a Satanás (Ef 2.1–3), las tiene todas para perder. No hay salvación sin una convicción guiada por el Espíritu, porque Él usa la Palabra para convencer a las almas perdidas.

II. El Espíritu instruye al cristiano (16.12–15)

Los discípulos deben haber sentido su ignorancia de la Palabra, de modo que Cristo los confirmó mediante la explicación del ministerio de enseñanza del Espíritu. Lo mencionó en 14.26 y 15.26. «No hablará por su propia cuenta» (v. 13) no significa que el Espíritu nunca habla de sí mismo o llama la atención a sí mismo. Él escribió la Biblia, ¡y en sus páginas hay centenares de referencias al Espíritu! Esta frase significa que el Espíritu no enseñará lo que se le antoje, sino que recibirá la dirección del Padre y del Hijo. El Espíritu nos enseña la verdad desde la Palabra, y al hacerlo así, glorifica a Cristo. Guy King sugiere tres maneras en las cuales el Espíritu glorifica a Cristo: (1) Escribió un libro acerca de Él; (2) Hace un creyente como Él; (3) Halla una Esposa para Él.

El Espíritu puede enseñar a cualquier cristiano que se rinde a Cristo. Lea el Salmo 119.97–104 para ver cómo Dios enseña al cristiano humilde. No cuenta mucho la edad, experiencia o educación, sino una disposición de aprender y vivir la Palabra.

III. El Espíritu estimula al cristiano (16.16–22)

Los discípulos quedaron muy perturbados y desanimados porque Cristo los iba a dejar. El versículo 16 parece ser una paradoja: «Me veréis; porque yo voy al Padre». Parece que Cristo dice: «Debido a que me voy, ¡ustedes me verán de nuevo!» Aquí hay un significado doble. Primero, «le verán de nuevo» después de su resurrección de entre los muertos; pero también «le verán» cuando el Espíritu venga a morar con ellos. Cambiarían la vista física por la percepción espiritual. Hoy los creyentes «ven a Jesús» (Heb 2.9) por medio de la enseñanza del Espíritu de la Palabra de Dios.

Cristo compara los acontecimientos de sus sufrimientos al nacimiento de un niño: al parto le sigue el gozo. Isaías 53.11 afirma: «Verá el fruto de la aflicción de su alma». Los discípulos en efecto lloraron y lamentaron, pero su aflicción se transformó en gozo. Hoy nosotros tenemos tristezas y sufrimientos; pero cuando Cristo vuelva se tornará en gozo. Cristo da la clase de gozo que el mundo no puede quitar.

IV. El Espíritu ayuda al cristiano a orar (16.23–33)

«En aquel día» tal vez se refiere al día cuando vendría el Espíritu y empezaría su ministerio entre ellos. Mientras que Cristo estaba en la tierra, los discípulos estaban acostumbrados a llevarle sus preguntas y necesidades. Cuando Cristo regresó al cielo, envió el Espíritu para ayudarles en su oración (Ro 8.26, 27) y les instruyó a que oraran al Padre personalmente. La oración bíblica es al Padre, mediante el Hijo y en el Espíritu. No es necesario que el Hijo suplique al Padre a nuestro favor (v. 26), porque el Padre está deseoso de responder a nuestras peticiones (v. 27).

¡La oración es un tremendo privilegio! Considere estas otras palabras de Cristo acerca de la oración: Juan 14.13, 14; 15.7; 15.16. Conforme el creyente permite que el Espíritu le enseñe la Palabra, crece en su vida de oración, porque la oración y la Palabra van juntas. Judas 20 nos ordena a «orar en el Espíritu Santo». Demasiada oración de hoy es carnal, pidiendo por cosas que no están en la voluntad de Dios (véase Stg 4.1–10). Es maravilloso permitir que el Espíritu Santo nos agobie con peticiones de oración (Ro 9.1–3). El Espíritu conoce la mente del Padre y puede guiarnos a orar por lo que Dios quiere darnos. Bien se ha dicho que la oración no es vencer la renuencia de Dios; es aferrarnos a su buena disposición.

El testimonio de los discípulos debe haber alegrado el corazón de Cristo, pero les advirtió de su próximo fracaso (v. 32). Incluso, ¡el Padre finalmente abandonaría a Cristo en la cruz! ¡Qué bendición escuchar que el Señor dice: «Confiad» (v. 33). Estaba a punto de ser arrestado y crucificado, y sin embargo les da paz y gozo a sus seguidores. Les promete su victoria: «Yo he vencido al mundo» (v. 33).

El Espíritu tiene un ministerio especial en nuestras vidas. ¿Estamos permitiendo que lo haga a su manera?

JUAN 17

Algunos han llamado acertadamente a este capítulo «El Lugar Santísimo del Evangelio de Juan». Tenemos el privilegio de oír al Hijo conversando con el Padre. Usted pudiera pasar muchas semanas meditando en las verdades de este capítulo, pero aquí sólo podemos destacar los puntos más sobresalientes.

I. Cristo ora por sí mismo (17.1–5)

El gran tema de estos versículos es que Jesús ha concluido la obra de la salvación. Desde 2.4 Juan ha mencionado con frecuencia «la hora». Use su concordancia y trace el patrón de estos versículos. «He acabado la obra» [la obra de la salvación] y, debido a esto, «te he glorificado en la tierra» (v. 4). Cristo siempre miró a la cruz como un medio de glorificar a Dios (12.23). Pablo también siempre vio gloria en la cruz (Gl 6.14).

Cristo le pide al Padre que le dé nuevamente la gloria que Él dejó cuando vino a la tierra a morir (Flp 2.1–12). La única vez en que su gloria se reveló en la tierra fue en el monte de la transfiguración (Jn 1.14; 2 P 1.16–18). Nótese el verbo «dar» en el versículo 2: (1) El Padre le ha dado al Hijo autoridad sobre toda la humanidad; (2) el Hijo da vida eterna a (3) aquellos que el Padre le ha dado al Hijo. Una de las preciosas verdades en Juan 17 es que ¡cada creyente es un regalo de amor de Dios al Hijo! (Jn 6.37). Esto es un misterio que no podemos explicar, pero ¡agradecemos a Dios por eso! «Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Ro 11.29). Esto quiere decir que nuestra salvación es segura, porque el Padre no nos quitará del Hijo.

«He manifestado tu nombre» (v. 6), esta declaración debe estar relacionada a las declaraciones «YO SOY» de Cristo en el Evangelio de Juan. El nombre de Dios es YO SOY (Éx 3.13, 14) y Cristo revela que Dios es para nosotros lo que quiera que necesite ser. Para el que tiene hambre Cristo dice: «Yo soy el Pan de vida». Para el perdido le dice: «Yo soy el Camino». Para el ciego dice: «Yo soy la Luz del mundo».

II. Cristo ora por sus discípulos (17.6–19)

La clave aquí es la santificación, o sea, la relación de los discípulos al mundo. Jesús dijo: «Yo les he dado tu palabra» (v. 14), y en el versículo 17 afirma que somos santificados (separados para Dios) por medio de la Palabra. La santificación no significa perfección sin pecado, de otra manera Cristo nunca pudiera haber dicho: «Yo me santifico a mí mismo» (v. 19), por cuanto nunca pecó. Un cristiano santificado es alguien que crece diariamente en la Palabra y como resultado se aparta cada vez más del mundo y para el Padre.

Cristo le pidió al Padre que guardara a los discípulos (v. 11). Esta petición no sugiere la posibilidad de que los discípulos pudieran perder su salvación. Nótese la petición completa: «Guárdalos en tu nombre, para que sean uno». El versículo 15 pide que sean guardados del malo. Cristo estaba físicamente con los discípulos y podía mantenerlos juntos, unidos en corazón y propósito, separados del mundo. Ahora que se iba de regreso al cielo, le pidió al Padre que los guardara.

Algunos usan el versículo 12 como «prueba» de que un creyente puede perder su salvación, pero una lectura cuidadosa del versículo ¡prueba precisamente lo opuesto! Jesús dijo: «Ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición». Esto muestra que Judas nunca fue parte del grupo de creyentes discípulos. «Sino» es una palabra de contraste, que muestra que Judas era de una clase diferente a la de los otros. En el versículo 11 Jesús afirma con claridad que Él guardó a todos los que el Padre le dio; puesto que Judas estaba perdido, no podía haber tenido nada entre los que se les dio. Mucha gente que hoy en día enseña que Judas «perdió su salvación» cometen la misma equivocación que Pedro hizo (6.66–71) al pensar que Judas tenía la salvación, ¡cuando no la tenía!

Los cristianos no son del mundo, pero están en el mundo para testificar de Cristo. Guardamos limpias nuestras vidas mediante su Palabra. Cristo en realidad nos ha enviado al mundo a tomar su lugar (v. 18). ¡Qué responsabilidad tenemos!

III. Cristo ora por su Iglesia (17.20–26)

El tema principal aquí es la glorificación: «La gloria que me diste, yo les he dado» (v. 22). No dice: «les daré», por cuando en el plan de Dios el creyente ya ha sido glorificado (Ro 8.30). Esta es otra prueba de la seguridad eterna del creyente: ya somos glorificados en tanto y en cuanto a Dios concierne. Cristo ora que podamos estar con Él y ver su gloria. Colosenses 3.4 afirma que participaremos de su gloria; Romanos 8.18 promete ¡que manifestaremos su gloria!

Cristo también ora por la unidad de su Iglesia (v. 21). Hay una vasta diferencia entre unidad (de corazón y espíritu) y uniformidad (todo el mundo es exactamente igual). Cristo nunca oró que todos los cristianos pertenecieran a una iglesia mundial. Las fusiones denominacionales pueden producir uniformidad organizacional, mas la unidad no la pueden garantizar. La unidad procede de la vida interna, no de la presión externa. Si bien los verdaderos cristianos pertenecen a diferentes denominaciones, todos son parte de la verdadera Iglesia, el cuerpo de Cristo; es esta unidad espiritual en amor la que convence al mundo de la verdad del evangelio. Para los cristianos es posible diferir en cuestiones menores y todavía amarse unos a otros en Cristo.

Todo cristiano que muere va al cielo porque Cristo oró para que esto fuera así (v. 24) y el Padre siempre responde a sus oraciones (11.41, 42).

En el versículo 26 Cristo promete más revelaciones del Padre, las cuales Él dio a los apóstoles por el Espíritu. Pide que podamos disfrutar del amor del Padre en nuestra experiencia diaria (véase 14.21–24).

Podemos resumir las partes principales de su oración como sigue:

En los versículos 1–5 Jesús enfatizó la salvación y el don de la vida eterna (v. 2). En 6–19 se concentra en la santificación: «Yo les he dado tu palabra» (v. 14). Los versículos 20–26 enfocan la glorificación: «La gloria que me diste, yo les he dado» (v. 22). Estos dones abarcan el pasado, el presente y el futuro del creyente.

Nótese también en esta oración las maravillosas aseveraciones de la seguridad eterna del creyente: (1) Los creyentes son el don del Padre al Hijo (v. 2), y Dios no pide que se le devuelva lo que Él regala por amor. (2) Cristo concluyó su trabajo. Debido a que Cristo hizo su trabajo por completo, los creyentes no pueden perder su salvación. (3) Cristo pudo cuidar a los suyos mientras estaba en la tierra y es capaz de seguir cuidándolos hoy, porque es el mismo Salvador. (4) Cristo sabe que finalmente estaremos en el cielo porque Él ya nos ha dado su gloria. (5) Cristo oró que podamos estar en el cielo y el Padre siempre responde a las oraciones de su Hijo (11.41–42)

JUAN 18

Jesús dejó el lugar de oración para encontrarse con sus enemigos. «El torrente de Cedrón» nos recuerda al rey David, quien estuvo en el exilio por la rebelión de sus amigos y familia, y atravesó el mismo caudal de agua (véase 2 S 15).

I. El arresto (18.1–14)

Jesús deliberadamente salió al encuentro de Judas y los que le acompañaban, porque sabía lo que iba a ocurrir. (Véase 13.1–3; 6.6. Jesús siempre sabía lo que debía hacer, porque siempre sabía la voluntad del Padre.) Es interesante notar que el arresto tuvo lugar en un jardín. Cristo, el postrer Adán (1 Co 15.45), salió al encuentro del enemigo en un jardín y triunfó, en tanto que el primer Adán se encontró con el enemigo en un jardín y fracasó. Adán se escondió, pero Cristo se reveló abiertamente. Al meditar en estas dos escenas de los dos jardines, vea qué otros contrastes puede hallar.

Judas estaba con el enemigo. «Y puestos en libertad, vinieron a los suyos» (Hch 4.23). La gente siempre se va adonde están sus corazones; Judas tenía a Satanás en su corazón y así estaba con la muchedumbre de Satanás. Triste es decirlo, ¡Pedro también se mezcló con la misma multitud! Nótese cómo Jesús los sorprendió cuando usó el nombre divino: «YO SOY». El mismo nombre que salva a los creyentes (17.6) condena a los perdidos.

En el versículo 8 Jesús le advirtió a sus discípulos que se fueran, para que no cayeran en problemas. Ya les había dicho que serían esparcidos (16.32), pero Pedro prefirió quedarse y luchar... y se metió en peligro debido a eso. El pecado de Pedro no fue «seguirle de lejos», sino seguirle de todas maneras. Él debería haber obedecido a la Palabra y haberse ido.

El versículo 9 es una retrospectiva a 17.12, donde Cristo habló de la salvación de los discípulos. Aquí está hablando respecto a su protección física. De este modo Cristo nos guarda de dos maneras: preserva nuestras almas en salvación y guarda nuestros cuerpos, sellándolos con su Espíritu, hasta el día de la redención (Ef 1.13, 14).

Al usar la espada Pedro estaba definitivamente desobedeciendo a Cristo. Él no necesita nuestra protección; las armas que debemos usar para luchar contra Satanás son las espirituales (2 Co 10.4–6; Ef 6). Pedro se equivocó al escoger el arma, se equivocó en el motivo, actuó bajo órdenes equivocadas ¡y consiguió los resultados equivocados! ¡Cuánta gracia mostró Jesús al curar a Malco (Lc 22.51) y proteger de esa manera a Pedro de cualquier daño. De otra manera, tal vez hubiera habido otra cruz en el Calvario y a Pedro lo hubieran crucificado antes de llegar el tiempo de Dios (Jn 21.18, 19).

II. La negación (18.15–27)

La narración se enfoca ahora en Pedro, y vemos su triste declinación. En el aposento alto Pedro se jactó tres veces de que sería leal a Cristo (Mt 26.33, 35; Jn 13.37). En el jardín se quedó dormido tres veces (Mc 14.32–41) cuando debería haber estado orando. Luego negó tres veces al Señor y en Juan 21 tuvo que confesar tres veces su amor por Cristo. En el aposento alto Pedro cayó en las artimañas del diablo (Lc 22.31–34); en el jardín cedió a la debilidad de la carne; y ahora, en el patio de la casa del sumo sacerdote, se rendía ante las presiones del mundo. ¡Qué importante es velar y orar!

No sabemos el nombre del discípulo anónimo que se menciona en el versículo 15. Tal vez fue Nicodemo o José de Arimatea; no es muy probable que Juan (a menudo llamado «el otro discípulo», 20.3) hubiera estado en términos amistosos con el sumo sacerdote. Véase Hechos 4.1–3. Quienquiera que fuera, este discípulo condujo a Pedro al pecado al abrirle la puerta. El versículo 18 dice que «hacía frío», de modo que Pedro se sentó cerca del fuego, pero Lucas 22.44 indica ¡que Cristo había estado sudando cuando oraba aquella noche! Pedro sentía frío tanto física como espiritualmente y tuvo que calentarse junto al fuego del enemigo. «Anduvo en consejo de malos» y ahora estaba «en camino de pecadores». Pronto se sentaría «en silla de escarnecedores» (véase el Sal 1). Mientras Cristo sufría, Pedro se calentaba y de ninguna manera participaba de sus sufrimientos.

III. El rechazo (18.28–40)

Debido a que había dos hombres identificados como sumos sacerdotes muestra cuán corrupta estaba la nación en ese tiempo. Anás y Caifás eran socios en el comercio del templo y detestaban a Jesús porque había limpiado dos veces el templo.

Mucho se ha escrito respecto a los aspectos ilegales del juicio de Cristo. Se realizó de noche; al prisionero se le consideró culpable y como a tal lo trataron; la corte contrató testigos falsos; el juez permitió que se maltratara al prisionero mientras estaba atado; la corte no le permitió defensa al acusado. Después del juicio secreto de noche, los taimados líderes religiosos llegaron a Jesús ante Pilato para la sentencia final de muerte. No entraron en el recinto gentil «para no contaminarse», ¡pero no vacilaron en condenar a un inocente a la muerte!

Desde 18.33 hasta 19.15 leemos el triste relato de la cobarde indecisión de Pilato. Por lo menos siete veces salió Pilato de su pretorio a los judíos, tratando de lograr un compromiso. Pilato crucificó a Cristo porque fue un cobarde, «queriendo satisfacer a la gente» (Mc 15.15). ¡Cuántos pecadores estarán en el infierno porque temieron a la gente y trataron de complacerla!

Cristo le explicó a Pilato la naturaleza espiritual de su reino, pero no su declaración: «Mi reino no es de este mundo». Si los judíos le hubieran recibido, Él podía haber establecido su reino en la tierra. Pero le rechazaron, porque su reino es de naturaleza espiritual, en los corazones de las personas. Un día, cuando Él regrese, establecerá su reino en la tierra. ¡Cuánto anhelamos ese bendito día!

La pregunta de Pilato: «¿Qué es la verdad?», la han formulado por siglos los filósofos. En 14.6 Jesús dice: «Yo soy la verdad». Juan 17.17 dice: «Tu Palabra es verdad». Primera de Juan 5.6 afirma que «el Espíritu es verdad». El Espíritu y la Palabra apuntan a Cristo, la Verdad.

El mundo toma las decisiones erradas cuando se trata de asuntos espirituales. La chusma prefiere a un asesino antes que al Príncipe de la vida. Prefieren al que quebranta la ley antes que al dador de la ley. Los judíos rechazaron a su verdadero Mesías, pero un día aceptarán al falso mesías de Satanás, el anticristo (5.43).

Los hombres rechazan a Jesús por diferentes razones. Judas rechazó a Cristo porque atendió al diablo; Pilato escuchó al mundo; Herodes obedeció a la carne.

«Ustedes tienen una costumbre», dijo Pilato (18.39). ¡Qué triste que Pilato conociera las costumbres religiosas, pero no conociera a Cristo! Las personas son así, incluso hoy, se cuidan de observar las festividades y costumbres religiosas, pero ignoran al Salvador del mundo. El rechazo significa juicio eterno, pero la fe significa vida eterna. Todo el mundo tiene que tomar una decisión.

I. Se mofan de Cristo (19.1–22)

Pilato tal vez pensó que si azotaba a Jesús (lo cual era ilegal), conmovería los corazones de los judíos y que pedirían que lo dejara en libertad. Pero sus corazones estaban endurecidos (12.40) y decididos a destruirle. Pilato equivocadamente permitió que los soldados ridiculizaran a Cristo, presentándole con una corona, un manto y un cetro de mofa. Compare esta escena con Apocalipsis 19.1–21, cuando toda rodilla se doblará ante Él.

Los judíos acusaron a Cristo de quebrantar la ley debido a que afirmaba ser Dios (véase 10.33). Sin embargo, en sus mensajes y milagros Jesús demostró ser Dios. Pero los pecadores de corazón endurecido rehusaron considerar la evidencia; estaban obstinados en destruirle.

¿Por qué Cristo no contestó la pregunta de Pilato en el versículo 9? Por un lado Pilato no había obedecido la verdad que ya había recibido; y Dios no revela más verdad hasta que obedezcamos la que se nos ha dado. La jactancia de Pilato en el versículo 10 fue realmente su sentencia de condenación. Si tenía la autoridad para dejar en libertad a Cristo y sabía que Jesús era inocente (19.4), ¡debía haber dejado en libertad al prisionero! Cristo reprendió a Pilato al recordarle que toda autoridad viene de Dios (véase Ro 13.1ss; Pr 8.15, 16). Pilato estaba en las manos de Dios para cumplir un propósito especial, pero aun así era responsable por sus decisiones y culpable por su pecado (véase Lc 22.22). «El que a ti me ha entregado» (v. 11) se refiere a Caifás, no a Judas.

«No tenemos más rey que César» (v. 15) fue el clamor de los judíos. En 6.15 querían hacer rey a Jesús; y en 12.13 le vitorearon como rey; y ahora le rechazan. Esta es la tercera crisis del Evangelio de Juan (véase en el bosquejo sugerido del Evangelio de Juan la lista de estas crisis).

Pilato tuvo «la última palabra», porque escribió el título para la cruz: «JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS». Se acostumbraba que el prisionero romano llevara la acusación escrita en un letrero que colgaba de su cuello y que luego se clavaba en la cruz encima de su cabeza. ¡El «crimen» de Cristo fue que se hizo Rey! El título en tres idiomas representa las tres grandes áreas de la vida humana: la religión (hebreo), la filosofía y la cultura (griego) y la ley (latín). El título habla del pecado universal, porque las tres grandes naciones del mundo participaron en su muerte. La religión, la filosofía y la ley no salvan a los pecadores. El título también habla del amor universal: «Porque de tal manera amó Dios al mundo». El título además anuncia salvación para el mundo entero, porque Cristo es la sabiduría de Dios para el griego, poder de Dios para el judío y justicia de Dios que cumple su santa ley (1 Co 1.18ss). El ladrón arrepentido leyó este título, confió en Cristo y fue salvo.

II. Cristo crucificado (19.23–30)

Juan registra sólo tres declaraciones de Cristo en la cruz. Se tiene el cuidado de anotar el cumplimiento de la Escritura en el sorteo de su túnica sin costura (Sal 22.18), el vinagre que le dieron (Sal 69.21) y cómo traspasaron su costado sin quebrarle ningún hueso (Sal 34.20; Éx 12.46; Zac 12.10). Nótese, sin embargo, que el versículo 37 no dice que Zacarías 12.10 se cumplió; más bien que Él sería traspasado. Lo «mirarán» en el día futuro cuando Él venga en gloria (Ap 1.7). Todos los detalles respecto a la crucifixión fueron elaborados cuidadosamente por la mano de Dios.

Jesús, al entregar a Juan a María y viceversa, rompía finalmente los lazos terrenales de familia. Era Cristo el que controlaba la situación, no María. Admiramos la devoción de María al venir a la cruz (Lc 2.34–35). Su silencio es prueba de que Jesús es el Hijo de Dios, porque una palabra suya hubiera podido salvar a Jesús. Después de todo, ¿quién conoce a un hijo mejor que la madre que lo dio a luz?

«Tengo sed», habla por igual de agonía física y espiritual, porque Cristo sufrió el tormento del infierno por nuestros pecados. Tuvo sed para que nos fuera posible no tener sed jamás. «Consumado es» en el texto griego es una sola palabra: tetelestai. La palabra era común y usada por los mercaderes para decir: «¡El precio se ha pagado por completo!» Los pastores y los sacerdotes la usaban cuando hallaban la oveja perfecta, lista para el sacrificio; y Cristo murió como el Cordero perfecto de Dios. Los sirvientes, cuando habían terminado su trabajo, usaban esta palabra para informárselo a sus amos. Cristo, el siervo obediente, había terminado la obra que el Padre le dio. Cristo, voluntaria y deliberadamente, dio su vida; la puso por sus amigos.

III. Cristo sepultado (19.31–42)

Los judíos no estaban interesados en la compasión o en lo terrible de su crimen; ¡sólo querían evitar que se violaran sus leyes respecto al sabbat! El hecho de que los soldados no le quebraron las piernas a Cristo para acelerar su muerte era prueba de que Él ya estaba muerto. La sangre y el agua ilustran dos aspectos de la salvación: la sangre expía la culpa del pecado y el agua lava la mancha del pecado. La sangre habla de justificación y el agua de santificación. Ambas deben ir siempre juntas, porque quienes han confiado en la sangre de Cristo para salvarles, deben tener vidas limpias delante de un mundo que observa.

Por el versículo 35 podemos inferir que Juan dejó a María en su casa y luego regresó a la cruz. Estar con Jesús fue más importante que cuidar a María. Cuando hallamos a María por primera vez en el Evangelio de Juan, es asistiendo a una alegre fiesta de bodas (2.1–11); su última mención es al pie de la dolorosa ejecución de Jesús.

Dios había preparado a Nicodemo y a José, dos miembros del sanedrín, para que sepultaran el cuerpo de Jesús. De otra manera, su cuerpo probablemente hubiera sido arrojado al basurero fuera de Jerusalén. Isaías 53.9 prometía que su tumba estaría entre los ricos. Esta es la tercera y última mención de Nicodemo en Juan y al menos le vemos salir a la luz de la confesión con audacia (véanse las notas sobre Juan 3). Nicodemo y José sabían por sus estudios de las Escrituras cuándo, cómo y dónde moriría Cristo. Tenían la tumba preparada con las especias aromáticas y tal vez se escondieron en la tumba por un tiempo mientras Cristo estaba en la cruz. José no hizo esta tumba para sí mismo, porque a ningún rico le hubiera gustado que lo sepultaran cerca del lugar donde se ejecutaban a los criminales. Él compró la propiedad cerca al Calvario para poder cuidar del cuerpo de Jesús rápida y fácilmente.

No debemos criticar a José por ser «un discípulo en secreto», porque podemos ver cómo Dios le usó tanto a él como a Nicodemo para lograr sus propósitos. Si la fe de ellos hubiera sido conocida abiertamente, el concilio les hubiera impedido que se ocuparan del cuerpo de Jesús. Cuando José y Nicodemo tocaron el cuerpo muerto de Jesús se contaminaron ceremonialmente para la Pascua. Pero no les importó, ¡porque habían llegado a confiar en el mismo Cordero de Dios!

El Cordero de Dios había dado su vida por los pecados del mundo. Su trabajo en la tierra estaba terminado y descansó en el día de reposo.

Este capítulo registra tres de las apariciones de Cristo después de la resurrección. Cada aparición produjo un resultado diferente en las vidas de los que participaron.

I. María vio al Señor (20.1–18)

Cristo había echado fuera de María Magdalena a siete demonios (Lc 8.2) y ella le amaba profundamente. En su confusión y desilusión María llegó a conclusiones y pensó que alguien se había robado el cuerpo de Cristo. Corrió a decírselo a Pedro y a Juan, quienes a su vez fueron a la tumba.

¿Por qué Juan corrió más rápido que Pedro? (v. 4). Puede haber habido razones físicas: tal vez Juan era más joven que Pedro. Pero también hay aquí una lección espiritual: Pedro todavía no había afirmado su entrega a Cristo y, por consiguiente, su «energía espiritual» estaba por los suelos. Isaías 40.31 dice que los que esperan en el Señor «correrán, y no se fatigarán», pero Pedro había corrido adelantándose al Señor y le había desobedecido. Su pecado afectó a sus pies (Jn 20.4), sus ojos (21.7), sus labios (negó al Señor) e incluso la temperatura de su cuerpo (18.18; véase Lc 24.32).

¿Qué vieron los hombres en la tumba? Vieron los lienzos de la mortaja colocados como si cubrieran un cadáver, ¡pero el cadáver no estaba! La mortaja era como un capullo vacío. El sudario (lienzo que cubría el rostro) estaba cuidadosamente doblado, colocado aparte. No fue la escena de un robo de una tumba, porque ningún ladrón habría podido sacar el cadáver de la mortaja sin romper los lienzos o dejar las cosas desarregladas. Jesús regresó a la vida con poder y gloria, ¡y traspasó los lienzos y la misma tumba! El versículo 8 nos dice que los hombres creyeron en su resurrección debido a la evidencia que vieron. Más tarde se encontraron con Cristo personalmente y también llegaron a creer en el testimonio de las Escrituras. Hay, entonces, tres tipos de pruebas sobre las cuales usted puede descansar cuando se trata de asuntos espirituales: (1) la evidencia que Dios da en su Palabra, (2) la Palabra de Dios, y (3) la experiencia personal. ¿Cómo puede un hombre saber que Cristo es real? Puede ver la evidencia en las vidas de otros; puede leer la Palabra; y, si confía en Cristo, puede tener con Él una experiencia personal. Nótese en el versículo 10 que ellos regresan a su casa sin proclamar el mensaje del Cristo resucitado. La evidencia intelectual por sí sola no cambia a la gente. Debemos encontrar a Cristo personalmente.

Eso fue lo que le ocurrió a María: se quedó en el lugar y se encontró con Cristo. ¡Cuánto nos recompensa a veces esperar! (véase Pr 8.17). María vio dos ángeles en la tumba (Lc 24.4 les llama «dos varones»), pero estaba demasiado absorta con su dolor que no dejaba que la consolaran. La descripción de los ángeles, en el versículo 12, nos recuerda el propiciatorio en el Lugar Santísimo (Éx 25.17–19); el Cristo resucitado es nuestro propiciatorio en el cielo. María se alejó de los ángeles, pues estaba buscando a Cristo; ¡hubiera preferido tener su cadáver antes que ver a los ángeles! La persona que vio era realmente Cristo, pero sus ojos estaban tan nublados que no le reconoció. La palabra «pensando» en el versículo 15 explica toda su aflicción. Hoy en día, muchos cristianos se sienten miserables «pensando» algo que de ninguna manera es verdad. Cuando Jesús la llamó por su nombre, le reconoció. Él llama a los suyos por nombre (Jn 10.3, 4) y ellos conocen su voz. Véase Isaías 43.1.

El versículo 17 sugiere que temprano en la mañana del día de resurrección Cristo ascendió al cielo para presentar al Padre su obra terminada. Esa ascensión secreta cumplió el tipo de sacrificio del que se habla en Levítico 23.1–14: la «ofrenda mecida de las primicias», el día que seguía al sabbat (véase 1 Co 15.23). ¡El encuentro de María con Cristo la transformó en una misionera!

II. Los discípulos ven al Señor (20.19–25)

Dos veces se ha mencionado ya «el primer día de la semana» (20.1, 19). Este es el domingo, no el sábado (el sabbat judío, el séptimo día de la semana). El sabbat indica descanso después del trabajo y pertenece a la dispensación de la ley. El domingo es el día del Señor, el primer día de la semana, y habla de vida y descanso antes del trabajo. Nos recuerda de la gracia de Dios. Cristo atravesó puertas cerradas en su cuerpo glorificado y trajo paz a los hombres temerosos. Nótese que dos veces Él habla de la paz (vv. 19, 21). La primera «paz» es con Dios, basada en su sacrificio en la cruz. Por eso es que les mostró sus manos y su costado. La segunda paz es de Dios, que viene de su presencia con nosotros (véase Flp 4). Él los comisionó a que tomaran su lugar como embajadores del Padre en el mundo (véase Jn 17.15–18).

El soplo de nuestro Señor nos recuerda de Génesis 2.7, cuando el Señor sopló vida en Adán y también de 2 Timoteo 3.16, donde «inspiración» significa «exhalada por Dios». Esta acción fue personal e individual, dándoles el poder y discernimiento espiritual que necesitarían para cumplir su comisión. La venida del Espíritu en Pentecostés fue colectiva y les dio poder para el servicio y el testimonio. El poder de «remitir» que se les da en el versículo 23 no se aplica a los cristianos hoy, excepto en el sentido de que retenemos o remitimos pecados al darles el evangelio a los pecadores. No hay ninguna referencia en el Nuevo Testamento de ningún apóstol perdonando pecados. Tanto Pedro (Hch 10.43) como Pablo (Hch 13.38), hablaron de la autoridad de Cristo. No hay duda alguna de que los discípulos tuvieron privilegios especiales, pero estos no son derechos nuestros hoy en día.

III. Tomás vio al Señor (20.26–31)

Tomás no estaba en la primera reunión. Cuántas cosas nos perdemos por ausentarnos de las reuniones locales. Nótese la declaración de Tomás: «Si no viere[...] no creeré» (v. 25). Se le apodaba «Dídimo», que significa «gemelo». ¡Él tiene muchos gemelos hoy en día!

El siguiente día del Señor, cuando los discípulos estaban reunidos, Jesús se les apareció de nuevo y se dirigió a Tomás. ¡Qué amor perdonador le mostró Jesús! Tomás vio al Señor y ¡se le olvidaron todas sus exigencias de pruebas! Su testimonio nos emociona: «¡Señor mío, y Dios mío!» Las heridas de Cristo le ganaron el corazón. Cristo afirma aquí que usted y yo hoy podemos tener la misma seguridad y bendición, porque estamos entre los que creen y sin embargo no le hemos visto.

Al repasar estas tres apariciones de Cristo puede ver los diferentes resultados. Con María la cuestión fue su amor por Cristo. Le echaba de menos y quería cuidar su cadáver. Con los discípulos, se trataba de la esperanza. Toda su esperanza había desaparecido; estaban encerrados en un cuarto, ¡abrazándose en temor! Con Tomás el asunto era la fe; no creería a menos que viera pruebas. Debido a que Jesucristo vive hoy nuestra fe es segura. «Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana» (1 Co 15.17). Tenemos una esperanza viva mediante su resurrección de entre los muertos. Primera Corintios 15.19 dice: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres».

En los versículos 30–31 Juan indica el propósito de su Evangelio: que los pecadores crean y tengan vida eterna por Cristo. Al leer este Evangelio hallará muchas personas que creyeron y recibieron vida eterna: (1) Natanael (1.50); (2) sus discípulos (2.11); (3) los samaritanos

(4.39); (4) el noble (4.50); (5) el ciego (9.38); (6) Marta (11.27); (7) los judíos que vieron a Lázaro resucitado de entre los muertos (12.11); y (8) Tomás (20.28). Todos dieron el mismo testimonio: «Creo».

JUAN 21

El capítulo final muestra a Cristo como el Maestro de nuestro servicio y el Amigo de pecadores. Si no fuera por este capítulo nos estaríamos preguntando qué ocurrió entre Pedro y el Señor y si finalmente se resolvió o no su desobediencia.

I. Una noche de derrota (21.1–3)

Pedro actuó sin pensar cuando volvió a pescar. Lo había dejado todo para seguir a Cristo (Lc 5.1–11) y ahora volvía a su antigua vida. Todo en esta escena habla de derrota: (1) había oscuridad, indicio de que no andaban en la luz; (2) no tenían palabra directa del Señor; (3) sus esfuerzos sólo resultaron en fracaso; (4) no reconocieron a Cristo cuando apareció, mostrando que su visión espiritual estaba oscurecida. Con su precipitada decisión Pedro hizo que otros seis hombres se descarriaran. ¡Qué trágica es una mala influencia! Necesitamos tener presente que Dios nos bendice solamente cuando permanecemos en Cristo y obedecemos la Palabra. «Sin mí, nada podéis hacer» (15.5). Demasiados cristianos entran en actividades bien intencionadas, pero antibíblicas, para desperdiciar tiempo, dinero y energía en nada. Cuidémonos de la impaciencia. Es mejor esperar que el Señor nos dé direcciones y permitirle que nos bendiga, antes que meternos en actividades inútiles.

II. Una mañana de decisión (21.4–17)

Cuando Cristo aparece en la escena la luz empieza a brillar. Les instruye desde la orilla ¡y ellos atraparon una gran cantidad de peces! ¡Unos pocos minutos de trabajo con Cristo en control logrará más que toda una noche de esfuerzos carnales! Es interesante comparar este milagro con el del principio de la carrera de Pedro, en Lucas 5:

Lucas 5	Juan 21
1. Siguió a una noche de fracaso	1. Siguió a una noche de fracaso
2. No se da el número exacto de peces	2. 153 pescados (v. 11)
3. Las redes empezaron a romperse	3. La red no se rompió
4. Cristo les dio instrucciones desde el barco.	4. Cristo les dio instrucciones desde la orilla

Algunos ven en estas escenas un cuadro de la iglesia de hoy (Lc 5) y de la iglesia al final de la edad, cuando Cristo regrese (Jn 21). Hoy estamos echando la red del evangelio, pero con frecuencia nuestras redes se rompen, nos parece que fracasamos y no sabemos cuántas almas en realidad se ganan. Pero cuando Cristo vuelva se sabrá exactamente el número y ninguno se perderá. En la actualidad hay muchos barcos y pescadores trabajando, pero cuando Cristo regrese, veremos a una sola iglesia y todos los redimidos en la única red del evangelio.

En realidad, hay varios milagros en este capítulo aparte de la pesca. Pedro recibió una fuerza milagrosa al levantar una red que siete hombres juntos no podían con ella (vv. 6, 11).

El hecho de que la red no se rompiera es asombroso. Sin duda, que fue un milagro que se suplieran las brazas y el desayuno. La escena entera estaba creada para despertar la conciencia de Pedro y abrir sus ojos. La pesca le recordó de su decisión pasada de dejarlo todo y seguir a Cristo. Las brazas le llevarían de nuevo a su negación (Jn 18.18). El lugar, el mar de Galilea, le recordaría las múltiples experiencias pasadas con Cristo: la alimentación de los cinco mil, andar sobre las aguas, atrapar el pez con la moneda, la tempestad que calmó, etc.

Debido a que Pedro negó a Cristo tres veces públicamente, tenía también que enderezar las cosas públicamente. Nótese que Cristo alimentó a Pedro antes de analizar sus pecados. ¡Cómo le gusta al Señor bendecirnos primero, y entonces tratar con nosotros! La cuestión fue el amor de Pedro hacia Cristo. Si una persona realmente ama al Señor, su vida será dedicada y devota. Nótese que Cristo le da a Pedro una nueva comisión: ahora es un pastor, además de un pescador de hombre. (Véase 1 P 5.) Ahora es el pastor de los corderos y ovejas, y las alimenta con la Palabra de Dios. Se espera que todos los cristianos sean pescadores de hombres (ganadores de almas), pero algunos han sido llamados al ministerio especial de pastorear el rebaño. ¿De qué sirve ganar a los perdidos si no hay iglesia donde reciban alimentación y cuidado?

III. Un día de dedicación (21.18–25)

Hay una gran diferencia entre la condición de hijos (ser salvos) y el discipulado (seguir al Señor). No todos los cristianos son discípulos. Cuando Pedro pecó, no perdió su condición de hijo, pero se alejó de su discipulado. Por esta razón Cristo repitió su llamamiento: «Sígueme». Cristo también enfrenta a Pedro con la cruz (v. 18), indicando que el mismo Pedro un día sería crucificado (véase 2 P 1.12–14). Antes de que podamos seguir a Cristo debemos tomar nuestra cruz. Cuando usted recuerda que Pedro anteriormente trató de impedirle a Cristo que fuera a la cruz, este mandamiento cobra un nuevo significado (Mt 16.21–28).

Pedro ahora comete un error trágico: retira de nuevo sus ojos del Señor y empieza a mirar a otros, en este caso, a Juan. Si vamos a seguir a Cristo, debemos mantener nuestros ojos fijos nada más que en Él (Heb 12.1–2). «No es asunto nuestro» cómo Jesús lidia con sus otros obreros; nuestra responsabilidad es seguir a Cristo y obedecerle. (Véanse en Ro 14 las instrucciones de cómo debemos relacionarnos con otros cristianos.)

Juan cierra su Evangelio asegurándonos que el mundo entero no podría contener todos los libros que se podrían escribir sobre la vida de Cristo. Los cuatro Evangelios no son «Vidas de Cristo», sino más bien cuatro retratos diferentes de Jesús, cada uno con un énfasis diferente. Sería imposible, dice Juan, escribir toda su vida.

Si Pedro no se hubiera encontrado con Cristo en el capítulo 21 de Juan, confesado su pecado y afirmado su amor, no hubiéramos leído nuevamente de Pedro en Hechos 1. Dios pudo usar a Pedro más tarde debido a que él arregló sus cuentas con el Señor. Cristo bendice y usa a los que le obedecen y le siguen.

Hechos

Bosquejo sugerido de Hechos

I. El ministerio de Pedro: Misión a Israel (1–12)
   A. Pedro y los judíos (1–7)
      1. Preparación para el Pentecostés (1)
      2. El primer mensaje de Pedro (2)
      3. El segundo mensaje de Pedro (3)
      4. La primera persecución (4)
      5. La segunda persecución (5)
      6. El rechazo final de Israel: Matan a Esteban (6–7)
   B. Pedro y los samaritanos (8)
   C. La conversión de Saulo (9)
   D. Pedro y los gentiles (10–11)
   E. Arresto y liberación de Pedro (12)

II. El ministerio de Pablo: Misión a judíos y gentiles (13–28)
   A. Primer viaje misionero de Pablo (13–14)
   B. Pablo defiende el evangelio (15)
   C. Segundo viaje misionero de Pablo (16.1–18.22)
   D. Tercer viaje misionero de Pablo (18.23–21.17)
   E. Arresto de Pablo y viaje a Roma (21.18–28.31)

Hechos abarca un tiempo de transición cuando Israel se retira de la escena y la Iglesia sale a primera fila. El programa profético de Dios bosquejado en el AT da lugar a un nuevo programa, el misterio de la Iglesia. Fue principalmente a través de Pablo que Dios reveló su nuevo programa (véase Ef 3).

Notas preliminares a Hechos

I. Escritor

Lucas, el médico amado, es el autor de Hechos. El «primer tratado» (Hch 1.1) es el Evangelio de Lucas (véase Lc 1.1–4). Lucas era un médico (Col 4.14) que se unió al grupo de Pablo en Troas (Hch 16.8–10; nótese el cambio del «descendieron [ellos]» al «procuramos [nosotros]») y viajó con el misionero a Filipos. Es evidente que se quedó en Filipos y no se unió a Pablo sino cuando este regresó de su tercer viaje (20.6). Por lo general se cree que Lucas fue un gentil.

II. Tema

Es de vital importancia que comprendamos el mensaje básico del libro de Hechos, y para hacerlo debemos examinarlo en sentido general para captar su mensaje. Es este libro vemos el mensaje del reino y la puesta a un lado de la situación de Israel; también presenciamos la expansión de la Iglesia y el mensaje de la gracia de Dios. En los capítulos 1–7 definitivamente estamos en terreno judío. Si tenemos presente que Hechos es en realidad una continuación de Lucas y reflexionamos en Lucas 24.46ss, veremos por qué los discípulos empezaron en Jerusalén: Cristo les ordenó que se quedaran allí hasta que viniera el Espíritu. Su ministerio debía empezar en Jerusalén: «al judío primeramente» (Ro 1.16). Incluso, cuando llegamos a Hechos 8.1, hallamos a los apóstoles que con valor permanecen en Jerusalén, mientras que los demás huyen. No desobedecían al Señor, sino seguían sus órdenes. Las siguientes son unas pocas de las muchas evidencias en Hechos 1–7 de que el ministerio de los apóstoles en este tiempo fue a los judíos y todavía era el mensaje del reino:

(1) Los discípulos esperaban el establecimiento del reino (1.6) y Cristo no los reprendió por su petición. Él les prometió que se sentarían en doce tronos (Mt 19.28).

(2) Era necesario que eligieran al doceavo apóstol (1.22) para que tomara el lugar de Judas, de manera que la promesa de Cristo pudiera cumplirse. No se suponía que Pablo fuera ese nuevo apóstol, por cuanto su ministerio fue principalmente a los gentiles. Su ministerio tenía que ver con un cuerpo: la Iglesia.

(3) Pedro predicó a los hombres de Judá, Jerusalén e Israel en su mensaje en Pentecostés (2.14, 22). No habló a los gentiles. Ante todo, fue un mensaje judío, para una congregación judía, en una festividad religiosa judía.

(4) La profecía de Joel (Hch 2.16ss) se relaciona en primer lugar a Israel, no a la Iglesia.

(5) Pedro describió la cruz como instrumento de crimen, no como el remedio de la gracia de Dios para el pecado (2.22–23). Compare esto con el mensaje de Pablo en 2 Corintios 5.

(6) El tema de Pedro en Pentecostés es la resurrección. Cristo prometió darle a Israel una señal, la del profeta Jonás, que es la muerte, sepultura y resurrección (Mt 12.38ss). De esta señal predicó Pedro. Dios estaba ahora dándole a Israel otra oportunidad para que aceptaran al Mesías y fueran salvos.

(7) Los apóstoles y los primeros convertidos adoraban en el templo (2.46ss; 3.1ss) y mantuvieron contacto con el ministerio del templo hasta que los expulsaron.

(8) Pedro dijo que los días de la bendición que estaban experimentando en Hechos habían sido profetizados por los profetas del AT (3.21, 24). Pero la Iglesia era un misterio que Dios tenía escondido y no lo dio a conocer a plenitud sino hasta el ministerio de Pablo (léase con cuidado Ef 3). Los profetas hablaban del reino judío, no de la Iglesia. Confundir estas dos cosas crea problemas.

(9) Jerusalén era el centro de la bendición; todo el mundo llegaba allá (5.16). Era definitivamente terreno del reino; véase Isaías 66.5ss.

(10) Pedro sin rodeos le dijo al concilio que el mensaje era de arrepentimiento para Israel (5.31).

(11) En el capítulo 7, Esteban repasó la historia de Israel y mostró cómo la nación había rechazado la verdad a través de los años. No hace falta mucho esfuerzo para ver que en los primeros siete capítulos de Hechos el interés está en la nación judía y que el mensaje tiene que ver en primer lugar al reino, no a la Iglesia. Es importante que comprendamos el porqué.

Hay tres asesinatos en la historia de Israel que marcan su rechazo a la voluntad de Dios. Juan el Bautista vino predicando el reino (Mt 3.1ss) y los judíos permitieron su asesinato. De esta manera rechazaron al Padre que le envió. Luego vino Jesús, predicando el mismo mensaje (Mt 4.12–17), y le crucificaron. De este modo, rechazaron a Dios el Hijo. En la cruz Jesús oró por los judíos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Esta oración hizo posible una tercera oferta del reino mediante los apóstoles, registrada en los primeros siete capítulos de Hechos. ¿Cuál fue el resultado? ¡Los líderes religiosos asesinaron a Esteban! Este fue el pecado de resistir al Espíritu Santo (Hch 7.51), el «pecado imperdonable» de que Cristo habló en Mateo 12.31, 32. La muerte de Esteban marca el cierre de la oferta de Dios del reino a los judíos.

En los capítulos 8–12 tenemos una transición. En el capítulo 8 el evangelio va de los judíos a los samaritanos. En el capítulo 9 Pablo se convierte de una manera inusual y milagrosa, y Dios prepara al apóstol para su ministerio a la Iglesia. En el capítulo 10 el evangelio va a los gentiles y Pedro defiende esta nueva partida en el capítulo 11. En el capítulo 12 vemos a Pedro por última vez como líder entre los creyentes. En el capítulo 13 es Pablo el que asume el liderazgo, aquí y por todo el resto del libro.

III. La Iglesia en Hechos

Si los primeros siete capítulos describen un mensaje que se ofrecía a los judíos, entonces, ¿dónde encaja la Iglesia, el cuerpo de Cristo? La respuesta: la Iglesia empezó en Pentecostés, pero Dios no la reveló a plenitud sino hasta más tarde, principalmente a través de los escritos de Pablo. Cristo prometió edificar su Iglesia (Mt 16.18); pero casi en el mismo instante le dio a Pedro «las llaves del reino de los cielos» (Mt 16.19). Pedro usó estas «llaves» para abrir la puerta de la fe a los judíos en Pentecostés (Hch 2), a los samaritanos (cap. 8) y a los gentiles (cap. 10). En otras palabras, hay una transición en estos primeros siete capítulos de Hechos, con Israel y el reino saliendo de la escena, y entrando la Iglesia y el evangelio de la gracia de Dios.

Cristo les prometió a los apóstoles un bautismo del Espíritu (Hch 1.5) y esto sucedió en Pentecostés (Hch 2; véase 1 Co 12.13) y en la casa de Cornelio (Hch 10.45; véase 11.15–17). Estos dos sucesos incluyeron tanto a judíos como a gentiles, y así se formó el cuerpo de Cristo. Los apóstoles no sabían si Israel recibiría o no su oferta del reino (1.6, 7), pero Cristo sí lo sabía. De esta manera la Iglesia estaba a punto de hacerse cargo del propósito de Dios debido al fracaso de Israel.

Es fácil ver que a medida que la acción de la Iglesia empieza a llenar las páginas de Hechos, Israel se vuelve menos y menos significativa en el programa de Dios sobre la tierra. En el capítulo final (28.17ss) Pablo pronunció el juicio de Dios sobre la nación. Como explica Romanos 9–11 Dios dejó a un lado a Israel hasta que «la plenitud de los gentiles» (Ro 11.25) pudiera ser una realidad mediante el ministerio de la Iglesia. Debe reconocerse este énfasis del reino que se halla en los primeros siete capítulos de Hechos; de otra manera uno pudiera aplicar ciertas prácticas que en realidad no se ajustan a la iglesia de hoy. Por ejemplo, algunos cristianos bien intencionados quieren «regresar a Pentecostés» en busca de su ideal espiritual; pero a la luz del análisis que acabamos de hacer, Pentecostés (un festival judío) incluyó señales para los judíos que no necesariamente tienen relevancia para la iglesia de hoy. El «comunismo cristiano» de Hechos 4.31ss no es para nosotros hoy. Fue una evidencia temporal de la obra de gracia del Espíritu, un cuadro de la bendición del reino que vendrá. Por supuesto, los principios espirituales dados en estos capítulos se aplican a los creyentes de todas las edades; pero debemos tener cuidado de no mezclar la verdad del reino del AT con la verdad de la Iglesia, y así confundir el mensaje y el ministerio.

IV. El Espíritu Santo en Hechos

A este libro se le pudiera bien llamar «Los Hechos del Espíritu Santo». Es importante notar el progreso en la experiencia de los creyentes según el libro avanza de terreno judío al terreno de la Iglesia.

Hechos 2.38: Pedro les dice a los judíos que se arrepientan, que crean y sean bautizados para recibir al Espíritu.

Hechos 8.14–15: Pedro ora por los samaritanos para que reciban el Espíritu, les impone las manos y reciben el don del Espíritu.

Hechos 10.44: ¡El Espíritu Santo viene sobre los gentiles cuando creen, y Pedro sólo puede asombrarse! Hechos 10.44 es el patrón de Dios para hoy: oír la Palabra, creer, recibir el Espíritu y después bautizarse como evidencia de la fe.

V. El bautismo en Hechos

Cuando Pedro estaba ofreciendo el reino a los judíos, el bautismo era esencial para que recibieran el Espíritu Santo (Hch 2.38). El bautismo en el nombre del Mesías rechazado los identificaría con Él y los separaría de los demás judíos, a quienes Pedro llama «esta perversa generación» (2.40). Pero el bautismo de los samaritanos no les concedió el Espíritu (8.12–17). Tuvieron que llamar a Pedro y a Juan, dos judíos, quienes oraron por los nuevos creyentes y les impusieron las manos; y entonces recibieron el Espíritu. Así fue el segundo uso que Pedro hizo de «las llaves del reino». Pero el modelo del bautismo para esta edad se halla en Hechos 10.44–48: estos creyentes fueron bautizados después que recibieron el don del Espíritu.

HECHOS 1

I. Un nuevo libro (1.1–2)

El «primer tratado» a que se refiere es el Evangelio de Lucas (véase Lc 1.1–4), donde Lucas relató la historia de lo que Jesús empezó a hacer y a enseñar mientras estaba en la tierra. Hechos retoma la narración, relatando lo que Él continuó haciendo y enseñando a través de la Iglesia en la tierra. El Evangelio de Lucas relata el ministerio de Cristo en la tierra en un cuerpo físico, en tanto que Hechos relata su ministerio desde el cielo a través de su cuerpo espiritual, la Iglesia. Por ejemplo, en 1.24 los creyentes le piden al Cristo ascendido que les muestre a qué hombre deben elegir como apóstol. En 2.47 es el Señor el que añade creyentes a la asamblea. En 13.1–3 es Cristo, mediante su Espíritu, quien envía a los primeros misioneros; y en 14.27 Pablo y Bernabé relatan lo que Dios hizo a través de ellos.

Todo cristiano necesita salir del Evangelio de Lucas y entrar en Hechos. Saber acerca del nacimiento, vida, muerte y resurrección de Cristo es suficiente para la salvación, pero no para el servicio lleno del poder del Espíritu. Debemos identificarnos con Él como nuestro Señor ascendido y permitirle que obre a través de nosotros en el mundo. La Iglesia no es simplemente una organización involucrada en el

trabajo religioso; es un organismo divino, el cuerpo de Cristo sobre la tierra, a través del cual su vida y poder deben operar. Él murió por el mundo perdido; nosotros debemos dar nuestra vida para traer a ese mundo a Cristo.

II. Una nueva experiencia (1.3–8)

Cristo ministró a los apóstoles durante los cuarenta días que estuvo en esta tierra después de su resurrección. Se debe leer Lucas 24.36ss en conexión con estos versículos. En ambos lugares Cristo instruyó a los apóstoles a que se quedaran en Jerusalén y esperaran la venida del Espíritu. Debían empezar su ministerio en Jerusalén.

Juan el Bautista anunció este bautismo del Espíritu (Mt 3.11; Mc 1.8; Lc 3.16; Jn 1.33). Nótese que Cristo no dijo nada respecto a un bautismo con fuego, porque ese bautismo se refiere al juicio. La venida del Espíritu uniría a todos los creyentes en un cuerpo, que se conocería como la Iglesia (véase 1 Co 12.13). El Espíritu también les daría a los creyentes poder para ser testigos a los perdidos. Finalmente, el Espíritu capacitaría a los creyentes para hablar en lenguas y hacer otras obras milagrosas para despertar a los judíos. (Véase 1 Co 1.22: los judíos exigen señal.) Hay en realidad dos referencias de este bautismo del Espíritu en Hechos: en el capítulo 2, cuando Él bautizó a judíos; y en el capítulo 10 (véase Hch 11.16) cuando vino sobre creyentes gentiles. De acuerdo a Efesios 2.11ss, el cuerpo de Cristo está compuesto por judíos y gentiles, todos bautizados en este cuerpo espiritual. Es incorrecto orar por un bautismo del Espíritu; podemos pedirle a Dios que nos llene (Ef 5.18), o que nos dé poder para un servicio especial (Hch 10.38), pero no debemos orar por su bautismo.

¿Era correcto que los apóstoles le preguntaran a Cristo acerca del reino? (vv. 6–8). Sí. En Mateo 22.1–10 Cristo prometió darle a la nación de Israel otra oportunidad para recibirle a Él y su reino. En Mateo 19.28 Cristo prometió que los apóstoles se sentarían en doce tronos (véase Lc 22.28–30). En Mateo 12.31–45 Cristo afirmó que Israel tendría otra oportunidad para ser salva, incluso después de haber pecado contra el Hijo, y prometió darles una señal para alentarles. Fue la señal de Jonás: la muerte, sepultura y resurrección. Los apóstoles sabían que su ministerio empezaría con Israel (véanse las notas introductorias); ahora querían saber lo que Israel haría. ¿Aceptaría el mensaje o lo rechazaría? Cristo no les dijo si lo haría o no. Si les hubiera dicho a los apóstoles que Israel despreciaría las buenas nuevas, no hubieran podido dar al pueblo una oferta sincera; su ministerio hubiera sido falso. Lo que les dijo fue que debían ser testigos, empezando en Jerusalén y con el andar del tiempo llegar a todo el mundo.

III. Una nueva seguridad (1.9–11)

No confunda las promesas del v. 11 con las del Rapto de la Iglesia dadas mediante Pablo en 1 Tesalonicenses 4. Los ángeles aquí están prometiendo que Cristo volverá al Monte de los Olivos, visiblemente y en gloria. Lucas 21.27 y Zacarías 14.4 dan la misma promesa. Si Israel hubiera aceptado el mensaje de los apóstoles, Cristo hubiera regresado al Monte de los Olivos (véase Hch 3.19–21) y establecido su reino. Los misioneros judíos hubieran esparcido su evangelio hasta los fines de la tierra, e Israel hubiera sido el centro de la bendición para toda la humanidad, según se promete en Isaías 35.1–6 y 65.19–23.

IV. Un nuevo apóstol (1.12–25)

¿Estuvo bien que los apóstoles seleccionaran este nuevo hombre? ¡Por supuesto! Debían tener doce hombres para sentarse en los doce tronos prometidos (Mt 19.28; Lc 22.28–30) si Israel se arrepentía y recibía el reino. Su decisión se basó en la Palabra de Dios (Sal 109.8; 69.25) y en la continua oración (Hch 1.14, 24). El seleccionado, Matías, fue ratificado por Dios puesto que junto a los otros recibió la plenitud del Espíritu el día de Pentecostés.

Nótese que Pedro se hizo cargo de la reunión. Este es quizás otro uso de sus poderes de «atar y desatar» que Cristo le dio en Mateo 16.19. El cielo les dirigió y ratificó su decisión después que la tomaron.

Pablo no podía ser el doceavo apóstol. Por un lado, no llenaba los requisitos que aparecen en los versículos 21–22; y además, su ministerio especial tenía que ver con la Iglesia, no con el reino.

Ahora todo estaba listo para la venida del Espíritu. Sólo era cuestión de tiempo y mientras los creyentes esperaban el día de Pentecostés, pasaban sus horas en oración y comunión en el aposento alto.

HECHOS 2

El día de Pentecostés tenía lugar cincuenta días después de la Fiesta de las Primicias. (La palabra «pentecostés» significa «cincuentavo».) Esta fiesta se describe en Levítico 23.15–21. Así como la Pascua es un cuadro de la muerte de Cristo (1 Co 5.7) y las Primicias uno de su resurrección (1 Co 15.20–23), Pentecostés es un cuadro de la venida del Espíritu Santo (1 Co 12.13). Las hogazas de panes con levadura se presentaban ese día, un cuadro de la Iglesia compuesta de judíos y gentiles. (En 1 Co 10.17 la Iglesia se describe como un pan.) La levadura en el pan habla del pecado que todavía hay en la Iglesia. Hay dos referencias al bautismo del Espíritu en Hechos: sobre los judíos en Hechos 2, y sobre los gentiles en Hechos 10. Los dos panes presentados en Pentecostés eran sombra anticipada de estos acontecimientos.

I. Los milagros (2.1–13)

Los creyentes estaban esperando y orando conforme Cristo les había ordenado (Lc 24.49), y en el tiempo apropiado el Espíritu descendió. Cuando lo hizo, los bautizó en un cuerpo espiritual en Cristo (véanse Hch 1.4–5; 1 Co 12.13), y les llenó con poder para testificar (Hch 2.4). El sonido de un viento recio nos recuerda a Juan 3.8 y de la profecía de Ezequiel sobre los huesos secos (Ez 37). Las lenguas de fuego simbolizaban el poder divino que hablaría por Dios. No confunda estas lenguas de fuego con el bautismo de fuego al que hace alusión Mateo 3.11. El bautismo de fuego que se menciona allí se refiere al tiempo de la tribulación de Israel. Puesto que todo creyente es bautizado por el Espíritu (1 Co 12.13), no es correcto orar por un bautismo del Espíritu Santo y fuego.

Los creyentes hablaron en lenguas. No predicaron en lenguas, sino que más bien alabaron a Dios en idiomas que no sabían naturalmente (véase Hch 2.11). Es evidente que estaban en el aposento alto cuando descendió el Espíritu (2.2), pero deben haber salido a los atrios del templo donde se reunió una gran multitud. El propósito del don de lenguas fue impresionar a los judíos con el milagro que se estaba realizando. En 10.46 los gentiles hablaron en lenguas como prueba a los apóstoles de que habían recibido el Espíritu; y en 19.6 los efesios seguidores de Juan el Bautista hablaron en lenguas por la misma razón.

II. El mensaje (2.14–41)

A. Introducción (vv. 14–21).

Pedro respondió primero a la acusación de que los hombres estaban borrachos. Ningún judío comería o bebería nada antes de las nueve de la mañana en el sabat o en un día de fiesta, y era entonces la hora tercera del día, o sea las nueve de la mañana. Nótese que en todo este sermón Pedro se dirige sólo a los judíos (vv. 14, 22, 29, 36). Pentecostés era una fiesta judía y no había gentiles participando. En este sermón Pedro se dirigió a la nación judía y le demostró que su Mesías se había levantado de los muertos. En los versículos 16–21 Pedro hizo referencia a Joel 2.28–32 (lea ese pasaje con todo cuidado). No dijo que esto era un cumplimiento de la profecía, porque las palabras de Joel no se van a cumplir sino hasta el fin de la tribulación, cuando Cristo vuelva a la tierra. Pedro sí dijo que este era el mismo Espíritu del que se habla en Joel. Los versículos 17 y 18 se cumplieron en Pentecostés, no así los versículos 19–21, y no se cumplirán sino hasta el fin de los tiempos. Entre los versículos 18 y 19 se desarrolla la era de la Iglesia.

B. La explicación (vv. 22–36).

Pedro ahora demuestra a los judíos que Jesucristo estaba vivo. Usó cinco argumentos muy convincentes:

(1) La persona y vida de Cristo exigían que Él se levantara de los muertos (vv. 22–24). Véase Juan 10.17–18. ¡El que resucitó a otros no podía quedarse muerto!

(2) El Salmo 16.8–11 predecía la resurrección (vv. 25–31).

(3) Los apóstoles mismos eran testigos y habían visto al Cristo resucitado (v. 32).

(4) La venida del Espíritu es prueba de que Jesús vive (v. 33).

(5) El Salmo 110.1 prometía su resurrección (vv. 33–35). Tenga presente que Pedro no está predicando el evangelio de la cruz como nosotros lo hacemos hoy en día. Estaba acusando a Israel de un gran crimen (v. 23), y le advertía que había rechazado y crucificado a su Mesías (v. 36). Pedro estaba dándole a Israel una oportunidad más de recibir a Cristo. Habían matado a Juan el Bautista y a Jesús, pero ahora Dios les daba otra oportunidad. La resurrección de Cristo fue la «señal de Jonás» prometida, que demostraba que Él era el Mesías (Mt 12.38–40).

C. La aplicación (vv. 37–40).

Los hombres quedaron culpables y le pidieron consejo a Pedro. Este les dijo que se arrepintieran, que creyeran y que se bautizaran; así se identificarían con Jesús como el Cristo. Este es el mismo mensaje que predicaron Juan el Bautista (Mc 1.4) y Jesús (Mt 4.17). Hacer que el bautismo sea esencial para la salvación y para recibir el Espíritu es negar la experiencia de los gentiles en Hechos 10.44–48, que es el modelo de Dios para hoy. (Véanse las notas introductorias a Hechos.) Los judíos en Hechos 2 recibieron el Espíritu cuando se arrepintieron y bautizaron; los samaritanos en Hechos 8 recibieron el Espíritu mediante la imposición de manos de los apóstoles; pero los creyentes de hoy reciben el Espíritu cuando creen, como sucedió con los gentiles en Hechos 10. No hay salvación en las aguas del bautismo, porque la salvación es por la fe en Jesús.

Pedro afirmó que la promesa del Espíritu no era sólo para los judíos presentes en Jerusalén, sino también para los esparcidos por todo el mundo (v. 39; véase Dn 9.7). Este versículo no puede referirse a los gentiles, porque estos no recibieron ninguna promesa (Ef 2.11, 12).

III. La multitud (2.42–47)

Nótese que los creyentes permanecieron en el templo y dieron su testimonio y adoración. El Espíritu les dio unidad de corazón y de mente, y añadía creyentes cada día a la Iglesia. Estos versículos son una hermosa descripción de lo que será la vida durante la edad del reino. Aun cuando la Iglesia (como nosotros la conocemos) existía entonces sólo en la mente de Dios, su plena revelación no fue efectiva sino hasta más tarde por Pablo. Hechos 2 es un mensaje para el pueblo judío, de modo que no lea en estos versículos verdades que sólo se revelaron posteriormente. La iglesia de hoy no se reúne en el templo judío, ni se le pide que practique el comunismo. La oferta del reino estaba aún abierta y continuaría estándolo hasta los sucesos de Hechos 7, cuando los líderes de la nación resistieron al Espíritu una vez más y mataron a Esteban.

HECHOS 3

I. Poder (3.1–11)

El hecho de que Pedro y Juan todavía asistían al templo y observaban las costumbres judías es evidencia de que estos primeros siete capítulos de Hechos tienen un énfasis judío. Ningún cristiano hoy que comprende Gálatas y Hebreos participaría de las prácticas del AT.

El cojo es una vívida ilustración del pecador perdido pues: (1) nació cojo, y todos nacemos pecadores; (2) no podía andar, y ningún pecador puede andar de manera que agrade a Dios; (3) estaba fuera del templo, y los pecadores están fuera del templo de Dios, la Iglesia; (4) mendigaba, porque los pecadores son mendigos buscando satisfacción.

Pedro realizó este milagro, no sólo para aliviar la invalidez del hombre y salvar su alma, sino también para probar a los judíos que el Espíritu Santo había venido con las bendiciones prometidas. Isaías 35.6 promete a los judíos que Israel disfrutaría de tales milagros cuando recibieran a su Mesías. La conducta del hombre después del milagro muestra cómo debe actuar cada cristiano: entró en el templo en comunión con los siervos de Dios y alabó a Dios. Su andar era nuevo y diferente, y no huyó de la persecución. Era tal su testimonio que los oficiales no tenían explicación para lo que había ocurrido.

II. Predicación (3.12–26)

Pedro usó esta curación como una oportunidad para presentar a Cristo y ofrecer perdón a la nación. Nótese que se dirige a los «varones israelitas», como lo hizo en 2.14 y 22. Les predicó a Cristo y les acusó de negar a su Mesías. Justo unas pocas semanas antes Pedro mismo había negado a Cristo tres veces. Sin embargo, debido a que confesó su pecado y arregló las cuentas con el Señor (Jn 21), pudo olvidar su fracaso. (Léase Ro 8.32–34.)

El versículo 17 es de mucha importancia, porque Pedro allí afirmó que la ignorancia de Israel le hizo cometer este crimen terrible. La ignorancia no es excusa, pero sí afecta la pena que se impone. Por eso es que Jesús oró: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Dios estaba ahora dando a Israel una oportunidad más para recibir a su Mesías. Pedro prometió, en los versículo 19–20, que si la nación se arrepentía y recibía al Señor, Él borraría sus pecados (Is 43.25; 44.22–23), enviaría a Cristo y daría «tiempos de refrigerio». Estos «tiempos» se describen en Jeremías 23.5; Miqueas 4.3; Isaías 11.2–9; 35.1–6; y 65.19–23. Pedro no describe aquí la salvación indivi-

dual tanto como la bendición que vendría a la nación si se arrepentían y creían. Por supuesto, la salvación nacional dependía de la fe personal.

El cielo recibiría y retendría a Cristo hasta que Israel se arrepintiera, y entonces vendrían los «tiempos de la restauración». Esto se refiere al reino que Cristo establecerá cuando Israel se vuelva a Él y crea. En el versículo 21 Pedro afirma que de este hecho hablaron los profetas, lo cual prueba que no se refería a la Iglesia. El «misterio» de la Iglesia no se les reveló a los profetas del AT. Los profetas hablaron del futuro reino de Israel, y ese reino se hubiera establecido si los gobernantes y el pueblo hubieran creído el mensaje de Pedro y se hubieran arrepentido.

¿Qué en cuanto a los gentiles? Pedro lo respondió en el versículo 25. Los judíos eran hijos de Abraham y del pacto de Dios, y Él guardaría su promesa a Abraham y bendeciría a los gentiles mediante Israel. «En tu simiente [la de Abraham] serán benditas todas las familias [los gentiles] de la tierra» (véanse Gn 12.3; 22.18). El programa de Dios en el AT era bendecir a los gentiles mediante el Israel restaurado, y Pedro y los demás apóstoles judíos lo sabían. Se dieron cuenta de que Dios prometió bendecir a los gentiles cuando Israel fuera establecido en su reino. Es por eso que los apóstoles no pudieron comprender por qué Pablo se marchó a los gentiles después que Israel fue desechado. No se dieron cuenta entonces del «programa de misterio» que Dios reveló a través de Pablo, de que mediante la caída de Israel los gentiles serían salvos (véase Ro 11.11, 12). Este programa fue un «misterio» oculto en los días del AT, pero revelado a través de Pablo (léase Ef 3). Cuando la nación mató a Esteban y cometió el «pecado imperdonable» contra el Espíritu Santo, el programa profético de Dios para los judíos se detuvo. A partir de ese día Israel fue puesto a un lado y la Iglesia pasó al escenario central.

¿Cómo respondió la nación a la invitación? Mucha de la gente común creyó y se salvó, pero los gobernantes hicieron arrestar a los apóstoles. Los saduceos, por supuesto, no creían en la resurrección, y rechazaron el mensaje de Pedro de que Cristo había resucitado de entre los muertos. Los fariseos detestaban a Jesús porque los había condenado (Mt 23). Comenzó la persecución que Cristo prometió a los apóstoles en Juan 15.18–16.4, como lo veremos en el próximo capítulo.

HECHOS 4

I. El arresto (4.1–4)

Este es el principio de la persecución de la Iglesia. Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos y se opusieron a la predicación de Pedro. Los sacerdotes, por supuesto, no querían que los acusaran de la crucifixión de Cristo. Los líderes de Israel ni siquiera se dieron cuenta de que el mensaje de Pedro ¡era lo único que podía salvar a la nación! Si hubieran admitido su pecado y recibido a Cristo, Él hubiera derramado las promesas que los profetas habían proclamado siglos antes.

II. El juicio (4.5–22)

La corte que se reunió aquí, compuesta ante todo por familiares del sumo sacerdote, se había corrompido con el correr de los años. Esta fue una reunión oficial del sanedrín, el supremo concilio judío. Algunos de estos mismos hombres habían ayudado en el «juicio» de Cristo no muchas semanas antes. Es más, su pregunta en el versículo 7 nos recuerda del juicio de Jesús (léase de nuevo Mt 26.57ss). Jesús había prometido a los discípulos que el mundo los trataría de la misma manera que le había tratado a Él (Jn 15.17ss). Nótese también que en Mateo 21.23–44 estos mismos líderes habían cuestionado a Cristo respecto a su autoridad.

El Espíritu Santo dirigió la respuesta de Pedro, en cumplimiento a la promesa que se halla en Lucas 21.12–15 y Mateo 10.20. Los creyentes de hoy nunca deben reclamar esta promesa como una excusa para descuidar el estudio y la preparación para la enseñanza o predicación. Si hemos sido fieles en otras ocasiones, el Espíritu Santo nos ayuda en esas horas de emergencia cuando la preparación es imposible. Pedro intrépidamente afirmó que Jesucristo, el crucificado y ahora vivo Señor, realizó el milagro por medio de sus apóstoles. ¡Cómo deben haber temblado esos judíos al verse cara a cara con su crimen! Sin embargo, de nada sirvió, porque sus corazones estaban encallecidos.

El versículo 11 identifica a Cristo como la Piedra y a los líderes judíos como los edificadores. Esto es una cita del Salmo 118.22, 23. Cristo mismo usó este pasaje al debatir con esos líderes (Mt 21.43). Los judíos rechazaron a Cristo como la Piedra escogida sobre la cual se establecería el reino; esa Piedra desechada llegó a ser la Piedra angular de la Iglesia (Ef 2.20). Nótese que Pedro afirmó sin rodeos que Israel había rechazado a Cristo. Sin embargo, en el versículo 12 les invitó a creer en Él y ser salvos. En tanto que es cierto que este versículo se aplica a todos los pecadores en cualquier época, tenía un significado especial para la nación en los días de Pedro. Si los líderes se hubieran arrepentido y recibido a Cristo, Él hubiera salvado a la nación de la terrible tragedia que vino pocos años después, cuando Roma destruyó el templo y la ciudad.

En los versículos 13–17 el «jurado» se retiró a deliberar el caso. Quedaron impresionados por la intrepidez de los apóstoles. Esto era significativo, puesto que Pedro había negado al Señor con miedo apenas unas semanas antes. La frase «sin letras y del vulgo» significa que los apóstoles no habían recibido instrucción en las escuelas oficiales de los rabíes. Sin embargo, sabían mucho más acerca de las Escrituras que los mismos líderes religiosos. Los líderes también se dieron cuenta de que estos hombres «habían estado con Jesús» (v. 13) en el jardín y durante su última semana en Jerusalén antes de su muerte. Pero enfrentaban un problema aún más grande: ¿cómo podían explicar la curación del mendigo? No podían negar el milagro, de modo que decidieron silenciar a los mensajeros.

Los apóstoles no aceptaron este veredicto, porque su lealtad a Cristo significaba más que cualquier protección del gobierno. Los jueces finalmente tuvieron que dejarlos ir. La audacia de los discípulos, el poder de la Palabra y el testimonio del mendigo sanado fueron un «caso» demasiado bueno y los jueces no encontraron ninguna respuesta.

III. La victoria (4.23–37)

Los verdaderos cristianos siempre regresan «a los suyos». (Léase 1 Jn 2.19.) La Iglesia no se lamentó debido a que la persecución había empezado; antes bien, ¡los creyentes se regocijaron y oraron! Nótese que en los versículos 25 y 26 hacen referencia al Salmo 2, que es un salmo mesiánico, hablando acerca del día cuando Cristo volverá para regir con poder. Los cristianos de hoy deben imitar a los primeros cristianos en cuanto a la oración, porque ligaron su oración a la Palabra de Dios (Jn 15.7).

Oraron por intrepidez y Dios les contestó llenándoles con el Espíritu. Este no fue un «segundo Pentecostés», porque el Espíritu vino para llenar con poder y no para bautizar a los creyentes. El Espíritu Santo también les dio una maravillosa unidad, al punto de que vendían sus bienes y los compartían con los que tenían necesidad. Este «comunismo cristiano» fue otra prueba de la presencia del Espíritu, un ejemplo de lo que ocurrirá en la edad del reino cuando todas las naciones tengan el Espíritu y un amor desinteresado las unas por las otras. Este

«comunismo» no tiene ninguna relación con el comunismo marxista. Por favor, nótese que este compartir de bienes fue algo temporal y no se le exige a la Iglesia de Cristo hoy. Aun cuando los cristianos de hoy deben tener el mismo espíritu de amor, no se espera que vendan sus bienes y formen una comunidad separada. En 11.27–30 los cristianos en Antioquía tuvieron que auxiliar a los creyentes de Jerusalén. (Véanse también Ro 15.26; 1 Co 16.1–3; 2 Co 8.1–4; 9.2.) Cuando Israel rechazó el mensaje esta obra de gracia del Espíritu gradualmente desapareció. El modelo de ofrendar de la iglesia del NT se halla en 2 Corintios 8–9, 1 Timoteo 5.8 y 2 Tesalonicenses 3.7–13.

«Denuedo» parece ser clave en todo este capítulo. Véase cómo los primeros creyentes recibieron este valor: fueron llenos con el Espíritu (vv. 8, 31), oraron (v. 29) y confiaron en la Palabra de Dios (vv. 25–28). Usted y yo podemos tener ese denuedo para andar y testificar si nos alimentamos de la Palabra, oramos y nos rendimos al Espíritu. Podemos tener denuedo en la tierra debido a que Cristo nos lo da en el cielo (Heb 4.16; 10.19).

HECHOS 5

Satanás todavía está atacando a los creyentes, y al hacerlo usa un plan doble: engaño desde adentro y persecución desde afuera. Satanás es mentiroso y homicida, y en este capítulo lo vemos operando en ambas esferas.

I. Oposición desde adentro (5.1–16)

Aquí vemos a Satanás operando como la serpiente, usando a los creyentes desde adentro de la iglesia para estorbar la obra del Señor.

A. El engaño (vv. 1–2).

Ananías y Safira querían tener la reputación de ser más espirituales de lo que realmente eran. Sintieron celo cuando los demás trajeron sus donaciones (4.34–37) y quisieron el mismo reconocimiento. Por favor, tenga presente que su pecado no fue robar dinero de Dios, debido a que Pedro afirma en el versículo 4 que de ellos dependía el uso que iban a darle al dinero. Su pecado fue la hipocresía, tratando de aparecer más espirituales de lo que en realidad eran.

B. El descubrimiento (vv. 3–4).

Pedro era un hombre con discernimiento dado por el Espíritu. Aquí le vemos ejerciendo el poder de «atar y desatar» que Cristo le había dado (Mt 16.19). El pecado siempre se descubre de una manera u otra. Esta pareja no mencionó nada abiertamente, pero el pecado terrible estaba en sus corazones. Mintieron al Espíritu de Dios, quien con toda gracia estaba obrando en los corazones de los creyentes, guiándoles a vender sus posesiones y compartirlas con otros.

C. Las muertes (vv. 5–11).

Este no fue un caso de «disciplina eclesiástica» puesto que Dios lidió con los pecadores directamente. Las dos muertes ilustran la clase de juicio que Cristo hará durante el reino (véanse Jer 23.5; Ap 19.15). A diferencia de la disciplina de la iglesia local, donde el pastor y los miembros al investigar algún asunto dan la oportunidad de arrepentimiento y perdón y procuran restaurar a los que yerran, este fue un caso definitivo de juicio divino. Es interesante comparar este capítulo con Josué 7, donde el codicioso Acán trató de esconderle a Dios su pecado y fue apedreado. Gran temor cayó sobre la Iglesia (Hch 5.11) cuando la gente vio la mano de Dios obrando.

D. El testimonio (vv. 12–16).

La iglesia estaba ahora unánime y la alababan y, por consiguiente, se multiplicó. Esto siempre ha ocurrido cuando se purga el pecado. Satanás trabaja desde adentro de la iglesia y trata de dividirla, que caiga en desgracia y destruirla; pero si permitimos que el Espíritu obre, detectaremos la operación del diablo y evitaremos problemas en la iglesia. No es la iglesia que da la bienvenida a todo el mundo la que tiene el mejor testimonio, porque la gente tenía miedo de unirse a la iglesia allí en Jerusalén (v. 13). Una iglesia local debe tener normas y permitir que el Espíritu guíe. Nótese que Pedro es el hombre clave en este período de la historia de la Iglesia; incluso de su sombra se pensaba que producía sanidad.

Satanás todavía se opone desde adentro a la obra de la Iglesia. Pablo les advirtió a los ancianos que los lobos vendrían desde afuera para atacar al rebaño, pero también que se levantarían hombres «de vosotros mismos» para hacer daño a la Iglesia (Hch 20.29, 30). El peligro más grande que la Iglesia enfrenta hoy no es tanto la oposición de afuera, sino el pecado adentro. Por eso es tan importante buscar la dirección de Dios al recibir nuevos miembros y disciplinar a los que se descarrían.

II. Oposición de afuera (5.17–34)

Los líderes judíos (instigados por los saduceos incrédulos) se llenaron de celos (v. 17) por el éxito y la popularidad de los apóstoles. Tal vez en esta oportunidad encarcelaron al grupo apostólico entero, y lo más probable es que fuera en la prisión pública y no en alguna sección especial. Un ángel del Señor (este puede haber sido el mismo Cristo) los libró y así la gracia de Dios le dio a la nación otra oportunidad de oír el mensaje de salvación. Nótese que los hombres fueron directamente al templo, porque allí era donde podían encontrar a la gente que necesitaba su mensaje. ¡Imagínese la sorpresa de los líderes cuando descubrieron que sus prisioneros se habían esfumado! Tenga en mente que la liberación no siempre es el plan de Dios; Él permitió la liberación de Pedro, pero que Jacobo muriera (Hch 12) debido a que cada hecho fue para su gloria.

Los líderes rehusaron pronunciar el nombre de Jesús (v. 38). «La sangre de ese hombre» (v. 28) nos recuerda lo que dijo la nación en Mateo 27.25. La nación judía no se limpiará sino hasta que vean a su Mesías y purguen su pecado (Zac 12.9–13.1).

Pedro y los apóstoles no se darían por vencidos. De nuevo anunciaron que Dios salvaría a Israel si los líderes se arrepentían (Hch 5.31). Si los líderes se volvían de su pecado, la gente seguiría su ejemplo (véase Jn 7.48). La Palabra, como una espada (Heb 4.12), penetró en sus corazones y quisieron matar a los apóstoles, ¡exactamente como mataron a Jesús!

Gamaliel entonces dio su consejo al concilio: sean neutrales y averigüen si Dios está o no en el asunto. Esto parece ser un consejo sabio, pero en realidad no lo era. Nadie puede ser neutral con Cristo. Posponer una decisión es arriesgarse al desastre. Dios dio toda evidencia mediante señales y milagros de que estaba obrando y no había razón para posponer la decisión. Es interesante notar que Gamaliel era un fariseo y no parte del grupo de los saduceos que habían encabezado el arresto. También es el gran rabí judío que enseñó al apóstol Pablo (Hch 22.3). ¡Su discípulo tomó una mejor decisión que la que él hizo!

A los apóstoles los azotaron (véase Dt 25.2, 3) y dejaron en libertad, pero ¡se fueron gozosos, no derrotados! Consideraron un privilegio sufrir por Cristo (véase Flp 1.27–30). Nótese que el ministerio de la Iglesia continuó: (1) diariamente, (2) en público, y (3) en hogares privados, a medida que los apóstoles predicaban y enseñaban de Jesucristo. Este debe ser el ministerio de la iglesia hoy.

HECHOS 6

Ahora encontramos un segundo problema dentro de la iglesia. En el capítulo 5 fue el engaño en los corazones de Ananías y Safira; aquí es una queja en las filas de creyentes.

I. Una dificultad de familia (6.1–7)

En cierto sentido, ¡la queja era una evidencia de bendición! La asamblea había crecido tan rápidamente que los apóstoles no podían manejar la distribución diaria de alimento, y como resultado estaban descuidando a algunas de las grecojudías. Es estimulante trazar el crecimiento de la iglesia: Creyeron tres mil (2.41); luego se añadían cada día creyentes (2.47); más tarde creció con cinco mil hombres (4.4); luego este número se multiplicó (6.1); y después el número volvió a multiplicarse grandemente (6.7).

¿Cuál fue el secreto de este crecimiento asombroso? Léase la respuesta en 5.41–42: los líderes estaban dispuestos a pagar el precio de servir a Cristo, y la gente vivía su fe diariamente. Hechos 5.42 es un buen modelo a seguir: (1) servicio cristiano diario; (2) servicio en la casa de Dios; (3) servicio de casa en casa; (4) trabajo de cada miembro; (5) servicio continuo; (6) enseñanza y predicación de la Palabra; (7) exaltando a Jesucristo. Los pastores y dirigentes piadosos solos no pueden hacer que una iglesia crezca; todos los miembros deben hacer su parte.

El problema de los alimentos se resolvió al poner primero lo primero. Los apóstoles sabían que su ministerio principal era la oración y la Palabra de Dios. Si las iglesias locales permitieran que sus pastores obedezcan Hechos 6.4, verían un aumento en poder espiritual y numérico. La oración y la Palabra van juntas (Jn 15.7; Pr 28.9). Samuel ministraba de esta manera (véase I S 12.23); y también lo hacía Cristo (Mc 1.35–39) y Pablo (Col 1.9, 10). En Hechos 1, mediante la oración y la Palabra los apóstoles hallaron la voluntad de Dios. Efesios 6.17–18 afirma que la oración y la Palabra vencerán al diablo. Segunda de Corintios 9.9–15 indica que el ministerio de la oración y de la Palabra proveerán los recursos financieros que una iglesia necesita. La oración y la Palabra edificarán siempre a una iglesia (Hch 20.32–36).

A estos siete hombres no se les llamó en realidad «diáconos», aunque la palabra «distribución» en 6.1 es en griego diakonía y es la misma que se traduce «diácono» en el resto de la Biblia. La palabra simplemente significa «sirviente»; y en 6.2 se traduce «servir» y en 6.4 como «ministerio». Nótese que la iglesia hizo la elección, en tanto que los apóstoles hicieron el nombramiento efectivo. Los apóstoles también, guiados por el Espíritu, fijaron los requisitos, los cuales los creyentes gozosamente aceptaron. Este es un cuadro de unidad y armonía entre los líderes espirituales y los miembros del rebaño. Es posible que de este primer nombramiento se haya desarrollado el oficio de diácono (1 Ti 3.8ss). La tarea principal de los diáconos era atender las necesidades materiales y así aliviar a los apóstoles para que se dedicaran a su ministerio espiritual. Hoy, el diácono asiste al pastor en la consejería y el servicio, ayudándole a lograr que se haga el mayor trabajo posible. Cuando los diáconos (o cualquier otro dirigente de la iglesia) encadena al pastor y le hace un «mandadero» santificado, o se considera «su jefe», Dios no puede bendecir.

Nótese que los hombres seleccionados (v. 5) ¡tenían nombres griegos! Esto muestra el amor de los primeros creyentes; en honor, se preferían los unos a los otros (Ro 12.10). Felipe más tarde llegaría a ser un evangelista (8.5, 26; 21.8). Cualquier oficial de la iglesia debe ser un evangelista. Observe cómo Dios bendijo al pueblo cuando enfrentaron el problema con sinceridad y lo resolvieron (v. 7).

II. Diácono fiel (6.8–15)

El nombre Esteban significa «corona de victoria», y ciertamente se ganó una corona al ser fiel hasta la muerte (Ap 2.10). De acuerdo con el versículo 3 Esteban tenía buena reputación entre los creyentes, estaba lleno del Espíritu y tenía sabiduría práctica. ¡Qué combinación para cualquier cristiano! Tenía un testimonio doble: Sus palabras (v. 10) y sus obras (v. 8).

Había centenares de sinagogas en Jerusalén, muchas de ellas establecidas por judíos de otras tierras. La sinagoga de los libertos estaba formada por judíos romanos que descendían de esclavos hebreos que se les había dado la libertad. Es interesante notar que Esteban testificó donde había judíos de Cilicia, porque Pablo procedía de aquel lugar (21.39), y bien puede haberse enfrentado a Esteban en el debate allí en la sinagoga.

El enemigo siempre está trabajando, y antes de que pasara mucho tiempo Esteban fue arrestado. Le acusaron de blasfemar contra Moisés y la ley, y de decir que el templo sería destruido; esto tal vez puede ser una referencia a las palabras de Cristo en Juan 2.19–21. Los judíos trataron a Esteban de la misma manera que lo hicieron con Cristo: contrataron testigos falsos, hicieron acusaciones dudosas y no le dieron el beneficio de un juicio justo. (Véase Mc 14.58, 64.) Dios testificó de la fe de Esteban mediante la gloria que irradiaba de su rostro (2 Co 3.18).

En el próximo capítulo consideraremos el gran discurso de Esteban que muestra el fracaso de Israel a través de los siglos. El capítulo 7 es un punto crucial en Hechos, al rechazar Israel finalmente a Jesucristo y perseguir a la Iglesia. Después de este acontecimiento el mensaje salió de Jerusalén y fue a los gentiles.

HECHOS 7

Este capítulo registra el discurso más largo del libro de Hechos, así como el punto decisivo de la historia espiritual de Israel. Registra el tercer homicidio importante de la nación (Juan el Bautista, Cristo y ahora Esteban) y su final rechazo del mensaje de salvación. En su discurso Esteban repasó la historia de Israel y destacó que la nación siempre rechazó a los líderes escogidos por Dios cuando aparecieron por primera vez, pero los recibieron la segunda vez. Tanto Moisés como José fueron ejemplos de este patrón (7.13, 35). Asimismo Israel trató a Cristo: Juan el Bautista y los apóstoles lo presentaron a la nación, pero esta lo rechazó; sin embargo, Israel recibirá a Cristo cuando aparezca por segunda vez.

I. El pacto de Dios con Abraham (7.1–8)

El pacto con Abraham está registrado en Génesis 13.14–18, así como en Génesis 15 y 17. Incluye la posesión por parte de la simiente de Abraham de la tierra prometida, y la promesa de la multiplicación de sus descendientes en los años venideros. El sello de este pacto fue la circuncisión. Este pacto con Abraham fue el fundamento de la nación judía. Dios no hizo este pacto con los gentiles, ni tampoco se aplica a

la Iglesia. «Espiritualizar» estas promesas y aplicarlas a la Iglesia es entender mal y tergiversar las Escrituras. Dios les prometió a los judíos una tierra y un reino; debido a su desobediencia perdieron la posesión de la tierra y no recibieron su reino. Este pacto con Abraham todavía sigue vigente, sin embargo, y se cumplirá cuando Cristo retorne para establecer su reino en la tierra.

II. Israel rechaza a José (7.9–16)

José tiene una semejanza maravillosa a Cristo en muchas maneras: (1) su padre lo amaba (Gn 37.3; Mt 3.17); (2) sus hermanos lo aborrecían (Gn 37.4–8; Jn 15.25); (3) sus hermanos lo envidiaban (Gn 37.11; Mc 15.10); (4) lo vendieron por el precio de un esclavo (Gn 37.28; Mt 26.15); (5) lo humillaron como sirviente (Gn 39.1ss; Flp 2.5ss); (6) lo acusaron falsamente (Gn 39.16–18; Mt 26.59, 60); (7) lo exaltaron y honraron (Gn 41.14ss; Flp 2.9–10); (8) sus hermanos no lo reconocieron la primera vez (Gn 42.8; Hch 3.17); (9) se reveló a sí mismo la segunda vez (Gn 45.1ss; Hch 7.13; Zac 12.10); (10) aunque rechazado por sus hermanos, tomó una esposa gentil (Gn 41.45; Hch 15.6–18).

El argumento de Esteban aquí es que los judíos habían tratado a Cristo de la manera que los patriarcas trataron a José, pero no enfocó esta acusación sino hasta el final. Así como José sufrió para salvar a su pueblo, Cristo sufrió para salvar a Israel y a toda la humanidad; sin embargo, los judíos no lo recibieron.

III. Israel rechaza a Moisés (7.7–41)

Así como José, Moisés tiene una asombrosa similitud con Cristo: (1) fue perseguido y casi lo matan cuando era niño (Éx 1.22; 4.19; Mt 2.13–20); (2) rechazó el mundo para salvar a su pueblo (Heb 11.24–26; Mt 4.8–10; 2 Co 8.9); (3) la primera vez que trató de ayudar a Israel lo rechazaron (Éx 2.11–14; Is 53.3); (4) se hizo pastor (Éx 3.1; Jn 10); (5) tomó esposa gentil durante el rechazo que experimentó (Éx 2.21); (6) sus hermanos lo recibieron la segunda vez (Éx 4.29–31; Hch 7.5); (7) libró a su pueblo de la esclavitud mediante la sangre del cordero (Éx 12; 1 P 2.24). Moisés fue un profeta (Dt 18.15–19; Hch 3.22), sacerdote (Sal 99.6) y rey (Dt 33.4–5).

Se hace necesario un comentario acerca del versículo 38, en el cual a Israel se le llama «la congregación en el desierto». La palabra «congregación» es eklesía en griego, que significa «una asamblea convocada» y no sugiere que Israel haya sido una «iglesia» en el AT. En el AT no hallamos profecías respecto a la Iglesia. Israel (un pueblo terrenal) no estaba en la misma relación con Dios en el AT, como los creyentes (un pueblo celestial) lo estaban en el NT.

Aunque Israel tenía un líder piadoso y Dios mismo en su presencia (v. 38), sin embargo ¡se rebelaron y rechazaron la voluntad de Dios! «En sus corazones se volvieron a Egipto» (v. 39). Se volvieron a la idolatría y Dios los desechó. ¿No habían hecho lo mismo mientras Cristo estaba con ellos en la tierra? Moisés realizó milagros, suplió para sus necesidades en el desierto y les dio la Palabra de Dios; Cristo también había realizado obras poderosas, alimentado a la gente y les había dado la Palabra de Dios... ¡y sin embargo se alejaron!

IV. Israel rechaza a los profetas (7.42–50)

En estos versículos Esteban se refiere a Amós 5.25–27 e Isaías 66.1–2. Los judíos pensaban que debido a que tenían su templo, estaban seguros contra cualquier daño y que Dios tenía que bendecirlos. Todos los profetas advirtieron que el templo no les aseguraría la bendición si su corazón no estaba bien con Dios. ¿Cómo puede Dios, quien llena el cielo y la tierra, estar confinado a un templo hecho de manos? La vida religiosa de Israel era puro formulismo; tenían las formas externas de la religión, pero sus corazones no estaban bien con Dios. Rechazaron la voz de los profetas, incluso persiguiéndolos y matándolos (véase Mt 23.29–39); y cuando el Profeta (Cristo) apareció (v. 37), ¡rechazaron sus Palabras y le crucificaron!

V. El juicio de Israel se sella (7.51–60)

Israel había cometido dos asesinatos y estaba a punto de cometer el tercero. Al permitir que mataran a Juan el Bautista, rechazaron al Padre que había enviado a Juan para preparar el camino a Cristo. Cuando crucificaron a Cristo, rechazaron al Hijo. Ahora, al matar a Esteban, estaban llegando al «pecado imperdonable» final (Mt 12.31, 32) de resistir al Espíritu Santo. Dios hubiera perdonado a la nación por la manera en que trataron a su Hijo, pero no podría perdonar a los judíos una vez que resistieran al Espíritu que testificaba con tanto poder acerca de su Hijo. Dios había dado toda evidencia a la nación de que Cristo era su Mesías, pero prefirieron endurecer su cerviz y corazón (Hch 7.51). ¡Qué semejanza con los pecadores de hoy!

Esteban usó la Palabra y esta «espada del Espíritu» (Ef 6.17; Heb 4.12) perforó con convicción sus corazones. A punto de ser apedreado, Esteban levantó sus ojos al cielo y vio la gloria de Dios. «Icabod[...] ¡Traspasada es la gloria de Israel!» (1 S 4.19–22) podía decirse ahora de la nación de Israel; pero Esteban vio la gloria en Cristo, donde la vemos hoy (2 Co 4.1ss). Versículos tales como el Salmo 110.1, Marcos 16.19 y Hebreos 1.3 y 10.12 indican que Cristo «se sentó» debido a que su obra estaba terminada; pero el versículo 55 señala que Él estaba de pie. Algunos han sugerido que se puso de pie para recibir a su mártir, Esteban, al llegar a la gloria. Otros piensan que Cristo se puso de pie como testigo, la postura usual de los testigos en la corte judía que testifican del mensaje y ministerio de su siervo. Otro hecho que queremos notar es que la muerte de Esteban cerró la oferta del Rey de los judíos y fue el punto decisivo en Hechos, porque ahora la Iglesia, como el cuerpo de Cristo, empieza a asumir importancia principal; y es para la Iglesia que Cristo tiene su ministerio a la diestra de Dios. Tal vez se debe tener presente Lucas 22.69; no cabe duda de que los líderes judíos recordarían el testimonio de Cristo.

La oración de Esteban muestra su amor por su pueblo y nos recuerda la intercesión de Cristo en la cruz. Tal vez Esteban pensó, viendo a Cristo de pie, que Él iba a traer juicio sobre la nación por su continuo pecado (véase Sal 7.6), y así oró por gracia y para que se pospusiera la ira. «Durmió» es un hermoso cuadro de lo que la muerte significa para el creyente.

El juicio de Israel quedó sellado; en los próximos capítulos veremos el evangelio de la gracia (no el mensaje del reino) pasando de los judíos a los samaritanos y luego a los gentiles.

HECHOS 8

Los capítulos 1–7 han descrito el «período de prueba», durante el cual se ofreció el reino a Israel por tercera vez. Los capítulos 8–12 describen el «período de transición», durante el cual ocurren los siguientes cambios:

(1) El centro de actividad pasa de Jerusalén a Antioquía.

(2) El mensaje va de los judíos a los samaritanos y luego a los gentiles.

(3) Las actividades de Pedro tienen menos importancia y Pablo llega a ser el líder.

(4) El comunismo de la «economía del reino» se reemplaza por la actividad de la Iglesia. La Iglesia existía desde el Pentecostés, pero ahora se revela su significación y lugar en el programa de Dios mediante el ministerio de gracia que Pablo lleva a cabo.

(5) Se reemplaza el evangelio del reino por el evangelio de la gracia de Dios. Si el eunuco etíope fue negro (como algunos lo dicen), en los capítulos 8–10 se tiene tres conversiones destacadas que se colocan paralelamente a los tres hijos de Noé en Génesis 10.18. El etíope sería descendiente de Cam; Pablo, un judío, de Sem; y Cornelio, un gentil, de Jafet. Así tenemos un cuadro del evangelio yendo a toda la humanidad.

I. Felipe el evangelista (8.1–25)

Satanás de nuevo atacó como león tratando de devorar a los creyentes. Pablo era el líder principal en esta gran persecución, y con posterioridad lo admitió varias veces (Hch 26.10, 11; 22.4–5, 18–20; 1 Ti 1.13; 1 Co 15.9; Gl 1.13). Nótese que Pablo definitivamente afirmó que perseguía a la Iglesia de Dios, lo cual prueba que la Iglesia ya existía antes de su conversión, si bien su lugar en el plan de Dios todavía no se había revelado. Algunos enseñan que Dios tenía que enviar la persecución para obligar a los apóstoles a dejar Jerusalén y cumplir su comisión, pero esto es completamente errado. Para empezar, los apóstoles no salieron de la ciudad, sino que con valentía se quedaron para dar su mensaje a los líderes judíos y testificar a los perdidos. Los apóstoles esperaban, contra toda esperanza, que Israel se arrepintiera y se salvara. Podían tener este ministerio sólo en Jerusalén. El mandamiento que Cristo les dio fue que se quedaran allí; sería Pablo el que llevaría el evangelio «hasta lo último de la tierra».

La persecución es una oportunidad para el servicio, y Felipe se menciona aquí como un ejemplo de evangelista (Ef 4.11). Llamado al diaconado (6.5), como Esteban antes que él, Felipe descubrió dones espirituales adicionales y llegó a ser un poderoso evangelista. Llevó el evangelio a Samaria, así como Cristo lo hizo en Juan 4; de esta manera vemos por vez primera en Hechos, que sale de territorio judío el ministerio de la Palabra. La persecución tan solo abrió las puertas para que se ganaran almas; lo que empezó como una «gran persecución» (v. 1) se convirtió en «gran gozo» (v. 8).

Lo que Satanás no pudo conseguir mediante la destrucción, aquí trata de hacerlo mediante el engaño; el león se convierte en serpiente (Jn 8.44). Simón el mago hizo profesión de fe en Cristo y hasta se bautizó; pero acontecimientos subsecuentes demostraron que su corazón nunca cambió. Su «fe» era como la descrita en Juan 2.23–25. Es evidente que Simón nunca se salvó: (1) Pedro dijo: «Tu dinero perezca contigo» (v. 20); (2) también dijo: «no tienes tú parte [comunión] ni suerte en este asunto» (v. 21); (3) el versículo 23 indica que Simón estaba en prisión de iniquidad. Simón fue una falsificación satánica, un «hijo del diablo». Dondequiera que se siembra la semilla verdadera (cristianos, véase Mt 13.36–40), Satanás siembra falsificaciones.

Pedro hizo su primer uso de «las llaves del reino» en Pentecostés cuando abrió la puerta de la fe a los judíos; las usa por segunda vez cuando imparte el Espíritu a los samaritanos. Hasta ahora la gente tenía que bautizarse para recibir el Espíritu; pero ahora el don se da mediante la imposición de manos (véase el caso de Pablo en 9.17). Los que enseñan que el mandamiento de Pedro en 2.38 es la exigencia de Dios para hoy tienen serias dificultades para explicar cómo estos creyentes samaritanos recibieron el Espíritu varios días después de su bautizo. Cuando llegamos a Hechos 10, que concierne a los gentiles, tenemos la orden de Dios para hoy: oír la Palabra, creer, recibir el Espíritu, ser bautizados.

II. Felipe el obrero personal (8.26–40)

Cualquier cristiano puede disfrutar de un despertamiento tal como el que Dios dio en Samaria, ¡pero no todo el mundo dejaría tal reunión para conducir un alma a Cristo! Felipe obedeció al Señor y halló a un etíope, indudablemente un prosélito de la fe judía, un hombre que era un alto funcionario en su tierra. Vemos en este acontecimiento los factores necesarios para la obra personal eficaz y para ganar almas con eficiencia.

A. El varón de Dios.

Felipe fue obediente al Espíritu yendo hacia donde Dios le conducía. Conocía a Cristo como su Salvador personal. El método de Dios para ganar a otros no usa la maquinaria denominacional, las atracciones mundanas o promoción de alto calibre. Dios usa personas, hombres y mujeres entregados que obedecen al Espíritu. Felipe era la clase de evangelista que estaba dispuesto a dejar la reunión pública con sus emociones, para ayudar a un alma a hallar la paz en un lugar donde sólo Dios podía ver.

B. El Espíritu de Dios.

El Espíritu Santo es el Señor de la mies y a través de Él tenemos poder para testificar (Hch 1.8). El Espíritu le abrió el camino a Felipe para que se acercara al hombre; abrió las Escrituras al pecador que buscaba; y abrió el corazón del pecador al Salvador. Una persona no puede salvarse si no entiende lo que hace y sólo el Espíritu puede enseñar al pecador las verdades del evangelio. Cuando el Espíritu junta a un siervo preparado con un pecador contrito, habrá cosecha.

C. La Palabra de Dios.

«La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios», dice Romanos 10.17. Isaías 53 fue el capítulo que Felipe usó (vv. 32–33), ese hermoso cuadro del Cordero de Dios; Felipe comenzó a predicar de Cristo a partir de ese capítulo. Comenzó donde el hombre estaba y le llevó a través de las Escrituras explicando quién era Jesús y lo que había hecho. No puede haber conversión real aparte de la Palabra de Dios. Considere las siguientes porciones de la Escritura: Juan 5.24; Efesios 1.12–14; 1 Tesalonicenses 2.1–6; 2 Tesalonicenses 3.1; 2 Timoteo 4.1–5; y Tito 1.3. El testimonio personal que finalmente lleva fruto es el que planta la semilla de la Palabra y exalta a Jesucristo.

El etíope demostró su fe al bautizarse, en obediencia a la Palabra de Dios. Felipe fue llevado para ministrar en alguna otra parte; ¡pero el tesorero se fue por su camino regocijándose! Cuando Felipe predicó a Cristo en la ciudad, hubo gran gozo (v. 8), y cuando presentó a Cristo en el desierto, envió al nuevo creyente por su camino regocijándose. El gozo es una de las evidencias de la verdadera conversión. Véanse Lucas 15.5–7, 9–10, 23–24, 32.

HECHOS 9

La conversión de Pablo es el punto decisivo en los tratos de Dios con Israel. Su programa total para la evangelización del mundo dependía de este hombre nada común. Si hemos de trazar bien la Palabra de verdad, debemos tener presente que Pedro y Pablo en el libro de los Hechos representan dos ministerios diferentes. Nótese los siguientes contrastes:

Pedro	Pablo
1. Uno de los doce apóstoles	1. Llamado aparte de los doce
2. Centrado en Jerusalén	2. Centrado en Antioquía
3. Ministró principalmente a Israel	3. Ministró a los gentiles
4. Llamado por Cristo en la tierra	4. Llamado por Cristo desde el cielo
5. Vio la gloria de Cristo en la tierra	5. Vio la gloria de Cristo en el cielo

Demasiados cristianos confunden estos dos ministerios y así convierten a la iglesia local en una mezcolanza de «verdad del reino» y «verdad de la iglesia». Pablo es el portavoz de Dios a la iglesia local; incluso Pedro lo admite (2 P 3.15, 16). Seguir las prácticas de Hechos 1–7 e ignorar así las instrucciones de Dios a la Iglesia por medio de Pablo es desobedecer la Palabra. Incluso Pedro no comprendía plenamente el nuevo programa de Dios que se reveló mediante Pablo y tuvo que recibir instrucción adicional (véase Gl 2).

I. Pablo y el Señor (9.1–9)

La conversión de Pablo fue toda por pura gracia; Dios repentinamente le interrumpió en su misión asesina y por gracia le transformó en una nueva persona. Así como la Iglesia es un cuerpo compuesto de judíos y gentiles, Pablo fue un hombre tanto con relaciones judías como gentiles. Era judío de nacimiento, pero gentil por su ciudadanía. Fue el siervo escogido de Dios (v. 15) para anunciar el mensaje de la Iglesia, este «misterio» que Dios había guardado en secreto por las edades pasadas. Estando asociado tanto con judíos como con gentiles, preparado tanto en las Escrituras del AT como en las filosofías griegas y las leyes romanas, Pablo era el hombre ideal para dar este nuevo mensaje de que en Cristo no hay diferencia entre judío y gentil.

Su experiencia de conversión puede resumirse en estas afirmaciones: (1) Vio una luz; (2) Oyó una voz; (3) Obedeció un llamado. Todo pecador está en las tinieblas hasta que la luz del evangelio brilla en él. Pablo oyó la voz del Señor mediante la Palabra de Dios, a pesar de que oyó a Cristo hablar audiblemente. (Los hombres que estaban con él oyeron ruidos, no así las palabras.) ¡Cómo humilló Cristo a Pablo! «Cayó», no sólo su cuerpo, sino también su corazón; porque a menos que caigamos en humildad no podemos ser salvos. El versículo 4 es otra prueba de que el cuerpo de Cristo ya existía; de otra manera, ¿cómo podía Pablo perseguir a Cristo? Cuando puso sus manos sobre los creyentes, las puso sobre los miembros de su cuerpo y esto afectó a la Cabeza del cuerpo, Cristo.

II. Pablo y Ananías (9.10–19)

Pablo había visto en visión que Ananías le visitaría, porque cuando Dios obra, lo hace en ambos extremos de la línea. Dios calmó los temores de Ananías mediante su promesa de que Pablo tendría un ministerio especial entre los gentiles, y ¡cómo deben haber chocado esas palabras a este fiel creyente judío! (Véase Hch 22.12–13.) El ministerio de Pablo fue en primer lugar a los gentiles; véase Hechos 13.46, 47; 18.6; 22.21. El hecho de que Pablo ya había sido salvado cuando Ananías llegó se ve en el saludo de Ananías: «Hermano Saulo». Algunos malentienden la experiencia bautismal de Pablo que se registra en Hechos 22.16: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados». Los tiempos de los verbos en el griego son importantes aquí: «Habiéndote levantado, sé bautizado y lava tus pecados, habiendo previamente invocado su nombre» (traducción de Wuest, en inglés). Cuando los pecadores invocan el nombre de Dios, son salvados (Hch 2.21; 9.14). Hechos 10 lo ilustra: los pecadores oyen la Palabra, creen en Jesucristo, reciben el Espíritu y entonces son bautizados.

III. Pablo y los judíos (9.20–31)

Se dan dos evidencias de la conversión de Pablo: oró (v. 11) y predicó (v. 20). Hablar a Dios a favor de los hombres y a los hombres por Dios son buenas pruebas de la conversión. Pablo empezó donde estaba y predicó lo que sabía; otra buena costumbre para que la sigan los nuevos cristianos. Su conversión sucedió probablemente en el año 37 d.C. Pasó tiempo en Damasco predicando y luego fue a Arabia (Gl 1.15–18), regresando a Damasco «pasados muchos días» (Hch 9.23). Al parecer esto abarcó un período de tres años, durante los cuales Pablo estaba siendo enseñado respecto a las verdades de Dios respecto al «misterio de la iglesia». Cuando regresó a Damasco, los judíos lo atacaron y tuvo que salir por una ventana y de noche (2 Co 11.32–33; Hch 9.23–26).

Esto nos lleva del año 37 d.C. al año 39 d.C., en el cual Pablo fue a Jerusalén y donde encontró a los apóstoles (Hch 9.26–29; 22.15–21; Gl 1.17–20). Los apóstoles temían a Pablo y fue Bernabé («hijo de consolación», Hch 4.36) el que lo introdujo al grupo. Es importante el hecho de que Pablo fue un extraño (y hasta un enemigo) para los apóstoles: esto prueba que recibió el mensaje de la gracia del mismo Cristo y no de los hombres. (Véase Gl 1.15–18.) Dios tomó toda precaución para mantener separados los ministerios de Pablo y los doce apóstoles. Qué tragedia que la gente lo confunda hoy. Pablo se quedó con Pedro quince días (Gl 1.18), pero no vio a ninguno de los demás apóstoles (Gl 1.19). Visitó, eso sí, a Jacobo, el hermano del Señor (Gl 1.19), quien más tarde ocupó el lugar de Pedro como líder espiritual en Jerusalén (Hch 15). Pablo quería ministrar a los judíos en Jerusalén, pero Dios le ordenó que saliera de la ciudad (Hch 22.17–21). El programa del reino de Dios en Jerusalén estaba ahora cerrado y Pablo tenía un ministerio que cumplir entre los gentiles.

La persecución adicional hizo necesario que Pablo saliera, de modo que regresó a su hogar en Tarso. Gálatas 1.21 sugiere que Pablo predicó en esa región y Hechos 15.23 indica que había iglesias en esa área. Es posible que durante su estadía de cuatro o cinco años Pablo predicó el evangelio de la gracia de Dios y estableció iglesias gentiles. Cuando el centro del ministerio pasó de Jerusalén a Antioquía (una ciudad gentil), Bernabé fue y buscó a Pablo y le trajo de regreso para que ministrara con él (véase Hch 11.19–30).

IV. Pedro y los santos (9.32–43)

¿Por qué Lucas habla de Pedro en este punto? La respuesta tal vez tenga que ver con la ciudad que menciona: Jope (vv. 36, 43). Esta ciudad nos recuerda inmediatamente al profeta Jonás, quien descendió a Jope para huir a Tarsis (Jon 1.1–3). Dios llamó a Jonás para que llevara su mensaje a los gentiles; y Dios estaba a punto de llamar a Pedro para hacer lo mismo (Hch 10). Pedro vivía en Jope con Simón, un curtidor, lo que sugiere que Pedro estaba abandonando algunos de sus prejuicios judíos, por cuanto curtir era «inmundo» en tanto y en cuanto a los judíos atañía. Pedro estaba a punto de descubrir que nada de lo que Dios ha santificado es inmundo.

Este capítulo es uno de los más importantes en Hechos, porque registra cómo se abre la puerta de la fe a los gentiles. Pedro había usado «las llaves del reino» para abrir la puerta de la fe a los judíos (Hch 2) y a los samaritanos (8.14ss), y ahora completaría su ministerio especial al abrir la puerta a los gentiles (véase 15.6–11). También debe leerse 11.1–18 para ver el cuadro que Pedro tenía de este acontecimiento tan significativo.

Notamos en Hechos 8 que cuando Dios quiere realizar una obra, llama a un hombre de Dios, le da poder con su Espíritu y lo capacita para que predique su Palabra. En este capítulo se ve en operación este mismo programa.

I. Preparación por el Espíritu de Dios (10.1–22)

A. El Espíritu prepara a Cornelio (vv. 1–8).

Cesarea era una ciudad romana, la capital romana de Palestina. Cornelio era un hombre temeroso de Dios que no conocía la verdad del evangelio. Era devoto, honesto, generoso y sincero; pero no era salvo. ¡Es posible ser muy religioso y todavía estar perdido! Si no fuera porque Dios en su gracia le habló a Cornelio, este nunca se hubiera convertido en creyente. Aquí vemos un cumplimiento de la promesa de Cristo registrada en Juan 7.17: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá» la verdad. Un ángel le habló y le dijo que enviara a buscar a Pedro. ¿Por qué el ángel no le dio el mensaje a Cornelio? Porque Dios no les ha dado a los ángeles el ministerio de hablar del evangelio a los pecadores. ¡Qué privilegio tenemos al contarles el evangelio a las almas perdidas! Es un privilegio que los ángeles no pueden tener. Pedro estaba a cincuenta kilómetros de Jope, pero Cornelio, con obediencia militar, llamó a dos de sus criados y un guardia, y los envió en esta importante misión. El Espíritu estaba guiando esta actividad (vv. 19–20).

B. El Espíritu prepara a Pedro (vv. 9–22).

Dondequiera que Dios obra, lo hace «en ambos extremos de la línea». Él nos prepara para lo que Él nos está preparando. Pedro vio todo tipo de animal, tanto limpio como inmundo (ceremonialmente hablando, cf. Lv 11) y se le ordenó que matara y comiera. Su «Señor, no» nos recuerda Mateo 16.22, donde le dijo a Cristo que no fuera a la cruz. Cualquiera que le dice «Señor», no puede decirle «no». Si Él es realmente el Señor, debemos obedecerle. Mientras Pedro meditaba en esta visión, la cual ocurrió tres veces, el Espíritu le habló directamente y le dijo: «Levántate, y ve», Pedro no fue a los gentiles porque entendió la visión, sino porque el Espíritu mismo se lo dijo (véase 11.11–16). Más adelante comprendería el significado de la visión, de que Dios había, por medio de la cruz, derribado toda división entre judíos y gentiles.

II. Obediencia del hombre de Dios (10.23–33)

Tenga presente que hasta este momento los apóstoles no les han predicado a los gentiles. Incluso, los samaritanos (cap. 8) eran «mestizos» de judíos, que reverenciaban la Ley Mosaica. Pedro no fue a los gentiles en obediencia a la Gran Comisión (aunque lo estaba), sino porque el Espíritu distintivamente le había ordenado que fuera. Es más, cuando llegó a la casa de Cornelio, preguntó: «¿Por qué causa me habéis hecho venir?» (v. 29). Y cuando predicó, Dios tuvo que interrumpirle para lograr su propósito (v. 44; 11.15–16). Como los otros apóstoles, Pedro todavía se aferraba a su perspectiva judía y sabía que los gentiles no podían ser alcanzados mientras que los judíos no hubieran aceptado a su Mesías y Él hubiera establecido su reino. Pero ahora Pedro iba a aprender que Dios estaba introduciendo un nuevo programa: la Iglesia. Por favor, no dé por sentado que Pedro comprendía todo acerca de este nuevo programa; por cierto que Pablo posteriormente tuvo que reprenderlo por su inconsistencia (véase Gl 2). Durante este período de transición (Hch 8–12) vemos a Pedro desaparecer de la escena y con él el mensaje del reino para Israel.

III. La predicación de la Palabra de Dios (10.34–48)

Un predicador y una congregación preparados forman un equipo maravilloso. Léase Hebreos 11.6 en conexión con el versículo 35 de este capítulo. Pedro no dice que todos los que «hacen bien» serán salvos. Empezó con el mensaje de Cristo a Israel, que dio inicio con el ministerio de Juan el Bautista. Indicó que Cornelio y sus amigos sabían ya el mensaje respecto a los milagros de Cristo, su muerte y su resurrección, y que esos acontecimientos se relacionaban en especial a Israel. En el versículo 42 dijo: «Y nos mandó [a los testigos judíos] que predicásemos al pueblo» (es decir, a los judíos), que fue lo que los apóstoles hicieron hasta ese momento. Lo que Pedro había dicho era simplemente que Cristo vino a salvar a la nación de Israel, pero que ahora caía en cuenta de que para Dios no hay diferencia entre judíos y gentiles. En el versículo 43 señaló la verdad clave cuando dijo «que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados».

En este punto el Espíritu interrumpió a Pedro y realizó un milagro en los corazones de estos gentiles. ¡Creyeron en la Palabra! Y cuando creyeron, el Espíritu se derramó sobre ellos y eso lo muestra que hablaron en lenguas. (Véase Gl 3.2.) Los judíos que estaban con Pedro se quedaron asombrados de que Dios hubiera salvado a los gentiles sin primero hacerles prosélitos judíos. Guiado por el Espíritu, Pedro ordenó que fueran bautizados; y Pedro y sus amigos se quedaron y comieron con estos nuevos creyentes (11.3).

Repase una vez más en Hechos la relación entre el Espíritu y el bautismo. En Hechos 2 los judíos creyeron y tuvieron que bautizarse para recibir el Espíritu. En Hechos 8 los samaritanos creyeron y fueron bautizados, pero recibieron el Espíritu por la imposición de manos de los apóstoles. Pero aquí en Hechos 10 estamos en el verdadero «terreno de la iglesia», porque estos gentiles oyeron la Palabra, creyeron, recibieron el Espíritu y después fueron bautizados. Los acontecimientos de Hechos 2.38 y 8.14–17 no son el modelo para la iglesia de hoy. Se debe leer Efesios 1.13, 14 con todo cuidado. La venida del Espíritu fue realmente un bautismo, según lo explicó Pedro en Hechos 11.15, 16. En Hechos se usa la palabra «bautismo» nada más que dos veces en relación al Espíritu: en Hechos 2, cuando el Espíritu vino sobre los creyentes judíos y en Hechos 10 cuando vino sobre los creyentes gentiles. Esto cumple lo que Pablo describe en 1 Corintios 12.13: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos». Este «un cuerpo» es la Iglesia (Ef 2.11–22). Es más, en Hechos 11.15 Pedro afirmó que el bautismo en la casa de Cornelio fue idéntico al de Pentecostés. Hoy, cuando los pecadores aceptan a Cristo, el Espíritu viene a sus cuerpos y son bautizados en el cuerpo de Cristo.

Como veremos en Hechos 11 y 15 la conversión de los gentiles creó un gran problema a los creyentes judíos, no porque fueran culpables de prejuicios, sino porque no comprendieron «el misterio» de la Iglesia (Ef 3).

Pensaban que los gentiles podían salvarse sólo mediante el ascenso de Israel como reino; pero Dios reveló por medio de Pablo que los gentiles se salvaron por la caída de Israel (Ro 11.11–25). El mensaje del reino que los profetas dieron (Hch 3.18–26) fue reemplazado por el mensaje de la gracia de Dios revelado en su plenitud por medio de Pablo (13.38–43). Israel fue echado a un lado y no será prominente en

el programa de Dios en la tierra sino hasta después del Arrebatamiento de la Iglesia. (Léase con cuidado 15.13–18.) Mezclar la verdad del reino y la verdad de la Iglesia es confundir la Palabra de Dios y obstaculizar la obra de Dios.

La comisión de la Iglesia para hoy se halla en Mateo 28.19–20. Debemos hacer discípulos, lo que exige evangelización; debemos bautizar, lo que implica compañerismo en una asamblea local; y debemos enseñar la Palabra, la cual usa el Espíritu para convencer al perdido. Ocupémonos en sembrar la semilla de la Palabra, regándola con nuestras oraciones y lágrimas (Sal 126.5, 6; Hch 20.19) y esperando pacientemente la cosecha.

HECHOS 11

Es este capítulo aprendemos la relación entre los creyentes de Jerusalén (una iglesia judía) y los nuevos discípulos gentiles. Tenga presente que el problema de la iglesia de Jerusalén no es el prejuicio, sino más bien una mala comprensión de los propósitos de Dios. Entender el programa de Dios del AT era el de un reino terrenal que sería bendición para los gentiles a través del reinado del Mesías de Israel. Pero la nación rechazó a Cristo y su reino; ¿quería decir esto que los gentiles no podían salvarse? ¿Deben primero convertirse en prosélitos judíos? La experiencia de Pedro en Cesarea (cap. 10) y la revelación del «misterio de la iglesia» de Pablo (Ef 3) ayudó a contestar estas preguntas. Ambas experiencias demostraron que tanto judíos como gentiles estaban condenados ante Dios y podían salvarse únicamente mediante la fe en Jesucristo.

II. La iglesia de Jerusalén acepta a los gentiles (11.1–18)

Los fieles judíos discutían con Pedro debido a que había tenido compañerismo y hasta comido con gentiles. Mientras el plan del reino de Dios se esté aún ofreciendo a los judíos, las acciones de Pedro estaban mal. El mensaje de Dios era «al judío primeramente» (Hch 1–7). Cristo había ordenado a los discípulos que empezaran en Jerusalén (Lc 24.47; Hch 1.8) y cuando Jerusalén creyera, la nación recibiría al Mesías y el reino sería establecido (Hch 3.25–26). Pedro no fue a la casa de Cornelio porque entendiera el nuevo programa de Dios, sino porque el Espíritu Santo se lo ordenó personalmente (11.12). Estos creyentes judíos que criticaron a Pedro lo hicieron no porque odiaran a los gentiles, sino porque querían ser fieles a la voluntad revelada de Dios.

Cuando Pedro les contó cómo el Espíritu le había guiado y sellado su ministerio al venir sobre los creyentes gentiles, los cristianos judíos se regocijaron y glorificaron a Dios. Nótese que Pedro demostró que lo que hizo fue la voluntad de Dios señalando: (1) su experiencia personal (vv. 5–11), (2) la dirección del Espíritu (v. 12), y (3) la Palabra de Dios (v. 16). Estos tres elementos esenciales son siempre necesarios para hacer la voluntad de Dios; el testimonio personal, la dirección del Espíritu en nuestros corazones y la clara enseñanza de la Palabra de Dios.

II. La iglesia de Jerusalén anima a los gentiles (11.19–26)

Ahora el evangelio va a un nuevo territorio gentil, Antioquía, una ciudad clave de Siria. (No confunda a esta ciudad con Antioquía de Pisidia, que se menciona en Hechos 13.14. Busque estas dos ciudades en los mapas de su Biblia.) La persecución que se describe en 8.1ss había esparcido cristianos hasta puntos tan distantes como Antioquía, aproximadamente a quinientos kilómetros al norte de Jerusalén. Fieles a su comisión, habían predicado sólo a los judíos (esto fue antes de los acontecimientos del capítulo 10, por supuesto); pero algunos discípulos empezaron a predicarles a los gentiles. La palabra «griegos» en 11.20 no es la misma que en 6.1, donde significa «judíos helenistas». En realidad, aquí la palabra quiere decir «griegos», o sea, gentiles. Muchos gentiles llegaron a conocer a Cristo como su Salvador y la iglesia de Jerusalén envió a Bernabé a investigar la situación. Pero su misión no fue parecida a la de Pedro y Juan en 8.14–17, porque estos creyentes ya habían recibido el Espíritu y experimentado la gracia de Dios. En el versículo 23 vemos por primera vez la palabra «gracia» usada en Hechos con referencia a la salvación. (Hch 4.33 se refiere a la gracia de Dios ayudando a los creyentes.) La gracia llegaría a convertirse en el gran mensaje de Pablo en los años subsiguientes. Nótese que estos gentiles fueron salvos por gracia (v. 23), por fe (v. 21). Esto es lo que enseña Efesios 2.8, 9.

Bernabé se regocijó al hallar a esta asamblea de gentiles y les exhortó a que continuaran en su fe. Entonces hizo algo extraño: dejó la iglesia y se fue a buscar a Pablo. ¿Por qué lo hizo? Porque Bernabé, lleno del Espíritu, sabía que Dios le había dado a Pablo una comisión de predicar el evangelio a los gentiles (Hch 9.15, 27). La importancia de Pedro iba disminuyendo, como el programa del reino de Dios, y Bernabé sabía que Pablo debía ser el próximo líder, predicando el mensaje de la gracia de Dios. Por un año entero Pablo y Bernabé enseñaron a los gentiles la Palabra de Dios. De esta iglesia salieron hacia su primer viaje misionero. La iglesia de Antioquía cobró mayor importancia que la de Jerusalén cuando Pablo reemplazó a Pedro como el apóstol especial de Dios que trajo la revelación del misterio de la Iglesia.

III. La iglesia de Jerusalén recibe ayuda de los gentiles (11.27–30)

Estos «profetas» (v. 27) eran cristianos que ministraban en las iglesias locales y revelaban la Palabra de Dios. El que hayan venido de Jerusalén a Antioquía indica que había un íntimo compañerismo entre estas dos iglesias. «Todo el mundo» en el versículo 28 puede que signifique todo el mundo romano o toda la tierra (Judea). De inmediato, los creyentes gentiles enviaron ayuda material a los creyentes de Judea como expresión de amor cristiano.

Esta hambruna es importante, porque si leemos Hechos 2.44, 45 y 4.31–35, vemos que se estaba produciendo un cambio vital en la iglesia de Jerusalén. En 2–7 la iglesia de Jerusalén no tenía ninguna necesidad; en 11.27–30 leemos que las mismas personas estaban en necesidad de ayuda externa. ¿Qué había ocurrido? El «programa del reino» con sus bendiciones especiales había concluido. Mientras el reino se le ofrecía a los judíos, el Espíritu confería bendiciones especiales a los creyentes y no había entre ellos ningún necesitado (4.34). Pero cuando el reino fue finalmente rechazado con el apedreamiento de Esteban, se suspendieron estas inusuales bendiciones, dejando a los creyentes judíos en necesidad. Varias veces en la Palabra leemos de una ayuda especial enviada a «los santos pobres en Jerusalén» (Ro 15.26; 1 Co 16.1ss; 2 Co 8–9).

El modelo de dar que se registra en Hechos 2.44, 45 y 4.31–35 no se aplica a la iglesia local hoy, aun cuando el espíritu manifestado es sin dudas algo que debe desearse. Nótese que los creyentes de Antioquía no tenían «todas las cosas en común», sino que dieron contribuciones personales de acuerdo a sus posibilidades (11.29; véase 2 Co 9.7). Pablo nos instruye a proveer para los nuestros (1 Ti 5.8), advirtiendo que si no lo hacemos, somos peores que los incrédulos. El modelo de Dios para dar es que cada creyente dé los diezmos y las ofrendas al Señor, empezando en la iglesia local. Bernabé y Saulo (Pablo) fueron escogidos para llevar a Jerusalén la ofrenda. Posteriormente, regresaron a Antioquía trayendo consigo a Juan Marcos (12.25).

En el capítulo 12 veremos el cierre del ministerio especial de Pedro y el capítulo 13 introduce el ministerio del apóstol Pablo. Estos capítulos concluyen el período de transición cuando el mensaje del reino fue reemplazado por el evangelio de la gracia de Dios. Jerusalén fue reemplazada por Antioquía de Siria como el centro del ministerio, y Pedro fue reemplazado por Pablo como líder de la obra de Dios.

HECHOS 12

Aquí leemos una de las últimas referencias al ministerio de Pedro entre los primeros cristianos. En el capítulo 13 Pablo asume el escenario central y ya no encontramos de nuevo a Pedro sino cuando da su testimonio (respaldando a Pablo) en el capítulo 15. Aquí, en el capítulo 12, vemos varios poderes diferentes obrando.

I. El poder de Satanás (12.1–4)

Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, era, como sus antecesores, un homicida. Los Herodes eran edomitas, descendientes de Esaú. En cierto sentido vemos a Esaú persiguiendo de nuevo a Jacob, porque «Jacobo» es simplemente otra forma del mismo nombre Jacob. Esta persecución es un cuadro del tiempo de tribulación que los judíos soportarán en los últimos días. Léase de nuevo Mateo 20.20–23, en donde a Jacobo y a Juan se les promete un bautismo de sufrimiento. Jacobo fue el primero de los apóstoles sacrificado y Juan, quien vivió una larga vida, soportó gran sufrimiento (Ap 1.9). Cristo les había prometido a los apóstoles que sufrirían persecución. Lo mismo ocurrirá con todos los que procuren hacer la voluntad de Dios.

Es interesante notar que los apóstoles no reemplazaron a Jacobo, como hicieron con Judas en el capítulo 1. Debido a que se había rechazado el reino prometido, los apóstoles no «se sentarían en doce tronos» en ese reino (Mt 19.28). Este es otro indicio de que se había revelado un nuevo plan. Hay una lección práctica aquí: cuando Satanás quiere estorbar la obra de la Iglesia, persigue a Pedro y a Jacobo. Acosa a los mejores cristianos y procura obstaculizar su obra. ¿Somos la clase de cristianos que Satanás quiere atacar? Es significativo que Pedro fue librado, en tanto que se permitió que Jacobo muriera. Dios tiene un propósito único para cada uno de los suyos.

II. El poder de la oración (12.5–19)

La palabra «pascua» en el versículo 4 se refiere a esa festividad. La ceremonia duraba ocho días, después de la cual Herodes prometió matar a Pedro para complacer a los judíos. Por motivos de seguridad, asignó a cuatro grupos, de cuatro guardias cada uno, para que lo vigilaran. Dos guardias estaban siempre a su lado y dos en la puerta de la celda. «Pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él» (v. 5). ¡Cómo emocionan esas palabras al creyente! Cuando Satanás hace lo peor, los cristianos pueden volverse a Dios en oración y saber que Él obrará.

¿Cómo podía Pedro tener tanta paz cuando sabía que le quedaba tan solo un corto tiempo de vida? Es cierto que la oración de la iglesia le ayudó, pero la promesa de Cristo en Juan 21.18–19 debe haberle sostenido. Pedro sabía que no moriría sino hasta que fuera viejo y que esa muerte no sería a espada (como en el caso de Jacobo, v. 2), sino por crucifixión. La fe en la Palabra de Dios le dio paz. Si tan solo confiáramos en las promesas de Cristo, tendríamos la misma paz en medio de la tribulación.

El ángel libró a Pedro, pero nótese que no hizo por el apóstol lo que él mismo podía hacer. El ángel le libró de las cadenas y le condujo fuera de la cárcel, pero le dijo a Pedro que se calzara sus zapatos, que se vistiera y que le siguiera. Cuando Pedro estuvo seguro fuera, el ángel le dejó que tomara su propia decisión. Podemos esperar que Dios haga lo imposible si obedecemos y hacemos lo posible.

No debemos subestimar el poder de una iglesia que ora. Oraban con fervor (v. 5), con claridad y valentía. A pesar de su incredulidad, cuando Pedro apareció, Dios honró sus oraciones y fue glorificado. Cuando Rode oyó que llamaban a la puerta, contestó por fe; porque de acuerdo a todo lo que sabía, ¡podría haber habido allá afuera una compañía de los soldados de Herodes, listos para arrestarlos!

El Jacobo mencionado en el versículo 17 es el hermano de Cristo, quien, al parecer, llegó a ser el anciano principal en la asamblea de Jerusalén (véase el cap. 15). No lo confunda con el hijo de Alfeo, o el Jacobo que mató Herodes. Véanse también Hechos 21.18 y Gálatas 1.19 y 2.9. La partida de Pedro sigue siendo un misterio: se fue «a otro lugar» (v. 17) y no sabemos cuál era. Salió de la escena (aunque siguió predicando, por supuesto) para dar lugar a Pablo y su mensaje de la Iglesia.

III. El poder de la ira de Dios (12.20–23)

La relación entre las ciudades costeras de Tiro y Sidón y Galilea provenía desde los días de Salomón (1 R 5.9ss). Herodes, como el anticristo que aparecerá un día, se exaltó a sí mismo y tomó el lugar de Dios. La gente adoraba a Herodes y le honraba estrictamente por ganancia personal y un día el mundo recibirá y adorará al anticristo para que lo alimente y proteja. Dios le hirió con una muerte terrible. Nótese que el ángel que «golpeó» a Pedro en el versículo 7 trajo salvación; pero cuando hirió a Herodes trajo condenación. Dios aborrece el orgullo y no permitirá que nadie tome su gloria. Léase Daniel 11.36 y 2 Tesalonicenses 2.3–8 para ver cómo Herodes tipifica el hombre de pecado que vendrá, el anticristo.

IV. El poder de la mano de Dios (12.24–25)

¡Qué contraste! El gran Herodes fue comido de gusanos, «pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba» (v. 24). Cuando Satanás ataca como homicida (cuando mató a Jacobo, por ejemplo) o como mentiroso (vv. 20–23), la Palabra de Dios puede vencer y dar victoria. Jacobo estaba muerto, pero la obra de Dios seguía adelante, porque vemos a Pablo, Bernabé y su ayudante, Marcos, de regreso a Antioquía después de su ministerio a los santos pobres en Jerusalén (véase 11.27–30). Marcos tenía una casa piadosa, porque fue en la casa de su madre que los creyentes se habían reunido para orar (12.12). Era primo de Bernabé (Col 4.10) y más tarde fue la causa de contención entre Pablo y Bernabé. Escribió el Evangelio de Marcos y con el tiempo se ganó la aprobación de Pablo (2 Ti 4.11), a pesar de que le había fallado en sus años tempranos (13.13).

No nos dejemos nunca asustar por las estridentes voces de los líderes del mundo de Satanás. Su día viene. La Palabra de Dios nunca fallará y es nuestra responsabilidad predicar y enseñar la Palabra hasta que Cristo vuelva.

HECHOS 13

Ahora empezamos la tercera y final sección de Hechos, «el período del triunfo» (caps. 13–28), durante el cual el evangelio de la gracia de Dios se predicó al mundo romano y se establecieron las iglesias locales mediante el ministerio de Pablo y de otros. Presenciamos, como si así fuera, un nuevo principio de un nuevo ministerio desde un nuevo centro espiritual: Antioquía de Siria. Leemos del primer viaje misionero de Pablo y su primer sermón. Escuchamos por primera vez en Hechos la maravillosa palabra «justificados» (13.39).

I. En Antioquía: llamados por el Espíritu (13.1–3)

Téngase en cuenta que el centro de operación de la iglesia se ha movido de Jerusalén y de los judíos a Antioquía y a los gentiles (Hch 11.19–30). No confunda Antioquía de Siria, la «iglesia madre» de Pablo, con Antioquía de Pisidia (13.14–52). Nótese que mientras los siervos de Dios ministraban en esta iglesia local, Dios llamó a dos de ellos (el primero y el último nombre de la lista del versículo 1; y pronto el último llegaría a ser el primero) a un ministerio mundial. Los siervos fieles en su iglesia local son los que Dios usa en otras partes.

«Profetas» (v. 1) significa profetas del NT (Ef 4.11). Estos hombres hablaban por Dios y el Espíritu los guiaba directamente. Ahora que tenemos la Palabra escrita de Dios no tenemos profetas en la Iglesia. Algunos sugieren que Simón fue el hombre que cargó la cruz de Cristo (Mc 15.21) y también el padre de Alejandro y de Rufo. Manaén era «hermano adoptivo» del Herodes que mató a Juan el Bautista. No muchas personas de la nobleza son llamadas, pero gracias a Dios, ¡algunos en efecto hallan a Cristo!

Los versículos 1–3 describen el programa del NT para enviar misioneros: (1) Dios llama a los que escoge; (2) la iglesia certifica este llamado; (3) la iglesia y el Espíritu envían a los misioneros, respaldándolos con oración y sostenimiento financiero. Es correcto que los misioneros informen a sus iglesias (14.26–28). Tampoco es antibíblico que las iglesias locales se unan y organicen agencias para enviar misioneros.

II. En Chipre: oposición del diablo (13.4–12)

En la parábola de la cizaña (Mt 13.24–30, 36–43) Cristo prometió que dondequiera que se planten hijos de Dios, Satanás plantará falsificaciones. Esto fue lo que ocurrió en la primera parada de los misioneros. Satanás vino en la persona de un judío apóstata, un falso profeta, un hijo del diablo (v. 10). En el poder del Espíritu Pablo hirió con ceguera al engañador. ¿No es esto parecido a la nación de Israel, ahora herida con ceguera? Véase Romanos 11.25. Nótese que aquí «Saulo» usa su nombre más conocido: «Pablo», que significa «pequeño».

III. En Perge: deserción de Marcos (13.13)

Nótese que ya no es «Bernabé y Saulo» (v. 2), sino «Pablo y sus compañeros». No estamos seguros de por qué Marcos dejó al grupo, pero Pablo consideró su acción una deserción (véase 15.38). ¿Fue debido a que Pablo había llegado a ser prominente y el primo Bernabé ya no era el líder? ¿Fue por las situaciones peligrosas que se vislumbraban? ¿Fue porque el joven echaba de menos su hogar? Cualesquiera que fueran las razones, su acción posteriormente haría que los dos misioneros se separaran, aunque más tarde Pablo perdonó y recibió a Marcos (2 Ti 4.11). ¡Qué maravilloso es que Dios nos dé otra oportunidad! Más de un siervo de Dios ha fallado al principio de su ministerio, para sólo más tarde tener éxito.

IV. En Antioquía de Pisidia: recibidos por los gentiles (13.14–52)

¿Por qué Pablo iba a la sinagoga judía cuando su misión especial era a los gentiles? Por varias razones: (1) sabía que en la sinagoga los judíos le oirían y este era el lugar lógico para empezar; (2) tenía una carga especial por su pueblo (Ro 9.1–3; 10.1); (3) quería que su nación oyera la Palabra de Dios y así quedara sin excusa.

En este sermón afirmó que Cristo vino «al judío primeramente» (vv. 23–27, 46), pero se cuidó de asegurar que la salvación es para «todo aquel que cree» (v. 39). En los versículos 17–22 Pablo mostró cómo el AT fue una preparación para Cristo. En los versículos 23–27 bosquejó la vida y muerte de Cristo, probando su resurrección y destacando que Israel («los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes» (v. 27), rechazaron a su Mesías. Los versículos 38–41 dan una conclusión personal del mensaje, mostrando que la salvación no era por medio de la obediencia a la ley, sino mediante la fe en Cristo. La advertencia en los versículos 40–41 viene de Habacuc 1.5. La «obra» a que se refiere aquí es el programa de Dios para salvar a los gentiles. ¡Qué increíble debe haber parecido esto a los judíos! Cuando el profeta Habacuc dijo estas palabras, el gobernador gentil Nabucodonosor estaba subiendo en poder e invadiría nación tras nación. Pablo usó estas palabras para advertir a los judíos que, si no creían y recibían el evangelio, perecerían al igual que el Israel incrédulo de días pasados. Predicaba el evangelio de la gracia de Dios (v. 43), el mensaje que debemos proclamar hoy.

¿Cuáles fueron los resultados? Algunos judíos y gentiles prosélitos creyeron de inmediato. Es obvio que esta gente religiosa, entendidas en las Escrituras, sería la mejor preparada para recibir el mensaje. La siguiente semana la ciudad entera se congregó. Esto quiere decir que los creyentes gentiles habían esparcido la Palabra entre sus amigos, de modo que la mayoría de la congregación ese día de reposo era gentil. Esto provocó a celos a los judíos y estorbaron el ministerio de Pablo, de modo que él los dejó y se volvió a su ministerio entre los gentiles. En el versículo 46 explicó su acción; de acuerdo al programa de Dios delineado en el AT era necesario que la Palabra fuera primero a los judíos, pero ahora que estos habían demostrado (como sus hermanos en Jerusalén) que no eran dignos, el mensaje iría a los gentiles. Pablo citó Isaías 49.6, donde Dios dice que Cristo (el «te he puesto» no se refiere a Pablo) era Luz para los gentiles. Véase también Lucas 2.29–32.

No «diluya» la frase del versículo 48 que indica que algunos «estaban ordenados para vida eterna». La palabra griega realmente significa «matriculados», y tiene la idea de nombres escritos en un libro. En tanto que la salvación es por gracia, por la fe, hay también la obra misteriosa de Dios por la cual somos «escogidos en Cristo» (Ef 1.4). No sabemos quiénes son los elegidos de Dios, de modo que ofrecemos el evangelio a todos y tenemos la confianza de que el Espíritu obrará.

Por supuesto, donde la semilla está llevando fruto, Satanás viene para oponerse; y nótese que puede usar a la «gente religiosa» para hacer su obra. El cristianismo verdadero no persigue a nadie, pero la gente religiosa ha perseguido y asesinado en el nombre de Cristo. (Véanse en 2 Timoteo 3.11 los comentarios de Pablo acerca de la persecución.) La oposición no detuvo a Pablo y sus asociados; llenos de gozo y del Espíritu Santo continuaron ministrando la Palabra.

HECHOS 14

Este capítulo registra la conclusión del primer viaje misionero de Pablo. Tal vez quiera ver un mapa y trazar usted mismo el curso.

I. Los misioneros sufren por Cristo (14.1–20)

Dondequiera que se predique el evangelio y algunos crean, habrá división y disturbios. Véanse Juan 7.43; 9.16; 10.19 y Lucas 12.49–53. Incluso hoy muchos cristianos sufren en su mismo hogar debido a seres queridos que rechazan a Cristo. Pero la oposición no detuvo a Pablo y a Bernabé; en vez de eso, se quedaron en la ciudad y continuaron predicando. Dios honró su fe al darles señales y prodigios. Estos milagros probaban que Pablo era un apóstol de Dios (2 Co 12.12) y causarían efecto en los judíos (véase 1 Co 1.22) y gentiles (Ro 15.18,

19). Cuando los hombres descubrieron un complot para apedrearlos, salieron y se fueron a Listra y a Derbe, y allí predicaron la Palabra. Véase Mateo 10.23.

En Listra Pablo pudo realizar un gran milagro al sanar a un cojo muy conocido. Es interesante comparar los ministerios de Pedro y Pablo en este punto: ambos curaron a un cojo (3.1–8; 14.8–12); ambos lidiaron con impostores satánicos (8.18–24; 13.4–12); a ambos lo liberaron milagrosamente de la cárcel (12.5–10; 16.25–29); ambos resucitaron muertos (9.40; 20.12); ambos realizaron milagros especiales (5.15, 16; 28.8).

Este milagro lo aceptaron los ciudadanos paganos como prueba de que Pablo y Bernabé eran sus dioses que habían descendido a la tierra; a Bernabé llamaban «Júpiter» (o Zeus, el dios principal) y a Pablo «Mercurio» (o Hermes, el mensajero de los dioses). El sacerdote local de Júpiter estuvo listo para ofrecer sacrificios cuando los misioneros públicamente les detuvieron. Pablo aprovechó la situación para predicar la Palabra a la multitud. Nótese que no usó las Escrituras del AT como lo hacía en los cultos de las sinagogas, sino que razonó con estos gentiles sobre la base de las obras de Dios en la creación. Compare este sermón (que se resume aquí en los versículos 15–17) con el mensaje de Pablo en Atenas (17.16–34) y sus declaraciones en Romanos 1.20ss. Las obras de Dios en la naturaleza dejan a los paganos «sin excusa».

El mensaje de Pablo fue rechazado y la gente le apedreó y le dejó por muerto. Nos preguntamos si Pablo recordaba el día cuando dirigió a los judíos para que apedrearan a Esteban. «Una vez fui apedreado», escribiría más tarde (2 Co 11.25); y en Gálatas 6.17 menciona las «marcas» que llevaba en su cuerpo debido a sus sufrimientos por Cristo. Algunos creen que Pablo en realidad murió y que por un milagro resucitó de los muertos, y sugieren que su experiencia en «el tercer cielo» ocurrió en esta ocasión (2 Co 12.1–4). Años más tarde Pablo le recordaría a Timoteo de estos sufrimiento (2 Ti 3.11). Es probable que Timoteo se haya convertido en este momento (véase Hch 14.6 con 16.1).

II. Los misioneros confirman las iglesias (14.21–24)

La evangelización no es suficiente; se debe estimular y enseñar la Palabra. Es por eso que Pablo establecía iglesias locales dondequiera que Dios le guió. La iglesia local es el lugar donde el creyente debe recibir una dieta confiable de alimento espiritual, hallar compañerismo cristiano y descubrir oportunidades para el servicio. Agradecemos a Dios por las muchas excelentes organizaciones y programas evangelizadores que están hoy ganando almas, pero ninguno puede reemplazar a la iglesia local.

Con valentía, los misioneros regresaron a las mismas ciudades donde sus vidas habían estado en peligro. No es de asombrarse de que posteriormente tuvieron la reputación de ser hombres que habían «expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (15.26). Pablo y Bernabé no pensaban en ellos mismos, sino en los nuevos cristianos que necesitaban ayuda y dirección espiritual. En este momento estaban sólo a doscientos cincuenta kilómetros del hogar de Pablo en Tarso y quizás a él le hubiera encantado visitar de nuevo su hogar; sin embargo, puso a un lado sus deseos para servir al Señor. También, en el viaje de regreso a Antioquía, pasaron por alto a Chipre, que era el hogar de Bernabé.

Pablo y Bernabé designaron ancianos en las iglesias. La palabra griega que se traduce «constituyeron» (v. 23) tiene un significado doble: significa tanto «designar» como «elegir por voto popular». Es evidente que los apóstoles seleccionaron a los mejores candidatos (véanse las cualidades en 1 Ti 3; Tit 1.5ss) y luego la iglesia entera votó según el Espíritu les guió. De esta manera debe ser el gobierno de la iglesia. Nada hay en la Biblia acerca de una jerarquía entre los líderes de la iglesia. Si usted compara Tito 1.5, 7 y Hechos 20.17, 28, verá que los términos «obispo» y «anciano» se refieren al mismo oficio, el de pastor. Pablo no ordenó a los ancianos sino en el viaje de regreso a las iglesias, como para dar la oportunidad de probar a los hombres. «No impongas con ligereza las manos a ninguno», advirtió (1 Ti 5.22).

III. Los misioneros informan a la iglesia madre (14.25–28).

En tanto que las juntas y denominaciones pueden ayudar en los aspectos técnicos y legales para enviar misioneros, la responsabilidad final recae sobre la iglesia local. Por eso Pablo y Bernabé informaron a los creyentes de Antioquía, desde donde los enviaron a «la obra» (véanse 13.2; 14.26; 15.38). ¡Qué bendición debe haber sido esa reunión, al informar estos primeros misioneros lo que Dios había hecho! Recuérdese que Hechos registra lo que Jesús «continuó haciendo y enseñando» después que regresó al cielo (1.2), de modo que la obra era realmente suya.

Al repasar este primer viaje misionero se puede ver los principios básicos que Pablo siguió al procurar llevar el evangelio al mundo. El Espíritu dirigía a Pablo en la obra, y es importante que sigamos estos mismos principios hoy.

A. Trabajó en ciudades clave.

En la mayoría de los lugares donde Pablo trabajó eran ciudades importantes de varias provincias. Pablo no se quedó en algún rincón aislado; atacó los grandes centros de población. Allí fue donde empezó su evangelización estratégica. Luego sus convertidos alcanzaron las ciudades más pequeñas del área.

B. Estableció iglesias locales.

Su ministerio no fue un espectáculo del hombre orquesta, ni tampoco tuvo una sede central desde donde decirles a otros lo que debían hacer. Ganó almas para Cristo y luego las organizó en iglesias locales que tenían sus propios líderes. Por supuesto, esto significaba enseñar a la gente la Palabra y edificarlos en la fe. Hoy tenemos muchos «ministerios de respaldo» que son vitales (escuelas, hospitales, radio, programas de televisión, etc.), pero todos deben ayudar a ganar a los perdidos y edificar las iglesias.

C. Enseñó a los creyentes cómo hacer el trabajo.

Pablo sabía que los misioneros debían al final hacerse innecesarios. Debían preparar a los nuevos convertidos para que desarrollaran su ministerio. Después de todo, cien personas en una iglesia local pueden hacer cien veces el trabajo que cualquier misionero puede hacer, y conocen y hablan el lenguaje y la cultura de su gente. Diez años más tarde, escribiendo a los romanos (Ro 15.19, 23), Pablo pudo decir ¡que el área entera había sido evangelizada! ¿Cómo lo hizo? Ganó a otros, estableció iglesias y preparó a los cristianos en cómo hacer el trabajo. Véase otro ejemplo en 1 Tesalonicenses 1–2.

Nuestro propósito es evangelizar, lo que simplemente significa dar a tanta gente como sea posible por lo menos una oportunidad de oír el evangelio. Sabemos que no todos se salvarán, pero debemos darle a todos al menos una oportunidad de oír de Cristo y la cruz. Pablo evangelizó al mundo romano sin imprenta, sin estación de radio o televisión, sin aviones y sin ninguno de los artefactos modernos de los que

disponemos. ¡Cuánto más debemos ser capaces de lograr en este día de maravillas científicas! «Al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá» (Lc 12.48).

HECHOS 15

I. La disensión en Antioquía (15.1,2)

Dondequiera que la obra de Dios progresa, Satanás empieza a oponérsele y usualmente trabaja por medio de mentiras. Muchas iglesias hoy en día son ineficaces debido a que creen «mentiras religiosas» en lugar de creer la Palabra de Dios. Ciertos fariseos de la iglesia de Jerusalén (vv. 5, 24) habían llegado a Antioquía y les habían dicho a los creyentes gentiles que sus salvación no era válida a menos que se circuncidaran y obedecieran la Ley de Moisés. Sin duda, ¡Pablo nunca predicó tal cosa! (véase 13.38–40). Pablo y Bernabé disputaron con ellos, y se decidió llevar la cuestión a los apóstoles y ancianos de Jerusalén. Esta fue una decisión puramente voluntaria y de ninguna manera indica que se haya querido indicar que una «jerarquía denominacional» gobierne los asuntos de la iglesia local. En realidad Dios le ordenó a Pablo expresamente que fuera a Jerusalén; véase Gálatas 2.1, 2: «subí según revelación» (Gl 2.2), lo que en sentido literal significa «subí en obediencia a, o guiado por, una revelación divina». Dios quería que Pablo dejara establecido de una vez por todas el lugar de los gentiles en su programa.

Era fácil para estos creyentes judíos confundirse con el programa de Dios. Conocían la enseñanza del AT de que los gentiles se salvarían únicamente mediante Israel. Los únicos gentiles salvos que la iglesia de Jerusalén había visto fueron los que Pedro, y no Pablo, ganó, y esto fue un acto especial de Dios (Hch 11.18). Las noticias viajaban con lentitud en esos días, y no sabían todo lo que Dios había hecho a través de Pablo y Bernabé en su viaje misionero. Estos hombres eran sinceros, pero estaban sinceramente equivocados. Como Pablo explica en Gálatas 2.6ss, predicaban el «evangelio», pero era un evangelio incompleto. Creían en la muerte y resurrección de Cristo, pero no habían progresado lo suficiente como para ver el programa de Dios para los gentiles por medio del apóstol Pablo.

II. La deliberación en Jerusalén (15.3–21)

Al parecer hubieron por lo menos cuatro reuniones diferentes en esta conferencia estratégica: (1) una reunión pública durante la cual la iglesia dio la bienvenida a Pablo y a sus acompañantes (v. 4); (2) una privada entre Pablo y los líderes clave (Gl 2.2); (3) una segunda reunión pública en la cual el poderoso partido judío presentó su caso (Hch 15.5; Gl 2.3–5); y (4) el concilio propiamente en el cual se tomaron las decisiones (Hch 15.6ss). Léase con cuidado Gálatas 1–2, puesto que anota el informe de Pablo sobre el asunto.

El debate continuó y no hubo ningún progreso a la vista sino hasta cuando Pedro se levantó y pronunció su discurso. Es interesante notar que lo último que hace en Hechos es secundar a Pablo y su ministerio, tanto como lo hacen sus últimas palabras escritas (2 P 3.15, 16). Pedro repasó los tratos de Dios con él en relación a los gentiles (Hch 10–11), haciendo hincapié en que Dios los había aceptado al darles el mismo Espíritu que a los judíos en Pentecostés. Fueron salvos por fe (v. 9) y gracia (v. 11). Nótese lo que dice en el versículo 11: «Por la gracia del Señor Jesús seremos salvos [nosotros, los judíos], de igual modo que ellos». No es: «ellos deberían ser salvos de igual modo que nosotros», sino lo inverso. ¡No sólo que la ley no se aplicaba a los gentiles, sino que ya ni era aplicable a los judíos! «Por gracia, por fe» es el mensaje, y no «obedezcan a Moisés y circuncídense».

Pablo y sus acompañantes fueron los siguientes testigos y sus informes de la obra de Dios entre los gentiles silenció por completo a la oposición. Luego Jacobo tomó la palabra y dio la decisión final. Este Jacobo es el hermano del Señor que había llegado a sustituir a Pedro como líder de la iglesia de Jerusalén. Sus palabras en los versículos 14–21 deben entenderse si la iglesia ha de desarrollar el programa de Dios en esta edad. ¿Qué está haciendo Dios hoy? Está tomando de los gentiles para formar un pueblo para su nombre. Judío y gentil se hallan al mismo nivel como los pecadores delante de Dios, y el programa «al judío primeramente» ya no se aplica.

Pero, ¿qué de las promesas a los judíos tocantes al reino? Jacobo contestó esto en los versículos 15–17, citando de Amós 9.11, 12. Nótese que Jacobo no dijo que el llamamiento de los gentiles es un cumplimiento de la profecía de Amós, porque no se profetiza de la Iglesia en ninguna parte del AT. Jacobo dijo que las palabras de Amós concuerdan con este nuevo programa; después de todo, cuando la plenitud de los gentiles sea salva, Cristo volverá y edificará de nuevo la casa de David («tabernáculo» significa «casa» o «familia», 2 S 7.25–29) y establecerá el reino. Léanse Romanos 9.29–33 y 11.1–36 para ver la explicación de Pablo de este nuevo programa. Romanos 11.25 es clave: «Ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles». Cuando se salve el número completo de gentiles, la Iglesia será arrebatada, siguiendo luego un tiempo de tribulación por siete años, durante los cuales Israel será purgada. Finalmente, Cristo volverá a la tierra para restaurar el trono de David.

III. La delegación a los gentiles (15.22–35)

El concilio estuvo de acuerdo con esta decisión y escribió cartas al respecto a las iglesias gentiles, enviándolas con Pablo y sus acompañantes. Estas admoniciones no fueron dogmas oficiales impuestos por un cuerpo superior; fueron sugerencias sabias que hombres espirituales habían recibido según les guió el Espíritu Santo. Compárese los versículos 25 y 28. Estas prohibiciones no eran otra «ley», sino más bien admoniciones que ayudarían a los cristianos gentiles en su relación con los judíos, tanto salvos como no salvos. Compárese el versículo 29 con Génesis 9.1–5.

Era correcto que Pablo y sus acompañantes fueran los portadores de este informe a su iglesia madre. Después de todo, ¿no los había usado Dios para abrir la puerta de la fe a los gentiles? ¿No habían arriesgado sus vidas por causa del evangelio? Cuando regresaron, se reunieron con toda la iglesia y hubo mucho regocijo por la decisión del concilio.

La tragedia es que la decisión del concilio de Jerusalén muy rara vez se le hace caso hoy en día. Demasiadas iglesias todavía están siguiendo el énfasis de la primera parte de Hechos, procurando «traer el reino». Otros tratan de «mezclar a Pedro y a Pablo» mediante extrañas combinaciones de la ley y la gracia, de Israel y la Iglesia. Es tiempo de que empecemos a escuchar al mensajero escogido para los gentiles, el profeta especial de Dios para la Iglesia, el apóstol Pablo. Hay una maldición pronunciada sobre cualquiera que no predique el evangelio de la gracia de Dios (Gl 1.6–9) y esto no se aplica nada más que a los intérpretes «modernistas» del evangelio. Se aplica también a las iglesias donde la Palabra de Dios no se expone correctamente y donde la verdad del reino se mezcla con la verdad de la Iglesia.

IV. La disputa entre Pablo y Bernabé (15.36–41)

Es triste cuando los cristianos están de acuerdo en doctrina (v. 12), pero no personalmente. Puesto que era pariente de Marcos, Bernabé tenía la obligación de ayudar al joven; pero Pablo pensaba que Marcos era un fracaso. Tal vez ambos hombres fueron demasiado severos,

porque más tarde Pablo aceptó a Marcos (2 Ti 4.11) y Dios lo usó para escribir el segundo Evangelio. Mientras que Pablo y Bernabé ministraban en Antioquía, Pedro había venido y debatido con Pablo otra vez respecto a los gentiles. Léase Gálatas 2.11–21 y note que incluso Bernabé fue «arrastrado» por la hipocresía judía. Esta puede haber sido otra razón por la cual Pablo escogió a Silas al empezar su segundo viaje misionero, porque Silas había sido un servidor fiel (véase 15.22, 32). Las diferencias entre los siervos de Dios no estorban su obra. «Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo» (1 Co 12.5).

HECHOS 16

I. Nuevos ayudantes (16.1–5)

Usted debe leer 15.36–41 para ver cómo Bernabé y Pablo dieron por terminada su sociedad misionera y seleccionaron nuevos acompañantes. Según Pablo, Juan Marcos había fallado; pero Bernabé, siendo pariente de Marcos, estaba dispuesto a darle al joven otra oportunidad. Lamentamos las diferencias entre creyentes, pero estamos agradecidos de que Dios puede anular aun los errores de los hombres para la gloria de Él.

Silas había sido un hombre clave en la asamblea de Jerusalén (15.22) y era un profeta (15.32). Había participado con Pablo en el ministerio en Antioquía, de modo que no eran extraños el uno para el otro. Timoteo, que tomó el lugar de Juan Marcos, era un joven que recibió la salvación cuando Pablo visitó a Listra en su primer viaje misionero (14.6–22). Timoteo presenció los sufrimientos de Pablo en Listra (2 Ti 3.10, 11) y demostró ser digno del servicio cristiano. Pablo quería mucho a Timoteo; Pablo le llamó «mi hijo en la fe» (1 Ti 1.2). Si los cristianos de más edad y maduros no «adoptan» a los jóvenes creyentes, ¿quién ocupará las filas cuando Dios llame al cielo a los «veteranos»? Véase en 2 Timoteo 2.1–2 las instrucciones de Pablo sobre este asunto. A Timoteo lo criaron una madre y abuela piadosas (2 Ti 1.5; 3.15). Los profetas de la Iglesia, con visión espiritual, predecían grandes cosas para este joven (1 Ti 1.18; 4.14). Filipenses 2.19–23 indica con cuánta fidelidad sirvió Timoteo a Pablo en Filipos.

La circuncisión de Timoteo no tenía nada que ver con su salvación (Gl 2.1–4). Este no fue un acto de desobediencia al concilio (Hch 15.1ss). Se hizo, más bien, para eliminar un tropezadero entre los judíos a los que Pablo y Timoteo ministrarían (1 Co 9.20). Siendo hijo de padre gentil y madre judía, Timoteo no tenía que circuncidarse; pero como hijo de Dios no quería hacer nada que sirviera de tropiezo a los judíos.

II. Nuevas oportunidades (16.6–12)

Vea en su mapa los lugares mencionados en los versículos 6–8. Pablo y su grupo ministraron la Palabra en esas ciudades, pero el Espíritu no les permitió que fueran hacia el este, a Bitinia. «Asia», en el versículo 6, no significa el continente que nosotros conocemos hoy; más bien era el área que hoy llamamos Asia Menor. Sin embargo, si Pablo hubiera ido hacia el oriente, a Bitinia, y continuado en esa dirección, esa zona hubiera recibido el evangelio antes que Europa. Nótese que Pablo ministró en esas áreas (1 P 1.1).

Pablo era sensible a la dirección del Espíritu. Hechos es verdaderamente los «Hechos del Espíritu Santo», puesto que Él estaba obrando en la vida de los apóstoles. Dios le dio a Pablo una visión en la cual le instruyó a cruzar el mar Egeo e ir a Macedonia. Algunos piensan que Lucas (el autor de Hechos) fue el hombre que vio en la visión, debido a que en el versículo 10 dice «procuramos» en lugar de referirse a «ellos». En cualquier caso, el doctor Lucas se les unió en Troas. Véase también 20.6, 7.

III. Nuevos cristianos (16.13–40)

Filipos era una colonia romana, nombrada así en honor a Felipe de Macedonia, quien conquistó esa área en el siglo cuatro a.C. Las colonias romanas eran en realidad «Romas en pequeño», ciudades que seguían las leyes y costumbres romanas; y la indicación es que no había muchos judíos en el área, porque no tenían sinagoga. En su ministerio aquí en Filipos Pablo encontró tres clases diferentes de pecadores y los vio ganados para Cristo:

A. Una mujer religiosa con corazón abierto (vv. 13–15).

Pablo inició su ministerio en Europa ¡asistiendo a una reunión de oración de mujeres! Lidia era una comerciante acomodada que se había convertido de la idolatría pagana y adoraba al Dios de Israel. Dios no sólo abrió las puertas para que Pablo viniera a Europa, sino que también abrió el corazón de Lidia y ella fue salvada. Lidia contó el mensaje a los demás de su familia y ellos también fueron salvados. El hecho de que Pablo hizo bautizar a estos nuevos convertidos gentiles es evidencia de que estaba cumpliendo la comisión de Mateo 28.19, 20. El término «familia» (v. 15) implica que los familiares (y los esclavos), quienes comprendieron la Palabra, creyeron, se salvaron y después se bautizaron. No hay evidencia de que se bautizaran niños, ni aquí ni en ningún otro lugar de Hechos.

B. Una muchacha esclava con corazón poseído (vv. 16–18).

Pablo y sus compañeros se quedaron en la casa de Lidia y fueron a las reuniones de oración con ella. Satanás siempre está disponible para oponerse a la obra del Señor y en este casó usó una muchacha esclava. Nótese que sus palabras parecían amigables para los apóstoles, como si promoviera la obra del Señor. Satanás vino como ángel de luz, usando elogios (2 Co 11.13–15); pero Cristo nunca necesita su ayuda para promover el evangelio. Este testimonio era un obstáculo, no una ayuda; y Pablo lo detuvo. En la próxima sección vemos cómo Satanás la serpiente se convierte en Satanás el león, echando a los apóstoles en la cárcel.

C. Un hombre de duro corazón (vv. 19–40).

No hace falta mucha imaginación para ver que este carcelero romano era un oficial típico encallecido, que no tenía ninguna simpatía por el hombre ni interés en Cristo. Aun cuando a Pablo y Silas los humillaron y azotaron, el carcelero aumentó sus sufrimientos al echarlos en el calabozo de más adentro y al ponerles sus pies en el cepo. Luego se fue a atender sus asuntos y finalmente se retiró a dormir por la noche.

Pero «de noche su cántico estará conmigo» (Sal 42.8; cf. 77.6) y Pablo y Silas ¡alababan a Dios en lugar de quejarse! ¡Qué testimonio fue esa reunión! A medianoche Dios obró y sacudió la cárcel de modo que todos los prisioneros quedaron libres. Si un carcelero romano perdía un prisionero significaba que le quitaban su vida; de modo que no sorprende que el carcelero, al despertarse, trató de suicidarse. Este es Satanás el homicida obrando de nuevo; porque si Pablo no hubiera clamado y detenido al carcelero, este hubiera muerto y se hubiera ido al infierno. Pero según ocurrió, el amor de Pablo y la gracia de Dios tocaron el corazón del hombre y él se convirtió.

Es en este pasaje que se refuta la llamada «salvación de familia». Los hijos no pueden salvarse simplemente porque sus padres lo son, ni tampoco se debe bautizar niños que no han creído en Cristo. La promesa de salvación fue para toda la casa (familia) del carcelero (v. 31); toda la familia oyó la predicación (v. 32); y toda la familia se bautizó (v. 33); pero ¡debido a que toda la familia creyó! (v. 34). Por más que echemos a volar la imaginación no se puede concebir que los infantes comprendieron la Palabra y creyeron. El carcelero demostró que se había convertido verdaderamente al lavarles las heridas a los discípulos y darles de comer en su casa. Cuando un hombre le abre el corazón a Cristo, se abre también su hogar.

Algunos cristianos se quedan perplejos por las acciones de Pablo en los versículos 35–40. ¿Por qué humilló a los funcionarios romanos al exigir que arreglaran abiertamente el caso? Pablo simplemente estaba haciendo uso de su ciudadanía romana y de sus derechos legales para dar el respeto apropiado al evangelio y a la nueva iglesia que se acababa de establecer. Si Pablo hubiera dejado en silencio la ciudad, sus habitantes hubieran pensado que había sido culpable; y esto hubiera estorbado el trabajo de la iglesia. No; no es incorrecto que los cristianos usen sus derechos legales, en tanto y en cuanto promueve la causa de Cristo. Esta disculpa oficial y solución abierta del caso (porque a Pablo se le había despojado de sus derechos legales) le dio dignidad al evangelio y a la iglesia. La iglesia de Filipos siempre fue una favorita de Pablo, como se puede ver al leer su carta a los Filipenses. El núcleo de esa iglesia estaba constituido por una mujer acomodada, una muchacha esclava y un carcelero romano. Pero tal es la gracia de Dios: Cristo toma lo débil del mundo y confunde a lo fuerte.

HECHOS 17

Al continuar viajando con Pablo en su segundo viaje misionero le vemos en tres diferentes ciudades y vemos tres reacciones diferentes al evangelio.

I. Tesalónica: se oponen a la Palabra (17.1–9)

Tesalónica era una ciudad de mucho movimiento, situada en la carretera principal a Roma. Había muchos judíos en la ciudad, de modo que Pablo empezó (según su costumbre) en la sinagoga, discutiendo con ellos tres semanas. Les abrió las Escrituras, lo cual es el deber de todo el que predica o enseña la Palabra. (Véase Lc 24.32.) Algunos judíos creyeron; una multitud de griegos (judíos prosélitos) creyeron; y muchas de las mujeres líderes. Pero, como siempre es el caso, Satanás se opuso mediante los incrédulos.

Los judíos usaron «la chusma» del mercado para oponerse a Pablo. Los apóstoles se habían alojado con un tal Jasón, de modo que fue en casa de este que la chusma concentró sus ataques. Si es el mismo Jasón que se menciona en Romanos 16.21, era pariente de Pablo, lo cual explicaría su hospitalidad y la razón para el ataque. Nótese que la falsa acusación de la multitud es paralela a la que se hizo contra Cristo en Lucas 23.2. Si usted lee 1 y 2 Tesalonicenses (Pablo las escribió desde Corinto poco tiempo después) verá cuánta doctrina le dio Pablo a esa gente en pocas semanas. Les habló del reino venidero de Cristo, el levantamiento del hombre de pecado y muchas otras cuestiones importantes. Nunca debemos pensar que los nuevos creyentes son muy inmaduros como para recibir todo el consejo de Dios. El ministerio de Pablo debe haber sido muy eficaz, porque el enemigo ¡le acusó de haber trastornado al mundo!

II. Berea: reciben la Palabra (17.10–14)

Esa noche Pablo, Silas y Timoteo (v. 14) salieron para Berea, a sesenta kilómetros de distancia. Dejaban atrás una iglesia local que continuó testificando de Cristo. Es más, Pablo les felicitó por esparcir tan eficazmente el evangelio (1 Ts 1.6–10). Este es el verdadero modelo del NT: hacer convertidos, enseñarles (1 Ts 2) y desafiarles a que ganen a otros.

Berea estaba junto a un camino secundario, pero fue el lugar a donde Dios quiso que los misioneros fueran. ¡Qué refrescante debe haber sido encontrar judíos como los de Berea! Dios sabía que Pablo y sus compañeros necesitaban estímulo y refrigerio, y ellos lo encontraron en Berea. Hoy debemos seguir el ejemplo de los bereanos: (1) recibieron la Palabra; (2) fueron solícitos, preparados para la Palabra; (3) escudriñaron las Escrituras y sometieron a prueba lo que el predicador decía; (4) estudiaron diariamente la Palabra. Nótese el «así que» del versículo 12. Cuando la gente tiene la actitud de que se habla en el versículo 11, no puede hacer otra cosa sino creer en la Palabra. Esta es la actitud que siempre debemos tener.

Mientras que los cristianos tesalonicenses estaban ocupados esparciendo el evangelio, Satanás lo estaba provocando problemas; y envió unos cuantos de sus propios «misioneros» a Berea. ¡Cómo detesta Satanás la simple predicación de la Palabra! Pablo salió hacia Atenas, dejando a Silas y a Timoteo para que fortalecieran a los hermanos. Los dos hombres no fueron a Atenas para ministrar con él, según estaba planeado, sino que se le unieron más tarde en Corinto (18.5). La salida de Pablo en esta ocasión no fue por cobardía. Silas y Timoteo podían enseñar en la iglesia mientras que Pablo llevaba el mensaje a otras partes.

III. Atenas: se mofan de la Palabra (17.15–34)

Pablo llegó a Atenas como un turista ¡y se convirtió en un ganador de almas! Esta famosa ciudad era un centro de la religión y la cultura, pero todo lo que Pablo pudo ver fue pecado y superstición; un escritor antiguo dijo que era más fácil encontrar un dios en Atenas que a un hombre. Pablo discutía con los judíos en la sinagoga, pero tuvo muy poco o ningún éxito. Entonces, siguió el modelo de los maestros griegos y llevó su mensaje a la plaza pública (ágora) donde los hombres se reunían para discutir filosofía o transar negocios.

Dos filosofías principales controlaban la Atenas de ese tiempo. Los estoicos eran materialistas y casi fatalistas en su pensar. Su sistema se cimentaba en el orgullo y la independencia personal. La naturaleza era su dios y creían que toda la naturaleza avanzaba gradualmente hacia un gran clímax. Pudiéramos decir que eran panteístas. Los epicúreos deseaban placer y su filosofía se basaba en la experiencia, no en la razón. Eran casi ateos. Aquí tenemos dos extremos en filosofía y Pablo los enfrentó a ambos con el evangelio de Cristo. Los atenienses se burlaron de él, dijeron que era un «palabrero». Pensaron que estaba predicando dos nuevos dioses cuando habló de «Jesús y de la resurrección». («Resurrección» en griego es anastasia, y tal vez ellos tomaron esto como si fuera un nombre propio.) Los griegos le llevaron al Areópago, su corte oficial, también llamada la Colina de Marte. Allí Pablo predicó un gran sermón.

Empezó diplomáticamente diciendo: «En todo observo que sois muy religiosos». Llamó su atención a un altar dedicado «AL DIOS NO CONOCIDO», y usó este objeto para predicarles al Dios verdadero, acerca del cual ignoraban. Presentó en su sermón cuatro grandes verdades respecto a Dios:

A. Él es el Creador (vv. 24–25).

Los griegos creían diferentes teorías acerca de la creación e incluso se inclinaban a cierta forma de evolución. Pablo afirmó sin rodeos que Dios creó todo y no vivía en templos hechos por hombres. Dios da la vida a todo; en realidad el hombre no puede darle nada a Él.

B. Él es el Gobernante (vv. 26–29).

Fija los límites de las naciones. Por medio de su gobierno sobre las naciones procura que los hombres le busquen y le hallen. Pablo incluso citó a un escritor griego (v. 28) para mostrar que Dios es el que sustenta la vida. Esto no quiere decir que el poeta griego haya sido inspirado, sino más bien que su afirmación concuerda con la verdad divina. De nuevo Pablo con diplomacia destaca que sus templos e imágenes eran insensatez e ignorancia. ¡Necesitamos este recordatorio hoy!

C. Él es el Salvador (v. 30).

Pablo barre con la cultura griega llamándola «los tiempos de esta ignorancia». Los griegos no pudieron hallar a Dios a pesar de toda su sabiduría y cultura (véase 1 Co 1.18ss). Dios ha ordenado a los hombres en todas partes que se arrepientan; y si se arrepienten y creen, Él los perdonará.

D. Él es el Juez (v. 31).

Dios ha determinado un día de juicio y el Juez será su Hijo, Jesucristo. Dios lo demostró al levantarle de entre los muertos. Si confiamos en Cristo hoy, Él nos salvará; si le rechazamos, mañana Él nos juzgará.

Las reacciones de los oyentes fueron mixtas. Algunos se burlaron (esta es con frecuencia la actitud de la cultura y filosofía paganas); otros dejaron el asunto para más tarde; ¡pero algunos creyeron!

Este capítulo presenta tres actitudes diferentes hacia el evangelio, y encontramos estas actitudes en el mundo hoy. Algunas personas se oponen abiertamente a la Palabra; otros se mofan, burlan o posponen la toma de alguna decisión; y algunos reciben la Palabra y creen. Pablo persistió en seguir como siervo fiel y también debemos hacerlo nosotros «porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gl 6.9).

HECHOS 18

De Atenas Pablo se dirigió a Corinto, una de las ciudades más grandes de esa época. Era famosa por varias razones: Su alfarería y artesanía en bronce; sus grandes eventos deportivos que se comparaban con los juegos olímpicos; y su inmoralidad y perversidad. De una cuidad de cultura refinada, como Atenas, Pablo llevó el evangelio a la perversa ciudad de Corinto, ¡y por la gracia de Dios estableció allí una iglesia!

I. Pablo halla nuevos amigos (18.1–3)

Se acostumbraba que los padres judíos enseñaran a sus hijos un oficio, incluso si estos iban a ser rabíes. El oficio de Pablo era hacer tiendas, habilidad que usó lucrativamente para sostener su ministerio en Corinto (véase 1 Co 9.15). Fue por medio de su oficio que se encontró con una pareja cristiana, con la cual vivió y ministró mientras establecía la iglesia en Corinto. ¡Cómo se debe haber regocijado Pablo al tener compañerismo con estos santos! Pablo no tenía su propio hogar y sus viajes hacían difícil que tuviera compañerismo por mucho tiempo en algún lugar. Más tarde, Priscila y Aquila fueron con él a Éfeso, donde instruyeron a Apolos (vv. 18, 24–28). Tenían un grupo cristiano en su casa de Éfeso (1 Co 16.19), pero posteriormente Pablo los saludó en Roma (Ro 16.3). Ellos nos son buenos ejemplos de cristianos que abrieron sus corazones y sus hogares para servir al Señor.

En los versículos 24–28 hallamos a Aquila y Priscila explicando el evangelio de gracia al orador visitante, Apolos. Él conocía solamente el bautismo de Juan, lo que quiere decir que nunca había aprendido del bautismo del Espíritu y la fundación de la Iglesia. En lugar de abochornarlo en público, Priscila y Aquila le llevaron a casa y le enseñaron la Palabra. Apolos nos demuestra que es posible tener elocuencia, celo, sinceridad ¡y sin embargo estar equivocado! Dios guió a Apolos a Corinto y allí le dio un poderoso ministerio (véanse 1 Co 3.6; 16.12).

Pudiéramos añadir una palabra respecto al empleo de Pablo en Corinto. Él mismo reconoció que su costumbre de ganarse su sustento era algo único. El modelo escriturario es que «los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio» (1 Co 9.14). En su trabajo misionero pionero Pablo deliberadamente sufragó sus gastos para que ninguno le acusara de «predicar por dinero». Léase en 1 Corintios 9 su clara explicación.

II. Pablo funda una nueva iglesia (18.4–17)

Pablo empezó en la sinagoga, pero el testimonio duró tan solo poco tiempo; entonces se volvió a los gentiles. (Véase 13.46.) Por ese mismo tiempo salió de la casa de Priscila y Aquila, y se fue a la de un gentil llamado Justo, que era un prosélito judío y cuya casa estaba cerca de la sinagoga. Es evidente que Pablo no quería crear dificultades a sus anfitriones judíos, ahora que se había dedicado a predicar a los gentiles. Pero el versículo 8 nos dice que el principal de la sinagoga había creído, ¡lo mismo que muchos de los corintios! Nótese la secuencia en el versículo 8: oír, creer, ser bautizado. Este es el modelo para hoy. En 1 Corintios 1.14–17 Pablo nos informa que él mismo bautizó a algunos en Corinto (1 Co 1.11–17), lo cual prueba que el bautismo en agua es una orden para esta edad.

Es muy probable que Silas y Timoteo (v. 5) eran los que más bautizaban, puesto que la misión principal de Pablo era evangelizar. Dios le dio una promesa especial de éxito y él permaneció dieciocho meses en la ciudad. Un cambio en los líderes políticos provocó nueva oposición, pero Pablo todavía se quedó (v. 18) para predicar y enseñar. Nótese que hay un nuevo principal en la sinagoga, Sóstenes (v. 17, véase v. 8). Parece que la salvación de Crispo hizo necesario que los judíos eligieran un nuevo dirigente; pero si el Sóstenes del versículo 17 es el mismo que se menciona en 1 Corintios 1.1, ¡también él se convirtió! Nótese que los que se bautizaron eran creyentes (v. 8); esta lista excluye infantes.

III. Pablo termina su segundo viaje (18.18–22)

El voto que se menciona en el versículo 18 presenta un problema, y tal vez no podamos contestar todas las preguntas que plantea. Tal vez se trate del voto nazareo puesto que incluía dejarse crecer el cabello (Nm 6). El pelo se cortaba al finalizar el período del voto y Pablo lo hizo en Cencrea, el puerto marítimo de Corinto. Si Pablo ofreció los sacrificios exigidos cuando llegó a Jerusalén, no lo sabemos, porque se guarda silencio.

Es posible que este voto lo hiciera después que Dios lo libró a él y a sus compañeros durante el levantamiento descrito en los versículos 12–17. Este voto quizás fue en acción de gracias a Dios, puesto que tales votos eran puramente voluntarios. Para los judíos Pablo se hizo como un judío (véase 1 Co 9.19–23), no por compromiso, sino por cortesía. Sin dudas, Pablo sabía que no había méritos en tales votos, ni tampoco necesariamente sentaba un ejemplo para los creyentes de hoy. Entendía con claridad el significado de la gracia de Dios y no estaba

retrocediendo al legalismo de las prácticas ceremoniales. Es evidente que finalizar este voto en Jerusalén era algo de suma importancia para él, tanto así que no se quedó en Éfeso a pesar de que los judíos se lo pidieron.

Pablo regresó a Antioquía e informó a la iglesia. También saludó a los hermanos de Jerusalén. Después de un tiempo (tal vez varios meses), volvió a visitar las iglesias para confirmarlas en la fe. Si usted repasa Gálatas verá por qué: los maestros «judaizantes» habían invadido estas jóvenes iglesias y estaban enseñando a los nuevos convertidos que debían obedecer la Ley de Moisés. Pablo se sintió responsable de las iglesias y por eso viajó de nuevo para enseñarles la Palabra y confirmarlas en la fe. Lucas registra este tercer viaje en Hechos 19.1–21.16. La mayoría de la narración trata de su gran ministerio por tres años en Éfeso.

HECHOS 19

Este capítulo relata el maravilloso ministerio de Pablo en Éfeso y narra sus contactos con tres grupos de personas.

I. Pablo y doce discípulos ignorantes (19.1–12)

Es muy probable que estos doce hombres se convirtieron con Apolos antes de que este comprendiera a plenitud el evangelio (18.24–28). Todo lo que este elocuente predicador conocía era la enseñanza de Juan el Bautista; y después que Priscila y Aquila le instruyeron, evidentemente no pudo impartir este nuevo conocimiento a sus convertidos puesto que Éfeso era una ciudad muy grande. Cuando Pablo encontró a estos doce hombres, detectó algo que faltaba en sus vidas espirituales.

La pregunta de Pablo (v. 2) fue: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» Basar en este versículo una doctrina de una «segunda bendición» es errado. El Espíritu entra en nuestras vidas cuando creemos en Cristo, no después (Ef 1.13, 14). Los hombres replicaron: «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo». Sabían que existía un Espíritu Santo, por supuesto, debido a que Juan el Bautista había prometido un futuro bautismo del Espíritu (Mt 3.11). Lo que no sabían era que este bautismo ya había ocurrido en Pentecostés (Hch 1.5; 2.4) y en el hogar del gentil Cornelio (10.44–45; 11.15–16).

A continuación Pablo les preguntó respecto a su bautismo. Nótese que da por sentado que se habían bautizado, otra indicación de que el bautismo en agua es lo que se espera y lo aceptado para los cristianos. ¿Por qué Pablo les preguntó respecto a su bautismo cuando la cuestión real era la presencia del Espíritu en sus vidas? En Hechos hay una relación definitiva entre el bautismo en agua y el Espíritu Santo. Puesto que Apolos había sido su instructor, el único bautismo que conocían era el de Juan. Pero el bautismo de Juan ya no era válido. En otras palabras, estos doce hombres no eran salvos: creyeron un mensaje pasado («Cristo viene») y recibieron un bautismo pasado (el de arrepentimiento). Eran sinceros, como lo fue Apolos, pero estaban sinceramente equivocados.

Supóngase que le hubieran contestado a Pablo: «Fuimos bautizados en el día de Pentecostés después de oír a Pedro». Entonces deberían haber recibido el Espíritu, puesto que en Hechos 2.38 el Espíritu fue prometido a todos los que se arrepintieran y fueran bautizados. Si no hubieran recibido el Espíritu, sería evidente que no habían creído realmente. O supóngase que hubieran replicado: «Fuimos bautizados en Samaria» (Hch 8). Entonces deberían haber recibido el Espíritu mediante la imposición de manos (8.17; 9.17). O supóngase que hubieran dicho: «Estuvimos en la casa de Cornelio y oímos a Pedro predicar». Entonces hubieran recibido el Espíritu inmediatamente al creer (10.44–45) y hubieran sido bautizados en agua. Cuando le dijeron que los bautizaron con el bautismo de Juan, Pablo supo enseguida que no eran salvos. Creyeron un mensaje que ya no era válido, puesto que Cristo vino, murió y regresó al cielo.

Por supuesto, Lucas no registra todo lo que Pablo les dijo. Pero ellos creyeron en el mensaje del evangelio (que Cristo ya había venido y muerto) y fueron bautizados con el bautismo cristiano. Recibieron el Espíritu mediante la imposición de manos de Pablo y su evidencia fue que hablaron en lenguas. Esta es la última vez en Hechos que se menciona el hablar en lenguas como muestra de recibir el Espíritu. Estos doce hombres llegaron a ser el núcleo de la iglesia en Éfeso. Debido a que Dios se apartó del orden usual y les concedió el Espíritu por la imposición de manos fue prueba de que Pablo era igual a los demás apóstoles y, por consiguiente, el siervo de Dios para establecer la Iglesia. Este acontecimiento entero destaca varias verdades: (1) los pecadores deben creer en el mensaje correcto antes de que se salven; (2) el bautismo es importante, pero la clase de bautismo que se describe en Hechos 2.38 no es lo que Dios quería para la iglesia de hoy; (3) un cristiano puede guiar a otros sólo a donde él mismo ha ido; (4) Pablo fue el mensajero de Dios y tenía igual posición con los otros apóstoles.

II. Pablo y siete impostores judíos (19.8–20)

Pablo pasó tres años en Éfeso (20.31): tres meses en la sinagoga, dos años enseñando en salones alquilados de la escuela de Tiranno y casi nueve meses en varios lugares (19.8–19, 22). Toda Asia oyó la Palabra, porque Pablo enseñaba a los creyentes a llevarle a otros la Palabra. Dios certificó el ministerio de Pablo con milagros extraordinarios, un indicio de que tales actividades no son normales para el ministerio hoy. El uso y venta actual de «pañuelos y lienzos de oración» es contrario a las Escrituras. Siete judíos trataron de imitar el poder de Pablo (Satanás es el gran imitador), pero les salió el tiro por la culata y los demonios los hicieron huir desnudos y heridos. Este hecho contribuyó a que el evangelio se difundiera y muchos que habían sido encantadores y magos (farsantes que aducían espiritualismo y otras prácticas satánicas) trajeron sus libros y los quemaron. Éfeso era una ciudad notoria por sus artes mágicas y Satanás estaba detrás de todo el programa. Es maravilloso ver el evangelio penetrando en las fortalezas de Satanás.

III. Pablo y los plateros (19.21–41)

Cuando Satanás no pudo lograr estorbar el evangelio mediante los discípulos ignorantes o los impostores judíos, casi tiene éxito con los comerciantes y mercaderes de la ciudad. Éfeso se enorgullecía de tener la custodia de la imagen de la diosa Diana, que se suponía había caído del cielo. Dondequiera que se halla superstición, con frecuencia se halla la exhibición y venta de tales artículos religiosos. ¿Recuerda la venta de sacrificios en el templo judío? La verdadera predicación del evangelio siempre choca de frente con las artimañas supersticiosas destinadas a hacer dinero y Éfeso no era la excepción. El gremio (o sindicato) de plateros pretendió que su preocupación era la religión de la ciudad, ¡pero su inquietud real era la pérdida de su negocio! El evangelio había trastornado la ciudad de tal manera que la gente estaba alejándose de los ídolos y convirtiéndose al Dios verdadero y esto estaba afectando las ventas «religiosas». Se informa que durante el avivamiento de Gales docenas de cantinas quebraron por falta de clientes.

Los plateros usaron la religión para exacerbar a la gente y el resultado fue una turba. La ciudad entera se llenó de confusión (v. 29), lo cual prueba que la situación nació del diablo, porque Dios no es Dios de confusión (1 Co 14.33). Los ciudadanos se precipitaron al inmenso teatro al aire libre, en el que cabían al menos veinticinco mil personas sentadas. Sabiamente los amigos de Pablo le impidieron que se

presentara, porque es más que probable que las autoridades le arrestaran o que la chusma le linchara. El secretario del pueblo tranquilizó a la multitud, advirtiéndoles que estaban en peligro de quebrantar la ley, y los envió a todos a casa.

Satanás estaba ansioso de prevenir el establecimiento de una fuerte iglesia en Éfeso. Esta ciudad había sido una de sus fortalezas por años, con su superstición, idolatría y prácticas de magia. La actividad demoníaca había prevalecido en Éfeso, pero ahora el Espíritu de Dios estaba obrando. ¿Qué tal si Pablo no hubiera detectado la superficialidad de la profesión de fe de aquellos doce hombres, o hubiera tratado de edificar una iglesia local basada en el testimonio de ellos? ¡La obra hubiera fracasado! ¿Qué tal si esos judíos hubieran sido capaces de falsificar los milagros de Pablo? ¿Qué tal si la chusma se hubiera apoderado de Pablo y de sus compañeros y los hubiera arrestado o linchado? ¿Tendríamos la maravillosa epístola a los Efesios? Satanás no quería una iglesia en Éfeso y sin embargo Dios estableció una allí; y una lectura de la carta a los Efesios prueba que fue tal vez la iglesia más espiritual que Pablo jamás fundó. Esta maravillosa epístola bosqueja la verdad de la iglesia en forma clara y el diablo no quería esto.

Satanás todavía estorba la obra del Señor de estas tres maneras: falsos creyentes con una experiencia espiritual inadecuada, falsificadores y oposición abierta. Pero podemos vencer al adversario si confiamos en Dios, dependemos del poder del Espíritu y predicamos la Palabra de Dios.

Notas adicionales a Hechos 19.1–7

Hay una serie de preguntas que deben contestarse respecto a este difícil pasaje.

A. ¿Fueron salvos estos doce hombres?

Toda parece indicar que no lo fueron. En la Biblia la palabra «discípulo» no siempre significa «cristiano». Pablo dio por sentado que habían creído algún mensaje (v. 2), pero la cuestión básica era que no había sido el correcto. La gente de todas las épocas se han salvado por fe en la Palabra revelada de Dios; pero esta Palabra no siempre fue el claro evangelio de la gracia que predicamos hoy. Adán se salvó al creer en la promesa de Dios de una simiente venidera. Noé, al creer en la Palabra de Dios acerca del juicio venidero. Abraham recibió la salvación al creer que Dios podría hacerle una gran nación. ¡Nadie en esta era de gracia se salvaría creyendo en estas promesas! Nuestra salvación viene cuando confiamos en Cristo y creemos en el evangelio. Estos doce hombres oyeron el mensaje de Juan el Bautista a través de Apolos, unos treinta años después que concluyera el ministerio de Juan. El Calvario y la resurrección habían intervenido; el mensaje y el bautismo de Juan ya no eran válidos. El ministerio de Juan se enfocaba hacia Cristo y ahora Él ya había muerto y resucitado. El ministerio de Juan había concluido. «Simple fe» es todo lo que los pecadores necesitan para ser salvos, pero deben creer en el mensaje correcto.

B. ¿Ignoraban el Espíritu Santo?

Estos hombres ciertamente sabían que había un Espíritu Santo puesto que el mismo Juan lo prometió. Lo que no sabían era que el Espíritu ya había venido e iniciado una nueva era de gracia. Estos hombres recibieron el mensaje de Apolos, cuyo conocimiento espiritual era escaso. Es posible que Apolos se convirtió al confiar en el mensaje de Juan antes del Calvario y Pentecostés, porque no leemos en Hechos 18.24–28 que lo hayan bautizado de nuevo. Ninguno de los discípulos de nuestro Señor fueron bautizados de nuevo después de Pentecostés, puesto que su fe y bautismo se produjeron en el momento apropiado. Apolos no sabía que el Espíritu había venido y por eso no pudo enseñárselo a sus convertidos.

C. ¿Por qué Pablo bautizó de nuevo a estos hombres?

La respuesta parece ser que el bautismo es un mandamiento para esta era y es parte de la comisión de Cristo a la Iglesia, según Mateo 28.19, 20. Nótese que Pablo, en su pregunta del versículo 3, dio por sentado que estos hombres experimentaron alguna clase de bautismo. Si el bautismo no fuera para esta era, Pablo nunca hubiera hecho la pregunta y con toda seguridad no habría bautizado a estos hombres. A dondequiera que Pablo fue con el evangelio de la gracia de Dios, obedeció las instrucciones de Cristo dadas en Mateo 28: evangelizó, bautizó a los creyentes, los organizó en asambleas locales y les enseñó la Palabra. Esto no significa que Pablo personalmente bautizara, porque su comisión especial como apóstol fue predicar el evangelio (1 Co 1.17). Hoy son pocos, si acaso, los evangelistas que bautizan; pero esto no significa que el bautismo no sea para este tiempo. Es más, el NT indica que Pablo bautizó como mínimo a veinte personas: Crispo, Gayo, la familia de Estéfanas (por lo menos dos personas y quizás más; 1 Co 1.14–16), los doce discípulos en Hechos 19.1–7, Lidia y su familia (al menos dos personas; Hch 16.15) y el carcelero y su familia (un mínimo de dos personas; Hch 16.30–33). Los hechos claros prueban que Pablo en efecto practicó el bautismo y lo consideraba importante, pues él mismo bautizó más de veinte personas. Pablo fue el mensajero especial de Dios a la Iglesia y si el bautismo no fuera para esta era, él lo hubiera sabido.

D. ¿Por qué estos hombres no recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?

El modelo en Hechos es como sigue: (1) Hechos 1–7: los judíos recibieron el Espíritu al creer y bautizarse (véase 2.38); (2) Hechos 8–9: los samaritanos y Pablo recibieron el Espíritu por la imposición de manos (véanse 8.17; 9.17); (3) Hechos 10: los gentiles recibieron el Espíritu cuando creyeron en Cristo (véase 10.44–48). Este es el modelo de Dios para hoy: oír la Palabra, creer, recibir el bautismo del Espíritu, recibir el bautismo en agua.

Cuando consideramos la situación total en Éfeso podemos entender mejor por qué Dios se apartó de su programa normal e impartió el Espíritu a estos doce hombres por la imposición de manos de Pablo. Éfeso se convertiría en un gran centro de evangelización, alcanzando con el evangelio a las provincias circunvecinas. El hecho de que Pablo pasara tres años allí indica la importancia de la ciudad. Era el centro de adoración al diablo y de actividades diabólicas, y Satanás hizo todo lo que pudo para impedir el establecimiento de una iglesia. La iglesia de Éfeso era ante todo gentil. Pablo era judío y era importante que estableciera su autoridad apostólica desde el principio. Dios le dio a Pablo el privilegio de impartir el Espíritu a estos hombres, probando así su autoridad como mensajero de Dios y su igualdad con Pedro, Juan y los demás apóstoles.

Tenga presente que dondequiera que Dios desarrolla su programa y establece un nuevo centro, pone su sello de aprobación sobre el ministerio con milagros extraordinarios. Cuando el evangelio pasó de Jerusalén a Samaria fue acompañado de milagros de confirmación, lenguas y la imposición de manos (Hch 8.5–17). Nótese que en Samaria Satanás trató de impedir la obra mediante un mago. En Hechos 9, cuando Pablo fue ganado para Cristo, hubo una luz del cielo, una voz y la imposición de manos. En Hechos 10, cuando el evangelio llegó a los gentiles, hablaron en lenguas y glorificaron a Dios. Ahora, el evangelio pasa a la gran ciudad de Éfeso, una ciudad controlada por Satanás,

y de nuevo Dios testifica en favor de su obra y sus obreros al darles «milagros extraordinarios» (véase 19.11). Satanás resistió con milagros y obreros falsificados, pero el Espíritu demostró que eran falsos.

La impartición del Espíritu mediante la imposición de manos probó la autoridad de los apóstoles. No hay apóstoles hoy en día, puesto que no hay nadie vivo que haya visto al Cristo resucitado (1.21–26; 1 Co 9.1). Esto significa que la imposición de manos ya no es el programa de Dios, porque si lo fuera, Él hubiera provisto personas que lo realizaran. Dios usó a Pablo de esta manera para darle las credenciales necesarias para fundar y guiar a la iglesia de Éfeso.

Es importante tener presente el papel que Apolos desempeñó en esta controversia. Este capaz predicador fue de Éfeso a Corinto (19.1) y llegó a ser parte de una división de la iglesia que incluyó sus partidarios y los de Pedro y Pablo (véanse 1 Co 1 y 3). Pablo fundó la iglesia en Corinto y colocó su fundamento, luego vino Apolos para edificar sobre ese fundamento. Pronto la iglesia se dividió en tres grupos: uno que seguía a Pablo, el fundador; otro que seguía a Apolos, el constructor; y un tercer grupo que quería seguir «al verdadero liderazgo apostólico», ¡de modo que escogieron a Pedro! Estos líderes no causaron ni estimularon estas divisiones, pero de todas maneras resultó así, y en parte se motivó porque la iglesia rehusó aceptar la comisión apostólica de Pablo (1 Co 9.1ss). Ahora transfiera esta situación a Éfeso. Aquí tenemos doce hombres, convertidos por Apolos y el núcleo de la iglesia allí. Imagínese que Dios les hubiera concedido el Espíritu cuando creyeron (cómo en Hechos 10). Ellos siempre hubieran mirado a Apolos como su líder, no a Pablo; el ministerio en Éfeso se hubiera dividido desde el mismo comienzo. Fue Apolos quien les había enseñado y bautizado, y siempre hubieran cuestionado el liderazgo de Pablo.

No, Dios usó a Pablo para darles a estos hombres un nuevo y fresco comienzo; y de estos doce hombres edificó una gran iglesia en Éfeso. Si no hubiera trabajado de esta manera, tal vez no hubiéramos tenido la magnífica epístola a los Efesios, con sus gloriosas verdades de la Cabeza y el Cuerpo. ¡Satanás se hubiera anotado otra victoria!

El bautismo de Juan fue uno de esperanza anticipada de la venida del Espíritu; el bautismo en agua hoy simboliza la realización de este bautismo del Espíritu en nuestra vida, debido a la obra que Jesucristo consumó en la cruz.

HECHOS 20

I. Pablo y la iglesia local (20.1–12)

Poco tiempo después del motín descrito en el capítulo 19 Pablo salió de Éfeso y emprendió su camino hacia Macedonia, justo como lo había planeado (19.21). En Troas esperaba encontrar a Tito y recibir informes de primera mano respecto a la situación en Corinto. Había enviado a Tito allá para que procurara corregir algunos problemas (2 Co 7.13–15; 12.17, 18). Cuando este no llegó, Pablo avanzó a Macedonia, visitando las iglesias; allí encontró a su colaborador (2 Co 2.12, 13). El informe de Corinto le animó. Pasó tres meses en Grecia, es probable que la mayor parte del tiempo fue en Corinto. Allí escribió el libro de Romanos. La misma oposición judía que antes se había revelado en Corinto (Hch 18.12) apareció ahora de nuevo (20.3), de modo que Pablo salió hacia Macedonia en lugar de dirigirse a Siria. Varios cristianos lo acompañaron, representantes de las iglesias que estaban contribuyendo a la ofrenda de auxilio que estaban recogiendo para Jerusalén. Lucas se unió al grupo en Filipos (nótese el «nosotros» en el v. 6) y todos se quedaron en Troas siete días.

Es aquí que vemos a Pablo en el medio ambiente de una iglesia local. Los creyentes estaban acostumbrados a reunirse el domingo, el primer día de la semana. Pablo tal vez se quedó siete días sólo para estar con la iglesia en Troas. Se afanaba por llegar a Jerusalén y sin embargo puso el día del Señor primero. Él es un buen ejemplo para que todos sigamos. Es probable que Lucas describe en los versículos 7–8 una reunión nocturna de los creyentes, puesto que quizás Pablo no hubiera predicado todo el día. ¡Qué gozo debe haber sido oír al gran apóstol de los gentiles exponer la Palabra de Dios! Sin embargo, hubo un hombre que se quedó dormido, se cayó y fue dado por muerto. Las «muchas lámparas», o antorchas (v. 8) habrían llenado el aire con humo y elevado la temperatura del salón, condiciones ideales para quedarse dormido. Lucas el médico informó que el hombre estaba muerto; Pablo, con fe en el poder de Dios, anunció que había vida en Él y le resucitó de los muertos. Pablo luego habló (no predicó, v. 11) largamente con los creyentes, posiblemente después de que el culto concluyera, y luego se embarcó al siguiente día.

¿Hay algún significado espiritual detrás de este milagro? Eutico (que significa «afortunado») no había hecho nada que mereciera la ayuda de Dios; sin embargo, debido a la gracia de Dios se le restauró a la vida. Había caído (todos hemos caído en Adán) y estaba muerto (todos estamos muertos en pecado); y se le dio vida solamente por gracia.

II. Pablo y los pastores locales (20.13–38)

Pablo decidió caminar los treinta y cinco kilómetros que separaban a Troas de Asón. Tal vez estaba buscando la dirección del Señor respecto a su visita a Jerusalén. En tanto que le encantaba la comunión con otros santos (v. 4), sabía que debía estar a solas con Dios y buscar su propósito. El ejercicio además fue bueno para su cuerpo. En Mileto pidió que fueran por los ancianos de la iglesia de Éfeso. Téngase presente que el NT enseña que las iglesias deben tener varios pastores y esto sería especialmente cierto en una tan grande como la de Éfeso. A estos líderes se les llama ancianos o sobreveedores («obispos», v. 28). La plática de Pablo a los pastores efesios revela cómo ministraba a la iglesia local. Nótese que hay tres discursos especiales de Pablo en Hechos: (1) a los judíos, en 13.16–41; (2) a los gentiles, en 17.22–34; y (3) a la iglesia de Éfeso, en 20.17ss.

A. El ministerio anterior de Pablo (vv. 18–21).

Pablo no hizo nada en secreto; todos conocían su mensaje y sus métodos. Servía al Señor, no al hombre. Fue un líder humilde, no un orgulloso dictador (véase la admonición de Pedro en 1 P 5). Sabía lo que es regar con lágrimas la semilla de la Palabra (vv. 19, 31). Pablo predicaba el consejo de Dios públicamente y de casa en casa. Predicaba a toda persona y exaltaba a Jesucristo. Este es el modelo que debe seguir el pastor de hoy.

B. La carga presente de Pablo (vv. 22–24).

Pablo estaba ligado en espíritu (no el Espíritu Santo) para ir a Jerusalén. Hay serias dudas si Pablo estaba en la voluntad directa de Dios en este asunto. Él admite en el versículo 23 que el Espíritu Santo le había dicho, de una ciudad a otra (quizás por medio de profetas locales en las iglesias) que sufriría en Jerusalén. En 21.4 y 10–14 se le advirtió expresamente que no fuera a Jerusalén. Años antes, después de su conversión, Cristo le había instruido que su testimonio no se iba a oír en Jerusalén (22.18ss); y sin embargo el amor de Pablo por su pueblo le empujó a ignorar estas advertencias y determinarse a ir a Jerusalén. Si no estaba en la voluntad directa de Dios, sí lo estaba en la

voluntad permisiva de Dios, al quitar esta carga que Pablo sentía y le llevó a Roma como prisionero (véase 23.11). Nótese en el versículo 24 cómo Pablo describió su ministerio: «para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios».

C. Advertencia de Pablo del peligro futuro (vv. 25–35).

Pablo no se preocupaba de sí mismo, sino de la iglesia y su futuro. Le advirtió a los pastores que se cuidaran primero ellos. Si fracasaban en su comportamiento espiritual personal, toda la iglesia sufriría. Más adelante Pablo repitió esta advertencia a Timoteo (1 Ti 4.16). Luego les advirtió que pastorearan la iglesia. Como sobreveedores eran responsables de guiar al rebaño, alimentarlo y protegerlo de ataques espirituales. Qué preciosa es la Iglesia para Cristo; la compró con su propia sangre. Pablo advirtió respecto a dos peligros: (1) lobos que atacan al rebaño desde afuera, (v. 29); y (2) maestros perversos que se levantan desde adentro del rebaño (v. 30). Ambos han ocurrido en la historia de la Iglesia.

Pablo se puso como ejemplo para que los pastores sigan. Los encomendó a Dios (esto es oración) y a la Palabra (esto es la predicación y la enseñanza), porque «la oración y la Palabra» edificarán la iglesia local (véase Hch 6.4). Les advirtió que no fueran codiciosos. Pablo trabajaba con sus propias manos, pero destacó que esta norma no necesariamente se aplica al pastor local; véase 1 Corintios 9. Sin dudas, la actitud desprendida que mostraba es digna de imitar por todos los siervos de Dios. Les recordó una bienaventuranza que Cristo dio y que nunca se registró en los Evangelios: «Mas bienaventurado es dar que recibir». Los siervos de Cristo deben procurar ministrar a otros antes que otros los ministren a ellos.

D. La bendición final de Pablo (vv. 36–38).

¡Qué escena más conmovedora es esta! Pablo y sus compañeros de rodillas mientras el gran apóstol oraba con ellos y por ellos. Lloraban porque sabían que nunca más volverían a verle personalmente. Cuando hay un lazo de amor entre los siervos de Dios y su pueblo, ¡cuánta bendición envía Dios! Pablo los dejó y se encaminó a Jerusalén. Iba con las contribuciones para los judíos y en su corazón llevaba un ardiente deseo de testificar a su pueblo una vez más. Pablo el predicador se convertiría en Jerusalén en «Pablo, prisionero de Jesucristo».

HECHOS 21

I. El viaje a Jerusalén (21.1–6)

Trace este viaje en su mapa. «Avistar» en el versículo 3 significa que tenían a Chipre a la vista. Pablo y sus compañeros se quedaron en Tiro mientras descargaban la nave y esto les permitió tener compañerismo con los creyentes allí. De nuevo el Espíritu le advierte a Pablo del problema en Jerusalén. Parece que Dios no quería que Pablo fuera allí, pero de todas maneras intervino en los planes de Pablo para Su gloria. ¡Qué hermosa escena tenemos en el versículo 5, al reunirse la «familia de la iglesia» en la playa para un tiempo de oración! Qué triste ver a los niños en la iglesia mientras sus padres se quedan en casa, o los esposos adorando mientras las esposas y los hijos están en algún otro lugar. Compare este versículo con 20.36–38.

El grupo se quedó un día en Tolemaida y luego fueron a la casa de Felipe en Cesarea. Felipe comenzó como diácono (6.5), llegó a ser evangelista (8.4ss) y ahora se había establecido en Cesarea con su familia, indudablemente muy ocupado ganando almas. Sus cuatro hijas solteras tenían el don de profecía (véase 2.17). Dios da dones espirituales a las mujeres y sus ministerios son importantes en la iglesia, pero no deben tomar el liderazgo espiritual sobre los hombres (véanse 1 Co 11.5; 14.33–40; 1 Ti 2.9–15). Cuando Dios tuvo un mensaje para darle a Pablo, usó el ministerio de Agabo y no el de ninguna de las hijas de Felipe. Este mismo profeta fue el que predijo la hambruna (Hch 11.27–30).

De una manera dramática Agabo le advirtió a Pablo que no fuera a Jerusalén. Pero Pablo estaba «ligado en espíritu» (20.22) y dispuesto a que lo ataran y sacrificaran por Cristo. «¡Estoy listo!», fue sin duda el lema de Pablo. Listo para predicar el evangelio en todas partes (Ro 1.15); para morir por Cristo en cualquier momento (Hch 21.13); para ser ofrecido y encontrarse con el Señor (2 Ti 4.6).

«Preparativos» en el versículo 15 se refiere al equipaje.

II. El compromiso con los judíos (21.17–26)

Es fácil dar por sentado que todo lo que los apóstoles hicieron estaba bien, aun cuando nos damos cuenta de que tenían pasiones como nosotros. En tanto que es cierto que las cartas de Pablo son inspiradas por Dios y se debe confiar en ellas, sus acciones no siempre fueron de acuerdo a la voluntad de Dios. Ya hemos cuestionado su sabiduría respecto a su viaje a Jerusalén (si bien su corazón y motivo eran correctos); ahora parece evidente, después de llegar allí, que cometió otra equivocación.

Pablo se reunió con Jacobo y los ancianos, e informó las bendiciones de Dios entre los gentiles. Pablo glorificó a Dios por: «las cosas que Dios había hecho» (v. 19). Pero Jacobo, como hemos visto, era el líder de la iglesia de Jerusalén y con toda seguridad interesado en guardar las tradiciones judías en la vida de la iglesia. Nótese en el versículo 20 que había miles de creyentes judíos que todavía practicaban los mandamientos mosaicos. Esto debe haber sido más fácil en Jerusalén que en ninguna otra parte, puesto que el templo con todas sus ceremonias estaba a mano. Tenemos aquí una confusión entre la ley y la gracia, el reino y la Iglesia, una confusión que todavía subsiste. Jacobo y los ancianos pensaron que Pablo debería probarles a estos judíos celosos que en realidad no estaba enseñando en contra de la Ley de Moisés.

Era un mal compromiso, pero Pablo cayó en él. Ya había escrito las cartas a los Romanos y a los Gálatas, que probaban que nadie se puede salvar o santificar por guardar la ley, y mostraban que el cristiano es libre de la Ley de Moisés. Ahora negaba toda esa verdad inspirada, con una «componenda religiosa» destinada a transar un compromiso con los judíos. Pablo fue junto a cuatro hombres que tenían la obligación de cumplir sus votos y ofrecer los sacrificios, toda esta ceremonia duraba siete días (v. 27). Es evidente que se trataba de un voto nazareo, puesto que incluía el raparse la cabeza (Nm. 11; véanse las propias acciones de Pablo en Hch 18.18). ¿Dio resultados la artimaña? ¡No! ¡Lo que obtuvo Pablo fue su arresto! Sucedió exactamente lo que Dios le fue advirtiendo en cada ciudad.

Si Pablo hizo o no lo correcto, no nos toca a nosotros decirlo con confianza. Esto sabemos: Dios usó todo el episodio para poner a Pablo en manos de los romanos y no de los judíos, porque estaba más seguro con los romanos. Dios usó a los romanos para proteger a Pablo y llevarle a Roma, donde Dios tenía un trabajo especial para que hiciera.

III. El arresto en el templo (21.27–40)

Algunos de los judíos del extranjero que conocían a Pablo le habían visto acompañado de Trófimo, un gentil efesio; y cuando vieron a Pablo en el templo, dieron por sentado que había llevado a su amigo gentil al área prohibida. Era falso, pero Satanás es un mentiroso y padre de mentiras. Precisamente lo que Jacobo estaba tratando de impedir ocurrió de todos modos. La fe es confiar en Dios sin artimañas y el creyente que anda por fe no tiene que recurrir a planes y ardides para influir o complacer a otros.

A Pablo lo hubieran llevado fuera de la ciudad y apedreado, si no hubiera sido porque el capitán de la guardia del templo corrió a la escena y lo rescató. Entonces se cumplió la profecía que tanto le anunciaron: Ataron a Pablo con dos cadenas (v. 33; también v. 11). Nótese la confusión de la multitud judía, no muy diferente a la gentil en Éfeso (19.32). Satanás es el autor de confusión.

El guardia pensó que Pablo era un notorio egipcio que anteriormente había causado problemas, pero Pablo usó de nuevo su ciudadanía romana para protegerse. Dios ha instituido el gobierno para nuestra protección (Ro 13), y es correcto usar la ley para el avance del evangelio. De pie en las gradas Pablo hizo señal a la multitud; y cuando le oyeron hablar en hebreo, se calmaron.

Aunque no queremos ser culpables de juzgar al gran apóstol, debemos admitir que tal parece que cometió dos errores: fue a Jerusalén a pesar de que se le advirtió lo que ocurriría y se comprometió con los líderes de la iglesia a ayudar a los hombres en sus sacrificios en el templo. Una equivocación fue práctica, la otra doctrinal. Entendemos, por supuesto, que el corazón de Pablo estaban tan lleno de amor y preocupación por sus hermanos en la carne, que hubiera pagado cualquier precio con tal de darles el evangelio; pero desde el mismo principio Dios le advirtió que no testificara en Jerusalén (22.17–21). Antioquía y Éfeso eran los grandes centros de la Iglesia, no Jerusalén.

La mezcla de la ley y la gracia en las iglesias ha dado lugar a un falso evangelio de salvación y obras. La epístola de Pablo a los Romanos fue la que hace siglos cambió a Martín Lutero y rompió las cadenas de la superstición, y la explicación sobre Gálatas de Lutero fue la que, a su vez, trajo libertad donde hubo esclavitud. A través de la historia ha habido grupos fieles a la verdad de la Palabra de Dios y han rendido sus vidas por Cristo. Ojalá nunca mezclemos la ley y la gracia; ojalá nunca comprometamos la verdad del evangelio.

HECHOS 22

I. La defensa de Pablo (22.1–21)

Este es el segundo relato en Hechos de la conversión de Pablo (véanse caps. 9 y 26). Al hablar en hebreo, Pablo contribuyó a calmar y despertar el interés de los judíos.

A. La primera táctica de Pablo (vv. 1–5).

Pablo era un judío con valiosa ciudadanía romana. En el versículo 28 afirmó que lo era «de nacimiento», lo que indica que su padre había sido igualmente ciudadano romano. Su primera educación a los pies del gran rabí Gamaliel fue la mejor (véase 5.34ss). Léase en Filipenses 3 otro cuadro de Pablo el fariseo. Nadie podía negar que el joven Pablo era celoso por la Ley de Moisés, incluso hasta el punto de perseguir a los cristianos. ¡Qué paradoja que Pablo deba decir en el versículo 5 que su plan era traer a los cristianos «presos a Jerusalén» cuando él mismo estaba allí prisionero!

B. La asombrosa conversión de Pablo (vv. 6–16).

Cuando la luz del cielo estaba en su mayor esplendor (al mediodía), las tinieblas satánicas del corazón de Pablo estaban en su mayor densidad, porque había salido para arrestar a todos los cristianos que pudiera hallar. Pero Dios, en su gracia, derribó a Pablo con una gran luz del cielo. El pecador está en tinieblas hasta que la luz de Dios brilla en él (2 Co 4). Pablo vio y oyó al Cristo glorificado, confió en Él y fue salvado. Nótese cómo Pablo llama a Ananías «varón piadoso según la ley», declaración que debió impresionar a sus antagonistas. Algunos de los judíos de la ciudad tal vez conocían a Ananías y esto debería haber obrado a su favor. Ananías declaró que Pablo tenía una comisión especial de Dios para ser testigo de Cristo.

C. La comisión especial de Pablo (vv. 17–21).

Pablo tuvo una reunión especial con el Señor mientras oraba en el templo (véase Hch 9.26). Es interesante comparar esta experiencia con la visión de Pedro que se registra en el capítulo 10, cuando Dios le preparó para que fuera a los gentiles. Pedro tenía hambre física, mientras que el «hambre» del corazón de Pablo era ganar a su nación para Cristo. Pero Cristo claramente le dijo que saliera de Jerusalén (v. 18). La súplica del apóstol no cambió la orden divina: Pablo tenía que ir a los gentiles. Por un lado, los judíos no recibirían su testimonio de todas maneras; y podrían arrestarlo y apedrearlo, terminando así su ministerio demasiado pronto. Los judíos escucharon con atención la narración de Pablo hasta que pronunció esa detestable palabra «gentiles» (v. 21). Pablo pudiera haber usado otra palabra, pero entonces no hubiera sido fiel al citar lo que el Señor le había dicho. Véase Efesios 3.1–13.

II. La respuesta de la nación (22.22–30)

La predicción de Cristo se hizo realidad: la nación no recibió el testimonio de Pablo. En lugar de eso ¡estalló un motín! El capitán ordenó que llevaran a Pablo al castillo cercano y le examinaran con azotes. Pero Pablo usó de nuevo sus derechos como ciudadano romano para protegerse a sí mismo y su ministerio. Era contra la ley tratar de esa manera a un ciudadano romano (16.35–40) y Pablo aprovechó estos privilegios legales. El tribuno había comprado su ciudadanía y parecía estar orgulloso de ello, mientras que Pablo anunció que lo era «de nacimiento». Esto quería decir que su padre fue un ciudadano romano reconocido.

El capitán le quitó las cadenas y mantuvo a Pablo en la prisión hasta que el concilio judío pudiera reunirse al día siguiente (suceso que se analiza en el capítulo 23).

En este punto es bueno repasar la historia de Israel en el libro de los Hechos. La nación ya había participado en tres asesinatos: Juan el Bautista, Cristo y Esteban. Hubiera cometido un cuarto si Dios no libra a Pablo mediante la intervención de la guardia romana. Pablo aún recordaba vívidamente la muerte de Esteban (v. 20) y quería de alguna manera expiar su parte en este crimen nacional. Pero Israel había sido ya puesta a un lado; Cristo le había prohibido a Pablo que testificara en Jerusalén (v. 18) porque su período de prueba ya había pasado.

Los capítulos restantes de Hechos describen a Pablo el prisionero, sus juicios ante los judíos, su apelación a César. Cómo se hubieran escrito estos capítulos si Pablo no hubiera ido a Jerusalén, no lo sabemos. Pero Dios anuló las equivocaciones de su siervo y las usó para su gloria y para el bien de la Iglesia. Mientras Pablo estuvo prisionero en Roma, escribió las cartas a los Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón, mensajes llenos con la verdad de la Iglesia que desesperadamente se necesitan hoy.

HECHOS 23

I. Pablo y el concilio (23.1–11)

Al siguiente día la guardia trajo a Pablo a la reunión oficial del concilio judío. Este grupo juzgó a Pedro y a Juan (4.5ss), a los doce apóstoles (5.21ss) y a Esteban (6.12ss). También juzgó a Cristo.

En la reunión Pablo se sintió como en casa, habiendo sido él mismo un fariseo activo. Inmediatamente habló en su defensa, afirmando que su vida pública había sido sin tacha y su conciencia clara. Esto enfureció al sumo sacerdote, Ananías, quien ordenó a uno de los hombres que estaban cerca de Pablo que le golpeara en la boca. Cristo sufrió un tratamiento similar (Jn 18.22). Hay división respecto a la respuesta de Pablo en el versículo 3. Algunos dicen que estaba actuando en apresuramiento carnal al condenar al sumo sacerdote; otros opinan que Pablo tenía justificación para sus palabras puesto que golpearlo era ilegal y el sumo sacerdote era un hombre perverso. La historia nos dice que Ananías fue uno de los peores sumos sacerdotes que jamás tuvo la nación. Robaba el dinero de otros sacerdotes e incluso usaba toda artimaña política para aumentar su poder, y finalmente fue asesinado. «Pared blanqueada» (v. 3) tal vez se refiera a Ezequiel 13.10ss, donde se compara a los gobernantes hipócritas de la tierra con una pared pintada de blanco, pero incapaz de mantenerse en pie.

¿Sabía Pablo quién era el sumo sacerdote? Algunos opinan que Pablo tenía problemas visuales (Gl 4.13–15) y que eso tal vez le impidió reconocerlo. Esta no fue una reunión formal del concilio, puesto que el capitán romano fue el que convocó la reunión de judíos, y por tanto el sumo sacerdote a lo mejor no vestía sus atuendos usuales o quizás no estaba sentado en su lugar acostumbrado. Pablo citó Éxodo 22.28 tal vez con ironía y quería decir con esto que el sumo sacerdote no era en realidad el gobernante de la nación.

Pablo usó entonces una táctica «política», tratando de dividir al concilio y colocó a los estrictos fariseos en contra de los liberales saduceos. Es difícil creer que el gran apóstol a los gentiles, el ministro de la gracia de Dios, clamara: «¡Soy fariseo!» Más tarde llamaría «basura» a su estilo de vida fariseo (Flp 3.1–11). Afirmó que la cuestión real era la esperanza de la resurrección, sabiendo que los saduceos no creían tal doctrina. Esperaba, sin duda, poder probar la resurrección de Cristo; pero la discusión que se suscitó puso en peligro su vida y el tribuno romano tuvo que rescatarlo de nuevo. Parecía que todo estaba perdido, pero esa noche el Señor, con toda gracia, estuvo al lado de Pablo y le animó. ¡Sabía que iría a Roma!

II. Pablo y los conspiradores (23.12–22)

¡No cabe duda de que Jerusalén estaba lejos de Dios como para que más de cuarenta hombres pudieran conspirar en nombre de la religión para matar a un judío piadoso! ¡Incluso los principales sacerdotes y ancianos fueron parte del crimen! Pero Dios estaba en control, e iba a llevar a su mensajero a Roma a pesar de la oposición de los hombres y Satanás. Ya sea que la venida de Pablo a Jerusalén estuviera o no de acuerdo a la voluntad revelada de Dios, el Señor de todas maneras en su gracia desvió y estimuló a su siervo. ¡Cuánto nos alienta este incidente al tomar decisiones en el ministerio!

No sabemos nada en relación a la hermana y al sobrino de Pablo. No estamos seguros de que hayan sido creyentes. Pero Dios los usó para frustrar la conspiración y alejar a Pablo de la peligrosa Jerusalén. Por cierto, debemos admirar la honestidad e integridad del capitán romano. Podía haber ridiculizado el mensaje del muchacho, o dado oídos a las mentiras de los judíos; pero en lugar de eso cumplió fielmente su responsabilidad. A menudo los siervos de Dios reciben ayuda y protección de incrédulos honestos y fieles. A Pablo ahora lo entregaron en manos de los gentiles, como lo fue su Señor en Jerusalén años antes.

III. Pablo y el capitán (23.23–35)

El nombre del tribuno era Claudio Lisias. En su carta a Félix, le contó cómo rescató a Pablo de manos de los judíos debido a que el apóstol era ciudadano romano. Además, indicó que la cuestión era en cuanto a la ley judía y no a la romana, y que opinaba que Pablo no merecía ni arresto ni muerte. Pero para mantener a Pablo a salvo, Claudio le enviaba a Félix para que se le juzgara.

¡Qué procesión fue esta! ¡Aquellos cuarenta judíos deben haber estado terriblemente hambrientos hasta que rompieron su juramento! Pero a Pablo lo llevaron con seguridad a Cesarea, donde enfrentaría a sus acusadores judíos ante Félix, el gobernador.

Podemos ver la manera en que Dios usó a Pablo como su gran misionero a los gentiles. Su ciudadanía romana le daba la protección de las leyes y el ejército romano, por un lado, y también le daba la oportunidad de testificar a los gentiles. ¡Qué maravilloso es que Dios prepara de antemano a sus siervos, incluso vigilando su lugar de nacimiento y ciudadanía!

Es interesante notar que en varias ocasiones de crisis el Señor le apareció a Pablo para sustentarlo. Durante los ataques judíos en Corinto Cristo le aseguró que estaba con él y que le daría muchos convertidos (18.9–11). En la nave, rumbo a Roma, cuando estalló la tormenta, Cristo le aseguró que no lo había olvidado (27.21–25). Nos preguntamos si Pablo se apoyaba firmemente en el Salmo 23.4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo».

HECHOS 24

I. Una acusación falsa (24.1–9)

La próxima audiencia de Pablo fue ante Félix, el gobernador. Félix era esposo de Drusila (v. 24), su tercera esposa. Ella era la más joven de las hijas de Herodes Agripa I y todavía no tenía ni veinte años.

Era costumbre que los acusadores presentaran argumentos en su oratoria y trataran de adular al juez. Tértulo era tal abogado orador y sus palabras acerca de Félix suenan vacías y falsas. Los «cinco días» que señalan en el versículo 1 se refiere al tiempo que transcurrió desde el arresto de Pablo. El resumen de las actividades de Pablo sería algo similar al siguiente: Día 1: llega a Jerusalén, 21.17. Día 2: visitó a Jacobo, 21.18. Día 3: visitó el templo, 21.26. Días 4, 5 y 6: cumple en el templo el voto hecho. Día 7: es arrestado en el templo, 21.27. Día 8: ante el concilio, 22.30–23.10. Día 9: complot de los judíos y viaje de Pablo a Cesarea, 23.12–31. Día 10: lo presentan ante Félix, 23.32–35. Días 11 y 12: espera en Cesarea. Día 13: audiencia ante Félix. Nótese que hay cinco días (8 al 12) entre el arresto y el juicio de Pablo.

Hubo tres acusaciones de los judíos contra Pablo: (1) una personal: «hemos hallado que este hombre es una plaga»; (2) una política: «promotor de sediciones»; y (3) una religiosa: «cabecilla de la secta de los nazarenos». Compárese el juicio de Cristo y las acusaciones que se hicieron en su contra (Lc 23.22). Por supuesto, ¡no tenían ninguna prueba de estos asuntos! Consideraban a Pablo una «plaga» (v. 5) mientras que generaciones de cristianos lo veían como el gran apóstol de Dios a los gentiles. Los incrédulos hoy no se dan cuenta que sus «hostigantes amigos cristianos» son en realidad sus mejores amigos. El rico en Lucas 16.19–31 le suplicó desde el infierno a Abraham ¡que enviara a Lázaro a visitar a sus hermanos y les testificara!

El argumento político también era falso. Pablo nunca trató de cambiar la política de los hombres, sino que predicaba el señorío de Cristo. Esto entraba en conflicto con la exigencia del César de que la gente le adorara como dios. «¡No tenemos más rey que César!» fue lo que los judíos gritaron ante Pilato (Jn 19.8–15). Estos hombres consideraban a la fe cristiana una secta, un grupo de personas ajenas a la verdadera fe judía. Miles de judíos habían creído en Cristo, pero todavía participaban en la adoración en el templo, de modo que se les miraba como una secta dentro de Israel y no una nueva religión. El término «nazareno» era de menosprecio: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?», preguntó Natanael (Jn 1.46).

¡Tértulo inclusive mintió respecto al valiente soldado Lisias! Nótese como «suavizó» la historia del motín en el templo (v. 6), ¡pero exageró lo que hizo Lisias! (v. 7). Los hombres que se oponen a la verdad no se detendrán ante nada para distorsionar la verdad o promover una mentira. Dios usó a Lisias para rescatar a Pablo y los judíos lo detestaban por eso. Los hombres pretenden obedecer la ley, pero estos hijos del diablo (Jn 8.44) ¡eran homicidas y mentirosos!

II. Una respuesta fiel (24.10–21)

Los cristianos tienen el derecho a usar la ley (establecida por Dios) para protegerse a sí mismos y al evangelio. Nótese que Pablo no dependió de la lisonja; véase 1 Tesalonicenses 2.1–6. Esperó hasta que el gobernador le dio permiso para que hablara, entonces tranquila y sinceramente contó su historia.

Félix había sido gobernador por seis o siete años, lo que era suficiente para considerarse «muchos años» (v. 10), ¡según los registros de esos días! Pablo respondió a las acusaciones con hechos. Sólo doce días antes (recuérdese el resumen cronológico dado anteriormente) había llegado a Jerusalén para adorar. ¡De ninguna manera podía haber organizado una revuelta en tan corto tiempo! Los acusadores no tenían testigos para probar que él hubiera causado problemas o que siquiera hubiera levantado la voz en el templo. Entonces el apóstol empleó la corte como púlpito para dar testimonio de su fe en Cristo. «Confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía». Así pasó a afirmar que esta «herejía» era en realidad el cumplimiento de la fe judía. Pablo creía en la ley y en los profetas, esto es, las Escrituras completas del AT. Creía (como los fariseos) que habría una resurrección de los muertos. Cada día intentaba tener «una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres» (v. 16).

¿Era Pablo antijudío? ¡Cómo podía serlo cuando llevaba una ofrenda de amor a su nación para ayudarles en su tiempo de aflicción! Los «muchos años» del versículo 17 deben haber sido tres o cuatro años. Pablo visitó Jerusalén en cinco ocasiones diferentes: estos acontecimientos se registran en Hechos 9.26 (39 d.C.); 11.27–30 (45 d.C.); 15 (50 d.C.); 18.22 (53 d.C.); y 21.17 (58 d.C.). Habían pasado cinco años desde su última visita a Jerusalén. Los acusadores no podían probar con testigos que hubiera causado ningún problema; es más, ellos fueron los que empezaron el disturbio en el templo (21.27ss).

III. Una actitud insensata (24.22–27)

Félix tenían cierto entendimiento del «Camino» (la fe cristiana), pero rehusó tomar ninguna decisión. La pospuso con la excusa de que el tribuno debía comparecer primero. El gobernador fue amable con Pablo al concederle alguna libertad y acceso a sus amigos.

Félix celebró otro juicio, esta vez con su joven esposa Drusila presente. A pesar de lo joven que era, ya estaba viviendo en pecado, sin mucha diferencia a la familia de Herodes de la cual procedía. Es probable que estaba encantada con toda la pompa y ostentación de ser esposa del gobernador, ¡hasta que Pablo empezó a predicar la Palabra! Pablo se puso de pie ante ellos y habló, no a su favor, ¡sino respecto a la salvación de ellos! Tenía un argumento triple por el cual debían aceptar a Cristo: (1) rectitud o justicia: ellos debían hacer algo respecto al pecado pasado; (2) temperancia (dominio propio): debían vencer las tentaciones de hoy; (3) el juicio venidero: debían prepararse para este juicio.

El mensaje fue tan poderoso que Félix tembló. Pero el gobernador tuvo una actitud insensata, a pesar de que Dios le había hablado al corazón: pospuso su decisión por Cristo y usó a Pablo como un instrumento político con esperanza de recibir dinero de él. Pablo había admitido que había estado llevando ofrendas a los judíos (v. 17) y tal vez Félix pensó que el apóstol conseguiría su libertad mediante soborno. Tratando de congraciarse con los judíos, Félix dejó preso a Pablo dos años más antes que Porcio Festo le sucediera en el cargo.

No podemos sino admirar a Pablo mientras enfrentaba las falsas acusaciones de hombres perversos. Qué ejemplo para nosotros hoy en día. Pablo enfrentó los hechos con sinceridad y exigió que se presentara la verdad. Su preocupación era la salvación de los hombres, no la seguridad de su vida. Dios le había prometido que testificaría ante los gentiles y ante reyes (9.15), y esta experiencia era un cumplimiento de tal promesa.

Muchos pecadores hoy en día son como Tértulo, aduladores que se niegan a enfrentar la verdad. Otros son como Félix, que oyen la verdad y la entienden, e incluso se sienten culpables, pero rehúsan obedecer. Hay otros más como Drusila; oyó la Palabra y vio a su esposo profundamente conmovido, sin embargo, nada se dice de su decisión. Sin duda, sus pecados de juventud ya habían endurecido su corazón. Los historiadores nos dicen que murió a los veintiún años de edad, durante la erupción del monte Vesubio.

HECHOS 25

I. Pablo apela a César (25.1–12)

Han transcurrido ya dos años desde los acontecimientos del capítulo 24. Lucas no registró las actividades de Pablo en Cesarea puesto que su propósito era explicar cómo Pablo finalmente fue de Jerusalén a Roma. Festo, el nuevo gobernador, era un hombre más honorable que no estuvo dispuesto a darle a Pablo un juicio falso (véase v. 16). En una visita de estado a Jerusalén, Festo encontró una «multitud de los judíos» (v. 24), que insistían que hiciera algo respecto a Pablo. Incluso el sumo sacerdote y los principales funcionarios mintieron con respecto a Pablo, pidiéndole a Festo que trajera al prisionero a Jerusalén para ser juzgado. Querían intentar de nuevo matar a Pablo en el camino (véase 23.12ss). Dios guió a Festo a rechazar la sugerencia de los judíos y de esta manera protegió a su siervo. El hombre propone, pero Dios dispone. Debemos admirar a este gobernador pagano por su honestidad y equidad.

Después de una visita de diez días, Festo regresó a Cesarea y celebró otro juicio a Pablo. De nuevo los judíos vinieron con sus quejas, las cuales no podían probar. ¡Con cuánta paciencia esperó Pablo a que Dios cumpliera su promesa de llevarle a Roma! Como José en la prisión egipcia, Pablo fue sometido a prueba mientras esperaba que la Palabra se cumpliera (Sal 105.17–20).

Ahora, el político que había en Festo afloró y le preguntó a Pablo si quería ir a Jerusalén para ser juzgado. Como Félix, quería complacer a los judíos y causar una buena impresión como nuevo gobernador (24.27). Pero Pablo se aferró a la promesa de Cristo de que iría a

Roma. Años antes le había dicho que no se quedara en Jerusalén (22.17–18). Dios había anulado soberanamente las decisiones de Pablo y este se cuidó ahora de mantenerse lejos de Jerusalén. De nuevo, de esta manera Dios le protegió y llevó a Roma para sus años finales de ministerio. <%-3>Todo ciudadano romano tenía el derecho<%-2> a apelar al <%-3>César y que se le celebrara<%-2> juicio <%-3>en Roma y este fue el derecho que Pablo usó.<%0>

II. Pablo deja perplejo a Festo (25.13–22)

El nuevo gobernador tenía ahora un problema real en sus manos. Pablo era un prisionero notable y su juicio incluía a los líderes judíos y a su nación. Si Festo hacía lo correcto y dejaba en libertad a Pablo, se ganaría la ira de los judíos y como nuevo gobernador necesitaba desesperadamente la buena voluntad de ellos. Parecía que su problema quedaría resuelto con la venida de Agripa y Berenice, dos avezados gobernantes y políticos. Agripa era el hijo de Agripa de Hechos 12 y Berenice era la hermana mayor de Drusila, la esposa de Félix. La dinastía herodiana se había casado entre parientes y vivieron en pecado por muchos años.

Festo no le presentó a Agripa inmediatamente el caso de Pablo, sino que esperó el tiempo oportuno. Explicó la situación a su huésped como si el problema fuera mucho para él y como que pedía ayuda experimentada. No cabe duda de que este método apeló al orgullo de Agripa. Festo dijo que todo el caso era «ciertas cuestiones acerca de su religión» (v. 19). El inconverso no tiene comprensión de las cosas espirituales y ve poca diferencia entre una religión y otra. Festo también reconoció que Jesús estaba involucrado en el caso: Pablo decía que estaba vivo, pero los judíos decían que estaba muerto.

Entonces Festo dio la razón real por la cual quería que Agripa oyera a Pablo: el gobernador tenía que enviar a Pablo al César, ¡pero no tenía ninguna acusación real contra él! Véase el versículo 27.

III. Pablo enfrenta a la realeza (25.23–27)

Con gran pompa y ceremonia el séquito real se reunió en el tribunal al día siguiente. El mundo no tiene nada en sí mismo que satisfaga, de modo que necesita del «deseo de los ojos y el orgullo de la vida» (1 Jn 2.15–17) para darle algo de felicidad. El cristiano no necesita ninguna de estas cosas. Es más, los creyentes se sienten incómodos en presencia de tal pompa y ostentación.

Nótese cómo Festo presenta a Pablo: «¡Aquí tenéis a este hombre!» (v. 24). Sin embargo, Pablo era la más noble de todas las personas presentes en la reunión. Era el apóstol de Jesucristo, embajador en cadenas, ¡rey y sacerdote de Jesucristo! Los cristianos nunca deben sentir que el mundo tiene más que ellos; ¡Cristo nos ha enriquecido y nos ha dado un llamamiento celestial y una esperanza de gloria!

El juicio de Pablo fue similar al de Cristo en el sentido de que toda la gente que participó reconocía que no era digno de muerte y que debía dejarse en libertad. El tribuno Lisias admitió que ningún delito tenía (23.29); Festo aquí admitió que Pablo no había hecho nada digno de muerte (25.25); y hasta Agripa estuvo de acuerdo con este veredicto (26.31). «¿Cómo puedo enviar un prisionero a César si no tengo ningún crimen de qué acusarlo?», preguntó Festo y entonces Agripa le dio permiso a Pablo para hablar.

HECHOS 26

I. La explicación personal de Pablo (26.1–23)

Las manos de Pablo estaban atadas (v. 29) de modo que al estirarlas deben haber sido un sermón en sí mismas. Aquí estaba el gran apóstol, encadenado a causa de su fidelidad a Cristo. En Filipenses 1.13 dice que sus cadenas eran «en Cristo» y una bendición antes que una carga. Nótese la manera cortés en que Pablo se dirige al rey. Podía no respetar al hombre, pero sí el oficio. Véase Romanos 13 y 1 Pedro 2.13–17. Agripa era «experto» en cuestiones relacionadas con los judíos, de modo que Pablo pensó que tendría una audiencia justa e inteligente. La defensa y explicación personal de Pablo pueden resumirse en algunas frases clave:

A. «Viví fariseo» (vv. 4–11).

Véanse en 22.3ss, 9.1ss y Filipenses 3 información adicional de los primeros años de Pablo. Tan famoso fue Pablo como joven rabí que podía decir que «todos los judíos» en Jerusalén conocían su vida. Sin embargo, en Filipenses 3 Pablo dijo que consideraba toda esta posición y prestigio como basura en comparación con conocer a Cristo y vivir por Él. En los versículos 6–8 mencionó de nuevo la cuestión de la resurrección. (Véase 23.6–10.) Dios había prometido a la nación un reino y gloria. En 13.27–37, Pablo explicó que las promesas hechas a David se cumplieron mediante la resurrección de Cristo de entre los muertos. Si Israel hubiera recibido a Cristo (en Hch 1–7), hubiera recibido su reino. Pero los judíos estaban seguros de que Cristo estaba muerto (25.19); Pablo afirmó que la resurrección de Cristo es lo que da esperanza a Israel. Pablo pasó a describir sus días como perseguidor y homicida, llevando el relato hasta el día de su conversión.

B. «Vi una luz» (vv. 12–13).

Nadie había experimentado jamás el tipo de conversión maravillosa de Pablo. Mientras ejecutaba sus planes asesinos, Pablo vio brillar en el cielo la gloria de Dios. Ciertamente había estado en tinieblas espirituales hasta entonces (véase 2 Co 4.1–6), pero ahora el Hijo de Dios se le había revelado. Véase 1 Timoteo 1.12ss.

C. «Oí una voz» (vv. 14–18)

La Palabra de Dios es lo que convence y convierte el alma. Pablo pasó toda su vida oyendo las «voces de los profetas; pero ese día oyó la voz del Hijo de Dios». Véase Juan 5.21–25, donde se describe este milagro de resurrección espiritual. Nótese que Pablo estaba persiguiendo a Cristo y no simplemente a su pueblo. Como miembros de su Cuerpo, los creyentes participaban de sus sufrimientos y Él en los de ellos. «Dura cosa te es dar coces contra el aguijón» (v. 14), le dijo Cristo, refiriéndose a la vara que los granjeros usan para aguijonear al ganado. Jesús estaba comparando a Pablo ¡con un animal obstinado que no quería obedecer! ¿Qué «aguijones» estaba usando Dios para traer a Pablo a Cristo? La muerte de Esteban desde luego fue uno, porque Pablo nunca lo olvidó (22.17–20). La conducta piadosa de los santos que perseguía debe haberle tocado el corazón. De seguro las Escrituras del AT le hablaron al corazón con nueva convicción. Dios usó diferentes cosas para traer a Pablo al arrepentimiento, así como lo hace con los pecadores hoy.

Pablo llamó a Jesús «Señor» y entonces el Salvador le reveló su nombre. Véase Romanos 10.9, 10. Lea con cuidado la comisión de Cristo a Pablo, notando su ministerio especial a los gentiles y compare los otros relatos en Hechos de la conversión de Pablo. ¡El versículo 18 es una hermosa descripción de la salvación!

D. «No fui rebelde!» (vv. 19–21).

Pablo vio la luz, abrió su corazón a Cristo y entonces de inmediato empezó a testificar a otros. Obedecer a Dios significa sufrir la ira de los hombres, pero Pablo fue fiel.

E. «Persevero hasta el día de hoy» (vv. 22–23).

Por cierto, esta frase resume la vida de Pablo y la de cualquier pecador que confía en Cristo y procura servirle. Pablo fue fiel y perseveró. La fidelidad a Cristo es una evidencia de la verdadera salvación.

II. La apasionada exhortación de Pablo (26.24–32)

Pablo llegó hasta la palabra «gentiles» y Festo le interrumpió, exactamente como lo hicieron los judíos en el templo (22.21). Festo acusó a Pablo de estar loco, así como acusaron a Cristo sus amigos y parientes (Mc 3.20–21, 31–35). Festo atribuyó la «locura» de Pablo a su mucha erudición, lo cual muestra que Pablo era un hombre brillante y gran estudiante. Dios nunca desacredita el estudio, a menos que este desacredite su Palabra.

El apóstol «arrinconó» a Agripa e ignoró a Festo. Pablo sabía que Agripa era experto en estos asuntos, que leía y creía en los profetas, y que conocía los acontecimientos referentes a Cristo. Mientras más luz tiene una persona, más responsable es al tomar una decisión. Nótese que es posible tener fe y quedarse corto en cuanto a la salvación. Agripa creía en los profetas, pero su fe no le salvó.

La respuesta de Agripa se ha interpretado de diferentes maneras. Algunos dicen que estaba en realidad bajo convicción y que casi se salva. Nuestro himno de invitación «¿Te sientes casi resuelto ya?» se basa en esta idea. Pero el significado literal del versículo 28 es: «¿Con tan poquito vas a persuadirme a ser cristiano?» No hay evidencia de convicción aquí y Agripa usó la palabra «cristiano» como un término de menosprecio. La idea detrás de esta respuesta es: «¡Se necesita mucho más que esto para hacer de un judío como yo uno de esos detestables cristianos!»

Pero Pablo usó esta acotación como la base para un apasionado llamado en el versículo 29, suplicando a la asamblea real que confiara en Jesucristo. Triste es decirlo, pero hay dos clases de personas: «casi cristianos» y «cristianos completos». Agripa era un «casi cristiano»; comprendió la Palabra, oyó la verdad, pero rehusó hacer algo al respecto. Su intelecto recibió instrucción, sus emociones fueron tocadas, pero su voluntad permaneció inmóvil.

Este intercambio cerró el juicio. El rey y su séquito salió del recinto con Festo y sostuvo una reunión en privado, en la cual todos concordaron en que Pablo era inocente. Las palabras de Agripa en el versículo 32 son una crítica a la petición de Pablo por un juicio romano. Miraba la situación a través de los ojos de un inconverso y no se daba cuenta del peso que sentía el apóstol en su corazón por ir a Roma. Este juicio era el medio de Dios para llevarlo allá. Los judíos hubieran matado a Pablo, pero los romanos contribuyeron a que este cumpliera la voluntad de Dios.

HECHOS 27

Asegúrese de consultar con sus mapas mientras lee este relato del viaje y naufragio de Pablo. En 2 Corintios 11.25, escrito unos tres años antes, Pablo mencionó que había sufrido tres naufragios; de modo que el que se describe en este capítulo sería el cuarto. Pablo estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de llevar el evangelio al mundo perdido. ¿Lo estamos nosotros?

I. El viaje hasta Buenos Puertos (27.1–8)

A Pablo lo acompañaban Lucas (nótese las secciones «nosotros») y Aristarco (véase 19.29; 20.4; también Flm 24 y Col 4.10). ¡Qué reconfortante debe haber sido para Pablo tener a estos hombres a su lado! El centurión, Julio, fue amable con Pablo, porque «cuando los caminos del hombres son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él» (Pr 16.7). Por lo general, la Biblia presenta a los centuriones como hombres amables e inteligentes. Julio le permitió a Pablo visitar a la iglesia reunida en Sidón, lo cual refrescó al apóstol física y espiritualmente. En Mira cambiaron de embarcación.

Desde el mismo comienzo, el viaje no fue nada alentador. «Los vientos eran contrarios» (v. 4) y avanzaron «navegando muchos días despacio» (v. 7). Por último, la nave arribó a Buenos Puertos.

II. Pablo advierte del peligro (27.9–14)

Era octubre. «El ayuno» a que se refiere el versículo 9 era el Día de la Expiación. Los meses que seguían al inicio del otoño eran peligrosos para navegar, así que se discutió si la nave debía o no continuar hacia Roma. Pablo, bajo la dirección de Dios, les advirtió que sería desastroso, pero el centurión no lo quiso escuchar. Había por lo menos cinco factores que contribuyeron a la decisión equivocada del centurión:

A. Impaciencia.

Había pasado mucho tiempo (v. 9). Por lo general, siempre que nos impacientamos nos precipitamos y desobedecemos la voluntad de Dios. No debemos ser como el caballo que se adelanta, ni como la mula que se retrasa (Sal 32.9), sino como la oveja obediente que sigue al pastor.

B. Consejo experto.

El centurión oyó al piloto y al dueño de la nave y no al mensajero de Dios. El centurión tenía fe, ¡pero su fe estaba en las personas equivocadas! La sabiduría de Dios es mucho mejor que la de los hombres. La persona que conoce la Palabra de Dios sabe más que los «expertos» (Sal 119.97–104). En tanto que el conocimiento es importante, también necesitamos sabiduría (Stg 1.5).

C. Incomodidad.

«Siendo incómodo el puerto para invernar» (v. 12), el centurión no podía aceptar que tuvieran que quedarse por tres meses en un lugar como ese.

D. La regla de la mayoría.

Se sometió a votación (v. 12) ¡y Pablo perdió la votación! En la Biblia usualmente la mayoría está equivocada; sin embargo, hoy en día la excusa común es: «¡Todo el mundo lo hace!»

E. Circunstancias favorables.

«Soplando una brisa del sur» (v. 13), les pareció que era el viento que necesitaban y que demostraba cuán equivocado estaba Pablo. Debemos ser precavidos ante las «grandes oportunidades» o las «circunstancias ideales» que parecen contradecir la Palabra de Dios.

Cada uno de los factores indicados pueden obrar en los cristianos de hoy. Debemos tener cuidado para obedecer la Palabra de Dios por fe, aun cuando las circunstancias parecen demostrar que estamos equivocados.

III. La tempestad (27.15–26)

El tibio viento del sur se convirtió en una terrible tempestad, como es común que ocurra cuando desobedecemos la Palabra de Dios. «Euroclidón» es en parte griego y en parte latín, y es una palabra que significa «viento del este y viento del norte». Nótese que Lucas usa «nosotros» en esta sección, indicando que toda la tripulación y los prisioneros estaban afanados tratando de salvar la nave. Primero, subieron a bordo un pequeño bote que la nave llevaba a rastras (v. 16). Luego, pusieron sogas o cabos alrededor de la nave para que no se desbaratara (v. 17). La siguiente acción fue arriar parte de las velas, dejando sólo la suficiente como para mantener el rumbo (v. 17b). Al día siguiente empezaron a aligerar la nave, echando por la borda una porción del cargamento (v. 18); y al tercer día (v. 19) arrojaron incluso los «aparejos» (la palabra griega significa «mobiliario»). ¡Todo fue necesario porque la gente no creyó a la Palabra de Dios!

Al comparar el versículo 27 con el 19 vemos que los «muchos días» del versículo 20 fueron once. ¡No había luz ni esperanza! ¡Qué cuadro de las almas perdidas de hoy, echadas de aquí para allá en la tormenta de la desobediencia y el pecado, sin Dios, sin esperanza! (Véase Sal 107.23–31.) Pablo entonces se puso de pie y se hizo cargo de la situación, recordándoles a los hombres que su aprieto era el resultado de no haber escuchado la advertencia de Dios. Pero Pablo tenía no sólo un reproche; sino también un mensaje de esperanza de Dios (Hch 23.11). Dios le había prometido a Pablo que ministraría en Roma y él creía en Su Palabra. Es la fe en la Palabra de Dios lo que nos da esperanza y seguridad en las tormentas de la vida. Dios también le había dicho a Pablo que la nave naufragaría en cierta isla, pero que todos los pasajeros y la tripulación llegarían a salvo a tierra.

IV. El naufragio (27.27–44)

Tres días más tarde, a medianoche, las palabras de Pablo se hicieron realidad. Los marineros oyeron el rompiente y supieron que estaban acercándose a tierra. Echaron la sonda varias veces y comprobaron que en efecto las aguas eran cada vez menos profundas y que estaban cerca de tierra. Ahora surgió un nuevo temor: ¿Sería lanzado el barco contra las rocas y todos morirían? Como una medida de seguridad echaron cuatro anclas, sólo para más tarde cortarlas (v. 40). Algunos de los marineros trataron de escapar en el bote que habían recogido anteriormente (v. 16), pero Pablo detectó el complot y los detuvo. Nótese que Pablo dice en el versículo 31 «vosotros no podéis salvaros», mas no dijo «nosotros» como si pensara en sí mismo y sus amigos.

Por primera vez en dos semanas la luz empezó a aparecer y Pablo animó a los hombres a que comieran algo. Los efectos de la tormenta, la necesidad de vigilancia constante, la falta de alimento debido a la acción de aligerar la nave y tal vez el deseo de ayunar para complacer a sus dioses les había impedido comer. Sin vergüenza, Pablo dio gracias delante de 275 personas (v. 37) y dio ejemplo comiendo.

Al rayar el día vieron una ensenada de una isla, cortaron las cuatro anclas e izando la vela enfilaron derecho hacia allí. La parte frontal de la nave encalló en el lodo, mientras que las olas batían la proa. Satanás estaba de nuevo obrando cuando los soldados planearon matar a todos los prisioneros (incluyendo a Pablo), pero el centurión creyó a Pablo esta vez y dijo a todos a bordo que trataran de llegar a tierra como mejor pudieran. La última afirmación (v. 44) vindica la verdad de la promesa de Dios en los versículos 22 y 34: «todos se salvaron saliendo a tierra». Estaban en la isla de Malta.

Dios libró a 276 por causa de un hombre: el apóstol Pablo. ¡Qué preciosos son para Él sus santos! Dios estuvo dispuesto a librar a Sodoma y a Gomorra si hubiera hallado diez personas justas (Gn 18) y no envió su ira hasta que Lot y su familia escaparon con seguridad. Dios retiene su juicio sobre este mundo impío debido a que la Iglesia todavía está en el mundo; pero cuando seamos arrebatados, sus juicios caerán (2 Ts 2). Satanás trató de impedir que Pablo llegara a Roma, pero la Palabra de Dios prevaleció: «Ninguna palabra de todas sus promesas[...] ha fallado» (1 R 8.56).

HECHOS 28

I. El ministerio en Malta (28.1–10)

Para los griegos un «natural» era cualquiera que no hablaba griego. El grupo se quedó tres meses (v. 11) en Malta y los nativos los trataron con amabilidad. Podemos imaginarnos cuánto frío tenían y cuán empapados estaban los prisioneros cuando llegaron a tierra. A pesar de que Pablo era ahora el líder y salvador del grupo, sin embargo, ayudó a recoger ramas secas para la fogata. (Véase 20.34–35.) Satanás la serpiente le atacó, pero Dios le protegió. (Véase Mc 16.18.) La reacción de los nativos fue exactamente lo opuesto a la de los de Listra (14.11–19). ¡Tenga cuidado en confiar en las opiniones de la multitud!

El principal de la isla era Publio, quien permitió que Pablo y sus acompañantes de quedaran con él tres días. Pablo sanó al padre del hombre y luego curó a muchos de los nativos enfermos. Dios le permitió a Pablo que realizara estos milagros para ganar la confianza de gente que, a su vez, ayudaron a Pablo y al grupo cuando salieron para Roma tres meses más tarde (v. 10). Parece ser que el don de milagros y sanidad desapareció gradualmente durante el ministerio de Pablo. Dios le dio a Pablo «milagros extraordinarios» en Éfeso (cap. 19) para testificar a los gentiles; y aquí en Malta, le dio el poder de sanar. Sin embargo, cuando escribió desde Roma, dos años más tarde, informó que Epafrodito había estado enfermo y casi se muere (Flp 2.25–30); y en 2 Timoteo 4.20 indicó que había tenido que dejar a Trófimo enfermo en Mileto.

II. El viaje a Roma (28.11–16)

El grupo permaneció en Malta durante noviembre, diciembre y enero; entonces, tomando una nave que transportaba grano y que había invernado en Malta, se dirigieron a Roma. «Cástor y Pólux» eran los «santos patrones» de la navegación, y con frecuencia se tallaban sus imágenes en las naves. Tenemos otro «viento sur» en 28.13, muy diferente al «viento sur» de 27.13. En Puteoli Pablo tuvo compañerismo con los creyentes por una semana, tal vez mientras la nave se detenía por asuntos de negocios.

Cuando corrió la voz de que Pablo había llegado a Roma (Puteoli era el principal puerto de Roma), los creyentes hicieron arreglos para verle. Puesto que Pablo permaneció en Puteoli por una semana, hubo tiempo suficiente para que se llevaran mensajes entre las iglesias. ¡Qué maravilloso es ser parte del compañerismo del evangelio y hallar dondequiera que vamos «hermanos» en Cristo! El «Foro de Apio» era literalmente «el mercado de Apio», y se refiere a un pueblo como a sesenta kilómetros de Roma, sobre la famosa Vía Apia. Aquí Pablo

recibió una delegación de creyentes; luego, quince kilómetros más adelante, otro grupo le recibió en las Tres Tabernas. (Esta palabra latina que se traduce «taberna» no significa lo mismo que la palabra castellana hoy en día. Una «taberna» romana era cualquier clase de tienda o almacén.) A Pablo le alentó ver a esos creyentes, a quienes había escrito su epístola a los Romanos unos tres años antes.

«Cuando llegamos a Roma» (v. 16). Qué simple la manera en que Lucas describe la llegada de Pablo a la ciudad que había anhelado por tantos años visitar. No hay descripción aquí de la belleza de la ciudad, por cuanto Pablo no estaba allí como turista, sino como embajador. Véase Romanos 1.11–13.

III. Presentación a los judíos romanos (28.17–22)

Como en otras ciudades, Pablo quería empezar con los de su nación y tratar de ganarlos para Cristo. Véase en Romanos 9.1, 2 y 10.1 el peso que sentía. Empezó afirmando su inocencia y les dijo la razón real para reunirlos. «La esperanza de Israel» en el versículo 20 se refiere a la resurrección de Cristo y los versículos 5.31; 23.6; 24.14–15; y 26.6–8 tienen temas similares. Véase también 13.27–37 y las notas respecto a 26.6. La resurrección probó que Cristo era el Mesías y todas las bendiciones de Israel descansaban en Él. Nótese, sin embargo, que Pablo no le ofreció a Israel el reino, sino que más bien predicó el reino de Dios, lo que quiere decir el evangelio de la gracia de Dios (véase v. 31).

Los líderes judíos romanos no habían oído ninguna acusación contra Pablo, pero sí los comentarios que se hacían en contra de la «secta» de los cristianos. En Hechos se mencionan tres sectas: los saduceos (5.17), los fariseos (15.5), y los cristianos (24.5; 28.22). Los judíos señalaron un día para reunirse de nuevo con Pablo y discutir sobre la Palabra.

IV. Los judíos rechazan el evangelio (28.23–31)

Pablo no estaba en la cárcel, sino más bien en su casa alquilada, encadenado a un soldado romano, pero con libertad para recibir visitantes. Cuando los líderes judíos llegaron, Pablo les explicó las Escrituras del AT y les presentó a Jesús como el Cristo. Compárese el versículo 23 con Lucas 24.13–35, donde Cristo usó a Moisés y a los profetas para abrir los corazones de los dos hombres desalentados. Sin embargo, hay un contraste en los resultados: los discípulos de Emaús creyeron la Palabra y se convirtieron en misioneros, en tanto que los judíos romanos en su mayoría rechazaron la Palabra y no quisieron creer. La frase «desde la mañana hasta la tarde» (v. 23) describe muy bien la historia de Israel: de la luz de la revelación de Dios a las tinieblas de la incredulidad (2 Co 4).

Por favor, tenga presente que Pablo no le ofreció a estos hombres el reino. Había escrito la epístola a los Romanos tres años antes, explicando en los capítulos 9–11 que Israel había sido puesto a un lado. La Iglesia ahora ocuparía el programa de Dios para la edad venidera.

Por quinta vez en la historia de Israel se cumplía la profecía de Isaías. Más de setecientos años antes Dios le había dicho a Isaías que Israel rechazaría su Palabra y se negaría a oír su mensaje. Cuando acusaron a Cristo de confabulación con Satanás (Mt 12), nuestro Señor citó la misma profecía al darles las parábolas del reino (Mt 13.14–15). Al concluir su ministerio, Jesús habló de nuevo de esta profecía (Jn 12.37–41). Pablo la citó en Romanos 11.8; y ahora la usa por última vez. Dios había estado hablándole a su pueblo por más de setecientos años. ¡Qué paciencia! El versículo 28 no quiere decir que por primera vez Pablo se fue a los gentiles. Simplemente significa que, ahora que se le había dado la oportunidad a Israel en Roma y la había rechazado, Pablo se volvía a los gentiles. Tenía las manos limpias de su sangre; les dio la oportunidad de la salvación. Este fue el modelo que Pablo siguió desde el mismo comienzo (Hch 13.44–49).

Pablo permaneció prisionero por dos años, predicando y enseñando libremente la Palabra. Fue durante este tiempo que escribió las cartas a los Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. La gente a menudo se imagina a Pablo encadenado a la pared de una mazmorra, cuando en realidad disfrutaba de gran libertad. Su primer período en Roma duró desde el año 61 al 63 d.C.; luego lo pusieron en libertad alrededor de tres años, durante los cuales escribió su primera carta a Timoteo y otra a Tito. Tal vez en este tiempo fue cuando visitó Filipos, Colosas y varias de las otras iglesias de Asia. Quizás también realizó su proyectado viaje a España (Ro 15.24, 28). En el año 66 d.C. lo arrestaron de nuevo y esta vez su situación no fue fácil. Al leer 2 Timoteo, escrita en ese tiempo, vemos la soledad y el sufrimiento que soportó. A fines del año 66 d.C., o a principios del 67, sufrió el martirio habiendo terminado su carrera y guardado la fe.

Romanos

Bosquejo sugerido de Romanos

Introducción (1.1–17)
- A. Saludo (1.1–7)
- B. Explicación (1.8–17)

I. Pecado (1.18–3.20: Justicia necesitada)
- A. Los gentiles bajo pecado (1.18–32)
- B. Los judíos bajo pecado (2.1–3.8)
- C. El mundo entero bajo pecado (3.9–20)

II. Salvación (3.21–5.21: Justicia imputada)
- A. Justificación explicada (3.21–31)
- B. Justificación expresada: el ejemplo de Abraham (4.1–25)
- C. Justificación experimentada (5.1–21)

III. Santificación (6.1–8.39: Justicia impartida)
- A. Nuestra nueva posición en Cristo (6.1–23)
- B. Nuestro nuevo problema en la carne (7.1–25)
- C. Nuestro nuevo poder en el Espíritu (8.1–39)

IV. Soberanía (9.1–11.36: Justicia rechazada)
- A. La elección pasada de Israel (9.1–33)

B. El rechazo presente de Israel (10.1–21)
C. La redención futura de Israel (11.1–36)

V. Servicio (12.1–15.13: Justicia practicada)
A. Consagración a Dios (12.1–21)
B. Sujeción a la autoridad (13.1–14)
C. Consideración por el débil (14.1–15.13)

VI. Conclusión (15.14–16.27)
A. Fidelidad de Pablo en el ministerio (15.14–21)
B. El futuro de Pablo en el ministerio (15.22–33)
C. Los amigos de Pablo en el ministerio (16.1–23)
D. Bendición final (16.24–27)

Notas preliminares a Romanos

I. Importancia

Mientras que toda la Escritura es inspirada por Dios y útil, hay algunas partes de la Biblia que contienen más verdad doctrinal que otras. Desde luego, lo que Pablo nos dice en Romanos es de mucho más valor práctico para nosotros que algunas de las listas del libro de Números. San Agustín se convirtió por medio de la lectura de Romanos. Martín Lutero inició la Reforma basado en Romanos 1.17: «Mas el justo por la fe vivirá». Juan Wesley, fundador del metodismo, se convirtió mientras escuchaba a alguien que leía del comentario de Lutero sobre Romanos. Si hay algún libro que cada cristiano debe comprender, es esta epístola. ¿Por qué?

(1) Presenta verdad doctrinal: justificación, santificación, adopción, juicio e identificación con Cristo.

(2) Presenta verdad dispensacional en los capítulos 9–11, mostrando la relación entre Israel y la Iglesia en el eterno plan de Dios.

(3) Presenta verdad práctica, enseñando el secreto de la victoria cristiana sobre la carne, los deberes que tienen los cristianos los unos con los otros y su relación al gobierno.

Romanos es una gran exposición de la fe. Es la más completa y lógica presentación de la verdad cristiana en todo el NT. Mientras que algunos temas (tales como el sacerdocio de Cristo y la venida del Señor) no se tratan en detalle, se mencionan y relacionan con otras grandes doctrinas de la fe.

Si una persona que estudia la Biblia desea dominar un solo libro de la Biblia, ¡que sea Romanos! Una comprensión de este libro es la clave para entender la Palabra de Dios entera.

II. Trasfondo

Romanos fue escrito por Pablo durante su visita de tres meses a Corinto (Hch 20.1–3). En Romanos 16.23 Pablo indica que estaba con Gayo y Erasto, ambos estaban asociados con Corinto (1 Co 1.14; 2 Ti 4.20). Tal vez la carta la llevó Febes (16.1), quien vivían en Cencrea, el puerto marítimo que servía a Corinto (Hch 18.18). Aquila y Priscila, amigos de Pablo, eran oriundos de Roma (Hch 18.2) y por el saludo a ellos en Romanos 16.3 descubrimos que habían regresado a Roma.

¿Cómo surgieron los grupos de creyentes en Roma? Nótese que Pablo no dirige esta carta a «la iglesia en Roma». sino más bien «a todos los que estáis en Roma» (1.7). Cuando se lee el capítulo 16 no se puede menos que notar los diferentes grupos de creyentes, lo cual sugiere que tal vez no había una sola iglesia local (16.5, 10–11, 14–15). Una tradición, sin fundamento histórico ni escriturario, dice que el ministerio en Roma lo fundó Pedro. Se afirma que vivió en Roma veinticinco años, pero esto no se puede probar. Si Pedro empezó la obra en Roma, es de esperarse que hubiera habido una iglesia organizada en lugar de grupos esparcidos de creyentes. Pablo saluda a muchos amigos en el capítulo 16, pero no a Pedro, y sin embargo, en sus otras cartas, siempre envía saludos a los líderes espirituales. Si Pedro hubiera estado ministrando en alguna parte de Roma, Pablo, desde luego, lo hubiera mencionado en algún punto de sus epístolas de la prisión (Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón, 2 Timoteo). El argumento más contundente en contra de la opinión de que Pedro fue el fundador de la obra en Roma es Romanos 15.20, donde Pablo afirma que no edificó sobre el fundamento de ningún otro hombre. Pablo anhelaba visitar a Roma para ministrar a los santos allí (1.13; 15.22–24, 28, 29; Hch 19.21; 23.11); pero no hubiera hecho planes si otro apóstol ya hubiera empezado la obra allí.

¿Cómo, entonces, llegó el evangelio a Roma? Hechos 2.10 indica que había gente de Roma en Pentecostés. Priscila y Aquila eran judíos romanos que conocieron el evangelio. Nótese que los nombres en el capítulo 16 son todos gentiles, indicando que cristianos gentiles de otras ciudades habían llegado a Roma y llevado el evangelio. A lo mejor estas personas se convirtieron con Pablo en alguna de las otras iglesias. Roma era el gran centro del mundo en ese día y no es improbable que miles de peregrinos acudieran por las carreteras romanas a la ciudad imperial. Romanos 1.13–15, 11.13 y 15.14–16 indican que la mayoría de los creyentes que recibieron la carta eran gentiles. Naturalmente, siempre había un elemento judío en la comunidad cristiana, de la misma forma que muchos gentiles habían sido prosélitos judíos.

III. Razones para escribir

Pablo estaba a punto de concluir su trabajo en Asia (15.19) e ir a Jerusalén con su ofrenda de amor de las iglesia de Asia (15.25–26). Su corazón siempre había sentido un peso por predicar en Roma y esta larga carta era su manera de preparar a los cristianos para su venida. En su estancia en Corinto (Hch 20.1–3) también escribió su carta a los Gálatas, procurando responder a los judaizantes que estaban confundiendo a las iglesias de Galacia. Pablo tal vez quería advertir y enseñar a los cristianos en Roma, por si acaso estos judaizantes llegaban antes que él y trastornaban sus planes. Nótese que en Romanos 3.8 menciona las acusaciones falsas que ciertos hombres hicieron en su contra. Las razones de Pablo para la carta se pueden resumir como sigue:

(1) Preparar a los cristianos para su planeada visita y explicar por qué no los había visitado antes (1.8–15; 15.23–29).

(2) Instruirles en las doctrinas básicas de la fe cristiana, para que los falsos maestros no los confundiera.

(3) Explicar la relación entre Israel y la Iglesia, para que los judaizantes no los descarriaran con sus doctrinas.

(4) Enseñar a los cristianos sus deberes mutuos y hacia el estado.

(5) Responder a cualquier calumnia contra Pablo (3.8).

IV. Posición en la Biblia

Romanos es la primera de tres cartas en el NT basadas en un solo versículo de las Escrituras: Habacuc 2.4: «Mas el justo por su fe vivirá». Este versículo se halla en Romanos 1.17 (el tema de Romanos es el justo), Gálatas 3.11 (el tema de Gálatas es cómo debe vivir el justo) y Hebreos 10.38 (el tema de Hebreos es vivir por fe).

Romanos es la primera epístola del NT. Usted notará que la pauta en las cartas del NT es 2 Timoteo 3.16: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para[...]»:

Enseñar: Romanos (el gran libro doctrinal)

Redargüir: 1 y 2 Corintios (Pablo redarguye y reprende el pecado)

Corregir: Gálatas (Pablo corrige la enseñanza falsa)

Instruir en justicia: Efesios y las cartas restantes de Pablo (enseña la vida santa basada en la doctrina cristiana)

V. Tema

El tema básico de Pablo es la justicia de Dios. La palabra «justo» en una u otra forma se usa más de cuarenta veces en estos capítulos. En los capítulos 1–3 presenta la necesidad de la justicia; en 3–8 la provisión de Dios de justicia en Cristo; en 9–11, cómo Israel rechazó la justicia de Dios; y en 12–16, cómo se debe llevar la justicia a la práctica diaria.

ROMANOS 1

I. Saludo (1.1–7)

Las trece cartas de Pablo empiezan con el nombre del apóstol. Se acostumbraba en esos días empezar una carta con el nombre y los saludos personales del que escribía, en lugar de colocarlos al final como lo hacemos hoy. Pablo se identifica como un siervo y un apóstol y da toda la gloria a Dios al decir que fue llamado por la gracia de Dios (v. 5) y separado para este maravilloso ministerio (véase Hch 13.1–3).

De inmediato afirma que su ministerio es el evangelio, al cual llama «el evangelio de Dios» (v. 1), «el evangelio de su Hijo» (v. 9) y «el evangelio de Cristo» (v. 16). Afirma que sus «buenas noticias» no son algo nuevo que ha inventado, sino que el AT prometía la venida, muerte y resurrección de Cristo. (Véase 1 Co 15.1–4, en donde las «Escrituras» obviamente significan los escritos del AT, puesto que el NT apenas se empezaba a escribir.) Al relacionar el evangelio con el AT, Pablo apelaba a los creyentes judíos que leían su carta.

El evangelio tiene que ver con Cristo: según la carne, un judío (v. 3), pero de acuerdo al poder de Dios mediante la resurrección, probó ser el mismo Hijo de Dios (v. 4). Esto demuestra la humanidad y deidad del Dios-Hombre que es el único que puede ser nuestro Mediador. ¿Cuál es el propósito de este evangelio que le costó a Cristo su vida? El versículo 5 nos lo dice: traer a todas las naciones a la obediencia de la fe. Cuando una persona verdaderamente confía en Cristo, le obedecerá.

En los versículos 6–7 Pablo describe a sus lectores, los santos en Roma. Ellos también son «llamados» por Cristo, no a ser apóstoles, sino a ser santos. Nótese que un santo es un creyente vivo en Cristo Jesús. ¡Sólo Dios puede hacer de un pecador un santo! También son «amados de Dios», incluso viviendo en la perversa ciudad de Roma. Qué maravilloso que Dios nos llame «amados», así como llamó a su Hijo (Mt 3.17). Jesús afirma que el Padre nos ama como el Padre le ama a Él (Jn 17.23).

En este breve saludo Pablo identifica: (1) al escritor, él mismo; (2) los que recibieron la carta, los santos en Roma (no los inconversos); (3) el tema: Cristo y el evangelio de salvación.

II. Explicación (1.8–17)

Pablo ahora da una doble explicación de: (1) por qué escribe (vv. 8–15); y (2) acerca de qué escribe (vv. 16–17).

Por muchos tiempo Pablo deseó visitar a los santos en Roma. Su testimonio se había esparcido por todo el Imperio Romano (v. 8; y véase 1 Ts 1.5–10) y Pablo anhelaba fervientemente visitarlos por tres razones: (1) para establecerlos en la fe, v. 11; (2) para que fueran una bendición para él, v. 12; y (3) para tener entre ellos «algún fruto», o sea, ganar a otros gentiles para el Señor, v. 13. Téngase presente que Pablo era el mensajero escogido de Dios a los gentiles y, por cierto, ¡sentía el peso de una responsabilidad hacia los santos (y pecadores) en la capital del imperio. Explica que se le había estorbado en su deseo de visitarlos antes, no por Satanás (véase 1 Ts 2.18), sino por sus muchas oportunidades de ministrar en otras partes (Ro 15.19–23). Ahora que el trabajo había concluido en esas áreas, podía visitar Roma. Nótese las fuerzas motivadoras en la vida de Pablo (vv. 14–16): «Soy deudor[...] pronto estoy[...] no me avergüenzo». Deberíamos imitar el ejemplo del apóstol.

En los versículos 16–17 tenemos el tema de la carta: el evangelio de Cristo revela la justicia de Dios, una justicia basada en la fe y no en las obras, y disponible para todos, no sólo para los judíos. Pablo explica en Romanos cómo Dios puede ser a la vez «el justo y el que justifica», esto es, cómo Él puede hacer justos a los pecadores y todavía mantener firme su santa ley. Pablo cita a Habacuc 2.4 (véase las notas introductorias): «El justo por su fe vivirá».

III. Condenación (1.18–32)

Ahora empezamos la primera sección de la carta, la cual trata del pecado (1.18–3.20; véase el bosquejo). En estos versículos finales del capítulo 1 Pablo explica cómo los gentiles penetraron en las terribles tinieblas que los rodean y cómo la ira de Dios se ha revelado en su contra. Nótese los pasos decadentes en la historia de los gentiles.

A. Conocieron a Dios (vv. 18–20).

Dios les había dado una revelación doble de sí mismo: «les es» (conciencia) y «se lo» (creación), v. 19. El hombre no empezó con ignorancia y gradualmente creció hasta la inteligencia; empezó con una brillante revelación del poder y sabiduría de Dios y le dio las espaldas. Dios se reveló desde el mismo momento de la creación, de modo que los que nunca han oído el evangelio de todas maneras no tienen excusa. (En el cap. 2 se analizará cómo Dios juzga a tales personas.)

B. No le glorificaron como a Dios (vv. 21–23).

Los pensamientos vanos y el razonamiento necio hizo que los hombres se alejaran de la verdad y se volvieran a las mentiras. Vemos la indiferencia conduciendo a la ingratitud, resultando en ignorancia. La gente de hoy se postra ante los filósofos griegos y romanos, y honra más su palabra que la Palabra de Dios; pero Pablo llama a todas estas filosofías «imaginación de hombres» y «tiempos de ignorancia» (Hch 17.30). El próximo paso fue la idolatría, honrando a la criatura (incluyendo al hombre) antes que al Creador.

C. Cambiaron la verdad de Dios (vv. 24–25).

Esta palabra cambiaron indica precisamente eso. ¡Reemplazaron la verdad de Dios con la mentira de Satanás! ¿Qué es la mentira de Satanás? Adorar a la criatura y no al Creador; adorar al hombre en lugar de adorar a Dios; adorar las cosas antes que a Cristo. Satanás tentó a Cristo para que hiciera esto (Mt 4.8–11). Nótese que en Romanos 1.18 los gentiles «detienen con injusticia la verdad» y ahora «cambiaron la verdad» por una mentira. Cuando se cree y obedece la verdad, ella nos hace libres (Jn 8.31–32); cuando se rechaza y desobedece la verdad, nos hace esclavos.

D. Rechazaron el conocimiento de Dios (vv. 26–32).

Estas personas comenzaron con un claro conocimiento de Dios (vv. 19, 21) y su juicio en contra del pecado (v. 32); pero ahora llegaron al más bajo nivel de su caída: ¡ni siquiera querían el conocimiento de Dios! «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios» (Sal 14.1).

Es triste ver los trágicos resultados de esta decadencia. Los evolucionistas quieren hacernos creer que los seres humanos hemos «evolucionado» desde formas primitivas, ignorantes y como bestias, a la criatura maravillosa que somos hoy. Pablo dice precisamente lo opuesto: el hombre empezó como la más superior de las criaturas de Dios, pero ¡él mismo se hizo bestia! Nótese los tres juicios de Dios:

- Dios los entregó a la inmundicia e idolatría, vv. 24–25.
- Dios los entregó a pasiones vergonzosas, vv. 26–27.
- Dios los entregó a una mente reprobada, vv. 28ss.

¡Dios los abandonó! Esta es la revelación de la ira de Dios (v. 18). Los pecados que se mencionan aquí son demasiado viles para definir o hablar de ellos, sin embargo, hoy en día se practican alrededor del mundo con la aprobación de la sociedad. La gente sabe que el pecado será juzgado, no obstante, se deleitan en él de todas maneras. Si no fuera por el evangelio de Cristo, estaríamos nosotros mismos en esa esclavitud del pecado. «Gracias a Dios por su don inefable» (2 Co 9.15).

ROMANOS 2

De 2.1 a 3.8 Pablo enfoca su reflector sobre los de su pueblo, los judíos, y muestra que están igualmente condenados como pecadores ante Dios. En 1.20 afirma que los gentiles no tienen excusa, y en 2.1 afirma lo mismo para los judíos. ¡Estas noticias caen como un trueno a los privilegiados judíos! De seguro que Dios los iba a tratar, pensaban, ¡de forma diferente a la que usa para tratar a los gentiles! No, afirma Pablo; los judíos están bajo la condenación e ira de Dios porque los principios divinos del juicio son justos. En este capítulo destaca tres principios divinos de juicio que prueban que los judíos están tan condenados como los gentiles.

I. El juicio es de acuerdo a la verdad de Dios (2.1–5)

Mientras el judío leía la acusación de Pablo a los «gentiles» en el primer capítulo, debe haber sonreído y dicho: «¡Se lo merecen!» su actitud sería la del fariseo de Lucas 18.9–14: «Te doy gracias que no soy como los otros hombres». Pero Pablo le devuelve al judío el mismo juicio que este hacía con el gentil: «Tú haces lo mismo que hacen los gentiles, ¡de modo que eres igualmente culpable!» El juicio divino de los hombres no es conforme a rumores, chismes, nuestras opiniones, ni a la evaluación humana; es «según verdad» (v. 2). Alguien ha dicho: «Detestamos nuestras faltas, especialmente cuando las vemos en otros». Qué fácil es para las personas en la actualidad, como en los días de Pablo, condenar a otros, y sin embargo tener los mismos pecados en sus vidas.

Pero el judío podía haber argumentado: «¡De seguro que Dios no nos va a juzgar con la misma verdad que aplica a los gentiles! Porque, ¡vea cuán bueno ha sido Dios con Israel!» Pero ignoraban el propósito que Dios tenía en mente cuando derramaba su bondad sobre Israel y esperaba con tanta paciencia a que su pueblo obedeciera: Se suponía que su bondad los llevaría al arrepentimiento. En lugar de eso, endurecieron sus corazones y así almacenaron más ira para aquel día cuando Cristo juzgará a los perdidos (Ap 20). ¿No ha oído usted a los pecadores perdidos de hoy decir: «Estoy seguro de que Dios no me va a mandar al infierno. Porque Él ha hecho tantas cosas buenas para mí»? Ni siquiera se dan cuenta de que la bondad de Dios es la preparación para su gracia; y en lugar de humillarse, endurecen sus corazones y cometen más pecados, pensando que Dios los ama demasiado como para condenarlos.

Estas dos mismas «excusas» que los judíos usaban en días de Pablo se oyen todavía hoy: (1) «Yo soy mejor que otros, de modo que no necesito a Cristo»; (2) «Dios ha sido bueno conmigo y de ninguna manera me condenará». Pero el juicio final de Dios no será según las opiniones ni evaluaciones de los hombres; será según la verdad.

II. El juicio es de acuerdo a las obras de la persona (2.6–16)

Los judíos pensaban que tenían la más alta «posición» entre el pueblo de Dios, sin darse cuenta que una cosa es ser un oidor de la ley y otra muy distinta un hacedor (v. 13). Tenga presente que estos versículos no nos dicen cómo ser salvos. Describen cómo juzga Dios a la humanidad de acuerdo a las obras que haya hecho. Los versículos 7–8 no hablan respecto a las acciones ocasionales de una persona, sino al propósito total y dirección general de su vida, la «elección de la vida», según William Newell lo describe. La gente no alcanza la vida eterna por buscarla pacientemente; pero si la buscan toda su vida, la hallarán en Cristo.

«Cada uno» (v. 6), «todo ser humano» (v. 9), «todo el que» (v. 10): tres frases que muestran que Dios no hace acepción de personas sino que juzga a la humanidad en base a cómo han vivido. Uno pudiera preguntar: «Pero, ¿es Dios justo al juzgar así a los hombres? Después de todo, los judíos habían tenido la ley y los gentiles no». Sí; Dios es justo, conforme lo explican los versículos 12–15. Dios juzgará a las personas según la luz que han recibido. Pero nunca piense que los gentiles (que no conocían directamente de Moisés) vivían alejados de la ley; porque la ley moral de Dios estaba escrita en sus corazones (véase 1.19). Daniel Crawford, veterano misionero en Africa, salió de las selvas y dijo: «Los paganos están pecando contra un torrente de luz». «Es una de las cosas más evidentes en las Escrituras», escribe el Dr. Roy Laurin, «que los hombres serán juzgados de acuerdo al conocimiento de Dios que posean y nunca de acuerdo a algún standard más alto que no posean». Los judíos oían la ley, pero rehusaban hacerla, y por eso serán juzgados con más severidad. Lo mismo ocurrirá con los pecadores de hoy que oyen la Palabra de Dios, pero no quieren hacerle caso.

III. El juicio es de cuerdo al evangelio de Cristo (2.17–29)

Ya Pablo ha mencionado dos veces el «día del juicio» (vv. 5, 16). Ahora afirma que este juicio será del corazón, cuando Dios revelará todos los secretos. Cristo será el Juez y la cuestión va a ser: «¿Qué hiciste con el evangelio de Cristo?»

Los judíos se jactaban de sus privilegios raciales y religiosos. Debido a que Dios les había dado su Palabra conocían su voluntad y tenían un mejor sentido de lo valores. Miraban a los gentiles como ciegos, en la oscuridad, como ignorantes y como niños (vv. 19–20). Los judíos se consideraban como los exclusivos favoritos de Dios; pero lo que no lograron ver fue que estos privilegios les obligaban a vivir en santidad. Desobedecían la misma ley que predicaban a los gentiles. El resultado fue que incluso los «perversos gentiles» ¡blasfemaban el nombre de Dios debido al pecado de los judíos! Pablo tal vez se esté refiriendo a Isaías 52.5, Ezequiel 36.21–22, o a las palabras de Natán a David en 2 Samuel 12.14.

Si algún pueblo tenía «religión», ese era el judío; sin embargo, su religión era una cuestión de ceremonia externa y no interna. Se jactaban de su rito de la circuncisión, una ceremonia que los identificaba con el Dios viviente; y sin embargo, ¿de qué sirve un rito físico si no hay obediencia a la Palabra de Dios? Pablo avanza incluso al punto de decir que el gentil incircunciso que obedecía la Palabra de Dios era mejor que el judío circunciso que la desobedecía (v. 27), y que el judío circunciso que desobedecía a Dios era considerado «incircunciso». Un verdadero judío es el que tiene fe interna, cuyo corazón se ha transformado, y no sólo aquel que sigue las ceremonias externas en la carne. El versículo 27 afirma con audacia que los gentiles que, aun siendo incircuncisos, por naturaleza cumplen la ley, ¡van a juzgar a los judíos que quebrantan las normas de Dios!

El evangelio de Cristo exige un cambio interno: «Es necesario nacer de nuevo» (Jn 3.7). No es la obediencia a un sistema religioso lo que le permite a uno pasar la prueba cuando Cristo juzga los secretos de los corazones de los hombres, sino el evangelio de Cristo que es poder de Dios para salvación, tanto para el judío como para el gentil (Ro 1.16). Si una persona nunca ha creído en el evangelio y recibido a Cristo, ya está condenada. Los judíos, con toda su religión y legalismo estaban (y están) igualmente bajo pecado como los gentiles, y mucho más debido a que se les concedió mayores privilegios y oportunidades de conocer la verdad.

¿Cuántos van camino al infierno porque piensan que Dios les va a juzgar según su opinión, status o religión? Dios no juzga de acuerdo a estos principios, sino según la verdad, de acuerdo a nuestras obras y de acuerdo al evangelio de Cristo. De este modo, en el capítulo 1 Pablo prueba que los gentiles no tienen excusa, y aquí en el capítulo 2, que los judíos no tienen excusa. En el capítulo 3 demostrará que el mundo entero está bajo pecado y condenación, necesitando con desesperación la gracia de Dios.

ROMANOS 3

Este capítulo establece el puente entre la sección 1: «pecado», y la sección 2: «salvación». En la primera sección (vv. 1–20) Pablo analiza la condenación y concluye que el mundo entero, judíos y gentiles por igual, están bajo pecado. En la última sección (vv. 21–31) presenta el tema de la justificación por fe, lo cual será su tema por los próximos dos capítulos.

Es más, el capítulo 3 es en realidad el semillero para el resto del libro. En los versículos 1–4 trata de la incredulidad de Israel y este es su tema en los capítulos 9–11. En el versículo 8 menciona la cuestión de vivir en el pecado y este es lo que analiza en los capítulos 6–8. (Nótese que 3.8 se relaciona muy de cerca con 6.1.) El versículo 21 trae a colación la justificación por fe, que es su tema para los capítulos 4–5. Finalmente, en el versículo 31 menciona el establecimiento y obediencia a la ley, tema que presenta en los capítulos 12–16 (nótese 13.8–14).

I. Las malas noticias: Condenación bajo pecado (3.1–20)

En esta sección Pablo pregunta y responde a cuatro interrogantes importantes:

A. ¿Hay alguna ventaja en ser judío, si los judíos están condenados? (vv. 1–2).

La respuesta es «sí», porque a los judíos se les dio los oráculos de Dios, su voluntad revelada en su Palabra. Si Israel hubiera creído y obedecido la Palabra, la nación hubiera recibido a Cristo y se hubiera salvado. Entonces, a través de ellos, Dios hubiera esparcido la bendición al mundo entero. Nosotros hoy, desde luego, somos privilegiados al tener la Palabra de Dios. Ojalá que nunca la demos por sentado.

B. ¿Ha derogado la Palabra de Dios la incredulidad de Israel? (vv. 3–4).

Por supuesto que no. La incredulidad nunca podría anular la fidelidad de Dios (v. 3). Dios es veraz, aun cuando todo hombre es mentiroso. Aquí Pablo cita el Salmo 51.4, donde el rey David admite sin rodeos su pecado y la justicia de Dios al juzgarle. Aun reconociendo sus pecados David declaró la rectitud y justicia de Dios y la verdad de su Palabra.

C. Entonces, ¿por qué no pecar más y glorificar así más a Dios? (vv. 5–8).

«Después de todo, si se honra a Dios al juzgar mi pecado, ¡en realidad estoy haciéndole un favor al pecar! En lugar de juzgarme, ¡Él debería dejarme pecar más para que pudiera ser glorificado más! ¡De ninguna manera es justo al juzgarme!» Pablo rápidamente desbarata este argumento en pro del pecado al destacar, en el versículo 6, que tal posición significaría que Dios nunca juzgaría al mundo, e incluso Abraham lo reconoció como el «Juez del mundo» (Gn 18.25). Pablo no explica cómo juzga Dios el pecado y se glorifica en ello; simplemente afirma que toda la verdad y la justicia caería si Dios hiciera lo que tales personas afirman. Los enemigos judíos de Pablo mintieron acerca de él y dijeron que enseñaba esta misma doctrina: «Hagamos males para que vengan bienes» (v. 8). Véase también 6.1, 15. Esta afirmación es tan contraria a toda razón y toda Escritura que Pablo la desecha diciendo que «quienes dicen esto merecen la condenación».

D. Entonces, ¿es mejor el judío que el gentil? (vv. 9–18).

No, ni tampoco el gentil es mejor o peor que el judío; porque ambos son pecadores y están bajo la terrible condenación de Dios. «No hay diferencia» es el gran mensaje de Romanos: no hay diferencia ni en cuanto al pecado (3.22–23) ni a la salvación (10.12–13). Dios ha considerado bajo pecado tanto al judío como al gentil, para poder, en su gracia, tener misericordia de todos (11.32).

Pablo ahora prueba que el mundo es culpable al describir la total pecaminosidad de la humanidad. En los versículos 10–12 comenta sobre su carácter pecaminoso y se refiere al Salmo 14.1–3. En los versículos 13–18 nos recuerda de la conducta de la humanidad, al citar los Salmos 5.9; 140.3; 10.7 y 36.1 y también a Isaías 59.7, 8. Por favor, lea con cuidado estos versículos y su escenario. Su veredicto final se da

en los versículos 19–20: el mundo entero es culpable ante Dios. La ley que los judíos pensaban que les salvaría, sólo les condenaba; porque la ley da en conocimiento del pecado.

II. Las buenas nuevas: Justificación por fe (3.21–31)

A. Aparte de la ley (v. 21).

El versículo 21 se puede parafrasear: «Pero ahora, en esta edad de gracia, una justicia (una nueva clase de justicia) se ha revelado, pero no una que depende de la ley». La gente hoy quiere justicia por la ley y por obras, pero Pablo ya ha probado que la ley condena y nunca puede salvar. Esta gracia-justicia fue, sin embargo, vista en el AT. Abraham, por ejemplo, fue declarado justo debido a su fe (Gn 15.6). Habacuc 2.4 dice: «El justo por su fe vivirá». Léase Romanos 9.30–33 y vea por qué Israel fracasó en esta justicia por fe.

B. Disponible por medio de Cristo (vv. 22–26).

Nótese cuán a menudo Pablo usa la palabra «fe». El versículo 23 puede leerse: «Por cuanto todos pecaron [de una vez por todas en Adán] y están constantemente destituidos de la gloria de Dios». Entonces Pablo introduce varios términos importantes:

Justificados: declarados justos a los ojos de Dios por medio de los méritos de Cristo, seguros en nuestra posición en Cristo ante el trono de Dios. Justificación es la justicia de Dios imputada, puesta en nuestra cuenta. Santificación es la justicia impartida, o vivida en nuestras vidas diarias.

Redención: liberación del pecado y sus castigos, mediante el pago de un precio. El precio fue la sangre de Cristo en la cruz.

Propiciación: El sacrificio de Cristo satisfizo la santa ley de Dios, lo cual hizo posible que perdonara a los pecadores y seguir siendo justo en sí mismo. La justicia de Dios quedó satisfecha; ahora puede mirar con bondad y gracia a un mundo perdido.

«¡Justificados gratuitamente por su gracia!» (v. 24). ¡Qué emocionante declaración! No por obras, buenas intenciones, regalos u oraciones, sino gratuitamente por su gracia sola. Es en esta carta que Pablo explica cómo Dios puede ser a la vez «el justo, y el que justifica» (v. 26), y la respuesta es la cruz. Cuando Jesús murió, llevó nuestros pecados en su propio cuerpo (1 P 2.24) y pagó así el precio que exigía la ley de Dios. ¡Pero resucitó! De este modo, ¡vive y puede salvar a todo el que cree!

El versículo 25 enseña que en las edades antes de la plena revelación del evangelio de Cristo, Dios parecía ser injusto al «pasar por alto» los pecados de la humanidad y perdonar a personas tales como Noé, Abraham y Enoc. Cierto, Él descargó ira en algunos casos; pero generaciones de pecadores parecían escapar a su juicio. ¿Cómo podía Dios hacer esto? Debido a que sabía que en la cruz Él daría una exhibición completa de su ira contra el pecado, y sin embargo por medio de la muerte de Cristo proveería una redención por los pecados que habían sido meramente «cubiertos» por la sangre de los toros y machos cabríos (Heb 9–10).

C. Aceptados por fe (vv. 27–31)

«¡Esta es la conclusión de todo el asunto!» El judío no tiene nada de qué jactarse, debido a que todos los pecadores son justificados por fe y no por las obras de la ley. Si la justificación es por la ley, Dios es un Dios de los judíos solamente, porque Israel era el único que tenía la ley. Pero Dios es también el Dios de los gentiles. Por consiguiente, tanto judíos como gentiles se salvan de la misma manera: por fe. Y este simple medio de salvación no anula la ley, porque la ley exigía la muerte por el pecado y Cristo murió por nuestros pecados. De este modo, el evangelio establece la ley. La ley de Dios revela mi necesidad de gracia y la gracia de Dios me permite obedecer la ley.

ROMANOS 4

Procure dominar este capítulo, ¡sea como sea! Explica cómo Dios justifica (declara justo) a los impíos mediante la muerte y la resurrección de Jesucristo. «Salvación» es un término amplio e incluye todo lo que Dios hace por el creyente en Cristo: «justificación» es un término legal que describe nuestra perfecta posición ante Dios en la justicia de Cristo. En este capítulo Pablo usa el ejemplo de Abraham para ilustrar tres grandes hechos respecto a la justificación por fe.

I. La justificación es por fe, no por obras (4.1–8)

Todos los judíos reverenciaban al «padre Abraham» y por Génesis 15.6 sabemos que Abraham fue justificado ante Dios. La aceptación de Abraham por Dios era tan cierta que se referían al cielo como «el seno de Abraham». Sabiendo esto, Pablo apunta a Abraham y pregunta: «¿Cómo fue Abraham, nuestro padre en la carne, justificado?» ¿Por sus obras? No, porque entonces pudiera haberse gloriado de sus éxitos y no tenemos ningún registro de tal acción en el AT. ¿Qué dice la Escritura? «Abraham creyó a Dios» (véase Gn 15.1–6.) El don de la justicia vino, no por obras, sino por la fe en la Palabra revelada de Dios.

Nótese que en su argumento Pablo usa las palabras «considerar», «imputar» y «contar» (vv. 3–6, 8–11; 22–24). Todas significan lo mismo: poner a cuenta de una persona. La justificación significa justicia imputada (puesta a nuestra cuenta) y nos da el derecho de estar ante Dios. Santificación significa justicia impartida (hecha parte de nuestra vida) y nos da una posición correcta ante los hombres, de modo que crean que somos cristianos. Ambas cosas son parte de la salvación, como argumenta Santiago 2.14–26. ¿De qué sirve decir que tengo fe en Dios si mi vida no revela fidelidad a Él?

La salvación es o bien una recompensa por obras, o un regalo mediante la gracia; no puede ser ambas cosas. El versículo 5 afirma que Dios justifica al impío (no al justo) por fe y no por obras. Los judíos pensaban que Dios se basaba en las obras para justificar a los religiosos; sin embargo, Pablo ha demostrado que el «padre Abraham» se salvó sólo por fe. Luego Pablo se refiere a David y cita el Salmo 32.1–2, demostrando que el gran rey de Israel enseñó la justificación por la fe, aparte de las obras. Dios no imputa el pecado a nuestra cuenta, porque eso se cargó a la cuenta de Cristo (2 Co 5.21 y véase Flm 18). Antes bien, ¡Él imputa la justicia de Cristo a nuestra cuenta puramente sobre la base de la gracia! ¡Qué maravillosa salvación tenemos!

II. La justificación es por gracia, no por la ley (4.9–17)

Ahora surge una importante pregunta: «Si la salvación es por fe, ¿qué sucede con la ley? ¿Qué hay con el pacto que Dios hizo con Abraham? Pablo responde señalando que la fe de Abraham y su salvación data de ¡catorce años antes de ser circuncidado! La circuncisión fue el sello del pacto, el rito que hacía del niño judío una parte del sistema de la ley. Sin embargo Abraham, el «padre» de los judíos, ¡fue en efecto un gentil (o sea, incircunciso) cuando fue salvado! La circuncisión fue sólo una señal externa de una relación espiritual, como lo es el bautismo hoy. Ninguna ceremonia física puede producir cambios espirituales; no obstante, los judíos de los días de Pablo (como muchos «religiosos» de hoy) confiaban en las ceremonias (las señales externas) e ignoraban la fe salvadora que se les demandaba. Abraham es verda-

deramente el «padre» de todos los creyentes, todos los que pertenecen a la «familia de la fe» (véase Gl 3.7, 29). Como Pablo destacó en Romanos 2.27–29, no todos los «judíos» son en realidad «el Israel de Dios».

En los versículos 13–17 Pablo contrasta la ley y la gracia, así como en los versículos 1–8 contrastó la fe y las obras. La palabra clave aquí es «promesa» (vv. 13, 14, 16). La promesa de Dios a Abraham de que sería «heredero del mundo» (v. 13: indicando el glorioso reino bajo el gobierno de la Simiente Prometida: Cristo) no se dio en conexión con la ley o la circuncisión, sino por la sola gracia de Dios. Léase de nuevo Génesis 15 y nótese cómo Abraham estaba «al final de su cuerda» cuando Dios intervino y le dio su promesa de gracia. ¡Todo lo que tenía que hacer era creer a Dios! La ley nunca fue dada para salvar a nadie; la ley nada más trae ira y revela el pecado. Anula por completo la gracia, así como las obras abrogarían la fe; las dos cosas no pueden existir juntas (vv. 14–15). ¿Cómo podía Abraham salvarse por una ley que aún no se había dado? Pablo concluye en el versículo 16 que la justificación viene por gracia, por medio de la fe; y así todas las personas, judíos o gentiles, pueden ser salvos. Abraham no sólo es el padre de los judíos, sino que es el «padre de todos nosotros», todos los que seguimos en sus pasos de fe. (Léase Gl 3.)

III. La justificación es por el poder de la resurrección, no por esfuerzo humano (4.18–25)

La primera sección (vv. 1–8) contrastó la fe y las obras; la segunda (vv. 9–17) la ley y la gracia; y ahora la tercera (vv. 18–25) contrasta la vida y la muerte. Nótese que Pablo, en el versículo 17, identifica a Dios como el que «da vida a los muertos». Abraham y Sara estaban «muertos», ya que sus cuerpos habían pasado con mucho la edad de procrear (véase Heb 11.11, 12). ¿Cómo podrían dos personas, una de noventa años de edad y la otra con más de cien, esperanzarse con tener un hijo? Pero cuando la carne está muerta, ¡el poder de la resurrección del Espíritu puede obrar!

Debemos asombrarnos de la fe de Abraham. Todo lo que tenía era la promesa de Dios de que sería el padre de muchas naciones; sin embargo, creyó la promesa, dio la gloria a Dios y recibió la bendición. Qué perfecta ilustración del milagro de la salvación. En tanto y en cuanto la gente dependa de la carne y sienta que todavía tiene suficiente fuerza como para agradar a Dios, nunca será justificada. Pero cuando llegamos al final de nuestros recursos, admitimos que estamos muertos y cesamos de bregar con nuestros esfuerzos, Dios puede «darnos vida de entre los muertos» y una nueva vida y una perfecta posición delante de Él. Fue la simple fe de Abraham a la Palabra de Dios lo que le justificó y así es como los pecadores son justificados hoy.

Pero tal vez Abraham era alguien importante. El versículo 24 dice que no; Dios escribió esa declaración en su Palabra por causa nuestra, no por Abraham. Somos salvos de la misma manera que él se salvó: por fe. Nótese cuán importante es en Romanos la palabra «creer»: aparece en 1.16; 3.22, 26; 4.3, 24; 5.1; 10.4, 9–10; etc. Cuando un pecador cree la promesa de Dios en la Palabra, el mismo poder de resurrección entra en su vida y llega a ser cristiano, un hijo de Dios, así como Abraham lo fue. Debemos confesar que estamos muertos y creer que Cristo está vivo y nos salvará.

El versículo 25 explica la base para la justificación: la muerte y resurrección de Cristo. Pablo entrará en detalle en este asunto en el capítulo 5. El versículo dice: «El cual [Jesús nuestro Señor] fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación». El hecho de que Él murió prueba que fuimos pecadores; el hecho de que Dios le levantó de los muertos prueba que hemos sido justificados por su sangre. Esto pone de manifiesto de nuevo que la justificación es asunto del poder de la resurrección y no del débil esfuerzo humano.

ROMANOS 5

Este capítulo es una explicación de la última palabra del capítulo 4: justificación. Un claro entendimiento del argumento de Pablo es esencial para captar el significado de la justificación por fe.

I. La bendición de la justificación (5.1–11)

Tenga presente que la justificación es la declaración de Dios de que el pecador que cree es justo en Cristo. Es justicia imputada, puesta a nuestra cuenta. Santificación es justicia impartida, puesta en práctica en y a través de nuestras vidas por el Espíritu. Justificación es nuestra posición delante de Dios; santificación es nuestro estado aquí en la tierra delante de otros. La justificación nunca cambia; la santificación sí. Nótese las bendiciones que tenemos en la justificación.

A. Tenemos paz (v. 1).

Hubo un tiempo en que éramos enemigos (v. 10); pero ahora en Cristo tenemos paz con Dios. Paz con Dios significa que nuestro problema con el pecado ha quedado resuelto por la sangre de Cristo. Dios es nuestro Padre, no nuestro Juez.

B. Tenemos entrada a Dios (v. 2a).

Antes de nuestra salvación estábamos «en Adán» y condenados; pero ahora en Cristo tenemos una perfecta posición delante de Dios y podemos entrar a su presencia (Heb 10.19–25).

C. Tenemos esperanza (v. 2b).

Literalmente «nos enorgullecemos en la esperanza de la gloria de Dios». Lea Efesios 2.11, 12 y note que el inconverso está «sin esperanza». No podemos ufanarnos en las buenas obras que traen salvación (Ef 2.8–9), pero sí podemos hacerlo en la maravillosa salvación que Dios nos ha dado en Cristo.

D. Tenemos confianza diariamente (vv. 3–4).

«También nos gloriamos en las tribulaciones». El verdadero cristiano no sólo tiene una esperanza para el futuro, sino que tiene confianza en las presentes aflicciones de la vida. La «fórmula» es como sigue: la prueba más Cristo igual a paciencia; paciencia más Cristo es igual a prueba [experiencia]; prueba más Cristo igual a esperanza. Nótese que no nos gloriamos en las tribulaciones o respecto a las pruebas; sino en las pruebas. Compárese Mateo 13.21; 1 Tesalonicenses 1.4–6; y Santiago 1.3ss.

E. Experimentamos el amor de Dios (vv. 5–11).

Por el Espíritu Dios derrama su amor en nosotros y a través de nosotros. Dios reveló su amor en la cruz cuando Cristo murió por los que estaban «débiles», que eran «indignos», «pecadores» y «enemigos», probando así su gran amor. El argumento de Pablo es este: si Dios hizo todo eso por nosotros mientras todavía éramos sus enemigos, ¡cuánto más hará ahora que somos sus hijos! Somos salvos por la muerte de Cristo (v. 9), pero somos también salvos por su vida (v. 10), según «el poder de su resurrección» (Flp 3.10) que opera en nuestras vidas. Hemos recibido «reconciliación» (v. 11) y ahora experimentamos el amor de Dios.

II. La base de la justificación (5.12–21)

Esta es una sección compleja, de modo que léala varias veces y use una traducción moderna. Pablo explica aquí cómo todos los hombres son pecadores y cómo la muerte de un hombre puede dar a un pecador impío una correcta posición delante de Dios.

Por favor, note antes que todo, la repetición de la palabra «un» o «uno» (vv. 12, 15–19: once veces). Nótese también el uso de la palabra «reinar» en los versículos 14, 17 y 21. El pensamiento clave aquí es que cuando Dios mira a la raza humana, sólo ve a dos hombres: Adán y Cristo. Todo ser humano, o está «en Adán» y está perdido, o está «en Cristo» y es salvado; no hay términos medios. El versículo 14 afirma que Adán es un tipo (figura) de Cristo; él es el «primer Adán» y Cristo el «postrer Adán» (1 Co 15.45).Podemos contrastar a los dos Adanes como sigue: (1) El primer Adán se hizo de tierra, pero el postrer Adán (Cristo) vino del cielo (1 Co 15.47). (2) El primer Adán fue el rey de la antigua creación <%-3>(Gn 1.26–27),<%0> en tanto que el postrer Adán es el Rey Sacerdote sobre la nueva creación <%-3>(2 Co 5.17). (3)<%0> Al primer Adán lo probaron en un jardín perfecto y desobedeció a Dios, mientras que al postrer Adán lo probaron en un terrible desierto y obedeció a Dios; y en el huerto del Getsemaní sometió su voluntad a Dios. (4) La desobediencia del primer Adán trajo pecado, condenación y muerte a la raza humana, pero la obediencia del postrer Adán trajo justicia, salvación y vida a todo el que cree. (5) Mediante el primer Adán la muerte y el pecado reinan en este mundo (vv. 14, 17, 21); pero a través del postrer Adán reina la gracia (v. 21) y los creyentes pueden «reinar en vida» (v. 17).

El AT es el «libro de la generación de Adán» (Gn 5.1–2) y concluye con la palabra «maldición» (Mal 4.6). El NT es el «libro de la generación de Jesucristo» (Mt 1.1) y concluye con «no habrá más maldición» (Ap 22.3). El paraíso de Génesis que Adán perdió se restaura en Apocalipsis mediante la cruz de Cristo.

Lo que Pablo enseña aquí es la unidad de la raza humana en Adán (véase Hch 17.26). Cuando dice en el versículo 12 que «todos han pecado» significa que todos pecamos en Adán cuando él pecó. Nos identificamos con él como la «cabeza» de la raza humana y su pecado es el nuestro, su muerte es la nuestra. El argumento de Pablo en los versículos 12–14 es como sigue: Todos sabemos que un hombre muere si desobedece la ley de Dios. Pero no había ley desde Adán hasta Moisés, ¡y sin embargo los hombres murieron! Sabemos que Adán murió debido a que desobedeció una ley divina; pero las generaciones desde Adán hasta Moisés no tenían tal ley para desobedecer. Entonces, la muerte debe ser por otra causa y esa es el pecado de Adán. Debido a que nacemos «en Adán», heredamos su pecado y condenación. Pero en su gracia Dios ha dado un «postrer Adán», una nueva «Cabeza» que, «por su vida y muerte», ha deshecho todo lo que Adán hizo en su pecado. Pablo ahora presenta varios contrastes entre la salvación y el pecado:

vv. 15–16, ofensa vs. regalo gratuito: La ofensa de Adán trajo condenación y muerte, mientras que el regalo de la gracia de Dios trae justificación y vida.

v. 17, muerte vs. vida: La muerte reinó debido a Adán, pero ahora los creyentes reinan en vida (ya no en el futuro) por Cristo, ¡y tienen vida abundante!

v. 18, condenación vs. justificación: El pecado de Adán hundió a la raza humana en condenación; la muerte de Cristo trae una posición correcta delante de Dios. Adán se escondió de Dios; ¡en Cristo tenemos entrada libre a Dios!

v. 19, desobediencia vs. obediencia: Adán desobedeció a Dios y nos hizo a todos pecadores; Cristo obedeció a Dios y, por medio de la fe en Él, somos hechos justos.

v. 20, ley vs. gracia: Dios no dio la ley para salvar a la humanidad, sino para revelar el pecado. Pero, cuando Cristo murió, la superabundante gracia satisfizo las exigencias de la ley, y entonces suplió lo que esta no podía suplir: salvación del pecado.

La transacción completa se resume en el versículo 20: en la nueva creación (2 Co 5.17, estando «en Cristo») ya no reina el pecado, ¡reina la gracia! No reina la muerte, ¡reina la vida! ¡Y nosotros reinamos en vida! «Cristo[...] nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios» (Ap 1.5–6).

Ahora, la pregunta importante es: ¿Estoy «en Adán» o «en Cristo»? Si estoy «en Adán», el pecado y la muerte reinan en mi vida y estoy bajo condenación. Si estoy «en Cristo», la gracia reina, puedo reinar en vida por medio de Cristo y el pecado ya no me tiene en esclavitud (el tema del capítulo 6). En 5.6–11 Pablo enseña la sustitución: Cristo murió por nosotros en la cruz. Pero en 5.12–21 avanza más y enseña la identificación: los creyentes están en Cristo y pueden vivir en victoria sobre el pecado.

¡Aleluya, qué Salvador!

Notas introductorias a Romanos 6–8

La iglesia de hoy necesita desesperadamente enfatizar la santidad práctica en la vida del creyente. Todo cristiano (si en verdad ha nacido de nuevo) vive según se describe en Romanos 5; pero en los capítulos 6 al 8 de Romanos se describe muy poco progreso en los cristianos. Es esencial que comprendamos el significado de esta sección sobre la santificación. No sólo que la comprendamos, sino que la vivamos.

Definición

Santificar quiere decir «apartar, separar». En esencia, no dice nada en cuanto a la naturaleza de algo, sólo su posición en referencia a Dios. El tabernáculo y su mobiliario fueron santificados, apartados para el uso exclusivo de Dios.

La lana, la tela, el metal y otros materiales no eran «santos» en sí mismos, sino que fueron apartados para Dios. En Juan 17.19 Jesús dice que Él se santifica a sí mismo. Por cierto, el Santo Hijo de Dios no tiene necesidad de ser hecho «más santo» que lo que era. Lo que quiere decir es simplemente que Él se había apartado a sí mismo para servir a Dios y, por medio de su acto de salvación, pudo apartar a los creyentes para la gloria de Dios.

En las Escrituras la santificación es triple: (1) posicional: el cristiano es sacado del mundo y sentado con Cristo (Jn. 17.16); (2) práctica: el creyente tiene victoria día tras día sobre el pecado y crece en santidad y en semejanza a Cristo; (3) perfecta: «Seremos como Él es porque le veremos como Él es» (1 Jn 3.1, 2).

A menos que conservemos el mensaje de Romanos 6 separado del de Romanos 7, confundiremos el mensaje de Pablo y perderemos una gran bendición. Esta tabla explica la diferencia entre el mensaje de Romanos 6 y el de Romanos 7.

Romanos 6	Romanos 7

1. ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde?	1. ¿Qué podemos hacer sino pecar cuando nuestra misma naturaleza es tan pecadora?
2. Esclavitud al cuerpo de pecado.	2. Esclavitud a la ley.
3. Estamos muertos al pecado.	3. Estamos muertos a la ley.
4. Analogía del siervo y el amo.	4. Analogía de esposa y esposo.
5. El problema de evitar el mal cuando tenemos naturalezas pecadoras.	5. El problema de hacer el bien cuando tenemos naturalezas pecaminosas.
6. El problema es resuelto al saber que hemos muerto al pecado,, considerarnos muertos a la ley y al presentarnos al Espíritu.	6. El problema es resuelto al saber que hemos muerto a la ley,, admitimos que no podemos agradar a Dios por nosotros mismos y al presentarnos al Espíritu que mora en nosotros.

Romanos 7 presenta un problema mucho más profundo que el capítulo 6. Todo cristiano se da cuenta del problema del capítulo 6: que su naturaleza pecaminosa le arrastra y trata de esclavizarlo. Pero pocos cristianos han participado en las experiencias del capítulo 7, darse cuenta con humildad de que somos incapaces, incluso de hacer algo bueno. Muchos cristianos viven bajo la ley: tienen un conjunto de reglas y regulaciones que obedecen religiosamente en la energía de la carne y le llaman «vivir una vida cristiana dedicada». ¡Qué lejos de la verdad! Solamente cuando el Espíritu Santo dirige nuestras vidas desde adentro y obedecemos de corazón hay vida cristiana que honra a Dios.

La carne disfruta de ser «religiosa», tratando de obedecer leyes, reglas y códigos. La cosa más engañosa acerca de la carne es que puede parecer tan santificada, tan espiritual, cuando en realidad la carne está en guerra contra Dios. Romanos 6, entonces, se refiere a la carne que genera el mal; el capítulo 7 analiza la carne que mediante la ley trata de generar el «bien».

Romanos 5 es importante en esta consideración también, a pesar de que en nuestro bosquejo colocamos este capítulo bajo el encabezamiento «salvación». Nótese los contrastes:

Romanos 5	Romanos 6 y 7
1. Cristo murió por nosotros	1. Morimos con Cristo
2. Sustitución	2. Identificación
3. Cristo murió por los pecados	3. Cristo murió al pecado
4. Pagó la pena del pecado	4. Rompió el poder del pecado
5. Justificación	5. Santificación
6. Justicia imputada	6. Justicia impartida

La carne: Esta frase no quiere decir el cuerpo en sí mismo, sino más bien la naturaleza del hombre alejado de la influencia y del poder de Dios. Otros términos que se usan para la carne son: el viejo hombre, el cuerpo de pecado y el yo. Es difícil para la gente refinada (incluso cristianos) admitir que en nosotros no hay nada bueno. Todo lo que la Biblia dice respecto a la carne es negativo y hasta que los creyentes no admitan que no pueden controlar la carne, ni cambiarla, ni limpiarla, ni conquistarla, nunca entrarán en la vida y en la libertad de Romanos 6–8. Pablo, el «preeminente fariseo» (véase Flp 3) tuvo que admitir en Romanos 7 que incluso su carne ¡no se sujetaba a las leyes de Dios! Tal vez no hubiera cometido actos externamente groseros de pecado, pero sin duda albergaba actitudes internas que eran contrarias a la voluntad de Dios. La ley de Dios es santa y buena, pero aun una ley santa nunca podrá controlar la carne pecadora.

Esta verdad viene como un choque incluso a creyentes bien enseñados: la vida cristiana no se vive en la energía de la carne, intentando «hacer buenas obras» para Dios. Ningún creyente en la tierra puede jamás hacer nada en la carne que pueda agradar a Dios. Debemos admitir que «la carne para nada aprovecha» (Jn 6.63) y presentarnos al Espíritu antes de que podamos oír a Dios decir de nuestras vidas: «Estoy complacido». ¡Qué tragedia vivir bajo la esclavitud de leyes, resoluciones y reglas, cuando hemos sido llamados a la gloriosa libertad por medio del Espíritu!

Nuestra responsabilidad: La vida cristiana no es algo pasivo, en lo cual meramente «morimos» y dejamos que Dios haga todo por nosotros. Las tres palabras clave del capítulo 6 son conocer, considerar y presentar. Debemos conocer nuestra posición espiritual y privilegios en Cristo, y esto quiere decir dedicar tiempo a la Palabra de Dios. Debemos considerar que lo que Dios dice respecto a nosotros en la Biblia es verdad en nuestras vidas y esto significa mostrar una fe que nace del Espíritu. Finalmente, debemos presentar todo al Espíritu, no sólo en ocasiones, sino siempre. Esto es «andar en el Espíritu».

La vieja naturaleza es fuerte para hacer el mal y, sin embargo, «la carne es débil» (Mt 26.41) cuando se trata de hacer alguna cosa espiritual. Debemos alimentar la nueva naturaleza con leche, carne, pan y miel de la Palabra de Dios, y debemos considerarnos muertos al pecado. ¿Para qué alimentar a un cadáver? No obstante, muchos cristianos alimentan su vieja naturaleza con las cáscaras del mundo, mientras que la nueva naturaleza se muere de hambre por el maná de Dios y por la comunión con Él en la oración. Dios ya ha hecho su parte; nuestras responsabilidades son claras: saber, considerar, presentar.

ROMANOS 6

Avanzamos ahora a la tercera sección de Romanos: «Santificación» (caps. 6–8). Estos tres capítulos pertenecen el uno al otro, y no se deben estudiar independientemente, de modo que será sabio que lea los tres capítulos con cuidado. Note que el capítulo 6 se refiere a que el creyente está muerto al pecado; el capítulo 7 explica que el creyente está muerto a la ley; y el 8 analiza que el creyente está vivo en la victoria que el Espíritu da. Estos tres capítulos son una explicación de la pequeña frasecita en 5.17 «reinarán en vida». El capítulo 6 nos dice cómo

el pecado ya no reina sobre nosotros (6.12); el capítulo 7 explica cómo la ley ya no reina más sobre nosotros (7.1); y el capítulo 8 explica cómo la morada del Espíritu nos da vida y libertad (8.2–4).

El creyente enfrenta dos problemas: (1) ¿cómo puedo obtener la victoria sobre la vieja naturaleza (la carne, el cuerpo de pecado)? y (2) ¿cómo puedo vivir de manera que agrade a Dios? El capítulo 6 responde la primera pregunta: obtenemos la victoria sobre la vieja naturaleza al darnos cuenta de que hemos sido crucificados con Cristo. Pero la segunda pregunta es más compleja; porque, ¿cómo puedo agradar a Dios cuando todo lo que haga, incluso las «buenas cosas», están manchadas por la vieja naturaleza? El pecado no es simplemente una acción externa; también involucra actitudes y disposiciones internas. El capítulo 7 contesta a este problema (junto con el capítulo 8) al mostrar que el cristiano está muerto a la ley y que el Espíritu cumple la justicia de la ley en nosotros (8.4).

El secreto de la victoria sobre la carne se halla en nuestra obediencia a estas tres instrucciones: saber, considerar y presentar.

I. Saber (6.1–10)

Nótese cuán a menudo Pablo usa la palabra «saber» en este capítulo (vv. 3, 6, 9, 16). Satanás quiere mantenernos en oscuridad en lo que se refiere a las verdades espirituales que debemos conocer y por eso muchos cristianos viven por debajo de su condición privilegiada. «Si la gracia de Dios abunda cuando hay pecado (5.20)», pudiera decir una persona, «el cristiano ¡debería vivir en pecado para conocer más de la gracia de Dios!» Pablo muestra, sin embargo, que esto es imposible debido a que el verdadero cristiano está muerto al pecado. Esta es la maravillosa verdad de nuestra identificación con Cristo. No sólo que Cristo murió por nosotros, sino que nosotros morimos con Él. Cuando el Espíritu nos bautizó en el cuerpo de Cristo, fuimos sepultado con Él y resucitados a una vida nueva.

Los versículos 3–4 no se refieren al bautismo en agua, sino a la operación del Espíritu al ponernos «en Cristo» como miembros de su cuerpo. (Esta operación se ilustra con el bautismo en agua.) Cuando Cristo murió, morimos con Él; cuando Él resucitó, resucitamos con Él a una vida nueva. Esta es nuestra nueva posición en Cristo. Él no sólo murió por el pecado, sino que murió al pecado (6.10). O sea, rompió el poder del pecado y destruyó la vieja naturaleza (6.6). La vieja naturaleza aún está allí, esto lo sabemos; pero la cruz de Cristo la ha despojado de su poder, porque morimos con Cristo a todo lo que pertenece a la vida vieja.

El pecado y la vieja naturaleza son amos inflexibles. El inconverso es esclavo del pecado (Ef 2.1–3), pero aun muchos cristianos todavía sirven al pecado a pesar de que Cristo rompió su esclavitud. Los que leen Romanos 5 descubren que Cristo murió por sus pecados y le reciben en sus corazones; pero no se apropian de las palabras de Romanos 6 y no descubren la gloriosa libertad que tienen en Cristo. Lea Romanos 6.1–10 de nuevo y analice por usted mismo que el creyente está muerto al pecado (v. 2); la vieja naturaleza ha sido crucificada (v. 6); el creyente ha sido libertado del pecado (v. 7). La vieja naturaleza ya no puede reinar más en el cristiano que conoce la verdad, la confiesa, considera y se presenta al Señor.

II. Considerar (6.11)

No es suficiente saber nuestra nueva posición en Cristo; debemos, por fe, considerar que es verdad en nuestras vidas. Considerar es simplemente ese paso de fe que afirma: «Lo que Dios dice respecto a mí en la Biblia es cierto ahora en mi vida. Estoy crucificado con Cristo». Considerar es la fe en acción que descansa en la Palabra de Dios a pesar de las circunstancias y emociones o sentimientos. Dios no nos dice que nos crucifiquemos, sino más bien que creamos que hemos sido crucificados y que «el viejo hombre» ha muerto. La crucifixión es una muerte que no se la puede aplicar usted mismo; debe ser crucificado por otro. Considerar es ese paso de fe que cree la Palabra de Dios y actúa en consecuencia.

III. Presentar (6.12–23)

Si los creyentes verdaderamente se consideran muertos al pecado, demostrarán su fe al presentarse ante Dios. Este es el tercer paso en el proceso de obtener la victoria sobre la vieja naturaleza, la carne. Nótese el severo «no reine, pues» del versículo 12. Este sometimiento es un acto de nuestra voluntad, un paso de obediencia al Señor. No es suficiente saber esta maravillosa doctrina, o incluso considerarla; debemos dar el paso final de presentar nuestros miembros a Cristo.

En los versículos 16–23 Pablo da el ejemplo del amo y del criado. Nadie puede servir a dos señores. Antes de ser salvos nos sometíamos al pecado y éramos siervos del pecado. Por consiguiente, recibimos la «paga» del pecado: la muerte (v. 23). Pero ahora, que hemos aceptado a Cristo como Salvador, somos libres del pecado; o sea, nuestra nueva posición en Cristo nos da un nuevo Amo y Señor, tanto como una nueva naturaleza. ¡Ahora somos siervos de la justicia, en lugar de ser siervos del pecado! Al presentar nuestros miembros a Cristo como sus «herramientas» o «instrumentos» (v. 13), Él viene a controlar nuestras vidas y llevamos fruto en santidad (v. 22).

El cristiano que deliberadamente se presenta al pecado cometerá pecado y cosechará tristeza. ¿Por qué debe el pecado ser nuestro señor cuando hemos muerto al pecado? ¿Por qué obedecer a un señor que ya Cristo derrotó? Los cristianos que pecan a propósito son personas que se han presentado a sí mismos a la vieja naturaleza en lugar de presentarse al Espíritu Santo. Viven por debajo de su posición exaltada en Cristo. Viven como esclavos cuando podían regir como reyes.

Es importante que tengamos estos tres pasos en orden. No podemos someternos a Dios y obtener la victoria sobre la carne, a menos que primero nos consideremos muertos al pecado y vivos en Cristo. Pero no podemos reconocernos muertos a menos que sepamos nuestra posición en Cristo. Satanás no quiere que vivamos en nuestra elevada posición en Jesucristo, de modo que trata de confundirnos respecto a nuestra victoria en el Hijo de Dios. No es suficiente saber que Cristo murió por nosotros; debemos también saber que morimos en Cristo. No es suficiente saber que tenemos una nueva naturaleza interna; debemos también saber que la vieja naturaleza fue derrotada en la cruz. Saber, considerar, presentar: estos tres pasos conducen a la victoria diaria sobre la carne. Estos tres pasos conducen al trono donde Cristo es exaltado y donde «reinaremos en vida» con Él, siervos de la justicia y no esclavos del pecado. Disfrutamos de vida y verdadera libertad en Él.

Tenga presente que estos pasos deben representar una actitud diaria de vida. No son «medidas de emergencia» que se usan al enfrentar alguna tentación especial. Los creyentes que cada día dedican tiempo a la Palabra de Dios conocerán su posición en Cristo. Tendrán la fe para considerarse muertos al pecado y podrán presentarse y someterse al Espíritu que mora en ellos, obteniendo victoria. La respuesta al problema del pecado no es simplemente determinación, disciplina, reforma, legislación, ni ningún otro esfuerzo humano. La victoria viene por medio de la crucifixión y resurrección.

Este capítulo es muy mal entendido, pero no obstante es muy importante. ¡Muchos que lo estudian no pueden entender por qué Pablo se refiere a la victoria en el capítulo 6 y luego en el 7 habla de la derrota! Opinan que debería inmediatamente avanzar de la victoria del capítulo 6 a las grandes bendiciones del capítulo 8, pero lo que sabía el escritor inspirado era mejor. El capítulo 7 analiza una cuestión vital en la vida cristiana; la relación del creyente con la ley de Dios. Romanos 6 explica que los creyentes están muertos al pecado porque están identificados con Cristo en su muerte y resurrección. Responde la pregunta: «¿Perseveraremos en pecado?» (6.1). Pero nótese que Pablo hace una segunda pregunta en 6.15: «¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?» En el capítulo 7 responde a esta pregunta y explica que los creyentes están muertos a la ley así como lo están al pecado (7.4).

¿Qué quiere decir Pablo en 6.14 cuando afirma que «no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia»? Estar «bajo la ley» quiere decir que debemos hacer algo por Dios; estar «bajo la gracia» quiere decir que Dios hace algo por nosotros. Demasiados cristianos están agobiados por reglas y regulaciones religiosas y buenas resoluciones, sin darse cuenta de que es imposible hallar santidad mediante sus propios esfuerzos. ¡Qué trágico es ver cristianos viviendo «bajo la ley», luchando por agradar a Dios, cuando la nueva posición que tienen en Cristo y el nuevo poder en el Espíritu (8.3–4) hacen posible disfrutar la victoria y la bendición por gracia. Pablo lo explica en el capítulo 7 al darnos una serie de «dúos».

I. Dos esposos (7.1–6)

La relación matrimonial ilustra nuestra relación con la ley. (Tenga presente que cuando Pablo habla de «la ley» no se refiere sólo a la Ley de Moisés, sino también a cualquier clase de legislación que el creyente usa para reducir el pecado y conseguir santidad.) Los dos esposos son la ley y el Señor Jesucristo.

Cuando una mujer se casa con un hombre, está ligada a ese hombre hasta que él muere. Entonces ella es libre para casarse de nuevo. Antes de conocer a Cristo estábamos atados a la ley y condenados por ella. La ley, sin embargo, no «murió» cuando fuimos salvados; en lugar de eso, nosotros morimos en Cristo. Ya no estamos «casados» a un sistema de regulaciones; estamos «casados» a Cristo Jesús y ya la ley no tiene control sobre nosotros. Lea el versículo 4 varias veces y absorba su maravilloso mensaje. Nuestro antiguo «marido» no tiene control sobre nosotros: estamos en una nueva relación maravillosa por medio de Cristo y en Cristo. Cuando estábamos perdidos la ley acicateaba «las pasiones pecaminosas» de nuestra vieja naturaleza y esto producía muerte (v. 5). Pero ahora estamos libres de la ley y podemos servir a Cristo en el nuevo régimen del Espíritu, no en el antiguo de la letra (v. 6).

El versículo 6 no sugiere que el cristiano no tiene la obligación de servir a Dios. En realidad, nuestras obligaciones ahora son mayores puesto que conocemos a Cristo y pertenecemos a la familia de Dios. Las exigencias son mucho más severas que bajo la Ley Mosaica. Por ejemplo, el Sermón del Monte va más allá de las acciones externas para analizar las actitudes internas. La Ley de Moisés decretaba que los homicidas eran culpables, pero Jesús dijo que el odio equivalía al homicidio. Pero Romanos 7.6 enseña que nuestra motivación para obedecer es diferente: no obedecemos mecánicamente a un conjunto de reglas, sino que con todo amor, del corazón, obedecemos al Espíritu de Dios que cumple y completa la justicia de la ley en nosotros (8.4). Un pianista principiante puede tocar una pieza «al pie de la letra» y sin embargo no captar aún su espíritu interno de la manera que un músico experimentado lo haría. Nuestra obediencia a Dios no es la del esclavo que teme al amo, sino la de la novia que con amor complace al novio.

II. Dos descubrimientos (7.7–14)

Entonces, ¿por qué Dios estableció la ley si no santifica? ¿Qué propósitos tenía en mente? Pues bien, Pablo hizo dos descubrimientos que contestan esta pregunta: (1) La ley en sí misma es espiritual, pero (2) el creyente es carnal, vendido al pecado. ¡Qué humillante descubrimiento fue para el orgulloso fariseo que su naturaleza no era espiritual e incapaz de obedecer la ley de Dios! La ley revela el pecado (v. 7), porque al leerla, las mismas cosas que condena aparecen en nuestras vidas. La ley despierta el pecado (v. 8) y el pecado se agita en nuestra naturaleza. La ley mata al pecador y lo engaña (vv. 9–11), haciendo que se dé cuenta de que es demasiado débil para satisfacer las normas de Dios. Por último, la ley revela la pecaminosidad del pecado (v. 13), no sólo nuestras acciones externas, sino especialmente nuestras actitudes internas. El creyente no puede santificarse mediante la ley no porque esta no sea santa y buena, sino porque nuestra naturaleza es tan pecaminosa que la ley no la puede cambiar o controlar. Es un día maravilloso en la vida del cristiano cuando descubre que «la vieja naturaleza no conoce la ley, y la nueva naturaleza no necesita de la ley».

III. Dos principios (7.15–25)

Después de su experiencia de derrota con la ley, Pablo concluyó que hay dos principios (o «leyes») que operan en la vida del creyente: (1) la ley del pecado y de la muerte, y (2) la ley del Espíritu de vida en Cristo (véase 8.2). Pablo se refiere, entonces, a la presencia de dos naturalezas en el hijo de Dios. La salvación no significa que Dios cambia la vieja naturaleza, la limpia o la transforma. ¡La vieja naturaleza del creyente es simplemente tan perversa y opuesta al Espíritu hoy como en el día en que fue salvado! La salvación quiere decir que Dios le da al creyente una nueva naturaleza y crucifica la antigua. El cristiano todavía tiene la capacidad de pecar, pero ahora tiene un apetito por la santidad. La dinámica para el pecado aún está allí, pero no tiene el deseo.

La ley del pecado y de la muerte es simplemente la operación de la vieja naturaleza, de modo que cuando el creyente quiere hacer lo bueno, el mal está presente. Incluso, las «buenas cosas» que hacemos están manchadas por el mal (véase v. 21). Es aquí donde usted ve la diferencia entre la victoria del capítulo 6 y la del capítulo 7; en el capítulo 6 el creyente gana la victoria sobre las cosas malas de la carne, o sea, deja de hacer deliberadamente el mal; pero en el capítulo 7 triunfa sobre las «cosas buenas» que la carne haría en obediencia a la ley. Mas Dios no acepta la carne, porque en nuestra carne no hay nada bueno. «La carne para nada aprovecha» (Jn 6.63). Sin embargo, cuántos cristianos establecen leyes para sus vidas y tratan de disciplinar la carne para que obedezca, cuando Dios llanamente dice: «Los designios de la carne [la vieja naturaleza]... no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (8.7).

La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús contrarresta la ley del pecado y de la muerte. No es al someternos a las leyes externas que crecemos en santidad y servimos a Dios aceptablemente, sino al someternos al Espíritu de Dios que mora en nosotros. Esta ley (o principio) se elabora en el capítulo 8, en los primeros diecisiete versículos en especial. No podemos cumplir con la justicia de la ley con nuestra fuerza; el Espíritu la cumple en nosotros con su poder (8.3–4).

¿Cuál es la aplicación práctica de todo esto? Simplemente esto: En nuestra nueva posición delante de Dios, como muertos a la ley, no se espera que obedezcamos a Dios mediante nuestras fuerzas. Dios no nos ha esclavizado bajo una «ley cristiana» que debamos obedecer para ser santos. Más bien, nos ha dado su Espíritu Santo que nos capacita para cumplir las exigencias de la santidad de Dios. Los cristianos pue-

den tener la victoria del capítulo 6 y dejar de estar bajo la esclavitud del cuerpo de carne, pero hay más que eso en la vida cristiana. ¿No deberíamos producir fruto para Dios? ¡Ciertamente! Pero desde el momento en que empezamos a obrar con nuestra fuerza descubrimos que somos un fracaso; y, triste es decirlo, pero muchos cristianos bien intencionados se detienen allí mismo y se convierten en víctimas espirituales. Más bien debemos aceptar las verdades de Romanos 7: que en realidad somos un fracaso, que la ley es buena pero que somos carnales y luego permitir que el Espíritu obre la voluntad de Dios en nuestra vida. Que Dios nos capacite para considerarnos muertos al pecado (cap. 6) y a la ley (cap. 7), para que podamos, por medio del Espíritu, disfrutar de la bendita libertad de los hijos de Dios y glorificar a Dios viviendo en santidad.

ROMANOS 8

Este capítulo es el clímax de la sección sobre la «santificación» (caps. 6–8) y responde las preguntas que surgieron respecto a la ley y a la carne. El Espíritu Santo domina todo el capítulo, porque a través del Espíritu morando en nosotros podemos vencer la carne y tener una vida cristiana fructífera. El capítulo puede resumirse en tres frases: ninguna condenación, ninguna obligación y ninguna separación.

I. Ninguna condenación: el Espíritu y la ley (8.1–4)

Estos versículos, en realidad, constituyen la conclusión del argumento del capítulo 7. Tenga presente que aquí Pablo no analiza la salvación, sino el problema de cómo el creyente puede alguna vez hacer algo bueno cuando tiene una naturaleza tan pecadora. ¿Cómo puede un Dios santo aceptar alguna cosa que hacemos cuando no tenemos «nada bueno» morando en nosotros? ¡Tal parece que tendría que condenar todo pensamiento y obra! Pero no hay «ninguna condenación» puesto que el Espíritu Santo que mora en nosotros cumple la justicia de la ley. La ley no puede condenarnos porque estamos muertos a ella. Dios no puede condenarnos, porque el Espíritu Santo capacita al creyente «a andar en el Espíritu» y por consiguiente a satisfacer las exigencias santas de Dios.

Es un día glorioso en la vida del cristiano cuando se da cuenta de que los hijos de Dios no están bajo la ley, de que Dios no espera que hagan «buenas obras» en el poder de su vieja naturaleza. Cuando el cristiano comprende que «no hay ninguna condenación», se percata de que el Espíritu que mora en él agrada a Dios y lo ayuda a agradarle. ¡Qué gloriosa salvación tenemos! «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud», advierte Pablo en Gálatas 5.1.

II. Ninguna obligación: el Espíritu y la carne (8.5–17)

El creyente puede tener dos «disposiciones» (mente, designios): puede inclinarse hacia las cosas de la carne y ser un cristiano carnal, en enemistad con Dios; o puede inclinarse hacia las cosas del Espíritu, ser un cristiano espiritual y disfrutar gozo y paz. La mente carnal no puede agradar a Dios; sólo el Espíritu obrando en nosotros y a través de nosotros puede agradar a Dios.

El cristiano no tiene ninguna obligación con la carne: «Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne» (v. 12). Nuestra obligación es hacia el Espíritu Santo. Fue el Espíritu el que nos convenció y nos mostró nuestra necesidad del Salvador. Fue el Espíritu el que impartió la fe salvadora, implantó la nueva naturaleza en nosotros y nos da testimonio cada día de que somos hijos de Dios. ¡Qué gran deuda tenemos con el Espíritu! Cristo nos amó tanto que murió por nosotros; el Espíritu nos ama tanto que vive en nosotros. A diario soporta nuestra carnalidad y egoísmo; todos los días nuestro pecado lo contrista; y sin embargo nos ama y permanece en nosotros como el sello de Dios y las «arras» («garantía», 2 Co 1.22) de las bendiciones que nos esperan en la eternidad. Si alguien no tiene el Espíritu morando en él, no es un hijo de Dios.

Al Espíritu Santo se le llama «el Espíritu de adopción» (v. 15). Vivir en la carne o bajo la ley (y ponerse bajo la ley es inclinarse a vivir en la carne) conduce a la servidumbre; pero el Espíritu conduce a una vida gloriosa de libertad en Cristo. Libertad para el creyente jamás significa hacer lo que se le antoje, ¡porque esa es la peor clase de esclavitud! Más bien la libertad cristiana en el Espíritu es libertad de la ley y de la carne, para que podamos agradar a Dios y llegar a ser lo que Él quiere que lleguemos a ser. «Adopción» en el NT no significa lo que típicamente denota hoy en día, recibir a un niño dentro de una familia como miembro legal de ella. El significado literal de la palabra griega es «colocar como hijo», tomar a un menor (bien sea en la familia o afuera) y hacerlo el legítimo heredero. Cada creyente es un hijo de Dios por nacimiento y heredero de Dios por adopción. Es más, somos coherederos con Cristo, de modo que Él no puede recibir su herencia en gloria hasta que nosotros estemos allí para compartirla con Él. Gracias a Dios el creyente no tiene obligación a la carne, para alimentarla, agradarla y obedecerla. En lugar de eso, debemos «hacer morir» las obras de la carne por el poder del Espíritu (v. 13, véase Col 3.9ss) y permitir que el Espíritu dirija nuestras vidas diarias.

III. Ninguna separación: el Espíritu y el sufrimiento (8.18–39)

Aunque ahora los creyentes soportan el sufrimiento, disfrutarán de la gloria cuando Cristo regrese. Es más, la creación entera (vv. 19–21) gime bajo la esclavitud del pecado, gracias a la desobediencia de Adán. Cuando Cristo finalmente aprese a Satanás, libertará a la creación completa de su esclavitud, y toda la naturaleza disfrutará con nosotros de «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (v. 21). ¡Qué maravillosa salvación tenemos; libre de la pena del pecado debido a que Cristo murió por nosotros (cap. 5); libre del poder del pecado porque morimos con Cristo a la carne (cap. 6) y a la ley (cap. 7); y algún día seremos libres de la misma presencia del pecado cuando la naturaleza sea librada de su esclavitud.

Tenemos el Espíritu de adopción, pero estamos «esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (v. 23). El alma ha sido redimida, pero no el cuerpo. Esperamos en esperanza, sin embargo, debido a que el Espíritu Santo nos es dado como «las primicias» de la liberación que Dios tiene para nosotros en el futuro. Incluso si morimos, el Espíritu, quien nos ha sellado para el día de la redención (Ef 1.13–14), vivificará nuestros cuerpos (v. 11).

Nótese los tres «gemidos» en los versículos 22–26: (1) toda la creación gime, v. 22; (2) el creyente gime esperando la venida de Cristo, v. 23; y (3) el Espíritu gime al interceder por nosotros, v. 26. Nótese en Juan 11 cuando Jesús «gimió» al visitar la tumba de Lázaro. Cómo se preocupa Dios por la esclavitud de la creación. Qué precio pagó Cristo para librarnos.

Pablo destaca que mientras soportamos estos sufrimientos en esperanza tenemos el privilegio de orar en el Espíritu. Tal vez mucha de nuestra oración es en la carne: oraciones largas, hermosas, «pías», que glorifican al hombre y dan nauseas a Dios (Is 1.11–18). ¡Pablo indica que la mayoría de la oración espiritual puede ser un gemido sin palabras que brota del corazón! «Suspiros demasiado profundos para las palabras» es una manera en que una versión traduce el versículo 26. El Espíritu intercede por nosotros, el Padre escudriña nuestros corazones y sabe lo que el Espíritu desea, y esto es lo que nos concede.

El Espíritu siempre ora de acuerdo a la voluntad de Dios. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Que los creyentes sean conformados a la imagen de Cristo (v. 29). Podemos reclamar la promesa del versículo 28 debido al propósito del versículo 29. Nótese que todos los verbos en el versículo 30 están en tiempo pasado: llamó, justificó y glorificó al creyente. ¿Por qué desmayar bajo los sufrimientos de este mundo cuando ya hemos sido glorificados? Simplemente esperamos la revelación de esta gloria en la venida de Cristo.

Pablo concluye haciendo cinco preguntas (vv. 32–35) y respondiéndolas claramente. No hay necesidad de inquietarse por lo que Dios hará, porque Dios es por nosotros y no contra nosotros. La prueba es que dio lo mejor que tenía en la cruz. Con toda seguridad que nos dará libremente cualquier otra cosa que necesitemos. ¿Puede alguien acusarnos por el pecado? ¡No! Hemos sido justificados y esta posición delante de Dios nunca cambia. ¿Puede alguien condenarnos? ¡No! Cristo murió por nosotros y vive ahora como nuestro Abogado a la diestra de Dios. ¿Puede alguien separarnos del amor de Dios? ¡No! Ni siquiera el mismo diablo («principados», «potestades», v. 38).

¡Ninguna condenación, ninguna obligación, ninguna separación! «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (v. 37).

ROMANOS 9

Los próximos tres capítulos se refieren a la historia espiritual de Israel: pasada (cap. 9), presente (cap. 10) y futura (cap. 11). El propósito de Pablo es explicar cómo Dios pudo poner a un lado a su pueblo escogido y salvar a los gentiles, y cómo Él restaurará a la nación en algún tiempo futuro.

I. La elección de Israel descrita (9.1–13)

A. Las bendiciones de la elección (vv. 1–5).

No podemos sino admirar el peso de la responsabilidad que sentía Pablo por Israel. Sus palabras nos recuerdan a Moisés en Éxodo 32.31, 32. ¿Tenemos esa carga por las almas perdidas? Cristo nos amó tanto que se hizo maldición por nosotros.

(1) La adopción: escogidos por Dios debido a su amor (véase Is 43.20–21).

(2) La gloria: la presencia de Dios en el tabernáculo (Éx 24.16, 17).

(3) Los pactos: Dios, mediante Abraham, Moisés y David, dio pactos inmutables a su pueblo Israel.

(4) La promulgación de la ley: Dios nunca se relacionó así con los gentiles. Israel oyó la voz de Dios y recibió sus leyes para el gobierno de sus vidas.

(5) El culto: el servicio sacerdotal en el tabernáculo era un privilegio del Señor.

(6) Las promesas: muchas promesas del AT se han cumplido y muchas aún no se han cumplido para los judíos.

(7) Los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob y sus doce hijos forman el cimiento de la nación.

(8) El Mesías: Cristo fue un judío, de la tribu de Judá, nacido según la ley. Nótese en el versículo 5 que Pablo llama a Cristo: «Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos».

Ninguna otra nación tuvo estas maravillosas bendiciones; sin embargo, Israel las dio por sentado y a fin de cuentas rechazó la justicia de Dios. El cristiano hoy también pertenece a los elegidos de Dios y tiene similares bendiciones de las cuales disfrutar: adopción (Ef 1.5); gloria (Ef 1.6–7); el nuevo pacto en la sangre de Cristo (Heb 9.10); la ley escrita en el corazón (2 Co 3; Heb 10.16–17); servicio sacerdotal mediante Cristo (1 P 1.4); y tenemos a Abraham como padre de los que creen (Gl 3.7): todo porque tenemos a Cristo.

B. La base de la elección (vv. 6–13).

En la elección Dios ejerce su voluntad soberana para lograr su plan perfecto. Tenga presente que la elección de que se habla en Romanos 9–11 es nacional y no individual. Aplicar todas las verdades de estos capítulos a la salvación, o a la seguridad del creyente individual, es errar su mensaje por completo. Es más, Pablo cuidadosamente destaca que está hablando a los judíos y a los gentiles como pueblos, no como pecadores individuales.

(1) Abraham: Fue escogido como el padre de la nación hebrea, pero Pablo afirma que no todos los israelitas son verdaderos hijos de Israel. (Véase también 2.25–29.) Abraham tuvo muchos hijos (Gn 25.1–6), pero solamente uno escogido: Isaac, quien fue el hijo de la promesa por fe.

(2) Isaac: Fue el hijo de la promesa por fe (véase Gl 4.21–31), mientras que Ismael fue el hijo de la carne por medio de las obras. La verdadera «simiente de Abraham» son los creyentes y no sólo los que tienen sangre judía en sus venas.

(3) Jacob: Dios pasó por alto a Esaú, el primogénito, y escogió a Jacob, y tomó su decisión incluso antes de que los niños nacieran. ¿Por qué? Para mostrar que el propósito de Dios al elegir a su nación se cumpliría. Esaú decidió rebelarse contra Dios, pero los propósitos de Dios no dependen de las decisiones del hombre. No podemos explicar la relación entre las elecciones del hombre y los propósitos de Dios, pero sabemos que ambas cosas son verdaderas y se enseñan en la Palabra de Dios.

II. La elección de Israel defendida (9.14–33)

La doctrina de la elección nacional de Israel levanta varias preguntas teológicas cruciales:

A. ¿Es Dios injusto? (vv. 14–18).

¡Por supuesto que no! Porque la elección no tiene nada que ver con la justicia, sino más bien con la gracia. «¡Dios es injusto si escoge a uno e ignora a otro!», dicen a menudo los ignorantes. Pero el propósito de Dios va más allá de la justicia; ¡porque si Dios hiciera nada más lo que es justo, tuviera que condenarnos a todos nosotros! Pablo usa a Moisés (Éx 33.19) y a Faraón (Éx 9.16) como prueba de que Dios puede hacer lo que desee al dispensar su gracia y misericordia. Nadie merece la misericordia de Dios y nadie puede condenarlo por su elección de Israel o por haber pasado por alto a otras naciones.

B. ¿Por qué Dios encuentra faltas si nadie puede resistir su voluntad? (vv. 19–29).

Pablo replica con una parábola sobre el alfarero, posiblemente tomada prestada de Jeremías 18.1–6. Dios es el Alfarero y las naciones del mundo (y sus líderes) son las vasijas. Algunas son vasijas de ira que Dios pacientemente soporta hasta el tiempo de su destrucción (Gn

15.16). Otros son vasijas de misericordia que revelan su gloria. Pablo entonces cita a Oseas 2.23 y 1.10 para mostrar que Dios prometió llamar un «pueblo» de entre los gentiles, un pueblo que sería llamado «hijos del Dios viviente». Esta es la Iglesia (véase I P 2.9–10). También cita Isaías 10.22, 23, mostrando que un remanente de judíos también se salvaría (véase Is 1.9). En otras palabras, el propósito de Dios en la elección hace posible que tanto judíos como gentiles sean salvos por gracia. Ni el judío ni el gentil podrían ser salvos de ninguna otra manera que por la gracia de Dios.

C. ¿Qué diremos respecto a los gentiles? (vv. 30–33).

Aquí está la paradoja de la historia: los judíos trataron de ser justos y fueron rechazados; los gentiles, que no tuvieron los privilegios de los judíos, ¡fueron recibidos! La razón es que los judíos trataron de alcanzar justicia por medio de las obras, mientras que los gentiles recibieron la justicia por la fe y mediante la gracia de Dios. Los judíos tropezaron por el Mesías crucificado (véanse Is 8.14; 28.16; Mt 21.42; I Co 1.23; I P 2.6–8). Querían un Mesías que guiaría a la nación a la libertad y gloria políticas; no podían creer en un Cristo crucificado.

El propósito de Pablo en este capítulo es explicar la posición de Israel en el plan de Dios. Israel era una nación elegida que se le había dado privilegios como a ninguna otra; y sin embargo, había fallado miserablemente al no seguir el programa de Dios para bendecir a todo el mundo. El capítulo entero exalta la gracia soberana de Dios sin minimizar la responsabilidad del hombre para tomar las decisiones correctas. La Palabra de Dios prevalecerá independientemente de la desobediencia humana; pero los pecadores desobedientes se quedarán sin la bendición. Ninguna mente humana puede siquiera imaginar o explicar la sabiduría de Dios (véase 11.33–36), pero esto sabemos: sin la gracia soberana de Dios, no habría salvación.

ROMANOS 10

En este capítulo Pablo explica por qué Israel, como nación, está en su presente condición espiritual.

I. La razón para el rechazo (10.1–13)

La palabra clave en este capítulo es «justicia». Los judíos querían justicia, pero trataban de obtenerla de la manera equivocada. Como los fariseos descritos en Mateo 23.15, los judíos gastaban su energía tratando de alcanzar una posición correcta ante Dios, pero hacían sus obras en ignorancia. «La gente religiosa» de hoy no es diferente; piensa que Dios los aceptará por sus buenas obras.

La Biblia habla de dos clases de justicia: «justicia por obras», que viene al obedecer la ley; y «justicia por fe», que es el don de Dios a aquellos que confían en su Hijo. Los judíos no querían someterse a la justicia por fe; su orgullo racial y religioso los alejaba de la simple fe y los arrastraba a la religión ciega. Rechazaron a Cristo y se aferraron a la ley, sin darse cuenta de que Cristo era precisamente Aquel para el que la ley había preparado el camino, y que Él mismo culminó en la cruz el reinado de la ley. La Ley Mosaica ya no es más la base que Dios usa para relacionarse con la humanidad; su relación con nosotros es en la cruz, donde Cristo murió por el mundo. La justicia por la fe se describe en Levítico 18.5; la justicia por la fe se describe en Deuteronomio 30.12–14.

El pasaje de Deuteronomio se usa para mostrar que la Palabra de Dios está siempre a disposición del pecador y que Cristo está cerca de él y listo para salvarlo. Los versículos 6–8 son una buena ilustración de cómo Pablo usa pasajes del AT para trasmitir verdades del NT. En Deuteronomio 30.11–14 Moisés le advirtió al pueblo en contra de la desobediencia a la Palabra de Dios. Para que no arguyeran que la ley estaba lejos de ellos (aplicado especialmente al tiempo de la dispersión de Israel entre las naciones, Dt 30.1–5), Moisés les recordó que no tenían que ir al cielo ni atravesar el mar para hallar la Palabra de Dios: estaba en sus labios y en sus corazones. Pablo aplicó esto a Cristo, el Verbo (Jn 1.1), y destacó que Israel no necesitaba subir al cielo para traer a Cristo, ni bajar al abismo para hacerlo subir, debido a que la Palabra de salvación estaba cerca a ellos para que pudieran creer y ser salvos. La salvación viene cuando los pecadores confiesan que «Jesús es Señor [Todopoderoso Dios]» y creen en el corazón que Cristo está vivo de entre los muertos. Lo que se cree en el corazón se confiesa con la boca. Algunos de los judíos en los días de Jesús no le confesaban con franqueza (Jn 12.42–43). Cuando el pecador recibe a Cristo por fe y le confiesa abiertamente, demostrando así su fe, recibe el don de la justicia.

En el versículo 11 Pablo cita de nuevo a Isaías 28.16 (véase Ro 9.33): «Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado». Al judío no le gustaba el término «todo aquel», puesto que se creían el único «pueblo escogido». Pero en el versículo 13 Pablo cita a Joel 2.32 para demostrar que: ¡cualquiera que invoque a Cristo es salvo, y no solamente el judío!

II. El remedio para el rechazo (10.14–17)

La secuencia aquí es como sigue: (1) se envían a los mensajeros; (2) declaran la Palabra; (3) los pecadores oyen la Palabra; (4) los pecadores creen a la Palabra; (5) invocan a Cristo; (6) ¡son salvados! El argumento aquí es simplemente que los pecadores no pueden salvarse sin la Palabra de Dios, porque «la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» (v. 17). En el versículo 15 Pablo se refiere a Isaías 52.7, un versículo que tendrá su cumplimiento total en el día en que Israel sea establecida en su reino. ¡Piense en el gozo que Israel tendrá cuando las noticias vengan de que su Mesías reina! Pablo aplica este pasaje a la proclamación del evangelio de la paz (paz con Dios y paz entre el judío y el gentil, Ef 2.13–17) al Israel que hoy está perdido. A menudo usamos Romanos 10.14, 15 como la base para nuestra acción de enviar misioneros a las naciones gentiles y por cierto que esta aplicación es válida; pero el significado básico aquí es la proclamación del evangelio a Israel hoy. Llevamos el evangelio a los judíos, no debido a Romanos 1.16 («al judío primeramente»), sino debido a Romanos 10.14, 15. Si sentimos la carga que sentía Pablo por el pueblo de Israel desearemos llevarle el evangelio. El testigo que lleva el evangelio a los perdidos (sean judíos o gentiles), ciertamente tiene «hermosos pies» a los ojos de Dios.

¿Cuál es la actitud de Israel hoy? La de Isaías 53.1: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio?» Así como Israel se alejó en incredulidad en el día de Cristo (Jn 12.37–38) y durante el tiempo de testimonio de los apóstoles, en Hechos 1–7, así la nación hoy está afincada en la incredulidad. En el versículo 18 Pablo cita el Salmo 19.4 para mostrar que la Palabra de Dios, incluso por medio de la naturaleza, ha llegado al mundo entero; Israel no tiene excusa.

III. El resultado del rechazo (10.18–21)

El resultado del rechazo de Israel es que Dios se ha vuelto a los gentiles y ahora está tomando de entre ellos un pueblo para su nombre (véase Hch 15). Pero aun esto no debe sorprender a los judíos, porque en Deuteronomio 32.21 Dios prometió usar otras naciones para provocar a celos a Israel y en Isaías 65.1, 2 Dios anunció que Israel sería desobediente, pero que los gentiles le hallarían a Él y su salvación.

Tenga presente que el AT en efecto prometía la salvación de los gentiles; pero en ninguna parte enseña que los judíos y los gentiles serían parte del mismo plan, ni que los creyentes de ambas razas serían uno en Cristo. El programa que da el AT es que los gentiles se salvarí-

an mediante el ascenso de Israel, o sea, su establecimiento como reino. ¡Pero Israel cayó! ¿Qué haría entonces Dios con los gentiles? Pablo destaca en Romanos 9–11 que la misericordia se extendió a los gentiles a través de la caída de Israel (véase 11.11). Dios entregó a todas las personas, judíos y gentiles, a la incredulidad; así Él podía tener misericordia de todos mediante la gracia que se hizo posible en el Calvario (11.32).

El versículo 21 ciertamente indica la actitud de Dios hacia Israel, incluso hoy. Aunque se ha desechado a la nación en ceguera e incredulidad (2 Co 3.15–4:6; Ro 11.25), Dios busca ardientemente tanto al judío no salvo como al gentil perdido. Sin duda, muchos judíos que oyen hoy la Palabra de Dios confiarán en Cristo después del Arrebatamiento de la Iglesia y del inicio del período de la tribulación. En lugar de criticar a los judíos por su ceguera espiritual debemos agradecer a Dios de que nos dio la Biblia y el Salvador, y que incluso por medio de la caída de ellos, ¡la salvación se puso a disposición de los gentiles!

Antes de dejar este capítulo note varios puntos prácticos:

(1) La salvación no es difícil: «Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (v. 13).

(2) Es importante proclamar la Palabra de Dios a los pecadores perdidos. Es la Palabra la que convence, da fe, conduce a Cristo.

(3) Hay sólo dos «religiones» en el mundo: justicia por obras y justicia por fe. Nadie puede cumplir la primera, pero todos podemos responder a la segunda.

ROMANOS 11

Este capítulo analiza el futuro de Israel y responde a la pregunta: «¿Ha desechado Dios permanentemente a su pueblo, o hay un futuro para Israel?» Pablo dice que la respuesta es «¡sí!» y presenta varias pruebas.

I. La prueba personal (11.1)

«Yo soy israelita», afirma Pablo, «y mi salvación es prueba de que Dios no se ha dado por vencido en cuanto a Israel». En 1 Timoteo 1.16 Pablo afirma que su conversión (relatada tres veces en Hechos) debía ser un modelo para otros creyentes judíos. De ninguna manera es un modelo para la conversión del gentil hoy, porque ningún pecador perdido ve al Cristo glorificado, ni le oye hablar, ni queda ciego por tres días. Pero la experiencia de Pablo es un cuadro de cómo el pueblo de Israel se convertirá en la venida de Cristo en gloria. Como Pablo, estarán en rebelión e incredulidad. Verán al que traspasaron (Zac 12.10; Ap 1.7) y se arrepentirán y se salvarán. En 1 Corintios 15.8 Pablo dice que «nació fuera de tiempo»; esto es, como judío, vio a Cristo y fue salvado mucho antes de que su pueblo haya tenido la misma experiencia.

II. La prueba histórica (11.2–10)

Pablo retrocede a 1 de Reyes para mostrar que Dios siempre ha tenido un remanente fiel, incluso en los tiempos de la más grande incredulidad. A decir verdad, como leemos en la historia del AT, no podemos sino quedar impresionados ante el hecho de que fue siempre el remanente al cual Dios usó y bendijo. Por ejemplo, véase Isaías 1.9. Es una enseñanza básica de la Palabra que la mayoría cae de la fe y no se puede transformar, de modo que Dios debe tomar el remanente y empezar de nuevo. El versículo 5 afirma que Dios tiene un remanente según la gracia, o sea, en el cuerpo, que es la Iglesia. A pesar de que no son muchos, hay judíos en el cuerpo, aunque, por supuesto, todas las distinciones nacionales son eliminadas en Cristo. Pero si Dios está salvando judíos en esta era de la Iglesia cuando Israel está ciego, ¿cuánto más hará en la era venidera cuando Israel venga de nuevo a la escena? Dios nunca ha olvidado a su pueblo; este es el testimonio de la historia.

Necesitamos recordar que durante esta edad de la Iglesia Dios no se relaciona con la nación de Israel como tal. De acuerdo a Efesios 2.14–17 y Gálatas 3.28, somos uno en Cristo. Ningún grupo judío puede afirmar ser el remanente elegido de Dios. En los versículos 8–10 Pablo muestra que este «enceguecimiento» de Israel como nación fue profetizado en Isaías 29.10 y Deuteronomio 29.4. (Compárense Mt 13.14, 15 e Is 6.9, 10.) En los versículos 9–10 hace referencia al Salmo 69.22, donde Dios promete tornar las bendiciones de Israel en maldiciones debido a que rechazaron su Palabra.

III. La prueba dispensacional (11.11–24)

En estos versículos Pablo habla de los judíos y gentiles, no de pecadores o santos como individuos. En esta sección prueba que Dios tiene un propósito dispensacional detrás de la caída de Israel; es decir, la salvación de los gentiles. Mediante la caída de Israel Dios pudo entregar a la gente a la desobediencia y ¡así tener misericordia de todos! Los gentiles no tienen que convertirse en judíos para ser cristianos.

Pablo arguye que si la caída de Israel ha traído tal bendición al mundo, ¡cuánto mayor será la bendición cuando Israel sea restaurada de nuevo! La restauración de Israel traerá resurrección al mundo (v. 15). En otras palabras, Pablo estaba seguro de que había un futuro para Israel como nación. La enseñanza de que la Iglesia de hoy es el Israel de Dios, y que las promesas del reino del AT se cumplen ahora en la Iglesia de una «manera espiritual» no es bíblica. Pablo mira el día cuando Israel será recibida en plenitud de bendición como nación.

La parábola del olivo se debe examinar con cuidado. Pablo no habla acerca de la salvación de cristianos como individuos, sino de la posición de judíos y gentiles, como pueblos, en el programa de Dios. Israel es el olivo que no llevó fruto para Dios. Dios entonces cortó algunas de las ramas y las injertó en el árbol de los gentiles, «olivo silvestre». Esto se hizo «contra naturaleza» (v. 24), porque lo práctico es injertar la buena rama en el tronco más débil; pero Dios injertó a los débiles gentiles en el buen tronco de los privilegios religiosos de Israel. Este acto muestra la bondad y severidad de Dios: Su bondad al salvar a los gentiles, su severidad al cortar a la rebelde Israel. Pero los gentiles no deben jactarse porque ahora tienen el lugar de Israel en privilegio espiritual, ¡porque Dios puede cortarlos a ellos también! Y hará precisamente eso al final de esta edad, cuando las naciones gentiles se unan en una coalición mundial que niegue la Palabra y al Hijo de Dios. Entonces, Él sacará fuera a la verdadera Iglesia, juzgará a las naciones gentiles, purgará a Israel y establecerá su prometido reino para Israel.

Recuerde de nuevo que el tema del capítulo 11 es nacional y no personal. Dios nunca «cortará» de su salvación a los verdaderos creyentes, porque no hay separación entre Cristo y su pueblo (Ro 8.35–39). La Iglesia de hoy está formada principalmente de gentiles, y nosotros los gentiles nos beneficiamos de la herencia espiritual de Israel (la rica savia del olivo). En un sentido espiritual somos hijos de Abraham, quien es el «padre» de todos los que creen (Gl 3.26–29).

IV. La prueba escritural (11.25–36)

Pablo ha usado el AT a menudo en estos tres capítulos, pero en esta sección <%-2>acude a Isaías 59.20–21, 27.9 y al Salm<%-4>o 14.7 para mostrar que el AT prometía un Libertador que vendría y limpiaría y restauraría a Israel. Afirma el «misterio» de la ceguera de

Israel, misterio siendo una verdad oculta en las edades pasadas, pero ahora revelada en su plenitud en el NT. «La plenitud de los gentiles» (v. 25) se refiere al número de gentiles que serán salvos durante esta edad de la Iglesia. Cuando el cuerpo de Cristo quede completo, lo arrebatará en el aire; y entonces empezará la tribulación de siete años aquí en la tierra, «el tiempo de la tribulación de Jacob» (Jer 30.7). Al final de ese período vendrá el Libertador y el remanente creyente entrará en su reino. «Todo Israel» no significa hasta el último judío; más bien significa que la nación de Israel en ese día será toda salva; será una nación redimida, regenerada. En el versículo 27 se cita el pacto prometido de Dios (Jer 31.31–34). Este «nuevo pacto» se aplicará a Israel cuando confíe en Cristo como su Redentor y se vuelva de sus pecados. Aunque los judíos parecen ser hoy como enemigos de Dios, todavía son amados a la vista de Dios debido a los pactos que hizo con sus padres. Los hombres pueden cambiar, pero Dios no puede cambiar ni revocar sus promesas (v. 29).

En el párrafo final (vv. 30–32) Pablo explica que los gentiles rechazaron en un tiempo a Dios (Ro 1.18ss) y que sin embargo ahora se están salvando por fe; de modo que hoy los judíos están en incredulidad, pero que un día recibirán misericordia. Dios ha entregado tanto a judíos como a gentiles a incredulidad y pecado, para poder salvar a ambos por gracia (v. 32).

Después de repasar el plan sabio y de gracia de Dios, tanto para judíos como gentiles, ¡no es de sorprenderse que Pablo irrumpa en un himno de alabanza al Señor! (vv. 33–36).

ROMANOS 12

Este capítulo empieza la sección final de Romanos: «Servicio» (caps. 12–16). Pablo nos dice cómo poner en práctica lo aprendido; y en este capítulo el apóstol nos da cuatro cuadros del cristiano y nos recuerda nuestros deberes espirituales.

I. Un sacrificio sobre el altar (12.1–2)

El verdadero servicio y vivir cristiano debe empezar con la dedicación personal al Señor. El cristiano que falla en su vida es el primero que lo hace en el altar, no quiere rendirse por completo a Cristo. El rey Saúl falló en el altar (1 S 13.8ss; 15.10ss) y le costó su reino.

El motivo de la dedicación es el amor; Pablo no dice «les ordeno», sino «les ruego, debido a lo que Dios ya ha hecho por ustedes». No servimos a Cristo para recibir sus misericordias, sino debido a que ya las tenemos (3.21–8.39). Le servimos por amor y agradecimiento.

La verdadera dedicación es presentar el cuerpo, la mente y la voluntad a Dios, día tras día. Es someterle el cuerpo, tener la mente renovada por la Palabra y rendirle la voluntad por medio de la oración y la obediencia, cada día. Todo cristiano es o bien alguien que se conforma, viviendo por y como el mundo, o alguien transformado, que llega a ser cada vez más semejante a Cristo. (La palabra griega «transformaos» es la misma que se traduce «transfigurarse» en Mt 17.2.) Segunda de Corintios 3.18 nos dice que somos transformados (transfigurados) en la medida en que le permitimos al Espíritu revelar a Cristo por medio de la Palabra. Esto es posible sólo cuando el creyente se entrega a Dios de modo que pueda conocer la voluntad de Él para su vida. Dios no tiene tres voluntades (buena, agradable y perfecta) para los creyentes de la manera en que hay tres opciones para la mercadería en los catálogos de compra por correos («bueno, mejor, excelente»). Antes bien, crecemos en nuestro aprecio de la voluntad de Dios. Algunos cristianos obedecen a Dios debido a que saben que es bueno para ellos y temen el castigo. Otros obedecen porque hallan aceptable la voluntad de Dios. Pero la devoción más profunda es la de quienes aman la voluntad de Dios y la hallan perfecta.

Como sacerdotes, debemos presentar «sacrificios espirituales» a Dios (1 P 2.5) y el primer sacrificio que quiere cada día es nuestro cuerpo, mente y voluntad en total rendición a Él.

II. Un miembro del cuerpo (12.3–8)

En 1 Corintios 12 hallamos la misma verdad de que se habla en estos versículos, que el creyente es bautizado por el Espíritu en el cuerpo y le es dado un don (o dones) para usarlos para el beneficio de toda la iglesia. Hay un «cuerpo universal» formado por todos los creyentes en Cristo desde Pentecostés hasta el Rapto; pero también hay el cuerpo local, por medio del cual cada creyente ministra al Señor. La mayoría de las 112 referencias en el NT a la iglesia se refieren a una congregación local de creyentes.

El culto y servicio en el cuerpo local empieza con la entrega personal (vv. 1–2), y luego con una evaluación sincera de los dones espirituales que el creyente posee (v. 3). Pablo no nos dice que no pensemos en nosotros mismos de ninguna manera, sino que no debemos pensar más alto de lo que nuestros dones espirituales garantizan. Si un hombre es llamado para ser pastor, Dios se lo revelará cuando use sus dones en la iglesia. Nuestros dones difieren, pero todos proceden del Espíritu y deben usarse para la gloria de Cristo. Así como somos salvos «por gracia, por medio de la fe» (Ef 2.8, 9), debemos ejercer nuestros dones espirituales «conforme a la medida de la fe» (v. 3) y «según la gracia que nos es dada» (v. 6).

Pablo hace una lista de siete ministerios: (1) profecía, que se define en 1 Corintios 14.3; (2) servicio, que literalmente quiere decir «diaconar» (servir) y puede referirse a ese oficio; (3) enseñanza, de acuerdo a 2 Timoteo 2.1–2, una responsabilidad importante; (4) exhortación, que significa estimular a las personas a servir y ser fieles al Señor; (5) el que reparte, lo cual debe hacerse con sinceridad de corazón y por motivos puros (véase Hch 5); (6) el que preside, se refiere al gobierno en la iglesia local (1 Ti 3.4, 12); (7) el que hace misericordia, compartir con los que tienen necesidad.

Efesios 4.7–12 describe a las personas dotadas que Dios ha dado a la iglesia; Romanos 12 y 1 Corintios 12 describen los dones que el Espíritu ha dado a los creyentes en el cuerpo local. Es peligroso tratar de servir al Señor con dones que no ha dado; y es también trágico negarse a usar un don para su gloria (2 Ti 1.6). Los doce hombres que se mencionan en Hechos 19.1–7 ignoraban al Espíritu y sus dones; los siete hombres en Hechos 19.13–16 intentaron falsificar los dones que no poseían.

III. Un miembro de la familia (12.9–13)

Cada creyente tiene su servicio espiritual que realizar, pero los versículos 9–13 nos dicen cómo debe comportarse cada cristiano en la familia de Dios. El amor debe ser sincero y sin fingimiento (véase 1 Jn 3.18). Debemos aborrecer el mal y seguir el bien (véase Sal 97.10). El amor debe conducir a la bondad y a la humildad, fidelidad en los negocios, fervor en las cosas espirituales («fervientes» aquí significa «hirviendo, brillando con poder»). Nótese cómo las características que se mencionan en esta sección están en paralelo con el fruto del Espíritu que Pablo describe en Gálatas 5.22, 23.

Los cristianos en la iglesia local deben cuidarse los unos a los otros y compartir los unos con los otros. Nótese cómo la oración del versículo 12 es seguida del cuidado en el versículo 13. «Practicando la hospitalidad» en el griego significa literalmente «procurando o persi-

guiendo la hospitalidad», ¡yendo tras la gente! Primera de Pedro 4.9 nos dice que dejemos de quejarnos cuando abrimos nuestros hogares a otras personas. La hospitalidad que no es espiritual se describe en Proverbios 23.6–8. Véanse también Lucas 14.12–14; 1 Timoteo 3.2 y 5.10; Hebreos 13.2; 3 Juan 5–8.

IV. Un soldado en la batalla (12.14–21)

Los cristianos tienen tanto batallas como bendiciones, y Pablo nos instruye sobre cómo enfrentar a quienes se oponen a la Palabra. Debemos bendecirles (Mt 5.10–12) y no maldecirles. Por supuesto, ningún creyente debe meterse en problemas por una manera mala de vivir (1 P 2.11–25). Debemos tener simpatía (v. 15) y humildad (v. 16), porque el egoísmo y el orgullo generan mala voluntad. Los cristianos nunca deben «desquitarse» de sus oponentes; más bien deben esperar a que Dios «pague» (v. 19), bien sea en esta vida o en el juicio futuro.

«Procurad lo bueno delante de los hombres» (v. 17) sugiere que el cristiano vive en una «casa de cristal» y que debe estar consciente de que otros lo escudriñan. «¡Voy a disfrutar mi vida!», es una actitud pecaminosa para un creyente, a la luz de Romanos 14.7–8. La gente nos observa y en tanto como nos sea posible, debemos vivir en paz con todas las personas. Por supuesto, no podemos hacer compromisos con el pecado ni tener una actitud de «paz a cualquier costo». La actitud y espíritu de Mateo 5.38–48 nos ayudará a ser «pacificadores» (Mt 5.9).

En los versículos 19–21 Pablo se refiere a Proverbios 25.21, 22 y a Deuteronomio 32.35. (Véase también Heb 10.30.) El principio indicado aquí es que el creyente se ha entregado al Señor (12.1–2) y por consiguiente el Señor debe cuidar de él y ayudarle a librar sus batallas. Necesitamos sabiduría espiritual (Stg 1.5) cuando se trata de lidiar con los enemigos de la cruz, para que no demos mal testimonio por un lado, o rebajemos el evangelio, por el otro. Pablo usó de la ley romana en tres ocasiones para protegerse a sí mismo y al testimonio del evangelio (véanse Hch 16.35–40; 22.24–29; 25.10–12), sin embargo, estaba dispuesto a hacerse a todos de todo con tal de ganar a algunos para Cristo. Si practicamos Romanos 12.1, 2 diariamente, podemos estar seguros de que Él nos dirigirá a obedecer el resto del capítulo.

ROMANOS 13

Los cristianos han sido llamados a apartarse del mundo (Jn 15.18; 17.14), pero todavía tienen responsabilidad hacia el Estado. El mejor ciudadano debe ser el cristiano. Aunque la iglesia no debe involucrarse en partidos políticos, los creyentes como individuos ciertamente deben usar los privilegios que Dios les ha dado como ciudadanos, para vigilar que se elijan los mejores líderes y que se emitan las mejores leyes o se apliquen con justicia. Cuando pensamos en líderes piadosos como José, Daniel y Ester que pudieron ejercer ministerios espirituales en gobiernos paganos, podemos ver lo que el Espíritu puede hacer mediante el creyente consagrado. En este capítulo Pablo nos da cuatro motivos para obedecer al gobierno humano.

I. Por causa de la ira (13.1–4)

Las «autoridades superiores» (v. 1) son los gobernantes y funcionarios del gobierno, aun si no son cristianos. Agradecemos a Dios de que el evangelio puede alcanzar a funcionarios del gobierno, como Erasto, el tesorero municipal (Ro 16.23) y algunos de los oficiales de Nerón (Flp 4.22). Pero debemos reconocer que incluso un funcionario inconverso del gobierno es un ministro de Dios. Si no podemos respetar a la persona, debemos respetar el cargo ordenado por Dios.

Los gobernantes son terror para los malos, no para los buenos; de modo que los que viven como cristianos consistentes no tienen necesidad de temer. (Por supuesto, donde el gobierno se opone abiertamente a Cristo, el principio a seguirse es Hechos 5.29.) Tenga presente que Dios ordenó el gobierno humano, incluyendo la pena capital, después del diluvio (véase Gn 8.20–9.7). La iglesia no debe llevar la espada; el gobierno lo hace. Dios ha establecido tres instituciones en la tierra: el hogar (Gn 2), la iglesia (Hch 2) y el gobierno humano (Gn 9). Sus funciones no deben superponerse; cuando así ocurre, hay confusión y problemas.

II. Por causa de la conciencia (13.5–7)

El temor es quizás el motivo más bajo de la obediencia cristiana; una conciencia dirigida por el Espíritu nos eleva a un nivel más alto. El cristiano debe experimentar al Espíritu testificando a su conciencia (Ro 9.1); y si desobedecemos al Señor, lo sabemos cuando el Espíritu convence a nuestras conciencias. Algunas personas tienen una mala conciencia que no es confiable. El cristiano obediente debe tener una buena conciencia (1 Ti 1.5). Estar siempre desobedeciendo y rechazando el testimonio del Espíritu conduce a una conciencia corrompida (Tit 1.15), una conciencia cauterizada (encallecida) (1 Ti 4.2), y finalmente a una conciencia desechada (1 Ti 1.19).

Pablo nos amonesta a pagar los impuestos (tributos), las contribuciones (en las cosas materiales) y dar el honor adecuado a todos los oficiales. Véase 1 Pedro 2.17ss.

III. Por causa del amor (13.8–10)

Ahora Pablo ensancha el círculo para incluir no sólo a los oficiales del gobierno, sino también a nuestro prójimo. Téngase presente que la definición del NT de un prójimo no se limita a un vecino ni a los que viven en determinado lugar geográfico. En Lucas 10.29 el experto en la ley preguntó: «¿Quién es mi prójimo?» En la parábola del buen samaritano (Lc 10.30–36) Jesús cambió la pregunta a: «¿Cuál de estos tres fue el prójimo para aquel?» La cuestión no es «¿quién es mi prójimo?», sino, «¿a quién puedo ser un prójimo para la gloria de Cristo?» No es cuestión de ley, sino de amor y esto es de lo que Pablo analiza aquí.

Mientras el creyente vive bajo la ley de la tierra, también lo hace bajo una ley mucho más alta como ciudadano del cielo: la ley del amor. Es más, el amor es el cumplimiento de la ley, porque el amor de corazón nos capacita para obedecer lo que esta exige. Un esposo no trabaja todo el día debido a que la ley le ordena que sostenga a su familia, sino debido a que los ama. Donde hay amor, no habrá homicidios, ni deshonestidad, ni robos, ni ninguna otra clase de egoísmos.

Nótese que Pablo no dice nada respecto al sabat; la ley del día de reposo era realmente una parte del código ceremonial judío y nunca se aplicó a los gentiles o a la Iglesia. Nueve de los Diez Mandamientos se repiten en las epístolas para que los cristianos los obedezcan, pero el mandamiento respecto al sabat no se repite.

Con frecuencia es difícil amar a quienes rechazan el evangelio y ridiculizan nuestro testimonio cristiano, pero este amor puede venir del Espíritu (Ro 5.5) y alcanzarlos. «El amor nunca deja de ser» (1 Co 13.8). A la mayoría de las personas se gana más con el amor que con las argumentaciones. El cristiano que anda en amor es el mejor ciudadano y el que mejor testifica.

IV. Por causa del Salvador (13.11–14)

En estos versículos llegamos al pináculo de los motivos: del temor a la conciencia, al amor, a la consagración a Cristo: «Nuestra salvación» está más cerca, en el sentido de que está más cerca que nunca antes la venida de Cristo por su Iglesia. Por «salvación» Pablo quiere decir la bendición total que tendremos cuando Cristo venga, incluyendo nuevos cuerpos y un nuevo hogar.

Los cristianos pertenecen a la luz, no a las tinieblas. Deben estar despiertos y alertas, comportándose como los que han visto la luz del evangelio (2 Co 4). Todavía más, ¡ningún creyente quiere ser hallado en pecado cuando Cristo vuelva! «El día se acerca» (Véase Heb 10.25ss.)

Pablo hace aquí una lista de pecados que nunca deberían nombrarse entre los santos. Nótese que la embriaguez y la inmoralidad con frecuencia van juntos, y resultan en peleas y división. ¡Cuántos hogares se han destrozado debido al licor! El versículo 14 nos da la doble responsabilidad del creyente: positivamente, «vestirse del Señor Jesucristo», o sea, hacer de Cristo el Señor de su vida diaria; negativamente, «no proveer para los deseos de la carne», esto es, evitar a conciencia lo que lo tienta al pecado. Es incorrecto que los cristianos «planeen el pecado». Vance Havner dijo que cuando David dejó el campo de batalla y regresó a Jerusalén, «estaba haciendo arreglos para pecar». A la luz de la venida de Cristo que se acerca, es nuestra responsabilidad tener vidas sobrias, espirituales y limpias.

Los últimos días serán de impiedad (véanse 2 Ti 3 y 1 Jn 3.4). Será cada vez más difícil para los cristianos consagrados mantener su testimonio. Los gobiernos rechazarán cada vez más a la Biblia y a Cristo, hasta que el postrer hombre de pecado convierta al mundo en un gran sistema satánico que se oponga a la verdad. Lea 2 Timoteo 3.12–4.5 para ver lo que Dios espera de nosotros en estos últimos días.

ROMANOS 14

Romanos 14.1–15.7 se refiere al problema de las cosas cuestionables en la vida cristiana, y qué hacer cuando los cristianos sinceros están en desacuerdo respecto a prácticas personales. Pablo reconoce que en cada iglesia local hay tanto cristianos maduros («los que somos fuertes», 15.1) como inmaduros («el débil en la fe», 14.1) y que estos dos grupos pueden estar en desacuerdo sobre cómo debe vivir el cristiano. Los cristianos judíos tal vez querían aferrarse a los días santos especiales y a las leyes dietéticas del AT, en tanto que los creyentes gentiles quizás convertían su libertad cristiana en libertinaje y ofendían a sus hermanos judíos. Muchos cristianos tienen la falsa noción de que el legalismo extremo (observar días y dietas) muestra una fe fuerte, pero Pablo indica que ¡la verdad es precisamente lo opuesto! Es el cristiano maduro en la fe el que reconoce las verdades que se hallan en Colosenses 2.18–23.

En la iglesia de hoy tenemos diferencias en cuanto a cómo considerar tales cosas como las diversiones mundanas y Pablo nos dice cómo enfrentar y resolver tales diferencias. No da una lista de reglas; más bien asienta seis principios básicos que pueden aplicarse a todos los cristianos y a todas las etapas del crecimiento. Podemos indicar estos principios en forma de preguntas y probar con ellos nuestras vidas.

I. ¿Estoy plenamente convencido? (14.1–5)

Los cristianos no deben actuar por mera emoción, sino por convicción interna resuelta y firme que son el resultado de la oración y estudio diligente de la Palabra. No habría serios desacuerdos si todos los cristianos actuaran por convicción. Alguien ha dicho que opiniones es lo que sostenemos, mientras que convicciones son las que nos sostienen. El cristiano más fuerte no debe menospreciar al más débil por su inmadurez; ni tampoco el débil debe juzgar a sus hermanos más maduros por su libertad. Dios los ha recibido a ambos en Jesucristo y nosotros debemos recibirnos los unos a los otros. Nuestras vidas deben ser dirigidas por Él, no por las ideas ni juicios de la gente. Los cristianos maduros saben por qué se comportan como lo hacen y estas convicciones controlan sus vidas.

II. ¿Hago esto para el Señor? (14.6–9)

«¡Yo vivo mi vida!» es una afirmación que ningún cristiano debería hacer, porque pertenecemos al Señor, sea que vivamos o muramos. Él es el Señor y debemos vivir para agradarle. Muy a menudo el cristiano que tiene prácticas cuestionables en su vida no puede decir con sinceridad que estas prácticas las hace «para el Señor»; porque en realidad las hace para el placer egoísta y no para honrar al Señor. El Señor aceptará a los cristianos que observan días especiales para Él y no debemos juzgarlos. Eso es algo entre ellos y el Señor.

III. ¿Pasará esto la prueba en el tribunal de Cristo? (14.10–12)

No tenemos derecho a juzgar a nuestros hermanos, porque todas nuestras obras serán juzgadas en el tribunal de Cristo, no en el juicio ante el gran trono blanco de Apocalipsis 20.11–15, sino en el juicio de las obras de los cristianos después del Arrebatamiento de la Iglesia (2 Co 5.10; 1 Co 3.10ss). No tenemos que dar cuenta de la vida de nuestro hermano, de modo que no tenemos ningún derecho de condenarle hoy. Sin duda que todos queremos tener vidas que resistan la prueba de fuego ante Cristo, vidas que reciban recompensas para su gloria.

IV. ¿Soy la causa de que otros tropiecen? (14.13–21)

Hay una cosa que debemos juzgar: a nosotros mismos, de manera que veamos si estamos abusando de nuestra libertad cristiana y haciendo que otros tropiecen. Es cierto que nada es inmundo en sí mismo, pero hay algunas prácticas y hábitos que otros consideran inmundos. Por consiguiente, si deliberadamente hacemos algo que es causa de que nuestros hermanos tropiecen, no estamos viviendo de acuerdo a la regla del amor.

Es algo serio ser la causa de que otra persona tropiece y caiga en pecado. Nótese las palabras de Cristo en Marcos 9.33–50, donde «ofender» significa «hacer tropezar». El creyente que se aferra a su práctica cuestionable y hace que otro cristiano caiga en su andar con Dios, está ciego al precio que Jesús pagó en la cruz. Nuestro bien no debe producir malos comentarios. Después de todo, la vida cristiana no es asunto de comer o beber (o cualquier otra práctica), sino de justicia, paz y gozo, todo lo cual viene del Espíritu. Nuestro objetivo no debe ser autocomplacernos, sino edificar a otros cristianos en amor. Primera de Corintios 10.23 afirma que todas las cosas son lícitas para el creyente (porque no vivimos bajo la ley), pero no todo nos edifica ni nos ayuda a edificar a otros. Véase también 1 Corintios 8. «Destruir» en Romanos 14.15 y 20 significa «derribar». ¡Qué egoísta es que un cristiano derribe la vida espiritual de otro debido a su egoísmo! Sus prácticas pueden ser lícitas, pero no están acorde a la ley del amor.

V. ¿Hago esto por fe? (14.22–23)

La palabra griega para «fe» en el versículo 22 significa casi lo mismo que «convicción», porque nuestras convicciones nacen de la fe en la Palabra de Dios. Estos dos versículos colocan el principio de que la vida cristiana es algo entre el creyente y su Señor, y que el creyente debe siempre asegurarse de que está en buena relación con Él. Si hay dudas en cuanto a alguna de sus prácticas, no puede disfrutar de gozo y

paz. «Condenado» en el versículo 23 no tiene nada que ver con el castigo eterno. Quiere decir que el cristiano que participa en alguna práctica con dudas en su mente, por su misma actitud se autocondena y también a esas prácticas. Cualquier cosa que hagamos que no es de fe, es pecado, porque el cristiano vive por fe. «La fe viene[...] por la Palabra de Dios», dice Romanos 10.17; de modo que cualquier cosa que hago y que no puedo respaldar con la Palabra de Dios, es pecado, debido a que no puedo hacerla por fe.

«¡Si es dudoso, es sucio!», es una buena norma a seguir. Nadie bebería leche o agua que quizás esté contaminada; ni aceptaría alimento que pudiera estar envenenado. Sin embargo, muchos cristianos participan en prácticas que incluso el mundo cuestiona. Nunca enfrentan el hecho de que cualquier cosa dudosa no es de fe y, por consiguiente, es pecado.

VI. ¿Agrado a otros o a mí mismo? (15.1–7)

Estos versículos encajan mejor en el bosquejo del capítulo 14 El fuerte debe sobrellevar las debilidades de los cristianos inmaduros y mientras lo hace, que trate de edificarlos en la fe. Debemos seguir el ejemplo de Cristo y procurar agradar a otros, no a nosotros mismos (Sal 69.9). ¿Se aplica este versículo del AT al cristiano del NT? Por supuesto que sí, porque Dios nos dio el AT para enseñarnos, para que de las promesas de Dios recibiéramos paciencia, consolación y esperanza. Debemos ser unánimes, y lo seremos si todos los creyentes procuran ayudar a otros a crecer en el Señor. La conclusión final del apóstol Pablo en el versículo 7 es: recíbanse unos a otros, porque Cristo los ha recibido a ustedes. Esto dará la gloria a Dios.

Las iglesias locales tienen el derecho a establecer normas, pero no más allá de lo que el mundo enseña. Debemos permitir, en amor, lugar para las diferencias entre cristianos y no usar esas diferencias como oportunidades para dividirnos.

ROMANOS 15

Este capítulo concierne a los judíos y gentiles en la Iglesia, y revela tres ministerios diferentes que debemos reconocer y comprender:

I. El ministerio de Cristo al judío y al gentil (15.8–13)

El que estudia la Biblia y no reconoce el ministerio doble de Cristo, primero al judío y después al gentil, nunca usará correctamente la Palabra de verdad. Cuando Cristo nació, su venida se anunció a la nación judía y se relacionó con las promesas del AT. Como indica con claridad el versículo 8, Cristo fue primero un ministro para los judíos con el propósito de confirmar los pactos y promesas del AT. Véanse Lucas 1.30–33, 46–55, 67–80. Estos judíos llenos del Espíritu sabían que Cristo había venido a librarlos de los gentiles y a establecer el reino prometido.

Pero, ¿qué ocurrió? El pueblo de Israel rechazó a su Rey en tres ocasiones: (1) cuando permitieron que Herodes asesinara al mensajero del Rey, Juan el Bautista; (2) cuando pidieron que mataran a Cristo; (3) cuando mataron a Esteban. Tanto en los Evangelios como en Hechos, el evangelio se entregó «al judío primeramente». Si Israel hubiera recibido a Cristo, se hubiera establecido el reino y las bendiciones hubieran fluido a los gentiles a través de un Israel convertido. Pablo ya ha mostrado en Romanos 9–11 que mediante la caída de Israel (no su ascenso a la gloria) el evangelio de la gracia de Dios ha ido ahora a los gentiles. Hay un modelo de progreso en los versículos 9–11; los gentiles oyen la Palabra (Sal 18.49); los gentiles se regocijan junto a los judíos (Dt 32.43); todos los gentiles alaban a Dios (Sal 117.1); y los gentiles confían en Cristo y disfrutan de su reino (Is 11.10). Estos versículos casi resumen la historia espiritual de Israel: el versículo 9 (véase Hch 10–14), cuando los judíos testificaron a los gentiles; el versículo 10 (véase Hch 15–28), cuando los judíos y gentiles participaron juntos en el testimonio de la Iglesia; el versículo 11 (Hch 28), cuando Israel finalmente fue desechado y se les dio a los gentiles un lugar prominente en el programa de Dios (conforme se describe en las cartas de Pablo a los Efesios y Colosenses); y el versículo 12, el reino futuro, compartido con los gentiles.

El tema de la alabanza de los gentiles es Cristo. Hablando de ese día futuro cuando el Rey establezca su reino, el versículo 12 dice: «Los gentiles esperarán en Él». Pablo entonces inicia el tema de la «esperanza» en la oración del versículo 13. No tenemos que esperar para tener gozo, paz y esperanza; el Espíritu puede darnos esas bendiciones ahora.

II. El ministerio de Pablo al judío y al gentil (15.14–22)

Pablo anhela recalcar que es el apóstol de los gentiles. Fallar en ver el lugar especial del ministerio de Pablo en el programa de Dios traerá confusión al estudio de la Biblia que uno realiza. En el versículo 16 Pablo se describe como un sacerdote del NT, ofreciendo a los gentiles a Dios como su sacrificio de alabanza. Cada vez que ganamos un alma para Cristo, es ofrecer otro sacrificio para su gloria.

Su ministerio especial involucraba un mensaje único (el evangelio de la gracia de Dios, v. 16), milagros extraordinarios (vv. 18–19) y un método específico (v. 20, yendo donde Cristo no había sido predicado). Pablo era un pionero; no mezclaba la ley y la gracia, la fe y las obras, ni Israel y la Iglesia, de la manera en que algunos maestros lo hacen hoy. Sabemos que los judíos piden señales (1 Co 1.22), pero Dios también dio milagros para los gentiles (en Éfeso, por ejemplo, véase Hch 19.11, 12). No debemos pensar, entonces, que debido a que hay milagros registrados después de Hechos 7 (el rechazo final de Israel) que Dios todavía se está relacionando con la nación de Israel.

A Pablo se le impidió ir a Roma, no por Satanás, sino por las exigencias del ministerio en tantos lugares donde el evangelio no se había predicado. Ahora que había abarcado todo el territorio posible, estaba listo para visitar a Roma. El hecho de que Pablo estaba dispuesto a predicar en Roma indica que ningún otro apóstol había estado allí (Pedro, por ejemplo); porque su norma era ir a lugares donde no se había predicado el evangelio.

III. El ministerio de las iglesias gentiles a los judíos (15.23–33)

Pablo deseaba ir a España; si estuvo allí o no alguna vez, la Biblia no lo dice. La tradición dice que sí. En cualquier caso, en el momento que escribió esta carta estaba participando en llevar la ofrenda de auxilio a los judíos empobrecidos de Palestina, contribución de las iglesias gentiles que él había fundado. Véanse los detalles en 1 Corintios 16 y 2 Corintios 8–9.

Pablo da varias razones para esta ofrenda:

(1) Obligación espiritual, v. 27. Puesto que los gentiles habían recibido todas sus bendiciones espirituales a través de los judíos, debían retribuirles materialmente en alguna medida. Los cristianos de hoy necesitan tener presente que los gentiles son deudores a los judíos.

(2) Amor personal, v. 29. Pablo sentía un gran peso en su corazón por los judíos y al traerles la ofrenda les expresaba su amor.

(3) Unidad cristiana, v. 31. Algunos de los creyentes judíos (recuérdese Hch 15) no estaban contentos con la entrada de los gentiles al redil. Esta ofrenda ayudaría a curar la brecha que algunos causaron al decir que los gentiles tenían que convertirse primero en judíos antes de que llegaran a ser cristianos.

En este pasaje surge la cuestión de la responsabilidad que los cristianos gentiles tienen hacia los judíos hoy. Por cierto que el programa de «al judío primeramente» (1.16) fue válido durante el período de los Evangelios y Hechos 1–7, pero ya no se aplica hoy. Nuestra obligación hacia los judíos brota de la Gran Comisión, la gracia de Dios, quien nos escogió y nos ha injertado en el olivo (Ro 11.20ss), y la pura lógica de Romanos 10.11–17. En cuanto a condenación se refiere, no hay diferencia entre judío y gentil. En cuanto a salvación, tampoco hay diferencia. Pero Israel es todavía la nación escogida de Dios, a pesar de que fue puesta a un lado y cegada temporalmente; Israel es amada por causa de los padres (Ro 11.28). Ningún cristiano debía ser culpable de albergar prácticas o sentimientos antijudíos. Más bien, debemos procurar testificarles y ganarles para Cristo. Como nación, Israel ha sido cegada; pero los judíos como individuos pueden hallar a Cristo conforme el Espíritu les abre los ojos.

Nótese en el versículo 31 que Pablo veía venir problemas con los judíos incrédulos, ¡y el problema surgió! Repase Hechos 21.15ss y note cómo trataron a Pablo los judíos no salvos.

Este capítulo enfatiza una vez más la importancia de distinguir entre el judío, el gentil y la Iglesia (1 Co 10.32). Es más, las últimas palabras de Pablo en Romanos (16.25–27) se refieren al gran misterio de la Iglesia, el cual Pablo iba a revelar mediante su mensaje. ¡Ojalá nunca fallemos en ser administradores de sus misterios!

ROMANOS 16

Este capítulo tal vez parezca aburrido, pero está lleno de sorpresas. Al leer la lista de nombres no podemos menos que quedar impresionados ante el amor y el interés de Pablo por ellos. Sin duda alguna muchas de estas personas se convirtieron por su ministerio y habían llegado a Roma de una manera u otra; Pablo nunca había visitado Roma y seguro que no había conocido a estos santos en otras ciudades. Como su Maestro, Pablo conocía a las ovejas por nombre y se interesaba por cada una.

I. Algunos santos a los cuales saludar (16.1–16)

Parece ser que los creyentes en Roma no se reunían en alguna asamblea general, sino que eran miembros de varios grupos en los hogares. Note los versículos 5, 10, 11 y 15. No había una «iglesia en Roma» en el sentido organizado (compárese Flp 1.1). Roma era una ciudad grande y es posible que algunas de las asambleas las componían principalmente creyentes judíos.

Es evidente de que Febe era una diaconisa que se dirigía a Roma, y por consiguiente la portadora de la epístola. «Que la recibáis[...] y que la ayudéis» (v. 2) son buenas admoniciones para los cristianos de hoy. Algunos eruditos sugieren que iba a Roma en busca de ayuda para algún problema legal y que Pablo le pedía a los santos que la ayudaran en ese problema especial.

¡Hallamos a Priscila y a Aquila de nuevo! ¡Qué amigos queridos fueron para Pablo! Repase Hechos 18.2–28, 1 Corintios 16.19 y 2 Timoteo 4.19. El incidente en el cual estos dos santos arriesgaron su vida por Pablo no se registra en el NT, pero, ¡qué deuda tiene la Iglesia con ellos por haberle salvado la vida! Salieron de Roma debido a la persecución, conocieron a Pablo en Corinto y ahora, al regresar a Roma, constituyen una iglesia en su casa. ¡Qué maravillosos son los caminos del Señor y las sendas de su providencia!

Nueve mujeres se mencionan en este capítulo: Febe, v. 1; Priscila, v. 3; María, v. 6; Trifena, v. 12; Trifosa, v. 12; Pérsida, v. 12; la madre de Rufo, v. 13; Julia, v. 15; y la hermana de Nereo, v. 15. Algunos críticos han acusado a Pablo de estar en contra de las mujeres, pero ningún hombre hizo más por emancipar a las mujeres de la servidumbre pagana y dignificarlas de la manera que Dios intentó desde el principio. Pablo enseña que las mujeres tienen un lugar especial e importante en el ministerio de la iglesia local.

En varios versículos Pablo menciona a sus «parientes» (vv. 7, 11, 21). Esto no necesariamente significa parientes de sangre, sino más bien compatriotas judíos, quizás de la tribu de Benjamín.

El versículo 7 menciona a dos hombres que habían sido salvados antes que Pablo y que también fueron notables entre los apóstoles. No eran apóstoles, sino que tenían muy alta reputación entre los apóstoles.

Rufo es un hombre interesante (v. 13). Marcos 15.21 indica que el Simón que llevó la cruz fue el padre de Alejandro y de Rufo, como si estos dos hombres fueran bien conocidos entre las iglesias en el tiempo en que Marcos escribió su Evangelio. Es posible que Simón fuera en realidad el padre de Rufo, el del versículo 13, y que también ganó a su madre para el Señor. Si él y su familia se quedaron en Jerusalén, es posible que tuvieron a Pablo en su casa y que este «adoptó» a la madre de Rufo como si fuera la suya propia.

II. Algunos pecadores a los que se debe evitar (16.17–20)

Esta advertencia suena extraña en un capítulo lleno de saludos, pero Pablo conocía los peligros en las iglesias y quería advertir a los santos. Desde luego que nosotros, como cristianos, debemos amar y perdonarnos unos a otros; pero se debe enfrentar los pecados en contra del cuerpo de la Iglesia de acuerdo a la disciplina bíblica. Los cristianos que causan problemas debido a sus deseos egoístas (usualmente orgullo, quieren decirle a todos lo que tienen que hacer), no se deben recibir en la iglesia local. «Fijarse» significa «vigilar; tener los ojos abiertos sobre ellos». Es correcto que la iglesia tenga un ojo sobre los «trotaiglesias» que van de iglesia en iglesia causando problemas y divisiones. Estas personas son seductoras al hablar y saben cómo engañar a los ingenuos, pero el santo con discernimiento verá a través de sus disfraces. ¡Conquiste a Satanás, no permita que él lo conquiste a usted!

III. Algunos siervos a quienes honrar (16.21–24)

¡Qué grandiosa lista de veteranos! En estos versículos hallamos a Timoteo, el hijo de Pablo en la fe y siervo del Señor (Flp 2.19–22) y Lucio, quien estuvo asociado con Pablo en los primeros días en Antioquía (Hch 13.1). (No es probable que esta persona sea Lucas.) Jasón viajó con Pablo desde Tesalónica (Hch 17.5–9); Sosípater era de Berea (Hch 20.4). Pablo amaba a estos compañeros y no podía haber ministrado sin ellos. No todos pueden ser un Pablo, pero todos podemos ayudar a otros a servir a Cristo más eficazmente.

Tercio era el amanuense (secretario) al que Pablo dictó la carta, según el Espíritu le dirigió. Es probable que era romano, conocido por los creyentes que recibieron la carta.

Gayo tal vez sea la misma persona mencionada en Hechos 19.29; o tal vez Gayo de Derbe (Hch 20.4). Es con toda seguridad el Gayo de 1 Corintios 1.14; uno de los hombres que Pablo bautizó durante su ministerio en Corinto. Pablo estaba allí cuando escribió a los roma-

nos, de modo que esto pudiera significar que estaba alojado en la casa de Gayo. Vea cómo el Señor usa muchas personas para darnos su Palabra: ¡un apóstol inspirado, un fiel secretario y huésped cristiano amigable y una mujer sacrificada!

Erasto era el tesorero municipal, lo cual muestra que el evangelio había alcanzado a las familias de funcionarios del gobierno de la ciudad. (Véase Flp 4.22.) Tal vez sea el mismo que se menciona en 2 Timoteo 4.20. «Y el hermano Cuarto». ¡Ningún santo es demasiado insignificante como para que Pablo no lo mencione! Lea 1 Tesalonicenses 5.12, 13 y vea cómo este pensamiento se aplica allí.

Pablo siempre firmaba sus cartas, con su «firma de gracia» (2 Ts 3.17–18), y así lo hace aquí en el versículo 24. Es probable que lo hizo para añadir personalmente esta gran doxología que enfatiza el misterio de la Iglesia. Los profetas que menciona en el versículo 27 son los del NT, mediante los cuales Dios reveló las verdades de la Iglesia y el evangelio de la gracia. Véanse Hechos 13.1, 15.32, 21.10; 1 Corintios 12.28–29, 14.29–32, Efesios 2.20, 3.5 y 4.11.

Así queda completa la carta a los Romanos. Si la comprendemos y la aplicamos, el versículo 27 será verdad: «Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre».

I Corintios

Bosquejo sugerido de 1 Corintios

Saludo (1.1–3)

I. Reprensión: El informe del pecado (1.4–6.20)
   - A. Divisiones en la iglesia (1.4–4.21)
     1. No vivir conforme a su norma (1.4–16)
     2. No comprender el evangelio (1.17–2.16)
     3. No comprender el ministerio (3.1–4.21)
   - B. Disciplina en la iglesia (5)
   - C. Disputas en las cortes (6.1–8)
   - D. Contaminación en el mundo (6.9–20)

II. Instrucción: Respuesta a las preguntas (7–16)
   - A. Con respecto al matrimonio (7)
   - B. Con respecto a los ídolos (8–10)
     1. El ejemplo de Cristo (8)
     2. El ejemplo de Pablo (9)
     3. El ejemplo de Israel (10)
   - C. Con respecto a las ordenanzas de la Iglesia (11)
   - D. Con respecto a los dones espirituales (12–14)
     1. Origen y propósito de los dones (12)
     2. Uso de los dones en amor (13)
     3. Principios de la adoración espiritual (14)
   - E. Con respecto a la resurrección (15)
     1. Pruebas de la resurrección (15.1–34)
     2. Proceso de la resurrección (15.35–49)
     3. Programa para la resurrección (15.50–58)
   - F. Con respecto a la ofrenda (16.1–12)

Despedida (16.13–24)

Notas preliminares a 1 Corintios

I. La ciudad

Sin cuestionamiento, Corinto era la ciudad más importante de Grecia. Era la capital de la provincia romana de Acaya y estaba idealmente situada en la ruta más importante del imperio para viajar del este al oeste. Cuarta en tamaño entre las grandes ciudades del Imperio Romano, Corinto era notoria por su comercio, cultura y corrupción. Todo el mundo sabía lo que era una «muchacha corintia», y una «fiesta corintia» era lo máximo en lujo y desenfreno. Corinto era la sede de la adoración a Venus y de algunos de los cultos de misterio de Egipto y Asia.

II. La iglesia

Pablo visitó Corinto en su segundo viaje misionero, después que se enfrentó a lo que parecía un fracaso en la culta Atenas (Hch 18.1–17). Había hecho amistad con dos judíos que hacían tiendas, Aquila y Priscila, y se quedó año y medio en Corinto. Discutía con los judíos en la sinagoga, semana tras semana, y Silas y Timoteo se le unieron después que terminaron su ministerio en Berea. El dirigente de la sinagoga se convirtió y Pablo lo bautizó (Hch 18.8, véase también 1 Co 1.14–16). Cristo estimuló a Pablo de manera especial para que se quedara en Corinto (Hch 18.9); después de año y medio salió hacia Éfeso. Dejaba atrás una iglesia bien dotada de cosas espirituales (1 Co 1.4–7), pero muy tentada por la sabiduría del mundo y la impiedad de la misma ciudad.

III. La correspondencia

Pablo se quedó tres años en Éfeso (Hch 19.1ss). Es muy probable que hizo una segunda visita a Corinto (véase 2 Co 13.1) para corregir algunos de los problemas que había allí. Una vez de regreso en Éfeso les escribió una carta severa acerca de la fornicación (véase 1 Co

5.9), pero esta carta se ha perdido. Entonces, la iglesia de Corinto le escribió una carta a Pablo, que quizás enviaron con Estéfanas, Fortunato y Acaico, quienes eran miembros de la iglesia (1 Co 16.17). Esta carta formulaba varias preguntas importantes acerca de la doctrina y la práctica, y Pablo las responde (así como los reprende por sus pecados) en 1 Corintios. (Note 1 Co 7.1; 8.1; 11.17.) También les envió a Timoteo para ayudar a los líderes a unificar y purificar la iglesia (Hch 19.22; 1 Co 4.17; 16.10–11). Es muy probable que los tres cristianos corintios mencionados en 1 Corintios 16.17 llevaron la epístola de regreso con ellos.

Timoteo volvió a Pablo con noticias de que la iglesia había recibido la carta, pero que algunas cosas todavía andaban mal. Pablo entonces envió a Tito a Corinto para lograr que los creyentes obedecieran sus órdenes apostólicas (2 Co 7.13–15). Tito luego habló con Pablo (2 Co 7.6–7) con las buenas noticias de que habían disciplinado al ofensor (1 Co 5) y que la iglesia había obedecido las instrucciones de Pablo. Fue entonces que Pablo escribió, junto a Timoteo (2 Co 1.1), para elogiar a la iglesia y animarles a seguir avanzando y concluir la buena obra. Tito llevó esta carta a Corinto y esperó allí para ayudar a la iglesia a recoger su parte de la ofrenda para los santos pobres de Jerusalén (2 Co 12.17–18 y 8.6). Pablo hizo una visita final a Corinto (Hch 20.1–4).

Pablo tenía dos propósitos básicos al escribir 1 Corintios: (1) reprender a los cristianos corintios por los pecados flagrantes que se permitían en la iglesia (1–6); y (2) responde a sus preguntas respecto a la vida y doctrina cristianas. Recibió informes de los familiares de Cloé (1.11) y también de Estéfanas, Fortunato y Acaico acerca del pecado (16.17). Su visita a la ciudad desde Éfeso le dio información de primera mano acerca de las divisiones y disputas en la iglesia. Ninguna carta del NT analiza con más fuerza los problemas de la iglesia local y tal vez ninguna carta del NT es más descuidada hoy.

1 Corintios 1

I. Elogio: Su posición en Cristo (1.1–9)

De la manera más discreta Pablo inició su carta recordándoles las bendiciones maravillosas que los creyentes tenían en Cristo. Él lo hace antes de reprenderles por su pecado, porque estaban viviendo por debajo de sus privilegios como cristianos. No andaban de una manera digna de su llamamiento en Cristo (Ef 4.1ss). Pablo hace una lista de las bendiciones espirituales que estaban ignorando y que así se privaban de poder espiritual.

A. Llamados por Dios (v. 2).

Esto significa que eran santificados (apartados) y miembros del grupo elegido: ¡la Iglesia! No vivían como santos, sino que ¡eran santos!

B. La gracia de Dios (vv. 3–4).

La gracia significa que Dios nos da lo que no merecemos; misericordia quiere decir que Dios no nos da lo que merecemos. Esta gracia viene mediante Cristo por la fe.

C. Dones de Dios (vv. 5 y 7).

En los capítulos 12–14 Pablo habla de los dones espirituales, pero es evidente que los corintios eran abundantemente bendecidos con dones espirituales, en especial el de lenguas (véase 14.26). También estaban enriquecidos con conocimiento. Sin embargo, con todos los dones y conocimiento, les faltaba amor (13.1–3) y no podían llevarse bien los unos con los otros. Los dones espirituales no ocupan el lugar de las gracias espirituales.

D. Testimonio para Dios (v. 6).

Todo lo que Pablo dijo que Cristo podía hacer por ellos se realizó en sus vidas. La Palabra de Dios se hizo realidad en sus vidas.

E. Esperanza de Dios (vv. 7–9).

Esperaban que Cristo volviera, pero no vivían a la luz de su venida (1 Jn 2.28). Aunque los corintios eran pecadores en la tierra, Dios podría presentarlos irreprensibles en el cielo. No debemos usar este pasaje como excusa para el pecado; más bien debe verse como un estímulo de que Dios es fiel incluso si nosotros le fallamos.

II. Acusación: Su estado pecador como cristianos (1.10–16)

Ahora que con buen tacto los ha elogiado, Pablo se dedica a hablar de sus pecados, atendiendo primero la cuestión de las divisiones en la iglesia. Las tristes noticias de sus «divisiones» le habían llegado por los familiares de Cloé y también los amigos que los habían visitado (16.17, 18). ¿Por qué las malas noticias de los problemas de la iglesia se difunden tan rápido, mientras que tal parece que las buenas nuevas del evangelio nunca se esparcen así? Había divisiones y contiendas en la iglesia (3.3; 11.18; 12.25), ¡incluso en relación a la Cena del Señor! (11.20–34). Pablo les suplica que estén «perfectamente unidos» (1.10), que en el griego es un término médico que significa arreglar un hueso que se ha roto o dislocado. Dondequiera que los cristianos no se lleven bien los unos con los otros, el cuerpo de Cristo sufre.

Pablo explica por qué estaban divididos: tenían sus ojos puestos en los hombres en lugar de tenerlos fijos en Cristo. Confiaban en la sabiduría de hombres (2.5); se gloriaban en las obras de hombres (3.21); y comparaban un siervo con otro y se jactaban respecto a hombres (4.6). En el capítulo 3 Pablo demuestra que esta infatuación respecto a hombres era señal de una vida carnal, evidencia de que estos «corintios espirituales» eran en realidad bebitos en Cristo.

Había cuatro facciones en la iglesia. Un grupo seguía a Pablo, y aquí tal vez predominaban los gentiles debido a que él era el apóstol a los gentiles. Otro grupo seguía a Apolos, el erudito orador (Hch 18.24–28), probablemente debido a que les encantaba su elocuencia al hablar. El tercer grupo, a lo mejor judíos, se inclinaba hacia Pedro, el apóstol a los judíos (Gl 2.7), y el cuarto grupo trataba de demostrar que era más espiritual que el resto diciendo que seguían «sólo a Cristo» y rechazando a los líderes humanos. Pablo explica que Cristo no está dividido; que todos somos parte de un cuerpo (12.12–31). Cristo, no los líderes humanos, murió por nosotros; y somos bautizados en el nombre de Cristo, ¡no en el nombre de ningún líder humano! Pablo avanza para decir que se siente contento de no haber bautizado a muchos creyentes en Corinto, para que la división no empeorara. Los compañeros de Pablo en el ministerio eran los que bautizaban, puesto que su llamamiento era a evangelizar. Este hecho no minimiza el bautismo de ninguna manera. Imagínese qué difícil sería que uno de los evangelistas de hoy dedicara el tiempo para examinar a los candidatos y bautizarlos. (La palabra «envió» en 1.17 es el término griego que significa «enviado con una comisión especial».) Hechos 18.8 nos informa que muchos de los corintios creyeron y fueron bautizados, de modo que Pablo en efecto practicaba el bautismo en agua.

III. Explicación: La razón para las divisiones (1.17–31)

Los creyentes corintios estaban divididos y no vivían a la altura de su posición en Cristo porque: (1) mezclaban el evangelio con la sabiduría del mundo, y (2) se gloriaban en los hombres y confundían el significado del ministerio del evangelio. En los capítulos 1–2 Pablo se refiere a la sabiduría del mundo en contraste con la sabiduría de Dios, y en estos versículos da siete pruebas para mostrar que el evangelio es suficiente para toda persona.

A. La comisión de Pablo (v. 17).

Pablo fue enviado para predicar sólo el evangelio, no el evangelio más filosofías humanas. ¡Cómo debemos guardarnos de mezclar alguna otra cosa con el evangelio!

B. La experiencia personal (v. 18).

La iglesia de Corinto había experimentado personalmente el poder del evangelio.

C. Las Escrituras (vv. 19–20).

Pablo cita de Isaías 19.12, 29.14 y 33.18 para probar que Dios no necesita la sabiduría del mundo; es más, ¡Él la destruirá!

D. La historia humana (vv. 20–21).

Con toda su «sabiduría» el mundo no fue capaz de encontrar a Dios o la salvación. Cuando trazamos la historia humana descubrimos al hombre adquiriendo más y más conocimiento, pero menos y menos sabiduría real, especialmente respecto a las cuestiones espirituales. Repase Romanos 1.18–32 para ver cómo el mundo se alejó de Dios. ¡El plan de Dios era tan simple y único, que al mundo le parecía una necedad! Dios salva a los que creen lo que Él dice acerca de su Hijo.

E. El ministerio de Pablo (vv. 22–25).

Pablo había predicado a judíos y gentiles por todo el mundo romano. Sabía que los judíos buscaban señales milagrosas y los griegos sabiduría filosófica. Pero Dios pasó por alto ambas cosas para que la salvación fuera accesible mediante el Cristo crucificado. Este mensaje del Cristo crucificado era tropezadero para los judíos, cuya idea del Mesías era muy diferente; para los griegos locura, porque parecía contraria a sus sistemas filosóficos. Pero Pablo vio que la «locura del evangelio» era poder y sabiduría de Dios para los llamados, sean judíos o gentiles. Cristo es nuestra sabiduría y poder; Él es todo lo que necesitamos.

F. Su llamamiento (vv. 26–29).

«Si Dios necesita la sabiduría y la gloria del hombre», dice Pablo, «¿por qué los llamó a ustedes?» No había muchos poderosos en la iglesia en Corinto, ni muchos nobles o gente sabia según el mundo. Sin embargo, ¡Dios los salvó! Es más, Dios deliberadamente esconde su verdad del «sabio y entendido» y la revela al humilde. Reflexione en la historia de la Biblia y recordará cómo Dios llamó a los «don nadie» de la historia y los transformó en grandes líderes: Abraham, Moisés, Gedeón, David, etc.

G. La suficiencia de Cristo (vv. 30–31).

Todo santo está «en Cristo Jesús» (v. 30) y Cristo es para todo santo todo lo que necesita. Cuando se trata de cosas espirituales no necesitamos de la sabiduría o poder del hombre, porque tenemos a Cristo. Él es nuestra redención, nuestra justicia, nuestra sabiduría, nuestro todo. Añadir alguna cosa a Cristo o a su cruz es disminuirlo tanto a Él como a su obra y robarle su poder.

Siempre que los cristianos quitan sus ojos de Cristo y empiezan a depender, confiar o glorificar al hombre, causan divisiones. Tales divisiones privan a la iglesia de su poder.

I Corintios 2

En este capítulo Pablo continúa su consideración del evangelio y la sabiduría de los hombres. En Corinto había cristianos que admiraban la sabiduría de los hombres (tal vez lo estimulaba la oratoria de Apolos) y pensaban que la iglesia estaría mucho mejor si usaba la sabiduría y la filosofía para ganar personas antes que el simple y despreciado mensaje de la cruz.

I. Los dos mensajes que Pablo predicaba (2.1–8)

A. El evangelio.

Cuando Pablo vino a Corinto fue debido a lo que parecía ser una derrota en Atenas (Hch 17.32–34), donde les habló a los filósofos griegos pero ganó a pocos. Esta experiencia, encima de su convicción de que solamente el sencillo evangelio es el poder de Dios, guió a Pablo a ministrar en Corinto con temor y temblor. No usó palabras persuasivas (seductoras) de orador o filósofo; simplemente predicó en el poder del Espíritu. Anhelaba que los creyentes pusieran su fe en Dios y no en la gente. Es triste cuando los pastores o los evangelistas hacen convertidos para sí mismos y no le enseñan a la gente a andar sólo con Cristo. Qué triste es cuando los cristianos tienen que apoyarse en otros creyentes y nunca aprenden a caminar por sí mismos. En el capítulo 3 Pablo llama «niños en Cristo» a estos creyentes (v.1–4).

B. El misterio.

Pero Pablo no se detenía con una simple declaración del evangelio, importante como era. También enseñaba una profunda sabiduría de Dios a los que eran más maduros en la fe. Triste como suena, ¡había muy pocos de estos en Corinto! Estas personas tenían sus ojos en los líderes humanos, se comparaban a hombres y no crecían en la Palabra. En la iglesia local es necesario que el pastor y los maestros declaren el evangelio a los perdidos, pero también es importante que enseñen la sabiduría de Dios a quienes están madurando en la fe. Es imposible edificar una iglesia fuerte predicando el evangelio solo; también tiene que haber la enseñanza del plan y del «misterio» de Dios. (Un misterio es una verdad oculta en las edades pasadas, pero revelada por el Espíritu a quienes pertenecen a la familia de Dios. Es un «secreto de familia», conocido solamente por sus miembros, no los extraños.) Por supuesto, el misterio que Pablo enseñó en Corinto era el programa de Dios para la edad presente, según queda bosquejado en Efesios 2–3: que el judío y el gentil son «uno en Cristo» por la fe y constituyen un solo cuerpo que es la Iglesia. Este misterio, o sabiduría oculta de Dios, nunca lo pudieron conocer los «príncipes de este siglo», porque se comprende únicamente mediante la acción del Espíritu. Muchos cristianos profesantes ¡en realidad no comprenden el propósito de Dios para esta edad! Es por eso que nuestras iglesias todavía están atiborradas con «antigüedades» del AT que no pertenecen a esta edad.

En los capítulos 1 y 2 Pablo ha contrastado la sabiduría de este mundo con la sabiduría de Dios:

Sabiduría de este mundo	Sabiduría de Dios

1. Sabiduría de palabras (1.17; 2.4)	1. Sabiduría de poder, no sólo de palabras (2.4–5)
2. Palabras de hombre (2.4)	2. Palabras del Espíritu (2.13)
3. Espíritu del mundo (2.12)	3. El Espíritu de Dios (2.12)
4. Locura para Dios (1.20)	4. Locura para los hombres (2.14)
5. El filósofo (1.20)	5. El predicador (1.31; 2.4)
6. Ignorancia (1.21)	6. Conocimiento de Dios (2.12)
7. Conduce a condenación (1.18)	7. Conduce a la gloria (1.18; 2.7)

II. Los dos espíritus en el mundo hoy (2.9–13)

A. El espíritu de este mundo (2.12).

Satanás es sin duda el espíritu que energiza el mundo de hoy (Ef 2.1–3). Les ha dado a los perdidos la «sabiduría» que infla sus egos y ciega sus entendimientos; les ha alejado de las verdades sencillas de la Palabra de Dios. Los grandes centros de educación de hoy no quieren la Biblia; rechazan la deidad de Cristo y la necesidad de salvación por medio de la cruz. Esta ignorancia llevó a los hombres a crucificar a Cristo y los hombres (incluso los hombres de «estudio») le han estado crucificando desde entonces.

B. El Espíritu de Dios.

Nunca debemos olvidar que el Espíritu Santo es el que nos enseña las cosas de Dios. En el versículo 9 Pablo se refiere a Isaías 64.4 y afirma que Dios ha preparado cosas maravillosas para sus hijos, aquí y ahora.

¡Dios ha preparado estas cosas para nosotros hoy! ¿Cómo Dios nos las revela? Por medio de su Espíritu (v. 10). Así como el espíritu del hombre comprende lo que los demás nunca sabrán, así el Espíritu de Dios comprende la mente de Dios y nos revela estas verdades por medio de la Palabra. Dios quiere que sus hijos estén en el conocimiento y no en la oscuridad. Es por eso que nos ha dado la Palabra de Dios y el Espíritu para enseñarnos.

Nótese que el Espíritu nos enseña con palabras (v. 13). Aquí tenemos la inspiración verbal de la Biblia: las mismas palabras que el Espíritu da. «Acomodando lo espiritual a lo espiritual» (v. 13) también puede traducirse «combinando las cosas espirituales con palabras espirituales» o «explicando cosas espirituales a personas espirituales». En cualquier caso, se expresa con claridad de que la Biblia es la Palabra de Dios que da el Espíritu de Dios. O bien confiamos en la Palabra de Dios, que el Espíritu de Dios enseña, o en las palabras de los hombres.

III. Las dos clases de personas en el mundo de hoy (2.14–16)

A. El hombre natural.

Este es el inconverso, el que pertenece al mundo y está contento allí. No puede recibir las cosas del Espíritu (la Palabra) porque no tiene discernimiento espiritual; no tiene el Espíritu morando en su entendimiento ni en su cuerpo. A decir verdad, ¡las cosas del Espíritu le parecen locura! Pablo afirma en 1.23 que los griegos pensaban que el evangelio era locura. Los griegos eran grandes filósofos, pero su filosofía no podía explicar a un Dios que murió en una cruz o, en el mismo sentido, un Dios que tan siquiera se preocupe por la gente. Sus dioses no estaban interesados en los problemas de los mortales y la actitud griega hacia el cuerpo del hombre era tal que no podían concebir a Dios viniendo en carne humana.

B. El hombre espiritual.

Este es el creyente controlado por el Espíritu. (En el próximo capítulo Pablo analizará al cristiano controlado por la carne, el hombre carnal.) El hombre espiritual es un hombre de discernimiento y es capaz de juzgar y evaluar las cosas con la perspectiva de Dios. Esto es verdadera sabiduría. La gente del mundo tiene mucho conocimiento, pero le falta sabiduría espiritual. Podemos parafrasear el versículo 15 y decir: «La persona espiritual comprende las cosas del Espíritu y tiene sabiduría, pero la persona del mundo no puede entender a la persona espiritual». Para el incrédulo ¡somos un acertijo!

La persona espiritual tiene la mente de Cristo (véase Flp 2). Esto quiere decir que el Espíritu, a través de la Palabra, ayuda al creyente a pensar como Jesús piensa. Es algo asombroso decir que ¡los seres humanos poseen la misma mente de Dios! A través de los años los cristianos espirituales han predicho cosas que la gente del mundo pensó que jamás podrían pasar, pero que en efecto sucedieron. El santo de mente espiritual comprende más acerca de los asuntos de este mundo a partir de su Biblia que los líderes del mundo comprenden a partir de su perspectiva humana.

En estos dos capítulos Pablo ha enfatizado el mensaje del evangelio y advierte que no debemos mezclarlo con sabiduría o filosofía humana. En los próximos dos capítulos se referirá al ministerio del evangelio y mostrará que debemos apartar nuestros ojos de la gente y fijarlos sólo en Cristo.

I Corintios 3

En los capítulos 3 y 4 Pablo analiza el ministerio del evangelio, nos dice lo que es un ministro del evangelio y lo que hace, y cómo la iglesia debe mirarlo a él y a su obra. Es triste que tenemos tales extremos hoy: algunas iglesias «deifican» a sus ministros, en tanto que otros los «desprecian» y no quieren respetarlos. En estos dos capítulos Pablo muestra seis cuadros de los siervos de Cristo, tres en el capítulo 3 y tres en el capítulo 4.

I. Un siervo para los demás (3.1–5)

La palabra «servidores» aquí es la misma de la cual obtenemos nuestra palabra «diácono», y significa «un siervo». Durante dieciocho meses Pablo fue el siervo de Cristo en Corinto, alimentando a la gente con la Palabra, disciplinándolos, animándolos y ayudándolos a ganar a otros.

Si había problemas en la iglesia, no era culpa de Pablo; era culpa de ellos por ser cristianos tan inmaduros. Eran niños en Cristo y no podían recibir la vianda sólida de la Palabra, las verdades más profundas de las Escrituras (Heb 5.11–14) respecto al ministerio celestial de Cristo como sumo Sacerdote. ¡Tenía que alimentarlos con leche! Discutían como niños pequeños y se dividían en grupos siguiendo a líderes humanos. Lea Santiago 3.13–4.17 para ver el porqué hay guerras y divisiones en la iglesia.

Un verdadero pastor debe ser un siervo. Debe tener la mente de siervo (Flp 2) y estar dispuesto a poner a Cristo primero, a otros en segundo lugar y a sí mismo en último lugar. ¡Eso no siempre es fácil! Debemos orar por nuestros líderes espirituales para que Dios les dé gracia y fortaleza al ser siervos de otros.

II. Un sembrador de la semilla del evangelio (3.6–9)

Pablo ahora cambia la imagen; deja a la familia y toma la de un campo: describe al ministro como un agricultor que trabaja en el campo. La semilla es la Palabra de Dios (nótese la parábola del sembrador en Mt 13.1ss) y los corazones de las personas son los diferentes tipos de terrenos. La iglesia local es un «huerto espiritual» donde el pastor actúa como el agricultor (nótese en el v. 9: «vosotros sois labranza [huerto] de Dios»).

En cualquier hacienda se necesitan muchos obreros diferentes. Uno prepara el terreno; otro planta la semilla; un tercero desyerba; y un cuarto cosecha. Pero todos tienen parte en la cosecha y cada uno recibe su paga. «¡Qué insensato que ustedes comparen a un trabajador con el otro!», dice Pablo. «¡Todos trabajamos juntos! Yo planté la semilla al fundar la iglesia de Corinto; Apolos vino luego y la regó con su predicación y ministerio; pero solamente Dios puede dar la cosecha. ¡Ni Apolos ni yo merecemos ninguna gloria! ¡No somos nada; Dios lo es todo!» La iglesia estaba dividida respecto a líderes humanos, pero Pablo dice en el versículo 8 que los trabajadores son uno en propósito y corazón; por consiguiente, la iglesia también debe ser una. ¡Qué trágico cuando los cristianos comparan a los pastores, evangelistas y maestros de la Biblia como la gente del mundo lo hace con los atletas o actores de cine! «Colaboradores» debe siempre ser nuestro lema y motivo. Debemos cuidarnos de que el terreno de nuestros corazones no se endurezca o enfríe, y sea incapaz de recibir la semilla de la Palabra.

III. Un constructor del edificio de Dios (3.10–23)

Esta sección es uno de los pasajes más mal entendidos en toda la Biblia. Los católicos romanos lo usan para «probar» su doctrina del purgatorio, que el fuego purificará a las personas en la vida venidera y los hará aptos para el cielo; los modernistas lo usan para «probar» la salvación por las buenas obras; y muchos cristianos evangélicos lo interpretan como juicio a los cristianos individuales antes que a la edificación de la iglesia local. Mientras que este pasaje enseña que habrá un juicio de las obras de los creyentes en el tribunal de Cristo, la aplicación básica es a los obreros y pastores de las iglesias locales. A la iglesia local se le compara con un edificio, o un templo, y el pastor es un constructor cuya responsabilidad es mantener los materiales en el templo de la mejor manera posible. Pablo era el constructor que Dios usó para colocar el cimiento en Corinto y ese fundamento era Cristo según se predica en el evangelio. Luego vino Apolos, quien edificó sobre ese fundamento y otros pastores le siguieron. «Pero cada uno debe fijarse cómo construye» (v. 10, NVI) es la advertencia de Pablo. Luego describe tres clases de obreros cristianos:

A. El constructor sabio (v. 14).

El primer obrero usa materiales duraderos (oro, plata, piedras preciosas) y no las cosas baratas, sin brillo, del mundo (madera, heno, hojarasca). Este constructor procura honrar a Cristo empeñado en conseguir calidad que glorifique a Cristo y no cantidad que gane la alabanza de los hombres. Los constructores sabios usan la Palabra, oran y dependen del Espíritu; como resultado, su trabajo es duradero. Cuando el fuego pruebe su obra en gloria, ¡resistirá!

B. El constructor mundano (v. 15).

El segundo constructor usa materiales que no pueden resistir la prueba. Este es el obrero cristiano que tiene prisa por reunir una multitud, pero no dedica el tiempo para edificar una iglesia. Los materiales proceden del mundo: madera, heno, hojarasca. Estos obreros no someten a prueba las profesiones de fe de las personas por medio de la Palabra para ver si en verdad han nacido de nuevo; simplemente las introducen en la iglesia y se regocijan de las grandes estadísticas. Cuando se pruebe este ministerio en la eternidad, se quemará. El obrero se salvará, pero no habrá recompensa. Como Lot, el obrero se salvará como por fuego.

C. El destructor (v. 17).

Finalmente, el destructor no edifica a la iglesia sino que la derriba. La palabra «destruyere» en el versículo 17 significa precisamente eso. No se requiere ni talento ni inteligencia para derribar algo; incluso un niño (y los corintios eran como niños) puede hacerlo. Triste es decirlo, pero hay obreros cristianos cuyos ministerios egoístas destruyen a las iglesias locales en lugar de edificarlas. Dios les ha deparado un severo juicio.

Tenga presente que Pablo dice todo esto para enseñar a los cristianos corintios a que amen y respeten a sus pastores, y que oren por ellos, debido a que tienen esta tremenda tarea de edificar la iglesia local para la gloria de Dios. El cristiano que es un «seguidor del predicador» está ayudando a construir con madera, heno, hojarasca. El miembro de la iglesia que ama la Palabra, obedece la enseñanza que el pastor da de la Palabra y procura mantener el mejor nivel espiritual en su iglesia local al ayudar al pastor a construir con oro, plata y piedras preciosas. El tribunal de Cristo revelará que muchas iglesias grandes en realidad nunca tuvieron grandeza.

En 2.5 Pablo advierte a los corintios a no confiar en los hombres; ahora les advierte a no gloriarse en los hombres (vv. 18–23). A los cristianos inmaduros les encanta tomar de la luz de «grandes hombres». En los versículos 19 y 20 Pablo hace referencia a Job 5.13 y al Salmo 94.11. ¿Por qué debemos gloriarnos en la gente cuando en Cristo tenemos todas las cosas? Si Pablo o Apolos fueron de bendición para ellos, deben glorificar a Dios y no a los hombres. Todo lo que tenemos procede de Dios, aunque estas sean personas dotadas, las bendiciones de la vida o las cosas por venir. Y, si esas bendiciones vienen de Dios, debemos darle la gloria a Él y no a los hombres.

Es importante que los nuevos cristianos se den cuenta de su relación con la iglesia local y el pastor. Como miembros de la familia (vv. 1–5) recibimos alimento y crecemos (véase Ef 4.1–16).

Como «parcelas» en el huerto de Dios (vv. 6–9) recibimos la semilla de la Palabra y llevamos fruto. Como piedras vivas (vv. 10–15 y véase I P 2.4–8) ayudamos a que el edificio crezca y sea fuerte para la gloria de Dios. Las vidas que tenemos ayuda a determinar si la iglesia está edificando con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno y hojarasca. El cristiano no debe glorificar al pastor, sino que debe respetarle y obedecerle así como él obedece al Señor (véase Heb 13.17).

Pablo continúa en su análisis del ministerio dando otros tres cuadros del pastor:

I. Administrador de la riqueza de Dios (4.1–7)

Un administrador no poseía nada; era un esclavo que manejaba la riqueza de su amo. Léase en Génesis 24 una descripción del mayordomo oriental que manejaba la riqueza de Abraham e hizo lo que este deseaba. Nótese también Lucas 12.35ss, 15.1–8, 16.12–27 y Mateo 25.14–30. El pastor es un siervo que administra. La palabra «administrador» en el versículo 1 literalmente significa «el esclavo que rema desde el nivel más bajo del barco». ¡Qué humildad tenía Pablo!

La responsabilidad del administrador es ser fiel al Amo y la del pastor es ser fiel en enseñar las cosas del Señor, especialmente las verdades que se relacionan con el misterio de la Iglesia. Será juzgado por su Amo de acuerdo a su fidelidad. Qué trágico es cuando los cristianos juzgan a diferentes obreros y los comparan unos con otros. En los versículos 3–5 Pablo presenta tres clases de juicios: (1) el de la gente que no temía; (2) el de uno mismo, y dice que «de nada tengo mala conciencia»; y (3) el de Dios, que es el único juicio verdadero. Los corintios valoraban a diferentes siervos de Dios, los comparaban unos con otros y se autoevaluaban como muy espirituales. Pablo les dijo que eran carnales y que su juicio no significaba nada para el siervo espiritual de Dios. Un verdadero siervo de Dios es un administrador de Su riqueza y su única preocupación es agradar a Dios, no a los hombres. En el tribunal de Cristo Dios revelará los secretos y dará recompensas, y todo hombre recibirá su propia recompensa (3.8) y gloria de Dios (4.5). Vivir para la alabanza de los hombres es faltar a nuestra mayordomía.

En los versículos 6–7 Pablo resume todo el asunto: no debían ir más allá de la Palabra de Dios y tratar a los hombres de una manera diferente a la que prescribe la Escritura. Debían amar y honrar a sus líderes espirituales, y obedecerles al enseñar la Palabra; pero comparar un líder con otro, o darle gloria a uno más que a otro, era contrario a la Palabra de Dios y había que evitarlo. Al fin y al cabo Dios es el que hace a un creyente diferente a otro; todo don que el creyente tiene viene de Dios. ¿Quién se atreve a jactarse por un don recibido?

II. Un espectáculo al mundo (4.9–13)

El mundo y su sabiduría son contrarios a Cristo y a sus ministros. Pablo usa un poco de «sarcasmo cariñoso» aquí al decir: «Ustedes corintios se jactan el uno respecto al otro, y comparan a un hombre con otro, ¡como si fueran reyes en un trono! ¡Qué maravilloso debe ser reinar como reyes y mirar con desprecio a otros! Quisiera reinar junto con ustedes. Pero no, debo ser detestado como apóstol, un espectáculo para el mundo, un insensato por causa de Cristo».

La imagen verbal que pintó era familiar a la gente de sus días. Cuando un general victorioso regresaba de la guerra, se le daba un glorioso desfile por las calles de la ciudad. Para jactarse exhibía en el desfile a los nobles y generales capturados. Al final del desfile venían los soldados que iban a echar a las fieras en el circo. Pablo se comparó a sí mismo y a los demás apóstoles con estos soldados capturados, «como a sentenciados a muerte[...] por amor de Cristo» (vv. 9–10), ¡mientras que los cristianos corintios se jactaban a la cabeza del desfile!

¡Qué espectáculo debe ser para el mundo el verdadero siervo de Dios! Pablo podía haber sido un gran rabí judío, con autoridad y estimación; sin embargo, lo dejó todo por causa de Cristo (Flp 3) para padecer hambre, desnudez, peligro y muerte. El mundo no puede entender esta actitud y llama insensato a tal persona. Cuán culpables deben haberse sentido estos corintios cuando compararon su vida carnal a los sacrificios que Pablo y los demás apóstoles estaban haciendo. Pablo era un insensato; ellos eran sabios. Pablo era débil; pero ellos eran fuertes. Pablo era detestado por el mundo, pero ellos estaban cortejando a la sabiduría del mundo. Pablo llegó al punto de llamarse «la escoria del mundo, el desecho de todos» (v. 13).

Esta actitud de corazón debe ser también la de los siervos de Cristo hoy. Qué fácil es conformarse y vivir como el mundo, aceptando sus estándares y cortejando sus honores cuando deberíamos tener cuidado «cuando los hombres hablen bien de nosotros» (véase Lc 6.26).

III. Un padre espiritual (4.14–21)

Jesús nos advierte que no debemos llamar «padre» a nadie en la tierra (Mt 23.9), sin embargo, de todas maneras es cierto que los que conducen almas a Cristo son, en cierto sentido, «padres» para ellos (véase 1 Ts 2.11). El apóstol Pablo fue su padre espiritual, puesto que les dio el evangelio y contribuyó a llevarlos a Cristo. Un pecador nace a la familia de Dios por el Espíritu (Jn 3.6) y la Palabra de Dios (1 P 1.23), pero Dios usa instrumentos humanos para traer a los pecadores al evangelio. Fue el «parto espiritual» de Pablo (Gl 4.19) lo que hizo posible la iglesia de Corinto.

Quizás los seguidores de Pablo fueron sus instructores, pero los corintios tenían solamente un padre espiritual; deberían por tanto haberle mostrado más respeto y escuchado su Palabra. Pablo les advirtió en cuanto al pecado, pero no habían escuchado. Ahora les enviaba a Timoteo para que les ayudara a resolver los problemas de su iglesia; Pablo mismo se hizo el propósito de ir si eso no daba resultado. La actitud de ellos determinaría si llevaría la vara paternal de corrección, o una palabra de elogio y aprobación. La historia nos dice que no escucharon a Timoteo, de modo que fue necesario que Tito fuera a Corinto.

Algunas veces en este capítulo encontrará la frase «envanecidos» en referencia a la actitud de superioridad y orgullo carnal de los corintios (vv. 6, 18; véase 5.2). ¿Qué los hacía «envanecerse»? ¿No era la levadura de pecado de su iglesia? (5.6). A medida que la levadura del pecado crecía, los inflaba a una falsa espiritualidad; por consiguiente, Pablo halló necesario darles una advertencia. Esta actitud «envanecida» a menudo se revela en las muchas palabras. «¡Pablo nunca volverá!», decían (vv. 18–19). «¡Él escribe cartas duras y trata de asustarnos, pero nunca regresará!» «¡Cuidado!», advierte el apóstol. «¡Hablar es fácil! Cuando vaya quiero comprobar qué poder tienen esos cristianos y no cuánto hablan». Un cristiano carnal con frecuencia es uno que se jacta, pero que no demuestra el Espíritu de Dios en su vida (véase 2.4).

Es cierto que Pablo se entristecía al escribir de esta manera a sus hijos espirituales, pero tenía que ser fiel. Así como los padres deben advertir y castigar a sus hijos, los «padres espirituales» deben advertir y disciplinar en amor a los hijos de Dios. Esto no es una experiencia agradable, pero es necesaria.

Estos dos capítulos ilustran la actitud apropiada de la iglesia hacia sus líderes espirituales. Tales cristianos deben agradecer a Dios por ellos, orar por ellos, amarlos, honrarlos y obedecer la Palabra que enseñan y siguen ellos mismos. En una iglesia nunca debe haber la actitud mundana de exaltar a los hombres y a sus ministerios. El pastor ministra la Palabra, siembra la semilla, edifica el templo, dispensa los misterios de Dios, sufre la vergüenza del mundo y cuida a la familia de la iglesia como un padre amoroso. Estas son grandes responsabilidades y sólo la suficiencia de Dios capacita a alguien para que las cumpla.

I Corintios 5

Pablo ahora se enfrenta al segundo problema que se le había informado: la inmoralidad en la iglesia y la negativa de los líderes para lidiar con el ofensor. Qué triste que un pecado tan horrible se conozca tanto en la iglesia («se oye», v. 1) y arruine así su testimonio. Pablo da tres razones por las cuales la iglesia tenía que ejercer una amorosa pero firme disciplina y contender con el miembro ofensor.

I. Por el bien del ofensor (5.1–5)

La disciplina en la iglesia no es como la de un policía arrestando a un culpable; más bien es como un padre castigando a un hijo. El primer motivo es ayudar al pecador, mostrar amor cristiano al procurar traerlo al arrepentimiento. Permitir a los miembros de la iglesia que vivan en pecado abierto los lastima a ellos mismos, tanto como a Cristo y a la iglesia. Es evidente que este miembro en particular estaba viviendo con su madrastra (véase Lv 18.8) en una relación inmoral. Al parecer, la mujer no era parte de la familia de la iglesia, de otra manera Pablo hubiera indicado que la disciplinaran también.

¡Qué terrible que un cristiano viva en pecado con una persona inconversa mientras que la iglesia no hace nada al respecto!

La iglesia estaba «envanecida» y se enorgullecía de su «actitud liberal». Pablo les dijo que deberían haber estado lamentándose, y la palabra griega que usa aquí significa «lamentar por el difunto». (Más tarde compara el pecado de ellos con la levadura, y la levadura siempre «eleva» lo que infecta.) su actitud de «mente amplia» hacia el pecado estaba únicamente lastimando al ofensor y a la iglesia, para no mencionar la tristeza que le causaba a Pablo y al mismo Señor. Pablo juzga al hombre e instruye a la iglesia a excluirlo del compañerismo. «Pero, ¿no nos instruye Jesús que no debemos juzgar?», puede preguntar alguno refiriéndose a Mateo 7. Sí, así es; pero eso no significa que debemos cerrar los ojos al pecado que lo conocen tanto los santos como los pecadores. No podemos juzgar los motivos de otros creyentes (que es a lo que se refiere Mateo 7), pero podemos y debemos juzgar las acciones del pueblo de Dios.

La disciplina la debe manejar toda la iglesia y no sólo los líderes (v. 4). El asunto era público, de modo que debía tratarse públicamente. Si el hombre rehusaba arrepentirse, había que excluirlo del compañerismo y comunión. «Entregar a Satanás» al hombre (v. 5) no significa enviarlo al infierno, porque ninguna iglesia puede hacer tal cosa. Más bien quiere decir separarlo de la comunión de la iglesia para que se vea obligado a vivir en el mundo controlado por Satanás (Jn 12.31; Col 1.13). El propósito de tal disciplina no es perder un miembro, sino más bien traer al pecador al arrepentimiento para que se salve de la pérdida de recompensa en el día del juicio.

La disciplina es un ministerio olvidado en muchas iglesias de hoy en día. Sin embargo, si en realidad nos amamos los unos a los otros y si el pastor ama a su rebaño, vigilará que se advierta a los descarriados y se les discipline por su bien.

II. Por el bien de la iglesia (5.6–8)

¡Qué necedad que una iglesia diga que tiene «mente abierta» y esté dispuesta a aceptar a cualquier y a todo miembro, sin que importe cómo viven! ¿Le abriría usted la puerta de su hogar a todos los que quieran entrar? Entonces, ¿por qué tenemos que permitir que entren en el compañerismo y comunión de la iglesia a cualquiera que quiera entrar? Es mucho más difícil unirse a diversas organizaciones mundanas que unirse a la iglesia local promedio. «No es buena vuestra jactancia», advierte Pablo. «¿No se dan cuenta que un miembro viviendo en pecado abierto puede contagiar a toda la iglesia?» (véase v. 6).

Pablo usó la cena pascual para ilustrar su punto; véase Éxodo 12.15ss. Para los judíos la levadura siempre fue símbolo de pecado y corrupción; de modo que, antes de la Pascua, siempre limpiaban sus casas para eliminar todo vestigio de levadura. Los cristianos deben tener la misma actitud; no debemos permitirnos que la levadura del pecado crezca en silencio en la iglesia y genere problemas y vergüenza. Cristo murió por nosotros, no para hacernos como el mundo, sino para hacernos semejantes a Dios. «Sed santos, porque yo soy santo» (I P 1.16). Esto no quiere decir que los líderes de la iglesia deban ser «detectives espirituales», espiando las vidas de los miembros. Pero sí significa que cada miembro de la iglesia debe velar para que la levadura del pecado no crezca en su vida. Y, si el pecado llega a conocerse, los líderes deben dar los pasos adecuados para proteger el bienestar espiritual de la iglesia.

Hay varias clases de cristianos respecto a los cuales se nos advierte en la Biblia, creyentes que no se deberían permitir en la comunión de la iglesia local: (1) el miembro que no arregla sus diferencias personales, Mateo 18.15–17; (2) el que tiene una reputación de ser un pecador flagrante, 1 Corintios 5.9–11; (3) los que sostienen doctrinas falsas, 1 Timoteo 1.18–20 y 2 Timoteo 2.17–18; (4) los que causan divisiones, Tito 3.10–11; (5) los que no quieren trabajar para vivir, 2 Tesalonicenses 3.6–12. A esos que de repente son presa del pecado debemos procurar restaurarles con amor; véase Gálatas 6.1.

III. Por el bien del mundo (5.9–13)

La iglesia no puede cambiar al mundo si es como el mundo. Lea estos versículos con cuidado y note que Pablo hace una distinción entre el pecado en las vidas de los cristianos y el pecado en la vida de los no creyentes. ¡El pecado en los creyentes es peor! Pablo les había ordenado en una carta anterior que no se juntaran con cristianos y miembros de la iglesia que tuvieran una reputación pecaminosa como de fornicarios, codiciosos o idólatras. No les dijo que se abstuvieran de juntarse con todos los pecadores de esta clase, ¡si no hubieran tenido que salir del mundo! Se espera que el inconverso viva en pecado, pero incluso el mundo espera que el cristiano sea diferente. Una de las razones por la cual la iglesia de hoy tiene tan poca influencia en el mundo es porque tiene muy poca influencia en la iglesia.

Los cristianos fieles ni siquiera deben comer con los miembros de la iglesia que han arruinado su testimonio mediante el pecado abierto y nunca han arreglado las cosas con la iglesia y con el Señor. Esto es parte de la disciplina que se bosqueja en el v. 5 Si un miembro fiel de la iglesia se junta de una manera amistosa con un cristiano que vive en pecado, ese miembro está condonando su pecado y desobedeciendo la Palabra de Dios.

Choca a algunos cristianos cuando se dan cuenta que Dios espera que ejerzamos juicio espiritual en la iglesia. No hemos de juzgar a los de afuera; Dios lo hará. Pero debemos separar de la comunión de la iglesia a cualquier cristiano que no confiese su pecado y arregle las cosas. Esto no debe hacerse a la ligera; todas las partes involucradas deben tener la oportunidad de presentar su caso. Debe haber oración y el ministerio de la Palabra. También amor cristiano sincero. El mismo acto de la disciplina es un testimonio al mundo y una advertencia a la iglesia, y en especial a los nuevos creyentes, de que Dios espera que sus hijos sean diferentes del mundo. ¡Condonar el pecado es negar la misma cruz de Cristo!

I Corintios 6

Este capítulo analiza los dos problemas restantes que le habían informado a Pablo.

I. Disputas en las cortes (6.1–8)

Es probable que los gentiles (griegos) de la iglesia eran los culpables en este caso, porque los griegos estaban muy enredados en las cortes y las leyes. Cada ciudad griega tenía sus cortes y concilios, y no era raro ¡que un hijo entablara pleito contra su propio padre! Por supuesto, el problema básico era la carnalidad (3.1–4); cuando los cristianos son inmaduros y no crecen, no pueden llevarse bien los unos con los otros. Les falta el discernimiento espiritual para resolver y arreglar los problemas personales. ¡Qué trágico es cuando una iglesia local se destroza por pleitos judiciales entre sus miembros! Vivimos en una era cuando las demandas judiciales son «la cosa normal» y una manera rápida de tratar de hacer dinero. Parece que el propósito de la corte no es justicia, sino ganancias.

Pablo no está condenando las cortes judiciales (véase Ro 13), porque el gobierno Dios lo ha instituido para nuestro bien. Pero las cuestiones entre creyentes no deben ventilarse ante inconversos y sin duda que a un juez inconverso le falta la comprensión espiritual para tratar asuntos espirituales (2.14–16). Al arrastrarse el uno al otro a la corte, los miembros de la iglesia en Corinto arruinaban el testimonio de la iglesia y deshonraban el nombre del Señor.

¿Cómo deben los cristianos resolver las diferencias personales? Primero, debe tener los valores espirituales correctos. ¡Qué triviales llegan a ser estas disputas personales cuando se comparan con los grandes asuntos eternos que decidiremos en la gloria! ¡La iglesia va a juzgar al mundo y a los ángeles! Percatarse de esto hace que las disputas mundanas sean insignificantes. Demasiados cristianos tienen sus valores distorsionados; las cosas de este mundo (en especial el dinero) son más importantes para ellos que la gloria y la alabanza a Dios.

Las cuestiones entre cristianos se deben arreglar en privado según los principios de Mateo 18.15–17 y 1 Corintios 6.5. Si las dos partes no pueden llegar a un acuerdo, deben invitar a algunos creyentes espirituales a que se reúnan con ellos y les ayuden a decidir. Si la iglesia (o los de afuera) llega a conocer la cuestión, los miembros deben designar a un grupo para que examine el asunto y dé un consejo espiritual.

Es mucho mejor que un cristiano pierda dinero que su estatura espiritual y avergüence el nombre de Cristo. Podemos hallar esta misma actitud en Mateo 5.38–42. Por supuesto, los cristianos en Corinto eran tan carnales que adolecían de visión y sabiduría espiritual, y por eso la iglesia estaba dividida en facciones en pugna. «¡Ustedes son hermanos!», exclamó Pablo. «¡Muéstrense amor los unos a los otros!»

Hay algunas preguntas en cuanto al significado de la afirmación de Pablo «de menor estima» (v. 4). Algunos opinan que la usó a manera de «sarcasmo cariñoso» como para decir: «¡Ustedes no tienen en su iglesia ni siquiera un solo cristiano sabio, maduro, que pudiera resolver estos asuntos!» O tal vez lo que quería decir era: «Mejor poner estas disputas ante algún creyente humilde en su iglesia que ponerlas al descubierto ante un juez inconverso».

II. Contaminación en el mundo (6.9–20)

En tanto que no podemos excusar a los corintios por sus terribles pecados, podemos desde luego comprender por qué cayeron en ellos; ninguna otra ciudad presentaba más oportunidades para la inmoralidad y vicio como las ofrecía Corinto. La misma religión de la ciudad (la adoración a la diosa Afrodita) no era otra cosa sino ¡prostitución en nombre de la religión! Estos creyentes fueron rescatados de vidas de horrible pecado, pero se veían tentados a volver. Pablo sabía que algunos de los creyentes estaban buscando excusas para pecar, de modo que sin rodeos refutó todo argumento que pudiera presentarse.

A. «Si somos salvos, ¡bien podemos pecar y todavía ir al cielo!» (vv. 9–11).

Sin duda que las personas que en realidad han nacido de nuevo irán al cielo a pesar de sus muchos fracasos; pero el nuevo nacimiento produce una nueva naturaleza, y una nueva naturaleza significa un nuevo apetito. El cristiano aún tiene la capacidad de pecado, pero no el deseo. Cualquier enseñanza que haga fácil pecar no es doctrina bíblica. «¡No se dejen engañar!» Pablo hizo una lista de los terribles pecados que una vez gobernaron sus vidas y luego les recordó lo que Jesús había hecho por ellos. «Esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados[...] santificados[...] justificados». El cristiano es una nueva criatura (2 Co 5.17) y lo demuestra al romper con la vida vieja. No heredamos el reino de Dios al abstenernos de pecar, sino que mediante una vida piadosa demostramos que vamos hacia el cielo.

B. «¿No tienen libertad los cristianos? ¿No somos libres de la ley?» (vv. 12–14).

Es cierto que estamos libres de reglas y regulaciones, pero no somos libres para pecar. La libertad cristiana nunca es libertinaje. La libertad cristiana no quiere decir que soy libre para hacer lo que se me antoje, sino que he sido libertado para hacer lo que agrada a Cristo. Incluso más, la «libertad para pecar» es en realidad la peor clase de esclavitud. No debemos ser puestos bajo el poder del pecado (Ro 6). «Pero», dice usted, «si Dios nos dio estos apetitos físicos, debe querer que los usemos». Es cierto; los usamos, pero no abusamos de ellos. Su cuerpo es del Señor; y si usted vive en pecado, ese pecado le destruirá y un día Dios le juzgará.

C. «¿No puedo usar mi cuerpo como me plazca?» (vv. 15–20).

¡Por supuesto que no! Para empezar, ya no es más su cuerpo; le pertenece a Cristo. Él lo compró con su propia sangre. En días de Pablo un esclavo podía conseguir la libertad ahorrando dinero y depositándolo en el templo local pagano al sacerdote. Cuando tenía suficiente dinero para comprar su libertad, llevaba a su amo al templo y el sacerdote le daba el dinero al amo y declaraba que el esclavo le pertenecía ahora al dios particular de ese templo. Cristo pagó el precio para libertarnos del pecado y debemos usar nuestros cuerpos para agradarle a Él.

Es más, cuando pecamos contra el cuerpo, pecamos contra Cristo y contra el Espíritu Santo que ha hecho del cuerpo su templo. Génesis 2.24 afirma que dos personas que se unen físicamente llegan a ser «una sola carne». ¿Cómo puede un cristiano unir su cuerpo, que es un miembro del cuerpo de Cristo, en tan horrible pecado? ¿Cómo puede ensuciar el templo del Espíritu?

Los cristianos han de glorificar a Dios con sus cuerpos. Esto quiere decir la manera en que cuidamos el cuerpo, la manera en que lo vestimos, los lugares a donde lo llevamos, las obras que hacemos con él. Es peligroso que los cristianos usen sus cuerpos para pecar. ¡Recuerde lo que le ocurrió a Sansón y a David!

En estos postreros días vemos un aumento desvergonzado de pecados sexuales. No nos atrevemos a cerrar nuestros ojos al asunto (véase 2 Ti 3.1–7 y nótese que el v. 5 indica que estos pecadores serán cristianos profesantes, ¡y no gente del mundo!). La actitud del mundo es: «Todos lo hacen, así que, ¿por qué ser diferente?» Es triste cuando los cristianos piensan que pueden violar el código moral de Dios y salirse con la suya. Los pecados sexuales son contra Cristo (quien compró nuestros cuerpos), contra el Espíritu (quien habita en nuestros cuerpos)

y contra nosotros mismos (v. 18). Los solteros en particular necesitan leer y meditar en Proverbios 5.1–23, 6.20–35 y 7.1–27. Estos son capítulos claros y advierten en contra del libertinaje sexual.

Los cristianos casados necesitan leer y meditar en 1 Tesalonicenses 4.1–8, donde Dios advierte a los cristianos contra la ruptura de sus votos nupciales.

Esto cierra la primera sección de la carta, que se refiere a los pecados en la iglesia. Tenga presente que todos estos problemas (división, inmoralidad, disputas y contaminación con el mundo) procedían de una fuente común: los creyentes en Corinto era bebitos espirituales y no estaban creciendo en el Señor. Ponían sus ojos en los hombres, no en Cristo; se alimentaban de leche, no del alimento sólido de la Palabra; no estaban dispuestos a admitir el pecado y a resolverlo. La mayoría de los problemas serios de la iglesia empiezan como problemas personales y pecados en las vidas de sus miembros.

I Corintios 7

Este capítulo analiza los problemas del matrimonio y del hogar. A partir de este capítulo Pablo responde las preguntas que los corintios formularon en la carta que le escribieron (véanse 7.1; 8.1; 12.1; 16.1). Algunos críticos liberales modernos acusan a Pablo de ser cruel con las mujeres en su enseñanza, pero ¡nada más lejos de la verdad! El ministerio de Pablo hizo más para elevar la posición de las mujeres de lo que la gente se da cuenta. A dondequiera que el cristianismo ha ido, ha mejorado la condición de los trabajadores, las mujeres y los niños. Pablo mismo debe haber sido casado, de otra manera no podría haber sido miembro del sanedrín judío (tal vez era viudo).

Al leer este capítulo tenga presente: (1) que Corinto era notoria por su inmoralidad y falta de normas para el hogar; (2) que Pablo se refería a problemas locales que tal vez nosotros no enfrentemos hoy en día; (3) que era un tiempo de persecución para los cristianos (v. 26). En este capítulo Pablo analiza los problemas de tres grupos de creyentes.

I. Los cristianos solteros (7.1–9)

Nótese el versículo 8: «Digo, pues, a los solteros y a las viudas». Pablo está aconsejando a los que estaban sin cónyuges y empieza diciendo que los creyentes no deben creerse menos espirituales porque estén solteros y que sean especialmente espirituales porque son casados. Una versión traduce el versículo 1: «Es perfectamente apropiado, honorable, y adecuado moralmente que un hombre viva en estricto celibato» (WUEST, en inglés). La iglesia católica romana enseña que el celibato es una forma de vida más piadosa que el matrimonio, pero Pablo enseña lo contrario. El celibato es honroso, pero también el matrimonio lo es (véase Heb 13.4). En el versículo 7 dice que Dios les da diferentes dones a las personas y en cuanto a la relación matrimonial, y esta idea se asemeja a las enseñanzas del Señor en Mateo 19.10–12. Tenga presente que los griegos tenían en poco el cuerpo y que se inclinaban a separarlo del «alma» de una manera que la Biblia no enseña. Pablo afirma que Dios le dio la capacidad de vivir sin matrimonio y que quisiera que todos tuvieran el mismo dominio propio. Pero no dice que el celibato sea más espiritual que el matrimonio.

Sin embargo, hay razones para el matrimonio y la principal es evitar el pecado sexual. «Mejor es casarse que estarse quemando» con lujuria dice en el versículo 9. En el versículo 2 Pablo sin duda alguna enseña la monogamia: «Cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido». El esposo y la esposa deben considerarse mutuamente cuando se trata de los privilegios del matrimonio. La falta de consideración puede dar a Satanás una oportunidad de tentar a alguno de los cónyuges y el resultado puede ser trágico. «Incontinencia» (v. 5) es la negativa deliberada del lecho matrimonial y no es necesariamente una marca de espiritualidad. Puede ser causa de conflicto y pecado. Si un cristiano no puede controlarse, debe casarse. Por supuesto, Pablo no sugiere que la única, o principal, razón para el matrimonio es física; porque un matrimonio edificado sobre vínculos físicos se destruirá en muy poco tiempo. En este capítulo Pablo analiza el matrimonio como un privilegio, una bendición de Dios que puede enriquecer la vida de ambos cónyuges.

II. Cristianos casados con cónyuges inconversos (7.10–24)

Los cristianos han de casarse con otros cristianos (nótese en el v. 39: «casarse[...] en el Señor», y véase 2 Co 6.14–18). Pero algunos de los corintios fueron salvos después de casados. ¿Qué deberían hacer? ¿Deberían dejar a sus cónyuges inconversos? ¿Deberían negarse al lecho matrimonial? ¿Qué sucedía si el cónyuge inconverso quería terminar el matrimonio? El consejo de Pablo es claro: quédese cómo está y use toda oportunidad para tratar de ganar al cónyuge perdido. Si el cónyuge no salvo está dispuesto a vivir con usted, quédese en su casa y dé un buen testimonio. El cristiano puede ganar al cónyuge inconverso. Los hijos de tal matrimonio no son «inmundos» (ilegítimos), como sería el caso de un judío del AT que se casaba con un gentil; sus hijos no serían aceptos en el pacto. (El v. 14 no quiere decir que los hijos nacidos en un hogar cristiano sean salvos; sólo que el cónyuge cristiano «aparta» para la bendición de Dios a las personas no salvas de su casa. Dios bendice al perdido por causa del salvo.) Sin embargo, si un cónyuge inconverso rehúsa continuar en el hogar, el creyente no puede hacer nada sino permitir que se vaya. «A paz nos llamó Dios». ¿Tiene el cónyuge abandonado el derecho de volver a casarse? Los versículos 10–11 indicarían que el ideal sería procurar la reconciliación, pero el versículo 15 parece enseñar que el abandono en efecto rompe la relación matrimonial y de este modo le da al cónyuge fiel el derecho a divorciarse y volverse a casar. Cristo enseñó que la infidelidad rompe el vínculo matrimonial y es base para que la parte inocente vuelva a casarse. Tenga presente que Pablo no está ordenando la separación; está permitiéndola en ciertos casos. Lo ideal es que el cristiano soporte con paciencia las cargas y procure ganar al cónyuge perdido. (Véase en 1 Pedro 3 consejo adicional.)

El hecho de que una persona llegue a ser cristiana no cambia su status en la sociedad. En los versículos 17–24 Pablo les dice a los corintios que no traten de «deshacer» su situación, sino que se apeguen a su llamamiento y permitan que Cristo haga los cambios a su manera y en su tiempo.

III. Padres de hijas casaderas (7.25–40)

«No tengo mandamiento del Señor» en el versículo 25 simplemente significa que Cristo no dio una enseñanza al respecto como la dio sobre el divorcio (así se anotó en el v. 10, donde Pablo se refiere a la enseñanza del Señor). Tenga presente que en esos días los padres arreglaban los matrimonios de sus hijos; hoy es diferente. Pablo presenta varios factores para que estos padres consideren.

A. Es tiempo de inquietud (vv. 25–31).

El matrimonio es un asunto serio y los cristianos estaban enfrentando tiempos difíciles. Estas pruebas no eran causa para que los casados se divorciaran o para que los solteros se asustaran al punto de evitar casarse (v. 27); pero había que dar la debida consideración a la situación a mano. Tener una vida cristiana consagrada significa a veces olvidarse incluso de algunas cosas buenas del mundo.

B. El matrimonio trae responsabilidades (vv. 32–35).

Una de las razones por la cual Pablo no se volvió a casar era para dedicarse por completo al servicio de Cristo. Su llamamiento era tal que no quería obligar a una esposa y familia a sufrir debido a las exigencias del Señor sobre él. En tanto que esta no es la regla común de los siervos cristianos, debemos admirar a hombres como Pablo, David Brainerd, Robert Murray McCheyne y otros que lo dieron todo a Cristo de una manera sacrificial. Si estos padres querían que sus hijas sirvieran a Dios, tendrían que enfrentar el hecho de que el matrimonio involucra muchas preocupaciones y exigencias.

C. Cada caso es particular (vv. 36–38).

Cuando se trata del matrimonio es casi imposible asentar reglas que encajen a cada caso. Pablo les advierte que deben estar convencidos de corazón, no meramente seguir a la mayoría o tratar de aparecer superespirituales.

D. No se apresuren, porque el matrimonio es para toda la vida (vv. 39–40).

El matrimonio no se puede romper debido a algún capricho. Demasiadas personas (incluyendo algunos cristianos) tienen la idea de: «Si nuestro matrimonio no da resultados, siempre podemos divorciarnos». ¡No es así!, dice Pablo. Cuando usted se casa, asegúrese de que es «en el Señor», o sea, asegúrese de casarse con un cristiano y que su cónyuge es el que Dios le ha escogido. Qué trágico ver vidas jóvenes arruinadas por matrimonios precipitados.

I Corintios 8

Los capítulos 8 al 10 analizan las preguntas de la iglesia respecto a lo sacrificado a los ídolos. Esto era un problema serio para ellos, en especial porque la iglesia se componía tanto de judíos como de gentiles y los creyentes judíos anhelaban fervientemente evitar cualquier contacto con la idolatría pagana. La situación era como sigue: la mayoría de la carne en Corinto se depositaba en los templos. El sacerdote guardaba parte de la carne, pero el resto se usaba para fiestas privadas, o se vendía en los mercados. A decir verdad, la carne procedente de los sacrificios se vendía a un precio más bajo, haciéndola mucho más atractiva para los cristianos pobres. Si un amigo o vecino invitaba a un cristiano a una fiesta, era muy probable que la carne había sido dedicada a algún ídolo. ¿Debía el cristiano participar de tal fiesta? ¿Habría algún poder demoníaco en la carne y podría hacerle algún daño al creyente? ¿Contaminaría al cristiano comer esa carne?

Nosotros no enfrentamos el mismo problema hoy en día, pero la situación básica aún está con nosotros: ¿tiene el cristiano, debido a que está libre de la ley, el derecho a vivir de la manera que le plazca? Hoy en día existen muchas prácticas que por las Escrituras sabemos que definitivamente son incorrectas, pero hay también muchos problemas sin límites estrictamente definidos con los que incluso los cristianos consagrados no concuerdan. En estos tres capítulos Pablo delinea los principios básicos que deben gobernar nuestra vida cuando se trata de cosas cuestionables. Aquí en el capítulo 8 usa el ejemplo de Cristo e indica que el amor nos debe controlar de modo que no hagamos tropezar a otros (véase Mt 17.24–27). En el capítulo 9 Pablo se pone como ejemplo, destacando que no es necesario que los cristianos usen sus derechos para ser felices; porque Pablo para servir a Cristo puso a un lado incluso sus derechos legítimos. Al final, en el capítulo 10, usa el ejemplo de Israel para advertir a los creyentes respecto a los pecados de presunción, particularmente con los conectados a la idolatría e inmoralidad.

Aquí en el capítulo 8 Pablo nos da cuatro admoniciones a seguir al discernir lo bueno y lo malo en el área de cosas cuestionables.

I. Considere su actitud (8.1–3)

Demasiado a menudo los cristianos fuertes, que conocen la Biblia, se inclinan a «envanecerse» cuando se relacionan con los cristianos más débiles. Pablo admite tanto aquí como en Romanos 14, que algunos creyentes son fuertes y maduros en la fe, mientras que otros son débiles y tienen puntos de vista legalistas de la vida cristiana. «El conocimiento envanece, pero el amor edifica» (v. 1). Es más, ¡el que piensa que lo sabe todo está admitiendo que no sabe nada! Pablo no nos anima a ser «hermanos ignorantes», sino más bien nos advierte que una actitud orgullosa no se asemeja a Cristo. El conocimiento y el amor se deben balancear, amor a Dios y a nuestros hermanos. No debemos juzgarnos ni rechazarnos los unos a los otros (Ro 14.4–12).

II. Considere el conocimiento de su hermano (8.4–8)

La vida cristiana no puede vivirse a plenitud si se ignora la Palabra. Debemos siempre tomar en consideración que algunos cristianos no comprenden las bendiciones de la libertad que tenemos en Cristo. Viven en esclavitud religiosa y tratan de regular sus vidas con reglas y rituales (véase Col 2.16–23). Pablo afirma claramente que los ídolos no son reales y que la carne que se les ofrece nunca puede lastimar a nadie, ni al cuerpo ni al espíritu (v. 8). Hay un solo Dios y Salvador, y adoramos y obedecemos sólo a Él. Pero algunos cristianos no saben esto. No se dan cuenta de que ningún alimento es pecaminoso en sí mismo (nótese Ro 14.14) y que la carne o la bebida nunca puede hacer de nadie un mejor cristiano. ¡Qué paciente fue Cristo con sus discípulos ignorantes! ¡Y qué pacientes debemos ser los unos con los otros! A medida que un cristiano crece en la gracia y el conocimiento, mediante la lectura y obediencia a la Palabra, comprende la verdad y esta le hace libre (Jn 8.32). Ve el conocimiento como una herramienta para construir, no como un arma para luchar.

III. Considere la conciencia de su hermano (8.9–11)

La conciencia es el juez interior que nos condena cuando hacemos lo malo, y nos elogia cuando hacemos lo correcto. Nos «da testimonio» (Ro 2.15; 9.1). La conciencia del cristiano ha sido purificada (Heb 9.14; 10.22) y se le llama «buena conciencia» (1 Ti 1.5, 19). El pecado continuo no juzgado ni confesado hará una conciencia corrompida (Tit 1.15) y a la larga se convertirá en una conciencia cauterizada (1 Ti 4.2) que no se condena. Debemos esforzarnos por tener una conciencia sin ofensa (Hch 24.16).

El cristiano nuevo, o que no ha sido enseñado, tendrá una conciencia débil (1 Co 8.7, 10, 12). Si ve a otro cristiano comer carne que dedicada a un dios pagano, tal vez se ofenda por tal experiencia y tal vez eso le lleve a pecar. Debido a que sus sentidos espirituales no están plenamente desarrollados, irá al otro extremo y quizás deshonre el nombre de Cristo (véase Heb 5.11–14). Un cristiano maduro, con conciencia fuerte, no se afectará con los paganos que lo rodean; pero el creyente con conciencia débil se confundirá y, si sigue el ejemplo de su hermano, puede meterse en problemas.

Pablo usa este mismo ejemplo en 10.25–33, de modo que bien podemos mirar estos versículos de antemano. «¡No andes por todas partes siendo un detective espiritual!», afirma. «Si te invitan a una fiesta y quieres ir, asiste; pero no hagas un sinnúmero de preguntas. Sin

embargo, si el anfitrión te dice que la carne fue sacrificada a un ídolo, ¡no la comas! ¿Por qué? Para que puedas ser testimonio al cristiano más débil que tal vez se ofenda y lleves a pecar». Pablo entonces se anticipa a expresar el posible argumento: «Pero, preguntas, ¿por qué debe la inmadurez de algún otro limitar nuestra libertad? Si bendecimos los alimentos y comemos para la gloria de Dios, ¿no es eso suficiente?» ¡No! Los creyentes deben seguir una regla diferente. Nosotros los cristianos debemos hacer todo lo posible para no ofender ni a judíos, ni a gentiles, ni a otros cristianos.

Todo se reduce a esto: cualquier cosa que haga el cristiano, incluso en el caso de que no lo ofenda o haga daño, nunca debe ofender o hacer daño a ningún otro. Aunque pensemos que este principio nos limita, en realidad no lo hace, porque nos permite ser de una mayor bendición a otros y ganar a los perdidos para Cristo (10.33).

IV. Considere a Cristo (8.12–13)

Nuestro Señor, en los días de su carne en la tierra, se cuidó de no ser la causa de que otros tropezaran. El incidente en Mateo 17.24–27 lo ilustra: «Para no ofenderles» es un maravilloso principio a seguir, porque significa poner el amor cristiano en la vida diaria. Cristo murió por el cristiano más débil, por lo tanto, no debemos atrevernos a ser causa de que peque. Pecar contra otro cristiano es pecar contra Cristo. Sería mejor no comer carne que hacer que otros caigan, dice Pablo.

Podemos pensar en múltiples aplicaciones de este principio en la vida moderna. Tómese el mundo de las diversiones, por ejemplo, Una persona puede ser capaz de asistir al teatro y no sufrir espiritualmente por eso; pero si este acto hace que un cristiano más débil se descarríe, el cristiano más fuerte ha pecado. Un cristiano maduro quizás lea una novela popular y no se afecte; pero si su selección hace que otro tropiece, ha pecado. Sí, tenemos libertad como cristianos; pero no estamos en libertad de convertirnos en piedras de tropiezo para otros. Qué tragedia si un cristiano se descarría, o si un pecador perdido rechaza a Cristo debido a que un cristiano egoístamente hizo uso de «sus derechos» y dio un mal ejemplo. «Ninguno busque su propio bien, sino el del otro» afirma Pablo en 10.24, ¡ese es un maravilloso principio a seguirse!

I Corintios 9

En el capítulo anterior Pablo señaló el ejemplo de Cristo y asentó el principio de que no deberíamos hacer nada que ofenda a otro cristiano, en especial a los más débiles. En este capítulo se pone como ejemplo de alguien que tiene privilegios, pero que debido al evangelio, no los usó. Tenga presente que todavía está analizando el problema de la carne ofrecida a los ídolos. «Ciertamente tenemos privilegios como cristianos», afirma, «pero nunca debemos usarlos de manera que estorbe al evangelio».

I. Pablo afirma sus privilegios (9.1–14)

Mientras estuvo en Corinto, Pablo trabajó con sus manos y no recibió ningún sostén de la iglesia. Voluntariamente dejó a un lado el privilegio del matrimonio. Pablo podía haber reclamado el privilegio de sostenimiento financiero de la iglesia y lo probó citando cinco argumentos.

A. Otros apóstoles y obreros (vv. 1–6).

Pablo afirma su apostolado en términos inequívocos. Había visto al Señor (Hch 1.21, 22) y fue llamado a su apostolado por el Cristo resucitado y glorificado. Su obra y ministerio en Corinto probaban su apostolado. Los otros apóstoles, incluyendo a Pedro, recibían sostén de las iglesias y llevaban consigo a sus esposas de lugar a lugar según ministraban. Si otros siervos tenían estos privilegios, ¡Pablo también!

B. La costumbre humana (v. 7).

Ningún soldado se mantenía, sino que recibía provisiones y salario de su gobierno. El agricultor que se esfuerza en la viña tiene el privilegio de comer de su fruto. El pastor espera recibir leche y carne de su rebaño. ¿Es acaso irrazonable esperar que una iglesia local sostenga al pastor? El versículo 11 asienta un principio básico: Si otros nos bendicen con cosas espirituales, debemos mostrar nuestra apreciación al compartir con ellos las cosas materiales (véase Gl 6.6–8). Es interesante notar que tenemos aquí otros tres cuadros del pastor: es un soldado para proteger la iglesia y presentar batalla a Satanás; es el agricultor que cuida la viña espiritual y busca su fruto; y es un pastor que guía y alimenta a las ovejas. Ore por su pastor; el trabajo de un pastor nunca es fácil.

C. La ley del Antiguo Testamento (vv. 8–11).

Pablo hace referencia a Deuteronomio 25.4. La práctica del AT era hacer que los bueyes caminaran sobre las espigas y separaran así el grano del tamo. Aquí, y en 1 Timoteo 5.18, Pablo usa esa ley para ilustrar el principio dado en el versículo 11. Si los bueyes se benefician de su trabajo físico, ¿no deberían los siervos de Dios beneficiarse de su trabajo espiritual? El que ara y el que siega trabajan en esperanza, aguardando participar de la cosecha.

D. Los sacerdotes del Antiguo Testamento (vv. 12–14).

La ley permitía a los sacerdotes participar con generosidad en los sacrificios del altar. El sacerdote tomaba la piel de las ofrendas quemadas, toda la carne (menos la grosura) de la ofrenda por el pecado y las ofrendas por las transgresiones, la mayoría de las ofrendas de harina, el pecho y la espaldilla derecha de la ofrenda de paz, más varias de las ofrendas de frutas, diezmos y ofrendas especiales. Si servían con fidelidad, la gente daba generosamente.

E. El mandamiento de Cristo (v. 14).

Léase Mateo 10.10 y Lucas 10.7. En tanto que Pablo no usaba personalmente estos privilegios, no dice que fueran incorrectos. «El obrero es digno de su salario». Es correcto que los cristianos mantengan a los que les sirven en el Señor.

II. Pablo sacrifica sus privilegios (9.15–27)

Aunque tenía todos esos privilegios, Pablo no los usaba (vv. 12, 15) y da varias razones para explicar el porqué.

A. Quería presentar el evangelio gratuitamente (vv. 15–18).

¡Se gloriaba en un evangelio gratuito de gracia gratuita! Como un escritor lo dijo: «¡La paga de Pablo era no recibir ninguna paga!» Predicaba el evangelio voluntariamente y se regocijaba del privilegio. Qué trágico es cuando los cristianos miran sus responsabilidades como cargas en lugar de bendiciones.

«Pero incluso si no predicara el evangelio de buena voluntad», dice Pablo, «todavía tendría que predicar, porque Dios me ha encargado de una administración». Hay un principio práctico aquí: No debemos hacer algo que reflejaría negativamente la gracia de Dios o la oferta gratuita de salvación. Nos preguntamos qué deben pensar los pecadores cuando asisten a las «reuniones de evangelización» donde el líder usa treinta minutos recogiendo ofrendas y ¡regañando a la multitud para que dé más!

B. Quería trabajar independientemente (v. 19a).

Más de un obrero cristiano ha ablandado el mensaje debido al dinero. Algunos pastores no se atreven a ofender a los miembros que son «dadores fuertes». Otros tienen temor a perder su sostenimiento o seguros denominacionales. Pablo no quería ningún otro amo que Cristo.

C. Quería ganar a tantos como fuera posible (vv. 19b-23).

Aunque Pablo disfrutaba de libertad como obrero, voluntariamente se hizo siervo de todos los hombres para poder ganarlos para Cristo. Esto no quiere decir que Pablo seguía el refrán mundano: «Al lugar que fueres, haz lo que vieres». Esto sería un compromiso enraizado en el temor. La actitud de Pablo se basaba en el amor, no en el temor. No estaba rebajando sus estándares; antes bien, echaba a un lado sus privilegios personales. No era hipocresía, sino simpatía; trataba de comprender a quienes necesitaban a Cristo y entrar en sus experiencias. Era judío, de modo que usaba esto como una llave para abrir un corazón judío. Era un ciudadano romano, de modo que lo usaba como una clave para abrir la puerta a los gentiles. Simpatizaba con los débiles y los estimulaba. «A todos me he hecho de todo» (v. 22) simplemente significa la maravillosa capacidad de acomodarnos a otros, comprenderlos y procurar guiarlos al conocimiento de Cristo. Pablo no era un «toro en un almacén de loza» sin ningún tacto que usaba el mismo método cada vez que se encontraba con alguien. Más bien, usaba tacto para lograr el contacto; voluntariamente sacrificaba sus privilegios para ganar a los perdidos.

D. Quería ganar una recompensa duradera (vv. 24–27).

¿De qué sirven nuestros privilegios diarios sin perdemos la recompensa eterna? Todo cristiano tiene que gobernar su vida «con la mirada puesta en los valores de la eternidad». Para Pablo dejar a un lado sus privilegios personales significaba disciplina y arduo trabajo, y describe esta disciplina en los versículos 24–27. Su ilustración de los juegos deportivos griegos era familiar a sus lectores, porque los famosos juegos ístmicos (similares a los olímpicos) se celebraban cerca a Corinto. Los competidores tenían que disciplinarse y olvidarse incluso buenas cosas para poder ganar un premio. Si los atletas pueden dejar a un lado sus derechos para ganar una corona de olivo que se marchita, ¡ciertamente los cristianos pueden hacerlo a fin de ganar una corona eterna! Sólo un atleta podía ganar en cada evento de los juegos ítsmicos, pero todos los cristianos tienen la oportunidad de ganar la aprobación de Cristo.

El temor de Pablo a ser eliminado no tiene nada que ver con su salvación. No está hablando de la salvación, sino del servicio cristiano. No somos salvos al correr la carrera y ganar; podemos correr la carrera porque ya somos salvos (Flp 3.12–16; Heb 12.1–3). La palabra «eliminado» significa «reprobado, descalificado»; y en 10.5 se traduce «no se agradó». Pablo se compara al heraldo que llamaba a los atletas a la arena, ¡y sin embargo él mismo no pasaba la prueba para ser un competidor! Pablo no temía perder su salvación, sino perder su recompensa por el servicio fiel y sacrificial.

I Corintios 10

Este capítulo cierra la sección relacionada con la vianda o carne ofrecida a los ídolos. Pablo cita el ejemplo de Cristo (cap. 8), su propio ejemplo (cap. 9) y ahora señala a la historia pasada de Israel. A lo mejor tenía en mente a los miembros excesivamente confiados de la iglesia de Corinto, creyentes que pensaban que tenían tanta sabiduría y conocimiento que no tenían que cuidarse de la tentación o del pecado. En el versículo 12 les advierte y usa un poco de «sarcasmo santo» al llamarlos «sabios» en el versículo 15. Mientras que el creyente tiene libertad para comer o beber, debe estar consciente por lo menos de tres peligros.

I. El peligro de caer en pecado (10.1–13)

Pablo usa a Israel para ilustrar las tentaciones y pecados del pueblo de Dios. A pesar de que Israel en el AT es diferente a la iglesia del NT (nótese el v. 32), hay varios paralelos entre los dos.

A. Israel tenía ventajas espirituales (vv. 1–4).

Pablo compara su paso por el mar y bajo la nube a la experiencia del bautismo que el cristiano atraviesa. Así como el bautismo identifica al cristiano con Cristo, el «bautismo» de Israel identificó al pueblo con Moisés. Israel fue librado de Egipto por la sangre del cordero, así como los cristianos son librados del mundo por la cruz. Dios abrió el mar para permitir que los israelitas pasaran; sacándolos así de la esclavitud de Egipto; y de igual manera la resurrección de Cristo ha separado al cristiano del mundo y de la esclavitud de la carne. Los judíos comieron maná y los cristianos se alimentan de Cristo, el pan de vida, conforme participan de la Palabra. Israel bebió agua provista sobrenaturalmente y los cristianos beben del agua viva (Jn 4.10–14) de salvación y de la refrescante agua del Espíritu (Jn 7.37–39). Algunos quedan perplejos ante «la roca espiritual que los seguía» (v. 4), como si una roca literal rodara junto al pueblo de Israel en el desierto. Hay dos explicaciones posibles: (1) Pablo indica que una roca espiritual los seguía y Cristo en efecto viajó con su pueblo y suplió sus necesidades; (2) la palabra «los» no está en el texto original, de modo que Pablo tal vez estaba diciendo: «Bebieron de esa roca espiritual que siguió [después de que el maná fue dado]». Primero el pan, luego siguió el agua.

B. Israel cayó debido al pecado (vv. 5–10).

Dios «no se agradó» de ellos (v. 5), que es la misma palabra para «eliminado» en 9.27. Fueron desaprobados; perdieron sus vidas debido al pecado. Codiciaron (Nm 11.34); adoraron ídolos (Ex 32.1–14); cometieron fornicación (Nm 25.1–9); tentaron a Dios al poner a prueba deliberadamente su paciencia (Nm 21.4–9); se quejaron (Nm 16.41–50). ¡Qué lista de pecados! Sin embargo, Dios tenía que juzgar sus pecados aun cuando los libró de Egipto de manera maravillosa. Los privilegios espirituales nunca nos dan licencia para pecar. Antes bien, colocan ante nosotros la responsabilidad más grande de obedecer a Dios y glorificarle. (Nótese en el v. 8: Pablo menciona veintitrés mil que murieron, mientras que Nm 25.9 dice veinticuatro mil. Sin embargo, Pablo menciona cómo muchos murieron en un solo día, mientras que Moisés registra el número total de muertos, porque es obvio que algunos murieron más tarde.)

C. Israel es una advertencia para nosotros hoy (vv. 11–13).

El pueblo de Dios, sea en el AT o en el NT, nunca debe presumir de pecar. En el versículo 12 Pablo da una advertencia al que tiene excesiva confianza y luego en el versículo 13 alienta al temeroso.

II. El peligro de tener compañerismo con los demonios (10.14–22)

Pablo usa la Cena del Señor para ilustrar su punto de que aunque los ídolos no son reales (8.4–6), Satanás puede usarlos para descarriar a la gente. Esto no es superstición, porque Deuteronomio 32.17 y 21 claramente enseña que se puede adorar a los demonios mediante los ídolos. Así como el creyente tiene compañerismo (comunión) con Cristo al participar de la copa y del pan y así como los sacerdotes del AT tenían compañerismo con Dios mientras participaban de los sacrificios del altar, el idólatra tiene compañerismo con los demonios en su festejo idolátrico. Pablo describe aquí en realidad ¡un culto de comunión con Satanás! Así como Satanás tiene una iglesia y un evangelio falsos, tiene también un culto de comunión falsa. Los antropólogos pueden estudiar y admirar la adoración y los ídolos paganos, pero Dios dice que todo el sistema es del diablo y es en realidad adoración a los demonios. Dondequiera que haya ídolos, habrá demonios.

Por supuesto, Pablo no dice que comer el pan y beber de la copa real y literalmente hace a la persona participar de Cristo. No habla de unión sino de comunión, compañerismo con Cristo. Es incongruente que un cristiano participe de la mesa del Señor un día y se siente a la mesa de los demonios al siguiente.

Los cristianos deben cuidarse y no involucrarse en la religión del diablo. No todo lo que se hace pasar por cristianismo es bíblico. Podemos pensar que participamos a medias en una ceremonia religiosa, cuando en realidad nos exponemos al ataque satánico. El reciente aumento del satanismo debe ser una advertencia para la Iglesia.

III. El peligro de fallarle a un hermano en la fe (10.23–33)

Ahora Pablo, al cerrar su discusión, repite el principio que asentó en el capítulo 8: no hagas algo que debilite la conciencia de tu hermano o que le hagas tropezar. Sí, los cristianos son libres y todas las cosas son lícitas; pero no todo edifica. No nos atrevemos a usar de privilegios que derriben la obra del Señor. Pablo finaliza con varias pautas muy prácticas:

A. Viva para agradar a otros (vv. 23–24).

Esto es un resumen de su enseñanza en el capítulo 9.

B. No sea demasiado «quisquilloso» (vv. 25–27).

El cristiano que anda por todos lados haciendo preguntas en cuanto a los alimentos será de un pobre testimonio para el perdido y de ninguna ayuda al salvo. Compre su carne en el mercado sin hacer preguntas. Todo alimento viene de Dios, es bueno para nosotros y Satanás no puede dañarnos con la carne (8.8). Cuando lo inviten a alguna fiesta en la casa de algún amigo inconverso, no pregunte. Sin embargo, si otro cristiano allí le dice que la carne viene de un altar pagano y si ese hermano se siente molesto por eso, no coma la carne. Es mejor pasar hambre que ser la causa de que el hermano más débil tropiece.

C. Viva para la gloria de Dios, incluso si eso significa sacrificio (vv. 29–31).

En los versículos 29–30 Pablo vislumbra de antemano un argumento. «¿Por qué mi conciencia fuerte la debe juzgar la conciencia débil de un hermano? ¿Y qué daño puede haber en la carne por la cual he dado gracias?» La respuesta es: sin importar lo que hagamos, ya sea comer o beber, debemos hacerlo para la gloria de Dios y no para autocomplacernos. Humanamente hablando, puede parecer incorrecto que un cristiano fuerte se doblegue ante el hermano débil, pero eso es lo que glorifica a Dios. Hacer que el hermano débil tropiece y caiga en pecado deshonra a la Iglesia y al nombre de Cristo.

D. Viva para ganar almas (vv. 32–33).

Sólo hay tres grupos de personas en el mundo: los judíos, los gentiles y la Iglesia. Dios espera que la Iglesia procure ganar a los judíos y a los gentiles para el Señor. Si un cristiano vive para ganar almas, estas cuestiones en cuanto a la conducta se resolverán solas. Es el cristiano ocioso, carnal, que se pone frenético respecto a cuánto puede involucrarse en el mundo. Cuando los creyentes viven para edificar la Iglesia y ganar a los perdidos, ponen las primeras cosas primero y glorifican el nombre de Cristo.

I Corintios 11

En los capítulos 11–14 Pablo analiza el desorden en cuanto al culto público de Corinto. Al leer estos capítulos notará que hay varios problemas evidentes: Sus reuniones eran desordenadas y contrarias a las Escrituras; las mujeres estaban ocupando el liderazgo sobre los hombres; varios miembros competían por el liderazgo y la oportunidad de hablar; en general, había confusión y un pobre testimonio ante los perdidos. El capítulo 11 tiene que ver con el desorden en la Cena del Señor en particular, mientras que los capítulos 12–14 se refieren a la adoración pública en la iglesia y los principios que deben gobernar nuestros cultos.

I. Las causas del desorden en la Cena del Señor (11.1–22)

A. Falta de subordinación de las mujeres (vv. 1–16).

A menudo se acusa a Pablo de ser crítico de las mujeres y colocarlas en una posición inferior, pero esto no es verdad. Él se dio cuenta de que Dios es un Dios de orden, y que cuando alguna cosa está fuera de orden, hay confusión y se pierde el poder. En ninguna parte Pablo enseña que las mujeres sean inferiores a los hombres a los ojos de Dios, sino más bien que Dios ha asentado el principio de autoridad (no dictadura) que hace a Cristo la Cabeza del hombre y al hombre la cabeza de la mujer. En Corinto se estaba violando este importante principio. Las mujeres estaban en competencia con los hombres por el liderazgo público de la iglesia. Aún más, al observar la Cena del Señor las mujeres no guardaban su debido lugar y venían con la cabeza descubierta; esta es la cuestión a la que Pablo se refiere ahora.

Tenga presente que Corinto era una ciudad inmoral, con «sacerdotisas» que sencillamente eran prostitutas. Una característica de una mujer pecadora era el cabello corto; tal mujer con frecuencia caminaba por la ciudad sin el velo usual que la cubriera. En algunas naciones orientales, incluso hoy, las mujeres no aparecen en público sin llevar un velo. Esto sería una señal de falta de respeto hacia sus maridos y se interpretaría como una invitación al pecador. A decir verdad, incluso entre los judíos una cabeza rapada era una señal de inmoralidad (véase Nm 5.11–31, especialmente el v. 18). De modo que Pablo advierte a las mujeres de la iglesia a que no pierdan su testimonio al adorar en público sin llevar un velo sobre su cabeza. El velo era una muestra de subordinación al Señor y a sus esposos, y un reconocimiento del principio de autoridad.

Los judíos ortodoxos, incluso hoy, llevan a sus cultos en las sinagogas un sombrerito de oración, pero esta es una práctica que Pablo prohíbe en la iglesia local. Cristo es la Cabeza del hombre; de modo que si un hombre lleva sombrero en la adoración, deshonra a su Cabeza. Si la mujer no usa un velo, deshonra a su esposo, porque «la mujer [fue creada] por causa del varón» (v. 9). Por supuesto, el simple hecho de

usar (o no usar) un pedazo de tela nunca cambia el corazón. Pablo da por sentado que estas mujeres cristianas obedecían de corazón el principio de autoridad, pero que no lo hacían externamente.

Pablo da varias razones por las cuales las mujeres deben darse su lugar en la iglesia: (1) muestra honor a sus esposos; (2) honra a Cristo, la Cabeza de la Iglesia; (3) concuerda con el mismo plan de la creación, porque Dios creó a la mujer para el hombre; (4) los ángeles observan nuestra adoración y saben lo que hacemos, v. 10; (5) la naturaleza misma le da a la mujer cabello largo y al hombre cabello corto, enseñando así la subordinación; (6) esta es la práctica en todas las iglesias, v. 16 ¿Cómo se aplica a nosotros esta cuestión de «usar sombreros» o «llevar el cabello corto»? Aunque no tenemos las mismas circunstancias que Pablo tenía que considerar en relación a Corinto, debemos admitir que una persona fuera de lugar es siempre un estorbo para la obra de Dios. Debe haber modestia en la iglesia local, tanto en el vestido como en las acciones. No debemos conformarnos al mundo, para no perder nuestro testimonio.

B. Divisiones en la iglesia (vv. 17–19).

Cuando hay divisiones y facciones (herejías) en la iglesia, incluso cuando parezcan ocultas, se mostrarán en las reuniones públicas. La Cena del Señor habla de la unidad de los creyentes; las divisiones en la iglesia negarán este maravilloso mensaje.

C. Motivos egoístas (vv. 20–22).

La iglesia primitiva con frecuencia celebraba una «fiesta de amor», una comida de compañerismo, conjuntamente con la Cena del Señor. Pero en Corinto los ricos traían de su abundancia, mientras que los pobres se sentaban a un lado con unas migajas de pan. «¡Coman en sus casas!», les ordena Pablo. «¡Su glotonería y embriaguez son una deshonra para el Señor!» (vv. 21–22). Si los creyentes no se aman los unos a los otros, nunca podrán participar de la Cena del Señor y ser bendecidos.

II. Las consecuencias de su desorden (11.23–30)

A. Eran juzgados en vez de bendecidos (vv. 23–29).

Es evidente de que Cristo le había dado personalmente a Pablo instrucciones respecto a la Cena del Señor, porque el apóstol no estuvo en el aposento alto cuando se instituyó la ordenanza. Las palabras de Pablo hablan del cuerpo partido y la sangre derramada de Cristo por su iglesia, elementos que son un recordatorio constante de su amor y su regreso. Miramos en retrospectiva a la cruz y hacia adelante a su venida. Pero la Cena dejó de ser una bendición para la iglesia de Corinto, y por la manera en que abusaban de ella era causa de juicio. Sus reuniones no eran «para lo mejor, sino para lo peor» (v. 17). Así es como siempre resultan las cosas espirituales: si nuestros corazones no andan bien, cualquier cosa que hagamos se convierte en una maldición.

B. Eran castigados (v. 30).

Dios permitió que les vinieran enfermedades e incluso muerte a los de la iglesia de Corinto debido a que participaban de la Cena del Señor de una manera indigna. Pablo nunca nos dice que debemos ser «dignos» para comer de la Mesa del Señor; porque si ese fuera el caso, nadie podría participar. Aunque no somos dignos, podemos participar de una manera digna al comprender lo que la Cena significa: tener un corazón libre de pecado; estar lleno del amor por Cristo y su pueblo; estar dispuesto a obedecer su Palabra. Los cristianos a menudo piensan que pueden «salirse con la suya» actuando descuidadamente en la iglesia, pero esto es imposible. Si nuestros corazones no andan bien, Dios tiene que castigarnos para traernos al lugar de la bendición.

III. La corrección de este desorden (11.31–34)

A. Juicio propio (vv. 31–32).

Si enfrentamos nuestros pecados con sinceridad, los juzgamos y los confesamos, Dios no nos castigará. «Pruébese cada uno a sí mismo» es el mandamiento de Pablo en el versículo 28. En la Cena del Señor damos tres «miradas»: miramos hacia adentro y confesamos nuestros pecados; miramos hacia atrás y recordamos el Calvario; y miramos hacia adelante y anhelamos fervientemente su regreso. El principio es claro: si no juzgamos nuestros pecados, Dios tendrá que juzgarnos a nosotros.

B. Amor mutuo (v. 33).

«¡No pienses sólo en ti!», escribió Pablo; «piensa en otros». Esto es amor cristiano: poner a los demás antes que a nosotros mismos. Cuán pocos son los cristianos que obedecen este principio cuando se trata de la adoración. Llegamos a la iglesia preguntando: «¿Obtendré algo del culto de hoy?», cuando deberíamos preguntarnos: «¿Qué puedo decir o hacer que será de bendición a alguna otra persona?»

C. Discernimiento espiritual (v. 34).

Mientras que no hay nada de malo con las comidas de compañerismo en la iglesia, el lugar para comer es la casa propia. Se necesita discernimiento espiritual para mantener a la iglesia haciendo lo que se supone que debe hacer y no apartarla con desvíos. El ministerio de la iglesia local no es entretener o alimentar a los santos; es el de la edificación espiritual de los unos a los otros para que sean capaces de salir a ganar a otros. Tal vez se pudiera asentar como principio básico que la iglesia local no debe hacer lo que Dios ordenó que hiciera el hogar o el estado. La iglesia no está a cargo de criar niños, sin embargo, ¡la gente le echa la culpa a la iglesia y a la Escuela Dominical cuando los hijos se descarrían!

Si seguimos estos principios, nuestras asambleas serán reuniones para bendición y no para juicio («condenación» en el v. 32).

I Corintios 12

Este capítulo abre la discusión de los dones espirituales (caps. 12–14) y en la actualidad cuando las iglesias y denominaciones están enfatizando la obra del Espíritu, necesitamos saber lo que Dios tiene que decir al respecto. Sin embargo, debemos estudiar estos capítulos a la luz de los problemas que había en la iglesia de Corinto: división, inmoralidad, sensacionalismo en el crecimiento espiritual y confusión en la asamblea. Aquí en el capítulo 12 Pablo explica la obra del Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo con los dones que otorga a sus miembros. El capítulo 13 hace hincapié en que las virtudes cristianas, que fluyen del amor, son más importantes que los dones espectaculares; en el capítulo 14 Pablo asienta los principios que deben gobernar la adoración en la comunidad de la iglesia.

I. Nos pertenecemos los unos a los otros (12.1–20)

La división era un problema grande en la iglesia en Corinto (1.10–16; 6.1–8; 11.18–22). Cada grupo seguía a su líder humano seleccionado, ejercía sus dones egoístamente y se preocupaba muy poco por la salud del ministerio del cuerpo entero. Los cristianos de Corinto

habían recibido dones espirituales en abundancia (1.4–7), pero les faltaba las virtudes espirituales: la clase de carácter cristiano que el Espíritu Santo anhelaba formar en ellos. Tenga presente que los dones cristianos no son necesariamente una señal del carácter cristiano o de madurez espiritual. Estos creyentes corintios eran carnales y sin embargo ejercían dones maravillosos y milagrosos.

A. Participamos de la misma confesión (vv. 1–3).

A todo ciudadano del Imperio Romano se le exigía que cada año echara una pulgarada de incienso en el altar y dijera: «¡César es el Señor!» Esto era anatema para los creyentes. Ningún cristiano verdadero podía llamar «señor» a nadie excepto a Cristo, de modo que esta prueba definía si la persona en realidad era o no salva. Es sólo por el Espíritu que podemos confesar a Cristo como Señor (Ro 10.9, 10).

B. Servimos al mismo Dios (vv. 4–6).

La Iglesia, como el cuerpo humano, tiene diversidad en la unidad. Todos nuestros miembros difieren y sin embargo trabajan juntos para la salud del conjunto. En el cuerpo espiritual, que es la Iglesia, poseemos dones del Espíritu Santo (v. 4), participamos en el servicio al mismo Señor Jesucristo (v. 5) y tomamos parte en las obras (operaciones) del mismo Padre (v. 6).

C. Procuramos edificar el mismo cuerpo (vv. 7–13).

Pablo ahora hace una lista de los dones espirituales y muestra que son dados para el beneficio de toda la iglesia y no para el placer privado de los cristianos como individuos. Debemos distinguir entre: (1) el Don espiritual, que es el Espíritu mismo que se recibe en el momento de la salvación (Ef 1.13–14); (2) los dones espirituales, que son ministerios a la iglesia mediante el Espíritu y no simplemente capacidades o talentos naturales; (3) oficios espirituales, que son posiciones de responsabilidad en la iglesia local, según se analiza en 1 Pedro 4.10, 1 Corintios 12.28, Romanos 12.4; (4) virtudes espirituales, que son el fruto del Espíritu (Gl 5.22, 23; 1 Co 13.4–7) en la conducta cristiana. Pablo deja muy en claro que cada cristiano tiene el Don (12.3) y por lo menos un don espiritual (12.7). No todos los cristianos tienen oficios espirituales, pero todos deben manifestar las virtudes del Espíritu, que son mucho más importantes que los dones milagrosos.

Por 1 Corintios 13.8 es claro que algunos de los dones concedidos a la iglesia primitiva nunca tuvieron el propósito de ser permanentes. Cuando la iglesia estaba en su infancia (13.11), antes de que se completaran las Escrituras del NT, se necesitaban estos dones; pero ya hoy no son necesarios. Dios puede concederlos, si así le place, porque es soberano en todo; pero estos «dones de señales» no son necesarios para el ministerio de la iglesia.

D. Participamos del mismo bautismo (vv. 14–20).

El bautismo del Espíritu se refiere a la colocación de los miembros en el cuerpo en el momento de su conversión. Los judíos fueron primero bautizados en el cuerpo en Pentecostés (Hch 1.5 y 2.1ss); los gentiles fueron bautizados por primera vez en el cuerpo en la casa de Cornelio el centurión (Hch 10.44 y 11.15–16); y desde entonces, cada vez que un pecador confía en Cristo es hecho parte del mismo cuerpo por la operación del Espíritu Santo. El Espíritu coloca a cada creyente en el cuerpo según lo considera apropiado, pero cada parte del cuerpo tiene un ministerio importante a desarrollar. «Muchos miembros en un cuerpo» es el programa para la edad presente.

II. Nos necesitamos los unos a los otros (12.21–25)

Los creyentes que poseían dones espectaculares miraban con desdén a los otros, y pensaban que eran menos importantes. Sin embargo, Pablo aquí enseña que todo miembro del cuerpo es valioso para la vida, salud y crecimiento de la iglesia. (Lea Ef 4 para ver cómo Dios usa a las personas dotadas para ayudar a edificar a los santos, quienes a su vez edifican el cuerpo.) Ningún cristiano puede decir a su hermano menos dotado: «¡No te necesito!» Es más, esas partes de nuestro cuerpo que parecen ser las menos importantes pueden hacer el mayor bien ¡o causar el mayor problema si no funcionan apropiadamente! Los médicos solían hacer una lista de varios órganos o miembros del cuerpo humano que (según ellos) no eran importantes. ¡Esa lista es mucho más corta hoy!

III. Nos afectamos los unos a los otros (12.26–31)

No debe haber división (cisma) en el cuerpo (v. 25), puesto que todos participamos de la misma vida mediante el Espíritu. Pero no es suficiente simplemente evitar la división; debemos también interesarnos los unos por los otros y procurar edificar la iglesia y fortalecer el cuerpo. En el cuerpo humano la debilidad o dolor de uno de los miembros afecta a los demás miembros. Esto también es cierto en el cuerpo espiritual: si un creyente sufre, todos sufrimos; si un miembro crece en fuerza, todos recibimos ayuda. Este hecho coloca sobre cada cristiano la responsabilidad de ser un miembro lo más fuerte posible. Efesios 4.16 indica que cada parte del cuerpo hace algún tipo de contribución hacia el crecimiento de la iglesia.

Es esencial que tengamos presente el método de Dios para fortalecer el cuerpo. Él ha escogido líderes espirituales, les ha dado dones espirituales y los ha colocado en el cuerpo como Él quiere. Había, en los primeros días de la iglesia, apóstoles y profetas. No hay apóstoles hoy, puesto que para calificar para el apostolado era necesario haber visto a Cristo resucitado (1 Co 9.1; Hch 1.21–22). Los apóstoles fueron embajadores especiales que llevaron el evangelio a los perdidos, establecieron iglesias y dieron los mensajes de Dios. Los profetas eran predicadores que hablaban según los dirigía el Espíritu. No exponían la Biblia como tal, sino que trasmitían la voluntad de Dios inmediatamente a la iglesia y no mediante la Palabra escrita, puesto que el NT todavía no estaba escrito. Primera de Corintios 13.8–13 enseña que los dones espectaculares que la iglesia primitiva poseía en su etapa «infantil» no iban a ser permanentes. Fueron credenciales enviadas del cielo que decían a la gente que Dios estaba obrando en su medio (Heb 2.3, 4).

Nótese que las lenguas aparecen al final de la lista. Es evidente que los creyentes de Corinto eran dados a abusar del don de lenguas, a tal punto, que había confusión en sus cultos públicos (14.23ss). A decir verdad, los «miembros de lenguas» miraban con menosprecio a los otros creyentes que no tenían este don en particular. De modo que Pablo concluye recordándoles que no todos poseemos los mismos dones (vv. 29–30). «¿Hablan todos lenguas?» No. Nunca permita que nadie le convenza de que el don de lenguas es necesariamente una señal de un poder o carácter espiritual especial. Este don lo poseían cristianos a quienes Pablo llama «carnales[<%6>...<%0>] niños en Cristo» (3.1).

Es importante que nos demos cuenta de nuestra relación del uno para el otro en la iglesia. Sí, hay muchas denominaciones hoy, pero todos los cristianos verdaderos, en los cuales mora el Espíritu, son miembros de su Cuerpo. Puede haber unidad incluso donde no hay uniformidad. Cristo nunca oró por la uniformidad de su Iglesia, sino por la misma unidad espiritual que existe entre Él y su Padre (Jn 17.20–23). Nosotros debemos, de la misma manera, orar por unidad espiritual y hacer todo lo que podamos para preservarla y extenderla (Ef 4.1ss).

Es trágico cuando el mundo toma un capítulo como este (y lo hace) y lo divorcia de su verdadero significado cristiano. ¡El hombre inconverso no puede experimentar esta clase de amor más de lo que puede hacerlo una estatua de mármol! Para que alguna persona pueda mostrar esta clase de carácter en su vida diaria, se requiere que el Espíritu de Dios habite en su vida y que le llene del poder que sólo Él puede dar.

Tenga presente que Pablo todavía lidia con la pregunta de los dones espirituales. Aquí hace hincapié en que los dones sin las virtudes son nada. El fruto del Espíritu (Gl 5.22, 23) es más importante en la vida cristiana que los dones milagrosos del Espíritu. Siempre que la iglesia ande a la caza de experiencias milagrosas en lugar de santidad y carácter cristiano, habrá división, confusión, carnalidad.

I. El amor es esencial (13.1–3)

La palabra «amor» significa amor en acción. No es simplemente una emoción; es el corazón alcanzando a otros. La versión de 1909 traduce «caridad», pero «caridad» hoy nos hace pensar en regalar ropas viejas o hacer regalos a las «instituciones de caridad». Estas actividades pueden ser amor cristiano en acción, pero Pablo exige mucho más. La palabra que usa para amor es ágape, que es el amor que se sacrifica por el bien de otros.

Nótese cómo toma algunos de los dones espirituales de 12.8–10 y muestra que son inútiles si no hay amor. Las lenguas sin el amor se convierten en mero ruido, como el retiñir de un címbalo. La profecía sin amor hace que el profeta sea nada. Esta aplicación también puede hacerse al conocimiento (perspectiva espiritual dada inmediatamente por el Espíritu) y a la fe. Pablo no minimiza estos dones; simplemente señala que no tendrán un efecto bueno en el individuo o en la iglesia a menos que haya amor en la vida del cristiano que ejerce sus dones. Podemos ir al extremo de sacrificar nuestro <%-2>cuerpo, pero sin amor este <%-3>acto no servirá de nada. El amor es la medida de todo.<%0>

Es evidente que los corintios estaban usando sus dones y oficios espirituales con una actitud de competencia y no de amor. La iglesia estaba dividida y la situación se empeoraba debido a que ¡los mismos dones espirituales que se suponía debían edificar a la iglesia le hacían más daño que bien! La predicación sin amor es solamente puro ruido. La oración sin amor se convierte en palabras vacías. Dar sin amor es nada más que una ceremonia. ¿No es asombroso que Cristo le preguntó a Pedro: «¿Me amas»? (Jn 21.17).

II. El amor es eficaz (13.4–7)

Los dones no tienen ningún efecto espiritual en la vida de la iglesia si no hay amor, porque es el amor lo que el Espíritu usa para edificar a la iglesia. «El conocimiento envanece, pero el amor edifica», dice 1 Corintios 8.1. Nótese las cualidades del amor:

A. El amor es paciente y benigno (v. 4).

El amor se eleva por sobre las pequeñeces y es generoso en la manera en que trata a los demás. Es fácil «amar» cuando la gente se presta para que se le ame; pero qué difícil es amar cuando nos lastiman o nos atacan de una manera u otra. Piense de la paciencia de Cristo con Pedro después de que este pecó contra Él y tendrá una idea de lo que esto significa. El amor no sólo soporta con paciencia el daño, sino que actúa positivamente en obrar y al mostrar bondad.

B. El amor nunca hierve en celos (v. 4).

La envidia es un pecado terrible; Caín envidió a su hermano ¡y lo mató! ¿Cómo reaccionamos cuando otros cristianos reciben bendición o beneficios que a nosotros nos faltan? ¿Permitimos que las chispas de la envidia ardan y luego se conviertan en llamarada?

C. El amor no es jactancioso ni orgulloso (v. 4).

«Envanece» se refiere al sentimiento interno; «jactancioso» se refiere a la ostentación externa de autoimportancia.

D. El amor no es grosero ni egoísta (v. 5).

Hay un rasgo de gracia en la persona que actúa por amor cristiano, un encanto que el mundo no puede dar. El verdadero amor procura solamente el bien de otros; no es egoísta. ¿Puede ver este amor en la vida de Cristo?

E. El amor no se irrita, ni alberga pensamientos malos (v. 5).

La palabra «fácilmente» no consta aquí. El amor cristiano no muestra irritación, como la carne lo hace con demasiada frecuencia. El amor no guarda libros de registro de las cosas malas que las personas hacen, ni de las ofensas recibidas de ellas. A decir verdad, el amor nunca se alegra cuando otros andan en el mal, pero siempre se alegra cuando andan en la verdad.

F. El amor da victoria (v. 7).

Mediante el amor de Cristo en nosotros podemos soportar cualquier cosa, tener fe y continuar en esperanza. «Nos da poder para soportar cualquier cosa» v. 7 (WMS). ¡El amor siempre lleva a la victoria!

En estos versículos Pablo reprende con dulzura los pecados de los corintios. Ellos se impacientaban los unos con los otros en sus asambleas (14.29–32); envidiaban los dones espirituales que otros poseían (14.1); eran orgullosos y criticones (12.21–26); no tenían modestia en su conducta (12.2–16); procuraban hacer prevalecer sus derechos (caps. 8–10) aunque dañaran a otros; se dejaban provocar con facilidad e incluso se demandaban judicialmente los unos a los otros (6.1–8); y se regocijaban en el pecado cuando debían juzgarlo (5.1–3). También podemos ver en estos versículos un cuadro de Cristo, quien es el único que manifiesta perfectamente el amor de Dios para nosotros. En este capítulo podemos sustituir la palabra «Cristo» por «amor».

III. El amor es eterno (13.8–13)

Los corintios era bebés espirituales y, como tales, se esforzaban por lo temporal y descuidaban lo permanente. Querían los dones espirituales pasajeros en lugar de carácter cristiano duradero. El amor nunca «deja de ser» (deja de tener fuerza o autoridad). Estos otros dones pasarán: las profecías se reemplazarían por la Palabra escrita de Dios; las lenguas no harían más falta; los dones de conocimiento especial serían puestos a un lado por el ministerio de enseñanza del Espíritu a partir de la Palabra. Pero el amor y las virtudes que produce permanecerán para siempre.

Pablo explica que estos dones especiales fueron necesarios durante el período de la infancia de la iglesia. Las manifestaciones especiales del Espíritu eran las credenciales de los apóstoles (Ro 15.18, 19). Dios no siempre usa milagros para certificar su verdad, pero a menudo lo

hizo. En Tesalónica, por ejemplo, el Espíritu se reveló en una predicación poderosa de la Palabra y no en milagros (1 Ts 1.5, 6). En el versículo 11 Pablo usa un simple ejemplo de la niñez. No condenamos a un niño porque hable como un niño, pero condenamos a un adulto si balbucea como un niño. «Es tiempo», dice el apóstol, «que ustedes niñitos crezcan y empiecen a hablar como adultos. Las lenguas y otras manifestaciones especiales pertenecen a la infancia espiritual. ¡Crezcan!» En 14.20 Pablo de nuevo les dice que dejen de actuar como niños.

Siempre habrá lugar para el crecimiento en la iglesia y mientras crecemos sabremos y veremos de forma imperfecta. Corinto era famosa por sus espejos de metal, de modo que Pablo los usó a manera de ilustración. En esos espejos uno veía sólo un pálido reflejo de la persona, de la misma manera en que hoy nosotros vemos nada más que un nebuloso reflejo de Dios. Pero cuando Cristo venga, le conoceremos así como Él nos conoce. ¡Y seremos como Él es!

La iglesia se acerca a la perfección mediante el amor: los creyentes amando a Cristo y amándose unos a otros; sosteniendo la verdad en amor; practicando la verdad porque le amamos a Él. «Edificando el cuerpo en amor» es la manera en que lo dice Efesios 4.16 y este es un ministerio en el cual todos debemos participar.

Fe, esperanza, amor: estos tres permanecen para siempre; y el amor es el mayor de ellos, porque «Dios es amor» (1 Jn 3.18).

1 Corintios 14

Lo primero que queremos hacer es recorrer este capítulo y tachar la palabra «desconocida». Pablo no habla de lenguas «desconocidas»; esa palabra la añadieron traductores bien intencionados, pero confundidos. Siempre que en la Biblia hallemos «lenguas» se refiere a lenguajes conocidos (nótese Hch 2.4, 6, 8, 11). Los judíos en Pentecostés oyeron a los creyentes exaltando las poderosas obras de Dios en sus propios dialectos, de modo que no se necesitó intérprete. En 1 Corintios 14.10 y 21 Pablo indica definitivamente que se refiere a lenguajes conocidos, no de ningún «lenguaje celestial» extraño o lenguas desconocidas.

I. La inferioridad de las lenguas (14.1–25)

Algunos quieren hacernos creer que el don de lenguas es una señal de espiritualidad superior y que los cristianos no pueden ser espirituales de verdad mientras descuiden este don. Pablo ¡enseña exactamente lo opuesto! Da tres razones por las que las lenguas son un don inferior.

A. Las lenguas no edifican a la iglesia (vv. 1–19).

Debemos tener presente que el propósito de los dones espirituales es la edificación de la Iglesia de Jesucristo (12.7) y no el placer personal del creyente. Los dones son para emplearse, no para disfrutarse. En esta sección Pablo contrasta las lenguas y la profecía. La profecía, como usted recordará, era la proclamación de la verdad de Dios bajo la dirección inmediata del Espíritu Santo. No es idéntica a la predicación, por cuanto el predicador interpreta la Palabra escrita conforme le instruye el Espíritu; de modo que no habla la misma Palabra de Dios. Nótese los contrastes:

Profecía	Lenguas
1. Hablaba a los hombres para su bien, v. 3	1. Le hablan a Dios para el bien del que habla, v. 2
2. Se puede entender, vv. 2, 5	2. No se comprenden a menos que haya un intérprete
3. Edifica a la iglesia, vv. 3, 4	3. Edifica al que habla, v. 4
4. Es el don mayor, vv. 5, 19	4. El don de menor categoría, v. 5 (nótese 12.10)

Pablo deja en claro que las lenguas, a excepción de las que se interpretan, no tienen ningún valor para la iglesia. De igual manera, no le dan ninguna bendición personal al que las habla a menos que entienda lo que dice (vv. 14–15). Los que creen que los cristianos deberían practicar este don en privado ignoran lo que Pablo dice aquí. En primer lugar, ¿cómo puede edificar a la iglesia si usamos nuestros dones espirituales en privado y no para servir a otros? Y segundo, si no entendemos lo que se dice, ¿cómo podemos aprovecharlo nosotros mismos? Es posible que la carne y el diablo imiten los dones espirituales y lleven al creyente a una religión de emocionalismo superficial en lugar de una de comprensión sólida de la fe. Esto no es negar el lugar de las emociones sinceras en la vida cristiana, porque los frutos del Espíritu ciertamente involucran las emociones (Gl 5.22, 23); estas emociones, sin embargo, deben ser instruidas por la mente y controladas por la voluntad o serán destructivas.

B. Las lenguas no edifican al creyente (vv. 20–21).

Algunos sugieren que el don de lenguas es una muestra de madurez espiritual y de una vida cristiana más profunda; pero Pablo dice justamente lo opuesto. Los cristianos en Corinto eran «niños en Cristo» y «carnales» (3.1–4). Se jactaban de su «espiritualidad» (8.1, 2; 10.12) y sin embargo Pablo tenía que advertirles y enseñarles de la manera más elemental. En 13.8–13 Pablo explica que su pasión por los dones espirituales era una señal de infancia y no de madurez. Los creyentes maduros tienen al Espíritu y al Verbo, y no buscan «muletas» espirituales para sostenerlos. El Dr. M.R. DeHaan tiene un interesante punto de vista respecto a 14.22 que respalda esta enseñanza. Dice que «los creyentes» (v. 22) se refiere a los cristianos espirituales que viven por fe en la Palabra de Dios, en tanto que los «incrédulos» se refiere a los creyentes inmaduros sin una fe fuerte. Dios tiene que dar señales a los cristianos inmaduros para reforzar su fe, pero el creyente maduro edifica su vida en la Palabra.

C. Las lenguas no ganan a los perdidos (vv. 22–25).

En Hechos 2 Dios les dio a los apóstoles el don de lenguas para que pudieran hablar la Palabra a los judíos en Pentecostés. Para los judíos era una señal de que Dios estaba obrando, cumpliendo Isaías 28.11, 12. Cuatro veces en Hechos hallamos incidentes que involucran lenguas y cada una muestra a los judíos presentes de que Dios está obrando: (1) Hechos 2; las lenguas son evidencia a los judíos incrédulos en Pentecostés; (2) Hechos 8; evidencia a los judíos creyentes de que el Espíritu había venido sobre los samaritanos; (3) Hechos 10; evidencia de que el Espíritu había venido sobre los gentiles; (4) Hechos 19; evidencia de que los doce hombres efesios habían recibido el Espíritu. Pero las lenguas nunca pueden alcanzar al incrédulo para el Señor, especialmente la confusión de lenguas que existía en Corinto. ¡Era otra Babel! Es mucho mejor que el visitante que no es creyente escuche un mensaje de la Palabra, algo que pueda entender y entonces hacer su decisión por Cristo, que escuchar una confusión de mensajes que no puede captar.

II. La importancia del orden (14.26–40)

A. Lenguas (vv. 26–28).

Las lenguas no deben permitirse sin interpretación. Solamente tres han de hablar y por turno.

B. Profecía (vv. 29–33).

Dos o tres profetas han de hablar y los demás deben probar sus mensajes para ver si vienen de Dios (nótese el don de «discernimiento de espíritus» en 12.10 y véase 1 Ts 5.20, 21). Los que hablan deben edificar a la iglesia y mantener el orden apropiado. Si alguien que está hablando «pierde el control» es una prueba de que el Espíritu no está hablando; porque cuando el Espíritu está obrando, hay dominio propio.

C. Las mujeres en la iglesia (vv. 34–35).

Relacione estos versículos a 11.5ss y 1 Timoteo 2.12. Al parecer, las mujeres estaban abusando de sus dones y usándolos fuera de lugar. Pablo no dice que las mujeres no tienen dones espirituales ni que deban ser esclavos de los hombres. Enseña que tanto hombres como mujeres, si actúan fuera de lugar en la iglesia, la destruyen en lugar de edificarla. Pablo también coloca una responsabilidad sobre los hombres; deben enseñar a sus esposas las verdades espirituales, pero hacerlo en casa. Triste como suena, ¡en muchas familias es la esposa la que tiene que enseñarle al marido!

D. Obediencia a la Palabra (vv. 36–40).

«Si alguno de ustedes es espiritual», dice Pablo, «¡lo probará por obedecer la Palabra de Dios!» El Espíritu de Dios nunca trabaja fuera de la Palabra de Dios ni contrario a ella, y en ninguna parte se necesita más este principio que en el área de los dones espirituales. No podemos ser guiados por la experiencia emocional subjetiva de alguien, pero sí podemos ser guiados por la inmutable y objetiva Palabra de Dios.

Nótese los principios básicos para la adoración espiritual que Pablo da a la iglesia:

(1) La enseñanza y la predicación de la Palabra sienta precedencia sobre todo lo demás.

(2) La iglesia debe ser edificada.

(3) No debe haber nada que menoscabe el testimonio ante los incrédulos.

(4) Siempre debe haber dominio propio.

(5) Todo debe hacerse «decentemente y con orden», siguiendo a la Palabra de Dios.

(6) Las mujeres no deben ejercer autoridad sobre los hombres.

(7) Debe haber comprensión antes de que pueda haber bendición. Es evidente por las Escrituras que había cierta informalidad en las reuniones de la iglesia primitiva. Por un lado debemos evitar la formalidad y por otro el fanatismo. Es una línea muy fina. Un culto planeado no es un culto falto de espiritualidad, porque el mismo Espíritu puede guiar en el planeamiento anticipado así como el culto mismo. Pero incluso en un servicio planeado debemos dar lugar a que el Espíritu guíe, para no contristarlo.

Notas adicionales sobre 1 Corintios 12–14

Queremos examinar las afirmaciones de algunos carismáticos con respecto a la manifestación de lenguas y del Espíritu, para ver si satisfacen la prueba: «¿Qué dicen las Escrituras?» Algunos aducen:

A. «Hay un bautismo del Espíritu después de la salvación».

Algunos enseñan que es necesario «quedarse esperando el poder» en oración y ayuno, basando esto en Hechos 1 y Lucas 24.49. Pero 1 Corintios 12.13 enseña que todos los creyentes han sido bautizados por el Espíritu en el cuerpo de Cristo. Esto fue verdad, ¡incluso de los carnales corintios! Hay «llenuras» del Espíritu después de la conversión y se nos ordena que seamos llenos del Espíritu (Ef 5.18); pero en las Escrituras nunca se nos ordena que seamos bautizados con el Espíritu. Hay un solo bautismo en el momento de la conversión, pero muchas llenuras del Espíritu, en la medida en que diariamente nos rendimos a Dios.

B. «La evidencia de este bautismo es hablar en lenguas».

Si esto fuera verdad, la mayoría de los corintios nunca experimentaron el bautismo, porque no todos hablaban en lenguas (12.10, 30). Sin embargo, 12.13 dice que todos fueron bautizados por el Espíritu. Por consiguiente, si los carismáticos están en lo correcto, todos los creyentes corintios debían haber hablado en lenguas; pero no fue así. Juan el Bautista fue lleno del Espíritu desde antes de su nacimiento, sin embargo, nunca habló en lenguas. Los grandes santos, a través de las edades, nunca han hablado en lenguas.

C. «El don de lenguas es un distintivo de espiritualidad».

¡No en Corinto! Esta fue la iglesia más carnal con la que Pablo tuvo que lidiar. Eran niños en Cristo (1 Co 3.1–4). En lugar de ser un distintivo de una vida espiritual más profunda, las lenguas eran un don relativamente inferior que tenía muy poco valor al cristiano como individuo o para la iglesia colectivamente. Es posible tener dones espirituales y no tener las virtudes espirituales, y 1 Corintios 13 enseña esto con claridad. La cuestión importante no es cuántos dones tengo, sino: ¿es mi vida semejante a la de Cristo y atraigo gente a Él?

D. «Las lenguas son para la iglesia hoy».

Hay más que suficiente evidencia de que varios de los dones fueron temporales. Tal parece que la profecía, las lenguas y el conocimiento (el inmediato impartir de verdad espiritual por el Espíritu) pasaron cuando se terminó de escribir el NT. Primera de Corintios 13.8–13 indica que estos dones pasarían y no se necesitarían más. Pertenecían a la «infancia» de la iglesia. Hoy la vida y ministerio de la iglesia están cimentados en la Palabra de Dios. Lea en Hechos 20.17–38 un cuadro del ministerio ideal del NT; aquí no hallará nada acerca de las lenguas.

E. «Un creyente se puede beneficiar de las lenguas privadamente».

Pero los dones espirituales son dados para el beneficio de la iglesia entera (12.7), no de un solo santo. No hay ninguna sugerencia en estos capítulos que algún don sea concedido para el disfrute privado del creyente. En verdad, en 14.13–15, Pablo afirma con claridad que el

uso privado del don de lenguas no es correcto. Si hay interpretación, permitiendo al creyente saber lo que se dice, puede haber beneficio espiritual; pero sin comprensión, no hay bendición. El uso privado de lenguas es contrario a la letra y al espíritu de 1 Corintios 12–14.

F. «El don de lenguas une a los creyentes».

Hay una nueva clase de ecumenismo entre los cristianos en el movimiento carismático que dice: «Usted no tiene que negar sus creencias básicas para ser parte de nuestro compañerismo». Pero, ¿unió acaso el llamado «bautismo del Espíritu» a los creyentes en Corinto? ¡La iglesia estaba dividida en cuatro facciones! (1 Co 1.10–13). Sin embargo, ¡todos los creyentes allí habían experimentado el bautismo del Espíritu! (12.13). Había discordia, división y disensión en la iglesia; y, no obstante, también había el don de lenguas. Ha sido nuestra experiencia que el énfasis en las «lenguas» y en el «bautismo del Espíritu» divide a la iglesia en lugar de unificarla. Los «cristianos de lenguas» se creen superiores a los demás y entonces empieza el problema.

G. «No importa los términos que use con tal de que tenga la experiencia».

Esta es una mentira sutil de Satanás. El Espíritu fue el que dio las palabras de las Escrituras y debemos obedecerlas (1 Co 2.9–16). Está mal confundir el bautismo del Espíritu con Su plenitud, porque Dios definitivamente las ha separado. Debemos basar en la Biblia la experiencia cristiana y no interpretar la Biblia por la experiencia. Si comprendemos las palabras y verdades de la Biblia, comprenderemos cómo vivir la vida cristiana. Nótese cuántas veces usa Pablo la palabra «ignorar» al escribir a los corintios. «No seáis niños en el modo de pensar» les amonesta en 14.20. A Satanás y sus poderes demoníacos les es posible falsificar las «experiencias espirituales» para los cristianos superficiales. Pero cuando los cristianos comprenden la Palabra de Dios, Satanás no puede trabajar.

1 Corintios 15

Los griegos no creían en la resurrección de los muertos. Cuando Pablo predicó la resurrección en Atenas, algunas de las personas en realidad se rieron de la doctrina (Hch 17.32). Sus filósofos enseñaban que el cuerpo era la prisión del alma y que mientras más pronto la muerte liberara al alma, mejor le iría a la persona. Los griegos miraban al cuerpo humano como una fuente de debilidad y maldad, y no podían concebir que un cuerpo continuara existiendo después de la muerte. Este fue el modo de pensar que Pablo tuvo que enfrentar al escribir este capítulo.

I. Las pruebas de la resurrección del creyente (15.1–34)

A. Prueba histórica (vv. 1–11).

Los corintios no dudaban de la resurrección de Cristo, de modo que Pablo empezó allí en su argumentación de la resurrección del cuerpo humano. La resurrección de Cristo es un hecho histórico, probado por el mensaje del evangelio, el testimonio de testigos y la misma conversión de Pablo. Si no hubiera resurrección, no habría salvación, porque ¡un Salvador muerto no puede salvar a nadie! «Ahora bien», arguye Pablo, «sé que ustedes corintios creen en la resurrección de Cristo, de otra manera su fe sería vacía (vana). Cristo fue un hombre y ahora tiene un cuerpo de resurrección. Si Él tiene un cuerpo glorificado en el cielo, ¿por qué los creyentes no tendrán uno también?» Este es otro aspecto de la unión del creyente con Cristo: debido a que Él ha sido glorificado, nosotros también seremos glorificados un día.

B. Prueba personal (vv. 12–19).

Pablo señala la experiencia personal de los mismos corintios. Él les predicó el evangelio, ellos creyeron y sus vidas fueron transformadas (6.9–11). Pero si los muertos no resucitan, ¡Cristo todavía estaba muerto y ese evangelio era una mentira! Su fe era vana, y ¡ellos estaban todavía en sus pecados! La fe cristiana es buena sólo si una persona vive; no hay esperanza después de la muerte.

C. Prueba doctrinal (vv. 20–28).

Aquí Pablo analiza la doctrina bíblica de «los dos Adán». (Usa este argumento también en Ro 5.) Fue por medio del pecado del primer Adán que la muerte entró en el mundo; pero mediante el postrer Adán (Cristo), se conquistó la muerte. Cristo es las primicias; o sea, es el primero de una gran cosecha que aún no ha venido. Cristo es el «postrer Adán» de Dios e invertirá el mal que el primer Adán trajo a este mundo. Cuando Cristo venga los muertos en Cristo resucitarán (v. 23, 1 Ts 4.13–18). Jesús finalmente pondrá todas las cosas bajo sus pies, incluyendo la muerte. En otras palabras, negar la resurrección de los muertos es negar el reino futuro de Cristo. Si los creyentes están muertos para siempre, la promesa de Dios en cuanto al futuro es nula y vacía.

D. Prueba práctica (vv. 29–34).

Pablo menciona varias prácticas de la vida diaria que prueban la resurrección del cuerpo. Por un lado, los corintios estaban bautizándose «por los muertos». Hay cierto desacuerdo sobre lo que esto significa. ¿Estaban bautizando personas vivas por causa de los santos que habían muerto antes de bautizarse (lo cual no es muy probable), o estaban bautizando a nuevos convertidos para que tomaran el lugar de los que habían muerto (lo cual es lo más probable)? En cualquier caso, la iglesia de Corinto aún practicaba el bautismo y este es un símbolo de la muerte, sepultura y resurrección. (Por lo general, los eruditos del NT están de acuerdo en que la iglesia primitiva bautizaba por inmersión.) La ordenanza no tiene significado si no hay resurrección de los muertos. En los versículos 30–32 Pablo cita los muchos peligros de su ministerio y dice, en efecto: «¡Es una locura, por supuesto, que arriesgue mi vida diariamente si los muertos no resucitan!» En el versículo 32 arguye: «Si no hay resurrección, ¡debemos comer, beber y alegrarnos! ¡Disfrute de la vida mientras pueda!» Es fácil ver que estos puntos prácticos tienen sentido. «¡Qué vergüenza!», concluye él en el versículo 34 «¡Ustedes deberían saber esto!»

II. El proceso de la resurrección del creyente (15.35–49)

«¿Cómo resucitarán los muertos?» es la pregunta clave aquí. Pablo usa ilustraciones de la naturaleza para mostrar que no hay vida aparte de la muerte. La semilla que se planta muere para llevar fruto, y el fruto, aun cuando se identifica con la semilla original, es diferente a la misma. El cuerpo de resurrección, como los cuerpos en el cielo, tendrán su propia clase de gloria. No es el mismo cuerpo que se plantó (v. 37), sino que hay continuidad entre el cuerpo sepultado y el de resurrección. El cuerpo físico que se coloca en la tumba está sujeto a la descomposición; es humilde, un cuerpo de humillación; es débil, apropiado para un ambiente natural. El cuerpo de resurrección no se descompondrá; tendrá poder y gloria; será apropiado para un ambiente espiritual. Llevará la imagen de lo celestial.

El cuerpo de resurrección de Cristo ilustra lo que Pablo enseña aquí. Los creyentes le reconocieron, de modo que había continuidad entre su cuerpo crucificado y su cuerpo glorificado. Pero también podía cambiar su apariencia. Pasó a través de puertas cerradas y sin embargo

comió pescado y miel (Lc 24.41–43) e invitó a los discípulos a que lo tocaran. Fue el mismo cuerpo, empero a la vez fue un cuerpo diferente. El cuerpo de resurrección retiene la identidad e individualidad del creyente, pero será apropiado para una nueva manera de vida.

III. El programa de la resurrección del creyente (15.50–58)

Aquí Pablo se refiere a la Segunda Venida de Cristo y lo que significa tanto para los vivos como para los muertos. «No todos dormiremos [moriremos]», porque algunos santos estarán vivos cuando Cristo vuelva; «pero todos seremos transformados». Este misterio concierne al Rapto de la Iglesia. Cuando Cristo vuelva, los muertos resucitarán primero, los vivos serán arrebatados y todos serán transformados para ser como Cristo. Y todo esto ocurrirá en un abrir y cerrar de ojos.

Pablo concluye con una nota de victoria. No puede haber aguijón en la muerte cuando una persona es cristiana, porque Cristo le ha quitado a la muerte ese aguijón. No puede haber victoria en el sepulcro, porque Cristo un día vaciará las tumbas y levantará a los suyos en el poder de su resurrección. ¡Qué poca esperanza tenían los griegos cuando pensaban en la muerte! Las inscripciones en las tumbas de la antigua Grecia y Roma indican que la muerte era su mayor enemigo, que no veían ninguna esperanza más allá de la tumba. ¡En Cristo tenemos vida y esperanza!

El versículo 58 se menciona con frecuencia fuera de su contexto. Los cristianos pueden estar firmes y constantes, debido a que saben que si su peor enemigo (la muerte) ha sido vencido ya no tienen que temer a ningún otro enemigo. Pueden abundar en el servicio cristiano, porque ese trabajo contará para la eternidad. Su labor no es en vano.

Varias veces en este capítulo Pablo usa la frase «en vano». Quiere decir «vacío, sin contenido». Debido a que la tumba está vacía, ¡nuestra fe no lo es! Pero si la tumba no está vacía, todo lo demás es en vano; nuestra predicación es vana (v. 14), nuestra fe es vana (v. 14) y nuestras obras son vanas (v. 58). La resurrección de Jesucristo es la respuesta de Dios al lamento de Salomón en Eclesiastés 1.2: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». ¡Gracias a Dios por la victoria que tenemos en la resurrección de Cristo!

I Corintios 16

En este capítulo final Pablo da instrucciones respecto a la ofrenda para los santos pobres de Jerusalén y también exhortaciones para los creyentes de Corinto respecto a su vida en la iglesia.

I. ¿Cómo recoger la ofrenda? (16.1–4)

Una iglesia local recibe sus instrucciones financieras de la Palabra («de la manera que ordené») y no del mundo. Qué triste es cuando las iglesias rechazan el método bíblico en cuanto a finanzas y adoptan métodos mundanos. Todas las iglesias en los días de Pablo seguían el mismo modelo bíblico: no había excepciones. Aun cuando estas instrucciones tienen que ver con una «ofrenda de auxilio misionero», los principios se aplican a las ofrendas cristianas en general; véase 2 Corintios 8–9.

A. La ofrenda se centraba en la iglesia.

De no ser así, ¿por qué Pablo menciona «el primer día de la semana»? Las iglesias se reunían en el día del Señor y traían sus ofrendas. Pablo no animó a los miembros a que le enviaran las ofrendas a él personalmente. Quería que la iglesia diera una muestra de amor a los creyentes judíos necesitados de Judea. Nótese en Filipenses 4.15, 16 que Pablo estaba agradecido de las iglesias que le ayudaron con ofrendas. Un miembro de la iglesia tiene el deber de dar al Señor y a la iglesia sus diezmos y ofrendas. Esto no quiere decir que esté mal el sostenimiento personal a los obreros (2 Ti 1.16–18), sino que dar a las personas no debe ocupar el lugar de nuestra fidelidad a la iglesia.

B. La ofrenda era regular.

Pablo les animó a que trajeran su dinero semanalmente si les era posible. Algunas personas reciben cada semana su salario, otros cada mes. Lo que Pablo dice es: «No deje que sus diezmos y ofrendas se acumulen en su casa». Ofrendar sistemática y regularmente resulta en crecimiento espiritual.

C. La ofrenda era para toda persona.

La ofrenda no era algo para que la diera el rico nada más, sino ricos y pobres por igual. Es más, en 2 Corintios 8–9 Pablo nos dice que los santos pobres de Macedonia dieron de su pobreza abundantemente. Este es el modelo bíblico de ofrendar. El miembro de la iglesia que puede dar pero que no lo hace con fidelidad es un ladrón: le roba a Dios (Mal 3.7–12); les roba a otros cristianos, porque ellos pagan las cuentas mientras que él obtiene las bendiciones; aún más, se roba él mismo las bendiciones.

D. La ofrenda era proporcional: «según haya prosperado» (v. 2).

El diezmo era la norma mínima para la ofrenda en el AT y no hay razón para que esta norma no deba aplicarse a los cristianos del NT por igual. El diezmo se practicaba mucho antes de que se promulgara la ley (Gn 14.20; 28.22), de modo que no se puede argüir de que el diezmo es una práctica legalista.

E. La ofrenda se manejaba cuidadosamente.

Pablo siempre fue muy cuidadoso respecto al manejo del dinero. Quería que representantes elegidos por la iglesia le acompañaran, para que nadie le acusara de apropiarse del dinero. Es correcto que una iglesia tenga un sistema financiero que incluya recibos y registros. La situación financiera de la iglesia siempre debe ser la mejor posible como testimonio al perdido y lo será si los miembros son fieles al dar y si los fondos se distribuyen con cuidado y en oración.

II. Cómo ayudar a los siervos (16.5–12)

Pablo delineó sus planes futuros confiando en que la iglesia desearía participar en su ministerio. Estaba entonces en Éfeso, donde había tanto batallas como bendiciones; Pablo, por fe, miraba a las bendiciones, ¡no a las batallas!

Pablo quería entrañablemente al joven Timoteo, pero conocía su timidez y temores. Pablo animó a los santos a que lo recibieran y ayudaran por cuanto el joven estaba haciendo la obra de Dios. ¡Nunca debemos menospreciar a un obrero porque no es otro apóstol Pablo!

Apolos siguió a Pablo en Corinto (Hch 18.24–28) y los dos tuvieron buen compañerismo. Es maravilloso cuando un pastor que sucede a otro mantenga buena relación el uno con el otro. Tanto Pablo como Apolos estuvieron implicados en las divisiones de la iglesia (1.12), pero fueron muy cuidadosos al mostrarse unánimes en la obra.

Es importante que las iglesias reciban a los siervos del Señor y los traten bien. No es correcto que comparen a una persona con otra; esta conducta es carnal. La enseñanza de las Escrituras es clara en este punto. Si los siervos hacen la obra del Señor, debemos ayudarles tanto como sea posible.

III. Cómo fortalecer a la iglesia (16.13–24)

Las órdenes de Pablo en el versículo 13 suenan como órdenes militares, sugiriendo que la iglesia es un ejército y debe actuar como tal. «¡Actúen como adultos!», les exhorta, y ¡cómo necesitamos esa exhortación hoy! Demasiado a menudo la iglesia no tiene la disciplina y madurez de un ejército. Los corintios estaban actuando como bebitos; era tiempo de que crecieran y actuaran como adultos.

Debemos amar y apreciar a los obreros fieles de la iglesia. En los versículos 15–19 Pablo menciona a varios obreros, incluyendo a sus amados Priscila y Aquila. Pablo nunca pudiera haber hecho su obra si no hubiera sido por la ayuda de muchos cristianos y estaba contento de reconocer su deuda a ellos.

Pablo concluye con su firma (vv. 21–24). Indudablemente le dictó la carta a un secretario y luego tomó la pluma y puso su nombre. Esto probaba que la carta era auténtica y no un fraude. «Gracia» era la palabra clave siempre que firmaba su nombre.

La palabra anatema no se ha traducido y significa «maldito». La expresión «el Señor viene» es traducción de la palabra maranata. ¡Qué combinación de palabras! «¡Maldito el que no ame al Señor! ¡El Señor viene!»

Sin embargo, Pablo no concluye con una nota de juicio; sino con: «Mi amor en Cristo Jesús esté con todos vosotros», lo cual incluía hasta a los seguidores de Cefas y Apolos. Incluso la gente que estaba causando confusión en las asambleas. Incluso el hombre que necesitaba ser disciplinado. Qué ejemplo nos da Pablo aquí: él los amaba en Cristo, aun cuando no amaba sus pecados.

2 Corintios

Bosquejo sugerido de 2 Corintios

I. Pablo explica su ministerio (1–5)
- A. Sufriendo, pero no derrotado (1)
- B. Afligido, pero no desesperado (2)
- C. Espiritual, no carnal (3)
- D. Sincero, no fraudulento (4)
- E. Serio, no descuidado (5)

II. Pablo exhorta a la iglesia (6–9)
- A. El ministerio de Pablo examinado (6.1–13)
- B. Pablo estimula separarse del pecado (6.14–7.1)
- C. Pablo pide reconciliación en el Señor (7.2–16)
- D. Pablo pide cooperación en la ofrenda (8–9)

III. Pablo vindica su apostolado (10–13)
- A. Pablo defiende su conducta (10)
- B. Pablo explica sus motivos (11)
- C. Pablo asevera sus méritos (12)
- D. Pablo habla de su misión (13)

Note en esta carta las muchas referencias a los sufrimientos de Pablo (1.3–11; 4.8–11; 6.4, 8–10; 7.5; 11.23–28; 12.7–10) y también al estímulo (1.3–6; 2.7; 7.4, 6–7, 13).

Notas preliminares a 2 Corintios

I. Trasfondo

Repase la introducción a 1 Corintios para ver el trasfondo de la fundación de la iglesia corintia.

Pablo escribió 1 Corintios desde Éfeso, donde había ministrado tres años. Envió esta carta a la iglesia por medio de Timoteo (1 Co 4.17), pero los problemas en la iglesia sólo empeoraron. Tal vez fue la timidez del joven Timoteo que hizo que los creyentes en Corinto desobedecieran las palabras de Pablo. De todos modos, Pablo entonces envió a Tito a Corinto para estar seguro de que la iglesia obedeció las órdenes apostólicas que Pablo les dio (2 Co 7.13–15).

Mientras tanto, el alboroto de que se habla en Hechos 19.23–41 forzó a Pablo a salir de Éfeso. Pablo había prometido a los corintios que les visitaría (1 Co 16.3–7), pero las circunstancias fueron tales que se demoró en el camino. Había esperado encontrar a Tito en Troas (2 Co 2.12, 13), pero ese plan falló. Al leer 2 Corintios 1–2 se siente el peso y el dolor que Pablo sentía, sufriendo tanto física como emocionalmente. Mientras estuvo en Troas, Pablo predicó un poco, luego se dirigió hacia Macedonia. Finalmente encontró a Tito, quizás en Filipos (2 Co 7.5, 6), y le dio a Pablo las buenas noticias de que la mayoría de Corinto lo respaldaba y obedecería su palabra. Fue este gozo lo que le impulsó a escribir esta segunda carta a los corintios.

II. Propósitos

Pablo tenía varios propósitos en mente cuando escribió esta carta:

(1) Elogiar a la iglesia por disciplinar al ofensor (1 Co 5), y animarlos a perdonarlo y a recibirlo (2 Co 2.6–11).

(2) Explicar por qué al parecer «cambió sus planes» y no los visitó como había prometido (1 Co 16.3–7; 2 Co 1.15–22).

(3) Responder a los de la iglesia que cuestionaban su autoridad apostólica (2 Co 10–12).

(4) Responder a los que le acusaban de motivos equivocados (2 Co 4.1–2).

(5) Animar a la iglesia a participar en la ofrenda para los santos de Jerusalén (2 Co 8–9).

(6) Prepararles para su visita planeada (2 Co 13).

Esta carta contrasta directamente con el tono de 1 Corintios, porque es muy personal y llena de profundas emociones del consagrado apóstol. Si 1 Corintios «hace volar el techo» de la iglesia de Corinto y nos deja mirar adentro, 2 Corintios «abre el corazón» de Pablo y nos deja ver su amor y preocupación por la obra del Señor. En la primera carta Pablo es el instructor, respondiendo preguntas y arreglando cuestiones; en su segunda carta es el pastor cariñoso, el ministro de Cristo, derramando su vida para que sus hijos espirituales puedan ser perfeccionados en la fe.

Ninguna carta del NT revela el verdadero carácter del ministro cristiano como lo hace esta. Ninguna carta dice tanto acerca de la ofrenda del cristiano, así como de su sufrimiento y triunfo espiritual.

2 Corintios 1

Pocos capítulos del NT revelan el corazón de Pablo como lo hace este. Aquí vemos al gran apóstol admitiendo sus temores y fracasos al referirse a los sufrimientos que había soportado. El problema del dolor siempre ha dejado perpleja a la gente que piensa. «¿Por qué debe sufrir el justo?» es una pregunta que se halla en las Escrituras desde Job hasta Apocalipsis. En este capítulo, al recontar Pablo sus experiencias personales, nos da tres razones por las cuales Dios permite que su pueblo sufra.

I. Para que podamos consolar a otros (1.1–7)

La palabra «consolar» se usa diez veces en los versículos 1–7 («consolación» en 5, 6 y 7) y literalmente significa «llamar a alguien al lado de uno». Es la misma que Jesús usó en Juan 14.16 para el Espíritu, el Consolador. Qué gozo es saber que Dios está a nuestro lado para ayudarnos siempre que atravesamos problemas (Is 41.10, 13; 43.2–3). Cada miembro de la Trinidad es un consolador: el Padre (2 Co 1.3), el Hijo y el Espíritu (Jn 14.16). Dios es el Dios de toda consolación, así como es el Dios de toda gracia (1 P 5.10). ¡Hay consolación y gracia para toda situación!

Pero esta consolación que recibimos de Dios no es simplemente para nuestro alivio personal; se nos da para que ayudemos a otros. Pablo atravesó tribulaciones (1.4, 8; 2.4; 4.17; 6.4; 7.4; 8.2) para que pudiera ser capaz de ministrar a otros. Dios nos prepara para lo que está preparando para nosotros. No podemos guiar a otros a donde nosotros mismos no hemos estado. Pablo miraba sus aflicciones como «los sufrimientos de Cristo» (1.5; 4.10, 11); y según indica en Filipenses 3.10 estaba experimentando «la participación de sus padecimientos». Esto no significa que participamos de los sufrimientos de Cristo para expiar nuestro pecado, puesto que eso fue un ministerio que el único que lo puede realizar es Cristo. Más bien sugiere que sufrimos por su causa y para su gloria, y que Él sufre con nosotros (véase Hch 9.4).

¡Las matemáticas de la misericordia de Dios son maravillosas! Así como las aflicciones abundan, ¡igualmente abunda su consuelo! Donde abunda el pecado, ¡abunda también la gracia! (Ro 5.20). Pablo usa la palabra «abunda» con frecuencia en 2 Corintios, de modo que verifique en su concordancia estas referencias. En el versículo 6 Pablo enseña la maravillosa verdad de que la aflicción del cristiano da lugar a doble bendición: primero, para el creyente individual («se opera» significa que obra en el creyente; véanse 1 Ts 2.13; Flp 2.12–13) y luego para otros. Nosotros, como cristianos, debemos estar dispuestos a soportar aflicciones puesto que sabemos que nos traen personalmente bien espiritual y bendiciones para otros al darles la consolación de Dios. La palabra griega para «compañeros» en el versículo 7 indica compañerismo. Debemos estar dispuestos a ser «compañeros» con Cristo en el sufrimiento, puesto que este «compañerismo» conduce al consuelo y a la consagración.

II. Para que podamos confiar solamente en Dios (1.8–11)

Se necesita una alma grande para admitir el fracaso. Pablo desnuda su corazón aquí y le comunica a los creyentes los problemas que soportó en Asia. No escribió esto para ganar su simpatía, sino para enseñarles una lección que aprendió: confiar solamente en Dios. No estamos seguros del problema a que se refiere Pablo; tal vez incluía tanto el motín en Éfeso (cf. Hch 19.23–41 y 1 Co 15.32) como las tristes noticias de los problemas de la iglesia corintia. En 7.5 indica que había problemas de afuera y de adentro; de modo que tal vez era tanto debilidad y peligro físico como preocupación espiritual por la incipiente iglesia de Corinto. Cualesquiera que hayan sido estos problemas, eran suficientes para aplastar a Pablo y hacerle sentir como sentenciado a muerte. ¡Perdió la esperanza hasta de la misma vida! (¡Qué reconfortante saber que incluso los grandes santos de Dios están hechos de barro!) Pero Pablo aprendió la lección que Dios tenía para él: no debía confiar en sí mismo, sino únicamente en Dios. Nótese los tres tiempos de los verbos referentes a la liberación del creyente en el versículo 10 y compárelo con Tito 2.11–14. Sin embargo, Pablo se apresura a reconocer la provechosa oración de sus amigos (v. 11). Afirma que su liberación en respuesta a la oración hará que muchos alaben a Dios y le den a Él la gloria que merece.

Avanzamos una gran distancia en nuestras vidas cristianas cuando aprendemos a poner la fe solamente en Dios y no en uno mismo, ni en las circunstancias, ni en los hombres. Abraham tomó a Lot consigo y Lot se fue a Sodoma. Moisés insistió en contar con la ayuda de Aarón y este llevó al pueblo al pecado. Los consejeros de David desertaron. Incluso los discípulos abandonaron a Cristo ¡y huyeron! El creyente que teme al Señor y vive para agradarle disfruta de paz y seguridad aun en medio de los problemas. ¡Qué lección para aprender!

III. Para que podamos recibir las promesas de Dios (1.12–24)

Es fácil ver la conexión entre este pasaje respecto a los planes de Pablo y el tema general del sufrimiento; al entender el trasfondo podemos seguir el pensamiento de Pablo. Había prometido visitar Corinto, primero cuando emprendió camino a Macedonia y luego cuando en dirigía a Jerusalén con la ofrenda especial. Esta es la «segunda gracia» mencionada en el versículo 15 Pero las circunstancias le obligaron a cambiar sus planes y sus enemigos en Corinto le acusaron de ser voluble e inconstante. «¡No se puede confiar en las cartas de Pablo!», decían. «¡Con todo afirma que estas cartas son mensaje de Dios para nosotros!»

Pablo respondió a estas acusaciones mostrando que fue sincero al prometerles dos visitas y que sus motivos eran puros y piadosos. Les aseguró que sus cartas eran sinceras y dignas de confianza, como descubrirán cuando Cristo vuelva para juzgar (vv. 12–14). Era la confianza de Pablo en el amor y la comprensión de ellos (vv. 15–16) lo que hizo cambiar sus planes. Una paráfrasis lo dice así: «Tan seguro estaba del entendimiento y la confianza de ustedes, que pensaba hacer un alto en mi viaje a Macedonia y visitarlos, y hacer lo mismo en el viaje de regreso, para serles de una doble bendición y para que me encaminaran luego a Judea» (La Biblia al día). Donde hay amor y confianza nunca debe haber duda o cuestionamiento de motivos. Pablo no era como los hombres del mundo que dicen «sí» cuando quieren decir «no». Es aquí que Pablo nos enseña una lección duradera: La Palabra de Dios es fidedigna y todas las promesas de Dios hallan su «sí» en Jesucristo.

Una manera de traducir el versículo 20 es: «Todas las promesas de Dios hallan sí en Cristo y por medio de Él decimos amén». En otras palabras, las promesas de Dios son verdaderas en Cristo, Él las cumple y nos da la fe para recibirlas.

¡Cuán agradecidos debemos estar por la inmutable Palabra de Dios! Con frecuencia requiere que haya problemas y aflicción en nuestras vidas antes de que podamos reclamar y confiar en las promesas de Dios. Hacemos planes, pero Dios los deja a un lado. Hacemos promesas y no siempre podemos cumplirlas. Pero en Cristo todas las promesas de Dios hallan su cumplimiento y en Él tenemos el poder para reclamar estas promesas para nosotros mismos y nuestra situación.

En los versículos finales (vv. 21–24) Pablo recuerda a los creyentes que su vida cristiana proviene de Dios. Él fue establecido en Cristo por el Espíritu, ungido y sellado, y le fue dado las arras (garantía) del Espíritu. ¿Cómo no ser sincero cuando el Espíritu estaba obrando en su vida? El sello del Espíritu se refiere a la obra del Espíritu al marcarnos para la salvación eterna. Una vez que hemos confiado en Cristo, somos sellados y estamos seguros en Él (Ef 1.13, 14; 4.30). Las «arras» se refiere a las bendiciones del Espíritu en nuestras vidas hoy, que no son sino la «garantía» de las bendiciones eternas que disfrutaremos en gloria (véanse Ro 8.9, 14, 23; Ef 1.14).

Finalmente Pablo indica que se alegraba de que Dios había cambiado el viaje planeado, porque hubiera tenido que reprenderles si los hubiera visitado en esa ocasión. En lugar de navegar desde Éfeso a Corinto, viajó a Troas y Filipos, y así le dio más tiempo a la iglesia para que corrigiera las cosas. Una visita en ese tiempo hubiera sido dolorosa; pero ahora que las cosas se habían resuelto (2.6–11), podía visitarlos en gozo y no en aflicción.

2 Corintios 2

En este capítulo Pablo sigue explicando el cambio de sus planes (1.15ss) y muestra su amor y preocupación por la iglesia y sus necesidades espirituales.

I. Las lágrimas de Pablo por la iglesia (2.1–4)

En 11.23–28 Pablo hace una lista de las muchas tribulaciones que había soportado por causa de Cristo, e indica que la mayor carga que siente es «la preocupación por todas las iglesias» (v. 28). Como un verdadero pastor Pablo tenía a estas iglesias infantes en su corazón y sobre sus hombros, como el sumo sacerdote de Israel (Éx 28.12–21). Las lágrimas son parte importante de un ministerio espiritual. Jesús lloró; Pablo ministraba con lágrimas (Hch 20.19, 31); y el Salmo 126.5, 6 indica que no habrá cosecha sin lágrimas.

Pablo no quería visitar a la iglesia como un padre riguroso, sino como un amigo cariñoso. La iglesia debería haber traído gozo a su corazón, no tristeza. Si los había entristecido, ¿cómo podían, a su vez, alegrarlo? Quería darles tiempo para que corrigieran las cosas en la iglesia; entonces los visitaría y su compañerismo sería de gozo. Cuando les escribió, lo hizo con una pluma mojada en lágrimas. Había llorado al escribir la carta (2.4). (Tal vez se refería a 1 Corintios o quizás a una carta austera y dura que no tenemos.)

En el capítulo 1 el tema de Pablo era la consolación abundante; aquí es el amor abundante. «El amor nunca deja de ser» (1 Co 13.8). Donde hay amor, siempre existe la preocupación de ver a otros disfrutar de lo mejor. Cuántas veces los pastores lloran por los cristianos descarriados. Dios honró las lágrimas de Pablo y obró en la iglesia para que se corrigiera el pecado.

II. El testimonio de Pablo al ofensor (2.5–11)

Esta sección nos lleva de regreso a 1 Corintios 5, donde Pablo había amonestado a la iglesia para que disciplinaran al hombre que vivía en pecado abierto. Aquí Pablo afirma que el ofensor no le causó problemas y tristezas solamente a Pablo: ¡le causó problemas a toda la iglesia! Pablo les había instruido que reunieran a la iglesia y separaran de su compañerismo a este hombre. Este acto de disciplina le conduciría al punto de lamento y arrepentimiento. Pues bien, así lo hicieron, pero entonces ¡se fueron al otro extremo! El hombre dio muestras de arrepentimiento por el pecado, ¡pero la iglesia no estaba dispuesta a recibirle de nuevo después de su confesión!

«Perdónenlo y recíbanlo de nuevo», dice el apóstol. «Si no lo hacen, Satanás les sumirá en demasiada tristeza». Con cuánta frecuencia los cristianos confiesan sus pecados y sin embargo no quieren creer que Dios perdona y olvida. Hay una tristeza anormal que no es en realidad verdadero arrepentimiento; sino remordimiento, la tristeza del mundo. Pedro mostró arrepentimiento; su tristeza fue piadosa y le condujo de regreso a Cristo. Judas mostró remordimiento; la suya fue una tristeza sin esperanza, del mundo, que le alejó de Cristo y le llevó al suicidio. Satanás quiere hacernos creer que no podemos ser perdonados (véase Zac 3.1–5); sin embargo, lea Romanos 8.31–39. Si Satanás puede acusarnos de pecado y desanimarnos con nuestros fracasos pasados, nos privará de nuestro gozo y utilidad para Cristo.

Si Dios perdona a una persona de pecado, nosotros también debemos perdonarla (Ef 4.32).

III. El triunfo de Pablo en Cristo (2.12–17)

Pablo hace referencia a su viaje de Éfeso a Filipos. Lo que comenzó como resultado de problemas ¡terminó en triunfo! Con cuánta frecuencia ocurre esto en la vida cristiana. Las mujeres vinieron a la tumba aquella mañana de resurrección cargadas de desaliento, tan solo para encontrar que se había ganado una gran victoria. Pablo vino a Troas y no pudo hallar a Tito, pero encontró «una tremenda oportunidad» para predicar el evangelio (Ro 8.28). En cada lugar de tribulación hay siempre una puerta abierta de oportunidad. José hizo de sus aflicciones un triunfo en Egipto; Daniel lo hizo en Babilonia; Pablo lo hizo en Troas.

Pero el servicio no es un sustituto de la paz y Pablo añoraba ver a Tito y recibir noticias de la iglesia de Corinto. Salió de Troas y se dirigió a Macedonia (quizás a Filipos), pasando por alto a Corinto. En Filipos encontró a Tito y recibió las buenas noticias de que habían disciplinado al ofensor, la mayoría de la iglesia respaldaba a Pablo y las cosas parecían marchar mejor. Esto regocijó tanto a Pablo que prorrumpió en un canto de alabanza.

El cuadro en los versículos 14–17 era familiar a todo ciudadano romano, pero no lo es para los cristianos del siglo veinte. Cuando un general victorioso regresaba de la batalla, Roma le hacía un desfile público, no muy diferente a los grandes desfiles de homenaje de los tiempos modernos. Este desfile estaba repleto de pompa y gloria, y se quemaba una gran cantidad de incienso en honor del héroe. En el desfile tanto soldados como oficiales disfrutaban de gloria y alabanza, pero los esclavos y los prisioneros presentes terminarían en la arena del circo romano para morir luchando contra bestias salvajes. Al oler los victoriosos el incienso, inhalaban el aroma de la vida y el gozo; pero para los cautivos el incienso era un recordatorio de la muerte que se les aproximaba.

En el «desfile cristiano» que Pablo describe, Jesucristo es el Victorioso. Por medio de su muerte en la cruz ha conquistado a todo enemigo. Nosotros los cristianos marchamos con Él en el desfile, participando de su victoria (1 Co 15.57). El cristiano, sin embargo, es el

incienso (dulce aroma de Cristo) en esta procesión conforme el Espíritu esparce el conocimiento de Cristo en nuestra vida y a través de ella. Este aroma, o perfume, quiere decir vida para otros creyentes, pero para el no creyente que se dirige a la condenación eterna, significa muerte. José fue olor de muerte para el panadero, pero olor de vida para el copero (Gn 40).

La descripción de Pablo es un cuadro hermoso y desafiante. ¡Qué tremenda responsabilidad es introducir a las personas a la vida, o que ellas rechacen a Cristo y vayan a la muerte! Ser cristiano es una seria responsabilidad, porque nuestras vidas conducen a las personas bien sea al cielo o al infierno. No es de sorprenderse que Pablo exclame: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (v. 16). ¿Cómo puede un cristiano poseer todo lo que necesita para ser el mejor cristiano posible, el mejor testigo, el mejor soldado? En 3.5 Pablo responde a esta pregunta: «Nuestra competencia proviene de Dios». Pablo usa la palabra «competencia» o «suficiencia» varias veces en esta carta. Cristo es suficiente para nuestras necesidades espirituales (3.4–6), materiales (9.8) y físicas (12.7–10).

En el versículo 17 Pablo vuelve a la acusación de que no se podía fiar en su palabra. Desafortunadamente hay, incluso hoy, líderes religiosos que «hacen mercadería» (v. 17: medran falsificando) con la Palabra de Dios, que son insinceros y engañadores. La palabra «falsificando» tiene la idea de «vender» el evangelio, usando el ministerio sólo como un medio de ganarse la vida antes que de construir la iglesia de Jesucristo. Una forma de esta palabra griega se usaba para describir al mesonero o al vendedor ambulante, y lleva la idea de hacer cualquier tipo de negocio simplemente para lograr ganancia. El ministerio de Pablo no era un negocio; era una preocupación. No servía a los hombres; servía a Cristo. Era sincero en el método, en su mensaje y en su motivo. Se daba cuenta de que el ojo de Dios estaba sobre él y que la gloria de Cristo estaba en juego.

En estos dos capítulos hemos visto que el ministerio de Pablo estuvo lleno de sufrimiento y tristeza, sin embargo experimentó triunfo y gozo en Cristo. Recordemos que «nuestra competencia proviene de Dios» (3.5).

2 Corintios 3

Este capítulo es clave, porque muestra la relación entre el mensaje del AT de la ley y el ministerio del NT del evangelio de la gracia de Dios. Todo parece indicar que la facción judía en Corinto estaba diciendo que Pablo no era un verdadero apóstol porque no tenía cartas de recomendación de la iglesia de Jerusalén. Al parecer algunos maestros habían llegado a Corinto con tales cartas y esta falta de credenciales parecía desacreditar a Pablo. El apóstol usó esta acusación como una oportunidad para contrastar el evangelio de la gracia con la Ley de Moisés.

I. Escrito en los corazones, no en piedras (3.1–3)

«¡No necesito cartas de recomendación!», dice Pablo. «Ustedes cristianos en Corinto son mis cartas, ¡escritas en los corazones, no en piedras!» «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7.20). La vida y ministerio de una persona se pueden ver en su trabajo. Pablo se autodescribe como el secretario de Dios, escribiendo la Palabra en las vidas del pueblo de Dios. Qué asombrosa verdad: ¡todo cristiano es una epístola de Cristo que leen todos los hombres!

Tú escribes un evangelio, un capítulo por día,
por tus palabras, tus obras, que son tu expresión de vida.
Los hombres las van leyendo y van aprendiendo así,
de Jesús... ¿verdad?... ¿mentira?...
Y no les falta criterio, aprenden en tu evangelio,
el quinto según tu vida.

Moisés escribió la Ley de Dios en piedras, pero en esta era Dios escribe su Palabra en nuestros corazones (Heb 10.16, 17). La ley fue una cuestión externa; la gracia habita internamente, en el corazón. Pero Pablo no escribió siquiera con tinta que se desvanecería; escribió de manera permanente con el Espíritu de Dios. La ley, escrita en piedra, sostenida en la mano del hombre, nunca podría cambiar su vida. Pero el Espíritu de Dios puede usar la Palabra para cambiar las vidas y hacerlas semejantes a Jesús. El ministerio del NT, entonces, es un ministerio espiritual, conforme el Espíritu escribe la Palabra en los corazones de los hombres.

II. Trae vida, no muerte (3.4–6)

Cuando Pablo dice: «La letra mata», no se refiere a la «letra» de la Palabra de Dios en oposición a su «espíritu». A menudo oímos a la gente decir confundida: «No está bien seguir la letra de la Biblia; debemos seguir su espíritu». Tenga presente que por «la letra» Pablo quiere decir la ley del AT. En este capítulo usa diferentes frases al referirse a la ley del AT: la letra (v. 6); ministerio de muerte (v. 7); ministerio de condenación (v. 9).

La ley no vino para dar vida; fue definitivamente un ministerio de muerte. Pablo era un ministro del nuevo pacto, no del antiguo pacto de obras y muerte. ¡Ningún hombre jamás fue salvo mediante la ley! Sin embargo, había maestros en Corinto que le decían a las personas que obedecieran la ley y rechazaran el evangelio de gracia que Pablo predicaba. Trace la palabra «vida» en el Evangelio de Juan, por ejemplo, y verá que el ministerio del NT es uno de vida a través del Espíritu Santo.

III. Gloria duradera, no pasajera (3.7–13)

Ciertamente que hubo gloria en el ministerio del AT. La gloria llenaba el templo; la gloria de Dios flotaba sobre el pueblo en el desierto. El templo y sus ceremonia, y la misma promulgación de la Ley de Moisés, todo tenía su debida gloria. Pero era una gloria pasajera, no era duradera. Pablo cita la experiencia de Moisés que se registra en Éxodo 34.29–35. Moisés había estado en la presencia de Dios y su gloria se reflejaba en su rostro. Pero Moisés sabía que esta gloria se desvanecería, de modo que se ponía un velo sobre su cara cuando hablaba con las personas, para que no vieran la gloria que se desvanecía y perdieran la confianza en su ministerio. (Por lo general, se enseña equivocadamente que Moisés se ponía el velo para evitar asustar a la gente. Nótese el v. 13: «Y no como Moisés que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido».) Dios nunca intentó que la gloria del antiguo pacto fuera permanente; debía desaparecer antes de la abundante gloria del evangelio. Si el ministerio de condenación (la ley) fue glorioso, el ministerio de justicia (el evangelio) ¡era aun más glorioso! Pablo no necesitaba velo; no tenía nada qué esconder. ¡La gloria del evangelio está aquí!

IV. Sin velo, no velado (3.14–16)

Pablo hace una aplicación espiritual del velo de Moisés. Indica que hay todavía un velo sobre los corazones de los judíos cuando leen el AT, y que este velo les impide ver a Cristo. El AT siempre será un libro cerrado para el corazón que no conoce a Cristo. Jesús lo quitó cuando rasgó el velo del templo y cumplió los tipos y profecías del AT. Sin embargo, Israel no reconoció que el ministerio de la ley era temporal; se aferraba a un ministerio que nunca tuvo el propósito de ser duradero, un ministerio con gloria pasajera. Hay una ceguera doble en Israel: una ceguera que afecta a las personas para que no puedan reconocer a Cristo según se revela en el AT y una ceguera judicial por la cual Dios cegó a Israel como nación (Ro 11.25). Satanás ciega el entendimiento de todos los pecadores, ocultándolos del glorioso evangelio de Cristo (2 Co 4.4).

Pero cuando el corazón se vuelve a Cristo, es quitado ese velo. Moisés se quitó el velo cuando subió al monte para ver a Dios y a cualquier judío que sinceramente se vuelve al Señor se le quitará el velo espiritual y verá a Cristo y le recibirá como Salvador. El ministerio del NT es uno que apunta hacia Cristo en la Palabra de Dios, tanto en el AT como en el NT. No tenemos nada que ocultar, nada que poner detrás de un velo; la gloria durará para siempre y será cada vez más brillante.

V. Libertad, no esclavitud (3.17,18)

Se abusa groseramente del versículo 17 y se cita de manera equivocada para excusar toda clase de prácticas no espirituales. «El Señor es el Espíritu»; cuando los pecadores se vuelven a Cristo es mediante el ministerio del Espíritu. En el Espíritu da libertad de la esclavitud espiritual. El antiguo pacto era un pacto de obras y esclavitud (Hch 15.10). Pero el nuevo pacto es un ministerio de libertad gloriosa en Cristo (Gl 5.1ss). Esta libertad no es licencia; es libertad del temor, del pecado, del mundo y de las prácticas religiosas legalistas. Todo cristiano es como Moisés: con un rostro sin velo podemos entrar a la presencia de Dios y disfrutar de su gloria. Sí, ¡recibir esa gloria y llegar a ser más como Cristo!

En el versículo 18 Pablo ilustra el significado de la santificación y de crecer en la gracia. Compara a la Palabra de Dios con un espejo (véase Stg 1.23–25). Cuando el pueblo de Dios mira su Palabra y ve su gloria, el Espíritu de Dios lo transforma para que sea como el Hijo de Dios (Ro 8.29). «Transformados» en este versículo es la misma palabra que se usa en Romanos 12.2 y que se traduce «transfigurarse» en Mateo 17.2, y explica cómo se renueva nuestro entendimiento en Cristo. El cristiano no está en esclavitud y temor; podemos entrar en la misma presencia de Dios y disfrutar de su gloria y gracia. No tenemos que esperar a que Cristo regrese para llegar a ser como Él; podemos crecer cada día «de gloria en gloria» (v. 18).

¡Verdaderamente nuestra posición en Cristo es gloriosa! El ministerio de la gracia es muy superior al del judaísmo o de cualquier otra religión, aunque los cristianos del NT no tengan ninguna de las ceremonias y atuendos visibles que pertenecían a la ley. Nuestro ministerio es glorioso y su gloria nunca se desvanecerá.

2 Corintios 4

Algunos en Corinto acusaban a Pablo de insinceridad en su ministerio. «Pablo lo hace sólo por lo que puede ganar», era la acusación. En este capítulo Pablo pone de manifiesto que su ministerio es sincero.

I. Su determinación (4.1)

¿Por qué continuaba Pablo predicando, con todos los peligros y esfuerzos que involucraba, si no era sincero? Un hombre con motivos menos dignos, o con una perspectiva menos espiritual del ministerio se hubiera dado por vencido mucho tiempo atrás. Pablo miraba al ministerio como una mayordomía: Dios se la dio y Dios también le daba la fuerza para continuar y no desmayar. ¡El evangelio era demasiado glorioso como para que Pablo se diera por vencido! Para él ser un ministro del evangelio era un privilegio demasiado grande como para arriesgarse a caer o descarriarse.

II. Su honestidad (4.2–4)

Hay algunas cosas que Pablo se negaba a hacer. Rehusó usar prácticas solapadas y engañosas para ganar seguidores. Los falsos maestros estaban haciendo estas mismas cosas. «No empleamos artimañas para que la gente crea», es cómo la versión La Biblia al día lo dice. Pablo no andaría con astucias ni usaría engañosamente la Palabra, o sea, «adulterando la palabra de Dios». Usamos la Biblia con engaños cuando mezclamos la filosofía y el error con la verdad de Dios para ganar la aprobación humana. No así con Pablo. Su ministerio era honesto. Usaba la Palabra de una manera abierta, sincera y animaba a las personas a que escudriñaran las Escrituras por sí mismas (véase Hch 17.11).

Si el evangelio está escondido, nunca debe ser culpa del maestro. Satanás ciega el entendimiento de los pecadores porque no quiere que vean la gloria de Cristo. Multitudes hoy, que no quieren mirar el rostro de Jesús para salvación, un día tratarán de esconderse de su rostro (Ap 6.15–17). La mente del pecado es ciega e ignorante (Ef 4.17–19), y sólo la luz de la Palabra puede traer el conocimiento de la salvación. Mas nunca debemos torcer o corromper la Palabra de Dios en un intento de lograr convertidos. Debemos usar la Palabra con buena conciencia hacia los hombres y hacia Dios.

III. Su humildad (4.5–7)

Si Pablo quería obtener a alguien que lo siguiera y hacer dinero, debería haber predicado de sí mismo y no de Cristo. Sin embargo, no predicaba de sí mismo; procuraba honrar únicamente a Cristo. Lea otra vez 1 Corintios 3.1–9 para ver cómo Pablo se presenta a sí mismo como siervo de Dios y esclavo por amor de Jesús. No, no puede haber luz si exaltamos a los hombres; sólo Dios puede hacer que la luz brille en las tinieblas.

Aquí Pablo nos refiere de nuevo a Génesis 1.1–5, donde Dios hizo la luz en la creación y de ella trajo vida y bendición. El corazón del pecador perdido es como esa tierra original: sin forma, vacía y en tinieblas. El Espíritu se mueve sobre el corazón. La Palabra viene y trae luz: la luz del glorioso evangelio. El pecador entonces llega a ser una nueva creación, una nueva criatura y empieza a dar fruto para la gloria de Dios.

«Sí, tengo un tesoro», admite Pablo, «pero está en un vaso de barro. No quiero que me vean a mí; yo soy sólo el vaso. Lo más importante es que vean a Cristo y que Él reciba la gloria». Es muy malo cuando los obreros cristianos hacen al instrumento más importante que el tesoro del evangelio.

IV. Su sufrimiento (4.8–10)

Si Pablo andaba buscando ganancia personal, como decían ellos, ¿por qué sufrió tanto? El hombre que entra en componendas en vez de ajustarse a la Palabra de Dios, no sufrirá; los hombres le acogerán y le honrarán. Pero la gente maltrataba a Pablo, le rechazaba y le hacía la vida imposible. Le trataban como los hombres trataron a Cristo.

La disposición de Pablo para sufrir por Cristo es una de las pruebas más grandes de su sinceridad como siervo de Dios. Lea estos versículos en una traducción moderna para captar el vigor de su mensaje.

V. Su abnegación (4.11–15)

Pablo estaba dispuesto a enfrentar el sufrimiento y muerte por causa de Jesús y por causa de las iglesias. Las experiencias que le traían muerte significaban vida para los creyentes a medida que sufría por darles la Palabra. Los falsos maestros no sabían nada de sufrimiento ni sacrificio. A través de la carta Pablo señala sus llagas como credenciales de su ministerio. En Gálatas 6.17 dijo: «Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús».

«Todas estas cosas padecemos por amor a vosotros». ¡Qué espíritu de abnegación y desprendimiento! Pablo estaba dispuesto a ir dondequiera, dispuesto a sufrir lo que fuera, si daba gloria a Dios y bien a las iglesias. Tenía el Espíritu de fe; sabía que sus sufrimientos redundarían en bendiciones.

VI. Su fe (4.16–19)

Estos versículos dan al creyente la seguridad maravillosa en tiempos de sufrimientos. Aunque el hombre exterior se va desgastando día por día, el hombre interior, el hombre espiritual, se renueva de día en día (véase 3.18). Aquí Pablo está pesando sus sufrimientos en las balanzas de Dios. Descubre que sus sufrimientos son ligeros cuando se les compara con el peso de gloria que Dios tiene almacenado para él. Sus días y años de aflicción no son nada comparados a la eternidad de bendición que le espera. Cuán importante es que vivamos «con los valores de la eternidad a la vista». La vida cobra un nuevo significado cuando vemos las cosas a través de los ojos de Dios.

El versículo 18 es una paradoja para el inconverso, pero una preciosa verdad para el cristiano. Vivimos por fe, no por vista. Es la fe la que le permite al cristiano ver las cosas que no se pueden ver (Heb 11.1–3); esta fe viene de la Palabra de Dios (Ro 10.17). Las cosas por las que el mundo vive y muere son temporales, pasajeras; las cosas del Señor duran para siempre. El mundo piensa que estamos locos porque nos atrevemos a creer a la Palabra de Dios y a vivir de acuerdo a su voluntad. Pasamos por alto las «cosas» que los hombres codician porque nuestros corazones están fijos en valores más elevados.

Es importante que tengamos una vida y ministerio cristianos sinceros. Nuestros motivos deben ser puros. Nuestros métodos deben ser bíblicos. Debemos ser fieles a la Palabra de Dios. Pablo tenía esta clase de ministerio e igualmente debemos tenerlo nosotros.

2 Corintios 5

En este capítulo Pablo todavía está refiriéndose a su ministerio, respondiendo a las acusaciones de sus enemigos. Destaca que su ministerio es serio, no negligente; que trabaja por motivos honestos y no por deseos carnales. Pablo explica cuatro motivos que controlan su vida y su ministerio.

I. Su confianza en el cielo (5.1–8)

En el capítulo anterior Pablo mencionó su determinación para servir a Cristo a pesar del sufrimiento e incluso la muerte. Vivía por fe, no por vista. Pero esta fe no era una confianza ciega; era una confianza cierta en la Palabra de Dios. Cuando usted sabe a dónde va, ninguna tormenta puede amedrentarlo ni enemigo derrotarlo. El hombre exterior se puede estar desgastando (4.16), pero, ¿qué hacía esto diferente? Pablo sabía que la gloria yacía al otro lado.

La «morada» a que Pablo se refiere aquí no es el hogar que Cristo está preparando para los creyentes (Jn 14.1ss); es el cuerpo glorificado que será nuestro cuando Cristo vuelva (Flp 3.21; 1 Co 15.50ss). Nuestra habitación terrestre no es más que una tienda (tabernáculo) que un día será desarmada (deshiciere). ¡Pero Dios tiene un cuerpo glorificado para nosotros! No obstante, nuestro deseo como cristiano no es que se nos quite este cuerpo terrenal en la muerte, sino que sea «vestido» y transformado cuando Cristo venga. ¿Cómo sabemos que tenemos este glorioso futuro? Tenemos las arras del Espíritu (v. 5), esa «garantía eterna» que nos asegura que el resto de la bendición prometida será nuestro. Ahora estamos «en el cuerpo pero ausentes del Señor». Nuestro anhelo ferviente es estar «en casa con el Señor» y vivir con cuerpos glorificados que nunca cambiarán. Véase Filipenses 1.19–24.

II. Su preocupación por agradar a Cristo (5.9–13)

Pero Pablo no es egoísta; su servicio cristiano está motivado por más que una esperanza para el futuro. Busca agradar a Cristo y serle aceptable ahora mismo. Pablo quería también serle «agradable» (v. 9). Tenía un saludable temor del Señor (v. 11), porque sabía que todos los creyentes un día serían juzgados ante el tribunal de Cristo (véanse 1 Co 3.10–15; Ro 14.7–13). Sabiendo que sus obras un día serían reveladas y probadas, Pablo quería vivir la clase de vida que agrada y honra a Cristo.

La palabra griega para «comparezcamos» del versículo 10 significa más que «mostrarse» o «presentarse ante» alguien. Lleva la idea de ser revelado; y su significado es: «porque todos nosotros seremos mostrados como somos». No habrá pretensión en ese juicio; nuestro carácter y obras se revelarán como son y se dará la correspondiente recompensa. Pero el verdadero siervo de Dios se cuida incluso hoy de tener una vida abierta, manifiesta tanto a Dios como a los hombres (v. 11). Qué importante es que dejemos que Dios juzgue, porque Él ve el corazón. Los corintios se gloriaban «en las apariencias» (v. 12) al jactarse de varios predicadores y criticar a Pablo. Tenga presente que los «resultados» no son la única prueba de la vida y servicio de un obrero. Los motivos del corazón son muy importantes.

III. Su exigencia de amor (5.14–17)

A Pablo lo acusaron de estar loco (véase Hch 26.24) puesto que iba a tales extremos para ganar a los hombres para Cristo. Pero el poder controlador de su vida era el amor de Cristo. Esto no denota el amor de Pablo a Cristo, aunque es cierto que estaba allí. Significa más bien el amor que Cristo tenía por Pablo. El apóstol estaba tan asombrado del amor de Cristo que servirle y honrarle llegó a ser el motivo controlador de su vida. En los versículos 14–17 describe este amor que llevó a Cristo a la cruz para morir por los pecadores. ¿Por qué murió? Para que nosotros vivamos por Él (1 Jn 4.9); para que vivamos juntamente con Él (1 Ts 5.10); y para que vivamos para Él (2 Co 5.15). No puede haber egoísmo en el corazón del cristiano que entiende el amor de Cristo.

Uno de los problemas de Corinto era que los creyentes juzgaban según la carne (1 Co 4.1–7). Comparaban a Pablo con otros maestros y usaban juicio carnal en lugar de discernimiento espiritual. Se olvidaban de que la vida cristiana es una nueva creación con nuevos valores y nuevos motivos. Es incorrecto juzgar a Cristo según la carne; o sea, mirarle (como el mundo lo hace) solamente como un gran maestro o ejemplo. Pablo, como rabí judío inconverso, quizás miró a Cristo según la carne. Pero cuando vio al Cristo glorificado, cambió su punto de vista. Debemos tener una evaluación espiritual basada en la Palabra de Dios. Otros maestros dijeron que Pablo se promovía a sí mismo; juzgaban según la carne y demostraban así que les faltaba ese amor de Cristo como la fuerza controladora de sus vidas.

IV. Su comisión dada por Dios (5.18–21)

Hemos visto tres motivos que controlaban la vida y ministerio de Pablo; su confianza en el cielo, su preocupación por agradar a Cristo y su exigencia de amor. Había un cuarto motivo: la comisión que Pablo había recibido de Dios. ¡Pablo era un embajador de Cristo! Su mensaje era de paz: Dios había pagado el precio por el pecado; Dios no estaba en guerra contra los pecadores; los pecadores ahora podían creer y ser salvos. ¡Qué tremendo mensaje! Considere algunos hechos en cuanto a los embajadores.

(1) Los embajadores son escogidos y Cristo había escogido a Pablo para ser su representante. Pablo no se representaba a sí mismo (véase 4.5). Su mensaje era el evangelio que Cristo le encomendó (1 Ts 2.4). Su meta era agradar a Cristo y ser fiel a la tarea que se le dio.

(2) A los embajadores se les protege. Un embajador debe ser ciudadano de la nación que representa, y Pablo (como lo es todo cristiano) era un ciudadano del cielo (véase Flp 3.20). La nación suple a sus embajadores de todo lo necesario y está lista para protegerlos. De la misma manera Cristo suplió toda necesidad de Pablo y estuvo con él en toda crisis.

(3) A los embajadores se les considera responsables. Los embajadores representan a sus países y dicen lo que se les instruye. Saben que un día deben rendir cuenta de su trabajo.

(4) A los embajadores se les llama de regreso si se declara guerra. Dios todavía no ha declarado guerra a este perverso mundo, pero un día lo hará. Hay un día venidero de la ira (1 Ts 1.10) que juzgará a los malos, pero los cristianos serán llevados a su hogar antes de que llegue ese día (1 Ts 5.1–10). La Iglesia, los embajadores de Dios, no atravesarán la tribulación.

El mensaje de la iglesia de hoy es de reconciliación: Dios reconcilió al mundo consigo mismo por Cristo en la cruz y está dispuesto a salvar a todos los que confían en su Hijo. Nuestro mensaje no es de reforma social (aunque el evangelio transforma vidas, Tit 2.11–15); el nuestro es un mensaje de regeneración espiritual. Representamos a Cristo al invitar al perdido a que le reciba. ¡Qué privilegio... qué responsabilidad!

Todos los creyentes son embajadores, sea que aceptemos la comisión o no. «Como el Padre me envió, así también yo os envío», dijo Cristo (Jn 20.21). Asegurémonos de que nuestro mensaje, métodos y motivos sean los correctos, de modo que nuestra obra pueda ser duradera y resista la prueba de fuego cuando estemos ante Él.

2 Corintios 6

Los capítulos 6–9 se componen de una serie de amorosas exhortaciones a los cristianos de Corinto. En 6.1–13 Pablo les exhorta a que examinen su vida y ministerio, y que ensanchen sus corazones para hacerle lugar a Él. Segunda de Corintios 6.14–7.1 (la división de capítulos aquí no es la más apropiada) es un llamado a la separación, mientras que 7.2–16 es una súplica por reconciliación. Los capítulos 8–9 se refieren a la ofrenda que Pablo estaba recogiendo para los santos pobres de Judea y exhorta a los corintios a que cooperen. Notamos, entonces, dos apelaciones aquí en el capítulo 6.

I. Una apelación a examinar (6.1–13)

En los primeros cinco capítulos Pablo ha estado defendiendo su vida y ministerio. Sus enemigos en Corinto le habían acusado de métodos y motivos errados, y con éxito había respondido a las acusaciones. Su declaración final en el capítulo 5 analiza su ministerio de reconciliación, de modo que sólo le quedaba dar un paso hacia adelante para hacer a los corintios una apelación a reconciliarse con Él y a recibir la gracia de Dios. No solamente ruega a los pecadores en 5.20, sino también a los santos en 6.1. Qué trágico es cuando las iglesias y los cristianos reciben la gracia de Dios en vano. Los corintios eran niños en Cristo, santos inmaduros, porque no habían crecido en la gracia y el conocimiento. Tenían el mejor pastor disponible (Pablo) y sin embargo, ¡no se habían beneficiado de su ministerio!

Pablo se había cuidado de hacer algo que sirviera de tropiezo a otros o que de alguna manera desacreditara su ministerio. En los versículos 3–10 Pablo da varios argumentos para probar que su ministerio era limpio.

A. Las batallas que libraba (vv. 3–5).

«Paciencia» aquí quiere decir «resistencia». No es un cuadro de un cristiano en una mecedora, sin hacer nada, sino más bien del soldado en batalla, en pos de la inminente victoria a pesar de la oposición. Las batallas que Pablo libró en obediencia a Cristo eran prueba de su ministerio sincero y abnegado. La aflicción vino, no porque fue desobediente y necesitaba castigo, sino porque fue obediente y una amenaza para Satanás. Las llagas se refieren a los azotes que Pablo sufrió; tumultos, las chusmas que enfrentó; «trabajos» nos recuerda de su esfuerzo día y noche para sostenerse a sí mismo y a sus compañeros; «desvelos» describe las noches que pasó sin dormir en oración y el ministerio de la Palabra; «ayunos» indica que con frecuencia se las pasaba sin alimento. ¡Ningún ministro falso hubiera soportado tanto!

B. Las armas que usaba (vv. 6–7).

El carácter y conducta de Pablo siempre eran semejante al de Cristo. Tenía las manos y una conciencia limpias, y su amor por los santos era sincero, no «fingido». Usaba la Palabra de verdad y las oraciones como armas para derrotar a Satanás. Los ministros deshonestos hubieran usado métodos carnales para promover su obra.

C. La reputación que ganó (vv. 8–10).

Tenemos una serie de paradojas, o lo que parecen ser afirmaciones contradictorias. Es cierto que al siervo cristiano los santos lo miran diferente que los pecadores. Los pecadores lo ven en una luz, los santos en otra, así como los hombres miran a Jesús con diferentes opiniones. ¡Qué emocionante descripción es el versículo 10 del cristiano que es todo por Cristo!

Pablo concluye su apelación recordándoles su amor. Su corazón estaba abierto de par en par en amor, pero sus corazones se habían estrechado (cerrado). Apeló a ellos como sus hijos a que lo recibieran.

II. Una apelación a apartarse (6.13–7.1)

Los problemas en la iglesia corintia eran espirituales: los miembros vivían como mundanos y no como cristianos. Estaban en componendas con el pecado. Pablo presenta dos argumentos principales para apartarse del mundo.

A. El argumento del principio (vv. 13–16).

Un principio básico de la vida es que los contrarios no pueden tener compañerismo. El «yugo desigual» nos lleva de regreso a la amonestación de Moisés en Levítico 19.19. Estos corintios se enyugaban con los inconversos en el matrimonio, en los negocios y en otras cosas, y estaban perdiendo su testimonio por Cristo. Después de todo, si los cristianos viven como el mundo, ¿cómo pueden testificarle al mundo?

Nótese la serie de contrastes aquí: justicia/injusticia; luz/tinieblas; Cristo/Belial (nombre del AT para Satanás); creyente/incrédulo; templo de Dios/ ídolos. La actitud de demasiados cristianos de hoy es que la Iglesia debe cortejar y complacer al mundo para tratar de ganarlo. ¡Nada puede estar más lejos de la verdad! Debe haber separación del pecado. Esto no significa aislamiento, retirarse del mundo; lo que quiere decir es que nos guardamos de contagiarnos con el mundo. Es correcto que la nave esté en el agua, pero cuando el agua se mete en el barco, ¡cuidado! Pablo cita a Levítico 26.11, 12 para mostrar que Dios vive y anda en el creyente, de modo que su relación con el mundo afecta su comunión con Dios.

B. El argumento de la promesa (vv. 17–18).

Dios promete bendecir a quienes se conservan puros. La mundanalidad es sutil; se introduce gradualmente. Esta progresión descendente empieza con la amistad con el mundo (Stg 4.4); luego con el amor por el mundo (1 Jn 2.15–17); más tarde conformidad con el mundo (Ro 12.1, 2). Pero Dios promete bendecir a quienes se aparten para Él (Is 52.11). El cristiano contemporizador pierde la alegría del amor de Dios y una comunión más profunda en el Espíritu.

El versículo que da inicio al capítulo 7 debía ser el que terminara el capítulo 6. Este versículo resume de una manera compacta lo que Pablo tiene que decir respecto a la santidad personal.

(1) Dos motivos para apartarse del mundo: el amor a Dios («amados») y el temor de Dios. Ambas condiciones deben operar en nuestras vidas. Así como la esposa amante se conserva pura debido a que ama a su esposo, el cristiano mantiene su vida limpia porque ama a Cristo. Pero también es necesario ese saludable temor de Dios, para que no tenga Él que disciplinarnos para enseñarnos la obediencia.

(2) Dos responsabilidades: debemos limpiarnos (esto es negativo) y perfeccionar la santidad (esto es positivo). Es bueno pedir a Dios que nos limpie (Sal 51.2, 7) y Él nos promete en 1 Juan 1.9 darnos completa limpieza. Pero también debemos limpiarnos nosotros mismos al sacar de nuestras vidas todo lo que le desagrada. «Lavaos y limpiaos» dice Isaías 1.16. No debemos esperar que Dios nos quite las cosas con las cuales nosotros mismos debemos lidiar. «Si tu mano te hace pecar, ¡córtala!» (cf. Mt 6.30). Entonces, podemos crecer en santidad mediante el Espíritu.

(3) Dos clases de pecado: contaminación de la carne y del espíritu. Estos son pecados de acción tanto como de actitud. El hijo pródigo fue culpable de pecados de la carne, pero su hermano mayor cometió pecados del espíritu. Véase el Salmo 51.17.

Apartarse es lo negativo; perfeccionar la santidad es lo positivo. Qué triste es ver a las iglesias y a los cristianos que se han apartado del pecado, pero que nunca han crecido en santidad personal ni desarrollado los frutos del Espíritu. Los fariseos se apartaron del pecado, pero carecían de amor y verdadera obediencia.

2 Corintios 7

En 1.12, 13 Pablo empezó a contarles a los corintios de su experiencia con Tito en Macedonia y en este capítulo concluye su relato. Así como encontramos con frecuencia la palabra «consolación» en los capítulos 1–2, reaparece aquí (vv. 4–7, 13). La apelación en este capítulo es para que los corintios se reconcilien con Pablo. Habían sido criticones y desobedientes, pero ahora era tiempo de que le recibieran y tuvieran de nuevo compañerismo con él, particularmente a la luz de su visita que se aproximaba. En la primera parte de su carta Pablo les refirió las aflicciones que atravesó cuando salió de Éfeso, esperó a Tito y se preocupó por la situación en Corinto. Ahora explica cómo Dios lo consoló y le dio gozo. Se mencionan tres consuelos.

I. El consuelo por la llegada de Tito (7.1–6)

«Admitidnos» literalmente significa: «Hagan lugar para nosotros en sus corazones» (nótese 6.11, 12). Pablo de nuevo les recuerda de su vida limpia y ministerio honesto; se apresura a asegurarles que al escribirles de esta manera no es para condenarles. ¿Cómo podría condenar a quienes llevaba en el corazón y eran parte vital de su vida? Es reconfortante para nosotros hoy ver que Pablo conocía lo que era la aflicción y la desilusión (v. 5). ¿Dónde estaba Tito? ¿Cuál era la situación en Corinto? ¿Duraría la iglesia de Éfeso? Todas estas preguntas y muchas más atiborraban la mente de Pablo mientras viajaba a Macedonia.

Pero la llegada de Tito fue una gran consolación para Pablo. Admite que estaba afligido («humilde», v. 6), pero que la llegada de su amigo fue para él un gran alivio. Esta es la manera en que los cristianos deben ayudarse los unos a los otros. Debemos sobrellevar los unos las cargas de los otros (Gl 6.2); estimularnos mutuamente (Heb 10.25); ministrarnos los unos a los otros (1 P 4.10, 11). Cristo envió a sus discípulos de dos en dos sabiendo que «no es bueno que el hombre esté solo» (cf. Gn 2.18), incluso en el servicio cristiano. Eclesiastés 4.9–12 indica que «dos son mejor que uno». ¡Qué privilegio y responsabilidad es para los cristianos animarse los unos a los otros! Cuando Elías pensó que era el único fiel a Dios, empezó a retroceder. Jonás ministró solo y desarrolló un espíritu de amargura.

II. El consuelo por la obediencia de los corintios (7.7–12)

«Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras» (Pr 25.25). Fue un consuelo ver de nuevo a Tito (véase Hch 28.15), pero fue un mayor consuelo oír las buenas noticias de que la carta severa de Pablo había dado resultados. El versículo 7 menciona una lista de los resultados: ellos deseaban ardientemente ver de nuevo a Pablo; se habían lamentado por su pecado; habían reavivado su cariño por Pablo; se habían arrepentido y habían disciplinado al ofensor (v. 8). Lea en 1 Corintios 5 las órdenes de Pablo para disciplinar al fornicario en la iglesia. En el versículo 11 Pablo indica otras de sus reacciones: estaban llenos de solicitud, o preocupación, por obedecer a Pablo; procuraron arreglar sus cuentas con los hombres y con Dios; mostraron indignación por el pecado, en lugar de jactarse de él (véase 1 Co 5.2); temieron para que Dios no los castigara; y se esforzaron por obedecer a Dios con fuerte determinación. «Vindicación» en el versículo 11 no lleva ninguna idea de venganza personal. Indica que el ofensor había sido castigado adecuadamente.

Pablo enseña aquí la importante doctrina del arrepentimiento. Indica que hay una vasta diferencia entre el arrepentimiento y el remordimiento. El arrepentimiento es de Dios y es una tristeza que atrae a la gente a que se acerque más a Dios y al lugar de confesar y olvidarse del pecado. El remordimiento es del mundo; aleja a la gente de Dios y los empuja hacia las manos de Satanás. Por ejemplo, Pedro mostró arrepentimiento y fue perdonado; Judas mostró remordimiento y se quitó la vida. La tristeza piadosa es buena; lleva a la vida. Pero la tristeza del mundo conduce a la muerte. Algunas personas se suicidan porque no saben nada del verdadero arrepentimiento y del perdón de la gracia que Dios otorga a aquellos que le invocan con fe.

En el versículo 12 Pablo indica que había escrito la carta severa (por la cual incluso él mismo se había entristecido temporalmente, v. 8) para demostrar su amor hacia ellos. No fue sólo para corregir al ofensor, o proteger a aquella contra la cual este hombre había pecado, sino para demostrar el interés y solicitud de Pablo por ellos. Los obreros espirituales que se cohíben de disciplinar y evaden enfrentar los hechos no aman con sinceridad a su gente ni a su Señor. Pablo anhelaba fervientemente que los creyentes no sufrieran ninguna pérdida espiritual (v. 9); su aguda reprensión procedía de un corazón de amor, para bien de ellos y para la gloria de Dios.

III. El consuelo por ver cómo recibieron a Tito (7.13–16)

Tito estaba muy contento cuando encontró a Pablo y este gozo se debía a la calurosa recepción que había recibido en Corinto. La iglesia no había mostrado tanta gracia con Timoteo (1 Co 4.17), de otra manera Tito nunca hubiera sido enviado. Nótese 1 Corintios 16.10, 11.

Pablo se había jactado ante Tito respecto a la iglesia corintia y ahora su «jactancia piadosa» había demostrado ser cierta. Qué emocionado estaba Pablo del amor que los corintios habían mostrado hacia su colaborador. Recibir a Tito con tanto calor, pensaba Pablo, era lo mismo que haberle recibido a él. Pablo sabía que su próxima visita a Corinto sería de gozo.

Los corintios recibieron a Tito «con temor y temblor». Esto se debió a que habían recibido la Palabra de Dios por Pablo y estaban dispuestos a obedecerla. Dios quiere que temblemos ante su Palabra (Is 66.2). Es extraño, pero el primer ministerio de Pablo en Corinto se desempeñó con temor y temblor (1 Co 2.3). Respetaron a Tito como el siervo de Dios y recibieron su liderazgo como del Señor (véanse 1 Ts 2.13 y 5.12–15). «Obedezcan a los que los gobiernan [espiritualmente]» es el mandato de Hebreos 13.17. La manera en que tratamos a los siervos fieles de Dios es la manera en que tratamos a Cristo, porque sus siervos lo representan (2 Co 5.20; Jn 13.20).

Es interesante leer la Biblia y notar que los siervos de Dios se regocijan cuando el pueblo de Dios es obediente, y se preocupan cuando el pueblo de Dios desobedece. Moisés con frecuencia se sentía a punto de darse por vencido debido a que el pueblo era rebelde. Jeremías lloró amargamente por la dureza de Israel. Jesús mismo lloró porque los judíos ignoraron el día de su visitación. El ministerio de Pablo fue de lágrimas (Hch 20.19, 31). Los siervos de Dios son humanos; tienen el tesoro «en vasos de barro» (2 Co 4.7) y saben de las desilusiones y decepciones que la vida puede traer. Qué importante es que nosotros nos acordemos de nuestros pastores (véase Heb 13.7), que los obedezcamos (véase Heb 13.17) y que saludemos (o sea, que los saludemos en amor) «a todos vuestros pastores» (véase Heb 13.24).

Habiendo respondido a sus críticos y defendido su ministerio, y habiéndole asegurado su amor a la iglesia, Pablo pasa a suplicar por la ofrenda misionera para los santos pobres de Judea. Es peligroso recoger ofrendas de cristianos que no andan bien espiritualmente. Les hacemos daño y hacemos daño a la causa de Cristo. Pablo se enfrentó primero a las necesidades espirituales de los corintios y después les recordó su promesa de contribuir en la colecta misionera de auxilio.

2 Corintios 8

El tema de los capítulos 8 y 9 es la ofrenda misionera que Pablo estaba recogiendo para los creyentes de Judea (1 Co 16.1–3; Ro 15.25–28). En los primeros días de la iglesia (Hch 2–10), estos creyentes judíos habían dado todo y «tenían todas las cosas en común» (Hch 4.32–37). Fue un bocado anticipado de prueba del reino de Dios prometido a Israel. Pero cuando Israel fue puesto a un lado y la iglesia traída a escena, este «comunismo cristiano» se extinguió, dejando a estos santos en gran necesidad. Fue para ellos que Pablo estaba recogiendo la ofrenda. En tanto que estos capítulos enfocan principalmente una ofrenda misionera especial de socorro, nos ayudan a captar algunos de los principios y promesas del ofrendar cristiano.

I. Las ofrendas deben traerse a la iglesia (8.1)

En el capítulo 8 se hallan las mismas instrucciones que Pablo dio en 1 Corintios 16.2, pero que todavía no habían obedecido. El primer día de la semana (el día del Señor), los creyentes (el pueblo del Señor) debía traer sus ofrendas (los diezmos y ofrendas del Señor) a la reunión de la iglesia (la casa del Señor). La primera responsabilidad del creyente es con su iglesia local. Todavía más, puesto que esta ofrenda iba a ser un testimonio a los judíos de parte de las iglesias gentiles, era importante que cada congregación estuviera representada.

El dar espiritual es el dar bíblico. Si los cristianos no traen sus diezmos y ofrendas a la iglesia local, sus corazones no están en el ministerio de la iglesia local (Mt 6.21). Es cierto que se permite dar ofrendas individuales para objetivos apartes a la iglesia local, porque Pablo recibía ayuda de un sinnúmero de personas (2 Ti 1.16–18; y véase los muchos nombres en Ro 16); pero nuestra primera obligación es la iglesia donde tenemos comunión y servimos.

II. Las ofrendas deben brotar del corazón (8.2–9)

El dar cristiano no depende tanto de las circunstancias materiales como de las convicciones espirituales. Los creyentes de Macedonia (v. 1) eran pobres y atravesaban sufrimiento; sin embargo, debido a que amaban a Cristo, querían participar en la ofrenda. No dijeron: «¡Debemos guardar esto para nosotros!» Estaban dispuestos a dar para que otros pudieran recibir ayuda. Consideraban que ofrendar era una gracia (nótense los vv. 1, 6, 7, 9, 19 y 9.8). El dar cristiano fluye del corazón, la expresión espontánea del amor a Cristo por su salvación total y completa.

Los corintios habían sido enriquecidos con muchas bendiciones espirituales (v. 7) y Pablo les instó a que tuvieran también la gracia de dar. Si profesamos ser espirituales y sin embargo no damos con fidelidad al Señor, es negar lo que profesamos. La fe, la predicación, el testimonio, el estudio de la Biblia, nada de esto sustituye a la gracia de dar.

Pablo usa no sólo el ejemplo de las iglesias macedonias, sino también el ejemplo de Cristo mismo. ¡Cuán rico era Él... y cuán pobre se hizo! Lea en Filipenses 2 los detalles. Dar es ser como Cristo, porque su vida entera fue dedicada a dar.

III. Las ofrendas deben medirse proporcionalmente (8.10–15)

Un año antes la iglesia corintia había sugerido la ofrenda y anuncia su disposición para participar en ella. Tito había ayudado en el comienzo del proyecto (v. 6) y ahora Pablo les exhortaba a que terminaran lo que habían empezado. ¡Cuán fácil es hacer promesas y luego no cumplirlas! Si hubieran cumplido sus demás obligaciones financieras de la misma manera, ¡hubieran ido a parar en la cárcel!

Pablo entonces asentó, en el versículo 2, el principio de la dádiva proporcional, así como lo hizo en I Corintios 16.2 («según haya prosperado»). El diezmo es la única manera equitativa de dar. El diezmo no le roba a nadie; es justo para el rico y también para el pobre. Permite a todos los hombres dar y recibir la bendición de Dios. Lo que Dios busca no es la porción sino la proporción. Esta es la única manera en que puede haber «igualdad» (v. 14) en el proyecto. Pablo cita Éxodo 16.18 para mostrar que así como Dios bendijo a los judíos conforme le obedecían, Dios bendice a los cristianos que obedecen su Palabra respecto a dar. Dios no envía más bendiciones a la persona que da el 10% de $500 que las que envía a la persona que da el 10% de $100, si esto es lo que tienen para dar. La persona que se opone al diezmo se opone a la única manera justa de dar.

IV. Las ofrendas deben ser manejadas con honestidad (8.16–24)

Pablo deseaba ardientemente que nadie lo acusara de malversar esos fondos misioneros, de modo que hizo que las iglesias designaran tres mensajeros para que manejaran el dinero. Ellos fueron Tito (vv. 16, 17), otro hermano (vv. 18, 19) y un tercer hermano (v. 22). Esta es una buena práctica de negocios. Es triste ver iglesias y organizaciones cristianas manejar fondos de una manera contraria a las prácticas correctas de los negocios. Debe anotarse y extenderse un recibo por todo el dinero que se recibe. Los fondos deben contarlos más de una persona. Muchos obreros cristianos han perdido su reputación y testimonio debido al mal uso de fondos, o al descuido en el manejo del dinero del Señor.

Los versículos 20 y 21 son la clave: no debe haber oportunidad para acusaciones, ni de Dios ni de los hombres. No es suficiente que el obrero cristiano diga: «Dios conoce mi corazón». Debemos recordar que otros nos están observando y no debemos atrevernos a darle al enemigo ninguna oportunidad de acusarnos de deshonestidad.

Ningún cristiano ni iglesia local debe enviar dinero a obras que no son estables financieramente. El hecho de que «hay una necesidad» no es suficiente razón para dar; debe haber prueba de que el dinero se usa con honestidad y se invierte con sabiduría. No estamos obligados a pagar una deuda que nunca hemos contraído.

2 Corintios 9

Después de analizar en el capítulo 8 los principios del dar cristiano Pablo ahora se refiere a las promesas que podemos reclamar si somos fieles en dar a Dios. Estos dos capítulos presentan el dar como una gracia cristiana, una bendición, no una obligación legal que cae sobre la gente como una carga. Si dar es difícil para un cristiano, ¡algo anda mal en su corazón! Nótese la promesa triple que Pablo da:

I. El dar será de bendición a otros (9.1–5)

En 8.1–5 Pablo usó a las iglesia de Macedonia como ejemplos para animar a los corintios y ahora usa a los corintios ¡como un estímulo para las iglesias de Macedonia! Los cristianos deben servir de estímulo los unos para los otros. Pablo se había «gloriado» de la generosidad de la iglesia en Corinto (8.24) y ahora quería asegurarse de que los corintios no lo abochornaran. Sabía que tenían buena disposición y que estaban anhelantes de participar en la ofrenda misionera, pero de todas maneras quería recordárselo.

«Su entusiasmo ha servido de estímulo a la mayoría de ellos» (v. 2, NVI). ¡Qué testimonio! Desafortunadamente algunos cristianos estimulan a la gente de la manera equivocada. Hebreos 10.24 nos insta a estimularnos los unos a los otros a las buenas obras, y esto es lo que los corintios estaban haciendo. Un año antes le insistieron a Pablo a que recogiera una ofrenda misionera y le prometieron su respaldo. El apóstol usó su entusiasmo como un estímulo para otras iglesias y ahora les recuerda la promesa que habían hecho. Tal parece que decía: «Si ustedes no hacen su parte, desanimarán a otros cristianos y afectarán la ofrenda».

Pablo llamó a esta ofrenda «generosidad», o sea, una bendición. Quería que la miraran como una oportunidad para ser de bendición y recibir bendición, y no como un yugo sobre sus cuellos. ¡Con cuánta frecuencia la gente malentiende la verdadera bendición de dar! Esto es una bendición tanto para otros como para los que reciben (v. 12, «suple lo que a los santos falta») y para los que dan. Cuando un cristiano es fiel en dar, es de bendición a otros y estimula a otros cristianos a ser obedientes a la Palabra.

II. El dar nos será de bendición (9.6–11)

Pablo usa un principio agrícola aquí para ilustrar su punto. El agricultor que siembra generosamente segará generosamente. Véanse Proverbios 11.24, Lucas 6.38 y Gálatas 6.7, 8. «Generosamente» aquí es la misma palabra que se usa en el versículo 5. Sembrar así quiere decir «sembrar con bendición» y segar también de esa manera significa «cosechar con bendición». Dios no es deudor a nadie. Él es fiel para bendecir cuando somos fieles para obedecer.

Con frecuencia el versículo 7 se aplica mal. Pablo no habla tanto aquí respecto a cuánto damos sino a cómo lo damos. En 8.12–15 les dijo cuánto dar; debía ser en proporción a lo que tenían. Pero que el creyente dé a regañadientes, o por obligación, es perderse la bendición de dar. Dar debe brotar del corazón y Dios ama al dador alegre («hilarante» en el griego). Algunos cristianos interpretan este versículo diciendo que no importa cuánto demos, con tal que demos con alegría cualquier cantidad que nos hayamos propuesto en el corazón. ¡De ninguna manera! Un corazón alegre no es sustituto para un corazón obediente. Nuestros corazones deben ser tanto fieles como alegres, debido a que damos la ofrenda correcta con el motivo correcto.

Nótese los «todos» en el versículo 8: toda gracia; todas las cosas; todo lo suficiente; toda buena obra. ¡Nada se deja fuera! Esta es la promesa de Dios para los que le obedecen. Esta palabra «suficiente» se halla otra vez en 3.5 y 12.9. Dios es fiel para suplir lo que necesitamos espiritual (2.6), material (9.8) y físicamente (12.9). Pero Dios suple nuestras necesidades, no sólo para nuestro contentamiento, sino para que podamos servirle y ayudar a otros. Debemos abundar en «toda buena obra» (v. 8). Pablo exhorta a los cristianos a trabajar para que puedan ayudar a otros (Ef 4.28). Aquí se refiere al Salmo 112.9 e Isaías 55.10 para demostrar que Dios bendice a la persona que es fiel en dar. Dios suple la semilla para que el que siembra pueda hacer el pan para comer y también tener más semilla para sembrar.

Humanamente hablando la persona que da debe ser la que pierde; pero ese no es el caso. «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hch 20.35). «Dad, y se os dará» (Lc 6.38). Esto no quiere decir que debemos regatear con Dios o mirar a nuestra ofrenda como un medio de comprar la bendición de Dios. ¡No! Más bien debemos mirar la ofrenda como una oportunidad para mostrar nuestro amor a Dios y nuestra confianza en su Palabra. El industrial cristiano R.G. LeTorneau solía decir: «¡Si das solamente para recibir, no recibirás!»

III. El dar glorificará a Dios (9.12–15)

Cuántas veces les recordó Pablo a los corintios sus riquezas espirituales en Cristo (véanse 1 Co 1.5; 4.8; 2 Co 8.9; 9.11). ¡Dios nos enriquece, nosotros enriquecemos a otros y Dios recibe las acciones de gracias y la gloria! Pablo recalca que la distribución de esta ofrenda no sólo ayudará a los santos, sino que dará la gloria a Dios.

El versículo 13 muestra dos razones por las cuales los judíos que recibirían esta ofrenda glorificarían a Dios: (1) debido a que los dadores mostraron obediencia a la Palabra de Dios y (2) porque esta generosa ofrenda les ayudó a ellos y a todos. Los que la recibían, a su vez, orarían por las iglesias y los amarían más.

Hay, por supuesto, un pensamiento muy práctico detrás de esta ofrenda. Pablo anhelaba ligar a las iglesias gentiles que había fundado con los corazones de los cristianos judíos de Judea. Esta ofrenda demostraría que Pablo no era enemigo de los judíos y que había unidad en la iglesia, independientemente de las distinciones raciales, nacionales o étnicas.

Pablo cierra este capítulo con una palabra de alabanza. Había estado escribiendo respecto a dar y su corazón había estado tan lleno de la bondad de Dios que exclama: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» Este don es, por supuesto, el de su Hijo, Jesucristo, y la vida eterna.

Uno no puede leer estos dos capítulos sin ganar una nueva actitud hacia el dar. En la vida cristiana no hay tal cosa como lo «material» y lo «espiritual». Todo lo que tenemos viene de Dios y todo lo que tenemos se debe usar para fines espirituales. Pablo enseña que dar no es una carga sino una bendición. Nos muestra que el verdadero dar cristiano enriquece la vida y abre la fuente de las bendiciones de Dios. Dar es una gracia (8.1, 6, 7, 9, 19; 9.8, 14) y el cristiano que entiende algo de la gracia comprenderá cómo dar.

2 Corintios 10

Esta última sección de 2 Corintios (caps. 10–13) presenta a Pablo vindicando su apostolado. En estos capítulos responde a las acusaciones de sus enemigos en Corinto. Conforme leemos su respuesta podemos descubrir las mentiras que decían respecto a Pablo; que no era un verdadero apóstol puesto que le faltaban las credenciales de la iglesia de Jerusalén; que sus motivos no eran sinceros; que su presencia física era tan débil que no inspiraba respeto; que sus cartas eran audaces, pero que nunca las respaldaría en persona; y que sus promesas no eran de confiar.

Tenga presente que Pablo no estaba defendiéndose a sí mismo en estos capítulos; lo que estaba defendiendo era su oficio apostólico y, por consiguiente, el mensaje que predicaba. Estas mentiras las estaban promoviendo los falsos maestros que habían visitado a Corinto y ganaron a una parte de la iglesia para su falsa doctrina, que era una mezcla de judaísmo y evangelio. Pablo no estaba meramente respondiendo a sus críticos; estaba respondiéndole al mismo Satanás (11.13–15). Cuando Pablo habla de «gloriarse» es con un toque de sarcasmo. «A sus maestros favoritos les encanta jactarse», dice, «de modo que trataré de ganarme su cariño ¡jactándome yo mismo un poco!» Por supuesto, la jactancia de Pablo era en el Señor y no en sí mismo. Aquí en el capítulo 10 Pablo da varias respuestas a la acusación de que su presencia era débil en tanto que sus cartas eran osadas.

I. Sigo el ejemplo de Cristo (10.1)

A los corintios les encantaba gloriarse en los hombres (1 Co 3.21; 4.6, 7) y se quedaban embelesados con los predicadores judaizantes que venían de Palestina. A pesar de que estos predicaban una falsa doctrina (11.4) y se aprovechaban de los cristianos (11.18–20), la iglesia les hizo un gran recibimiento y les honró más que a Pablo, quien había fundado la iglesia y arriesgado su vida por ello. «¡Pablo es tan débil!», decían estos maestros a medida que se imponían sobre la iglesia. «¡Sígannos, porque nosotros damos muestra del poder real!»

«Si yo soy débil», replicó Pablo, «no es debilidad, es la mansedumbre de Cristo» (v. 1). Cristo nunca «se impuso como dictador» sobre la gente; su poder lo ejerció en mansedumbre y humildad. Mansedumbre no es debilidad; mansedumbre es poder bajo control, la capacidad de encolerizarse contra el pecado y sin embargo estar dispuesto a sufrir maltrato por causa de Cristo. No cometamos el error de juzgar por las apariencias externas (10.7) y pensar que algún «predicador poderoso» está necesariamente mostrando el poder de Dios.

II. Uso armas espirituales (10.2–6)

Simplemente debido a que Pablo no usaba métodos carnales ni ejercía el poder de una «personalidad fuerte», los creyentes pensaban ¡que era un enclenque! Sus armas eran espirituales, no carnales. Como todos nosotros, Pablo andaba «en la carne» (o sea, tenía todas las debilidades del cuerpo), pero no batallaba contra la carne dependiendo de la sabiduría carnal, ni en las capacidades humanas ni en la fuerza física. Moisés tuvo que aprender que las armas de Dios son espirituales (Hch 7.20–36) y Pablo enseñó este principio en Efesios 6.10ss. La Palabra de Dios y la oración son las únicas armas eficaces en esta batalla contra Satanás (Hch 6.4).

Había desobediencia en Corinto debido a que los cristianos estaban creyendo en mentiras en lugar de creer en la verdad de la Palabra de Dios. Pablo les advierte que hará polvo sus argumentos y falsas doctrinas, y conducirá sus corazones y mentes a la obediencia. Los problemas de la iglesia no se resuelven simplemente cambiando la constitución, revisando su programa o reorganizando una junta, sino al confrontar a la gente y los problemas con la Palabra de Dios.

III. No juzgo por las apariencias (10.7–11)

La persona que juzga por las apariencias siempre vive para dar una buena apariencia. Pablo vivía para agradar a Dios y nunca trataba de agradar a los hombres. Confiaba en su llamamiento y las credenciales del Señor, y esto era lo que importaba. Por cierto, pudo haber esgrimido rangos e invocado su autoridad apostólica, pero prefería usar esa autoridad para edificar la iglesia, no para derribarla. También es cierto que a menudo es necesario derribar antes para tener el lugar del edificio real (Jer 1.10).

¡Qué locura la de estos cristianos al desacreditar a Pablo debido a que le faltaba la vitalidad física de Pedro o el poder de la oratoria de Apolos! Los cristianos carnales son «jueces de predicadores» y les encanta comparar un siervo de Dios con otro. ¡Pablo les advierte que su presencia en su próxima visita sería tan poderosa como sus cartas!

IV. Dejo que Dios haga los elogios (10.12–18)

Estos falsos maestros eran miembros de una «sociedad de admiración mutua», ya que se comparaban unos con otros; y por consiguiente tenían un exagerado concepto de sí mismos. (Véase lo que Jesús dijo respecto a esto en Mt 5.43–48. También véase Gl 6.3, 4). Pero, dice Pablo, ¿dónde estaban estos «grandes maestros» cuando yo arriesgué mi vida para empezar la iglesia en Corinto? Cualquiera puede venir después que el trabajo duro se ha hecho, criticar al fundador y ¡recibir toda la gloria! Pablo se había esforzado todo lo posible para alcanzar

a la gente de Corinto con el evangelio, y esperaba obtener de ellos ayuda para llevar el evangelio a «los lugares más allá». Los judaizantes vinieron y se jactaron de una obra que nunca realizaron. La costumbre de Pablo era llevar el evangelio a donde nadie había ido antes (véase Ro 15.20), en tanto que la costumbre de los judaizantes era invadir el territorio de otro y apoderarse del trabajo que ya estaba hecho.

Pablo fue lo suficientemente sabio como para dejar sólo al Señor la cuestión de los elogios. En el versículo 17 se refiere a Jeremías 9.24 (un pensamiento que cita también en 1 Co 1.31). Después de todo, es el Señor el que da la gracia para que podamos servirle y únicamente Él conoce nuestros corazones y motivos. El apóstol estaba dispuesto a esperar de Dios el «¡bien hecho!» y también debemos hacerlo nosotros.

Al repasar este capítulo notará varias lecciones importantes que todos debemos aprender para ser obreros eficaces en el servicio de Cristo.

(1) No se deje influenciar por asuntos físicos. Los más grandes siervos de Dios no siempre son los más agraciados o los más fuertes, desde el punto de vista humano. Con cuánta facilidad algunos cristianos se quedan boquiabiertos por algún obrero cristiano «estilo Hollywood» que les embelesa con su apariencia imponente u oratoria hipnótica. Esto no significa, desde luego, que debamos deliberadamente esforzarnos por mostrar una apariencia desaliñada o practicar una humildad fingida. Dios nos ha hecho diferentes a cada uno de nosotros y debemos usar para su gloria todo lo que Él nos da.

(2) La obra más duradera se hace cuando usamos armas y herramientas espirituales. Es una cosa reunir una multitud y otra muy diferente edificar la iglesia. Programas teatrales, esquemas de promoción tipo de grandes almacenes, exhibiciones que honran al hombre y que dependen de los esfuerzos de la carne, todo esto puede captar la atención popular, pero nunca recibirán la aprobación de Dios. Edificamos mediante la oración y la Palabra de Dios, y esto demanda tiempo, dedicación y sacrificio.

(3) No juzgue antes de tiempo (1 Co 4.5). Deje que Dios dé los elogios. Viva procurando la aprobación de Él, y su vida y ministerio serán bendecidos. Tal vez sea un fracaso a sus ojos y a los de otros, pero Dios le verá a usted y a su obra como un gran éxito para su gloria.

2 Corintios 11

Este capítulo presenta lo que Pablo llama «su jactancia». Observe que aquí hay una «ironía santa» a medida que Pablo les devuelve a sus enemigos las acusaciones vertidas. «Puesto que a sus nuevos maestros les encanta jactarse», dice Pablo, «entonces ¡usaré ese método aprobado y me jactaré un poco también!» Admite que no sigue el ejemplo de Cristo en esta acción (11.17), pero sabe que «su jactancia» lo glorificará a Él porque todo lo que había soportado fue para la gloria de Cristo. Pablo se jacta sobre tres asuntos:

I. Su celo por la iglesia (11.1–6)

Hay diferencia entre celo y envidia. La envidia es carnal y egoísta; el celo se basa en el amor y procura el bienestar de otros. Es correcto que el esposo cele a su esposa o que un pastor cele a su iglesia. Pablo compara a la iglesia local con una desposada o novia. Una comparación similar la hace en Efesios 5.22, 23 con relación a la Iglesia universal. Ambos ejemplos son válidos. Así como en el AT Israel se compara con la esposa de Jehová («esposa» porque se había casado con Él en Sinaí), a la iglesia se le llama la desposada de Cristo («desposada» porque todavía no está casada con Él). El deseo de Pablo era conservar a la iglesia pura, libre de falsa doctrina y de vida mundanal. En el AT irse tras los dioses falsos se compara con el adulterio; en el NT a la mundanalidad se le llama adulterio (Stg 4.1–4).

¿Cómo puede una iglesia local dejarse seducir para alejarse de Cristo? Al seguir a los falsos maestros de Satanás (vv. 3, 13–15). Así como Satanás con su astucia engañó a Eva en Génesis 3, los falsos maestros engañan a los creyentes y los alejan de la verdad. «Sincera» (v. 3) significa devoción sin dobleces. No podemos servir a Dios y a Mamón. ¡Cuán importante es que la iglesia permanezca fiel a la Palabra de Dios! Actualmente, hay líderes religiosos que intentan darnos otro Jesús y no el Cristo que Pablo predicaba; y otro Espíritu, no el Espíritu Santo de Dios; y otro evangelio, no el evangelio de la gracia de Dios (véase Gl 1). La única defensa en contra del adulterio espiritual es la fidelidad a la Palabra de Dios. ¡Cuán celosos debemos ser por la Iglesia por la cual Cristo murió!

II. Su generosidad hacia la iglesia (11.7–21)

«Pablo no puede ser un verdadero apóstol», decían sus enemigos, «de otra manera aceptaría dinero por sus servicios. El hecho de que rehúse aceptar sostén de la iglesia de Corinto es prueba de que sabe que no es honrado». ¡Qué trágico cuando se juzga la generosidad de un hombre y se cuestiona sus motivos! Pablo usa un poco de ironía aquí cuando sugiere que ha pecado ¡al negarse al sostén material de los corintios! (v. 7). Se había mantenido para que no se acusara su ministerio (1 Co 9 analiza esto), ¡y sin embargo sus enemigos hallaban falta!

Les asegura que por amarlos se negó a su sostén. Permitió que la iglesia de Filipos se lo enviara, pero no lo recibió de los corintios, aunque su llamamiento apostólico se lo hubiera permitido. Quería «quitar» cualquier oportunidad que sus enemigos pudieran tener para acusarlo (v. 12).

Por primera vez Pablo acusa abiertamente a estos falsos maestros de ser siervos del diablo. El arma más eficaz de Satanás es la imitación (véase Mt 13.24–30, 36–43). Sin embargo, los cristianos deberían haber sabido que estos maestros venían de Satanás, puesto que sus vidas y ministerios no manifestaban nada del espíritu de Cristo. El versículo 20 es una descripción de un ministerio carnal: aquel que lleva a la gente a la esclavitud, no a la libertad; los devora egoísticamente; sus líderes se autoexaltan en lugar de exaltar a Cristo; hiere a los santos en lugar de ayudarles a sanar de sus heridas. ¡Qué diferencia con el ministerio de Pablo! ¡Qué hay en la carne que le encanta la esclavitud, las artimañas y honores humanos, en lugar del sencillo amor y la gracia de Cristo?

III. Sus sufrimientos por la iglesia (11.22–33)

Las credenciales principales del ministerio apostólico de Pablo eran las marcas que llevaba en su cuerpo y que las recibió al servir a Cristo (véase Gl 6.17). Tenga presente que Pablo escribió esto antes de los acontecimientos de Hechos 20ss, ¡y la mayoría de las cosas en esta lista ni siquiera se mencionan en Hechos! Y el gran apóstol nunca los habría mencionado si no fuera porque estaba defendiendo el evangelio. Es un hecho contundente que Pablo dijera que sus sufrimientos, no los elogios de los hombres, eran la mejor prueba que tenía para afirmar su apostolado. Cuando seleccione a un líder espiritual, busque las marcas.

Estos sufrimientos no necesitan mayor comentario; hablan por sí mismos. Sea suficiente decir que Pablo fue a todas partes y lo soportó todo con tal de llevar el evangelio a las almas perdidas. ¿Por qué nosotros hacemos muchísimo menos hoy cuando tenemos a nuestra disposición herramientas que hacen la tarea más fácil y rápida?

Al parecer la carga más pesada de Pablo era «la preocupación por todas las iglesias». Las batallas espirituales siempre son más costosas que las físicas. Orar por los nuevos cristianos, alimentar a los corderos y a las ovejas, y rechazar los ataques de Satanás son tareas absorbentes.

Nótese que Pablo no se jacta de las cosas que atestiguaban su fuerza, ¡sino de sus debilidades! Mientras que los judaizantes se jactaban de sus convertidos, Pablo contaba el número de veces que lo encarcelaron, azotaron o dejaron en el mar. «¡Me gloriaré en mis debilidades mientras ellos se jactan de sus poderes!», dice preparándose, desde luego, para el relato de su aguijón en la carne en el capítulo 12.

Cierra con un asunto especialmente interesante: Su huida de Damasco (Hch 9.23–25). ¡Qué humillante debe haber sido para este gran rabí que lo descolgaran por el muro en una canasta! ¿Se hubieran atrevido a descender así los judaizantes? ¡No! Hubieran hecho alguna componenda con su mensaje ¡y salido por la puerta principal de la ciudad! Pablo enfrentó sufrimientos desde los primeros hasta los mismos últimos días de su ministerio. «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Ti 3.12).

Estas actitudes de Pablo hacia la iglesia deberían estar en el corazón de cada pastor y miembro de la iglesia hoy. Debemos ser celosos y precavidos por nuestras iglesias, no sea que alguna mentira satánica empiece a seducirla y la aleje de la verdadera consagración a Cristo. Qué fácil es para las iglesias (y los cristianos) robarle a Cristo el amor que se merece. «Has dejado tu primer amor» le advirtió Cristo a la iglesia de Éfeso (Ap 2.4). Si los cristianos no ejercen un santo celo por la iglesia, esta se alejará tras el pecado.

Igualmente debemos tener una actitud desprendida y generosa hacia la iglesia. No debemos tener la actitud de «¿cuánto puedo obtener?», sino de «¿cuánto puedo dar?» Debemos estar dispuestos a sacrificarnos para que la iglesia crezca para la gloria de Dios.

2 Corintios 12

Aunque con frecuencia extraemos pasajes de este capítulo para bendiciones devocionales, debemos tener presente el propósito de Pablo al responder a sus críticos y probar su llamamiento apostólico. En el capítulo anterior hace un recuento de las cosas que mostraban sus debilidades, para que Cristo reciba la gloria. En este capítulo hallamos cuatro pruebas de su apostolado.

I. La revelación de Cristo (12.1–6)

El «hombre» del que Pablo habla aquí es, por supuesto, él mismo. ¡Imagínese poder mantener una experiencia tan emocionante como esta en secreto catorce años! (¡Imagínese también sufrir en silencio catorce años!) Es cierto que a Pablo le fueron dadas revelaciones que ningún otro hombre vio ni oyó. Fue el instrumento escogido de Dios para revelar al mundo la grandeza de su gracia (note cuidadosamente Hch 26.16). El «tercer cielo» (v. 2) es el paraíso, el mismo cielo de la presencia de Dios. No sabemos qué oyó Pablo de Dios. Pablo mismo no dijo nada al respecto, para que ningún cristiano empiece a honrarle más de lo que se merecía. ¡Qué humildad!

Dios no le hubiera dado estas revelaciones a Pablo si no hubiera sido su siervo escogido. Como Pablo afirma en Gálatas 1.11ss, las verdades que enseñaba las recibió directamente de Dios; no las recibió de segunda mano de algún otro apóstol.

II. El aguijón en la carne (12.7–10)

No sabemos qué era este aguijón, pero la mejor sugerencia es que se trataba de alguna enfermedad de los ojos. Pablo fue cegado sobrenaturalmente cuando se convirtió (Hch 9.9) y es posible que le quedó alguna debilidad incluso en los años posteriores. Gálatas 4.15 y 6.11 («con cuán grandes letras») sugieren problemas de los ojos. Esto hubiera sido una dificultad para Pablo, tanto física como emocionalmente, y quizás con franqueza llamarle un aguijón (estaca) en la carne. (Algunas veces atravesaban con estacas a los prisioneros y los dejaban sufrir una muerte horrible.) Cualquier cosa que haya sido el aguijón, era una carga para él y le producía dolor. Él pidió que le fuera quitado.

La presencia de este aguijón era prueba de su experiencia celestial relatada en los versículos 1–7; porque Dios le dio el aguijón (¡qué regalo!) para que no se enorgulleciera. Los enemigos de Corinto le acusaron de ser débil (véanse 10.1, 10; 11.6, 29), y ahora él admite que era débil, pero su debilidad era un don de Dios. La misma debilidad de que se le acusaba ¡era en realidad un argumento en favor de su autoridad apostólica!

Hay varias lecciones muy prácticas que aprender de la experiencia de Pablo con el aguijón:

(1) Las bendiciones espirituales son más importantes que las físicas. Pablo pensaba que podía ser un mejor cristiano si se aliviara de su debilidad, pero la verdad fue exactamente lo opuesto. Los «sanadores de fe» que predican que la enfermedad es pecado tienen mucha dificultad con este capítulo.

(2) La oración sin contestar no siempre significa que no se suple la necesidad. Algunas veces recibimos mayor bendición ¡cuando Dios no responde a nuestras oraciones! Dios siempre contesta la necesidad aun cuando parezca que no responde a la oración.

(3) La debilidad es fortaleza si Cristo está en ella. Lea una prueba en 1 Corintios 1.26–31; recuerde los cántaros de Gedeón, la honda de David y la vara de Moisés.

(4) Hay gracia para satisfacer toda necesidad. ¡La gracia capacitó a Pablo para que aceptara su debilidad, se gloriara y se regocijara en ella! Pablo sabía que su debilidad daría gloria a Cristo y eso era todo lo que importaba. Véase 2 Corintios 4.7.

III. Sus señales apostólicas (12.11–18)

Pablo no se autoexalta cuando afirma no ser menor que ninguno de los apóstoles; simplemente defiende su posición. Nótese que hace una lista de varias «señales» que probaban su apostolado, empezando ¡con la paciencia! Esperamos que mencione milagros y maravillas, ¡pero no paciencia! Sin embargo, fue la paciente persistencia de Pablo bajo la tribulación lo que mostraba que había sido divinamente llamado y comisionado (véase cap. 4).

Pablo menciona su actitud hacia el dinero. Puede afirmarse como un hecho aceptado que la actitud del siervo hacia las cosas materiales indica su vida y perspectiva espiritual (Lc 16.1–15). Un verdadero siervo de Cristo no puede amar el dinero. Pablo les recuerda que él y Tito demostraron su amor sincero por la iglesia por la manera en que se sostuvieron y ayudaron generosamente a los corintios.

Señales y milagros por sí solos no prueban que un hombre es enviado de Dios, porque el mismo Satanás tiene credenciales milagrosas (véase 2 Ts 2). Cuando la vida y motivos de un siervo son puros, podemos confiar en cualquier señal que Dios pudiera dar; pero cuando su vida no es correcta, esos milagros no pueden ser del Señor.

IV. Su valor al tratar con el pecado (12.19–21)

«Cuando vaya, ¡ya verán cuán débil soy!», escribe Pablo. «Me parece que será mejor que empiecen a limpiar la iglesia de inmediato», aconseja. «Si esperan a que yo lo haga, ¡ya verán qué humilde puedo ser en las manos del Señor!»

Cuando el asalariado ve venir al lobo, huye (Jn 10.13), pero el verdadero pastor se queda y protege a las ovejas. Pablo no iba a salir huyendo. Llegó al punto de mencionar los pecados que predominaban en la iglesia. Aunque arreglaron el asunto del ofensor mencionado en 1 Corintios 5, había otros pecados ahora que necesitaban atención. «Un poco de levadura» en verdad había leudado toda la masa (1 Co 5.6).

Hay dos tipos de pecados que se mencionan aquí: los sociales (v. 20) y los sexuales (v. 21). Había tanto hijos pródigos como hermanos mayores en la iglesia y ambos necesitaban arrepentirse. Lo que empezó como facciones en 1 Corintios 1.10 ¡creció hasta convertirse en contiendas, divisiones y desórdenes! Satanás estaba al mando, porque Dios no es Dios de confusión. La enseñanza falsa conduce a una vida falsa.

Este capítulo bien pudiera servir como una prueba para los siervos cristianos. Mientras que ninguno de nosotros recibe revelaciones especiales hoy, todos debemos estar en comunión con Dios y recibir nuestros mensajes únicamente de Él. Debemos tener gracia para soportar el sufrimiento. Ojalá no haya ningún amor al dinero y temor alguno de hombre que nos impida resolver el pecado. ¡Que Dios nos ayude a ser la clase de siervos que Él pueda elogiar y bendecir!

2 Corintios 13

Pablo llegaba al final de su carta y la cierra con varias admoniciones para la iglesia.

I. Prepárense para mi visita (13.1–4)

En 12.14 mencionó su tercera visita y ahora repite su admonición. Hace referencia a la ley del AT de que dos o tres testigos son necesarios para resolver la verdad de un asunto (Dt 19.15) y como si esa tercera visita fuera la oportunidad final que Dios da para que la iglesia arregle las cosas. Les dijo antes, y ahora se los recuerda, que su visita significaría juicio implacable para los culpables de pecado. ¡Su osadía para resolver el pecado sería prueba suficiente de que no era ningún enclenque! (véanse 10.10; 11.6).

Es interesante su afirmación en el versículo 4. Cristo en su muerte pareció revelar debilidad; pero su resurrección reveló el poder de Dios. En su visita anterior Pablo mostró lo que parecía ser debilidad mientras servía; la próxima visita sería diferente. Hay ocasiones cuando mostramos su poder en nosotros dando la apariencia de debilidad; hay otras en que debemos ser severos mediante el poder de Dios. La experiencia de su aguijón en la carne es un ejemplo de ser «débil en Él» y sin embargo vivir por el poder de Dios.

Si los corintios hubieran obedecido a la Palabra de Dios, se hubieran evitado una gran cantidad de agonía tanto para ellos como para Pablo. Es cuando los cristianos ignoran y se oponen a la Palabra de Dios que acarrean problemas para sí mismos, para otros y para la iglesia. ¡Cuántos pastores han atravesado un Getsemaní debido a cristianos que rehúsan escuchar la Palabra de Dios!

II. Asegúrense de que son salvos (13.5–7)

Los corintios estaban gastando una gran cantidad de tiempo examinando a Pablo; ahora era tiempo de que se autoexaminaran. Sócrates dijo: «Una vida sin examen no vale la pena vivirla». Una experiencia cristiana verdadera resistirá el examen. «¿Están en la fe?», les preguntó Pablo. «¿Son salvos de verdad?» Todo creyente debe probar su fe; nadie puede decirles a otros si han nacido de nuevo o no.

Un verdadero cristiano tiene a Cristo en sí. La palabra «reprobados» significa «falsificados». Significa literalmente «no pasar el examen». Sus enemigos le acusaron de falsedad (un falso apóstol), acusación que negó en el versículo 6. Rogó a los corintios que se alejaran de la vida y de las palabras malas, no simplemente para que pudieran probar que Pablo era un verdadero apóstol, sino para su bien. Si se arrepentían, no tendría que probar su apostolado viniendo a disciplinarlos. Estaba dispuesto a dejar a un lado este privilegio por amor a ellos. Pablo prefería perder su reputación para verlos recibiendo la ayuda espiritual antes que continuar en el pecado y forzarlo a ejercer su autoridad apostólica. Pedro advierte a los pastores que no deben ejercer dominio sobre la iglesia (1 P 5.1ss) y Pablo aquí manifiesta el mismo espíritu humilde. La advertencia de la disciplina nunca tiene el propósito de exaltar al pastor, sino que siempre es para conducir al ofensor al arrepentimiento.

En este día de falsificaciones satánicas es importante que los cristianos profesantes sepan que son salvos. Recuerde las advertencias de Mateo 7.15–29 y las verdades asombrosas de 2 Corintios 11.13–15.

III. Sean obedientes a la Palabra de Dios (13.8–10)

En el versículo 8 Pablo no sugiere que no hay ninguna manera de oponerse a la verdad. Satanás ciertamente se opone a la verdad con mentiras y la gente ¡se inclina más a creer sus mentiras que a creer la verdad de Dios! Lo que Pablo dice es que el arrepentimiento de los corintios debería ser «bueno» (v. 7) y según la Palabra de Dios. Puesto que obedecerían a la verdad, Pablo no haría nada en contra de ellos en términos de juzgar al pecado o disciplinar a los ofensores. Él mismo no quería hacer nada en la iglesia de Corinto sino la verdad.

Es más, Pablo prosigue para decir que se alegraría de hacer de su próxima visita una demostración de su debilidad (1 Co 2.1–5) si esto quería decir que ellos estaban viviendo en el poder de Dios. Su meta era la perfección de ellos, su madurez espiritual en Cristo. Eran niños en Cristo, carnales y mundanos, y necesitaban madurar. «Quiero edificarlos, no destruirlos», les aseguró. «Por eso es que les escribo una carta tan severa. Quiero que empiecen a prestar atención a la Palabra de Dios y a arreglar las cosas en la iglesia. Si lo hacen, no tendré que hablar con severidad cuando llegue».

IV. Sean maduros en su fe (13.11–14)

Nótese el amor que fluye de estas palabras finales. Llama hermanos a todos los cristianos corintios y no hace ninguna distinción entre los que le atacaron y los que le respaldaron. «Tened gozo» dice en el versículo 11. Pablo había escrito con lágrimas (2.1–5) y sin embargo se dispuso a «regocijarse aún más» y «dar gracias en todo».

«Perfeccionaos» es otra admonición a crecer en la fe (véase v. 9). Si fueran cristianos maduros, la bendición con la que Pablo cierra en estos versículos sería su porción. Había consolación, unidad, paz y comunión de los unos con los otros y con Dios.

El «ósculo santo» (v. 12) era una costumbre oriental entre los creyentes; una versión moderna tal vez diría (como La Biblia al día): «Dénse un cálido abrazo en nombre del Señor».

Pablo concluye con una de las más grandes bendiciones de la Biblia, la bendición de la Trinidad (v. 14). «La gracia del Señor Jesucristo» nos lleva de regreso a Belén, donde Él se hizo pobre por nosotros (2 Co 8.9); «el amor de Dios» nos lleva al Calvario, donde Dios el Padre dio a su Hijo; y «la comunión del Espíritu Santo» nos lleva a Pentecostés, donde el Espíritu bautizó a todos los creyentes del cuerpo de Cristo. ¡Qué apropiada era esta bendición para esta iglesia dividida y con poca espiritualidad! Muchas iglesias necesitan esta bendición hoy.

Galatas

Bosquejo sugerido de Gálatas

I. Personal: La gracia y el evangelio (1–2)
   - A. La gracia declarada en el mensaje de Pablo (1.1–10)
   - B. La gracia demostrada en la vida de Pablo (1.11–24)
   - C. La gracia defendida en el ministerio de Pablo (2.1–21)
     1. Ante el colectivo de los líderes de la iglesia (2.1–10)
     2. Ante Pedro personalmente (2.11–21)

II. Doctrinal: La gracia y la ley (3–4)
   - A. Argumento personal de la experiencia (3.1–5)
   - B. Argumento escriturario, la fe de Abraham (3.6–14)
   - C. Argumento lógico (3.15–29)
   - D. Argumento dispensacional (4.1–11)
   - E. Argumento sentimental (4.12–18)
   - F. Argumento alegórico (4.19–31)

III. Práctico: La gracia y la vida cristiana (5–6)
   - A. Libertad, no esclavitud (5.1–5)
   - B. El Espíritu, no la carne (5.16–26)
   - C. Otros, no uno mismo (6.1–10)
   - D. La gloria de Dios, no la aprobación del hombre (6.11–18)

Notas preliminares a Gálatas

I. Trasfondo

La antigua Galia la poblaban tribus guerreras que migraron a través de Europa al Asia Menor varios siglos antes de Cristo. Fundaron una nación llamada «Galacia» que quiere decir «país de los Galos». Como un cuarto de siglo antes de que Cristo naciera los romanos hicieron de Galacia una parte de una de sus provincias más grandes y llamaron «Galacia» a toda el área. En otras palabras, cuando se hablaba de Galacia en los días de Pablo había que especificar si la referencia era a la pequeña nación de Galacia o a la provincia romana entera. El problema es parecido al que uno enfrenta cuando alguien dice en nuestros días: «Me voy a Nueva York». ¿Va al estado de Nueva York o a la ciudad de Nueva York?

Este problema se presenta mientras estudiamos la Epístola a los Gálatas. ¿Escribió Pablo esta poderosa carta a las iglesias en la nación de Galacia o a las iglesias en la provincia romana de Galacia? Vea el mapa correspondiente del mundo apostólico en la parte posterior de su Biblia y sabrá a qué nos referimos. La mayoría de los eruditos bíblicos de hoy creen que Pablo escribió a las iglesias de la provincia, las que fundó durante su primer viaje (véase Hch 13.1–14.28). En otras palabras, estaba escribiendo a los cristianos de Iconio, Listra y Derbe. Si esto es verdad, quiere decir que Gálatas fue la primera de las epístolas de Pablo, probando que Pablo presentó con claridad el evangelio de la gracia de Dios tanto al principio de su ministerio como al final.

II. Tema

Le será útil repasar el material introductorio a Hechos y las notas sobre Hechos 15. Usted recordará que el mensaje del reino lo presentaron Pedro y el resto de los doce en los primeros capítulos de Hechos, ofreciendo a Cristo a los judíos que respondieron apedreando a Esteban (Hch 7). Fue entonces que el mensaje se llevó a los samaritanos (Hch 8) y a los gentiles (Hch 10–11). Pablo recibió la salvación entre estos dos sucesos (Hch 9). Dios le reveló especialmente a Pablo que estaba haciendo algo nuevo y que el mensaje de profecía del reino había sido reemplazado (de forma temporal) por el misterio de la Iglesia. Sin embargo, las masas de creyentes (algunos de los cuales seguían siendo fieles a la religión judía) no se dieron cuenta que este maravilloso y nuevo programa de gracia, tanto para el judío como para el gentil, había entrado en escena.

Por último, esta cuestión se debatió en Jerusalén (Hch 15). Los creyentes concluyeron (guiados por el Espíritu) que: (1) el programa de Dios para hoy era tomar de los gentiles un pueblo para su nombre; (2) Pablo fue su apóstol a los gentiles, con un ministerio especial al cuerpo, la Iglesia; (3) el programa del reino se reanudaría después que el cuerpo quedara completo. Sin embargo, había judíos que no recibieron el simple mensaje de la gracia y trataron de mezclarlo con la ley, amalgamando inapropiadamente el mensaje del reino con el de la Iglesia. A estas personas las llamamos «judaizantes», puesto que su meta era seducir y atraer a todos los gentiles creyentes a que entraran dentro del sistema judío. Enseñaban que una persona se salva por fe y por guardar la ley, y que el creyente era santificado y capacitado para vivir una vida santa de la misma manera. Estos maestros habían visitado las iglesias gentiles de Galacia y estaban perturbando a la gente (Gl 1.6–

9; 3.1; 4.8–11; 5.7–9, 12; 6.12, 13). Querían que los creyentes siguieran las leyes y costumbres judías respecto a las festividades religiosas, la circuncisión, etc. Este era el «otro evangelio» que Pablo condenó en Gálatas 1.6–9. El único evangelio que Dios aprueba y bendice es el de la gracia de Dios, la justificación por la fe en Cristo Jesús únicamente. No somos salvos por hacerle promesas a Dios, sino por creer en sus promesas.

III. Su valor hoy

Gálatas es la palabra más fuerte de Dios en contra del legalismo. A la carne le encanta hacer actividades religiosas: celebrar días santos, practicar rituales, intentar hacer las buenas obras de Dios. Muchos sistemas religiosos de hoy mezclan la ley y la gracia y presentan una manera tergiversada y confusa de salvación, que en realidad es un camino a la esclavitud (Gl 2.4; 4.9; 5.1). Guardar el sábado, leyes dietéticas, un sacerdocio terrenal, días santos, obedecer reglas... ¡todo esto se barre en Gálatas y se reemplaza por la gloriosa libertad que el creyente tiene por la fe en Cristo!

GALATAS I

Los primeros dos capítulos son personales y la palabra clave es «evangelio», que se halla diez veces en estos cuarenta y cinco versículos. La meta de Pablo era mostrar que su mensaje y ministerio vinieron directamente de Cristo y no de los hombres. Pablo no predicaba un mensaje de segunda mano, aprendido de Pedro o de cualquier otro de los apóstoles. Antes bien, Dios tuvo el cuidado de mantener el ministerio de Pablo separado del de los doce, para que ninguno pensara que Pablo recibió ese ministerio de los apóstoles.

I. El anuncio de Pablo de su evangelio (1.1–5)

Los judaizantes que «fascinaron» a los gálatas (3.1) les decían que el apostolado y mensaje de Pablo no eran fidedignos porque le faltaba el endoso oficial de Jerusalén. «¡Nosotros recibimos nuestras credenciales de Pedro!», decían, como si la aprobación de los hombres contara para saber si un predicador es enviado por Dios. Pablo empieza su carta afirmando que su mensaje y ministerio vino directamente de Jesucristo. (Nótese que Pablo usa el «ni lo» en los vv. 1, 12 y 17.) De inmediato expone el evangelio que predicaba.

El evangelio de Pablo se centraba en Cristo (su muerte, sepultura y resurrección) y no en Moisés o la ley. Era un evangelio de gracia que traía paz. Era un evangelio de libertad; «para librarnos» (v. 4). Los judaizantes llevaban a las iglesias a la esclavitud de la ley (véanse 2.4; 3.13; 4.9). La muerte de Cristo nos ha librado de este presente siglo malo y nos ha dado una nueva posición en libertad (5.1ss). No es de sorprenderse que Pablo añadiera: «A quien sea la gloria por los siglos de los siglos» (v. 5).

Ojalá que nunca confundamos el contenido e intención del evangelio. El evangelio no es «seguir a Cristo e imitar su vida» sino «recibir a Cristo por fe y permitirle que Él nos haga libres». En el evangelio no da cabida a una salvación que se obtenga al guardar la ley.

II. El asombro de Pablo por su alejamiento (1.6–10)

Dos cosas maravillaban a Pablo: (1) de que después de experimentar la bendición de la salvación (3.1–5) se hayan alejado tan pronto hacia otro mensaje; (2) que se alejaran de él (Pablo) que había sufrido para llevarles a Cristo. La palabra griega para «alejarse» (v. 6) es un gerundio: literalmente «alejándose». Estaban en el proceso de alejarse de la gracia sencilla hacia una mezcla de la ley y la gracia. En 5.4 Pablo dice: «De la gracia habéis caído [salido]». Esto no implicaba que hubieran perdido su salvación, sino más bien que habían salido de la esfera de la gracia y entrado a la esfera de la ley. Gracia quiere decir: dependo de Dios para suplir mis necesidades; mediante la ley trato de manejar yo mismo las cosas, con mis propias fuerzas.

El apóstol habla con energía al condenar cualquier otro evangelio, sin importar quién fuera el predicador, ¡incluso un ángel! Tenga presente que hay muchos «evangelios» (mensajes de buenas nuevas), pero un solo evangelio de la gracia de Dios conforme Pablo lo predicaba. Abraham creyó «al evangelio» (3.8), las «buenas nuevas» de que por medio de su simiente serían benditas todas las naciones. En todas las épocas los hombres se han salvado al creer en cualquier promesa que Dios les reveló. Noé creyó a la Palabra de Dios respecto al diluvio y al arca; Abraham creyó la Palabra de Dios respecto a su simiente prometida; hoy nosotros creemos la Palabra de Dios respecto a la muerte y resurrección de su Hijo. Desde la llegada de Pablo y la revelación de la justificación por fe, no hay otro evangelio. El «evangelio del reino» que se enfatiza desde Mateo 3 hasta Hechos 7 no es nuestro mensaje hoy.

III. El argumento de Pablo para su ministerio (1.11–24)

En estos versículos Pablo procura mostrar su independencia de los doce y de la iglesia de Jerusalén.

A. Recibió su evangelio personalmente de Cristo (vv. 11–14).

Pablo vio al Cristo resucitado (Hch 9) y recibió su comisión y mensaje directamente de Él. Esta experiencia lo capacitó para ser un apóstol. Nunca hubo la intención de que Pablo debía ser el doceavo apóstol para reemplazar a Judas (Hch 1.16–26). Por un lado, Pablo no podía llenar los requisitos; también Dios a propósito mantuvo a Pablo separado de los doce para que ninguno pudiera acusarlo de haber tomado prestado su mensaje. Nadie podría acusar a Pablo de inventar su mensaje, porque había sido un perseguidor de la Iglesia, no su amigo. Su vida se transformó radicalmente después de su encuentro con Cristo en el camino a Damasco. La única manera de explicar tan asombroso cambio es aceptar el hecho de que Pablo se encontró con Cristo.

B. Recibió su evangelio aparte de los apóstoles (vv. 15–17).

Se debe decir de nuevo que Dios nunca intentó que Pablo perteneciera a los doce. El ministerio de ellos fue principalmente a los judíos y se relacionaba con el reino; el ministerio de Pablo fue a los gentiles y se relacionaba al misterio de la Iglesia, el cuerpo. Los doce recibieron su llamamiento de Cristo en la tierra porque su mensaje presentaba la esperanza del reino terrenal de Israel. Pablo recibió su llamado del cielo, porque su mensaje presentaba el «llamamiento celestial» de la Iglesia en Cristo. Hubo doce apóstoles, asociados con las doce tribus. Pablo era un solo hombre (judío con ciudadanía gentil) representando un cuerpo en Cristo.

Pablo no conferenció con hombres después de recibir su llamamiento. Si se hubiera encontrado de inmediato con los doce, la gente hubiera dicho que tomó prestado su mensaje y recibió de ellos su autoridad. En lugar de eso, Dios envió a Pablo a Arabia para un tiempo de meditación e investigación. Alguien ha dicho: «Pablo fue a Arabia con la ley y los profetas, y ¡regresó con Romanos y Gálatas!» Como Moisés y Elías antes de él, Pablo se fue al desierto para bregar con el programa y plan de Dios para su vida. Luego regresó a Damasco, donde testificó de Cristo al principio.

C. Las iglesias reconocieron su evangelio (vv. 18–24).

Los creyentes allí en realidad temían a Pablo; y si no hubiera sido por Bernabé, nunca hubieran aceptado a Pablo. Este hecho en sí mismo prueba que Pablo nunca se apoyó en la iglesia de Jerusalén en busca de su aprobación. Después de esta visita se fue a Siria (Antioquía). Su ministerio allí se registra en Hechos 11.22–30; pero él mismo era personalmente desconocido para los creyentes de Judea. No obstante, las iglesias de allí habían oído las maravillosas noticias de la conversión de Pablo y glorificaban a Dios.

Qué trágico es que los hombres de hoy rechacen la revelación de Pablo del evangelio y traten de mezclar la ley y la gracia. Tratan de «encajar» a Pablo en los primeros capítulos de Hechos donde todavía se recalca el programa del reino. ¡Desvisten a Pablo para vestir a Pedro! Necesitamos regresar al sencillo mensaje de la gracia, el evangelio de Jesucristo solamente. Mezclar a la Iglesia con el reino, la ley y la gracia, Pedro y Pablo, es crear confusión y «pervertir» (1.7) el evangelio de Jesucristo.

GALATAS 2

En el primer capítulo Pablo demostró que su evangelio y apostolado vinieron de forma directa de Cristo, independientemente de los doce. Es natural que los lectores pregunten: «Entonces, ¿cuál fue la relación de Pablo con los doce y la iglesia de Jerusalén?» En este capítulo Pablo responde ese interrogante.

I. Su evangelio fue aprobado por los apóstoles (2.1–10)

Pablo, catorce años después de su visita a Jerusalén (Hch 9.26–29), regresa a la «ciudad santa» para asistir al concilio sobre el problema de la ley y la gracia (Hch 15). Fue a esa conferencia «por revelación»; es decir, Cristo personalmente le dijo que fuera, así como también le había dado el evangelio años antes (1.11, 12). Pablo había estado ministrando entre los gentiles; y Bernabé y él habían visto a muchos gentiles salvados y establecido muchas iglesias locales; ahora <%-2>los líderes de la iglesia <%-3>estaban debatiendo la suerte del ministerio gentil. Lea de nuevo en Hechos 15 el relato de esta importante conferencia.

Algunos han sugerido que hubo en realidad cuatro reuniones diferentes: (1) una reunión pública en la cual Pablo contó lo que Dios había hecho entre los gentiles, Hechos 15.4; (2) una reunión privada entre Pablo y los líderes, Gálatas 2.2; (3) el debate público de Hechos 15.5 y de Gálatas 2.3–5; y (4) la sesión del concilio en la cual finalmente se resolvió la cuestión, Hechos 15.6ss.

Pablo se reunió en privado con los líderes, pero no porque sintiera temor de que su mensaje estuviera equivocado. Sabía que su mensaje era el correcto porque había venido de Jesús. Más bien se reunió de esa manera para dejar fuera a los «espías» (Gl 2.4) y evitar cualquier desacuerdo abierto que sólo hubiera añadido leña al fuego.

Tito iba con Pablo y, siendo gentil, no estaba circuncidado. De acuerdo a los judaizantes ¡Tito ni siquiera era salvo! (Hch 15.1). Pero los líderes de la iglesia no exigieron que Tito se circuncidara; de modo que, concluye Pablo, esto prueba que la circuncisión no tiene nada que ver con la salvación. Había falsos hermanos allí, personas que querían privarles a los creyentes de la gloriosa libertad que tenían en Cristo. Este partido debe haber exigido la circuncisión de Tito, pero Pablo «los derrotó». El grupo se dividió: algunos estaban por el legalismo; otros por la libertad; algunos más por un compromiso entre las dos cosas. La iglesia de hoy todavía está dividida, con algunos que enseñan la salvación mediante los ritos; y otros que insisten en una mezcla de la ley y la gracia. La minoría se aferra al evangelio de la gracia de Dios que predicaba Pablo.

La conclusión del asunto fue que los líderes de la iglesia acordaron que el mensaje y ministerio de Pablo venían de Dios, y que él debía ministrar a los gentiles mientras que Pedro y los doce ministraban a los judíos. En el versículo 8 Pablo cuidadosamente destaca que el mismo Espíritu que obraba en Pablo obraba también en Pedro. Ambos tenían el mismo mensaje y el mismo Espíritu, pero eran responsables de diferentes esferas de ministerio. El concilio no añadió nada al mensaje de Pablo (v. 6) y lo endosó como bueno. Pablo había preservado «la verdad del evangelio» (2.5) de las mentiras del enemigo.

II. Defendió su evangelio ante Pedro (2.11–21)

Pablo hizo lo correcto al ignorar las «posiciones espirituales» de la gente que se menciona en el versículo 6. Incluso los mejores líderes pueden equivocarse, y Pablo cita a Bernabé y a Pedro como ejemplos. Después de la reunión en Jerusalén, Pedro visitó la iglesia gentil de Antioquía, donde Pablo y Bernabé todavía ministraban (Hch 15.35). En Hechos 10 Dios le había revelado claramente a Pedro que ningún alimento y ninguna persona era inmunda; pero el apóstol cayó de nuevo en el legalismo de todas maneras. Cuando vino por primera vez a Antioquía, Pedro se reunía con los gentiles y comía con ellos; pero después que algunos visitantes vinieron de Jerusalén, se apartó y levantó de nuevo sus antiguas barreras judías. Incluso Bernabé cayó en la trampa (v. 13), asombrando a su compañero misionero, Pablo. La razón fue el temor (v. 12); porque «el temor del hombre pondrá lazo» (Pr 29.25).

Pedro y Bernabé no estaban andando rectamente. Lo que creemos determina cómo nos comportamos. Debido a que Pedro y Bernabé estaban confusos en cuanto a la verdad espiritual, no podían andar en línea recta. La «verdad del evangelio» no es algo para que la defendamos (v. 5), sino algo para que lo practiquemos (v. 14). En los versículos 14–21 encontramos un resumen de la reprensión que Pablo le hizo a Pedro. Sin duda Pablo dijo más que esto, pero el siguiente sumario define bien la cuestión:

«Tú eres judío», le dijo Pablo a Pedro, «pero solías vivir como los gentiles, sin barreras entre ti y otros cristianos. ¡Ahora quieres que los gentiles vivan como judíos, haciendo lo que ni siquiera tú mismo haces!»

El «nosotros» en los versículos 15–17 se refiere, por supuesto, a los judíos. «Nosotros los judíos tenemos privilegios especiales y tal vez no seamos culpables de los pecados de los gentiles; pero ¡somos salvos de la misma manera que ellos lo son!» Esperaríamos que Pablo dijera: «Ellos deben ser salvos de la manera que lo somos nosotros», pero invierte el orden. La salvación no quiere decir que los gentiles se han convertido en judíos, sino ¡que los judíos tienen que descender al nivel de los gentiles condenados! «Somos justificados (recibir una posición correcta ante Dios) por fe en Jesucristo», arguye Pablo. «Las obras de la ley nunca justificarán a ningún hombre. ¿Fue salvo algún judío alguna vez por guardar la ley? ¡Por supuesto que no!»

En los versículos 17–18 Pablo mostró la necedad de regresar a la ley. «Dices que has sido salvado por la fe en Cristo. Pues bien, si regresas a la ley, estás confesando que todavía eres un pecador que necesita la salvación y que Cristo no te ha salvado. Es más, estás diciendo que tu fe en Cristo te ha hecho de nuevo un pecador y ¡eso hace a Cristo el ministro de pecado!» Regresar a la ley es negar la obra de Cristo en la cruz. «Predicaste la Palabra a los gentiles», Pablo prosiguió, refiriéndose a Hechos 10, «pero no has cambiado de parecer. Predicaste salvación por fe; ahora predicas salvación por la ley. Edificas lo mismo que una vez derribaste, lo cual te hace pecador, debido a que derribaste algo que Dios quería que siguiera en pie». En otras palabras, Pablo le mostró a Pedro la inconsistencia de sus acciones y creencias.

«La ley no es un camino de vida, Pedro; es un camino de muerte. La ley nos mata (v. 19) para que el evangelio pueda resucitarnos. Un cristiano no es alguien que intenta obedecer una ley externa. Un cristiano es alguien que tiene dentro de sí al Cristo vivo. Por fe, estoy unido a Cristo para siempre. Cuando Él murió, yo morí; cuando Él resucitó, yo resucité con Él. Cristo vive su vida por medio de mí conforme ando por fe... ¡esta es la vida cristiana! No es un conjunto de reglas y regulaciones. ¡Regresar a la ley es frustrar (vaciar) la gracia de Dios! ¡Si la ley es el camino de Dios para la salvación, Cristo murió en vano!»

Ni Gálatas ni Hechos anotan la respuesta de Pedro, pero sabemos que la reprensión de Pablo logró su propósito. A decir verdad, una de las últimas admoniciones que Pedro escribió fue que los creyentes deben leer las cartas de Pablo para hallar la verdad de Dios respecto a esta edad presente (2 P 3.16–18).

GALATAS 3

Los capítulos 3–4 son doctrinales, porque en ellos Pablo explica la relación entre la ley y la gracia. Tres palabras que se repiten con frecuencia son fe (catorce veces), ley (diecinueve veces) y promesa (once veces). Pablo presenta seis argumentos, tres en cada capítulo, procurando probar que la salvación es por gracia, por medio de la fe, y aparte de las obras de la ley.

I. El argumento personal (3.1–5)

Pablo empieza con la experiencia personal de los gálatas con Cristo, porque esta es una de las mejores evidencias de cómo obra Dios. Pablo había predicado a Cristo crucificado, no la obediencia a la ley; ellos creyeron este mensaje y eso cambió sus vidas. Habían recibido al Espíritu (la evidencia de la salvación, Ro 8.9) por el oír con fe y al creer a la Palabra de Dios (Ef 1.13, 14), no por obedecer alguna ley. Sin duda, el evangelio que Pablo predicaba, el evangelio que cambió su vida y la de ellos, era el verdadero mensaje. ¡Regresar a la ley después de todo lo que el Espíritu había hecho por ellos era actuar como necios!

Habían sufrido voluntariamente por su fe. Los ministros en la iglesia de Galacia mediante los dones del Espíritu estaban haciendo cosas maravillosas, obras que no serían posibles por medio de la ley. Todo en su experiencia personal apuntaba hacia un hecho: la salvación es por gracia, no por la ley.

Los cristianos de hoy necesitan la verdad del versículo 3, porque muchos piensan que el mismo Espíritu que les salvó no puede guardarlos o ayudarles a vivir por Cristo. Tienen la idea de que la salvación es por gracia por medio de la fe, pero que la vida cristiana depende de sus fuerzas. ¡Qué equivocación! Romanos 7 enseña con claridad que los creyentes no pueden hacer nada por sí mismos para agradar a Dios; Romanos 8 enseña que el Espíritu continúa la obra de gracia y cumple las exigencias de la ley en nosotros.

II. El argumento escriturario (3.6–14)

Por «escriturario» no sugerimos que los otros argumentos de Pablo no sean fieles a la Palabra, sino más bien que en esta sección se apela con fuerza al AT. Es más, tal vez quiera verificar cuidadosamente cada una de estas referencias bíblicas.

A. Los versículos 6–7 citan Génesis 15.6.

Los judaizantes apuntaban a Abraham, el «padre de los judíos», como su ejemplo, y Pablo hace lo mismo. ¿Cómo fue salvo Abraham? ¡Por fe! Y todos los que confían en Cristo son hijos de Abraham, el padre de los creyentes. Véase en Romanos 4.1–8 una ampliación de este argumento.

B. Los versículos 8–9 citan Génesis 12.3.

Dios prometió bendecir a los gentiles a través de Abraham, lo que quiere decir que judíos y gentiles son salvos exactamente de la misma manera. Desde luego, el «evangelio» que Abraham creyó no fue el pleno evangelio de la gracia de Dios que predicamos hoy; incluso los apóstoles no comprendieron a plenitud el significado de la muerte de Cristo sino hasta que se les explicó. El evangelio que Abraham creyó fue las buenas nuevas de que Dios le bendeciría y le haría una nación poderosa. Abraham creyó a la promesa y esta fe le fue contada por justicia.

C. El versículo 10 cita a Deuteronomio 27.26.

«Ustedes quieren salvarse por las obras de la ley? ¡Pero la ley no salva, maldice!»

D. El versículo 11 cita a Habacuc 2.4.

Ya hemos encontrado este versículo antes: «El justo por la fe vivirá» (Ro 1.17; Heb 10.38). Este pequeño versículo de Habacuc es tan rico que Dios escribió tres comentarios de él en el NT.

E. El versículo 12 cita a Levítico 18.5.

¡Hay una vasta diferencia entre «hacer» y «creer»! Nadie jamás fue salvo por la ley, porque nadie nunca puede obedecer completamente la ley.

F. Los versículos 13–14 citan Deuteronomio 21.23.

La ley nos pone bajo maldición, pero Cristo murió para quitar la maldición. Murió en un madero (la cruz, 1 P 2.24) y cumplió la palabra dada en Deuteronomio. Debido a que ha llevado nuestra maldición sobre sí mismo somos libres para vivir en Él. La bendición que Dios prometió a Abraham está ahora al alcance de los gentiles por la fe.

Lea otra vez estas seis citas y vea cómo prueban conclusivamente que aun la ley del AT enseñaba que la salvación es por gracia, por medio de la fe.

III. El argumento lógico (3.15–29)

Por supuesto, todos los argumentos de Pablo son lógicos. Pero el argumento particular aquí depende del razonamiento, al comparar la ley con un contrato humano. «Cuando dos personas hacen un contrato, es ilegal que una tercera intervenga y lo cambie o lo cancele. Ahora bien, Dios hizo un contrato (pacto) con Abraham cuatrocientos años antes de que fuera dada la ley. La Ley de Moisés jamás podría cancelar la promesa original de Dios a Abraham. Dios lo prometió igualmente a la simiente de Abraham y el versículo 16 indica que esta Simiente es Cristo. La Ley Mosaica no fue una nueva manera de salvación que cancelaba las promesas de Dios a Abraham; esto no sería lógico. La promesa y la fe van juntas, pero no la promesa y la ley.

«Pero, ¿por qué Dios les dio la ley?», argüirían sus oponentes. Pablo les da tres respuestas:

A. La ley fue temporal y sólo para Israel (vv. 19–20).

Romanos 2.14 y Hechos 15.24 dejan en claro que Dios nunca dio la ley a los gentiles. La ley moral ya estaba escrita en los corazones de los gentiles (Ro 2.15). Pero la ley ceremonial (incluyendo las leyes del día de reposo) nunca fue dada a los gentiles. La ley fue «añadida» y no era un sustituto en lugar de las promesas abrahámicas. Una vez que la Simiente (Cristo) vino, la ley fue reemplazada. «¡Pero la ley fue promulgada con tanta gloria!», replicarían los judaizantes. «¿Cómo puedes decir que era sólo temporal?» Pablo está listo con una respuesta: la ley fue dada por mediadores angélicos, pero Dios le habló personalmente a Abraham. Dios es uno, y el cumplimiento de su promesa a Abraham depende únicamente de Él.

B. La ley nos convenció de pecado, pero nunca nos salvó del pecado (vv. 21–22).

Si hubiera una ley que salvara a los pecadores, Dios hubiera librado a su Hijo y usado la ley en lugar de la cruz. La ley no es contraria a las promesas de Dios; al revelar el pecado, la ley obliga al pecador a confiar en las promesas de Dios. La ley nos muestra la necesidad de la gracia; la gracia nos capacita para agradar a Dios mediante la fe. La ley coloca a todos bajo pecado, lo que significa que todos podemos ser salvos por gracia. Si Dios permitiera que aunque sea un solo pecador se salvara por la ley, nadie se salvaría por la gracia. Todos debemos ser salvos de la misma manera.

C. La ley preparó el camino para Cristo (vv. 23–29).

«Antes que viniera la fe que ahora conocemos la ley dejaba a todos los hombres con la boca cerrada, revelando su necesidad de un Salvador». Como L.E. Maxwell lo dice: «¡Se nos empuja a Cristo!» La ley fue el «ayo» (tutor) para los judíos en su infancia nacional. El tutor, tanto romano como griego, solía cuidar y enseñar a los niños menores hasta que alcanzaban la edad legal de adultos, después de lo cual los hijos quedaban bajo su propia responsabilidad. La ley mantuvo a los judíos «en línea», por así decirlo, hasta que Cristo vino y la revelación completa del evangelio fue dada a judíos y gentiles.

GALATAS 4

Pablo continúa con tres argumentos más para probar que la salvación es por la gracia y no por la ley.

I. El argumento dispensacional (4.1–11)

Cualquiera que lee la Palabra con cuidado debe admitir que en diferentes épocas Dios se relaciona de diferentes maneras con diferentes personas. Cuando hablamos de la «verdad dispensacional», queremos decir la verdad de la Palabra según se relaciona al programa de Dios en las edades de los judíos, gentiles y de la Iglesia (1 Co 10.32). En esta sección Pablo explica que el período de la ley fue una dispensación, una manera especial en la cual Dios se relacionó con Israel con un propósito especial. Dios nunca dio la Ley Mosaica a los gentiles. Imponer regulaciones judías a los gentiles (o incluso a los judíos de hoy) es totalmente contrario a las Escrituras.

Los judíos fueron herederos, por cuanto Dios les dio maravillosas promesas a través de Abraham, pero pasaron muchos siglos antes de que recibieran esas promesas. Pablo sigue en su comparación entre la situación de los judíos y el tutelaje del niño romano o griego. El niño, razona Pablo, puede ser heredero de una fortuna, pero mientras no haya llegado a la edad legal de heredar, no es diferente al esclavo. De la misma manera, los judíos estaban en su «infancia espiritual» bajo la ley. Las reglas y rituales de la ley eran el «ABC religioso» que tenían que aprender antes de que pudieran graduarse a su herencia completa. Este legalismo era esclavitud al sistema mosaico («rudimentos del mundo», véase Col 2.8, 20). Pero esta dispensación de la ley llegó a su punto final, habiendo preparado el camino para Cristo. El Señor nació en el momento preciso, de la manera precisa (de una mujer, un nacimiento virginal) y para el propósito preciso: darnos libertad. Fue puesto bajo la ley, la obedeció y cumplió en su vida y muerte. Su muerte en la cruz hizo a los judíos libres de su esclavitud legalista y abrió el camino para el cumplimiento de las promesas a Abraham.

Si Israel hubiera recibido a su Mesías cuando Pedro lo presentó en Pentecostés (y de nuevo a través de Hch 2–7), la nación hubiera entrado en la edad adulta. Las bendiciones hubieran fluido a los gentiles mediante Israel y las promesas abrahámicas se hubieran cumplido. La nación en general rechazó a Cristo, pero Dios en su gracia abrió las bendiciones a los judíos y a los gentiles igualmente en una base individual. Los gentiles no fueron salvos a través del levantamiento de Israel, sino por medio de su caída (léase Ro 11.1–12). Ahora bien, los judíos recibieron su adopción de manera individual: Su «colocación como hijos», como hijos maduros, crecidos, en la familia de Dios. Ya no son niños bajo la dirección de tutores; los creyentes son hijos, no siervos, disfrutando de la completa herencia en Cristo.

Pablo ahora aplica su argumento: «¿Por qué quieren regresar a la esclavitud, a una segunda infancia? ¡Dejen el ABC y disfruten de la herencia plena que tienen en Cristo!»

II. El argumento sentimental (4.12–18)

«Os ruego, hermanos». Esta es la apelación de un siervo espiritual cariñoso, un padre preocupado dirigiéndose a sus hijos espirituales. «Yo me hice como uno de ustedes cuando les prediqué», escribe Pablo; «ahora háganse como yo y sean fieles a Cristo». Les recuerda que debido a una aflicción física fue que llegó por primera vez a ellos y que le habían tratado como si fuera un ángel. Ahora le trataban como a un enemigo debido a que les estaba diciendo la verdad. «Sus falsos maestros hacen un gran espectáculo del cariño por ustedes ("Tienen celo por vosotros", v. 17), pero sus motivos no son puros. ¡Quieren usarlos para hacer alarde de sus conquistas espirituales!» (Véase 6.12–14.)

III. El argumento alegórico (4.19–31)

Una alegoría es un suceso o historia que tiene un significado oculto. Pablo usa la historia de los dos hijos de Abraham (Gn 16 y 21) para mostrar que el nuevo pacto de la gracia ha reemplazado al antiguo pacto de la ley. Podemos ilustrar los contrastes de la siguiente manera:

El antiguo pacto de la ley	El nuevo pacto de la gracia
1. Simbolizado por Agar, la esclava	1. Simbolizado por Sara, la mujer libre
2. Ismael, hijo nacido de la carne	2. Isaac

3. Representa a Jerusalén en los días de Pablo, en esclavitud espiritual (y política)	3. Representa la Jerusalén celestial que es libre y gloriosa

Nosotros, los cristianos, somos hijos de la promesa, como Isaac (v. 23) y por consiguiente hijos de libertad (v. 31). Dios le prometió a Abraham un hijo mucho antes de que Ismael naciera. Ismael «fue añadido» (como la ley, 3.19) y fue hijo según la carne, hijo de la esclava. El antiguo pacto de la ley nunca fue el plan final de Dios para Israel. Fue añadido, como Ismael, y trajo esclavitud y tristeza. ¡Dios le ordenó a Abraham que echara fuera a Ismael y a Agar! La ley y la gracia, la fe y las obras, promesa y mandamiento, nunca pueden habitar en la misma casa. ¡Los judaizantes de Galacia querían invitar a Agar e Ismael a que volvieran a la familia!

Pablo se refiere a Isaías 54.1 y aplica este versículo a la Iglesia. Así como Sara era estéril y tuvo que esperar por muchos años por su hijo, los judíos tuvieron que esperar muchos años antes de que las promesas de Dios a Abraham se cumplieran. Isaías describió el gozo de Jerusalén después del regreso del exilio. Pablo ve un significado mucho más profundo: gozo en la Iglesia a pesar de su persecución y sufrimiento.

El peligro que Pablo vio en Galacia está con nosotros hoy. A la carne le encanta y anhela «la excitación religiosa» y se siente gratificada cuando puede guardar alguna ley religiosa. En tanto que no hay nada de malo con las tradiciones de la iglesia que están ligadas a las Escrituras y magnifican a Cristo, debemos tener cuidado de invitar a Agar y a Ismael de vuelta a la familia. No puede haber mezcla de la ley y la gracia. Que Dios nos ayude a perseverar firmemente en su simple gracia.

GALATAS 5

Ahora avanzamos a la sección final de la carta en la cual Pablo hace la aplicación práctica de la libertad cristiana a la vida del creyente en una serie de cuatro contrastes.

I. Libertad, no esclavitud (5.1–15)

«¡Tu doctrina de gracia y libertad es peligrosa!», argüían los enemigos de Pablo. «Porque si los cristianos están libres de la ley, ¡vivirán en perversidad! ¡Necesitamos la ley para controlarlos!» Así es como la gente ha argumentado a través de los siglos, sin casi darse cuenta de que la gracia, no la ley, es la mejor del mundo para enseñar y «controlar» (Tit 2.11, 12).

Pablo nos amonesta a estar firmes en nuestra libertad cristiana. Si retrocedemos al legalismo, corremos el riesgo a enredarnos y esclavizarnos. ¡Cuán bien conocían los judíos del día de Pablo lo que era la esclavitud legal! (Hch 15.10). La circuncisión era el sello del pacto y por eso Pablo les advierte a los gálatas que retroceder al antiguo pacto es privarse de las bendiciones que Cristo compró para ellos. Cristo no puede satisfacer al pecador que rechaza la gracia y confía en la ley; Cristo no puede satisfacer al santo que trata de vivir por la ley en lugar de por la gracia. «Circuncisión» en los versículos 2–3 denota el sistema mosaico por entero. La gente que se colocaba bajo la ley se convertía en deudores al sistema entero.

«Caer de la gracia» (v. 4) no quiere decir «caer de la salvación». Pablo no escribe a personas que han «perdido su salvación» debido a que tal cosa no es posible. Les escribe a santos que han salido de la esfera de la gracia y entrado en la agobiante esfera de la ley. Watchman Nee dice: «La ley significa que debo hacer algo por Dios; la gracia significa que Dios hace algo por mí». ¡Qué maravilloso es para el cristiano disfrutar de la libertad de la gracia! Esto quiere decir: ¡salir de la esclavitud descrita en Romanos 7 y entrar en la gloriosa libertad de Romanos 8! En los versículos 5–6 Pablo describe el verdadero andar cristiano: nuestro poder es el del Espíritu; recibimos este poder por fe; esta fe produce amor y obras en nuestras vidas. En otras palabras, la doctrina de la libertad cristiana no estimula una vida perversa; en lugar de eso, nos liga más de cerca a Cristo y Él vive a través del creyente (2.20).

¿Cómo se introdujo tal falsa enseñanza en los gálatas? De la misma forma que la levadura se introduce en la masa buena. A la levadura siempre se le considera mala (cf. Mt 13.33; 1 Co 5.1–7). La falsa doctrina se plantó en la iglesia como un poquito de levadura, pero luego creció e infectó a todo el cuerpo. Los gálatas corrieron bien hasta ese punto; ahora les estaban estorbando en su andar cristiano.

Pablo entonces se señala como ejemplo y les recuerda cómo había sufrido por predicar el evangelio. Sus enemigos tal vez mentían respecto a él y decían que en realidad predicaba la circuncisión (o sea, la obediencia a la ley del AT). Pero, arguye Pablo, si estuviera predicando legalismo, ¡los judíos nunca me hubieran perseguido! «El tropiezo de la cruz» (v. 11) significa el tropezadero de la cruz para los judíos (1 Co 1.23–25), quienes no podían aceptar a un Salvador crucificado. Usando la circuncisión como ejemplo Pablo dice: «¡Quisiera que se mutilasen los que los perturban!»

Pablo cierra esta sección con el recordatorio de que la libertad no es libertinaje. «Servíos por amor los unos a los otros», dice. Cumplimos la ley cuando vivimos en amor (Ro 13.8–10). El cristiano que dice: «¡Tengo libertad para pecar!», no comprende nada de la cruz ni de la gracia de Dios.

II. El Espíritu, no la carne (5.16–26)

La primera admonición de Pablo fue: «¡Estén firmes!» Ahora dice: «¡Anden en el Espíritu!» Nuestro estar en Cristo determina nuestro andar en Cristo. Las palabras «carne» y «Espíritu» se encuentran diez veces cada una en los capítulos 5–6. Los que viven de acuerdo a la ley dependen de la energía de la carne; los que viven por gracia dependen del poder del Espíritu. «Andar en el Espíritu» significa tener nuestras vidas diarias bajo su control, o sea, bajo la dirección de la Palabra de Dios. «Ser guiado por el Espíritu» significa ser libre de una vida de esclavitud al legalismo. El hermano mayor de la parábola del hijo pródigo (Lc 15) vivía en esclavitud y no tenía gozo en su andar o servicio. ¡Cuántos cristianos son como él!

«La carne» se refiere a la naturaleza caída que persiste en el creyente. El cuerpo en sí mismo no es pecaminoso; los apetitos no son necesariamente pecaminosos, pero las tendencias de la vieja naturaleza van en declive. En Romanos 6 Pablo nos dice que el viejo hombre ha sido crucificado y que podemos vencer a la carne al considerarnos como muertos al pecado y al presentarnos a Dios. Aquí en Gálatas, Pablo describe el conflicto entre las dos naturalezas del creyente. Después de la conversión, los nuevos cristianos disfrutan de inmediato de varios días o semanas de maravillosa victoria; entonces viene la tentación y la derrota, y se desaniman. Alguien debería haberles dicho que la vieja naturaleza volverá a surgir. La última frase del versículo 17 no enseña que el creyente no puede obtener victoria. La frase se traduce bien en español: «para que no hagáis lo que quisiereis». O sea, una simple determinación del cristiano nunca controlará la carne o producirá el fruto

del Espíritu. Pablo amplía este tema en Romanos 7, donde muestra que determinados intentos del creyente para agradar a Dios en su fuerza están destinados al fracaso.

¡Qué contraste entre las obras y el fruto! El fruto es el resultado de una unión viva; una máquina puede producir obras, pero nunca fruto. Incluso la ley produce obras, pero Dios las llama obras muertas (Heb 6.1). La ley nunca produciría el fruto de la gracia que se describe aquí. Lea esta lista de «obras de la carne» en una versión moderna para que obtenga la magnitud completa de su significado. ¡Qué terrible catálogo de pecados! ¡Cuántos se hallan incluso entre cristianos!

El carácter cristiano viene de adentro, por el poder del Espíritu. El Espíritu procura transformarnos a la semejanza de Cristo (2 Co 3.18; Ro 8.29; 12.1, 2). Podríamos meditar por horas en el fruto de nueve aspectos producido por el Espíritu. Nótese especialmente que el amor encabeza la lista. Pablo aclara que ninguna ley jamás podría desarrollar esta clase de carácter. ¡Cuándo aprenderá la gente que hacer resoluciones jamás la santificará!

«Si vivimos por el Espíritu» (esto es salvación, vivificados por el Espíritu), «andemos también por el Espíritu» (esto es santificación, permitiendo que el Espíritu controle y dirija nuestras vidas). Compare Efesios 5.18–24 con Colosenses 3.15–19 y verá que estar lleno del Espíritu es ser controlado por la Palabra de Dios, porque los resultados son idénticos. «Andar en el Espíritu» no es alguna experiencia emocional, ajena a la vida diaria. Es una experiencia diaria del creyente que se alimenta en la Palabra, que ora y obedece lo que dice la Biblia.

Para concluir note los tres ruegos que Pablo hace a los cristianos para que vivan en santidad por la gracia de Dios: Dios el Padre les ha llamado (v. 13); Dios el Hijo ha muerto por ellos (v. 24); y Dios el Espíritu Santo mora en ellos (vv. 16–23). Cada Persona de la Trinidad nos ayuda en nuestra batalla contra la carne.

GALATAS 6

En este capítulo final Pablo presenta dos contrastes más de la vida cristiana. Tenga presente que está describiendo la vida espiritual del creyente que está bajo la gracia y no bajo la ley. Es una vida de libertad, no de esclavitud (5.1–15) y que se vive en el Espíritu, no en la carne (5.16–26).

I. Otros, no uno mismo (6.1–10)

Hay una ley que el creyente obedece; la ley del amor en Cristo. «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros» (Jn 13.34). El Espíritu de Dios es el Espíritu de amor, porque Dios es amor. Si andamos en el Espíritu no usaremos nuestra libertad en Cristo con propósitos egoístas; le permitiremos al Espíritu que obre por medio nuestro para ayudar a otros. «Otros» es la gran palabra del evangelio. Jesús vivió por otros y debemos seguir su ejemplo. Ser libres de la ley no quiere decir que somos independientes los unos de los otros, porque somos miembros de la misma familia y nos ministramos unos a otros.

A. Ayuda espiritual (vv. 1–5).

Imagínese a un creyente que de súbito el enemigo lo atrapa y cae en pecado. (O pudiera ser que la palabra «sorprendido» sugiere que cayó en pecado y otros creyentes se enteraron del asunto.) ¿Debería ser nuestra actitud de juicio y condenación? ¡No! Si somos espirituales (andando en el Espíritu, guiados por el Espíritu, produciendo el fruto mediante el Espíritu), procuraremos restaurar al caído. La palabra griega para «restaurar» es un término médico que significa la reparación de un hueso roto. Los cristianos son miembros del cuerpo de Cristo y un cristiano en pecado debilita el cuerpo. Por supuesto, si la persona no se somete a la restauración, se deben considerar las medidas de disciplina delineadas en Mateo 18 y 1 Corintios 5.

Debemos sobrellevar los unos las cargas de los otros, pero también debemos llevar nuestras propias cargas. Véanse las palabras de Pablo a los gálatas en Gálatas 6.1–5. Hay algunas cargas que podemos compartir con otros, pero hay otras que sólo nosotros podemos llevar. Evadir mi responsabilidad so pretexto de ayudar a otro es pecar. Debe haber un espíritu de humildad al procurar ayudar a otros, sin pensar que somos mejores. Dejemos que Dios juzgue y dé la recompensa; Él jamás se equivoca.

B. Ayuda material (vv. 6–10).

El creyente que presta atención a la Palabra compartirá las bendiciones materiales con los que enseñan; esta es la lección de los versículos 6–8. A menudo aplicamos estos versículos al hecho de cosechar lo que sembramos en términos de pecado y desde luego que este principio es cierto. Pero la lección básica aquí es la de dar y ofrendar; «haga partícipe» en el versículo 6 indica «compartir». Este principio se ha indicado en Romanos 15.27; donde recibimos bendiciones espirituales tenemos el privilegio y la obligación de compartir las bendiciones materiales. «Sembrar para la carne» significa vivir para la carne, invirtiendo tiempo y dinero en cosas que no duran; «sembrar para el Espíritu» significa invertir tiempo y dinero en cosas eternas. Cuántos cristianos usan carnalmente su tiempo y dinero (y el dinero es sólo tiempo acuñado como para que podamos volver a invertirlo) en cosas de la carne... y ¡se preguntan por qué nunca crecen en la gracia o cosechan frutos espirituales! Por cierto que sembrar para el Espíritu exige fe y paciencia, pero Dios promete la cosecha a su debido tiempo. Demanda tiempo crecer espiritualmente. Debemos ser fieles sembradores en nuestras actividades.

II. La gloria de Dios, no la aprobación del hombre (6.11–18)

Hasta el mismo final de la carta Pablo tiene la gracia en mente. El cristiano que depende de la gracia, a través del Espíritu, dará siempre la gloria a Dios; el legalista que «practica religión» se ganará la aprobación de los hombres. ¡Cómo honra el mundo a la «gente religiosa» y detesta al cristiano consagrado!

Pablo solía usar un secretario cuando escribía, dictando la carta, y luego añadía al final su «rúbrica de gracia» personal (1 Co 16.21–24; Col 4.18; 2 Ts 3.17, 18). Pero al parecer escribió Gálatas personalmente y debido a su deficiencia visual (nótese Gl 4.15) tuvo que escribir con letras grandes. «Cuán grandes letras» no quiere indicar un gran número de palabras, porque la carta es relativamente corta; se refiere al tamaño de las letras. Pablo no permitió que su deficiencia física le impidiera obedecer a Dios y advertir a sus amigos cristianos sobre los males del legalismo.

«Estos judaizantes quieren usarlos a ustedes para su gloria», afirma Pablo (v. 12). «No están ministrándolos para bien de ustedes, sino para su propia alabanza. Quieren evitar la persecución que viene a los que predican la cruz. ¡Pero ni siquiera ellos mismos obedecen la ley!» ¡Qué reprensión tan incisiva! Estos judaizantes, como los fariseos del día de Cristo, recorrían mar y tierra para hacer un convertido (Mt 23.15), no para ayudarlo, sino para añadir más gloria a sus propios nombres. Pero Pablo no era de este tipo: se gloriaba en la cruz y volunta-

riamente llevó toda la vergüenza y persecución que ella traía. Pablo podía gloriarse en la cruz porque conocía a la Persona que estuvo en la cruz, el propósito de la cruz y el poder de la cruz.

De nuevo Pablo menciona su propia crucifixión (6.14; véase 2.20). La salvación quiere decir que Cristo murió por mí: Sustitución; santificación quiere decir que yo muero con Cristo: identificación. «Estos falsos maestros pertenecen al mundo y viven para el mundo», afirma el apóstol. «El mundo no tiene atracción para mí; he sido crucificado al mundo y el mundo ha sido crucificado a mí». Hoy a menudo la cruz es un objeto pulido; en los días de Pablo era un vergonzoso instrumento de dolor y muerte. La «religión» ha hecho de la cruz un símbolo; el Espíritu hace de la cruz una realidad en la vida del cristiano que vive por gracia.

El cristiano pertenece a una «nueva creación» (2 Co 5.17), al verdadero «Israel de Dios» (v. 16). Esto no quiere decir que la iglesia del NT ha tomado el lugar del Israel del AT, porque en Cristo no hay distinciones raciales (3.28). Más bien lo que Pablo está diciendo es que estos judaizantes no son parte del verdadero Israel, el pueblo real de Dios. Los gentiles que reciben a Cristo como Salvador no son hijos de Abraham genéticamente, sino en sentido espiritual (3.7). La iglesia de hoy es el verdadero Israel de Dios, porque por un tiempo el pueblo antiguo de Dios se ha desechado en incredulidad y calificado como «no pueblo mío» (Os 1.9, 10; 2.23; Ro 9.25, 26). Un día Israel se convertirá en el pueblo de Dios y heredará sus promesas nacionales.

La «regla» por la cual debemos vivir es la gracia y la nueva creación en Cristo. Cuántos cristianos bien intencionados, pero ignorantes, andan con una regla diferente, tratando de «traer el reino» o reformar al mundo.

Con un solo golpe de su pluma Pablo barre con todos esos buscapleitos legalistas. «Ustedes falsos maestros están marcados por la circuncisión», escribe, «pero yo tengo en mi cuerpo las marcas de Jesucristo». Esto no significa que Pablo tenía cinco heridas en su cuerpo similares a las de Cristo; lo que significa más bien es que tenía en su cuerpo las cicatrices que probaban que llevó el reproche de la cruz de Cristo. En los días de Pablo se solía marcar a los soldados, esclavos y gente que se autoconsagraba a algún dios. Pablo era el soldado de Cristo, esclavo de Cristo y su devoto seguidor.

¡Qué maravillosa bendición: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu»! (v. 18).

Efesios

Bosquejo sugerido de Efesios

I. Doctrina: Las bendiciones en Cristo del creyente (1–3)
   - A. Nuestras posesiones en Cristo (1.1–14)
     1. Del Padre (1.1–6)
     2. Del Hijo (1.7–12)
     3. Del Espíritu (1.13, 14)
   - B. Oración por entendimiento (1.15–23)
   - C. Nuestra posición en Cristo (2)
     1. Resucitados y sentados en el trono (2.1–10)
     2. Reconciliados y colocados en el templo (2.11–22)
   - D. Oración por capacitación (3)

II. Deberes: La conducta en Cristo del creyente (4–6)
   - A. Andar en unidad (4.1–16)
   - B. Andar en pureza (4.17–32)
   - C. Andar en amor (5.1–6)
   - D. Andar en la luz (5.7–14)
   - E. Andar con cuidado (5.15–17)
   - F. Andar en armonía (5.18–6.9)
     1. Esposos y esposas (5.18–33)
     2. Padres e hijos (6.1–4)
     3. Amos y siervos (6.5–9)
   - G. Andar en victoria (6.10–24)

Efesios equilibra la doctrina y el deber. Primero Pablo nos recuerda de lo que Dios ha hecho por nosotros; luego nos dice lo que debemos hacer por Él en respuesta a su misericordia. La vida cristiana se basa en el aprendizaje cristiano. El creyente que no conoce mucho de su riqueza en Cristo nunca podrá andar por Cristo. Nuestra conducta depende de nuestro llamamiento. Demasiados cristianos viven en los capítulos 1–3 y estudian las doctrinas, pero no avanzan a los capítulos 4–6 para poner en práctica los deberes.

Notas preliminares a Efesios

I. La ciudad

Éfeso era una de las grandes ciudades del Asia Menor: una capital romana, centro de adoración de la diosa Diana y un rico centro comercial ubicado en una amplia bahía que invitaba al comercio mundial. El templo de Diana era una de las siete maravillas del mundo antiguo y se guardaba celosamente la adoración a esta diosa (véase Hch 19.23ss). Éfeso era la principal ciudad de esa área, de modo que no sorprende que Pablo se haya quedado allí tres años (Hch 20.31) y que desde esa ciudad el evangelio se expandiera por «toda Asia» (Hch 19.10).

II. La iglesia

Pablo visitó brevemente a Éfeso en su segundo viaje, dejando allí a sus ayudantes Priscila y Aquila (Hch 18.18–28). Regresó a Éfeso en su tercer viaje y permaneció allí tres años (Hch 20.31). Empezó su ministerio en la sinagoga judía; cuando sus compatriotas rechazaron su mensaje, se fue a la escuela de un profesor llamado Tiranno (Hch 19.9) y predicó y enseñó durante dos años aproximadamente. Su ministerio tuvo un tremendo efecto en la ciudad: los que practicaban la brujería se convirtieron a Cristo y quemaron sus libros de conjuros mágicos; se ganaron muchos para la adoración al Dios verdadero; y las ganancias de los plateros (que vendían templecillos de Diana) menguaron grandemente. La clara enseñanza de Pablo y su predicación de la Palabra de Dios enardeció de tal manera al enemigo que se produjo un motín y obligaron a Pablo a salir de la ciudad. Más tarde (Hch 20) se reunió con los ancianos de Éfeso mientras iba de regreso a Jerusalén.

III. La carta

Pablo era un prisionero de Roma cuando escribió esta carta (Ef 3.1; 4.1). En Hechos 21.25ss se registra cómo lo apresaron. Mientras estaba en Jerusalén, Pablo fue al templo y lo arrestaron bajo acusaciones falsas. Su «juicio» no llegó a ninguna conclusión y lo mantuvieron dos años en prisión en Cesarea (Hch 21.27–26.32). Cuando Pablo apeló por un juicio ante el emperador, fue enviado a Roma (Hch 27–28). Mientras estaba preso en su casa de alquiler, Pablo tenía libertad para recibir visitantes y fue en este tiempo que escribió Efesios. La carta quizás la llevó Tíquico (Ef 6.21), quien tal vez también ayudó a entregarla a Colosas, junto con Onésimo (Col 4.7–9).

A pesar de que la carta está dirigida a la iglesia en Éfeso, hay razón para creer que esta debió haber circulado entre las muchas iglesias del Asia Menor. Usted notará que la carta se refiere a la verdad de la iglesia en general, no a la clase de problemas locales que se analizan en las dos cartas a los Corintios o 1 Tesalonicenses. En todo sentido, Efesios es la expresión más grande de Pablo sobre la Iglesia, enseñándonos lo que es la iglesia para Dios y lo que debe ser en la práctica a los ojos de los hombres. El tema de Pablo es Cristo y la Iglesia, el eterno plan de Dios para reunir todas las cosas en Cristo Jesús. La carta empieza con la eternidad del pasado y nos lleva a la eternidad del futuro. Vemos al creyente sentado en lugares celestiales, pero también andando con Cristo en la tierra y luchando contra Satanás. Si bien Efesios no nos dice todo lo que Dios quiere que sepamos en cuanto a la Iglesia, no hay otra parte en la Biblia donde la doctrina de la Iglesia o la vida cristiana práctica sea superior. Es interesante comparar la descripción en Hechos 20 del ministerio de Pablo en Éfeso con las doctrinas enseñadas en la epístola a los Efesios.

IV. La iglesia en Efesios

En las cartas de la prisión (Efesios, Filipenses, Colosenses) Pablo se refiere a la Iglesia en general como el cuerpo de Cristo, la esposa y el templo. En las epístolas pastorales (como Timoteo y Tito), analiza a la iglesia sirviendo a Cristo como un cuerpo local. Ambos énfasis son necesarios para un ministerio equilibrado. Sin duda, Dios ve todo el cuerpo con Cristo como la Cabeza; pero en lo que se refiere al ministerio Él obra mediante iglesias locales en diferentes lugares. La «iglesia universal» (el cuerpo de Cristo), en el cual el creyente es bautizado por el Espíritu, es un concepto válido; pero el concepto de «iglesia universal» no sustituye a la acción de la iglesia local. La «iglesia universal» nunca envió un misionero, ni construyó un hospital, ni observó la Cena del Señor, ni ayudó a una familia necesitada. Es en la iglesia local donde más se enfatiza en el NT, pero el ministerio de la iglesia local será más fuerte si los miembros se dan cuenta de su posición en el cuerpo de Cristo.

EFESIOS 1

El pensamiento clave en este capítulo es la riqueza de las bendiciones que tenemos como cristianos, bendiciones espirituales que son nuestras debido a que estamos en Cristo (1.3). Pablo nos informa que cada Persona de la deidad nos ha bendecido (vv. 1–14) y luego ora para que entendamos esas bendiciones y el poder que pueden dar a nuestras vidas (vv. 15–23).

I. Bendiciones del Padre (1.1–6)

A. Él nos ha escogido (vv. 3–4).

Esta es la maravillosa doctrina de la elección, una doctrina que no podemos explicar por completo, pero que la podemos disfrutar a plenitud. No trate de descartar con explicaciones el misterio de la gracia. Dios no nos escogió por nosotros mismos; nos escogió en Cristo, por gracia. Nótese 1 Corintios 1.26–29; 2 Tesalonicenses 2.13, 14; y Juan 6.37.

B. Nos ha adoptado (v. 5).

La «elección» se refiere a personas; la predestinación a los propósitos para esas personas. Dios nos elige para ser santos (los apartados), luego predestina a que ciertos propósitos en nuestras vidas ocurran (véase Ro 8.28ss). La «adopción» en el NT se refiere al acto oficial de un padre que otorga el status de adulto al hijo menor de edad. No es recibir a un extraño; es colocar a un miembro de la familia en posición de gozar de los privilegios y bendiciones del adulto. Esto significa que incluso el cristiano más joven tiene todo lo que Cristo tiene y es rico en gracia.

C. Nos ha aceptado (v. 6).

En nosotros mismos no somos aceptables a Dios, pero en Cristo «nos hizo aceptos». Lea en la epístola a Filemón una hermosa ilustración de esta verdad. Pablo escribió: «Recibe a tu esclavo Onésimo como me recibirías a mí» (Flm 17). Aun cuando hemos pecado Cristo le dice al Padre: «Recibe a este santo como me recibirías a mí». Siga el rastro de la maravillosa frase «en Cristo» por las cartas de Pablo; ¡quedará encantado!

II. Bendiciones del Hijo (1.7–12)

A. Nos ha redimido (v. 7a).

Al dar su vida en la cruz, Cristo nos compró de la esclavitud del pecado. Tenemos una redención presente en que Él nos ha librado de la pena y del poder del pecado; tendremos una redención futura (v. 14) cuando Cristo nos liberte de la presencia del pecado en su venida.

B. Nos ha perdonado (v. 7b).

La palabra «perdonar» literalmente significa «enviar lejos». El pecado es una carga terrible que Cristo le quita al pecador que se vuelve a Él. Cristo llevó la carga en la cruz (1 P 2.24). Se ilustra como el macho cabrío expiatorio que se soltaba en el desierto en el Día de la Expiación (Lv 16.20–22).

C. Nos ha revelado la voluntad de Dios (vv. 8–10).

Un «misterio» es una verdad divina que sólo conoce el pueblo de Dios mediante revelación. En Cristo somos parte del eterno propósito de Dios «de reunir todas las cosas en Cristo» (v. 10). Este mundo presente está destrozándose con guerras, contiendas y pecado. Pero un día Dios introducirá una nueva creación, con todas las cosas unidas en Cristo.

D. Nos ha hecho una herencia (vv. 11–12).

Dios no solamente nos ha dado una herencia en Cristo (1 P 1.3, 4), sino que nos ha hecho herencia para Cristo. La Iglesia es su cuerpo, templo y esposa; un día participaremos de su gloria.

III. Bendiciones del Espíritu (1.13,14)

A. Nos ha sellado (v. 13).

Este importante versículo bosqueja el camino de la salvación. El pecador oye la Palabra de Verdad, confía en Cristo, recibe el Espíritu Santo y es sellado para siempre. «Habiendo creído en Él» también se podría traducir como «cuando creísteis en Él», porque el Espíritu entra en el corazón en el instante en que el pecador confía en Cristo. Este sello quiere decir que Dios nos posee y nos guardará. ¡Nadie puede romper el sello de Dios».

B. Nos ha dado la garantía (v. 14).

«Garantía» en los negocios significa el dinero que se entrega como señal por la posesión que se compra. Cristo ha adquirido nuestro futuro para nosotros, pero todavía no hemos entrado en todas las bendiciones. Dios nos ha dado su Espíritu como la «garantía» que nos asegura que experimentaremos la redención total y recibiremos en gloria las bendiciones que Dios nos prometió.

Por favor, note que al final de cada una de estas tres secciones Pablo nos dice por qué el Padre, el Hijo y el Espíritu nos han dado estas bendiciones: «Para alabanza de su gloria» (vv. 6, 12, 14b). ¡La salvación es por la gracia de Dios y para la gloria de Dios! Dios no tiene que salvar a nadie; cuando salva al pecador lo hace para su gloria.

IV. Oración por entendimiento (1.15–23)

Hay dos oraciones en Efesios: (1) «que ustedes puedan conocer», 1.15–23; y (2) «que ustedes puedan ser», 3.13–21. La primera oración es por entendimiento, la segunda por capacitación. Pablo ora primero para que entendamos lo que Cristo ha hecho por nosotros; luego para que vivamos a la altura de estas maravillosas bendiciones y las pongamos en obra cada día. Nótese las peticiones de Pablo:

A. Que Dios les diera entendimiento espiritual (vv. 17–18a).

Las verdades espirituales deben discernirse espiritualmente (1 Co 2.9–16), y este entendimiento viene sólo del Espíritu. Él escribió la Palabra; Él es el único que puede enseñarnos lo que ella dice.

B. Que conocieran la esperanza de su llamamiento (v. 18b).

Debido a que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo tenemos una bendita esperanza por toda la eternidad, que no depende de nuestra bondad, sino en su gracia. Repase los versículos 4–6, en donde se resume este llamamiento. El cristiano que no conoce su supremo llamamiento (Flp 3.14), su llamamiento santo (2 Ti 1.9), y su llamamiento celestial (Heb 3.1), nunca será capaz de andar como es digno de ese llamamiento (Ef 4.1, en donde «vocación» es «llamamiento»).

C. Que conocieran las riquezas de su herencia (v. 18c).

No sólo tenemos una herencia en Cristo, sino que somos una herencia para Cristo (véase v. 11). La palabra «riquezas» aparece con frecuencia en Efesios, sugiriendo que nada falta, nada más de lo que necesitamos. Los cristianos maduran en el Señor cuando aprenden cuánto significan para Cristo y entonces empiezan a vivir para traer gozo a su corazón.

D. Que conocieran su poder (vv. 19–23).

El mismo poder que resucitó a Jesús de los muertos está a nuestra disposición cada día. Cristo ya ha ganado la victoria sobre el pecado, la muerte, el mundo y Satanás. El pueblo de Dios no lucha por victoria, sino ¡desde la victoria! Estamos sentados con Él en lugares celestiales, donde hay poder, paz y victoria.

Por supuesto, todas estas bendiciones son únicamente para quienes reúnen las condiciones estipuladas en los versículos 1–2. Nótese que Pablo escribe a santos vivos (no muertos), gente que ha puesto su fe en Cristo. Estos santos (apartados) han experimentado la gracia de Dios y ahora disfrutan de su paz. La Biblia en ninguna parte enseña que la Iglesia hace santos a las personas; sólo Dios puede hacer al pecador un santo. Y el pecador debe llegar a ser santo mientras esté vivo, porque después de la muerte es el juicio (Heb 9.27).

EFESIOS 2

El capítulo 1 enfatiza nuestras posesiones en Cristo; el capítulo 2 enfatiza nuestra posición en Cristo. Su posición determina sus posesiones y autoridad. Sin importar dónde esté el presidente de Estados Unidos, su posición como el hombre que se sienta a su escritorio en la Casa Blanca le da poder y autoridad. Así es con el cristiano. Independientemente del lugar en que estemos (Pablo estaba preso cuando escribió esta carta), tenemos poder y autoridad en el campo espiritual debido a nuestra posición en Cristo.

I. Nos resucitó y nos hizo sentar en el trono (2.1–10)

A. Lo que éramos (vv. 1–3).

¡Qué cuadro del pecador perdido! Para empezar, los pecadores están muertos espiritualmente; o sea, el hombre interior está muerto a las cosas espirituales y no puede responder a ellas. Los Evangelios describen cómo Jesús resucitó a tres personas: (1) una muchacha de doce años, Lucas 8.49–55; (2) un joven, Lucas 7.12–15; y (3) un hombre adulto, Juan 11. Cada uno estaba muerto; la única diferencia era su estado de descomposición. ¡Lázaro hedía ya!, hacía cuatro días que lo habían sepultado. Todo pecador está muerto, sin importar su edad; la única diferencia entre el miembro de la iglesia inconverso y el vagabundo en los tugurios es el estado de putrefacción. Los pecadores no sólo están muertos, sino que son esclavos del mundo y viven para sus placeres y costumbres. Dígales que este mundo está bajo condenación de Dios y desaparecerá, y se reirán de usted. También son esclavos de Satanás, el cual obra en las vidas de los inconversos. Esto no quiere decir que necesariamente los convierte en borrachos u homicidas; su táctica usual es darles una falsa seguridad mediante la justicia propia. Jesús llamó a los fariseos «hijos del diablo» (Jn 8.44), sin embargo, eran muy religiosos, ciudadanos de mucha reputación.

Nacimos por naturaleza hijos de ira; cuando rechazamos a Cristo a sabiendas después de llegar a la edad de responsabilidad, nos convertimos en hijos de desobediencia por elección propia. Cuando confiamos en Jesucristo, nos convertimos en hijos de Dios.

B. Lo que hizo Dios (vv. 4–9).

«Pero Dios». Estas palabras están entre las más grandiosas de la Biblia. Dios pudo dejarnos seguir en el pecado y vivir eternamente con el diablo en el infierno, pero en lugar de eso Él decidió salvarnos. Nos dio vida (movimiento), nos resucitó de la tumba del pecado y ¡nos sacó del cementerio! Más que eso, ¡nos hizo miembros de Cristo! Nos dio vida, nos resucitó y nos hizo sentar juntamente con Él en los lugares celestiales. Dios lo hizo debido a que es rico en misericordia y grande en amor. Misericordia significa que Dios no me da lo que merezco; gracia significa que me da lo que no merezco.

C. Lo que somos ahora (v. 10).

Somos hechura suya, su nueva creación (2 Co 5.17). Lea Filipenses 2.12, 13 y ¡atrévase a creer que Dios obra en usted! ¿Qué nos depara el futuro? No lo sabemos, pero sí sabemos quién tiene el futuro en sus manos. El mismo Padre amante que me escogió, me llamó y me salvó, ¡también ha trazado un plan maravilloso para mi vida! «¡Oh, qué deudor a la gracia a diario debo ser!»

II. Nos reconcilió y colocó en el templo (2.11–22)

En la primera parte de este capítulo Pablo nos ha dicho lo que Dios ha hecho por los pecadores en general; ahora habla de los judíos y gentiles en particular. Dios no ha hecho ningún pacto mesiánico con los gentiles, sino que Dios les ha prometido a los judíos un reino. ¿Cuál es la situación de judíos y gentiles en el programa actual de Dios?

A. Lo que eran los gentiles (vv. 11–12).

Dios hace una distinción entre judíos y gentiles (1 Co 10.32) como raza no así como individuos (Ro 10.11–13). Los gentiles estaban sin Cristo; o sea, no tenían la promesa de un Mesías. No eran parte de la nación de Israel; es más, las leyes del AT ponían un gran abismo entre judíos y gentiles. En lugar de ser «el pueblo de Dios», los gentiles eran extraños. Eran extranjeros, sin esperanza y sin el verdadero Dios en el mundo. Contraste esta triste situación con la posición privilegiada de Israel que se describe en Romanos 9.4, 5. El versículos 13 resume en dos palabras la condición de los gentiles: «estaban lejos». En tanto que el problema de los pecadores en general (vv. 1–10) era la muerte espiritual, el de los gentiles en particular era su distancia espiritual de Dios y sus bendiciones. Nótese en los Evangelios que siempre que Cristo ayudó a un gentil, lo hizo a distancia (Mt 8.5–13; 15.22–28).

B. Lo que hizo Dios (vv. 13–17).

«Pero ahora» en el versículo 13 traza un paralelo con el «pero Dios» del versículo 4. Cuando Cristo murió en la cruz rompió toda barrera que se interponía entre judíos y gentiles. En el templo judío había una muralla que separaba el «atrio de los gentiles» del resto de la estructura; y sobre esta pared había un rótulo que advertía que matarían a cualquier gentil que pasara más allá de ese punto. ¡Jesús derribó esa pared! Derribó la pared física porque en Él todos son hechos uno (v. 15, y véase Gl 3.28, 29). Derribó también la pared espiritual y acercó a los gentiles que estaban «lejos» (v. 13). Destruyó la pared legal porque cumplió la Ley y dio término al reinado de la Ley Mosaica que separaba a judíos y gentiles (vv. 14–15). Cristo no sólo hizo la paz entre los pecadores y Dios (Ro 5.1), sino también entre judíos y gentiles. Tomó a los judíos pecadores y a los gentiles pecadores y mediante su cruz hizo «un nuevo hombre»: la Iglesia.

Tenga presente que el misterio de la Iglesia se reveló a través de Pablo (como veremos en el capítulo 3) y que a los judíos cristianos les llevó algún tiempo comprender el nuevo programa de Dios. Por siglos, Dios mantuvo a judíos y gentiles separados, y los judíos enseñaban que la única manera en que un gentil se podía acercar a Dios era convirtiéndose en judío. Ahora se revelaba la verdad de que la cruz de Cristo condena como pecadores tanto a judíos como a gentiles, pero que también reconcilia a Dios en un cuerpo a los que creen en Jesús.

C. Lo que son ahora los gentiles y los judíos (vv. 18–22).

Ambos tienen acceso al Padre en el Espíritu. Bajo el sistema judío solamente el sumo sacerdote podía entrar a la presencia de Dios y eso una vez al año. Pero en la nueva creación todo creyente tiene el privilegio de entrar al Lugar Santísimo (Heb 10.19–25). Tanto judíos como gentiles ahora pertenecen a la familia de Dios, y el judío no puede tener privilegios mayores. Es mediante la fe en su sangre que judíos y gentiles son justificados.

Pablo finaliza describiendo a la iglesia como un templo. Esto sería una figura apropiada no sólo para judíos, quienes reverenciaban al templo santo de Jerusalén, sino también para los efesios, quienes tenían al gran templo de Diana en su ciudad (Hch 19.21–41). Cada creyente es una piedra viva colocada en el templo (1 P 2.4–8). Los apóstoles y profetas (profetas del NT, 4.11) no son el fundamento; colocaron el fundamento puesto que fueron los primeros en proclamar el mensaje. Cristo es el fundamento de la iglesia local (1 Co 3.11) y la piedra angular de todo el edificio. La iglesia hoy es un templo vivo, creciente; cuando se complete, Cristo vendrá y llevará el templo a su gloria. Dios moraba en el tabernáculo judío (Éx 40.34), en el templo de Salomón (2 Cr 7.1) y en el templo del cuerpo de Cristo (Jn 1.14; 2.18–22), y hoy en el creyente (1 Co 6.19–20) y en la iglesia (Ef 2.21, 22). ¡Qué privilegio ser la misma habitación de Dios a través del Espíritu!

EFESIOS 3

Este capítulo cierra la primera parte de Efesios donde Pablo ha descrito nuestra riqueza en Cristo. Pablo está a punto de pasar a la sección práctica (nuestro andar con Cristo), pero primero hace una pausa para orar. Empieza su oración en el versículo 1, ¡pero no sigue sino hasta llegar al versículo 13! Los versículos entre esos dos forman un largo paréntesis, pero son importantes, porque explican el ministerio especial de Pablo a la Iglesia y a los gentiles.

I. Pablo explica su ministerio (3.1–12)

Lo primero que notamos es que Pablo se llama a sí mismo prisionero y ¡que relaciona su prisión con los gentiles! Regrese a Hechos 22 para buscar la explicación. Pablo fue arrestado en Jerusalén e hizo su defensa ante el pueblo. Los del pueblo le escucharon hasta que llegó a la palabra «gentiles» (Hch 22.21) y ¡entonces estalló el motín! La relación de los gentiles y los judíos era un problema incluso entre los primeros creyentes judíos, conforme lo revela Hechos 10 y 15.

Pablo explica que Dios le había dado una revelación especial y una administración especial, que la califica como «el misterio de Cristo». (Sería bueno que repase tanto las notas introductorias a Hechos como las notas a Romanos 9–11.) En el AT Dios reveló a través de los

profetas su programa para el pueblo de Israel; que Él le establecería en su reino cuando recibieran a su Mesías y después mediante Israel convertiría a los gentiles. Dios les ofreció el reino por medio del ministerio de Juan el Bautista (Mt 3.2), a quien los judíos permitieron que asesinaran durante el ministerio de Cristo (Mt 4.12–17); y mediante los apóstoles y Esteban (Hch 2–7), a quien los judíos en efecto mataron (Hch 7.54–60). A Israel se le hicieron tres ofertas, pero la nación las rechazó. Rechazó al Padre, quien envió a Juan; al Hijo; y al Espíritu, quien le daba poder al testimonio de los apóstoles. Con la muerte de Esteban las ofertas del reino cesaron de forma temporal; el mensaje salió y fue a los samaritanos y a los gentiles (Hch 8 y 10); y mientras tanto Pablo fue salvo milagrosamente en Hechos 9.

El ministerio de Pablo fue a los gentiles y su mensaje fue uno de gracia. Su tarea especial fue anunciar la verdad de un cuerpo, el misterio de la Iglesia. Nótense tanto Romanos 16.25, 26; Colosenses 1.26, 27; 4.3, 4; como Efesios 6.19. Aquí en el versículo 6 afirma claramente el misterio: que los gentiles y judíos creyentes son un cuerpo en Cristo. Este misterio no se había dado a conocer antes de este tiempo; pero ahora Dios lo revela mediante el Espíritu a sus apóstoles y a los profetas del NT. Decir que los doce comprendieron desde el principio el misterio de la Iglesia es negar las palabras inspiradas de Pablo aquí. Incluso Pedro tuvo que tener una visión del cielo en Hechos 10 antes de poder ir a los gentiles. Pablo recibió la verdad del cuerpo y su significación surgió poco a poco en la iglesia primitiva.

«Las inescrutables riquezas» en el versículo 8 quiere decir literalmente «riquezas que no se pueden rastrear». Usted no puede detectar el misterio de un cuerpo en el AT; fue un misterio escondido en Cristo. En los versículos 9–10 vemos un ministerio doble: Pablo debía dar a conocer al pueblo en general la «dispensación» («administración», es la misma palabra que en el v. 2) del misterio; la iglesia debía revelar a los seres angélicos («a los principados y potestades», véase 6.12) la sabiduría de Dios. ¡Los ángeles aprenden a través de la iglesia respecto a la gracia de Dios! (Véase I P 1.10–12.) Satanás conoce las Escrituras; al mantener oculto su programa para la Iglesia, Dios evitó que Satanás estorbara el plan. Satanás llevó a Cristo a la cruz y ¡al hacerlo así selló su condenación! Es trágico hoy cuando vemos a pastores e iglesias deambular sin meta en sus ministerios porque no entienden el propósito de Dios para la iglesia en esta edad. Si pasaran del mensaje de Hechos 1–6 hasta el de Efesios y Colosenses, no desperdiciarían el tiempo, ni talentos, ni dinero «edificando el reino», sino que en lugar de eso edificarían la iglesia.

II. La intercesión de Pablo por los santos (3.13–21)

Usted recordará que las dos oraciones en Efesios (aquí y en 1.15–23) se complementan. La primera es una oración por conocimiento; la segunda por capacitación. Pablo quiere que los efesios aprendan todo lo que tienen en Cristo y después que vivan lo aprendido. Pablo ora por la familia de Dios en el cielo y en la tierra, porque allí es donde está su familia; no hay ninguna «debajo de la tierra» (véase Flp 2.10). Esto quiere decir que no hay purgatorio donde se prepara a la gente para ir al cielo. Ora para que la persona interior pueda conocer la fortaleza espiritual. ¡Con cuánto descuido algunos cristianos tratan a la persona interior! El Espíritu Santo nos da poder desde el interior a través de la Palabra de Dios y la oración. En los versículos 20–21 Pablo recalca que cuando oramos el Espíritu de Dios obra en nosotros; y en 1 Tesalonicenses 2.13 (junto a Col 3.16) enseña que Dios nos concede poder mediante su Palabra. Los santos primitivos se entregaron «a la oración y a la Palabra de Dios» (Hch 6.4) y Dios obró con poder en ellos y mediante ellos.

Él quiere que Cristo «se sienta en casa» (habitar, v. 17) en sus corazones. Por supuesto, Cristo vive en el corazón de cada creyente verdadero, pero no todo corazón es un hogar agradable para Él. A Cristo le encantaba ir a Betania porque sus amigos le querían, se alimentaban de su Palabra y le servían. Cuando Cristo vino a esta tierra para hablar con Abraham (Gn 18), envió delante a dos ángeles a que visitaran a Lot (Gn 19) debido a que no se sentía a sus anchas en la casa de un creyente mundano. ¿Se siente Él como en casa en nuestros corazones?

Cristo se siente así en nuestros corazones cuando Él halla fe y amor. «Arraigados» (v. 17) sugiere una posición firme, un hábito de fe y amor, como un árbol enraizado en la tierra. Demasiados cristianos quieren los frutos del Espíritu sin estar enraizados en las cosas espirituales.

«Comprender» en el versículo 18 significa «asir», «aprehender». Pablo ya ha orado para que ellos tengan entendimiento; ahora ora para que se acojan a estas maravillosas bendiciones y las capten y tomen por sí mismos. Por fe nos apropiamos de las promesas de Dios. Pablo quiere especialmente que se aferren del inmensurable amor de Dios, un amor que llena todas las cosas. Demasiados cristianos se imaginan a Dios como un Juez colérico o un Capataz riguroso en lugar de un Padre amoroso.

«Llenos de toda la plenitud de Dios» (v. 19): este es el propósito supremo de Dios para nuestras vidas. Lea cuidadosamente Juan 1.16 y Colosenses 2.9–10. «Vosotros estáis completos en Él» afirma Colosenses 2.10. ¿Por qué vivir como mendigos cuando Dios nos ha dado su plenitud? Una vida vacía es decepcionante y peligrosa; si el Espíritu de Dios no nos llena, el espíritu de desobediencia (2.2) se pone en acción y caemos en pecado.

Los versículos 20–21 declaran una bendición emocionante, cerrando la primera sección de la carta. ¡Dios obra en nosotros! ¡Dios obra a través de nosotros! ¡Dios es glorificado en nosotros! ¡Qué maravillosa salvación tenemos! Este poder obra en nosotros conforme abrimos nuestros corazones a Cristo, cultivamos este compañerismo y comunión perseverante, oramos y nos sometemos a la Palabra. No hay razón para que los creyentes estemos «por los suelos» cuando estamos sentados con Cristo (2.6) y llenos de la plenitud de Dios.

Al concluir esta primera sección sería útil notar las «posturas espirituales» de Pablo, por cuanto nos dan el secreto de la bendición de Dios. Pablo está sentado con Cristo (2.6), edificado sobre Cristo (2.20) y dobla sus rodillas ante el Padre (3.14). Esto es lo que hace posible que camine (4.1), crezca (4.15) y esté firme (6.14ss) contra Satanás. Nuestra posición espiritual en Cristo hace posible nuestro andar victorioso sobre la tierra.

EFESIOS 4

Ahora empezamos la segunda mitad de la carta, la cual hace hincapié en el andar del cristiano (4.1, 17; 5.2, 8, 15). A la vida cristiana se la compara con una caminata porque empieza con un paso de fe, involucra progreso y exige equilibrio y fuerza. Si no aprendemos a andar, nunca seremos capaces de correr (Heb 12.1, 2) ni de estar firmes en la batalla (Ef 6.11ss).

I. Andar en unidad (4.1–16)

Hemos sido llamados a un cuerpo; por consiguiente, en la medida en que procuramos andar en unidad, andamos como es digno del llamamiento (vocación) que tenemos de Dios. En los capítulos 1–3 Pablo ha descrito ese supremo llamamiento; ahora nos suplica que vivamos a la altura de esas bendiciones. No vivimos por Cristo nada más que para conseguir algo; ¡vivimos por Cristo porque Él ya ha hecho

mucho por nosotros! Nótese que Pablo no nos dice que fabriquemos la unidad, sino que mantengamos la unidad que ya existe en el cuerpo. Esta no es uniformidad denominacional, ni una «superiglesia»; es una unión y unidad orgánica viva. Nótese Juan 17.20–23.

Las bases para esta unidad se mencionan en los versículos 4–6. Notará que el asunto central en esta lista es «un Señor». El hecho de que hay «un cuerpo» no minimiza la importancia de los cuerpos locales de creyentes. Notará que Pablo habla aquí de las verdades espirituales que se relacionan con el programa completo de Dios. Cuando leemos sus otras epístolas (tales como Corintios y las cartas a Timoteo y a Tito), vemos los resultados prácticos de estas verdades. El principal énfasis del NT es sobre la iglesia local; pero la administración de la misma se debe basar en lo que Pablo enseña respecto a «un cuerpo».

En los versículos 7–11 se mencionan los dones para la unidad en la iglesia. Cuando Cristo ascendió, dio dones a su pueblo mediante la venida del Espíritu Santo. También puso a estas personas dotadas en las iglesias locales. En tanto que los versículos 1–6 se refieren a un cuerpo y su unidad, los versículos 7–11 lo hacen a los muchos cuerpos locales y la diversidad de dones.

En los versículos 12–16 se describe la meta de la iglesia. El pastor-maestro debe alimentar a los santos con la Palabra de Dios y equiparlos para el servicio; los santos, a su vez, desempeñan la obra del ministerio. A medida que cada santo crece y gana a otros, el cuerpo entero crece en Cristo. El versículo 12 debe leerse: «para la maduración de los santos en la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo». Cada santo participa en el crecimiento de la iglesia. Desafortunadamente hay algunos cristianos que todavía son bebés (v. 14, véase 1 Co 3.1ss), inestables y se desvían con facilidad. Satanás y sus ministros (véase 2 Co 11.14, 15) esperan derribar a la iglesia con sus mentiras. La iglesia se edifica mediante la Palabra de Dios (Hch 20.32; 1 Co 14.4). No se edifican y fortalecen mediante programas de hombres, ni por entretenimiento, diversión, recreación o «empujes». La iglesia es un cuerpo y debe tener alimento espiritual; este alimento es la Palabra de Dios. Cuando el cuerpo esté completo, Cristo volverá y llevará a su cuerpo (del cual Él es la Cabeza, 1.22–23) a su hogar en gloria.

II. Andar en pureza (4.17–32)

La primera parte de este capítulo describe la relación del creyente con la iglesia; ahora Pablo analiza la relación del creyente con el mundo. Ciertamente estamos «en Cristo» y somos una parte del cuerpo; pero también estamos en el mundo, donde hay tentación y contaminación. No podemos salir del mundo porque tenemos una responsabilidad de testificarle; sino que debemos andar en pureza y no permitir que el mundo nos contamine.

Pablo empieza con lo negativo: no andar de la manera que lo hacen los inconversos. Explica las razones por las cuales andan en impiedad: (1) su entendimiento está entenebrecido debido a que creen en mentiras y no han recibido la verdad; (2) están muertos espiritualmente; (3) se han entregado a cometer toda clase de pecados. Compare esta descripción con 2.1–3 y 2 Corintios 4. Pudiéramos resumir su condición diciendo que andaban de la manera errada debido a que no conocían la verdad y nunca habían recibido la vida. Sólo el Cristo de Juan 14.6 podía satisfacer sus necesidades espirituales.

La vida cristiana debe ser radicalmente diferente de la vida vieja. Pablo esperaba que los efesios experimentaran cambios y les hace tres admoniciones: «despojarse» (vv. 22–23); «vestirse» (v. 24) y «desechar» (vv. 25ss). Romanos 6 nos enseña que el viejo hombre ha sido crucificado y sepultado y que a medida que consideramos que esto es verdad, nos «despojamos» de ese viejo hombre. Dios ha hecho su parte; ahora nos resta que creamos lo que Él ha dicho y que «nos cambiemos de vestidos». La instrucción que Jesús dio respecto a Lázaro se aplica a cada creyente: «Desatadle [quítenle los vestuarios de sepultura], y dejadle ir». Pero no es suficiente morir a la vida vieja; también debe haber la resurrección y la manifestación de la vida nueva. Nos quitamos las «ropas de sepultura» de la vida vieja y nos vestimos de los «vestidos de la gracia» de la nueva vida. Somos parte de la nueva creación de Dios (v. 24 y 2.10) y por consiguiente andamos en vida nueva (Ro 6.4).

Debemos «desechar» (de una vez por todas) ciertos pecados y Pablo los menciona en 25ss. Nótese cómo liga cada mandamiento a una verdad espiritual: somos miembros los unos de los otros (v. 25); somos sellados para el día de la redención (v. 30); Dios nos ha perdonado (v. 32). La doctrina y el deber son bendiciones gemelas en la Biblia, tanto la riqueza del cristiano como su andar en Cristo.

Si pertenecemos a la verdad, ¿cómo podemos darnos a las mentiras? Satanás es el padre de toda mentira (Jn 8.44); sus espíritus hablan mentiras (1 Jn 2.21, 27); un día todo el mundo creerá en «la mentira» (2 Ts 2.9–11).

Hay una ira que no es pecado (Mc 3.5). Si nos encolerizamos contra las personas, hay lugar para el pecado; si nos enojamos contra el pecado y los principios pecaminosos, podemos mantener un andar santo. ¡Qué fácil es que los cristianos llamen «indignación santa» a sus arranques de cólera! La ira del hombre nunca produce la rectitud o justicia de Dios (Stg 1.20).

Darle lugar al diablo (v. 27) incluye tanto el mentir como la cólera; porque Satanás es mentiroso y homicida. ¿Nos damos cuenta de que las mentiras, la hipocresía y la cólera le dan a Satanás una entrada en nuestras vidas? Las mentiras y la cólera de Caín le llevó al homicidio (Gn 4).

El versículo 25 se liga con 1 Tesalonicenses 4.11 y 2 Tesalonicenses 3.6–12. El inconverso ladrón solía robar para complacerse; ahora que ha sido salvado debe trabajar para poder dar a otros. Este es el maravilloso cambio que genera la gracia en el corazón de una persona.

Nuestros labios deben hablar lo que edifica (Col 4.6; Sal 141.3). La corrupción de labios sólo denota corrupción del corazón. El Espíritu nos ha sellado (1.13, 14); no debemos entristecerlo al permitir que estos pecados de acción y actitud estén en nuestras vidas. En las Escrituras al Espíritu se le describe como una paloma (Jn 1.32) y esta es un ave limpia que ama la paz. Se debe eliminar la ira y la gritería mediante el amor y el perdón cristianos.

EFESIOS 5

Pablo continúa su descripción del andar cristiano.

I. Andar en amor (5.1–6)

«Imitadores» (v. 1) da la idea de «mímica»; como hijos de Dios debemos imitar a nuestro Padre. Dios es amor y nosotros debemos andar en amor. El ejemplo del amor de Cristo debe inspirarnos. Véanse Juan 15.9 y 12 y 1 Juan 3.16–18. Aquí Pablo describe a Cristo como la ofrenda a Dios de olor fragante, que trae gozo al corazón de Dios al darse a sí mismo por los pecadores.

Por supuesto, la clase correcta de amor implica que detestaremos ciertas cosas (Ro. 12.9). Hay algunos pecados que ni siquiera deben nombrarse entre los santos. En el versículo 4 Pablo no hace objeciones al humor, sino a las bromas inapropiadas y sucias. Por cierto que

ningún cristiano debe usar sus labios para esparcir cuentos cuestionables. Nunca deberíamos decir: «Tómelo con la debida cautela», debido a que nuestro hablar siempre debe estar sazonado con sal (Col 4.6). Los falsos maestros pueden decirle que usted puede ser cristiano y vivir en pecado habitual y deliberado; pero Pablo llama a estas enseñanzas «palabras deshonestas». Compárense los versículos 5 y 6 con Gálatas 5.21ss y 1 Corintios 6.9–10. Éramos «hijos de desobediencia» (2.1–3); ahora somos hijos de Dios y debemos andar en amor.

II. Andar en la luz (5.7–14)

La palabra que se traduce «partícipes» (v. 7) implica tener algo en común; y con frecuencia se traduce «comunión» o «compañerismo». Los cristianos son partícipes de: (1) la naturaleza divina, 2 Pedro 1.4; (2) las promesas de Dios, Efesios 3.6; (3) los sufrimientos de Cristo, 1 Pedro 4.13; (4) la santidad, Hebreos 12.10; (5) el llamamiento celestial, Hebreos 3.1; y (6) la gloria de Dios, 1 Pedro 5.1. Puesto que tenemos este maravilloso compañerismo con Dios, ¿cómo podríamos no llegar a asociarnos con los que pertenecen al pecado y a las tinieblas? «¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?», pregunta 2 Corintios 6.14. Somos hijos de luz y debemos andar en la luz. Las tinieblas engendran pecado y mentiras; el fruto de la luz (que sería una mejor traducción del v. 9) es bondad, justicia y verdad. La luz no puede entrar en componendas con las tinieblas; tan solo puede exponerla. Note Juan 3.19–21 y 1 Juan 1.5–10.

III. Andar cuidadosamente (5.15–17)

La palabra «con diligencia» (v. 15) lleva la idea de observar los alrededores con cuidado, como para no tropezar. Significa andar con inteligencia y no en ignorancia. ¡Cuán necio es andar a tropezones por la vida y nunca procurar conocer la voluntad del Señor! En lugar de andar «con exactitud» (que es equivalente de «con diligencia»), yerran el blanco, el camino, y acaban sufriendo en algún desvío. Dios quiere que seamos sabios y comprendamos su voluntad para nuestras vidas. A medida que obedecemos su voluntad, «aprovechamos las oportunidades» (aprovechando bien el tiempo, v. 16) y no desperdiciamos el tiempo, ni la energía, ni el dinero, ni el talento en lo que está fuera de su voluntad. Las oportunidades perdidas nunca se recuperan; han desaparecido para siempre.

IV. Andar en armonía (5.18–6.9)

Esta sección concluye en el capítulo 6 y trata sobre la armonía entre esposos y esposas, padres e hijos, y trabajadores y sus patrones.

El secreto de la armonía en el hogar y en el trabajo es ser llenos del Espíritu. Tanto la unidad de la iglesia como la armonía en el hogar dependen del Espíritu (4.3; 5.18). Es el poder desde adentro, no la presión de afuera, lo que mantiene unida a la iglesia y al hogar. Note las señales de la vida llena del Espíritu: gozo (v. 19), gratitud (v. 20), obediencia (v. 21ss). Compare Colosenses 3.15–17 y verá que cuando los cristianos están llenos de la Palabra de Dios tendrán las mismas características. En otras palabras, estar llenos del Espíritu de Dios quiere decir ser controlados por la Palabra de Dios. Las marcas del cristiano lleno del Espíritu no son experiencias emocionales desusadas, milagros o lenguas, sino más bien carácter cristiano.

El principio de la cabeza es lo que ayuda a traer armonía al hogar. «Como al Señor» es el motivo. Las esposas deben someterse a sus esposos como a Cristo; los esposos deben amar a sus esposas como Cristo ama a la Iglesia; y los hijos deben obedecer como al Señor. Los miembros de la familia que están bien con el Señor, estarán bien los unos con los otros.

A la Iglesia se le describe como la esposa de Cristo. Es interesante comparar la Iglesia con la primera esposa de la Biblia (Gn 2.18–25). Fue tomada del costado de Adán y a Cristo le abrieron el costado por nosotros en la cruz. A Eva la formaron mientras Adán dormía y Cristo experimentó el sueño de la muerte para crear a la Iglesia. Eva participaba de la naturaleza de Adán y la Iglesia participa de la naturaleza de Cristo (vv. 30–31). Eva fue el objeto del amor y cuidado de su cónyuge y Cristo ama a la Iglesia y la cuida. Adán estuvo dispuesto a convertirse en un pecador debido al amor que le tenía a su esposa (1 Ti 2.11–15) y Cristo voluntariamente fue hecho pecado debido a su amor por la Iglesia. Eva fue formada y traída a Adán antes que el pecado entrara en la familia humana; la Iglesia estaba en el corazón de Dios antes de la fundación del mundo. Nótese Romanos 7.4 y 2 Corintios 11.2 para ver la aplicación de esta verdad del matrimonio a cada creyente y a la iglesia local.

¿Cuál es el ministerio presente de Cristo a la Iglesia? Está santificando y purificando a la Iglesia mediante la Palabra de Dios y lo hace a través de la obra del Espíritu en sus siervos escogidos (4.11–16). El agua que se menciona en el versículo 26 no es el bautismo. Por un lado, Pablo está hablando de un proceso continuo y a ningún cristiano se le bautiza continuamente. El agua para el lavamiento es un símbolo de la Palabra de Dios (Jn 15.3; 13.1–12). Cuando Cristo lleve a su Iglesia a la gloria será entonces perfecta, sin mancha ni arruga. Véase Juan 17.22–24.

La Palabra no es sólo agua que limpia a la Iglesia, sino que es también el alimento que la nutre (v. 29). Es el alimento espiritual para la nueva naturaleza del creyente.

En 6.1–9 Pablo aplica la misma verdad a los hijos y a los siervos. Los hijos deben obedecer a sus padres por varias razones: (1) es lo correcto; (2) así se le ordena; (3) trae bendiciones. El padre que honra al Señor tendrá pocos problemas para ganarse el amor y respeto de sus hijos o el sincero amor de su esposa. En el versículo 4 Pablo también advierte a los padres a abstenerse de provocar a ira a los hijos mediante exigencias indebidas. La regla de oro se aplica al hogar y a los hijos se les debe tratar como a personas, no como cosas. Los padres deben disciplinar (criarlos) a sus hijos y aconsejarlos (amonestarlos) en el Señor.

Los siervos deben recordar que antes que todo sirven a Cristo. Ser de dos caras o tratar de servir a dos amos sólo creará problemas (Mt 6.24); la sencillez de corazón es aquel que su objetivo es agradar a Cristo y no ganar al mundo. «Sirviendo al ojo» quiere decir trabajar cuando el patrón está observando y darse a la ociosidad cuando se va; ¡pero si servimos a Cristo en el trabajo, nos damos cuenta de que Él siempre está observándonos!

EFESIOS 6

Esta sección final (6.10–24) nos dice cómo andar en victoria. Es triste cuando los creyentes no conocen las provisiones que Dios ha hecho para la victoria sobre Satanás. Cristo ha vencido por completo a Satanás y a sus huestes (Col 2.13–15; Ef 1.19–23) y su victoria es nuestra por fe.

I. El enemigo contra el cual luchamos (6.10–12)

Satanás es un enemigo fuerte, de modo que Pablo nos exhorta a que nos fortalezcamos. Pablo sabía que la carne es débil (Mc 14.38) y que podemos vencer únicamente en el poder de Cristo. Nótese que antes de que Pablo nos diga en el versículo 11 que estemos firmes, en el

versículo 10 nos ordena a fortalecernos. ¿Cómo recibimos esa fortaleza para estar firmes? Al darnos cuenta de que estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales muy por encima de todos los principados y potestades de Satanás (1.19–23) y que el mismo poder de Dios está a nuestra disposición mediante el Espíritu que mora en nosotros (3.14–21). Debemos sentarnos antes de poder caminar y debemos andar antes de poder estar firmes. Debemos entender nuestra posición espiritual antes de que podamos tener poder espiritual.

Muchos eruditos bíblicos creen que Satanás fue el querubín ungido al que Dios puso a cargo de la tierra recientemente creada (Ez 28.11–19). Por su orgullo cayó (Is 14.9ss) y arrastró consigo una multitud de seres angélicos que ahora forman su ejército de principados y potestades. Satanás tiene acceso al cielo (Job 1–3), pero un día lo echarán fuera (Ap 12.9ss). Es el engañador (2 Co 11.3) y el destructor (Ap 9.11, donde Abadón significa «destructor»), porque se presenta como serpiente y como león (1 P 5.8–9). Los cristianos debemos darnos cuenta de que no luchamos contra sangre y carne, sino contra «el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Ef 2.2). Así como el Espíritu de Dios opera en los creyentes para hacerlos santos, el espíritu de desobediencia (Satanás y sus demonios) opera en los incrédulos. Qué necio es luchar contra sangre y carne cuando el enemigo real está usando simplemente la carne y la sangre para obstruir la obra del Señor. Esta fue la equivocación que Pedro cometió en el huerto del Getsemaní cuando trató de vencer al diablo con la espada (véase Mt 26.51). Moisés cometió la misma equivocación cuando mató al egipcio (Hch 7.23–29). La única manera de luchar contra los enemigos espirituales es con las armas espirituales: la Palabra de Dios y la oración.

Debemos estar alertas contra las asechanzas del diablo (Ef 6.11), lo cual significa su estrategia, sus maquinaciones (2 Co 2.11) y artimañas (1 Ti 3.7). Es el gobernador de las tinieblas y usa a las tinieblas (ignorancia y mentiras) para promover su causa (2 Co 4.1ss; Lc 22.53).

II. El equipo que usamos (6.13–17)

Es importante que el cristiano «no le dé lugar al diablo» (4.27), o sea, que no deje ningún área desprotegida como para que Satanás encuentre una rendija para meter el pie. La armadura que Pablo describe es para protección; la espada (la Palabra de Dios) es para la batalla real. Cada parte de la armadura espiritual nos dice lo que los creyentes deben tener para estar protegidos contra Satanás:

Verdad: Satanás es un mentiroso, pero el cristiano que conoce la verdad no será engañado.

Justicia: Esto quiere decir el andar diario consistente del cristiano. Satanás es el acusador (Ap 12.10), pero el creyente que anda en la luz no le dará a Satanás oportunidad para atacar. Estamos en la justicia imputada de Cristo y andamos en la justicia impartida del Espíritu Santo.

Paz: Satanás divide y destruye. Cuando el creyente anda en la senda de paz, el camino del evangelio, Satanás no puede alcanzarlo. Los pies del cristiano deben estar limpios (Jn 13), ser hermosos (Ro 10.15) y calzados con el apresto del evangelio. Los cristianos que están listos para testificar de Cristo tendrán un tiempo más fácil para derrotar al maligno.

Fe: Satanás es la fuente de la incredulidad y la duda. «¿Conque Dios os ha dicho?», es su pregunta favorita (Gn 3.1). La fe es lo que vence a cualquier enemigo (1 Jn 5.4). A medida que el creyente usa el escudo de la fe, apaga los dardos de fuego de la incredulidad y la duda.

Salvación: Este versículo (17) quizás se refiera a nuestra suprema salvación cuando Cristo vuelva (véase 1 Ts 5.8). El creyente cuya mente está fija en la inminente venida de Cristo no caerá en las trampas de Satanás. La esperanza bendita debe ser como un casco que protege la mente y el entendimiento. A Satanás le encantaría hacernos creer que Cristo no va a regresar y que tal vez no sea hoy en día. Lea Mateo 24.45–51 para ver lo que le sucede a la persona que se quita el yelmo de la salvación.

Estos componentes de la armadura son para la protección del creyente; la espada del Espíritu y la oración son las armas para atacar las fortalezas de Satanás y derrotarlo. El cristiano debe luchar contra los enemigos espirituales con armas espirituales (2 Co 10.4) y ¡la Palabra de Dios es la única espada que necesitamos! La espada de Dios tiene vida y poder (Heb 4.12) y nunca pierde su filo. Los cristianos conquistan a medida que comprenden, memorizan y obedecen la Palabra de Dios.

III. La energía que usamos (6.18–24)

La armadura y las armas no son suficientes para ganar una batalla; tiene que haber energía para hacer el trabajo. Nuestra energía viene de la oración. Usamos la espada del Espíritu y oramos en el Espíritu: el Espíritu Santo nos fortalece para que ganemos la batalla. Lea de nuevo Efesios 3.14–21 y atrévase a creerlo. La Palabra y la oración son dos recursos que Dios le ha dado a la Iglesia para vencer al enemigo y ganar territorio para la gloria de Dios. Note Hechos 20.32 y 6.4; también 1 Samuel 12.23.

Los soldados cristianos deben orar con sus ojos abiertos. «Velar y orar» es el secreto de Dios para vencer al mundo (Mc 13.33), la carne (Mc 14.38) y al diablo (Ef 6.18). También debemos «velar y orar» por oportunidades para servir a Cristo (Col 4.2, 3).

No debemos orar sólo por nosotros mismos, sino también por los soldados hermanos (6.19ss). Pablo nunca fue demasiado orgulloso como para no pedir oración. Quería tener el poder para ser capaz de dar a conocer el misterio (véase 3.1–12), el mismo mensaje que lo llevó a la prisión. «Embajador en cadenas» es un título peculiar, sin embargo, eso es exactamente lo que Pablo era. Encadenado a un soldado romano diferente cada seis horas Pablo tenía una excelente oportunidad para testificar de Cristo.

Pablo concluye esta magnífica epístola con varios asuntos personales, sabiendo que sus amigos desearían saber su condición. Sin duda, podrían orar más inteligentemente por él si sabían sus necesidades. Pero Pablo quiere darles consuelo también (v. 22). Pablo era un verdadero santo, tomando de la provisión de Dios para todas sus necesidades.

Filipenses

Bosquejo sugerido de Filipenses

I. Un solo sentir (1)
   - A. La comunión del evangelio (1.1–11)
   - B. El progreso del evangelio (1.12–26)
   - C. La fe del evangelio (1.27–30)

II. Un sentir sumiso (2)
   - A. El ejemplo de Cristo (2.1–11)

B. El ejemplo de Pablo (2.12–18)
C. El ejemplo de Timoteo (2.19–24)
D. El ejemplo de Epafrodito (2.25–30)

III. Un sentir espiritual (3)
A. El pasado del cristiano: salvación (3.1–11)
B. El presente del cristiano: santificación (3.12–16)
C. El futuro del cristiano: glorificación (3.17–21)

IV. Un sentir confiado (4)
A. La presencia de Dios: «está cerca» (4.1–5)
B. La paz de Dios (4.6–9)
C. El poder de Dios (4.10–13)
D. La provisión de Dios (4.14–23)

Notas preliminares a Filipenses

I. La ciudad

Filipos era una colonia romana, gobernada por leyes romanas y sujeta al gobierno de Roma. Era una pequeña Roma en medio de una cultura griega, así como la Iglesia es una «colonia del cielo» aquí en la tierra (Flp 3.20, nótese «ciudadanía»). La ciudad original, nombrada en honor al rey Felipe de Macedonia, quien la conquistó arrebatándosela a los tracianos, era notoria tanto por su oro como por su agricultura. Su suelo era muy fértil. Busque en un mapa su ubicación en Macedonia.

II. La iglesia

La primera iglesia que se fundó en Europa la organizó Pablo en Filipos (véase Hch 16) en su segundo viaje misionero. Después que Pablo siguió hasta Tesalónica, los creyentes filipenses le enviaron ayuda económica (Flp 4.15; véase 2 Co 11.9). Cinco años más tarde, durante su tercer viaje misionero, Pablo visitó Filipos camino a Corinto, y luego en su viaje de regreso (Hch 20.1–6). Había un profundo cariño entre Pablo y la gente de Filipos. ¡Sin duda que esta iglesia le dio al apóstol muy pocos problemas! ¡No es de sorprenderse que disfrutaba con su compañerismo y comunión!

III. La carta

La iglesia había oído del arresto domiciliario de Pablo en Roma y quería enviarle ayuda. Mandaron a uno de sus hombres (tal vez un anciano) llamado Epafrodito para que le llevara una ofrenda al necesitado apóstol en Roma. El viaje de Filipos a Roma usualmente llevaba un mes. Epafrodito se quedó con Pablo en Roma y le ministró a él y junto a él, a tal punto, que se enfermó (Flp 2.25–30). Evidentemente cuando Pablo escribió su reconocimiento a la iglesia mencionó la enfermedad de su amigo. La iglesia entonces se preocupó tanto por él como por Pablo. Es también posible que Epafrodito se haya quedado con Pablo demasiados meses y la iglesia le criticó por su tardanza. En cualquier caso, cuando Epafrodito recuperó su fuerza, Pablo le envió de regreso con la carta que nosotros conocemos como la epístola a los Filipenses. Pablo tenía varios propósitos en mente cuando escribió la carta: (1) explicar sus circunstancias a sus amigos preocupados por él; (2) explicar la situación de Epafrodito y defenderlo de los que lo criticaban; (3) agradecerles de nuevo a los filipenses por su generosa ayuda; (4) animarles en la vida cristiana; (5) estimular la unidad de la iglesia.

IV. El énfasis

Uno de los temas clave de Filipenses es el gozo. El «gozo» se menciona, de una manera u otra, diecinueve veces en estos cuatro breves capítulos. Otro énfasis es el sentir. Al leer Filipenses, nótese cómo Pablo habla acerca del pensar. Podemos resumir el tema del libro como «el sentir semejante al de Cristo que trae el gozo cristiano». En cada capítulo Pablo describe la clase de sentir que los cristianos deben tener para disfrutar la paz y el gozo de Cristo. Es cierto que nuestros pensamientos tienen una gran influencia en nuestras vidas y el pensamiento equivocado conduce a vivir equivocadamente. Debemos notar cuatro aspectos del sentir, como lo señala el bosquejo que hemos sugerido: un solo sentir, el sentir sumiso, el sentir espiritual y el sentir confiado.

Por supuesto, no debemos concluir que esta es la única lección que se puede obtener de esta maravillosa carta. Pablo nos enseña mucho respecto a Cristo en esta epístola: Él es nuestra vida (cap. 1), nuestro ejemplo (cap. 2), nuestra meta (cap. 3) y nuestra fuerza (cap. 4). La palabra «pecado» no se menciona en ninguna parte en Filipenses y la única sugerencia de tristeza se halla en 3.18, donde Pablo llora por los que profesaban ser cristianos, pero tenían una mente mundana y por eso deshonraban a Cristo.

FILIPENSES 1

Las circunstancias de Pablo eran desde luego cualquier cosa ¡menos gozosas! Lo arrestaron ilegalmente, lo llevaron a Roma y estaba esperando el juicio. Había división entre los cristianos allí (1.14–17) y algunos trataban de empeorarle las cosas. ¿Cómo podía tener gozo en medio de circunstancias tan desagradables? Tenía «un sólo sentir», su preocupación no era por él, sino por Cristo y el evangelio. En este capítulo menciona cinco veces al evangelio (vv. 5, 7, 12, 17, 27) y a Cristo ¡diecisiete veces! Pablo miraba a las circunstancias como algo enviado por Dios (v. 13) con el propósito de exaltar a Cristo (v. 20). Si Pablo hubiera sido de doble ánimo se hubiera quejado debido a que la vida era tan molesta. Tener un solo sentir es preocuparse por las siguientes tres prioridades.

I. La comunión del evangelio (1.1–11)

Estar «en Cristo» y ser parte de la comunión cristiana es una fuente de gozo cuando las cosas se ponen difíciles. Aquí está Pablo, prisionero en Roma, y sin embargo regocijándose de la comunión en el evangelio. Tres frases resumen su actitud gozosa.

A. «Los tengo en mi mente» (vv. 1–6).

Pablo no pensaba en sí mismo; en lugar de eso pensaba en sus amados santos (los apartados) en la distante Filipos. Todo recuerdo era una bendición para él, incluso el sufrimiento que experimentó en la cárcel de Filipos (Hch 16). Al orar por ellos se regocijaba de su salva-

ción y crecimiento. Sabía que lo que Cristo comenzó en sus vidas, lo perfeccionaría, porque Él es el Alfa y la Omega, el Autor y Consumador de nuestra fe (Ap 1.8; Heb 12.1, 2).

B. «Los tengo en mi corazón» (vv. 7–8).

La iglesia filipense se componía de un grupo mixto de personas, pero unidos en amor. Entre ellos estaba la acomodada Lidia, el carcelero, la muchacha esclava (todos mencionados en Hch 16), más otros creyentes, la mayoría gentiles. Participaban en el ministerio del evangelio junto a Pablo; sus corazones estaban unidos en su amor por Cristo y del uno para el otro. ¡Qué diferencia con la iglesia de Corinto! (2 Co 12.20, 21).

C. «Los tengo en mis oraciones» (vv. 9–11).

Pablo siempre buscaba tiempo para orar por las personas; su oración aquí es para que pudieran tener vidas plenas. ¡Un cristiano vacío es una tragedia! Pablo oraba para que pudieran llenarse de amor y discernimiento; que pudieran ser fieles en su andar diario; y que llevaran fruto en el servicio cristiano. Esta fue una oración por madurez cristiana.

II. El progreso del evangelio (1.12–26)

Nótese cómo Pablo describe todo el sufrimiento que había atravesado; llama a estas aflicciones «las cosas que me han sucedido» (v. 12). La mayoría de nosotros hubiéramos entrado en lujo de detalles respecto al naufragio y a las cadenas, pero Pablo no. Su deseo era honrar a Cristo y promover el evangelio.

A. Ponía a Cristo primero (vv. 12–21).

¿Estaban las cadenas en sus muñecas? Estaban en sus «prisiones[...] en Cristo». ¿Estaban sus enemigos causando problemas por su predicación egoísta? «¿Qué, pues? ¡Están predicando a Cristo!» ¿Estaban sus amigos preocupados por él y orando por él? «¡Excelente! ¡Esto exalta a Cristo!» ¿Existía la posibilidad de que muriera? «¡Entonces Cristo será magnificado por vida o por muerte!» Esto es un solo sentir: poner a Cristo y al evangelio por encima de cualquier otra cosa.

Cuando pongamos a Cristo en cualquier circunstancia, tendremos gozo. Pablo no era el prisionero de Roma; era «prisionero de Cristo Jesús» (Ef 3.1; 4.1). Los soldados encadenados a sus muñecas no eran guardias; eran almas por las cuales Cristo murió. Pablo tenía una «audiencia cautiva», y por 1.13 y 4.22 concluimos que ganó a algunos de ellos para Cristo. El cristiano de un solo sentir no permite que las circunstancias le venzan; convierte las mismas en oportunidades para magnificar a Cristo y ganar almas.

B. Ponía a otros en segundo lugar (vv. 22–26).

El egoísmo siempre alimenta la infelicidad. Pablo tenía gozo porque amaba a otros. Oraba por ellos, los animaba y procuraba darles gozo. A Pablo le encantaba ayudar a los demás. A pesar de que anhelaba estar con Cristo, deseaba fervientemente permanecer y ayudar a estos creyentes a crecer en Cristo.

C. Se ponía a sí mismo en último lugar.

Su cuerpo no era suyo; su futuro no le pertenecía; su reputación era la de Cristo. En contraste, cuando nosotros nos ponemos primero, eso siempre acarrea miseria.

Siempre que las dificultades afecten nuestras vidas, debemos asegurarnos de que tenemos un solo sentir que dice: «Señor, cualquier cosa que venga quiero que Cristo sea glorificado». Este es el secreto del gozo cristiano.

III. La fe del evangelio (1.27–30)

Hay batallas que emprender en la vida cristiana, y Pablo nos advierte aquí que los enemigos nos atacarán. Los nuevos cristianos atraviesan estas tres etapas: (1) llegan a ser hijos de la familia (la comunión del evangelio); (2) llegan a ser siervos (el progreso del evangelio); y entonces (3) llegan a ser soldados (la fe del evangelio). Satanás está tratando de derrotar a la Iglesia, y los cristianos deben tener un solo sentir para hacerle frente y «pelear la buena batalla de la fe». Pablo da varias exhortaciones para animar al cristiano a defender la fe del evangelio.

A. «Ustedes no están solos» (v. 27).

Qué maravilloso es saber que otros están a nuestro lado mientras libramos las batallas de la vida. No hay sustituto para la unidad y la armonía en la iglesia cristiana. Satanás es el gran divisor y destructor; Cristo es el unificador y el edificador.

B. «Ustedes están del lado ganador» (v. 28).

«¡No permitan que el enemigo les atemorice!», aconseja Pablo. «¡Él sabe que está perdiendo y ustedes están ganando!» La unidad y la fe de los creyentes es un «indicio» (clara señal) para el enemigo de que lleva las de perder.

C. «Es un privilegio sufrir por Cristo» (vv. 29–30).

Es maravilloso creer en Cristo y recibir el regalo de la salvación, pero hay otro obsequio: Sufrir por Jesús. Filipenses 3.10 destaca que nuestro sufrimiento es en comunión con Él; véase también Hechos 5.41. ¡Qué privilegio seguir en el entrenamiento de tales santos como Pablo cuando sufrimos por Jesús!

Pero, ocurra lo que ocurra, un cristiano siempre debe actuar como tal. «Que su comportamiento sea tal que pueda ser identificado con el evangelio», advierte Pablo en 1.27. Alguien le preguntó una vez a Gandhi: «¿Cuál es el más grande obstáculo para las misiones cristianas en la India?» Gandhi replicó: «Los cristianos». Tal crítica pudiera aplicarse a cristianos de otras tierras. Incluso en medio de la batalla debemos comportarnos como cristianos.

En medio de los problemas Pablo mostraba tranquila confianza. Estaba seguro de que los filipenses continuarían en su andar cristiano (v. 6); se regocijaba de que sus tribulaciones daban nuevo ánimo a los creyentes de Roma (v. 14); y confiaba en que saldría adelante de esas tribulaciones y volvería otra vez a sus amigos (v. 25). Esta es la bendición de un solo sentir: esa confianza gozosa en Dios, sabiendo que Él está en control de la situación.

Las circunstancias pueden hacernos perder nuestro gozo, pero las personas también pueden traernos problemas que nos roban el gozo. Cuántas veces perdemos nuestra paz debido a lo que la gente dice o hace. El mejor remedio para estas dificultades es el sentir sumiso, humilde, que procura honrar sólo a Cristo. El orgullo es la causa de mucha intranquilidad y contención (lea Stg 4), pero la humildad trae paz y gozo. Pablo nos da cuatro ejemplos para que los sigamos de manera que logremos un sentir sumiso.

I. El ejemplo de Cristo (2.1–11)

En este pasaje hay una sugerencia de desunión en la iglesia filipense (véase también 4.1–3). Pablo hace un llamamiento basándose en la experiencia cristiana de ellos, a que tengan un solo sentir y unanimidad de corazón, y que pongan a los demás antes que a ellos mismos. ¿Qué motivos hay para la unidad en la iglesia? Cristo es el gran incentivo; si estamos en Cristo, ¡debemos poder vivir los unos con los otros! Otros incentivos incluyen el amor, la comunión del Espíritu, los deseos profundamente arraigados que tenemos en Cristo y el gozo que podemos dar a otros. Pablo vio rencilla y ambición egoísta entre los creyentes romanos (1.14–17) y advierte que esto no debe estar presente en Filipos. «Sentir humilde» es el que no piensa en sí mismo, sino en Cristo y en los demás. «La humildad no es pensar mal de uno mismo, es no pensar en uno mismo». Pablo señala la actitud de Cristo antes de su encarnación. ¿Estaba tratando de aferrarse egoístamente a sus privilegios como Dios? ¡No! Voluntariamente dejó a un lado su gloria y «se vistió» en forma de siervo. No dejó de ser Dios, sino que dejó a un lado su gloria y el uso independiente de sus atributos como Dios. Su vida como el Dios-Hombre en la tierra estaba sujeta por completo al Padre. «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8.29). Jesús se humilló a sí mismo para venir a ser carne y luego para ser hecho pecado al ir voluntariamente a la cruz.

Pero la experiencia de Cristo prueba que la exaltación siempre sigue a la humillación. «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo», promete 1 Pedro 5.6. La persona que se autoexalta será humillada (Lc 14.11). ¿Recuerda lo que le pasó a Faraón, al rey Saúl, Nabucodonosor, Amán y Herodes? Nosotros no adoramos a un «bebé en un pesebre» ni a un «sacrificio en una cruz»; adoramos a un Señor exaltado sentado en el trono del universo. La vida, muerte y resurrección de Cristo probaron eternamente que la manera de ser exaltado es humillarse ante Dios. No hay gozo o paz en el orgullo y la vanagloria. Cuando tenemos el sentir sumiso que Cristo tenía, tendremos el gozo y la paz que sólo Él puede dar.

II. El ejemplo de Pablo (2.12–18)

Siempre que hay un sentir sumiso habrá sacrificio y servicio. Esto fue cierto en Cristo (vv. 7–8), Pablo (v. 17), Timoteo (vv. 21–22) y Epafrodito (v. 30). Un solo sentir lleva a un sentir sumiso: conforme procuramos vivir por Cristo vivimos por otros. ¡Cuán cierto fue esto en la vida de Pablo! ¿El secreto? Los cristianos le permiten a Dios obrar en ellos. La carne no puede «producir» humildad o consagración; esto debe venir desde adentro por el poder del Espíritu. Dios obra en nosotros antes de obrar por medio nuestro, y usa la Palabra (1 Ts 2.13), el Espíritu (Ef 3.16, 20–21) y la oración.

Pablo nos da varios cuadros de cristianos que tienen un sentir sumiso. Los describe como hijos obedientes de Dios, procurando honrar al Padre; como estrellas brillando en un mundo oscuro; como atletas que le extienden el testigo al siguiente corredor. En los versículos 17–18 Pablo se autodescribe como la ofrenda de libación que se derrama sobre el altar. Donde hay un sentir sumiso y humilde debe haber sacrificio y servicio.

III. El ejemplo de Timoteo (2.19–24)

Pablo llama a Timoteo su «hijo en la fe» debido a que había ganado a este joven para Cristo (véanse Hch 16.1–5; 2 Ti 1.1–6; 1 Co 4.15–17). Como Pablo, Timoteo vivía para otros, no para sí mismo. Demasiados cristianos viven de la manera en que se habla en Filipenses 2.21 ¡en lugar de vivir como dice Filipenses 1.21! Timoteo era un ayudante y representante de Pablo, y había demostrado ser fiel al Señor. Aunque era un joven, sabía cómo servir a Cristo y estaba dispuesto a sacrificarse por Él.

Pablo no llamó a Timoteo al servicio de inmediato; le dejó que se quedara en casa y creciera durante cinco o seis años. Timoteo tenía un buen testimonio de servicio en su propio lugar cuando Pablo lo añadió a su personal misionero (Hch 16.2; 1 Ti 3.6, 7). Es peligroso darles a los nuevos cristianos tareas importantes de inmediato.

IV. El ejemplo de Epafrodito (2.25–30)

A. Era un cristiano equilibrado (v. 25).

Era un hermano, lo que quiere decir que conocía la comunión del evangelio; un compañero de labores, lo que lo unía al progreso del evangelio; y un compañero de milicia, lo que quiere decir que sabía cómo batallar por la fe del evangelio. ¡Qué fácil les resulta a los cristianos perder el equilibrio! Algunos piensan sólo en el compañerismo, la hermandad, y no tienen tiempo para ganar almas ni luchar contra el enemigo. Otros están tan involucrados en el servicio que se olvidan de la comunión. Esta fue la equivocación de Marta (Lc 10.38–42). También hay quienes están siempre luchando, tanto, que descuidan el compañerismo y el servicio. Necesitamos ser cristianos equilibrados.

B. Era un cristiano preocupado (vv. 26–27).

Tenía un sentir sumiso y pensaba en los demás, no en sí mismo. Aunque se enfermó y casi muere, su preocupación era Pablo y la iglesia que había dejado en Filipos. Necesitamos más cristianos que se preocupen no solamente por las misiones foráneas, sino también por sus iglesias locales.

C. Era un cristiano bendecido (vv. 28–30).

¡Qué bendición fue Epafrodito para Pablo! Cómo debe haber animado a Pablo en esos días difíciles al orar y laborar juntos. También fue una bendición para su iglesia. Fue quien hizo posible que los filipenses participaran en el importante ministerio de Pablo. Es más, ¡Epafrodito es bendición para nosotros hoy en día! Aquí estamos, siglos más tarde, estudiando su carácter y beneficiándonos de su vida y ministerio.

Los siervos fieles de Cristo deben honrarse de la manera correcta. «Recibidle, pues, en el Señor» es la admonición de Pablo. Véase 1 Tesalonicenses 5.12, 13. «Tened en estima a los que son como él» (v. 29) de ninguna manera contradice 2.7: «se despojó a sí mismo». La frase en 2.7 literalmente significa que Cristo se vació a sí mismo. Pablo le dijo a la iglesia que mostrara el debido honor a su líder porque se había arriesgado «exponiendo su vida» (v. 30) por servir a Pablo.

¡Qué diferente es que ejerzamos el sentir sumiso, el mismo que hay en Cristo! Al andar por vista, como lo hacemos, pensamos que humillarnos es perder; sin embargo, la Palabra enseña que la única manera de subir es bajar. Cristo fue sumiso y Dios le exaltó a lo sumo. Pablo, Timoteo y Epafrodito también lo fueron y recibieron honra por su sacrificio y servicio. La mejor manera de lograr la victoria sobre las personas y el orgullo es el sentir sumiso, el de Cristo. Y lo recibimos sólo en la medida en que le permitimos al Espíritu y a la Palabra obrar en nuestras vidas (vv. 12–13).

FILIPENSES 3

Demasiados cristianos se involucran en las «cosas» y pierden el gozo y la paz que deben tener en Cristo. «Sólo piensan en lo terrenal» (3.19) y les falta el sentir espiritual del creyente consagrado. Nótese cuántas veces se usa en este capítulo la palabra «cosas». Aquí Pablo describe la mente espiritual, la que piensa los pensamientos de Dios y se dirige hacia las metas de Dios. Léase en Romanos 8.1–17 más acerca de la mente espiritual. En este capítulo Pablo describe su pasado, presente y futuro, una biografía completa de la vida cristiana.

I. Salvación: El pasado del cristiano (3.1–11)

Pablo era religioso antes de ser salvo, pero su religión no pudo salvarle. ¡Tuvo que perder su religión para hallar la vida eterna! Este capítulo lo inicia advirtiendo a los creyentes en contra de la religión separada de Cristo. Los judíos llamaban «perros» a los gentiles, pero aquí Pablo usa el término «perros» para describir a los maestros judíos que enfatizaban la circuncisión y guardar la ley. (Hallamos a estos sujetos en Hechos 15 y Gálatas.) A decir verdad, ni siquiera llama «circuncisión» al rito; lo llama «mutilación», que significa «un corte en la carne». La verdadera adoración es en el Espíritu (Jn 4.20–24) y no en la carne; honra a Jesucristo, no a los líderes religiosos; depende de la gracia de Dios, no de la fuerza carnal. Mucho de lo que pasa por fe cristiana en este mundo es realmente sólo religión carnal.

Pablo tenía la mejor reputación posible como rabí judío. Por nacimiento y educación sobrepasaba con mucho a todos sus amigos (véase Gl 1.11–24). También era sincero; su religión judía significaba para él vida o muerte. Era tan sincero que incluso perseguía a quienes diferían con él. Si alguien pudiera llegar al cielo en base a su carácter y religión, ese sería Pablo, y sin embargo, ¡sin Jesucristo era un pecador perdido! ¡Cuando halló a Cristo, consideró todos sus logros carnales como mera basura! «Las he estimado» (v. 7) es la manera en que Pablo lo dice. Lo midió cuidadosamente, se vio por lo que era y decidió que toda su religión y honores mundanos no valían la pena. ¡Él quería a Cristo!

¿Qué obtuvo mediante su fe en Cristo? Justicia, por un lado (v. 9). Pablo tenía abundancia de justicia legal (v. 6), pero le faltaba la verdadera que Dios exige y que sólo Él puede dar. Una cosa es ser lo suficientemente religioso como para entrar en la sinagoga y otra muy diferente ser lo suficientemente justo como para entrar al cielo. Pablo también obtuvo conocimiento personal de Cristo. La salvación no es saber acerca de Cristo; es conocerle a Él (Jn 17.3). Pablo también experimentó el poder de la resurrección (véase Ef 3.14ss) en su vida. Añadido a estas bendiciones estaba el privilegio de sufrir por Cristo (Flp 1.29). Finalmente, mediante Cristo recibió una nueva promesa: la «resurrección de entre los muertos» (v. 11). Los judíos creían en la resurrección, o sea, una resurrección general al final de la edad; pero Cristo introdujo una resurrección del justo de entre los muertos. A esta se le llama la primera resurrección (1 Ts 4.13–18; Ap 20.5). Cuando Pablo dice: «Si en alguna manera» no sugiere incertidumbre, sino humildad. ¡Pensar que él, un homicida, participaría en esa gloriosa resurrección!

II. Santificación: El presente del cristiano (3.12–16)

En la sección anterior Pablo es un «tenedor de libros espiritual» calculando sus ganancias y pérdidas. En esta sección es un corredor, esforzándose por alcanzar la recompensa. La ilustración del corredor es una de sus favoritas (véanse 1 Co 9.25–27; 1 Ts 2.19, 20; Heb 12.1–3; 2 Ti 2.5). Por supuesto, Pablo no sugiere que corramos para entrar en el cielo. Los corredores olímpicos de la antigua Grecia tenían que ser ciudadanos de la nación que representaban. También tenían que ser hombres libres, no esclavos. El pecador inconverso es un esclavo, pero el cristiano es ciudadano del cielo (3.20) y ha sido hecho libre por Cristo. A cada cristiano se le da un lugar especial en la «pista» para su propio servicio y cada uno tiene una meta establecida por Cristo. Nuestra tarea en la vida es «asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (v. 13). Pablo no habla respecto a la salvación sino a la santificación: el crecimiento y progreso en la vida y el servicio cristianos.

¿Cómo alcanzamos la meta que Dios ha fijado para nosotros? Por un lado, debemos ser sinceros con nosotros mismos y admitir dónde estamos, como Pablo declaró: «No que lo haya ya alcanzado» (v. 12). Luego, debemos poner nuestros ojos de fe en Cristo y olvidarnos del pasado: los pecados y fracasos pasados, y también los éxitos pasados. Debemos proseguir en su poder. La vida cristiana no es un juego; es una carrera que exige lo mejor que haya en nosotros: «esto hago» (v. 13). Demasiados cristianos llevan vidas divididas. Una parte disfruta de las cosas del mundo y la otra trata de vivir para el Señor. Se vuelven ambiciosos por las «cosas» y empiezan a preocuparse por ambiciones terrenales. Nuestro llamamiento es un «supremo llamamiento» y un «llamamiento celestial»; y si vivimos para este mundo, perdemos la recompensa que va con nuestro supremo llamamiento.

III. Glorificación: El futuro del cristiano (3.17–21)

Nada mantendrá espiritual a nuestra mente más que esperar la venida de Cristo. «¡Cuidado con la multitud del mundo!», advierte Pablo a sus lectores. Aquí expresa gran tristeza en una carta que de otra manera sería llena de gozo. Pablo llora por los que se dicen ser cristianos, pero cuyas vidas llevaban el fruto de una mente mundanal. Los describe: (1) «sólo piensan en lo terrenal», lo que quiere decir que piensan únicamente en este mundo y lo que este les ofrece; (2) viven para la carne, porque su dios es su estómago; y (3) ¡su fin es la destrucción! Estas personas eran enemigos de la cruz de Cristo. La cruz derrotó al mundo y a la carne; la cruz habla de sacrificio y sufrimiento; sin embargo, estas personas vivían para el mundo y sólo buscaban autocomplacerse. ¡Qué cosa tan terrible ser enemigo de la cruz y sin embargo decir ser cristiano!

Nuestra ciudadanía está en el cielo (v. 20). Cuando las personas llegan a ser miembros de la familia de Dios sus nombres son escritos en el cielo (Lc 10.20). Llegan a ser ciudadanos del cielo. Esto quiere decir que viven para la gloria del cielo y no para la alabanza de esta tierra. Cada ciudadano debe honrar a su patria y ¡de seguro que el cristiano honrará al cielo! La gente en Filipos estaba gobernada no por las leyes de Macedonia, sino por las romanas; de la misma manera la Iglesia vive por las leyes del cielo. Filipos era una colonia de Roma en Macedonia y los cristianos formamos la colonia del cielo en la tierra. Muchas veces las leyes del cielo estarán en conflicto con las de la tierra, pero nuestra responsabilidad es obedecer a Dios, no a los hombres.

¡Qué futuro bendito tiene el ciudadano del cielo! Pablo proclama que «seremos como Él es». Este cuerpo «de humillación» será cambiado para ser su cuerpo glorioso. Lea en I Tesalonicenses 4.13–18, qué feliz acontecimiento será para el santo el regreso de Cristo. Por supuesto, será un día de resurrección y reunión, pero también será de reconocimiento y recompensa. Ojalá seamos hallados fieles a Él y no avergonzados en su venida (I Jn 2.28–3.3).

FILIPENSES 4

¡Ansiedad, afán, preocupación! ¡Cuántos cristianos pierden su gozo y paz debido a la ansiedad! En este capítulo Pablo nos dice que la mente segura, la mente que la paz de Dios guarda, nos libra de la preocupación. Por supuesto, el creyente que no tiene un solo sentir (cap. 1), ni el sentir sumiso (cap. 2), ni el sentir espiritual (cap. 3), nunca puede tener el sentir confiado. Debemos primero vivir la vida que Pablo describe en los tres capítulos anteriores antes de recibir las promesas y provisiones de este capítulo final.

¿Qué es la ansiedad? La palabra castellana significa un estado de agitación, inquietud o zozobra. La ansiedad ciertamente ataca a la persona física, emocional y espiritualmente. El término bíblico «estar afanosos» significa literalmente «destrozarse». La ansiedad viene cuando los pensamientos de nuestra mente y los sentimientos del corazón tiran hacia diferentes direcciones y «nos destrozan». La mente piensa respecto a los problemas y estos sentimientos pesan en el corazón creando un círculo vicioso que destruye nuestro estado emocional. Nuestra mente nos dice que no deberíamos afanarnos, pero a menudo no podemos controlar la ansiedad de nuestros corazones. Antes de poder disfrutar de la paz tenemos que romper este círculo de ansiedad.

¿Qué provoca la ansiedad? Actitudes y pensamientos equivocados hacia las personas, las circunstancias o las cosas. Nótese aquí, en el capítulo 4, que Pablo no se afana con respecto a las personas (vv. 1–5), ni por las circunstancias (vv. 10–13), ni por las cosas materiales de la vida (vv. 14–19). Por supuesto, tenía un solo sentir como en el capítulo 1 y ganaba la victoria sobre las circunstancias; tenía la sumisión del capítulo 2 y triunfaba sobre las personas problemáticas; y tenía el sentir espiritual del capítulo 3 y triunfaba sobre las circunstancias físicas. De modo que era natural que tuviera el sentir confiado del capítulo 4. Su mente y corazón estaban en paz y ni las personas, ni las circunstancias, ni las cosas podían perturbarlo. En este capítulo Pablo nos da el remedio cuádruple de Dios para la ansiedad.

I. La presencia de Dios (4.1–5)

«El Señor está cerca» no quiere decir que «su venida está cerca», sino que Él está cerca para ayudarnos ahora mismo. Evodia y síntique (v. 2) eran dos mujeres de la iglesia filipense que peleaban entre sí y Pablo las anima a que arreglaran las cosas. Recuerde esto: la ansiedad con frecuencia viene cuando no arreglamos las cosas con las personas. Debemos enfrentar con sinceridad las diferencias y hacer lo que Dios quiere que hagamos (véase Mt 18.15–17).

«Gentileza» en el versículo 5 significa «dulzura razonable». Es maravilloso cuando los cristianos pueden tener convicciones y no obstante es fácil llevarse con ellos. Si tenemos presente que el Señor está con nosotros en toda circunstancia, es fácil obedecerle y llevarse bien con otras personas. Si nos regocijamos en Él y fijamos nuestros ojos en Él en lugar de fijarlos en las personas, tendremos su gozo y paz. Nótese las admoniciones que Pablo da: estar firmes en el Señor; tener un mismo sentir en el Señor; regocijarse en el Señor; el Señor está cerca. Esto es «practicar la presencia de Cristo», verle en toda situación de la vida y dejarle que obre su perfecta voluntad.

II. La paz de Dios (4.6–9)

«Paz con Dios» es el resultado de la fe en Cristo (Ro 5.1); «la paz de Dios» y la presencia del «Dios de paz» vendrán cuando el creyente practique las cosas correctas, ora en forma correcta y vive correctamente. La ansiedad es tensión entre la mente y el corazón. La paz de Dios guarda (como centinela) nuestros corazones y mentes si llenamos las condiciones que Él impone.

A. Orar correctamente (vv. 6–7).

No un simple orar, sino orar correctamente. En ninguna parte de la Biblia se dice que cualquier clase de oración traerá paz a nuestros corazones. ¿Qué es orar correctamente? Empieza con adoración, porque esto es lo que la palabra «oración» significa en el versículo 6. Esto es amar, disfrutar de la presencia de Dios, honrarle en adoración. No es suficiente que estemos prestos a ir a su presencia y suplicarle paz mental. Debemos postrarnos ante Él en adoración y permitirle que escudriñe nuestros corazones. Luego viene la súplica que significa el deseo fervoroso y ardiente del corazón. La verdadera oración viene del corazón, no de los labios. ¡Qué gozo es presentarle nuestras peticiones! Finalmente, hay agradecimiento o acción de gracia (véanse Ef 5.20 y Col 3.15–17). Agradecerle por circunstancias incómodas y por peticiones que todavía no han sido concedidas exige fe. ¡Cómo le encanta a Dios escuchar a sus hijos darle gracias! Lea Daniel 6.10 y verá que así oraba Daniel. ¡No sorprende que haya tenido tanta paz en la cueva de los leones!

B. Pensar correctamente (v. 8).

La paz involucra a la mente (véanse Is 26.3; Ro 8.6). Los pensamientos son poderosos: «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Pr 23.7). Los pensamientos erróneos conducen a la intranquilidad y al desaliento, pero el pensamiento espiritual llevará a la paz. Pablo nos dice en este versículo acerca de qué pensar; si compara estas virtudes con el Salmo 19.7–9 verá que la Palabra de Dios llena todos estos requisitos. La meditación en la Palabra de Dios siempre trae paz (Sal 119.165).

C. Vivir correctamente (v. 9).

Si hay algo en mi vida por lo cual no me atrevo a orar, nunca tendré paz. Vivir correctamente siempre trae paz; véase Isaías 32.17 y 48.18, 22. No es suficiente usar la Biblia como la base para orar y reclamar sus promesas; debemos también usarla para nuestro vivir, obedeciendo sus preceptos. Lea con cuidado Santiago 4.1–11 y note que la oración incorrecta (4.3), la vida incorrecta (4.4) y el pensamiento incorrecto (4.8) ¡origina guerra en lugar de paz!

III. El poder de Dios (4.10–13)

Pablo nunca fue víctima de las circunstancias; aprendió por experiencia el secreto de la paz; «¡Todo lo puedo en Cristo que me energiza!» La traducción de J.B. Phillips [en inglés] dice: «Estoy listo para cualquier cosa mediante la fuerza de Aquel que vive en mí» (v. 13). Vuelva a Filipenses 2.12, 13 y verá que Dios no obra mediante nosotros si primero no lo hace en nosotros; Él obra en nosotros por medio de su Palabra (I Ts 2.13), la oración por el Espíritu (Ef 2.14ss) y algunas veces mediante el sufrimiento (I P 5.10). Si dependemos de nuestro poder, fracasaremos; pero si lo hacemos en su fuerza, haremos todo mediante Él. Esto explica por qué Pablo podía regocijarse incluso en la prisión: había aprendido el secreto de la seguridad mediante el poder de Dios.

IV. La provisión de Dios (4.14–23)

¡Qué fácil es afanarse por las «cosas»! Jesús nos advierte en el Sermón del Monte (Mt 6.19–34) que no debemos afanarnos, pero nosotros lo hacemos de todas maneras. Pablo tenía paz en su corazón respecto a sus necesidades personales, ¡porque Dios había prometido suplirlas todas! Pablo agradece a los filipenses sus regalos y les asegura que el significado espiritual de sus ofrendas es mucho más importante para él que los regalos en sí. ¡Qué bendición es saber que nuestras ofrendas son vistas como sacrificios espirituales al Señor, que alegran su corazón! Pablo creía en la providencia de Dios, que Dios estaba en control de los acontecimientos y que era capaz de suplir cada una de sus necesidades (Ro 8.28). Cuando el hijo de Dios está en su voluntad, todo el universo obra a su favor; pero cuando el hijo de Dios está fuera de la voluntad de Dios, todo obra en su contra. Esta es la providencia de Dios.

Colosenses

Bosquejo sugerido de Colosenses

I. Doctrina: Declaración de la preeminencia de Cristo (1)
   - A. En el mensaje del evangelio (1.1–12)
   - B. En la cruz (1.13, 14)
   - C. En la creación (1.15–17)
   - D. En la Iglesia (1.18–23)
   - F. En el ministerio de Pablo (1.24–29)

II. Peligro: Defensa de la preeminencia de Cristo (2)
   - A. Cuidarse de las filosofías huecas (2.1–10)
   - B. Cuidarse del legalismo religioso (2.11–17)
   - C. Cuidarse de la disciplina y el ascetismo que el hombre inventa (2.18–23)

III. Deber: Mostrar la preeminencia de Cristo (3–4)
   - A. En la pureza personal (3.1–11)
   - B. En el compañerismo cristiano (3.12–17)
   - C. En el hogar (3.18–21)
   - D. En el trabajo diario (3.22–4.1)
   - E. En el testimonio cristiano (4.2–6)
   - F. En el servicio cristiano (4.7–18)

Colosenses hace hincapié en Cristo, la cabeza del cuerpo, en tanto que Efesios lo hace en la Iglesia como el cuerpo de Cristo. Estas dos cartas se complementan mutuamente; a decir verdad, se puede encontrar muchos paralelos entre ellas. Al enfatizar en Cristo como la Cabeza de la Iglesia, Pablo muestra que nuestro Señor es todo suficiente para nuestras necesidades.

Notas preliminares a Colosenses

I. La ciudad

Colosas era una de tres ciudades (Hierápolis y Laodicea eran las otras dos) localizadas a unos doscientos kilómetros al sureste de Éfeso. Esta era un área rica tanto en riqueza mineral como en comercio, con una numerosa población judía y gentil. Estas tres ciudades estaban casi a la vista la una de la otra.

II. La iglesia

Pablo nunca visitó Colosas (véase 2.1). Durante sus tres años de ministerio en Éfeso «toda Asia» oyó el evangelio (Hch 19.10, 26). Uno de los convertidos por Pablo en Éfeso fue un hombre llamado Epafras, cuya residencia estaba en Colosas. Epafras llevó el mensaje del evangelio a su regreso a su hogar y mediante su ministerio fundó la iglesia (1.4–7; 4.12, 13). Este grupo tal vez se reunía en la casa de Filemón, el cual vivía en Colosas (Col 4.9; Flm).

III. La crisis

Pablo estaba ahora preso en Roma. Epafras fue a visitarle e informarle que una nueva enseñanza estaba invadiendo la iglesia y causando problemas. Esta herejía hoy se le conoce generalmente como el «gnosticismo», que procede de la palabra griega gnosis, la cual significa «conocer». Los gnósticos insistían en «el saber», o sea, profesaban tener un conocimiento superior de las cosas espirituales. Su doctrina era una extraña mezcla de verdad cristiana, legalismo judío, filosofía griega y misticismo oriental.

Por un lado, estos herejes enseñaban que toda la materia es mala, incluyendo el cuerpo; y por consiguiente Dios no podía entrar en contacto con la materia. ¿Cómo, entonces, fue creado el mundo? Por una serie de «emanaciones» de Dios, aducían. Y, puesto que Cristo tuvo un cuerpo humano, fue sólo una de estas «emanaciones» y no verdaderamente el Hijo de Dios. Los gnósticos proponían una compleja serie de «emanaciones» (incluyendo a los ángeles) entre el hombre y Dios, y de este modo negaban la preeminencia de Cristo.

Pretendían que su sistema le daba al creyente un «conocimiento pleno» especial, que otros no poseían. A los gnósticos les encantaba usar la palabra «plenitud» y por eso se encuentra que Pablo la usa muchas veces en esta carta. Su doctrina exigía prácticas legalistas (2.16) y estricta disciplina de la carne (ascetismo, 2.18–23). «¡No toques, no gustes, no manejes!» Era parte de sus reglas. Enseñaban que ciertos días eran santos y que ciertos alimentos eran pecaminosos. El sistema gnóstico tenía una apariencia de espiritualidad, pero sin valor espiritual (véase Col 2.21–23).

IV. La correspondencia

Tal parece que Pablo envió de regreso a Colosas a Onésimo y a Epafras, junto a Tíquico, con las cartas a los cristianos colosenses, a los efesios (Ef 6.21, 22) y a su amigo Filemón. Algunos eruditos piensan que la carta a los cristianos de Laodicea (Col 4.16) es la que nosotros conocemos como Efesios.

Colosenses hace hincapié en la preeminencia de Cristo. Al leerla, note cómo se repiten las palabras «todo», «plenitud» y «lleno» (véanse 1.9–11, 16–20, 28; 2.2, 3, 9, 10, 13, 19; 3.8, 11, 14, 16, 17, 20, 22; 4.9, 12). El tema de Pablo es «Cristo es todo y en todos» (3.11) y que estamos «completos en Él» (2.10). Puesto que los creyentes están completos en Cristo, ¡Él es todo lo que necesitan! El legalismo, las filosofías de cosecha humana, dietas estrictas, observación obligatoria de días santos, disciplina de la carne, todo esto debe desaparecer cuando se le da a Cristo su lugar de preeminencia. Colosenses es un ruego por la madurez espiritual (nótese la oración en 1.9–12). Las prácticas religiosas hechas en la carne pueden aparentar espiritualidad, pero no tienen ningún valor para la vida interna de la persona. Qué fácil es incluso para los cristianos evangélicos sustituir reglas de cosecha humana por la verdadera espiritualidad.

COLOSENSES 1

Mucha gente en el día de hoy, como los falsos maestros en Colosas, le dan a Jesucristo un lugar de eminencia, pero no le dan su lugar correcto de preeminencia. Él no es «un gran hombre entre los grandes»; es el Hijo de Dios, ¡Él tiene la preeminencia en todas las cosas! En este primer capítulo el apóstol declara la preeminencia de Cristo en varias áreas de la vida.

I. Preeminencia en el mensaje del evangelio (1.1–12)

Los falsos maestros tenían un mensaje, pero su mensaje no tenía ningún poder. Enseñaban acerca de los ángeles, «emanaciones» de Dios, reglas legalistas y disciplina corporal, pero su mensaje no tenían ningún poder para transformar vidas. En estos versículos Pablo repasa el efecto que el evangelio de Cristo tuvo en los colosenses. Él no había visitado personalmente a esta iglesia, pero había oído de Epafras las buenas nuevas de su salvación (vv. 4, 7).

A. Cómo se salvaron.

Al parecer, Epafras oyó el evangelio de Cristo por boca de Pablo en Éfeso y llevó consigo este mensaje que cambia la vida al regresar a Colosas (v. 7). El testimonio debe empezar en casa (Mc 5.19). Epafras les dio «la palabra verdadera del evangelio» (v. 5), en contraste con las mentiras de los falsos maestros. La fe viene por el oír; estas personas oyeron el evangelio, creyeron y se salvaron.

B. Las evidencias de su salvación.

Estos creyentes demostraron fe, esperanza y amor (vv. 4–5, 8). Solamente Jesucristo puede dar fe, cambiar un corazón egoísta en uno de amor y dar una bendita esperanza para el futuro. La Palabra dio fruto en sus vidas (v. 6); fruto es la evidencia de la verdadera salvación (Mt 13.23).

C. Pablo ora por el crecimiento (vv. 9–12).

Puesto que la salvación es una experiencia personal con Jesucristo y no la sencilla aceptación de un conjunto de doctrinas, un creyente puede experimentar crecimiento y desarrollo diario. Los herejes enseñaban una «plenitud» mística que sus seguidores al parecer podrían obtener; pero aquí Pablo afirma que cada creyente en Cristo puede ser lleno. Hemos sido hechos «completos en Él» (2.9, 10); ahora ora para que puedan disfrutar esta plenitud en sus vidas diarias. Note las peticiones que hace: (1) que puedan conocer la voluntad de Dios ; (2) que anden de tal manera que agrade a Dios; (3) que se esfuercen por llevar fruto; (4) que comprendan mejor la Palabra; y (5) que conozcan el glorioso poder de Dios. Estas son cosas que los herejes les prometían falsamente a sus seguidores, pero estas bendiciones pueden hallarse sólo en Cristo. ¡Él es preeminente!

II. Preeminencia en la cruz (1.13,14)

Es su cruz la que hace que Jesucristo sobresalga, de los hombros arriba, más que cualquier otra persona en la historia. Los líderes religiosos han muerto, pero únicamente Cristo, el Hijo de Dios, murió en la cruz por los pecados del mundo. El cuadro que se presenta en estos versículos es el de un gran general que libera de la esclavitud a una nación y lleva al pueblo a una nueva tierra de bendición. ¿Qué ángel alguna vez murió para redimir a los pecadores (ponerlos en libertad)? ¿Qué reglas religiosas alguna vez dieron perdón? Es la cruz lo que coloca a Jesucristo por sobre todas las cosas.

III. Preeminencia en la creación (1.15–17)

Los maestros gnósticos aducían que Dios hizo los mundos mediante una serie de «emanaciones» de sí mismo y que Cristo era una de esas emanaciones. Pablo afirma que Cristo no es ninguna emanación de Dios, sino ¡Dios mismo! «Imagen» aquí significa «reproducción exacta». Cristo no sólo es una de las criaturas de Dios, sino lo más alto (primogénito) de toda la creación. ¡El término «primogénito» aquí no se refiere a tiempo (como si Cristo fuera lo que Dios creó en primer lugar), sino a posición! Todas las cosas fueron creadas por Él (véase Jn 1) y para Él: Él mantiene unidas todas las cosas («subsisten» significa «mantener unidas».)

IV. Preeminencia en la Iglesia (1.18–23)

La Iglesia es su cuerpo y Él es la Cabeza. La Iglesia es la nueva creación y Él es «el principio», o sea, el que da origen a la nueva creación. Su resurrección le da el título al trono de la preeminencia, porque es el «primogénito» de entre los muertos, es decir, el primero que resucitó de entre los muertos para nunca morir otra vez. Note la repetición de la palabra «todo» en este capítulo, mostrando el reinado universal de Jesucristo sobre todo lo que existe.

Los detalles del significado de «el cuerpo» se dan en Efesios 2.11ss; este pasaje describe cómo Cristo hizo la paz entre los judíos y gentiles, y reconcilió a ambos en un solo cuerpo, la Iglesia. Pero su cruz no sólo reconcilió a judíos y gentiles; también hizo posible la reconciliación de «todas las cosas», ¡el universo entero! Pablo aplica esto a los creyentes personalmente (vv. 21–23), recordándoles que Cristo ha cambiado por completo sus vidas y les ha reconciliado con Dios. Los falsos maestros pueden pregonar enmarañadas doctrinas acerca de los ángeles y de las «emanaciones», pero Cristo todavía tiene la preeminencia como la Cabeza de la Iglesia. Él es «el primogénito» de la creación (v. 15) y de los muertos (v. 18), lo que indica su prioridad y soberanía.

V. Preeminencia en el ministerio de Pablo (1.24–29)

¡Qué necio hubiera sido que Pablo sufriera por un Cristo que era sólo una «emanación»! ¡Por qué arriesgarse a la muerte para decirle a la gente que Jesús no es preeminente! Las primeras palabras de Pablo cuando vio al Salvador glorificado fueron: «¿Quién eres, Señor?» El

señorío de Cristo, su preeminencia sobre todas las cosas, era el latido de la vida y ministerio de Pablo. Él veía sus sufrimientos personales como sufrimiento por amor a Cristo. En el versículo 24 Pablo no dice que habían sufrido como Cristo sufrió, ni que sus sufrimientos eran parte del sufrimiento de Cristo en la cruz. Más bien lo que expresa es que así como Cristo sufrió por otros, también él sufría por otros, y su sufrimiento era por amor al cuerpo, la Iglesia. La palabra que se usa para «sufrimiento» aquí no es la misma que se usa para los sufrimientos de Cristo en la cruz. Habla más bien de sus sufrimientos durante su ministerio terrenal, sufrimientos que el pueblo de Dios experimenta al procurar vivir por Cristo en un mundo hostil.

Luego Pablo describe «el misterio»: esa verdad acerca de Cristo y de la Iglesia que había estado escondida en tiempos pasados, pero que ahora se revelaba (véase Ef 3). En realidad, Pablo habla de un misterio triple: (1) el misterio de la Iglesia, vv. 24–26; (2) el de cómo Cristo mora en el creyente (v. 27), y (3) el de la Persona de Cristo, la plenitud de Dios, 2.2–3.

Pablo tenía un ministerio equilibrado: predicaba, enseñaba y advertía; procuraba llevar la verdad a todos, no solamente a unos pocos; y su meta era presentar a cada creyente maduro (perfecto) en Cristo. La perfección cristiana no es una ausencia absoluta del pecado, sino madurez, crecer en Cristo en todas las cosas (Ef 4.15). El tema total de Colosenses es: «¡Cristo es todo lo que necesitan!» Somos hechos completos en Él, y esto es todo lo que se necesita. ¡Qué trágico cuando los cristianos sustituyen reglas, disciplinas y rituales de cosecha humana por la plenitud que tenemos en Cristo!

Pero Pablo no desempeña su ministerio por su propio poder; Dios obraba en él y entonces trabajaba para Dios. Véanse Filipenses 1.12, 13 y Efesios 3.20, 21.

COLOSENSES 2

En este capítulo Pablo llega al corazón del problema y denuncia a los falsos maestros. Asevera claramente la suficiencia de Cristo para toda necesidad. Da tres advertencias y estas son tan necesarias hoy como lo fueron en su día.

I. Cuídense de las filosofías huecas (2.1–10)

La preocupación de Pablo era tan grande que sostenía gran conflicto espiritual, luchando en oración contra Satanás, el cual trataba de descarriar a estos creyentes. Pablo sabía cómo vencer a Satanás: la oración y la Palabra de Dios (Ef 6.17, 18). Anhelaba ver a estos santos unidos en Cristo, disfrutando de las riquezas de bendiciones en Él. Los falsos maestros tenían sus filosofías fascinantes, pero en Cristo tenemos «todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (v. 3). Cualquier filosofía de cosecha humana que no tiene lugar para Cristo, no es digna de nuestra consideración. Somos ricos en Él; ¿por qué rebajarnos a seguir doctrinas inventadas por los hombres? Que vengan esos maestros religiosos con sus «doctrinas escondidas»; nosotros tenemos toda la sabiduría escondida en Cristo y estamos escondidos «con Cristo en Dios» (3.3).

Las filosofías humanas son atractivas. Alardean de sabiduría e inteligencia y demasiado a menudo los cristianos jóvenes se dejan «seducir» por estas «palabras persuasivas» (v. 4). Qué trágico es cuando los jóvenes acuden a escuelas seculares y caen presa de las filosofías de cosecha humana que niegan a Jesucristo y la Biblia. «Miren que nadie los atrape» («os engañe», v. 8), advierte el apóstol. ¿Cómo ha de vencer el creyente estas filosofías?

A. Anden en Cristo (v. 6).

Así como son salvos por la fe, deben andar por la fe. Así como son salvos por la Palabra, deben andar de acuerdo a la Palabra. Así como son salvos por medio de la obra del Espíritu, deben andar en el Espíritu. La vida cristiana continúa como empezó, por la fe en Dios.

B. Crezcan en Cristo (v. 7).

Tengan raíces que se adentren bien en las riquezas de la Palabra. Tengan cimientos que sean fuertes, colocados sobre Jesucristo. ¡Cuán importante es que la Palabra de Dios nos enseñe! Los creyentes caen presa de las filosofías religiosas a menos que estén arraigados en Cristo, cimentados en la Palabra y edificados en la verdad bíblica.

C. Hagan la prueba con Cristo (v. 8).

Prueben todo sistema que suene altamente religioso preguntando: «¿Le da a Cristo el lugar de preeminencia?» Casi todo sistema religioso actual le da a Cristo un lugar de eminencia, pero sólo el verdadero cristianismo bíblico le da el lugar de preeminencia.

D. Acójanse a su plenitud (vv. 9–10).

Dense cuenta de que no hay sustituto para Cristo y que en Él tenemos todo lo que necesitamos. Cuando los creyentes se alejan para vivir mundanamente, o caen presa de sistemas inventados por los hombres, por lo general se debe a que sienten que les falta algo que Jesucristo no puede suplir. «Vosotros estáis completos en Él» ¡Qué maravillosa posición tenemos en Cristo!

II. Cuídense del legalismo religioso (2.11–17)

Estos falsos maestros habían mezclado el misticismo oriental con la filosofía griega y el legalismo judío... ¡vaya mezcla! Pero a la carne le encanta ser religiosa, siempre y cuando esa religión no tenga una cruz para crucificar a la carne. Los creyentes colosenses estaban involucrados en el legalismo judío: rituales, dietas, días de guardar y otras cosas por el estilo. «¡Ustedes están saliendo de la luz del sol y entrando en las sombras!», exclama Pablo (v. 17). «¡Se están olvidando de la realidad (el cuerpo de Cristo) por el símbolo!» Como el niño que admira la fotografía de su padre mientras que ignora su presencia, así estos cristianos se habían vuelto de la plenitud de Cristo al ABC («rudimentos», 2.8, 20) del mundo.

Todo lo que necesitamos lo ha logrado Cristo en la cruz. La circuncisión mencionada en el versículo 11 no es la física del niño (Lc 2.21), sino más bien la muerte de Jesús en la cruz. Así como el agua del bautismo de Cristo fue un símbolo de su bautismo de sufrimiento en la cruz (Lc 12.50), su circuncisión como niño prefiguraba su acción de «echar fuera el cuerpo» cuando llevó nuestros pecados en el Calvario. «Su circuncisión espiritual en Cristo es mucho más maravillosa que los ritos físicos», afirma Pablo. «¿Por qué reemplazar a Cristo con Moisés? ¿Por qué tener un corte físico en lugar de una operación espiritual en el corazón? La circuncisión quita un fragmento de carne del cuerpo, pero nuestra identificación con Cristo echa fuera toda la naturaleza carnal».

Todo esto es posible mediante nuestra unión con Cristo, cuando el Espíritu nos bautizó en su cuerpo. Morimos con Él y resucitamos con Él. Las leyes del antiguo pacto ahora son puestas a un lado; Satanás ha sido derrotado completamente (v. 15); por consiguiente, disfruten de la libertad que tienen en Cristo. «Que nadie les juzgue», urge Pablo (v. 16).

III. Cuídense de las disciplinas inventadas por los hombres (2.18–23)

Cuánto le encanta a la carne el legalismo: ayunos, regulaciones en cuanto a alimentos, disciplinas corporales. Las celebraciones religiosas especiales con sus regulaciones hacen que la gente «se sienta espiritual». «Que nadie asuma el papel de árbitro en su vida» («privar», v. 18). Cuidado con la humildad afectada, una falsificación que trata de imitar humildad espiritual genuina. No es malo ejercer disciplina en el Espíritu de Dios, para la gloria de Dios; pero cuando se la hace en la carne y para nuestra alabanza, se convierte en pecado. Mientras que de todo corazón creemos que los creyentes no deben abusar de su libertad y convertirse en piedras de tropiezo (1 Co 8.9, 10), ni por un minuto creemos que el simple hecho de abandonar ciertos hábitos o placeres automáticamente hace espiritual al creyente.

Nuestra relación con Cristo es una unión viva: Él es la Cabeza, nosotros somos miembros del cuerpo. Un cuerpo funciona mediante la nutrición, no por la legislación. ¿Quién puede decirle al estómago: «¡empieza a digerir!, ¡deja de doler!»? ¡Qué necedad! Sin embargo, la gente piensa que la vida del cristiano, tanto en lo personal como colectivamente en la iglesia, puede ser espiritual mediante regulaciones y disciplinas carnales. Creemos en normas («no améis el mundo»), pero rechazamos la idea de que la obediencia externa a las normas necesariamente produce espiritualidad interna. Estamos muertos a los elementos del mundo; estamos vivos en Cristo y Él es todo lo que necesitamos. Obedecer regulaciones hechas por los hombres (vv. 21–23) puede dar a algunas personas la impresión de espiritualidad, pero Pablo afirma sin rodeos que estas prácticas no pueden controlar o vencer a la carne. Sí, estas regulaciones nos resultan atractivas y pueden parecer que nos ayudan a desarrollar piedad y espiritualidad superior, pero son inútiles en lo que respecta a Dios.

Este, entonces, es el tema principal de Colosenses: todo lo que el creyente necesita es Cristo. Los sistemas y regulaciones que los hombres hacen parecen muy espirituales, pero son sólo principios elementales mundanos («rudimentos», v. 20). Esto es vivir en el «jardín de infantes»; debemos graduarnos a un nivel más alto de cristianismo. Las disciplinas que los hombres imponen (ascetismo) son atractivas, pero a la carne le es imposible autocontrolarse, automejorarse, ni autoperfeccionarse. «¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?», pregunta Gálatas 3.3.

Nuestra unión con Cristo es viva. Esta vida no la puede controlar las leyes humanas, sino únicamente los principios que Dios ha puesto en el cuerpo. Sólo otra vida puede controlar la vida y tenemos su vida en nosotros.

COLOSENSES 3

No es suficiente que Cristo sea preeminente en el evangelio, la cruz, la creación y la Iglesia; también deben ser preeminente en nuestra vida. Pablo afirma muy específicamente cómo debemos «practicar la preeminencia de Cristo».

I. En pureza personal (3.1–11)

«Sí, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad (fijad vuestra mente, vuestro afecto en) las cosas de arriba» (v. 1). En otras palabras, que su práctica terrenal sea digna de su posición celestial. Una vez estaban muertos en pecado (Ef 2.1–3), pero ahora han muerto al pecado. Cristo está en ustedes, la esperanza de gloria (1.27), y algún día pronto esa gloria se revelará (v. 4). En breve, dice Pablo, «¡vivan de acuerdo a lo que Cristo ha hecho por ustedes!» Este simple principio de vida cristiana es más poderoso que todas las reglas y regulaciones que los hombres pueden inventar. «Ustedes están completos en Él» (2.10); ahora vivan esa plenitud en la vida diaria.

Las religiones orientales, griegas y romanas dicen muy poco, o casi nada, respecto a la santidad personal. Una persona puede traer sacrificios, repetir rezos y oraciones, y después retirarse del altar e irse a cometer terribles pecados, y nadie pensará que es contradictorio. ¡Pero no es así en el cristianismo! La nueva vida interna exige que vivamos una nueva vida externa. Puesto que hemos muerto con Cristo, debemos hacer morir (v. 5) la conducta impura (véase Ro 6). «No vivan de la manera en que solían vivir», advierte Pablo, «en la manera en que viven los millares de inconversos. Cristo es su vida y ustedes han muerto con Él. Ahora, dejen que su vida se muestre a través de ustedes día tras día».

En los versículos 8–11 Pablo compara la nueva vida con cambiarse de vestidos: «Quítense los viejos pecados como se quitarían un vestido sucio y pónganse la nueva vida de santidad». Pero nótese que podemos hacer esto debido a que Cristo ya ha quitado el viejo hombre (v. 9); esto es, en Cristo el cuerpo de carne (la naturaleza pecaminosa) ha sido quitado mediante su verdadera circuncisión en la cruz (2.11). La circuncisión física para el judío del AT significaba entrar en una relación de pacto con Dios. Nuestra circuncisión espiritual en Cristo significa que la vieja naturaleza ha sido quitada y que ahora andamos en vida nueva.

II. En el compañerismo cristiano (3.12–17)

En Cristo no hay barreras (v. 11); somos uno en Él, y Él es Todo. Si Cristo es preeminente en nuestras vidas, podremos llevarnos bien con otros para su gloria. Si hay diferencias, la paz de Dios será el «árbitro» (que gobierne) en nuestros corazones según nos alimentamos en la Palabra y adoramos a Cristo. El compañerismo cristiano en la iglesia local no se puede legislar por una constitución, aun cuando las constituciones son útiles; el verdadero compañerismo o comunión debe venir desde adentro, del corazón de los creyentes. Si un creyente está fuera de la comunión con otro creyente, es porque uno o ambos han abandonado la comunión con Dios. «Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús», amonesta Pablo (v. 17). Lea Santiago 4 y verá que las guerras y las rencillas vienen cuando los cristianos hacen cosas por razones egoístas y no para la gloria de Dios. Compare 3.15–18 con Efesios 5.18–22 y verá que ser lleno de la Palabra produce las mismas bendiciones como ser lleno con el Espíritu. Ser lleno con el Espíritu significa ser controlado por la Palabra.

III. En el hogar (3.18–21)

El hogar debe ser el primer lugar donde empiece a trabajar nuestra fe. «Aprendan estos primero a ser piadosos para con su propia familia», ordena 1 Timoteo 5.4. Si la esposa toma su nutrición espiritual de Cristo, la Cabeza (2.19), será sumisa y obediente por causa de Él. Lea en Efesios 5.22ss y 1 Pedro 3 información adicional sobre este tema.

Por supuesto, el esposo también mostrará amor y ternura hacia su esposa y familia. La condición de cabeza del esposo en el hogar es un reflejo de la condición de Cabeza que es Cristo en la Iglesia, conforme a Efesios 5.23ss.

Los hijos deben obedecer a sus padres por causa de Cristo, para agradar al Señor. Es triste cuando los hijos que profesan ser cristianos se rebelan contra sus padres y por lo tanto pecan contra Cristo y contra la Iglesia. Los hijos cristianos deben vivir a la altura de su elevada posición en Cristo como miembros de su cuerpo.

Qué bendiciones vendrían a nuestros hogares si cada miembro de la familia dijera: «Viviré cada día para agradar a Cristo y hacerle preeminente en todo». Habría menos egoísmo y más amor; menos impaciencia y más ternura; menos desperdicio de dinero en cosas necias y más vivir por las cosas que más importan.

IV. En el trabajo diario (3.22–4.16)

En los días de Pablo los esclavos eran parte de la familia, pero podemos aplicar las mismas verdades a los cristianos de hoy, sean empleados o patrones. Pablo recuerda a los siervos que tienen tanto amos según la carne como un Amo celestial, Cristo. El empleado cristiano debe trabajar para honrar y agradar a Cristo. «Sirviendo al ojo» (v. 22) significa trabajar cuando el patrón está observando. ¡Pero el Amo celestial siempre está vigilando! No debemos ser complacedores de hombres, sino complacedores de Cristo.

«Con corazón sincero» implica un corazón con una sola meta: honrar a Cristo. Qué bendición es saber que los empleados cristianos son en realidad ministros de Cristo mientras operan sus maquinarias, usan sus herramientas, conducen sus vehículos, o trabajan en cualquiera que sea la vocación que tienen.

El trabajo debe venir del corazón: «Hacedlo de corazón, como para el Señor». El trabajo a medias es un testimonio pobre. Al obrero infiel y de corazón a medias Cristo lo juzgará cuando Él vuelva, de modo que nos conviene hacer lo mejor que podamos por amor a Cristo.

Los patrones deben conducir sus asuntos como cristianos. No es correcto que el patrón cristiano trate mal a sus obreros cristianos porque todos están en Cristo. Debe darles lo que es justo y equitativo. En estos días de contratos sindicales, las regulaciones del gobierno y las condiciones económicas competitivas, para el empleador cristiano es un desafío darle a Cristo el primer lugar en sus negocios, pero Dios promete honrar al creyente que así lo hace. Si el empleador pone a Cristo primero y le da preeminencia, podrá presentarse ante su Amo con un corazón limpio.

Demasiados cristianos se regocijan en las grandes doctrinas de los capítulos 1–2, pero ignoran los deberes de los capítulos 3–4. El creyente que vive una vida superficial y desobediente realmente no cree en la toda suficiencia de Cristo. Cuando el cristiano depende de la Cabeza (su Salvador resucitado y glorificado) para su nutrición, dirección y sabiduría, descubrirá la vida cristiana madura en su plenitud.

COLOSENSES 4

Pablo continúa con su aplicación de la preeminencia de Cristo en nuestra vida.

I. En el testimonio cristiano (4.2–6)

Pablo estaba preso en Roma, pero esto no lo detuvo en su esfuerzo por testificar de Cristo. Les dice a los creyentes cómo ser testigos eficaces de Cristo.

A. Velar y orar.

«Velar» lleva la idea de estar alerta, orando con los ojos abiertos. Esta verdad aparece primero en Nehemías 4.9, cuando el enemigo amenazaba a los judíos mientras estos trataban de reconstruir las murallas de Jerusalén. «Oramos[...] y pusimos guarda», fue la solución de Nehemías; ¡y resultó! La oración nunca debe ser sustituto para nuestra vigilancia. Cristo nos enseña que velar y orar es el camino a la victoria sobre la tentación (Mc 14.38). Debemos velar y orar por oportunidades para testificar y servir. Sin duda Pablo tenía sus ojos abiertos mientras oraba por ese carcelero filipense; cuando el apóstol vio al hombre empuñar su espada gritó con fuerza y lo detuvo (Hch 16.27, 28). Si cada creyente orara por los perdidos y vigilara para ver las puertas de oportunidad que Dios abre para testificar, ganaríamos más personas para el Salvador.

B. Andar en sabiduría.

«Los de afuera» se refiere, por supuesto, a los perdidos que no pertenecen a la familia cristiana. Qué triste es estar «afuera»: sin Cristo, sin esperanza, sin paz, sin perdón. Es importante que nosotros, los cristianos, vivamos sabiamente entre los perdidos, porque los inconversos miran nuestras vidas y tratan de hallar cosas que criticar. Primera de Tesalonicenses 4.12 nos amonesta a andar honradamente con los de afuera. ¡Qué terrible testimonio es que un cristiano sea deshonesto con un inconverso! Es mucho mejor que los creyentes sufran la pérdida antes que arruinen su testimonio y traigan reproche al nombre de Cristo. Nos preguntamos qué pensarán los inconversos de Cristo y del evangelio cuando ven que los cristianos con quienes negocian no pagan sus cuentas o no guardan sus promesas.

C. Hablar santamente.

La sal de la santidad siempre debe sazonar nuestro hablar. Los judíos del Antiguo Testamento usaban sal en sus sacrificios, simbolizando la pureza y la preservación de lo que es bueno. Los griegos llamaban káritas (gracia) a la sal, porque le daba sabor a las cosas. Nuestro hablar no debe ser corrompido (Ef 4.29); la sal (la gracia de Dios) detiene la corrupción. Una palabra irreflexiva de crítica, un comentario dudoso, una palabra colérica, puede destruir en un minuto todo el testimonio cristiano que otros han tratado de edificar.

«Redimiendo el tiempo» (v. 5) significa «aprovechando la oportunidad». Como cristianos debemos estar alertas para aprovechar cada oportunidad para testificar por Cristo y ganar a otros.

II. En el servicio cristiano (4.7–18)

Aun cuando admiramos a Pablo como el gran apóstol, no debemos olvidar a los muchos cristianos consagrados que le ayudaron en su ministerio. Ningún pastor, evangelista o misionero puede hacer solo la obra del Señor. «Somos colaboradores de Dios» (1 Co 3.9).

Tíquico (vv. 7–8) había estado con Pablo por varios años. Lo acompañó desde Éfeso (Hch 20.4) cuando iba de regreso a Jerusalén y quizás era ciudadano efesio. Había trabajado con Pablo allí por esos tres años. Tíquico iba a llevar la carta a los colosenses y a los efesios (Ef 6.21, 22). Este hombre tenía delante de sí un viaje largo y peligroso. ¡Cuán agradecidos estamos de que fue fiel para entregar la Palabra, de otra manera no podríamos estudiarla ahora! Véase también 2 Timoteo 4.12.

Onésimo (v. 9) era el esclavo fugitivo de Filemón, a quien Pablo había ganado para Cristo. El apóstol enviaba ahora a Onésimo de regreso a su hogar en Colosas. (Lea la carta de Filemón.) Él y Tíquico viajaron juntos, con Onésimo, llevando la preciosa carta a su amo, Filemón.

A Aristarco (v. 10) lo vemos durante el tumulto en Éfeso (Hch 19.29), donde se le menciona como un cristiano destacado. También acompañó a Pablo (Hch 20.4) y estuvo con él durante la terrible tormenta en el viaje a Roma (Hch 27.2). ¡Qué fiel cristiano fue al «quedarse» con Pablo en las buenas y en las malas!

Marcos (v. 10) es Juan Marcos, primo de Bernabé. Años antes, Marcos había «caído en mal» ante Pablo (Hch 13.13; 15.36–41). Es posible que los colosenses sabían de su fracaso, pero Pablo quería que recibieran a este joven y le mostraran amor. Cuando escribió su última carta, Pablo admitió que Marcos era «útil» en el ministerio (2 Ti 4.11). Necesitamos perdonar los fracasos de otros y darles a los creyentes la oportunidad de «hacer bien» en la obra del Señor.

Jesús, o Justo (v. 11), era un creyente judío. Su nombre hebreo era Josué, que se traduce «Jesús» en el griego. Su otro nombre significa uno que obedece la Ley (Justo). Trabajó con Pablo y le animó (estimuló). ¡Qué ayuda fue para el apóstol durante esos días en la prisión!

Epafras (vv. 12–13) era un gentil y probablemente el pastor fundador de la iglesia de Colosas. Este hombre piadoso creía en el ministerio de la Palabra de Dios y en la oración (1.7; 4.12). ¡Qué guerrero de oración era él! No simplemente «repetía oraciones»; rogaba «encarecidamente [agonizando]». Es la misma palabra que se usa para el esfuerzo de los atletas en las competencias. Si los cristianos oraran con tanto ardor como ellos compiten, veríamos más de las bendiciones de Dios. Epafras oraba para que los colosenses estuvieran firmes, «perfectos y completos» en la voluntad de Dios (véase 1.28, 29). Quería que vivieran su «plenitud» en Cristo. Sin embargo, sus oraciones no eran sólo por los colosenses; también sentía celo por los santos en las ciudades circunvecinas. ¡Qué amor cristiano!

Lucas (v. 14) era el médico gentil que se unió a Pablo en Troas (Hch 16.10) y posteriormente escribió los libros de Lucas y Hechos. Lucas y Demas se mencionan de nuevo en 2 Timoteo 4.10, 11: «Sólo Lucas está conmigo[...] Demas me ha desamparado». Se puede resumir la vida de Demas en tres versículos: «Demás[...] mi colaborador» (Flm 24); «Os saluda[...] Demas» (Col 4.14); «Demas me ha desamparado» (2 Ti 4.10). Puesto que Colosenses y Filemón se escribieron en el mismo tiempo, la caída de Demas debe haber sido rápida. ¡Qué tragedia!

En sus instrucciones para concluir, Pablo envía saludos a algunos de los santos y les dice a los colosenses y a los de Laodicea que intercambien sus respectivas cartas. Pudiera ser que la epístola a los de Laodicea sea la que nosotros conocemos como Efesios. «Toda la Escritura es útil» (2 Ti 3.16), de modo que no debemos descuidar nada de la Palabra de Dios. Pablo concluye advirtiendo a Arquipo que no desmaye, sino que cumpla su ministerio en el Señor. Tal vez Arquipo era el hijo de Filemón, puesto que también se menciona en esa carta (Flm 2).

El saludo de gracia usual de Pablo cierra la carta, señalándola como auténtica.

I Tesalonicenses

Bosquejo sugerido de I Tesalonicenses

I. Personal: «Damos gracias[...] haciendo memoria» (1–3)
   - A. Cómo nació la iglesia (1)
     1. Un grupo elegido (1.1–5)
     2. Un grupo ejemplar (1.6–7)
     3. Un grupo entusiasta (1.8)
     4. Un grupo expectante (1.9, 10)
   - B. Cómo se nutrió la iglesia (2)
     1. Un mayordomo fiel (2.1–6)
     2. Una madre gentil (2.7, 8)
     3. Un padre preocupado (2.9–16)
     4. Un hermano cariñoso (2.14–20)
   - C. Cómo se estableció la iglesia (3)
     1. Mediante la Palabra (3.1–5)
     2. Mediante la oración (3.6–13)

II. Práctica: «Os rogamos» (4–5)
   - A. Andar en santidad (4.1–8)
   - B. Andar en amor (4.9, 10)
   - C. Andar en honradez (4.11, 12)
   - D. Andar en esperanza (4.13–18)
   - E. Andar en luz (5.1–11)
   - F. Andar en gratitud (5.12, 13)
   - G. Andar en obediencia (5.14–28)

Cada capítulo de esta epístola termina con una referencia a la Segunda Venida de Cristo. Pablo la relaciona a: la salvación (1.9, 10); al servicio (2.19, 20); a la estabilidad (3.13); a la tristeza (4.18); y a la santificación (5.23).

Notas preliminares a las epístolas a los Tesalonicenses

I. La ciudad

Usted puede ubicar en su mapa la moderna ciudad de Salónica y, al hacerlo, habrá hallado el sitio de la antigua ciudad de Tesalónica. Originalmente se la llamaba Terma, debido a las fuentes termales del área, pero alrededor de trescientos años antes de Cristo, Casandro, rey de Macedonia, le cambió el nombre en honor a la hermana de Alejandro del Grande. Era una ciudad libre, con su propio gobierno y también la capital de Macedonia. Tesalónica se erguía en la importante Vía Ignacia, la más importante carretera romana.

II. La iglesia

El registro se halla en Hechos 17.1–15. Pablo, Silas y Timoteo salieron de Filipos y viajaron cincuenta kilómetros hacia Anfípolis, luego cuarenta kilómetros más hasta Apolonia. Es interesante notar que no se realizó ningún ministerio en ninguna de esas ciudades. Su siguiente etapa les llevó alrededor de sesenta y cinco kilómetros más allá, hasta Tesalónica, donde Pablo ministró en la sinagoga alrededor de tres semanas y vio muchas personas convertidas. En la ciudad había un grupo grande de prosélitos gentiles («griegos piadosos», Hch 17.4) en la sinagoga y respondieron entusiastamente junto con algunos de los judíos. Esta clase de éxito enardeció a los judíos ortodoxos y fraguaron un motín para abochornar a los cristianos y obstaculizar el ministerio de Pablo. Los creyentes estimaron que era mejor que Pablo y su grupo se fueran, lo cual hicieron, yendo primero a Berea. Pablo dejó a sus compañeros en Berea y siguió solo hasta Atenas. Cuando Timoteo se le unió allí, el apóstol le envió de regreso a Tesalónica para animar a la nueva iglesia (1 Ts 3.1–3). Finalmente, todos se reunieron en Corinto (Hch 18.5). Timoteo informó respecto al estado de la pequeña iglesia de Tesalónica. Fue desde Corinto, alrededor del año 50 d.C., que Pablo escribió 1 Tesalonicenses. Segunda de Tesalonicenses la escribió pocos meses más tarde.

III. La correspondencia

La primera carta tenía varios propósitos: (1) animar y confirmar en las cosas de Cristo a los nuevos creyentes; (2) responder a las falsas acusaciones hechas contra Pablo y su ministerio, 2.1–12; (3) explicar que el cristiano muerto participará de la Segunda Venida de Cristo; (4) advertir a los cristianos en contra de la inmoralidad pagana, 4.4ss; (5) recordar a los miembros de la iglesia que honren y sigan a sus líderes espirituales, 5.12, 13; y (6) advertir a los creyentes que habían dejado sus trabajos y estaban ociosos debido a que pensaban que Cristo volvería pronto, 2.9.

Segunda de Tesalonicenses se escribió pocos meses más tarde. Las persecuciones en contra de la iglesia empeoraban (2 Ts 1.4–5) y la gente necesitaba estímulo. Los «ociosos» en la iglesia no habían vuelto al trabajo (2 Ts 3.6–12). Para empeorar más las cosas, la gente estaba confundida respecto al Día del Señor (la tribulación), ¡pensando que ya estaban atravesándola! Es posible que la iglesia hubiera recibido una epístola falsa, que decía ser de Pablo (2.1–3) y que enseñaba que el Día del Señor ya había empezado. (Note la frase «el día del Señor» en 2 Ts 2.2 se refiere al período de la tribulación sobre la tierra que sigue al Rapto de la Iglesia.) Pablo escribió 2 Tesalonicenses para: (1) animar a la iglesia a perseverar a pesar de las pruebas; (2) explicar los sucesos que conducirían al Día del Señor; (3) advertir a los entremetidos que volvieran a sus trabajos. Nótese que en 2 Tesalonicenses 3.17, 18 Pablo da su «marca característica» de modo que la gente pudiera detectar fácilmente en el futuro cualquier carta falsificada.

Tenga presente que 1 Tesalonicenses analiza el Rapto, o sea, la venida de Cristo en el aire por la Iglesia, en tanto que 2 Tesalonicenses se refiere a la revelación, o sea, a la venida de Cristo con la Iglesia a la tierra, para derrotar a sus enemigos y establecer su reino. «El día del Señor» mencionado en 2 Tesalonicenses es el período de tribulación que viene a la tierra después del Arrebatamiento de la Iglesia. Primera de Tesalonicenses 1.10 y 5.9 enseñan claramente que la Iglesia no atravesará la tribulación.

1 Tesalonicenses 1

Es maravilloso cuando un pastor puede pensar de su iglesia y decir: «¡Damos gracias siempre por todos ustedes!» Pablo amaba a la iglesia de Tesalónica; estas personas estaban en su corazón y él se preocupaba por su bienestar espiritual. En este capítulo Pablo nos dice qué clase de iglesia dejó en esa perversa ciudad. Cuando vemos las características de esta iglesia, debemos examinar nuestras vidas y preguntarnos: «¿Estoy contribuyendo para que mi iglesia sea modelo en el Señor?»

I. Era un pueblo elegido (1.1–5)

La palabra «iglesia» en el griego es ekklesía, que significa «un grupo llamado fuera». La iglesia no es un club social; es un organismo espiritual, una organización compuesta de gente a quien Dios ha llamado «de las tinieblas a su luz admirable» (1 P 2.9). Este llamamiento es por pura gracia (Ef 1.3ss). Aunque estamos en el mundo, espiritualmente no somos del mundo (Jn 15.19). Estos santos vivían en Tesalónica, pero moraban en Cristo. En 2 Tesalonicenses 2.13, 14 Pablo explica el milagro de este llamamiento. Dios envió a Pablo y a Silas a Tesalónica con la Palabra de Dios. La gente oyó la Palabra, creyó y fueron salvos. Después de recibir a Cristo descubrieron que Dios los había escogido en Él mediante la gracia. Lea también 1 Pedro 1.1–4.

El misterio de la elección de Dios y de la decisión del hombre nunca será completamente explicado de este lado del cielo. Simplemente tenga en cuenta que la Biblia enseña ambas cosas. «¿Cómo se reconcilian estas dos verdades?», le preguntó una vez un hombre a Spurgeon. El predicador replicó: «Nunca trato de reconciliar amigos». Estas dos verdades gemelas de la elección y la decisión no son contradictorias; son complementarias. En lo que respecta a Dios el Padre, fuimos salvos cuando Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1.4); en lo que respecta al Espíritu fuimos salvos cuando respondimos a su llamado y recibimos a Cristo; y en lo que respecta al Hijo fuimos salvos cuando Él murió por nosotros en la cruz.

¿Cómo sabía Pablo que estas personas eran salvas? Debido a la evidencia en sus vidas:

A. Obra de fe.

Cuando la persona genuinamente confía en Cristo, esa fe se mostrará por las obras. Las obras no salvan, pero la fe sin obras no es una fe que salva. La verdadera fe cristiana trae como resultado una vida cambiada. Véase Santiago 2.14–26.

B. Trabajo de amor.

Las personas no salvas viven para sí mismas (Ef 2.1, 2), pero el verdadero creyente está dispuesto a trabajar por amor. Tiene un nuevo motivo para vivir; ama a Cristo y ama a otros. Véase Hebreos 10.24, 25; también Romanos 8.35–39.

C. Paciencia de esperanza.

Los perdidos están sin esperanza. Los creyentes están firmes en medio de las tribulaciones de la vida porque saben que Cristo viene otra vez. Los creyentes no tienen por qué darse por vencido en tiempos de tribulación, porque saben que el Salvador viene para librarlos (1 P 1.1–9; 4.12–16).

Se ha hecho notar que los versículos 9–10 hacen un paralelo con estas tres evidencias de la salvación: la obra de la fe (se convirtieron de los ídolos a Dios); el trabajo de amor (servían al Dios vivo); la paciencia de la esperanza (esperaban el regreso de Cristo). La fe, la esperanza y el amor son las evidencias de la verdadera salvación (Col 1.4, 5; Ro 5.1–4).

II. Era un pueblo ejemplar (1.6,7)

¡Es maravilloso cuando los «oidores» se convierten en «seguidores»! Estas personas oyeron la Palabra, la recibieron con entusiasmo, la creyeron y sufrieron por recibirla. La Palabra imparte fe (Ro 10.17) y trae gozo (Hch 8.8, 39; Jer 15.16). Después que creyeron, estos nuevos cristianos siguieron a Pablo, se unieron al compañerismo local y se convirtieron en ejemplo para todos los que les rodeaban. No fueron sólo seguidores de Pablo, sino también de las iglesias (2.14); porque en el NT se espera que los cristianos sean parte vital de una congregación local. Su testimonio se extendió por toda el área y ayudó a llevar a otros a Cristo.

III. Era un pueblo entusiasta (1.8)

Hacía unos pocos meses que estas personas se habían salvado. No tenían la instrucción que la mayoría de los santos tienen hoy y sin embargo, eran entusiastas al testificar de Cristo. Testificaban mediante su andar («ejemplo», en el v. 7) y su hablar (v. 8). El verbo «divulgar» da la idea de tocar la trompeta. Mientras estos santos esperaban que sonara la trompeta para llamarlos al hogar (4.16), «tocaban la trompeta del evangelio» fuerte y claramente ante todos sus amigos perdidos. Demasiado a menudo somos como los fariseos, tocando la trompeta por nosotros mismos en lugar de hacerlo por Cristo y el evangelio (Mt 6.1–4).

IV. Era un pueblo expectante (1.9,10)

La Segunda Venida de Cristo es el tema básico de este libro. Cada capítulo relaciona su regreso con una verdad básica (véase el bosquejo sugerido). En este capítulo vemos que la venida de Cristo es la bendita esperanza del salvo. En tanto que los perdidos adoran y sirven ciegamente a sus ídolos, los salvos sirven al Dios vivo y se regocijan en la esperanza viva de que Cristo vendrá otra vez.

¿Cómo se supone que los cristianos deben esperar el regreso de Cristo? Trabajando mientras que Él viene (véase Mt 24.44–51). En 5.1–11 Pablo advierte a los santos a estar vigilantes y alertas, y a que no duerman ni se embriaguen como la gente del mundo. La bendita esperanza de la venida de Cristo debe ser más que una doctrina en nuestro credo: debe ser una dinámica de nuestras vidas.

¿Cómo sabemos que Cristo viene otra vez? Dios demostró que Cristo es su Hijo al levantarlo de entre los muertos. Léase cuidadosamente en Hechos 17.22–34 el argumento que Pablo presenta. Cristo no podría venir otra vez si estuviera muerto y si su cuerpo se hubiera descompuesto en una tumba judía. No podemos separar la esperanza viva del Cristo vivo (1 P 1.1–5).

Pablo les había instruido respecto a la venida de Cristo y el tiempo de tribulación que Dios había prometido que vendría sobre un mundo que rechaza a Cristo. Pero se cuida de destacar que la Iglesia no participará en esa tribulación. El verbo «librar» en el versículo 10 está en tiempo presente: «quien nos libra»; o podría reformularse como un título: «Jesús, el Libertador». La Iglesia no atravesará la tribulación. Léase 1.10 y 5.1–9, así como 2 Tesalonicenses 1 y 2. El próximo acontecimiento en el calendario de Dios es la venida de Cristo en el aire, en cuyo tiempo será el Arrebatamiento de la Iglesia para recibirle. Luego vendrán siete años de tribulación sobre la tierra. Cuando la copa de la iniquidad empiece a desbordarse en la tierra, Cristo y la Iglesia regresarán para derrotar a Satanás y sus huestes, e implantar el reinado de Cristo por mil años (véase Ap 19.11–20.5).

1 Tesalonicenses 2

El capítulo 1 describe a la iglesia ideal; el capítulo 2 muestra un cuadro del pastor o siervo cristiano ideal. Pablo nos ha dicho cómo el evangelio llegó a Tesalónica; ahora nos dice cómo ministró a los jóvenes creyentes. Esto es un bosquejo del «programa de seguimiento» que usaba Pablo y explica por qué la mayoría de sus convertidos permanecieron fieles al Señor y por qué sus iglesias crecieron. Nos da cuatro cuadros del obrero cristiano ideal.

I. El siervo fiel (2.1–6)

¡Qué tremendo privilegio «que se nos confiase el evangelio»! (2.4). Con frecuencia hablamos de la mayordomía de las cosas materiales, pero necesitamos también recordar que cada creyente es un mayordomo del evangelio y de la Palabra. Dios dio el mensaje a Pablo (1 Ti 1.11); Pablo a su vez lo encargó a Timoteo (1 Ti 6.20) y se esperaba que este lo confiara a personas fieles de las iglesias, quienes a su vez lo encargarían a otros (2 Ti 2.2). La principal responsabilidad de un administrador es ser fiel (1 Co 4.1, 2); y es en base a esta fidelidad que seremos probados y recompensados cuando Cristo venga.

Para ser fiel a su mayordomía el creyente debe estar dispuesto a sufrir. A Pablo y a Silas les habían tratado vergonzosamente en Filipos (Hch 16.19–24) y podían haber dado toda clase de excusas para unas vacaciones. Pero sabían que Dios les había confiado el evangelio y que tenían que llevar el mensaje a otras ciudades. En lugar de atemorizarse, eran intrépidos para proclamar las buenas nuevas.

El mayordomo fiel debe vivir para agradar a Dios, no a los hombres (v. 4). Es tentador comprometer el mensaje para ganar amigos, pero Dios no puede bendecir al mayordomo cuyo mensaje y ministerio no están acordes al patrón divino. En el versículo 3 Pablo afirma que su mensaje no es de engaño ni de error; o sea, era la verdadera Palabra de Dios. Su motivo era puro y no de impiedad; y sus métodos eran limpios, no engañosos (o «cebando el anzuelo» como para pescar). El versículo 5 afirma que Pablo no recurría a lisonjear a las personas para obtener ganancia personal. Pablo siempre honró a los obreros fieles y alababa donde se debía; mas no usaba lisonjas para ganar convertidos ni para influir en los seguidores. (Véanse Gl 6.10ss; Jn 8.29; Hch 4.18–21.)

II. La madre gentil (2.7,8)

Parece extraño que Pablo se autocompare en el versículo 7 con una «nodriza que cuida con ternura». (Considérese también 1 Co 4.14, 15 donde afirma que como padre espiritual había «engendrado» a los santos en Corinto mediante el evangelio.) En 2.9–13 Pablo usa la imagen de un padre, pero el pensamiento principal aquí es el del cuidado amoroso. Los nuevos cristianos necesitan amor, alimento y cuidado cariñoso, así como la madre lo daría a sus hijos. Los niños recién nacidos necesitan la leche de la Palabra (1 P 2.2) y deben «graduarse» al alimento sólido (1 Co 3.1–4; Heb 5.11–14), al pan (Mt 4.4; y véase Éx 16, el maná) y la miel (Sal 119.103).

La manera en que la madre alimenta al hijo es casi tan importante como el alimento que le da. Qué importante es que nosotros, que somos cristianos más viejos, alimentemos a los jóvenes creyentes con amor y paciencia.

III. El padre preocupado (2.9–16)

Nótese el ministerio «paternal» de Pablo: trabajó (v. 9a), predicó (v. 9b), se comportó (v. 10), exhortó (v. 11) y sufrió (v. 14). Un padre debe velar por su familia y sacrificarse por su bienestar. Los hijos son grandes imitadores y es importante que las vidas de los «padres espirituales» sean ejemplares.

Pablo podía haber reclamado sus derechos como apóstol y exigido que la iglesia lo sostuviera (2.6); pero en lugar de eso, sacrificadamente trabajaba con sus manos para ministrar en la iglesia. Los padres no imponen a sus niños pequeños el pago por el cuidado que reciben. Pablo también se cuidaba de vivir una vida santa (a Dios), justa (ante el hombre) y sin tacha (ante sí mismo).

Uno de los deberes de los padres es exhortar y educar a sus hijos, y Pablo hizo esto en Tesalónica. Proveyó enseñanza individual y personal («a cada uno de vosotros»), así como en el ministerio público de la iglesia. Los líderes espirituales no dependen únicamente de su ministerio público; sus hijos espirituales necesitan además estímulo y consejo personal. El ministerio triple de Pablo como padre era: (1) «exhortar» o persuadir; (2) «consolar» o estimular; y (3) «encargar» o testificar. Pablo no sólo les enseñó la Palabra, sino que les animaba a partir de sus propias experiencias en el Señor.

El apóstol se regocijaba de cómo sus hijos espirituales recibieron la Palabra de Dios. Sabía que el Espíritu de Dios obraría en sus vidas si ellos recibían la Palabra y creían en ella. Si unimos Filipenses 2.12–13, Efesios 3.20–21 y 1 Tesalonicenses 2.13, veremos que Dios obra en nosotros mediante su Palabra, su Espíritu y la oración.

Por último, Pablo advirtió a su familia espiritual respecto a los enemigos que los perseguirían. Si los cristianos se convierten en seguidores del Señor (1.6) y de las iglesias (2.14), pueden esperar que Satanás y sus seguidores los persigan.

IV. El hermano cariñoso (2.17–20)

¡Cómo le encantaba a Pablo llamar «hermanos» a estos santos! Usa la palabra veintiún veces en las dos epístolas a los Tesalonicenses. (Por supuesto, esto incluía también a las hermanas.) Se veía a sí mismo como uno de ellos, una parte de la familia. En el versículo 17 dice que se había «separado» de ellos por un corto tiempo, como un hijo lejos del hogar. Los quería, oraba por ellos y deseaba grandemente verlos de nuevo. Después de todo, la prueba de nuestra vida espiritual no es lo que hacemos cuando estamos en la iglesia con «la familia», sino cómo nos conducimos cuando estamos lejos de la iglesia. Pablo no era la clase de miembro de la iglesia que «se tomaba unas vacaciones» de la casa de Dios.

Como se mencionó antes, cada capítulo de esta epístola termina con una referencia al regreso de Cristo. En el capítulo 1 esto se relaciona con la salvación; aquí en el capítulo 2 se relaciona con el servicio. ¿Por qué pudo Pablo ministrar fielmente y con amor a estos santos? Porque los veía a la luz de la venida de Cristo. ¡Esperaba el día glorioso cuando se regocijaría por ellos en la presencia de Cristo! Jesús sufrió la cruz «por el gozo puesto delante de Él» (Heb 12.2); este «gozo» es sin lugar a dudas el de presentar la Iglesia a su Padre (Jud 24). Por el mismo gozo Pablo sufrió toda clase de sufrimientos. ¿Nos regocijamos en que contemplaremos a Jesús un día?

1 Tesalonicenses 3

La palabra clave en este capítulo es «afirmar» (vv. 2, 3, 8, 13). Los nuevos cristianos atraviesan tiempos de prueba y aflicción (vv. 3, 5); y a menos que estén afirmados en el Señor, el diablo los perturbará. Pablo no estaba satisfecho simplemente con que estas personas hayan sido salvadas (cap. 1) y nutridas (cap. 2); querían verlas afirmadas en la fe (cap. 3), capaces de andar (cap. 4). Después de todo, los niños deben aprender a ponerse de pie antes de aprender a caminar. ¿Qué medios usó Pablo para confirmar a estos creyentes en la fe?

I. Les envió un hombre (3.1,2)

¡Qué ayuda fue el joven Timoteo para Pablo! Todo Pablo debe tener su Timoteo: el joven que trabaja con el mayor. Pablo sabía cómo seleccionar y preparar líderes cristianos, y Timoteo fue uno de sus mejores. Este joven había demostrado su valía por varios años en su iglesia local (Hch 16.1–3) antes que Pablo lo reclutara para que fuera su ayudante. El joven Timoteo (quizás adolescente) no empezó su ministerio enseñando o predicando; fue el «ministro» de Pablo para ayudarle en las tareas de los viajes y vida diaria. En realidad Timoteo reemplazó a Juan Marcos, quien se fue cuando la jornada se puso difícil. La estimación de Pablo por Timoteo la vemos en Filipenses 2.19–24 y en sus dos epístolas a Timoteo.

Dios usa creyentes dotados para fortalecer a la Iglesia (Ef 4 y véanse Hch 14.21–23; 15.32, 41). Pablo estaba dispuesto a quedarse en Atenas solo con tal de que Timoteo pudiera volver a Tesalónica para animar a los creyentes y confirmarlos en la fe. Si los miembros de la iglesia «adoptaran» a los nuevos cristianos, los animaran, les enseñaran y tuvieran compañerismo con ellos, habría menos bajas espirituales. Los santos maduros en la iglesia deben ayudar a los cristianos más jóvenes a crecer en Cristo.

II. Les escribió una carta (3.3,4)

El creyente se edifica por la Palabra de Dios (2 Ts 2.15–17; Ro 16.25–27; 2 P 1.12). Nótese cómo Pablo les recuerda la Palabra que ya les había enseñado. Les había advertido respecto a las aflicciones que vendrían, pero al parecer se habían olvidado de lo que les había enseñado. No hay sustituto para la Palabra de Dios. El cristiano que ignora la Biblia es presa de todo viento de doctrina y nunca se edifica en el Señor (Ef 4.11–16). Timoteo les recordaba la Palabra que Pablo les había enseñado, y esto les animó y les confirmó.

Léase en Hechos 17.1–4 una descripción de cómo Pablo ministró la Palabra en Tesalónica. Discutía, lo cual sugiere debate o controversia; declaraba la Palabra, lo cual implica explicar su significado (Lc 24.32, 45); y exponía ciertas verdades, lo cual significa que presentaba la evidencia para ellas y las presentaba de manera ordenada para que todos las vieran; y anunciaba, lo que quiere decir que proclamaba el evangelio. El pastor y obrero cristianos deben asegurarse de tener un ministerio equilibrado con la Palabra. No es suficiente predicar y declarar la Palabra; también debe haber enseñanza, demostración, explicación. La palabra «declarar» (Hch 17.3) puede significar «poner la mesa»; por consiguiente el obrero espiritual deben «poner el alimento en la mesa» para que todo santo, joven o anciano, pueda alcanzarlo y participar de él.

III. Oraba por ellos (3.5–10)

El ministerio doble de la Palabra de Dios y de la oración es lo que afirma una iglesia. Si todo lo que hay es enseñanza y predicación y no oración, las personas tendrán luz, pero sin poder. Si todo lo que hay es oración, pero no enseñanza de la Palabra, ¡tal vez tenga un grupo de entusiastas que tienen más calor que luz! El pastor, maestro de la Escuela Dominical, misionero u obrero cristiano que habla con Dios respecto a su pueblo y luego le habla al pueblo acerca de Dios, tendrá un ministerio equilibrado y firme. El ministerio de Cristo consistía tanto en la Palabra como en la oración (Lc 22.31, 32). Samuel ministraba así (1 S 12.23 y no se olvide de la última frase); igualmente el Padre, los apóstoles (Hch 6.4) y el mismo Pablo (Hch 20.32).

La preocupación de Pablo no era tanto la seguridad o felicidad de ellos, sino su fe. En este capítulo se usa cinco veces la palabra «fe». Satanás es el enemigo de nuestra fe, porque si puede lograr hacernos dudar de Dios y de su Palabra, nos privará del gozo de toda la bendición que tenemos en Cristo. Pablo quería que tuvieran fe (v. 10) madura (perfecta). La fe no es un depósito que se ubica en el corazón y nunca cambia; es como el grano de mostaza que parece muy pequeño, pero contiene vida y puede crecer. Pablo quería ver que estas personas abundaran en amor, fueran afirmadas en la esperanza y que crecieran en la fe; fe, esperanza y amor.

No hay sustituto para una vida sólida de oración. A los cristianos se les ordena orar los unos por los otros y por los perdidos. Cuando hay un ministerio en el cual se combina la oración y la Palabra, Satanás es derrotado y la Iglesia confirmada.

IV. Les recordó la venida de Cristo (3.11–13)

Como ya lo hemos notado antes, el tema de las epístolas a los Tesalonicenses es la Segunda Venida de Cristo. Ninguna verdad confirma al creyente con más rapidez o mejor que esta. En medio de la prueba y la tribulación, estos creyentes podían tener seguridad y animarse con la promesa de su venida. Cuando las tentaciones se presentaran en el camino, como ocurría a diario en esas ciudades paganas, ellos podían mantenerse limpios al recordar que Cristo podía venir ese mismo día. Si se fatigaban de trabajar y testificar, podían cobrar nueva fuerza y valor al contemplar la esperanza del regreso del Señor. Ninguna verdad en la Biblia tiene un efecto mayor en el corazón, la mente y la voluntad del creyente que la de la Segunda Venida de Cristo.

Léase Lucas 12.42–48 para ver lo que le ocurre al siervo que se olvida de la venida de Cristo. Este hombre no dijo nada abiertamente; sólo dijo en su corazón: «Mi Señor tarda en venir». No le gustaba que Cristo viniera. ¿Es de sorprenderse acaso que este siervo se descarrió y no podía llevarse bien con los demás siervos?

Pablo ansiaba afirmar sus corazones para que fueran irreprensibles; nótese también 5.23. Se espera que los cristianos sean sin mancha y sin tacha (Flp 2.15). Esto no quiere decir que sean absolutamente sin pecado, porque la perfección no es posible sino cuando Cristo vuelva. El niño pequeño, copiando su nombre en el pizarrón, no lo hace sin equivocarse, porque es sólo un niño; pero si hace lo mejor que puede, es sin tacha. Si vivimos según la luz que Dios nos ha dado y procuramos crecer en Él, podemos tener vidas sin tacha a la vista de Dios. La expectación diaria de la venida de Cristo ayudará al creyente a mantener limpia su vida (1 Jn 2.28–3.3).

1 Tesalonicenses 4

Pasamos ahora a la segunda mitad de la carta, la cual da instrucciones prácticas a estos nuevos creyentes en Cristo. La palabra clave es «conducirse» (4.1, 12) y Pablo les ruega que obedezcan la Palabra (4.1, 10, 12, 14). A la conducta cristiana se la compara con la manera de conducirse por varias razones: (1) exige vida, porque el pecador muerto no puede conducirse; (2) requiere crecimiento, porque un bebé no puede conducirse; (3) demanda libertad, porque alguien atado no puede conducirse; (4) exige luz, porque nadie puede conducir en la oscuridad; (5) no puede ser algo escondido, sino que todos los presencian; y (6) sugiere progresar hacia una meta. Pablo describe la clase de conducta que el creyente debe tener.

I. Conducirse en santidad (4.1–8)

Aquí Pablo se refiere al matrimonio y al hogar. Los votos matrimoniales en las ciudades paganas no decían nada en cuanto a la pureza, de modo que había gran peligro de inmoralidad en estos nuevos cristianos. A pesar de que el amor y la pureza ciertamente prevalecían en muchos hogares paganos, la atmósfera general de estas ciudades (antes de que llegara el evangelio) era de lujuria y vida licenciosa. El cristiano tiene la responsabilidad de edificar un hogar cristiano que glorifique a Dios, de modo que Pablo empieza aquí.

La inmoralidad es básicamente egoísmo y robo. Así que Pablo les exhorta a que vivan para agradar a Dios y no a sí mismos. Había puesto el ejemplo (2.4) y ahora espera que ellos lo sigan. Les había ordenado, de parte del Señor, que vivieran en santidad y pureza por el poder de Dios. La voluntad de Dios para sus vidas era la santificación. La palabra santificar simplemente significa «apartar para un propósito». Usted puede alquilar el Hotel Jefferson en la ciudad de Washington, D.C., pero no la Casa Blanca. Esta última ha sido santificada, apartada para un propósito especial. El creyente ha sido apartado para Dios; es un santo, alguien apartado. Tenemos la responsabilidad cada día de dedicarnos más y más a Dios de modo que en cuerpo, alma y espíritu (5.23) le pertenezcamos por completo. Nada mancha más a la persona que el pecado sexual (2 Co 7.1; 1 Co 6.13–20). Los que violan sus votos matrimoniales pecan contra Dios, contra sí mismos y contra los demás cristianos; en verdad Dios los castigará.

En el versículo 4 se hace referencia a tener a la esposa en santidad y honor, o sea, como «vaso» más frágil (1 P 3.7), el cual ha sido comprado por la sangre de Cristo y santificado por el Espíritu (1 Co 6.9–11), y que se debe usar para la gloria de Dios. Menospreciar las advertencias de Dios respecto al pecado sexual es contristar al Espíritu Santo e incitar el castigo. Recuérdese a David, Sansón, Judá y otros personajes de la Biblia que cayeron en este pecado y pagaron un alto costo.

II. Conducirse en amor (4.9–10)

No era necesario que les escribiera del amor; les había enseñado al respecto y Dios mismo les enseñó a través del Espíritu (Ro 5.5). El amor es una de las características del nacimiento del creyente (1 Jn 3.14; 1 P 1.22; 1 Jn 4.9–12). «¡Mirad, cómo se aman unos a otros!», exclamaron los perdidos al observar la comunión y el compañerismo en la iglesia primitiva. Pero no es suficiente que amemos sólo a los que pertenecen a nuestro compañerismo; como estas personas de Tesalónica debemos amar cada vez más a todo el pueblo de Dios y también a los perdidos (3.12).

III. Conducirse en honradez (4.11,12)

Ahora Pablo habla respecto a la vocación del creyente y sus relaciones con los inconversos en el mundo. Uno de los problemas de la iglesia en Tesalónica era que algunas personas malentendieron la promesa de la venida de Cristo, dejaron sus trabajos y se convirtieron en «parásitos» viviendo a costa de otros cristianos. Véase en 2 Tesalonicenses 3.5–15 la amonestación de Pablo. «Que procuréis tener tranquilidad» (v. 11) literalmente significa «esforzarse por estar tranquilos»; o sea, no impacientarse ni preocuparse e involucrarse en las actividades del mundo. «Ocuparos en vuestros negocios» y por consiguiente no se metan en negocios ajenos. Es triste cuando los cristianos no tienen nada que hacer y se entremeten en la vida de otros. El cristiano que trabaja honestamente un día de trabajo y que se cuida de mantener un buen testimonio, influirá en el inconverso (véanse Col 3.22–25; 4.5). Los que no trabajan no deben comer (2 Ts 3.10). No practiquemos una «caridad» contraria a las Escrituras tomando el dinero del Señor para sostener a los «holgazanes cristianos» estimulándoles en su manera haragana de vivir.

IV. Conducirse en esperanza (4.13–18)

Este es el pasaje clásico sobre el Rapto de la Iglesia. La tristeza había venido sobre la vida de estos santos y se preguntaban si dejarían atrás a sus muertos cuando Cristo volviera. Pablo les asegura que sus muertos se levantarían primero y que todos los santos se reunirían para recibir al Señor en el aire. No debe confundirse el Rapto de la Iglesia (encontrándose con Cristo en el aire) con la revelación del Señor, el momento cuando Él vendrá con sus santos a la tierra para juzgar a los pecadores y establecer su reino (2 Ts 1.7–12). El Rapto (encontrándose con Cristo en el aire) puede ocurrir en cualquier momento; pero la revelación (regresando con Cristo) será alrededor de siete años después del Rapto.

Es natural que los cristianos se lamenten cuanto sus seres queridos mueren; pero no deben desesperarse como lo hace la gente del mundo que no tiene esperanza. Ciertamente Cristo espera que lloremos y sintamos la soledad (véase Jn 11.33–36) como si atravesáramos el valle; pero en medio de nuestra tristeza debe haber el testimonio de la esperanza viva que tenemos en Cristo (1 P 1.3). Nótese los consuelos que tiene el creyente en tiempos de aflicción:

A. El consuelo del creyente de que la muerte es sólo dormir.

«Durmieron en Cristo» en el versículo 14 literalmente es «puesto a dormir mediante Jesús». Independientemente de cómo muera un creyente, Jesucristo está allí para llevarlo a dormir. Por supuesto, el alma va a estar con Cristo (Flp 1.20–24; 2 Co 5.6–8); es el cuerpo el que duerme, no el alma. La palabra «cementerio» significa «un lugar para dormir»; es el lugar donde los cuerpos duermen, esperando la resurrección.

B. El consuelo de la reunión celestial.

Lo más duro respecto a la muerte es la separación de nuestros seres queridos; pero cuando Cristo venga «estaremos siempre con el Señor». Los santos que estén vivos no precederán a esos que murieron; todos seremos arrebatados para recibir juntos a Cristo.

C. El consuelo de la bendición eterna.

«Estaremos siempre con el Señor». Obtendremos nuevos cuerpos (1 Jn 3.1–3; Flp 3.20, 21). Pablo dice que el cuerpo que sepultamos en el cementerio es como la semilla que espera la cosecha (1 Co 15.35–38). Por supuesto, el cuerpo vuelve al polvo y el polvo se vuelve una parte de la tierra (Gn 3.19). La Biblia no enseña en ninguna parte que Dios levanta y une cada partícula del cuerpo del creyente. Lo que sí enseña es que el cuerpo de resurrección tiene identidad con el cuerpo que fue sepultado. Así como la semilla que se planta (y que muere) en la tierra tiene identidad y continuidad con la semilla que produce, el cuerpo de resurrección tendrá identidad y continuidad con el cuerpo que fue sepultado. La resurrección no es reconstrucción.

La palabra «arrebatados» (v. 17) está repleta de connotación. Significa: (1) arrebatar velozmente, porque no habrá advertencia (5.1–10); (2) arrebatar por la fuerza, porque Satanás tratará de impedir nuestro rapto al cielo; (3) pedir a alguien para uno mismo, así como el Novio pide a la novia; (4) mudarse a un nuevo lugar; y (5) librarse del peligro, porque la Iglesia no atravesará la tribulación (1.10; 5.9).

1 Tesalonicenses 5

El capítulo final da una serie de amonestaciones para instruir a los cristianos a vivir a la luz de la venida de Cristo. Al leer esas muchas exhortaciones vemos que había algunos problemas definidos en la joven iglesia. Había cristianos viviendo descuidadamente; algunos no respetaban a los líderes de su iglesia; otros abusaban de los servicios públicos; y había una necesidad general de unión y amor entre los santos. Estas amonestaciones recalcan cómo la iglesia local puede vivir en armonía y pureza.

I. Sean vigilantes (5.1–11)

Aquí Pablo presenta una serie de contrastes entre los cristianos y los perdidos:

A. Luz/tinieblas.

La venida de Cristo, en lo que respecta al mundo, será súbita e inesperada, como un ladrón en la noche; pero no así para el creyente. Nosotros esperamos que Él venga. Los incrédulos están en tinieblas; su entendimiento está entenebrecido (Ef 4.18; 5.8); aman la oscuridad (Jn 3.19–21; Ef 5.11); están bajo el control del poder de las tinieblas (Ef 6.12); y se encaminan hacia las tinieblas eternas (Mt 8.12). Pero el cristiano se asocia con la luz, porque Dios es luz y Cristo es la luz del mundo (Jn 8.12). El cristiano es un hijo de la luz (Ef 5.8–14), aunque en un tiempo fue también tinieblas. El cambio que se produjo está descrito en 2 Corintios 4.1–6; Colosenses 1.13 y 1 Pedro 2.9. Puesto que los cristianos pertenecen al día, deben vivir en la luz y estar preparados para la venida de Cristo.

B. Conocimiento/ignorancia.

A Satanás le agrada tener a las personas en oscuridad (Hch 26.18). Judas estaba en tinieblas (Jn 13.27–30) y también Ananías y Safira (Hch 5). El mundo ignora los planes de Dios porque ha rechazado a Cristo y a la Biblia. Léase en Isaías 8.20 por qué incluso los líderes inteligentes del mundo andan en tinieblas cuando se trata de comprender lo que están pasando en el mundo. Se dejan llevar por las apariencias y dicen: «¿Dónde está la promesa de su venida?» (véase 2 P 3). Pero el cristiano que lee la Biblia y mantiene sus ojos abiertos sabe la manera en que Dios obra en este mundo y no anda en ignorancia.

C. Expectación/sorpresa.

El mundo no salvo vive en falsa seguridad, como la gente antes del diluvio (Gn 6) o como los habitantes de Sodoma y Gomorra (Gn 18–19). Pablo hace dos comparaciones respecto a la venida de Cristo: (1) el ladrón, que habla de la sorpresa y de cómo están desapercibidos los afectados; (2) la mujer dando a luz, que habla de lo repentino y el sufrimiento que está involucrado. Cuando Cristo saque a la Iglesia del mundo, empezará el Día del Señor, un período de siete años de tribulación y sufrimiento para el mundo. Así, el Día del Señor vendrá al mundo como ladrón en la noche, pero no así para el creyente.

D. Sobriedad/embriaguez.

Los cristianos que esperan la venida de Cristo están despiertos y alertas; no se embriagan como los del mundo. «Velemos» y «durmamos» aquí no significa «estar vivos» o «estar muertos» como en 4.13–18; sino que significan respectivamente «estar alerta» y «estar descuidados». Cuando Cristo venga los cristianos deben estar viviendo en limpieza y consagración.

II. Respeten a sus líderes (5.12,13)

La familia de la iglesia debe tener liderazgo espiritual, y este liderazgo recae en el pastor o pastores y en los diáconos. La iglesia puede establecer cuantas organizaciones le plazca (siempre que estos grupos se organicen de acuerdo a las pautas bíblicas). El pastor, sin embargo, debe guiar y dirigir al rebaño conforme Dios dirige. Es cierto que necesita y quiere las oraciones y el consejo del pueblo, en especial de los líderes elegidos; pero todos en la iglesia deben respetar el liderazgo que Dios provee. Los cristianos deben: (1) aceptar a sus líderes (Ef 4.7–11; I P 5.1–5); (2) honrarlos, reconociendo el trabajo que hacen; (3) amándolos; y (4) siguiéndolos (Heb 13.7–9, 17, 24). Dondequiera que hay una iglesia desunida con frecuencia es porque el pastor no asume la responsabilidad de liderazgo, o porque los miembros le impiden que dirija. Téngase presente que el liderazgo no es dictadura. El líder da ejemplo, paga el precio y procura ayudar a otros en amor cristiano. El dictador usa la ley, no el amor; no guía, arrea; y sus motivos son egoístas, incluso aunque piensen que lo hace por el bien de la iglesia.

III. Sean considerados los unos con los otros (5.14,15)

No es suficiente tener liderazgo en la iglesia; también debe haber compañerismo, donde cada miembro haga su parte del trabajo. Primera de Pedro 4.7–11 nos recuerda que cada cristiano es un administrador de un don espiritual y que debemos usarlo para el bien de otros y la gloria del Señor. Pablo especifica ciertas clases de cristianos que necesitan ayuda especial: (1) A los ociosos: a los descuidados que no se dejan gobernar, los que se salen de los límites, se les debe amonestar. (2) A los de poco ánimo: a los desalentados se les debe animar. (3) A los débiles: los que no han madurado en el Señor (Ro 14.1–5), se les debe apoyar hasta que puedan caminar en el Señor. Nuestra actitud hacia todas las personas debe ser de paciencia y amor, nunca devolviendo mal por mal (Ro 12.17–21).

IV. Sean agradecidos (5.16–18)

«Alégrense, oren, den gracias» suenan como amonestaciones ordinarias; pero cuando se les añade los adverbios se tiene un desafío real: «Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo». El cristiano que anda con el Señor y mantiene comunión constante con Él verá muchas razones para regocijarse y dar gracias todo el día.

«Orad sin cesar» no quiere decir un constante repetir de oraciones (véase Mt 6.7). La verdadera oración es la actitud del corazón, el deseo del corazón (Sal 10.17; 21.2; 37.4; 145.19). Cuando nuestros corazones desean lo que Dios desea, estamos orando siempre conforme el Espíritu intercede por nosotros y en nosotros (Ro 8.26, 27).

V. Tengan cuidado en la adoración (5.19–21)

En la iglesia primitiva «profetizar» era la obra inmediata del Espíritu; el profeta daba el mensaje de Dios. Pero Satanás es el falsificador, de modo que es necesario probar los mensajes (véanse I Co 12.10; 14.29–33). El peligro era que los creyentes «podían excederse» en abusos emocionales o ir al otro extremo, apagar el Espíritu al rechazar sus revelaciones. «Examinadlo todo, retened lo bueno» (v. 21) es la admonición que debemos seguir siempre que oigamos o leamos un mensaje de la Palabra.

VI. Sean fieles en su conducta diaria (5.22–28)

«Especie de mal» quiere decir «toda forma de mal». Por supuesto, ningún santo debería permitir en su vida ninguna cosa que otros podrían entender mal o criticar. Si nos rendimos a Dios, Él es fiel para edificarnos en santidad. La oración, el amor fraternal y la atención a la Palabra de Dios nos santificará y nos mantendrá preparados para el regreso de Cristo.

2 Tesalonicenses

Bosquejo sugerido de 2 Tesalonicenses

Saludo (1.1,2)

I. Estímulo en el sufrimiento (1)
   - A. El sufrimiento nos ayuda a crecer (1.3–5)
   - B. El sufrimiento nos prepara para la gloria (1.6–10)
   - C. El sufrimiento glorifica a Cristo hoy (1.11, 12)

II. Aclaración respecto al Día del Señor (2)
   - A. La apostasía debe venir (2.1–3)
   - B. El templo se debe reconstruir (2.4–5)
   - C. Debe quitarse lo que lo detiene (2.6–12)
   - D. La Iglesia debe completarse (2.13–17)

III. Establecimiento en la vida cristiana (3)
   - A. Oración y paciencia (3.1–5)
   - B. Trabajar y comer (3.6–13)
   - C. Oír y hacer (3.14–15)

Despedida (3.16–18)

Comparación de los temas de 1 y 2 Tesalonicenses

1 Tesalonicenses	2 Tesalonicenses
1. La venida de Cristo en el aire por la Iglesia, 4.13–18	1. La venida de Cristo a la tierra con su Iglesia.
2. La presente edad de gracia	2. El futuro Día del Señor
3. La obra del Espíritu en la Iglesia	3. La obra de Satanás en el mundo («el misterio de iniquidad»), 2.7
4. Recordarles lo que les había enseñado	4. Corregir las enseñanzas falsas que habían oído

2 TESALONICENSES 1

La iglesia atravesaba persecución (1.4–7) y algunos de los creyentes pensaban que ya estaban en el Día del Señor, aquel tiempo de tribulación en el cual el mundo entero será juzgado. Es posible que una carta, al parecer de Pablo, había llegado a la iglesia (2.1, 2) o que algunos de los profetas de la iglesia habían dado este mensaje falso en alguna reunión pública. En cualquier caso, Pablo escribe para explicar el programa de Dios para la edad y animar a estos cristianos que sufrían a que permanecieran fieles al Señor. Destaca tres propósitos detrás del sufrimiento.

I. El sufrimiento nos ayuda a crecer (1.3–5)

«La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia» escribió Tertuliano el padre de la Iglesia; y la historia demuestra que es verdad. Un cristiano chino devoto dijo: «El sufrimiento en China ha multiplicado las bendiciones porque ha purificado a la iglesia». Los cristianos tesalonicenses tenían una reputación de una fe creciente, esperanza constante y amor abundante (1 Ts 1.3); y sus experiencias difíciles hacían que creciera su fe, esperanza y amor.

Todavía más, su testimonio seguía creciendo también, porque todas las iglesias habían oído de ellos y su postura por el Señor. Pablo podía gloriarse de ellos en todas las iglesias. Su firmeza y perseverancia era un estímulo para otros creyentes.

Nótese también que crecían en paciencia (v. 4). «La tribulación produce paciencia» (Ro 5.3). Por supuesto, en el NT «perseverancia» no es simplemente «esperar a que pase»; es firmeza en perseverar en el Señor, seguir avanzando cuando es difícil. El cristiano que ora por más paciencia debe esperar más tribulación, porque la tribulación es la herramienta espiritual que Dios usa para hacernos pacientes.

Cuando viene el sufrimiento, o bien nos desarrollará o nos destrozará. Si aceptamos el sufrimiento, nos rendimos a la voluntad de Dios y por fe continuamos fieles, entonces el sufrimiento nos hará crecer. Si resistimos el sufrimiento, nos quejamos a Dios y nos damos por vencidos en incredulidad, entonces el sufrimiento destrozará y debilitará nuestro testimonio. Véase 1 Pedro 4.12–19.

II. El sufrimiento nos prepara para la gloria (1.6–10)

Pablo no mira el sufrimiento como una carga, sino como una bendición, un privilegio. Sufrir por Cristo es un don (Flp 1.29). Cuando Pablo dijo que deberían ser «tenidos por dignos del reino de Dios» (v. 5) no sugería que podían ganarse un lugar en el cielo por sus méritos. «Dignos» describe aptitud, idoneidad, no mérito. Dios nos hace aptos mediante el sufrimiento para la gloria que está por delante. El sufrimiento y la gloria no pueden separarse (Mt 5.10–12; 1 P 4.12–14; 5.1). Nuestro sufrimiento aquí ahora es nada más que la preparación para la gloria que se ha de revelar (Ro 8.18; 2 Co 4.16–18).

Pero la perseverancia en el sufrimiento es también un testimonio para el mundo perdido. Puede parecer que Dios no juzga los pecados del mundo, pero esto no es verdad. Si andamos en incredulidad nos desanimaremos pensando que Dios no vindica a los suyos (véanse Sal 73 y Habacuc), pero Dios prepara juicio para el malo. Sabiendo esto, podemos descansar con confianza. Dios «recompensará» el juicio; o sea, retribuirá al malo en la misma medida y en la misma clase que han retribuido a los cristianos. Faraón ahogó a los niños de Israel y Dios ahogó al ejército egipcio en el Mar Rojo. Judas traicionó a Jesús para que lo colgaran en un madero y Judas mismo fue y se ahorcó en un árbol. Saúl intentó matar a David con la espada y él mismo murió por la espada. Los pecadores cosechan lo que siembran.

Cuando Cristo venga a la tierra con su Iglesia, juzgará a los malos que estén vivos en la tierra. Sufrirán el infierno eterno por dos razones: no conocieron a Dios (ignorancia voluntaria, Ro 1.18–32), y no obedecieron a Dios (desobediencia voluntaria). Dios ordena a los pecadores que se arrepientan (Hch 17.30); rechazar a Cristo es desobediencia. Por supuesto, el mundo no estará listo para la súbita venida de Cristo en juicio (Ap 19.11–21) y lo tomará desprevenido. El orden de los acontecimientos es: (1) el regreso secreto de Cristo en el aire por la Iglesia, lo cual puede ocurrir en cualquier momento; (2) el Día del Señor (1 Ts 5.1ss); (3) el surgimiento y crecimiento en poder del hombre de pecado; (4) la venida súbita de Cristo a la tierra con la Iglesia; (5) el juicio de los pecadores y Satanás apresado y atado por mil años (Ap 19.11–20.3).

III. El sufrimiento glorifica a Cristo hoy (1.11,12)

Jesucristo será glorificado en sus santos en ese día (v. 10); pero los creyentes deben glorificarle cada día que viven. Esta es la petición de la oración de Pablo por los creyentes: que Dios pueda cumplir su propósito en sus vidas y que el nombre de Cristo sea glorificado a través de ellos. El ministerio de Pablo era la Palabra de Dios y la oración (véase Hch 6.4). Enseñaba al pueblo las verdades de Dios, luego oraba por ellos para que pusieran en práctica lo que les había enseñado.

Los creyentes podemos tener confianza en el sufrimiento debido a que Dios nos ha escogido y nunca nos olvidará. La buena obra que Dios empieza, la completará (Flp 1.6). Si tal parece que el mundo pecador está ganando hoy la batalla, podemos descansar en fe, sabiendo que mañana ese mundo perderá la batalla. Nuestra responsabilidad es vivir de manera digna este supremo llamamiento (v. 11) y permitir que Dios obre su perfecta voluntad en fe y poder. Nótese las «verdades gemelas» en este capítulo: fe y amor (v. 3); fe y paciencia (v. 4); fe y poder (v. 11).

¿Qué deben hacer los cristianos que están en la voluntad de Dios cuando atraviesan pruebas y tribulaciones dolorosas? Deben: (1) agradecer a Dios por su salvación y porque Él está con ellos; (2) someterse a la voluntad de Dios sin quejarse; (3) pedir a Dios que les dé sabiduría para comprender su voluntad; (4) observar en busca de oportunidades para testificar y glorificar a Dios en la situación; (5) esperar con paciencia hasta que se cumplan los propósitos de Dios. Por supuesto, si estamos fuera de la voluntad de Dios y vienen los problemas (¡y vendrán!), debemos aceptar el castigo de su mano.

Este primer capítulo es un gran estímulo para el creyente en estos días de prueba. El mundo se precipita cuesta abajo hacia el infierno a velocidad vertiginosa. No quiere oír o no quiere prestar atención a la Palabra de Dios. Los cristianos fieles sufren mientras que los incrédulos impíos prosperan. Parece como si Dios se hubiera olvidado de los suyos. Pero no es así, dice Pablo. El creyente puede «descansar» (v. 7) -y esta palabra quiere decir «aflojar la tensión»-, sabiendo que Dios está obrando en el mundo. Un día Él vindicará a los suyos y ejecutará su venganza contra los perdidos.

2 TESALONICENSES 2

En este capítulo Pablo llega al meollo de su carta, su explicación respecto al Día del Señor y al hombre de pecado. Los cristianos estaban «temblando» en lugar de estar confirmados (1 Ts 3.2, 13) debido a que se les había dicho (falsamente) que el Día del Señor ya había veni-

do. «Está cerca» en el versículo 2 debe leerse como «ya está presente». Pablo explica que ciertos acontecimientos deben ocurrir antes de que este día de ira y juicio venga sobre el mundo.

I. La apostasía debe tener lugar (2.1–3)

La palabra «apostasía» quiere decir «abandonar la fe». Aquí se refiere a alejarse de la verdad de la Palabra de Dios. A pesar de que había sin duda falsos maestros en los días de Pablo, la iglesia en su mayor parte estaba unida en las verdades de la Palabra de Dios. Si usted encontraba a otro cristiano, sabía que esa persona creía en la Palabra de Dios, la deidad de Cristo y la salvación por la fe en Cristo. ¡Esto, ciertamente, no es verdad hoy en día! Vivimos en tiempos de «incredulidad cristiana»; gente que dice ser cristiana y sin embargo niega la deidad de Cristo, la inspiración de la Biblia y cosas por el estilo.

Esta apostasía, o abandono de la verdad, está prometida en 1 Timoteo 4 y 2 Timoteo 3. Hoy en día vivimos en tiempos de apostasía, lo cual indica que la venida del Señor está cerca. La iglesia profesante (la cristiandad) se ha alejado de la verdad.

II. El templo debe reconstruirse (2.4,5)

Pablo asegura el surgimiento de un dictador mundial, el «hombre de pecado, el hijo de perdición» (v. 3). No habla de un sistema mundial, sino de alguien que encabezará un sistema mundial. Este «hombre de pecado» contrasta con Cristo, el Salvador del pecado. Aquel es el hijo de perdición; Cristo es el Hijo de Dios. Aquel es un mentiroso; Cristo es la Verdad. Comúnmente llamamos a este hombre «el anticristo», lo cual significa tanto «contra Cristo» como «en lugar de Cristo». Este gobernante mundial recibirá el poder del diablo y unirá a las naciones de Europa en una gran federación (los diez cuernos de la estatua de Daniel 7). De acuerdo a Apocalipsis 17 el anticristo cooperará con el mundo apóstata para que aumente su poder y luego destruirá ese sistema religioso cuando ya no lo necesite más.

El programa es como sigue: (1) el Rapto de la Iglesia; (2) el anticristo empezará a subir al poder de una manera pacífica; (3) unirá a Europa y hará un pacto de siete años con Israel para proteger a esta nación (véase Dn 9); (4) después de tres años y medio romperá el pacto e invadirá Israel; (5) abolirá toda religión y se colocará a sí mismo para que se le adore (Ap 13); (6) al final del período de siete años de tribulación (Día del Señor), Cristo volverá a la tierra y destruirá al anticristo y su sistema. Tanto el AT como el NT predicen el regreso de los judíos a Palestina y la reconstrucción del templo judío. La «abominación desoladora» de Daniel 11.31 y Mateo 24.15 se manifestará cuando el anticristo se siente en el templo.

III. El que lo detiene debe ser quitado (2.6–12)

El misterio de iniquidad de Satanás ya está trabajando en el mundo y podemos ver sus actividades impías creciendo rápidamente. ¿Qué, entonces, detiene el programa maligno de Satanás y el surgimiento del anticristo? Dios tiene «el que lo detiene» en el mundo, el cual creemos que es el Espíritu Santo obrando en la Iglesia y a través de ella. Dios tiene sus «tiempos y sazones» determinados (1 Ts 5.1), e incluso Satanás no lo puede desviar de lo que ha decidido. Según el versículo 7 el que lo detiene es el Espíritu y Él seguirá deteniendo las actividades de Satanás hasta que «sea quitado de en medio» cuando venga el Arrebatamiento de la Iglesia. Por supuesto, el Espíritu todavía continuará obrando en la tierra, puesto que la gente creerá y se salvará después del Rapto; pero su ministerio de estorbar mediante el cuerpo de Cristo llegará a su fin. Esto le dará a Satanás curso libre para llenar la copa de la iniquidad hasta el borde.

Satanás trabajará mediante el anticristo con poderes milagrosos (vv. 9–10), así como los magos de Egipto imitaron los milagros de Moisés. Imitará los poderes de Cristo (véase Hch 2.22) y logrará que el mundo lo acepte y le adore. ¡Los hombres prefieren creer una mentira antes que la verdad! Por supuesto que a los verdaderos creyentes salvos después del Rapto no los engañarán, sino a los perdidos que al fin y al cabo acabarán en el infierno. Habrán creído la mentira, que es adorar y servir a la criatura antes que al Creador (Ro 1.25).

IV. La Iglesia debe completarse (2.13–17)

El Día del Señor se aplica a las naciones gentiles y a los judíos, pero no a la Iglesia. Es un día de ira y la Iglesia no está destinada para la ira (1 Ts 1.10; 5.9). El propósito de la tribulación es el castigo de los gentiles y la purificación de la nación judía, que para este tiempo habrá regresado a su propia tierra en incredulidad. Pero el anticristo no empieza a ascender al poder sino hasta que Cristo haya sacado a la Iglesia de la tierra. ¡Qué contraste entre la Iglesia y los seguidores del anticristo! Nosotros hemos sido salvos por creer en la Verdad; ellos están condenados porque creyeron una mentira. Nosotros hemos creído en las buenas nuevas del evangelio; ellos creen las falsas promesas del diablo. Nosotros hemos sido escogido para gloria; ellos están destinados al infierno.

Pablo hace una maravillosa aplicación: ¡estén firmes! No se dejen llevar por las convulsiones del mundo, trastornos políticos, ni la apostasía religiosa. Todas estas cosas deben suceder, pero Dios sigue todavía en el trono. A medida que el fin de la edad se acerca será cada vez más difícil vivir por Cristo y servirle. ¿Qué debe hacer el cristiano? ¡Aferrarse a la Palabra de Dios! No escuche las mentiras del diablo: las enseñanzas de las sectas, las promesas dulzonas de los falsos maestros. ¡Aférrense a la Palabra de Dios! Tenemos en Cristo y en su Palabra estímulo eterno y buena esperanza.

Debemos seguir trabajando. «Toda buena palabra y obra» (v. 17) es un buen lema para practicar en estos días de tinieblas. Persevere en esparcir la Palabra; en trabajar por Cristo. Al ganar a otros estamos edificando el cuerpo. Cuando el cuerpo quede completo, será arrebatado a la gloria. Esto es lo que Pedro quiere decir al afirmar «apresurándonos para la venida del día de Dios» (2 P 3.11, 12). Mientras la Iglesia esté en el mundo, estorba el programa de Satanás; pero una vez que la Iglesia haya sido quitada Satanás tendrá mayor libertad. Procurará destruir a Israel y arruinar a la humanidad.

Estos son días grandes y de desafíos. ¡Ojalá seamos hallados fieles cuando Él venga!

2 TESALONICENSES 3

La Segunda Venida de Cristo es más que una doctrina para examinar y estudiar; es una verdad en la cual afirmar nuestras vidas y para hacernos mejores cristianos. No es suficiente saber respecto a su venida, o creerla; debemos practicarla en la vida diaria. Desafortunadamente algunos de los creyentes de Tesalónica abusaban de la doctrina de la venida de Cristo. En este capítulo final Pablo les exhorta a que cambien sus caminos. Hay tres admoniciones prácticas aquí.

I. Orar y ser pacientes (3.1–5)

¡Qué tremendo poder tiene el creyente en la oración! Aunque Satanás está trabajando en el mundo, todavía podemos orar a Dios y ver que Él responde. La petición de Pablo es para que oren por su ministerio de la Palabra. La única manera de contrarrestar las mentiras de

Satanás es mediante la proclamación de la Palabra de Dios. La Palabra es viva (Heb 4.12) y Pablo desea verla que «corra» (v. 1) por todo el mundo. Donde la Palabra de Dios se ignore, Pablo anhela fervientemente verla glorificada. La Palabra en efecto tenía curso libre entre los creyentes de Tesalónica y estaba siendo glorificada porque la recibieron y la creyeron (1 Ts 2.13; 2 Ts 2.13).

También ora que los siervos de Dios puedan ser librados de los hombres perversos. Siempre que llevemos el evangelio Satanás levantará hombres irracionales (perversos) y malvados que se nos opondrán (véase Hch 18.1–12). Estos incrédulos se oponen a la Palabra misma e incluso a los que la esparcen. No podemos confiar en los hombres, pero podemos confiar en nuestro fiel Dios. «Él es fiel» (véase v. 3) es la frase favorita del cristiano perseverante.

Los creyentes tienen que ser pacientes al orar y esparcir la Palabra. Dios puede darnos esta paciencia conforme crecemos en nuestro amor por Cristo. El mayordomo que se impacienta mientras espera por su Señor tiene problemas con su corazón y obediencia (Mt 24.42–51). Pablo nos dice que amemos su aparición (2 Ti 4.8). Donde hay amor, habrá paciencia y esperanza.

II. Trabajen si quieren comer (3.6–13)

Algunos de los creyentes habían aplicado erróneamente la enseñanza concerniente al regreso de Cristo. «Si el Señor va a regresar pronto», razonaban, «¡debemos dejar nuestros trabajos y esperar su regreso!» A través de los siglos grupos marginales han cometido la misma equivocación. Han dejado el mundo, se han ido a una montaña y esperado que el Señor regrese, tan solo para volver avergonzados a sus hogares. ¡Qué necia puede ser la gente cuando resisten la clara enseñanza de la Palabra de Dios! Pablo amonesta a los verdaderos creyentes a que se alejen de estos cristianos holgazanes que desobedecían la Palabra, para que los ofensores se avergonzaran y corrigieran sus caminos equivocados (vv. 6, 14). Los fieles debían tratar a los ofensores como hermanos, no como enemigos; pero no tenían por qué soportar su pecado.

Pablo señaló su enseñanza y ejemplo. Mientras estuvo con ellos, trabajó con sus manos para sostenerse él y sus colaboradores (véanse 1 Ts 2.9–12; Hch 20.33–35). Muchas veces les había enseñado que trabajaran fielmente como cristianos y suplieran para sus propias necesidades. «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» era el principio que seguía Pablo. Por supuesto, la iglesia cuidaba de quienes tenían realmente necesidades y no podían trabajar (véanse Hch 6; 1 Ti 5); pero la iglesia no está obligada a ayudar a los que pueden trabajar pero no quieren hacerlo. Los que rehúsan trabajar se vuelven entremetidos; les sobra el tiempo e interfieren en los asuntos de otro. Esto crea un mal testimonio ante el inconverso (véase Col 4.5). La verdad de la Segunda Venida de Cristo debe impulsarnos a trabajar más duro y a ser fieles para obedecer su Palabra.

Cuando los cristianos fieles ven a los cristianos infieles vivir como lo hacen, con frecuencia se desaniman. «¿De qué sirve?», dicen. Pablo les anima: «No os canséis de hacer el bien» (v. 13). Ojalá seamos hallados fieles cuando Jesús venga y estemos delante de Él.

III. Oír la Palabra y hacerla (3.14–18)

La Palabra de Dios es para oír y obedecer. Los que se negaban a obedecer lo que Pablo decía, debían señalarlos y aplicárseles las medidas del caso. Esta acción no es disciplina oficial de la iglesia, según se analiza en 1 Corintios 5, sino acción correctiva personal aplicada por miembros de la misma de manera individual. No debemos alentar la holgazanería. Si cada cristiano obedeciera la Palabra de Dios, la iglesia sería más santa, más feliz y más eficaz en el testimonio y en el servicio.

Uno de los puntos fuertes de la iglesia de Tesalónica era su actitud hacia la Palabra de Dios. Oyeron y recibieron la Palabra, la creyeron (1 Ts 1.5, 6; 2.13) y la enseñaron a otros. Pero evidentemente algunos de los creyentes se estaban endureciendo a la Palabra: la oían pero no la obedecían. La evidencia de su incredulidad y desobediencia se veía en cómo vivían y sus vidas eran una desgracia para la iglesia. Debemos ser oidores y hacedores de la Palabra (Stg 1.22–27).

La bendición de Pablo se refiere a la paz y la gracia. ¡Cuánto necesitan paz estos creyentes! Atravesaban gran tribulación; algunos habían muerto; algunos vivían desordenadamente. Podemos tener paz en nuestros corazones si nos sometemos a Cristo, creemos en sus promesas y esperamos su regreso. ¡Nada estimulará más al creyente que está atravesando pruebas como la esperanza del regreso de Cristo!

Esta paz viene de su presencia: «El Señor sea con todos vosotros». Este es el Dios de paz dándonos la paz de Dios (Flp 4.4–9).

Pablo añadió su rúbrica personal y bendición de gracia, lo cual era la manera en que concluía sus cartas, garantizando así su genuinidad. Satanás tiene sus falsificaciones y embustes, de modo que Pablo tiene el cuidado de asegurarles que su carta era auténtica y autorizada. Véanse 1 Corintios 16.21; Gálatas 6.11 y Colosenses 4.18.

1 Timoteo

Bosquejo sugerido de 1 Timoteo

I. La iglesia y su mensaje (1)
   - A. Enseñar doctrina sana (1.1–11)
   - B. Predicar un evangelio glorioso (1.12–17)
   - C. Defender la fe (1.18–20)

II. La iglesia y sus miembros (2–3)
   - A. Hombres que oran (2.1–8)
     1. Por los gobernantes (2.1–3)
     2. Por los pecadores (2.4–8)
   - B. Mujeres modestas (2.9–15)
     1. En el vestido (2.9, 10)
     2. En la conducta (2.11–15)
   - C. Dirigentes consagrados (3.1–13)
     1. Pastores (3.1–7)

2. Diáconos (3.8–13)

D. Creyentes de buen comportamiento (3.14–16)

III. La iglesia y su ministro (4)

A. Un buen ministro (4.1–6)

B. Un ministro piadoso (4.7–12)

C. Un ministro que crece (4.13–16)

IV. La iglesia y su ministerio (5–6)

A. A los santos ancianos (5.1, 2)

B. A las viudas (5.3–16)

C. A los líderes de la iglesia (5.17–25)

D. A los siervos (esclavos) (6.1, 2)

E. A los que crean problemas (6.3–5)

F. A los ricos (6.6–19)

G. A los «educados» (6.20, 21)

Notas preliminares a I Timoteo

I. Trasfondo

El libro de Hechos finaliza con la prisión de Pablo en Roma (Hch 28.30, 31). En tanto que el NT no nos da ninguna idea clara de los últimos años de Pablo, la mayoría de los estudiosos concuerda con la siguiente cronología: Pablo fue puesto en libertad por César y obligado a salir de Roma después de haber estado preso como por dos años. Esto sería alrededor de la primavera del año 62 d.C. Con Lucas y Timoteo visitó Éfeso, donde descubrió que su profecía respecto a los «lobos» (Hch 20.29, 30) se había cumplido, porque a la iglesia de Éfeso la invadieron falsos maestros. Sus advertencias en I Timoteo sugieren que esta falsa enseñanza era similar al gnosticismo que había atacado a la iglesia de Colosas. Pablo ministró allí por poco tiempo, luego se fue a Filipos. Dejó a Timoteo como su ayudante especial para que supervisara a la iglesia de Éfeso y se deshiciera de los maestros falsos. Su partida fue triste, de acuerdo a 2 Timoteo 1.4.

II. La carta

Es muy probable que Pablo estaba en Colosas disfrutando de la prometida visita a Filemón, cuando escribió esta primera carta al joven Timoteo (Flm 22). Pablo planeaba regresar pronto a Éfeso (1 Ti 3.14), pero los asuntos en la iglesia efesia eran tan urgentes que no se atrevió a dilatar su consejo a su ayudante. Esta carta está llena de estímulo para un obrero cristiano joven que enfrentaba muchos problema difíciles en una «iglesia de ciudad grande». Podemos resumir estos problemas como sigue:

(1) Timoteo era un joven que procuraba pastorear personas mayores (4.12; 5.1, 2), y esto no es fácil hacer.

(2) Timoteo echaba mucho de menos a Pablo y quería tirar la toalla (1.3; 2 Ti 1.4).

(3) Timoteo era proclive a descuidar sus deberes pastorales y su vida devocional como líder cristiano (4.11–16)

(4) Timoteo había tomado algunas decisiones precipitadas, especialmente respecto a los dirigentes de la iglesia, y eso le había causado algunas dificultades (5.17–22).

(5) Timoteo tenía una tendencia hacia el ascetismo y la disciplina corporal que realmente le estaba haciendo daño físicamente (4.7, 8; 5.23).

(6) Timoteo había admitido ante Pablo que las «tentaciones juveniles» le acosaban como plaga (2 Ti 2.22), lo cual no es sorpresa en la impía Éfeso.

(7) Había falsos maestros que necesitaban silenciarse (1.3ss).

(8) Timoteo precisaba consejo respecto a cómo manejar los asuntos de la iglesia, especialmente referente a los dirigentes y a las viudas (3.1ss; 5.3ss).

Una de las palabras clave en I Timoteo es «te encargo», algunas veces traducida como «te mando» u «ordeno» (1.3, 5, 18; 4.11; 5.7; 6.13, 17). Era un término militar, refiriéndose a una orden que debía trasmitirse de rango en rango. Dios le había confiado el evangelio a Pablo (1.11), quien lo había trasmitido a Timoteo (1.18, 19; 6.20). Timoteo estaba «encargado» de guardar este tesoro (2 Ti 1.13, 14) y pasarlo a creyentes fieles que a su vez lo confiarían a otros (2 Ti 2.2). El lenguaje militar se entrelaza a través de ambas epístolas a Timoteo: 1.18; 5.14 (donde «ocasión» significa «una base de operaciones»); 2 Timoteo 2.3; 3.6.

El tema básico de I Timoteo se resume en 3.15: que la gente (no «tú») sepa la manera de conducirse como miembros de la iglesia local. Es un libro de «saber cómo» para el joven pastor y para el miembro de la iglesia. La iglesia local es la «columna y baluarte [cimiento] de la verdad», sin embargo la gente la descuida y abusa de ella al desobedecer la Palabra de Dios. Oremos mientras estudiamos I Timoteo para que seamos mejores cristianos y por consiguiente mejores miembros de la iglesia.

I TIMOTEO 1

Timoteo quería renunciar y la primera preocupación de Pablo era animarle a que se quedara y acabara la tarea. Casi todos los obreros cristianos han querido tirar la toalla en alguna ocasión u otra, pero, como solía decir el Dr. V. Raymond Edman, antiguo presidente de la Universidad de Wheaton: «¡Siempre es demasiado pronto para darse por vencido!» En este capítulo Pablo anima al joven Timoteo al recordarle de su posición ante Dios y de que Él le llevará a la victoria.

I. Dios te ha confiado un ministerio (1.1–11)

Timoteo no estaba en Éfeso porque Pablo lo pusiera allí. Fue Dios quien le confió un ministerio en esa importante ciudad. Así como Dios había encargado un ministerio en manos de Pablo (1.11), le había dado a Timoteo una mayordomía especial y esperaba que fuera fiel.

«Edificación de Dios» en el versículo 4 debería leerse «una mayordomía de Dios». Los falsos maestros en Éfeso ministraban su programa, no una mayordomía que le diera Dios. La primera responsabilidad de un administrador es ser fiel a su maestro (1 Co 4.1–7). Había falsos maestros en Éfeso que trataban de hacerse nombre para sí mismos como maestros de la Ley, pero que no sabían de qué hablaban. Se alejaron de la verdad de la Palabra y daban oído a fábulas (v. 4) e interminables genealogías, provocando más preguntas de las que podían contestar. ¡Qué cuadro de algunos maestros de hoy! Sus «ministerios» no edifican a los cristianos ni a la iglesia local, sino que en lugar de eso promueven argumentaciones y divisiones. En el versículo 5 Pablo contrasta a los falsos maestros y sus ministerios con el verdadero mayordomo de la gracia de Dios. El objeto del mayordomo de Dios es ver que las personas se amen unas a otras con un amor que viene de un corazón puro, una buena conciencia y una fe sincera. ¡Pero estos falsos maestros promovían divisiones interminables y charla vacía!

Pablo le explica a Timoteo la significación de la Ley. «Dios no nos dio la Ley para salvar a las personas», destaca Pablo, «sino para mostrarles cuánto necesitan ser salvos». Debe haber un legítimo uso de la Ley (véase Ro 7.16). En los versículos 9–10 Pablo menciona una lista de pecadores que están convictos y condenados por la Ley y si comparamos esta lista con Éxodo 20, veremos que se incluyen prácticamente los Diez Mandamientos.

Dios les encomendó a Pablo y Timoteo un evangelio glorioso, no un sistema de leyes (2 Co 3–4). «Sana doctrina» (v. 10) literalmente significa «enseñanza saludable», esto es, enseñanza que promueve la salud espiritual. Nuestra palabra «higiene» proviene de esta palabra griega. Nótese 2 Timoteo 1.13 y 4.3; tanto como Tito 1.9, 13 y 2.1, 2, 8. En 2 Timoteo 2.17 Pablo advierte que las falsas enseñanzas comerán «como gangrena». (¡El Dr. Lucas debe haber apreciado las muchas referencias de Pablo a la ciencia médica!)

II. Dios te capacitará para que hagas tu trabajo (1.12–17)

Pablo se pone como ejemplo de alguien que Dios ha capacitado, por gracia, para servir eficazmente. La palabra «ministerio» en el v. 12 es diaconía en griego, de la cual procede nuestra palabra castellana «diácono» y significa «un siervo».

Timoteo estaba preocupado porque pensaba que era demasiado joven y le faltaban las cualidades necesarias para el ministerio. «¡Mírame!», dice el apóstol. «Fui blasfemo y asesino antes de que Dios me salvara. Si la gracia de Dios puede hacer de un asesino un misionero, también puede hacer que tengas éxito». Pablo siempre tenía cuidado de dar a Dios la gloria por su vida y ministerio (1 Co 15.10). Cualquiera que sirve al Señor (y todos los creyentes deben ser siervos) necesita depender de la gracia de Dios. Somos salvos por gracia (Ef 2.8, 9), pero también servimos mediante la gracia (Ro 12.3–6). En el versículo 14 Pablo menciona tres fuerzas motivadoras en la vida: la gracia, la fe y el amor. Su amor por Cristo y por los pecadores perdidos le impulsaba a trabajar (2 Co 5.14ss); su fe en Cristo le daba poder (Ef 1.19); y la gracia de Dios obraba en su vida, capacitándole para servir a Dios (Heb 12.28).

Pablo consideraba su salvación un modelo (ejemplo) de lo que Dios haría por los pecadores perdidos, especialmente por su amada Israel. Los incrédulos de hoy no son salvos de la manera en que Pablo lo fue, o sea, al ver una luz y oír una voz; sino que son salvos por gracia, por medio de la fe, a pesar de sus pecados. El pueblo de Israel se salvará un día en el futuro así como Pablo se salvó en el camino a Damasco: verán a Cristo, se arrepentirán, creerán y serán cambiados.

En el versículo 15 tenemos el primero de las varias expresiones de «palabra fiel» que Pablo señala (véanse 3.1; 4.9; 2 Ti 2.11; Tit 3.8). Se piensa que estos son dichos de profetas del NT en la iglesia primitiva que resumían enseñanzas importantes. Los primeros cristianos no tenían Biblia escrita a la cual referirse; citaban estas «expresiones» como afirmaciones autorizadas de la fe.

III. Dios te ha equipado para la batalla (1.18–20)

La vida cristiana no es un patio de juegos; es un campo de batalla. Dios reclutó a Timoteo como soldado cristiano (2 Ti 2.3, 4). Pablo le recuerda al joven pastor de su ordenación años atrás. Es evidente que algunos de los profetas de la iglesia local habían recibido la instrucción del Espíritu Santo para apartar a Timoteo y ordenarle para el servicio especial (véanse Hch 13.1–3; 1 Ti 4.14; 2 Ti 1.6). «¡Dios no te llama sin primero equiparte!», le estimula Pablo. «El hecho de que su Espíritu te selló es prueba de que Dios te ayudará a salir adelante en las batallas que se avecinan». Véase Filipenses 1.6. Timoteo debía usar la Palabra de Dios como una afilada espada de dos filos para vencer a Satanás (Ef 6.17; Heb 4.12).

No es suficiente, sin embargo, tener la doctrina correcta; el soldado cristiano también debe tener la vida correcta («fe y buena conciencia», v. 19). Pablo menciona la conciencia varias veces en sus cartas pastorales a Timoteo y a Tito (véanse 1 Ti 1.5, 19; 3.9; 4.2; 2 Ti 1.3; Tit 1.15). La palabra «conciencia» es de origen latino y significa «conocer con». La conciencia es el juez interno que da testimonio de nuestras acciones (véase Ro 2.15). Es posible que el creyente mantenga una doctrina ortodoxa mientras que vive en pecado oculto; y este es el camino para el naufragio espiritual. «Desechar» la conciencia es abrir la puerta al pecado y a Satanás. Una «conciencia pura» se convierte en una «conciencia contaminada» y a fin de cuentas llega a ser una «conciencia encallecida» sin nada de sensibilidad espiritual.

Pablo menciona a dos hombres de Éfeso que tal vez le causaban problemas a Timoteo: Himeneo (2 Ti 2.17) y Alejandro (2 Ti 4.14). Estos dos hombres pertenecieron a la iglesia efesia y Pablo les disciplinó debido a su blasfemia, probablemente su enseñanza de falsa doctrina. La palabra «aprendan» en el versículo 20 significa «aprendan mediante la disciplina», sugiriendo que Satanás lidiará con ellos mediante circunstancias adversas. No era fácil para el joven Timoteo enfrentar a estos hombres con la verdad de Dios, pero tenía que hacerlo para preservar la pureza y el poder de la iglesia. Habría menos doctrinas falsas si los cristianos hubieran resistido a los falsos maestros de ayer.

1 Timoteo 2

En los capítulos 2–3 Pablo se refiere al ministerio público de la iglesia y los papeles que los diferentes miembros deben desempeñar. El capítulo 1 analiza el ministerio de la Palabra y su énfasis está en la oración. Los dos principales ministerios del pastor son la Palabra de Dios y la oración (Hch 6.4). Es triste ver a las iglesias privándoles a sus pastores de estos importantes ministerios al mantenerlos «ocupados» promoviendo un programa, complaciendo a la gente y practicando la política eclesiástica. Si las iglesias simplificaran su organización y purificaran sus motivos, los pastores podrían realizar la obra espiritual para la gloria de Dios.

Es importante que la iglesia tenga un ministerio equilibrado de la Palabra de Dios y la oración. La Palabra instruye a la iglesia; la oración la inspira a obedecer la Palabra. La iglesia que tiene abundancia de enseñanza bíblica, pero poca oración, tendrá «mucha luz pero poco calor». ¡Será ortodoxa, pero congelada! El otro extremo es la que tiene mucha oración y entusiasmo religioso, pero muy poca enseñanza de la Palabra; esto puede producir un grupo de personas con mucho celo, pero sin conocimiento.

I. El lugar de la oración en la iglesia local (2.1–8)

A. Su importancia.

Pablo menciona «antes que todo» a la oración. La iglesia local no ora debido a que se espera que lo haga; ora debido a que la oración es vital para la vida de la iglesia local. El Espíritu Santo obra en la iglesia mediante la oración y la Palabra de Dios (1 Ts 2.13; Ef 3.20, 21). La iglesia que ora tendrá poder y hará un impacto duradero por Cristo. Nótese cómo los creyentes en Hechos se dedicaron a la oración y vencieron a sus enemigos. Pablo nos exhorta a orar, ¡es importante!

B. Su naturaleza.

Las oraciones de la iglesia deben incluir: (1) rogativas, que significa decirle a Dios nuestras necesidades; (2) acciones de adoración y alabanza; (3) intercesión, que involucra peticiones a favor de otros; y (4) acciones de gracias, o gratitud por lo que Dios ha hecho. Véanse Filipenses 4.6 y Daniel 6.10, 11. Debemos orar por la familia de la iglesia, por supuesto, pero no debemos detenernos allí. «Todos los hombres» (v. 1) necesitan nuestras oraciones.

C. Sus metas.

El versículo 2 sugiere que la oración ayuda a mantener la paz en nuestra sociedad. En la medida en que los cristianos oran por los líderes gubernamentales, Dios rige y protege a su iglesia de los hombres impíos. El versículo 3 indica que, sobre toda otra cosa, la oración agrada a Dios y glorifica a Cristo. Si oramos sólo para satisfacer nuestras necesidades, tenemos un punto de vista muy bajo de la oración. Por supuesto, debemos orar por la salvación de los perdidos (vv. 4–7). Cristo murió por todos los hombres y Dios quiere que todos sean salvos (véase 2 P 3.9); por consiguiente, el Espíritu dirige al creyente a orar por los perdidos.

D. Sus condiciones.

El versículo 8 asienta las condiciones para la oración pública en la iglesia local: (1) «sin ira», amándose el uno al otro; (2) «manos santas», o sea, vidas limpias, obedientes; y (3) fe. Véase Marcos 11.20–26. Los hombres deben asumir el liderazgo en el ministerio de la oración de la iglesia.

II. El lugar de la mujer en la iglesia local (2.9–15)

El cristianismo, como ninguna otra fe religiosa, elevó la posición de la mujer y el niño. En lugar de criticar a Pablo por estas instrucciones, las mujeres deben agradecer a Dios por la bendición que la fe cristiana ha sido para ellas en todo el mundo. Pablo recalca de nuevo el principio de la cabeza (véanse Ef 5.22ss; 1 Co 11.1–16). La iglesia local que se niega a reconocer este principio puede crear confusión. Hay un principio triple en cuanto a la cabeza de la asamblea local: (1) Cristo es la Cabeza del cuerpo, Colosenses 1.18; (2) el pastor es la cabeza del rebaño, Hechos 20.28; y (3) el esposo es cabeza de la esposa, 1 Corintios 11.1–16; 1 Timoteo 2.12.

Pablo nos da las características de la mujer cristiana ideal en la iglesia.

A. Modestia (v. 9).

¡Pablo no dice que la mujer cristiana deba vestir ropas viejas o fuera de moda! Más bien recalca que el ser interior es más importante que la apariencia externa (1 P 3.1–6). Los vestidos modestos glorifican a Cristo; las modas exageradas sólo hacen hincapié en la persona y hacen que el cristiano parezca mundano. Es posible que el cristiano sea moderno y sin embargo modesto.

B. Pureza.

«Profesan piedad». La piedad es una de las palabras favoritas de Pablo; véanse 2.2, 10; 3.16; 4.7, 8; 6.3, 5, 6, 11; 2 Timoteo 3.5; Tito 1.1. Por supuesto, la piedad es simplemente una expresión abreviada de la «semejanza a Dios».

C. Laboriosidad.

Practica buenas obras (v. 10). Más tarde en esta carta (5.11–14) Pablo advierte respecto a la mujer ociosa que deambula de casa en casa y da la oportunidad a Satanás a llevarla al pecado. La mejor manera de predicar una mujer cristiana es con su vida.

D. Humildad.

En 1 Corintios 14.34–40 Pablo amplía este mandamiento. Así como Satanás logró meterse en Edén por medio de Eva, puede meterse en la iglesia local mediante alguna mujer sincera pero equivocada. (Los hombres equivocados también pueden ser un problema; véase 1 Ti 1.20.) Se instruye a la mujer que ejerza sumisión cuando la iglesia local se reúne en asamblea. Si surgen preguntas, antes que interrumpir la reunión, deben preguntarles a sus maridos en casa. Esta regla no impide a la mujer a enseñar ni guiar algún ministerio que le asigne la iglesia local.

Pablo apoya esta regla con un fundamento doctrinal sólido: Adán fue creado primero y tenía primacía en Eva. (Véase 1 Co 11.8, 9.) El principio de una cabeza está escrito en el mismo curso de la naturaleza; cuando violamos este principio, estimulamos a la confusión. La iglesia corintia estaba confusa y era parcialmente carnal porque las mujeres estaban tomando el mando sobre los varones y ni hombres ni mujeres se sometían a la Palabra de Dios.

Pablo da una segunda razón para este principio: Satanás halla más fácil seducir a la mujer que a los hombres (v. 14; y véase 2 Co 11.3). Satanás engañó a Eva y pecó. Si Adán hubiera estado a su lado para protegerla, tal vez ella no hubiera cedido a las mentiras de Satanás. Adán pecó con sus ojos bien abiertos, escogiendo más bien estar con su esposa (ahora una pecadora) que caminar con Dios.

«Engendrando hijos» en el versículo 15 tal vez se refiere a la maldición de Génesis 3.16; en otras palabras, las mujeres piadosas se librarán en el peligro del alumbramiento. Algunos opinan que se refiere al nacimiento de Cristo, puesto que el vocablo griego original significa «a través de engendrar hijo», o sea, un hijo muy especial. Pero quizás la primera opinión es la mejor; véase también 5.14. Las madres en espera, que andan en la voluntad de Dios, pueden reclamar esta promesa.

1 TIMOTEO 3

A pesar de que la iglesia es un organismo, un cuerpo vivo y creciendo, unido en Cristo, también es una organización. Es más, todo organismo tiene que organizarse o muere. El cuerpo humano es un organismo vivo, pero también es una máquina altamente organizada. Si la iglesia local ha de realizar eficazmente sus tareas, debe tener liderazgo y esto implica organización.

I. El pastor del Nuevo Testamento (3.1–7)

Los términos «pastor», «anciano» y «obispo», se refieren al mismo oficio. Véanse Hechos 20.17, 28 y Tito 1.5, 7. Anciano es la traducción del vocablo griego prebústeros (que se traduce «presbiterio» en 4.14). La palabra simplemente significa una persona mayor, más madura. Los ancianos judíos (Lc 22.66) eran los adultos dirigentes, reconocidos por su madurez. En la iglesia primitiva se escogía a los pastores de entre los hombres más maduros de la congregación. El término obispo procede del griego epískopos y significa «supervisor». La iglesia episcopal obtuvo su nombre de esta palabra. El pastor local, entonces, es un anciano en término de madurez espiritual y un supervisor en términos de ministerio. Filipenses 1.1 da la constitución de la iglesia del NT: santos, obispos, diáconos. Era usual que las iglesias tuvieran más de un anciano o pastor.

A. Requisitos como persona (vv. 2–3).

«Irreprensible» no significa exento de pecado; más bien quiere decir «sin reproche». Literalmente la palabra significa «que no se le puede achacar nada»; esto es, que no hay nada en su vida que el enemigo puede usar para estorbar la obra ni arruinar el testimonio. Puesto que el libertinaje moral era un serio problema en esos días, se exigía que el pastor tuviera solamente una esposa; o sea, que no hubiera cuestionamiento respecto a sus normas en el matrimonio. Ha habido un debate prolongado (y acalorado) sobre si Pablo quería atacar la poligamia (un hombre teniendo más de una sola mujer a la vez) o el divorcio. «Sobrio» indica seriedad de propósito y dominio propio. «Prudente» quiere decir «sensato», refiriéndose al buen juicio y acción mesurada. «Decoroso» se podría traducir «ordenado»; sugiere una vida y testimonio bien ordenados. Debe ser un verdadero caballero. Debe amar a la gente y disfrutar al tener a otros en su hogar. «Apto para enseñar» se liga con Efesios 4.11, donde la referencia a «pastores y maestros» es a un mismo y solo oficio. Léase 1 y 2 Timoteo de nuevo para ver cuánto Pablo dice respecto a enseñar la Palabra. Aunque la abstinencia total no se exige explícitamente en la Biblia, sin duda se hace hincapié en la sobriedad; problemas modernos estimulan a la iglesia a adoptar una posición en contra del alcohol y la embriaguez. Un «pendenciero» (v. 3) es el que usa la fuerza física para lograr que otros estén de acuerdo con él y sabemos que «la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Stg 1.20). El pastor no debe tener hambre de dinero; sino ser paciente con las ovejas; no debe ser contencioso (peleón, dado a discutir); sino libre de codicia, poniendo a Cristo y a la iglesia primero en su vida.

B. Requisitos como familia (vv. 4–5).

El pastor debe ser la cabeza de su familia y debe tener a sus hijos bajo control. ¡Esto no significa decir que a los hijos del pastor no se les permita ser niños! Lo que quiere decir es que deben respetar al Señor y a sus padres, y crecer siendo ejemplo, como lo deben ser todos los cristianos.

C. Requisitos como miembro de la iglesia (vv. 6–7)

No debe ser un recién convertido; si lo es, Satanás puede inflarlo con orgullo y llevarle a caer en pecado. Es peligroso empujar a los nuevos convertidos a posiciones de liderazgo. El pastor debe tener buen testimonio, incluso entre los no salvos («los de afuera», v. 7), porque de lo contrario su mala reputación derribará el testimonio de la iglesia. Es trágico cuando los pastores dejan deudas incobrables y promesas incumplidas. Esto hace daño al testimonio de la iglesia en la comunidad.

II. El diácono del Nuevo Testamento (3.8–13)

«Asimismo» indica que Dios tiene normas igualmente importantes para el diácono, porque debe trabajar con el pastor para guiar los asuntos de la iglesia. «Honesto» significa «tenido en alta estima». «Doblez» indica una persona de dos caras, un cuentista, alguien que dice una cosa a una persona y otra cosa a otra, tratando de ganarse el favor de ambas. Los líderes de la iglesia deben ser de una sola palabra. Las cuestiones del vino y del dinero ya se analizaron en el versículo 3. En el versículo 10 puede haber una advertencia en contra de usar los fondos de la iglesia para provecho personal. Los diáconos deben ser de limpia conciencia, viviendo lo que profesan.

La palabra «mujeres» en el versículo 11 tal vez se refiere a las esposas de los diáconos. Algunas versiones traducen «diaconisas». No tenemos ninguna evidencia clara en el NT de que la iglesia primitiva haya tenido diaconisas al igual que diáconos. En todo caso, estas normas se aplican también a las esposas de los diáconos. Nótese que tanto el pastor como el diácono deben someterse a prueba antes de encargarles el oficio, o sea, se les debe permitir ejercer sus dones en otros ministerios antes de elegirlos como líderes. La posición de diácono es para trabajar, no para figurar. Los dirigentes de la iglesia que son fieles ganan un grado honroso ante Dios y los hombres, y así son capaces de impulsar más la obra de Cristo.

III. La iglesia del Nuevo Testamento (3.14–16)

Mucho se ha escrito respecto a la «verdadera iglesia» o la «iglesia invisible». Ciertamente hay tal concepto en la Biblia, en el sentido de que todos los creyentes pertenecen a Cristo y son uno en Él. Pero el énfasis fundamental del NT es en la iglesia local y esta es tan «iglesia verdadera» como el «cuerpo místico de Cristo» del cual se oye tanto. En el NT se esperaba que los cristianos se unieran a las iglesias locales y trabajaran para Dios. En estos versículos Pablo muestra la importancia de la iglesia local al describirla mediante varias figuras:

A. La casa de Dios.

Esto es, la familia de Dios en la tierra. Todos los creyentes son hijos de Dios y la iglesia es su familia. Véanse Gálatas 6.10 y Efesios 2.19. Pablo escribió esta carta para enseñar a la gente la manera de comportarse como miembros de la familia de Dios. Si la iglesia es la familia de Dios, es más importante que cualquier otra organización en la tierra.

B. Columna y baluarte de la verdad.

Este lenguaje es de arquitectura. La iglesia es lo que sostiene la verdad de Dios en este mundo. La palabra «baluarte» significa «fortaleza» o «cimiento»; un traductor la traduce como «sótano». En la medida en que la iglesia local es fiel para preservar, predicar y practicar la verdad, la obra de Dios prospera en la tierra. El cristiano infiel debilita el mismo cimiento de la verdad de Dios en el mundo.

C. El cuerpo de Cristo.

El versículo 16 es tal vez un himno cristiano primitivo, memorizado por los santos para cantarlo en sus cultos de adoración. El misterio de la piedad es el programa oculto de Dios para traer piedad a este mundo. Por supuesto, Cristo es el gran misterio de Dios y este canto lo exalta: Su nacimiento, muerte y resurrección; su ministerio terrenal. Es un resumen de la Persona y obra de Cristo, y la idea es que la iglesia local ahora continúa la obra que Él empezó. La iglesia en la tierra es el cuerpo de Cristo en la tierra (véase 1 Co 12.12), donde Pablo habla de una iglesia local, no de la Iglesia universal).

La iglesia es importante para Dios y debe ser importante para nosotros.

1 Timoteo 4

Este capítulo se refiere a la vida y labores espirituales del pastor. Indica que un verdadero ministro debe tener tres cualidades. Será:

I. Un buen ministro: Predicando la Palabra (4.1–6)

A. El peligro (vv. 1–3).

A la iglesia efesia ya se le había advertido respecto a las doctrinas falsas (Hch 20.29, 30). Mediante las cartas de Pablo el Espíritu habla «claramente» que la iglesia verá la apostasía, un abandono de la verdadera fe (véase 2 Ts 2). La palabra griega que se traduce como «apostatarán» es la raíz de nuestra palabra castellana «apostasía». Pablo destaca también su causa: no la «inteligencia creciente de los eruditos», sino la influencia satánica de los demonios de modo que los creyentes profesantes nieguen las doctrinas básicas de la Biblia. ¡El problema no es con la cabeza, sino con el corazón!

¿Cuáles son las características de estos falsos maestros? Por una parte, predican una cosa pero practican otra. Son tales hipócritas que incluso tienen «cauterizada» la conciencia debido a su desobediencia voluntaria a la Palabra de Dios. Leen la Palabra, pero la soslayan mediante sus mentiras interesadas. Enseñan una falsa piedad, o sea, ascetismo, lo que quiere decir, abstenerse del matrimonio y de ciertos alimentos. Hay algunos grupos llamados «cristianos» que nunca han estudiado Colosenses 2 para descubrir que las disciplinas corporales no hacen automáticamente avanzar en la vida espiritual.

B. La respuesta (vv. 4–6).

«La palabra de Dios y la oración» (v. 5) resuelve la cuestión. En su Palabra Dios ha declarado que todos los alimentos son limpios (Gn 1.29–31; 9.3; Mc 7.14–23; 1 Co 10.23–26; Hch 10); y por la oración el cristiano agradece a Dios y dedica el alimento para su gloria (1 Co 10.31). El pastor debe enseñar estas cosas a su gente, alimentándola, tanto como a sí mismo, con doctrina «sana»; véanse las notas sobre 1.10. Un buen ministro se alimenta de la Palabra para poder alimentar a otros.

II. Un ministro piadoso: Practica la Palabra (4.7–12)

Así como la doctrina «sana» promueve salud espiritual, los mitos necios y ridículos de los falsos maestros producen enfermedad espiritual. ¡El ejercicio y los alimentos espirituales son una combinación feliz! Se ha sugerido que Timoteo se inclinaba hacia el ascetismo, la disciplina del cuerpo; y que Pablo aquí le enseña que debe hacer hincapié en las disciplinas y ejercicios espirituales antes que en los físicos. Si algunos cristianos pusieran en las cosas espirituales tanta energía y entusiasmo como lo hacen en el atletismo y el desarrollo muscular, ¡cuánto más fuertes serían ellos y también sus iglesias! «El ejercicio corporal para poco es provechoso», admite Pablo, «pero la piedad (el ejercicio espiritual, practicar la Palabra de Dios) para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera» (v. 8). Véase Hebreos 4.14.

El cristiano, especialmente el pastor, debe practicar la Palabra de Dios y ser conocido por su piedad (semejante a Dios). Esto puede significar llevar cargas y soportar sufrimiento (v. 10), pero vale la pena. Incluso los jóvenes pueden ser ejemplo de fe, como Pablo amonesta en el versículo 12: en palabra, en conducta, en amor, en espíritu (entusiasmo), en fe (fidelidad) y pureza.

III. El ministro que crece: Progresa en la Palabra (4.13–16)

«Para que tu aprovechamiento (avance pionero) sea manifiesto a todos», es la meta que Pablo fija en el versículo 15 Un pastor que crece formará una iglesia que crece, porque nadie puede guiar a otros a donde él mismo no ha llegado. ¿Cómo podía Timoteo, o cualquier creyente, para el caso, progresar en la vida cristiana?

A. La Palabra de Dios.

«Ocúpate en la lectura» (v. 13), o sea, la lectura pública de la Palabra de Dios en la iglesia. Por supuesto, la Palabra también debe explicarse y aplicarse. No es suficiente conocer los hechos de la Palabra; los creyentes también deben saber las doctrinas de la Palabra.

B. Dones espirituales.

Todo cristiano tiene algún don espiritual (Ro 12.3–8; 1 Co 12) y demasiado a menudo estos dones se echan a un lado en lugar de ejercerlos por fe. Cuando los ancianos (presbíteros) ordenaron al joven Timoteo, asistidos por Pablo (2 Ti 1.6), Dios le dio a Timoteo algunos dones espirituales para equiparle para su ministerio. Pero él había descuidado estos dones y necesitaba avivarlos de modo que el fuego que se apagaba pudiera resurgir. Espiritualmente hablando, lo que no usamos, lo perdemos; véase Hebreos 2.1–3.

C. Dedicación.

La expresión original en griego del versículo 15 dice: «Atiende a estas cosas; está en ellas». En otras palabras, entrégate por completo a ellas, sin compromiso ni distracción. Por cierto que la meditación es parte de esto, pero los mandamientos de Pablo son mucho más amplios. El cristiano que holgazanea en cuanto a los asuntos espirituales, jamás progresará.

D. Examen.

«Ten cuidado de ti mismo», viene primero. Examínate tú mismo, descubre dónde estás espiritualmente y a dónde te diriges. «La vida sin examen no vale la pena vivirla», dijo el antiguo filósofo Sócrates. Es fácil corregir la doctrina, pero es mucho más desafiante vivir la doctrina. Nunca salvaremos a otros si perdemos nuestro poder espiritual.

Al revisar estos versículos se puede ver que Pablo esperaba que Timoteo edificara la iglesia en la Palabra: que la predicara, la enseñara y la practicara. La Palabra debía ser tanto su alimento y guía personal, como el alimento para la iglesia. El pastor que invierte tiempo en la Palabra y la oración crecerá y será pastor de una iglesia creciente.

Podemos concluir preguntando: «¿Cómo puede el miembro de la iglesia ayudar a su pastor a crecer?» Una de las mejores maneras es protegiendo su tiempo, de modo que tenga oportunidad para estudiar y orar. Todo pastor quiere estar accesible cuando hay necesidad, pero ninguno puede darse el lujo de desperdiciar su tiempo en asuntos triviales. Otra manera es orar por él diariamente. Una tercera sugerencia es prestar atención a lo que predica. ¡Qué bendición es predicar a personas que quieren escuchar! Todo pastor tiende a desanimarse cuando los miembros de la iglesia no se aplican a seguir los mensajes de la Palabra. Finalmente, la iglesia debe proveerle de los medios necesarios para realizar el trabajo de la iglesia. Esto significa mayordomía fiel, traer los diezmos y las ofrendas al Señor. Más de un pastor piadoso y consa-

grado no puede hacer lo que Dios quiere, porque la iglesia está endeudada o tiene una precaria historia financiera. También, si la iglesia no le paga a su pastor un salario decoroso, aumenta sus cargas y puede estorbarle en su trabajo.

I TIMOTEO 5

Estos dos capítulos finales se refieren a la iglesia y su ministerio en al menos siete clases de personas (véase el bosquejo de la página 535).

I. Los ancianos santos (5.1,2)

Puesto que era joven, Timoteo tenía que tener cuidado en sus relaciones con los creyentes ancianos en la iglesia. La palabra «anciano» aquí se refiere a edad, no a oficio. El pastor no debe reprender a los santos de mayor edad, sino exhortarlos y animarlos. «Míralos como lo harías con tus padres», aconseja Pablo. (Véase Tit 2.1–4.) La iglesia necesita reconocer las necesidades y problemas de los creyentes mayores, y procurar ayudarles. «Los santos ancianos» son importantes en la iglesia y los jóvenes necesitan de ellos más de lo que se dan cuenta. Véase I Pedro 5.1–7.

II. Las viudas (5.3–6)

Lea Hechos 6, 9.36–43 y Santiago 1.27. La iglesia primitiva cuidaba a las viudas necesitadas. La palabra «honrar» en el versículo 3 significa «fijar el valor», como en nuestra palabra «honorario», una cantidad que se paga a un orador por sus servicios. Timoteo tenía que tener cuidado de no malversar los fondos de la iglesia dando dinero a viudas que no lo merecían. En su día, tanto como ahora, habían engañadores que explotaban a la gente bajo la máscara de la religión. Tales personas usualmente visitaban las iglesias porque sabían que los santos de corazón blando les darían una contribución «por amor de Jesús».

Pero nótese que el versículo 4 dice que la familia tiene la primera responsabilidad para cuidar de los necesitados. Hijos y nietos deben mantener a sus padres y abuelos, y no esperar que la iglesia lo haga por caridad. Cualquier cristiano que no cuida de los suyos es peor que un incrédulo (v. 8). Es por esto que el pastor y los diáconos deben investigar cada caso de benevolencia y caridad, y también el porqué los creyentes individuales o los grupos en la iglesia no deben dar a lo que parecen obras de caridad ni realizar trabajo de caridad sin primero consultar con sus líderes espirituales. Demasiado dinero de Dios, que han dado fieles adoradores, se ha desperdiciado debido a que cristianos bien intencionados siguieron sus emociones en lugar de seguir la Palabra de Dios.

Pablo da los requisitos para que se «matricule» a las viudas («sea puesta en la lista», v. 9; que se inscriba su nombre en la lista); nótense los versículos 5 y 9–10. Véase también en Lucas 2.36, 37 un ejemplo de esta clase de mujer. Primero, debía ser una viuda verdadera, sin familia que la sostenga o cuide. Debía ser piadosa, dada a la oración y a servir a otros. (Es muy probable que esas viudas que sostenía la iglesia servían en la iglesia en diferentes maneras, tal vez como Dorcas lo hacía.) Debía tener 60 años o más, y tener buen testimonio (v. 10), especialmente en su matrimonio.

En los versículos 11–16 Pablo se refiere a las viudas jóvenes y advierte a Timoteo que no las inscriba. Por un lado, las viudas jóvenes podrían prometer fidelidad para servir a Cristo y a la iglesia («su primera fe» en el v. 12 quiere decir «su primera promesa»), pero luego sentirían la tentación a empezar a buscar marido. «Quieren casarse» en el versículo 11, indica que el matrimonio se convierte en la pasión que consume sus vidas. Además, después de enfriarse espiritualmente dejan de servir a otros y empiezan a meterse en problemas (v. 13). Esto traería censura al nombre de Cristo y al testimonio de la iglesia. El mandamiento de Pablo es que las viudas jóvenes se casen, críen familias piadosas, se queden en casa y se cuiden de no darle a Satanás oportunidad para acusación. El versículo 16 resume el asunto; que los parientes y familiares cuiden a sus propios familiares necesitados, de modo que la iglesia no sea gravada.

III. Los líderes de la iglesia (5.17–25)

Al parecer Timoteo tenía problemas con algunos de sus dirigentes. Parte del problema quizás surgió debido a que había escogido y ordenado a algunos demasiado aprisa (v. 22). Otro factor era al equivocarse en su juicio de algunos de ellos (vv. 24–25) y había tomado decisiones precipitadas. Los pastores cometen errores, ¡incluso cuando sus corazones estén en buen camino! Pero también, los otros dirigentes se equivocan.

Timoteo, como el representante personal de Pablo en Éfeso, debía supervisar el trabajo de los ancianos del área. A estos hombres le pagaba la iglesia, puesto que el mandamiento de Dios es que los que enseñan la Palabra vivan de la Palabra (I Co 9.1–14). Los ancianos fieles en realizar su trabajo debían recibir doble paga (honor, aquí, se refiere al dinero, como en el v. 3). Por supuesto, ¡un reconocimiento doble tampoco está fuera de orden! Pablo apoya el principio de que los cristianos paguen a sus ministros citando Deuteronomio 25.4 y refiriéndose a lo que Cristo dijo en Lucas 10.7.

Pero, ¿qué hacer con los líderes de la iglesia que causaban problemas? Antes que todo, busque los hechos. Si todas las iglesias practicaran I Timoteo 5.19, tendríamos menos iglesias que se dividan. Cualquier acusación debe respaldarse al menos por dos testigos. Se debe evaluar el asunto con sinceridad sin mostrar ninguna parcialidad (v. 21). ¡Qué fácil es juzgar a otros creyentes, o llegar a conclusiones a partir de unos pocos hechos (o rumores)! Cuando se descubra que la acusación es verdad y los testigos y los hechos apunten en tal dirección, se debe analizar públicamente al dirigente ofensor. La sugerencia aquí es que el ofensor confiese sus pecados y le pida perdón a la congregación. Si el pecado de un líder lo conocen al menos dos personas, se puede estar casi seguro que otros también lo saben; y los pecados públicos exigen confesión y restitución pública.

Muchos cristianos mundanos acuden aprisa al versículo 23 para apoyar sus malos hábitos. Aunque la Biblia no exige abstinencia total, sí estimula la temperancia; en todo caso, este versículo se aplica a una situación especial. Para empezar, Pablo instaba a Timoteo a que cuidara su cuerpo; y por más que le demos rienda a la imaginación no podemos creer que beber alcohol mejorará nuestro cuerpo. El bebedor es con frecuencia la persona con el cuerpo más enfermo. El vino que Pablo prescribió estaba destinado a ayudarle a Timoteo en los problemas que tenía en su estómago; era medicina, no una bebida social. (Algunos han sugerido que los problemas de Timoteo con los líderes de su iglesia le habían causado úlceras.) No es malo que los cristianos usen los medios disponibles para ayudar a Dios a contestar sus oraciones por sanidad. Pablo oró por Timoteo, pero también sugirió un remedio práctico para sus necesidades. Tal vez Timoteo estaba dejándose llevar por los falsos maestros que enfatizaban la disciplina corporal y el ascetismo, y esto afectó su salud.

Los dirigentes y líderes de la iglesia son importantes debido a que ayudan al pastor a llevar la carga. Pero el pastor siempre debe ser el pastor del rebaño. Lo mejor que un líder de la iglesia puede hacer es dejar que el pastor ejerza sus dones y ministerios espirituales sin obstáculo ni distracción. Entonces la iglesia prosperará.

Este capítulo continúa la explicación de Pablo respecto al ministerio de la iglesia a los diferentes grupos en la comunidad, particularmente a los que pueden causar problemas.

I. Los esclavos (6.1,2)

La esclavitud era una parte integral de la vida antigua; se estima que había más de sesenta millones de esclavos en el Imperio Romano. Muchos esclavos hallaron a Cristo, pero sus amos siguieron siendo incrédulos; por consiguiente, los esclavos cristianos podían sentirse inclinados a desobedecer y a reclamar libertad debido a que eran cristianos. Pablo les insta a dar buen testimonio ante sus amos inconversos, de modo que estos aprendan a respetar el nombre de Dios y su Palabra. Por otro lado, los esclavos que tenían amos creyentes se verían tentados a aprovecharse de ellos y Pablo prohíbe esta conducta. Véanse Efesios 6.5ss, Colosenses 3.22ss y 1 Pedro 2.18–25.

II. Los que causan problemas (6.3–5)

«No se preocupen de la doctrina», dicen algunos predicadores modernos, «lo que importa es la unidad espiritual». En esta sección Pablo refuta esta mentira: siempre que hay desunión en una iglesia es porque alguien realmente no cree o no practica la Palabra de Dios. Había que tomar medidas adecuadas contra los que enseñaban falsas doctrinas y que no estaban de acuerdo con las enseñanzas de Pablo.

El apóstol claramente describe a esta gente que causa problemas en la iglesia. Es orgullosa; quiere ser «gente importante» en la iglesia. Sin embargo, es ignorante, «nada sabe» (v. 4). Además, está enferma; porque la palabra «delira» en realidad significa «enfermo, contagiado». Después de rechazar la sana doctrina, se enfermaron espiritualmente. En lugar de alimentarse de las verdades de la Palabra de Dios, se alimentan de cuestiones vanas y del significado de las palabras; y todo esto conduce a las envidias, rencillas, constantes pleitos y la impiedad. Estas personas están «privadas» de la verdad; su única meta es el provecho personal. Si pueden usar la religión para avanzar hacia sus propias metas, eso es todo lo que les importa.

Nótese que Tito 3.10 ordena que al que causa problemas no se le debe permitir ser miembros de la iglesia después de que se le ha advertido dos veces. A los que causan problemas y van de iglesia en iglesia no se les debe recibir de nuevo en el compañerismo después de la segunda ofensa.

III. Los ricos (6.6–19)

El pensamiento de «ganancia» en el versículo 5 lleva a Pablo a analizar al cristiano y su riqueza. Usar la piedad como fuente de ganancia nunca traerá contentamiento; pero una vida piadosa, que es una vida de contentamiento, sin duda es de gran ganancia para una persona. ¡Cuán importante es que tengamos los valores correctos!

Es fácil interpretar mal los versículos 9 y 10. En el versículo 9 Pablo les advierte a los que anhelan ser ricos, o sea, los que fijan toda su atención en la búsqueda de riquezas. Esta clase de personas se inclina a caer en tentación y artimañas, y a la larga se hundirán en la destrucción. ¡Piense en todo lo que Lot perdió cuando puso sus ojos en las ricas llanuras de Sodoma! ¡O lo que Amán perdió (véase el libro de Ester), cuando puso su corazón en las riquezas y el honor! ¿Qué necesita un hombre para lograr contentamiento? Muy poco: alimento, vestido y una vida piadosa. Piense en la pobreza de Cristo, sin embargo, Él hizo ricos a muchos (2 Co 8.9).

El versículo 10 no enseña que el dinero sea la raíz de todo mal, ni siquiera que el amor al dinero es la raíz de todo mal; sino más bien que el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. El dinero en sí mismo es neutral; básicamente está contaminado. Jesús llamó al dinero «riquezas injustas» (Lc 16.9, 11) y Pablo lo denomina «ganancias deshonestas» (1 Ti 3.3, 8; Tit 1.7, 11). El dinero se puede invertir en la eternidad llevando a los perdidos a Cristo, o puede enviar a un hombre al infierno cuando se convierte en su dios. Ambos ejemplos se hallan en Lucas 16. Se puede romper cada uno de los Diez Mandamientos por causa del dinero. Por el dinero la gente ha negado a Dios, blasfemado su nombre, robado, mentido, asesinado, cometido adulterio y cosas por el estilo. La lujuria por las cosas materiales hace que la gente se aleje (yerre) de la fe y esto conduce al naufragio. Buscan el placer, pero todo lo que encuentran es dolor y sufrimiento.

Pablo entonces inyecta una advertencia a Timoteo, debido a que los líderes cristianos pueden ser arrastrados por los valores falsos y el deseo de la ganancia material. Demas abandonó a Pablo debido a que amó más al mundo (2 Ti 4.10); Judas vendió a Cristo por treinta piezas de plata. Nótese que Pablo llama al joven pastor Timoteo un «hombre de Dios» (v. 11). ¡Qué estímulo! Nótese también tres exhortaciones: huye, sigue, pelea. Huye de estas cosas: orgullo, codicia, falsas enseñanzas. Algunas veces lo mejor que puede hacer el soldado cristiano es correr. En 2 Timoteo 2.22 Pablo le ordena: «huye también de las pasiones juveniles». Esto es lo que José hizo cuando la mujer de Potifar le tentó (Gn 39). Pero no es suficiente huir. También debemos seguir y luchar. Pablo señala el maravilloso ejemplo de Cristo cuando testificó valientemente ante Pilato. «¡Servimos al Rey de reyes!», escribe Pablo. «Sé fiel hasta que Él venga. Cuando Él venga, te honrará por tu buen trabajo».

Los versículos 17–19 constituyen una instrucción positiva para los ricos, diciéndoles cómo usar sus riquezas para la gloria de Dios. Nótese que los llama «ricos de este siglo [mundo]». Es posible ser rico en este mundo y no ser rico para con Dios (véase Lc 12.13–21). Primero, estas personas deben ser humildes, aceptando su riqueza como una mayordomía de parte de Dios. Deben poner sus ojos en el Dador y no poner su confianza en lo recibido. Dios quiere que los suyos disfruten de las bendiciones de la vida; ¡la palabra «disfrutar» se halla en la Biblia! En Cristo, Dios «nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos». ¡Él nos las da «en abundancia»! Pero estas bendiciones materiales no son solamente para disfrutarse, también son para emplearlas, para usarlas para la gloria de Dios y ganar almas. El dinero se debe usar en buenas obras; se debe compartir; se debe invertir en cosas eternas, colocando un buen fundamento para el tiempo venidero. «Tesoros en el cielo» es la manera en que Jesús lo dijo en Mateo 6.

IV. Al «educado» (6.20,21)

«Ciencia» en el versículo 20 significa «conocimiento», pero para Pablo era un falso conocimiento. Sin duda se refería a los gnósticos (véase la introducción a Colosenses) que aducían tener «pleno conocimiento» respecto al universo, lo cual no tiene gran diferencia con algunos de los filósofos de la actualidad. Estos falsos maestros de Éfeso estaban molestando al joven Timoteo con sus teorías altisonantes y sus preguntas respecto a la Palabra de Dios; de modo que Pablo le advierte que no se enrede con estas «profanas pláticas sobre cosas vanas». La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (véase 1 Co 1–2).

¿Cuál era la responsabilidad de Timoteo? «Guarda lo que se te ha encomendado». Dios le había encomendado algo por medio de Pablo. Dios le había dado a Pablo el mensaje del evangelio, el depósito de la verdad (1.11), quien a su vez lo había encomendado a Timoteo

(1.18, 19). Este debía guardarlo (6.20) y darlo a otros (2 Ti 2.2). Esta es la tarea de la iglesia hoy; ¡ojalá seamos fieles en guardar el depósito y trasmitirlo a otros!

2 Timoteo

Bosquejo sugerido de 2 Timoteo

I. La apelación pastoral (1)
   A. El recordatorio del llamamiento de Dios (1.1–6)
   B. El recurso de la gracia de Dios (1.7–11)
   C. La recompensa ante el trono de Dios (1.12–18)

II. La apelación práctica (2)
   A. Cómo soportar el sufrimiento (2.1–13)
      1. Es parte de tu llamamiento (2.1–7)
      2. Es un privilegio de parte de Cristo (2.8–13)
   B. Cómo lidiar con los falsos maestros (2.14–23)
      1. Trazar bien la Palabra (2.14, 15)
      2. Rechazar las mentiras y las fábulas (2.16–18)
      3. Procurar la vida piadosa (2.19–23)
   C. Cómo resolver los problemas de la iglesia (2.24–26)

III. La apelación profética (3)
   A. Una explicación del futuro (3.1–9)
   B. Un ejemplo del pasado (3.10–13)
   C. Una exhortación del presente (3.14–17)

IV. La apelación personal (4)
   A. ¡Predica la Palabra! (4.1–4)
   B. ¡Cumple tu ministerio! (4.5–8)
   C. ¡Apresúrate a venir a Roma! (4.9–18)
   D. ¡Saluda a mis amigos en Cristo! (4.19–22)

Notas preliminares a 2 Timoteo

I. Trasfondo

No tenemos los detalles respecto a los viajes de Pablo después de que fue puesto en libertad de su primera prisión en Roma. Tito 3.12 indica que visitó Nicópolis. Debe haber partido desde allí hacia Troas, donde, debido a que «tuvo que salir aprisa», había dejado su capote, sus libros y pergaminos (2 Ti 4.13) con Carpo, en cuya casa se hospedaba. Cómo o dónde lo arrestaron de nuevo, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que Nerón desató una terrible persecución en contra de los cristianos y que la segunda prisión de Pablo fue muy diferente a la primera (Hch 28). Ahora era un detestado preso en una cárcel romana y no un acusado «en su casa rentada» en espera del juicio. Al leer esta carta final, podemos sentir su soledad y su corazón destrozado mientras aguarda el juicio y el martirio seguro. «Solo Lucas está conmigo», escribe, y suplica a su hijo en la fe, Timoteo, que venga lo más rápido que le sea posible.

Si el Alejandro que se menciona en 2 Timoteo 4.14 es el mismo de Hechos 19.33, es posible que el arresto de Pablo ocurrió en Éfeso o en sus cercanías. Cuando hablaba con los ancianos de Éfeso, Pablo mencionó «las asechanzas de los judíos» (Hch 20.19) y es posible que Alejandro el calderero tenía algo que ver con este complot. Algunos estudiosos piensan que Alejandro estaba relacionado con el «Sindicato de los fabricantes de ídolos» y que estaba disgustado ante la primera huida de Pablo de Éfeso. Timoteo ya no era el líder en Éfeso. Tíquico había sido enviado para ocupar su lugar (4.12). Aparentemente Timoteo estaba trabajando como ministro y evangelista viajero en los alrededores de Éfeso. Pablo esperaba que Timoteo viniera a Roma porque sabía que el joven estaría en Troas (4.13) y Éfeso (1.16–18). Estas ciudades estaban en el camino a Roma.

II. Propósito

La carta es intensamente personal. Pablo está solo en Roma, aguardando el juicio y la muerte cierta. Anhela ver a su hijo Timoteo y animarle a tomar su lugar en el ministerio del evangelio. Pablo se ve rodeado de apostasía y derrota. El Dr. Sidlow Baxter, en la obra *Explore the Book* [Explore el Libro], destaca que el «algunos» de 1 Timoteo se había convertido en «todos» en 2 Timoteo. «Desviándose algunos» (1 Ti 1.6); «naufragaron en cuanto a la fe algunos» (1 Ti 1.19); «algunas se han apartado» (1 Ti 5.15); «algunos, se extraviaron» (1 Ti 6.10); «algunos, se desviaron» (1 Ti 6.21): es el tema de la primera carta. Pero en 2 Timoteo leemos: «me abandonaron todos» (2 Ti 1.15); «todos me desampararon» (4.16). Las iglesias se alejaban de la fe y Pablo instaba al joven Timoteo a que fuera fiel a su llamamiento y cumpliera su ministerio. Entretejido entre las exhortaciones en esta carta están los sentimientos y preocupaciones personales del gran apóstol. Esta carta no es un «canto del cisne» en derrota; ¡es un himno de victoria!

Si seguimos la división de capítulos que consta en nuestra Biblia, vemos cuatro apelaciones de Pablo a Timoteo para animarle a ser un fiel ministro a pesar de las condiciones desalentadoras. El capítulo 1 es la apelación pastoral, en la cual Pablo le recuerda a Timoteo su llamamiento al ministerio y las responsabilidades y privilegios que esto implica. El capítulo 2 es la apelación práctica, en la cual Pablo procura resolver algunos de los problemas del joven ministro; su persecución por causa del evangelio, los falsos maestros y las dificultades en la iglesia. En el capítulo 3 Pablo usa la apelación profética, explicando el curso de los acontecimientos y la importancia de aferrarse firmemente a la Palabra. Por último, el capítulo 4 da la apelación personal del corazón del envejecido apóstol, urgiéndole a Timoteo a seguir siendo fiel porque a él (Pablo) pronto lo ejecutarían. No quería que Timoteo se convirtiera en otro Demas.

2 TIMOTEO 1

Al leer las dos cartas de Pablo a Timoteo se puede empezar a comprender los problemas de este joven ministro. Por un lado, vacilaba para lidiar de frente con los asuntos y resolverlos de acuerdo a la Palabra de Dios. Había «temor» (cobardía) en su vida, tal vez el temor del hombre que «pondrá lazo» (Pr 29.25). Enfrentaba las tentaciones usuales de un joven y sin duda no se sentía apto para la tarea. Para apoyarle y ayudarle a perseverar en la tarea Pablo le da cinco maravillosos estímulos.

I. Un amigo que ora (1.1–5)

Pablo enfrentaba el martirio, sin embargo, ¡dedicaba tiempo para orar por Timoteo! Al comparar 1 Timoteo 1.1 con 2 Timoteo 1.1 se puede ver que Pablo, enfrentando la muerte, pensaba ahora respecto a «la promesa de vida que es en Cristo Jesús», ¡y qué maravillosa promesa es esa! Le asegura a Timoteo su amor y oraciones y de que le recordaba noche y día.

Le recuerda a Timoteo que hay mucho por lo cual estar agradecido, a pesar de los problemas que estaba enfrentando. Le recuerda de su herencia piadosa y de la fe que Dios le ha dado, no sólo para la salvación, sino también para la vida diaria y el servicio cristiano. No sabemos si los seres queridos de Timoteo todavía vivían en ese tiempo; pero si vivían, ciertamente lo respaldaban en oración. ¡Qué bendición es tener amigos que oran! Qué estímulo es orar por otros y ayudarles en sus vidas espirituales. Véase 1 Samuel 12.23.

II. Un maravilloso don (1.6–7)

Uno de los problemas de Timoteo era la cobardía, su timidez para enfrentar los problemas y hacer la obra de Dios. Quizás su juventud contribuía a esto (1 Ti 4.12). Pablo le recuerda que estaba olvidándose del don que Dios le había dado (4.14) y que necesitaba avivarlo, como cuando alguien sopla los leños de una fogata que se está apagando a fin de reavivar la llama. Pablo no sugiere que Timoteo estuviera perdiendo su salvación, por cuanto esto es imposible, sino que estaba perdiendo su celo por el Señor y su entusiasmo por la obra del Señor.

En el versículo 7 Pablo escribe respecto al Espíritu Santo. El Espíritu no genera temor en nosotros (véase Ro 8.15), sino más bien poder, amor y disciplina (mente sana, dominio propio). ¡Todo cristiano necesita estas tres cosas! El Espíritu Santo es el poder en nuestras vidas (Hch 1.8; Ef 3.20–21; Flp 4.13). Pablo usa la palabra «poder» en todas sus cartas, excepto en la que escribió a Filemón. El Espíritu también nos da amor, porque el fruto del Espíritu es amor (Gl 5.22). Nuestro amor por Cristo, por la Palabra, por otros creyentes y por los perdidos debe proceder del Espíritu (Ro 5.5). El Espíritu también nos da disciplina y dominio propio; como resultado, no somos fácilmente arrastrados por nuestras emociones o circunstancias. Cuando el Espíritu está en control, experimentamos paz y sosiego, y el temor y la cobardía se desvanecen. Nótese Hechos 4.1–22, el versículo 13 en especial.

III. Un llamamiento santo (1.8–11)

La gente de Éfeso sabía que Timoteo era amigo y colaborador de Pablo, ¡pero Pablo era un preso en Roma! «¡No te avergüences de mí ni del evangelio!», le amonesta Pablo. «Nuestro sufrimiento es nada más que una parte de nuestro llamamiento celestial como ministros». Cuando los cristianos sufren, lo hacen con Cristo (Flp 3.10). El mismo poder que nos salva, nos fortalece para la batalla. Pablo hace hincapié en que nuestro llamamiento es por gracia; no merecemos la salvación. Si Dios nos permite sufrir después de habernos dado tan maravillosa salvación, ¡qué derecho tenemos para quejarnos o darnos por vencidos! «Dios tiene un propósito en mente», aconseja Pablo. «¡Déjale cumplir ese propósito!»

El maravilloso propósito de Dios en el evangelio estuvo oculto en las edades pasadas, pero ahora se ha revelado. «Quitó» en el versículo 10 significa «inutilizado, desarmado». Dios no eliminó la muerte mediante la cruz, porque la gente todavía muere. Pero lo que hizo fue desarmar a la muerte, quitarle su aguijón, para el creyente. Cristo ha traído a la luz la vida e inmortalidad (la condición de nunca morir). Estas doctrinas están «en las sombras» en el AT, pero debemos ser precavidos y no construir alguna doctrina de la inmortalidad, la muerte ni la resurrección, a partir de pasajes del AT únicamente. Muchas sectas falsas usan Job, Eclesiastés y algunos de los Salmos para defender tales doctrinas extrañas como la de que el alma va a dormir.

IV. Un Salvador fiel (1.12–14)

¡Qué estímulo saber que Cristo es fiel y puede guardar a los suyos! «Yo sé a quién he creído» era la confianza de Pablo, y no «espero» o «pienso». Hay dos maneras de leer el versículo 12 y tal vez Pablo tenía a ambos en mente. Pablo dice que sabe que puede confiar en que Cristo le guardará a él y a su alma; pero también dice que sabe que Cristo le capacitará para guardar lo que Él le ha encomendado. Es posible traducir esta expresión como: «Él puede guardar lo que me ha encomendado». Cristo le había encomendado el evangelio a Pablo (1 Ti 1.11) y este estaba seguro de que le capacitaría para guardarlo con seguridad (1 Ti 6.20; 2 Ti 4.7). Repase 1 Timoteo 1.1–11.

«Forma» en el versículo 13 significa «bosquejo». La iglesia tenía ciertas definiciones de la sana doctrina y apartarse de ellas era pecado. Mediante el poder del Espíritu Timoteo debía aferrarse a aquel bosquejo básico de doctrina (v. 14). Los versículos 12 y 14 son paralelos: Cristo en gloria es poderoso para guardar lo que le había dado y el Espíritu en la tierra nos ayuda a guardar lo que Cristo nos ha dado.

V. Un ejemplo piadoso (1.15–18)

Todos en Asia habían abandonado a Pablo (véase también 4.16). Los dos hombres que menciona tal vez hayan sido miembros de la iglesia de Éfeso, personas que Timoteo conocía personalmente. Pero uno de ellos había permanecido fiel: Onesíforo («uno que rinde provecho o beneficio»). Este piadoso hombre era quizás diácono de Éfeso, porque el versículo 18 se puede traducir: «y en cuántas cosas sirvió por entero como diácono», puesto que la palabra griega que se traduce «ayudó» también significa «diácono».

Este hombre vino a Roma, buscó a Pablo y le sirvió sin temor ni vergüenza. «No se avergonzó de mis cadenas» (v. 16). ¡Qué ejemplo para que Timoteo siguiera y para que todos nosotros observemos! ¡Aquí había un diácono de la iglesia mostrando más celo, amor y valentía que su pastor!

Nótese que el versículo 17 dice que Onesíforo *estuvo* en Roma. Por lo visto ya no estaba allí y tal vez iba de regreso a Éfeso. A lo mejor llevó esta carta a Timoteo. En cualquier caso, en el versículo 16 Pablo saluda a los de la casa de este diácono. Enseñar que Onesíforo ya había muerto y que las palabras de Pablo en el versículo 18 constituyen una oración por los muertos, como algunos enseñan, es simplemente torcer las Escrituras. No tenemos ninguna evidencia de que Onesíforo haya muerto y sin duda Pablo nunca enseñó que los creyentes oraran por los muertos.

2 TIMOTEO 2

Pablo le recordó a Timoteo su llamamiento pastoral. Ahora se refiere prácticamente a la iglesia local y las responsabilidades especiales del pastor. Pablo presenta varios cuadros de la iglesia local, mostrando los diversos ministerios que Dios tiene para su pueblo y su pastor. La iglesia local es:

I. La familia de Dios (2.1)

«Hijo mío» sugiere, por supuesto, que Timoteo había nacido a la familia de Dios por fe en Cristo. Como escribió en I Corintios 4.15, Pablo le había «engendrado» por el evangelio. En Efesios 2.19 Pablo llama «familia de Dios» a la iglesia local. La iglesia local no es un club campestre santificado; es la familia de Dios que se reúne para compañerismo, adoración y servicio. La única manera de entrar a esta familia es mediante el nacimiento del Espíritu (Jn 3.1–6) y de la Palabra (1 P. 1.23).

II. Tesoro de Dios (2.2)

«Encarga» significa «deposita» y se refiere al tesoro de la verdad del evangelio que Pablo había encargado a Timoteo (1 Ti 6.20) y que Dios primero le había encomendado a Pablo (1 Ti 1.11). Por eso Pablo llama a la iglesia local «columna y baluarte de la verdad» en 1 Timoteo 3.15. Dios ha depositado en su pueblo la verdad de la Palabra de Dios. Es nuestra responsabilidad guardar este tesoro y compartirlo con otros. La tarea de la iglesia local no es preservar la verdad, como si fuera un museo; sino vivirla y enseñarla a las generaciones venideras. Nótese que Timoteo debe encomendar la verdad a «hombres fieles» y no indistintamente a cualquier creyente. ¡Cuán importante es ser fiel a la Palabra!

III. El ejército de Dios (2.3–4)

El llamamiento de Timoteo al servicio se halla en Hechos 16.3: «Quiso Pablo que éste fuese con él». La expresión «que fuese» literalmente significa «llevarle al campo como soldado». Este fue el momento de reclutamiento de Timoteo. Todo cristiano ya es un soldado en el ejército de Dios; lo que ocurre simplemente es que algunos son leales y otros no. Cristo, el Capitán de nuestra salvación, nos ha reclutado («tomó», v. 4) y debemos recibir de Él nuestras órdenes.

Los cristianos deben aprender a cómo soportar las penas por Cristo. Timoteo estaba desalentado debido a la persecución que enfrentaba, pero debía haber esperado persecución. La vida cristiana no es un patio de juego; es un campo de batalla. Nosotros mismos no tenemos la fuerza, sino que por la gracia del Señor podemos soportar y resistir contra las asechanzas del diablo (Ef 6.10ss). Es más, los soldados cristianos no deben enredarse con el mundo; su primera lealtad es a Cristo. ¡Dónde estaría un ejército si cada soldado tuviera un trabajo a tiempo parcial que le alejara de sus deberes militares! Nuestra tarea principal es agradar al Señor; no a otros, ni siquiera a nosotros mismos.

IV. El equipo de Dios (2.5)

En las cartas de Pablo hay más de dos docenas de referencias al atletismo: pelear, luchar, correr, por nombrar unas pocas. Los griegos y los romanos eran atletas (y espectadores) entusiastas y en este versículo Pablo usó los juegos olímpicos como una ilustración de la vida práctica del creyente. Sin que importe cuán hábiles fueran los atletas, tenían que obedecer las reglas del juego. Si ganaban la carrera, pero rompían las reglas, quedaban descalificados. «El que lucha como atleta» significa «participar en las competencias de los juegos». La iglesia local es el equipo de corredores de Dios dirigiéndose hacia la meta que Él ha fijado (véase Flp 3.12–14). Para que un atleta gane es imprescindible que tenga disciplina, dedicación y dirección, asimismo esas cualidades son imprescindibles para tener una vida cristiana victoriosa. Debe haber un sentido de equipo en la iglesia local. «Combatieron juntamente conmigo» en Filipenses 4.3 significa literalmente «fueron mis compañeros de equipo».

V. El huerto de Dios (2.6,7)

«Labrador» significa «granjero» y el cuadro aquí viene de la agricultura (véase 1 Co 3.6–9). La iglesia es un huerto y la semilla es la Palabra de Dios. Varios obreros plantan, riegan y cosechan la semilla a su debido tiempo. Timoteo no debía desanimarse si la cosecha no se obtenía de inmediato. Desarrollar un huerto fructífero demanda tiempo, paciencia y arduo trabajo. Como el labrador fiel, el pastor debe participar de las bendiciones que Dios envía. «A su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gl 6.9).

VI. El cuerpo de Cristo en la tierra (2.8–13)

Pablo le recuerda a Timoteo que él también sufría, pero que el sufrimiento de ambos tenía una doble bendición: Sufrían por Cristo y con Cristo, y su sufrimiento era para beneficio de la iglesia. Los versículos 11–13 pueden haber sido al principio un himno cristiano o una confesión de fe. Hacen hincapié en la unión del creyente con Cristo: cuando Él murió, nosotros morimos con Él como miembros de su cuerpo; resucitamos con Él; reinaremos con Él. ¡Nuestra infidelidad no cancela la fidelidad de Dios! «¿No tienes miedo de resbalarte por entre sus dedos?», le preguntó un incrédulo a una creyente. «¿Cómo podría?», replicó ella. «¡Yo soy uno de sus dedos!»

VII. La escuela de Dios (2.14–18)

A Timoteo lo estaban atacando los falsos maestros, así como atacan a la iglesia hoy. ¿Qué debemos hacer? Primero, recordar a la gente que se aferre a lo esencial y no discuta sobre palabras vanas y filosofías huecas. Segundo, asegurarnos de trazar bien la Palabra, siendo diligentes en manejarla cuidadosamente. «Trazar bien» implica «cortar» la Palabra con cuidado, de la manera en que un ingeniero construye una carretera, de modo que la gente entienda el programa de Dios para todas las edades. Pablo advierte que la falsa doctrina «carcomerá como gangrena» (v. 17) y que el único remedio es la «sana doctrina» de la Palabra de Dios. Cuando usted empieza a dar oídos a las fábulas de viejas o a los falsos maestros, se enfermará espiritualmente. Una mentira puede crecer como un tumor canceroso y destruir la fuerza espiritual del cristiano o de la iglesia local. Cada iglesia debe ser una escuela bíblica donde se enseñe la Palabra de Dios con precisión.

VIII. La casa de Dios (2.19–26)

Pablo describe a la iglesia local como una casa con un cimiento sólido y que contiene instrumentos de diferentes clases. Los judíos del AT a menudo escribían versículos de las Escrituras en las paredes de sus casas (véase Dt 11.20) y no era raro que también los gentiles escribieran consignas o frases en sus casas. En toda la casa de Dios hay dos afirmaciones escritas: una dirigida a Dios y otra dirigida al hombre (v. 19). Dios conoce a los suyos y otros deben conocer a los suyos debido a sus vidas santas. Cada cristiano es un instrumento en la casa grandiosa, pero algunos instrumentos están contaminados o sucios y no se pueden usar. A Timoteo se le advierte que se libre (purgar) de los instrumentos viles, para que no lo contaminen. Esta es la doctrina bíblica de la separación (2 Co 6.14–7.1). Los creyentes deben ser instru-

mentos apartados para honor, dignos («útiles») de que Cristo los use. Huir de las pasiones juveniles y seguir las cosas espirituales ayudarían a Timoteo a ser un instrumento preparado que Cristo podría usar para su gloria.

Los versículos 23–26 explican cómo lidiar con los problemas en la casa (familia) de Dios, de modo que no haya rencilla ni contención.

2 TIMOTEO 3

Pablo ahora mira a través de los años y con ojos de profeta nos dice lo que se debe esperar. Este capítulo es su apelación profética a Timoteo, su encargo a la luz del futuro de la Iglesia.

I. Una explicación del futuro (3.1–9)

La frase «en los postreros días» hace referencia a un período que en realidad empezó con la vida y ministerio de Cristo sobre la tierra (Heb 1.1, 2). Sin embargo, el NT indica que la expresión «los postreros días» se refiere particularmente al estado de la Iglesia antes de la venida de Cristo. Estos serán «tiempos peligrosos», o sea, «difíciles, arduos para enfrentar». Esta es la misma palabra que se usa en Mateo 8.28 para describir al endemoniado gadareno. Debido a que la gente creerá «doctrinas de demonios» (1 Ti 4.1ss), este mundo llegará a ser un «cementerio demoníaco» así como Gadara. ¡Ya estamos en esos días!

«Hombres amadores de sí mismos» será la característica de los postreros días. Este amor de uno mismo conducirá a una actitud de avaricia y a un espíritu jactancioso. «Vanagloriosos» en realidad significa «fanfarrones». El afecto verdadero casi desaparecerá; y en su lugar prevalecerá el afecto contra naturaleza. «Crueles» significa «salvajes» y ciertamente que hoy es evidente una conducta salvaje. «Impetuosos» significa «imprudentes» o «desenfrenados»; y por cierto que vivimos en una edad de desenfreno, sea que se trate de la velocidad de los medios de transporte, el desperdicio del dinero o del desprecio a la vida humana.

Los versículos 5–8 indican que habrá abundancia de religión en los últimos días, pero que todo será mera imitación, una forma de piedad carente del poder transformador de Dios. El apartarse de la fe que Pablo predijo en 2 Tesalonicenses 2 ya está con nosotros hoy, ¡y sin embargo hay abundancia de religión! La Biblia continúa siendo el libro de mayor venta, sin embargo, la tasa de crimen sigue en aumento y los problemas se multiplican. Los verdaderos cristianos son la minoría. Estos falsos maestros de los días de Pablo hacían presa especialmente de las mujeres cargadas de pecado y arrastradas por sus pasiones, mujeres que estaban «siempre aprendiendo», pero que nunca llegaban en realidad a conocer la verdad.

Pablo comparó a los maestros apóstatas con los encantadores egipcios Janes y Jambres, quienes se opusieron a Moisés al imitar lo que él hizo (Éx 7.11ss). Satanás es un imitador y su evangelio e iglesia de imitación se esparcirá en los postreros días. Así como Moisés venció a estos imitadores por el poder de Dios que vino en gran juicio, la Iglesia a la larga vencerá a estos engañadores de los últimos días. «A estos evita», advierte Pablo (v. 5). Timoteo no debía enredarse con los engañadores que niegan a Cristo, incluso cuando esto signifique que nos cataloguen de «extravagante».

II. Un ejemplo del pasado (3.10–13)

Si Janes y Jambres fueron ministros de la obra de Satanás, Pablo es nuestro mejor ejemplo de un obrero de Dios. No tenía que esconder nada. Véase Hechos 20.17ss. Pablo menciona las ciudades en el área alrededor de la residencia de Timoteo, porque este estaba familiarizado con la región. Timoteo conocía la doctrina (enseñanza) de Pablo; su manera de vivir (conducta); el propósito que motivaba su vida (véanse Hch 20.24; 2 Ti 4.7); la fe que le sostenía en su juicio; la paciencia, el amor y la perseverancia que demostró, incluso cuando lo perseguían; y la maravillosa manera en que Dios le cuidó en todo eso. Pablo fue una lección objetiva divina para el joven Timoteo y nosotros debemos ser ejemplo para otros.

La persecución no es algo que los cristianos deban buscar deliberadamente, pero si viven vidas consagradas la persecución vendrá de manera automática (véase 1 P. 4.12–19). «Sí, y todos los que quieren vivir piadosamente» es la mejor traducción del versículo 12. Cuando nuestra voluntad está dedicada a Dios, Satanás nos atacará. Usted puede estar seguro de que durante estos postreros días será cada vez más difícil vivir por Cristo. Como nunca antes necesitamos cristianos que estén dispuestos, como Pablo, a vivir completamente por Cristo.

III. Una exhortación del presente (3.14–17)

Puesto que estos seductores satánicos van a continuar, ¿qué debe hacer el creyente? Continuar siendo fiel a la Palabra de Dios. La única respuesta a las mentiras de Satanás es la verdad de Dios. Si cada iglesia local volviera a la Palabra de Dios y si cada pastor y cada maestro de la Escuela Dominical enseñara la Palabra de Dios, los discípulos de Satanás serían derrotados.

La relación de Timoteo con la Biblia queda delineada en estos versículos. Empezó cuando era niño y de su madre y abuela aprendió las Escrituras del AT. Ellas no le enseñaron simplemente los hechos de la Biblia; también le dieron apoyo y entendimiento espiritual. Timoteo conocía por sí mismo la verdad de la Palabra; no dependía de otros para que defendieran la Palabra por él. Esta Palabra le impartió fe (Ro 10.17) y esta fe en Cristo le dio la salvación.

Los versículos 16–17 son un gran testimonio del origen y carácter divinos de la Biblia. Algunos dicen: «La Biblia sólo contiene la palabra de Dios». O: «La Biblia es inspirada de la misma manera en que Shakespeare se inspiró». Pero Pablo no concuerda con semejantes afirmaciones. La Biblia es la Palabra inspirada de Dios. La palabra «inspirada» significa «exhalada, llena del aliento de Dios». El Espíritu de Dios capacitó a los hombres para que escribieran la Palabra de Dios (véase 2 P 1.20, 21), porque el Espíritu de Dios es el «aliento» de Dios (Jn 3.1–8; Ez 37.1–14). Aun cuando hombres como Shakespeare tuvieron inspiración literaria de alta calidad, no escribieron las mismas palabras de Dios. «Toda la Escritura» significa que cada palabra de Dios es inspirada.

¿Cuál es el propósito de la Biblia? La salvación es el primer propósito (v. 15), por supuesto, pero también se incluye la vida cristiana. La Palabra es útil para enseñar (doctrina), producir convicción (redargüir), corregir y disciplinar (instruir). Capacita al hijo de Dios para que llegue a ser un hombre de Dios, maduro en las cosas del Señor. «Perfecto» (v. 17) no significa exento de pecado; significa «maduro». Y «enteramente preparado» quiere decir «completamente equipado» (vv. 16–17). Así, la Biblia transforma al niño del versículo 15 en una persona madura en Cristo; equipa a los santos para ser siervos. Es bueno que los creyentes tomen cursos de estudio y aprendan métodos de ministerio, pero la mejor manera para equiparse en el servicio a Dios es estudiar y practicar la Palabra de Dios. Los libros de estudio nos dicen cómo; pero la Biblia nos da la motivación y el poder para vivir lo que aprendemos.

Es interesante comparar los usos de la Biblia con el orden de las Epístolas: enseñanza: Romanos; redargüir: 1 y 2 Corintios; corregir: Gálatas; instruir en justicia: Efesios y Colosenses.

La más grande necesidad entre las iglesias y los creyentes de hoy es regresar a la Biblia. Si las iglesias no vuelven a la Palabra de Dios, los engañadores satánicos se harán cargo y millones de pecadores perdidos irán al infierno porque las mentiras religiosas los desviarán.

2 TIMOTEO 4

Este capítulo registra el mensaje final de la pluma inspirada de Pablo. Poco después de dictar estas palabras, Pablo sufrió el martirio por la causa de Cristo. No nos sorprende, pues, que hallamos en este capítulo una apelación personal intensa por la fidelidad de Timoteo al Señor y a su querido Pablo. En este capítulo hay cuatro «encargos» o admoniciones a las que cada creyente debe prestar atención.

I. ¡Predica la Palabra! (4.1–4)

Pablo cerró el capítulo anterior exhortando a Timoteo a continuar en la Palabra en su vida personal; ahora le exhorta a llevar esa Palabra a otros. Primero debemos recibir antes que podamos trasmitir. Tan importante era la predicación de la Palabra para Pablo y para el ministerio de la iglesia, que el apóstol le encarga (le da una «orden militar») a Timoteo que persista en predicar la Palabra. Y Pablo llama a Cristo como testigo del encargo que le da a Timoteo, recordándole que Cristo un día volverá y someterá a prueba a su ministerio.

«Predicar la palabra» (v. 2) implica conocer la Palabra, trazarla correctamente y hacerla comprensible y aplicable a las vidas de las personas. El gran expositor bíblico G. Campbell Morgan dijo una vez: «Nuestra primera obligación es impartir conocimiento y luego nuestro propósito debe ser guiar a la obediencia a los que hemos enseñado». También dijo: «Predicar no es proclamar una teoría, ni tampoco debatir respecto a una duda[...] Predicar es proclamar la Palabra, la verdad conforme ha sido revelada».

«Instar» significa «estar listo, expresar con urgencia»; y esta debe ser la actitud del ministro, sea o no el servicio conveniente. Compárese el versículo 2 con 3.16–17 y verá que los deberes de la predicación caen en paralelo con los propósitos por los cuales se ha dado la Palabra. El ministro de la Palabra no reprende, ni redarguye, ni exhorta con sus palabras, sino con la Palabra inspirada de Dios.

¿Por qué deben los cristianos proclamar la Palabra de Dios? «Porque vendrán tiempos» (v. 3) cuando la gente no querrá oír la Palabra de Dios... ¡y dicho tiempo ya ha llegado a nosotros! Muchos que asisten a las iglesias no quieren doctrina «sana»; en lugar de eso quieren espectáculos de entretenimiento religioso de parte de ejecutantes cristianos que les acaricien los oídos. En las iglesias tenemos hoy una fascinación por las novelerías. Demasiado a menudo se ignora a la persona que simplemente abre la Biblia y enseña, mientras que el actor religioso se convierte en una celebridad. El versículo 4 indica que los oídos con «comezón» pronto se vuelven «oídos sordos» conforme la gente se aleja de la verdad y cree en las fábulas inventadas por los hombres.

II. ¡Cumple tu ministerio! (4.5–8)

Pablo estaba a punto de terminar su carrera, pero a la vida y ministerio de Timoteo le quedaban mucho por delante. «Cumple» significa «dar cumplimiento, lograr el propósito». Qué maravilloso es que Dios tenga un ministerio específico para cada uno de sus hijos (Ef 2.10). Nuestra tarea es hallar su voluntad y hacerla toda la vida. Esto involucra ser sobrios, soportar y hacer la obra.

El argumento de Pablo es claro: está a punto de dejar la escena y alguien debe ocupar su lugar. Los jóvenes necesitan que se les recuerde que son el futuro de la iglesia. Pablo declara: «Yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo ha llegado para soltar el ancla y arriar las velas, para desarmar la tienda y avanzar» (traducción literal). Pablo no lamenta enfrentar la eternidad: había sido un buen soldado, un fiel corredor, un fiel mayordomo del tesoro del evangelio. Miraba hacia el momento en que recibiría su recompensa del Señor. ¿Qué fue lo que sostuvo a Pablo avanzando durante más de treinta años de esfuerzo y sufrimiento? ¡Esperaba con anhelo la venida de Cristo! «El amor de Cristo nos constriñe» (2 Co 5.14). Y todos los santos que aman su venida también serán fieles, como Pablo lo fue, en servirle y, como él, recibirán también su recompensa.

La tragedia más grande de la vida, aparte de perder el alma e ir al infierno, será llegar al borde de la eternidad y descubrir que hemos errado la voluntad de Dios y hemos desperdiciado nuestras vidas en cosas infructuosas y transitorias.

III. ¡Ven pronto a Roma! (4.9–18)

¿Por qué debía Timoteo apresurarse? Demas había abandonado a Pablo (Col 4.14; Flm 24); Crescente y Tito estaban lejos ministrando; Tíquico había sido enviado a Éfeso; y solamente el Dr. Lucas estaba con él. Mientras Pablo esperaba con paciencia que el Señor le llamara al hogar, anhelaba fervientemente el compañerismo cristiano de su hijo en la fe. En el versículo 21 Pablo le insta a que venga «antes del invierno» porque la temporada de navegación pronto se acabaría; y era muy probable que lo encontrara muerto si se demoraba mucho.

Encontramos a Lucas por primera vez en Hechos 16.10. Fue en tal punto que se unió al grupo de Pablo. Era un gentil y fue el autor del Evangelio de Lucas y el libro de Hechos. En Colosenses 4.14 y Filemón 24 se menciona a Lucas y a Demas, y el contraste es claro: Demas fue infiel en tanto que Lucas fue fiel a Cristo y a Pablo.

En Hechos 15.37ss Pablo había rechazado a Juan Marcos, pero ahora lo acepta. Marcos había demostrado con Bernabé ser digno del ministerio. Pablo estaba dispuesto a olvidar y perdonar, característica de un gran hombre. La palabra «útil» en 4.11 es la misma que se usa en 2.21. Marcos demostró ser «adecuado» para que el Maestro lo usara.

Pablo pidió que le trajera el capote que había dejado en Troas; el invierno se avecinaba y lo necesitaría en su prisión en Roma. Los «libros» eran quizás algunos de sus escritos; los «pergaminos» serían sus ejemplares de las Escrituras del AT. Mientras esperaba a que se celebrara el juicio, Pablo dedicaba su tiempo al estudio de la Palabra. ¡Qué ejemplo para seguir!

Advirtió a Timoteo respecto a Alejandro (1 Ti 1.20; Hch 19.33), quien resistió sus palabras (véase 3.8). En la primera defensa de Pablo ningún creyente estuvo a su lado; ¡pero el Señor sí y eso era todo lo que importaba! Esto había sido siempre su aliento en los momentos difíciles (Hch 18.7–11; 23.11; 27.19–25).

IV. ¡Saluda a mis amigos! (4.19–22)

A pesar de que enfrentaba una muerte segura, Pablo todavía piensa en otros. Cuán semejante a Cristo cuando estaba en la cruz. Pablo cumplió el requisito pastoral dado en Tito 1.8: era «amante de lo bueno». Ya hemos encontrado antes a Priscila (Prisca) y Aquila (véase Hch 18.2, 18, etc.). En cuanto a Erasto véase Hechos 19.22. A Trófimo se menciona en Hechos 20.4 y 21.29. El hecho de que Pablo no

pudo curar a Trófimo indica que no todos los creyentes deben sanarse y que la ausencia de sanidad no necesariamente prueba una falta de espiritualidad.

«¡La gracia sea con vosotros», dice Pablo y cierra su parte en los escritos del NT. «Gracia» era la palabra clave en su ministerio. Ojalá esta sea también la palabra clave en nuestras vidas.

Tito

Bosquejo sugerido de Tito

I. Saludo personal (1.1–4)
II. Organización de la iglesia (1.5–16)
  A. Cualidades de los ancianos (1.5–9)
  B. Características de los falsos maestros (1.10–16)
III. Obligación cristiana (2–3.11)
  A. Creyentes ancianos (2.1–3)
  B. Jóvenes, hombres y mujeres (2.4–8)
  C. Siervos (2.9–15)
  D. Ciudadanos (3.1–11)
IV. Admoniciones para concluir (3.12–15)

Notas preliminares a Tito

I. El hombre

Tito era un creyente griego (Gl 2.3), ganado para Cristo a través del ministerio de Pablo (Tit 1.4). Sabemos muy poco respecto a su trasfondo; no se le menciona ni una sola vez en Hechos. Es probable que, habiéndose convertido del paganismo, Pablo le reclutó para el servicio. Ayudó al apóstol a recoger la ofrenda para los santos (2 Co 2.1–9; 7.8–12; 12.18); y también encontró a Pablo en Troas y le informó respecto a la situación en Corinto (véanse 2 Co 2.12, 13; 7.5–16). Tito llevó la carta que nosotros conocemos como 2 Corintios (2 Co 8.16–24). Era el ayudante de Pablo, quien le dejó en Creta para que organizara la iglesia (Tit 1.5), hasta que Pablo pudiera enviar a Tíquico o Artemas para que se hicieran cargo (Tit 3.12). Tito estuvo en Roma durante la segunda prisión de Pablo, desde donde viajó a Dalmacia en una misión del apóstol (2 Ti 4.10). La estimación de Pablo por Tito se menciona en 2 Corintios 8.23.

II. La carta

La prisa con que Pablo dejó a Tito en Creta hizo necesario que le escribiera para animar e instruir a este consagrado colaborador. Los cretenses no eran personas con las cuales era fácil trabajar, como así lo destaca Tito 1.12, 13. No sabemos quién empezó la iglesia en Creta, pero sí sabemos esto: tanto la organización de la iglesia como la vida de sus miembros habían caído en descrédito. Es muy probable que la iglesia sufría debido a dos causas: (1) visitantes judaizantes que mezclaban la ley y la gracia, y (2) cristianos ignorantes que abusaban de la gracia de Dios y la convertían en libertinaje. Pablo tenía varios propósitos en mente cuando escribió esta carta: (1) recordarle a Tito que su tarea era organizar la iglesia y nombrar ancianos; (2) advertirle respecto a los falsos maestros; (3) animarle a pastorear diferentes clases de personas en la iglesia; (4) recalcar el verdadero significado de la gracia en la vida del cristiano; (5) explicar cómo tratar con los que causaban problemas en la iglesia.

III. El énfasis

Varias palabras se repiten en esta breve carta y nos ayudan a comprender el peso que Pablo sentía en su corazón. Nótese que hay un énfasis principal en las buenas obras (1.16; 2.7, 14; 3.1, 5, 8, 14). Salvos por gracia quiere decir salvos para buenas obras. La doctrina y la vida cristianas deben ser sólidas y sanas (1.9, 13; 2.1, 2, 8). Debe haber una vida de piedad (1.1; 2.12), no de mundanalidad. La gracia de Dios guía a una persona a vivir en piedad (1.4; 2.11ss; 3.7, 15). Si usted desea un versículo clave para este libro, quizás sea 3.8: «que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras».

Tito 1

Pablo dio inicio a su carta con varias amonestaciones a las cuales Tito debía prestar atención para cumplir su ministerio.

I. Debía proclamar la Palabra (1.1–4)

Este saludo formal es más que el inicio de la carta. Es una declaración del lugar de la Palabra de Dios en la vida de la iglesia local. Pablo era siervo y apóstol conforme a la fe de la iglesia (los escogidos de Dios, los elegidos). Su ministerio no era algo aparte de la iglesia, sino ligado directamente a ella. Esta «fe» es lo que Judas llama «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Jud 3). Es el depósito de verdad que Dios le encargó a Pablo (1 Ti 1.11) y que Pablo a su vez había dado a Tito y a Timoteo.

Uno de los problemas en Creta era el abuso de la gracia de Dios. «Dios nos salvó por gracia», afirmaban estas personas, «por tanto somos libres para pecar». Pablo responde a esto desde el mismo comienzo, definiendo la fe como «la verdad que es según la piedad». Piedad es una palabra favorita de Pablo (1 Ti 2.2; 3.16; 4.7, 8; 6.3, 5, 6, 11; 2 Ti 3.5). Significa santidad práctica en la vida diaria de uno (véase en Tit 1.6 un contraste). Posteriormente, en Tito 2.11–15, Pablo explica que la gracia nos salva y también nos disciplina para que tengamos vidas consagradas. La persona que usa la doctrina de la gracia para excusar los pecados, o bien no es salva o no comprende lo que realmente significa la gracia.

El mensaje de la gracia también apunta hacia la bendita esperanza del regreso de Cristo; véase 2.13. Por lo tanto, este es el mensaje que Tito debe predicar: La gracia de Dios salva a los pecadores y santifica a los creyentes; la vida santa que sigue a la verdadera fe en Cristo; y la expectación diaria de la venida de Cristo. El maravilloso programa de Dios en cuanto a la salvación estuvo marcado desde antes de la fundación del mundo, pero ahora se ha revelado mediante la predicación (la proclamación del evangelio). Nunca reste importancia al lugar de la predicación en la iglesia local.

II. Debía organizar a la iglesia (1.5–9)

No sabemos quién fundó la iglesia en Creta, pero sí sabemos que Pablo dejó a Tito allí para que la organizara y remediara las dificultades que existían. Había una oposición definida contra el ministerio de Tito y hay la sugerencia de que quería renunciar. «Pero para esto es que te dejé allí», escribe Pablo. «Si no hubiera problemas que resolver, ¡la iglesia no te necesitaría!» Mientras los cristianos estén en su cuerpo de carne, habrá problemas en nuestras iglesias. Cuando surgen estos problemas, la respuesta no es esconderlos, ni que los dirigentes renuncien y busquen una nueva iglesia. La respuesta es encararlos honestamente y en oración, y resolverlos según la Palabra de Dios. «Corrigieses» en el versículo 5 es un término médico que significa «arreglar un hueso fracturado, o enderezar una extremidad dislocada». La iglesia es un cuerpo y a veces el pastor debe ser el «cirujano espiritual» y arreglar huesos rotos.

Tito no debía seleccionar los ancianos (o sea, obispos, v. 7: dos nombres para el mismo oficio); debía ordenar a quienes las iglesias habían elegido. «En cada ciudad» en el versículo 5 indica que el evangelio se había esparcido de lugar en lugar, como debería ser. Estas cualidades de los ancianos están en paralelo con las dadas en 1 Timoteo 3. Tener «hijos creyentes» era un requisito (v. 6). Para «disolución» véase Lucas 15.13. El obispo es un administrador de las bendiciones de Dios, tanto materiales como espirituales; véase 1 Corintios 4.1–2. Se le dice que retenga «la palabra fiel» y esto trae a la mente las expresiones «palabra fiel» de Pablo en 1 Timoteo 1.15; 4.9; 2 Timoteo 2.11 y Tito 3.8. El pastor debe conocer la Palabra por dos razones: (1) para ministrar a los santos, y (2) para refutar a los falsos maestros, a quienes llama «los que contradicen» (v. 9).

III. Debía refutar a los falsos maestros (1.10–16)

Dondequiera que Cristo siembra buena semilla (creyentes), Satanás viene atrás con semilla y maestros falsos. Había en Creta un grupo que contradecía las enseñanzas de Pablo y enseñaba en cambio fábulas judías (legalismo) y mandamientos de hombres (tradicionalismo). Constantemente debemos tener cuidado con las falsas enseñanzas. «Los de la circuncisión» (v. 10) habían batallado contra Pablo desde Jerusalén hasta Roma, y todavía seguían oponiéndose a la verdad. Cuando mezclamos la ley y la gracia acabamos teniendo la falsa doctrina. Pablo describe a estos falsos maestros como contumaces, habladores de vanidades y engañadores.

Pablo hasta cita a un famoso poeta, Epiménides, quien describió a los cretenses como «mentirosos, malas bestias y glotones ociosos»: ¡lo cual no es ninguna descripción hermosa! A decir verdad, la gente de los días de Pablo llegó a usar el adjetivo «cretense» para indicar «mentir, hablar como un cretense». Por supuesto, Pablo no sugiere que todos los cretenses eran glotones ociosos y mentirosos. Sin duda había muchas personas, tanto dentro como fuera de las iglesias, que tenían vidas decentes.

Las leyes dietéticas y el ascetismo eran doctrinas clave de los falsos maestros y Pablo los atacó en el versículo 15. Es desafortunado que cristianos mal informados hayan abusando tan groseramente del versículo 15. Algunos lo usan para respaldar sus propias prácticas pecaminosas, diciendo: «Para los puros todas las cosas son puras, por lo tanto, no estoy haciendo nada malo». Pablo no tenía nada de esto en mente cuando dictó estas palabras. Se refería al problema de los alimentos limpios y los inmundos, como lo había hecho en 1 Timoteo 4.2–5. Enseña que el creyente que conoce la Palabra de Dios recibe todos los alimentos como limpios; el incrédulo (y el falso maestro) tiene una mente y conciencia inmundas y por lo tanto no ve nada como puro. Es más, en lugar de que los alimentos impuros contaminen al hereje, ¡es él quien contamina a los alimentos! La pureza moral no es cuestión de dietas, es cuestión de un corazón limpio y una buena conciencia. Jesús enseñó esto en Mateo 6.22–23; véase también Romanos 14.14.

¿Cómo debía Tito enfrentar a los falsos maestros? ¿Debía unirse a ellos para analizar su punto de vista? ¡No! Debía taparles la boca (v. 11) y reprenderlos duramente (v. 13). Después de todo estas enseñanzas estaban perturbando (alterando) a familias enteras (v. 11). Y su motivo era sólo de ganancia monetaria («ganancias deshonestas»); no deseaban honrar al Señor. El versículo 16 resume la situación: negaban a Cristo con sus obras; eran abominables y desobedientes; nunca pasarían la prueba (i.e., estaban reprobados).

Hoy también tenemos falsos maestros atacando a la Iglesia. Una cosa es que la gente se aferre a una doctrina falsa debido a la ignorancia y otra muy distinta que se aferre a tal doctrina y la enseñe como si fuera la verdad de Dios. A los ignorantes se les debe tener compasión y enseñar con paciencia la verdad; a los que deliberadamente son falsos maestros se les debe reprender y rechazar. Una vez que la iglesia compromete la verdad, las mentiras se tragarán la verdad.

Nótese aquí el énfasis en la «sana doctrina» (v. 9) y que sean «sanos en la fe» (v. 13). Esta es la doctrina «sana» de la que leemos en las cartas de Pablo a Timoteo. Las doctrinas falsas sólo conducen a la enfermedad espiritual en el cuerpo de Cristo.

Tito 2

Si Tito hubiera gastado todo su tiempo refutando a los falsos maestros, hubiera descuidado otros asuntos que son necesarios para una iglesia saludable. Es importante que el pastor tenga un ministerio equilibrado, tanto enseñando y exhortando a los santos como refutando a los enemigos de la verdad. En este capítulo Pablo analiza tres grupos diferentes en la iglesia y exhorta a Tito a que les recuerde sus obligaciones en el Señor.

I. Los ancianos (2.1–3)

Es probable que la iglesia en Creta haya sido el resultado del ministerio de Pedro en Pentecostés (Hch 2.11), en cuyo caso debe haber habido creyentes ancianos en la congregación. Es una bendición cuando la familia de la iglesia local tiene entre sus miembros a esos ancianos peregrinos que han caminado con el Señor por largo tiempo. Son en verdad privilegiados por sus vidas largas y con este privilegio viene una seria responsabilidad.

Los ancianos deben ser sobrios (vigilantes), serios (fácil de respetar), prudentes (con dominio propio) y sanos (saludables) en la fe. La salud espiritual es más importante que la física. Su amor y paciencia debe ser un ejemplo para todos; ¡qué difícil es para algunos «creyentes mayores» ser pacientes con la generación más joven!

Las ancianas deben ser reverentes en su conducta, no chismosas ni borrachas. Tenían la maravillosa oportunidad de enseñar a las mujeres más jóvenes de la iglesia, tanto por precepto como por ejemplo. Es posible que Pablo haya tenido en mente a algunas de las viudas que sostenían la iglesia y de quienes se esperaba que ministraran a los miembros.

II. Los jóvenes, hombres y mujeres (2.4–8)

Pablo habla de las mujeres jóvenes primero, animándolas a que presten atención a las mayores y aprendan de ellas a cómo ser buenas esposas y madres. Aquí tenemos una descripción de lo que Dios espera de una esposa cristiana joven. Debe ser prudente, adoptando una actitud seria respecto al matrimonio y al hogar. Ninguna joven que no quiere ser una esposa y madre seria debería casarse. El hogar no es un

patio de juego. El amor es vital en un hogar feliz y por eso Pablo les recuerda a estas mujeres a amar a sus maridos y a sus hijos. Para más detalles léase Efesios 5.22, 23.

La esposa cristiana debe ser cuidadosa de su conducta, discreta y casta. «Cuidadosas de su casa» (v. 5) significa literalmente «trabajadoras en el hogar» o «amas de casa». Debe ser fiel al hogar y no poner intereses ajenos por encima de su esposo o hijos. ¿Por qué? «Para que la palabra de Dios no sea blasfemada». Es trágico cuando un hogar cristiano testifica pobremente de Cristo debido a esposas desobedientes y negligentes, o esposos cuyos valores son confusos. El cónyuge que descuida su hogar es peor que el incrédulo.

Puesto que Tito era joven, también Pablo lo usa como ejemplo de lo que deben ser los jóvenes en la iglesia: «Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras» (v. 7). Sé limpio, sincero, serio; estas declaraciones resumen la admonición de Pablo. En el versículo 8 le recuerda que debe tener cuidado de su hablar para que el enemigo no halle nada que criticar.

III. Los siervos (2.9–15)

Anteriormente ya hallamos a este grupo en 1 Timoteo, así como en Efesios y en Colosenses. Pablo sentía un interés especial por los esclavos y anhelaba que sus vidas diarias honraran a Cristo. Su primera responsabilidad era la obediencia; no debían ser «respondones» (la misma palabra griega que se usa para «los que contradicen», en 1.9). Una voluntad sumisa y una lengua bajo control pueden ser un maravilloso testimonio por Cristo. Los siervos deben procurar agradar a sus amos y no hacer solamente lo que se les exige. Correr «la segunda milla» ayuda a demostrar a la gente la realidad de la salvación.

«Defraudando» en el versículo 10 significa «robar». Puesto que no había salarios, con frecuencia los esclavos se inclinaban a robarles a sus amos y tal robo les era fácil puesto que con frecuencia los amos dejaban sus posesiones bajo la administración de sus siervos. «Fieles» quiere decir «honrados, leales». En el versículo 10 Pablo les da a los esclavos un motivo más alto para el servicio honrado: «Para que en todo adornen la doctrina de Dios». Esto quiere decir que puedan, en sus vidas, «embellecer la Biblia», haciéndola atractiva para los incrédulos.

La gracia de Dios era una doctrina de la que se abusaba en Creta, de modo que Pablo hace una pausa para indicar el fundamento doctrinal de sus amonestaciones. Hay algunos que convertirán la gracia en libertinaje, enseñando que los cristianos pueden vivir en pecado puesto que ya no está bajo la ley. Por supuesto, el creyente no está bajo la ley, sino bajo la gracia; pero la gracia trae una responsabilidad aun mayor. ¿Cómo puede el cristiano pecar deliberadamente contra la gracia y la bondad de Dios? Pablo presenta los tres tiempos de la vida cristiana:

Pasado: «La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres» (v. 11)

Presente: «enseñándonos» (v. 12)

Futuro: «aguardando la esperanza bienaventurada» (v. 13)

En otras palabras, la gracia de Dios no sólo nos redime, sino que también nos reforma y nos recompensa. «Enseñándonos» en el v. 12 es la palabra griega que denota preparando o disciplinando. Se nos disciplina por gracia. Los creyentes que sinceramente comprenden la gracia de Dios no querrán vivir en pecado. Se alejarán de la inmundicia y de las pasiones mundanas; vivirán en este mundo vidas serias, limpias, consagradas.

No hay mayor incentivo para la vida cristiana que la Segunda Venida de Jesucristo. «Aguardando la esperanza bienaventurada (feliz) y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios» es una traducción más exacta del versículo 13. La gloria de Dios moraba aquí en la tierra en la persona de Cristo (Jn 1.14), pero volvió a los cielos cuando ascendió (Hch 1.9). Su gloria ahora mora en el creyente (1 Co 6.19–20). Cuando Cristo vuelva, veremos su gloria y participaremos de ella (Jn 17.22–24). Pablo habla de «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col 1.27).

Jesús se dio a sí mismo por nosotros; lo menos que podemos hacer es entregarnos a Él y vivir hasta que Él venga de manera que le honremos. «Redimirnos» significa rescatar de la esclavitud mediante compra. Somos «su pueblo propio», es decir, su especial tesoro, su personal y amada posesión (véanse Éx 19.5; 1 Pedro 2.9). «Pueblo propio» no significa «cualquiera» sino comprados por Cristo y de su posesión. Somos un pueblo adquirido, purificado y profesante, «celoso de buenas obras». Marque el tema de «buenas obras» en las cartas de Pablo a Tito y verá cuán importante es.

Hay dos «polos» de la vida cristiana: miramos hacia atrás, a la cruz (v. 14), y hacia adelante, a la venida de Cristo (v. 13). Estos dos polos nos ayudan a mantenernos firmes en nuestro andar cristiano. Estos temas aparecen en la descripción que Pablo hace de la Cena del Señor (1 Co 11), donde se nos instruye recordar su muerte «hasta que Él venga».

TITO 3

Este capítulo continúa la exhortación de Pablo a Tito concerniente a su ministerio en las iglesias locales. Ha hablado respecto a los creyentes ancianos, los jóvenes y los siervos. Ahora se refiere a dos clases adicionales de personas.

I. Los gobernantes civiles (3.1–7)

Los cristianos deben ser buenos ciudadanos. Es cierto que «nuestra ciudadanía está en los cielos» (Flp 3.20), pero mientras estemos aquí en la tierra, debemos aplicar nuestra fe cristiana a la vida diaria práctica. La iglesia no debe inmiscuirse en partidos políticos, pero es cierto que el pueblo cristiano debe procurar aplicar los principios cristianos a los asuntos de la ciudad y la nación (Ro 13; 1 P 3.8–17).

Incluso en el caso de que el creyente no pueda honrar la conducta personal de un gobernante, debe honrar el oficio y las leyes de la nación. Por supuesto, si las leyes contradicen la Palabra de Dios, la primera lealtad del cristiano es hacia Dios (Hch 4.19; 5.29). «Dispuestos a toda buena obra» (v. 1) sugiere que los cristianos deben respaldar lo que es bueno en el programa del gobierno. No es menos cierto que muchas reformas humanitarias del pasado las han promovido hombres de principios cristianos y no debemos ser meros espectadores cuando es posible hacer el bien. Los cristianos son la sal de la tierra y la luz del mundo; por consiguiente, debemos involucrarnos en las buenas causas del gobierno, siempre y cuando no comprometamos nuestras convicciones o estorbemos la obra del Señor.

Algunos cristianos piensan que lograrán sus propósitos mediante discusiones y en el versículo 2 Pablo advierte en contra de esparcir con malas intenciones mentiras y empezar peleas. «La ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Stg 1.20). La amabilidad y la mansedumbre pueden ser más fuertes aun que el poder político. Los cristianos dependen de diferentes armas al luchar contra el pecado (2 Co 10.1–6).

El creyente sabe cómo confiar en que Dios librará sus batallas después de que él (el creyente) ha hecho todo lo que puede (Ro 12.17–21). La mansedumbre no es debilidad; antes bien, poder bajo control. Jesús fue manso (Mt 11.29), sin embargo, sabía cómo ejercer poder.

En los versículos 3–7 Pablo les recuerda a estos creyentes el motivo para una vida honesta: la gracia de Dios. El énfasis de esta carta es que la gracia de Dios no sólo nos salva, sino que también controla nuestras vidas diarias y nos hace más semejantes a Cristo. «Recuerden su vida vieja antes de ser salvos», escribió Pablo. «Esto les ayudará a comprender mejor a sus amigos inconversos y a tener compasión de ellos». Hemos sido salvados por la «bondad y amor de Dios». Dios detesta los pecados mencionados en el versículo 3, pero ama a los pecadores. Mediante la muerte de Cristo en la cruz Dios ha reconciliado consigo al mundo (2 Co 5.14–21) y así puede salvar a todo el que viene a Él por fe. La palabra griega para «amor» en el versículo 4 es similar a nuestra palabra «filantropía». Es la actitud de la gracia de Dios, altruista y desprendida, a favor de pecadores que no la merecen. Las nuevas del amor de Dios «se manifestaron» en Cristo, su Persona, obra, sus enseñanzas y, sobre todo, su muerte y resurrección.

Pablo aclara que nuestra salvación no es por obras, aun cuando resulta en buenas obras (v. 8; véase Ef 2.8–10). El «lavamiento» (v. 5) no tiene nada que ver con el bautismo; en el griego esta palabra significa un «lavatorio» y se refiere al artefacto que se usaba en el tabernáculo en el AT. Pablo usa el mismo término en Efesios 5.26, donde el lavamiento se recibe por la Palabra. A través de toda la Biblia esta se compara al agua para lavarse (Jn 15.3; Sal 119.9; Ef 5.26). Dicho de otro modo, el versículo 5 describe a los dos agentes de nuestro nuevo nacimiento (regeneración): la Palabra y el Espíritu de Dios (Jn 3.5). Véanse también 1 Pedro 1.23 y Santiago 1.18. El Espíritu ha sido «derramado» sobre todos los creyentes y el tiempo del verbo aquí indica que la acción ocurrió de una vez por todas, o sea, en el derramamiento del Espíritu al bautizar a los creyentes en Pentecostés. El creyente es justificado por gracia y es un heredero de Dios. Qué bendita posición tenemos en Cristo. Esta maravillosa salvación debe motivarnos a ser mejores ciudadanos, que los perdidos que nos rodean puedan ver a Cristo en nosotros y quieran conocerle.

II. Herejes (3.8–11)

La palabra «hereje» proviene de una palabra que significa «escoger» y sugiere una persona que causa divisiones en la iglesia debido a que obliga a las personas a escoger: «¿Están conmigo o con el pastor?» Gálatas 5.20 menciona a las «herejías» (formar partidos, divisiones) como una de las obras de la carne; era algo que prevalecía en la iglesia carnal en Corinto (1 Co 11.19). A estos buscapleitos de la iglesia les encantaba discutir respecto a palabras y genealogías, lo cual sugiere que tenían un trasfondo judaizante y trataban de construir doctrinas novelescas basándose en las ideas del AT. Era preciso evitar tales discusiones inútiles y vacías; nunca convencerían al enemigo y solamente dividirían a la iglesia.

¿Cómo debía Tito enfrentar a esta gente problemática? Por un lado, debía evitar discutir con ellos. Luego, si persistían en causar divisiones incluso después de dos amonestaciones (y esto implica advertencias públicas), debían separarse del compañerismo. A los miembros de la iglesia que causaban divisiones y luego se llevaban miembros a otra iglesia se les debía permitir que se fueran. Si regresaban, pero manifestaban un espíritu arrepentido, se les debía amonestar y recibirlos de nuevo. Si causaban problemas otra vez; se les podía dar el derecho a irse una segunda vez; pero si intentaban regresar de nuevo, no se les debía recibir en la congregación. Algunos creyentes que obran con simpatía, pero sin comprensión tal vez digan: «Pero a lo mejor se han reformado esta vez». Pablo recalca en el versículo 11 que tales personas no se reformarán; se han «pervertido» y están en un estado constante de pecado; o sea, ya no tienen remedio. Nuestras iglesias locales tendrían menos divisiones si los pastores y dirigentes observaran este importante principio.

Pablo cierra esta breve carta con información respecto a los viajes de sus colegas en la obra del Señor. Informa a Tito que «los refuerzos están en camino» para ayudarle en el difícil ministerio en Creta. Bien sea Artemas o Tíquico le reemplazarían para que él pudiera unirse a Pablo en Nicópolis; pero mientras tanto Tito debía quedarse en el trabajo hasta que alguien llegara para continuar la obra. Es bueno tener presente que Dios no destruye un ministerio para edificar otro. Cuando Él mueve a un siervo tiene ya listo a alguien que tome su lugar. Si no hay un sustituto listo, quizás sea esto una indicación de que no es el tiempo para mudarse.

Parece que Zenas y Apolos eran los que entregaron esta carta a Tito. Pablo le pide a Tito que les ayude a continuar su viaje, lo cual quizás era una misión de Pablo. Los cristianos deben ayudarse unos a otros mientras cumplen el servicio; véanse 1 Corintios 16.6, 11 y Romanos 15.24. No obstante, debemos tener cuidado de no brindar ayuda a los que enseñan falsas doctrinas (2 Jn 9–11).

El versículo 14 es un recordatorio de Pablo a los cristianos locales para que ayuden a Tito en su obra y en su ministerio de ayudar a otros a continuar su camino. El pastor y el pueblo deben realizar este ministerio de hospitalidad y aliento. «Llevando fruto en toda buena obra» (Col 1.10) debe describir a todos los cristianos y no únicamente al pastor y los líderes.

Finaliza con este saludo apostólico, ligando el amor con la fe. «La gracia sea con todos vosotros» identifica la carta como genuinamente de Pablo (2 Ts 3.17).

Filemon

Bosquejo sugerido de Filemón

I. Saludo (vv. 1–3)

II. El aprecio de Pablo a Filemón (vv. 4–7)

III. Pablo apela a favor de Onésimo (vv. 8–17)

IV. Pablo asegura el pago (vv. 18–25)

Notas preliminares a Filemón

I. El hombre

Filemón era un cristiano que vivía en Colosas (Flm 2; véase también Col 4.9, 16, 17). Es posible que su hijo Arquipo pastoreaba la iglesia de Laodicea (Col 4.16, 17); había también una congregación en la casa de Filemón (Flm 2). Este había sido ganado para Cristo a través del ministerio de Pablo (v. 19), tal vez en Éfeso, puesto que Pablo no había visitado personalmente a Colosas.

II. La carta

Onésimo era uno de los esclavos de Filemón (v. 16) que le había robado a su amo y huido a Roma. Por la dirección providencial del Señor este esclavo fugitivo conoció a Pablo, el cual le condujo a Cristo. Legalmente Filemón hubiera podido mandar a matar a su esclavo

porque había quebrantado la ley, pero Pablo intervino para interceder a favor del nuevo cristiano y salvarle la vida. Esta breve carta nos habla como volúmenes, puesto que demuestra de manera vívida el corazón del gran apóstol. Sus propósitos al escribir fueron: (1) informar a Filemón que su esclavo no sólo estaba bien, sino también que había sido salvado; (2) pedirle que perdonara a Onésimo; (3) pedirle que le preparara alojamiento, el cual esperaba que lo pusieran pronto en libertad.

Por supuesto, la lección principal de la carta es su cuadro de Cristo como el Redentor de los pecadores perdidos. Así como Pablo estaba dispuesto a pagar el precio para salvar la vida del desobediente Onésimo, Cristo pagó el precio en la cruz para redimir a sus hijos descarriados. «Recíbele como a mí mismo», escribió Pablo, recordándonos que nosotros somos «aceptos en el Amado» (Ef 1.6; 2 Co 5.21). El cristiano nunca entrará en el cielo por sus méritos. Cuando el creyente esté ante el Padre, Cristo tendrá que decir: «¡Recíbele como a mí mismo!» ¡Gracias a Dios que su justicia nos ha cubierto!

III. La esclavitud

Necesitamos recordar que la esclavitud era una institución aceptada en el Imperio Romano. Los romanos y griegos traían multitud de esclavos (jóvenes y viejos) al regresar de las guerras, y comprar y vender esclavos era una parte diaria de la vida. Pablo tenía un gran interés en los esclavos (1 Co 7.20–24; Col 3.22–4.1; Ef 6.5–9), animándoles a ser los mejores cristianos posibles y a ganar su libertad legalmente si podían. No leemos que Pablo específicamente atacara a la esclavitud; el evangelio en sí mismo, predicado y vivido en la iglesia primitiva, a la larga acabó con este problema social. La carta de Pablo a Filemón es un ejemplo clásico de cómo Cristo cambia un hogar y la sociedad al cambiar las vidas. No era que Pablo evadía el problema de la esclavitud; antes bien, se daba cuenta de que la verdadera solución se encontraría conforme hombres y mujeres entregaran su corazón a Cristo.

FILEMON

I. Saludo (vv. 1–3)

El saludo de Pablo en los versículos 1–3 lo identifica como preso, tema que repite en los versículos 7, 13, 22 y 23. Tal vez quería recordarle a Filemón el precio que él mismo estaba pagando, sugiriendo que cualquier cosa que Filemón pudiera hacer por Onésimo sería insignificante en comparación. Por supuesto, Pablo era prisionero de Cristo, no de Roma, y no se avergonzaba de sus cadenas. ¡Pablo logró más desde su prisión en Roma que lo que logramos nosotros como ciudadanos libres!

A Apia la llama «amada hermana». Lo más probable es que era la esposa de Filemón y madre de Arquipo (Col 4.17). Sin duda alguna, estaría preocupada por Onésimo y jugaría un papel importante en el ministerio de «la iglesia que estaba en su casa».

II. El aprecio de Pablo por Filemón (vv. 4–7)

Un hombre guiado por el Espíritu ciertamente usará de gracia y de tacto, y Pablo ilustra esta actitud en su manera de abordar el problema del esclavo fugitivo. En lugar de suplicar de inmediato por la vida del hombre, Pablo expresa primero su aprecio sincero por su amigo Filemón. Esto no es lisonja vacía; era estimación cristiana sincera, «el amor de Dios derramado» en el corazón de Pablo.

Filemón parece ser la clase de hombre que cualquiera de nosotros quisiera tener como amigo. Era un hombre de amor y de fe (véase Tit 3.15); después de todo, el amor por los hermanos es la mejor evidencia de la fe en Cristo. Nótese en el versículo 5 el alcance doble de la vida de Filemón; hacia arriba, a Cristo, y hacia afuera, a otros. Véase Gálatas 5.6.

Filemón no guardaba su fe para sí mismo; la daba (participaba) a otros. Pablo había estado orando por Filemón, que su fe pudiera ser «eficaz» y de bendición a otros. El versículo 7 indica que Filemón era un «cristiano que confortaba» y la clase de hombre que otros apreciaban. Filemón estaba a punto de enfrentar una prueba seria de fe y amor, al enterarse de la conversión de su esclavo Onésimo.

III. Pablo apela a favor de Onésimo (vv. 8–17)

Pablo pudiera haber usado su autoridad apostólica y ordenado a Filemón que perdonara y recibiera a Onésimo, pero esto no hubiera sido lo mejor. Por un lado, no hubiera ayudado a Filemón a crecer en la gracia, o recibir una bendición real de la experiencia. La ley es una motivación mucho más débil que el amor, y Pablo quería que Filemón ampliara su comprensión espiritual. Por esto es que Pablo usa la palabra «te ruego» (v. 9).

La apelación de Pablo se basa en varios factores. Por una parte, apela al amor cristiano de Filemón, amor que ya había elogiado (v. 5). Luego Pablo se refiere al esclavo desobediente llamándole su hijo en la fe, recordándole así a Filemón que Onésimo era ahora un hermano en Cristo. El juego de palabras del versículo 11 se basa en el significado del nombre «Onésimo», que significa «útil». En otras palabras, Onésimo había demostrado ser útil para el servicio cristiano de Pablo en Roma. ¡Ahora era un esclavo de Jesucristo! Pablo hubiera retenido a Onésimo como uno de sus colaboradores (v. 1), pero no quería hacer nada sin el conocimiento y consentimiento de su amigo.

Aquí se describe hermosamente la doctrina de la identificación del creyente con Cristo. «Recíbele, como a mi corazón» era el ruego de Pablo. Onésimo era tan parte de Pablo que le dolía tener que enviarlo de regreso. El versículo 17 es lo que Jesús dice de todo verdadero creyente: «¡Recíbele como a mí mismo!» Somos «aceptos en el Amado» (Ef 1.6). Onésimo no regresaba como la misma persona anterior. Tenía una posición completamente nueva ante su amo: ahora era un hermano amado, identificado con Pablo y por consiguiente aceptado. Esto es lo que la Biblia quiere decir por justificación: estamos en Cristo y por consiguiente Dios nos acepta.

IV. Pablo asegura el pago (vv. 18–25)

¿Qué hacer con la ley romana? ¿Qué hacer debido al dinero que Onésimo robó? ¿Cómo podría Filemón perdonar si no había restitución? Esta clase de perdón tan solo lo hubiera hecho cómplice de un crimen. «¡Yo lo pagaré!», promete el anciano apóstol. «Ponlo a mi cuenta».

De nuevo, este es un cuadro precioso del Calvario. Cristo nos halló como esclavos fugitivos, que habíamos quebrantado la ley, rebeldes, pero nos perdonó y nos identificó consigo mismo. Fue a la cruz y pagó nuestra deuda. Esta es la doctrina de la imputación. «Imputar» significa «poner a la cuenta de uno». Nuestros pecados fueron puestos a la cuenta de Cristo y su justicia fue puesta a nuestra cuenta cuando creímos en Él. ¡Qué gracia maravillosa! «Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad» (Sal 32.2; Ro 4.1–8). Nuestros pecados fueron puestos a su cuenta, aun cuando Él nunca cometió pecado (2 Co 5.21). Nuestros pecados fueron puestos en Cristo y su manto de justicia fue imputado a nosotros.

El cristiano debe tener presente la distinción entre «aceptos en Cristo» y «aceptables a Cristo». El que ha confiado en Cristo para salvación es aceptado para siempre en Cristo y nunca el Padre lo rechazará. Cuando los creyentes pecan, son aceptos, pero sus acciones no son aceptables. Es necesario confesar ese pecado y recibir de Cristo el limpiamiento (1 Jn 1.9). Debido a que somos aceptados en Él, tenemos la calidad de hijos; según vivimos vidas aceptables a Él, tenemos comunión.

El versículo 19 ilustra la forma común de «yo lo pagaré» de los días de Pablo. Él estaba en realidad tomando sobre sí la deuda de Onésimo.

Pablo concluye con saludos personales a Filemón y a su familia, recordándoles a sus amigos las muchas obligaciones que tenían hacia él. Por cierto que le debían su propia salvación a Pablo. El apóstol estaba seguro que Filemón correría «la segunda milla» y haría incluso más de lo que le había pedido. Es hermoso leer que Pablo pide que oren por él y que le preparen hospedaje para cuando le liberaran de la prisión. Qué maravilloso tener amigos cristianos que se preocupan por las necesidades físicas y espirituales de otros.

Esta breve carta es de inestimable valor por lo que revela del corazón de Pablo. También ilustra lo que Cristo ha hecho por el creyente. Las dos frases que la resumen son: «Recíbele como a mí mismo» (v. 17) (nuestra identificación con Cristo) y «ponlo a mi cuenta» (v. 19) (imputación: nuestros pecados puestos sobre Cristo).

Hebreos

Bosquejo sugerido de Hebreos

I. Una persona superior: Cristo (1–6)
   - A. Cristo comparado a los profetas (1.1–3)
   - B. Cristo comparado a los ángeles (1.4–2.18)
   - C. Exhortación: No nos alejemos de la Palabra (2.1–4)
   - D. Cristo comparado a Moisés (3.1–4.13)
   - E. Exhortación: No dudemos de la Palabra (3.7–4.13)
   - F. Cristo comparado a Aarón (4.14–6.20)
   - G. Exhortación: No nos endurezcamos contra la Palabra (5.11–6.20)

II. Un sacerdocio superior: Cristo y Melquisedec (7–10)
   - A. Un mejor orden: Melquisedec, no Aarón (7)
   - B. Un mejor pacto: nuevo, no viejo (8)
   - C. Un mejor santuario: celestial, no terrenal (9)
   - D. Un mejor sacrificio: el Hijo de Dios, no animales (10)
   - E. Exhortación: No menospreciemos la Palabra (10.26–39)

III. Un principio superior: Fe (11–13)
   - A. Los ejemplos de la fe (11)
   - B. La persistencia de la fe (12.1–13)
   - C. Exhortación: Una advertencia para no desobedecer la Palabra (12.14–19)
   - D. Las evidencias de la fe (13)

Notas preliminares a Hebreos

La epístola a los Hebreos presenta varios problemas interesantes al que la estudia. Aquí tenemos un libro que empieza como un sermón, sin embargo concluye como una carta (13.22–25). En ninguna parte se menciona el nombre de su autor, ni tampoco se indica claramente sus destinatarios. Ciertos pasajes se han usado erróneamente para molestar a los cristianos; debemos recordar que la epístola fue originalmente dada para exhortar y animar al pueblo de Dios. Es importante estudiar Hebreos a la luz de toda la Palabra de Dios y no sólo de manera aislada.

I. El mensaje

El principal mensaje de Hebreos se resume en 6.1: «Vamos adelante a la perfección [madurez espiritual]». Las personas a quienes se dirigió Hebreos no estaban creciendo espiritualmente (5.11–14) y andaban en un estado de segunda infancia. Dios había hablado en la Palabra, pero no eran fieles para obedecerle. Descuidaban la instrucción de Dios y se alejaban de su bendición. El escritor procura animarles a avanzar en sus vidas espirituales, mostrándoles que en Cristo tienen bendiciones «mejores». Cristo es «el autor y consumador [que lleva a término] de la fe» (12.2). El libro presenta a la fe y vida cristianas como superiores al judaísmo o cualquier otro sistema religioso. Cristo es la Persona superior (1–6); su sacerdocio es superior al de Aarón (7–10); y el principio de la fe es superior al de la ley (11–13).

I. El escritor

Puesto que no se menciona ningún nombre en el mismo libro, los eruditos han debatido por siglos sobre quién es su autor. Las tradiciones primitivas señalan a Pablo. Otros han sugerido que fue Apolos, Lucas, Felipe el evangelista, Marcos y hasta Priscila y Aquila. El escritor, obviamente, fue judío, puesto que se identifica con los lectores judíos (1.2; 2.1, 3; 3.1; 4.1; etc.). También se identifica con Timoteo (13.23), lo cual sin duda podía haber hecho Pablo. La bendición de gracia en la clausura es típica de Pablo (véase 2 Ts 3.17, 18). El escritor había estado en prisión (10.34; 13.19). La cuestión parece quedar resuelta por 2 Pedro 3.15–18, donde Pedro claramente afirma que Pablo había escrito al mismo pueblo al cual Pedro lo hizo, los judíos de la dispersión (1 P 1.1; 2 P 3.1). Todavía más, Pedro llama Escrituras a la carta de Pablo. Ahora bien, si Pablo escribió una carta inspirada a los judíos esparcidos por el mundo y esta carta se ha perdido, una parte de la Palabra eterna e inspirada de Dios hubiera sido destruida; y eso es imposible. La única Escritura que está dirigida a los judíos y que no se acredita a ningún otro autor es Hebreos. Conclusión: Pablo debe haber escrito Hebreos. Los que argumentan que el estilo

o el vocabulario no son típicos de Pablo deben tener presente que los escritores son libres de adaptar su estilo y vocabulario a sus lectores y temas.

III. Las «advertencias»

Incluso Pedro nos informa que algunos habían tomado la carta a los Hebreos y mal interpretado las «cosas difíciles» para su propia destrucción (2 P 3.16). Esto se debe a que destrozan las Escrituras, o tuercen pasajes fuera de su contexto, pervirtiendo la letra para hacer que diga lo que en realidad no quiere decir. Debemos cuidarnos de interpretar Hebreos a la luz de toda la Palabra de Dios. Se han colocado las cinco exhortaciones (véase 13.22) en nuestro bosquejo para que pueda ver con claridad el desarrollo de la carta. Creemos que estas exhortaciones son para todos los creyentes, puesto que el escritor se identifica con el pueblo al cual se dirige: «es necesario que con más diligencia atendamos»; «¿cómo escaparemos»; «temamos, pues»; etc. Decir que 6.4, 5 describe a personas que eran «casi» salvas es atropellar el significado de estos versículos. Algunos cristianos han malentendido la gracia de Dios y la preciosa doctrina de la seguridad eterna al punto de olvidarse de que Dios también castiga a su pueblo cuando este peca. Debemos abordar Hebreos como una carta escrita a creyente que estaban en peligro de recaer en un estado carnal de inmadurez espiritual debido a su actitud errada hacia la Palabra de Dios. Tal desobediencia, advirtió Pablo, podía llevarlos al castigo de Dios y a la pérdida de recompensas ante el tribunal de Cristo (véanse 10.35, 36; 11.26). Hebreos no advierte a los creyentes que sus pecados los condenarán, puesto que ningún verdadero cristiano puede jamás perderse eternamente.

IV. Palabras clave

Las palabras clave son «mejor» (1.4; 6.9; 7.7, 19, 22; 8.6; 9.23; 10.34; 11.16, 35, 40; 12.24) y «perfecto» (2.10; 5.9, 14; 6.1; 7.11, 19, 28; 9.9, 11; 10.1, 14; 11.40; 12.2, 23).

HEBREOS 1

«¡Dios ha hablado!» Este es el gran mensaje de Hebreos. «Dios ha hablado», por tanto, presten atención a cómo responden a su Palabra. Después de todo, la manera en que respondemos a la Palabra de Dios es la manera en que respondemos al Hijo de Dios, porque Él es la Palabra viva. En este primer capítulo vemos la superioridad de Cristo sobre los profetas y los ángeles.

I. Cristo es mejor que los profetas (1.1–3)

A. En su persona.

Cristo es el Hijo de Dios; los profetas fueron simples hombres llamados a ser siervos. Cristo hizo el universo y es quien lo sostiene. Su Palabra tiene poder. Le dio existencia al universo mediante su Palabra y ahora su Palabra controla y sostiene nuestro mundo. Cristo es también el heredero de todas las cosas. «Todo fue creado por medio de Él y para Él» (Col 1.16). Es el sacrificio de Dios por los pecados del mundo. «Purgó nuestros pecados» mediante su muerte en la cruz. Ahora está sentado en gloria, como el Rey Sacerdote de Dios. Su obra en la tierra está completa; Él se ha sentado.

B. En su mensaje.

Las revelaciones de Dios en tiempos antiguos fueron dadas «muchas veces y de muchas maneras». Ningún profeta recibió la revelación completa. Dios hablaba tanto a través de visiones, sueños, símbolos y acontecimientos, como mediante la boca del hombre. Estas revelaciones apuntaban a Cristo y Él es la revelación final de Dios. Cristo es «la última Palabra» de Dios al mundo. Toda la revelación del AT conducía a Cristo, la revelación final y completa de Dios. Cualquiera que hoy se jacte de tener una «nueva revelación» de Dios, se engaña. Dios no da revelaciones hoy; Él esclarece su revelación final y total en Cristo.

II. Cristo superior a los ángeles (1.4–14)

En la religión judía los ángeles jugaban un papel vital. La ley fue dada a través del ministerio de los ángeles, según Gálatas 3.19, Hechos 7.53 y Deuteronomio 33.2. Si los judíos ponían atención a la ley, dada por medio de ángeles, debían prestar mayor atención al mensaje dado por Cristo, quien es mayor que los ángeles. El autor menciona siete citas del AT para mostrar la superioridad de Cristo sobre los ángeles.

A. Los versículos 4–5 citan al Salmo 2.7 y 2 Samuel 7.14.

Como Heredero de todas las cosas Cristo tiene una herencia mayor y por tanto un nombre mayor. En el Salmo 2.7 Dios el Padre llama a Cristo «mi Hijo», título que no lo daría a los ángeles. (En el AT a los ángeles en forma colectiva se les denomina «hijos de Dios», pero este título no se aplica a ninguno en forma individual.) El Salmo 2.7 se refiere a la resurrección de Cristo, no a su nacimiento en Belén (véase Hch 13.33). Cristo fue «engendrado» de la tumba virgen cuando fue resucitado de entre los muertos. Colosenses 1.18 le llama «el primogénito de entre los muertos». La segunda cita se refiere a Salomón; léase todo el capítulo 7 de 2 Samuel con cuidado, porque la «casa» de David aparece de nuevo en Hebreos. David quería construir una casa para Dios, pero Él decretó que Salomón realizaría la obra. Dios le prometió a David que Él sería un padre para Salomón; y Hebreos 1.5 aplica esta promesa a Cristo, quien es «mayor que Salomón» (Mt 12.42).

B. El versículo 6 cita al Salmo 97.7 (o quizás a Dt 32.43 en la versión griega llamada la Septuaginta).

Esta cita se refiere al regreso de Cristo a la tierra («Y otra vez, cuando introduce al Primogénito»). Así como los ángeles le adoraron en la primera venida (Lc 2.8–14), le adorarán cuando vuelva para reinar. Cristo es mayor que los ángeles.

C. El versículo 7 cita al Salmo 104.4.

Los ángeles son espíritus creados por Dios para ser siervos. La próxima cita muestra que Cristo no es siervo sino Soberano.

D. Los versículos 8–9 citan al Salmo 45.6–7.

El Salmo 45 es uno matrimonial, describiendo a Cristo e Israel. Dios afirma con claridad que Cristo tiene un trono y el Padre llama al Hijo «Dios». Los que niegan la deidad de Cristo tergiversan estos versículos tratando de probar su punto. Una versión incluso dice: «Tu trono es Dios». No, estos versículos firmemente anuncian la deidad de Cristo; Él es Dios.

E. Los versículos 10–12 citan al Salmos 102.25–27.

Aquí de nuevo se le llama «Señor» a Jesús. Él es desde el principio el Creador del universo. Como un vestido gastado la creación se deteriorará y caerá hecha pedazos, pero Cristo jamás cambiará. Él es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos». Los ángeles son seres creados; Cristo es el Hijo eterno.

F. El versículo 13 cita al Salmo 110.1.

Este es el salmo clave en Hebreos, por cuanto el versículo 4 declara el sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec. Cristo está ahora sentado a la diestra de Dios, como Sacerdote Rey. Pedro cita el mismo pasaje en Hechos 2.34. Los enemigos de Cristo todavía no se han postrado ante Él, pero lo harán uno de estos días.

El versículo 14 resume el lugar de los ángeles: son espíritus ministradores, no hijos en el trono; y su trabajo es ministrarnos a nosotros que somos herederos con Cristo en su maravillosa salvación.

Al repasar estas citas se puede ver la majestad y gloria del Hijo de Dios. Como afirma el versículo 4, Cristo tiene un nombre más excelente que los ángeles, porque por medio de su sufrimiento y muerte adquirió una herencia mayor. En su carácter, obra y ministerio, Cristo es supremo. Aun cuando hoy no se ve en la tierra su glorioso reino, todavía sigue en el trono como Rey y volverá un día para establecer justicia sobre esta tierra.

HEBREOS 2

Este capítulo continúa el argumento de que Cristo es superior a los ángeles. El escritor interrumpe su argumento para dar una exhortación, la primera de cinco que hay en el libro (véase el bosquejo de Hebreos).

I. Una exhortación (2.1–4)

Puesto que la Palabra hablada por los ángeles fue firme, ¡ciertamente la Palabra hablada por el Hijo de Dios también será firme! Si en los días del AT Dios se enfrentó a quienes desobedecieron su Palabra, ¡con toda certeza que también lo hará en los postreros días con los que ignoran o rechazan su Palabra dada por su Hijo!

El peligro aquí es a deslizarse por descuido: «No sea que en algún momento dado nos deslicemos de ella» es la mejor traducción del versículo 1. Nótese que el versículo 3 no dice: «¿Cómo escaparan los pecadores si rechazan», sino: «¿Cómo escaparemos nosotros [los creyentes], si descuidamos». La deterioración espiritual empieza cuando los cristianos empiezan a descuidar esta gran salvación. A partir de las amonestaciones dadas en 10.19–25 parece que estos judíos eran culpables de descuidar la oración y el compañerismo con el pueblo de Dios. Nótese 1 Timoteo 4.14.

La palabra *desobediencia* literalmente significa «falta de disposición para oír». Los santos que no quieren oír y prestar atención a la Palabra de Dios son desobedientes y no escaparán de la mano de castigo de Dios. Es más, Dios confirmó su Palabra mediante «señales y prodigios y diversos milagros» (v. 4, véase Hch 2.22, 43); esta Palabra no debe tratarse con ligereza. En realidad, la palabra *descuidar* se traduce «sin hacer caso» en Mateo 22.5.

II. Una explicación (2.5–18)

El argumento del escritor en el capítulo 1 de que Jesús es mejor que los ángeles ha hecho surgir una nueva cuestión: «¿Cómo puede Jesús ser mejor si tuvo un cuerpo humano? ¿No son los ángeles mejores que Él puesto que no tienen cuerpos humanos que los limiten?» Esta cuestión se responde con una explicación del porqué Jesús se hizo carne.

A. Para ser el postrer Adán (vv. 5–13).

En ninguna parte de la Biblia Dios promete a los ángeles que regirán el mundo venidero. Dios le dio a Adán el gobierno sobre la tierra (Gn 1.26, 27). El escritor cita el Salmo 8.4–6 en el cual se repite la bendición de Dios en Génesis. Dios hizo al hombre un poco menor que los ángeles o, literalmente, «por un poco de tiempo un poco menor que Dios». La sugerencia parece ser que Adán y Eva estaban en un período de prueba. No fueron creados para quedarse menos que Dios y si hubieran rechazado el pecado, al final hubieran participado de la gloria de Dios de una manera maravillosa. Satanás sabía que ellos serían menos que Dios sólo «por un poco de tiempo», de modo que se apresuró y les prometió la gloria antes de tiempo. El pecado entró en la raza humana y le privó a Adán de su dominio terrenal. Cesó de ser el rey y se convirtió en esclavo. Por eso es que el versículo 8 dice: «Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas [al hombre]».

¿Qué vemos? «¡Vemos a Jesús!» Él es el postrer Adán que por medio de su muerte y resurrección deshizo toda la ruina que Adán causó cuando desobedeció a Dios. Por un poco de tiempo Cristo fue menor que los ángeles, incluso en la humillación del Calvario (Flp 2.1–12). Cristo tenía que tener un cuerpo de carne para poder morir por los pecados del mundo. Los hombres le coronaron con espinas en la tierra, pero ahora ha sido coronado con gloria y honor; véase 2 Pedro 1.17. Hay ahora una nueva familia en el mundo: Cristo está trayendo muchos hijos a la gloria. Adán, por su pecado, hundió a sus descendientes en el pecado y la muerte; Cristo ahora cambia a los hijos de Adán en hijos de Dios. Él es el «pionero» (autor) de nuestra salvación, el que abre el sendero para que podamos seguir. Somos sus hermanos, porque somos de la misma familia, habiendo sido hechos partícipes de su divina naturaleza y apartado para Dios a través de su muerte (10.10). Aquí se cita el versículo 22 del Salmo 22, aquel salmo del Calvario, hablando de la resurrección de Cristo. También se cita a Isaías 8.17, 18.

Los dos hijos de Isaías eran señales para la nación: Sear-jasub (Is 7.3) significa «un remanente volverá»; y Maher-salal-hasbaz (Is 8.1) significa «el despojo se apresura». En otras palabras, en días del profeta Isaías había un remanente fiel que se salvó cuando la nación fue juzgada. Estas personas eran «hijos de Isaías», por así decirlo. De la misma manera Cristo tiene una familia de creyentes, un remanente entre judíos y gentiles; ellos también serán librados de la ira venidera.

B. Para derrotar al diablo (vv. 14–16).

La muerte y el temor fueron las consecuencias del pecado de Adán (Gn 2.17; 3.10). El temor a la muerte ha sido una de las armas más poderosas de Satanás, quien no tiene «el poder de la muerte» en forma absoluta, puesto que, como vemos en el caso de Job, no pudo hacer nada sin el permiso de Dios (Job 1–2). La palabra que se traduce «imperio» en el versículo 14 quiere decir «poder» o «fuerza» antes que «autoridad». Satanás aplica su fuerza o poder sobre los pecadores y las tinieblas (Lc 22.53), pero Cristo ha librado a sus santos del poder de las tinieblas (Col 1.12, 13). Satanás se ha apropiado de este «imperio de la muerte» para lograr controlar a las criaturas de Dios; pero Cristo, a través de su muerte en la cruz, «destruyó» ese poder y libró así a los que estaban en esclavitud debido al temor de la muerte. Cristo necesitaba un cuerpo humano para morir y así derrotar a Satanás. Véase también 1 Juan 3.8. En el versículo 16 el escritor deja en claro que

Cristo no tomó la naturaleza de los ángeles, sino más bien la simiente de Abraham. En otras palabras, Cristo no se hizo un ángel; se hizo hombre, un judío. No murió por los ángeles; murió por los seres humanos. Los ángeles caídos nunca pueden ser salvos; ¡pero los seres humanos caídos sí pueden ser salvados!

C. Para llegar a ser un compasivo sacerdote (vv. 17–18).

Esta es la tercera razón por la cual Cristo tomó cuerpo humano. Dios sabía que sus hijos necesitarían un sacerdote compasivo que les ayudara en sus debilidades. Permitió que su Hijo sufriera; y a través de este sufrimiento Él le equipó para su ministerio sacerdotal (v. 10). La persona de Cristo no necesita perfeccionamiento, puesto que Él es Dios; pero como el Dios-Hombre soportó el sufrimiento a fin de estar preparado para suplir nuestras necesidades. Fue hecho carne en Belén (Jn 1.14); fue «en todo semejante a sus hermanos» durante su vida terrenal; y fue «hecho pecado» en la cruz (2 Co 5.21). Ahora es un sumo Sacerdote misericordioso y fiel; ¡podemos depender de Él! Es poderoso para socorrernos cuando acudimos a Él buscando ayuda. La palabra *socorrer* quiere decir «correr cuando se es llamado» y la usaban los médicos. ¡Cristo corre en nuestra ayuda cuando se la pedimos!

Esta sección completa el argumento respecto a la superioridad de Cristo sobre los ángeles. El escritor ha mostrado que Cristo es superior en su persona y obra y en el nombre que el Padre le ha dado «sobre todo nombre». La conclusión es clara: puesto que Cristo es superior, debemos prestar atención a su Palabra y obedecerla. Debemos tener cuidado de no deslizarnos debido al descuido.

HEBREOS 3

Pasamos ahora al tercer argumento sobre la superioridad de Cristo: Él es mejor que Moisés. Por supuesto que Moisés era el gran héroe de la nación judía y para Pablo probar la superioridad de Cristo sobre Moisés equivalía a probar la superioridad de la fe cristiana sobre el judaísmo. ¿Cómo podían estas personas regresar al judaísmo cuando lo que Cristo ofrecía era mucho mejor que lo que Moisés podía ofrecer?

I. Cristo es mayor en su oficio (3.1,2)

Moisés fue principalmente un profeta (Dt 18.15–19; Hch 3.22), aun cuando ejerció las funciones de sacerdote (Sal 99.6) y hasta las de rey (Dt 33.4–7). Sin embargo, Moisés fue llamado por Dios, en tanto que Cristo fue enviado por Dios. Cristo es el «Apóstol» o «el Enviado» (véanse Jn 3.17; 5.36–38; 6.57; 17.3, 8, 21, 23, 25). Cristo es también el sumo Sacerdote, oficio que Moisés jamás ocupó. Todavía más, el ministerio de Cristo tiene que ver con el «llamamiento celestial» y no sólo con el terrenal de Israel. Moisés ministró a un pueblo terrenal cuyo llamamiento y promesas eran fundamentalmente terrenales; Cristo es el Apóstol y sumo Sacerdote de un pueblo celestial que son extranjeros y peregrinos en esta tierra. Podemos también añadir que Moisés fue un profeta de la ley, mientras que Cristo es el Apóstol de la gracia (Jn 1.17). Moisés pecó, en tanto que Cristo vivió una vida sin pecado. No sorprende que en el versículo 1 se nos pida «considerar» u «observar atentamente» a Jesucristo.

II. Cristo es mayor en su ministerio (3.3–6)

Dios afirma que Moisés fue fiel (Nm 12.7) igual que Cristo (Heb 3.2), pero sus ministerios son divergentes a partir de ese punto. Moisés fue un siervo; Cristo es el Hijo. Moisés sirvió en la casa, en tanto que Cristo es el Señor sobre la casa. «La casa» quiere decir, por supuesto, la familia de Dios y no el templo ni el tabernáculo. Moisés fue un siervo en Israel, la familia de Dios en el AT; Cristo es el Hijo sobre la familia de Dios que hoy es la Iglesia (Heb 3.6; 10.21; también 1 P 2.5; 4.17; Ef 2.19). Véase un ejemplo del uso de la palabra «casa» para indicar al «pueblo» en 2 Samuel 7.11, donde Dios promete «hacerle casa a David», o sea, establecer su familia y su trono para siempre.

Aun cuando Israel era la familia terrenal de Dios y la Iglesia es su familia celestial, tenemos que tener presente que la familia de Dios siempre se caracteriza por la fe. Las personas de los tiempos del AT eran salvas por fe como lo es la gente de hoy. Es esta continuidad de fe la que vincula al pueblo de Dios bajo ambos pactos. Por esto es que Gálatas 3.7 llama «hijos de Abraham» a los creyentes, porque es el «padre de los que creen».

Hay todavía otros dos asuntos más en este contraste entre Moisés y Cristo:

A. Moisés fue un siervo en tanto que Cristo fue el Hijo.

Esta declaración sugiere que el ministerio del AT fue de esclavitud y servidumbre, en tanto que el ministerio de Cristo bajo el nuevo pacto es de libertad y gozo. La ley del AT se le llama «yugo de esclavitud» (Gl 2.4; 5.1; véase Hch 15.10). Los benditos privilegios de la calidad de hijos que disfrutamos en la familia de Dios por la fe no se conocieron bajo el antiguo pacto.

B. Moisés ministró usando símbolos, en tanto que Cristo es el cumplimiento de estas cosas.

Véase 3.5: «Para testimonio de lo que se iba a decir». En Cristo tenemos brillando la verdadera luz; en Moisés estamos en las sombras. ¡Que los lectores regresaran al judaísmo significaba dejar el cumplimiento a cambio de los tipos y las sombras!

III. Cristo es mayor que el reposo que da (3.7–19)

La palabra «reposo» se usa doce veces en el capítulo 4, pero no siempre tiene el mismo significado. Estudiaremos esta palabra en detalle en el próximo capítulo, pero en este punto debemos introducir las ideas básicas. El escritor usa a la nación de Israel como una ilustración de la verdad espiritual (véase también 1 Co 10.1–13). Los judíos estaban en esclavitud en Egipto, así como los pecadores están bajo esclavitud en el mundo. Dios redimió a Israel por la sangre de los corderos, así como Él nos redime mediante la sangre de Cristo. Dios prometió a los judíos una tierra de bendición y Él ha prometido a los suyos una vida de bendición, una herencia espiritual en Cristo. Pero esta bendición podría venir sólo a quienes se separan del mundo y siguen a Dios por fe. De modo que Dios sacó a Israel a través del Mar Rojo (separación de Egipto, del mundo) y los condujo a los límites de Canaán. Deuteronomio 1.2 nos informa que era una jornada de once días. Pero en este momento Israel se rebeló en incredulidad y rehusó creer a Dios (Nm 14). Debido a esto Dios juzgó a la congregación entera, exceptuando a Josué y Caleb, quienes confiaron en Dios y se opusieron al voto del pueblo. Los judíos tuvieron que vagar por cuarenta años en el desierto, un año por cada día que los espías estuvieron en la tierra. La nación no entró en el reposo prometido (Dt 12.9; véase Jos 1.13–15).

Es aquí donde el escritor advierte a sus lectores. Habían sido redimidos por la sangre de Cristo y libertados del mundo. Ahora, como Israel, se veían tentados a regresar. Hacerlo quería decir no entrar en la vida de plenitud y bendición que Dios les había prometido. Hay en los capítulos 3 y 4 diferentes reposos los cuales se relacionan al plan de Dios: (1) el de la salvación (4.3, 10); (2) el de victoria en medio de las pruebas, simbolizado por la tierra prometida de Canaán (4.11); (3) el futuro y eterno, el reposo celestial (4.9). Estudiaremos estas distin-

ciones en detalle en el próximo capítulo. La exhortación aquí es a que el pueblo de Dios confíe en Él a pesar de las dificultades, así como lo hicieron Josué y Caleb y avancen al reposo prometido. Por favor, tenga presente que Canaán no es un cuadro del cielo; es un símbolo de la vida de bendiciones y batallas, progreso y victoria, que tenemos en Cristo conforme nos rendimos a Él y confiamos en Él. Es ese reposo presente que tenemos incluso en medio de las tribulaciones y pruebas. Ese reposo no podían darlo ni Moisés ni Josué.

El escritor cita el Salmo 95 y recuerda a los lectores respecto a la dureza de corazón de Israel. Tal vez quiera leer Éxodo 17 para ver cómo provocó Israel a Dios y lo probó cuando las cosas se pusieron difíciles. ¡Los creyentes de hoy hacen lo mismo cuando vienen las tribulaciones y las pruebas! Y aquí tenemos el tema básico de Hebreos: Avancemos a la madurez, venciendo al enemigo y reclamando nuestra herencia en Cristo. Crucemos el Jordán (muramos a la vida vieja, Ro 6) y pidamos la presente herencia que Dios nos ha preparado (Ef 2.10).

¿Puede aplicarse a los creyentes la advertencia del versículo 12? ¡Ciertamente! La incredulidad es un pecado que acosa a los cristianos y esta incredulidad procede de un corazón malo que descuida la Palabra. Una cosa es confiar en Dios para la salvación y otra muy diferente someterle nuestras voluntades y vidas para dirección y servicio diarios. Muchos cristianos están aún «deambulando en el desierto» de la derrota y de la incredulidad; han sido sacados de Egipto, pero nunca han llegado a Canaán para reclamar su herencia en Cristo. Los judíos fueron comprados por la sangre y cubiertos por la nube, sin embargo, ¡la mayoría murió en el desierto! ¿Es esto cuestión de «perder la salvación»? ¡Por supuesto que no! Es asunto de perder la vida de victoria y de bendición debido a una falta de confianza en Dios. ¿Y qué causa este corazón malo de incredulidad?: (1) No oír la voz de Dios, (vv. 7, 15); y (2) dejarnos engañar por el pecado (v. 13).

¡Cuán importante es oír la Palabra de Dios! Si erramos aquí, empezaremos a alejarnos de la Palabra (2.1–4) y entonces dudaremos de ella (3.18, 19). Rehusamos las exhortaciones de los que quieren ayudarnos (3.13) y avanzamos a la obstinada desobediencia hasta que llegamos a cauterizarnos en contra de la Palabra (5.11–6.20).

El pecado en la vida del creyente es engañoso. Empieza como algo pequeño, pero crece gradualmente. Dudar de Dios en algo puede conducir a un corazón malo de incredulidad. Los que persisten en avanzar y retienen su confianza demuestran que son verdaderamente salvos (3.6, 14) y al hacerlo así evitan el castigo de Dios, y posiblemente (como con Israel) el juicio en esta vida. ¡La incredulidad es algo serio!

HEBREOS 4

Este capítulo continúa el tema que empezó en 3.11: el reposo. La palabra «reposo» se usa en esta sección en cinco sentidos diferentes: (1) el reposo de Dios en el día de descanso, según Génesis 2.2 y Hebreos 4.4, 10; (2) Canaán, el reposo para Israel después de vagar por cuarenta años (3.11, etc.); (3) el reposo en Cristo del presente de salvación del creyente (4.3, 10); (4) el reposo del presente de victoria del vencedor (4.11); y (5) el reposo en el cielo del futuro eterno (4.9). El reposo del día de descanso de Dios es un tipo de nuestro presente reposo de salvación, siguiendo la obra que Cristo concluyó en la cruz. Es también un cuadro del «reposo eterno» de gloria. El reposo de Israel en Canaán es similar a la vida de victoria y bendición que obtenemos al andar por fe y reclamar nuestra herencia en Cristo. Hay en este capítulo cuatro exhortaciones relacionadas a la vida de reposo.

I. Temamos, pues (4.1–8)

Dios prometió descanso al pueblo de Israel, pero no entraron a ese reposo debido a la desobediencia que surgió de la incredulidad. Dios ha prometido un reposo para los suyos hoy: paz en medio de la prueba, victoria a pesar de los problemas al parecer imposibles. A esta «vida de reposo» en nuestra Canaán espiritual se la llama «vamos adelante a la perfección» en 6.1; «plena certeza de la esperanza» en 6.11; y «heredan las promesas» en 6.12. Téngase presente que los lectores de Hebreos atravesaban un tiempo de prueba (10.32–39; 12.3–14; 13.13) y estaban tentados, como el antiguo Israel, a «regresar» a la vida vieja. Dios les había prometido el descanso de la victoria, sin embargo, estaban en peligro de no alcanzarlo. Dios les había dado la Palabra, pero «no les aprovechó» (4.2) ni la aplicaron a sus vidas. De nuevo vemos la importancia de la Palabra de Dios en la vida del creyente.

El argumento del escritor es como sigue: Dios ha prometido un reposo a su pueblo (v. 1), pero Israel no entró en ese reposo (4.6). Su promesa todavía sigue firme, porque Josué (v. 8) no les dio este reposo espiritual, aunque les condujo al reposo nacional (véase Jos 23.1). De otra manera David nunca hubiera hablado respecto a ese reposo siglos más tarde en el Salmo 95. Conclusión: «Queda un reposo para el pueblo de Dios» (v. 9). El escritor relaciona ese reposo al de Dios (vv. 4, 10); o sea, es uno de satisfacción, no el que se tiene después de quedar exhausto. Dios no estaba cansado después de crear el universo; el «reposo» de Génesis 2.2 habla de concluir la tarea y de satisfacción. Es un «reposo del alma». Este es el «reposo de fe» que Jesús promete en Mateo 11.28–30. Este es la salvación y es un don que recibimos por fe. El reposo de 11.30 es lo que hallamos día tras día conforme tomamos su yugo y nos sometemos a Él. «Temamos, pues», (v. 1) es la advertencia de Dios, porque muchos de sus hijos no entraron en esta vida de reposo y victoria.

II. Procuremos obrar (4.9–12)

«Procurar» aquí significa «poner diligencia»: esforcémonos con diligencia en entrar a este reposo. «Poner diligencia» es exactamente lo opuesto a «deslizarse» (2.1–3). Nadie jamás maduró en la vida cristiana siendo descuidado u holgazán. Lea cuidadosamente 2 Pedro 1.4–12 y 3.11–18, donde Pedro exhorta tres veces a los creyentes a ser diligentes. Si no somos diligentes, repetiremos el fracaso de Israel y no entraremos en el reposo prometido y en la herencia. (Nótese de nuevo, esto no es salvación, sino victoria en la vida cristiana.)

¿Cuál es el secreto de entrar en ese reposo? La Palabra de Dios. Hebreos 4.12 es la respuesta a cada condición espiritual; si permitimos que la Palabra de Dios nos juzgue y revele nuestros corazones, no fracasaremos en cuanto a entrar en la bendición. Israel se rebeló contra la Palabra y no quería «oír su voz» (Sal 95); por consiguiente, vagaron en derrota cuarenta años. La Palabra de Dios es una espada (véanse Ap 1.16; 2.12–16; 19.13; Ef 6.17). Penetra en el corazón (véanse Hch 5.33; 7.54, donde Israel rehúsa de nuevo someterse a la Palabra). Demasiados creyentes no escuchan ni prestan atención a la Palabra de Dios y así se privan de la bendición. Madurar espiritualmente requiere diligencia y por eso el creyente necesita aplicar con fidelidad la Palabra de Dios.

III. Retengamos nuestra profesión (4.14)

El versículo 14 no dice: «Retengamos nuestra salvación». La palabra «profesión» aquí es realmente «confesión, decir lo mismo» (3.1; 10.23; 11.13). La «confesión» se relaciona con el testimonio del creyente de su fe en Cristo y su fidelidad para vivir por Cristo y obtener la bendición prometida. Léase 10.34, 35. Los judíos que vagaron en el desierto perdieron su confesión incluso cuando todavía estaban bajo la

nube y redimidos de Egipto. ¡Qué pobre testimonio fueron del poder de Dios! Él los sacó, pero no confiaron en que Él les haría entrar. Su incredulidad les privó de la bendición de Dios.

Esto explica por qué a estos lectores judíos se les recuerda los «gigantes de la fe» que se mencionan en el capítulo 11. Todos enfrentaron dificultades y pruebas, sin embargo, vencieron y mantuvieron una buena confesión. Hebreos 11.13 afirma que estas personas «confesaron» (la misma palabra que se usa en 4.14) que eran «extranjeros y peregrinos sobre la tierra». Antes de que Enoc fuera llevado al cielo tuvo un buen testimonio (11.5). Al final del capítulo, el escritor resume todo diciendo: «y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimionio [testigo]» (11.39). Donde hay fe, hay un buen testimonio (11.2); donde hay incredulidad, no hay testimonio.

¿De dónde viene la fe? «Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» (Ro 10.17). El Israel del AT no quiso oír la Palabra y por consiguiente no tenía fe. «Si oyeres hoy su voz» es la advertencia que se repite en 3.7, 15 y 4.7. Los cristianos que oyen y prestan atención a la Palabra de Dios mantendrán una buena confesión y no perderán su testimonio ante el mundo.

IV. Acerquémonos al trono de la gracia (4.15,16)

Estos versículos prueban que el creyente no pierde su salvación. Tenemos un sumo Sacerdote que conoce nuestras tentaciones y debilidades, que soportó las pruebas que nosotros debemos soportar. Cuando vienen los tiempos de prueba necesitamos acudir al trono de la gracia por el auxilio que solamente Cristo puede dar. El escritor explicará más el tema en capítulos posteriores, pero pone esta exhortación aquí no sea que sus lectores se desanimen y digan: «¡Es imposible que sigamos adelante! Simplemente no contamos con lo que se necesita!» ¡Por supuesto que no lo tenemos! ¡Ningún creyente tiene fuerza suficiente para cruzar el Jordán y conquistar al enemigo! Pero tenemos un gran sumo Sacerdote que tiene misericordia y «gracia para ayudar en el momento preciso». (Este es el significado literal del versículo 16.)

¿Por qué el escritor se refiere al «trono» en este punto? La referencia es a Éxodo 25.17–22, el propiciatorio de oro. El arca del pacto era un cofre de madera recubierto de oro. Encima del arca Moisés puso un «propiciatorio» con un querubín en cada extremo. Este propiciatorio era el trono de Dios, donde se sentaba en gloria y gobernaba a la nación de Israel. Pero el propiciatorio del AT no era un trono de gracia, puesto que la nación estaba bajo un yugo de esclavitud legal. «La ley por medio de Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn 1.17). Cristo es nuestro Propiciatorio («propiciación» en 1 Jn 2.2). Cuando venimos a Él, lo hacemos a un trono de gracia, no a uno de juicio; y Él nos recibe, habla y fortalece.

Lea de nuevo este capítulo y verá que no es una advertencia a que no perdamos nuestra salvación. Antes bien nos anima a vivir en la Palabra y en la oración, y a permitir que Cristo nos lleve a la Canaán espiritual donde hallaremos reposo y bendición. El progreso espiritual es el resultado de la disciplina espiritual.

HEBREOS 5

En los primeros dos capítulos el escritor ha mostrado que Cristo es mayor que los profetas y los ángeles; en los capítulos 3–4 ha mostrado que Cristo es inclusive más grande que Moisés. Ahora apunta hacia Aarón, el primer sumo sacerdote de Israel, y demuestra que Cristo es un sacerdote mayor que Aarón. Si los lectores iban a abandonar a Cristo para irse al judaísmo, estarían cambiando un sumo Sacerdote mayor por uno menor. El escritor muestra que Cristo es superior a Aarón por lo menos de tres maneras:

I. La ordenación de Cristo fue mayor (5.1,4–6)

Aarón fue tomado de entre los hombres y elevado a la posición de sumo sacerdote. Pasó este honor a su hijo mayor y así sucesivamente. Aarón pertenecía a la tribu de Leví; esta fue separada para ser la tribu sacerdotal para la nación de Israel.

Pero la ordenación de Cristo fue mayor. Por un lado, Él no es sólo un hombre; Él es Dios en carne, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. No se apropió egoístamente de este honor del sacerdocio. Los hijos de Coré trataron de hacerlo (Nm 16) y murieron por su pecado. No, Dios mismo ordenó a su Hijo. Aquí el escritor cita el Salmo 110.4, en el cual el Padre ordena al Hijo al ministerio sacerdotal eterno. En el versículo 5 vincula este versículo con la cita del Salmo 2.7, porque el ministerio sacerdotal de Cristo se relaciona a su resurrección y es esta lo que encontramos en el Salmo 2.7 (Hch 13.33).

El sacerdocio de Melquisedec es el principal tema de Hebreos 7–10, de modo que no necesitamos entrar en detalles ahora. Quizás desee leer el trasfondo en Génesis 14.17–20. El argumento entero de Hebreos 7–10 es que Cristo es un sumo Sacerdote mayor porque su sacerdocio es de un orden mayor: pertenece a Melquisedec, no a Aarón. El nombre «Melquisedec» significa «rey de justicia»; fue también sacerdote en Salem, que quiere decir «paz». Aarón nunca fue un sacerdote rey; pero Jesús es tanto Sacerdote como Rey. ¡Es un Sacerdote sentado en un trono! Y su ministerio es de paz, el «reposo» del cual se habló en los capítulos 3–4.

Cristo vino de Judá, la tribu de la realeza, y no de Leví, la tribu sacerdotal. Melquisedec aparece de súbito en Génesis 14 y luego desaparece de la historia; no se menciona ni su principio ni su fin. De este modo se lo compara con la condición eterna de Cristo al ser Hijo, porque Él también es «sin principio ni fin». Aarón murió y tuvo que ser reemplazado; Cristo nunca morirá: Su sacerdocio es para siempre. Aarón fue sacerdote de una familia terrenal, en tanto que Cristo es Sacerdote de un pueblo celestial.

II. Cristo tiene mayor simpatía (5.2,3,7,8)

El sumo sacerdote no solamente debe ser escogido por Dios; también debe tener simpatía en el pueblo y ser capaz de ayudarlos. Por supuesto, Aarón mismo era un simple hombre y conocía personalmente las debilidades de su pueblo. Es más, tenía que ofrecer sacrificios por sí mismo y su familia.

Pero Cristo es más capaz de entrar en las necesidades y problemas del pueblo de Dios. En los versículos 7–8 se nos menciona de la «preparación» que Cristo recibió al soportar el sufrimiento mientras estaba aquí en la tierra. Téngase presente que al igual que Dios, Cristo no necesita nada; pero como el Hombre que un día sería sumo Sacerdote, le fue necesario experimentar las pruebas y el sufrimiento, tema que se trató en 2.10–11. Los judíos menospreciaban a Cristo y cuestionaban su divinidad por el sufrimiento que soportó. Estos sufrimientos, sin embargo, eran la misma característica de su deidad. Dios estaba preparando a su Hijo para que fuera el sumo Sacerdote lleno de compasión por su pueblo. El versículo 7 se refiere a sus oraciones en el Getsemaní (Mt 26.36–46). Nótese que Cristo no oró que se le librara «de la muerte», sino de que la muerte no lo «retuviera». No oró que el Padre le rescatara evitándole la cruz, sino que lo levantara de la tumba. Y esta oración fue contestada. Sin duda Cristo estuvo dispuesto y listo para enfrentar la cruz y para beber la copa que Dios había dispuesto para Él (Jn 12.23–34).

Alguien tal vez pregunte: «Pero, ¿puede el Hijo de Dios realmente conocer nuestras pruebas mejor que cualquier hombre, como por ejemplo Aarón?» ¡Sí! Para empezar, Cristo fue perfecto y experimentó totalmente cada prueba. Fue probado hasta lo sumo, probando cada tentación que el hombre y Satanás podrían ofrecer. Esto significa que Él fue más allá de lo que cualquier hombre mortal podría soportar, puesto que la mayoría de nosotros nos damos por vencidos antes de que la prueba se ponga realmente difícil. Un puente que ha resistido cincuenta toneladas de peso ha experimentado más prueba que uno que ha soportado sólo dos toneladas.

III. Cristo ofreció un mayor sacrificio (5.3,9–14)

El principal ministerio de Aarón fue ofrecer sacrificios por la nación, especialmente en el Día de Expiación (Lv 16). Los sacerdotes y levitas ministraban durante el año, pero todo el mundo miraba al sumo sacerdote en el Día de Expiación, porque solamente él podía entrar en el Lugar Santísimo con la sangre. Antes que todo, sin embargo, tenía que ofrecer sacrificios por sí mismo.

¡Pero no fue así con Jesús! Siendo el Cordero de Dios, sin mancha ni defecto, no necesitaba sacrificios por el pecado. Y el sacrificio que ofreció por el pueblo no fue de animal, sino de sí mismo. Todavía más, no tenía que repetir este sacrificio; no necesitaba ofrecerse a sí mismo nada más que una sola vez para que el asunto quedara resuelto. ¡Cuánto más grande que Aarón y sus sucesores! Cristo es el «autor de eterna salvación» (v. 9); Aarón nunca podía serlo. La sangre de los toros y machos cabríos solamente cubría los pecados; la sangre de Cristo quitó para siempre el pecado.

El escritor quiere ahora entrar en un estudio más profundo del sacerdocio celestial de Cristo, pero se encontró en dificultades. El problema no fue que era un predicador ni escritor inepto, sino que tenía oyentes «tardos para oír». Quería pasar de la leche (las cosas básicas de la vida cristiana, mencionadas en 6.1–2) a la carne (el sacerdocio celestial de Cristo); pero no podía hacerlo si sus lectores no se despertaban y crecían. Cuántos cristianos hay que viven de leche: reconocen el ABC del evangelio y de la misión de Cristo en la tierra, pero no obtienen carne como alimentación, las cosas que Cristo está haciendo ahora en el cielo. Conocen a Cristo como Salvador, pero no comprenden lo que Él puede hacer por ellos como sumo Sacerdote.

Estas personas habían sido salvas ya hacía suficiente tiempo como para que enseñaran a otros, sin embargo, habían caído en una «infancia espiritual». Alguien tenía que enseñarles de nuevo las cosas que habían olvidado. Eran «inexpertos» en la Palabra (v. 13). Vemos de nuevo el papel vital de la Palabra de Dios. Nuestra relación a la Palabra de Dios determina nuestra madurez espiritual. Estas personas se había alejado de la Palabra (2.1, 3), dudado de la misma (caps. 3–4) y sus oídos se habían embotado respecto a ella. No habían mezclado la Palabra con la fe (4.2) ni la habían practicado en sus vidas diarias (5.14). No tenían los sentidos espirituales ejercitados (5.14) y por consiguiente estaban tornándose insensibles e incapaces en sus vidas espirituales. En lugar de avanzar (6.1), estaban retrocediendo.

Crecer en la gracia depende de crecer en conocimiento (2 P 3.18). Mientras más sepamos respecto a nosotros mismos y a Cristo, mejor avanzaremos espiritualmente. ¿Dónde está usted en su crecimiento espiritual? ¿Es un bebé, todavía viviendo de la leche, deambulando sin rumbo en un desierto de incredulidad? ¿O está madurando, alimentándose de la carne de la Palabra y haciendo de ella un hábito el practicarla.

HEBREOS 6

Ningún capítulo en la Biblia ha perturbado a más personas que Hebreos 6. Es desafortunado que hasta creyentes sinceros hayan «caído» respecto a la doctrina de «caer de nuevo». Los eruditos han ofrecido varias interpretaciones de este pasaje: (1) describe el pecado de la apostasía; lo que quiere decir que los cristianos pueden perder su salvación; (2) se refiere a personas que fueron «casi salvas», pero que nunca llegaron a confiar en Cristo; (3) describe un posible pecado solamente para los judíos que vivían mientras el templo judío existía; (4) presenta un «caso hipotético» o ilustración que nunca podría ocurrir en realidad. A pesar de que son los puntos de vista de otros, debo rechazar todas las ideas que acabo de mencionar. Me parece que Hebreos 6 (tanto como el resto del libro) fue escrito para creyentes, pero este capítulo no describe un pecado que provoca que el creyente «pierda su salvación». Si mantenemos presente el contexto total del libro y si ponemos atención cuidadosa a las palabras que se usan, descubriremos que las lecciones principales del capítulo son de arrepentimiento y seguridad.

I. Una apelación (6.1–3)

El escritor ha regañado severamente a sus lectores debido a su ineptitud espiritual (5.11–14); ahora les insta a avanzar hacia la madurez («perfección»). Esto, por supuesto, es el tema principal del libro. La palabra «perfección» (madurez) es la misma que se usa en la parábola del sembrador, en Lucas 8.14 («no llevan fruto»). Esta imagen se une más tarde, en Hebreos 6.7–8, con la ilustración del campo. La apelación «vamos adelante» significa literalmente: «Seamos llevados hacia adelante». Es la misma palabra que se traduce «sustenta» en 1.3. En otras palabras, el escritor no habla de un esfuerzo propio, sino que apela a que sus lectores se sometan, se rindan, al poder de Dios, el mismo poder que sustenta el universo entero. ¿Cómo podemos caer si Dios nos está sustentando?

En lugar de avanzar, sin embargo, estos judíos creyentes estaban tentados a colocar otra vez «un fundamento» que se describe en los versículos 2–3. Los seis elementos de este fundamento no se refieren a la fe cristiana, como tal, sino más bien a las doctrinas básicas del judaísmo. Enfrentando los fuegos de la persecución estos cristianos hebreos eran tentados a «apartarse del camino» al olvidarse de su confesión de Cristo (4.14; 10.23). Ya se habían deslizado al retroceder a la «infancia» (5.11–14); ahora eran proclives a retornar al judaísmo, colocando así de nuevo el fundamento que había preparado el camino para Cristo y la luz plena del cristianismo. Se habían arrepentido de las obras muertas, refiriéndose a las obras bajo la ley (9.14). Habían mostrado fe hacia Dios. Creían en las doctrinas de los lavamientos (no bautismo, sino de los lavamientos levíticos; véanse Mc 7.4, 5; Heb 9.10). La imposición de manos se refiere al Día de Expiación (Lv 16.21); y todo verdadero judío se aferraba a una resurrección y juicio futuros (véase Hch 24.14, 15). Si no avanzaban estarían retrocediendo, lo que significaba olvidar la sustancia del cristianismo por las sombras del judaísmo.

II. Un argumento (6.4–8)

Nótese desde el principio que la cuestión aquí es el arrepentimiento, no la salvación: «Porque es imposible[...] sean otra vez renovado para arrepentimiento» (vv. 4, 6). Si este pasaje se refiere a la salvación, enseña que un creyente que «pierde la salvación» no puede recuperarla. Esto quiere decir que la salvación depende parcialmente de nuestras obras y, una vez que perdemos nuestra salvación, nunca podremos recuperarla.

Pero el tema del capítulo es el arrepentimiento: la actitud del creyente hacia la Palabra de Dios. Los versículos 4–5 describen a los verdaderos cristianos (véase 10.32; así como 2.9, 14) y el versículo 9 indica que el escritor creía que eran verdaderamente salvos. Aquí no tenemos gente «casi salva», sino verdaderos creyentes.

Las dos palabras clave en el versículo 6 son «recayeron» y «crucificando». La palabra griega que se traduce «recayeron» no es *apostasía*, que es la raíz para la misma palabra en español. La palabra griega es *parapipto,* que significa «caer a un lado, virar, descarriarse». Es similar a la palabra que en Gálatas 6.1 se traduce «falta». De modo que el versículo 6 describe a los creyentes que han experimentado las bendiciones espirituales de Dios, pero que se han desviado o han cometido faltas debido a la incredulidad. Habiendo hecho esto, se encuentran en peligro del castigo divino (véase Heb 12.5–13) y de llegar a ser «eliminados» (1 Co 9.24–27), lo que resulta en la pérdida de la recompensa y la desaprobación divina, pero no en la pérdida de la salvación. La frase «crucificando al Hijo de Dios», (v. 6) significa «mientras están crucificando». En otras palabras, Hebreos 6.4–6 no enseña que los santos que pecan no pueden ser traídos al arrepentimiento, sino que no pueden ser traídos al arrepentimiento mientras continúen en el pecado y sigan poniendo en vergüenza a Cristo. Los creyentes que siguen pecando demuestran que no se han arrepentido; Sansón y Saúl son ejemplos al respecto. Hebreos 12.14–17 cita el caso de Esaú igualmente.

La ilustración del campo en los versículos 7–8 relaciona esta verdad a la figura del fuego divino de la prueba; la verdad que aparece tanto en 1 Corintios 3.10–15 como en Hebreos 12.28–29. Es que Dios nos salvó para que llevemos fruto; nuestras vidas un día serán probadas; lo que hacemos y no recibe aprobación será quemado. Nótese que no es el campo lo que se quema, sino el fruto. El creyente es salvo «más así como por fuego» (1 Co 3.15). Así, el mensaje total de este difícil pasaje es: Los cristianos pueden retroceder en sus vidas espirituales y traer vergüenza a Cristo. Mientras vivan en el pecado, no pueden ser traídos al arrepentimiento y están en peligro de recibir el castigo divino. Si persisten, sus vidas no llevarán fruto duradero y «sufrirán pérdida» ante el tribunal de Cristo. Y, para que no usemos la «gracia» como excusa para el pecado, Hebreos 10.30 nos recuerda a los creyentes: «El Señor juzgará a su pueblo».

III. Una seguridad (6.9–20)

El escritor concluye con un pasaje tan sólido sobre la seguridad eterna como cualquier otro que hallamos en otras partes de las Escrituras. Indica, antes que todo, la propia vida de ellos (vv. 10–12) y les recuerda que habían dado evidencias de ser verdaderos cristianos. En estos versículos hallamos descritos la fe, la esperanza y el amor, y estas tres características pertenecen a los verdaderos creyentes (1 Ts 1.3; Ro 5.1–5). Pero les advierte en el versículo 12 a no ser «perezosos» (la misma palabra que en 5.11). Dios ha dado sus promesas; para recibir la bendición solamente necesitan ejercer fe y paciencia.

Luego usa a Abraham como una ilustración de la fe paciente. Es cierto que Abraham pecó, ¡incluso repitió el mismo pecado dos veces! Sin embargo, Dios mantuvo las promesas que le hizo. Al fin y al cabo para que los pactos de Dios sean ciertos no dependen de la fe de los santos; dependen sólo de la fidelidad de Dios, quien verificó la promesa de Génesis 22.16–17 al jurar por sí mismo: ¡y eso lo afirmó! Abraham no recibió la bendición prometida debido a su bondad u obediencia, sino debido a la fidelidad de Dios. Además experimentó muchas pruebas y tribulaciones (así como lo sufrían los lectores originales de Hebreos), pero Dios le sacó adelante.

En el versículo 17 el escritor dice que Dios hizo todo esto por Abraham para que los «herederos» pudieran conocer la confiabilidad del consejo y de la promesa de Dios. ¿Quiénes son esos herederos? De acuerdo al versículo 18 todos los verdaderos creyentes son herederos, porque somos los hijos de Abraham por fe (véase Gl 3). Así, hay «dos cosas inmutables» que nos dan seguridad: las promesas (porque Dios no puede mentir) y el juramento (porque Dios no puede cambiar). La inmutable Palabra y la inmutable Persona de Dios es todo lo que necesitamos para estar seguros de que somos salvos y guardados por la eternidad. Tenemos una «esperanza» que es el ancla del alma y es Cristo mismo (7.19, 20; 1 Ti 1.1). ¿Cómo podemos «deslizarnos» espiritualmente (2.1–3) cuando en Cristo estamos anclados al mismo cielo? Tenemos un ancla firme y segura; y tenemos un «precursor» (Cristo) que nos ha abierto el camino y vigilará que un día nos unamos a Él en gloria. En lugar de asustar a los santos llevándoles a pensar que están perdidos, este maravilloso capítulo es una advertencia en contra de la incredulidad y del corazón no arrepentido y también nos asegura que estamos anclados en la eternidad.

HEBREOS 7

Este capítulo nos introduce a la segunda sección principal de Hebreos (véase el bosquejo). En ella el propósito del escritor es mostrar que el sacerdocio de Cristo es mejor que el de Aarón (cuyos sucesores ministraban en ese tiempo en la tierra, 8.4), porque su sacerdocio es de un orden superior (cap. 7). Es ministrado bajo un pacto superior (cap. 8), en un santuario superior (cap. 9), debido a un sacrificio superior (cap. 10).

La figura clave en el capítulo 7 es ese misterioso rey sacerdote, Melquisedec, quien aparece dos veces en todo el AT (Gn 14.17–20; Sal 110.4). El escritor presenta tres argumentos significativos para demostrar la superioridad de Melquisedec sobre Aarón.

I. El argumento histórico: Melquisedec y Abraham (7.1–10)

Primero, el escritor identifica a Melquisedec como un tipo de Cristo (vv. 3, 15). Era a la vez rey y sacerdote, y también lo es Jesús. Ningún sacerdote de la línea de Aarón se sentó jamás en un trono. Es más, los sacerdotes aarónicos nunca se sentaban (hablando espiritualmente), porque su trabajo nunca se acababa. No había sillas ni en el tabernáculo ni en el templo. Véase Hebreos 10.11–14. Todavía más, Melquisedec fue rey de Salem, que significa «paz»; y Jesús es nuestro Rey de Paz, nuestro Príncipe de Paz. El nombre «Melquisedec» significa «rey de justicia», nombre que ciertamente se aplica a Cristo, el Rey Justo de Dios. Así, en su nombre y en sus oficios, Melquisedec es una hermosa semejanza de Cristo.

Pero Melquisedec también se asemeja a Cristo en su origen. La Biblia no contiene ningún registro de su nacimiento o muerte. Por supuesto, esto no significa que Melquisedec no tuvo padres o que nunca murió. Simplemente significa que el registro del AT guarda silencio respecto a estos asuntos. De este modo Melquisedec, como Cristo, «no tiene principio de días, ni fin de vida»: Su sacerdocio es eterno. Este no dependía de sucesores terrenales, mientras que los sacerdotes aarónicos tenían que defender su oficio mediante los registros familiares (véase Neh 7.64). Todos los sumos sacerdotes que descendieron de Aarón murieron, pero Cristo, como Melquisedec, mantiene su sacerdocio para siempre (vv. 8, 16, 24, 25).

Después de identificar a Cristo con el orden de Melquisedec, el escritor ahora explica que Melquisedec es superior a Aarón, porque Aarón, en los lomos de Abraham, dio sus diezmos a Melquisedec aun sin haber nacido todavía. Y cuando Melquisedec bendijo a Abraham, bendijo igualmente a la casa de Leví; y sin duda «el menor es bendecido por el mayor» (v. 7). En la tierra, en el templo judío, los sacerdotes

recibían los diezmos; pero en Génesis 14 los sacerdotes (en los lomos de Abraham) dieron los diezmos a Melquisedec. Este acontecimiento muestra con claridad la inferioridad del sacerdocio aarónico.

II. El argumento doctrinal: Cristo y Aarón (7.11–25)

Después de establecer claramente los fundamentos históricos de la superioridad de Melquisedec sobre Aarón, el escritor muestra que Melquisedec es también superior desde un punto de vista doctrinal. Aquí usa una cita del Salmo 110.4 como base para el argumento y presenta tres hechos:

A. Melquisedec reemplazó a Aarón (vv. 11–19).

Cuando Dios le dijo a Cristo en el Salmo 110.4: «Tu eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec», en realidad ponían a un lado al sacerdocio levítico fundando en Aarón. Es imposible que dos sacerdocios divinos operen lado a lado. El hecho de que Dios estableciera un nuevo orden demuestra que el viejo orden de Aarón era débil e ineficaz; también significa que la ley bajo la cual estaba Aarón iba igualmente a ser echada a un lado: «Pues nada perfeccionó la ley» (v. 19). Por consiguiente, el sacerdocio no perfeccionó nada (v. 11) y los sacrificios que estos hombres ofrecieron tampoco perfeccionaron nada (10.1). Por supuesto, la palabra hebrea para *perfecto* significa «tener una posición perfecta delante de Dios» y no tiene nada que ver con ausencia de pecado. Aarón fue hecho sacerdote por un mandamiento carnal, pero las funciones del sacerdocio de Cristo es «según el poder de una vida indestructible» (v. 16) porque, a diferencia de Aarón, Cristo nunca morirá.

B. Aarón no fue ordenado por juramento (vv. 20–22).

Aun cuando Dios, en las elaboradas ceremonias que se describen en Éxodo 28–30, reconocía a Aarón y sus sucesores, no tenemos ningún registro de juramento divino alguno que sellara ese sacerdocio. A decir verdad, Dios no hubiera sellado con juramento su orden porque sabía que su obra un día concluiría. Pero cuando ordenó a Cristo para ser sacerdote lo confirmó con un juramento inmutable.

C. Aarón y sus sucesores murieron, pero Cristo vive para siempre (vv. 23–24).

La ley era santa y buena, pero estaba limitada por las fragilidades de la carne. Aarón murió; y sus hijos y descendientes también murieron. El sacerdocio era tan bueno como el hombre, y el hombre no duraba para siempre. ¡Pero Cristo vive y no morirá jamás! Tiene un sacerdocio inmutable porque vive por el poder de una vida interminable. «Continúa para siempre» de manera que intercede por el pueblo de Dios y salva (al pueblo de Dios) «perpetuamente». Con frecuencia aplicamos el versículo 25 al perdido, pero su principal aplicación es al salvo, aquellos por quienes Cristo intercede cada día. Sí, Él salva «perpetuamente» y cualquier pecador puede ser perdonado. Pero el punto aquí es que a quienes Él ha salvado están salvos para siempre, ¡por la eternidad!

III. El argumento práctico: Cristo y el creyente (7.26–28)

«Porque tal sumo sacerdote nos convenía» (v. 26), o sea, era apropiado para nosotros, se ajustaba a nuestras necesidades. Ningún descendiente de Aarón podría encajar en la descripción de Cristo dada en estos versículos. Estos hombres no fueron «santo, inocente, sin mancha». Aarón hizo un becerro de oro y guió a Israel a la idolatría. Y los hijos de Elí fueron culpables de glotonería e inmoralidad (1 S 2.12ss). Pero tenemos un sumo Sacerdote perfecto: Él es más santo que ningún otro sacerdote en la tierra, porque ministra en el tabernáculo del cielo en la misma presencia de Dios.

Aarón y sus hijos tenían que ofrecer sacrificios diarios, por sí mismos primero y luego por el pueblo. Cristo es sin pecado; no necesita sacrificios. Y el solo sacrificio que ofreció resolvió eternamente el problema del pecado. Todavía más, *se ofreció a sí mismo* en sacrificio y no la sangre de toros ni de machos cabríos.

Es fácil ver, entonces, que el orden de Melquisedec es superior al de Aarón. La historia ha demostrado este punto porque Abraham honró a Melquisedec por sobre Leví; se ha demostrado doctrinalmente porque la afirmación del Salmo 110.4 así lo define: Dios creó un nuevo orden de sacerdocio en la ley; y se ha demostrado en forma práctica, porque ningún hombre jamás podría calificar para ser sumo Sacerdote, sino sólo Jesucristo. No hay necesidad de buscar más allá de Cristo: Él es todo lo que necesitamos.

HEBREOS 8

Después de demostrar que el sacerdocio celestial de Cristo es de un mejor orden, el escritor ahora muestra que este sacerdocio se realiza mediante un mejor pacto. Los sacerdotes levíticos ministraban de acuerdo al antiguo pacto que Dios hizo con Israel en el Sinaí. El mismo hecho de que Dios lo llama «antiguo pacto» al introducir un «nuevo pacto» demuestra que el sacerdocio levítico antiguo había sido puesto a un lado en la cruz. Para evitar que sus lectores retrocedieran a Aarón y al antiguo pacto el escritor demuestra, en el capítulo 8, la superioridad del nuevo pacto. ¿De qué forma es el nuevo pacto mejor que el antiguo?

I. El Sacerdote superior del nuevo pacto (8.1)

El versículo 1 es un «resumen» de los argumentos anteriores. «Tenemos tal sumo sacerdote» (según se ha descrito en 7.26–28), un sumo Sacerdote que ya ha demostrado ser superior a Aarón. Cristo, nuestro sumo Sacerdote, se ha sentado, puesto que su obra de redención está terminada. Ningún sacerdote de la línea de Aarón se sentó jamás. Tampoco ningún sacerdote levítico se sentó jamás en un trono. Cristo es nuestro Rey-Sacerdote en el cielo; y como es un mejor sumo Sacerdote, es mediador de un mejor pacto. Es cierto que no ministraría un viejo pacto desde el cielo; un nuevo sumo Sacerdote exige un nuevo y mejor pacto.

II. El lugar superior del nuevo pacto (8.2–5)

Puesto que Jesús vino de la tribu de Judá, no de Leví, no habría sido considerado para servir como sacerdote. Hallamos a Cristo en los atrios del templo mientras estaba en la tierra, pero nunca en el Lugar Santo o en el Lugar Santísimo. Pero esto sólo prueba la superioridad del nuevo pacto: se ministra desde el cielo y no desde la tierra.

El escritor añade otro argumento: el original; el tabernáculo terrenal (y el templo) no eran sino copias del celestial. Moisés copió el tabernáculo del modelo que Dios le reveló en el monte (Éx 25.9, 40). Los judíos reverenciaban su templo, su mobiliario y sus ceremonias; sin embargo, estas cosas eran simplemente sombras de la realidad en el cielo. Retroceder al antiguo pacto quería decir olvidarse de las realidades del cielo por las imitaciones terrenales. Cuánto mayor es tener un sumo Sacerdote ministrando en un santuario celestial.

III. Las promesas superiores del nuevo pacto (8.6–13)

Este pasaje contiene el argumento clave de este capítulo: las promesas del nuevo pacto son mucho mejores que las del antiguo pacto. Por consiguiente, el sacerdocio de Cristo, que se basa en mejores promesas, debe ser un mejor sacerdocio en sí mismo y lo es. Primero, lea Jeremías 31.31–34 y luego note que estas mejores promesas son:

A. La promesa de la gracia (vv. 6–9).

En los versículos 8–13 Dios afirma seis veces que hará algo. ¡Esto es gracia! El antiguo pacto era un yugo de esclavitud, exigiendo obediencia perfecta. Pero el nuevo pacto hace énfasis en lo que Dios hará por su pueblo, no en lo que ellos deben hacer por Él. Nótese que Dios no halló falta en el antiguo pacto, sino en la gente. La ley es espiritual, pero el ser humano es carnal, «vendido al pecado», dice Romanos 7.14; y Romanos 8.3 deja en claro que la ley «era débil por la carne». En otras palabras, el fracaso de Israel no se podía achacar a debilidad alguna en el antiguo pacto, sino a la debilidad de la naturaleza humana. Es aquí, entonces, que la gracia interviene; lo que la ley no podía hacer debido a la debilidad del hombre, Dios lo logró mediante la cruz.

B. La promesa de un cambio interno (v. 10).

Léase en Jeremías 31.31 la promesa del nuevo pacto y nótese que involucra un cambio interno, del corazón. Léase en 2 Corintios 3 para tener una luz adicional sobre este maravilloso tema. El antiguo pacto lo escribió el dedo de Dios en tablas de piedra, pero el nuevo pacto lo escribe el Espíritu en el corazón humano. Una ley externa nunca puede cambiar a una persona; debe llegar a ser parte de la vida interna para que pueda cambiar la conducta. Véase Deuteronomio 6.6–9. Esto es lo que significa Romanos 8.4: «Para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros». Esto lo logra, por supuesto, el Espíritu Santo, quien nos capacita para obedecer la Palabra de Dios.

C. La promesa de bendición ilimitada (v. 11).

El día vendrá cuando no habrá necesidad del testimonio personal, porque todos conocerán al Señor. El cumplimiento final de esta promesa, por supuesto, espera el establecimiento del reino. «Todos me conocerán» (v. 11) es un paralelo a la promesa del Antiguo Testamento que se repite: «La tierra será llena del conocimiento de Jehová» (Is 11.9), tanto para judíos como gentiles.

D. La promesa de los pecados perdonados (v. 12).

Léase Hebreos 10 y se verá que, bajo el antiguo pacto, había memoria de los pecados, pero no su remisión. La sangre de toros y machos cabríos podía cubrir los pecados, pero sólo la sangre del Cordero de Dios es la que «quita el pecado del mundo» (Jn 1.29). ¡Qué maravillosa promesa da el nuevo pacto al pecador cargado: Sus pecados serán perdonados y olvidados para siempre!

E. La promesa de bendición eterna (v. 13).

El mismo hecho de que Dios lo llama un «nuevo pacto» quiere decir que el viejo pacto es obsoleto y desaparecerá. Alrededor del tiempo en que se escribió la carta a los Hebreos las legiones romanas se preparaban para invadir Palestina, lo cual ocurrió en el año 70 d.C. La frase «está próximo a desaparecer» indica que después de un breve tiempo, el templo iba a quedar destruido y las actividades sacerdotales suspendidas. Pero el nuevo pacto, como el sacerdocio de Cristo, duraría para siempre.

¿Cuándo empezó a surtir efecto este nuevo pacto? Lucas 22.20ss y 1 Corintios 11.23–26 dejan en claro que el nuevo pacto se estableció por el derramamiento de la sangre de Cristo en la cruz. De acuerdo a Hebreos 12.24 Cristo es ahora el Mediador del nuevo pacto.

Pero Jeremías 31.31ss afirma que Dios prometió este nuevo pacto a los judíos. ¿Qué derecho tenemos de aplicarlo a la Iglesia? La respuesta está en el carácter dispensacional del libro de Hechos. Recordemos que Hechos 1–7 es la oferta de Dios del reino a lo judíos. Cuando el Espíritu Santo vino a los creyentes en Pentecostés, el nuevo pacto estaba vigente. Si la nación se hubiera arrepentido y recibido a Cristo como el Mesías, todas las bendiciones y promesas del nuevo pacto hubieran seguido. Pero Israel rechazó el mensaje y resistió al Espíritu, y así la nación fue echada a un lado. Es en este punto que Dios trajo a los gentiles al nuevo pacto y formó la Iglesia a partir de los creyentes judíos y gentiles. Así ahora participamos del nuevo pacto en el cuerpo de Cristo; pero la nación de Israel algún día disfrutará de las mismas bendiciones cuando «mirarán al que traspasaron» y se establezca el reino (Zac 12.10).

HEBREOS 9

Hemos visto que el sacerdocio de Cristo es mejor que el de Aarón porque pertenece a un mejor orden, el de Melquisedec (cap. 7) y porque es administrado bajo un mejor pacto, o sea, el nuevo pacto (cap. 8). Aquí en el capítulo 9 veremos que el sacerdocio de Cristo es superior debido a que es administrado en un mejor santuario.

I. El santuario inferior bajo el antiguo pacto (9.1–10)

El escritor da cinco razones por las cuales el santuario del antiguo pacto era inferior:

A. Estaba en la tierra (v. 1).

La palabra «terrenal» significa «de este mundo, de la tierra». Dios le dio a Moisés el modelo desde el cielo, pero él construyó el tabernáculo (y Salomón el templo) en la tierra y con materiales terrenales. El santuario fue destinado divinamente y los cultos y actividades se realizaban bajo la dirección de Dios. Sin embargo, todo era terrenal. Como veremos en la última parte de este capítulo, el nuevo santuario es celestial.

B. Era sólo una sombra de las cosas venideras (vv. 2–5).

Aquí el escritor describe el arreglo y el mobiliario del tabernáculo del AT. Nótese que «en la primera parte», tanto en el versículo 2 como en el 6, significa «la primera sección del tabernáculo», el Lugar Santo. En el versículo 7 «la segunda parte» no se refiere al segundo tabernáculo que se construyó después del primero que Moisés hizo; lo que significa es la segunda división del tabernáculo: el Lugar Santísimo. El altar de oro y la fuente estaban en el atrio exterior. El primer velo (nótese el v. 3) colgaba entre este atrio y el Lugar Santo. En el Lugar Santo estaban el candelero, la mesa del pan de la proposición y el altar del incienso. Detrás del segundo velo estaba el Lugar Santísimo, al cual sólo el sumo sacerdote podía entrar y esto únicamente en el Día de Expiación (Lv 16). En el Lugar Santísimo estaba el arca del pacto. Todas estas cosas apuntaban a Cristo y eran sombras de las grandes realidades espirituales que Dios daría en el nuevo pacto.

C. Era inaccesible al pueblo (vv. 6–7).

Sólo los sacerdotes podían ministrar en el atrio y en el Lugar Santo, y el sumo sacerdote era el único que podía entrar en el Lugar Santísimo. Y como veremos, el santuario celestial está abierto para todo el pueblo de Dios.

D. Era temporal (v. 8).

El velo entre los hombres y Dios le recordaba al pueblo que el camino a su presencia aún no se había abierto. El versículo 9 dice que mientras el velo permaneciera habría dos partes en el tabernáculo: Símbolo (figura, paralelo) de la relación entre Dios e Israel. Cuando Cristo murió, el velo se rasgó y así quedó abolida la necesidad de un santuario terrenal.

E. Era ineficaz para cambiar corazones (vv. 9–10).

Día tras día los sacerdotes ofrecían los mismos sacrificios. La sangre cubría el pecado, pero nunca lo limpiaba. Ni tampoco la sangre de animales podía cambiar los corazones y las conciencias de los adoradores. Estas eran «ordenanzas acerca de la carne», o sea, ceremonias relacionadas con lo externo, no con la persona interior. Eran actos temporales, esperando la completa revelación de la gracia de Dios en Cristo Jesús en la cruz.

II. El santuario superior bajo el nuevo pacto (9.11–28)

En el versículo 11 cambia el cuadro y el escritor explica por qué el santuario del nuevo pacto es superior al del antiguo y por qué el sacerdocio de Cristo es superior al de Aarón.

A. Es un santuario celestial (v. 11).

Cristo es un sumo Sacerdote de los «bienes venideros». Su santuario celestial es mucho más grande y perfecto porque no fue hecho de manos humanas. Se recalca que no es «de esta creación», puesto que pertenece a la nueva creación. El tabernáculo terrenal pertenecía al antiguo pacto, la vieja creación, pero el santuario de Cristo es del nuevo pacto, la nueva creación. Véase también el versículo 24.

B. Es eficaz para cambiar vidas (vv. 12–23).

¡Qué contraste! El sumo sacerdote llevaba la sangre de otra criatura al Lugar Santísimo muchas veces durante su vida; pero Jesús llevó su propia sangre a la presencia de Dios una sola vez y por todas. Los sacrificios del AT limpiaban ceremonialmente al cuerpo (v. 13), pero no podía alcanzar al corazón ni a la conciencia. Pero la sangre de Cristo, vertida de una vez por todas, purifica la conciencia y da al creyente una posición inmutable y perfecta ante Dios. Todas las ceremonias judías eran «obras muertas» en comparación con la relación viva con Dios bajo el nuevo pacto.

Los versículos 15–23 usan la ilustración de un testamento. La persona hace su testamento y determina cómo distribuir su legado. Pero la herencia no pasa a nadie sino cuando la persona muere. Cristo tenía una herencia eterna que dar a su Iglesia y esta herencia queda descrita en el nuevo pacto, que es «el testamento de Cristo». Para que el testamento cobrara efecto Él tenía que morir. Pero lo sorprendente es esto: ¡Cristo murió para que el testamento surta efecto y luego regresó de entre los muertos para administrar personalmente su legado! Incluso el primer pacto, bajo Moisés, se selló con sangre (Éx 24.6–8). Cuando se erigió el santuario terrenal también se dedicó con sangre. Pero esta sangre de animales sólo podía producir limpieza ceremonial, nunca limpieza interior.

El versículo 23 indica que la muerte de Cristo purificó incluso las cosas celestiales. Estas cosas tal vez sean el pueblo de Dios (véanse 12.22ss; Ef 2.22) el cual ha sido purificado por la sangre de Cristo; o tal vez sugiera que la presencia de Satanás en el cielo (Ap 12.3ss) exigía una limpieza especial del santuario celestial.

C. Es el cumplimiento y no la sombra (v. 24).

Los sacerdotes aarónicos ministraban en un tabernáculo temporal; apuntaba a un Cristo que todavía no había venido. Cristo no ministra en un tabernáculo hecho por hombres, lleno de imitaciones terrenales; ministra en un santuario celestial que es el cumplimiento de estas prácticas del AT. El sumo sacerdote rociaba la sangre sobre el propiciatorio y por el pueblo, pero Cristo nos representa ante la misma presencia de Dios. Qué tragedia cuando la gente se aferra a las ceremonias religiosas que agradan a los sentidos y no logran aferrarse, por fe, al gran ministerio celestial de Cristo.

D. Se basa en un sacrificio completo (vv. 25–28).

La superioridad del sacrificio de Cristo es el tema del capítulo 10, pero también se menciona aquí. El trabajo del sacerdote nunca se acababa porque los sacrificios tampoco se acababan. La muerte de Cristo fue definitiva. Apareció «en la consumación de los siglos» para quitar el pecado, no simplemente para cubrirlo. El velo se rompió y el camino a la presencia de Dios se abrió. Cristo aparece en el cielo por nosotros; podemos entrar a la presencia de Dios. El judío del AT no tenía acceso a la presencia inmediata de Dios; jamás se hubiera atrevido siquiera a entrar al Lugar Santísimo. Pero debido a la obra completa de Cristo en la cruz («Consumado es») tenemos un camino abierto a Dios a través de Él.

Nótese que en los versículos 24–28 se usa tres veces la expresión «presentarse» o «aparecer». Vemos que Cristo se presentó en el pasado para quitar el pecado (v. 26), en la actualidad se presenta en el cielo por nosotros (v. 24) y aparecerá en el futuro para llevarnos a la gloria (v. 28). Cuando el sumo sacerdote desaparecía en el interior del tabernáculo en el Día de Expiación, el pueblo esperaba fuera con expectación hasta que volvía a aparecer. Tal vez Dios rechazaba la sangre y mataba al sumo sacerdote. ¡Qué gozo había cuando este salía de nuevo! ¡Y qué gozo tendremos cuando nuestro sumo Sacerdote aparezca para llevarnos a nuestro Lugar Santísimo celestial, para vivir con Él para siempre!

HEBREOS 10

Este capítulo cierra la sección sobre «el sacerdocio superior» (7–10) explicando que el sacerdocio de Jesucristo se basa en un sacrificio superior: el sacrificio de Cristo mismo. El escritor da tres razones por las cuales el sacrificio de Cristo es superior a los descritos en el AT.

I. El sacrificio de Cristo quita el pecado (10.1–10)

A. Los sacrificios del AT eran ineficaces (vv. 1–4).

Por un lado, pertenecían a la edad de los tipos y las sombras, y por consiguiente jamás podían cambiar el corazón. Se repetían «cada año» (v. 1) y «día tras día» (v. 11), demostrando así que no podían quitar el pecado. De otra manera el sumo sacerdote y sus ayudantes no hubieran tenido que repetir estas acciones. Como lo explica Hebreos 9.10–14, los rituales del AT se referían sólo a cosas externas e impureza ceremonial. Los sacrificios eran una «recordación de pecados», pero no una remisión de pecados (véase 9.22). En la Cena del Señor recordamos a Cristo, no a nuestros pecados (1 Co 11.24; Lc 22.19), porque Él los ha olvidado (8.12).

B. El sacrificio de Cristo es eficaz (vv. 5–20).

Aquí el escritor cita el Salmo 40.6–8. El Espíritu Santo ha cambiado de: «Has abierto mis oídos», a: «Mas me preparaste un cuerpo». La referencia puede ser a Éxodo 21.1–6. En el año del jubileo se ordenaba a los judíos que dejaran en libertad a sus siervos hebreos. Pero si el criado quería a su amo y deseaba permanecer con él, se le marcaba perforando su oreja. Desde ese momento su cuerpo le pertenecía al amo de por vida. Cuando Cristo vino al mundo el Espíritu le preparó un cuerpo y Él se dedicó por entero a la voluntad de Dios y dependía de ella. Ese cuerpo sería sacrificado en la cruz por los pecados del mundo. Pasajes tales como el Salmo 51.10, 16, I Samuel 15.22 e Isaías 1.11ss dejan en claro que Dios no vio ninguna salvación completamente terminada en la sangre de los animales; quería el corazón del creyente. En los versículos 8–9 el escritor usa las palabras de Cristo para mostrar que Dios, a través de Cristo, dejó a un lado el primer pacto con sus sacrificios de animales y estableció uno nuevo con su propia sangre. Debido al sometimiento de Cristo a la voluntad de Dios hemos sido apartados para Él (santificados) de una vez y para siempre.

II. El sacrificio de Cristo no necesita repetirse (10.11–18)

Nótense los contrastes: los sacerdotes del AT se ponían de pie diariamente, pero Cristo se sentó; el sacerdote del AT ofrecía los mismos sacrificios con frecuencia; Cristo ofreció un solo sacrificio (Él mismo) una sola vez. Por una sola ofrenda Dios ha otorgado la posición correcta, o sea, perfecta, cabal, para siempre, a los que se han apartado mediante la fe en Cristo. (En el v. 10 somos santificados de una vez por todas; en el v. 14 somos santificados diariamente. Esta santificación es posicional y progresiva.) Los sacrificios del AT recordaban los pecados, pero el sacrificio de Cristo hace posible la remisión de los pecados (v. 18). *Remisión* quiere decir: «enviar lejos». Nuestros pecados han sido perdonados y enviados lejos para siempre (Sal 103.12; Miq 7.19). En el Día de Expiación (Lv 16) el sumo sacerdote confesaba los pecados de la nación sobre la cabeza del chivo expiatorio y luego el macho cabrío era llevado al desierto y dejado allí en libertad. Esto fue lo que Cristo hizo con nuestros pecados. Ya no hay más sufrimiento por el pecado porque no hay más recordación del pecado. El Espíritu Santo testifica a nuestros corazones y tenemos la bendición de ese nuevo pacto prometido (vv. 14–17; Jer 31.33ss).

III. El sacrificio de Cristo abre el camino hacia Dios (10.19–39)

A. Explicación (vv. 19–21).

El escritor repasa las bendiciones que los creyentes tienen por la muerte de Cristo que ocurrió una vez y para siempre. Debido a que en Cristo tenemos una posición perfecta, podemos tener confianza (literalmente «libertad de palabra») para acercarnos a su presencia. Ningún velo se interpone entre nosotros y Dios. Ese velo del tabernáculo simbolizaba el cuerpo humano de Cristo, porque cubría la gloria de Dios (Jn 1.14). Cuando su cuerpo fue ofrecido, el velo se rompió. Tenemos un nuevo camino basado en el nuevo pacto; tenemos un camino de vida, debido a que tenemos un sumo Sacerdote viviente (7.25). La familia de Dios (la Iglesia) tiene un gran sumo Sacerdote en gloria.

B. Invitación (vv. 22–25).

Hay tres afirmaciones de invitación aquí (véase también 6.1): (1) «Acerquémonos» en lugar de alejarnos o deslizarnos; (2) «mantengamos firme» nuestra profesión (testimonio) de fe (o esperanza, como dicen algunas traducciones), sin vacilar debido a las pruebas; (3) «considerémonos» unos a otros y, con nuestro ejemplo, estimulando a otros creyentes a ser fieles a Cristo. Debemos estimularnos al amor (véase I Co 13.5). La confianza que tenemos en el cielo debe guiarnos al crecimiento y a la dedicación espiritual en la tierra. Parece que estos creyentes, debido a las pruebas, estaban descuidando el compañerismo cristiano y el estímulo mutuo que los creyentes necesitan el uno del otro. Puesto que Cristo es nuestro sumo Sacerdote y porque somos un reino de sacerdotes (I P 2.9), debemos congregarnos para la adoración, la enseñanza y para rendir culto y servicio. El judío del AT no podía entrar en el tabernáculo y el sumo sacerdote no podía entrar en el Lugar Santísimo cuando quería. Pero, mediante el sacrificio de Cristo, tenemos un camino vivo al cielo. Podemos llegarnos a Dios en cualquier momento. ¿Aprovechamos este privilegio?

C. Exhortación (vv. 26–39).

Esta es la cuarta de las cinco exhortaciones (véase el bosquejo). Advierte en contra del pecado voluntario. Por favor, recuerde que esta exhortación es para los creyentes, no para los inconversos, y se relaciona a las otras tres exhortaciones anteriores. Los cristianos indiferentes empiezan a alejarse debido a la negligencia; luego dudan de la Palabra; después se endurecen contra la Palabra; y el siguiente paso es el pecado deliberado y el rechazo de la herencia espiritual. Nótense los hechos importantes de este pecado en particular. No es uno que se comete una sola vez; «si pecáremos voluntariamente» en el versículo 26 debe entenderse como «voluntariamente queremos seguir pecando». Es el mismo tiempo gramatical continuo como en I Juan 3.4–10: «El que peca continua y habitualmente no ha nacido de Dios». Así, este pasaje no se refiere al «pecado imperdonable», sino de una actitud hacia la Palabra, actitud a la cual Dios llama rebelión voluntaria. En el AT no había sacrificios para los pecados deliberados, con presunción (véanse Éx 21.14; Nm 15.30). Los pecados de ignorancia (Lv 4) y los que resultaban de los arranques de pasión estaban cubiertos; pero los pecados voluntarios merecían sólo el castigo.

El versículo 29 nos recuerda que Dios tiene en alta estima nuestra salvación (y el derramamiento de la sangre que la compró). El Padre valora a su Hijo; el Hijo vertió su sangre; el Espíritu aplica al creyente los méritos de la cruz. Para nosotros, el pecado voluntario es pecar contra el Padre y el Hijo y el Espíritu. El escritor cita a Deuteronomio 32.35, 36 para mostrar que Dios, en el AT, tuvo el cuidado de que su pueblo (no los inconversos) cosechara lo que sembraba y fuera juzgado cuando desobedeciera voluntariamente. El hecho de que era su pueblo del pacto hacía que sus obligaciones fueran mucho mayores (Am 3.2). Dios juzga a su pueblo; véanse Romanos 2.16; I Corintios 11.31, 32 y I Pedro 1.17. Por supuesto, esto no es el juicio eterno, sino más bien su castigo en esta vida y la pérdida de recompensa en la venidera. Nótense los versículos 34–35, en donde el escritor enfatiza la recompensa por la fidelidad, no por la salvación. Véanse también I Corintios 3.14, 15; 5.5; 9.27 y 11.30.

En los versículos 32–39 (como en 6.9–12) da una seguridad maravillosa a estos creyentes de que sus vidas habían demostrado que verdaderamente habían nacido de nuevo. Estaban entre los que habían puesto su fe en Cristo (Hab 2.3, 4) y por consiguiente no podían «salir» como lo hicieron los que en realidad no eran salvos (I Jn 2.19). Su destino es la perfección, no la perdición, debido a que tienen a Cristo en sus corazones y esperan su venida.

HEBREOS 11

Este capítulo ilustra la lección de 10.32–39 y muestra que a través de toda la historia hombres y mujeres han hecho lo imposible por la fe. «El justo vivirá por fe» afirma 10.38. Este capítulo muestra que la fe puede conquistar en cualquier circunstancia.

I. La fe descrita (11.1–3)

La fe bíblica verdadera no es una clase emocional de anhelos ensoñadores; es una convicción interna basada en la Palabra de Dios (Ro 10.17). En el versículo 1 el término *certeza* (*sustancia,* en la versión de 1909) significa «seguridad» y *convicción* significa «prueba», «demostración». Así, cuando el Espíritu Santo nos da fe por medio de la Palabra, ¡la misma presencia de esa fe en nuestros corazones es toda la seguridad y evidencia que necesitamos! El Dr. J. Oswald Sanders dice: «La fe capacita al alma creyente a enfrentar el futuro como presente y lo invisible como visto». Por medio de la fe podemos ver lo que otros no pueden ver (nótense los vv. 1, 3, 7, 13 y 27). Cuando hay verdadera fe en el corazón Dios da testimonio a ese corazón por su Espíritu (nótense los vv. 2, 4, 5 y 39). Por fe Noé vio el juicio que venía, Abraham vio una ciudad futura, José vio el éxodo de Egipto y Moisés vio a Dios.

La fe consigue cosas debido a que hay poder en la Palabra de Dios, como se ilustra por la creación, conforme al versículo 3. ¡Dios habló y fue hecho! Dios todavía nos habla hoy. Cuando creemos lo que Él dice, el poder de la Palabra logra maravillas en nuestras vidas. La misma Palabra que actuó en la vieja creación actúa en la nueva creación.

II. La fe demostrada (11.4–40)

A. Abel (v. 4; Gn 4.3ss).

Dios pidió un sacrificio de sangre (Heb 9.22) y Abel tuvo fe en esa palabra. Sin embargo, Caín no mostró fe y fue rechazado. Dios testificó de la fe de Abel al aceptar su sacrificio; y por este testimonio Abel todavía nos habla hoy.

B. Enoc (vv. 5–6; Gn 5.21–24).

En una época impía Enoc vivió una vida consagrada; lo hizo al confiar en la Palabra de Dios. Véase Judas 14ss. Creyó que Dios le recompensaría por su fe y Dios lo hizo así al llevarle al cielo sin que viera muerte. La recompensa de la fe es importante en Hebreos (10.35; 11.26; 12.11).

C. Noé (v. 7; Gn 6–9).

Nadie había visto, ni esperaba, juicio mediante un diluvio; Noé lo vio por fe. La fe conduce a las obras. La actitud y acciones de Noé condenaron al mundo incrédulo y perverso que lo rodeaba.

D. Abraham (vv. 8–19; Gn 12–25).

Aquí tenemos al gran «padre de los creyentes» que es uno de los más grandes ejemplos de fe en el AT. Abraham creyó a Dios sin saber dónde (vv. 8–10), sin saber cómo (vv. 11–12), sin saber cuándo (vv. 13–16) y sin saber por qué (vv. 17–19). Fue la fe en la Palabra de Dios lo que le hizo dejar su casa, vivir como peregrino y seguir a dondequiera que Dios le guiaba. La fe le dio a Abraham y a Sara el poder para tener un hijo cuando estaba «ya casi muerto». Abraham y sus descendientes peregrinos no retrocedieron, como los líderes hebreos se vieron tentados a hacerlo, sino que mantuvieron sus ojos en Dios y persistieron en avanzar hasta la victoria (vv. 13–16; 10.38, 39).

E. Isaac (v. 20; Gn 27).

Creyó la Palabra que le había trasmitido Abraham y confirió la bendición a Jacob.

F. Jacob (v. 21; Gn 48).

A pesar de sus fracasos Jacob tenía fe en la Palabra de Dios y bendijo a Efraín y Manasés antes de morir.

G. José (v. 22; Gn 50:24ss; Éx 13.19; Jos 24.32).

José sabía que Israel un día sería libertado de Egipto, porque eso es lo que Dios le prometió a Abraham (Gn 15.13–16). Es asombroso que José incluso tuviera fe después de atravesar tantas pruebas y de haber vivido en Egipto casi toda su vida.

H. Moisés (vv. 23–29; Éx 1–15).

Los padres de Moisés tuvieron fe para esconderlo puesto que Dios les había dicho (de alguna manera) que era un niño especial (Hch 7.20). La fe de Moisés le llevó a rehusar la posición en Egipto y a identificarse con Israel. De nuevo vemos la recompensa de la fe (v. 26) en contraste con los placeres temporales del pecado. La fe en la Palabra condujo a la liberación en la Pascua (¡cómo deben haberse mofado los egipcios al ver la sangre en los postes de las puertas!) y a cruzar el Mar Rojo.

I. Josué (v. 30; Jos 1–6).

Dios prometió a Josué entregarle a Jericó y la fe en esa promesa lo llevó a la victoria. Israel marchó alrededor de la ciudad durante siete días y deben haberles parecido ridículos a los habitantes de Jericó, pero la fe de los judíos fue recompensada.

J. Rahab (v. 31; Jos 2; 6.22–27).

Su confesión de fe está en Josué 2.11. Su fe la llevó a obrar (Stg 2.25) al arriesgar su vida para salvar a los espías. A pesar de que era una prostituta fue salva por fe y fue hasta incluida entre los antepasados humanos de Cristo (Mt 1.5). Su fe fue contagiosa porque también ganó a su familia (Jos 6.23).

K. «Otros» (vv. 32–40).

Algunas personas se mencionan por nombre, otras no. Todos estos hombres y mujeres, no obstante, están entre los gigantes de la fe. El escritor ve la historia entera del AT como un registro de victorias de fe. Algunas victorias fueron públicas y milagrosas, tales como la liberación de la muerte; otras fueron privadas y más bien ordinarias, tales como «sacaron fuerzas de debilidad» e «hicieron justicia». Algunos fueron librados por fe; otros no escaparon, pero por fe recibieron fe para soportar el sufrimiento. El mundo incrédulo miraba a estos creyentes como basura, «excéntricos» y «pestes». Dios, sin embargo, dice de ellos: «de los cuales el mundo no era digno» (v. 38). Cada uno de ellos recibió de Dios ese testimonio de fe (v. 39).

Aunque la fe los capacitó a recibir las promesas (plural), no recibieron la promesa (v. 39); pero ahora, en Cristo, esa promesa se ha cumplido. Nótense tanto el versículo 13 como 1 Pedro 1.11, 12. El versículo 40 indica que el plan de Dios para estos santos del AT también incluye a los cristianos del NT que hoy participan en ese nuevo pacto a través de Cristo. Esa «cosa mejor» se ha descrito en Hebreos: el mejor sacerdote, el mejor sacrificio, santuario y pacto. En un sentido muy real los cristianos de hoy son herederos de la promesa (6.17, 18) por la fe en Cristo, puesto que todas nuestras bendiciones espirituales son debido a las promesas que Dios le hizo a Abraham y a David (Ro

11.13–29). Por supuesto, aunque estas promesas se han cumplido espiritualmente en Cristo (Gl 3), también se cumplirán literalmente en Israel en «el siglo venidero» (Heb 2.5–9).

Las lecciones de este capítulo son muchas, pero tal vez sería provechoso mencionar unas pocas. (1) Dios obra mediante la fe y sólo por la fe. Ejercer fe es la única manera de agradarle y recibir su bendición. (2) La fe es un don de Dios por medio de la Palabra y del Espíritu. No es algo que «desarrollamos» por nosotros mismos. (3) La fe siempre es sometida a prueba; a veces parece que confiar en Dios es algo absurdo, pero la fe al final siempre triunfa.

HEBREOS 12

La palabra clave en este capítulo es «soportar» o «resistir»; se la encuentra en los versículos 1 (traducida «paciencia»), 2, 3, 7 (traducida «sufrir») y 20. La palabra significa «soportar bajo prueba, continuar cuando es difícil avanzar». Estos cristianos estaban atravesando un tiempo de prueba (10.32–39) y estaban tentados a darse por vencidos (12.3). Ninguno había sido llamado todavía a morir por Cristo (12.4), pero la situación no se mejoraba en ninguna manera. Para animarles a confiar en Cristo el escritor les estimula a recordar (nótese el v. 5) tres aspectos que les ayudarían a continuar avanzando y creciendo.

I. El ejemplo del Hijo de Dios (12.1–4)

En el capítulo 11 sus lectores miraban hacia atrás y veían cómo los grandes santos del AT ganaron por fe la carrera de la vida. Ahora el escritor les insta a «mirar a Jesús» y así ver fortalecida su fe y esperanza. El cuadro aquí es el de una arena, o estadio; los espectadores son los héroes de la fe mencionados en el capítulo anterior; los corredores son los creyentes que atraviesan pruebas. (Esta imagen no necesariamente implica que las personas que están en el cielo nos observan o saben lo que ocurre aquí en la tierra. Es una ilustración, no una revelación.) Para que los cristianos ganen la carrera deben despojarse de todos los pesos y pecados que les dificultan correr. Sobre todo, ¡deben mantener sus ojos en Cristo como la meta! Compárese con Filipenses 3.12–16. ¡Cristo ya ha corrido esta carrera de fe y la ha conquistado por nosotros! Él es el Autor (Pionero, Explorador) y Consumador de nuestra fe; Él es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Lo que Él empieza, lo termina; Él puede llevarnos a la victoria.

Nuestro Señor atravesó muchas pruebas mientras estaba en la tierra. ¿Qué le ayudó a lograr la victoria? «El gozo puesto delante de Él» (v. 2). Esta era su meta: el gozo de presentar su Iglesia ante el Padre en el cielo un día (Jud 24). Nótense también Juan 15.11; 16.20–24 y 17.13. Su batalla contra el pecado le llevó a la cruz y le costó la vida. La mayoría de nosotros no correrá en esa pista; tal vez nuestra tarea será vivir por Él, no morir por Él. «¡Considerad a aquel!» «¡Mire a Jesús!» Estas palabras son el secreto del aliento y la fuerza cuando la carrera se pone difícil. Necesitamos apartar los ojos de nosotros mismos, de otras personas, de las circunstancias y ponerlos en Cristo solamente.

II. La seguridad del amor de Dios (12.5–13)

Estos cristianos se habían olvidado de las verdades básicas de la Palabra (5.12); y el versículo 5 nos dice que hasta habían olvidado lo que Dios dice respecto a la disciplina. El escritor citó Proverbios 3.11ss y les recordó que el sufrimiento en la vida del cristiano no es un castigo, sino disciplina. La palabra «disciplina» significa literalmente la «disciplina de criar o educar a un niño». Eran bebés espirituales; una manera en que Dios los hacía madurar era permitir que atravesaran pruebas. El castigo es obra de un juez; la disciplina es la obra de un padre. El castigo se aplica para confirmar la ley; la disciplina se aplica como prueba de amor, para el bien del niño. Demasiado a menudo nos rebelamos contra la mano amorosa de Dios que aplica la disciplina; en lugar de eso debemos someternos y crecer. Satanás nos dice que nuestras pruebas son evidencia de que Dios no nos ama; ¡pero la Palabra de Dios nos dice que los sufrimientos son la mejor prueba de que Él en realidad nos ama!

Cuando el sufrimiento viene sobre los creyentes, estos pueden responder de diferentes maneras. Pueden resistir las circunstancias y luchar contra la voluntad de Dios, amargarse en lugar de mejorarse. «¿Por qué tiene que ocurrirme esto a mí? ¡A Dios ya no le interesa! ¡De nada sirve ser cristiano!» Esta actitud no producirá sino tristeza y amargura del alma. El escritor argumenta: «Tuvimos padres terrenales que nos disciplinaban, y los respetábamos. ¿No deberíamos, entonces, respetar a nuestro Padre celestial que nos ama y desea hacernos madurar?» Después de todo, la mejor prueba de que somos hijos de Dios, y no hijos ilegítimos, es que Dios nos disciplina. Lo que el versículo 9 sugiere es que si no nos sometemos a Dios, podemos morir. Dios no tendrá hijos rebeldes y, si tiene que hacerlo, puede quitarles la vida.

Luego, además, el cristiano puede también darse por vencido y dejarse derrotar. Esta es una actitud incorrecta (véanse vv. 3, 12, 13). La disciplina de Dios tiene el propósito de ayudarnos a crecer, no a destrozarnos. La actitud correcta es que soportamos por fe (v. 7), permitiendo que Dios realice su perfecto plan. Es ese «después» del versículo 11 lo que nos mantiene avanzando. La disciplina es para nuestro provecho, para que podamos ser partícipes de su santidad y nuestra sumisión trae mayor gloria a su nombre.

III. El poder de la gracia de Dios (12.14–29)

Esta es la quinta de las exhortaciones en Hebreos y el pensamiento clave es la gracia (véanse vv. 15, 28). Se hace un contraste entre Moisés y Cristo, el monte Sinaí y el de Sion, el pacto antiguo y el nuevo. Cuando se dio la ley en el Sinaí, regían el temor y el terror, y la montaña estaba cubierta de humo y fuego. Cuando Dios hablaba, la gente temblaba. Pero hoy, tenemos una experiencia más grande que la de Israel en el Sinaí, porque tenemos un sacerdote celestial, un hogar celestial, una comunión celestial y una voz que habla desde lo alto y que da un mensaje de gracia y amor.

En los versículos 22–24 se da una descripción de las bendiciones del nuevo pacto en Cristo. El monte de Sion es la ciudad celestial (13.14; Gl 4.26), en contraste con la Jerusalén terrenal, la cual estaba a punto de ser destruida. Hay tres grupos de personas en la ciudad celestial: (1) las huestes de los ángeles que ministran a los santos; (2) la Iglesia del primogénito (véase 1.6); y (3) los santos del AT. «Hechos perfectos» (v. 23) no significa que los creyentes en gloria están ahora en sus cuerpos perfectos de resurrección. Se refiere más bien a los santos del AT que tiene ahora una posición perfecta ante Dios debido a la muerte y resurrección de Cristo (10.14; 11.40). Cualquiera que cree en la Palabra de Dios (como lo hicieron los santos del AT) va al cielo; pero la perfección de la obra de Dios no llegó sino hasta la muerte de Cristo en la cruz.

A la cabeza de la lista está Jesús, el Mediador del nuevo pacto. ¿Cómo podrían estas personas volver a una ciudad terrenal (a punto de ser destruida) y a un templo terrenal (que también sería destruido), sacerdotes terrenales y sacrificios terrenales? ¡La sangre de Cristo ha resuelto todo! La sangre de Abel clama venganza desde la tierra (Gn 4.10), pero la sangre de Cristo habla desde el cielo para salvación y

perdón. ¡Esto es gracia! Cristo es un ministro de gracia. El nuevo pacto es uno de gracia. La gracia de Dios nunca falla, aun cuando no la alcancemos (v. 15) debido a que no llegamos a apropiarnos de ella. Esaú es la ilustración de uno que menospreció las cosas espirituales y perdió la bendición. («Profano» significa «fuera del templo» o «mundano, común».) Esaú fracasó con la gracia de Dios porque no quiso arrepentirse (nótese 6.6).

«¡Dios está conmoviendo las cosas!» es el tema de los versículos finales. A ninguno de nosotros nos gusta la remoción; nos encanta la estabilidad y la seguridad. Pero Dios ya estaba removiendo la economía judía y estaba a punto de destruir el templo en Jerusalén. La cosas materiales desaparecerían para que las realidades espirituales ocuparan su lugar. Dios edificaba un nuevo templo: Su Iglesia; y el viejo templo sería quitado. El escritor cita a Hageo 2.6 para mostrar que un día Dios removerá al mundo mismo y traerá un nuevo cielo y una nueva tierra.

«Así que» (v. 28) introduce la aplicación práctica: «Tengamos gratitud» o «tengamos gracia». ¿Cómo recibimos gracia? Ante el trono de la gracia, donde nuestro sumo Sacerdote eterno intercede por nosotros. Debemos servir a Dios, no las viejas leyes o costumbres. Somos parte de un reino que nunca será removido o quitado. Edificamos nuestras vidas sobre las realidades eternas e inmutables que tenemos en Cristo. Por consiguiente, sirvamos a Dios con reverencia. Prestemos atención a su Palabra y no rehusemos escuchar, por cuanto en su Palabra está la gracia y la vida que necesitamos. La amonestación del versículo 25 no se refiere a nuestro destino eterno. Como las demás exhortaciones en Hebreos, esta se refiere al castigo que Dios aplica en esta vida y no con el juicio en la venidera.

HEBREOS 13

Aquí tenemos la apelación final de esta epístola. El escritor ha explicado las verdades doctrinales; ahora cierra con amonestaciones prácticas para todos los creyentes. Sus enemigos estaban diciendo: «Si permanecen leales a Cristo, perderán todo: Sus amigos, sus bienes materiales, su herencia religiosa en el templo, los sacrificios y el sacerdocio». Pero aquí el escritor destaca que el creyente no pierde nada al confiar en Cristo. Por fe los cristianos dan las espaldas al «sistema religioso» de este mundo (en este caso, el judaísmo) y fijan sus ojos y corazones en la adoración espiritual verdadera a Dios en Cristo. Nótese en este capítulo las bendiciones espirituales que tienen los cristianos, aun cuando puedan perder todo en este mundo.

I. Una comunión espiritual de amor (13.1–4)

El amor por el pueblo de Dios es una de las características de un verdadero creyente en Cristo (Jn 13.35; 1 Jn 3.16; 1 Ts 4.9; etc.). El mundo aborrece a los cristianos (Jn 15.17–27) y estos necesitan del mutuo amor de los santos para aliento y fortaleza. Este amor se expresa de maneras prácticas, tales como simpatía por los que atraviesan tribulaciones (v. 3, véase 1 Co 12.26) y ser hospitalarios. Se refiere a las visitas de los ángeles en el Antiguo Testamento, como a Abraham (Gn 18), Gedeón (Jud 6.11ss) y Manoa (Jud 13). Por supuesto, el verdadero amor cristiano debe verse primero en el hogar y en la familia, de modo que advierte en contra de los pecados sexuales que pueden destruir el matrimonio. Es esta época cuando se toman tan a la ligera los votos matrimoniales, necesitamos recordar que Dios juzga a toda persona inmoral, sea creyente o incrédula.

II. Tesoros espirituales (13.5–6)

Costaba algo ser cristiano en el primer siglo. Estas personas habían sufrido el saqueo de sus bienes (10.34) y estaban pagando un precio por su testimonio. ¡Qué fácil es que los cristianos codicien y deseen las cosas del mundo (1 Ti 6.6ss; Lc 12.15). Es fácil leer: «Contentos con lo que tenéis ahora!», pero difícil de practicar. El verdadero contentamiento nunca viene al poseer muchas cosas; viene cuando nos apoyamos por completo en Cristo. El escritor cita la promesa del AT que Dios le dio a Moisés (Dt 31.6–8) y a Josué (Jos 1.5) y la aplica al pueblo de Dios hoy. Puesto que Cristo siempre está con nosotros, ¡tenemos todo lo que necesitamos! Nunca necesitamos desear alguna otra cosa material (Flp 4.19); nunca necesitamos temer los ataques de la gente. Cristo es nuestro Ayudador; nunca debemos temer (Sal 118.6). Cuando los hijos de Dios están en la voluntad de Dios, obedeciendo su Palabra, nunca les faltará nada y nunca se les puede hacer daño. Esta es una promesa con la cual podemos contar.

III. Alimento espiritual en la Palabra (13.7–10)

En este capítulo hay tres mandamientos que se refieren a la iglesia local y al lugar del pastor y las personas:

A. «Acordaos de vuestros pastores» (v. 7).

Tal vez el escritor se refiere a los pastores que les habían guiado pero que ya se habían ido. Tal vez habían sido martirizados. Se espera que el pastor sea el líder espiritual del rebaño. ¿Cómo dirige? Mediante la Palabra de Dios, la cual es el alimento espiritual para las ovejas de Dios. Los creyentes deben seguir el ejemplo de fe de esos pastores, pero se espera que los líderes sigan a Cristo. Los versículos 7–8 deberían decir: «Considerad el fin [propósito] de su conducta, que es en Cristo Jesús». Los pastores vienen y se van, pero Cristo sigue siendo el mismo.

B. «Obedeced a vuestros pastores» (v. 17).

Los cristianos deben someterse a la Palabra de Dios conforme la enseñan y viven sus líderes espirituales. Es algo solemne ser un pastor encargado de cuidar almas. El pastor debe rendir cuentas a Dios de su ministerio; si su rebaño desobedece la Palabra, la tristeza no será de él sino del rebaño. Qué importante es respetar el liderazgo pastoral y someterse a la Palabra de Dios.

C. «Saludad a todos vuestros pastores» (v. 24).

El pueblo debe comunicarse con sus líderes y estar en «buenos términos» con ellos. Es una tragedia cuando los cristianos se enojan y rehúsan hablar con su pastor. Esto es desobediencia a la Palabra de Dios.

Los creyentes que no se alimentan de la Palabra se alimentarán de «doctrinas diversas y extrañas» (v. 9) y se «enfermarán espiritualmente». La única manera de crecer hacia la madurez y afirmarse es a través de la Palabra de Dios (Ef 4.14ss; véase Heb 5.11–14). Nuestros corazones se afirman por gracia, no por ley ni sistemas religiosos terrenales. El «altar» del cristiano es Cristo, el sacrificio por el pecado ofrecido de una vez por todas; nos alimentamos de Él al alimentarnos de su Palabra. Así como los sacerdotes del AT comían de la carne y del grano de los sacrificios, nosotros nos alimentamos de Cristo, el sacrificio viviente.

IV. Sacrificios espirituales (13.11–16).

Al volverse a Cristo estos hebreos perdieron el templo y su sacerdocio y sacrificios; pero ganaron en Cristo mucho más de lo que perdieron. Cristo rechazó el templo y lo llamó «cueva de ladrones»; y rechazó la ciudad de Jerusalén al ser crucificado fuera de la puerta (Jn 19.20). El escritor compara la muerte de Cristo con los sacrificios que se quemaban el Día de Expiación (Lv 16.27), puesto que ambos sufrieron «fuera del campamento». Los lectores estaban tentados a volver al judaísmo. «No», amonesta el escritor. «En lugar de regresar, ¡salgan del campamento y lleven el vituperio con Cristo!» Se puede resumir el doble mensaje de Hebreos con las frases «dentro del velo» (comunión con Cristo) y «fuera del campamento» (testimonio por Cristo). Los creyentes no miran la ciudad terrenal; tienen una ciudad celestial esperándolos, así como los héroes de la fe de antaño (v. 14; Heb 11; 10; 12.27).

Como reino de sacerdotes los cristianos deben ofrecer sacrificios espirituales (1 P 2.5). Un sacrificio espiritual es algo que se hace o se da en el nombre de Cristo y para su gloria. En el versículo 15 el escritor afirma que la alabanza es tal sacrificio; véanse Efesios 5.18, 19; Salmos 27.6; y 69.30–31). Las buenas obras y el compartir las bendiciones materiales también son sacrificios espirituales (v. 16). Otros sacrificios espirituales incluyen el cuerpo del creyente (Ro 12.1, 2); ofrendas (Flp 4.18); oración (Sal 141.2); un corazón quebrantado (Sal 51.17); y almas ganadas para Cristo (Ro 15.16).

V. Poder espiritual (13.17–24)

La bendición de los versículos 20–21 explica cómo se capacita al cristiano para vivir por Cristo en este mundo impío: Cristo obra en nosotros desde su trono en el cielo. Hay tres títulos distintos que se han dado a Cristo: El pastor: (1) el Buen Pastor, que muere por las ovejas (Jn 10.11; Sal 22); (2) El Gran Pastor, que perfecciona a las ovejas (Heb 13.20, 21; Sal 23); y (3) el Príncipe de los Pastores que vendrá por sus ovejas (1 P 5.4; Sal 24). Nuestro sumo Sacerdote es nuestro Pastor y Ayudador; Él obra en nosotros y nos da la gracia y el poder de vivir por Él y servirle.

«Os haga aptos» es el tema de Hebreos: «Vamos adelante a la perfección [madurez]» (6.1). La madurez no viene al esforzarnos con nuestra fuerza; viene conforme le permitimos a Cristo que obre en nosotros mediante la Palabra de Dios. Esto se encuentra en paralelo a Filipenses 2.12–16 y Efesios 3.20, 21. Dios no puede obrar a través de nosotros si no obra primero en nosotros, y Él lo hace mediante su Palabra (1 Ts 2.13).

El saludo de clausura muestra el amor que unía a los creyentes de la iglesia primitiva. La bendición final de gracia identifica a Pablo como el escritor (compárese 2 Ts 3.17, 18).

Santiago

Bosquejo sugerido de Santiago

I. El creyente perfecto y el sufrimiento (1)
   - A. La obra perfecta: El propósito de Dios (1.1–12)
   - B. El don perfecto: La bondad de Dios (1.13–20)
   - C. La ley perfecta: La Palabra de Dios (1.21–27)

II. El creyente perfecto y el servicio (2)
   - A. La fe demostrada por el amor (2.1–13)
   - B. La fe demostrada por las obras (2.14–26)

III. El creyente perfecto y su hablar (3)
   - A. La exhortación (3.1–2)
   - B. Las ilustraciones (3.3–12)
   - C. La aplicación: verdadera sabiduría (3.13–18)

IV. El creyente perfecto y la separación (4)
   - A. Los enemigos contra los que debemos luchar (4.1–7)
     1. La carne (vv. 1–3)
     2. El mundo (vv. 4–5)
     3. El diablo (vv. 6–7)
   - B. Las amonestaciones que debemos atender (4.8–17)
     1. Advertencia contra el orgullo (vv. 8–10)
     2. Advertencia contra la crítica (vv. 11–12)
     3. Advertencia contra la confianza en uno mismo (vv. 13–17)

V. El creyente perfecto y la Segunda Venida (5)
   - A. Paciente cuando sufre daño (5.1–11)
   - B. Puro en su hablar (5.12)
   - C. Ora en sus pruebas (5.13–18)
   - D. Persistente en ganar almas (5.19–20)

Notas preliminares a Santiago

I. El escritor

Tres hombres del NT se llaman Jacobo [Santiago quiere decir San Jacobo (nota del editor)]: (1) el hijo de Zebedeo y hermano de Juan (Mc 1.19); (2) el hijo de Alfeo, uno de los apóstoles (Mt 10.3); y (3) el hermano de nuestro Señor (Mt 13.55). Al parecer el hermano de nuestro Señor escribió esta epístola. Durante el ministerio de Cristo, Santiago y sus hermanos no eran creyentes (Mc 3.21; Jn 7.1–10). Santiago recibió una visita especial del Señor después que Él resucitó (1 Co 15.7), lo que indudablemente le trajo a la salvación. Le vemos

con los creyentes en el aposento alto (Hch 1.14). Después que Pedro salió de la escena como líder de la iglesia de Jerusalén (Hch 12.17), Santiago ocupó su lugar. Fue quien dirigió la conferencia de Hechos 15 y el que pronunció la decisión final. En Gálatas 2.9–10 Pablo reconoció su liderazgo, pero en Gálatas 2.11–14 parece criticarle por su influencia legalista. Hechos 21.17–26 menciona que Santiago se inclinaba fuertemente hacia la ley judía.

II. La carta

Este énfasis judío se ve claramente en la epístola de Santiago. Dirigió su carta a los cristianos judíos (1.1, 2) «que están en la dispersión». Véanse también 1 Pedro 1.1 y Juan 7.35. La dispersión consistía de judíos que habían salido de Palestina, pero que continuaban en contacto con su «tierra natal», regresando a ella para las festividades cuando les era posible. Nótese en Hechos 2 que había en Jerusalén multitudes de judíos devotos procedentes de otras naciones del mundo. Algunas de estas comunidades judías eran el resultado de las diversas persecuciones y deportaciones que sufrió Israel. Otras se formaron voluntariamente por razones de negocios. Por supuesto, Hechos 11.19 nos informa que muchos cristianos judíos fueron esparcidos por todas partes debido a la persecución en Jerusalén. Estos mantenían comunidades separadas y continuaban su estilo de vida en esas tierras foráneas. Fue a los cristianos judíos esparcidos por todo el Imperio Romano (posiblemente Siria en particular) que Santiago dirigió su carta. La escribió alrededor del año 50 d.C.

El énfasis judío en Santiago se ve de varias maneras. Por un lado, «congregación» en 2.2 es la palabra sinagogué (a pesar de que la palabra «iglesia» se usa en 5.14). El nombre de Cristo se menciona dos veces (1.1 y 2.1). Todas las ilustraciones son del AT, o de la naturaleza. Hay una fuerte correspondencia entre Santiago y el Sermón del Monte, que es la explicación espiritual que Cristo da de la ley. Hay también muchas similitudes entre Santiago y 1 Pedro (que también se escribió a los judíos de la dispersión). Estos cristianos judíos eran verdaderos creyentes, pero todavía mantenían su estilo de vida en sus comunidades judías. Habían nacido de nuevo (1.18) y esperaban la venida del Señor (5.7). No espere hallar en esta epístola las bien desarrolladas doctrinas que hallamos en las cartas de Pablo. El templo todavía existe; muchas sinagogas judías eran cristianas; y el pleno entendimiento de «un cuerpo» todavía no había amanecido en todos los creyentes.

III. El tema básico

Entretejidos por toda la carta hay dos temas: la persecución externa de la congregación y los problemas internos. Los creyentes experimentaban pruebas y Santiago procuró animarlos. Pero había también divisiones y pecados dentro de la iglesia y Santiago procuraba ayudarlos a que los confesaran y que se perdonaran sus pecados. Uno de los pensamientos clave es la perfección o madurez espiritual (véase el bosquejo). Estas personas necesitaban crecer en el Señor y las pruebas podrían ayudarles a madurar si obedecían a Dios.

IV. Santiago y Pablo

No hay conflictos entre Santiago y Pablo en cuanto a la justificación por fe. ¡Santiago no podía contradecir a Gálatas porque Gálatas todavía no se había escrito! Pablo explica que los pecadores son justificados por la fe (Ro 3–4); Santiago explica que la fe es muerta a menos que se demuestre por obras. No somos salvos por obras, pero la fe que nos salva nos conduce a las buenas obras. Pablo escribió acerca de nuestra posición ante Dios; Santiago escribió acerca de nuestro testimonio ante el mundo.

SANTIAGO 1

Una de las mejores pruebas de la madurez cristiana es la tribulación. Cuando el pueblo de Dios atraviesa pruebas personales, descubre qué clase de fe realmente posee. Las pruebas no sólo la revela; también desarrollan nuestra fe y carácter cristiano. Los judíos a los que Santiago escribía estaban atravesando pruebas y él quería animarles. ¡Lo extraño es que les dice que se regocijen! La palabra «Salud» en el versículo 1 significa «¡regocíjense!» ¿Cómo puede el cristiano tener gozo en medio de los problemas? Santiago da la respuesta en este primer capítulo mostrando las evidencias que los cristianos tienen en tiempos de tribulación.

I. Podemos estar seguros del propósito de Dios (1.1–12)

Las experiencias que les vienen a los hijos de Dios no son por accidente (Ro 8.28). Tenemos un amante Padre celestial que controla los asuntos de este mundo y que tiene un propósito detrás de cada acontecimiento. Los cristianos deben esperar que las pruebas vengan; Santiago no dice «si», sino «cuando». (La palabra griega para «tentación» en 1.2 significa «pruebas o tribulaciones»; mientras que la palabra griega para «tentar» en 1.13 significa «incitación a hacer el mal».) ¿Cuál es el propósito de Dios en las pruebas? Es la perfección del carácter cristiano de sus hijos. Él quiere que sus hijos sean maduros (perfectos) y la madurez se desarrolla sólo en el laboratorio de la vida. Las pruebas pueden producir paciencia (véase Ro 5.3), lo cual significa «resistencia»; y la resistencia a su vez conduce al creyente a una madurez más profunda en Cristo. ¡Dios permitió que el joven José atravesara trece años en la escuela de la prueba para transformarlo de arena a roca! Pablo atravesó muchas pruebas y cada una le ayudó a madurar su carácter. Confiar en Dios durante las pruebas, por supuesto, exige fe del cristiano, pero saber que Dios tiene un propósito divino en mente nos ayuda a someternos a Él.

En los versículos 5–8 Santiago analiza esta cuestión de fe, según se expresa en la oración. No siempre entendemos los propósitos de Dios y a menudo Satanás nos tienta a preguntar: «¿Se preocupa realmente Dios?» Aquí es donde viene la oración; podemos pedirle a nuestro Padre sabiduría y Él nos la dará. Pero no debemos ser de doble ánimo. La palabra sugiere vacilación, duda; literalmente significa «tener dos almas». Los creyentes de doble ánimo no son estables durante las pruebas. Sus emociones y decisiones fluctúan. En un minuto confían en Dios; al siguiente minuto dudan de Él. La fe en Dios durante las pruebas siempre guía a la estabilidad; véase 1 Pedro 5.10.

Tanto el rico como el pobre adoraban en las iglesias a las cuales Santiago escribió (2.1–9; 5.1) y recalcó que las pruebas benefician a ambos grupos. Las pruebas harán que el pobre recuerde que es rico en el Señor y que por consiguiente no puede perder nada; las pruebas le recuerdan al rico que no se atreva a vivir por sus riquezas o a confiar en ellas. El versículo 12 es una hermosa bienaventuranza y promesa para que la reclamemos en tiempos de pruebas y tribulación.

II. Podemos estar seguros de la bondad de Dios (1.13–20)

Muchas personas parecen tener la idea de que debido a que Dios es bueno, no debería permitir que su pueblo sufra o sea tentado. Se olvidan que Él quiere que sus hijos crezcan y experimenten nuevas bendiciones de su gracia; y una manera en que pueden madurar es atravesando pruebas y tentaciones. En este pasaje Santiago enfatiza la bondad de Dios y advierte a los cristianos respecto a rebelarse en contra de Él en tiempos de pruebas (1.13, 20).

Primero, hace una cuidadosa distinción entre las pruebas y las tentaciones. Dios envía pruebas para sacar lo mejor de nosotros (véase Abraham, Gn 22.1), pero Satanás envía tentaciones para sacar lo peor de nosotros. Los creyentes no deben decir que Dios los tienta, porque

las tentaciones brotan de nuestra misma naturaleza. Describe el «nacimiento» del pecado: la incitación de afuera genera el deseo lujurioso por dentro; la concupiscencia concibe y da a luz al pecado; ¡y el pecado trae muerte! Las palabras «atraído» y «seducido» (v. 14) son términos de cacería; forman una imagen del cazador o pescador que usan la carnada para atraer a su presa.

Luego Santiago recuerda a estos creyentes que Dios sólo da buenas dádivas y estas proceden del cielo. Dios es luz; su bondad no parpadea como alguna estrella distante. Somos los hijos de Dios. Él nos engendró mediante su Palabra y somos las primicias de sus criaturas, la «muestra» de lo que seguirá a la venida de Cristo (Ro 8.23). Por consiguiente, los cristianos no deben apresurarse a hablar ni a quejarse cuando vengan las pruebas. Más bien deben ser prontos para oír la Palabra, confiar en ella y obedecerla. Después de todo, Él obra su voluntad en nuestras vidas cuando somos pacientes, no cuando nos enfurecemos.

III. Podemos estar seguros de la Palabra de Dios (1.21–27)

La frase «pronto para oír» (v. 19) nos recuerda cómo el cristiano debería oír y obedecer la Palabra de Dios, el tema de esta sección. En el versículo 21 Santiago usa una ilustración de la agricultura, al hablar de «primicias» y de «la palabra implantada [injertada]». Santiago tal vez esté refiriéndose a la parábola del sembrador (Mt 13.1–9, 18–23) en la cual se compara al corazón con el suelo y a la Palabra con la semilla. Si los creyentes van a recibir la Palabra y obtener de ella fortaleza en las tribulaciones, ¡deben arrancar las malas hierbas! «Abundancia de malicia» puede traducirse también como «exuberante crecimiento de maldad», o sea, ¡hierbas malas! El terreno del corazón debe prepararse para recibir la Palabra. Si tenemos en nuestros corazones pecados no confesados y amargura en contra de Dios debido a nuestras pruebas, no podemos recibir la Palabra y ser bendecidos por ella.

En los versículos 22–25, Santiago cambia el cuadro y compara la Palabra a un espejo. La Palabra de Dios revela lo que hay por dentro, así como el espejo revela lo que aparece por fuera. Cuando los cristianos miran en la Palabra se ven como Dios los ve y así pueden examinar sus corazones y confesar sus pecados. Pero no basta con una simple mirada y lectura de la Palabra; debemos obedecer lo que leemos. Una persona que sólo oye la Palabra, pero no la obedece, es como alguien que echa un vistazo casual al espejo, ve que su cara está sucia y sigue su camino sin hacer nada al respecto. Tal persona piensa que se ha mejorado espiritualmente cuando en realidad se ha hecho más daño.

El versículo 25 nos dice que debemos observar la Palabra con atención (no un vistazo casual) y a través de ella vernos nosotros mismos. Debemos entonces obedecer lo que la Palabra dice. Si lo hacemos, seremos bienaventurados (bendecidos). Lo que hace feliz a una persona no es la lectura de la Palabra, sino su obediencia. Santiago la llama «la perfecta ley, la de la libertad», porque la obediencia a la Palabra produce libertad espiritual (Jn 8.30–32). Disfrutar la vida cristiana no es esclavitud, ¡es libertad maravillosa!

Los versículos 22–25 hablan de la vida privada de los creyentes cuando miran en la Palabra; los versículos 26–27 describen su vida pública, su práctica de la Palabra. La palabra griega para «religioso» (v. 26) significa «la práctica externa de la religión». En ninguna parte la Biblia llama «una religión» a la fe cristiana; es un milagro, un nuevo nacimiento, una vida divina. «Si alguno se cree religioso», dice Santiago, «que lo demuestre con su vida». ¿Cuáles son las características de la religión pura? Son: (1) dominio propio, es decir, refrenar la lengua (véase 3.2); (2) amor por otros; y (3) una vida limpia. La palabra «visitar» (v. 27) significa «cuidar de»; sugiere el cuidado sacrificial hacia los que tienen necesidad. La verdadera religión no es cuestión de formas o ceremonias; es asunto de controlar la lengua, servicio sacrificial y un corazón limpio.

Santiago usa varias veces en este capítulo la palabra «perfecto». En los versículos 1–2 tenemos la obra perfecta de Dios; en versículos 13–20 vemos la dádiva perfecta de Dios; y en versículos 21–27, la ley perfecta de Dios. La obra perfecta de Dios en su propósito nos hace madurar; su dádiva perfecta es su bondad hacia nosotros en tiempos de pruebas; y su ley perfecta es la Palabra que nos fortalece y nos sostiene.

SANTIAGO 2

En Gálatas 5.6 Pablo describe a la vida cristiana como «la fe que obra por el amor». En este capítulo se analizan estos dos aspectos. La idea básica es que la verdadera fe bíblica no está muerta; se revela en amor (vv. 1–13) y en obras (vv. 14–26). Demasiadas personas tienen una creencia intelectual en Cristo, pero no una de corazón. Creen en los hechos del cristianismo histórico, pero no tienen la fe salvadora en Cristo.

I. La fe se demuestra por el amor (2.1–13)

Al decir «que vuestra fe[...] sea sin» realmente significa «practíquenla sin». No sólo debemos tener fe; debemos practicarla en nuestras vidas diarias. No debemos creer a «Dios» de una manera vaga, general, como lo hacen muchos miembros de las iglesias (incluso Satanás: v. 19); debemos tener una fe personal en Jesucristo específicamente. No es una fe en Dios de «así lo espero» lo que salva el alma; es una entrega definitiva a Jesucristo, el Hijo de Dios. Aquí a Cristo se le llama «glorioso» (omítase «el Señor de»), puesto que Él es la misma gloria de Dios (Heb 1.3). Para los judíos que leían esta carta «la gloria» identificaba a Cristo con la shekiná del AT, la gloria de Dios que moraba en el tabernáculo y en el templo. Esa gloria ahora mora en el creyente y en la Iglesia (Col 1.27; 3.4; Ro 8.30; Jn 17.22).

¿Cómo mostramos amor por otros? Al aceptarlos por lo que son y al verlos como personas por las cuales Cristo murió. No debemos juzgar o condenar a otros. Preferir al rico más que al pobre es un pecado terrible, porque Cristo se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos en Él. Véanse Romanos 2.11 y 1 Timoteo 5.21. Santiago afirma de forma contundente que cuando un pobre entra en una asamblea cristiana (aquí la palabra es «sinagoga»), debe recibírsele en amor y mostrarle tanta cortesía como si fuera un rico. Muchos tal vez miran la apariencia externa; Dios ve el corazón (1 S 16.7). El «hombre con anillo de oro» (sugiere que usa muchos anillos «ostentosos») no es mejor a los ojos de Dios que el que viste humildemente («andrajoso»). A algunos judíos les encantaban los lugares de honor (Lc 14.7–11) y la admiración de los hombres (Mt 23.5–12). Desafortunadamente, a muchos cristianos también.

¿Qué es tan pecaminoso en cuanto a mostrar respeto por las personas acomodadas? Por un lado, nos convierte en jueces y Dios es el único que puede juzgar honestamente a una persona (v. 4). La palabra «distinciones» significa aquí «dividido» y nos lleva de nuevo a la persona de doble ánimo que se menciona en 1.8. Esta clase de juicio muestra valores falsos (vv. 5–6), porque Cristo claramente afirmó que los pobres heredarán el reino (véanse Lc 6.20; Mt 5.3). Santiago les recuerda que los ricos oprimen a los santos y hasta los arrastran a las cortes. Al rehusar recibir al pobre estos creyentes han deshonrado al pobre al cual Dios ama (véase Pr 14.31).

En el versículo 7 Santiago nos recuerda que los ricos incluso blasfeman el nombre de Cristo «que fue invocado» sobre ellos (refiriéndose quizás a su bautismo; Mt 28.19, 20). Aún más, la «ley real» para el creyente es la del amor. Cita Levítico 19.18, 34; pero también se

refiere a las palabras de Cristo en Mateo 22.34–40. Véanse además Romanos 13.8–10 y Gálatas 5.14. Es pecado mostrar favoritismo; ¡quebrantar un mandamiento es ser culpable de quebrantar la ley entera! Dios mismo dio todos los mandamientos y todos deben obedecerse y practicarse. Por supuesto que Santiago no pone al cristiano bajo la Ley Mosaica; se está refiriendo a la ley moral que sigue vigente bajo el nuevo pacto. Debemos hablar y actuar como quienes seremos juzgados, no por la ley de Moisés, sino por la más severa «ley de la libertad», la del amor escrita en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

II. La fe se demuestra por obras (2.14–26)

En estos versículos Santiago no contradice a Pablo. En Romanos 4.1–5 y Gálatas 3 Pablo explica cómo el pecador es justificado, cómo se le da una posición correcta delante de Dios; Santiago, por otro lado, escribe cómo una persona salva demuestra a otros esa salvación. Las personas no tienen por qué creer que somos salvos si no ven un cambio en nuestras vidas. Un pecador se salva por la fe, sin obras (Ef 2.8, 9), pero la verdadera fe que salva conduce a las obras (Ef 2.10). Ser cristiano no es asunto de lo que decimos con los labios, involucra lo que hacemos con la vida. (Nótese que la declaración del versículo 14: «¿Podrá la fe salvarle»? debe leerse: «¿Podrá esa clase de fe salvarle?», en referencia a la primera frase del versículo.)

No mostramos nuestra fe en Cristo sólo por grandes proezas, tales como las que se mencionan en Hebreos 11, sino por lo que decimos y hacemos día tras día. Léase 1 Juan 3.16–18 junto con los versículos 14–16. La fe sin obras es una fe muerta (vv. 17, 26), no es viva. Hay un reto en el versículo 18: «Muéstrame tu fe sin tus obras». ¡Esto es imposible! La única forma que puede ser expresada la fe en la vida del cristiano es a través de la obediencia amorosa y práctica a la Palabra de Dios. ¡Incluso el diablo tiene una fe muerta! (v. 19). Léanse Mateo 8.29 y Hechos 16.17 para ver cómo los demonios reconocieron a Cristo. Sin embargo, esta clase de fe no los salvará.

Santiago retrocede al Antiguo Testamento en pos de dos ejemplos de fe que condujeron a las obras. El primero es Abraham (Gn 22.1–19). Abraham anhelaba tener un hijo y Dios le prometió uno. Abraham creyó en la promesa de Dios y esta fe le dio la justicia que necesitaba para la salvación (Gn 15.1–6; Ro 4.1–5). Dios le prometió que a través de Isaac su descendencia sería más numerosa que la arena del mar y las estrellas de los cielos. ¡Luego Dios le pidió a Abraham que sacrificara a ese hijo sobre el altar! Abraham tenía fe en Dios y por consiguiente no tuvo temor de obedecerle. Hebreos 11.17–19 indica que Abraham creía que Dios podía incluso levantar a Isaac de los muertos. En resumen, Abraham demostró su fe por sus obras. Su obediencia a la Palabra fue evidencia de su fe en la Palabra. Su fe se perfeccionó (maduró) en su acto de obediencia. Véanse en 2 Crónicas 20.7 e Isaías 41.8 la expresión «amigo de Dios».

La segunda ilustración que usa Santiago es Rahab (Jos 2; 6.17–27). Esta mujer era pecadora; sin embargo, ¡su nombre se incluye en la familia de Cristo! (Mt 1.5). Hebreos 11.31 indica que era una mujer de fe. Vivía en la ciudad condenada de Jericó y oyó que Dios había juzgado a los enemigos de Israel. Creyó en el informe respecto a Dios que había oído (Jos 2.10, 11), porque «la fe viene por el oír» (Ro 10.17). Nótese que también tenía seguridad (Jos 2.9, 21). Téngase en mente que Rahab era una creyente en el Dios de Israel antes de que los dos espías llegaran a su casa. Fue su recepción y protección hacia los dos espías lo que demostró su fe en Dios. Arriesgó su vida para identificarse con Israel. Debido a su fe, demostrada por sus obras, ella y su familia (quienes también creyeron) se libraron del juicio que vino sobre toda la población de Jericó.

El versículo 24 resume todo el asunto: la fe sin obras no es una fe que salva. Triste es decirlo, pero hay multitudes de cristianos profesantes y miembros de las iglesias que tienen esta «fe muerta». Profesan fe con sus labios (v. 14), pero sus vidas niegan lo que profesan. Esta es la misma verdad que Pablo explicó cuando le escribió a Tito. «Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan» (Tit 1.16). Los verdaderos cristianos son «un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tit 2.14). Por eso Pablo advierte: «Examinaos a vosotros mismos si están en la fe; probaos a vosotros mismos» (2 Co 13.5). Esto no significa que un verdadero cristiano nunca peca (1 Jn 1.5–10). Pero sí significa que un verdadero cristiano no hace del pecado el hábito de su vida. Un verdadero cristiano lleva fruto para la gloria de Dios y anda de manera que le agrade.

Toda la cuestión de la fe y las obras se resume en Efesios 2.8–10: (1) la obra que Dios hace por nosotros (salvación): «Porque por gracia habéis sido salvados[...] no por obras»; (2) la obra que Dios hace en nosotros (santificación): «porque somos hechura suya»; (3) la obra que Dios hace mediante nosotros (servicio): «creados[...] para buenas obras».

SANTIAGO 3

Podemos identificar a los cristianos maduros por su actitud hacia el sufrimiento (cap. 1) y por su obediencia a la Palabra de Dios (cap. 2). Ahora Santiago nos dice que el hablar del cristiano es otra prueba de madurez. ¡Leemos y oímos muchas palabras todos los días y nos olvidamos de lo maravilloso que es una palabra! Cuando Dios nos facultó para hablar, nos dio una herramienta con la cual edificar; pero también puede convertirse en un arma de destrucción.

I. La exhortación (3.1–2)

Por lo visto había una rivalidad entre las iglesias respecto a quién enseñaría, porque Santiago les advierte: «No os hagáis maestros muchos de vosotros». ¿La razón? Los que enseñaban serían juzgados más estrictamente que los que escuchaban. Es muy triste que cristianos inmaduros traten de convertirse en maestros antes de estar listos. Piensan que han alcanzado un gran lugar de honor, cuando en realidad lo que han buscado es un juicio más severo de Dios.

Santiago prontamente concuerda en que todos tropezamos de muchas maneras, en especial en lo que decimos. Es más, el que puede controlar la lengua demuestra que tiene control sobre el cuerpo entero. Lea 1.26 de nuevo y note también las muchas referencias a la lengua en el libro de Proverbios. Pedro es una buena ilustración de esta verdad. En los Evangelios, mientras era todavía un discípulo inmaduro, a menudo perdía el control de su lengua y el Señor tenía que reprenderle o enseñarle. Pero después de Pentecostés su disciplina espiritual fue evidente en su hablar bajo control.

II. Las ilustraciones (3.3–12)

Santiago usa tres ilustraciones en pares para describir el poder de la lengua.

A. Poder de dirigir: el freno y el timón (vv. 3–4).

La palabra «timón» en el versículo 4 es la parte de la nave que la dirige en el agua. A menudo pensamos que nuestras palabras no tienen importancia, pero la palabra equivocada puede llevar al oyente en la senda equivocada. Una palabra ociosa, un cuento cuestionable, una verdad a medias, o una mentira deliberada puede cambiar el curso de una vida y conducirla a la destrucción. Por otro lado, la palabra correc-

ta usada por el Espíritu puede guiar a un alma a salir del pecado e ir a la salvación. Así como el caballo necesita un guía y el timón necesita un piloto, nuestra lengua necesita al Señor para que la controle.

B. Poder para destruir: el fuego y el animal (vv. 5–8).

El tamaño de una cosa no determina su valor ni su poder. La lengua es un pequeño miembro del cuerpo, pero puede causar gran destrucción. ¡Cómo le gusta a la lengua jactarse! (Por supuesto, lo que la lengua dice sale del corazón: Mt 12.34–35.) «¡Cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!» (v. 5). Cada año muchas hectáreas de madera se pierden debido a acampantes o fumadores descuidados.

Una pequeña llama puede incendiar un bosque entero. La lengua es una llama: puede, mediante mentiras, chismes y palabras acaloradas, incendiar por completo a una familia o a una iglesia. Véase Proverbios 16.27. Y el «hollín» del fuego puede contaminar a todo el mundo involucrado. Cuando el Espíritu vino en Pentecostés, hubo lenguas de fuego del cielo que capacitaron a los cristianos para testificar; pero también es posible que la lengua sea «inflamada por el infierno» (v. 6). Santiago además compara la lengua a una bestia feroz y venenosa que no se puede domar. Ningún hombre puede domar la lengua; sólo Dios puede controlarla mediante su Espíritu. La lengua es inquieta, ingobernable (o sea, indomable). ¡Cuánto veneno esparce! Una lengua espiritual es medicina (Pr 12.18).

C. Poder para deleitar: la fuente y el árbol (vv. 9–12).

Es imposible que una fuente produzca a la vez agua dulce y amarga; y es imposible que la lengua hable a la vez bendición y maldición. Cuán a menudo «bendecimos a Dios» en nuestra oración y canto y luego «maldecimos a los hombres» en nuestra cólera e impaciencia. Véase Proverbios 18.4. Los cristianos deben permitir que el Espíritu haga brotar «aguas vivas» de la Palabra mediante sus lenguas. Algo anda mal en el corazón, cuando la lengua no lo respalda. De la misma manera, un árbol no puede llevar dos clases de fruto. Véanse Proverbios 13.2 y 18.20–21. El «fruto de labios» (véase Heb 13.15) debe ser siempre espiritual.

Después de considerar estos seis ejemplos, los creyentes deben darse cuenta de que no pueden permitir que Satanás use sus lenguas. La palabra indebida dicha en el momento indebido puede dañar un corazón o hacer que una persona se descarríe. Necesitamos hacer del Salmo 141.1–4 nuestra oración constante.

III. La aplicación (3.13–18)

Uno de los temas clave en el libro de Santiago es la sabiduría, o la vida práctica dirigida por la Palabra de Dios (véase 1.5). Es trágico cuando a los cristianos les falta la sabiduría práctica para dirigir sus asuntos, tanto los personales como los de la iglesia. Demasiadas personas tienen la idea de que ser «espiritual» es sinónimo de no ser práctico; ¡y nada está más lejos de la verdad! Cuando el Espíritu Santo nos guía, usa nuestras mentes y espera que hallemos primero los hechos y pesemos las cuestiones a la luz de la Palabra de Dios. Santiago indica que hay dos fuentes de sabiduría y que el creyente debe usar de discernimiento. La lengua del creyente puede estar llena de la verdadera sabiduría de lo alto o de la falsa sabiduría de abajo.

A. La sabiduría falsa de abajo (vv. 14–16).

Cuando hay amargura y envidia en el corazón, nuestra lengua expresará tales cosas. No importa cuán espiritual pudiera ser nuestra enseñanza: si la lengua no está bajo el control del Espíritu de un corazón amante, impartimos falsa sabiduría. Para su vergüenza, ¡los cristianos a menudo creen en esta falsa sabiduría y hasta se glorían de ella! Saben que esta «sabiduría» contradice la Biblia, de modo que mienten incluso en contra de la verdad de la Palabra de Dios. La sabiduría falsa pertenece al mundo (terrenal), la carne (sensual) y al diablo (diabólica): los tres grandes enemigos del creyente (Ef 2.1–3). Uno siempre puede decir cuándo una iglesia o una familia sigue a la falsa sabiduría: encontramos allí celos, división y confusión. En lugar de humilde dependencia en el Espíritu y la Palabra, buscan en el mundo ideas y en la carne fortaleza, y al hacerlo así caen derecho en las manos del diablo.

B. La sabiduría verdadera de lo alto (vv. 17–18).

Los creyentes verdaderamente sabios no necesitan pregonar que son sabios; se ve en su vida diaria (conversación edificante y buena conducta) y actitud (mansedumbre). El conocimiento envanece (1 Co 8.1), pero la sabiduría espiritual nos hace humildes y evita que seamos arrogantes. En tanto que la falsa sabiduría tiene su origen en el mundo, la carne y el diablo, la verdadera sabiduría «es de lo alto» (véase 1.17). Viene de Dios, por el Espíritu; no la inventa la mente del hombre.

Esta verdadera sabiduría es pura; no hay error en la Palabra de Dios. Es pacífica: conduce a la paz y a la armonía, no a la discordia (véase 4.1–10). Los métodos humanos para alcanzar la paz es mediante el sacrificio de la armonía, pero Dios no obra así. En donde la gente se somete a la Palabra pura de Dios, siempre habrá paz.

La sabiduría de lo alto es también amable; la amabilidad incluye paciencia y dominio propio. Cuando la carne controla la lengua, desata un aluvión de palabras sin control o sin una disposición para escuchar a otros. «El necio da rienda suelta a toda su ira», dice Proverbios 29.11. La persona sabia es amable y persuade con paciencia; no amenaza ni acusa. «Benigna» (v. 17) sugiere una disposición a ceder, a ser razonable. Las personas sabias están llenas de misericordia, no se apresuran a juzgar ni condenar; sus vidas están llenas de buenos frutos. No hay fluctuación («parcialidad», 1.6 y 2.4); aunque están dispuestas a ceder no están dispuestas a comprometer la verdad. Por último, la verdadera sabiduría no permite la hipocresía; la verdad se habla y se respalda con un motivo limpio.

SANTIAGO 4

Este capítulo deja en claro que había divisiones y disputas carnales entre estos creyentes. Una causa era el deseo egoísta de muchos que querían ser maestros (3.1), pero la causa básica era la desobediencia. Había una falta de verdadera separación en las vidas de las personas. Es una tragedia cuando los hermanos viven en discordia en lugar de vivir en unidad (Sal 133). «¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?» (Am 3.3).

I. Los enemigos que debemos enfrentar (4.1–7)

Notamos en 3.15 que el cristiano lucha contra el mundo, la carne y el diablo. La misma lista se halla en Efesios 2.1–3, donde se describe la vida del pecador no salvo. La persona no salva vive para el mundo y la carne y está bajo el control del diablo. Los que confían en Cristo reciben el Espíritu Santo y tienen una nueva naturaleza. Sin embargo, todavía batallan contra estos enemigos.

A. La carne (vv. 1–3).

La palabra «pasiones» no significa necesariamente pasiones sensuales. Significa simplemente deseos. Estos deseos obran en los miembros del cuerpo y estimulan a la carne y crean problemas. Por favor, tenga presente que el cuerpo en sí mismo no es pecaminoso; es la naturaleza caída la que controla el cuerpo la que es pecaminosa. La carne es la naturaleza humana separada de Dios, así como el mundo es la sociedad humana separada de Dios. Es por eso que Romanos 6 nos exhorta a someter los miembros de nuestro cuerpo al Espíritu; véanse también el énfasis en Romanos 8 y Gálatas 5. Nótese también lo que dice Santiago en 1.5 respecto a nuestros deseos.

En el versículo 2 Santiago describe las acciones pecaminosas de estos creyentes: codician, matan para obtener (véase Gl 5.15) y no se detienen a orar respecto a sus deseos. Y, cuando en efecto oran, lo hacen egoístamente para aumentar sus placeres, no para glorificar a Dios. ¡La carne hasta puede estimular a una persona a orar! Por supuesto, cuando un creyente está en guerra consigo mismo no es muy probable que puede tener paz con otros.

B. El mundo (vv. 4–5).

Adulterio espiritual es estar casado con Cristo (Ro 7.4) y sin embargo amar el mundo (2 Co 11.2, 3). En el AT Dios llama «adulterio» a la idolatría de Israel debido a que los ídolos le habían robado la devoción de su pueblo. ¿Cómo pueden los cristianos tener amistad con el mundo cuando han sido llamados a salir de él? (Jn 15.18, 19). Hemos sido crucificados al mundo y este a nosotros (Gl 6.14). Hay cuatro pasos peligrosos que da el creyente para entrar en una relación errada con el mundo: (1) amistad con el mundo, Santiago 4.4; (2) contaminarse con el mundo, Santiago 1.27; (3) amar al mundo (1 Jn 2.15–17; (4) conformarse al mundo, Romanos 12.1, 2. El resultado es que el creyente en componenda es juzgado con el mundo (1 Co 11.32). Lot ilustra esta necedad; véanse Génesis 13.10–13 y el capítulo 19. Los creyentes amigos del mundo son enemigos de Dios. Entristecen al Espíritu, quienes anhelan celosamente su amor.

C. El diablo (vv. 6–7).

Los cristianos que viven para el mundo y la carne se tornan orgullosos y el diablo se aprovecha de esta situación, porque el orgullo es una de sus armas principales. Dios quiere darnos más gracia, ¡más que cualquier cosa que Satanás puede dar! El cristiano debe usar la Palabra para resistir a Satanás (Lc 4.1–13) y el Espíritu lo capacitará para hacerlo. Pero Dios no puede ayudar al cristiano orgulloso, que rehúsa arrepentirse del pecado y humillarse. La gracia es para el humilde, no para el arrogante. Debemos primero someternos a Dios; luego podemos resistir eficazmente al diablo.

Es importante que los cristianos se autoexaminen para ver si alguno de esos enemigos están derrotándolos.

II. Las exhortaciones que debemos atender (4.8–17)

Santiago ahora se vuelve a tres advertencias importantes y llama a los cristianos a arrepentirse de sus pecados. A menos que los individuos en las iglesias estén a bien con Dios, no puede haber paz.

A. Advertencia contra el orgullo (vv. 8–10).

Las guerras y las contiendas se originan en el orgullo; el cristiano sabio siembra semillas de paz (3.13–18). El orgullo nos aleja de Dios; mancha nuestros corazones y obras. De nuevo es el pecado de doble ánimo y esto es básicamente la falta de sumisión. La expresión «purificad vuestros corazones» (v. 8) lleva la idea de tener un corazón casto y fiel, sin amar al mundo ni entristecer al Espíritu. Estos creyentes vivían en placeres, rodeados de risa y gozo mundanos. Necesitaban ser sobrios y serios, quitando el pecado de sus vidas. Santiago promete que si se humillan, Dios les ensalzará. Véanse Mateo 23.12; Lucas 14.11; 1 Pedro 5.6 y Proverbios 29.23.

B. Advertencia contra la crítica (vv. 11–12).

Cuando las personas tienen una mente mundana y llena de orgullo a menudo son dadas a criticar a otros con prontitud. Los conflictos entre estos cristianos tenían su origen en que se juzgaban y hablaban mal los unos de los otros. ¡Aquí tenemos de nuevo a la lengua! (1.19, 20, 26 y 3.5, 6). ¡Cuántas iglesias se han dividido y caído en desgracia debido a lenguas que odian y critican! La Biblia nos enseña que debemos tener discernimiento cristiano (1 Ts 5.21, 22; 1 Jn 4.1–6), pero esto no significa que podemos juzgar los corazones y los motivos de otros. En Mateo 7.1–5 Jesús enseña que los creyentes tienen el derecho de ayudar a otros a vencer sus pecados, pero que primero deben juzgar su propia pecaminosidad. Si tengo una viga en mi ojo, ¿qué derecho tengo de criticar al que tiene una pizca de polvo en el suyo? No puedo ver con suficiente claridad como para ayudarle mientras no haya primero atendido mis propias necesidades. Cuando juzgamos a otros cristianos sin amor y misericordia, nos convertimos en legisladores; y Dios es el único que dicta la ley. Si todos nos dedicáramos a obedecer la Palabra y no a investigar para ver cuán bien otros la obedecen, nuestras iglesias tendrían armonía y paz. Santiago sugiere en el versículo 12 que el único con derecho a juzgar es el que tiene el poder para castigar; o sea, Dios.

C. Advertencia contra la soberbia arrogante (vv. 13–17).

El orgullo, la crítica y la soberbia van juntas. Los humildes oran para que Dios ayude a los cristianos desobedientes y tratan de amarlos al punto de procurar que regresen a la comunión con Cristo. Los humildes saben cómo decir «si el Señor quiere» al hacer sus planes cada día. Pero estos creyentes se jactaban de sus planes y se regocijaban por anticipado en el éxito. ¡Iban a ir a la gran ciudad, establecer grandes negocios y regresar ricos! Les advierte que esta jactancia carnal y soberbia es peligrosa. Para empezar, no sabemos nada respecto al mañana; sólo Dios lo sabe. ¡El que se jacta del mañana está afirmando ser Dios! Es más, la vida en sí misma es incierta, una nube que viene de pronto y se va (Job 7.7; Sal 102.3). No sabemos ni siquiera cómo terminará la vida, de modo que, ¿cómo podemos estar tan confiados? Debemos decir: «Si el Señor quiere, viviremos». Cada creyente necesita estar bien consciente de la brevedad de la vida. «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (Sal 90.12). Jactarse respecto a un futuro desconocido es pecado. Sin embargo, muchas personas planean sin orar ni buscar la dirección de Dios. Viven como el pecador mundano que piensa que tiene seguridad para el futuro, pero descubre que lo ha perdido todo (Lc 12.15–21).

El versículo 17 resume el capítulo y recalca que podemos tanto pecar por negligencia como por acción deliberada. No es simplemente lo que hacemos, sino también lo que no hacemos, lo que es pecaminoso. Es por eso que los puritanos solían hablar de los «pecados de comisión» y los «pecados de omisión». La vida es tan breve que no podemos darnos el lujo de desperdiciarla. Debemos lograr que nuestras vidas sean de valor para la causa de Cristo antes que Él vuelva.

Hay diversas cuestiones en este último capítulo, pero el pensamiento clave parece ser la Segunda Venida de Cristo (vv. 7–9). Cuando los cristianos sinceramente esperan el regreso de Cristo, las evidencias de esta esperanza se muestran en sus vidas.

I. Son pacientes cuando sufren daño (5.1–11).

En aquellos días existía un gran abismo entre el rico y el pobre; la «clase media», como se conoce hoy en día, no era representativa en la sociedad. Parece que el evangelio apelaba a las masas pobres, mientras que los ricos rechazaban a Cristo (con algunas excepciones) y oprimían a los cristianos pobres.

A. Los pecados del rico (vv. 1–6).

Santiago hace una lista de pecados y muestra que el rico sólo se preparaba para el juicio venidero. Primero menciona la avaricia (vv. 1–3). Proclama que los ricos habían amasado su riqueza únicamente para verla desaparecer. Su oro, plata y ropas (véase Mt 6.19, 20) se enmohecerían y la comerían las polillas. Esas mismas riquezas, al esfumarse, testificarían en contra de su presente egoísmo y de nuevo en contra de ellos en el juicio. Habían acumulado tesoros, pero se habían olvidado que el «día postrero» estaba a las puertas y que el juicio se avecinaba. Santiago quizás se refería a la inminente caída de Jerusalén. El segundo pecado que menciona es robar la paga del pobre (v. 4); habían retenido la paga honesta del pobre (véase Lv 19.13). Usaban del fraude para robarse estos jornales y sus pecados los alcanzarían. A menudo oímos la frase «el dinero habla». En este caso los salarios robados clamaban a Dios por justicia y los trabajadores necesitados clamaban a Dios también. «Señor de los ejércitos» (v. 4) es el «nombre de batalla» de Dios. Véanse Isaías 1.9 y Romanos 9.29. ¡Dios vendría con sus ejércitos y juzgaría a esos ladrones! El tercer pecado mencionado es la vida disoluta (v. 5). Es cierto que Dios quiere que disfrutemos de las bendiciones de la vida (véase 1 Ti 6.17), pero no quiere que tal vida sea de desperdicio y lujos mientras se roba a otros en necesidad. Estos hombres vivían con lujo innecesario y gastaban con desenfreno el dinero que no les pertenecía lícitamente. Santiago los compara a ganado torpe que engorda sin moderación, ¡que no se dan cuenta de que sólo los engordan para la matanza! Véase Amós 4.1–3. El pecado final que menciona es la injusticia (v. 6). Los ricos se aprovechaban de su poder para maltratar y matar al pobre. Estos cristianos no hicieron resistencia; dejaron su caso en manos del Juez Justo (Ro 12.17–21).

B. La paciencia del pobre (vv. 7–11).

Santiago anima a estos cristianos que sufrían a poner sus ojos en la promesa de la venida de Cristo. La palabra «paciencia» (v. 8) no significa que debían sentarse ociosos, sin hacer nada. Antes bien, la palabra implica resistencia, soportar, sobrellevando las cargas y librando las batallas hasta que el Señor venga. Usa varias ilustraciones para reafirmar esta lección de paciencia. (1) El agricultor (vv. 7–8). Este siembra la semilla y prepara el suelo, pero no recoge la cosecha de inmediato. Dios envía la lluvia para regar la tierra y luego viene la cosecha. (La lluvia temprana venía en octubre y noviembre, y la tardía en abril y mayo.) Asimismo, el cristiano debe ser paciente, sabiendo que «a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gl 6.9). (2) El juez (v. 9). Por lo visto, sus pruebas habían convertido a algunos cristianos en criticones y los quejosos emergieron en la iglesia. Santiago les recuerda que no deben juzgar; Cristo, el Juez, ¡está a la puerta! Él oye lo que se dice y vendrá pronto y arreglará todas las cosas. Murmurar y quejarse es un pecado serio en el pueblo de Dios. Si todos recordáramos que Cristo viene, no nos quejaríamos ni criticaríamos tanto. (3) Los profetas (vv. 10–11). Santiago les menciona a estos cristianos los creyentes del AT, quienes sufrieron a manos de pecadores y sin embargo dejaron sus aflicciones a Dios y obtuvieron la victoria. Job es un ejemplo clásico. Dios tenía en mente un propósito y resultado maravillosos al permitir que probaran a Job, aun cuando este no comprendía lo que Dios estaba haciendo. Sin importar qué pruebas pudieran venir a nuestras vidas, sabemos que Dios está lleno de amor y misericordia y que todas las cosas ayudan a bien.

II. Son puros en su hablar (5.12)

Santiago no prohíbe los juramentos legales, porque incluso Jesús pronunció su juramento durante su juicio (Mt 26.63, 64). Nos dice que tengamos una palabra tan honesta y sincera que no necesitemos «respaldarla» con promesas y juramentos. Los ricos no guardaban sus promesas; pero el cristiano siempre debe guardar su palabra, incluso cuando le haga daño personalmente.

III. Oran en sus pruebas (5.13–18)

En ninguna parte la Biblia le promete a los cristianos que tendrán una vida fácil, pero sí nos dice qué hacer cuando vienen las pruebas. Algunos cristianos tendrán aflicción, o sea, atravesarán una prueba específicamente planeada por Dios. ¿Qué deben hacer? ¡Orar! Santiago no promete que Dios quitará la aflicción, pero sí sugiere que Dios dará la gracia necesaria para soportarla. Véase 2 Corintios 12. Otros cristianos se enfermarán y la sugerencia en el versículo 15 es que esta enfermedad es el resultado del pecado (véase 1 Co 11.30). ¿Qué debían hacer? Llamar a los líderes de la iglesia y pedir oración. Esto no es un rito de la iglesia para preparar a la persona para morir, porque Santiago dice que resultará en la curación del cuerpo de la persona. «Ungir» (v. 14) es una palabra común para «masaje»; se la usa en Marcos 16.1, donde las mujeres querían preparar el cuerpo de Cristo para la sepultura. El aceite era una medicina común en esos días; los médicos a menudo ungían al enfermo con aceite (Lc 10.34). El cuadro aquí es el de los santos que no sólo oran los unos por los otros, sino que también usan los medios que Dios ha provisto para la salud. En el versículo 16 Santiago resume la lección: los cristianos deben confesar sus pecados (cuando han pecado el uno contra el otro) y orar los unos por los otros.

Santiago creía en la oración. Es más, la tradición nos dice que pasaba tanto tiempo en oración que sus rodillas se habían endurecido y encallecido. Dios obra eficazmente mediante la oración, pero esta debe proceder de un corazón limpio y consagrado. Santiago usa a Elías como el ejemplo del poder de la oración; véase 1 Reyes 17ss. «Pasiones semejantes» (v. 17) quiere decir: «con una naturaleza como la de otros hombres»; véase Hechos 14.15. No fueron los dones naturales de Elías lo que lo hicieron un gran hombre de oración; fue su consagración y fe.

IV. Son persistentes en ganar almas (5.19,20)

Podemos ensimismarnos tanto en nuestras pruebas que nos olvidamos de las necesidades de los perdidos y de los creyentes que se han descarriado. El significado básico de estos versículos es que los santos deben procurar traer a los hermanos descarriados de regreso al Señor. «Hacerle volver» simplemente significa «hacerle regresar» (Lc 22.32). Cuán fácil es para un santo ser seducido a apartarse de la verdad. Los cristianos desobedientes están en peligro de seria disciplina, incluso de muerte (1 Co 11.30). Debemos buscarlos con amor y ayudarles en la restauración (Gl 6.1). Cuando lo hacemos así, los rescatamos de la muerte (la disciplina de Dios) y, en amor, vemos sus pecados cubiertos (véase 1 P 4.8).

Pero también podemos aplicar estos versículos a los perdidos. Conforme vemos que el regreso de Cristo se acerca, ¡cuánto necesitamos dedicarnos a testificar! El cristiano que realmente cree en la venida de Cristo no puede evitar anhelar ganar a otros.

I y 2 Pedro

Bosquejo sugerido de 1 Pedro

Saludo (1.1,2)

I. La gracia de Dios en la salvación (1.3–2.10)
   - A. Vivir en esperanza (1.3–12)
   - B. Vivir en santidad (1.13–21)
   - C. Vivir en armonía (1.22–2.10)

II. La gracia de Dios en la sumisión (2.11–3.12)
   - A. Sometimiento a las autoridades (2.11–17)
   - B. Sometimiento a los amos (2.18–25)
   - C. Sometimiento en el hogar (3.1–7)
   - D. Sometimiento en la iglesia (3.8–12)

III. La gracia de Dios en el sufrimiento (3.13–5.11)
   - A. Haga de Cristo el Señor de su vida (3.13–22)
   - B. Tenga la actitud de Cristo (4.1–11)
   - C. Glorifique el nombre de Cristo (4.12–19)
   - D. Espere la venida de Cristo (5.1–6)
   - E. Dependa de la gracia de Cristo (5.7–11)

Despedida (5.12–14)

Bosquejo sugerido de 2 Pedro

I. Explicación: El conocimiento de Cristo (1)
   - A. Este conocimiento es dado (1.1–4)
   - B. El crecimiento en conocimiento (1.5–11)
   - C. Las bases para el conocimiento (1.12–21)

II. Examen: Los falsos maestros (2)
   - A. Su condenación (2.1–9)
   - B. Su carácter (2.10–17)
   - C. Sus declaraciones (2.18–22)

III. Exhortación: El verdadero cristiano (3)
   - A. Amados[...] que tengáis memoria (3.1–7)
   - B. Amados, no ignoréis (3.8–10)
   - C. Amados[...] procurad con diligencia (3.11–14)
   - D. Amados[...] guardaos (3.15–18)

Notas preliminares a 1 y 2 Pedro

I. Autor

El apóstol Pedro es el autor de las dos cartas que llevan su nombre. Al escribir estas cartas Pedro continuaba cumpliendo el mandamiento que Cristo le dio de «apacentar» sus corderos y ovejas (Jn 21.15–17). La «Babilonia» de 1 Pedro 5.13 quizás sea Roma (véase Ap 17.5, 18), adonde Pedro fue poco antes de su muerte para ministrar a las iglesias que sufrían (2 P 1.12–15). No hay evidencia bíblica ni histórica de que Pedro fundó la iglesia de Roma y sirvió como su «obispo» por veinticinco años, como afirma la tradición. Había varias congregaciones en Roma cuando Pablo escribió Romanos (véase especialmente Ro 16, en la cual se mencionan varios «grupos en casas»). Pablo mismo nunca hubiera ido a Roma a ministrar si Pedro hubiera estado allí primero. La norma de Pablo era ir a lugares a donde ningún otro apóstol había ido (Ro 15.20).

II. Situación

Nerón empezó una terrible persecución contra los cristianos en octubre del año 64 d.C. Fue más severa en la misma Roma, en donde Nerón quemaba vivos a los cristianos para iluminar sus jardines por la noche. Algunos estudiosos creen que Pablo fue puesto en libertad en la primavera del año 64 y viajó a España (Ro 15.28) dejando a Pedro para que ministrara a los creyentes en la ciudad. Se menciona a Silas y Marcos junto con Pedro (1 P 5.12, 13), de modo que Pablo debe haberlos dejado y viajado a España con otros compañeros. Nerón quemó a Roma en julio y empezó su persecución en octubre.

Pedro sabía que el «fuego de prueba» (4.12ss) se esparciría desde Roma a las provincias romanas y quería animar a los santos allí. Pablo no estaba cerca para hacerlo, de modo que Pedro escribió estas dos cartas, inspirado por el Espíritu Santo, a las iglesias que Pablo había fundado en el Asia Menor (1 P 1.1; 2 P 3.1). Estos creyentes ya habían enfrentado persecuciones locales y personales (1 P 1.6, 7; 3.13–17), pero Pedro quería que se alistaran para las severas pruebas que se avecinaban (4.12ss; 5.9, 10).

Una lectura cuidadosa de 1 Pedro y Efesios (la cual también fue escrita a los santos del Asia Menor) muestra más de cien similitudes en enseñanza y expresiones. Es como si el Espíritu nos estuviera diciendo que Pedro y Pablo concordaban en las verdades espirituales; es más, Pedro mismo señala los escritos de Pablo (2 P 3.15, 16, que tal vez se refiera a Hebreos). Compárense las dos doxologías (Ef 1.3 y 1 P 1.3), por ejemplo. Las siguientes son algunas de las similitudes: 1 Pedro 1.12 / Efesios 3.5, 10; 1 Pedro 2.2 / Efesios 4.13, 15; 1 Pedro 4.10 / Efesios 4.7, 11; 1 Pedro 4.11 / Efesios 3.6, 21.

III. Tema

El tema principal de 1 Pedro es la gracia (5.12); es más, se usa la palabra «gracia» en cada capítulo: 1.2, 10, 13; 2.19, 20 (donde «aprobado» puede traducirse también como «gracia», del original en griego); 3.7; 4.10; 5.5, 10, 12. El objetivo de Pedro es testificar de la suficiencia de la gracia de Dios. A Pedro lo arrestaron y sometieron a juicio después de escribir su primera carta; y la segunda la escribió mientras esperaba la ejecución (2 P 1.13–21). El tema de la segunda carta es la seguridad que viene del conocimiento. Pedro vio el peligro de la falsa doctrina en la iglesia y advirtió a los creyentes a guardarse (3.17). En otras palabras, las dos cartas juntas enfatizan los peligros que enfrentaba la iglesia: Satanás podía venir como un león para devorar con persecución (1 P) o como una serpiente para engañar con falsa doctrina (2 P). Satanás es un mentiroso y homicida (Jn 8.44, 45). El cristiano puede estar seguro de que la gracia de Dios le sacará adelante en medio de las feroces pruebas; y su conocimiento de la verdad vencerá a los falsos maestros que se levantarán en la iglesia (2 P 2). Estas palabras resumen las dos cartas: 1 Pedro, gracia; 2 Pedro, conocimiento. Pedro nos insta a crecer tanto en la gracia como en el conocimiento (2 P 3.18).

1 Pedro 1

El saludo en los versículos 1–2 identifican al escritor como Pedro, un apóstol (alguien enviado con una comisión). No afirma tener ningún otro título, ni aquí ni en 5.1ss. Sus lectores son «expatriados», o sea, «extranjeros residentes» en una tierra foránea. Esto era cierto políticamente, porque eran judíos lejos de su tierra natal; pero también era cierto espiritualmente, porque su ciudadanía estaba en los cielos (Flp 3.20). «Dispersión» es lo mismo que «esparcidos», como el agricultor esparce las semillas. Los creyentes son la simiente de Dios (Mt 13.38) y Él los planta donde quiere. Algunas veces usa la persecución para esparcir la semilla (Hch 8.1; 11.19ss). El versículo 2 bosqueja el plan de salvación: somos elegidos por el Padre, separados para la fe por el Espíritu y limpiados por la sangre de Cristo. El Padre nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1.4); el Hijo nos salvó cuando murió por nosotros; pero fue necesario que nos estregáramos al Espíritu para sellar la transacción.

Pedro ahora describe cómo deben vivir los creyentes en este mundo hostil:

I. Vivir en esperanza (1.3–12)

La persona no salva vive «sin esperanza» (Ef 2.12); el creyente, sin embargo, goza de una esperanza viva porque tiene un Salvador que vive. Cristo es nuestra Esperanza (1 Ti 1.1) y esperamos que regrese pronto. El cristiano no trabaja para lograr esta esperanza; es una parte de sus derechos por nacimiento espiritual. Hemos renacido (Jn 3.5) para esta esperanza viva.

Esta esperanza no sólo es viva; es una esperanza duradera (vv. 4–5). Está reservada en los cielos, donde no se puede podrir («incorruptible»), ni contaminar, ni perder su belleza y deleite. Pero no sólo es la esperanza reservada; el creyente también es guardado (como por un soldado) por el Señor. Somos guardados por el poder de Dios debido a la fe que hemos depositado en Él. La seguridad eterna no se basa en la fe de los hombres, sino en la fidelidad de Dios. El creyente es salvado; está siendo salvado diariamente (mediante la santificación); y será salvado por completo cuando Cristo vuelva (Ro 8.15–25). El fin (completar, perfección) de nuestra fe será la salvación completa del creyente (v. 9), quien heredará un nuevo cuerpo.

Sin embargo, hasta que Cristo regrese el creyente debe atravesar pruebas. Una fe que no se puede probar no es confiable. Nuestro sufrimiento es nada más que «por un poco de tiempo», según el Señor lo ve («si es necesario», v. 6); pero la gloria será para siempre. El versículo 7 compara la prueba de nuestra fe con la del oro. La palabra «prueba» significa «aprobación». La comparación que sugiere el Dr. Kenneth Wuest es que el minero trae una muestra para que sea probada. El examinador le extiende un certificado que indica que la muestra contiene oro. El certificado es la aprobación de la muestra y ese papel vale mucho más que la pequeña muestra que se analizó. Nuestra fe se prueba de la misma manera, con una «muestra»; y la aprobación de nuestra fe significa que hay un sinfín de riquezas más adelante. El sufrimiento que soportamos aquí resultará en más gloria cuando Cristo venga. Sabiendo esto, le amamos más.

En los versículos 10–12 Pedro nos recuerda que los profetas del AT hablaron de esta salvación que disfrutamos. No comprendieron por completo, sin embargo, el tiempo o las circunstancias en las cuales aparecerían. Vieron la cruz y el reino, pero no percibieron por anticipado el «valle» entre los dos, esta presente edad de la Iglesia.

II. Vivir en santidad (1.13–21)

La bendita esperanza debe hacernos vivir en santidad (1 Jn 3.1–3). Debemos «reunir nuestros pensamientos» y no dejarlos que vuelen libres (véase Éx 12.11). Otro motivo para la vida santa es el mandamiento de la Palabra (Lv 11.44; 19.2; 20.7). «Santo» no significa perfección sin pecado, pues de todas maneras es una condición imposible en esta vida (1 Jn 1.8–10). Significa separado, apartado para Dios. Si somos hijos de Dios, debemos ser como nuestro Padre.

Un tercer motivo para una vida santa es el juicio de Dios (v. 17). Dios castiga a sus hijos hoy y prueba sus obras en el tribunal de Cristo (1 Co 3.1ss). Dios no tiene «favoritos», sino que trata a todos sus hijos por igual.

Los versículos 18–21 nos dan un cuarto motivo para la vida consagrada: el precio que Cristo pagó en la cruz. Antes de ser salvos la vida era vacía y sin significado («vana», v. 18); pero a través de Él ahora están completas y felices. Nuestra salvación no fue comprada con dinero; requirió la sangre de Jesucristo, el Cordero de Dios sin mancha (Jn 1.29). Dios planificó su muerte edades antes de que nosotros siquiera hayamos nacido; sin embargo, ¡Dios, en su gracia, nos incluyó en ese plan! Cuán agradecidos debiéramos estar y qué mejor manera de mostrar nuestra gratitud que rendirnos por completo a Él (1 Co 6.15–20).

III. Vivir en armonía (1.22–25)

La salvación nos da una esperanza viva, un deseo por una vida santa y una maravillosa comunión con el pueblo de Dios. El Espíritu de Dios nos amó y nos trajo a Cristo; este mismo Espíritu ha derramado en nosotros amor por el pueblo de Dios (Ro 5.5; véase 1 Jn 3.16ss). En el versículo 22 Pedro usa dos palabras para referirse al «amor»: una que significa amor fraternal y otra amor divino (ágape). El cristiano

posee amor fraternal; pero necesita ejercer energía espiritual y amar a otros de la manera que Dios le amó. Incluso las personas no salvas pueden mostrar amor fraternal; es necesario un cristiano, controlado por el Espíritu, para mostrar el amor ágape.

A Pedro le agrada la expresión «renacer»; la usa en 1.3 y 1.23. Somos renacidos mediante la misericordia de Dios para una esperanza viva y somos renacidos por la Palabra para un amor por el pueblo de Dios. Compara a la Palabra con la semilla, así como Jesús lo hace en la parábola del sembrador (Mt 13.1–9, 18–23). Como una semilla, la Palabra es pequeña y al parecer insignificante, pero tiene en sí vida y poder. La Palabra debe plantarse para que haga algún bien; pero cuando se planta en el corazón, produce fruto. La Palabra de Dios es eterna y el fruto que produce es eterno; pero las cosas de la carne no durarán. En los versículos 24–25 Pedro se refiere a Isaías 40.6–8. ¡Cualquier cosa que hagamos en obediencia a la Palabra de Dios durará para siempre! Pero cualquier cosa que hagamos con el poder de la carne se verá hermoso por un tiempo, pero luego morirá.

La armonía cristiana es una bendición para el Señor, la iglesia y los mismos creyentes (Sal 133). Si cada creyente obedece la Palabra y practica el amor, habrá armonía.

I Pedro 2

El «pues» del versículo 1 conecta esta sección con el tema de 1.23: «siendo renacidos». El pensamiento clave de 2.1–3.7 es la sumisión (2.13, 18; 3.1, 5).

I. Nuestros privilegios celestiales (2.1–10)

A. Hijos de la familia de Dios (vv. 1–3).

La frase «niños recién nacidos» es la misma que se usa para el niño Jesús en Lucas 2.16. El nuevo creyente es un bebé que necesita leche (1 Co 3.1–3; Heb 5.13, 14). Es más, una de las evidencias de la vida espiritual es el hambre de alimento espiritual, la Palabra de Dios. No debemos seguir siendo niños en Cristo, sino que así como el bebé tiene gran apetito, nosotros debemos tener similar deseo por la Palabra de Dios. A medida que crecemos en el Señor debemos incluir carne y pan en nuestra dieta espiritual (Mt 4.4). Nos convertimos en «jóvenes» y «padres» en la familia (1 Jn 2.12–14). Nuestro alimento debe ser la Palabra no adulterada, no una mezclada con filosofías y doctrinas humanas (2 Co 2.17). Una vez que hemos saboreado las bendiciones del Señor (Sal 34.8), queremos abandonar los viejos pecados de la carne: malicia, engaño, hipocresías, envidias, etc., y cultivar un apetito por la Palabra de Dios.

B. Piedras en el templo de Dios (vv. 4–8).

Pedro jamás dijo ser «la roca» sobre la cual está edificada la Iglesia (Mt 16.18); claramente afirma que Cristo es la Piedra (v. 4). Cristo fue rechazado por los hombres, pero escogido por Dios. Lea con cuidado Mateo 21.33.46, Isaías 28.16, Hechos 4.11 y Salmo 118.22, 23. Los creyentes son piedras vivas edificadas sobre la Piedra Viva (1.3), formando un templo espiritual para la gloria de Dios (Ef 2.19–22). También somos sacerdotes en este templo, ofreciendo sacrificios espirituales a través de Cristo (véase Heb 13.15, 16). Cristo, la Piedra, es rechazado por los hombres; pero el que cree en Él no será avergonzado. Los incrédulos tropiezan con esta Piedra y un día ella los destrozará; pero para nosotros, Él es precioso.

C. Ciudadanos de una nueva nación (vv. 9–10).

La Iglesia es «el pueblo de Dios», su nación santa, su «Israel» (véanse Éx 19.6; Gl 6.16). Esto no quiere decir que las promesas del AT no se cumplirán literalmente para los judíos en el reino, sino más bien que la Iglesia hoy es para Dios lo que Israel fue para Él en el antiguo pacto, en un sentido espiritual. Puesto que Cristo es nuestro Rey-Sacerdote, somos un sacerdocio real. «Adquirido» (v. 9) significa «para la posesión propia de uno» (Ef 1.14). Es un gran privilegio ser un hijo de Dios y tener ciudadanía en el cielo (Flp 3.10).

II. Nuestras responsabilidades terrenales (2.11–25)

A. Sometimiento a las ordenanzas (vv. 11–17).

Como peregrinos y extranjeros (extraños y exiliados) podemos pensar que no tenemos ninguna responsabilidad hacia el gobierno humano, pero Pedro nos dice que tenemos una obligación incluso mayor para obedecer las leyes. El mundo no salvo observa al cristiano; por consiguiente, mediante el poder del Espíritu debemos abstenernos de los pecados. Nuestra conducta («manera de vivir», v. 12) debe ser honesta (decente, apropiada), porque esta es la única manera de silenciar su charla malévola. El versículo 12 enseña que nuestras buenas obras pueden ayudar a conducir a los perdidos a Cristo y ellos alabarán a Dios en el día que Él los visite y los salve. Aunque tal vez no les tengamos respeto a los que están en posición de autoridad, debemos respetar el oficio que representan y obedecer las leyes. Sí, el cristiano es libre, pero su libertad no es libertinaje (Gl 5.18). Léase en Romanos 13 el consejo que Pablo da sobre este asunto.

B. Siervos y amos (vv. 18–25).

Pedro habla aquí a los siervos que eran salvos y miembros de las iglesias locales. Véanse Efesios 6.5–8 y Colosenses 3.22. Es interesante notar que ni Pedro ni Pablo atacan la esclavitud como institución. Más bien animan a los esclavos a ser cristianos devotos y a obtener su libertad si podían.

Los siervos deben mostrar sumisión y reverencia a sus amos, incluso si estos son irrazonables y difíciles de tratar. Este mismo principio se aplica a los trabajadores de hoy. A menudo los supervisores inconversos tratan de «señorear» sobre los empleados cristianos y perseguirlos de diferentes maneras. Lo más fácil de hacer es desquitarse, pero esto es un método equivocado. Pedro explica que todo el mundo, salvos o perdidos, puede y debe soportarlo si el castigo es por sus faltas. Sólo un cristiano puede hacer bien y «soportarlo» si sufre injustamente. Nótese esa importante palabra: «injustamente», porque Pedro no nos dice que busquemos excusas para sufrir. Habla sobre el sufrimiento por el nombre de Cristo (véase Mt 5.9–12), sufrimiento cuando no hemos hecho nada malo, sino que hemos dejado que brille nuestra luz. La palabra griega para «aprobación» y «aprobado» en los versículos 19–20 es la misma que se usa para «gracia». ¿Qué gracia se muestra si soportamos sufrimiento por nuestras faltas? Se necesita gracia verdadera para soportar cuando uno hace bien pero de todas maneras se nos trata mal. Véase Lucas 6.32–36.

Pedro da la «conciencia delante de Dios» (v. 19) como una razón por la cual los cristianos sufren injustamente. En el versículo 21 da una segunda razón: los cristianos han sido llamados a sufrir. No debemos esperar que nuestras vidas sean un lecho de rosas, ni debemos sorprendernos cuando vengan las pruebas (4.12ss). Jesús prometió que sus seguidores serían perseguidos por causa de su nombre.

Pedro entonces señala a Cristo como nuestro ejemplo en el sufrimiento. No enseña que somos salvos por seguir a Cristo. ¡El pecador está muerto y un muerto no puede seguir a nadie! En sus sufrimientos sobre la tierra Cristo es nuestro ejemplo de cómo soportar y glorificar a Dios. Pedro fue testigo de los sufrimientos de Cristo (5.1); sabía que su Señor no había cometido pecado alguno y que lo condenaron injustamente. En palabra, actitud y obra nuestro Señor sentó un ejemplo perfecto para que sigamos. No discutió; no se desquitó; no insultó a sus acusadores después que le insultaron. Simplemente se encomendó a su Padre y le dejó el resultado a Él. Puesto que Jesús vive en nosotros (Gl 2.20), nos puede capacitar para actuar como Él actuó cuando el mundo nos persiga.

De nuevo Pedro nos lleva a la cruz (vv. 24–25), recordándonos que Cristo murió por nosotros y que nosotros morimos con Él (Ro 6). Nuestra identificación con Cristo en su muerte (2.24) y en su resurrección (1.3) hace posible que vivamos en rectitud. Hemos sido sanados de la enfermedad del pecado mediante su sacrificio en la cruz. El versículo 24 se refiere a la sanidad del alma en el perdón de los pecados.

El cuadro del pastor y las ovejas (v. 25) debe haber significado mucho para Pedro, puesto que había oído a Jesús enseñar sobre el Buen Pastor (Jn 10) y puesto que Cristo le había ordenado que apacentara sus ovejas (Jn 21). El pecador perdido es una oveja descarriada (Is 53.6; Lc 15.3–7); pero Cristo, el Pastor, le busca y le salva. La palabra «obispo» (v. 25) significa «supervisor»; Cristo nos salva, luego nos vigila para guardarnos del mal.

Pedro ha llenado este capítulo con impactantes imágenes del creyente. Somos bebés alimentándonos de su Palabra; piedras en el templo; sacerdotes en el altar; generación escogida; pueblo adquirido; nación santa; el pueblo de Dios; extranjeros y peregrinos; discípulos siguiendo el ejemplo del Señor; y ovejas que cuida el pastor. La vida cristiana es tan rica y plena que se necesita de todas estas comparaciones y muchas más para mostrar cuán maravillosa es.

I Pedro 3

Pedro continúa el tema de la sumisión (3.1, 5, 22) y muestra que el cristiano debe estar sujeto en tres áreas de la vida.

I. Sumisión en el hogar (3.1–7)

A. El esposo no salvo.

Pedro se refiere a un hogar dividido. Después de casada, la mujer llega a confiar en Cristo, pero el esposo no es creyente. Pedro describe cómo la esposa puede ganar al marido para el Señor.

B. La esposa cristiana.

Debe estar sujeta a su marido y mostrarle honor y respeto (Ef 5.22; Col 3.18). No debe hostigarlo ni predicarle, sino vivir una vida tan devota que su esposo pueda ser ganado para Cristo «sin palabra», o sea, sin predicación ni alegatos. Los seres queridos no salvos observan nuestra vida; si reflejamos a Cristo, podemos ganarlos.

Su conducta debe ser pura (casta) y su atención debe centrarse en la persona interior y no en la apariencia externa. Pedro no prohíbe que las mujeres usen joyas; lo que prohíbe es ir a extremos mundanos simplemente para «andar a la moda». Véase 1 Timoteo 2.9–12. «Peinados ostentosos» (v. 3) quiere decir los peinados exagerados, entretejiendo decoraciones de oro y cosas por el estilo. «Vestidos» (v. 3) se refiere a ropas decorativas en particular, las «cosas adicionales extravagantes» que llaman la atención. Las mujeres cristianas pueden ser atractivas sin ser mundanas. Es más, las modas ostentosas que el mundo acostumbra mucho a vestir, abochornaría a la mujer cristiana devota y haría difícil su testimonio.

La verdadera belleza viene desde adentro (v. 4). Pedro usó a Sara, la esposa de Abraham, como ejemplo. Ella era una mujer hermosa, por cuanto varios reyes trataron de quitársela a su marido; sin embargo, fue devota al Señor y a su esposo. Génesis 18.12 indica que incluso llamaba a Abraham mi «señor». No era esclava, por supuesto; más bien, estaba expresando su sumisión basada en el amor. Cuando una cristiana es fiel al Señor y a su esposo nunca tendrá temor de lo que pudiera pasar, porque Dios gobernará e invalidará las amenazas. La palabra «amenazas» en el versículo 6 significa «terror».) Por supuesto, una mujer cristiana nunca debe casarse con un hombre que no es digno de su amor y respeto.

C. Vivir como un esposo cristiano.

«Igualmente» (v. 7) indica una actitud similar de amor y respeto de parte del esposo. El matrimonio es una relación mutua. Los esposos no deben quedarse en la ignorancia, sino que deben crecer en el conocimiento del Señor y de su cónyuge. El esposo debe honrar a su esposa. Ellas son coherederas de la gracia de la vida, lo que sugiere que los hijos son herencia del Señor. Si hay disparidades entre los cónyuges cristianos, serán estorbadas sus oraciones; provocarán problemas en el hogar. Pedro da por sentado que los cónyuges no sólo viven juntos; ¡también oran juntos!

II. Sumisión bajo el sufrimiento (3.8–14)

El versículo 8 describe el amor entre cristianos en la iglesia; lo contrasta con el conflicto que se encuentra en Santiago 4. En los versículos 9–14, Pedro se refiere a los cristianos que sufren en el mundo. Este es el sufrimiento que día tras día soportamos, no la «prueba de fuego» del sufrimiento especial que aparece más tarde (4.12ss). ¿Cómo deben los cristianos actuar cuando el mundo los persigue?

A. Deben ser una bendición (v. 9).

Lea Lucas 6.22–28. Vencemos el odio al mostrar amor. La mejor manera de enfrentar al calumniador y al perseguidor es con paciencia y gracia. ¡Deje que el Señor haga el resto!

B. Deben mantenerse limpios (vv. 10–11).

Se refiere al Salmo 34.12–16. «El que quiere amar la vida» es una excelente traducción del versículo 10. «Apartarse» significa «evadir» y «seguir» significa «procurar alcanzarla».

C. Deben recordar que Dios está vigilando (vv. 12–14).

Dios ve los problemas y oye nuestros clamores. Sabe cómo enfrentarse a quienes nos persiguen por su causa. En lugar de quejarnos debemos regocijarnos de que sufrimos por su causa (Mt 5.11, 12; Hch 5.41).

III. Sujeción a Cristo (3.15–22)

«Santificad a Dios como Señor» es una traducción mejor del versículo 15. Póngalo en el trono de su corazón. Si Él controla nuestras vidas, siempre tendremos una respuesta cuando nos pregunten respecto a la esperanza que tenemos en Él (Mc 13.11). Un corazón rendido y una buena conciencia, nos darán paz cuando nos acusen falsamente.

Los pecadores pueden acusarnos, pero Dios conoce el corazón; y nosotros tememos a Dios, no a los hombres (Is 8.12, 13). De nuevo Pedro les recuerda los sufrimientos de Cristo, que fue acusado falsamente y sin embargo dejó el asunto en las manos del Padre.

El misterio de los «espíritus encarcelados» (vv. 19–20) ha dejado perplejos a los estudiosos por muchos años, y no todos los intérpretes concuerdan sobre lo que significa. Sólo tenga presente la lección principal de este pasaje: Cristo sufrió injustamente, pero Dios le honró y le dio gloria (v. 22). El resto de este pasaje describe principalmente la buena conciencia del creyente delante de Dios. En cuanto a los problemas que surgen de las otras partes del pasaje, se han dado varias explicaciones. Algunos sugieren que Cristo dio a los muertos en el infierno una segunda oportunidad de salvación, pero esto es contrario a lo que enseña el resto de la Biblia. Otros sugieren que Pedro sólo dice que el mismo Espíritu Santo que levantó a Cristo de los muertos (v. 18) predicó mediante Noé y que Cristo, entre su muerte y su resurrección, visitó los espíritus de estas personas perdidas en prisión (el mundo de los muertos) y anunció su victoria. No se explica por qué Jesús visitó a estos hombres y no a otros.

Una buena explicación, sin embargo, es que los «espíritus encarcelados» son los ángeles caídos de Génesis 6, que convivieron con las hijas de los hombres yendo «en pos de vicios contra naturaleza» como lo explica Judas 6–7. La palabra «encarcelados» en el versículo 19 hace referencia al lugar de juicio mencionado en 2 Pedro 2.4: «prisiones de oscuridad». Fue esta violación de la orden de Dios lo que contribuyó a que viniera el diluvio, lo cual explica por qué Pedro menciona a Noé. Nótese también que el tema de Pedro es la sujeción de los ángeles a Cristo (v. 22). Estos ángeles caídos no estuvieron sujetos a Él y por consiguiente fueron juzgados.

Entre su muerte y resurrección Cristo visitó a estos ángeles en prisión y anunció su victoria sobre Satanás. La palabra «predicó» en 3.19 significa «anunciar» y no «predicar el evangelio». Jesús anunció la condenación de ellos y la victoria que tenía sobre todos los ángeles y autoridades. Es muy probable que en este tiempo Cristo «llevó cautiva la cautividad» (Ef 4.8), rescató las almas piadosas que moraban en el Hades (véase Lc 16.19–31) y las llevó al cielo consigo. No hay ningún indicio aquí de que alguien haya tenido una segunda oportunidad de ser salvo después de la muerte.

Pedro entonces liga a Noé al tema del bautismo. El diluvio fue en realidad un bautismo global de agua; el mundo está ahora reservado para un bautismo global de fuego (2 P 3.5–7). Pedro no dice que el bautismo nos salva ni que el agua lave pecados. Es más, deja en claro que el bautismo no puede quitar la inmundicia de la carne. La sumisión al Señor en el bautismo es una cuestión interna, la respuesta de una buena conciencia delante de Dios. El bautismo es un cuadro de muerte, sepultura y resurrección. El bautismo de Cristo en agua que realizó Juan el Bautista fue un símbolo del bautismo del Señor en su sufrimiento en la cruz (Lc 3.21, 22; 12.50). Cristo mismo designó a Jonás como señal de su muerte, sepultura y resurrección. El agua que sepultó al mundo perverso condujo a Noé a la seguridad. El agua no lo salvó; lo hizo el arco iris. De esta manera Noé mostró de antemano la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Nótese también que Noé envió una paloma; y cuando Cristo fue bautizado, una paloma vino y se posó sobre Él.

Este es un pasaje complejo, de modo que tenga presente las lecciones principales: (1) Cristo es Señor de todos y debemos someternos a Él; (2) una buena conciencia nos fortalece en la prueba; (3) el bautismo cristiano, ilustrado por el diluvio, es un cuadro de la muerte, sepultura y resurrección, pero no salva el alma. El bautismo es importante porque indica nuestra sumisión al Señor.

I PEDRO 4

Los capítulos 4 y 5 analizan la gracia de Dios en el sufrimiento. Pedro ya se ha referido al sufrimiento cotidiano que enfrenta el cristiano (por ejemplo: reproche, acusaciones); pero ahora les dice a sus lectores que el «fuego de prueba» de la persecución oficial está a punto de caerles encima. En este capítulo da tres maravillosos y benditos beneficios que pueden venir a los cristianos cuando estos atraviesan sufrimiento en la voluntad de Dios.

I. El sufrimiento purifica al santo (4.1–6)

Cuando la vida es fácil nos deslizamos y caemos en el descuido y el pecado; pero el sufrimiento cambia nuestros valores y metas. El «fuego de prueba» es un horno que purifica el oro y permite que Dios elimine la escoria (Sal 66.10). Esto es lo que hace el sufrimiento por nosotros:

A. Nos identifica con Cristo (v. 1).

Él sufrió por nosotros para poder salvarnos del pecado. Cuando nosotros sufrimos por Él y con Él, aprendemos a detestar el pecado y a amarle más. Pedro les anima a tener «el pensamiento de Cristo» y a que se den cuenta de que su identificación con Cristo significa victoria sobre el pecado. Esta es la versión de Pedro de Romanos 6.

B. Nos recuerda que la vida es corta (vv. 2–3).

Damos la vida por sentado hasta que tenemos que sufrir, y entonces nuestros valores cambian. ¡Qué necio es que el cristiano desperdicie «el tiempo que resta» corriendo con el mundo y pecando! Hay una mejor manera. Antes que vivir en la voluntad de hombres pecadores, debemos vivir en la voluntad de Dios.

C. Enfoca el juicio divino (vv. 4–6).

El cristiano vive de acuerdo al juicio de los hombres o por el juicio de Dios. El mundo piensa que es extraño que ya no nos unamos a ellos en el pecado y hablan mal de nosotros. Pero su ultraje no nos perturba; Dios los juzgará algún día. Ellos darán cuenta a Dios. El versículo 6 pudiera parafrasearse de la siguiente manera: «Hay personas muertas físicamente ahora, pero vivas con Dios en el espíritu con que fueron juzgadas por el mundo. Pero oyeron el evangelio antes de morir y creyeron. Sufrieron y murieron debido a su fe, ¡pero están vivos con Dios! Es mejor sufrir por Cristo e ir a estar con Dios, que seguir al mundo y estar perdido». No hay conexión entre 4.6 y 3.19–20, ni tampoco hay aquí ninguna sugerencia de una segunda oportunidad para el perdido después de la muerte.

Para los cristianos es importante «armarse» de la misma actitud hacia el mundo, el pecado y el sufrimiento que Jesús tuvo mientras estaba en la tierra. Si enfrentamos el sufrimiento sin una actitud espiritual, en lugar de purificarnos nos amargará.

II. El sufrimiento unifica a la iglesia (4.7–11)

Pedro repite la exhortación: «Sed, pues, sobrios» (véanse 1.13 y 5.8). Les recuerda que Cristo viene pronto (5.4) y que, en medio del sufrimiento, los santos tienen responsabilidades el uno hacia el otro. Orar es una de ellas; lo mismo que el ferviente amor; la palabra «ferviente» aquí significa «extendido». El amor cristiano nunca llega al punto de romperse. Ya es demasiado malo cuando el mundo acusa a los santos; así que estos no deben acusarse los unos a los otros. El amor ayudará a cubrir los pecados de los santos. El amor no limpia el pecado, pero sí cubre el pecado siempre que no ande por todas partes hablando de los pecados de otros.

Pedro exhorta a estos cristianos tanto a abrir sus hogares como sus corazones. La hospitalidad cristiana es una bendición olvidada en la iglesia moderna y necesitamos restaurarla.

Por último, los cristianos necesitan servir al Señor a pesar de la persecución, ministrando sus dones como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. La palabra que se traduce «multiforme» también significa «multicolor, variada». La gracia de Dios puede satisfacer cualquier necesidad o combinarse con cualquier «color» que pudiera venir a la vida. Dios nos da los dones y la fuerza para usarlo todo para su gloria.

III. El sufrimiento glorifica al Señor (4.12–19)

A. Esperen pruebas (v. 12).

Las pruebas no son extrañas en la vida cristiana; debe esperárselas. Las pruebas que son parte de la voluntad de Dios no son advertencias de que estamos desobedeciéndole; son las herramientas de Dios para perfeccionar a los suyos.

B. Regocíjense en las pruebas (vv. 13–14).

Cuando las pruebas vienen, sufrimos por su causa y participamos del sufrimiento con Él. Véanse Filipenses 1.29 y 3.10. El sufrimiento que soportamos ahora no es sino un preludio de la gloria que disfrutaremos en su venida. Todavía más, el Espíritu de Dios «reposa con poder refrescante» (traducción literal del versículo 14) sobre el creyente que sufre. Cuando echaron a los tres jóvenes hebreos en el horno ardiendo, tenían fe de que Dios podía librarlos (Dn 3.19–30). No sólo los libró, sino que anduvo con ellos.

C. No se avergüencen en las pruebas (vv. 15–16).

La ley romana exigía que cada ciudadano jurara su lealtad al emperador. Una vez al año el ciudadano echaba un puñado de incienso en el altar apropiado y decía: «¡César es Señor!» Pero el cristiano confesaba que «¡Jesucristo es Señor!» (véase 3.15). Los creyentes rehusaban inclinarse ante César. Algunas veces el oficial romano escribía el nombre de Cristo en la tierra o en la pared y le pedía al cristiano que escupiera sobre este nombre. Si el cristiano se negaba, lo arrestaban, juzgaban y tal vez mataban. Al llevar el nombre de Cristo (cristiano) eran puestos en vergüenza ante sus amigos. ¡Pero qué glorioso nombre para llevar! Es el nombre sobre todo nombre.

D. Testigos en las pruebas (vv. 17–18).

Si Dios envía pruebas a la iglesia hoy, es evidencia de que un día juzgará a los perdidos. Nosotros tenemos pruebas ahora y gloria más tarde; los perdidos tienen su gloria ahora y su sufrimiento más tarde. ¡El único cielo que el pecador perdido conocerá está aquí en la tierra ahora! Dios empieza su juicio en su casa (la Iglesia); véase Ezequiel 9.6. Si la persecución por el nombre de Cristo no es sino el principio de las pruebas, ¿qué ocurrirá cuando llegue el tiempo para que los perdidos sean juzgados? Los justos (creyentes) se salvan «con dificultad» (v. 18); ¿qué esperanza hay para el incrédulo? Véase Proverbios 11.31.

E. Encomiéndense a Dios (v. 19).

La palabra «encomendarse» que se usa aquí es un término bancario; se refiere al acto de dejar una cantidad en depósito para que sea guardada con seguridad. Encaja hermosamente con la ilustración del «oro» en 1.7. Dios envía el fuego de prueba para quemar la escoria y nosotros nos encomendamos a Él para que nos guarde con seguridad, sabiendo que no puede fallarnos. Podemos estar seguros de que Dios «pagará interés» sobre nuestro depósito. Pero nótese que nos encomendamos a hacer el bien; esto es, nos encomendamos a Dios según obedecemos su Palabra. Esta es una rendición diaria y a toda hora, viviendo para complacer a Dios y servir a otros.

Los cristianos atravesarán el fuego de la prueba antes de que Cristo vuelva. La situación mundial no mejorará. Las actitudes hacia los cristianos no mejorarán. El mundo siempre ha aborrecido el nombre de Cristo y continuará detestándolo. Si nos identificamos con el nombre de Cristo, el mundo nos aborrecerá (Jn 15.18–21). Si hacemos componendas, escaparemos de la persecución, pero también nos perderemos la bendición y la gloria de participar de los sufrimientos de Cristo.

1 Pedro 5

Al concluir esta carta de estímulo, Pedro da tres exhortaciones a los santos. Vemos en este capítulo varias referencias a las experiencias de Pedro en los Evangelios mientras anduvo con Cristo. Pedro presenció los sufrimientos de Cristo (v. 1); fue comisionado para apacentar las ovejas (v. 2 y véase Jn 21.15–17); vio a Cristo vestirse como siervo y humildemente lavar los pies de los discípulos (v. 5 y véase Jn 13); y Pedro sabía lo que era estar desprevenido cuando Satanás andaba al acecho (v. 8 y véase Mc 14.37). Es como si el Espíritu de Dios hurgara en la memoria de Pedro y usara estas experiencias pasadas para testificarles a los santos (véase v. 12). Pedro descubrió que la gracia de Dios era adecuada para él y quería que la iglesia supiera que la gracia de Dios los sostendría también a ellos.

I. Sean fieles (5.1–4)

La exhortación está dirigida principalmente a los pastores. Las palabras «pastor», «obispo» (supervisor) y «anciano» (líder maduro) se refieren al mismo oficio (Hch 20.17, 28; 1 Ti 3.2; Tit 1.5–7). Pedro no se puso a sí mismo sobre los otros; más bien se llamó «anciano también con ellos» y deliberadamente se incluyó entre los líderes de la iglesia a los cuales exhortaba. Hubo un tiempo cuando Pedro se hubiera preocupado por su posición en el reino, pero ese tiempo ya había pasado. Pedro sabía que los pastores atravesarían mayor sufrimiento como líderes del pueblo, de modo que los animó de dos maneras: (1) les recordó que Cristo había sufrido por ellos y los sostendría; y (2) les recordó que la gloria siempre sigue al sufrimiento si nos sometemos al Señor. Los dos temas del sufrimiento y la gloria están entretejidos en 1 Pedro.

A. Su ministerio: «Apacentar el rebaño».

Los deberes de los pastores incluyen alimentar, dirigir, estimular, discipular, guardar. El pastor debe asumir la supervisión y ser el líder. ¿Dónde estaría el rebaño si las ovejas dirigen al pastor, o si a cada oveja se le permitiera salirse con la suya?

B. Su motivo: «No por fuerza, sino voluntariamente».

El pastor debe servir al Señor con un corazón dispuesto debido a que ama a Cristo y al rebaño, y no simplemente porque tiene un trabajo que hacer. Nunca debe servir por «ganancia deshonesta» (v. 2), sea esta dinero, prestigio, poder o promoción. Debe estar anhelando trabajar (con ánimo pronto) y no ser ocioso ni perezoso.

C. Su manera: Liderazgo no significa dictadura.

Los pastores son supervisores, no capataces. «Los que están a vuestro cuidado» significa literalmente «la porción que se les ha asignado». Todos los creyentes en una localidad dada son parte de la Iglesia, pero hay pequeños rebaños aquí y allá, bajo la dirección de diferentes ancianos. En ninguna parte del NT se sugiere que todas las iglesias de una población se unan para formar una sola iglesia. Puede haber unidad espiritual sin uniformidad denominacional. Los pastores deben ser ejemplo, puesto que al fin y al cabo la mejor manera de lograr que la gente les siga es mediante el ejemplo personal. El pastor no demanda respeto; lo consigue a través de su vida piadosa y servicio sacrificial.

D. Su recompensa: En el futuro, no hoy.

Habrá gloria en el cielo. Cada pastor debe someterse al Pastor Principal, Jesucristo. Es más importante agradarle y glorificarle a Él que a cualquier otro.

II. Sean humildes (5.5–7)

El versículo 5 se refiere literalmente a los jóvenes en la iglesia, pero podemos aplicarlo a todos los miembros, al seguir estos a sus líderes espirituales (Heb 13.17). Pedro se refiere aquí a aquella noche del Aposento Alto cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos. «Revestíos de humildad» (v. 5) significa estar controlado por un espíritu humilde, ser un siervo. Dios resiste a las personas arrogantes, egoístas, pero da gracia a los humildes (Pr 3.34; Stg 4.6). «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios», exhorta. «Permitan que este tiempo de sufrimiento les haga postrarse ante Él y entonces les exaltará cuando vea que están listos». La maravillosa promesa «Él tiene cuidado de vosotros» nos recuerda la noche en la barca cuando los discípulos le preguntaron a Jesús: «¿No te preocupa que vamos a perecer?» (véase Mc 4.38). ¡Por supuesto que Jesús se preocupaba! Satanás hubiera querido que estos cristianos creyeran que el «fuego de la prueba» era evidencia de la indiferencia de Dios; pero Pedro les recuerda que pueden echar «toda vuestra ansiedad» (v. 7) sobre Jesucristo de una vez y por todas.

III. Estén vigilantes (5.8–11)

¡Quién mejor que Pedro para saber respecto al merodear de Satanás! Varias veces Jesús le advirtió a Pedro que Satanás andaba en pos de él, pero Pedro no prestó atención a la advertencia. Demasiados cristianos se han «puesto a dormir», abriendo el camino para que Satanás obre (Mt 13.25, 39).

Satanás es un «adversario», lo que quiere decir «uno que acusa en una corte». La palabra «diablo» significa «calumniador». Satanás nos acusa ante Dios (Job 1–2; Zac 3.1–5; Ap 12.10) y usa los labios de los inconversos para acusarnos falsamente (1 P 2.12; 3.16; 4.4, 14). Satanás viene ya sea como una serpiente para engañar (Gn 3) o como león para devorar. Es mentiroso y homicida (Jn 8.44).

¿Qué pueden hacer los cristianos para derrotar a Satanás? (1) ¡Estar alertas! Debemos tener nuestros ojos abiertos y no bajar la guardia. Cuando David bajó la guardia y dejó la batalla, cayó en pecado (2 S 11). Cuando Pedro se sintió muy confiado, se durmió y cayó en la trampa de Satanás. (2) ¡Resistir! Esta palabra trae a la mente a un ejército, irguiéndose unido para oponerse al enemigo. Los cristianos deben estar unidos contra Satanás (Flp 1.27–30). Si hay una ruptura en las filas Satanás, tiene una oportunidad para atacar. (3) ¡Creer! Le resistimos en la fe, o sea, confiamos en la victoria de Cristo. Satanás usa mentiras como su principal arma y el creyente debe contrarrestar las mentiras de Satanás con la verdad de Dios. Jesús usó la espada del Espíritu en el desierto (Mt 4). (4) ¡Recordar! Acordarse de que otros cristianos atraviesan las mismas pruebas y que usted no está solo. Si Satanás puede lograr hacernos sentir que estamos solos, que Dios nos ha abandonado, nos desanimará y nos derrotará.

El tema de Pedro ha sido la gracia (5.12), de modo que concluye recordándoles a los santos que su Dios es el Dios de toda gracia. El cristiano tiene «gracia sobre gracia» (Jn 1.16). La vida cristiana empieza con la gracia salvadora (Ef 2.8–10), continúa con la gracia servidora (1 Co 15.9–10) y luego con la gracia santificadora (Ro 5.17; 6.17). Dios también da gracia del sacrificio (2 Co 8.1–9), gracia que canta (Col 3.16), gracia que habla (Col 4.6), gracia que fortalece (2 Ti 2.1) y gracia que sufre (2 Co 12.9). «Él da mayor gracia» (Stg 4.6).

El versículo 10 indica que la gracia es provista mediante las disciplinas de la vida. Dios nos permite sufrir para poder derramar su gracia sobre nosotros. Cuando sufrimos, llegamos a nuestro final y aprendemos a descansar en Él. La gracia se suple sólo a quienes sienten necesidad de Él. Primero sufrimos; luego, según sufrimos, Él nos equipa, nos confirma y pone un fundamento bajo nosotros. Las palabras «os perfeccione» (v. 10) se usan en Mateo 4.21 y llevan la imagen de remendar una red. La palabra griega significa «equipar para el servicio». El sufrimiento no sólo ayuda al cristiano a crecer, sino que también le prepara para el servicio futuro. Algunas veces la mejor manera que Dios tiene para «remendar nuestras redes» es ponernos a atravesar sufrimiento.

En su conclusión (5.12–14), Pedro indica que Silas y Marcos están con él. Silas fue uno de los compañeros de Pablo (Hch 15.22ss); pero si, tal como suponemos, Pablo no estaba en Roma, es de esperarse que Pedro y Silas trabajaran juntos. La presencia de Juan Marcos indica que el «antiguo desacuerdo» que involucró a Bernabé, Marcos y Silas, ya estaba perdonado y olvidado. «Babilonia» (v. 13) tal vez sea un nombre en código para Roma; aunque algunos eruditos piensan que Pedro escribió desde la antigua Babilonia.

2 PEDRO 1

La palabra clave en 2 Pedro es «conocimiento», y el peligro respecto al cual Pedro escribe es la enseñanza falsa. En 1 Pedro se describe a Satanás como un león rugiente, porque el tema de la carta es la feroz persecución que estaba a punto de sobrevenirles a los santos. Pero en 2 Pedro Satanás es una serpiente buscando engañar (véase Jn 8.44, 45). La enseñanza falsa dentro de la iglesia es mucho más peligrosa que la persecución externa (véase Hch 20.28–32). La persecución siempre ha limpiado y fortalecido a la iglesia; la enseñanza falsa la debilita y arruina su testimonio. La única arma para luchar contra la enseñanza falsa y las mentiras del diablo es la Palabra de Dios, y por eso Pedro enfatiza el conocimiento espiritual.

I. El don de conocimiento (1.1–4)

La salvación es una experiencia personal; uno llega a conocer a Jesucristo mediante la fe. Nótese la definición que Cristo da de la salvación en Juan 17.3. No es suficiente conocer acerca de Cristo; debemos conocerle personalmente (Flp 3.10). Cuando ponemos nuestra fe en Él, nos da su justicia (2 Co 5.21) y llega a ser nuestro Salvador. Es una experiencia personal.

En esta carta Pedro enfatiza la Palabra de Dios. Dios nos ha dado su Palabra, esta «fe preciosa» y las «preciosas promesas» de Dios, para poder vivir en santidad. Al escribir estas palabras Pedro debe haber pensado de su testimonio en Juan 6.68: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». En la Biblia tenemos todo lo que necesitamos para la vida y la piedad. A pesar de que los escritos de los maestros y predicadores pueden ayudarnos a comprender mejor la Biblia, sólo la Biblia puede impartir vida a nuestras almas.

Nótese la definición de un cristiano en el versículo 4: «participantes de la naturaleza divina». El cristiano ha nacido en la familia de Dios y tiene Su naturaleza dentro de sí. Las personas que tratan de vivir externamente «como Cristo», pero les falta en su interior esta naturaleza divina, se engañan y salen derrotadas. Contrástese 2 Pedro 2.20–22, donde hallamos una descripción de los cristianos falsos: (1) han escapado de las contaminaciones del mundo, pero no de sus corrupciones; o sea, se han lavado por fuera, pero su interior no ha cambiado. (2) Tienen un «conocimiento mental» de Cristo y no una fe de corazón. (3) No son verdaderamente salvos, porque vuelven a la vida vieja después de profesar la fe por un tiempo. Estos falsos cristianos son «perros» y «puercos» que han sido lavados (reformados), pero que nunca han recibido la nueva naturaleza.

II. El crecimiento en el conocimiento (1.5–11)

«También» (v. 5) indica que hay algo más allá del nuevo nacimiento; hay crecimiento. No es suficiente nacer en la familia de Dios; también debemos crecer espiritualmente. Esto demanda diligencia y fervor; un cristiano perezoso y descuidado no crece. Pedro entonces hace una lista de las características espirituales que deben verse en la vida del creyente. No sugiere que «añadamos» estas virtudes de la misma manera que añadimos cuentas en una sarta. Más bien cada virtud nos ayuda a desarrollar la siguiente. Son como las secciones de un telescopio: la una conduce a la otra.

Añadimos a la fe (la que salva) virtud, o alabanza. Dios nos ha salvado para proclamar sus virtudes (1 P 2.9). La única manera de demostrar nuestra fe es teniendo una vida virtuosa. Añadimos a la virtud conocimiento, o discernimiento moral. Los cristianos deben ser capaces de discernir el bien del mal. Después del conocimiento viene el dominio propio, o temperancia. El dominio propio conduce a la paciencia, o capacidad de soportar. Este es el «poder de perseverar» que el cristiano tiene en los tiempos de prueba. Añadimos a la paciencia piedad; véase el versículo 3. Esta palabra significa «adoración correcta» o dependencia de Dios que se revela en una vida devota. Amor fraternal es la siguiente virtud, queriendo significar un amor por el pueblo de Dios. La virtud final que Pedro señala es el amor, que «envuelve» a todas las virtudes en una.

Por lo general, se puede reconocer cuando los cristianos no crecen, porque reúnen estas tres características: (1) «Ociosos»; o sea, no trabajan para Cristo. (2) «Sin fruto»; es decir, su escaso conocimiento de Cristo no da fruto en sus vidas. (3) Están ciegos, les falta la visión y la perspectiva espiritual, los «miopes» espiritualmente. Detrás de esta falta de desarrollo espiritual hay una memoria pobre, se olvidan de lo que Dios ha hecho por ellos mediante Cristo. Sin embargo, Pedro mismo había sido una vez olvidadizo; «Y Pedro se acordó de la palabra del Señor» (Lc 22.61). De modo que, por segunda vez, Pedro dice: ¡Sean diligentes! ¡Asegúrense de que son salvos! El cristiano no se salva ni se mantiene salvo a sí mismo; pero es responsable de asegurarse de que tiene las características de un verdadero creyente (1 Ts 1.4, 5). Esto nos asegurará «amplia y generosa entrada» (v. 11) en el reino de Dios; esto es mucho mejor que ser salvo «así como por fuego» (1 Co 3.15).

III. La base el conocimiento (1.12–21)

«Pero, ¿cómo podemos estar seguros de que este mensaje es la verdadera Palabra de Dios?» Pedro responde a esta cuestión refiriéndose a su experiencia con Cristo en el Monte de la Transfiguración (Mt 17.1–13; Lc 9.27–36). Pedro sabía que no estaría mucho más tiempo en su cuerpo (su tabernáculo); véase Juan 21.18. La palabra «partida» (v. 15) es realmente «éxodo»; es la misma palabra que se usa para la muerte de Cristo (Lc 9.31). Cuando los cristianos mueren no es el fin; antes bien, es una salida triunfante de este mundo al venidero.

El mensaje del evangelio no es una fábula inventada por los hombres para engañar a otros. Se basa en la verdad histórica de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Pedro se refiere a la venida de Cristo en gloria, un acontecimiento que fue predicho en la Transfiguración. En la montaña Cristo reveló su gloria, como lo hará cuando regrese a la tierra. Moisés y Elías estaban allí, representando a los creyentes que murieron (Moisés) y a los creyentes que serán arrebatados sin morir (Elías). Véase 1 Tesalonicenses 4.13–18. Los discípulos representan a los creyentes judíos que verán la gloria de Cristo cuando Él vuelva.

Tenga presente que el ministerio de Pedro había sido fundamentalmente a Israel (Gl 2.7, 8), mientras que el de Pablo había sido a los gentiles. La pregunta se ha planteado: «¿Qué pasará con las promesas de Dios a los judíos respecto a un reino glorioso en la tierra?» La Palabra de la profecía no se ha abandonado; más bien se ha asegurado. Pedro dice: «Tenemos la transfiguración de Cristo para asegurarnos de que el reino vendrá; pero también tenemos la Palabra segura de la profecía que se ha verificado en la transfiguración». Los cristianos no deben «espiritualizar» las profecías del AT y aplicarlas a la Iglesia. Debemos interpretarlas literalmente, así como lo hacemos con el NT, por cuanto Dios las cumplirá un día.

Pedro compara la palabra profética a una luz que brilla en un lugar oscuro (vil). El mundo, para él, es una mazmorra oscura y lóbrega. La Palabra de Dios es la única luz confiable que tenemos en este mundo. Debemos prestar atención a esta Palabra y no apoyarnos en las ideas de los hombres. Pronto llegará el día en que Cristo, la Estrella de la Mañana, vendrá y llevará a su pueblo a su hogar. Para la Iglesia, Cristo es la Estrella de la Mañana que aparece cuando las cosas se ponen más oscuras, antes del amanecer. Para Israel Cristo es el Sol de Justicia que viene con juicio y sanidad (Mal 4).

Los versículos 20–21 no enseñan que sea incorrecto que los cristianos lean e interpreten la Biblia; se nos ha dado la Palabra para que la leamos, la obedezcamos y se la demos a otros. «Privada» (v. 20) significa «por sí mismo». Ningún pasaje de las Escrituras debe interpretarse «por sí mismo», o sea, separado del resto de la Palabra de Dios, o del Espíritu Santo que lo dio. La profecía no vino por voluntad de hombres, de modo que la mente natural no la puede interpretar. El Espíritu dio la Palabra y el Espíritu debe enseñarnos la Palabra (1 Co 2.9–16; Jn 14.26; 16.13, 14).

¡Damos gracias a Dios porque nuestra Biblia es segura! Podemos confiar en ella porque Dios nos la dio.

Este es un capítulo complejo y debemos compararlo con la epístola de Judas en donde se usan algunas frases idénticas. El peligro de los falsos maestros es tan grande que el Espíritu Santo usó tanto a Pedro como a Judas para advertirnos, de modo que es mejor que prestemos atención.

Por favor, tenga presente que un falso maestro no es una persona que enseña una doctrina falsa por ignorancia. En Hechos 18.24–28 Apolos enseñaba erróneamente el mensaje y el bautismo de Juan, pero no fue un maestro falso. Muchos de los grandes líderes de la Iglesia en los siglos pasados han sostenido interpretaciones de cuestiones menores que nosotros opinamos que no fueron bíblicas; sin embargo, no podemos llamarlos falsos maestros. Los falsos maestros son creyentes profesantes que conocen la verdad, pero que deliberadamente enseñan mentiras con la esperanza de obtener prominencia y ganancia monetaria de sus seguidores (2.3, 14). Son capaces de vivir en pecado para autocomplacerse (2.10, 13, 14, 18, 19). Usan medios engañosos (2.1, 3) y tuercen la Palabra de Dios para acomodar sus caprichos.

I. Su condenación (2.1–9)

Pedro abre esta sección declarando que los falsos maestros aparecerán, pero que al final Dios los condenará. El versículo 1 resume los métodos de los falsos maestros: (1) aparecen entre el pueblo como miembros de la iglesia; (2) trabajan en secreto, bajo el manto de la hipocresía, pretendiendo ser lo que no son; (3) traen sus falsas enseñanzas junto con la doctrina verdadera y entonces reemplazan la verdad con sus mentiras; (4) sus vidas niegan lo que sus labios enseñan. En otras palabras, una «herejía» no es simplemente una doctrina falsa; es una vida falsa basada en una doctrina falsa. «Lobos con pieles de ovejas» es la manera en que nuestro Señor los describió (Mt 7.15; véanse 2 Co 4.1, 2; 11.13). Desafortunadamente, la enseñanza falsa será más popular que el camino verdadero (v. 2); pero además Jesús dice que la levadura de la falsa doctrina afectará a toda la masa (Mt 13.33). La gente decidirá seguir a los falsos maestros porque se autoexaltan en lugar de exaltar a Cristo, y a muchos les encanta adorar a la gente popular y de éxito. También el camino falso hace más fácil vivir en el pecado mientras que se pretende practicar una vida religiosa.

«Palabras fingidas» en 2.3 quiere decir «palabras falsificadas» o «palabras manufacturadas, fabricadas». La palabra griega es plastós, de donde derivamos la palabra castellana «plástico». Estos falsos maestros se apartaban de las palabras bíblicas dadas por el Espíritu (1 Co 2.9–16) y manufacturaban sus propias palabras para que encajaran en sus doctrinas. Usaban palabras familiares de la Biblia y manufacturaban nuevos significados para ellas. Empleaban nuestro vocabulario, pero vaciaban de estas palabras su significado espiritual. Lo que cuenta no es lo que un maestro dice, sino lo que quiere decir.

Estos falsos maestros serán destruidos y Pedro cita tres ejemplos del AT para probarlo: los ángeles que pecaron y que ahora están en el Tártaro o «prisiones de oscuridad» (que es como se traduce la palabra en 2.4); el mundo antes del diluvio; y las ciudades de Sodoma y Gomorra. En cada uno de estos casos las personas involucradas tenían cierta forma de religión, pero no la verdadera fe que da poder a la vida (2 Ti 3.5). Antes de que Cristo regrese habrá mucha «religión» en el mundo, pero no será la verdadera fe en Él. Pedro también destaca que Dios puede preservar y librar a sus santos verdaderos, como lo hizo con Noé y su familia, y Lot. Noé es un símbolo de los judíos creyentes que serán preservados a través de la tribulación; Lot simboliza a los santos de la Iglesia que serán «arrebatados» antes de que empiece la destrucción. Estos falsos maestros pueden tener éxito y estar protegidos, pero uno de estos días Dios los destruirá.

II. Su carácter (2.10–16)

A. Orgullo (vv. 10–11).

Detestan toda clase de dominio o autoridad. Dios ha establecido los «dominios» en este mundo: el gobierno humano, la cabeza del hogar, el liderazgo en la iglesia y así por el estilo. Pero los falsos maestros quieren gobernar las cosas a su manera y rechazan el orden de Dios. Incluso los ángeles no menosprecian a las autoridades que Dios ha dado; véase Judas 8, 9.

B. Ignorancia (v. 12).

Los falsos maestros se ciegan expresamente a lo que la Biblia enseña (véase 2 P 3.5). Llaman «sin educación» a los cristianos evangélicos y «anticuada» a la teología bíblica.

C. Lujuria (vv. 13–14).

La doctrina errada y la manera errada de vivir van juntas. Los falsos maestros viven en lujo y «seducen» (pescan con carnada) a las personas inestables que se dejan atraer por sus enseñanzas. Es trágica la manera en que han blasfemado (v. 2) el nombre de Cristo los «líderes religiosos» que viven en el pecado mientras intentan ayudar a otros a hallar al Señor.

D. Codicia (vv. 15–16).

El versículo 3 destaca que los falsos maestros usan palabras fingidas para explotar a la gente; y el versículo 18 dice que usan «palabras infladas». Desafortunadamente hay mucha gente inestable que se deleita en seguir a estos «charlatanes» religiosos, sin darse cuenta de que estos hurgan en sus bolsillos mientras envenenan sus vidas. Pedro cita a Balaam como ejemplo (Nm 22–25). Balaam fue un profeta que usó sus dones para ganar dinero y condujo a Israel al pecado.

III. Sus pretensiones (2.17–22)

Prometen a sus seguidores satisfacción, pero no sacian su sed espiritual. ¡Qué inútiles son los pozos sin agua! Estos maestros, con sus grandiosas palabras infladas (propaganda religiosa), dan la apariencia de ser veraces y de que ayudan, pero resultan ser nubes llevadas por el viento: hermosas, pero de ninguna ayuda para los sedientos. Millones hoy en día siguen religiones falsas que prometen ayuda, pero que no pueden dar ninguna.

Los falsos maestros prometen libertad, pero conducen a la gente a la esclavitud. Pedro usa un poco de sarcasmo aquí; ¡cómo pueden quienes son esclavos del pecado libertar a alguien! En el versículo 12 llama «animales irracionales» a estos falsos maestros; y ahora claramente los llama puercos y perros. Por favor, tenga presente que en los versículos 20–21 no habla de alguien que «pierde su salvación», porque eso contradeciría lo que escribió en 1 Pedro 1.3–5. En este pasaje (1 P 2.25) el autor compara a los cristianos con ovejas, no con perros y puercos. El cristiano ha recibido una nueva naturaleza (2 P 1.4) y ha sido libertado de la corrupción del mundo. Usted no tiene que preocuparse de que una oveja se coma su propio vómito o que se revuelque en el cieno, porque una oveja es un animal limpio.

Pedro describe a los falsos cristianos, gente que sólo se ha lavado de las contaminaciones externas (o sea la reforma «religiosa»), pero que nunca ha recibido la nueva naturaleza en su interior. Usted puede lavar a un perro o a una puerca, pero el animal no cambia su naturaleza básica. Estas personas conocían el camino a la justicia y tenían un conocimiento de la obra de Cristo, pero no le recibieron en sus corazones. Lavaron su contaminación externa, pero la corrupción interna aún seguía allí. Estos «profesantes, pero no poseedores» parecían haber experimentado la salvación, pero a su tiempo se deslizaron regresando a la vida que encajaba a su naturaleza. Los perros regresan a su vómito; los puercos regresan al fango. Véase Proverbios 26.11.

Vivimos en días de falsos maestros. Podemos detectarlos porque se autoexaltan en lugar de exaltar a Cristo, por su charla fingida y sus «grandiosas palabras infladas», por su énfasis en acumular dinero, por sus grandes pretensiones de que pueden cambiar a las personas y por sus vidas ocultas de lujuria y pecado. No podemos detenerlos por ahora, excepto mediante la enseñanza sincera de la Palabra, pero un día Dios los dejará al descubierto y los juzgará.

2 Pedro 3

Este capítulo revela a Pedro como el pastor cariñoso, que cuida a sus ovejas y corderos. Cuatro veces usa la palabra «amados» y cada vez da una solemne admonición.

I. Amados[...] ¡que tengáis memoria! (3.1–7)

«Acordarse» ha sido un tema clave en esta carta (véase 1.12–15). Pedro mismo había sido culpable de olvidarse (Lc 22.61), de modo que su amonestación era significativa. Quería que tuvieran una mente «sincera»; o sea, mentes no confundidas con las doctrinas falsas que se mencionan en el capítulo 2. Les señala los profetas del AT y los apóstoles del NT, o sea, la Palabra de Dios entera. Véase 1.19–21.

La doctrina que Pedro defiende es la venida de Cristo a la tierra para establecer su reino y entonces, después de mil años, introducir los nuevos cielos y la nueva tierra. Pedro no se refiere al Rapto de la Iglesia, o sea, al regreso secreto de Cristo en el aire (1 Ts 4.13–18). El mundo por supuesto se burla de la idea de la venida de Cristo (Jud 18) y no puede ver que toda la historia está avanzando en esa dirección. «Todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación», es el argumento que oímos de los pensadores del mundo. «¡Dios no va a irrumpir en la historia e interrumpir el progreso del tiempo!»

Pero Pedro cita ejemplos del AT para probar que Dios en efecto irrumpe en la historia. Empieza con el mundo creado en Génesis 1 (v. 5), hecho por la Palabra de Dios. Luego presenta el diluvio (Gn 6) y el mundo que Dios juzgó (v. 6). El versículo 7 indica que el mundo ahora está guardado «para el fuego» y está ya preparado para el juicio. Esto pudiera sugerir la liberación del poder atómico. Si relacionamos el versículo 6 al diluvio, tenemos el mismo argumento: Dios juzga el pecado en el tiempo en que los hombres están confiados de que nada va a pasar.

II. Amados, ¡no ignoréis! (3.8–11)

La gente ve la historia en términos de días y años, pero para Dios el tiempo es siempre presente. Mil años son para Él como un día (Sal 90.4). Dios no se tarda (retarda); cuando llegue el tiempo apropiado actuará y cumplirá su Palabra. ¿Por qué retarda su juicio, el terrible Día del Señor? Porque quiere que los pecadores vengan a Cristo y sean salvos de la ira venidera.

«El día del Señor» es aquel período de juicio que se conoce también como la gran tribulación. Vendrá sobre toda la tierra después del Arrebatamiento de la Iglesia al cielo (Ap 3.10; 1 Ts 5.8, 9). Un ladrón viene de pronto, cuando menos se lo espera (Mt 24.43; Lc 12.39; 1 Ts 5.2; Ap 3.3; 16.15). Cuando el mundo dice: «Paz y seguridad», el juicio vendrá (1 Ts 5.3). El pueblo de Dios no estará desprevenido cuando Cristo venga para llevarlos al cielo, pero el mundo se sorprenderá por los juicios que siguirán.

III. Amados[<%6>...<%0>] ¡procurad con diligencia! (3.11–14)

Esta es la tercera vez que Pedro menciona diligencia (1.5, 10). En estos días postreros los creyentes deben estar en guardia. En vista de lo que Dios ha planeado para este mundo, ¿cómo deben vivir los cristianos?

No debemos buscar paz ni esperanza en este mundo. Esperamos los nuevos cielos y la nueva tierra que Dios crea y sobre la cual Jesucristo reinará (Ap 21.1ss). Esta bendita seguridad nos ayuda a mantenernos limpios y a ser fieles en hacer nuestro trabajo hasta que Jesús venga.

III. Amados[...] ¡guardaos! (3.15–18)

Pedro explica lo que parece ser tardanza en el programa de Dios y nos remite a las cartas de Pablo para los detalles. Nótese que Pedro llama «Escrituras» a las cartas de Pablo. ¿Por qué Jesús no ha regresado para establecer su reino? Porque hoy está edificando su Iglesia, algo que no se menciona en las profecías del AT. Esta tardanza significa salvación para judíos y gentiles que creen. Los que no entienden el programa de Dios tuercen las Escrituras y mezclan la profecía del AT con la verdad de la Iglesia, acabando en confusión.

¿Cómo evitamos caer? Al crecer y edificarnos en el Señor (Jud 24, 25). Los «niños recién nacidos», que no se alimentan de la Palabra (1 P 2.2) y que no crecen en el Señor, son inestables. En este mundo perverso los cristianos deben dedicar tiempo a alimentarse de la Palabra, orar y ejercitar sus músculos espirituales.

El tema de 1 Pedro fue gracia, el de 2 Pedro fue conocimiento; el autor resume ambas cartas amonestándonos a crecer en la gracia y en el conocimiento. Este conocimiento no es sólo el de la Biblia; es el de Cristo mediante la Biblia. Debemos llegar a conocerle mejor (Flp 3.10). Es posible, desafortunadamente, crecer en el conocimiento (tener la verdad bíblica en la cabeza) y jamás crecer en la gracia (mostrar la verdad bíblica en nuestras vidas). Pedro quiere que tengamos vidas equilibradas: debemos aprender y vivir la Palabra.

1 Juan

Bosquejo sugerido de 1 Juan

Introducción: La realidad de Jesucristo (1.1–4)

I. Las pruebas de la comunión: Dios es luz (1.5–2.29)
   - A. La prueba de la obediencia (1.5–2.6)
   - B. La prueba del amor (2.7–17)

C. La prueba de la verdad (2.18–29)

II. Las pruebas de la calidad de hijos: Dios es amor (3–5)

A. La prueba de la obediencia (3.1–24)

B. La prueba del amor (4.1–21)

C. La prueba de la verdad (5.1–21)

Primera de Juan está construida alrededor de la repetición de tres temas principales: luz versus tinieblas, amor versus odio y verdad versus error. Estas tres «hebras» se entretejen en toda la carta, dificultando la elaboración de un bosquejo simple. El bosquejo que se indica arriba se basa en la lección principal de cada sección, aun cuando el estudiante atento verá que los tres temas se entremezclan. En estos días cuando muchos cristianos piensan que tienen comunión con Dios, pero no la tienen, y cuando muchos religiosos piensan que son verdaderos hijos de Dios, pero no lo son, es importante que apliquemos estas pruebas y examinemos con cuidado nuestras vidas.

Notas preliminares I Juan

I. El escritor

El Espíritu usó al apóstol Juan para darnos el Evangelio según Juan, tres epístolas y el libro de Apocalipsis. Estas tres obras se complementan mutuamente y nos dan un cuadro completo de la vida cristiana.

El Evangelio de Juan	Las epístolas de Juan	El Apocalipsis de Juan
Énfasis en la salvación	Énfasis en la santificación	Énfasis en la glorificación
Historia pasada	Experiencia presente	Esperanza futura
Cristo murió pornosotros	Cristo vive en nosotros	Cristo viene por nosotros
El Verbo se hizo carne	El Verbo hecho real en nosotros	El Verbo conquistando

II. Objetivo

Juan indica cinco propósitos para escribir su primera epístola:

A. Que tengamos comunión (1.3).

«Comunión» es el tema clave de los dos primeros capítulos (véase 1.3, 6, 7). Tiene que ver con nuestra comunión con Cristo, no con nuestra unión con Cristo, lo cual es asunto de nuestra calidad de hijos. Nuestra comunión diaria cambia; nuestra condición de hijos sigue siendo la misma.

B. Que tengamos gozo (1.4).

La palabra «gozo» se usa aquí solamente, pero la bendición del gozo se ve en toda la carta. El gozo es el resultado de una comunión íntima con Cristo.

C. Que no pequemos (2.1,2).

La pena del pecado queda resuelta cuando el pecador confía en Cristo, pero el poder del pecado sobre la vida diaria es otro asunto. Primera de Juan explica cómo podemos tener victoria sobre el pecado y cómo recibir perdón cuando pecamos.

D. Que venzamos el error (2.26).

Juan enfrentaba las falsas enseñanzas de su día, así como nosotros enfrentamos hoy a falsos maestros (2 P 2). Los falsos maestros de la época de Juan argumentaban que: (1) la materia es mala, por consiguiente Cristo no vino en carne; (2) Cristo sólo parecía ser un hombre verdadero; (3) conocer la verdad es más importante que vivirla; y (4) nada más que unas «pocas personas espirituales» podían entender las verdades espirituales. Al leer esta epístola verá que Juan enfatiza que: (1) la materia no es mala, sino que la naturaleza del hombre es la pecaminosa; (2) Jesucristo tenía un cuerpo verdadero y experimentó una muerte real; (3) no es suficiente «decir» que creemos, debemos practicarlo; y (4) todos los cristianos tienen una unción de Dios y pueden conocer la verdad.

E. Que tengamos seguridad (5.13).

En su Evangelio, Juan nos dice cómo ser salvos (Jn 20.31), pero en esta epístola nos dice cómo estar seguros de que somos salvos. La carta es una serie de «pruebas» que los cristianos pueden usar para examinar su comunión (caps. 1–2) y su calidad de hijos (caps. 3–5). Nótese que el énfasis de los capítulos 3–5 es que hemos nacido de Dios (3.9; 4.7; 5.1, 4, 18).

III. Análisis

Estudie el bosquejo sugerido y verá que se destacan dos divisiones en la carta: los capítulos 1–2 enfatizan la comunión y los capítulos 3–5 enfatizan la condición de hijos. En cada una de estas secciones Juan nos da tres «pruebas» básicas: obediencia (andar en la luz), amor (andar en amor) y verdad (andar en la verdad). En otras palabras, puedo saber que estoy en comunión con Dios mediante Cristo si no tengo algún pecado conocido en mi vida, si tengo amor por Él y por su pueblo, y si creo y practico la verdad y no alguna mentira satánica. Es más, sé que soy un hijo de Dios de la misma manera: si obedezco su Palabra, si tengo amor por Él y por su pueblo, y si creo y vivo la verdad. Juan nos pide que apliquemos estas pruebas, de manera que podamos disfrutar al máximo la vida cristiana.

IV. Estudio

Recomiendo que lea 1 Juan en una traducción como Dios habla hoy, o La Biblia al día. Los verbos griegos son importantes en esta carta y a veces la Versión Reina Valera no expresa su significado por completo. Primera Juan 3.9 será discutido más adelante.

I JUAN 1–2

Estos dos capítulos se refieren a la comunión, en los cuales Juan nos da las tres pruebas de la verdadera comunión. Nótese el contraste entre decir y hacer: «Si decimos» (1.6, 8, 10; 2.4, 6). ¡Demasiadas veces somos mejores para «hablar» que para «andar»! En 1.1–4 Juan presenta su tema: Cristo el Verbo que el Padre ha revelado. (Véase Jn 1.1–14.) Explica que cuando Cristo estaba aquí en la tierra era una Persona, no un fantasma, y que tenía un cuerpo verdadero (Lc 24.39). Los falsos maestros del día de Juan negaban que Jesús había venido en carne. Si no tenemos un Cristo real, ¿cómo podemos tener perdón verdadero de pecado? Juan sirve de testigo al decir lo que había visto y oído (Hch 4.20). Explica que Cristo se manifestó para revelar a Dios y hacer posible nuestra comunión con Él. Véanse también en 3.5, 8 y en 4.9 otras razones por las que Cristo vino.

I. La prueba de la obediencia (1.5–2.6)

Juan nos presenta la imagen de la luz (Jn 1.4). Dios es luz, y Satanás es el príncipe de las tinieblas (Lc 22.53). Obedecer a Dios es andar en la luz; desobedecerle es andar en tinieblas. Téngase presente que la comunión es una cuestión de luz y tinieblas; la condición de hijos es un asunto de vida y muerte (3.4; 5.11, 12). Juan destaca que es posible que las personas digan que están en la luz y sin embargo vivan en tinieblas. Nótense los cuatro «mentirosos» aquí: (1) mintiendo respecto a la comunión, 1.6–7; (2) mintiendo respecto a nuestra naturaleza, diciendo que no tenemos pecado, 1.8; (3) mintiendo respecto a nuestras obras, diciendo que no hemos pecado, 1.10; y (4) mintiendo respecto a nuestra obediencia, diciendo que hemos guardado sus mandamientos, cuando no lo hemos hecho, 2.4–6.

Los cristianos pecan, pero esto no quiere decir que necesitamos salvarnos otra vez totalmente. El pecado en la vida del creyente rompe la comunión, pero no destruye la condición de hijo. Un verdadero cristiano siempre es aceptado aun cuando no siempre sea aceptable. ¿Cómo provee Dios por los pecados de los santos? A través del ministerio celestial de Cristo. Somos salvos de la ira del pecado por su muerte (Ro 5.6–9), y somos salvos diariamente del poder del pecado por su vida (Ro 5.10). La palabra «abogado» quiere decir «uno que defiende un caso» y es la misma palabra griega para «Consolador» en Juan 14.16. El Espíritu Santo representa a Cristo ante nosotros en la tierra y el Hijo nos representa ante Dios en el cielo. Sus heridas testifican de que Él murió por nosotros y por lo tanto Dios puede perdonarnos cuando confesamos nuestros pecados. Lea con cuidado Romanos 8.31–34. La palabra «confesar» significa «decir lo mismo». Confesar el pecado significa decir lo mismo respecto a lo que Dios dice. Tenga presente que los cristianos no tienen que hacer penitencia, ni sacrificios, ni castigarse cuando han pecado. Todos los pecados han quedado ya resueltos en la cruz. ¿Esto nos permite pecar? ¡Por supuesto que no! El cristiano que entiende de verdad la provisión de Dios para una vida de santidad no quiere desobedecer deliberadamente a Dios.

II. La prueba del amor (2.7–17)

A. El nuevo mandamiento (vv. 7–11).

Véase Juan 13.34. Cuando estamos en comunión con Dios, andando en la luz, andamos también en amor. Es un principio espiritual básico que cuando los cristianos no están en comunión con Dios no pueden llevarse bien con el pueblo de Dios. Todos somos miembros de la familia de Dios, así que debemos amarnos unos a otros. Esto era un «viejo mandamiento», incluso allá en los días de Moisés (Lv 19.18).

B. La nueva familia (vv. 12–14).

Como un padre amoroso Juan llama «hijitos» a los santos; todos los hijos de Dios han sido perdonados. Pero debemos crecer en el Señor, convertirnos en jóvenes fuertes en la fe y a la larga «padres y madres» espirituales.

C. El nuevo peligro (vv. 15–17).

Hay un conflicto entre el amor al Padre y el amor al mundo. Por «el mundo» Juan quiere decir todo lo que pertenece a esta vida y que se opone a Cristo. Es el sistema de Satanás, la sociedad opuesta a Dios y que usurpa su lugar. Si amamos al mundo, perdemos el amor del Padre y dejamos de hacer su voluntad. Cualquier cosa en nuestras vidas que embote nuestro amor por las cosas espirituales o que nos hace más fácil pecar es mundana y se debe descartar. Juan menciona tres problemas específicos: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. ¿No es esto para lo que vive la gente del mundo? Pero vivir para el mundo significa que con el tiempo todo se perderá, porque el mundo es pasajero. Lot sufrió tal pérdida. Pero si vivimos para Dios, permaneceremos para siempre.

No puede haber verdadera comunión sin amor. A menos que amemos a Dios y a sus hijos, no andaremos en la luz y en comunión con Él.

III. La prueba de la verdad (2.18–29)

Dios se nos revela en su Palabra, la cual es la Verdad (Jn 17.17); de modo que no podemos creer mentiras y tener comunión con Dios. Juan advierte en contra de los maestros anticristianos que ya hay en el mundo, y nos dice cómo reconocerlos: (1) han dejado la comunión de la verdad, v. 19; (2) niegan que Jesucristo es el Hijo de Dios venido en carne, v. 22; (3) tratan de seducir a los creyentes, v. 26. Juan está de acuerdo con lo que Pedro describe (2 P 2): estos falsos maestros estuvieron una vez en la iglesia, pero se apartaron de la verdad que profesaban creer.

Aquí es donde entra el Espíritu Santo: Él es nuestra unción (ungimiento) celestial que nos enseña la verdad. El Espíritu de Dios usa la Palabra inspirada para comunicarnos la verdad de Dios. «Sabéis todas las cosas» en el versículo 20 debe leerse «y todos ustedes saben». No debe interpretarse que el versículo 27 significa que los cristianos no necesitan pastores y maestros, de otra manera Efesios 4.8–16 no estaría en el NT. Más bien lo que Juan dice es que el Espíritu es quien debe enseñar a los creyentes mediante la Palabra y que no siempre deben depender de los maestros humanos. El cristiano en comunión con Dios leerá y comprenderá la Biblia y el Espíritu lo enseñará.

En los versículos 28–29 Juan sugiere (como Pedro también lo enseñó) que la falsa doctrina y la vida falsa van juntas. Si creemos la verdad con nuestro corazón y nos comprometemos a ella, viviremos santamente ante los hombres. Por supuesto, uno de los más grandes incentivos para vivir en santidad es la inminente venida de Jesucristo. Cuán trágico es que algunos cristianos que no permanecen (en el compañerismo) con Cristo se avergonzarán cuando Él vuelva.

Mientras que hay otros muchos detalles en estos capítulos que hemos tenido que pasar por alto, la lección principal es clara: Si los cristianos desean tener comunión con Cristo, deben obedecer la Palabra, amar al pueblo de Dios y creer la verdad. Siempre que el pecado entre, el cristiano debe confesarlo inmediatamente y pedir el perdón de Dios. Debemos dedicarle tiempo a la Palabra, aprendiendo la verdad y permitiendo que esta domine la persona interior. O, para verlo negativamente, el cristiano que deliberadamente desobedece la Palabra, la descuida y no puede llevarse bien con el pueblo de Dios, no tiene comunión con Dios y está en tinieblas. No es suficiente hablar acerca de la vida cristiana; debemos practicarla.

«Propiciación» (2.2 y 4.10) tiene que ver con el significado de la muerte de Cristo desde la perspectiva de Dios. La muerte de Cristo trajo el perdón; pero antes de que Dios pudiera perdonar a un pecador culpable, se debía satisfacer su justicia. Aquí es donde interviene la propiciación. La palabra encierra la idea de satisfacer la santidad de Dios mediante la muerte de un sustituto. No significa que Dios estaba tan enfurecido que Cristo tuvo que morir para lograr que Dios amara a los pecadores. La muerte de Cristo satisfizo las demandas de la ley de Dios y así derribó la barrera entre los hombres y Él, haciendo posible que este quitara el pecado. La palabra «propiciatorio» en Hebreos 9.5 es equivalente a «propiciación». Véase Éxodo 25.17–22. La sangre en el propiciatorio cubría la ley quebrantada y hacía posible que Dios se relacionara con Israel.

I JUAN 3

Avanzamos ahora a la segunda parte de la carta, la cual se refiere a nuestra condición de hijos. La palabra «comunión» no se halla en ninguna parte de esta sección. Juan hace hincapié en haber «nacido de Dios» (véanse 3.9; 4.7; 5.4). Este pasaje se entrelaza a Juan 3 y enfatiza el tema «Dios es amor» (4.8, 16). En este capítulo Juan afirma que un verdadero hijo de Dios demostrará su nacimiento espiritual al ser obediente a la Palabra de Dios. Juan nos da cinco motivos para la obediencia:

I. El maravilloso amor de Dios (3.1)

«Mirad qué clase de amor extraño nos ha dado el Padre» es literalmente lo que Juan escribe. Pablo tenía esta idea en mente cuando escribió Romanos 5.6–10. El amor es el más grande motivo en el mundo y si comprendemos el amor de Dios, obedeceremos su Palabra. «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). Por supuesto, el mundo no tiene comprensión de este amor y nos aborrece. Pero el mundo no conoce a Cristo, de modo que no puede conocer a los que son de Cristo.

II. El regreso prometido de Cristo (3.2,3)

Es maravilloso lo que ahora somos; ¡pero lo que seremos será incluso más maravilloso! «Seremos semejantes a Él». Esto quiere decir heredar un cuerpo glorificado como el Suyo (Flp 3.20, 21) y participar en su gloria eterna (Jn 17.24). Pero el santo que realmente espera la venida de Cristo obedecerá su Palabra y mantendrá limpia su vida. Le veremos «como Él es», pero debemos también «andar como Él anduvo» (véase 2.6) y ser justos «así como Él es justo» (3.7). Se espera que los santos se purifiquen, esto es, que guarden limpios sus corazones (2 Co 7.1).

III. La muerte de Cristo en la cruz (3.4–8)

Juan nos da varias razones por las que Cristo fue manifestado: (1) para revelar al Padre y permitirnos tener comunión con Él, 1.2, 3; (2) para quitar nuestros pecados 3.4–5; (3) para deshacer (anular) las obras del diablo, 3.8; y (4) para mostrar el amor de Dios y otorgar Su vida, 4.9. Debido a que el pecado provocó el sufrimiento y la muerte de Cristo, debe ser razón suficiente para que el cristiano deteste el pecado y huya de él. Juan define el pecado como transgredir la ley. El cristiano que permanece en Cristo (esto es la comunión de los capítulos 1–2) no infringirá deliberadamente la ley de Dios. Todo cristiano peca, tal vez sin saberlo (Sal 19.12); pero ningún cristiano desafiará deliberada y repetidamente la Palabra de Dios y le desobedecerá. El versículo 6 debe leerse: «Cualquiera que permanece en Él no peca por hábito». Efesios 2.1–3 deja en claro que el no salvo peca de manera constante porque vive en la carne y para el diablo. Pero el cristiano tiene una nueva naturaleza en su interior y ya no es más esclavo de Satanás.

IV. La nueva naturaleza interior (3.9–18)

La clave a través de los capítulos 3–5 es «la condición de hijos», la cual da como resultado una nueva naturaleza en el creyente. Dios no deshace ni erradica la vieja naturaleza; más bien implanta una nueva naturaleza que da al creyente un deseo por las cosas espirituales. El versículo 9 debería decir: «El que es nacido de Dios no peca habitual, ni deliberadamente; porque tiene dentro de sí la semilla de una nueva naturaleza». Esta nueva naturaleza no puede pecar. Por supuesto, los creyentes que se rinden o someten a la vieja naturaleza tropezarán y caerán. Véase Gálatas 6.1–2.

Juan contrasta los hijos de Dios y los hijos del diablo, usando a Caín y a Abel como ejemplos. Abel tuvo fe y fue aceptado; Caín trató de salvarse por sus obras, pero no fue aceptado (Gn 4). Caín fue un mentiroso y homicida, como el diablo (Jn 8.44); asesinó a su hermano y luego le mintió a Dios al respecto. Génesis 3.15 afirma que la simiente (hijos) de Satanás se opondrá a la simiente de Dios. Nótese Mateo 3.7 y 23.33. Esto finalmente culminará en la batalla de Cristo con el anticristo en los últimos días. Pero, por favor, note que los hijos de Satanás son «religiosos». Caín adoró en un altar y los fariseos eran la gente más religiosa de su época. Ninguna religión, sino un verdadero amor hacia Dios y los hijos de Dios, será la prueba de nuestra entrega a Dios. Los verdaderos cristianos no odian ni asesinan; en lugar de eso, muestran amor y tratar de ayudar a otros. La nueva naturaleza que es implantada en el nuevo nacimiento es responsable de este cambio.

V. El testimonio del Espíritu (3.19–24)

El verdadero cristianismo es asunto del corazón, no de la lengua. Tenemos el testimonio del Espíritu en nuestros corazones de que somos hijos de Dios (Ro 8.14–16). Por lógica, el versículo 19 debe relacionarse con 2.28. Cuando Cristo vuelva, los creyentes con corazones confiados no se avergonzarán.

Los cristianos necesitan cultivar la seguridad. «Tanto más procurar hacer firme vuestra vocación y elección» es lo que Pedro escribió (2 P 1.10). El versículo 19 nos asegura que cuando amamos con sinceridad a los hermanos, pertenecemos a la verdad y somos salvos (véase también 3.14). A las personas no salvas les pueden agradar algunos cristianos debido a sus cualidades personales, pero sólo el cristiano nacido de nuevo ama incluso a un total extraño cuando descubre que es un cristiano. Este es el mensaje de Romanos 5.5. Tristemente, nuestros corazones (conciencias) nos condenan porque sabemos que no siempre hemos amado a los hermanos como deberíamos haberlo hecho. Pero Juan nos ayuda a alejar nuestra vista de nuestros sentimientos y dirigirlos al Dios que nos conoce. ¡Gracias a Dios que la salvación y la seguridad no se basan en lo que siente el corazón!

El versículo 21 promete que el cristiano con un corazón confiado puede orar con audacia (confianza). Si hay pecado en nuestro corazón, no podemos orar con confianza (Sal 66.18, 19). Pero el Espíritu Santo que tengo dentro me convence de este pecado y puedo confesarlo y volver a la comunión con el Padre. Qué tremenda revelación: siempre que un cristiano no esté en comunión con otro cristiano, no puede orar como debiera. Léase I Pedro 3.1–7 para ver cómo se aplica esto al hogar cristiano. El secreto de la oración contestada es obedecer a Dios y procurar agradarle. Al hacerlo así permanecemos en Él y cuando permanecemos en Él, podemos orar con poder (Jn 15.7).

La fe y el amor van juntos (v. 23). Si confiamos en Dios, nos amamos unos a otros. Amamos a los santos porque todos somos uno en Cristo y porque procuramos agradar al Padre. ¡Qué felices son los padres terrenales cuando sus hijos se aman los unos a los otros! El Espíritu Santo que mora en nosotros anhela la unidad de todos los creyentes en una maravillosa comunión de amor, la clase de unidad espiritual por la cual oró Cristo en Juan 17.20–21.

Dios mora en nosotros por su Espíritu; debemos permanecer en Él rindiéndonos al Espíritu y obedeciendo la Palabra. Las personas que dicen haber nacido de Dios, pero que continuamente desobedecen la Palabra y no tienen ningún deseo de agradarle, deben autoexaminarse para ver si en realidad han nacido de Dios.

I JUAN 4

Usted ha notado que Juan repite y repite. Los temas de la luz, el amor y la verdad están entretejidos en toda esta breve carta. El capítulo 4 afirma que quienes han nacido de Dios lo demuestran por su amor. En este capítulo Juan usa los mismos motivos para el amor como lo hizo para la obediencia en el capítulo 3. Los verdaderos creyentes se amarán los unos a los otros por estas tres razones.

I. Tenemos una nueva naturaleza (4.1–8)

Juan empieza con una advertencia acerca de los falsos espíritus en el mundo. Tenga presente que el NT todavía aún no se había completado y lo que ya se había escrito no era muy conocido; hasta que no se terminó el NT las iglesias locales dependían del ministerio de personas con dones espirituales para enseñarles la verdad. ¿Cómo podía un creyente saber cuándo un predicador era de Dios y que se podía confiar en su mensaje? (Véase 1 Ts 5.19–21.) Después de todo, Satanás es un imitador. Juan afirma que los falsos espíritus no confiesan que Jesús es el Cristo (véase 1 Co 12.3). Las sectas falsas de hoy niegan la deidad de Cristo y le hacen un simple hombre o un maestro inspirado. Pero el cristiano tiene el Espíritu dentro de sí, la nueva naturaleza, y esto le da poder para vencer.

Hay dos espíritus en el mundo de hoy: el Espíritu divino de Verdad, que habla a través de la Palabra inspirada y el espíritu satánico de error que enseña mentiras (1 Ti 4.1ss). Los maestros que Dios envía hablarán de Él y los hijos de Dios los reconocerán. Los obreros de Satanás hablarán a partir de la sabiduría humana y en dependencia de ella (1 Co 1.7–2.16). Las verdaderas ovejas reconocen la voz del Pastor (Jn 10.1–5, 27–28). Las verdaderas ovejas también se reconocen y aman las unas a las otras. Satanás divide y destruye; Cristo une a las personas en amor.

II. Cristo murió por nosotros (4.9–11)

El mundo realmente no cree que Dios es amor. Miran los terribles estragos del pecado en el mundo y dicen: «¿Cómo puede un Dios de amor permitir que ocurran estas cosas?» Pero la gente nunca necesita dudar del amor de Dios: Él lo demostró en la cruz. Cristo murió para que nosotros pudiéramos vivir «por medio» de Él (1 Jn 4.9), «por» Él (2 Co 5.15) y «con» Él (1 Ts 5.9, 10). La lógica es clara: «Si Dios nos amó, nosotros también debemos amarnos los unos a los otros». Debemos amarnos los unos a los otros en la misma medida y manera que Dios nos amó.

La cruz es un signo de adición; reconcilia a los pecadores a Dios y a las personas entre sí. Cuando dos cristianos no se aman, han apartado sus ojos de la cruz.

III. El Espíritu nos testifica (4.12–16)

Las personas no pueden ver a Dios, pero pueden ver a los hijos de Dios mostrando Su amor los unos a los otros y hacia aquellos en necesidad. Este amor no sólo es algo que fabricamos; es la obra interna del Espíritu (Ro 5.5). El amor de Dios fluye de nosotros a medida que nos rendimos y sometemos al Espíritu. Los cristianos no se aman los unos a los otros debido a sus buenas cualidades, sino a pesar de sus malas cualidades. A medida que permanecemos en su amor, no tenemos dificultad en amar a otros cristianos.

IV. Cristo viene por nosotros (4.17,18)

Los cristianos que obedecen a Dios tiene confianza en Él ahora (3.21, 22); y los que se aman los unos a los otros la tendrán cuando Cristo vuelva. Algunos, sin embargo, se avergonzarán en su venida (2.28). Los cristianos tendrán que llevarse los unos con los otros en el cielo, así que, ¿por qué no empezar a amarnos aquí? Donde hay verdadero amor por Dios y su pueblo, no habrá necesidad de temer el juicio futuro. Dios quizás tenga que castigarnos en amor durante esta vida, pero no necesitamos temer estar frente a Él cuando vuelva. Tal vez nos avergoncemos, pero no hay necesidad de temer.

El versículo 17 debería leerse: «Aquí el amor es perfeccionado con nosotros». El amor de Dios se ha manifestado «hacia» nosotros (4.1), «en» nosotros (4.12) y también «con» nosotros. Esta es una comunión en la vida y en la iglesia saturada con el amor de Dios. Esta clase de amor procura agradar al Padre y no tiene interés en el mundo. No necesitamos temer el día del juicio, porque el testimonio de amor del Espíritu prueba que somos sus hijos y que nunca enfrentaremos condenación. Nótese la asombrosa declaración al final del versículo 17: «cómo Él es (ahora en el cielo), así somos nosotros (ahora en la tierra)». Él está en el cielo representándonos ante el Padre y nosotros estamos en la tierra representándole ante los hombres pecadores. Mientras Él esté en el cielo no tenemos nada que temer. ¿Hacemos tan buen trabajo aquí en la tierra como Él lo hace en la gloria?

Dios nunca intentó que la gente viviera en terror. No había temor en la tierra hasta que Satanás y el pecado entraron en el mundo (Gn 3.10). Adán y Eva temieron y se escondieron. El juicio se avecina y todo el que nunca ha confiado en Cristo debe temer. Pero los cristianos nunca deben temer el encuentro con su Señor (2 Ti 1.7; Ro 8.15).

V. Dios nos ama (4.19–21)

El tema del amor de Dios empezó en el capítulo 3 y aquí cierra el capítulo: «Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero». Por naturaleza sabemos muy poco respecto al amor (Tit 3.3–6); Dios nos lo ha mostrado en la cruz (Ro 5.8) y lo ha derramado en nuestros corazones (Ro 5.5). Nótese 1 Juan 4.10. «No hay quien busque a Dios», dice Romanos 3.11, de modo que Dios viene en busca del hombre (Gn 3.8; Lc 19.10).

Juan muestra la contradicción entre decir que amamos a Dios mientras que aborrecemos a otros cristianos. ¿Cómo podemos amar a Dios en el cielo cuando no amamos a los hijos de Dios aquí en la tierra? Juan usa el término «hermanos» diecisiete veces en su carta, refiriéndose, por supuesto, a todos los hijos de Dios. Se espera que los cristianos se amen porque han experimentado el amor de Dios en sus corazones.

Dios nos ordena que nos amemos los unos a los otros; véanse 3.11; Juan 13.34, 35; 15.17; Colosenses 1.4. Es muy malo que nuestros corazones sean tan fríos que Él tenga que seguir recordándonos esta obligación.

Tenga presente que el amor cristiano no quiere decir que debamos estar de acuerdo con todo lo que un hermano piensa o hace. Tal vez no nos gusten algunas de sus características personales. Pero, debido a que están en Cristo, los amamos por causa de Jesús. Lea Santiago 4 para ver lo que ocurre cuando el egoísmo reina en lugar del amor.

I JUAN 5

Ahora llegamos a la tercera prueba de nuestra condición de hijos, la prueba de la verdad. «Sabemos» es la expresión clave aquí (vv. 2, 15, 18–20). Hay varias evidencias en este capítulo.

I. Sabemos qué es un cristiano (5.1–5)

La mayoría de las personas no saben lo que es un cristiano ni cómo pueden convertirse en cristianos. Confían en las obras religiosas y buenas intenciones, dependiendo de la energía de la carne. Dios dice que un cristiano es alguien que ha nacido de nuevo. Lo que convierte a un hijo de desobediencia en un hijo de Dios es la fe en la obra que Cristo consumó (véanse Jn 1.12, 13; Stg 1.18; I P 1.3). Juan usa la frase «nacido de Dios» siete veces en su primera epístola y describe las «características de nacimiento de los creyentes»: (1) practican la justicia, 2.29; (2) no practican el pecado, 3.9; (3) aman a otros cristianos, 4.7; (4) vencen al mundo, 5.4; y (5) se guardan de Satanás, 5.18.

De nuevo Juan enfatiza el amor, la obediencia y la verdad como las pruebas de la verdadera condición de hijos. Si tenemos a Dios como nuestro Padre y le amamos, seguramente amaremos también a sus otros hijos. Este amor conducirá a la obediencia (véanse Jn 14.21 y 15.10). Donde hay amor, hay disposición y voluntad de servir y agradar a otros. Los mandamientos de Dios no son fastidiosos debido a que le amamos. En cada ciudad hay una ley de que los padres deben cuidar a sus hijos, o de otra manera los encerrarán en la cárcel. ¿Es una carga para los padres trabajar y sacrificarse para cuidar sus hijos? O, ¿los cuidan sólo por temor a esta ley? ¡Nada de eso es verdad! Obedecen la ley porque aman a sus hijos. El cristiano que se queja de que la Palabra de Dios es una carga no sabe el significado de amar. Véase Mateo 11.28–30.

Los cristianos no deben amar al mundo, ni pertenecer al mundo, ni someterse al mundo. Son vencedores, venciendo al mundo, al diablo (2.13, 14) y a los falsos maestros (4.4). Vencen por fe en la Palabra de Dios, no por su propio poder o sabiduría.

II. Sabemos quién es Jesús (5.6–13)

Los pecadores deben creer que Jesús es el Cristo y que murió por sus pecados antes de que puedan ser salvos y nacer en la familia de Dios. El versículo 5 recalca la Persona de Cristo y los versículo 6–7 su obra en la cruz. Hay varias explicaciones sugeridas de la frase «agua y sangre». Podemos relacionarla con Juan 19.34–35, donde Juan vio agua y sangre brotando del costado herido de Cristo, probando así que realmente había muerto. O, quizás sea que Juan tuviera en mente a los falsos maestros. Algunos de ellos enseñaban que Jesús era un simple hombre, pero que «el Cristo» vino sobre Jesús en el bautismo y luego le dejó cuando murió en la cruz. Esto significaría que no tenemos ningún Salvador, después de todo. No, dijo Juan, nuestro Salvador Jesucristo fue declarado el Hijo de Dios en su bautismo (Mt 3.17) y lo demostró en la cruz (Jn 8.28; 12.28–33). Por consiguiente, el simbolismo nos recuerda el altar de oro (sangre) y el lavatorio (agua de la Palabra) en el tabernáculo del AT. El Espíritu da testimonio de que Jesús es el Cristo a través de la Palabra escrita de Dios.

La Deidad entera concuerda de que Jesús es el Cristo; y en la tierra el Espíritu, la Palabra (agua) y la cruz (sangre) testifican lo mismo. Dios da testimonio al mundo de que este es su Hijo; y sin embargo la gente no cree. Reciben el testimonio de los hombres, pero rechazan el de Dios. Pero cuando rechazamos este testimonio, hacemos a Dios mentiroso. Todo lo que Dios pide es que confiemos en su Palabra. Podemos descansar en el testimonio interno del Espíritu (v. 10, véase Ro 8.16) conforme Él usa la Palabra. Los versículos 11–13 resumen tan claro como es posible la seguridad que tenemos en Cristo. La vida eterna está en Cristo: Dios ha dado testimonio de esto. Si creemos en el testimonio de Dios, tenemos esta vida en nosotros. La seguridad cristiana no es cuestión de «fabricar» una emoción religiosa; es simplemente cuestión de tomarle a Dios en su Palabra.

III. Sabemos cómo orar con confianza (5.14–17)

Se ha dicho muy bien que la oración no es una manera de vencer la renuencia de Dios sino de aferrarnos a su buena disposición. Si sabemos la voluntad de Dios, podemos orar con audacia. O sea, «orar en el Espíritu» (Jud 20), permitiendo que el Espíritu nos dé el testimonio interno de la voluntad de Dios, respaldado por el testimonio de la Palabra de Dios. Véase 3.22. Juan menciona que se ore en específico por otro creyente que ha pecado de una manera que pudiera resultar en muerte (1 Co 11.30). Este «pecado de muerte» no es un «pecado imperdonable» en el cual el creyente cae sin proponérselo, sino un pecado deliberado en desafío a la Palabra de Dios (Heb 12.9), algo que otros creyentes pueden ver y reconocer como rebelión. A Jeremías se le dijo que no orara por los judíos rebeldes (7.16; 11.14; 14.11; y véase Ez 14.14, 20). Cuando mostramos verdadero arrepentimiento y confesamos, el Padre es pronto para perdonarnos y limpiarnos (1 Jn 1.9–2.2).

La verdadera oración es mucho más que decirle palabras a Dios. Involucra buscar la Palabra, permitir que el Espíritu busque las cosas de Dios (Ro 8.26–28) y someterse a la voluntad de Dios al hacer nuestras peticiones. Hay un precio que pagar en esta clase de oración, pero vale la pena.

IV. Sabemos cómo actúa un cristiano (5.18,19)

El verbo griego en el versículo 18 significa «no practica el pecado». Los cristianos no se guardan salvos a sí mismos, pero sí se guardan de las asechanzas del diablo. «Conservaos en el amor de Dios» (Jud 21). «El que fue engendrado por Dios» puede referirse a Jesucristo, el unigénito Hijo, o al creyente; tal vez ambas cosas son verdad. Debemos someternos a Cristo para tener victoria; pero tenemos que luchar «desde» la victoria tanto como «por» la victoria.

El pueblo de Dios debe mantener sus ojos bien abiertos debido a que el mundo está «bajo el maligno». Satanás es el dios de este siglo y el príncipe de las tinieblas. Ha cegado espiritualmente a millones de personas y las ha mantenido en esclavitud.

V. Sabemos la verdad (5.20,21)

El Espíritu y la Palabra siempre concuerdan, por cuanto «el Espíritu es la verdad» (5.6) y la Palabra de Dios es verdad (Jn 17.17). El testimonio del Espíritu en el corazón nunca contradecirá las palabras del Espíritu en la Biblia. Los falsos maestros a quienes Juan se oponía

enseñaban que uno tiene que pertenecer a un «círculo interno» especial antes de poder entender el conocimiento espiritual, pero Juan afirma que cualquier creyente verdadero puede conocer la verdad de Dios.

El verdadero Dios se opone a los dioses falsos, los ídolos. Un ídolo es la concepción humana de dios. Dios hizo al hombre a su imagen; ¡ahora los hombres hacen dioses a su propia imagen! Léase Romanos 1.21ss. ¡Nótese que Juan afirma que Jesucristo es el Dios verdadero!

Obediencia, amor y verdad son los pensamientos clave de esta epístola. Son la evidencia de la salvación y esenciales de la comunión, el secreto de una vida verdadera y permanente.

2 Juan

El anciano Juan escribió esta breve carta personal a una mujer estimada en una iglesia local. Los versículos 2–3 son introductorios y describen a la mujer como una persona conocida y querida por su práctica de la verdad (la Palabra de Dios). Nótese que la verdad y el amor van juntos; los cristianos no pueden tener comunión donde exista doctrina falsa. Juan analiza a continuación dos asuntos específicos.

I. La práctica de la verdad (vv. 4–6)

Nótese la repetición de la palabra «andar». La verdad no es simplemente algo que estudiamos o creemos; es una fuerza motivadora en nuestras vidas. No es suficiente saber la verdad; debemos mostrarla mediante nuestras acciones en dondequiera que estemos. Juan se regocijaba porque estaba seguro de que los hijos de esta señora andaban en la verdad, lo cual equivale a «andar en la luz» y que el apóstol analizó en I Juan I.

El amor cristiano no es una emoción que se desarrolla; es simple obediencia a la Palabra de Dios. Los hijos aman a sus padres al obedecerles. «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). Qué triste es cuando los cristianos dicen amar la Biblia, pero detestan a los hermanos. Aunque los santos difieran en sus interpretaciones de ciertos pasajes de la Palabra, deben estar de acuerdo en cuanto a amarse los unos a los otros. Donde exista un amor sincero hacia la Biblia habrá amor por el pueblo de Dios. El amor a la verdad y el amor a los hermanos no pueden separarse.

II. Proteger la verdad (vv. 7–11)

A. Los que engañan (v. 7).

Aquí Juan se refiere a los falsos maestros mencionados en su primera epístola. Nos recuerda que la prueba de un maestro es lo que este cree acerca de Jesucristo. Si el maestro niega que Jesucristo vino en carne, es un maestro falso y procede del anticristo. Mientras que el gran «hombre de pecado» (o anticristo) se revelará al final del siglo (1 Ts 2), el espíritu del anticristo ya está en el mundo (1 Jn 4.3).

B. Los que destruyen (v. 8).

Aquí Juan nos advierte a no destruir las cosas que han sido forjadas en Cristo. La manera más fácil de desviarse de su andar cristiano y perder todo el terreno espiritual que ha ganado es enredarse con doctrinas falsas. Satanás es un destructor y usa mentiras para robarles las bendiciones a los santos.

C. Los que se han apartado (v. 9).

La palabra «extraviarse» aquí significa «ir más allá». O sea, estos falsos maestros no están contentos con quedarse dentro de los límites de la Palabra de Dios. Son «progresistas» y «modernos», prefieren ir más allá de la Biblia y «mejorar» lo que Dios ha escrito. ¡Este es el tipo equivocado de progreso! Mientras que los cristianos deben progresar en su andar, nunca deben ir más allá de los límites de la Biblia. Debemos «permanecer» en la doctrina, afirmando las cosas fundamentales de la Palabra de Dios.

Juan nos advierte a no darles la bienvenida en nuestros hogares a estos falsos maestros ni tan siquiera saludarlos. Cualquier ayuda que le damos a los falsos maestros es una participación en sus obras malvadas. Averigüe lo que la gente cree antes de admitirlos en su casa o darles donativos. Verifique con su pastor si tiene alguna pregunta.

3 Juan

Tercera de Juan se escribió a un miembro de una iglesia local que estaba acosado por problemas. En la carta Juan se refiere a tres hombres.

I. Gayo: Un cristiano próspero (vv. 1–8)

Cuánto agradecemos a Dios por miembros de la iglesia como Gayo. Juan usa la palabra «amado» cuatro veces para referirse a él (vv. 1, 2, 5, 11). El versículo 2 sugiere que quizás Gayo no gozaba de buena salud o que se estaba recuperando de alguna enfermedad. Pero esto sí sabemos: tenía una saludable vida espiritual. Cualquiera que fuera la condición externa del hombre, su interior estaba prosperando.

Gayo era la clase de cristiano respecto al cual otros disfrutan de hablar. Los hermanos (tal vez evangelistas y misioneros viajeros) habían conocido a Gayo y habían sido recibido en su casa. Ellos informaron que andaba en la verdad y fielmente trataba de ayudar a los diferentes obreros cristianos que se cruzaban en su camino. Tenga presente que no había hoteles en los días de Juan, sino sólo posadas incómodas y a menudo peligrosas. Los evangelistas viajeros dependían de los santos para su alimentación y alojamiento. Gayo era de los cristianos que le agradaba recibir a los santos y «encaminarlos» según estos iban de lugar a lugar.

¿Por qué ayudaba Gayo a los santos? En primer lugar, porque los amaba y porque quería participar en su ministerio y contribuir al avance de la verdad. Un hombre que no pueda predicar, sí puede ayudar a otros a hacerlo.

II. Diótrefes: Un cristiano arrogante (vv. 9–10)

Este es la clase de miembro de la iglesia sin el cual bien podemos vivir. Quería ser el «jefe» de la iglesia; le encantaba tener la preeminencia y ser el primero en todo. Colosenses 1.18 dice que sólo Cristo merece la preeminencia. «Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe», fue como lo dijo Juan el Bautista (Jn. 3.30).

¿Cómo actuaba este miembro? Bien, por un lado, pero rehusaba reconocer el liderazgo de Juan. Siempre que un miembro de una iglesia quiere posición y prestigio, usualmente ataca al pastor, bien sea en privado o en forma abierta. Por lo general, empiezan una «campaña de murmuraciones» y tratan de socavar el carácter y ministerio del pastor. Como Absalón, en el AT, «sugieren» que el liderazgo presente no es eficiente (2 S. 15.1–6) y que ellos pudieran manejar las cosas en mejor forma. Hebreos 13.7, 17 resuelve esta cuestión de una vez por todas.

Diótrefes decía mentiras sobre Juan. «Parloteando» en el versículo 10 quiere decir «levantar falsas acusaciones» y es similar a las «chismosas» de 1 Timoteo 5.13. Si los miembros de las iglesias recordaran que no deben dar oídos a las acusaciones contra el pastor si no hay testigos presentes, esto ayudaría a resolver el problema del chisme (1 Ti 5.19).

También rehusaba ayudar a los hermanos, e incluso llegaba al extremo de ser un tirano en la iglesia y expulsar de ella a algunos. El NT enseña que en determinados casos de disciplina, se deben separar a algunos miembros, pero Diótrefes los separaba sin darles oportunidad de defenderse ni de ser oídos por la congregación. Nótese 1 Pedro 5.3.

Es esta clase de miembros la que destruye iglesias. Avidos de poder y autoridad, pisotean la verdad, ignoran la Biblia, entristecen al Espíritu Santo y dispersan el rebaño.

III. Demetrio: Un cristiano agradable (vv. 11–12)

¡Qué refrescante pasar de Diótrefes a Demetrio! Este era la clase de persona que otros podían imitar. Los santos hablaban bien de él y de la misma Palabra. Podría someter a prueba su vida mediante la Biblia y pasaba la prueba.

Las iglesias de hoy necesitan más miembros como Gayo y Demetrio, santos que amen la Biblia, la familia de la iglesia y las almas perdidas. ¡Podemos arreglárnosla mejor sin esos como Diótrefes!

JUDAS

El escritor era medio hermano de Cristo, como se menciona en Marcos 6.3. Jacobo, otro medio hermano del Señor (1 Co 15.7), vio al Cristo resucitado, de modo que sin duda Jacobo [o Santiago (nota del editor)] y Judas llegaron a ser creyentes más o menos al mismo tiempo. Los hermanos de Cristo se mencionan en Hechos 1.13, 14 como participantes en una reunión de oración antes del Pentecostés. Nótese que Judas no se jacta de su relación humana a Cristo. Prefiere llamarse un esclavo, un «siervo de Jesucristo» y hermano de Jacobo. Aunque en su carta Judas habla del juicio, se cuida de destacar que el verdadero creyente es guardado en Cristo (vv. 1, 24). No nos guardamos salvos nosotros mismos, sino que debemos guardarnos en el amor de Dios obedeciendo su Palabra (v. 21).

I. El objetivo de la carta (vv. 3–4)

Judas empezó a escribir un mensaje sobre la «salvación», pero el Espíritu lo guió a abandonar su tema y a advertir a los creyentes respecto a los falsos maestros que surgieron en la iglesia. Usted notará que muchos versículos de Judas son semejantes a 2 Pedro 2. Pedro profetizó que esos falsos maestros vendrían (2 P 2.1; 3.3), de ahí que Judas escribiera posteriormente, pues dice que ya están allí y activos. Nos recuerda que Pedro ya había anunciado su condenación. Identifica a esos falsos maestros como las mismas personas que Pedro describió: se introducen encubiertamente, traen falsa doctrina y viven en pecado. «Que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios» (v. 4) quiere decir que les decían a la gente que la gracia les permitía vivir como se les antojara. Véase Romanos 6.1ss.

¿Cómo deben reaccionar los cristianos ante este peligro? «Que contendáis ardientemente por la fe» (v. 3) es lo que Judas ordena. Debemos defender la verdad de Dios y el cuerpo de doctrina que el NT llama «la fe». Debemos ser soldados que defiendan la fortaleza a cualquier costo.

II. El argumento (vv. 5–16)

El tema de Judas en esta sección es la condenación de esos falsos maestros y de quienes les siguen. Cita siete ejemplos del AT para probar su punto:

A. Israel (v. 5).

Dios libró a Israel de Egipto y sus plagas, pero después tuvo que destruir a los incrédulos. Judas deja en claro que estos hombres no eran creyentes; el versículo 19 indica que no tenían el Espíritu. La simple presencia «en la iglesia» no es evidencia de salvación. Muchos judíos estaban «en la nación» y sin embargo fueron destruidos debido a su pecado.

B. Angeles caídos (v. 6).

Véase 2 Pedro 2.4. Tal parece que Judas se refiere a los ángeles que convivieron con las hijas de los hombres, según Génesis 6. Esta fue la trama de Satanás para corromper la raza humana y estorbar así el nacimiento de la Simiente prometida (Gn 3.15). Esos ángeles que desafiaron a Dios fueron juzgados y encarcelados en el Tártaro, una parte especial del infierno.

C. Sodoma y Gomorra (v. 7).

La frase «de la misma manera» sugiere que los pecados de estas ciudades eran semejantes a la fornicación de los ángeles mencionados en el versículo 6. Segunda de Pedro 2.6–8 se refiere a estas ciudades perversas. Judas dice que el juicio de estas ciudades es una ilustración del infierno.

D. Miguel y Moisés (vv. 8–10).

El arcángel Miguel es el ángel especial para Israel (Dn 12.1). La referencia aquí parece ser a la sepultura de Moisés (Dt 34.6). Dios traerá de nuevo a Moisés como uno de los testigos a los judíos durante el período de la tribulación (Ap 11), pero Satanás trató de apoderarse del cuerpo. El punto de Judas es que el arcángel no reprendió a Satanás, porque esto requiere más autoridad de la que Miguel realmente tenía. El ángel permitió a Dios que pronunciara la reprimenda. Esos falsos maestros, en su orgullo, menospreciaban la autoridad, y en su pecado e ignorancia hablaban mal de las cosas santas.

E. Caín (v. 11).

Este ejemplo nos lleva de regreso a Génesis 4, donde Caín aparece ante el altar sin sacrificio de sangre. La manera de Caín es la misma de la religión hecha por el hombre, rechazando la revelación de Dios y la sangre del Salvador. Véanse 1 Juan 3.11, 12; Hebreos 11.4.

F. Balaam (v. 11).

Véase 2 Pedro 2.15, 16. El error de Balaam se trataba de conducir a otros al pecado para obtener ganancia personal. Balaam sabía la verdad, pero deliberadamente guió a Israel al pecado para ganar dinero, Véase Números 22–25, especialmente 25.1–9.

G. Coré (v. 11).

Léase Números 16. Coré y sus seguidores rechazaron la autoridad divina dada a Moisés y trataron de adueñarse del poder. Los falsos maestros se autoexaltan y pasan por alto la autoridad de los siervos de Dios. Ellos serán juzgados, así como lo fueron Coré y sus seguidores.

En los versículos 12–13 Judas describe a estos falsos maestros en términos vívidos; léalos en una traducción moderna para notar una descripción precisa. ¿De qué valen nubes sin agua, árboles sin fruto y estrellas que deambulan y por eso no proveen de ninguna ayuda al viajero? Judas cierra su argumento citando a Enoc que, al principio de la historia, profetizó su condenación. Nótese en estos versículos la repetición de la palabra «impíos».

III. La admonición (vv. 17–25)

¿Cómo deben actuar los cristianos a la luz de esta situación? Primero, deben recordar la Palabra (véase 2 P 3). Cristo prometió que vendrían burladores y ahora ya han aparecido. El crecimiento de la apostasía es evidencia adicional de la determinación de Satanás a bloquear la verdad de la Palabra de Dios. Todavía más, los cristianos deben crecer espiritualmente, edificándose en el Señor. Hacen esto orando en el Espíritu (conforme el Espíritu guía, véase Ro 8.26, 27), obedeciendo la Palabra, y de este modo permaneciendo en el amor de Dios y velando por el regreso de Cristo. Qué combinación de una vida cristiana victoriosa: orando, aprendiendo y viviendo la Biblia y esperando el regreso de Cristo.

¿Cómo deben actuar los cristianos con los que siguen a esos falsos maestros? «Convencedlos» (v. 22) es su admonición. En otras palabras, traten cada situación individualmente. Algunas personas necesitan que se les muestre compasión; otras pueden ser salvadas y arrebatadas del fuego. Algunas tal vez ya hayan ido demasiado lejos como para ayudarles. Judas nos advierte que, al procurar ayudar a otros, debemos tener cuidado de no contaminarnos nosotros mismos. El sacerdote del AT no debía contaminar sus vestidos y los cristianos del NT (que también son sacerdotes) deben conservarse sin mancha en el mundo (Stg 1.27).

Judas cierra con una maravillosa bendición, enfatizando el poder de Cristo para guardar a los suyos. Los cristianos no se guardan a sí mismos salvos; Cristo los guarda hasta el mismo fin. El versículo 1 dice que somos «guardados en Jesucristo», indicando que el Padre tiene un interés personal en nuestra preservación. El versículo 24 también lo indica. ¿Qué más seguridad podría desear el cristiano?

Hebreos 12.2 dice que Cristo soportó la cruz «por el gozo puesto delante de Él». Judas nos dice cuál fue ese gozo: el privilegio de presentar a su Iglesia ante el Padre en gloria. El Novio presentará un día a su novia sin mancha en gloria. ¡Qué día será ese!

Al leer esta epístola uno no puede sino darse cuenta de que los cristianos deben defender la fe y oponerse a los falsos maestros. Cristo nos guarda, pero quiere que nosotros guardemos el depósito que Él ha dejado en nuestras manos (2 Ti 1.13–14; 1 Ti 6.20). Hay una condenación terrible esperando a quienes rechazan a Cristo y enseñan las mentiras de Satanás. Salvaremos a algunos; a otros podremos solamente tenerles compasión. ¡Que Dios nos ayude a ser fieles hasta que Él venga!

Apocalipsis

Bosquejo sugerido de Apocalipsis

Versículo clave (1.19)

I. Las cosas que has visto (1)
   - A. La visión de Juan del Cristo glorificado como el Rey-Sacerdote

II. Las cosas que son (2–3)
   - A. Las siete iglesias revelan la condición del pueblo de Dios

III. Las cosas que vendrán después (4–22)
   - A. El Rapto de la Iglesia (4–5)
     1. Juan es levantado
     2. El Cordero se sienta en su trono
   - B. La tribulación de siete años (6–19)
     1. Primera mitad de la tribulación (6–9)
     2. A mediados de la tribulación (10–14)
     3. La segunda mitad de la tribulación (15–19)
   - C. El reino milenial de Cristo (20)
   - D. Los nuevos cielos y la nueva tierra (21–22)

Notas preliminares a Apocalipsis

I. Trasfondo

El apóstol Juan asumió la obra pastoral en Éfeso alrededor del año 70 d.C., incluyendo las iglesias del área circunvecina, las «siete iglesias de Asia Menor» de Apocalipsis 2–3. El emperador romano Nerón había perseguido a los cristianos en Roma, pero la «prueba de fuego» que Pedro había prometido (1 P 4.12ss) todavía no había empezado. Mas cuando Domiciano ascendió al trono (81–96 d.C.), la persecución se intensificó. Domiciano era un asesino a sangre fría como nunca se encontrará en las páginas de la historia. Promovió la «adoración al emperador» y empezaba sus anuncios con: «Nuestro señor y dios Domiciano ordena». Toda persona que hablaba con él debía llamarle: «señor y dios». Fue riguroso en su tratamiento tanto a los judíos como a los cristianos, y bajo su decreto Juan tuvo que ir al exilio en la isla de Patmos, una isla rocosa de quince kilómetros de largo y diez de ancho, en el Mar Egeo. Roma tenía un campamento penal allí, en donde los prisioneros trabajaban en las minas. Fue allí en este desolado paraje que Juan recibió las visiones que forman Apocalipsis. Lo escribió alrededor del año 95 d.C.

II. Carácter

Apocalipsis es un libro único, con características que deben notarse. El texto de Juan es:

A. Profético.

Es un libro de profecía (1.3; 10.11; 19.10; 22.7, 10, 18, 19).

B. Cristocéntrico.

Es la revelación de Jesucristo, no simplemente un programa profético. En el capítulo 1, Él es el Sacerdote-Rey resucitado; en los capítulos 2–3 examina a las iglesias; en los capítulos 4–5 recibe adoración y alabanza y el título de propiedad de la creación; en los capítulos 6–19 juzga al mundo y vuelve en gloria; y en los capítulos 20–22 reina en gloria y poder.

C. Abierto.

La palabra «apocalipsis» literalmente significa «descorrer el velo». A Daniel se le dijo que sellara su libro (Dn 12.4), pero a Juan, «no selles» (22.10). En lugar de ser una colección de profecías enigmáticas, Apocalipsis es el velo de Cristo que se descorre de manera ordenada y razonable y de su victoria final sobre Satanás, el pecado y el sistema mundial.

D. Simbólico.

«La declaró enviándola» (1.1) sugiere que el libro usa señales y símbolos para trasmitir su mensaje. Algunos se explican (1.20; 4.5), otros quedan sin explicación (4.4; 11.3) y se explican otros en referencia a los paralelos del AT (2.7, 17, 27, 28). Este simbolismo espiritual sería claro para los cristianos que recibirían el libro, pero no tendría ningún sentido para sus perseguidores romanos. Téngase presente que los símbolos hablan de la realidad. Una bandera, por ejemplo, indica la existencia de una nación. El cuadro de Cristo en 1.12–16 no es literal, pero cada uno de estos símbolos implica una verdad espiritual acerca de Él.

E. Basado en el AT.

Es imposible comprender el libro sin referirse a las Escrituras del AT. De los 404 versículos que hay en Apocalipsis, 278 contienen referencias al AT. Se calcula que en Apocalipsis hay más de 500 referencias o alusiones al AT, siendo los Salmos, Daniel, Zacarías, Génesis, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Joel a los que se hace referencia con más frecuencia.

F. Numérico.

Hay una serie de «sietes» en el libro: siete iglesias, sellos, trompetas, copas, candeleros, etc. El número tres y medio también aparece con frecuencia (11.2, 3; 12.6; 13.5). También hallamos a los 144.000 (múltiplo de 12) israelitas sellados, dos estrellas (12.1), doce puertas (21.12) y doce cimientos (21.14).

G. Universal.

Apocalipsis enfoca al mundo entero. Juan ve naciones, pueblos, multitudes (véanse 10.11; 11.9; 17.15, etc.). Este libro describe el juicio de Dios sobre el mundo y su creación de un nuevo mundo para su pueblo.

H. Majestuoso.

Este es el «libro del trono», porque desde el capítulo 4 hasta el final leemos acerca del Rey y su gobierno. La palabra «trono» se usa cuarenta y cuatro veces; «rey», «reino», o «gobierno» alrededor de treinta y siete veces; «poder» y «autoridad» unas cuarenta veces. Vemos a Cristo como el Soberano del universo, rigiendo desde el trono celestial.

I. Compasivo.

Por todo el libro vemos los sufrimientos del pueblo de Dios y la compasión del cielo por el pueblo de Dios en la tierra. Juan está en el exilio (1.9); Antipas es martirizado (2.13); la iglesia de Esmirna enfrentará prisión (2.10); las almas debajo del altar claman por el juicio vengador de Dios (6.9, 10); la hora del juicio ha llegado (3.10); la gran ramera ha bebido la sangre de los santos (17.6; 18.24; 19.2). Sin embargo, Dios juzgará al mundo y salvará a su pueblo.

J. Culminante.

Apocalipsis es el clímax de la Biblia y muestra el cumplimiento del plan y propósito de Dios para el universo.

III. Interpretación

Intérpretes buenos y consagrados difieren en el significado de los detalles del libro. Se han sugerido cuatro interpretaciones amplias:

A. Preterista (del latín pretet, que significa «pasado»).

Este enfoque afirma que todo en el libro ocurrió en el primer siglo. Juan se refiere, dicen, a la guerra entre la Iglesia y Roma. Juan escribió a los santos para consolarlos y animarlos en su tiempo de persecución. Pero Juan indica siete veces que escribe profecía. Sin duda que el libro tuvo un valor especial para quienes soportaban la persecución romana, pero su valor no cesó con el final de la era apostólica.

B. Histórica.

Los intérpretes en este campo argumentan ver el cumplimiento de la historia de la Iglesia en los símbolos de Apocalipsis. Creen que el libro bosqueja el curso de la historia desde los tiempos apostólicos hasta el fin del siglo. Investigan en los libros de historia para hallar acontecimientos que parecen ser paralelos a los que se mencionan en Apocalipsis, pero algunas veces los resultados son desastrosos. Un intérprete ve a Lutero y a la Reforma como un símbolo mientras que, para otro erudito, ¡indica la invención de la imprenta! ¿De qué valor sería Apocalipsis para los creyentes en el día de Juan si todo lo que el libro hacía era predecir la historia mundial? ¿Y qué valor tendría eso para nosotros hoy en día?

C. Espiritual.

Esos estudiosos destierran por completo la idea de profecía y usan Apocalipsis como una presentación simbólica del conflicto entre Cristo y Satanás, el bien y el mal. Rechazan la idea de que Juan escribe sobre sucesos reales; afirman que él analiza sólo los principios espirituales básicos. Pero de nuevo Juan nos dice que escribe profecía. Aunque reconocemos que Apocalipsis contiene en efecto muchos principios espirituales básicos en forma simbólica, también debemos admitir que el libro se relaciona con sucesos reales que ocurrirán un día en el mundo.

D. Futurista.

Esta escuela hace hincapié en que Apocalipsis es profecía; los capítulos 6 al 22 describen un escenario de acontecimientos que se revelarán en la tierra y en el cielo después del Arrebatamiento de la Iglesia. A pesar de que tales eruditos reconocen las lecciones espirituales del libro, también admiten que habla respecto a sucesos reales que un día acontecerán. Si Apocalipsis no se debe interpretar como profecía, Dios no ha dado a la iglesia en el NT un libro que explique el futuro del mundo, el curso de los acontecimientos, la victoria de la Iglesia, el juicio del pecado y el cumplimiento de las promesas y las profecías que se hallan en el AT. Esto es inconcebible. No, Apocalipsis es ese libro; y el estudiante que lo aborda reverentemente como profecía de sucesos que ocurrirán después del Arrebatamiento de la Iglesia, recibirá recompensa por sus esfuerzos.

IV. Génesis y Apocalipsis: Libros complementarios

Génesis	Apocalipsis
Creación de los cielos y la tierra (Caps. 1–2)	Creación de los nuevos cielos y la nueva tierra (Caps. 21–22)
El primer Adán reinando sobre la tierra (1.26)	El reinado en gloria del Postrer Adán (21.5)
Creación de la noche y los mares (1.5, 10)	No más noche; no más mar (21.1, 25)
Una esposa para Adán (2.18–25)	La novia preparada para Cristo (19.7ss)
Un árbol de la vida en Edén (2.9; 3.22)	Un árbol de la vida en la nueva creación (22.2)
Muerte y una maldición (3.14, 17–19)	No más maldición; no más muerte ni lágrimas (22.3)
Conflicto entre Cristo y Satanás (3.15)	Condenación final de Satanás (20.10)
El hombre separado de la presencia de Dios (3.23; 4.16)	El hombre ve la cara de Dios en gloria (22.4)
Los creyentes en busca de una ciudad (Heb 11.13–16)	La ciudad santa presentada en gloria (21.10)
«¿Dónde está el cordero?» (22.7)	El Cordero reina (22.3)
Satanás pronuncia la primera mentira (3.1)	Nadie que mienta entra en la ciudad (21.27)

Apocalipsis, entonces, bosqueja el programa de Dios para la historia humana. Lo que empezó hace siglos en la primera creación, se completará finalmente en la nueva creación. Este es el «libro con una bendición» (1.3, y véanse las otras seis «bendiciones» en 14.13; 16.15; 19.9; 20.6; 22.7, 14). Nos muestra que «la historia es la historia de Cristo»; que los asuntos humanos están en las manos de nuestro Cristo victorioso. El estudio de este libro nos estimulará e inspirará a servir y a recibir la preparación para tener vidas limpias, de manera que estemos listos para cuando Él vuelva.

APOCALIPSIS 1

Dios el Padre le dio el contenido del libro a Cristo, quien se lo dio a su ángel para que se lo diera al apóstol Juan. «Su ángel» puede traducirse como «su mensajero», puesto que la palabra griega angelos (ángel) significa «mensajero» (22.16). «La declaró» indica que el libro usa signos y símbolos para trasmitir la verdad espiritual. Juan en realidad vio el contenido del libro desplegarse ante sus ojos. Físicamente estaba en la isla de Patmos (1.9), pero Dios lo transportó al cielo (4.1), al desierto (17.3) y a una montaña (21.10) para que pudiera presenciar estos acontecimientos y registrarlos para nosotros.

Hay una bendición para el que lee este libro en voz alta y para los que oyen con corazones atentos. Pero el versículo 3 indica que Apocalipsis no es un libro para estudiarse con indolente curiosidad; estas palabras deben «guardarse», o sea, obedecerse y practicarse.

Las frases «está cerca» (v. 3) y «que deben suceder pronto» (v. 1) no significan que estas profecías se iban a cumplir de inmediato en los días de Juan. Más bien indican cuán velozmente pasará el tiempo cuando estas se cumplan. Hoy el Dios compasivo está a la espera de los pecadores para darles una oportunidad de arrepentirse. Pero cuando llegue el tiempo de estos juicios, no habrá más demora.

I. El Cristo que Juan conoció (1.4–8)

Juan envía saludos a las iglesias del Asia Menor como se le ordenó que hiciera (v. 11). Repasa la maravilla de la Deidad, nombrando a cada una de las Personas de la Trinidad:

A. El Padre.

«Del que es y que era y que ha de venir» (v. 4), esto es, el Dios eterno. Véanse 1.8 y 4.8. Dios se yergue sobre la historia; no está limitado por el tiempo.

B. El Espíritu.

«Siete» es el número que indica algo completo y significa la plenitud del Espíritu. En 4.5 vemos que los siete espíritus se simbolizan por siete lámparas; y en 5.6 por siete ojos. Cristo tiene los siete espíritus (3.1); el Espíritu apunta a Cristo.

C. El Hijo.

A Cristo se lo presenta en su Persona triple como Profeta (testigo fiel), Sacerdote (el primogénito de los muertos; o sea, superior a los que se levantaron de entre los muertos) y Rey (soberano de los reyes de la tierra). Luego Juan alaba a Dios por la triple obra que Cristo logró en la cruz: nos amó, nos lavó (o libertó) de nuestros pecados y nos hizo un reino de sacerdotes. El dominio que perdimos en Adán lo recuperamos en Cristo.

El versículo 7 es la primera de siete referencias en Apocalipsis a la venida de Cristo (2.25; 3.3, 11; 22.7, 12, 29). Este regreso es público (Dn 7.13; Hch 1.8ss) y no debe confundirse con el Rapto de la Iglesia, el cual es secreto (1 Ts 4.13ss). Los gentiles lamentarán por Él y los judíos verán al que traspasaron (Zac 12.10–12; véase Mt 24.27–30).

II. El Cristo a quien Juan oyó (1.9–11)

Juan estaba en el exilio en una isla ubicada aproximadamente a cien kilómetros de Éfeso, lugar donde había pastoreado las iglesias de Asia. En Marcos 10.35–45 Jacobo y Juan pidieron tronos; en años posteriores, sin embargo, sufrieron gran tribulación. Jacobo fue ejecutado (Hch 12) y Juan sufrió el exilio. Lo enviaron al exilio debido a la Palabra de Dios que había predicado. Es interesante que Juan menciona el mar veintisiete veces en este libro. «En la isla[...] en el Espíritu» (vv. 9–10): ¡qué maravillosa situación! Nuestra ubicación geográfica nunca debe privarnos de las bendiciones espirituales.

Juan oyó la voz de Cristo como una trompeta. Las trompetas son importantes en Apocalipsis; en 4.1 la trompeta llama a Juan al cielo, un cuadro del arrebatamiento; y en 8.2ss las trompetas señalan que la ira de Dios se derramará sobre el mundo. En el AT los judíos usaban trompetas para reunir a la asamblea, para anunciar la guerra o para proclamar días especiales (Nm 10). La trompeta de Dios llamará a la Iglesia a su hogar (1 Ts 4.16), reunirá a Israel (Mt 24.31) y anunciará la guerra sobre el mundo (Ap 8.2ss). La voz le dijo a Juan que escribiera este libro y lo enviara a las iglesias de las cuales él había sido separado. Había más de siete iglesias en esta área, pero Cristo escogió estas siete para representar las necesidades espirituales de su pueblo.

III. El Cristo que Juan vio (1.12–20)

Juan ya no conocería más a Cristo «según la carne» (2 Co 5.16); ahora Él es el Rey-Sacerdote resucitado y exaltado. Juan vio al Cristo glorificado en medio de los siete candeleros, que simbolizan a las siete iglesias (1.20). El pueblo de Dios es la luz del mundo; la Iglesia no crea la luz, sino que sólo la mantiene y le permite brillar. No vemos una sola lámpara gigantesca; más bien tenemos siete candeleros separados.

Use sus referencias cruzadas para estudiar los símbolos que aquí se emplean para indicar al Cristo glorificado. Sus vestidos son los de un Sacerdote-Rey. El caballo blanco habla de su eternidad (Dn 7.9). Sus ojos lo ven todo y juzgan lo que ven (Dn 10.6; Heb 4.12; Ap 19.12). Cristo, en medio de las iglesias, ve lo que ocurre y juzga. Los pies de bronce hablan de juicio; el altar de bronce era el lugar donde se juzgaba el pecado. Su voz, «como el estruendo de muchas aguas», sugiere dos cosas: (1) el poder de su Palabra, como el mar; y (2) todos los «arroyos» de la revelación divina convergen en Cristo. Véanse el Salmo 29 y Ezequiel 43.2.

Tiene en su mano siete estrellas y estas son los mensajeros (o pastores) de las siete iglesias. Es posible que vinieran mensajeros de estas iglesias a Juan y recibieran personalmente el libro de Apocalipsis. Las estrellas son los mensajeros (1.20); Cristo tiene a sus siervos en sus manos. Véase Daniel 12.3. La espada que sale de su boca es su Palabra que juzga; véanse Isaías 11.4; 49.2 y también Apocalipsis 2.12, 16 y 19.19–21. El brillo de su faz es como el sol que habla de su gloria (Mal 4.2). En 22.16, Él es la brillante estrella de la mañana, porque aparecerá por su Iglesia cuando la hora sea más oscura, antes de que la ira de Dios irrumpa en el horizonte.

Cuando Cristo estaba en la tierra, Juan se recostó a su lado (Jn 13.23); pero ahora cae a sus pies (Dn 8.17; y véase Ap 22.8). Los santos de hoy deben evitar llegar a tener demasiada «familiaridad» con Cristo en su hablar y actitudes, porque Él merece todo honor y alabanza. Cristo le asegura a Juan y calma sus temores. Cristo es el primero y el último (1.8; 22.13), de modo que no hay necesidad de temer. Él tiene las llaves del Hades (no «infierno»), el campo de los muertos. El Hades un día entregará las almas de los perdidos (20.13, 14).

En 1.19 Cristo nos bosqueja el Apocalipsis (véase el bosquejo). Seguir cualquier otro método es presumir que sabemos más sobre este libro de lo que Cristo sabe.

En los capítulos 2–3 Cristo analiza a las siete iglesias. Al estar en medio de ellas, examina su condición espiritual con ojos de fuego. Esto lo hace hoy en día. No importa lo que los hombres o las denominaciones piensen respecto a una iglesia; ¿qué piensa Cristo de ella? Debemos notar que los diferentes elementos de la descripción de Cristo en los versículos 13.16 se repiten en las cartas a las siete iglesias. Ese atributo de Cristo que se aplica a las necesidades particulares de la Iglesia es lo que se enfatiza en el mensaje. El peligro para las iglesias es que Cristo quite su testimonio (2.5). Él prefiere tener a una ciudad en tinieblas que un candelero fuera de su divina voluntad.

Mucho del simbolismo de este capítulo se repetirá más tarde en el libro. No se puede enfatizar mucho en que examine sus referencias cruzadas mientras estudia.

IV. Las siete iglesias del Asia Menor

Si Apocalipsis 1.19 es el bosquejo inspirado del libro, Apocalipsis 2–3 se refiere a «las cosas que son». En otras palabras, Cristo seleccionó siete iglesias de entre las muchas del Asia Menor para recalcar su mensaje específico. Es cierto que había pecados en las otras iglesias, pero las cuestiones que se tratan en estas siete iglesias cubren todas las circunstancias posibles. Cristo seleccionó estas siete iglesias para ilustrar las condiciones espirituales posibles en las iglesias hasta que Él vuelva.

Algunos estudiosos creen que estas iglesias también ilustran la «historia profética» de la iglesia desde los tiempos apostólicos hasta el fin del siglo: Éfeso era la iglesia de los tiempos apostólicos que empezaba a perder su primer amor por Cristo; Esmirna era la iglesia perseguida de los primeros siglos (c. 100–300 d.C.); Pérgamo era la que se unió a Roma, la iglesia estado; Tiatira representaba la dominación por parte del catolicismo romano; Sardis simbolizaba la iglesia de la Reforma; Filadelfia («amor fraternal») simbolizaba la iglesia misionera de los postreros días; y Laodicea era la iglesia tibia y apóstata de los últimos días. Sin embargo, tenga presente que todas las condiciones mencionadas estaban presentes en las iglesias en ese mismo tiempo y que están presentes también hoy en día. Aún más, si esta secuencia es una «historia profética» de la Iglesia, Jesús no podría volver por su pueblo hasta la era de la iglesia de Laodicea; y esto haría imposible su inminente venida. Mientras que las siete iglesias pueden ilustrar el desarrollo general de la iglesia a través de las edades, ese no fue el propósito principal de estas siete cartas.

Nótese que en cada iglesia se pronuncia una palabra especial: «al que venciere» (2.7, 11, 17, 26; 3.5, 12, 21). Estos «que vencieren» no son los «supersantos» de cada iglesia, un grupo especial que recibirá privilegios especiales de Cristo, sino los verdaderos creyentes en cada una de estas iglesias. No nos atrevemos a dar por sentado de que cada miembro de cada iglesia en cada período de la historia es un verdadero hijo de Dios. Los que realmente pertenecen a Cristo son los «que vencen» (1 Jn 5.4, 5). En cualquier época de la historia ha habido verda-

deros santos en la iglesia profesante (a menudo llamada «la iglesia invisible»). Cristo les da una palabra especial de estímulo que sin duda podemos aplicarnos hoy a nosotros mismos.

Nótese también que Satanás se menciona en conexión con cuatro iglesias: (1) causó la persecución en Esmirna, 2.9; (2) tiene su trono en Pérgamo, 2.13; (3) enseña sus «profundidades» en Tiatira, 2.24; y (4) usa su «sinagoga» de falsos cristianos para oponerse a los esfuerzos de ganar almas en Filadelfia, 3.9.

Cristo destaca varios peligros en estas iglesias:

A. Los nicolaítas (2.6,15).

El nombre «Nicolás» significa «conquistar al pueblo» y sugiere una separación entre el clero y los laicos de las iglesias. Este pecado empezó como «obras» en Éfeso (v. 6), pero se convirtió en doctrina en Pérgamo. De modo que ocurre así: los engañadores introducen falsas actividades en la iglesia y antes de que pase mucho tiempo estas se aceptan y estimulan.

B. Sinagoga de Satanás (2.9; 3.9).

Quizás esto se refiera a las iglesias con personas que decían ser creyentes, pero que en realidad era hijos del diablo (Jn 8.44). La palabra «sinagoga» simplemente significa «reunir» o «juntar»; es una asamblea de gente religiosa. Satanás, entonces, ¡tiene una iglesia!

C. La doctrina de Balaam (2.14).

Lea Números 22–25. Balaam guió a Israel al pecado al decirle que debido a que era el pueblo del pacto de Dios, se podía mezclar con paganos sin ser juzgado. Balaam no podía maldecirlo, pero podía tentarlo con pecados de la carne. Esta doctrina, entonces, es la idea de que la iglesia puede casarse con el mundo y todavía servir a Dios.

D. Jezabel (2.20).

Lea 1 Reyes 16 hasta 2 Reyes 10. Jezabel fue la esposa pagana del rey Acab, una mujer que llevó a Israel a la adoración de Baal. Sedujo a Israel con su falsa enseñanza.

V. El mensaje personal

Nótense los problemas espirituales en estas iglesias y lo que Jesús les instruyó que hicieran para poder tener su bendición:

A. Éfeso.

Muy atareada trabajando para el Señor, pero sin ningún amor sincero por Él. Programa sin pasión. Esta es la iglesia afanada por las grandes estadísticas, pero que se aleja de una entrega de corazón a Cristo.

B. Esmirna.

El Señor no critica a esta iglesia, pero sin embargo hay un peligro presente. Esta era una iglesia pobre y que sufría. Qué fácil hubiera sido hacer compromisos, enriquecerse y escapar de la persecución. Cuán desalentados deben haber estado debido a que no eran «ricos» como la iglesia de Laodicea.

C. Pérgamo.

Esta iglesia tenía miembros que sostenían la falsa doctrina de que era fácil confesar a Cristo, mientras que al mismo tiempo se vivía en pecado. También, la gente estaba bajo la pesada mano de dictadores espirituales que se autoexaltaban, no al Señor.

D. Tiatira.

Esta mujer estaba fuera de lugar al enseñar la doctrina; su doctrina llevó a la gente al pecado. Debemos mantener el orden de Dios en la iglesia local (1 Ti 2.11–15)

E. Sardis.

Reputación sin vida. Sus mejores días estaban detrás. Esta es la iglesia que «ha sido», un gran nombre en el pasado, pero sin ministerio hoy. Está lista para morir, pero puede recibir nueva vida si afirma lo que tiene.

F. Filadelfia.

La iglesia ante la puerta abierta, que lleva el evangelio al mundo. Esta es la iglesia que sostiene la Palabra y honra el nombre de Cristo. Pero la sinagoga de Satanás no está lejos y siempre hay el peligro del compromiso.

G. Laodicea.

La iglesia tibia y apóstata, con un gran presupuesto y nada de bendición. Esta es la iglesia que es rica en lo material y pobre en lo espiritual. ¡Y la tragedia es que la gente no sabe cuán pobre y miserable son en realidad! Cristo está fuera de la iglesia, llamando a que tan siquiera un creyente que se someta a Él.

APOCALIPSIS 2

I. Éfeso: La iglesia descarriada (2.1–7)

Aquí se enfatiza las manos y los pies del Cristo exaltado: Él sostiene las estrellas (los mensajeros de las iglesias) y anda en juicio entre las iglesias (los candeleros). Empieza con Éfeso, la ciudad más próxima a Patmos. Era un gran centro comercial. El emperador había hecho de Éfeso una ciudad libre; tenía el título de «Suprema Metrópolis de Asia». De suma importancia era el templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Tenía como 130 m de largo, 70 de ancho y 20 de alto, con grandes puertas plegables y 127 columnas de mármol, algunas de ellas cubiertas de oro. La adoración a Diana era «inmoralidad religiosa» en su peor expresión. Léase Hechos 19–20.

La iglesia de Éfeso tenía obras, trabajo y paciencia; pero no tenía amor por Cristo. En contraste, los tesalonicenses fueron elogiados por su «trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza» (1 Ts 1.3). Lo que cuenta no es «lo que» hacemos por Cristo, sino el motivo detrás de eso, el incentivo. Éfeso tenía una iglesia atareada con altas normas espirituales. No podían soportar «gente indigna [malos]» y no prestaba atención a los falsos maestros. La obra había sido difícil, pero no habían desmayado. Desde el punto de vista humano tenía éxito en todo. Algunas de las atareadas iglesias de hoy con sus calendarios repletos y obreros exhaustos encajarían en esta descripción.

Pero el Varón en medio de las iglesias vio lo que faltaba: habían dejado (no «perdido») su primer amor (Jer 2.2). La iglesia local está casada con Cristo (2 Co 11.2), pero siempre existe el peligro de que ese amor se enfríe. Como Marta, podemos estar tan atareados trabajando para Cristo que no tenemos tiempo para amarle (Lc 10.38–42). Cristo está más interesado en lo que hacemos con Él que en lo que hacemos por Él. El trabajo no es sustituto del amor. Para el público la iglesia de Éfeso era de éxito; para Cristo, había caído.

Su consejo a ella está en estas palabras: «recuerda, arrepiéntete, haz las primeras obras» (v. 5). Si queremos regresar a nuestro primer amor, debemos repetir las primeras obras, esos esfuerzos de amor que caracterizaron nuestro primer encuentro con Cristo. Si la iglesia no retorna su corazón a su condición correcta, se le quitará el candelero. La iglesia local debe brillar como una luz en el mundo. Sin verdadero amor por Cristo, su luz se apagará.

Los elogia por aborrecer las obras de los nicolaítas. El nombre griego «Nicolás» significa «conquistar al pueblo». Se refiere al desarrollo de una casta sacerdotal (clero) en la iglesia, que desplaza a los creyentes comunes. Mientras que debe haber liderazgo pastoral en la iglesia, no debe haber diferencias entre el «clero» y los «laicos», donde los primeros se enseñorean sobre los segundos.

II. Esmirna: La iglesia sufriente (2.8–11)

Note cómo cada descripción de Cristo vuelve al cuadro que se da en 1.13–16 y cómo cada una satisface la necesidad especial de cada iglesia. Esmirna era la iglesia perseguida, de modo que Cristo les recuerda su propio sufrimiento, muerte y resurrección (2.8). Esmirna significa «amarga» y se relaciona a la palabra «mirra». Uno piensa en la fragancia que se libera debido al destrozo de la persecución. La iglesia siempre ha sido la más pura y la más fragante cuando ha atravesado tiempos de sufrimiento.

Cristo no critica a esta iglesia. Los santos eran fieles a pesar del sufrimiento. Pensaban que eran pobres, pero eran ricos; contrasta con Laodicea, quienes pensaban que eran ricos, pero eran pobres (3.17). Los falsos cristianos (de la sinagoga de Satanás, Jn 8.44; Flp 3.2) blasfemaban (calumnias) contra los santos. Satanás está detrás de toda esta persecución, incluso la que se hace en nombre de la religión. Cristo les promete que habrá más persecución; los «diez días» (v. 10) puede referirse a las diez grandes persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. Satanás viene como un león, buscando a quien devorar (1 P 5.8), pero la persecución sólo consigue fortalecer a la Iglesia.

El enemigo puede matar el cuerpo, pero el santo nunca debe temer la segunda muerte, que es el infierno (20.14; 21.8). Los que han nacido dos veces morirán sólo una vez. Los que han nacido sólo una vez morirán dos veces.

III. Pérgamo: La iglesia mundana (2.12–17)

Pérgamo significa «casada», y esta iglesia estaba casada a algunas doctrinas y prácticas erradas. Existían tres problemas serios en Pérgamo:

A. El trono de Satanás (v. 13).

Este pasaje se refiere a los «cultos de misterio» de Babilonia que establecieron sus sedes en Pérgamo. También incluye la adoración al emperador, que jugaba un papel clave en esta ciudad pagana.

B. La doctrina de Balaam (v. 14, véase también Nm 22–25).

Balaam fue un profeta asalariado que guió al pueblo de Israel al pecado a cambio de la riqueza y el prestigio que recibió. Animó a Israel a adorar ídolos paganos y a darse a la fornicación. En Pérgamo la iglesia estaba casada con el mundo para poder lograr ventajas mundanas.

C. La doctrina de los nicolaítas (v. 15, véase también v. 6).

Lo que empezó como «obras» en una iglesia ahora es una doctrina establecida en otra. Ahora tenemos a esta iglesia dividida entre «sacerdotes» y «pueblo».

IV. Tiatira: La iglesia impenitente (2.18–29)

Los ojos de fuego y los pies de bronce vienen a ver y a juzgar, pero esta iglesia perversa no se arrepentirá. La iglesia tenía obras, servicio y paciencia, pero estaba llena de pecado. Aquí tenemos a Jezabel, la única mujer que se menciona en las siete cartas, refiriéndose a la perversa reina Jezabel, esposa de Acab (1 R 16-2 R 10). Fue una mujer pagana, hija de un sacerdote de Baal; y promovió la adoración a Baal en Israel. Practicaba tanto la prostitución y la hechicería (2 R 9.22) como la idolatría, el homicidio, el engaño y el oficio sacerdotal. ¡Y la iglesia de Tiatira estaba siguiendo su ejemplo y liderazgo!

Nótese que esta falsa profetiza en la iglesia estaba usando su enseñanza falsa para seducir (engañar) al pueblo de Dios. Les dio permiso para pecar (véanse 2 P 2 y Jud). La tragedia es que ella no se arrepentiría, aunque Dios le diera la oportunidad. Nunca es demasiado tarde para que una iglesia se arrepienta y regrese al Señor, pero debemos estar alertas, no sea que dejemos pasar las oportunidades que Dios nos da.

APOCALIPSIS 3

I. Sardis: La iglesia que se muere (3.1–6)

Sardis era una iglesia con obras, pero con poca vida. Una vez había tenido una reputación de estar viva, pero ahora estaba muerta. ¡Qué descripción más gráfica de algunos ministerios históricos de hoy! G. Campbell Morgan lo llamó «reputación sin realidad».

Cristo advierte a los santos que: (1) Sean vigilantes, estén alerta; (2) afirmen lo poco que tienen; (3) recuerden la Palabra que han recibido y oído; (4) perseveren y se preparen para cuando Él venga.

El versículo 5 ha molestado a mucha gente, porque parece sugerir que los nombres de los cristianos infieles serán borrados del libro de la vida. El «libro de la vida» contiene los nombres de todos los que han nacido. Los nombres de los que rechazan a Cristo son borrados del libro porque están muertos. Los nombres de los verdaderos creyentes están anotados en el Libro de la Vida del Cordero (13.8; 21.27). Aquellos cuyos nombres no están anotados en este último libro de la vida irán al infierno (20.15). El nombre de una persona puede constar en la lista de una iglesia, sin que esa persona sea salva. ¡Qué sorpresas habrán cuando «se abran los libros»! (20.12). Las iglesias de hoy puede tener nombres «vivos» y sin embargo estar muertas.

II. Filadelfia: La iglesia que sirve (3.7–13)

El nombre significa «amor fraternal», de modo que inmediatamente sabemos que nos relacionamos con personas salvas que se aman entre sí y al Señor. Filadelfia representa a la iglesia misionera de los últimos días. Con la excepción de esfuerzos misioneros ocasionales, las

iglesias de la Edad Media hicieron muy poco para esparcir el evangelio a otras tierras. Emplearon mucho tiempo librando guerras religiosas y jugando a la política con los gobernantes civiles. Las iglesias pueden no ser grandes ni fuertes (v. 8), pero pueden tener la fe y el amor para atravesar las puertas del servicio que Cristo ha abierto con su llave. «La llave de David» (v. 7) se refiere a su autoridad como el Hijo de David; véase Isaías 22.22, donde una llave es un símbolo de autoridad. Alrededor del mundo siempre se abren o cierran puertas, de modo que es importante que la iglesia esté alerta y lista para aprovechar las oportunidades que Dios presenta. Cuando Cristo abre o cierra una puerta, nadie puede interferir.

Esta iglesia sufría la oposición de la falsa iglesia (la sinagoga de Satanás), los falsificadores. Esos falsos hermanos afirman ser la iglesia y se oponen al ministerio del pueblo de Dios, pero Cristo promete ponerlos de rodillas. La falsa iglesia tiene popularidad, influencia y dinero, pero un día tendrá que postrarse ante los pocos santos de Dios que llevan la verdad al mundo.

El versículo 10 es una de las más fuertes declaraciones de que la Iglesia no atravesará la tribulación. Los verdaderos creyentes son hoy parte de la iglesia de Filadelfia y no entrarán en los siete años de terrible juicio sobre la tierra. Véase también 1 Tesalonicenses 5.8, 9. El mismo texto de Apocalipsis es otra prueba, porque no hay mención a la iglesia sino hasta 22.16. La oración de 22.20 sería imposible elevar si tuviéramos que esperar que la tribulación venga antes de que podamos ser arrebatados.

III. Laodicea: La iglesia apóstata (3.14–22)

El nombre «Laodicea» significa «el gobierno del pueblo» y sugiere una iglesia democrática que ya no sigue a sus líderes espirituales ni a la autoridad de la Palabra de Dios. La iglesia es tibia, una condición que viene al mezclar lo caliente y lo frío. Es una iglesia con verdad diluida con error. La tragedia es que esta iglesia es «rica» y no sabe que es pobre, miserable, ciega y desnuda. ¡Qué cuadro de la iglesia apóstata de hoy, con su prestigio, riqueza y poder político, y mientras tanto espiritualmente pobre!

La ciudad de Laodicea era conocida por su lana, riqueza y medicina, y por eso Cristo usa esas imágenes en el versículo 18. Quería darles las verdaderas riquezas de la Palabra de Dios, los vestidos de la gracia, y la capacidad de ver las cosas espirituales. Había algo errado con sus valores, sus vestiduras y su visión. Si no se arrepentían, Él los castigaría en amor.

El versículo 20 se usa a menudo como una invitación del evangelio y esta aplicación es buena. Pero la interpretación básica es que Cristo está fuera de la puerta de una iglesia tibia. Esta iglesia tiene riqueza y poder, pero no a Cristo. Él está incluso deseando venir a la vida de la persona, si tan solo la persona le invita. Qué trágico es que una iglesia llegue a ser tan tibia y arrogante que Cristo tiene que salir y quedarse fuera. Son totalmente indiferentes a Cristo. Se le deja fuera de sus planes, programas y corazones.

Así como estas iglesias existían en el día de Juan, también existen hoy. Tenemos iglesias muy activas que han dejado su primer amor (Éfeso) que a menudo acaban como iglesias tibias hacia Cristo (Laodicea). La falsa doctrina empieza de una manera pequeña, pero luego crece e infecta a toda la asamblea. Sin embargo, en cada iglesia hay un remanente de verdaderos creyentes (los vencedores), quienes son los responsables de ser fieles a Cristo hasta que Él venga.

Algunos estudiosos de la Biblia han destacado que las promesas a los que vencen en estos capítulos se asemejan a la historia del AT: el árbol de la vida en Edén, 2.7; el hombre echado fuera del jardín para que muera, 2.11; el maná en el desierto, 2.17; la edad del reino de Israel, 2.26–27; el ministerio sacerdotal, 3.5; el templo, 3.12; y el glorioso trono de Salomón, 3.21. Es como si Cristo reuniera la historia de Israel y la aplicara a su pueblo hoy.

Note, finalmente, la importancia de la Palabra de Dios para las iglesias. Siete veces Cristo llama a las iglesias a oír lo que el Espíritu está diciendo. Cuando las iglesias dejan de escuchar la voz del Espíritu mediante la Palabra y empiezan a escuchar las voces de los falsos maestros, comienzan a alejarse de la verdad. No debemos negar la fe (2.23), aunque nos cueste la vida. Debemos guardar su Palabra (3.8, 10) y no negar Su nombre. Sin la Palabra de Dios no hay vida ni esperanza para las iglesias.

APOCALIPSIS 4

La palabra clave en este capítulo es «trono»; se usa catorce veces. Es más, la palabra se usa cuarenta y seis veces en todo el libro. Apocalipsis deja en claro que el trono de Dios es el que rige el universo, no los tronos de los hombres. Véase el Salmo 103.19.

I. La citación desde el trono (4.1)

Este es un cuadro vívido del Rapto de la Iglesia. Recuerde que Apocalipsis 1.19 es el bosquejo del libro dado divinamente; de modo que ahora estamos a punto de ver «las cosas que serán después de estas». A partir de 4.1 todo es profecía. El hecho de que Juan «sube» en este momento es otra evidencia de que la Iglesia no atravesará la tribulación. Nótese cómo su experiencia se asemeja al Rapto: (1) el cielo se abre para recibir al hijo de Dios; (2) hay una voz como de trompeta, 1 Tesalonicenses 4.16; 1 Corintios 15.52; (3) es un suceso súbito; (4) viene al final de la «edad de la iglesia» (caps. 2–3); (5) lleva a Juan a la sala del trono en el cielo; (6) señala el principio del juicio de Dios sobre el mundo. Podemos notar las diferentes puertas en Apocalipsis: (1) la puerta del servicio, 3.8; (2) la puerta cerrada contra Cristo, 3.20; (3) la puerta al cielo, 4.1; y (4) la puerta para salir del cielo, 19.11.

II. La gloria del trono (4.2,3)

La persona en el trono es Dios el Padre, puesto que el Espíritu está representado por las lámparas que están ante el trono (4.5), y el Hijo viene al trono en 5.6. Juan usa piedras preciosas para simbolizar la gloria del Padre. El jaspe es una piedra clara, que habla de la pureza de Dios; la cornalina es roja, que habla de la ira y del juicio de Dios; y la esmeralda es verde, color asociado con la gracia y la misericordia. Todas estas piedras preciosas se hallan en el hermoso pectoral que usaba el sumo sacerdote (Éx 28.17–21).

Alrededor del trono había un arco luminoso color esmeralda. Esto nos lleva de regreso a Génesis 9.11–17, cuando Dios hizo su pacto con la humanidad y la naturaleza para no destruir nunca más el mundo con agua. El arco luminoso habla de la promesa de Dios y su pacto de misericordia. Incluso cuando el trono de Dios esté a punto de enviar terrible juicio sobre la humanidad, en su ira Dios todavía recuerda la misericordia (véase Hab 3.2). En Apocalipsis 10.1 vemos a Cristo llevando el arco luminoso sobre su cabeza, porque es a través de Cristo que la gracia y la misericordia han venido al mundo. Noé vio sólo un arco iris en el firmamento, mientras que Juan vio el arco luminoso completo alrededor del trono. Lo que vemos de la misericordia de Dios es incompleto hoy, porque «vemos por espejo, oscuramente» (1 Co 13.12); pero cuando lleguemos al cielo veremos todo el modelo completo.

III. Los ancianos alrededor del trono (4.4)

Estos ancianos no pueden ser ángeles, por varias razones: (1) nunca vemos ángeles en tronos; (2) nunca los vemos con coronas; (3) en 7.11 se distingue a los ancianos de los ángeles; (4) en 5.8–10 los ancianos cantan un himno de alabanza y no tenemos constancia de que los ángeles hayan cantado alguna vez; (5) en su canto afirman que han sido redimidos, algo que un ángel no puede decir; (6) en 5.12 los ángeles dicen, mientras que en 5.9 los ancianos cantan; (7) los ángeles nunca son contados, Hebreos 12.22; (8) el nombre «anciano» significa madurez, en tanto que los ángeles son seres sin tiempo.

Veinticuatro sacerdotes servían en el templo del AT (1 Cr 24.3–5, 18 y Lc 1.5–9). Parece probable que estos veinticuatro ancianos sean los santos arrebatados en el Rapto y reinando con Cristo en gloria. Cuando Daniel vio tronos «puestos» (Dn 7.9; no «quitados»), estaban vacíos; pero Juan vio los tronos llenos, porque ahora el pueblo de Dios ha sido llevado a su hogar. Somos reyes y sacerdotes con Él (1.6).

IV. Los juicios que proceden del trono (4.5a)

El versículo 5 describe, no un trono de gracia, sino un trono de juicio. ¡Los truenos y los relámpagos son advertencias de que la tormenta se avecina! Dios hizo tronar en el Sinaí cuando dio la Ley (Éx 19.16) y lo hará de nuevo para juzgar a los que han quebrantado su ley (véanse Sal 29 y 77.18). Asimismo advirtió a Egipto (Éx 9.23–28) y también lo hará a este mundo impío. Véase el Salmo 9.7.

V. Los objetos ante el trono (4.5b-11)

A. Las lámparas.

Estos son símbolos del Espíritu Santo (1.4), quien es el Espíritu de fuego (Is 4.4). Cristo tiene la plenitud del Espíritu, porque siete es el número que indica plenitud (3.1). Durante esta edad de la gracia, al Espíritu se le muestra como una paloma de paz (Jn 1.29–34); pero después del Rapto de la Iglesia, el Espíritu ministrará un juicio de fuego.

B. El mar de vidrio.

Aquí tenemos un templo celestial, similar al templo del AT (véanse 11.19 y Heb 9.23). Las siete lámparas corresponden al candelero de siete brazos; el mar de vidrio a la fuente de bronce; y el trono al arca del pacto donde Dios reinaba en gloria. Apocalipsis 6.9–11 indica que hay un altar de sacrificio en el cielo, y 8.3–5 que hay uno de incienso. Los veinticuatro ancianos corresponden a los sacerdotes del templo y los seres vivientes a los querubines del velo. Respecto a la fuente (o «mar») del templo véase 1 Reyes 7.23–27. El mar celestial es un cuadro de la santidad de Dios; el fuego, su juicio sobre el pecado debido a que Él es santo.

C. Los seres vivientes.

Cuatro es el número de la creación, de modo que aquí tenemos el pacto de Dios con la creación. Lea Génesis 9.8–13 y verá que Dios ha hecho su pacto con la humanidad, aves, animales y toda bestia de la tierra; y cada una de ellas está representada por una cara de los seres vivientes. Dios le dio al hombre dominio sobre la creación, pero este gobierno se perdió por el pecado (Gn 1.28–31; Sal 8). Sin embargo, en Cristo ese dominio se recuperará cuando el reino se establezca; véanse Isaías 11.6–8 y 65.25. La presencia de los cuatro seres vivientes (simbolizando la creación) ante el trono de Dios nos enseña que Él está en control de la creación y que mantendrá su promesa de que un día libertará a la creación de la esclavitud del pecado (Ro 8.19–24).

Estos cuatro seres vivientes son una combinación de los serafines de Isaías 6 y las criaturas de Ezequiel 1 y 10. No se nombra a estas criaturas. En Apocalipsis 4.7 cada ser viviente tiene cuatro rostros, que corresponden a los cuatro de la visión de Ezequiel. Estos seres vivientes ante el trono alaban a Dios y le dan gloria y honor. El Salmo 148 muestra cómo toda la creación alaba a Dios; qué tragedia que un mundo pecador rehúse alabarle.

Los ancianos se unen a esta alabanza y arrojan sus coronas ante el trono. Estas coronas simbolizan sus recompensas por el servicio mientras estaban en la tierra. Cuando lleguemos al cielo nos daremos cuenta de una nueva manera que toda alabanza le pertenece a Dios y sólo a Él. El versículo 11 es la primera de varias doxologías en Apocalipsis. Aquí los seres celestiales alaban a Dios porque Él es el Creador de todas las cosas. En Apocalipsis 5.9–10 los seres vivientes y los ancianos se unen para alabar a Dios por su redención mediante la sangre de Cristo; porque incluso la creación es redimida mediante la cruz. En Apocalipsis 11.16–19 los cielos alaban a Dios porque Él es el juez que castigará con justicia al mundo por sus pecados.

El escenario está ahora listo: se ha llevado a la Iglesia al cielo, el Señor está en el trono y los cielos le alaban y esperan el derramamiento de su ira. Es interesante notar que el nombre de Dios que se usa aquí es «Señor Dios Todopoderoso» (4.8). La historia nos dice que este era el título oficial que usaba el emperador Domiciano, quien fue el responsable de la persecución que envió a Juan a Patmos. Hombres y mujeres se pueden honrar entre sí, pero el día vendrá cuando todo el mundo, grande o pequeño, reconocerá que Jesucristo es el Señor de todo.

APOCALIPSIS 5

I. El libro sellado (5.1–5)

La palabra «libro» (v. 1) se refiere a un rollo; los libros encuadernados no existían en esos días. Estos rollos se hacían de juncos que crecían en los ríos y eran muy costosos. Este rollo en particular es el título de propiedad de Cristo sobre la creación. Un testamento romano se sellaba con siete sellos; este rollo es un testamento, que otorga a Cristo el derecho de reclamar la creación por virtud de su sacrificio (v. 9). Un testamento sólo lo podía abrir el heredero y Cristo es el «heredero de todo» (Heb 1.2). Algunos estudiosos piensan que el rollo contiene los juicios de los capítulos 6–9. El hecho de que el rollo está escrito por ambos lados muestra que no se le puede añadir nada más; el destino de un mundo pecador ya está determinado.

Para comprender esta escena debemos considerar el sistema hebreo de propiedad de la tierra. Si un hombre empobrecía al punto de tener que vender la tierra, o a sí mismo, podía ser redimido por un pariente. La historia de Rut se basa en esta ley; véanse también Jeremías 32.6.15 y Levítico 25.23–25. Este redentor tenía que ser un pariente cercano con la disposición y la capacidad de comprar la propiedad y libertar a su pariente. Toda la creación ha estado bajo la esclavitud del pecado, Satanás y la muerte; pero ahora Cristo, nuestro Pariente-Redentor, va a libertar a la creación.

Dios deja en claro que sólo Cristo puede redimir. Ningún santo en gloria, ni persona en la tierra, ni alma en el mundo de la muerte, debajo de la tierra, podía tomar aquel libro. Nadie era digno. Juan lloraba por varias razones: (1) anhelaba ardientemente ver a la creación liberada de su esclavitud; (2) quería que se cumpliera la promesa de 4.1; (3) sabía que las promesas del AT a Israel nunca se cumplirían a

menos que el rollo pudiera abrirse. Juan participaba de los «gemidos» de Romanos 8.22–23. El ángel le secó las lágrimas al señalar hacia Cristo. El «León» (v. 5) nos lleva de regreso a Génesis 49.8–10 y habla de la realeza de Cristo en la familia de David. La «Raíz de David» habla de su deidad, Aquel a través de quien vino David (Is 11.1, 10). Cristo es digno de abrir el libro porque ha «vencido» (2.7, 11, 17, 26; 6.2, etc.), o «alcanzado la victoria» (15.2). ¡El Cordero ha obtenido la victoria! (17.14).

II. El Cordero inmolado (5.6–10)

Juan esperaba ver un león, pero vio un Cordero. En los dos nombres León y Cordero tenemos el énfasis doble de la profecía del AT: como León, Cristo conquista y reina; como el Cordero, muere por los pecados del mundo. No podemos separar el sufrimiento de la gloria (Lc 24.26; 1 P 1.11), la corona de la cruz. Es digno de notarse que a Cristo se le llama «el Cordero» veintiocho veces en Apocalipsis. Es más, la Biblia entera pudiera resumirse trazando el tema del «cordero». En Génesis 22.7 Isaac preguntó: «¿Dónde está el cordero?»; y Juan el Bautista contestó: «¡He aquí el Cordero de Dios!» (Jn 1.29). Ahora Juan escribe: «¡Digno es el Cordero!» Véanse también Éxodo 12 e Isaías 53.

La palabra «inmolado» significa «degollado para un sacrificio». Cristo no fue simplemente matado; fue ofrecido como sacrificio. Su muerte y resurrección prueban que Él es digno de ser el heredero de la creación, digno de tomar el libro y abrir sus sellos. Cuando Cristo toma el libro, los ancianos (representando a la Iglesia glorificada) cantan sus alabanzas y magnifican su muerte por la redención de una creación perdida. El cielo canta acerca de la cruz. Las copas de incienso tipifican las oraciones del pueblo de Dios (Sal 141.2; Lc 1.10). Esto no significa que los cristianos en la tierra pueden tener contacto con los creyentes que ya están en el cielo. Es un recordatorio simbólico de que Dios se acuerda de las oraciones de su pueblo: «Venga tu reino» (véase Mt 6.10). Nótense en 6.9–11 y 8.1–6 que Dios un día contestará las oraciones de su pueblo que ha sufrido persecuciones y pruebas debido a su fe. Por cientos de años el pueblo de Dios ha orado por la venida de Cristo y la corrección de los males en el mundo; un día Dios contestará esas oraciones. «Reinaremos sobre la tierra» (v. 10) es su expectación. Esta es otra prueba de que Cristo un día reinará sobre un reino literal sobre la tierra. Véase 20.4.

III. Las multitudes que aclaman (5.11–14)

Los ancianos cantan, pero las criaturas angélicas «decían a gran voz». No hay evidencia en la Biblia de que los ángeles canten. Job 38.7 indica que, en la creación, «se regocijaban los hijos de Dios [ángeles]». Los «ángeles de Navidad» de Lucas 2.13–14 alababan a Dios y «decían», no cantaban. Las multitudes de ángeles en el cielo unieron sus voces en una gran exclamación de alabanza cuando el Cordero tomó el rollo, pero no cantaron. El canto es un privilegio reservado para los santos de Dios que han experimentado el gozo de la salvación. Hay muchas cosas que los ángeles pueden hacer que no pueden hacer los santos; pero un ángel no puede experimentar salvación, ni tampoco puede cantar con los santos las alabanzas al Cordero. Respecto al número de ángeles véase Daniel 7.10.

Sólo Cristo es digno de alabanza. Es interesante contrastar esta doxología con la vida terrenal de Cristo. Sus enemigos dijeron que era digno de muerte (Jn 19.7), pero los ángeles dicen que Él es digno de alabanza. Los hombres le acusaron de obrar por el poder de Satanás (Mt 12.24), pero los ángeles dicen que Él es digno de poder. Jesús vino pobre por amor a nosotros (2 Co 8.9), pero merece todas las riquezas. «La predicación de la cruz es insensatez» para el pecador (1 Co 1.18), pero es sabiduría para los ángeles. En la tierra Jesús fue «crucificado en debilidad» (2 Co 13.4), pero en el cielo es homenajeado por su poder. Deshonrado en la tierra, pero honrado en la gloria. Hecho maldición en la cruz, mas hoy es tanto el que recibe como el que otorga bendición.

Después que los ángeles terminaron su alabanza, toda la creación se une para honrar al Señor Jesucristo. «Toda criatura» sugiere que toda la creación espera con expectación la redención que vendrá cuando Cristo finalmente venza al enemigo y establezca su reino.

Compare el versículo 13 con Filipenses 2.10–11 y Colosenses 1.20. Toda la creación alaba a Dios el Padre y a Dios el Hijo; véase Juan 5.23. Muchos dicen: «Yo adoro a Dios, pero no a Jesucristo». Ignorar a Cristo es insultar al Padre. En el cielo cada ángel y cada santo que fue llevado en el Rapto honrará al Padre y al Hijo y les alabarán.

Cristo está a punto de abrir el libro sellado y dejar en libertad el juicio sobre el mundo. Tenga presente el doble propósito de la tribulación: (1) castigar a las naciones por sus pecados, especialmente por la manera en que han tratado a Israel, y (2) purgar a Israel y preparar un remanente creyente para recibir a Cristo cuando Él venga en gloria (Ap 19.11). Los habitantes de la tierra ignoran esta gloriosa escena en el cielo. Como en los días de Noé y de Lot, cada uno sigue su propio camino, comiendo y bebiendo e ignorando las advertencias de Dios. Entonces el Cordero empezará a abrir el libro y el juicio vendrá. ¡Qué importante es que usted sea salvo ahora mismo, mientras todavía hay oportunidad!

APOCALIPSIS 6

Juan ahora empieza a describir la primera parte de la septuagésima semana de Daniel (Dn 9.27), aquel período de siete años de tribulación. El Cordero ha tomado el libro sellado (su título de propiedad de la creación); está a punto de abrir los sellos y declarar guerra a un mundo sin Dios. Cada vez que abre un sello en el cielo ocurre un suceso importante en la tierra. Asegúrese de comparar estos sellos con lo que Cristo enseñó en Mateo 24 respecto a los tiempos finales.

I. El primer sello: El anticristo asciende al poder (6.1,2)

Cuando se abren los primeros cuatro sellos uno de los cuatro seres vivientes que estaban ante el trono (4.6–11) llama al jinete y al caballo: «¡Ven!» El primer caballo es blanco y a su jinete se le da un arco y una corona. No confunda esta escena con la que se describe en Apocalipsis 19.11, donde vemos a Cristo cabalgando en conquista. No; el jinete aquí es el anticristo, el falso Cristo, empezando su conquista de la tierra. El hecho de que tiene un arco, pero no flechas, indica que conquista las naciones pacíficamente. Después del Arrebatamiento de la Iglesia el camino queda abierto para que el anticristo avance en triunfo (2 Ts 2). Habrá temporalmente una falsa paz, porque Él unirá a toda Europa y hará un pacto con los judíos (1 Ts 5.2, 3). Este pasaje es paralelo a Mateo 24.5 y cumple la profecía de Cristo en Juan 5.43.

II. El segundo sello: Guerra (6.3,4)

Esta paz mundial no durará mucho, porque mientras los hombres digan: «Paz y seguridad», estallarán terribles guerras. Esto es paralelo a Mateo 24.6, 7. Rojo es un color asociado con el terror y la carnicería. En Apocalipsis tenemos el caballo rojo de la guerra (6.3, 4), el dragón escarlata (12.3) y la bestia escarlata (17.3). Nótese que Dios le da al anticristo autoridad para quitar la paz de la tierra; esto es una parte del plan divino. El anticristo cambia su arco sin flechas por una gran espada, y los hombres empiezan a matarse unos a otros. Esto indica claramente que los métodos de acuerdos internacionales y la diplomacia no producirán paz duradera.

III. El tercer sello: Hambruna (6.5,6)

La hambruna y la guerra a menudo marchan juntas; véase Mateo 24.7. El color negro le hace a uno pensar en la hambruna; véanse Jeremías 14.1, 2 y Lamentaciones 5.10. El jinete (todavía el anticristo) sostiene una balanza, indicando que su gobierno ha establecido el control de los alimentos. Una medida de trigo era alrededor de un litro; y un denario era el jornal diario de un obrero. En otras palabras, ¡los alimentos escasearían tanto que una persona necesitaría todo un día para ganar lo suficiente para comprar apenas un litro de grano! Pero nótese que no hay escasez de aceite y vino para el rico. Este se enriquece más y disfruta de lujos, mientras que el pobre empobrece más y difícilmente puede conseguir lo suficiente como para comer. Esto indica que todos los esquemas que el hombre hace para que la gente satisfaga incluso las necesidades de la vida fracasarán. Es digno de notar que el grano, el aceite y el vino eran productos clave de Israel (Os 2.8). Puesto que el anticristo ha hecho su pacto con Israel es de suponer que querría proteger sus recursos.

IV. El cuarto sello: Muerte (6.7,8)

El adjetivo «amarillo» sugiere un color de lepra (Lv 13.49: verdoso). La muerte cabalga en este caballo y el «Hades» (no el infierno) cabalga junto a ella. La muerte pide el cuerpo, el Hades el alma. ¡Dios los autoriza a que maten a una cuarta parte de la población de la tierra! Se usan cuatro métodos: la espada (violencia y guerra); hambre (hambruna); muerte, o pestilencia (enfermedades que acompañan a la guerra y al hambre); y bestias (la naturaleza se adueña de todo cuanto la civilización desbarata). Léase un paralelo en Ezequiel 14.21. Incluso las bestias salvajes padecerán hambre y atacarán a los seres humanos. Después que la Iglesia ha sido llevada al cielo, ¡qué terribles juicios esperan al mundo que rechaza a Cristo! Véase Mateo 24.7.

V. El quinto sello: Los mártires (6.9–11)

El sacerdote del AT derramaba la sangre del sacrificio bajo el altar de bronce (Lv 4.7); y puesto que la sangre habla de la vida (o alma, Lv 17.11), aquí vemos a las almas de los mártires bajo el altar celestial. Sus muertes no se han vengado aún. Estos santos martirizados clamaban venganza; véanse Salmos 74.9–19, 79.5 y 94.3–4. Es cierto que a los santos en esta edad se les dice que deben orar por los que los persiguen y esto es lo que Cristo, Esteban y Pablo hicieron (Lc 23.34; Hch 7.60; 2 Ti 4.16). Pero este período será de juicio, cuando Dios responderá a las oraciones de su pueblo que clama liberación y venganza. Después de todo, Dios juzga al mundo cuando ellos oran; de modo que oran en la voluntad de Dios. Esto es un paralelo a Mateo 24.9. Dios les promete que responderá sus oraciones; pero antes, más de sus hermanos serán sacrificados. Veremos otros santos asesinados en 12.11, 14.13 y 20.4–5. Entre los asesinados estará Moisés y Elías, los dos testigos de Dios, quienes incluso estaban ministrando en la tierra (11.1–7). Apocalipsis 20.4 indica que estos mártires de la tribulación resucitarán para reinar durante el Milenio.

VI. El sexto sello: Caos mundial (6.12–17)

Este pasaje es paralelo a Lucas 21.25, 26; véanse también Joel 2.30–31; 3.15 e Isaías 13.9, 10; 34.2–4. En Apocalipsis se mencionan tres terremotos, pero junto con ellos habrá disturbios en la tierra y en el cielo que aterrorizarán a grandes y a chicos. Algunos estudiosos piensan que estos versículos describen los resultados de la guerra atómica, con el sol y la luna oscurecidos, grandes masas de tierra moviéndose y la gente escondiéndose en agujeros en la tierra para escapar de la radiación atómica. Esto bien pudiera ser así; pero necesitamos notar que la gente se esconde de Cristo y de su ira en particular, no de alguna catástrofe causada por el hombre.

El versículo 15 es una descripción vívida de lo que será la vida durante los primeros tres años y medio de la tribulación. Por un lado, algunos reinos resurgirán. Hoy el movimiento es hacia el nacionalismo y la democracia; pero esta tendencia cambiará. Véase 16.12–14. El anticristo reinará sobre «los Estados Unidos de Europa», el Imperio Romano restablecido, con una serie de reyezuelos que le siguen (17.12–14). Otra característica de los días de la tribulación es el militarismo; habrá «capitanes». Este es un título romano que significa «tribunos militares» y encaja muy bien con el resurgimiento del Imperio Romano del anticristo. Habrá esclavitud («siervo»); véase 18.13 en donde «los esclavos y las almas de los hombres» se incluyen en las mercancías de Babilonia. Existirá grande riqueza juntamente con gran pobreza, y esta redistribución de la riqueza destruirá la economía de las naciones. Parece, entonces, que el juicio del sexto sello involucra tanto destrucción física literal en los cielos y en la tierra, como el estremecimiento de los sistemas económicos y políticos de las naciones. Todo lo cual le facilitará al anticristo extender su gobierno.

Los pueblos de la tierra reconocerán que Cristo envía su juicio, ¡pero no lo recibirán! Preferirán más bien esconderse en las rocas que en la Roca. Los primeros tres años y medios de la tribulación son simple preparación para los siguientes tres años y medio, y este período posterior se conoce como «la ira de Dios» (véanse 11.18; 12.12; 14.10; 18.3, etc.). Hay una pausa, sin embargo, entre el sexto y el séptimo sello (así como también la habrá entre la sexta y la séptima trompetas, 10.1–11.13) para que veamos a los dos grupos de redimidos que serán salvos durante el período de la tribulación.

En resumen, nótese que el anticristo empieza su carrera como un conquistador político pacífico, pero entonces recurre a la guerra y a los controles económicos para dominar a otras naciones. El mundo aceptará su falsa paz porque ha rechazado al Príncipe de paz, Jesucristo.

APOCALIPSIS 7

Hay una pausa entre el sexto y el séptimo sello; el juicio se detiene por un breve momento mientras Dios sella a los 144.000 judíos que llevarán su mensaje hasta lo último de la tierra. No se nos dice específicamente que estos judíos serán los embajadores de Dios, pero damos por sentado que por eso Él los sella. Hemos visto que el día de la ira de Dios está a punto de ocurrir (6.15–17); de modo que Dios trae una calma en la tormenta y extiende su misericordia a judíos y a gentiles por igual. Vemos aquí dos grupos de redimidos:

I. Los judíos sellados (7.1–8)

Los vientos del cielo hablan del juicio de Dios y los juicios aquí son específicamente sobre la tierra, el mar y la vegetación. Puede ser que estos cuatro ángeles que detienen los cuatro vientos sean también los ángeles que tocan las primeras cuatro trompetas, por cuanto los juicios son similares (véase 8.6–12). El ángel del oriente tiene el sello de Dios. Un sello significa posesión y protección; nótese 9.4. Hoy el cristiano está sellado por el Espíritu Santo (Ef 1.13, 14). Este sello se estampa en el instante en que el pecador confía en Cristo y le asegura al creyente la vida eterna y una herencia en el cielo. El ángel que sella ordena a los ángeles de los vientos que detengan su juicio hasta que los siervos de Dios hayan sido sellados y de esta manera protegidos del juicio que viene. Véase en Ezequiel 9 una escena paralela. Recuerde también que Cristo enseñó que los ángeles de Dios tendrían una parte en reunir a sus elegidos (Mt 24.31). Junto con los ángeles de los

vientos tenemos también a los del fuego (14.18) y del agua (16.5). Estos ángeles son ministros especiales de Dios que supervisan las actividades de la naturaleza.

Estos siervos sellados son todos judíos: Hay 12.000 de cada una de las doce tribus de Israel. Es desafortunado que algunos bien intencionados cristianos enseñen que los 144.000 son un símbolo de la Iglesia (el nuevo Israel), porque la Iglesia ya no está en la tierra en este punto de la historia. Los 144.000 son verdaderos judíos que estarán vivos en la tierra en ese tiempo. Tal vez serán ganados para Cristo mediante los ministerios de Moisés y Elías, los dos testigos que predicarán durante los primeros tres años y medio de la tribulación (véase 11.1–12). Estos judíos quizás serán los misioneros escogidos de Dios; 144.000 «apóstoles Pablo» que llevan el evangelio a todas las naciones. Este acontecimiento dará cumplimiento a la profecía de Cristo en Mateo 24.14; cuyo resultado será la salvación de una multitud de gentiles (7.9ss). Cuando usted piensa en las multitudes que Pablo ganó durante su ministerio, puede empezar a imaginarse lo que lograrán 144.000 de tales misioneros.

La tribu de Dan falta en la lista y la de Manasés ocupa su lugar. Las razones parecen ser: (1) Dan guió a Israel a la idolatría, Jueces 18.30; 1 Reyes 12.28–30; (2) por consiguiente, Dios prometió borrar el nombre del idólatra, Deuteronomio 29.18–21.

II. Los gentiles salvos (7.9–17)

Los judíos son contados, pero esta multitud no se puede contar. Estos gentiles son el fruto de la labor de los 144.000 y vienen de todas las naciones bajo el cielo. No son parte de la Iglesia, puesto que los vemos ante el trono y no en tronos, como los ancianos. El versículo 14 deja en claro que han salido (no «salieron») de la gran tribulación. Aquí Juan los ve ante el trono celestial, alabando a Dios y al Cordero. Sus «palmas» sugieren la Fiesta de los Tabernáculos del AT (Lv 23.40–43), la actividad en la cual Israel se regocijaba por las bendiciones del Señor. Están con vestiduras blancas, lo cual indica su justicia mediante el Cordero. El versículo 14 dice que estos gentiles se salvaron por la fe en Cristo, porque esta es la única manera en que una persona se puede salvar.

Los versículos 15–17 dan una lista de las pruebas que estos gentiles soportaron en la tierra. Han estado con hambre y sedientos, porque muy probablemente fueron víctimas de la escasez de alimento y agua pura. No tenían refugio del calor del día. Sufrieron lágrimas y pruebas. Es probable que estos gentiles pertenezcan a las «ovejas» de Mateo 25.31–46, los gentiles que amaban a los judíos y se mostraban sus amigos durante la tribulación. Estos creyentes rehusaron recibir la marca de la bestia (13.16–18) y por consiguiente no podían ni comprar ni vender. Su amistad con los judíos aborrecidos y perseguidos provocará la ira de los gobernantes. Por supuesto, también tendrán que soportar los terribles juicios de la tribulación: el racionamiento de alimentos, 13.17; el agua convertida en sangre, 16.4; y el calor abrasador, 16.8–9.

Nótese que los 144.000 sobreviven la tribulación, mientras que multitudes de gentiles creyentes darán sus vidas durante este tiempo terrible. (Recuerde las almas bajo el altar, en 6.9–11.) Dios recompensará a estos gentiles creyentes y les dará gloria por su sufrimiento. Muchos estudiosos creen que las promesas de los versículos 14–17 se cumplirán en el reino milenial antes que en el cielo. Apocalipsis 20.4 indica una resurrección especial de estos mártires de la tribulación, y promete que vivirán y reinarán durante la edad del reino. Sin embargo, tenemos buena razón para aplicar los versículos 14–17 al estado de bendición de los santos de Dios ya en gloria.

En resumen, notamos que Israel ha regresado a su antigua tierra en incredulidad. La adoración en el templo ha empezado. El anticristo reina sobre los Estados Unidos de Europa y el mundo está convulsionado con guerra, hambruna y caos político y económico. Los dos testigos (Moisés y Elías) predica en Israel y Dios ha sellado al remanente en la nación, 144.000 judíos, para que sean sus testigos entre los gentiles. Por supuesto, su ministerio sufrirá persecución y arrestarán a muchos de ellos (Mt 25.36). Pero los gentiles que se conviertan los ayudarán y, debido a su testimonio, muchos gentiles pondrán sus vidas por el evangelio.

Algunos estudiosos creen que 2 Tesalonicenses 2.11–14 enseña que la gente que voluntariamente rechaza el evangelio durante esta edad de gracia no podrá ser salva después de que la Iglesia sea quitada de la tierra. Arguyen que la gente no creerá en la verdad, sino que creerán en una mentira. Los que fueron dejados oyeron la Palabra y la comprendieron, pero voluntariamente la rechazaron. Sin embargo, una multitud de gentiles creerán en el evangelio después del Arrebatamiento de la Iglesia y estarán dispuestos a poner sus vidas por Cristo. Sí, habrá muchos que se salvarán durante la tribulación, pero pagarán un alto precio. ¡Cuán sabio es recibir a Cristo hoy!

Podemos bosquejar estos capítulos como sigue:

Grupo # 1 (7.1–8)	Grupo # 2 (7.9–17)
1. Judíos	1. Gentiles
2. Un grupo de 144.000	2. Multitudes que nadie puede contar
3. Sellados y protegidos	3. No sellados; muchos morirán
4. Vistos testificando en la tierra	4. Vistos adorando en el cielo
5. Entran en el reino	5. Participan en el reino

APOCALIPSIS 8

Cuando se abre el séptimo sello, comienza la siguiente serie de juicios, las siete trompetas. En el AT las trompetas se usaban para anunciar la guerra (Nm 10.5–9), mover el campamento (Nm 8), anunciar las fiestas (Nm 10.10) y traer juicio (Jos 6.13ss). El sonido de la trompeta es símbolo de poder y autoridad (Éx 19.16). Note que hay un paralelo entre las siete trompetas y las siete copas de los capítulos 15–16.

Las trompetas	Recibe el juicio	Las copas
8.1–7	La tierra	16.1, 2
8.8, 9	El mar	16.3
8.10, 11	Los ríos	16.4–7

8.12, 13	Los cielos	16.8, 9
9.1, 2	La humanidad	16.10, 11
9.13–21	El ejército/Éufrates	16.12–16
11.15–19	Las naciones en ira	16.17–21

Tal parece que las siete copas son un juicio intensificado que sigue a los juicios de las trompetas. Las trompetas se tocan durante los primeros tres años y medio, mientras que las copas se derraman durante los últimos tres años y medio, el período que se llama «la ira de Dios» (14.10; 15.7).

I. La preparación en el cielo (8.1–6)

A. Silencio (v. 1).

Esto es la calma antes de la tormenta; véanse Zacarías 2.13; Habacuc 2.20; Isaías 41.1; y Sofonías 1.7, 14–18. En 7.10–12 tenemos una gran expresión de alabanza de parte de las huestes celestiales; aquí tenemos un silencio tenso en el cielo, por los juicios que están a punto de caer.

B. Súplica (vv. 2–6).

Notamos en el cap. 4 que hay un santuario celestial y aquí tenemos el altar del incienso, símbolo de la oración. Véanse Levítico 16.12 y Salmo 141.2. Este ángel puede ser Cristo, el Sacerdote Celestial. Las «oraciones de los santos» no son oraciones ofrecidas por los santos en gloria. En 5.3 nadie fue hallado digno de abrir el libro, sólo Jesucristo, de modo que, ¿por qué habríamos de orar en algún otro nombre? Estas oraciones son las plegarias del pueblo de Dios: «¡Venga tu reino!» Este incienso representa especialmente los clamores de los mártires (6.9–11; 20.4). Muchas de las oraciones de venganza en los Salmos las usarán legítimamente el pueblo de Dios durante esos días de intenso sufrimiento. El fuego del altar arrojado en la tierra habla de la ira de Dios a punto de ser derramada sobre los incrédulos. Compárese el versículo 5 con 4.5, 11.19 y 16.18 y se verá que los truenos siempre advierten que la tormenta se avecina. Los siete ángeles están listos para la acción, entonces tocan sus trompetas, uno por uno.

II. La desolación en la tierra (8.7–11)

El primer juicio es paralelo a la séptima plaga en Egipto (Éx 9.18–26). Egipto era el centro del sistema mundial sin Dios, de modo que es lógico que las plagas del día de Moisés se repitan en escala mundial durante la tribulación. Las tormentas de granizo pueden causar terribles daños, pero cuando el fuego se mezcla con el granizo, las posibilidades de desolación son pasmosas. Un tercio de los árboles y hierba verde será destruido por la primera trompeta de juicio. En Apocalipsis 8–9 hay trece referencias a «la tercera parte». Algunos estudiosos creen que esto se refiere sólo al área que abarca el Imperio Romano que ha resurgido, gobernado por el anticristo.

La segunda trompeta afecta al mar, convirtiendo una tercera parte del mismo en sangre y tanto matando a un tercio de sus criaturas, como destruyendo un tercio de las naves. Este acontecimiento es paralelo a la primera plaga de Egipto (Éx 7.19–21). El objeto ardiendo que cae no era una montaña literal; era únicamente «como una montaña ardiendo». «El mar» aquí puede significar sólo el Mediterráneo; pero es más probable que se incluyan a todos los mares del globo.

La tercera trompeta afecta a los ríos, haciendo amargas sus aguas. Dios es el único que conoce la gran estrella del versículo 10, Él llama a las estrellas por nombre (Job 9.9, 10). Jeremías profetizó que un día Israel tendría que beber aguas amargas (Jer 9.14, 15). Parece que esta amargura continuará hasta el establecimiento del reino milenial, por cuanto en Ezequiel 47.6–9 se profetiza que la sanidad de las aguas contrarrestará los efectos amargos de los juicios de la tribulación.

¿Deben entenderse literalmente estos juicios? Pensamos que sí. Si Dios pudo enviar los mismos juicios a Egipto en el día de Moisés, ¿qué impide que los envíe sobre el mundo entero? Podemos sólo imaginarnos las tremendas consecuencias económicas de la pérdida de la tierra de cultivo y del pasto, y de la contaminación del agua pura. La humanidad nunca ha apreciado las bendiciones de Dios en la naturaleza. Sin embargo, incluso cuando Él quita algunas de esas bendiciones, los pecadores todavía no se arrepienten (9.20, 21).

III. La conmoción en el cielo (8.12)

El cuarto ángel toca y trae grandes calamidades en los cielos, porque se oscurece una tercera parte de la luz de los cuerpos celestes. Esto es cumplimiento de una profecía de Cristo registrada en Lucas 21.25–28 (véase también Am 8.9). Es interesante notar que Dios creó los cuerpos celestes en el cuarto día de la creación; cuando la cuarta trompeta suene, Él los oscurecerá.

¿Cuáles serán las consecuencias? Por un lado, el terror llenará la tierra. La humanidad siempre ha temido las señales en los cielos. Este terror, sin embargo, no hará que los hombres se arrepientan. El primer juicio devasta la vida vegetal y los días acortados les privarán a las plantas de la luz del sol. Jesús dijo que el acortamiento de los días durante la tribulación significará vidas salvadas (Mt 24.22). Sin embargo, es fácil imaginarse el pecado, el crimen y el terror que reinará en las calles cuando la oscuridad viene temprano en el día y cuando la noche es más negra que nunca. «Todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz», dice Juan 3.19, 20. La humanidad nunca verá una oleada de crimen como esta.

IV. La proclamación del ángel (8.13)

Este ángel es un mensajero literal de Dios, ¡advirtiendo al mundo que los próximos tres juicios serán todavía peores! Podríamos pensar que los hombres prestarían atención al llamado de Dios y se arrepentirían, pero ese no es el caso.

La frase «los que moran en la tierra» también aparece en 3.10, 6.10, 11.10, 13.8, 13.14, 14.6 y 17.8. Se refiere no sólo a los que viven «en» la tierra, sino también a los que viven «para» la tierra. Son «terrenales», gente que rechaza el cielo y su Cristo por las comodidades de este mundo. Se describen perfectamente en Filipenses 3.18–20. En Éxodo se describen como la «multitud mezclada» que codiciaba los alimentos de Egipto y rechazaba el maná del cielo. Tales personas atravesarán la tribulación (Ap 3.10) y serán los responsables de la matanza de los santos (Ap 6.10). Se regocijarán cuando asesinen a los dos testigos de Dios (11.10); pero nótese el contraste en 12.12, donde los cielos se regocijan por la expulsión de Satanás. Apocalipsis 13.8 deja en claro que estos moradores de la tierra adorarán a la bestia, lo que significa que rechazarán por completo a Cristo. Habiendo rechazado la verdad, creerán en la mentira.

Toda alma debe contestar: ¿Está mi ciudadanía en el cielo, o pertenezco a este mundo solamente?

APOCALIPSIS 9

El bien conocido erudito bíblico y experto en Apocalipsis, el Dr. Wilbur M. Smith, escribe: «Es probable que, aparte de la exacta identificación de Babilonia en los capítulos 17 y 18, el significado de los dos juicios en este capítulo representa el problema de mayor dificultad en Apocalipsis». El ángel en 8.13 promete tres «ayes» sobre la tierra y estos se envían al sonar de la quinta (9.1–12), sexta (9.13–21) y la séptima (11.15–19) trompetas. Repase el bosquejo sugerido de Apocalipsis y verá que nos acercamos a la mitad de la tribulación, a cuyo tiempo tendrán lugar varios acontecimientos críticos.

I. Se liberta al ejército del infierno (9.1–12)

A. La estrella (vv. 1,11).

Juan no vio caer la estrella; el versículo 1 debe leerse: «Y vi una estrella que había caído» (en algún momento en el pasado). Es probable que esta estrella se refiera a Satanás. Se le llama «Lucifer», que significa «brillantez» o «estrella matutina». Isaías 14.12ss describe la caída de Satanás en alguna fecha pasada y Ezequiel 28.11–19 completa el cuadro. Note también Lucas 10.18. Dios le da a Satanás «la llave del abismo». Este abismo sin fondo no es el Hades ni el infierno; más bien es una prisión en alguna parte del mundo de abajo, donde Dios tiene confinados a los demonios. (Léase Lc 8.26–36 para ver cómo a los demonios les aterra que los envíen al abismo.) En 1.18 leemos que Cristo tiene todas las llaves; Satanás debe recibir su autoridad de Cristo. Esta estrella caída (Satanás) se describe también como el destructor en el versículo 11. Es rey sobre los demonios del infierno.

B. El humo (v. 2).

Las criaturas demoníacas no son propiamente el humo, porque el versículo 3 deja en claro que las criaturas salen del humo. El mundo de abajo es un lugar de tinieblas y fuego; aquí se lo compara a un gran horno. Los que bromean respecto al infierno no se dan cuenta de cuán ignorantes son de sus tormentos. Estas terribles tinieblas nos recuerdan la plaga en Egipto (Éx 10.21–29) cuando la oscuridad podía palparse. Satanás es el príncipe de las tinieblas. Es digno de notar que este «abismo sin fondo» dejará escapar un día a la bestia (11.7; 17.8) y que el diablo un día será arrojado allí (20.1–3).

C. Las criaturas como escorpiones (vv. 3–10).

Los escorpiones son nativos de la tierra santa y algunas especies crecen hasta medir quince centímetros de largo. Su principal arma es el aguijón que llevan en el extremo de su cola, y se les usa en la Biblia como símbolo de juicio doloroso (Dt 28.38–42; 1 R 12.11–14). A estas criaturas infernales que salen del humo también se las compara con langostas, puesto que las plagas de langostas eran azotes comunes en Israel (véase Jl 2). Que estas langostas no son literales se ve claro en la advertencia del versículo 4 (véase 8.7) y en que tienen rey (v. 11, véase Pr 30.27). Se les prohíbe atormentar a los judíos sellados (7.1–3); se limita a cinco meses su tiempo. Su propósito es atormentar, no matar. A decir verdad, la gente querrá morir, pero Dios no lo permitirá (véase Jer 8.3). Es probable que estas sean criaturas demoníacas, libertadas del abismo para atormentar a los hombres. Este juicio es paralelo a la octava plaga en Egipto (Éx 10.3–20). El hecho de que las criaturas tengan características de bestias (caballos, v. 7), hombres y animales salvajes (v. 8), sugiere que Satanás está imitando a las criaturas celestiales de 4.7.

Este es el primer ay y, ¡qué tiempo de tortura soportará la población de la tierra! ¡Cuánto mejor es conocer a Cristo hoy y escapar de la ira venidera!

II. Se liberta a los ángeles de los ríos (9.13–21)

Este es el segundo de los tres «ayes» prometidos en 8.13. La voz sale del altar del incienso debido a que las oraciones de los santos han llegado a Dios, pidiéndole que vengue su sangre (6.9–11; 8.3). En 7.1–3 vimos a cuatro ángeles que los detiene una orden; aquí vemos a cuatro ángeles (sin duda ángeles caídos) con la orden de que los desaten. El río Éufrates siempre ha tenido un lugar notable en la historia. Fluía del Edén, donde empezó la historia; y figurará en los acontecimientos que serán el clímax de la historia (16.12ss). Babilonia estaba situada al margen del Éufrates (Ap 17–18). Estos cuatro ángeles están preparados para «la hora, día, mes y año» del programa de Dios; y es su tarea matar a una tercera parte de la población de la tierra. En 6.8 leemos que se mató a una cuarta parte de la gente, dejando tres cuartas partes para los juicios subsiguientes; después de que estos ángeles han destruido otra tercera parte, la mitad de la población mundial habrá sido destruida.

Una vez desatados, ¡estos ángeles traerán a la batalla ejércitos de jinetes que suman un total de 200 millones de soldados! Esta caballería satánica no es como ningún otro ejército ni en apariencia ni en las armas que usa. Fuego, azufre y humo son sus armas principales; también tienen colas como de serpiente. Esta no es otra descripción del ejército al que se refiere los versículos 1–12, puesto que a ese ejército se le prohíbe matar. A este ejército se le comisiona matar a una tercera parte de la humanidad. Esta es una manera en que Dios contestará a las oraciones de los mártires, según 6.9–11.

Uno pensaría que multitudes de personas se arrepentirían de sus pecados y se volverían a Cristo; pero no va a ser así. Aquellos que (en la misericordia de Dios) quedan con vida, sólo continuarán en sus terribles pecados. La bondad de Dios al dejarlos con vida no los guía al arrepentimiento (Ro 2.4–6); por consiguiente, tendrán que soportar juicios más terribles en los días que vendrán y finalmente el lago de fuego.

Los versículos 20–21 nos dan un cuadro vívido de lo que será la vida después de que la iglesia sea llevada al cielo. Se extenderá la idolatría. Por supuesto, adorar a ídolos es adorar a los demonios (1 Co 10.16–22). Satanás siempre ha querido que la humanidad le adore (Mt 4.8–10), y ahora recibirá tal adoración. Dondequiera que exista idolatría, también hay ignorancia e inmoralidad; el versículo 21 nos dice de los terribles pecados y crímenes que habrán en esos días. La palabra «hechicerías» es el vocablo griego farmakeia, la raíz de las palabras castellanas «farmacéutico» y «fármaco». Quiere decir «algo que tiene que ver con drogas». Esta es la misma palabra que aparece en Gálatas 5.20 y «hechiceros» en 21.8 y 22.15. Véase también 18.23. El hecho de que los hechiceros usan drogas y pociones en sus actividades diabólicas muestra la conexión entre estas palabras. Juan sugiere que habrá un resurgimiento de la hechicería y un incremento en el uso de drogas en los últimos días. Varias organizaciones de brujas existen a nivel mundial y el espiritismo va en aumento. En cuanto al incremento del uso de drogas, ¡todo lo que tenemos que hacer es leer los periódicos de hoy!

¿Cómo encaja este capítulo en el esquema total de Apocalipsis? Es probable que este gigantesco ejército de doscientos millones de jinetes aparecerá antes de la mitad de la tribulación. La bestia ya es la cabeza del Imperio Romano que ha resurgido, cooperando con la «iglesia mundial» y las Naciones Unidas. Dios le permite a Satanás que enrole este formidable ejército, posiblemente de Rusia. Sabemos por Ezequiel 38–39 que Rusia invadirá Palestina aproximadamente a mediados del período de la tribulación. Tratará de conquistar a Israel, pero la bestia librará a los judíos y cumplirá el pacto de siete años que hizo para protegerlos. Ezequiel deja en claro que Dios juzga a Rusia y envía al ejército de regreso derrotado. Una vez en la Tierra Santa, la bestia romperá su pacto, entrará en el templo y empezará a asumir poderes mundiales. Apocalipsis 11.1, 2 indica que los gentiles están en posesión del templo reconstruido de Jerusalén; y el resto del capítulo indica que la bestia mata a los testigos que han predicado durante los primeros tres años y medio de la tribulación. Este gigantesco ejército (v. 16) no es el ejército ruso que invade a Israel, sino que el toque de la sexta trompeta indica el surgimiento de las conquistas militares y apunta a la batalla de Gog y Magog que ocurrirá en este momento. Repase la tabla profética que aparece en las notas introductorias.

APOCALIPSIS 10

Este capítulo nos conduce al punto medio del período de la tribulación (véase el bosquejo). De acuerdo a Daniel 9.27 este es el tiempo en que la bestia rompe su pacto con Israel y revela su furia satánica. Note también que los dos testigos ministran durante los primeros tres años y medio (11.3); Dios protege al remanente judío durante los últimos tres años y medio (12.6, 14); la bestia tiene autoridad mundial en los tres años y medio finales (13.5); Satanás es arrojado a la tierra por tres años y medio de terrible persecución en contra de los creyentes (12.12); y Jerusalén es hollada por los gentiles por tres años y medio (11.2). Notamos un paréntesis entre la sexta y la séptima trompetas (10.1–11.14). La séptima trompeta dará inicio a las siete copas de la ira de Dios y a los últimos tres años y medio de tribulación («la ira de Dios»).

I. La aparición del Angel (10.1–4)

Este mensajero celestial es probablemente Jesucristo, el Angel del Señor. Juan ya había visto un «ángel fuerte» en 5.2; ahora ve «otro ángel fuerte». Los símbolos que se usan aquí nos llevan de nuevo a la descripción del Cristo glorificado que se da en 1.12–16. La nube y el arco iris se refiere a 1.16; los pies de fuego a 1.15; el rostro como el sol a 1.16. La voz como de león ciertamente se refiere a 5.5; véanse también Oseas 11.10 y Joel 3.16. Esta no es una voz de invitación de gracia; es una voz que anuncia que el juicio viene. Tal vez la mejor evidencia de que este ángel es Cristo está en 11.3, donde dice: «Y daré a mis dos testigos que profeticen». De modo que aquí está Cristo, el Angel del Señor, para anunciar que Dios está a punto de obrar velozmente y concluir sus propósitos en la tierra.

El librito (v. 2) es un contraste con el rollo grande de 5.1. Este rollo está abierto; el de 5.1 estaba sellado. Vemos por los versículos 9–11 que este es un libro de profecía; el versículo 7 deja en claro que los profetas declararon el contenido del libro. Puesto que los profetas del AT no hablaron las verdades de la Iglesia, estas profecías deben referirse a Israel, los judíos y Jerusalén; este tema es exactamente lo que hallamos en el capítulo 11 y subsiguientes. Tal vez este librito sea el mensaje sellado de Daniel 12.4, 9; ahora se abre para que se cumpla.

El Señor reclama, como antes, toda la tierra y los mares al estar parado sobre ellos. Léase Josué 1.1–3. No sabemos lo que Él dijo, ni lo que los truenos dijeron (véanse 1 S 7.10 y Sal 29). Es inútil hacer conjeturas. A Juan se le dice que selle (que no revele) las palabras de los truenos, la única revelación del libro que se sella. Esta visión de Cristo deja en claro que Él está en control y que cumplirá los propósitos de Dios y reclamará su herencia.

II. El anuncio del Angel (10.5–7)

Esta solemne escena empieza cuando Cristo levanta su mano y afirma que ya no habrá más demora («el tiempo ya no sería más»). Las almas debajo del altar habían preguntado: «¿Hasta cuándo?» (6.10, 11) y ahora se da la respuesta: ¡Ya no habrá más demora! Los burladores de hoy preguntan: «¿Dónde está la promesa de su venida? ¿Por qué Dios no hace algo?» (2 P 3). Este presente período de tardanza es la oportunidad del pecador para salvación. Cristo afirma que en los días cuando suene la séptima trompeta (11.15–19), Dios concluirá su programa. El término «misterio» (v. 7) significa una verdad oculta de Dios. El hombre mortal no puede comprender por qué hay pecado y sufrimiento en el mundo y por qué santos honestos sufren mientras que los pecadores rebeldes andan libres. Podemos estar seguros de que Dios enderezará las cosas y completará su programa. Note especialmente 11.18, ¡y anímese!

Algunos piensan que el librito contiene «el misterio de Dios». Tal vez. Lo que sabemos es esto: Dios está en control de la historia y al final hará que el bien triunfe sobre el mal.

III. La apropiación del libro (10.8–11)

No es suficiente que Juan vea el libro en la mano de Cristo ni que incluso sepa lo que contiene. Debe apropiarse de él, hacerlo parte de su persona interior. Lea en Ezequiel 2–3 y Jeremías 15.16 acontecimientos similares. La Palabra de Dios es nuestro alimento (Mt 4.4; Sal 119.103); debemos tomarla y asimilarla antes de que pueda hacernos algún bien. Es bueno leer la Biblia y estudiarla; pero también necesitamos memorizarla y digerirla internamente mediante el poder del Espíritu.

El acto de comer el librito tuvo un doble efecto en Juan: fue dulce a su paladar, pero amargo en su estómago, muy parecido al efecto de la espada de dos filos que es la Palabra (Heb 4.12). Disfrutamos de las bendiciones de la Palabra, pero también debemos sentir sus cargas. Juan fue bendecido al saber que Dios cumpliría sus promesas; pero sintió amargura al darse cuenta de los sufrimientos que vendrían durante los siguientes tres años y medio de la tribulación.

Esta digestión de la Palabra preparó a Juan para seguir su ministerio como profeta. ¡Qué lección para nosotros como testigos! ¡Qué trágico es cuando tratamos de servir al Señor y hablar por Él, sin primero prepararnos para apropiarnos de su Palabra. Sólo lo que es parte de nuestro ser interior puede darse a otros. Cuán importante es que diariamente el santo dedique tiempo a leer la Palabra y a absorberla.

La palabra «sobre» en el versículo 11 significa «acerca»; Juan profetizaría respecto a muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes. En la siguiente sección de Apocalipsis vemos frecuentes referencias a las naciones del mundo, por cuanto Satanás las turbará y preparará para la batalla del Armagedón (16.12–14).

APOCALIPSIS 11

En los capítulos 11–12 estamos definitivamente en terreno judío. Vemos el templo judío (11.1–2), Jerusalén (11.8), el arca (11.19), el Cristo reinante (12.5), Miguel (12.7) y la persecución de los judíos por parte de Satanás (12.17). Si espiritualizamos este pasaje y aplicamos alguna parte del mismo a la Iglesia, estamos en serios problemas. En este punto nos encontramos ya en medio de la tribulación.

I. El ministerio de los dos testigos (11.1–14)

A. El período de su ministerio (vv. 1–4).

Aquí ya se ha reconstruido el templo judío y la nación (aunque en incredulidad) adora de nuevo a Jehová. Parece probable que los dos testigos ministrarán durante la primera parte de la tribulación, predicando a los judíos y teniendo acceso al templo. A mediados de la tribulación el anticristo romperá su pacto con Israel y tomará posesión del templo (2 Ts 2; Dn 9.27; Mt 24.15). Se proclama dios, trayendo así la «abominación desoladora» que tanto Daniel como Cristo predijeron. Vemos a los gentiles hollando el templo durante tres años y medio. Dios le pide a Juan que mida el área del templo, una acción simbólica que retrocede hasta Ezequiel 40–41 y Zacarías 2. Medir algo quiere decir tomar posesión. A pesar de que las fuerzas de Satanás se han apoderado del templo, Cristo lo reclamará de nuevo y lo devolverá a su pueblo. Note la alusión en el versículo 4 a Zacarías 4–5 concerniente a Zorobabel y Josué, el sumo sacerdote. Estos dos hombres fueron los siervos de Dios para reclamar y reconstruir el templo y la nación después del cautiverio en Babilonia, un período de problemas nacionales.

B. El propósito de su ministerio (vv. 5–6).

Demostrarán el poder de Dios ante los judíos y gentiles incrédulos, y muchos se salvarán por su testimonio. Se les llama tanto profetas (vv. 6, 10) como testigos. Anunciarán al mundo los grandes acontecimientos que vendrán y sufrirán la ira de la bestia y de su gente. Debido a los milagros que realizan a estos hombres se identifican con Moisés y Elías. Moisés convirtió el agua en sangre en Egipto, y Elías oró por la sequía y por lluvia y también hizo descender fuego del cielo. Malaquías 4.5, 6 promete que Elías vendrá de nuevo a ministrar. Sin embargo, algunos creen que estos testigos son Enoc y Elías, puesto que no murieron, sino que ambos fueron llevados vivos al cielo.

C. La persecución de su ministerio (vv. 7–10).

Los pecadores nunca han querido oír u obedecer la Palabra de Dios (cf. 9.20, 21). Estos dos testigos serán protegidos divinamente hasta que su obra quede terminada; entonces Dios permitirá que la bestia se les oponga y los mate. Es cierto que el anticristo no se podrá apoderar del templo a menos que estos dos profetas no se interpongan. Los ciudadanos de Jerusalén ni siquiera les darán sepultura apropiada (véase Sal 79) y el mundo entero verá sus cadáveres y se regocijará. Este período de tres días y medio será una celebración de una «navidad satánica». La gente festejará y se dará regalos y se regocijará que quienes los atormentaban ya estén muertos.

D. El pánico que sigue después de su ministerio (vv. 11–14).

¡Dios los levanta de los muertos! Piense en el temor que se apoderará de los corazones de todos al ver que estos muertos vuelven a la vida en las calles de Jerusalén. Y entonces estos dos hombres serán arrebatados al cielo mientras su enemigos se quedan mirando. Después habrá un terremoto que destruirá una décima parte de la ciudad y matará a siete mil personas. ¡Qué día será ese!

II. El testimonio de la séptima trompeta (11.15–19)

Desde el capítulo 8 hemos esperado este «tercer ay» que fue prometido. El séptimo ángel tocó la trompeta y grandes voces del cielo anuncian que Cristo tiene el poder del reino (no reinos, porque ahora la bestia tiene un reino unido, 17.13) de este mundo. Cristo no recupera el control del mundo sino hasta 19.11ss, de modo que esta es una declaración de hechos que aún no han acontecido. En esta sección tenemos también un vistazo anticipado del cielo mientras los ancianos miran hacia adelante a lo que ocurrirá. ¡Qué maravilloso es tener la ventaja del cielo y no la de la tierra! A partir de aquí, todo lo que ocurre conduce al momento en que el Hijo de Dios toma las riendas del gobierno y conquista a sus enemigos.

A esta profecía le sigue alabanza y los ancianos glorifican a Cristo por su poder. Esta es la tercera de las alabanzas celestiales. En 4.10, 11 le alaban como Creador; en 5.8–10 le alaban como Redentor; y aquí le alaban como Rey y Juez. Ahora se contestarán tanto las oraciones de los mártires (6.9–11), como las del pueblo de Dios: «¡Venga tu reino!»

El versículo 18 bosqueja lo que ocurrirá en los últimos tres años y medio del período de la tribulación:

A. Hostilidad nacional e internacional.

«Se airaron las naciones (gentiles)». Léanse los Salmos 2 y 83, y Joel 3.9–13. Esto significa que las naciones mostrarán su odio hacia Cristo y su pueblo, y que la persecución crecerá. Por supuesto que Satanás está en la escena (véase 12.12ss), haciendo un esfuerzo especial por destruir a los judíos. Ha procurado destruir al pueblo de Dios desde que Caín mató a Abel (1 Jn 3.10–13).

B. Resurrección.

Resucitarán tanto los mártires de la tribulación (20.4) como los muertos impíos (20.2ss). Daniel 12.1–3 parece indicar que los santos del AT resucitarán después de la tribulación.

C. Juicio.

Se juzgarán las obras de los santos, y los malos serán juzgados y condenados por sus pecados. Será un tiempo de recompensa para los santos y de ira para los pecadores. Note que a los perdidos se les describe como «los que destruyen la tierra». Satanás es el destructor (9.11) y todo el que le sigue participa de su programa de destrucción. Dios le ordenó al hombre que cuidara de la tierra y que usara sus recursos para su bien y para la gloria de Dios; pero Satanás ha guiado a los hombres a destruir la tierra y a usar sus recursos egoístamente para mal.

Los tres años y medio finales de la tribulación ahora llevan al clímax el programa de Dios. No habrá más demora (10.6). El capítulo empieza en el templo en la tierra y concluye con el templo en el cielo. Tenemos de nuevo las evidencias de la tormenta que se avecina: relámpagos, truenos, voces. Lo vimos en 4.5 saliendo del trono; en 8.5 saliendo del altar del incienso; y ahora saliendo del Lugar Santísimo del templo. Algunos creen que el arca aquí es la misma del templo del AT, que desapareció después del cautiverio. Pero esto no es probable, puesto que ninguno de los demás enseres del templo en el cielo tiene un origen terrenal. El arca es el símbolo de la presencia y del pacto de Dios. Se le llama «el arca del pacto». En la tierra Israel va a atravesar intenso sufrimiento y Dios le asegura de nuevo su dirección y cuidado. Hubo truenos y señales cuando se dio la Ley en el Sinaí; hay truenos ahora que Dios está a punto de juzgar al mundo por haber quebrantado su ley.

«¡Tu ira ha venido!» es la declaración del versículo 18 y este juicio se cumplirá en los capítulos 15–16 cuando Dios derrame las copas de la ira. Los primeros tres años y medio es un período de tribulación, pero los siguientes tres años y medio se les conoce como «la ira de Dios» (14.10, 19; 15.7; 16.1).

APOCALIPSIS 12

El tema de este capítulo es el conflicto, con las fuerzas de Satanás oponiéndose al pueblo de Dios. Estas visiones bosquejan de manera asombrosa los temas principales de la Biblia.

I. Las maravillas en los cielos (12.1–6)

A. La mujer.

Algunos estudiosos quieren que creamos que esta es María, la madre de nuestro Señor, pero los versículos 6, 13–17 lo hacen imposible. Génesis 37.9 indica que la mujer representa a la nación de Israel. El versículo 5 nos informa que la mujer da a luz a Cristo y este simbolismo apunta de nuevo a Israel (Ro 1.3; 9.4, 5). En el AT a Israel se le representa como una mujer y una madre (Is 54.5; Jer 3.6–10). La mujer está de parto y el Niño que nace es Cristo (v. 5, con Sal 2.9; Miq 5.2, 3; Ap 19.14ss). Hay una brecha de por lo menos treinta y tres años entre la primera y la segunda frase del versículo 5 y entre los versículos 5 y 6 tenemos toda la edad de la Iglesia.

B. El dragón.

Este es Satanás (v. 9); y las cabezas, los cuernos y las diademas nos remiten a 13.1 y 17.3, donde se describe la bestia (el anticristo). Por favor, tenga presente que la bestia está presente desde el comienzo como el líder de las naciones federadas de Europa, pero que no se revelará abiertamente como el «superhombre» de Satanás sino hasta la mitad del período de la tribulación. El versículo 4 se relaciona a Isaías 14.12ss, cuando Satanás se rebeló contra Dios y atrajo a algunos de los ángeles consigo. Véanse Job 38.7 y Judas 6.

Satanás siempre ha sido un homicida (Jn 8.44) y ahora procura destruir a Cristo. Durante los días del AT Satanás hizo todo lo que pudo para evitar que el Salvador naciera; cuando Jesús nació, trató de matarlo (Mt 2.16ss). Durante su vida terrenal Cristo fue atacado por Satanás de varias maneras, culminando en la cruz. Satanás también ataca a los judíos. Dios protegerá a los 144.000 debido a que Él los ha sellado, pero Dios cuidará también a los demás judíos. Tal vez la expresión «la sustenten» del versículo 6 se refiera a los gentiles que cuidan de los judíos en este tiempo (Mt 25.31–46).

Jesús les dijo a los creyentes judíos que huyeran cuando se revelara el anticristo (Mt 24.15–21). Nótese la admonición entre paréntesis de Mateo 24.15 que se refiere a «leer» la Palabra. A mediados de la tribulación los judíos creyentes leerán Mateo 24.15–21 y sabrán qué hacer.

II. La guerra en el cielo (12.7–12)

Los primeros dos capítulos de Job dejan en claro que Satanás tiene ahora acceso al cielo y Zacarías 3 revela que Satanás acusa a los santos delante del trono de Dios. A mediados de la tribulación Satanás será arrojado fuera del cielo y a la tierra. Miguel es el arcángel asignado para proteger a Israel (Dn 10.13, 21; 12:1; Jud 9). Su nombre significa: «¿Quién es como Dios?» Satanás dijo: «Seré como el Altísimo», pero Dios lo derrotó; y ahora Satanás es arrojado fuera del cielo. El versículo 9 lo describe como una serpiente, lo cual nos lleva de nuevo a Génesis 3; la palabra «diablo» significa «acusador», lo cual se relaciona con el versículo 10 y con Zacarías 3; y «Satanás» significa «adversario». ¡Qué enemigo es Satanás! Ha estado acusando a los santos en el cielo, pero estos le han vencido con tres armas: (1) la sangre, que nos limpia de todo pecado, 1 Juan 1.9–2.2; (2) la Palabra, que nos asegura el perdón y es la espada del Espíritu, y (3) su rendición, porque prefieren morir antes que obedecer a Satanás. Hay gozo en el cielo porque Satanás es derrotado; ¡pero habrá un ay en la tierra! El tiempo de Satanás es corto (tres años y medio); entonces será arrojado al abismo sin fin (20.1–3).

III. La ira sobre la tierra (12.13–16)

El gran dragón desciende con gran ira. Puesto que ya no puede acusar más a los santos ante Dios en el cielo, los perseguirá en la tierra. El mentiroso se convierte en león. Enfoca sus ataques contra Israel fundamentalmente. El antisemitismo (persecución de los judíos) es satánico en origen. Egipto persiguió a los judíos; y también lo hizo Babilonia. En los días modernos Alemania masacró a millones de judíos en la Segunda Guerra Mundial. Dios juzgó a estas naciones. Satanás no pudo matar al Hijo de la mujer, de modo que ahora trata de exterminar a su simiente, el remanente creyente de Israel.

Dios protege al remanente judío (v. 14). Cuando Dios sacó a Israel de Egipto, fue «en alas de águilas» (Éx 19.4). Dios los cuidó en el desierto como un águila madre cuidaría a sus polluelos (Dt 32.11, 12). Su regreso de la cautividad babilónica sería «en alas de águila» (Is 40.31). Dios lleva al remanente creyente a un sitio especial de protección (v. 6) en donde Satanás no puede penetrar.

Satanás entonces usa «agua como un río» para tratar de exterminar a los judíos (v. 15), lo cual quizás sea la persecución de parte de los gentiles. Léase con cuidado el Salmo 124 Sin duda, este salmo lo cantarán los judíos de la tribulación cuando Dios los libre de los ataques de Satanás. Léase también en Isaías 26.20–27.13 otro pasaje semejante. Daniel 11.41 indica que cuando la bestia (inspirada por Satanás) empiece a perseguir a los judíos a mediados de la tribulación, los judíos huirán a lugares de refugio en Edom, Moab y Amón. Los arqueólogos han excavado esta área y han encontrado ciudades labradas en las rocas, perfectos lugares de refugio para Israel. Los judíos fugitivos de Mateo 24.16–21 hallarán seguridad y paz durante los últimos tres años y medio, el período llamado la «gran tribulación».

Una guerra doble está ahora teniendo lugar: Dios está en guerra en contra del mundo incrédulo y Satanás (a través de la bestia) está en guerra contra los santos (13.7). ¡Qué tiempo de conflicto y problemas será este! No es de asombrarse que Jesús dijera: «Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo» (Mt 24.22). «Por causa de los escogidos» (los creyentes judíos) los días tienen límite.

Hay varias lecciones prácticas que aprender de este capítulo. (1) Satanás está en guerra contra los santos y podemos vencerlo sólo mediante la fe en la Palabra de Dios. (2) Satanás es el acusador de los hermanos. Los pecados de los santos le da a Satanás toda la prueba que necesita ante el trono de Dios. ¡Gracias a Dios que tenemos un Abogado en Cristo! (1 Jn 1.9–2.2) Cuando confesamos nuestros pecados, ¡Cristo nos limpia y Satanás es silenciado! (3) Ojalá no nos encontremos acusando a los santos, porque si lo hacemos, estamos del lado de Satanás y no del Señor. «El amor cubre multitud de pecados». (4) Nunca debemos ser culpables de antisemitismo. Los judíos son el pueblo escogido de Dios y si no fuera por Israel, no tendríamos ni al Salvador ni la Biblia. Debemos amar a Israel, orar por su paz y procurar ganar a nuestros amigos judíos para Cristo. Tal vez la nación de Israel no esté siempre en lo correcto políticamente, pero es el pueblo de Dios y tiene una tarea importante que cumplir en este mundo. Debemos orar por la paz de Jerusalén.

APOCALIPSIS 13

Este capítulo nos presenta a las dos bestias. Tenga en cuenta que el término «bestia» no significa que estas personas sean animales. Son personas que actúan como animales en vez de hacerlo como humanos. Estos versículos presentan a la «trinidad satánica»: Satanás, la bestia (el anticristo) y el falso profeta.

I. El anticristo: La bestia del mar (13.1–10)

El versículo 1 puede leerse: «Y él [Satanás, 12.17] se paró sobre la arena del mar». El mar simboliza a las naciones (17.15), así como también la arena del mar (20.8). Satanás llama a su «superhombre» de las naciones y revela su verdadero carácter al mundo. Hasta ahora el anticristo ha estado operando pacíficamente como amigo de Israel. Hizo un pacto con los judíos tres años y medio antes (Dn 9.27), prometiéndoles protección de la federación europea que controla. Pero ahora se revelará el verdadero carácter de este gobernante mundial. (Véase 17.10–12 respecto a las cabezas, cuernos y diademas.)

Se usan tres animales para describir a la bestia, lo cual se asemeja a la profecía de Daniel 7. Por favor, lea el capítulo con cuidado. Las cuatro bestias ilustran cuatro imperios sucesivos: babilónico (el león), medo-persa (el oso), griego (el leopardo) y el reino del anticristo (la terrible cuarta bestia espantosa). El «cuerno pequeño» de Daniel 7.8 es la bestia de Apocalipsis 13, el anticristo. Nótese que Juan vio los animales en orden inverso, puesto que miraba hacia atrás; Daniel miraba hacia adelante. En otras palabras, el reino de la bestia será una continuación de estos reinos, un resurgimiento del Imperio Romano.

¿Quién es la bestia? Los estudiosos de la Biblia difieren en su interpretación de los símbolos en Apocalipsis 13 y 17. Es importante notar que tres veces se nos menciona sus heridas (13.3, 12, 14). Esto pudiera sugerir que la bestia será matada y resucitada de entre los muertos. En 11.7 y 17.8 se nos dice que la bestia asciende y sale del abismo, lo que sin duda sugiere una resurrección. Algunos piensan que será Judas, resucitado de los muertos. Tanto a la bestia como a Judas se les llama «el hijo de perdición» (Jn 17.12; 2 Ts 2.3); a Judas se le llama «diablo» en Juan 6.70. Quien quiera que sea, la bestia es el superhombre de Satanás, su cristo falso. El mundo entero admirará a la bestia y adorará a Satanás (v. 4), algo que este siempre ha anhelado.

Hasta este momento la bestia ha sido la cabeza de la federación europea, trabajando en íntima cooperación con la iglesia mundial (Ap 17). Pretenderá ser obediente a este apóstata sistema religioso y lo usará para el avance de sus propias conquistas. Aproximadamente a mediados de la tribulación Egipto y Rusia invadirán Palestina (Ez 37–38), obligando a la bestia a proteger a los judíos. Cuando la bestia llegue a Israel, hallará que Dios ha derrotado a Rusia; y decidirá conquistar a Israel. Es aquí donde destruirá la iglesia apóstata (la ramera de Ap 17) y se levantará como gobernante y dios del mundo. Satanás le dará poder para hacer maravillas; 2 Tesalonicenses 2 indica que Dios permitirá que venga sobre el mundo incrédulo un «fuerte engaño». La gente no aceptará a Cristo, quien es la verdad, sino que recibirá al anticristo, «la mentira». La bestia blasfemará contra la Iglesia en el cielo y perseguirá al remanente judío creyente en la tierra. Como vimos en Apocalipsis 11, aquí también matará a los dos testigos, cuyos cuerpos resucitarán de entre los muertos después de tres días y medio.

II. El falso profeta: La bestia de la tierra (13.11–18)

Vemos una trinidad satánica (vv. 19–20). Satanás falsifica al Padre; la bestia es la imitación del Hijo y Salvador; y el falso profeta falsifica al Espíritu. Esta segunda bestia viene «de la tierra», lo que tal vez quiera decir Israel. A lo mejor es un judío. Hallamos en Daniel 9.26 que el anticristo tendrá ciudadanía romana; pero, como Pablo, puede ser un judío romano. Sin embargo, el anticristo necesitará un aliado que le ayude a ganar al mundo. Este aliado será el falso profeta. Tiene «cuernos semejantes a los de un cordero», lo que sugiere paz y amistad, pero no hay coronas (autoridad) en los cuernos. Satanás le da el mismo poder que a la primera bestia, pero su tarea es glorificar a la bestia y lograr que el mundo le siga y le adore. Léase en Daniel 3 una situación similar.

El falso profeta duplicará los milagros de los dos testigos al hacer que caiga fuego del cielo (11.5; 13.13). Este hecho será el cumplimiento de la profecía de Pablo en 2 Tesalonicenses 2.9 y la profecía de Cristo en Mateo 24.24.

El falso profeta es el que ordena que se haga la imagen de la bestia. Esta es la «abominación desoladora» que se halla en Mateo 24.15, Daniel 11.45 y 2 Tesalonicenses 2.4. En este tiempo la bestia hará que se levante esta imagen en el templo judío restaurado en Jerusalén. ¡Esta imagen cobrará vida! Hablará y asombrará grandemente al mundo. Tanto la bestia y su imagen hablarán «grandes palabras», y lanzarán blasfemias contra el cielo.

La adoración mundial no es la única meta del falso profeta. También establecerá controles económicos mundiales. Así como los 144.000 tienen en sus frentes la marca del Padre (14.1), los seguidores de la bestia tendrán su marca en sus frentes o en sus manos derechas. Esta marca les permitirá vender y comprar. Los que no siguen a la bestia y que no tienen su marca (su nombre) sufrirán grandemente; véase 20.4. Satanás ahora tendrá lo que siempre ha querido: el mundo le adorará y tendrá el control completo de todos los reinos del mundo. La única «mosca en el ungüento» es que Cristo reina en el cielo y un día establecerá su reino en la tierra. Satanás descargará su furia sobre los santos de Dios en la tierra puesto que no puede tocar a Cristo y a los santos en el cielo.

Con los versículos 17–18 se ha especulado mucho: ¿cuál es el significado del número de la bestia (666)? Es interesante notar que los primeros seis números romanos suman 666 (I = 1; V = 5; X = 10; L = 50; C = 100; y D = 500). Esto sugiere, por supuesto, el resurgimiento del Imperio Romano, pero no nos dice nada respecto a la bestia. Tanto la imagen de Nabucodonosor y el gigante Goliat se identifican con el número 6 (Dn 3.1; 1 S 17.4–7), indicando que la bestia será un «superhombre» a los ojos del mundo. Sabemos que, tanto en hebreo como en griego, los números se indican con letras, como los números romanos. El valor numérico de «Jesús» en griego es 888. Sin embargo, es fútil manipular las letras y los números tratando de descubrir el nombre del gobernante mundial.

Seis es el número del hombre. El hombre fue creado en el sexto día y se le dio seis días para que trabajara. El total de las horas del día es un múltiplo de seis (4 x 6 = 24); y también el número de los meses (2 x 6 = 12) y el número de minutos (6 x 10 = 60). El AT hebreo usa cuatro palabras diferentes para «hombre», y el NT griego usa dos, un total de seis. Hay seis nombres diferentes tanto para la serpiente como para el león en el AT; ambos símbolos de Satanás. La historia nos dice que el número «seis» se usaba en las religiones secretas de misterio del Oriente. Parece, entonces, que el número del anticristo, «666», representa lo máximo a lo que el hombre puede llegar a ser separado de Cristo. Es el «superhombre» de Satanás, su falso Cristo. Siete es el número de perfección y a esto Satanás no puede llegar.

APOCALIPSIS 14

En este capítulo Dios nos da un resumen, una «vista panorámica» de los sucesos que se encuentran más adelante en Apocalipsis.

I. El establecimiento del reino (14.1–5)

Hay desacuerdo en cuanto a si el monte de Sion es un hito celestial (véase Heb 12.22, 23), o si es el monte literal en la tierra. Tal parece que tenemos aquí una escena terrenal, un cuadro del reino venidero. Por un lado, en el versículo 2, Juan «oye una voz del cielo», lo cual sugiere que está en la tierra. El «nuevo cántico» indica que es una experiencia nueva; atravesaron la tribulación y ahora reinan con Cristo. Pero, incluso si esta escena es celestial, mira de antemano al reino venidero en la tierra. El versículo 3 indica que la Iglesia (ancianos) reinará con Cristo sobre la tierra.

Ahora se describe el carácter de los 144.000. Los términos «no se contaminaron con mujeres» y «vírgenes», se deben tomar en el sentido espiritual, no físico. El pecado de los que moren en la tierra en aquel día será de fornicación espiritual (14.8; véanse Stg 4.4 y Éx 34.15). Marcados con el nombre de su Padre y no con el de la bestia, estos judíos creyentes serán espiritualmente separados y consagrados por completo a Cristo. En lugar de adorar a la bestia seguirá al Cordero. Llegarán a ser el núcleo del reino judío, las «primicias» de la cosecha que seguirá.

II. El derramamiento de las copa de la ira (14.6–13)

Cada ángel tiene un anuncio especial:

A. El evangelio eterno (vv. 6–7).

Hoy Dios usa a personas para dar su mensaje; pero en aquel postrer período de juicio usará también a los ángeles. «El evangelio eterno» presenta a Dios como el Creador, no como el Salvador, y advierte que el juicio viene. Llama a los hombres a temer a Dios y darle gloria, no a la bestia ni a Satanás. Lo que sugiere es que todos los que honren a Cristo serán salvos. Triste es decirlo, pero los hombres adoran y sirven a la criatura, no al Creador (Ro 1.25). Este es el llamado final de Dios a un mundo que Satanás engaña.

B. La caída de Babilonia (v. 8).

Este acontecimiento se describirá en los caps. 17–18, aunque aquí y también en 16.18, 19 se da un anticipo. Babilonia, en este capítulo, se refiere al sistema apóstata político religioso que encabeza la bestia conjuntamente con la iglesia apóstata mundial. Léase Apocalipsis 17–18 para ver el cumplimiento de esta profecía; estúdiese también Jeremías 50.14, 15, 38 y 51.7, 8.

C. Los juicios finales (vv. 9–13).

En las siete copas de juicio tenemos el derramamiento de la ira de Dios (Ap 15–18). Será «puro»; o sea, no habrá gracia ni misericordia mezclada con su ira (Hab 3.2). Este ángel advierte al mundo que todos los que llevan la marca de la bestia sufrirán tormentos eternos sin descanso ni alivio. Hay un impactante contraste en los destinos de los seguidores de la bestia y los seguidores del Cordero; los creyentes descansarán de sus labores y serán benditos. Es mejor reinar con Cristo mil años que con el anticristo durante tres años y medio. Es por eso que el versículo 12 exhorta a que los santos que atraviesan pruebas deben tener «paciencia»; véase Lucas 21.19.

Mientras que el versículo 13 se refiere estrictamente a los santos de la tribulación, es cierto que podemos aplicarlo a los creyentes de hoy. El mundo mira a la muerte como una maldición y así es para el no salvo; pero para el cristiano es una bendición. El cristiano que muere experimenta descanso y recompensa; el incrédulo, no obstante, experimenta tormento eterno y la pérdida de todo.

III. La batalla del Armagedón (14.14–20)

Juan ve a Cristo en una nube blanca, viniendo con una hoz a la tierra para recoger la cosecha. Es un cuadro del juicio. Cuando Él vino en carne, fue como el sembrador de la semilla; pero la gente rechazó la semilla de la Palabra (Mt 13.3–23). En lugar de eso, recibieron las mentiras de Satanás. Ahora Cristo debe venir como el segador, trayendo juicio al mundo. «La mies de la tierra está madura», clama el segundo ángel. Dios sabe con precisión cuándo juzgar; espera con paciencia a que las semillas de iniquidad rindan fruto (Stg 1.14, 15; Gn 15.16). Esto es una muestra previa de la batalla del Armagedón (véase Jl 3.11–16).

En este momento deberíamos repasar los sucesos que conducen al Armagedón. Durante la primera mitad de la tribulación, cuando la bestia trabajaba con los judíos, Rusia y Egipto atacaron a Israel. La bestia fue obligada a ir a Palestina para guardar su pacto con los judíos. Dios derrotó a Rusia, la bestia derrotó a Egipto; ambos enemigos se retiran derrotados por completo. Entonces la bestia se establece como en gobernante y deidad mundial, reinando desde Jerusalén. Sin embargo, Rusia y sus aliados planean la rebelión en contra de la bestia. Después de que Babilonia es destruida, los enemigos de la bestia tienen su oportunidad para atacar. Durante los últimos tres años y medio de la tribulación los ejércitos avanzarán hacia Palestina (véase 16.13–16) para luchar contra la bestia. El Dr. Dwight Pentecost sugiere que la palabra «batalla» debería ser «campaña»; véase Apocalipsis 16.14. En otras palabras, la «batalla del Armagedón» no es tanto una batalla individual como un movimiento militar que alcanza su clímax cuando los ejércitos del mundo se enfrentan unos contra otros en Meguido. Apocalipsis 19.17–21 indica que la señal del Hijo del Hombre aparecerá en ese tiempo y estos ejércitos se unirán para luchar contra Cristo en lugar de hacerlo entre sí.

El cuadro en los versículos 17–18 es el de un hombre que corta racimos de uvas de una vid. El sistema mundial impío son «los racimos de la tierra» (v. 18), mientras que Cristo es la Vid verdadera (Jn 15). Israel se plantó en este mundo para ser la vid santa de Dios, para llevar fruto para su gloria (Is 5.1–7; Sal 80.8–16). Triste es decirlo, pero Israel produjo frutos amargos. Es más, rechazó al verdadero Mesías y aceptó el falso Cristo, y tuvo que sufrir amargas consecuencias. Léanse en Isaías 66.1–6 y Joel 3 material adicional sobre esta batalla final.

El versículo 20 presenta un cuadro aterrador: ¡la sangre correrá por 320 km fuera de la ciudad de Jerusalén y será tan profunda como la distancia de los frenos de los caballos hasta el suelo! Este es el lagar de la ira de Dios (19.15). Véase Isaías 63.1–6.

Tenemos, entonces, en este capítulo, un resumen profético de los sucesos que siguen. Hay varias lecciones muy prácticas para aprender en este capítulo: (1) Dios establecerá su reino en la tierra a pesar de la oposición de Satanás. Las promesas del AT se cumplirán literalmente, Israel tendrá su reino prometido. (2) Los que rechazan hoy el evangelio de la gracia de Dios enfrentarán terrible juicio mañana. Es mejor morir por causa de Cristo y tener la gloria eterna, que vivir para el diablo y sufrir eternamente. (3) En la actualidad, las naciones del mundo van rumbo al Armagedón. Vemos el surgimiento de Europa y Egipto, y de las naciones de Asia. Vemos además que se avecina la federación de Europa. Pero la guerra final del hombre en contra de Dios acabará con el completo fracaso de Satanás y sus aliados.

APOCALIPSIS 15

Antes de que los sellos se abrieran se nos mostró la escena en el cielo (caps. 4–5), y hubo una visión similar antes de que se tocaran las trompetas (8.1–6). Juan contempla dos escenas:

I. Los victoriosos y su cántico (15.1–4)

Hemos visto a estos santos antes; son los creyentes del período de la tribulación que rehusaron doblar sus rodillas ante la bestia y, como resultado, perdieron sus vidas por causa de Cristo (12.11; 13.7–10). Juan los ve como victoriosos, en pie sobre el mar celestial. De inmediato pensamos en el Israel de Éxodo 15, donde Dios había librado al pueblo victoriosamente de la esclavitud de Egipto. Por favor, note que el «mar de vidrio» ahora tiene fuego mezclado; en 4.6 este mar de cristal era claro. El fuego nos recuerda que la ira de Dios está a punto de revelarse (Heb 12.29).

A esos santos los mataron por su fe, sin embargo, ¡Juan dice que «habían alcanzado la victoria» sobre la bestia! No se sometieron a llevar su marca ni a adorar su imagen y así perdieron sus vidas; ¡pero al perderlas por Cristo, la hallaron de nuevo! Incluso si el cristiano muere por su testimonio, es vencedor, no perdedor. Aquí encontramos de nuevo a estos santos cantando junto al mar celestial; en 20.4 vemos sus cuerpos muertos resucitados para que la compañía pueda reinar con Cristo durante el Milenio. Si sufrimos con Cristo, reinaremos con Él (2 Ti 2.12).

En 14.3 los 144.000 entonan un nuevo canto que nadie más podía cantar; pero aquí tenemos el cántico de Moisés y del Cordero. El cántico de Moisés probablemente es el de victoria de Israel en el Mar Rojo, en Éxodo 15; aunque algunos estudiosos creen que este canto hace eco en las palabras finales de Moisés en Deuteronomio 31–32. Prefiero lo anterior. Nótese que el estribillo: «Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación» (Éx 15.2) se repite en el Salmo 118.14 y en Isaías 12.2. En cada caso hay liberación para Israel. Los judíos entonaban el cántico de Moisés cuando iban de regreso a su tierra después de la cautividad, porque el Salmo 118 quizás se escribió después del regreso de Babilonia. Isaías 12 se proyecta al tiempo en que Israel se recogería de todas partes del mundo y se reubicaría en su tierra; de modo que en cada caso el cántico celebra la liberación de Israel del enemigo. En Éxodo 15 el pueblo de Israel estuvo frente a un mar terrenal; pero aquí es un mar celestial. En Éxodo se libraron por la sangre del Cordero pascual; y aquí han vencido a la bestia «por la sangre del Cordero» (12.11). Nótese que no sólo entonan el cántico de Moisés, sino también el del Cordero. «El Cordero» es el título de Cristo que más se repite en Apocalipsis; se usa veintiocho veces. Tenemos aquí una maravillosa unión del AT y del NT, de Moisés y del Cordero. La ley de Dios está siendo vindicada; la gracia de Dios está obrando. El antiguo y nuevo pactos se cumplen a medida que Cristo juzga a las naciones y se prepara para reinar.

Verifique estas referencias en los Salmos y verá el origen que se da del canto en los versículos 3–4; Salmos 90.1, 2; 92.5; 145.7; 86.9; 98.2; 111.9. «Rey de los santos» en el versículo 3, debería decir «Rey de las edades» o «Rey de las naciones». Para la Iglesia, Cristo es el esposo, la Cabeza del cuerpo, el Rey Sacerdote según el orden de Melquisedec.

II. Las copas y su significado (15.5–8)

El versículo 1 indica que los ángeles con las siete copas llevan las últimas siete plagas. Usted recordará que en 10.7 Cristo anunció que con el derramamiento de estas copas el «misterio de Dios» se completaría y que no habría más demora. En estos siete juicios finales Dios completará su ira. Satanás, en este tiempo, está derramando terrible ira sobre los creyentes, los judíos en especial (12.12ss); pero Dios tendrá la última palabra.

De nuevo se abre el templo del cielo, véase 11.19. La bestia ha tomado el templo terrenal (13.13sss; 2 Ts 2.3, 4), pero ella no puede tocar el templo celestial. Todo lo que puede hacer es blasfemar de él (13.6). La apertura del templo es otro recordatorio de que Dios guardará su pacto con su pueblo, Israel. Muchos de los judíos creyentes han huido a Edom, Moab y Amón, donde Dios los protegerá. Otros morirán por su fe, junto con muchos gentiles.

Siete ángeles salen del templo. Siete es el número que indica plenitud y con siete ángeles que entregan estas copas de ira se completarán los juicios de Dios en la tierra. Los ángeles salen del Lugar Santísimo, donde se guardaban el arca y las tablas de la Ley. El mundo malo ha desafiado y desobedecido la ley de Dios, pero ahora viene el juicio. Los vestidos de estos ángeles significan santidad y realeza. El lino blanco nos recuerda el vestido de los sacerdotes del AT; el cinto dorado habla del rey. Este es otro recordatorio de que los santos de Dios son «reyes y sacerdotes» (Ap 1.6), real sacerdocio. Su vestido también nos lleva de nuevo a la descripción de Cristo en 1.13, por cuanto Él es el sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Uno de los seres vivientes entrega las copas de la ira a los ángeles. Toda la naturaleza (simbolizada por esos cuatro seres vivientes) experimentará la ira de Dios.

El templo celestial ahora está lleno con el humo de la gloria de Dios. Cuando se dedicó el tabernáculo del AT la gloria de Dios lo llenó (Éx 40.34, 35), así sucedió también en la dedicación del templo del AT (2 Cr 7.1–4). Durante esos acontecimientos no hubo humo mezclado con la gloria. Aquí, sin embargo, tenemos humo, usualmente un símbolo de juicio (9.2). Cuando el profeta Isaías vio la gloria de Dios, toda la casa se llenó de humo (Is 6.4). Esto ocurrió porque el mensaje de Isaías era tanto de juicio como de misericordia. Juan afirma que a nadie en el cielo se le permitió entrar en el templo hasta que se derramaran las copas de la ira. Ningún santo ni ángel podía entrar en el templo para interceder por las naciones del mundo. Las naciones estaban ya «más allá de toda intercesión»; la paciencia y longanimidad de Dios había llegado a su fin y su juicio estaba a punto de caer.

Los que estudian la profecía no están de acuerdo respecto al arreglo cronológico de los sellos, las trompetas y las copas. Muchos creen que estas tres series de juicios siguen la una tras la otra: el séptimo sello lleva a las trompetas y la séptima trompeta lleva a las copas, como tres partes de un telescopio. Pero si esto es así, entonces las siete trompetas y las siete copas están realmente contenidas en el séptimo sello. Esto pudiera sugerir que en realidad los siete sellos se abren durante los siete años de la tribulación, con las trompetas y copas que vienen en rápida sucesión al final. William R. Newell, en su excelente comentario sobre Apocalipsis, afirma que los primeros seis sellos se abrirán durante los primeros tres años y medio, y que el séptimo sello (que incluye las trompetas y las copas) abarca los últimos tres años y medio.

APOCALIPSIS 16

Repase el bosquejo de Apocalipsis 8 para ver la semejanza entre los juicios de las trompetas y de las copas. En cada caso el juicio afecta las mismas cosas, pero los juicios de las copas son más severos. Parece también que los juicios de las copas ocurren en rápida sucesión, dirigidos especialmente a la bestia y su reino satánico. Estas aflicciones preparan el camino para el Armagedón y el regreso de Cristo a la tierra para reclamar su reino.

I. Ulceras malignas (16.1,2)

Este pasaje nos recuerda la sexta plaga en Egipto (Éx 9.9), cuando aparecieron úlceras en los egipcios. La palabra «maligna» (v. 2) procede de una que significa «problemática, aflictiva». Dios prometió enviar a Israel esta plaga si se rebelaban contra Él (Dt 28.27, 35); y sin duda los judíos incrédulos sufrirán junto con los gentiles incrédulos. Nótese que estas llagas afligen todavía al mundo cuando se derrama la quinta copa (v. 11). La aflicción no suavizó los corazones; los hombres todavía blasfemaron contra Dios y rehusaron postrarse ante Él.

II. Agua convertida en sangre (16.3–7)

En estos versículos se derraman dos de las copas. El segundo ángel convierte el mar en sangre y la tercera copa convierte las fuentes y los ríos en sangre. De nuevo recordamos la primera plaga de Egipto (Éx 7.18; Sal 105.29), así como la segunda trompeta (Ap 8.8ss). Sin embargo, durante el juicio de la trompeta sólo una tercera parte del mar se convirtió en sangre; aquí vemos contaminado el sistema entero de agua del mundo. El ángel de las aguas (véanse 7.1, 2 y 16.5) alaba a Dios por este juicio y explica que es equitativo. Los pueblos de la tierra han derramado sangre, de modo que deben beber sangre. Vemos esta ley operando en toda la Biblia. Faraón ahogó a los niños hebreos y su ejército se ahogó en el Mar Rojo. En el libro de Ester, Amán construyó una horca para colgar a Mardoqueo y en su lugar lo ahorcaron a él y a sus hijos. Nótese que en el versículo 7 las almas debajo del altar están ahora satisfechas; Dios ha contestado sus oraciones y las ha vindicado (6.9).

III. Quemazón y oscuridad (16.8–11)

Los juicios del cuarto y del quinto ángel involucran a los cielos. El cuarto ángel provoca que el sol queme a los hombres. Eso está en agudo contraste con el juicio de la trompeta en 8.12, donde una parte del sol se oscureció. En este caso Dios le permite al sol que queme a los hombres, para darles, como si así fuera, un bocado de prueba del infierno. Este es el día que Malaquías prometió: «ardiente como un horno» (Mal 4.1, 2). ¿Se arrepintieron los pecadores? ¡No! ¡Así es la dureza del corazón humano!

El quinto ángel trae oscuridad. Es posible que esta oscuridad cubriera sólo el reino inmediato de la bestia, donde estaba ubicado su trono. Esta oscuridad es semejante a la novena plaga de Egipto (Éx 10.21–23). Satanás es el príncipe de las tinieblas, de modo que es justo que las tinieblas invadan su reino. Joel 2.1–3 declara que el Día del Señor será de oscuridad. Véase también la profecía de Cristo en Marcos 13.24. Imagínese la agonía de los hombres con llagas que no sanan, teniendo que soportar el dolor en la oscuridad. Este es otro bocado de prueba del infierno. Sin embargo, ni así se arrepienten. Como William Newell dice: «Los hombres que no se ganan por la gracia, no se ganarán de ninguna manera».

IV. Reunión de los ejércitos (16.12–16)

Cuando Dios libró a Israel de Egipto, secó el Mar Rojo para sacar a la nación. Aquí Él seca una parte del Éufrates para permitir que los ejércitos de los reyes del Oriente se enfrenten con los ejércitos de las naciones del mundo en el Armagedón. La palabra «batalla» en el versículo 14 se traduce mejor «campaña». Usted recordará que Rusia y sus aliados invadieron Palestina más o menos a mediados de la tribulación (batalla de Gog y Magog, Ez 38–39) y que el Señor los juzgó. Esto deja a la bestia en completo control del sistema mundial, gobernando desde Jerusalén. Pero Rusia, los reyes del Oriente y Egipto unen sus fuerzas para luchar contra los ejércitos de la bestia en Armagedón. La palabra «Armagedón» significa «la montaña de Meguido». Esta área ha sido reconocida desde hace mucho como uno de los campos de batalla más grandes del mundo; y es aquí donde se librará la batalla entre Cristo y el anticristo.

¿Cómo se reúnen los ejércitos? La trinidad satánica usa demonios para reunirlos (vv. 13–14). Estos no son ranas literales, por supuesto; las ranas son símbolos de los medios demoníacos que Satanás usa para reunir el ejército más numeroso en la historia del mundo para luchar contra el Señor. (Véanse 1 Ti 4.1; Éx 8.5–7; 1 R 22.20–38.) Los ejércitos se reunirán para atacar a Jerusalén; pero entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre (Mt 24.29, 30) y los ejércitos se unirán para luchar contra Cristo. El resultado se revela en Apocalipsis 19.11–21. Léanse también Joel 3.9–14; Sofonías 3.8; Zacarías 12 e Isaías 24.1–8.

El versículo 15 es una promesa a los santos de la tierra en ese tiempo. Primera de Tesalonicenses 5.2 deja en claro que la Iglesia no será sorprendida «en oscuridad». Lea Apocalipsis 18.4 y verá que en esta advertencia Cristo le pide a su pueblo que se guarden del mundo y de la contaminación del sistema satánico. Guarden sus vestidos limpios (2 Co 7.1). Esta es una buena advertencia para los santos de hoy.

V. El misterio de Dios terminado (16.17–21)

En 10.6, 7 Dios prometió que «el misterio de Dios» finalizaría cuando el séptimo ángel vaciara su copa; ahora lo vemos cumplido. Los hechos descritos en esta sección miran hacia adelante, a la caída de Babilonia y a la venida de Cristo para reinar. Lo que ocurre en los siguientes capítulos (caps. 17–19) está incluido en esta séptima copa.

¿Por qué vierte este ángel su copa en el aire? Porque este es el campo asignado a Satanás, «el príncipe de la potestad del aire» (Ef 2.2). Los juicios hasta aquí han tocado la naturaleza y la humanidad, pero no la «mente maestra» detrás de todo: Satanás. Sin embargo, a partir de este punto Cristo se enfrentará al sistema religioso de Satanás (cap. 17), su sistema político (cap. 18), sus ejércitos (cap. 19) y la misma antigua serpiente (20.1–3). Cuando se vacía la séptima copa el trono y el templo del cielo se unen para decir: «¡Hecho está!» El misterio de Dios ha concluido. Las almas debajo del altar ya no deben preguntar más: «¿Hasta cuándo?» Este anuncio nos recuerda las palabras de Cristo en la cruz: «Consumado es». Cuando comiencen los nuevos cielos y la nueva tierra, Dios dirá de nuevo: «¡Hecho está!» (Ap 21.6).

Los terremotos dividen a Jerusalén (véase 11.8) en tres partes; véase Zacarías 14.4. Pero esta no es la única ciudad juzgada; otras grandes ciudades de la tierra caerán y la gran Babilonia viene a juicio. Babilonia, en Apocalipsis 17, es la iglesia apóstata de los últimos días; la Babilonia de Apocalipsis 18 es el sistema político económico de la bestia.

El granizo (v. 16) nos recuerda la séptima plaga (Éx 9.22–26). Imagínese el granizo con granos de 125 libras, que era lo que pesaba un talento de plata en los días de Juan. Levítico 24.6 afirma que al blasfemo debía apedrearse hasta la muerte, de modo que los hombres de la tierra que siguieron blasfemando contra Dios reciben lo que se merecen (vv. 9, 11, 21).

APOCALIPSIS 17

Los capítulos 17 y 18 nos presentan a Babilonia, que tipifica el último gran sistema mundial antes de la venida de Cristo. El énfasis del cap. 17 es en el aspecto religioso del sistema, mientras que en el cap. 18 se recalca el aspecto comercial. La bestia derrocará a Babilonia (17.16–18), mientras que Dios destruirá a la Babilonia comercial.

I. La invitación (17.1–2)

Puesto que las siete copas (cap. 16) trajeron el clímax de la ira de Dios al mundo, incluyendo la caída de Babilonia (16.17–21), uno de aquellos ángeles invita a Juan a irse al desierto para ver a «la gran ramera», el sistema apóstata mundial. Se ha recalcado que hay cuatro mujeres en Apocalipsis: (1) Jezabel, que simboliza la apostasía introduciéndose en la Iglesia, 2.20; (2) Israel, 12.1; (3) la ramera, el sistema mundial apóstata final, cap. 17; y (4) la Esposa, la Iglesia, 19.7.

II. La explicación (17.3–18)

Hay varios símbolos que se incluyen en esta descripción, pero el ángel nos los explica. Si aceptamos la interpretación de la Palabra de Dios tendremos muy poco problema para comprender lo que enseña este capítulo.

A. La mujer.

El versículo 18 deja en claro que se trata de una ciudad, y en los días de Juan, reinaba sobre los reyes de la tierra. Las siete cabezas del versículo 3, se identifican como montañas en el versículo 9. Casi no hay dudas de que la ciudad es Roma. Está situada sobre siete colinas; cuando se escribía Apocalipsis, Roma reinaba sobre los reyes de la tierra.

B. La bestia.

Esta es la misma bestia que vimos en el cap. 13, el anticristo. El versículo 8 indica que este gobernante mundial saldrá del abismo, dando a entender que se levantará de entre los muertos. «Perdición» lo asocia con Judas (Jn 17.12; 2 Ts 2.3); y por eso algunos estudiosos creen que el anticristo será Judas resucitado de entre los muertos. La bestia es color escarlata, relacionándola con el dragón, Satanás (12.3). El hecho de que la bestia tenga siete cabezas y diez cuernos también la identifica con Satanás (véanse 12.3 y 13.1). El versículo 10 nos dice que las siete cabezas son siete reyes (así como siete montañas); y el versículo 12 explica que los diez cuernos son otros diez reyes. Por eso, la bestia se asemeja al reino del anticristo así como a su persona. Los «siete reyes» del versículo 10 podría también traducirse como «siete reinos». En otras palabras, el reino de la bestia será el séptimo reino mundial, aquel que «aún no ha venido».

C. Las siete cabezas.

Ya hemos visto que estas cabezas representan siete montañas (v. 9) y siete reyes o reinos (v. 10). Los cinco reinos que han caído eran Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y Grecia. El reino «que es» sería Roma en días de Juan; el que aún no ha venido, el séptimo, sería el reino de la bestia. Si comparamos las siete cabezas a reyes específicos, los cinco que han caído (gobernantes romanos) serían Julio César, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. El «que es» sería Domiciano; y el que aún no ha venido sería la bestia, el rey del Imperio Romano que ha resurgido.

D. Los diez cuernos.

El versículo 12 explica que estos son diez reyes más. El resurgimiento del Imperio Romano es una analogía de los diez dedos en los pies de la imagen de Daniel 2.36–45. En los días de Juan estos reyes todavía no habían recibido su poder; está reservado para los últimos días, cuando la federación europea, encabezada por la bestia, llegue al poder. Nótese que estos diez reyes voluntariamente respaldan a la bestia en su batalla contra Cristo y los santos; y que, con la ayuda de la bestia, destruirán a la gran ramera.

E. Las aguas.

Las aguas sobre la cual se sienta la ramera son las naciones del mundo (v. 15). Ella tendrá influencia sobre todo el mundo, política, económica y, sobre todo, religiosamente.

III. La aplicación

La ramera representa la iglesia mundial apóstata de los últimos días, centrada en Roma. El nombre «Babilonia» nos lleva de nuevo a Génesis 10.1–11 y 11.1–9, donde ocurrió la primera rebelión organizada contra Dios. El nombre «Babel» significa «confusión» y representa a la religión apóstata. El sistema babilónico ha sido culpable de perseguir a los verdaderos creyentes desde que Caín mató a Abel. Todas las sectas anticristianas (incluso las que se dicen «cristianas») que han matado a los siervos de Dios son parte de este sistema abominable.

En los últimos días se formará una iglesia mundial. Esta iglesia mundial (la ramera) se involucrará en los asuntos políticos y económicos del mundo y, con la ayuda de la bestia, se convertirá en un gran poder. La iglesia mundial «cabalgará al poder» en el lomo de la bestia, o sea, con la ayuda de Satanás y los Estados Unidos de Europa.

La bestia tendrá gran respaldo de los diez reyes al cabalgar en victoria (Ap 6.1, 2). Existirá una unión entre las naciones de Europa, la bestia y la iglesia mundial. La escena en el capítulo 17 tiene lugar durante la primera mitad de la tribulación. Nótese que la bestia todavía no se ha revelado con su verdadero carácter satánico.

Durante la mitad de la tribulación la bestia querrá tener todo el poder y adoración para sí misma (cap. 13). Esto significa que debe deshacerse de la ramera, por cuanto representa la adoración a Dios, aunque sea de manera apóstata. El versículo 16 indica que las naciones federadas de Europa se volverán en contra de la iglesia mundial y la destruirán, cumpliendo la profecía de Apocalipsis 2.20–23. Una vez que se ha eliminado a la ramera, la bestia se declarará dios y exigirá la adoración de las naciones.

A la iglesia apóstata se la llama «ramera», en tanto que a la Iglesia verdadera se la describe como una novia pura. La ramera está en el desierto; la novia está en el cielo. La ramera la adorna Satanás (17.4), mientras que Cristo adorna a la novia (19.8). La ramera es juzgada para siempre; la novia reina para siempre. La ramera está manchada con la sangre de los mártires; la novia es redimida por la sangre del Cordero.

Toca a los cristianos consagrados separarse de la iglesia falsa de Satanás e identificarse con los que son fieles a Cristo y a la Palabra de Dios. La iglesia falsa puede parecer tener éxito por una temporada, pero su caída es cierta.

APOCALIPSIS 18

Aquí leemos de la Babilonia comercial que representa un gran sistema global de los últimos días. Por supuesto, la Babilonia religiosa (la iglesia apóstata) jugará un gran papel en la economía de las naciones. Cuando este sistema religioso se derrumbe, será el principio del fin del imperio total de la bestia, aunque tendrá todavía tres años y medio para reinar. Nos consuela leer 17.17 y darnos cuenta de que todas estas cosas dan cumplimiento a la Palabra de Dios. Nótese en este capítulo cuatro voces diferentes:

I. La voz del juicio (18.1–3)

Este ángel anuncia la caída de Babilonia, un acontecimiento que ya ha sido anunciado (14.8; 16.19). La repetición de «ha caído, ha caído» sugiere el juicio doble de los dos capítulos (sobre la Babilonia religiosa y comercial), así como la declaración en el versículo 6 de que recibirá el doble por sus pecados. La «gran ciudad» (v. 10), el centro del sistema económico mundial, recibe finalmente lo que se merece de la mano de Dios. Ha llegado a ser la habitación de demonios (véase Ef 2.22, donde la Iglesia es una morada del Espíritu) y albergue para los espíritus malos (véase 16.13–14). A Satanás a menudo se le describe como un ave (Mt 13.4, 19, 31, 32). El versículo 3 indica que Babilonia influyó en la naciones de la tierra de la manera en que el vino lo hace en los ebrios. Pero esta ciudad los enriqueció, que era todo lo que les importaba.

II. La voz de separación (18.4–8)

En esta ciudad se encuentran algunos del pueblo de Dios y Él quiere que salgan por dos razones: (1) la ciudad será destruida y Él quiere salvarlos; (2) la ciudad es satánica y Él no quiere que se contaminen. «¡Salgan!» ha sido siempre el llamado de Dios a su pueblo, porque salvación quiere decir separación del mundo y para Dios (2 Co 6.14ss). El mundo se glorifica a sí mismo (v. 7); el cristiano procura glorificar a Dios. El mundo vive para los «deliciosos placeres del pecado», mientras que el cristiano vive para los placeres de Cristo. Mire en el versículo 7 el orgullo de Babilonia: «Yo estoy sentada como reina[...] y no veré llanto». Pero el versículo 8 indica que un día cambiará sus gozos por lamentos, sus riquezas por hambre. Hay una lección aquí para el pueblo de Dios hoy: «No participe en los pecados de otras personas» (véase 1 Ti 5.22; también Jer 51.9).

III. La voz de lamento (18.9–19)

Vemos a dos grupos que lamentan la caída de Babilonia: los reyes de la tierra (vv. 9–10) y los mercaderes de la tierra (vv. 11–19). Han «cometido fornicación» con Babilonia al rechazar al verdadero Dios e irse tras los ídolos, el dinero en particular. Han vendido sus almas por riquezas. Ahora finaliza su vida lujosa. Nótese la repetición del «¡ay, ay!» en los versículos 10, 16 y 19. Babilonia es juzgada en un día (v. 8) y una hora (vv. 10, 19).

¿Por qué se lamentan los comerciantes y los reyes? Porque su mercadería se ha agotado. Los versículos 12–13 indican la vasta riqueza del sistema mercantil, incluyendo «esclavos, almas de hombres».

La esclavitud aumentará en los últimos días, porque Satanás siempre ha querido esclavizar las almas y los cuerpos de los seres humanos. El rico se enriquecerá más y el pobre empobrecerá más. Tanto lujos como necesidades serán destruidos cuando Dios juzgue a Babilonia. La flota marina será destruida y la industria naviera arruinada. Las naciones del mundo dependen de este sistema económico para que los cuide, los proteja y los satisfaga; pero al final este les fallará.

IV. La voz de regocijo (18.20–24)

Los hombres de la tierra nunca tienen el mismo punto de vista del pueblo de Dios. Cuando arrojaron del cielo a Satanás, los cielos se regocijaron, pero la tierra se lamentó (12.10–12). Ahora que Babilonia está destruida los cielos se regocijan, pero la tierra se lamenta.

La principal razón para el regocijo de los cielos es que Dios ha vengado la sangre de los mártires. El sistema babilónico es satánico y desde el mismo principio (Gn 4) ha sido el responsable del martirio de los fieles de Dios. Las almas debajo del altar en Apocalipsis 6.9–11 habían preguntado: «¿Hasta cuándo, Señor?» Ahora su oración es contestada: Dios ha vengado su sangre. Véase Romanos 12.19.

La piedra de molino arrojada indica lo súbito del juicio de Dios sobre el imperio de la bestia. Algunos estudiosos ven en esta piedra de molino el regreso de Cristo, la Piedra que hirió, según se menciona en Daniel 2.34–35, 44–45. Cuando el mundo piensa que anda de maravillas, Cristo volverá para destruir sus obras.

Nótese en este capítulo la repetición de la declaración «nunca más» y léase Jeremías 25.9–11. Cuando Dios dice: «Nunca más», no hay nada que el hombre pueda realizar para hacerlo desistir. Lea también Jeremías 51.

Hemos visto, entonces, la destrucción del imperio económico y religioso de la bestia. Todo lo que queda es que Cristo destruya sus ejércitos y esto lo veremos en el cap. 19.

APOCALIPSIS 19

Estos versículos representan el clímax de la ira de Dios, cuando Jesucristo viene para destruir los ejércitos de las naciones del mundo.

I. Los himnos de gozo en el cielo (19.1–10)

Aquí, una gran multitud celestial proclama cuatro veces «Aleluya», como preludio de la venida de Cristo a la tierra. La palabra «aleluya» significa «alabanza a Jehová» y es una palabra muy usual en el AT. ¿Por qué se regocijan los cielos?

A. Porque el pecado ha sido juzgado (vv. 1–4).

En el capítulo 18 los mercaderes y reyes de la tierra se lamentaron por la caída de Babilonia; pero aquí los cielos se regocijan. Babilonia era la fuente de todo engaño y confusión religiosa; había causado la muerte de multitudes de los santos de Dios; y ahora ha sido destruida. A decir verdad, ¡la caída de Babilonia amerita tres «aleluyas» desde el cielo!

B. Porque Dios reina (vv. 5–6).

Parece que todas las voces de los cielos se unen para alabar a Dios porque Él es Dios y porque está en el trono. «Omnipotente» quiere decir «todopoderoso». Este es el tema que usa Handel en su magnífico coro «Aleluya». ¡Debemos alabar a Dios porque Él está en el trono!

C. Porque han llegado las bodas del Cordero (vv. 7–10).

Las palabras «han llegado» (v. 7) pudieran traducirse «se han completado». La novia es ahora la Esposa (v. 7) y la cena nupcial está servida. Es interesante que esta es la cena nupcial del Cordero y no del «Rey» ni del «Señor». El título que Cristo quiere enfatizar por toda la eternidad es «el Cordero», porque habla de su amor por la Iglesia y del precio que pagó para adquirirla. La Iglesia, por supuesto, tiene que «prepararse» para esta cena. Este lavamiento se hizo en el tribunal de Cristo, cuando se le quitó toda «mancha y arruga» (Ef 5.25–27). La Esposa va al cielo por la gracia de Dios y no por buenas obras. Pero una vez en el cielo, los creyentes serán juzgados en el tribunal de Cristo por su fidelidad en la vida y en el servicio. El versículo 8 indica que la Esposa se vestirá de la justicia de los santos, es decir, «las acciones justas de los santos». Cristo nos recompensará de acuerdo a nuestra fidelidad y las recompensas que recibiremos serán el «vestido de bodas».

El Dr. Lehman Strass escribe: «¿Se le ha ocurrido alguna vez[...] que en las bodas de la Esposa del Cordero cada uno estaremos vistiendo el vestido de bodas que nosotros mismos hayamos hecho?» ¡Qué pensamiento más solemne!

II. Los ejércitos de Jesucristo desde el cielo (19.11–16)

En 4.1 el cielo se abre para dejar entrar a la Iglesia; pero aquí los cielos se abren para que Cristo y sus ejércitos salgan en victoria. En su juicio, Cristo dijo que el Padre podía enviar legiones de ángeles para librarle; y aquí el Señor cabalga con los ejércitos de gloria: los santos del AT, la Iglesia y los ángeles (Mt 25.31; 1 Ts 3.13). En 6.1 el anticristo ha montado un caballo blanco, imitando a Cristo, pero aquí el «Fiel y Verdadero» (v. 11) cabalga para juzgar y hacer la guerra (Sal 45).

¡Esta descripción de Cristo es emocionante! Ya no monta un humilde asno, sino un feroz caballo de ataque. Sus ojos no están llenos de lágrimas como cuando contempló a Jerusalén; tampoco lleva la corona de espinas de mofa. En lugar de los azotes de sus enemigos, lleva un vestido teñido en sangre que significa el juicio y la victoria. Mientras estaba en la tierra, sus seguidores le abandonaron; pero aquí los ejércitos del cielo le siguen en su conquista. Su boca no habla «palabras de gracia» (Lc 4.22), sino la Palabra de victoria y de justicia. Véase Isaías 11.4. Aquí viene a reinar con vara de hierro (Sal 2). No viene a llevar la ira de Dios en la cruz, sino a pisar el lagar de la ira de Dios en la batalla del Armagedón. ¡Él es el Rey de reyes y Señor de señores!

Tenga presente que los ejércitos del Oriente se han reunido en Palestina para oponerse a la bestia y a sus ejércitos. Pero verán la señal del Hijo del Hombre en los cielos y se unirán para oponerse a Cristo. Lea de nuevo Apocalipsis 16.12–16 y 14.14–20.

III. El anuncio del juicio sobre la tierra (19.17–21)

En este capítulo se ven dos cenas: la de las bodas del Cordero (v. 9) y la del gran Dios, Armagedón. La primera es tiempo de bendición y gozo; la segunda es tiempo de juicio y lamento. Toda la historia humana se mueve rápidamente hacia el Armagedón.

El ángel anuncia que los ejércitos de la tierra perderán la batalla. Es más, no habrá mucha batalla, porque Cristo destruirá a sus enemigos al instante (2 Ts 1). Nótese la repetición de la palabra «carne» en esta sección, lo cual significa que el hombre es sólo carne y nunca puede tener éxito en su lucha contra Dios. La «carne» ha sido la fuente de problemas desde la caída de Adán. La carne no cambia; Dios la ha condenado; la carne nunca puede agradar a Dios. ¡Qué necedad que la carne luche contra Cristo! Incluso «reyes», «capitanes» y «fuertes» (v. 18) no son contendientes para el Rey de reyes.

¿Cuáles son los ejércitos reunidos contra Cristo? Son los ejércitos de la federación de diez reinos de Europa, así como las fuerzas de los reyes de Oriente, Egipto y Rusia. Se reúnen en la llanura de Esdraelón en Palestina, el área que Napoleón llamó el campo de batalla más natural del mundo. El nombre «Armagedón» quiere decir «Monte de Meguido».

Cristo destruye a los ejércitos con su Palabra, la espada que sale de su boca (Heb 4.12). Los hombres no querían postrarse ante su Palabra ni recibir el evangelio; ahora deben morir por la misma Palabra. Los seguidores de la bestia son «hombres marcados»; la marca de la bestia en sus cuerpos los sella para el juicio seguro. Cristo no sólo destruye los ejércitos de la bestia, sino que captura también a la bestia y al falso profeta y los arroja vivos al infierno. También prende a Satanás y lo arroja al abismo (20.1–3).

Los profetas del AT escribieron respecto a esta batalla. Véanse Isaías 63, Zacarías 14 y Joel 2–3.

APOCALIPSIS 20

Este es el capítulo de los «mil años» (mencionados seis veces aquí) que describe el Milenio. La palabra «milenio» quiere decir mil años. Algunos estudiosos de la Biblia niegan sinceramente que habrá un reinado literal de mil años de Cristo en la tierra. Prefieren «espiritualizar» las profecías del reino en el AT y aplicarlas a la Iglesia hoy. Pero yo creo que habrá un reinado literal de mil años en la tierra, por varias razones: (1) cumplir las promesas del AT a Israel, Lucas 1.30–33; (2) mostrar públicamente la gloria de Cristo ante las naciones de la tierra; (3) contestar las oraciones de los santos: «Venga tu reino»; (4) cumplir las promesas a la Iglesia de que los santos reinarán con Cristo; (5) traer la completa redención de la naturaleza como se promete en Romanos 8.19–22; (6) dar a la humanidad un juicio final bajo el gobierno soberano de Cristo.

I. Antes del Milenio (20.1–5)

La batalla del Armagedón ya ha terminado y se han arrojado a la bestia y al falso profeta al infierno. Ahora Cristo prende a la antigua serpiente, Satanás, y la arroja al abismo. Algunos de los seguidores de Satanás ya están encadenados (2 P 2.4; Jud 6), pero ahora se prende a la misma «serpiente antigua». La bestia salió del abismo (17.8) y fue arrojada al infierno; pero el juicio final de Satanás todavía no ha llegado.

Después que se arroja a Satanás al abismo hay una resurrección de los santos de la tribulación que dieron sus vidas en servicio fiel a Cristo. Por la descripción de Daniel 12.1–3, tal parece que los santos del AT también resucitan en este momento. Como no son miembros del cuerpo de Cristo, la Iglesia, no necesariamente resucitan con los santos en el Rapto. Para este punto, entonces, todos los salvos han resucitado para reinar con Cristo. Esto se conoce como la primera resurrección. Se extiende desde el Rapto de la Iglesia (1 Ts 4.13ss) hasta la resurrección de los santos descrita en Apocalipsis 20.4. Todos los que resucitan en la primera resurrección son salvos; no experimentarán la segunda muerte. Véase Juan 5.24–29.

Los santos del AT creyeron en la resurrección de los muertos, pero no sabían nada de la «resurrección de entre los muertos» que enseña el NT (véase Mc 9.9–10, donde «resucitar de los muertos» significa literalmente «resucitar de entre los muertos»). La Biblia no menciona una «resurrección general». Los salvados resucitan (en diferentes tiempos) en la primera resurrección; los perdidos en la segunda resurrección. Un período de mil años pasará entre la primera y la segunda resurrección.

Se preparan tronos y la nación de Israel purificada, la Iglesia, y los santos de la tribulación reinarán con Cristo. Mateo 25.31–46 deja en claro que los gentiles vivos serán juzgados antes que empiece el Milenio. Los creyentes gentiles (ovejas) habrán demostrado su fe al amar y al ayudar a los judíos creyentes («mis hermanos»). Los gentiles salvos entrarán en el gozo del reino que Dios ha prometido para su pueblo Israel.

II. Durante el Milenio (20.6)

El reino milenial será el gobierno divino del cielo sobre la tierra. Cristo gobernará con vara de hierro, sin permitir ni injusticia ni pecado. Jerusalén será el centro del reino (Is 2.1–4) y los discípulos reinarán con Cristo (Mt 19.28). Israel estará en su tierra, participando de la

gloria de Cristo, su justo Rey. Habrá paz en la tierra entre los hombres y animales (Is 11.7–9; 54.13, 14). Cada persona estará en su mejor trabajo y la eficiencia perfecta y el gozo llenará la tierra. Por supuesto, debido a que estas personas en la tierra son todavía humanas (aparte de la Iglesia y los santos resucitados que tienen cuerpos glorificados), habrá niños que nazcan con naturalezas pecaminosas. Al concluir el Milenio, mucha gente todavía sólo obedecerá externamente a Cristo, pero no se le someterán de corazón. Uno de los propósitos principales del Milenio es demostrar de manera concluyente que la humanidad no puede cambiar, incluso bajo un gobierno perfecto en un medio perfecto. Porque, al final de los mil años, Satanás podrá reunir un gigantesco ejército para rebelarse contra Cristo. Si las personas no cambian por la gracia de Dios, nada los cambiará.

Los santos reinarán con Cristo como reyes y sacerdotes, y le servirán con diversas capacidades durante el Milenio. Nuestra fidelidad a Él ahora determinará el alcance de nuestras gloriosas responsabilidades durante la edad del reino (Mt 25.14–30; Lc 19.11–27).

III. Después del Milenio (20.7–15)

A. La batalla final (vv. 7–10).

Al finalizar los mil años Satanás queda libre y reúne un gigantesco ejército para luchar contra Cristo. Esta rebelión demuestra que un gobierno de perfecta ley no puede cambiar el corazón humano; los pecadores prefieren seguir a Satanás. Esta no es la batalla de Gog y Magog, porque ocurre cerca del final de la primera mitad de la tribulación (Ez 38–39) y su resultado es que la bestia derrota a Rusia y a Egipto. Más bien esta batalla involucra a Rusia (Gog y Magog) quizás como la fuerza impulsora, ahora que la bestia y el falso profeta sufren el castigo eterno. Estos ejércitos atacarán a la Jerusalén milenial, pero el fuego del cielo los devorará. Satanás será capturado y confinado eternamente al lago de fuego. ¡Nótese que la bestia y el falso profeta todavía sufren en el infierno mil años después de su captura! No hay salida del infierno una vez que se llega allá. Es un lugar de tormento eterno.

B. El juicio final (vv. 11–15).

Juan ve ahora un trono de juicio. Es grande, porque todos los pecados de la historia estarán ante él. Es blanco, porque representa la santidad inmutable de Dios; Él no hace acepción de personas. El cielo y la tierra huyen; el pecador perdido no tiene donde esconderse. El Juez que está en el trono es Jesucristo (Jn 5.22, 23). Hoy Él es el Salvador del mundo; en aquel día será el Juez justo.

Hay una resurrección. La muerta entrega los cuerpos de los pecadores perdidos; el Hades (no «infierno» como en el versículo 13) entrega la almas. Este breve momento en el cual el cuerpo y el alma del pecador perdido se unen ante el trono del juicio de Cristo es el único alivio del castigo que estos pecadores conocerán antes de ser arrojados al infierno. Todos los pecadores perdidos estarán allí: grandes y pequeños, ricos y pobres; no habrá escape (Heb 9.27).

¿Qué libros intervienen en este juicio final? La Biblia estará allí, según Juan 12.48. La misma Palabra que los pecadores oyen y rechazan hoy les juzgará en el día final. Está el libro de la vida, que contiene los nombres de los santos. Si el nombre de una persona no se halla en el libro de la vida, arrojan a esa persona al infierno (v. 15). También está presente el libro que contiene las obras de las personas. Dios es un Juez recto; conserva un registro de las obras y castigará a cada una con justicia. Es cierto que los que conocieron la verdad y deliberadamente la desobedecieron serán castigados con mayor severidad que los que no conocieron la verdad. El infierno tiene grados de castigo, de la misma manera que el cielo los tiene de recompensas (Mt 11.20–24). Las buenas obras no salvan a los pecadores, pero Dios juzgará sus obras y los castigará justamente en el infierno.

No habrá oportunidad para que los pecadores discutan su caso. Cuando los libros se abran y se revelen los hechos, quedarán sin habla ante Cristo (Ro 3.19). Dios no pesará al bueno contra el malo; sentenciará a condenación a todo pecador perdido. Los que participaron de la segunda resurrección deberán enfrentar la segunda muerte: el infierno eterno.

Se han juzgado a Satanás y al pecado; se ha sofocado la rebelión humana; ahora Dios puede traer los nuevos cielos y la nueva tierra: eterna bendición para el pueblo de Dios.

APOCALIPSIS 21–22

El tema de estos dos capítulos queda indicado en 21.5: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas». Aunque sería interesante y edificante entrar en muchos detalles en estos capítulos, nos limitaremos a las lecciones principales. Nótese las «nuevas cosas» que serán parte del hogar eterno del creyente.

I. El cielo nuevo y la tierra nueva (21.1,2)

La palabra griega para «nuevo» significa «nuevo en carácter» antes que «nuevo en tiempo», y esto sugiere que Dios renovará el viejo cielo y la vieja tierra y quitará todo lo que es pecaminoso y destructivo. Nótese 2 Pedro 3.7–10, donde se nos dice que un juicio de fuego producirá esta renovación de la vieja creación. «Pasaron» no significa «destruidos». El hecho de que «el mar ya no existía más» es significativo, puesto que Juan estaba exiliado en una isla y separado de sus seres queridos. Actualmente, dos tercios del globo son agua; de modo que en la nueva creación Dios ideará un nuevo sistema para regar la tierra.

II. El nuevo pueblo de Dios (21.3–8)

¡Qué maravillosos cambios habrá cuando entremos en la eternidad! Dios morará personalmente con su pueblo de una manera gloriosa e íntima. No habrá más llanto, ni muerte ni dolor. Todo esto vino al mundo a través del pecado (Gn 3), pero ahora la maldición es quitada (22.3). La frase de Dios «Hecho está» es análoga al «Consumado es» de Cristo (Jn 19.30). El mismo Señor que empezó la creación también la acabará; Él es el Alfa y la Omega (la primera y la última letras del alfabeto griego). Pero el versículo 8 solemnemente declara que algunas personas no entrarán en esta nueva creación. Serán los temerosos y los cobardes que no confiesan a Cristo; los que no quisieron creer en Cristo; los que «siguieron la corriente» y practicaron el pecado. Nótese que Dios pone a los «cobardes» a la cabeza de la lista. Cuando la gente teme creer en Cristo, es capaz de cometer cualquier pecado como resultado.

III. La nueva Jerusalén (21.9–27)

El versículo 2 sugiere que esta ciudad celestial estará en el aire sobre la tierra durante el Milenio y descenderá cuando llegue la nueva creación. La ciudad se identifica con el pueblo de Dios; se mira como una novia. Usted recordará que el sistema babilónico del capítulo 17 se muestra como una ramera. Después de todo, una ciudad no es sus edificios; es la gente que vive en ella. En Génesis 4.17 el rebelde Caín salió de la presencia de Dios y edificó una ciudad; pero el creyente Abraham «esperaba la ciudad[...] cuyo arquitecto y constructor es Dios»

(Heb 11.10). La nueva Jerusalén es dicha ciudad. Nótese que la ciudad une al pueblo de Dios del AT y del NT, Israel y la Iglesia. Las tribus de Israel se nombran en las puertas y los doce apóstoles en los cimientos. (Respecto a los apóstoles, véanse Ef 2.20 y Mt 19.28.) Las dimensiones y descripciones de la ciudad sobrepasan nuestra imaginación. «En cuadro» significa «igual en todos los lados»; lo que significa que la ciudad es un cubo perfecto, un «lugar santísimo» resplandeciente con la presencia de Dios. O, podría ser una pirámide. En cualquier caso, la ciudad mide alrededor de 2.200 km por cada lado, o sea, ¡dos tercios del tamaño de los Estados Unidos! Los hermosos colores de las gemas (vv. 18–20) sugiere la «multiforme [de muchos colores] gracia de Dios» en 1 Pedro 4.10. Consulte su diccionario bíblico respecto a los colores de estas piedras preciosas.

Varias cosas faltan en la ciudad: un templo, luz natural y noche. Puesto que Dios mora personalmente con su pueblo, no se necesita el templo. Su gloria reemplaza la del sol, la luna y las estrellas. La noche en la Biblia simboliza muerte, pecado, tristeza; estas cosas se han desterrado para siempre de la ciudad. Las puertas nunca se cerrarán, de modo que el pueblo de Dios tendrá acceso a la ciudad desde todas partes de su universo renovado. Esta nueva tierra tendrá naciones (v. 24, véase también 22.2). Toda la gloria de estas naciones se traerá a Dios, a quien pertenece.

IV. El nuevo paraíso (22.1–5)

En esta nueva creación Dios cambia todas las tragedias que el pecado trajo a la creación original. La tierra y el cielo antiguos fueron sumergidos en juicio; este nuevo cielo y nueva tierra brillan con perfección. El Edén tenía un río terrenal (Gn 2.10–14); pero aquí tenemos un maravilloso río celestial. Desde que el hombre pecó, se guardó el árbol de la vida en Edén (Gn 3.24); pero aquí el árbol de la vida está a la disposición de todo el pueblo de Dios. En Génesis 3.14–17 se pronunció la maldición; pero aquí ya no hay más maldición. Adán y Eva se vieron obligados a salir del paraíso original y a trabajar para ganar el sustento diario; pero aquí el hombre sirve a Dios y ve su rostro en perfecta comunión. Cuando el primer hombre y la primera mujer pecaron se convirtieron en esclavos y perdieron su reino; pero el versículo 5 indica que este reinado se recuperará y reinaremos con Cristo para siempre.

La presente creación no es el producto final de Dios. Sufre y gime bajo la esclavitud del pecado (Ro 8.18–23). Pero un día Dios traerá su nueva creación y nosotros disfrutaremos perfecta libertad y plenitud de vida para siempre.

V. El mensaje final (22.6–21)

Al concluir el libro, Cristo dice tres veces: «¡He aquí, vengo pronto!» (vv. 7, 12, 20). La palabra «pronto» sugiere «repentinamente». Significa que cuando estos grandes sucesos empiecen a ocurrir, no habrá dilación. No sabemos cuándo aparecerá Cristo y nos conviene estar listos.

En Daniel 12.4 al profeta se le dijo que sellara el libro; a Juan, por el contrario, se le ordena que no selle el libro, porque «el tiempo está cerca» (v. 10). El cumplimiento de las palabras de Daniel era lejano; la profecía de Juan se cumpliría en corto tiempo. El versículo 11 no es una incitación a que los pecadores sigan sin cambiar; de otra manera el llamado del versículo 17 sería una burla. En lugar de eso, el versículo 11 nos advierte que continuar en el pecado define el carácter y determina el destino. «Los impíos procederán impíamente», dice Daniel 12.10. Cuando Cristo venga, nuestro carácter se revelará. Otra lección de este versículo es que las personas toman sus propias decisiones; Dios no los fuerza a que sean impíos o justos. Compárese 22.15 con 21.8.

Los versículos finales de este libro presentan una súplica, una oración y una promesa. En los versículos 7 y 12 el Señor ha dicho: «¡Vengo pronto!» En el versículo 17 el Espíritu y la Esposa le dicen al Señor Jesús: «¡Ven!» El Espíritu ora por el regreso del Salvador a través de la Iglesia. Al alma perdida se le invita: «¡Venga, tome del agua de la vida!» La última oración en la Biblia es la que hace el Espíritu Santo mediante Juan, diciendo: «Amén; sí, ven, Señor Jesús». Esta debe ser nuestra oración diaria también.

Los versículos 18–19 son una advertencia en contra de alterar la Palabra de Dios. A Satanás le encanta que los hombres le añadan o le quiten a la Palabra de Dios, pero hacerlo así es invitar el juicio. Nótese Deuteronomio 4.2 y Proverbios 30.5–6. En la época de Juan los libros se copiaban a mano y el copista podía sentirse tentado a editar o a enmendar el material. Incluso hoy la gente añade sus teorías y tradiciones a la Palabra de Dios, o le quita lo que no encaja en sus esquemas de teología. La advertencia de Juan se aplica específicamente al libro de Apocalipsis, pero sin duda incluye toda la Palabra de Dios.

Así termina el último libro de la Biblia, el libro de las últimas cosas. La mejor forma de finalizar estas notas de estudio es haciéndonos eco de la oración del Espíritu: «Amén; sí, ven, Señor Jesús».